

ORÍGENES
DE LA CIVILIZACIÓN
ADÁMICA
BIOGRAFÍA DE ABEL



JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ

Josefa Rosalía Luque Álvarez

ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN ADÁMICA

*Tienes el enigma insondable, eterno
¡Oh, divina maga de pupila audaz!...
Y si tú lo sabes, lo vives, lo sientes,
Y eres hada buena llena de piedad,
Dime tu secreto luz de la alborada,
Luz del medio día,
¡Luz de atardecer!...
Que si sólo un aliento de vida
Palpita en mi ser,
Oírás como un eco lejano,
Gemido o clamor
Que te dice: ¡Maga...
Dímelo al oído!...
Con tu voz sin ruido...
¿Cómo es Dios? ...
“¡Como tú, cuando vibres como Yo!”*

Obras de Fraternidad Cristiana Universal
Josefa Rosalía Luque Álvarez

“Orígenes de la Civilización Adámica”
Vida de Abel

“Moisés”
El vidente del Sinaí

“Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras”
Vida de Yhasua de Nazareth - Apóstoles y Amigos

“Llave de Oro - Siete Portales”
Los Maestros

“Para Ti”
El Huerto Escondido
Paráfrasis de la Imitación de Cristo
Azucenas de mi Huerto
Lirios de la Tarde
Cinerarias

E-mail:
alboradacristiana@elcristoes.net
alboradacristiana@gmail.com

Webs:
<http://www.fraternidadcristianauniversal.com>
<http://www.fraternidadcristianauniversal.net>
<http://www.elcristoes.net/fcu>

Josefa Rosalía Luque Álvarez

ORÍGENES DE LA CIVILIZACIÓN ADÁMICA



ALBORADA

CRISTIANA

alboradacristiana@elcristoes.net

alboradacristiana@gmail.com

© Derecho de Autor: Hugo Jorge Ontivero Campo
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Ediciones en castellano:

Hugo Jorge Ontivero Campo - Editor

Año 1961

Editorial Kier S.A. - Argentina

Año 1969 - 2000

©Editor Hugo Jorge Ontivero Campo - Alborada Cristiana

Año 2004 - 2007

Ediciones en portugués

Editora Pensamento-Cultrix Ltda. — Sao Paulo, Brasil

Edición cotejada con los originales de la autora por:

Hugo Jorge Ontivero Campo

Diseño de Tapa: Sabino del Pino Galán

Diseñador Gráfico: Sabino del Pino Galán

Obra completa I.S.B.N.-

Depósito legal:

Impreso en España

Printed in Spain

nº Cap.	Título	Pág.
1	J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Semblanza.....	13
2	J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Biografía.....	15
3	Portada.....	17
4	Los prófugos.....	21
5	Los caminos de Dios.....	33
6	Joheván y Aldis.....	44
7	Las fuerzas radiantes.....	52
8	La vida en la caverna.....	57
9	La vida en el Santuario.....	61
10	Nohepastro.....	64
11	Gaudes.....	67
12	Leyendo el pasado.....	71
13	Los jornaleros de Gaudes.....	85
14	Funerales Kobdas.....	90
15	La confidencia en la caverna.....	94
16	Los piratas.....	100
17	El velero.....	103
18	La transmigración de Bohindra.....	108
19	Joheván libre.....	111
20	Abelio de Cretasia.....	118
21	Bohindra joven.....	120
22	El ágape.....	124
23	Nieve y escarchas.....	126
24	La mujer fuerte.....	128
25	Aldis y sus nueve compañeros.....	131
26	El Kobda Rey.....	135
27	Milcha, la heroica.....	139
28	La humanidad caída.....	142
29	La alianza del Éufrates y el Nilo.....	149
30	Las glorias del deber cumplido.....	152
31	Las mujeres Kobdas.....	160
32	La enseñanza de Tubal.....	163
33	La magia del amor.....	169
34	La esclava libre.....	172
35	Los pequeños eremitas.....	176
36	Adamú y Evana.....	181
37	Los precursores del Verbo de Dios.....	192
38	La luz baja a la tierra.....	198
39	Aclarando sombras.....	207
40	El paraíso de Adamú y Evana.....	209
41	Siguiendo a la caravana.....	225
42	Los tubos de cobre.....	231
43	Removiendo el pasado.....	235
44	Senio.....	239

nº Cap.	Título	Pág.
45	Golondrinas que vuelven.....	245
46	La historia de Shiva.....	250
47	El Santuario de La Paz.....	255
48	En el Éufrates.....	261
49	Ada de Musur.....	270
50	La Reina Kobda.....	275
51	La Gran Alianza.....	280
52	Bohindra y Ada.....	287
53	El poder del pensamiento.....	291
54	Niño con los niños.....	297
55	Los pabellones de los Reyes.....	302
56	El Niño-Maestro.....	307
57	El despertar del Niño-Luz.....	309
58	Observaciones de Abel.....	312
59	Camino de las tinieblas.....	317
60	El Himno de la Tarde.....	324
61	La Ley de Numú.....	326
62	El Kobda niño.....	334
63	El joven Maestro.....	340
64	Madeo de Gahanna.....	344
65	Veinte años de amor.....	347
66	El habitante de Sirio.....	350
67	Primera misión de Abel.....	353
68	Babel prehistórica.....	360
69	El Hombre-Luz.....	366
70	El Príncipe de Shivara.....	374
71	Helia y Mabi.....	380
72	El hombre de las hojas secas.....	383
73	El interrogante de Iber.....	391
74	Los cañaverales del Éufrates.....	396
75	Los dos Santuarios.....	401
76	Rosas del atardecer.....	406
77	Num-Maki.....	409
78	El reino de Bau.....	411
79	El camino de las tinieblas.....	415
80	La mensajera Kobda.....	420
81	El perdón y la justicia.....	424
82	La caverna de los vampiros.....	433
83	Esperad al Amor.....	437
84	En la caverna de Gaudes.....	442
85	La ciencia del bien y del mal.....	446
86	El Príncipe de Ethea.....	449
87	Kobdas y Berecinas.....	452
88	El festín.....	459

nº Cap.	Título	Pág.
89	De tal madre tal hijo.....	465
90	El sueño de Elhizer.....	468
91	La Reforma.....	472
92	Las siervas.....	478
93	Abel y Zurima.....	484
94	Las primeras espigas.....	503
95	El holocausto.....	506
96	Cabos sueltos.....	511
97	En busca de “La Paz”.....	515
98	Libros Vivos.....	520
99	Neghadá.....	529
100	En el fondo de la copa.....	538
101	Remembranzas.....	544
102	El nido en la Cruz.....	558
103	Los príncipes pastores.....	566
104	A la puerta del Santuario.....	572
105	La vida en Venus.....	578
106	La paloma mensajera.....	583
107	Horizontes lejanos.....	592
108	Las mujeres Kobdas.....	599
109	La vuelta al nido.....	608
110	Las espinas del rosal.....	616
111	Iber, el joven Chalit.....	622
112	El peñón de Sindi.....	630
113	Cielo y Rocas.....	638
114	Hombre de las cavernas.....	648
115	La voz del desierto.....	657
116	Amor que no muere.....	670
117	El amanecer en “La Paz”.....	679
118	Los rosales seguían floreciendo.....	685
119	Agua y cielo.....	689
120	La mujer de alabastro.....	700
121	La justicia de Iber.....	716
122	Arco de oro.....	726
123	Sol de la tarde.....	734
124	Cuando se quebranta la Ley.....	743
125	Cuando nadie sufra.....	752
126	El velo blanco.....	758
127	La redención de Marván.....	769
128	Flor de montaña.....	776
129	Los amantes de Dios.....	781
130	La amada invisible.....	788
131	Hacia Num-Maki.....	800
132	La cautiva.....	823

nº Cap.	Título	Pág.
133	Almendros en flor.....	833
134	Vladiko el Circasiano.....	838
135	El sepulcro de cristal.....	844
136	Amaneciendo.....	851
137	Ethea - Num-Maki - La Paz.....	859
138	Sisedón de Trohade.....	870
139	La tribu de Asag.....	879
140	La vuelta de los mensajeros.....	884
141	Los Kobdas montañeses.....	887
142	El Kobda archivero.....	894
143	El esclavo de sí mismo.....	903
144	A las tiendas circasianas.....	910
145	El despertar de Vladiko.....	917
146	Espigas de trigo.....	925
147	Del país de la nieve.....	929
148	Aurora y ocaso.....	936
149	¿Nadie llora en Num-Maki?.....	942
150	Fredik de Kusmuch.....	947
151	La justicia y el amor.....	956
152	Los esponsales.....	967
153	Rosas blancas.....	986
154	La red de plata.....	997
155	Medhuajel de Baudemir.....	1005
156	Resurrección.....	1012
157	Entre las nieves del Norte.....	1021
158	Las hijas de Northia.....	1031
159	Walkiria de Kiffauser.....	1041
160	La mujer de bronce.....	1049
161	La Matriarca Kobda.....	1056
162	Los prisioneros de Northia.....	1076
163	La visión de las cumbres.....	1088
164	Sangre y nieve.....	1100
165	Las rosas bermejas.....	1107
166	El velero blanco.....	1116
167	Los fantasmas del mar.....	1129
168	Entre el cielo y el mar.....	1150
169	La Matriarca descansa.....	1162
170	Los misioneros de Frixos.....	1177
171	El Santuario de Kaldis.....	1192
172	El despertar de Vadina.....	1203
173	Los hijos de Chal-Moksis.....	1210
174	Los rosales florecen.....	1224
175	Iniciando el regreso.....	1233
176	El pasaje de la muerte.....	1244

nº Cap.	Título	Pág.
177	El “Gigante Blanco”.....	1253
178	El “Monte de las Abejas”.....	1269
179	Como tórtolos entre peñas.....	1281
180	Kobda y Dakthylos.....	1297
181	La princesa mártir.....	1303
182	Almas dolientes.....	1312
183	Mar adentro.....	1323
184	Otra vez en el país de Ethea.....	1335
185	El rosal de las ruinas.....	1349
186	De Dhapes a La Paz.....	1367
187	El lazo de unión.....	1378
188	La Matriarca de “Corta Agua”.....	1398
189	Los caminos de la Ley.....	1419
190	Cuando florecieron los naranjos.....	1433
191	En las orillas del río Kerkha.....	1440
192	La sabiduría de los Dakthylos.....	1450
193	El Ánade solitario.....	1458
194	El viejo nido.....	1466
195	El poema de Adonai y Elhisa.....	1479
196	La Maga de los Cielos.....	1492
197	La apoteosis del “Hombre-Luz”.....	1500
198	Golondrinas regresan a su nido.....	1517
199	La asamblea.....	1521
200	Sombra y Luz.....	1529
201	Mabi.....	1537
202	Marath de Gahanna.....	1553
203	Apoteosis del Hombre-Luz.....	1562
	EL NARRADOR CIERRA SU ALBUM.....	1581
204	Adamú el solitario.....	1581
205	Seis años pasaron.....	1588
206	Una luz en las tinieblas.....	1593
207	En la cumbre.....	1605
208	Se levanta el velo.....	1610
209	El secreto del desierto.....	1620
210	El Hombre-Faro de Neghadá.....	1630
211	Horizontes lejanos.....	1635
212	Treinta años hacía.....	1638
213	Los años corrían.....	1641

IMÁGENES

Encuentro de Adamú y Evana (Autora: Celia Marcheto).....	185
Nacimiento de Abel (Autora: Celia Marcheto).....	202
Mapa “Región de los Cinco Mares” (ver en web de F.C.U.)	
Mapa-mundi “Época Atlante” (ver en web de F.C.U.)	
Mapa-mundi “Época Lemur” (ver en web de F.C.U.)	



Josefa Rosalía Luque Álvarez

1
SEMBLANZA

de Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez
“Mamina” para sus íntimos

De estatura baja, cuerpo delgado, conservó en su vestimenta el largo al tobillo y la sencillez en toda ella.

Sin adorno y maquillaje, se peinaba el largo cabello hacia atrás, terminando en un rodete en la nuca, cubriendo su cabeza con el capelo.

De ojos grandes, color negro, mirada leal, sincera, suaves, en los que no había dobleces.

Manos delicadas, delgadas, dedos largos y finos, hechas para la prosa y la poesía.

De voz suave y pausada.

De andar ligero, los que la acompañaban debían acelerar los pasos.

De trato cordial y afectivo.

En la intimidad de su alcoba-escritorio, en las horas de soledad y silencio, escribía en cuadernillos hechos por ella misma, lo que se ha dado a conocer como la “Obra de la Fraternidad Cristiana Universal”. Estando los mismos a resguardo del deterioro o manoseo.

Supo enfrentarse, con toda serenidad, a las impertinencias y prepotencias de inconscientes, dando respuestas cortas y sencillas, con tal lógica que desarmó a más de un bruto, aunque la procesión fuera por dentro.

Cumplió a mis ojos y sentir humano con su propia Ley para concretar la Obra, contra vientos y mareas, soportando bravas tormentas sin claudicar de su pacto con el Divino Maestro. Siendo el Amor de Él y a Él, soporte de sus angustias y soledades interiores y exteriores.

Reflexionad que en su Obra trajo nuevamente al Cristo a la Tierra, tal cual lo sentimos vivir en nuestro corazón.

Con todo amor.

Hugo Jorge Ontivero Campo - Depositario legal, colaborador y esposo de la escritora.



Josefa Rosalía Luque Álvarez

2
JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ
Biografía

Nació en la ciudad de Villa del Rosario, provincia de Córdoba, República Argentina, el día 18 de marzo del año 1893. Siendo sus padres Don Rafael Eugenio Luque y doña Dorotea Álvarez. Educada en el Colegio de las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Córdoba.

Radicada desde el año 1932, en una isla del delta bonaerense en la localidad de Tigre, fundó la escuela “Fraternidad Cristiana Universal” en el año 1938. Siendo sus fundamentos: el cultivo interior por el “conocimiento de sí mismo”, y la unión íntima con la Divinidad por la meditación conjuntamente con el buen pensar, sentir y obrar.

Siendo la tetralogía de la Obra, las bases del conocimiento espiritual, moral y ético.

Escritora de pluma ágil, con alas de cóndor, remontó los planos terrestres hasta posarse en la morada de los elegidos por la Eterna Ley para descorrer los velos del Archivo de la Luz, donde está grabada con calcos a fuego la evolución de cada partícula de chispa divina emanada del Gran Todo Universal.

¿Qué vio su mente iluminada? ¡Formidable Apocalipsis presenció al descorrer un Arcángel, ante ella, el velo de desposada de la Maga Invisible de los Cielos, y dejar al descubierto las glorias, triunfos, luchas, abnegaciones, sufrimientos y esplendores de la muerte de los amantes del Amor y la Justicia por un Ideal de liberación humana!

¿Qué más? Las vidas de los misioneros divinos que limpiando de malezas los campos, abrían surcos para la siembra del Amor Fraternal en las almas que serían las encargadas de hacerla fructificar el ciento por uno.

¿Y por último? Las vidas mesiánicas de un Arcángel del Séptimo Cielo de los Amadores, que dejando su morada de paz y amor, descendía a los planos terrestres para mezclarse con las pequeñas almas inconscientes de su destino, y también para que de su mano, de su manto, nos prendiéramos los que queríamos dejar de ser almas que se revuelcan entre el lodo de las propias pasiones, de los deseos insatisfechos, de los egoísmos que fueron formando lacras y manchando la vestidura que cubre a la Esencia Divina.

¡Todo eso! ¡Mucho más! Vio en ese espejo brillante y límpido como no hay otro y descendiendo en raudo vuelo, pero con hondo dolor, traspasó al papel todo lo que su mente vio y su corazón sintió.

A ti, lector amigo, se te ofrece con todo amor, lo que su amor creó a través de más de treinta años de escritura: “Orígenes de la Civilización Adámica”, “Moisés”, “Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras”, “Llave de Oro - Siete Portales”.

Pequeñas joyas espirituales: “El Huerto Escondido”, “Paráfrasis de la Imitación de Cristo”, “Lirios de la Tarde”, “Cinerarias”.

En la lectura de sus manuscritos, iniciado aproximadamente el año mil novecientos treinta y dos y finalizados en el mes de Junio del año mil novecientos sesenta y cinco, te pido lo hagas con la sinceridad del que busca la Verdad, la Luz y el Amor.

Si al término de ella tu corazón encontró lo que ansiaba eleva una plegaria al Altísimo de eterno agradecimiento, y a ella la siempreviva de tu amor reflejado a tus semejantes.

Así daremos cumplimiento en nosotros mismos al Ideal de nuestro Divino Guía e Instructor: Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

La transcriptor de los Archivos de la Luz dejó su morada terrestre el día 31 de julio del año 1965.

Hugo Jorge Ontivero Campo

3 PORTADA

¿Para quiénes ha sido escrito este libro?

Para los buscadores sinceros de la Verdad.

Para los que no tienen más religión que la Justicia, la Verdad y el Bien.

Y finalmente para los que conociendo la grandeza y eternidad del espíritu humano, buscan su felicidad cultivándolo hasta el más alto grado de perfección que es posible sobre el plano terrestre.

Los lectores que no estén circunscriptos en esta órbita, no sólo no lo comprenderán sino que su lectura les dejará tan vacíos como antes de haberlo abierto.

Hablo pues en esta portada con aquellos que pueden comprender y asimilar esta lectura.

En primer lugar me preguntaréis: “Si esta obra relata hechos acaecidos diez mil años atrás, o sea varios milenios antes de que la visual de la Historia recogiera y conservara los hechos de los hombres, ¿cómo los ha recogido y conservado el autor?”

Ante tal pregunta me es necesario hacer al lector esta otra interrogación:

¿Habéis estudiado las obras de ese gran explorador celeste de los tiempos modernos, de Camille Flammarion, llamado el poeta de los cielos, o de otro de esos incansables viajeros estelares que han hecho de los espacios infinitos el campo de acción de todas sus actividades científicas?

Si les habéis leído, sabréis que la Luz es el gran archivo del Universo y que colocado el observador en el punto marcado por las leyes astrales y etéreas, se produce el hecho, perfectamente natural y lógico, de que siguiendo los rayos de luz emitidos sobre la Tierra, en cualquier época por remota que ella sea, presenciará clara y nítidamente los hechos ocurridos.

Otro punto que acaso resulte algo dificultoso para los análisis de algún lector, son las manifestaciones extraterrestres o supranormales, que abundan en este libro, y también preguntará:

¿Por qué en aquella época se producían tales hechos con relativa facilidad y hoy no se producen sino rarísima vez?

En primer término partamos de la base de que soy enemigo declarado del milagro, como se llama comúnmente a los hechos que no se pueden explicar por las leyes físicas conocidas en la actualidad; y soy enemigo,

sencillamente, porque la palabra milagro ha denotado siempre la anulación o destrucción de las leyes inmutables del Universo, lo cual está plenamente fuera de la verdad, como por ejemplo que un ser muerto vuelva a la vida, que las aguas de un mar se abran como dos murallas para dejar un ancho camino seco, y esto por la palabra de un hombre y para el tiempo que ese hombre lo quiera.

Esto es sencillamente del dominio de la fábula sólo aceptada por mentalidades demasiado estrechas, que sin razonamiento de ninguna especie se dejan conducir por los dirigentes de las religiones que medran con la ignorancia de las muchedumbres inconscientes.

Quien lea esta obra, de seguro no encontrará tales maravillas, pero sí muchos hechos que la ciencia positiva y materialista niega porque no lo sabe explicar por medio de las leyes que hoy por hoy le son conocidas.

La fuerza eléctrica y la fuerza magnética han dado al mundo sorpresas admirables en el último siglo. La fuerza mental o sea la del pensamiento humano las daría mayores, si la humanidad terrestre se dedicara a cultivarla, como la han cultivado diversas instituciones científicas y filantrópicas de la más remota antigüedad, y hasta en países y continentes ya desaparecidos y de los cuales recién hoy en día, empiezan a encontrarse rastros muy vagos y confusos.

Pues a esta fuerza mental potentísima, cuyas leyes están sólo conocidas por un reducido número de cultores, se deben casi todos los fenómenos o hechos supranormales que aparecen en esta obra. El lector podrá preguntar: ¿Por qué es reducido el número de los cultivadores de esa gran fuerza que tanto bien podría hacer a la humanidad? Es reducido, en primer lugar, porque para desarrollarla es necesaria la depuración del alma, en forma de que haya llegado al dominio de todas las bajas pasiones propias de esta atrasada humanidad.

Y ¿cuántos son los hombres que buscan y quieren eliminar las bajezas de su yo inferior?

¿Cuántos son los que quieren refrenar su materia y dejar volar a su espíritu?

Y siendo como es, tan escasa la evolución espiritual y moral de la humanidad terrestre, es justicia de la Ley Eterna de armonía y equilibrio universal, que en medio de estas humanidades tan nuevas, el desarrollo de la fuerza mental se mantenga sólo como patrimonio de las pocas agrupaciones de seres, cuya evolución les pone en condiciones de hacer de ellas el uso debido.

Las fuerzas mentales al alcance de todos los ambiciosos, los egoístas y los malvados, es peor mal para esta humanidad que todos los medios de destrucción, que las pasiones humanas ponen en juego en favor de sus mezquinos y viles intereses.

Creo con esto dejar satisfecho al lector, respecto de las manifestaciones extraterrestres, que se realizaban en medio de los Kobdas de la época prehistórica, a que se refiere este libro.

Los dominios de la mente humana son tan amplios como los espacios infinitos, y el hombre sumergido en la espesa bruma de sus bajezas, cercanas aún a la animalidad, no es apto para comprender y menos para producir hechos que requieren como base indispensable una pureza de vida, y una elevación de pensamientos y de deseos que puedan formar un campo de acción perfectamente equilibrado y armónico.

Y si hasta la más insignificante maquinaria está sujeta a leyes para producir aquello a que fue destinada, ¡cuánto más lo estará ese principio inteligente que es luz y vida en cada ser y que hace de él, una chispa, una parte, un reflejo de la Eterna Energía creadora y conservadora de mundos en la amplitud inconmensurable del Universo!

Lector que buscas sinceramente la Verdad; lector que no tienes ni quieres más religión que el Bien, la Verdad y la Justicia; lector que quieres descubrir el secreto de la paz y la felicidad humana en esta tierra que habitas, medita bien las reflexiones que te presento en la portada de este libro y entra sin temor en los senderitos iluminados por el sol del amor fraterno, que hará iguales y felices a todos los hombres cuando hayan comprendido y practicado la palabra del Gran Maestro, Guía de este planeta: “Amaos los unos a los otros como el Padre os ama a todos por igual, porque esa es toda la ley”.

“Aquí florece la Esperanza y el Amor”
“Aquí mueren los odios y el rencor”

4 LOS PRÓFUGOS

Las hermosas regiones del sudeste de Atlántida fueron sacudidas por un espantoso cataclismo, en que terremotos y maremotos simultáneos, ocasionaron el desbordamiento de las aguas del mar, y numerosas poblaciones emigraron hacia territorios que no habían sido alcanzados por la inundación. (*Esta fue la tercera vez que los mares se desbordaron sobre el continente).

Fue en esta circunstancia que Nohepastro, cuyo reino se encontraba en el norte de Atlántida frente a las columnas de Hércules, (*Gibraltar), recibió de sus augures el anuncio de que también su dominio estaba amenazado, por lo cual dispuso la construcción de un palacio flotante para asegurar su vida y la de los suyos durante largo tiempo.

Sus grandes ciudades de piedra resistirían largos años la invasión de las olas, según su creencia, y si éstas no cedían a los hombres su presa, él buscaría de conquistar nuevas tierras en los países costaneros del Mar Grande. (*El Mediterráneo fue llamado así en la antigüedad).

El anciano rey tenía un oculto dolor en su corazón: había perdido su compañera la reina Iba, sin que le dejase un heredero varón, lo cual en su dinastía, era presagio de ruina inminente. Sólo le quedó una hija, Sophía, hermosa como una alborada que acabó por formar todo el culto, todo el amor, toda la adoración de su padre.

Espíritu de cierta evolución y rebelde a imposiciones arbitrarias, no puso cadenas a su corazón cuando el amor la llamó, sin pensar en su real estirpe se enamoró apasionadamente de un jefe guerrero, acaso el más apuesto y hermoso de los que formaban la escolta de su propio palacio.

El rey lo supo y la encerró en la antecámara de su habitación particular, cuando se convenció de que ningún razonamiento haría olvidar a su hija aquel inconsulto amor. Y al amante y amado Joheván, lo desterró de su lado y lo destinó a la labranza de los campos.

Mas, ya lo ha cantado el poeta:

*“La ausencia es aire
Que apaga el fuego chico
Y aviva el grande”.*

Y el amor de Joheván y de Sophía, se agigantó con la separación y ambos se prometieron vencer o morir.

Cuando el soberano ordenó el embarque, Sophía fue su primera preocupación y juntamente con ella toda la servidumbre y guardias de palacio, augures y sacerdotes.

En embarcaciones más pequeñas y como magnífica escolta al palacio flotante, embarcaron también varios miles de guerreros con sus familias y servidumbre.

En una pequeña embarcación y en calidad de guardián de los animales destinados al consumo, embarcó disfrazado el amante Joheván para seguir, aunque de lejos, a su bien amada, a la cual veía todos los días cuando ella asomaba a los balcones de su nave palacio.

Él levantaba por tres veces su cayado de guardián de bestias, en cuyo extremo flotaba una banderilla blanca. Cada vez que ella subía a la cubierta miraba hacia la barca jaula, donde sabía que por su amor estaba relegado Joheván.

Así pasaron seis meses hasta que arribaron a las costas de Ática, ocupadas entonces por colonias de Keftos que atravesando el Mar Egeo, habían buscado allí tranquilidad y fortuna, perdidas ambas en las continuas luchas que les promovían los gomerianos y zoharitas del continente.

Nohepastro estaba decidido a posesionarse de estos territorios, de buen grado o por la fuerza, y así anunció su visita de cortesía a los jefes de la región, los cuales asombrados de la magnificencia de la flota marítima que acompañaba al soberano, le recibieron con todos los honores que se merecía.

A uno de estos príncipes áticos le interesó sobremanera la blanca y rubia Sophía que semejaba “una dorada espiga de ultramar” y el viejo Nohepastro vio con satisfacción esta simpatía, por cuanto le evitaba toda lucha para adueñarse de aquellas colonias y transformarlas en sus nuevos dominios.

Pocos días después ya estaba concertada la boda entre el soberano Atlante y el Jefe Ático, sin que la dorada espiga tuviera noticia de quién iba a ser su segador. Cuando su padre le participó que había convenido los esponsales de ella con el más joven de aquellos príncipes, Sophía palideció intensamente y estuvo a punto de caer exánime a los pies de su padre, pero el amor le dio aún fuerzas para dominarse e inclinarse casi hasta el suelo según la costumbre, para demostrar sumisión a las órdenes del rey.

Tenía ella una esclava de toda su confianza llamada Milcha, casada ocultamente y con la protección de Sophía, con uno de los guardias del palacio. Milcha era pues la única confidente de la princesita, angustiada por la cruel y dura resolución de su padre. La infausta noticia fue transmitida por la esclava a su marido y por éste al desventurado Joheván, que estuvo a punto de cortarse la garganta con la misma hacha con que sacrificaban a las bestias.

Mas, la princesita había dicho al guardia, esposo de Milcha, que buscaran entre ambos el medio de escapar, porque ella prefería la muerte a ser la esposa del príncipe Ático, cuya pequeña estatura y moreno semblante le inspiraba invencible repugnancia.

A altas horas de una noche lluviosa y oscura, la princesa y su esclava, Joheván y el guardia, desprendieron uno de los barcos pequeños que había amarrados a la gran nave, destinados a desembarco en pequeños fondeaderos, lo cargaron de ropa y provisiones y huyeron hacia alta mar, llegando a la isla Cretasia donde descansaron unos días, perdidos entre las inmensas grutas naturales de la isla. Pero no creyéndose seguros por estar algo cercanos a la costa y antes de ser vistos por los habitantes de la isla, huyeron nuevamente a favor de la oscuridad de la noche y descansaron en otra pequeña isla del Archipiélago, la que por su erizada costa hacía casi inaccesible la subida. (*Una isla pequeña vecina a la Rodas actual).

Pero “como el amor es más fuerte que la muerte”, los dos hombres y la esclava tuvieron el ingenio y la fuerza suficiente para esconder la embarcación en una profunda bahía de la costa y cubrirla de ramas de árboles, en forma que aún pasando muy cerca de ella, era imposible encontrarla.

Sophía fue la primera en iniciar el orden de la nueva vida que las circunstancias les imponían y dijo a sus compañeros:

–Desde hoy dejo de ser la hija del divino y sagrado Nohepastro, para convertirme en la esposa de Joheván, hermana de Milcha y de Aldis. Terminaron para nosotros las diferencias de estirpe, de raza y de posición, y no queda más que la íntima comprensión de la amistad verdadera y de la eterna igualdad del amor.

Y así diciendo, se acercó a Joheván y posó la frente sobre el pecho del guerrero, que era la más solemne manifestación de que se daba por compañera y esposa para toda la vida. Joheván entonces extendió los brazos y formó con ellos un anillo alrededor del cuerpo de Sophía, símbolo de que su amor y su fuerza envolvían a la joven esposa.

Milcha y Aldis, con sus diestras levantadas habían formado ante ellos el signo crucífero, (*la cruz fue un símbolo sagrado desde los más remotos tiempos prehistóricos, según lo prueban los hallazgos hechos en excavaciones en diversas regiones). Emblema de la bendición de Dios sobre el amor que unía a los jóvenes desposados. Tal era la ceremonia habitual en los desposorios, sólo que el signo de la cruz lo hacían los padres de los contrayentes o los parientes más cercanos en ausencia de aquellos.

–Los rayos del sol son eternos –dijeron con solemne acento Aldis y Milcha, siguiendo el ritual religioso de su credo.

–Nuestro amor será como los rayos del sol –contestaron los desposados sin variar la postura.

–La noche y el día caminan eternamente el uno en pos del otro.

–Así caminaremos como la noche y el día.

–Las estrellas se miran eternamente en el mar.

–Nuestras almas se mirarán la una a la otra como las estrellas en el mar.

–El Altísimo recibe vuestros juramentos.

Al oír estas solemnes palabras, los desposados cruzan sus manos una encima de la otra y los testigos depositan un beso callado, reverente, religioso, sobre la cruz formada por las manos de los esposos. Ya están unidos para toda la vida y más allá de la vida.

Terminada la ceremonia nupcial, aquellos cuatro seres separados de todo el resto de la humanidad, pero felices con su amor, se dedicaron a reconocer su país adoptivo que era una pequeña isla montañosa con honduras profundas y vallecitos deliciosos. Hermosas grutas naturales podían ofrecerles albergue seguro para resguardarse del frío y de la lluvia.

Las aves acuáticas, los frutos silvestres y las varias especies de rumiantes que poblaban la isla, podían proporcionarles el alimento necesario, hasta que dominada la situación pudieran tomar otros rumbos hacia regiones habitadas por los hombres.

Diez meses llevaban allí, cuando Milcha dio a luz un niño varón al cual llamaron Adamú, acontecimiento que colmó de felicidad a los cuatro desterrados, que sintiendo renacer la tranquilidad habían casi olvidado la trágica huida y la temible persecución de Nohepastro.

El mismo acontecimiento se repitió tres meses después y la princesita Sophía fue madre de una hermosa niña rubia, que era como ella una dorada espiga, un reflejo de la aurora. La llamaron Evana.

Aquellos dos jóvenes padres se sintieron gigantes para alcanzar la felicidad con que debían coronar a sus esposas y a sus hijos, y empezaron a extender cada vez más lejos sus correrías por el mar, visitando las costas para hacer acopios de pieles, de animales, de frutas, y de todo lo que les era indispensable para una vida más llevadera. De algunas de las islas vecinas que habían sido abandonadas, recogieron instrumentos de labranza, utensilios y muebles, lo bastante para dar a sus naturales habitaciones de piedra, el aspecto confortable de tiendas de campaña.

No obstante pudo notarse que Sophía se resentía en su físico, por la falta de alimentación apropiada y de los cuidados necesarios; y Joheván comenzó a sentir el dolor intenso de su impotencia para proporcionar a su amada lo que ella no le pedía, pero que él sabía le era indispensable.

Y llevados de este deseo resolvieron hacer todos juntos un viaje al

continente y se embarcaron hacia la costa del Mar Grande. Encontraron población y al desembarcar los dos hombres para procurar la venta de pieles, púrpura y oro en bruto que habían traído, llegaron a una aldea al parecer de mercaderes, pero en realidad mercado de piratas que comerciaban en la venta de esclavos.

Aquellos dos esbeltos y hermosos tipos de hombres les prometían buena ganancia y por medio de engaños los internaron en sus covachas, y pocas horas después, amarrados en la bodega de un barco salían con rumbo a Neghadá, en Egipto.

Sophía y Milcha veían pasar un día y otro, y su embarcación anclada en la orilla continuaba mecida por las olas, como ellas por la esperanza de ver aparecer de un momento a otro a los esposos ausentes.

La inquietud empezaba a dominarlas, cuando Milcha observó un día que eran espiadas desde la orilla por unos hombres cuyo aspecto le causó terror. Una voz interior pareció decirle que se pusieran a salvo porque un inmenso peligro les amenazaba. Era imposible para dos débiles mujeres darse a la vela en un mar desconocido y además temían ser perseguidas. Entonces, expuso a la princesita sus temores y de común acuerdo dejaron en el cajón secreto de un armario del barco, donde solían guardar objetos de valor, un grabado por el cual sus esposos pudieran buscarlas cuando volvieran. Y a favor de la oscuridad de la noche, con sus hijitos en brazos subieron a un bote de pescador de los que había anclados en la orilla, con el solo fin de que si durante la noche entraban los piratas a su barco, no las encontrasen. Pero un fuerte viento se desencadenó antes de la media noche y la barquita fue sacudida tan fuertemente que rompió la amarra y una hora después flotaba como una cáscara de nuez juguete de las olas.

No hay palabras para describir el terror de Sophía ni el valor sereno de Milcha.

– ¡Joheván!... ¡Joheván!... –clamaba la princesita–, imírame como se miran las estrellas en el mar! ¡Nuestro amor es eterno como los rayos del sol! ¡Joheván!..., isomos la noche y el día, y yo debo ir en pos de ti! –Y se desvaneció en un largo sollozo. Los pequeñitos lloraban envueltos juntos en una manta de piel. Y Milcha la esclava, abrazada a su ama se envolvía con ella en una gruesa cuerda, restos de la amarra que el viento había roto, para evitar que una sacudida de las olas las arrojara al mar.

Cuando el sol del siguiente día se levantó en el horizonte, la tempestad había calmado y la barquilla estaba besando suavemente la costa verde y montañosa de la Mesopotamia o País de Ethea, como en aquélla época se denominaba a lo que siglos posteriores se llamó Fenicia.

La valiente Milcha a quien la desesperación había redoblado las energías, amarró la barca a la orilla y ayudó a bajar a su ama y a los niños.

Sophía como un fantasma de lo que había sido, no podía tenerse en pié, como si su fortaleza y su energía hubieran desaparecido juntamente con su amor. Temiéndolo todo de todos y no esperando nada de nadie, no trataron de encontrar lugares habitados, y la primera preocupación de Milcha fue buscar un refugio, antes que les sorprendiera la noche.

Se conservaba aún por entonces, en esas regiones, la especie animal denominada reno o rangífero, restos sin duda de la abundancia de ellos que había siglos más atrás, cuando llegaban hasta allí los hielos del norte, época que los sabios han llamado glacial. El reno, bien se sabe, es una especie propia de los climas polares. Buscando entre la umbrosa montaña, más o menos en el sitio en que un siglo después se edificó la ciudad de Anzan, que a su vez fue sucedida en milenios posteriores por la antigua Dafne, encontró Milcha una inmensa caverna, donde vio señales evidentes de haberla habitado seres humanos. Había montones de paja en forma de lechos, trozos de piedra y de madera, dispuestos como pequeños bancos en torno de un enorme tronco labrado en forma de mesa. Sobre ella un variado surtido de utensilios enteramente rústicos, como fuentes, platos y jarros hechos de la corteza o cáscara de una hortaliza semejante a lo que llamamos calabaza; cuchillos, hachas, cucharas, pinches y punzones en madera y en sílex pulido.

Mas, su asombro no tuvo límites cuando al levantar dichos objetos, vio grabado en inscripciones que ella podía leer y sobre la rústica mesa estas palabras:

“Viajero, náufrago o perseguido por los hombres, reposa aquí tranquilamente porque yo, Gaudes, mago atlante, puse vigías sobre esta cueva para todo ser doliente y abandonado. Una familia de renos domesticados por mí, pernoctan en esta cueva, las hembras os darán su leche y os guiarán al sitio en que hay agua. Removed la corteza de árbol que veis al fondo detrás del más alto montón de heno y hallaréis abrigo y alimento. Gaudes siervo del Altísimo”.

Milcha no acertó a ver más y corrió al lugar en que había dejado a Sophía y los niños, cubiertos con las únicas mantas que habían salvado. Cargó la esclava los dos niños, y aún sostenía con su hombro a la débil princesita que perdía fuerzas por momentos.

Llegadas a la habitación que la Providencia les había deparado, Milcha corrió a remover la lámina de cortezas, especie de puerta disimulada por los musgos verdosos que crecían colgantes de los muros de la caverna. Era aquello una especie de alcoba que comunicaba a la caverna por aquella pequeña puerta, que apenas daba paso a un cuerpo humano. En el fondo de esta alcoba había un lecho formado de troncos perfectamente amarrados unos a otros, encima de unos soportes de piedra. Estaba enteramente mullido de pieles de animales salvajes, de mantas de lana

rudamente tejidas y de varias clases de ropas sencillas, pero limpias y en perfecto uso.

Milcha olvidó por un momento lo angustioso de la situación para no pensar más que en el bienestar que todo aquello proporcionaría a su ama. Corrió hacia ella, la levantó en sus brazos como a una chiquilla y la recostó en el mullido lecho del mago atlante. Levantó luego a los niños que dormían felices en su dichosa ignorancia, y procurando devolver alegría al corazón de Sophía, le decía:

– ¡Qué bien estaremos aquí hasta que Joheván y Aldis vuelvan a la barca y encuentren nuestro mensaje!

– Calla tontuela –respondía Sophía–. ¿Cómo podrán encontrarnos aquí?

Ni la una ni la otra podían darse cuenta de la distancia a que estaban del sitio en que quedó anclada su embarcación, que era más o menos en el sitio en que existió la ciudad subterránea Kurana en la comarca llamada en épocas posteriores Pamphylia, en el golfo de este nombre en la costa norte del Mediterráneo. Dicha ciudad Kurana al pié de uno de los cerros del Monte Tauro, estaba a la sazón habitada por una raza pigmea pero fortísima, codiciada por las otras razas del continente para los rudos trabajos de las minas, en todas esas comarcas montañosas en que abundaban los metales y las piedras preciosas.

La esclava tampoco esperaba encontrarse ya con su marido, pero acostumbrada al dolor, a la negación continua de sus deseos grandes o pequeños, se sentía capaz de resignarse a esta nueva inmensa amargura y luchaba por llevar al alma de la princesa esta misma resignación. El instinto de la propia conservación unido con el amor a sus pequeños hijitos, las obligó a pensar en los medios materiales de que podían disponer para conservar sus vidas.

El grabado del mago atlante sobre la rústica mesa decía que encontrarían alimentos junto con abrigo en la original alcoba que acababan de descubrir, y Milcha empezó a buscarlos. En bolsas de cuero encontró trigo, maíz y lentejas, farditos de hortalizas, albuminosas cortadas en delgadas fibras y secadas cuidadosamente, otras conservadas en aceite en esa especie de cantaritos naturales de calabazas ahuecadas, que los había en gran abundancia, escondidos entre las grietas y hendiduras de la misma gruta.

Encontraron asimismo frutas secas de palmera (*dátiles), de olivo, de higuera, cerezas y almendras conservadas en jugo de vid, leche de reno solidificada por presión y conservada entre hojas aromáticas empapadas en aceite.

Milcha continuaba su búsqueda, curiosa de descubrir toda la solicitud de aquel desconocido protector, mientras Sophía sumida en un profundo

sueño olvidaba por unas horas lo terrible de la situación. O mejor dicho, no la olvidaba sino que se entregaba a ella en otra forma activa y eficaz, toda vez que libre su espíritu trató de orientarse hacia lo que amaba, valiéndose de recursos propios y de otros que le fueron brindados.

El Mago atlante decía que puso vigías sobre la caverna, y estos Vigías eran espíritus dedicados al bien, fieles y obedientes a su pensamiento por alianzas de siglos para las causas elevadas y justas. Este ser fue Gaudes en su última vida y descendía por la sangre de una familia cuyo origen se remontaba hasta un discípulo de Antulio, el filósofo justo, y sus descendientes habían seguido la ley emanada de la Escuela Antuliana. Se había dedicado a trabajos mentales y su espíritu adquirió un magnífico desarrollo mediante ejercicios perseverantes y ordenados. Había salido de Atlántida en su juventud, perseguido por una madrastra que quiso eliminarlo del hogar en beneficio de sus propios hijos. Habitó esa caverna durante cincuenta y tres años, saliendo de ella muy pocas veces al contacto humano, del cual huía por un sentimiento de terror invencible. No obstante hacía el bien a los hombres, desde lejos y en forma ignorada, para estar libre, según él decía, de la vanidad nacida de los aplausos y de las manifestaciones de gratitud.

“Nada quiero de los encarnados, ni aún la gratitud”, tenía él grabado en una placa de corteza sobre la cabecera de su lecho en la alcoba de piedra. Había desencarnado dos meses antes, mientras marchaba a pie a Gutium, situada en el profundo golfo que algunos milenios más tarde se llamó Cilicia, en la costa oriental del Mediterráneo.

Con más de ochenta años y la actividad espiritual que desplegaba en sus períodos de sueño físico, estaba cada vez más débil y sutil el hilo fluídico que unía su espíritu a su materia; y este hilo se rompió bruscamente por el estampido de un trueno, una noche en que dormía en el interior de una gruta, antes de llegar a la ciudad. Pudo decirse de él que no quiso de los encarnados ni aún la sepultura para sus huesos, y fue la montaña misma el grandioso mausoleo que guardó sus despojos mortales.

Fácil será comprender por este relato, que él mismo era entonces el principal vigía de la caverna que albergaba a las dos abandonadas. Cuando Sophía se sumió en sueño profundo, el espíritu de Gaudes se acercó a la durmiente y ayudándola a alejarse sin miedo de su cuerpo, la llevó hacia Neghadá donde habían sido conducidos Joheván y Aldis. Y ella vio. Ambos habían sido vendidos a un grande hombre de aquel país, el cual les puso al estudio de las ciencias sagradas de la época, que era lo que después se llamó Cábala, o Magia, o Ciencia de lo Invisible, con el fin de que fueran luego miembros de una vasta Institución, consagrada al desarrollo de las elevadas facultades del espíritu y al bien de la humanidad. Aquel hombre les había dicho al comprarlos: No os quiero

esclavos serviles sino discípulos sumisos y laboriosos. Por vuestro tipo y por vuestra lengua sé que descendéis de una ramificación de los gloriosos Toltecas de Atlántida, cuyo genio y fuerza mental llevó a aquellos países a la mayor grandeza alcanzada por los humanos. Espero mucho de vosotros y porque adivino que una dolorosa tragedia os ha traído a mi lado, os digo que sin el dolor ningún hombre se hace grande, y que un día llegará en que bendeciréis el dolor de esta hora presente.

Y así diciéndoles, les introdujo en una especie de claustro severo y silencioso, con bóvedas como pequeños templos, en cada uno de los cuales había un hombre anciano o joven que dibujaban cartas geográficas los unos; otros escribían con punzones de hueso sobre láminas de pasta, diseñaban los diversos sistemas planetarios con sus órbitas concéntricas en grandes lienzos, calculaban las distancias y el tiempo y forma en que realizaban sus movimientos.

Otros sentados en anchos bancos de piedra parecían momias inmóviles y calladas. Estos no dormían sino que pensaban.

Y el amo les dijo: “Estos son los que realizan las grandes obras en beneficio de esta humanidad. Su trabajo es todo mental y en este momento hacen exploraciones metafísicas o estudios en el plano astral para enseñanza futura de los hombres”.

Les instaló a cada cual en su bóveda respectiva, donde un ancho banco de piedra cubierto de pieles les serviría de asiento y de cama, y otro banco de piedra más alto les serviría de mesa de trabajo y mesa de comer. Grandes lienzos en blanco y grandes placas de pasta suspendidas en las paredes, les indicó que ese sería en adelante su trabajo. Pero los jóvenes aquellos no podían pensar ni en exploraciones, ni en estudios, ni en grabados, cuando un inmenso dolor les absorbía todas sus facultades con una intensidad tal que les asemejaba a sonámbulos o ebrios.

¿Qué habrá sido de los cuatro abandonados? Ante este interrogante ambos se retorcían las manos y se estrujaban sus carnes como queriéndose aniquilar, y a veces se arrojaba el uno en brazos del otro y rompían a llorar como dos niños.

Tal era la situación cuando Gaudes y Sophía llegaron a Neghadá a visitar a los cautivos. Ella se arrojó sobre Joheván y lo colmó de caricias y de besos, produciendo en él un escalofrío como si abiertas de improviso las puertas hubiera entrado una fresca ráfaga de viento.

Las fuerzas mentales de Gaudes atrajeron sustancia plásmica del éter y la visión de Sophía se tornó clara para el desventurado esposo, que perdió la conciencia del mundo físico y cayó en letargo profundo. Desprendido su espíritu al igual que Sophía, se entregaron ambos a la sublime locura del amor que les había unido, prometiéndose nuevamente que ese amor sería siempre como las estrellas mirándose eternamente en el mar, como

rayo de sol que siempre vive, como la noche y el día caminando uno en pos del otro por toda la eternidad.

Y Gaudes contemplaba su obra y se deleitaba en ella con gozo casi infinito y decía llorando de felicidad: “¡Maestro Antulio!... ¡Bendito seáis por haber abierto a los hombres el camino de la dicha que se encierra en hacer bien, sin el conocimiento y sin el aplauso de los hombres!”

Cuando Sophía y Joheván despertaron a la vida física, parecían envolverles la dulce irradiación de la felicidad y del amor.

– ¡En sueños he visto a Sophía, Aldis, la he visto y hablado! –decía Joheván a su compañero, lleno de íntima satisfacción.

– ¡Durante el sueño estuve al lado de Joheván! –exclamó Sophía al despertarse y viendo a Milcha junto a su lecho.

Desde entonces no tuvo cabida la desesperación en aquellas almas, y la esperanza de volver a reunirse inundó nuevamente de luz el horizonte de su vida humana. Y los esposos favorecidos con la hermosa visión, eran incansables en detallar hasta las más pequeñas circunstancias que la rodeaban.

Joheván explicaba a Aldis, cómo era la caverna que daba abrigo a sus seres queridos; cómo vio a Milcha preparar con pieles y mantas una camita común para los dos niños.

Sophía explicaba a Milcha en qué forma había visto en sueños a sus esposos, y le transmitía la seguridad de que eran vivos y que se encontraban con salud y sin peligro.

La obra de Gaudes dio flores y frutos en abundancia, y Joheván dijo a su compañero:

–Desde hoy comienzo a grabar en esas pastas la historia de todo cuanto nos ha ocurrido y de cuanto nos ocurra en adelante. –Y lo hizo.

Y cuando siglos más tarde, los faraones levantaron esfinges y pirámides, no sólo como monumentos funerarios sino como cofres gigantescos guardadores de los secretos del hombre neolítico, recogían en las galerías y pasillos subterráneos aquellas placas en que un ser ignorado contaba sus dolores, que eran a la vez páginas de la historia de una naciente civilización. Y las copias en papiro se multiplicaron entre los Cabalistas y los Augures, antes de que las placas originales entraran al recinto sagrado del silencio y de las sombras de donde jamás habían de salir.

–Me ha venido la idea de grabar con este punzón en trozos de corteza, todo cuanto nos ha ocurrido desde que salimos de nuestro país. Parece que un día, después de muerta yo, vendrá Joheván por estas tierras y quiero que encuentre aquí la prueba de que mi amor por él, fue como rayo de sol que nunca muere y como las estrellas mirándose eternamente en el mar. –Y así lo hizo Sophía.

Y un siglo después, Anzan, discípulo de Abel, que levantó su tienda a

trescientos codos de la caverna encontró y recogió aquellas jeroglíficas leyendas estampadas en las cortezas de los árboles o en la arcillosa corteza de la caverna, que junto con las de Joheván y en distintos países, dieron origen con variaciones múltiples, más o menos desfiguradas por la incomprensión o por el fanatismo, a la fantástica leyenda que conocemos de los comienzos de la Civilización Adámica.

Toda la transformación del estado espiritual de Sophía y Joheván, fue el fruto del trabajo mental realizado por ellos mismos y por Gaudes, durante las horas que mediaron desde el amanecer de las dos mujeres en aquella tierra desconocida y la llegada de la tarde, tarde de otoño, suave y sonrosada, plena de aromas de frutas maduras y espigas en sazón.

–Milcha, tengo frío y no hay aquí fuego ni vino caliente –decía la princesita tratando en vano de dominar los escalofríos que la estremecían. La esclava por toda respuesta sacó pieles y mantas de la alcoba y envolvió a Sophía tanto como le fue posible, y después se sentó a sus pies para darle más calor con su cuerpo.

En ese momento una sombra oscureció la luz de la entrada a la gruta y las dos mujeres asustadas se apretaron más la una a la otra.

Era un hermoso reno hembra que las miraba con sus grandes ojos inteligentes y dulces, casi tanto como los de un ser humano que asombrado interrogara.

Gaudes, el hombre de las obras sin aplausos y sin recompensa, vigilaba los huéspedes de su caverna porque los guías superiores de la evolución humana, le habían hecho comprender que aquellos cuatro seres relegados allí por forzadas circunstancias, representaban el primer compás de una nueva y magnífica sinfonía del progreso humano. El Mago envolvió con su efluvio a las mujeres y fluídicamente acarició al animal, que convencida por esto de que su amo estaba allí, se acercó mansamente y lamió las manos de Milcha, que se habían tendido hacia ella como para estorbarle que se acercase a Sophía.

Después la reno tomó con los dientes la manga del vestido de la esclava y tiraba suavemente de ella como si quisiera llevarla hacia un sitio determinado. Comprendiendo por la intuición que Gaudes ponía en ella, se dejó llevar hasta que la reno levantó con la boca uno de los cántaros de calabaza y salió de la caverna.

Milcha la siguió hasta que llegando a pocos pasos de la cueva, a un sitio donde la vegetación crecía de un modo maravilloso, la reno con repetidos y fuertes golpes de sus patas delanteras, apartó un trozo de madera sin labrar, y la esclava asombrada vio el claro espejo de una fuente de agua cristalina, formada sin duda por internas filtraciones de la montaña. Llenó el cántaro y ambas volvieron a la caverna, donde los motivos de asombro y emoción continuaban de momento en momento.

Apenas habían llegado, la reno tomó con la boca otro recipiente más pequeño y lo llevó a Milcha que lo recibió sin saber lo que debía hacer con él.

El noble animal se le acercaba cada vez más lamiéndole la mano, hasta que por fin doblándose cuanto pudo sobre sí misma, hizo llegar la mano a la ubre haciéndole comprender que debía ordeñarla.

Sophía y Milcha se miraron con los ojos llenos de asombro y de emoción, y la princesita saltó de entre sus pieles y sus mantas, y abrazando el cuello de la reno le decía:

–Después de Joheván y de Milcha, nadie es más bueno que tú. ¡Desde ahora te llamaré Madina porque eres madre de madres!

Cuando Milcha terminó de ordeñarla, juzgaron que el animal se alejaría, pero no fue así.

Vieron con creciente asombro que fue hacia uno de los montones de paja que allí había y tomó un manojo de ellas, para ir a depositarlo sobre una piedra achatada que había en el centro de la caverna. Dicha piedra tenía incrustado en uno de sus bordes un pequeño trozo cúbico de otra piedra de color y calidad diferente.

La reno empezó a dar golpes con una de sus pezuñas delanteras sobre el cubo incrustado en la piedra del hogar. Aquellos golpes resonaban como martillazos, de los cuales no tardaron en salir chispas de fuego que encendieron la paja. Entonces se dieron cuenta de que la pezuña de Madina tenía una pequeña plancha de hierro en su parte inferior, que al chocar con el cubo de sílex, producía las luminosas chispas que inundarían de claridad y de calor la extraña vivienda.

Hecho esto, el animal se echó a los pies de Sophía, y se quedó quieta y tranquila como una sierva que ha terminado su tarea diaria.

El espíritu de Gaudes continuaba gozando de sus obras de amor callado y silencioso sin el aplauso y sin la gratitud de los hombres. Y como él había escrito en aquel grabado sobre la mesa rústica: “... una familia de renos domesticados por mí, pernoctan en esta cueva...”, aquella familia empezó a llegar juntamente con la caída de la tarde, y Milcha y Sophía entre el miedo y el asombro, vieron entrar diez hermosos animales entre grandes y pequeños, que tranquilamente fueron a echarse entre los montones de paja que había en todos los rincones de la caverna. Entonces las dos mujeres vieron que aquella que primero llegó y que demostraba ser la más inteligente y mejor domesticada, se levantó nuevamente y tomó con los dientes de un hueco inadvertido, una especie de puerta, fabricada con troncos de fresno unidos unos con otros por medio de fibra vegetal, y cubrió la entrada.

Tomó de nuevo hierbas y ramas secas, las arrojó en la pequeña hoguera y fue a echarse tranquilamente en medio de su familia reunida ya en el hogar.

Las dos mujeres se abrazaron llorando mientras se levantaba de sus almas un himno de gratitud y alabanza a la Eterna Providencia de Dios, que de tan extraordinaria manera velaba por ellas.

– ¡Mago, sacerdote o santo, quienquiera que seas Gaudes, dos mujeres abandonadas te bendicen en esta hora!

El espíritu evocado en esta exclamación de Sophía, allí presente como un vigía del Ser Supremo junto a sus criaturas, sintió la onda suave y acariciadora de aquella bendición, y envolviendo con su aura a las dos mujeres, hasta que el sueño físico las puso en condiciones de desprenderse de la materia, las ayudó a elevarse a los planos etéreos, donde cantan y viven el amor los que de verdad lo sienten y donde podían encontrarse con sus amados cautivos que ya las esperaban, conducidos también por aquel ser de las grandes obras invisibles sin recompensa y sin aplausos.

5

LOS CAMINOS DE DIOS

Paréceme sentir aquí, la pregunta que hacen los lectores de este relato:

¿Por qué el espíritu de Gaudes que tan solícito estaba de causar la felicidad de aquellos seres, no les impulsaba a buscar reunirse nuevamente en la vida física? ¿Por qué no les ayudaba a realizar esta unión?

Retrocedamos siglos atrás.

Cuando la magna y grandiosa civilización Tolteca degeneró hasta el envilecimiento más degradante y brutal, las grandes Inteligencias Auxiliares del Mesías de la Tierra, utilizaron las fuerzas dinámicas que operan en la desintegración de globos en decrepitud, para producir corrientes astrales y atmosféricas que afectando mayormente al continente Atlante, lo hundieron en un tercio bajo las aguas con gran parte de la inicua y malvada humanidad que lo habitaba. La terrible catástrofe despertó a la mayoría de los sobrevivientes que se congregaron en torno de una dinastía real, que apartada hacia el Norte del Continente por una cadena de montañas, habían contribuido para que aquellos monarcas y sus pueblos mantuvieran más vivos los principios de justicia y equidad, que hicieron la grandeza de los Toltecas en sus épocas de gloria y esplendor. En un vástago de dicha dinastía encarnó el Mesías de la humanidad, y fue Anfión El Rey Santo, como le llamaron, quien encendió de nuevo el fuego sagrado del amor próximo a extinguirse sobre la tierra.

También en los países costaneros del Mar Grande y en la cuenca del Ponto, la vigorosa civilización Sumeriana terminaba su cometido, siendo

reemplazada por ramificaciones atrasadas y muy primitivas de las razas lemuriasanas que antes habían dominado el Sudeste Asiático.

La grandiosa *irradiación* del Espíritu de Luz se extendió nuevamente hacia distintas regiones del planeta, en forma de resurgimientos ideológicos, principios de equidad y resplandores de libertad, de igualdad y de fraternidad humana, que brotaban como plantas exóticas regadas y fecundadas con sangre de miles de mártires.

¡La inmolación y el sacrificio sellaron siempre las grandes causas justas y nobles, sustentadas por las minorías idealistas frente a frente de la turbamulta inconsciente y aletargada!

Cuatro milenios después, la ola de la perversidad humana lo cubría todo, y de la hermosa y pura civilización Anfiona, no quedaban ya sino vestigios en una ciudad de las menos populosas de aquel continente, ya desaparecido en dos terceras partes. Y allí bajó otra vez el Mesías, el divino ruiseñor del Amor Eterno; y Antulio el Filósofo, encendió otra vez el fuego sagrado que la ignorancia y atraso de los hombres luchaba por apagar.

Y cuando una misma catástrofe tres veces repetida borró de la faz de la tierra todo aquel continente; (*Las grandes islas del Atlántico a la altura tropical son las más altas cimas de las montañas atlantes que quedaron sobresaliendo de las aguas), otras nuevas civilizaciones ya de siglos elaboradas en otros continentes, esperaban el soplo vivificador de las grandes Inteligencias trasmisoras de la Luz Divina y del Amor Infinito; y para que ese Amor llegara a la tierra hecho carne, era indispensable preparar el camino en forma de no malograr el heroico sacrificio. Las Inteligencias auxiliares del Gran Enviado debían ocuparse en escoger, no sólo el país y el sitio en que había de nacer, sino también la raza, la familia, los seres que le habían de dar su carne y su sangre, juntamente con un ambiente de amplísima libertad para fundar de nuevo su Escuela de perfección humana.

El cimiento de esta nueva Escuela, serían Adamú y Evana; una princesa destronada y un esclavo libre, hermoso símbolo de la igualdad humana por encima de las clases sociales, que nada significan por sí mismas, sino por la evolución y progreso que han alcanzado.

Y para que Adamú y Evana, fueran raíces de un nuevo árbol de la civilización también nueva, que el Mesías traía otra vez a la tierra, era necesario que salieran ellos al escenario de la vida en las condiciones en que salieron, apartados de las viciadas costumbres de sociedades viejas carcomidas por todas las corrupciones.

Todo esto lo sabía Gaudes. ¿Qué importaba pues el sacrificio de pocos años de vida terrena de esos esposos separados en la vida física, en aras del deber común como miembros de una vasta alianza de espíritus auxiliares de la empresa Mesíasica?

Además, ellos mismos habían aceptado como una misión de honor y de gloria, el servir de instrumentos materiales para tal grandioso designio. La pregunta del lector está contestada. Continúo pues el relato interrumpido.

Poco a poco fue normalizándose la vida en la caverna, bajo la tutela invisible de Gaudes, y la vida en el viejo Santuario Kopto o Kobda de Neghadá, bajo la tutela visible de Sisedón, especie de guardián en la Casa de Numú, Dios-pastor de los antiguos Koptos.

Cuando llevaban ya cuarenta días de esta vida, Joheván y Aldis fueron llamados a la Morada de la Sombra, que era un amplio recinto de tranquilo y silencioso ambiente, pero sumida en una semioscuridad o penumbra, y a veces en profundas tinieblas, en forma que el que entraba no sabía si estaba allí solo o en medio de otras personas.

Cada uno tuvo que responder separadamente a un interrogatorio formulado por Sisedón, el Pharaohome de aquella vasta institución especie de sociedad científica y comunidad religiosa.

– ¡Sombra viviente!... Numú te ha llamado a esta casa porque te ama.

Por la voz, comprendió Joheván que el que le hablaba era el hombre que lo había comprado a los piratas y que les recibió el día de su llegada a tan extraño lugar.

–Cuarenta días de habitar la Casa de Numú –continuó la misma voz–, que lleva consigo las almas durante el sueño para embriagarlas del elixir de amor y de vida que él extrae del Alma Madre del Universo, deben haberte dado la calma y la tranquilidad. Arrancado de improviso a tus afectos humanos, has sentido a la desesperación clavar sus garras en tu carne. Mas, para que veas el amor y la justicia de Numú, acércate hacia mí, hijo mío, y que yo ponga mi mano en tu frente.

Joheván se acercó hasta sentir la mano de Sisedón, tibia y suave apoyada en su frente. Una dulce pesadez le obligó a cerrar los ojos, una luz le deslumbró luego, y a favor de esa luz que parecía bajar de la techumbre abovedada, vio en la pared delantera un paisaje de montaña y reconoció la isla en que nació su hijita Evana; luego vio a Milcha recogiendo frutas silvestres, vio a Aldis desplumando un ave para alimentarse; luego vio a Sophía, débil, pálida y enfermiza, como estaba cuando decidieron emprender el viaje buscando su curación.

Luego vio el momento de desembarcar en la aldea de los piratas, su traición y su embarque para Neghadá. El corazón le saltaba del pecho y un terror de agonía se iba apoderando de él. Le habían prevenido que debía ser como un hombre de piedra en la Morada de la Sombra, y Joheván hacía esfuerzos supremos para dominarse.

Luego vio en aquel escenario astral y fluídico, que Sophía y Milcha

cargadas con los niños dejaron la embarcación, que buscaron refugio en las montañas rocosas de la orilla, que la marea empezó a subir con gran empuje al ocultarse la luna, y temiendo morir ahogadas, se refugiaron en una barca de larga amarra dispuesta para pescar, pero que el oleaje en su flujo y reflujó acercaba y retiraba de la costa. Un sudor frío invadió el cuerpo de Joheván y sintió que la otra mano del Pharahome se posaba en su corazón y después en su plexo solar para reanimarlo. El joven se serenó de nuevo y continuó mirando.

Vio que el viento agitó las olas, que la amarra se rompió y la barca empezó a saltar como una liebre perseguida por los galgos en un tragal azotado por el huracán. ¡Terrible momento para Joheván hasta que vio serenarse el mar, y a la barca náufraga besar la costa umbrosa del país de Ethea y a las dos mujeres con sus hijitos en la caverna, con el fuego llameante, a Sophía recostada entre pieles en la alcoba de la caverna con los niños dormidos sobre sus rodillas, mientras Milcha le servía vino caliente y frutas secas! Vio más aún: a la reno Madina junto a ellas y que Milcha la ordeñaba y bebían su leche espumosa y calentita, ellas y los niños.

Un sollozo comprimido se escapó débilmente del pecho de Joheván y dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos y fueron a humedecer la mano del Pharahome, apoyada todavía en su plexo solar para reanimarlo. Y oyó de nuevo su voz que decía:

–Numú te permite ver lo que él ha realizado por ti y por aquellos que amas.

“Ahora verás lo que hubiera ocurrido por lógica consecuencia de los hechos, si Numú no hubiese cuidado tanto de ti y de los tuyos. Mira nuevamente.

La visión plásmica continuaba diseñándose como bajo la creación mágica de un pincel encantado. Vio en el momento de su desembarco en la aldea de los piratas salir el caudillo que los tomó prisioneros a todos juntos, que prendado de la delicada belleza de Sophía, la tomó brutalmente y la ultrajó en su misma presencia como un hombre-bestia dominado por la lujuria; que con Milcha hizo lo mismo; y que tomando a los niños por los pies los estrelló contra las rocas de la orilla. Y después entregaba a las dos mujeres a la lubricidad de sus bárbaros esbirros, mientras él y Aldis encadenados contemplaban el espantoso sacrificio de sus esposas. La visión desapareció y la oscuridad más completa reinó de nuevo en aquel misterioso recinto.

– ¿Has comprendido el amor de Numú? –preguntó la dulce voz del Pharahome.

– ¡Sí, Pharahome, he comprendido! –contestó la voz nerviosa de Joheván ahogado por la emoción.

– ¿Le amas y le bendices?

– Sí, Pharaohome, le amo y le bendigo desde el fondo de mi corazón...

– ¿Te resignas ahora a tu nueva vida?

Un hondo silencio, un sollozo, unas rodillas que chocan sobre las losas del pavimento y una voz dolorida y temblorosa que dice, como un eco repetido bajo aquellas bóvedas inundadas de sombras:

– ¡Pharaohome!... ¡Si tienes corazón y eres un hombre como yo..., devuélveme a mi esposa y a mi hija!

Sintió que su cuerpo parecía subir en una serena y suave ascensión, una luz de amanecer le inundó y vio a Sophía con su hijita en brazos que entregándosela, le decía: *“Acudimos a tu llamado, Joheván, porque nuestro amor es como los rayos del sol que no mueren y como las estrellas que se miran eternamente en el mar. No sufras más y espérame que pronto nos reuniremos para no separarnos jamás”*. Y el joven se despertó.

Cuando volvió al mundo físico se encontró con la cabeza apoyada sobre las rodillas del Pharaohome, entre cuyas manos estaban las suyas heladas y temblorosas.

– ¿Cómo te llamas sombra viviente? –preguntó la misma voz que le hablara desde el principio.

– Joheván, hijo de Suadín, del país de Otlana –contestó el joven.

Un gemido doloroso como una queja de moribundo resonó en un rincón de aquella vasta sala, un cuerpo pareció caer en las tinieblas, y algo como remembranza de tragedia lejana flotó por aquel ambiente de silencioso recogimiento.

Joheván fue conducido a su bóveda particular al mismo tiempo que Aldis salía de la suya para verificar igual ceremonia que la realizada por su compañero, si bien no tuvo tan fuerte irradiación emotiva debido a que Aldis era menos sensible y menos intenso en sus afectos.

Apenas Joheván se vio solo en su recinto privado, se arrojó sobre su lecho y rompió a llorar a grandes sollozos. Se sentía enloquecer ante todo el misterio que le envolvía.

Su vida de guerrero acostumbrado al éxito, al triunfo y a la gloria no le había dado tiempo para preocuparse de asuntos suprafísicos, entre los cuales se veía ahora sumergido a tal punto, que llegaba a dudar si era hombre vivo en la materia o si había pasado al reino de las almas errantes.

Por dos veces en los cuarenta días que llevaba en la Casa de Numú había visto a Sophía y había oído su voz. Había vuelto a vivir la espantosa tragedia de la aldea de los piratas. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Estaba loco, acaso?

Un rayo de luna amarillenta en su menguante, llegó hasta su lecho

por entre una ojiva que se habría en el muro sobre la puerta de entrada. Tuvo la idea de asomarse, acaso para interrogar a la noche, a la luna, al paisaje silencioso alumbrado por ella, a todo cuanto le rodeaba y vio con asombro delante de su puerta, de pie como una estatua de mármol, un hombre vestido como Sisedón el Pharaoh, pero más alto que él, tanto que le pareció casi un gigante.

Iba a preguntarle qué hacía en aquel lugar, cuando recordó la inscripción que tenía grabada en uno de los muros de su habitación: “En la Casa de Numú nada preguntes para que todo lo sepas”.

El hombre como estatua de mármol, dejó oír su voz suave y armoniosa en el idioma atlante hablado por el joven:

–Joheván, hijo de Suadín del país de Otlana, ¿quieres oírme?

El joven abrió su puerta y el Anciano le estrechó en sus brazos entre sollozos contenidos y desgarradores.

–Pero, ¿no me habláis? Harto estoy ya de silencio y de misterio –observó Joheván.

Mas, era visible la honda emoción de aquel hombre, cuyos labios parecían no poder articular palabra.

–Hablaré tan largo en esta hora, Joheván, como silencio he guardado en tantos años como los que tienes de vida.

Ambos se sentaron y Joheván pudo ver que su interlocutor era extremadamente hermoso en su ancianidad, que le pareció prematura: Su cabellera y barba blanca hacían contraste con el vivo fulgor de sus ojos pardos de dulce y tierno mirar, y con la sonrosada frescura de su tez.

–Yo soy también como tú, del país de Otlana –dijo después de unos momentos.

–Entonces, ¿me ayudarás a salir de aquí?

–Ten calma y escúchame. ¿Cuánto tiempo hace que murió tu madre?

–Ciento cuarenta lunas han alumbrado su tumba.

–Y Suadín falleció primero, ¿verdad?

–Cuando yo tenía doce años.

– ¿Cómo has venido aquí?

Joheván refirió toda su tragedia desde el momento en que llegaron a amarse Sophía y él.

– ¡Tienes toda la armonía de la voz de Sadia en tu palabra!... –exclamó el Anciano con una ternura que nadie habría sospechado en él, en la Casa de Numú donde todos los hombres parecían estatuas de mármol.

– ¿Luego tú conocías a mi madre?

– ¡Joheván!... No siempre fueron blancos mis cabellos y mi barba. ¿Nunca oíste hablar del hermoso pastor y de su lira mágica?

–Sí, de Bohindra, el hermoso pastor que había arrancado de los gemidos del viento y del gorjeo de los pájaros las armonías de su lira

encantada. ¡Cuántas veces me lo contaba mi madre, con la tierna emoción con que se cuentan las leyendas maravillosas del pasado!

–Y, ¿te contó también qué fue del hermoso pastor aquél?

–Que un día se encontró desierta su cabaña y rotas las cuerdas de su lira envuelta en un negro velo sobre su lecho de piel. Que los genios tutelares de la música se lo llevaron al país de la armonía... Y, ¡qué sé yo cuántas cosas más me decía ella, para entretener mis ocios de adolescente mimado!

– ¡Yo soy Bohindra el pastor aquel de la lira encantada!... –dijo con voz serena y honda el Anciano de alma de niño, llena de ternuras y de caricias.

– ¿Tú?... ¡Cuánto te amaba mi madre!... ¡Cuánto te amaba! –exclamó el joven como avivando sus recuerdos.

–Y, ¡cuánto amé yo a tu madre, Joheván, hijo de Bohindra y no de Suadín!...

El joven saltó sobre el banco de piedra como si hubiera sentido la picadura de un áspid.

–Cálmate; no culpes a tu madre ni a mí, ni nunca culpes a nadie, sin oír. ¿Te consideras culpable tú por haber amado a la hija de tu Rey?

–No, pero Sophía era libre y me amó solamente a mí.

– ¿Y si a Sophía después de desposada secretamente contigo, su padre sin oír razones de ninguna especie la hubiera entregado a otro en matrimonio, y a ti te hubiese condenado a cadena perpetua o a una muerte espantosa? –preguntó el Anciano con la voz que temblaba por el viejo dolor renovado con el recuerdo.

– ¡Cómo!... –exclamó aterrado Joheván–. ¡Madre, pobre madre!... ¡Se llevó a la tumba su tragedia sin que jamás me revelara su secreto!...

Y Bohindra continuó desmenuzando las flores secas de su doloroso pasado.

–Su padre era hermano de un príncipe tributario del Rey de Otlana, y como su hija era muy hermosa, soñaba en casarla con algún príncipe o con algún alto Jefe de los ejércitos del Soberano y así fue que la casó con Suadín, famoso guerrero, conceptuado como uno de los más valientes hombres de los ejércitos de Nohepastro. Su padre la amenazó de muerte si revelaba el secreto de sus amores con el pastor, al cual buscaba para enterrarlo vivo en el fondo de una caverna, ya que no podía darle muerte porque el derramar sangre al celebrar un matrimonio es atraer desgracia a toda la familia, como sabes bien que es la vieja tradición del país.

“Avisado a tiempo de la desgracia que me amenazaba, huí a las montañas de la costa del mar, e incapaz de permanecer cerca de tu madre y verla en poder de otro hombre, salí del país en el primer barco que se

hizo a la vela para estas regiones. Perdido el amor de Sadia no me interesaba la vida entre la sociedad de los hombres, y yo mismo busqué la muerte de mi pasado entre las sombras vivientes de la Casa de Numú, donde hay libertad para vivir la vida del recuerdo y donde se aprende también a vivir otra vida más intensa, que la mayoría de los hombres desconocen, y que es tan real o más todavía que la miserable y mezquina de la vida carnal.

“Lo que has visto esta noche en la Morada de la Sombra, lo vi yo al llegar a este lugar pocos días después de tu nacimiento. Vi, con la desesperación que puedes suponer, que Suadín rechazó duramente a Sadia cuando ella le reveló que estaba casada con el pastor y que su padre la obligó a desposarse con él. Vi que la relegó a un despreciable rincón de su casa, sin querer divulgar el secreto por temor a las burlas de los guerreros y la grave situación que provocaría con el príncipe tributario, tío y protector de Sadia. Y tú apareciste como hijo suyo, siempre tratado con dureza y con desprecio por aquel hombre que huía siempre del hogar con el pretexto de sus campañas militares.

“Tú que lo has pasado, di si todo esto no es verdad.

–Efectivamente, así ha ocurrido, y mi madre, mi pobre madre, siempre triste pasaba la mitad de su vida entregada al retiro de su habitación, donde decía que encontraba el sosiego y la paz. Pero, dime, Bohindra, ¿de esta Casa no se sale nunca? ¿No estaría bien que tú, que eres mi padre, me ayudaras a reunirme a mi esposa para formar todos juntos una sola familia? ¿No encontrarías acaso la belleza de Sadia en mi pequeña Evana que es tu nieta?

–Desde que en la Morada de la Sombra te oí pronunciar tu nombre, estoy sabiendo que me dirías todas estas cosas y he venido sabiendo lo que te debo contestar. Llevo aquí tantos años como los que tú tienes.

“Antes de Sisedón, el Pharaohome que había, era tan justo y sabio como él, me convenció de que mi paz y mi dicha se encontraban aquí, toda vez que no podría reconstruir aquel hogar con que soñé y que nunca alcancé a formar ante la sociedad. Estoy ya en el ocaso de mi vida física, de la cual nada me interesa por lo que a mí concierne, pero sí me intereso grandemente por ti y por todo lo que te está relacionado. El Altísimo me ha dado más de lo que yo merecía porque me ha proporcionado los medios de vivir de esa otra vida, más real y verdadera que ésta, libre de ficciones y de engaños cuando el que la vive, adquiere con su esfuerzo los conocimientos, el desarrollo de las facultades del ser, y la pureza de costumbres necesaria para vivirla en toda su grandiosa amplitud.

“Sadia desencarnada y yo en la materia, vivimos juntos de esa otra vida superior y muchas veces su alma hablando a la mía, me dijo: *“El Altísimo quiere que nuestro hijo venga un día a este mismo lugar”*...

¡Y has venido, hijo mío, y te tengo al alcance de mis brazos!..., ¡de estos pobres brazos de carne que por la maldad de los hombres no pudieron estrecharte al nacer!...

La emoción de Bohindra se transmitió a Joheván como por una corriente eléctrica, y el hijo, tan bello como su padre, sintió la necesidad de ser niño acariciado por el que le dio la vida, y reposó su cabeza de rizos castaños sobre aquel robusto pecho, en el que se habían estrellado tanto y tanto las olas de la adversidad.

Bohindra besó por vez primera aquella cabeza dorada, cuyos cabellos acariciados tiernamente le recordaban otras sedosas guedejas a las que había cantado en su lira mágica de pastor, bajo los pinares de su país en los días de su amor al lado de Sadia.

*“¡Tienen música tus rizos
Cuando los ondula el viento!...
¡Tus cabellos tienen luz en sus reflejos
Cual si fueran guedejas de bronce viejo!”*

Joheván interrumpió el dulce silencio.

– ¡Es delicioso estar así a tu lado, padre mío! ¡Sophía y mi pequeña Evana completarían este cuadro que no sería ya de la tierra!

– Espera en el amor infinito del Altísimo para todos los seres que no traspasan su ley, y cree firmemente que tendrás más de lo que deseas y de lo que mereces. Tu vida es como una continuación de la mía, y si sabes esperar, el Altísimo te inundará tanto con las aguas divinas de la felicidad que tendrás que decir un día: “¡Basta, Señor, basta!..., ¡que en mi pequeño ser no cabe ni una gota más!”

“Cada diez días serás llamado a la Morada de la Sombra que es donde el Altísimo derrama sus aguas divinas de esperanza y de amor sobre las almas. Por mi parte yo te visitaré todas las noches que no sea destinado a trabajos especiales, para abreviar con mis instrucciones el tiempo de prueba a que es sometido todo el que aquí llega. Si pasadas veinte lunas no quieres permanecer más aquí, la Casa de Numú te abre sus puertas y te orienta hacia donde quieras encaminar tu vida. No pienses que esta Casa es una compraventa de esclavos, sino un puerto salvador para las víctimas de la ambición de los piratas y de las persecuciones de los fuertes en contra de los débiles.

“Para salvar a los que caen en las garras de los piratas se destinan los tesoros acumulados aquí desde siglos, por los Kobdas que al entrar depositan en estas arcas todos sus capitales. Y como hay en estas bóvedas, reyes destronados, príncipes perseguidos, reos condenados a muerte, hay también piratas y criminales que vendieron esclavos a esta misma Casa

y que fueron tocados por el agua divina del arrepentimiento y quisieran lavar con ella, sus extravíos y sus errores.

“La primera ley para un Pharahome de la Casa de Numú, es comprar a cualquier precio las víctimas de la piratería tan horriblemente aumentadas año tras año, con la emigración constante provocada por la invasión de los mares sobre los continentes.

– ¿Y si estas víctimas son mujeres? –preguntó Joheván.

– ¡Oh!... Muy pocas llegan hasta aquí –respondió con doloroso acento Bohindra–, porque casi todas mueren a consecuencia de la brutal sensualidad de los piratas. Y buscando de remediar tamaño mal, nuestro Pharahome paga sumas fabulosas por las esclavas mujeres, cuando son traídas sin haberles hecho daño alguno, ni siquiera en uno de sus cabellos. Y hay en esta misma ciudad otra Casa de Numú, igual que ésta, donde una Pharafeme, (*mujer faro), les enseña a vivir de esa otra vida superior desconocida de los hombres, si ellas quieren, o las devuelven a sus países y a sus hogares si es posible realizarlo.

–Según esto que me dices debe haber centenares de hombres en esta Casa.

–Actualmente somos setecientos ochenta, sin contar con los postulantes que son los que en iguales condiciones que tú, aún no han decidido permanecer aquí para toda su vida.

– ¡Pero esta vida no es de hombres! –decía Joheván–. ¡Sin amor, sin ambiciones, sin esperanzas, sin deseos!...

– ¡No lo dirás así dentro de poco, hijo mío! Y si no dime: Cuando tienes a tu alcance un ánfora de agua cristalina que mana sin cesar para ti y dentro de ti mismo, ¿deseas agua de fuentes donde todos beben, hombres y bestias?

“¿Desea luz rojiza y temblorosa de hachones que apaga el viento, el que tiene dentro de sí la claridad de un sol o de muchos soles, cuya luz amplía hasta lo infinito los inconmensurables horizontes dejados atrás ha muchos siglos, y los que dentro de otros tantos siglos llegarán?

– ¡Es verdad..., es verdad lo que dices! Mas, renunciar así de pronto, a todo aquello que ha formado el encanto de una vida, a unos vínculos que no son ficticios sino reales; vínculos contraídos en cumplimiento de la ley natural que es la ley divina..., es duro Bohindra, padre mío, es cruel y contrario a esa misma ley. ¿No hablo bien acaso?

–Sí, hijo mío, hablas como hombre de las muchedumbres, sin más luz que la del hachón que apaga el viento, sin más agua que la de las fuentes en que beben hombres y bestias.

“En este momento no puedo decirte si el Altísimo Señor de todo lo creado, te ha elegido para salir de entre las masas inconscientes y formar en la legión de los pilotos en el anchuroso mar de la eternidad.

“Cuando de aquí a diez días seas llamado nuevamente a la Morada de la Sombra, tú y no yo, será quien diga si tu ruta está fuera de esta Casa o dentro de ella. Mientras tanto entrégate al amor puro de tu esposa y de tu hijita, que si junto a ellas está marcado tu camino, junto a ellas irás tarde o temprano.

“En tal seguridad, espera, y los mismos acontecimientos te irán marcando el camino.

“¿Dudas acaso del amor y de la justicia de Dios? Aprende a ser señor de tu mundo afectivo y pasional, y entonces te verás coronado de amor más intenso y perdurable de cuanto habías soñado. Sophía y tu hijita Evana, serán para siempre posesión eterna tuya y no en la efímera forma mezquina y grosera que conoces, sino algo así como tuyo es la luz de la luna que besa tu frente y el perfume de las flores que te embriaga, y el gorjeo de los pájaros al amanecer y los copos de nieve que recoges en la montaña y las blancas espumas del mar que acarician tus pies cuando vagas por la ribera. ¿Pueden acaso los hombres disputarte nada de eso?

“¿Pueden destruirlo o extinguirlo para ti? Medita hasta mañana el significado de las leyendas que se van poniendo día por día en los muros de esta bóveda.

“Déjate llevar por Numú hacia la puerta de oro de la felicidad verdadera.

“Si confías en el amor y la justicia del Altísimo, él te colmará de tesoros que aún no has llegado a imaginar que existen.

“Están escritas en el Alma Infinita tus zozobras y tus angustias, tus afectos y tus deseos. Descansa en él que lo sabe y lo ve todo.

“Numú es tu pastor y tú eres su corderillo. Descansa pues en tu pastor que sólo él sabe qué pastos y qué aguas necesitas, y te las dará.

“¿Seguirás mis consejos, hijo mío?

– ¿Y Sophía y Evana, padre mío?... –clamó en un hondo sollozo Joheván, abrazándose de su padre como para vencer aquella serena calma de montaña, que no se conmueve ni por las furias del huracán ni por el empuje de las olas.

El Anciano por toda respuesta colocó la mano sobre la cabeza de su hijo apoyada en su hombro y al cabo de pocos momentos se quedó profundamente dormido. Lo recostó con tierna solicitud en el lecho de pieles, lo envolvió en suaves efluvios magnéticos, y cuando le vio entrar en un sueño sereno, puesto de pie y extendiendo sus manos sobre él, dijo en voz queda pero firme:

– ¡Almas errantes, sopló fecundo de Dios!... ¡Llevad esta alma doliente hacia el mundo del amor y de la luz!

El sueño de Joheván se hizo tan profundo que casi no se sentía ni aun su respiración.

Una frescura de brisa primaveral inundó la habitación como si se hubiese llenado de suavísimas vibraciones de amor.

–Ya están aquí –dijo en voz de susurro Bohindra, y con suavidad de fantasma alado besó la frente del hijo dormido y se alejó.

6

JOHEVÁN Y ALDIS

Al día siguiente, viendo Aldis que su compañero permanecía sin salir a tomar el sol a la terraza, según costumbre, entró en su habitación y lo encontró aún en el lecho.

– ¿Estás enfermo? –le preguntó.

–No sé si enfermo o loco o muerto.

– ¿Cómo? ¡No te comprendo!

–Quiero decir que son tan extrañas las impresiones, las sensaciones que recibo y todo cuanto me pasa, que lo atribuyo a uno de esos tres estados del ser: la enfermedad, la locura o la muerte.

Y refirió a su compañero todo cuanto le ocurriera la noche anterior. Aldis por su parte se hallaba más o menos en iguales condiciones, si bien tenía más serenidad y calma para esperar los acontecimientos.

–Dime, Aldis, ¿no te parece una locura que dos hombres jóvenes, con unas esposas adorables y unos hijitos adorados, estemos aquí como dos murciélagos a la sombra de estos muros llenos de misterios y de fantasmas?

–Así lo creo –contestó el interpelado–, pero, ¿has pensado tú en que por ahora no podemos hacer otra cosa? ¿Acaso sabemos en qué dirección está esa caverna en que ellas se han refugiado? Además, por lo que he visto, sin saber cómo ni porqué, estoy convencido de que ellas están seguras y de que una fuerza superior ha producido estos acontecimientos con algún designio especial. Y tengo otra razón para pensar así: Si pasadas veinte lunas nosotros decidimos salir de esta casa según la ley que aquí se observa, el Pharaohome nos hará conducir hacia donde nosotros queramos. ¿No te parece más acertado esperar ese tiempo que precipitarnos a la ventura, sin medio de encaminarnos en busca de nuestras esposas?

“¿No has pensado tú en que acaso de aquí a diez días podemos ver en la Mansión de la Sombra cuál es el sitio donde ellas se encuentran?”

–Veo que piensas cuerdamente pero debo confesarte que aquí los días se me hacen años.

“Lo único que me atrae es el sueño porque dormido veo a Sophía y Evana, pero en tal forma que cuando me despierto, me cuesta convenirme de que fue un sueño.

–Mira, Joheván, nosotros hemos vivido hasta ahora en una forma del todo opuesta a lo que aquí se vive. Allá en nuestro país, cuando yo apenas tenía catorce años, había un solitario en las orillas del Avendana, y cuando mi madre que le veneraba como a un santo, me mandaba a llevarle canastas de frutas y provisiones, él solía decirme, viendo que yo demostraba asombro de su forma de vivir:

“Tú vivirás como yo un día porque el Altísimo te ha elegido para semilla de un pueblo nuevo”. Yo le referí esto a mi madre y ella con su credulidad de mujer lo aceptaba como un hecho, figurándose desde luego, que en alguna guerra de conquista llegaría yo a ser un príncipe de leyenda, en algún país encantado.

“Pero voy viendo, Joheván, que hay en la vida de los seres algo más que fantásticas visiones de anacoretas y leyendas de encantamientos y apariciones. ¿No lo crees tú así?”

–Sí, hombre, sí, y más aún, puesto que estoy luchando por saber a ciencia cierta cual es la vida real del hombre: esta que ahora vivimos a la sombra de esta Casa misteriosa o la que hemos vivido antes de llegar aquí.

“Con mis veinticinco años, afiliado desde los dieciocho a las legiones guerreras de mi rey, he creído vivir con nobleza y honradez la vida del soldado. Fiel a su Dios, a su país y a su soberano. ¿Es que he delinquido contra esos grandes deberes al traspasar la voluntad de mi rey, casándome con su hija en contra de su mandato?”

“Y esto que los acontecimientos la arrebatan de mi lado, ¿es un castigo merecido por mi delito?”

Aquí llegaba el diálogo de los dos cautivos, plácidamente sentados delante de sus recintos particulares, en aquella silenciosa terraza que daba sobre un amplio patio de palmeras, cuando vieron acercárseles el mismo Kobda que, desde el primer día, les sirvió los alimentos y les acompañó a la Morada de la Sombra.

Era de aspecto bondadoso y dulce, pero hablaba muy poco. Vestía el ropaje largo gris azulado usado por los Kobdas, el cabello hasta los hombros y un gorro pequeño y cilíndrico de color violeta subido. Este Kobda les llevaba los alimentos para todo el día en dos grandes cestas de junco, dispuestas con tal esmero que las frutas y las flores, formaban encima de los manjares como una artística ornamentación.

En los días anteriores les dejaba las cestas sin pronunciar palabra, si no le preguntaban, pero ese día se sentó en el mismo banco en que ellos estaban.

– ¿Hoy nos hacéis compañía en la comida? –preguntó Joheván extrañado.

–Nuestro Pharaohome quiere que os conduzca a conocer algo de la

Casa de Numú en que vivís. Pero antes debéis comer porque el paseo será largo.

– ¿Comeréis con nosotros? –preguntó Aldis, mientras recibía su canasto y deseoso de saber si aquellos seres, al parecer tan diferentes del resto de la humanidad, estarían acaso exceptuados de las duras e imperiosas necesidades físicas.

¡Cuántas veces lo habían comentado ellos dos! ¿Comerán, dormirán, beberán estas sombras vivas, o serán genios tutelares de los hombres?, se preguntaban.

–Entrad a vuestras habitaciones y comed, que yo os espero aquí –contestó el Kobda.

Los dos jóvenes se miraron disimulando una sonrisa al verse de nuevo insatisfechos en su tenaz interrogante, y entraron a comer. Debajo del manojito de frutas y flores que adornaban la cesta, encontraron una pequeña plaquita de pasta en la que estaba escrito en su propio idioma otlanés, un mensaje de Sophía y Milcha.

Joheván encontró en su cesta estas palabras de su esposa con su misma letra, su misma forma: “Amado mío; descansa, que el Altísimo vela por tu esposa y tu hijita hasta que llegue el día de nuestra felicidad. Sophía”.

En la cesta de Aldis la placa decía:

“Nuestro Adamú, ríe y juega. El Altísimo es nuestro guardián mientras llega la hora de la libertad. Milcha”.

Leer eso y precipitarse cada uno a la habitación del otro fue cosa de segundos.

– ¿Lo ves?... ¿Lo ves? –decía nervioso Joheván–. Es cosa de volverse uno loco. ¿Cómo llegó aquí este mensaje de Sophía? ¿Dónde está el mensajero? Es preciso verlo, hablarlo...

–Ya lo sabremos, hombre, espera, cálmate.

Pero Joheván ya no oía estas palabras porque estaba llegando al banco en que le esperaba el Kobda conductor de las canastas, al cual abrumó a preguntas tan precipitadas que no era posible responder a todas a la vez.

Manso y sonriente, el Kobda lo oyó, sin inmutarse por la vehemencia de aquellas interrogaciones.

– ¿Recuerdas lo que tu sueño te dijo anoche? –preguntó serenamente el monje.

–Soñé que hablé con mi esposa, pero no pude recordar lo que me dijo.

–Pues lo que ella te habló en el sueño, fue grabado por ella misma esta noche en la Mansión de la Sombra, donde hay siempre, permanentes, cuarenta Kobdas acumulando fuerza plásmica en el éter, para que

las almas errantes y las almas encarnadas se ayuden mutuamente en el cumplimiento de su deber.

Aldis escuchaba en silencio y con serenidad, pero Joheván daba vueltas y más vueltas a la placa, sin darse por satisfecho con la contestación del Kobda, que le miraba con piedad tiernísima.

– ¡Misterio, fantasía!... ¡Yo me vuelvo loco!... ¡Esto no puede ser!...

– Cálmate, Joheván, –le dijo Aldis– que con estos arrebatos no se llega a nada. Debemos pensar que tú y yo, no tenemos conocimientos de lo que ocurre más allá de la vida física. Lo que estamos viendo, desde que hemos llegado aquí, nos dice bien claro que hay leyes y fuerzas que no conocemos.

– Id pues a tomar algún alimento –insistió dulcemente el Kobda tomando a Joheván de la mano, como a un niño rebelde para conducirlo de nuevo a su habitación. Pero él se volvió bruscamente y le dijo:

– ¿Me juráis en nombre del Altísimo que ningún mensajero trajo estas placas?

– Os lo juro por la Casa de Numú.

– ¿Me contestaréis durante el paseo que vamos a hacer, a todo lo que os pregunte?

– Ahora ya os es permitido preguntar en la Casa de Numú. Id a comer, yo os espero aquí. –El Kobda los dejó solos.

Aldis se vio obligado a abrir la cesta de su amigo y ofrecerle las viandas.

– Mira, Joheván, yo tengo más años que tú y acaso más experiencia de la vida y de los hombres. La situación es difícil pero no tan mala, como a ti te parece cuando se sublevan tus nervios.

“Come tranquilo y vamos a ver qué sacamos en limpio durante nuestro paseo por la Casa de Numú, hablando el lenguaje particular que aquí se habla. ¿Sabes que resultarías hermosísimo con el ropaje azulado y el gorrito violeta sobre tus rizos de bronce?”

– ¿Yo? ¡Calla, hombre, calla! Que voy perdiendo la poca paciencia que me quedaba.

– Pero, ¿no te das cuenta de que vamos saliendo a flote de la mejor manera que podíamos esperar?

– ¡Sí, ya lo veo!..., caídos de cabeza en un pozo que no tiene salida.

– ¡Vamos! No seas pesimista. ¿Te has olvidado ya de lo que vimos esta última noche en la Mansión de la Sombra?

– ¿Y si nada de eso fuera real?

– ¿Y no es real acaso la escena de nuestro desembarco en la aldea de los piratas y nuestro viaje hasta aquí? ¿No es real la isla aquella en que nacieron nuestros hijos?

– Sí, es verdad y esto me consuela un poco.

Así hablando terminaron la comida y salieron. El Kobda les esperaba siempre sonriente y sereno. Subió una escalera de piedra que se alzaba dentro de una habitación, al final de aquella misma terraza. Se encontraron en una inmensa sala toda rodeada de estantería con pequeñas casillas, en cada una de las cuales había un rollo de papiro.

–Esto es el archivo de las existencias terrestres de todas las sombras vivientes que aquí pasaron al mundo de la luz. Aquí está encerrada toda la historia de la humanidad, en las diversas civilizaciones que se han sucedido, en este y otros continentes que los mares tragaron.

–Y ¿Cómo es que aquí se habla la lengua de nuestro lejano país? –preguntó Aldis al Kobda, mientras Joheván miraba sin ver nada de lo que había en torno de él.

–No es que todos hablemos esta lengua, sino que hay aquí una ley por la cual cada Kobda debe dominar por lo menos tres lenguas, de las más importantes y vulgarizadas en la humanidad actual, para estar en condiciones de llenar la misión que la Casa de Numú cumple en medio de los hombres.

“Si esta Casa debe ser puerto de salvación para las víctimas de la maldad humana, debemos sabernos entender con hombres de todas las razas y de todas las lenguas.

“Si yo he sido destinado para entenderme con vosotros es porque yo domino vuestra lengua, que por otra parte se nos ha hecho casi familiar debido a que tenemos aquí, un Kobda de vuestro mismo país, que escribe hermosísimos versos y los canta luego, acompañado de la lira o de la ocarina en forma maravillosa. En el deseo de comprender sus bellas canciones, muchos hemos aprendido la lengua de Bohindra, como llamamos a este Kobda poeta y cantor.

Al oír tal nombre, Joheván salió de su ensimismamiento y tomó parte en la conversación. Quiso comprobar si lo que Bohindra le había manifestado era realidad.

–Me interesa mucho este sujeto que canta sus versos y que dices es de mi país. Debe ser muy alegre y divertido, ¿verdad? Si hace versos y canta será que está siempre de buen humor.

–El hombre que llega a permanecer diez años aquí, aparece siempre en el mismo estado de ánimo, aún cuando en su yo íntimo esté desazonado y dolorido; porque ha llegado al dominio de sí mismo en forma que su mundo pasional y su mundo afectivo no salen al exterior, y si acaso se agitan, es internamente y nadie lo sabe ni nadie lo ve.

“Y así, Bohindra, el hombre de la armonía que llegó aquí un año después que yo, y que entró en la Casa de Numú como un pájaro herido y deshecho, enloquecido de dolor y con locas ansias de deshacer y pulverizar a quienes eran causa de su pesar, a los diez años era su alma

una agua mansa y serena que no reflejaba otra cosa que la esplendente belleza encerrada en el vasto universo.

“Lleva aquí veinticinco años y realiza una obra digna de un genio de la Belleza y del Amor. Por vía espiritual fue enseñado a curar las enfermedades de la mente con la poesía y con la música y cultivando determinadas plantas, en las cuales, él ha sabido encontrar la fuerza magnética que tienen en afinidad con los seres humanos. Es un médico admirable, pero sin drogas y sin torturas físicas.

–Me interesaría conocer de cerca sus procedimientos –propuso Joheván, en su deseo de ahondar en ese terreno.

– ¡Magnífico! Soy de tu idea, pues harto necesitados estamos de que nos cure los huracanes internos. ¿Verdad, Joheván?

El Kobda sonrió de la alusión directa a las vehemencias afectivas del joven, y dirigió sus pasos hacia una rotonda o patio cubierto, especie de jardín de invierno de extensas proporciones. Su puerta de entrada era un inmenso panel de bronce bruñido, donde había un altorrelieve que figuraba un hermoso adolescente dando muerte a un horrible dragón, diez veces más grande que él.

Encima de este inmenso panel estaba grabada en siete lenguas diferentes, esta inscripción:

“Aquí florece la Esperanza y el Amor”

“Aquí mueren los odios y el rencor”

No había más ornamentación que plantas, en aquel vasto recinto, plantas, cuyo crecimiento no necesitan de fuertes rayos solares, una fuente de piedra blanca al centro, de donde surgía musical el agua a borbotones, chocando en su caer inquieto y juguetón con unas estatuillas que simulaban niños bañándose y tórtolas sedientas que bebían.

Grandes bancos de piedra cubiertos de pieles indicaban que aquello era un lugar de reposo físico y espiritual.

–En este momento no hay aquí ningún enfermo en tratamiento, como veis, porque es la hora en que todos comen, y por tanto podréis observar con tranquilidad.

“Bohindra ha acumulado aquí plantas de todas las regiones de la tierra, según las propiedades magnéticas que ha encontrado en cada una de ellas.

“Son también sombras vivientes que irradian energías y vibraciones especiales, y él las ha dispuesto en forma que entre todas ellas se complementan y llegan a formar un aura conjunta potentísima, que él encausa según los casos que tiene en tratamiento.

– ¡Qué quietud más dulce hay en este lugar! –exclamó Joheván, tendiéndose muellemente en uno de aquellos bancos.

Aldis y el Kobda se miraron con inteligencia, y éste último presionó una llave del muro, y un vientecillo fresco sopló de todas las direcciones agitando el verde ramaje; y el caer del agua se hizo más impetuoso y musical, y las estatuillas blancas de los niños y de las palomas en deliciosos movimientos daban la exacta impresión de niños y tórtolas bañándose en la fuente.

Joheván estaba encantado.

– ¡Oh!..., mi Evana y tu Adamú, harían aquí un papel muy importante. ¿No es verdad, Aldis?

–Ciertamente –respondió el interpelado, que no obstante de ser menor su sensibilidad, no podía sustraerse a la dulce y mágica influencia de aquel lugar, sobre su mundo mental y emotivo.

Al oír los nombres de Evana y Adamú, el monje no pudo disimular una mirada de asombro a los dos jóvenes, pero ellos no se apercibieron, sumergidos como estaban en el dulce recuerdo evocado por los niños y las palomas que se bañaban en la fuente.

– ¿Son hijitos vuestros esos que habéis nombrado?

– ¡Hijitos que aún no tienen veinte lunas y ya fueron arrancados de entre los brazos de su padre!... –clamó como en un gemido, Joheván, con su vehemencia habitual–. ¿Es posible, decidme soportar este dolor?

Por toda respuesta, el monje abrió una especie de armario incrustado en el muro y cuya puerta era un gran lienzo en que aparecía un paisaje de montaña y de mar, decoración adecuada, como todo, a despertar el sentimiento de lo bello y de lo grande y sereno en la Naturaleza.

Buscó durante unos momentos y sacó por fin un cuaderno de pequeños lienzos encerados que se usaban para escribir.

–Este legajo –dijo– le dejó a Bohindra, al morir un anciano monje que le tomó grande afecto a causa de sus cantares y de sus versos. Había vivido aquí sesenta y dos años, pues fue traído en su adolescencia después de haber visto morir en una devastación guerrera a toda su familia y casi todo su pueblo natal. Este Kobda fue uno de los que más comunicación tuvo con las almas errantes que protegen este planeta, y una vez que le asaltó el pensamiento de que había malgastado su larga vida en esta ociosa quietud, en vez de andar por el mundo enseñando a los hombres, llegó hasta perder la paz y estar al borde de la locura; Bohindra le trajo a este lugar, y el viejecito recobró aquí la serenidad y la calma, porque entre el aura de esta fuente y de estas plantas y la poderosa irradiación de la lira y de los cantos de Bohindra, Numú le dictó esta divina leyenda. –Y el Kobda leyó–:

“Aquí le dice Numú, entre otras cosas: *“Vive sereno estos largos días de calma que yo te di para acumular fuerzas y energías, porque en años venideros volverás a la vida, solo y abandonado desde la niñez*

a tus solas fuerzas, sin más amparo que el de las bestias de la selva. Entonces te llamarás Adamú y cuando hallares a Evana en tu camino, como una flor de la pradera, serás el comienzo de un torrente nuevo de mis aguas de salud entre los hombres”.

“Al oír que hablabais de Adamú y Evana, me ha parecido encontrar cierto punto de contacto con la leyenda que dejó a Bohindra el anciano monje aquel.

– ¿Según esto, quiere decir que Numú anunció a ese monje, que en una vida posterior se llamaría Adamú y que se vería abandonado desde la niñez? –preguntó ansiosamente Joheván.

–Así es.

– ¿Y que encontraría a Evana en su camino? –interrogó de nuevo.

–Justamente.

– ¡Dadme por favor ese legajo!

–No entenderéis esta lengua, pero yo os he hecho la traducción exacta.

Joheván y Aldis examinaban, sin entender, el viejo manojó de lienzos encerados cubiertos de extraños caracteres.

Una mortal palidez iba cubriendo lentamente el rostro de Joheván, como un hombre a quien le hubieran leído una sentencia de muerte.

El monje comprendió que se había precipitado al hablar. Dio un llamado con un pequeñito cuerno o clarín que llevaba, y acudió Bohindra precipitadamente.

No necesitó explicaciones para comprender más o menos lo que ocurría. Tomó a Joheván, tiernamente envolviéndolo con su brazo a través de la espalda y lo llevó hacia uno de los grandes bancos donde lo hizo recostar. Un inmenso loto blanco cubría aquel banco casi por completo. Corrió algunas cortinas para atenuar la claridad del día, una suave luz violeta se hizo a través de los cortinados de ese color, sacó del armario una pequeña lira, y sentado en el mismo banco en que descansaba su hijo, empezó a tocar, suavemente al principio y más y más intenso en el sonido y en la vibración etérea emanada del sonido, hasta que de cada planta salía como una prolongación de aquellas armonías y unas suaves ondas de luz amarillenta, rosada, verdosa.

Aquellas plantas eran arpas mudas, que vibraban en igual tono que la lira de Bohindra, y emanaban ondas de luz de igual intensidad y fuerza que la energía emitida por él mismo.

Joheván y Aldis sintieron que una inundación de amor y de ternura llenaba de llanto su pecho y abrazándose como dos niños que jugando juntos se han herido, lloraron a sollozos profundos durante un largo rato.

– ¿Entonces nunca más veremos nuestras esposas y nuestros hijos? –clamó Joheván, cuando la emoción le permitió expresar su pensamiento.

– ¡Calma, hijo mío! –dijo acariciándole su padre–. Cada día que pasa poseeréis de modo más íntimo y verdadero a vuestras esposas y a vuestros hijos. Todo es cuestión de esperar, confiar y querer. ¿Sois capaces de querer, de esperar y de confiar?

–Ampliamente –contestó Aldis– y tú también, amigo mío. ¿No es verdad?

–Esperaré un siglo, muchos siglos si he de tener otra vez a Sophía a mi lado.

–Ahora vais comprendiendo la verdadera vida del ser que piensa y que ama.

7

LAS FUERZAS RADIANTES

Bohindra tomó de nuevo su lira, se sentó junto a ellos, mientras el otro Kobda, a quien llamaban Zahín, corría mediante un cordón las cortinas o celosías de la otra parte de la rotonda, a fin de hacer más densa e igual la penumbra que envolvía el recinto.

–Pensad conmigo unidos, en que vuestros hijitos duerman. El sol está en el cenit lo mismo para vosotros que para ellos, puesto que sabemos están en la opuesta ribera del Mar Grande.

La lira empezó a suspirar en un casi imperceptible sonido como el piar de una avecilla moribunda que no tiene ya fuerzas para cantar. Y los trinos suavísimos y dulces fueron haciéndose más sensibles, más hondos, más profundos, hasta formar una divina melodía que parecía un millar de pájaros cantando en torno de la fuente, cuya agua cristalina caía del surtidor sobre los niños, y sobre las plateadas hojas de hibicornia que tapizaban los bordes de mármol de la fuente.

Algo así como una sutilísima niebla empezó a desprenderse de las begonias de pintadas hojas, de los collyos gigantescos, de los lotos erguidos en su esbeltez soberana, de los helechos y sensitivas como temblorosas cabelleras de esmeraldas.

Y la lira exhalaba sus melodías suavísimas que no eran ya gemidos de avecilla enferma, ni gorjeos de millares de pájaros, eran risas de niños alegres y juguetones que chapoteaban en el agua.

Joheván como electrizado se levantó suavemente y caminó sin ruido hacia la fuente..., luego le siguió Aldis, y ambos se sentaron en su borde tapizado de plantas acuáticas. Zahín dormía en profundo sueño, y la lira continuaba vibrando intensa, divina, y en torno de Bohindra se había formado como un remolino de la misma niebla sutil que emanaban las plantas. Ya no se veía el monje-cantor, envuelto por completo en la niebla

que como una brillante nube blanca se extendía más y más por el recinto, en vertiginosas espirales que subían y bajaban como torneadas columnas que sostuvieran un edificio imaginario, como velos de desposados que se plegaran en torno de una cabeza juvenil, como alas blancas de aves gigantescas que se cernieran serenas y suaves sobre las plantas, los hombres y la fuente.

– ¡Mi Evana... Mi Evana! –exclamó con indecible amor Joheván, inclinándose a la fuente y sacando del agua su hijita adorada, a la que cubría de besos y caricias.

Aldis estaba dormido como Zahín y como él, envuelto en la misma niebla luminosa que había cubierto a Bohindra, a las plantas y a la fuente. Nada era visible ya más que Joheván con Evana sobre sus rodillas, entregado al éxtasis divino de su amor. De pronto sintió dos manos suaves que se apoyaban sobre sus hombros y al levantar la cabeza, vio a Sophía sonriente que se inclinó hasta unir con los suyos sus labios tibios, temblorosos de emoción y de ternura.

–Amado mío –le dijo–, nuestro amor es como los rayos del sol que no mueren, y como las estrellas que se miran eternamente en el mar.

“Yo sé que nuestros cuerpos de carne no han de encontrarse más, pero nuestro verdadero ser no se disgrega como la materia, estarán perennemente unidos como en este momento, más feliz que todos cuantos hemos pasado sobre la tierra, porque estaremos libres de la zozobra producida por la mezquindad de los hombres.

Joheván la oía embelesado, mientras la pequeña Evana saltaba de sus rodillas al agua, y del agua al borde de la fuente, arrancando hojas y echándolas a flotar sobre la linfa ondulante.

– ¿Cómo estás aquí? –preguntó Joheván a su compañera.

–No lo sé, pero estoy aquí, ya lo ves.

– ¿Y Milcha y Adamú? ¿Cómo habéis podido vivir solas y abandonadas en un país extranjero?

Sophía sin hablar levantó su brazo a lo alto y le dijo:

–Joheván, ha sido necesario el dolor para hacernos pensar en que por encima de nosotros hay un Ser Supremo, más tierno y solícito que todas las madres para cuidar de sus hijos. Tú y yo hemos venido para cumplir un encargo de ese Ser Supremo, sobre la Tierra, y ese encargo está ya cumplido: Nuestra Evana vive y vivirá al lado del pequeño Adamú, porque también ellos como nosotros son servidores del Altísimo y tienen también un deber a cumplir. Yo dejaré pronto mi materia y tú también, pero con la diferencia que la mía se reducirá a polvo y la tuya continuará animada por otro ser que no eres tú.

– ¡No te comprendo, amada mía!..., me haces daño, no me hables así porque me haces pensar que no eres tú sino una ilusión de mi mente enloquecida.

–Soy yo, mira. –Y se sentó en el suelo, como solía hacerlo para recostar su cabecita dorada sobre las rodillas de Joheván, que se inclinó para besar su frente–.

“Aldis está con Milcha en la cabaña. Ellos vivirán de esta vida terrena más que tú y yo. Mi cuerpo está muy agotado y no lo quiero ya más, pues él terminó su tarea y no es ya justo que me obstaculice el estar eternamente a tu lado.

“¡Amado mío!..., nuestro amor es como los rayos del sol que no mueren y como las estrellas que se miran eternamente en el mar.

“Evana, ven y besa a papá que nos vamos –dijo Sophía, tomando la niña y levantándose con ella.

– ¡No, por favor! –gemía Joheván, tratando de retenerlas.

–No traspases la Ley, amor mío, pronto volveremos. –Las tres cabezas se unieron en un largo beso conjunto.

Inmensos remolinos de la niebla luminosa se agitaron nuevamente, ya no se oía la lira de Bohindra, y Joheván se encontró sentado sobre la fuente, lo mismo que Aldis, que acababa de despertarse.

Vio las grandes hojas plateadas que su hijita Evana había cortado, mientras jugueteaba en el agua y las recogió una por una.

Los remolinos de niebla se iban desvaneciendo lentamente hasta volver todo a su estado normal.

Nadie se movía del sitio que había ocupado porque la inmovilidad de los estados hipnóticos parecía paralizarles, o porque el alma en extremo feliz, luchaba por prolongar esa dicha íntima, intensísima, desconocida en la tierra.

Bohindra se les acercó el primero para decirles:

–Benedicid al Altísimo que empieza a abrir para vosotros el palacio encantado de sus tesoros infinitos.

“Volved a vuestras habitaciones y no deis más cabida, en vosotros, a la desesperación y al pesimismo, porque con ello os ponéis fuera del pensamiento de amor con que Dios os envuelve.

Zahín se dirigió hacia la puerta, seguido de los dos jóvenes que aún se encontraban bajo la acción de las poderosas corrientes de fuerzas, que los Kobdas pusieron en juego, para devolver la paz a los cuatro seres encarnados, que la Ley había elegido como instrumentos para que llegara al plano físico el Verbo de Dios.

–Aldis está con Milcha en la cabaña –había dicho Sophía en su manifestación plásmica, a Joheván, al borde de la fuente.

Cuando Zahín cayó en hipnosis, su espíritu era el operador que combinaba y ordenaba las energías acumuladas por las vibraciones de la lira de Bohindra, a tono con las vibraciones de las plantas, del agua y del éter.

Este conjunto de energías intensificó la facultad vidente de Joheván y

el desdoblamiento consciente de Aldis, cuyo doble etéreo se transportó a la caverna del país de Ethea, donde el calor del medio día había dormido a los cuatro seres cobijados en ella.

Mas, de pronto, Milcha se despertó a la voz de Aldis que la llamaba, y vio a su compañero ante ella, inclinado, acariciando al pequeño Adamú dormido a su lado.

Iba a dar un grito y abrazar aquella querida imagen que transparente y gaseosa flotaba junto a ella, pero Aldis puso el dedo índice en sus labios, indicándole guardar silencio, mirando a Sophía y Evana dormidas en el lecho de la alcoba.

La pregunta que Joheván hacía en esos mismos momentos a Sophía, junto a la fuente: “¿Cómo has venido aquí?”, la hizo Milcha a su esposo, que le acariciaba tiernamente sus cabellos negros y sedosos.

–No lo sé, Milcha, pero estoy a tu lado, ya lo ves –y diciendo así se sentó en el borde del lecho de troncos cubierto de pieles, en que ella y el niño se habían recostado–.

“¡Mi pobre y querida esclava!... –repetía enternecido el antiguo guardia de los palacios de Nohepastro–.

“Tu esclavitud se transformó de pronto en una libertad solitaria y dolorosa.

Milcha empezó a llorar a grandes sollozos que Aldis procuraba sofocar con sus tiernas demostraciones de amor.

– ¡Lloro de felicidad, Aldis!..., déjame llorar este divino llanto que se lleva al correr todo el peso, toda la amargura, todo el terror que he ocultado dentro de mí misma, desde que no volvisteis a la embarcación el día aquel de nuestra separación.

– ¡Milcha, mi dulce esclava!... Reina de mis pensamientos y de mis esperanzas, ¡qué grande eres en tu valor sereno y fuerte, ante la espantosa borrasca que nos ha arrojado a los unos lejos de los otros!

– ¿Pero, cómo estás aquí? ¿Estás vivo o estás muerto y es tu alma errante que viene a visitarme?

–Yo mismo estoy sumergido en el misterio de estos acontecimientos y nada sé decirte, mas, para que veas que soy yo en realidad, ¡mira!...

–Aldis desprendió del cuello de su esposa un collar de amatista que desde años le adornaba y lo puso en el cuello de su hijito dormido–.

“Desde hoy nunca temas nada ni te creas sola, porque siempre vendré a visitarte. Tú dejarás tu cuerpo primero que yo, pues así lo quiere la Ley Eterna, a la cual de grado o por fuerza estamos sometidos, una vez que hemos aceptado el encargo del Altísimo. De nuestro amor ha surgido Adamú; tu misión y la mía están cumplidas, y otros caminos se abren de nuevo ante nosotros. Adiós.

–No te vayas sin que te vea Sophía...

–Calla, calla, no la llames, que ella no puede oírte en este instante.

Aldis besó de nuevo a su hijito dormido, y al besar a Milcha le repitió:

–Dejo el collar en el cuello de Adamú, ¿lo ves? Es el rastro que dejo de haber estado aquí.

Soltó las manos de Milcha que lo estrechaban y ella lo vio salir de la caverna sin abrir la puerta, cerrada con las cortezas como de ordinario.

Corrió a abrir para seguirlo con la vista, y no encontró más que la reno Madina que volvía a esa hora, según la costumbre, para que la ordeñasen.

Milcha defraudada en su esperanza de encontrar todavía allí a su esposo, se abrazó al cuello del noble animal y empezó a llorar sobre su lomo blando y sedoso.

Como el lecho en que Adamú se hallaba era tan bajo como una tarima, se dejó caer y arrastrándose como hacen los niños fuertes y ágiles mucho antes de empezar a andar, llegó hasta la puerta de la caverna donde vio a su madre con la reno y empezó a dar palmaditas y alegres gritos que despertaron a Sophía y Evana.

La princesita más débil, más lánguida cada día, parecía una flor a la cual se le hace vivir artificialmente para prolongar el momento en que la blanca corola cae seca y sin vida.

– ¡Milcha!..., qué hermoso sueño he tenido. ¿No me contestas?

Vio que no estaba en la cabaña la esclava, pero sí Adamú, que sentadito en la puerta se entretenía en dar vueltas en su cuello el collar de su madre.

Sophía se llenó de asombro porque el collar de amatistas unidas entre sí por eslabones de oro, no permitían sacarlo del cuello sin haberlo roto en pedazos, pues había sido cerrado para no quitarlo jamás según la costumbre del país, cuando una princesa heredera del trono tomaba en la adolescencia una esclava para su servicio íntimo.

El collar de amatistas puesto por una princesa heredera en el cuello de una joven, elegida por ella para este honroso puesto, era pues casi un símbolo sagrado, una especie de consagración vitalicia; ceremonia que daba derechos e imponía deberes tanto a la una como a la otra. Derechos y deberes de soberana a la princesa; derechos y deberes de súbdita elegida y fiel.

– ¡Milcha... Milcha! –llamó Sophía, alarmada.

La esclava oyó su voz y se acercó, secando todavía sus lágrimas.

– ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? –le preguntó–. ¿Cómo es que Adamú tiene tu collar de amatistas?

Milcha refirió, como pudo, todo cuanto le había pasado. Y Sophía le describió, con lujo de detalles, todo cuanto había visto en el lugar

encantado en que se encontraban sus esposos detenidos sin saber por qué fuerzas maravillosas.

Ambas se sentían inundadas de felicidad, sin que las circunstancias de su vida hubieran variado absolutamente en nada.

8

LA VIDA EN LA CAVERNA

Absorbidas Sophía y Milcha, por estos extraños acontecimientos habían olvidado a los niños.

La pequeña Evana se divertía sola, jugando con la enorme cabeza disecada de la piel de un oso blanco que había en el lecho y Adamú no estaba en la cabaña.

Milcha corrió hacia la puerta de la caverna y se pintó en su rostro el asombro, primero, la emoción después, ante aquella escena tan variada como interesante y tiernísima.

Ambas mujeres vieron que la reno puesta de rodillas, había permitido al niño, robusto y fuerte, incorporarse, abrazándose a una de sus patas traseras y el chiquitín mamaba tranquilamente, mientras Madina con su largo cuello doblado, le lamía la cabecita cubierta de rizos oscuros como los cabellos de su madre.

–Mi pobre Adamú no muere de hambre si le falta su madre –murmuró Milcha al oído de Sophía, para no llamar la atención del niño.

–En cambio, Evana, la pobrecita no sabe sino llorar cuando quiere algo. ¿La oyes?

Milcha corrió adentro y salió con la niña en brazos, y sentándose con ella en el tronco de un árbol caído junto a la caverna, lustroso ya de servir por tantos años de banco al mago Atlante, la incitó a mirar al pequeño que hacía un extraño ruido a cada sorbo de leche que pasaba por su garganta.

La esclava acercó a Evana hacia la singular ama de cría, que la Providencia deparaba tan impensadamente a sus hijos, y Madina como lo hiciera con Adamú, lamió las manitas de la criatura, mientras ella le tiraba suavemente de las orejas en medio de risas y alegres gritos.

Por fin, Adamú terminó su merienda y miró satisfecho a su madre y a Sophía, que no acertaban si reír o llorar, según la extraña emoción que tal escena les producía.

Milcha bajó al suelo a la niña y corrió a buscar en la caverna el cantarito en que ordeñaba a la reno, la cual empezó a empujar con su cabeza y su cuello a Evana para que mamara a su vez. Visto esto por Sophía, acercó a su hijita al seno del noble animal, mas la niña se esquivaba, hasta que

llegando Milcha lo exprimió ordeñando, dirigiendo un chorro de leche hacia la rosada boquita de Evana, hasta que comprendiendo ella y ya sin miedo, comenzó a mamar lo mismo que Adamú, pero sostenida por su madre, pues era menos fuerte y más pequeña que aquel.

– ¡Milcha! –dijo Sophía–, yo sé que moriré pronto porque una voz interior me lo dice. Mas, ya lo ves, nuestra noble Madina te ayudará a alimentar mi huerfanita.

– ¡No habléis así, por favor, mi princesa querida!... Tenemos que vivir ambas serenas, para que cuando regresen Joheván y Aldis no tengan nada que reprocharnos.

–Es verdad que al aceptar la maternidad hemos formado un solemne pacto con el Altísimo y nos debemos a la vida de estos seres; pero las fuerzas me faltan día por día, Milcha, y a pesar de tus cuidados, mi pobre cuerpo se resiste a vivir.

–La leche tibia de Madina os reanimará, ya veréis. –Evana había completado su ración y Milcha ordeñó a la reno y ofreció el cantarito de leche a Sophía.

Aún estaba ella bebiendo, cuando vieron que Madina se irguió apresuradamente y levantando la cabeza hacia donde soplabla el viento, parecía olfatear algo que la inquietaba. Pasado un momento empezó a describir círculos, estrechando cada vez más el lugar que ante la puerta de la cabaña ocupaban las dos mujeres y los niños.

– ¿Qué tienes Madina que nos empujas? –le preguntaba Sophía, acariciando el cuello del animal.

– ¿Ya nos echas de tu casa? –añadió Milcha.

Pero la reno, nerviosa, daba vueltas y vueltas empujándolas, hasta que su apremio era tan grande, que tomó de las ropas a Sophía y suavemente la arrastró a la caverna.

– ¿Quieres que entremos? ¿Nos amenaza algún peligro? –preguntó la esclava siguiendo a su ama con los dos niñitos en brazos.

Miraban curiosas y angustiadas a la reno pues nunca la habían visto realizar nada semejante. Cuando vio a todos dentro se puso a la puerta de la cabaña y empezó a dar unos balidos tan largos y lastimeros que los niños asustados empezaron a llorar.

En vano Milcha acariciaba a la reno y la impelía hacia adentro; ella seguía con sus largos y resonantes ayes, hasta que oyeron que el reno mayor contestaba con su balido de trueno lejano. Unos momentos después las dos mujeres oyeron el temblor que producía en el campo la carrera de toda su familia reniana, que tan hábilmente había domesticado Gaudes, el solitario de las obras buenas sin aplauso y sin recompensa de los hombres.

Las renos madres empujaron sus hijitos más pequeños a la caverna,

y ellas quedaron guardando la puerta, puestas en filas compacta con las ancas hacia el exterior, mientras los renos más grandes y fuertes quedaron fuera, como esperando. Unos resoplidos de furia y grandes patadas que abrían hoyos en el suelo indicaban que estaban coléricos. A través de los cuellos levantados de los animales, Milcha vio un grupo de negros búfalos que se acercaban a toda carrera, no justamente en dirección a la caverna, sino como si de paso corrieran hacia un determinado lugar.

Si ellas hubieran sido conocedoras del país y de los animales salvajes que lo poblaban, hubieran comprendido que los búfalos corrían buscando refugio porque se acercaba la espantosa tromba de los mamut, elefantes polares que desde la época glacial habían quedado como restos de la especie, rezagados allí como los rangíferos. No eran tan grandes como los del Altái y el Pamir, (*regiones de Asia), pero eran feroces y fortísimos.

Habrían comprendido asimismo que la reno Madina cuando olfateó los búfalos vio en peligro la caverna, pues las muchas pieles de dichos animales que habían encontrado, no eran más que el resultado de luchas terribles entre los renos y los búfalos, por ganar cada cual el primer refugio que se les presentaba para esquivar el cuerpo a la temida avalancha de los mamut enfurecidos.

Por eso, Gaudes en su medio siglo de estadía en la caverna, había preparado sus domésticos para una defensa ventajosa, pues había tenido la inmensa paciencia de afilar los extremos de los cuernos de sus renos, de tal modo que eran agudos como un punzón los más fuertes, y en forma de aristas filosas y cortantes los más nuevos y cortos. Sophía quería que Milcha cerrase la puerta de la caverna y así iba a hacerlo la esclava, pero Madina no lo permitió y arrojando la puerta al suelo lamió la mano de Milcha, como si quisiera tranquilizarla. Entonces las dos mujeres huyeron con los niños al interior de la alcoba y amontonados los cuatro en el lecho de Gaudes, pedían a Dios protección y socorro.

Este espanto se habría tornado en serena calma, si hubieran visto en qué forma los vigías invisibles del Mago Atlante, realizaban trabajos de defensa para espantar a los búfalos, en el caso improbable de que los renos no fueran lo bastante fuertes para resistir.

Temblando y conteniendo hasta la respiración, las dos mujeres oían el espantoso tropel, el choque de los cuernos, el golpear de las pezuñas en el suelo o en la piedra, los balidos agudos como gritos humanos de los renos, entre los cuales reconocían los balidos de Madina. El tiempo que duró esta hecatombe fue breve, pero a ellas les parecieron largas horas.

– ¡Ay, si matan a Madina, la madre de nuestros hijos!... –clamaban las dos mujeres.

Un momento después se sintió la carrera de unas bestias y acto seguido oyeron como suave rasguño el hocico de Madina en la puerta de la alcoba, que empujada suavemente por el animal se abría despacito ante los asombrados ojos de Sophía y Milcha. Esta saltó la primera para abrazar el cuello de Madina y tras ella Sophía. Los chiquitos se habían dormido y ellas salieron a la caverna donde sólo estaban los renos pequeños. Se aventuraron a asomarse a la puerta, siguiendo a Madina que parecía guiarles, y vieron dos búfalos que heridos en el cuello arrojaban grandes borbotones de sangre y estaban ya muriéndose. Vieron también uno de los renos herido en una pierna pero aún de pie, y otro con una herida encima de las costillas.

Sophía se echó a llorar, y Milcha corrió a buscar aceite y vino, con lo cual había visto en su país a los pastores curar a los animales. Pero Madina tomó con los dientes uno de los cantaritos con agua, la derramó en el suelo y haciendo servir su pezuña delantera de cuchara removía la tierra y formaba lodo en gran cantidad. Luego tomando la mano de Milcha la puso en medio del barro. La esclava comprendió.

– ¡Ah!..., ¡el lodo es tu medicina! ¿Verdad, Madina? – y alzando puñados de barro cubrió las heridas de los dos animales.

Sophía entre el asombro y el susto se había ido acercando hacia los búfalos muertos y los renos heridos.

Y Milcha, cuya energía y valor se acrecentaban en los mayores peligros y dificultades, se sentía gigante nuevamente para curar a las dos víctimas de aquella formidable batalla.

– Ahora tenemos que sacar la piel de los búfalos. ¡Oh, será un hermoso tapiz para el piso de la caverna cuando sea llegado el invierno!

Los renos se echaron al suelo y su fatigosa respiración denotaba su inmenso cansancio.

Milcha les acercó cántaros con agua y los animales bebieron ansiosamente.

La tarde ya terminaba y las dos mujeres seguidas de su familia reniana entraron en la caverna, donde ya Madina estaba haciendo salir chispas luminosas, con los golpes de su pata delantera sobre la piedra, aquella que servía de hogar en la caverna de Gaudes. Cuando se disponían a hacer su frugal comida de la tarde a la luz amarillenta del hogar, un espantoso temblor pareció conmover los campos y la montaña en que estaba abierta la gruta protectora.

Las dos mujeres se miraron con profundo terror.

– ¡La cabaña se hunde! – gritaba Milcha mientras ambas corrían a tomar a sus hijitos y se dirigían a la puerta para huir.

Los renos escuchaban inquietos aquel ruido como de una tempestad.

Madina, con su experiencia y solicitud maternal, lamió las manos a

las dos mujeres y se puso ante la puerta para impedirles salir. Milcha comprendió el lenguaje mudo de la reno que le significaba que el peligro estaba fuera.

–Debe ser un ejército que cruza a la carrera –observó Sophía, ya más tranquila.

Milcha entreabrió la puerta de la caverna y a los últimos resplandores del atardecer vieron una masa oscura y rugiente que pasaba por el vecino valle como un torbellino de negros fantasmas enfurecidos.

– ¡La tromba de los elefantes! –exclamó Milcha, cerrando precipitadamente la rendija que había abierto.

Madina no se movió de la puerta hasta que aquel trueno formidable resonó como un bramido lejano que va desvaneciéndose en el silencio del anochecer.

– ¡Cuántas cosas se aprenden, Milcha, cuando no se vive en los palacios! –exclamó Sophía estrechando a su hijita entre sus brazos.

–Pero yo prefiero un palacio para vos, mi princesa –contestó la esclava, acomodando a los niños sobre una piel junto al fuego para darles su ración de la cena.

–Por hoy, este es nuestro palacio, Milcha, y bendito sea el Altísimo que lo puso en nuestro camino.

9

LA VIDA EN EL SANTUARIO

Al salir, Joheván y Aldis, del hermoso recinto dedicado a las experiencias suprafísicas de Bohindra, en favor de los enfermos del alma y del cuerpo, pidieron a Zahín que les condujera a sus habitaciones particulares, pues se sentían agotados y necesitaban descansar.

En realidad lo que ellos deseaban era estar solos, para deliberar sobre lo que acababa de ocurrirle a cada uno en particular.

Siendo conocidas del lector, tanto la manifestación plástica radiante presenciada por Joheván, como el desdoblamiento consciente de Aldis, excuso referir los detalles y comentarios hechos por ellos y desde luego fáciles de suponer.

Ambos habían llegado al convencimiento de que estaban bajo la acción de energías y fuerzas muy superiores y benéficas, ya que todas las manifestaciones de estas energías y fuerzas, tenían por fin devolver la quietud a las almas y la salud a los cuerpos.

Sólo una circunstancia les aparecía incomprensible a la luz de sus razonamientos.

Si las fuerzas que les envolvían eran buenas y justas, ¿por qué les

separaban en el plano físico de sus esposas y de sus hijos? ¿Cuál era el fin que se perseguía con tal separación? Y si esas fuerzas les separaban, ¿por qué en determinados momentos les unían como en un deslumbramiento del más elevado y sublime amor?

—Mira, Joheván, —decía Aldis, más sereno y reflexivo como de costumbre, que su vehemente compañero— que estos Kobdas son buenas personas no lo podemos poner en duda, porque hasta este momento no hemos recibido de ellos más que amor y solicitud en todas las formas. ¿No es esto una verdad?

—Ciertamente y casi estoy por decirte que empiezo a quererlos y a encontrarme bien entre ellos.

—Pues hombre, lo raro sería que no les quisieras, dado el amor que nos brindan y el hecho de haber encontrado a tu padre entre ellos. Debes reconocer que eres un hombre afortunado.

—Conque afortunado, ¿eh? ¡Mira que es cruel la burla cuando el corazón está sangrando!

—No te irrites, Joheván, y razonemos. Caídos prisioneros entre una banda de piratas. ¿Cuál fue la perspectiva que se nos presentó? Una vida de horrores que al fin terminaría con una espantosa muerte. ¿Es verdad esto? ¡Sí o no!

—Sí, es verdad, plena verdad.

—Creímos que nuestras esposas tendrían la misma suerte que nosotros, con la diferencia de que por ser mujeres, irían a servir de pasto para alimentar la lascivia de esas bestias con forma de hombres. ¿No es así?

—Sí, es así, no puedo negarlo.

—Pues bien, nada de esto ha sucedido. ¿Tenemos derecho a quejarnos?

“Es verdad que estamos ausentes de esos seres queridos de nuestro corazón, que formaban todo nuestro mundo, pero los acontecimientos maravillosos que venimos presenciando, nos prueban hasta la evidencia, que es una separación a medias, a intervalos, toda vez que sin saber cómo ni por qué, nos vemos y nos hablamos. ¿Dime si todo esto, no es una bien inesperada felicidad?”

En estos momentos les llamó la atención el eco lejano, como de himnos solemnes cantados por muchas voces en coro y acompañados de liras y ocarinas.

Salieron a la terraza de sus habitaciones, que como se sabe daba a un inmenso patio de palmeras. Las voces parecían acercarse por momentos, pero no podían comprender las frases de los himnos religiosos que cantaban, pues lo hacían en una lengua diferente de la suya.

Pero había tal unción, tan poderosas vibraciones, tan profundo sentimiento de adoración y de amor en aquellas voces, que flotaban en el

ambiente como si fueran las almas y no los labios que cantaban, que era imposible sustraerse a la honda emoción que causaban.

Por fin, vieron asomar por la arcada de un pórtico que daba al patio de las palmeras, al Pharahome, con su largo ropaje color gris azulado, en medio de una fila de diez Kobdas, todos ya de edad avanzada, entre los cuales se destacaba por su elevada estatura, Bohindra, el Kobda poeta y músico.

Detrás de ellos seguían en filas de diez, una multitud de hombres, todos vestidos de igual color, y todos coronados de adormideras blancas, menos el Pharahome que ceñía como una diadema de siete grandes lotos.

Y al final aparecía una fila de diez jóvenes vestidos a la usanza del país, más o menos como Joheván y Aldis vestían, o sea una especie de túnica corta de variados colores, apretada a la cintura por una faja de seda verde o roja o azul.

Dieron todos, tres vueltas alrededor del patio y por fin el Pharahome y sus diez acompañantes se sentaron en los bancos de piedra, que en forma circular se hallaban debajo de las palmeras.

Todos los demás Kobdas formaron un triple círculo en derredor de ellos.

Los diez jóvenes se adelantaron hacia donde estaban los Ancianos sentados y se inclinaron haciendo un profundo saludo.

–Sombras vivientes, ¿de dónde venís? –les preguntó el Pharahome.

–De las tinieblas de la inconsciencia humana –contestaron los diez.

–¿A qué habéis venido?

–A buscar descanso en la Luz.

–¿Qué habéis dejado detrás de vosotros?

–Fuegos fatuos que se apagan.

–¿Qué pedís de los Hijos de Numú?

–La Sabiduría, la Paz y el Amor.

–¿Sabéis dónde se encuentran?

–En las almas sin egoísmo.

–¿Sabéis cómo se consiguen?

–Dominando a la materia y cultivando al espíritu.

–¿Con qué fuerzas contáis para conseguirlo?

–Con la voluntad.

En ese momento se acercó un Kobda con un pebetero lleno de ascuas encendidas, que colocó ante el Pharahome, el cual arrojó en ellas resinas perfumadas.

–Que vuestros pensamientos y vuestras obras sean como estas espirales de humo perfumado subiendo al Infinito.

“Que la Sabiduría se derrame sobre vosotros como estas blancas adormideras, símbolo del olvido de los placeres ruines y groseros de la carne.

Todos los Kobdas arrojaron sus coronas sobre los diez jóvenes, inclinados casi hasta el suelo. Y se les vio cubiertos por completo por un suave manto de pétalos blancos.

–Que el Amor sea vuestra corona por los siglos de los siglos –dijo el Pharahome tomando su diadema de blancos lotos y deshojándolos, también, sobre el manto de adormideras que cubría a los diez jóvenes que se iniciaban en la austera vida espiritual.

Y un torrente de voces varoniles acompañadas de laúdes, se desbordó en un magnífico himno triunfal.

Cuando terminaron las últimas vibraciones del canto, los jóvenes se levantaron haciendo caer entorno suyo aquella inmensa montaña de flores, que formaba como un blanco tapiz de nieve.

Los diez Kobdas del Alto Consejo cubrieron con la vestidura gris azulada de los Hijos de Numú, a los diez postulantes, que fueron recibiendo del Pharahome el abrazo de bienvenida y el Libro de la Ley.

Ya estaban afiliados a la gran Fraternidad Kobda, para el servicio del Altísimo y el bien de la humanidad.

Interminables abrazos unían los corazones de los Kobdas antiguos con los recién llegados, haciéndoles sentir la infinita dulzura del amor fraterno sin egoísmos y sin interés.

El sol poniente parecía tender un dosel de rosas y de oro sobre el magnífico cuadro tan espléndidamente esbozado por aquella porción de humanidad, que apartada de las mezquindades de la vida grosera de los sentidos, se sumergía plácidamente como en un huerto silencioso, con rumor de arroyuelos cristalinos y resplandores de astros lejanos; y donde podía el alma coronarse con la gloria de haberse vencido a sí misma y de haberlo renunciado todo en aras de la Sabiduría y del Amor.

10

NOHEPASTRO

– ¿Qué habrá sido de Nohepastro, nuestro rey? –se preguntaban Aldis y Joheván.

Veintiséis lunas habían transcurrido desde que las embarcaciones de Nohepastro salieron de Otlana en busca de tierras y de glorias, y el viejo rey no había recogido más que desengaños, humillaciones y dolores.

Diríase que los genios del mal habían recibido poderes del Altísimo para descargar sobre él la furia de sus tempestades, desde que, por su ambición desmedida, había sacrificado la felicidad de su hija.

Y en su sombrío dolor, el rey se preguntaba:

– ¿Qué habrá sido de mi hija y de su esclava favorita? ¿Adónde las

habrían conducidos aquellos hombres que habían protegido su fuga?

La desesperación y el dolor llenaron de hiel el alma del rey Atlante, y cuando el Jefe Ático le exigió el cumplimiento de su promesa, lo postergó sin dar razón del verdadero motivo, pues le humillaba demasiado decir que su hija había desaparecido. Los mejores de sus navegantes hicieron exploraciones por las costas, y sus más hábiles guerreros recorrieron las montañas y los valles, sin que por ningún lado aparecieran vestigios de las fugitivas.

Su futuro yerno lo apremiaba, hasta que convencido de que Nohepastro no pensaba cumplir su promesa, le amenazó con la guerra. El viejo rey no respondió sino haciendo desembarcar en tren de batalla a todos sus guerreros armados hasta los dientes.

El país de Ática, en lejanas épocas anteriores, había llegado a una esplendorosa civilización de la cual no quedaban entonces sino los vestigios. Grandes aldeas o villas habíanse levantado modestas y tímidas, junto a los sitios donde aún podían verse las ruinas grandiosas de las antiguas metrópolis, en que florecieron las ciencias y las artes llevadas allí por la raza gloriosa de los Samoyedos.

Ática no era pues, más que una sombra de su pasada grandeza, pero no obstante los pobladores Keftos, Eurianos y Sardos que la habitaban eran también hábiles guerreros y la lucha fue formidable; lucha de incendio y de exterminio en que ambas partes salieron perjudicadas como ocurre siempre en esta clase de contiendas. No obstante de las ventajas obtenidas por el rey Atlante, no quiso permanecer en aquel país, donde se vería obligado a vivir en continua lucha para someter a los pobladores y así se hizo a la vela en el pequeño puerto de Mora Akón (*después Maratón), y pasó al país de Turea, (*después Eubea), habitado por los Turanios que le recibieron con desconfianza a causa del gran número de barcos y de gente que conducía. Sus sabios y sus augures, aseguraban que aún no habían llegado al destino que les fuera antes marcado, y que era necesario continuar hacia el Noreste, donde el Altísimo había ocultado gruesas arterias de oro finísimo en el seno de las montañas. Ambicionaban conquistar las cordilleras de Havilá en el país de Manh, (*Armenia), donde leyendas fabulosas decían que había tal enorme cantidad del precioso metal, que era posible cubrir con él hasta el pavimento de las calles de magníficas ciudades, que el rey Atlante podría levantar, oscureciendo la grandeza de cuantos monarcas recordaban las viejas tradiciones. La amargura de su corazón llenó de hastío y de cansancio su vida, y por distraerse en nuevas aventuras continuó viaje hasta las costas de Tracia, y pasando por Potidea se encontró en las azuladas aguas del Ponto Euxino o Mar Negro, que entonces sólo estaba separado del Mar Egeo por un estrecho istmo que desaparecía durante las altas mareas.

Apenas había llegado al puerto de Karkena, (*más tarde Heraclea), a tomar provisiones, cuando tuvo lugar la espantosa catástrofe que hundió bajo las aguas al país que fuera su dominio, aquel magnífico país de Otlana al N.E. del Continente Atlante, donde durante treinta siglos habían reinado sus antepasados.

La conmoción fue tan formidable que alcanzó a lo que es hoy la península Escandinava, casi deshabitada entonces, y de la cual formaba parte Casitérida, Ibernía y Ascuzay, (*posteriormente Suecia, Irlanda, Noruega, Inglaterra, Escocia), que en esa catástrofe se desmembraron de las tierras heladas del Báltico.

Un brusco cambio de temperatura provocó el deshielo de los glaciares del norte y sus aguas inundando las tierras, desde el Danube hasta los Urales, se confundieron con las aguas del Ponto Euxino, que se desbordó por la vasta Anatolia y país de Akadia, hasta unirse con el mar Hircanio en el norte y Mar Grande en el sur.

Los navegantes de Nohepastro se vieron desorientados, entre aquella confusión de mares que habían mezclado sus aguas, sin dejar rastro de los sitios en que existieron las numerosas y florecientes poblaciones de las costas.

Sólo quedó fuera de las aguas como una enorme cabeza de gigante, el pico más alto del Monte Ararat, donde anclaron sus barcos, cansados ya de una navegación sin rumbo fijo. Cuando las aguas fueron bajando, su flota, destruida en una tercera parte por las contingencias de aquella desventurada expedición, se refugió en el Golfo de Isgaur, para establecerse no ya como soberano conquistador sino como una tribu emigrante del continente desaparecido, y fundó la ciudad de Alhava en la parte norte de las llanuras de Akadia, entre el Ponto y las tierras bañadas por el río Kura, donde épocas remotísimas había existido una ramificación de las grandes tribus que formaron la antigua civilización Sumeriana, cuyo mayor esplendor se desarrolló bajando de las montañas de Manh, (*después Aramé o Armenia), por los valles del Éufrates hasta el Golfo Pérsico.

El rey atlante en su viaje, había pues pasado sobre los despojos de las más grandes civilizaciones antiguas de aquel continente.

Y al visitar las magníficas ruinas que la última subida de las aguas había tornado más y más en escombros, el viejo rey, llorando, decía:

—Otros visitarán como yo, las ruinas de mi hermosa Otlana y sus bellas ciudades costaneras, cuando devuelvan su presa las aguas traidoras, que la arrebataron de la faz de la tierra.

Tres de sus Jefes: Sem Heber, Kan Efor y Jafet Uran le fueron tan fieles y adictos en el dolor, como acaso no lo hubieran sido sus propios hijos; por lo cual Nohepastro les otorgó los derechos de legítimos herederos.

La tradición los recuerda como hijos del ambicioso marino del palacio flotante, que según la leyenda mandara un cuervo y una paloma como exploradores sobre las aguas audaces y traidoras.

Los descendientes de los súbditos que fueron del rey atlante, se confundieron con los Acadios y los Sumerianos, que amistosamente les concedieron tierras a condición de ser pacíficos y perseverantes agricultores.

¿Quién diría al viejo Nohepastro que medio siglo después un biznieto suyo, un hijo de una hija de Sophía, pasaría enseñando el desprendimiento y el amor, por esos mismos sitios a donde a él, le llevó su egoísmo y su ambición? ¡Quién le diría al desterrado rey atlante que ese descendiente directo suyo, oiría hablar a los ancianos agricultores de un rey venido de lejanos continentes, en un palacio flotante sobre las aguas, y que había muerto de tristeza, perdidos sus dominios y hasta la única hija que tenía, por la audacia de los mares traidores y voraces!...

Y que ese peregrino, misionero del amor entre los hombres, ignoraría que aquel rey, personaje de leyenda, le había dado su sangre y era el padre de la madre de su madre.

¡Extrañas coincidencias y puntos de contacto entre los destinos de los seres y de las sociedades humanas!

Todo esto que acabo de relatar, lo refería a Joheván y Aldis, en el patio de las palmeras, pocos días después de la ceremonia de consagración realizada en él, un Kobda que acababa de llegar a Neghadá, del otro lado del Mar Grande después de haber recogido otras víctimas de las bandas de piratas, algunos de los cuales habrían apresado una de las embarcaciones perdidas del rey Atlante.

11 GAUDES

A la mañana siguiente del día aquel, en que renos y búfalos libraron la batalla campal que conocemos, Milcha se levantó a la madrugada pensando en la ruda labor que debía cumplir, dos búfalos muertos ya esperaban manos fuertes y ágiles que sacasen la grasa y la piel.

Ella sabía que en su país, con la grasa de los búfalos se preparaban hermosos velones, altos como un hombre, que colocados en un grueso pedestal de madera o de piedra, daban luz durante treinta o cuarenta noches. ¡Y su amada princesita deseaba tanto una luz para sus largas noches solitarias en la caverna!

Procurando no hacer ruido, salió, y detrás de ella los renos, Madina se le acercó a lamerle las manos.

–Enseguida te ordeño –le dijo Milcha, creyendo que tal era la indicación que quería hacerle, pero la reno la tomó con la boca de las ropas y la atraía hacia la caverna. Milcha la siguió hasta uno de los montones de paja donde dormían las bestias, y su sorpresa fue grande al ver a una de las hijas mayores de Madina que había dado a luz, y lamía cariñosamente a su renito recién nacido.

– ¡Ah!..., ¿querías explicarme que eras abuela? ¡Te felicito, Madina! ¡Qué nietecito más hermoso tienes! –decía Milcha, entusiasmada, acariciando el hermoso animalito.

Como vio que Sophía y los niños estaban profundamente dormidos, guardó la novedad para cuando se despertasen y salió de la caverna, armada de un cuchillo para empezar su tarea.

El espanto se apoderó de ella cuando vio que dos hombres, un anciano y otro joven estaban tranquilamente quitando la piel de uno de los búfalos.

Iba a gritar, pero se contuvo. Algo interior le dijo que no debía temer. Vio que los renos olfateaban a los hombres, y tranquilamente se ponían a comer. Salió Madina y al ver al hombre anciano, comenzó a dar saltos de alegría y le lamía las manos y se apretaba contra él como si quisiera abrazarlo.

Milcha se echó a temblar y pensó que esos hombres serían los dueños de aquella caverna y que ellas tendrían que huir de allí. No sabía si esconderse o hacerse presente a aquellos hombres, que parecían no haber reparado en ella. Hablaban entre ambos, y a veces con la reno que parecía comprenderles y que no se les separaba ni un momento.

Cuando las dos pieles estuvieron sacadas, las extendieron con el pelo sobre el musgo y enclavadas en la tierra por medio de punzones de madera, a fin de que la tensión las secase más pronto.

Después, el anciano dirigiéndose a Milcha y con gran naturalidad, como si de tiempo atrás la conociera, le preguntó:

– ¿Queréis traer una cesta para colocar la grasa?

Milcha, sin salir de su asombro, buscó una de las grandes cestas de junco que habían hallado en la caverna y se la presentó.

– ¿Os agrada la carne de búfalo? –volvió a preguntarle el anciano.

–Nunca la he comido, pero a los cazadores de mi país les oí decir que era buena.

–La vamos a preparar como se usa en esta tierra y ya veréis qué sabrosa es.

Entre los dos cortaron hojas de palmeras y las tendieron en el suelo, después hicieron delgadas láminas de carne que iban colocando encima de las hojas.

–Dadme sal –le dijo nuevamente. Y Milcha se la trajo–. Así salada,

dejadla que tome el sol todos los días, preservándola del rocío y de la lluvia, y tendréis buena carne durante todo el invierno.

El asombro de Milcha iba en aumento pues no comprendía lo que estaba viendo. ¿Quiénes eran estos hombres y por qué hacían esto con ellas? –se preguntaba.

– ¿Sabéis preparar la grasa para los velones? –le preguntó de nuevo.

–Sí, pero no tenemos marmita.

– ¿Cómo que no la tenéis? ¿Es posible una casa sin marmita? –y el anciano se acercó y removió un poco el tronco de árbol que tantos años había servido de banco y de tapadera a un hueco natural de la peña, junto a la puerta de la caverna.

Milcha miró con asombro, casi con espanto, y vio que aquello era como una bodega llena de cestas de junco, de bolsas de cuero, de cántaros de calabazas de diferentes tamaños, de utensilios de labranza y dos marmitas de cobre que brillaban al recibir los rayos del sol.

– ¡Yo ignoraba todo esto! –exclamó Milcha azorada.

– ¿Y cuál es el ama de casa que ignora lo que guarda su bodega? –le dijo bondadosamente el anciano, mientras el más joven, puesto de rodillas, entraba medio cuerpo al hueco y sacaba las marmitas y una piedra gris y lustrosa, que tenía una cavidad de regular hondura en que había puesto un mazo de la misma piedra.

–Aquí se pisa el trigo y el maíz para hacer el pan. ¿Sabéis hacerlo?

– ¡Ah, sí! –exclamó alegremente Milcha, porque pensó en que ya tocaba a su fin la harina que había encontrado en la caverna.

–En estas cestas debéis recoger las frutas del huerto que ya están a punto para secar. Los renos saben hacer bien la cosecha de las legumbres y los cereales –continuó con la mayor tranquilidad el viejo, mientras el más joven armaba el molde de cobre en que se hacían los velones.

–Pero ese huerto, ¿dónde está? –preguntó la esclava a aquel hombre que le parecía maravilloso.

–Cuando llegáis a la fuente, ¿no habéis visto ese bosquecito de bambú que hay detrás de ella?

–Sí, he visto ese cañaveral.

–Pues esas cañas son el muro que esconde a todas las miradas, el huerto que pertenece a vuestra casa.

Milcha no sabía qué contestar.

Se oyeron alegres voces de Adamú. El anciano le dijo:

–Vuestro niño os llama. Atendedlo.

Milcha entró para comunicar a Sophía las grandes novedades, y cuando salía de nuevo para que aquellos hombres entraran a ver a su ama, no encontró a nadie más que a los renos, que pastando iban alejándose poco a poco de la caverna. Vio a Madina, que parada en el sitio

que estuvo últimamente el anciano, olfateaba buscándole, con los ojos inquietos hacia todos lados. Miró Milcha hacia el interior del hueco-bodega, creyendo encontrarlos allí. No había persona alguna en todos aquellos alrededores.

El asombro la dejó paralizada, mas, luego recordó la visita que le había hecho Aldis, y como, cuando se marchó, salió a buscarle y no le vio por ninguna parte.

– ¡Verdaderamente es esta una tierra encantada, como aquellas de los cuentos que me contaba mi abuela en las noches de invierno! –murmuró la esclava entrando nuevamente en la caverna, para desahogar con su ama las grandes impresiones de aquel inolvidable amanecer–.

“¡Madina es abuela!..., ilas pieles de búfalo están tendidas al sol, la grasa en la cesta, las marmitas de cobre y el molde listo para los velones, la piedra de moler el trigo, el huerto con las frutas maduras!...”

Todo este torbellino de noticias cayó en los oídos de Sophía, que estaba incorporándose en su lecho de pieles.

– ¿Qué dices, mujer?

Y Milcha repetía las noticias sin lograr hacerse creer.

– ¿Dices que los hombres han desaparecido como Aldis?

– ¡Claro que sí!

–Un viejo pastor de mi padre, solía decir que un alma errante que guardaba aquellas tierras le había anunciado la llegada de un ser extraordinario enviado del Altísimo, y cuyo acercamiento a la tierra sería anunciado por extraños y prodigiosos acontecimientos, jamás soñados por los hombres.

“¿Será que es llegado ese tiempo y hemos sido traídas a estas tierras por bondad de Dios, para ser testigos de los grandes acontecimientos que conmoverán la tierra?

–Así lo creo desde que estamos viviendo una vida casi maravillosa.

Ya Sophía estaba vestida y salía de la alcoba, cuando nuevos gritos de Adamú atrajeron su atención.

Ambas mujeres vieron al niño que se había arrastrado hasta el montón de paja en que estaba el renito recién nacido, al cual trataba de retirar de la madre. Cuando lo consiguió mediante un gran esfuerzo, se colocó en aquel sitio. Milcha adivinó que quería mamar de la reno, la cual a una palmadita cariñosa de la esclava, se incorporó en su lecho de paja para que el pequeño Adamú pudiera tomar su desayuno con toda comodidad.

El lector habrá comprendido la exteriorización de fuerzas astrales poderosas, que había realizado Gaudes para auxiliar a los cuatro abandonados de los hombres, pero ampliamente protegidos de Dios.

Estaban allí los que serían progenitores de su Verbo Encarnado, los

que debían darle su carne y su sangre. ¿Quién pues, debía cuidar de sus vidas humanas sino el Alma Eterna, el Pensamiento Divino, la Inteligencia Suprema, el Amor Increado, causa, origen y fin de todo cuanto es y será en el vasto Universo?

El extraordinario cultivo que de sus facultades espirituales había hecho Gaudes, lo ponía en condiciones de utilizar las potentes energías y fuerzas plásmicas del éter que envuelve el plano físico. Y servíale de eficiente colaborador el doble etéreo de los búfalos, consistente y fortísimo en sus materias constitutivas, que a su llegada a la caverna estaban empezando a desprenderse de sus cadáveres.

En el inmenso laboratorio de la Naturaleza visible y del mundo invisible, son infinitas en variedad y formas, los elementos, las energías, las fuerzas y las corrientes eficaces para producir grandiosos acontecimientos en beneficio de la humanidad.

Lo que falta es el cultivo de las grandes facultades mentales inherentes al hombre para poder producirlos, mediante la exteriorización de esas energías y de esas fuerzas tan generosamente brindadas por el Creador a todas sus criaturas. Gaudes, el hombre de las obras ocultas y silenciosas, juzgaba mayor bien consolar a los débiles y desamparados por los hombres, que transformar las piedras en oro, o hacer llover diamantes sobre las multitudes ambiciosas de las grandes ciudades sibaritas y envilecidas.

12

LEYENDO EL PASADO

Una noche, Joheván y Aldis cambiaban impresiones en aquella misma terraza desde la cual vieron la consagración de los diez postulantes al servicio de Numú.

Llegaban ya a su término los diez días que debían transcurrir hasta ser de nuevo llamados a la Mansión de la Sombra.

Entre Zahín que les enseñaba durante el día y Bohindra algunas noches, ambos jóvenes habían aumentado el caudal de sus conocimientos suprafísicos de un modo notable.

En veinte años de vida entre la masa vulgar de los hombres, no habían aprendido lo que en aquel recinto, entre los obreros del pensamiento, buscadores del tesoro incorruptible de la Sabiduría y del Amor.

Habían visitado el Archivo de las Edades con sus miles y miles de rollos de papiro, escritos en todas las lenguas y en todas las formas de expresión humana, donde los Kobdas de mayores desarrollos y percepciones mentales y espirituales, escribieron las leyendas que en lo infinito

del espacio y del tiempo, habían ido ocurriendo, desde que el planeta fue habitado por seres humanos.

La tradición que estuvo en boga en la época neolítica, del huevo caído sobre el mar desde una estrella luminosa y roto al chocar con las aguas, y de que entre el cascarón flotando sobre las olas, aparecieron el primer hombre y la primera mujer, para servir de simientes de una nueva humanidad, no era ya para ellos más que una figura simbólica, pues los rollos de papiro del Archivo de las Edades, les habían dicho con datos y con pruebas, que el origen de la humanidad sobre la tierra, era mucho más antiguo, y era el fruto de una larga evolución a través de todas las formas de vida, que pueden observarse en la magnífica y fecunda naturaleza.

Habían comprobado que 30.000 años atrás, gran parte de los continentes asiático y europeo, eran una inmensa sabana de aguas congeladas en las llanuras y en los valles, y que sólo una vasta cordillera de montañas, desde los Pirineos hasta el Himalaya, fue habitada por los hombres del hielo, en inmensas cavernas labradas por ellos, en lo más alto y escarpado de las mesetas rocosas.

Allí estaban los trozos de piedras grabadas con figuras y símbolos, tomados de las mismas manifestaciones de la naturaleza, cuando el hombre era todavía incapaz de crearse un lenguaje adecuado para hacerse comprender de la posteridad.

Habían visto un grabado en piedra rojiza que encerraba toda la historia de un caudillo de la época neolítica.

Una mujer tendida sobre hojas de hierba, sacando ella misma del lóbulo materno su párvulo recién nacido, y unas frutas desconocidas entonces. Esto quería decir que aquel caudillo nació cuando esa fruta estaba en sazón.

La historia continuaba.

Un hombre gigante arrastrando con cordeles a una abigarrada multitud de hombrecitos como hormigas. Esto significaba que aquel hombre había dominado muchos pueblos. Y después, el gigante siempre erguido pero con su cabeza cortada, sostenida por su propia diestra sobre la multitud tendida en tierra, en señal de duelo. Esto indicaba la muerte del caudillo, adorado como un Dios por sus pueblos fanatizados.

Los siglos mudos que pasaron, hablaban pues en la lengua de piedra de sus grabados arcaicos, adquiridos por los hijos de Numú en sus correrías de investigación o comprados a los piratas que tenían sus agentes a lo largo de aquella vasta cordillera, de cuyas inmensas cavernas podía desenterrarse toda la historia de la humanidad.

Y con las manifestaciones plásmicas y los relatos dictados por las almas errantes, los Kobdas durante siglos habían reconstruido, paso a paso, toda

la historia de la humanidad desde mucho antes del largo período paleolítico, cuando las grandes Inteligencias tutelares de la Tierra realizaban ensayos de evolución ascendente, para formar el tipo de esta humanidad, lo cual dio lugar a la aparición del hombre-pep, (*las sirenas), del hombre-caballo, (*los centauros), del hombre-ave, (*los buhones). Y los siglos entregaban, forzados y a jirones, sus tremendos secretos guardados en el corazón de las montañas, pensando sin duda, que los glaciares eran eternos y que jamás los entregarían al hombre del futuro.

Pero los Kobdas eran los exploradores del pasado y del porvenir; y de aquel rincón apartado y silencioso, se bifurcaba, nuevamente, el camino de la humanidad que había pasado y de la humanidad que llegaba, con nuevas orientaciones y con nuevos ideales.

Y Joheván y Aldis, supieron que en las montañas Pirenaicas y Alpinas, hubo antiquísimas civilizaciones de hombres gigantes, artífices del cobre y de la piedra, en los cuales dejaron los rastros indestructibles de su paso por la tierra.

Y supieron también que cada civilización, cada colectividad, cada raza, cada dinastía, cada individuo, viene a la vida terrestre con un programa a cumplir, y que de su buen o mal cumplimiento, dependerá luego la evolución, el progreso, el triunfo, la grandeza colectiva e individual. Supieron además que la falta de ese cumplimiento acarrea la ruina, la degeneración, el exterminio, el aniquilamiento, la desaparición de civilizaciones, dinastías, razas y doctrinas sustentadas por ellas.

Y a través de los inmensos secretos arrancados a los siglos por los hijos de Numú, misioneros de la Sabiduría y del Amor, Joheván y Aldis se vieron como dos avecillas de una inmensa bandada, que había bajado a la tierra para abrir todos juntos, un nuevo camino de progreso y de paz a la humanidad.

Desde la cumbre del altruismo personal a que habían sido llevados por inesperados acontecimientos, vieron demasiado pequeños sus deseos y sus dolores de hombres. Demasiado injusto en querer precipitarse a reconquistar el mendrugo de dicha momentánea y efímera que habían perdido.

Vieron a sus esposas y a sus hijos como avecillas también, que junto con ellos habían emprendido un vuelo hacia esta tierra para traer en el pico, acaso nada más que un grano de trigo que, sembrado en el lugar y medio ambiente apropiado, fuera en el futuro un hermoso plantel de trigales dorados.

Tales eran las conversaciones que sostenían Joheván y Aldis a la luz de las estrellas, sobre la terraza del patio de las palmeras, comentando los nuevos conocimientos que abrían también nuevos horizontes a sus esperanzas y a sus anhelos.

–La luna se ha ocultado ya, y es hora de que me sigáis a la Mansión de la Sombra –dijo la voz de Zahín, desde el descanso de la escalera, por la cual debían subir.

–Vamos –dijeron ambos jóvenes, levantándose para seguirle.

Entonces pudieron darse cuenta más claramente, de que aquel enorme edificio tenía forma cuadrangular en su planta baja y circular en el piso alto, con terrazas salientes y escalonadas en las distintas partes del edificio, que aparecía desde fuera como una torre, demasiado baja en relación a las vastas dimensiones de su base, que sería, puesta en nuestras medidas, de unos cuarenta mil metros cuadrados. Era esta inmensa mole de piedra, pues, como una ciudadela amurallada, que estaba completamente rodeada de bosques de plátanos, de acacias, de palmeras, de fresnos y de ciruelos. La hiedra cubría casi por completo, la parte de sus gruesos murallones. Cuando terminaba el bosque, se veía un ancho canal de agua del Nilo que rodeaba toda la plantación y hacia la cual no podía llegarse sino por el mar, o por un puente que tendía su inmenso lomo de piedra hacia la pradera, como un enorme monstruo marino que se hubiese atravesado en el anchuroso y profundo canal. Este puente estaba cerrado al exterior por el mismo cerco de piedra que se alzaba a la orilla exterior del canal. Como se ve, era un refugio seguro para los perseguidos por los odios de los hombres. En la planta baja se hallaban las habitaciones destinadas a huéspedes relacionados con los trabajos mismos que los Kobdas realizaban; a los animales que tenían para el servicio de la casa, y a depósito de provisiones para la manutención.

En el primer piso, estaban las habitaciones o bóvedas de los postulantes y Kobdas, por orden de antigüedad, y el Jardín del Reposo.

En el segundo, el gran Archivo de las Edades, la Sala de los Consejos o deliberaciones, y al centro, la Mansión de la Sombra de forma circular y rodeada de columnatas para facilitar el acceso desde cualquier dependencia, y sobresaliendo más alto aún, el pequeño gabinete de observación de los astros.

Cuando nuestros jóvenes llegaron al recinto sagrado, aún estaba iluminado a medias con sus inmensos velones de cera aromatizada, que al quemarse despedía un suavísimo perfume adormecedor de todas las inquietudes de la mente.

Los muros de la inmensa rotonda no se veían, pues estaban tapizados de arriba abajo con una tela violácea, que caía por encima de los bancos que en forma de inmensos círculos escalonados, rodeaban el recinto en todas direcciones, menos en un espacio que estaba ocupado por una enorme pilastra de piedra blanca, llena de agua hasta los bordes, y detrás de la cual se levantaba hasta la techumbre una hermosa pintura mural que representaba a Numú, el Cristo-hombre de los antiguos Kobdas ; un

hombre en edad viril, hermosísimo, vestido de color gris azulado y que aparecía sobre una pradera con un corderillo entre los brazos.

La pilastra estaba sostenida por tres Kobdas de piedra, sentados a la oriental sobre el pavimento. Igualmente los pedestales en que estaban embutidos los velones, eran Kobdas de piedra esculpidos en el muro, que sostenían con sus manos los grandes cirios de cera, que se consumían lentamente para dar luz al vasto recinto.

Aquellas estatuas eran la imagen de los primeros Kobdas Fundadores de aquella Institución, que ostentaban coronas de lotos, símbolo de la vida superior de elevada espiritualidad que habían realizado. Según su credo y su tradición, Numú había venido en una edad lejana desde una estrella más lejana aún, a la cual llamaban Sirio y había traído aquellos diez Kobdas, para base y fundamento de la vasta obra espiritual diseñada por los grandes Guías de la Evolución.

Pero la construcción aquella, era relativamente moderna para ellos, pues sólo contaba diez centurias. Antes habían vivido en las cavernas de las grandes montañas.

Delante de la pilastra, en semicírculo doble, había dos estrados de piedra blanca tallada, con respaldos, que podían contener doscientos hombres sentados y estaban destinados a los Kobdas de facultades psíquicas mayormente desarrolladas. Allí pasaban también las horas de turno en la concentración acumuladora de energías y fuerzas astrales, los cuarenta Kobdas que, sin interrupción, estaban en el sagrado recinto.

En el centro estaba el estrado de piedra del Pharaohome. Tal era la Mansión de la Sombra, llamada así porque siempre estaba sumida en penumbra, pues los grandes cortinados que la cubrían interceptaban la luz que, durante el día, entraba por la única puerta y por las ojivas abiertas en lo alto de la techumbre abovedada.

Zahín les había llevado antes de la hora en que comenzaría el trabajo espiritual, para que tuvieran oportunidad de conocer el recinto sagrado de la Casa de Numú, donde si fuertes eran las murallas que lo cerraban a la vista de los profanos, más lo eran todavía las densas bóvedas astrales, sobrepuestas y compactas como filigranas de piedras preciosas que impedían la entrada, hasta del más leve pensamiento en desacuerdo con la pureza divina del Altísimo.

Encima de la puerta de entrada un grabado en siete lenguas decía:

“Si estás agitado por resabios de odio o de bajos deseos, no penetres en este recinto porque traes la muerte”.

Y era tradición que se habían quedado muertos repentinamente, algunos grandes sensitivos, por la entrada imprevista de audaces, ignorantes o descreídos; que sin la altura de miras necesaria, se habían refugiado allí para libertarse de una muerte espantosa, merecida por delitos propios o

a la espera de acontecimientos materiales que modificaran la situación. Por eso, nadie entraba allí sino después de los cuarenta días llamados de Purificación, y en los cuales el sujeto hubiese dado pruebas de sus intenciones rectas.

Joheván y Aldis fueron colocados entre los sitios destinados a los postulantes, y en silencio y quietud esperaron.

Los cuarenta Kobdas del turno estaban en el estrado delantero y parecían de piedra como las estatuas que sostenían la pilastra y los velones. El resto de la vasta Morada estaba desierto. Una clarinada suave y profunda, repetida tres veces, era la señal de la llegada al recinto de los demás Kobdas.

El Pharahome llegó el primero, y tras él los diez Kobdas de más edad, que le acompañaban aquel día de la consagración, y que fueron a sentarse en el círculo que quedaba inmediatamente detrás de él.

Y empezaron a entrar en filas de diez en diez Kobdas, por aquella arcada ancha y baja que era la única entrada al vasto recinto.

Los últimos diez llevaban pebeteros, que exhalaban el humo perfumado, de igual esencia que la que emanaba al consumirse la cera de los velones, y los depositaban encima de los bordes de la pilastra con agua.

Después, cerraban la puerta y siete quedaban de pie junto a los velones.

El Pharahome se dirigía hacia la pilastra, tocaba el agua con sus manos y decía:

—Clara como esta agua que refleja la imagen de Numú, sea nuestra mente.

“Como este humo perfumado, suba hasta Numú nuestro pensamiento.

“Como la luz de estos cirios, sean apagados cerca de Numú nuestros humanos deseos.

Los siete Kobdas, de pie junto a los velones, apagaban su luz amarillenta y todo quedaba a oscuras. Enseguida invadía una sensación de completa soledad, a causa del profundo silencio, hasta que empezaba a oírse suavísima, extraterrestre, casi divina, una lira cuya melodía semejaba una plegaria sollozante primero, serena después, y por último arrobadora y extática, como si el alma de la lira fuera también un alma humana en contacto con la Divinidad.

En esta noche serán Joheván y Aldis los favorecidos por los tesoros de Numú, atraídos con el esfuerzo mental de todos aquellos Kobdas, consagrados a la Sabiduría y al Amor.

Zahín les condujo hasta el estrado del Pharahome, que tenía una especie de tarima donde les hizo sentar, en forma que les servían de respaldo los soportes del estrado.

La divina lira terminó su plegaria de armonías, y el Pharaohome colocando sus manos sobre las cabezas de ambos jóvenes, dijo en alta voz:

– ¡Que Numú haga la luz en vuestro camino!

A los pocos momentos, una luz azulada suavísima empezaba como a diseñar resplandores, aligerando la penumbra en el sitio en que estaba la pilastra del agua, los pebeteros y la hermosa decoración mural, con la imagen de Numú caminando por una verde pradera florecida, abrazado con el cordero, símbolo de la humanidad.

Pero no se veía ya ni la pilastra, ni la decoración, ni los pebeteros. Era la luz azulada y mortecina que tendía celajes opacos al principio y vívidos y fulgentes después, hasta que claras imágenes empezaron a diseñarse vivas y transparentes. Y los que no habían caído en hipnosis, contemplaron la esplendente visión plasmada por las fuerzas astrales.

“En un valle iluminado por un sol naciente, se encontraron de pronto seis seres humanos, jóvenes, hermosos y felices. Eran amigos y se amaban desde hacía mucho tiempo. Una misteriosa cita les unía de nuevo, en ese instante en que iban a despedirse para bajar a la tierra, en cumplimiento de la parte que les correspondía en la gran misión redentora de la humanidad terrestre. Joheván y Aldis se reconocieron a sí mismo en dos de aquellos seres, y en los otros cuatro vieron con nítida claridad a Sophía, Milcha, Adamú y Evana, todos en estado espiritual y en los planos astrales.

“Después, y ya en el plano físico, vieron en forma que no había lugar a dudas, reflejado claramente el hogar donde cada uno nació, después el desposorio secreto de Aldis y Milcha, las nupcias de Joheván y Sophía en la isla aquella después de la fuga, el nacimiento de los dos pequeños como un beso del Altísimo sobre las almas que se amaban. Otra vez estaban unidos aquellos seis seres, como en el día aquel de la cita misteriosa en el valle astral, iluminado por un sol naciente”.

¡Joheván y Aldis lloraban lágrimas mudas y sin sollozos, dominados por una emoción profunda, indescriptible!

Entonces se oyó la voz suave y serena del Pharaohome que decía:

– ¡Aquí termina el dominio del pasado y comienzan a plasmarse los propósitos que hicisteis y que si sois fieles a ellos, realizaréis en lo que os resta de vida terrestre!

La luz, que diseñaba resplandores se apagó, quedando la vasta sala de nuevo sumergida en tinieblas. Otra vez la lira desarrolló la guedeja armoniosa de su plegaria, como un canto de amor heroico y sublime hasta la inmólación. Cuando calló la lira, la luz azulada empezó de nuevo a diseñar bocetos, imágenes, lugares, escenas llenas de vida emotiva, con dolores y con alegrías, con virtudes heroicas y con lamentables errores, como es la vida humana en la tierra.

“Se vio a Milcha y a Sophía con los niños en la caverna, protegidos invisiblemente por Gaudes y su legión de espíritus afines, y en lo material por Madina y toda la familia reniana, domesticada y criada por él.

“Vieron libertarse de su materia el espíritu de Sophía, luego el de Milcha y que los niños ya adolescentes se unían, para formar una nueva familia. Más tarde, el advenimiento de Kaíno y de Abel, junto a ellos; la carrera de apóstol del uno y el camino de ambición y de egoísmo del otro.

“¡Vieron la inmensa luz que se hacía en torno del Apóstol, luz que se derramaba como un río caudaloso por toda la humanidad, arrastrando inmensas muchedumbres a purificarse en esa corriente de aguas que emanaban claridad, paz, dicha y amor!

“Se vio luego la bóveda de Joheván y él dormido en su lecho, se vio la rotonda de Bohindra y él dormido sobre un banco con su lira sobre las rodillas. De pronto un estremecimiento suave sacudió el cuerpo envejecido del Kobda poeta, y su espíritu libre ya de su pesada vestidura de carne, salió de la rotonda y entró en la bóveda de su hijo, cuyo doble etéreo se levantó del sitio mismo en que yacía su cuerpo, y feliz como en un arrobamiento de éxtasis, se abrazó con el cuerpo astral de Bohindra, diciendo:

“–Gracias al Altísimo que me llegó sin tropiezos la hora de mi libertad.

“–Bendito sea Dios que me permite continuar mi tarea en tu materia joven, vigorosa y fuerte, –le contestó el anciano.

“Aliados eternamente para las causas del bien y de la justicia, el uno desde el mundo espiritual, el otro en el plano físico, continuarían sin interrupción aquella jornada a la que aún faltaba mucho camino por hacer.

“Y la luz astral continuaba diseñando con sus pinceles de Maga..., y se vio que, después de una tierna despedida, el espíritu de Bohindra caía en suave turbación o letargo, y con el auxilio del doble etéreo de Joheván y de otros seres animados de corrientes simpáticas, realizaron el delicado trabajo de la posesión permanente del cuerpo abandonado del joven, por el espíritu de Bohindra.

“Cuando Joheván vio que el cuerpo mental del que fue su padre estaba ya en pleno contacto con aquel cerebro que él había animado, cortó el lazo fluido que aún le unía con su materia, y se alejó hacia el valle aquel de la cita misteriosa, iluminado con los resplandores de un sol naciente!

“Allí le esperaban Sophía y Milcha.

“Se miraron, se reconocieron y se les vio confundidos en un estrecho abrazo...”

– ¿Y yo..., y yo? –gritó Aldis, sin poderse contener en ese instante, viendo que su imagen faltaba en aquel divino cuadro de amor y de felicidad.

Este clamor súbito de Aldis, que el Pharaohome no tuvo tiempo de evitar, cortó la visión y la sala quedó nuevamente a oscuras.

Los doscientos Kobdas de los estrados delanteros y Aldis, fueron sacados en camillas por los demás Kobdas, pues habían sufrido una fuerte conmoción en su sistema nervioso, debido al grito inesperado del inexperto joven, y era necesario un reposo absoluto para que volvieran a su estado normal.

Fueron conducidos a la rotonda o Jardín del Reposo de Bohindra, que era a la vez la enfermería de la Casa de Numú, y recostados en los grandes bancos de piedra cubiertos de pieles, quedaron sólo los enfermos con el Pharaohome, Bohindra y seis Kobdas más, cuyas facultades magnéticas y mentales les hacían aptos para estos casos.

Unidos los seis por las manos, pero con los rostros vueltos hacia afuera, se quedaron quietos como estatuas de piedra, de pie, erguidos, tan cerca como les fue posible de aquellos a quienes querían aliviar.

Bohindra tomó su lira y empezó a ejecutar una melodía suavísima, apenas perceptible. El Pharaohome paseaba su mirada investigadora por cada uno de aquellos hombres semimuertos que, tendidos entre mantas de pieles, no daban señal ninguna de vida, mientras los seis que formaban cadena habían desaparecido entre una hoguera de rayos luminosos, que partiendo de sus cuerpos se extendían como flechas hacia el cerebro y el plexo solar de cada uno de los enfermos.

Como el menos afectado era Aldis, fue el primero en dar señales de vida. Después de unos instantes abrió los ojos y se incorporó. El Pharaohome se le acercó. Iba a hablar para pedir disculpas por el inmenso mal que había causado, pero el Pharaohome le puso un dedo en la boca para que callase y, acariciándole la cabeza, trataba de devolverle la confianza y la tranquilidad.

Mientras tanto, los rayos luminosos iban invadiendo todo el recinto y las plantas empezaban a emitir también corrientes como ondas de luz sonrosada y tibia. El agua de la fuente se encrespaba en pequeñas burbujas y ondulaciones, como si absorbiera y tragara sedienta aquellos rayos de luz y aquellas ondas, que ya formaban como un gran incendio sin ruido y sin llamarada, porque semejaba como una inmensa nube luminosa y cálida que lo envolvía todo, absolutamente todo.

La melodía de la lira se esfumó como en un suspiro, y un silencio profundo reinó en aquel recinto. La nube luminosa se fue diluyendo, esfumándose hasta desaparecer por completo, y pudo verse al Pharaohome y Bohindra que hacían sentar a los seis de la cadena, al borde de la fuente y que ellos, alzando agua en el hueco de sus propias manos, bebían de ella gran cantidad. Luego hacían beber de esa misma agua a los enfermos que ya se habían incorporado.

Poco a poco todos fueron reanimándose, y sólo dos de ellos no volvieron más a la vida física.

– ¡Los he asesinado yo! –decía Aldis desesperado, cuando se comprobó que estaban muertos.

–No os desesperéis, hijo mío –le dijo el Pharahome–, porque ellos dos tenían ya su misión terrestre terminada. Habían llegado al máximo de desarrollo de sus facultades psíquicas; dentro de esta atmósfera terrestre no se podía ir ya más adelante y Numú les había anunciado que debían desencarnar dentro de poco, para preparar los caminos del Verbo Eterno que llega. De tal modo esos dos espíritus habían dominado la materia, que el cuerpo físico no era ya para ellos más que una sombra. Se van después de haber terminado una vasta labor. El uno tenía sesenta y dos años, y el otro sesenta y ocho. Han llegado aquí casi adolescentes, o sea, ambos con menos de dieciséis años. Su partida al mundo de la luz, era esperada entre nosotros de un momento a otro, pues el grado de su lucidez y sensibilidad era tal, que sentían a largas distancias el dolor humano; sobre todo si ese dolor o angustia lo sufrían seres pertenecientes a la Alianza de Numú.

“Cuando vosotros fuisteis capturados por los piratas, ellos dos sintieron vuestro clamor, y ordenamos entonces concentración de fuerzas mentales para que fuerais traídos a Neghadá y poderos salvar de sus garras. Nuestro Kobda Zahín os esperó en la costa, ya lo recordaréis, y os compró por orden nuestra al pirata que os había apresado.

Aldis no salía aún de su estupor, y no podía olvidar que su grito inoportuno, había causado la muerte a aquellos dos Kobdas, que yacían rígidos sobre los bancos de piedra del recinto.

Los demás iban incorporándose y todos, uno a uno, fueron dejando un beso reverente y silencioso en las frentes tibias, aún, de los Kobdas libres, como llamaban ellos a los muertos. Después se alejaron sin hablar palabra. El Pharahome se alejó también, y Bohindra condujo a Aldis a su bóveda particular, donde encontraron a Joheván como bajo la impresión de un gran susto.

–Murieron dos, –dijo apenas les vio entrar.

–Morir es palabra que no se dice jamás en la Casa de Numú –le dijo casi con severidad Bohindra–. Dos hombres se han libertado querrás decir, hijo mío.

–Pero, ¿cómo gritaste Aldis, cómo fue eso?

– ¡Yo mismo no lo sé, Joheván! ¡No sé, me impresioné tanto! Y tú, ¿cómo sabías que esos dos Kobdas se habían..., libertado? –dijo, recordando lo dicho por Bohindra.

– ¡Pues muy sencillamente! Les he visto entrar por mi habitación con la puerta cerrada, y me han dicho: “Acabamos de libertarnos, gracias al

grito de tu compañero; esperamos que te libertes tú para encarnar los tres al mismo tiempo en humildes familias del país de Irania, entre el Tigris y el Pison”, y se han marchado.

–Quiere decir que tienes una cita importante para después de tus días terrestres –dijo tranquilamente Bohindra, mientras los dos jóvenes no conseguían dominar aún la impresión y el estupor que todos estos acontecimientos les producían.

La estoica serenidad con que en aquella Casa se miraba a la muerte, les parecía algo muy fuera de lo normal.

Comprendiendo esto, Bohindra les dijo, mirando intensamente aquellos hermosos rostros juveniles, donde con tanta nitidez se grababan todos sus pensamientos.

–Estáis asombrados de vernos terminar la vida con tanta tranquilidad, ¿no es así?

–Verdaderamente –contestó Aldis.

–No tendría lugar ese asombro, si pensarais a fondo en lo que es la vida terrestre, lo que ella significa para el ser, y lo que es y significa la desencarnación o estado libre del espíritu. Amamos la vida en cuanto ella nos sirve para el cultivo y desarrollo de nuestro verdadero ser, en forma que al dejar la materia, estemos mucho más adelantados que lo estábamos al encarnar. En la Casa de Numú no tenemos otra finalidad que el cultivo de las grandes facultades sensitivas, mentales y espirituales del ser, para emplearlas en bien de las grandes causas, de cuyo triunfo dependerá un grado más de progreso para esta humanidad de que formamos parte. ¿Sabéis vosotros la fuerza que significa, dentro de la humanidad, los diez Santuarios Kobdas que existen actualmente en ella?

– ¿Y todos son tan grandes como este?– preguntó Joheván a su padre.

–De los que existen hoy, éste es el más antiguo y el más numeroso. Los Kobdas Fundadores fueron también los creadores de la lengua que aquí se habla, y que está extendida por todo el valle del Nilo y por la costa Sudeste del Mar Grande, aunque a veces desfigurada por voces introducidas de las lenguas aglutinantes, que se van formando con las continuas mezclas de razas y de tribus.

Desde Neghadá hasta el Cáucaso, y desde el Mar Grande hasta el lejano Birmán, están esparcidas las moradas de los Kobdas, porque Numú envió aquellos diez primeros para prepararle los campos, en los que él sembrará a su venida. Pertencieron a un núcleo emigrado de Atlántida, azotada por las aguas y se refugiaron en las cavernas de las montañas del Noreste africano, donde los gigantescos picos del Revenzora les dieron refugio por tres siglos. Aquellos diez inspirados de Numú, lucharon hasta levantar este edificio, adonde podrían acudir gentes de todas las razas y de todas las condiciones sociales.

–Pero, ¿esos diez primeros Kobdas vivieron así tantos siglos? –preguntó Joheván, asombrado de tal longevidad.

– ¡Desde luego que con la misma materia, no!, pero la Ley Eterna permite a los seres cuyas misiones no pueden ser terminadas en el corto período que resiste un cuerpo físico, tomar otra materia joven y vigorosa, sin pasar por la turbación de la desencarnación y nuevo nacimiento, y esto se realizó en ellos, que han sobrevivido hasta que esta Institución tuvo vida sólida y estable.

–Y esos Kobdas, ¿no han vuelto a la tierra después? –preguntó Joheván.

–Tan solo a intervalos están en la atmósfera de este planeta, porque son originarios de otras esferas de mayor progreso, y a ellas retornan cuando terminan la obra encomendada. Casi todos habían venido de la hermosa Sirio, y algunos de Venus y de Vhega, y de tiempo en tiempo recibimos mensajes suyos, que nos alientan y nos obligan a conservar y acrecentar su obra, tan pura y elevada como ellos la fundaron.

–Con tanta grandeza como atesoráis en este recinto, llegará un día en que dominaréis el mundo –observó Aldis.

Bohindra movió la cabeza negativamente y contestó:

–No es esa nuestra misión y el día que nos mezcláramos con las muchedumbres ambiciosas de poder y de dominio, perderíamos toda esta fuerza suprafísica que nos rodea. Los poderes espirituales elevados, están reñidos con la grandeza material que halaga los sentidos y alimenta las bajas pasiones del ser. El Kobda, para ser digno de su nombre, que significa *Corona*, o sea lo más alto a que puede llegar el ser humano en la tierra, debe empezar por dominar en absoluto sus pasiones y sus deseos de hombre. Lo que realice ha de ser porque la razón y la justicia así lo reclaman; en ningún caso por solo el placer de la satisfacción de un deseo.

“Aquí conceptuamos la vida espiritual como la verdadera vida del ser y es a la que dedicamos los mayores esfuerzos. La vida física en sus aspectos de social y colectiva, nos interesa mientras sirve a las grandes causas de la evolución humana.

“Suponed el caso de un Kobda de real estirpe. Sus padres eran reyes, pero él era un hijo tercero. Había dos herederos antes que él; pero estos dos herederos murieron en una epidemia que asoló el país. Este Kobda llevaba aquí catorce años. Su pueblo lo reclamaba con desesperación, porque no acudiendo él a ocupar su trono, lo ocuparía un hermano de la viuda del heredero, y tal sujeto pertenecía a una dinastía mucho más atrasada en su religión y en sus leyes, pues mantenían en su culto los sacrificios humanos, lo más delictuoso que hay en la trasgresión de la Ley Divina.

“El Alto Consejo de la Casa de Numú, no sólo le aconsejó, sino que le ordenó acudir al llamado de su pueblo y tomar allí una esposa pura, para

dar herederos a la dinastía de sus mayores. Cuando su hijo mayor fue capaz según la ley, para ocupar el trono, nuestro Kobda regresó a nosotros y aún vive. El más anciano de los diez que formamos el Alto Consejo del Pharahome, es este Kobda-Rey de que os hablo. Su pueblo realizó un gran avance en su evolución espiritual, y bajo el reinado suyo en el país de Zoar, se fundó otra Casa de Numú sobre la costa oriental del Mar Eritreo Norte, que realiza los mismos fines que la nuestra. Diez Kobdas de esta Casa fundaron aquélla y aun la gobiernan y dirigen en la actualidad.

– ¡Según esto, pienso que sería también justo y razonable, que nosotros dos saliéramos para proteger a nuestras esposas y a nuestros hijos!
–observó Joheván, que creyó encontrar una pajilla de que tomarse.

–Razonando humanamente, sí, hijo mío, pero tu caso no es el caso del Kobda-Rey. Y voy a explicaros. Vosotros encarnasteis por dos razones:

“Primera: Habiendo estado cerca del Verbo de Dios en su anterior venida a la tierra, obrasteis erradamente a su mismo lado y más equivocadamente obrasteis después en nuevas encarnaciones, cooperando inconscientemente a que se desvirtuara su ley y se adulterase su doctrina. Los amores humanos y la ambición de grandezas torcieron muchas veces vuestro rumbo. Necesitáis eliminar lo que habíais creado con vuestros errores, y ahí tenéis la primera razón de esta existencia actual: Vuestra purificación interior.

“Segunda razón de vuestra vida terrestre: Acercándose de nuevo la venida del Verbo, habéis querido ser los primeros en el sacrificio para reconstruir aquello que destruisteis con vuestra inconsciencia. Y habéis pactado y aceptado servir de simiente para la nueva humanidad, que debe levantarse pura como una desposada, a recibir a su Amado que llega. Vuestras dos esposas fueron vuestras aliadas en el pacto para dar vida a los dos seres que serán la raíz de esta nueva civilización. Esa misión está cumplida; quiere decir que vuestro deber, en cuanto a la humanidad, está consumado, y si buscarais de uniros nuevamente a vuestras esposas sería sólo para tener el placer egoísta del amor humano satisfecho. Además, vuestras esposas tienen más desarrollo espiritual que vosotros y como sus materias no son aptas ya para futuras procreaciones y deben ambas desencarnar pronto, os veríais de nuevo enredados en la grosera vida de los sentidos, y continuaríais en los mismos errores y desvíos que os hicieron fracasar en encarnaciones anteriores. Mientras que si permanecéis alejados de la vida grosera y carnal, os ponéis en condiciones de ser auxiliares eficaces del Verbo Eterno en su próxima venida a la tierra.

–Pero todo esto no pasa de ser una suposición vuestra, según creo
–dijo Joheván a su padre.

–Suposición muy razonable si se quiere, pero que no encierra una plena seguridad para nosotros –añadió Aldis, ayudando a su amigo.

–Si todas las manifestaciones plásmicas que habéis presenciado no os dan una seguridad, será porque estáis en el número de los ciegos que no quieren ver. Pero apartándonos de las cosas puramente espirituales, decidme con toda lealtad y franqueza: ¿Tenéis la fuerza de voluntad suficiente para que, vueltos a la vida entre las muchedumbres inconscientes y corrompidas, siendo ya desencarnadas vuestras esposas, vivir en la continencia y la pureza sin contaminaros con el vicio y la degradación reinantes? ¿Sois capaces de ser un reflejo de la Ley Eterna, entre la formidable marejada de la iniquidad que impera sobre la tierra? ¿Estáis seguros de no causar la desviación de esos dos hijos que habéis traído a la vida, para ser la raíz pura de una civilización nueva? –Bohindra esperó la respuesta en silencio.

Ambos jóvenes inclinaron su frente ante la luz serena y dulce que emanaba de los ojos del Kobda poeta, y Joheván, más sensitivo que su compañero, no pudo impedir que dos gruesas lágrimas rodaran de sus ojos entornados.

Se sentía vencido por el razonamiento de su padre, y Aldis se sintió vencido como él.

–Por mi parte confieso que volvería a ser el mismo que era antes de conocer a Milcha –declaró Aldis cuando le fue posible hablar.

–Y yo –dijo Joheván–, perdiendo a Sophía que me elevó hasta la pureza de un amor excelso, tornaría a buscar el placer de los sentidos porque allí ahogaría el dolor de haberla perdido.

– ¿Queréis partir de este lugar?

–No –contestaron los dos a una voz.

–Mas, permitidme una pregunta –dijo Joheván–. ¿Vosotros sabéis dónde ellas se encuentran?

–A punto fijo, no; únicamente sabemos que están poco más o menos en la región en que debe encarnar el Verbo de Dios, que es en las tierras que riegan el Éufrates y el Hildekel, y sabemos que están protegidas y vigiladas por las almas errantes, unidas a la Grande Alianza de Numú para esta hora, y que no estarían más seguras con vuestra protección material, que lo están bajo la tutela invisible de nuestros hermanos que pasaron al reino de la luz.

“Vosotros sabéis tanto como yo en este sentido, pues ellas mismas os han manifestado su actual situación; y las grandes fuerzas astrales de que disponemos os han revelado en forma inequívoca, que todo esto es una realidad. Meditadlo vosotros, que aun tenéis mucho tiempo para elegir con entera libertad vuestro camino.

Bohindra con su habitual dulzura acarició las cabezas inclinadas de ambos jóvenes y se alejó.

LOS JORNALEROS DE GAUDES

Mientras tanto, nosotros volveremos a la caverna del país de Ethea a encontrar a Sophía, Milcha y los niños, que guiados por Madina caminaban hacia la fuente para penetrar al huerto desconocido, donde debían recoger el fruto de la labor infatigable de Gaudes.

La reno conocedora de aquel lugar, fue quien primero abrió el paso a través del bosquecillo de bambú, y las dos mujeres quedaron maravilladas de lo que veían. Era aquello un vallecito encajonado entre un laberinto de montañas, que sólo tenía salida por el sitio en que Gaudes había plantado el espeso bosquecillo de bambú para cerrarlo. Aquello era pues, un paraíso encantado, el “Huerto cerrado” diríamos nosotros, usando de la frase simbólica del Libro de los Cantares. Inmensos olivos y datileros, cuya edad era muy respetable a juzgar por su corpulencia, debió ser lo que el mago Atlante encontró en aquel valle de maravillosa fertilidad, que él con su trabajo personal convirtió en lo que era en esos momentos, el asombro y alegría de las dos abandonadas.

Las vides trepaban alegremente por los flancos de las montañas, luciendo al sol sus dorados pámpanos. Los datileros, los almendros, las higueras y los castaños, dejaban caer sobre el musgo sus frutos maduros.

– ¡La planta de los cántaros! –gritó de pronto Sophía, viendo la enorme trepadora que subía por la montaña y que ya, medio seca la hojarasca, ofrecía al descubierto sus “cabezas de gigante”, como le llamaban en aquel tiempo y en aquel país. Dejaron los niñitos sentados sobre el verde musgo, para explorar más libremente el valle. Madina se echó en el pasto, junto a ellos, comprendiendo sin duda, que ese era su deber.

–Y todo esto, ¿lo sembraron para nosotros? –preguntaba Milcha maravillada.

– ¿Y si ahora que es tiempo de la cosecha viniera el sembrador a recogerlos? –preguntó a su vez Sophía.

–No..., no..., no puede ser porque el anciano que nos visitó el día de los búfalos, dijo que este huerto nos pertenecía y ya veis que me recomendó hacer la recolección. Y por lo que pueda ser, corro a traer cestas, que teniendo guardado todo en la bodega, no hay temor de perderlo.

Y Milcha echó a correr hacia la cabaña. Y Sophía continuó su paseo por entre los surcos de hortalizas, hasta llegar a los trigales dorados, y el maizal rumoroso y musical, cuando el viento agitaba sus largos tallos cuajados de espigas, ya maduras por el sol de otoño.

Milcha volvió seguida de la joven reno que había dado a luz últimamente, que paso a paso, para que su renito pudiera seguirla, venía también al huerto, atraída sin duda por la hermosa perspectiva de la cosecha. Las avellanas y las cerezas, los dátiles y los higos, fue lo que ambas mujeres recolectaron primeramente, ayudadas por Madina y su hija que, con golpes de cabeza, sacudían las ramas.

Adamú y Evana con loca alegría, se arrastraban por el musgo para comer las frutas que caían junto a ellos. Aquellas deliciosas caritas rosadas de niños sanos y fuertes, fueron desapareciendo poco a poco, bajo los residuos de la piel de los higos que les quedaba adherida.

Adamú se abrazó al cuello del renito y a su lado comenzó a andar hacia donde estaba su madre. Evana gritaba al ver que la dejaban sola y hacía esfuerzos para caminar, lo cual visto por Madina, se acercó a la chiquita, tomó una caña de bambú con sus dientes y le presentó un extremo. La niña se tomó de él y la reno empezó a caminar para atrás obligando a la criatura a dar pasitos en seguimiento suyo.

– ¡Mira a Madina, Milcha! –gritó Sophía, maravillada de la inteligencia del animal que así enseñaba a andar a su Evana. Mientras ambas celebraban a la incomparable Madina transformada en niñera, Adamú realizaba un buen recorrido abrazado al cuello del renito, que seguía a su madre ocupada en sacudir las ramas de los árboles.

– ¿Y Adamú? –gritó Milcha asustada de no verle por ningún lado, oculto él y su conductor entre las matas de hortalizas que se extendían bajo los árboles frutales. Por fin le encontraron con el renito; ambos se habían fatigado, sin duda, y tendidos al sol en medio de un macizo de lentejas, Adamú se divertía metiendo almendras en la boca del renito que las arrojaba con disgusto, causando la alegría del futuro padre de una nueva civilización.

Sophía y Milcha olvidaban entonces la tristeza de su situación, y entre la salud y la alegría de los niños y la solicitud inteligente y maternal de Madina, viéronse obligadas una vez más a bendecir a Dios, que tan visiblemente las envolvía en su amorosa providencia.

De pronto vieron que Madina, dejando a Evana sentadita en el suelo, salió del vallecito y enseguida oyeron sus balidos de llamada. El terror las paralizó porque juzgaron que un peligro les amenazaba, como el día aquel de la llegada de los búfalos; y ellas se encontraban a unos doscientos pasos de la caverna. Milcha corrió a donde estaba la reno, a la cual acarició, preguntándole:

– ¿Qué hay, Madina, qué hay?

El noble animal comprendió el susto de Milcha y le lamió las manos como solía hacerlo para tranquilizarla. Continuó llamando hasta que se oyó el balido de trueno lejano del reno mayor. Entonces Madina tomó de

las ropas a Milcha y la volvió hacia el vallecito. Pocos momentos después se sintió la carrera veloz de los renos que acudían al llamado, Madina salió hasta la fuente para indicarles dónde estaban y toda la familia reniana entró en el huerto, y con la naturalidad que da la costumbre de hacerlo, cada uno tomó con los dientes del asa de las cestas y marcharon hacia la caverna volviendo al poco rato con las cestas vacías.

Las dos mujeres estaban maravilladas. Llenaron nuevamente las cestas y los renos hicieron la misma operación, y así ocurrió hasta terminar la recolección.

Madina en todo este tiempo no estuvo ociosa, porque se dedicó a cortar con los dientes el tronco de las cabezas de gigante que rodaban de la pendiente al valle. Y sobrándole aún tiempo, dada la rapidez con que lo hacía, tomó del asa de una cesta y empezó a cortar los dorados racimos de la vid y depositarlos cuidadosamente en ella. Cuando la vio llena, bajó con ella y la presentó a Sophía que, cansada ya, se había sentado junto a Evana.

– ¡Ay, Madina! –dijo, acariciándola–. ¡Qué buena compañera eres! Cuando yo no esté más aquí, tú serás la aya de mi Evana. ¿Verdad, Madina?

Como si el animal hubiese comprendido, empezó a lamer la cabecita de Evana, dormida sobre la alfombra de césped.

Dos lágrimas rodaron de los hermosos ojos de la princesita, conmovida profundamente por las demostraciones de amor de aquel hermoso animal.

– ¡A veces los animales son más buenos que los hombres! –exclamó–. ¡Si mi padre hubiera tenido un corazón como el tuyo, Madina, yo no estaría en este sitio, lejos de Joheván y con mi Evana dormida sobre la hierba!

Milcha llegó a sentarse también allí, fatigada de la tarea.

– ¿Por qué lloráis? –le preguntó entristecida, al ver las lágrimas de Sophía.

– Es Madina que me ha hecho llorar con sus demostraciones de amor. ¿No ves la cesta llena de racimos?

– Sí, ya lo veo. Ni una docena de criados nos servirían mejor que Madina y su familia.

“¡Mirad! –Milcha indicaba con su mano a la familia reniana, que salían unos en pos de otros llevando las últimas cestas de frutos recogidos.

Les vieron volver sin las canastas.

– ¡Ah! –dijo Milcha–, esto quiere decir que ya los jornaleros han terminado y reclaman su paga.

Los renos siguieron hacia el huerto, acompañados de Madina que parecía la jefa que repartía el trabajo. Ella empezó a abrir hoyos con su pie

delantero, en la dirección donde veía una matita seca sobresaliendo en el borde de los surcos. Al poco rato empezaron a salir los bulbos rosados, amarillos y blancos de las albuminosas. Todos los renos la imitaron y en breve tiempo estaba toda la tierra removida y los bulbos al exterior.

Otro tanto hicieron con las espigas maduras y con las hortalizas de vaina, que segaban con los dientes y depositaban en un mismo lugar, formando grandes montones, de donde fácil fue a las dos mujeres extraer los granos para guardarlos en los grandes sacos de fibra, que la paciencia del laborioso ermitaño había tejido en sus largas noches de invierno.

El más rudo trabajo de la recolección estaba hecho, faltando sólo la limpieza final y preparación adecuada a cada especie o producto, faena a la cual Milcha estaba habituada y conocía a la perfección.

– ¡Cuántos días vamos a tardar en llevar todo esto a nuestra bodega! –decía Sophía contemplando la abundante cosecha.

–Esperad, esperad, que los jornaleros de Gaudes están bien enseñados a cumplir como perfectos domésticos –contestaba Milcha. Había ella visto a Madina salir del huerto, y como ya la entendía muy bien, adivinaba que el inteligente animal les preparaba nuevas sorpresas y así lo manifestó a Sophía.

–Aseguraría que Madina fue a la caverna a traer alguno de aquellos sacos enormes, en que Gaudes acostumbraba a guardar los granos.

Apenas había terminado de decirlo, cuando apareció la reno, no con un saco, sino con varios de ellos que, tomados por el cordel de fibra que cerraba el borde, los arrastraba tranquilamente hacia los montones ya preparados. Luego se acercó a Milcha a lamerle las manos.

–Ya te comprendo Madina, me quieres decir que guarde los granos en los sacos que me has traído –dijo la esclava, levantándose seguida por Sophía y entre ambas lo hicieron, mientras la reno, incansable en la labor, llevaba su familia a continuar la siega de los trigales dorados, que era lo que más abundaba en los cultivos de Gaudes, y cuya recolección debía llevar más tiempo.

La tarde caía lentamente y Madina, como buena jefa de cuadrilla, amontonó el trigo segado, lo cubrió de pasto seco y agarrando con los dientes uno de los sacos llenos se encaminó a la caverna. Enseguida todos los renos la imitaron, arrastrando cada cual uno de los sacos restantes.

Sophía y Milcha se quedaban aún descansando, ya fuera del huerto, en las piedras que rodeaban la fuente, y lavando las manecitas y la cara de los niños que parecían dos pequeños enmascarados con las pieles de higos que habían comido.

– ¡Pobrecitos! –decía Sophía–, no sé lo que parecen ataviados con los pedazos de túnica de Gaudes.

–Pues mucho mejor quedarán cuando los vistamos con las telas de pelo de camello que hemos encontrado. Es de suave y calentita, que no les tocará el frío.

Así hablaban cuando llegó de nuevo Madina a buscarlas.

–Estamos cansadas, Madina, ¡y estos niños pesan tanto para llevarlos en brazos!

–Oye, Milcha, –dijo Sophía– ¿se enojaría Madina si los montáramos encima de su lomo?

– ¡Qué va a enojarse! Habéis tenido una gran idea. ¡Vamos a ver! –Y así diciendo, Milcha montó a Evana primero y casi sobre el cuello de la reno. Después montó a Adamú y le hizo que se abrazara de Evana y ésta del cuello de Madina, que demostraba su agrado lamiendo las manos de Sophía.

Las dos mujeres se pusieron una de cada lado, por si los niños perdían el equilibrio y Madina con un paso de ceremonial solemne caminaba serenamente hacia la caverna.

Cuando llegaron, con gran delicadeza Madina se arrodilló primero y se echó después, y los niños entre alegres risas, se dejaron caer sobre las pieles que había en el piso de la caverna.

Fue un verdadero día de fiesta para los cuatro abandonados. La caverna estaba convertida en un mercado de frutas, hortalizas y cereales.

Como la noche se acercaba, Madina encendió el fuego del hogar, cerró la puerta como de costumbre y fue a echarse en su cama de pajas, juntamente con toda su familia.

No es necesario decir que había un testigo gozoso y feliz contemplando su obra, mucho más dulce a la verdad que los hermosos frutos maduros, que la tierra cultivada por él, brindaba a los proscriptos de la sociedad humana. El alma de Gaudes se expandía como en un himno divino y extático, diciendo para sí mismo o para los espacios infinitos que lo escuchaban:

– ¡Es demasiada felicidad para un corazón de hombre!

FUNERALES KOBIDAS

En una especie de camilla de tela color violeta, adornada de hojas de helechos y de lotos blancos, bajaban desde la enfermería o jardín de reposo, los cuerpos sin vida de aquellos dos Kobidas que habían partido la noche anterior al mundo de la luz.

Un himno triunfal como aquel que cantaran los Kobidas el día de la consagración de los jóvenes postulantes, resonaba por el inmenso edificio, mientras paso a paso descendían las escaleras aquellos centenares de Kobidas, vestidos todos de túnicas blancas como el ropaje y las flores que cubrían a los cadáveres.

Esta vez, la ceremonia se realizaba en el Patio de los Olivos, o sea el que quedaba hacia el lado opuesto del Patio de las Palmeras, donde se efectuaban las consagraciones de los Kobidas.

Como se ve todo era simbólico y guardaba cierta oculta relación en la Casa de Numú.

Las palmeras donde se consagraban al servicio de Dios, eran símbolo del triunfo del espíritu sobre la materia. Los olivos debajo de los cuales se despedía a los que partían, eran símbolo de la paz serena y dulce en que habían entrado.

Ninguna ley obligaba a Joheván y Aldis, a que asistieran a la fúnebre ceremonia, pero ellos pidieron a Bohindra el permiso de concurrir y les fue concedido.

Cuando llegaron bajo de los olivos centenarios, las dos camillas fueron colocadas sobre una mesa de piedra de enormes dimensiones destinada a este objeto. Cesaba el canto y los instrumentos musicales y se oía la voz del Pharahome, que decía:

– ¡Almas hermanas de las nuestras, que habéis dejado el cautiverio para gozar de la libertad otorgada a los fieles servidores del Altísimo! ¡No olvidéis a vuestros hermanos, que por divina voluntad aún quedamos aprisionados, buscando el hacernos dignos de la Sabiduría y del Amor a que vosotros llegasteis!

“¡Que vuestro pensamiento flote en torno de este recinto, y sea nuestro estímulo y fortaleza hasta llegar a la cumbre a que vosotros subisteis!

“¡Que vuestros cuerpos sean conducidos al recinto de la quietud perdurable, como instrumentos concedidos por la Divina Ley para realizar una jornada de vuestra evolución eterna!

“¡Paz y Amor sobre todas las almas!

El coro solemne, grandioso, triunfal, continuó de nuevo mientras los

Kobdas en concentración, deshojaban las flores radiantes de sus pensamientos como ofrenda de amor a los que habían partido. Terminado el himno, abrieron una rampa levantando una losa del piso, en el centro del inmenso patio. Y valiéndose de fuertes cordeles bajaron lentamente las camillas hacia la hondura profunda de un subterráneo, todo emparedado de piedra blanca llena de inscripciones. En cada piedra estaba esculpido un nombre y tres fechas, la del nacimiento, la de la desencarnación y la consagración de cada Kobda.

Allí quedaron los cadáveres sobre mesas de piedra durante treinta días, tiempo necesario para efectuar los trabajos de desinfección y esterilización de elementos corrosivos, mediante extractos o esencias fabricadas por los Kobdas, para obtener la disección sin destrucción de los tejidos.

Bajados los cuerpos a la cripta terminaba la ceremonia fúnebre en su carácter colectivo o público, pues el inhumar los restos en concavidades abiertas en aquel subterráneo inmenso, lo hacían privadamente algunos Kobdas, al finalizar los treinta días fijados para la esterilización.

Después los Kobdas se diseminaban en grupos por los jardines, pues había plena libertad de hablar como en un día de fiesta solemne, celebrando la libertad de dos compañeros queridos.

Nuestros dos jóvenes que se habían atraído la simpatía de los Kobdas, se vieron rodeados de ellos deseando compartir sus impresiones.

Las manifestaciones radiantes y plásmicas que para ellos se habían obtenido públicamente en la Mansión de la Sombra, les atraía el cariño y la solicitud de todos. El saber que Joheván era el hijo de Bohindra, por el que tanto había llorado su padre, antes de alcanzar la serena quietud de las almas grandes, fue otro motivo de simpatía.

Todos hablaban con entusiasmo de los que se habían libertado y por fin un Kobda dijo:

– ¿Quiénes reemplazarán a los que han partido, en el estrado de los doscientos?

– Estos dos que recién llegan –dijo el Pharahome, poniendo sus manos en los hombros de Joheván y Aldis.

– Todavía no, Pharahome –contestó Bohindra–. ¡Falta tiempo aún antes de que calme la tempestad!

– ¡La tempestad que nos rugió a todos aquí dentro! –exclamó el Pharahome, al par que adquiría su semblante una gravedad dulce y triste a la vez.

Las vestiduras blancas que les cubrían aquella tarde, daban un aspecto alegre de fiesta a los parques cubiertos de frutas y de flores.

– Mirad, –dijo de pronto el Pharahome– el prodigio de esos dos Kobdas que hablan allí, sentados juntos en ese banco. Les recogió la Casa de

Numú hace veintinueve años, medio muertos junto a los jardines de la morada del Chalit de Zoan. Ambos salieron al campo a matarse porque codiciaban la mano de la misma princesa heredera. Los dos cayeron al mismo tiempo, heridos, creyendo cada uno que había muerto a su rival.

“¡Esa sí que era tempestad la que rugía en lo más hondo de sus corazones! Aun vivía el Pharahome anterior, y yo era el encargado para custodiar a los recién llegados. Cuando cada uno supo que su enemigo vivía pared de por medio, aquello fue algo así como la erupción de un volcán.

“Cuando el Chalit, enterado del escándalo que en torno de su hija se levantó por esta causa, condenó a muerte al que sobreviviera de los dos o a los dos si ambos vivían.

“Nuestro Pharahome consiguió el perdón de esa pena, a condición de que fueran amarrados con una cadena en el fondo de una caverna, usada para los delincuentes de la peor especie.

“Allí un carcelero les llevaría la comida y allí debían esperar el fin de sus días.

“Nuestro Pharahome consiguió veinte lunas de plazo para restablecer a los dos heridos y el Soberano se lo concedió. Ellos nada sabían de la condena a muerte, ni de la cadena perpetua que les amenazaba.

“Empezamos todos a trabajar espiritualmente para triunfar de esas almas rebeldes y dominadas hasta lo sumo por las más violentas pasiones.

“Cuando llegaron las veinte lunas, ambos dijeron que querían consagrarse al servicio del Altísimo en la Casa de Numú, y se hizo la consagración como sabéis. Después pedimos al Soberano que nos hiciera una visita, y en el Patio de las Palmeras desfilaron ante él todos los Kobdas.

“– ¡Grandeza! –dijo nuestro Pharahome–. Entre estos hijos de Numú están los dos hombres que habéis condenado a cadena perpetua. Llévalos si es vuestro gusto.

“–Que se acerquen a mí –gritó el Soberano.

“Todos los Kobdas en montón se le acercaron.

“–Los reos no son más que dos –volvió a decir el monarca–, y aquí se me acercan centenares.

“– ¡Grandeza! –dijo entonces nuestro Pharahome–, antes de entregar dos de nuestros hermanos que recién comienzan el trabajo de su regeneración, elegid dos de los que ya avanzaron por ese camino, que para ellos nada significarán las cadenas.

“El monarca se sintió conmovido y perdonó a los culpables. Ahí los tenéis, son ahora tan buenos amigos como enemigos formidables eran antes. Sienten una compasión profunda hacia aquellos que guardan en el

corazón una herida causada por el amor humano, que es siempre la más terrible y dolorosa herida. Una vez por año recorren las cavernas de las montañas, donde a veces, encuentran prisioneros en lamentable estado de bestialidad, se preocupan de conseguirles el indulto y de orientarles en la vida para lo futuro.

“Siempre tenemos diez Kobdas destinados a procurar el progreso y liberación de las almas sumergidas en la miseria de la vida humana. Y ellos pertenecen a esos diez Kobdas que hacen vida activa al exterior.

–Pero el que se consagra aquí, ¿no vuelve al mundo jamás? –preguntó Joheván.

–Si tal es su voluntad, sí, porque no puede tener el alma quieta y serena quien está forzado en este recinto.

“Por ejemplo, vosotros, si al llegar las veinte lunas reglamentarias, pedís que se os abra la puerta para salir, enseguida os hacemos conducir hacia donde queráis. Mas pasadas las veinte lunas, casi ninguno desea marcharse y son rarísimos los casos que suceden. La vida espiritual como se sigue en la Casa de Numú, encierra una felicidad tan desconocida de los hombres, que sólo los espíritus muy retardados no se sienten atraídos por ella.

Las sombras del atardecer fueron haciéndose más y más pesadas, y los grupos de Kobdas como blancas visiones fueron perdiéndose en la penumbra de los jardines rumorosos y perfumados.

Joheván y Aldis subieron a sus habitaciones, con la mente cargada de pensamientos profundos y graves porque se acercaban sus veinte lunas, y sentían levantarse en lo hondo de sí mismo este interrogante:

“Si Sophía y Milcha debían pronto desencarnar, ¿qué harían ellos arrojados de nuevo entre el maremágnun de la corrupción reinante?”

“Desaparecidas ellas, ¿era acaso posible encontrar sus hijitos y recogerlos en las Casas de Numú, para apartarlos también de las corrientes de la iniquidad?”

Adivinando tales interrogaciones, Bohindra que les acompañó hasta sus bóvedas particulares, les dijo al retirarse:

–Todas vuestras preguntas internas os serán contestadas antes de las veinte lunas. No estéis pesarosos por ello, sino que abrid vuestras almas a la voluntad soberana del Altísimo, que os será manifestada por Numú, cuando menos lo penséis.

“Somos avecillas que bogamos buscando la luz en la inmensidad. El Altísimo nos brinda esa luz cuando de verdad la deseamos y la pedimos. Esperad pues y no os pesará la resolución que toméis en el sereno razonamiento de vuestro íntimo ser.

LA CONFIDENCIA EN LA CAVERNA

Milcha había pasado un día de inmensa tarea y se sentía de verdad fatigada. Sophía más extenuada cada día, sólo podía ayudarla en el cuidado de los niños, que gracias al renito que servía de andador y a las inteligentes solicitudes de Madina, caminaban ya, aunque cayendo muchas veces. El invierno llegaba con sus escarchas y sus cierzos helados, y la esclava preparaba, ayudada por los renos, todo cuanto podrían necesitar durante el período de los fríos intensos.

Había pisado el trigo para el pan. Los grandes velones de grasa de búfalo estaban ya colocados en sus pedestales de troncos.

Había tapizado el pavimento de la caverna con aquellas hermosas pieles sacadas por Gaudes y secadas al sol. Su original bodega bien provista de frutas y hortalizas, secadas cuidadosamente, proveería a su manutención durante el invierno.

El fuego estaba en la pezuña de Madina y en la piedra aquella del hogar, y junto a la puerta de la caverna un inmenso montón de ramas y troncos secos aseguraba que no faltaría el calor de la lumbre en las heladas noches del invierno.

Los domésticos de Gaudes, acudían a la caverna apenas el sol iniciaba su caída y formaban un gran círculo en torno del hogar, proporcionando con sus sedosos y blandos lomos, cómodos asientos a Evana y Adamú que se divertían montados sobre ellos, mientras Sophía y Milcha a la luz del velón, ovillaban las fibras o hilos preparados por Gaudes, para coser ropas de los tejidos de lana de oveja o pelo de camello que habían encontrado, o transformar en vestidos apropiados a ellas las túnicas y mantos del mago atlante.

–Parece que Gaudes sabía que nosotros necesitaríamos de todas estas cosas –decía Milcha, encantada de los ropajes que confeccionaban, con gran habilidad e ingenio.

–Muchas veces oí decir a los viejos sacerdotes de Otlana, que de este lado del Mar Grande, había ciudades enteras que eran cavernas, dispuestas y ornamentadas como grandes salas –decía Sophía, recordando lejanas conversaciones, acaso escuchadas sin prestar mayor atención, bien ajena por cierto de que su vida la terminaría en el fondo de una caverna.

–Acaso vuestro padre estará también en una caverna como nosotros. ¿Quién puede saber lo que habrá sido de él?

–Lo sabré yo cuando muera y vendré a contártelo. ¿Quieres, Milcha?

–Pero, ¿por qué tenéis tanto empeño en morir? ¿Tendríais valor para abandonar ese hermoso botón de oro? –dijo, señalando a la preciosa criatura rubia que se divertía en poner manojitos de musgo verde en la boca de Madina, mientras Adamú galopaba en un mismo sitio sobre el lomo de un reno joven.

–Mira, Milcha, así como tú y yo sabemos que está llegando el invierno y le vemos llegar, si no con gusto por lo menos con tranquilidad, igual me pasa con la muerte a la cual veo acercarse lo mismo que el invierno. Todas las noches sueño que me encuentro con Joheván, y que él me dice que ambos tenemos que dejar pronto los cuerpos, para tomar nueva vida en otro país. Que entonces nos amaremos nuevamente con un amor más inmenso aún, que nada ni nadie podrán interrumpir. En sueños me dice que me apresure a grabar en láminas de madera el día que nació Evana y Adamú, los nombres de sus padres o sea nosotros cuatro, y todo lo que pueda servirles a los niños para desenvolver su vida cuando sean mayores.

Milcha movía tristemente la cabeza.

–Ese continuo pensar en morir, os está enflaqueciendo cada día más. ¿Por qué no pensáis en que viviréis largo tiempo, para que siendo ya más grandecitos los niños podamos emprender un viaje, en busca de lugares habitados? ¿Acaso no estará lejos de aquí alguna ciudad porque esas marmitas, esos moldes de cobre y estas telas que estamos cosiendo, todas las ropas de Gaudes que hemos encontrado, nos indican que él los trajo de un país habitado? ¿No os parece mejor que pensemos todo esto, que no en morir dejando tan pequeños nuestros hijitos?

–Tú tienes razón, Milcha, pero, ¿puedes tú, acaso, estorbar que llegue el invierno, con no pensar en él? Así yo no puedo impedir que llegue la muerte, si es llegada la hora de mi descanso. Además, ¿no recuerdas que mi padre, encarceló una vez a una anciana maga de Otlana, porque le dijo en mi presencia: “Vuestra hija es una espiga dorada que recogerá el Altísimo, casi antes de madurar”?

–Sí, lo recuerdo, pero ni vos ni yo hicimos caso de aquel pronóstico de la maga, que por otra parte, debió quedar curada para toda su vida de su manía de hacer anuncios impertinentes como ese.

–Pues ahí tienes lo que son las cosas; ahora se me ocurre hacer caso de aquella extraña profecía.

– ¿Es que creéis imposible encontraros de nuevo con Joheván? ¿No es así, mi princesa?

– ¡Es así, Milcha! ¡Si te contara todo cuanto él me dice en sueños, diríais que estoy loca!

–Pues no lo diré. ¡Contadme!

–Oye: soñé que Joheván me decía que había encontrado a su verdadero

padre, y que si no fuera por nuestra separación se sentiría perfectamente feliz en el sitio en que está. Me dice que él dejará su cuerpo antes que yo, y que ese cuerpo que él deja, seguirá viviendo animado por el alma de su padre, cuya materia ya agotada, no le sirve más.

– ¿De modo que vuestro hermoso Joheván, tendrá un alma de viejo? ¡Muy mal me parece todo eso!

–Tú no me comprendes, Milcha, –dijo Sophía, riendo del gesto que había hecho su favorita– es que el espíritu del anciano, entrará en el cuerpo joven dejado por Joheván.

–Es que Joheván no debe dejarlo para que otro lo aproveche a su antojo. ¿No pensáis vos así?

–No, querida mía, –respondió Sophía–, es que hay leyes que así lo permiten y lo disponen. Yo conocía algo de esto, por haber oído las conversaciones de mi padre con los augures y con los sacerdotes de nuestro país. No es que por un capricho, cualquiera pueda realizar esta clase de transformación, sino por causas grandes y justas. Ten paciencia y sigue oyendo mis conversaciones en sueños con Joheván. Dice que el Chalit del país en que están (*Chalit quería decir en el lenguaje de los Kobdas, Gran Rey, Gran Monarca), morirá pronto sin herederos; que malos caudillos se preparan ya para apoderarse de sus dominios, desterrar a los hijos de Numú y usurparles su castillo para fortaleza real, porque quieren implantar cultos idólatras y perversos, en ese país que fue poblado y cultivado y educado en la ley de Antulio, el Gran Profeta de nuestra hermosa Atlántida.

“Me dice más todavía, Joheván me dice que el Audumbla, (*sol deslumbrador, sol en el cenit), de ese país, ha anunciado a aquel rey sin herederos, todos estos grandes males para su pueblo, y le ha dicho que grave en piedra su voluntad postrera, “de que un Kobda nacido en otro continente, que toca la lira y hace canciones, que sabe el secreto de todas las plantas y de todas las enfermedades, ocupe su Silla del Juicio, porque es el que está destinado por el Altísimo, para impedir que todos esos pueblos olviden la Ley del Gran Profeta y se hundan en la ignominia”.

“Y ese Kobda es el padre de Joheván. Mas, como su cuerpo está ya envejecido, la Ley Eterna le permite tomar el cuerpo joven de su hijo para poder cumplir aquella gran misión.

– ¿De modo que en la gran Silla del Juicio, será el cuerpo de vuestro Joheván, quien estará sentado? –preguntó Milcha.

– ¡Justamente!

–Eso quiere decir, que nosotros podremos sentarnos otra vez en las gradas de un trono, si vamos a ese país. ¿No es así?

–No seas vanidosa, Milcha, –le dijo Sophía, dándole una palmadita

en la mejilla—. Tú y yo, no podemos tener más trono en esta vida, que estos troncos de encina en que estamos sentadas.

—Pero todo esto que dicen vuestros sueños, ¿puede acaso ser una realidad?

—Yo no te puedo obligar a que tú lo creas, pero yo dentro de mí misma, estoy convencida de que sucederá. ¡Mis entrevistas con Joheván, no son ilusorias, no!

— ¡Verdaderamente! Desde el día que me visitó Aldis y que puso el collar al niño, y luego desapareció sin abrir la puerta, me siento como forzada a creer todo cuanto me parecía antes un cuento de hadas.

— ¿Por qué piensas que me ha invadido como una oleada inmensa de paz y de tranquilidad, en estos últimos tiempos? Pues, porque en sueños veo tantas maravillas, y comprendo tantas y tantas cosas, que considero como un simple accidente fugaz y pasajero en la vida, todo cuanto nos ha ocurrido desde que salimos de nuestro país. Sé, además, que Joheván piensa como yo, y que espera con ansia el día de su libertad para unirnos más íntimamente, en ese otro mundo donde nos reunimos durante la quietud física del sueño. ¿No sueñas tú que Aldis te habla?

—A veces, sí; pero al despertarme sólo puedo decir que soñé con él y que le veía entre un gran número de hombres vestidos como los sacerdotes de Otlana, pero no de color púrpura, sino del color de cielo cuando está nublado. También yo me siento inundada de calma y de serenidad. El anciano misterioso que quitó las pieles de los búfalos, se me hace presente casi a diario en los sueños. ¿Tendré que pensar también yo, que esos sueños son realidades? Porque de ser así...

—Vamos a ver, cuéntamelos y yo seré la sibila que los descifrará.

—Una noche soñé que me decía, como si me contara un cuento:

“Te llamabas Delmos y eras mi hijo. Entrábamos con nuestra caravana de asnos por una de las puertas de la ciudad dorada, Manh-Ethel (*la que mana estrellas), y tropezando con una piedra, caíste, y de tu frente saltó un chorro de sangre. Eras un hermoso varoncito de doce años, toda mi esperanza, y te levanté casi muerto. Detrás de nosotros entraba un profeta joven y hermoso, seguido de cuatro discípulos, y al verte bañado en sangre en mis brazos, te tomó en los suyos, te vendó la herida con un jirón de su manto, y sentado sobre una piedra te cobijó en su regazo hasta que volviste a la vida.

“Pídeme lo que quieras —le dije al profeta—, porque no tengo más hijo que éste y tú me lo has devuelto, pues lo creí perdido; y él me contestó:

“Para mí nada te pido, sino para el niño mismo, cuando él te pida seguirme, prométeme que no se lo impedirás. Entonces, por no separarme de ti, abrí al profeta y los suyos las puertas de mi tienda de mercader, y

desde entonces hemos caminado juntos por los caminos del más grande profeta de la humanidad”.

¿Qué os parece mi sueño? ¡Ese es uno y sueño tantos! ¿Es posible que yo haya sido antes, en otra vida, un muchacho montado sobre un burro?

Y Milcha reía pensando en la figura que haría en tal caso.

—Oye, Milcha, —decía Sophía— yo no puedo decirte muchas cosas porque me siento incapaz de expresarlas, pero desde que salí del palacio de mi padre un horizonte nuevo se ha abierto para mí. Antes me absorbía el alma todo ese esplendor de la vida cortesana y tú sabes lo que ha sido la vida para mí hasta que amé a Joheván; un continuado desfile de agradables impresiones, de deseos satisfechos, de vanidades colmadas hasta lo sumo. Parecíame que no tenía otro fin el vivir, que darme de lleno a la dicha de verme en todo complacida. Muy poco me ocupé, ya lo sabes, de averiguar lo que está más allá de los sentidos físicos. Pero los maestros que me puso mi padre, algo me hablaban de cosas graves y ocultas, mas como ellos veían que todo aquello me cansaba hasta darme sueño, doblaban la hoja y me dejaban hundirme de nuevo en mis frivolidades de niña mimada. Ahora, cambiando tan bruscamente el escenario de mi vida, vuelvo el pensamiento a aquellas adustas lecciones de mis maestros, y con los hechos que han acontecido aquí, se ha descornado un velo y veo las cosas de muy distinta manera.

— ¿Eso quiere decir que encontráis algo de verdad o de posible realidad en mi sueño? —preguntó Milcha.

— ¡Ciertamente! ¿Acaso nunca oíste contar a mi nodriza lo que un mago le dijo a mi padre, cuando estaba recién casado con mi madre?

—Nunca lo oí.

—Pues oye. Bien sabes que mi padre no era el heredero y que subió al trono a causa de que su hermano mayor se empeñó en amar a la hija de un rey enemigo, y mi abuelo le desheredó, quedando entonces Nohepastro como hijo primero. Y cuando fue declarado príncipe heredero, un Mago le dijo: “Hace muchos siglos que subes tronos destinados a otro, pero porque en otra vez un Rey Santo bajó para que tú subieras, en esta vez serás rey sobre las olas de un mar desconocido y el sol de tu ocaso brillará sobre la escarcha”. Dicen que mi padre pidió la interpretación de ese pronóstico y le contestaron los libros sibilinos que en tiempos remotísimos, hubo un rey ejemplar, adorado por su pueblo, el cual se llamaba Anfión; que mi padre fue un hermano suyo de grandes ambiciones, y que valiéndose de intrigas y calumnias, sublevó una parte de los ejércitos y del pueblo del país de Theos-Kandia, Estado dependiente del país de Otlana, lo cual visto por el Rey Anfión, abdicó su corona y sus estados en favor de su hermano, para evitar la lucha entre los dos bandos que se habían formado.

“¡Le anunciaron que vería morir su dinastía, y ya lo ves, parece que se ha cumplido!

–Aún no, pues vivís vos y vive Evana.

– ¡Vaya!..., miren que dos ramas para hacer revivir el árbol. –Contestó Sophía acariciando a su pequeñita, que en esos momentos se acercaba lloriqueando porque Adamú no le permitía galopar junto con él, sobre el lomo del renito joven que había elegido para caballo.

Calmado por Milcha el pequeño disturbio entre el futuro matrimonio, las dos mujeres continuaron su conversación.

–Lo que yo quería decirte era que nada tiene de inverosímil tu sueño, porque siendo una verdad que venimos muchas veces a la vida, ¿por qué no podías tú haber sido un muchacho montado sobre un burro? ¿Cómo podías tú imaginar todo eso, y que entraban por aquella ciudad, y que te llamabas Delmos, y que el profeta curaba tu herida?...

–Verdaderamente ¡Es asombrosa la claridad con que en sueños, veo infinidad de cosas que no sé si han pasado o es que van a suceder! Otra noche soñé que el mismo anciano, me decía:

“–No busquéis de encontrar seres humanos ni pueblos habitados, porque los hombres torcerán vuestros caminos. Yo preparé para vosotros esta vivienda, porque una voz de los aires me dijo: “Has dejado tu tierra y tu familia, para preparar un hogar a hijos que aún no han nacido”.

–Ese anciano debe ser el mismo Gaudes, el Mago Atlante, ¿sabes, Milcha?

– ¡Y no lo habíamos pensado antes! ¡Qué tontas éramos!

–Si tú nada me decías de tus sueños, yo no podía pensarlo.

–Entonces ese hombre que habitó esta caverna, ¿está muerto?

– ¡Así parece!

–Luego, ¿nosotras estamos vestidas con los despojos de un difunto? ¡Cielos! ¡Ahora me explico por qué pensáis tanto en la muerte!... –Milcha hizo un gesto como de espanto y terror.

–Pero mujer, no seas tonta, ¿no ves que cuando Gaudes vestía estas ropas estaba vivo, y no muerto? ¡Bendito sea él que dejó todas sus cosas en esta caverna, que de no ser así, qué mal invierno nos esperaba!

16
LOS PIRATAS

Una piedrecilla pequeña se desprendió del techo de la caverna y cayendo sobre la rústica mesa, produjo un ruido seco que asustó a los niños.

Sophía y Milcha prestaron también atención, los renos igualmente se irguieron como si todos hubieran sentido una misma misteriosa llamada. Madina se levantó la primera, y pareció que escuchaba.

– ¿Qué hay, Madina? –le preguntó Milcha acariciándola.

La reno volvió apresuradamente al centro de la caverna y escarbando con su pezuña cubrió con ceniza el fuego del hogar. Con un trocito de madera apagó la llama del velón y dejó la caverna completamente a oscuras.

– ¡Ay, Madina! ¿Por qué haces esto? –preguntó Sophía, buscando a tientas a Evana que lloraba, mientras Adamú se prendía de las ropas de su madre.

La inteligente reno se acercó, en la oscuridad, al grupo aterrado a lamer las manos de Milcha y las cabecitas de los niños. Después se alejó y pudieron ver que quedaba al descubierto el hueco de la puerta. La noche era oscura, pero a la opaca claridad de las estrellas, pudieron ver que Madina y los renos salían. Como la caverna quedaba muy cerca de la orilla del mar, pudieron oír voces de hombres y ruido de remos.

– ¿Serán Joheván y Aldis que vienen a buscarnos?

Y cual resplandores fugaces, cruzaron ráfagas de esperanza por la mente de las dos mujeres; pero no alcanzaron a expresarlas con palabras, cuando ya se tornaron en terror y espanto.

No eran las voces de Joheván y Aldis, sino palabras rudas y maldicientes, voces ásperas y destempladas que se acercaban por momentos. Entonces, vieron a Madina entrar de nuevo a la caverna y cerrar la puerta, sobre la cual apoyó su propio cuerpo. Milcha se acercó más hacia ella y oyó que los renos arrastraban el montón de ramas secas que había al exterior, prontas para quemar, y comprendió que cubrían con ellas la entrada a la caverna.

Sophía para acallar a los niños, los llevó a la alcoba y se recostó con ellos en el gran lecho de pieles. Milcha al lado de Madina, junto a la puerta, contenía la respiración para oír lo que decían aquellas rudas voces, que se acercaban más y más.

–Por este endiablado laberinto de peñascos –decía uno–, fue donde le encontró Athmantidos hace tres años.

–Parece mentira que un jabalí como ese, se dejara vencer por el santón

de Gaudes y no le arrancara el plano. A esta hora seríamos ya dueños del tesoro de Hisarlik, (*después Troya).

– Pues yo te digo que esta vez, o el viejo suelta el secreto y el plano, o quedan sus entrañas tendidas sobre las rocas.

– ¿Y qué dijo el que vino antes, con esta misión?

– ¡Qué iba a decir, si no volvió! Un compañero suyo, dijo que encontró su cadáver lleno de cornadas, como si hubiese sido muerto por búfalos o toros salvajes.

– Para mí, sería el endiablado brujo ese que le mató. Estamos llegando a su madriguera, según las señales que me han dado.

Hasta aquí había oído la pobre Milcha aterrada, cuando se sintió un espantoso tropel, y choque de cuernos y feroces patadas, y gritos y maldiciones, que parecían hundir las montañas vecinas como sacudidas por un terremoto. Se adivinaba una lucha tremenda, pero sólo duró pocos minutos; después se oyeron quejidos, estertores sordos, que poco a poco se fueron desvaneciendo.

Milcha se abrazaba de Madina, y temblaba de frío y de miedo.

Después de un tiempo de silencio profundo, sintió la respiración de los renos, que arrastraban nuevamente las ramas secas de la entrada. Madina se retiró y empujando la puerta dejó libre la entrada. Los renos, jadeantes, entraron unos en pos de otros y fueron a echarse tranquilamente en sus lechos de pajas. Madina cerró de nuevo la puerta y escarbando el hogar apagado, dejó al descubierto las ascuas ardientes, arrojó nuevas ramas en él y una hermosa llamarada iluminó otra vez la caverna. Milcha encendió el velón y corrió a la alcoba, donde Sophía arrullaba a los niños, con un cantar a media voz, para evitar que llorasen.

– Me parece que los renos mataron a esos hombres –le dijo llena de terror.

– ¡Ay, Milcha! ¡Qué momentos terribles hemos pasado! Mientras se oía ese espantoso tropel vi una luz hermosísima en la dirección del techo, de donde cayó la piedrecilla aquella que nos asustó. ¡Entonces tuve la seguridad de que no nos pasaría nada, porque alguien velaba!...

– Aquella piedrecilla fue un aviso de las almas errantes que nos protegen –decía Milcha, recogiendo sus telas y labores y guardándolas en una cesta–, y esa luz sería Gaudes, ¿verdad?... Pero ahora tenemos que pensar en que no hemos comido.

Y así diciendo la diligente y activa Milcha, empezó a preparar la cena que se había retardado esa noche, con la tragedia entre los renos y los asaltantes a la caverna.

Después de la frugal comida y de haber dormido a los niños, las dos mujeres fueron a mirar de cerca a los renos. Tenían los cuernos y las puntas ensangrentadas.

–Por esta vez, nuestros renos se han visto obligados a ser asesinos de hombres –decía Milcha a la princesita aterrada, viendo la sangre.

–Es que..., si no lo hacen así..., itiemblo de pensar en lo que esos brutos salvajes habrían hecho de nosotras y de nuestros niños! –exclamaba Sophía.

– ¿Qué sería eso de un plano y de un tesoro que querían arrancarle a Gaudes? –preguntaba Milcha, después de haber explicado a Sophía la conversación que oyó a los aventureros, mientras buscaban la entrada a la caverna.

–Es que hay una antigua leyenda, de que en Hisarlik se halla oculto en las galerías subterráneas de minas abandonadas, un inmenso tesoro de una dinastía antiquísima de Sardos que fue destronada, y lo ocultaron a la espera de recuperar sus derechos al dominio de esas comarcas.

“Mi padre quiso mandar una expedición al mando del abuelo materno de Joheván, y entonces fue cuando yo lo conocí. Mientras mi padre y sus marinos proyectaban eso y examinaban cartas geográficas, Joheván y yo nos hacíamos muy amigos. Y, ¿quieres saber una travesura mía? Pues yo dije al sacerdote mayor, que me había soñado al amanecer, que la expedición perecía en una tempestad, y se hundían sus barcos antes de encontrar el famoso tesoro. La tradición y los libros sagrados de mi país, dicen que el sueño de una virgen al amanecer, debe interpretarse como un aviso del cielo, y aconsejaron a mi padre que desistiera de su proyecto. Y lo cierto, era que Joheván y yo nos amábamos, y como él formaría parte de la expedición, yo temía por su vida, que valía para mí, mucho más que cualquier tesoro. Y con tal mentirilla inocente, estorbé la empresa.

–Pero, ¿por qué estos bandidos buscaban a Gaudes?

–Tendrían la certeza de que él estaba en el secreto; ¡quién sabe! o acaso habrán supuesto que guardaba en esta caverna el plano de esos subterráneos, sin el cual les era imposible encontrar la entrada a las galerías.

– ¡Sea como sea, lo cierto es que ni un batallón de hombres nos defendería mejor que los renos de Gaudes!

–En recompensa vamos a darles una ración de bellotas y habichuelas.

Y entre las dos, fueron colocando delante de cada uno de los nobles y hermosos animales, una cestilla colmada.

–Para Madina, unas almendras peladas –decía Sophía, poniéndolas en la palma de su mano, de donde Madina, con gran delicadeza, las recogía.

–Ahora a dormir, Milcha, que seguramente en el castillo encantado del sueño, estarán nuestros amados ausentes esperándonos.

–Y, ¿qué encontraremos mañana a la puerta de la caverna? Tiemblo de pensarlo.

– ¡Ay, cierto!..., ¡ya no me acordaba que estamos cercadas por las cosas terribles de la vida! Bueno, de todos modos, soñemos con la belleza de ese otro mundo de amor y de luz, mientras el Altísimo nos concede la dicha del sueño, sin remordimientos y sin temores, y mañana..., ¡ya veremos!

Y las dos jóvenes eremitas, abandonadas de los hombres, se arrojaron tranquilas a los mares de lo intangible, a buscar en el infinito seno de Dios, la esperanza y el amor que nadie les ofrecía en la tierra.

¡Sophía y Milcha, Adamú y Evana, palomas mensajeras lanzadas a la vida terrestre desde la inconmensurable eternidad, para preparar el nido al divino ruiseñor del Amor Eterno!...

¡Bien hacéis en descansar sosegadas y tranquilas, abandonadas en serena quietud, a los arrobamientos del sueño, cuando las pasiones no ofrecen a la mente sus penosas y turbias imágenes!

¿Acaso no es el Amor Eterno quien vela con amante solicitud en torno vuestro?...

17 EL VELERO

Cuando Milcha se despertó, Madina y los renos mayores ya no estaban en la caverna, cuya puerta aparecía abierta.

Grandemente alarmada, salió al exterior y llena de horror, vio que los renos arrastraban hacia la orilla del mar los cuerpos de cuatro hombres, muertos al parecer, con las ropas desgarradas y manchadas de sangre.

Estando al lado de Madina, ella se sentía fuerte, y así fue que abrazándose a su cuello, fue caminando impulsada por su curiosidad, hasta llegar al sitio donde los renos, mordiendo de las ropas, iban arrastrando lentamente los cadáveres al mar. El uno tenía las vísceras sacadas al exterior, otros horriblemente partidas la garganta, y sobre el vientre espantosas desgarraduras sanguinolentas y amoratadas.

– ¡Dios mío!... –exclamó aterrada Milcha–. ¡Qué muerte tan espantosa!

Y ocultó su rostro en el cuello de Madina. Como si ésta comprendiera todo el espanto encerrado en la actitud de Milcha, la mordió de las ropas y empezó a arrastrarla suavemente hacia la caverna.

– ¡Que el Altísimo se apiade de vuestras almas! –murmuró, siguiendo a Madina. Pero al llegar hasta el sitio en que tuvo lugar la lucha de hombres y renos, vio varios puñales que tenían incrustaciones de plata en el mango. Encontró dos hachas dobles, especie de arma sagrada y simbólica de los cretenses, y cuatro cascos o yelmos de cobre y de cuero, cuyo principal adorno era el gran diente encorvado del jabalí.

– ¡Son cretenses! –dijo Milcha, mirando con espantados ojos aquellas armas destinadas a matar hombres–.

“¡Ah, los piratas de la Cretasia, famosos en todo el mundo por sus fechorías en mar y tierra!

De pronto, se volvió hacia el mar y vio que los renos habían cumplido su tarea de entregar los cadáveres a las olas, blandamente agitadas por el fresco viento del amanecer. Entonces ya pasado el terror que la acometiera a la vista de los cuerpos destrozados, fijó su atención en el pequeño velero que estaba anclado a la orilla.

– ¡Madina!... Madina! ¡Ese velero bogando ahí nos delata y eso no puede ser! ¿Qué hacemos, Madina? La barca que nos arrojó a tu costa y a tu casa, yo la eché a flotar mar adentro, y con éste habrá que hacer igual, si no, pronto tendremos aquí nuevos visitantes.

Y buscando entre la escarpada costa un sitio apropiado, bajó hasta la orilla del mar y quitándose sus sandalias de piel de búfalo, entró valientemente al agua, que le subía hasta la rodilla. Madina y los renos entraron con ella, y todos juntos tiraron de la amarra en un violento empuje, y el velero se acercó más y más a la costa. Milcha no pudo resistir a su curiosidad y de un salto se sentó encima de Madina para mirar al interior del velero. Había varios arcos con el carcaj lleno de flechas, y gran cantidad de hachas dobles y puñales de distintas formas y tamaños.

– ¡Aquí se ve clara la profesión a que se dedicaban los angelitos! –murmuraba Milcha, viendo todo aquel aparato de exterminio y de muerte. Algo se movía en el fondo del barco, y entonces pudo ver el airoso copete de plumas de una grulla real, que la miraba con azorados ojos de espanto.

– ¡Ah..., viajaban con su divinidad, para que les diera éxito en la expedición!..., –exclamó– pero tú, pobrecilla, no podías ayudar a que esos piratas cretenses descuartizaran a dos pobres mujeres y dos niños. Si me ayudas, Madina, de un salto estoy dentro y salvo la grulla, que es inocente de los crímenes de sus devotos y no es justo que muera abandonada. –Y como lo dijo, lo hizo.

La grulla estaba guardada en una especie de jaula, hecha de varitas de cobre, con ornamentación de flores de plata.

Milcha observó que había en el velero varias cajas de cuero, especie de arcas antiguas, cubierto todo por un fuerte tejido de fibra vegetal de vistosos colores, que le llamó grandemente la atención.

– ¡Qué lástima que todo esto se pierda!... ¡Estaría tan bien para confortar nuestra desnuda caverna, y que mi pobre princesita sufra menos el frío y el desamparo!

Miró hacia todos lados y no vio más que la azulada superficie del mar, que empezaba a reflejar el sonrosado color del amanecer. El sol aún no

aparecía, oculto detrás de la cadena de montañas que interceptaban el horizonte hacia la pradera lejana.

– ¡Gaudes!... ¡Mago Atlante, que tanto nos has protegido, ayúdame otra vez, te lo ruego, para que pueda ofrecer a Sophía y los niños, algo más de bienestar y comodidad!

Como si Gaudes la hubiese escuchado, Madina se acercó al velero y tras ella los otros renos. Milcha recordó el traslado de la cosecha a la caverna, y pensó que lo mismo podían hacerlo entonces; hizo un fardo de aquella tela de fibra vegetal de vivos colores, que tanto le gustaba, y lo puso sobre el lomo de Madina, la cual salió a la orilla y lo dejó. No se precisaba más; los demás renos imitarían lo que ella había hecho.

Entonces Milcha, con grandes esfuerzos, colocó cada una de aquellas cajas de cuero encima de los renos, sujetándolas de una de las asas en los cuernos, y unos después de otros, fueron dejando su cargamento junto a la puerta de la caverna. Por fin le tocó el turno a la jaula que guardaba la grulla, y ésta fue hábilmente colgada de los cuernos del reno mayor que, con paso de ceremonial sagrado, la llevó hasta donde estaban los demás bultos.

Antes de bajarse, Milcha cortó con hacha y dagas las cuerdas que sostenían las velas y las hizo caer sobre las rocas de la orilla. Después, fue arrojando, encima, todas aquellas armas, palos y azadones como los usados para arrancar piedras o remover la tierra.

– Todo esto nos es necesario para la siembra, cuando llegue el tiempo, ¿verdad, Madina?

Cuando el velero estuvo vacío, Milcha atrajo a Madina cuanto pudo y montada sobre ella se puso en la ribera, sin mojarse los pies.

Ya en tierra firme, desató la amarra y ayudada por los renos, empujó el velero mar adentro.

– Que buen viento te lleve lejos –le dijo–, para que tu presencia no descubra nuestro refugio.

Las ráfagas de aire frío de las cordilleras del Tauro, impulsaron el barco desmantelado hacia el Sur. Milcha se quedó mirándolo, mientras murmuraba en voz baja:

– ¿En qué orilla te detendrás?

Si aquel barco ya desnudo de su velamen y cargamento, hubiera sido capaz de lenguaje, le habría contestado: “De aquí a seis días, si me es favorable la corriente, estaré en las bocas del Nilo, acaso cerca de los muros de la Casa de Numú, que guarda al que amas”.

Pero el velero era sordo y mudo, y en silencio se perdió a lo lejos entre las brumas rosadas del amanecer.

Difícil es describir la sorpresa de Sophía al despertarse y ver delante de sí la dorada urna de la grulla, y el fardo de estera de vistosos colores

y la mesa llena de hachas dobles y hermosas dagas y arcos y flechas, y una pila de cajas de cuero, y toda aquella barahúnda de cosas que nunca había visto en la caverna. Y para colmo, llegó Milcha en ese instante, con un hermoso jarro de plata lleno de la leche espumosa de Madina.

Milcha que no cabía en sí de felicidad, se acercó con todo el aire de una doncella de honor, que sirve a su soberana, y ofreciendo a Sophía, el jarro de leche.

– ¡Grandeza! –le dijo inclinándose–, otra vez estáis en vuestro palacio. –Y reía con desusada alegría.

–De verdad, Milcha, te digo que estamos aquí viviendo de magia. ¿Qué significa todo esto?

–Pues nada, que los angelitos aquellos venían a matar a Gaudes, en número de cuatro, y los renos los han despachado al otro mundo. Y como han muerto sin herederos, nosotras ocupamos ese lugar. Después de todo, es justo, ¡somos tan pobres!

–Sí, tienes razón, ¿cómo has hecho para traer todo eso aquí?

– ¿Olvidáis, Grandeza, los fieles domésticos que tenéis a vuestro servicio? –y señaló los renos que aun no se habían alejado.

– ¡Eres incomparable, Milcha! y, ¿por qué no me llamaste para ayudarte?

–Es que si veníais vos, desaparecería toda mi importancia de mayordoma mayor de esta cuadrilla de criados. Os presento la grulla real, símbolo de vuestro poder humano y divino. Sois reina y sacerdotisa.

– ¿Sí? En buena hora –contestó Sophía–. ¿Y la embarcación?

–Ya boga viento en popa hacia el sur, y cuanto más lejos, mejor, porque así nadie descubrirá nuestro escondite.

–Y esas cajas, ¿se puede saber qué contienen?

–Eso será sin duda, la gran sorpresa para vos y para mí, porque aún no han sido abiertas. Pero con ayuda de esta daga, pronto cortaré las correas.

Y así lo hizo. Una caja contenía hermosos tapices de lana de extraños dibujos, conforme a los que se usaban para cubrir las paredes de suntuosas habitaciones y todos representando divinidades y símbolos sagrados.

Otra caja contenía vestiduras de púrpura, con estampados de oro y pieles de gran valor.

– ¡Vestiduras sacerdotales! –exclamaron a la vez las dos mujeres.

Otra caja guardaba mantos blancos de lino finísimo, y otra grandes rollos de papiro encerrados en tubos de cobre y plata; los vasos de alabastro y de oro de las libaciones sacerdotales, los pebeteros de quemar perfumes, las fuentes de plata de las ofrendas, y unas cuántas cartas geográficas encerradas también en tubos de metal.

–No hay duda –decía Sophía, examinando uno por uno todos aquellos

objetos—. ¡Esto es el fruto de un asalto a algún santuario o templo, de quién sabe qué ciudad cercana de aquí!

–Lo dirá en esos papiros –observó Milcha.

–Así será, pero para nosotros es como si no lo dijera porque yo no entiendo ninguna de estas figuras. Y como cada rollo sólo contiene unas pocas líneas y el resto está en blanco, escribiré yo en mi lengua todas nuestras vicisitudes, según me lo pide Joheván, en sueño.

– ¿Y no escribiréis también los mensajes de Gaudes?

–Claro que sí, y todo cuanto te ocurrió en la visita misteriosa de Aldis.

“Y, ¿qué haremos con estos dones de Dios? –preguntó Sophía.

–Pues aprovecharlos del mejor modo posible. El Altísimo ha pensado en que llegaba el invierno, y que tendríamos frío, ¡mucho frío! ¿Acaso no estaremos bien con estos mantos de púrpura, acolchados de lana blanca? ¿Y estos tapices, no entibiarán las heladas piedras de la caverna en que vivimos?

– ¡Pero esas hachas y esas dagas, Milcha, me hacen daño!..., ¡cuántos seres habrán perdido la vida al golpe de esos instrumentos de muerte!

–En eso estoy de acuerdo. Las ocultaré todas en el hueco más profundo de la caverna, por si alguna vez necesitamos defendernos.

Poco después, la caverna aparecía transformada como en una tienda de campaña de algún caudillo o jefe, en viaje de expedición o cacería, pues se veían colgados los arcos y las flechas en los carcajes.

–Mi Adamú aprenderá a disparar las flechas para defenderse de las fieras cuando sea hombrecito –decía Milcha, acariciando a su niño que acababa de despertarse.

–Y esta hermosa grulla, ¿será nuestra cautiva?

– ¡Si queréis la soltamos! –Milcha probó de abrir la puertecilla de la caja. El ave, adorada por algunos pueblos como una divinidad, no se sintió rebajada de su realeza divina en la pobre caverna de Gaudes, y con pasos lentos se acercó a comer pedazos de fruta, migas de pan y granos que había junto al sitio de los renos.

–Las grullas en nuestro país, sirven de centinela –observó Milcha–, y avisan cuando alguien se acerca.

–Entonces que la divina avecilla se sume al número de nuestros domésticos. Acaso, ¿no estará conforme en descender de diosa al puesto de centinela en nuestro palacio?

–Peor estaría con los piratas que si la recogieron sería por lo que vale la jaula que la guardaba.

Dejemos la cabaña transformada en tienda de campaña e inundada con la irradiación suavísima del amor de los encarnados y de los invisibles, con el perfume de paz y de dulzura de la resignación serena y grande de aquellas dos mujeres abandonadas a la Providencia de Dios.

LA TRANSMIGRACIÓN DE BOHINDRA

Volvamos al país de Ahuar (*nombre dado entonces al Delta del Nilo), al cual pertenecía Neghadá, la ciudad de los Kobdas, como se la llamaba, porque estaba formada casi exclusivamente por pastores y labriegos pertenecientes al Gran Santuario. El Chalit Ahermesú se sentía morir y con él, la dinastía noble y buena de los Reyes Pastores, como era llamada, teniendo en cuenta su esmerada dedicación al pastoreo de sus ganados, para los cuales cultivaban grandes extensiones de campos, y también por su forma de gobierno, simple, sencillísima en todas sus manifestaciones; algo así como una autoridad paterna sobre una numerosa prole, que hasta la cuarta o quinta generación se consideraba obligada a una obediencia sumisa pero sin violencias.

Su Audumbla le había dicho: “Sólo hay un hombre en tu país, que sea capaz de mantener unidas las distintas razas y tendencias y aspiraciones, entre los miles de seres que forman tus dominios; y ese hombre es un Kobda que domina el secreto de las plantas, de las enfermedades y de toda especie de armonía. Mándale a buscar ahora mismo, porque antes de cuarenta auroras, *viajarás en la media luna*”.

Viajar en la media luna, significaba el viaje a la eternidad que según el rito de ellos, se hacía en una barquilla luminosa, que tenía la forma del astro nocturno en creciente.

Cuando él se disponía a elegir hombres de confianza para ir en calidad de embajadores al Gran Santuario Kopto, por el que tanta veneración se tenía en todo el país, en la Mansión de la Sombra apareció Numú en radiante visión a los cuarenta Kobdas de turno, entre los cuales se hallaba Bohindra y todos comprendieron que dijo: *“Aquel de vosotros que con la poderosa irradiación de la armonía despierta la energía vital de todo ser viviente y aniquila el odio y la maldad, ha de responder en esta hora al llamado del Altísimo Señor de todos los mundos”*.

– ¡Bohindra! –murmuraron los treinta y nueve Kobdas a media voz, poniéndose de pie en actitud de respetuosa atención hacia el Verbo de Dios, que les hablaba con esa voz sin ruido, plena de luz y de dulzura, conocida de todos aquellos que han llegado a penetrar en el secreto santuario de las manifestaciones divinas.

Mudo por la emoción extática que se apodera de las almas en tan sublimes momentos, Bohindra se inclinó profundamente como si le faltara el valor para mirar con sus ojos de carne, la deslumbrante personalidad

intangibles y etérea que flotaba, como resplandor de millares de soles, en la penumbra violeta de aquel sagrado recinto.

“–No vaciles ni temas, Bohindra, –continuó la voz de melodía celeste– *porque ha llegado la hora de que te entregues de nuevo al cautiverio de otra vida terrestre. La Ley Eterna te ha preparado tu nueva vestidura carnal y que este grande holocausto tuyo sea semilla fecunda para la humanidad que viene*”.

La luminosa visión se esfumó en la penumbra violeta del santuario, que parecía como saturado de un suave vapor de lágrimas silenciosas y dulces, lágrimas que rodaban por las mejillas de los Kobdas extáticos ante la suprema Bondad Divina, que enviaba la Voz de su Verbo, como un resplandor de su Eterno Amor hacia los hombres.

Todos comprendieron que era llegado el momento de la inmólación de Bohindra, el músico y poeta, y que iba a efectuarse la transmigración anunciada.

Un momento después se levantó fuerte, sereno, y acercándose a cada uno de sus compañeros, les presentó su frente que ellos besaron con profunda emoción, y con paso lento y reposado salió del recinto. El más anciano de los que quedaban, dio los toques de atención para todo el Santuario, y se vio que de todos los compartimentos del edificio, salían Kobdas dirigiéndose a la Mansión de la Sombra. El Pharaoh dijo, antes de que entraran al recinto: “Que la fuerza poderosa de nuestro pensamiento de amor, sea instrumento de la Ley Eterna, para que ella se cumpla en nuestro hermano elegido para el holocausto”.

Y todos de pie en sus sitios respectivos, ofrecieron a Bohindra la fuerza formidable que se le pedía.

Mientras esto ocurría en el recinto sagrado, Joheván se había despedido de Aldis en la terraza de sus habitaciones, porque un inmenso cansancio paralizaba sus movimientos y un sopor fatigoso le obligaba a buscar apoyo para su cabeza.

–Paréceme que he corrido tanto en mi sueño de esta noche –le decía a su amigo–, que necesito de un largo reposo.

–Tus manos arden –le dijo Aldis, cuando estrechó las manos de Joheván, que se despedía con mil disculpas, por dejarle solo sin terminar la velada–. Estás calenturiento –continuó–. Mientras te entras a tu lecho, yo avisaré a Zahín, porque Bohindra nos dijo que estaría de turno a esta hora.

–Hasta luego –articuló débilmente Joheván, que se sentía como desvanecer. Y se recostó entre las pieles de su banco de piedra.

Aldis subió a las habitaciones de los Kobdas mayores y no encontró a Zahín. Cuando se disponía a bajar nuevamente oyó los toques de llamada, y entonces descubrió al que buscaba y le dijo:

–Joheván está enfermo.

El Pharahome que llegaba en ese instante, comprendió lo que ocurría y le aconsejó permanecer tranquilo y silencioso en su habitación, sin molestar a su amigo hasta que se le avisara.

–No temáis –le dijo–, esta crisis tenía que venir, pero pasada ella, todos bendeciremos a Dios. ¡Id tranquilo, hijo mío!

Y mientras los Kobdas entraban al recinto, Aldis volvió a su habitación. Desde la puerta miró a Joheván que dormía profundamente.

Bohindra por su parte, se había sentado sobre un banco con su lira, cerca de la fuente en aquel jardín de invierno, donde tanto y tanto había sentido la Belleza y el Amor.

– ¡Canta lira mía, cántale a Bohindra, nuevamente encadenado a la Vida terrestre por otro medio siglo más!

Y la lira del Kobda poeta, como un suspiro de la noche parecía gemir entre las ondulantes hojas de los lotos, que acariciaban su blanca cabellera.

*“¡Vida humana que esclavizas!...
¡Vida humana!... ¿Eres sol de la mañana,
O polvorientas cenizas que arrastra el soplo del viento?
¿Eres dolor de un momento o lenta y larga agonía?*

*¡Vida mía, que te esfumas...
Como la estela de espuma que deja el barco en las olas!...
¡Bendita tú si has sembrado las flores de la ternura
Y amargura has cosechado!...*

*¡Vida mía, que de nuevo comienzas como un renuevo
Brotando en la misma rama!...
¡Viva llama de inmenso amor
Yo quisiera que tú fueras, Vida mía!*

*¡Vida mía, que de nuevo,
Abres al sol tu corola,
Sobre la agitada ola
Que te envuelve en sus espumas!...*

*Vida mía que te esfumas,
Como el beso, que deja a su bien amada,
Prendido entre las guedejas de su frente,
El amante que se aleja!*

*¡Vida mía, la que acaba y la que empieza!
¡Fortaleza que cautivas y encadenas
La alondra que canta y llora!...
¡Alma mía!... ¡Ya es la hora de empezar tu nuevo día!...*

Bohindra dejó caer sobre sus rodillas, la lira que temblaba de amor entre sus manos, y exhalando un hondo suspiro se dejó adormecer por el rumor de la fuente, cuyas aguas caían melodiosas sobre el follaje que cubría los bordes.

Su espíritu, habituado a desprenderse de la materia para sumergirse en la luz radiante de lo infinito, se abandonó tranquilo en el seno de la Divinidad, y el Eterno Amor le llevó como una chispa de su propia luz hacia el cuerpo de su hijo, sumido ya en profundo letargo.

Los vigías invisibles de las vidas humanas que empiezan y de las vidas humanas que acaban, sumieron a Bohindra en la bruma de una suave inconsciencia, de la cual no se despertó sino tres días después.

El espíritu de Joheván cortó la cadena fluídica que le unía a esa materia joven y vigorosa, ya poseída por el alma del que fue su padre, y levantándose feliz de verse libre, como un ave que sacude sus alas para emprender el vuelo, se dijo a sí mismo:

—Arrancado violentamente a este último amor humano, has bebido algo... ¡Iris ingrata, vanidosa e infiel, de la amarga copa que por ti, bebió Antulio, el Justo, el Santo, el Divino Profeta!... el que te dijo un día: “¡Te perdono!”, aun antes de que tú hubieras clamado: ¡Perdón!... ¡Perdón!...

Y mirando con piedad el cuerpo que dejaba, tendió su vuelo hacia el país de Ethea, donde le esperaba su alma gemela, la tierna y dulce Sophía, ¡que le amaba más que a todas las cosas de la tierra!

19 JOHEVÁN LIBRE

Una hora más o menos, duró la concentración de pensamientos conjuntos, realizada por los Kobdas, para ayudar a la transmigración de aquel espíritu que había aceptado el sacrificio de una nueva existencia terrestre, sin pasar por el descanso que media entre la desencarnación y un nuevo nacimiento.

Entonces salió el Pharahome seguido de los nueve que quedaban del Alto Consejo, y se dirigió a la habitación de Joheván, al cual observaron cuidadosamente. Su letargo era profundo.

Aldis acudió para saber lo que pensaría de la salud de su amigo, al cual él creía devorado por la fiebre, si bien algo había comprendido de la transformación anteriormente anunciada.

El Pharahome le tomó la pulsación, escuchó los latidos de su corazón y acto seguido trayendo una camilla, le trasladaron a la rotonda aquella en que aun yacía sobre el banco, el cuerpo abandonado por Bohindra. Aún estaba tibio, pero la circulación de la sangre había paralizado su curso, y el frío empezaba a ser intenso en las extremidades que ya se tornaban rígidas. No había lugar a dudas, la transmigración estaba realizada, y esperaban, que con buen éxito.

Cuatro Kobdas retiraron el cuerpo muerto, para colocar en ese mismo sitio al cuerpo dormido de Bohindra joven, vigoroso y bello. Inútil es advertir que todo esto se realizaba en el mayor silencio y con las más extremadas precauciones.

Los demás Kobdas comenzaron a llegar, y uno a uno empezando por el Pharahome, fueron acercándose, a besar suave y delicadamente la frente pálida del joven dormido.

Tanto amor, tanta ternura irradió cada cual en aquel beso intenso y puro, que pronto se formó como una niebla luminosa en torno del durmiente.

Al final de todos los Kobdas, se acercó a su vez Aldis, que ya convencido de lo que se había realizado, no podía contener sus lágrimas que en silencio cayeron sobre aquel rostro hermoso, que había animado poco antes el alma de su compañero. Cuando se volvía a su sitio en la rotonda, a esconder su desconsuelo en la penumbra del más apartado rincón entre un bosquecillo de begonias, vio ante sí a Joheván radiante y feliz, que le tendía los brazos.

– ¿Por qué lloras? ¿Acaso te apena mi libertad?

Aldis se abrazó con aquella blanca sombra querida, y se le oyó murmurar en una media voz sollozante:

– ¡Me has dejado tan solo!...

– ¿Y no estoy aquí nuevamente? He visto a Sophía, Milcha y nuestros hijos pero no pude hacerme presente a ellas, porque sentí que aquí me llamaban y acudí pensando que era necesaria mi presencia, para ayudar a Bohindra a posesionarse de la casa que le he brindado.

– Pero, entonces, ¿es esto una verdad?

– Ya lo ves. Ámale mucho Aldis, por ti y por mí. Sólo desde aquí se puede apreciar el valor que necesita un espíritu como él, para aceptar la continuación de la vida terrestre por otro tanto tiempo como el que ya vivió. Ahora me necesitan allí –dijo indicando el lugar en que dormía Bohindra–. Luego volveré.

Y la sombra blanca y flotante se deslizó hacia el banco en que yacía el durmiente, rodeado por los Kobdas que parecían espiar todos sus movimientos.

Le aplicaban compresas de agua de la fuente sobre la cabeza, y un

Kobda tenía constantemente puestas sus manos, la una en la parte superior de la cabeza y la otra en el epigastrio o plexo solar.

La blanca sombra flotante de Joheván, empezó a densificarse más y más, hasta hacerse visible y palpable para todos, a medida que la niebla luminosa se extendía diáfana y radiante, por todo aquel recinto saturado de tan intensas vibraciones de amor.

Se acercó al dormido, se arrodilló delante de él y le acarició tiernamente. Una sonrisa casi imperceptible se dibujó en el rostro dormido y la diestra intentó levantarse como para acariciar aquella cabeza inclinada ante él. Los Kobdas observaban atentamente y se miraron con satisfacción.

–Ya empieza la lucidez –dijo el Pharahome–, pero aún no domina bien la materia. Me quedaré con diez de vosotros por una hora, luego vendrán otros a relevarnos, porque no conviene que nos fatiguemos todos a la vez.

Aldis quiso quedarse, pero un Kobda de edad madura le dijo:

–No, hijo mío, eres muy nuevo en esta clase de actividades y aún no tienes ordenado tu pensamiento. Sin querer, acaso, causarías daño –y tomándolo de un brazo, suavemente se lo fue llevando hacia la escalera, por donde podían bajar al puente de piedra, aquel que parecía como un inmenso monstruo marino tendido sobre el canal que rodeaba en semicírculo la enorme y sólida construcción.

–La insistencia de tu pensamiento aún sin cultivo, podría entorpecer la acción de los operadores invisibles en ese cuerpo en letargo. Y tanto más ayuda prestarás, cuanto más te alejes ahora de aquel lugar.

“Probemos que las emanaciones del campo, de la pradera silenciosa y de las aguas musicales regularicen tu sistema nervioso, acaso puesto en demasiada tensión.

–Así es, verdaderamente –respondió Aldis, que comenzó a sentir la dulce influencia de piedad y de ternura, emanada por el bondadoso Kobda que le acompañaba–. Pero, creedme que estoy asombrado aquí, de muchas cosas, pero sobre todo de una, y es del amor que os demostráis los unos a los otros y del amor que prodigáis a todo el que llega.

–Justamente, ésa es la base fundamental de nuestra Institución –respondió el Kobda cuyo nombre era Tubal–, y no creáis que es cosa fácil el mantener siempre viva esa llama azul rosada, que tan suavemente nos ilumina. Porque no debéis olvidar que somos humanos y que es necesario un vencimiento continuo y un completo olvido de sí mismo, para no romper la cadena de amor que es base y fundamento de todo el edificio espiritual que se ha levantado a través de los siglos.

–Pero, ¿es que de verdad sentís ese amor que os demostráis?, y perdonad mi indiscreción, en hacer estas preguntas, nacidas del asombro que me causa vuestro modo de vivir.

–Esas mismas preguntas hice yo, hace veintiocho años, cuando llegué a esta casa y como vos me sentí envuelto en esta suave onda de amor. El amor aparente o ficticio nunca jamás se hace sentir de los demás, y es incapaz de crear todo cuanto aquí habéis encontrado y habéis visto. Aquí no podemos engañarnos con afectos que no son verdaderos. Si aquí no existiéramos tanto en ese sentido, no nos contaríamos por centenares sino por millares.

“El amor verdadero y real de los unos para los otros, pone a tono nuestra atmósfera terrestre con el ambiente sutil y suavísimo de los elevados planos espirituales, donde viven de continuo los espíritus de gran evolución que cooperan con Numú al avance de la humanidad. Y es debido a eso que facilitamos las manifestaciones extraterrestres que habéis visto.

“Es por eso que de los centenares que llegan cada año, muy pocos llegan a las veinte lunas de prueba; y aún de éstos, algunos salen después y siempre porque dejaron morir dentro de sí el pájaro azul del amor, que necesita agua clara para vivir.

–Entonces, entre vosotros no hay odios, ni antipatías naturales, ni altercados que distancian ordinariamente a los seres, ni opiniones diversas, ni distintos modos de ver..., en fin, como es lógico y natural que ocurra entre seres que razonan y que piensan –observó Aldis, que de verdad quería comprender la extraordinaria vida de aquellos hombres.

–El que no es capaz de dominar todas esas pequeñeces que habéis mencionado, no puede permanecer en esta casa. Aquí nos cuidamos poco de las fórmulas mecánicas y sistemáticas, pero mucho de lo interior, y sobre todo y por encima de todo, cultivamos el olvido de nosotros mismos, en forma que cada uno piensa en lo que agrada a los demás, antes que en su propio contento y agrado.

“Y si una necesidad imperiosa le obliga a contrariar al otro, el amor le ayuda a realizarlo en tal forma, que no causa dolor, ni pena alguna, porque ha llenado de amor todo aquel lugar que hubiera ocupado el desagrado y el descontento.

“La Casa de Numú ha conseguido tener dentro de sus muros, un bosquejo de lo que será la humanidad en el futuro: una eflorescencia del amor y de la paz. Y a esto debe tender todo el esfuerzo de los Kobdas de toga azulada.

–Y cuando alguno de entre vosotros, en un mal momento que como hombre puede tener, ofende o disgusta a otros, ese hecho, ¿no produce el natural distanciamiento entre ellos?

–Precisamente por eso y para eso se prueba, se educa, y se aquilata la fuerza espiritual de cada uno y nuestras leyes han cuidado bien de que cada cual tenga en su recinto particular, amplia libertad de obrar

como más le agrada, para que la tensión del espíritu no sea continua y permanente.

“Además, los elevados gustos e inclinaciones en el orden intelectual y artístico, gozan de plena libertad aquí; lo mismo que en los trabajos científicos o manuales.

“Tenemos entre nosotros hombres aficionados a la agricultura y son los que han cultivado toda esta pradera que veis, y que es la que alimenta a los moradores del Santuario y a todos los que pueblan estos campos.

“Para el que gusta de los animales y goza en cuidarlos y atender a sus necesidades, tenemos nuestro parquecito zoológico, que ya habéis visitado, y que satisface a los Kobdas que sienten esa necesidad.

“Hay talleres para trabajos manuales, y ya sabéis que las pinturas, las esculturas y las obras de metalurgia, las llevan a cabo los Kobdas que tienen gusto por ellas.

“En las necesidades físicas como alimentación, vestido, forma íntima de vivir, hay como lo veis, amplia libertad, sólo que las túnicas exteriores deben ser iguales en color, no en calidad, por la razón de que hay quien siente más frío y necesita tela más consistente, y quien siente más calor y la desea más liviana.

“Y en cuanto a los alimentos, cada cual los toma a medida de su necesidad, y en su propia habitación, lo mismo que se ha hecho con vosotros a excepción de los días extraordinarios, en que por celebración de alguna fecha de gran significación, nos reunimos a comer juntos en el patio de las palmeras, que es donde celebramos los grandes acontecimientos.

–Y, ¿no os molesta a veces el ser mandados por un hombre, el Pharahome, que ni es vuestro padre ni es vuestro rey? –preguntó nuevamente Aldis.

–Absolutamente no. En primer lugar, el Pharahome es elegido por nosotros mismos, como también los diez del Alto Consejo, cuya misión es cumplir y hacer cumplir la ley, y cuidar con solicitud del bienestar de todos los moradores de la Casa de Numú.

“Si uno de nosotros cae en una falta que desagrada a los demás, y perjudica el orden de la Casa, se le pone en su propia habitación una advertencia breve y llena de bondad. Si no es obedecida después de dos veces, se le invita a retirarse de la Casa, devolviéndole lo que hubiere aportado al entrar, y si nada tiene se le dan los medios necesarios para desenvolver su vida fuera de aquí.

“Además, nuestro Pharahome no tiene necesidad de darnos órdenes, porque nuestro camino está marcado desde hace siglos y el que cumple con la Ley, puede estar seguro de que nadie le dará órdenes nuevas.

“Ocupado cada cual en lo que ha elegido para su propio trabajo y recreo, creedme, no tenemos tiempo para pensar en pequeñas susceptibilidades.

Y como todos tenemos la seguridad de que ninguna cadena perpetua nos ata, estamos aquí por pleno convencimiento de que es lo mejor que podemos hacer, en la situación de cada cual. Si las rebeldías, nacen en el ser humano de las injusticias o sinrazones a que se le quiere someter, aquí no tienen cabida, porque durante veinte lunas estudiamos la Ley de la Casa de Numú, al pie de la cual está escrito ya lo sabéis: “Si no te sientes capaz de amoldar tu vida a esta Ley, sé sincero contigo mismo y con los demás, y apártate para que no seas un perturbador de la Paz y del Amor”.

–Pero, las envidias, los egoísmos, las ambiciones tan propias de los hombres, ¿cómo es que aquí no producen ni causan antagonismos entre unos y otros? Los que poseen mayores méritos y cualidades más sobresalientes, ¿no causan humillación y el dolor al que carece de ellas? –volvió a preguntar Aldis al complaciente Kobda, que le acompañaba en aquel paseo al atardecer, por la pradera oliente a frutos maduros y a espigas en sazón.

–Hay una onda tan formidable de amor en la Casa de Numú, que esos sentimientos se desvanecen sin salir al exterior. Además, todos sabemos por el conocimiento de nuestras existencias anteriores, que lo bueno que hoy tenemos, otros lo tuvieron ayer o lo tendrán mañana, y en este caso no cabe la vanidad en los unos ni la humillación en los otros. Cada uno sabe que la vida actual, no es más que una forma pasajera de manifestación adoptada por nuestro verdadero Yo, para realizar un paso en el largo camino.

“Si vos, por ejemplo, camináis con una luz más grande y viva que la mía, ¿por qué tengo yo que molestarme, si vuestra luz no obscurece la mía, sino que alumbrá más mi propio camino? Si vos cuidáis un jardín y yo cuido otro, ¿por qué tengo que padecer si vuestras flores y frutos son mejores que los míos? Lo que cabe, es preguntarme si yo hago por mí jardín todo el esfuerzo y el sacrificio que hacéis vos por el vuestro.

“Si vos, por ejemplo, os veis rodeado de afecto y consideración, de lo cual yo carezco, ¿qué cabe pensar o cavilar en tal caso?

“Pues que vos haréis mayores esfuerzos que yo, para merecer todo ese afecto y toda esa consideración, pues tratándose de afectos que no son del orden pasional, están siempre basados en el mérito personal que cada uno se conquista con sus virtudes y con sus esfuerzos.

“Si yo no enciendo mi lámpara, ¿tengo derecho de quejarme si estoy a oscuras?

“Si soy egoísta y sólo me busco a mí mismo en todas las cosas, ¿tengo derecho a esperar el amor de los demás?

“Si jamás me preocupo de complacer a los demás, ¿tengo derecho a esperar que los demás me complazcan a mí?

–Todo eso está muy bien y tenéis toda la razón, pero los humanos, de ordinario, no razonan así –observó Aldis.

– ¡Ah, hijo mío!... El que no aprende a razonar de esta manera, no es apto para la Casa de Numú, en cuya entrada está escrito:

“Si en ti no ha florecido el amor, ni hay campo para sembrarlo, no entres aquí porque causarás la muerte...”

“Y como el egoísmo es el gran destructor del amor, por eso está escrito en nuestra ley:

“La felicidad que se encierra en el amor, sólo la sentirás cuando hayas matado al egoísmo...”

“El amor impone muchos sacrificios ocultos, ignorados y silenciosos, y el que no es capaz de hacerlos, no debe creerse con derecho de sentirlo y de recibirlo. ¿No lo creéis así?

–Es así a la verdad, y estoy pensando que si fuera posible hacer razonar a todos los hombres en esa forma, la humanidad estaría inundada de paz y de tranquilidad.

–De aquí a diez o doce milenios más, la mayoría de la humanidad razonará en esta forma, según las profecías que aquí se han recibido. Por ahora somos el uno por mil o acaso menos todavía, los que hemos llegado a comprender que el Amor es lo más grande que existe en todos los mundos, y que todo bien nos viene por el Amor y todo mal nos viene por la falta de Amor.

“Se acerca la hora de que toméis vuestro alimento y nuestro hermano Zahín ya habrá pensado en vos seguramente.

Ambos volvieron por el mismo camino que habían recorrido, hasta llegar al Santuario y el Anciano Tubal acompañó a Aldis hasta la terraza de su habitación. Salió a recibirles un joven Kobda, de dulce y agradable aspecto, que tomó a Aldis por la mano, mientras le decía:

–Soy vuestro vecino de habitación, si no os desagrada mi compañía.

Aldis exhaló un hondo suspiro, pensando en aquél a quien el joven Kobda venía a sustituir y le contestó:

–Os agradezco de corazón que me hayáis evitado el dolor de ver esa habitación vacía.

–Si hacéis florecer entre vosotros el amor, todos los vacíos se llenan –dijo Tubal, retirándose.

ABELIO DE CRETASIA

Abelio, que así se llamaba el joven Kobda, entró con Aldis en su habitación y como si fuera un antiguo amigo suyo, empezó a disponer la mesa para comer. En vez de una cesta había dos, y le dijo:

–Para iniciar nuestra amistad, me he invitado a comer con vos, si no os desagrada.

– ¡Perfectamente! no podíais haber hecho invitación mejor.

Abelio era quien servía, como si quisiera dulcificar en todas las formas, la amargura que adivinaba en Aldis por la ausencia de su amigo. Y se inició la conversación.

– ¿Hace mucho que habitáis en esta Casa?

–Sólo tres años.

–Parecéis muy joven para tener ya el elevado concepto que aquí se tiene de todas las cosas.

–Tengo cumplidos ya mis veintiséis años, pero cuando llegué aquí, había saboreado el dolor en todas las formas y así como el Amor que aquí se practica es la fuente de la paz y de la dicha, el dolor es el mejor y más sabio de todos los maestros.

– ¿Os encontráis feliz así, apartado de todo lo que amasteis en vuestra primera juventud?

–Fue tan cruel la vida conmigo, que no he traído a esta Casa sino recuerdos amargos y terribles...

“Nací en una cueva de piratas en Cretasia, a donde fue conducida por la fuerza mi pobre madre, que me llevaba en su seno. Mi padre había sido asesinado por ellos y mi madre murió después en el viaje que hicimos en un barco mercante, en cuyas bodegas nos entramos secretamente huyendo de los piratas. Un labriego que cultivaba los campos otorgados por los Kobdas en arriendo, me tomó como labrador, hasta que conociendo a los Kobdas encargados de los cultivos pedí ser recibido aquí y aquí estoy.

– ¿Y no tuvisteis nunca un amor?

El joven Kobda se impresionó vivamente.

–Perdonad –dijo Aldis–, si soy indiscreto. No debo servir yo para Kobda.

–Cuando recién llegamos todos somos indiscretos, pero tengo mucho placer en contestar a vuestras amables indiscreciones –dijo sonriendo Abelio–. Y a mi vez, pregunto: ¿quién es el que no ha amado alguna vez, con ese amor pasional profundo que es el más intenso de todos los amores humanos?

“Tuve pues, un amor que se puede narrar en muy breves palabras. Amé profunda y constantemente durante cuatro años a una mujer extranjera traída a Galaad, como cautiva de guerra, y cuando hube hecho los mayores sacrificios para sacarla de su triste estado, cuando se vio libre y cortejada a causa de su belleza, me declaró que no deseaba esclavizarse al amor de un hombre sin fortuna y sin gloria, y en mi presencia trabó amistades ofensivas a mi dignidad y a su honra.

“Fue un agudo dolor, pero un dolor que me ayudó a renunciar a los amores humanos, en lo que ellos tienen de absorbentes y dominadores de las facultades del alma. Sin ese gran dolor, yo no estaría aquí, y en esta época de tanta perversión humana, de tan espantosas desviaciones espirituales y morales, ¡quién sabe qué rumbos habría yo tomado, a no ser por Bohindra que con sus canciones y las armonías de su lira me salvó del desequilibrio mental que se había apoderado de mí!

–Y, ¿os sentís feliz ahora? –preguntó Aldis nuevamente.

–Completamente, pero he cambiado mis conceptos de la vida y de los acontecimientos de la vida, a la cual miro en la actualidad desde otro punto de vista. Ahora estoy convencido de que por dolorosos que sean esos acontecimientos, no tienen otra finalidad que el cumplimiento de una gran ley de justicia primero, y de una ley de eterna evolución después. Y si, ya más avanzados, aceptamos misiones de progreso para los demás, entonces nos salen en tropel los hermanos de las tinieblas, o sea los espíritus del mal encarnados o desencarnados en defensa de lo que creen sus derechos y sus dominios. Perdonad, pero estoy saliéndome de mis casillas como quien dice, porque aún no estoy en condiciones de enseñar a nadie.

–Otra pregunta, y nada más, ¿qué haríais vos en mi lugar, si os ocurriese lo que a mí, tal y como es mi situación? ¿La conocéis?

–Algo, por las manifestaciones obtenidas para vosotros en la Mansión de la Sombra.

–Y, ¿qué haríais vos en tal caso?

–Eso..., es algo más difícil de contestar de lo que parece, porque tendría que estar dentro de vos mismo. Yo no sé si podéis aquietar vuestro espíritu lejos de vuestra esposa y de vuestro hijito. Yo no sé si os sentís capaz de aceptar esta vida, que sólo os ofrece intensos goces espirituales. Yo no sé si os acostumbraríais a una vida oscura y sin gloria. Además, ¿sabéis en qué punto se halla vuestra compañera?

–No, pero Joheván que está libre ahora, me lo diría.

–Si en la Ley está que ella deba desencarnar lejos de vos, Joheván no os podrá revelar lo que deseáis.

–Entonces, ¿será necesario que pierda también la fe en la amistad leal y verdadera que me brindó Joheván hasta ayer?... –preguntó

Aldis, dejando asomar su amarga decepción, no obstante su habitual serenidad.

–No penséis así, por favor, de vuestro noble amigo, que como su estado libre le pone en condiciones de ver más claramente la ruta que juntos acaso habéis elegido, por el amor sincero y grande que os tiene, os ayudará a que se cumpla en vos esa ruta y ese camino.

–Cuando él estaba a mi lado, era yo quien calmaba sus ansiedades y sus cavilaciones. Ahora que no le tengo conmigo, diríase que sus torturas han pasado todas juntas a mi corazón.

–Si no os molesto... –dijo Zahín desde la puerta.

–Pasad, –contestaron los dos jóvenes.

–Acabo de recibir esto para vos, –dijo a Aldis, entregándole una pequeña plaquita de cera, en la que había escritas estas palabras: “Cálmate, que Milcha y Adamú vendrán a visitarte esta noche; no pierdas la fe en la amistad de Joheván”.

Era lo que faltaba para que el corazón de Aldis se desbordara como un vaso que está demasiado lleno, y doblando su cabeza sobre la mesa empezó a llorar a grandes sollozos.

Zahín hizo una señal a Abelio, el cual salió volviendo un momento después con el Pharahome y dos monjes ancianos.

Todos se quedaron quietos, de pie y silenciosos, en torno de Aldis que continuaba sollozando con la cabeza oculta entre sus brazos apoyados en la mesa, y el Pharahome colocó sus manos sobre aquella cabeza dolorida y sollozante.

Una suave irradiación de paz, de amor y de consuelo se extendió en torno suyo, penetrándolo, absorbiendo su espíritu y su materia, en una especie de dulce somnolencia. Y Aldis se quedó profundamente dormido. Los Kobdas se alejaron, menos Zahín, que quedó a su lado para velarle.

21

BOHINDRA JOVEN

Todo cuanto hay de grande y de bello en el espíritu humano, actividades mentales y emotivas, invisibles creaciones del pensamiento plasmado por la energía, todo fue puesto en juego en torno a Bohindra, aún inconsciente allá en la penumbra violeta del jardín de invierno.

Habían pasado dos días y medio, y los Kobdas en observación notaban que la respiración y los latidos del corazón eran cada vez más tranquilos y normales. Le habían hecho beber agua de la fuente y jugo de uvas exprimidas, en pequeñas dosis.

Gaudes y Joheván, como mensajeros del Amor Eterno, en esos días de expectativa a la espera del despertar de una vida nueva, se hacían visibles junto al dormido hasta conseguir la conjunción y el equilibrio perfecto entre el cuerpo mental y el cerebro.

Cuando la observación hizo comprender a los expertos Kobdas que se acercaba el momento de despertarse nuevamente a la vida física, le quitaron los vestidos de Joheván y los sustituyeron por los ropajes de Bohindra, le dejaron la lira al alcance de sus manos, hicieron más claridad en la penumbra y esperaron sentados a distancia. Después de una hora de profunda quietud y silencio, aquellos hermosos ojos castaños se abrieron, como el que despierta de un largo sueño. Ordenó sus cabellos de bucles bronceados y se incorporó. Lo primero que vio fue la lira y abrazándola como a una amada compañera de muchos años, murmuró en voz baja:

– ¡Contigo me dormí, y contigo me he despertado!... Lira mía, cántale a Bohindra nuevamente encadenado a la vida terrestre por otro medio siglo más...

Y otra vez la lira de Bohindra como un suspiro de la noche, parecía gemir entre las ondulantes hojas de los lotos, que acariciaban su bronceada cabellera. Y cantó de nuevo aquellos versos, pero con una voz de timbre suave y dulcísimo de Bohindra de veinticinco años. Dos de los Kobdas presentes, muy ancianos ya, que le habían conocido cuando él llegó al Santuario, tuvieron en ese instante la exacta visión del día que vistió la túnica azulada y cantó acompañado de la lira una hermosa balada al amor.

Cuando terminó la canción, se le acercaron los que estaban presentes y habiendo resonado los toques de llamada, se fue llenando el recinto con los Kobdas que acudían a recibir de nuevo a Bohindra joven, vigoroso y bello.

En las crónicas de la antigua Institución, se contaban veintiséis casos iguales a éste, de un éxito completo, y sólo tres en que la trasmigración de espíritus había resultado incompleta, quedando las facultades del espíritu empobrecidas, y debilitadas por falta de conjunción perfecta entre el cerebro y el cuerpo mental.

Era pues, un grande acontecimiento para aquellos infatigables obreros en los campos del pensamiento y de la voluntad.

– ¡Es él..., el mismo que llegó hace veinticinco años, sólo que ahora no tiene aquella sombra de dolor intenso y desesperado que le cubría la frente! –exclamaba un Kobda viejecito que trabajosamente se abría paso entre todos para llegar a Bohindra, al cual abrazó con una ternura verdaderamente paternal.

Zahín que fue su vecino de habitación, pues habían llegado casi juntos,

estaba encantado de verle con el exacto parecido de veinticinco años atrás y acercándose le dijo:

–Nuestro Aldis duerme bajo la acción de los fluidos emitidos sobre él para calmarle, porque estaba desesperado. ¡Cuando quedéis libre, si os parece, venid a su habitación y se consolará tanto viéndoos nuevamente!

Bohindra se lo prometió y Zahín volvió a su sitio al lado de Aldis.

Bohindra pues, estaba de audiencia. Todos querían hablarle y probar así que los reconocía. Era aquello una verdadera inundación de amor en torno suyo. Los Kobdas ancianos que le habían calmado sus tempestades de joven enloquecido por el dolor, sentían renovada su amorosa paternidad espiritual hacia Bohindra, de nuevo joven y bello como hacía veinticinco años. Los Kobdas jóvenes que le habían conocido hombre de edad madura y casi anciano ya, sentían la dulce ternura de hermanos mayores hacia el joven Kobda, poeta y músico, que se levantaba de nuevo entre ellos, como un ruiseñor recién salido del nido, para tender al viento la divina explosión de su armonía.

De pronto empezó el silencio a extender sus oleajes suaves de calma y de serenidad, y una onda de amor más intensa aún, invadió todos los espíritus. Por encima de la inmensa multitud de Kobdas, se empezaron a formar como espirales de luz mortecina al principio y más intensa después, millares de seres intangibles flotantes y vívidos, parecían desfilar, acercarse y confundirse a los que revestidos de materia se entregaban a las dulces expansiones del amor fraternal. Casi todas aquellas sombras luminosas, aparecían con las azuladas túnicas de los Kobdas, y algunos de ellos eran reconocidos por los presentes en la vida física, pues no hacía muchos años que habían desaparecido del plano terrestre.

Los dos Kobdas últimamente libertados de la materia, aparecieron después, mas no vestidos con las túnicas azuladas, sino con la majestuosa indumentaria de los antiguos reyes de Orozuma, padres de Anfión el príncipe Santo.

La escena se tornó de solemne en tiernísima cuando Sadia, la dulce mujer amada por Bohindra, flotó junto a él en forma tal, que de su figura plásmica brotó clara y distinta su voz para decirle:

– ¡Bohindra, amado mío! Como una flor en el otoño se desvanecieron todos tus sacrificios y dolores pasados, para sólo quedar en torno tuyo la divina eflorescencia del amor que has derramado.

Y tras ella, Joheván, que abrazando su propio cuerpo animado por su padre, se encontró por primera vez desde hacía muchos años, entre el abrazo de los dos seres que le habían dado su última vida física.

Imposible sería describir la intensa emoción de aquellos momentos, para los que presenciaban esta escena extraterrestre, entre almas que

se aman y se siguen en eterna unión a través de siglos y siglos. Sadia, la dulce y rubia Walkiria, madre de Antulio, aparecía igualmente con sus rizos de bronce, a los que Bohindra tanto había cantado en su lira mágica de pastor, en los lejanos días de aquella otra juventud:

*“¡Tienen música tus rizos,
Cuando los agita el viento...
Tus cabellos tienen luz y áureo reflejo,
Cual si fueran quedejas de bronce viejo!...”*

La niebla luminosa fue desapareciendo juntamente con las formas tangibles que de ella misma parecían haberse formado, y aún continuaba el silencio inundando el recinto de esa armonía interior sin voz y sin sonido, que tanto conocen las almas habituadas a la concentración del pensamiento.

Cuando los Kobdas se retiraron del recinto, Bohindra se dirigió a la habitación de Aldis acompañado del Pharahome y de Tubal, porque su cuerpo algo debilitado no podía andar todavía con soltura y agilidad.

Se sentó sobre el lecho del dormido y esperaron en silencio el despertar, que se produjo unos momentos después. Fue pues lo primero que vio Aldis al abrir de nuevo sus ojos, e incorporándose rápidamente se abrazó de su amigo en una espontánea manifestación de cariño:

– ¡Joheván!..., isoñé que te habías muerto!... ¡Qué pesadilla, Dios mío!... ¡Tienes la túnica azulada!... ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Los Kobdas se miraron con inteligencia, como poniéndose de acuerdo en que continuase la ilusión, hasta tanto que más fortalecido y sereno su espíritu, fuera capaz de asimilar la magnífica y hermosa verdad, tal como era.

– ¡Ha pasado el tiempo requerido!... –contestó Bohindra con naturalidad–, mientras tú has tenido fiebre y delirios, pero es necesario que te levantes para que juntos demos un largo paseo que te reanime.

Mientras ellos hablaban, Zahín levantó de la mesa la plaquita en que Joheván dio su mensaje, y opinaron ocultarla para evitar un nuevo tormento a aquel pobre corazón que, con la partida de Joheván, se había sentido tan solo y tan deprimido, hasta producirse la crisis que pudo haber sido funesta para su salud.

22
EL ÁGAPE

Dos diversas corrientes de emoción pasaron ese día por las almas de los Kobdas.

Por la mañana, habían bajado a la cripta inmensa del patio de los olivos, el cuerpo anciano de Bohindra sin vida, y, empapado en las esencias que impedían la descomposición, lo habían depositado en la urna correspondiente, con esta inscripción en la piedra que la cubría:

“Aquí yace la envoltura carnal de Bohindra, que la animó durante 59 años y que fue dejada hace tres días de la fecha, para continuar otra vida terrestre en el cuerpo físico de su hijo Joheván, libertado el mismo día”.

Y por la tarde, la resurrección de Bohindra en el cuerpo de su propio hijo, dando lugar a las intensas manifestaciones de amor fraterno que conocemos.

Llegó la noche y el patio de las palmeras iluminado con los azulados reflejos de antorchas y globos luminosos, presentaba el aspecto de los grandes acontecimientos.

Delante de los bancos de piedra estaban las mesas dispuestas en amplio círculo, y ocupaban la atención de los Kobdas jóvenes y de los postulantes que esperaban las veinte lunas de prueba. Grandes esteras de fibra vegetal, tendidas al pie de los bancos y hermosas canastas llenas de flores y de frutas, era la ornamentación de aquel comedor al aire libre.

La alimentación de los Kobdas, aun en los días de grande solemnidad era más o menos la misma: los huevos de avestruz, tan abundantes en el país, proporcionaban la materia prima para los platos fuertes, juntamente con el queso, manteca y legumbres en general, las frutas y hortalizas, disecadas cuidadosamente, y el jugo de uvas con cerezas, en forma de jarabe preparado por los mismos Kobdas, encargados del cultivo en sus praderas, componían más o menos su forma de alimentación.

La diferencia estaba no en los alimentos, sino en que los días ordinarios, comía cada cual en su habitación, y los días de solemnidad lo hacían todos reunidos en el patio de las palmeras.

Como Bohindra formaba parte del Alto Consejo, había sido colocado al lado del Pharahome, quedando por tanto muy distante del sitio ocupado por Aldis, que estaba al lado de Zahín.

Abelio con los demás Kobdas jóvenes y postulantes, habían comido ya y eran los que servían las mesas.

Aldis empezaba a sumirse en un mar de confusiones, hasta que no pudiendo resistir preguntó a Zahín:

– ¿Podéis decirme, por qué Joheván está sentado al lado del Pharahome, debiendo estar aquí conmigo, como antes?

Zahín se encontró algo cohibido ante tal pregunta, pero reaccionando rápidamente le contestó:

–El Pharahome tuvo esa idea, celebrando el acontecimiento.

– ¡Ah, sí!, de haber vestido la túnica azulada de los Kobdas –dijo Aldis.

–Justamente.

El Pharahome y Bohindra en su fina sensibilidad, sintieron la inquietud de Aldis y ambos a la vez le hicieron señal de acercarse, y el Pharahome le dijo:

–Como es la primera vez que os separáis de vuestro amigo, no quiero que esta comida de alegría esté amargada para vos con ese pensamiento; sentaos pues aquí entre él y yo, y si os decidís por fin a vestir la túnica azulada, haremos ese día otra celebración como ésta.

Y le obligó a sentarse.

Pero Aldis, como si desde el fondo de sí mismo se levantara un reflejo de la verdad, continuó meditabundo y reflexivo, hasta que Bohindra adivinando lo que le pasaba, trató de desviar su pensamiento.

–No te preocupes por la insinuación que acaba de hacerte nuestro Pharahome que aunque yo esté con esta túnica, no estás obligado a vestirla tú, si no es tu voluntad.

Aldis volvió a su tranquilidad normal.

Cuando terminaba la comida, alguien dijo en alta voz:

–Aquí sólo falta la lira de Bohindra para completar el cuadro.

El asombro y el despertar de Aldis fue completo, cuando vio a su amigo que, con admirable soltura, arrancaba de su lira de oro las mismas divinas melodías que oyera tocar al anciano en el Jardín del Reposo, aquella tarde de intensas emociones junto al borde de la fuente.

Se sentía como sumergido en un mundo azul de ensueño y de ilusión. Se apretó la cabeza con ambas manos y el Pharahome le oyó decir:

– ¿Es Bohindra o es Joheván? ¿O son los dos a la vez?

–Tranquilizaos; es vuestro amigo con el genio de la armonía de Bohindra.

–Pero, Bohindra, ¿dónde está? –volvió a preguntar Aldis, buscando al hermoso Kobda de ondulados cabellos blancos, sin encontrarle.

–Dejó su materia hace tres días, y cuando gustéis bajaremos a la cripta donde podréis ver la losa grabada que cubre al cuerpo sin vida.

– ¡Esto es maravilloso! ¿Y cómo habéis hecho para retener ese genio de la armonía y encerrarlo en Joheván? –preguntó Aldis, mientras la lira

seguía exhalando al viento de la noche la divina cascada de sonidos, que parecían enredarse en las hojas lacias de las palmeras y entre las flores de loto que adornaban las mesas.

– ¿No habéis oído decir que “el Amor es el Mago vencedor de la muerte”? Era necesaria la continuación de ese soplo del Amor Eterno y de la Eterna Armonía entre nosotros, y el Altísimo nos ha permitido realizarla. ¿Comprendéis ahora por qué vino Joheván a la Casa de Numú?

– ¡Estoy viviendo en un país de encanto! –exclamó maravillado Aldis.

–No, hijo mío, estás viviendo de una hermosa realidad: la energía eterna del espíritu que cultiva sus poderosas facultades y domina con ellas las grandes fuerzas existentes en el universo.

23

NIEVE Y ESCARCHAS

La caverna del país de Ethea se encontraba entre las escarchas y la nieve. En esa región que muchos siglos después se llamó Fenicia, se sentía aún entonces, casi un clima polar en el invierno, cuyos glaciares iban retirándose poco a poco, dando lugar a través de los siglos, a que fuera estableciéndose un clima templado primero y cálido después.

Las escarchas provenían de las grandes lluvias de fin de otoño que sorprendidas por los fríos intensos, estancadas en las cuencas de las montañas y en los profundos valles que separaban unas de otras, se habían convertido en escarcha, dando lugar a que se realizara una vez más, lo que decía el viejo cantar de los pastores de la comarca:

*“Cantaba en los valles la Linfa serena
Y el Mago de manos heladas, la tornó en piedra”.*

La Linfa y el Mago, o sea el agua y el invierno, se habían tornado en personajes de leyenda y los habitantes de aquellas regiones posteriores a la época glacial, habían llegado a creer que una doncella, una pastora acaso, había sido convertida en piedra por la palabra todopoderosa de un mago.

Algo así como siglos después, otra leyenda contaría que un momento de curiosidad convirtió en estatua de sal a la mujer de Lot.

Las figuras atrevidas y simbólicas de la literatura y poesía de los tiempos arcaicos, se tornaban por obra y gracia de los siglos, en figuras con un corazón y un alma que sentía y lloraba.

¡Bendita sea la caverna de Gaudes que, gracias al fuego del hogar encendido por Madina y al calor que emanaban los renos, no se convertían

en blanca escarcha, también, los cuatro seres humanos refugiados en ella!

Sophía, se consumía como una luz que lentamente se apaga. Milcha lo veía y un hondo y silencioso sufrir se había apoderado de ella en tal forma que aun esforzándose mucho, no lograba disimularlo por completo. Ambas habían visto en sueños a Joheván que les había dicho a las dos las mismas palabras:

“Me separé de mi cuerpo sin sufrir y ahora estoy libre, como un pájaro escapado de la jaula. Estaré siempre con vosotras, hasta que vengáis conmigo”.

Una inmensa paz serena y dulce envolvió a Sophía desde entonces, que reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, preparaba ropas de diversos tamaños, medidas y calidades, de entre el montón de vestiduras sacerdotales que los piratas cretenses habían dejado.

– ¿Por qué hacéis túnicas tan grandes, si los niños no llegan ni a la mitad de ese tamaño? –le preguntaba Milcha.

–Para cuando ellos crezcan, Milcha, y nosotras no estemos aquí –le contestaba Sophía con grande tranquilidad.

Es una característica casi general en los espíritus originarios de Venus y de otros mundos en que habitan como allí, humanidades ya llegadas a la comprensión de la ley del Amor, el deseo intenso de terminar la vida física, cuando se hallan encarnados en mundos donde aún no se ha comprendido el amor, como ley suprema de la vida universal.

Sophía se sentía como desterrada, como fuera de su centro, y a eso debemos atribuir su modalidad en la casa de su padre, de estar continuamente entregada a las creaciones de su fantasía, consistentes en paseos por las selvas y por las praderas, festines y danzas en balsas inmensas de madera como plazoletas flotantes sobre el caudaloso Avendana, el gran río de su país natal.

El aviso dado en el sueño por Joheván, alimentó más en ella la llama de aquel interno deseo de abandonar la vida física, sin que el pensamiento de Evana, que apenas contara veintisiete meses, fuera capaz de infundirle de nuevo el deseo de vivir.

LA MUJER FUERTE

Milcha, espíritu fuerte originario de Acuamundis, (*Neptuno), algo semejante al globo terrestre en el grado evolutivo de la humanidad que lo habita, y cuyas corrientes astrales y etéreas permiten desarrollar mayores energías y actividades físicas y mentales, parecía adaptarse mucho más a la rudeza de la vida terrestre, en medio de la cual se encontraba.

El invierno con sus escarchas y sus nieves les impedía salir a beber aire y luz, sol y alegría en los vallecitos que se abrían entre montañas y colinas, lo cual podía distraer a Sophía, de lo que ella llamaba la tristeza de vivir. Minado su organismo por una fiebre lenta que la atacaba al atardecer, extenuándola cada vez más, se durmió después del medio día, forzada, según dijo a Milcha, por una gran fatiga de la cual esperaba reanimarse con el sueño, y no se despertó más.

Al atardecer se acercó Milcha al lecho, para despertarla con el vaso de leche calentita de Madina, pero no le respondió.

Su cuerpo tibio aún, hizo creer a la esclava que Sophía estaba sumergida en un desmayo y comenzó a frotarla fuertemente, vertiendo a la vez agua clara sobre su rostro.

Milcha comenzó a sentir una fuerza llena de calma y de serenidad; casi había placidez y bienestar en esa serena calma que la inundaba. De pronto vio algo como una claridad entre la penumbra de la caverna, ya semioscurecida por la caída de la tarde. Volvió la cabeza y vio a Sophía riente, más joven y hermosa, llena de vigor y de alegría que le decía:

–*“No me busques ya en ese cuerpo gastado, que debes entregar a la tierra porque ahora soy libre como las aves del cielo”* –y la abrazó con inmensa ternura.

Instintivamente Milcha cayó de rodillas entre llorosa y sonriente, y se abrazó a su vez de aquella sombra amada que se esfumó entre sus brazos.

Miró al cuerpo inmóvil sobre el lecho, ya invadido por el frío de la muerte y corriendo hacia los niños que jugaban con el renito pequeño, convertido en compañero de travesuras, se abrazó de ellos y se echó a llorar amargamente.

Madina, como si adivinara que algo extraordinario ocurría, se acercó al lecho de Sophía y empezó a lamerle las manos heladas. Después fue hacia donde Milcha lloraba, sentada junto a los niños y se echó a sus pies, apretándose cuanto pudo a ella como si le quisiera hacer comprender que sería su fuerza y su apoyo en adelante.

Cuando más entrada la noche, los niños se durmieron y toda la familia reniana estuvo reunida en la caverna; Gaudes, el de las bellas obras silenciosas y ocultas a las multitudes inconscientes, puso en actividad sus grandes fuerzas mentales, pidió el concurso de sus compañeros de alianza y de trabajo, los Kobdas de Neghadá, donde por tres veces en distintos siglos había habitado, y con la fuerza mental de los cuarenta del turno, pudo realizar en la caverna una manifestación plásmica que reanimara el espíritu de Milcha, para continuar la penosa jornada.

Y ella vio a Aldis vestido con la túnica azulada de los Kobdas, que le dijo:

–Milcha, amada mía, he comprendido que nuestra vida terrestre no tuvo otro fin, que dar vida física a ese pequeño ser que duerme en tu propio lecho, y que será la raíz de una generación nueva, donde pueda tomar materia carnal el Verbo de Dios, cuando sea llegado el momento.

“Seamos generosos al finalizar nuestro holocausto y no te desespere la partida de Sophía, que sigue teniendo para ti la ternura de una madre. ¡Mira!

Y como si la caverna se hubiese abierto sobre la pradera, Milcha, asombrada, vio las puertas de una ciudad que resplandecía como el oro a los rayos del sol; un hombre de edad madura entraba llevando un niño de doce años con la cabeza vendada y sentado sobre un asno cargado de mercancías. Un hombre joven y hermoso, de aspecto grave, bondadoso y noble le seguía acompañado de otros hombres jóvenes también. Entraban en una tienda como casa venta de telas, piedras preciosas y objetos de metalurgia.

Había allí una mujer joven y bella, que se echó a llorar sobre las rodillas del niño herido, montado sobre el asno, mientras el hermoso joven de noble aspecto la consolaba, y el hombre de edad madura acostaba al pequeño herido sobre un lecho de pieles. Aquella mujer que lloraba tenía el mismo semblante de Sophía, sólo que no era rubia como ella, mientras que el hombre de edad viril, su marido, era exactamente igual a aquel anciano que vio Milcha a la puerta de la caverna, quitando la piel a los búfalos.

La extraordinaria fuerza mental de los operadores invisibles, recorrió el velo del enigma, y Milcha comprendió clara y nítida aquella visión, cuando en el sitio del niño herido se vio ella misma entre sus padres de aquella lejana vida, perdida ya en la nebulosa de los siglos: Sophía y Gaudes que la miraban tiernamente, mientras el hombre joven y hermoso de la mirada profunda y dulce, le quitaba la venda de la frente y le decía:

–“El amor cura las heridas del cuerpo y las del alma. Entre la sangre y las lágrimas, sembraremos juntos el amor sobre la tierra durante muchos siglos”.

Y oyó que decía a la madre del niño herido: *“Istar, este niño será tu fortaleza en un día muy lejano, que llegará cuando habrás elegido una piedra muy dura para tu simiente; mas yo seré vuestro constante amigo que os seguirá de cerca, hasta el día que a Gaudes, una estrella radiante le marque el lugar de mi nacimiento, y a Istar le diga mi voz: “Antes de que florezcan tres veces los almendros de tu huerto, estarás conmigo en las moradas de luz”.*

Y se desvaneció la visión quedando sólo la presencia astral de Aldis, de pie junto al lecho de Milcha que sollozaba en una profunda consternación.

Aquella Istar, madre de Delmos, sería muchos siglos después la madre del apóstol hindú, el gran Siddhartha Gautama Buda, el Amida Bodhisattva, que fue una encarnación del Verbo de Dios, y otros milenios después aquel tierno lirio blanco que se abrió a los pies de Jesús de Nazareth, y que conocemos con el nombre de la pequeña María de Betania; mientras Gaudes convertido en aquel sabio astrólogo Melchor de Horeb, derramaba en las montañas de Arabia la luz de aquella estrella radiosa, que le había guiado hasta la cuna del Verbo Eterno hecho carne.

– ¡Formidables realidades de nuestra eterna vida! –decía Aldis, comprendiendo el abismo de asombro en que estaba sumergida Milcha, todavía bajo la acción de las manifestaciones plásmicas que había contemplado–. Tú y yo hemos terminado nuestra misión como esposos, y nos resta ahora cumplirla como auxiliares del gran Mesías de la humanidad, cuya enseñanza escribiré un día, dictada por ti, y cuyo rostro pintaré en la blanca toca de una mujer.

Aludía a su futura encarnación de Lucanus, que pintó al óleo el rostro de Jesús en el velo blanco con que secó Verónica el rostro ensangrentado del Mártir.

Milcha entró en la dulce serenidad del sueño y cuando a la mañana se despertó, halló que tenía otra vez en su cuello aquel collar de amatistas que no se podía quitar sin romperlo.

– ¡Ah! –exclamó, consolada en su inmensa pena–. Con esto quiere probarme Aldis, que de verdad estuvo a mi lado, y que toda aquella visión no fue sueño sino realidad.

Llena de un extraño valor y energía, y antes de que despertasen los niños, envolvió el cuerpo de Sophía en uno de aquellos mantos de lino y salió con su carga fuera de la caverna. Madina la siguió hasta una gran encina que quedaba casi detrás de la caverna, donde Milcha pensó depositarla, por haber sido el lugar preferido de Sophía, cuando se sentaban a tomar el sol.

Su asombro fue grande cuando encontró removido el tronco seco en que solían sentarse y que era como la tapa de un gran hoyo abierto en la tierra.

–Esta será su sepultura –dijo colocando el querido cuerpo en la fosa. Cuando se disponía a ir a buscar un instrumento de aquellos de arrancar piedras para cubrir el cadáver, vio a Madina escarbar la tierra, musgos y yerbas que hacía caer sobre la tumba, hasta que desapareció la blanca envoltura en que había envuelto el cuerpo de Sophía. Después empujó violentamente el tronco que rodó hasta caer de nuevo en el hueco, donde por tantos años había estado.

25

ALDIS Y SUS NUEVE COMPAÑEROS

Antes de vestir Aldis la túnica de los Kobdas, había tenido una secreta confidencia con el Alto Consejo, según la costumbre de la Casa de Numú, para dar lugar a que el postulante expusiera todos sus puntos de vista sobre la norma de vida que iba a adoptar.

Y aunque en la Ley de la Institución se leía al comenzar: “El Amor debe ser la única cadena que sujeta al Kobda a los muros de la casa de Numú”...

Aldis quiso asegurarse más.

– ¿Me exigiréis algún juramento que me impida reunirme a mi esposa y a mi hijo, si el Altísimo los coloca de nuevo en mi camino? –preguntó al Consejo en la Audiencia que se le dio.

–Absolutamente ninguno. La túnica que vais a vestir no tiene otra finalidad que la de borrar las desigualdades sociales, en forma que aquí no se distingue el rey del vasallo, ni el príncipe del esclavo, y buscar que la armonía del colorido se ponga a tono con la interna armonía del pensamiento y de la voluntad.

– ¿Me permitiréis realizar un viaje por las costas del Mar Grande para buscarles?

–Podéis formar parte de los Kobdas peregrinos, que todos los años salen a recorrer distintas comarcas en busca de los cautivos en las cavernas, de los leprosos y de los posesos. ¿Queréis exponer algo más? –había preguntado el Pharaohome.

– ¡Nada más! Estoy por completo a vuestras órdenes.

Bohindra fue el destinado para que vistiera a Aldis la túnica en el acto de la consagración. Juntamente con él, otros nueve jóvenes que cumplían también las veinte lunas de prueba.

Uno de estos jóvenes había huido de su país en la costa del Mar Eritreo del Norte, (*Mar Caspio), porque la Reina Guerrera Shamurance, había dado muerte a su esposa y lo había tomado cautivo, enamorada de él a causa de su extremada belleza. Era un perfecto tipo de raza aria de los

pocos que quedaban de pura sangre, y los Gomerianos de la reina Shamurance eran morenos y rechonchos, mientras que éste era “de esbelta talla, con los cabellos de bronce, cutis de pétalo de loto y ojos color de miel”. El joven había escapado con su madre, siendo ambos salvados por uno de los Kobdas peregrinos, que les trajo a la Casa de Numú.

El joven vestía la túnica azulada al mismo tiempo que su madre, en el Monasterio destinado a mujeres, al otro extremo de la ciudad de Neghadá.

Este joven se llamaba Erech y su madre Nolis, y hacemos mención de ellos, porque fue en esta ocasión que, por primera vez, se afiliaron a la Gran Alianza del Instructor de la humanidad terrestre, en la cual se les verá seguir en adelante hasta su última venida al planeta, en la que estuvieron representados por Martha de Betania y Felipe de Laconia, el Diácono de los Apóstoles galileos.

De las Casas de Numú establecidas en aquellas comarcas, hasta el Cáucaso y las faldas del Altái, debían surgir los discípulos del Gran Misionero, para difundir su doctrina, no sólo en la encarnación del Verbo que ya llegaba, sino en sus futuras encarnaciones de los siglos lejanos.

Copias de las Casas de Numú, fueron, aunque con grandes variantes y con transformaciones lamentables, los Cenobios de la Tebaida y los grandes Monasterios Budistas del Himalaya y las Brahma Samaj (*casa de oración de los Lamas Tibetanos).

Era costumbre designar un Kobda antiguo para instruir más de inmediato a los recién consagrados, y fue así Tubal el instructor de Aldis y de sus nueve compañeros; Tubal, aquel Hamán-Araset, padre de Antulio el filósofo santo, el divino profeta que lloró a la vista de la bella Atlántida desaparecida bajo las aguas, como muchos siglos después lloraría viendo en los planos etéreos de las cosas que serán la ruina de Jerusalén bajo las huestes romanas.

Tubal, el mismo espíritu que en el siglo de Cristo acompañó al Enviado en su adolescencia al santuario sagrado de la Cábala, para iniciarse en la Ciencia de Dios y de los espíritus, aquel José de Arimathea que bajaría del patíbulo el despojo sangriento del Mártir.

La noche misma de la consagración de los postulantes, en la concentración nocturna, aparecían diseñados por la Luz Eterna los rasgos prominentes del pasado y del futuro de los recién consagrados, en forma que su espíritu se despertara a la magnífica realidad de la Justicia Divina y del Amor Eterno, en relación con todas las criaturas desde la más perfecta hasta la más primitiva y embrionaria.

El día de su consagración, sabía pues, el Kobda, el por qué de todos sus dolores y la ruta que él mismo había aceptado, para realizar por ella su evolución durante siglos y siglos futuros, si su propia debilidad y miseria no torcía su rumbo.

Por eso, pudo decir Aldis a Milcha en su aparición de la cabaña, algunos pasajes de su vida pasada y de su vida futura.

Por eso también aquel Erech, Ibrín, Suri y Acadsú, compañeros de Aldis al vestir la túnica azulada, se vieron a sí mismos en seguimiento del Verbo de Dios, encarnados en sus múltiples venidas futuras a la tierra. Ibrín y Suri tuvieron la visión del camino de Emaús, en las campiñas de Galaad (*Judea), saliendo de Gerar (*Jerusalén), donde el hombre joven, hermoso y grave de la mirada profunda y de la voz musical, partía el pan y se los daba como señal de amor y de paz, y ellos caían de rodillas ante él para decirle: “Maestro, Maestro”.

Y el pobre Acadsú tuvo la inmensa amargura de ver al hombre justo de los ojos profundos, orando en un huerto de olivos seculares, mientras él, al frente de un grupo de hombres armados, le ataba a la espalda sus manos indefensas, que tantas llagas habían curado, y secado tantas y tantas lágrimas.

Quien veía estas visiones futuras, no podía precisar en qué tiempo se realizarían, ni porqué ni cómo. Flotando en el Pensamiento Eterno, como los hilos misteriosos de una red tendida sobre cada esfera por la Energía Creadora de soles y de mundos, aquellas lejanas escenas eran como una onda capturada en el espacio infinito, por el pensamiento investigador y ansioso de los Hijos de Numú, incansables buscadores de la Sabiduría y de la Verdad.

Y junto a las hermosas apariciones de escenas de amor y de gloria, desfilaban los más grandes errores pasados, causa de los dolores del presente y del porvenir.

El joven Kobda encerraba pues, en pocas horas, dentro de sí mismo la plena y profunda convicción de que cada vida carnal, no es más que un paso de su eterna vida, y sus rebeliones internas ante las injusticias humanas, desaparecían como por encanto. Una profunda serenidad ante el dolor y ante la muerte, le invadía en todos los recónditos senos de su espíritu, pues su éxito final, lo veía asegurado si con firme y decidida voluntad, saltaba por encima de todas las barreras que las contingencias humanas pusieran ante su paso.

Los Kobdas de la anterior consagración, entre los que se contaba Abe-lío y los de la última, en que estaba Aldis, concurrían casi diariamente a una gran sala del piso bajo, donde dedicaban algunas horas a trabajos manuales de su predilección.

Los grabados en piedra para las losas funerarias y para las leyendas que se colocaban en las habitaciones, en los corredores y en las terrazas se hacían allí, lo mismo que la preparación del papiro, traído en grandes fardos por los labriegos de todo el Valle del Nilo que lo conducían al Santuario, donde se les compraba a buen precio.

Notables obras de metalurgia, verdaderas filigranas de cobre y de plata, que era lo que más abundaba, y que adornaron siglos después las tumbas de los Faraones, fueron fabricadas en aquel taller de los Kobdas de Neghadá.

Había algunos, en los que ya se revelaba el genio del pincel que serían en el futuro, que tomaban motivos para esbozos en lienzos o en pinturas murales, de las mismas manifestaciones plásmicas de la Mansión de la Sombra, como si quisieran retener en cromáticas pinceladas, en claro oscuros sutiles esfumados en deliciosas penumbras, toda aquella exhuberancia de vida humana, vivida en el pasado o de vida humana que se viviría acaso a la vuelta de otra luna, o la vuelta de otros siglos.

Abelio quiso diseñar escenas de su futuro y esbozó bajo unos pórticos que daban sobre una campiña, la tierna manifestación plásmica que para él captara el pensamiento formidable de los Kobdas unidos en profunda concentración.

El hombre justo y bueno de los ojos dulces y profundos, levantaba del suelo en que se hallaba adherido, como un harapo de humanidad, a un joven leproso, le inyectaba la fuerza y energía con sus manos acariciantes y sus ojos de mirada honda y profunda, mientras le decía:

“Cuando el sol se ponga mañana, serás libre del mal que te aqueja”.

Y le vio en edades futuras, copiando del éter impalpable, del insondable infinito, la indecible angustia de un Mártir inmolado por amor a la humanidad, mientras esa misma humanidad representada por un pueblo fanatizado y por unos sayones brutales, le gritaba enfurecido: “Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz y creeremos en ti”.

El viejo, bondadoso y jovial no obstante su edad, aquel que abrazaba a Bohindra rejuvenecido, entró a la sala-taller mientras hacía estos bocetos Abelio, como sumergido en un aura de luz y de genio, que movía febrilmente su mano sobre el lienzo.

—Tú serás en el futuro un copiador de la última tragedia Mesiánica sobre la tierra, ya plasmada por el pensamiento divino, muchos siglos antes de haber sido vivida en la carne —le dijo.

Y Abelio fue un día Rubens, uno de los pintores que dieron más vivos matices a la tragedia intensa del Gólgota.

—Mientras que yo, pobrecillo de mí —añadía el anciano como leyendo en un claro libro, que su espíritu casi desprendido de la materia, hojeaba con facilidad—, no seré más que un infeliz ciego a la luz material, que gritará con todas sus fuerzas al pasar el Justo, seguido de la muchedumbre: “¡Señor, Señor, haz que yo vea!”.

Y el profeta Kobda sonreía y lloraba a la vez, y esas lágrimas se deslizaban por las hondas arrugas de su faz, hasta perderse en la blanca guejea de su barba cana. Y fue un día, el gran sabio astrólogo y ocultista conocido de la humanidad moderna, por Alberto el Grande.

26
EL KOBDA REY

Mientras esto ocurría en Neghadá, llegó la embajada del Chalit Ahemesú desde Zoan, ciudad en que se hallaba establecida la sede principal de su reino. Les acompañaba el Audumbla que había dado el consejo de buscar un Kobda, para sucederle en el gobierno de sus pueblos.

Traían amplios poderes para investir al heredero de todos los derechos y prerrogativas inherentes a esa designación, caso de aceptarla, y para llevarle con ellos a Zoan, por si era posible alcanzar vivo aún al anciano Chalit.

El Alto Consejo de la Casa de Numú recibió a los embajadores con toda la delicadeza acostumbrada y entraron a tratar el asunto.

–Nuestro Chalit, a quien Numú sea propicio, está para emprender el viaje de la media luna y hemos tenido aviso de lo Alto, de que aquí debe buscarse el que ha de sucederle en el gobierno del pueblo.

–Entre nosotros hay varios que, a su vez, tuvieron aviso de que en sus destinos estaba marcado el ser mandatarios de pueblos –contestó el Pharahome–. Mas no sé el caso presente, a cuál de ellos pertenece.

–Numú ha señalado a este –dijo colocando sobre el pecho de Bohindra el sagrado alfiler de plata, cuya cabeza era un cordero echado sobre un rollo de papiro semidesenvuelto.

Bohindra nada contestó, pero su rostro se puso intensamente pálido.

–¿Sabe este Kobda el secreto magnético de las plantas y domina con la música las enfermedades de los hombres? –preguntó el Audumbla, de pie todavía junto a su elegido.

–Así es –contestó el Pharahome–. Ha recibido del Altísimo esos grandes dones.

–Podéis tratar con él vuestro negocio –dijo el Audumbla a los embajadores del Chalit, retirándose a un lado, porque juzgaba haber terminado su cometido. Este Audumbla había sido dos veces Kobda en vidas anteriores y teniendo un considerable desarrollo en sus facultades psíquicas, había ido con nueve Kobdas más, como fundador de la Casa de Numú que existía en un valle del Tronador en el Altái (*alusión al río Indo de la India), desde tres siglos atrás. Este ser, destinado a las duras pruebas de los grandes misioneros del Amor Eterno, en siglos futuros debía sufrir todo el dolor de que es capaz el ser humano en una sola vida, bajo el nombre de Job, en el país de Idumea.

–Quiero y pido que estén presentes el Pharahome y estos otros Kobdas, mis hermanos –respondió Bohindra, cuando vio que los siete enviados del Chalit lo rodeaban.

Se establecieron, pues, las bases sobre las cuales contraía Bohindra los solemnes compromisos de gobernar los pueblos del País de Ahuar, sin abandonar la Casa de Numú, donde tendría su sede principal, si bien existiría en Zoan un Consejo autorizado por él, para atender a las necesidades del momento y adonde se comprometía a trasladarse cada dos lunas.

La distancia era relativamente corta, pues Zoan estaba separada de Neghadá sólo por el Delta del Nilo, y el viaje podía hacerse fácilmente navegando por los canales del caudaloso río o por la costa del Mar Grande, ya que ambas ciudades eran puertos bastante importantes para la navegación de aquella época.

La embajada quiso enterarse si para el caso de muerte de Bohindra, se comprometía a dar al país un heredero.

—Espero la voz del Altísimo, que me hará comprender si debo tomar esposa para dejar al país un hijo mío, o si haré lo que este Chalit y buscaré un sucesor entre mis hermanos los Kobdas —contestó serenamente el futuro Chalit del país de Ahuar.

Los embajadores estaban encantados, y colocaron sobre la mesa central de la sala, la lámina de piedra en que el anciano Chalit Ahermesú había grabado su última voluntad y donde Bohindra estampó su nombre con un punzón de cobre y de plata que le prestaron para ello:

“Bohindra de Otlana”

El pacto estaba terminado y el nuevo Chalit debía salir al día siguiente para hacerse conocer del pueblo, antes de que se divulgara la noticia de la muerte del anciano Rey.

Los Kobdas del Alto Consejo y el Pharahome abrazaron tiernamente a Bohindra, por el gran amor que había demostrado a la Casa de Numú; de la cual no quería separarse ni aun para ocupar el trono, al cual le obligaban a subir los acontecimientos.

Quiso llevar consigo a Zahín y los jóvenes Kobdas de la última consagración, entre los cuales se encontraba Aldis, para no dar a éste la nueva tortura de una separación, cuando él apenas había conseguido resignarse a los grandes dolores pasados.

—Conviene asimismo que estos jóvenes —decían los del Alto Consejo—, den un postrer vistazo a la vida del exterior, antes de iniciar sus tareas disciplinarias del pensamiento en busca de la quietud espiritual. Además que, dada la época que atravesamos, comienzo de una era nueva, sabemos que se acerca la hora en que los Kobdas todos seremos removedores de la tierra donde el Verbo de Dios sembrará su semilla.

El Kobda Zahín era el gran ayudante de Bohindra y tocaba el laúd con gran sentimiento, pues su espíritu era igualmente sensible a la armonía, y tenía además la facultad de emitir con extraordinaria

abundancia, el fluido necesario para las manifestaciones plásmicas a largas distancias.

El Kobda Zahín sería siglos después, aquel Rey hebreo que tocando la lira cantaría sus Salmos divinos, como quejas de su arrepentimiento profundo; aquel doliente David del pueblo judío, y el Othoniel de los jardines de Mádalo, cuando el Cristo caminaba por la Tierra.

Cuando llegaron a Zoan, el anciano Chalit aun vivía y tuvo la inmensa felicidad de estrechar sobre su corazón, la bronceada cabeza del joven Kobda que iba a sucederle. Zahín y los jóvenes Kobdas que le acompañaban formaron un compacto círculo en torno al lecho del anciano, al pie del cual habían hecho colocar una gran pilastra de agua rodeada de plantas acuáticas y sensitivas. Bohindra sentado sobre el mismo lecho en el centro del círculo, pulsó su lira como solía hacerlo cuando se trataba de reanimar un organismo humano, próximo ya a la desintegración.

Desde luego que los efectos no fueron tan maravillosos como en aquel jardín del reposo, donde había acumuladas fuerzas vitales benéficas desde tantos años, pero fueron lo bastante para calmar los dolores que el enfermo padecía, y para llenar su espíritu de la paz y la serenidad necesarias para emprender el viaje conscientemente y despertar con lucidez en el plano espiritual. El anciano vivió seis días más, que empleó en dar a su sucesor las instrucciones necesarias para el acierto en su gobierno.

Antes de que su espíritu se libertara, y rodeado por Bohindra y sus compañeros, tuvo la visión de su futuro lejano y se vio joven, junto al hombre justo de los ojos dulces de mirar profundo, que le decía: *“Arjuna, no cometáis jamás el delito de la separatividad porque todo es uno en el gran seno de Atmán”*.

Y luego se vio sobre un blanco y fogoso corcel, al frente de un numeroso pueblo que daba vueltas y más vueltas en torno a una ciudad de torreados muros, los cuales caían desmenuzados como arena que desmorona el viento. Era Josué desmoronando los muros de Jericó, con la irresistible fuerza de la onda simpática formada por el paso acompasado del pueblo y el acompasado sonar de trompetas y clarines.

Y aun se vio en un brumoso lejano, cargado de años y envuelto en pobrísima indumentaria, casi como un harapo, dominando a un pequeño dragón de larga cola entre la cual se estrujaban millares de hombres, de quién sabe qué región de la tierra.

Cuando Bohindra vio que se acercaba el momento de expirar, se le acercó y besándole en la frente le dijo: –Partid tranquilo, padre mío, pensando que el hijo que dejáis en vuestro lugar, no torcerá el rumbo que disteis a vuestro pueblo. Que el Altísimo os cobije en su seno.

Una sonrisa beatífica se dibujó en el moribundo semblante y se durmió

a la vida física con la suavísima calma emanada del amor fraterno, altruista y puro que le rodeaba.

El embalsamamiento de los cadáveres, tan sólo era conocido en aquel entonces por unos pocos y escogidos cultores de la Ciencia Oculta, que se generalizó en épocas posteriores. Lo más común era poner el cadáver en una caja de piedra, en la forma encogida en que se encuentra el niño en el seno materno. “Para bajar a la madre tierra, decía la vieja costumbre, el hombre sin vida debe adoptar igual posición que en el seno de su madre carnal”.

El cadáver del Chalit fue colocado en su caja mortuoria con todos los objetos de su uso particular, como vasos, platos y utensilios de plata, cobre y oro que había usado durante sus últimos años; y pasadas las exequias fúnebres, el Kobda Chalit recibió de manos del Audumbla, entre la muchedumbre que le aclamaba, el dorado casco, especie de tiara, cuya terminación era la cabeza de una grulla con su copete de plumas levantado en abanico, finamente cincelado en cobre y plata.

La primera acción ejecutada por el nuevo Chalit, fue bajar a los calabozos y poner en libertad a los detenidos, pues Ahermesú le dijo al morir que durante su enfermedad, habían ejercido venganza sus guerreros y sus hombres de gobierno, de lo cual estaba enterado por una anciana de su servidumbre. Formó un nuevo Consejo de Estado, que lo reemplazaría a su satisfacción durante sus ausencias y puso al frente al mismo Audumbla que le trajo desde Neghadá.

–Quiero que sea el amor quien gobierne todos estos pueblos –dijo al nombrar el nuevo Consejo–, y seré inflexible para toda iniquidad cometida por los fuertes en contra de los débiles.

Y al alejarse su barco de la orilla llena de numeroso pueblo, tomó su lira de oro y su alma, hada blanca de amor y de esperanza, se desbordó en una inmensa oleada de armonía que parecía llenar de luz las olas del mar y de las almas de los que, apiñados en la costa, le escuchaban.

Aquel hombre había conquistado en pocos días el inmenso amor de su pueblo. Dormido poco después en la popa del barco que le volvía a Neghadá, pasaron por su espíritu ensueños divinos y grandiosos, las tragedias de hombres y dioses que en la “*Eneida*” cantarían siglos más tarde, Publio Virgilio Marón; y la “*Divina Comedia*” del proscrito de Florencia de los tiempos modernos, desfilaron por el campo luminoso de aquella mente, habituada a las creaciones sublimes de epopeyas de amor, solamente realizadas en su mundo de origen, la sonrosada Venus, el planeta por excelencia de la Armonía y del Amor.

MILCHA, LA HEROICA

– ¿Cómo dar luz a esta caverna –se preguntaba Milcha en la soledad–, si ya no está ella, que era el sol que la alumbraba?

– ¡Mamá, mamá! –gritaba Evana, removiendo las pieles del gran lecho de la alcoba y acababa por azotar con una varita la cabeza de la piel de oso, diciendo con su media lengua encantadora: “Tú te has comido a la mamá mía”. Y continuaba dándole palos, hasta que su bracito no podía más.

Entonces intervenía Milcha para decirle, conteniendo sus propias lágrimas:

–No queridita, no se la comió el oso, sino que un genio muy hermoso que se llama papá, se la llevó a la Luna, para traerte de allá muchos regalos preciosos.

Adamú por su parte protestaba, porque le habían quitado su collar y decía que ese genio que se llevó la mamá de Evana, se llevaría también su collar de amatistas.

Como ocurre de ordinario con los niños a quienes se habla mucho desde muy pequeñitos, estos dos comprendieron y hablaron el lenguaje materno desde que fueron capaces de articular palabras, mal dichas desde luego; pero lo bastante claras para ser entendidas por las madres.

La niña tomó gran afición a la grulla, como Adamú al renito pequeño. El ave sagrada gustaba picar el grano en la rosada manita de Evana y cuando Milcha la acostaba en el lecho de su madre, la grulla subía también y se echaba junto a la cabecita de la niña.

Como la reno, madre del pequeño compañero de Adamú, salía ya por la pradera, esto fue causa de que el niño siguiéndola, diera también pequeñas giras por el tranquilo vallecito que se abría hacia un lado de la caverna. Cuando no podía seguirla más por el cansancio, se tiraba al suelo y empezaba a llorar a grandes gritos, lo cual obligaba a la reno y a su hijo a volver hacia él que callaba de inmediato. Como se ve pues, Adamú empezaba a ser también educador de animales. Madina por su parte, desde que las dos mujeres habitaron la caverna, tomó la costumbre de no salir de allí sino por momentos, a pastar en el césped que verdeaba en los contornos. Cuando Milcha quedó sola, más buscó todavía la compañía de la reno, que parecía comprenderla, casi como un ser humano. Y con las gruesas mantas de lana encontradas en el velero de los piratas, fabricó mandiles para Madina y sus hijas, que eran las proveedoras de leche a la caverna, y también las más mansas e inteligentes.

Colocaba los mandiles sobre los renos y montaba ella y los niños, sujetándolos con bandas de tela para que no cayeran. Y salía así, con ellos de paseo en las horas de sol, porque en la caverna parecía ahogarse desde que faltaba Sophía.

Un día que se habían alejado bastante hacia el Este, encontraron un hermoso arroyito de aguas doradas por la clase de arenas que formaban su lecho. Sus orillas estaban cubiertas de flores silvestres y abundaban los nidos de codornices entre el césped y pequeñas matitas de pajas doradas. Aquellos huevos oscuros, brillantes y hermosos fueron la delicia de Adamú que encontró el primer nido, y creyendo que era una ciruela negra lo llevó a la boca y lo mordió, ocurriendo lo que es fácil suponerse, que el huevo al romperse dejó ver el pichoncito vivo, que estaba próximo a salir.

Entonces Milcha se dio cuenta de que era la época de la cría y que pronto podrían recoger en gran cantidad pichones de codorniz, pues había nidos en abundancia.

Estos paseos fueron prolongándose más y más por la pradera que, como recibía de lleno los rayos solares, el aire era más templado y no perduraba la escarcha y la nieve como en la montaña.

El arroyo que habían encontrado era uno de los brazos del río Éufrates, que se deslizaba entre el menudo césped, como una cinta dorada extendida sobre un manto de esmeralda.

A veces salían por la mañana, con una gran cesta de provisiones y volvían al caer la tarde.

Un día tuvieron la idea de pasar al otro lado del arroyito, montados los niños en los renos y Milcha saltando por las piedras, que asomaban la desnuda cabeza entre las ondas opalinas del arroyuelo, y se encontraron en el magnífico valle del Éufrates, cuya caudalosa corriente sentían a lo lejos, sin alcanzar a verlo, perdido como estaba entre la selva de cañaverales que circundaban sus márgenes.

Encontraron allí, trozos de muros como de una fortaleza o castillo derruido y casi cubierto por completo de plantas trepadoras.

Una parte, que había estado destinada a establo se mantenía aún en pie, aunque presentaba todas las señales de una respetable antigüedad se hallaba relativamente bien conservada. Se veían los pesebres de piedra y sobre ellos o desparramados por todos lados, sacos de cueros, cestas vacías y algunos instrumentos de labranza; todo presentando las señales de haber sido abandonado hacía mucho tiempo. Un inmenso hogar de piedra estaba hacia un lado del establo, con grandes troncos de árbol que se habían apagado sin terminar de quemarse.

– ¿Qué ser infeliz y solitario como yo, habrá vivido años atrás en este establo? – se preguntaba a sí misma la pobre Milcha, viendo una correa de

cuero colgada de una especie de tosca repisa rinconera, de esas que suele haber en las cocinas de campo, para guardar utensilios pequeños.

–He aquí otra casa que la Providencia nos depara, si en caso la caverna nos ofreciera peligro por la proximidad al mar, ¿verdad, Madina? –dijo, viendo a la reno que se le acercaba amistosamente.

La vegetación era mucho más exuberante, a medida que caminaban hacia el lado en que nacía el sol.

Milcha vio que había en el patio del establo, viñas enredadas con los olivos, con las higueras y los cerezos y otros muchos árboles inmensos, que parecían tan viejos como las ruinas a las cuales daban sombra y verdor. Los pájaros formaban una admirable orquesta, de tan múltiples y variados sonidos, que aquello era un desbordamiento de vida en medio de tan inmensa soledad.

Como las ramas eran tan espesas y enredadas unas con otras, habíanse protegido los frutos, aunque muchos estaban caídos entre el césped y ya secos y en condiciones para ser guardados.

Laboriosa por naturaleza y por costumbre, trajo a los niños junto a ella y se entregó a la tarea de recoger fruta seca en las cestas que encontró en el establo.

–Como Gaudes cosechó para nosotros, yo cosecharé para quien venga a habitar en estas ruinas, se dijo para sí misma.

Los pequeños con su instinto de imitación hicieron como ella, y una buena cantidad de olivas y frutas secas, quedaron recogidas en el establo.

Adamú pretendía llevarse a la rastra todas aquellas cestas que había llenado, y Evana parecía ser de su misma idea a juzgar por el esfuerzo que hacían los dos, agarrados del asa de una de ellas que ya iban sacando hacia fuera.

–No, hijitos míos, –decía Milcha riendo–, dejad esto aquí; que nosotros tenemos demasiado en casa. Esto lo da el buen Dios para algún solitario que vendrá aquí y nosotros no debemos quitárselo.

Y emprendieron la vuelta a la caverna. Cuando llegaron al arroyo, encontraron a toda su familia de renos que parecían esperarles. Era el sitio en que ellos acostumbraban a beber.

Milcha, colocó los dos niños juntos sobre el blando lomo de Madina y ella se montó en el otro reno, pues la tarde se esfumaba en las penumbras primeras del anochecer, y el cansancio no le permitiría caminar aprisa.

Y entre las labores domésticas, el cuidado de los niños y las correrías al campo a recoger huevos de patos silvestres y de codornices, pasaba los días y las lunas aquella valerosa mujer, nacida a la vida física en humilde condición y que tan importante papel desempeñaba en los comienzos de la Civilización Adámica.

A veces le venía el pensamiento de emprender viaje con sus niños y sus renos, en busca de algún lugar habitado por seres humanos, que debía haberlos seguramente hacia algún lado. Mas luego le asaltaba el recuerdo de lo ocurrido cuando sus esposos habían desembarcado, para buscar alivio en la sociedad de los hombres.

—Milcha —se decía a sí misma, después de largas reflexiones—, no dejes lo cierto por lo que ignoras. En la soledad de mi caverna, no falta nada a mis niños y, ¿sé acaso si encontrando seres humanos, estaría tan protegida y tan segura como estoy aquí?

“¿Acaso no me robarían mi querida familia de renos?

“¿No me quitarían estos dos hermosos luceros que me alumbran?

“¡Dios mío, aún soy rica, soberanamente rica, pues les conservo a los dos sanos y robustos! —exclamaba, terminando sus meditaciones, con una explosión de caricias para las dos criaturas que, entre el renito y la grulla, encerraban todo un mundo de juegos y alegrías infantiles.

28

LA HUMANIDAD CAÍDA

Aquellos niños eran perfectamente felices. Mientras la humanidad en los distintos países habitados de la tierra se agitaba como un volcán en plena actividad o como un inmenso mar en ebullición; ellos crecían sanos de espíritu y de cuerpo, lejos del vaho malsano y pútrido de las grandes capitales, donde la degeneración y el vicio, daban a la humanidad vidas enfermizas y contaminadas desde el nacimiento.

La lepra en los países cálidos y las fiebres malignas, la tisis pulmonar y la escrófula infecciosa, en los países templados y fríos, y otro sinnúmero de enfermedades, ocasionadas por el espantoso desborde del vicio a que se había llegado, parecían diezmar a la humanidad, en tal forma que era difícil encontrar una población que no estuviera azotada por alguna enfermedad infecciosa.

Las guerras continuas, el éxodo constante de los pueblos huyendo de los movimientos sísmicos o de las persecuciones de razas guerreras y conquistadoras, campos cubiertos de cadáveres insepultos, ríos con las aguas envenenadas por centenares de cadáveres de hombres y bestias ahogadas en ellas, todo en fin, contribuía a que las regiones habitadas ofrecieran un desolado aspecto de dolor llevado al paroxismo.

El voraz incendio de las minas de betún en las orillas del mar Salado (*después Mar Muerto), había hundido bajo un inmenso mar de olas negras y pesadas, cinco populosas ciudades de la llanura de Shidin, inutilizando las aguas medicinales de aquel mar y las inmensas salinas

que la rodeaban. El desbordamiento de los mares del Norte, del Ponto y del Eritreo, habían asolado las praderas de Akadia y las campiñas Sumerianas y Zoharitas.

El mundo todo parecía desquiciarse y marchar la humanidad a una ruina inminente.

Era el momento en que el Verbo Divino, recogiendo en sí la luz piadosa del Amor Eterno, bajaría de nuevo a la tierra en la misma naturaleza del hombre, para llamarle de nuevo a las alturas de donde había caído.

Más, ¿era acaso posible que aquel excelso y puro espíritu de luz, pudiera formar materia adecuada para él, en las depravadas razas que poblaban la tierra?

He ahí porqué Adamú y Evana, nacidos y criados en la soledad de las montañas y en las selvas de los valles del Éufrates, con sus almas vírgenes y sus cuerpos incontaminados, debían ser los progenitores del Hijo de Dios, que bajaba de nuevo a la tierra para inmolarse por la humanidad.

La inundación de petróleo ardiente sobre aquellas cinco ciudades: Bela, Adma, Sodoma, Zeboim y Gomorra, fue causa de que muchas familias salvadas de la catástrofe, buscasen refugio en los países vecinos, de lo cual resultó una invasión de los restos de esas razas viciosas y degeneradas a los fértiles valles del Shior (*Nilo), después de haber atravesado el Desierto de Parán, con la parte de sus ganados que pudieron salvar.

No queriendo someterse a la ley del país de Ahuar, de donde era Chalit, Bohindra, el Kobda, fueron obligados a retirar sus tiendas a la llanura de Shur, siendo una constante amenaza para los pueblos pastores y labriegos del Nilo.

Llegaba, pues, el tiempo en que los Hijos de Numú no podían permanecer por completo entregados a sus grandes trabajos mentales. Y el Pharahome dijo a Bohindra:

–Busca entre nuestros Kobdas todos aquellos que sientan el impulso de la vida activa del exterior, para que dedicándose a la predicación de la buena ley, sean salvaguarda de las costumbres y de la moral de los pueblos que el Altísimo te ha confiado, porque estas hordas de perdición venidas de las ciudades nefastas que el fuego tragó, pronto lo infectarán todo, el alma y el cuerpo de tus súbditos.

El Alto Consejo fue del mismo parecer, y Bohindra les dijo:

– ¿Estáis todos conmigo, para ayudarme en el cumplimiento de mi deber?

– ¡Estamos contigo! –le contestaron todos a una voz.

–Entonces que los asuntos del gobierno de los pueblos, sean comunes al Pharahome y Alto Consejo de la Casa de Numú, porque es demasia-

do peso para mí solo. Que seamos diez chalits en vez de uno sólo, para gobernar este país.

Así se combino y desde aquella época empezaron los pharahomes a ser los soberanos de los pueblos del Nilo. Cuando llega el investigador a los dominios de la historia, encuentra que la elevada moral y la sana doctrina de los Kobdas, se perdió con el tiempo, quedando relegada al fondo de los Santuarios. La relajación comenzó en el siglo VII después de Abel, debido a que los pharahomes se apartaron de la vida en común en los Santuarios, creyendo hallar inconveniente la mezcla de la vida civil con la espiritual, llegando lentamente a ser el Pharahome un fastuoso rey, entregado por completo al mundo exterior. Las degeneraciones de las doctrinas como las de los seres, no se realizan en un año ni en dos, sino a través de los siglos y a mitad del II milenio después de Abel, ya solo había vestigios entre la mayoría de los pueblos de la obra redentora de los Kobdas, que se adelantaron a su época, siendo los precursores de la fraternidad humana en el lejano neolítico.

Al dar cabida en el Gran Santuario a la sede del gobierno de los pueblos, algunas perturbaciones tuvieron, y los Kobdas debieron realizar grandes esfuerzos para que no decayera la vida espiritual, ni la fuerza psíquica acumulada en el silencio de la concentración retirada y solitaria durante tantos siglos.

Más de la mitad de los Kobdas de Neghadá se afiliaron a la vida activa, tomando cada cual una región o pueblo para predicar la buena ley e impedir que se difundieran en el país las costumbres viciosas y corrompidas de los extranjeros que habían llegado.

Tubal que era también del Alto Consejo, había sido de opinión que los Kobdas jóvenes no salieran al exterior sino los de más edad, por el peligro que encerraba para ellos el roce continuo con seres de tan distintas costumbres y de tan errados caminos.

Pero como muchos entre ellos habían solicitado la enseñanza al pueblo, se resolvió que salieran siempre de dos en dos, o sea un Kobda de edad con uno de los más jóvenes.

Y así pasaron los Hijos de Numú de la vida de silencio, de estudio y de meditación, a la vida activa de apóstoles y maestros de pueblos. Al anochecer debían encontrarse todos los que habían salido, en la gran sala baja, donde se trataban los asuntos del exterior y en cuyo muro principal se leía:

“Hijo de Numú, deja aquí toda inquietud y penetra al santuario con el espíritu libre de todo pensamiento exterior”.

Esta frase la había grabado en piedra un Kobda, que había sido Príncipe de un pueblo en el país de Manh (*Armenia), y que sabía por experiencia, cómo absorbe el espíritu las cosas exteriores. Se llamaba

Héberi. A través de varios milenios, este mismo ser, fundaría en Occidente una Institución de solitarios, dedicados al estudio, a la meditación y a la agricultura, y en la puerta de sus santuarios grabaría esta frase: “Tú que entras, deja tras de ti los malos pensamientos”.

Sería Benito de Nursia, el monje que hizo de la oración y el trabajo, el camino de elevación espiritual para sus discípulos, estampando en los claustros de sus Abadías, la centenaria inscripción:

“Ora et labora”.

Fue necesario abrir hospicios para los ancianos, los enfermos, los niños abandonados, los mutilados y los ciegos, que iban quedando como harapos de humanidad después de las guerras sangrientas, pasados los terremotos, los hundimientos, las desolaciones de toda especie.

Los Kobdas salían de la Casa de Numú con el alma llena de energía y el cuerpo vigoroso y fuerte, y volvían cargados del dolor que habían bebido en la sociedad de los hombres; sus almas se marchitaban al contacto del fuego abrasador de las pasiones humanas y a veces, sus cuerpos se contaminaban con las enfermedades más horribles, en el roce con los cuerpos enfermos y deshechos.

—Ha empezado el invierno para los hijos de Numú —decía Senio, el Anciano Kobda, fuerte y jovial, que irradiaba vitalidad y alegría y que tanto amaba a Bohindra—, y parece que no llegarán todos a ver florecer de nuevo los cerezos de este huerto.

Aldis emprendió sus viajes por la costa del Mar Grande, registrando cavernas y ruinas abandonadas, en los tiempos que le dejaban libre sus tareas misioneras, con la esperanza de encontrar en los pueblos costaneros a su esposa y a los niños, pues sabía por aviso espiritual, la desencarnación de Sophía. Acompañado de otro Kobda antiguo, y durante varios meses, caminó hacia el Norte por la costa del mar. Una especie de delirio se había apoderado de él, que al encontrarse lejos del aura protectora de la onda luminosa y serena de la Casa de Numú, se llenó de la misma desesperación que sintió cuando fueran arrancados del lado de sus esposas por los piratas, varios años atrás. Un enjambre de negros pensamientos se apoderó nuevamente de su espíritu y desapareció por completo la plácida serenidad que le había hecho fuerte y resignado hasta poco antes. Era el suyo un dolor de abandono, de soledad, de agonía lenta y febril.

El Kobda que le acompañaba le comprendió y le dijo:

—Mañana regresamos a Neghadá. Eres un pajarillo demasiado joven para salir del nido.

Y concentrando su pensamiento fuertemente, lo ayudó a entrar en el sueño. Vio a Joheván y a Sophía que lo acariciaban y le decían: “Te has salido de tu ley y por eso padeces así, sin esperanza y sin consuelo.

Sabes que no debes encontrar ya en la tierra a Milcha y los niños, que no necesitan de ti para cumplir su misión. ¿Por qué te empeñas en estrellarte contra lo que no debe ser? Regresa a Neghadá, que el dulce calor de aquel nido de paz y de amor, te devolverá la resignación y la calma que has perdido”.

Lo que le ocurrió a Aldis, en forma parecida si no igual, lo sufrió Erech, en cuyo espíritu apasionado y turbulento se levantó también la borrasca que hacía revivir el dulce amor de la esposa asesinada por la reina guerrera Shamurance.

Suri, que con tanto entusiasmo se aprestó a las lides heroicas del apostolado y había marchado hacia los pueblos guerreros que dominaban parte del Irán, ansioso de anunciar la buena nueva, como muchos siglos después la anunciaría, impulsado por las visiones radiantes de los campos pastoriles de Betlehem, se encontró de pronto con las huestes guerreras de su propio hermano mayor, del cual había huido para evitar el formar parte de sus legiones destructoras de honras, de haciendas y de vidas. Su desesperación no tuvo límites cuando se encontró de nuevo entre aquel ambiente de destrucción y de crimen, y se vio obligado a matar a los guardias para escapar de sus garras.

Abelio, se vio consumido de una fiebre maligna contraída en el roce con los atacados de la peste y pudo volver al fin a Neghadá, sumergido a intervalos en una especie de delirium tremen.

Inútil es decir, que la rotonda de Bohindra se vio invadida por todas estas víctimas del dolor que habían salido a remediar, lo cual hacía decir al reflexivo Tubal:

–Me había parecido que estasavecillas nuevas, no resistirían el aire apestado de la humanidad actual.

“¡Oh! ¡Humanidad la que espera al Mesías, leprosa y enferma hasta la médula de los huesos! ¿Quién te levantará, quién?

– ¡El amor! –dijo una voz detrás de él, contestando a la pregunta de aquel emocionado soliloquio.

Era Bohindra que venía a buscarle, para que le ayudase a sumergir en la piscina de aguas vitalizadas a Abelio y Suri que sufrían una intensa crisis en ese momento.

El Alto Consejo del Santuario de Neghadá, se veía abocado a un problema de muy difícil solución.

La mitad, más o menos de los Kobdas, habían salido al exterior para enseñar a los hombres la doctrina de la paz y la concordia, de la tolerancia y del amor, para difundir la idea de una Causa Suprema, fuente de energía y vida de todo cuanto existe: *la idea de la fraternidad universal, de la cual surgirá la felicidad y la paz sobre la tierra.*

Pero he aquí, que volvían los misioneros enfermos en el alma por

los horrores que aparecían ante ellos y a veces enfermos en el cuerpo, a causa de las pestes, de los malos tratamientos, de los largos viajes, a veces sin pan y sin agua.

Los únicos seres dispuestos para escucharles, eran los enfermos y apesados próximos a morir, los inválidos, los ciegos, los abandonados ya por inútiles para la guerra y para el trabajo material. Y los Kobdas se veían obligados a cargar con ellos hasta los hospicios, donde las mujeres Kobdas se encargaban de vestirles y cuidarles, hasta que la muerte terminaba con aquellos harapos de humanidad, inutilizada ya para el vicio y para el crimen, y que tardíamente reconocían la verdad:

– ¡Creo y espero en un Dios justo y misericordioso!

Las Kobdas mujeres, eran mucho menos en número que los hombres. En el Santuario de Neghadá no llegaban a cuatro centenas las mujeres de túnica azul. Casi todas las religiones de aquella época, permitían a los jefes de familia, de tribus, de pueblos y países, el tener para sí tantas mujeres cuantas pudiesen mantener. El temor de que las continuas guerras y terremotos y hundimientos y pestes, acabaran con la especie humana, les hacía desear con loca fiebre el aumento de prole, y cada cual se juzgaba más grande y más digno del aprecio de las multitudes, cuantos más hijos daba a la humanidad. De esto resultó que todo ser, varón o mujer, cuya naturaleza física no fuera apta para la generación, fuere considerado como un ser maldecido por la divinidad y que era hasta indigno de vivir. Y en muchos países se decretó la pena capital para esos pobres seres que, a veces sin culpa ninguna, pagaban con la vida su infecundidad, y esto después de haberlo sometido a experiencias torpes y sobremanera degradantes para la dignidad humana.

Los Santuarios Kobdas fueron también un refugio para estos infelices seres, rechazados de la sociedad y muchos de los Kobdas de ambos sexos estaban comprendidos en este caso, sobre todo las mujeres, que se habían visto obligadas a huir de sus maridos, por temor de las severas penas establecidas para las mujeres infecundas.

Algunos Kobdas habían sido tomados prisioneros, con el sólo fin de exigir por su rescate fuertes sumas al Santuario, que, aunque podían hacerse respetar siendo como era un Kobda, el Chalít de los pueblos del Nilo, no estaba conforme con su ley mandar a los súbditos a una guerra para salvaguardar sus bienes materiales. Veinticuatro lunas pasaron, hasta que el Alto Consejo pudo ver a todas sus golondrinas volver al tejado. Mas, ¡en qué estado volvían al hogar paterno!

Algunos hasta habían sufrido horribles mutilaciones, a causa de haberse resistido a unirse con mujeres cuyos maridos habían muerto en guerra. Y los que por temor a las torturas se habían sometido a la voluntad de aquellos caudillos bestias, volvían con el dolor inmenso de

haber dejado un hijo, para que fuera también carne de vicio y de crimen, como todos los demás.

Algunos Kobdas jóvenes, más afortunados, humanamente hablando, y teniendo algunas de esas dotes que en el mundo se aprecia mucho, se vieron halagados en su vanidad y en su amor propio, siendo solicitados para jefes de tribus o de pueblos, que se habían quedado sin caudillo. Y varios de ellos solicitaron que les fueran devueltos los bienes materiales que habían aportado al tesoro común, porque iban a dejar la túnica azulada para ser proclamados Ases o sea jefes o príncipes de pueblos lejanos.

–En la Casa de Numú no debe existir otra cadena que el amor.

“Id, hijos míos, –les había dicho el Pharahome– y que el Altísimo tenga piedad de vosotros. Y si de nuevo os veis vencidos por el dolor de la vida, acordaos del cordero que tiene Numú entre sus brazos y buscad albergue en alguna de nuestras Casas, donde os haréis conocer por esta señal.

Y ponía en el interior de sus vestidos una plaquita de cobre, en que estaba cincelada la efigie de Numú abrazando su cordero.

Los viejos Kobdas que les habían recibido jovencitos, les veían partir con dolor, pero ellos, en cuyas almas el vampiro del orgullo y de la vanidad se había despertado nuevamente, para matar el pájaro azul del amor, partían sin amargura, llenos de ilusión, soñando con la vida de grandeza, de popularidad y de gloria que les esperaba.

Cuando por fin la espantosa tempestad se calmó en la Casa de Numú, el Alto Consejo se reunió a deliberar, sobre la línea de conducta a seguir para en adelante.

Casi todos fueron del mismo parecer de Tubal: “Que ningún Kobda, que no hubiese cumplido diez años de consagración y que no tuviera cuarenta años de edad, no podía salir a misiones más allá de la misma ciudad de Neghadá, concretándose a los hospicios y casas de refugio que allí se habían abierto para los huérfanos y desamparados. Y que al regreso al Santuario pasaran cuarenta días sin tomar parte en los trabajos mentales, en los que significaba un gran obstáculo cualquier pensamiento ajeno a ellos, que al cortar las vibraciones superiores en actividad, ponían en gravísimo peligro a los doscientos sensitivos de la cadena magnética, que eran los acumuladores de la energía necesaria.

Que los Kobdas de más edad que se vieran impulsados a misiones lejanas, fueran acompañados de un cuerpo de arqueros que, por tierra o por mar, les sirvieran de defensa en los casos de peligros en que se habían visto los de la primera misión.

–Mayor bien hacemos a la humanidad, buscando la purificación y liberación de nuestras almas, que perdernos nosotros sin conseguir salvar a los demás –opinaban algunos.

Otros pensaban que no podían permanecer impassibles ante el derrumbamiento moral de la humanidad.

Atormentados se hallaban, pues, los Hijos de Numú con estas cavilaciones, cuando una noche en la Mansión de las Sombras aparecieron, en manifestación plásmica radiante, los diez Kobdas Fundadores, y el más elevado de ellos, habló suavemente y dulcemente para decirles:

–Que se hunda el mundo, pero que no se destruya el Amor y la Paz entre vosotros, porque ese amor y esa paz es la urdimbre en que el Hijo de Dios teje su nido para bajar a la tierra. Ningún Kobda que no haya muerto en sí mismo todas sus pasiones y miserias y debilidades, es apto para ayudar a los demás a matar las suyas. Aprenda el Kobda primero a dominar todos los bajos movimientos de su íntimo ser y entonces vaya por el mundo a enseñar a los demás. Mayor bien hacéis a la humanidad sosteniendo con vuestro pensamiento el augusto santuario inmaterial, que permita al Verbo de Dios bajar a la tierra, que destruir este santuario con vuestras mentes agitadas por la marejada exterior, sin conseguir edificar allá fuera, nada que sea sólido ni duradero. Obrar de otra forma es retardar el momento de su venida o inutilizar su sacrificio, viéndose forzado a emigrar del planeta sin haber realizado su obra para la redención humana. ¡Paz y Amor!

Y la visión desapareció, entre el silencioso llorar de los sensitivos y de los Kobdas ancianos, que eran los más doloridos y atormentados por la gran borrasca que acababan de soportar.

El camino estaba, pues, nuevamente diseñado por aquellos mismos que habían creado la Institución, a costa de grandes abnegaciones y sacrificios.

29

LA ALIANZA DEL ÉUFRATES Y EL NILO

Y como muro de defensa de los países que le habían sido confiados a Bohindra por el Chalit Ahermesú, se escogieron de entre todos sus dominios los mejores arqueros y se establecieron destacamentos de ellos, de distancia en distancia, en todas las fronteras, que casi siempre eran las montañas, los mares o los ríos que dividían unos pueblos de otros. Eran los vigías puestos al exterior para impedir el avance de las hordas embrutecidas, que desde Gomer y Zoar se aprestaban a invadir los pacíficos territorios del valle del Nilo. Los agricultores de las praderas del Éufrates y de sus ríos tributarios se presentaron a Zoan para solicitar ayuda a los súbditos de Bohindra, pues se veían amenazados de los gomerianos, desde que su viejo caudillo Halinay había fallecido,

y sus más bravos guerreros estaban dispersos y desunidos, faltándoles aquel lazo de armonía que había existido entre ellos.

Bohindra, con seis Kobdas del Alto Consejo, se trasladó a Zoan, para tratar el asunto con los mensajeros de aquellas tribus de pastores, del inmenso y fértil valle regado por el Éufrates y el Hildekel o Tigris.

Cuando aquellos le vieron tan joven, tan gallardo, adorado de su pueblo y respetado por el Audumbla y los Ancianos, le dijeron:

–Acepta, ¡Oh, Hijo de Numú! ¡El gobernar nuestros pueblos desorientados y dispersos, por falta de un caudillo capaz de unirnos a todos, con ese don de gentes que emana de ti como un río caudaloso!

–Acepta Chalit –le dijo al oído el Audumbla–, que será obra grata al Altísimo.

– ¿Qué decís vosotros? –interrogó Bohindra a los seis Kobdas que le acompañaban, como representantes del Alto Consejo de la Casa de Numú.

–Que aceptéis si ellos son pueblos pacíficos, porque con pueblos guerreros no podemos establecer alianzas –aconsejó Tubal.

– ¿Qué tributo hemos de pagar de nuestros ganados y de nuestras cosechas? –preguntaron los solicitantes.

–A mí, ninguno –contestó Bohindra–, pero sí, habéis de hacer un tesoro común para atender a la manutención de vuestros enfermos, de vuestros ancianos y de vuestros niños, para levantar una Casa de Enseñanza, Casas de Refugio, casa de paz y de sosiego, donde acudan a curarse del cuerpo y del alma los enfermos y los doloridos.

– ¿Cuáles son actualmente vuestras tierras? –preguntaron los del Consejo de Zoan.

–Las tierras de Cedmonea (*Moab), hasta la ribera del Hildekel por el Oriente, hasta Acadsú por el Norte y por el Occidente las Salinas y el Mar de la Muerte. (*Así se empezó a llamar la región desolada y muerta, convertida en inmensos pantanos de betún, donde habían estado edificadas las cinco ciudades hundidas por la explosión).

–Y vosotros, ¿qué exigiréis de mí? –preguntó a su vez Bohindra.

–Que pongáis de acuerdo a nuestros ochenta caudillos, como lo hacía el glorioso y justo Halinay, durante cuyo gobierno hubo trigo, aceite y vino en abundancia, y nuestros ganados llenaban el valle del Éufrates y sus verdes praderas.

–Y, ¿cómo puedo saber que esos ochenta caudillos aceptan un mandatario extranjero?

–Porque ninguno de ellos se atreve a ser el defensor de todos; siendo ya conocida en nuestro país la justicia con que Ahermesú gobernó sus pueblos, hemos pensado que su heredero sería el único capaz de proteger los nuestros. Que vuestros destacamentos de arqueros extiendan su

línea de vigilancia, encerrando en ella nuestras tierras; que dejéis a cada caudillo el gobierno interior de sus siervos y ganados, y que seáis vos el lazo de unión entre los ochenta jefes que solicitan vuestra ayuda.

Los convenios fueron grabados en láminas de piedra, después de largas deliberaciones entre todos, y por fin el Audumbla ofreció a Bohindra el punzón de cobre y de plata, para que refrendara con su nombre aquel extraño documento de páginas de piedra:

“Bohindra, Hijo de Numú”.

Tubal por el Alto Consejo y el Audumbla por el Consejo de Zoan, grabaron también sus nombres al pie de aquellos convenios.

He aquí cómo los acontecimientos ponían bajo la tutela de los Hijos de Numú, la región aquella en que debía bajar Abel a la vida terrestre, para que su obra de Sembrador de la Verdad Eterna, no fuera entorpecida y aniquilada al nacer.

Un cuerpo de cuarenta mil arqueros fueron diseminados rodeando las tierras de los valles del Nilo y del Éufrates, para impedir que las hordas gomerianas y zoharitas avasallaran a los pacíficos pueblos labriegos y pastores, que eran casi la única porción de humanidad que se mantenía más libre de la depravación reinante.

Los ochenta caudillos urbausinos derivado de Ur Bau, nombre de la divinidad y de la región, hombres pacíficos, pero incapaces de sacrificio alguno por los demás, estuvieron satisfechos de verse protegidos por el Chalit del Nilo, al cual desde entonces, dieron el sobrenombre de Thidalá, que en su lengua significaba “Rey de naciones”.

Cuando todos se retiraron y Bohindra se vio solo con sus seis hermanos, los Kobdas, se abrazó de Tubal con quien se amaban entrañablemente y lloró en silencio un largo rato. Zahín y los otros Kobdas que tanto lo comprendían, lo rodearon con inmenso amor, adivinando lo que pasaba por aquella alma sensitiva.

–Por mucho que los hombres quieran levantarme, prometedme vosotros que no me dejaréis escapar de la dulce cadena que me formáis con vuestros brazos –les dijo cuando pudo serenarse y hablar–. ¡Tengo miedo de la grandeza, tengo miedo del poder, tengo espanto del deseo!... ¡Protegedme de mí mismo, por piedad!... –exclamaba como un niño que se viera acorralado por fieras hambrientas.

–Nuestro amor será tu escudo y tu fortaleza –contestóle Tubal, interpretando el pensamiento de todos.

Permanecieron en Zoan diez días más, hasta que hubieron llegado los ochenta caudillos urbausinos que voluntariamente se ponían bajo la tutela del Chalit del Nilo, el cual les ofreció una comida de alianza en la vieja residencia de Ahermesú; les compuso y cantó el himno de paz que habían de adoptar como canción popular para todas sus fiestas, les

obsequió el anillo de la Alianza, forjado en cobre y plata, y les despidió después de hacerles prometer que nunca tomarían las armas uno contra otro, sin antes darle aviso para evitar la contienda.

30

LAS GLORIAS DEL DEBER CUMPLIDO

Milcha había recibido un aviso en el sueño, o por lo menos ella lo tomaba como un aviso.

Se vio entre Sophía, Joheván y Gaudes, que la sostenían a ella y a Aldis, como si fueran dos enfermos convalecientes que no podían caminar por sí solos. Le hablaban de encerrar los tubos de cobre con los papiros en que Sophía había escrito la historia de sus desventuras, dentro de un saco de cuero perfectamente cerrado y soltarlo al mar, en un día en que el viento del Norte soplara con fuerza. Le aconsejaban preparar a los niños para vivir solos en adelante, porque se acercaba la hora en que ella debía libertarse de su materia. Más todavía: le decían que separase uno del otro, que llevase a Adamú al establo de las ruinas aquellas y dejase a Evana en la caverna, para evitar que creyéndose hermanos, tendiesen después a separarse, buscando Adamú otra esposa y entregando a Evana a otro compañero. “Duérmelos con jugo de vid –decía Gaudes– cuando llegue el momento y que al despertarse se encuentren el uno sin el otro, y no temas, que cuando sea llegada la hora, yo les haré encontrarse”.

Milcha comprendió por este sueño el gran designio que había sobre los niños. Envuelta como se hallaba desde varios años, bajo una protección que por lo visible y grande aparecía a veces maravillosa, no se extrañó de nada de esto, y comenzó en ensayos, a practicar lo que en sueños le habían aconsejado.

Adamú contaba ya cinco años y a Evana le faltaban pocos meses para tenerlos. Ambos habían crecido robustos y fuertes, sin haber padecido nunca una enfermedad, y Milcha empezó a acostumarlos a servirse por sí mismos los alimentos, a buscar sus ropas y vestirse, a ordeñar los renos.

Cesaron los paseos cotidianos y la caverna se transformó en pequeña escuela de conocimientos domésticos.

Con hebras de los tejidos de lino, Milcha hacía que Evana aprendiera a coser. Las varillas metálicas de la jaula de la grulla, habían dado material para que Milcha fabricase algunas agujas de tejer muy gruesas a la verdad, pero que podían llenar la necesidad.

Hacía finos punzones de madera o preparaba plumas de aves y con tinte formado con negro de humo y jugo de vid o de otras frutas, les

hacía escribir sus nombres y las palabras más usuales en el vocabulario doméstico.

Un día se aventuró a un ensayo mayor. Durmió a Evana al medio día, dejó la alcoba cerrada y salió con Adamú, la hija de Madina y su hijo, en dirección a las ruinas. Enseñó al niño a montar solo, para lo cual el reno se echaba al suelo. Cuando llegaron pudo comprobar que nadie pasaba por aquellas ruinas, pues encontraba todo conforme lo había dejado en los paseos anteriores. Limpiando el sitio del hogar, encontró por fin en el centro la piedra del fuego, como la llamaban, y colgado en un gancho el hierro de encender la hoguera; amontonó heno y ramas secas, y el fuego empezó o encenderse en una alegre llamarada, como si sintiera la dicha de tornar a vivir.

Limpió y arregló los grandes pesebres de piedra, llenó de heno seco uno de ellos, extendió allí las pieles y mantas que había llevado y quedó arreglada una hermosa cama.

– ¿Quién dormirá allí, mamá? –preguntaba Adamú.

– Nosotros, cuando dejemos la caverna que se va a hundir.

– ¿Por qué no vino Evana con nosotros?

– Porque tenía sueño y quiso dormir.

Satisfecho en sus preguntas, Adamú se entregó a jugar con su renito, al cual le ataba al cuello una cesta vacía, que luego llenaba de frutas secas.

Milcha registraba todos los rincones de aquella inmensa ruina, por cuyos vericuetos se iba internando poco a poco, cuando se aseguraba de que los escombros se sujetaban con tal fuerza que casi habían formado un solo cuerpo de bloque de piedra y gruesas vigas de madera. Ayudada por Madina, arrastró ramas secas para ocultar más la puerta del establo, y enredando las plantas trepadoras entre las ramas, formó una especie de muro circular delante del establo, en tal forma que desde fuera no se veía sino una hermosa lomada de verdor, cubierta además por las copas de los árboles gigantescos que había. Cuando estuvo convencida de que aquello era una morada segura, preparó en la inmensa piedra del hogar un sitio que serviría de mesa, y comió con su hijo, el cual partía con el renito su ración.

En su cesta de provisiones, había llevado Milcha, el jugo de vid, del cual dio tanta cantidad al niño, que se quedó dormido.

Era ya la caída de la tarde. Le acostó en el pesebre transformado en cama; hizo un lecho de paja a la hija de Madina y su renito, junto a Adamú, y mirando un momento al robusto y hermoso niño dormido, exclamó con toda la intensidad de su alma de madre:

– ¡Gaudes, Sophía, Joheván! Sed los ángeles guardianes de mi hijo, en esta primera noche que me separo de él.

Una inmensa tranquilidad la invadió y una paz dulcísima se extendió por el establo. Iba a caminar hacia la puerta para salir, cuando vio al mismo anciano que sacó la piel de los búfalos, que acariciándole la cabeza, le dijo:

–Vete tranquila, hija mía, que yo velo su sueño.

Y le vio entrar al establo y cerrar la gruesa puerta de encina, cuando ella se alejaba. Milcha se montó sobre Madina y se alejó, pensando en el misterio encerrado en la vida de ambos niños, que así eran vigilados por las almas errantes de Dios.

Cuando llegó a la caverna, Evana aún dormía y la grulla echada sobre el lecho junto a la cabecita de la niña, parecía entretenida en alisarle los bucles rubios con su largo pico.

Madina encendió el fuego del hogar y Milcha el velón, y corrió a despertar a Evana, para darle la cena.

– ¡Milcha –le dijo, apenas la vio– vino mamá con otra mamá, y me dieron tantos y tantos besos!

– ¿Sí?, ¿qué te dijeron?

–Ya no lo sé, se me olvidó cuando me despertaste.

–Ahora vamos a cenar, levántate y busca todo lo necesario, porque yo estoy muy cansada, trabajé mucho.

– ¿Y Adamú? –preguntó la niña.

–Le ha llevado su papá a un sitio muy hermoso –contestó Milcha.

– ¿Y no volverá más?

–Sí, hijita, sí; volverá mañana.

Evana, como pudo, puso sobre la mesa: pan, queso y frutas, un plato con codornices, preparado esa mañana por Milcha y con toda tranquilidad se sentó al lado de ella para comer.

–Eres toda una mujercita –le dijo Milcha abrazándola tiernamente, pues de propósito la había mandado preparar la mesa para acostumbrarla a que se sirviera ella misma.

Otra mujer en tales condiciones, habría estado desesperada al pensar en que llegaría la muerte, dejando aquellos dos niños abandonados. Pero Milcha tenía dentro de sí la plena convicción de la asistencia espiritual, en la íntima unión que palpaba y veía de las almas errantes, que desde el plano etéreo en que se hallaban, compartían con ella las contingencias de la vida humana y eran poderosos auxiliares en todo el curso de los acontecimientos que se iban sucediendo.

–Si el rey Nohepastro, levantando su pensamiento más arriba de la tierra que pisaba, hubiera pensado en que todos nos hallamos sumergidos en el pensamiento de Dios, y que los desencarnados y los encarnados caminamos unidos, obedeciendo a un plan divino que desconocemos, de otra manera muy diferente habría obrado con Joheván y su propia hija –meditaba Milcha, mientras Evana comía con gran apetito–.

“¿Qué tengo yo que temer de nada ni de nadie? ¿No veo acaso la protección divina y una ley fuerte y poderosa que nos va conduciendo paso a paso a un determinado camino, sin que nadie pueda impedirlo? ¡La muerte!... ¡La muerte tan temida de los hombres! ¿Acaso es verdad la muerte? ¿No veo yo y siento a los que llamamos muertos, vivir y sentir y amar y compartir conmigo el dolor o la alegría de la vida? Y cuando a mí me llegue la hora de partir, ¿no continuaré lo mismo al lado de los niños, para vigilarles y cuidarles?

“¡Cuánta grandeza, Dios mío, vine a conocer en esta caverna, abandonada de todos, cuando más hundida me creía en un abismo sin fondo!

“¡Gaudes, Sophía, Joheván!.. ¡Cuando me encuentre entre vosotros seremos cuatro fuerzas, cuatro energías unidas, a velar sobre Aldis y los niños, hasta que ellos a su vez, se desprendan de la vida para continuar en el mundo de las almas, los caminos de Dios!...

Sumergida Milcha en estas meditaciones, no veía a Evana convertida en una verdadera ama de casa. Después de comer ella, dio de comer a la grulla y a Madina. Los renos empezaban a llegar y ella les fue llenando las cestitas de bellotas de encina y acercándolas a cada uno.

Hecho todo esto, se divertía en arrojar puñados de paja y pequeñas ramas secas al fuego, que levantaba como una columna de oro su llamarada viva, a cada porción de combustible que ella arrojaba. Después tomó una ramita que empezaba a quemarse y sobre la madera blanca de la mesa, escribió con caracteres mal trazados desde luego, estas frases: Milcha - Evana - Madina - Adamú, y después dio grandes gritos de alegría que hicieron salir a Milcha de todas sus reflexiones.

–Ahora me ayudarás a hacer el pan, porque no tenemos para mañana –dijo a la niña, sentándola sobre sus rodillas y alisándole los dorados cabellos.

–Sí, sí, te ayudaré, porque tu pan me gusta mucho –contestaba Evana.

–Pues en adelante tendrás que decir mi pan, porque lo harás tú. ¿Seréis capaz de hacerlo, querida mía?

Como contestación, la pequeñita saltó de las rodillas de Milcha y fue a buscar el saco de la harina y haciendo grandes esfuerzos para traerlo a la rastra, decía toda fatigada:

– ¡Ahora verás cómo hago el pan!

Milcha, con inaudita paciencia, le explicaba todo y después como si se tratara de jugar con ella, la dejaba que dispusiera la masa en forma de tortas y las enterrase bajo el rescoldo del hogar.

¡Nuevos gritos de alegría a la primera torta que sacó del rescoldo, mediante una palita de cobre hecha exprefeso para tal operación!

–Ahora se le quita la ceniza con este lienzo, ¿ves?, así –explicaba Milcha a la niña que miraba con gran atención.

–Y ahora se come así, ¿ves? –dijo tomando la dorada torta de manos de Milcha y aplicándole rápidamente sus dientes.

–Sí, sí, ya veo que esto lo has aprendido sola –contestó riendo Milcha.

Cuando la tarea estuvo terminada y siendo ya muy entrada la noche, Evana empezaba a dormirse y Milcha la llevó a la alcoba y la acostó.

Se sentó de nuevo junto a la mesa, frente al hogar, y su pensamiento voló hacia el establo de las ruinas, donde dormía Adamú.

– ¡Pobrecito! –exclamó–, él hará la misma vida dolorosa y amarga de los que le dieron el ser.

Y una oleada de inmensa tristeza empezaba a oprimirle el corazón como una garra de acero.

De pronto se sintió envuelta en un blando sopor y perdió la conciencia de la vida física.

Su doble etéreo siguió a Gaudes con vertiginosa rapidez hacia el establo, al cual no entraron sino que vieron al pasar, un joven hermoso y de grande estatura, que con una espada al parecer hecha de fuego, se hallaba de pie, inmóvil, en la puerta del establo.

– ¿Ves? –dijo Gaudes–. Ese es uno de los millones de espíritus llamados Guardianes, que el Amor Eterno tiene puestos como vigías cerca de todo ser encarnado, que se encuadra dentro de la Ley Divina y que se arroja al seno de Dios, sin más anhelo que el de cumplir en todo momento su soberana voluntad. Si veinte hijos tuvieras en este momento, cerca o apartados de ti por voluntad divina y en igual situación que ese niño, veinte guardianes estarían para protegerles y defenderles. Aprende pues, hija mía, a comprender a Dios que nunca jamás se deja ganar en generosidad con sus criaturas, y si éstas sacrifican por Él, una afección o una vida, reciben en cambio un infinito mundo de amor, de paz y de felicidad.

Milcha se sentía invadida por una energía formidable y por un febril anhelo de realizar grandes sacrificios para merecer toda esa felicidad, cuyo prelude parecía sentir a larga distancia.

–Ahora visitarás a tu esposo –le dijo, y apenas había terminado la frase, cuando se encontró en el jardín de invierno de la Casa de Numú, donde Aldis estaba tendido en uno de aquellos grandes bancos cubiertos de pieles. A su lado estaba Bohindra, que a Milcha le pareció Joheván. Era la media noche y aquel recinto se encontraba sumido en una suave penumbra, pues no había otra luz que la de un gran cirio, al cual una especie de inmensa pantalla en forma de bóveda, de un tejido vegetal de color violeta, amortiguaba la claridad.

Se acercó hasta Aldis y lo besó en la frente, se arrodilló junto a él y

doblando su cabeza sobre aquel pecho que había sido su fortaleza, lloró silenciosamente.

– ¡Pobre Milcha! –exclamó de improviso Aldis, sintiendo el efluvio de ella, aun cuando no la veía.

–Pero eso no es lo que hablábamos –dijo Bohindra.

–Sí, es verdad, pero me vino tan fuertemente el pensamiento de ella, que la exclamación salió sola de mis labios.

El doble etéreo de Gaudes se acercó a Milcha, y poniéndole su mano sobre la cabeza, le hizo comprender que tuviera calma y esperase.

–Perdonad –continuó Aldis–, si a veces no os trato con toda la respetuosa deferencia que debo, a causa de que vuestra presencia y vuestra voz me hacen pensar en Joheván que tenía menos años que yo, y no en Bohindra que puede ser mi maestro y mi padre también.

–No os inquietéis por ello, que demasiado lo comprendo. Me decíais que estáis resuelto a no hacer más giras al exterior, porque cada vez que salís, volvéis enfermo del cuerpo y del alma.

–Así es, mas no entiendo la causa –observaba Aldis.

–Mirad, en los años que llevo consagrado puramente a la vida del espíritu, he podido observar que en toda agrupación de seres, el amor de los unos para los otros y la mutua confianza crea y forma en torno suyo, un aura tan poderosa y tan benéfica, que preserva las almas y los cuerpos de los males que le son inherentes. Eres muy sensitivo, y una vez fuera de este ambiente, te sientes azotado por todas las terribles influencias que empujan en general a los hombres a abandonarse a las cenagosas corrientes de la vida vulgar y grosera. La bestia de la sensualidad se levanta furibunda y hambrienta, y vos mismo decís que os sentís impelido por ella, apenas os alejáis de la Casa de Numú. Eso quiere decir, que en medio del mundo actual sois hombre perdido, y que si estuvierais mucho tiempo apartado de aquí, serías un vicioso como todos.

–Así es, y hasta me avergüenzo de pensarlo cuando estoy aquí dentro, sintiendo la elevada atmósfera de pureza y santidad que aquí se respira. ¿Me creeréis que hasta hubo momentos en que ni el pensamiento de Milcha y de Adamú, ni vuestro recuerdo, eran capaces de borrar las ardientes y seductoras imágenes que me dominaban y me atraían con una irresistible sugestión?

–Lo creo, lo creo –decía Bohindra–, porque habéis tomado una materia tan grosera y pesada, que necesitáis de una intensa irradiación de amor espiritual, para que ella no se convierta en cadena para vuestro espíritu.

–Si Milcha pudiera ver el resultado de mis correrías en medio de los hombres, bendeciría a Dios de que yo me encuentre tan dulcemente protegido entre estos muros, antes de soportar el amargo desengaño de verme arrastrado por el vicio, olvidándome de ella y hasta de mi hijo.

–Yo bendigo al Altísimo que habéis llegado por fin, al convencimiento de que todo absolutamente cuanto os ha ocurrido es uno de los efectos del Amor Eterno, aplicado al mayor bien de todos vosotros. Y bendigo también al Altísimo, que os dio fuerzas para regresar a este nido de paz y de seguridad, porque de no ser así habrías perdido lastimosamente esta encarnación, os habrías salido del aura de protección establecida para vos y no os reuniríais con vuestros compañeros de alianza, sino después de muchos siglos de encarnaciones terribles y de caídas desastrosas.

El doble etéreo de Milcha se alejaba de Aldis casi con horror, y se refugiaba entre el aura paternal y protectora de Gaudes, que le infundía serenidad y valor.

–Mirad por qué –continuó Bohindra– se aconseja en la Casa de Numú, estudiarse mucho cada uno a sí mismo, y por qué el Alto Consejo debe estar formado por hombres de una gran experiencia en los caminos espirituales. Nosotros debemos observar las fuerzas de nuestro espíritu y también analizar las condiciones de la materia que nos acompaña. Es un celo y un entusiasmo indiscreto, el que ha llevado a muchos Kobdas al abismo. Y nuestras Crónicas están llenas de ejemplos tristes de hermanos nuestros, que creyéndose fuertes se aventuraron a lanzarse al mundo, los unos a ser mandatarios de pueblos, los otros a servir de Audumblas o Augures cerca de los Jefes o Caudillos que los han solicitado, conociendo sus propias facultades espirituales. Y no les fue bastante escudo de defensa, el buen deseo que les animaba al salir para tales destinos. En el fondo de ellos mismos, vivía aún como larva aletargada y no muerta, la vanidad, el egoísmo, el amor propio, que dentro de esta sutil y purísima atmósfera de olvido de nosotros mismos y de amor recíproco, no se reavivan ni crecen, ni toman cuerpo, y al fin, acaban por morir, del mismo modo que en un organismo puro y limpio no hacen presa los bacilos de ninguna gangrena. Pero esas larvas inmundas, puestas al contacto de una atmósfera enfermiza y viciada, enseguida se yerguen amenazadoras y hambrientas, agostan la vida del alma como los bacilos la vida del cuerpo.

El doble etéreo de Milcha se acercó nuevamente a Aldis, impulsada por Gaudes, se arrodilló de nuevo junto a él y uniendo su cabeza a la del pobre enfermo, le dijo con la voz sin ruido de su pensamiento:

– ¡Perdona mi mezquindad, que en un momento tuve asco de ti!...

“ ¡Acaso en otra vida fui yo misma tan débil como tú!...

– ¡Que Milcha y mi hijo, perdonen mi miseria y mi debilidad!... –exclamó Aldis–, porque estoy convencido de que hubiera sido yo, causa de dolor y de tormento para ellos, en medio de la sociedad humana de la actualidad.

“¡Qué sabio es Dios!... ¡Qué sabio es Dios!... –exclamaba, oprimiéndose con ambas manos la cabeza.

Bohindra le hizo beber un vaso de agua del surtidor de la fuente, y le dijo al retirarse para hacer lo mismo con otros enfermos, que descansaban hacia el lado opuesto del recinto:

–No os atormentéis más con el pasado; ahora a pensar en el porvenir.

Gaudes y Milcha se alejaron, y la última se despertó en la caverna donde el fuego parecía apagado, y sólo la luz del velón iluminaba débilmente el recinto.

Estremecido de frío su cuerpo, Milcha reavivó las ascuas cubiertas por la ceniza, arrojó en ellas paja y ramas secas, y la hermosa llamarada alumbró de nuevo la caverna.

Miró a Evana que dormía y a su lado la grulla. Madina se le acercó a lamer sus manos y ella le dijo:

–Dormiremos unas horas y luego me acompañarás para buscar a Adamú, ¿oyes Madina? –la reno obedeció y fue a echarse junto a su numerosa familia.

– ¡Pobre Aldis! –exclamaba hablando consigo misma–. Le he soñado lleno de remordimientos. ¡Guárdale, Dios mío, en tu ley, aunque deba estar separado de mí para toda su vida!

Y se durmió hasta el amanecer. Con la primera luz de la alborada, salió de la caverna y seguida por Madina y los demás renos se dirigió hacia el arroyito, cerca del cual estaban las ruinas. La puerta del establo estaba abierta y dentro no había nadie.

Salió nuevamente y empezó a llamar al niño:

– ¡Adamú! ¡Adamú!... –Pero nadie le respondía. Salió fuera del bosque de viejos árboles que sombreaban las ruinas y entonces vio a la reno por la orilla del arroyito hacia el sur, caminando lentamente con Adamú montado sobre ella y seguidos por el renito pequeño.

– ¡Gracias a Dios! ¡Qué susto me he dado! –exclamó, echando a andar hacia ellos. Pero Madina emprendió una veloz carrera, y fue a colocarse ante su hija para hacerla detenerse. Milcha llegó hacia su hijo, que reía felicísimo, enseñándole dos pichones de codornices que llevaba en el bolsillo de su vestido.

Milcha lo abrazó tiernamente, mientras le decía:

–Volvamos a la caverna antes que despierte Evana.

Y montándose en Madina, emprendieron la vuelta, dando un largo rodeo por detrás de la inmensa arboleda, para que el niño no aprendiera a volverse solo, pues le había dicho al verla llegar:

–Me gusta más esta casa que la otra, ¿sabes, Mamá? Porque vinieron muchas como tú y como la mamá de Evana, y me dieron tantas cosas buenas.

– ¿De veras, hijo mío?

–Claro que sí; tú puedes quedarte allá con Evana y yo me vengo para aquí.

– ¡Ah, ingrato!... ¡Ya no me quieres más!... –le decía Milcha entre risueña y triste.

–Entonces nos venimos todos.

–Después..., después... –decía Milcha, cortando esa conversación.

Llegaron a la caverna, donde la niña dormía, siempre acompañada de la grulla que parecía velar su sueño.

31

LAS MUJERES KOBIDAS

Una mano oculta, pero potente en sumo grado, parecía ir preparando la unidad de todos los países del Valle del Éufrates. La espantosa catástrofe de las cinco ciudades desaparecidas por la explosión de los pozos de petróleo, había anulado el foco más emponzoñado del mal existente en esa región.

La Pharaforme de la Casa de Numú para mujeres, era hermana de un jefe de tribus que habitaban el occidente de Urcaldia, llamado Thares.

Era una especie de pastor monarca, que llevaba el título de Patriarca, y su forma de gobierno era hereditaria y casi completamente familiar, pues el Patriarca era el padre, que arreglaba los asuntos de casa, de la forma más conveniente y tranquilizadora para todos.

Thares se presentó, pues, un día a la Casa de Numú para hablar con su hermana Vhada, que era la Matriarca o Pharaforme, que con su Alto Consejo resolvía los asuntos internos, debiendo en lo exterior, dejarlo todo a cargo de sus hermanos los Kobdas.

Desde que se habían abierto hospicios y casas de refugio, las Kobdas tenían una tarea extremada, con los inválidos, los enfermos y los posesos, que llegaban casi diariamente.

También había aumentado el número de las Kobdas, porque las mujeres que curaban del cuerpo en el hospicio y del alma en el Refugio, pedían pasar a la Casa de Numú para formar en las filas de aquellas mujeres abnegadas hasta el heroísmo, a quienes la naturaleza había negado la maternidad, pero que el amor había transformado en madres de todos los despojos de humanidad, que iban a aquellos recintos de paz y de sosiego buscando la curación física y la curación espiritual.

Las Kobdas vestían la misma túnica azulada de los hombres, pero en vez de gorrito violeta, llevaban una especie de velo o manto de ese color que, ceñido a la frente, cubría la cabellera peinada en trenzas, y caía hacia la espalda en largos pliegues hasta el suelo.

Para protegerse de las venganzas de los que habían sido sus opresores, no se permitía la entrada a nadie que no fuera de absoluta confianza para el Alto Consejo y hecha esta excepción, los demás sólo podían hablarles a través de un muro de piedra, en el que había pequeñas ojivas, cuya puertita era de sílex calado en forma de una estrella de cinco puntas, antiquísimo símbolo de la Luz Divina, para la cual nada queda oculto.

Por los inmensos bosques y jardines que circundaban en todas direcciones al vasto recinto, pasaban al Hospicio y al Refugio las encargadas de atender a los albergados en ellos, que eran siempre las más jóvenes, acompañadas por algunas de las más antiguas.

Hacia el exterior no salían, sino en casos muy graves y urgentes.

Thares manifestó pues, a su hermana Vhada, que en la comarca occidental del Descensor y del Mar de la Muerte se había desarrollado una epidemia espantosa y que su hijo Abrano, que era el Patriarca o Jefe pastor de la región, estaba desesperado, viendo a sus súbditos morir sin auxilio, pues por el miedo de la peste, los enfermos eran abandonados por sus propios parientes, en vista de lo cual, su hijo solicitaba abrir un Hospicio y que las mujeres Kobdas fueran a atenderlo. Que él dispondría la casa y mandaría sus elefantes y sus camellos para conducir a las Kobdas enfermeras.

Era el caso demasiado grave para que lo resolvieran ellas solas, y fue necesaria una consulta con sus hermanos los Kobdas.

La proposición fue aceptada, pero debían ir ellas acompañadas por cuatro Kobdas ancianos, a más de los hombres de confianza que, como conductores de la caravana, mandaría el Patriarca de Galaad.

Senio, el viejecito Kobda, a pesar de sus años, se había empeñado en ir, diciendo que antes de partir quería prestar un último servicio a la humanidad, dentro de la cual juzgaba que “no habría peligro para él, a causa de que no podía ya ser considerado como un hombre, sino como un haz de raíces de encina, aptas solamente para servir de cayado a los pastores”. Así decía Senio, al montarse tranquilamente sobre el camello, que abría la marcha de la caravana de mujeres Kobdas al país de Galaad.

Las Kobdas iban de seis en seis, sentadas en cómodos sitiales cubiertos, sobre el lomo de los elefantes, que eran siete, para conducir cuarenta y dos Kobdas; los hombres iban en camello y el cargamento era conducido por una tropa de asnos.

La Kobda que iba como Jefa de la nueva casa era una mujer de cincuenta y siete años, que a los veinticuatro de edad había huido de su hogar, en el país de Van, porque su marido, poderoso caudillo, cuyas tribus ocupaban una vasta región de oriente a occidente, hasta la costa del Mar Grande, era extremadamente celoso, y había mandado grabar

en la piedra de su testamento que, llegada su muerte, su mujer fuera sepultada juntamente con él. Era muy hermosa, y no quería que otro la poseyera después que él. Había sido madre de dos hijos de los cuales nada había vuelto a saber. Este viaje la acercaba a su país de origen, y el amor de aquellos hijos que había buscado olvidar sin conseguirlo, se levantaba nuevamente en su corazón, como una llama de fuego que de pronto se reaviva, removiendo las ascuas cubiertas por la ceniza. Se llamaba Elhisa.

El viejecito Senio, como Superior de aquel convoy y sus tres compañeros; no tan viejos como él, iban revestidos de todos los poderes necesarios para resolver cualquier asunto, pues la larga distancia no permitía consultas de ninguna especie.

Cuando después de varios días de viaje llegaron por fin al lugar de su destino, que era más o menos donde siglos más tarde se alzaría la ciudad de Damasco, el viejecito Senio hizo levantar una tienda de campaña, cerca de la Casa Hospicio que albergaría a las Kobdas y allí se instaló él con sus tres compañeros.

Abrano, el caudillo pastor, quiso llevarles a su propia morada, en la cual encontrarían las mayores comodidades de aquella época, pero él se negó completamente, diciendo:

–Yo soy el perrillo guardador de los corderos de Numú, y debo estar a la puerta del redil hasta que la cerca esté bien consolidada.

Y no hubo forma de arrancarle de su tienda, que fue para él y sus compañeros, Mansión de la Sombra, taller, dormitorio y comedor.

Estos acontecimientos fueron principio de una nueva alianza entre el país de Galaad con el Chalit del Nilo, y extendiéndose luego, al país de Ethea y al lejano país de Gotzan (*Nairi), que por oriente llegaba al Mar Dulce o lago Van, como se llamó más tarde.

Los hijos de Elhisa, a la muerte de su padre, se dividieron el vasto dominio, y el uno, tomó para sí la zona oriental denominada Gotzan, y el otro, la región occidental que daba sobre la costa del mar, llamado país de Ethea, región que en épocas muy posteriores a aquella, fue conocida por Fenicia. Sus ciudades importantes en el neolítico, eran Dhapes y Gutium.

De las actividades desplegadas por Senio y sus compañeros, y de la influencia de Elhisa en sus dos hijos, resultó que Gotzan, Ethea y Galaad (*parte de la Palestina actual), tres fértiles y hermosas regiones regadas por el Éufrates o sus afluentes, solicitaron que los arqueros del Thidalá del Nilo, protegieran también sus territorios, poniendo a disposición de ellos todo cuanto podían, a cambio de la defensa que les prestaban, del guerrero país de Gorma o Gomer que reforzado por numerosos emigrantes de países lejanos destruidos por el fuego o por las aguas,

constituían el terror y espanto de los pacíficos labriegos y pastores de estas comarcas.

Siendo la población menos densa que en las regiones del Nilo, había inmensos campos vacíos, lo cual facilitaba enormemente las invasiones inadvertidas de aquellas razas turbulentas y conquistadoras, raíces fecundas de donde salieron siglos después los Asirios y los Hicsos, que lo invadieron todo, hasta el valle mismo del Nilo.

El círculo defendido por los arqueros de Bohindra, se ensanchaba pues, enormemente, y fue reforzado con cuarenta mil arqueros más, elegidos de entre los mismos países que se iban plegando a aquella grandiosa Alianza de defensa mutua, de la cual venían a ser principales jefes, los Kobdas de Neghadá.

Mientras tanto el Thidalá, Rey de Naciones, estaba absorbido por sus enfermos del Jardín del Reposo, por sus plantas medicinales, por su lira, cuyas melodías llevaban el consuelo y la alegría a los doloridos y atormentados.

Y cuando se le llamaba a la sala baja de los asuntos externos, exclamaba como saliendo de un sueño:

– ¡Ah, es verdad! En el reino de la armonía formado por mis plantas y mi lira, olvido el reinado de la desarmonía y del tumulto, que bulle como un mar agitado, allá afuera entre los hombres que aún no aciertan a comprenderse...

32

LA ENSEÑANZA DE TUBAL

Tubal, que era el instructor de los Kobdas durante cuarenta lunas después de su consagración, llevó un día sus jóvenes discípulos a la campiña, fuera de los muros de la Casa de Numú.

Se había recibido aviso del plano espiritual, que entre este centenar de jóvenes, se encontraban los que serían testigos oculares del apostolado mesiánico, próximo a llegar.

No habían sido señalados los sujetos, pero era bastante para que el Alto Consejo, y todos los Kobdas mayores, pusieran gran empeño en que este plantel superase a todos los anteriores, en cuanto a la parte intelectual, moral y en el desarrollo de las facultades espirituales.

Algunos demasiados entusiastas, pedían a Tubal que les llevase entre las multitudes para hablar a los hombres de la próxima venida del Verbo de Dios y arrancarles de su embotamiento, en medio de los negocios materiales.

Tubal les escuchaba pacientemente.

Erech, Suri y Aldis, que aún estaban convalecientes de las enfermedades espirituales y físicas que les habían postrado en la gira apostólica realizada, guardaban discreto silencio, porque la cercana experiencia les hacía comprender que ellos no estaban por el momento, aptos para correrías de ninguna especie. Extenuados físicamente y aplanados en su espíritu por el recuerdo de hechos desastrosos para sí mismos que no habían podido evitar, buscaban de fortalecerse en la meditación y en el estudio de sí mismos, y de todas aquellas grandes almas que les servían de ejemplo y de enseñanza.

–*“Aprenda el Kobda primeramente a dominar todos los bajos movimientos de su íntimo ser y entonces vaya por el mundo a enseñar a los demás”*. Nos han dicho nuestros padres, la última vez que nos hablaron –decía por fin Tubal, para empezar su enseñanza espiritual, sentados bajo los árboles seculares de la pradera, sintiendo el cantar de las olas tumultuosas del Nilo que hacían coro al cantar de los labriegos cultivando los campos–.

“Bien sabéis que de todos los que estabais (*eran 129), la tercera parte fue puesta a prueba; de esa parte, sólo ocho permanecen en la Casa de Numú. De esos ocho, cinco están aquí presentes: Aldis, Suri, Erech, Jaban y Donduri; los otros tres aún no pueden comprender nada porque es tan profundo su desequilibrio mental, que no permite a Bohindra dejarles salir del Jardín del Reposo.

“Que os digan estos hermanos que aquí veis, aún a medio curar, si es posible a jóvenes como vosotros, que os sentís aquí como plantas de invernáculo, salir de pronto a la borrascosa corriente, sin que os arrastre en su empuje violento e irresistible.

“El describir con detalles lo que les ha ocurrido, sería romper la onda tranquila, elevada y serena de este ambiente que nos rodea y abrir la puerta a las corrientes funestas y malsanas para vuestros espíritus y para vuestros cuerpos, de la misma manera que si entráis en una habitación un cadáver en descomposición, corrompéis el aire y aspiráis gérmenes putrefactos que pueden inocularse en vuestros pulmones, por vuestras vías respiratorias. El ser dado al cultivo de su espíritu, bajo ningún pretexto debe promover ni intervenir en crónicas o relatos de miserias morales ajenas, porque contamina con las ondas etéreas y las vibraciones emanadas de ellas su propia aura, donde se plasman imágenes e ideas que luego le persiguen como fierecillas hambrientas, en sus horas de concentración espiritual. Todo lo que mancha al espíritu, es necesario olvidarlo, si se han de matar todos los bajos movimientos del ser.

“Teniendo en cuenta estos principios fundamentales, he insinuado a estos hermanos vuestros que no os refieran nada de cuanto les ha ocurrido. Que os baste saber que ellos tienen en sí la experiencia de que

no podéis arriesgaros entre las multitudes, sin fortalecer antes vuestro espíritu, en forma que sea como piedra inmovible ante las olas que se estrellaran contra vosotros.

“¿Creéis acaso que por llevar aquí dos o tres años, habéis aniquilado ya, las larvas de vuestros vicios y defectos?

“Mirad a aquel Kobda ya anciano, que distribuye la semilla a los labradores. Hace por lo menos veinte años que realiza esa misma ocupación y con una solicitud infatigable enseña a los labriegos a sembrar, a cultivar, a recolectar y preparar después los granos o los frutos. Hace una vida como veis, oscura, retirada, silenciosa. No deja morir ni un árbol ni una planta, sin que dé su fruto, su nueva semilla, que al año siguiente vuelve a la tierra para fructificar otra vez. De la labor que él realiza nos alimentamos todos, hombres y ganados dependientes de la Casa de Numú; y hasta de la paja de ciertos cereales, él se encarga de que las mujeres de los labriegos saquen la fibra que, en sus distintas escalas, sirve para las esteras de nuestros pisos, para las cortinas de nuestros santuarios, para cubrir nuestros cuerpos durante la vida, y envolver nuestros despojos cuando el alma ha partido a la inmensidad infinita.

“¿Podemos calcular acaso, el amor que él da de sí a todas las millares de semillas que hace sembrar? Si le vierais, como lo he visto yo, cuidar y limpiar y preservar de soles ardientes y de hielos destructores esas semillas, para que no mueran una vez recolectadas, juzgaríais que ese hombre ve un ser vivo que siente y ama en cada semilla. Y cuando alguien le dice que es demasiado su sacrificio por unas semillas, dice tranquilamente:

“La evolución de estos seres está en nacer, crecer, dar frutos y agostarse, dejando una prolongación de sí mismas para renacer a su tiempo. Si yo en la medida de mis fuerzas coopero a esa evolución, cumplo con la Ley Divina de ayuda mutua y de amor a todos los seres. Después, todos estos millares de seres emanan irradiación benéfica para sus cultivadores y cooperan a que tengamos salud, paz y armonía entre nosotros y los labriegos cultivadores de nuestros campos”.

“¿Qué le importa a él que en el mundo exterior no sea conocido su nombre ni su obra, que parece perderse entre los graneros y los campos arados?

“¿Acaso por ser desconocida e ignorada, su obra es menos real y meritoria?

“En la infinita escala de las obras de Dios, no podemos precisar ni definir si hace obra más grande y buena, el que guía multitudes o el que guía la evolución de las especies inferiores, porque “la grandeza de la obra no está en la obra misma, sino en el pensar y el sentir de aquél que la realiza”.

“Entre el que guía multitudes, con el pensamiento de levantarse un pedestal de gloria para sí mismo, y el que sin ningún mezquino pensamiento cultiva las plantas de sus campos, sólo por amor a ellas, es indudable que éste último realiza una obra meritoria para sí mismo, a la vez que benéfica para aquellas especies que han recibido su solicitud. Las especies inferiores no adulan ni lisonjean, ni sirven de tentación y, aunque es verdad que el Altísimo manda a veces a sus hijos las pruebas difíciles de la grandeza y del poder de ocupar lugares prominentes, que ponen al ser como en la cúspide de una torre de marfil, a la vista de todos, también es verdad que Él da los medios para salir triunfante de esas pruebas, cuando sin nosotros buscarlas las hemos recibido como encargo divino.

“El caso por ejemplo de nuestro hermano Bohindra, tan consagrado a sus cantos, a su lira, a sus plantas, a vitalizar con vibraciones de armonía el agua y el aire para los enfermos y los tristes, sin querer jamás salir a buscar el aplauso de los hombres. ¿Qué hizo él para que tantos y tantos pueblos pidieran el derecho de proclamarlo su soberano?

“Él buscó el olvido, la oscuridad, el retiro de todos los placeres de la vida carnal, pero el Altísimo que lo ha puesto encima de una torre a la vista de todos, está obligado por justicia a sacarlo a flote, sin que ninguna tempestad lo hunda y ningún vendaval lo derribe.

“Y así es todo en la vida del espíritu, al cual nunca le falta la fuerza y ayuda necesaria para mantenerse firme en el cumplimiento de la Ley. Y nuestras grandes caídas, y nuestros grandes errores, son porque muchas veces siguiendo el impulso de las larvas internas que aparentemente están muertas, pero que viven dentro de nosotros, nos salimos de nuestros senderos ya marcados al encarnar, y nos perdemos en encrucijadas sin salida. Y cuando por fin el amor de algún ser misericordioso nos vuelve al camino, ¡cuántas desgarraduras en nuestro vestido y cuántas llagas en nuestro corazón!

“Haceos cada día estas preguntas y contestadlas con toda la sinceridad que seáis capaces, sabiendo de antemano que sólo Dios y vosotros mismos conoceréis las respuestas:

“– ¿Por qué vine a la Casa de Numú?

“– ¿A qué vine?

“– ¿Por qué quiero salir a la sociedad de los hombres?

“– ¿Qué busco de ellos?

“– ¿Qué les daré yo?

“– ¿Me apena la vida oscura y desconocida?

“– ¿Pienso con mucha frecuencia en los sacrificios o molestias que me tomo por los demás?

“– ¿Rehúyo pensar en las molestias o sacrificios que los demás hacen por mí?

“– ¿Soy capaz de reconocer mis errores?”

“– ¿Soy capaz de reconocer la virtud ajena?”

“– ¿Soy capaz de obrar el bien aún sin esperanza de ninguna recompensa?”

“– ¿Soy capaz de sembrar una semilla, y cultivarla y regarla aún cuando sepa que no gozaré yo de mi esfuerzo y sacrificio?”

“El día que os podáis contestar satisfactoriamente todas estas preguntas, sin que en vuestra propia conciencia se levante una voz para desmentiros, entonces será llegado el momento de que vayáis sin peligro, en medio de las multitudes, donde no encontraréis más que lazos hábilmente tendidos en que los débiles y los incautos caen a millares.

– ¿Y si me llega la hora de partir de este mundo, y aún falta alguna de esas preguntas sin poder contestarme satisfactoriamente? -preguntó un jovencito que había prestado gran atención a todas las interrogaciones que hacía Tubal, a lo más hondo de sus almas.

– ¡Hijo mío!..., si en esta sola vida puedes contestar a todas las preguntas, y sólo te falta una, puedes estar seguro de que has dado un paso de gigante en la perfección de tu espíritu, aun cuando no hayas salido a predicar la verdad.

– ¿Y si me llegara la hora de partir y no hubiese podido contestarme a ninguna? -volvió a preguntar.

–Entonces sería señal de que si hubieras salido de esta aura de protección, menos te las habrías contestado, porque entonces no habrías sido capaz ni siquiera de hacerte esas preguntas a ti mismo.

Este jovencito Kobda, el menor de todos ellos, se llamaba Agnis, y en un lejano futuro debía traer la dura misión de ser fustigador del vicio y de la iniquidad; en las vísperas de la última venida del Verbo de Dios a la tierra, misión heroicamente cumplida con este brochazo sangriento al final: la cabeza del misionero presentada en un festín, sobre una bandeja de oro. Sería el precursor del Cristo: Yohanán el Bautista.

–Y ¿Cómo conoceremos si las respuestas son de verdad la copia fiel de lo que hay en nuestra conciencia? –preguntó otro de los jóvenes postulantes.

–Muy fácilmente: si es el amor a la Verdad Eterna o el amor a la humanidad lo que os impele en vuestras obras, no os sentiréis aplastados y doloridos por el pesimismo, si no conseguís el éxito. Pero si en vuestras obras apostólicas buscáis vuestro engrandecimiento y vuestra gloria, os causará tristeza y pesar profundo la negativa y el fracaso. ¿Habéis comprendido cómo debe escudriñar el espíritu sus propios rincones ocultos, para matar las larvas de la gangrena espiritual, dormidas a veces bajo un musgo suave y verdeante?

“Es tan sutil el amor propio, que reviste nuestras acciones de bellos y

diáfanos matices, en forma que nos encantamos de ellas, pareciéndonos que son lo mejor de lo mejor. Mas si esas mismas acciones, las vemos en otros, nos resultan desteñidas y opacas, ¿por qué?

“Porque las unas son nuestras y las otras son de nuestro hermano.

“El Kobda que quiere de verdad subir la escala de perfección humana a que fue llamado, no se ha de distraer en obras de ruido exterior, sino en acumular armonías interiores mediante el acuerdo completo entre el pensar, el sentir y el obrar, y la Eterna Ley de Amor y de Justicia.

– ¿Qué hemos de entender por obras de ruido exterior? –preguntó Donduri, que se sentía apasionado por las multitudes y por las obras de gloria y de fama.

–Quiero decir obras huecas, sin médula, como esos árboles muy frondosos pero sin fruto; obras sin el amor que les da fuerza, energía, vida, irradiación benéfica para sí mismo y para los demás.

“Los humanos estamos habituados a mirar el exterior de todas las cosas, y por eso nos engañamos miserablemente y engañamos a los demás.

“Dos hombres enseñan una misma doctrina: el uno la enseña por amor a la ciencia misma y por amor a los discípulos que le escuchan. El otro la enseña por la gloria que se atrae y, acaso, para conquistar mayor número de oyentes, hará elocuentes demostraciones y sus discursos serán más brillantes.

“Los hombres escucharán las palabras, pero no penetrarán en lo interior y desde luego, no verán la formidable irradiación de amor del primero, ni la nulidad de irradiación del segundo.

“Dos hombres curan una misma enfermedad. El uno acumula medicina tras medicina. El otro apenas si hace beber alguna infusión de hierbas o un vaso de agua cristalina. ¿Cuál os parece que curará con mayor rapidez y a mayor número de enfermos?

“Aquel desde luego, que más amor ponga en sus obras, por pequeñas, modestas e insignificantes que ellas aparezcan ante los ojos humanos.

“Es hueca y vacía toda obra que deja vacío y hueco a quién la realiza, porque fue hecha tan sólo con la mira del aplauso y de la vanidad satisfecha.

“Por eso, antes de realizar un acto de relativa importancia, preguntaos a vosotros mismos:

“¿Qué fin me induce a realizar esta obra?

“Las palabras, mi gusto, mi deseo, mi antojo, deben ser borradas del vocabulario del Kobda, si quiere matar las larvas venenosas que todos llevamos dentro de nosotros mismos, y que más tarde o más temprano, crecerán entorpeciendo nuestro progreso espiritual.

“Siento que estáis pensando: ¿Hemos pues, de vivir sin deseos, sin anhelos, sin aspiraciones?

“Y yo os contesto: En la Casa de Numú, nadie obliga, nadie fuerza, nadie arrastra con cadenas. Únicamente se os pregunta:

“¿Buscáis la paz del alma? ¿Buscáis aniquilar de raíz vuestros defectos? ¿Buscáis subir con mayor rapidez la escala que os llevará a la Felicidad, a la Sabiduría y al Amor?”

“Este es el camino. El que lo siga con mayor decisión y valor, será el que llegue más pronto. Si os falta a veces la paz, estad seguros de que es porque deseáis lo que no podéis tener. Donde hay deseos, no hay paz, y todo deseo que os turbe la paz, es un exceso de deseo.

“Todos los que tenemos algo lúcida la conciencia, respecto de los caminos de Dios y de las almas, decimos que deseamos ver a la humanidad libre de su atraso moral y espiritual.

“¿En qué forma conoceremos que ese deseo es justo y medido?”

“Pues, empezando por salir nosotros mismos, que somos parte de la humanidad, de ese atraso y de esa pequeñez.

“Termino con esto mi confianza espiritual con vosotros y os dejo, para que continuéis vuestros trabajos o vuestros recreos acostumbrados.

Y Tubal volvió solo al Santuario, pensando en que más de la mitad de sus discípulos, se sentían cobardes al sólo pensamiento de la negación de sí mismos.

– ¡Pobrecillos! –murmuró–. A la edad de ellos, yo también decía, ¡qué dura es la enseñanza de la Casa de Numú! ¡Y qué torturas y qué ansiedades antes de conseguir matar mis deseos y mis ambiciones! ¡Ojalá fuera mi amor bastante grande, para llenar todos los huecos vacíos que hay en esas almas torturadas todavía por los deseos humanos!

33

LA MAGIA DEL AMOR

Mientras tanto, Bohindra, acompañado por los Kobdas de mayor desarrollo psíquico, hacía esfuerzos inauditos para arrancar de la inconsciencia, a tres desequilibrados mentales que tenía en tratamiento.

Las horribles torturas que habían visto realizadas con los infelices cautivos, para obligar a que se les dieran fuertes rescates por ellos, era lo que sin duda les había causado a estos jóvenes Kobdas el lastimoso estado en que se encontraban.

Habían pasado de los estados de furia incontenible, a una pasividad serena y fría, pero inconsciente y callada.

Nada los conmovía, nada les llamaba la atención, ni una palabra, ni un gesto, ni un movimiento. Quietos, yacían en sus bancos de reposo mirando al vacío, con ojos que parecían no ver.

Las melodías de la lira de Bohindra habían calmado el estado de furia rabiosa; las inmersiones en la fuente, les habían apagado la fiebre y aquietado los nervios. Mas, ¿cómo volver a la perfecta conjunción sus mentes con sus cerebros?

Y mientras vibraba su lira, él cavilaba y sufría y lloraba por verse impotente para levantar de la postración aquellos espíritus encadenados así, tan dolorosamente. De pronto, tres Kobdas que estaban a su lado frente a frente de los tres enfermos, cayeron en trance, o lo que es igual, dejaron su cuerpo por un desprendimiento voluntario del espíritu.

Los tres enfermos durmieron también. Y la lira intensificaba sus vibraciones. Las energías espirituales empezaron a plasmar en el éter sus creaciones formidables, y Bohindra en plena conciencia, asistió a un espectáculo que aún no había visto en todos sus años de Kobda. Una Inteligencia superior y de gran fuerza fluídica, apareció detrás de los enfermos que se agitaban en convulsos movimientos, y ayudado por el doble de los tres Kobdas en hipnosis, realizó la operación de desalojar del aura de los jóvenes enfermos, centenares de animalillos fluídicos, como pequeños dragones, que se iban disgregando y deshaciendo, a medida que intensificaba su irradiación sobre ellos el guía espiritual que formaba densas corrientes de efluvios armónicos; suaves y dulces, extraídos del agua, de las plantas, de los cuerpos dormidos de los Kobdas y de las ondas sutiles de amor de Bohindra, que cantaba acompañado de su lira una intensa evocación al Alma Madre de los seres y de las cosas. Y el Alma Madre vibró al unísono con el amor de todos aquellos seres que en el dolor la buscaban, y en ese amor se disolvieron, se desvanecieron como negro humo al soplo del viento, los horribles dragoncillos creados por la lujuria, por el odio, por los deseos de venganza, por el terror de las víctimas ante los verdugos, en torno de los tres jóvenes enfermos que, por afinidad a causa de ocultos defectos, fueron apresados por ellos, a favor del ambiente ruín, grosero y bestial en que se habían encontrado sumidos.

Las energías espirituales fueron recogiendo en sus propios centros de irradiación. El guía espiritual desapareció como esfumado en el éter resplandeciente, con la luz de la tarde, y todo quedó en profunda quietud.

Los tres Kobdas se despertaron de nuevo a la vida física y Bohindra dejó esfumar en un dulce gemido, la última nota de su lira mágica.

Los enfermos continuaron sumergidos en un sueño quieto y tranquilo.

Una hora después les vieron despertarse al mismo tiempo y abrazarse los tres, llorando y mirando con estupor hacia todos lados.

– ¡Gracias a Dios que salimos de ese espantoso lugar!... ¡Estamos aquí! ¿Veis? ¡Estamos aquí! ¡Oh..., parece mentira que estemos aquí!... –decían los tres a la vez.

Entonces Bohindra y sus compañeros, vieron que hasta ese momento, los pobres enfermos se creían aún sumergidos entre los brutales guerre-ros que les habían tenido cautivos.

Los toques de llamada general, resonaron anunciando a todos los habitantes de la Casa de Numú, que un acontecimiento feliz les reunía, como las notas de un himno grandioso de confraternidad.

Y la terraza circular, que rodeaba el jardín del Reposo, se vio inundada de Kobdas, en cuyos ojos asomaba la gran interrogación: ¿Qué hay?

–Mirad –les decía Bohindra, enseñándoles los tres jóvenes curados, que lloraban y reían en la profunda emoción del dolor pasado y del inmenso amor que les rodeaba.

Uno de los enfermos, era hermano mayor de Ibrín, que se encontraba con los otros jóvenes Kobdas, los cuales al oír la llamada, acudían a la Casa, ansiosos de conocer el acontecimiento.

Cuando pasaron las espontáneas manifestaciones de entusiasmo y de alegría de unos y de otros, Ibrín decía, muy bajito al oído de su hermano Alodis:

– ¡Hermano, es mejor sentirnos pequeños y quedar en este refugio, que no pensar que somos grandes y salirnos a correr por el mundo!

–Tienes razón y creo que en toda mi vida no se borrarán de mi mente, las horribles escenas que he presenciado. Lo que me produjo el extravío mental, debió ser lo último y más espantoso que vi, sin poder remediarlo –Alodis bajó aún más la voz, cerca de su hermano–.

“¡Estábamos prisioneros de un caudillo en guerra con un hermano de Suri, y por venganza, desolló viva a una hermana de nuestro compañero! Él no lo sabe. ¡Fue lo último que vi y desde entonces no supe nada más, porque perdí hasta la conciencia de que vivía!

– ¡Calla, calla por favor! –dijo Ibrín–, ¡que aquí no se puede hablar de cosas tan espantosas!

El Pharahome propuso celebrar el acontecimiento con algo duradero, grande y hermoso, que lo recordara permanentemente.

Crear una Casa de Enseñanza, para los hijos varones de los pastores y agricultores del Nilo, en la cual se enseñaría música, propiedades curativas de las plantas, del agua, de los colores, la influencia de los astros en todos los seres y la escritura en papiro, que hasta entonces sólo en sus Santuarios se usaba. La idea fue aceptada con entusiasmo.

–He ahí un apostolado menos peligroso para nuestros jóvenes Kobdas –decía Héberi.

–Haga el Altísimo surgir, muchos Bohindra de entre los futuros músicos, para que haya menos enfermos y menos atormentados en la humanidad –contestaba Tubal.

LA ESCLAVA LIBRE

Adamú y Evana, bajo la discreta autoridad de Milcha, hacían grandes progresos en todo aquello de que eran capaces sus diminutas personas.

La protección espiritual se hacía más visible y marcada, a medida que avanzaba el tiempo, en tal forma, que Milcha se sentía invadida de una profunda calma y serenidad.

Bajo la influencia de Gaudes, se habían desarrollado en ella, grandes facultades espirituales. Oía frecuentemente su voz, y en el sueño se veía acompañada de Sophía, Joheván y muchos otros seres que, en su vida actual no conocía, pero que le estaban unidos desde lejanos tiempos.

Y la voz de Gaudes, le decía siempre:

—No te preocupe lo que será de los niños al faltarles tú. ¿No es el Altísimo, Padre y Madre para ellos? ¡Mírales!

Y Milcha al dirigir su vista hacia los pequeños que jugaban alegremente, vio cerca de cada uno de ellos, un joven hermoso, de elevada estatura, de cuyas manos salían dos rayos de fuego que tenían la forma de espadas, como aquél que había visto en la puerta del establo en que durmió Adamú.

La visión duraba un momento, lo bastante para llenar el alma de Milcha de una felicidad comprensible sólo al corazón de una madre.

Y resolvió continuar los ensayos de separación y sobre todo, repartir los utensilios, las ropas, las provisiones entre las dos habitaciones: la caverna y el establo.

¡Qué sacrificios, qué tareas, qué precauciones las suyas, para que ninguno de los niños se apercibiera de lo que ella hacía en secreto!

A no haber sido por la casi continua presencia de sus amigos espirituales, aquella mujer habría sucumbido de tristeza, de zozobra y de ansiedad.

Mas, es tan real y verdadero el hecho de que el Eterno Amor nos colma la copa de internas alegrías, cuando hemos aceptado generosamente el dolor y el sacrificio, que Milcha se sentía tranquila, llena de esperanza y de fe en el porvenir.

Pensaba en el pasado: les faltó un día el hogar, luego la protección de los esposos, luego desapareció Sophía, y ella seguía viviendo, sin que nada le faltara, colmada de amor, de protección, de alegría, de calma y de serenidad.

También ella debía partir de la vida material, pero, ¿quién impediría

a su amor, continuar velando por los niños, como Gaudes lo hacía por ella? ¿Acaso la muerte es el aniquilamiento? ¿Acaso la muerte es un impedimento al amor verdadero?

–La muerte es impotente para separar lo que el amor ha unido –decía de pronto junto a ella, la voz dulcísima de Sophía–.

“Cuando pases a este lado –continuaba la voz– verás maravillada el vasto plan que en torno de nuestros niños está tejido, como una hermosa red de vidas y de almas que se enlazan hasta lo infinito.

“¡Goza Milcha, del éxtasis divino que brinda Dios a las almas que han cumplido generosamente la parte que les corresponde en la evolución humana!

“Al acercarse a la tierra el Verbo de Dios, que tomará materia carnal de nuestros hijos, se acercan a millares los espíritus de Luz que protegen su venida, y esos millares de auras radiantes y poderosas sutilizan las corrientes etéreas del plano físico, y las manifestaciones espirituales se facilitan extraordinariamente, sobre todo cerca de aquellos que están ligados a la misión salvadora del Gran Enviado que llega.

“¡Canta, Milcha, canta, porque te has conquistado la dicha y el amor!”

Y cesaba la voz en torno de la ermitaña, que parecía sumergida en un mar de luz, de serenidad y de armonía.

Así pasaron veinte lunas más. Con mucha frecuencia, llevaba Milcha a su niño al establo y le dejaba un día o una noche allí.

Una mañana, casi de madrugada, salió con él y los renos hacia el arroyito que ya conocemos. Era una hermosa mañana de verano, y los pajarillos cantaban y las flores silvestres perfumaban los campos.

Adamú iba montado sobre la reno y seguido del pequeño renito, que ya era un jovenzuelo gallardo y ligero.

Milcha caminaba a pie, pues dejó a Madina en la caverna, porque pensaba quedarse hasta la tarde en el establo, a fin de ensayar también a Evana a desenvolverse sola.

El establo como lo habían dejado, parecía una de esas grandes cocinas de campo, llenas de provisiones y de utensilios y fardos de toda especie.

Encendió el fuego para cocer legumbres, y mientras Adamú recolectaba frutas en una cesta, ella caminó hacia el bosque exuberante, que hasta allí se prolongaba desde la orilla del río Grande, como le llamaban, no sabiendo qué nombre darle.

Le cortó el paso un semicírculo de agua formado por el mismo arroyo que había cruzado, para llegar hasta el establo. Entonces se dio cuenta de que aquello era un brazo del gran río, que serpenteaba por la pradera hasta ir a desembocar en la caudalosa corriente.

¡Aquella soledad era majestuosa, imponente! El arroyo se ahondaba entre dos pequeñas colinas, sombreadas por grandes árboles.

Milcha se encontró cansada de caminar, y se sentó en la verde colina que caía en declive marcado hasta el arroyo, cuya rumorosa corriente casi le besaba los pies.

Se sentía como inundada de paz y de bienestar.

Deshojaba flores y verdes racimos de capullos sin abrir, y arrojándolos a la corriente les miraba alejarse llevados por las olas, que se sucedían unas a las otras sin interrumpirse.

De pronto sintió como un desvanecimiento, como un mareo, como un entorpecimiento en su cuerpo y una oscuridad la envolvió. Sintió como un pinchazo leve en el corazón y cayó hacia un lado en el verde césped cubierto de flores. Un síncope cardíaco cortó el hilo de su vida física. Y cuando el cuerpo se tornó frío y rígido poco después, el declive natural de la colina le obligó a rodar hacia el arroyo, cuya corriente le fue arrastrando lentamente, como a los pétalos de flores y a los racimos de capullos sin abrir, que unas horas antes arrojara ella a las olas rumorosas.

Y el cuerpo de Milcha fue a sepultarse en la caudalosa corriente del Éufrates, en cuyas orillas encontraría el hijo de Adamú, años después, enredado entre las plantas acuáticas y los nidos de aves marinas, un esqueleto que tenía en el cuello un collar de amatistas engarzadas en oro.

Adamú, entre las cestas de frutas y las carreras con su renito, pasó gran parte del día, sin echar de menos a su madre.

Evana se había despertado en la caverna y viendo a Madina y su grulla, y la leche y el pan sobre la mesa, empezó a comer tranquilamente, dando migas al ave sagrada y frutas secas a la reno.

Iba a salir fuera de la caverna, cuando en la misma puerta encontró a Sophía que se inclinaba para besarla.

– ¡Ay, mamá! ¿Cómo viniste? ¡Era verdad que no te comió el oso! Era verdad lo que decía Milcha, que te habías ido con un ángel que se llama papá.

– Sí, querida, era verdad, imíralo aquí está! –Y Evana vio un ser lleno de amor para ella como su madre, que la acariciaba también. Era Joheván.

Gaudes y sus invisibles auxiliares, autores de esta tierna escena de amor filial, gozaban en silencio de su obra ignorada de los hombres, pero recogida por los ángeles de Dios y por los rayos de la Luz Eterna, donde viven la vida infinita, todos los pensamientos y todos los hechos realizados en los millones de mundos que pueblan el Universo.

– ¿No te irás más? –preguntaba Evana, encantada de la presencia de su madre–. Ven, vamos a buscar a Milcha que no te ha visto –continuaba la niña.

–Ya me vio y se ha ido con Adamú, pero ya volverá.

La grulla saltó sobre la mesa, y al ruido que produjo con las alas, se desvaneció la visión.

Evana se dio cuenta y dijo al ave, amenazándola con su manecita armada de un trozo de pan.

– ¡Ah! ¡Mala!... ¡Has asustado a mi mamá que se fue, mala, mala! –y le arrojó el trozo de pan a la cabeza. Asustada la grulla se metió en la alcoba.

Evana iba a salir a buscar a su madre, cuando se le acercó Madina y se echó a sus pies, como solía hacerlo para que la niña montase en su lomo. Ella lo comprendió y tranquilamente subió encima y se abrazó a su cuello. La reno se levantó suavemente y salió hacia afuera, en dirección a la orilla del mar, por donde paseó su hermosa carga durante un largo rato. Después volvió a la caverna, y fue a detenerse junto al lecho de la alcoba, adonde Evana saltó con grandes gritos de alegría.

Milcha en sus maternales solicitudes, les había hecho figuras o muñecos de telas y de fibras vegetales, para divertirles en los días fríos del invierno, en que era imposible salir de la caverna. Allí había rey, reina con sus hijos y servidores. Evana buscó sus muñecos y los puso en fila, sentados sobre la mesa. Después salió fuera, extrañada de verse tanto tiempo sola. Empezaba a impacientarse, porque ya era casi la caída de la tarde. Y la emprendió con sus muñecos, en una severa reprimenda.

–Decidme, ¿dónde está Milcha? ¿Dónde está Adamú? ¿Y mamá, por qué se marchó otra vez? ¡Id a buscarles, pronto, pronto! –y repartiendo golpes con una varita les hizo saltar rápidamente de la mesa. Un muñeco saltó hacia el sitio en que se hallaba echada Madina, otro a la ceniza del hogar y la tercera hacia la puerta de la caverna.

Madina los recogió uno por uno con sus dientes, y los puso de nuevo sobre la mesa. Después lamió las manitas de la niña, y fue al hogar a golpear con su pie calzado de hierro, en la piedra del fuego, donde esa misma mañana Milcha había dejado paja y ramas secas, preparadas para encender.

– ¡Ah, Madina! ¡Tú quieres que haga comida! Pero yo no tengo gana. Comeremos fruta y pan, tú y yo juntitas, y la grulla también, que ya no estoy enojada con ella.

Y así diciendo, puso pan y frutas sobre la mesa. Ordeñó a Madina, sacó la grulla escondida bajo su cama, y estos tres personajes, únicos que había visibles en la caverna, comieron juntos en completa paz y armonía.

Adamú, más acostumbrado a estar solo, debido a los ensayos de Milcha, se arregló con menos dificultades, creyendo ver de un momento a otro aparecer a su madre.

Aunque de tiempo atrás venía Gaudes preparando la desencarnación

de Milcha en forma benéfica para ella y los niños, su espíritu no tornó a la plena lucidez, hasta el anochecer del día siguiente, y lo primero que hizo, fue correr hacia el establo y la caverna, donde vio a los niños rodeados de una inmensa fuerza protectora. Gaudes la hizo visible a Evana, cuando terminaba de comer y empezaba la oscuridad de la noche a circundar la caverna.

–Cuanto tardaste, Milcha. He tenido que comer sola con Madina y la grulla –decía la niña.

–Has hecho bien, querida, ahora enciende el velón y juega con tus muñecas que yo voy a dormir, porque estoy cansada –y su doble se dirigió hacia la penumbra, en que estaba su lecho, donde se esfumó sin que la niña lo advirtiera.

Y las corrientes de energías espirituales, flotaban en inmensos oleajes en torno al plano físico, a medida que se acercaba el tiempo en que el Verbo de Dios tomaría la humana naturaleza, para elevarla y enseñar a los hombres a matar al egoísmo, mientras sembraba en la tierra fecundada con sus lágrimas y su sangre, la divina semilla del Amor Universal.

35

LOS PEQUEÑOS EREMITAS

Por una parte la frecuencia de las manifestaciones espirituales en torno de los niños, y por otra la facilidad natural que se tiene a esa edad para olvidar aquello que no causa dolor o trastorno físico, Adamú y Evana, acabaron por habituarse a su nuevo orden de vida, en la cual entraba como agente muy principal, el hecho de que ellos no habían conocido nada diferente de aquello que les rodeaba.

Una sola interrogación quedaba para ellos, como sumida en la penumbra del que espera indefinidamente.

– ¿Dónde está Evana? –preguntaba el niño al doble etéreo de su madre, que se le hacía visible todos los días al anochecer.

–Vino su mamá y la llevó de paseo, pero ya volverá –le contestaba Milcha–. Ordeña a la reno y haz tu pan como te enseñé, que ya eres un hombrecito.

Y a veces permanecía junto al niño, hasta que le veía dormido.

– ¿Dónde está Adamú? –interrogaba Evana a la aparición plásmica de su madre o de Milcha, a quienes veía casi continuamente, por la mayor sutilidad de su propia aura, y por las condiciones de sus facultades psíquicas, desarrolladas prematuramente.

–Le ha llevado su papá de paseo, pero luego vendrá –le contestaban siempre.

Pronto se manifestaron en ambos, las tendencias propias de su sexo.

Adamú se sintió arquero y agricultor al mismo tiempo. Mal o bien, disparaba flechas a las codornices, a las aves marinas; mal o bien, abría surcos en la tierra y enterraba granos de cereales y legumbres y los carozos de las frutas que le alimentaban. Y luego espiaba afanoso, cuando la pequeña planta rompía la tierra y aparecían sus diminutas y primeras hojitas, buscando el calor y la luz.

Esto era para él un acontecimiento demasiado importante.

Evana por su parte, sentía la necesidad de cambiar de vestidos a sus muñecas, y con este fin, cortaba un vestido suyo en varios trozos y cuando las había cubierto con ellos decía:

–Ahora parecéis tres Evana –y se quedaba muy satisfecha de su obra.

Además, ella, como buena ama de casa, tenía la obligación de dar la ración de bellotas a los renos cuando llegaban por la noche, y si alguna vez se olvidaba, ahí estaba Madina que se lo recordaba, sacando al centro de la caverna el saco en que se guardaban los granos destinados a ellos.

Dos cosas le gustaban a Evana: las flores y los peces.

Y salía por la mañana, acompañada de Madina, a la verde planicie que se abría entre las montañas y el mar; llenaba una gran cesta de flores silvestres y recogía en un recipiente con agua los pececillos que, al bajar la marea, quedaban a veces aprisionados en los huecos que el flujo y reflujo de las aguas, abrían en las arenas de la costa. Había visto hacer esto a Milcha muchas veces, y a ella le causaba gran satisfacción, ver llena su redcilla de pececitos que después comía asados al rescoldo y acompañada por su grulla, que gustaba de ellos tanto como Evana.

Se divertía en poner coronas de flores y follajes a Madina y los renos, mientras estaban echados en la caverna.

Encontraba imponente y majestuoso al reno mayor, arrastrando largas guirnaldas desde la altura de sus erguidos cuernos, hasta larga distancia por el suelo. Y como si los renos comprendieran el placer de su pequeña ama, se alejaban de la caverna por la mañana para pastar, arrastrando majestuosamente las guirnaldas floridas, que Evana les había puesto la noche anterior.

A veces, tanto ella como Adamú, se quedaban mirando largo tiempo aquellos espléndidos tapices que los piratas habían arrancado acaso del santuario de Gerar. Estos tapices representaban escenas de dioses alados y de hombres que tenían arcos y flechas.

Recordaban las explicaciones que sobre ellos, les había hecho Milcha, para que no se les despertase el deseo de buscar después, la sociedad de los hombres.

—Todos esos hombres con flechas —les había dicho—, matan a las mujeres y a los niños.

Mas, esta explicación pudo satisfacerles en los días de la infancia pero ahora que la razón se despertaba, no parecía satisfacerles tanto.

Al dividir los tapices y pieles de la caverna, Milcha llevó al establo los que halló apropiados para su hijo: el dios labrador, rompiendo la tierra con su arado tirado por caballos alados; el dios pastor, guiando con su cayado un rebaño en que aparecían familiarmente confundidos, los renos, los búfalos, los leones y las ovejas; el dios del mar, de pie sobre la cabeza de un monstruo marino, encadenando con sus redes de plata, las olas embravecidas.

Mientras que en la caverna, había dejado los que podían despertar en la niña tiernos sentimientos de feminidad, la diosa Ceres, coronada de espigas y recogiendo gavillas que, al caer en su cesta, se convertían, en dorado pan; la diosa Isis, dormida en una inmensa flor de loto, mientras Osiris entreabría los pétalos para espiar aquel sueño, hermoso símbolo de la tierra y el sol fecundando unidos las simientes; la diosa Minerva, alumbrando con su antorcha a una multitud de niños ciegos, antiquísima representación simbólica de la Sabiduría iluminando a los hombres.

Y en la contemplación de estos tapices, que manos ignoradas habían tejido en una soberbia policromía, pasaban los niños horas y horas, cavilando dónde estarían los originales de aquellos magníficos cuadros.

Y Evana se sentía Ceres y se coronaba de espigas; y se creía Isis y formaba de lotos blancos, azules y rosados, una especie de inmensa corola entre el verde césped, y se recostaba en medio de ella; y se figuraba que era Minerva, y encendía un haz de hojas de palmera seca, atadas a una caña y salía al caer de la tarde con su antorcha, cuya llamarada agitaba el viento, como una cabellera de fuego. Era una visión fantástica, la de aquella hermosa niña de dorados cabellos, vestida con túnica de púrpura, agitando al viento fresco de la tarde, su antorcha de palmeras, seguida de un reno y de una grulla, que parecían formar parte del rito misterioso de aquella sacerdotisa de la soledad.

La belleza y el vigor que emana la Madre Naturaleza sobre los seres que crecen y viven al contacto de ella, sumergidos en su amoroso seno, se manifestaron ampliamente en aquellos dos niños, hijos de la pradera.

Una tarde cálida de verano, Adamú caminaba por las márgenes del arroyo, y cercano al sitio en que el cuerpo de Milcha rodó hasta la corriente.

Se sentó en la orilla y comenzó a sumergir sus pies desnudos en el agua; después se quitó la túnica de lino que le cubría y con sus dos renos entró al arroyo, cuyo manso oleaje se agitaba suavemente en torno suyo. De pronto llegó hasta él, traída por la corriente, una de las grandes

guirnalda tejidas por Evana, para el reno mayor, que sin duda, al entrar al arroyo para beber, se le había desprendido de los cuernos.

Los efluvios de la niña habían impregnado aquella guirnalda de flores silvestres, y aunque Adamú no podía comprender nada de esto, pensó:

–A Evana le gustaban tanto estas flores azules. ¡Cómo me gustaría que volviera pronto Evana!...

Le sacó de este pensamiento, un gran trozo de madera que era como un tronco ahuecado en forma de botecillo, y que arrastraba suavemente el oleaje manso y sereno del arroyo. Sin vacilación y sin temor, Adamú subió sobre aquel tronco que se balanceaba al peso de su cuerpo, tomó un extremo de la guirnalda de Evana y se dejó llevar por la corriente, seguido de sus renos, durante un largo rato.

–Soy el dios del mar –decía recordando el tapiz aquel–, y esta madera es el monstruo marino, y esta guirnalda de follaje es la red con que encadenó las olas.

La guirnalda extendida tras de él, dejaba un leve surco en el agua, el renito corría detrás, haciendo saltar millares de gotas cristalinas y la reno caminaba por la orilla, sin perderles de vista, como una aya juiciosa y reposada que cuidaba sus niños. Un inmenso árbol semiarrancado por algún huracán, había caído sobre el arroyo e interceptaba el paso, y a no ser por esto, Adamú se habría dejado llevar insensiblemente hasta larga distancia, con la infantil vanidad de sentirse dominador de las olas.

Su barco improvisado quedó preso en las ramas del árbol y el niño saltó a la orilla, para volver corriendo por la pradera al sitio en que había quedado su túnica blanca y sus sandalias de piel de búfalo.

– ¡Qué bonito paseo! –exclamaba–. Mamá no me habría dejado, porque ella tiene miedo de ir sobre el agua, pero yo no, porque soy como el dios del mar, que anuda las olas con los hilos de su red.

¡Lástima grande que el hermoso poema de Adamú y Evana, escrito en un rollo de papiro veinte años después, por Aldis el Kobda, desapareciera entre las llamas del incendio con que los Hicsos invasores del país de Ahuar, muchos siglos después, destruyeron aquel antiguo Santuario Kopto, que guardaba la historia de la humanidad de treinta mil años atrás!

Y por eso Moisés, el gran vidente, guardó en el deslumbramiento de sus éxtasis magníficos, el formidable secreto que desmentía a la ciencia de los augures y de los sátrapas, para contar solamente a las generaciones de su tiempo, aquel primer capítulo del Génesis, único que brotó de la pluma de Moisés y que está impregnado de la verdad, bajo el simbolismo y el misterio. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra, y la tierra estaba informe, desordenada y vacía, y las tinieblas se extendían sobre el abismo, y el Espíritu de Dios flotaba sobre las aguas”.

“Y dijo Dios: *“Sea hecha la luz y la luz fue.*

“Y vio Dios que la luz era hermosa, y la apartó de las tinieblas. Y fue la noche y el día...”

Y continúa así brillante y magnífico el canto de Moisés, cuyo corazón se expande en ese himno de amor y admiración a la Causa Suprema, Potencia Creadora de los seres y de las cosas.

Y los hombres, incapaces de seguir aquella alma gigante en sus vuelos de águila por la inmensidad infinita, transformaron con groseras pinceladas sin color, sin realidad y sin armonía, las atrevidas figuras, las alegorías simbólicas de inimitable belleza, emanadas del gran vidente, pleno de luz y de ensueño..., el ensueño divino de la verdad, que el Amor Eterno había brindado a su espíritu anhelante, en el divino deslumbramiento del éxtasis.

Y mientras Adamú y Evana crecían bajo la mirada de las almas mensajeras de Dios; en todo el territorio guardado por los arqueros del Thidalá del Nilo, se levantaban pequeñas Casas de Numú, como focos de luz que alumbraban esa porción de humanidad que había de recibir en su seno la semilla sembrada por Abel.

Las grandes cavernas de las montañas de Galaad, Aran y Ethea, fueron el refugio de los Kobdas de Neghadá, que las transformaron en Santuarios y habitaciones provisorias, a fin de poder sembrar en todos aquellos países la paz y el amor en que ellos se habían hecho grandes y buenos.

Salían de diez en diez a imitación de sus Padres, como llamaban a sus diez Fundadores y se sentían gozosos de imitarles, en aquellos primeros siglos en que también ellos vivieron en cavernas.

En los seis años que transcurrieron entre la desencarnación de Milcha y la reunión de Adamú y Evana, al empezar su adolescencia, se fundaron diez Casas de Numú; cuatro de mujeres y seis de hombres.

Las primeras fueron llamadas “albergues”, pues tenían el carácter de Hospicios para enfermos, y fueron establecidas en antiguas casonas de piedras, de las muchas que quedaban abandonadas por las continuas emigraciones y huidas de tribus y de familias. Mientras que las de hombres se establecieron simplemente en las cavernas, que las había inmensas y con innumerables bóvedas, o salas subterráneas, pues eran las excavaciones de minas abandonadas desde varios siglos atrás.

Al Kobda que iba como jefe se le apellidó Patriarca, y Matriarca a la Kobda que regía el albergue. Y toda caverna habilitada como pequeño Santuario, fue denominada Edén, que significaba, en el primitivo lenguaje formado por los primeros Kobdas, “*jardín silencioso*”. Este fue el origen del Edén bíblico, porque Adamú y Evana, cuando se encontraron nuevamente, se albergaron en uno de aquellos “Edenes”, del cual se retiraron los Kobdas, para establecerse en la antigua Gerar, adonde fueron

llamados para reconstruir el antiquísimo santuario que allí existía, y que había sido despojado por una horda de piratas cretenses.

Que mis lectores perdonen esta disgregación, en que a grandes rasgos anticipo acontecimientos, que detalladamente debo referir a su debido tiempo; disgregación hecha para dar a comprender el desenvolvimiento natural y lógico de los sucesos, dentro de tal escenario.

Nada de milagroso, nada de inverosímil, nada que choque al buen sentido y a la sana razón.

Hoy, que una buena parte del mundo espiritualista está más o menos versado en las ciencias Psíquicas, será fácilmente comprensible este relato (*1932 d.C.); que cincuenta años atrás, hubiera parecido un cuento de hadas tan anticientífico y antirracional, como gran parte del Génesis Bíblico, falsamente atribuido a Moisés según ya queda dicho.

36 ADAMÚ Y EVANA

Adamú, que ya dijimos, se había sentido como un pequeño dios del mar, quiso utilizar un día aquel rústico bote y sujetándole un trozo de madera en uno de sus extremos y anudándole una cuerda de fibra vegetal, lo ató a su pareja de renos y ellos lo condujeron hasta quedar frente a las ruinas aquellas que le servían de morada. Un poco más de esfuerzo y el tronco ahuecado saltó al césped y fue arrastrado por los renos hasta el patio del establo. Entonces Adamú se sintió artesano y emprendió una verdadera tarea de gigante para dar a su bote el aspecto que tenían las barcas de la flota fantástica, que aparecía en el tapiz de los dioses del mar.

Este trabajo le absorbió tan por completo que gastó en él mucho tiempo, hasta conseguir que su barquito imitara siquiera en un milésimo la más pequeñita y sencilla de las barcas del tapiz. Las unas tenían por timón una cabeza de dragón, las otras ostentaban cabezas enormes de aves marinas, cuyas alas semiabiertas formaban los costados de las barcas. Era el tapiz como una marina formada por dragones y aves acuáticas flotando sobre el agua. El futuro padre de una civilización, soñaba en realizar el prodigio de hacer una barca como aquella que atraía sus miradas. Era el caer de la tarde y estaba de mal humor a causa de que todos sus ensayos le habían salido mal. Al volver de recoger una cesta de frutas encontró en el establo a su madre según costumbre.

—Esta vez te visito más temprano, para darte una noticia o varias noticias que te causarán grande alegría —le dijo Milcha, acariciándole.

—Dímelas y puede que ellas me devuelvan la tranquilidad. Me estoy volviendo taciturno y sombrío.

–Mal hecho, porque ya eres un hombrecito de doce años, y a esta edad debes saber dominarte.

–Bueno..., ¿y las noticias?

–Que busques entre las ruinas detrás de aquellas grandes columnas caídas, unas encima de otras, y encontrarás lo que necesitas para dar a tu barca el aspecto que deseas.

– ¿Sí? –dijo Adamú, levantándose para ir.

–Ahora no, que ya llega la noche, mañana temprano lo harás. Oye la otra noticia. ¿Te acuerdas aún de Evana?

– ¡Evana, Evana! –exclamó–. Sí que me acuerdo, y me acuerdo de su mamá que tenía el cabello como paja de trigo, y me acuerdo de la tropilla de renos. ¿Qué sería de todo esto? Desde que me dijiste que la caverna tenía otro dueño y que era un gigante muy feo y muy malo, he huido de caminar hacia aquel lado, temiendo sus flechas. Y, aunque yo tengo las mías..., pero él será más fuerte que yo. ¿Verdad, mamá?

–Claro que sí –respondía el doble etéreo de Milcha, acariciando los rizos oscuros y abundantes de su hermoso adolescente.

–La segunda noticia es que un día de estos te encontrarás con Evana. Y Milcha observó que a su hijo le dejaba indiferente la noticia.

– ¿No te alegras?

–Ella se fue y me dejó solo. Mis renos nunca me dejaron ni tú tampoco.

Y Adamú abrazó a su madre como si quisiera decirle que no necesitaba de nadie más para ser feliz. Ella no insistió más y cuando Adamú se levantó a dar la ración de la noche a sus renos, su cuerpo astral desapareció. Era la primera vez que sucedía esto, pues antes esperaba ver dormido a su hijo para alejarse. Adamú se quedó pensativo mirando el sitio en que su madre había estado sentada.

– ¡Qué extraño es todo esto! Se va sin que la vea salir, viene casi todos los días al anochecer. ¿Dónde pasa el resto del día? ¡Ah! El gigante que habita la caverna debe tenerla cautiva y ella se escapa al anochecer para venir a verme. Evana estará también prisionera de él, seguramente, y mi madre le habrá enseñado cómo debe escaparse para venir aquí.

Y después de encender el fuego y cocer su pan se sentó tranquilamente a comer. Meditaba. Se levantó luego, buscó entre los carcajes aquellos de los piratas, el que tenía más flechas, aguzó bien todas sus puntas, limpió las correas de sujetarlo y hablando consigo mismo, decía:

–Yo me acercaré poco a poco hacia la caverna, creo que acertaré con el camino. Me ocultaré bajo los árboles hasta que algún día vea salir por la pradera al gigante. Le mandaré una de estas flechas y de nada valdrá que él sea más fuerte que yo. Salvar a mi madre y salvar a Evana es cosa justa, y mi madre me dijo tantas veces: “Si obras siempre con justicia el Altísimo Dios estará siempre contigo”.

“Y no hay duda que en este caso el Altísimo estará conmigo, y ese gigante no será tan alto y fuerte como Él.

Y pensando en el gigante, en su madre, en Evana, se durmió tendido sobre un lecho de paja y pieles que él mismo se había fabricado, porque el pesebre resultó pequeño para su estatura desarrollada en extremo.

Comenzaba el verano y Adamú se levantó con la primera luz del día. Fue a buscar en el sitio de las ruinas indicado por su madre y después de gran esfuerzo para introducirse por entre las hendiduras que quedaban entre una columna y otra, apiladas en desorden, comprobó que era verdad lo que su madre le dijera. Hermosos capiteles de madera que representaban cabezas de monstruos marinos, de renos, de elefantes, de grullas enormes, caídos en desorden y rotos algunos, alambres de cobre, varillas de bronce, trozos de piedras de colores en finas y delgadas láminas, restos de esculturas y jarrones de piedra y de cerámica, en fin todo aquello que habría sido ornato y esplendor de una suntuosa habitación abandonada y destruida después.

Adamú tuvo trabajo hasta la mitad del día.

– ¡Ah!..., ahora mi barca se parecerá a la barca del dios del mar –exclamaba lleno de satisfacción–. Luego me falta encontrar al gigante de la caverna y dispararle una flecha. Y entonces seré un dios cazador.

Y después de comer a la mitad del día, salió con su carcaj y sus flechas hacia la orilla del arroyo que le servía de orientación en sus paseos, como a Evana la costa del mar.

Llegó por fin al sitio en que los renos acostumbraban a beber, y vio al reno mayor y a los otros con las grandes guirnaldas de flores que Evana, según su costumbre, les ponía en los cuernos dándoles un aspecto imponente y extraño. Los animales no huyeron al verle.

– ¡Ah! –se dijo Adamú–, de aquí son las guirnaldas tan largas que lleva el arroyo hasta las ruinas donde vivo. Mi madre y Evana deben cansarse del cautiverio del gigante y se ocupan en coronar de flores a los renos. ¡Son ellas, no hay duda!

Después buscó un sitio apropiado desde el cual pudiera ver sin ser visto y esperó. Nadie apareció más que los renos, que sin hacer caso de él pastaban tranquilamente arrastrando sus guirnaldas entretejidas de flores.

Por las mañanas trabajaba en su barca y al mediodía salía a esperar al gigante que tenía prisionera a su madre, según él creía; y lo creía más desde cuatro días, pues que su madre no había vuelto a visitarlo en todo ese tiempo.

Adamú empezaba a sentirse demasiado solo. ¡Qué injusto y malo debía ser el gigante de la caverna, cuando su madre se veía impedida así para llegar hasta el pobre establo de su hijo!

Y una amargura sombría empezaba a llenar el corazón de Adamú en el cual la soledad iba despertando el hábito de la meditación profunda. Sus días eran un pensamiento continuado, o una serie de pensamientos, de reflexiones, de preguntas que a veces quedaban en suspenso sin encontrar la respuesta...

Evana, por su parte, contaba los días que había pasado sin ver a su madre y los encontraba demasiado largos y tristes. Y como le invadía una gran melancolía se abrazaba del cuello de Madina, echada junto a ella mientras sentada al borde de la fuente cantaba suave y quedo una canción aprendida de los labios de Milcha:

*Agua misteriosa la de mi fontana
Se viste de rosas todas las mañanas.
Y a la tarde se viste de oro y carmín
Y en la noche más suave y más bella
Salpica de estrellas su velo turquí.*

Un día fresco y nublado de comienzo de verano, en que la caverna estaba demasiado oscura, tuvo la idea de alzar una cesta de provisiones y salir a la pradera para buscar huevos de codornices.

Vistió un largo ropaje de blanco lino que imitando la túnica de Ceres, había confeccionado de uno de aquellos amplios mantos sacerdotales con sólo abrirle huecos para sacar los brazos.

Se coronó de anémonas azules, colgó la cesta de provisiones del cuello de Madina y seguida también por la grulla salió de la caverna. Vio a los renos que aún no se habían retirado mucho y que la guirnalda del reno mayor estaba enredada en unos arbustos. Recoger la guirnalda y echar a correr detrás del reno para ponérsela nuevamente, fue obra de pocos minutos. Sea que el animal rehusara una nueva coronación o que quisiera retozar, echó también a correr en dirección al arroyito, y la grulla corría detrás de Evana, y Madina detrás de la grulla. Llegados al arroyo el reno se inclinó a beber y Evana reprendiéndolo severamente por haber huido de ella, le anudaba fuertemente en los cuernos la guirnalda de flores. Después desató del cuello de Madina la cesta de provisiones y se sentó en la orilla del arroyo a comer tranquilamente, repartiendo como siempre su almuerzo entre la grulla y su reno favorito.

–Ahora me acompañaréis a recoger huevos de codornices –decía a sus dos compañeras que la seguían a paso lento mientras ella registraba el césped para descubrir los nidos.

A poco llegó casi sin darse cuenta a un grupo de árboles pequeños y espesos, donde se sentía el gorjeo de millares de pájaros.

– ¡Cuántos nidos debe haber allí! –dijo y empezó a abrirse paso por

entre las plantas trepadoras que enredadas en los árboles habían formado como un cortinaje impenetrable. Era justamente el sitio en que Adamú acostumbraba a esconderse para espiar la salida del gigante y dispararle sus flechas.

Evana se oprimió los labios con ambas manos para acallar un grito de sorpresa que iba a escapársele, cuando vio al jovencito profundamente dormido junto a su pareja de renos, echados también debajo de los árboles. Vio el carcaj y las flechas iguales a las que había aún colgadas en la caverna. Vio también la cesta con restos de la comida, y aquella cestita era igual a la suya.



Quería huir sin hacerse sentir y quería quedarse. Indecisa y temerosa estaba, cuando Madina decidió el asunto acercándose a su hija y echándose cerca de ella, lo cual produjo ese ruido sordo del caer de un cuerpo pesado entre un lecho de hojas y ramas menudas. Este ruido despertó a Adamú que saltó ligero como un corzo y tomó su carcaj. Pensó en el gigante antes de despertarse por completo. Ambos se quedaron quietos, con los ojos inmensamente abiertos, mirándose como si sus pupilas quisieran absorber todo lo concerniente a aquella inesperada aparición, a fin de comprenderla.

Madina, sin levantarse, empezó a lamer una mano de Adamú como si quisiera por tal medio despertar su recuerdo.

– ¡Madina! –exclamó el niño acariciando la cabeza de la reno.

Y esta palabra despertó en ellos por completo el recuerdo.

– ¿Eres Adamú?...

– ¿Eres Evana?

Estas dos interrogaciones brotaron al mismo tiempo de sus labios y sin premeditación y sin cálculo, se abrazaron tiernamente como solían hacerlo de pequeños cuando ambos se habían apartado irritados y querían volver a la paz y a la unión.

– ¡Todos me dejaron solo!

– ¡Y tú también a mí!

– ¿Y el gigante? –preguntó Adamú.

– ¿Qué gigante? Yo nunca le vi –contestaba Evana.

–Pero, ¿no hay en la caverna un gigante que os tiene cautivas a mi madre y a ti?

–No. En la caverna estoy con Madina, la grulla y los renos.

– ¿Y nadie más?

–Mi madre viene a veces pero hace muchos días que no la veo más. Y tú, ¿dónde vives?

–En el establo de las ruinas.

–Yo no conozco tu casa.

–Pero, ¿es verdad que no hay un gigante en la caverna?

– ¿Quieres ver que es verdad? Ven conmigo y lo verás.

Y Evana emprendió el camino de regreso a la caverna seguida de Adamú, que no se hartaba de mirarla.

– ¡No pareces más Evana! ¡Cómo has crecido! Pareces la madre de Evana.

–Entonces tú que has crecido más que yo, serás el padre de Adamú. Y dime, ¿cómo es que tu madre y la mía nos han dejado solos?

–Mira, a decir verdad no lo sé –contestaba el niño–. Aquí hay un misterio que tenemos que descubrir.

Y ambos manifestaban las impresiones que tenían a este respecto mientras se acercaban a la caverna.

–Todo está como antes –decía Adamú cuando llegaron–, sólo tú estás diferente, Evana –exclamaba–. Con estas ropas tan largas y con esas flores en tus cabellos te pareces a las figuras de los tapices.

“¡Cómo me gusta haberte encontrado Evana! –le decía enredando sus dedos en los largos rizos dorados de la niña que guardaba silencio–. Y tú, ¿no te alegras de haberme encontrado, Evana?

La honda emoción de Sophía y Milcha que invisibles asistían a esta escena, fue percibida por la exquisita sensibilidad de Evana que, en silencio se le acercó y dejando caer su cabecita dorada sobre el robusto pecho de Adamú, rompió a llorar a grandes sollozos.

– ¡No llores, Evana, no llores! –le decía–. Si tienes miedo al gigante, huiremos de esta caverna para mi casa que es mucho mejor. Allí tengo también muchas flores como estas que tú llevas y tengo una barca como la del dios del mar. ¿Quieres que te lleve conmigo, Evana?

La niña guardaba silencio del cual la sacó Madina que golpeaba con su pezuña en la piedra del hogar para encender el fuego.

–Tu casa será muy lejos y pronto viene la noche –dijo por fin Evana, sentándose junto a la mesa.

–Sí, es verdad –contestó Adamú dejando su carcaj y sus flechas–. Iremos mañana. ¿Te gustará que me quede hoy a hacerte compañía?

–A mí, sí. ¿Quieres comer? Yo hago el pan como lo hacía Milcha, ¿y tú?

–Lo mismo.

–Y tengo pececitos asados que recogí esta misma mañana. ¿Te gustan?

Y Evana con encantadora gracia le enseñaba todo lo que tenía: un plato con peces, la cestilla de frutas y la jarra de cobre llena de leche. Después ponía al fuego la marmita para cocer los huevos de codorniz que había recogido.

– ¡Cómo me gusta haberte encontrado, Evana! –decía Adamú, siguiéndola con la vista en sus idas y venidas por la caverna preparando la comida y la mesa, como una mujercita avezada a las minuciosas faenas domésticas. Cubrió la rústica mesa con un blanco paño de lino, puso un recipiente lleno de flores y cuando había colocado todos los manjares con los que podía obsequiar a su visitante, le dijo con toda la gracia sutil de una delicada ama de casa:

–Yo te serviré, pero en el mismo plato porque no tengo más que uno.

– ¡Qué buena es tu compañía, Evana! –exclamó Adamú–. ¡Me gusta mucho más que los peces y las frutas y tu pan, y eso que están muy buenos! Todo está aquí como antes, sólo tú estás diferente –decía el niño mirando todo cuanto lo rodeaba. De pronto la caverna se inundó de luz y ante ellos aparecieron Sophía y Milcha, no ya con el aspecto de seres encarnados como las habían visto hasta entonces, sino con el ropaje etéreo, sutil, resplandeciente, que no se toca ni se palpa, pero cuya irradiación de amor se percibe a una larga distancia.

Adamú y Evana se llenaron de estupor, casi de susto. Sophía habló la primera:

–Ahora que estáis unidos por voluntad del Altísimo, es llegada la hora de que sepáis lo que creéis un misterio en torno vuestro. Nuestros cuerpos hace mucho que reposan en la tierra, porque la muerte los aniquiló, pero hemos vigilado vuestra infancia desde el mundo espiritual en que estamos, y a donde vamos a volver para seguir nuestros caminos, mientras vosotros continuáis el vuestro unidos como estáis en este instante.

–Adamú, hijo mío –dijo Milcha, envolviéndole con su aura suave de amor maternal–. El Altísimo te da a Evana como el más hermoso tesoro que puedes recibir de su amor eterno, y ten presente que ningún mal será mayor en ti que causarle pesadumbre y amargura. Prométeme que la amarás más que a todas las cosas de la tierra.

No pudiendo abrazar a su madre que parecía desvanecerse como una niebla luminosa, Adamú rodeó con su brazo la espalda de Evana y contestó con su voz que temblaba por la emoción:

–Yo lo prometo, así como quieres, mamá; lo prometo a Dios y a ti, y a la mamá de Evana y a Evana misma.

Y la niña con sus grandes ojos color topacio llenos de lágrimas, miraba absorta las luminosas figuras de su madre y de Milcha.

–Y para ti, Evana –dijo Sophía a su hija–, no habrá nadie en la tierra más que Adamú, y ambos iréis el uno en pos del otro, como la noche y el día, siguiéndose eternamente, unidos por un amor que será como rayo de sol que nunca muere y como las estrellas mirándose eternamente en el mar.

Las manos fluídicas de las madres se posaron como flores de luz en las cabezas inclinadas de los niños, mientras el Eterno Amor les bendecía, y la visión se esfumó ante ellos pareciéndoles que la caverna quedaba demasiado oscura con la luz del velón y la llama del fuego que centelleaba en el hogar. Adamú y Evana se quedaron largo rato sumidos en profundo silencio, sin poder moverse ni articular palabra.

–No sé por qué me parece que no las veremos más... –exclamó Evana conteniendo las lágrimas.

–Pero yo estoy contigo, y te amaré tanto como ellas dos juntas. ¿No te consolarás con eso, Evana?

La niña lloraba en silencio, como una persona mayor consciente de que debía dominarse en presencia de otro ser, que hacía esfuerzos por consolarla.

–Yo haré todo lo que tú quieras y no me enojaré contigo nunca jamás –continuaba Adamú, juzgando que en Evana la ausencia de su madre abría un vacío difícil de llenar–. Si tú quieres que vivamos aquí, yo traeré todo cuanto hay en el establo para ti, y si te gusta venir a mi casa, llevaremos todo cuanto hay aquí. Habla, Evana, ¿qué te gustará más?

–Iré contigo a tu casa. ¿No oíste lo que dijo mamá? Como la noche sigue al día, como el rayo del sol que no se apaga, como la luz de las estrellas que eternamente se miran en el mar. ¿No lo oíste, Adamú?

Y Evana, ya más tranquila con la saturación fluídica suavísima que la aparición había dejado en torno de ella, volvió a su alegría habitual y empezaron a surgir proyectos y perspectivas para el porvenir, en los cuales ocupaban un lugar prominente: Madina, la grulla, los renos, los tapices, las pieles, los utensilios, la barca en construcción, los cultivos, los nidos de codornices y los pececillos asados al rescoldo.

Adamú y Evana, tomados de la mano entraban de lleno en el templo augusto del amor, como juntos habían llegado al camino de la vida. Y las almas errantes de Dios acallando todos los sonidos en torno de la tierra, escucharon embelesados el himno divino que cantaban aquellas almas gemelas en medio de la soledad.

Y la Alma Madre de los seres y de las cosas, deshojó sus rosas de amor eterno sobre aquellas frentes virginales y puras, sobre las cuales flotaría su Verbo, como el soplo divino de su aliento sobre la humanidad terrestre cautiva y atormentada.

Y el mago divino del amor triunfaba una vez más del egoísmo de los hombres, del dolor y de la muerte. Y el Amor tejía su red de oro y seda en torno de los dos solitarios de la caverna de Gaudes.

Y apenas la luz del alba se filtró por las rendijas de la rústica puerta de corteza, Adamú se despertó según su costumbre, y al verse en la caverna y sentir la respiración de los renos, un indecible bienestar le invadió por completo, pues comprobó que era realidad y no sueño el haberse encontrado de nuevo con Evana. Enseguida tendió su vista hacia la alcoba y pensó con infinita felicidad: “¡Allí está ella!”

Una idea feliz debió cruzársele por la mente, porque sonriendo, en la penumbra, se deslizó sin ruido de la cama que fue de su madre y salió de la caverna seguido de su pareja de renos, se armó de dos grandes cestas y de un hacha y con un afán y premura extraordinaria, fue recogiendo todas las flores azules que encontró en la pradera, aún sumergida en los delicados claro oscuros del amanecer. Las cestas pronto se llenaron hasta desbordar y las suspendió del cuello de sus renos.

Y armado de su hacha la emprendió contra los papiros de largo y esbelto tallo cuyos frondosos plumeros parecían cantar, agitados por el fresco vientecillo del Mediterráneo. Varios de ellos cayeron bajo el hacha de Adamú, que uniendo sus troncos con una cuerda, los cargó sobre el lomo de sus renos y volvió a la caverna cuando la aurora se levantaba en el horizonte como un hada envuelta en tenues velos de amatista y oro.

Procurando hacer el menor ruido posible, fue entrando poco a poco los papiros y las cestas desbordantes de flores. Y con un arte que él mismo nunca se había creído capaz, engalanó la caverna con grandes colgaduras de follaje y flores azules que tanto gustaban a Evana.

Como vio que la puertecilla de la alcoba continuaba cerrada, salió nuevamente con su carcaj y flechas, y esta vez fueron dos codornices y un ave acuática las que tuvieron que rendir tributo a los bríos incontenibles de Adamú, que quería reunir en la caverna todo cuanto pudiera dar satisfacción a Evana. ¿Acaso no le había dicho su madre que debía amarla más que a todas las cosas de la tierra? Y, ¿cómo demostraría su amor sino trayéndole todo aquello que fuera de su gusto? Y a Evana le gustaba el verde follaje de los papiros y las flores azules y las aves guisadas con lentejas.

– ¡Ah! también le gustan los pececitos –exclamó de pronto, y tomando el primer cantarillo de calabaza que encontró y los aparejos de pescar, salió a toda carrera hacia la orilla del mar. Hasta el mar parecía unirse al amoroso entusiasmo de aquel adolescente, en el cual se despertaba de tan exuberante manera esa noble energía del que se sabe necesario a un ser inmensamente amado. Nada hay que más obligue a esos temperamentos vehementes y elevados, que la convicción profunda de que su esfuerzo es la felicidad de los seres, que forman el delicado mundo de sus afectos más hondos.

Hasta el mar brindaba su ofrenda aún sin pedírsela, al naciente amor de aquel niño, cuyo nombre había de llenar todo un ciclo de vida planetaria. Al bajar la marea había dejado en las aguadas arenosas de la orilla, un

hermoso pez dorado de dos codos de largo, que se agitaba entre aquella pequeña porción de agua. Y en la redecilla de Evana, colocada el día antes, saltaban los pequeños pececillos que eran su comida favorita.

–Al pez grande no puedo llevarle vivo –dijo Adamú arrastrándolo hacia la orilla de la aguada– pero a los pequeños sí.

Y llenando de agua el cantarito arrojó allí los pequeños peces de la redecilla.

Aquel hombre en miniatura, preocupado con la manutención de su hogar, echó a andar hacia la caverna con toda su conquista de aquel día.

Madina arrastraba paja y ramas a la piedra del hogar. Los renos iban saliendo unos en pos de otros a pastar en la pradera; y Adamú contemplaba la caverna engalanada como para un festín, caso como nunca se había visto hasta entonces.

La diosa Ceres parecía surgir de entre un verde abanico de papiros con su cesta llena de dorado pan. Los hermosos niños ciegos que rodeaban la diosa Minerva parecían andar a tientas entre el verde follaje y las flores azules que en abundosos gallardetes, había colgado Adamú de tapiz a tapiz, para unirse formando como un arco triunfal ante la puertecilla de la alcoba en que dormía Evana. Y la bellísima Isis dormida en un loto, no flotaba sobre la azul aguada del tapiz, sino que aparecía como suspendida entre el brillante verdor de los papiros recién cortados. El efecto era maravilloso.

Adamú sintió que Evana se despertaba y corrió a esconderse detrás de la pila de cajas de cuero, que la esforzada Milcha recogiera del barco pirata varios años atrás.

Un momento después Evana salió de la alcoba y los gritos de alegría y los palmoteos de sus manecitas febriles, fueron para Adamú como un desbordamiento de gloria, como una inundación de felicidad que parecía no caberle dentro del pecho ¡Él era el autor de toda aquella alegría que de tan ruidosa manera expresaba la niña!

–Esto lo hizo Adamú para mí –exclamó ella, cuando pasó la primera explosión de contento.

– ¡Oh, qué pez grande!, y cuantos pececillos y codornices –decía mirando sobre la mesa los trofeos de las victorias matutinas de Adamú. Cuando vio todo, se sentó en un banco pensativa.

– ¡Qué lástima que se haya ido Adamú sin esperarme! Yo quería seguirle desde hoy como la noche al día, según dijo mamá...

Adamú no pudo soportar más y de un salto se puso junto a Evana, para decirle loco de alegría:

– ¡No me fui, no me fui, Evana! Aquí estoy esperándote. ¿Cómo había de separarme yo de ti?... ¿Y si viniera el gigante?

– ¡Qué alegría, Adamú, qué alegría me has dado con todo esto! Y, ¿cómo hiciste para colgar todo este follaje tan arriba sin que yo te sintiera?

–Pues, ya ves, lo colgué y ahí está. ¿Te gusta?

– ¡Oh, mucho! Y, ¿quién te enseñó a hacer tan bonitas colgaduras?
¿Las tienes así en tu casa?

–No, allá no. ¿Para quién las había de poner allá? ¡No estabas tú!

Y Adamú tomaba la actitud de un triunfador coronado por el éxito.

– ¡Cuánto te agradezco Adamú, todo lo que has hecho por mí! En cambio yo nada hice para ti hasta ahora –decía Evana pensativa. Y sin dar tiempo a que el niño contestara, corrió hacia una de las cajas aquellas y sacó una especie de tiara sacerdotal bordada de oro y piedras preciosas con largas bandas de púrpura colgantes hacia la espalda. Y en mucho menos tiempo del que se emplea en escribirlo, la puso sobre la cabeza de Adamú, diciéndole con la solemnidad de una gran sacerdotisa que consagra un monarca ante su pueblo–:

“¡Tú eres el rey de esta pradera!”

– ¡Y tú eres mi reina para toda la vida!

Y Adamú espontáneo y vehemente, besó la rosada boquita de Evana que se quedó tiesa, mirándole con sus grandes ojazos azorados. Un siglo antes, Evana había sido sacerdotisa del antiquísimo culto de la paloma solar y había ceñido la corona de almendro en flor a un guerrero victorioso, el cual, encantado de su belleza, le dio el beso sacrílego que causó la muerte de ambos, según el severísimo rito de aquel culto, que castigaba con la muerte al profanador de una sacerdotisa y a la sacerdotisa mancillada.

Y aún se encontraba entonces el esqueleto del infeliz guerrero encadenado en una caverna del Cáucaso, con su cráneo apartado del tronco por el hacha inclemente del verdugo, mientras que las cenizas de la sacerdotisa, consumidas por el fuego del templo, habían sido diluidas en agua de nieve y dada de beber a las palomas sagradas.

¿Se despertó acaso en Evana aquel terrible recuerdo en ese instante? No lo sabemos.

– ¿Te he disgustado, Evana? –preguntó Adamú con timidez.

–No, no es eso; pensaba en que estás hermoso con este adorno en tu cabeza.

“Es mi regalo para ti. ¿Te gusta?”

–Porque me lo das tú, sí, pero como pesa mucho lo guardamos otra vez en su sitio, hasta el día en que ambos nos sintamos dueños de todos estos campos.

–Y, ¿no lo somos acaso? –preguntaba Evana, sacando de la cabeza de Adamú el suntuoso armatoste que le pesaba como una montaña, acostumbrado a no llevar sobre la frente sino sus hermosos bucles oscuros que flotaban al viento.

Madina se acercó a Evana para que la ordeñara.

–Con la gran fiesta preparada por Adamú me olvidaba de ti, Madina mía, –decía Evana acariciando a la reno.

–Ahora limpio el pez y las aves, y tú las condimentas a tu gusto –decía Adamú.

–Y, ¿cuándo iremos a tu casa? –preguntaba Evana, mientras ordeñaba a Madina.

–Mira. Cuando hayamos cocido el pez y las aves, llevamos todo en una cesta y nos pasamos el día allá. Te enseñaré mi barca, la echaremos al arroyo y pasearemos los dos allí como los dioses del mar que hay en mis tapices.

“¿Te gustará así, Evana?”

– ¡Oh, mucho!... Dime y, ¿nos quedaremos allá?

–Como tú quieras, pero yo he soñado que un anciano hermoso y bueno, que siempre veo en mi sueño, me decía que vivamos en esta caverna, porque el establo está ruinoso y puede caer.

–Mejor, mejor –decía Evana– porque yo quiero mucho la caverna.

–Y, ¿cómo hablabas de ir a mi casa?

–Pues porque mamá me dijo que debía ir contigo como la noche y el día. ¿No lo oíste, Adamú?

Y el infantil idilio seguía cantando en las almas, en los campos, en el arroyuelo murmurante, junto a la fontana bella cubierta con las rosas de la aurora y salpicada de estrellas, en el establo y en la caverna, porque el amor, ese mago divino, que puebla de blancas visiones el horizonte de la vida humana, extendía sobre las frentes de Adamú y Evana, el velo de la ilusión y la esperanza.

Y fue esta la magnífica visión de los éxtasis de Moisés, siglos después cuando cantaba su voz de iluminado:

“Y Dios les dijo: Reinad sobre todas las cosas, sobre la tierra y el mar, sobre los árboles que dan fruto y las hierbas que dan simiente, sobre todas las bestias de la pradera, y sobre las aves que vuelan por los aires y sobre los peces que flotan entre las olas del mar”.

37

LOS PRECURSORES DEL VERBO DE DIOS

Los grandes videntes del Santuario de Neghadá, habían contemplado ya flotando, cercana, el aura radiante del Verbo de Dios que se acercaba a la tierra. Una inmensa onda de amor y de paz se cernía en los planos etéreos cercanos a la atmósfera terrestre, y esta onda era fuertemente percibida por todos aquellos que encausados en la Ley Eterna de Justicia, estaban a tono con las vibraciones emanadas por las puras Inteligencias que desde el mundo espiritual, protegían la llegada del Mesías.

Y mientras en Neghadá, la ciudad santa de los Kobdas, afinaban éstos, por decirlo así, sus facultades suprasensibles, y se entregaban

más y más a la elevación de sus espíritus mediante el renunciamiento completo de todo aquello que rebaja el nivel espiritual de los seres; los Hijos de Numú esparcidos por los valles y las montañas de las regiones del Éufrates, hacían grandes esfuerzos para que toda aquella inmensa comarca de pastores y labriegos, pacíficos aliados del Chalit del Nilo, llegaran a comprender la importancia decisiva de aquellos momentos para el futuro progreso de la humanidad.

Los inspirados escribían en láminas de corteza de árboles, y en arduos versículos lo que en sus horas de concentración recogían de los planos astrales, referente al grandioso acontecimiento espiritual que se acercaba:

“Hombres de la generación actual, que vivís inclinados sobre la tierra, esperando la germinación de vuestra simiente.

“Hombres que desde el alba hasta el anochecer camináis en pos de vuestras manadas de antílopes y gacelas, de búfalos y de ovejas.

“Hombres que a golpes de pico y de martillo, encorvados estáis sobre el cobre y el oro, la plata y el pórvido de vuestras minas.

“Levantad la mirada un momento de la faz de la tierra y dirigidla al fondo de vuestras conciencias.

“Pedid a la luz de las esferas lejanas que os alumbren, a la inmensidad en que flotan, a la infinita grandeza que os rodea, pedid el secreto de la vida y de la muerte.

“Pedid a la soledad el secreto de vuestro lejano pasado y de vuestro lejano porvenir.

“Y sabréis que no sólo del trigo de la tierra vivís.

“Que otro yo, como siervo en cadenas, se agita dentro de nosotros mismos.

“Que ese otro yo, no muere ni se disgrega, ni perece ni deja de ser jamás.

“Que ese otro yo interior que todos llevamos dentro de nosotros, no vive del trigo de la tierra, ni de la carne y la leche de nuestros ganados.

“Ni se engalana con el oro y la plata, arrancados del seno de las montañas.

“Porque él se alimenta de la harina en flor de la justicia, de la equidad, de la pureza de costumbres y de la santidad de la vida.

“Hombres de la generación actual, el Altísimo visitará la tierra con un reflejo de su Amor Eterno.

“Su Verbo se acerca a nosotros, trayéndonos el mensaje del Padre y Señor de todo cuanto es.

“Vestid la túnica blanca de los festines de boda.

“Vestidla en el cuerpo con la honestidad y el pudor.

“Vestidla en el espíritu con la reforma de vuestros hábitos desordenados y de costumbres viciosas.

“Y que en paz y amor, en justicia y bienandanza, nos sorprenda la voz del Hijo del Rey que nos dice:

“He aquí que llego de lejanos países por amor a vosotros y encuentro que me esperabais con la túnica de las bodas y vuestra antorcha encendida”.

Así hablaban a los pueblos de pastores y labriegos, los Kobdas de las cavernas en las comarcas del Éufrates.

Así cantaban en sus instrumentos músicos cuando en torno a las tiendas de los pobladores se sentaban para hablarles de sus futuros destinos.

“Esta tierra, les decían, que veis envuelta en la miseria y el dolor se convertirá un día en el país encantado del amor.

“Entonces, no serán los lazos de la carne y de la sangre los que hablarán al corazón del hombre, sino los lazos del espíritu, de ese otro yo interno, vividor de siglos.

“Entonces no disputarán los hombres por unas piezas de ganado ni por estadios de tierra, ni por trozos de piedra festoneados de plata y oro. Ni por los trigales en espiga, ni por los olivos más viejos, ni por las palmeras centenarias, ni por los viñedos más fecundos.

“En aquellos días venturosos todos sembrarán para que todos recojan. Y todos y cada uno dirá al viajero que pasa: “Venid a beber del vino de mis odres. Venid a comer el pan de la flor de harina de mis trigales. Venid a compartir la leche de mis renos y la lana de mis ovejas y las blancas madejas de lino que he hilado para todos vosotros. Tomad del aceite de mis olivares, que sobra para vosotros y para mí. Venid y abrigaos en mi morada porque la nieve comienza a blanquear en los campos y la lumbre de mi hogar nos calentará a todos por igual.

“Os parece esto una canción de ensueño y creéis que nunca llegará porque no está en vosotros aún la simiente que da tan hermoso fruto.

“A sembrar esta semilla mandará el Altísimo Dios a su Verbo, y feliz aquel que escuche su voz y la refleje en todas las obras de su vida.

El apostolado de las mujeres Kobdas había tomado también un aspecto moralizador para la mujer de aquellas regiones en el sentido de elevar su personalidad espiritual.

“No debéis consentir, les decían, que se os tome como un instrumento de placer y sólo por la necesidad de procreación. La Ley Eterna os ha designado compañeras del hombre, almas gemelas de la suya, con el mismo origen y con el mismo destino.

“De Dios hemos salido todos y a Él hemos de volver.

“No viváis tan sólo para perfumar vuestro cuerpo y engalanarlo de ajorcas y pedrería.

“No os sometáis por servilismo a la voluntad de un hombre, sino por amor. Y cuando le hayáis encontrado en vuestro camino, sedle fieles como

la luz del sol que siempre le alumbra, como la frescura de la fuente que le da de beber, como el perfume de sus praderas en flor que le brindan sus follajes y sus frutos.

“Levantaos al amanecer para vigilar vuestros hijos y vuestros siervos, y que nadie padezca en vuestra tienda el dolor y la fatiga, el hambre y la desnudez.

“Preferid ser la única esposa de un jornalero, sin tierras y sin ganado, a ser una de las mujeres de un chalit poderoso. Y acaso el Verbo de Dios caminando por esta tierra llegará un día a la puerta de vuestra tienda y bendecirá vuestros hijos y vuestros nietos y os dirá: “Bendita seas tú, mujer, que en el apartado rincón de tu tienda haces la obra del jardinero que poda y riega su huerto para que florezca en una futura primavera”.

Elhisa, Tharsis, Nolis y Asag, fueron las cuatro primeras Matriarcas de los refugios Kobdas que se abrieron en las comarcas del Éufrates, en las vísperas del Nacimiento de Abel.

Elhisa y Asag fueron mujeres de actividad apostólica y misionera, y desde esa etapa de su vida continuaron en futuras encarnaciones, idénticas o parecidas actividades, lo mismo que Tharsis y Nolis en sus modalidades hogareñas y silenciosas, consagradas a remediar los dolores físicos, a dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, a recoger a los huérfanos y a los ancianos, pobres despojos de humanidad, y desechada por el egoísta utilitarismo de los hombres.

Después se separaban en sus vidas carnales como palomas mensajeras que realizaran lejanas peregrinaciones, para reunirse en un momento dado cuando de nuevo el Verbo de Dios se acercaba a la tierra.

Estas cuatro mujeres las encontramos siglos más tarde, entrelazadas también a la vida apostólica de Moisés, a la de Jesús de Nazareth y como prolongación de esta última, veremos diseñados sus perfiles junto a Jerónimo el ermitaño betlehemita de los primeros siglos de la Era Cristiana: Marcela, Paula, Leta y Eustaquia.

Fenómeno es éste que escudriñando el archivo de las edades terrestres, se ve constantemente repetido por la mayoría de los espíritus que, unidos en grandioso pacto con las Inteligencias Superiores que orientan la evolución de los mundos, realizan la suya propia, buscando de conformar sus vidas planetarias en mayor o menor grado con la Eterna Ley de amor y de justicia.

Y si no tuviéramos que contar con el importante factor de la propia debilidad humana, que tuerce en la materia los rumbos diseñados por el espíritu, podríamos extrañarnos grandemente de la lentitud abrumadora con que éste avanza por la cuesta escabrosa de la perfección.

La vida de los Kobdas en las cavernas, fue de sacrificio, de privaciones, de inmensos dolores en los comienzos; mas, luego se tornó plena de

satisfacciones espirituales íntimas, cuando consiguieron hacerse amar y comprender por aquellos pueblos rústicos de pastores y labriegos. Tenían turnos de veinte en veinte lunas en forma que debían volver a Neghadá a tomar descanso cuando habían pasado ese plazo en la vida misionera. Fácil es comprender que algunos fueron vencidos en la aridez de la vida humana, lejos del ambiente propicio al desenvolvimiento de las facultades internas del ser.

Los espíritus venidos de otras esferas para ayudar a la evolución de la humanidad de este planeta, han debido padecer inmensos martirios lentos y largos y ser muchas veces arrastrados por este turbio oleaje; y agotados en la lucha áspera y desigual, han debido caer muchas veces y confundirse con el lodo que cubría a las grandes masas de seres primitivos que venían a levantar.

La vida llevada por Gaudes en la caverna del país de Ethea y continuada allí mismo por Sophía, Milcha y los niños, fue más o menos la que se vieron obligados a hacer en sus Edenes los Kobdas de Neghadá. Y como su ley les ordenaba vivir de su propio esfuerzo, durante sus correrías apostólicas, lo primero que hicieron fue abrir la tierra en torno de la caverna elegida para vivienda y derramar la semilla que luego había de proporcionarles el sustento necesario.

Cada caverna, cada Edén, fue con los años un pequeño centro de población, porque los pastores y labriegos cercanos levantaban sus tiendas junto a la morada de los ermitaños, con los cuales llegaron casi a compartir la vida. El Patriarca del Edén era quien calmaba las disputas y aconsejaba en todos los casos difíciles; era quien hacía de legislador, de árbitro y de juez.

Algunos de los patriarcas bíblicos, fueron Kobdas en su juventud, que dejando la túnica azulada formaron hogar propio, como Lot, como Abimelech, Nachor y Pichol, sin que por esto olvidaran por completo la pura y sana doctrina que habían bebido en la Casa de Numú.

Abimelech fue, andando el tiempo, rey de Gerar, y al par de rey fue sacerdote de aquel antiquísimo santuario despojado por los piratas cretenses y cuyos más bellos ornamentos y tapices se encontraban en la caverna de Adamú y Evana. Y he ahí el origen de la semejanza que hay entre muchos puntos doctrinarios del Talmud de los Doctores de Israel, con el código de los antiguos monasterios Kobdas. Este rey sacerdote llevó los Kobdas del Edén de Aran a Gerar, a restaurar el antiquísimo santuario mencionado, encima de cuyas ruinas levantó muchos siglos después Salomón su grandioso y magnífico templo que conocemos por datos históricos más o menos exactos.

Que perdone el lector una vez más estas digresiones que hago, llevado de mi insaciable afán de investigación y deseo de poner en claro

cuestiones que aparecen sumergidas entre nebulosas, a causa del amontonamiento de siglos encima de ellas, o porque la diversidad de lenguas en que fueron escritas dan lugar a muy erradas interpretaciones.

El hecho, por ejemplo, de ser muy lejanos y de diversos países y lenguas, los narradores bíblicos, da lugar a que aparezcan a veces, como sucesos realizados en distintas épocas los que son del mismo tiempo, y a la inversa aparecen como en una misma época sucesos que a veces están separados por varios siglos.

El magnífico himno extático de Moisés, encierra en sus versos de fuego, desde que apareció diseñada la tierra como una burbuja separándose de una inmensa nebulosa, hasta la aparición del tipo humano perfecto sobre la tierra. Imposible es calcular los miles de siglos que pasaría la tierra como masa informe e incapaz de alimentar vida alguna y todos esos miles de siglos, esas largas e inmensurables edades, aparecen encerradas en unos cuantos versos sublimes y ardientes, vaciados al papiro desde el alma radiante de Moisés. ¡Y hasta se habla de seis días!

¿Cabe acaso culpar a Moisés de que los hombres que le siguieron no comprendieran el sentido figurado y oculto de su canto?

Y sin embargo, vemos a raíz del canto de Moisés, aparecer los nombres de Adamú y Evana como surgiendo de entre el torbellino de la primitiva conformación del globo, cuando otras muchas civilizaciones habían nacido y crecido y desaparecido, en continentes que ya no estaban tampoco formando parte de las tierras habitadas, porque dormían sus pasadas grandezas en el fondo de los mares.

El que recogió los pocos relatos que quedaron escritos en piedra o en papiro o en trozos de corteza y hasta en cuernos de renos, ¿tiene culpa de que los hombres que recogieron dichos relatos los hicieron formar un solo libro con el canto de Moisés, que glorificaba a la Suprema Energía Creadora sacando del Principio Único de Vida del Cosmos, a esta Tierra como había sacado todas las esferas que poblaban el espacio y todas las que lo poblarán en el futuro eterno, infinito, inconmensurable?

El relato relativo a Lot, uno de los Kobdas, que dejó la túnica azulada para formar su propia familia, está casi por completo adulterado.

Una mujer disoluta llamada Shepo, que tenía dos hijas, fue quien arrancó por medio de seducciones a Lot del Edén en el que estaba al frente de los diez solitarios que enseñaban la buena ley en el país de Aran. Y siguiendo el capricho de aquella mujer que le había dominado, se estableció en Sodoma, siendo muy pequeñas las hijas de Shepo. La corrupción reinante en aquella ciudad atormentó a Lot en alto grado, y lloraba en el silencio y la soledad por su pecado, mas no tenía la fuerza de levantarse.

Los Kobdas compañeros suyos, lloraban también por el extravío de

su hermano y cuando tuvieron anuncio espiritual de que todas las ciudades del valle de Shidin serían destruidas por la explosión de los pozos de petróleo, se presentaron a él y a varias familias que conocían para inducirles a salir de allí si no querían perecer.

Pero Shepo se burló del anuncio de los ermitaños y se engalanó para concurrir a un festín. Lot huyó con las dos niñas mientras su mujer estaba en el festín, del cual ella huyó también, junto con otros hacia las salinas, que la sepultaron al ser violentamente removidas por la explosión. Y en excavaciones que luego practicaron, fueron encontrados los cadáveres, enjutos y endurecidos por la sal en la cual se habían disecado.

Las dos hijas de Shepo tenían la misma atracción sensual de la madre, y eran espíritus muy primitivos; y Lot fue cautivo de ellas como lo había sido de Shepo. El relato bíblico lo llama Patriarca porque lo fue en el Edén de Aran, que abandonó dominado por los bajos instintos de aquella mujer causante de su ruina moral.

Fácil es comprender que al correr de los siglos, de estos Patriarcas edénicos, especie de guardianes o superiores de los grupos de eremitas misioneros, se derivaron los patriarcas bíblicos de las tribus nómadas que abrían sus tiendas donde convenía a sus ganados y a sus gentes, y que por varios milenios fueron los únicos poseedores de todas aquellas comarcas y los únicos gobernantes, hasta tanto que llegó a establecerse el poderoso imperio asirio conocido en la historia.

38

LA LUZ BAJA A LA TIERRA

Mientras tanto, los progresos de Adamú como artesano y labriego, y los de Evana como ama de casa, eran visibles a todas luces.

La enseñanza de Milcha daba fruto al ciento por uno. Desde el establo y valiéndose de los renos como animales de tiro y de carga, habían trasladado a la caverna todo cuanto pudiera serles de utilidad en su vida.

Registrando las ruinas en que Adamú viviera varios años, encontraron algunas ruedas talladas en piedra con remaches y aplicaciones de cobre unidas entre sí, como especie de plataforma de un rodante pequeño al cual le faltaba la parte superior. Con varas de fresno, tan flexible y fuerte como nuestro mimbre, y esteras de fibra vegetal de aquellas de vistosos colores que tanto gustaron a Milcha en la barca de los piratas, Adamú dejó arreglada una pequeña carroza, que nada tenía que envidiar a las que los mercaderes colocaban sobre el lomo de sus elefantes, para cubrir sus mujeres o sus mercancías. Y el reno mayor y uno de sus hijos,

tiraban de ella como hubieran podido hacerlo con un trineo sobre los campos de nieve.

Acaso aquella pradera no había visto nada más hermoso que la bella pareja de adolescentes recorriéndola en su pequeña carroza de varas de fresno, cubierta de una estera de vistosos colores por fuera y de pieles por dentro. ¿Podía acaso pedírsele algo más a un niño de trece años de edad? Su familia de renos se había aumentado de año en año, formando ya un pequeño rebaño que casi llenaba la caverna cuando por las noches se recogían a dormir. Y fue necesario que Adamú hiciera para ellos una empalizada en la especie de plazoleta que se abría entre las montañas delante de la puerta misma de la caverna. La techumbre, formada de pequeños troncos, de ramas y de paja, dio a aquella extraña edificación, el aspecto de una choza de las que usaron en todos los tiempos los pastores para abrigar sus ganados en el invierno.

La caza y la pesca, la recolección de hortalizas, frutas y legumbres, les ocupaba a entrambos el tiempo en forma que sus días pasaban rápidamente.

Las cavilaciones de Evana para recordar cómo hacía Milcha el queso de la leche de sus renos, le llevaron varios días. Lo mismo que el queso de almendras e higos y la pasta de harina con huevos de codornices y fruta de palmera. Todo esto significaba demasiadas complicaciones para una mujercita que sólo contaba algo más de doce años de edad. Puede comprenderse por tanto, que el tiempo les era escaso para sus múltiples ocupaciones.

Mas un día, Adamú quiso llevar a Evana de paseo hacia el río grande para visitar su barca amarrada en la orilla del arroyo. Ataron sus renos al original rodante que ellos llamaban “korha” según su lengua atlante, cuyo significado en nuestras lenguas actuales sería “para correr”.

Madina, que estaba entonces con un hijito de pocos meses, les seguía, y su vástago iba cómodamente echado en el interior de la korha. Salieron al amanecer llevando provisiones para todo el día, y fue la vez que más se alejaron de la caverna desde que habitaban en aquellos parajes.

Es aquí oportuno hacer notar que diez mil años atrás, las costas del Mar Mediterráneo no eran las mismas de ahora, pues sus aguas cubrían gran parte de la región que después fue Fenicia, y que muchas de las pequeñas montañas costaneras, entonces aparecían como pequeños islotes exactamente lo mismo que las islas que forman los demás archipiélagos. Esto explica que algunos brazos del Éufrates y el Éufrates mismo, no quedasen tan distantes como en la actualidad, de la costa mediterránea.

Cuando apenas habían pasado poco más al oriente de las ruinas de Adamú, comprendieron que Madina sentía algo que la alarmaba. Levantaba

su cabeza al aire y daba golpes con su pezuña en la tierra. Por intuición comprendieron que algo se acercaba y dando vuelta a su yunta de renos tiradores, en una breve carrera se encontraron refugiados en el establo de las ruinas. A poco de haber llegado vieron un grupo de veinte arqueros montados en los pequeños y veloces caballos procedentes de la Arabia, que corrían detrás de una tropilla de búfalos, buscando ponerse a tiro para dispararles sus flechas. Varios de ellos cayeron muertos o heridos, y Adamú desde lo alto de un árbol observó que los arqueros les sacaron las pieles y parte de las carnes, y se alejaron por donde habían venido.

–Son los esclavos del Dios Cazador –explicaba Adamú a Evana, maravillada de ver aquellos hombres de indumentaria tan diferente a la suya.

– ¿Cómo lo sabes? –preguntaba ella asombrada de que Adamú lo supiera todo.

–Pues por los tapices. ¿No has visto al Dios Cazador, de pie sobre un haz de flechas sostenidas por los hombros de sus esclavos?

–Pues ellos son, no hay duda.

En realidad eran los arqueros guardianes de las tierras habitadas por las tribus aliadas del Chalit del Nilo, que se proporcionaban pieles y carne de los pocos animales salvajes que aún quedaban entre las praderas y los bosques; pues las tribus nómadas los habían extirpado casi de raíz, tanto para seguridad de sus tiendas y de sus rebaños, como para proveerse de pieles más apreciadas aún que la carne y la grasa.

Esto fue para los niños un grande acontecimiento y por mucho tiempo les sirvió de punto de partida para recordar ciertos sucesos y ciertas fechas. Eran los primeros seres humanos de carne y hueso que habían visto desde que ellos recordaban, a excepción de Sophía y Milcha. Y así decían siempre al mencionar algún suceso privado suyo: “Hacia tres o seis o veinte días de los esclavos del Dios Cazador”.

Cuando la pradera quedó tranquila salieron de su escondite y Evana propuso ir a ver de cerca el teatro de la victoria de aquellos seres extraordinarios. Cuando llegaron donde estaban los cuatro búfalos muertos y ya sin piel, observaron que sólo habían llevado pequeños trozos de carne.

–He aquí que el buen Dios nos manda grasa para hacer velones –dijo Adamú, observando las bestias desolladas–. Tú, que ya no querías encender sino un momento el velón porque era el último que quedaba, ahora podrás tener luz en abundancia.

Y atando hojas de palmera, fue arrojando encima de ellas los trozos de grasa, que con gran destreza cortaba con su cuchillo de las reses que los arqueros habían dejado. Esta tarea les llevó buena parte del día, pues tuvieron que llevar la grasa a rastras, sobre el lecho de palmeras que Adamú había hecho, hasta el establo, desde donde podrían después conducir las poco a poco hasta la caverna.

–No podemos irnos sin visitar nuestra barca –decía Adamú–, aún tenemos tiempo antes de que se vaya el sol.

Y como no quedaba de allí tan distante, caminaron a pie hasta la orilla del arroyo en la verde colina aquella donde Milcha se durmió a la vida física, para despertar libre y feliz en el plano espiritual. Allí les esperaba otra sorpresa mayor, si cabe, que la de los esclavos del Dios Cazador. La barquita, había sido desatada de su amarra y la corriente la había llevado hasta un recodo del arroyo en el cual se quedó encallada. En ella estaba una mujer muerta y escuálida, y un niño vivo que gemía tristemente. Adamú se montó en Madina y tiró la barca de la amarra hasta sacarla a la orilla. Aquel cadáver estaba rígido y frío. Y Adamú explicó:

–Esta mujer ha sido dejada por su alma, como tu mamá y la mía dejaron también sus cuerpos. Debe haber muerto de hambre porque aquí está su bolsa vacía.

–Pero el niño vive –decía Evana oyendo sus gemidos.

Adamú lo recogió de la barca y lo entregó a Evana, y rápidamente sacó el cuerpo de la mujer y lo arrojó al agua. Evana mecía al niño como lo había hecho antes con sus muñecos.

–¿Qué haremos con él? –preguntaba Evana.

–Pues darle leche y pan y calentarle –dijo Adamú, tomando al chiquitín de manos de Evana y dirigiéndose a su korha donde tenían sus provisiones.

–¿Cómo le llamaremos? ¡Qué lindo y qué gordito! –exclamaba Evana encantada.

Adamú pensó unos instantes y después dijo como un hombre seguro de lo que hace:

–Le llamaremos Kaíno ¿Acaso no ha caído sin saber de dónde?

– ¡Ah, Kaíno, Kaíno! ¡Cuánto vamos a quererte! –decía Evana.

El niño parecía tener cerca de dos años, y cuando se vio alimentado y acariciado, cesó de gemir y comenzó a andar a gatas, o sea arrastrándose por el suelo. Decía algunas palabras cortadas que Adamú y Evana no entendían.

Era bastante común en aquellos tiempos que una mujer se viera arrojada de su casa por la familia, por diversos motivos. Unas veces por celos de una mujer contra otra de las que tenía su propio marido; otras veces huían ellas mismas, si eran esclavas, por malos tratamientos o por evitar que les fueran quitados sus hijos para llenar el vacío en algún hogar, en que no los había.

El relato bíblico de Agar, esclava de Abraham, huyendo con su hijo a través del desierto, es una prueba de lo que decimos referente al caso de Kaíno.

Lo cierto es que Adamú y Evana volvieron al anochecer a su caverna

aumentados en familia, con el pequeño huérfano que empezó a caminar por sí sólo a poco de haberle encontrado. En su infancia hizo el mismo camino de Adamú, y el pequeño hijito de Madina, fue su primer juguete y su más constante compañero.

Era de carácter impetuoso y vivaz, y daba gritos de ira cuando caía o se veía contrariado en sus deseos. Ambos le quisieron mucho, haciéndole objeto de todo su cariño hasta que quince lunas después les nació Abel, como un loto blanco, en la tibia claridad de una noche de luna, en plena primavera.



Aquel primer retoño del árbol frondoso de un amor de adolescentes, fue el sagrado tabernáculo en que se encerró el Verbo de Dios hecho carne, la palabra de Verdad Eterna hablada por Dios a la humanidad; el reflejo divino del Eterno Amor derramándose en esta tierra, como la cauda luminosa de un astro que flotara sobre las tinieblas de la humanidad.

Y Evana, que aún no había vivido catorce años completos, se sentía niña todavía, y jugando a veces con los dos pequeños, les cerraba los ojos, encendía la antorcha de hojas secas de palmera y decía con inimitable gracia:

—Soy la diosa Minerva enseñando la divina Sabiduría a los niños ciegos.

El nacimiento de Abel tornó más grave y serio a Adamú, que se había desarrollado notablemente, representando en apariencia unos dieciocho años cuando sólo tenía catorce.

El carácter celoso de Kaíno se notó desde los primeros días de vida terrestre de Abel. Le hacía daño el ver al pequeñín en el regazo de Evana y por mucho que ella luchó por anular en el niño esa naciente pasión, no pudo conseguirlo, sino que por el contrario, parece que creció con los años. Pero no anticipemos acontecimientos.

Ningún suceso extraordinario se dejó ver en el mundo físico al nacimiento de aquel niño, que bajaba a la tierra con el Mensaje Divino del Padre, pero, entre los Kobdas de Neghadá y del Caspio y los que estaban diseminados en las cavernas, en la concentración espiritual de esa noche,

los videntes contemplaron llenos de intensa emoción, el descenso radiante del Espíritu de Luz hacia una caverna de las orillas del Mar Grande, habitada por un matrimonio de adolescentes.

Un inmenso cortejo de las almas mensajeras de Dios, acompañó al excelso Mártir a su nueva inmolación terrestre, y por muchos días continuaron flotando entre la atmósfera del plano físico, hasta que el espíritu misionero estableció la perfecta conjunción con el cuerpecito infantil.

Y en las radiantes visiones de la Mansión de la Sombra habían resonado las mismas armonías, las mismas voces sin ruido para el resto de los hombres, que se escuchan en todos los mundos a la aparición de los Mesías en el plano físico:

“¡Gloria a Dios en los espacios infinitos!”. *“¡Paz a los seres de buena voluntad!”*.

– ¡El Verbo de Dios ha nacido en la tierra! –exclamaban los Kobdas, en la suprema felicidad del éxtasis. Y por si acaso, los que se hallaban diseminados en las cavernas no lo sabían, dado que no disponían allí de las energías astrales y etéreas, acumuladas desde siglos en el Santuario, el Alto Consejo dispuso la salida de mensajeros hacia todos los Edenes y Refugios de Hijos de Numú, anunciando el grandioso acontecimiento, y ordenando a la vez que recorrieran las cavernas de la costa del Mar Grande, a fin de encontrarle y proveer a sus necesidades físicas.

Algunos Kobdas dotados de grandes facultades psíquicas habían observado en las manifestaciones plásmicas de la noche del nacimiento del Verbo, que su radiante cortejo espiritual descendió sobre el pronunciado golfo que forma el Mediterráneo en la parte noreste y esa indicación fue dada a los mensajeros, y el Pharaoh, llamando a Aldis le dijo:

–Ahora sí que es llegada la hora de que salgas a reunirte con tu hijo Adamú, a quien ha visitado la Luz de Dios, y cuyo camino ya nadie podrá torcer.

Aldis no se hizo repetir la orden y embarcándose en Neghadá con todo el grupo de mensajeros que debían ir quedando en los sitios en que residían los Kobdas misioneros, se hicieron a la vela al día siguiente del aviso espiritual. Apenas habían transcurrido unos veinte días del nacimiento de Abel, cuando la embarcación de Neghadá ancló a la orilla del mar a unos doscientos metros del sitio que quedaba frente a frente de la montaña en que se hallaba la caverna. Era el atardecer y vieron la pequeña majada de renos que volvían de opuesta dirección, o sea del arroyo y caminaban a paso lento hacia la montaña. Varios de los renos ostentaban todavía restos de las coronas de flores con que los adornaba Evana, y las hembras tenían una cinta roja en el cuello, lo cual demostraba que eran animales domésticos que tornaban al establo. Los siguieron a distancia y les vieron perderse entre los vericuetos de las montañas que quedaban a poca distancia. Aldis, acompañado de tres Kobdas ancianos, se dirigió hacia aquel

lugar, pues si no era allí la caverna que buscaban, por lo menos podrían obtener alguna noticia respecto del suceso que allí los conducía.

Adamú, que abría en ese instante la puerta hecha de troncos del establo de sus renos, fue el primero que les vio acercarse. Ellos le vieron también y agitaron en el aire un paño blanco en señal de paz, pero Adamú nada entendía de dicha señal. No obstante, no sintió alarma alguna ante los visitantes y esperó tranquilo a sus renos que llegaron poco antes que los Kobdas.

En la hermosa fisonomía juvenil de Adamú, estaban impresas las facciones de Milcha, sobre todo sus oscuros ojos cuya mirada noble y franca, no podía Aldis olvidar, y sin poderse contener corrió hacia él y mudo por la emoción lo estrechó entre sus brazos y lo cubrió de besos y de lágrimas. Los Kobdas ancianos igualmente emocionados, hacían esfuerzos por ocultar las lágrimas silenciosas que se deslizaban por sus rugosos semblantes, y el pobre Adamú preguntaba sin ser contestado:

– ¿Quién sois? Yo no os conozco.

–Adamú, hijo mío –exclamaba Aldis–, hijo de Milcha la heroica, la amada Milcha, yo soy Aldis, tu padre. ¿Acaso nunca te habló tu madre de mí?

–Venid, –dijo Adamú emocionado también–. Entrad en mi cabaña y hablaremos.

– ¿Y Evana y tu hijito? –continuó interrogando Aldis, lo cual hacía comprender a Adamú que aquel hombre decía la verdad, pues que sabía el nombre de su madre, el de Evana y también el nacimiento de su hijo.

Evana, toda asustada, se había ocultado con los dos niños en la alcoba. Adamú fue por ella y lleno de regocijo, le explicó el extraño acontecimiento. En Evana encontró Aldis un marcado parecido a Sophía y a Joheván a la vez, y por si alguna duda podía quedar, Adamú le enseñó algunas láminas de corteza en que ya Sophía o ya Milcha habían escrito en su lengua atlante: “Adamú, hijo de Aldis, guardia del palacio de Nohepastro rey, y de Milcha esclava favorita de la Princesa Sophía de Otlana”. Y otra que decía: “Evana, hija de Joheván, del primer cuerpo de guerreros de Nohepastro rey, y de Sophía de Otlana”.

Aldis el solitario y el desterrado, el proscrito de su patria y de su hogar, se sintió inundado de una doble felicidad: tenía entre sus brazos a su único hijo y a su primer nietecito. ¡Era padre y abuelo! Y el pequeño Abel dormía cuando Evana lo puso entre los brazos de Aldis. Este que sabía el secreto que se ocultaba en aquel niño, se puso de pie como para recibir un objeto sagrado.

–Debía recibirle de rodillas –dijo, estampando un beso religioso de veneración sobre la blanca frente del niño dormido.

Esa noche los Kobdas la pasaron en la caverna y los comentarios y los relatos y las interrogaciones de una parte y de otra, son fáciles de adivinar dadas las circunstancias que rodeaban a los personajes.

– ¿Cómo habéis llamado a este niño? –preguntó por fin Aldis.
–Hasta ahora le hemos dicho Piquín porque es tan chiquitito –contestó Evana–, pero hay que buscar para él un nombre muy hermoso.
– ¿Queréis que os diga uno? –volvió a preguntar Aldis.
–Decidlo –contestó Adamú–, y se hará como voz queráis.
–Allá en el Santuario, donde fue anunciado su nacimiento, dicen que debe llamársele Abel, que en la lengua de los siervos de Dios quiere decir: “Bello como el sol”.

–Pues bien, que se llame Abel, porque en verdad es bello como el sol –decía Evana besando tiernamente a su hijo.

A partir de este momento, fueron casi ininterrumpidas las visitas de los Kobdas a la caverna del país de Ethea, transformada desde entonces para ellos, únicos poseedores del gran secreto, en templo augusto del Verbo de Dios.

La embarcación que condujera a los mensajeros del Alto Consejo, debía regresar a Neghadá cumplida su misión. Los Ancianos, compañeros de Aldis, aconsejaron a éste quedarse protegiendo a los niños, como ellos decían, con grave desmedro sin duda de Adamú y Evana, que en esa infantil denominación se veían ellos también envueltos, siendo así que ya eran padres de familia.

La noche última que pasaron los Kobdas en la caverna antes de regresar quisieron hacer una concentración espiritual en común. Uno tocaba un instrumento semejante al arpa en la forma de su cordaje, pero mucho más pequeño, algo así como la cítara de nuestros tiempos.

Improvisaron, pues, una Mansión de la Sombra en miniatura, dejando abierta la puertecilla de la alcoba en que el pequeño Abel dormía. Kaíno dormía también en un ángulo de la caverna, sobre una de aquellas cajas de cuero traídas por los piratas, transformada en cama mediante pieles y mantas sacerdotales.

El Kobda músico al cual llamaremos Dhabes y que era quien había venido como Jefe en la Misión de mensajeros, ordenó a los circunstantes la forma y modo de reunirse, para constituir una bóveda psíquica o templo astral, adecuada a lo que se debía realizar.

El centro de la cadena fluídica era la puertecilla de la alcoba en que dormía Abel, y a ambos lados sentó a Adamú y Evana, Aldis enseguida de su hijo y Dhabes a continuación de Evana y entre Aldis y Dhabes, los otros tres Kobdas Ancianos.

El arpa de Dhabes, discípulo de Bohindra, comenzó a vibrar suave y delicadamente al principio, y sus tonalidades fueron adquiriendo poco a poco las intensidades de una plegaria extática. Evana comenzó a llorar silenciosamente. Y Adamú sin poderlo remediar, exhalaba profundos suspiros. Una inmensa onda de amor y de paz inundó la caverna sumida en la penumbra, pues hasta la llama del velón había sido atenuada.

De pronto la alcoba apareció inundada de una tenue claridad azul, como luz de luna en creciente. Evana iba a incorporarse asustada, pero Aldis la contuvo con una señal de calma y de silencio. La luz de la alcoba inundó lentamente toda la caverna y entonces fueron visibles las imágenes fluídicas de Sophía, Milcha y Joheván, en torno a la cama en que el pequeño dormía.

La luz se hizo aún más intensa en torno al niño dormido, en forma que éste desapareció entre la deslumbrante claridad y un momento después se diseñó nítidamente el cuerpo astral del Verbo de Dios, de pie, junto al inmenso lecho de Gaudes, el mago atlante, en que yacía en profundo sueño el diminuto cuerpo físico que aprisionaba aquel reflejo del Amor Eterno.

Y las manos de la divina aparición se apoyaron en las cabezas de Adamú y Evana, que lloraban en silencio, dominados por una emoción indescriptible, mientras su voz suave, más que las notas de la cítara que se iban apagando, decía:

“¡Gloria a Dios en los espacios infinitos y paz a los seres de buena voluntad!”

“Durante nueve siglos vuestras almas me llamaron.

“He aquí que estoy en medio de vosotros, dispuesto a comenzar la siembra en los campos que me habéis preparado con el sacrificio y con el dolor, agua mágica que hace fructificar la divina simiente al ciento por uno.

“¡Seáis benditos por siempre los que habéis abandonado todo y sacrificado todo para abrir el camino al Mensajero de Dios junto a los hombres!”

“¡Adamú y Evana, mis íntimos compañeros de martirio, bebed la fortaleza en vuestro recíproco amor, porque día llegará en que os visitará el dolor como hoy os envuelve la gloria del Amor Eterno!”

Y la radiante claridad diluyó la hermosa visión en tintas de ópalo y rosa, que fueron atenuándose suavemente hasta quedar de nuevo la caverna sumida en la penumbra.

Evana, sin poder resistir más la profunda emoción que la embargaba, corrió hacia Adamú al cual se abrazó llorando a grandes sollozos. Aldis y sus compañeros, habituados a estas intensidades continuaron inmóviles, en silencio, dejando correr lágrimas mudas que nadie veía porque se deslizaban sin ruido hasta perderse entre los pliegues de la túnica azulada. Y allá en Neghadá, los cuarenta Kobdas del turno de esa noche en la Mansión de la Sombra, habían asistido a la esplendorosa manifestación de la grandeza de Dios en la pobre caverna del país de Ethea. ¿Cómo? ¿En qué forma? Ni hay distancia para el espíritu, ni hay imposibilidad para el amor verdadero.

Cultivado en sus formidables energías mentales, el espíritu de aquellos solitarios, desprendidos de todas las bajezas de la vida carnal, era apto para trasportarse a donde su amor los llevara, y llegaron a la concentración profunda con el pensamiento fijo en el Verbo de Dios que había bajado a la tierra. *El Amor nunca es estéril cuando es verdadero.*

He ahí el secreto de todos esos enigmas formidables del espíritu, que a los hombres encadenados por la vida grosera de los sentidos, que no sabemos o no queremos dominar, nos resulta más cómodo darles los nombres ultraterrenos de milagros, misterios, hechos sobrenaturales, y por tanto fuera del alcance de las capacidades humanas. Y a todo esto se añade la casi completa ignorancia de las multitudes que nada hacen por llegar a un amplio conocimiento de las leyes sublimes e inmutables del mundo espiritual.

Lo que en este planeta Tierra, de tan escasa evolución, es incomprendido para la gran mayoría de sus habitantes, en esferas de mayor progreso en sus elementos constitutivos, y en las humanidades que los habitan, son hechos corrientes y conocidos de las multitudes, entradas ya en la etapa de evolución en que dentro de poco entrará también la humanidad de la tierra.

39

ACLARANDO SOMBRAS

Mientras la embarcación se hacía a la vela y retornaba a Neghadá con las felices noticias que conocemos, Aldis se entregaba de lleno al amor de su hijo, tan inesperadamente recobrado. En Adamú amó también a Evana y a entre ambos los amó sobre todo en Abel, cuya grandeza y divina figuración en la historia de la humanidad le era ya conocida por las vastas y profundas enseñanzas que había recibido en catorce años de vestir la túnica azulada.

Y Adamú y Evana recibieron de Aldis muchos de los conocimientos adquiridos por él en Neghadá, la historia de su propio nacimiento, su origen atlante y todo lo concerniente a su primera infancia hasta que él y Joheván fueron tomados prisioneros por los piratas.

Los niños le referían a su vez todo cuanto surgía más o menos claro en la penumbra de sus recuerdos infantiles, y Aldis, avezado ya a mirar la égida soberana del Ser Supremo en el encadenamiento de los sucesos grandes y pequeños alrededor de la nueva venida del Verbo de Dios a la tierra, abría su espíritu a las irradiaciones divinas del Amor Eterno que le permitía observar desde tan cerca la grandeza y la gloria de Dios manifestada a los hombres.

* * *

Aquí cabe meditar en el porqué de las leyendas tan fantásticas e irreales, cuando hubo medios para contar a los hombres del futuro los hechos tal como ocurrieron.

Intervienen, a juicio mío, muchos factores, siendo el principal de ellos, la destrucción de Neghadá por los Hicsos, que invadieron y poseyeron durante siglos las fértiles regiones del Shior o Delta del Nilo.

Y los Kobdas, a los tres o cuatro siglos después de Abel, dejaron introducir ciertas relajaciones en los hábitos y costumbres heredados de sus primeros fundadores.

El nombre de “Thidalá”, Rey de Naciones, tuvo el poder mágico de despertar ambiciones del todo opuestas al sencillo espíritu de la ley, que había hecho sabios y justos a los Hijos de Numú.

Y de la misma manera que hoy los sucesores de Pedro, el pescador de Galilea, llegaron con el tiempo a ser los más fastuosos y dominadores de todos los soberanos conocidos de las antiguas y modernas civilizaciones, en idéntica forma, el hombre faro del antiguo Santuario de los Kobdas, se transformó, a través de los siglos, en hijo de los Dioses, en una divinidad que tenía sobre la tierra todos los poderes de la Divinidad, exactamente lo mismo que los pontífices del catolicismo.

¿Quién puede reconocer en los Faraones de las dinastías mencionadas ya por la historia, al hombre faro dulce y modesto que regía paternalmente la Casa de Numú en la lejana época neolítica?

¿Quién puede reconocer en los Pontífices Romanos de la Edad Media, dominando cabezas coronadas, a Pedro el pescador y a los humildes dirigentes de la agrupación cristiana de los primeros siglos de nuestra era?

Gran parte de los Kobdas levantaron su protesta cuando comenzaba la transformación, y hubo un degüello en aquel mismo patio de los olivos, en el que perecieron los últimos Kobdas que conservaban todavía el espíritu de su antigua Ley. El Pharaohome tuvo conocimiento de que iba a ser destituido por sus desmanes, por sus costumbres mundanas, por su profanación de las constituciones más sagradas, y secretamente hizo entrar a sangre y fuego hordas de piratas, que le libraron de un solo golpe de los Kobdas fieles a su Ley, que se habían unido para implantar nuevamente las antiguas costumbres.

A partir de este hecho, las fuerzas del mal cayeron como una tromba devastadora sobre aquella antigua morada de la paz y de la santidad.

Poco o nada podía interesar a los nuevos moradores del Santuario, el inestimable tesoro de documentaciones históricas que existían en el Archivo de las Edades, donde podía caminarse en terreno firme por entre la humanidad de cuarenta mil años atrás. No obstante, algunas tradiciones quedaron flotando en el ambiente cálido de las verdes praderas del Delta, pero tradiciones empapadas de fantasmagoría, inaceptables por la razón y por la lógica, tradiciones que confundían en desastrosa amalgama a los hombres y a los dioses, a los hombres y a los lugares habitados por ellos, a los hombres y a los montes en cuyas cavernas se refugiaron, y llega hasta

darse el caso de que por la diversidad de lenguas, de un mismo personaje, las leyendas han formado tres o cuatro, dándole cada lengua un nombre diferente, lo que equivale a transformarle en un personaje distinto.

Los descendientes de Seth, el segundo hijo de Adamú y Evana, conservaron como cosa sagrada su tradición, en la cual aparecía la célebre pareja como primer eslabón de la especie humana, porque confundían lastimosamente el origen de la civilización Adámica o Abeliana, con el origen del hombre sobre la tierra.

En esta confusión de tradiciones apareció el enigmático canto de Moisés, reflejo pálido de sus magníficas visiones de iluminado, y en el cual se basó el Génesis Bíblico. Para los compiladores de los escritos mosaicos, ya no cabía duda: aquella legendaria pareja, Adamú y Evana, no podía ser otra que la aludida por Moisés en su canto sibilino.

Y es a partir desde Moisés, que la leyenda tomó las proporciones de extraordinaria epopeya de contornos mágicos, aceptada durante siglos y siglos como una verdad incontrovertible, hasta que las ciencias paleontológicas y etnográficas han empezado a desenterrar de entre las montañas cavernosas, habitaciones de los hombres del pasado; y del fondo de los sepulcros y las ruinas milenarias, las comprobaciones y las evidencias de que gran parte de los libros del Antiguo Testamento, no son el reflejo fiel de la verdad científica, ni de la verdad histórica.

Y con esta larga digresión, creo haber contestado a la pregunta, que puede surgir en la mente del lector.

El hermoso poema, sencillo y real de Adamú y Evana como origen de la civilización Abeliana, ¿por qué no pasó a nosotros tal y como era, en su natural y lógico desenvolvimiento?

40

EL PARAÍSO DE ADAMÚ Y EVANA

Quince lunas contaba la vida terrestre de Abel, cuando llegó al país de Ethea una inmensa caravana de elefantes y camellos venida desde Neghadá, atravesando desiertos y praderas. El Chalit del Nilo, el dulce Bohindra, acompañado de Tubal y de los Kobdas jóvenes, sus discípulos, hicieron la travesía en caravana para visitar la caverna refugio del Verbo de Dios y al mismo tiempo trasladarle a la pradera de las orillas del Éufrates, donde en las últimas montañas al sudeste del Antilíbano, habían desocupado un hermoso Edén los Kobdas que Melquisedec había llevado al Santuario de Gerar en el país de Galaad.

Aquel Edén estaba formado por una serie de espaciosas salas, socavadas en la montaña al nivel de la pradera, y eran las excavaciones de

minas ya explotadas y abandonadas. La fertilidad de aquella zona y la labor de los Kobdas durante varios años; el hecho de haberse reunido en aquella comarca lo mejor de los pobladores del valle del Éufrates y ser allí la residencia de una especie de representación de la autoridad del Chalit del Nilo y de los ochenta caudillos Urbausinos, sus aliados, daba a aquel lugar una mayor seguridad y protección al Divino Misionero y a su familia terrestre.

Con esto, le acercaban más de la mitad del camino a Neghadá, cuyos fundadores y gobernantes, los Kobdas, eran los únicos poseedores del “secreto de Dios”, como ellos decían al hacer referencia al magno suceso de que eran testigos.

Cuando la caravana llegó a la pobre caverna de Gaudes, la sorpresa de Adamú fue grande al notar el admirable parecido de Evana con Bohindra, y acercándose a su padre, le dijo:

– ¿Acaso este hombre será el padre de Evana, que fue apresado por los piratas junto contigo?

Aldis se encontró en apuros para contestar, pero juzgando que era demasiado honda aquella verdad para ser comprendida por los niños, contestó rápidamente:

–Sí, hijo mío, es el padre de Evana. –Y decía verdad en parte, puesto que aquella materia era la que había dado vida a la joven compañera de su hijo.

– ¡Hija de mi hijo! ¡Reflejo lejano de mi Sadia! –exclamaba Bohindra, estrechando sobre su corazón a la rubia hija de Sophía y de Joheván, que hizo revivir una vez más para él, los días lejanos de su juventud; aquella otra juventud pasada en Otlana cuando al caer de la tarde se sentaba con Sadia bajo los árboles de su tierra, y cantaba en su lira mágica a los bucles dorados que semejabán por sus reflejos “Guedejas de bronce viejo”.

Evana estaba encantada de su padre y un día decía con mucha gracia a Adamú:

–Casi le quiero más que a ti.

Mas un día, la niña tuvo una curiosidad inocente y preguntó a su padre:

– ¿Por qué te llaman Bohindra y no Joheván? Porque en la lámina de corteza que escribió mi madre se lee: “Evana, hija de Joheván, del primer Cuerpo de Guerreros de Nohepastro rey, y de Sophía, princesa de Otlana”.

–Me llaman Bohindra porque tal era el nombre del padre de tu padre, que al dejar su cuerpo en el sepulcro, revivió en su hijo al cual transmitió con su verdadero ser, el genio de la armonía que habitaba en él.

– ¿Quieres decir que eres Joheván y Bohindra a la vez?

–Justamente –le contestaba acariciándola sin darle mayores explicaciones–, y para que veas que es verdad, siéntate y escucha. Y Bohindra tomó su lira y cantó:

*“Cuéntame Amor tu leyenda
Aquella del siglo de oro,
En que cantaban a coro
Las flores y las estrellas...
Y estas bellas melodías, susurraban:
Un zagal y una pastora
De un beso de amor nacieron,
Y hacia la pradera fueron,
Buscando flores y nidos,
Y de la primera mirada
De amor que entre ellos cambiaron
Los artífices copiaron
Nuestros radiantes fulgores.
Y las flores pudorosas, repetían:
Un zagal y una pastora
De un beso de amor nacieron
Y hacia la pradera fueron
Buscando flores y nidos
Y de la primera palabra
De amor que se prodigaron
Los artífices formaron
Nuestra divina fragancia.
Resonancias melodiosas, emanaban
Las estrellas y las flores
Que cantaban los amores
Del zagal y la pastora
Que una hora de inefables embelesos
Del soplo de amor de un beso
¡Hacia esta tierra bajaron!...”*

Aun no había terminado la última cadencia de la lira de Bohindra, cuando Evana le abrazó tiernamente, cubriéndole el rostro de besos que irradiaban toda la intensidad de su alma sensible y apasionada.

– ¡Qué hermosa es tu música y qué hermosa es tu voz! Yo quiero una lira como esta tuya y quiero cantar como tú.

–Ya has dado al mundo la más hermosa y divina canción, hija mía –le contestó Bohindra.

– ¿Cuál? –preguntaba ella.

– Ese pequeño ser que sentado sobre el césped abre hoyitos en el suelo y entierra corazones de almendra. ¿Lo ves?

Evana volvió hacia atrás la vista y vio a su pequeñito Abel, absorto en la tarea que Bohindra había observado.

– ¿Puede haber acaso mejor armonía que su palabra, emanación divina de Dios cantando su Amor Eterno a los mundos, a los seres y a las cosas?

Evana corrió hacia él y levantándolo en sus brazos, fue a sentarle sobre las rodillas de Bohindra.

La suave irradiación del Espíritu de Luz lo envolvió por completo, y Bohindra dejando correr sus lágrimas de tierna emoción, decía, sin que Evana le comprendiera:

– ¿No vale esto acaso mucho más que el sacrificio de vivir dos vidas terrestres sin interrupción?

“¿Qué hice yo, Dios mío, qué hice yo para merecer tener sobre mis rodillas y entre mis brazos este divino reflejo de tu gloria, de tu grandeza y de tu amor?”

Y el hermoso niño de ojos color topacio y cabellos rubios, se sentía tan a gusto en el regazo del Kobda poeta, que tranquilamente recostó la cabecita sobre aquel noble corazón y a poco rato se quedó dormido.

Aldis con Adamú se habían acercado, y luego Tubal y sus jóvenes Kobdas, al oír la canción de Bohindra, y por tanto fueron testigos de aquella tierna escena ocurrida delante de la caverna al caer de una tarde otoñal, cuando todos los ruidos se atenuaban, y las rosadas claridades del ocaso se iban diluyendo entre las primeras penumbras de la noche que llegaba.

Dormirse el niño y levantarse en medio de ellos la radiante aparición del excelso espíritu de Abel fue todo uno.

Los jóvenes Kobdas cayeron de rodillas con el rostro prosternado en tierra, exclamando:

“¡Numú entre nosotros!” “¡Es Numú que nos visita!”

– ¡Es el Verbo de Dios! –exclamó Tubal, inclinando su frente coronada de cabellos blancos.

– ¡Es el Verbo de Dios! –murmuraba Bohindra, casi olvidado del cuerpecito que dormía entre sus brazos, absorto contemplando la esplendorosa visión del Espíritu de Luz, que extendiendo sus brazos por encima de sus cabezas decía:

– *¡Gloria a Dios en la inmensidad infinita y paz a los seres de buena voluntad! Sois los jornaleros del Señor del Mundo. He aquí que ha llegado a vosotros su Hijo como Mensajero suyo, que os trae la simiente para vuestros campos y el agua para regarlos y hacerlos fructificar.*

“La semilla que traigo está agotada en la tierra, y vosotros seréis los

que la derramaréis por todas las ciudades y por todos los pueblos.

“He bajado como un beso de Dios a la doliente humanidad terrestre, trayendo sobre mis hombros el saco lleno del divino tesoro de amor, cuya simiente derramaréis vosotros como estos rayos de luz que veis brotar de mis manos.

“Mas, hacedla florecer primero en vosotros mismos con maravillosa fecundidad, para que de vuestra misma eflorescencia se derrame en el futuro sobre todos los hombres que os escuchen y os sigan.

Y como luz de luna que suavemente se esfuma detrás de los velos grisáceos de una tenue nubecilla, la visión se esfumó, dejando en todas las almas la dulce y serena irradiación de la paz y del amor.

* * *

Los Kobdas habían extendido sus tiendas en los alrededores de la caverna, aprovechando para ello los serenos vallecitos que se abrían entre las montañas; y algo más hacia el mar levantaron las tiendas que abrigaban a las bestias de carga y a los hombres que las cuidaban. Y después de cuarenta días de descanso emprenderían la marcha de regreso, llevando consigo a “los niños” para dejarlos en su nueva morada del país de Galaad.

Los Kobdas jóvenes se ocuparon en hacer la recolección de frutas, hortalizas y legumbres, secundados eficazmente por los renos, de cuyos inteligentes servicios domésticos estaban todos maravillados.

Adamú fraternizó con ellos en tal forma, que parecía que hubiesen crecido juntos. Habitudo a no ver más ser humano que Evana, se encontraba como en un ambiente lleno de novedad y de atracción. Se interesaba en conocer los nombres de cada uno y después los grababa con su punzón en una lámina de corteza. Los conducía a todos los más hermosos sitios conocidos por él, a las ruinas, donde vivió varios años; les enseñó su barca, su carroza y les refirió el encuentro de Kaíno.

Tubal, Bohindra y Aldis, hacían estudios psicológicos de los moradores de la caverna. Adamú se abandonaba por completo a la dicha de la amistad, a las expansiones y confianzas, a la amena conversación de los jóvenes Kobdas, cuyo cultivo espiritual esmerado les hacía en extremo atrayentes. Evana hubiera deseado hacer otro tanto, pero Aldis le había indicado la conveniencia de permanecer en la caverna y de no seguir a aquellos en todas sus excursiones. Y Evana, entristecida, se preguntaba: “¿Por qué Adamú va libremente con ellos y a mí me obligan a quedarme en casa?”

Bohindra, con su fina sensibilidad, percibió el dolor de la niña y trató de permanecer con Tubal y Aldis, el mayor tiempo posible cerca de

ella, enseñándole las costumbres y hábitos que debe tener una mujer, esposa y madre.

Y Bohindra, acariciándola, le decía:

—Hasta ahora has vivido sola, lejos de la sociedad de los hombres, y has llegado a la maternidad sin malicia y sin que en tu mente se levantaran imágenes turbadoras de la serenidad de tu espíritu. Mas ahora, hija mía; vas a conocer las llagas de la humanidad, pues por mucho que queramos preservarte del roce maligno de los seres, no faltarán algunas flechas que lleguen a herirte.

Le explicó larga y detalladamente lo qué significaban aquellos tapices que habían formado por tanto tiempo todo su horizonte. Le hizo comprender que todos esos seres que ellos llamaban dioses, eran una representación material de espíritus de luz, como el que estaba aprisionado en el cuerpecito de su hijo Abel. Que habiendo en esta tierra, espíritus originarios de los mundos guiados y dirigidos por aquellos dioses, éstos se habían dejado ver en determinadas ocasiones por algunos encarnados de gran desarrollo espiritual y de ahí habían tomado origen los artífices para plasmarlos en lienzos, en grabados sobre metales, en piedra o en tejidos de lana, como aquellos que adornaban la caverna.

Con paternal solicitud y con el buen gusto que le caracterizaba, la enseñó cómo había de llevar sus vestiduras, aunque ya Aldis había hecho en tal sentido grandes reformas durante el tiempo que pasó con ellos.

De los Edenes o Refugios cercanos llegaron algunos Kobdas a visitar la caverna donde se albergaba el Verbo de Dios, y entre ellos el viejecito Senio, que cumplida ampliamente su misión de instalar el refugio de Elhisa y sus compañeras, pensaba en regresar a Neghadá y aprovechaba la oportunidad.

Y antes de emprender el regreso, Bohindra dispuso que un grupo de los arqueros guardianes se instalase en la caverna dejada por Adamú y Evana, que tan buenas condiciones reunía para ser habitada, y evitar así que fuera tomada como albergue de piratas, según ocurría con casi todas las cavernas de la orilla del mar.

Y cuando todo estaba dispuesto, la caravana emprendió el regreso, buscando el camino de la pradera, o sea por la costa del gran río Éufrates, cuyas musicales corrientes tantas veces habían oído de lejos los niños, cuando el viento del Este les llevaba los rumores y los sonidos hasta el sereno arroyuelo por el cual paseaban en su barca.

Adamú y Evana, con Aldis y los dos pequeños, iban cómodamente instalados sobre el lomo de un elefante, cubiertos por uno de aquellos grandes doseles que se acostumbraban para estos casos. Bohindra, Senio y Tubal, se instalaron en otro cerca de ellos, para vigilarlos de cerca.

A la pequeña tropilla de renos, con Madina a la cabeza, no hubo forma de apartarle del elefante que conducía a los niños. Kaíno había tomado grande amor a la grulla y la llevaba consigo. Fue necesario que los Kobdas jóvenes dieran razón a Evana del sitio en que habían colocado a Ceres, a Isis y a Minerva, al Dios Cazador, al Dios Labrador y al Dios del Mar, para que ella se decidiera a viajar tranquila. El pequeñito Abel pasaba de brazo en brazo y era de ver el respeto y cuidado con que lo tomaban, pareciéndoles a veces, sobre todo a los más tímidos, que no estaban sus manos bastante puras para tocarle con ellas.

Era un niño de temperamento quieto y tranquilo. Demasiado tímido y esquivo, escondía la carita en el pecho de su madre cuando una persona extraña se le acercaba. Mas al poco rato de hablarle, extendía los bracitos hacia aquel que le invitaba con los suyos y permanecía a gusto mientras no oyera ningún grito o ruido demasiado fuerte, pues en tal caso, demostraba enseguida su inquietud y buscaba de huir hacia donde estaban sus íntimos.

Manifestaba gran alegría cuando Bohindra tocaba la lira cerca de él, y tan a lo vivo demostraba su placer, que acercaba su boquita a las cuerdas para besarlas, comprendiendo ya que el beso era una manifestación de cariño.

Y los jóvenes Kobdas, como los Ancianos, decían en lo interior de sí mismos sin atreverse a manifestarlo con palabras:

–No volveré a Neghadá sin llevar en mi frente los efluvios de un beso del Verbo de Dios.

Todos lo pensaron, pero ninguno lo dijo.

La sensibilidad de Bohindra percibió aquel pensamiento, y en una noche que descansaban junto a un bosque de cedros, al amor de la lumbre, les decía a todos en familiar conversación:

–Aprovechemos los días que aun nos quedan para estrechar relaciones con el pequeño Abel, en forma que al despedirnos, nos dé un beso de buena voluntad.

“Bien se sabe que un viaje, es circunstancia muy favorable para estrechar amistad –y así fue, como al llegar al lugar destinado para habitación de Adamú y Evana, todos aquellos seres que habían formado la numerosa caravana, se creían como miembros de una misma familia.

Adamú veía acercarse con pena el día en que debía separarse de sus amigos, los jóvenes Kobdas.

Él se sabía ya la historia de cada uno de ellos, y todos sabían y comentaban la tierna y conmovedora narración de aquel niño, a quien su extraño destino le había hecho vivir y crecer en la más completa soledad, y llegar a ser esposo y padre cuando aun no había salido de la adolescencia.

Evana encontró que la nueva casa era demasiado grande y no conociendo lo que eran los palacios, pensaba que era uno de ellos. Aquella cabaña era muy diferente de la que dejaba y en ella había mucho más trabajo del hombre que de la naturaleza misma.

Se conocía que era el resultado de grandes excavaciones en aquel terreno pedregoso hacia el sur, ya en los comienzos de la arenosa llanura de Cedmonea, mientras que al norte, al este y al oeste, se abrían grandes praderas y bosques frondosos de plátanos y cedros, de almendros y cerezos, de palmeras y terebintos. Los algodoneros y los cañaverales de azúcar crecían allí maravillosamente.

Eran las últimas ramificaciones montañosas del Antilíbano, pequeñas serranías cubiertas de vegetación; y la caverna que vamos a describir había sido dispuesta mediante demoliciones de trozos de montaña y amontonamiento rústico de enormes bloques de piedra, que la hacían semejar a una mezcla de caverna natural y de choza construida mediante cortes verticales en la montaña misma.

En una especie de plazoleta formada de rocas, de cedros y olivos gigantes, se abrían varias puertas que daban entrada a diversas habitaciones completamente irregulares y comunicadas unas con otras. Todas ellas estaban recubiertas por dentro de grandes planchas de madera, lo cual las hacía más abrigadas y limpias, dándoles el aspecto de habitaciones perfectas. Unos grandes estrados de madera que podían utilizarse como asientos y como camas, circundaban todas las habitaciones menos una, la más grande de todas, que era destinada a establo.

Aldis y Bohindra eran los que desempeñaban los oficios de instalar convenientemente a la pequeña familia para la cual todas las cosas habían cambiado. Sus tapices eran ahora mirados como algo muy superior, pues se les había explicado su significado y la verdad oculta en ellos. Fueron colocados en la habitación más apartada, o sea en la que los Kobdas habían utilizado para sus concentraciones espirituales. Era aquello una pequeña Mansión de la Sombra, con Numú pintado en la madera misma, con una tosca pilastra de agua y algunos velones de cera. Transmitieron a los niños su culto, sin ritual y sin fórmulas, nada más que la concentración del espíritu buscando a Dios, y aquella habitación sería pues, su lugar de oración.

Adamú y Evana se sentían como sumergidos en un atolondramiento, a causa de las variadas impresiones que venían recibiendo desde tanto tiempo. Felices de verse amados, sentían no obstante levantarse en ellos una amarga tristeza al pensar que todo aquello terminaría y que volverían a quedar completamente solos con su familia de renos como en todos sus primeros años.

Ambos se comunicaron sus pensamientos de incertidumbre y de amargura la primera noche que pasaron en la nueva habitación.

–Tu padre y el mío se marcharán llevándose a todos mis amigos –decía Adamú, con inmensa tristeza–, mi vida será en adelante pesada y amarga.

– ¿Cómo? ¿Y yo no te sirvo ya para nada? ¿No me dijiste una vez que te gustaba tanto haberme encontrado? –contestaba Evana con amargura.

–Sí..., Evana, sí, me sirves, y eres lo que más quiero sobre la tierra, pero, ¿qué quieres?, me gusta también mucho la compañía de todas estas gentes que han pasado con nosotros siete lunas y que ahora van a marcharse, dejándonos de nuevo abandonados a nosotros mismos.

–Tienes razón, y siempre me hago esta pregunta: ¿Por qué no nos llevarán hacia donde ellos viven? ¿No te parece, Adamú, que estaríamos muy bien en aquella hermosa casa que ellos tienen allá en su país?

– ¿Sabes una cosa Evana? De lo que he oído a mis amigos, he descubierto que tu padre es el que manda más en todos ellos, pues es como dicen, el rey de todos estos campos inmensos y de otros países que no conocemos tú y yo. Una multitud de gentes como las arenas de la orilla del mar, le obedecen.

– ¿De veras? –preguntaba Evana azorada–. Yo pensaba que el rey era aquel de cabellos blancos que llaman Tubal.

–Pero, ¿cómo es que mi padre es rey y no le vi mandar a ninguno? ¿Y si es rey por qué a nosotros nos deja solos aquí?

–Tú no entiendes ciertas cosas, Evana, pero yo sí, porque mis amigos me lo han explicado. ¡Si supieras qué historias tiene tu padre y también los otros! ¿No ves cómo todos le quieren?

Evana meditaba.

Por fin dijo a Adamú, como una persona que resuelve un grave problema.

–Puesto que mi padre es quien aquí manda, yo, que soy su hija debo tener el derecho de pedirle algo. ¿No te parece?

–Claro que sí.

–Bueno; pues, yo le voy a pedir que nos lleve junto con él, o que él y tu padre se queden con nosotros. ¿Acaso no deben estar los padres donde están los hijos? ¿Dejaríamos nosotros a nuestro Abel y a Kaíno solos aquí, y nos iríamos a un país lejano?

–Ciertamente que no.

–Bueno; ahora mismo voy a sus habitaciones para decir a mi padre que nos vamos con ellos.

–No, Evana, no –le dijo Adamú conteniéndola–. Espera a mañana y se lo dirás.

– ¿Y por qué no, ahora?

–Porque duermen, y tú no puedes entrar a las habitaciones donde duermen hombres.

– ¿Y por qué no puedo entrar? ¡Qué extraño te estás volviendo, Adamú!

–Mira, Evana, tú eres una mujer y no debes acercarte a donde ellos están. ¿No comprendes?

–Pero, ¿yo tengo veneno? ¿Los voy a morder, acaso? ¡Ay, Adamú, Adamú, qué palabra tan mala me has dicho!

Y Evana rompió a llorar desconsoladamente.

En la habitación inmediata dormían Aldis, Bohindra, Tubal y el viejecito Senio, que padecía de insomnio, y sintió los sollozos de la niña. Suponiendo que algo le pasaría al pequeño Abel, por cuanto su joven madre lloraba, se acercó suavemente a la puerta y escuchó que Adamú trataba de tranquilizarla sin conseguirlo. Su ancianidad parecía abrirle todas las puertas, y Senio, viendo aún la luz del velón, entró.

Evana trató de ocultar su dolor. Adamú explicó:

–Llora porque quería pasar a esa habitación para hablar a su padre, diciéndole que no quiere quedar aquí cuando os vayáis todos vosotros. Se ha mortificado porque le he dicho que ella no puede entrar allí.

–No es que no puedes entrar, hijita mía, sino que todos duermen y sería una alarma inútil. Mañana le hablas a tu padre y acaso él disponga algo que te deje contenta.

Y con gran ternura el viejecito tranquilizó a Evana, haciéndole comprender su grande y hermosa misión de madre del Verbo de Dios, y llevándola mediante largas explicaciones a la comprensión de todo lo que ella ignoraba.

Con la promesa de que Bohindra atendería sus peticiones, les dejó tranquilos hasta la mañana siguiente.

Era costumbre entre los Kobdas estar ya de pie a la salida del sol, no habiendo tenido trabajos espirituales en la noche, y así fue que al amanecer, Bohindra salió fuera de su habitación y sentado en una enorme piedra, especie de estrado que había en la plazoleta formada de robles y de olivos, empezó a tañer su lira tal como acostumbraba a hacerlo en Neghadá, para despertar a sus hermanos con el “Himno del Sol”, el “Himno del Mar”, “La canción del agua”, “El poema de las estrellas y la fuente”, “El cantar de los olivos”, etc; una serie de hermosos versos a las obras de Dios en la naturaleza.

Su ley decía: “Tañed con grande amor vuestra lira al amanecer para que las criaturas de Dios, sientan que le amáis desde el momento de vuestro despertar”.Y entre los Kobdas había también turnos para esto.

Las ondas de armonía exhaladas de la lira, a tono con las vibraciones

de amor del ejecutante, formaban desde el despertar, un aura serena, dulce y suave, que perduraba durante todo el día.

Apenas oyó Evana la música, corrió hacia donde estaba Bohindra y dejándose caer en el césped a sus pies, recostó la cabeza sobre sus rodillas y lloró silenciosamente.

El Kobda poeta y músico nada vio, nada sintió, absorbas todas sus facultades en emitir vibraciones formidables, en producir ondas y más ondas que parecían ir empapando de armonía el follaje de los altos cedros y de los robles corpulentos, las ramas lacias de los olivos, las palmeras rumorosas y las hojas resonantes del cañaveral de azúcar.

Cuando terminó su divina melodía, dejó la lira y acariciando la cabeza de Evana que dejaba correr libremente sus lágrimas, le dijo con indecible ternura:

–Sadia lloraba como tú cuando yo tocaba la lira. ¡Cómo te pareces a ella, hija mía!

– ¿Quién era Sadia? –preguntó rápidamente Evana, olvidando un tanto su tristeza.

–La madre de Joheván, o sea tu abuelita.

–Pero, es el caso que yo lloro, más que por la música, por vos, que me dais esa música.

– ¿Cómo por mí?

– ¡Porque os vais y me dejáis abandonada como si yo no fuera nada para vos! ¿No soy vuestra hija, acaso?

Bohindra sintió que su corazón se estremecía dolorosamente ante esta queja de la niña, reflejo lejano de aquella que tanto había amado.

–Mira, hija mía, –le dijo– cuando una mujer toma esposo y forma una familia como tú has formado la tuya, necesita de cierta independencia para mantenerse más unida y libre de influencias extrañas. Pero esto no quiere decir que os deje abandonada. Aun cuando yo no esté constantemente a tu lado, pensaré siempre en tu bienestar y felicidad. ¿Por qué piensas que os hemos traído aquí? Pues para teneros más cerca de nosotros y desde luego, más acompañados y protegidos.

–Pero si vos sois el rey de estos países, podéis llevarnos a vuestro palacio para que vivamos allí todos juntos. ¿Quién os obliga a apartarnos de vos?

–Yo no soy un rey, hija mía; yo soy un Kobda, frase que en nuestra lengua significa *“extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”*.

“Se aplicó esta frase hace muchos siglos a los que extraían los metales preciosos del seno de las montañas, y a los que extraían las perlas del fondo del mar.

“Y nuestros antiguos padres las aplicaron a nosotros, a esta agrupación

de hombres dedicados al estudio, que les hace adquirir conocimientos en el orden de las ciencias humanas, y dedicados al cultivo del espíritu, que les permite extraer los tesoros de belleza y de bondad que se encierran en todas las obras de Dios.

–Pero Adamú, dice que vos sois un rey de tantos y tantos pueblos como las arenas de las orillas del mar.

Bohindra hizo comprender a Evana la forma y modo cómo llegó a cargar con la grave responsabilidad de gobernar numerosos pueblos.

–Ya ves que un rey de numerosos pueblos, no puede traspasar lo que es su propia ley. Antes que rey soy un Kobda, y yo no puedo introducir una familia dentro de la casa que habito, porque la ley de esa casa no es la ley de una familia.

– ¿Y Adamú puede ser un Kobda como vos?

–Ahora no, pues debe estar a tu lado para cuidar de ti y de vuestro hijo, porque ese es su deber del momento.

– ¿Y yo no puedo ser Kobda como vos?

–Tú estás en el mismo caso de Adamú.

– ¿Y no os podéis quedar a vivir con nosotros? –volvió a preguntar Evana, sin perder la esperanza de conseguir algo.

–Os visitaré con frecuencia, pero mi deber me impide permanecer siempre aquí. Mas no creas que vayáis a quedar abandonados. Aquí quedará con vosotros Aldis, que también es vuestro padre, hasta que edifiquemos una Casa de Numú del otro lado de este bosque, y puedan venir acaso todos estos jóvenes Kobdas que tan amados son de Adamú. ¿No estás contenta ahora? –le preguntó.

–Todavía no –contestó con toda franqueza Evana.

– ¿Y por qué?

–Porque entonces no tendré a nadie, ni aún a Adamú. Los amigos para él y todo para él, ¿y yo?

– ¡Ah!... ¡Ahora comprendo! Pobrecita mía... Sientes la necesidad de otro cariño tierno y suave como el de una madre, por ejemplo, ¿verdad?

–Sí, sí. ¡Habéis adivinado! Estuve tanto tiempo en la soledad, que me lastima pensar en quedar otra vez sola.

–Y si yo hago venir aquí dos o tres madres que te amarán mucho, ¿estarás contenta?

–Si son buenas como vos, sí que me contentaré mucho.

–Entonces hemos conseguido ponernos de acuerdo. Te doy palabra de que permaneceré aquí contigo, hasta que vengan esas madres que tanto van a quererte.

Senio, el viejecito alcanzó a percibir estas palabras, pues llegaba en ese momento.

–Ya te decía yo, Evana, ya te decía yo, que tu padre te dejaría contenta –exclamaba el Anciano acercándose al hermoso grupo formado por Bohindra de tan bella y gallarda figura, y Evana sentada a sus pies, y tan semejante a él en sus largos bucles castaño claros y en sus ojos de color topacio.

–Y aquí viene Adamú, y habrá que contentarlo también –continuaba el viejecito con su habitual sonrisa de íntima felicidad.

–Adamú es un hombrecito razonable –decía Bohindra–, y se colocará en el justo medio. ¿Verdad que estás contento, Adamú?

–Si no os marcharais tan pronto me gustaría mucho más.

–Ya, ya –decía Senio–, alguna peticioncilla tendrá que salir a la luz. Adamú se sentó al lado de Evana y con los ojos la interrogaba.

–Veo que ya estás contenta –le dijo–. ¿Se quedarán?

–Algunos, sí, pero tus amigos se van para volver después.

–Tú no sabes lo que dices; no volverán, no.

Evana iba a protestar, que así se pusiera en duda su palabra, pero intervino Bohindra para explicar sus pensamientos.

–Para el próximo otoño quizá les tendréis aquí. En el kabil que hay detrás del bosque se está amontonando ya la piedra y la madera para edificar la nueva Casa de Numú; vosotros mismos podéis vigilar la construcción y cuando esté terminada, Adamú nos avisa y enseguida estamos todos aquí.

Veinte días más tarde y después de una velada de tierna familiaridad, en que los jóvenes Kobdas habían conseguido el beso de buena voluntad, como decía Bohindra, del pequeño Abel, al cual le dieron grande tarea obligándole a aprender todos sus nombres; se despertaron una mañana y en vez de la lira del Kobda poeta, resonaban las notas largas y agudas, quejumbrosas y trémulas de una ocarina que semejaba gorjeos de pájaros y silbos de codornices. Partía el sonido de la sala oratorio y Evana corrió hacia allá. Se encontró con dos mujeres, una de edad madura y otra joven todavía, que era la que tocaba en la ocarina aquella hermosa melodía. La mayor, en actitud de orar y la otra absorta en la música, hicieron que Evana se quedase quieta en la puerta sin atreverse a entrar.

Miró hacia el exterior y ya no vio ni los elefantes ni los camellos ni las tiendas. Bohindra y sus Kobdas se habían marchado antes del amanecer para evitar a los niños el dolor de la despedida, pero había cumplido su palabra, dejándole unas madres que la amarían mucho.

Cuando la melodía terminó, la de más edad dijo a Evana que las miraba con gran asombro:

–Hijita mía, Bohindra vuestro padre, nos ha traído aquí para que seamos vuestras madres, ¿nos aceptáis?

Tal amor hubo en estas sencillas palabras, que Evana, sin contestar abrazóse de aquella mujer y se echó a llorar con gran desconsuelo.

—Pronto volverá vuestro padre, hija mía, pronto volverá —repetía aquella mujer comprendiendo lo qué significaba el llorar de Evana. La mujer joven la abrazó también y Evana pronto se consoló sintiendo el amor que le prodigaban.

Eran dos mujeres Kobdas del refugio más cercano, pedidas por Bohindra para que instruyesen a Evana en los hábitos y costumbres propias de su sexo, a fin de prepararla para la vida en el seno de la humanidad. Habían llegado a la media noche; y al amanecer, la caravana de los Kobdas, con gran silencio, emprendió viaje de regreso a Neghadá.

—Es ardua tarea educar a una madre que es aun niña —les había dicho Bohindra a las Kobdas elegidas para compañía y maestras de Evana—; pero el amor os enseñará mejor que nadie lo que debéis hacer para despertar en ella grandes ideales y sobre todo, la conciencia de su deber en esta hora solemne y trascendental de su vida eterna.

Y otra vez el viejecito Senio quedó como guardián de aquellas corderas de Numú, encargadas de esbozar hermosas imágenes, en la mente de la joven madre del Verbo encarnado.

La mayor de ellas se llamaba Diba y tenía sobre su alma una dolorosa tragedia de amor, como esposa y como madre. Era circasiana de origen, de gran belleza física y de alma sencilla y buena. De modesta posición, había vivido feliz en sus primeros años de matrimonio, en el cual tuvo un hijo y una hija. Por sugerencias de una mala mujer cargada de riquezas, su esposo la había repudiado, envolviéndola en espantosas calumnias y fue verdadero prodigio que salvara su vida. Su hijo murió en defensa de su madre ultrajada, y murió a manos de su propio padre. La hija fue vendida como esclava a un príncipe extranjero que se la llevó al otro lado del Mar Eritreo del Norte, y los trabajos que hicieron los Kobdas para rescatarla, no tuvieron resultado favorable, porque ella tenía ya hijos de su señor y por amor a ellos, soportaba la esclavitud.

Diba fue la madre de aquella Iris, causa de la muerte de Antulio, el filósofo justo, muchos siglos atrás, y en unión de aquellos inicuos sacerdotes atlantes, indujo a su hija, por vanidad de madre, a realizar la engañosa sugestión amorosa que terminó con la copa de veneno. Y en la última encarnación del Verbo de Dios en la bella Nazareth de Palestina, estuvo colocada en la misma posición espiritual de Evana, a la cual fue enviada como madre de adopción. Fue, pues, muchísimos siglos después, María de Nazareth, madre de Jesús el apóstol de Galilea. Diba tenía diez y nueve años de Kobda y cincuenta y cuatro de edad.

La Kobda más joven tendría unos treinta y cinco años y sólo llevaba once entre las Hijas de Numú. Se llamaba Nubia y no conocía la lengua

atlante hablada por los niños. Esta mujer tuvo gran celebridad al correr de los siglos y de los milenios, y la encontramos por dos veces desempeñando papeles en que pone de manifiesto un valor y energía fuera de lo común en su sexo. Fue Judith, la mujer que salvó del ultraje y de la muerte a las doncellas y a los jóvenes de su pueblo, dando muerte a aquel Atila de la antigüedad llamado Holofernes. La misma que se llamó Juana de Arco y que murió quemada como hechicera por el solo delito de haber oído voces de seres invisibles que la impulsaron a evitar la invasión mortífera de los conquistadores de Francia. Esta mujer tenía también su historia de dolor. Era originaria de Armenia y había sido dada en matrimonio a un jefe o Chalit del país de Zoar (*Persia), comarca habitada entonces en su mayor parte por razas guerreras y de bajos instintos. Su culto era brutal y sanguinario, y los caudillos ofrecían votos a sus dioses en gratitud por las victorias obtenidas, sacrificando los seres humanos más inmediatos. Y el marido de Nubia quiso sacrificar a su dios a su primera y única hijita de tres años de edad, en razón de haber vuelto de una correría de asaltos hacia el lejano Altái con centenares de elefantes y camellos cargados de oro y ricas mercancías, y trayendo además varios miles de prisioneros para trabajar como esclavos en sus valiosas minas de oro y piedras preciosas. A tan rico botín correspondía un valioso don, y juzgó que su hermosa hijita era una primicia digna del bárbaro dios a quien adoraba.

Nubia escapó con su hijita en brazos y después de mil peripecias y contratiempos tropezó con Nolis y su hijo Erech que huían también.

Fueron recogidos todos juntos por la pequeña caravana de los Kobdas, que año tras año recorrían las comarcas más azotadas por los disturbios y las guerras para recoger las víctimas y conducir las a lugar seguro.

Su hija, muy jovencita aún, estaba entre las jóvenes Kobdas de Neghadá, en el período de prueba antes de tomar resolución definitiva.

Tales fueron las madres elegidas por Bohindra para la joven Evana.

Conocedor a fondo del corazón humano y de los estados psíquicos que se crean los seres según las condiciones de vida por que han pasado, comprendió que estas dos mujeres eran las indicadas para que aquella madre niña, encontrase el ambiente propicio a su desenvolvimiento intelectual, espiritual y moral.

Diba, Nubia y Evana llegaron a formar tres almas en una sola, tanto fue el amor recíproco que les unió. La tranquila y bondadosa serenidad de Diba era como una constante lluvia de paz y de suavidad sobre Evana; mientras que el temperamento vivaz, artístico y de iniciativa de Nubia, despertaba en ella los nobles anhelos y le proporcionaba constantemente impresiones buenas y bellas.

Diba creía haber encontrado en Evana su hija perdida y reconcentró

en ella gran parte del amor, mezclado de amargura, que había en su corazón para aquella hija a la cual no creía volver a abrazar jamás.

–Llámame madre para que la ilusión sea completa –le decía. Y la más joven le decía a su vez:

–Me gusta que me llames madre, para confundirte en el mismo amor de mi hija y que en vez de una, sean dos las que tenga en mi corazón.

Y Evana, con picaresca gracia decía, contestándoles:

–Entonces, madre grande y madre joven, para distinguirlas.

Por las noches hacían la concentración espiritual en conjunto en la sala oratorio, a la cual concurrían también Senio y Aldis que, durante el día, enseñaban y ayudaban a Adamú en las labores propias de él. El pequeño Kaíno, robusto y fuerte, demostraba ya su inclinación a la metalurgia, pues siempre se le veía dando golpes de pico en las piedras y golpes de maza sobre los fragmentos de metal que encontraba en el pequeño taller de la caverna. Mientras que el pequeño Abel dormía siempre, y las pocas horas que pasaba despierto, las empleaba en arrancar césped, en cortar florecillas y darlas de comer a los renitos pequeños, en arrojar agua con un pequeño recipiente a toda la distancia que le permitían sus pequeños brazos, causándole gran alegría cuando el agua chocaba con algún cuerpo duro y producía una explosión de chispas de cristal.

Aprovechaba esta feliz ocurrencia el viejecito Senio, que junto a Abel se volvió también niño y le decía a veces:

–Abramos aquí un río y echemos a navegar nuestras canoas.

Y con gran paciencia formaba un diminuto canal que llenaba de agua, echando a flotar en él pequeñas láminas de corteza con un cargamento de hojas secas o de menudas florecillas silvestres.

¡Cuánta paz, cuánta felicidad, cuánto amor, cuánta alegría envolvía a aquellas dos pobres vidas tan solitarias y tristes antes!

¡El Amor, el Eterno Amor, el mago divino, sembraba de flores el camino de sus escogidos y de sus mártires, como dulce compensación al sacrificio heroicamente pedido y heroicamente cumplido! Era el tiempo de la recolección de frutas, legumbres y cereales, y fue necesario traer del otro lado del bosque, hombres prácticos en hacerlo, pues eran campos demasiado grandes para realizar la cosecha tan sólo con el auxilio de los renos. Los Kobdas que habían habitado esa caverna, pensaron, no sólo en ellos, sino también en los labriegos y pastores viejos y enfermos de la comarca, y ayudados por los agricultores cercanos, habían cultivado una gran extensión de campo que llegaba hasta la orilla del Éufrates.

La forma de ayuda mutua establecida por los Kobdas era la siguiente: los pastores compartían la leche, manteca, quesos y lanas de sus ganados con los labriegos que les suministraban parte de sus cosechas de trigo, lino, maíz, legumbres y frutas en general. Tenían grandes tornos

y planchas de piedra para pisar las olivas y extraer el aceite, para pisar los cereales que luego se trasformaban en pan, y asimismo los utensilios necesarios para la fabricación del vino y las diversas aplicaciones que daban a las legumbres y frutas secas en general.

Diba y Nubia formaron una especie de taller de hilados y tejidos para utilizar la fibra vegetal y la lana de los animales, y ayudadas por las mujeres de los labriegos y pastores, realizaron hermosos trabajos de tejidos para proporcionarse las ropas y abrigo necesario.

Adamú y Evana caminaban día a día, entre nuevas y hermosas impresiones, en medio de aquella vida de trabajo, de paz y de fraternidad.

Bien puesto y con toda propiedad fue el nombre dado por la leyenda a esos primeros tiempos:

“El Paraíso de Adán y Eva”.

41

SIGUIENDO A LA CARAVANA

La travesía de Bohindra y sus compañeros les ocupó varias lunas, pues les fue necesario tomar diversas resoluciones mientras iban encontrándose con los Kabires de sus aliados, los caudillos Urbausinos, de Galaad y de Cedmonea.

–El Verbo de Dios ha bajado a la Tierra para salvar a la humanidad de su miserable estado de envilecimiento –decían los Kobdas por todas partes donde pasaban–. Está encarnado en esta parte de la tierra, pero se guarda en secreto el lugar de su nacimiento. Respetad, pues, a todas las mujeres y a todos los niños, porque puede ser que aquella mujer que lascivamente deseáis, sea la madre del Verbo, y que aquel niño que maltratáis o vendéis como esclavo, sea el Verbo mismo, cuya apariencia exterior en nada se diferencia de los demás.

Y fue debido a estos elevados conceptos morales vertidos por ellos en su travesía desde el país de Ethea hasta el Delta del Nilo, que surgió en ese tiempo una especie de amor reverente hacia las mujeres y los niños.

En mi concepto, casi podría afirmar ser éste el origen de la veneración a las pitonisas, pues a partir de este punto se ven en distintas civilizaciones prehistóricas, mujeres elevadas a sacerdotisas, en forma que su autoridad sobrepasa a la de los reyes o caudillos más poderosos de aquellos tiempos.

Cada rey o chalit de una región, quería tener en sus dominios a la madre del Verbo con su divino vástago, y apenas se tenía conocimiento de una mujer joven, bella y honesta que tenía un niño, se la recogía en un lugar resguardado y honorífico, porque, según ellos, había grandes

probabilidades de ser los personajes que tanto interés despertaban. Y surgieron una infinidad de presuntas madres del Verbo y un sinnúmero de niños divinizados por el fanatismo popular, con su largo cortejo de leyendas y de estupendos acontecimientos a los cuales daban mayor pábulo las mismas mujeres así engrandecidas y semiadoradas como divinidades.

¡Lastimosa y triste condición humana la de llegar al error hasta por el más llano y luminoso camino de la verdad!

Concedores de esto, los Kobdas, por la sabia enseñanza de sus mayores y por las crónicas milenarias que conservaban en el Archivo de las Edades, juzgaron prudente guardar el mayor sigilo acerca del secreto que sólo ellos poseían, pues el fanatismo, las ambiciones y los egoísmos humanos, entorpecerían el plan de las Inteligencias Superiores respecto a la forma de desenvolver en el plano físico, las actividades del Gran Misionero.

Los unos lo juzgarían un peligro para su estabilidad como soberanos de determinados países, los otros se disputarían por egoísmo el derecho de tenerlo en sus dominios y no faltaría quien lo tomase como un mago cualquiera, apto para ayudarle a sojuzgar vastos países con encantamientos y sortilegios.

La imaginación oriental tejía leyendas y más leyendas, y muchas mujeres deseosas de ser colocadas en un lugar prominente y rodeado de consideraciones, alimentaron la fantasía de aquellos pueblos supersticiosos y sencillos, inventando sucesos extraordinarios, que acaso no tenían por base sino el curso natural y lógico de los acontecimientos.

Un trigal, cuya abundancia de espigas excedía a lo común, ya porque la semilla fuera de mejor calidad, ya porque la tierra era más propicia y mejor cultivada, indicaba de seguro que por allí cerca estaba el Verbo de Dios encarnado, y era necesario señalarlo en el primer niño hermoso, cuya madre joven y bella daba muestras de ser una mujer buena y honesta. Y desde ese momento aquella mujer y aquel niño perdían su libertad y su tranquilidad, pues eran espiados e interrogados, en busca de lo maravilloso que pensaban y deseaban encontrar.

Y surgieron a raudales los escribientes o grabadores en cortezas, en papiros, en placas de piedra o de cera o de tierra preparada expofeso. Se averiguaban los sueños de aquellas mujeres privilegiadas, y los sueños eran interpretados al paladar de quien forjaba la leyenda.

Así fue creado el símbolo de la serpiente que hablaba a la mujer, de la manzana causa del gran pecado, de la mujer sacada de la costilla del hombre y un sinnúmero de fábulas y leyendas que nada tienen de verdadero ni siquiera de racional.

Muchos de estos grabados se conservaron por largos siglos y muchas copias de ellos circularon entre las tiendas de aquellos primitivos

patriarcas, y fueron dando origen a las creencias erróneas que aún en los tiempos actuales, forman la base algunos cultos que se tienen por lo más elevado y sano de la ideología religiosa.

Bendigo a Dios que en mi última vida terrestre me dotó de cierta claridad, que me llevó a desenterrar de entre las ruinas del pasado, y de entre el polvo de las supersticiones más groseras y de los más exagerados fanatismos, un reflejo siquiera de la verdad. Y lo que la materia y el ambiente en que actué me impidieron realizar con la lucidez y perfección que fuera de desear, busco de completarlo y terminarlo desde el plano espiritual en que me encuentro desde hace cuarenta años, empleados todos ellos en leer desde el más remoto pasado en ese libro imborrable, que no puede ser adulterado ni falseado, ni tergiversado por los hombres: El gran libro de páginas vivas, grabado por la Luz Eterna en un plano de insondable infinito, en el cual quedan irremisiblemente impresos los acontecimientos relacionados con cada chispa divina emanada del Alma Madre del Universo.

Y mientras innumerables mujeres y niños divinizados eran elevados a la categoría de semidioses, y colocados bajo doseles de púrpura, en suntuosas tiendas o santuarios o tronos, el verdadero Verbo de Dios, sentado en el césped a la sombra de los robles y de los olivos de su caverna, jugaba alegremente, echando a flotar sus canoas de corteza cargadas de granos de lentejas o de trigo por las aguas inmóviles de su río artificial, abierto por la amorosa ternura de un Anciano Kobda, entre las piedrecillas musgosas de las más apartadas y fértiles colinas del Antilíbano.

Y Adamú y Evana, los auténticos progenitores del Verbo de Dios, pasaban sus días el uno en la labranza y la otra en las faenas domésticas, entregándose ambos en horas determinadas, al cultivo de su propio espíritu, mediante la enseñanza elevada y pura de la verdad, sin fórmulas y sin ritos, sin misterios y sin dogmas, tal y como es, en toda su esplendorosa belleza a la luz de la razón y de la ciencia.

¡Pobre y ciega humanidad, dispuesta siempre a tomar el sendero tortuoso, cuando ante ella se abre llano y sencillo el camino verdadero!

Estos cuarenta años de estudio en el plano suprafísico, me han llevado a la plena convicción de que sólo el cultivo espiritual, mediante el dominio de las bajas pasiones del ser, es lo único que dará al hombre de esta tierra la llave del templo de oro de la Sabiduría y de la Felicidad, con que sueña desde el despertar de la razón en él.

* * *

Cuando la caravana de los Kobdas hizo la última parada antes de llegar a Zoan, o sea en pleno desierto, murió uno de sus camellos. Habían

levantado sus tiendas para pasar la noche en la parte donde el desierto se une con el mar.

Los Kobdas jóvenes se empeñaron en abrir una fosa en la arena para sepultar aquel noble animal, que a su juicio merecía ese honor, toda vez que había cooperado en trasladar a la venerada y querida familia a su nueva morada.

Un montículo de blanda y movediza arena en la orilla misma del mar, les ofrecía las mayores facilidades para su objeto, y cuando abrían la fosa, encontraron un cuerpo duro en el que chocaban los instrumentos de excavación, los mismos que usaban para plantar en tierra los soportes de sus tiendas. Aquel cuerpo resultó ser una fuerte caja de cuero, sepultada en la arena quién sabe desde qué tiempo. Los unos esperaban encontrar en ella un tesoro escondido por piratas, los otros se figuraban descubrir una momia o restos humanos, arrojados allí para ocultar un crimen.

Cuando la caja fue abierta, se encontró que todos se habían equivocado en sus presentimientos, y lo que había era una cantidad de tubos de cobre con incrustaciones de plata, los cuales encerraban rollos de papiro y de tela encerada con largas inscripciones, en lenguas extrañas algunos, y en lengua otlanesa o atlante otros.

Tubal y Bohindra comenzaron a examinar aquellos grabados.

–Este hallazgo significa para nosotros algo más que un tesoro y que una momia –decía Tubal a los jóvenes Kobdas, que curiosos, indagaban lo que aquello podía significar.

Bohindra pudo leer lo escrito en lengua otlanesa, puesto que era de origen atlante y del país de Otlana.

–Esta caja con estos tubos los ha arrojado al mar hace ocho años la madre de Adamú, Milcha, pues ella lo escribe aquí:

“La voz sin ruido de Gaudes, el dueño de esta caverna y de esta familia de renos, me aconsejó arrojar al mar estas escrituras en un día en que soplara un fuerte viento del norte. Entrego, pues, a las olas del mar, la historia de dos mujeres atlantes abandonadas de los hombres, pero protegidas y amparadas por Dios. Milcha, esclava favorita de la princesa Sophía de Otlana”.

“Y aquí aparecen –continuó diciendo Bohindra– las memorias de la princesa Sophía, por las cuales sabremos todo lo que no hemos podido saber por los niños que casi nada recuerdan de su primera infancia.

– ¡Qué hermosa casualidad! –exclamó uno de los jóvenes Kobdas.

– ¿Cómo casualidad? –preguntó Tubal–. Gaudes es uno de nuestros hermanos desencarnados, que fue Kobda cuatro veces, y que aconsejó a Milcha arrojar esta caja al mar en un día de fuerte viento norte, para que llegase a nuestra costa del país de Ahuar. Ha tardado ocho años en

el viaje, pero ha llegado. Esto es sencillamente el resultado del trabajo de un ser consciente de lo que hace.

–Entonces, este camello fue heroico y noble hasta para morir, pues si no hubiera sido por este incidente no se descubre la caja –observó el jovencito Agnis.

–Nuestra Ley –dijo Bohindra– tiene grabado este consejo:

“Para conservar la serenidad de tu espíritu, piensa siempre que los acontecimientos más adversos, responden al pensamiento divino y en bien de los siervos del Altísimo”.

“Suri –dijo llamando a este joven Kobda que comentaba el suceso juntamente con los otros–. Os lamentabais hace poco de la muerte de este camello que ha sido vuestro conductor en la travesía. ¿Qué os parece ahora?

–Repito la palabra de Agnis, que este camello ha sido heroico y noble hasta en su muerte. No obstante me lastima mucho el haberle perdido porque él me comprendía y me buscaba como un amigo a otro amigo.

–Entonces es justo que correspondas a ese afecto, tomando para ti la tarea que realizarás durante muchos siglos, de guiar la evolución de ese ser.

El giro de la conversación atrajo a varios de los jóvenes Kobdas en torno de Bohindra y Suri sentados en la arena.

–Y, ¿cómo puedo realizar un trabajo semejante? ¿Dónde lo buscaré ahora? –preguntó el joven Kobda, no sabiendo si tomar en serio o en broma la evolución del camello.

–Esto nos da oportunidad para realizar un hermoso trabajo que os sirva de lección y de enseñanza íntima para cada uno de vosotros.

Y Bohindra pidió a Tubal que colocara sus jóvenes Kobdas en forma de construir una bóveda psíquica, para ayudar a un ser inferior a desprenderse de su materia. Colocaron junto al cadáver del animal, a Suri, con el saco de maíz y el cántaro de agua tal como solía hacerlo cuando daba de comer a su camello. Bohindra y varios jóvenes, que bajo su dirección tocaban diversos instrumentos, comenzaron a preludear como el comienzo de una tempestad. Eran los silbidos del viento desgajando árboles en la selva; era el rumor de la hojarasca seca arrastrada por el huracán; era el fragor del trueno y el estallido formidable del rayo estremeciendo la tierra.

Mientras tanto, los Kobdas, silenciosos, trabajaban con el pensamiento para despertar el espíritu inferior encadenado aún en su materia. De pronto Tubal y otros videntes percibieron el doble etéreo de la bestia levantarse del sitio mismo en que yacía su cadáver y asustado por el fragor de la tempestad simulada, buscó amparo en Suri que fue lo primero que percibió, y cuando éste, a indicación de Tubal, caminó alejándose

del cuerpo muerto, el doble etéreo le siguió tratando de sumergir su hocico en el cántaro del agua. La tempestad ficticia fue calmándose lentamente a medida que Suri caminaba, seguido siempre del cuerpo astral del camello.

El cambio de la onda de armonía se puso por fin a tono de los que formaban la cadena fluidica, y entonces Suri y todos los demás pudieron percibirlo claramente, y al sentirse acariciar por su amo se obró el desprendimiento completo de la materia, que fue rápidamente sepultada en el mismo hueco de donde extrajeron el arca con los tubos de cobre.

La música continuó resonando suave y profunda como marcando el paso de una caravana en el desierto y el cuerpo astral de la bestia caminaba junto a Suri, llevando el mismo ritmo que la melodía de Bohindra.

El sol se escondía en un lecho de topacios y rubíes, envolviendo en sus últimos y dorados reflejos aquella porción de Kobdas silenciosos, sentados en rueda sobre la arena, mientras los instrumentos músicos, al unísono con las rumorosas olas del mar, ejecutaban la imponente “Marcha de las Caravanas”, compuesta por Bohindra la primera noche que acamparon en el desierto, diez lunas antes al partir de Zoan para el país de Ethea.

Y el cuerpo astral del camello caminaba al compás de la marcha, siguiendo a Suri que daba vueltas en torno a la cadena formada por los Kobdas. Cuando la música terminó, desapareció el doble etéreo del camello, y Bohindra dijo a Suri y a sus compañeros asombrados de lo que habían visto.

–El trabajo está ya hecho, y ese ser inferior nos deberá este adelanto en su evolución futura, y sobre todo a Suri, si él toma con decisión la tarea de ayudarle a pasar a la especie humana.

–Y, ¿qué debo hacer para ello? –preguntó el aludido.

–Sencillamente, ofrecerte como auxiliar a las Inteligencias encargadas de la preparación de los cuerpos para las almas próximas a encarnar, y que ellas tomen de ti todo lo que necesiten para realizar lo dicho en lo que a este ser se refiere.

–Y, ¿cuánto tiempo tardará en tomar materia humana este ser inferior? –preguntó uno de los jóvenes.

–Eso no puede calcularse con precisión –respondió Tubal–, pues depende de muchas circunstancias.

–De una cosa podéis estar seguros, y es de que ese ser seguirá a Suri, ya en una especie inferior, ya en la humana, durante siglos y siglos –dijo Bohindra, a quien entusiasmaba en sumo grado el significado del nombre de *Kobda*: “*Extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas*”.

Acababan de extraer de la inerte materia muerta, la parte noble y buena que había en ella, la chispa viva de una inteligencia embrionaria y semiinconsciente aún, para levantarla un escalón más en la eterna ascensión marcada por la Ley Universal.

Un siglo después, aquella inteligencia embrionaria formó conjunción con un cerebro humano y encarnó en una tienda de beduinos, al otro lado de ese mismo desierto, y cuando ya en edad viril fue tomado prisionero con toda su cabila, por guerreros zoharitas, fue comprado como esclavo por Suri, que entonces era un rico minero de las montañas de Pamir, con el nombre de Mud-Hajá. Y su esclavo le salvó la vida, cuando uno de sus jornaleros intentó asesinarle a traición para adueñarse de los valiosos filones de oro descubiertos por Mud-Hajá. Y en muchas de sus existencias terrestres se han encontrado unidos, a veces con lazos íntimos, en que la impetuosa vehemencia del uno ha encontrado un justo contrapeso y equilibrio en la calma pacífica del otro.

Tal es en el majestuoso desfile de los siglos, el camino que recorren las almas como chispas errantes, como llamaradas de fuego lanzadas en el infinito, que corren y vuelan y suben más lentas o más veloces, hasta llegar en los esplendores de su evolución, a confundirse con la ingente llama viva de la claridad eterna de Dios.

42

LOS TUBOS DE COBRE

Tubal y Bohindra supieron apreciar en todo su valor el tesoro encerrado entre los tubos de cobre, que ocho años antes arrojara Milcha a la corriente del mar.

En aquellas inscripciones estaban encerrados los comprobantes de las viejas memorias dictadas por las almas errantes a los Kobdas de los primeros siglos.

Las manifestaciones psíquicas referentes al pasado les habían revelado la historia de la humanidad de cuarenta mil años atrás; pero en estas inscripciones tenían la prueba material de los hechos con datos precisos y referencias exactas.

Llegaron, pues, a Zoan, y deteniéndose allí lo bastante para que Bohindra se entrevistase con el Audumbla y el Consejo, dejaron allí la caravana de bestias que les habían conducido y llegaron por mar hasta Neghadá.

La llegada de un vencedor no es festejada con mayores demostraciones de júbilo que lo fue el regreso de los Kobdas, que habían visitado en la cuna al Verbo de Dios.

Las preguntas eran interminables y las respuestas, referencias y relatos, minuciosas y detalladas, para que los cuadros esbozados tuvieran toda la belleza de la realidad.

El encuentro providencial de los tubos de cobre, fue otro motivo de inmensa satisfacción, sobre todo para los guardianes del Archivo de las Edades: Zahín, Neri y Obed, que pasaban los días ordenando rollo tras rollo, grabado tras grabado, en forma que no pudieran introducirse errores ni interpolaciones, ni tergiversaciones de ninguna especie.

Fue designado un consejo de cuarenta Kobdas de los más versados en las antiguas lenguas conocidas entonces, para que estudiaran aquellos grabados que, por lo que Bohindra y Tubal pudieron descifrar, contenían datos de veinticinco mil años atrás.

De este Consejo, formaban parte: el Pharahome Sisedón, los tres guardianes del Archivo, Bohindra y Tubal.

Lo primero que trataron de poner en claro fue la procedencia de aquel tesoro, que no era del Santuario de Gerar, como los tapices que Bohindra había visto en la caverna de Adamú y Evana, pues los grabados no eran las lenguas habladas en ese país. Recién después de seis lunas de pacientes estudios y revisiones, vinieron a descubrir que en las regiones de la costa noroeste y lejana del Mar Grande y en la falda de la cadena Pirenaica, había existido una agrupación de solitarios mucho más antiguos que los de Neghadá, puesto que tenían otras formas de expresión y de lenguaje que el que sus padres fundadores les habían dado, y vinieron a este descubrimiento por la repetición de ciertos símbolos, como la antorcha, la estrella de cinco puntas y el signo crucífero, grabados de muy diversas maneras, y aún el cordero de la paz, ya entre los brazos de un niño, ya acostado sobre un rollo escrito, ya bebiendo en una fuente, o siguiendo a un joven pastor.

Aquellos grabados hablaban de la “Gran Ley de los Santos Reyes Anfión y Odina” del país de Orozuma, con sus diez ciudades magníficas, gobernadas por diez príncipes, amigos fieles de los Santos Reyes, y en cada una de las cuales había existido un Aula pública para explicar a los pueblos esa Ley. Que el lema de aquella Aula era justamente el significado de la palabra Kobda o sea: “Del fondo de todas las cosas extrae lo más hermoso que hay en ellas”.

Descubrieron asimismo que a los fundadores y maestros de aquellas Aulas, les había sido oportunamente anunciado que las aguas cubrirían ese país a causa de conjunciones astrales relacionadas con la Tierra, y que todos ellos, de común acuerdo, y siguiendo las instrucciones recibidas, iban a diseminarse a llevar la “Gran Ley de los Santos Reyes” hacia las partes del planeta que estaban libres del cataclismo. Los unos se trasladaban a la parte que quedaba a salvo del mismo Continente Atlante, los

otros se dirigían al oeste, a un hermoso país de inexploradas selvas y de grandes montañas ricas en minas de oro y plata, donde podrían levantarse pueblos prósperos y felices. La tercera fracción se dirigía a la costa del Mar Grande, entre la Iberia y la Galia (*España y Francia), en las montañas pirenaicas, en cuyas cavernas se refugiarían hasta conseguir establecerse debidamente. Los que permanecieron en el Este de Atlántida hasta su último y definitivo sumergimiento, fueron los que recibieron la enseñanza de Antulio, ese nuevo reflejo del Amor Eterno hacia la humanidad, los mismos que huyendo de la catástrofe final fueron a establecerse en las mesetas montañosas del Ática. Los otros, los portadores de la “Gran Ley de los Santos Reyes”, varios milenios antes la habían llevado hacia aquellas selvas y montañas inexploradas: Perú, Centro América y México de la actualidad; y hacia la costa del Mar Grande, entre las montañas también inexploradas de los Pirineos europeos, entre cuyos cerros gigantescos, eternamente cubiertos de nieve, habían levantado su santuario consagrado a la verdad, llevando todos el mismo lema: “Extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”; y el mismo símbolo: el cordero dormido sobre una cruz, o sobre un rollo o placa escrita, o entre los brazos de un niño, o siguiendo a un joven pastor.

–He aquí –dijo por fin Sisedón– que nosotros nos creíamos los únicos Kobdas y acabamos de descubrir que no somos más que una ramificación del vastísimo y viejo plantel sembrado por el Verbo de Dios, desde sus más lejanas y remotas visitas de encarnado a la humanidad. Mirad este grabado en nuestra propia lengua y con nuestros lemas y símbolos, en que el autor, un Kobda salido de esta misma casa en la misión de costumbre, a comprar esclavos, declara haber estado en esas cavernas de los Pirineos donde ha descubierto ocultos en cofres de piedra estos escritos. Esta firma *Naggai*, pertenece a nuestro Kobda que salió de aquí cuando yo estaba en el período de prueba hace treinta y siete años, y que jamás volvió. Supimos por manifestación de su propio espíritu que se había librado de su materia y que algún día recibiríamos su mensaje final. Acaba pues de cumplirnos su palabra y darnos de la manera más clara el enlace de nuestra magna historia, toda vez que ahora podemos comprobar que nuestra institución no data solamente de mil doscientos años atrás, sino que nuestros orígenes como poseedores de la Gran Ley, viene desde la viejísima Lemuria, donde el Verbo de Dios estuvo encarnado con el nombre de Numú y fue pastor de ganados hace veinticinco mil años más o menos.

Los cuarenta Kobdas llenaban rollos y más rollos con las traducciones que, figura por figura, signo por signo, iban descifrando, cada cual por las lenguas que dominaba hasta llegar a la hermosa conclusión que tenían a la vista.

Por los datos que Bohindra había recogido, analizando todas las cosas que de los piratas cretenses se conservaban en poder de Adamú y Evana, pudieron descubrir que estos tubos de cobre, encontrados en una caverna de los Pirineos por el Kobda Naggai, habían sido llevados al santuario de Gerar por algunos navegantes que acaso encontraron al Kobda muerto, o que tuvieron trato con él, pues se desprendía esto claramente de una inscripción en lengua musuriana o del país de Musur (*después Galaad), que decía: “Un moribundo solitario en las cavernas del otro lado del Mar Grande, me entregó con juramento de conservar en lugar sagrado estas escrituras y las que están hechas en láminas de madera y cuernos de rengífero. Abidán, navegante del Mar Grande, mercader de Gerar”.

– ¡Qué poco sabemos los hombres de hoy del lejano pasado –exclamó Tubal–, creíamos estar en poder de la única civilización después de desaparecida Atlántida, y de estos pocos grabados resulta la evidencia que en toda la cadena pirenaica y en otro lejano continente de selvas y montañas inexploradas, hubo viejas y grandiosas civilizaciones donde los seguidores del Verbo de Dios encarnado sembraron la Gran Ley, como nosotros la sembramos ahora!

–Paso a la majestad de la Ley de la evolución humana –decía a su vez Obed, entusiasmado al ver que en el Archivo de las Edades no había engaños ni fabulosas leyendas, sino historias reales de siglos vividos y sufridos por porciones de humanidad; que florecieron en comarcas entonces desiertas y sumidas en un silencio de muerte.

¡Paso a la majestad de la Ley de la evolución humana, digo yo también que dicto estas páginas, mientras voy contemplando con la indecible satisfacción del que resuelve viejas dudas y cavilaciones, al leer en el gran libro de la Luz Eterna, la historia milenaria de la Divina Sabiduría abriéndose paso entre las tinieblas de la ignorancia de los hombres!

Y, ¡qué bella y magnífica recompensa para el espíritu enamorado de la Verdad, el poder reflejar una chispa de su luz sobre el oscuro y desconocido pasado, encima del cual se amontonaron tantos castillos de naipes que no resisten al sople del más ligero análisis!

Se me tachará de destructor, como de sacrílego e impío me calificaron los dogmáticos de mi siglo ante mis afirmaciones comprobadas por la evidencia. Me llamarán demoleedor de la fe los que aceptan la Biblia sin tratar de profundizar en el oculto sentido de sus hermosos poemas sibilinos y apocalípticos. Mas yo pregunto: ¿De qué le sirve a la humanidad una fe reñida con la razón y el buen sentido? ¿De qué le sirve un edificio doctrinario levantado sin cimientos y sin base, que al correr de los siglos se desmorona ante la evidencia de los hechos y de los descubrimientos realizados por las ciencias paleontológicas?

La falta de comprensión del oculto sentido de los poemas bíblicos de carácter profético, fue causa de que la humanidad actual desconociera casi por completo la vida de Jesús de Nazareth, debido a que los biógrafos del Cristo creyeron de suma importancia, para demostrar su filiación divina, conformar su narración con las antiguas profecías, siendo así que éstas aludían en muchas de sus partes a un remoto pasado, que les fuera manifestado en los esplendores del éxtasis a aquellos profetas de grandes facultades psíquicas y de una iluminación interior poco común.

Dos ejemplos bastan y sobran para dar una idea de cómo se han producido estos errores: El nacimiento del Verbo de Dios en una caverna que era a la vez establo de bestias y que lo trae el evangelio de Lucas, tomándolo sin duda de los cantos sibilinos, es una realidad, pero no en la personalidad de Jesús de Nazareth, sino en la de Abel, hijo de Adamú y Evana.

“Y llamé a mi hijo desde Egipto para que caminara al frente de mi pueblo”. Cantó el Profeta, y los biógrafos cristianos interpretaron, a igual del nacimiento del Verbo de Dios, que hubo un viaje a Egipto a poco de haber nacido Jesús, viaje que no existió en realidad porque esa visión del Profeta, alude seguramente al Verbo de Dios en la personalidad de Moisés, cuya vida está aún más desfigurada que lo está la del Apóstol Nazareno, hasta el punto que el Moisés conocido por la humanidad moderna, sólo es una sombra del Moisés verdadero.

43

REMOVIENDO EL PASADO

Los cuarenta Kobdas que habían hecho tan grandiosos descubrimientos, llegaron a la conclusión de que tenían que reformar la historia de su vieja Institución, pues los Kobdas venían desde la lejana y remotísima Lemuria, de una raza de hombres de pequeña estatura, pero inteligentes y fortísimos para la industria minera, como podía verse por los grabados que el Kobda Naggai había copiado de las piedras mismas de las cavernas pirenaicas y las cuales daban motivo a un estudio y a un análisis complicado y larguísimo. Según este estudio, resultaba que Lemuria había sido una especie de archipiélago de grandes islas que habían ido desapareciendo unas después de otras con intervalos de siglos. Acaso en milenios más remotos aún, fue un solo continente del cual fueron desapareciendo los valles y las llanuras primero, quedando como islas las altas mesetas de las montañas. Los habitantes debían haber huido hacia el sur de Asia, y refugiándose en las altas montañas del Himalaya, porque de algunas inscripciones y grabados copiados por el Kobda Naggai de las cavernas

de los Pirineos, y aún de los mismos grabados encontrados en los tubos, se podía deducir el camino que siguieron, siempre buscando las más altas cordilleras, acaso por el temor de nuevas inundaciones.

La designación del Dios que adoraban, del Maestro a quien seguían y de la ley que observaban, variaba según las lenguas, pero en el fondo era una misma cosa, y analizaran por un lado o por otro, siempre aparecía un cordero y una estrella de cinco puntas con el signo crucífero, un cordero y un joven pastor, y la frase muchas veces milenaria: “Extraer del fondo de todas las cosas, lo más hermoso que hay en ellas”.

–A nosotros nos fue enseñado llamar Alma Madre o Altísimo, a la Eterna Energía que da vida a todas las cosas –decía Sisedón– pero a nuestros hermanos emigrados de Lemuria, parece que les enseñaron a llamarlo Fuego Eterno, Llama Viva, y de ahí viene que en las regiones del Altái (*Himalaya), se llamaron Flámenes, como nosotros Kobdas, puesto que las dos palabras significan lo mismo en las diversas lenguas en que se pronuncian.

–A la verdad –decía Bohindra– esta palabra Flamen está a cada paso repetida y antepuesta a los nombres, siendo uno de sus más claros significados en la lengua que hablaban, este: fuego interior, luz que arde en llamaradas, esto en las tres primeras letras F-L-A, pues que se ve hacían gran economía de escritura, mucho más que nosotros y en cada signo dejaban plasmada una idea.

–Y yo he descubierto –decía Obed–, que en la palabra “Flamen” está encerrado nuestro mismo lema pero expresado en otra forma. Nosotros tenemos “Extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”. Y los Flámenes parece que decían: “Con tu fuego interior, o con tu luz interior purifica y hermosea todas las cosas”, que al fin y al cabo viene a ser lo mismo expresado en frases invertidas.

–En nuestro Archivo de las Edades –observó Neri–, hay relatos de algunas encarnaciones pasadas en distintas comarcas de las faldas del Himalaya. Y en esta oportunidad he revisado esas memorias o mensajes del mundo invisible y está repetida varias veces la palabra Flama, en el sentido de miembro de una institución dedicada al estudio y al desarrollo de las facultades mentales. Y dice así: “Éramos doscientos ochenta Flamas, repartidos en veintisiete cavernas a lo largo de la Gran Montaña, como llaman a esa cordillera. Las montañas nos brindaban sus ocultas riquezas de las cuales nuestro fuego interior extraía paz y sabiduría, para los moradores de los valles y de las costas del Río de los Dioses (*El Ganges).

“¿No parece aquí notarse que esos Flamas eran los mismos Flámenes cuyo nombre había sufrido una contracción?

–Pues yo traigo otro dato al respecto –dijo Zahín–, y éste se refiere

a dos siglos atrás, y en esas mismas comarcas, pero en vez de Flámenes o Flama, se denominan Lamas y son también consagrados al estudio y al desarrollo mental.

* * *

De esta conversación entre los cuarenta Kobdas; el lector puede deducir que de aquellos antiguos Flámenes surgieron al correr de los siglos y de los milenios, los célebres y místicos Vedas, que encierran la profunda filosofía del antiguo oriente y que los continuadores de aquellos Flámenes después Flama, son los Lamas que, muy transformados de sus orígenes como los Kobdas actuales de sus fundadores, aún se conservaron para preparar el campo a Krishna, el Gran Príncipe de la Paz, y más tarde, al dulce, al incomparable Buda, que para unos es Siddhartha y para otros Gautama o Sakya-Muni Amida, al que le fueron como atadas las manos para que no desatara con ellas las cadenas de los amarrados en las cavernas, en las barcas y carros de los poderosos, para que no curase las llagas de los apestados y de los leprosos, para que no repartiera con ellas el pan a los esclavos hambrientos, pues que todas esas obras de las manos de Buda eran delictuosas por ser hechas a los miserables iguales a las bestias.

Porque así degeneran las doctrinas más sublimes y elevadas al bajar hasta el corazón de los hombres ignorantes, fanáticos y egoístas. ¿No degeneró también la Ley de Abel, la de Moisés y la de Cristo?

¿Qué rastro hemos encontrado en las dinastías de los Faraones, de los Kobdas soberanos de los valles del Nilo? ¿Qué rastros hemos encontrado de Moisés en los libros que a él se le atribuyen, sobre todo en su famosa ley donde salta a flor de agua la venganza, la crueldad más refinada y la pena de muerte a cada paso y por fútiles causas? ¿Qué vestigio había del dulce ruiñeñor de Galilea en los dictámenes de la Inquisición, resumen de las más execrables historias de crímenes y de sangre que registra la historia? Y conste que los Jueces de Israel invocaban el nombre de Moisés mientras hacían saltar a pedradas los ojos y los sesos de sus víctimas, como los miembros del Santo Oficio de la Inquisición, levantaban en alto la imagen de Cristo crucificado cuando las víctimas se retorcían de dolor entre las llamas de la hoguera, o descoyuntadas entre los garfios del potro del tormento.

¡Oh, humanidad, humanidad!, digo con el dulce Rabí de Nazareth, “que matas a los profetas y apedreas a los que te fueron enviados para darte la luz y la vida”. ¡Un día llegará en que pedirás luz y te tragarán las tinieblas hasta que hayas hecho florecer en ti misma la sangre inocente que has derramado!

Los Kobdas continuaron sus investigaciones a través de las inscripciones y de los grabados confrontados con los relatos que conservaban en el Archivo de las Edades, hasta llegar a la conclusión de que aquella emigración de los Flámenes había caminado desde las lejanas islas lemures y a través de las cordilleras del Himalaya, de las montañas de Zoar y del Cáucaso, hasta el Ponto Euxino desde donde había continuado por las ásperas serranías de la costa norte del Mar Grande, formidable pasaje, señalado por los grabados de las cavernas junto a las cuales se encontraban sepulcros, y en los sepulcros restos y vestigios de su gran arte, el de pulir y tallar piedras de toda especie y combinarlas en finos trabajos con el cobre, la plata y el oro. Y no sólo los Kobdas de la prehistoria, sino nosotros, los hombres del siglo de las luces, podemos encontrar el rastro de esa lejana y grandiosa inmigración, que pasó dejando imborrables vestigios en el itinerario que acabo de señalar y que puede comprobar cualquiera que haya seguido los grandes trabajos de investigación de la ciencia paleontológica durante el último siglo.

Los Lamas del Tíbet actual, los monjes de la región de Cachemira en Punjab, los cultores del Avesta en las montañas del norte de Persia, los anacoretas del Cáucaso, los cultos religiosos y las costumbres de los costaneros del Ponto, de las montañas de Tracia, de la impenetrable Selva Negra y de las cumbres pirenaicas, reflejan, quien más quien menos, los rastros de aquella raza, de aquella lengua y de aquellos cultos profundamente adheridos a la naturaleza en sus múltiples fases y modalidades.

Comprendo que acaso me he hecho harto pesado en esta digresión acerca de asuntos demasiado áridos para los que no están habituados a ellos; pero conste que quiero completar con esto los estudios que comencé hace medio siglo, para que todos aquellos que han negado la personalidad histórica del Fundador del Cristianismo, Jesús de Nazareth, por haber encontrado vestigios de su elevada moral desde varios milenios antes de su existencia, se pasmen y maravillen aún mucho más ante el magnífico espectáculo de esa moral suya iluminando a la humanidad de la Tierra, a través de cuarenta milenios y de nuevas civilizaciones y renovados continentes que van surgiendo del fondo de los mares a medida que otros, ya agotados se sumergen en un reposo mudo y silencioso, acaso para reaparecer en un futuro lejano y servir nuevamente de oasis a esta eterna viajera: la Humanidad, que aún con sus llagas y su lepra, con imprecaciones y blasfemias, odiándole o enamorada de Él, camina siempre en busca del Amor Universal, único paraíso prometido a los justos por el Gran Mensajero de la Verdad.

En los grabados aparecían nombres de islas pobladas y civilizadas por los Flámenes de la lejana Lemuria o Lemur, y hasta se podía comprender el estilo de sus ciudades o poblaciones. Como buenos mineros,

descollaban en el arte arquitectónico subterráneo y sus ciudades eran talladas en la piedra viva de las mismas montañas, en las cuales aparecía al mundo exterior un frente con estatuas y símbolos, y con una forma piramidal truncada en la parte superior. Aparecían nombradas, Bornia, Solú, Birma, Pamir, Demaven, Elbruza y Everes, nombres que tienen muchos puntos de contacto y grande analogía con las designaciones actuales de montes o comarcas en las que más vestigios se encuentran de su pasado.

La literatura novelesca y aún la histórica de todos los países del mundo, está llena de poemas, de acciones guerreras, de conquistas y de defensas realizadas en inmensas cavernas que daban refugio a miles de soldados. La antigua España de Don Pelayo, nos da la primera prueba de esto. La historia de las antiguas Galias nos ofrece otra prueba más, y de igual modo las más antiguas leyendas de los circasianos del Cáucaso y de la antigua Zoar.

Bien podríamos llamar a los Flámenes Lemures, los hombres de las ciudades piramidales, los hombres de las ciudades de rocas.

Unidos profundamente a la naturaleza, buscaron por eso las montañas cuando se sumergió su tierra nativa, porque las altas cimas cordilleranas les brindaron abundante elemento para abrir en ellas sus imponentes viviendas que parecen responder en un todo, a la frase del Hombre Luz: “Edificó su casa en peña viva, donde ni los vientos, ni los ríos salidos de cauce, ni la mar embravecida, la puede derribar ni conmover”.

44 SENIO

Y mientras estos estudios les absorbían la atención a los Kobdas, dentro de su mansión tranquila de Neghadá, allá, del otro lado del desierto, había comenzado el traslado de bloques de piedra y enormes troncos de roble y de cedro del monte Líbano, para construir la Casa de Numú que sirviera de solaz a las almas, en los fértiles valles del Éufrates, donde había nacido el Verbo de Dios.

Senio y Aldis, estaban encargados por el Alto Consejo de Neghadá para vigilar los trabajos de edificación y concurrían casi diariamente al otro lado del bosque con este objeto. Una mañana, al llegar, se encontraron con una pobre mujer semidesnuda, mostrando por entre los jirones de ropas despedazadas, las señales de haber sido bárbaramente azotada. Tenía a su lado un fardo de trapos viejos, y de restos de carnes asadas y de pan duro, al parecer. Estaba escondida detrás de una pila de madera y piedras, y parecía querer evitar que la vieran los obreros. Cuando vio

a los dos Kobdas, se echó a llorar desconsoladamente y en una lengua ininteligible para ellos, les hablaba como pidiendo socorro. Al mismo tiempo levantó un extremo de la tela ya incolora que cubría el fardo, y los Kobdas, asombrados, vieron dos criaturitas desnudas y profundamente dormidas. Los pies de la mujer estaban hechos toda una lla y era imposible hacerla caminar.

Senio y Aldis tomaron uno de los asnos con que arrastraban las maderas y colocaron encima a la mujer; y cada uno tomó en brazos una de las criaturas y regresaron a la caverna.

No pudieron comprenderle nada de lo que ella quiso explicarles. Una sola cosa sabían: que eran tres seres abandonados de toda protección humana. Y llegaron con la carga hasta su morada, causando en sus habitantes la consiguiente piedad, asombro y por fin alegría, sobre todo a Evana, que enseguida vistió a las criaturas con las ropitas ya dejadas por su pequeño Abel.

Eran dos mujercitas de oscuro cabello y piel blanco mate lo mismo que la madre.

Diba observó que debían ser elamitas (*de Elam o Persia), por el tipo y por algunas palabras que pudo comprender de la madre, pues la Anciana algo recordaba de la lengua hablada por mercaderes de aquel país que había conocido en su juventud.

Comprendieron por fin que se llamaba Shiva, que era originaria del Elam y que había sido traída como esclava desde su país. Que como ella fue destinada a danzas y bailes, su amo había querido matarla, cuando vio en ella señales de maternidad y que se encontraba impedida de realizar las danzas que le producían tanto dinero. Ella huyó, hasta que nacidas sus dos hijitas, había vagado pidiendo y recogiendo cereales y legumbres por los campos de cultivo, que cambiaba en las poblaciones por los alimentos indispensables. Mas un día, la necesidad la obligó a entrar en un huerto plantado de cerezos y de limoneros para recoger de aquellos frutos y apagar su sed, y fue sorprendida por el poseedor de aquel huerto, que la maltrató del modo que podía verse aún en sus carnes azotadas con varas de mimbre.

–Pero esto es reciente –observó Senio–, pues que las heridas aún vierten sangre. Preguntadle Diba en qué región o sitio se encuentra el hombre que la maltrató.

–Dice que a la terminación del bosque y a la orilla misma del lago Arab.

–De manera que tenemos un vecino maravilloso –decía indignado el viejecito, cuyo aspecto de enojo asustó al pequeño Abel, que se echó a llorar abrazándose de las ropas de su madre.

– ¡Válgame Dios! ¡Qué torpes nos volvemos los viejos! Ahora sí que

lo hice peor que el bárbaro que maltrató a Shiva –exclamaba Senio, lamentándose de haber asustado al pequeñín con su desmedida indignación–. No es contigo Abelito, no es contigo que estoy enojado. Ven, ven, vayamos a nuestro río que en sus orillas haremos las paces. –Y levantando en sus brazos al pequeño, fue a echar a flote sus canoas cargadas de almendras.

Pero no quedó en eso el asunto de la mujer azotada, sino que Senio indagó hasta dar con el huerto y con el dueño del huerto, cuyas posesiones quedaban dentro de las comarcas guardadas por los arqueros de Bohindra.

– ¡No puede ser –decía–, que entre nosotros, sembradores de la paz y la concordia, se deje impune una barbarie semejante, pues a ese paso tendremos siempre el espectáculo de mujeres con la espalda abierta por los azotes, o hambrientos apaleados! ¡Esto no puede ser!

Y sin que nadie lo contuviera, se montó en el asno que condujo a la mujer y se dirigió hacia la construcción al otro lado del bosque. Tomó informes entre los jornaleros que labraban las maderas y las piedras para el nuevo edificio, pidió unos arqueros al representante del Chalit del Nilo que en Babel había, y a quienes fueron tan encarecidamente recomendados por Bohindra en su reciente estadía, y se dirigió hacia la orilla del lago. Entre la hermosa plantación de árboles frutales que era un verdadero prodigio, se hallaba la tienda del poseedor, frente a la cual estaban sentados en el suelo, medio desnudos, una veintena de hombres con caras escuálidas y ojos cargados de terror los unos y de odio los otros.

–Malo, malo –refunfuñaba el viejecito, a quién aquel preliminar desagradaba en extremo. Al acercarse a ellos descubrió que aquellos hombres estaban sujetos a una larga cadena suspendida de sus cinturas por una correa de cuero y cobre, la cual sujetaba a la vez una pequeña envoltura de burdo tejido de fibra vegetal. Aquellos hombres estaban ocupados en acondicionar frutas en grandes sacos de cuero.

– ¿Vuestro amo? –preguntó Senio, dándose cuenta en una rápida ojeada que allí no estaba, puesto que todos aparecían sujetos con cadenas a los troncos de los árboles. Cada uno soltó una especie de gruñido que Senio no comprendió, pero como le habían señalado hacia la tienda, a ella se encaminó seguido por los arqueros.

– ¡La paz sea contigo! –gritó el viejecito, según la costumbre, desde la puerta. Otro gruñido le contestó malhumorado desde adentro, y al poco rato apareció un hombro de elevada estatura y de un aspecto nada agradable.

– ¿Sois vos el dueño de este huerto? –preguntó Senio.

–Yo soy –le respondió–, ¿qué queréis?

–Que no seáis un bárbaro –le contestó secamente el viejecito, irradiando sobre él con gran fuerza, su pensamiento de represión y de dominio.

El hombre iba a tomar el látigo de varas de mimbre que siempre tenía en la mano.

– ¡Quieto ahí! –le gritó la voz de trueno, que nadie habría sospechado pudiera salir de aquel cuerpo casi agobiado por los años. La irradiación represiva de Senio era tal, que parecía arrojar chispas de fuego por sus ojos.

El hombrazo se sintió débil ante aquel gesto y aquella voz, y cambiando de aspecto y de tono le hizo entrar en la tienda. Los arqueros, que eran tres, quedaron en la puerta.

–Vos habéis azotado bárbaramente a una mujer con dos criaturas porque, obligada por el hambre, cortó fruta de vuestro huerto –dijo Senio, siempre con su misma voz de dominio y de reproche.

–Porque aborrezco los ladrones –contestó el hombre.

– ¿Y son también ladrones esos veinte hombres que tenéis trabajando atados con cadenas?

–Son esclavos pagados con el fruto de mi trabajo y si no les amarro se escapan.

–Si les tratarais bien, no se escaparían. Pero ya arreglaremos ese asunto; ahora vamos a saldar la cuenta de la mujer que habéis maltratado y que es mi hija.

– ¿Cómo, vuestra hija y andaba vagando por estos campos?

–Eso no os interesa a vos. Yo os pagaré la fruta que ella pueda haber comido, pero vos recibiréis tantos azotes, cuantos le habéis dado a ella. –Y llamó a los arqueros.

– ¡Por favor, por piedad! –clamaba el hombre, cobarde ante la fuerza, no obstante su grande estatura y su dureza natural. Y aquel hombre se tiró al suelo como una bestia acobardada.

–Bueno –dijo Senio–, os perdono por esta vez, pero vamos a definir bien la situación.

El hombre se levantó.

– ¿Cuánto tiempo hace que habitáis aquí? Pues veo que no sois natural del país.

El hombre se turbó visiblemente y miró con terror hacia donde estaban sus esclavos.

Senio comprendió que los esclavos tenían el secreto de la infamia de Karono, que así se llamaba aquel individuo.

–Decid la verdad, pues lo mismo lo sabré por vuestros esclavos. Soy un hermano del Chalit del Nilo –le dijo–, ya veis si puedo o no pedir justicia para vuestros crímenes.

Karono se echó a temblar.

–Perdonadme la vida y os diré todo, y me alejaré para siempre de este país –murmuraba el cobarde, casi llorando.

–Hablad, que ya os escucho.

–Hace cuarenta y cinco lunas que habito esta tienda que era del viejo Matusa y sus dos hijas.

– ¿Y dónde están ellos?

– ¡Piedad, piedad!..., perdonadme la vida y yo me marcharé.

–Les has muerto a los tres. ¿Verdad? –preguntó Senio, casi seguro de lo que decía.

–Es que Matusa intentó matarme porque yo había ultrajado a sus hijas a las cuales quise tomar por esposas después, pero ni Matusa ni ellas quisieron, y los maté para evitar que me delataran al jefe de los arqueros.

–Ya..., ya..., ¡qué vecino tenemos!, ¿eh? –decía Senio, mirando a los arqueros, que no podían casi contener la ira que les impulsaba a matar allí mismo, como a un reptil venenoso, a aquel pobre ser cargado de su propia miseria.

– ¡Pues, ni te vas a marchar, ni te van a matar! Por la luz de este sol que nos alumbra vas a vivir y te vas a hacer hombre de bien, bajo esta mano temblorosa que ves –le dijo Senio, con una energía y una fuerza que hasta los arqueros se quedaron estupefactos.

Y sacándose el cordón de fibra vegetal que sujetaba su túnica a la cintura, dijo a los arqueros:

–Atadle las manos hacia atrás, y si trata de huir, atravesadle con vuestras flechas.

Acto seguido los arqueros fueron rompiendo con hachas de piedra las cadenas que sujetaban a los hombres, cada uno de los cuales tenía su historia de dolor.

Habían sido comprados en los mercados de Babel, a cambio de sacos de fruta, para hacerles cultivar el huerto, y acarrear la cosecha hasta aquella ciudad. Ninguno quería permanecer en aquel sitio pues aquel hombre les inspiraba espanto y terror. Él mismo indicó el lugar donde había sepultado a sus víctimas y pudieron comprobar que había dicho la verdad.

–Las almas que animaron esos cuerpos –le dijo Senio con enérgico acento–, te perseguirán durante toda su vida y otras vidas después de esta, si persistes en la vida de maldad que has llevado hasta ahora.

“¡Mira! –Y Senio concentró su pensamiento evocando fuertemente a las almas errantes de sus hermanos los Kobdas desencarnados, y llamó a las víctimas de Karono con indecible amor, acercándose más y más a la fosa, que aún no había sido del todo borrada por el césped.

Después de unos instantes, una forma de mujer, transparente y sutil, se levantó, después la del viejecito y por último otra forma de mujer, adivinándose por la consistencia de la materia astral que les envolvía, que aquellos tres seres tenían ya cierta evolución espiritual. Los arqueros, asustados querían huir. Karono cayó al suelo sin sentido, y al ruido que hizo su cuerpo al caer en tierra, la visión se desintegró. Senio explicó a los arqueros y a los esclavos lo que a ellos les parecía un milagro, pues llegaron a pensar que Senio era un mago que había resucitado a aquellos muertos.

Vació un recipiente con agua del lago sobre la cabeza de Karono, que después de un rato volvió en sí. Su primer impulso fue de arrojarle a los pies de Senio, haciendo repetidas promesas para el futuro. El terror casi lo había enloquecido al reconocer a sus tres víctimas.

Los esclavos, agradecidos a su salvador, pues Senio les devolvió el escudito de cobre que daba derecho de propiedad sobre ellos a Karono, quisieron quedar como hombres libres a trabajar en el mismo huerto del cual tomó posesión Senio, en nombre del Chalit del Nilo, y dijo solemnemente:

–Desde este instante este huerto se llamará *Adamú*, y este lago *Evana*, y vosotros veinte seréis los guardianes y cultivadores, dependiendo directamente de mí, hasta que yo dé aviso a nuestro Chalit de Neghadá. Id a la tienda y vestíos, que bastantes ropas he visto en ella –les dijo–. Yo me llevo a Karono hasta la construcción del bosque, y desde este momento es también mi hijo, como la infeliz mujer que él azotó. ¿Estáis todos conformes?

– ¡Bendito seáis, bendito seáis! –fue el clamor que se oyó con tal intensidad, que Senio se sintió conmovido y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Y dulcificando para Karono su voz, le dijo:

–Si cumples tus promesas, te demostraré que seré un buen padre para ti.

Y le desató las manos, porque vio que aquella fiera estaba casi domada.

–Vamos –le dijo– y vosotros quedaos en paz, obedeciendo al de más edad por ahora, que yo regresaré mañana para ver cómo habéis correspondido a la bondad de Dios que os ha visitado hoy en la persona de este pobre viejo.

Y Senio regresó hasta la construcción, con sus arqueros y seguido de Karono, que parecía un león vencido.

–Este hombre va a trabajar en la construcción –dijo al que dirigía los trabajos–, yo le conozco, yo respondo por él. Sabe esculpir y tallar la piedra. Él hará las pilastras, las fuentes y los basamentos de las columnas. –Y apartándole hacia un lado, le dijo–: Desde hoy dejarás tu nombre de

Karono, que te delata como gomeriano y te llamarás Abirón, que quiere decir en la lengua de los Kobdas: “Transformado”. ¿Estás conforme?
–El hombrazo no pudo contenerse más y abrazándose de Senio se echó a llorar como un niño.

–Bueno, hombre, bueno, ya sé que eres otro y estás arrepentido de verdad. Lo que hace falta es que me lo pruebes en adelante con los hechos –le dijo el viejecito Kobda.

– ¿Por qué no me lleváis a vuestra casa? Yo vendré a la construcción todos los días, pues temo que estos jornaleros me miren con desconfianza.

–No temas nada con lo que he dicho, basta. Después veremos.

Senio decía la verdad, porque los jornaleros se habían impresionado favorablemente, al ver que aquel hombrazo había manifestado grande afecto al Kobda, que consideraban como jefe y señor en la obra que realizaban.

Era ya la caída de la tarde cuando Senio se despedía de Abirón y los demás obreros, y regresaba a pie a la caverna. A mitad del camino, se encontró con Aldis y Adamú que venían a buscarle, alarmados de que en todo el día no había regresado a la casa.

– ¡Vosotros no sabéis qué jornada más laboriosa acabo de hacer!

Y les refirió todo cuanto le había ocurrido desde la mañana.

–Conque, Adamú, tenéis un hermoso huerto con vuestro nombre, y para Evana, que gusta tanto del agua, le tengo un lago cuyas orillas son un verdadero manto bordado de flores –continuaba diciendo el viejecito, feliz en extremo de poder llevar un poco de felicidad a los seres que le rodeaban.

Aldis se sentía inundado de dicha y de paz y decía a su hijo:

–Verdaderamente no sabríamos ya que más desear, pues Dios nos colma de todo.

45

GOLONDRINAS QUE VUELVEN

Llegaron a la caverna con su carga de felicidad y encontraron a Evana muy ocupada en bañar a las dos niñas en una gran fuente labrada en la misma roca de la montaña, que les servía de habitación.

– ¿Qué haces? –le preguntó Adamú cuando llegó.

–Ya ves, las estoy lavando porque las pobrecitas estaban muy sucias.

–Parecían tan oscuras, imira!..., ¡qué blanquitas y hermosas se van quedando!

Nubia apareció enseguida, con las ropitas que debían ponerles y un jarro de leche de reno, que las criaturitas bebieron con avidez.

– ¿Y la madre? –preguntó Senio.

–Está tendida en el lecho porque no puede tenerse de pie –contestó Nubia–, y la pobre llora siempre.

– ¿Cómo? En esta casa donde todos somos felices, no es posible que nadie lllore –dijo Senio–. Vamos allá, y muy poco valdremos si no somos capaces de consolarla.

Todos juntos se dirigieron hacia la habitación en que descansaba la pobre Shiva, a quien el amor que le dispensaban parecía causar aún mayor amargura. Evana y Nubia llevaban en brazos las pequeñas que sólo contaban once meses de edad.

Kaíno, montado en su reno, daba grandes carreras alrededor de la caverna y con certeros tiros de piedrecillas mataba los pájaros ocultos entre el follaje de los árboles, cuando nadie le veía, pues Aldis le había dicho que matar las pequeñas avecillas sin provecho ni utilidad alguna, era una mala acción. Aquel niño no era malo en el fondo ni de perversos instintos como se ha hecho aparecer. Era travieso en extremo y de temperamento vivo y audaz.

Senio buscó al pequeño Abel y lo encontró muy ocupado en hacer volar un gran pájaro, confeccionado por Diba con plumas blancas y negras de aves acuáticas que arrastraba la corriente del Éufrates desbordado, y que retenía sujeto con una cuerdecita de fibra vegetal.

*“Vuela, vuela pajarillo
Que te doy la libertad
Vuela por los campos, vuela,
A donde tu nido está”.*

Cantaba el viejecito Kobda ayudando al hermoso niño en la ardua tarea de hacer volar el enorme pájaro, que las ingeniosas manos de Diba confeccionaron para el Niño Luz.

–Ven, queridito –decía Senio–, que tenemos que hacer volar otra avecilla allá adentro y tú vas a tirar también de la cuerdecita. –Decía Senio, y tomándole de la mano le condujo hasta la habitación de la enferma–. Y tú, Kaíno, ven también aquí y deja tu caballito en descanso, que ahora todos tenemos que trabajar.

Y conduciendo a los dos pequeños, entró Senio en la habitación.

–He aquí los tres niños, nuestra esperanza futura –dijo riendo Aldis, al ver al Anciano que se volvía también chiquilín.

–Verdaderamente –contestó Senio–, hice hoy un esfuerzo tan grande para dominar aquel pobre ser, que siento más que nunca la necesidad de la ternura suave que emanan las criaturas, como una irradiación de paz y de alegría.

La Anciana Diba sentada a la cabecera del lecho de Shiva, le prodigaba palabras de consuelo, pues era la única que entendía un poco su lenguaje. Cuando Diba vio llegar a Senio se levantó y le habló al oído algunas palabras, que todos comprendieron se referían a la enferma. El viejecito quedó pensativo unos momentos.

–“El amor, es más fuerte que el dolor y que la muerte”, dice la sabia ley de los Kobdas, y en este caso, el Altísimo nos da la oportunidad de probarlo –dijo en alta voz y como respondiendo a su propio pensamiento–.

“Nubia, traed acá vuestra música y apliquemos el método de la Casa de Numú.

“Aldis y Adamú, acompañadme a traer cántaros con agua de la vertiente, y las plantas que tenemos dispuestas para estos casos –añadió, saliendo con una ligereza que parecía imposible en él.

–El amor es un mago que parece prestar alas a este Anciano de noventa lunas –exclamó Diba dirigiéndose a Evana, que quedó también junto a la enferma.

Mientras tanto, el pequeño Abel se había tendido en silencio en uno de los estrados adheridos a la pared y rendido acaso por el cansancio del juego se había quedado dormido. Las pequeñas mellizas, la una en los brazos de Evana y la otra sobre el regazo de Diba, se habían dormido también. Kaíno, sentado en el suelo sobre una piel de oso, se divertía en tirar de las orejas a la enorme cabeza disecada.

Nubia templaba la pequeña arpa usada en su lejano país y los tres hombres entraban los cántaros de agua y los tiestos con plantas acuáticas, que guardaban a la sombra de un cobertizo por donde corrían las aguas de la vertiente.

–Esta mujer llora siempre porque ella cree que es leprosa y juzga cometer un crimen ocultándolo a nosotros que tanto hacemos por ella –había dicho Diba en secreto a Senio. Y él le había contestado:

–Pues venceremos a la lepra.

Adamú y Evana habían sido enseñados por Aldis a concentrar el pensamiento y unirse en un ardiente anhelo hacia el Amor Supremo, Causa y Origen de todo bien.

–Nuestro amor debe curar a esta enferma –dijo Senio–. Acumulemos con nuestro pensamiento las fuerzas vitales del éter en su organismo físico y que las ondas vibratorias de las plantas, de la música y de nosotros mismos, desalojen de su sangre los gérmenes impuros y morbosos que contiene.

El silencio se hizo profundo y el sopor invadió a Kaíno que cayó dormido abrazado a la cabeza del oso.

El arpa de Nubia preludió una suave melodía y la enferma cayó en profundo letargo.

Las corrientes fluídicas empezaron a sentirse muy tenues al principio y fuertes y estremecedoras después.

Del cuerpecito dormido de Abel se desprendió como un suave rayo luminoso que se ensanchaba poco a poco, hasta llenar el ambiente de una dulce frescura, semejante al sople de la brisa en un amanecer de primavera.

Una intensa onda de amor, hizo brotar lágrimas silenciosas en los ojos de todos los circunstantes, que iban elevándose más y más a la íntima unión con el Amor Eterno, y de entre los brazos de Evana y Diba en que dormían las niñas, se levantaron sutiles y transparentes como gasas luminosas, dos formas humanas astrales que al poco rato se diseñaron claramente.

– ¡Joheván!... ¡Sophía! –murmuró Aldis suavemente, mientras Evana besaba llorando la cabecita de la niña dormida, de la cual se había levantado radiante y feliz el doble etéreo de su propia madre, que la acariciaba tiernamente con sus manos intangibles y fluídicas, mientras Joheván colocaba las suyas en la cabeza de Aldis y en el hombro de Adamú.

Entre la onda de armonía y de luz las miradas hablaban, y se cruzaban con vertiginosa rapidez los pensamientos.

– ¿Y Milcha? –preguntó Aldis con sus ojos llenos de ansiedad a Joheván y Sophía.

–*Mírala* –le dijeron ambos–, *ya sumergida en la turbación, porque pronto encarnará junto a nosotros.*

Y vieron asombrados, flotando como dormida y en posición horizontal, sobre el cuerpo de la enferma, la forma astral de Milcha. Aldis iba a incorporarse para estrecharla, pero Senio le contuvo, al mismo tiempo que Joheván le decía:

–*No la toques porque es muy delicada su situación. Antes de seis lunas estará a vuestro lado.*

–*Bendigamos al Altísimo que otra vez nos permite reunirnos para continuar nuestro camino eterno junto al Verbo de Dios, a quien venimos siguiendo* –dijo Sophía.

–Ayudadnos a salvar a esta enferma del mal que la aqueja –dijo Senio–, si está en su ley el conservar la vida por mucho tiempo.

–*Vivirá hasta que llegue su día marcado en el camino eterno.*

–*He aquí que volvemos a la vida terrestre sin posición y sin nombre como hijos de nadie, para serlo más completamente del dulce pastor que de nuevo ha bajado a la humanidad.*

El rayo luminoso que se había difundido del cuerpecito de Abel dormido, se intensificó hasta el punto de que la habitación aparecía iluminada por la llama viva de un dorado arrebol.

–*Tenéis en medio de vosotros al que envuelve en la irradiación de su*

amor a varios mundos como la tierra –decía Joheván–. Nuestra copa rebosa ya de los dones de Dios y se cumple la palabra de Bohindra de que algún día diríamos “¡Basta, Señor, basta!”.

La emoción embargaba todos los ánimos y se sentían los sollozos de Adamú y Evana, confundidos con las suaves melodías del arpa que iban esfumándose lentamente, lo mismo que las formas astrales iban desapareciendo como diluidas en la luz sonrosada que invadía la habitación.

Cesó la música y volvió todo a su estado normal.

Como las dos pequeñitas se parecían mucho, casi hasta confundirse, Evana cortó un rizo en la nuca de la que ella tenía en brazos, para conocer cual de las dos era la reencarnación de su madre.

–Entonces, Shiva nos traerá también a Milcha –decía Aldis–. ¡Pobre mujer!

“A costa de sus grandes padecimientos tenemos nosotros la inmensa felicidad de estrechar en nuestros brazos a los seres queridos que tornan de nuevo a la vida terrestre.

Shiva se despertó más tranquila y hasta contenta, sin pensar en que todos sabían su secreto.

La pobrecita había fingido creer que era leprosa, para que la arrojasen de la casa antes de que llegara la hora de su nuevo alumbramiento.

Adamú y Evana menos versados en las manifestaciones espirituales, no habían comprendido del todo lo que acababan de ver.

– ¿Por qué dormía Milcha? –preguntaba Evana.

–Porque en el país donde vive será de noche –contestaba muy grave Adamú, haciendo sonreír a los Kobdas.

–No, hijo mío –observó Aldis–, sino que tu madre, pronto tomará materia, como Sophía y Joheván la han tomado en estas dos pequeñas criaturas que la Providencia de Dios ha traído a esta casa. Y Shiva pronto nos regalará también a tu madre, como un precioso don de Dios, que así nos colma de felicidad.

La enferma algo comprendió estas palabras y en su idioma hizo entender esta exclamación:

– ¡Cómo! ¿Habéis descubierto mi espantoso secreto?

–Cálmate, hija mía –le decía Diba–, que aquí estás al amparo de la malicia y de la ignorancia de los hombres.

LA HISTORIA DE SHIVA

La historia de la pobre Shiva es la siguiente: Nacida en las montañas de Zoar (*Persia), no conoció a su madre, que falleció al venir ella a la vida, y se encontró sola con su padre que hacía vida de ermitaño, cuidando una pequeña majada de antílopes y sacando de la tierra su manutención. Su padre tenía en la caverna varios cofres con objetos preciosos y le refería que había tenido un hermoso dominio en la costa sudoeste del lago Urán en la región vecina al mar Caspio y que había sido desposeído de él. Y mostrándole un hermoso anillo con un extraño grabado le decía: “Tienes un hermano mayor que tú, que me fue robado para ponerlo al frente de mi tribu, alegando que yo soy un asesino que maté a tu madre. Ese hermano tuyo tiene un anillo igual que éste. Si después de mi muerte le encuentras algún día en tu camino, por medio de este anillo él te reconocerá”.

Cuando Shiva tenía diez y seis años, pasó huyendo por su montaña nativa, una caravana de guerreros vencidos que despojaron a su padre de los objetos preciosos que guardaba en sus cofres, y como quiso él defenderlos, le despojaron también de la vida y se llevaron además la hija, gentil y hermosa, llena de la gracia y los encantos que aún podían encontrarse en Shiva, a través de todo el dolor y de toda la angustia padecida.

–Yo te haré una gran danzarina –le dijo un viejo guerrero–, y me conseguirás por ese medio, grandes riquezas.

Y con este pensamiento, guardó cierta consideración a la pobre criatura que lloraba inconsolable por la muerte de su padre.

Y Shiva fue desde entonces considerada por su dueño como una cosa que le producía ganancias. Seco de corazón, no buscaba en ella más que el lucro.

Pero la pobre niña tenía un corazón sensible y apasionado, y expuesta constantemente a la admiración de los hombres, hubo uno por fin a quién ella amó, y el cual le prometió rescatarla de la esclavitud en que gemía y conducirla a las praderas del Éufrates, a un hermoso robledal, lleno de alondras y de mirlos, donde vivirían felices consagrados el uno para el otro.

Cuando su dueño se enteró de estos amores, puso un alto precio a su esclava, precio que su amante no podía pagar: dos elefantes con aparejo, veinte camellos y un peso considerable en plata y oro.

–Yo traeré todo cuanto tu amo me pide de aquí a diez lunas –le había

dicho su amado al partir—. Si no vuelvo será que he muerto en la arriesgada empresa que pienso realizar.

Las diez lunas pasaron y no le vio volver...

Ella sabía que dentro de poco tiempo sería madre y una indecible angustia se apoderaba de ella al sólo pensamiento de la furia que tendría su señor cuando lo supiera, pues mucho le había vigilado en sus relaciones, no por la honestidad de la joven, sino por las ganancias que ella le producía.

Llegó un momento en que su estado no podía ocultarse, y la infeliz cayó desmayada en una danza que el público le hizo repetir cinco veces.

Los sabios más destacados en la ciencia de curar las dolencias humanas, se brindaron al amo de la célebre bailarina y su furor no tuvo límites cuando supo que Shiva pronto sería madre de dos criaturas. Para no perderlo todo inquirió el paradero del joven que quiso rescatarla, pero éste no apareció. Y sin más preámbulo la arrojó de su casa.

La infeliz empezó a vagar por las afueras de la ciudad de Susian, huyendo de los sitios fastuosos donde había sido tan celebrada, hasta que una anciana mendiga que vivía en un sepulcro abandonado, la recogió para compartir con ella su funeraria morada.

—Mira, hija mía —le decía la anciana viendo la repugnancia de Shiva para penetrar en aquel recinto—, en ningún sitio estarás más segura que aquí. Porque los malvados temen a los fantasmas y a los espectros, y para todos los que aciertan a pasar por aquí, yo soy uno de esos temibles fantasmas.

“Además, los esqueletos que aquí había los arrojé uno por uno a la corriente del río que pasa al pie de este barranco, de modo que aquí no hay huesos de muerto. Los muertos son inofensivos y es a los vivos a quienes debes temer.

La infeliz Shiva comprendió que no podía en su situación, aspirar a nada mejor, pues aquel sepulcro era todo tallado en piedra color rosada con grandes planchas de cobre y de maderas finísimas, dándole el aspecto de una habitación suntuosa. Los estrados en que se colocaban las cajas mortuorias, les servían de lechos, cubiertos con paja seca y pieles de oveja. Allí le nacieron sus dos hijitas.

La anciana salía a pedir limosna, y Shiva preparaba la comida y hacía todas las faenas de casa.

Pero ella, no podía resignarse a esta vida y quiso buscar trabajo.

Un día volvió la anciana seguida de un hombre joven y elegantemente vestido, traía un fardo con ropas de mujer y afuera esperaban unos esclavos con una pequeña carroza de manos. Habló con la anciana en una lengua que Shiva no comprendía y después la viejecita le dijo amablemente:

–Este señor te toma para que seas su mujer.

Shiva interrogaba con sus ojos y la anciana comprendiendo tomó las ropas de manos del caballero y entró con ella a la cámara interior para vestirla. Allí trató de convencerla.

–Mira, hija, este hombre es rico y es bueno. Vete con él, que si le eres fiel, serás feliz a su lado. Déjame tus hijitas que yo te las criaré porque él nada sabe de ellas. Cuando quieras podrás venir a verlas, con el pretexto de que vienes a traerme socorros.

A Shiva le pareció bien y aceptó. El recuerdo de aquel primer amor suyo, vivía aún en lo profundo de su corazón, pero su situación era tal que la obligaba a acallar recuerdos y afrontar la vida y la de sus dos hijitas como los acontecimientos se lo deparaban.

– ¿Seré vuestra esclava? –preguntó al joven señor antes de seguirle.

–No, serás una de mis esposas.

– ¿Cuántas tenéis?

–Esposas tengo cinco; esclavas muchas.

A Shiva se le oprimió el corazón pensando en aquel que la amaba a ella sola, pero no retrocedió.

Le fueron puestos hermosos vestidos, el caballero le besó los labios, pronunciando solemnes palabras que la anciana contestó, y le cubrió el rostro con un espeso velo que por delante y por detrás le caía hasta el suelo.

–Desde este momento, ningún hombre más que yo puede ver tu hermoso rostro –le dijo con energía.

Y dicho esto, la levantó en brazos y la colocó en la carroza de manos. Los esclavos echaron a andar hacia la ciudad, seguidos del joven señor que caminaba a pocos pasos de ellos. Bajo su velo Shiva lloraba pensando en sus hijas.

Era una extraña morada la casa de aquel señor.

En un inmenso parque, poblado de grandes árboles, había seis torres blancas y de pequeñas dimensiones, separadas unas de otras por jardines y canales de agua. En cada torre tenía una de las esposas con una esclava para servirla. En el lago que había en el centro del parque, se mecía siempre un hermoso y pequeño velero, que era la habitación del amo.

Era éste de bondadoso carácter, según le decía a Shiva la esclava, pero no gustaba mucho de que las esposas salieran de su torre. ¿Cómo haría, pues, para ver a sus hijitas?

Un día ella se engalanó como a él más le gustaba al decir de la esclava, que adornó los negros y rizados cabellos de Shiva con una diadema de perfumados azahares y largos velos flotantes del color de las cerezas cuando están maduras.

–Empezad una danza que su barco se acerca a vuestra torre –le dijo su

esclava esa tarde, cuando ya se ponía el sol, y ella en su guzla ejecutaba un cadencioso bailable que Shiva con su gracia habitual seguía maravillosamente. El esposo quedó encantado a tal extremo que le dijo:

–Desde ahora serás mi favorita. Pídemelo lo que quieras, aunque sea el repudio de todas mis esposas.

La esclava cuchicheó esto, enorgullecida del triunfo de su señora.

Y pronto llegó a oídos de las esposas más antiguas, las cuales se unieron para perder a la intrusa que así terminaba con el amor del esposo para todas ellas.

Shiva aprovechó la situación para pedirle que le permitiera ir al sepulcro a visitar la viejecita.

–Uno de mis esclavos irá a buscarla, porque no está bien que tú entres más en aquel lugar.

– ¿Me permitirás que le mande ropas para que pueda presentarse aquí?

–Está concedido. ¿Quieres algo más?

–Esto sólo –dijo Shiva, besando agradecida las blancas y finas manos que acariciaban las suyas.

Entre las ropas y regalos que Shiva mandó a la anciana, insertó un mensaje pidiéndole que le trajese sus hijitas para verlas.

Este mensaje cayó en manos de las otras esposas, antes de salir de aquella morada, y Shiva, avisada por su esclava de que su señor estaba fuera de sí al saberlo, huyó por uno de los canales que rodeaban su torrecilla y llegó al sepulcro donde dormían sus hijitas solas, mientras la anciana andaba en sus correrías. Cargó con ellas y precipitadamente se internó por las agrestes montañas que rodeaban la ciudad de la cual buscó de alejarse todo cuanto pudo, pues en cada hombre que encontraba se figuraba hallar a su señor que la perseguía.

Y de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, la infeliz vagó cargada con sus dos hijitas hasta dar con el huerto de Karonó.

Escondida a veces entre los cargamentos de madera apilada en barcazas en las costas de los ríos, los había vadeado para poner así más distancia entre ella y el esposo airado. Sería interminable narrar las peripecias sufridas por la infeliz Shiva abandonada a sus propias fuerzas.

Cuando Diba escuchó toda esta dolorosa historia, la abrazó, diciéndole:

–Bendice al Altísimo, hija mía, porque te ha traído a esta casa que será para ti más segura que los brazos de tu madre. Una voz interior me dice que ese hombre del cual huyes es tu propio hermano, y suerte ha sido que ni uno ni otro os hayáis reconocido, porque según la ley de esos países debías morir sepultada viva, irremisiblemente, por haber sido mujer de tu hermano.

– ¿Cómo se llaman tus hijitas?

– Su padre se llamaba Helia-Mabi, y yo hice de su nombre los nombres con que llamaré a mis hijas: a una Helia y la otra Mabi.

– Haz por olvidar, hija mía, tu doloroso pasado, y emprende un nuevo camino que se abre ante ti anchuroso y llano, bajo el manto violeta de las Hijas de Numú.

Al correr de los siglos y de los milenios volvemos a encontrar a este mismo ser entre la falange de los mensajeros del Verbo de Dios en sus venidas a la tierra.

La viuda de Sarepta que diera de comer al profeta Elías, perseguido por un rey inicuo; la viuda de Naím que tanto amó a Jesús de Nazareth; Mónica, prototipo de la madre abnegada y amante, y Clotilde de Borgoña, Hija de Chilperico, Rey de Borgoña, y esposa de Clodoveo, Rey de Francia, son el mismo espíritu de Shiva en las distintas etapas de su eterna peregrinación.

El conocimiento de este relato abrió aún más los corazones de todos para envolver en piadosa ternura a la desventurada Shiva, que poco a poco fue sintiendo cicatrizarse las llagas de su alma.

Y en la velada familiar de las noches en torno del hogar, ocupó también ella su sitio entre las Kobdas y Evana, ayudándolas en sus labores de hilar y tejer la lana, el algodón y el lino para confeccionar sus ropas; mientras los niños, sentados en una piel de búfalo, se entregaban tranquilamente a sus juegos. Senio, Aldis y Adamú, recortaban los papiros ya preparados, para ir formando los rollos destinados a los mensajes del mundo invisible en la nueva Casa de Numú.

Evana pasó muchos días absorta en contemplar detenidamente a las dos hijitas de Shiva. Le parecía imposible que en esos dos pequeños seres inconscientes aún, estuvieran encerrados aquellos que fueron sus padres. La niña a la cual cortó un rizo de cabellos para saber cual era su madre se llamaba Helia y la otra Mabi. Continuamente las tomaba en sus brazos y mirándolas a los ojos les preguntaba:

– ¿Me conocéis? Soy Evana, vuestra hija. – Las pequeñitas sonreían y recostaban la cabecita en su pecho.

Un día que estaban cerca de Madina, puso sobre ella a Helia y decía a la reno:

– ¿Sabes, Madina? Esta es tu amita Sophía a quien tanto amabas; después vendrá Milcha y te ordeñará otra vez. No te vayas a morir Madina antes de que venga Milcha y se haga grande a tu lado.

“Viejecita te estás poniendo, pero aún puedes vivir muchos años más.

Senio, por su parte, no descuidaba a su hijo adoptivo Abirón, que completamente consagrado al trabajo, parecía dar pruebas de una verdadera regeneración.

Aldis y Adamú habían hecho frecuentes visitas al huerto maravilloso, aquel que regado por las aguas del lago Arab, fructificaba abundantemente; lo cual les hizo concebir la noble idea de levantar un granero con ramas de árboles y hojas de palmera y hacer acopio de legumbres, cereales y frutas para que, llegado el invierno, se pudiera socorrer a los menesterosos de las aldeas y pueblos vecinos.

–Justo es –decía Senio–, que de la abundancia de los dones que Dios nos brinda, participemos a los que carecen de ellos.

Tal fue la vida en la caverna que albergaba al Verbo de Dios, hasta que sin mayores alternativas llegaron a su término los trabajos de construcción del Santuario Kobda, siendo único acontecimiento digno de notar la vuelta a la vida terrestre del espíritu de Milcha; nuevamente encarnado en la diminuta persona del tercer hijo de Shiva. Era un niño y fue llamado Iber. Como estos tres niños crecieron juntamente con Abel y Kaíno, han pasado a la tradición como hijos de Adamú y Evana, pues se los llamó a todos ellos hermanos de Abel, hermanos del Apóstol.

Adamú y Evana sólo fueron padres de Abel y años después de Seth.

47

EL SANTUARIO DE LA PAZ

Cinco años tenía de vida terrestre Abel, cuando los Kobdas de Neghadá inauguraron su nueva Casa, que era una copia reducida de la gran Casa del Nilo.

Uno de los más antiguos Kobdas fue elegido Pharaohome de Neghadá: Jhaliván; pues Sisedón pidió ser trasladado a la Casa de las orillas del Éufrates, donde continuó como Patriarca de la nueva fundación.

Bohindra, Tubal, Zahín y los Kobdas jóvenes debían formar la nueva Escuela de la Verdad, juntamente con Sisedón, Senio y Aldis.

En una inmensa plataforma levantada en medio del bosque que le cercaba por todos lados, se alzaba el edificio de forma cuadrangular y de un solo piso. Podía dar cabida a más de doscientos Kobdas y para unos años bastaba, máxime cuando habían adoptado la idea de repartirse en todos aquellos territorios a medida que se fueran aumentando los hijos de Numú.

Bohindra continuaba con el título de Chalit del Nilo, Thidalá, Rey de Naciones, con residencia en el valle del Éufrates como antes fuera en Neghadá.

Juntamente con la caravana de los Kobdas entrando en su nueva Casa, hago penetrar al lector también en ella.

El edificio tenía cuatro frentes y en cada uno de ellos una inmensa

puerta de cedro reforzada de cobre, en cuya parte superior y en una plancha de piedra decía en gruesos caracteres:

“Paz a todos los hombres”

Lo cual hizo que pronto se le diera a aquella Casa este nombre: “La Paz”.

De aquí han nacido, sin duda, algunas dificultades de interpretación con que han tropezado ciertos filólogos antiguos y modernos, al descifrar tal nombre en antiquísimas escrituras cuneiformes que se han encontrado, referentes a las ruinas desenterradas en la Mesopotamia.

Interpretaron o descifraron a veces: “De La Paz salió una caravana, etc” o “La Paz fue asaltada y destruida”. Y así en varios casos. ¿Qué Paz era aquella? ¿Era una ciudad? ¿Era una fortaleza? ¿Era un santuario?

Otros interpretaron que era sólo un símbolo alegórico de la paz destruida por las continuas guerras de los pueblos unos contra otros, como símbolo profético fue la torre de Babel que sólo existió en la mente de ese inspirado, un Kobda, que en uno de los viajes anuales abrió su tienda donde después se formó esa ciudad.

Ese Kobda de nombre Babel, fue un Pharaohome muy anterior a Sisedón, que antes de ser elegido para regir la Casa de Neghadá, pidió autorización para invertir parte de lo que él llevara de sus bienes a la Institución, en realizar un viaje de rescate de prisioneros y esclavos. Y fue tal la cantidad de ellos que recogió, debido a las inundaciones del Mar de Susian que había llegado a confundir sus aguas con el Mar Grande, que estuvo refugiado con ellos en las cavernas de las montañas de Zoar hasta que las aguas bajaron.

Y entonces Babel, en una clarividencia premonitoria o desprendimiento de su espíritu, vio la numerosa legión de los Kobdas con todos los que en distintas partes de la tierra y en otras instituciones o agrupaciones similares, respondían a la gran alianza con el Espíritu de Luz, Mensajero de Dios sobre el planeta. Contempló al resto de la humanidad sumergida en las aguas cenagosas del egoísmo, de la lascivia y de la ambición, que buscando la felicidad en medio de ese turbio oleaje, amontonaba como un elevado cerro, monumentos de ciencia, maravillosos inventos, estupendas creaciones, que semejaban obra de dioses y no de hombres. “Esto nos salvará del oleaje que amenaza sumergirnos”, decían. Pero he aquí que cuando todos ellos se gloriaban de sus obras, las aguas cenagosas se convirtieron en un arrenal de fuego que soplando en todas direcciones dispersó a las gentes aterradas hacia los cuatro puntos cardinales, y en aquel lugar solitario vio surgir hermosas praderas, populosas ciudades y que un radiante astro de luz sonrosada se levantaba de entre esa pradera, y regueros de luz corrían abundantes por todas aquellas regiones.

Babel el Kobda, cuando las aguas volvieron a su cauce que eran los ríos que desaguan en el Golfo Pérsico, vio que aquella era la pradera que había contemplado en su videncia, y levantó una cabaña de piedra y de tierra, donde dejó a muchos de los que había rescatado para que labrando la tierra, sacaran de ella su manutención.

Tal es la historia de la Torre de Babel, que en aquel remoto neolítico las gentes designaron como el Monte de Babel, visto en sueños por el Kobda y que cada cual interpretó a su manera.

Hecho un estudio analítico de esa parte del Génesis, salta a la vista que en el fondo de todo aquello hay una explicación lógica y razonable, que pone en claro aquella nebulosa formada por la incomprensión y la ignorancia.

Este Babel era el mismo jovencito Agnis que de nuevo se encontraba entre los Kobdas en la fundación de las orillas del Éufrates, en el preciso momento en que se cumplía su videncia premonitrice de tres siglos atrás. El astro de luz sonrosada estaba levantándose en esa misma pradera, y regueros abundosos de su luz iban a correr por todas aquellas regiones, después que el arrenal de fuego de la bárbara raza gomeriana había sido dispersada por su propia ambición, hacia distintos puntos de la tierra. De esta raza eran los gigantes que dice el Génesis que “había en la tierra en aquellos días”, cuya forma de conquista era con el incendio de los campos y poblados por donde pasaban.

Hecha esta aclaración sobre las confusiones o erradas interpretaciones de sucesos, de nombre y de tradiciones, vuelvo al Monasterio Kobda para describir su interior.

La planta baja estaba destinada solamente a graneros y hospedería para los menesterosos o sitio de reparto de provisiones en épocas de epidemia y de escasez. Y en el único piso se encontraba la Mansión de la Sombra, el Archivo de las Edades, el Jardín de Reposo o de la Armonía, y las bóvedas de los Kobdas, que daban al exterior o sea con vistas al bosque que rodeaba en todas direcciones al vasto edificio.

La parte del centro estaba ocupada por las tres grandes salas antes mencionadas, en torno de las cuales había un corredor o pasillo al cual daban por la parte de atrás todas las habitaciones de los Kobdas, siendo la de mayor amplitud la Mansión de la Sombra y la más pequeña el Archivo.

Eran ochenta y siete Kobdas jóvenes y ocho mayores, los que se trasladaban en elefantes y camellos desde Neghadá hasta el Valle del Éufrates.

Senio y Aldis, secundados por Diba y Nubia habían atendido a proveer de las ropas necesarias a la nueva Casa. Aldis había pintado la imagen de Numú tal como estaba en la Mansión de la Sombra de Neghadá, y la

pilastra de piedra blanca tenía la forma de un inmenso loto sostenido por las manos levantadas de tres Kobdas de piedra sentados en el pavimento. Y los pedestales que sostenían los velones de cera que daban luz al recinto, eran asimismo siete estatuas de monjes en la misma actitud de los anteriores.

No había más que una fila de estrados de piedra en torno de la inmensa sala, y el estrado delantero en derredor de la pilastra para los diez Kobdas del turno.

Las bóvedas particulares con sus pieles sobre los lechos, y el Jardín del Reposo con su fuente central y sus grandes plantas acuáticas, parecían esperar a aquellos para quienes estaban destinadas.

La ya numerosa familia de la caverna se trasladó al Monasterio, cuando tuvieron anuncio de que la caravana no tardaría en llegar.

Y cuando el grupo de los cinco niños fue presentado ante los viajeros, Dhaves, que venía entre ellos, vio a todos, menos a Kaíno, vestidos con la túnica azulada. Fue rápida la visión, pero lo bastante para hacerle meditar.

—Todos son nuestros menos éste —dijo al oído de Bohindra que estaba a su lado.

Abel había entrado ya a los cinco años y estaba bellísimo con sus cabellos castaños flotando en hermosos bucles sobre sus hombros. De sus ojos de color topacio, casi siempre serios y pensativos, parecía emanar una dulce y suave claridad que atraía irresistiblemente a todos. Sisedón, que tenía hambre y sed de conocerle, corrió el primero hacia él sin necesitar que nadie le dijera cual era el Niño Luz.

— ¡Tú eres Abel! —exclamaba, levantando entre sus fuertes brazos al pequeño que lo miraba profundamente, sin contestarle.

Evana se abrazó de Bohindra, y Adamú a sus viejos amigos y por espacio de dos horas aquello fue una entusiasta manifestación de amor y de fraternidad recíproca, hasta que llegado el mediodía, se dispusieron al frugal almuerzo, todos en conjunto, en las grandes mesas de piedra de las hospederías.

Cuando caía la tarde, Aldis indicó a Adamú que debía volver con su familia a la caverna, porque Senio y él se quedaban ya en el Monasterio.

Abel se enteró y esta noticia no fue de su agrado con respecto al viejecito, al cual tiraba de la túnica para apartarle del grupo.

—Si tú no vienes conmigo, ¿quién llenará de agua mi río y cargará de almendras mis canoas?

El viejecito sintió como una lluvia de flores cayéndole en el corazón, al oír aquella querida vocecita que así le expresaba su amor.

—Yo, hijito mío, yo iré todas las mañanas a llenar tu río y a hacer marchar tus canoas. No faltaba más sino que yo había de descuidar esa tarea.

–Y también hay que curar las alas de mi pájaro volador, que están rotas –continuó Abel en medio del círculo que ya le habían formado todos para oír su conversación.

–Las curaremos, las curaremos –le contestaba Senio.

–Y hay que ponerle otra vez el techo a mi granero, porque se lo llevó el viento y los pájaros se comen el trigo para mis canoas.

–Pues pondremos de nuevo ese techo y le amarraremos para que el viento no le lleve otra vez.

– ¡Vaya una construcción segura que habíais hecho, Senio! –bromeaban Sisedón y Bohindra, encantados de ver unidos así, íntimamente, aquellos dos extremos de la vida humana: la niñez y la ancianidad.

–Y a los corderitos de algodón que me hizo Nubia se les ha perdido la cabeza y no las encuentro más.

– ¡Vaya, vaya, hombre! Esto es demasiado contratiempo. ¡Los corderos sin cabeza! Y, ¿cómo habrá sido eso? –preguntaba Bohindra acariciando al pequeñín entre las risas de todos, menos de Abel que continuaba muy serio y grave como de costumbre.

–Kaíno dice que los búfalos se las comieron. –El aludido se escondió detrás de Aldis con lo que dio a entender que entre él y las cabezas desaparecidas había alguna relación.

–Como los corderos me comieron el trigalito que yo sembré, los búfalos les comieron a ellos la cabeza –continuaba Abel.

–Ya, ya, fueron castigados por su glotonería –decía Sisedón, mientras el niño empezaba a familiarizarse con ellos, sintiendo sin duda la irradiación del amor que todos derramaban en torno de él.

Sisedón fue de opinión de ir todos a la caverna para acompañar hasta allá a sus moradores y tornar antes de la noche al Monasterio, y así lo hicieron.

–Ahora veréis mi pájaro volador con las alas rotas y mis corderos sin cabeza y el techo de mi granero caído –decía Abel, pasando entre los brazos de todos que no se saciaban de llevarle como una hermosa carga, que acaso nunca jamás volverían a llevar durante siglos y siglos.

– ¡Misterios de Dios! –exclamaban los Kobdas-. ¿Quién puede pensar que este niño es quien guía la humanidad terrestre a sus elevados destinos, y que él es el portador de la Verdad Eterna y el reflejo del Amor Divino sobre esta tierra que le desconoce y que acaso le despreciará?

Mientras tanto, Dhaves, meditabundo por lo que había visto, se acercó a Aldis y le dijo:

– ¿Por qué será que a intervalos veo a Kaíno como un anciano que en algo se parece a Evana y vestido de púrpura y con una corona terminada en una estrella?

– ¡Nohepastro! –exclamó Aldis asustado-. ¿Será él?

–Pero, ¿quién es Nohepastro?

–El antiguo rey de Otlana, padre de la princesa Sophía y abuelo de Evana. Cuando le vuelvas a ver trata de observar si tiene algo sobre el pecho.

Los dos guardaron silencio. Al poco rato Dhables dijo a Aldis: –Tiene sobre el pecho un halcón de oro entre dos lanzas cruzadas como formando un escudo.

–Es él –murmuró Aldis–, pues ese es el blasón de su dinastía.

– ¡Mucho cuidado, mucho cuidado con él! que me parece no ha encarnado con fines amistosos.

–No –dijo Aldis–, el viejo no era malo, sino muy apegado a la noble alcurnia de su raza y de su glorioso pasado. Se figuraba que no había sobre la tierra dinastía más grande que la suya, ni un personaje más ilustre que él mismo. Pero en el fondo no era malo ni cruel, te lo aseguro.

–Más vale así –contestaba Dhables, aunque no del todo satisfecho.

Y desde ese momento resolvió tomar a su cargo la educación de Kaño para observarlo de cerca y tratar de que su espíritu entrase en la alianza de los seguidores del Verbo de Dios, en su actual etapa de vida terrestre.

Llegaron poco después a la caverna, donde Sisedón quiso ver a la famosa Madina y toda aquella familia de renos domesticada tan maravillosamente por Gaudes, y mientras acariciaba a la reno, se le acercó Ibrín llevando de la mano a las dos hijitas de Shiva, las cuales se abrazaron de las patas delanteras de Madina mientras ella lamía sus cabecitas.

–Esta reno no vivirá mucho tiempo porque es muy vieja y está visiblemente agotada ya –dijo Sisedón hablando con Ibrín–. La obra que ha realizado merece que se le ayude eficazmente en su evolución. Le siento un aura casi humana. Mira, pon la mano aquí, sobre la frente.

Ibrín hizo lo que Sisedón le decía.

– ¿Que sientes?

–Me dan deseos de abrazarla como si fuera una madre y me vienen también deseos de llorar.

–Obsérvala todos los días, cuídala, que no tardará en morir, y después entre tú y esas dos pequeñas, le ayudaréis a tomar su primera encarnación humana.

Como si Madina comprendiera que se hablaba de ella, comenzó a lamer las manos de Sisedón y las de Ibrín.

Esperaron que Senio arreglara todos los desperfectos en el granero y los animalitos de Abel, que llenara el río de agua y cargase las canoas y después tornaron al Monasterio, para realizar, llegada la noche, los primeros trabajos mentales indispensables a la formación de la bóveda psíquica, bajo la cual habían de iniciar la comunicación con los planos suprafísicos elevados, de los cuales bebían la verdad, la sabiduría y el amor en su más grandiosa amplitud.

48
EN EL ÉUFRATES

Apenas los Kobdas regresaron de la morada de Adamú, se aprestaron a la grande solemnidad inaugural del nuevo Santuario del pensamiento, que habían levantado para secundar al Verbo de Dios, en sus tareas de misionero divino en medio de la humanidad.

“Antes de todo trabajo mental de importancia el Kobda debe ponerse en contacto íntimo con la naturaleza en sus primordiales elementos: Agua, tierra, aire y fuego” –decía su ley.

Y comenzaron por sumergirse todos ellos en las piscinas de las salas de baño, mientras el grupo de cantores-músicos entonaba la melodiosa “Canción del Agua” para buscar la armonía con las entidades que evolucionan y viven en el líquido elemento: las Nereidas y las Ondinas.

*Agua mansa, Agua dulce
Que me cantas tus divinas melodías de cristal.
Que me lavas con el beso
De tus ondas azuladas
Y me brindas la dulzura
De tu paz.*

*Agua mansa, Don Divino
Que me ofreces tu frescura
Mientras absorbes mi sed;
Agua dulce
Que me dejas tu energía y tu sosiego
Y te llevas mis fatigas en tropel.*

*Agua pura, me sumerjo en tus efluvios
Y te canto con el alma
La salmodia del amor.
Mientras tú me refrigeras y te llevas
La impureza de la carne
Y las fiebres del dolor.*

* * *

Después cada uno depositaba con amorosa devoción, una semilla en la tierra para unificarse con ella, como dos buenos amigos que se dan

el ósculo fraterno al encontrarse de nuevo en las infinitas vueltas de un largo viaje.

*iMadre tierra, madre santa,
Madre amada!
iQue me das de la sustancia
Que elaboran tus entrañas,
En el pan que me alimenta
Y en la flor que me recrea!*

*iMadre tierra, que te olvidas de ti misma
Y abres huecos en tu seno
Y fecundas con tu aliento
La simiente que cobijas,
Y alimentas las raíces
De los árboles gigantes!*

*iMadre tierra!..., cuando nada
Ha quedado que no has hecho
Por los mismos que te hollamos
En tu grandeza callada,
Abrazas mi carne inerte,
Tus entrañas son mi tumba
Cuando me hiere la muerte,
Y a los míseros despojos
iNi el más amante los quiere!*

*iMadre tierra, te bendigo!
iMadre tierra, yo te canto!...
iCuando vivo me alimentas y en la muerte
Me cobijas con tu manto!*

* * *

Del hogar común recogía cada cual unas ascuas encendidas en un pebetero y en larga columna daban una vuelta en torno del edificio, quemando esencias y yerbas aromáticas, mientras evocaban en un canto a coro, a las Inteligencias que dominan el fuego:

*Llama viva, Don Divino
Purifica las escorias
De la vida material.*

*Fuego santo, que calientas
Y das vida
Como el seno maternal.*

*Fuego santo, las esencias
Dan perfume cuando sienten
Tu rojizo resplandor,
Como esencia dan las almas,
Cuando en ardiente ascua viva,
Las purifica el dolor.*

* * *

Y hecho esto, y antes de entrar en la Mansión de la Sombra, aspiraban por tres veces con gran fuerza el aire puro de la pradera y del bosque, bendiciendo al Altísimo mediante un elevado pensamiento por el magnífico don del aire, gran conductor de ondas armónicas y generador de fuerzas y corrientes necesarias a la vida de los seres.

*¡Hálito puro que soplas
Como una suave caricia,
Ola de esencia divina
Que todo lo purifica!...*

*Airecillo gemebundo
Brisa que hueles a flores,
Ola que vas y que vienes
¡Como un mensaje de amores!...*

*Eres el beso que deja
El Dios Amor a sus hijos,
¡Aire puro que me besas,
Como a Dios, yo te bendigo!*

*¡Aire puro que me alientas,
Y mi sangre purificas,
Portador de vida nueva,
Renovador de energías!...*

*Como el agua, como el fuego,
Como la tierra..., eres mío.
¿Quién podrá jamás quitarme
Todo cuanto es don divino?*

*¡Aire puro que me traes
Vibración del Infinito,
Aire puro que me alientas,
Como a Dios yo te bendigo!*

* * *

Y de pie y cada cual en su sitio, escuchaban la lectura hecha por el Kobda designado para ello, de las elecciones hechas en el Consejo de Neghadá para el desempeño de las distintas ocupaciones de cada cual.

Consejo de Gobierno: Sisedón, Tubal, Senio, Bohindra, Zeloín, Dhables, Ghinar, Nebo, Sabdiel y Audino.

Administradores: Senio y Aldis.

Auxiliares: Abelio, Jobed e Ibrín.

Cantores y Músicos: Bohindra, Dhables, Zahín, Helí, Ozías, Madián, Bodín, Yataniel, Agnis y Erech.

Guardianes del Archivo: Ghinar y Héberi.

Auxiliares: Suri y Acadsú.

Guardianes de la Mansión de la Sombra: Areli, Omán, Jamín, Heber, Hanoc y Geuel.

Instructores: Bohindra, Dhables, Sisedón, Tubal y Zeloín.

Entre los demás fueron designados los que serían suplentes.

Los turnos para la concentración espiritual permanente se dividirían en grupos de diez Kobdas.

Cuando la lectura terminó, todos los Kobdas se inclinaron profundamente durante unos minutos, con lo cual demostraban la aceptación de todo lo dispuesto.

El cuerpo de músicos ejecutaba una suave melodía, los guardianes del recinto quemaban los perfumes, corrían los cortinados de la oscuridad, apagaban los cirios y sentados en sus estrados de piedra tapizados con cojines de paja de trigo y tejidos de lana, en profundo silencio, elevaron su pensamiento conjunto al Infinito para unirse y confundirse con su aliento divino por medio del olvido de sí mismos, del renunciamiento voluntario a todos los placeres de la carne, y por el más puro y desinteresado amor.

Cuando llevaban cuarenta minutos de concentración, la sala se llenó de claridad y de entre las plantas acuáticas que adornaban la inmensa pilastra, vieron surgir el doble etéreo de Abel que irradiaba de sus manos y de sus ojos fortísimas corrientes de luz y de energía en el agua de la fuente y después en dirección de los Kobdas que rodeaban la sala. Los sensitivos del estrado delantero entraron en el sueño hipnótico y entonces vieron el majestuoso desfile de los millares de almas errantes

que desde el plano espiritual secundarían la misión redentora del Verbo de Dios, y a los que ya sumidos en la turbación estaban para encarnar en esos momentos. Entre ellas estaban los Kobdas desencarnados en los últimos tiempos y que pudieron ser reconocidos por los que juntamente con ellos, habían vivido en unos u otros de los Santuarios y Refugios existentes en aquella época.

Vieron asimismo largas filas de seres vestidos con túnicas color de marfil; y otros menos numerosos de color amarillo oro con gorro y cingulo azul zafiro.

Y los Kobdas más versados en las tradiciones e historias de pasados tiempos, comprendieron que tales seres pertenecían a Escuelas de Sabiduría que el Verbo de Dios había creado en sus anteriores etapas terrestres como los Profetas Blancos de Anfión y los Dakthylos de Antulio. Ambas Escuelas habían existido en la desaparecida Atlántida.

Toda esta clarividencia fue rápida, empleando menos tiempo del que se tarda en escribirlo, y en verdad que fue muchísimo obtener, dada la circunstancia del cansancio material de los viajeros y del recinto que aún no estaba del todo preparado.

Era de la incumbencia de los Administradores el velar por todo lo relativo al bienestar material de los Kobdas y de la familia de Adamú, con la cual quedó establecido un lazo tan fuerte de unión, que la caverna vino a ser como una prolongación del Santuario.

Aldis fue pues, el encargado para velar más de cerca sobre los que eran sus hijos.

Senio, especie de Jefe en la administración, debía atender a las múltiples necesidades que se fueron presentando al correr del tiempo, pues pronto corrió por aquellas comarcas la noticia de que La Paz, era una especie de consolatorio para todas las miserias de la vida humana, y mucho más cuando llegó a saberse que el Thidalá de la Grande Alianza de los pueblos del Nilo con los del Éufrates, se encontraba alojado permanentemente en aquella casa. Fue, pues, necesario instalar Parlatorios o recibidores, en las dependencias de la planta baja del edificio, mientras Karono, con una cuadrilla de picapedreros y talladores disponía las columnas necesarias para circundar el edificio de pórticos, en que pudieran refugiarse las gentes que concurrían a diario en muchedumbre, resultando pequeñas las hospederías para tal concurrencia.

Pronto los Kobdas se vieron obligados a ser maestros, médicos, árbitros, administradores y consultores de aquellas poblaciones, de aquellas tribus entre las cuales no había aún una idea bien definida respecto al origen y destino del ser, y mucho menos de las leyes y fuerzas que le gobiernan.

La elevación moral e intelectual de los Kobdas, les dio pronto un gran

ascendiente sobre aquellas multitudes, que comenzaron a mirarles como a seres extraordinarios.

Toda la antigua sabiduría del oriente no reconoce otra cuna ni otro origen que éste, y de ahí la notable semejanza en los principios fundamentales de todas las antiguas filosofías y religiones.

Zoroastro, el creador del Zen-Avesta de los persas, fue el Kobda Zahín, en otra etapa de vida terrestre; como Confucio fue la reencarnación de Dhabes, el Kobda que formó parte del Consejo de Gobierno de La Paz en los Valles del Éufrates. Todas las antiguas filosofías, son como chispazos de luz de un mismo fuego, como hilos de agua de un mismo manantial, como ramas de un mismo árbol gigantesco: la Verdad Eterna y única traída a la tierra por el Espíritu de Luz, guía de esta humanidad desde los comienzos de la evolución del planeta.

Asombra y maravilla esta divina corriente de luz iluminando las tinieblas de la ignorancia desde los lejanos orígenes de la humanidad, reapareciendo incesantemente en períodos de milenios, y cada vez que la malicia y la ignorancia de los hombres parecían hacerla desaparecer bajo el amontonamiento inconsciente de fábulas, de leyes inicuas y de dogmas insensatos.

Cualquier ser que, como yo, se tome la tarea de escudriñar desde los orígenes de la humanidad sobre la tierra, los comienzos de su evolución espiritual, intelectual y moral, llegará ineludiblemente a la misma conclusión, sin poder salir de allí ni hacia un lado ni hacia el otro, porque es la eterna Ley de Armonía del universo.

Forjadas las nebulosas de la “materia cósmica”, al empuje formidable del pensamiento emanado por las Inteligencias Superiores, cada una de ellas toma a su cargo la evolución de los pequeños o grandes focos de vida que surgen de cada nebulosa. Y cada una de aquellas Inteligencias, en la plenitud de su conciencia, no la abandona jamás, ni jamás retrocede en su cometido: la más perfecta evolución de aquellos focos de vida que formó de la materia cósmica con la formidable potencialidad de su pensamiento de amor.

Y corriendo por ese infinito camino, he querido llegar a los comienzos de la evolución del Mesías terrestre, con el fin de poder vislumbrar también los orígenes de las primeras Inteligencias, y aunque me he remontado a millones de millones de milenios, he encontrado la misma sucesión infinita de Inteligencias Superiores, creando globos y mundos y sistemas que, llegados a su perfecta evolución, su materia física se disgrega en el Cosmos, y queda su materia etéreo-radiante para habitación de Inteligencias más adelantadas, hasta que llegadas a su vez a ser Inteligencias Superiores, en la plenitud del Conocimiento y del Amor, se convierten en nuevos creadores de más y más nebulosas, de las que surgen nuevos focos de vida para habitación de nuevas humanidades.

Cuarenta años he corrido en el espacio en estas investigaciones y no he podido llegar al fin, sencillamente porque no tiene fin.

¿Cómo encontrar en esta infinita inmensidad, las primeras Inteligencias Superiores para averiguar su origen, si aunque corra siglos y siglos en el espacio, veré la misma interminable cadena?

Un viajero eterno que había corrido más que yo, me hizo llegar su pensamiento, el cual detuvo mi búsqueda febril y ansiosa:

“La Energía Divina era desde toda la eternidad... Sus vibraciones emanaron chispas constantemente. Esas chispas de la Energía Divina, energía son, y después de prolongadas épocas adquieren el poder de crear manifestaciones de vida, rudimentarias al principio, y más perfecta después recorriendo la escala de todas las formas de vida que conocemos, desde el mineral al vegetal, del vegetal al animal y del animal al hombre.

“¿Qué principio quieres encontrar a lo que es ÚNICO PRINCIPIO de todas las cosas?”

Comprendí este pensamiento de otro peregrino del espacio como yo, y detuve mi marcha agitada y febril.

Entonces busqué en el plano físico, un ser de buena voluntad alejado de las turbulencias de la vida humana, que me prestara su concurso para brindar a la humanidad terrestre de esta hora, el fruto de mis pequeñas investigaciones y de lo poco que mi mente ha sido capaz de comprender, en la infinita e inconmensurable grandeza de la Divina Energía Creadora que llamamos Dios.

De todo esto se sigue que es verdaderamente lastimoso el papel que desempeñamos los humanos cuando enlodamos la pluma y lanzamos al viento, como saetas envenenadas, nuestros pensamientos en pugna entre los seguidores de Moisés y los de Jesús por ejemplo, o los de Jesús y los de Krishna, o los de Moisés y los de Buda, o los de Antulio y los de Abel, y llevamos la defensa ardiente hasta el extremo de que los unos se ceban enfurecidos en el dolor de los otros, persiguiéndose como fieras, hasta llegar al odio en todas sus más feroces manifestaciones.

¿Hay acaso, inconsciencia mayor que la que demuestran con su odio de siglos, los mosaístas contra los cristianos, y éstos contra aquellos, o sea, los seguidores de Moisés y los de Jesús?

¿Se puede dar un papel más triste y desairado que el que desempeña un historiador que niega grandeza a Jesús alegando que Buda trajo antes que él la misma filosofía, siendo así que Buda y Jesús son el mismo espíritu?

Debemos, pues, llegar a la conclusión de que la misma armonía que vemos en la evolución material de los mundos, se sigue ineludiblemente en la evolución moral y espiritual de las humanidades, bajo la égida

luminosa y sabia de la Inteligencia Superior que la guía hacia su más elevado destino.

Queramos o no queramos los habitantes de la tierra, mientras peregrinemos por los globos habitables de este sistema planetario, estaremos envueltos en el aura radiante de luz y de amor del Guía Espiritual de este planeta, Mesías o Verbo de Dios, fiel mensajero e intérprete de su Ley soberana.

¿Qué papel desempeñan los que niegan sus personalidades humanas, los que le odian, y los que niegan su intervención en la evolución de la tierra?

Exactamente el mismo papel que desempeñaría una hormiga si ésta fuera capaz de sublevarse en contra de la luz del sol que la alumbra, y hace fructificar el grano y la hierba que la alimenta.

Los Kobdas tuvieron que luchar en su nuevo campo de acción con los restos más atrasados y bajos de una raza que pugnaba por no desaparecer de la tierra: personificada en los últimos tiempos de la prehistoria, por los Gomerianos en el continente asiático, de los cuales fueron una prolongación los bárbaros y crueles Asirios; como los seguidores de Anfión y de Antulio habían luchado con la barbarie de las hordas salvajes lemurias, de donde surgieron los Aztecas en el ocaso atlante, origen en parte, de las tribus guerreras de América. Asirios y Aztecas son hermanos gemelos, y por donde ellos pasaron no se vio más que sangre y devastación.

Y ocurría a veces, que los hijos de los caudillos de la alianza, tomaban mujeres de entre los gomerianos, no como esposas, sino como concubinas, ya que entonces la costumbre así lo permitía; pero tenían ellas tan malas artes y eran de natural tan malvado, que casi siempre se enseñoreaban del corazón del hombre, que acababa por arrojar de su casa a la esposa, para dar su lugar a una de estas mujeres aleccionadas por sus sátrapas, verdaderos maestros en las malas artes de la Magia Negra, en lo que tiene de más repugnante y delictuoso.

De vez en cuando, aparecían arqueros de la guardia, muertos y despedazados en tal forma, que ni las fieras los hubieran descuartizado de semejante manera, y era porque habían intervenido en defensa del más débil y en defensa de la justicia, según era la consigna.

El Consejo de Gobierno de La Paz, llamó a los ochenta caudillos para tratar de poner remedio a los desmanes que tan frecuentemente causaban víctimas y desastrosas venganzas en aquellas comarcas. Entonces pudo verse que las tribus afiliadas a la Alianza y que reconocían como Jefe Supremo al Thidalá del Nilo, no eran ya ochenta sino ciento cuarenta, pues se habían sumado otras de la vasta Anatolia y hasta del país de Manh, o sea toda la vasta región encerrada entre la cadena de

montañas que bajando desde Ararat, circunda todo el valle formado por el Éufrates y el Hildekel.

Y cumplidas las dos lunas del plazo para la magna asamblea, se encontraron, bajo los pórticos de La Paz, ciento cuarenta caudillos, acompañado cada uno por sus hombres más destacados y fieles. Todo el bosque que rodeaba el edificio se vio lleno de tiendas, de elefantes, de dromedarios, camellos y asnos.

Aquello era un espectáculo grandioso y original a la vez.

Las tiendas de vistosos colores entre el verde follaje de los cedros, los robles, los cerezos y las viñas, rivalizaban en suntuosidad, pues cada príncipe de tribu aspiraba a deslumbrar a los demás con la riqueza fastuosa de su morada, de sus vestiduras y de su servidumbre.

Traían hermosos dones de amistad para el gran Rey de Naciones, a quien muchos de ellos no conocían.

Del simbólico cordero de Numú, habían hecho ellos una especie de Dios tutelar, y juzgando complacer en alto grado al Thidalá, los del país de Manh (*Armenia), ricos en oro de Havilá, le traían como don de alianza un hermoso cordero de oro con los ojos formados por dos grandes topacios y parado sobre una plataforma de ónix, vasos de plata, jarrones de cobre y de finas piedras pulimentadas, inmensas placas de oro y ónix, o granito rosa y azul, donde el simbólico Cordero de Numú aparecía en todos los tamaños y en todas las formas. Mantos de púrpura con el Cordero estampado en plata, inmensas mantas de pieles de oso negro, con el corderillo hecho en piel blanca y estampado sobre el fondo negro; y hasta una hermosa lira de ámbar y de oro, en que aparecía el Cordero de Numú echado en el puente superior de las cuerdas.

Era de ver el contraste que formaban aquellos príncipes ataviados de vistosos colores, cargados de olopeles, de corales, de mantos de plumas rojas, azules, amarillas; con la sencilla túnica azulada del Rey de Naciones, que les esperaba sentado en el estrado de piedra de la hospedería, entre Sisedón y Tubal que le acompañaban, sin más signo de su grandeza que el anillo del viejo Chalit, símbolo sagrado que para ellos encerraba la gran autoridad que había heredado de su antecesor.

El asombro de los Kobdas fue grande, cuando vieron toda aquella esplendidez de dones y de ofrendas, y cuando el más anciano de los príncipes se acercó el primero a cumplimentar a Bohindra, éste se levantó prontamente y antes de que el anciano se inclinase ante él, le tendió los brazos y lo estrechó tiernamente sobre su corazón. Era el único de los amigos del antiguo Chalit que vivía aún, y el más evolucionado espiritualmente de todos aquellos jefes de tribus. Detrás de él venía toda envuelta en un amplio manto de lino blanco, una hija suya adolescente de catorce años.

–Esta es la ofrenda que os presento –le dijo el anciano levantando el velo que le cubría el rostro.

– ¡Sadia..., mi Sadia! –exclamó entre feliz y aterrado, extendiendo sus manos hacia la hermosa aparición. Un extraño temblor le acometió hasta el punto de que Sisedón y Tubal tuvieron que hacerlo sentar nuevamente, pues parecía próximo a perder el conocimiento.

El anciano príncipe, que no había comprendido la exclamación de Bohindra; creyó que le había disgustado la presencia de su hija y le cubrió de nuevo con el manto blanco, pero Sisedón se apresuró a explicarle que el Thidalá había encontrado gran semejanza entre su hija y la esposa amada, perdida hacía ya años, con lo cual el viejo príncipe se tranquilizó.

La niña fue sentada en una inmensa piel a los pies de Bohindra, siempre cubierta con su manto de lino.

Y continuó el desfile de los demás jefes, hasta los ciento cuarenta que habían venido.

La riqueza de las ofrendas sobrepasaba a cuanto hubieran podido pensar los Kobdas, pero la ofrenda del anciano del país de Galaad, en las orillas del Descensor, sobrepasaba el límite de lo que hubiesen soñado.

49

ADA DE MUSUR

Cuando la recepción terminó, quedando para el siguiente día el empezar a tratar los asuntos que habían motivado aquella reunión, Bohindra pidió al Anciano que se quedara, pues deseaba hablarle de la inesperada ofrenda que le había presentado.

En la entrevista privada, supo que el Anciano tenía su dominio en el hermoso país de Galaad, que atraviesa el Río Hondo o Descensor, cuya capital, Musur, se hallaba más o menos en el sitio donde muchos siglos después se fundó la ciudad de Jericó, entre los almendros y los rosales, entre los nardos y los lirios.

Tenía él una sola esposa y doce siervas, en las cuales había tenido unos veintiocho hijos. Pero la niña que traía como presente al Thidalá, era la hija única de la esposa.

–Estoy encantado de vuestra ofrenda –decía Bohindra–, porque vuestra hija es el vivo retrato de mi esposa, arrebatada de mi lado por el egoísmo humano cuando ambos éramos casi adolescentes y fallecida en mi ausencia, sin que yo volviera a verla sobre la tierra. Desde entonces no volví a amar a ninguna mujer y le he guardado un culto reverente en el fondo de mi corazón.

La niña permanecía inmóvil, como una estatua bajo su blanco manto de lino.

– ¿La aceptáis? –preguntó el Anciano, como temeroso de que su ofrenda no fuera digna de la grandeza de tal personaje, al cual obedecían todas las vastas regiones desde las montañas de Manh hasta el valle del Nilo. Y al hacer tal pregunta, levantó de nuevo el velo que cubría el rostro de su hija, y Bohindra vio los dulces ojos de color topacio, vueltos hacia él y llenos de lágrimas, como inundados de suprema angustia; y fuera de sí, cayó de rodillas junto a ella que permanecía sentada en el suelo, y besando respetuosamente su cabeza coronada de hermosos bucles rubios sujetos con una redecilla de plata, le dijo casi en un delirio febril:

– ¡Tú eres Sadia!..., idime que eres Sadia!...

La niña cayó en sueño hipnótico, recostada su cabeza sobre el pecho de Bohindra, con grande angustia de su padre que la creyó muerta.

Pero un momento después se desprendió su doble etéreo, visto solamente por los Kobdas, y Bohindra entonces pudo apreciar las pequeñas diferencias que había entre Sadia de su juventud y Sadia del momento actual. Su blanca tez, sus dorados cabellos y sus ojos claros le daban una gran semejanza en cuanto al físico. Y si a esto se añadía la irradiación, el aura propia del ser y sus modalidades, la semejanza pasaba a ser casi perfecta.

–Sí, soy Sadia, tu Sadia de aquella hora –dijo la niña–, que te amó siendo pastor y que te ama siendo rey.

El doble etéreo se esfumó y la niña abrió los ojos como si volviera a la vida.

– ¿Que tienes, hija mía? –le decía su padre–, ¿te disgusta que te haya traído al Thidalá? ¿Acaso podías esperar honra mayor que la de ser su sierva?

La niña callaba. Y Bohindra callaba también. Se veía sometido a una durísima prueba.

Era un Kobda y aunque ninguna ley le impedía tomar esposa, él tenía pensado permanecer en el Santuario hasta el fin de sus días, dejando la pesada herencia del viejo Chalit a cargo de sus hermanos de Neghadá.

Tubal, que tanto lo comprendía, puso una de sus manos sobre el joven Kobda arrodillado todavía junto a la niña, y entonces Bohindra estallando en un hondo gemido, se abrazó de su hermano que le doblaba en edad, mientras Sisedón, interviniendo, le dijo:

–Tened calma y serenidad, que el Altísimo es quien abre los caminos de los hombres y los conduce por ellos a medida de sus designios y de su voluntad. No podéis rechazar la ofrenda, porque sería demasiado agravio para el más respetable de vuestros aliados.

“Serenaos, y cuando él se haya retirado pensaremos lo que debéis hacer.

Y explicó al Anciano, de la mejor manera que pudo, la impresión de Bohindra al ver a su hermosa hija.

—Os ruego que la llevéis a vuestra tienda, hasta que se disponga lo necesario para la entrega solemne de vuestra hija al Thidalá —añadió Sisedón.

—Según mi ley —contestó el viejo príncipe—, una vez que ha sido besada por el rey, no puede ella salir de su presencia.

Esto complicaba la situación, pero Sisedón y Tubal, que aparecían como los consejeros del Chalit, no se turbaron, y Tubal dijo con gran serenidad:

—Si es así, no se hable más. Queda bajo el amparo del Thidalá.

—Hoy mismo, cuando se levante la luna llena en el cenit, vendré a conducirla a la cámara del rey —dijo solemnemente el Anciano, entregando un hermoso cofre de roble con incrustaciones de plata, donde estaba encerrada la dote que daba a su hija, consistente en una buena cantidad de oro y piedras preciosas de gran valor; a más, un rico manto de púrpura recamado de lotos de plata y de finísimas perlas. Y haciendo una gran reverencia salió del recinto y se dirigió a su tienda.

Faltaban pocas horas para que volviera para la ceremonia ya anunciada, y Sisedón reunió el Consejo para deliberar juntamente con Bohindra, lo que convendría hacer en tal precipitación.

Y algunos fueron del parecer de hacer venir a la Anciana Diba y a Nubia para que, pasada la ceremonia, y muy secretamente, se llevaran a la joven Ada, que así era su nombre, hasta que se construyese una habitación independiente para Bohindra y su esposa, pues teniendo en cuenta el ser que era aquella joven criatura, no podía ponerse en duda el designio superior respecto de lo que había de resolverse.

Y Bohindra, como abismado en un mar de pensamientos, decía en voz baja:

—Continúa siendo mi vida una cadena de sueños trágicos y de sueños felices. ¡Bendito sea el Altísimo!

Ghinar, que así llamaban al Kobda que había sido rey y que tuvo en su vida una circunstancia semejante, fue quien más presión hizo en el ánimo de todos para aceptar el nuevo estado de cosas, que inesperadamente surgía, y en una brillante disertación, recordó los años de su juventud cuando al igual que Bohindra se vio obligado a tomar esposa.

— ¿En qué está la grandeza mayor de un espíritu —decía—, sino en servir de instrumento del Amor Eterno que alienta en todas las cosas y en todos los seres? Si yo me hubiera negado absolutamente en aquella ocasión, toda una comarca que hoy es campo fértil para la siembra de la buena simiente traída por el Verbo de Dios, hubiera sido posesión de las salvajes hordas gomerianas, que habrían implantado sus bárbaras

costumbres obligando a la esclavitud a los pacíficos moradores, o a emigrar a lejanos países.

“Cuando un ser está en el camino justo de las leyes divinas y un acontecimiento inesperado como éste, sale a su encuentro, es señal cierta de que fue procurado y realizado por el impulso de una o muchas Inteligencias Superiores con un fin también superior. Y en el caso presente mucho más, ya que el espíritu que anima ese cuerpo, es uno de nosotros mismos, dos veces Kobda, madre del Verbo en su encarnación de Antulio.

“Descubridor de la energía radiante que emanan las plantas y el agua y las notas musicales cuando fue el Kobda Jedín hace tres siglos. ¿Cómo, pues, podríamos rechazarle de nuestro lado por el egoísta y mezquino pensamiento de que un Kobda no abrigue en su corazón un amor humano? ¿Acaso no debemos al amor nuestra evolución y nuestra vida?

“La amplitud y elevación de mirajes, marcó siempre la ruta espiritual de los Kobdas y el confiado abandono a la Voluntad Divina les hizo grandes y fuertes.

Más o menos todos los del Consejo de Gobierno pensaban igual y el discurso de Ghinar acabó de inclinar sus voluntades en tal sentido, pero para resolver definitivamente el asunto, fueron de opinión que Bohindra hablase privadamente con Ada, que estaba sentada en un ángulo de la hospedería, inmóvil y cubierta con su manto de lino blanco. Había estado presente en las deliberaciones del Consejo, aunque sin comprender nada de lo que se había hablado.

Bohindra se acercó a la niña y levantó el velo que la cubría. – ¿Por qué lloráis? –le dijo en la lengua que ella hablaba, y viendo su rostro bañado de lágrimas.

–Porque vos no me queréis para vuestra sierva y comprendo que he venido a causar una sorpresa entre vosotros. ¿Será acaso que vuestra esposa no quiere siervas extranjeras para su rey?

–Cálmate, Ada –le dijo Bohindra con dulzura–, que ni yo tengo esposa, ni estás aquí fuera de lugar. Estás en tu casa, en la casa del Thidalá, Jefe de la Alianza de estos pueblos. Las deliberaciones que has presenciado no significan un desagrado sino una resolución, porque nosotros no tenemos esposas y yo había pensado no tomarla jamás.

– ¿Y vuestras siervas, dónde están? –preguntó extrañada la niña.

–No tenemos siervas. Vivimos solitarios, consagrados al estudio, al trabajo y al bien de la humanidad. ¿No te sentirás mal a mi lado, sin los atractivos a que estás acostumbrada, sin compañeras de tu edad y de tus alegrías? ¡Eres tan niña! –decía Bohindra, arreglándole los bucles dorados que el peso del blanco manto le desordenaba.

–Si vos me amáis, olvidaré todo por vos, mi señor –dijo la niña, con

voz tímida y haciendo el movimiento de arrojarse a sus pies. Bohindra la tomó de las manos para hacerla permanecer sentada.

–No me digáis: mi señor –le dijo–, que no sois una sierva, ni os arrojéis a mis pies, porque entre los Kobdas no aceptamos servidumbre ninguna.

Y Bohindra pensaba en su primera juventud, cuando de la mano con Sadia, siendo él pastor, recorrían las praderas y las montañas buscando flores y nidos, y cuando él, a causa de su extrema pobreza, había hecho la misma pregunta de ahora:

–“¿No te sentirás mal a mi lado, sin los atractivos a que estás acostumbrada, sin compañeras de tu edad y de tus alegrías?” –Y había oído la misma respuesta:

–“Si vos me amáis olvidaré todo por vos, mi pastor”.

Y la exteriorización del aura dulce y amorosa de Sadia envolvía el rostro y el cuerpo de Ada en tal forma, que Bohindra, cuya tragedia de amor abriera tan honda herida en su corazón el día de ayer, sintió como una suave mano que la curaba, y tomando la blanca y pequeña manecita de Ada la acercó a sus labios con amor reverente y tiernísimo, y así tomada de la mano, la condujo hacia donde estaba el Consejo.

– ¿Estáis decidido? –le preguntaron.

–Sí, porque estoy plenamente convencido de que es aquella...

–Entonces, no hay tiempo que perder –dijo Sisedón–, porque dentro de breves horas tendremos aquí a su padre. Dejemos a las Kobdas tranquilas allá, que sería llevar una alarma inútil a la caverna a esta hora. Mañana veremos.

–Y, ¿qué hemos de hacer entonces con ella? –preguntó uno de los Kobdas.

–Que acudan los Kobdas jóvenes a arreglar la hospedería de mujeres en forma conveniente y allí se realizará la ceremonia de la entrega de la hija por su padre al Thidalá. Estando resueltos los esponsales no hay nada que hacer. Desde mañana se empezará a disponer la nueva morada para el Chalit.

Esto tenía que llegar de un momento a otro, porque los caminos de Bohindra estaban ya diseñados desde que se realizó la transmigración de su espíritu.

Enseguida se efectuó la transformación de la inmensa hospedería de mujeres en cámara real, para que nada chocara a la vista del viejo príncipe y de los caudillos, sus compañeros, ya que todos debían concurrir a la original ceremonia, que tomó mayores contornos cuando el Thidalá les envió a decir que no la tomaría como sierva sino como única esposa, pues su ley prohibía absolutamente las esposas múltiples, las concubinas y las siervas.

El anciano caudillo cuyo nombre era Jebuz cayó al suelo de rodillas adorando al Dios que enciende el sol y las estrellas, y que en sueños le había dicho: “Lleva al Rey de Naciones a tu hija porque sus vidas fueron unidas por los siglos de los siglos”.

“Y tú, mi amada Zida, que ya en edad madura concebiste esta niña, un don era de lo alto para ti, que despreciada por mis siervas, llorabas por no haber sido madre, ahora lo eres de la más grande reina de estos países”.

Esta exclamación del Anciano enviada a la distancia a su esposa ausente allá entre los vergeles de su país, la escucharon Jobed e Ibrín que, como encargados de las cosas exteriores habían sido enviados con el mensaje.

Jebuz y Zida, afiliados ya a la alianza del gran espíritu Guía, desde los lejanos siglos de Anfión y de Antulio, debían seguirle a través de todas sus heroicas etapas terrestres, hasta que en la de Jesús de Nazareth escucharon desde muy cerca su enseñanza, el uno en la personalidad de Bernabé, el misionero de Antioquía, y la otra una mujer griega, aya de la gran enamorada del Nazareno, María de Mágdalo, junto a la cual comprendió Elhida los prodigios que obra el Amor cuando es inspirado por un gran Ser, en el cual se encuentran reunidas las más bellas y tiernas manifestaciones humanas y las más radiantes expresiones de la Divinidad.

–Decid al Thidalá –dijo el Anciano a los mensajeros–, que dentro de una hora, cuando esté la luna en el cenit, estaré a la puerta de su morada con todos mis amigos.

50

LA REINA KOBDA

Bohindra no quiso quitarse la túnica azulada, y sólo aceptó que le vistieran encima de ella el oped blanco del Chalit del Nilo y el amplio manto púrpura de Eubea, que usaron los Kobdas-reyes, debido a que la púrpura de dicho país era rojo violeta y no escarlata vivo como los demás.

Y de todas las coronas, tiaras y diademas del viejo Chalit, que hasta entonces nunca había usado, eligió una pequeña diadema de lotos blancos de nácar entre un delicado follaje entretejido de esmeraldas; la cual sujetaba a su cabeza el inmenso manto violeta de los Kobdas-reyes.

Los Kobdas esperaban en dos grandes filas, en el pórtico delantero, la llegada de los príncipes de la alianza, y cuando aparecieron saliendo del bosque con sus antorchas encendidas y sus vistosos atavíos de los más vivos colores, Ada, siempre bajo su blanco manto de lino salió al encuentro de su padre, que avanzaba en primera fila.

Bohindra les esperaba en la Cámara Real improvisada, sentado entre el Consejo de Gobierno, hacia donde llegó Jebuz con su hija de la mano, entre las dos filas de Kobdas que le acompañaban.

Y quitando el manto blanco que cubría a Ada, dejó al descubierto la hermosa figura de la niña vestida con túnica de lino y plata, y prendido de los hombros el manto de púrpura regalo de su padre.

Más hermoso aún era el velo dorado de su cabello suelto, cayendo a la espalda en ondulados rizos, dejando libre su frente juvenil para recibir la corona del rey, su esposo.

—En presencia del Dios que enciende el sol y las estrellas, os entrego mi hija como esposa, Thidalá Rey de Naciones, y declaro que no hay más dueño y señor de ella que tú solo.

—Como un don de Dios recibo a vuestra hija para que sea mi única esposa, Príncipe Jebuz, y renuncio ante vos y nuestros aliados y mis hermanas aquí presentes, a los derechos brutales que significan las palabras de señor y de dueño, para aceptar solamente las de esposo, compañero y amigo fiel —contestó Bohindra con profunda emoción, tomando la diestra de Ada y subiéndola al estrado en que estaba sentado.

Todos los caudillos prorrumpieron en una exclamación de júbilo y de gloria, levantando en alto sus antorchas encendidas.

Era el momento solemne. Sisedón alargó a Bohindra la diadema de oro y perlas con el velo blanco de las reinas Kobdas, y él la colocó sobre la rubia cabeza de Ada. Una lluvia menuda de pétalos de flores cayó sobre ellos y una estruendosa sinfonía triunfal resonó en los pórticos del edificio, música selvática, puedo decir, algo así como tempestuoso concierto del viento entre la selva y del huracán entre las olas.

Desde luego se adivinaba que no eran las melodías Kobdas, sino la turbulenta armonía de los festines y de las victorias, acostumbradas por aquellas tribus en sus grandes acontecimientos.

Después siguió la ceremonia de beber el jugo de la vid en el mismo vaso, los esposos y los padres de ellos. Y como Bohindra no tenía los suyos, fueron Sisedón y Tubal quienes bebieron en reemplazo de aquellos. Y cada uno de los príncipes de la Alianza bebió en el mismo vaso con uno de los Kobdas, en representación del Thidalá, pues no era posible que él bebiera con todos.

Era el gran símbolo de una alianza y una paz inquebrantable.

La pequeña Reina Ada recibió el último beso de su padre que se retiró seguido de sus aliados y amigos.

Entonces los Kobdas jóvenes rodearon a Bohindra, a quien tanto amaban y su primera pregunta fue ésta:

— ¿Seréis capaz de amarnos como antes, en medio de vuestra felicidad?

–Si yo no fuera capaz de ser más Kobda que Rey, el Altísimo no me hubiera enviado este don –contestó Bohindra aludiendo a su joven esposa–. Y si el Consejo de Gobierno lo permite, continuaré en mi puesto de Kobda como hasta ahora, pues el amor en esta hora, no será turbador de mi mente sino una melodía nueva que escuchará mi espíritu en el éxtasis sublime de la unión con Dios.

– ¡Kobda en el poder, Kobda en el dolor, Kobda en la soledad, Kobda en el amor!... –exclamó entusiasmado Tubal.

–He ahí –dijo Sisedón–, a lo que llega un espíritu iluminado con la claridad divina y consciente de su deber.

– ¡Que el Altísimo bendiga al Kobda-Rey! –gritó Senio con toda la fuerza de sus viejos pulmones.

– ¡Que los lauros y palmas de esta última victoria no se marchiten jamás! –añadió Ghinar, el Kobda que había sido rey.

Aldis se abrió paso por entre todos porque acababa de llegar de la cabaña trayendo a Abel en brazos. En pos de él venía toda la familia.

–Nada mejor os puedo traer como regalo de boda –dijo, dejando al pequeño sobre las rodillas de Bohindra, que le abrazó entusiasmado de aquel chispazo de luz y de gloria que venía inesperadamente a poner el broche de oro al feliz acontecimiento.

– ¿Es vuestro hijo? –le preguntó Ada acariciando al hermoso niño.

–No, querida mía, es un nietecito, hijo del hijo de mi primera esposa que falleció hace muchos años. Aquí vienen sus padres –añadió, viendo que llegaban Adamú y Evana, la cual abrazó tiernamente a Bohindra, diciéndole llena de alegría:

– ¡Cómo, padre mío! ¿Habéis tomado una esposa más pequeña que yo?

–Yo no la elegí, sino que Dios me la mandó –contestó Bohindra.

Cuando el intercambio de impresiones y de alegrías iba calmando, sintieron unos pasos por la amplia sala, como dados con zapatos de hierro. Volvieron todos la vista y vieron a Madina que con pasos solemnes se acercaba también.

– ¡Ah, Madina! ¡Madina! Tú no podías faltar a esta cita de compañerismo y de amor –exclamó Bohindra, dejándose lamer las manos con el inteligente y noble animal. Mientras las hijitas de Shiva se sentaban plácidamente a los pies de Ada que estaba encantada de todo cuanto veía. Y mientras Bohindra recibía y emanaba inmensas ondas de amor que en luminosas corrientes parecía derramarse de alma en alma, de corazón a corazón, Sisedón reunió apresuradamente el Consejo en la Sala del Archivo, para deliberar lo que convenía hacer con el Kobda Rey, a quien los acontecimientos habían obligado a tomar esposa.

El Patriarca Dhabes y Tubal fueron quienes primero emitieron sus

opiniones en el sentido de no dejar a Bohindra salir de la Casa de Numú, de la cual debía seguir formando parte, según el deseo manifestado por él mismo.

Apoyando esta opinión, Senio y Aldis propusieron disponer las bóvedas del ángulo que quedaba justamente encima de la hospedería de mujeres, para habitación del Chalit.

–No somos sino noventa Kobdas –dijo Ghinar–, y hay doscientas cuarenta bóvedas, más de la mitad vacías por ahora. Creo, pues, que lo que habéis pensado es lo justo, hasta que haya el tiempo necesario para disponer otra cosa.

–Llamemos a Abirón que está en su tienda a la entrada del bosque, con su cuadrilla de jornaleros, para que quiten las mamparas de cedro que dividen una bóveda de otra en forma que de doce de ellas se hagan tres grandes salas: Cámara, Refectorio y Recibidor.

Esta opinión emitida por Senio, fue aceptada, y Audino y Nebo, que eran los más jóvenes del Consejo, fueron hacia la tienda de Abirón, mientras los demás continuaban las deliberaciones.

Sisedón tomó la palabra:

–En presencia del Altísimo, cuyo aliento soberano nos envuelve en todos los instantes de la vida, y unido con mi pensamiento al Espíritu de Luz que nos guía, declaro ante vosotros que depongo el nombre y la autoridad que me habéis dado para gobernar esta santa morada, porque creo llegado el momento de que el Kobda-Rey sea aquí la primera autoridad, toda vez que esta casa ha sido levantada precisamente para facilitar su gobierno sobre los vastos pueblos de la Alianza.

–Vuestro noble desinterés, y vuestro elevadísimo concepto de las cosas y de los acontecimientos –dijo Tubal–, nos confirma más y más que habéis bebido ampliamente la ley de los Kobdas, y que habéis sido un sabio piloto en la nave de Numú. Por vuestra edad avanzada más que todo, y los motivos que enunciáis también, creo que vuestra decisión llena de grandezas, merece ser aceptada.

Después de un cambio rápido de ideas, todos estuvieron de acuerdo en que desde ese momento Bohindra sería el Patriarca de La Paz, como era ya el Chalit del Nilo, el Thidalá que reinaba sobre las vastas regiones del Nilo y del Éufrates hasta la cadena de montañas del país de Manh.

Dejarían al nuevo Patriarca la libertad de elegir, él mismo, su Consejo.

Y con la resolución tomada ya, bajaron a la Cámara improvisada donde Bohindra había organizado un concierto entre todos sus discípulos, dirigidos por él, que con la lira de ámbar, ofrenda de uno de los príncipes aliados, realizaba maravillas de armonía, desbordamientos de notas, de arpeggios, de trinos suavísimos, que eran escuchados en el más profundo

silencio, pues parecía suspender todas las almas del hilo mágico de aquella inmensa melodía, sobrecargada de vibraciones de amor. Las dos mujeres Kobdas, con Evana y Shiva, formaban un grupo en torno de la pequeña Reina, que se dejaba sumergir suavemente en aquella atmósfera sutil y casi divina que nunca había sentido. Y mirando con sus grandes ojos claros a Bohindra transfigurado por la inspiración, rodeado de sus discípulos que lo acompañaban tan admirablemente, preguntó en voz baja a la Anciana Diba que estaba a su lado:

–Vuestro Rey, ¿será acaso el dios que llaman Orfeo los extranjeros de la lejana costa del mar?

–No, hija mía –le contestó la Anciana–, no hay más Dios que el Altísimo que enciende el sol y las estrellas, como dice tu religión y la mía; y nuestro Rey es un hombre que ha padecido y amado mucho, que es como un vaso lleno de amor, y es el amor que hay en él lo que le hace asemejarse a Dios.

Los del Consejo hablaron privadamente a los jóvenes Kobdas para aleccionarles en la forma de hacer allí mismo la proclamación del Chalit, como Patriarca de la Casa de Numú en las orillas del Éufrates.

Y después Aldis, tomando a Abel aparte, le habló al oído y le retuvo junto a sí hasta que terminó la sinfonía.

Aldis puso al niño sobre la gran mesa de piedra, y él dijo con su dulce vocecita, como una armonía divina y sin entender él mismo lo que decía:

–El Verbo de Dios te anuncia que eres el Padre de La Paz.

– ¡Bendición de Dios para el Patriarca-Rey! –dijo en alta voz Sisedón.

– ¡Bendición de Dios! –exclamaron todos a una sola voz.

Bohindra dejó caer la lira sobre sus rodillas, conmovido por una profunda emoción que llenó sus ojos de lágrimas. Tubal y Sisedón se le acercaron al momento para decirle:

–No rechacéis la voluntad de Dios, que hemos querido que os fuera manifestada por Abel. Lo habíamos decidido en Consejo, conforme a la ley.

–Sea como lo habéis querido –dijo–, pero con mi autoridad de Chalit y de Patriarca resuelvo que el Consejo continúe tal como estaba, y nombro Audumbla a mis hermanos Sisedón y Tubal.

Un nuevo aplauso, un nuevo hosanna resonó en la vasta sala, aceptando la primera orden del nuevo Patriarca.

–Y constituyo a Diba, Evana, Nubia y Shiva, compañía de honor para la Reina; y a todos los jóvenes Kobdas que me rodean, príncipes de mi corte, de instructores y misioneros para la educación de estos pueblos, en forma que cada uno de ellos sea el que se entienda de inmediato con cada uno de los Príncipes de la Alianza.

Al Consejo de los Ancianos fue a quien le correspondió aplaudir esta vez, mientras los jóvenes se miraban azorados, los unos a los otros.

Cada uno decía en sus miradas asombradas y silenciosas:

– ¿Yo soy un príncipe, instructor y misionero?

Abel se acercó a Bohindra para decirle muy bajito: –Y yo, ¿qué soy?

– ¡Ah, querido mío! –exclamó Bohindra levantándolo en sus brazos–, tú eres la luz del mundo y felices los que te sigamos porque no andaremos en las tinieblas.

Así terminó aquel día inolvidable por mucho tiempo para aquellas comarcas, pues él marcó una nueva era a todas las colectividades humanas, en medio de las cuales se haría sentir poco tiempo después, la Voz del Verbo de Dios como un canto divino de Amor Eterno hacia la humanidad de este planeta.

51

LA GRAN ALIANZA

Al día siguiente se reunieron todos los jefes de tribus y todos los Kobdas, ya que todos debían participar en el gobierno de aquellos pueblos. Cada tribu o agrupación de tribus tendría en adelante un Kobda que entendiese directamente en sus asuntos ante el Consejo Superior del Thidalá o Chalit, y tendría más que todo a su cuidado el progreso espiritual de sus representados. Fue, pues, una especie de ministro-sacerdote que durante las diez primeras veintenas de años dio magníficos resultados hasta que, dominados por el egoísmo personal, fueron cediendo al fanatismo de los pueblos y a la prepotencia de los Caudillos que luchaban por la satisfacción de sus instintos groseros y de sus bajas pasiones.

En aquella magna asamblea presidida por el Thidalá y su joven compañera, se tomaron las siguientes resoluciones, que tendrían fuerza de ley para todos los pueblos de la Alianza:

Primera: Nadie podría comprar ni vender a ningún ser humano, y los que tenían esclavas debían cambiar su triste situación por la de servidores, mediante un salario convenido.

Segunda: Ningún príncipe o caudillo, ningún jefe de familia, ni aún el mismo Thidalá, podía condenar a la muerte ni a torturas o penas corporales a ningún ser humano por grandes que fueran sus delitos, sin antes procurar durante veinte lunas su arrepentimiento y regeneración.

Tercera: Teniendo en cuenta que los largos años de paz que llevaban desde el reinado del antiguo Chalit, habían nivelado la población femenina y masculina; desaparecía la necesidad de que cada hombre tuviera varias mujeres y por tanto, se establecía para la generación de

esa hora y las futuras, el formar familia con una sola mujer, salvo el caso de esterilidad, en el cual el hombre podría tomar otra esposa, sin repudiar la primera.

Cuarta: Cada jefe de familia o de tribu debía procurar el matrimonio de sus hijos y servidores en la primera juventud, dejándoles en libertad de elegirse compañera.

Quinta: Ningún príncipe o caudillo o jefe de familias, podía permitir que hubiese mendigos hambrientos en sus dominios, y para evitarlo se formarían graneros públicos donde cada cual depositaría un tanto de su recolección anual, según su monto, para subvenir a las necesidades materiales de los ancianos y enfermos sin familia y sin recursos.

Sexta: Cuando un caudillo viere que sus tierras no bastaban a las necesidades de una numerosa población, debía dar aviso al Chalit o Thidalá de la Alianza para que éste, en convenio con los caudillos vecinos que tuvieran tierras despobladas, permitiera usufructuarlas a los que estaban desposeídos de ellas.

Séptima: Cada príncipe o caudillo haría saber a todos sus súbditos que no se permitía la adoración a un ser o cosa ninguna visible, porque sólo el Altísimo, el Invisible, el Infinito, el que dio vida a todo cuanto existe, debe ser adorado por los hombres.

* * *

Aceptadas estas reformas por todos los caudillos de la Alianza, a cada uno le fue presentado el Kobda que entendería en sus asuntos, según las lenguas que cada uno de ellos dominaba, para facilitar la inteligencia mutua.

De estas reformas surgieron progresos reales para las sociedades humanas. Y fue necesario abrir Casas de Corrección para los delincuentes, toda vez que no se les podía matar apenas cometido el delito. Fue preciso abrir Hospederías para ancianos y enfermos sin familia. Fue necesario construir un lugar apropiado para reunir al pueblo y explicar la nueva ley, para juzgar sus contiendas y subvenir a sus necesidades. Este lugar fue templo, escuela, tribunal y casa de gobierno. Y cada pueblo, en su lengua, le llamó a este lugar sagrado: “Casa de Sabiduría”.

Establecidos estos principios de justicia y de misericordia de los fuertes para los débiles en todo el vasto territorio de la Alianza, ocurrió un fenómeno que amenazó con la extinción de los Kobdas; nadie concurría a la Casa de Numú pidiendo ser amparado por ella, pues habían terminado las persecuciones individuales que llevaban a diario seres azotados por el infortunio a aquel lugar de refugio y de paz.

Pero los Kobdas, formados en la alta escuela del altruismo y el desinterés más completo, decían llenos de satisfacción:

– ¿Qué importa que un día se extinga nuestra Institución, si esto es una prueba de que se acabó la maldad entre los hombres y de que ya no hay víctimas de la injusticia humana?

“Si hemos dado la paz y el amor de nuestra Casa a todos estos pueblos, ¿qué importa que no se sumen nuevos contingentes a nuestras filas?”

Se acercaba el momento de que cada Kobda fuera una lámpara encendida en medio de las multitudes y un raudal de agua cristalina derramándose abundante por encima de aquellos pueblos predispuestos ya, para sembrar en ellos la divina semilla.

Y como los creadores de estas leyes debían ser los primeros en llevarlas a la práctica, los Kobdas de La Paz hicieron levantar cuerpos de edificios anexos al que ya existía, para llenar todas aquellas necesidades previstas en las reformas introducidas por ellos.

Y en el término de las cuarenta lunas, las edificaciones se extendieron hasta el hermoso huerto aquel que Senio bautizó con el nombre de Jardín de Adamú, y que parece que hubiese tenido la visión del porvenir, pues aquel lugar fue por fin la habitación definitiva de Adamú y Evana con Abel, Shiva y sus hijitos, cuando Kaíno, por iniciativa de Dhables, fue llevado a La Paz para comenzar su educación, mientras Diba y Nubia eran instaladas al frente de la Casa-Refugio de ancianas y de enfermas sin recursos y sin familia.

Aquellas primeras edificaciones fueron los comienzos de la ciudad futura que después se llamó con tantos nombres cuantas eran las lenguas aglutinantes que lo pronunciaban, voces o sonidos, que vertidos por ejemplo al latín diría “Pax” y al castellano “La Paz”.

Los unos la llamaban en su lengua Pas-Chaf, otros Seh-Paz, algunos Scheipa, quien Paz-Tura, y quien Bor-Pachal.

En las más antiguas ciudades asirias de la Susiana, y sobre todo en Nínive y la primera Babilonia, fueron empleados en las edificaciones los enormes bloques de piedra de la ciudad Kobda, y la inmensa pilastra en cuyas aguas transparentes se reflejaba la imagen serena de Numú en la Mansión de la Sombra, fue admirada por los antiguos reyes asirios por ser labrada toda ella en un solo pedazo de roca.

¡Qué grande es el alma humana en su interminable supervivencia!
¡Aquellas ciudades de piedra, aquel trozo de roca convertido en pilastra, no existen ya más, y las almas que en torno de ella mezclaron a sus aguas claras la irradiación de hondos pensamientos de adoración y de amor, viven, sufren y aman todavía!

Peregrino eterno a través de los mundos que enlazan sus irradiaciones formidables en la anchurosa inmensidad de lo infinito, el espíritu ve pasar en majestuoso desfile, ciudades muertas y ciudades nuevas, verdes praderas transformadas en mares, mares convertidos en arenosos desiertos,

cadenas de montañas cuyas más altas crestas asoman por encima de las olas como los pequeños islotes de un archipiélago rocoso e inaccesible.

Y más aún: asiste como indiferente espectador lo mismo al nacimiento de un globo nuevo, que a la decrepitud y disgregación de un mundo viejo, y ella..., la pequeña alma, la diminuta burbuja de la Energía Divina, continúa viviendo, sufriendo y amando.

Arduas y laboriosas fueron las deliberaciones de la magna Asamblea de los Caudillos de la Alianza, porque cada cual debía exponer sus miras, sus anhelos, sus proyectos, para el mejor gobierno de sus pueblos.

Los de la lejana Vannia, apenas divididos de los gomerianos por una cadena de montañas, pedían ser más eficazmente auxiliados, pues a través de algunos desfiladeros bajaban a veces sus hordas salvajes y robaban sus ganados matando pastores y labriegos.

El Príncipe Caudillo de los vanneses, Etchebea, había estado a punto de ser capturado por las huestes de la reina guerrera Shamurance, cuyos navíos, armados de triple fila de púas de cobre, eran inaccesibles al abordaje, y se paseaban por las aguas del Mar Eritreo del Norte (*Mar Hircanio), como monstruos marinos dispuestos siempre a la cacería más voraz y sanguinaria. El mayor peligro partía de allí para los pacíficos moradores de las praderas del Éufrates y ya pasaban de cincuenta los arqueros guardianes que Etchebea había perdido, sin que se tuviera noticia ni rastros de ellos. Suponían que habrían sido sacrificados a su dios en el santuario de la Isla Negra, en el centro del mar de las aguas rojizas y turbulentas, donde la malvada reina celebraba los ritos macabros y espantosos de su culto.

Esta mujer contaría a la sazón unos cuarenta y tres años, y llevaba veinticinco de gobernar sus dominios. Muchos de los hijos y de las hijas de Numú habían tenido que sufrir sus persecuciones; los unos de una manera y los otros de otra.

Ambiciosa, cruel y lasciva hasta la degeneración y la barbarie, nada la detenía cuando se trataba de satisfacer sus deseos y sus caprichos.

Era espléndidamente hermosa, no obstante de haber pasado ya la juventud.

Si aceptáramos la creencia en los genios del mal, que arrastran a los hombres a la perdición, al dolor y a la muerte, diríamos que uno de ellos estaba encarnado en aquella mujer siniestra.

Seres tan perversos no son comunes en las humanidades que realizaron por las vías normales su proceso de evolución, pero debido a ciertas combinaciones de influencias planetarias sobre los instintos groseros y perversos de los seres recién salidos de una especie inferior, antes de haberse modificado en la escala ascendente de la evolución, quedan a veces estos terribles ejemplares, azote de la humanidad. Eran sus primeros ensayos en la especie humana, a la cual la había impulsado, por

terribles venganzas y mediante las delictuosas artes de la magia negra, una sociedad de magos lemures, cuyas fuerzas de destrucción habían llegado al máximo en aquel desaparecido continente y en aquellos lejanos tiempos.

Buscando siempre las cimas del poder y de la grandeza, ese ser estuvo unido a casi todos los grandes dolores padecidos en conjunto por colectividades humanas.

La Reina Regente de Egipto, en la época de Moisés (*en la Obra “Moisés - El vidente del Sinaí”, está el relato de este acontecimiento), que ordenó la matanza de los niños hebreos; la reina Jezabel de la época de Elías Profeta; un gran sacerdote azteca del antiguo México, llamado Quili-chua, que había formado con cráneos de las víctimas sacrificadas a su dios, una pila casi tan alta como el templo mismo; la Herodías del tiempo del Bautista; Teodora de Bizancio, Margarita de Borgoña y Catalina de Médicis, son terribles facetas del prisma negro de la vida de aquella siniestra Shamurance del Mar Eritreo del Norte.

Una de sus últimas encarnaciones fue ya de dolorosa expiación en la Rusia tiranizada por los Zares, en cuyas heladas estepas vio morir a todos sus hijos, después de lo cual murió de hambre y de frío, a la edad de noventa años, bajo un puente del Volga, se llamó Petrona Acarof.

El Príncipe Caudillo de Vannia formó una nueva alianza, más estrecha, con el del país de Manh, donde quedaron encalladas las naves de Nohepastro, para defenderse de la malvada reina de la costa norte del Caspio. Codiciaba ella dos cosas: el inmenso rebaño de dromedarios y elefantes que poseía Etchebea, y su bello plantel de veinticinco hijos varones, conceptuados como los más perfectos tipos varoniles de ese tiempo.

Tenía el capricho de buscar los jóvenes rubios de ojos claros para sus inmundos placeres, y cuando hastiada de ellos, no les quería más cerca de sí, los entregaba a sus sacerdotes para que fueran sacrificados a los dioses. Podía conceptuarse afortunado el que conseguía divertirla durante dos lunas.

Los Ancianos Kobdas pensaron con dolor en el sacrificio continuo de vidas y en la muerte espantosa a que las víctimas eran sometidas, pues hartos lo sabían por algunos de sus propios hermanos que habían escapado de sus garras.

Con mayor dolor aún, pensaban en la larga turbación que sufren los espíritus arrancados a la vida física entre el terror, la tortura y el espanto, turbación de la cual se despiertan en su gran mayoría, ebrios de odio, de ira, de deseos de venganza y como impelidos por un huracán devastador, se lanzan por esos caminos durante varias encarnaciones seguidas.

Si los gobernantes, que con tan fría serenidad y con tan lamentable frecuencia firman sentencias de muerte, pudieran calcular y medir la

espantosa responsabilidad que cargan sobre sí mismos y las consecuencias que por siglos y siglos les van siguiendo como fantasmas vengativos, creados por el terror y el odio de las víctimas, jamás estamparían su nombre al pie de una sentencia capital.

El Caudillo del país de Manh, cuyo nombre era Bonacid, expuso a su vez que el país de Akadia, estaba sometido al gobierno de un poderoso Rey-Sacerdote llamado Lugal Marada, que venía desde el otro lado del Ponto Euxino conquistando regiones y comarcas, que enriquecía con los más vastos cultivos y con sus inmensos ganados. No era cruel ni devastador, sino por el contrario, un gran reconstructor, en forma que había reedificado gran parte de las muertas ciudades de la antigua civilización Sumeriana.

Le había mandado mensajeros pidiéndole alianza exclusiva con él. La Asamblea fue de opinión que se le aceptara como aliado, pero si él aceptaba a su vez el entrar en el concierto de la Gran Alianza del Nilo. Y si era menoscabo para Lugal Marada, Bohindra, el Jefe de la Alianza, propuso que cada Caudillo fuera rey de su dominio, sujetos todos a los principios ya establecidos y de cuyo cumplimiento sólo debía dar cuenta ante el Gran Consejo de todos los Príncipes reunidos una vez cada año. Y que si Lugal Marada era hombre justo y de buenos principios, gustoso le cedería la presidencia del Gran Consejo de la Alianza, quedando él simplemente como lazo de unión entre todos, y gobernando particularmente el Valle del Nilo y el Maharati, donde se encontraban. (*Nombre que se daba en la prehistoria a las comarcas del Delta del Éufrates).

El gran desprendimiento del Chalit provocó una intensa aclamación entre los caudillos, no habituados a una acción semejante.

Y el Anciano Jebuz dijo, cuando se acalló el clamoreo:

–El Dios que enciende el sol y las estrellas ha hecho llegar este pensamiento al corazón de su siervo: “Aquel que no ambiciona el poder, y que teniéndolo, lo repudia buscando mantener la armonía de sus pueblos, ese tal hombre es el único que puede proporcionar la felicidad y la paz”.

“Preguntad a Lugal Marada si es capaz de hacer una renuncia semejante a la del Thidalá del Nilo y de nuestra Alianza, y entonces creeremos que es tan grande como él”.

Los demás príncipes gozaban de plena tranquilidad y sólo expusieron pequeñas dificultades con que creían tropezar para poner en vigor las reformas establecidas, sobre todo en las que se referían a los esclavos, y a la ley de la esposa única, la cual dejaba en situación difícil a las esposas secundarias y a las concubinas.

Reconocían no tener el ascendiente necesario para hacer aceptar sin violencia aquellas reformas, que afectaban en lo más íntimo los hábitos y las costumbres de la época.

Y entonces fue necesario que los Kobdas pidieran refuerzos mentales o sea, un nuevo contingente de hermanos de los que habían quedado en Neghadá y de los varios Refugios que desde el fondo de las cavernas en todas esas comarcas, impulsaban las corrientes del pensamiento humano hacia el bien, la justicia y la paz.

Aquellos que habían obtenido el mayor desarrollo psíquico a que es posible llegar dentro de la materia, serían enviados en misión hacia la reina Shamurance para dominar sus furias destructoras, y a la vez harían una gira por los países de la Alianza, ayudando a los príncipes a establecer la reforma en los hábitos y en las costumbres.

Las deliberaciones terminaron y después de una frugal comida en conjunto, príncipes y Kobdas, bajo los pórticos de La Paz, partieron aquellos, cada uno a su país, siendo despedida cada caravana por Bohindra y Ada, acompañados de todos sus hermanos desde lo alto de las terrazas del Santuario.

La música melodiosa y suave de los Kobdas ejecutó el Himno grandioso de La Paz, cantado a coro por todos, y los solos por Bohindra, acompañado de su lira, cuando los príncipes iniciaron el desfile de sus caravanas saliendo del bosque por la ancha plazoleta que se abría frente al edificio.

El último en salir fue Jebuz ya que era el más cercano, pues habitaba en las montañas fértiles y risueñas de Galaad, en las orillas del Río Hondo o Descensor como llamaban al Jordán, aludiendo sin duda a su profundo lecho encajonado entre dos cadenas de montañas.

Al pasar el elefante en que iba sentado Jebuz por delante de los pórticos de La Paz, Ada se inclinó y arrojó sobre su padre su velo blanco de Reina Kobda; como una nube sutil que ondulada por el viento, fue a caer extendida sobre el dosel que protegía al Anciano de los fuertes rayos solares.

Jebuz levantó la cabeza y dijo lleno de emoción:

—He comprendido y acepto la indicación. Pronto tendréis la prueba.

Y era que la acción realizada por Ada, a insinuación de Bohindra, significaba que el obsequiado con el velo de una Reina Kobda, debía vivir como un Kobda, aún en medio de las muchedumbres viciosas y libertinas.

Y por la vasta pradera que resplandecía como un campo de esmeraldas a los rayos del sol de la mañana, se vio por largo tiempo como inmensos florones de múltiples colores los doseles de los príncipes que, muellemente recostados en carrozas sobre el lomo de sus inmensos elefantes, iban alejándose más y más hasta perderse en el lejano horizonte.

52
BOHINDRA Y ADA

Los Kobdas se retiraron a sus habitaciones, quedando Bohindra y Ada bajo la tienda parasol que para ella se había colocado.

Cuando el dosel rojo y azul de su padre no se vio más, Ada inclinó su rubia cabecita sobre la balaustrada de cedro en que estaba apoyada y se echó a llorar amargamente.

Había hecho esfuerzos supremos por contenerse y demostrar alegría hasta el último momento, para no causar amargura a su padre.

–Yo comprendo tu llorar, Ada –le dijo dulcemente Bohindra poniendo su diestra sobre aquella cabeza dolorosa, estremecida por los sollozos–. Yo comprendo tu llorar, mas espero que sean las últimas lágrimas que viertas a mi lado. Mi materia actual tiene tres veces la edad de la tuya, como me conceptúo un esposo demasiado viejo para ti, una íntima voz de infinita piedad se levanta de no sé que oculta fibra de mi propio ser, impulsándome a ser para ti un padre mucho más suave y tierno que ese que has visto desaparecer en la verdosa lejanía del horizonte. ¿No te gustará que yo sea tu padre como lo soy de Evana?

La infinita dulzura de su voz emanó una profunda vibración de amor paternal, desinteresado y puro en torno de la niña, que confiada ya plenamente, tomó las manos de Bohindra para besarlas, mientras le decía:

–Había entendido que la esposa de un gran rey es tres veces esclava y sierva, porque pasa a ser una cosa que le divierte; pero tú no eres un rey como los demás reyes. Tú eres como dicen tus hermanos, el genio de la armonía, y en vez de un hombre eres una vibración. –Y reposó su frente coronada de bucles de oro sobre las manos de Bohindra que tenía entre las suyas.

–Soy sencillamente un Kobda, o sea un ser que extrae del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas, para tejer la filigrana de la vida. Lástima que en mi lejano futuro deje evaporar el perfume que guarda mi vaso de hoy, porque las corrientes de la humana evolución no siempre me brindarán el alto plano transparente de un Santuario Kobda para desenvolver mis vidas.

– ¡Mis vidas! –exclamó Ada extrañada–. ¿Por qué dices mis vidas? ¿Tienes acaso más de una?

–Tengo muchas y tendré más, lo mismo que tú. ¿Nunca oíste decir que los seres vivimos muchas vidas en distintos cuerpos?

–No, jamás lo oí.

–Eres una reina Kobda y vas a saber todos los secretos que saben los

Kobdas, en medio de los cuales has estado dos veces antes de ahora.

“Aprenderás como yo y como todos, a extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas. Por eso nuestro símbolo es el loto Real, nacido entre el agua turbia y no obstante, blanco y puro; exhalando divinos perfumes a su alrededor.

Y Bohindra refirió a Ada su pasado, su tragedia de amor con Sadia, e iba irradiando fuertes pensamientos iluminadores en el cuerpo mental de la niña, con el fin de despertar su recuerdo.

Le refirió los paseos del pastor con la hija del noble ilustre, hasta el momento en que, sentados a la sombra de un árbol, él cantó en su lira aquella dulce melodía a las “Guedejas de bronce viejo”.

Las palabras saturadas de vibraciones de amor, emanadas por Bohindra fueron tan intensas, que plasmaron sus pensamientos como formas vivientes, invisibles a los ojos del cuerpo pero fáciles de sentir por los centros de percepción espiritual y fluídica de seres sensitivos como Ada, y que apenas hacía unos pocos años que había estado íntimamente unida a él, y relativamente poco tiempo de sus dos vidas anteriores de Kobda, en el Santuario de Neghadá.

Y cuando Bohindra terminó de cantar aquellos versos a los dorados bucles de Sadia, de pronto exclamó Ada:

– ¡Páreceme que yo era Sadia, aquella de los rizos de bronce a quien tú cantabas!

–Tú eres Sadia, la rosa encarnada que Dios me brindó en el amanecer de mi primera juventud; ¡y tú eres Ada, el lirio blanco de la tarde, la hora de las meditaciones profundas, elevadas y santas, cuando el alma no puede ya cantar canciones de la tierra, sino la salmodia divina del alma sumergida en Dios!

– ¡Qué hermosas manifestaciones me estás haciendo mi rey!... –exclamó Ada como si su espíritu desplegara las alas entumecidas–. Si me lo permites, quisiera ir hasta el fondo de vuestro pensamiento.

– ¡Habla, que es ésta nuestra primera confianza íntima, mi reina! –le contestó Bohindra parodiando sus palabras.

– ¿A cuál os parece que amasteis más, a Sadia o a Ada?

Bohindra envolvió a la niña en la profunda y dulce mirada de sus ojos pardos y después le contestó:

–El buen jardinero ama por igual a la espléndida rosa que se abre al amanecer y al lirio blanco de la tarde, pues que ambas son flores de su propio jardín. Pero ahondando más en el fértil y maravilloso terreno del amor, puedo decir que es un jardín de tan variadas flores que hay para todos los gustos, aún los más delicados.

“El amor de Sadia y el amor de Ada no son dos amores sino uno sólo, toda vez que la amada es una misma. La diferencia está en que ayer mi

corazón no había aún aprendido a amar por amar, sin pedir ni esperar satisfacción alguna, sin nada de egoísmo, sin nada de interés. ¿Qué espera el rocío de las flores, cuyos pétalos refresca con sus gotas diamantinas? ¿Qué pide la luna al lago, cuando le besa la frente con sus rayos pálidos y toda ella parece sumergida en él? ¿Qué espera la palmera del desierto del viajero a quien da sombra y reposo?

“¡Oh, Ada blanca de mi tarde serena!... Sea yo para ti como el rocío a las flores, como luz de luna sobre el lago, como fresca sombra de palmera en el desierto.

“¡Como la luz del día al caer de la tarde, adquiere esa dulce suavidad que no quema ni lastima, que no deslumbra ni fatiga, así es el amor místico y puro, el hondo amor espiritual que fluye de las íntimas fibras del alma y que como un misterioso ruiseñor canta sin que nadie le vea, y acaso sin que nadie lo escuche, y sólo por el infinito placer de sentir sus propias ondas radiantes difundirse en olas sucesivas e interminables, en medio de la inmensidad!

“¿No es verdad que este amor se asemeja al amor de Dios a sus criaturas? ¿Comprendes, niña, mi lenguaje?

– ¡Tanto! ¡Tanto lo comprendo que estoy abismada en ese mar de luz, en ese lago de aguas transparentes adonde el alma se asoma primero y se sumerge después! ¡Qué bien me encuentro, mi rey, reflejándome en el claro espejo de tu lago, inundada de la luz dulce y serena de este nuevo amor que me haces comprender!

Y Bohindra continuó:

– Mas no creas que este amor, de tan excelsa naturaleza, sea posible en la tierra fuera de este ambiente, donde la vida de intensas actividades espirituales y formidables corrientes de pensamiento emitido hacia las Inteligencias Superiores y venido de ellas como permanente y eterno vaivén, debilita y aniquila todos los deseos y todas las manifestaciones de la naturaleza inferior.

“No es que yo quiera decir que solamente siendo un Kobda se puede subir a estas alturas, sino que aquí es posible subir, debido al esfuerzo de todos para purificar las corrientes astrales y etéreas, de tal forma que no lleguen aquí las creaciones malignas y atormentadoras, nacidas en los bajos pensamientos de los seres atrasados y vulgares.

“El amor llevado a tan excelsas alturas, proporciona el máximo de luz y de felicidad al espíritu encadenado en la materia y le hace vivir, aun en planetas inferiores como éste, la vida que se vive en los elevados mundos del amor puro y perfecto, donde los seres surgen a la vida por la energía creadora del pensamiento y de la voluntad, obrando al unísono con la materia viva, incomparablemente más fluida y sutil que la de los mundos inferiores.

– ¿Se engrandece el alma a la viva luz de un amor semejante? –preguntó la niña, en cuya mente se iba plasmando como una divina visión el pensamiento armonioso y elevado de Bohindra.

–El amor es lo más grande y excelso que hay en todos los mundos y en todos los seres. Es la gran ley del universo. Subiendo pues, por esa escala, es como llegaremos a Dios, que es la infinita perfección y la infinita pureza del amor.

“Únicamente las almas que luchan con heroísmo y valor para escalar esas cumbres, son las que pueden percibir en toda su amplitud las más grandes manifestaciones del Amor Eterno sobre esta tierra. Se obtienen a veces, en el comienzo de la subida, algunos reflejos de esa grandeza divina, ¡pero sólo a través del pensamiento puro de los más altos ungidos del Amor Eterno!

“¡Subamos juntos la escala, Ada, en esta vida que acaso no se nos ofrecerá otra oportunidad durante muchos siglos, de vivir amándonos en medio de un ambiente de pureza mental, fluida y espiritual que tanto se parece a los mundos del amor y de la luz!

Ada exhaló un hondo suspiro, como si se descargase de un enorme peso, y murmuró en voz queda y honda como si un resplandor de éxtasis quisiera adormecerla:

– ¡Subamos mi Rey!..., ¡para no bajar más!..., ¡nunca más!

Bohindra comenzó un suave preludio en su lira mágica que, ¡cual si fuera otra alma humana, parecía elevarse como ellos en la infinita escala del pensamiento lúcido, sutil, profundo!

Y el alma amante del Kobda poeta se derramó al exterior en una canción honda, suavísima:

*¿Sabes lo qué es el Amor,
Alma que a la cumbre vuelas
Buscando al Divino Sol,
Aquel que no tiene ocaso
Porque es eterno arrebol?*

*¡El Amor!
Es arpegio y tiene alas,
Luz que alumbra sin fulgor,
Agua que inunda y refresca,
Y que nunca nadie vio...*

*¡El Amor!
Alondra oculta en la selva
Nos canta al primer albor,*

*Y en la tarde de la vida,
Se convierte en ruiseñor*

*¡El Amor!
Que vive y fluye del alma
Como intensa vibración...
Que va llamando a los seres
Sin que haga ruido su voz*

*¡El Amor!
¡Éxtasis hondo y sereno
Nupcias del alma con Dios!
Es el amor más que un canto...
¡Es el Amor la oración!*

53

EL PODER DEL PENSAMIENTO

Cuando pasado un breve tiempo llegaron desde distintos puntos los Kobdas de facultades psíquicas grandemente desarrolladas, comenzaron los preliminares de la gran batalla espiritual que iban a sostener con las fuerzas tenebrosas y malignas de las falanges en pugna con el avance de la luz, de la igualdad y de la fraternidad entre los hombres.

En aquellas remotas épocas, no eran propiamente los afiliados a sectas religiosas determinadas los que formaban esas falanges, sino espíritus dominadores de las corrientes astrales y poseedores de los secretos que entonces constituían la “ciencia del bien y del mal”, o sea el dominio por medio del pensamiento y de la voluntad de toda materia, ya fuera etérea, gaseosa, mineral, vegetal, ígnea, pluvial, animal y humana. Esos grandes y orgullosos dominadores de la materia que con su pensamiento de hierro encadenaban todo a su voluntad, habían desencarnado en su gran mayoría, pero desde el mundo espiritual ejercían dominio por medio de seres encarnados, que por natural perversidad, les servían de buenos instrumentos para continuar ejerciendo venganzas y haciendo ensayos de fuerzas, cuando la humana debilidad lo consentía o lo permitía.

Eran seres desalojados de otros mundos que habían pasado a una etapa de evolución superior, y se vengaban obstaculizando la evolución de la humanidad terrestre, de las derrotas que los Mesías de aquellos mundos con sus falanges del bien, les habían infligido.

Mediante manifestaciones espirituales obtenidas últimamente, sabían todo esto los Kobdas en cuanto a la Reina Shamurance, entorno de la

cual había en calidad de sacerdotes, algunos discípulos de los grandes Magos Negros ya desencarnados, pero que continuaban ayudándolos por afinidad.

Fue designado un Kobda de cincuenta años de edad, de nombre Adonai, para organizar la forma y modo de realizar la misión; le acompañarían veinticuatro Kobdas más, de aquellos que unían a un gran desarrollo mental, la facultad de producir exteriorizaciones fluídicas apropiadas para anular los pensamientos malignos y toda acción criminal y delictuosa en torno de aquella siniestra mujer.

De los que residían en La Paz, sólo irían siete que tenían facultades para producir efectos físicos, metódicamente cultivados: Zahín, Dhabes, Areli, Jamín, Agnis, Nebo y Geuel. Los demás, eran casi todos venidos de Neghadá y uno que otro de las casas diseminadas en aquellas comarcas.

Adonai, espíritu de origen neptuniano, de inmensa fuerza fluídica y fuerza mental, organizó una concentración espiritual conjunta diariamente durante diez días consecutivos, para buscar el contacto espiritual con los seres malignos que inspiraban a los sacerdotes de la Reina Shamura y a ella misma.

Mas, para llegar a ese peligroso contacto fluídico era necesario purificar el alma mediante el retiro completo de las cosas exteriores, y la más íntima y profunda unión con el Amor Supremo, al cual debían ofrecerse como víctimas voluntarias, como amoroso holocausto en bien de esa porción de humanidad azotada por la perversidad de los ignorantes, de los inconscientes y de los malvados. A tal fin estaban dedicados esos diez días de oración, de profunda concentración y de completo ofrecimiento al Altísimo en cuyo Eterno Amor buscaban sumergirse, eliminando del propio ser todo cuanto pudiera servir de obstáculo a tal fin.

Pureza de intención, de deseos y de pensamientos, olvido de sí mismos, abnegación heroica, abandono pleno a la voluntad de Dios; he ahí las disposiciones necesarias para tan ardua empresa.

Bohindra y su cuerpo de músicos, y todos los Kobdas unidos, formaron una enorme concentración de energía en torno de los veinticinco misioneros, en tal forma, que cuando terminados los diez días, salieron ellos en caravana hacia el lugar de su destino, todos los Kobdas que quedaban en La Paz, sintieron el agotamiento de fuerzas y una tan profunda extenuación, que muchos de ellos debieron ser reanimados con baños en aguas vitalizadas y con largas horas de silencio y de reposo completo en la oscuridad.

El príncipe de Vannia había mandado sus siervos y sus elefantes para buscarles, y cuando llegaron a su dominio les recibió la multitud silenciosa y reverente sin un grito, sin una aclamación, permitiéndose

solamente sembrar de flores el camino que habían de recorrer hasta llegar a la residencia de Etchebea, que los recibió también en silencio, conmovido y sin poder articular palabra.

Cumplían todos, a la perfección, la consigna establecida por ellos, de que ningún tumultuoso recibimiento viniera a romper la poderosa aura conjunta, en que venían envueltos para el cumplimiento de su misión.

Cada uno de los veinticinco Kobdas debía presentarse a la reina acompañando en calidad de siervo, a cada uno de los veinticinco hijos de Etchebea tan codiciados por ella. Y para no despertar en ella sospecha ninguna, vistieron el traje que en la región acostumbraban a llevar los siervos de los príncipes y de los grandes señores. En la denominación de siervos estaban incluidos los acompañantes, los asistentes y los cortesanos en general, según los actuales modos de expresión, y mucho más esta frase significaba servidor que esclavo.

El Caudillo de Vannia, siguiendo las instrucciones de Adonai, envió mensajeros a la reina haciéndola saber que en el deseo de tenerla como aliada y no como enemiga, estaría a las orillas del Mar Hircanio en el primer día de luna llena, con sus hijos y con sus dromedarios, para que ella recibiera como prenda de alianza los que fueran de su agrado. Sabían que la embarcación en que ella paseaba por el mar no podía llegarse a la costa, a donde ella de ordinario bajaba por un puente de barcas tendido desde su nave a la orilla.

Los hijos de Etchebea llenos de terror y de espanto al principio, se habían serenado un tanto con las seguridades que daban los Kobdas de que la reina quedaría encadenada flúdicamente para todo el resto de su vida.

Adonai lamentaba que el viejecito Senio, gran auxiliar de su desarrollo psíquico en su juventud, no hubiese podido venir al frente de la ardua misión debido a su avanzada edad. Y cuando así lo pensaba, sentía la aguda vibración de Senio que destacándose en el aura conjunta que le envolvía, parecía decirle con esa voz sin sonido tan conocida de estos grandes obreros del pensamiento: *“Aquí estoy..., aquí estoy..., aquí estoy con vosotros. No temáis”*.

Y el alma de Adonai, cargada de la responsabilidad de muchas vidas humanas, volvía a la calma serena y llena de valor y de esperanza en el infinito poder divino, de que iba a usar para bien de la humanidad.

El punto de reunión era en el valle de la costa sur del Río Aras, donde inmensos bosques sirven como de guardianes al turbulento río hasta desembocar en el Mar Hircanio.

Era por entonces la antigua Nairi o Nipur la residencia del Príncipe Soberano de Vannia y desde allí salieron sus hijos con sus dromedarios,

acompañados por los Kobdas y por un numeroso destacamento de arqueros, que ocultos en los bosques acudirían en el momento oportuno.

Debían atravesar el Hildekel por un vetusto puente de piedra que los antiguos acadios habían construido, y buscar un pasaje en la montaña que bajando desde las grandes cadenas de Manh costeaban toda la parte oriental de Vannia.

Cuando llegaron al sitio señalado, estaba para amanecer y un profundo silencio reinaba en la vasta pradera envuelta en penumbras.

Los veinticinco Kobdas esperaron de pie la llegada del sol, sumidos a su vez en profunda concentración, juntamente con los hijos de Etchebea que habían sido aleccionados para el caso.

Cuando el sol de la mañana se levantaba apenas en el horizonte vieron en la superficie del mar y a lo lejos, el rojo pabellón de la reina y la oscura silueta de su nave pintada de negro y rojo, cuya proa era un inmenso dragón alado que parecía avanzar rompiendo las olas con sus fauces abiertas y dentadas.

Adonai, Zahín, Dhables y Nebo, que eran los de más edad y cuya superioridad ejercía gran influencia entre los demás, daban ánimo y valor a los hijos de Etchebea, que a momentos se sentían desfallecer. Adonai exclamó de pronto:

– ¡Almas errantes y atormentadas, que habéis sido víctimas de esta desgraciada criatura humana que vamos a vencer con el favor de Dios!... ¡La Ley Divina os manda manifestaros en estos supremos instantes en que la vida de muchos seres y la paz de muchos pueblos lo demandan y lo reclaman!

Una fuerte sacudida y una corriente cálida y sofocante estremeció los nervios de todos, y los que tenían desarrollada la facultad clarividente, presenciaron el trágico desfile de centenares de jóvenes asesinados por aquella terrible mujer. Todos presentaban una ancha herida en el pecho que ellos mismos parecían abrir más con sus propias manos, para que se viera que les había sido arrancado el corazón. Era la forma de sacrificar las víctimas a su dios. Tanto se plasmó la visión que llegó a ser percibida también por los hijos de Etchebea.

– ¡Valor! –les dijo Adonai, viéndoles palidecer–, que esta espantosa visión nos dará el triunfo y el éxito.

Entonces se vio a Gaudes, el anciano aquel de las obras silenciosas sin el aplauso de los hombres, que fuera el protector de la caverna del país de Ethea, adormecer en suave letargo a las almas atormentadas que pedían justicia. Diríase que las había cubierto con un invisible velo para quitar algo de horror y de espanto a la macabra aparición.

–Se van –murmuraban los jóvenes cuando dejaron de verles.

–No se van –dijo Adonai–, sino que se ocultan para aparecer en el momento preciso.

El puente de barcas fue formado y la reina guerrera, acorazada de bronce de la cabeza a los pies, y apoyada en un enorme tridente, pasó por sobre las barcas con una ligereza que asombraba en una mujer que no era ya joven.

Un buitre de oro con sus alas abiertas formaba la coronación del casquete que le cubría la cabeza, dejando flotar al viento su cabellera de un rubio casi rojo. Era bella, pero de una belleza infernal, si se me permite la frase, pues sus ojos, demasiado claros, eran de un mirar agudo como una flecha. Vestía un ropaje cárdeno que le cubría apenas hasta la rodilla, dejando ver sus piernas cubiertas con una malla de plata y piedras preciosas y sus pequeños pies aprisionados como entre dos estuches del mismo metal, que terminaban en agudísimas puntas formadas por colmillos de jabalí.

Estaba, pues, armada hasta los pies, en forma que un puntapié suyo podía abrir la garganta o el vientre de un hombre. Una coraza y un escudo de bronce protegían su busto; y sus brazos y manos desnudos se entreveían a través de una malla igual a la que cubrían sus piernas. Un grupo de lanceros armados de tridentes la escoltaban y bajaron antes que ella. No bien había pisado la playa en que estaban en semicírculo esperándola los hijos de Etchebea y los Kobdas, cuando los lanceros de la reina arrojaron sus tridentes y echaron a huir despavoridos, sin que los furibundos gritos guerreros de la soberana les pudieran contener.

– ¿Y de esto os asustáis, imbéciles? –les gritó con desprecio, aunque ella también había palidecido intensamente, viéndose rodeada por los fantasmas del pecho abierto que la cercaban cada vez más, mientras los hijos de Etchebea casi desaparecían detrás de esta turba trágica y pavorosa.

Llena de furor la emprendió con su tridente creyendo destrozarse a los fantasmas, mientras gritaba:

– ¡A mí Acalot, a mí Zuragen, Mabelot, Tepirak, Pugletón, a mí para aniquilar estos perros!...

– ¡Que la Omnipotente energía divina sea con nosotros en nombre del Altísimo y de su Verbo hecho carne! –exclamaron en voz baja los Kobdas, acercándose cada vez más a la reina que daba golpes de tridente hacia todos lados.

A la llamada de ella acudieron cinco seres, cuyo aspecto no podía definirse bien entre un oso parado en sus patas traseras o un hombre. Eran los sacerdotes de la reina, vestidos de negro ropaje largo, con la cabellera y barba tan enmarañada y salvaje, que sólo les dejaba al descubierto los ojos como ascuas encendidas. También tenían tridente. Hicieron conjuros a los fantasmas que no sólo no les obedecían, sino que como si dispusieran de una potente oleada de viento los tiraron por

tierra y el puente de barcas se rompió, pues las ligaduras que las unían unas con otras no resistieron la ráfaga repentina y formidable que cruzó por la orilla del mar.

Los cinco sacerdotes se levantaron, más por temor de los terribles puntapiés de la reina, que por espontánea voluntad.

El accidente de las barcas impresionó visiblemente a aquella mujer indomable, que aún hacía esfuerzos por aparecer serena. La ira hacía temblar sus labios.

Los hijos de Etchebea y los Kobdas tomados de las manos y sin arma ninguna se acercaban a ella, lentamente, con sus miradas fijas en los claros ojos de agudo mirar de la reina guerrera, cuyo temblor nervioso ya era visible, no obstante de tener su tridente en actitud de atravesar a quien se acercase más de lo conveniente, lo mismo que sus cinco espantosos sacerdotes.

El pensamiento de los Kobdas como una bóveda de hierro iba aprisionando más y más a aquella mujer, que vomitó una espantosa maldición, cuando sus sacerdotes cayeron a sus pies exánimes, presas de un letargo que no pudieron dominar. Y viéndose sin su puente de barcas, arrojó con ira el casquete de oro, escudo, coraza y redes que aprisionaban su cuerpo, y trepando a las rocas de la costa, se lanzó al agua, poseída de despecho y de furor.

Mas sus miembros no le respondían para nadar, y su nave se encontraba a mucha distancia. Agnis y Jamín, que sabían nadar, se arrojaron al mar y sacaron a la orilla a la reina medio desfallecida. Después de unos momentos abrió los ojos y viéndose aún rodeada de los fantasmas de sus víctimas con el pecho abierto, tomó un idolillo de oro que llevaba colgado al cuello, le destornilló la cabeza y bebió lo que aquel tubito contenía. Era veneno de áspid que durante años llevaba dentro del idolito para el momento en que se viera vencida.

—O la victoria o la muerte —gritó en el estertor de la agonía.

— ¡Que Dios misericordioso tenga piedad de ti! —clamaron los Kobdas en una sentida oración.

El cuerpo de aquella mujer se puso rígido y de un color negro azulado.

Sus cinco sacerdotes no daban aún señales de vida, pues el letargo era profundo. A la vista estaba que no habían sido heridos en ninguna forma, lo mismo que quedaba al manifiesto que la reina se había envenenado.

Los hijos de Etchebea y los Kobdas tomaron sus camellos y tornaron por donde habían acudido a la cita.

— ¡Lástima que no se la pudo estorbar el trágico fin! —decían los Kobdas.

—Esa es nuestra mayor felicidad —decían los jóvenes príncipes, que se veían tornando al hogar del cual se habían despedido creyendo no volver más.

En los países vecinos nadie supo la causa verdadera de la derrota de la reina Shamurance, y se dijo que los genios del Mal, a quienes había servido toda su vida, la habían abandonado para emigrar a otros planetas, porque la Luz de Dios había bajado a esta tierra, desalojando de su atmósfera a las siniestras inteligencias, impulsoras de las corrientes malignas y dañinas a la humanidad.

En el fondo de este decir se encerraba mucha verdad, si bien no llegó a saberse que los humildes y casi desconocidos Hijos de Numú, habían sido los vencedores de la siniestra mujer.

Adonai muchos siglos después estuvo encarnado en un profeta hebreo: Isaías; y de su obra espiritual nos hablan las páginas bíblicas, y en la época de Jesús de Nazareth, hizo vida solitaria en las montañas, de donde salió en la madurez, y el pueblo le conoció como Judas Gaulonita, sostenedor de la doctrina de la igualdad y la fraternidad entre los hombres; que fue como otro precursor del Maestro y que al igual que el Bautista pagó con su vida su rebeldía en contra de toda tiranía y esclavitud. Su verdadero nombre era Ezequías.

Seis de los hijos de Etchebea no quisieron separarse de los Kobdas, cuya superioridad y grandeza les habían subyugado y con el beneplácito de su padre, se trasladaron a La Paz.

Numi, Vial, Labán, Lobed, Kebir y Pelis eran sus nombres. Lobed estuvo encarnado en Marcos junto al apóstol de Galilea; Kebir en el Apóstol Tomás, Numi en Bartimeo, el paralítico a quien curó el Cristo junto a la piscina de aguas curativas de Siloé; Vial y Labán en Esteban y Tadeo, el que fue protomártir del cristianismo el primero; y el segundo Tadeo, padre de Judas, uno de los doce apóstoles; y Pelis estuvo representado en aquel hijo de la viuda de Naím vuelto a la vida física por los poderes psíquicos del Cristo.

54

NIÑO CON LOS NIÑOS

Mientras tanto, Bohindra y Ada hacían una diaria excursión hacia la morada de Adamú y Evana en el maravilloso huerto aquel conquistado por Senio, el cual, a su vez, se sentía absorto casi por completo en satisfacer los infantiles gustos del pequeño Abel.

Los corderitos de algodón de los días de la caverna y los pájaros de hojas de bambú habían cedido el lugar a corderos de carne y hueso, y tórtolas domésticas tan delicadas y mansas que unos y otras comían en las manecillas del niño.

Karono o Abirón había construido con piedras naturales un hermoso

remanso de aguas cristalinas, traídas por un canal desde el lago vecino, y los Kobdas jóvenes se habían encargado de rodear aquel remanso, de todas las apariencias de un pequeño mar mediterráneo. El uno había fabricado pequeñas embarcaciones que Abel cargaba de grano y hacía viajar por la superficie de su pequeño mar. Otros habían fabricado chozas de pastores, tiendas de mercaderes, según los deseos manifestados por Abel.

Poco a poco fue transformándose aquello en una verdadera carta geográfica plástica y en torno del diminuto mar fueron surgiendo aldeas, ciudades, montañas y ríos donde el niño aprendía sin fatiga los nombres de los países y de las poblaciones costaneras del Mar Grande. Cada uno quiso dejar grabado en aquel mapa de juego, su propio país tal como lo conservaba en su recuerdo, con sus montañas y sus manantiales, con sus casas labradas en la roca viva, o hechas de tierra en medio de los bosques.

Y con mucha gracia expresaba el niño todo asustado a Senio, una mañana después de una noche de tempestad.

–El viento se llevó todas las ciudades de la costa del mar.

– ¡Qué desgracia! –exclamaba Senio–. Pero no te aflijas, querido mío; que ahora mismo las reedificaremos. Mira, mira aquí detrás del establo han venido a parar todas las ciudades de la costa del mar. ¡Qué pícaro viento! –decía el viejecito recogiendo torrecillas y casas y muros maltrechos y encimados unos sobre otros, excitaban la tristeza de Abel, que no creía posible ver reconstruidos sus países y sus ciudades.

– ¿Pero no es posible hacer ciudades y países que no se lleve el viento?

A esta altura de la conversación estaban el Anciano y el niño, cuando llegaron hasta ellos, Bohindra, Ada y Evana. El Kobda-Rey tomó al niño entre sus brazos para contestar su pregunta.

–Tus ciudades y las nuestras se destruyen de igual manera, hijo mío, porque en esta tierra nada es estable. Ada y yo hemos vivido en un país que ahora está en el fondo del mar.

– ¡Entonces ninguna cosa vale nada! –respondió el niño pensativo y triste.

–No, querido, todo tiene su valor relativo aun cuando sea de poca duración. Sólo el Altísimo permanece eternamente y es el que anima y da vida a todas las cosas.

“El Altísimo que brilla en los rayos del sol y en la luz de las estrellas y que manda la nieve a las montañas y el agua a las fuentes, y los árboles a las praderas –continuaba Bohindra, tratando de despertar más y más la comprensión en aquel espíritu, aún adormecido por las leyes físicas que rigen al ser en su primera infancia.

Abel escuchaba en silencio y las personas que le rodeaban le miraban también en silencio, esperando una frase suya que demostrara el despertar de su espíritu.

–Yo quiero países que nunca se lleve el viento, y ciudades que no corran hacia el establo –murmuró por fin el niño expresando su pensamiento–. Y dime, el sol y las estrellas y la luna, ¿se dejan también arrastrar por el viento? ¿Qué hacen allá arriba tan lejos mirándonos sin acercarse nunca?

–Son moradas de seres como nosotros, donde hay niños como tú y ancianos como Senio.

– ¿Y también allá se lleva el viento los países y las ciudades?

–También, lo mismo.

– ¡Entonces no quiero nada! –dijo con una voz grave y temblorosa que casi parecía un sollozo.

Evana lo comprendió y se le acercó.

– ¿Ni a mí tampoco me quieres? –le preguntó acariciándolo.

Abel se abrazó del cuello de su madre, rompiendo a llorar desconsoladamente.

– ¡He ahí el primer despertar del gran Espíritu de Luz sumergido entre las sombras de la vida terrestre! –exclamó Bohindra, acariciando los bucles castaños de Abel, desconsolado ante la inestabilidad de las cosas humanas, plasmada en sus países y ciudades que el viento había arrastrado como hojarasca seca hasta un rincón del establo.

Y mientras Ada y Evana con Shiva y sus tres hijitos recogían frutos del huerto, Bohindra y Senio convencían a Abel que era necesario reconstruir los países y ciudades arrastrados por el viento.

–Mira, este es el país de Galaad de donde es Ada y donde vive su padre. Esta es su ciudad y su casa. ¿Ves? Aquí a la costa del río Descensor. Esto es Cedmonea, con su desierto de arena y su mar de aguas negras. ¿Ves? Aquí a la orilla de este desierto estaban cinco ciudades donde los hombres eran muy malos, y uno de ellos por causar daño a un enemigo, arrojó una tea encendida en un pozo de petróleo, y el fuego se transmitió a todas las minas y las ciudades ardieron envueltas en el negro betún hirviente. Y el mismo que causó el incendio pereció también con toda su familia.

“Aquí es el país de Ethea y esta es la caverna donde vivieron Adamú y Evana, y donde tú naciste. Aquí es Zoar o Irania, el país de Shiva y de sus dos hijitas, y estas montañas son las de Ararat y aquellas otras del Cáucaso.

Y mientras Bohindra hacía esta explicación, el viejecito Senio colocaba todas las ciudades y las casas en su lugar, y Abel olvidaba su primer dolor al comprender que todo es inestable y fugaz en la vida física.

De pronto oyeron el grito de Evana llena de angustia:

– ¡Venid por favor, que Madina se muere!...

Extendida en su lecho de pajas en el fondo del establo, la vieja reno respiraba fatigosamente, mientras los hijitos de Shiva la acariciaban sentados junto a ella.

Bohindra le abrió la boca y los ojos.

–Ha comido –dijo–, almendras amargas, sin duda mezcladas con las buenas y como estaba ya agotada por la mucha edad probablemente no resistirá. Hagámosle beber agua de azahares con aceite y la muerte será más tranquila.

Evana se echó a llorar desconsoladamente.

– ¡Hija mía! –le dijo Bohindra estrechándola sobre su corazón–. Levántate a la altura en que los designios divinos te han puesto. Eres la madre de la Luz hecha carne y, ¿lloras así porque un ser de especie inferior se liberta de su triste situación para subir una escala más en su eterna vida?

– ¡Ah! ¡Madina, Madina! ¡Que fue la madre de mi soledad!

–Por lo mismo, hijita mía, debes alegrarte de que ella abandone ese cuerpo que ya cumplió su cometido, y pueda acaso volver a tu lado en una condición mucho más elevada.

Abel y Senio llegaron en ese momento, y Abel viendo llorar a su madre se le acercó para preguntarle como ella lo hiciera con él. – ¿También el viento se lleva tu Madina como mis países y mis ciudades?, pero estoy yo contigo, ¿no me quieres ya más?

–Sí, hijo mío, te quiero, te quiero mucho, pero, ¡Madina, Madina!..., ¡no sabéis ninguno de vosotros lo que fue Madina para mí cuando allá en la caverna quedé sola, completamente sola!

Ada, viendo llorar a Evana, lloraba también. Entonces intervino Senio, diciéndoles que se apartasen ellas para que Bohindra, que era un consumado médico pudiese curar a la reno enferma.

Aldis y Adamú que al frente de sus jornaleros habían estado fuera de casa desde la mañana, llegaron en ese instante en que la muerte próxima de Madina había alterado la paz habitual en aquel hogar.

–Mira Evana –le decía Adamú–, acostumbremos a mirar a la muerte como la miran los Kobdas, siquiera por conveniencia propia y para no padecer tanto cada vez que la veamos cerca. Yo moriré también, Abel morirá y tú morirás para seguir todos viviendo en un mundo mejor. ¿No tiene derecho Madina de ir ella primero, a esperarnos allá?

“Fue un ser de especie inferior, pero cumplió su cometido mejor que muchos seres humanos. ¿No te sientes feliz de que ella lo sea? Además puede ser que Bohindra la cure y viva todavía.

La tranquilidad volvió a renacer, cuando dos días después, estando

toda la familia reunida, y Bohindra, Aldis, Senio e Ibrín acababan de hacer una última curación a la reno enferma, de pronto vieron el doble etéreo de Madina, de un color amarillo claro, casi marfil, acercarse a la reunión y buscando a Evana le lamía las manos como de costumbre.

Ibrín corrió al establo y encontró ya sin vida el cuerpo del noble animal, que había concluido en esa existencia su ciclo de evolución en las especies inferiores y a quien la Eterna Ley abría las puertas de la evolución en el reino humano.

Evana y Adamú siguieron viéndola por muchos días, rondando en torno de ellos, y el Kobda Ibrín recordó lo que le dijera tiempo atrás Sisedón:

–Paréceme que está escrito en tu ley que ayudarás a este ser inferior a pasar a la especie humana.

Y mientras el doble etéreo de Madina seguía a Evana a donde quiera que fuere, Ibrín sepultó bajo tierra al cuerpo del animal para que destruida su morada anterior, le fuera más fácil la metamorfosis del cuerpo astral al efectuar el paso del reino animal al humano.

Gaudes, el hombre de las obras silenciosas, intervino para terminar la evolución de aquellos seres que en su vida terrestre había domesticado con tanta habilidad y tomó a Ibrín como lazo de acercamiento hacia el plano adecuado a tal fin, a causa de la igualdad de origen con una hermana del joven Kobda, que realizaba su primera encarnación humana y que debía unirse en matrimonio con un agricultor cercano a La Paz.

Veinte lunas después, el joven matrimonio labriego acariciaba su primer vástago; una niña que llamaron Ibrina imitando el nombre de su tío, el Kobda que con tanto anhelo había esperado este nacimiento. Era Madina, que hacía su primera entrada a los planos de vida consciente, donde el espíritu indaga su origen y su destino y el porqué de todas las cosas; y donde padece más de lo que padeció y luchó en las especies inferiores por donde el ser realiza paulatinamente su evolución. A más comprensión, más responsabilidad. A más sensibilidad, más dolor.

He ahí los caminos recorridos a través de los siglos por todo lo que vive en los millones de mundos que pueblan el inconmensurable universo.

LOS PABELLONES DE LOS REYES

Entre los varios cuerpos de edificio que se levantaron inmediatamente después de la llegada de Ada a La Paz, estaba el que fue ocupado por la joven Reina.

Bohindra hizo venir varias mujeres Kobdas de las Casas que eran más numerosas, y con Ada al frente, se formó allí una especie de Santuario de protección para niñas y jovencitas huérfanas o azotadas por el infortunio en cualquier forma que fuera.

Se llamó a aquel lugar “Pabellón de La Reina”, y tanto conquistó en respeto y veneración, por la elevada y laboriosa educación que se daba a la juventud femenina, que pronto fue como una escuela de princesas donde los jefes, caudillos y reyes, buscaban esposas para sus hijos. Mas de allí no salía ninguna sino bajo el formal convenio de que había de ser la esposa única de aquel con quien se unía.

Anexo a éste se hallaba el “Pabellón del Rey”, donde Bohindra, secundado por los Kobdas más jóvenes, se dio con gran entusiasmo a la cultura espiritual, intelectual y moral de los jóvenes hijos de todos los príncipes y caudillos de la Alianza.

–Estamos formando la humanidad del futuro –decía él a Ada, su tierna compañera–. Para eso nos ha unido nuevamente el Altísimo, a mí y a ti en esta hora, con un amor que flota por encima de todos los egoísmos humanos.

Yataniel, Agnis, Helí, Ozías, Erech, Suri, Omán, Jamín, Heber y Geuel, concurrían diariamente al Pabellón del Rey para ayudarlo en sus trabajos culturales. De vez en cuando y para solemnizar algunas fiestas, especie de torneos de letras y de artes, concurrían todos los Kobdas y las familias vecinas y emparentadas con los jóvenes educandos.

Ambos pabellones estaban separados completamente y sólo comunicados por una puerta que de la sala de música de un pabellón, daba a la sala de música del otro. Sólo Bohindra tenía la llave de dicha puerta y pasaba a ver a la Reina y dirigir la enseñanza musical.

Un día dijo al Rey su esposo:

–He visto en sueños que uno de tus jóvenes Kobdas me decía con ira: “Yo te amé un día y fui engañado por ti. Me llamaba Suadín y era un alto jefe de los ejércitos de un gran rey atlante”. Y yo le contesté: “El error fue tuyo por encadenar a un ser sin antes consultarle si te amaba o no. El amor no se impone como una cadena sino que se despierta libre y sereno entre las almas que se comprenden. Mi padre y tú fuisteis los culpables

y no yo”. Y él se marchó apesadumbrado y yo me desperté.

– ¿Y no aciertas tú con el significado real de tal sueño? –preguntó Bohindra, que ya había comprendido de lo que se trataba.

–No, porque nunca fui amada por un hombre que se llamaba Suadín, ni tuve conocimientos con guerreros atlantes –respondió Ada.

– ¿Nunca, has dicho, reina mía? ¿Y has olvidado ya a Bohindra, el pastor, y a Sadia, la hija de un magnate otlanés en Atlántida?

–No lo he olvidado, pero eso nada tiene que ver con el joven Kobda que se me quejaba en sueños.

– ¿Y si ese joven Kobda fuera la reencarnación de Suadín, el esposo que le fue impuesto a Sadia por voluntad paterna? –preguntó nuevamente el Kobda-Rey.

– ¡Oh!..., ¡qué horror!... –exclamó Ada abriendo desmesuradamente sus dulces ojos claros, que aparecían llenos de espanto.

– ¡Horror! ¿Y por qué, amada reina mía? Si no es más que un episodio de los múltiples que tenemos escritos en lo más profundo de nuestro propio espíritu. –Y Bohindra con paternal dulzura alisaba con su blanca mano los bucles que sombreaban la frente de Ada, como apartándole de su cerebro la terrible imagen que acaso revivía en el subconsciente de la joven.

¿Quién podría describir la espantosa tragedia que llenó de amargura el alma de aquella Sadia, desposada secretamente con el pastor de la lira mágica, obligada después a ser esposa de un alto jefe guerrero de recio carácter, habituado a que nadie ni nada resistiera su voluntad?

¿Quién podría haber pintado el terror de Sadia cuando su padre la entregaba al guerrero, a la puerta de la cámara nupcial y ella pensaba en el joven pastor y en que alentaba ya en su seno el fruto de aquel amor?

Todos estos pensamientos cruzaban por la mente del Kobda-Rey y los volvía a leer en los ojos espantados de Ada, que iban llenándose lentamente de lágrimas.

– ¡Mi reina! –le dijo Bohindra acariciándola–. Ahora no son aquellos días de tragedia y de horror. Ahora tu pastor no huirá de tu lado como entonces.

–No sé, no sé –decía Ada– por qué me hizo tanto daño este sueño.

– ¿Y recuerdas la fisonomía del joven Kobda que se te apareció en sueños? ¿Le reconocerías si le vieras?

–Creo que sí –contestó Ada–. ¿Lo tenéis a vuestro lado?

–No lo sé, porque Kobdas jóvenes hay en varias de nuestras Casas.

–Pero éste lo tengo visto entre los que están en La Paz, aun cuando no sé cómo se llama –insistió Ada.

–Ahora están todos en el jardín delantero de estos pabellones. Venid conmigo a este ventanal.

Bohindra tomó su lira y empezó a preludiar el himno al sol de ocaso que todos sus discípulos cantaban a coro cuando caía la tarde. Ada estaba a su lado, asomados ambos al ventanal.

Los jóvenes Kobdas enseñaban a los educandos las propiedades y forma de existencia y de cultivo, de cada uno de los ejemplares que habían reunido en el variado y hermoso jardín botánico que tenían a la vista.

–Si no está en estos que concurren a este Pabellón, estará entre los que se dedican a otros trabajos en los talleres –dijo el Rey, haciendo que Ada mirase hacia ellos.

Los Kobdas y los alumnos miraban al ventanal y saludaban a la Reina.

–Es aquel que ha quedado sentado en ese banco –dijo de pronto Ada, señalando a uno de los Kobdas que se entretenía en sacar las fibras duras de ciertas hojas que reunían y secaban con fines medicinales.

–Es Suri –dijo Bohindra reconociéndole–, a la verdad que algo de parecido tiene con Suadín, sólo que ahora es de cabello rubio y en aquel entonces su cabellera y su barba eran negras espesas y le daban un aspecto de bravura que inspiraba más bien terror que simpatía.

“A veces le noto cierta esquivez conmigo, como si rehuyera mi presencia y debe ser en los momentos en que reviven en él las imágenes lejanas. Trataré de observarle más y si adquiero la plena certidumbre de que es Suadín, trataremos de adormecer, para siempre, todo resabio de rencor o de odio, que de ningún modo debe existir entre nosotros.

–Por favor, mi Rey, no digáis nada, porque sería crearme una situación penosa –dijo Ada suplicante.

– ¡No, mi Reina, no! ¿Cómo quieres que ponga el dedo en la llaga, que acaso falta mucho para estar curada?

Y por vía de instrucción para Ada, respecto a la elevada ciencia de los espíritus, Bohindra empezó a referirle, algo referente a los jóvenes Kobdas que paseaban en el jardín, de lo que se había sabido de su pasado y de su futuro en las visiones materializadas de la Mansión de la Sombra.

–Este que riega esa mata de lirios se llama Omán, es cedmoneo y sabemos que fue sacerdote en tiempo de Antulio, en cuya consagración estuvo presente sobre la Torre Sagrada, cuando las corrientes astrales y etéreas hicieron abrirse los mirtos de la corona que ceñía las sienes del joven filósofo que iba a ser consagrado. Entonces se llamaba Aras Bell. Y sabemos además que en una encarnación futura del Verbo lo defenderá en un tribunal de inicuos jueces, pues será intérprete de la ley con el nombre de Gamaliel. Se dedicará con gran amor al estudio de los astros. (*Alude a Flammarion).

“Aquel otro que pasea entre esos dos niños vestidos de amarillo y

blanco, se llama Yataniel y será en la humanidad futura un gran defensor de pueblos oprimidos y de aquellos a quienes las injusticias humanas hacen delincuentes y miserables.

“Cuando el Verbo de Dios baje otra vez a la tierra en las orillas del Nilo, él gobernará esas tierras como Pharaohome, e hija suya será la princesa que le traiga a la vida. Y en otra encarnación del Verbo, más lejana aún, se llamará Jhoanán y como hombre de la ley interrogará al Verbo, niño de doce años, bajo las naves de un grandioso templo, para poner en claro un asunto sobre la forma de obrar de los felices y fuertes en la vida para con los débiles y oprimidos. Será cuando el Verbo se llamará Yhasua que quiere decir Salvador, porque será su última vida terrestre. Este Kobda escribió hace un año en estado sonambúlico, en un legajo de telas enceradas algo que llamó “La Leyenda de los Siglos”, y al final de la cual escribió estas palabras: “Hoy marqué mi camino de siglos. Los miserables serán mi epopeya y mi tormento”.

“Hemos comprendido intuitivamente que será un gran filósofo en las edades futuras, que hará siempre la defensa de las clases oprimidas por la prepotencia de los grandes y de los fuertes.

Esto explicaba Bohindra a su joven reina.

Yo amplió esta explicación para mis asiduos lectores, diciéndoles, por si acaso no lo han comprendido, que se trata aquí de Víctor Hugo, el gran filósofo francés de la era moderna.

—Aquellos tres que tan animadamente, se recrean bajo aquel inmenso roble son Helí, Ozías y Erech, son compañeros inseparables, a causa de la identidad de sus gustos en los estudios a que se dedican y en los defectos con que luchan para perfeccionarse. Y cada uno es de un país diferente, y creo que ni aún hermanos que hubiesen nacido, se asemejarían tanto. Los tres son amantes de los estudios metafísicos, los tres son enamorados de la armonía y de la rima, los tres aman la vida apostólica y eligen la desencarnación violenta y causada por la defensa ardiente de una doctrina, pues sostienen que para que triunfe una idea nueva es necesario el martirio. Y en esta vida actual los tres dejarán el cuerpo atravesados por centenares de flechas, mártires de la idea que van a divulgar después de la partida del Verbo de Dios.

“El primero será en tiempos futuros un monarca muy celebrado en el país de Galaad justamente en las cercanías de los actuales dominios de tu padre. Será considerado el hombre más sabio de la tierra y también el más feliz por la paz y el amor de que se verá rodeado y por los esplendores que inundarán su vida. Dominado por los amores humanos hasta lo sumo, saboreará todo el amargor que ellos dejan en el alma cuando sólo responden al placer fugaz de los sentidos. Y lo hemos visto sentado en un trono de marfil y oro, o postrado en tierra llorando amargamente

bajo las naves del templo magnífico edificado por él y reflejándose en su aura este sombrío pensamiento: “Nada hay estable debajo del sol”.

“El segundo ha sido Audumbla de un Chalit del país de Ahuar doscientos inviernos atrás, y como cayera en desgracia del caudillo, fue a pasar sus últimos días en nuestra Casa de Neghadá. En nuestro Archivo hay un legajo suyo de aquella vida, y allí puede conocerse más o menos el camino de ese ser en las edades futuras. Varias veces dejará el cuerpo emparedado entre los muros de un sombrío palacio en una ciudad edificada sobre las aguas. Otra vez, amarrado con cadenas en el fondo de un calabozo en un pavoroso castillo, morada de un gran sacerdote-rey, en una ciudad que perdurará durante muchos siglos, imponiendo a la humanidad su yugo que será la postrer dominación que derrumbe el paso triunfante del Amor Universal. Y lo más notable es que él mismo será el gran sacerdote-rey, sobre el mismo trono y bajo el mismo santuario, del que siglos antes le condenó a tormento vitalicio bajo las bóvedas sombrías del castillo, edificado sobre uno de los siete promontorios en que se levantará esa gran ciudad dominadora del mundo por siglos y siglos. (*Alusión al castillo de Sant’Angelo).

– ¿Será Gahanna o Babel o Gerar o Gutium? –preguntó Ada deseando conocer más a fondo aquel lejano porvenir.

–No –contestó Bohindra–. Parece que esto ocurrirá en un país de la lejana costa norte del Mar Grande.

“Una misión de nuestros Kobdas que recorrió esos lugares muy montañosos y bañados por las aguas del mar en todos sus alrededores, dicen que están habitados por una raza bastante perfecta, de estatura mediana, inteligente y hermosa. Se dedican a las minas y en un paraje que ellos llaman en su lengua “Siete Colinas”, por medio de las cuales atraviesa un río bastante caudaloso, se reúnen una vez cada luna los habitantes y realizan una extraña liturgia con cantos y danzas. Allí administran justicia y castigan a los culpables amarrándolos en el fondo de cavernas abiertas en cada uno de los siete promontorios, que a los Kobdas les pareció ser iguales a los que se vieron en la manifestación plásmica de la Mansión de la Sombra. Y uno de ellos, que tenía muy desarrollada la clarividencia del porvenir, señaló el promontorio en que nuestro Kobda Ozías pasaría su vida encadenado, y donde sería después aclamado por muchos llamándole “Luz del Cielo”.

“Y el tercero de estos tres estuvo ya en la época del Filósofo Santo, Antulio de Manh-Ethel, y fue padre de la joven Iris, de quien los sacerdotes se valieron para tener un motivo para condenarle a muerte.

“Se reconoce culpable de aquella condena inicua, pues por su vanidad de padre deseó ver a su hija, esposa del gran hombre que el pueblo quería proclamar Rey.

“El ardor y la espontaneidad de su carácter le dará vidas turbulentas y agitadas, y la vanidad con la cual lucha, le llevará a vidas de poder y de grandeza. Estos tres espíritus son de intensas facultades afectivas y esto causará la mayoría de sus errores como también sus más hermosas obras. La intensidad afectiva, es agua que refrigera y ciénaga que ahoga; es fuego que vivifica y es llamarada que abre llagas; es luz que alumbraba y relámpago que ciega.

“Sabemos que en la ciudad de Gahanna (*Nínive en siglos posteriores), en un futuro lejano predicará la verdad a sus habitantes entregados al vicio y a la iniquidad; que será encerrado entre la piel de un monstruo marino y arrojado al mar que lo arrojará nuevamente a tierra, para que vea perecer bajo las llamas la ciudad delincuente y salve de la desesperación y de la muerte a los servidores de Dios que habitarán en la nefanda metrópoli. (*Alusión al Profeta Jonás).

Los tres estarán juntos en el país de las siete colinas más de una vez y los tres dejarán su cuerpo entre las llamas, quemados por el gran sacerdote-rey de esa dinastía secular.

56

EL NIÑO-MAESTRO

La llegada al Pabellón del Rey de un mensajero de los caudillos de la Alianza, interrumpió esta conversación, y Bohindra pasó a su residencia y Ada acompañada de dos jóvenes Kobdas de su propio país, se dirigió a la morada de Evana donde la divina irradiación de Abel la atraía irresistiblemente.

Cuando entraban al huerto que rodeaba la casa, encontraron al niño de pie, encima de un enorme tronco de árbol empezado a labrar, y hablaba con gran entusiasmo enseñando a su auditorio. Este lo formaban Helia, Mabi e Iber, los tres hijitos de Shiva, sentados sobre el césped, escuchándole con gran atención.

Ellas se escondieron para escucharle sin ser vistas. El pequeño orador decía:

–Se debe dar trigo en abundancia a los pájaros de Dios, porque ellos cantan desde el amanecer.

“Se debe mullir de suave heno el lecho de los renos y de los corderos, porque ellos necesitan dormir.

“Es un gran pecado tirar piedras a los pájaros de Dios y espantarlos cuando beben en la fuente, porque ellos deben beber lo mismo que nosotros. El Altísimo Padre nuestro y de todos los seres aparta de sí a los que cometen estos pecados.

Mabi rompió el silencio del auditorio para decir:

– ¡Helia asustó a las alondras que vinieron a beber en tu río!

–Y ella asustó al renito pequeño, mientras mamaba de su madre –exclamó Helia defendiéndose.

Y ambas, al verse descubiertas ante Abel, que las miraba con severidad, rompieron a llorar amargamente. Entonces el orador, olvidando su gravedad, dio un salto de su cátedra y corrió a consolar a sus pequeñas discípulas, cuyo arrepentimiento corría el riesgo de concluir de una manera trágica.

Iber, viendo que nadie le acusaba dijo muy satisfecho:

–Yo no hice pecado grande, porque cuando los renos sacuden los almendros y los cerezos, les ayudo a comer la fruta que cae.

– ¡Ah, glotón! –le dijo Abel–, les ayudas por interés, ¿eh?

Las dos arrepentidas prometieron no asustar más a los animalitos de Dios y la plática terminó entrándose todos al pequeño mar mediterráneo construido por Abirón, donde unas barquitas con almendras habían chocado impulsadas por el viento, y un castillo edificado sobre una montaña se había caído sobre unas cabras de madera que pastaban en el flanco de los cerros; y castillo y cabras rodaron al agua.

– ¡Que se ahogan las cabras! –había gritado Mabi. Y con valor de héroes se precipitaron todos al pequeño mar para hacer el salvamento necesario.

– ¡Esto es delicioso! –decía Ada, viendo el bellissimo cuadro de la más pura inocencia y franca alegría infantil.

Por fin Abel las vio.

– ¡Ada, Ada! –gritó–, mi madre está haciendo para ti un trabajo muy bonito y quiere terminarlo sin que tú lo sepas. Pero como tú y yo somos amigos te lo cuento.

–Pues ahora vamos a sorprenderla.

Y los niños saliendo del agua seguían a Ada, hacia la casa perdida entre la umbrosa arboleda que la rodeaba.

El trabajo que había hecho Evana, era un bellissimo tapiz representando el nacimiento de Abel en la caverna del país de Ethea.

Para el tejido y combinación de colores le habían guiado Diba y Nubia; pero la idea estampada en el tapiz era de Senio. Allí aparecía la caverna tal como la vieron en manifestación plásmica los Kobdas de Neghadá en la Mansión de la Sombra, a la siguiente luna del nacimiento.

La alcoba en que el niño dormía desaparecía entre los tornasolados resplandores de centenares de espíritus que aparecían por encima del durmiente, tañendo arpas doradas.

Claramente se distinguían las fisonomías de Milcha, Sophía y Joheván, entre aquel conjunto de rostros sonrientes y extáticos que arrullaban el sueño del Verbo de Dios.

Aparecían junto al lecho, Evana y Adamú, en actitud de oración profunda. Y entre la penumbra de la caverna, los renos echados en sus lechos de paja, suavemente iluminados por el rojizo resplandor del fuego del hogar que ardía en el centro de la caverna. Era un hermoso tapiz de diez por quince codos, en que habían trabajado Evana, Diba, Nubia y Shiva, durante muchas lunas.

Desde hilar los blancos vellones de las ovejas de Manh y de Irán, que Senio las había hecho venir, hasta el complicado trabajo de darles colores adecuados valiéndose del múrice de los distintos países que lo producían, como base para esta delicada operación en la púrpura bermeja, violeta o cárdena y sus derivados.

De este trabajo se hicieron copias para todas las Casas de Numú, tanto de hombres como de mujeres. Copias en lienzos, copias tejidas, grabadas en inmensos paneles de cobre, en muros arcillosos, en planchas de piedra y en tableros de cedro.

Y entonces yo hago esta pregunta al misterioso arcano del pasado: ¿No tendrá alguna relación este celebrado trabajo, fruto del amor inmenso de una madre, con la leyenda del nacimiento de Jesús en una caverna establo de bestias? El espíritu era el mismo. El hecho, el mismo: el nacimiento del Verbo de Dios en una familia humana. Sólo que para la historia es grave cosa el borrar ocho mil trescientos años que separan la vida de Abel de la vida de Yhasua, y atribuir al uno detalles que fueron de la vida del otro. Mas, ¿quién puede extrañarse de errores tan comunes y tan repetidos en la historia de todos los tiempos y de todos los hombres?

57

EL DESPERTAR DEL NIÑO LUZ

Cuando Abel cumplió doce años, fue conducido por sus padres al Pabellón de Bohindra para comenzar en serio su educación. Allí se encontró nuevamente con Kaíno, su hermano adoptivo, el cual ya instruido un tanto en los preliminares de los conocimientos humanos que los Kobdas daban a la juventud, sonreía picarescamente de la candidez e ignorancia de Abel en determinadas materias. Eran los dos alumnos de menor edad que había en el Pabellón del Rey, y algunos de los Kobdas oyeron este diálogo entre ambos adolescentes; diálogo que deja entrever el carácter, la índole y las aspiraciones de cada cual.

–Tú no debías haber venido a este Pabellón –decía Kaíno a su hermano.

– ¿Por qué? –preguntaba extrañado Abel.

–Porque eres demasiado pequeño para comprender las elevadas enseñanzas que aquí se dan.

–El Rey y nuestro padre han querido que venga y aquí estoy. Ellos saben que soy pequeño.

–Además..., no sé qué hay entre tú y yo que no me siento cómodo cerca de ti, y me gustaría que ambos estuviéramos siempre a una gran distancia.

Abel oyó y calló. Pero un dardo doloroso y cruel hirió su sensible corazón de niño acostumbrado al tierno amor de cuantos le rodeaban.

– ¿Me tienes odio, Kaíno? –preguntó de pronto Abel.

–No, ¿por qué había de tenértelo? Pero no comprendo porqué te aman todos tan desmedidamente, que cualquiera diría que eres un prodigio. Y eres igual que los demás. Allá en nuestra casa todos pensaban en ti y no vivían sino para ti, empezando por nuestra madre; y si es aquí, es igual. Hasta el más mohíno de los Kobdas, que es Suri, que siempre está sombrío y silencioso, cuando tú te acercas, ríe y juega.

“¿Y por qué yo me veo siempre olvidado y descuidado de todos? ¿No eres un niño igual que yo?”

Abel meditó estas palabras y comparándolas en su mente con la realidad de los hechos, vio que era verdad.

Él no era capaz de comprender, ni conocía las leyes de la afinidad, de atracción y de simpatía, que ejercen sobre todos los seres los espíritus muy avanzados que tienen una formidable irradiación de amor en torno suyo, aún cuando su desarrollo físico no haya salido de la infancia. No podía, pues, defenderse de modo eficiente de las frases de Kaíno.

–Pues yo voy a quererte mucho, por todos los que te descuidan y te olvidan –dijo dulcemente Abel, tomando la mano de su hermano–. ¿Quieres que juguemos a los pájaros voladores?

–Ese juego está bien para ti, que eres un parvulito, pero no para mí que ya soy un hombre. –Y malhumorado se alejó dejando a Abel pensativo y silencioso.

Dhabes, que era quien vigilaba más de cerca a Kaíno, había escuchado el diálogo que antecede y se confirmaba cada vez más de que iba ahondándose la repulsión que existía en Kaíno para Abel. Y llamando a Erech, Ozías y Helí, de alegre y jovial temperamento, les dijo:

–Abel es un campeón en el juego de los pájaros voladores y busca compañeros para una partida. Como son tres los que necesita he pensado en vosotros. Hasta la refección de la noche tenéis buen espacio de tiempo para salir ganadores o quedar vencidos.

Aceptaron encantados, y Abel, que tenía una buena provisión de pájaros de todos colores, proveyó a cada cual del suyo. Con esto quiso Dhabes dar una lección a Kaíno, que juzgaba perder parte de su superioridad si se prestaba a jugar con un niño de menor edad que la suya.

–Yo sé que os ganaré –decía Abel, feliz de tener por competidores a

tres jóvenes Kobdas que siempre le demostraron mucho cariño—. Y si gano exijo que me digáis tres cosas:

“¿Por qué la luna y las estrellas tienen miedo del sol y huyen de su presencia?”

“¿Por qué Abirón encontró hombres y mujeres y niños escondidos en los cañaverales de los islotes del Río Grande?”

“¿Adónde se esconde el palacio dorado del sol todas las tardes hasta el día siguiente que vuelve a aparecer?”

Los tres Kobdas se miraron sonrientes y le contestaron a una voz: –Muy bien, Abel, si tú ganas, te contestaremos a esas tres preguntas. Pero, ¿sí ganamos nosotros?

–Si vosotros ganáis os diré a cada uno, un secreto de gran valor.

– ¿Sí? ¿Con que eres hombre de muchos secretos?

– ¡Y tantos!... Mirad, yo sé dónde están más de treinta nidos de codornices con huevos. Yo sé dónde están unos huesos muy blancos y muy hermosos que el río ha lavado y que parecen de nieve, y en ellos hay una hermosa cadena de piedrecillas del color que tienen las flores del cerezo. ¡Y yo sé dónde guarda Abirón una bolsita de brillantes pajarillos y flores de un luciente cristal verde que arroja luz cuando les da el sol!...

– ¡Hombre..., Abel!..., eso es un cargamento de secretos, demasiado pesado para ti –exclamó Helí, riendo al par que sus dos compañeros, del tono de misterio que daba el niño a su confidencia.

Y aceptado por ambas partes el convenio, empezaron el juego.

Y mientras los pájaros, verde, rojo, azul y amarillo, volaban en todas direcciones, Kaíno miraba a corta distancia con sus ojos llenos de lágrimas, destrozando con sus dedos nerviosos pequeñas ramas de follaje que caían sobre él dándole sombra y frescura.

Ibrín, que era el encargado de entenderse con los labriegos de los campos inmediatos, entraba con ellos al patio de juego para efectuar trasplantes de los macizos de olivos, de vides y cerezos. Y encantado de aquel animado cuadro de jugadores, tomó otro pájaro preguntando al mismo tiempo:

– ¿Me permiten entrar?

– Sí, entra, entra –le contestó el niño, cuyo hermoso semblante estaba teñido de un suave color rosado por la animación del juego–. Entra, pero si te gano tendrás que hacerme un arado pequeño para que yo rompa la tierra ayudado por mis corderos.

–Y tú, ¿qué me darás si yo gano? –le preguntó Ibrín, haciendo volar un pájaro blanco.

–Te diré dónde está oculto un nido de alondras con polluelos, para que las críes para ti.

Un jovencito labriego miraba aquel hermoso niño de bucles bronceados,

de ojos de color de hoja seca, vestido con un ropaje azul que apenas le llegaba a la rodilla y unas sandalias de fibra vegetal de variados colores.

Abel vio tanto amor y tanto deseo en el jovencito labrador que le dijo:

–Si tú quieres jugar, ven, pero ya se me acabaron todos los secretos y no tengo nada para pagarte si me ganas.

–Ven, Jalime –dijo Ibrín que tenía más intimidación con él. Jalime, con timidez al principio y con gran soltura después, comenzó a jugar. Pero tropezó en una piedra y cayó en forma que se hizo una pequeña herida en un hombro. Entonces Abel enternecido, casi hasta el llanto, le dijo mientras le curaban:

–Porque te has herido y perdiste más que todos, para ti serán todos los secretos que tengo.

He ahí las palabras que pusieron de manifiesto lo que el Espíritu de Luz sería para los débiles, los doloridos y los sufrientes de la humanidad.

Jalime fue después el esposo de la hermana de Ibrín, en quienes tomó encarnación humana el espíritu de Madina.

Más tarde estuvo cerca del Verbo de Dios en la época de Moisés y fue un levita de nombre Sedechias, y en los días luminosos y heroicos de Jesús de Nazareth, Matías, hijo de José, hermanastro mayor del gran Apóstol de la Palestina.

58

OBSERVACIONES DE ABEL

Una mañana, cuando apenas se iniciaba el amanecer, Adamú y Evana entraban al jardín del Pabellón de la Reina donde tenían facilidades para entrar siempre que quisieran.

– ¿Qué os pasa? –preguntó Ada cuando les vio.

–Y aquí, ¿qué ocurre? Porque anoche tuve un sueño espantoso. Vi que se levantaba en el horizonte un sol de color de sangre, y que un viejo maligno y burlón, asomaba su cara detrás de ese sol y decía entre carcajadas horribles:

“– ¡Ja, ja!... iel profeta que viene a iluminar el mundo está con su frente en el polvo y su lomo abierto por un hacha!”

Y Evana al referir estas palabras, se cubría el rostro con ambas manos, pues parecía como si continuara viendo al maligno ser que la atormentaba en sueños.

–Cálmate –le dijo Ada–, que tu hijo duerme tranquilamente en la antecámara de Bohindra. Tú puedes pasar a verle, Adamú, y traerle aquí que le vea su madre. –Adamú pasó por la sala de música al Pabellón de los niños y al poco rato volvió con Abel y el Kobda Rey.

–Pero, ¿qué significan estas alarmas, hija mía? –decía Bohindra a Evana acariciándola–. ¿No sabes que soy yo el custodio de tu hijo?

Pero Evana, abrazada a Abel, lloraba desconsoladamente, hasta que conmovido el niño en sumo grado dijo al Rey y a su padre:

–Si ella padece porque no estoy a su lado en casa, dejadla vivir aquí si os parece.

– ¿Y yo, hijo mío?, –preguntó Adamú–. Sin tu madre y sin ti, ¿qué haría yo en aquel huerto solitario?

–Venid los dos, ¿no está bien así? –preguntaba después a Bohindra que le dejaba hablar para observarle.

– ¿Y no estará mejor que tú te vuelvas con tus padres a la casa del huerto? –preguntó Evana que se iba tranquilizando poco a poco.

– ¡Oh!..., eso no... ¡Aunque os quiero mucho, eso no! –contestó el niño.

– ¿Y por qué? –preguntó de nuevo Bohindra.

–Porque vosotros tenéis escrito en un corredor de La Paz, estas palabras: “Pensad continuamente en que el Altísimo no aparte su misericordia de los desventurados hermanos nuestros que, llevados por deseos humanos, abandonaron la Casa de Dios”. Si yo me voy, seré uno de esos desventurados hermanos.

Todos se asombraron de esta respuesta y Bohindra, tomando al niño de la mano y acercándole a su corazón, le dijo emocionado:

–Hablas como un ser lleno de conocimiento. Eres un perfecto Kobda a tus doce años y sin vestir la túnica azulada.

“Bien, pues, se hará como lo has dicho, y tus padres habitarán aquí, en el Pabellón de la Reina juntamente contigo.

–Y yo pasaré contigo al Recogimiento de la tarde en la rotonda, porque el Patriarca me tiene un sitio señalado allí y yo no puedo faltar; pronto seré un Kobda también.

– ¿Ah, sí? –preguntaron todos a la vez, sonriendo de la gravedad con que el niño hablaba.

–Pero eres muy niño, hijo mío –decía Adamú.

–Pero, ¿el ser un Kobda es privilegio de los muchos años? –preguntó Abel asombrado–. ¿No acabas de decir, oh, Rey, que soy un Kobda perfecto?

– ¿Y por qué es ese apresuramiento? Ya tendrás tiempo más adelante.

–Entonces no debíais haber escrito en vuestras tablas: “No retardes para otra aurora lo bueno que puedes hacer en la de hoy”.

–Pero tú te has aprendido de memoria todos los consejos grabados en nuestros muros.

–Para aprenderlos están, a lo que parece. Además Senio me dijo que Agnis está aquí desde muy niño y también Geuel. ¡Oh!..., vestir la larga

túnica azulada es lo más hermoso que hay –decía Abel como bajo el encanto de una visión de gloria que le entusiasmaba.

–Pero no es todo la larga túnica azulada que cubre al Kobda desde la garganta a los pies, sino un símbolo de que ya no existen en él ni los deseos ni las ambiciones humanas, porque no es más un hombre sino un reflejo del amor de Dios sobre los hombres. La túnica azulada sólo es un símbolo, hijo mío, porque ella no hace al Kobda, que debe serlo en lo más profundo de su propio espíritu, sacrificado en sus gustos, deseos y ambiciones cuando ellos no están acordes con la gran Ley: “extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”.

Así habló el Kobda-Rey buscando de despertar más y más la lucidez espiritual del Mesías niño, adormida aún por la somnolencia mental que llamamos infancia.

–Por ejemplo –continuó Bohindra–, tú te ves amado de todos, ¿qué debes extraer de ese hermoso sentimiento de todos para ti?

El niño entornó en recogimiento sus dulces ojos de color de hoja seca y a poco rato contestó:

–Me aman porque me creen bueno, pues debo ser mucho más bueno de lo que puedo aparecer ante todos.

–Muy bien, Abel, muy bien has contestado. Ahora dime: Si te vieses rodeado de hostilidad y en medio de seres que cometieran toda clase de desaciertos y errores en tu presencia, ¿qué extraerías de todo eso?

–Si todos me odiasen y cometieran maldades en mi presencia, yo buscaría de esconderme en el gran corazón de mi Padre Dios, donde no me llegaría el odio de los hombres, y le pediría que diera sabiduría a mis palabras para apartarlos de sus maldades y de sus errores.

– ¡Perfectamente! La unión al Ser Supremo es el gran secreto del éxito en todo apostolado de orden superior.

“¿Y qué te figuras tú que hay de hermoso y de grande en la vida de los Kobdas? –volvió a preguntarle Bohindra.

–Mirad; con mi padre, o con abuelo o con Senio, anduve muchas veces por las plantaciones y por los campos de pastoreo; vi a los labriegos y a los pastores. Y el uno quería una cosa y otro lo contrario y disputaban entre sí y las mujeres de ellos lo mismo, y había riña y desacuerdo; y mi padre, Senio y abuelo, tuvieron que ponerse en medio para que no se maltrataran los unos a los otros; a veces por cosas tan pequeñas que no valen más que el heno llevado por el viento. Un pastor quería abreviar las ovejas en el lago detrás del huerto de nuestra casa, el otro quería llevarlas al primer arroyo que está al otro lado del bosque; y el uno impulsaba las ovejas hacia allá y el otro hacia acá, y ellas asustadas se arremolinaron en tropel y mataron los corderitos recién nacidos.

“Otra vez vi a unos labriegos, que el uno quería sembrar trigo donde

el otro decía derramar el maíz, otros abrir canales de riego hacia el naciente y otros hacia el poniente, y en la porfía se irritaban, diciéndose grandes insultos y mirándose con odio y con rencor. Y entre los Kobdas nunca oí una disputa sino que parece como que todos quieren la misma cosa, y que cuando uno manifiesta un deseo el otro ya lo deseaba también. Jamás oí que uno de vosotros manifestase un deseo que fuera contrariado por otro. Oíd lo que un día vi: Jamín limpió el polvo de una túnica suya, cuando volvimos del campo arado y la dejó colgada al sol en la terraza; Dhabes que es de igual estatura hizo lo mismo con la suya; pero el viento llevó la de Jamín y quedó oculta en el hueco de una escalera. Yo miraba desde el ventanal de la sala de música. Cuando se iban a cerrar las puertas los dos salieron por sus túnicas. Dhabes tenía su túnica en la mano cuando llegó Jamín que dijo: “Es mía, yo la puse aquí”. Yo esperaba que Dhabes dijese: “no, que es la mía”, como en realidad era y creí que iba yo a ver una disputa entre dos Kobdas, pero mi asombro fue grande cuando vi que Dhabes le decía sonriente: “Perdón, me he equivocado”. Y dio a Jamín la túnica. Yo bajé corriendo y dije a Dhabes que la túnica era la suya, y que la de Jamín estaba en el hueco de la escalera.

“—No es nada, hijo mío —me dijo—, yo tomaré esta, a él le pareció que era la suya.

“Y con esto acabó todo hasta que Jamín se dio cuenta después, y cada uno tomó la suya.

—Veo que eres un gran observador —le dijo Bohindra—, y que recoges la enseñanza que se desprende de todas las acciones buenas y malas de los hombres.

—Si nunca reñís, ni os acaloráis, ni disputáis, y todos pensáis en todo de la misma manera, debe ser porque vais vestidos del mismo color —dijo el niño—, y así como es igual vuestra vestidura son iguales vuestros pensamientos y vuestros deseos. ¿Por qué no vestís la túnica azulada a todos los hombres de la tierra para que todos piensen igual y no riñan ni disputen ni se odien jamás? Así habría entre ellos la armonía y el amor que hay entre vosotros.

Bohindra estrechó al niño a su corazón y dejó un largo beso en su frente.

— ¡Has llegado a donde yo quería, hijo mío! —le dijo Bohindra—. Falta mucho para que todos los hombres puedan vestir la túnica interior de la fraternidad verdadera y del verdadero amor de los unos para los otros, que es el significado de nuestra túnica azulada, todas de igual forma y color.

“Nuestra ley dice, poniendo el cimiento a nuestro templo espiritual de armonía y de paz:

“Prefiere perderlo todo, hasta la honra y la vida, antes de causar aversión entre tu alma y la de tu hermano”.

“La llamada de la disputa destruye los sembrados florecientes en el huerto del espíritu. Expone tu pensamiento y si fuere rechazado, calla, que si tú tienes la verdad, ella saldrá por sí sola”.

“Busca de pensar lo más bello, lo más noble y lo más bueno en todas las cosas. Y cuando tu hermano piense diferente, enciértrate dentro de ti mismo y pide a Dios que te libre de todo error”.

“¿Comprendes, Abel? Estos son los fundamentos de la paz y la armonía de los Kobdas. Antes de vestir la túnica azulada, el aspirante debe haber aprendido a complacer a sus hermanos en todo lo que no está reñido con la santa ley de pureza y de amor, que es la base de nuestro progreso espiritual.

“Tú quieres vestir la túnica azulada. Suponte que tus padres no estuvieran de acuerdo a causa de tu corta edad. ¿Qué debes hacer tú?

–Aprenderé a vestirla interiormente, esperando a que ellos estén contentos de que la vista al exterior.

Evana abrazó a su hijo y Adamú le besó los bronceados cabellos.

–Sí, hijo mío, queremos lo que tú quieres con tal que nos sea permitido estar muy cerca de ti –decía Evana, incansable en acariciar a su hermoso hijo.

– ¿Viste, Bohindra? Mi madre es Kobda y buena Kobda porque quiere lo mismo que yo quiero. ¿Y tú, padre mío? –preguntó a Adamú, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

Aldis y Senio llamaron en ese momento a la puerta de entrada, y Bohindra dijo:

–Aquí vienen los abuelos, y prueba tú, Abel, si ellos son buenos Kobdas y quieren también como tú.

Enterados de lo que ocurría, Senio dijo:

–No será el primer caso de un Kobda niño, porque hay en nuestras crónicas el relato de que Numú tuvo a su lado un niño de doce años, que vistió la túnica blanca que entonces llevaban, y se llamó Adonis, y era un espíritu compañero de Numú, o sea el Verbo divino de otra esfera del mismo sistema que la Tierra.

–Yo por mi parte –dijo Aldis–, acepto y quiero lo que vosotros digáis. En otro caso me opondría, pero en este tan excepcional y único, creo que es imposible disentir en nuestro modo de pensar.

– ¿Qué dices, Adamú? –preguntó Bohindra.

–Digo que aquí todos nos vamos sintiendo Kobdas, y que no tengo valor para contrariar la voluntad del niño. Parece que él oye la Voz Divina más claramente que nosotros.

–Ya ves, Abel, todos son buenos Kobdas.

–Pero Ada que es mi gran amiga no habló todavía –insistió Abel.
–Yo espero que hable nuestro Rey y conforme a su deseo es el mío.
–Esta noche se decidirá en la concentración común en la Morada de la Sombra –contestó Bohindra–. ¿Estás conforme?
– ¡Tanto, tanto, como cuando Senio me regaló los primeros corderitos!
–decía Abel, abrazando a todos con una felicidad que, hasta entonces, se había visto muy pocas veces en él.

59

CAMINO DE LAS TINIEBLAS

Unas horas después corrió por La Paz y sus anexos, la noticia de que Abel vestiría la túnica de los Kobdas dentro de cuarenta auroras, y que Kaíno había desaparecido del pabellón esa misma noche, sin que nadie pudiera dar razón de su paradero.

Adamú y Evana lamentaban grandemente lo acaecido, pues recordaban el tiempo aquel en que recibieron a ese niño como un don de Dios, y le amaron y él les amó, mientras estuvieron consagrados a solo su cariño. Pero cuando la llegada de Abel absorbió mucho de aquel amor que se le había otorgado, fue notorio el cambio en el carácter del huérfano. Aquí cabe hacer un pequeño estudio sobre los espíritus como Kaíno.

* * *

Las Inteligencias Superiores encargadas de propender a la evolución de los seres, les encauzan por caminos y circunstancias que les facilitan esta evolución. Kaíno era un espíritu ya viejo, originario del planeta Pólux, donde las encarnaciones de poderío y de grandeza le habían dejado vegetar por siglos y siglos, sin avance ninguno en su progreso individual. Intelectualmente, estaba bastante cultivado, pero grandemente retrasado en su evolución moral. Profundamente egoísta y de un orgullo desmedido, se juzgaba a sí mismo como una luz. Y en el campo intelectual lo era. Y casi siempre esta clase de espíritus son enviados a mundos inferiores para impulsar la evolución intelectual de razas primitivas, mientras a su vez van adquiriendo, a fuerza de repetidas pruebas, un poco más de conocimiento de si mismos, en lo cual está involucrada la ciencia espiritual verdadera que descubre al hombre lo que es y no lo que cree ser.

Como espíritu, pocas veces estuvo de acuerdo con los planes formados por las elevadas Inteligencias, para el desarrollo de la misión conjunta de elevación de la humanidad terrestre; y de estas continuas rebeldías vino el tomar sucesivas encarnaciones que le facilitaban el servir de

contradicción al desenvolvimiento de la obra común, en el lugar elegido por él para su actuación.

Y como encarnado, se vio siempre vencido por su egoísmo y por su orgullo a causa de su desarrollo intelectual que le hacía creerse superior a todos. En la eterna carrera espiritual de los seres a través de siglos y de mundos es, a lo que parece, un síntoma muy alarmante en un espíritu, su rebeldía al pensamiento impulsor de la evolución del planeta o mundo en que actúa, porque esta rebeldía le pone por lógica consecuencia fuera del aura protectora y benéfica del Gran Guía de la humanidad.

Ese fue el significado oculto de aquellas palabras del Profeta Nazareno a los que se gloriaban de encontrarse tan cerca de la persona humana del Verbo: *“La palabra de Verdad que os doy, es más que mi carne y mi sangre, es como el pan y el vino que nutre vuestro cuerpo. Y el que no come de este pan y no bebe de este vino, no verá el Reino de Dios”*.

Palabras alegóricas de las que algunas ideologías cristianas han tomado base para ciertos ritos que tienden a infundir en las almas la necesidad de purificación para unirse más íntimamente a la Divinidad. La eucaristía es un ejemplo.

El Maestro quiso significar, que todo aquel que se rebelara en contra de la Palabra de Verdad que él traía del Alma Madre del Universo, no vería el Reino de Dios. Y decía una gran verdad, porque el Reino de Dios, o Plano Dévico, o Mundo de los Mesías, es la morada de los seres llegados a la más alta perfección y hasta allí no se llega en los globos de aire del orgullo y de la vanidad, sino por los caminos oscuros, silenciosos y doloridos del renunciamiento, de la abnegación y del sacrificio. He aquí porqué los antiguos Kobdas, conocedores de la verdadera ciencia espiritual, buscaban en el amor, en la paz y en la armonía perfecta con la ley, dictada por Inteligencias Superiores, su evolución y su perfeccionamiento.

Kaíno pudo dar un gran paso en su progreso, en esa etapa de vida material, pero rebelde siempre al plan trazado por el Guía de la humanidad y sus elevados auxiliares, se salía él mismo, por su libre albedrío, del aura de protección emanada por aquellos, y sus desaciertos eran continuados, causando graves males colectivos o individuales.

Y de ordinario son estos los caminos seguidos por los seres que, habiendo evolucionado sólo en el sentido intelectual, descuidaron el cultivo en el orden moral por creerlo de escasa importancia. Y el orgullo satisfecho por las grandes obras materiales realizadas con el aplauso de las multitudes, no les deja ver la copa de su espíritu, vacía de merecimientos y vacía de consuelos y felicidad verdadera; lo cual les impulsa a nuevas conquistas materiales para ir así, engañando sus

ansias con la efímera satisfacción emanada de los aplausos y lisonjas de los hombres.

* * *

La tarde aquella en que Kaíno se negó a jugar con Abel a los pájaros voladores, oyó las revelaciones que el niño prometía a los que ganaran en el juego y de los tres secretos se aprovechó al forjar su plan de alejamiento: “Abirón guardaba una bolsita de hermosas piedras verdes que brillaban a la luz del sol...” “En la orilla del Río Grande había unos huesos muy blancos entre los cuales estaba una cadena de piedras del color de las flores del cerezo...” “Entre los grandes islotes del Río había muchos hombres y mujeres escondidos...”

Kaíno había comenzado ya los quince años conforme a nuestro modo de contar. Meditó así:

“Yo estoy aquí de más. Abel será aquí el todo y yo no seré nada. Con lo que ya he aprendido me basto a mí mismo. Las piedras de Abirón deben representar un valor muy grande. La cadena de piedras rosadas que está entre los huesos a la orilla del río, debe ser igualmente valiosa. Las gentes que viven entre los cañaverales de las islas serán prófugas de los países vecinos. Yo puedo unirme con ellos y como de seguro serán cobardes e ignorantes, me pondré al frente de ellos y seré su jefe”.

Y cuando llegó la noche y todos dormían en el Pabellón del Rey, tomó hermosas vestiduras destinadas al Chalit y que éste nunca usaba, pues vestía sencillamente su túnica azulada, se atavió con ellas, se armó con una hermosa daga de mango de plata, un hermoso carcaj lleno de flechas y otras armas, regalo que a Bohindra le habían ofrecido los príncipes de la Alianza. Una luz amarillenta de luna llena alumbraba los pasos del niño prófugo, que otra vez caía vencido bajo el yugo de su orgullo y de su ambición. Y las fuerzas del mal a las cuales se entregaba él mismo inconscientemente, se creyeron en el deber y en el derecho de tomarlo bajo su tutela desde ese momento.

Se dirigió a la tienda de Abirón, el cual sabía que estaba desde hacía unos días, terminando unos trabajos en piedra en la Casa del Huerto, que iba a ser habilitada para hospicio y enfermería.

Casi siempre, bajo la piedra del hogar en todas las chozas o tiendas de gentes del bajo pueblo, era el sitio en que se acostumbraba a guardar los objetos de valor. Y allí buscó Kaíno, pero sin resultado. Parecióle que una voz le decía al oído: “Debajo de esos troncos”. Los había allí prontos para quemar, pues no servían para otra cosa. Los removió y encontró debajo de ellos y medio enterrada bajo la tierra y hierbas secas, un trozo de caña de dos codos de largo y bastante gruesa, que pesaba mucho.

Los huecos de los extremos estaban tapados con madera. La abrió y vio con asombro una gran cantidad de esmeraldas de gran tamaño, que brillaban como ojos de víboras a la amarillenta luz del velón de la tienda. Vio que las más grandes eran huecas, las unas en forma de cubos con diminuta tapa de oro a torno, en forma que cerraba herméticamente. Y dentro se veía como una gota líquida de color oscuro. Tomó un puñado de ellas y dejó todo lo demás tal como lo había encontrado. Y se dirigió hacia la costa del Río Grande.

La luz amarillenta de la luna llena continuaba alumbrando los pasos del desventurado niño prófugo, que tuvo junto a sí la claridad divina y no quiso verla, que pasó junto a la copa de la vida y no quiso llevarla a sus labios.

Buscaba los huesos blancos como la nieve para usurparles el tesoro escondido en ellos y ya iba a tomar justamente la dirección en que se hallaban, cuando vio el cuerpo astral de Madina que se le acercaba como en otro tiempo, y le lamía las manos.

Una oleada de amargura subió desde su corazón a su garganta; recordó su infancia entre el amor de Evana y de Adamú, y temiendo que el recuerdo dulce y tierno le venciera, dio vuelta la espalda a la visión y echó a correr en dirección opuesta.

Fue en ese preciso momento en que Evana, desprendida espiritualmente por el sueño, vio en el plano astral más cercano al mundo físico, la espantosa visión que le causó tanta zozobra y terror.

Cuando se ocultó la luna y la pradera y el bosque fueron sumidos en tinieblas, Kaíno detuvo su marcha y se recostó en la hermosa manta de piel que había sustraído del guardarropa del Chalit. La selva era allí más enmarañada y los islotes del río quedaban cercanos a la costa. Apenas comenzó el día a aparecer, Kaíno se sentó sobre unos troncos caídos y espío la salida de las gentes ocultas entre las cañas. Si se ocultaban de los hombres de tierra, debían madrugar, y así fue, que casi junto con él, comenzaron ellos también sus actividades.

Pescaban, cazaban aves acuáticas y bajaban algunos a tierra a recoger huevos de codornices y frutas silvestres. A los primeros que bajaron en balsas hechas de cañas unidas con fibra vegetal, se les puso delante con gran arrojo, con su arco a la espalda y apoyando su diestra en el mango de su daga.

—Soy un príncipe postergado por mi familia —dijo—, y busco gentes animosas que quieran unirse a mí para disfrutar mis riquezas. Sé que vosotros huís de las gentes de estos lugares. Llevadme a vuestros islotes y yo os prometo organizaros como un pueblo fuerte y que dejéis de andar como renos perseguidos por los búfalos.

—¿Y si fuerais un espía y detrás de ti vinieran gentes armadas?

—Tomad mis armas —les dijo—, ya veis que yo no desconfío de vosotros.

Kaíno era de hermoso aspecto, aunque algo trigueño de semblante, su extraordinario desarrollo físico le hacía aparecer como un joven de veinte años. Y con las ricas vestiduras que llevaba, nadie pudo poner en duda que era realmente el hijo de un rey.

– ¿Cómo te llamas?

– Medhuajel, del país de Enod.

Había llegado hacía poco a La Paz, un príncipe de este nombre; buscando refugio a causa de verse perseguido por un tutor que quería despojarle de sus derechos. Dicho príncipe había llegado herido y enfermo, y desencarnó a poco de llegar, aun cuando se le prestaron todos los cuidados necesarios.

Kaíno sabía pues, que nadie le disputaría ese nombre.

Sus interlocutores lo desarmaron y se internó con ellos en los islotes cubiertos de frondosas cañas que dificultaban por completo la navegación, lo cual daba más seguridad a los refugiados en el enmarañado y pantanoso delta del Éufrates. Así se desligó Kaíno de la dulce cadena de amor hogareño que tan abundantemente se le brindara en los días de su infancia abandonada y trágica, para emprender una vida satisfactoria a sus ambiciones y a sus anhelos. Aquellas gentes estaban casi todas al margen de toda ley. Los unos eran esclavos que habían huido de sus amos; los otros delincuentes escapados a la justicia de los hombres, o restos de ejércitos vencidos y deshechos que habían huido de las torturas a que serían sometidos por los vencedores.

La magnífica colección de esmeraldas enormes, talladas como pájaros y flores, que él había sustraído del secreter de Abirón, acabaron de vencer los temores de los más desconfiados, y al amanecer del siguiente día, Kaíno era proclamado rey de aquellas tribus semisalvajes y nómadas.

Su orgullo empezaba a vislumbrar resplandores de la gloria y la felicidad que anhelaba.

Mientras tanto, Abel plácidamente sentado junto a Bohindra en la sala de música, escuchaba sus enseñanzas, preparatorias para ser recibido como Kobda al finalizar las cuarenta auroras que se le habían fijado como plazo. Y de las Casas de Mujeres Kobdas empezaban a llegar las túnicas azuladas diminutas y esmeradamente confeccionadas para el Kobda niño, al cual todas querían tener la felicidad de cubrirle con la vestidura símbolo de la vida de los sentidos terminada, y de la alta vida espiritual que comenzaba.

Encantado revisaba Abel las túnicas que las mujeres Kobdas con tierna solicitud le ofrendaban, pero él decía en voz baja para que sólo oyera su madre:

– La que tejieron tus manos, madre mía, será la que primero cubrirá mi cuerpo.

Cuando la desaparición de Kaíno fue un hecho comprobado. Bohindra, que desde el día de su desposorio con Ada fue constituido como suprema autoridad de los Kobdas en aquellas comarcas, llamó a sus dos consejeros, Sisedón y Tubal, y a los jóvenes Kobdas que habían tenido intervención en el pabellón de los niños para indagar sobre los móviles de aquella fuga tan precipitada.

Tubal, que en su juventud había sido encargado del Archivo y de las Crónicas de la vieja Institución, llevó el giro de los pensamientos y juicios de sus compañeros hacia el itinerario recorrido por este espíritu durante muchísimos siglos. Las clarividencias de Dhables y algunas comunicaciones recibidas por los escribientes sonambúlicos, o manifestadas verbalmente por los buenos sujetos hipnóticos que poseían, les habían proporcionado la certeza sobre el pasado de este ser y también sobre algo de su futuro.

Esto tranquilizó el ánimo de Bohindra, que temió en el primer momento alguna culpabilidad de parte de los que más inmediatamente habían tratado con el niño. Pudo comprobar que todos habían cumplido el encargo de Dhables, de tener gran atención a la educación de Kaíno, en cuya aura él veía muy marcadas las tonalidades que denuncian sin dejar lugar a dudas, la existencia de viejos odios, rencores, y una ambición de grandezas nunca satisfecha.

Recorrieron el Archivo de las Edades en la parte dedicada a los espíritus emigrados de Pólux, y allí encontraron el nombre de Raibel, que era el que en aquel planeta correspondió a Kaíno, según lo habían comprobado por medio de diferentes sujetos en hipnosis, por distintos sonámbulos escribientes y por clarividencias efectuadas al mismo tiempo, estando los sujetos apartados cada cual en su sitio y contestando al pensamiento de Bohindra, Sisedón y Tubal, que eran los dirigentes de los trabajos espirituales.

Raibel había figurado en Pólux entre la numerosa legión de los eternos descontentos, causantes de todos los cataclismos políticos y sociales en aquella humanidad, de la cual habían sido apartados y repartidos entre diversos mundos primitivos, donde podían buscar su propia redención colaborando en la evolución material e intelectual de sus humanidades de muy escaso progreso.

Cuando el Amor Eterno barrió con su soplo divino la atmósfera de egoísmo y de ambición de sobre la faz del planeta Pólux, aquella numerosa legión no podía respirar más allí, no podía vivir allí y emigró a otros planetas de ambiente apropiado para ella. Y Raibel, con otros muchos, vino a la Tierra.

Su ambición le llevó a colocarse siempre en las filas cercanas al Verbo de Dios encarnado; y acaso lo hizo alguna vez con buenos propósitos,

pero su arraigada pasión dominante: la ambición, lo vencía siempre, pues nunca llegó a preocuparse en serio de dominarla. El orgullo le cegaba en tal forma, que llegaba a creer que era él sólo el que tenía todos los derechos, todas las grandes dotes y los más excepcionales privilegios.

Y continuó en la tierra, siendo el eterno descontento que había sido en Pólux. Como rey, estuvo siempre en guerras de conquista y nunca consiguió ni el amor de sus pueblos ni la paz con sus vecinos. Como hombre de leyes civiles, y como sacerdote de diversas religiones, siempre buscó innovaciones, no basadas en un sano y juicioso criterio, sino impulsado únicamente por el deseo de destacarse y ser la figura única en todo conjunto.

Su eterno descontento en todo y por todo fue la causa de sus numerosos extravíos y de su largo estacionamiento en los caminos de la evolución.

Siendo hermano de Anfión, el Rey Santo, estuvo descontento de la forma de gobierno implantada por el soberano, y sublevó parte de sus pueblos con sus teorías de mejoramiento que en la práctica le fracasaron. Cuando Krishna, figuró entre las turbas de descontentos y causó la desmembración de los estados del viejo rey de Madura, y un amigo suyo fue el que atravesó con una flecha el corazón del joven Príncipe de la Paz, en quien estaba encarnado el Verbo de Dios.

Cuando Moisés, la princesa Av-Isis-Thimetis, madre del Verbo de Dios en esa lejana etapa de sus vidas terrestres, relegada por influencia de la Reina Regente de Egipto por fallecimiento de Ramsés I, fue un hijo bastardo de la Reina Regente, que falleció entre las olas desbordadas del Mar Rojo, persiguiendo junto con su padre al pueblo hebreo que había escuchado la palabra de Moisés como una promesa de liberación y de consuelo en el supremo dolor de la esclavitud, del hambre y de los trabajos forzados a que tan brutalmente se hallaban sometidos. (*En la obra “Moisés-El vidente del Sinaí”, está descrito con amplitud).

Todo esto, pasado y futuro, vislumbraron los Kobdas en aquella tarde de Consejo sobre el desventurado Kaíno, que una vez más caía vencido por su eterno descontento, juzgando bajo el prisma de su orgullo, que los demás eran los causantes, sin apercibirse y sin poder comprender que era él mismo el que estaba fuera de orden en sus anhelos, en sus deseos y en su modo de ver y apreciar todas las cosas que le rodeaban.

Dhaves le había dicho con grande amor: “El mal lo tienes dentro de ti mismo, y por reflejo lo ves en los demás. Tu deseo de ser figura única en todas las cosas, es lo que causa tu eterno descontento, hijo mío. Si te vieras tal como eres, un grano de arena en la inmensidad del Océano Infinito que es Dios, como lo somos todas las pequeñas criaturas tuyas, tendrías una gran paz dentro de ti, y gustarías la inefable dulzura del Amor Divino, que ahora deja seco y vacío tu espíritu porque tú lo llenas contigo mismo”.

Entristecidos los Kobdas por este doloroso suceso, se prometieron mutuamente seguir con su pensamiento los tortuosos senderos de aquel ser que había estado junto a la luz y por su propia voluntad se sumergía en las tinieblas.

– ¡Que nuestra miseria no colme la medida de la Piedad Infinita sobre nosotros, como acaso la ha colmado este pobre ser, cuya huida de la Luz tan profundamente nos entristece! –dijo emocionado Bohindra, poniendo término a aquella reunión.

Y uno de los cronistas del Archivo grabó en el sitio correspondiente al signo con que comenzaba el nombre de Raibel, la breve historia de Kaíno hasta el momento de su separación de La Paz. Quedaba buen resto del papiro en blanco y el cronista escribiente pensó: “¿Cómo terminará el relato de Kaíno?...” Una especie de nebulosa de negro humo y regueros de sangre oscureció la mente del cronista, que guarda precipitadamente aquel papiro que quedaba sin terminar.

60

EL HIMNO DE LA TARDE

Cuando Bohindra volvió al Pabellón de la Reina, tenía los ojos enrojecidos, como si lágrimas de fuego le hubieran quemado los párpados.

Y aún cuando trató de disimular no pudo evitar que Ada y Evana lo notasen.

–Mí Rey padece y nos oculta su pena –dijo la dulce niña, mirándole con ternura.

–Pues, es novedad –añadió Evana–, que nunca lo vi así.

Abel, que miraba desde el ventanal cómo su padre con los encargados de las plantaciones hacían varios trabajos, volvió la cabeza y al oír lo que las dos mujeres decían, corrió hacia el Kobda-poeta y músico, y abrazándose de él le dijo:

– ¿Acaso fui yo el causante de tu dolor?

–No, hijo mío –le dijo Bohindra besándole la frente–. Tú no puedes causar dolores a nadie, sino inmensa alegría. Ven aquí para que juntamente con Ada y tu madre curéis este pobre corazón mío que aún no aprendió a ser fuerte ante las desventuras de los hombres.

Y los cuatro se sentaron en torno del ventanal por donde se veía la magnificencia del sol poniente, que parecía irse hundiendo lentamente detrás del inmenso bosque de cedros que se alzaba ante el edificio, como un flotante pabellón lleno de rumores y de cantos.

– ¡Cuántas criaturas de Dios cantan allí su grandeza, y viven de su amor eterno! –exclamó Bohindra aludiendo a los miles y miles de aves

y de insectos, cuyos rumores y arpegios llegaba como un concierto hasta el ventanal.

– ¿Y por qué cantan los pájaros? –preguntó el niño escuchando.

–Porque ellos no están descontentos como el hombre, y se sienten felices con su pequeño nido de hierbecitas y plumas para cobijar a sus hijos. Recogieron agua en los arroyuelos y granos de trigo en los sembrados para alimentar su vida. Y bendicen a Dios en su lenguaje y son felices con sus dones divinos. Hasta las aves y los insectos nos enseñan a vivir la verdadera vida, sumergidos en la grandeza de Dios, sin rebeldías y sin descontentos.

–Entonces yo quiero también cantar como los insectos y los pájaros –dijo Abel tomando de sobre un atril de piedra la lira de Bohindra, ofreciéndola al Kobda. Y a dúo con el niño, cantaron la plegaria de la tarde:

*¡Viste la tarde sus dorados velos,
Sigue los pasos de su amado el sol,
Que en su nave de nácar y amatista
Se dio a la vela sin decirle adiós!...*

*De sus mantos de oro
Apaga el fulgor
Cuando pierde de vista las velas
De la nave que se lleva al sol.*

*Llora la tarde a su adorado ausente
Y a las flores les cuenta su ilusión,
Y derrama en sus cálices abiertos
El raudal de sus lágrimas de amor.*

*Y la tarde llora
Por su amado el sol;
¡Es tan hermoso y ella le ama tanto,
Se hizo a la vela sin decirle adiós!*

*Triste la tarde acalla los sonidos,
En penumbra se torna su esplendor,
Y se escucha en el valle y en la selva
Cual divina cadencia su oración:*

*¡Yo vivir no puedo,
Sin mi amado el sol!
¡Que su luz es mi aliento de vida
Y entre sus fulgores me aparece Dios!*

*Mis velos dorados se tornan de luto
Calladavecillas, calla rui señor...
Y llegue a los cielos la ardiente plegaria
Que vibra en los aires como una canción;*

*Eterno Infinito
Devuélveme al sol
¡Que voy siempre siguiendo sus pasos
Y él se hizo a la vela sin decirme adiós!*

*¡Venus y Marte y la Luna vieron
Llorar la tarde su perdido amor,
Y un concierto de arpas siderales
Tejió cual filigrana una oración!*

*La plegaria doliente de la tarde
Cuando se esconde en el ocaso el sol
¡Como a veces se oculta al alma humana
La esplendorosa majestad de Dios!*

*¡Y llora el alma cual la tarde llora
Y suelta al viento su doliente voz
Cuando ve que en el mar del Infinito
Se va su Amado sin decirle adiós!*

*Y el Amado torna
Como torna el sol
¡Y el alma canta y la tarde ríe
En el éxtasis suave del Amor!...*

* * *

61 LA LEY DE NUMÚ

¿Qué había hecho Abel durante las cuarenta auroras que precedieron a su consagración de Kobda?

Eso es lo que vamos a averiguar ahora.

Los Kobdas del Alto Consejo eran los encargados de preparar al postulante, que juntamente con nueve jóvenes más, debían consagrarse al servicio del Altísimo y al bien de la humanidad.

El uno les enseñaría el lenguaje esotérico usado por los Kobdas para

los grabados e inscripciones de orden espiritual y secreto, que sólo ellos podían descifrar. Otros les explicarían la interpretación que debían dar a la Ley de la Casa de Numú. Otros la forma de proceder en los ejercicios mentales y espirituales, que constituían una de las fases de la vida interior.

Y mientras Abel se compenetraba de toda la ciencia espiritual enseñada por los Kobdas, apréndala también el lector, que acaso encuentre en ella sublimes lecciones para el cultivo y desarrollo de su verdadero ser.

LA LEY

“El amor es la única cadena que sujeta al Kobda a los muros de la Casa de Numú”.

BASES

Primera: Kobda, eres habitante de una pequeña estrella que gira incesantemente en la anchurosa inmensidad, entre millones de millones de estrellas mayores y menores que la que tú habitas.

Tan inconmensurable universo ha ido surgiendo en diversas edades, ciclos o épocas, de la Eterna Energía Divina que encierra en Sí Misma tres poderes: Creador, Conservador y Renovador. Estos tres poderes forman la Triada Divina encerrada en el Alma Madre de todo cuanto existe y existirá.

Es el Supremo Hacedor, el Altísimo, el Eterno, en el que comienzan todas las cosas y en el que se refunden y terminan. Adora esta Grandeza, Kobda, y no adores nada más.

Segunda: Muchos seres habitan como tú esta estrella flotante que llamamos Tierra y todos estamos obligados a interesarnos por la habitación que en el concierto de los mundos y de las humanidades nos ha sido designada.

Y todos estamos obligados a amarnos y ayudarnos los unos a los otros, espiritual y materialmente, para conseguir la Felicidad, la Sabiduría y el Amor, que forman la perfección de todo ser.

Tercera: Siendo la Felicidad, la Sabiduría y el Amor la Triada que constituye la perfección de todo ser, debes consagrarte con sin igual esmero a conseguir la Felicidad, la Sabiduría y el Amor.

La *Felicidad* se consigue mediante la armonía perfecta entre tú y todos los seres que de inmediato te rodean. Y la armonía es fruto de la delicadeza de pensamientos, de palabras y de acciones, y de la benevolencia del corazón.

La *Sabiduría* se consigue con el estudio de las leyes eternas que ves riendo el vasto universo y con la meditación o concentración de tus

facultades espirituales hacia tu interior, a fin de que llegando al conocimiento de ti mismo, aniquiles tus imperfecciones y puedas así conseguir la íntima unión con el Alma Madre de todo cuanto existe. Conseguido esto la Sabiduría está dentro de ti.

Y conseguirás el *Amor* perfecto y divino, cuando ya purificado de tus malos hábitos hayas aprendido a no desear, ni buscar, ni querer, sino aquello que es felicidad, sabiduría y amor para todos los seres que te rodean.

Estos son, ioh, Kobda!, los tres basamentos en que se sostiene el grandioso templo espiritual que quieres levantar.

LAS COLUMNAS DEL SANTUARIO

Primera: *La Perseverancia.*

Aurora tras aurora, luna tras luna, año tras año, has de ir levantando, ioh, Kobda!, tu edificio sobre estas bases, sin apresuramiento, pero con firmeza y seguridad. Si te desalientas o te cansas por ser muy poco lo que consigues elevar tu construcción cada año, es señal de que aún eres demasiado nuevo para iniciar estos trabajos.

Segunda: *La Obediencia a La Ley.*

Estúdiala y compréndela, que si la comprendes la amarás, y amándola fácil te será abrazarte a ella como a una madre que te irá llevando en brazos por un camino oscuro y pedregoso.

Tercera: *El Desinterés.*

Ningún móvil personal ha de impulsar tus acciones, sino sólo las elevadas razones de justicia y equidad tendientes al bien de tus hermanos, antes que al tuyo propio.

Cuarta: *La conformidad con la Voluntad del Altísimo.*

Manifestada por los acontecimientos que no fueron procurados por ti y que tú no puedes evitar ni cambiar.

Esta conformidad la probarás en la serenidad con que aceptarás lo inevitable, en la carencia de deseos perturbadores de tu paz, en la dulce alegría mesurada y discreta que debes manifestar en la vida de relación con tus hermanos.

Quinta: *Dominio de Sí Mismo.*

Tus disgustos, tus dolores, tus desazones interiores, deben ser guardados en lo más profundo de ti mismo, y muy injusto serás si obligas a soportar a los demás las intemperancias o las violencias de tu carácter, o los dolores que sólo tu propia miseria te ha causado. Y si tu dolor es debido a extrañas contingencias, compártelo con tus hermanos y serás aliviado sin causarles pesar.

Sexta: *La Benevolencia.*

Es la eflorescencia del amor verdadero que inunda el espíritu y que

se desborda al exterior como el agua de un vaso demasiado lleno. Si tu trato para los demás es agrio y duro, es fruto de tus rebeldías interiores que aún no has dominado.

Séptima: *La Sinceridad y la Confianza mutua.*

Cuando has decidido unirme en la vida común a tus hermanos, debes alejar de ti, como un veneno destructor, toda simulación, todo engaño, toda desconfianza, todo recelo, toda mentira. Cuando te sientes culpable de un error, o equivocación o descuido grande o pequeño, tú debes ser quien lo manifieste primero, antes de que seas por ello reprendido. Y llegado este caso guárdate de negarlo, porque sería errar doblemente. Y si en la vida de relación incurres en la bajeza y mezquindad de demostrar desconfianza en tus palabras o en tus acciones para con tus hermanos, convéncete de que aún estás muy lejos de merecer que tus hermanos depositen confianza en ti.

Octava: *La Abnegación.*

Seas, ioh, Kobda!, el primero en buscar el sacrificio y el último en buscar el galardón. Y nunca recuestes tu cabeza en el lecho sin haber hecho algo en beneficio de tus hermanos. Que te sea igualmente dulce y suave recibir servicios que prestarlos.

Novena: *Desprendimiento de honras y riquezas.*

Sabio serás si huyes estos dos grandes escollos de la vida espiritual. Al aceptar vida en común has eliminado el último, pero expuesto estás a caer en el primero, si eres dado a procurar lugares sobresalientes o deseas con inquietud realizar obras que atraigan la atención de las gentes.

Décima: *La Fraternidad.*

Si no te sientes hermano verdadero de tus hermanos, por completo desnudo de celos, de envidias y de aversiones, nunca podrás formar con ellos en el concierto magnífico y divino de la conjunta aura de amor necesaria para sentir dentro y fuera de ti la grandeza del Alma Madre.

Estas son, ioh, Kobda!, las diez columnas que sostienen el santuario que vas levantando.

LAS ARCADAS - LAS OJIVAS - LA CÚPULA DE ORO

Construidas sólidamente las columnas en este templo o castillo espiritual, surgen casi por sí solas, las Arcadas, las Ojivas y la Cúpula de Oro que lo glorifica y lo corona.

ARCADAS

Primera: Te estudiarás en detenido examen cada día, como estudia el naturalista una flor, un insecto, una raíz, una piedrecilla, una gota de

agua. Y ese estudio será para averiguar y conocer a fondo las enfermedades de tu espíritu, sus debilidades, la causa de sus inquietudes, de sus abatimientos y sus caídas. Conocidas por el examen las enfermedades y sus causas, aplícate con perseverancia y tesón a curarte a ti mismo.

Segunda: La vida armónica en común, es un ensayo en la tierra de lo que es la vida en los mundos de elevación. Procura no dejar nunca tu lugar vacío en los actos que se realizan en común, así sean ellos de orden espiritual, intelectual, social o recreativo, porque todos son eslabones de la cadena fluídica que debe unir un alma con otra alma, si quieres, ioh, Kobda!, que no sean estériles tus esfuerzos por llegar a un alto desarrollo de tus facultades espirituales. No te dejes llevar de la falsa devoción o errado concepto de la vida interior, que a muchos hizo fracasar: la vida solitaria y apartada de todo contacto humano. Encerrado siempre en sí mismo, el espíritu se torna duro y egoísta porque sólo se ocupa de sí mismo y se aísla del aura conjunta de armonía, de paz y de amor en medio de la cual baja la Grandeza Divina a hablar a los hombres.

La perfecta armonía y unión espiritual del elemento masculino con el femenino, residentes en grado infinito en la Eterna Esencia del Alma Madre, debemos realizarla los Kobdas con tanta perfección como es posible en lo humano. Asunto este grandemente delicado cuando no se ha llegado a cierto grado de purificación del ser. Por esta razón en la Casa de Numú concurren siempre algunos sujetos de elevado desarrollo espiritual, y no menores de cuarenta años, representantes del elemento complementario, femenino o masculino según la Casa sea de hombres o de mujeres. Y estos sujetos deben concurrir siempre los mismos a todos los trabajos espirituales, ya sean realizados entre todos o simplemente entre los sensitivos y los instructores.

Tercera: Procura educar tus pensamientos, tus deseos y tu voluntad en forma que no discrepes jamás con el armónico conjunto de tus hermanos. Para esto necesitas un vencimiento continuo, pues debes saber callar discretamente cuando surge una oposición que pueda producir discordia, hasta que la luz de la verdad ilumine esas tinieblas. Vale más un largo esperar en la sombra, que las llamas de fuego que emanan del choque de dos voluntades o pensamientos contrarios. Es como si dos obreros que levantan un mismo edificio suprimieran la plomada y el nivel. Lejos de ti, ioh, Kobda!, el mezquino deseo de hacer prevalecer tu opinión y tu voluntad. Desgraciadamente hay demasiado campo para el despotismo en la tierra, guárdate de traerlo también a la Casa de Numú, donde debe reinar la paz, la armonía y el amor en toda su amplitud.

Cuarta: En la vida espiritual, el pesimismo es como la oruga venenosa que lentamente destruye los jardines en flor. Casi siempre nace de una

soberbia oculta y sutil con apariencias de celo apostólico o deseo del bien general.

Está atento, ioh, Kobda!, contra esa venenosa oruga, si ves que asoma por tu jardín. Si tienes conciencia de lo que es de verdad la vida interior, jamás podrá invadirte el pesimismo.

La Ley Eterna no te obliga a hacer más de lo que puedes para tu progreso y el de tus hermanos, cuando has conseguido el tuyo. Si cumples con tu deber, ¿qué más deseas? Si has conseguido dominar a la perfección tus pasiones y en tu vida de relación estás justamente encuadrado en la armonía y la fraternidad, ¿qué más puedes desear? ¿Dónde podrá arraigar el pesimismo si buscas sólo a Dios, que es infinito? ¿Acaso su infinita perfección y excelsa grandeza puede dejar vacío ningún rincón del alma más anhelante? Si el pesimismo anida en ti es señal certísima, jamás fallida, de que no buscas solamente a Dios en tu vida espiritual, sino que miras personales, hábilmente disimuladas por la vanidad y el amor propio, se han mezclado como venenosas orugas para destruir tu plantación.

El pesimismo es el vacío del alma. ¿Puede estar vacía el alma que busca a Dios y que le tiene dentro de sí?

Quinta: La Paciencia que es necesaria para obtener éxito en los distintos aspectos del progreso humano, es aún más indispensable en la vida espiritual donde no se lucha con elementos tangibles y con fuerzas materiales, sino intangibles, invisibles e inmateriales.

Eres un viajero eterno, ioh, Kobda!, y necesitas llenar abundantemente tu odre de aceite que te baste hasta el final del viaje; este aceite es la paciencia que suaviza todas las asperezas y que hace girar regularmente los secretos rodajes y resortes de tu vida interior. Esta paciencia te es necesaria contigo mismo y mucho más con los seres con quienes convives y con los acontecimientos que sin buscarlos te ocurren.

No debes irritarte contra ti mismo, cuando te ves vencido por tus pasiones y debilidades o caes en descuidos o faltas que quieres evitar, sino humillarte ante Dios y continuar de nuevo tu camino.

No debes irritarte contra los demás cuando en un orden o en otro no responden a lo que tú esperas de ellos, y tranquilamente debes pensar que su evolución es escasa todavía, que son espíritus jóvenes y que si fueron puestos en tu camino será para que los ayudes y no para que irritado, te apartes de ellos, con lo cual nada saldrías ganando, ni para tu progreso ni para el suyo.

Sexta: En los caminos espirituales, colectivos o en común, es peligroso el deseo febril de palpar el éxito si este deseo produce inquietud y perturbación de la paz y serenidad interior, porque esta perturbación e inquietud nos aleja del éxito en vez de acercarnos, y estorba grandemente

el desarrollo de las facultades psíquicas hasta la mayor perfección posible. Para llegar a las mayores alturas en el cultivo de las facultades más elevadas del ser, es indispensable que el espíritu llegue a una pasividad suave y serena en forma que esté pronto siempre a todo esfuerzo y sacrificio para conseguir el éxito, pero sin ansiedad y sin inquietud de ninguna especie, debiendo siempre hacerse el Kobda esta reflexión: “¿Cumplo con el deber que me impone la vida espiritual y la vida de relación?” Si la respuesta de tu conciencia es afirmativa, nada debe inquietarte. Y si es negativa, eres tú quien debe aplicar el remedio.

Séptima: Si fueres destinado a obras materiales dentro o fuera de la Casa de Numú, aplícate a ellas con amor y desinterés, en forma que lo mismo encuentres la Grandeza del Alma Madre en labrar una madera, en tallar una piedra, en abrir un surco, en desbrozar un jardín, en condimentar los alimentos, y en prestar los más humildes servicios; que en contemplar el giro armonioso de los astros, o la creación de imágenes que plasmas en el lienzo o de imágenes impalpables que diseñas en los cantos más sublimes, o en las más divinas armonías arrancadas a las cuerdas de instrumentos músicos. Porque la grandeza no está en las cosas sino en el alma del que realiza las cosas. Las cosas son creación nuestra que muere y se aniquila. El alma es emanación del Eterno y eternamente perdura. Mira más a tu alma que a las cosas.

Octava: La generosidad espiritual es lo más elevado del desprendimiento. Lo que has obtenido o realizado tú, debe ser para todos los que lo desean y se colocan en condiciones de comprenderlo y practicarlo. Es una faz sutil del egoísmo el pretender derecho de propiedad por los trabajos realizados en medio del conjunto y para el conjunto, como también sobre los dones espirituales recibidos para enseñanza de todos los que lleguen a beber en nuestras fuentes.

Novena: Si eres sensitivo, ioh, Kobda!, y recibes de lo alto las divinas vibraciones del Amor Eterno y las plasmas en la palabra o en la escritura, o en el grabado, nada es tuyo solamente, y todo cuanto obtienes y cuanto haces, sea en el orden que sea, es trabajo de todos y para todos. Las palabras tuyo y mío no existen en el vocabulario del Kobda consciente de que lo es. Si eres artista del pincel, tus obras son de todos y para todos. Si eres músico, tus melodías son de todos y para todos. Y si has adquirido grandes conocimientos en la ciencia divina o humana, grábalos en tus papiros y entrégalos al conjunto, porque tus hermanos son tú mismo desde que has entrado en la conjunta aura de amor y de armonía con ellos.

Estas son, ioh, Kobda!, las nueve arcadas que corresponden a las diez columnatas de tu edificio espiritual.

LAS OJIVAS

He aquí los ventanales por donde tu alma se asomará, ioh, Kobda!, para conocer las perfecciones infinitas del Alma Madre, para recibir los resplandores del Eterno Amor, para aspirar la esencia de la Sabiduría Divina.

Mas, será inútil que ensayes asomarte a ellas si no estás seguro de las bases y de las columnas de tu Castillo Interior; porque te asomará y sólo encontrarás la niebla salpicada de luces fatuas y de engañosas fantasías, emanación de tus pasiones aún demasiado vivas y de tus deseos demasiado inquietos y febriles.

Primera: El Altísimo deja en oscuridad a los soberbios y derrama su luz sobre los humildes. Reconóctete débil y cargado de miserias y de enfermedades; derrama tu alma en un heroico acto de amor para todos los seres que te rodean y cuando ni un eco de protesta se levante dentro de ti, dirige fija tu mente hacia el plano en que reside tu yo superior, tu Ego, tu llama viva. Oye su voz de reproche y de queja por los fracasos que vida tras vida has cosechado.

Y a través de tu Ego recibirás el pensamiento conjunto de los Guías de la Evolución humana que te harán sentir la grandeza de Dios y su Amor Eterno.

Conocerás que tu unión con Ellos ha sido real, si al salir de tu concentración te sientes más fuerte para dominar tu mundo pasional y afectivo, más inundado de amor, de dulzura, de tolerancia y de bondad para tus hermanos y para aceptar pasivamente lo penoso e inevitable que se presente ante ti, ya en lo espiritual, como en lo material.

Segunda: Cuando hayas llegado a la plena quietud del que sólo a Dios desea, del que sólo a Dios busca y del que ve a Dios en todos los seres y en todas las cosas grandes o pequeñas, perfectas o imperfectas, se abrirá para ti la segunda ojiva que te dará a conocer tu camino eterno desde el principio al fin y llegarás a verte en los comienzos de tu evolución y al final de ella cuando seas un rayo de la Luz Increada, una vibración de la Eterna Armonía, una potencia de las ilimitadas potencias de la Energía Divina.

Tercera: Esta ojiva más iluminada y perceptible que las dos anteriores, es la comunicación directa o por intermedio de buenos sujetos hipnóticos con las almas de igual o mayor evolución que la tuya, y sobre todo y más que todo, con el Espíritu de Luz, trasmisor de la Ley Eterna, Verbo de Dios y Mesías de su Voluntad Soberana.

Si hasta aquí has llegado, ioh, Kobda!, y aún no aniquilaste las pasiones dentro de ti, tiembla y pide a Dios piedad para esta jornada tuya, porque habrás demostrado ser piedra dura y fría, por donde ha resbalado sin penetrar el agua divina vertida a raudales sobre ti.

LA CÚPULA DE ORO

Si en las Bases, en las Columnas y en las Ojivas te hallas plenamente seguro, entonces viene por sí sola la Cúpula de Oro que corona tu Santuario Interior.

Es la capacidad que habrás adquirido para irradiar de ti la Bondad, la Luz, la Paz y el Amor Divino en tal forma, que seas como un desbordamiento de agua clara en medio de tus hermanos.

Entonces, es cuando habrás extraído del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas.

Entonces, es cuando descansarás a la sombra de tu Santuario ya coronado; y terminada tu labor de siglos podrás exclamar al entrar en tu reposo:

“¡Alma Madre!... ¡Todo fue consumado! ¡Ábreme el camino de la inmolación en favor de tus hijos más pequeños!”

Y el Alma Madre te sumergirá en su gozo inefable durante un lapso de tiempo llamado el Reposo en la Luz, premio y galardón y descanso merecido por tu esfuerzo en adquirir tu perfección.

Y de nuevo saldrás de entre sus brazos, vigorizado y confortado. Saldrás Ungido para la inmolación, como guía de humanidades primitivas. Entonces estarás sobre lo humano; serás el Pensamiento de Dios; la Energía de Dios, el Verbo de Dios, la inefable Felicidad de Dios.

La Felicidad encerrada en el Amor, sólo la sentirás en toda su plenitud, cuando hayas muerto al egoísmo.

Esta es, ¡oh, Kobda!, la Ley dictada por Numú a los diez Fundadores, hace mil trescientos años.

62

EL KOBDA NIÑO

Abel había escuchado la lectura de la Ley sin inmutarse, sin moverse, casi sin respiración.

Sus grandes y dulces ojos de color de hoja seca, tendidos hacia el lejano horizonte que se veía desde la terraza del Pabellón del Rey, parecían llenos de luz y de infinito como si la lectura de aquel breve tratado de elevada espiritualidad, le hubiese transformado de repente de niño, en hombre consciente de su grandeza y excelsa misión.

Su espíritu, desprendido de su materia, hablaba por su propia boca y exclamó:

– ¡Es la misma!..., ¡siempre la misma ley que forjó a los Hijos de Dios de Sirio, de Alpha, de Vhega, de Venus, de Capella..., siempre la misma!...

¡Y de nuevo la encuentro ante mí para llorar sobre ella, para morir sobre ella en esta Tierra que está todavía lejos de practicarla!...

Y así diciendo tomó el legajo de manos de Bohindra, estampó sobre él un beso profundo, silencioso y cayó en hipnosis sin decir palabra.

Se hizo profundo silencio en torno suyo, y fueron llamados los Kobdas de mayor desarrollo espiritual, para que siguieran de cerca aquella alma viajera de los espacios infinitos, y sirvieran de protección a su materia abandonada.

Había tendido el vuelo a Siriazul (*la segunda estrella de la constelación del Can Mayor), su mundo de origen, a beber amor y luz en las almas radiantes que fueron sus compañeros de evolución, y bajó después a Venus, la refulgente amatista de la inmensidad, donde Odina, su alma esposa, estaba por entonces encarnada, enseñando a la humanidad de aquel planeta la misma ley que en esta Tierra sólo un puñado de hombres conocía.

Y el niño extático, debido a la intensidad de amor de su espíritu, extendía al aire sus brazos de carne y abrazaba el vacío mientras decía:

– ¡Adiós..., adiós..., amada mía..., que tu amor sea mi luz y mi gloria hasta el final de mi jornada!...

Y se despertó con sus ojos inundados de lágrimas y el pecho lleno de sollozos que le estremecían y ahogaban...

Y se despertó entre los brazos de Evana que había sido llamada, y entre las suaves melodías de la lira de Bohindra que le ayudaba a bajar sin choques desde los mundos de amor y de luz, a las asperezas del éter y de la atmósfera terrestre.

Ada se había arrodillado inconscientemente y tenía entre las suyas las heladas manitas de Abel.

Las dos mujeres le creían enfermo o accidentado. ¡Sólo los Kobdas habían comprendido la significación grandiosa de aquel profundo letargo y de aquellos emocionantes adioses!

–Ahora no soy ya más un niño –dijo apartando suavemente a su madre y a Ada–, ahora soy el hombre apóstol, porque parece que de pronto ha pasado mucho tiempo y que ha llegado la hora para la cual he venido a la tierra.

Evana se echó a llorar abrazada a la joven Reina, que tampoco podía contener sus lágrimas.

Bohindra le miró con una mirada suave y profunda, llena de luz espiritual, en que quiso hacerle comprender, que los puros y elevados seres de sus alianzas eternas con los que había compartido las dulzuras del Amor Divino hacía un momento, no debían hacerle olvidar a los humildes seres de sus alianzas terrestres. Y el sutil y sensible espíritu de Abel comprendió aquella mirada y corriendo hacia su madre que lloraba, la abrazó tiernamente diciéndole:

–Madrecita, ¡perdón!..., ¡soy pequeño otra vez para ti..., seré siempre niño para ti! ¡Es que soñaba, no lo quise decir así, no lo tengas en cuenta!

Evana se consoló cuando Bohindra le hizo comprender la significación del letargo del niño y de las palabras que había pronunciado antes y después de despertar.

Al día siguiente, entre la gloria del amanecer, entre el resplandor sonrosado de la aurora que abría paso al sol naciente, entre el gorjeo de los pájaros y el coro de los Kobdas cantando el Himno a la Divinidad, Abel recibió la túnica azulada de los Hijos de Numú, juntamente con nueve postulantes que habían cumplido las veinte lunas de pruebas.

Los Kobdas ancianos bendecían a Dios, llorando tiernas lágrimas de dulce emoción, porque les había permitido ver resplandecer aquel día único en las milenarias crónicas de la humanidad, en que el Verbo de Dios encarnado, había vestido la túnica de los Kobdas.

Y los Kobdas más sensitivos, veían el resplandor de la gloria de Dios sobre aquella cabeza infantil, de la cual se derramaba como una inundación de luz, que parecía palpitar en todos los seres y en todas las cosas.

Era necesario que en tal día todos los seres de la comarca sintieran en torno de ellos la Bondad Divina; y la Reina Ada, acompañada de Evana y las Kobdas y educandas que la rodeaban, se desparramaron por las cabañas, las chozas y las tiendas, como un bandada de palomas mensajeras de paz y de dicha, repartiendo regalos a los pobres, los enfermos, los ancianos y los niños huérfanos.

Shiva con sus tres hijitos habíanse trasladado también al Pabellón de la Reina, para presenciar desde las terrazas la consagración de aquel Niño, cuyo amor iba formando como un culto en lo más hondo de todos los corazones.

Tan profunda era la emoción de los Kobdas y en particular de los Ancianos del Alto Consejo, que ninguno se creía merecedor de cubrir al Verbo de Dios con el ropaje que debía igualarlo y confundirlo con todas las debilidades, con todas las miserias, según ellos decían, de que se sentían llenos aún en medio de sus esfuerzos diarios por llegar a la perfección. Y Bohindra con su autoridad de Patriarca y de Rey, designó a Senio para que lo hiciera. Era el más anciano de los Kobdas de La Paz, el que había seguido paso a paso la primera infancia de Abel, que se había vuelto niño a su lado para rejuvenecer su alma al contacto de aquel claro manantial; el que más había bebido las explosiones de luz de aquella alma sin sombras de malicia que al decir del viejecito, semejaba “una blanca flor de loto iluminada por la luna”.

Y Senio presentó con manos temblorosas, la túnica pequeña y delicada,

tejida por las manos de Evana para que el Patriarca y los Ancianos del Alto Consejo, pusieran sus manos y sus pensamientos de amor sobre ella, según la costumbre.

Abel parecía no estar en la Tierra. De pie, ante el Alto Consejo, quieto y sereno, con sus dulces ojos entornados, demostraba bien a las claras que su espíritu gozaba de las internas visiones que debían pasar en grandioso desfile de amor y de luz por los dominios de su mente. Ni aún vio a sus padres, que entre Ada y un numeroso grupo de Kobdas y de niños le contemplaban desde las terrazas del Pabellón del Rey.

Gruesas lágrimas de emoción rodaban de los ojos de todos en el momento en que Senio ponía sobre los hombros del niño la amada vestidura, símbolo de todos los renunciamientos y de todas las abnegaciones. Y cuando apenas le había puesto el gorro violeta sobre sus rizos castaños, el viejo cuerpo se estremeció y abrazándose del Kobda niño cayó de rodillas ante él, como un cuerpo sin vida. Abel se arrodilló a su vez para besar aquel pálido y sereno rostro coronado de cabellos blancos, en el cual parecía reflejarse ya la luz de la eternidad.

Bohindra y los Ancianos acudieron a tiempo para oírle decir mientras dejaba caer su cabeza sobre el pecho de Abel:

—Bendita seas Bondad Eterna, por haberme dejado vivir hasta hoy.

Un suave estremecimiento y un suspiro profundo, fue la última manifestación de vida física en aquel viejo cuerpo, que tan laboriosa tarea había cumplido.

¿La emoción fue acaso demasiado intensa para él? ¿O era que la fuerza y energía de su voluntad había prolongado hasta ese día aquella vida física de ciento tres años? En mi concepto fueron ambas cosas a la vez.

Y la ceremonia se terminó como de costumbre con los fraternales abrazos a los recién consagrados, a lo cual se añadió el beso religioso, reverente y profundo, que fueron dejando todos sobre la frente tibia del Anciano feliz, que había terminado su vida física vistiendo la túnica de los Kobdas al Verbo de Dios y con la cabeza recostada sobre su pecho.

¡Cuadro magnífico de supremo amor el que contemplo aún después de diez milenios, en los transparentes espejos de la Luz Eterna, del Kobda Niño arrodillado sobre el verde césped de los inmensos jardines de La Paz, sosteniendo sobre su pecho la anciana cabeza sin vida, del viejecito Kobda que se había hecho niño por amor suyo! ¡Verdaderamente no hay pincel como el del Mago Divino del Amor para diseñar cuadros de suprema belleza y honda emotividad!

Cuando Bohindra y los Ancianos se acercaron a levantar el cuerpo de Senio de entre los brazos de Abel, el niño pareció entonces como despertar recién a la realidad de esos momentos y se abrazó llorando a la cabeza sin vida de Senio, mientras le decía con su vocecita llena de dolor:

– ¡Senio... Senio!..., ¿por qué te has ido cuando yo he llegado? ¿No ves que soy pequeño todavía y que aún preciso de ti? ¿Con quién jugaré a los pájaros voladores?..., ¿quién me ayudará a cortar la lana de mis corderitos?...

– ¡Yo, hijo mío!... –dijeron a coro varias voces, las voces de los Kobdas más ancianos que le rodeaban. Y cuando el cuerpo de Senio fue llevado al patio de los olivos, Bohindra se llevó a Abel, que ante el rudo golpe volvía a ser niño, con todas las ternuras, las emociones y los pensamientos propios de su edad.

Le llevó a su Pabellón para que recibiera el beso de sus padres, de la Reina y de sus hermanas, las mujeres Kobdas que allí estaban esperándole.

Helia y Mabi se le acercaron después de todas y tímidamente le dijeron tomándolo de las manos:

–Abel, ¿ya no nos quieres más? ¿Ya no quieres enseñarnos lo que dicen las estrellas a la fuente cuando escriben mensajes en el agua?

–Sí que os quiero, y ahora os podré enseñar más todavía. Os enseñaré cómo escriben mensajes las almas que se van, a las almas que quedan porque el amor las une en largos abrazos que nunca terminan.

La palabra suave de Bohindra y las múltiples manifestaciones de amor en medio de su familia carnal, en que Aldis como abuelo y Evana como madre habían propiciado desbordamientos de entusiasmos, amortiguaron en Abel la impresión de la partida de Senio.

Convencido de que el alma del anciano estaba unida a la suya por “un largo abrazo que nunca termina”, fue serenándose poco a poco hasta aceptar plenamente lo que Bohindra le decía al respecto.

–Consagrado Kobda, ya no debes pensar como las multitudes, que ignoran lo que el Kobda sabe, o sea, que la terminación de una vida física no es motivo de dolor, porque ello significa el bien y la dicha para el que se ha libertado de la cadena de la vida. Senio ha sido inmensamente feliz por la forma en que ha conseguido terminar su vida terrestre y tú le amargarías esa felicidad entristeciéndote por su partida; que bien considerada, no significa la ausencia, sino un cambio de formas de manifestación al exterior. Dentro de breves horas, acaso él continuará sus actividades espirituales cerca de ti, con mayor intensidad y solicitud que lo hacía ante tus ojos, porque ahora no está ya más cargado de años y de dolores, sino joven y bello en toda la plenitud de la vida y del amor.

Mas este revivir de la infancia pasó rápido como la luz de un meteoro por el diáfano azul de aquel espíritu que había escalado ya las cimas del Mesianismo, y al día siguiente y sin que nadie se lo indicara, entregó a las hijitas de Shiva y al pequeño Iber, su vistosa bandada de pájaros voladores y los blancos corderitos que año tras año le traía Senio, para

compañeros de sus vivaces correrías por los amplios caminos tapizados de musgos y de flores.

Adamú, que presenciaba esta escena le dijo:

– ¿Cómo? ¿Ya no quieres más tus corderos ni tus pájaros?

–No tengo ya más gana de vivir jugando, porque ahora encuentro mejor vivir pensando.

– ¿Tienes mucho en qué pensar? –continuó preguntándole Adamú, encantado de oír los razonamientos de su hijo.

– ¡Oh, mucho!... ¿No ves que tengo que esperar lo que me dirá Senio cuando se despierte entre el resplandor de las estrellas?

–Y sumergido él entre tanta grandeza, ¿crees que se acordará de ti?

Abel le miró con sus dulces ojos llenos de asombro y casi de espanto porque su padre fingía creer lo que decía, para tener la satisfacción de escuchar sus respuestas.

–Esas palabras ofenden al Dios bueno, padre mío, y ofenden a Senio y me ofenden a mí. ¿Serías capaz de separar a mi madre de mí, en forma que jamás volviéramos a vernos ni a saber más el uno del otro?

–No, hijo mío.

–Si tuvieras otros hijos como yo, ¿serías capaz de llevar a los unos lejos de los otros y que jamás se cruzara entre ellos ni una sola palabra ni una sola mirada, para que el olvido matara el amor entre ellos?

– ¡No, hijo mío..., eso no!

–Y, ¿no es Dios nuestro Padre, el que ha formado de amor el corazón tuyo y el corazón de mi madre y de todas las madres, y de todos los que saben amar como Senio, como Bohindra, como Ada, en fin, como todos cuantos me rodean y me colman de cariño?

–Así es, hijo mío, como lo dices.

–Y, ¿cómo has podido dudar entonces de que Senio siga amándome entre el resplandor de las estrellas, ni pensar que el Padre Divino le impida el acercarse a mí con igual amor que cuando estaba en la tierra? Parece que el Altísimo piensa y quiere siempre de un mismo modo, y si ha enseñado a los Kobdas hace muchos siglos que todo en Él es amor y todo es amor en el universo, hasta ahora debe estar pensando y queriendo lo mismo. De lo contrario sería como mis pájaros voladores que vuelan hacia donde los empuja el viento. Y eso no puede ser.

“¡Oh, padre!... ¡Qué malas han sido aquellas palabras tuyas!...”

Adamú estrechó en silencio, su hijo sobre su corazón y dejó un largo beso en su frente.

– ¡Cuán lejos estoy de ti, hijo mío, cuán lejos estoy!... –Y se alejó rápidamente para ocultar al niño su profunda emoción.

Abel quedó pensativo, pero el sonoro eco del clarín de llamada a la instrucción de la tarde a los recién consagrados, le hizo volver a la realidad de

su vida presente, y recogiendo por delante su larga túnica que le impedía andar con libertad, echó a correr hacia La Paz y al pasar tropezó con su madre, que quería darle el beso de despedida hasta el siguiente día.

–Me lo guardas para mañana, madrecita, porque es el último toque y tus besos son muy largos...

Y la pequeña silueta azulada con los flotantes rizos agitados por la carrera, se esfumó en la penumbra de la galería cubierta que unía el Pabellón del Rey con los inmensos pórticos de La Paz.

Evana se quedó largo rato mirando hacia el lado por donde vio desaparecer a su hijo, y el suave viento del atardecer le oyó murmurar en un quedo suspiro:

– ¡Qué solo queda mi corazón cuando te vas, hijo mío!...

63

EL JOVEN MAESTRO

Desde los trece a los diez y ocho años, se efectuó en la personalidad de Abel el más perfecto desarrollo a que puede llegarse en la humana naturaleza.

Los Kobdas instructores habían encontrado en él una blanda pasta para modelar toda la sublime perfección a que bajo su sabia Ley podía llegarse, y habían hecho con él multitud de ensayos en diversos órdenes, para llegar al convencimiento pleno de que aquel avanzado espíritu, era absoluto señor de su mundo mental y afectivo, y por tanto una roca inmovible encima de la cumbre a la cual había subido.

Cuando cumplió los diez y ocho años, entró a formar parte del Alto Consejo en el puesto que había ocupado Dhabes, enviado entonces como Patriarca a otro de los Santuarios de la comarca. Y siendo ya la ancianidad de Tubal un obstáculo para continuar en sus tareas de instructor, fue reemplazado por el joven Abel, a quien los Ancianos Kobdas consideraban suficientemente capacitado para llenar con el elixir de la Divina Sabiduría, las ánforas sedientas de los recién llegados.

Grande amigo de la Naturaleza, buscaba a Dios en ese su grandioso templo, y confundido entre sus discípulos, muchos de los cuales eran mayores que él, nadie hubiera distinguido cuál era el Kobda instructor, pues jamás buscó ni aceptó distingo ni privilegio, ni superioridad ninguna exterior. Sentado sobre el césped de la pradera, bajo los plátanos gigantescos, o en la abierta campiña bajo los tornasolados reflejos del atardecer, el joven Maestro abría su alma cálida de amor y de luz para vaciar sobre aquellos que le escuchaban, toda la belleza y toda la claridad que atesoraba en ella.

La enseñanza del Instructor debía abarcar la interpretación de la Ley en primer término, después la educación espiritual, moral, e intelectual, necesarias para conservar la perfecta armonía en la vida de relación con todos los Kobdas sus hermanos; y finalmente las distintas ramas de las ciencias cultivadas por entonces. Esta amplia enseñanza estaba repartida entre varios Instructores, según el grado de adelanto de los discípulos.

Había los estudiantes del Pabellón del Rey, que eran como se sabe, los hijos de los príncipes y caudillos de la Alianza, a los cuales se les daba un conocimiento y educación adecuada como para vivir en medio de la sociedad de los hombres.

Estaban los postulantes que esperaban veinte lunas para consagrarse Kobdas, y los recientemente consagrados que debían dedicar cuarenta lunas a interpretar la Ley y forjar su espíritu para la vida que realizaban los hijos de Numú.

Estos últimos fueron los discípulos de Abel, cuando designado Instructor, reemplazó a Tubal. Eran los jóvenes Kobdas de las dos consagraciones últimas que se habían realizado y que llegaban al número de veinte, pues se les retenía como postulantes hasta que se completase el número diez para cada consagración.

Entre estos veinte jóvenes, había uno de un carácter taciturno, esquivo, que parecía huir siempre de la compañía de sus hermanos. Se llamaba Madeo. Por las manifestaciones radiantes de la Morada de la Sombra se sabía algo de su pasado y algo de su futuro. Había hecho su evolución en ejércitos de mar y de tierra, y su espíritu sin pulir parecía avenirse mal con el ardiente crisol, con la dura fragua a que se había sometido por propia voluntad.

Un día, Abel fue a buscarle a su bóveda y le invitó a bajar con él a los jardines. Le encontró desencajado y pálido, reflejando en su fisonomía la interna lucha que lo atormentaba.

—Madeo —le dijo—, he comprendido que no eres dichoso en este lugar, pero lo que no puedo comprender, es el motivo que te fuerza a permanecer aquí. Aún cuando soy un poco menor que tú, créeme que soy capaz de comprenderte si me abres tu corazón. Estoy en el deber de preguntarte: ¿por qué sufres? —como Madeo guardase silencio, pero un silencio torturante y pesado, Abel continuó—:

“Mira esta planta, cuyas hojas replegadas y amarillentas demuestran la enfermedad que la corroe. —Y Abel acercándose la empezó a observar, hasta que escarbando en sus raíces, encontró un nido de insectos malignos que iban carcomiendo la blanda y jugosa raíz—.

“¿Ves? —le dijo—, yo voy a curar esta planta y te voy a curar a ti. Madeo sonreía sin hablar.

Y Abel cortó las raíces enfermas, y lavó la planta en uno de los canales

conductores de las aguas a las plantaciones, y fue a plantarla nuevamente en otro lugar después de haber exterminado los insectos dañinos que la perjudicaban. Hecho esto le invitó a sentarse en un banco de piedra, dándole a entender que comenzaba en serio la conversación.

—Tu tristeza y mal humor puede reconocer varias causas: Primero, el recuerdo doloroso y tenaz de un acontecimiento pasado, que destruyó para ti una dicha que aún ahora deseas.

“Segundo: falta de adaptación al medio ambiente en que vives.

“Tercero: una voluntad extraña y poderosa que te obliga a permanecer aquí, en contra de tu voluntad y de tus inclinaciones.

“Cualquiera de estas tres cosas puedes eliminarla en obsequio a la paz y alegría de tu espíritu.

“Porque de lo contrario, estás perdiendo el tiempo lastimosamente. Tu espíritu está como embotado bajo las turbulentas imágenes creadas por tu mente; y sufres horriblemente porque careces de las alegrías y satisfacciones de la vida humana entre la sociedad de los hombres, y careces de las intensas alegrías espirituales porque tus inquietudes, te impiden ponerte en condiciones de percibir las suaves y dulces emanaciones del Amor Divino hacia todos los seres y todas las cosas. Cuando un recuerdo llega a ser tan tenaz y perturbador, es señal de que debes tratar de reconquistar aquello que le da vida y que temporalmente has perdido.

“Si es que no te adaptas a ésta, nuestra manera de vivir, debes apartarte y volver al ambiente en el cual puedas obtener la paz y el sosiego.

“Y si una voluntad más fuerte que la tuya te obligó a venir entre nosotros, no tienes ningún deber de someterte a ella porque está en contra de la Ley Divina, que deja amplia libertad al hombre para orientar su vida hacia donde pueda encontrar paz y sosiego.

“¡Habla, Madeo, hermano mío, que la cadena en que veo envuelto tu espíritu lastima también mi corazón!

Y Abel concentró sus facultades mentales, evocó y llamó las grandes energías vivas de los elevados horizontes espirituales que le eran familiares, y de pronto vio a Senio que se interponía entre él y Madeo que había dado cuatro pasos, y apoyaba su cabeza sobre sus brazos sostenidos a su vez en la rama de un árbol.

La luz emanada de las Inteligencias que sintieron la evocación de Abel, desnudó, por decirlo así, el cuerpo mental instintivo y consciente de Madeo, que parecía luchar consigo mismo, y Abel pudo ver el tenaz pensamiento que le torturaba.

En su aura se veía claramente un puñal cuyo mango se prolongaba indefinidamente a larga distancia, a la cual se llegaba siguiendo ese lazo fluídico, cuyo origen estaba en el feroz pensamiento de un viejo Mago

Negro, que era el Consejero y Ministro de Kaíno, convertido en poderoso caudillo de las tribus nómadas y errantes de las islas y riberas del Éufrates. Y junto al puñal, en el cuerpo mental de Madeo, se veía como un brusco contraste, la dulce y bella imagen de Ada, la Reina Kobda esposa de Bohindra. Y la mente de Abel se iluminó con la espantosa verdad.

El Mago había dicho a Kaíno:

–Veo en el campo azul de tu vida un sol que consume y destruye toda tu grandeza. Ese sol está en La Paz entre los genios de la Antorcha (*así llamaban a los servidores de Dios), esos que siempre entorpecen los caminos de gloria, de riqueza y de poder de los hijos de los hombres. Busca de aniquilarle, porque de lo contrario verás un día que tus pueblos le siguen.

– ¿Quién es ese miserable? –había gritado Kaíno en el paroxismo de su furor.

–Se llama Abel –le había contestado el Mago.

Entonces Kaíno había tomado al hijo mayor de su más fiel súbdito y aliado, y le había enviado a La Paz con la consigna de fingir el deseo de consagrarse Kobda, para espiar y buscar el momento de dar muerte a Abel. Había jurado a su padre y había jurado a su rey cumplir tan espantosa misión con el agravante de que si salía de allí sin realizar su propósito, las fuerzas del Mago le descubrirían en cualquier rincón de la tierra y moriría amarrado sobre una hoguera.

Vehemente en sumo grado, Madeo se había enamorado apasionadamente de Ada, y retardaba el momento de realizar su crimen por el infinito placer de ver de cerca a la que amaba. Madeo asistía a las clases de música, de botánica medicinal y del arte de la rima que daba Bohindra en su Pabellón; y asistía por ver de cerca a Ada, que acompañaba a las jóvenes hijas de los príncipes y caudillos de la alianza, que también concurrían. Y la joven Reina, dulce y afable con todos, ignoraba por completo que por amor a ella, aquel desventurado joven no había consumado el espantoso delito.

Todo esto vio Abel plasmado en el cuerpo mental de Madeo. Y debido al aura conjunta, potente y sutilísima que unía a Abel, Ada, Bohindra, Evana y los Kobdas, ellos tuvieron la misma visión mental, al par que los Kobdas del turno en la Mansión de la Sombra. Bohindra corrió hacia el sitio del jardín en que habían visto a Abel con Madeo, y encontró que tres Kobdas del turno corrían en igual dirección. Llegaron en el momento en que Abel le decía dulcemente:

–Tú has venido aquí a quitarme la vida por orden de Kaíno, mal aconsejado por un ser de las tinieblas. Si eso te dará la paz, mátame, pero créeme que será para tu mal. Mas no profanes con tu negro pensamiento el cielo de dos almas puras, reflejo del amor de Dios sobre la

tierra. ¡Madeo!... Tu rostro taciturno te acusa, porque el hombre puro de pensamientos, jamás alberga la inquietud y la tristeza.

Bohindra y los tres Kobdas se acercaron y en silencio tomaron las manos de Madeo y le condujeron a la rotonda, después de haberle sacado de entre las ropas, el puñal de cobre y plata que le entregara Kaíno. El infeliz joven sufrió una espantosa crisis que le puso en peligro de muerte.

Abel quedó sentado solo, recostado en el banco de piedra, con los dulces ojos color de hoja seca perdidos en el lejano horizonte, donde aparecía en ese momento Venus irradiando las rosadas ondas de su luz.

Bebió con sus ojos la divina claridad y mezclado en el suave rumor de las ramas de los cedros agitadas por el viento, se esparció como un eco de amorosa queja, esta queja de su espíritu encadenado en la tierra.

– ¡Amor mío de siglos!..., ¿dónde estabas, dime, cuando el odio oscurecía mi camino?...

¡Y dos lágrimas silenciosas rodaron de sus mejillas alumbradas por la lejana claridad de Venus, que le miraba a distancia como si fuera la luz de otros ojos, que le buscaban también en los eternos dominios del pensamiento y del amor!

64

MADEO DE GAHANNA

Madeo fue conducido a su propia habitación, donde cayó en su lecho presa de una crisis nerviosa terrible que le duró pocos minutos. Bohindra y los tres Kobdas que habían acudido le rodeaban en silencio, concentrados profundamente, emitiendo sobre él irradiaciones de amor, de paz, de luz y de arrepentimiento.

El joven se levantó de pronto, alzó sus manos a lo alto, exhaló un grito de angustia y cayó al pavimento, arrodillado y con su rostro inclinado hasta la tierra. Grandes sollozos que resonaban como chasquidos de ramas inmensas que se desgajan y se rompen, interrumpieron aquel profundo silencio. Los cuatro Kobdas continuaban irradiando amor, luz, perdón y claridad intensa sobre aquella mente oscurecida y turbulenta.

Abel se presentó en ese instante en la puerta de la habitación y acercándose suavemente a aquel ser humano, tirado en tierra como un guiñapo, se arrodilló junto a él y uniendo su cabeza a la suya le dijo al oído:

– ¡Terminé de curar a aquella planta, y vengo a curarte a ti, Madeo! Levántate, que tú y yo seremos muy buenos amigos. –Cuando las dos cabezas se irguieron del suelo, los cuatro Kobdas ya no estaban en aquel recinto porque habían comprendido que era Abel quien debía terminar la obra.

–Yo no estoy agraviado contigo, Madeo, porque sé que fuiste forzado al delito, pero el amor de las almas que saben sentirlo es inmensamente mayor que la presión del mal sobre ti. El amor te ha librado de las fuerzas del mal. Elige ahora tu camino.

Madeo por toda respuesta se abrazó de Abel y rompió a llorar, como un niño vehemente que se ve ampliamente acariciado por aquel de quien esperaba el castigo.

El Amor había pasado como un sol radiante por el nebuloso horizonte de aquel espíritu, para el cual comenzó desde esa hora el verdadero despertar de su conciencia.

¡Muchos siglos después este mismo ser salvaría la vida del niño Krishna, al nacer en un calabozo, siendo él un guardia de cárcel llamado Donduri; y más tarde fue Amram, padre de Moisés, casado ocultamente con la Princesa Thimetis, hija del Faraón; y junto al gran Apóstol de Galilea, Zebeo uno de los Doce, el silencioso y triste Zebeo, que hablaba tan pocas veces y que escuchaba siempre!...

–No soy digno de permanecer en este Santuario, a donde he llegado armado para cometer un delito. Dejad que me juzgue el Alto Consejo, y lo que él resuelva se hará –dijo Madeo cuando su profunda emoción le permitió hablar.

–El Alto Consejo no emitirá otro dictamen que el del amor en su más alto grado, pero estás en lo justo sometiéndote a su decisión –le respondió Abel, en el mismo momento en que una nueva crisis convulsionó todo el organismo físico del desventurado joven, que al aceptar la delictuosa misión se había puesto por completo bajo la acción de las fuerzas del mal, que impelidas violentamente por las tenebrosas inteligencias que las habían puesto en acción, se vengaban atormentando al instrumento de su crimen frustrado.

Abel dio con su pequeño clarín el toque de auxilio a enfermo; y los Kobdas encargados de acudir a tales avisos, se presentaron enseguida para conducir al necesitado hasta la enfermería, que era como se sabe, el jardín cubierto o la Rotonda como de ordinario se le designaba. Fue conducido en una camilla hasta uno de los grandes bancos de reposo y poco después llegaba Bohindra, seguido del Alto Consejo y de los Kobdas que mayor fuerza fluídica acumulaban.

El cuerpo de Madeo se retorció en espantosas convulsiones y demostraba la tendencia a golpear con su cabeza en el muro o en el banco de piedra en que le tenían sujeto, por lo que fácil les fue comprender que las malas fuerzas que obraban sobre él, querían aniquilarle a toda costa.

Los Kobdas formaron cadena fluídica en torno de la fuente donde fue sumergido el enfermo, mientras Bohindra pulsando su lira, cantaba en ella aquel mismo himno de amor al Alma Madre de los mundos y de los

seres, con el cual apartó las perturbaciones mentales de aquellos jóvenes que regresaron enloquecidos de terror de una misión al exterior. El gran desarrollo psíquico de los Kobdas que formaron la cadena fluídica, les permitió ver la potente energía maléfica que encadenaba aquel espíritu y torturaba aquel cuerpo. El agua de la fuente tomaba tintes oscuros y hubo momento en que los videntes la vieron convertida en sangre y betún, entre cuyos espesos borbotones bullían infinidad de sierpes y dragoncillos, que mordían con ferocidad inaudita los miembros de Madeo, haciéndole exhalar gritos lastimeros como los de un ser a quien estuviesen torturando con tenazas de hierro. Poco a poco la tempestad se fue calmando, hasta que el enfermo quedó dormido entre el agua, con la cabeza apoyada sobre las rodillas de Abel que estaba sentado al borde de la fuente.

Se le recostó envuelto en pieles, en el banco de reposo, y se procedió a la purificación de la fuente, cuyas aguas fueron desalojadas por el acueducto que las llevaba hacia un lejano sitio, destinado a residuos, especie de muladar que de tiempo en tiempo era entregado a las llamas, para convertir en blancas cenizas toda aquella escoria en estado de putrefacción.

El Alto Consejo decidió que si Madeo deseaba permanecer entre ellos, dejase la túnica azulada y empezara nuevamente las veinte lunas de postulante, como si recién llegara a la Casa de Numú, toda vez que su consagración sólo era efecto de la fuerte sugestión que lo había dominado. Y para que obrase con entera libertad, se le pasó al Pabellón del Rey, donde se alojaban los hijos de los caudillos y príncipes de la Alianza, entre los cuales se le mezcló como si también fuera un joven que buscara el cultivo intelectual, artístico y moral, bajo la sabia dirección de los Kobdas de La Paz.

El amor piadoso y compasivo de los Hijos de Numú sepultó en un completo olvido todo cuanto había ocurrido con Madeo y cuando éste se permitía alguna insinuación, enseguida el dedo índice del Kobda que lo oía, se cruzaba vertical sobre los labios, que era el severo signo de silencio absoluto usado entre ellos en momentos determinados.

En vano espiaba Madeo buscando descubrir en los Kobdas un indicio de recelo, de desconfianza, o de antipatía hacia él.

Lo único que observó fue que la Reina y sus alumnas no concurrían más a la sala de música a la misma hora que ellos, lo cual le intrigaba, pues ese secreto de su alma a nadie lo había confiado y juzgaba que era ignorado de todos.

Y cuando Abel cruzaba todos los días la galería cubierta que unía La Paz con los Pabellones de los Reyes, a acompañar en la comida a sus padres, buscaba de encontrarse con él para preguntarle por sus estudios y por su salud.

– ¿Será posible que así hayan olvidado todos la horrible tragedia aquella? –se preguntaba Madeo a sí mismo, asombrado de ver la conducta seguida por los hijos de Numú para con él, que como un vulgar asesino, de aleposa y premeditada intención, se había introducido traidoramente entre ellos, igual que una culebra en un nido de palomas.

Y una noche, soñó que oía junto a sí la voz de Abel que le decía:

– ¿Por qué buscas encontrar en la mente de los Kobdas el recuerdo espantoso de tu delito? ¿No ves que el Mago del Amor borró con agua clara y para siempre de su plano mental, ese terrible diseño que nunca jamás debe revivir?

–Mas yo no lo puedo olvidar –le había contestado Madeo en medio de su sueño.

–Recuérdalo únicamente como un abismo de fango que has pisado y hacia el cual no quieres jamás volver –le había contestado Abel.

Y Madeo se había despertado casi con alegría, y corriendo hacia La Paz había presentado a la sala del Consejo, un pequeño rollo de papiro con esta solicitud:

“Si el Alto Consejo de La Paz, me juzga merecedor, suplico ser aceptado como postulante en la próxima luna. Madeo de Gahanna”.

–“El Amor te ha librado de las fuerzas del mal –le había dicho Abel–. Elije ahora tu camino”.

Y Madeo eligió el sendero de los que “extraen del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”, y de tan maravillosa manera en este caso, que de un espía y un traidor supieron extraer un alma iluminada por la eterna claridad de Dios.

65

VEINTE AÑOS DE AMOR

En pocas almas prendió de tan extraordinaria manera la sublime enseñanza de los Kobdas, como en la sencilla y pura alma de Ada, la joven Reina esposa de Bohindra.

Fue entre el elemento femenino que la rodeaba, lo que el Rey Kobda, poeta y músico, fue para los hombres en las dos vidas consecutivas que realizó. Por su iniciativa y su deseo, se levantó una Casa de Numú para mujeres, anexo a su propio Pabellón, en el cual no era posible obtener la quietud y sosiego necesarios para los elevados trabajos espirituales que se realizaban en sus similares. El hecho de que los Pabellones de los Reyes eran aulas de cultura para los hijos de los príncipes y caudillos, y para todos los que deseaban un esmerado cultivo intelectual, moral y social, daba a estos recintos el aspecto y la modalidad que naturalmente tienen

los internados de ambos sexos, aún cuando las costumbres y tendencias fueran en aquel entonces tan diferentes a las que hoy vemos.

Las mujeres Kobdas, que habían permanecido tiempo atrás en los grandes Santuarios de Neghadá, de Galaad, de Manh y de Akadia, sentían el vacío de las puras y sutiles ondas radiantes de íntima y profunda felicidad espiritual.

Y la Reina Ada, acudió a llenar este vacío con la creación de un Santuario para mujeres anexo a su propio Pabellón, de tal modo que formaba un tercer cuerpo de edificio, o sea, los pequeños pabellones de los Reyes al centro y los dos grandes Santuarios, el uno a la derecha y el otro a la izquierda. Aquello vino pues a ser algo así como la Ciudad Kobda de Neghadá, foco de luz, de sabiduría y de amor sobre los pueblos del Nilo, mientras ésta lo sería en las vastas comarcas del Éufrates y el Hildekel.

Entre las diez primeras postulantes consagradas en la nueva casa, recibieron la túnica azulada Shiva con sus dos hijitas, Helia y Mabi, que habían completado su cultivo intelectual en las aulas del Pabellón de la Reina, mientras Iber la vestía al mismo tiempo en el Santuario anexo de los hombres.

Fue un exuberante florecimiento espiritual, como si la llegada del Verbo de Dios hubiese inyectado nueva savia, nueva energía y mística unción en las almas.

Las consagraciones de mujeres Kobdas se efectuaba exactamente igual que las de los hombres, pero desde esa época comenzó a ser ceremonia presenciada por numerosas representaciones de los príncipes y caudillos de la Gran Alianza, a los fines de familiarizar a los pueblos con sus dirigentes, los Hijos de Numú, cuya vida dejaba así de ser un misterio y un enigma para ser reconocida como lo que era: una Institución, de completa dedicación al cultivo de las grandes facultades del espíritu en su más alto grado de perfección, a que es posible llegar en la vida humana.

Para que la Reina Ada fuera Matriarca de la nueva Casa de Numú, como Bohindra era el Patriarca de La Paz, fue necesario que Adamú y Evana desempeñaran los papeles de Administradores en el orden material de los Pabellones de los Reyes, dado que en ellos se alojaban hasta terminar su educación, los hijos de los príncipes de la Alianza.

—Adamú —decíale Evana un día—. Esto es más complicado que nuestra vida de la caverna. ¿Te acuerdas?

— ¡Oh, sí! —respondió Adamú—. Todo esto es grandioso, es espléndido, lo reconozco, pero créeme Evana, que a veces me invade la nostalgia de toda aquella belleza íntima, serena, solitaria, en que sumergidos en el seno de la Madre Naturaleza, todo lo esperábamos y lo teníamos de ella, y nada de los hombres. Entre tú y yo estaba encerrado todo nuestro mundo.

–Entonces –decía Evana–, no conocíamos las dulzuras de la amistad, el compañerismo, la comunicación de afectos y de ideas, ni la satisfacción de los conocimientos que ahora tenemos, es verdad, pero también ignorábamos la traición, la maldad de los hombres egoístas, ambiciosos y crueles. La ingratitud de Kaíno ha caído sobre mi corazón como la losa de una tumba. ¿Quién podía pensar una cosa semejante? Y dime: ¿por qué ese niño fue puesto en nuestro camino? ¿Seremos acaso culpables de su extravío? ¿No podríamos hacer algo para atraerle nuevamente a nosotros?

–Mira, Evana; yo tengo hablado con mi padre y con Bohindra sobre el particular y ellos me han hecho comprender que ya se hizo por él todo cuanto puede hacerse dentro de lo humano. El papel de rey de las tribus nómadas, que ha llevado al otro lado del Éufrates le entusiasma demasiado y más ahora, que se sabe ha ocupado una comarca montañosa vecina de Zoar, donde ha encontrado minas de oro y piedras preciosas.

–Pero es increíble tanta audacia en él. ¿Será posible, Adamú?

– ¡Y tanto! ¿No ves que está dirigiendo restos de poblaciones y de ejércitos provenientes de los emigrados de las ciudades incendiadas en el Valle de Shidin y centenares de delincuentes esparcidos por la muerte de la reina Shamurance, desde Gomer hasta las fronteras guardadas por nuestros arqueros?

– ¡Qué horror, Dios mío, qué horror! ¡Y pensar que fue como nuestro primer hijo, que bebió todo nuestro amor de niños también como él!... ¡Oh! ¡Cuando pienso todo esto, parece que el espanto me vuelve loca!

–Al lado de ese espanto –dijo la voz dulce de Bohindra–, surgen los suaves resplandores del sol naciente. Os traigo a vuestro hijo para que se desvanezcan esas tinieblas. ¿Por qué os empeñáis en recordar, hija mía, lo que ya debéis olvidar en el seno de la infinita bondad del Altísimo?

La felicidad pareció transfigurar a Evana, cuando Abel se acercó a ella para besarla.

–Te esperaba al mediodía, hijo mío, ¿cómo es que nos das la dicha de venir tan de mañana?

– ¿Y lo habías olvidado? –preguntó Abel mirando alternativamente a sus padres–. Hoy hace veinte años que una niña de trece años, corría por las praderas de Ethea y se encontró con un niño dormido entre un bosquecillo donde cantaban millares de pájaros...

– ¡Es verdad!..., ¡es verdad!... –exclamaron los dos a la vez.

–Y al atardecer –continuó Bohindra–, Milcha y Sophía, vuestras madres, unían con sus bendiciones de amor vuestras vidas en un vínculo sagrado y eterno.

–Veinte años..., veinte años –exclamó Adamú emocionado, mientras Evana con los ojos inundados de dulces lágrimas, recibía en su frente el

beso puro de los labios de su padre, animados por el soplo de amor del alma de Bohindra.

La Reina Ada acudió después y los Pabellones de los Reyes fueron escenario de las más tiernas demostraciones de amor para aquellos dos seres, que veinte años atrás habían consagrado su amor en medio de la soledad, sin más testigos que las almas errantes de Dios que les habían cantado el himno nupcial más grandioso que oyeran los siglos.

La historia de Adamú y Evana, era más o menos conocida por las gentes más cultas de toda la comarca, aun cuando sólo los Kobdas conocían el secreto de la encarnación del Verbo de Dios en la persona de Abel. El hecho de creer a Evana, hija del Chalit de la Alianza, era bastante para atraer en ese día a una inmensa muchedumbre en la cual había germinado de maravillosa manera la semilla del amor sembrado por los Hijos de Numú.

66

EL HABITANTE DE SIRIO

Bohindra, al ver este florecimiento de fraternidad humana, pensaba desde los balcones de su terraza, contemplando el esplendor de aquel homenaje de afecto a los dos solitarios de la caverna de Ethea:

—He aquí el magnífico comienzo de lo que por muchos siglos será llamada Civilización Adámica, como la hemos apellidado los Kobdas en nuestras crónicas, que los hombres del futuro enterrarán acaso bajo una montaña de transformaciones y de errores. ¿Acaso los hombres de la actual generación no hemos hecho lo mismo con la brillante historia del pasado? ¿Qué ha quedado de Numú y Vesperina, héroes de la civilización lemuriana; de Anfión y de Odina, soles radiantes de la hermosa Atlántida?

“¡Oh, los siglos, los siglos destructores de los hombres y de las cosas!...

“¿Cuándo será que los espíritus lleguemos en esta Tierra, como en otras esferas de luz y de progreso a vencer a los siglos, y arrancar el secreto a las edades?...

“Es verdad que un puñado de seres dedicados a las exploraciones metafísicas vamos reconstruyendo paso a paso, la vieja historia de los hombres del pasado; pero, ¡cuán poco rinden nuestros esfuerzos y sacrificios debido a la asfixiante y pesada corriente astral que producen los bajos y malvados pensamientos de la mayoría de la humanidad!

“¡Oh, mundos..., mundos de luz y de amor!... ¡Sirio, el de las noches eternamente luminosas con la celeste claridad de sus múltiples lunas;

Vhega, rosa blanca de los cielos eternamente velada con sus gasas de nieve!... ¡Arturo, Capella, Alfa y mi cálida Venus, sembradora de rosas!... ¡Vosotros habéis escalado las cimas donde no es un secreto impenetrable para el hombre pensador el pasado y el porvenir!...

Y transportado en espíritu por la formidable fuerza de su pensamiento anhelante de infinito y de eternidad, se encontró al pie de una colina, en una noche iluminada por quince lunas gigantescas, cuyos discos plateados se reflejaban en la quieta serenidad de un arroyo que murmuraba canciones... Un hombre de edad avanzada, de amarilla vestidura y de cabellos blancos escribía en el pórtico de un templo, sin inquietarse lo más mínimo porque un sutil enjambre de almas errantes, visibles para él, se acercaban a leer lo que con vertiginosa rapidez escribía en grandes legajos, de un papel que brillaba como lámina de plata a la viva claridad de las lunas.

Y el espíritu de Bohindra desprendido de su materia, comprendió la escritura del habitante de Sirio, que escribía su propia historia:

“Fui musgo trepador entre las losas funerarias que guardaban las blancas cenizas del Genio Tutelar de este planeta. Y por tanto tiempo fui musgo, que de aquella sepultura no quedaba más que un montículo de quebradizos guijarros y aún seguía yo siendo musgo verdeante y silencioso... Véome más tarde como un minúsculo roedor color de oro vivo, que anida entre el musgo y lo devora y lo arrastra para mullir su diminuta madriguera, entre las piedras que circundan las orillas de este arroyo.

“Y es entonces que la Eterna Energía Creadora, obró el maravilloso prodigio de la división de los sexos, doloroso proceso semejante a una gestación espontánea, mediante la cual, del pequeño ser andrógino, surge otro igual que será su gemelo por edades sin fin.

“Y toda una muchedumbre de los dorados animalillos son la numerosa progenie en que hay múltiples generaciones.

“Pasan los siglos y me torno armiño de blanca piel y de brillantes ojos y otra numerosa progenie surge de mí mismo, como los blancos pétalos de un rosal en primavera.

“Y más tarde, conejillo y cordero y ciervo van tragando siglos y siglos, hasta que un hermoso cuadrúpedo de largas crenchas blancas, saca de entre las aguas heladas de este arroyuelo a un viajero agonizante...

“El alma de aquel viajero me prendió de sus alas, hechas a subir las cumbres y como era el mismo cuyas cenizas había yo besado siendo musgo, el mismo a quien había dado, muriendo, mis pieles de armiño y mis vellones de cordero, me amó con su alma grande hecha de piedades inmensas y de ternuras sin medida, y me introdujo en el castillo encantado del rey de los seres de este globo y fui así lo que soy.

“Fui su hijo y me llamó Yodir, y le amé tan extremadamente que jamás tuve otra voluntad que la suya, ni otro afán que servirle y complacerle.

“Y cuando pasaron edades, como polvareda que lleva el viento nos dijo a entrambos, a mi alma gemela y a mí:

“– ¿Me amáis vosotros más que el resto de los seres que me buscan y me siguen?

“Ambos nos precipitamos sobre su augusta frente que besamos al mismo tiempo.

“–Id –nos dijo–, a aquel pequeño mundo que los Devas acaban de sacar de los abismos y haced allí lo que yo hice con vosotros.

“¡Y cuando los seres de aquel mundo llegaron a la perfección orgánica y a la claridad mental, nos revestimos de su propia materia y fuimos Vestha y Juno, el marino; Numú y Vesperina, el pastor y la hija de reyes!...

“Mas ahora, en este Sirio siempre amado, patria mía de origen, soy Yodir, mi nombre primero al entrar en el palacio encantado de los seres que piensan..., y descanso durante breves siglos antes de continuar otra larga y penosa jornada en aquel mundo pequeño, a donde me enviará nuevamente la voluntad y el amor de aquel que me ayudó a ser lo que soy y al cual no encontraré ya más sino en el seno infinito del Gran Todo, donde toda luz se difunde como inconmensurable mar de paz, de felicidad y de Amor Eterno...”

La llegada de la Reina Ada a la terraza, donde se gestaban los pensamientos profundos de Bohindra, le despertó del éxtasis divino de su alma, que había corrido en pocos momentos muchos millones de leguas y muchos millones de siglos amontonados como piras gigantescas de un pasado lejano.

–Tus manos están heladas, mi Rey, y tu rostro pálido como un cadáver –dijo Ada llena de terror, al ver algo extraño que nunca había visto en su esposo desde que estaba a su lado.

–No temas, reina mía, no es nada. Me había quedado adormecido en hermosos pensamientos y soñé que me hallaba de visita en el planeta Sirio, y que un habitante de allá me contaba su historia a través de un papel color de plata que brillaba al resplandor azulado de múltiples lunas.

– ¡Cuánto siento haberos despertado! –exclamó la joven reina, adivinando la tristeza de su Rey al verse de nuevo en la realidad prosaica y dura de la vida humana.

– ¡Tú eres mi Vestha, dada a mí en ofrenda de amor por los siglos de los siglos!...

Y Bohindra, aún bajo la acción del divino ensueño de amor en que había estado sumergido, besó la blanca frente de Ada, mientras le decía:

–Como Juno y Vestha, como Numú y Vesperina, como Anfión y

Odina, somos dos gotas de agua que han de ser una sola por toda la eternidad.

Ada le miraba con sus grandes y dulces ojos llenos de asombro, sin comprenderle en su misterioso lenguaje.

– ¡No es nada, no es nada, mi reina..., es que aún sueño..., y es tan hermoso el soñar!...

– Mi alma no puede alcanzar la tuya –dijo Ada, adivinando que algo sublime embargaba el alma de su compañero.

– Somos golondrinas de un mismo tejado, mi reina, y mi vuelo no irá mucho más lejos que el tuyo.

En ese momento resonó entre la multitud un clamoreo de júbilo y de amor.

Pedían que el Rey Kobda cantara en su lira como solía hacerlo siempre que su pueblo le rodeaba. Ambos bajaron a confundirse con el pueblo, los Kobdas, los hijos de los caudillos, Adamú y Evana, y Abel que estaba embebido completamente en llenar de frutas del inmenso huerto, las canastillas de los niños menesterosos, que en tan grandioso y solemne día habían sido llamados a adueñarse de los vastos jardines que rodeaban los Pabellones de los Reyes.

67

PRIMERA MISIÓN DE ABEL

Las grandes manifestaciones plasmáticas de Neghadá en la época de los comienzos de este relato, nunca llegaron a efectuarse con igual magnificencia ni con la misma frecuencia en La Paz, pues que su mismo carácter de institución educacional y misionera, obligaba a sus individuos, a un casi continuo trabajo hacia el exterior, lo cual entorpecía mucho los grandes desarrollos psíquicos, que por lo regular requieren una vida de absoluto apartamiento de los asuntos externos.

Entonces se usó grandemente de las facultades psíquicas desarrolladas aisladamente en cada sujeto, y los auditivos, los inspirados y los parlantes en estado hipnótico fueron los intermediarios entre el mundo físico y el mundo espiritual.

Sobre todo en las mujeres Kobdas se desarrollaron extraordinariamente estas facultades, y fue como un desbordamiento de manifestaciones aisladas que invadieron también los pueblos y países circunvecinos, afín en los seres que no estaban entregados al cultivo espiritual.

Diríase que la presencia del Mesías en el plano físico, atraía en todos aquellos contornos a las almas errantes de Dios, que tan anhelosamente se lanzaban a fraternizar en ideales y pensamientos con los encarnados de

la tierra. Y los profetas y las profetisas, y los augures y las sibilas llegaron a ser tan comunes y a la vez tan solicitados, que las gentes, prontas siempre a abusar de todos los dones de Dios, nada hacían ni nada emprendían sin antes consultar a los intérpretes del mundo invisible.

Y he ahí que los Kobdas se vieron obligados a un nuevo género de enseñanza y a servir a la vez de tribunal consultivo, para descifrar las enigmáticas y a veces erróneas y engañosas manifestaciones espirituales.

“Desconfiad de las voces de lo invisible, cuando ellas os impulsen en daño de vuestros hermanos, cuando os inciten a la vida de holgazanería y sensualismo, cuando despierten en vosotros ambiciones de oro y de poder, cuando busquen de apartaros del Dios Único para sumergiros en los laberintos sin salida de múltiples divinidades que es la más espantosa aberración humana”.

“No deis oídos a las voces engañosas que os ofrecen pingues ganancias sin trabajo y sin esfuerzo, ni a los que os prometen conquistas de maravillosos países donde se recoge el oro y las piedras preciosas como gavillas de trigo que no habéis sembrado; porque son delictuosas fantasías que extravían el espíritu llevándolo hacia el vértigo implacable del deseo”.

“No os alucinéis por visiones formadas con los bajos pensamientos de los hombres y desconfiad de toda manifestación que no tenga por fin el adelanto de vuestro espíritu y el bien de la humanidad”.

Tales fueron las bases de la nueva enseñanza que el excesivo desarrollo de facultades espirituales en seres sin preparación y sin cultivo, hizo necesario, y a la cual los Kobdas se dedicaron con ahínco, dadas las proporciones que los abusos comenzaron a tomar. Y era que los turbados y maléficos espíritus desencarnados violentamente en la catástrofe de las cinco ciudades del valle de Shidin y de las últimas inundaciones de vastos países aferrados a la vida carnal y grosera, buscaban ambiente entre los encarnados que les ofrecían más fácil campo de acción.

Tan alarmantes proporciones tomó el uso exagerado y vicioso de las facultades psíquicas, a veces reales y a veces ficticias, que el Kobda Rey se vio obligado a tomar severas medidas restrictivas para lo cual envió en misión a Abel con veinte Kobdas de más edad que él, para que en visita a los caudillos de la Alianza, les pusieran sobre aviso para no ser sorprendidos por el sinnúmero de falsos profetas, de sibilas y pitonisas que pugnaban por adueñarse de la voluntad de todos aquellos hombres, jefes de pueblos y guías de las muchedumbres.

La víspera del día en que la caravana emprendía la marcha, Abel estaba sentado en medio de sus padres, invadidos a la vez por un sentimiento de gozo y de inquietud. Veían entrar a su hijo por primera vez en su camino de apóstol, en lo cual vislumbraban el cumplimiento de elevados designios divinos, pero iban a tenerle ausente por muchas lunas

y esto entristecía hondamente el corazón de Evana, sumergiéndole en una bruma densa y oscura, como día sin sol.

Bohindra, el dulce Bohindra que parecía adivinar todas estas recónditas angustias de las almas que le rodeaban; comprendió la de Evana, y buscando de aminorarla, había pensado que Adamú acompañase a su hijo, juntamente con Aldis. Pero, el incidente ocurrido en la víspera, cambió la decisión piadosa y tierna del Kobda-Rey.

Mientras Abel departía confidencialmente con sus progenitores sobre la ardua misión que se le había confiado, y marcaba a su madre en una carta geográfica la ruta que debían seguir y las jornadas a realizar cada día, para que ella le fuera siguiendo con su pensamiento y con su amor, vio de pronto el cuerpo astral de Senio flotando sobre Evana a la cual parecía acariciar tiernísimamente. Abel hizo con su dedo índice el signo de silencio, y sus padres comprendieron en su absorta y extática mirada que una voz interior hablaba al alma de su hijo.

Después de unos instantes de suave y amorosa irradiación que inundó de lágrimas los ojos y de alegría el corazón, Abel se acercó a su madre y besándola en la frente, le dijo: –Senio acaba de descender a ti para que seas su madre, vendrá a la vida cuando yo esté ausente. Le amarás como a mí, y le llamarás Seth porque será simiente de una raza de servidores de Dios.

Adamú y Evana se quedaron maravillados pues que las señales de una nueva maternidad aún no eran visibles ni conocidas, sino por ella misma.

Senio había dicho a Abel en su espiritual visita: “Tanto te amé, tanto te amo, que he buscado para mí el mismo seno que te dio la vida. Mas, mi camino será otro que el tuyo y muy diverso del anterior, pues vendré a ser progenitor de una numerosa descendencia de hijos de la luz y de la paz”.

Como Evana confirmase su estado, el viaje de Adamú fue desde luego suspendido, siendo Aldis el que debía ir al frente de la caravana. ¿Quiénes serían los veinte Kobdas que deberían acompañar a Abel en su primera misión al exterior?

–Elije tú los que quieres –le había dicho el Alto Consejo de La Paz. Mas, Abel no quiso confiar a su propia voluntad una elección tan importante, sin que fuera precedida de la meditación y el raciocinio. Y cuando se renovó el turno en la Morada de la Sombra, entró él para que la Divina Luz le señalara cuáles serían sus hermanos que habían de compartir con él, las tareas de su primer apostolado.

Comprendió que si el fin principal de aquella misión era poner de manifiesto ante los príncipes de la Alianza y sus respectivos países, los errores que empezaban a propalarse por la abundancia de augures,

pitonisas y sibilas, le eran necesarios buenos sujetos hipnóticos y clarividentes, que dejaran al descubierto la superchería de aquellos, mediante la clara manifestación de la verdad.

Nabor, Glauco e Isdacar, estaban dotados de una clarividencia tan poderosa, que percibían claramente el aura o irradiación de los seres y hasta las más sutiles vibraciones del cuerpo mental instintivo. Estos le eran necesarios como vigías del exterior para resguardarse de toda falsedad y engaño.

Yataniel, Areli, Dabino y Yamaoz, eran excelentes sujetos hipnóticos, que por la escritura o por la palabra trasmitían elevadas enseñanzas y sabios avisos de las almas errantes de Dios.

Nandro, Helito y Geuel, eran de los más aventajados discípulos de Bohindra en la divina ciencia de anular las enfermedades del cuerpo, mediante el hábil y metódico empleo de las fuerzas armónicas de la naturaleza, en conjunción con los sonidos de sus instrumentos músicos. Fue en el ambiente sutil de un monasterio Kobda donde Beethoven, Wagner y Bellini, empezaron a extraer de los planos astrales donde se crean y viven eternamente los sonidos, las divinas vibraciones que los hombres de esta hora han escuchado como en éxtasis, en los “Nocturnos”, en “Parsifal” y en “Norma”.

Jobed, Heber, Suri y Agnis, estaban altamente favorecidos con la irradiación magnética a distancia, que les permitía ejercer dominio sobre las masas populares más rebeldes.

Felacio, Artanio y Erech, emancipaban fácilmente su espíritu, que libre de la materia, emprendían viajes astrales de protección a débiles seres perseguidos, o de persecución a espíritus malvados, cuyo alejamiento convenía a las causas del bien y de la justicia. Tenían el don de una fácil palabra y persuasiva disertación.

Ibrín y Abelio, de más edad que los otros, debían ser los auxiliares de Aldis en las relaciones de los misioneros hacia el exterior, y en la elección de los lugares apropiados para que la caravana no sufriera contingencias de ninguna especie.

Ibrín, como hijo de un mercader que había recorrido con su padre en largos viajes todas esas comarcas, era gran conocedor de los países que debían visitar; y Abelio, con su fino tacto diplomático y su dominio del pincel, les prometía grandes conquistas para la alianza misma, que trataban de fortificar y para el Archivo Kobda que se vería enriquecido con nuevas cartas, croquis y bocetos de todo cuanto representase un nuevo conocimiento, una nueva verdad para los Hijos de Numú.

Estaban pues designados los veinte compañeros de Abel.

Aldis, con su autoridad de abuelo y de mayor edad, era el jefe material de la misión, pues en la parte espiritual nadie podía hacerlo con más

acierto que el joven apóstol, cuya alma iluminada por la Sabiduría Divina, iba a llenar de claridad los pueblos costaneros del Mediterráneo.

Llegó el amanecer del día fijado y la caravana partió de la gran plaza donde se abrían los pórticos de La Paz. Bohindra y Ada, Adamú y Evana, se habían concertado para acompañar al misionero en la primera jornada, o sea hasta pasado el mediodía.

Mientras tanto, allá, bajo los bosques de cedros y olivos, donde Abirón tenía sus tiendas y sus talleres; el amor de Senio había llamado fuertemente al alma de su hijo de adopción, al cual en sueños le había dicho: “Apenas asome la luna, levántate, toma los más fuertes de tus hombres y anticipáte a la caravana, con todo lo necesario para que en la primera jornada encuentre Abel levantada una hermosa tienda segura y fuerte, pues los espías de los magos tenebrosos que obsesionan a Kaíno, le han impulsado a tenderle una celada. Mártir será Abel de la Verdad y del Amor, pero no en esta hora demasiado prematura, en que aún no han comenzado a cumplirse ni para él, ni para mí, los grandes designios divinos”.

Abirón, para quien la desencarnación de Senio había significado como el desmoronamiento de un castillo, que era a la vez refugio y fortaleza, sintió como si de nuevo reviviese junto a él la cálida amistad del amado Anciano, y no reflexionó que debía consultar esta decisión con los que después de Senio, eran para él como una prolongación de sus paternas solicitudes. A los Ancianos Kobdas Sisedón y Tubal les correspondía, según la costumbre de la Institución, el continuar con las obras de orden espiritual y material que Senio había dejado comenzadas. Y así como dijeron a Abel niño, que ellos serían quienes jugarían con él a los pájaros voladores en reemplazo del amante viejecito, de igual modo se creyeron obligados a servir de amparo al hombre gigante que Senio había iluminado, lo mismo que a la huérfana Shiva, recogida piadosamente por él.

¿Acaso la muerte anulaba los deberes de los unos para los otros entre los Kobdas? ¿No eran alondras de un mismo nido que cantaban posadas en una misma rama? Si la una tendía a los aires su vuelo sereno, ¿no debían las más inmediatas continuar el canto empezado por ella? ¿No eran acaso sembradores de un mismo campo de cultivo? Justo era pues, que Sisedón y Tubal, los más íntimos compañeros de Senio, continuasen regando las plantas que aquél cultivaba con tanto afán.

Pero, Abirón aún no había profundizado en el inmenso piélagos de amor fraterno en que bogaban en seguros bajeles los Hijos de Numú, y no alcanzaba a comprender cómo y porqué aquellos dos Ancianos Kobdas se habían abrogado el derecho y el deber de ser para él, lo que Senio había sido.

Se informó por los encargados de las bestias de transporte, la hora en

que la caravana se pondría en marcha, y cuál sería el final de la primera jornada, y cuando era bastante entrada la noche y la luna alumbraba suavemente la inmensa quietud de la pradera, se puso en marcha, con sus hombres más fuertes y su tropilla de asnos de carga. El camino a recorrer era la costa del Éufrates, para evitar la travesía del desierto y la primera jornada sería hasta la llanura inmediata a Babel.

Otro complot del amor se efectuaba en un jardincillo solitario del pabellón de la Reina, sumido a esa hora en profundo silencio. Las dos hijas de Shiva, con su hermano Iber, sentados a la luz de la luna en un banco de piedra, parecían ultimar decisiones altamente importantes.

Los tres querían a toda costa acompañar a Abel en su expedición. La condición de mujeres de las unas y la delicada salud de Iber, les había impedido presentarse como candidatos al penoso viaje que iba a realizar Abel. Su hermano Abel como le llamaban, por haber crecido juntos bajo el mismo techo, compartiendo sus juegos infantiles, como el amor de los mismos seres que a todos juntamente les habían servido de padres.

Eran de la misma edad. Adamú y Evana, concedores del secreto de la anterior existencia de aquellos niños, les habían amado con la más honda ternura. Habían pues, llegado a la juventud, sin notar la diferencia que podía haber en el corazón de aquellos padres para el hijo verdadero y para los hijos de adopción.

Mabi, que era más resuelta, decía: –Si pedimos permiso nos lo negarán y si nos vamos sin él, no tendrán más remedio que conformarse.

Iber manifestó que él lo tenía ya todo arreglado con un hortelano de La Paz que era hermano del Kabir, como llamaban al dueño de los elefantes y camellos adiestrados para las largas travesías. Según estos convenios, el Kabir llevaría en un elefante a los tres hermanos, como si fueran hijos suyos que iban a visitar a un pariente en una comarca lejana y aprovechaba el mismo viaje para llevarles.

Reconociéndoles como hermanos del joven misionero, encontró natural e ingeniosa la idea de darle una sorpresa, cuando ya lejos de aquellas tierras, les viera seguirle en su penosa jornada. Por otra parte, el engaño era fácil, dado que la especie de carroza que se colocaba encima de los elefantes, tenía grandes colgaduras y los Kobdas no se preocuparían de los familiares del Kabir que fueran en su interior.

Cuando la noche anterior, antes del llamado a quietud, los Kobdas viajeros fueron a despedirse en el pabellón de la Reina, de sus hermanas las mujeres Kobdas que allí les esperaban para tal acto, Abel notó una alegría que no esperaba en sus dos hermanas, como también él las llamaba.

–Creí que ibais a causarme dolor con vuestras lágrimas y veo que reanimáis mi valor con vuestra dulce serenidad –les dijo, al darles el

beso de despedida—. En otra misión os llevaré a vosotras, pues ya habré adquirido mayor dominio de la situación y de las circunstancias.

—Que os tengamos pronto a nuestro lado —fue la contestación de ambas, mientras besaban la frente de su gran hermano.

Las primeras claridades del amanecer no amortiguaban aún el vivo resplandor de Venus, el lucero matutino, según la frase vulgar, que parecía complacerse en deshojar su beso de luz sobre el excelso viajero, y ya la caravana salía por la ancha avenida abierta entre el bosque de plátanos que rodeaba los santuarios Kobdas. Abría la marcha el camello del Kabir, llevando a su lado el elefante que conducía a sus hijos, según él había dicho. Después los camelleros, con las bestias de carga, y por fin los Reyes, Adamú, Evana y Abel, y los veinte Kobdas que le acompañaban. Cerraban la marcha tres arqueros, en previsión de cualquier contingencia, ya fuera de parte de los hombres o de las fieras.

Como se ve, pues, nadie se interesó por conocer los hijos del Kabir que viajaban en el primer elefante, al lado suyo.

Cuando llegó el mediodía, Bohindra indicó a Adamú la conveniencia de regresar para que la caída de la tarde, demasiado fría en el otoño, no perjudicase la salud de Ada y Evana, que con la visión persistente de que pronto debían separarse de Abel, no habían casi participado de la alegría general.

—Iría contigo hasta el fin del mundo, hijo mío —exclamó aquella madre como en un gemido, al estrecharlo entre sus brazos.

—Ya lo sé, madre, ya lo sé —le contestó él—, por eso os digo que vos y yo iremos juntos por este mundo y por otros mundos, hasta que vos estéis en mí y yo en vos, como una sola llama viva que se difunda en la Claridad Eterna.

—¿Cuánto tiempo pasarán mis ojos sin verte?... —volvió a exclamar la dulce madre enamorada, rodeando aún con sus brazos el cuello de su hijo.

—Ningún tiempo, madre, ningún tiempo. Nos veremos y nos hablaremos diariamente en el infinito seno de Dios, y nuestros ojos se encontrarán en el espacio azul a la salida de Venus, cuyo resplandor será para nosotros como la llamada a la confidencia amorosa de las almas. Cuando miréis a Venus, pensad que mis ojos están puestos en ella, y ambos flotaremos unidos en espíritu, sintiendo la caricia del Alma Madre del Universo en la cual van a sumergirse los amores puros y santos de todos los seres que habitan todos los mundos.

Adamú se acercó, y tomando la mano de Evana le dijo en tono alegre y risueño, como para evitar toda escena dolorosa.

—Ahora, mi bien amada, retrocedamos unos pasos atrás para que de nuevo recordemos en esta hermosa pradera a la parejita enamorada del país de Ethea. ¿Te acuerdas?

–Entonces éramos sólo el uno para el otro... Mas ahora, este hijo adorado se quedó con la mitad de mi alma –contestó Evana.

–Pues la otra mitad debe ser repartida en todos los que te amamos, hija mía –dijo Bohindra llegando con Ada, mientras Abel, ya desde lo alto de su camello, les decía con el rostro iluminado por el amor:

–Buscadme todas las noches en el resplandor de Venus, después de la llamada a quietud.

Largo rato permanecieron Bohindra y Ada, Adamú y Evana, contemplando la caravana que se alejaba lentamente, cantando el himno al sol, que los Kobdas acostumbraban recitar todos los días, cuando el astro rey estaba en el cenit.

Antes de entrar en el inmenso bosque que precedía a la llanura de Babel, vieron que Abel se apartó un tanto del grupo para hacerse visible a los que de lejos le miraban y agitó varias veces el blanco paño que alrededor de su gorro violeta le preservaba de los rayos del sol.

Evana cayó de rodillas sobre el verde césped de la pradera, exclamando en medio de sus lágrimas.

– ¡Tuyo es, Altísimo Dios, tuyo es!... ¡mas devuélvemelo, Señor, porque toda mi vida se va con él!...

El frondoso ramaje de los plátanos pareció tragar a la caravana, que se perdió de vista.

Y al lento paso de los elefantes, que hábiles guardianes manejaban, tornaron al Santuario de La Paz, donde todo parecía sumido en esa dulce melancolía que deja un hondo adiós..., entre los seres que se comprenden y se aman.

68

BABEL PREHISTÓRICA

Mucho antes de que la caravana de Abel llegase a la llanura próxima a Babel, Abirón había plantado su tienda junto a un montículo formado por antiquísimas ruinas cubiertas de musgo y plantas trepadoras, donde dos o tres hayas seculares y algunos olivos, cuyos gruesos y nudosos troncos delataban una muy respetable ancianidad, podían servir de abrigo a las bestias.

Habitaba ese país por aquella época, una numerosa tribu de raza Cuschita, cuyo Caudillo o príncipe llamado Ismakú, era de los aliados del Thidalá del Nilo, como continuaban llamando a Bohindra.

La primera de sus esposas, de nombre Asvinia, se había manifestado como iluminada pitonisa, llegando a dominar de tal modo a su marido, que no había otra voluntad que la suya.

La enseñanza de los Kobdas había anulado el culto idólatra a la paloma, dios al que habían estado entregados desde muchos años atrás, llegando hasta ofrecerle sacrificios humanos.

Una de las viejas costumbres de esta raza era que las mujeres llevaban el cabello cortado casi al rape, y los hombres una larga y gruesa guedeja en forma de trenza, que enroscaban en la parte superior de la cabeza y aumentaban enormemente con el cabello comprado a las mujeres. Era una especie de defensa para los guerreros cuya categoría podía apreciarse a primera vista, por el mayor o menor capicete de cabellos trenzados que ostentaban encima de su cabeza. Era una especie de enorme turbante de trenzas entretejidas de oro y piedras preciosas en los hombres de alta dignidad. Mientras tanto, las mujeres, para cubrir la desnudez de su cabeza, ostentaban ricos tejidos de lana y seda con que a veces se ocultaban también de las miradas indiscretas.

Sólo en los días solemnes de fiestas pacíficas y tranquilas, los hombres soltaban sus grandes cabelleras, que como un ondulado manto les cubría la espalda.

Era, pues, uno de los mayores comercios de la Babel prehistórica la venta de cabello, que adquirían a gran precio los guerreros más destacados de la numerosa tribu.

Su arma era el horcón de cobre, especie de enorme tenedor de dos dientes con el cual lo mismo ensartaba a un búfalo que a un hombre. Pronto Abirón se vio rodeado por campesinos que trabajosamente extraían de profundos fosos, carbón de piedra, cuyos bloques unidos entre sí, con una pasta betuminosa que extraían también de la tierra, les servía para construir sus habitaciones, que recubrían por dentro con maderas, según la categoría de los moradores de aquellas viviendas.

Les fue muy difícil entenderse y sólo llegaron a ponerse de acuerdo, cuando Abirón les obsequió algunas de las verdes piedrecillas que aún conservara de su país de origen.

Uno de sus hombres pudo hacer comprender a los nativos de aquel lugar que ellos venían enviados por el Señor del Nilo y que su visita era de paz y de concordia.

Entonces empezaron las grandes salutations y acto seguido sacó uno de ellos una figura de cobre, que apenas si se conocía lo que era, pero que dijo ser el dios que daba la lluvia y el trigo a todo aquel que le rindiera culto. Abirón hizo un gesto de indiferencia, que ofendió grandemente al fanático adorador de la paloma.

El protegido de Senio no estaba acostumbrado a asustarse por los gruñidos de un hombrecillo que no le llegaba al hombro siquiera, y sin hacerle caso continuó su trabajo.

Los campesinos desaparecieron y cuando ya se veía a lo lejos la caravana

de Abel, se vieron rodeados por un centenar de hombres pequeños, pero fuertes, armados de horcones mucho más altos que ellos.

El Kabir, que caminaba adelante, vio el tumulto y concedor más o menos de las costumbres del país, hizo resonar fuertemente su cuerno de campo con el habitual sonido que significaba amistad, y todos esperaron la llegada de aquel viajero.

Furiosos los hombrecillos, expusieron al Kabir que aquel gigante debía morir porque había ofendido a su dios, el cual era implacable con los extranjeros rebeldes.

El elefante en que venían los hijos de Shiva llegó en ese momento y las dos hermanas asomáronse por entre las colgaduras de su carroza. El viento de la tarde agitó sus largas cabelleras de un castaño oscuro brillante y sedoso, y pronto se pintó la codicia en los ojos de los nativos. El que hacía de jefe se acercó al Kabir y le dijo: –El dios sólo se aplaca si me das las cabelleras de tus hijas.

Era acaso pensando en que le producirían buena ganancia con alguno de los más ricos señores de Babel.

–En mala hora vinisteis –les dijo el Kabir apesadumbrado–. Aquí las mujeres no usan cabello largo, que es un tesoro por otra parte, pues lo usan en grandes trenzas los caudillos y los guerreros.

–Y, ¿qué hay con eso? –preguntaron ellas.

–Pues que este hombre exige vuestras cabelleras por la vida de Abirón.

–Y si no las damos, ¿le matan? –volvió a preguntar la más animosa.

–Ya lo veis, están esperando la respuesta.

–Sea hecho antes de que llegue nuestro hermano, pues acaso él impedirá que lo hagamos. Tomad nuestros cabellos y dejadnos en paz.

El Kabir explicó a los hombres de los horcones que las hijas les daban sus cabellos.

Abirón, sólo preocupado de los detalles de su tienda, no sospechaba que estaba en riesgo su propia vida.

Un filoso cuchillo de sílex recortó hábilmente las dos hermosas cabelleras que fueron recibidas con locas demostraciones de júbilo.

Helia y Mabi reían en lo interior de su carroza, viendo despojadas sus cabezas que se apresuraron a cubrir con el velo de las mujeres Kobdas, para que sus hermanos no se apercibieran de lo que había pasado.

–En medio de todo –decían ellas–, es una felicidad este suceso, porque de no haber sido por nuestras cabelleras, acaso hubieran muerto a todos nuestros hombres, incluso a nuestro hermano Abel.

– ¡Qué bien hicimos en venir! –exclamaba la otra.

Iber, miraba asombrado todo esto y dijo a sus hermanas:

– ¡Sois bastante dichosas por haber comprado la paz con vuestros cabellos!

–Yo sé valorar con justicia vuestro amor hacia mí –decía un poco después, Abel, a sus tres hermanos de adopción–, pero debéis persuadirlos, como buenos Kobdas, que el puro y elevado amor no necesita del acercamiento material de lo que ama, porque debéis ser conscientes de que las energías y fuerzas del espíritu anulan tiempo y distancias. Os permito permanecer aquí durante los días que yo tarde en realizar los encargos de nuestro Patriarca-Rey cerca del príncipe de este pueblo y pasados esos días regresaréis a La Paz, juntamente con Abirón, que a él le reclamarán allá los trabajos de ampliación del monasterio.

“Vuestra satisfacción os hizo olvidar la inquietud de los nuestros, que os buscarán a esta hora ansiosamente.

Helia, más tímida, nada respondió, pero Iber y Mabi tuvieron el valor de insistir.

–Shiva, nuestra madre, descubrió nuestro secreto a última hora y ella tranquilizará a los demás –observó por fin el jovencito para afianzar con esto su insistencia en quedarse.

–Bien –dijo Abel–. Si de aquí a tres días, no vienen de La Paz por vosotros, os llevaré conmigo hasta el Refugio de Hiva, donde nuestras hermanas Kobdas realizan grandes obras de amor con los enfermos, los ancianos y los huérfanos. Allí esperaréis mi regreso.

Nadie vino a buscar a los fugitivos por lo cual Abirón dijo a las jóvenes Kobdas:

–Levantaré una tienda para vosotras, en el centro de la gran tienda común y si nuestro jefe lo permite, seré yo vuestro búfalo guardián.

Aldis, que había celebrado grandemente la idea feliz de los tres hermanos y para quien Iber tenía todas las ternezas de un hijo, fue de opinión que éste continuase el viaje con ellos, mientras sus hermanas esperaban en Hiva el regreso de los misioneros.

La Babel prehistórica presentaba un aspecto que hoy nos parecería espantable en sumo grado. Una agrupación de viviendas en la costa misma del Éufrates, formaba como un inmenso trapecio cuya base era el río. Estas viviendas eran a la vez muralla completamente cerrada hacia el exterior, en forma que para penetrar dentro, era forzoso hacerlo por una de aquellas viviendas, que eran justamente habitadas por destacamentos de arqueros.

Siendo que el material más comúnmente empleado era la hulla extraída de las minas, el betún o petróleo como diríamos ahora, y la madera de cedro coloreada aún más de lo natural con una pintura fabricada con el rojo jugo del fresno, se comprenderá que el colorido negro y rojo del conjunto general de aquellas construcciones, les diera un aspecto sombrío,

casi pavoroso y trágico. En el centro del enorme trapecio se alzaba una maciza mole, negra y roja también, pero al parecer más suntuosa que el resto de la ciudad. Aquella mole tenía la forma de una pirámide formada de cuarenta gradas, que por sus cuatro lados iban estrechándose hacia arriba, donde la última grada era una plataforma lisa completamente, con un boquete circular al centro.

Aquello era la puerta por donde se bajaba al palacio de Ismakú y por donde entraban y salían todos los guardianes y servidores, que en los días solemnes llenaban las cuarenta gradas de la pirámide, en forma que parecía toda hecha de cuerpos humanos, encima de los cuales el soberano aparecía con su gran turbante de cabello salpicado de piedras preciosas para que su pueblo le rindiese homenaje y le jurase fidelidad. Por entre las gradas de aquella extraña pirámide había una infinidad de pequeñas aberturas, por donde no podía asomar la cabeza de un hombre, que hacían el oficio de claraboyas para la renovación del aire y para que la luz del día iluminase el interior. Por el lado del Éufrates había una guardia de toscos navíos que les servían también para traer maderas y mercancías, desde la fértil comarca denominada entonces Ur Bau, que fue lo que más tarde se llamó propiamente Mesopotamia.

Ismakú había concurrido años atrás, siendo muy joven, a la primera asamblea con el Chalit del Nilo, cuando él estaba aún en Zoan y en Neghadá, y había aceptado la nueva ley que les diera Bohindra para implantarla en sus pueblos.

Pero las viejas costumbres le habían ido dominando poco a poco, y últimamente las adivinaciones y los sortilegios de su esposa Asvinia, le habían vuelto por completo a sus antiguos hábitos.

La muerte y las torturas físicas como castigos de delitos, habían entrado nuevamente en su administración de justicia, debido a que la pitonisa, intérprete de su dios, así lo ordenaba.

La milenaria y casi eterna tendencia del hombre sin cultivo intelectual, de ver un castigo de la Divinidad en los acontecimientos naturales destructores de toda vida, como las tempestades, las inundaciones, los terremotos, las erupciones volcánicas, etc, no podía hacer excepción en los babelitas prehistóricos, que a cada conmoción natural de aquellas, juzgaban que la Divinidad ardía en cólera y era necesario aplacarla en la forma que su grado de evolución les permitía comprender.

Esta raza Cuschita que muchos siglos después fue corriéndose para el Asia Oriental, a donde llevó sus costumbres y su civilización, es el remotísimo origen de la actual raza china, que conservadora en extremo, aún parece ofrecernos reminiscencias de aquellos fuertes y pequeños Cuschitas de largas trenzas, de fina especulación, metódicos y prácticos, reservados y secretos.

Entre el cordón de bajeles que guardaban la costa del río y la playa, se abrían inmensas tiendas que eran el gran mercado de Babel, un descomunal laberinto donde, junto a una venta de grasa y carne de búfalo, se alzaba una tienda de un vendedor de esencias y perfumes o de telas finísimas o de objetos de oro, plata y cobre; o de pieles de antílope, o ventas de cereales y de frutas, de vino, de aceite y aún de carne humana viva, pues que contra la ley de Bohindra, aún se compraban y vendían esclavos, bien que se hubiese mejorado algo su triste situación.

Asvinia, la reina pitonisa, había hecho construir en una isla del Éufrates, vecina a la orilla y frente por frente de la pirámide de las cuarenta gradas, una especie de cubo, negro y rojo también, pequeña torrecilla cuadrangular, por encima de la cual, una enorme ave de cobre extendía sus alas gigantescas...

Como se ve, volvían al viejo culto a la paloma solar, como le llamaban, pues que el cobre resplandeciente y bruñido reverberaba a los rayos solares, de lo cual se originaban innumerables leyendas a cual más disparatada y fantástica.

–“Los aliados del Thidalá del Nilo hemos reconocido un Dios que está mucho más arriba que el padre sol” –había dicho Ismakú a las primeras insinuaciones de Asvinia para restaurar el culto tradicional al astro-rey y su mensajera divina, la paloma, dueña del aire, del trigo y de las lluvias. Pero ella le había vencido con esta lisonjera frase:

–Ese gran Dios adorado por el Thidalá sólo admite la adoración de los reyes y de los príncipes más grandes de la tierra y bien está que tú le adores, ioh, Rey!, pero los pueblos, los guerreros, los labriegos y pastores, sólo pueden hacer llegar sus ofrendas al padre sol y a su alada mensajera.

Y el caudillo fue vencido con esta almibarada paradoja.

A los pocos días de haber llegado nuestros misioneros a la llanura de Babel, se desencadenó una fuerte tempestad, con grandes vientos y lluvias que fueron extendiéndose por toda la comarca del Éufrates y del Hildekel que se desbordaron, arrastrando en su corriente bajeles, hombres, árboles y animales.

La torrecilla en que aleteaba la resplandeciente paloma del sol desapareció también, arrastrada por la corriente, causando el consiguiente estupor en los buenos babelitas, que lo creyeron un castigo del padre sol.

Ismakú lo atribuyó, por el contrario, a la llegada de los mensajeros del Thidalá, que apenas pasada la tempestad, se acercaron a las puertas de Babel pidiendo ser recibidos por el Caudillo.

Como se ve, pues, la Babel prehistórica no era una sombra de lo que llegó a ser la gran Babilonia de Nabucodonosor, siete mil años después,

aunque muchos historiadores antiguos han confundido en un solo nebuloso recuerdo Babel con Babilonia. En la remota época a que se refiere mi narración, no había el menor indicio, ni de la Sirtella fundada por Gudea, ni de la Korsabad de Sargón, ni de Calach de Assurnasirbal, ni de la Nínive de Senaquerib, ni siquiera de la primera Babilonia de Hamurabi.

La Babel a que me refiero no fue otra cosa, en su principio, que agrupaciones de cabañas de madera y tierra en torno de la tienda del Kobda Babel, según ya indiqué anteriormente; y en torno de lo cual la fantasía y la ignorancia tejó múltiples y fabulosas leyendas.

69

EL HOMBRE-LUZ

– ¿Qué traes contigo, hombre de la Luz? –preguntó Ismakú al ver al joven Kobda ante sí.

–Traigo para ti la paz y el amor –le respondió Abel mostrándole el anillo de la Alianza que llevaba en su índice, señal de concordia y de fraternidad, en que debían reconocerse todos los aliados del Éufrates y el Nilo.

–Bienvenido seáis a la morada de Ismakú, que ha pecado por causa de su mujer en contra de la ley del Thidalá.

–Príncipe, yo no vengo a recriminarte, sino a visitarte en nombre de mis hermanos, los Hijos de Numú. Pero visto que tú mismo te acusas, te pregunto: ¿cuál es tu pecado?

–Mis caudillos han comenzado nuevamente a tomar muchas mujeres, y han traído esclavos extranjeros. Por la boca de mi esposa convertida en sibila, hablan las almas errantes, los genios protectores de esta tierra y todos la obedecen, haciendo callar la voz de mi protesta con amenazas de insurrección. Y no queriendo poner frente a frente dos grandes porciones de mis pueblos, guardo mi dolor y mi oprobio en lo más hondo de mi corazón.

“Hombre de la Luz, hermano del Thidalá, no he sido fiel a la palabra empeñada con él; toma pues su anillo, que encima de perjurio, no quiero también ser falso.

Y alargó el anillo al joven Kobda, que le miraba con sus dulces ojos llenos de inmensa piedad.

–No –le dijo después de un momento–, el anillo de la Alianza está bien en tu dedo, príncipe Ismakú. Consérvalo, te ruego, en nombre del Thidalá, porque no es tu pecado de los que rompen alianzas.

“Mis hermanos están a la entrada de tu casa; manda que sean ellos conmigo y llama a este recinto a tu mujer y a tus jefes de tribus, porque

es ante todos ellos que debo decir el mensaje del Thidalá.

Los Kobdas misioneros bajaron al amplio recinto y se colocaron en torno de Abel. Un momento después apareció, como brotando del piso, la reina-sibila Asvinia vestida de túnica amarilla, llevando en su cabeza y encima del velo rojo que le cubría, una especie de diadema de plata y esmeraldas en forma de una paloma con las alas abiertas.

Le seguía una larga fila de hombres ancianos y jóvenes, ostentando todos ellos una enorme trenza que, partiendo de lo más alto de la cabeza, caía hacia la espalda y tocaba hasta el suelo. Aquellas trenzas aparecían reforzadas con filamentos de cobre y plata y con cargados racimos de piedras preciosas.

–La paz sea contigo, mujer de Ismakú –le dijo Abel cuando ella se adelantó hasta él–. Y sea también con vosotros, todos los que servís al noble príncipe aliado del Thidalá, en cuyo nombre vengo en visita de amistad y de concordia.

Un numeroso grupo de servidores brotó como por encanto del piso de aquel recinto llevando tantos recipientes, especie de lavamanos con agua, como Kobdas había, para que éstos sumergieran sus manos en ellos, que era la introducción del ritual del país para las recepciones de esta naturaleza.

Acto seguido mandó Ismakú que se leyera en alta voz la ley de la Alianza, que todos los príncipes y caudillos habían jurado años atrás y que mis lectores ya conocen.

–La paz y la abundancia sean vuestro galardón si observáis fielmente la ley del Altísimo –dijo Abel cuando aquella lectura se terminó.

–Hemos pecado contra esa ley –exclamó Ismakú, arrojando al suelo su manto que uno de sus hombres levantó, mientras Asvinia hacía grandes contorsiones, como si estuviera con un ataque de epilepsia.

–Por la boca de la reina hablará la gran voz de Dios –dijo con solemnidad un anciano que estaba a su lado.

Los Kobdas, en silencio, emitían fuertes corrientes de pensamientos armónicos y unidos como una inmensa marejada de luz.

La infeliz Asvinia se retorció en su estrado cubierto de pieles sin poder articular palabra y sólo emitiendo sordos gruñidos como salidos de una garganta oprimida con garfios de hierro. Por último, le invadió una extrema laxitud, cayó pesadamente sobre el mismo estrado en que estaba sentada y una palidez de muerte cubrió su semblante.

– ¡Maldición! –gritó el anciano que estaba a su lado y que parecía ser un hechicero o sacerdote–, nuestros genios del fuego y del sol han huido, idesgracia han traído estos hombres!

–El Dios de la Alianza castiga nuestro pecado –exclamó a su vez Ismakú.

Y aquello fue un sordo torbellino de exclamaciones y de protestas.

Los Kobdas, serenos, inmóviles, como ajenos completamente a aquella turbulencia, continuaron aún su estupenda actividad mental hasta que dominada la inquietud del recinto, no se oía más que la fatigosa respiración de Asvinia, tendida en su estrado.

Abel se acercó a ella y tomándola de la mano le dijo:

–Mujer, levántate, que la luz de Dios ha venido a visitarte hoy.

Ella se despertó como de un profundo sueño y recordando lo que le había ocurrido, avergonzada y rabiosa, sacó un dardo que llevaba oculto entre sus ropas y lo arrojó hacia Abel. Aldis, que estaba a su lado, extendió su brazo para recibirlo antes de que llegara al blanco y el dardo se clavó en su mano derecha, de la cual brotó en el acto un delgado hilo de sangre que manchó la túnica de Abel.

Ismakú saltó como un tigre sobre su mujer y casi la estranguló entre sus manos, mientras Abel y sus hermanos, con inaudita serenidad vendaban la mano herida de Aldis y continuaban serenos e imperturbables como si nada hubiese ocurrido.

Asvinia cuando se vio libre de las manos de su marido, merced al oportuno socorro que le prestaron sus cortesanos, desapareció como tragada por el mismo boquete del piso por donde había salido.

Como Abel vio que Ismakú colérico quería seguirla, lo detuvo.

–Cálmate –le dijo–, que mejor cumplirás la Ley de la Alianza con la paz que con la guerra. Asvinia está vencida y reconocerá su pecado. No es todo culpa suya, pues los malos espíritus que han hecho morada en ella han causado su desviación y la de muchos en tu país. Mas, Dios te ha visitado, príncipe Ismakú, porque es bueno tu corazón y amas la justicia aunque a veces seas débil para ejercerla.

Y los Kobdas, unidos en una concentración espiritual profunda, fueron plasmando en el éter, en la atmósfera de aquel recinto, los pensamientos delictuosos y las acciones criminales y perversas, que los malos genios que dominaban a Asvinia habían hecho cometer a todos aquellos hombres que estaban allí presentes.

Aparecieron los cuerpos astrales de esclavos muertos ensartados en los horcones, de otros, decapitados, que sostenían con sus manos su propia cabeza chorreando sangre, mujeres descuartizadas, niños contrahechos estrellados contra una muralla o ahogados en el Río Grande.

Ismakú estaba aterrado y mucho más todavía sus caudillos, que veían ante ellos con tan espantosa realidad, sus crímenes y delitos. Hubieran querido huir, pero no acertaban con la rampa del piso que se había cerrado tras la reina pitonisa.

– ¡Hemos pecado contra el Thidalá! –gritaban–, ¡la tierra se hundirá para nosotros, el río secará sus aguas y morirán los frutos de la tierra!

Y se cubrían los ojos con sus largas trenzas para no ver aquellas visiones de espanto.

– ¡Hombre de la Luz! –gritó de rodillas, Ismakú–. ¡Que vuestro Dios, tenga piedad de nosotros y que se borre de la tierra hasta el recuerdo de los delitos de mi pueblo!

Los fantasmas fueron esfumándose en el claro oscuro del recinto, que parecía haber adquirido de improviso la severa majestad de un grandioso tribunal de justicia.

Cuando todo volvió a la calma habitual, habló Abel a aquellos hombres aterrados hasta lo sumo.

–Yo no he venido a juzgar, ni soy portador de recriminaciones ni de castigos.

“Soy la Voz de la Verdad Eterna que habla a vuestro corazón y le dice: *¡Escuchadme! ¡Soy un resplandor de la Luz Divina que se enciende en vuestro horizonte!, y os dice: ¡Seguidme!*

“*¡Soy un hilo de agua cristalina del Manantial Eterno que cruza en vuestro camino, y cuyo suave murmullo os invita a beber de su linfa clara y refrescante!*

“Y os digo porque os amo: Levantaos del abismo de vuestro pecado, que habéis visto eternamente esculpido en la planicie de cristal de lo infinito, donde una luz que nunca se apaga le hará vivir por toda la eternidad. Mas él morirá para vosotros cuando hayáis extinguido con melodías de amor, el último gemido de los que han llorado y lloran por causa vuestra.

“El Dios del cual soy mensajero, ni ordena vuestro castigo, ni quiere vuestro dolor. Su Ley sólo os pide que améis con la misma intensidad que habéis puesto en vuestros egoísmos, en vuestras satisfacciones y en vuestros odios.

“¡Obras de amor es romper las cadenas de vuestros esclavos, respetar las hijas de vuestros hermanos, como queréis que ellos respeten las vuestras! ¡Mirar en vuestra esposa la madre de vuestros hijos, partir vuestro pan con el que no lo tiene, tender vuestro manto sobre los hombros del que camina desnudo!

“La tierra, como el agua, como el aire y como el sol, es el don de Dios a los hombres y mientras llega la era feliz de que la tierra no sea patrimonio de los fuertes, comenzad vosotros por decir a vuestros esclavos, a vuestros mendigos:

“Venid a sembrar conmigo la porción de tierra en que yo habito, porque tu grano de trigo y el mío tienen igual derecho de germinar, crecer y fructificar”.

“Cuando así lo hagáis, no habrá odios, ni guerras, ni venganzas. No habrá ladrones, ni asesinos, porque todos serán dueños de todo y nadie se robará a sí mismo y nadie dará la muerte al que le ayude a la vida.

“Dejad de lado las hechicerías y el afán de introducirnos en el mundo invisible y en los poderes ocultos, sin antes habernos purificado en las aguas claras del amor que nunca dice: tuyo ni mío, que bebe la hiel y brinda la miel; que aparta las piedras del camino del viajero y enciende su antorcha para los que andan a oscuras.

“¿Por qué preguntáis con afán a las almas errantes, en cuál montaña se esconde plata y oro o piedras preciosas, si os bastan vuestros trigales que habéis sembrado y cosechado?

“Dejad que el esfuerzo y el trabajo os rindan el ciento por uno, mas no cometáis el delito de mezclar a vuestras codicias y ambiciones a los seres invisibles, que necesitan olvidar las miserias de la carne para buscar de nuevo el camino de la luz.

“Ni adoréis a Dios en los seres que perecen, ni en los astros que os alumbran, ni en las muertas obras que labráis con vuestras manos. A vuestro Dios le encontraréis dentro de vosotros mismos, cuando hayáis amado lo bastante como para sentirnos hermanos de vuestros esclavos, amparo de vuestros huérfanos, de vuestras mujeres, de vuestros ancianos.

“En las bendiciones del esclavo agradecido porque habréis quebrado sus cadenas, estará vuestro Dios.

“En la dicha de vuestras hijas, de vuestras mujeres, de vuestra servidumbre, de vuestros jornaleros, estará vuestro Dios.

“En los trigales dorados que compartís con vuestros jornaleros, estará vuestro Dios. En el blanco pan que ofrecéis abundantemente a vuestros huérfanos, estará vuestro Dios. En la leche de vuestros ganados que brindáis a los ancianos y los niños, estará vuestro Dios.

“En la gratitud y el amor de que os rodearán todos aquellos a quienes habréis ayudado a sobrellevar el peso de la vida, estará vuestro Dios. ¿Por qué, pues, le buscáis en un ave de piedra o de metal que echan a tierra los huracanes y que arrastra la corriente de los ríos?

“Buscad a Dios en lo que vive, en lo que siente, en lo que ríe, en lo que canta, en lo que llora...

“Porque Dios es la Vida, la Paz y el Amor.

Ismakú se prosternó en tierra adorando a Abel, al cual vio entre un nimbo de claridad que le hizo concebir a Dios en el joven Kobda.

– ¡Alza tu frente, Ismakú, no seas insensato! –le gritó Abel, apartándose horrorizado de tal incompreensión, cuando acababa de hablar del Dios invisible, impalpable, imperecedero, indestructible..., eterno.

– Esa luz de tus ojos..., esa luz no es de los hombres, sino de los dioses –clamaba a su vez el príncipe, tembloroso y sin poder aún levantarse del suelo.

Los Kobdas salieron de su profunda concentración a cuyas poderosas irradiaciones se debía, sin duda, el fenómeno observado por aquél. Los

caudillos babelitas allí presentes, estaban igualmente absortos, por una fuerza oculta y para ellos misteriosa que les mantenía contra su costumbre, en una especie de inconsciencia y de estupor.

–Es un mago, es un hechicero de gran poder –gritaron algunos–, hagámosle quedar entre nosotros y que sea nuestro gran sacerdote.

–Os dije que soy un resplandor de la Verdad Eterna y por tanto soy vuestro completamente, como todos estos hermanos míos que me rodean... Y para serlo no necesitamos que nos hagáis vuestros sacerdotes. *Basta que nos escuchéis, basta que recibáis con buena voluntad nuestra palabra y que la hagáis vivir en todas vuestras obras.*

Abel con Ismakú, bajaron por la rampa del piso y se dirigieron en busca de Asvinia, mientras los demás Kobdas departían amigablemente con los caudillos babelitas que quisieron llevarlos a sus dependencias particulares, dentro del vasto recinto con forma de pirámide de cuarenta gradas.

– ¿Tenéis esposas? –habían preguntado a los Kobdas.

–No.

– ¿Por qué?

–Porque estamos consagrados al bien de la humanidad y los cuidados de una familia restarían acaso energías y esfuerzos, que debemos dar a la evolución, a la paz y al progreso de los hombres.

– ¿Vuestra ley os condena a muerte si tomáis una mujer?

–Ninguna ley nos prohíbe tenerla, y el que quiere, puede formar una familia fuera de nuestro Santuario. Mas, hay tantos hombres sobre la tierra que forman su familia carnal, y tan pocos que se deciden a tener por familia a toda la humanidad.

“¿No hay lisiados y leprosos y ancianos inútiles en vuestro país?

– ¡Muchos! –contestaron los caudillos–. Los unos perecen en la época de los fríos intensos, otros los comen las fieras o los arrastran las aguas del río cuando se desbordan y muchos también se refugian en los pantanos del Maharati donde los insectos venenosos acaban con ellos.

–Pues todos ellos son nuestra familia y vosotros no estorbaréis que vayamos a ellos y que ellos vengan a nosotros.

Una irrupción de mujeres llorosas y angustiadas iba saliendo de aberturas sin cuento, practicadas en los pisos de los laberintos de bajas y oscuras habitaciones por donde iban pasando. Habían sin duda escuchado la anterior conversación entre Kobdas y caudillos, y acudían en busca de protección. Habían sido separadas de padres decrepitos, de hijos enfermos, cuya suerte ignoraban y pedían piedad y clemencia para ellos.

– ¿Veis? –decían los Kobdas–. ¿Cómo la humanidad doliente, despreciada, olvidada, abandonada, necesita también de un esposo que

la proteja y consuele? El Hijo de Numú es el amante y el amado de la humanidad caída, de la humanidad que llora, de la humanidad sin luz y sin amor.

“Vosotros os sentís satisfechos con un amor que os da cuatro, ocho, diez, veinte hijos y cifráis vuestra dicha en verles felices a vuestro lado.

“Nosotros somos muy ambiciosos y sólo nos satisface un amor que nos hace padres de millares de hijos; los millares de leprosos abandonados, de todos los millares de lisiados y contrahechos, los millares de ancianos sin hijos, sin fuerzas, sin pan. ¿No tenemos acaso, derecho de amar a aquellos a quienes nadie ama?

Sin duda que los caudillos babelitas no comprendían este misterioso lenguaje, pero no tuvieron fuerza para oponerse a aquellos extraños hombres que pedían como una ofrenda, como un regalo, como un valioso tesoro, los deshechos de la humanidad, las piltrafas de carne viva que ellos dejaban podrirse lentamente entre los cañaverales del Éufrates, entre la ciénaga de los pantanos, entre la maraña impenetrable de sus bosques.

Y enviaron emisarios hacia los puntos apartados de su país a recoger, como doloroso y esparcido rebaño, a todos los infelices a quienes ningún hombre llamaba “hermano”.

Mientras tanto, Abel caminaba al encuentro de Asvinia, principal causante de los males morales de aquel país.

La encontraron presa de una espantosa convulsión.

Teniendo grandes facultades psíquicas, las había puesto inconscientemente al servicio de malignas inteligencias, que desde el mundo espiritual tendían sus redes para obstaculizar el avance de las almas por los caminos del bien y de la justicia. Y la primera víctima era ella misma, como ocurre siempre en casos análogos.

Apenas Abel se acercó a ella seguido de Ismakú, el cuerpo de la infeliz pitonisa dio tres grandes saltos, tendido en tierra como estaba; unos gritos angustiosos y ahogados se escaparon de su garganta, y despertándose de pronto, vio al joven apóstol ante sí.

Iba a huir presa de invencible terror, mas él la detuvo con estas palabras:

–No huyas de mí, mujer, que estás enferma y vengo a curarte.

Ella se detuvo, sin volver el rostro hacia él.

–No vengo a juzgarte, sino a liberarte; no vengo a recriminarte, sino a consolarte.

Comprimidos sollozos agitaron el cuerpo de aquella mujer que, dándose vuelta prontamente hacia Abel, cayó al suelo abrazada a las rodillas del joven Kobda.

De sus ojos dulcemente cerrados por la hipnosis en que había caído, salían dos raudales de lágrimas.

Abel puso su mano sobre la cabeza de aquella mujer, y ella habló:

– ¡Hijo mío!... ¡Mi alma te sigue en tu primera jornada de apóstol y el Altísimo ha querido que sea tu madre la que te ofrezca las flores de tu primera victoria!

Y Asvinia se despertó. El lector habrá comprendido que el alma de Evana, la dulce madre enamorada, desprendida por el sueño, había volado en seguimiento de su hijo.

Al apoderarse un espíritu del bien de aquella materia, acabó de romper los vínculos que la habían encadenado a inteligencias depravadas y perversas.

La liberación de Asvinia estaba, pues, terminada.

Esta mujer fue siglos después aquella Ruth que recogía espigas en los campos de Booz en el cual estaba encarnado el príncipe Ismakú. Más tarde Susana, la mujer defendida por el Profeta Daniel. En la época de Jesús de Nazareth, fue hija tercera de Nicodemus con el nombre de Clelia de Nicópolis.

En la Roma de los Césares, fue la ilustre dama romana Cecilia Metella, cuya memoria se conserva en la soberbia torre, panteón sepulcral que le fue levantado en la Vía Apia y que ha resistido sin conmovirse al embate de veinte siglos.

Fue protectora de artistas en general y de los músicos con preferencia. Gustaba de tocar el arpa a los enfermos incurables y a los presidiarios condenados a muerte. Sus fanáticos admiradores la creían una encarnación de Venus y la llamaban “Diosa de las cuerdas”.

El Príncipe Ismakú, Kobda más tarde, a la muerte de Asvinia y huyendo de una invasión de los gomerianos, continuó su evolución en siglos posteriores en Persia, fue Ciro, el príncipe que dio libertad al pueblo judío para volver a reconstruir la ciudad y el templo de Jerusalén, y después de múltiples vidas oscuras y dolorosas, tuvo su oasis también bajo el techo de Nicodemus, como hijo mayor con el nombre de Alfeo; más tarde el duque Herman de Turingia (*Alemania–, padre político de Isabel de Hungría; después Monsieur Lamartine, abuelo del poeta francés de este nombre, y en estas tierras del Plata, un hijo de La Orden de Francisco de Asís que llegó a la púrpura episcopal, con el nombre de Fray Mamerto Esquiú. (*Fue designado arzobispo, pero renunció al cargo).

EL PRÍNCIPE DE SHIVARA

La presencia del Hombre Luz, en Babel, fue conocida en pocos días por toda aquella comarca, recorrida por los emisarios de Ismakú y sus caudillos en busca de los deshechos de humanidad que los Kobdas solicitaban como inestimable tesoro.

– ¿Para qué queréis los lisiados, los leprosos, los contrahechos? –les preguntaban las gentes.

– Han venido a nuestra tierra los enviados del Thidalá del Éufrates y el Nilo, y es para ellos que hacemos esta recolección.

Y alrededor de esta contestación, revoloteaban curiosas estas o parecidas preguntas:

– ¿Será para ofrecerlos como sacrificios a su Dios?

– ¿Los volverán a la vida normal por medio de sortilegios y hechicerías?

– Y cuando ya estén curados, ¿formarán con ellos nuevos pueblos o ejércitos poderosos?

Pocos días después, la tienda de Abel se vio rodeada de una turba dolorida y quejumbrosa cuya vista encogía el corazón.

Era como una trágica exposición del dolor humano en toda su terrible y cruda realidad.

Caravanas de asnos cargados con los infelices que no podían andar por sus pies; grupos numerosos o pequeños de los que aún tenían fuerzas para conducirse por sí mismos, acudían ante la magia de estas palabras:

“Los hombres de la Luz os reclaman”.

Y las turbas dolorosas corrían. ¡Y en sus rostros lívidos donde se había cristalizado la mueca indefinible de la angustia, se diseñó débilmente una sonrisa de esperanza, una ilusión, un deseo!...

¡Había alguien que los llamaba..., alguien que pensaba en ellos..., alguien que los amaba!... ¡Y ellos..., piltrafas infectas de humanidad, restos carcomidos de hombres que fueron, aún podían esperar, desear, soñar..., acaso amar!...

¡Y corrían en el supremo delirio de la desesperación que aún espera!

Los bosquecillos de sicomoros y de cedros, las hayas gigantescas, las añosas encinas que habían visto pasar muchas generaciones y muchos ejércitos, contemplaron por primera vez la escena inaudita de leprosos de faz sanguinolenta y despedazada, de hombres mutilados por la guerra, de escuálidos ancianos retorcidos por la parálisis que lloraban y reían como en la demencia de un sueño, ante la tierna piedad de los

“hombres de la Luz”, que les lavaban en las aguas del río, les cubrían de limpias vestiduras y les repartían raciones abundantes de pan blanco y frutas secas.

Los mercaderes de Babel no fueron bastantes para satisfacer la enorme compra de telas que demandaban los Kobdas para vestir la desnudez de aquellos centenares de hombres y mujeres, cuyas carnes sanguinolentas y agrietadas se veían a través de deshechos harapos. Y recurrieron a Shivara, ciudad vecina a Babel, entre el Éufrates y el Hildekel, que era uno de los grandes mercados en que comerciaban los zoharitas con la abundancia de sus tejidos de lana y los grandes acopios de algodón.

– ¿Veis –decían las hijas de Shiva a su hermano Abel–, cómo éramos necesarias a tu lado para socorrer a las viejecillas que habéis traído hacia nosotros?

El sexo femenino estaba escasamente representado en la dolorosa turba, pues sólo llegaron a contar unas ochenta mujeres, mientras que los hombres pasaban de cuatro centenares.

El príncipe, caudillo de Shivara, tuvo curiosidad de conocer a los hombres del Thidalá con los cuales su padre, ya muerto, había pactado en la Alianza años atrás.

Se aburría en su pequeño estado, y de vez en cuando sueños de conquistas aleteaban en torno suyo, haciéndole sonreír ante la idea de ser señor de muchos pueblos.

Y un deseo bajo, interesado y rastrero, empezó a filtrarse en su corazón como una astuta sierpecilla que casi insensiblemente se introduce por una rendija entreabierta.

Y con Ismakú se hizo llevar a la tienda de los misioneros.

Era poco antes del mediodía y encontró a los Kobdas entregados de lleno a la repartición de víveres entre su numerosa familia, mientras Abel, de pie sobre el enorme tronco seco de un árbol caído, les decía con su voz musical y su alma desbordándose de piedad y de amor, como una maravillosa ola que pasaba lavando, curando, acariciando:

–Abrid de nuevo vuestras almas a la esperanza y al amor, a la alegría de vivir para ser buenos y felices, porque el Altísimo Padre desde los cielos infinitos, os ha hecho comprender que pensaba en vosotros, y que de entre las filas de sus servidores llamaría unos pocos que vinieran a haceros sentir su piedad y su amor.

“¡Con vuestros cuerpos atrofiados y enfermos, con vuestros miembros mutilados y sangrientos, aún podéis bendecir a Dios, que se os acerca como una caricia materna para infiltrar nueva vida, nuevas energías y nuevas esperanzas!

“No gastéis vuestro tiempo en maldecir a los causantes de vuestros dolores, que ellos ya echaron sobre sí mismos una carga mayor aún que

la que vosotros lleváis. Bendecid y amad en el Dios piadoso que os consuela hoy, a todos los seres de la creación, porque las bendiciones y la plegaria brotada de unos labios hambrientos y febriles, y de un corazón colmado de angustia, escalan las cimas grandiosas donde viven los genios inmortales, los ungidos del Amor, los desposados de la Sabiduría, de la Belleza y de la Paz.

“Aprended a no haceros daño los unos a los otros, ni aún con el pensamiento, y no agraviéis a vuestro Altísimo Padre, hurtando el panecillo que sobra a vuestro vecino, porque entonces el Padre no cuidará de daros lo que vosotros os buscáis perjudicando a vuestro hermano.

“Cuando los cerezos se cubren de frutos, los pajarillos gozosos satisfacen su necesidad, y cantan después en ruidosa algarabía, que es su forma de gratitud a la Madre Naturaleza que les brindó sus dones.

“Más altos vosotros que ellos, no penséis en el mal de vuestro hermano, cuando Dios ha pensado en vuestra paz y consolación; porque es espantoso refinamiento de maldad, pecar contra vuestro hermano cuando aún tenéis en vuestras manos el don de Dios.

“Llenad vuestro corazón de piedad para el que más sufre, para el que más llora, para el que más atormentado se arrastra junto a vosotros y experimentaréis ampliamente la indefinible dulzura de partir vuestro pan y vuestras frutas y legumbres, con aquellos a quienes les tocó una parte más pequeña.

“¿No es la dádiva generosa al que carece de todo, lo que nos hace semejantes a Dios, que siempre da?

“Dios da el agua y el sol a nuestros campos y ellos florecen y fructifican, y nuestros graneros se llenan de trigo y nuestra mesa de pan.

“Dios llena de ganados nuestras praderas y ellos nos brindan su carne, su leche y sus pieles.

“Dios nos da vida y salud que malgastamos con grandes excesos y delictuosas satisfacciones.

“Dios nos da familia carnal o familia espiritual, para que ensayemos juntos el grandioso concierto del amor.

“¿No es peor mil veces que una sierpe venenosa, aquel de vosotros que en vez de un canto, es un dardo el que arrojáis?

“¿No mereceríais que Dios os quitara de nuevo el bien que tenéis? ¿No mereceríais ser sumidos de nuevo en la espantosa soledad de corazón en que gemíais, si tan mal respondéis a los dones de la fraternidad que Dios os brinda?

Ismakú y el príncipe Shivara escuchaban atónitos esta extraña enseñanza y veían con estupor y asombro, cómo aquellos centenares de seres desventurados, despreciables y despreciados en su carga de miseria y de dolor, olvidaban, casi, el donativo que acababan los Kobdas

de depositar en sus manos, ávidos de escuchar la palabra acariciadora del joven apóstol.

Éste se volvió hacia los dos nobles visitantes para decirles:

–El dolor da privilegios a éstos ante los Kobdas, mas ellos ya llevaron su parte, ahora estoy con vosotros.

Entre un animado cambio de palabras estaban, cuando Nabor, Glauco e Isdacar, los tres videntes, llevaron disimuladamente la diestra a los ojos que era el signo por el cual daban a entender a sus hermanos que algo anormal y peligroso veían en el nuevo personaje que se les acercaba. Abel y los otros lo comprendieron, pero habituados al dominio de sus impresiones, nada dejaron traslucir al exterior.

Todos ellos sabían lo que en tales casos les incumbía hacer: emitir fuertes corrientes de pensamiento unido a las altas Inteligencias, creadoras y dirigentes de las formidables fuerzas astrales y etéreas, para contrarrestar con el bien a todo el mal que pudiera rodearles.

–Vuestras obras son incomprensibles a los hombres –dijo Alisan, que así se llamaba aquel personaje–, pero pienso que pronto os cansaréis de obras tan sin provecho ni utilidad para vosotros. ¿Y en esto gastáis el tiempo los hermanos del Thidalá, de un gran rey de numerosos pueblos?

– ¡Ya lo veis! Los Kobdas tenemos puntos de mira muy diferentes del resto de la humanidad. Vosotros buscáis a los felices y nosotros buscamos a los doloridos. Vosotros buscáis a los fuertes, a los sanos, nosotros buscamos a los débiles, a los enfermos del cuerpo y del alma.

– ¿Y el Thidalá subió al trono corriendo como vosotros tras de los leprosos y de los lisiados? –volvió a preguntar Alisan.

–El Thidalá es un Kobda antes que un rey.

– ¿Y qué podría hacer un príncipe que quisiera llegar a ser tan grande como él?

–No ambicionar la grandeza. La posición del Thidalá no la merece sino aquél que jamás piensa en ella. Los altos puestos no son perfectamente desempeñados, sino por aquél ser que nunca los deseó ni se juzgó merecedor de aquella grandeza.

“Un Kobda sube con igual serenidad a un trono que a una pira de trigo que va engavillar –observó finalmente Abel.

–Estoy hastiado de mi pueblo; recibidme entre vosotros y probaré a hacerme grande en vuestra vida sin deseos.

–Es que en ese mismo renunciamiento ocultáis una desmedida ambición –le dijo nuevamente Abel, acercándose hasta tomarle una mano–. No envidiéis la grandeza humana del Thidalá, sino la hermosura de su alma que es como la caricia de Dios encima de sus pueblos.

“¿Seríais capaz de amar como él ama?

“¿Seríais como él, un gran rey que se pospone y olvida a sí mismo, para desvivirse y sacrificarse por la felicidad del último leproso de su pueblo?”

“Príncipes y reyes hay entre nosotros, los Kobdas del Nilo y del Éufrates, y tú puedes ser uno de ellos, pero sustituye en ti el pensamiento de ser grande con el pensamiento de ser bueno y aún esto, no para tu satisfacción, sino para ser útil a la humanidad; que ésta es la puerta de entrada a la realeza del espíritu, si tal palabra ha de tomarse como manifestación de altura y grandeza verdaderas.

Ismakú oía y guardaba silencio, pero su alma se iluminaba con fulgores desconocidos hasta entonces para él. Mientras Alisan, entre acobardado y anhelante, arrancaba nerviosamente hoja tras hoja a las ramas de un arbusto que tenía a su lado.

Los Kobdas pensaban con indecible amor sobre él. Y los tres clarividentes observaban conmovidos, como su aura, antes grisácea con manchas y aristas rojizas, empezaba a tornarse de un suave verdoso como las aguas del Nilo con reverberaciones rosadas.

–Vuelve a tu país –le dijo por fin, Abel–, y ensaya la cadencia del amor sobre todos los tuyos; sobre todo tu pueblo, ensáyate en ser un príncipe que piensa menos en su propia dicha para buscar la de los demás, que es el único secreto de la verdadera grandeza de un señor de muchos pueblos.

“Amaneciendo está un nuevo día para esta tierra, habitación de la humanidad de que formas parte. ¡Feliz de ti si el sol te encuentra con tus manos lavadas en agua clara y con la mesa dispuesta para el festín de los elegidos!”

–Entonces, ¿me rechazáis de vuestro lado? –volvió a preguntar Alisan con la voz débil del que se siente vencido.

–El Kobda jamás rechaza, si quiere ser digno de su nombre, pero como ese nombre significa “extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”, yo he arrojado la sonda a lo profundo de tu corazón porque quiero buscar allí la perla divina del despertar de tu conciencia, para que sepas quién eres, a qué has venido a la vida y hacia dónde caminas.

Felacio, Artanio y Erech, impulsados por las Inteligencias Superiores que secundan la obra redentora de los Mesías encarnados, dejaron llevar su espíritu hacia los planos astrales donde dibuja la Luz las acciones de los hombres ya realizadas, y las que por ley divina han de formar el sendero de cada personalidad en el futuro.

Y los tres leyeron en lo infinito el mismo drama.

Vieron un anciano príncipe que, anhelando su engrandecimiento, inducía a su hija a buscar enlace con el hermano de Anfión el santo

Rey de Orozuma, causando por tal medio su abdicación y destierro voluntarios.

¿Y en el futuro?... ¡Oh!..., su mañana lejano hacía surgir como de una inmensa nebulosa un hombre adusto, retraído y solitario, atormentado por su oculta ambición, aún en la humilde esfera social en que se encontraba entre los doce discípulos íntimos de Jesús de Nazareth. Buscaba ser entre ellos más grande que los demás. Un bosque de añosos olivos, una pálida luna amarillenta..., una turba de sayones armados y maldicientes, y ese amigo traidor que les señalaba el camino hacia el sitio en que el Justo oraba con estas palabras: “Padre mío, pasa de mí este cáliz, mas si tengo que beberlo, que se haga tu voluntad y no la mía”.

El príncipe árabe Alí, descendiente de Mahoma el Profeta del Korán, aquel que fue asesinado a traición con sus dos hijos en el desierto de Kerbela (*Persia), por su rebelión contra la tiranía dogmática del Califa conquistador; el Lutero de la Edad Media y Tolstoi de la época actual, son el mismo espíritu en su peregrinación eterna por los campos infinitos.

Colocado Abel por la unión interna con sus hermanos en la misma aura conjunta, límpida y serena, pareció ir leyendo lo que ellos veían en su desdoblamiento espiritual. Interrumpiendo el plácido silencio que reinaba en torno de la tienda en que se hallaban, dijo de nuevo a Alisan:

–Si los terebintos quieren ser robles, el huracán troncha sus débiles tallos. Si las codornices quieren ser águilas, sus alas se niegan a remontarlas.

“Has deseado exageradamente. La ambición fue tu acicate y será por mucho tiempo la fiebre que abrasará tus entrañas.

“¡Alisan!... –exclamó Abel con su voz conmovida que transmitió a todos una corriente de honda conmiseración–. ¡Alisan!..., un día habrás de llorar tanto por causa de mi recuerdo, que no sentirás cuando la humanidad te lapide con la montaña de su odio...

“Vuelve a tu país, príncipe de Shivara, y cuando hayas aprendido a ser grande en lo pequeño, por la piedad y por el amor para el pueblo que espera de ti la felicidad, acércate entonces al Santuario Kobda donde aprenderás a vivir sin deseos, sin ambiciones y sin egoísmos.

Cuando los misioneros quedaron solos, Jobed y Suri sacaron de su bolsa de viajeros los rollos de papiro que allí llevaban, para dejar grabados en ellos, las escenas pasadas y futuras que los tres emancipados habían descubierto en su correría espiritual.

HELIA Y MABI

Eran dos gotas de agua por la semejanza física. Eran dos sonidos de un mismo instrumento, por la armonía que entre ambas formaban. A través de sus palabras y de sus obras el lector les conocerá tan bien como yo.

–Helia –decía Mabi, un día a su hermana–, a veces me causa un gran fastidio el verme en mi condición de mujer.

– ¿Por qué?

–Porque no puedo hacer todo cuanto quisiera.

–Y, ¿quieres más de lo que hemos hecho? ¿Te parece poco habernos venido casi fugitivas, siguiendo a nuestro hermano Abel y hacer aquí la vida que hacemos; casi como dos muchachas salvajes corriendo por el campo, encima de un mulo para llevar a toda esa gente ropas y alimentos? ¿Te parece poco?

–No, no es poco, pero si fuera hombre haría otras cosas que no puede hacer una mujer. Ven y mira.

Y la decidida e impetuosa joven llevó a su hermana fuera de la tienda y subidas a aquel tronco de árbol caído desde el cual Abel enseñaba a las turbas, le hizo ver un grupo de seres debajo de una vieja higuera cargada de fruta madura. El hombre que parecía ser el jefe de la familia y que sólo tenía un brazo disponible porque el otro y sus dos piernas estaban secos como raíces de árbol consumido por un incendio, había hecho subir a la higuera a sus tres hijas jovencitas, ciegas de nacimiento y escuálidas por el hambre, y con una caña puntiaguda les apremiaba desde abajo, para que a tientas recogieran toda la fruta antes de que otros lo hicieran, mientras él con voracidad de buitres, engullía, tanto o más de lo que su pobre mujer enfermiza y contrahecha alcanzaba a guardar en una bolsa de cuero.

– ¡Qué bestia! ¡Qué mal hombre! –exclamó horrorizada Helia apartando la vista.

– ¿Ves? –preguntó Mabi–. Pues si fuera hombre me lanzaba sobre él, le arrancaba la caña y le daba tan estupenda paliza que no volvía a comer higos en toda su vida.

–Pues mejor que eso, me parece ponerlo en conocimiento de nuestros hermanos y que ellos pongan remedio, –contestó Helia, que era algo más reposada que su hermana.

–Ya lo hice querida, y el muy pillo, espía cuando los Kobdas se retiraban a la tienda, para atormentar así a sus pobres hijas. Mira a este otro

lado. ¿Ves aquel hombre de cara pálida como un muerto, con su cabello y barba enmarañados?

– ¿Aquel que como un tonto recoge puñados de hojas secas y las echa a volar al viento?

– Ese mismo.

– ¡Pues no hace nada malo!

– Así es, pero si yo en vez de ser una mujer fuera un muchacho, correría hacia él, le lavaría y peinaría el cabello y la barba, le daría tantos besos, le abrazaría tan fuerte..., ¡y después le traería aquí a vivir con nosotros!...

– Pero, Mabi..., ¡itú estas loca! –interrumpió Helia–. No sólo somos dos doncellas, sino que somos dos mujeres Kobdas, que apenas podemos salir de la tienda para ejercer la caridad con esos infelices.

“¿Qué dirían nuestros hermanos si te hubieran oído tales palabras?”

– Precisamente porque sé que no puedo ni debo hacerlo, es que a veces me fastidio de ser mujer.

– ¡Ay, Mabi!... A ti te hace mal estar fuera de nuestro santuario. Hace ya días que te observo así de inquieta y tempestuosa.

– ¡Tienes razón, hermana mía!... Yo no puedo ver ciertas cosas sin perder por completo la paz y el sosiego.

– Pero, ¿qué es lo que te perturba en ese pobre hombre que hace volar las hojas secas?

– Es que le he oído palabras entrecortadas en el dialecto de los iraníes, y parece ser un loco inofensivo que hubiera perdido por algún desgraciado acontecimiento, todo cuanto él amaba, mujer e hijos, a quienes busca sin encontrar... Y, ¿sabes por qué echa a volar hojas secas al viento? Pues dice que como esas hojas está muerto su amor, su esperanza y su vida. Dice que él es también un muerto.

– ¡Infeliz! –exclamó Helia, conmovida porque la intensidad de su hermana parecía transmitirle su mismo intenso sentir.

– Pues hija, si yo no fuera mujer, le mostraría tanto y tanto amor, que le haría sentir que vive y que aún puede amar y ser feliz.

El hombre de las hojas secas se acercaba distraídamente hacia las dos hermanas, sin duda para recoger la seca hojarasca de una de las inmensas ramas del árbol caído, en cuyo tronco estaban sentadas. Ni siquiera las miró; pero Mabi no pudo contenerse:

– Buen hombre, ¿por qué recogéis hojas secas? –le preguntó.

No le contestó. Parecía no haberla oído.

– ¿Será sordo? –se preguntaron las dos hermanas. Mabi tuvo una idea. Entró en la tienda y salió con los dos laúdes que ambas tocaban.

– Este hombre debe ser de Irania –dijo a su hermana–. Cantemos las canciones de mi madre, y si no es sordo, nos atenderá.

Y las dulces melodías montañosas que parecían arrullos de tórtolas entre el espeso bosque de las selvas, se dejó oír tierno y suavísimo en el dúo de las dos hermanas.

El hombre las miró con espantados ojos, en lo que pareció asomarse su alma, su vieja pasión dormida, el amor al suelo natal, al hogar, a los hijos, a la compañera perdida, a toda la ilusión y la esperanza de su vida.

Y como temeroso de espantar una hermosa visión que le deslumbraba, fue acercándose más y más hacia las jóvenes que continuaban cantando como si no le vieran.

Sus ojos, desmesuradamente abiertos, iban del rostro de la una a la otra hasta que terminada la melodía, le oyeron decir:

– ¡Dos Shivas!... Dos Shivas, jóvenes y bellas como la Shiva mía perdida para siempre... –y cubriéndose el rostro con las manos, volvió la espalda y echó a huir como un loco.

Mabi olvidó que era mujer y que era Kobda, y echó a correr tras él. Helia, indecisa al principio, no pudo resistirse tampoco a una fuerza oculta que la impulsaba y corrió tras de su hermana.

–Venid, buen hombre, venid que no queremos haceros daño –gritaba Mabi en medio de su carrera–. Habéis nombrado Shiva, y nuestra madre se llama Shiva y es irania como vos.

El hombre se detuvo, pero para caer al suelo exánime como si un rayo le hubiese herido. Las dos hermanas se arrodillaron junto a él.

– ¡No está muerto! –dijeron ambas–, está desvanecido. –Y Mabi fue a mojar en el río su blanco delantal de lino y formando una compresa la puso en la frente del pobre enfermo, diciendo la frase de los Kobdas cuando curaban una dolencia:

“Que las fuerzas vitales de la Madre Naturaleza te devuelvan la vida, la paz y la salud”.

Y las dos hermanas de rodillas, una frente a la otra, unieron sus pensamientos y sus manos sobre el hombre desmayado tendido en el suelo.

Abel les había visto correr detrás de aquel hombre y caminó hacia ellas seguido de sus hermanos, que a esa hora salían a consolar y enseñar a sus protegidos.

Y los Kobdas se quedaron quietos y silenciosos a veinte pasos del cuadro aquel, digno de ser contemplado por quienes como ellos, podían comprender las explosiones del amor de los hijos de Numú para los azotados por la enfermedad o por el dolor.

La concentración de los Kobdas iluminó la mente de las dos hermanas y ambas exclamaron a la vez, arrojándose sobre aquel rostro inanimado:

– ¡Es nuestro padre!..., ¡es nuestro padre! –Y una inundación de besos y de lágrimas cayó sobre aquella pálida frente donde nunca había aleteado la dulzura del beso de sus hijas.

Los Kobdas llegaron, y los más fuertes formando camilla con sus brazos enlazados, transportaron aquel hombre a la tienda.

Mientras tanto, Abel e Iber ayudaban a levantarse a las dos hermanas que como si hubieran sufrido un gran desgaste, no acertaban a moverse del sitio en que cayeron de rodillas.

—Nadie puede separar lo que Dios ha unido —decía Abel a sus hermanas, llevándolas de la mano hacia la tienda donde los Kobdas hacían volver en sí al pobre loco de las hojas secas que, vuelto a la razón, a la esperanza y al amor, nos referirá él mismo la tragedia de su vida y entre ese oscuro laberinto, encontraremos también otros hilos perdidos de la historia de la humanidad en ese lapso que he llamado “Orígenes de la Civilización Adámica”.

72

EL HOMBRE DE LAS HOJAS SECAS

Cuando los Kobdas, mediante los procedimientos que ya conocemos, consiguieron que aquel ser estuviera en pleno uso de sus facultades mentales, se dispersaron por el campo en que la turba de los enfermos y atormentados les esperaba ansiosamente.

Aún faltaban muchas tiendas que levantar para cobijarlos a todos y esto no era obra de un día.

Abel y las dos hijas de Shiva quedaron junto al enfermo, que empezaba a convencerse de que no era un sueño, ni un delirio febril, lo que veía ante sus ojos, sino una hermosa realidad.

—Pero, ¿es posible tal belleza en esta pobre vida mía? —preguntaba como hablando consigo mismo y escuchando como en un éxtasis las dulces canciones de su tierra, cantadas por los labios de sus hijas, de sus dos Shivas, como él las llamaba.

—Tus tres Shivas —le contestó Abel—, han conquistado para ti la felicidad de este momento. Y ahora eres tú quien debe conquistar tu grandeza futura.

“Has llegado al camino cuando creías estar más lejos de él; porque si en el perfecto uso de tu razón no pudiste encontrar lo que amabas y habías perdido, ¿podías suponer que lo encontrarías cuando aletargadas tus facultades mentales, nada podías emprender por ti mismo?”

“¡Otra vez vuelve a ser el amor, el hilo de oro que une las almas que la maldad humana esparció a los vientos de la vida, como esas hojas secas que tú echabas a volar! Tu amor a Shiva mantuvo tu alma unida a la suya y ese amor ha triunfado por fin de todas las contingencias y de la manera más inesperada. ¡Qué desconocidos y ocultos son los

caminos de Dios para conducir a los seres hacia el cumplimiento de sus destinos!

– ¡Cuánto he corrido por el mundo buscando a Shiva!... –exclamó por fin aquel hombre, abrumado por la felicidad como lo estuviera antes por su desdicha–.

“A través de montañas, de ríos y de selvas, recorrí Ethea y llegué al puerto de Salisan, pues algunos indicios creí encontrar de que el raptor de Shiva era de esas regiones costaneras del Mar Grande. ¡Cuántos años pasé pegado como un molusco a las rocas de la costa, pidiendo a las olas del mar que penetraban a mi guarida, noticias de la que amaba! En esta búsqueda ansiosa fui perdiendo el hábito del trabajo. Poco a poco iba hundiéndome como en una noche oscura de la cual a veces venía a sacarme momentáneamente la misma maldad humana, y caí en poder de hombres crueles y duros que me destinaron al trabajo de las minas de Cuprum.

“El que me capturó, me embarcó en un velero que salía para la isla de Alhasia, que desde esa época empezaron a llamarla Cuprum (*Chipre, derivado de Cuprum, “cobre”), por la gran abundancia de este metal que constituye la mayor riqueza de aquel país, aislado en medio del mar.

“Pasados dos años, huí de aquel amo en la bodega de un barco mercante que hacía viajes periódicos entre Galaad y Caria. Y fui a desembarcar en Adalis, donde los habitantes tranquilos y pacíficos se compadecieron del pobre loco de las hojas secas, y perdida ya toda esperanza de encontrar a Shiva, no luché más para defenderme de la noche oscura que me invadía.

“Allí encontré dos hombres vestidos como vosotros que repartían pan y frutas secas a los desamparados como yo, pero les encontré cuando se embarcaban de regreso a Galaad llevando con ellos varios esclavos que habían comprado.

“Poco después el país fue invadido por tribus extranjeras provenientes de las ciudades de Cnosos y Faestos, de la gran isla Cretasia que se había partido en varios trozos, ocurriendo lo propio con Defna y Coose, que en medio de un diluvio de fuego se habían abierto como una granada cuyos granos dispersos quedaron flotando en el Mar Egeo. Se dijo que los dioses airados pedían holocaustos y se dieron las órdenes necesarias para recoger como a ganado montaraz, todo hombre o mujer sin familia y sin hogar, con cuyas vidas pensaban aplacar la cólera de los dioses. El cielo enrojecido y el mar sangriento también. ¿Quién se atrevería a hacerse a la vela?

“Un viejo hechicero gritaba por las calles de Adalis:

“¡Ha nacido el salvador de la humanidad y los hombres no lo conocen, por eso el mar y el cielo se tiñen de sangre!” ¡Y de una luna a otra luna llovió fuego sobre la tierra y el mar y sus olas se tornaron de sangre!... Y

yo decía: ¡es la sangre de mi corazón que ahoga a los hombres malvados y perversos!

Oyéndole hablar así las dos hermanas se miraron asombradas y con sus ojos interrogaban a Abel que escuchaba en silencio.

–No miréis como maravilloso un acontecimiento que tiene la más sencilla explicación natural –les dijo–. Nuestros hermanos peregrinos que recorrían entonces aquellos países, han llevado a nuestro santuario de Neghadá el relato de lo ocurrido.

“Esas islas que acabas de mencionar, fueron en tiempos muy remotos las más altas mesetas de una inmensa cordillera, que se abrió en varias partes por grandes conmociones internas de la tierra que estalló en centenares de volcanes. Las aguas invadieron el lugar que dejaban vacío las montañas y los volcanes quedaron en actividad en esas cumbres convertidas en grandes islas.

“Las erupciones volcánicas han vuelto a repetirse partiendo de nuevo esas grandes islas que han quedado reducidas a un archipiélago. En vez de tres grandes islas, hay ahora un conjunto de pequeñas islas. No hay lluvia de fuego del cielo, ni las aguas del mar se convierten en sangre. El interno fuego de la tierra que arrojan los volcanes a grandes distancias consumiendo hombres y animales, y arrasando la selva, no debéis tomarlo ni como manifestación de cólera de los dioses, ni como castigo del Dios Único que adoramos los Kobdas.

“Es el globo terrestre que al igual de las humanidades no puede eximirse de la ley de la evolución, y esa ley le impele a consolidarse, a perfeccionarse, a dar lentamente los grandes pasos que todos los mundos han ido dando en el infinito correr de los siglos y que darán en adelante hasta llegar a su perfección o sea hasta llegar a la hermosa figura plasmada en las visiones de nuestros grandes iluminados.

“Hay mundos que manan leche y miel”, o sea, que los cereales son tan tiernos y lechosos que semejan espigas de perlas llenas del blanco líquido sustancioso, que el hombre terrestre solo puede extraer de determinados animales, y donde los bosques de árboles frutales son a la vez inmensas colmenas, de donde fluye la miel al calor de varios soles y corre como arroyuelos de topacio líquido por las montañas en declive.

Las dos hermanas habituadas a estas enseñanzas no demostraron asombro alguno.

Mas para Helia-Mabi era algo tan nuevo que no pudo menos que preguntar:

–Pero, ¿jugáis con el pobre loco de las hojas secas o es verdad lo que dices?

–Ni tú eres ya loco, ni yo hablo en son de juego. ¿Por qué te asombras?
–preguntó Abel.

–Pensaba –dijo tristemente Helia-Mabi–, que cuando esta tierra llegue a ese estado, los poderosos se aburrirán sin esclavos, sin pordioseros, sin desgraciados de toda especie que formen contraste con su dicha y su fastuosidad. ¿Cómo se consolarán esos sempiternos amos de la tierra de ver que la felicidad y hartura no es para ellos solos?

– ¡Hombre de las hojas secas! –exclamó Abel, acariciando la cabeza envejecida de su interlocutor–. ¡Ha llegado para ti la primavera que cubrirá todo a tu vista de frescos retoños!... Y piensa que los que has llamado sempiternos amos de la tierra, capaces de padecer al ver la felicidad de todos por igual, habrán pasado a ser esclavos, pordioseros y piltrafas en otros mundos, en que aún sea necesario el sudor de la frente para arrancar de sus entrañas el pan.

“¿No sabes tu que la Gran Ley es el Amor y que todo ser que no entre por ella rodará como un pedrusco arrojado por la honda de un chicuelo, de un país a otro país, de un continente a otro continente, y si tarda demasiado, también de un mundo a otro mundo?”

– ¿Cuánto tiempo tardará la humanidad de esta tierra en aprender la Ley del Amor? ¿Cien lunas, diez cientos de lunas? –volvió a preguntar Helia-Mabi.

Abel extendió hacia fuera de la tienda la suave luz de sus ojos color topacio y le contestó:

– ¿Ves toda esa pradera tapizada de menuda hierba? ¿Podrías tú contar las suaves pajillas que entrelazadas forman el verde tapiz? Numerosas e incontables como ellas son las lunas que alumbrarán todavía el odio, la tiranía, la codicia y el egoísmo de esta humanidad. Muchas veces hemos de nacer y morir, tú y yo, sintiendo siempre ruido de cadenas amarradas de miembros humanos..., chasquidos de látigos encima de espaldas humanas..., crepitar de llamas quemando carnes humanas..., golpes estridentes de hachas cortando cabezas humanas!...

– ¡Qué horror! –dijeron las dos hermanas entornando los ojos para disimular las lágrimas que pugnaban por salir.

– ¡Qué horror!... –murmuró también Helia-Mabi ocultando su cabeza entre sus manos.

– ¡La vida en los mundos inferiores como éste –continuó Abel–, es una cadena de horrores, de tragedias y de espanto, porque el Amor es aquí como un ave de paso y sólo se oyen sus arpegios y sus cantos a través de unas pocas almas, golondrinas viajeras que vienen y se van, trayendo en su pico menudas gotas de agua de aquel manantial divino!...

–Entre el laberinto de montañas del país de Ática encontré en una de mis correrías –interrumpió Helia-Mabi–, unos extraños seres que se llaman Dakthylos, que usan vestidos del color del trigo maduro, que viven entre los bosques, hablan con las estrellas, con los pájaros, con las

flores. Pues estos hombres, según la tradición del país, son los restos de una Escuela de Sembradores del Amor que llegó hace cientos de centenares de lunas de un país del otro lado del mar, y cuyo jefe, Dakthylos, ha dado nombre a sus continuadores. A uno de esos hombres le oí hablar algo semejante a lo que tú hablas, y le dije: ¿No veis que vuestra simiente de amor cae sobre piedras?, ¿no veis cómo los hombres se odian, se destrozan y se matan?

“¿Qué hacéis vosotros, un puñado de seres, viviendo en las húmedas grutas de la montaña, o bajo los árboles del bosque, amando y amando, si a nadie hacéis feliz con vuestro amor?”

“Y el Anciano Dakthylos que me oía, me llevó en pos de sí, entreabrió una espesa cortina de ramaje que cerraba un pasaje entre las escarpadas rocas, y me hizo mirar a un vallecito que se abría escondido a toda mirada exterior. Había un centenar de cabañas construidas de piedra blanca con techumbre de pizarra y en ellas una cantidad de niños y niñas, algunos adolescentes y otros jóvenes que formaban entre todos como un campo de rosales en flor.

“Las mujercitas, con túnicas rosadas y los varones azules, estaban en dos grandes agrupaciones, las unas bajo la tutela de unas viejecitas de cabellos blancos y de alma infantil; los otros bajo el cuidado de un Dakthylo, Anciano venerable, tan lleno de años como de piedad y de ternura.

“Las mujeres hilaban la lana y el lino; teñían telas de púrpura y hacían hermosos trabajos de nácar, de coral y de piedras preciosas. Los varones extraían trozos de piedra y bajo la dirección de los Dakthylos labraban hermosas formas de aves, de animales y luego formas humanas de una belleza incomparable.

“– ¿Qué hacéis con toda esta juventud? –le pregunté al Anciano que me guiaba.

“–Sembramos el Amor y la Belleza en estos seres arrancados a la orfandad, a la miseria, a la peste, al desamor y a la infamia de los mismos que les trajeron a la vida.

“– ¿Y por qué y para qué?...”

“– ¡Oh! –exclamó el viejecito–, este enjambre de mariposas azules y rosadas que ves, son el comienzo de un plantel de artistas que formarán al correr de los siglos, la civilización más pura e idealista que hayan visto estos continentes nuevos, desde que se hundió bajo los mares la perla del Atlante, Manh-Ethel, la ciudad de las puertas de oro.

“Formamos aquí una raza nueva, continuadora de la Escuela Antuliana, fuente de Sabiduría, de Arte, de Belleza y de Amor, como no la han conocido los hombres de estos tiempos.

“Y guiándome a otras cabañas apartadas de las anteriores por verdes

muros de pinos y de cipreses perfumados, de dicitamo y de laureles, pude ver matrimonios casi de adolescentes, con sus hermosos retoños que semejaban pimpollos de rosas que aún no han terminado de abrir.

“—Estas son las Cofradías, donde el primer deber de todo padre es esculpir la imagen de cada uno de sus hijos, —añadió el viejecito, haciéndome notar el bosquecillo de estatuas infantiles que adornaban el contorno de todas aquellas cabañas.

“Las jóvenes madres ensayaban cánticos a Adonis, como en su lengua llamaban al Ser Supremo, el eternamente bello, como eterno creador de la belleza, de la forma, del sonido, del color.

“¿No encontráis que estos Dakthylos se asemejaban a vuestro modo de hablar y de pensar?

Abel, que había escuchado en silencio esta descripción y que en su mente había tendido ya los hilos de esa fina red de oro de la evolución humana a través de los siglos, le contestó:

—Ellos forman el epílogo de una obra de cultura y redención humana que tuvo su grandiosa eflorescencia en una época ya muy lejana, mientras nosotros somos el preludio de otra obra de cultura y redención humana que ahora comienza.

“¡Dakthylos!... ¡Plasmadores de la Belleza Eterna soñada por Antulio!... ¡Kobdas!... ¡Forjadores del Amor soñado por Numú!... ¡Resplandores de la Verdad Eterna y de la Eterna Sabiduría que uno se enciende antes de que el otro se apague, para que las tinieblas no sean completas en esta tierra fermentada de odios y de dolor!

“¡Y no obstante de ser los Dakthylos como el eco dulce y sonoro del último compás de la sinfonía Antuliana, ellos serán los creadores, raíz y médula de una grandiosa civilización del porvenir que teniendo su cuna en Ática, en Eubea, en la Hélade soñadora y artista, llevará por toda la tierra, sus hermosos sueños de gloria, de belleza, de libertad, de altruismo!...

Abel y Helia-Mabi no sentían pasar las horas, abismados ambos como en vislumbrar lejanas visiones que parecían ir surgiendo entre oleadas de luz hacia el pasado y hacia el futuro.

También el lector habrá hecho su composición de lugar y no se sorprenderá de lo que ya casi está dicho y comprendido.

Ese Dakthylos, discípulo de Antulio, que agrupó en las montañas de aquel país un puñado de hombres enamorados de la belleza y del bien, fue con los siglos el gran legislador de la Grecia gloriosa de la historia antigua: Solón, el hombre justo y bueno, sin ambiciones y sin egoísmos que pudiendo ser un poderoso monarca prefirió ser un padre de los pueblos en medio de los cuales realizó esa etapa de su evolución.

Y nuestro hombre de las hojas secas, sintiendo el deleite espiritual de

Abel, que le escuchaba como sumergido en una contemplación interior, continuó desgranando las perlas negras y blancas de su vida errante y dolorosa, en la cual era como una pincelada de luz su pasaje por los vallecitos ocultos de los Dakthylos entre las montañas del Ática.

—Cuando en un valle no caben ya más cabañas y todo él ha sido plantado de olivos, higueras y vid, y el grano no alcanza a mantener a todos, un Dakthylo toma seis o siete familias de la Cofradía, arrancan una planta de viña y otra de olivo, toman pan, aceite y vino..., y fuego del hogar común, y en otro vallecito cercano encienden otro fuego alrededor del cual vivirá una nueva agrupación de familia alimentándose de los olivos, las viñas y los cereales traídos de la Cofradía madre, a la cual permanecen unidas por no sé que lazo misterioso que les hace creerse una misma cosa, aún cuando no vuelven a verse ni a mantener relaciones materiales.

A igual que Abel, recojamos los hilos de oro que se desprenden de la conversación sin ratiocinios aclaratorios, que hace Helia-Mabi, y que bastan a diseñar para nosotros el cuadro grandioso de una nueva faceta de la evolución humana, a través de la cual vemos la figura luminosa de Antulio, el Hombre Luz de la ciudad de las puertas de oro, dormida en el fondo de los mares con un sueño de muchos milenios de años.

¿Quién no reconocerá en la obra silenciosa y oscura de los ignorados Dakthylos del Ática prehistórica, los orígenes de la elevada y grandiosa civilización de la Grecia de Solón y de Pericles, en su altiva independencia, en su forma de concebir la fraternidad sin esclavitudes, la unión sin la fuerza, la grandeza sin las tiranías y la expansión por las conquistas, sin imponer yugo alguno a las regiones conquistadas, como si el fuego, el pan, el vino y el aceite del hogar madre fuera bastante para que viviera en unos y otros la idea fija de que eran un solo y único pueblo?

Abel continuaba soñando en un lejano futuro de la humanidad y nosotros siguiendo el hilo luminoso de su pensamiento decimos:

Sin los Kobdas, prolongación del alma y de la obra de Numú, y sin los Dakthylos, prolongación de la obra de Antulio, ¿dónde se habría encontrado la manifestación de la Verdad y del Amor, en los nuevos continentes, cuando Lemuria y Atlántida se hundieron en el no ser?

El hombre de las hojas secas sintiendo cada vez más intensa la irradiación de Abel, que como una inmensa ola lo invadía todo, al hacer revivir en ese instante sus grandes alianzas espirituales de siglos, empezó a llorar silenciosamente lo mismo que sus hijas, con las cuales se iba sumergiendo en un mundo diferente al que hasta entonces había conocido. Sintió como si su espíritu ensayara un cántico nuevo cuya resonancia le llegara de un punto muy lejano perdido en los espacios infinitos. Se encontró en Venus, la rosa encarnada de la inmensidad, en medio de un enjambre de seres desencarnados que pactaban la alianza de la redención

humana terrestre, al frente de la cual un gran ser, un Hombre Luz, un Hombre Amor, un Hombre Voz de Dios, Resplandor de lo Eterno, de lo Bello, de lo Divino, se hacía a la vela en los mares intangibles de la eternidad sin adioses, sin despedidas tristes y amargas y sólo diciendo a los que quedaban “¡Hasta luego!”. Y echaba anclas en la Tierra con todos los que a la voz del Amor habían querido emigrar con él a la conquista sublime de un ideal que sólo ellos comprendían. Y vióse a sí mismo, con un buril esculpiendo el duro mármol de las montañas de Ática, dándole formas de vida con impresiones de dolor, de dicha, de locura, de vértigo: era Fidias. Y se vio con una pluma de ave grabando en papiro imágenes dolientes y ansiosas que gemían en versos saturados de lágrimas y de gemidos, ansiedades profundas, nostálgicas quimeras que huían ante él como fugitivas luciérnagas cuando creía tenerlas aprisionadas entre sus manos: era Ovidio, el de las elegías como gotas de llanto sobre una tumba solitaria... Y se vio con un pincel, adolescente aún, esbozando en un lienzo rostros de mujer que copiaba de sus sueños, de sus correrías por su mundo de origen y los vaciaba en un muro en paneles, haciendo vivir en ellos sus lejanos amores, sus recuerdos pretéritos..., era Rafael Sanzio de Urbino.

Todo esto era un éxtasis de gloria.

Había también tinieblas en esa cadena de eslabones dorados: había negruras de crimen, rojas llamaradas de depravación y de vicio... Y en medio de toda esa enmarañada confusión de panoramas hermosos y de terribles abismos, se destacó una figura con nítida claridad:

Un joven despedazado por la lepra que iba a arrojarse desde lo alto de un peñasco al hondo abismo donde rugía un torrente.

“– ¿Qué haces?” –le preguntaba el Hombre Luz que seguido de sus discípulos atravesaba por aquel lugar.

“–La lepra y el hambre me acosan. ¡Nadie me quiere! ¡Malditos sean los hombres!...”

“– ¡Yo te quiero! ¡No maldigas! ¡Bendice siempre!”

Las aguas del Jordán lavaron sus llagas y la voz del Cristo refrescó su corazón.

Gustavo Bécquer el cantor de las golondrinas y de las blancas visiones impalpables, nos señala el último eslabón de la cadena de perlas negras y blancas que desgranaba al lado de Abel, el hombre de las hojas secas.

EL INTERROGANTE DE IBER

De tan dura condición es la vida en este planeta, que la felicidad de los unos es casi siempre a costa de la dicha ajena.

Tal ocurrió a Iber, el jovencito Kobda, hijo tercero de Shiva, el que encarnaba el espíritu heroico y magnánimo de Milcha, la abnegada y amante esclava favorita de la princesa Sophía de Otlana.

Desde que sus hermanas habían encontrado tan providencialmente a su padre, se vio entristecer a Iber y buscar el silencio y la soledad en las orillas del Éufrates, en los sitios menos frecuentados por los habitantes de aquel lugar.

Una interna lucha agitaba profundamente su espíritu, no obstante de buscar el sosiego en la repetida lectura de la Ley, que le enseñaba ampliamente la forma de encarar todos los acontecimientos que se interpusieran en su avance hacia la perfección.

Nada sabía del misterio de su vida, pero la llegada del hombre de las hojas secas, fue para él como un relámpago que ilumina de pronto la oscuridad de un abismo.

Amaba con amor compasivo y tierno a su madre, sumergida siempre en una melancolía sin acritud, y se resistía valientemente a la bajeza de juzgarla en lo que hay de más íntimo y sagrado para el corazón de un hijo respecto de la que le dio el ser.

Mandaba a su pensamiento quietarse en el olvido, más él, como inquieta mariposa, rondaba en torno de la siniestra llamarada en la cual se abraza y se consume.

Aldis, que tanto le amaba y que era el único de los Kobdas allí presentes que estaba en el secreto del nacimiento de Iber, no tardó en apercebirse del cambio que se había operado en el joven hijo de Shiva, que empezó a languidecer y a ponerse calenturiento hasta llegar al delirio, mientras dormía en la misma tienda del padre de Adamú.

Algunas frases entrecortadas de su delirio febril confirmaron las sospechas de Aldis, que con paternal ternura y arrodillado junto a su lecho, le despertó una noche decidido a triunfar de la penosa situación que acontecimientos no buscados ni previstos, habían creado en esa alma que le era tan tiernamente querida.

—Iber, hijo mío —le dijo enjugándole la frente empapada en sudor—, sé todo tu tormento y siento el chasquido de la tempestad que se ha desatado en tu espíritu. ¿No tendré la ventura de que confíes en mí, que tanto te amo?

El jovencito le miró con sus grandes ojos negros llenos de espanto. Una ráfaga de luz del reciente pasado cruzó por la mente de Aldis, que vio en aquellos ojos dolientes la franca y leal mirada de Milcha y ambos unieron sus cabezas, la una ya encanecida, la otra juvenil, ambas estremechadas por un intenso sollozo.

–Tu dolor es mi dolor..., alma fiel y amante, compañera del eterno viaje... –exclamó Aldis, sumergido como estaba su espíritu en la clara visión del pasado que aún vibraba en su mundo mental y emotivo.

– ¡Es tan espantoso mi secreto! –exclama a su vez el joven, sollozando amargamente.

Vueltos ambos a la serenidad y a la calma unos instantes después, Aldis refirió a Iber la dolorosa tragedia de su pobre madre, que ya conoce el lector en capítulos anteriores, y donde Iber pudo saber que Shiva tuvo dos esposos, bien que el último o sea su padre, le fue impuesto por la necesidad y no por el amor.

–Ahora que sabes –continuó diciendo Aldis–, por qué razón el padre de tus hermanas no es tu padre, sin que puedas hacer con justicia ningún reproche a tu madre, creo llegada la hora de revelarte algo que desde luego completará tu curación espiritual y material.

“Dios es la infinita Justicia y el infinito Amor para quienes viven conforme a su ley y cuando es llegado el momento, deshace de un soplo las obras perversas de los hombres.

“La maldad humana separó al padre de tus hermanas, de la esposa y de hijas que aún no habían llegado a la vida física y Dios acaba de unirlos de la manera casi maravillosa que has visto.

“La maldad humana arrancó del hogar paterno a tu madre y antes a su hermano mayor, sin que el uno ni el otro pudieran saber el rumbo que habían seguido sus vidas, como nadie puede saber el giro de las hojas secas que arrastra el vendaval por las planicies solitarias. Se encontraron sin reconocerse, pues no siendo hijos de una misma madre nunca se habían visto, lo cual es un caso por demás frecuente y común en los países en que es ley la poligamia.

“Cuando Shiva huyó de su lado, en el jardín aquel de las blancas torrecillas y de los lagos azules, aterrada ante el furor de él por haber descubierto el secreto de sus hijitas, tu padre Selyman, entró a llorar su desesperación en la torre vacía y solitaria que había dejado Shiva y encontró entre sus joyas y adornos el anillo igual que el suyo, que el anciano padre había dado a la niña como señal de reconocimiento para con su hermano mayor.

–Y, ¿qué hizo?, ¿adónde fue? –interrogó Iber ansiosamente.

–En las tierras cercanas al Mar Eritreo del Norte hay un monasterio Kobda, menos antiguo que el de Neghadá y entre ambos hay íntima

relación, pues nuestros hermanos viajan continuamente, como sabes, rescatando esclavos y prisioneros. Y así, a las treinta y siete lunas de haber tú nacido a la vida terrestre, nuestros Kobdas de aquel lejano Santuario vestían la túnica azulada al hermoso caballero de las torrecillas blancas y de los lagos serenos, porque no encontrando felicidad ni ventura en ninguna mujer más que en tu madre, a la cual la ley le impedía tener como esposa, consciente de que era su hermana, fue a buscar la paz de su espíritu bajo las bóvedas tranquilas de la Casa de Numú, y sabiendo ya que la mujer amada y tú estabais bajo la tutela de sus propios hermanos, los Kobdas de La Paz.

– ¿Y jamás podré verle?... –exclamó con honda amargura el jovencito–, pues demasiado comprendo que mi madre y él no desearán encontrarse.

–Verdaderamente, pero tú no estás en el mismo caso –respondió Aldis, satisfecho de encontrar una oportunidad de sembrar flores de alegría en el alma que tan amada le era.

– ¿Cómo? ¿Qué me queréis decir con eso?

–Que actualmente en la caverna del país de Ethea, donde Adamú y Evana pasaron su infancia y donde nació Abel, se ha instalado Selyman tu padre, con tres Kobdas muy ancianos que han pedido formar allí un pequeño refugio para esclavos fugitivos y para enfermos contagiosos.

La dicha y el asombro se pintaron en el expresivo rostro del joven Kobda.

– ¿Ves? –continuó Aldis–. ¿Cómo el Eterno Amor deshace de un soplo los abismos que abre ante los seres justos la maldad humana? ¿Ves cómo te va llevando a ti de la mano, sin que tú lo sepas, hacia donde está aquel que ama a Dios, y en Dios y según su Ley, te ama a ti inmensamente?

Iber no pudo contenerse más y en una explosión de llanto largamente contenido, se abrazó al cuello de Aldis que mezcló a aquellas lágrimas las suyas, silenciosas y dulces, impregnadas de toda la dicha y de toda la paz que acababa de derramar tan abundantemente en el alma compañera suya, el alma heroica y generosa de Milcha, aprisionada en esa hora en el cuerpo delicado y endeble del jovencito Kobda, hijo de Selyman y de Shiva.

– ¡Entonces le veré!..., ¡entonces le abrazaré! ¡Oh, qué hermoso es ver la claridad del cielo sereno después de una tempestad!... –exclamó Iber cuando se hubo tranquilizado.

–Y él te espera, porque sabe que caminamos hacia allá. El Amor Eterno le impulsó a él hacia el país de Ethea. El Amor Eterno te hizo salir a ti de La Paz en seguimiento de Abel, para que Selyman, siervo de Dios que sacrificó su amor humano y su posición y su dicha en aras del deber, no termine su vida terrestre sin ver ampliamente cumplida

la palabra de verdad: “El Amor es más fuerte que la muerte”; “El Amor es un mago divino que salva todos los abismos y hace brotar las flores hasta en las tumbas desiertas”.

– ¡Oh, el amor!..., ¡el amor, cantado por los Kobdas!... –exclamó Iber, como trasportado de improviso a un campo de luz y de flores–.

“¡Oh, el amor! ¡Suave como Dios y como Él, eterno! ¿Por qué los seres de esta tierra no lo comprenden ni lo buscan por su propia dicha y felicidad?

– ¡Aún es la noche, hijo mío, para esta humanidad terrestre y felices de nosotros que hemos podido vislumbrar, como por un resquicio, las claridades lejanas aún del amanecer!

La luz del alba empezó a filtrarse por las pequeñas aberturas en lo alto de la tienda en que esta escena se desarrollaba, y como suave cantar de alondra mañanera, el gemido de una lira comenzó a preludiar el “Himno del Amanecer”, con que el Kobda despertador anunciaba a sus hermanos la salida del Sol, que debía encontrarles a todos reunidos en la improvisada “Mansión de la Sombra” para la concentración matutina.

*¡Salve! luz de los cielos eterna,
Que siembras de rosas
El inmenso azul,
Y despliegas en tenue alborada
Tu clámide etérea
De nácar y tul!*

*¿Qué le dices al hombre terrestre,
Maga de los cielos
En los signos vivos
Que escribe tu dedo
Cuando asoma el sol?
“– ¡Que soy el heraldo del Eterno Amor!”*

*¿Qué le dices al rudo labriego
Que oculta en los surcos
De la madre tierra
El grano de trigo
Que se torna en pan?
“– ¡Que mi beso ardiente lo va a fecundar!”*

*¡Hada de los cielos!
¡Maga del espacio!...
¿Qué dices al hombre*

Que mata y que ríe
Sin que su alma tiemble
De espanto y de horror?
“– ¡Que soy el archivo sagrado de Dios!”

¿Qué dices al hombre
Que ausculta el espacio
Buscando en las ígneas
Rutas de los astros
El profundo arcano
Del que Siempre Fue?
“– ¡Que soy la serena mirada de Él!”

¡Luz de lo infinito!...
Luz de la alborada
Luz que resplandece radiante al cenit,
Luz que se diluye en lacias violetas
Cuando ya la tarde
Se esconde a dormir.

¿Qué dices al niño que ríe en la cuna
Y al hombre que goza de grande esplendor
Y a la madre que riega de llanto,
La tumba que al hijo
De tierra cubrió?
“– ¡A todos les canto la misma canción!”

¡Salve luz de los cielos, eterna
Hada misteriosa
Que todo lo sabes y todo lo ves!...
Dime tus visiones...
Dime tus leyendas
Esas que recoges
En los pabellones de ámbar y turquesas
De tu áureo dosel.
“– ¡El que las busca, las ve!”

¿Eres la infinita serena mirada?
¿Eres el heraldo del Eterno Amor?
¿Su beso fecundo que todo lo anima?
¿Espejo en que plasma tu aliento de maga
Con vivo color

*Todo lo que es vida
Cuanto es vibración?
¿Por qué copias el drama estupendo
De siglos y edades
Que en ronda gigante desfilan
Como exhalación?
“– ¡Porque todo es Hoy!”*

*Tienes el enigma insondable, eterno
¡Oh, divina maga de pupila audaz!...
Y si tú lo sabes, lo vives, lo sientes,
Y eres hada buena llena de piedad,
Dime tu secreto luz de la alborada,
Luz del medio día.
¡Luz de atardecer!...
Que si sólo un aliento de vida
Palpita en mi ser,
Oirás como un eco lejano,
Gemido o clamor
Que te dice: ¡Maga...
Dímelo al oído!...
Con tu voz sin ruido...
¿Cómo es Dios? ...
“– ¡Como tú, cuando vibres como Yo!”*

74

LOS CAÑAVERALES DEL ÉUFRATES

El gran río que nacía en las montañas de Manh, y que saltaba impetuosamente como un torrente desbordado en un cauce profundo, al llegar a las llanuras de Ethea y Ur Bau se tornaba en mansa y caudalosa corriente que permitía la formación de grandes islas de tierras de aluvión, ramas de árboles arrastrados por la corriente y sobre todo cañas de anchas y lustrosas hojas, que arrancadas por las fuertes crecidas del río, iban a formar en medio de sus aguas, espesos bosques de un verdor de esmeralda brillando al sol.

Abirón, encargado de las tiendas para cobijar a la numerosa prole angustiada y hambrienta que se habían creado los Kobdas misioneros, tuvo la idea de recurrir a los cañaverales del Río Grande para la construcción de cabañas más sólidas, y menos costosas que las tiendas de tejido de fibra vegetal que usaban para los viajes a largas distancias. Y

proveyéndose de grandes barcazas de cargamentos, se internó por las islas del Éufrates con su cuadrilla de jornaleros.

Esta circunstancia proporcionó ocasión a Kaíno y sus pérfidos consejeros, para tratar de apoderarse de la persona de Abel, sin levantar disturbios entre los súbditos de Alisan e Ismakú, aliados del Chalit del Nilo.

Las nuevas leyes de tolerancia y de amnistía, que estos dos príncipes habían promulgado a insinuación de Abel, habían motivado la vuelta a sus poblaciones de origen, de gran parte de los esclavos fugitivos y delincuentes prófugos que, por necesidad, se habían sumado a las tribus nómadas que habitaban las grandes islas del Éufrates y que reconocían por caudillo a Kaíno.

Sus magos y sus augures le habían dicho:

“¡Aitor! (* “hijo de la luna”, nombre con que designaban a sus reyes semidioses los pueblos vecinos del Cáucaso). Si no eliminas de tu camino al hombre de la Luz, su claridad matará la tuya y la noche eterna se hará para ti”.

Y los agentes de Kaíno puestos en acecho entre los espesos y gigantes bosques de cañaverales, se apoderaron de Abirón y sus hombres, y sin causarles daño; pero maniatados y vendados, fueron conducidos río arriba hasta la morada del Aitor, que estaba a un tercio de día de navegación, siempre costeando por entre el laberinto de islas.

Kaíno les recibió con toda la suntuosidad semisalvaje de su extraña soberanía.

Abirón se sintió invadido de una gran serenidad muy fuera de su costumbre y temperamento, pero era debido a que recordaba constantemente el aviso que en sueños le diera Senio, antes de salir de La Paz.

Miró a Kaíno con glacial indiferencia que casi ofendió al joven déspota, que por primera salutación le dijo:

– ¿Sabes que tu vida y la de tus hombres están en mi mano?

– Del mismo modo que está en mi mano, el servir o no de instrumento a tus deseos –le contestó serenamente Abirón.

– ¿Cómo? ¿Osas hacer tal parangón?

– Naturalmente; tú tienes mi vida en tu mano; yo tengo en la mía la satisfacción de tu deseo; luego estamos a igual altura.

Tal audacia agradó a los viejos y astutos consejeros de Kaíno que le dijeron:

– Este hombre merece ser el segundo después de ti, ¡oh, Aitor! porque no teme la muerte y aprisiona al vuelo la “mariposa roja”. (*Nombre que daban ellos a un pensamiento de exterminio de uno o más hombres).

– Muy bien, Abirón, te he hecho venir para proponerte lo siguiente: que me conduzcas sin tropiezo y sin peligro hasta la tienda de Abel porque deseo reconciliarme con él, o que le traigas a él aquí, con igual objeto.

“¿Cuál de ambas proposiciones juzgas más aceptable? Bien entendido que si Abel viene, vendrá sólo contigo, y que si yo voy, iré también sólo contigo.

Abirón pensó unos instantes y su ruda fisonomía pareció iluminarse de interior complacencia, recordando a Senio, cuyo amor le había redimido.

–En la isla vecina aquella en que está el templo de los sacerdotes Cuschitas, tengo un grande acopio de maderas y de cañas, y con este motivo acudo allí con frecuencia.

“Al pie de la más alta caña, donde verás una bandera blanca, estaré a la salida de la luna de aquí a diez días.

– ¿Estará contigo Abel?

–Naturalmente, puesto que es a él a quien buscas.

–Bien, bien –exclamó Kaíno satisfecho mirando a sus consejeros–. Dadle lo convenido.

Uno de aquellos viejos se acercó al hombrazo redimido de Senio, y le extendió un grueso trozo de caña forrado de piel de serpiente, con cerraduras de cobre en ambos extremos.

–Está llena de piedras preciosas y te devuelvo diez veces el valor de las esmeraldas que quité de tu cabaña y con las cuales conquisté mi poderío actual.

–Ahora no quiero nada –contestó el obsequiado–. Recibiré tu don cuando haya cumplido el pacto que hemos formado.

–Es que entonces no será una caña llena de piedras preciosas, sino la mitad de mis dominios, que te pertenecerá.

Muchas miradas inquisidoras se clavaron en el rostro de Abirón, espionando un asomo de codicia en él, mas no encontraron sino un rostro que parecía de granito, incapaz de expresión alguna.

– ¿Sabes que si me engañas lo pagarás con tu vida? –volvió a preguntar algo inquieto Kaíno.

– ¡Oh!... ¡Eso ya está resuelto hace rato! –contestó el interpelado.

–Déjame en rehenes seis de tus hombres que te devolveré cuando me hayas cumplido tu palabra.

–Pues será un rehén despreciable, pues si yo quisiera engañarte, nada pierdo en esos jornaleros, que lo mismo ellos que otros, me sirven si les pago.

Esta fría indiferencia de Abirón trastornaba a Kaíno, impetuoso y violento.

Fueron nuevamente sujetos y vendados conducidos al mismo sitio de donde fueron tomados.

Cuando llegaron al campamento de los Kobdas, todo era quietud y silencio. Sólo en la tienda de Aldis ardía el velón, a cuyo resplandor

vio Abirón que Iber grababa sobre una plancha de cera, mientras Aldis concentrado profundamente cerca de él, aparecía inmóvil como una estatua de piedra.

Cuando el jovencito concluyó su tarea, Abirón llamó suavemente y entró. Aldis leyó de una ojeada el grabado de Iber y dijo al recién llegado:

–Traes mensaje de muerte; mas la Ley Divina marca la vida, y la vida será. Mira.

En la plancha de cera, el jovencito psicógrafo había estampado con su punzón, en la forma que usaban las almas errantes de Dios para comunicarse con sus hermanos encarnados en el plano físico: un hacha, indicación de muerte violenta; después el nombre de Abel; al cual seguía una víbora de dos cabezas, figuras con que en el lenguaje usado por los Kobdas para todos sus grabados significaban las manifestaciones de las malas artes mágicas; luego una corona. Y Aldis, avezado en este lenguaje oculto leyó con gran facilidad:

–“Pretende asesinar a Abel una persona de poder, que obra por instigación de magos negros”.

Pero el grabado continuaba. Había un ojo muy abierto, seguido de una palma formada de muchas hojas, después una lanza y finalmente un arco en tensión y debajo una flor de loto.

Y Aldis continuó leyendo:

–“La vigilancia divina, la unión de la amistad sincera, que forma la fuerza espiritual, ofrecerán dura resistencia al mal, que será vencido por la paz y el amor”.

Leyendo nosotros juntamente con Aldis el extraño jeroglífico grabado por Iber, interpretamos que el ojo significaba la vigilancia divina; la palma de muchas hojas, la unión de la verdadera amistad; la lanza, la fuerza espiritual; el arco en tensión, la resistencia; y el loto, la paz y el amor que de nuevo reinaría una vez vencidas las fuerzas del mal.

Abirón quedó asombrado de lo que veía, y acto seguido refirió cuanto le había ocurrido en los enmarañados cañaverales del Éufrates.

–De aquí a tres días –le dijo Aldis–, ya será visible para Kaíno la derrota que ya está plasmada en el pensamiento divino. Vete a descansar que mañana hablaremos.

Cuando Abirón se tendía en su lecho de heno y pieles, vio su cabaña iluminada por un tenue resplandor, en medio del cual el rostro de Senio, iluminado de felicidad le hizo comprender como por un reflejo de ideas, estas palabras:

“Antes de cincuenta auroras estaré de nuevo en el plano físico. Tu fidelidad de esta hora borró la aspereza de tu ley que encadenaba tus facultades espirituales. Un nuevo sendero se abre para ti. Síguelo que

encontraras a Dios". Y la visión desapareció, dejando al hombre de granito inundado en lágrimas de dulce y suave emoción como nunca lo había experimentado en su vida.

Cuando al amanecer cantaban los Kobdas el himno acostumbrado, Abirón tenía ya construidas varias docenas de lanzas y cada lanza en el puño de un cuschita de largas trenzas, dispuestos a amurallar en triples filas el campamento de los Kobdas para resistir a la embestida que esperaba de Kaíno.

– ¿En vez de cabañas construyes lanzas? –le preguntaba el Kobda despertador cuando concluyó el grandioso himno del amanecer.

–Guerra..., guerra... –rugía como un león el hombrazo que demostraba haber centuplicado sus fuerzas.

– ¡La paz sea contigo, Abirón! –dijo de pronto la voz dulce y suave de Abel, que salió de una cabaña de tierra y ramas secas, que apenas se levantaba cuatro codos del piso cubierto de húmeda hierba.

La mirada diáfana y tierna del Hombre Luz, del Hombre Amor, del Hombre Paz, pareció penetrar en el mundo mental de Abirón que viéndose culpable en su afán de venganza y exterminio, soltó el hacha y la caña que labraba mientras, excusándose, decía:

– ¿No es justa la guerra por salvar nuestra vida?

–La paz sea contigo, Abirón –volvió a decirle Abel mientras cubría con su manto de abrigo, a un niño que llevaba en brazos, cuya madre acababa de expirar en la pequeña choza de ramas, dejando a su hijito de pocos días en la más completa orfandad.

– ¿Qué hacéis niño..., qué hacéis?, –preguntóle alarmado, Abirón–. ¿Recogéis del arroyo otro Kaíno, acaso más desleal y traidor que el primero?

–Kaíno..., Kaíno –murmuró Abel caminando hacia su tienda–. Toda la humanidad terrestre es Kaíno, y el Altísimo derrama sobre ella los rayos de su sol y las dulzuras de su lluvia.

Abirón se dejó caer como vencido por una fuerza irresistible, entre el verde ramaje de las cañas que había cortado para armar centenares de lanceros que ensartaran como a serpientes venenosas a Kaíno y sus secuaces.

Y Abel, sentado en una raíz de cedro, a la puerta de su tienda, mecía en sus rodillas al huerfanito que gemía, y recordando los cantares de su madre, la dulce Evana, susurraba a media voz:

*Ríe, niño, ríe,
Que asoma ya el sol,
Trayendo a tus ojos
El beso de Dios.*

LOS DOS SANTUARIOS

Viendo los Kobdas de la misión que Helia-Mabi había dejado de ser el hombre de las hojas secas, para transformarse en el hombre de la esperanza y de la fe, y que su espíritu se abría de nuevo a la vida y al amor como en una eflorescencia de primavera, resolvieron enviarle a La Paz con sus dos hijas, y aprovecharon el regreso de una caravana que hacía viajes continuos de transporte de mercancías desde el Maharati hasta Babel.

– ¿Conque así dais por terminada nuestra misión? –preguntaba Mabi entre pesarosa y risueña, en medio de la Asamblea de sus hermanos, que sin consultarlas acababan de tomar tal resolución.

– Sí, hija mía, sí –respondióle Aldis–, es necesario que así sea. Vosotras no podéis continuar el penoso viaje que vamos a reanudar dentro de breves días. Además, es la hora de que demostréis que sois de verdad mujeres Kobdas, prontas a sacrificar la propia voluntad cuando elevados intereses así lo reclaman.

Las dos hermanas buscaron con la mirada, el sereno rostro de Abel, en el cual solían encontrar siempre la respuesta a esas internas contrariedades, que tan frecuentemente se levantan en los espíritus vehementes y sensitivos. Y Abel adivinando en aquellos ojos entristecidos la contestación que buscaban, se acercó a ellas para que sin rebeldía y sin dolor aceptasen la resolución.

– Yo os agradezco infinitamente vuestro amor y vuestra solicitud –les dijo–, mas para que sea ello perfecto ante Dios, no debe ofuscar vuestra mente en forma que olvidéis el largo y penoso sufrir de vuestro padre, que al perder todo cuanto amaba en la vida se sumergió en la negrura de un desequilibrio mental, del cual acaba de salir mediante los esfuerzos conjuntos de nuestro amor en torno suyo. Si la Ley Divina ha dado ya por terminada su dura prueba, no queráis vosotros prolongarla por daros una satisfacción innecesaria.

“Además, para quienes hemos aprendido a salvar tiempo y distancias, mediante las actividades espirituales que la Eterna Ley permite y concede a quienes se le consagran por completo, bien sabéis que vosotras en La Paz y yo continuando mi viaje, estamos unidos en el aura maravillosa de amor que nos envuelve a todos, como un dulce velo materno empapado de promesas y de caricias.

– Haremos como lo habéis dispuesto –contestaron por fin las dos hermanas, convencidas de que así debían hacerlo.

– ¿Sin disgusto y sin violencia? –volvió a preguntar Abel, como si en su exquisita sensibilidad sintiera el rasguño de una espina. Ambas comprendieron esto y sobreponiéndose a sí mismas contestaron casi a una voz:

–Estamos contentas de hacer lo que vosotros queréis.

Y pocas horas después Helia-Mabi y sus hijas, cómodamente sentados bajo un dosel en el ancho lomo de un elefante, tornaban hacia La Paz, no sin volver muchas veces la vista atrás para mirar a Abel y los demás Kobdas que agitando ramas de palmeras, las despedían hasta que un recodo del camino las ocultó de su vista.

La noche anterior, o sea cuando los Kobdas misioneros resolvían el regreso de las hijas de Shiva con su padre; en el Santuario de mujeres Kobdas, vecino al Pabellón de la Reina, las que se quedaron de turno entre las cuales se hallaba Shiva, vieron en un momento de clarividencia la escena aquella que se realizaba en la pradera de Babel, cuando Abel en medio de sus hermanos convencía a Helia y Mabi de volver a La Paz. Y antes de que se esfumara tal videncia, apareció en penumbra el rostro grave y envejecido del hombre de las hojas secas.

Una gran alarma sacudió el alma de Shiva que creyó reconocer en aquel rostro al único hombre a quien había amado en su vida. Se oprimió la frente con ambas manos, como queriendo sustraerse a una pesadilla que turbaba sus horas de intensa elevación espiritual.

Todas comprendieron que aquello era anuncio de algo que se relacionaba con Shiva y sus hijas, y que debía ocurrir dentro de muy breve tiempo.

La Kobda cronista, según la vieja costumbre, escribió en la hoja de papiro de ese día, la clarividencia del turno de esa noche y lo colocó en el pórtico de entrada a la Mansión de la Sombra, donde permanecía durante varios días hasta que se hubiesen tomado las anotaciones y resoluciones convenientes.

Bohindra y Ada llamaron a Shiva, pues un mensajero llegó antes que la caravana a los efectos de que no se cerrasen las puertas externas del anchuroso parque, pues debían llegar después de la puesta del sol.

–Shiva –le dijo Bohindra–, si el Altísimo cambiara de pronto el rumbo de tu vida, ¿serías feliz con ello?

Aquella pobre alma habituada a devorar en silencio todo dolor, se estremeció de sobresalto, de angustia, de zozobra y apenas tuvo fuerzas para preguntar.

– ¿Y no es en mí una locura hablar de felicidad? Si es que os referís a la dicha humana, en que hace mucho tiempo dejé de soñar.

–No, Shiva; no es locura cuando la Voluntad Divina se manifiesta en acontecimientos que tú no has buscado.

“Helia-Mabi, el padre de tus hijas vive, y juntamente con ellas se acerca a La Paz.

Una palidez de muerte cubrió el hermoso rostro de aquella mujer que hacía inauditos esfuerzos por aparecer serena.

Bohindra y Ada comprendieron todo cuanto pasó como un torbellino, por lo hondo de aquel espíritu tan torturado por toda especie de angustias, casi desde la niñez.

Ada se le acercó, llena de amor y de ternura para decirle:

–No temas al amor si vuelve a florecer para ti, pobre Shiva; antes bien, recoge con alegría las flores que te brinda, y bendice al Altísimo, que de nuevo las derrama en tu camino.

Shiva callaba.

–Alma empapada de soledad y de silencio –exclamó Bohindra, abismado en la belleza que su alma de Kobda extraía del fondo de aquel ser, que tanto sentía y que tan pocas veces hablaba–. El Amor Eterno te devuelve al corazón de aquel hombre, que por alianza de siglos está unido a ti con lazos que ni tú ni él podéis romper, que los hombres no pueden romper, que la maldad humana no ha podido desatar.

“El santuario de la familia es también un santuario de amor y como libre fuiste para vestir la túnica azulada, lo eres también para dejarla en obsequio al que llega, cansado de buscarte y ya en el ocaso de su vida, más terrible y angustiosa, si cabe, que la tuya.

Shiva sintióse como atolondrada ante el panorama desconocido, jamás soñado, de un hogar con paz, con sosiego, con amor.

– ¡Helia-Mabi!..., ¡la túnica azulada!, ¡las mujeres Kobdas!... –exclamaba como reuniendo todo lo que tales ideas encerraban para ella–. ¿Cómo reunir todo eso aquí, dentro de este pequeño corazón? –dijo por fin como en un clamor que hubiera estado largamente contenido.

– ¡Shiva! El amor es un mago divino que salva todos los abismos –díjole el Kobda-Rey comprendiendo la tempestad que se había levantado en aquel herido corazón–.

“¿No me ves a mí al lado de Ada, vistiendo ambos la túnica azulada?

Por el rostro melancólico de Shiva pareció cruzar como en danza fugitiva el hada azul de la esperanza, más de pronto se puso lívida y cual si una visión de espanto hubiera aparecido ante ella, se cubrió el rostro con ambas manos y cayendo a los pies de Ada y Bohindra como herida por un rayo, murmuraba en una queja desesperada:

– ¡No puede ser!..., ¡dejadme!..., ¡no puede ser!... ¡Iber!... ¡Selyman!... ¡No puede ser!... ¡No, nunca!... ¡Jamás! Yo debo estar muerta a todos los afectos humanos... ¡A todos!

Ada estrechó contra su corazón aquella cabeza sacudida por los sollozos, mientras le decía:

– ¡Shiva! ¡Shiva!, vuelve en ti y no pronuncien tus labios frases que así lastiman tu propio corazón.

– ¡El amor es el mago divino que salva todos los abismos! –volvió a repetir con su voz musical Bohindra–.

“¡Shiva! ¿No has pensado en que vives entre los Kobdas que han hecho del amor su primera ley, y que viven la vida terrestre nada más que para derramar la paz y el amor sobre todos los seres?”

“¿No sabes ya que Selyman es un Kobda y que Iber, tu hijo, lo es también? ¿No has pensado en que el amor habló en el fondo de sus corazones, para poner bien en claro los derechos y deberes de cada uno de vosotros, tales y como son ante la Eterna Ley, no tales y como son ante las pasiones humanas?”

“El Eterno Amor llenó de paz y de armonía el alma de Selyman, que hoy no es para ti más que tu hermano que sólo desea tu felicidad y el amor de su hijo. Y tu hijo camina hacia él, bendiciéndote en tu inmolación y en tu sacrificio para traerle a la vida terrestre, en la ventajosa situación espiritual en que se encuentra.

“El Altísimo tiene para los seres, caminos inexplorados, desconocidos, insospechados.

“Ciegos e inconscientes casi siempre, los seres de esta tierra nos aventuramos en juicios erróneos y disparatados, con visos de moral que en el fondo no es sino hipocresía, egoísmo, tiranía despótica y arbitraria.

“Bien veo, Shiva, que te lastima el recuerdo de que fuiste durante diez y ocho lunas la esposa de tu hermano sin saberlo; pero, ¿has pensado acaso en lo que hubiera sido de ti en aquella hora, si él no te hubiese tomado bajo su amparo, como a una de sus esposas?”

“Vuela más alto, Shiva, y piensa que antes que materia frágil y mudable, somos espíritus de inmortales destinos, que al venir a la vida buscamos la alianza espiritual con almas que nos son gemelas y adaptables a los fines que nos traen a la vida física.

“Además, debes tener presente que hay aún muchos países en los cuales está permitida la unión conyugal entre seres que, reconociendo un mismo padre, tienen madres diferentes, resabios de la antigua civilización lemuriana en los siglos de su decadencia, en que las mujeres esposas eran como un rebaño numeroso en torno de cada varón. El hundimiento de grandes minas, principal actividad de aquel continente, había sepultado millares de hombres, quedando las vastas ciudades y los campos inmensos sólo poblados de mujeres y de niños, y de este acontecimiento, repetido a intervalos durante más de dos siglos, surgió la multiplicidad de esposas llevada hasta la mayor exageración que han visto los tiempos...

“Piensa que tus dos hijas e Iber, son almas de mucho arrastre, y que te

habían escogido a ti para madre, por leyes de afinidad, de conjunciones astrales y planetarias, que muy poco tenemos de ordinario en cuenta los encarnados. La maldad humana alejó a tu esposo de tu lado, cuando Iber ya había planeado en el mundo astral su vuelta a la vida física, que no podía retardar por mucho tiempo. Ante tal obstáculo, ¿podía ese espíritu dejar frustrada su obra? ¿Podía empujarte a ti hacia un ser cualquiera, sin condiciones espirituales ni aún materiales que contribuyeran después a la vida que él venía a realizar, en la magna misión redentora del Verbo de Dios?

“Ante tan elevados y nobles ideales, Shiva, ¿qué son, dime, las mezquinas moralejas de las leyes humanas, basadas casi siempre en el egoísmo, en la estrechez de miras y en intereses creados tan sólo por conveniencias materiales?

Ante tales razonamientos la frente de Shiva se fue serenando lentamente hasta que el Kobda Rey concluyó por decirle, para coronar su bella obra de paz y de amor, en torno a aquel espíritu sacudido por tan recia tempestad

–Vuelve a tu santuario, Shiva; sumérgete en la Divinidad de la cual has salido y a la cual has de volver y allá escucharás la palabra que te marque el camino a seguir.

“¡No olvides que Helia-Mabi ha gastado toda su vida en buscarte, y que si el Altísimo le permite encontrarte de nuevo, en el ocaso de su vida, será para que el mismo amor, más puro y sublime, más radiante y excelso, ilumine otra vez vuestras vidas como un sol de atardecer, cuando la luna está en creciente, en que ambas claridades se confunden para impedir las tinieblas!...

“¿Me has comprendido, Shiva?

–Os he comprendido, Kobda-Rey, os he comprendido –exclamó aquella mujer que parecía salir de una tumba, como al impulso de una resurrección–.

“¡Tenéis la magia del consuelo en la palabra!... ¡Benditos sean vuestros labios, que sólo se abren para cantar!...

Ada y Bohindra le tendieron sus manos, según la costumbre, y Shiva acercó a ellas su frente rejuvenecida.

En aquel corazón que sonreía, acababa de abrirse otro santuario, el de un nuevo hogar que como el de Adamú y Evana, florecería a la sombra del árbol gigantesco de la sabiduría de los Kobdas.

ROSAS DEL ATARDECER

Buscando siempre la soledad y el silencio, Shiva acostumbraba hilar el algodón o la lana en un jardincillo apartado, que se abría como una verde canastilla hacia atrás del Pabellón de la Reina, al cual estaba unido, como se sabe, el Santuario de las mujeres Kobdas.

Había allí grandes rosales de Irania su tierra natal, que extendían sus verdes pabellones salpicados de rosas blancas y encarnadas, junto a un pequeño lago circundado de pedruscos que habíase formado por un pequeño acueducto abierto desde el arroyo Chatel Hareb, que Senio había bautizado de “Lago Evana”.

Removiendo piedrecillas y añadiendo otras, durante todos los años que Shiva habitaba en el Pabellón y en el Santuario, había conseguido dar al pequeño estanque más o menos la forma y apariencia que recordaba al gran Lago Urán que se abría al pie de las grandes montañas que dividían su país del país de Sogdian.

Había nacido en la orilla de aquel pequeño mar y al pie de aquellos montes gigantescos, y su alma que vivía del recuerdo, se encontraba más quieta y serena en aquel delicioso rincón donde las remembranzas parecían cantar una canción que sólo ella escuchaba.

Esta predilección de Shiva hizo que Ada y Evana dijeran un día: –Llamemos a este jardincillo sin nombre “El Jardín de Shiva”, ya que ella es su más asidua visitante y la que con tanto amor lo cultivaba.

Todo el valle del Lago Urán había sido del dominio de su padre, pero ella sólo recordaba la cabaña labrada en la falda del monte Zagros donde pasó al lado de su padre, ya despojado, los años de su infancia. Y amontonando piedras y troncos había formado una cabaña imitación de aquella, donde ella abandonándose a veces a sus dulces recuerdos evocaba la memoria de su padre, sentado sobre una piedra junto al hogar, mientras ella le escuchaba la historia cien veces repetida: “–Todo este valle lo llenaban mis ovejas, mis camellos, mis elefantes, y toda la falda de esta montaña hasta la orilla del lago se iluminaba al anochecer con los fuegos del hogar de mi pueblo, que era numeroso y fiel; mientras mis graneros y mis ganados le aseguraban la manutención. Mas, cuando el anciano Aranzán fue prisionero y despojado, los que le habían servido gritaban: “Que roa las piedras, viejo loco, ya que no fue capaz de oponerse al extranjero”.

“Vive y muere en esta caverna, hija mía, donde las piedras te darán mas bien el pan, antes que los hombres, egoístas, perversos, engendros de los genios del mal”.

Después recordaba Shiva, como en confirmación de las palabras de su padre, el torbellino de furias que la arrebató de la cabaña después de ver morir acribillado a lanzazos a su anciano progenitor; y al igual que lo hiciera “el hombre de las hojas secas”, desgranaba también ella en el plano de cristal de sus recuerdos las perlas negras y blancas de su azarosa existencia hasta el momento iluminado con claridades de aurora, en que los Kobdas la habían recogido llevando como único tesoro sus dos hijitas desnudas, entre sus brazos sin fuerzas.

Y las madejas de algodón o de lana iban surgiendo blancas y suaves de entre los dedos de Shiva, que parecían moverse más rápidamente aún que sus pensamientos tumultuosos, como fantástica danza de seres alados que risueños o malignos rondaban en torno de ella, idevorando las horas, los días, los años!...

Allí fue a encontrarla Helia-Mabi con sus hijas, después que el Kobda-Rey, con la magia de su palabra saturada de amor, le había hecho contemplar la situación, a través del único prisma que se le haría ver con los colores bellos y diáfanos del amanecer.

–Si sabiendo ya lo que sabes –le había dicho Bohindra, abriendo la puerta que conducía al jardincillo de Shiva, eres capaz de permanecer junto a ella sin causarle amargura ni pesar, entra, Helia-Mabi. Mas, si las leyes y egoísmos humanos aún tienen poder sobre ti, vuélvete atrás, porque serías criminal si sobre viejas heridas que aún sangran, abrieras otras nuevas en ese espíritu que a costa de heroicas inmolaciones, va subiendo la montaña de su purificación.

Helia-Mabi no habló, pero sin detenerse, entró. Sus dos hijas le acompañaron hasta ponerle en un pequeño senderito bordeado por ambas partes de laureles y de mirtos que iba a terminar en la pequeña cabaña junto al estanque.

–Allí la encontrarás hilando. Que la paz sea contigo, padre. –Y ambas se encaminaron al santuario donde el Consejo las esperaba para la ceremonia de la reincorporación en su seno, según se acostumbraba con todos los individuos de la institución que habían realizado misiones al exterior.

Era sencillamente una tierna manifestación de amor fraternal, consistente en cánticos, en aspersiones de aguas puras vitalizadas, en poner sobre las cabezas las manos irradiando todo lo que de grande y bello puede transmitir un ser sobre otro ser.

–Mi corazón te esperó tanto tiempo..., que murió esperándote... –murmuró Shiva cuando Helia-Mabi se detuvo a la puerta de la cabaña.

El hombre de las hojas secas no pudo articular palabra y cayendo de rodillas a los pies de Shiva, reposó su frente sobre las blancas madejas de lana que ella tenía en su regazo.

Shiva dejó el huso y continuó haciendo el movimiento maquina y como autómeta de retorcer la lana, pero en los cabellos ya grises de aquella cabeza apoyada sobre sus rodillas.

¡Oh!... ¡Qué fantástica danza de recuerdos y de pensamientos iluminaban y oscurecían el aura de la cabaña junto al estanque, donde tendían sus pabellones de verdor los rosales de Irania!

Aquel silencio cantaba, hablaba, reía, lloraba.

– ¡Shiva! ¡Shiva! –dijo por fin Helia-Mabi–, ¡las olas de todos los ríos, las piedras de todos los montes de este continente, las costas del Mar Grande han aprendido de memoria tu nombre, tanto es lo que te he llamado!... ¿Dónde está el Dios del Amor, que así huyó y se ocultó para nosotros?...

La pequeña mano de Shiva se posó con suavidad de pétalo sobre aquellos labios angustiosos que tan amargamente se quejaban.

– ¡Calla, Helia-Mabi, que ofendes al Dios del Amor! ¿No le ves acaso en este momento flotar como un arrebol, sobre estas aguas serenas en que se reflejan los rosales en flor de nuestra tierra? Si él no viviera en nosotros mismos, ¿estarías tú ahora junto a mí, como estás?

Una fresca ráfaga de viento que siempre soplaba al atardecer, agitó las ramas de los rosales, cuyos pétalos blancos y encarnados caían como una lluvia sobre las aguas tranquilas y sobre la techumbre de hojas de palmera de la cabaña.

– ¡Rosas del atardecer!... ¡Rosas de la montaña de Irania!.. –exclamaba Helia-Mabi, recogiendo con amor aquellos suaves pétalos que le acariciaban al caer–. Si los rosales reviven y se renuevan como los hombres, Shiva..., ¿serán estas rosas las mismas que perfumaban tus cabellos bajo el cielo terso y radiante de Susiana, cuando al despedirme de ti para ir a buscar el precio de tu rescate, dejaba un beso en tu frente mientras te decía: “espérame que volveré para comprar tu libertad, aunque deba sacar el rescate de las entrañas de la tierra o del fondo del mar?...” ¿Serán las mismas?

–Puede que sean las mismas –respondía Shiva–, las que acariciaron nuestro amanecer y éstas que ahora deshojan sus pétalos al impulso del viento en el atardecer de nuestra vida.

– ¡Rosas..., rosas de Irania que escuchasteis los idilios de amor de nuestra juventud y bebisteis nuestras lágrimas y escuchasteis nuestras quejas y espiasteis los ocultos pensamientos que a distancia volaban del uno hacia el otro, sin sospechar siquiera donde nos encontrábamos!... –Exclamaba de nuevo el hombre de las hojas secas, recogiendo a puñados los dulces pétalos que continuaban cayendo..., ¡cayendo como perlas blancas y rojas desgranadas desde los cielos por sílfides invisibles!–.

“¡No sois acaso tan lozanas como aquellas..., pero también aprenderéis

nuestros nombres y alfombraréis de nuevo nuestro camino, y volveréis a escuchar nuestras confidencias, rosas del atardecer!...

Bohindra había dicho verdad, había dicho la gran palabra, la sabia palabra, cimiento y corona de toda la sabiduría Kobda:

“¡El Amor es el Mago Divino que salva todos los abismos!”

77

NUM-MAKI

Tal fue el nombre que en la época neolítica se dio a la región que la historia antigua ha llamado Media o Elam y que está situada entre el Mar Caspio y la inmensa mole de los Montes Zagros.

Num-Maki, significaba País de Numú, en la lengua de los Matcha, que era la raza que por entonces la habitaba y tal nombre fue dado a aquella comarca por Helia-Mabi y Shiva, cuando las vueltas y revueltas de la vida les devolvieron el valle aquel en que el anciano Aranzán había visto caminar en manadas sus camellos y sus elefantes, y el horizonte de sus noches iluminado por el resplandor de millares de fuegos en que cocían sus alimentos sus pueblos y servidores.

Aunque tarde a veces, los pueblos hacen justicia a los hombres que de verdad les amaron, y los matchas, habituados a la autoridad suave y paternal de Aranzán no sufrieron largo tiempo el yugo pesado y duro de los caudillos gomerianos que los habían esclavizado. Arrojadados del territorio los invasores, supieron por los Kobdas de las orillas del Mar del Norte (*Mar Caspio), dónde se había retirado Selyman, y que la hija de Aranzán se encontraba en las orillas del Éufrates, con su marido y sus hijas.

Los ancianos de la comarca dividieron su territorio en dos porciones iguales, costaneras ambas del gran Lago Urán; la una para Selyman y la otra para Shiva.

Mas como el primero había comenzado su actividad misionera en el país de Ethea a la cual se dedicó con grande ardor, renunció en favor de su hermana y de sus hijas todos sus derechos, pidiendo únicamente que aquel país que le habían adjudicado, fuese llamado Num-Maki, “País de Numú”, y que se adoptase en él, la ley dada por los Kobdas a los pueblos de la Alianza del Éufrates y el Nilo. Y Shiva, la pobre Shiva que hemos visto arrastrarse por el suelo como una larva, como un harapo de humanidad, fue consagrada Reina Kobda, con el nombre que según su lengua y costumbres quiso darle su pueblo que la reclamaba: Suisini-Manh Shiva, que significaba: Divina-Madre Shiva. Al correr de los siglos el nombre de Shiva ha pasado a la categoría de divinidad que

han adorado diversos pueblos en las inmediaciones de aquellos países; divinidad que aún ahora tiene cultores entre algunas razas de la India occidental.

Los dulces y místicos Chiítas de la Persia actual parece que conservaran vibrando aún en sus canciones, en sus poemas clásicos, en sus antiguas leyendas y tradiciones algo del perfume del alma Kobda, que en el atardecer de su vida física fue a derramar en los valles del Lago Urán el amor, la paz, la fraternidad y toda esa pureza de sentimientos que constituía la esencia de la sabiduría de los hijos de Numú.

–El Eterno Amor te manda de nuevo Shiva, a tu país natal –le dijo Bohindra al despedirles en la inmensa explanada que se abría ante el pórtico de La Paz–. No olvides jamás que eres una paloma mensajera de la Divina Ley cerca de aquellos pueblos, que en la nueva eflorescencia de tu amor verán el rayo de luz que los guiará a sus altos destinos.

Para que Shiva se resignase a esta partida que necesariamente debía ser por largo tiempo, el Alto Consejo envió juntamente con ellos, dos Kobdas de edad madura, hombres experimentados en dirigir multitudes, y cuatro mujeres Kobdas que años atrás habían venido de aquel mismo país. Tal fue el Consejo de Gobierno que los Kobdas de La Paz dieron a la paloma mensajera de la Ley Divina, que emprendía su vuelo desde La Paz hacia el otro lado de la cadena de los montes Zagros.

Antes de que la enorme barca en que se disponían atravesar el Éufrates cortara amarras, Shiva y Helia-Mabi preguntaron a Bohindra, que con Ada, Adamú y Evana y las dos hijas de aquellos los habían acompañado:

– ¿Nos recibiréis con tanto amor si tornamos algún día a vosotros?

–La Paz será siempre vuestro hogar mientras los Kobdas del Éufrates no olviden lo que son en medio de los pueblos.

Helia-Mabi y Shiva extendieron sus manos sobre sus dos hijas que les vieron partir sin dolor, porque la felicidad de aquellos dos seres que el Eterno Amor acababa de reunir, parecía reflejarse en todos cuantos conocían la dolorosa tragedia de aquellas vidas, azotadas por el infortunio durante tantos y tantos años.

Dado el temperamento retraído y silencioso de Shiva, sus dos hijas habían crecido más como hijas de Adamú y Evana que de aquella que les trajera a la vida, sin contar con que la alianza espiritual de Joheván y Sophía, o sea Mabi y Helia, era más antigua y estrecha con Evana que con su madre carnal de esta hora.

Para los hijos de Numú, grandes cultores del espíritu, se realizaban estas separaciones materiales sin esfuerzos y sin angustia, sin marchitar la exhuberancia de los afectos puros de familia, grandeza que jamás han podido imitar las instituciones monásticas modernas, basadas en

el desprecio de las leyes naturales y en una moral estrecha, mezquina y rígida, cristalizada en dogmas y en leyes que anulando la voluntad, la razón y el libre albedrío, hacen del espíritu humano una lámpara artificial de luz mortecina en vez de resplandor de estrella que sirve de norte y guía a los viajeros. Mientras esto ocurría en La Paz, los Kobdas misioneros continuaban el viaje hacia el país de Ethea, donde Iber y Selyman, estrecharían otra alianza de amor de muchos siglos, que como la de Shiva y Helia-Mabi debía dar flores y frutos en abundancia para la magna civilización que comenzaba.

78

EL REINO DE BAU

A medida que nuestros misioneros avanzaban hacia el norte, las costumbres de los habitantes eran menos encuadradas dentro de la Ley de la Gran Alianza del Éufrates y el Nilo, debido en parte a la dificultad para las comunicaciones de unos pueblos con otros.

Podía notarse, no obstante, más ignorancia que maldad, lo cual hacía propicio el ambiente para una gran renovación.

– Somos sembradores de paz y de amor –decía Abel en las veladas a la luz de la luna, a la puerta de sus tiendas o bajo el frondoso ramaje de los árboles, a cuya sombra se detenían para descansar–. Y si bien la mayoría de estos pueblos no pueden aún comprender la Eterna Verdad en toda su esplendorosa magnificencia, el lenguaje del amor lo comprenden todos los seres de la Creación, desde el vegetal hasta el hombre, y el Kobda debe adaptarse a la capacidad mental y espiritual de los pueblos que busca levantar y redimir.

La inmensa pradera denominada entonces Ur Bau, que los Kobdas traducían “Reino de Bau”, es el país que después se ha denominado Mesopotamia y que se encuentra abundantemente regada por el Éufrates y el Hildekel o Tigris.

De una fertilidad maravillosa aunque todavía en aquella remota época era de un clima frío la mayor parte del año, ofrecía grande abundancia y una extrema facilidad para la vida de hombres y animales.

Esta misma circunstancia hacía que dicha región fuera muy codiciada por las razas que habitaban los países montañosos que la rodeaban, sobre todo los de las grandes estepas de Alesia y de las cordilleras nevadas del Tauro que de tiempo en tiempo invadían a sangre y fuego las fértiles praderas cubiertas de trigales dorados y de rumorosos cañaverales de azúcar, sobre todo en las épocas de las abundantes cosechas.

Estas invasiones habíanse hecho menos frecuentes desde que la

Alianza tendió su red protectora de arqueros en torno a los países que la formaban; no obstante los urbausinos o Hijos de Bau, sentían grande alarma a la llegada de extranjeros a su país, pues dada su natural sencillez, fueron muchas veces engañados por invasores, que bajo el pretexto de llegar en viaje de compra de ganados, de lanas o de cereales, habían sorprendido a los habitantes despojándolos a veces de vidas y haciendas.

Y conforme a los elementos de que disponían, eran los medios de defensa que usaban. La más importante de sus ciudades era Subartú, situada sobre la costa oriental del Éufrates, a unas dos millas más o menos, y unida a él por un gran acueducto que denominaban Agüera y que se cerraba todos los días al caer la noche por medio de una especie de muralla movediza, labrada de enormes troncos de roble, a través de los cuales se abrían pequeños orificios destinados a explorar si alguien se acercaba por el lado del río. Al pie de esta muralla había siempre un destacamento de arqueros.

La defensa de la ciudad, por el lado de campo abierto, consistía en grandes pilas de paja seca de trigo, de ramas y de todo cuanto fuera un fácil combustible, cubiertas de tierra apisonada como si fuera una compacta muralla en forma que, habiendo enemigos cerca, se encendía fuego a la paja, se desmoronaba la tierra y la ciudad quedaba guardada por un círculo de fuego que los de adentro se encargaban de mantener durante días y aún meses, con los grandes acopios de paja y ramas que en cada vivienda se almacenaban con este fin.

Paralelo a este círculo se encontraba otro que era una planicie circular de arena de varios codos de anchura, cuya margen interior iba a terminar en las aguas de un canal de igual ancho que estaba inmediatamente limitando el recinto de la ciudad. Esta triple circunvalación era en previsión de que el viento llevara las ramas o pajas encendidas, las cuales iban a morir entre el círculo de arena o entre el canal de agua venidas desde el Éufrates por la gran agüera que habían abierto y que se bifurcaba en dos brazos rodeando la ciudad.

Los urbausinos estaban divididos en tribus o familias, cada una de las cuales formaba un barrio de aquella inmensa ciudad. Estas eran como la aristocracia de aquel país. El resto del pueblo formaba como grandes o pequeñas aldeas diseminadas en toda la extensión de la vasta pradera, y cada aldea era una sola tribu o familia, con sus “kiranis” (*esclavos) y con sus ganados, y se había construido su muralla de paja y ramas cubiertas de tierra, imitación de la que circundaba a la gran capital. Residía en ésta el gran Hinis-Bau (*hijo de Bau), con su Consejo y su numerosa familia. Era la autoridad suprema de la comarca. Allí residían como fieles guardianes los “Pilix” en gran número, pues eran especie de

soldados o guardias de la ciudad. Tal palabra tenía un significado como de columnas o pilares en nuestras lenguas de origen latino.

Según sus viejas tradiciones, el dios Bau había caído al Éufrates desde una estrella lejana y le había salvado de perecer ahogado, una oveja que acababa de ver hundirse en las olas su corderito pequeño, y que al ver flotar el dios-niño, envuelto en blancos cendales, lo sacó a la orilla juzgando que era su hijo. Bau creció entre las majadas, y según su extraña creencia, los diente-cillos del divino niño eran granos de trigo que al caerse en la edad competente, germinaron en la tierra produciendo aquellos dorados trigales que eran el orgullo y el asombro de extranjeros y nativos. El dios había marcado pues, el género de vida de su pueblo escogido: debían ser pastores y agricultores. Y lo eran de corazón y de alma, pues para ellos el cuidar sus majadas y labrar sus campos era parte de los ritos de su culto y de su creencia.

Por eso desde el Gran Hini-Bau hasta el último Kirani debían haber sembrado por lo menos veinte veces el trigo en su juventud, condición indispensable para permanecer como ciudadano en aquel país.

Tal era la tradición entre mitológica y real que conservaban entre ellos y que pasaba de unas generaciones a otras, ya verbalmente, o grabadas en láminas de piedra, en cortezas de árboles o en grandes planchas de madera de roble con las inscripciones marcadas a fuego.

Pero la historia real de los orígenes de este pueblo era otra.

En época aún más remota hubo una copiosa invasión de aguas en que los cuatro grandes ríos de aquella pradera, que se habían desbordado por el deshielo repentino de los eternos glaciares que cubrían de nieve eterna las grandes cordilleras vecinas. La aparición de un gran cometa en la atmósfera de la tierra provocó durante muchas lunas un calor sofocante como si llamaradas de fuego circundaran el globo en todas direcciones. Por natural y lógica consecuencia, todo aquel inmenso valle cortado por cuatro grandes ríos debía quedar convertido en una gran balsa de agua. Los habitantes de las regiones montañosas afectadas por el sofocante calor, habían tratado de salvarse en barcazas hechas de troncos, donde juntamente con parte de sus ganados, habíanse dejado llevar por la corriente de las aguas en espera de encontrar sitio seguro para establecerse. Y cuando las aguas habían ido a descargarse en los mares del continente, aquellas grandes balsas habían encallado en los pantanos costaneros de los ríos de la Mesopotamia. Algunas familias con sus animales se habían salvado, y un sacerdote llamado Bau había grabado en un tronco de haya unas palabras cuyo significado era este:

“Una estrella me trajo entre las aguas desbordadas a esta tierra donde unas ovejas y unos granos de trigo me han dado vida, paz y alegría. Bau, hijo de Shamas”.

De estas breves palabras se había formado el culto, la creencia, las costumbres y la ley de todo un pueblo.

Cuando el solitario sacerdote de Shamas traído por los deshielos del norte estampaba tales palabras, ¡cuán lejos estaría de suponer que algunos siglos después sería adorado como una divinidad por los pueblos pastores y labriegos de aquella comarca!

Y Shamas, el dios de los hombres rubios del norte, llamados Shamanas, fue apellidado Padre de Bau y adorado en el sol del ocaso, terminado el cual aparecía el Rocío Nocturno, o sea el Divino Hijo para fecundar los campos de cultivo.

De transformaciones ideológicas o religiosas como éstas, se encuentra completamente lleno aquel remoto pasado en el cual las dificultades y peligros de los viajes, forzaba a que las emigraciones las hicieran tribus o pueblos en conjuntos de centenares o de miles.

El éxodo del pueblo hebreo desde Egipto a Canaán, que refiere como algo muy extraordinario la Biblia, elevándolo casi a las alturas inconcebibles de lo milagroso y lo estupendo, es quizá el único de que las civilizaciones modernas han conservado memoria.

Y no es más que un reflejo de las ininterrumpidas emigraciones de pueblos, de razas, de tribus, en busca de mejores tierras para establecerse con sus costumbres, sus cultos y sus rituales.

Ora por persecuciones de unas razas contra otras, ora por cataclismos geológicos o movimientos sísmicos y más comúnmente en aquellas épocas, por las frecuentes invasiones de las aguas, que el deshielo de los glaciares en la continua transformación de la superficie terrestre causaba en ella profundas alteraciones.

Mares que abandonaban gran parte de sus estuarios dejándolos convertidos en resacas sabanas de arena para vaciarse sobre otros territorios que habían bajado de nivel por hundimientos parciales o por erupciones de volcanes. Lagos de agua dulce, nacidos en manantiales, que encima de una meseta se abrían al reflejo de los hielos como la inmensa puerta de un cofre de cristal y que por una abertura en su lecho de piedra, empezaban a desbordarse a la llanura cual un torrente, formando al correr de los años un río caudaloso; montañas derrumbadas cambiando el curso de los ríos y haciéndoles desbordar a veces sobre ciudades y aldeas, forman algo así como una danza gigantesca y trágica de titanes y de magos, que para el hombre que no reconoce más que su insignificante vida de cincuenta o noventa años, que se han deslizado todos iguales y acaso sin alteración ninguna, parecele todo esto un cuento maravilloso como aquellos de los encantamientos, en que un príncipe bellísimo rayaba la tierra con su pie y se abría un torrente o soplaba con su boca hacia el espacio y caían las estrellas.

Pero los siglos..., los centenares de siglos, los millares y millares de siglos dicen al hombre de hoy, que desde que la tierra fue una burbuja de gas hasta la hora actual, ¿qué género de hecatombes siderales, astrales, etéreas, geológicas y fluviales no se habrán sucedido en apartadas épocas, de forma que los hombres de la una, nada han podido saber de las tragedias inmensas de sus lejanos antepasados de las otras?

He aquí el gran error cometido por los hombres estudiosos de todos los tiempos al pretender que sus conquistas en cualquier ramo del saber humano, sean la última palabra de la ciencia, o la verdad absoluta en los dominios de la historia.

He aquí cómo una pueril vanidad conduce al más desastroso ridículo al resonante y majestuoso Non Plus Ultra de las pasadas edades.

¡Queriendo elevar a la grandeza excelsa y eterna de lo inamovible, de lo único, de lo que fue, es y será, de lo invariable, lo que está sujeto a continuas y eternas transformaciones: instituciones, seres, continentes y mundos!

Si hubiéramos sido capaces de comprender al Verbo de Dios, encarnado en el genial e inimitable Jesús de Nazareth, bien claro nos lo dijo en ésta, su frase que parece de bronce:

“Los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará”.

¡Los mundos nacen, crecen, decaen y se disgregan como gigantesco torbellino de polvo, pero la palabra de los Mesías que llevan a cada mundo la manifestación de la Causa Suprema, de la Eterna Energía y del Eterno Amor, he ahí lo único que no puede ser ni será jamás sino de una sola forma, invariable, inamovible por los siglos de los siglos, en la eternidad sin fin!

EL CAMINO DE LAS TINIEBLAS

El lector recordará que Kaíno y Abirón tenían una cita importante en la pequeña isla del Éufrates donde los sacerdotes cuschitas tenían su templo.

Antes de que terminara el plazo convenido, dos circunstancias favorables habían ocurrido en el campamento Kobda: la partida de Helia-Mabi y sus hijas hacia La Paz, y la reanudación del viaje de los misioneros con rumbo al norte.

Abirón quedaba con sus cuarenta jornaleros terminando las viviendas de los refugiados, que por formal promesa conseguida de Ismakú, debían continuar amparados por una especie de consejo de los mejores hombres y mujeres del país que se denominó : “Auxiliares Kobdas”.

Abirón meditaba:

“Toda la humanidad es como Kaíno –habíale dicho Abel–, no obstante, Dios le envía los rayos de su sol y la frescura de sus lluvias...”

Mas él no podía comprender cómo a seres perversos y malvados se les podía permitir que libremente hicieran daño sin tomar medidas de represión y de castigo.

–Yo no quiero matar a Kaíno –se decía en sus meditaciones–, pero por lo menos debe llevarse una lección tan severa que le quite la gana de interponerse en el camino del Niño.

“¿Acaso Senio no me dio a mí la formidable lección aquella que me quitó para siempre la gana de azotar esclavos y de cometer atropellos de todo género?”

Inquirió, investigó pacientemente todo cuanto le era necesario para planear lo que él llamaba una estupenda corrección para Kaíno.

He aquí el resultado.

El templo cuschita no era más que una simple pirámide truncada fabricada al igual que los edificios todos de Babel; al fondo de la cual se bajaba por una abertura practicada en la explanada superior, que era a la vez lucera y reloj de sol. Desde que nacía hasta que se ponía el sol, un sacerdote, especie deregonero, daba una gran voz de tiempo en tiempo anunciando las horas que sólo eran cuatro, o sea, dos desde la salida del sol hasta el mediodía y otras dos desde el mediodía hasta el ocaso.

Esta voz podía interpretarse así: “Termina la hora primera”; “Termina la hora segunda”; “Es el mediodía”. Y entonces un gran clamor conjunto del pueblo: “¡Salve padre sol!”

Cuando se repetía esta misma frase al hundirse el sol en el ocaso, el sacerdote oficiante se retiraba, cerrando tras de sí la piedra que cubría la entrada y el templo quedaba solo. Mas, ¡ay!, del profano que en la hora de quietud del templo se permitiera entrar en aquel lugar.

Abirón enterado de todos estos pormenores, salió al encuentro de Kaíno que fue conducido por una barca hasta la isla de la cita.

–Has cumplido tu palabra –díjole Kaíno.

–Y tú has cumplido la tuya. Yo vengo solo. La isla, ya lo ves, está sola, pues pasado el ocaso ningún cuschita se permite llegar hasta ella porque su ley se lo prohíbe.

– ¿Dónde está Abel? –volvió a preguntar Kaíno inquiriendo con la mirada.

–En el templo te espera porque está deseoso de reconciliarse contigo. Como tú has exigido que él venga solo, en ningún otro sitio puede ser. Su tienda está llena de gente y los alrededores también. Si es tu gusto, pasa, sino haz como quieras; desligado estoy del compromiso pues he cumplido mi palabra.

– ¿Y cómo me aseguraré de que no me has preparado una emboscada?
–insistió Kaíno.

–Muy fácilmente, subiendo a lo alto de la pirámide y asomándote al interior, le verás a él solo junto a la piedra de los sacrificios –contestó Abirón.

–Bien, vamos. –Hizo una señal a los dos remeros de su barca y ellos anclaron junto a otra isla habitada por algodonereros, pues era la época de la recolección.

Antes de subir a la pirámide, Abirón preguntó:

– ¿Quieres que yo me quede aquí o que me vaya?

–Mis remeros se fueron. Vete tú también.

Miró hacia el interior y a la tenue claridad de la luna vio sentado en la piedra del sacrificio un Kobda, que con los codos apoyados sobre las rodillas sostenía su cabeza inclinada.

Pudo, pues, comprobar que en la más profunda soledad, Abel meditaba.

Ya sin ningún temor empezó a bajar. Y cuando Abirón le vio casi en el fondo, con gran suavidad hizo girar la piedra de la entrada que desde el interior no se podía abrir y tranquilo se alejó. Lo que allí pasara, no era ya de su interés.

El Kobda meditativo que esperaba a Kaíno era el cadáver de un joven leproso que había muerto el día antes y que, valiéndose de ciertos subterfugios, Abirón había impedido que lo arrojasen a la hoguera común, donde cada día se cremaban los cadáveres de los infelices que morían sin recursos y sin familia, que les dieran los honores de una sepultura en las grandes necrópolis de la comarca.

Aquel cadáver lleno de llagas amoratadas y sanguinolentas estaba cubierto con una túnica de Kobda y su cabeza con el gorro violeta, lo cual produjo el perfecto engaño de Kaíno.

El lector puede calcular la escena de espanto y horror del joven orgulloso, al verse encerrado en aquel lugar con el cadáver de un leproso. Por la ojiva de la techumbre se filtraba opacamente un rayo de luna que daba aún más espantosa lividez al rostro despedazado de aquel infeliz. Como su intención no era el asesinato de Abel, sino llevarle prisionero para exigir después como rescate al Thidalá del Éufrates y el Nilo toda la fértil comarca de Ur Bau y el vecino país de Nairi, no sólo iba Kaíno provisto de armas sino de fuertes cordeles, con los cuales para desahogar su furia comenzó a azotar ferozmente el cadáver, consiguiendo solamente despedazar aún más aquel infecto harapo de carne muerta.

Mas, al llegar la salida del sol y encontrar aquel espectáculo el sacerdote oficiante, los papeles se cambiaron, y fue Kaíno el ferozmente azotado por el cuschita enfurecido ante la profanación de su templo. Inútil

era que Kaíno asegurase haber sido introducido con engaño, pues se le tomó por un sacrílego ladrón que se había introducido para apoderarse del tesoro del templo. El sacerdote abrió un boquete practicado en la gran piedra del sacrificio y vio el tesoro intacto. Kaíno lo vio también y ya por salvar su propia vida, ya por sacar provecho material de aquella infausta aventura, sacó su puñal de hermoso cabo de oro y piedras preciosas, y lo hundió en la garganta de su adversario. Sacó el tesoro del templo consistente en pequeños vasitos de oro llenos de granos de trigo que era el alimento para la Divina Paloma, hija del sol; enormes esmeraldas talladas en forma de pequeños bebederos llenos de un suave elixir perfumado y gran cantidad de rubíes con forma de cerezas.

Y huyó dejando sobre la piedra del sacrificio el cadáver del infeliz sacerdote en medio de un charco de sangre.

El odio y el furor parecían prestarle nuevas energías, y en una carrera desenfrenada se puso en la orilla y llamó a sus remeros que le esperaban inquietos en su barca.

Al verle con las vestiduras ensangrentadas y en desorden, se alarmaron grandemente, pero él les tranquilizó mostrando a sus asombrados ojos la valiosa conquista que había hecho.

La alarma de todo el gremio sacerdotal fue inmensa cuando el sacerdote oficiante no anunciaba las horas como de costumbre y una procesión de ellos se dirigió a la isla sagrada y bajó a lo profundo del templo.

El hecho fue interpretado de muy distinta manera que la realidad.

Un joven Kobda se había introducido en el templo para robar el tesoro y había muerto al sacerdote que le encontró en el interior. Mas la ira del dios le había herido con la lepra, enfermedad infamante y vil, y lo había fulminado allí mismo.

Tal fue la primera versión, pero al intervenir Ismakú en la aclaración del crimen, hizo notar que eso no podía ser, puesto que el tesoro había desaparecido y que la túnica azulada que vestía al leproso era de distinto color, de distinta tela y forma que la usada por los Kobdas.

Igualmente que el gorro violeta no era más que un trozo de tela enroscado a la cabeza en forma de capacete.

Era pues, indudable, que una tercera persona había intervenido en el hecho.

Los sacerdotes estaban sumidos en profunda desolación y algunos, en el furor de su fanatismo, habían rasgado sus propias carnes en desagravio a la divinidad ultrajada.

Fue necesaria la intervención de Asvinia, cuyas facultades espirituales habían sido depuradas por el aura de amor y de armonía de los Kobdas en torno de ella.

Y en una solemne ceremonia de pacificación y de adoración al Único

Dios de la Alianza, habló por ella en estado hipnótico aquel Bau, sacerdote de Shamas que siglos atrás llegara con un grupo de fugitivos.

–“No midáis la grandeza y la justicia de Dios por el valor de unas piedras que podéis extraer vosotros mismos de las entrañas de la tierra. Purificad el recinto de vuestro templo con un generoso pensamiento de amor para las almas que animaron esos dos cuerpos sin vida. Frotad el muro y piso interior con jugo de palmeras, quemad sobre la piedra del sacrificio hierbas aromáticas, y sustituid con ofrendas de cantos y con flores, cestas de trigo y ramas con frutos en sazón, el holocausto sangriento de animales sobre cuyas vidas el Altísimo no os da derecho como propiciación, sino como alimento. Ofreced la flor de harina de una vida pura de honradez y de trabajo, y convenceos que la Divinidad no quiere más tesoro que la rectitud de vuestros corazones.

“Bau, hijo de Shamas”.

El entusiasmo sacerdotal llegó al delirio.

El cadáver del sacerdote muerto fue honrosamente entregado a la tierra con todas las vestiduras y objetos que le habían pertenecido. Su alma había subido a los palacios del sol.

Bau había hablado a los sacerdotes y al pueblo. Bau no quería holocaustos de sangre, sino de flores y de frutos de la tierra.

Bau pareció a los babelitas una divinidad a manera de los Kobdas.

– ¿Eres hermano de Numú, el dios de los Kobdas? –habían preguntado al ser que hablaba por Asvinia.

–“Soy un heraldo suyo que enciendo mi lámpara cuando Él se acerca.

“Numú, el genio inspirador de los Kobdas ha pasado por esta tierra y no le habéis conocido.

Mientras hablaba Asvinia en estado hipnótico, Bohindra había caído en profundo letargo en La Paz, y era su espíritu quien tomaba aquella lejana personalidad de Bau, hijo de Shamas, venido de entre los hombres rubios del Norte entre el torbellino de los hielos convertidos en líquidas corrientes, para fundar aquellas razas de labriegos y de pastores de las riberas del Éufrates.

Como se ve, pues, la llegada del Hombre Luz liberó a aquel pueblo del dominio de las malignas entidades espirituales, que les habían encadenado a la idolatría y a las más delictuosas costumbres, y de nuevo el pacífico Bau que enseñaba a buscar la grandeza de Dios entre el balido de las majadas y el rumor de los trigales dorados, tomaba posesión de aquellas conciencias oscurecidas por las corrientes astrales de los millares de idólatras desencarnados en la catástrofe del Valle de Shidin.

Entonces la adorada paloma hija del sol, pasó a ser para los babelitas la mensajera de Bau, la que llevando en su pico granos de trigo y copos de lana, le había alimentado y le había vestido... Y nuevamente la leyenda

mitológica surgía con variantes y añadidos, porque es de todas las humanidades primitivas el no satisfacerse con la Verdad Única, resplandor de lo Eterno intangible..., invisible, mientras no le revista de una forma material y adaptable a la estrechez de sus concepciones ideológicas.

Mientras tanto Abirón, único poseedor del secreto de los hechos consumados en lo profundo del templo cuschita, emprendía con sus jornaleros la marcha de regreso a La Paz, diciendo para sí mismo:

“Puse delante de Kaíno un muerto para evitar una muerte; pero él encontró el medio de dar la muerte a uno vivo”.

“Verdaderamente para ese hombre se apagó la luz y camina en las tinieblas. ¡Oh, Senio... Senio!... ¡No apagues para mí tu lámpara porque también se harán en torno mío las tinieblas de Kaíno!”

Y oyó cómo una voz interior que le decía:

“El orgullo es una hidra de muchas cabezas cuya primera manifestación es el descontento y la rebeldía, a la cual se añaden luego la ambición, la vanidad y despotismo. Mata el descontento y a la rebeldía y la hidra morirá apenas nacida”.

El hombrazo conmovido, soltó la brida de su camello y abrazó el vacío, pareciéndole que era el blanco fantasma de Senio que le había hablado al oído.

80

LA MENSAJERA KOBDA

La gran ciudad Kobda de la orilla del Río Grande se encontraba situada más o menos en las inmediaciones de lo que hoy es Basora, o sea unos cincuenta kilómetros antes de que el Shatt-al-Arab se bifurque en los dos grandes ríos Tigris y Éufrates.

Y la inmensa barca velera que llevaba a su país a Shiva y Helia-Mabi, cruzó con rumbo al Oriente el caudaloso río y dos días después pisaban la llanura de Susian que se extiende entre la margen oriental del Tigris y la inmensa cadena de los Montes Zagros, nombre derivado de Montaña de la Sangre, que fue su nombre en la época neolítica, debido a que algunos manantiales que filtraban de sus grietas eran de aguas rojizas que deslizándose hacia Teherán iban a teñir de un amarillo rojo sus resechos arenales.

Allí les esperaban la caravana de elefantes y camellos enviada con tal fin por los ancianos del país de Urán, que eran los dominios del príncipe Aranzán, padre de Shiva, sacrificado por un caudillo gomeriano hacía veinte años.

Costeando la margen oriental del Tigris llegaron hasta las cercanías

de Bag-Ada (*la posterior Bagdad), donde dejando camellos y elefantes, debían continuar el viaje en asnos y mulos costeano desfiladeros y tortuosos caminos abiertos en la roca viva y teniendo a los pies a muchos metros, hondos precipicios donde tronaba la corriente bravía de alguno de aquellos riachos que bajaba torrentosa de las montañas.

Y por los valles encantados donde muchos siglos después florecieron Behistún y Ecbatana (*Hamadán), hizo Shiva su entrada al país de sus mayores, la fértil y hermosa tierra de los granados y de los almendros, a las grandiosas montañas que “manaban diamantes, rubíes y turquesas”, según el cantar de los bardos de aquella hora, a sus valles cuajados de viñedos y de rosales blancos y rojos, cuya esencia fue tan célebre y codiciada por los grandes magnates de la antigüedad.

La emoción de ambos esposos fue intensa cuando desde lo alto de un desfiladero que costeanaban, tendieron la mirada al valle nativo en el fondo del cual el lago Urán como una inmensa sabana de plata, comenzaba a teñirse de los rosados tintes de la aurora.

– ¡Shiva! –decíale Helia-Mabi a su esposa–. ¡Nuestros rosales se han deshojado sobre las aguas del lago para esperarnos!...

Y Shiva viendo en las orillas del lago infinidad de blancas ovejas que pastaban y bebían, le contestó:

–Y los almendros han cubierto de capullos de nieve la pradera para darnos la bienvenida.

Y la emoción intensa les hizo enmudecer porque alguno de los ancianos, dijo:

– ¡Aranzán!... ¡Aranzán!... ¡Levanta tu cabeza de la tumba para ver la gloria de tu raza en este día!

A esta evocación, los Kobdas todos, según costumbre, irradiaron intenso amor hacia el alma del padre de Shiva, la cual vio su imagen flotar serena y riente a pocos pasos de ella que se arrojó de rodillas sobre el césped, gritando:

– ¡Padre!... ¡Padre! ¡Eres tú que me sales al encuentro para bendecir a tu hija que torna de nuevo al abandonado hogar!...

Y junto a la visión de su padre, vio Shiva plasmarse la fisonomía y la silueta del hermoso señor aquel que la había amado en las blancas torrecillas de los lagos azules y serenos que la decía:

“La bendición que imploras sea para entrambos porque soy tu hermano”. Y los dos cuerpos astrales se abrazaron al esfumarse como suaves tintes que se diluyen en el éter.

Los ancianos del país creían que la felicidad había enloquecido a la Suisini-Manh Shiva y lloraban con gran desconsuelo. Helia-Mabi espantado de tal desgracia, trataba de volver a su esposa a la realidad de la hora presente.

Sólo los dos Kobdas ancianos y las cuatro compañeras de Shiva sabían de lo que se trataba, pues ellos habían presenciado la sutil manifestación espiritual debido al desarrollo máximo que de sus facultades psíquicas tenían adquirido.

Y el más anciano de los Kobdas llamado Elvoro, se acercó a Shiva aún dominada por el asombro.

–Hija mía, la Divina Sabiduría y el Eterno Amor han sido tan pródigo contigo, que te hace comprender para tu mayor tranquilidad, lo que es tu actual situación espiritual enlazada con los acontecimientos de tu vida.

“Aquel segundo esposo tuyo se enterró con su amor en la cripta de un Santuario Kobda, para resurgir de allí tu hermano Selyman, como tú, hijo de Aranzán, cuya vida y cuyas obras continuaréis con el doble derecho de herederos de sus dominios y de sus virtudes.

“Cálmate pues, que las aguas puras del Amor Eterno llenan de flores y de luz los huecos sombríos creados por los errores humanos.

Shiva, aún arrodillada, inclinó su frente hasta tocar con ella la tierra, mientras derramaba abundantes lágrimas de intensa felicidad, diciendo la frase de los Kobdas agradecidos a las bondades divinas.

– ¡Dios mío, basta!..., que en este pobre corazón no cabe ya ni una gota más.

Apenas habían llegado al valle nativo se encontraron con una grande muchedumbre que les esperaba, y Shiva fue forzada a subir a una especie de tribuna cubierta de ricos tapices, donde el más anciano del gobierno del país, le colocó la diadema de flores de almendro, el símbolo de su realeza, labrada de diamantes y esmeraldas, que ajustando a su frente el blanco velo de Reina Kobda, hacía un hermoso contraste con las negruras de su cabellos y con la sencilla modestia de su túnica azulada.

La tribuna fue levantada sobre el lomo de un elefante blanco y se emprendió la marcha hasta llegar a la ciudad real de Matschan, que estaba edificada en la costa meridional del lago Urán.

Aquella ciudad, tan magnífica para sus habitantes, no era más que un conjunto de lo que nosotros llamaríamos chozas de piedra cubiertas de enredaderas, de viñedos y en cada una de las cuales se albergaban a la vez hombres y ganados. Encima de los bajos muros formados de enormes piedras a medio pulir tendían un entarimado de grandes planchas de madera, lo cual formaba el pavimento de la habitación superior que era de los amos, la cavidad inferior muy baja era albergue de las bestias.

La mansión real era más suntuosa, pues estaba rodeada de un verdadero campamento de grandes cuadras donde pasaban vida principesca los elefantes blancos dedicados a la realeza, y una colección de fieras de los más hermosos tipos conocidos entonces, amarradas con gruesas

cadenas de cobre las cuales estaban encargadas de la defensa de las reales personas en caso de ataque extranjero.

Cuando aquella muchedumbre se postraba en tierra para recibir a su Reina, ella les habló de este modo.

–No he venido a vosotros para recibir vuestras adoraciones, sino para traeros el mensaje de la Ley Divina, más hermoso y tierno de todo cuanto habéis conocido hasta hoy.

“Soy para vosotros la mensajera del Eterno Amor y sólo acepto como ofrenda el amor de los unos para los otros y de todos juntos para el Altísimo Dios, que cubre de flores y de frutos nuestros campos, que sonríe en las auroras de nuestras mañanas y en la radiante claridad de nuestro sol.

“Quiero que llaméis a este pedazo de tierra que nos ha visto nacer: Num-Maki, país de Numú, porque su Ley de Amor y de Justicia viene conmigo a sembrar de paz y de grandeza vuestro camino.

– ¡Num-Maki!... ¡Num-Maki!... –resonó en los espacios y repercutió por las montañas como un hosanna de júbilo y de gloria.

–Y si tanto amáis a vuestra Manh Shiva –continuó diciendo aquella mujer transfigurada por la felicidad–, llamaremos a esta ciudad que me dais como sede de estos dominios: Aranzán; en memoria de vuestro anciano rey, sacrificado tan cruelmente a la codicia de los invasores.

Un nuevo clamor resonó por los aires, seguido de música y danzas, y de agitar ramas de almendros florecidos, y ricos pabellones de variados colores:

– ¡Aranzán!... ¡Aranzán, llamaremos a la diosa del Lago Urán que se esconde tras las montañas del Zagros para mirarse en las aguas!...

Y antes de terminar las fiestas de la recepción a la Suisini-Manh Shiva, ésta presentó a su pueblo su Consejo de Gobierno formado por los dos Kobdas que la acompañaban, por siete ancianos del país y completado por Helia-Mabi, su esposo. Este leyó al pueblo reunido la Ley que los Kobdas habían dado a los pueblos de la Alianza del Éufrates y el Nilo, a la cual quedó incorporado Num-Maki, el país de Numú.

Cuando se levantaron algunas protestas referentes a la libertad de los siervos, a la abolición de la poligamia y a toda propiedad adquirida por la fuerza, los consejeros de Shiva le dijeron la frase Kobda:

“El Amor es el mago divino que salva todos los abismos”. Y la indujeron a desprenderse ella misma de los numerosos esclavos y esclavas que igualados casi a las bestias, estaban dedicados a llevarla sobre los hombros en su tarima de ricos tapices, hacia cualquier lado de sus dominios donde ella quisiera ir.

Cuando aquellos esclavos fueron dotados cada uno de una porción de tierra para cultivar y para levantar su choza con la sola obligación de

llevar la décima parte a los graneros reales para atender las necesidades públicas, los grandes caudillos comenzaron a hacer lo mismo.

Cuando se vio a la reina caminar a pie acompañada de su Consejo para averiguar por sí misma donde estaban los doloridos, los enfermos, los ancianos y los huérfanos, para llevarlos a las grandes habitaciones entresuelo que antes ocupaban sus numerosos esclavos y prestarles allí toda clase de solicitudes, los grandes y los pequeños empezaron a sentir la suavidad que brota del amor como un torrente caudaloso, y a centenares se sumaron los esfuerzos personales a la generosa y noble actitud de la Suisini-Manh Shiva.

La paloma mensajera enviada por los Kobdas del Éufrates, derramó la semilla en las orillas del lago Urán, donde se vio plasmada, años después, la misma forma de vida que en La Paz de las orillas del Éufrates, y en Neghadá, de las márgenes del Nilo.

81

EL PERDÓN Y LA JUSTICIA

Los misioneros se acercaban a grandes jornadas al final de su viaje que era el país de Ethea, donde eran esperados por los caudillos de la Alianza de todos los países vecinos.

Habíanse detenido unos días en Hiva y en Cherú, ciudades importantes en aquella época; habíanse derramado como mensajeros de paz y de fraternidad por los pueblos y las aldeas.

Cada uno de los misioneros había llenado su legajo de papiros o de telas enceradas, con las anotaciones de las necesidades más apremiantes de aquellas gentes que iban visitando. Aquellos datos debían servirles para base de solicitudes que harían a los caudillos y príncipes de la Alianza, con fines de mejoramiento de aquellas colectividades humanas que ellos gobernaban.

¡Qué de llagas morales!... ¡Qué de lepra espiritual juntamente con males físicos encontraron aquellos hombres de alma pura y sana, y de cuerpos viriles y fuertes!

Y continuaron desarrollando el mismo programa de acción que habían seguido desde que salieron de La Paz.

Agnis, Heber y Jobed, fueron de opinión que debían sumergir aquellas masas de carne enferma en las aguas del río y desde el amanecer se les veía incansables, consagrados a esta tarea como preliminar de la curación magnética que deseaban brindarles.

Artanio, Erech y Felacio, con su fácil y persuasiva palabra, procuraban convencer a los recién purificados por las aguas, de que en igual forma

debían purificar sus almas mediante la firme resolución de apartarse de sus viciosas costumbres, causa única de todas sus enfermedades.

Helito, Geuel y Nandro, futuros genios de la armonía, se dedicaron a pacificar con sus melodías los espíritus cargados de rebeldías y de rencores.

Yamaoz, Dabim, Areniel y Yataniel, excelentes sujetos hipnóticos y psicógrafos, recibían el mensaje de las almas errantes que les iban indicando cuales de aquellos seres eran afiliados a la gran Alianza Espiritual del Verbo, para seleccionarlos en agrupación apartada y darles las instrucciones adecuadas en forma de no malograr la ya alcanzada evolución.

Glauco, Isdacar y Nabor, poderosos clarividentes, estaban casi completamente consagrados a vigilar sobre todos los que por una circunstancia o por otra se acercaban a Abel y a la misión en general, y grabar en sus legajos particulares el resultado de sus averiguaciones, que comprobaban después discretamente a los fines de evitar dificultades o acechanzas o desgracias.

Mientras Aldis, Iber e Ibrín se multiplicaban en sus esfuerzos para atender a las necesidades materiales de los misioneros, y de la forma de conseguir que los caudillos y los hombres pudientes se interesasen por las situaciones dolorosas de los enfermos, de los ancianos y los huérfanos.

Las dos más importantes capitales del país de Nairi, Urartú y Biana, eran el esplendor de los Sardurios, antiquísima dinastía, resto de la pasada y grandiosa civilización sumeriana. Era el jefe o príncipe de esta dinastía por entonces, aquel Etchebea, padre de los veinticinco jóvenes que codiciara la reina guerrera vencida por la fuerza mental de los Kobdas de La Paz.

Un descendiente lejano de esta raza, llamado Aramé, fue muchos siglos después príncipe del país de Manh, por enlace matrimonial con una reina adolescente de tal comarca, la cual tomó desde entonces el nombre derivado del de su jefe o sea Aramenia, que en variante de lenguaje ha llegado a nosotros como Armenia.

Los Sardurios habíanse mantenido en la sencillez de costumbres transmitida de sus lejanos antepasados, uno de los cuales, de nombre Askirio, era tradición que fue traído por un ave marina gigantesca desde un país tragado por el mar, allá según ellos, todo era maravilloso y estupendo. Askirio era pues, casi un dios o un hijo de dioses, pues nadie le había conocido progenitores y pasó a la posteridad su nombre, como una divinidad protectora de aquellos pueblos. Y cuando los Sardurios unieron bajo un mismo cetro los países de Manh, Nairi y Alarodia, sus reyes se titularon Sutip-ris-hinis cuyo significado era algo así como: “Hijo del

Rey del Mundo”, y su grandiosa capital fue Arzaskuum, edificada según las noticias que Askirio había dejado de las maravillosas ciudades de su país de origen.

Bien habrá comprendido el lector que de tal tejido de fantasías, surge una, para nosotros importante verdad, o sea que ese Askirio semidiós, no era más que un gajo desmembrado de la familia Antuliana, que de igual modo que Nohepastro y mucho tiempo antes que él, había arribado a aquellas montañas guiando a un grupo de compatriotas, que habían podido salvarse de la invasión de las aguas. Compañero de aquel Dakthylos que levantó su cabaña en las montañas de Ática donde sembró la semilla recogida del alma excelsa del Hombre Luz, Askirio había hecho lo propio en el país que eligiera para residencia, y en el momento en que encontramos a Etchebea empezaba ya la decadencia en aquella que fue elevada civilización.

Este príncipe, conocedor de la llegada de los Kobdas hasta un país vecino al suyo, Alarodia, se puso en viaje acompañado de los diecinueve hijos que le habían quedado de aquel hermoso plantel de veinticinco, pues que seis estaban entre los Kobdas de La Paz.

El anciano rey había envejecido enormemente porque no obstante su natural bondad, no gozaba de paz en sus vastos dominios.

El menor de estos hijos, Aktrión, se había unido en matrimonio con una bella mujer caucasiana de nombre Droith, cuyo talento para la intriga corría parejo con su extraordinaria hermosura. Había conseguido dominar a casi todos los hijos de Etchebea que por natural derecho, eran los jefes principales de las distintas ciudades que formaban los dominios de Etchebea.

Tal dominación originaba los mayores disturbios, no sólo entre la numerosa familia del viejo rey, sino en todos los órdenes de la administración y gobierno del país. Las esposas de los otros hijos se quejaban al suegro de verse constantemente postergadas y humilladas por sus esposos, a causa de aquella mujer, cuya gracia y fuerza de sugestión era tal, que muy pocos le resistían.

El mismo Etchebea, queriendo muchas veces poner las cosas en orden había enviado a la Torre del Silencio a la encantadora Droith, pero ésta, apenas llegaba a aquella prisión de limpios aposentos, pero saturada de soledad y de tristeza, enviaba un petitorio de perdón, cargado de promesas y de dulzuras al cual nunca resistía el viejo rey, que enviaba acto seguido uno de sus fieles vasallos con la llave libertadora.

Tal escena se había repetido innumerables veces ocurriendo que después de aquellos perdones tan fácilmente concedidos, la dominación de la delincuente iba tomando cada día mayor incremento. Los disturbios eran cada vez más graves, y hasta se veía amenazado no sólo de luchas de

bandos entre sus propios súbditos, sino también de guerras con algunos príncipes vecinos, de quienes eran hijas o parientes cercanos algunas de sus nueras humilladas y vilipendiadas.

“Quiero ser indulgente y bueno como el Thidalá, rey de naciones; quiero ser como él un vaso lleno de miel y de dulzura, y he aquí que esto es lo que recojo de ello”... meditaba el anciano rey lleno de dolor ante su impotencia para solucionar su arduo problema.

Era éste el mismo espíritu que muchos siglos después fuera gran sacerdote del pueblo de Israel con el nombre de Helí, y del cual la Biblia hace el sucinto relato de su muerte, causada por los graves desórdenes de sus hijos, con estas breves palabras:

“Al conocer Helí tales locuras de sus hijos, cayó sin conocimiento desde su asiento sobre las gradas de piedra de su tarima, se desnucó y murió”.

En los tiempos del Cristo, estuvo encarnado en Samaria y perteneció a los sacerdotes del templo samaritano del Monte Garizín con el nombre de Isaías. Después, aquel Eusebio que tanto figuró como cronista en los primeros siglos de la iglesia cristiana, luego un discípulo de Francisco de Asís, de nombre León, y finalmente el bondadoso y desventurado rey Luís XVI de Francia, esposo de María Antonieta de Austria.

Una noche Etchebea tuvo un sueño en el cual su hijo Lobed, uno de los seis que eran Kobdas le decía: “Padre, si quieres saber la forma de gobernar tus pueblos en paz, acude al Hombre-Luz, cuya sabiduría tiene el secreto para curar todos los males”.

Y Etchebea, lleno de esperanza, emprendió el viaje hacia el campamento Kobda en las cercanías de la ciudad de Alarodia en el país de este nombre, que después se llamó Iberia, derivado de Iber, el jovencito Kobda hijo de Selyman y de Shiva, que fue proclamado rey de aquella comarca como veremos a su debido tiempo.

– ¿Por qué lloras, oh, rey, en la ancianidad de tus días? –le había preguntado dulcemente Abel, sintiendo en su cuello las lágrimas ardientes de Etchebea que se abrazó de él apenas le vio.

–Lloro por mis hijos; lloro por mis pueblos y lloro por mí, impotente para hacer felices a aquellos que el Altísimo me ha confiado –le respondió Etchebea sentado a la puerta de la tienda de Abel, en una especie de extraño sillón confeccionado de cabezas de búfalo disecadas, en el cual servían de soportes y de brazos los largos y tortuosos cuernos de la especie de búfalos existentes en aquella época. (*En las excavaciones de Orán y del Cáucaso se han encontrado fósiles de esta especie desaparecida).

El joven apóstol, silencioso, escuchaba la tragedia del anciano rey que en presencia de sus hijos y de los Kobdas todos de la misión, iba desgranando aquel rosario doloroso, humillante para sí mismo, en

que ponía de manifiesto su incapacidad como soberano y su debilidad como padre.

Y cuando hubo terminado, exclamó:

– ¡Hombre Luz, hombre sabiduría! ¡Enséñame si puedes, a ser justo sin crueldad y a ser bueno sin debilidad!

–La luz nos viene del Altísimo –respondió Abel–, y si yo la tengo de él, la he recibido para verterla sobre los que la buscan y la piden. Etchebea, ¿has pensado dónde termina la bondad y comienza la debilidad; dónde termina la justicia y comienza la crueldad?

– ¡No, a la verdad! –respondió el viejo rey.

–Pues de no pensarlo viene tu mal. ¿Cuántas veces, dime, has perdonado los delictuosos desmanes de tu nuera Droith y de tus hijos dominados por ella? –le preguntó el joven Maestro.

–Suman más veces que los dedos de tus manos y de las mías –respondió Etchebea.

–Y de esos tus repetidos perdones, ¿no surgió nunca el mejoramiento que emerge naturalmente de un arrepentimiento verdadero? –volvió a preguntar Abel...

–No, jamás; antes al contrario, los disturbios son mayores, los delitos se multiplican, los asesinatos van sembrando el terror en los buenos habitantes del país y una corrupción disimulada y sorda va invadiendo el santuario de las más nobles familias, arrastradas por la corriente que surge de mi propia morada. Las esposas no respetan a sus maridos, ni las hijas a sus padres a quienes ven enlodados por esa turbia corriente que lo va invadiendo todo.

– ¡Oh, Etchebea!... ¡Cuánto me duele decirte que tu bondad pasó el justo límite y se ha convertido en culpable debilidad!

“El perdón y la tolerancia dejan de ser benéficos para aquellos a quienes se otorgan, cuando ellos no producen el arrepentimiento en el alma a quien se conceden, sino que son causa de nuevos desmanes y de nuevos abusos. Todos los crímenes, todos los males y dolores que esos perdones y tolerancias tuyas han causado, son crímenes tuyos, Etchebea, y tú serás el responsable ante la Ley Eterna, que siendo infinitamente buena, corrige severamente a sus hijos con el dolor en todas las formas, cuando la bondad y la dulzura no han sido bastante para mejorarles y engrandecerles.

“¿Amas a tus hijos y a los hijos de tus hijos? ¿Amas a tus pueblos y quieres su felicidad y su paz? Empuña valientemente la vara de la justicia, atraviésala en el torrente desbordado de las pasiones agigantadas por tu debilidad y di: ¡De aquí no pasa nadie!

“Empuña con decidido coraje el hacha de la justicia, no para segar cabezas ni para producir torturas, sino para cortar de un golpe como el

leñador, el árbol seco que no da frutos, o el árbol de sombra dañina para los dorados trigales que serán mañana el pan de tu mesa.

“Si Droith, tu nuera, causa disturbios entre tus hijos, apártala en sus aposentos privados, constituyéndote tú en severo guardián, y si es necesario un año, dos años de soledad para corregirla, que pasen en buena hora unos después de otros, hasta que iluminado su espíritu por el dolor benéfico y santo que le habrán causado, se disponga a una regeneración verdadera.

“¡Cuántas veces, Etchebea, las caricias y las lágrimas provocadas por maléfico arte y no por real compunción darán de nuevo a esa mujer un funesto ascendiente sobre ti, para arrastrarte al abismo juntamente con ella, tus hijos y tus pueblos!

“Porque amas a Droith, tu nuera, porque amas a tus hijos, apártalos del camino de perdición en que van desmoronándose al abismo, y usa con esos seres que tienen tu misma sangre, la misma energía, la misma justicia, el mismo rigor con que corriges al último de tus vasallos que ha delinquido.

“Que la carne y la sangre no ofusquen tu razón hasta el punto de ver en tu nuera y tus hijos, como acto inofensivos o acaso plausibles lo que consideras delictuoso y criminal en los demás.

“Que el sentimiento del deber y de la justicia no sea en ti tan oscurecido por inadmisibles y falsas excusas, que jamás resisten al análisis sereno de tu razón, sino que el mal sea el mal, y el bien sea el bien, ya sean practicados por el más amado de tus hijos o por el menos amado de tus siervos.

“Y ahora, hermanos míos –dijo Abel dirigiéndose a los Kobdas que le rodeaban–, orad conmigo para que el Altísimo ilumine la mente de su hijo Etchebea, y fortifique su voluntad, en forma que desde hoy comience el camino de la justicia y de la verdad.

Y los Kobdas entraron en una profunda concentración.

El anciano rey comenzó a llorar silenciosamente y sus hijos cayeron en sueño profundo.

Llevaban cerca de una hora en este trabajo mental, cuando despertaron todos al mismo tiempo gritando despavoridos:

– ¡Padre!..., ¡los campos arden!, ¡el lago Van está envenenado!..., ¡las ciudades invadidas y saqueadas!..., ¡nuestras mujeres arrastradas por las hordas salvajes!..., ¡padre, todo se hunde y tu vas a ser degollado sobre tu propio lecho!

Cada uno de aquellos hombres parecía un loco furioso que viera espantosas visiones.

El anciano había caído de rodillas con el rostro en tierra pidiendo al Altísimo piedad y misericordia, mientras los Kobdas como estatuas de piedra continuaban inmóviles y silenciosos.

Por fin renació la paz y Abel les dijo:

–Lo que habéis visto es el último rayo de luz que la piedad Divina os envía, para evitar las desastrosas consecuencias de vuestros errores de malos hijos, de malos esposos y de malos gobernantes. Y tú, buen Etchebea, tómalo como el puente salvador que el Altísimo extiende ante ti para obligarte a comprender dónde termina la bondad y comienza la debilidad; cuándo es santa la justicia y cuándo es errado el perdón...

“Y tú, Aktrión, has caído en la deshonra de consentir que tu esposa sea el anzuelo que aprisione la voluntad de tus hermanos para satisfacer de tal modo sus ambiciones desmedidas; estás aún a tiempo de salvarte y todos vosotros lo mismo, si unidos en un esfuerzo conjunto, limitáis la omnímoda voluntad de esa mujer que os ha hecho su juguete y el escarnio de vuestro pueblo.

“Vuestras esposas honestas y puras, lloran y gimen en la humillación y en el desprecio, ellas que son las madres de vuestros hijos y que os sacrificaron su vida y su juventud. Pues yo os digo y no pasará mucho tiempo sin que os acordéis de mis palabras: Si no dais paso atrás para rehacer vuestro camino y evitar las consecuencias de vuestro imprudente obrar, vosotros y vuestros hijos arrastraréis la cadena de esclavos en extrañas tierras, y vuestro hermoso país será entregado a quien sepa convertirlo en campo fértil para la semilla del bien, de la fraternidad y de la paz.

“¿No es acaso un baldón para vosotros, príncipes afiliados a la Gran Alianza del Éufrates y el Nilo, formada para el triunfo de la verdad y la justicia sobre la tierra, el haberos convertido en abúlicos encubridores de los desaciertos de una mujer, que con fingidas caricias os hizo olvidar todo sentimiento de honradez y de equidad?

“Vuestras esposas, vuestros hijos, vuestros hermanos Kobdas en La Paz, han pedido para vosotros al Dador de todos los dones, piedad y misericordia, pero creedme, colmando estáis ya la medida, porque en el repartir sus dones, el Padre Común tiene un límite y una medida; y vuestros mismos hermanos Kobdas, conocedores de la Eterna Ley, aún retorciéndose el corazón, se harán a un lado cuando sea llegada la hora para decir a una voz:

“¡Paso a la justicia de Dios!

“¿Creéis que nada pesan en la Eterna Alma Madre, las angustias, las lágrimas, los tormentos y la muerte originados por vuestra culpable debilidad que ha hundido a ese ser en el abismo, en vez de la salvación que vino a buscar a vuestro lado?

“No supisteis entre todos levantarla hasta el camino real de la justicia, y ella sola en cambio, os arrastra a vosotros a la perdición...

“La Eterna Energía, utilizada por el amor de los Kobdas de La Paz, os salvó de las garras de la siniestra reina guerrera del Caspio, porque

estabais llamados a entrar en el concierto grandioso de los obreros de la luz y porque queríais ser salvados, más ahora no lo seréis sin el esfuerzo de vuestra voluntad. Ayer queríais y no podíais por vosotros mismos. Hoy podéis y no queréis.

“Tenéis oídos para escuchar. Tenéis inteligencia para comprenderme. Tenéis libre albedrío para hacer o no hacer.

“¡Alma Madre de todos los seres!..., itened aún piedad de todos estos que habíais llamado hacia el país encantado de las eternas conquistas si es que no terminó para ellos la hora de tu piedad! –exclamó Abel, con su voz temblorosa por la emoción que le causaba el silencioso llorar de Etchebea junto a él y la consternación de sus hijos, que a la luz emanada del Verbo de Dios, comprendían sus errores y temían sus consecuencias.

Y dispusieron el regreso a su país después de haber prometido a los Kobdas que entrarían al verdadero camino.

–Mis muchos años no me permitirán ver de nuevo tu rostro –dijo llorando Etchebea cuando abrazó por última vez a Abel–, pero moriré feliz de haber visto la luz de Dios sobre la tierra.

–Más feliz morirás, si fortalecido e iluminado por esa luz, respondes en esta hora al Pensamiento Divino –le contestó el joven Maestro irradiando sobre él toda la energía de su espíritu–. ¡Que Dios sea contigo Etchebea y con tus hijos y con tu pueblo, sea cual sea el viento que ha de soplar!

Y partieron. Los odios y resentimientos habíanse esfumado entre ellos al soplo benéfico y dulce del amor de Abel y sus hermanos reunidos en torno suyo al despedirles.

Parecíales vivir de nuevo los días de la adolescencia, cuando juntos jugaban con sus antílopes y sus corderos, cuando bogaban en sus canoas sobre las azules ondas del lago Van, y corrían en veloz carrera sobre sus aguas serenas para llegar primero a la orilla donde el padre les esperaba con el galardón merecido por el más esforzado remero.

Rememoraban aquellos días de amor y de paz, y mutuas promesas oyeron aquellas praderas y aquellos bosques saturados de las auras benéficas del Hombre Luz que cruzaba por ellas.

Etchebea estaba inundado de felicidad. Mas fueron las últimas gotas de la armonía y la piedad divina que se derramaban sobre él.

Aktrión el menor de sus hijos, desposado con Droith fue después aquel Saúl, rey de Israel en los tiempos de la juventud de David; el mismo Lázaro o Simón de Betania en la época de Jesús.

Y aquella Droith que tan formidable sugestión ejercía con su hermosura y su arte sobre los caracteres débiles y en exceso complacientes, la encontramos después en Dalila, mujer de Sansón el hombre más forzado de Israel, más tarde en Popea la única mujer que supo dominar

las furias de Nerón en conveniencia suya y de sus protegidos. La misma que en la época de Alejandro VI o el Papa Borgia fue aquella bellísima Lucrecia, instrumento suyo para dominar a los príncipes todos de la Europa medieval.

Innumerables existencias de dolor y de humillación han formado el ara expiatoria de este ser, cuya postrera encarnación destacada fue en la hermana de Napoleón Bonaparte, casada con el desventurado Murat.

Cuando poco tiempo después se desplomó sobre Etchebea y su raza el gran cataclismo que Abel les anunciara como lógica consecuencia de la división que existía en medio de ellos, Droith huyó a sus montañas nativas, en cuyos impenetrables laberintos estableció su morada con todos aquellos que confiados en su sagacidad y en sus promesas quisieron seguirla.

Y ella misma se constituyó en sacerdotisa-reina de aquella soledad. La tribu que de este origen surgió para el futuro fueron apellidados “Los Droith”, que por las mezclas de lenguas de los que así se habían unido para formar una nueva raza o dinastía varió en “Droithes de la montaña”, nombre que vaciado a las lenguas de origen latino ha venido a convertirse en los legendarios Druidas que en la antigua Galia dominaron por largo tiempo, con sus misteriosos rituales saturados de poesía, de solemnidad y a veces de heroísmo y de tragedia.

Etchebea, con horribles puñaladas en el pecho y en la garganta, fue salvado por un criado fiel, y oculto en una caballeriza; vivió todavía para recibir el último abrazo de sus seis hijos Kobdas enviados desde La Paz, cuando se tuvo conocimiento de la espantosa tragedia y que el anciano rey vivía. La herida que había recibido en la garganta le había quitado el uso de la palabra y sólo pudo comunicarse con sus hijos por sus miradas llenas de dolor y de lágrimas, y por sus manos temblorosas, que no se hartaban de acariciar aquellas frentes serenas que se habrían ante él como cielo sin nubes después de la borrasca.

Sus otros hijos y la mejor juventud de su pueblo habían sido llevados al otro lado del Mar Caspio, donde las huestes guerreras de la Shamurance se habían organizado nuevamente y asolaban todas aquellas comarcas saqueando ciudades, y llevándose hombres y rebaños.

Los ancianos, las mujeres y los niños fueron salvados por los arqueros que hacían guardia en los pueblos de la Alianza; pero no pudieron impedir la rebelión del propio pueblo de Etchebea, ya cansado de sufrir las arbitrariedades de sus gobernantes que por presión de Droith cargaban a los nativos de contribuciones y de trabajos penosos, para galardonar gentes extrañas que se iban adueñando de los mejores campos, ciudades y ganados.

Y cuando esto ocurría a la familia de Etchebea, en la Mansión de la

Sombra de “La Paz” y de “Neghadá”, los Kobdas clarividentes vieron, en luminosa aparición, un monstruo gigante que echaba a tierra con formidables golpes de hacha, un hermoso bosquecillo de almendros en flor, los amontonaba en inmensa pira que ardía en llamaradas rojas y negras, y desparramaba al viento las cenizas.

Y con honda consternación aquellos videntes interpretaban en medio de amarga angustia la desoladora visión.

– ¡Hermanos de la alianza, hermanos nuestros, han sido vencidos por el mal, cuyas consecuencias les aplastarán quien sabe para cuánto tiempo!

Sólo entonces se enlutaba el alma de los Kobdas y no cuando la muerte física libertaba un alma de su prisión carnal.

Y en diez días de silencio y de trabajo mental continuado y conjunto, acumulaban energía sobre aquellos desventurados hermanos para ayudarles a levantar de su formidable caída por un arrepentimiento verdadero, que les reincorporase de nuevo en un futuro más o menos cercano a las filas del bien y de la justicia, abandonados en una vida de inconsciencia y de debilidad.

82

LA CAVERNA DE LOS VAMPIROS

En el monte Marashan, prolongación de la cadena del Anti Tauro, más o menos a la altura en que las vertientes originarias del Éufrates forman turbulentos riachos antes de bajar unidos a la llanura en la caudalosa corriente del gran río, se encontraba una inmensa caverna que había sido sin duda una explotación de grandes minas de cobre abundante en aquellas montañas.

Podía contener varios centenares de hombres en sus profundas cavidades y laberintos, en los cuales el tiempo había hecho desaparecer muchos de los vestigios que dejan los seres humanos a su paso por determinados lugares.

Los riachuelos torrentosos que bajaban como torbellinos de espuma filtraban sus aguas por las hendiduras de las rocas, que constituían las irregulares bóvedas de aquel abrupto subterráneo, motivo por el cual se habían formado en las más hondas excavaciones y en lo interior de la caverna, unos lagos de aguas cenagosas, en las que pululaban repugnantes animalejos como los que de ordinario se encuentran en las aguas estancadas a la sombra.

Examinando detenidamente aquel laberinto de cavernas y de galerías sinuosas y quebrados corredores, podía apreciarse más o menos el

largo lapso de tiempo que debía haber pasado desde que seres humanos abrieron a golpes de pico aquella entraña de la tierra.

Había sido sin duda foco central de una fuerte raza minera que agotó la riqueza de la montaña y emigró hacia otras cordilleras que le abrieron de nuevo su seno repleto de codiciados tesoros.

Después había sido refugio de bestias, pues en varias de las cavidades que daban al exterior podían aún verse animales disecados en la actitud de estar echados como en reposo.

Varios elefantes grandes y uno pequeño sobresalían del pantanoso lecho de una de las cavernas y parecían formar parte de la montaña gris. Pero la observación mostraba que no eran piedra desde su origen, sino carne hecha piedra por la acción de diversos factores naturales, desde quien sabe que tiempo.

En otras cavidades se veían restos fósiles de dromedarios, algunos en actitud de haber quedado allí muertos dormidos, otros de haber sido de pronto cubiertos por algo que les privó súbitamente de la vida.

Como troncos secos, los enroscados cuerpos de enormes cetáceos, ocupaban otras cavidades de aquel interminable laberinto.

¡La muerte, la desolación, la soledad y el silencio por todas partes!

La aproximación de grandes cometas a la atmósfera terrestre y a determinadas conjunciones astrales de planetas, que en su eterno correr en la inmensidad infinita se veían arrastrados por la mayor fuerza de atracción de las esferas de nuestro sistema, derretía de épocas en épocas los eternos glaciares del largo período paleolítico y parte del neolítico, lo cual producía inundaciones súbitas que a veces sorprendían a hombres y animales en los mismos sitios en que se encontraban. O viceversa, la congelación repentina de aquellas aguas, formándose montañas de hielo, obstruyendo la salida de las cavernas y los caminos abiertos en el desfiladero de las montañas.

Y en la época a que hemos llegado en nuestra historia, aquel antro helado y pavoroso era refugio, a donde había huido la tenebrosa escuela apellidada por los Kobdas “Irodia-Hinis”, que quería decir: “Hijos del Odio y de la Ira”.

Era una vasta agrupación de magos, augures o sátrapas, consagrados al desarrollo de los poderes ocultos con fines siniestros de dominación y engrandecimiento, explotando las bajas pasiones humanas y todos cuantos depravados instintos se encierran en los seres atrasados y perversos.

Allí estaban también los sacerdotes de la difunta reina Shamurance, y muchos otros que de diversas comarcas de la tierra habían huido, perseguidos por los pueblos encolerizados, a la vista de las atrocidades que cometían o inducían a cometer a príncipes y gobernantes.

Sólo hacía pocos años que la infernal institución habitaba aquel pavoroso antro que había llegado a denominarse el “Cerro maldito”, por las extrañas manifestaciones que los habitantes de la comarca veían de vez en cuando aparecer al exterior, y ya algunas aldeas inmediatas habían sido abandonadas por el terror que sentían sus habitantes por aquella peligrosa proximidad.

En una circunferencia de dos millas a la redonda no había señales de vida, sino un suelo árido y a veces rojizo, grises y peladas montañas de erizadas rocas, viejos troncos de árboles secos que mostraban sus descarnadas raíces como brazos escuálidos de cadáveres disecados hace mucho tiempo.

La Ley Eterna de que todo vive, se mueve y se transforma, parecía estar desmentida en aquella desolada región, donde el alma del viajero se sobrecogía de un extraño terror.

Si a los habitantes de las vecinas aldeas abandonadas se les interrogaba, contestaban invariablemente:

“Allí nadie puede vivir. Las bestias se ven invadidas de tan extraño furor, que se matan las unas a las otras, y los humanos de una fiebre lenta y maligna que les lleva a la muerte sin motivo aparente. Y cuando están casi al instante de expirar, una repentina furia les acomete y se les ve huir enloquecidos a la caverna del Cerro Maldito de donde ninguno vuelve.

“Aún los cadáveres son profanados en sus tumbas, muchos de los cuales han salido de ellas y se les ha visto ambular errantes y enloquecidos por las montañas vecinas”.

¿Quién podía pues vivir en aquella región?

Si en mi última vida terrestre hubiera yo escuchado tales relatos habría dicho sencillamente que aquellos pobres aldeanos padecían de desequilibrio mental colectivo, de peligrosa y funesta alucinación.

Pero hoy, después de cuarenta años de leer en el gran libro de la luz astral, de meditar hondamente las leyes que rigen las fuerzas y corrientes y energías del éter y de la atmósfera, en contacto con las fuerzas y energías mentales en las distintas corrientes de acción en que estos se colocan para el bien o para el mal, no digo lo mismo, sino que me sumerjo en una serie de meditaciones, diciendo al final:

“¡Qué poco sabemos los hombres de la hora actual, de las eternas leyes del universo, de la inmensa potencialidad del pensamiento, y de la amplísima libertad de la voluntad o libre albedrío humano para escalar las altas cumbres de la virtud, de la sabiduría y del amor, como para descender a los espantosos abismos de la humana depravación!

El lector podrá comprender la macabra operación que realizaban aquellos funestos habitantes del Cerro Maldito cuando alguno de ellos, agotado por la vejez o la enfermedad debía desencarnar.

Buscaban entre todos los jóvenes de las vecinas aldeas los cuerpos más fuertes y vigorosos, y mediante una continuada irradiación de fluidos maléficos sobre él, le producían la extraña fiebre lenta que en pocos días le consumía. Facilitado así el desprendimiento de aquel espíritu de su materia, el espíritu vampiro dejaba la suya ya inútil y gastada, y se adueñaba de aquel cuerpo para continuar viviendo en él. Si al efectuar el cambio perdían la partida y no podían establecer conjunción entre los cerebros, poco importaba, todo se reducía a dejar allí un pobre loco, inútil para toda su vida.

Pero más frecuentemente ocurría que la trasmigración se hacía con buen éxito, pues el sujeto elegido era un ser inferior, de escasa evolución y de instintos bajos y groseros. Desde luego se comprende que sólo sujetos de tal naturaleza podían ser aprovechados por los vampiros para este fin, pues la Ley Eterna corta toda acción mental maléfica sobre seres cuya evolución espiritual y cuya vida intachable les pone a cubierto de la dominación psíquica de los espíritus del mal.

Esto explica de modo racional y lógico aquellas largas vidas de seiscientos, de setecientos, de novecientos años, que si no eran comunes a todos como las antiguas escrituras dan a entender, hubo no obstante casos, tanto en los campos de la justicia, como en los de la iniquidad, de vidas terrestres prolongadas durante muchos siglos en diversos cuerpos.

De ahí surgen dos rayos de luz que ponen a la vista la absoluta imparcialidad y justicia de la Ley Eterna: *primero*, que dicha Ley no coarta la acción de las entidades invisibles consagradas por libre voluntad al mal, cuando ellas se ejercen sobre seres que por ley de afinidad, quedan sujetos al que de entre ellos puede más, resultando así de una realidad evidente el viejo decir: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. O más aún aquella frase del excelso Maestro:

“El que busca las tinieblas, en ellas perece”.

Y el *segundo* rayo luminoso pone de manifiesto la soberana inmunidad del alma libre que se ha conquistado con su esfuerzo por el bien y la justicia, una posición espiritual que le pone a cubierto de esas espantosas dominaciones, en que a veces los seres pasan siglos y siglos sin dar un paso en su evolución y con grande riesgo de convertirse al final de tan desastrosa carrera en seres sin vida propia, sin personalidad definida, a quienes la chispa divina abandona como un cascarón inútil, disgregado en el montón informe de fuerzas vivas que en centenares de milenios en lejanos ciclos de evoluciones nuevas, en mundos que acaso aún no salieron de sus nebulosas originarias, volverán a vivir vidas de piedra en inmóviles montañas, vidas parasitarias en cenagales pantanosos, vidas vegetales, animales en inferiores especies, vidas sin almas y puramente

orgánicas, vidas de alma múltiple como llaman algunos filósofos modernos a la Eterna Energía que anima esa cosa viva pero sin individualidad, acumulada en infinita sucesión de tiempo en los impenetrables laboratorios donde obra el Cosmos...

83 ESPERAD AL AMOR

Cuando los Kobdas misioneros hicieron su último descanso, antes de llegar a la caverna del país de Ethea convertida en Hospicio, donde les esperaba Selyman con otros Kobdas, abrieron su tienda cerca de una pobre aldea de chozas de tierra y cañas, cuyos habitantes eran de los fugitivos que habían huido de la proximidad del Cerro Maldito. Entre ellos había muchos hermosos y robustos jóvenes dominados por una locura furiosa que les invadía a intervalos.

Y los Kobdas pudieron apreciar de cerca la lucha de los espíritus dueños de aquellos cuerpos, por reintegrarse a su soberanía y desterrar de sí la malvada influencia extraña que casi como una personalidad aparte, les sumía por momentos en las sombras de la locura.

De pronto, una hermosa jovencita de dorada cabellera y ojos claros se vio acometida de uno de esos extraños accesos de delirio a que estaban sujetos todos los que habían sentido la malvada sugestión; comenzó a dar espantosos gritos en una lengua desconocida, como si llamara a seres que allí nadie veía. Y tomando hoces de corvas y afladas hojas, embistió con furia a los Kobdas, logrando herir sin gravedad a algunos.

Los clarividentes pudieron ver la acción dominadora que sobre aquella adolescente ejercía el espíritu de la que fue reina guerrera de las orillas del Caspio.

La fuerza mental de los Kobdas, unidos en una concentración espiritual conjunta, aprisionó como en un letargo a la joven posesa, letargo que fue extendiéndose a los otros jóvenes que al igual que ella se habían sentido atacados del horrible delirio.

Y conduciéndoles en angarillas a aquel brazo del Éufrates, cuya prolongación convertida en tranquilo arroyuelo diera de beber años antes a los renos de Gaudes y que tantas veces cruzara Milcha montada en Madina con los dos niños, les sumergieron en su mansa corriente, mientras los discípulos de Bohindra exhalaban al viento fresco del atardecer las suaves melodías de sus himnos a la Divinidad, saturados de amor, de paz y de armonía.

Los aldeanos les miraban estupefactos, y hasta hubo gritos de protesta juzgando que los Kobdas querían ahogar a los infelices jóvenes locos.

Y un padre decía murmurando de la Providencia.

– ¿Qué mal hizo mi hijo para estar así atormentado?

El otro añadía:

–Estoy sumido en la miseria y el hambre porque los tres hijos, esperanza de mi vejez, han caído en la fiebre y la locura, y sólo me sirven de carga y de dolor.

Y las quejas continuaban interminables mientras los Kobdas sumergían de uno en uno a todos los atacados.

Cuando terminaron la tarea y los enfermos parecían haber entrado en la suave quietud de un sueño reparador, Abel habló a aquella multitud de aldeanos, labriegos y pastores y les dijo:

–No murmuréis así de la Providencia porque con ello sólo conseguís agravar la situación de vuestros enfermos.

“Levantad vuestra alma al Sumo Hacedor para gritar con toda la fuerza de vuestro ser:

“¡Hemos pecado, Señor, contra tu Ley soberana y son las consecuencias de este pecado las que caen encima de nosotros como una montaña de granito!

“Si vuestras obras y las de vuestros hijos hubiesen sido de acuerdo a la Ley Eterna, las entidades tenebrosas y perversas no habrían tenido acción sobre ellos en tal forma de dominio y de posesión.

“El mal atrae al mal, como el bien atrae al bien.

“¿Cómo esperáis recoger trigo de un campo en que sembrasteis cicutas?

“¿Cómo pensáis extraer agua clara de la charca en que arrojáis inmundicias?

“¿Creéis recoger polluelos de alondra en un nido en que pusisteis germen de víboras?

“Porque vuestros hijos son del mal, el mal les ha poseído.

“Y vuestros hijos son del mal porque vosotros llegasteis al tálamo nupcial devorados de lascivia y de impudor, y trajisteis a la vida engendros de iniquidad, cuando podían ser los ángeles de la luz que llamasen a vuestra puerta.

“He aquí por qué la inconsciente humanidad va arrojando sobre sí misma fardos sobre fardos, dolores sobre dolores, abominaciones encima de otras abominaciones.

“¿Sabéis quiénes sois muchos de vosotros y vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos? Seres arrancados violentamente a la vida carnal, entre el terror de las torturas, de los incendios, de las guerras, de las devastaciones y traídos de nuevo a la vida física mucho antes de que se hubiesen despojado de las tinieblas perturbadoras, que lógicamente suceden a una muerte semejante. Con vuestros amores egoístas, brutales y lascivos;

con vuestros deseos de venganza; con vuestros odios sempiternos; con vuestros accesos de cólera, les arrastráis como en un torbellino a la tierra y llenáis así vuestros hogares de hijos que os traen como fruto todas las iniquidades que aún no tuvieron tiempo de reconocer en todo su espantoso alcance. Y sin tiempo de justipreciar sus errores y planear un nuevo horizonte para futuras vidas, sin tiempo ni aún siquiera para despertar de la turbación de una vida delictuosa y de una trágica muerte. ¿Qué os pueden traer como ofrenda, sino el delito, la depravación y la locura?

“Vuestros malos pensamientos y delictuosos deseos son como una red tendida en torno vuestro y a ella se aferran con ansia loca los pequeños o grandes monstruos que pululan en el bajo nivel en que os colocáis.

“¡Si la nobleza de miras y la elevación de sentimientos, si la conciencia del deber impulsaran todos vuestros actos, no atraeríais en torno vuestro generaciones de perturbados, sumidos aún en el delirio espantoso de una vida que recién terminó entre la carcajada de brutales pasiones satisfechas y los gritos de la tortura y las imprecaciones del dolor!

“Los sodomitos, los gomorreos y casi todos los desventurados que dejaron la vida física entre el terror de la llamas en el incendio del Valle de Shidin, infiltrándose fueron entre los habitantes de la tierra, los cuales, insensatos y enloquecidos por sus ambiciones y sus egoísmos, obstaculizan los esfuerzos de los hombres de la luz, cultivadores del espíritu, que dóciles a la Gran Voz de la único que Es y Será, la Eterna Verdad por los siglos de los siglos, tratan de despertar a las almas perturbadas por el desvarío de la iniquidad, para que sea una conciencia lúcida quien les llame a una nueva existencia terrestre.

“¡Mujeres que vendéis vuestros encantos al mejor postor, al que más oro hace brillar a vuestros ojos!... ¡Hombres que dejáis olvidada en un rincón a la mujer de vuestra juventud para buscar hartura de deleite en mujeres sin pudor y sin vergüenza, que consumen vuestro patrimonio y corrompen vuestro corazón!... ¿Por qué os quejáis a Dios de la prole maldita que habéis traído en torno vuestro, si ella no es más que vuestra prolongación?

“¡El doloroso concierto de sollozos con que respondéis a mis palabras, me demuestra que en desfile espectral vuestros errores os reclaman a vosotros mismos justicia y liberación!

“¡Hombres, jefes de tribus y caudillos de multitudes que arrebatáis a vuestros vasallos y a vuestros siervos, hasta la caricia de la única compañera que le permite su pobreza, para sumarla al numeroso rebaño de las que hartan vuestra lujuria insaciable! ¿Por qué os quejáis de haber engendrado escorpiones que muerden vuestras propias entrañas?...

¡Madres ancianas que os complacéis en los lujosos atavíos impúdicos y lascivos con que atraen vuestras hijas las miradas ponzoñosas de los

mercaderes de carne humana, y que gozáis estúpidamente en entregarles a quien más oro os da por ellas, sin pensar para nada en que antes que carne, son almas de inmortales destinos!

“¿Por qué lloráis sobre la ruina de vuestros nietos, y de todos vuestros descendientes hasta la cuarta o quinta generación? ¡Si leprosos son de espíritu y de cuerpo, leprosos los quisisteis y leprosos los tenéis!

“¡Gallardos mancebos!... ¡Hermosas jovencitas en quienes todavía aletea como una caricia de los cielos el pudor de la virginidad!... ¡Esperad al Amor que está llegando a vosotros, pero esperadle puros y castos, porque él es de tal elevada naturaleza que huye horrorizado de las vestiduras manchadas y de los corazones con llagas!

“Esperadle ¡Oh, mancebos! ¡Pastoreando vuestros corderos, cultivando vuestros campos, recogiendo los frutos de la tierra y aprendiendo en el grandioso libro de la Naturaleza que lo que se siembra se recoge y que ella aplasta a quien contra ella camina!

“¡Esperad al Amor que llega, vosotras jovencitas de mirada casta y alma virginal, y esperadle hilando la lana de vuestros corderos y el lino de vuestros campos, tejiendo abrigo para los huérfanos y los ancianos, haciendo el pan blanco de vuestra mesa en la tibia claridad de vuestro hogar en el cual seáis el tesoro escondido a todas las miradas y sólo manifiesto en el momento preciso, en que cantará el Amor en vuestra ventana la divina melodía de dos almas que se hallaron en lo infinito y que se encuentran por fin sobre la tierra!

“Esperad al Amor, vosotros, pastores y zagalas, cantando a la vera de los arroyuelos en que abreven vuestras ovejas o bajo las sombras de vuestras encinas y de vuestros emparrados, bajo los cuales vibre como rumor de caricias la alegría de vuestra alma sin zozobras ni inquietudes, sin deseos febriles, sin desengaño y sin hastío.

“No os engalanéis con fastuosos atavíos, ni transforméis con afeites vuestros rostros, ni untéis con esencias vuestros cabellos para esperar al Amor, porque él desdeña todo engaño y toda ficción y pasará junto a vosotras sin miraros; y toda vuestra compostura, incentivo del vicio le hará decir:

“No es a mí a quien espera, sino a los sátiros de la lujuria que a veces se engalanan con mi ropaje”.

“Haceos dignos del Amor y sabed comprender al Amor... ¡Ese excelso niño mago con alas de cisne y garganta de ruiseñor, que no se anuncia con torbellinos de deseos ni con preludio de festines o de saraos sino con la suave atracción de un alma hacia otra alma, sin egoísmo, sin ambiciones, sin interés, sin doblez y sin engaño, como vais vosotros a una fuente a pedirle agua clara, como vais a los jardines a pedirles perfumes, como pedís a la tarde sus dorados arreboles y a la mañana su celeste

resplandor y a las noches sus sombras silenciosas y la dulce claridad de sus estrellas!...

“¡Esperad al Amor como él quiere ser esperado, como al divino embajador que llega a vosotros cargado de dones y de poderes para hacer de dos vidas, una vida, de dos almas una sola alma, de dos corazones un solo corazón, de cuyas palpitaciones surjan nuevas vidas y como río caudaloso la paz, la dicha y la virtud!

“¡No malgastéis vuestro tiempo en buscar al Amor entre el tumultuoso laberinto de las plazas donde los mercaderes comercian, ni por los frecuentados caminos pasaje de muchedumbres, ni en los pórticos de los palacios donde el lujo, el soborno y la lisonja carcomieron como orugas el tallo y la raíz de las flores más hermosas!...

“¡Al Amor no se le busca!... ¡Al Amor se le espera! ¿Dónde? ¡En la suave tibieza del hogar paterno, templo augusto de la vida y del deber donde el Amor renace y se prolonga indefinidamente en los hijos de los hijos, como una inmensa cadena de flores comenzada a tejer por un viajero en la primera jornada y que caminando siempre hacia el sol naciente llegase al mismo punto de partida, dejando a la tierra enlazada por una guirnalda de flores que no termina en ningún punto y está en todas partes!...

“¡Tal es el Amor, si la humanidad supiera comprenderlo!

“¡Oh, humanidad..., humanidad terrestre, que buscas al Amor y lo espantas de tu lado!... ¡Humanidad inconsciente, que aturdida te lanzas por los caminos y las plazas en busca del Amor, con tus vestidos manchados y con la marca lúbrica del vicio en tu semblante!...

“¡Sólo te responderán los chacales del interés y los buitres del deseo..., y los cerdos hambrientos del placer!...

“Llorarás sin Amor, ¡pobre humanidad terrestre!, ¡hasta el día que aprendas a esperarle vestida de blanca túnica de lino, coronada de lirios de los valles, de pie a la alborada para recoger la mies de tus campos, o sentada junto a la lumbre del hogar tejiendo la lana de tus ovejas para vestir tus hermanos desnudos!...

“¡Pobre humanidad que en el santuario de tu corazón has levantado altares al becerro de oro y a la inmunda sierpe de la lujuria, y en tus salterios les cantas himnos y en tus pebeteros les quemas perfumes y has talado los jardines de la vida para quemarlos, iluminando con esa llamarada tus orgías!...

“¿En qué sitio, dime, levantará el Amor su tálamo de manzanos y naranjos en flor, donde vierte el rocío sus lágrimas diamantinas y donde cuelgan los ruiseñores el nido para sus polluelos?...

¡Y Abel como sumergido en internas contemplaciones, apoyó su cabeza en el tronco del árbol en que se había recostado al comenzar su

discurso, y como una suave somnolencia entornó sus ojos próximos a llorar!...

El hada sutil de la intuición susurró al oído de los Kobdas músicos aquella hermosa canción que compusiera Bohindra para Ada, su esposa, aquella mañana en que su alma tomó de la mano al alma de la reina-niña, para hacerla subir al augusto santuario de un elevado y sublime amor, y a coro la cantaron, mientras la muchedumbre escuchaba silenciosamente y el joven Maestro soñaba con el triunfo del Amor en un futuro lejano.

De esa muchedumbre formó años después Iber, una especie de dinastía de pastores y labriegos, origen de lo que muchos siglos más tarde fue la raza Ibero-Caucasiana que emigró a occidente para formar la Iberia europea, en la que aún pueden verse vestigios de aquel lejano origen, en la raza euskera o vasca de las montañas españolas.

84

EN LA CAVERNA DE GAUDES

Tres días después emprendían los misioneros de nuevo la marcha en dirección al Oeste, o sea hacia la costa del Mar Grande, donde les esperaba Selyman con sus cuatro compañeros, que eran los habitantes que por entonces tenía la que fue caverna de Gaudes, refugio de Sophía y Milcha, de Adamú y Evana, y cuna donde durmió Abel su primer sueño de prisionero en el plano terrestre.

Al llegar se encontraron con un velero enviado por el Santuario de Neghadá a bordo del cual venían varios Kobdas a reforzar el Refugio del país de Ethea, cuyos enfermos, ancianos y huérfanos aumentaban de día en día.

Encontraron asimismo un largo mensaje de Bohindra que había traído días antes la caravana de mercaderes que hacía los viajes muy frecuentes desde el Maharati a las costas del Mediterráneo, desde cuyos puertos eran conducidas las mercancías a diversos puntos del continente occidental.

En dicho mensaje el Kobda-Rey les participaba que el bienamado viejecito Senio, el fiel compañero de la infancia de Abel, había hecho su nueva entrada a la vida física, llenándoles de alegría a todos los habitantes de La Paz, pues unas horas después del nacimiento se había desprendido su espíritu con gran lucidez para decir a los Kobdas reunidos en la Mansión de la Sombra: “¡Hermanos míos!..., estoy a vuestra disposición para continuar los trabajos que dejé empezados”.

Sus padres eran felices con el nuevo don de Dios que habían recibido, pero Evana, la dulce enamorada de Abel, había dicho con delicada gracia

al besar por primera vez a su hijito: “¡Te amo más que por ser mi hijo, por lo mucho que amaste a Abel!... Eres bello a la verdad..., mas aquél es el sol que te da sus reflejos”...

Y el familiar y afectuoso mensaje de Bohindra finalizaba pidiendo a los Misioneros que regresaran por mar, a los fines de visitar los pueblos de la costa que lo habían pedido, incluyendo Neghadá que a tal fin enviaba la embarcación. En el Gran Santuario Madre de todos los que había en el continente, aún no conocían la persona de Abel sino por los medios suprafísicos que los Kobdas habían alcanzado con la abnegación y la pureza de vidas consagradas en absoluto al desarrollo de las más elevadas facultades del ser.

La llegada de los Kobdas a la caverna de Gaudes fue una serie de intensas emociones.

– ¡Hijo de Shiva!..., ¡hijo único del gran amor de mi vida! –exclamaba Selyman en una explosión de amor largo tiempo contenida. Se sabía viviendo una nueva vida en el mismo cuerpo físico, pero con su alma transformada por el sacrificio.

¡Y un estrecho abrazo confundían al padre y al hijo, a Iber y al hermoso caballero aquel de las torrecillas blancas entre las serenas aguas del lago!... ¡Grandiosos poemas de amor de las almas, incomprensibles para la gran mayoría de los seres de humanidades nuevas, de escasa evolución y cargadas con la irrisoria preocupación de que una efímera vida física encierra toda la carrera evolutiva del espíritu eterno e inmortal!

La luz radiante que emanaba la Ley de los Kobdas iluminaba de lleno aquellas dos almas, que al unirse de nuevo en los infinitos horizontes de la grandeza del Altísimo, donde una perdurable alianza desde largos siglos les había marcado rumbos felices o desventurados, de oprobio o de gloria, de éxito o de fracaso, y que el interminable correr del futuro debía encontrarles muchas veces unidos en seguimiento del Hombre-Luz.

Y es por eso que encontramos de nuevo a Selyman como señor de Madura, con el nombre de Ugrasena, desposeído por uno de sus propios hijos y reintegrado a su pueblo por su nieto Quiscena Krishna, otra faceta luminosa del Verbo de Dios encarnado en la India meridional.

Y Devodrahana el siervo fiel que ocultó en su cabaña al anciano monarca despojado y malherido, y le alimentó durante varios años con su trabajo de tejedor, es otro aspecto, otro momento en la eterna sucesión de vidas de Iber, el jovencito Kobda que bajo la techumbre de piedra de la caverna de Gaudes se encontraba después de mucho tiempo, con aquel espíritu compañero de la eternidad.

Y cuando este mismo Iber en los días de Jesús de Nazareth estuvo personificado en el apóstol Pedro, el alma de Selyman su padre, se le acercó de nuevo en Juan Marcos su más asiduo discípulo, el que juntamente con

su madre, la honesta viuda María, atendieron a la manutención del apóstol durante las duras pruebas que sufrió como misionero del Cristo.

¡Oh, las alianzas!... ¡las alianzas eternas de las almas mucho más profundas y sagradas que los vínculos de la carne y de la sangre cuando éstos no son una reproducción de aquéllas!

La caverna de Gaudes estaba igual que años atrás cuando fuera habitada por Sophía y Milcha, por Adamú y Evana. Los Kobdas nada habían querido cambiar y sólo habían puesto en la alcoba un lienzo pintado, copia de aquel trabajo que hiciera Evana para obsequiar a la Reina Ada y que representaba el nacimiento de Abel, y un círculo de rústicos asientos de madera y juncos en que ellos reposaban en las horas de concentración espiritual. La gran mesa en que Gaudes había grabado aquella inscripción en lengua otlanesa se hallaba en el mismo sitio, lo mismo que la piedra del hogar donde la inolvidable Madina golpeaba con su pata calzada para hacer saltar las luminosas chispas que encendieran el fuego.

Se le había cambiado únicamente de destino y aquella caverna era para los Kobdas recinto de oración donde sus almas se elevaban a las alturas en busca del Infinito, para beber en él la paz, la serenidad y el Amor.

Todos tenían gran empeño en hacer observaciones de orden psíquico sobre Iber, que siendo la reencarnación de Milcha, la heroica esclava de la princesa Sophía, algo debía levantarse como una luz en su espíritu ante aquel escenario que le fuera tan conocido y familiar.

Y juntos todos con él entraron a la caverna para la acción de gracias habitual después de un largo viaje.

Apenas quietados todos cada cual en su sitio, se vio a Iber caer en hipnosis profunda recostado sobre el hombro de Aldis que estaba a su lado. Su espíritu se desprendió de la materia y envuelto en el cuerpo astral de la esclava, se deslizó suavemente hacia la alcoba donde se arrodilló reposando su cabeza en el borde del gran lecho donde descansó y murió Sophía, donde Evana pequeña y huérfana dormía después con su grulla. Y un suave sollozar sin ruido sacudió aquel cuerpo transparente como tejido de gasas de color lila claro con reflejos verdosos. Otra blanca silueta se dibujó como sentada sobre el lecho y sus manos apenas perceptibles por la sutilidad de la materialización, acariciaron la inclinada cabeza de Milcha estremecida por los sollozos. Y de los párpados cerrados de Iber profundamente dormido corrían dos hilos de lágrimas silenciosas y mojaban las manos de Aldis inmóvil, que le daba apoyo con su cuerpo para evitarle una caída.

Y la fuerza formidable de todos aquellos pensamientos habituados a extraer de lo Infinito los tesoros eternos que guarda, reconstruyó dulces escenas del ayer, y la Luz Increada que todo lo sabe y que todo lo ve, vertió para ellos las compensaciones generosas que brinda a todos aquellos

que con su esfuerzo, han hecho de su cuerpo mental un terso lago sereno donde se refleja la incomparable belleza de los cielos.

Y junto al cuerpo astral de Sophía y Milcha, de Adamú y Evana pequeños; surgió la adusta y venerable silueta transparente de Gaudes, y los más clarividentes le vieron unido por el lazo fluídico vital con el cuerpecito de aquel niño que Abel recogiera en una pobre choza de ramas en las afueras de Babel, donde acababa de expirar la infeliz madre extenuada por la fiebre.

El Kobda Ibrín había quedado sentado justamente en el sitio en que antes estaba el lecho de paja de los renos, y sea que él y otros pensaban en el noble animal que fuera instrumento de la Ley Eterna para sustentar a sus criaturas, o sea porque captada ya la onda luminosa en que se habían plasmado aquellos sucesos continuara derramándose en aquel ambiente de serena lucidez, el Kobda Ibrín se estremeció ligeramente al sentir un suave rozamiento en sus manos apoyadas sobre las rodillas. La cabeza de Madina, de un pálido color trigüeño le lamía las manos y su astral muy borroso y casi diluido en la penumbra se esfumó hacia la alcoba donde desapareció.

Artanio y Suri, que habían quedado junto a Abel, no distinguieron ya su cuerpo físico al que había cubierto una especie de niebla luminosa que irradiaba suave claridad rosada a su alrededor.

Una intensísima onda de amor se extendió por el ambiente haciendo brotar el llanto en todos los ojos, y un nombre dulce y suave como la onda misma que les embargaba surgió al mismo tiempo de todos los labios:

– *iOdina!...*

El Mesías de Venus, como un beso del Amor Eterno había bajado sobre la faz extática de Abel, su alma gemela aprisionada en la materia en un nuevo apostolado de redención humana.

El majestuoso desfile de cuadros radiantes extraídos de la Luz Eterna por el formidable pensamiento unido de los Kobdas, se esfumó entre el murmullo de las voces reverentes que pronunciaron aquel nombre, todo armonía y dulcedumbre, del cual pareció una prolongación la melodía de acción de gracias que cantaron a coro los Hijos de Numú, sumidos aún bajo la esplendorosa claridad de lo infinito que se había vaciado sobre ellos.

LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL

La celeberrima serpiente a la cual tan importante papel hace desempeñar la Biblia cerca de Adamú y Evana, no fue nunca más que una espantosa combinación de mentes perturbadas por el abuso de las fuerza mentales desarrolladas en el bajo ambiente del sensualismo y mediante prácticas delictuosas y repugnantes. De tal origen no podía surgir sino el burdo y vergonzoso engaño, en que respecto a la creación del hombre estuvo hasta hoy la humanidad.

La desastrosa escuela del Cerro Maldito, tenía como divinidad un espantoso monstruo creado por ellos mismos mediante la violación de las leyes de la naturaleza, arte en la cual eran consumados maestros.

En una bestia marina semejante a la foca de la fauna actual, habían logrado producir un engendro verdaderamente horripilante con varias cabezas y un cuerpo alargado, blando y carnoso que se asemejaba mucho a una inmensa serpiente de color pardusco.

Cargado de fluidos maléficos hasta el más alto grado, aquel monstruo era lógicamente una pila eléctrica que vibraba al más ligero pensamiento de quienes ejercían formidable acción sobre él.

Esta maligna institución contaba también largos siglos de existencia. De origen Lemur, había extendido sus corrientes de perversión y de maldad por distintos continentes, cuando aquel desapareció bajo las aguas. El hermoso país circundado de grandiosas montañas denominado Pas-Quam-Lik que fue el último en desaparecer bajo las olas del Pacífico, las vio huir de sus inmensas cavernas transformadas en templos de roca viva, en misteriosas pirámides cargadas de tinieblas y de espectros, como inmensas fortalezas fluídicas de donde fluían, como de envenenado manantial, corrientes perturbadoras de las leyes de armonía, de paz y de tranquilidad de los pueblos.

En el Sudoeste de Atlántida había después instalado sus cuarteles y luego en el Asia Oriental, como los tentáculos de un inmenso pulpo que sólo vive de los gritos de angustia de víctimas estrujadas entre sus garras.

Las apariciones que de tiempo en tiempo hacía sobre la tierra el Espíritu de Luz, Guía de esta humanidad, atrayendo al plano astral terrestre una inmensa pléyade de Inteligencias superiores, iluminaban gran parte de aquellas malignas corrientes, que vencidas y deshechas en sus focos principales de vida y de acción, pasaban por desencarnaciones violentas y súbitas a otros mundos inferiores, hasta que, enrarecido nuevamente el ambiente terrestre, podían tomar nueva materia en la vida física.

Este mismo fenómeno había ocurrido a la llegada del Verbo de Dios en la personalidad de Abel, cuya existencia terrestre no era desconocida para las perversas entidades que se llamaban “dueños del bien y del mal”.

En el agotamiento mismo de sus grandes fuerzas mentales, en las muertes súbitas, en las crisis de furor, de vértigo, de dolor y de locura de que se veían acometidos sus principales sujetos, ellos conocían que el Amor y la Verdad estaban cerca, que el Hombre de la Luz habitaba la Tierra y era causa de un próximo y desastroso fin. Y con la rabia feroz de la impotencia se desataban en toda suerte de venganzas buscando entorpecer la acción benéfica, toda luz y todo amor que emanaban las Inteligencias invisibles o encarnadas que secundaban al gran Misionero de la Verdad.

Estos formidables campeones de las fuerzas tenebrosas de los mundos más inferiores, no estaban todos relegados en sus templos-cavernas, sino que los había en los palacios de los magnates como consejeros, como augures, como sacerdotes, y ya sabemos como habían sido desalojados, al igual que la Shamurance, en todo el territorio de la Alianza del Éufrates y el Nilo. El incendio de las ciudades del Valle de Shidin había sido una de sus postreras derrotas. La invasión de las aguas cuando la nave-palacio de Nohepastro se paseaba por los mares en busca de tierras para conquistar, había sido para ellos otra campaña de desastre y de aniquilamiento.

De esta escuela del mal y del error surgieron gran parte de las fábulas grotescas con que se desfiguró la llegada del Hombre Luz al plano terrestre, en la época que nos ocupa.

Sabemos bien que la Eterna Ley es inmutable y que jamás se corrige a Sí Misma porque es infinitamente perfecta en todas sus manifestaciones y que lo que es infinitamente perfecto e inmutable, no puede ser variado ni transformado ni corregido.

La Ley Eterna que rige y gobierna sus más grandes, como sus más pequeñas creaciones en el vasto e inconmensurable universo, produce absolutamente todos los acontecimientos por medios naturales, lógicos, fáciles de comprender a las Inteligencias llegadas a la evolución necesaria para ello. Ni prodigios, ni misterios, ni milagros entraron jamás en la serenidad majestuosa de sus obras. Nada más que la Eterna Energía creando, modelando, transformando lentamente en sucesiva escala de progreso y perfección sus propias creaciones, mediante leyes que *fueron* siempre y que eternamente *serán*.

Pero una de las tendencias principales de los espíritus del mal que han desarrollado poderes psíquicos para su daño y el de los demás que caen bajo su acción, es la de procurar alterar las leyes naturales, obrar en contra de ellas por todos los medios a su alcance, como si en loco y

descabellado alarde de fuerza quisieran engañarse a sí mismos de que son en realidad “dueños del bien y del mal”.

Éxitos parciales, aparentes y momentáneos, les afirman a veces en su espantosa demencia, si bien su historia de todos los siglos, desde épocas remotísimas, nos prueba que al final de cuentas, ellos han labrado su propia ruina, pues que al usar para el mal las Fuerzas Vivas latentes en el Universo y dóciles al pensamiento de seres inteligentes, ellas mismas les destruyen y les aniquilan cuando no hay otros seres que por ley pueden quedar bajo su acción.

El Mal atrae al Mal y a sí mismo se aniquila.

Siendo estos malignos seres inferiores incapaces de nada grande, bello y puro, sus pensamientos sólo pueden crear monstruosidades, y de monstruos y horripilantes creaciones se rodearon en todos los tiempos. Sus esculturas, sus ídolos, sus rituales y sus cultos son una serie interminable de cosas espantosas y terribles.

Quisieron comprender y narrar a su paladar la aparición del hombre sobre la tierra y forjaron la leyenda de un dios formando un cuerpo humano de barro, inyectándole vida mediante un soplo en la faz; luego le duerme y de una costilla que le extrae forma un cuerpo de mujer por no sé que procedimiento que la razón no llega a comprender. Monstruo es el hombre y monstruo es la mujer.

Otro monstruo después la serpiente habladora que engaña a Eva, y le ofrece hacerles dueños del bien y del mal, completa el horrible cuadro de monstruosidades conque las perversas inteligencias de las tinieblas, han engañado y aturdido a la humanidad durante largos siglos.

¿Qué pensamiento más sacrílego ante la infinita majestad de la Eterna Energía Creadora a quien llamamos Dios, que ponerlo en la baja condición de un mal escultor cualquiera que forma de barro una efigie para dar comienzo a la creación de la humanidad de un planeta?

La serpiente fue en todos los tiempos figura y símbolo del mal en su más repugnante significación. Y todas las escuelas de Magia Negra que han existido desde que la tierra fue habitada por la especie humana, tuvieron la tendencia de producir monstruos, engendros en serpientes y animales cuya especie se les parece por la conformación de ciertos órganos interiores del cuerpo.

A estos monstruos les atribuían poderes extraterrestres, y por medio de fuertes corrientes de pensamiento y acumulación fluídica los obligaban a hacer ciertos movimientos acompañados de gritos, de silbidos, de estertores, que ante los atónitos y aterrados ojos de los espectadores, los augures o magos interpretaban como palabras u órdenes emitidas por aquella monstruosa divinidad dueña del bien y del mal.

Y cuando dos siglos después de desaparecido Abel de la Tierra, una

tribu nómada, adoradores de la diosa Vanadis, se refugió en la caverna del Cerro Maldito, en su peregrinación hacia el sur en busca de tierras fértiles del cultivo, encontraron en aquella caverna láminas de piedra con largas inscripciones en las cuales aparecía el extraño relato de la creación del primer hombre y de la primera mujer, en la forma en que la inconsciente humanidad lo ha aceptado sin razonar, hasta nuestros días.

Felizmente hoy, sólo los sectores fanáticos que han abdicado del derecho divino de razonar y de pensar, son los únicos que no se aperciben de haber sido víctimas de tan burdo engaño, ofensivo para la dignidad del espíritu, y sacrílego y blasfemo ante la infinita grandeza de la Causa Suprema, origen y fin de todo lo que palpita y vive en medio de la Belleza, de la Armonía y del Amor.

86

EL PRINCIPE DE ETHEA

Antes del nacimiento de Abel, murió el viejo caudillo de esta comarca hermosa y pintoresca, encerrada entre todo lo que puede dar belleza y esplendor a una porción de tierra. Por el oriente la cercaba el Éufrates y sus afluentes; al sur las montañas de Kasson (*Monte Casio de siglos después), cubiertas de vegetación; al oeste el Mar Grande y al norte las últimas ramificaciones del Anti Tauro.

El río Orontes que hoy la atraviesa de norte a sur, no existía en aquella época lejana sino en germen, digámoslo así, pues surgió como un diáfano surtidor varios siglos después, de las pequeñas o grandes vertientes, que como la fuente aquella a la cual cantaba Evana solitaria; en diversas conmociones de la tierra, la montaña abrió como labios profundas grietas por las cuales se despeñaron las aguas corriendo por la pradera sombreada de inmensos plátanos y de bosquecillos rumorosos de mirtos y de laureles.

El caudillo desaparecido, era el marido del cual huyó Elhisa, la Matriarca de aquel Refugio que fundara Senio en una comarca cercana al río Descensor. El lector recordará este relato en la primera parte de la obra, y recordará asimismo que los dos hijos de Elhisa eran a la sazón príncipes, el uno del país de Ebani en Alarodia, y el otro en el sur del país de Ethea, más o menos donde centenares de siglos después debía levantarse la populosa ciudad de Antioquía que en los tiempos del Imperio Romano llegó a considerarse como la tercera ciudad del mundo por su importante comercio y deslumbradora fastuosidad.

Este era el llamado Elhizer y el menor de los dos. Había heredado el dulce y suave carácter de su madre a la cual apenas recordaba, como

una visión de ternura que le visitaba en sueños infundiéndole elevados y santos pensamientos. Cuando su madre fue llevada como Matriarca del Refugio de Gazan, Elhizer recibió como un don de lo alto la noticia, que hizo llegar hasta su hermano Naboth. Y aunque éste tenía mucho del adusto y duro carácter de su padre, la dulzura de su hermano le vencía siempre y había accedido a visitar en conjunto a la dulce madre que perdieron en la infancia.

Y fue entonces cuando ellos entraron en la Grande Alianza del Éufrates y el Nilo.

Elhizer quedaba pues cercano a la Caverna de Gaudes, que hasta entonces había pasado completamente desapercibida en las encrucijadas profundas del Monte Kasson, y que empezaba a ser conocida cuando los Kobdas comenzaron a recoger en ella los enfermos infecciosos desamparados de todo auxilio humano. Pero sabiendo Elhizer que allí se habían alojado los Kobdas hermanos de su madre, se apresuró a enviarles un mensajero invitándoles a establecerse en Dhapes, que era por entonces la ciudad más importante de su dominio y donde él residía habitualmente.

Los Kobdas bien pronto comprendieron que aquel ser no pertenecía a la turbamulta inconsciente y dormida para los grandes ideales que buscaban los espíritus de la luz, y así fue que le pusieron al corriente de los motivos que tenían para preferir como habitación aquella caverna.

Entonces Elhizer les envió un centenar de hombres, labriegos, artesanos y pastores, con parte de sus rebaños, para que ellos pudieran atender a su manutención y la de sus enfermos.

No era él ajeno a la llegada de los Kobdas misioneros que por tierra llegaban desde el Éufrates, y por el mar desde Neghadá en las riberas del Nilo.

Estaba unido a una mujer albanesa de la otra orilla del Golfo de Salsan, y siguiendo la Ley de la Alianza, había dado libertad a todos sus esclavos y a las varias esposas secundarias que había tenido, les señaló alguna posesión, a la que había unido la libertad de contraer un nuevo matrimonio a su elección.

Mas la noble y generosa conducta de Elhizer avivó en varias de ellas el amor que le habían tenido y reuniendo en uno solo los bienes materiales que él les donara, edificaron en la más alta y hermosa meseta del Monte Kasson un Santuario, a imitación de los Kobdas, al cual se llamó por mucho tiempo “Retiro de Berecinas”, nombre que se daba por entonces en aquellas comarcas a las esposas de los príncipes. Pero temeroso Elhizer que aquella casa degenerase por falta de dirección, en un sitio de ocio y de placer, la convirtió en casa de trabajos manuales propios de la mujer, y después pidió a su anciana madre viniese a dirigirlo.

De acuerdo con el Alto Consejo de los Kobdas de Neghadá y del Éufrates, Elhisa acudió al llamado de su hijo con seis Kobdas que le fueron enviadas desde Neghadá. Pronto las Berecinas comenzaron a aumentarse y aquello fue como una Colegiata de princesas entre las cuales había, no sólo las que fueron esposas secundarias de los caudillos y príncipes de la Alianza, sino también las hijas de ellas y las princesas viudas ancianas o jóvenes que sintieron la atracción de aquella vida de profunda paz, rodeada del respeto del pueblo y consagrada a obras de verdadero mérito. Los tejidos de púrpura y de lino, recamados de oro y piedras preciosas, aquí tuvieron su origen y tan proverbial llegó a ser la belleza artística de estas obras que en toda esa comarca y hasta la época del esplendor de Tiro y Sidón, muchísimos siglos después, solía decirse en elogio de un tejido rico y artístico: “es una obra de Berecinas”.

La fantasía popular tejió más tarde infinidad de leyendas alrededor de estas mujeres, cuya vida pareció tan extraña y fuera de lo humano a las multitudes que comenzaron a figurárselas como hadas, como sibilas, como seres extraterrestres, genios protectores y semidiosas que contraían supuestas alianzas con los múltiples dioses de los antiguos cultos. Casi todos los nombres de las Musas, de las Gracias y Diosas de la antigua mitología tuvieron su origen en los nombres de estas Berecinas. Diana, Latona, Pasitea, Astrea, Eunomia, Atalanta, Nemosina, Gracia, Elida, Bausis y otros muchos que forman el interminable catálogo de Diosas, Musas, Ninfas, pobladoras de los cielos mitológicos, fueron llevados a través del Mediterráneo por los navíos de mercaderes que conducían al continente occidental los primorosos tejidos, nacidos como por encanto, de los dedos mágicos de las Berecinas del Monte Kasson.

Cuando muchos siglos después la barbarie humana invadió estas tranquilas serranías, las Berecinas, disfrazadas de pastores, se ocultaron en las cavernas de las montañas, donde pudieron escapar a la codicia de los Hicsos invasores. Su Santuario fue robado y destruido hasta los cimientos por las llamas y por la piqueta demoledora, en busca de los tesoros que soñaban encontrar y que de verdad encontraron en los riquísimos tejidos con que estas maravillosas magas de la aguja, llenaban los más lejanos palacios y santuarios.

Y en los últimos siglos antes de la Era Cristiana, aún existían resabios de aquel hermoso culto basado en la labor manual más delicada, y ornamentado con el arte musical más sencillo y puro conocido en aquellos remotos tiempos.

Más tarde fueron hombres los que continuaron habitando las cavernas del Monte Casio, que aún los primitivos cristianos que habitaron parajes inmediatos a la populosa Antioquía del tiempo de los Césares, han podido

contemplar y hasta las han utilizado como refugio en las persecuciones que sufrieron en los primeros siglos del Cristianismo.

Elhizer, el príncipe del país de Ethea, hijo de Elhisa, la Matriarca de las Berecinas, que tantas veces subiera a la meseta donde se alzaba el Retiro, no se figuró acaso que en el siglo del Cristo Nazareno, cuando bajo la modesta indumentaria de Judas Tadeo, uno de los Doce, recorrería aquellas comarcas, que pisaba lo que en lejanos días de esplendor y de gloria fueran los dominios de que era príncipe y señor.

Diríase que en su alma había un chispazo de luz, que iluminaba para él aquel remoto pasado, a juzgar por la gran dedicación que Judas Tadeo, apóstol de Jesús, consagró a estos parajes que fueron la antigua Ethea, donde desplegó su celo en los comienzos de su apostolado cristiano, como antes había derramado la Ley de los Kobdas que fue base y coronamiento de la misión redentora de Abel.

87

KOBDAS Y BERECHINAS

Pensamos que el lector preguntará:

“¿Las Berecinas se hicieron Kobdas, o las Kobdas vivieron como Berecinas?”

El sagrado lema de los hijos de Numú: “Extraer lo más hermoso que hay en todas las cosas”, fue quien dio las normas para cimentar la nueva Institución sobre bases de orden y de trabajo.

Conocemos ampliamente a los Kobdas, individual y colectivamente, en sus grandes facultades psíquicas desarrolladas hasta el más alto grado a que puede llegarse en el plano terrestre.

Les conocemos también como espíritus enamorados de la más noble y pura idealidad en pro de la cual sacrifican valientemente todo cuanto puede halagar a un ser revestido de carne, si tal sacrificio es necesario para el triunfo de su idea.

Pero les conocemos poco en su vida de relación con seres ajenos a ellos mismos y a sus modos de ver y de pensar, y a este punto de vista hemos dedicado este capítulo.

Cuando Elhisa, Matriarca de Gazan, pidió al Alto Consejo de sus hermanos del Éufrates la opinión sobre el particular, estos le contestaron en un rollo de papiro:

“Elhisa, hija de Numú:

“Ve a donde el Amor te manda.

“Piensa que vas a cultivar plantas de invernáculo y no hierbecillas silvestres arrancadas de los caminos o de áridos peñascos.

“Un conjunto de princesas habituadas al dominio y al ocio, ofrecerán para ti mayores dificultades que las hijas de los labriegos, las pastorcillas de nuestros campos, o las esclavas arrancadas al yugo.

“Si son jóvenes acércate a ellas con el tierno amor de la madre.

“Si son ancianas, llégate a su lado con la suave ternura de una hermana que comparte tristezas o alegrías.

“Si el Amor Eterno te guía y vive en ti, formarás una escuela de orden y de trabajo amenizada con las delicadas artes propias de la mujer.

“No pretendas que las Berecinas lleguen a lo alto de un Santuario Kobda, pero sí al Taller del Trabajo, por el orden y por la virtud.

“Que el trabajo comenzado como entretenimiento y recreo llegue después a ser un deber.

“Que la música y el canto comenzado como expansión llegue después a constituir el vehículo del alma para elevarse a lo infinito y una forma de adoración al Ser Supremo al que encontrarán y sentirán en la belleza de la armonía.

“Que de tanto en tanto hagáis que las Berecinas, habituadas al oropel y a las delicias, vean muy de cerca el dolor humano para que surja en ellas el sentimiento de piedad, que después las llevará al deseo de aliviarlo, siquiera sea para sentir los himnos de la gratitud y la dulzura que emana de toda dicha que ellas habrán proporcionado.

“¡Elhisa!... Acuérdate siempre que el Amor Eterno te consagra Madre de princesas sin trono, de esposas sin esposos, de almas heridas profundamente por lo que a veces tiene de duro y cortante la Ley Divina, que las apartó del príncipe consorte, en medio de la embriaguez de sus ilusiones y de sus esperanzas.

“Cura, pues, primero las heridas, restaña la sangre y cuando la quietud ha llegado, ofrece a las almas serenas la triple visión: Trabajo, Arte y Virtud.

“Que la Alta Sabiduría ilumine tu mente para que seas como un reflejo suyo sobre el Monte Kasson.

“Tal es la opinión del Alto Consejo de tus hermanos los Kobdas de La Paz y de Neghadá”.

El hecho sólo de ser Elhisa la madre de aquel a quien habían estado unidas con tal íntimos vínculos, estrechó la amistad entre aquellas mujeres que jamás se habían visto y que comprendían la vida de tan diversa manera.

“Cuando nos entrega en custodia a su propia madre es gran señal de que nos sigue amando y de que velará por nosotros”, se decían las Berecinas, buscando en esto un consuelo al repudio que la Ley de la Alianza había impuesto a Elhizer.

Las esposas de este príncipe eran dieciséis y cuando Elhisa llegó al

Monte Kasson, estaban sólo ellas con doble número de siervos que las habían seguido.

Todas eran menores de treinta años, y como él las había tomado de muy jovencitas, algunas tenían hijas ya adolescentes, otras menores de diez, ocho, seis y cuatro años. Los hijos varones habían quedado al lado de su padre.

Tal era la situación de la Casa de Monte Kasson cuando Elhisa y sus compañeras penetraron a ella conducidas por Elhizer, que dijo a sus Berecinas:

–Desde hoy os considero como mis propias hermanas y en prueba del amor y de la gratitud que os guardo por el cariño y por los hijos que me habéis dado, os dejo a mi propia madre para que sea vuestra madre, vuestra consejera y vuestra guía.

“Y si es verdad que el esposo ha muerto, queda para vosotros el hermano y el padre que os demostrará serlo hasta el fin de sus días.

Y como sintiera rumores de sollozos, y que su propio corazón se conmovía demasiado, dio un paso atrás, cerró la puerta tras de sí y bajó a la carrera la ancha escalera labrada en la roca viva que servía de base a la mansión de las Berecinas.

Elhisa se colocó de inmediato en el pedestal de Amor en que su hijo le había colocado, abrió sus brazos llenos de ternura a aquellas dieciséis mujeres que habían amado a su hijo y que la habían hecho tantas veces abuela.

Para ella, que tan hondos martirios y tanta soledad de corazón había padecido en su juventud, fue aquello como un paraíso de suaves ternuras.

¡Cuántas hermosas nietecitas, dos veces hijas..., porque eran retoños del hijo de sus entrañas! Y llegó a contar hasta veintisiete criaturas de cuatro a quince años.

La mágica ronda de los amorcillos alados que hemos visto muchas veces en las antiguas pinturas de las reales mansiones medievales, darán una idea del enjambre inquieto y bullicioso que se agitó en torno a la anciana Elhisa cuando Elhizer se alejó.

Y ella, riendo y llorando repartía entre todas sus caricias, mientras en su alma de Kobda se levantaba esta exclamación:

“¡Basta Dios mío, basta!..., ¡que en este pobre corazón de carne no cabe ya ni una gota más!”

Y dejándose caer como agotada en una gran tarima tapizada de pieles, sentó a la más pequeña de sus nietas sobre sus rodillas y dijo a las Berecinas:

–Como yo me siento vuestra madre, os pido que os sintáis vosotras, hijas, siquiera sea por amor a aquel que os ha hecho felices y os ha dado estos preciosos tesoros.

“No creáis que mis compañeras y yo venimos a ser vuestras carcele-
ras, ni agobiaros de leyes que os hagan penosa la vida. Venimos nada
más a enseñaros a ser felices en el retiro que habéis escogido por propia
voluntad.

“Venimos a descubrir ante vosotras el tesoro de amor que podéis
extraer de las obras todas de Dios y más aún de vosotras mismas, que
lo tenéis oculto en el fondo de vuestro corazón.

“Vengo, como lo ha dicho mi hijo, a ser vuestra madre, y por si mi
pequeñez y debilidad no os pudiera dar bastante amor, estas hermanas
mías que veis, suplirán para vosotras lo que en mí falta de ternura y de
solicitud.

Las Kobdas se confundieron con las Berecinas en un largo y estrecho
abrazo, mientras las pequeñitas jugaban con los largos velos de color
violeta, entre cuyas ondulaciones transparentes aparecían sus caritas de
rosas y sus ojos vivaces y traviosos.

Elhisa quiso visitar su nueva morada y el lector la visitará juntamente
con ella.

Era un edificio de un solo piso, construido de piedra calcárea y orna-
mentada de grandes ensambladuras de cedro y bajo relieves de cobre.

Desde luego que no se veía allí aquella majestuosa severidad austera
de los Santuarios Kobdas, sino por el contrario, el primor, el arte y la
riqueza asomaba por todas partes.

Aquello era más bien un palacio real que un lugar de retiro y de
oración.

El alma de las Kobdas se hubiera sobresaltado al visitar la gran sala
de festines y los hermosos jardines con antorchas, con estanques, con
parques de juegos al estilo habitual en los parajes de recreo para los
monarcas, pero habituadas al domino de sí mismas, todas pensaron al
mismo tiempo:

“Extrae del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en
ellas”.

Y con admirable serenidad, continuaron hasta el fin la visita al vasto
edificio, haciendo el elogio de tanta belleza como el buen gusto de las
Berecinas había amontonado en aquella hermosa mansión.

Las Berecinas sabían que las Kobdas eran muy santas y austeras
mujeres dedicadas al estudio, al trabajo y a la oración, y sentían cierto
temor de que Elhisa encontrase muy censurable todo aquel esplendor
profano, inútil desde luego, pero que a ellas satisfacía grandemente.

Se quedaron maravilladas cuando no oyeron ni una sola palabra de
censura ni aún siquiera pudieron sorprender una mirada de desagrado
en ninguno de aquellos rostros, sonrientes y tranquilos que irradiaban
tanta paz y tanta bondad.

–De todas estas habitaciones elegid vosotras las que queráis –dijo a las Kobdas, la mayor de las Berecinas que era una hermosa mujer del país de Akadia, de rubios cabellos y ojos azules llenos de inteligencia y de dulzura–. Cada una de nosotras tenemos, como veis, un pabelloncito para sí, para sus hijas y para sus siervas. Sólo tenemos en común el salón de los festines, los parques de juego y el jardín de los estanques para baño.

– ¡Gracias, hija mía, por vuestro ofrecimiento! Y si hemos de aceptarlo os suplicamos nos deis el pabellón más retirado de vuestros patios de juego y del salón de los festines, porque ya comprenderéis que nosotras llevamos una vida diferente de la vuestra. Esto no significa que vuestra vida no sea buena, sino que las mujeres Kobdas nos hemos marcado un programa a seguir diferente del que vosotras, usando de vuestro derecho, os habéis marcado.

“Y sin dejar nosotras nuestro caminito, ni vosotras el vuestro, podemos convivir con perfecta paz y armonía.

La mujer acadia, de los rubios cabellos cuyo nombre era Bengalina, miró a sus compañeras, como extrañada, pues casi todas se habían figurado que Elhisa elegiría un pabellón del patio de honor desde el cual se dominaba la entrada principal y tenía acceso al jardín de los estanques, a los patios de juego y al salón de los festines.

–Yo acierto con lo que os complacerá –dijo espontánea y decidida una Berecina muy joven que apenas tendría veinte años y que era la madre de la niña más pequeña de aquel delicioso enjambre–. ¿Me dejáis que elija yo vuestra habitación?

–Sí, hija mía –le contestó Elhisa–, y nos darás un gran placer si demuestras haber acertado con nuestra necesidad.

Adenia, que así se llamaba aquella mujer, tomó la delantera y todas la siguieron.

Atravesaron el patio de honor adornado de palmeras y de elefantes de piedra blanca, y continuando por debajo de una columnata que lo dividía del gran parque de juegos, abrió una puerta que al extremo de aquella especie de pórtico daba acceso a un delicioso huerto de cerezos y de manzanos, y por cuyas paredes subían los rosales trepadores como buscando asomarse a las ojivas y ventanales.

En el centro del huerto había un estanque de bordes bajos para servir de asiento, y que se hallaba invadido de verdes enredaderas, lo cual demostraba que aquel sitio no era frecuentado.

–Este pabellón fue destinado para el culto religioso –dijo Adenia–, pero como cada una de nosotras tiene una creencia diferente, no hemos podido ponernos de acuerdo en la forma de practicar nuestros diversos cultos y por eso este recinto ha quedado solitario. ¿No será acaso esto lo que vosotras necesitáis?

–Justamente, hija mía –dijo Elhisa–, no podíais haber pensado en un sitio mejor.

Una gran sala cuadrangular de techumbre abovedada, sin adorno ninguno y sólo provista de pequeñas ojivas, era sin duda el sitio destinado al culto. Adyacentes a él había varias pequeñas habitaciones apropiadas para guardar vestiduras sagradas y objetos destinados a la liturgia; había una sala con instrumentos de música y otra con instrumentos de torturas, apropiados para los distintos sacrificios de animales, acostumbrados en aquellos tiempos.

Tres enormes aras de piedra se alzaban en los tres muros frente a la puerta de entrada de aquel silencioso santuario: el ara de la muerte, el ara del fuego, y el ara de las ofrendas, y junto a la entrada una pilastra para purificar las manos antes de las ofrendas.

Cuando Elhisa se hubo asegurado que todas sus hermanas estaban contentas de aquel solitario pabellón, dijo a las Berecinas:

– ¿Nos dais libertad para arreglar este pabellón conforme a nuestra necesidad?

–Haced en él como queráis, que tenemos placer en que sea de vuestro agrado –dijo Bengalina que parecía tener ascendiente y dominio sobre las demás.

–Bien, hijas mías, ¡entonces hacednos el obsequio de sacar de aquí estos instrumentos de tortura y de muerte, porque nuestro culto es todo de amor, y nuestra Ley nos prohíbe adorar a Dios por medio de torturas ni holocaustos sangrientos o dolorosos de ninguna especie!

En las unas se reflejó el asombro, en otras la satisfacción, pero los horribles instrumentos fueron retirados y las mujeres Kobdas quedaron por fin solas en el huerto de los cerezos y de los manzanos, donde los rosales trepadores les brindaban la frescura de su verde pabellón bordado profusamente de corolas blancas y encarnadas.

– ¡Aunque somos Kobdas, somos al fin seres revestidos de carne! –exclamó Elhisa, dejándose caer como desalentada en el borde del estanque de aguas verdosas con el reflejo que le daban las enredaderas que lo cubrían–.

“Y permitidme que desahogue con vosotras, que me comprendéis, el dolor que he disimulado desde que llegamos a este pabellón.

Todas sentían al igual que ella que aquel recinto se hallaba impregnado de corrientes malignas, bajas y groseras.

–Ya se ve –le contestaron–, que antes que el culto de los encarnados se ha construido aquí una bóveda psíquica por seres invisibles de los más ruines y atrasados sin duda, para hacer predominar los cultos mortíferos y degradantes que se usan en distintos países.

– ¿Tendremos bastante amor para transformar este recinto en un

santuario del pensamiento unido a la Divinidad? –volvió a interrogar aquella mujer, que anciana ya, y con sólo seis compañeras, se creía casi impotente para realizar su doble apostolado: la educación espiritual de las Berecinas y la construcción del santuario astral en que habían de desarrollar sus trabajos mentales, únicos de dónde podían extraer abnegación, fuerza y voluntad para conseguir el éxito en su ardua tarea.

–El Altísimo será con nosotras y nuestros hermanos cooperarán en la obra –dijo en respuesta una de aquellas mujeres, la que más comprendía el alma de Elhisa, por una vieja alianza de siglos que tenía con ella.

–Contad con todas nosotras –añadieron las demás–, y que de nuestra mutua comprensión y perfecta armonía de pensamiento y de sentimientos, surja en breve la obra que hemos venido a realizar.

La inauguración del Santuario de La Paz, que recordará el lector, fue repetido en el huerto solitario de la fastuosa morada de las Berecinas del Monte Kasson. Y en la primera concentración espiritual de la noche, las sensitivas y las videntes sufrieron las unas, dolorosos espasmos, las otras el natural horror que producen las visiones creadas por los pensamientos bajos y malvados de los hombres entregados a las malas artes de la magia.

Ya comenzaba a invadirles una intensa angustia en medio de la cual, como un hondo clamor se levantaba el pensamiento anhelante de aquellas austeras y abnegadas mujeres, que así se habían ofrecido a la Eterna Energía como instrumentos de regeneración para un puñado de seres de su mismo sexo.

Mas el Amor Eterno jamás enmudece cuando de verdad las almas le llaman, y una oleada de suave y dulce ternura se difundió como una caricia entre aquellos seres unidos estrechamente para una grande obra de amor y de justicia.

Los Kobdas del Alto Consejo, concedores por aviso espiritual de lo que acontecía a sus hermanas en el Monte Kasson, acudieron en su ayuda, y en estado de desdoblamiento espiritual, en la concentración de la misma noche, se hicieron visibles a sus hermanas entristecidas por el peso enorme de una responsabilidad moral que dudaban de poder afrontar. Y Ada habló por todos:

“¿Por qué lloráis, por qué dudáis como los que ignoran la fuerza maravillosa del Amor?”

“¿No sabéis acaso que el amor de vuestros hermanos encarnados o desencarnados acude siempre al llamado de vuestro amor?”

“¿No sabéis que la Ley Eterna gobierna vuestra vida e impulsa los acontecimientos en interminable sucesión y que mientras vivís abrazadas a esa Ley, nada ni nadie os puede vencer?”

“La Eterna Energía en que vivimos sumergidos nos hará siempre

invencibles, mientras conscientes de nuestro apostolado de sembradores de la Verdad y del Amor, no claudiquemos de nuestro puesto de avanzada.

“Hijas sois del Amor y de la Luz ¡Demostradlo con vuestra vida, con vuestra palabra, con vuestro pensamiento y el éxito más grandioso compensará vuestro sacrificio!

La visión astral desapareció en la penumbra del recinto donde las siete mujeres sentadas en el pavimento de piedra por falta de estrados, los habían regado con sus lágrimas y saturado con sus angustias, sus anhelos y sus intensas vibraciones de amor.

88

EL FESTÍN

Apenas habían abierto la puerta, sintieron el bullicioso enjambre de las niñitas que se acercaban corriendo por la columnata seguidas de sus madres que acudían para llevar a Elhisa y sus compañeras, al gran salón de festines donde querían celebrar en homenaje a ellas una suntuosa comida de honor.

– ¡No estáis bien entre nosotras!... –exclamó Bengalina apenas llegó—. ¡Habéis llorado, lo conozco en vuestros ojos!... –y abrazando tiernamente a Elhisa, le decía–:

“¡No os vayáis por favor!..., esperad unos días más y os acostumbráis a este lugar. También yo sentí la misma amargura en los primeros días.

–No temas, hija mía, que las mujeres Kobdas vuelvan atrás después de haber aceptado una misión por dura que ella sea. Nos quedaremos a vuestro lado porque para esto hemos venido.

Adenia, a su vez, se entendía maravillosamente con las Kobdas más jóvenes, y las otras Berecinas más retraídas y de menos evolución, tardaban aún en acercar sus almas a las de sus huéspedes, como si un temor desconfiado las mantuviese a distancia.

Todas preguntaban:

– ¿Por qué habéis llorado, os arrepentís de haber venido, queréis algo que nosotras no sabemos adivinar?

– ¿Vuestros dioses os torturan en el santuario y os causan tanto dolor?

– ¿Queréis venir a nuestro festín? Con eso os consolaréis de todo cuanto habéis dejado para venir aquí.

Las mujeres Kobdas con admirable discreción contestaban a este torbellino de preguntas, y cada respuesta era un rayo de luz que iluminaba

las tinieblas del error o de la ignorancia en que vivían aquellas mujeres que buenas en el fondo, sus facultades espirituales dormían como en una inconsciencia infantil.

Una cantidad de siervas venían tras de las Berecinas, trayendo las vestiduras suntuosas que debían ponerse las Kobdas para concurrir al festín.

Grandes túnicas de variados y vistosos colores, enormes mantos de púrpura y de turquí, ricas diademas y brazaletes, ajorcas y collares pusieron ante ellas, diciéndoles con grande satisfacción.

–De todo esto elegid lo que sea de vuestro agrado y venid a beber en nuestra copa y partir nuestro pan, para que afiancemos eternamente nuestra amistad.

Las Kobdas se quedaron sorprendidas en el primer momento, pero una inteligente mirada de Elhisa las puso a todas de acuerdo y ésta habló a las Berecinas.

–Hijas mías; cuánto agradecemos vuestra solicitud para con nosotras, pero vosotras no debéis olvidar que las mujeres Kobdas no debemos hacer uso de atavíos de princesas que están muy bien en quienes los son.

“Os acompañaremos en vuestro festín porque lo habéis dispuesto para nosotras, pero permitidnos vestiros por nuestras manos, esas mismas galas que nos habíais destinado.

“Tú, Bengalina, que eres la mayor, vestirás lo que yo debía ponerme –y así diciendo, con grande asombro de Berecinas y de siervas, las Kobdas fueron engalanando a las esposas de Elhizer con aquellas suntuosas vestiduras.

Aquello semejava al fastuoso cortejo de alguna soberana que iba a coronarse.

Las siervas cayeron de rodillas apenas vieron las diademas puestas en las cabezas de sus amas, e iban a empezar a caminar de rodillas siguiendo el cortejo por la columnata hacia el patio de honor.

Elhisa dijo a las Berecinas:

–Si queréis terneros contentas, mandad levantar a vuestras siervas, porque ya es de suyo bastante humillante su condición, para que la tornemos oprobiosa y denigrante para la dignidad humana.

–Esto es una costumbre en casi todos los países –contestó Bengalina–, y vos debéis saberlo también; para el bajo pueblo, la diadema en la cabeza de los príncipes significa como una parte de la divinidad.

–¿Me lo permitís? –volvió a insistir Elhisa, que no viendo resistencia en la expresión de las Berecinas, comenzó ayudada por sus hermanas a levantar del pavimento aquellos seres humanos, que habían perdido hasta el derecho de permanecer en pie delante de sus señoras.

–La adhesión, el respeto y la lealtad a vuestras amas lo debéis llevar

impreso en el fondo de vuestras almas y para ello no es necesaria esta denigrante fórmula exterior –decía Elhisa a las siervas estupefactas–. Debéis amarlas inmensamente y sentirlos capaces de dar la vida por ellas. ¿No es esto mucho más sublime y bello que arrastraros por la tierra como animales inmundos?

“¿Qué podéis esperar vosotras, hijas mías, de seres que así han perdido la conciencia de su valor y de que son seres de igual naturaleza que la vuestra?

“¿No son también esposas, no son también madres?

“¿No será para vosotras, en vuestra calidad de princesas, mucho más satisfactorio sentirlos amadas tiernamente por vuestras siervas, que verlas así despojadas de toda dignidad humana?

“Y vosotras, pobres siervas, hijas mías, también desde este instante, demostrad a vuestras señoras que tenéis el alma grande y noble, capaz de amor y de sacrificio por ellas y para ellas, que sois capaces de fidelidad espontánea y sincera, no forzada por el temor, sino ennoblecida por la comprensión y el amor. Esto, hijas mías, es el mejor comienzo de vuestro festín.

Bengalina y Adenia extendieron la diestra a sus siervas que ellas besaron respetuosamente, lo cual fue imitado por las otras Berecinas en señal de aceptación a las palabras de Elhisa.

El primer paso estaba dado en el orden de las reformas que las Kobdas debían implantar entre las Berecinas del Monte Kasson.

El cortejo continuó hacia el patio de honor, mientras las Kobdas pensaban:

“Si las Berecinas no hubiesen sido apartadas de su grandeza al lado del príncipe esposo, no tan fácilmente habrían aceptado este cambio a la vista de todo su pueblo. Para llegar a comprender la Verdad, es siempre necesario el dolor”.

El salón de festines resonaba con explosión de melodías de una música extraña, voluptuosa y melancólica que llenaba el alma de tristeza como si abriera hondos vacíos en ella. Oír aquella música y desear vivamente la posesión de todos los afectos y vínculos que el ser había perdido, era todo uno, como si de las cuerdas de todos aquellos instrumentos pulsados por manos de siervas, brotara un clamor unánime en demanda de amores perdidos, de ilusiones desvanecidas, de esperanzas tronchadas en flor.

Tan fuerte y dominante era esta irradiación, que las Kobdas en cuyo corazón vibraba aún el recuerdo de sus tragedias de amor, sintieron algo así como el dolor que se siente al remover una herida cicatrizada ya, pero aún sensible a un rozamiento violento del exterior.

Elhisa lo comprendió también, pero prefirió guardar silencio sobre el

particular para no extremar las medidas reformadoras desde el primer momento, y se limitó a pensar:

“La inconsciencia humana goza en abrir sus propias heridas, en despertar lo que debe morir, en hacer revivir aquello mismo que le causa como una agonía lenta y un penoso enervamiento de las energías y de la voluntad”.

Y tan era así que las Berecinas se pusieron graves y pensativas, y al entrar al salón y ocupar sus sitios algunas hacían esfuerzos para contener las lágrimas.

¿Por qué? Aquella música era toda una evocación de amores pasionales profundos, pero una evocación que dejaba en el alma sensación de vacío, de anhelo insatisfecho, de búsqueda inútil. Y la visión de dichas pasadas, de esplendores que fueron reales pero imposibles ya, pasó sin duda por la mente de las Berecinas que cada cual delante de su mesa, echaba de menos al esposo ausente. La algazara de las niñas retempló este ambiente en que la extraña melodía enervadora casi se tornaba en música funeraria.

En el amplio salón había un centenar de pequeñas mesas de un arte incomparable, pues no se estilaba una gran mesa común sino que cada Berecina era servida en mesa particular y lo mismo cada una de sus hijas. Junto a las mesas había enormes divanes tapizados de pieles y de sedas donde las comensales se tendían a la espera de que las siervas fueran ofreciéndoles los manjares más de su gusto.

Las mujeres Kobdas se colocaron de dos en dos en cada mesa y Elhisa quiso hacer compañía a la más pequeñita de sus nietas, que por el hecho mismo de su poca edad no podía despertar recelos en nadie y menos cuando ella observó que en cada comida que realizaran en conjunto, haría esto mismo con cada una de las niñas comenzando por las más pequeñas.

El ejército de siervas era insuficiente para satisfacer las exigencias de las Berecinas. Las que agitaban los grandes plumeros espanta insectos, y los abanicos de palmera removedores del aire, las que arrojaban continuamente perfumes en los pebeteros y avivaban el fuego en que se quemaban los perfumes, las que servían las innumerables mesas.

Las que tocaban instrumentos músicos sentadas en una inmensa alfombra al centro del salón, y las que danzaban alrededor de cada mesa para divertir a sus señoras, las coperas de pie, inmóviles a la espalda del ama con el ánfora del vino para hacerla beber.

Para las Kobdas nada de esto era nuevo, pues las había que eran princesas de origen y otras que habían sido siervas de princesas, pero tan lejos de ellas estaban todos estos egoísmos y bajas satisfacciones, que sufrían viéndolo vivir de nuevo ante ellas como una odiosa realidad de su mismo pasado.

Y suspiraban por el día acaso muy lejano en que todos aquellos seres humanos envilecidos hasta ese punto, de ser sólo una cosa que divierte a otro ser de su propia condición, sin voluntad propia, como autómatas, tuvieran la conciencia de colocarse a la altura espiritual y moral que les correspondía en la familia universal de los hijos de Dios.

Las danzas, al igual que la música, evocaban tragedias de amor, tempestades de celos, derrumbamientos de ilusiones y de esperanzas. La pasión amorosa intensa y honda, dominante y avasalladora, vibraba en todos los tonos y parecía cernirse en el ambiente, que se hacía cada vez más pesado y sofocante.

Las libaciones empezaban a ser cada vez más frecuentes y algunas de las Berecinas olvidadas de su alcurnia y de su dignidad, dejaban sus grandes divanes para danzar al igual que las siervas contratadas para ello.

Con una rápida mirada, las Kobdas se entendieron y poniéndose todas de pie apoyaron y reforzaron con su pensamiento las palabras que iba a pronunciar Elhisa.

– ¡Quietas todas, en el nombre del Altísimo!, –exclamó con una energía que nadie hubiese sospechado en aquella anciana de dulce y bondadoso aspecto–.

“¡Esto es indigno de vosotras que tanto apreciáis vuestra alcurnia de princesas, esposas y madres de los hijos de un príncipe que de estar aquí presente, se habría avergonzado de vosotras!

“¿No veis el asombro y la vergüenza en los ojos de vuestras hijas adolescentes, y la risa que provocáis en vuestras hijas pequeñas?

“¡Oh, hijas mías, si supierais cuánto dolor me causáis con vuestro desvío, no me habríais permitido la entrada en vuestra morada, o no me habríais proporcionado un espectáculo semejante!...

Una Berecina, que aparecía como dominada por una crisis histérica, que lloraba y reía, gritó cayendo de nuevo en su diván:

–Si el príncipe nos quería tan puras, no debía habernos apartado ignominiosamente de él. ¿Qué derecho tendrá ahora para quejarse?

– ¡Dami tiene razón! –gritó otra–. ¡Qué el príncipe calle su boca o nos vuelva a su lado!

– ¡Nos despojó de nuestros derechos de esposas y ahora se nos priva de hacer nuestra voluntad! –añadió una tercera.

Otras más tímidas no se atrevieron a hablar, pero las Kobdas conocieron que eran de la misma opinión de Dami que dio el primer grito de rebeldía.

Las Kobdas dejaron pasar la tempestad mientras evocaban intensamente a las almas errantes de Dios pidiendo luz para aquellos seres dominados aún por las pasiones humanas.

De pronto se acercó Bengalina y Adenia hacia el grupo de las Kobdas, que inmóviles y silenciosas continuaban la evocación.

–Nuestra madre se ha disgustado con sobrada razón, porque vosotras estáis beodas como si fuerais mujeres de piratas, y los vapores de vino que tenéis en la cabeza os han hecho obrar y hablar como insensatas –dijo Bengalina, a las tres rebeldes, tomando la mano de Elhisa como para sacarla fuera del salón.

–No, hija mía, no debo retirarme así de este lugar sin haber restablecido el orden, porque sería claudicar de mi deber.

“Si cuento con vuestro apoyo, dejadme obrar.

–Estamos con vos ahora y siempre –contestaron a una voz Adenia y Bengalina–. Haced como os parezca.

Las siervas se habían quedado como momias apoyadas a las murallas y a las columnas, o sentadas en el pavimento.

–Ordeno que cada una de vosotras se retire a sus habitaciones particulares con sus siervas y dejen mis nietas a mi cuidado hasta el amanecer –dijo Elhisa con gran severidad–. De no ser obedecida, daré aviso a mi hijo para que os de carta de repudio y retire sus hijas de vosotras que no estáis capacitadas para darles la educación que corresponde.

Elhisa tocó la fibra más sensible en el corazón de aquellas mujeres, que separadas del esposo habían concentrado todo su amor en las hijas. Además la carta de repudio significaba en los países a que ellas pertenecían la deshonra y el oprobio, la miseria y el hambre.

La negrura de este horizonte las aterró de tal manera, que unas después de otras fueron retirándose del salón acompañadas de su servidumbre.

Sólo Adenia y Bengalina llevaron sus hijas; y las Kobdas quedaron en el salón con las demás hasta que, dormidas todas sobre los divanes, pudieron retirarse a su pabellón solitario.

Parecíales llevar el alma como estrujada y deshecha por un inmenso cansancio. Y en medio de tan oscura nebulosa aún brilló para ellas como escrita con resplandores de estrella la sabia y sublime frase: “El Amor es el Mago divino que salva todos los abismos”.

Todas la pensaron. Todas la sintieron. Y al separarse para descansar en el sueño, se dijeron como despedida:

–Esperemos en el Amor, que es el único que no conoce imposibles.

– ¡Esperemos!

DE TAL MADRE TAL HIJO

Al siguiente día, Elhisa envió a pedir a su hijo una entrevista, el cual acudió con el mismo mensajero.

La alarma corrió pronto entre las Berecinas, sobre todo en las rebeldes, pues no dudaban que al saber lo ocurrido, el príncipe las arrojaría fuera de la casa con pérdida de todos sus derechos y prerrogativas. Y sobresaltadas esperaban el momento de que las llamasen a su presencia.

Mas no fue así, y únicamente se hizo comparecer a las hijas suyas, para que pidieran y recibieran la bendición paterna. Después fueron llevadas a los jardines bajo la custodia de las cuatro siervas que las Kobdas escogieron de entre la servidumbre, por encontrar en ellas más nobles y elevados sentimientos.

– ¿Qué me queréis, madre mía? –interrogó Elhizer así que estuvieron solos–. ¿Encontráis demasiado dura la tarea?

–No, hijo mío, al contrario, me es muy agradable encauzar por el camino justo y verdadero a las madres de tus hijos y a mis nietecitas, que tanta felicidad me han proporcionado desde que llegué.

“¿Conocéis bien a las que fueron tus esposas? Te hago esta pregunta para que puedas a tu vez iluminarme sobre si será o no posible implantar entre ellas una vida útil, llena de obras grandes y bellas.

–De malas condiciones y carácter, a decir verdad, no hay ninguna, pero existe gran diferencia de unas a otras. Hay tres acadias, las tres hijas de jefes de tribu, de las cuales la mayor, que es Bengalina, posee una clara inteligencia y mucha bondad de corazón. Le apasiona lo grande y lo bello; tendréis en ella una buena aliada.

–Ya lo he comprendido, hijo mío, ya lo he comprendido.

–Dos alazanas, hermanas gemelas, esas rubias de cabellos casi blanco a fuerza de ser rubio; un poco retraídas y frías de temperamento nada toman con apasionamiento, pero creo que si os hacéis amar de ellas os serán muy adictas y fieles. Tres áticas apasionadas por la danza y la música y bastante altivas de carácter, se necesita talento y energía para conducir las. Habréis notado el grupo de las árabes, que son cuatro hermosos tipos del desierto, desbordante de pasión, son también propensas a profundas melancolías y hasta crisis de histerismo cuando se les humilla o se les desprecia.

“Las compré a unos piratas que habían dado muerte a casi todos los hombres de su cabila, y el naufragio de la embarcación en que les conducían las arrojó a este país. Enloquecidas de terror y medio extenuadas,

los piratas perdieron la ilusión de que el Gran Sethi de Tracia que se las tenía encargadas les diera una gran suma por ellas, y accedió a dejar-melas. Demostrándoles un gran amor y no forzándolas a abjurar de su creencia, podéis, a mi juicio, conseguir mucho de ellas. Otras dos, del país de Musur, dulces y tímidas como las tórtolas del Líbano, son cera blanda para modelarla a vuestro gusto. Una de ellas es nieta de Jebuz, príncipe de Galaad. La otra es hija de un mercader que murió en la travesía y que me dejó en testamento su hija, por una deuda que conmigo tenía.

“Las otras dos son de las montañas de Manh, de Havilá, el país del oro más puro y hermoso que hasta hoy se conoce. La menor de estas es Adenia, y a decir verdad, madre mía, es a la que más he amado de todas ellas por la delicadeza de sus modales, por el instinto de adivinación, diré así, que posee, en forma tal que apenas yo había pensado o deseado algo, ella se apresuraba a proporcionármelo como si en verdad hubiera recibido una orden mía. Tiene sangre atlante, de un país desaparecido en el último cataclismo de ese continente; y según la tradición de su raza, es descendiente de un noble guerrero que vino hace años en la gran flota marítima de un soberano atlante, cuyas embarcaciones encallaron en las montañas de Ararat a causa de que el rápido descenso de las aguas no les dieron tiempo a salir a alta mar. Su padre, que habíase casado con una hija del viejo caudillo de Manh, hermano del anterior Chalit del Nilo, fue muerto en una invasión de los gomerianos que trajeron como esclavas las más hermosas jóvenes de aquel país. Ella se había escapado y llegó a mi morada entre las gavillas de trigo que los labriegos traían a la era para ser trillado, por lo cual yo solía llamarla: mi espiga de trigo.

“Tales son, madre, las dieciséis esposas secundarias que he tenido y que entrego a vuestro cuidado y dirección como si fuesen vuestras propias hijas. Ninguna fue tomada por alianza con príncipes vecinos, todas fueron compradas con el fin de arrancarlas a una situación dolorosa y terrible, por lo cual soy dueño absoluto de ellas. –La faz de Elhizer empezaba a adquirir un aspecto triste y sombrío–.

“Sólo la primera esposa me fue impuesta por mi padre, con el fin de duplicar la extensión de sus dominios; y sea porque no fue elegida por mí, sea porque estoy atado a ella por la cadena de la conveniencia, pues su padre es un poderoso caudillo del Cáucaso, que dio en dote a su hija gran parte de las tierras que poseía en los valles del sur de la gran cordillera, lo cierto es que los acontecimientos me han obligado a retener a mi lado la menos amada de mi corazón.

“No es mala, pero no hemos podido llegar a comprendernos, porque sus gustos e inclinaciones son muy diferentes de los míos.

– ¿Y tienes muchos hijos de ella?

–Son cuatro, todos mayores y ya casados.

– ¿Ella te ama?

–A ambos nos fue impuesta esta alianza y ambos llegamos al matrimonio sin amor, vendidos, permutados como cosas que sirven para comerciar, no para sentir.

“Yo sería injusto si hubiera pretendido amor de ella, como ella no podía pretenderlo de mí.

– ¡Oh, la inconsciencia criminal de los hombres! –exclamó Elhisa como meditando–.

“Si en tu alma, hijo mío, no ha muerto aún el amor pasional intenso, y para vivir conforme a la Ley Divina necesitas todavía del amor puro de una compañera que te aliente y te comprenda, aún puedes recomenzar tu vida.

– ¡No, madre, no! Con cuarenta y siete años ya, ¿qué vida de amor he de comenzar?

“Sólo ambicionaría la soledad y el retiro porque la vida de intriga caudillesca y cortesana me cansa, y por complacer a mi esposa me veo siempre envuelto en esta odiosa red. Pero por la paz de mi pueblo me he resignado y sufriré hasta el fin.

–Yo tengo el secreto para liberarte de tu cadena, hijo mío –díjole Elhisa acercándose hasta poner sus labios maternos sobre aquella frente surcada de arrugas prematuras.

– ¿Cuál, madre, cuál?

–Si como dices, han muerto en ti los amores humanos y sólo deseas retiro y soledad, abdica tu derecho a los dominios que te trajo en dote tu mujer, que sea ella la soberana en vez de ti, y el resto de tus posesiones divídelo entre todos tus hijos por igual y retírate entre los Kobdas, mis hermanos, que no son pocos entre ellos que han hecho tal como te aconsejo.

– ¡Es una gran idea madre, es una gran idea! La consultaré con los ancianos que cooperan conmigo en la administración de mi dominio, y si mi esposa accede, lo haré como decís.

–Una palabra más respecto a vuestras Berecinas.

“¿Me das plena autorización para implantar el régimen de vida eficiente y necesario para ellas y sobre todo para tus hijas?

–Os la doy absoluta y amplia, pues estoy seguro que ni yo mismo haría nada mejor que lo que vos hagáis.

– ¡Gracias, hijo mío! Todo esto lo esperaba de ti. Cuando volvamos a vernos, será para que ambos nos comuniquemos que el Amor ha salvado ya todos los abismos y que la luz de un nuevo amanecer clarea en el horizonte.

Elhizer besó la frente de su madre y se alejó, bajando por aquella misma escalera labrada en la roca viva que sólo volvió a subir un día para darle su adiós a Elhisa, a las Berecinas y a sus hijas, antes de partir hacia La Paz donde vestiría la túnica azulada de los Hijos de Numú.

EL SUEÑO DE ELHIZER

Cuando Abel y sus compañeros llegaron a la caverna del país de Ethea, Elhizer y su madre estaban en este lapso de tiempo en que ambos trataban de establecer sobre bases sólidas, el uno, el gobierno y la administración de su país, y la otra, la reforma entre las Berecinas del Monte Kasson. El momento no podía ser ni más importante ni más oportuno para obtener en ambas situaciones un éxito bien definido.

Conviene asimismo recordar que por el oriente, los dominios de Etchebea se hallaban solamente regidos por ancianos adictos al viejo caudillo que aún vivía, si bien ya sin el uso de la palabra, debido a la espantosa herida que recibiera en la garganta. Aquí se esperaba también poder rescatar algunos de sus hijos para reorganizar el país que había quedado sumido en la más grande miseria y desolación. Y este país colindaba por el Sur, con el dominio de Elhizer, en el país de Ethea. Tal era la situación cuando desde la orilla del Mar Eritreo del Norte llegó la noticia de que los hijos de Etchebea habían sido obligados a tomar esposas entre los gomerianos, que sólo por esa condición les perdonaban la vida, circunstancia que iba unida a un terrible juramento de no salir jamás del país que así les adoptaba.

Y los ancianos adictos a Etchebea decían:

–Pronto moriremos nosotros, pues nuestros largos años no pueden ya esperar muchas auroras. ¿Qué será de este desventurado país? Démosle un caudillo justo, de pocos años y lleno de sabiduría, para que a lo menos podamos morir tranquilos después de haber hecho el esfuerzo necesario por la salvación de todos.

El recuerdo de los consejos de Abel a Etchebea cuando fue a visitarle, vinieron a la mente de algunos de los ancianos; otro recordó al viejo Chalit de Zoan junto al Nilo, que no teniendo un heredero legítimo llamó a un Kobda para gobernar sus pueblos.

Y después de largas cavilaciones, tomaron la resolución de enviar al Refugio del País de Ethea, en busca de noticias del joven Kobda que había pronosticado tantas desgracias a Etchebea, a causa de los desórdenes de sus hijos, todas las cuales se habían cumplido.

–La sabiduría y la equidad están en su corazón –decían–, y sólo él podrá conducir de nuevo a nuestro pueblo a reconquistar la felicidad que ha perdido.

Abel pidió diez días para contestar, con el fin de recabar del plano espiritual superior de sus grandes alianzas mesiánicas, una respuesta

que estuviera en pleno acuerdo con el vasto y grandioso programa, que venían marcando los acontecimientos, paso a paso y con admirable precisión.

Diez días de concentración profunda fueron bastantes para que una fuerte red de pensamientos se encontraran en el plano astral, y una clara comunicación telepática con el Alto Consejo de La Paz, y una radiante manifestación plásmica de los guías superiores de la evolución humana, vinieran a decidir la cuestión.

Se llegó a la plena certeza de que Abel sólo permanecería en el plano físico diez y seis años más, durante los cuales debería visitar distintas comarcas. Comprendieron asimismo que era el jovencito Iber quien debía ocupar el lugar de Etchebea al frente de su pueblo, y teniendo como Audumbla al joven Maestro, lo cual no le impediría el continuar su largo camino de Misionero. Tales fueron las convicciones que los Kobdas sacaron de aquellos días de intensa labor espiritual, en que la telepatía les puso en comunicación con el Alto Consejo de La Paz, y las manifestaciones radiantes de la Mansión de la Sombra, les permitieron hojear las páginas grandiosas de los designios divinos.

Cuando habían terminado esta tarea, llegó Elhizer hasta el Refugio para consultar con ellos las decisiones que de acuerdo con su madre y con su esposa pensaba tomar.

–He cavilado y trabajado durante diez días –decía el hijo de Elhisa–, y al final de estos días, he tenido un sueño de lo más misterioso y extraño que puede darse.

“¿Qué importancia dais vosotros a los sueños en la vida humana?

–Muy poca, si los sueños son tan sólo reflejo y continuación de los actos, pensamientos, deseos de la vida diaria de cada cual, pues es señal segura de que el ser continúa durante el desprendimiento del sueño las mismas actividades materiales y mentales realizadas en la vigilia –le había contestado Abel.

“Y en tal caso los sueños no pueden encerrar en sí un resplandor aunque lejano del elevado pensamiento de los espíritus de luz que vigilan y encauzan las misiones individuales o colectivas de los seres, sencillamente porque el espíritu del durmiente no ha querido o no ha sabido elevarse a mayor altura. Mas, como acabas de decir que tu sueño es misterioso y extraño, presumo que sale del orden común de las vulgaridades realizadas en la vida diaria y en tal caso puede tener gran importancia como aviso espiritual, como rayo de luz de la Divina Sabiduría que te ha hecho vislumbrar en tu desprendimiento en el sueño, lo que quiere o reserva para ti.

“Cuando los sueños parecen marcar o diseñar en el horizonte del alma humana, concepciones nobles, grandes y bellas que el espíritu

ha deseado en germen como en un supremo esfuerzo por elevarse, por engrandecerse, por purificarse y a la vez erigirse a sí mismo en un bienhechor espiritual de la humanidad, hay noventa y nueve probabilidades contra una, de que tal sueño es el aliento divino que el Eterno Amor ha comunicado al ser para que realice aquello hacia lo cual se le impulsa. Pero aún en este caso, debe obrar ante todo, un meditado razonamiento, un análisis sereno y minucioso.

“Hay también otros aspectos que en este asunto pueden servir de orientación en el discernimiento de las visiones del sueño. Si al despertar de uno de estos sueños que tu llamas misteriosos y extraños, encuentras tu mente sosegada, y un vigor lleno de placidez inunda tu ser, puedes tener la semiplena certeza de que tu sueño ha sido una visión espiritual de una parte del programa de vida que te corresponde realizar y sobre el cual has tomado consejo de tus guías o aliados del plano espiritual residentes en el sitio que te corresponde cuando vives desencarnado. Puede asimismo ser el recuerdo de una actividad mental realizada durante el sueño con ayuda de tus alianzas para facilitar la realización en la materia de una obra espiritual importante.

“¿Te satisface mi respuesta?

– ¡Mucho! Y creo que sin conocer mi sueño, me lo habéis puesto muy en claro. ¿Queréis oírlo?

–Si te hace bien relatarlo, ya te escucho, Príncipe Elhizer –díjole Abel con gran dulzura.

–Mirad: soñé que veía un joven de dulce y hermoso semblante, que siguiendo la luz de una grande estrella, atravesaba praderas, desiertos, selvas y mares, y subía por fin a una colina árida llena de precipicios, pero que se cubría de un hermoso follaje a medida que el joven iba subiendo por ella. Cuando estuvo en lo alto de la montaña empezaron a volar en torno suyo dos hermosísimas grullas reales de un reluciente plumaje que brillaba aún más con la claridad de la gran estrella, pero estas grullas tenían sus patas encadenadas y fueron a caer junto al joven que las miró con inmensa piedad, rompió sus cadenas y reteniéndolas con un larguísimo lazo de oro que no les pesaba, las soltó a volar hacia el occidente. En el pecho de la una estaba escrito Ethea, en el de la otra Nairi. Unidas al joven con sus tenues lazos de oro atravesaron el Mar Grande y fueron a posarse, la primera en una colina de los Alpes hacia el Golfo de Adria (*el Adriático de hoy), y la otra sobre el más alto pico de los Pirineos.

“El joven las vio llegar y soltó entonces los extremos de los lazos de oro con que las había sujetado suavemente.

“Y me desperté lleno de una dulce emoción pareciéndome sentir yo, igual complacencia que la que adivinaba en el joven aquel de dulce y

austero semblante, y a la vez figurándome que me sentía como él iluminado por la claridad de la hermosa estrella que él había seguido.

“¿Qué os parece mi sueño?”

–Muy hermoso a la verdad, y que está fuera de los pensamientos, deseos y obras vulgares de la vida diaria –contestóle Abel, mientras en su mente se iba haciendo la luz respecto al sueño de Elhizer, en el cual encontraba muchos puntos de contacto con lo que ellos habían comprendido en los diez días de concentración.

– ¿Recuerdas el semblante del joven de tu sueño? –volvió a preguntar Abel.

–Tan claro y nítido como recordaré el vuestro mientras viva –contestó con gran seguridad Elhizer.

–Pues bien, dentro de breves momentos vendrán mis hermanos, para que a la puesta del sol cantemos a coro la plegaria de la tarde.

“Tú puedes estar presente y si observas algo que te llame la atención, me avisas.

–Pero no comprendo qué relación pueda tener esto con mi extraño sueño, cuya interpretación queda para mí tan oscura como antes –objetó Elhizer.

–Ten un poco más de paciencia, porque no quiero hacer la más leve presión en tu cuerpo mental, adelantándote una idea que he tenido, sino que busco que esa idea te salga al encuentro despertando tu lucidez –le respondió Abel haciéndole señal de callar, pues ya se sentía el preludio de los instrumentos músicos que los Kobdas pulsaban mientras se acercaban.

Como según la vieja costumbre, los mayores de edad caminaban delante y los más jóvenes les seguían, el último en llegar fue Iber, y apenas Elhizer le hubo visto, se puso prontamente de pie y gritó sin poder contenerse y señalando al joven hijo de Shiva:

– ¡Es éste, es éste el joven de la colina que sostenía las grullas reales con lazo de oro!... –y acercándose a él como bajo el influjo de una dulce fascinación, repetía–: ¡Es él, es él!... Sus mismos ojos oscuros y profundos..., su misma expresión. ¡Es él!

Los que nada sabían del sueño le miraron extrañados, y miraron a Abel.

–Cantemos –dijo dulcemente Abel–, a los puros amores de la tarde y del sol en el infinito seno de Dios, y después os diré de lo que se trata.

Y la “Plegaria de la Tarde”, como un suspiro del alma de Bohindra que la había compuesto, empezó a desgranar como cuentas de cristal sus melodías suavísimas que parecían formar un concierto con los rumores de la selva y con la majestuosa elegía que cantaba el mar.

Elhizer volvió a repetir ante todos su extraño sueño. Suri y Obed,

que estaban encargados de las crónicas de todas las manifestaciones espirituales, trajeron sus rollos de papiro y leyeron ante Elhizer todo cuanto habían obtenido en los últimos diez días de concentración. Una luz meridiana iluminó la mente del Príncipe de Ethea y comprendió que si Iber estaba destinado a ser jefe del país de Nairi, debía igualmente serlo de Ethea quién sabe cómo y por qué.

Abel acudió a intensificar la claridad y le dijo:

–Paréceme que de ambos países, en un futuro muy lejano quizá, saldrán dos numerosas emigraciones hacia las comarcas en las cuales viste que se posaban las grullas reales.

–Veo –dijo uno de los videntes–, que los de Nairi se posan junto al Golfo de Adria sobre cuyas aguas crean una ciudad fantástica (*Venecia), al estilo de las que sabemos que edificaron en sus grandes golfos los hábiles arquitectos de la época de esplendor de los toltecas en Atlántida.

“Y los de Ethea se asientan en la falda de los Pirineos en la lejana Viskay (*Euskadi española), en cuyas colinas apacientan sus ganados, numerosos como las arenas del mar.

–Gloria a Dios sobre todos los seres y sobre todas las cosas –dijeron los Kobdas a una sola voz.

– ¡Pero esto es maravilloso! Nunca vi nada semejante –exclamaba estupefacto Elhizer.

–Nada de maravillas, Príncipe Elhizer –le dijo Abel–, sino que es sencillamente la Luz de la Divina Sabiduría que derrama su infinita claridad sobre sus hijos, que viven buscándola y pidiéndola.

“Pídela tú, búscala tú y la tendrás tan abundante y generosamente como sea tu espíritu capaz de recibirla.

91

LA REFORMA

Ninguna ilusión se forjaba Elhisa, la Anciana Kobda y sus seis compañeras, respecto a las moradoras del Monte Kasson.

En pocos días habían comprendido el pensar y el sentir de aquellas dieciséis mujeres, y sabían a fondo lo que podían esperar de cada una de ellas.

Las Berecinas que se rebelaron el día del festín, empezaban a sentirse desarmadas ante la noble conducta de Elhisa que no daba muestras de recordar para nada el descortés e incorrecto incidente.

Y hasta se atrevieron a interrogarle un día, respecto de si las denunció al Príncipe su hijo.

– ¿Creéis, hijas mías, que los Kobdas podemos permitirnos tomar venganzas y represalias inútiles contra hermanos nuestros que necesitan de nuestra ayuda espiritual para encaminarse al palacio de la felicidad, de la Sabiduría y del Amor hacia donde hemos llegado con el favor de Dios?

“Si mi hijo me ha colocado en este lugar, soy yo y no él, que debe soportar vuestros defectos y tratar de subsanarlos de la mejor manera posible. Si no me hubierais obedecido, me habríais obligado a recabar de él la autoridad que me negabais, más como fuisteis buenas hijas, nada tuve que decirle. ¿Creéis que para mí era un gozo vuestro dolor? ¿Creéis que era de mi agrado que fuerais apartadas de vuestras hijas y arrojadas a la miseria y al hambre? Tened entendido que cuanto yo haga a vuestro lado y cuanto pida de vosotras, será por vuestra felicidad y la de vuestras hijas.

“La justicia entre nosotros es una ley; la tolerancia y el perdón es otra ley; la venganza es un delito tan grave como la debilidad que origina los abusos. Obrar en la justa medida entre todos estos principios, es la sabiduría que nos enseña la sabia Ley de la Casa de Numú.

–Y si tanto deseáis que seamos buenas y puras como vosotras, ¿por qué, pues, cerráis las puertas de vuestro pabellón y de vuestro templo? Acaso allí vuestros dioses nos harían dulces y tranquilas como sois vosotras.

–Nuestro Dios Único, el Supremo Hacedor de cuanto existe, no hace prodigios ni milagros en los seres ni en las cosas, sino que cada ser con su esfuerzo, ha de modelar su propia personalidad.

“Cerramos la puerta de nuestro pabellón y de nuestro templo, no a vosotras hijas mías, sino a las turbulencias, a las tempestades interiores, a las rivalidades, a las envidias, a los celos, a los egoísmos de toda especie en que vivís sumergidas, porque todo eso lo llevaríais con vosotras, trastornando la paz y serenidad de nuestro recinto de oración en forma tal, que no encontrando nosotras en él, el ambiente y las corrientes apropiadas para reconfortar nuestro espíritu agotado por el cansancio de la lucha diaria, acabaríamos por perder también la paz, la serenidad y la dulzura necesarias para mantener el perfecto equilibrio en nuestras facultades espirituales y en nuestras sensaciones físicas.

“Y la consecuencia final sería que perderíamos la capacidad de ayudaros y caeríamos en el mismo estado de entorpecimiento espiritual y decepción moral en que vosotras vivís.

“Cuando vosotras hayáis conseguido lo que hemos conseguido nosotras después de años de ejercicios metódicos y de una vida conforme a la gran Ley de la Casa de Numú, entonces, hijas mías, tendremos la inmensa satisfacción de daros un lugar en nuestra Mansión de la Sombra.

–Vosotras casi nunca habláis –dijo de pronto Bengalina a las otras Kobdas compañeras de Elhisa–. ¿Vuestra Ley os lo prohíbe?

–No, nada de eso –le contestó prontamente la primera auxiliar de Elhisa a quien llamaban Luvina, y que era una mujer de cuarenta y ocho años, ática de origen, hermana de uno de los Kobdas Notarios del Santuario de La Paz. Había sido raptada por los piratas cretenses en su adolescencia y llevada para vender a un mercado de esclavas en un puerto del norte de África occidental, más o menos donde siglos después se levantó la antigua Cartago. Los Kobdas misioneros que frecuentaban los mercados para rescatar todos los seres humanos que no se avenían con su triste situación, habían encontrado a Luvina que en su inmensa desesperación quería ahorcarse, la habían comprado y conducido al Santuario de Mujeres Kobdas de Neghadá. El jefe pirata había abusado de su debilidad en forma inicua y brutal, y la pobre niña que aún no había cumplido los trece años dio a luz luego de llegar a Neghadá, una niñita que nació endeble y contrahecha acaso por los grandes sufrimientos de la joven madre. La niña creció y se fortificó bajo un tratamiento a base de agua vitalizada por los rayos solares, en que vertían extracto de raíz y hojas de roble; pasando cinco años al aire libre aún para las horas de las comidas y las de sueño, que realizaba en cama-hamaca, bajo los árboles de los jardines del Monasterio. La música fortaleció y educó su espíritu, y tocaba diversos instrumentos admirablemente. Tal es la presentación que hago al lector de Luvina, la primera auxiliar de Elhisa en la Mansión de Monte Kasson, para la cual interrumpí brevemente el relato.

–No, nada de eso –había contestado a la pregunta de Bengalina sobre si tenían prohibición de hablar–. Mientras habla tan acertadamente nuestra Matriarca y nosotras pensamos lo mismo que ella, ¿qué necesidad hay de hablar? ¿No os parece que seríamos demasiado pesadas para vosotras si todas estuviéramos repitiendo la misma cosa?

En este momento Elhisa, con la mayor discreción, se acercó al grupo de sus nietecitas que paseaban por los jardines, y fue con el sólo objeto de dejar que sus hermanas hablasen con las Berecinas, para convencer a éstas de que lo mismo la más anciana que la menor de las Kobdas, pensaban y obraban en completa armonía.

Siguiendo la conversación de Bengalina con Luvina podremos tener una idea de lo que Kobdas y Berecinas confidenciaron aquella tarde, porque se formaron varios grupos en el gran patio de los cerezos donde las princesas jugaban.

–Dadme el secreto de vuestra paz y alegría continuas –decía Bengalina a su interlocutora–. ¿Cómo es que vosotras no gritáis, ni reñís, ni os alteráis jamás? Mirad que nuestras malas costumbres y exigencias han dado sobrado motivo para cansaros por más que fuerais hechas de madera seca.

Luvina sonreía y al fin contestó:

–Es que antes de aceptar el venir entre vosotras, ya sabíamos lo que esto significaba. Además, si no tuviéramos el dominio sobre nosotras mismas que es necesario tener para cumplir misiones delicadas, ¿qué habríamos aprendido durante cinco, diez, veinte o treinta años de Kobdas?

“Si pasadas todas las lunas de prueba que tenemos antes y después de vestir la túnica azulada, el ser no adquiere esta serenidad, esta calma, este instinto diré así, de armonía para con todos los seres que nos rodean, tiene que apartarse de la Casa de Numú donde la armonía, la dulzura y el amor son las bases fundamentales de todos los trabajos espirituales elevados, y de las obras benéficas de orden material y aún las puramente administrativas.

“Y la experiencia de tantos años nos da la plena convicción de que así como el amor y la armonía todo lo engrandecen, todo lo embellecen como al contacto de un efluvio mágico, la desarmonía engendra la discordia, el odio, las rivalidades, las intrigas, la mentira y todo ese cúmulo de bajos sentimientos que llevan la perturbación a las almas, que en el fondo están animadas de buenos sentimientos y sólo carecen de esta elevada educación espiritual, que hace a cada cual complacerse en complacer a los que le rodean en forma tal, que más felices somos cuando complacemos a otro, que cuando caprichosamente hacemos nuestra propia voluntad.

– ¿De modo que entre vosotras no hay riñas ni divisiones, ni enemistades, ni siquiera disparidad de ideas y de pensamientos? –volvió a preguntar Bengalina.

–Antes de recibir la sabia enseñanza de nuestra Ley, sí, y muchas veces, durante la época de pruebas sale a luz la violencia de carácter, el ímpetu de dominio, de mando, de deseos indebidos y caprichosos; pero en tales casos, sale al encuentro de toda esa mala hierba, el arroyuelo dulce y cristalino del Kobda instructor y de todos los hermanos ya educados espiritualmente, que sin violencia, sin exasperación, sin humillación y sin agravio, nos hacen comprender que todo aquello nos obstaculiza conseguir la intensa felicidad espiritual, a que podremos llegar por medio del dominio de nuestros defectos de carácter y de todos nuestros malos hábitos.

“Vosotras, por ejemplo, que a veces os ponéis unas frente a otras y perdonad mi franqueza, como escorpiones encerrados en una misma jaula, causándoos tanto daño y tanta amargura, ¿no seríais más felices amándoos las unas a las otras y dejando muy atrás esas rivalidades que os hace tan desventuradas y hasta destruyen vuestra salud?

–Sí, verdaderamente, pero..., ¡es tan duro renunciar siempre a nuestros gustos y deseos! –decía Bengalina meditando–. Lo acertado sería

que todas renunciáramos por igual; que todas fueran complacientes por igual, porque si yo sola por ejemplo, he de complacer a las demás, ¿quién se encargará de complacerme a mí?

– ¡Todas! –respondió Luvina con plena seguridad.

– ¿Cómo? No os comprendo.

–Sí, todas; porque de tal manera conquista el amor de sus hermanos el ser que es afable, dulce y complaciente, que llega un momento en que se impone entre todos y una palabra suya es casi más que una orden, y eso, sin hablar como el que manda, sino como el que suplica. Vos misma, sin saberlo ejercéis mucho dominio sobre vuestras compañeras, pues hemos observado que os aman y respetan, y eres la que menos rivalidades despierta y la que más calma y serenidad goza. ¿No es esto la verdad?

–No me había dado cuenta, pero quizá sea como decís. No obstante, me incomodo grandemente con algunas de mis compañeras que tienen el prurito de que todo lo más rico, lo mejor, lo más suntuoso ha de ser para sus personas o para sus pabellones. Y éstas son justamente las que han salido de más modesta cuna, algunas que hasta fueron vendidas como esclavas. ¿No tengo acaso razón para disgustarme?

–A la verdad, ellas no obran bien, pero yo os aseguro que el día que vos y Adenia comencéis por dejar vuestro lujo excesivo, y adoptar para vosotras una vida más sencilla y modesta, todas las otras os imitarán.

– ¿Y hemos de vivir nosotras casi como siervas y ellas como reinas?

–Yo no os obligo, ni siquiera os lo pido. Lo digo sencillamente como indicación del modo de ahorraros el disgusto que las ambiciones de vuestras compañeras os causan –le contesto Luvina.

–Esperad, que ahora vuelvo.

Llamó a Adenia y tres Berecinas más, y en presencia de Luvina les dijo:

– ¿Queréis que desde hoy comencemos a vestir sencillas túnicas de lino blanco en vez de los ricos brocados y púrpuras que acostumbramos?

–Las otras se opondrán –contestó Adenia.

–Que ellas hagan como quieran, nosotras lo hacemos así.

–Si vos lo queréis así, sea –contestaron las otras.

–Con púrpura o con lino –dijo Adenia– somos y seremos las mismas de antes: las Berecinas del Príncipe Elhizer de Ethea.

–Conque, ¿convenido?

–Convenido –dijeron las cuatro a la vez.

–Y despacharemos las siervas, dejando sólo cuatro para el servicio de cada una de nosotras –añadió Bengalina, que parecía ser la más decidida a entrar en un nuevo orden de vida.

–Si me permitís –dijo Luvina–, os haré una pregunta.

–Hablad.

– ¿Esas siervas tienen familia y hogar?

– Fueron compradas en el mercado y otras recibidas en pago de deudas, pero desde la Ley de la Alianza están en libertad; mas han preferido quedarse y aquí están.

– Entonces estáis en la obligación de pensar respecto de ellas, pues el deseo que demostráis de llevar una vida modesta, no justifica el que de la noche a la mañana las arrojéis al abandono y al hambre –observó dulcemente la Kobda, primera auxiliar de Elhisa.

– Entonces, no sé como resolver este asunto. Vos lo diréis.

– No os precipitéis en el implantar la reforma de vuestra vida en cuanto a las cosas exteriores. Empezad de adentro para afuera, o sea desde el fondo de vuestro espíritu, y la Divina Sabiduría os irá abriendo el camino suave y discretamente.

“Empezad por ser más bondadosas con vuestras siervas, no cargándolas de humillaciones y de trabajo sino por el contrario, tratando de dulcificar en lo posible su vida ya de suyo harto dolorosa y pesada.

“Interesaos por sus dolores y por sus anhelos, si son esposas, si son madres, si tienen un amor sacrificado en silencio en lo más hondo de sus corazones, en fin, pensad un poco en la dicha de esos seres que acaso no han conocido jamás la alegría de una ternura ni el consuelo de una amistad. ¿Nunca habéis saboreado la dulzura de la piedad derramada sobre seres infelices?

– Yo he visto –dijo Adenia–, llorar de felicidad a Elhizer cuando los esclavos, libres por su orden, se arrojaron a sus pies para besarlos en medio de una aclamación de bendiciones.

– La felicidad que él experimentó entonces, será vuestra, el día en que comencéis a sentir honda piedad para vuestras siervas.

“Aquí se acerca vuestra Matriarca, y ella, con más luz espiritual que yo, os dará mayor claridad en este asunto; pues tenemos algo hablado entre nosotras en tal sentido.

– ¿De qué se trata? –preguntó Elhisa, dejando sobre un banco un gran ramo de flores que había recogido de las manos de sus nietecitas que se las ofrecían entre caricias.

– De las siervas que quieren despachar.

– ¿Ellas quieren alejarse de vuestro lado?

– Creemos que no; por cuanto están aquí.

– No os preocupéis por ellas, hijas mías, que las pobrecillas ya se ganarán bien su pan con el sudor de su frente sin hacer peso en vuestras finanzas.

“¿Veréis mal si nosotras les enseñamos labores manuales en vez de perder lastimosamente el tiempo en quemar perfumes, en espantar insectos y en saltar como autómatas para provocar vuestra risa?

– ¡Trabajar! –exclamó asombrada una de las Berecinas–, pero si son seres muy estúpidos, incapaces de todo. ¡Son torpes hasta para hacer viento y espantar las moscas!

–No tardaréis mucho tiempo en convenceros de lo contrario –contestó Elhisa–. ¿Me permitís probarlo?

–Haced lo que queráis, que como en todo sois extraordinarias; acaso consigáis transformar las siervas en personas inteligentes y buenas.

–Entonces poned a nuestra disposición las siervas que pensabais despachar y nosotras ensayaremos sus aptitudes en un taller de tejidos y diversos trabajos manuales, útiles y hermosos para la mujer.

–Como yo sólo tengo una niña, con dos siervas me bastan y me quedo con las dos que tañen muy bien la cítara; os entrego pues las doce restantes. –Esto lo dijo Adenia, cuyo espontáneo y vivaz temperamento sentaba muy bien a su juvenil y casi adolescente aspecto exterior.

–Y yo –dijo Bengalina–, que soy la que más hijas tengo, me quedo con cuatro siervas, una para mí y tres para mis cuatro niñas. Os dejo pues las veinte restantes.

Las otras tres Berecinas hicieron lo propio, y pocos momentos después se presentaban a las Kobdas unas ochenta siervas, la mayor parte de las cuales no habían hecho otra cosa que agitar los plumeros espanta insectos, o los grandes abanicos de palmeras, vestir y bañar a sus amas, o conducir los divanes rodantes por los jardines cuando ellas no querían caminar por sus pies.

92

LAS SIERVAS

Fue la primera fiesta de las Kobdas, cuando abrazando a aquellas infelices mujeres, les hicieron sentir acaso por primera vez el amor fraterno en toda su grandeza y sublimidad.

– ¡Hijas mías! –les decía la Anciana Elhisa entre risas y lágrimas–. ¡Cuánta felicidad inunda mi espíritu al teneros aquí entre mis viejos brazos y sobre este corazón, que a no dudarlo, tendrá ya poco tiempo para latir! ¡Teneros aquí como cosa mía que puedo amar con toda libertad, y haceros sentir la grandeza oculta en la vida, cuando se la hace el vehículo para llegar a la Sabiduría y al Amor!

En pabellones deshabitados que se abrían en el patio de los manzanos, vecino al del Santuario, pensaban establecer el taller, y estos fueron desde entonces destinados a las siervas que iban a empezar su aprendizaje bajo la dirección de las Kobdas.

Las compañeras de Elhisa se dedicaron a despojar a las pobres mujeres

de todo aquello que hacía de ellas animales de diversión. Las danzarinas estaban todas llenas de pequeños cascabeles en cada extremo de sus múltiples trenzas de cabello, en cada dedo de sus manos, en sus piernas y pies, en forma que apenas se movían, era aquello una algarabía de sonidos que producían hermoso efecto si los movimientos iban dirigidos con destreza y arte.

Las espanta insectos, eran una especie de percha de paraguas y caminaban en medio de un suntuoso armatoste de caña decorada a fuego y pintada de vistosos colores. Las perfumeras estaban convertidas en artística mesa ambulante rodeada de repisas, cada una de las cuales era un pebetero que caminaba en torno de su ama por los parques de juego, por los jardines de baño o en el salón de fiestas.

Las coperas llevaban alrededor de la cintura una especie de gran bandeja circular con diversos compartimientos, para ánforas pequeñas con los licores o vinos que sus amas pudieran desear, mientras paseaban por los jardines o se bañaban en los estanques.

De sus orejas o narices agujereadas les pendían cadenillas de corales, conchillas de fino nácar, de oro y piedras preciosas según la fastuosidad del ama a cuyo servicio estaban.

—Dejad lejos de vosotras todo este aparejo de ignominia —decían las Kobdas—, no sois cosas, no sois muebles, no sois mesas ni bandejas, ni perchas. Sois mujeres con un alma inmortal, chispa divina emanada del Altísimo, partícula del Alma Madre, destinada a ser templo augusto de la Divinidad.

Mas las infelices no entendían este lenguaje y sólo acertaban a figurarse que cambiando de amas, cambiaban también de trabajo y forma de vestir.

Los dorados oropeles, las escarapelas y brillantes lazos y colgaduras, flecos y borlas que hacían de ellas una especie de animales enjaezados para una fiesta, quedaron amontonados en un rincón y fueron reemplazados por una sencilla vestidura larga de algodón teñido con colorantes de corteza, según usaban por entonces las mujeres del pueblo, hijas de pastores y labriegos.

La mayor parte de ellas descendían de las razas de color oscuro, fuertes y de pequeña estatura, diseminadas en tribus aisladas por los archipiélagos del Sur Asiático, que daban las más abundantes entradas a los mercados de esclavos de ese tiempo. Tribus capturadas por los piratas como majadas de ovejas y conducidas a los puertos más importantes para comerciar con ellas.

Todas eran mayores de veinte años y llevaban varios de esclavitud y con diversos amos.

La primera tarea de las Kobdas, después de vestirlas como mujeres,

fue el averiguar quiénes eran, qué deseaban, qué amaban, qué vínculos tenían en medio de la humanidad.

Casi todas habían nacido en Ethea o en los países vecinos, hijas de padres esclavos de los cuales fueron apartadas al ser vendidas. Cada una de ellas era una tragedia viviente, muda y silenciosa.

—Habladnos sin temor, hijas mías —les dijo Elhisa al comenzar sus indagaciones—, que no es para castigaros por vuestras faltas, sino para buscar vuestra felicidad, si es posible conseguirla en medio de los azares de vuestra vida.

“¿Tenéis padres?... ¿tenéis maridos?... ¿tenéis hijos?... ¿amáis a alguien sobre la tierra?... ¿queréis reuniros con ellos?”

Y el rosario de dolor comenzó a desgranarse como pesadas gotas de lluvia helada en tempestuosa noche de invierno.

Las unas unidas a jóvenes mineros de las inmediaciones, esclavos como ellas, tenían uno, dos o tres hijitos que conservaban ocultos en madrigueras de tierra y hojas secas, adonde arrastrándose a altas horas de la noche llegaban para llevarles los mendrugos que sobraban de los festines de sus amas.

Otras, con sus padres o maridos enfermos, o inválidos por derrumbamientos de minas, o por desastres de guerras, les sabían refugiados en las cavernas de los suburbios de la capital, donde recogían los desperdicios que arrojaban los vendedores de comestibles. Y las de menos edad, todas sin excepción, tenían un amor oculto con algún pastorcillo de los valles vecinos o con pescadores de la orilla del mar, o con los jóvenes labriegos que cantando y silbando recolectaban el trigo en las verdes y lozanas praderas que se extendían al pie del Monte Kasson.

—Y, ¿cómo sabéis que ellos corresponden a vuestro amor si nunca les habéis hablado? —les interrogaban las Kobdas.

Y como respuesta, cada una de aquellas jóvenes esclavas enseñaba un don en prueba del amor de su amado; la una, tenía parejita de alondras que en el nido todavía, le fue alcanzada en el extremo de una larga caña que desde un picacho de la montaña llegaba hasta el huerto de la Mansión; otras, hermosos vellones blancos, el más blanco quizá de los corderos de su pastor; otras algún tejido de lino o de algodón hilado y tejido por la madre del joven labriego que amaba; otras, algunos rústicos trabajos de envolturas de moluscos o de escamas de pescado o de caracoles extraídos de entre las olas del mar, o de la costa rocosa.

Como se ve, pues, la situación fácil al principio, se complicaba para las Kobdas.

—He aquí —decía Elhisa a sus hermanas—, que venimos a educar Berecinas y nos encontramos con una buena porción de humanidad con la cual se puede formar un pueblo. ¿Qué hacemos?

–La Sabiduría y el Amor nos lo dirán –le contestaban sus compañeras.
Y la Sabiduría y el Amor les resolvieron el problema.

Teniendo maridos, o hijos, o padres, o tan sólo un amor, aquellas mujeres no podían ser sacrificadas caprichosamente a ninguna voluntad, sino reintegradas al seno de la humanidad de donde habían sido arrancadas violentamente. Mas, ¿cómo y por qué caminos, y con qué medios que no le fueran nocivos a ellas mismas en lo que a su evolución moral y espiritual correspondía?

¿Quiénes eran aquellos padres, maridos, hermanos, hijos o amantes? Se hacía necesario alternar con ellos, acercarlos, estudiarlos. Y Luvina tuvo una idea que fue aceptada por sus hermanas.

Antes de comenzar los talleres, pedirían al Príncipe Elhizer que los labriegos les llevaran la paja de lino y el algodón que recogían para devolvérselo después, convertidos en fuertes y hermosos tejidos para sus vestiduras; que los pastores les llevaran la lana de sus ovejas con idénticos fines, y los pescadores las escamas, conchillas y corales para los objetos de arte que ellos podrían vender a buen precio para dar una justa remuneración a las obreras. Puesta en práctica la idea, dio, como era de esperar, el resultado que buscaban; que todos aquellos que se amaban se encontrasen de nuevo para ocupar un puesto en medio de aquella humanidad que comenzaba una nueva civilización.

¡Desconocida y sublime grandeza la del Amor cuando emana de un divino Ideal y hacia él tiende, y que de tan inusitada manera se manifestó en un puñado de mujeres Kobdas, que habiendo renunciado por propia voluntad al amor pasional humano, así se encargaban de dirigirlo y encauzarlo en aquellos seres, cuya evolución no les hacía aptos todavía para una vida despojada por completo de afecciones y vínculos de esa naturaleza!

A los que nos encerramos en el estrecho círculo de los conocimientos adquiridos tan sólo en nuestra última etapa de vida terrestre y que sólo conocemos la mezquina ideología de una civilización decadente y llena de prejuicio, habríamos supuesto que las Kobdas, especie de monjas de la actualidad, habrían hecho entre Berecinas y siervas una buena recolección de sujetos para su orden o para su religión o forma de vida y nos habría parecido esto muy natural.

Pero la enseñanza de los Kobdas estaba fundamentada toda ella sobre la base inmovible de la eterna Ley de Evolución del espíritu humano y de todo ser existente en el grandioso escenario del Universo. Conocedores, pues, de la infinita escala que forman los espíritus y de las diversas y múltiples actuaciones que deben ellos desenvolver en cada existencia terrestre, necesariamente tenían que estar las Kobdas muy lejos de ciertas propagandas estériles e inconscientes que no llevan más

que a un fracaso seguro, cuando ellas han tenido por objeto impulsar hacia un conocimiento o forma de vida o ideología a seres que no están preparados ni para practicarla, ni aún siquiera para comprenderla.

Y en cuanto a esto, debemos confesar que ciertas razas orientales llevan mucha ventaja a las occidentales que creen caminar a la vanguardia de la civilización actual.

Y en mi concepto, a esto se deben los continuos fracasos de los apóstolados que bajo el árbol sagrado del Cristianismo reúnen bajo una vestidura uniforme y atados a la cadena de leyes contra Naturaleza, a una multitud de seres que estando fuera del sitio que la Ley Eterna marca a cada sujeto según su evolución, resultan cuando menos inútiles sino perjudiciales para sí mismos y para la sociedad en que actúan.

¿Cuál es sino la causa de que se haga culpable al Cristianismo de las tinieblas de horror y de sangre de la Edad Media? Al Cristianismo se le apostrofa por las innumerables víctimas entre los heroicos paladines de las Cruzadas que con su blanca capa ondulando al viento marchaban a la muerte abandonando al azar, a la miseria y al dolor, las esposas, los hijos pequeños, los padres ancianos. Impulsados por ese fervor inconsciente que les hacía ver con indiferencia la desolación de miles de hogares, buscaban el triunfo de su ideal en la posesión de los lugares habitados por el Verbo de Dios hecho hombre.

La fe de la humanidad como un magnífico globo de cristal se rompió en tantos fragmentos al correr de los siglos, cuantos fueron los pensadores idealistas que trataron de interpretar y comprender las verdades sublimes, profundas y eternas emanadas de la divina enseñanza del Cristo encarnado. Si ellos hubieran pensado: “Somos humanos capaces de equivocación”, la humanidad se habría ahorrado gran parte de los horrores sufridos por la cruel persecución de unos contra otros, por anatemas, prisiones, torturas y muertes; ni se habría dividido en bandos, en sectas que se odian mutuamente..., sin llegar jamás a una noble reconciliación. ¡Cuán doloroso es pensar que todo este amontonamiento de odios, gira como un torbellino en derredor del Cristo Amor!, que dijo: “Un testamento os dejo: ¡Que os améis unos a otros como yo os amo a todos! ¡Y en el Amor que os tengáis se conocerá que sois mis discípulos!”

¿No son los hombres de todas las razas criaturas de Dios?

Todas las conquistas de países salvajes que se han realizado en nombre del Cristianismo y en que los misioneros de la Cruz han intervenido como propagandistas, han sido a base de exterminio y de muerte, lo cual pone de manifiesto la inconsciencia de los que asumieron el papel de maestros de una doctrina de redención y de amor que estaban muy lejos de comprender. Algunas pocas excepciones, pues los Bartolomé de las Casas y los Pedro Nolasco, son muy escasos y raros.

¡Qué torrentes de sangre manchan las sagradas vestiduras de los purpurados del Santo Oficio, irrisorio nombre que encierra una trágica y sangrienta burla, denominando Santo Oficio a la tarea en que pasaron tres siglos firmando sentencias de torturas espantosas e inventando atrocidades con tan encarnizada ferocidad, que aterra pensar que estos eran ministros de una religión o ideología de tan sublimes y elevados conceptos como es el Cristianismo!

¡Qué torrente de sangre manchan las manos de los creadores y los pastores de la Iglesia Anglicana y de la Reforma Luterana en general, en todas las capitales en que se constituyó en religión del Estado, viviendo a oficio de verdugos los reformadores protestantes y de víctimas y mártires los católicos romanos!

Y víctimas y verdugos tenían por código el Evangelio del Verbo encarnado que dice: “Amaos los unos a los otros. A Dios se le adora en espíritu y en verdad. Ni en Garizín ni en Jerusalén, sino en el espíritu.

“No juzguéis y no seréis juzgados. El que se encuentre sin pecado que arroje la primera piedra al reo condenado a lapidación”.

¿Qué prueba todo esto y muchos hechos históricos más que podía recordar, sino la inconcebible inconsciencia de los llamados apóstoles de una doctrina espiritualista basada en la fraternidad y en el amor?

Y si vemos a los Kobdas de los orígenes de la Civilización Adámica o Abeliana, como en rigor debiera llamarse, realizar obras de tan grandiosos alcances, fue debido a que ellos jamás usaron de la propaganda inconsciente para aumentar sus prosélitos con sujetos incapaces por su escasa evolución, de ser constituidos maestros de una doctrina que no pueden practicar ni siquiera llegar a comprender.

Cabe aquí hacer justicia en parte a los sacerdotes o maestros de algunas viejas religiones orientales que si bien establecen un riguroso aislamiento y separación de los creyentes de otras religiones, no aceptan individuos entre sus monjes o altos afiliados, sino después de largas y severas pruebas de los sujetos elegidos.

Hecha esta salvedad, no debe extrañarse el lector de que las mujeres Kobdas en Monte Kasson, procedieran con tan amplio miraje con Berecinas y siervas. Tanto de entre las unas como de las otras, algunas hubo que más tarde vistieron la túnica azulada, mas no por ceder a influencias extrañas, sino porque la evolución de sus espíritus y la consecuencia de determinados acontecimientos las llevó a esa resolución, ya de acuerdo con los elevados anhelos del ser.

“Abel, el joven Kobda portador del mensaje eterno de la Verdad, acaba de llegar al País de Ethea, en su primer viaje de misionero divino”, avisaron los Kobdas de la Caverna de Gaudes a sus hermanas del Monte Kasson.

* * *

Y el Amor cantó en sus corazones como un himno de júbilo y de gloria, pues hacía veinte años que él estaba en la tierra y ellas no le conocían sino en espíritu, en las radiantes manifestaciones de la Mansión de la Sombra.

93

ABEL Y ZURIMA

Paréceme no estar errado al asegurar que las elevadas Inteligencias, que dirigen y encausan la evolución de los mundos, llegaron a tan excel-sas y serenas cumbres, ensayándose durante miles de siglos en afrontar las más difíciles situaciones, a realizar los más heroicos vencimientos, a vadear serenos los más hondos precipicios donde a millares se ven vencidos y deshechos los espíritus que en las medianías de su evolución, no llegan ni aún a comprender que existan seres capaces de triunfar.

En uno de estos difíciles y gloriosos ensayos se encontraba el joven Maestro, en la etapa de vida terrestre que recorría; y los acontecimientos que el designio divino puso ante él, nos darán la más bella oportunidad de medir, si es posible a nuestra pequeñez, la grandeza de aquel ser que, si había escalado las cimas del Mesianismo, no era ciertamente por privilegio de ninguna especie, sino por la justicia y el derecho del que lo ha conquistado al precio de todos los dolores y de todos los sacrificios.

Elhizer se presentó un día al amanecer, en la caverna de Gaudes y dijo a Abel:

—La anciana madre que puse a dirigir a las que fueron mis esposas, antes de la Ley de la Alianza, y de cuyos trabajos en Monte Kasson os he hablado ya, suplica vuestra presencia en el pequeño santuario que han formado en aquella mansión señorial. A sus muchos años le está resultando demasiada pesada la carga que yo he puesto a sus espaldas, y como de ella depende en gran parte la paz y tranquilidad de mi espíritu, basada a su vez en la paz y felicidad de mis pueblos, os ruego que acudáis a su llamado, si nadie ha de perjudicarse por esta solicitud.

—Conducidme vos mismo, que entre mis hermanos y yo ayudaremos a vuestra madre en lo que esté a nuestro alcance, y ella estime necesario —le había contestado el joven Kobda, siempre dispuesto a compartir las inquietudes y las angustias de la humanidad.

Los Kobdas, sus compañeros, se habían repartido las tareas entre los pastores y labriegos, entre las aldeas y poblaciones donde abundaban como en todas partes los desventurados, los menesterosos, los enfermos y los huérfanos.

Sólo se hallaron libres en ese instante Helí, Geuel y Erech, y los

cuatro partieron, guiados por Elhizer, que con varios criados y mulos había venido dispuesto para llevarlos. El trayecto era corto y se hacía con verdadera delicia bajo la sombra de enormes plátanos que abundaban en esa región. Serían unas dos leguas a causa de las vueltas alrededor de hermosas colinas tapizadas de follaje. Elhizer había mandado delante un mensajero para avisar a su madre que antes de mediodía estarían en Monte Kasson.

Las Kobdas, que ya tenían mucho ascendiente sobre las Berecinas, y grandes adhesiones entre las siervas, prepararon a unas y otras para recibir el don de Dios, como ellas decían, si bien obedeciendo a la prudente consigna, no debían manifestar ni a las unas ni a las otras, la verdadera personalidad de Abel, ocultándolo bajo la designación de enviado del Kobda Soberano de los países del Éufrates y el Nilo, para enseñar la verdadera sabiduría a los pueblos.

Cuando llegaron al hermoso valle que se abría al pie del Monte Kasson; Elhizer detuvo su cabalgadura y haciéndose a un lado del camino les dijo:

–Pasad vosotros que yo y mis criados os esperamos en esta cabaña de pastores que veis a la sombra de esas encinas.

– ¿Cómo? ¿No llegáis a ver a vuestra madre? –le preguntó Erech extrañado.

Antes de que el príncipe formulara su excusa, Abel se anticipó con su fina y sutil intuición.

–No estáis aún del todo curado de hondas afecciones cortadas, o acaso pensáis que en otros corazones retoñen de nuevo, ¿no es verdad?

– ¡Lo habéis adivinado! –contestó con cierta tristeza el aludido—. Entonces, ¿me perdonaréis?

–Perdonad vos, Príncipe Elhizer, la indiscreción que me hizo interrogaros –observó el Kobda que motivó esta declaración.

– ¡Cuán doloroso es romper con los amores humanos cuando ellos se interponen entre el espíritu y la ley en que busca él su evolución!... –exclamó Abel, cuando se habían alejado un tanto del Príncipe de Ethea, que volviendo la espalda al Monte Kasson se internaba bajo el frondoso ramaje de las encinas que escondían la pobre cabaña de un viejo pastor.

– ¡Tan doloroso será que a mí me produce amargura tan sólo el presenciar una escena como ésta! –dijo Erech—. ¡Cuánto lamento mi indiscreción que le obligó a descubrir las heridas de su corazón!

–Y yo –dijo Helí–, a través de esto he sentido revivir el dolor más intenso que padecí en esta vida, cuando fui obligado a conducir junto a mi padre la candorosa virgen que había amado desde mi niñez; pues que la ambición de su progenitor la quería esposa de un Caudillo que contaba

por centenares sus elefantes y camellos antes que de un jovencuelo, hijo de una esposa secundaria del opulento Caudillo... ¡Cuánto me ha costado vencer mi odio rencoroso a mi padre y al suyo!

– ¿No sería mejor –preguntaba Geuel continuando la íntima confianza–, precaverse de todo asomo de amor humano, antes de saber si somos o no destinados a realizar alianzas de ese orden en nuestra vida?

–Ahora habláis así porque la enseñanza que habéis recibido os hace ver las cosas desde otro punto de vista –díjole Abel–. Todo amor es grande, bello y bueno, si nos hace capaces de acciones grandes, bellas y buenas, y no creáis que el hombre esté nunca fuera de la órbita de ese astro de formidable atracción que llamamos *amor humano*. Nuestras viejas crónicas lo dicen. Lo que importa mucho para los que somos parte de una gran alianza de redención, es hacer de todo amor humano un medio de ascender hasta el Eterno Amor del cual es reflejo, y no camino de descenso hacia el turbión de las pasiones humanas.

“Y si el espíritu ha de pasar la prueba durísima de renunciar a un amor inmenso o enlodarse con un delito, ¿no es esto un grandioso vuelo de ese ser hacia las cumbres de la paz y la serenidad que sólo alcanzan los que se vencen a sí mismos? –preguntó Abel a Helí, como haciéndole comprender que de su gran renunciamiento de su juventud, emanaba la paz y la dicha que sentía continuamente dentro de sí mismo.

Cuando llegaron a la puerta de la inmensa y fastuosa morada de las Berecinas, Elhisa y sus compañeras salieron a recibirles.

Todas ellas podían ser madres de Abel, pues le llevaban dieciséis, veinte, treinta, cuarenta años más de edad.

Ninguna necesitó que le dijeran cual era el joven Maestro pues para ellas era casi palpable la pura y suave irradiación de su espíritu.

Iban a exclamar en conjunto:

– ¡Bienvenido el Verbo de Dios en medio de nosotras!... –Pero la discreción de Abel les salió al encuentro.

–El más joven de vuestros hermanos –dijo presentando su frente al beso fraternal según la costumbre–, viene a vosotros cargado con la embajada de amor de nuestro Kobda Rey y Patriarca. El amor con que me recibís, con él lo comparto, pues todo lo bueno que de mí esperaréis, a Dios y a él agradecedlo.

– ¡Hijito, hijito mío!... ¡Luz de Dios sobre esta pobre humanidad! –exclamaba la Anciana Elhisa llorando de felicidad–. ¡Sólo esto faltaba a mis pobres ojos ya de escasa luz, y a este viejo corazón que acaso palpita solo para ver este grandioso día!

Cuando las mujeres Kobdas expusieron a sus hermanos los proyectos e ideas que empezaban a llevar a la práctica y los resultados mezquinos en ciertos casos y abundantes en otros, Elhisa quiso que Abel y sus tres

compañeros visitaran las distintas instalaciones de la casa, comenzando por su pequeño Santuario en el patio de los rosales.

Allí tomaron sentados a una mesa común la refección de mediodía, consistente como de costumbre entre los Kobdas, de pan, huevos, quesos y frutas.

Abel al centro de la mesa entre Elhisa y Luvina, quedaba de frente a la gran arcada que daba al patio o explanada cuadrangular, que se abría ante las habitaciones de que estaba compuesto el pabellón.

La puerta de comunicación con la gran columnata que partiendo del patio de honor, había sido dejada abierta de par en par pues el decoro así lo ordenaba, cuando en circunstancias como esa los Kobdas actuaban entre personas capaces de juicios equívocos ya por ignorancia o por malicia.

Tanto berecinas como siervas acaso no estaban capacitadas para pensar nada más superior a las apariencias. Los Kobdas eran hombres jóvenes, hermosos y afables, y las Kobdas eran mujeres entre las que había varias que sólo contaban de treinta y cinco a cuarenta años. El lector bien comprenderá que entre algunas berecinas y algunas siervas, pudo deslizarse, quizá furtivamente alguna sonrisilla maliciosa y hasta acaso pudo haber algún ligero cuchicheo respecto de los jóvenes y bellos visitantes.

Como en muchos países las vestiduras largas eran usuales para todos los hombres de posición elevada, excepción de los guerreros, las túnicas de los Kobdas no despertaban idea de vestidura sagrada de una institución religiosa. La púrpura en sus distintos tonos desde cárdeno vivo al rojo violeta casi negro, fue el color preferido de casi todas las vestiduras sacerdotales, y el blanco estaba reservado al Gran Sacerdote Máximo de los cultos antiguos. Las berecinas pensaron que los embajadores del Chalit de la Alianza, vestían tal uniforme como podían vestir otro cualquiera a gusto de su soberano.

Algunas más observadoras, pararon su atención en la semejanza de color entre las vestiduras de las Kobdas con las de los visitantes, pero como quiera que habían vivido ajenas por completo a ideales religiosos de toda especie, no supieron ver claro en el fondo de la cuestión.

Dami, la Berecina aquella que se rebeló el día del festín, conservaba oculto un secreto rencor a las Kobdas y a las Berecinas que dóciles a ellas, dejaban lentamente introducir reformas entre ellas a tal punto, que las fastuosas Berecinas del Príncipe de Ethea iban parangonándose cada día más con una mujer cualquiera del pueblo.

—Pronto no habrá diferencia ninguna entre nosotras y las mujeres de los labriegos —decía a sus compañeras con gran descontento—. Daría la mitad más bella de mi vida por salir de esta servidumbre, probando

al Príncipe que ha cometido una locura entregándonos como cautivas a esas viejas fantasmas de mujeres que viven como momias en un enorme pabellón sepulcral, esperando de sus dioses la hora de resucitar.

Eran cuatro las Berecinas que prestaban atención a las ideas subversivas de Dami, sin plegarse del todo a ella para formar un bando abiertamente en contra.

Entre el grupo de las árabes había una, de nombre Zurima, que tocaba instrumentos de cuerda con tan delicado sentimiento que lloraba ella misma y por reflejo o irradiación emocionaba con su música a quien la escuchaba. En su adolescencia, había soñado largo tiempo que del otro lado de sus áridas montañas veía bajar un príncipe formado de luz de estrellas, bello como ningún mortal lo era. Y ella pensaba:

“Este será el que Alá me tiene destinado y todo mi amor he de guardarlo para él”.

Cuando los piratas la raptaron de su cabila, estaba justamente sentada solitaria al pie de la montaña donde en sus horas de sueño, según ella decía, contemplaba la esplendorosa visión. Fue llevada a Ethea y vendida a Elhizer cuando sólo tenía dieciséis años. De él tenía una hijita de cinco años; y ella contaba veintiuno de edad. Cuando el príncipe la tomó como esposa secundaria padeció mucho, pues pensó que siendo ya mujer de otro hombre, era indigna del príncipe de sus sueños, formado de luz de estrellas. Y una inmensa melancolía la invadió desde entonces. Ella sentía más bien cierta simpatía hacia las Kobdas que eran silenciosas como ella, si bien no les manifestaba nada exteriormente. Creyéndola incapaz de fijar su atención en otra cosa que su música y su hijita, Dami no se cuidaba de ella en sus manifestaciones de rebeldía en contra del nuevo orden establecido, pues demasiado sabía que a Zurima, ni el Príncipe Elhizer, ni nadie, ni nada, la habría arrancado de esa especie de nostalgia muda y contemplativa que a veces la asemejaba a una demente pacífica. Se creía que quedó así de la grave enfermedad que padeció al dar a luz a su hija que casi le costó la vida.

Y ella decía: “el hecho de no comprender nosotros a estas mujeres Kobdas, no nos autoriza para hacerles daño, y ya que mi vida es inútil y sin objeto, quiero dedicarla a impedir toda daño que se les quiera causar”.

Y saliendo un tanto de su abstracción melancólica y callada hizo lo posible por entender los designios de Dami, por si llegaban a un punto en que creyera deber intervenir. La llegada de Abel y sus compañeros parecía ofrecer una oportunidad a la rebelde para ensayar una acusación.

Ella tenía diecisiete siervas a su disposición, pues no sólo no se había desprendido de ninguna sino que les había regalado hermosos aparejos, porque vestidos no podían llamarse, toda vez que las dejaban casi desnuda por completo; había ordenado para ellas mejor y más

abundante alimentación, y por turno, un día libre de las ocupaciones ordinarias.

Las Kobdas comprendieron que con esto quería evitar la rebeldía de sus siervas, en vista de las mejoras que obtenían las que pasaban a los Pabellones Talleres bajo el mando de las Hijas de Numú.

Con estas siervas contaba Dami para libertarse del yugo que ella creía haberseles impuesto tan injustamente.

Cuando los Kobdas comían, ella mandó a sus siervas soltar las cabalgaduras hasta ponerlas en el camino hacia Dhapes, lo cual fue sumamente fácil, pues estando allá la residencia de Elhizer con sus grandes cuadras, las bestias marcharon por sí solas hacia allá sin ninguna dificultad. Y sin que Kobdas ni Berecinas lo advirtieran a su parecer, hizo cerrar la gran puerta que comunicaba la columnata con el patio del Santuario y la sierva que cerró el cerrojo interior salió de nuevo fuera arrastrándose por la agüera o canal, que de las piscinas de baño partían al exterior con las aguas servidas.

Cuando creyó haber tomado todas las medidas para asegurar el éxito de su inicua idea, se dirigió a los pabellones de sus compañeras y les dijo:

–Mirad, parece que las momias se sienten revivir con la presencia de los bellos embajadores. Se sirven en este instante un opíparo banquete tañendo instrumentos músicos y cantando que es un primor.

“Para tener tales preceptores y ayas, mejor nos gobernamos solas. ¿Acaso el Príncipe Elhizer tenía de nosotras algún motivo de queja? Con nosotras jamás habló un hombre desde que aquí nos recluimos, y nuestras gobernantas tienen esa libertad.

“¿Sois tan bobas que no me comprendéis? –añadió nerviosa y sobreexcitada, viendo el silencioso estupor de sus compañeras, sobre todo de Bengalina y Adenia.

La primera corrió hacia la columnata y halló la puerta clausurada con el cerrojo interior, cosa que jamás había ocurrido desde que las Kobdas llegaron a Monte Kasson. Dolorida en sumo grado volvió a su pabellón donde se encerró con sus hijas y sus siervas, y prohibió que nadie la hablase. La mayor parte de las Berecinas siguieron su ejemplo, menos Adenia, que con su fina intuición pensó en Zurima a quien no había visto ese día. Sin saber por qué, pensó también en las niñas que no habían regresado del paseo de la mañana por el gran parque de juegos. Y corrió hacia el pabellón de la hija de Arabia y lo encontró desierto. Corrió hacia el gran parque y estaba solitario y silencioso.

¿Qué significaba todo esto?

– ¡Dios de las Kobdas! –gritó llena de dolor porque amaba de verdad a aquellas dulces mujeres que le habían curado las heridas de su corazón y le habían enseñado hermosos horizontes para su vida futura–.

“¡Dios de las Kobdas!..., isálvalas y sálvame si es verdad que eres el Amor Eterno que alienta y vive en todas las cosas!...

Como si su corazón le hablase en secreto, ella misma repetía el eco de su propio corazón:

– ¡Están salvas!..., ¡estamos salvas!... ¡Zurima, Zurima!, pareceme que yo estaba en lo cierto cuando de ti pensaba que no era silencio de dementes el silencio tuyo, sino el pensar silencioso del que llora, medita y espera. ¡Pareceme que tú andas en medio de todo este misterio!

Y paso a paso, meditativa y silenciosa volvió a su pabellón y esperó con sus siervas. A poco apareció Dami, que le dijo:

–La caravana de los leñadores pasa al pie de nuestra casa dentro de breves momentos. Con dos de mis siervas parto para Dhapes, encima de los asnos cargados de leña para dar aviso de lo ocurrido porque hasta este punto no consiento que nadie pisotee nuestra dignidad de Berecinas de uno de los más grandes príncipes de estos países.

–Y, ¿no ofende tu dignidad de princesa el presentarte en la capital, montada sobre un asno de los que llevan leña a la ciudad? –le dijo entre risueña y mordaz Adenia, que apenas pudo disimular su indignación.

–Así verá el Príncipe que me interesa más la honra de sus Berecinas y de sus hijas que mi propia dignidad –le contestó ya muy disgustada la exaltada Dami.

–Has como quieras, pero a mí no me mezcles en tus acusaciones porque yo nada sé ni nada he visto –respondió Adenia.

La otra dio media vuelta y después de recorrer los pabellones de sus compañeras se cubrió con su manto de viuda, acostumbrado para las mujeres esposas cuando salían fuera sin el cortejo de su marido.

Adenia corrió a uno de los postiguillos de observación que se abrían en el muro exterior y vio a Dami y sus dos criadas colocadas por los leñadores en asnos, a los que quitaron sus cargas y cubrieron con grandes mandiles de pieles.

Siguió mirando hasta perderlas de vista, y de entre un bosque espeso que se levantaba hacia atrás de la colina en que estaba asentada la casa, vio de pronto a dos jóvenes pastores que traían hacia la gran puerta de entrada las cabalgaduras de los Kobdas.

– ¡Los pastores que van a casarse con las dos siervas de Zurima! –exclamó asombrada y gozosa a la vez-. ¿No me decía el corazón que ella andaba en todo esto?

“¡Oh, el Dios de los Kobdas es el Dios del Amor!... ¡Quién le diría a la altiva y dominante Dami que la más insignificante de las Berecinas había de desbaratar sus planes!

Y corrió al Pabellón de Bengalina a informarle de sus descubrimientos.

Juntas se encaminaron hacia la puerta cerrada del Pabellón de las

Kobdas, que terminada tranquilamente su refección, se habían visto agradablemente sorprendidas por el risueño enjambre de las nietecitas de Elhisa, que con Zurima a la cabeza cantaban hermosas églogas pastoriles en el centro del patio de rosales, frente por frente a la arcada a la que daba la cabecera de la mesa. Mucho tiempo hacía que Zurima buscaba distraerse formando una pequeña orquesta de instrumentos de cuerda, entre las más capacitadas de las hermanastras de su hijita, y cansada de la música voluptuosa y apasionada de la casa, había ensayado por consejo de las Kobdas, suaves melodías que llenaban el alma de descanso y de paz.

Y la intuitiva Adenia, dijo a Bengalina:

–Llamemos a todas nuestras compañeras para que sean testigos de esta escena. Así ayudamos a Zurima en la hermosa idea que ha tenido.

“Venid –les dijo–, a presenciar la gloria de nuestras hijas que cantan bellamente ante los embajadores del Rey de Naciones.

Y llenas de felicidad escuchaban los coros de voces infantiles que acompañados con la lira de Zurima y las pequeñas cítaras de las niñas, semejaban un concierto de alondras en medio de una selva impenetrable.

¿Qué había pasado?, preguntará el lector.

Que Zurima cumplía su palabra de impedir que se causara daño alguno a las Kobdas, para lo cual se había introducido con sus pequeñas discípulas en el pabellón de los talleres, antes que Dami mandara cerrar la gran puerta de entrada, justamente porque conocía el inicuo plan que había formado. El pabellón de los talleres se hallaba comunicado con las habitaciones de las Kobdas y tal fue el pasaje seguido por Zurima, para poder realizarlo sin ser vista.

La árabe silenciosa y melancólica aún no había visto a Abel ni a sus compañeros, pues ella se ocultaba detrás de grandes ramas de follaje que se enredaban a una fuente con el fin de que sólo aparecieran las niñas ante los visitantes.

Mas cuando los Kobdas salieron para ver más de cerca la mágica ronda de las niñas en el juego de las mariposas y para dirigirse luego a los talleres, Zurima se encontró de pronto frente a ellos, cosa que no esperaba.

– ¡Es él!... ¡Es él! –gritó–, ¡el príncipe formado de luz de estrellas!... –Tanta fue la emoción que iba a caer sin sentido como un cuerpo muerto sobre el pavimento de piedra, pero una de las Kobdas la sostuvo a tiempo y fue recostada en el césped del jardín.

La irradiación del grito de Zurima llegó naturalmente hacia quien lo había motivado y Abel detuvo el paso, entrecerró sus ojos como el que hace un supremo esfuerzo para conservar la serenidad y mientras las Kobdas le prestaban los auxilios necesarios, él preguntaba:

– ¿Quién es esta mujer?

La Anciana Elhisa le explicó todo cuanto de ella sabía.

–Lo que no comprendo –añadió–, es cómo y por qué está aquí, pues nosotras nada sabíamos de que ella hubiera dispuesto la pequeña fiesta infantil con que nos ha sorprendido.

Y acto seguido llamó a las mayores de sus nietecitas que estaban asustadas del incidente y les preguntó:

– ¿Quién os trajo a nuestro Pabellón?

–Zurima –le contestaron.

–Y, ¿qué os dijo al traerlos?

– ¿Queréis embellecer la fiesta de vuestra “mamá grande”? Y como todas contestamos que sí, nos dio nuestros instrumentos y nuestros trajes de mariposas, y nos llevó a los talleres para pasar la puerta que comunicaba con este Pabellón.

–Y, ¿por qué no pasasteis por la puerta de la columnata?

–Para que nadie nos viera y daros una sorpresa. Y Zurima nos dijo: “Aunque es prohibida la entrada al Pabellón de mamá grande, ella no se disgustará cuando sepa por qué hemos entrado”.

– ¿Es verdad que no os enojáis? –preguntó otra de las niñas.

–No, hijas mías, no me enojo, pero deseo saber porqué Zurima obró así.

–Eso os lo dirá ella cuando se despierte.

Los Kobdas comentaron a su vez entre sí el incidente, pues todos habían comprendido que el grito de Zurima iba dirigido a Abel, del cual debía haber tenido apariciones espirituales radiantes.

Y pensaban y decían:

–Debe ser un espíritu de nuestra alianza que hasta este momento no se había encontrado con nosotros.

Era Zurima una de esas bellezas tiernas y lánguidas, como hechas de ensueño y de ilusión, que hace a los de su raza decir: “esta es una hurí escapada del paraíso de Alá”.

En aquellos tiempos en que los países llamados tropicales no tenían la ardiente temperatura de hoy, el país de Arab vecino del país de Ahuar de donde era capital Zoan, la ciudad del viejo Chalit Ahermesú, no producía los seres de faz oscura y cetrina, sino un blanco de cera virgen que a las mujeres les daba una suave y delicada tonalidad de lirio silvestre. Zurima tenía pues en su persona todos los encantos de las mujeres de su tierra. Las negras trenzas que rodeaban su cabeza como una diadema labrada en ébano y sus ojos oscuros llenos de una suave y dulce melancolía, formaban tan bello contraste con la blanca palidez de su faz, que cuando vestía ropajes blancos y con su lira sobre las rodillas quedábase pensativa en el borde de una fuente cubierta de enredaderas, podía bien

confundirse con las clásicas ondinas que escapadas un instante a la caricia de las aguas cantan sus amores a la vera de los arroyuelos.

Cuando volvió en sí, tomó instintivamente una especie de velo que tenía alrededor de su cuello y se cubrió el rostro. Y levantándose rápidamente iba a huir hacia los Talleres.

– ¡Ven, hija mía, no te alejes así, que aquí no vamos a hacerte daño! –le dijo Elhisa acercándose–. Queremos agradecerte tu homenaje que ha sido algo muy superior a lo que podíamos esperar.

Como ella permanecía quieta y silenciosa, Luvina la tomó de una mano y acercándola a Elhisa que estaba junto a Abel y sus compañeros, dijo alegremente:

–He aquí la autora de todos estos gorjeos de pájaros que habéis escuchado hoy. –Y le descubrió el rostro que todos vieron inundado de lágrimas.

– ¡Qué tarde llegaste visión de mi niñez! –exclamó en su lengua, arrojándose a los pies de Abel, con sus manos juntas y sus ojos fijos en el sereno semblante del joven Kobda que comprendiendo el significado de su exclamación, se sintió a su vez conmovido hasta lo sumo.

–En la eternidad de las almas nunca es tarde, porque siempre hay mañana –le contestó él en la misma lengua en que ella le había hablado–. Levántate y no llores más –añadió, tomándola de ambas manos y alzándola del suelo–, que hoy es el día de gloria para ti, que ha mucho vienes buscando.

– ¡Príncipe nacido en las estrellas! –volvió a exclamar la árabe, dulce como las tórtolas de sus montañas–, la flor de loto fue mancillada por un mortal y la infeliz Zurima te encuentra cuando no es ya digna de ti.

Y estrechando nerviosamente las manos de Abel las cubrió de besos y de lágrimas.

–Tu alma es flor de loto eterna e inmortal, que nadie puede mancillar, mujer, si tú no la mancillas. No soy príncipe, pero sí nacido en esta estrella que llamamos Tierra, como tú y como todos los seres que peregrinamos por mundos y soles en busca del Amor Eterno.

–Yo te vi muchas noches bajar de las montañas de Arab y me decías: “Un día me encontrarás después de siglos de buscarme”. ¡Oh!, dime, ¿por qué yo te buscaba sin encontrarte? ¿Por qué te escapabas de mi vista como el humo de mis perfumes y hoy no te vas?

–Porque ayer me veías en tu horizonte espiritual y hoy me encuentras en el plano físico.

– ¡Príncipe nacido en las estrellas! Es cruel Alá que te puso en mi camino si no ha de ser para tu dicha y la mía...

–Será para dicha de ambos, si tú y yo extraemos de este encuentro de almas lo más bello que hay en él.

– ¿Qué?, dilo Príncipe, dilo y no te vayas como el aroma de mis perfumes porque mi alma se irá tras de ti.

– ¡Mucho tiempo ha de pasar antes de que me vaya!, cálmate pues, y espera que el Amor Eterno te abrirá su alcázar, mucho más bello de cuanto tú has podido soñar.

Durante este diálogo, los compañeros de Abel y las Kobdas conversaban animadamente con las niñas o entre ellos comentaban que acaso Zurima tenía muy desarrollada la facultad vidente, y que absorta por ella y no habiendo sido cultivada con métodos y amplio conocimiento, había absorbido y desgastado su organismo físico, produciendo esas crisis histéricas de que a veces se veía acometida.

La felicidad irradiaba de ella cuando se reunieron todos y un suave tinte sonrosado asomaba a su antes pálido semblante, como si el sol naciente de la dicha la tiñera de delicados arboles.

Cuando nadie podía apercibirse de ello y mientras se encaminaban a los Talleres, ella desapareció.

Bien comprenderá el lector que pocos momentos después los Kobdas tuvieron conocimiento de las maquinaciones de Dami como de la noble acción de Zurima, la cual no apareció más cuando en el patio de honor las Berecinas fueron presentadas a los Kobdas.

–Tengo el encargo del Príncipe Elhizer –les dijo Abel–, de traeros noticias de que arregló definitivamente sus asuntos de Estado, y que designando a cada una de vosotras una porción de tierras de labranza como medio de vida para vosotras y vuestras hijas, os otorga a la vez la más amplia libertad para seguir vuestro camino y tomar otro esposo si tal es vuestra voluntad.

“Podéis, pues, mandar por la tablilla de piedra en que grabó su voluntad y su firma, que os asegura la honra y el bienestar para el resto de vuestra vida.

Cuando los Kobdas salieron para tomar sus cabalgaduras encontraron cuidándolas a cuatro jóvenes pastores, uno de los cuales les dijo que el Príncipe se había visto obligado a regresar a Dhapes por un asunto urgente y que ellos en sus asnos iban a acompañarles hasta la capital.

Los Kobdas nada tuvieron que observar y emprendieron el regreso seguidos a respetuosa distancia por los jóvenes pastorcillos, uno de los cuales era Zurima, hábilmente encubierta bajo una vestidura de pieles de antílope que ocultaba por completo su aspecto femenino.

–Venid cerca de nosotros –dijo Geuel a los pastores–, que nosotros no somos príncipes para que así nos cortejéis tan a larga distancia.

Dos se acercaron más, un tercero menos y el cuarto guardó la misma distancia que desde el principio.

Y comenzaron una animada conversación sobre la forma de vida que

usaban las gentes del país, con el objeto de enterarse de si abundaban los enfermos, los desamparados y los hambrientos.

–Hay enfermos, viejos y niños como en todas partes, pero el Príncipe cuida mucho de galardonar a los que se preocupan de socorrer a los que no pueden por sí mismos ganarse la vida.

“Y por interés del galardón, muchos se vuelven misericordiosos –les informaba el más expansivo de los pastorcillos.

– ¿Y vosotros vivís felices en medio de vuestros ganados? –interrogó Erech, que habiendo elegido en Venus, de donde era originario, la misión de hacer evolucionar las especies domésticas entre los vegetales y los animales, conservaba aún, ya por hábito o por vocación, ese mismo entusiasmo.

–De todo un poco –le contestó el pastor–. Porque si escasea la manutención para las ovejas y los renos, escasea también la leche y la manteca para nosotros. Y si por enfermedad o pereza no andamos listos con el trigo y el maíz, el algodón y el lino, los viñedos y los cerezos, escasea también el pan y el vino y nada tenemos para comerciar. Ahora desde que vinieron a Monte Kasson las mujeres de vestido azul, se ofrece mejor perspectiva para nosotros.

– ¿Por qué? –interrogó Helí.

–Porque han puesto grandes talleres de tejido y otras labores manuales y nos compran a buen precio todo cuanto producen nuestros campos de lo que ellas pueden sacar hilo, fibra, lana o seda. Y además nos han hablado de que podemos con entera libertad escoger esposas entre las siervas de las Berecinas, que ya no son esclavas sino mujeres libres.

Durante esta conversación, Abel profundamente abstraído, guardaba silencio. No podía explicarse por qué el pensamiento de Zurima le perseguía con una insistencia tan molesta, que su espíritu sentíase hasta humillado de verse tan poco dueño de sí mismo.

Una voz secreta, la de su Ego, pareció decirle: “Cuando el pensamiento emana de un sujeto dominado por un intenso amor pasional, y que el tal sujeto está tan cerca de ti que su aura se confunda con la tuya, por fuerza mayor tienes que sentirlo, aunque tengas dominio de ti mismo.

– ¿Cómo tan cerca, si ella quedó en Monte Kasson? –pensó Abel.

Y la voz de su Yo Superior volvió a contestarle con su voz sin ruido: “Te engañas, porque ella te sigue a veinte pasos”.

El joven Maestro se irguió sobre su cabalgadura con una energía nueva y volvió su mirada hacia atrás. Vio al pastorcillo vestido de piel de antílope, cuyo rostro aparecía sombreado por las anchas aletas del capuchón de piel de oso que le cubría la cabeza. Vio que el pastor volvió el rostro hacia la izquierda simulando que disparaba la honda a unas codornices.

– ¿Es hermano vuestro ese pastor que parece un niño? –preguntó de pronto a los que caminaban en medio de sus compañeros.

–Yo no le conozco –dijo uno de los pastores–, pero es amigo de éstos –contestó, señalando a los otros dos.

–Es un hermano menor –contestaron los aludidos–, pero es muy enfermizo y algo tontuelo y casi nunca habla.

–Seguid vosotros, que yo le haré compañía –dijo Abel, dando vuelta a su cabalgadura y desandando el camino hasta ponerse al lado del pastorcillo tontuelo.

El chico tiró del borde de su capuchón tanto que sólo la nariz y la barbilla quedaron al descubierto.

– ¡Tan niño y ya escondes tanta amargura, amigo mío! –díjole cuando se puso a su lado–. Vamos, empieza a contarme tus cuitas que acaso sepa yo algún remedio que te cure. ¿No confías en mí?

El pastorcillo callaba, pero la mano que sostenía la brida del asno temblaba y al poco rato vio Abel que gruesas lágrimas caían sobre esa mano fina y temblorosa.

– ¿Por qué lloras? ¿Eres huérfano? ¿Estás solo en el mundo?

–Sí, soy huérfano, estoy solo en el mundo y no hay nadie que me ame –contestó con débil acento que semejava un sollozo contenido con gran esfuerzo.

–Si yo quisiera ayudarte, ¿qué crees tú que podría yo hacer por tu felicidad? –volvió a preguntarle Abel.

–Llevarme contigo, si eres capaz de amarme y si no, dejarme abandonado en esta selva para que a las altas horas de la noche me devoren las fieras –le contestó con voz más serena el pastor.

– ¿Y por qué me hablas así a mí y no a otros de mis compañeros? –le preguntó el joven Kobda nuevamente.

–Porque tú te has interesado por mí y no tus compañeros.

Abel estaba ya bien seguro de que su interlocutor era aquella Berecina del país de Arab que le había visto en sus sueños desde su niñez, pero comprendiendo que el descubrirla ante todos causaría muy mal efecto, dominó su inquietud y continuó hablándole como si en efecto creyera que era un pastorcillo solitario y entristecido.

–Me has dicho que si no soy capaz de amarte, te deje abandonado en la selva para que te devoren las fieras; ¿no sabes que cometes un grave pecado contra Dios hablando así y también contra mí, que me considero tu hermano, obligado por la Ley Divina a protegerte, aún cuando no te conozco ni espero nada de ti?

–Y si a Dios le interesa que yo viva, ¿por qué puso la muerte dentro de mí? –preguntó a su vez con acento de profunda amargura el pastorcillo.

–La muerte, como medio de renovación y de progreso está en todos,

pero la muerte a que tú aludes, está solamente en el que la quiere para sí.

“Explícame qué muerte es esa que dices puso Dios dentro de ti.

–Nací con el corazón hecho de amor, de ensueño y de esperanza, pero tan alto fue puesto mi amor, que en la tierra no lo encontré jamás. ¿Quién formó de amor mi corazón? ¿Quién dio vida a la mariposa sutil de mis ensueños? ¿Quién alimentó la flor de mi esperanza con agua de quimera irrealizable? Y, ¿no es esto llevar dentro de mí algo más frío, más pavoroso y profundo que la muerte? Cuando un muerto es encerrado en la huesa, todos buscan de olvidarle para no sufrir con su recuerdo, y solo, allí, se consume, se pudre, se vuelve polvo y cenizas. Y cuando su recuerdo ha desaparecido de entre sus amigos, nada más queda de él sobre la tierra. En cambio, la muerte que tu Dios puso dentro de mí no me convierte en polvo y ceniza, sino que viviendo y viviendo, arrastro algo muerto, algo que me duele tanto, tanto, que prefiero verme despedazado por las fieras del bosque antes que seguir sintiendo este lento morir en medio de mi corazón.

– ¡Pastorcillo!..., paréceme que no será guardando tus corderos que has aprendido ese extraño lenguaje empapado de escepticismo y de cansancio. ¿Qué amor es ese tuyo tan encumbrado y misterioso?

“¿No sabes que todo amor viene de Dios que es el Eterno e Inefable Amor? ¿No sabes que un amor jamás puede ser muerto para ti si tú quieres encontrar la vida en él? ¿No sabes que el Amor es como alas poderosas que pueden conducirte con inaudita velocidad hacia las más hermosas cumbres de la dicha y de la paz?

“Si has nacido pastor y amas a una princesa a la cual no puedes nunca llegar para unir tu vida a la suya, y en alianza de espíritu y de cuerpo prolongar en nuevos seres tu vida, tampoco es muerto ese amor, porque muchas vidas tiene el hombre, y lo que hoy te es imposible, no lo será mañana, y lo que hoy no consigues, acaso ayer en otra vida tuya lo tuviste, lo despreciaste, lo abandonaste y hoy lo deseas.

“Y para hacerme comprender mejor de ti, oye la historia de un corazón hecho de amor, como el tuyo, que durante muchos siglos y muchas vidas pasó junto al amor sin verlo:

“En un mundo semejante a la tierra, hubo una mujer bella como la aurora que despertó intenso amor en un hombre que estudiaba la ruta de los astros y que abstraído en su ciencia, era hosco, huraño y silencioso. Y por esto ella huyó de él y le negó su amor.

“Aquel hombre padeció y lloró, solo, sin amor, sin amigos, sin que nadie le comprendiese y viendo a la que amaba, feliz y dichosa al lado de aquel que mereció su amor y sus caricias. Y como también su corazón estaba hecho de amor y de ensueño como el tuyo, sentía un lento

morir dentro de sí. Mas Dios le dio el valor de vivir llenando el hondo vacío de su corazón con la ciencia, con la piedad y la misericordia, con el dolor de todos los que a su lado sufrían y lloraban y diciendo a Dios por toda plegaria:

“–Dios grande y misericordioso, si todo amor viene de ti y no es un crimen mi amor, haz que florezca para mí algún día y que la gloria de ese amor sea tu gloria.

“Y los años pasaron, y los cuerpos de mísera materia se disolvieron como polvo y una nueva vida floreció como el arbol que todos los días se renueva.

“Y el hombre que estudiaba la ruta de los astros, vivió la vida del navegante, unido a la vida de aquella misma mujer que en la anterior etapa pasó de largo junto a él. Mas, como para ella aún no cantaba el amor que enlaza una con otra las almas, le traicionó en una de sus largas navegaciones y el hombre aquel se encontró al regreso con su casa sombría y solitaria como una gruta sepulcral.

– ¡Traidora, pérfida, mala mujer, que así pisoteaba el amor cuando el amor la buscaba!... –exclamó con un extraño énfasis el pastorcillo.

–Bien, ¿qué crees tú que esa mujer merecía de Dios en la siguiente vida que debía realizar cuando terminada aquella, por lo que llamamos muerte, volviera de nuevo al plano físico? –le preguntó Abel.

–Pues si despreció el amor, si huyó de él; si llenó de muerte el corazón que la amaba, merecía..., merecía que Dios le negase el amor que ella buscara, que el amor huyera de ella, dejándole ese lento morir que se siente cuando se ama y no se encuentra con lo amado –contestó con viva espontaneidad el pastorcillo.

–Piensa, pues, que tú has obrado muchas veces como esa mujer, y si el amor huye de ti, haz como el hombre que estudiaba la ruta de los astros; vive llenando tu corazón de piedad para los demás y pidiendo a Dios que lo inunde de un amor que sea gloria para Él, y paz y dulzura para ti.

–Pero, ¡este interno morir!... –volvió a exclamar el pastor.

–Se tornará en exuberante y fecunda vida cuando te convenzas de que el Amor tiene en su soberano alcázar muchas cámaras nupciales donde vibran muy diversas armonías, según sea el amoroso anhelo de amadores y amantes. Hay cámaras para los amantes creadores de cuerpos, como los hay para los amantes redentores de almas.

“El cuerpo nace, crece, muere y se pudre en la fosa. El alma es una luz que emanó de Dios y vive eternamente. Si amas un cuerpo, de antemano sabes que llegará un día en que le verás hecho polvo. Si amas un alma, puedes poseerla por la magia del amor, eternamente, y seguirla amando y amando a través de múltiples vidas, sin que nada ni nadie te la disparte jamás.

“¿Cuál es, pues, más digno del amor de un corazón como el tuyo, hecho de amor y de ensueño?

En ese momento llegaban a la Caverna de Gaudes, y los Kobdas y pastores debían separarse.

En la faz contraída del pastorcillo vestido de piel de antílope, se veía reflejada una lucha cruel y tenaz.

En el rostro sereno de Abel se veía una intensa palidez y que sus ojos entornados buscaban no encontrarse con el rostro del pastorcillo.

Una hermosa luna creciente aparecía en ese instante llenando la quietud del paisaje con su tenue y azulada claridad.

– ¿Ves esa luna triste y solitaria como mi corazón? –preguntó el pastor cuando ya iba a marcharse–. Esa misma luz que ahora besa tu frente, alumbrará mis huesos descarnados por las fieras del bosque, esta misma noche.

–Criatura de Dios –exclamó Abel–, no será como dices, aunque deba yo retorcer mi corazón como un hilo de cáñamo, y arrastrar mi honra por el lodo de los juicios errados de los hombres.

“Quedaos, si podéis, hasta mañana entre nosotros –dijo a los otros pastores–, porque este compañero vuestro está demasiado enfermo para regresar en tal estado. Mañana resolveremos lo que convenga.

Y entregando su cabalgadura a uno de ellos entró en la Caverna, buscó su cámara particular y arrojándose con sus rodillas en la dura piedra del pavimento, sepultó su frente en las pieles del banco que le servían para descansar.

La vibración penosa que deja un sollozo profundo se extendió por la pequeña habitación.

Los Kobdas del turno en el Éufrates y en Neghadá sintieron la angustia del Hombre Luz, pues la comunicación telepática era casi continuada de los unos hacia los otros.

Y dieron la voz de aviso.

Unos cuarenta minutos habrían transcurrido, y Abel, inmóvil en la misma postura, no sentía transcurrir el tiempo sumido como estaba en angustiada tortura. Un imperceptible ensueño le adormeció y en sueños escuchó a su madre, a Bohindra, Ada y Adamú, que envolviéndole en las suaves ondas de su ternura tranquila y serena, le despojaban de las violentas vibraciones del amor turbulento y apasionado de Zurima. Oyó más en su sueño extático y divino:

“¡Amor mío de siglos!... –decía una lejana y pura vibración que venía desde Venus, cuya luz irradiaba en ese instante sobre la campiña adormecida–. ¡Amor mío de siglos! Yo estoy a tu lado cuando la tempestad se desate en torno tuyo y deshoja para ti mis lirios blancos cuando siembran los encarnados de negras espinas tu camino!”

Y se despertó ya sereno y tranquilo.

Y se dirigió a Aldis su abuelo, el de más edad de los Kobdas que le rodeaban y le explicó detalladamente lo que le acontecía. El joven Maestro sabía bien que entre sujetos que viven bajo la protección poderosísima de un aura conjunta, formada de inalterable armonía y de amor sincero y profundo, la confianza de un alma en las otras, facilita y acerca al triunfo en las luchas y dificultades que se presentan, ya sean estas espirituales o materiales.

Aldis, que mucho había visto en sí mismo y en otros, de estas grandes luchas en los comienzos de la vida espiritual, pensó unos momentos y luego le dijo:

–Tengo una idea, hijo mío, que acaso resulte bien. ¿Queréis que yo hable con esa mujer como si nada supiera?

–Hacedlo Pangrave, hacedlo, que como jefe material de la misión, tenéis derecho de saber quienes son las personas que llegan a ella para pernoctar una noche en su recinto.

El Pangrave de Abel no era ya aquel muchacho de treinta años atrás, sino que había adquirido un cultivo espiritual vasto que le capacitaba muy bien para afrontar situaciones difíciles. Se concentró unos momentos para recabar de sus alianzas espirituales la ayuda necesaria y se encaminó a la pequeña hospedería donde debían estar los cuatro pastores. Habían cerrado la puerta y él oyó que entre ellos había lucha de palabras. Oyó una voz delicada en su timbre, pero con tono de mando que les decía:

–Callad y haced lo que os digo, porque de lo contrario, ni mis siervas serán para vosotros, ni lo que os prometí tampoco. Sentaos allí y esperad.

El uno alegaba que había dejado sin encerrar su majada, el otro que su padre se pondría inquieto no viéndole volver, el tercero que había dejado tendida al sol la fruta que estaba secando y que el rocío de la noche iba a perjudicar.

La voz que mandaba anulaba todas esas razones con una más importante: su voluntad que parecía invencible.

–Pero, en resumidas cuentas –decía uno–, ¿qué queréis hacer, señora, con ese hermoso hombre de vestido azul? Si nos aliáis a vuestro trabajo debemos saber de qué se trata. Es justo, a lo que parece.

Mientras este breve diálogo, Aldis había hecho correr hábilmente el postiguillo de observación que desde el interior se abría hacia la hospedería, para alcanzar por él las provisiones a los huéspedes. Vio que la mujer se había quitado el capuchón y sus cabellos sueltos formaban un marco de ébano a su fino y hermoso rostro.

–Señora –le dijo de improviso Aldis, abriendo el postigo de par en par–, dentro de breves instantes se os va a servir la comida y después

os llevaré a la hospedería para mujeres, pues aquí no se permite que en un mismo local pernocten personas de ambos sexos.

Y sin dejar de mirarla, descorrió el cerrojo de la parte inferior del postigo y entró rápidamente.

Zurima no tuvo tiempo ni de ocultarse ni aún siquiera para reponerse de la brusca impresión recibida.

–Me habían dicho que eran cuatro pastorcillos –añadió Aldis–, pero veo que entre ellos venía una zagala. Supongo que seréis hermanos.

–Nosotros queremos marcharnos enseguida –dijo el que parecía mayor.

–¿No esperáis la cena? –preguntó Aldis–. Sentaos tranquilamente que enseguida seréis servidos. Dejadme que os demuestre mi agradecimiento por la buena compañía que habéis hecho a mi hijo y a mis hermanos.

–¿Es el más joven tu hijo? –interrogó la mujer.

–Justamente, y acaba de comunicarme el grave disgusto que le habéis dado diciéndole que esta misma noche os ibáis a tirar a las fieras si él no os deja a su lado. ¿Cuál es vuestro Dios y vuestra creencia?

–Soy del país de Arab –contestó Zurima–, pero como no he visto nada grande, ni bello, ni justo en torno mío, he juzgado que no hay Dios, y sólo al conocer a tu hijo he llegado a pensar que si Alá baja a la tierra a premiar o castigar a los hombres, él debe ser un resplandor de Alá sobre esta tierra. Y por eso le he seguido. Si he cometido un crimen contra tu Dios, mátame, que no me importa la vida.

Y así diciendo le presentó un puñalito fino y dorado, y descubrió su garganta ante el Kobda asombrado.

–No mujer, no has cometido crimen ninguno, ni yo tengo derecho alguno para castigarte, pero ya que me hablas en una forma que no esperaba de ti, debo decirte que has dicho una gran verdad sin conocer la verdad. El joven a quien amas y tan inesperadamente has seguido, es un resplandor de Dios sobre la tierra y no un hombre que pueda responder a un apasionado amor como el que tú le has demostrado. Él no ha venido a la tierra para ser posesión exclusiva de ninguna mujer, sino para amar a todos los seres y conducirlos al paraíso de Alá, como tú dices.

“Hay huríes en el paraíso de tu Dios, ¿verdad?, y esas huríes son para la gloria de tu Dios y no para la satisfacción de los hombres. Del mismo modo en nuestro paraíso, nuestro Altísimo Dios tiene sus ángeles mensajeros de su amor y de su ley, y éste es uno de ellos. ¿Has comprendido, mujer? El te ama y está compadecido de ti, desea tu bien y tu felicidad, pero si amor carnal buscas no lo busques en él, porque es, como tú muy bien has dicho, un resplandor de Dios sobre la tierra.

–¿Entonces él no amará jamás a ninguna mujer, aunque sea la más excelsa reina que hubiere en el mundo? –preguntó Zurima.

–Nunca, ¡jamás! –contestóle Aldis–. Además su pasaje por la tierra es breve, ¿de qué te serviría un amor que iría a terminar en una tumba?

–Pero, ¿ha de morir él? –preguntó como aterrada aquella mujer–. ¿Puede morir el rayo de sol, la luz de la aurora, el resplandor de las estrellas? ¿Puede morir el hijo de Alá? ¡Oh, tú no sabes lo que dices!... ¡Él no puede morir!

Aldis se conmovió ante aquel amor tan poderoso que así divinizaba al Amado.

– ¡Mujer! –le dijo–, veo que tu espíritu está llegando a la luz. ¿Crees en la palabra de este hombre que puede ser tu padre? ¿Confías en mí?...

– ¡Júrame por tu Dios que tu hijo no será de ninguna mujer, jamás, jamás en la vida! –volvió a decir Zurima.

– ¡Te lo juro por mi Dios y por el santo amor que me une a mi hijo!

– ¡Júrame que me dejarás verle otra vez y que me enseñarás lo que debo hacer para vivir cerca de él en el paraíso de tu Dios!

–Te lo juro.

–De aquí a tres días te llamaré a Monte Kasson porque soy una de las Berecinas del príncipe Elhizer, recluidas allí.

–Ya lo sé.

– ¿Entonces vendrás?

–Te lo prometo.

– ¿Traerás a tu hijo contigo?

Aldis miró hasta el fondo del alma de aquella mujer y vio tal sinceridad, tal amor, tal noble y grande decisión que le contestó:

–Le llevaré, si desde este momento te haces digna del puro amor que él te puede dar.

–Adiós –le dijo Zurima, tendiéndole sus dos manos, y sin esperar nada más, se cubrió con su capuchón y salió seguida de los tres pastores.

Zurima, Adenia y Bengalina fueron las tres Berecinas que primero sintieron la voz de la Verdad Eterna que les llamaba.

Desde esa lejana época las vemos seguir de más lejos o de más cerca en la legión de los seguidores del Hombre Luz. Acontecimientos que duraron siglos las apartaron a veces, para volverse a reunir cuando Él bajaba de nuevo a la tierra.

Cerca estuvieron cuando Krishna, Buda y Moisés iluminaron de nuevo a la humanidad terrestre, y cuando el Rabí Nazareno cantaba a los hombres su postrer himno de amor, estuvieron personificadas en Ana de Nazareth, Débora y Ana de Jerusalén, tres de las mujeres que le siguieron desde Galilea hasta Jerusalén, la primera, en su calidad de hermana, la segunda después de haber sido curada por él y cuyo espíritu trasmigró a la muerte del Maestro a un joven oficial romano de nombre Sergio con el fin de servir de instrumento de la Justicia Divina para

con los verdugos del Justo; la tercera, hija de la viuda Lía y esposa de Nicodemus a quien ayudó en el apostolado en Nicópolis donde fundó una congregación cristiana. Posteriormente estuvo encarnada múltiples veces en las más humildes y modestas esferas sociales, siendo sus únicas existencias conocidas de la humanidad de la Cecilia del Monte Celio, Isabel de Hungría y Mariana de Jesús, llamada la Azucena de Quito.

LAS PRIMERAS ESPIGAS

Así podemos llamar a lo que consideramos el primer fruto de los dolores y sacrificios de Elhisa y sus compañeras en la morada de Monte Kasson.

Cuando Zurima se encontró de nuevo en su hermoso pabellón, como avecilla que después de una breve libertad tornaba a la jaula, lo primero que hizo fue presentarse a Elhisa y decirle:

–Mamá grande, yo me quedo con vos dentro de vuestro recinto, ¿me recibís?

–¿Y tu hijita?, ¿y tus siervas?, ¿y todos tus derechos de Berecina? –le preguntó extrañada la Anciana, de esta rápida resolución.

–¿Y vos no teníais también hijos? ¿Y Luvina no tiene una hija? ¿No habéis tenido también vosotras derechos a muchas cosas en la vida?

–Ciertamente, hija mía.

¿Quién puede, entonces, impedirme a mí que vaya a esos templos donde vosotras habéis aprendido a ser lo que sois? –volvió a preguntar Zurima con gran naturalidad.

–Nadie, hijita, nadie te lo puede impedir y ahora menos, que el príncipe vuestro dueño os ha dado definitivamente carta de señorío individual a cada una de vosotras, por lo cual sois dueñas de vuestra persona y de vuestra voluntad. Te lo decía únicamente para llevarte a la reflexión y a la madurez de tus ideas, porque no creas que la resolución que has tomado te llevará por un camino de gloria y de placer.

–No busco gloria ni placer, no busco nada de lo que hasta aquí han visto mis ojos. Yo busco hacerme digna de vivir eternamente cerca de la visión de mis sueños, del Príncipe formado de luz de las estrellas. ¿Me comprendes?

–Sí, sí, ya lo había sospechado, y quieres hacerte Kobda porque crees que así te haces digna de él, ¿verdad?

–Justamente; me habéis comprendido.

–Pero aquí, hija mía, es una pequeña casa de misión y de obras prácticas de orden material y no podemos darte la educación y cultivo

espiritual, que se recibe en los años de prueba en nuestros grandes Santuarios. Sería necesario que te enviáramos al Éufrates o a Neghadá junto al Nilo, donde en las primeras veinte lunas podrías darte cuenta si te adaptas o no a nuestra forma de vida.

–Explicadme vuestra vida, y sin necesidad de las veinte lunas, os lo diré.

–No corras tanto, hija mía, que en cuanto a la reforma del espíritu, cuanto más pausado camines, más seguridad tienes.

“Sólo dos deseos podemos tener y en los cuales no hay temor a exceso:

“El Amor Eterno y nuestra perfección, que nos acerca a Él. Para todo lo demás debemos mantenernos siempre en un estado pasivo de aceptación serena de todos los acontecimientos que se nos presenten y que no somos dueños de cambiar.

“Podemos amar y buscar solamente aquello que nos acerca a ese Eterno Amor por el cual hemos abandonado todo; y lo que de Él nos aleja, o entorpece nuestro camino hacia Él, nos está vedado.

“Tenemos, a más, otro gran deber, que es quizá el más costoso de cumplir. Consiste en sostener, con el olvido de nosotros mismos, la bóveda transparente de cristal de la más perfecta armonía, donde únicamente puede resonar el canto augusto del Amor Eterno.

–Perdonad, esto último no lo he comprendido bien. ¿Qué bóveda de cristal es ésa?

–Escúchame: tú tienes una hijita a quien amas con delirio. Entre tú y ella no hay distancia alguna, ni se abre ningún abismo. Tú eres para ella y ella para ti. Esa íntima cadena, dulce y pura, que os hace felices, se llama amor recíproco, sincero, profundo, fortísimo.

“Figúrate que tal amor debe existir entre cien, doscientas, quinientas, ochocientas personas que viven en una misma casa, dedicadas a los mismos estudios, trabajos mentales, intelectuales, espirituales. ¿Cómo puede realizarse tal maravilla?, me preguntas ya con tu expresiva mirada.

“Se realiza mediante el exacto cumplimiento de nuestra ley en primer término, y después, renunciando a la propia voluntad para complacer a los demás, en todo lo que no afecta a las ordenanzas de esa ley.

“Demás está que vista la túnica azulada y se relegue al fondo de un santuario Kobda, el ser que no está dispuesto a conquistar el amor de sus hermanos mediante el sacrificio de todos aquellos hábitos de dominio, de mando, de altanería, de imposición arbitraria e injusta de la propia voluntad; de falta de sinceridad y de franqueza, de egoísmo de todo género; maligno zarzal es todo ello que destruye el amor fraterno, la mutua y recíproca estimación que es la bóveda de cristal en que el Amor

Eterno canta a la humanidad el himno grandioso de la paz, la armonía y la concordia. ¿Comprendes ahora mejor que antes?

– ¡Voy comprendiendo..., voy comprendiendo!... Supongamos que yo quiero estar un día, sola, sin hablar con nadie para satisfacer mi inclinación a saborear largo tiempo mi propia tristeza, desazón o desagrado, y mis hermanas, como vos decís, se me presentan para departir conmigo, para recrearse conmigo...

–Si quieres conquistar el amor de tus hermanas y ser en tu santuario columna fuerte, capaz de sostener como las otras, la mágica bóveda de cristal, tu deseo debe desaparecer, anularse por completo, en casos como el que has sugerido y que tus hermanas encuentren en ti lo que fueron a buscar.

“La sinceridad, la afabilidad y la complacencia son las bases en que se sostiene la amistad verdadera, el perfecto y duradero vínculo del amor fraternal.

– ¿Y si logro ser cual la bella imagen que me bosquejáis estaré más cerca en el Paraíso de Alá, del príncipe formado con la luz de las estrellas?

–Ciertamente, hija mía, que cuando más en ti florezca el verdadero amor, más te acercarás al que es un resplandor del Amor Eterno, mas cuida de no caer en el abismo de una idolatría personal que engendraría en ti diversas formas de egoísmo, pues en tal caso desearías la exclusividad del amor de ese ser para ti, y esto está también fuera de la ley. Si es él, el resplandor sereno del Amor Eterno, natural es que se derrame como la luz del sol por encima de todos los seres. La exclusividad en el amor es la característica de amores puramente humanos y pasionales, que, muy legítimos dentro de la sociedad humana, son perjudiciales en las grandes fraternidades, destinadas como la Fraternidad Kobda, al desarrollo de las grandes facultades espirituales del ser, mediante la más perfecta armonía y el más sublime desinterés.

–De aquí a tres días –dijo Zurima levantándose para retirarse– os diré en definitiva si soy o no capaz de seguir de cerca al Príncipe formado con luz de las estrellas.

–Bien, hija mía. Que el Altísimo te ilumine.

Al salir se dirigió a los pabellones de Adenia y Bengalina a quienes confió todo cuanto había hecho desde el día anterior, y su larga conversación con Elhisa.

Grande fue el asombro de las tres Berecinas cuando mutuamente se manifestaron que el mismo pensamiento anidaba en todas ellas. Eran las tres primeras espigas que las Kobdas de Monte Kasson recogían maduras del hermoso trival dorado que empezaban a cosechar.

EL HOLOCAUSTO

“No creáis que el hombre está nunca libre de las vibraciones de ese astro de formidable atracción que llamamos amor humano”, había dicho Abel a sus compañeros en momentos de confidencias íntimas. Y en su propio corazón estaba probando el joven Kobda, gota a gota la dulzura amarga de ese elixir que es vida y es muerte, es luz y es tinieblas; es bálsamo que cura y estilete que abre heridas profundas.

El amor de Zurima, la dulce árabe melancólica cuyo corazón estaba hecho de ensueño y esperanza, había ensombrecido el claro y despejado horizonte en que hasta entonces bogara el alma del Hombre Luz. Y su Yo Superior, su Ego, vibrando desde inconmensurables alturas, le decía con su voz sin ruido en las horas de meditación solitaria.

–“Es este tu primer dolor. Es el primer holocausto que ofrendas a la Divinidad en nombre de la cual has bajado al plano terrestre. Sería una audaz soberbia en ti si pretendieras haberte librado hasta de sentir el adormecedor perfume de esa flor terrestre que brota en el camino de todos los seres. El amor, que en otros momentos fue para ti aliento de Vida Eterna y fácil camino a las cumbres, cuando entrabas recién en el Sendero del Renunciamiento perfecto, te será obstáculo en la hora presente, porque el ser que lo ha despertado en ti, está en un plano de evolución muy inferior al tuyo. O ella tendría que subir hasta ti, o tú bajar hasta ella.

“La felicidad de ella exigiría desde luego, la anulación de tu personalidad como mensajero de Dios para la humanidad.

“Una esposa de inferior evolución que la tuya, al saberse con derechos de posesión exclusiva sobre ti, corta tu libertad de misionero. Te deberás a ella y a los hijos que ella te dé. El dilema es para ti bien claro: o sacrificas tu felicidad como hombre, o sacrificas tu misión como espíritu. Libre eres. Elije”.

La voz sin ruido callaba por momentos, en lo hondo de aquel noble corazón sacudido por la tempestad.

Y los Kobdas veían a Abel palidecer, y que su frente mustia como un lirio marchito, se inclinaba a la tierra como si buscara una tumba abierta prematuramente para sepultarse en ella. La formidable irradiación de su espíritu entristecido les entristecía a todos y la duda que se levantaba lentamente en él, les invadía también a los demás.

“¿Soy en realidad el Verbo de Dios, o soy juguete de una ilusión?

“¿Soy luz de un relámpago producido por el formidable encuentro de fuerzas iguales, en vez del resplandor de la Eterna Energía?

“¿Soy en verdad Enviado Divino, o soy víctima de una quimera nacida del orgullo sutil de creerme superior a los demás hombres?...

¡Torturantes y enloquecedores pensamientos que al plasmarse en el cuerpo mental del joven Maestro, lo llevaban al borde de la desesperación!

Sólo había pasado un día desde el incidente con Zurima y a él le parecía haber padecido ya un siglo. Y cuando al caer la noche no acudió a la Mansión de la Sombra para la concentración nocturna, Aldis, Iber y Agnis salieron a buscarle, y fueron a encontrarle al pie de un haya secular, sobre cuyas raíces yacía exánime su cuerpo helado y sudoroso.

Sólo el Pangrave sabía el secreto de este oculto dolor que así extenuaba la juvenil energía del hijo de su hijo.

– ¿Qué tenéis? ¿Qué os pasa? ¿Estáis enfermo? –le preguntaban al despertarle.

–Me acometió un sueño pesado y maligno, especie de hipnosis producida por malos espíritus –contestaba él, levantándose apoyado en sus hermanos–. Soy acaso víctima de tenebrosas sugerencias para castigo de mi locura y de vuestro desacierto en creerme un maestro, cuando aún no he llegado a ser un buen discípulo.

Aldis, puso su dedo índice sobre sus labios cerrados para que sus compañeros guardasen silencio.

–Te esperamos para la concentración, hijo mío –díjole Aldis–, pero si te sientes mal de salud me quedaré contigo en tu cámara particular.

–Me quedaré solo, id vos, Pangrave, os lo ruego –y así diciendo se tendió en su banco de reposo.

La concentración comenzó apenas entraron los tres que habían ido en busca de Abel. Para tranquilidad de todos, Aldis dijo en alta voz:

–Nuestro hermano Abel se siente indispuerto. Que nuestro amor le reanime y fortalezca.

Apenas llevarían veinte minutos de concentración cuando el ambiente se tornó sofocante y pesado. Una nebulosa gris, opaca, empezó a formarse encima de la pilastra del agua en la pared delantera, justamente en el sitio en que estaba aquella alcoba de Gaudes, donde durmieron Sophía y Evana y donde nació Abel, y unos hilos rojizos, como relámpagos de odio, vibraban a intervalos entre las densas oleadas de la nebulosa gris.

Entonces la voz del mayor de los Kobdas que era Aldis, se oyó en medio del silencio y de la oscuridad para encauzar el pensamiento de todos:

– ¡Altísimo Dios, Padre de todos los seres!... ¡Que tu piedad divina resplandezca sobre nosotros en este instante de prueba, y tu eterna luz nos haga reconocer nuestro pecado!

Cuatro de los Kobdas, que el diseño de la luz astral me impide individualizar, se levantaron de sus asientos, se postraron con el rostro en tierra en medio del recinto y luego salieron fuera y se dirigieron a sus habitaciones particulares.

Los que quedaban, sólo sabían que algunos de entre ellos se habían sentido culpables de la grave interrupción, pero la ordenanza era en esto tan severa que cuando así ocurría, al terminar la concentración, no se hacía la luz, sino que en medio de la oscuridad se encaminaban todos a sus habitaciones sin que les fuera permitida ni una sola palabra.

Todos habían comprendido que la indisposición de Abel obedecía a fuertes luchas espirituales que el joven Maestro había afrontado solo, sin el concurso del aura conjunta de todos sus hermanos, debido a que algunos de los sujetos que la componían, habían caído en la debilidad de antagonismos y rivalidades, ocasionadas en las mismas obras de carácter apostólico que realizaban.

El ambiente se hizo más suave y sutil pocos momentos después, y caídos en hipnosis algunos de los Kobdas escribieron en sus tablillas encerradas la misma inscripción:

“Reconstruid por medio de la Sabiduría y el Amor lo que el egoísmo ha destruido momentáneamente y cuidad de que no se cumpla en ninguno de vosotros la palabra de Numú:

“El que apaga la luz que ha recibido, forma sus propias tinieblas, en medio de las cuales no encontrará el camino, sino después de innumerables siglos”.

Mientras tanto Abel, durante el reposo del sueño, fue fortificado en espíritu por las elevadas alianzas espirituales bajo cuya tutela realizaba su quinta jornada mesiánica, y al despertarse y contemplar los dorados resplandores del sol naciente exclamó lleno de esperanza y de fe:

– ¿Dónde estabas, Amor Eterno, cuando me hundía en las tinieblas y no sentía en mí la divina vibración de tu energía y de tu luz? ¡Sálvame del pesimismo y de la duda!... ¡Sálvame, Dios mío, de mí mismo!... ¡Sálvame!

Y al cantar con sus hermanos el Himno del Amanecer, una energía nueva se expandió en su espíritu y trascendió a su ser físico tan vivamente, que sus ojos de color de hoja seca irradiaban claridad, y fluía de su rostro sereno, la paz y alegría habitual. Las imágenes torturantes se habían evaporado como fantasmas nocturnos que huyen al amanecer. Y con voz firme y serena decía a sí mismo:

–Eleva y diviniza todo amor que florezca en tu camino. El amor en ti, no debe ser cadena que aprisiona, sino alas que levantan las almas a la Eterna Luz.

“Misionero del Amor..., serás lo que Él quiere que seas.

Al día siguiente, los Kobdas de la misión fueron a Monte Kasson en compañía del Príncipe Elhizer que debía despedirse de sus hijas para emprender el viaje a La Paz, al mismo tiempo que los Kobdas se embarcarían para visitar los países costaneros del Mar Grande y llegar hasta Neghadá.

Elhizer había dado la mitad de sus pueblos como dominio a su primera esposa y a los hijos que de ella tenía, y la otra mitad a sus Berecinas e hijos. La mansión de Monte Kasson quedaba como casa de educación y de trabajo para la mujer, bajo la dirección de las Kobdas que la regenteaban.

–La justicia ha inspirado tus actos –decíale Abel–, y Dios bendecirá tu camino.

Entre las Berecinas se había ya restablecido la calma toda vez que apartada Dami, que a causa de su inicuo proceder perdió todos sus derechos, las más optaron por permanecer fieles a la voluntad del Príncipe que les había dado por madre a su propia madre, y de común acuerdo le pidieron que nombrase él, un jefe para sus dominios, pues que sus hijos, demasiado niños, no estaban aún en edad de gobernar sus pueblos. Elhizer, que recordaba y meditaba en su sueño, designó a Iber para que estando él frente del país de Nairi su vecino, velara a la vez por el país de Ethea.

–He aquí –decía él–, que las dos palomas blancas emprenden juntas el vuelo, conducidas por una cinta de plata que sujetan las manos de un Hijo de Numú.

“¡Nairi y Ethea!, que seáis corona de gloria para esta civilización que comienza al amparo de los hombres de la Luz!...

Terminada toda esta esplendorosa asamblea, una niñita pequeña se acercó a Abel y tirando de su túnica le decía:

–Venid un momento a la fuentequilla de las palomas, ¡venid!

Abel, encantado de la bellísima criatura, la siguió los pocos pasos que distaba el sitio por ella indicado. Sentada al borde de la fuente estaba Zurima, envuelta en sus grandes velos de viuda.

–Os hice llamar con mi hija para pedir os perdón –le dijo dulcemente tendiéndole ambas manos según la costumbre.

–¿Por qué el perdón, si no me habéis ofendido? –contestóle con una voz honda y temblorosa que parecía brotar de un abismo.

–Por lo mucho que os hice sufrir. Pero cuando sepáis que vi vuestra imagen desde niña en sueños, bajando de la montaña árida y gris que se levantaba al frente de la tienda de mi padre..., cuando sepáis que pasé mis días juveniles pulsando la lira y mirando hacia el lugar del horizonte por donde la querida imagen asomaba y desaparecía..., cuando sepáis que forjé de ensueños y esperanza todo un mundo de felicidad, comprendéis que al encontraros, haya corrido hacia vos como enloquecida.

–Tanto lo he comprendido, que por eso os he dicho que nada tengo que perdonaros. Lo único que me corresponde hacer en esta hora, es curar la herida que se abrió en vuestro corazón al escaparse de él la mariposa blanca de la ilusión; reconstruir el castillo de amor que se ha derrumbado ante vos envolviéndoos entre las ruinas; hacer florecer con vida nueva el rosal de la esperanza que habéis visto marchitarse y morir.

Y sentándose también Abel al borde de la fuentecilla donde bebían las palomas y hacía bogar barquitas la pequeña Alvina, continuó como deshojando las dulces madreselvas de sus reflexiones empapadas de consuelo, de luz y de esperanza.

–Yo no os ordeno renunciar a este amor, ni aún siquiera os lo pido, porque luchar contra él es morir luchando; os pido en cambio, que lo subliméis y lo diviniciéis en tal forma, que él os lleve a vivir de una vida nueva, desconocida para vos, pero tan excelsa y magnífica, que ante ella muere todo deseo de satisfacción de los sentidos físicos que son medio de conocimiento, de percepción y de felicidad demasiado mezquinos, comparados con los medios de que dispone el espíritu cuando ha tomado la resolución de escalar las altas cumbres, donde florece un amor de todo semejante al Amor Eterno sobre todos los seres.

“En el seno infinito de Dios, las almas se encuentran, se aman, se desposan en nupcias eternas jamás interrumpidas por la muerte. Ante un excelso amor desaparecen los sepulcros, las distancias, el tiempo, las edades, desaparece todo, para quedar solamente la llama viva purificadora y santa de esa eterna lámpara a cuya luz caminan los amantes, en busca de una dicha que vive tanto como Dios.

“Esa dicha inefable será tuya y mía, si decididos a vivir de esa vida superior, apagamos el fuego fatuo que no resiste al soplo de la muerte ni a la carrera desenfrenada del tiempo, para encender esa otra divina hoguera interior que ninguna fuerza puede aniquilar ni extinguir. ¿Me comprendes, mujer?

Por toda contestación Zurima extendió hacia Abel sus manos pálidas y temblorosas que él tocó con las suyas, y le dijo levantándose:

–Porque comprendo todo cuanto vuestro corazón habla al mío, parto mañana con el Príncipe Elhizer, a aprender en el Santuario de las Mujeres Kobdas a vivir de esa vida maravillosa que me hacéis entrever.

“¡Si sois la voz de Dios –dijo arrodillándose–, si tenéis de Él la Sabiduría y el Poder, la fuerza y la majestad, cread en mí un corazón nuevo y mandad que florezca de nuevo para mí el rosal del amor y de la esperanza! ¡Y si de Alá tenéis la divina paternidad que es ternura y bendición, que es providencia y amor, Príncipe nacido en las estrellas, velad por mí, amadme y bendecidme, como Alá con sus hijos más pequeños!

Y así arrodillada, inclinó su frente delante de Abel que visiblemente

emocionado extendió sus manos sobre aquella hermosa y juvenil cabeza cubierta de negros velos y le dijo, con un acento que por lo quedo parecía un suspiro que saliera temblando de su pecho:

– ¡Mujer! ¡Como hijo de Dios te bendigo! ¡Como hijo de Dios velaré por ti en toda tu vida! ¡Como hijo de Dios te amaré durante toda la eternidad! ¡Que la paz sea contigo!...

Ella, levantándose, se deslizó como una sombra por entre el follaje que rodeaba la fuente. Abel, de pie, en el mismo sitio, la siguió con la vista hasta verla desaparecer, y alzando entonces sus ojos y sus manos hacia la inmensidad infinita exclamó:

– ¡Señor... Señor!... ¡El holocausto fue consumado!... ¡Que os sea agradable el perfume exhalado de esta hoguera que consume dos corazones de carne!

Y entornó sus ojos para percibir en su interior la voz sin ruido del Amor Infinito que recibía su ofrenda.

Volvió al mundo exterior al roce de una tímida manecita que tiraba de su túnica. La pequeña Alvina le decía casi en secreto:

– ¿Habéis enojado a mi mamá que partió tan veloz y te dejó sólo?

–No, querida mía –le contestó Abel acariciándola–, tu madre y yo somos muy buenos amigos y no nos enojamos nunca.

“Va a prepararse para un hermoso viaje que vais a hacer ambas al lado de tu padre, el Príncipe Elhizer. Y para que ella se torne más contenta, recoge estas rosas blancas y llévaselas.

Y cortando hermosos florones blancos como la nieve que se abrían sobre la fuente silenciosa, llenó con ellas los bracitos de la niña, cuyo blanco rostro se confundía con los pétalos suaves y perfumados.

Al siguiente día y antes de partir los Kobdas de la misión con rumbo a Neghadá, y Elhizer con rumbo a La Paz, se realizó en la Caverna de Gaudes la trascendental y a la vez sencilla ceremonia de la entrega a Iber de las insignias correspondientes al Serrú de Nairi y de Príncipe del país de Ethea.

Aquella caverna, que fue mudo testigo del dolor y del heroísmo de la esclava favorita de Sophía de Otlana, lo fue a la vez del engrandecimiento material de aquel ser que había sufrido valerosamente la prueba de las angustias, abandonos y tristezas humanas, y que iba a ser probado en la grandeza, en el esplendor y en la opulencia.

Con Abel como Audumbla y Selyman como segundo Consejero, Iber podía caminar seguro, no obstante su juventud.

Los ancianos de Nairi accedieron a que la residencia del joven Serrú fuera en Dhapes, a condición de que se hiciera conocer del pueblo nairiano al cual debía visitar en lo sucesivo, cada tres lunas, en tiempos normales, y con más frecuencia si desgraciadamente tuviesen alteraciones.

– ¡Otro Kobda-Rey! –exclamaban los hijos de Numú–. ¡Que el Altísimo le guarde en su ley en medio de la grandeza y del poder! ¡Y que sea otro Bohindra para la felicidad de estos países y gloria de esta civilización!

– ¡Que sea un Príncipe santo como Anfión de Orozuma! –exclamó uno de los Kobdas.

– ¡Para ello necesitaría tener una Odina a su lado! –contestó otro.

En ese instante se acercó a Iber la pequeña Alvina con una hermosa corona de rosas blancas, homenaje de las Kobdas de Monte Kasson, para su joven hermano que escalaba las gradas de una alta posición social.

Con el Príncipe Elhizer habían venido las tres Berecinas que partirían hacia La Paz, y siendo Alvina la más pequeñita de sus hijas, fue elegida por Elhisa para que ella presentara la ofrenda al joven Serrú.

–Que esta corona de rosas blancas sea un símbolo del puro amor de vuestras hermanas de Monte Kasson y de la piedad de vuestra alma sobre los pueblos que gobernáis –dijo la niña con su dulce vocecita tierna como un arrullo.

Abel, al verla, iba a inclinarse para acariciarla, pero se mantuvo sereno y quieto. Iber en cambio, tan infantil y sencillo como un niño se levantó de su estrado y subiendo a la niña sobre sus rodillas le decía:

–No sé si hay más belleza en las rosas o en ti, criatura de Dios.

“¿Cómo te llamas?

–Alvina de Ethea, hija del Príncipe Elhizer y de Zurima de Arab –contestó tranquilamente la niña–. Mamá grande te manda estas flores porque te quiere mucho.

–Pues di a mamá grande que su pensamiento y su amor deben ayudarme a ser como un rosal blanco para estos pueblos.

–Es que yo no veré a mamá grande porque voy de viaje a un país lejano. Mándale tu mensaje con la luna, que va a la fuente de las palomas allá donde ella queda.

Como esta escena fuera celebrada por todos, la niña continuaba expansionándose con una soltura y gracia encantadoras.

–Voy de viaje con mi mamá para buscar al príncipe nacido en las estrellas, ¿no lo sabes tú?

Abel intervino para hacer callar a la niña, diciéndole:

– ¡Bien se ve tu raza, pequeña soñadora! Tu padre te mira con ojos severos a causa de que hablas demasiado.

Ante esta advertencia, Alvina corrió hacia Elhizer, diciéndole:

– ¡Vamos, vamos!, que mamá tiene prisa de buscar a ese príncipe de las estrellas...

Mientras ocurría esta breve escena, los Kobdas videntes, que en silencio habían presenciado desde el comienzo la ceremonia, hicieron la siguiente anotación en su cartapacio de bolsillo.

“En el pasado, esposa de Delmos, más tarde madre de Milcha. En el presente Alvina, la niña de las rosas blancas. En el futuro compañera del Serrú de Nairi y de Ethea, el Kobda Iber, que por ley se verá obligado a tomar esposa antes de diez años”.

Una hora después, en la gran explanada frente a la Caverna de Gaudes que fuera mudo escenario del dolor y de la muerte de la princesa Sophía, de la heroica abnegación de Milcha, de la soledad de Evana y del tierno idilio de los niños, se realizaba la despedida de almas, y almas que unidas por alianzas unas con otras y todas al Hombre-Luz, debían bifurcar sus caminos que siempre les llevarían a encontrarse de nuevo.

Son los adioses como pequeños desgarramientos de ese velo de amorosa ternura que ata las almas que se aman entre sí. Iber tenía su joven semblante entristecido, pues el deber le imponía dar un adiós a sus compañeros, a su viejo amigo mayor, Aldis, a quien veía junto a sí desde su nacimiento; debía decir adiós a Abel y quién sabe para cuanto tiempo.

Adamú y Evana, que eran como sus padres, estaban en La Paz. Shiva, su madre, se encontraba en la lejana Num-Maki... Una honda sensación de soledad parecía invadirle el alma hasta el punto de que sentía en su garganta un ahogo de sollozos que le impedían hablar.

Sus dieciocho años eran demasiado poco tiempo para inundar de calma el lago azul de su espíritu.

Abel lo comprendió. Aldis lo sintió como un rasguño doloroso en su corazón, y todos sus compañeros lo sintieron igualmente. Y ese hondo sentir de cada uno se tradujo en palabras.

–Como soy tu Audumbla tendremos ambos que vernos con frecuencia –díjole Abel–, de modo que mi abrazo no significa adiós sino hasta pronto.

–Apenas llegue a La Paz, dando término a la misión, me tornaré contigo –le dijo Aldis– porque Adamú y Evana, entre la eflorescencia del amor y de la dicha que hoy recogen de todos los que les rodean, no necesitan ya de mí. Mi abrazo, pues, no dice para ti adiós, sino hasta pronto.

– ¡Camino de Dios! –comentaban los otros Kobdas entre sí–. Trajimos este niño sin querer traerle, pues vino por sola su voluntad y sin que formase parte de la Misión. Y la Ley Eterna le recoge de entre nosotros para colocarle encima de dos países de los más bellos y poblados.

Eran dos las porciones de viajeros: Abel, Aldis y los Kobdas llegados de Neghadá, se embarcaban con rumbo a aquella ciudad, tocando de paso los refugios Kobdas que se hallaban cercanos a la costa del Mar Grande y donde esperaban al Hombre Luz.

El Príncipe Elhizer con los otros, sus Berecinas y seis niñas, hijas de ellas, emprendían viaje a La Paz en el Éufrates, en una gran caravana de elefantes y camellos.

Al despedirse Abel de Elhizer, pasaron junto a ellos las tres mujeres que iban a ser colocadas sobre los elefantes destinados para ellas. Como estaba presente el esposo, no las cubría velo ninguno, y Abel y Zurima se encontraron frente a frente cuando ni uno ni otro lo esperaba.

–Voy muriendo poco a poco –díjole ella–, ayúdame, por piedad, a morir de una vez si eres bueno y poderoso como Alá.

– ¡Sólo Él es poderoso y bueno, mujer! Y porque es bueno y misericordioso te dice por mí, que hasta que hayas aprendido a hacer de ese amor una llama que no quema, me verás en espíritu cada vez que eleves tu alma a lo infinito pidiendo la transformación de tu amor –le contestó él en su propia lengua.

– ¡Eres hijo de Alá, eres bueno como Él!...

–En el seno de Dios espérame, que allí me encontrarás. ¡Hasta siempre!

Dos hombres fornidos y gigantescos pusieron ante Zurima sus manos unidas, sosteniendo una especie de pequeña bandeja para que ella subiera a su cómodo dosel sobre el lomo de un elefante. La bandeja se levantaba primero a la altura del pecho de los hombres, después por encima de sus cabezas, luego en lo alto de sus brazos que como cuatro fuertes columnas se levantaban a lo alto, y la joven árabe se encontraba rozando con sus pies la plataforma tapizada de pieles en que estaba colocado su asiento de viajera. Por igual forma le fue subida su hijita Alvina que ella sentó a su lado. La expansiva criatura al ver a Abel, le dijo aún desde lo alto y mientras él se despedía de Elhizer:

–En este cofrecillo llevo las rosas blancas que tú arrancaste de la fuente de las palomas, porque mi madre dice que curan todos los dolores.

–Tenéis una avecilla parlera –dijo Abel a Elhizer, para excusar la respuesta a la niña–. Gloria es para ti, príncipe, el haberte desnudado de todas tus grandezas e ir a buscar la Sabiduría y el Amor llevando como ofrenda al Altísimo, a seres que te son tiernamente amados.

“Espero estar en La Paz de aquí a tres lunas donde podremos continuar juntos buscando la Luz Eterna, que, juntos o separados, hemos de difundir entre los hombres. Hasta luego, pues, y que el Altísimo sea contigo.

Elhizer fue alzado a su elefante y al sonar el cuerno del guía dando

la orden de partida, uno de los doseles se entreabrió un instante para soltar a volar un puñado de blancos pétalos que temblando con el viento, tardaron en caer cerca de Abel.

– ¡Pétalos de rosas blancas que curan todos los dolores!... –murmuró él, recordando las palabras de la pequeña Alvina–. Que el Eterno Amor consuma en ese pobre ser toda la angustia dolorosa y pesada que brota como reguero de sangre de todos los amores humanos, cortados en plena vida por la divina segur.

Los pétalos seguían revoloteando como gotas de lágrimas que buscaran un sitio piadoso y suave en que refugiarse. El joven Kobda extendió sus manos y algunas cayeron en sus palmas, otras a la tierra y otras sobre la copa de un árbol.

–Las que buscan la tierra se enlodan –dijo meditando–, las que se quedan en la movediza altura de los árboles, se queman con el sol o las devoran los pájaros; las que cayeron en mis manos vivirán aunque marchitas, junto a un corazón de hombre que extraerá de ellas una promesa eterna: la de ese ser, cuyo amor divinizado será lluvia de paz para la humanidad del futuro.

Y caminando lentamente siguió a sus hermanos hacia la orilla del mar, donde el barco le esperaba con sus blancas velas desplegadas.

La caravana de Elhizer siguió el camino más corto, que era la carretera abierta por los mercaderes entre la pradera de las orillas del Éufrates y el arenoso lecho del antiguo Mar de Carnain, que iba secándose lentamente dejando al descubierto en sus orillas inmensas playas de arena, (*Arabia desierta separada por el Golfo Elanítico de la Arabia Pétreo).

Todas las tardes al caer la noche, el cuerno del guía daba la hora de quietud, y los siervos de Elhizer levantaban cuatro tiendas para él y sus tres Berecinas. De Dhapes a Babel había diecinueve días de marcha a buen paso y caminando de luz a luz, o sea desde las primeras claridades de la alborada hasta las últimas luces del ocaso. Estos días podían alargarse hasta treinta o cuarenta si se marchaba con más lentitud y más largas paradas. Mas, Elhizer llevaba repuestos de bestias y había ordenado marcha forzada para terminar el viaje en la última luna de verano, por temor a los vientos helados con que se iniciaba el otoño. Sus seis hijitas eran casi todas de corta edad, y sus Berecinas no eran mujeres resistentes a las inclemencias del tiempo.

Cuando comenzaba, pues, el día veinte desde que salieron, llegaban

a las afueras de Babel, a donde los mercaderes que les acompañaban debían dejar grandes cargamentos de productos de la costa del Mar.

Zurima, desde lo alto de su elefante, había tendido su mirada hacia el lejano horizonte en el cual la luz de la alborada le permitía entrever, como erizada cresta azul oscuro, las montañas de la Arabia Pétreá, su tierra natal. Mas, como otro amor más intenso y profundo que el de la patria absorbía todas sus facultades, no sintió la nostalgia del terruño ausente sino para decir:

–Más allá de esa cadena azul que el horizonte me muestra, bulle el Nilo de torrencioso oleaje. En un rincón de su Delta riente y florecido duerme en serena quietud la Ciudad Sagrada de los Kobdas, Neghadá, madre de la luz, de la sabiduría y del amor. ¡Neghadá... Neghadá!..., feliz de ti que guardas bajo tus bóvedas al príncipe nacido en las estrellas, al hijo bienaventurado de Alá.

Y cerrando nuevamente las colgaduras de su dosel continuaba soñando despierta, dulcemente mecida por el lento y pesado caminar de su elefante.

De Babel a La Paz, sólo había un día de marcha, saliendo al amanecer y llegando al caer de la tarde, y Elhizer, enterado de las costumbres del Santuario, hizo adelantar un mensajero a caballo para que en rápida carrera anunciara su llegada.

Una tablilla encerada llevó a Bohindra esta noticia:

“Chalit del Éufrates y el Nilo”.

“Elhizer, príncipe de Ethea, vuestro aliado y hermano, se acerca a vuestra puerta con tres de sus Berecinas y seis hijitas pequeñas para buscar en vuestros santuarios la paz y la sabiduría”.

La llegada de un Príncipe de la Alianza era un acontecimiento bastante común en La Paz, pues ocurría con bastante frecuencia, pero el hecho de que un soberano acudiera con sus esposas para consagrarse Kobdas todos, era cosa extraordinaria y que revestía mucha importancia. ¿Qué había pasado? ¿Un levantamiento armado del pueblo descontento?

Reciente estaba la dolorosa tragedia de Etchebea en el País de Nairi, y los Kobdas pensaron con horror en que otros de los compañeros de la Alianza milenaria hubieran caído vencido por las turbias corrientes de la vida.

Bohindra, con sus dos ancianos Audumblas, que ya sólo a favor de un báculo podían andar, Ada con sus Kobdas consejeras, y Adamú y Evana como Regentes de los Pabellones de los Reyes donde se educaba la juventud, esperaron a los viajeros en los grandes pórticos de La Paz.

Un poco antes de ponerse el sol entraba la caravana al gran parque delantero. Bohindra y Elhizer no se conocían, pues había sido su padre quien acudió cuando la grande Asamblea en que se juró la Ley de la

Alianza, y se celebró el desposorio del Thidalá con la hija de Jebuz. El Príncipe de Ethea iba a doblar su rodilla en tierra en señal de homenaje y obediencia al gran soberano que tenía ante sí, mas el Kobda Rey le recibió en sus brazos según su costumbre, diciéndole:

–Dejemos las costumbres serviles para los que no se aman, y tomemos para nosotros las de hermanos que hace mucho tiempo caminan juntos.

Ada y Evana se apresuraron a recibir a las Berecinas y sus hijitas con tal sencilla cordialidad y tan lejos de toda fastuosa etiqueta, que las tres mujeres dijeron al mismo tiempo:

–Parece prolongación de mamá grande en Monte Kasson.

Ninguna de ellas sabía que en La Paz se encontraban los progenitores de Abel.

Pero el amor de Zurima le hizo pronto descubrir el secreto. Enseguida llamó su atención la hermosa mujer de cabellos bronceados que no vestía túnica azulada ni velo violeta. ¿Será la Reina? –pensó, pero miró al lado de Bohindra a la joven Ada, con la diadema y blanco velo de Reina Kobda, ante cuyo estrado se hallaba Elhizer, detallándoles los móviles de la resolución que había tomado.

Como si la sensibilidad de Evana hubiera vibrado, al contacto de algo muy intenso que le llegaba desde la dulce mujer pálida de ojos negros, se acercó a ella la primera para decirle:

–Parecéis mucho más fatigada que vuestras compañeras, ¿estáis enferma acaso?

– ¿Quién sois? ¡Por piedad! ¿Quién sois? –exclamó la árabe con su semblante alterado y mirando a Evana con sus grandes ojos que parecían un abismo.

–Soy Evana, esposa de Adamú, los Regentes de los Pabellones de Educación para vuestros hijos –le contestó ella con gran naturalidad.

– ¿Y tenéis un hermano entre los hombres de vestido azul que estuvieron en Ethea y que ahora están en Neghadá? –volvió a preguntar Zurima.

– ¡Un hijo! –exclamó Evana iluminándose de amor y de gloria su hermoso semblante–. ¡Un hijo! ¡Mi Abel, que tarda demasiado en volver junto a su madre!

Zurima se estremeció como si una corriente eléctrica se hubiera descargado en sus nervios, y sin pensar en lo que hacía se arrojó a los pies de Evana, diciendo en su lenguaje que no todos comprendían:

– ¡Mujer sagrada!..., ¡madre del Hijo de Alá!..., ¡del Príncipe nacido en las estrellas!..., yo seré tu esclava para toda la vida porque en algo que sea suyo ha de florecer mi corazón. –Y abrazada a las rodillas de Evana lloraba a grandes sollozos.

Bohindra y sus dos compañeros habían comprendido la exclamación de Zurima y estaban profundamente conmovidos. Hicieron comprender prontamente a Evana de lo que se trataba, para que ella con su tierno amor maternal, ayudase a curar aquella alma de su inmensa locura de amor.

–No llores, hija mía –le dijo abrazándola tiernamente y sentándola junto a sí, mientras las otras Kobdas departían con Bengalina y Adenia, conmovida a su vez por lo que ellas creían crisis histérica de su compañera.

–Para estar muy cerca de mí –continuó Evana–, no necesitas ser mi esclava, porque ni eso es aquí permitido, ni yo lo quiero. ¿No es más bello ser mi hija? Tengo otras dos hijas jóvenes y bellas como tú, con las cuales espero que seáis muy amigas.

Zurima encontraba alguna dificultad en comprender el lenguaje de Evana, en el cual estaba apenas iniciada por las Kobdas de Monte Kasson. Pero la magnitud de su amor la ayudaba a pescar al vuelo las palabras de aquella mujer sagrada, que tenía en sus ojos los ojos de su hijo, el Príncipe nacido de las estrellas.

– ¡Feliz de ti que eres su madre y puedes amarle sin que huya de ti! –continuaba como en un delirio la hija de Arab–. ¿Me perdonarás? ¡Oh, madre del hijo de Alá! ¿Me perdonarás por haberle amado?

–Sí, hija mía, sí. ¿No eres acaso su hermana, siendo mi hija?

“Cuando sepas como le aman Helia y Mabi, mis dos hijas, verás que nada de extraño ni condenable hay en tu amor. Además, ¿quién puede ver a mi hijo sin amarle?

“Háblame de él, mujer, háblame de él, que mi alma padece una larga agonía desde que partió de aquí.

Y saliendo ambas del recinto, ya unidas por la dulce cadena del amor al Hombre-Luz, fueron a buscar la soledad del jardincillo de Shiva donde deshojaban sus pétalos encarnados las rosas que acariciara un día el hombre de las hojas secas, y cuya quietud y serena calma parecía invitar a los coloquios íntimos, de las almas que sólo viven para ensayar en sí mismas el poema sublime de un amor extraterrestre.

La malicia y la ignorancia humanas han abierto un abismo entre el éxtasis del amor maternal y el delirio del amor pasional. Mas, cuando ambos son inmensos, fácilmente se unen y se confunden como dos torrentes caudalosos bajados de lo alto de dos montañas diferentes y unidos en la pradera, para correr luego en un solo cauce a lo largo del valle de la vida, donde sacian su sed los caminantes, y abrevan los rebaños y florecen los naranjos.

Y Zurima comenzó a deshojar en el corazón de Evana los lirios blancos de sus sueños de adolescente y de mujer; las rosas encarnadas como

hechas de fuego vivo de su amor intenso y profundo; y las glicinas lacias y lloronas en su violeta de penumbra en que habíase esfumado la claridad de su breve alborada. No sentían pasar las horas y la luna llena comenzó a tejer sus blancos celajes sobre la quietud silenciosa del jardincillo de Shiva, donde todo parecía callar para que una sola vibración, una sola resonancia se escuchara: la melodía mágica, encantada, sublime del amor tronchado en flor de la hija del desierto, y el amor, canto de gloria de la madre ermitaña del País de Ethea.

Zurima conoció paso a paso la vida de Evana, desde su lejana y solitaria niñez, la vida de Abel desde su nacimiento hasta la hora presente; y Evana se empapó de los sueños extáticos de amor de la ardiente hija de Arab, hasta el instante en que su corazón desgarrado, buscaba paz y descanso en la alta planicie espiritual de un Santuario Kobda.

Cuando sus almas se habían vaciado la una en la otra como dos amores que mezclan y confunden el elixir encerrado en su fondo, ambas se abrazaron llorando, la una por su propio dolor, la otra por el supremo dolor que adivinaba en el hijo de sus entrañas... Las negras trenzas de Zurima... Las rubias trenzas de Evana, parecieron formar cadenas de oro y ébano a la claridad de la luna, cuyo amplio velo de vestal las envolvía. De pronto una luz más intensa que la del astro nocturno iluminó el jardincillo y una suave voz, venida de lejos, las llamó de nuevo a la realidad de su largo pasado espiritual y de un futuro más largo aún, pero más glorioso:

– ¡Madre!... ¡Zurima! –oyeron claramente. Y al levantar sus ojos inflamados por el llanto, vieron ante sí al Hombre Luz, formado en verdad como de luz de las estrellas, según el decir de la árabe, y al precipitarse ambas para estrecharle, sus brazos delirantes se cruzaban a través de la visión sonriente y serena que parecía acariciarlas con la mirada–.

“¿Por qué lloráis? –les dijo–, si todo cuanto deseáis de mí lo tenéis.

“¿No es mi amor lo que buscáis?

“¿No es amor lo que os doy?

“¡Amadas!... ¡Amadas de siglos, que habéis cambiado el amor pasional por el amor materno! ¡Evana! ¡Enamorada trágica de Juno en las montañas de Lemuria! ¡Zurima, hoy amante apasionada de Abel para ser su madre en un futuro lejano!... ¡Faltan aquí otras madres y otras amantes del pasado y del futuro que junto con vosotras lloren sobre la ruina de un amor tronchado, y canten en el éxtasis de una maternidad gloriosa! ¡Faltan aquí Helia y Mabi, Solania y Ada, Diba, Nolis y Shiva!... ¡Amadas y amantes!... ¡Amadas de siglos!... ¡El camino eterno del Hijo de Dios fue regado con vuestras lágrimas y sembrado de flores con vuestro amor!... ¡Benditas seáis!...

Y la visión se esfumó como un rayo de luna que se hubiera escondido entre nubes grisáceas que agitaba el viento.

Las dos mujeres se quedaron inmóviles, con la vista fija hacia el lado en que el luminoso fantasma les había aparecido y sintiendo aún la vibración musical y suavísima de su voz.

Los toques de llamada a la refección de la noche las volvió a la realidad de la vida física y tomadas de la mano, para guiar Evana a su compañera por un camino que le era desconocido, fueron a reunirse con Bengalina y Adenia, que en el Pabellón de la Reina las esperaban en compañía de Ada, pues las Berecinas debían pasar allí los primeros diez días antes de ser introducidas en el Santuario de las mujeres Kobdas.

98

LIBROS VIVOS

Al par de estos acontecimientos ocurrían otros, que nos harán conocer una nueva faz de la clara conciencia a que por sus sabios métodos habían llegado los Hijos de Numú.

De veinte en veinte años se realizaban unas extrañas caravanas que cruzaban desiertos, praderas, bosques y ciudades trayendo hacia los grandes Santuarios a los Kobdas enfermos o ancianos que habían ya cumplido una laboriosa jornada en los Edenes o Refugios de misión. Estaban justamente en una de esas veintenas; y los Kobdas ancianos eran conducidos con los más grandes cuidados y precauciones al Santuario por ellos elegido para terminar su vida terrestre. Sabiendo todos ellos que La Paz era la residencia habitual del Verbo de Dios, los ancianos a quienes les correspondía el descanso, que no era a una edad determinada, sino cuando las fuerzas físicas empezaban a agotarse, pidieron ser conducidos a este Santuario donde fue habilitado un hermoso y alegre pabellón, compuesto de dos grandes compartimentos para hombres y mujeres.

Los ancianos llegados a esta situación eran ya considerados como algo muy superior y se les llamaba “Libros vivos”. Tenían libre entrada en todos los pabellones, en todas las dependencias de los Santuarios, así fueran de hombres como de mujeres. Podían dedicarse a lo que fuera de su agrado, y sólo tenían la obligación de dictar a un joven Kobda que se les designaba como secretario, todo cuanto les había ocurrido en la vida que estaba por terminar.

Dado, pues, que la veintena terminaba por entonces, llegaban continuamente a La Paz pequeñas caravanas conduciendo ancianos y ancianas de túnica azulada que venían a engrosar los rollos de papiro del Archivo de las Edades, con las largas narraciones de sus vidas como hombres y de sus combates como espíritus.

–La Paz debe vestirse de fiesta, como una desposada que ve la gloria del esposo –decía Bohindra, al celebrar la fecha con la llegada de la primera caravana que traía a los viejecitos que volvían como vuelve el soldado cubierto de heridas, pero también de gloria, según el pensar de los humanos, después de una penosa campaña.

– ¡Son nuestros mártires!... ¡Son nuestros santos! –exclamaban los Kobdas jóvenes–, son en verdad libros vivos en que ha escrito la Eterna Energía sus mandatos soberanos, sus designios supremos..., isu voluntad invariable!

Y era que los jóvenes se cambiaban mutuamente sus impresiones, al ir recibiendo los dictados de aquellos heroicos viejecitos, cuyas vidas eran una serie interminable de sacrificios, de inmolaciones y de vencimientos.

Algunos llegaban mutilados de diversas y espantosas formas, por haberse resistido a las arbitrariedades de caudillos sin corazón y sin conciencia, por haberse interpuesto entre el verdugo y la víctima, por haber pretendido salvar abismos que hubieran sido llenados con sangre humana.

Cuando sonaba por las tardes el toque de descanso y los Kobdas se derramaban por los parques como aves fatigadas que sacuden su plumaje a los dorados resplandores del sol poniente, comenzaban las confidencias y los comentarios que en grupos de dos, de tres, de cuatro o cinco se hacían los jóvenes que habían sido designados secretarios de los ancianitos que iban llegando.

El oído sutil del investigador o cronista espiritual que recoge vibración tras vibración todo cuanto pasó por almas y seres de los que actuaron, poco o mucho, en la Grande Alianza milenaria de la redención humana terrestre, cuando ello encierra un aspecto de la evolución a que llegaron; ha recogido también algunas de aquellas confidencias, cuyo relato bien puede significar una orientación para quienes aspiren a una clara lucidez de conciencia y de discernimiento entre lo justo y lo injusto, entre lo bueno y lo malo, entre lo más perfecto y lo menos perfecto.

Escuchemos la confidencia de Jobed y Suri respecto de los octogenarios Kobdas, cuya secretaría les ha correspondido por suerte.

– ¡Estoy indignado..., estoy fuera de mí, sosteniendo una lucha terrible contra mí mismo, desde hace tres días que estoy escribiendo la vida misionera del anciano Zebin! ¡Es un horror! –exclamaba Suri, cuyo fuerte temperamento ponía a prueba con gran frecuencia la mansedumbre y tolerancia que, según la ley, debía florecer en la vida ordinaria de un hijo de Numú.

–Si tu lucha consiste en el mismo motivo que la mía –le contestaba Jobed, que era más reposado y tranquilo–, creo que ambos podremos ayudarnos a salir triunfantes de esta emergencia.

–Lucho para no renunciar al cargo que el Consejo me ha asignado.

– ¡Estamos iguales! ¡Yo estoy padeciendo la misma tentación! –afirmaba Jobed.

– ¡Estoy acobardado!... Oír lo que estoy oyendo y llenarme de odio contra todo poder y toda realeza, es una misma cosa –añadía Suri–, y lo peor es que empieza a corroerme una secreta antipatía a nuestro Kobda Rey, y una inmensa amargura por haber sido llevado a igual situación nuestro hermano Iber.

–Y no obstante –observaba Jobed–, debemos convenir en que un principio de autoridad es necesario. Falta mucho aún para que la humanidad pueda marchar sin mandatarios.

–Convengo en ello, y ahí está mi lucha... ¿Sabes que mi pobre viejecito tiene cortadas de raíz sus dos orejas? –interrogaba Suri bajando la voz.

– ¡Qué horror!...

–Y la primera falange de todos sus dedos –seguía refiriendo el narrador.

– ¡Cómo!... ¿También eso? ¿Y por qué?

–Pues, porque le tocó en suerte escuchar la tragedia que sufría una mujer, repudiada por un Príncipe de una región del Cáucaso, a la cual llevó la comida durante muchos días para que no muriese de hambre en la caverna en que había sido amarrada.

– ¿Fue un repudio por adulterio?

–No, sino porque la esposa favorita le había tomado un grande odio a causa de haber obtenido antes grandes favores y dones del Príncipe, por lo cual no paró hasta malquistarla con él, y que fuese apartada para siempre del lado de su señor, obteniendo ella todas las prebendas concedidas anteriormente a la otra.

–El amor al lujo y la envidia –decía Jobed meditando–, son los dos tropiezos formidables de los espíritus encarnados en el sexo femenino. Tengo observado en nuestras crónicas que la envidia y el lujo arrastran a la mujer hasta el crimen. Créeme que tiemblo de que la Ley Divina me lleve a una encarnación de mujer porque veo que los grandes fracasos de los espíritus encarnados en mujeres son debidos a esos factores.

–En efecto –afirmaba Suri–, no tenemos más que recordar a las mujeres que estuvieron cerca del Verbo de Dios y fracasaron junto a él, las unas por envidia de la mujer alma gemela del Mesías, las otras por su desmedida ambición hacia el lujo y esplendor.

– ¿Y qué fue del drama de tu viejecito Zebin? –preguntó Jobed reanudando la narración.

–Pues que salvó a la infeliz encadenada, pero perdió sus orejas y las extremidades de sus dedos.

– ¡Me asombra que le dejara con vida!

–Porque pensaban irle matando poco a poco para más torturarlo; pues según dice el relato, cada día el verdugo debía ir cortando una parte de su cuerpo, dejando para el final la cabeza a los efectos de que el infeliz fuera viendo todo el horror de aquella lenta mutilación.

–Y, ¿cómo se salvó de sus garras?

–Porque la misma mujer, conocedora de todos los secretos del palacio de su señor, le salvó disfrazada de picapedrero. En el lomo de un asno, conductor de piedra a los parques, le hizo ir pasando de una a otra dependencia hasta sacarle fuera de las murallas. Y ahora ella es Kobda en el Santuario vecino del Mar Caspio. Fue la recompensa que el heroico anciano recibió por su noble acción. Diríase que este ser trajo la misión de padecer por causa de los poderosos de la tierra, y no salgo de mi asombro al ver que no solamente no les odia, sino que les compadece. ¡Es admirable!

– ¿Y qué aduce para ello?

–Pues dice que en su concepto, el poder y la riqueza es el acicate de todos los egoísmos del espíritu y que sólo los seres muy evolucionados triunfan en esa lucha tenaz y fortísima. En otra oportunidad fue vendido como esclavo por un príncipe que antes fue su amigo y padeció durante seis años los más feroces tratamientos de un patrón de minas de cobre, que llegó hasta poner en su espalda una marca a fuego que aún conserva y que consiste en dos puñales cruzados, que era el escudo de aquel señor.

– ¿Y esto por qué?

–Sabiendo Zebin, que su amigo el Príncipe iba a mandar incendiar los campos de labranza de un caudillo vecino suyo, para matar de hambre a toda su población, trató de disuadirle de tal idea y no consiguiéndolo, influyó en los hombres que habían de provocar el incendio, para que huyeran lejos del país sin obedecer al amo, dando lugar con esta demora a que la cosecha fuera recolectada y aquellas gentes no muriesen de hambre. Pasado esto, él mismo se lo dijo, creyendo que pasado el primer impulso de ira, reconocería que habría obrado mal. Le perdonó la vida, pero lo vendió como esclavo para que aprendiera, según él, a doblar la cerviz a las órdenes de un soberano.

–Pues mi lucha –respondió Jobed–, viene y se me presenta en otra forma. Yo siento el deseo de rebelarme en contra del vínculo que establece la sangre entre los seres nacidos de un mismo seno y bajo un mismo techo.

– ¡Hombre!... Eso es más difícil de arreglar aún en esta humanidad, que parece ser un embrión abortado de quién sabe qué entrañas ciclópeas y que no tiene pies ni cabeza –decía Suri.

–En efecto ¿Cómo arreglar la vida terrestre sin vínculos de sangre? ¿Cómo impedir que estos vínculos se tornen cadenas que aprisionen tenazmente al espíritu, aún cuando éste quiera ser libre y volar?

“Verás. El relato más emocionante que me ha hecho mi viejecito Jandro, es el de su juventud. Era el hijo mayor de una familia de regular posición, pero cuyos padres tenían ambiciones desmedidas de engrandecer sus tierras y aumentar sus ganados mediante las alianzas de los hijos con mujeres acaudaladas y a ser posible, hijas de príncipes o jefes de tribu. Y lo mismo de las hijas mujeres con hombres de posición. El hijo segundo, hermano como digo de nuestro viejecito Jandro, estaba para enlazarse con la hija menor de un riquísimo caudillo de Zoar, dueño de las más valiosas minas de esmeraldas y diamantes de aquella región. Este hermano estaba leproso, pero aún no se manifestaba la enfermedad al exterior, y el padre se apresuraba a casarle antes de que la lepra fuera visible, y fracasara por tal motivo su intento.

“Jandro, que estaba para casarse con otra rica heredera elegida por el padre, aconsejaba a sus progenitores, de no hacer tal alianza, pues que al ser descubierta la horrible gangrena poco tiempo después, podía ocasionar gravísimos males para ellos mismos y para muchos otros seres. Jandro mantenía relación con nuestros Kobdas de Zoar donde se encontraba un tío materno suyo, nuestro hermano Naggai, fallecido hace años allá por los Pirineos, y le consultó el caso.

“–La Eterna Justicia te alcanzará también a ti –le dijo el Kobda–, si te haces cómplice del crimen de tus padres. Unir un hijo leproso a una joven sana y fuerte que por ley tiene derecho a procrear una familia de sangre pura, es matar a esa joven, y a todos los hijos que de tal unión resultaren, porque todos ellos serán contaminados y a su vez difundirán la terrible enfermedad en muchas generaciones. Es como si tomarais veneno de áspid y lo inyectarais gota a gota en varios organismos, produciendo la ruina y la muerte en muchos seres que han recibido como tú el derecho a la salud y a la vida.

“– ¿Qué he de hacer? –preguntó Jandro desolado.

“–Si quieres tener derecho a ser contado entre los seres que se acercan a la Luz Divina, estás obligado a disuadir a tu padre y a tu hermano de la consumación de tal delito, y si ellos se obstinan, piérdelo todo, pero no pisotees la Ley Eterna, ni tu propia conciencia. “No hagas con tu hermano lo que no quieras para ti”, dice la Ley grabada por el Altísimo en todas las almas. ¿Les gustaría a tu padre y a tu hermano llevar a su tálamo nupcial una mujer leprosa sólo porque ella satisficiera su ambición de riquezas?

“No, ¿verdad?, y hasta serían capaces del crimen para libertarse de tal compañía. Pues el caso es igual. Si tu padre y tu hermano no te oyen,

vete a esa desventurada joven que está enamorada de tu hermano y que no tiene culpa de que él sea leproso, y aunque le duela la desilusión y a tu padre le enfurezca el perder las riquezas que le traiga en dote la nuera, avísales que tu hermano tiene la desgracia de estar contaminado con la lepra, y así te excusas tú ante la Eterna Justicia de compartir el crimen de tu propia familia. Si al conocer que eres tú quien ha revelado el horrible secreto, atentaran contra tu persona o tu vida, ven a mí, que la Casa de Numú te amparará, porque en cumplimiento de la Ley habrás sacrificado lo que más domina al hombre: los vínculos de la sangre. Y como así sucedió, Jandro se hizo Kobda y aquí le tenemos. ¿Qué te parece?

– ¡Calla!... ¡Calla! –exclamaba Suri apretándose las sienes como si temiera que su cerebro estallara–.

“¡Humanidad!..., ¡humanidad que todo lo llenas de lágrimas y de crimen! ¿Habrá de renegar a veces el ser hasta de aquellos que le dieron la vida? ¿Dónde se encierra el bien, la justicia y la verdad? ¿Dónde?

–Eso mismo pienso en todas mis cavilaciones solitarias –respondía Jobed–, y he acabado por convencerme de dos cosas:

“Primero, que la Verdad absoluta, el Bien único y la Justicia perfecta, no ha llegado aún la hora de ser percibidos por la mentalidad de la gran mayoría de los encarnados en esta tierra.

“Segundo, que para acercarse más el espíritu a esa Verdad, a ese Bien y a esa Justicia, uno debe orientar todos sus actos, toda su vida bajo el gran principio: “Haz con tus semejantes como quieras que se haga contigo”. Hoy por hoy, creo que es el camino más derecho y más seguro.

–Para nosotros que estamos empapados de la Ley Divina, eso basta y sobra, pero nosotros somos casi una imperceptible minoría. En cambio la gran mayoría de los seres terrestres, juzgan un bien las riquezas y el poder, y llaman mal a aquello que les impide tenerlo. Juzgan un bien la vida física y llaman mal, desgracia, desventura, a la enfermedad y a la muerte.

“Por ejemplo, las gentes entre las cuales vivimos llaman hasta hoy horrible y espantosa desgracia al hundimiento de las cinco ciudades del Valle de Shidin y los ancianos que aún lo recuerdan tiemblan de espanto y lloran por los millares de víctimas de la magna catástrofe. Nosotros sabemos que de esas ciudades se vaciaba como el pus de un cáncer abierto, toda especie de corrupción y las más horribles enfermedades, y juzgamos que su desaparición fue un beneficio divino por sanear moral y físicamente a la especie humana. A los que perdieron fortuna, haciendas, techo y hogar, quedando reducidos a la mayor miseria les parecerá indudablemente un grave mal. Al que perdió allí hijos, parientes y amigos a más de sus riquezas, les parecerá peor mal todavía. Mas nosotros, que contemplamos el panorama mundial desde un plano mucho más alto que la materia, aseguramos que esto es un bien...

– ¡Justamente! –le interrumpió Jobed–, ahora acabas de pronunciar la gran palabra. Cuando la humanidad terrestre llegue a mirar todas las cosas y todos los acontecimientos desde el mismo plano en que por dicha nuestra, estamos colocados hoy, entonces todos llamaremos bien al bien, y mal al mal. El egoísmo, con sus variadísimas formas es quien nos hace ver el mal en la destrucción y la muerte, cuando ello no es más que el cumplimiento de la gran ley de transformación.

“¿Cómo nos renovaríamos sin morir? Por las clarividencias de nuestros grandes videntes que nos han legado sus maravillosas percepciones astrales, sabemos que cuanto más perfecto es un planeta, más evolucionada es la humanidad que lo habita y más largo tiempo duran las encarnaciones físicas de los seres que viven en él. Y la razón es bien clara: los seres, por su mayor comprensión, viven en un todo conforme a las leyes naturales del mundo en que habitan y eliminan así todas las enfermedades que en los mundos atrasados son consecuencia de los excesos y de los abusos. Para aquellos seres, la muerte es sólo una circunstancia, un detalle de los muchos que se van encadenando en la eterna vida del espíritu.

– ¡Entonces –continuó dialogando Suri–, parece que debemos doblar la hoja y esperar siglos y siglos a que los hombres de esta tierra aprendamos a conocer el bien y el mal, la justicia y la injusticia, la verdad y la mentira!

–Eso no llegará hasta que el dolor haya redimido al hombre terrestre de su gran pecado: lo tuyo y lo mío.

–Entonces dime, Jobed, ¿de qué pasta son los hombres? ¿Cómo nuestros viejecitos Zebin y Jandro hace tantos años supieron encontrar la verdad y la justicia, el bien y el mal, para sacrificar por ellos lo que es más querido al corazón del hombre?

–Yo digo que son pasta de héroes, de mártires y de santos, espíritus fuertes, que están ya como marcados por el dedo de Dios para las grandes inmolaciones del mesianismo en edades futuras.

–Son en verdad “libros vivos” en que podemos aprender, si queremos, todo lo que es capaz de obrar el alma humana cuando es consciente del ideal que persigue.

En ese instante se cruzaron por una avenida de cerezos con otros dos de sus compañeros, Agnis y Abelio, que al igual que ellos comentaban los relatos de los ancianos a quienes les servían de secretarios. Y justamente venían buscando hacer consulta sobre un caso que encontraban difícil de dilucidar.

–He aquí –decía Abelio–, el relato de mi libro vivo; sentaos en ese banco y tomad aliento, porque parece que vuestros nervios van a vibrar demasiado fuerte.

– ¡Hombre!... estos libros vivos nos están resultando como un ejército de gigantes en un campamento de hormigas –decía Jobed que era de jovial temperamento.

–Pues oídme. Mi protagonista se hizo Kobda por un fuerte desengaño de amor que lo llevó a juzgar erróneamente a todas las mujeres por la novia infiel que había pisoteado su corazón y su vida. Como no era el primogénito, no encontró mayor oposición en la familia, máxime cuando legó a sus hermanitas mujeres todos sus derechos a los cuantiosos bienes de fortuna que habían de pertenecerle.

“Cuando llevaba unos doce años en la Casa de Numú y su espíritu se había ya serenado completamente, se le presenta la más pequeña de sus hermanas que sólo tendría dieciséis años y le dice:

–“Keriel, nuestro padre ha comenzado a padecer de un mal tan extraño que ningún sabio ha podido conocer y he podido descubrir que nuestra madre tiene amor culpable con un hermoso extranjero, venido como mercader de perlas de un país muy lejano. Yo estoy enloquecida de espanto, y nadie lo sabe más que yo. ¿Qué debo hacer, dime qué debo hacer?”

“Nuestro hermano mayor sabes que gobierna los pueblos que le trajo en dote su mujer y como ella es heredera, el viejo Serrú de Alesia no le deja venir a nuestro lado. Mis otras hermanas en los países de sus maridos, están todas lejos de mí y nada harían con tal noticia. Ayúdame tú, que según el decir de las gentes, estás en la casa de la Sabiduría. Él estaba en un refugio de Zoar y de acuerdo con el Patriarca, se encaminó con su hermana a la cual prohibió que anunciara su llegada a la casa de sus mayores. Teñido el rostro con jugo de nogal se hizo contratar como espanta insectos en las habitaciones del caudillo para observar la extraña enfermedad de su padre y los culpables amores de su madre. Entre el ejército de criados pudo muy bien pasar desapercibido. Observó que por las noches su madre decía que deseaba ella velar a su esposo y que los espanta insectos se fueran a dormir. Nuestro Kobda encontró por fin el medio de quedarse oculto detrás del pesado pabellón que casi cubría la inmensa tarima cubierta de pieles en que descansaba su padre. Vio que su madre entró llevando un abanico especial para hacerle viento, que no era ninguno de los usados por los siervos para este fin, y la vio que mientras lo agitaba muy cerca del rostro de su esposo, ella se aplicaba disimuladamente a la nariz un pequeño pomito casi oculto por completo entre su mano cerrada. Aquel abanico derramaba un perfume delicioso pero que de tal manera provocaba el sueño que él mismo luchaba contra aquella pesada sensación. Luego se sentía una fatiga, una gran dificultad en la respiración y casi un penoso ahogo. Era sin duda un activísimo narcótico, cuyo abuso debía necesariamente ser mortífero al correr del

tiempo. Dormida la víctima, vio a su madre pasar a su cámara particular donde ya la esperaba el hermoso extranjero, mercader de perlas. Su madre era joven y hermosa, pues había tenido su primer hijo a los trece años.

“– ¡Horror!... –exclamaba el hijo aterrado–. ¿Cómo cayó en tal abismo su madre, la propia mujer que le dio el ser, que le acarició siendo niño? ¡Adúltera y envenenadora!... ¿Qué hacer Altísimo Dios, qué hacer?”

“Si callo para ocultar la deshonra y el crimen, mi padre morirá envenenado dentro de poco tiempo, y entrará a gobernar estos pueblos el malvado aventurero, que así ha llevado hasta el crimen a una mujer que no era mala en el fondo de su espíritu. Si la denuncio, será condenada a morir por asfixia, emparedada en una caverna juntamente con su compañero de delito.

“Mi padre es aquí el inocente, el justo. Su pueblo lo necesita para mantenerse en paz, tranquilidad y abundancia como hasta hoy. Puedo pensar que él es un agente de la Bondad Divina para hacer evolucionar esta masa de seres, iguales o inferiores que él, mientras que mi desventurada madre está labrando su desdicha y a la vez la de todo su pueblo.

“Y el angustiado Kobda se retorció de dolor, clamando a la Eterna Luz que le extinguiera la vida para no pasar el duro trance de entregar su madre a la justicia humana.

“Uno de los diez Fundadores se le apareció en lo más terrible de su angustia para decirle:

“¡Valor hijo de Numú!... ¡Que el que no es capaz de pasar por encima de los vínculos de la sangre para cumplir con el deber, no es digno de llamarse hijo de Dios! Mira”. Y le hizo ver cuatro vidas anteriores de su madre en que por debilidad amorosa habíase tornado criminal y perdido cuatro encarnaciones.

“–Para corregirse en esta vida, tu madre –continuó la visión–, necesita todo el dolor y el espanto de esa tragedia a que su propio error le lleva. En sus cuatro vidas anteriores la Piedad Divina le concedió la ocultación de su crimen como camino para el arrepentimiento. Mas como éste no llega por medio de la misericordia, es necesario que llegue por la justicia. Avisa al Consejo de Gobierno de tu padre, el crimen de la que te dio el ser para que la justicia despierte su espíritu, que está ya al borde del tenebroso abismo de donde no se sale, sino convertido en polvareda de átomos que han de formar en lejanas edades embrionarios ensayos de una nueva evolución.

“Y ante el Consejo reunido en torno de su padre y en presencia de su desventurada madre, hizo Keriél el espantoso relato.

“– ¡Padre! –gritó al final–, por el horrendo dolor que sufro al condenar así a la que me dio el ser, os pido piedad para ella! –Y salió como

enloquecido corriendo por los campos, montado sobre su caballo hasta llegar al Refugio, oculto como un niño en la falda de una montaña en el país de Zoar. Cuando tuvo conocimiento de la muerte de su madre, pidió a todos sus hermanos de los diversos santuarios la ayuda espiritual necesaria para la redención de aquel ser, y hace solamente diez lunas que ha conseguido para ella el arrepentimiento y la luz. Treinta y siete años tenía cuando ella murió, y noventa y siete tiene ahora. Sesenta años de trabajos mentales ha costado la redención de ese espíritu, pero el sacrificio heroico del hijo ha tenido su recompensa.

“¿Qué os parece?”

–Pero, ¿fue condenada a muerte?

–No, sino a encierro perpetuo en atención a la súplica y al sacrificio del hijo, pero murió al poco tiempo de tristeza y del abandono en que fue sumida a causa de su delito.

El sol desaparecía ya tras de la verde muralla de encinas y de cedros que rodeaban al vasto edificio, y los Kobdas músicos comenzaron a preludiar el himno de la tarde, cuyas últimas notas debían coincidir con esa mística penumbra del día que termina y de la noche que llega.

99

NEGHADÁ

Cuando desde lo alto del velero que le conducía, vio Abel la oscura silueta del colosal Santuario cuyas bóvedas esféricas asomaban por encima del viejo bosque en que se hallaba encerrado, una profunda emoción se apoderó de su espíritu hasta el punto de no serle posible articular palabras.

En la tenue sutilidad de su cuerpo mental parecieron diseñarse claramente las siluetas venerables de aquellos diez hombres heroicos, últimos retoños de la Escuela Antuliana diseminada en un día lejano hacia distintos continentes, y cuya enseñanza había caído en completa relajación, como toda institución humana en un planeta de escasa evolución.

Las olas del mar, sonrosadas por los resplandores del amanecer, envolvían el alma del Hombre Luz en una diáfana serenidad que casi se confundía con el éxtasis. Y dejándose llevar hacia atrás en lo infinito del espacio y del tiempo, se vio a sí mismo en su personalidad de Antulio, allá entre las selvas magníficas de Atlántida, seguido por muchedumbres que le aclamaban primero por el beneficio recibido y le infamaban después, así que el oro sacerdotal había comprado a buen precio el juicio de las masas ignorantes y viles, tan fáciles de cambiar cuando el metal resplandece ante sus ojos. Se vio solo en lo alto de la cumbre

donde entonces se inmolará por la causa de la Verdad, traicionado en sus más hondos afectos humanos y dejando tras de sí una estela de luz, que la inconsciencia de sus propios discípulos apagaría en gran parte, para dejar sólo pequeños chispazos que apenas pudieran servir para resurgimiento futuro, como esas chispas de fuego que quedan de una inmensa hoguera, ocultas por las cenizas, hasta que removidas en un momento dado, forman de nuevo radiante llamarada.

Comparó la humanidad que escuchara a Antulio en la cúspide de su gloria como filósofo y orador, como astrónomo y taumaturgo, con la humanidad que veía pasar desapercibido a Abel, sin inquietarse lo más mínimo ante la gran Voz de la Ley Eterna que parecía gritarle: ¡Levántate y anda!

Varios milenios habían transcurrido y la eterna viajera continuaba envuelta en harapos, cubierta de sangre y lodo, mezclando a intervalos sus carcajadas de cortesana con el chirrido de sus cadenas de esclava.

Y vio que todos los ensueños divinos de Antulio se hundieron entre la densa nebulosa de la ignorancia y el egoísmo humano, para surgir después de siglos de entre una montaña de ceniza, pequeñas chispas de luz que volaban al empuje formidable de los acontecimientos.

Aquellas chispas se agrandaban en el horizonte luminoso del Vidente hasta transformarse en seres que posaban sus plantas en una isla solitaria en medio del mar. Y se iban uniendo como en místico abrazo, primero tres: Pap-Hiros, Elotos y Karnain; luego otros dos Ben-Nilo y Gion-Zeber. Más tarde cinco jóvenes y casi adolescentes Beth-Emis, Pitson, Pihabiro, Buthathis y Bipeset. Y vio la silueta grave y serena del filósofo atlante pasar como una lámpara gigantesca por el cuerpo mental de los diez unidos, entrelazar sus auras hasta formar una aureola gigantesca de en medio de la cual surgió esta idea: “¿Dejaremos apagarse de sobre la faz de la tierra la luz de Antulio? Huyamos de nuestros ciegos compañeros que no quieren ver y busquemos aquel lejano continente cuya silueta se vislumbra desde aquí al resplandor del amanecer. Aquella tierra desconocida albergará hombres incultos y salvajes donde podremos encender de nuevo la luz de la Divina Sabiduría”.

Y los diez fugitivos huían mar adentro en un velero pescador, dejando en la isla refugio, al centenar de emigrados de las costas hundidas de Atlántida. Cada uno dejaba parientes, amigos, hermanos, padres, para seguir lo desconocido, como si un extraño vértigo les empujara por las olas del Mediterráneo en busca de algo que ellos mismos no sabían precisar.

Y el Vidente se veía a sí mismo como resplandor de luna llena, guiando el velero de los prófugos hacia la costa montañosa del Noreste Africano.

¿Qué buscaban allí? ¿Qué esperaban encontrar? ¡Soñaban! Soñaban el divino sueño que embriaga a todos los elegidos para plasmar en hechos incomprensibles a las turbas inconscientes, los grandes designios de las Superiores Inteligencias encargadas de conducir las humanidades a la cumbre de sus destinos.

* * *

El ruido del ancla que caía pesadamente frente por frente del enorme muelle de piedra que bajaba desde lo alto de la muralla hasta besar las olas, despertó a Abel de su ensueño de luz y de gloria, y colocando tranquilamente su gorro violeta sobre sus bucles bronceados, siguió a sus hermanos escalera arriba sintiendo el rudo palpitar de su propio corazón a medida que pisaba aquellos bloques de piedra ennegrecidos por los siglos. Un ruido como de piedra que rueda hacia el abismo se escuchó en medio del silencio majestuoso y profundo. Era el torno puesto en movimiento para correr hacia un lado la piedra gigantesca que cerraba la entrada y en la que estaba esculpida en alto relieve la imagen de Numú con un cordero entre los brazos.

Abel se encontró de pronto ante un círculo de doscientos ancianos, que pasaban de los noventa años, y detrás de ellos una muchedumbre de Kobdas, casi todos de edad avanzada, envueltos en las túnicas de blanca lana de las grandes solemnidades.

Adonai, el Pharahome, había cedido a los más ancianos el derecho de ser los primeros en dar a Abel, el beso fraternal de bienvenida, pero aquellos viejecitos, de más de cien años algunos, no acertaban sino a llorar de felicidad y clamar en medio de su llanto:

– ¡Luz de Dios!... ¡Niño de Dios!... ¡Caricia de Dios sobre nosotros!

Y aquellas manos temblorosas se enredaban unas con otras entre los rizos bronceados de Abel que pálido e inmóvil no acertaba a moverse, tan honda era la emoción que le embargaba. Y cual un niño extático que inmóvil se dejase acariciar por centenares de madres anhelantes, el joven Kobda sonreía mientras hacía esfuerzos para contener también el llanto que pugnaba por brotar de sus ojos.

El coro de músicos y cantores llenaba el ambiente con las dulces melodías del “Himno al Amor Fraterno”:

*“Amor que tejes guirnaldas
De siemprevivas eternas
Y vas sembrando en los mundos
¡Lluvia de flores y estrellas!*

*¡Amor que rompes cadalsos!
¡Y desmenuzas cadenas!...
Luz que las almas reclaman
¡Agua que todos esperan!*

*Amor que secas el llanto
Y en risas cambias las penas
Y tornas en realidades
¡Las más ilusas quimeras!*

*Amor, radiante alborada
Luz de los cielos, excelsa,
Que disgrega las tinieblas
¡Y hasta en las tumbas clarea!*

*Amor que subes al hombre
En tus alas gigantescas
Al pináculo más alto
De azules cumbres serenas*

*Y le haces vivir la vida
Que el hombre ha siglos espera,
Sin acertar a encontrarte
¡Por los caminos que lleva!*

*Te busca en el esplendor,
Te busca entre las grandezas
Y tú anidas en las almas
Que por ti todo lo dejan.*

*¡Teje quirnaldas, Amor,
De flores que no se secan!
Y que los valles terrestres
¡Eternamente florezcan!*

Cuando las últimas notas del canto se esfumaron en el espacio, la ola inmensa de emoción habíase serenado también y por fin, Abel, dueño de sí mismo, pudo decir en medio de la numerosa asamblea de sus hermanos reunidos en torno suyo:

–La Voluntad Divina me ha traído para que yo aprenda de todos vosotros el Amor y la Sabiduría. Enseñadme os pido a conocer a Dios y enseñadme a amar a la humanidad.

Por tales palabras el Maestro se constituía Discípulo de sus discípulos que comprendiendo y valorando la profunda modestia del Hombre Luz prorrumpieron en una aclamación unánime: “Gloria a Dios que nos visita con su luz y con su amor”. Y en medio de tal desbordamiento de amor fraterno, Abel fue conducido a visitar el vasto Santuario que a su parecer era tan grande como diez veces La Paz.

El recorrido a la ligera fue a terminar en la vasta sala de asamblea, anexa al Archivo de las Edades, donde se reunían tres veces a la semana para estudiar en conjunto alguno de los artículos de su magna ley, a interpretarla de acuerdo a los conocimientos y evolución que iban alcanzando paulatinamente. A veces ocurría que algunos de los Kobdas se encontraba con luchas, tropiezos o dificultades en el camino espiritual que habían emprendido; y en estas asambleas, tenían preferencia para exponer antes que nada su tortura o duda y que los hermanos reunidos les ayudasen a salvar el obstáculo y subir a la montaña árida y penosa que lleva a la perfección. Había muchos Kobdas que habían formado hogar en su primera juventud y por contingencias de la vida, comunes a aquellas épocas, se habían visto impelidos por los acontecimientos a refugiarse en aquel Santuario buscando seguridad personal, o vendidos como esclavos por desastres guerreros, víctimas siempre del egoísmo humano.

El día de llegada de Abel era día de Asamblea espiritual y cuando apenas se habían sentado todos, en los estrados que en triple fila rodeaban el vasto recinto, se oyó la voz de Adonai el Pharahome que dijo:

–Si alguno de los hermanos padece en su espíritu, que en la presencia de Dios derrame su pena en nuestro corazón y que Él nos de su luz y su amor para remediarlo.

Un Kobda que tocaba ya a la ancianidad, se puso de pie y dijo:

–Pido a mis hermanos, luz y consejo para la dificultad que encuentro en mi camino. Al llegar a la casa de Numú, dejé allá en mi país, en la costa Sur del Ponto, un hijo, apenas casado recibió de mí la parte de bienes que le pertenecía, pues yo conocí que por sus ambiciones desmedidas empezaba a intrigar con las tribus vecinas para usurpar derechos ajenos y engrandecer los suyos por ambición. Se hizo aliado del gran jefe del Norte, Lugal Marada y por ambición aún busca alianza con nuestro Thidalá del Éufrates y del Nilo. Y hace veintiocho lunas que vengo recibiendo sus mensajeros presionándome a que yo le apadrine para entrar en nuestra Gran Alianza y por medios que yo ignoro, pero que tengo motivo para juzgar que no son conformes a la justicia, ha reunido veinticinco tribus numerosas y se ha hecho proclamar jefe de ellas. Ha conseguido ser un Caudillo de diez mil almas y últimamente me ha llegado la noticia de que para aumentar considerablemente esos pueblos, ha iniciado una gran

compra de esclavos valiéndose de los piratas que le aportan a centenares hombres y mujeres, llevados con engaños de diversos países. Aún cuando al ingresar en la Alianza, diera la libertad a todos esos infelices, de lo cual no estoy seguro, no les permitiría el regresar a su país de origen porque esto reduciría enormemente el pueblo que se ha formado.

“Soy su padre. Es mi único hijo y no debéis dudar que nada deseo más que su bien espiritual y su más amplia redención. Sus extravíos me atormentan lo indecible no sólo por sí mismo, sino por el mal que hace a todos los que le rodean. Si entra en nuestra Alianza sé que por su ambición la traicionará porque pisoteará la Ley en todo lo que ello se opone a sus instintos de poder y de engrandecimiento.

“Si haciéndome sordo a sus solicitudes le dejo indiferente seguir lejos de nosotros, su extravío seguirá de más en más.

“Hijo de Numú, hermano del Thidalá de la Alianza, no puedo amparar a mi hijo, rebelde a nuestra Ley. Padre de ese hijo no puedo dejarle abandonado a su miseria y a su egoísmo. En nombre de Dios decidme cómo debe obrar en tal caso un Kobda que quiere ser fiel a su Dios y a su Ley.

–Contestad si os es posible –dijo Adonai–, a las preguntas que os voy a formular con el fin de que vuestras respuestas nos den la luz necesaria. ¿Conoce vuestro hijo la Ley de la Alianza?

–Yo le he remitido una copia. La acepta y jura que la cumple desde ya; pero él ignora que viejos servidores míos, vigilan por encargo mío, sus actos, y me informan que mi hijo miente, miente a Dios y a su padre.

– ¿Estás seguro que esos servidores dicen verdad y que no están animados de ningún resentimiento en contra de vuestro hijo?

–Estoy seguro, por dos razones.

“Primero: Son tres los hombres y cada uno se cree solo en el cumplimiento de mi encargo, con lo cual está más interesado que nadie en hacerlo secretamente y sabe que juega en ello su propia vida. Y los informes de los tres coinciden.

“Segundo: Porque con nuestros hermanos que han desarrollado el desdoblamiento espiritual consciente y videncias a largas distancias he hecho hacer exploraciones, pues mi amor de padre me urgía fuertemente en este caso y estas exploraciones han coincidido con las afirmaciones de mis servidores.

– ¿Sabéis si vuestro hijo pertenece a la Gran Alianza de los espíritus afiliados a la obra de la redención humana?

–Entró a formar parte en tiempo de Antulio, filósofo y santo mártir en Manh-Ethel; pero sus ambiciones y su orgullo le tienen como encadenado en un campo de acción muy inferior.

– ¿Creéis que vuestro hijo sea incorregible en esta existencia?

–Mucho lo temo debido a que todos sus malos instintos y hábitos delictuosos se ven desgraciadamente satisfechos. Anhela la riqueza y circunstancias inesperadas van a proporcionársela. Busca dominio y poder, y circunstancias desgraciadas para tribus vecinas les obliga a ponerse bajo su mandato.

– ¿Sabéis si en los numerosos esclavos comprados a los piratas se encuentran seres pertenecientes a nuestra Alianza?

–Casi todos son del país de Nairi, en ocasión de las revueltas del tiempo de Etchebea, en que por las persecuciones secretas de los extranjeros amigos de Droith, gran parte del pueblo se ocultaba en las montañas o hacia el mar. Algunos hay de Galaad y otros de Ethea.

– ¿Vuestro hijo es accesible al amor?

–No mucho. Sus mujeres son más bien aliadas para fines de engrandecimiento que amadas o amantes.

–Ocupad de nuevo vuestro asiento en el estrado, amado Mauro, que con vuestras respuestas estamos todos capacitados para emitir juicio en vuestro caso. Pido que nuestro hermano Abel tome la palabra.

El joven Kobda que había sido colocado a la derecha del Pharahome se puso de pie y la avidez para escucharle se pintó en todas las fisonomías.

–Complazco al Pharahome haciéndole a la vez una súplica que hago extensiva a todos mis hermanos. Creo que en estos casos, antes que yo, los más indicados para emitir juicio son los Kobdas que han sido padres y que tienen hijos en el exterior, porque yo no sintiendo en la actual existencia en mí la fuerza del amor paternal, acaso fuera mi juicio demasiado duro para un corazón de padre. Si nuestro Pharahome me lo permite yo suplico a los Kobdas que tienen hijos gobernantes o no gobernantes que actúen en el exterior, tengan a bien ser los primeros en emitir juicio, reservando mi opinión en atención a que soy el más joven de todos y tengo más derecho a escuchar y a ser enseñado.

–Vuestras palabras son una gran lección –contestó Adonai–, que sea como lo pedís.

–De todos los Kobdas que hemos sido padres, yo soy el más anciano –dijo un viejecito del país de Ur Bau–, y dejé en el exterior seis hijos que son jefes de tribus pequeñas. Cuatro de ellos tributarios y amigos de algunos príncipes de nuestra Alianza. Los otros dos arrastrados por turbias corrientes de la vida humana, se aliaron en contra de mi voluntad, con caudillos guerreros y conquistadores que les llevaron en un principio al pináculo de la grandeza y de la gloria. Y llenos de satisfacción del orgullo colmado en su deseo, decían burlescamente a sus hermanos que continuaban en la modesta posición de sus mayores:

“Dejad de ser abejorros que estáis metidos en la cueva. Nuestro padre

no fue capaz de legarnos gloria y grandeza y nosotros hemos tenido el valor de conquistarla. ¿Qué sabe él metido monje, de la vida que hacen los que han nacido para ser príncipes dirigentes de pueblos?”

“Y yo consolaba a los hijos humillados, diciéndoles: “Esperad un poco más y el Altísimo hará ver cuál es más fuerte, si el poder y grandeza que han conquistado o mi amor de padre para redimirlos”.

“Pasaron catorce años sin que yo les dejara llegar ni una palabra de reproche, pero mi pensamiento, secundado por mis hermanos, les seguían sin interrupción. Cayeron en desgracia de los jefes que los habían hecho jefes guerreros; estuvieron desterrados y prisioneros, y hasta fueron vendidos como esclavos; yo lo sabía todo y los dejé padecer por bastante tiempo porque estaba escrito que en cada caso como éste de tan manifiesta rebeldía, sólo el abandono y el dolor es capaz de ejercer acción benéfica.

“Después de doce lunas de trabajos forzados en las minas de Zoar, hice que mis hijos modestos y fieles a la voluntad paterna, les compraran la libertad y los volvieran al país. Así se han curado de todas las embriagueces y delirios en que el desmedido orgullo les tenía enloquecidos.

“Juzgo que al hijo de nuestro hermano Mauro le hará mucho bien la medicina y le hará mucho mal satisfacerle la ambición de entrar como Príncipe en nuestra Alianza, ya se ve que no busca la evolución moral que ella marca, sino el engrandecimiento y honra que significa el ser elevado a hermano y amigo del gran soberano que reina desde el Ponto hasta el Nilo. No tengo nada más que decir.

–Yo –dijo otro anciano poniéndose de pie–, he sido puesto por la Ley Divina en un trance aún más duro que el de nuestro hermano Mauro, que acaba de hablar. Tenía un hijo caudillo supremo en el país de Arab nuestro vecino, que entró en nuestra Alianza a raíz de la partida de este plano del viejo Chalit Ahermesú de Zoan. Y de tal modo se había despertado en él la avaricia de oro, que llegó a vender las hijas de sus hermanos para favoritas de reyes extranjeros de los países del hielo y formando pacto con los piratas cretenses dejó que una horda de ellos se llevase las más bellas jovencitas de las montañas de Arab. Entre ellas fue mi nietecita Zurima, una delicada flor del cielo en la cual tenía puesta yo mi mirada porque vislumbraba grandes designios divinos sobre ella. Creí interrumpida su evolución y la lloré perdida hasta hace poco tiempo que, en desdoblamiento espiritual la he visto entrando en nuestro Santuario en La Paz.

“La conducta de ese hijo comenzó a causar relajación en esa parte de nuestro país y muchos jefes de tribus comenzaron a relegar al sitio de las ordenanzas sin fuerza ni vigor, la Ley de la Alianza; y el Consejo aquí presente sabe que yo, con su autorización, salí de este Santuario, vestí mi

indumentaria de jefe superior de mi tribu, y me presenté ante los míos, sublevé a todos los que fueron mis súbditos, destituí a mi primogénito, y puse en su lugar a mi cuarto hijo; hice más, lo condené a ochenta lunas de encierro perpetuo y a no ser jamás jefe de la tribu. La lección fue dura para él y altamente dolorosa para mi corazón de padre, pero fue necesario no sólo para él, sino para todos aquellos que impulsados por el ejemplo empezaban a seguir el mismo camino.

“Juzgo que nuestro hermano Mauro, para ayudar a la corrección de su hijo, no sólo debe oponerse a que entre en la Alianza, que desde ya traiciona, sino que debe tratar de que deje el puesto de caudillo que ocupa.

“Haciendo que los Príncipes de Nairi, de Ethea y de Galaad, reclamen sus súbditos, vendidos como esclavos.

“Puede someterlo al juicio de todos los Príncipes de la Alianza, los cuales tienen el derecho de destituir al que traiciona la Ley.

El aludido se levantó a la vez para decir:

–Con lo que habéis expuesto ha quedado marcado el camino que debo seguir. Ahora os pido que recabéis para mí de la Eterna Energía la fuerza necesaria para obrar en este caso como espíritu que aceptó la misión de hacer evolucionar a otro espíritu, y no como padre que ama egoístamente a su hijo.

Abel se puso de pie para cumplir su palabra de terminar ese día la asamblea espiritual.

–Bienaventurados vosotros, ancianos venerables, que estáis coronados por la triple corona de la Justicia, de la Sabiduría y del Amor. ¿Qué os puede decir un joven que comienza la vida, a vosotros que lleváis tantos y tantos años de sacrificios y de inmolación?...

De pronto los tres ancianos que habían hablado en esta asamblea cayeron en una profunda hipnosis y sus cuerpos astrales se desprendieron manifestándose vestidos con pieles de animales, el uno armado de un arco y un carcaj lleno de flechas, el otro con una red de pescador y el otro cargado con un fardo de papiros blancos, como las túnicas de que estaban vestidos.

– ¡Nuestros padres..., nuestros padres!, y se nos habían ocultado bajo el manto de su profunda humildad –exclamaron todos a una voz.

La emoción que se apoderó de todos creó una atmósfera de tan inmenso amor y simpatía, que las vibraciones espirituales más elevadas fueron fácilmente perceptibles.

El joven Abel apareció envuelto en una radiante aureola que le daba un aspecto de gran serenidad.

–Pap-Hiros, Ben-Nilo, y Beth-Emis –dijo, como iluminado por una interna visión–, al igual que en aquella hora de trágica inmolación, continuáis todavía desangrando el corazón en sacrificios interiores,

acaso más dolorosos e intensos que el de vuestro cuerpo y el de vuestra vida.

“¡La hora de la libertad ha llegado para vosotros, mártires de la Verdad, apóstoles invencibles de la Justicia y del Amor! ¡La Luz Increada os espera! ¡La Sabiduría Infinita os reclama en otros mundos donde debéis derramarla!

“¡El Eterno Amor os llama para introducirnos en el alcázar de sus nupcias divinas!

Y así, extático, abrió sus brazos a los tres cuerpos astrales que se abrazaron de él, uno en pos del otro. La muchedumbre de los Kobdas absortos en tan inusitada escena los vieron como diluirse en el luminoso ambiente que envolvía a Abel y esfumarse hacia la techumbre del inmenso recinto. Cuando todo pasó y fueron los circunstantes dueños de sí mismos en medio de la vida física que por un momento habían olvidado, encontraron los cuerpos de los tres ancianos semitendidos en el estrado, con la beatífica serenidad del que ha dejado el cautiverio de la vida terrestre en medio de un desbordamiento de amor y de felicidad.

–Esperaban ver al Verbo de Dios encarnado antes de partir a la inmensidad –dijo Adonai tomándoles el pulso para cerciorarse de que eran cuerpos sin vida.

100

EN EL FONDO DE LA COPA

Este género de muerte era bastante común entre los Kobdas de edad avanzada y de una avanzada evolución. Abel se sintió fuertemente impresionado, pues que en La Paz había sólo dos Kobdas octogenarios: Tubal y Sisedón; y él no había presenciado más muerte que la de Senio el día que vistió la túnica azulada. Y como en la vida material frecuentemente parecía bajar de las alturas en que planeaba su espíritu atraído por su propio Ego y por sus fuertes alianzas con las Inteligencias superiores, en esta circunstancia volvió a ser un joven Kobda que necesitaba de la fortaleza, de la luz y del apoyo de los viejos Maestros que lo rodeaban.

– ¿Por qué ha ocurrido esto cuando yo llegaba? ¿Por qué? ¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Por qué no he merecido unos días más al lado de esos tres seres que tanta grandeza han conquistado y de quienes tanto podía yo haber aprendido?

–Hijo mío –le dijo Adonai, acariciándole como a un niño–, vestidos de fiesta estamos por vuestra llegada y vestidos de fiesta continuaremos mañana por la dicha y la gloria a que suben estos tres ancianos hermanos, cuyas vidas estaban ya colmadas de obras bellas y buenas. Hace

mucho tiempo que sabíamos que de un día a otro ocurriría su partida a la inmensidad infinita, y de sus alianzas espirituales habían recibido la promesa de que verían en cuerpo físico al Hijo de Dios. Y comentando dicha promesa entre ellos, cuando se supo aquí que venías, uno a otro se decían bromeando alegremente: “Preparemos la maleta, hermanos, que la hora del viaje llega”. La naturaleza de los tres estaba ya muy agotada y podemos decir que vivían más de la energía espiritual que todos les dábamos que del poquísimísimo alimento que podían tomar; se nutrían solamente del jugo de la vid y de la leche de nuestros renos.

“Vuestra llegada les ha dado la libertad como si la Divina Voluntad hubiese querido poner aún más de manifiesto vuestra misión sobre la tierra, hasta con esta inesperada circunstancia. ¿No sois acaso mensajero del Eterno, dueño de vidas y de mundos? Eran desterrados que habían cumplido valientemente su condena y esperaban el día de su libertad. ¿No es una dicha de recibirla de ti, hijo mío? –Así hablaba el Pharahome, conduciendo lentamente a Abel hacia el patio de las palmeras, donde debían efectuar la comida del mediodía todos en conjunto. Los cuerpos de los tres ancianos fueron conducidos a la gran sala mortuoria donde esperarían el momento de ser guardados en sus sarcófagos de piedra. Grandes lazos de tela blanca habían sido tendidos de una palmera a otra formando hermosos gallardetes entre las mesas y en todas ellas se leía esta palabra en color azul vivo: *Bienvenido*.

Abel continuaba silencioso. Cuando todos ocuparon sus sitios y él en medio de los Ancianos del alto consejo, el Pharahome dijo solemnemente:

–Que este ágape fraternal con que nutrimos la materia, sea ante todo cita de compañerismo y de alianza perdurable con todos nuestros hermanos desaparecidos de este plano.

–Que así sea –contestaron todos como un inmenso clamor. Una suave corriente cual fresca ráfaga de brisa primaveral acarició los centros de percepción física y fluídica de todos, y algo así como una oleada de paz y alegría iluminó todos los semblantes. Era costumbre en casos como ése, que delante de aquel hermano al cual se obsequiaba, se colocase una copa labrada de finas láminas de piedras blancas que encerraba tantas cédulas con cifras, cuantos era los comensales. En esas cifras estaba grabado el nombre de una estrella o el de un ser de los antepasados cuya evolución era muy destacada. Esto se hacía con el objeto de que todos se familiarizaran con el estudio de los globos que forman el Universo visible desde la tierra, y también con las vidas de abnegación y de santidad de los hermanos de la Gran Alianza del Mesías terrestre. Cada Kobda debía inquirir, buscar y empaparse de todo cuanto pudiera dar luz y mayor conocimiento sobre la materia que en suerte le había tocado.

Y en cumplimiento de estas viejísimas costumbres, Abel fue pasando con la copa de piedra blanca por delante de todos sus hermanos para que cada cual tomase su cedulilla. Sea que fuese así preparado de intento por el Kobda encargado de esta operación, sea por una de esas coincidencias que a los humanos nos parecen casualidades, lo cierto es que al recoger Abel en el fondo de la copa la única cédula que restaba se encontró con esta cifra: “*Vesperina*”. Su rostro se coloreó suavemente como si un resplandor de alborada se hubiese proyectado sobre él y leyó en alta voz como había hecho con todos:

–Vesperina... –Un prolongado aplauso resonó más intenso que los demás y más ferviente, porque ese nombre era para todos ellos, como un esplendoroso sol naciente que todo lo llenase de claridad.

– ¡En el fondo de la copa, estaba esperándote Ella!... –díjole el Pharaohome.

– ¡Oh, las divinas alianzas espirituales que hacen sentir más al Kobda la eternidad de la vida y la grandeza sublime del Amor! ¡Vesperina! –volvió a exclamar Abel–. ¿Qué podré yo decir de ese ser si es muy poco lo que sé?

–En nuestro Archivo de las Edades, encontraréis abundante materia informativa sobre diversas vidas de vuestra alma gemela. Todo lo que hemos podido averiguar de ella, se encuentra allí.

“He aquí que en el fondo de la copa blanca, habéis encontrado todo un tesoro de conocimientos –dijo otro de los ancianos que estaba cerca–. Yo fui archivero durante quince años, y aunque es demasiado poco para estudiar el Archivo, pude no obstante repasar varias vidas de ese ser que es admirable, sobre todo por sus delicadas manifestaciones de amor.

–Cada alma es una copa llena de cedulillas –dijo Abel, como si hablara consigo mismo–, y cada cedulilla encierra un nombre que nos recuerda una alianza, un amor, una caída al abismo o un vuelo hacia la Divinidad. Y si como decís, soy un espíritu muy viejo, mi copa debe rebosar de cedulillas.

“¿Qué habrá escrito en todas ellas y qué habrá en el fondo de mi copa?

–Hijo mío –respondió el anciano Eladyos–. Nuestros conocimientos actuales nos permiten suponer que en almas como la vuestra se encierra la historia de largas edades; y si hemos de seguir el símil de la copa llena de cedulillas, en la vuestra habrá innumerables, pero todas ellas envueltas en una mayor que dice: *Piedad*. Sois el Mesías reflejo de la Bondad Divina, como otros son de la Justicia. Tal camino elegisteis y tal os dio la Ley Divina.

“Creo pues, que en el fondo de vuestra copa no habrá más que piedad, inmensa piedad que habrá sido causa de vuestros desengaños y de vuestras heroicas inmolaciones.

—A esas conclusiones hemos llegado en nuestras asambleas de comentarios espirituales —afirmó el Pharaohome—, debido a las manifestaciones de varios espíritus de los Setenta de nuestra Alianza, que actualmente dirigen la evolución de los globos que forman la nebulosa sacada del Cosmos a impulso de sus pensamientos y de su amor. Y así como en vos todo os impulsa a la conmiseración y a la misericordia, en otros, vibra el aliento formidable de la justicia, si bien en unos y en otros la Divina Sabiduría es como luz del sol que va marcando días, horas y minutos.

—Según lo que decís —observó el joven Kobda—, el fondo de mi copa solo encierra piedad y misericordia. ¿Seré capaz de hacer justicia si llegase el momento de que la Ley Eterna me obligara a hacerla?

—Es que la Ley Eterna es inmutable y porque lo es, no entorpecerá jamás el libre albedrío del espíritu. Y al que libre fue para elegir el camino de la Piedad, jamás le obligará a ejercer la justicia, si por justicia hemos de entender esas inmensas expiaciones colectivas que azotan a las sociedades humanas para impulsarlas a la evolución.

“La solidaridad universal es una fuerza tan maravillosa, armónica y uniforme, que en las esferas elevadas es en donde se cumple con mayor perfección y a ello se debe que un Mesías, nunca está solo para realizar sus jornadas de misionero en el mundo de su dirección. Y por lo que ya conocéis de nuestras enseñanzas, sabréis que en todas vuestras etapas terrestres como Mesías, cuando habíais agotado toda vuestra piedad y misericordia con la humanidad a la que llamabais, y a vuestras inmolaciones respondían con el egoísmo y el odio; una ráfaga de la Justicia Eterna pasaba como un vendaval de fuego por encima de aquellos a quienes dejaba insensible el amor y la ternura.

“La ley de la solidaridad universal hace vibrar en tales casos el aliento soberano de la justicia por medio de aquellos de los Setenta de vuestra alianza, a cuyo pensamiento obedecen las legiones de espíritus llamados Destruidores o de la Justicia.

“De Amor, de Justicia y de Sabiduría, sabéis que está formada la corona del gran Atmán, y para esos tres principios soberanos hay auxiliares y agentes innumerables.

—¿Queréis, pues, decirme —volvió a preguntar Abel—, que durante mi vida de encarnado, no me veré en el caso de ejercitar la justicia humanamente hablando, en ningún momento ni para con nadie?

—Justamente, porque apenas se habrá colmado la medida de la piedad y de la misericordia representada por vos, cuando llegará la justicia en pos de vuestros pasos para apartar de vuestro campo sembrado de rosales, los malignos zarzales que podrían impedir su crecimiento. En los eternos caminos de Dios, todo está equilibrado y medido y justipreciado. Y así, antes que vos comenzarais vuestras encarnaciones como

Mesías de este planeta, eran los auxiliares de la Justicia Eterna quienes impulsaban a la humanidad terrestre, incapaz de sentir ni comprender las suaves irradiaciones del amor y de la felicidad.

–Sois un libro vivo Pharahome –le dijo Abel–, y no me cansaría jamás de hojear vuestras páginas; como Bohindra es el Kobda de la armonía y de la belleza, vos lo sois de la metafísica exacta, lúcida y radiante.

“En el fondo de la copa de Bohindra parece dormitar la armonía como tórtola de eternos arrullos, y en el fondo de vuestra copa parece parpadear la luz viva de una lámpara que hace ver desde muy lejos.

“Verdaderamente cada alma es una copa en el fondo de la cual se esconde el destino del ser en su largo peregrinaje a través del infinito.

La corneta de llamada anunció que el ágape había terminado y los Kobdas abandonando en grupos el patio de las palmeras, se dirigieron al puente interior para pasar del edificio a la verde pradera cruzada en todas direcciones por los riachuelos del Nilo, donde los labriegos hacían entonces la recolección de los frutos con que la tierra compensaba sus afanes.

El otoño estaba para terminar y las tareas eran, pues, múltiples. Los Kobdas que gozaban de sus fuerzas y buena salud, iban entrando por pequeñas cabañas de tierra y hierbas, y salían calzados con una especie de suecos provistos de dos aletas de un tejido de fibra vegetal, las cuales se sujetaban por ambos lados de la pierna más arriba de la rodilla.

–Igual que en el Éufrates –exclamó Abel, olvidándose por un momento las elevadas y profundas disquisiciones que le habían ocupado antes–.

“Con vuestro permiso Pharahome, que en este momento me siento también labriego para ayudar a cosechar lo que no he sembrado.

Riendo como un niño se internó en una de las cabañas para proteger su túnica y sus pies con el calzado de los labradores.

–En el fondo de la copa se escondía la piedad, que gota tras gota se derramaba incesantemente. Miradlo –dijo el Pharahome, a los Kobdas que estaban cerca de él. Y todos vieron a Abel descargar de los hombros de un labriego un enorme saco de trigo que apartaba de la era y le ayudaba a llevarlo en peso hasta los graneros.

El Mesías de la piedad y del amor dejó en suspenso en su carroza de luz a la esplendorosa metafísica del Kobda Adonai, con todo de conceptualarla sublime y casi divina, ante la formidable atracción que ejercía sobre él el dolor humano, representado en aquel instante por el labriego ya de edad madura agobiado bajo su carga, que él conceptuaba superior a sus fuerzas.

–Que el Altísimo os pague vuestro socorro, porque ya no podía más –dijo el labriego enjugándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

– ¿Y por qué hacías este esfuerzo demasiado para vos sin pedir ayuda? –interrogó Abel, casi en tono de suave reproche–. ¿Quién os obliga a trabajar más de lo que podéis?

–La gratitud, amo Kobda, la gratitud que es a veces una tirana de nuestro propio corazón. Vos no sois de Neghadá, vuestro acento me lo dice, y además yo no os vi nunca entre los hombres del Santuario –respondió el labriego–.

“Si fueras de aquí sabrías que el viejo Edipo, ni aún trabajando como diez asnos, haría lo que se ha hecho por él. Yo vengo de donde truena el torrente al cual fui arrojado con mi mujer y mis hijos pequeños por venganza entre tribus enemigas, y vuestros hermanos se precipitaron a la correntada arriesgando su propia vida para salvar la nuestra cuando ya casi llegaba a la voráGINE. Mi familia se cansó ya de la gratitud y me abandonaron por no poderme arrancar de los trigales de Neghadá. Veintiocho años pasaron desde aquel tiempo, pero es demasiado poco para la magnitud de mi deuda.

Mientras este breve diálogo, llegó el Pharahome y los Ancianos que le seguían.

– ¡Oh, Edipo, Edipo! –le dijo al verlo–, será preciso atar esas manos para que se aquieten algún día. ¿Por qué te empeñas en hacer más de lo que puedes?

– ¡Oh, Pharahome! ¿Y me lo decís vos? Cuando con vuestros compañeros os arrojasteis al torrente, también hicisteis más de lo que podíais –respondió el labriego con los ojos húmedos de contenida emoción, al sentir la mano de Adonai que le daba palmaditas en la espalda.

–Este hombre debía llamarse “gratitud” –decía el Pharahome hablando con Abel.

–Sí, ya lo sé; me lo ha referido en breves palabras.

– ¿Qué os parece? –dijo–, marchándose de su lado toda su familia, que quiso repatriarse, no hubo forma de que él se decidiera a separarse de aquí.

Abel pensó en la ingratitud de Kaíno y con la voz que temblaba por el sollozo comprimido, dijo:

–Con una décima parte de su gratitud, la humanidad sería cien veces menos desventurada de lo que es. Me acordaré siempre de ti, Edipo, porque eres un ser extraño en esta tierra. ¡Cuánta frescura ha recibido mi corazón bebiendo el elixir que guarda en el fondo tu copa, hombre de la gratitud!... Eres una perla perdida entre el rastrojo –exclamó el joven Kobda abrazando al labriego para volverse al Santuario.

Y él quedó quieto, inmóvil y sereno a la puerta del granero, mirando a los Kobdas hasta perderse en la arboleda que rodeaba el vasto edificio.

Este mismo ser, siglos después sintió que se cumplían las palabras:

“Me acordaré siempre de ti”, porque el Príncipe de la Paz, Krishna, entre cuyos servidores se hallaba comprendido, le eligió entre todos para guardar a su anciano abuelo, el Rey de Madura, de las criminales intenciones de aquellos que querían envenenarlo.

Vidas oscuras y desconocidas de la humanidad fueron siempre las vidas de este ser, en el fondo de cuya copa cantaba madrigales la gratitud.

Edipo el labriego de Neghadá, Manni Isada el guardián de Madura, Numbik el fiel conductor de Thimetis, la princesa egipcia; y Zebedeo, abuelo paterno de Santiago y de Juan en los días de Jesús de Nazareth, marcan algunas de sus etapas terrestres que he podido desentrañar de los eternos archivos de la luz.

101

REMEMBRANZAS

El lector acaso habrá preguntado: ¿Qué hizo Aldis al llegar de nuevo al Santuario de donde salió cuando apenas había nacido Abel?

La emoción fue intensa y viva al visitar aquella terraza donde fueron conducidos con Joheván cuando desembarcaron de la nave pirata y fueron comprados por Zahín. Encontró que en la bóveda que habitó Joheván se había colocado una lámina de piedra con esta inscripción: “Habitación de Joheván hijo de Bohindra, guerrero atlante que emigró de su país para desposarse con Sophía de Otlana de los cuales nació Evana, madre del Verbo de Dios en su actual encarnación terrestre”. Y pasando a la bóveda que fue su morada encontró otra lámina igual que decía: “Habitación de Aldis, guerrero atlante que dejó su patria y su rey para unirse a Milcha esclava favorita de la Princesa de Otlana, de los cuales nació Adamú, padre del Verbo de Dios en su actual encarnación terrestre”.

Aldis se dejó caer en el pavimento de piedra junto a la puerta que comunicaba ambas bóvedas y se entregó a sus recuerdos.

Treinta y cuatro años habían pasado, su cabeza ya emblanquecida, su corazón se había transformado en un tranquilo lago de agua serena, era ya otro hombre, y aquel recinto continuaba igual como la primera vez que lo viera juntamente con su amigo el impetuoso Joheván, que tantas y tantas veces hiciera resonar aquellas losas con sus nerviosos paseos de un extremo a otro, en la espantosa desesperación del proscrito impotente para alcanzar la libertad.

Comparó el negro dolor de aquellos días trágicos de su vida con la serena calma de la hora actual, sintiéndose en deuda con la Bondad Divina,

que forzando su voluntad como humano le había conducido hacia la luz y la dicha que él ignoraba; sintió su alma llena de suave dulzura y rompió a llorar a grandes sollozos.

– ¡Dios... Dios mío! ¡Tú lo sabes todo y el hombre nada sabe, ni aún de la tierra que hollan sus pies!... –exclamaba como un himno de adoración al Atmán Supremo que de tan extraña manera le había llamado al mundo de la Sabiduría y del Amor.

“¡Dios... Dios que llenáis los mundos con tu grandeza y así cuidáis hasta de la más pequeña larva que se arrastra en el polvo! ¡Sueños!... ¡Sueños de la vida, quimeras que pasan en fantástica danza por el horizonte de cada espíritu y que más tarde o más temprano alcanzó su realización en el transcurso de los tiempos! ¿Podía acaso pensar que el oscuro soldado de un rey atlante estaba designado para poner el cimiento de una nueva civilización y menos aún para formar la vida humana que trajera a la encarnación terrestre al hijo de Dios? ¿Qué sabe el hombre de los designios de Dios? ¿Qué sabe el hombre de la grandeza del espíritu, ni de la divinidad de su origen, ni de la esplendorosa realidad de su futuro? ¿Qué sabe el hombre de lo que es la eternidad de su propia vida en el seno del Infinito, si son tan pocos los hombres que se preguntan por qué vinieron a la vida, y qué es el morir y qué hay después de la muerte?”

Sumido Aldis en estas hondas e intensas reflexiones no sintió los pasos de un Kobda, que terminadas sus tareas habituales en los talleres o en los campos, tornó a su habitación, contigua a la que él se encontraba o sea en la que fue de Joheván.

–Es el Pangrave del Bienvenido –dijo en voz baja, pero lo bastante para que Aldis lo sintiera y se incorporara.

–Perdonad, ¿será acaso ésta vuestra habitación?

–Quedaos tranquilo que aunque lo fuera bien veis que más sería vuestra que mía –le contestó el Kobda, que era un hombre joven todavía pues no llegaba a los cuarenta años.

–La vibración de viejos recuerdos parece tenerme atado a este lugar –murmuró sordamente Aldis, como si le costara un gran esfuerzo de su mundo interior.

–Lo he comprendido demasiado al llegar y por eso os he rogado continuéis tranquilo porque no seré yo quien os interrumpa.

–Un hermano nunca es interrupción al hermano, con el cual sabe ponerse a tono de inmediato. ¿No lo creéis vos así?

–Así debe ser entre las sombras vivas de la Casa de Numú. Y como yo sé quien sois vos y vos no sabéis quien soy yo, os lo digo y creo que tendréis placer en saberlo: soy hijo del pirata que os apresó y os condujo hasta aquí hace treinta y cuatro años; me llamo Oskaris y soy natural del país de Adalis.

Aldis dio un paso más hacia él y tendiéndole los brazos le estrechó en ellos, diciéndole:

–El amor salva todos los abismos. Si no fuera un Kobda, de seguro os odiaría; pero he aprendido tanto desde que visto la túnica azulada, que parece no haber quedado en mí ningún vacío en que puedan caber las bajezas humanas.

–No creáis que os hice tal revelación para probar vuestra generosidad, sino para agradeceros el bien que me hicisteis en aquel entonces; yo sólo contaba seis años de edad.

–Yo no recuerdo nada –dijo Aldis, extrañado sobremanera.

–Oídmeme, pues, los dos jefes piratas habían reñido fuertemente en el reparto del botín que habían hecho justamente cuando vosotros llegabais a la costa, y como salió triunfante mi padre que era el segundo de la gavilla, enfurecido el otro nos apresó a mí y a mis dos hermanos para vendernos como esclavos y saldar la pérdida que mi padre le había ocasionado... Cuando mi padre os apresó a vosotros dos y os condujo a la guarida, el primer jefe sintió codicia de la ganancia que vuestra bella presencia prometía, y le propuso el rescate de sus propios hijos a cambio de los dos hermosos extranjeros. Mi padre aceptó en el primer momento y nosotros fuimos devueltos al hogar y vosotros fuisteis propiedad del jefe que os vistió a la usanza del país.

“Pero esa noche los piratas se sublevaron cansados de las arbitrariedades del amo y acaso sublevados por mi propio padre que no se conformaba a perder sus ganancias; y apuñalearon al jefe, tirándolo después al mar.

“Toda esta tragedia en las tinieblas, fue la salvación de vuestras esposas y de vuestros hijos y mi propia salvación. Al reunirse mi padre con nosotros, partió a Neghadá; mi madre cansada de sufrir, huyó de la aldea de los piratas tierra adentro y tanto caminamos, que perdidas las fuerzas nos dejamos caer en la falda de una colina donde brotaba una pequeña corriente sombreada de hermosos árboles. Cuando nos despertamos, había a nuestro lado un hombre vestido de azul que mojaba nuestros rostros y nos daba de beber un licor que guardaba en su redoma.

“Era uno de los Kobdas peregrinos que nos tomó bajo su protección y nos condujo en asnos hacia la población inmediata donde existe un refugio de menesterosos y de enfermos. Y con esto está dicho todo. Mis dos hermanos han formado hogar y viven en Zoar; mi madre y yo vestimos la túnica azulada y aquí me tenéis. Por cariño a vosotros que me salvasteis de la horrible vida sin saberlo, yo pedí habitar una de estas bóvedas y aquí estoy hace diecisiete años.

– ¡Enigmas de vida, arcanos insondables, encontramos a cada paso en

casi todas las vidas, y cuán lejos estamos de resolverlas acertadamente! –exclamó Aldis al oír el sencillo relato del Kobda Oskaris–.

“¿Cómo explicáis vos el haber nacido en una cueva de piratas en esta existencia si por ley divina debíais venir a ser un cultor del espíritu en un monasterio Kobda? ¿Qué elementos buenos podían aportar a la materia que os daban, seres que vivían entre la miseria y el crimen?”

– ¿Por qué elegiría aquellos progenitores y no otros de mayor evolución? Muchas veces he cavilado con hondo dolor en el asunto que motiva vuestra interrogación –respondió el interpelado–, y tanta fue la desazón y amargura que empezó a inquietarme, que tuve que llevar mis cavilaciones a la asamblea de consultas y estudio como la que hemos realizado hoy.

– ¿Y qué sacasteis en limpio?”

– ¡Mucho! Por lo menos lo bastante para que mi espíritu entrara de lleno en una era de lucidez y de paz.

“Yo soy originario de un globo de la nebulosa de Orión y me incorporé a la misión redentora terrestre cuando el Mesías de mi mundo de origen envió una legión de seres de la Justicia a empuñar la segur divina sobre la humanidad terrestre, a raíz del doloroso martirio de Numú, para quien él encendió su lámpara. Yo era entonces un espíritu nuevo y no vine como miembro de aquella legión justiciera sino como un agregado cualquiera que por afinidad con un ser de aquella misión, emprende un viaje al parecer sin rumbo fijo. Entre dichos misioneros o auxiliares de la Eterna Justicia, venía el ser que fue mi madre en mi primera encarnación consciente, que era quien me había hecho pasar desde una especie inferior a la humana. Este ser que siempre tomaba encarnaciones de mujer tenía un poder formidable sobre todos los espíritus que se acercaban en una forma o en otra, y lo ejercía extraordinariamente sobre mí. “Puesto que has querido venir a la tierra conmigo, voy a asociarte a mi obra –me dijo–, pero cuidado que vas a hacer cuanto te diga, y no sueñes con que en este globo vamos a tener vidas tranquilas.

“Si no te sientes con fuerzas para los horrores que vamos a presenciar, quédate más bien, que apenas termine esta existencia yo volveré”.

“Mas, yo hice grandes promesas y me empeñé en venir. Ella encarnó en una populosa ciudad de la orilla del mar Sereno (*como entonces se llamaba el que es hoy Océano Pacífico, y que no tenía ni la tercera parte de las vastas dimensiones que hoy tiene). Aquella ciudad se llamaba Mirtain-Mari que significaba Mirando al Mar, y sus construcciones estaban esculpidas en las rocas vivas que lamían las olas. Allí no se tomaban el trabajo de extraer de la montaña los bloques de piedra para colocarlos unos encima de otros, sino que elegían el trozo de montaña adecuada para el edificio y allí venían primero los picapedreros abriendo huecos

toscamente según un plano convenido, para dar lugar después a los artífices de la piedra a que hicieran surgir de ella: columnas, basamentos, bóvedas o finas puertas, según la magnitud y grandeza de la obra a realizar. Mi protectora nació en el hogar de un notable artista del granito que tenía varias mujeres y numerosas esclavas; yo quise encarnar en la misma madre, pero no pudo ser porque debido a la fuerte aura y vibración del espíritu, aquella mujer quedó grandemente extenuada y fue esa su última hija; aunque no perdió la vida hasta varios años después.

“Nací al año siguiente en una sierva de aquella mujer y nací también mujer.

“Mi evolución de entonces no me permitía elegir yo mismo mi camino, pues bien sabéis que por mucho tiempo el ser encarna y desencarna, vive y obra bajo tutela hasta que llega a estar capacitado para ser señor de sí mismo.

–Sí, es así a la verdad –respondió Aldis–, pero lo que no alcanzo a comprender es cómo y cuándo habéis leído esta interesante historia de vuestros más remotos orígenes. ¿Lo visteis en las manifestaciones radiantes de la Mansión de la Sombra?

–No; ya sabes que en ellas sólo se nos pueden manifestar pasajes breves y rápidos. Llevo seis años de archivero, en el cual entré siendo notario mayor del archivo nuestro hermano Eladyos, que durante la comida hablaba con el Bienvenido, fue el que me hizo encontrar mi propio rastro en la perdida Lemuria, al repasar la obra de Justicia realizada en dicho continente por la legión aquella de la cual formó parte mi guía espiritual. Hoy soy uno de los diez notarios auxiliares y creedme que estoy realizando tal aprendizaje que he llegado a desear vivir otro siglo más para salir de esta vida con el mayor caudal de conocimientos posible.

– ¡Qué hermoso es todo esto! –volvió a exclamar Aldis–. El amor humano y el ansia de encontrar a mi hijo en la tierra, me hizo salir de aquí cuando apenas había comenzado mi aprendizaje en la vida Kobda y en los monasterios Misioneros como La Paz, no teníamos el tesoro de un archivo como éste, ni disponíamos de tiempo para dedicarnos tan de lleno a este trabajo.

–Cada abejita en su tarea, hermano Aldis –díjole Oskaris, palmeándole el hombro–. Si venías a ser Pangrave del Hombre Luz, no podías ser un archivero en Neghadá. ¿No es así?

–Así es, y ojalá haya sido un digno abuelo de tal nietecillo. Continúad vuestra narración que me interesa mucho.

–En Mirt-ain-Mari y países vecinos había derramado la semilla de la Verdad, Numú el divino pastor, y cuando las muchedumbres de enfermos y doloridos fueron apologistas del hombre maravilloso que con el agua de la vertiente curaba todas las enfermedades, en Mirt-ain-Mari

fue cruelmente sacrificado cuando su doctrina y su palabra dijo a los poderosos de la tierra: “No tenéis derecho de haceros adorar como dioses por vuestro pueblo entre los cuales hay innumerables seres que os harían honra si os tomasen como siervos”.

“Y dijo a los pueblos: “Perded la vida, si la vida es el precio puesto a la conciencia, pero no adoréis jamás a ningún ser o figura de ser, aunque sea un rey tres veces rey”.

“Era pues, en Mirt-ain-Mari donde los espíritus de la Justicia debían esgrimir la divina segur para que el terror y el espanto, hicieran comprender a aquellos espíritus aletargados que habían colmado la medida de la misericordia Divina. Y que lo que no realizó en ellos la piedad y el amor, debía realizarlo la justicia en un momento dado. La legión justiciera entró en acción y habiendo nacido sus miembros en diversas posiciones y en campos de acción relacionados, fácil les fue dar la gran sacudida, valiéndose cada cual de la situación que había elegido. La gran mayoría de ellos había nacido en familias de mineros, de picapedreros o de modeladores de cobre y de la piedra. Diríase que era una expiación de piedra la de aquella hora solemne. Por errores de táctica o descuidos involuntarios al parecer, aquellos países fueron víctimas de hundimientos espantosos, que empezando en las minas que rodeaban las grandes ciudades, alcanzaron también a éstas que estaban labradas como se sabe en trozos de las mismas montañas. Las gentes que no perecieron en la catástrofe, padecieron el hambre, la desnudez y la epidemia, pues envenenadas las aguas por los gases y los óxidos emanados de las minas derrumbadas, el dolor no tuvo límite durante cincuenta lunas consecutivas.

“Mi espíritu protector y yo, que éramos de edad madura, nos liberamos de la vida física muchos años después del cataclismo, debiendo también sufrir miseria y privaciones en que se vio envuelto el país. En aquella situación nos libró de perecer de hambre un guardián de cerdos que por ayudarle a cuidar sus bestias nos daba de comer malamente, pero al fin nos daba.

“Ese hombre fue mi padre de esta vida que desde aquel entonces me tomó cariño y me siguió. Yo quise regenerarlo en esta vida actual lo mismo que a mis hermanos y a mi madre, con los cuales tuve muchas vinculaciones.

“La Bondad Divina me concedió el éxito con algunos de estos seres, mas no para con mi padre que hasta la muerte vivió subyugado por el afán del oro que tanto lo dominaba.

“Explicaos por qué he nacido en una guarida de piratas; y cómo estoy ligado a espíritus de la Justicia, la he hecho también con el autor de mis días y cuando cayó prisionero por un asalto que hizo abordó, pude salvarlo del calabozo y fui a visitarle, mas viéndole insensible a mis razones para

obligarle al arrepentimiento y a devolver los bienes que había usurpado a sus víctimas, y como él se negara en absoluto, no he querido pedir piedad a nuestro Thidalá, sino dejé que muriera en la prisión para que el dolor le ayude en el espacio a seguir el camino hacia la Luz.

– ¡Sabiduría!... ¡Sabiduría! ¡Grande y hermosa eres y qué poco te buscan los hombres! –exclamó Aldis–. Llevadme por favor al archivo, que quiero dedicarme a él los días que permanezca en Neghadá.

–Si me lo permites, seré en él vuestro guía, porque quien no está habituado a recorrerle, se pierde allí como el que entra en una selva desconocida –dijo Oskaris, andando ya seguido de Aldis.

–Me habéis adivinado el pensamiento –contestó éste–, pues hace veintiséis años que falto de aquí, y las pocas veces que estuve en el archivo fue acompañado de Zahín que pronto será en La Paz uno de nuestros Libros Vivos.

– ¿Cómo? ¿Está así de agotado y de envejecido?

– ¡Mucho! Lleva ya cuarenta y cinco años secundando a Bohindra en sus trabajos de curaciones de enfermos mentales.

–Cinco años más de los que yo tengo de vida física lleva él de sacrificarse por los demás –exclamó Oskaris–. Yo no lo conozco sino de nombre y por sus vidas que fueron casi todas copas rebosantes de amor y lirismo. Tenéis en La Paz tres espíritus de los Amadores Venusinos que cantan hasta cuando lloran: Bohindra, Zahín y Joheván.

–Que ahora no es Joheván, sino Mabi, una joven impetuosa y alegre que se mueve como una ardilla –repuso Aldis–. Hasta el momento actual, no revela su origen venusino, pues ha nacido bajo la influencia de Saturno y éste neutraliza a Venus.

–Dejad que pase un tiempo más y venga un gran dolor a sacudir su vida. A los de Venus no hay como el dolor para lanzarlos de un vuelo por su verdadero camino. Ya estamos en el archivo.

Ambos entraron en el inmenso recinto que era como la historia humana interplanetaria. La tarde era clara y serena, y Oskaris abriendo los grandes ventanales que daban a la pradera inundó el recinto de amarillenta luz. Era justamente el momento en que Abel seguido de un inmenso grupo de Kobdas volvía de su excursión de los campos de labranza.

–Mirad –dijo–, un jirón de cielo azul entre montañas de nieve. –Aludía a la juventud y a la túnica azulada de Abel, y a los cabellos y túnicas blancas de los ancianos que le rodeaban–.

“¡Cuánto he debido padecer para que la Eterna Ley preparase su venida! –exclamó el Pangrave, mirando a distancia la gallarda figura de su nieto, cuyo amor le tenía absorbido por completo.

–Mejor que vos lo sé yo. Mirad –dijo Oskaris, tomando un gran rollo de papiro y extendiéndolo sobre un caballete de madera donde iban

desenroscándolo para facilitar la lectura. En la parte de la izquierda que servía a la vez de cubierta y que era de piel de antílope curtido en blanco, se leía en gruesos caracteres: “Aldis”. La escritura se hallaba hecha en dos porciones en sentido horizontal, la una decía: “Pasado”, la otra “Futuro”.

–En la primera acaso podáis rectificar algo o añadir a los datos de los notarios –dijo Oskaris.

–¿Y en la otra? –preguntó Aldis.

–Otros serán los que escriban cuando este nombre Aldis, sea sólo un recuerdo como todos esos nombres que veis, que fueron tan vuestros como el que ahora lleváis.

“Ahora os dejo solo ante este monumento que vos mismo habéis levantado en el transcurso de los siglos. Sé por experiencia que los testigos son inoportunos cuando el alma se asoma a la entrada de su eterno camino y empieza ansiosa a desandar lo andado.

“Sola ante lo infinito el alma canta y llora mejor. Hasta luego, pues. –Y sin esperar respuesta Oskaris se retiró.

La emoción de que Aldis se sintió sobrecogido no lo dejó articular palabra, y con sus ojos como entornados por el recogimiento que le invadía, comenzó a leer pausadamente la parte final que estaba escrita.

“Nació en las orillas risueñas del Avendana, el río más caudaloso que circundaba el país de Otlana, que acababa de hundirse bajo las aguas del mar. Hijo de un hombre de armas de nombre Sario y de una doncella llamada Calia, fue alistado en su juventud entre los guardias del soberano Nohepastro de Orozuma, que unió por conquista el antiguo país de su raza al floreciente principado de Otlana.

“Huérfano de padre a los catorce años vivió del amor de su virtuosa madre los primeros años de su juventud, hasta que otro amor intenso y hondo absorbió su alma toda. Tenía la hija del rey Nohepastro, Sophía, una esclava favorita dotada de grandes encantos y de sobresalientes virtudes, Milcha”...

–Milcha –exclamó Aldis, sin poderse contener, y doblando su frente dejó caer su cabeza sobre el papiro desenrollado para que sus labios sollozantes encontraran aquel amado nombre que palpitaba vivo aún en el fondo de su corazón.

Lector amigo, dejémosle sumergido en el sugestivo mundo de sus recuerdos más íntimos que acaso sea también indiscreto acompañar esa alma a encontrarse a sí misma en el infinito seno de la eternidad.

Dejando a Aldis en el ángulo del archivo, sigamos al ángulo apartado del vasto recinto, donde otros dos Kobdas acababan de extender sobre otro caballete de encina, un rollo de papiro cuyo oscuro color hacía pensar en sus muchos años y en cuya cubierta exterior se leía “*Vesperina*”.

Aquellos dos Kobdas son Abel y Eladyos que viene a servirle de guía en aquella inmensa enciclopedia, cuyo escenario abarca los múltiples globos que forman el Universo visible desde la tierra.

Lo extrajeron de entre los casilleros con puertecillas color naranja, donde estaban separados los rollos pertenecientes a espíritus llegados a las distintas escalas de ascensión del Mesianismo. El rollo que Abel contemplaba tenía el número cinco, lo cual indicaba que el espíritu protagonista había llegado a su quinta encarnación mesiánica.

Cuando el planeta tierra y sus vecinos de sistema no habían salido aún de la nebulosa que sólo se diseñaba como un jirón de velo flotante en la inmensidad, Vesperina surgió como un lirio blanco en Sirio, cuyos habitantes lo llamaban Man-lux que significa “Madre-luz”. Alma gemela de Numú, reconocía el mismo origen.

Un mismo ser superior les había sacado de los planos de la inconciencia en las especies inferiores, guiándoles hasta introducirles en el augusto Santuario de la conciencia, del libre albedrío, de la soberanía de la voluntad, y de la realeza del amor. Y dócil a aquella Inteligencia guía, después de innumerables milenios de siglos habían llegado adonde ella les impulsara y a donde por la ley debían llegar: a estrellas de primera magnitud en la inmensidad, en la cual habían entrado a ser creadores, redentores, conductores de humanidades.

–Estudiar a Vesperina es estudiar pasajes de Numú –dijo el Anciano Kobda al joven Abel–, de igual modo que si tomáis el rollo de Numú os encontraréis con pasajes de Vesperina.

“No obstante ambos espíritus realizaron vidas y misiones separadamente, pues ninguna ley les obligaba a encarnar siempre juntos, aún cuando ordinariamente lo están en estado espiritual; puede decirse que realizaron su evolución a medida que su propio planeta de origen, y que hubieran desempeñado allí mismo su primera encarnación Mesiánica como de ordinario ocurre, si no hubiera tenido lugar una formidable coalición de esos planetas transformando su atmósfera, su éter, sus condiciones de vida en forma que la humanidad que debía habitarlos era de un grado de adelanto que no necesitaba tutela inmediata.

“Es así como nuestra limitada inteligencia alcanza a comprenderlo por hoy. Acaso en un lejano futuro, nuevos conceptos de Dios y de la eternidad de las almas nos permitan leer con mayor precisión en el gran Enigma; pero las actuales condiciones de vida en la tierra no nos permiten ir más lejos.

“Os dejo para que extraigáis de esta copa de cristal, toda la ambrosía que ella guarda. –Y el anciano se retiró.

Abel había reconocido a Aldis en el Kobda silencioso que en el opuesto ángulo del archivo inclinaba su frente sobre el papiro guardador de

secretos y más de una vez creyó oír hondos suspiros comprimidos, como voces quedas del alma que se queja, que gime y que cae vencida y de nuevo se levanta llena de esperanza y de ilusión.

– ¡Almas y almas que se encuentran! –exclamó Abel–, corriendo por parecidos caminos empujadas por el dolor, como formidable acicate, y atraídas por el amor y la felicidad, esas divinas mariposas que persigue el espíritu como el niño a la flamante crisálida por los senderos tortuosos y verdeantes del jardín.

Y doblando también su frente juvenil sobre el papiro comenzó a leer una especie de dictado que el espíritu de Vesperina había dado a Ben-Nilo, uno de los diez Fundadores, durante el cuarto siglo del monasterio de Neghadá.

Aquel dictado contaba ocho siglos y había sido escrito en las tres variaciones del lenguaje que se había introducido a medida que se iban perfeccionando y ampliando las formas de expresión. Abel leyó naturalmente la última que era la que comprendía.

El dictado comenzaba así:

“Ben-Nilo, hermano mío. Te llamo con este nombre que señala tu vida de mayor sacrificio y que recuerda el comienzo de una obra de luz en la que unido a mi alma gemela he actuado también entre el dolor y la inmolación.

“Tu patria de origen es esta Venus y voy a traerte en alas del pensamiento a este globo donde la Eterna Ley me ha traído para ayudar a esta humanidad más consciente que ésta en la cual tanto padecéis.

“El amor Universal empieza aquí a florecer en la mayoría de las almas y pasando mi anterior encarnación Mesiánica, he visto desde el espacio desaparecer los presidios y las duras penalidades usadas en esa tierra como medio de corrección o aprendizaje.

“Saliste de Venus cuando el dolor y el egoísmo reinaban todavía y volverás a ella, cuando las ciudades no estén defendidas con murallas, ni las casas con portadas, ni las arcas con cerrojos y encontrarás esta patria tuya llena de huertos deliciosos, que tú no has plantado y que te ofrecen sus frutos. Grandes pórticos abiertos a los cuatro puntos cardinales te señalarán la entrada a sitios de reposo. Cualquier hogar será tu hogar y su fuego te dará luz y calor. En todos los campos podrás sembrar y en todos recoger.

Estoy encarnado en una ciudad edificada en la falda de una colina. Mis progenitores han desencarnado y como soy joven aún, trabajo como los demás en los campos del Padre Celestial. Soy pintor y mis creaciones señalan a la humanidad venusina las bellezas del Universo conocidas por mí. Me desprendo en espíritu y vuelto a la vida material plasmo en murallas o en lienzos lo que he recogido en el sueño,

pues debo ir hacia los pórticos de reposo de su ciudad, con pinturas mías que les reflejen claramente vidas planetarias de diversos globos. Cuando esbozo vidas terrestres, el alma de los venusinos se llena de inmensa compasión y los más abnegados y sedientos de sacrificios y de amor, buscan encarnaciones en esta tierra vuestra para apresurar allí la llegada del amor. Y ahora que vuelvo de hablar contigo hacia mi plano físico, correré a buscar mis pinceles para diseñar en los muros de los pórticos, bajo los cuales he reposado este instante, un cuadro de inmensas proporciones que llamaré “Cuando florezcan los rosales”. Pasaje de la vida de nuestra hermana Tierra. Y esbozaré los hombres y mujeres de vestido azul, abriendo con afanosa ansiedad surcos y más surcos, donde van plantando tiernas ramitas de los rosales de amor de Numú. Y allá en un plano más distante, vosotros los diez primeros, de pie sobre una montaña de piedras grandes y pequeñas que con inaudito esfuerzo apartasteis del camino, para que vuestros continuadores realizaran la hermosa plantación.

“Ben-Nilo, hermano mío, para las almas que se aman no existe la distancia ni el tiempo, ni tiene sentido el adiós; por eso te digo: hasta luego.

“Aunque aquí me llamen Asulino, el divino pintor, para ti soy siempre la misma, aquella que Numú amaba... Vesperina”.

Abel se sentía impregnado de una suave dulzura como si alondras invisibles tejieran en torno suyo una sutileza de armonías y continuó leyendo.

Era un dictado de Karnain, uno de los diez que lo había dado desde el espacio a Pap-Hiros que estaba en la materia. Narraba en él, algo de la vida de Vesperina y la de Numú. El dictado comenzaba:

“Pap-Hiros mi viejo compañero. Tu vocación y tus lágrimas me han llamado desde larga distancia y para consolarte en tus grandes desilusiones extraigo del seno infinito, un poema de amor que te levante un instante siquiera de las tinieblas de tu prisión a los esplendores de una aurora resplandeciente: “El magnífico pincel de la luz esboza en primer término una inmensa ciudad de piedra, labrada como todas las capitales lemures, en grandes trozos de montaña. Los frontispicios son todos, enormes estatuas de gigantes que dándose las manos unos con otros forman una serie de columnas esculpidas en alto relieve, en la roca viva que sirve de muro exterior. Las cabezas de los monstruosos gigantes son como almenas de aquellos ciclópeos edificios. En los huecos que forman de hombro a hombro las manos unidas, se abren profundas ojivas en los cuales se asoman los habitantes de la extraña morada. Por una de estas ojivas asoma el busto de una bellísima criatura que es la hija del poderoso magnate. Es ella, el milésimo vástago de una

dinastía secular. Su padre domina en vastas regiones y no encuentra un rey digno de aquel tesoro.

“Tanto la ama, que edificó un templo con un magnífico altar donde quiso que subiera con él su hija para que reciba la adoración de su pueblo según la costumbre. Mas la hija adorada se sentó sobre las rodillas de su padre la víspera de cumplir la edad para la magna ceremonia y dijo al autor de sus días:

“–Padre mío, mucho te amo pero no subiré contigo al altar sagrado.

“– ¿Por qué?

“–Porque tú y yo y todos los reyes por grandes que sean, somos de igual naturaleza que el último de nuestros siervos. Nuestros esclavos como nosotros, también sienten el hambre, el frío, el sueño, el dolor y la alegría lo mismo que nosotros. Mueren como nosotros y sus cuerpos se pudren bajo la tierra o se desmenuzan por el fuego igual que nosotros. Su sangre es roja como la nuestra y no hay ninguna diferencia entre ellos y nosotros en cuanto al cuerpo. Y en cuanto a ese principio inteligente que piensa y ama, que impulsa o retiene, que crea y obra, tampoco la hay. Tenemos siervos músicos, pintores, otros que manejan el cincel y el buril y otros que cantan divinas trovas que nos hacen llorar. ¿Por qué, padre mío, han de adorarnos como a dioses, si nosotros aunque seamos poderosos, no somos Dios? ¿Puede un rey crear una estrella? ¿Puede un rey crear una flor o un insecto o una avecilla, ni una larva siquiera?

“Padre mío, yo no subiré al altar a vuestro lado, porque moriría de vergüenza y de dolor viendo al pueblo arrodillado ante mí y a los sacerdotes quemando incienso a mis pies.

“Si me amas y quieres mi felicidad, mandad encender una antorcha sobre el altar y nosotros al pie de esa luz digamos al pueblo:

“A Dios no se le ve, pero está simbolizado en esa luz hermosa que nos alumbra y en toda claridad que encontréis en vuestro camino. Vuestro rey adora junto con vosotros al Dios Luz.

“– ¡Estás loca, hija mía! ¿A quién oíste tan extraña doctrina?

“–No lo sé, pero yo puedo asegurar que alguien la escribió bajo la cúpula de mi frente. El pueblo te aclamará con delirio, el pueblo te amará como a un padre, el pueblo correrá en pos de ti, si mañana al sol del mediodía haces como te digo. –Y el rey lemur hizo como su hija quería, y el rey lemur era el espíritu de Ben-Nilo a quien tanto ama Vesperina.

“Treinta lunas después, debía el rey lemur casar a su hija y un desfile de príncipes pasó ante ella buscando su amor, mas ella ante ninguno asomó su hermoso rostro, oculto según costumbre tras las rejas de pórfidos y marfil.

–Hija mía, no sé a quien más traerte. –Dijole su padre.

–Espera, padre mío, a la otra luna que aún hay según la ley, dos lunas más para elegir.

Antes de llegar la siguiente luna, Vesperina asomada a la ojiva de su morada vio pasar un pastor que llevaba en sus brazos un corderillo enfermo y bajando al jardín lo llamó:

– ¿Quién eres bello pastor?

–Soy Numú, vuestro siervo.

–Venid que hay para vos un regalo. –Y llamando a su madre, la cuarta esposa del rey lemur le dijo–: vestidme a este pastor con las galas de un príncipe, porque lo es de verdad, sino que le gusta ser siervo.

Y cuando estuvo engalanado le dijo: –Entrad en esa morada que allí espera el rey para verte.

Desde la reja de pórfito y marfil, padre e hija miraban.

– ¿Qué os parece, padre?

– ¡Bellísimo, soberbio, algo digno de ti, hija mía!

–Pues a éste le amo y no a ninguno de los otros.

–Pero, ¿quién es este hermoso príncipe y cómo ha venido?

–Lo han traído los genios tutelares de Mirt-ain-Mari para engrandecer tu casa, padre mío, y llenar de gloria tu dinastía.

Y los cortesanos y magnates que habían ido llenando el recinto, vieron descorrerse la ventanilla de la reja llamada de los esponsales y asomar el bellissimo rostro de Vesperina que decía: –Los genios tutelares de Mirt-ain-Mari te han traído, hijo del sol y de la luna, porque eres tú el que mi corazón esperaba. –Y le tendió sus manos. Dos viejos ministros del rey se acercaron hacia el que había elegido y unieron sus diestras hasta que entrando el padre solemnemente atravesó su mano en forma de cruz sobre las manos unidas de los jóvenes, mientras decían a coro:

“–Que el elegido de la hija de cien reyes sea elegido de los dioses. –Y resonó por todos los ámbitos de la ciudad–: La princesa Vesperina ha elegido esposo a un príncipe venido de tierras encantadas, sin guerreros ni armamentos.

“Los viejos cortesanos guerreros y hombres de armas habían deseado grandemente el casamiento de la hija mayor del soberano con un príncipe de lejanas tierras y desconocido en el continente porque deseaban desmembrar la vieja dinastía en pequeños dominios, para ser ellos dueños y señores de una porción de tierra y de pueblo. La avaricia y la ambición sirvieron de auxiliar a la Eterna Ley que buscaba unir aquellas dos almas que se amaban desde la eternidad.

“Cuando se encontraron solos Numú y Vesperina para que se prodigaran las primeras palabras de amor según la costumbre, él le dijo con infinita dulzura:

“—Yo te había visto en mis sueños, y como a un sueño te amaba. Pero no acierto el porqué del engaño que has hecho al rey tu padre y a todos tus cortesanos. Yo no soy sino un pastor y desconozco mi origen. Sé que nací de una madre muy bella y muy triste que sentada conmigo en las rocas de la orilla del mar, miraba siempre a lo lejos sobre las olas y decía: “No viene..., no viene”. Ese que nunca vino debió ser mi padre que era marino y que partiendo de su castillo de roca a un largo viaje, no regresó jamás.

“¿Qué te puede ofrecer Numú el pastor a vos, hija de los cien reyes, gloria de Mirt-ain-Mari?”

“Antes que Vesperina pudiera contestar a tan acertadas observaciones, las vibraciones de la luz y del éter fueron gobernadas por las sutiles Inteligencias que habían propiciado la unión terrestre, la atmósfera se tornó resplandeciente como si manos invisibles hubiesen desparado polvo de topacio amatista, y desdoblados ambos en su anterior personalidad, se contemplaron como espíritus de una vieja alianza, y exclamaron al mismo tiempo: — ¡Juno! — ¡Vestha! —Y se confundieron en un estrecho abrazo. Ya eran inútiles las preguntas, las explicaciones y las respuestas sobraban.

Y cuando después el rey contemplaba la firma que en la gran placa de piedra blanca estampaba su yerno, debajo del nombre de su hija pudo leer: “Numú, hijo de Sirio de Man-lux el país de las quince lunas”. Y el rey lemur que no sabía de otro país que el suyo y los que le rodeaban, exclamaba entusiasmado y convencido de una gran verdad: —El esposo elegido por mi hija es el más grande de los príncipes de la tierra”.

Aquí había llegado Abel en la lectura del rollo de papiro que guardaba los secretos de Vesperina, cuando llegó a sus oídos el preludio del Himno de la Tarde, que debían cantar a coro todos los Kobdas, según la costumbre establecida; cada cual debía salir a los patios o a las terrazas desde donde pudieran ver la puesta del sol y desde allí acompañar a los cantores.

Aldis y Abel se encontraron, pues, en el gran ventanal que se abría hacia una terraza del patio de las palmeras.

Era imponente el himno del atardecer en Neghadá, acompañado por más de doscientos instrumentos musicales y setecientas voces de hombres que lo coreaban.

Aldis ya conocía esta emoción, pero para Abel fue nueva completamente.

—Pangrave... —dijo a media voz cuando las últimas vibraciones parecieron diluirse en el éter sonrosado del ocaso—. ¡Estoy como entre el cielo y la tierra, estoy saturado de Eternidad!... ¡Cuánto daría por dejar mi vida en este instante!

–Hijo mío, si a tus veinte años pronuncias tales palabras, ¿qué diré yo con el cansancio de mis años y las ansias de eternidad que ellos mismos despiertan en mi ser?

–Pangrave; no es por cansancio de vivir, sino por ansias de vivir. La vida física es el vivir de la crisálida. La vida espiritual es el vivir de la mariposa de alas sutiles y ligeras que le permite rondar a su voluntad, en exploraciones en la penumbra de los jardines silenciosos y de las flores adormecidas.

–Pidamos a la Ley Eterna permiso para partir –exclamó Aldis como sumergido en un delirio producido sin duda por la poderosa vibración del pensamiento de Abel, y tomando a éste de la mano como si sólo fueran dos espíritus que iban a emprender un vuelo a la inmensidad.

–No, Pangrave, no es la hora ¡Yo sé que no es la hora!

– ¿Por qué, hijo mío?

–Porque yo no he padecido nada; apenas si he visto de lejos la miseria humana porque todos habéis sembrado de amor y de ternura mi camino.

“Esperad, Pangrave, que mi corazón se estruje y sangre, esperad que me puncen muy hondo las espinas de la maldad humana; acaso después de eso se haya acercado la hora de la libertad.

Aldis exhaló un hondo suspiro y murmuró:

–Hasta luego, hijo mío –y se alejó lentamente hasta llegar a la bajada de la escalera, por donde desapareció. Abel volvió al archivo y sentado nuevamente ante el gran caballete de encina se dispuso a continuar la lectura.

102

EL NIDO EN LA CRUZ

Tal era el epígrafe de la parte del grabado que iba a leer y comenzaba así:

“A las diez lunas del desposorio de Vesperina, el anciano rey se emancipó de la vida material siendo él una de las primeras víctimas de una epidemia que se había desatado en toda la comarca. Los hijos mayores, todos habían perecido en diversas acciones guerreras o vilmente asesinados por una mano oculta que parecía querer exterminar la dinastía. Los viejos ministros y antiguos guerreros del rey, se preguntaban secretamente los unos a los otros, cuándo sería que Numú se llevaría a su esposa a sus dominios de las quince lunas, y un gran disgusto se apoderó de ellos cuando a la muerte del rey, les encontraba allí afanados en construir hospicios para recoger a los atacados de la peste.

“Cuando pasaron los cuarenta días de riguroso silencio, en que el pueblo velaba por turno y con antorchas encendidas en la cámara mortuoria, los ancianos de la corte dijeron a Numú y Vesperina.

“– ¿Qué hacemos?

“–Cuidar de los enfermos y enterrar a los muertos –les contestó Numú–. ¿No veis cómo el aire de la ciudad huele a cadáveres putrefactos?

“Nada hacemos con iluminación de antorchas al alma de nuestro rey que ha pasado al seno de Dios. En cambio habríais impedido el avance de la epidemia si nos hubierais acompañado vosotros y vuestros siervos a separar los enfermos de los sanos y a dar sepultura a los muertos.

“–En Mirt-ain-Mari no se oyen jamás palabras semejantes en la boca de un príncipe –le contestó airado el más superior de aquellos magnates.

“–Pues oídlas ahora que el pueblo se está muriendo –díjole Vesperina con severidad y demostrando estar conforme con su esposo–. Y como no necesito que me pongáis el águila de oro en la cabeza para saber que soy yo quien manda aquí, os digo que si queréis seguir en vuestro puesto, miréis a Numú como a mi padre y si no, idos a vuestras casas que yo buscaré servidores fieles.

*“Los ancianos se inclinaron profundamente en señal de sumisión; pero la gran batalla estaba planteada entre los jóvenes príncipes y el viejo y corrompido elemento fanático y envidioso que desde muchos años venía minando la dinastía secular de los Hakiosrais (*origen de los Toltecas de la Atlántida y de los Kavya Amida del Altái).*

“Los príncipes no se cuidaron ni poco ni mucho del descontento de sus cortesanos y formaron su programa de gobierno y de actuación tal como entendían ser justo y equitativo.

“La magnanimidad y la misericordia en el corazón de los poderosos; la honradez y la lealtad en el alma de los pequeños. Tal era la moral y síntesis como lógica implantada por los nuevos soberanos.

“Numú quiso que viera Vesperina su morada de pastor en lo alto de su montaña y dejando secretamente su palacio amurallado de gigantes de piedra, disfrazados de pastores, salieron a la campiña por el estrecho camino subterráneo que salía de la cama real, atravesaba por debajo de una mole de granito en que estaba labrada la regia mansión, e iba a salir a un vallecito, entre dos colinas que formaban como una profunda garganta completamente inaccesible a todas las miradas. Allí les esperaban dos asnos aparejados para realizar con más comodidad el corto viaje en la penumbra del amanecer. Numú encontró más bella a Vesperina con la saya azul y la blanca cofia de anchas alas que usaban las mujeres e hijas de los pastores.

“¡Cuánto daría porque no fueras princesa, sino una pastora para que en la quietud de mis montañas cantáramos a Dios que vive y palpita en el gorjeo de los pájaros, en el rumor de las fuentes y en el aroma de las flores silenciosas!

“Después de un breve andar llegaron a la orilla del mar, a una deliciosa pradera que se abría en un círculo de montaña cubierta de gigantescos árboles.

“– ¿Dónde está tu casa? –preguntó ella–.

“–Es ésta –contestóle, señalando una mole de piedra desnuda que aparecía sobre un fondo de oscuros abetos.

“–Parece un monumento funerario. ¿Quién lo construyó?

“–No lo sé. Aquí desperté a la vida, aquí murió mi pobre madre y aquí estoy.

“Sé por ella que mi padre se ocultó aquí huyendo de una persecución a muerte que le hacía su propia familia, y ella suponía que debía ser templo de alguna antigua religión, pues al pie de esa colina hemos descubierto una aldea que debió ser devastada por un incendio casual o provocado.

“Habían llegado al pie de aquel extraño edificio que en aquella lengua se llamaba Crosfua o sea lo que nosotros llamamos cruz. Era una enorme cruz de piedra labrada en un trozo de montaña al igual que los edificios de las ciudades; su pilar vertical tenía en nuestras formas de medida siete metros de diámetro y diez de altura y su travesaño de igual grosor, pero de unos seis metros de extensión a lo sumo. En el sitio donde ambos travesaños se cruzaban, tenía una cavidad bastante espaciosa con una puertecilla de entrada, y una ojiva hacia el lado opuesto. Por dentro de aquella mole, bajaba una escalerilla labrada en la misma roca que iba a salir a la pradera justamente al lado de una pequeña vertiente, donde Numú hacía abreviar sus ovejas que allí pastaban mansas y quietas en ese instante.

“Hacia lo alto de aquel extraño templo se podía trepar por pequeños huecos labrados en el interior de la roca, cuya planicie superior era naturalmente cuadrada de cuatro por cuatro que era el espesor de la columna central de la cruz.

“– ¡Qué extraña vivienda! –exclamó Vesperina–. Nunca vi nada semejante. No sé por qué al contemplarla me invade un profundo sentimiento de pavor y casi de espanto. ¿Y tú vivías contento aquí?

“– ¿Y cuál es el ser que está contento en la tierra así viva en palacio dorado? Esta roca está saturada del dolor y las lágrimas de mi madre; saturada también de mis pensamientos audaces y de mis anhelos que yo mismo calificaba de quimeras e ilusiones. ¿Te espanta Vesperina mi nido en la cruz de piedra?

“– ¡Mucho!...

“–No hay motivo. Mira. –Y haciéndola subir a la plana superior la hizo contemplar el mar que parecía una lámina de amatista con el dorado resplandor del sol naciente. De los abetos de oscuros follajes se derramaba una oleada de armonía de los pájaros que anidaban en ellos. Las ovejas como copos de nieve que pastaban en la pradera y una multitud de flores silvestres llenaban el césped del brillante colorido, como un inmenso tapiz que se perdía en las arenas de la costa.

“–La cruz simboliza la inmensidad del Altísimo que todo lo domina, me decía mi madre, y por eso sus extremos señalan lo alto, lo bajo, hacia el oriente y hacia el poniente.

“Y los sacerdotes y reyes de las muchas religiones daban esa forma a la montaña que elegían para altar de adoración al Ser Supremo, y a la vez lugar de enseñanza y de ejercer justicia con sus penados.

“– ¡Qué larga historia guardará esta cruz y qué de tragedias habrán contemplado sus frías aristas! –exclamó Vesperina contemplando la inmensa mole grisácea.

“– ¡Lágrimas humanas, gritos humanos, súplicas humanas y a veces martirios sangrientos humanos! –contestóle Numú–. ¿Acaso los palacios de los reyes y los templos más suntuosos no tienen la misma historia trágica de dolor y de llanto?

“De las cabezas de piedra de los enormes gigantes que amurallan nuestro palacio de Mirt-ain-Mari, ¿no fueron arrojados contra las losas del pavimento centenares y millares de hombres como pena por delitos reales o imaginarios?

“– ¡Cierto... cierto!..., donde hay hombres hay dolor y crimen, tragedia y lucha. Acabarás por convencerme que tu nido en la cruz ha visto menos horrores que el palacio que me vio nacer en que tantos días felices he pasado y donde flota el aire de gloria y de amor, desde aquella tarde que te vi pasar con tu corderito entre tus brazos. Cuando los hombres de la corte nos acosen con sus hipócritas adulaciones y con sus bajas intrigas, volaremos como dos tórtolas a tu nido en la cruz. ¿Te gustará así?

“–A tu lado amada mía todos los nidos son de seda y pétalos de rosas.

“De este divino idilio de las almas que se comprenden y se aman, los sacó de pronto el galope de un caballo que se acercaba por momentos. Era Gualvo, el más fiel esclavo del viejo rey, el único que sabía el lugar en que los príncipes se habían refugiado. Les traía la noticia de que los viejos ministros habían declarado una abierta rebelión contra ellos, que habían sublevado a las tropas comprándolas con el oro de las arcas reales y que tenían todas las entradas de la ciudad con vigías

encargados de tomar vivos o muertos a los príncipes, si trataban de entrar.

“—¿Qué hacemos?—dijo Numú aterrado, no por él, sino por ella, que era una delicada flor de invernáculo.

“—Cuidar a los enfermos y enterrar a los muertos, te contesto yo, como tú dijiste a los ministros el día que te interrogaron con las mismas frases que lo haces tú ahora. ¿Acaso no estoy bien a tu lado en esta soledad?

“—A mi nido en la cruz le faltaba la dulce armonía del amor y vienes tú a traerlo. ¡Bendito sea el amor, lo más grande y bello que florecerá sobre la tierra!”

— ¡Bendito sea! —exclamó Abel, mientras desarrollaba el trozo de papiro para continuar la lectura.

“Buscaron a Gualvo y no lo encontraron.

“—Nos ha abandonado —dijo Numú—, quizás por miedo de caer en las manos de los insurrectos.

“—No —contestó Vesperina—. Gualvo no tiene miedo jamás. Gualvo no se apartará de nosotros sino para beneficiarnos. Mi padre me dijo el día que yo llegué a la edad de subir al altar sagrado con él: “Si muerto yo, necesitas acudir a alguno que sea leal para ti como lo he sido yo, tu padre, piensa en Gualvo mi guardia mayor, hija mía, que nadie como él me tiene dadas pruebas de lealtad”.

“El sol comenzaba a asomar su rostro y parecía alumbrado de cien antorchas detrás de los oscuros abetos, y sus dorados tornasoles formaban una aureola de claridad en torno de ambos jóvenes, sentados en la balaustrada de piedra que rodeaba la plataforma superior de la cruz.

“—Teniéndote a mi lado zagala de Mirt-ain-Mari —exclamó Numú sacando de la cabeza de Vesperina la cofia blanca de anchas alas como una gaviota en vuelo—, ¿echaremos acaso de menos lo esplendoroso de un palacio real, si tenemos dentro de nosotros mismos la excelsa morada del amor? La humanidad se esfuma ante mí como un puñado de polvo o como por una larga pendiente un montoncillo de guijarros que un niño echa a rodar; cuando me hallo sumergido en ese algo divino de que tú me rodeas con tu presencia, haciéndome concebir la idea de que tienes en ti la potencia de amor de múltiples amores; más todavía, que tienes en ti retazos de divinidad, en tal forma, que junto a ti me siento más unido a Dios, más penetrado de Él, más cerca de Él.

“— ¡Pastor que sueñas!... ¡Pastor que deliras, pastor que vives en un mundo diferente del que nos rodea! En tus ojos adiviné qué soñabas aquella tarde que te llamé desde mi ventana. Adiviné que tu alma solitaria me llamaba y hasta creí oír pronunciar mi nombre por tu corazón al pasar al pie de la muralla.

“—Sí, es verdad, Vesperina. Ahora sé que mi corazón te buscaba sin encontrarte, te llamaba sin haberte encontrado. Ahora sé que en esta misma plataforma, solitario contemplaba el sol naciente o el poniente o la luna al nacer en las noches silenciosas, cuando mi alma se extasiaba hacia la inmensidad, como un hondo suspiro..., era a ti que te buscaba Vesperina, era a ti que llamaba. Y sintiendo un vacío en medio de la misma plenitud de la vida y de la belleza que me rodeaba, solía hablar con la luna y le decía:

“¿Tienes alma luna blanca y sabes querer? ¿Tienes corazón y sabes sentir? ¿Tienes inteligencia y sabes pensar? Si amas, piensas y sientes, luna blanca y solitaria como yo, seas tú mi hada piadosa y buena que recibas mis quejas, mis plegarias, mis caricias y mis lágrimas. ¿Qué ser de la tierra comprenderá mi querer, mi ensueño, mi ilusión?...

“¡Eres tú el beso de la luna, esa amada silenciosa, única compañera de mis noches solitarias! ¡Eres tú la caricia de la luna sobre mi frente fatigada de soñar, de pensar, de indagar! ¡Oh..., las divinas compensaciones de los astros sobre las criaturas humanas que les aman a distancia! ¡Amé el sol naciente y le saludé de pié todas las mañanas al amanecer y le di mi reverencia al dormirse la tarde y al brillar el mediodía; y él me ha dado en ti su aurora y su crepúsculo, y hoy me siento dueño de todos los resplandores que iluminan la tierra! ¿Acaso no está toda esa magnificencia de luz encerrada en ti? Amé la suave claridad de la luna y afanoso le seguía con mi vista en su ronda silenciosa en torno de mi montaña; le cantaba, la requería de amor y ella ha deshojado sobre mí sus besos tímidos de luz como pétalos de rosas blancas que esparciera una mano de hada sobre una faz ardorosa de fiebre.

“¿No sientes tú, Vesperina, que los astros de Dios han bajado en ti a visitarme?

“—Si será o no será como tú dices, no lo sé, pero sí sé que me hallo a tu lado como si a tu lado hubiera nacido, como si siglos y siglos te hubiera visto, como si desde la eternidad hubiera estado contigo. Páreceme que los años que han pasado antes de encontrarte fueron como un sueño, un cuento que me contara mi nodriza y que esta vida de hoy es recién la verdadera.

“Un ruido sordo en lo profundo de la roca los obligó a prestar atención. Era Gualvo que llegaba y de la mitad de la escalerilla pedía permiso para subir.

“—Sube Gualvo, sube —dijeron ambos a la vez. Y cuando hubo subido, los hizo mirar desde arriba hacia el vallecito donde brotaba la vertiente y pastaban las ovejas. Y ellos miraron asombrados una caravana de asnos cargados de ropas y provisiones, y ocho hombres de entre los guardias que habían querido seguirle.

“–Señor –le dijo el fiel servidor–, nueve hombres para trabajar la tierra, para alimentar a nuestra soberana, cuando la maldad de los hombres la ha despojado de todo.

“– ¿Cómo dices nueve? ¿Y yo? –preguntó extrañado Numú–. ¡Diez hombres para cuidar de ella mucho mejor que lo harían los ejércitos de su reino!

“Gualvo guardó silencio.

“Y Vesperina bajando hasta el vallecito acompañada de Numú, cambió el homenaje acostumbrado de la inclinación a tierra de sus súbditos por el casto beso fraternal que fue dejando en la frente sudorosa de fatiga, de aquellos fieles servidores que lo dejaban todo para seguirla”.

– ¡Divinas y reales creaciones del amor de las almas sirianas nacidas bajo la influencia de Venus y mientras extiende Virgo su aura sutil e inmaculada! –exclamó Abel como deslumbrado por el extraño fulgor de aquella inocente e inefable ternura–. ¡Vesperina..., Vesperina! ¡Si en esta tierra florecieran las Vesperinas como los manzanos y los almendros, no habría déspotas ni tiranos, no habría esclavos, proscriptos envilecidos ni mujeres prostituidas, ni carne humana putrefacta, ni huérfanos sin pan, ni ancianos sin amparo! –Y después de un breve silencio como si se deleitara en escuchar el eco de sus propias palabras, continuó la lectura.

“Cual no sería la sorpresa de Vesperina, cuando al llegar al guardia que más apartado se hallaba y levantándole el casco se encontró con el rostro de su madre lleno de lágrimas, que disfrazada de mercader como los otros había huido de la ciudad en busca de su hija. El delirio de amor de Vesperina desbordó en su alma como un torrente imposible de contener.

“–Tengo a mi pastor, a mi madre, a Gualvo, a mis guardias. ¡Oh! lo tengo todo. ¿Qué más puedo desear? –Y echando a correr por el verde vallecito como una celeste mariposa, asustó a los corderillos que pasaban tranquilamente, los cuales emprendieron una ronda de saltos como si la hermosa niña de saya azul les contagiara su alegría.

“Y Numú, como hechizado de aquel cuadro de infinita belleza, la siguió con la mirada mientras en su flauta de pastor ejecutaba una tierna balada muy en boga entonces entre las gentes de la montaña, que se llamaba: “Mañanita del Pastor”.

*Mañanita azul serena
Plena de paz y sosiego
Detén tus pasos silentes
Para que escuches mi ruego.*

*Tú esperas que el sol te ofrezca
Sus rosales encarnados
Y que te ciña las sienas
Con sus topacios dorados.*

*Mañanita... ¡triste y solo!
En su cabaña el pastor
Como tú, esperaba ansioso
La llegada del amor.*

*Nadie escuchaba su llanto,
Ni su queja nadie oyó
Y el eco de su voz triste
En la selva se perdió.*

*Mañanita, los rosales
Que el sol siembra para ti
Salpicando de amatistas
Tus vestidos de turquí.*

*¿No brotarán en el alma
Del solitario pastor
Cuando se acerque la que espera
Cuando se acerque el amor?
Entonces habrá unos ojos
Que miren en mi mirar
Y unas manitas pequeñas
Que partan el blanco pan.*

*Y una vocecita suave
Que me acompañe a cantar...
Mañanita enamorada
De la belleza del sol,*

*¿Quién espera con más ansia,
Mañanita?... ¿tú o yo?...*

* * *

– ¿Por qué Numú esperaba, y Abel no puede ya esperar al amor? –se preguntaba en voz baja el joven Kobda, sintiendo en el fondo del alma como una vibración de nostalgia, como una vaga tristeza de recuerdo de algo que había sido y que ya no era más.

En ese preciso instante, Zurima y Evana en el misterioso jardincillo de Shiva, vaciaban sus corazones la una en la otra.

El pensamiento de la bella arabeña, tierno y silencioso, acudió a la mente de Abel que exclamó:

– ¡Cuán bello es el amor y los hombres no lo comprenden! –Y echando su cabeza atrás en el respaldo del sillón en que estaba sentado, dejó que su alma bogara como una góndola blanca en el mar sin orillas del amor.

¡Meditación, éxtasis, deslumbramientos divinos del alma en la cumbre, sumergida en la luz, y que por un momento deja de ser hombre para convertirse en el resplandor sereno de una llama viva!... Por eso pudo en tal instante aparecer su doble etéreo a Zurima y a su madre, para decirles:

– ¿Por qué lloráis?... ¿No tenéis de mí cuanto queréis? ¿No es amor lo que buscáis?... ¿No es amor lo que yo os doy?...

Del dulce ensueño lo sacó Aldis que venía a buscarlo para la refección de la noche, al mismo tiempo que en La Paz abandonaban el jardincillo de Shiva para buscar sus compañeras en el Pabellón de la Reina.

Y es así como la Eterna Ley une en la misma onda de una poderosa corriente, a las almas que se aman, aun a larga distancia, fenómeno fácil de producir cuando pequeñas o grandes porciones de humanidad anulan al egoísmo para que reine el amor.

103

LOS PRÍNCIPES PASTORES

A la luz mortecina de un velón de cera continuó Abel la lectura de aquel viejo papiro que le contaba con su voz sin ruido la vida de Vesperina, allá en las afueras de Mirt-ain-Mari, la ciudad lemur de muchos milenios atrás.

El dictado continuaba:

“Sesenta lunas duró el canto de amor de aquellas dos grandes almas gemelas que por permisión divina y por propia elección se habían encontrado un instante juntas, encarnadas en un rincón del planeta Tierra, para que el pájaro azul no acabase por olvidar que también sobre la tierra debía desgranar de tarde en tarde, su inefable melodía, aunque sin ser comprendida ni aún escuchada por los hombres.

“–No me interesa el trono ni el águila de oro –había mandado decir Vesperina a los magnates de la corte–. Repartid como queráis los dominios de mi padre, que nosotros tan solo pedimos libertad para cuidar a los atacados de la peste y proteger a los huérfanos que quedan desamparados.

“A condición que no os hagáis conocer del pueblo –les habían contestado–, porque en tal caso nos veremos obligados a encerraros en un calabozo.

“Y Vesperina y Numú vestidos de pastores montañeses visitaban las cabañas de los apestados, lejos de las murallas de la ciudad, porque los nuevos amos habían arrojado de la resplandeciente capital a los ancianos, mendigos, a los enfermos y contrahechos. ¿Acaso no era un desmedro para el florecimiento y esplendor de las grandes ciudades, el verse ambular bajo sus arcadas de piedra y por sus planicies de recreo, esos oscuros espectros de dolor y de miseria, de hambre y de enfermedad?

“Había llegado la edad de oro para la bella capital lemuriense, por cuyas avenidas pavimentadas de bruñida piedra azul y roja, sólo se veían cruzar enormes carrozas de cobre y sílex, que brillaban al sol como reverberos de una rojiza luz de llama, arrastradas por una centuria de siervos gigantescos, ataviados con penachos de plumas de vistosos colores; o parejas de enormes mastodontes de largo pelo, conduciendo sobre sus lomos, troncos móviles, bajo cuyos cortinados de púrpura paseaban su ocio los grandes magnates.

“Los dioses tutelares habían aumentado considerablemente, porque cada señor lo era en su dominio, y cada palacio roqueño era a la vez templo y altar en que recibía la adoración de su pueblo.

“Los grandes terratenientes lemures se habían puesto de acuerdo para purificar y embellecer su raza, arrojando del país o matando a todos los defectuosos, los enfermizos y en general los tipos que no ofrecían rasgos de belleza física dignos de ser aprovechados.

“Los guerreros y aún los esclavos debían ser fuertes y sanos. Esto explica que una inmensa caravana doliente de todos los desechados por la nueva ley invadiera las montañas áridas de la costa del mar, que no podían ser utilizadas como campo de labranza y de pastoreo, pues que eran rocas peladas y llenas de oscuras cavernas, restos de antiguas minas explotadas y abandonadas.

“El refugio de Numú y Vesperina era como un pequeño oasis entre aquellas áridas montañas que fueron campo de acción para esas dos palomas mensajeras del Amor Eterno, ante el egoísmo de vampiros que extenuaban a la humanidad del globo terrestre.

“De aquellos ocho guardias que fueron a buscarles sólo permanecieron tres. Habían creído que sería por breve tiempo el alejamiento de los príncipes del trono de sus mayores y que de una forma u otra volverían a ocupar su puesto, compensando naturalmente con grandes dones y prebendas aquella aparente fidelidad. Y unos después de otros fueron desapareciendo del vallecito silencioso donde pastaban los corderos de Numú y donde cantaba su égloga de cristal la fuente rumorosa.

“Uno de ellos habló a los príncipes antes de abandonarles.

“– ¿Pensáis callar para todo el resto de vuestra vida?

“– ¿Qué queréis decir con eso? –le preguntó Numú.

“–Que debíais hacer valer vuestros derechos para recuperar lo que habéis perdido. ¿Es justo que vosotros comáis el pan moreno de la montaña, la leche de vuestras ovejas y los frutos de la tierra cuando vuestros cortesanos viven entre el regalo y el lujo más desmedido?

“–Sí; es justo, pues ellos tienen lo que quieren, y nosotros tenemos también lo que queremos.

“–Eso lo dices tú que no naciste príncipe, mas no lo dirá tu esposa que estará torturada por este género de vida.

“– ¡Te engañas! –contestóle Vesperina–. Nunca fui más dichosa que ahora.

“–Yo sé que el pueblo empieza a quejarse de los nuevos amos y piensa en vosotros y en vuestro regreso –insistió el guardia buscando persuadirlos.

“–El pueblo tiene lo que merece –dijo Vesperina con firmeza–. Cuando ha consumido en orgías el oro de los traidores, se acuerda de sus príncipes desterrados.

“–Autorizadme os ruego, y provocaré un levantamiento popular que tire abajo a toda esa turba de sayones entronizados y no deje piedra sobre piedra de sus altares y de sus tronos.

“– ¡Sueñas, Kastorel, sueñas! –le respondió Vesperina llena de pasión–. Y tanto sueñas que no sabes lo que dices.

“– ¿Quién me autoriza a mí –intervino Numú–, para convertirme en matador de hombres con el solo fin de ocupar un trono en busca de la felicidad, si así llamas a los esplendores de la riqueza y del poder? ¿Ves este gorro de pieles?... Yo me lo hice y yo puedo destruirlo si es necesario. El Altísimo Creador de los mundos y de los hombres, es el único que puede volverlos al embrión de que fueron formados, mas no nosotros, criaturas tuyas, que en lejanas edades acaso hemos delinquido como esos a quienes quieres eliminar.

“Dios tiene señalada la hora de su justicia para cada ser, para cada país o colectividad. Esos oprimidos, esos desheredados que soportan el látigo de la esclavitud y de la tiranía, son los déspotas de ayer que por severa ley de justicia sufren hoy las consecuencias de los errores de un lejano pasado.

“Si me dices Kastorel, que es necesario exterminar a los malvados de la faz de esta Tierra, yo te pregunto: ¿dónde piensas que enviará el Creador a los inconscientes y retardados en la evolución sino a los mundos de expiación, de pruebas y de sufrimientos?

“En los mundos de elevado progreso donde florece el amor, tales

seres no tienen cabida; y tú que les quieres exterminar de esta tierra, tampoco eres planta que puedes germinar en globos más adelantados que éste, porque la ambición que demuestras te delata.

“Te hace daño el esplendor ajeno porque lo quieres para ti; y si llegaras a tenerlo obrarías igual que aquellos que recriminas y aborreces.

“El poder de Dios se hace visible como resplandor sereno encima de los ungidos del amor y de la fe, y yo espero ese resplandor. ¿Cuándo llegará?... No lo sé. Mas si para ti tarda demasiado, vete Kastorel a buscar la alegría de la vida, que Lemuria es muy grande y no sólo en Mirt-ain-Mari hay placer para quienes lo desean.

“El guardia inclinó la cabeza y se alejó.

“– ¡Qué solos vamos quedando! –exclamó Numú apoyando su cabeza en el pecho de Vesperina que se acercó para consolarle.

“–Tenemos a mi madre y tres guardias más –le dijo ella alegremente–. Tenemos nuestras ovejas y nuestros corderos, y una cabaña llena de enfermos y ancianos que acaso reposarán con la muerte en este próximo invierno. ¡Dios... Dios! ¿Hacia dónde caminan los hombres que al igual que las fieras de la selva pasan sembrando el dolor, el hambre, la miseria y la muerte?

“Numú en silencio, meditaba. Y como si las pequeñas manos de Vesperina que pasaban y repasaban alisando sus cabellos, hubieran sido alas mágicas que espantaban de él los sombríos pensamientos, dijo de pronto:

“– ¡Sembradores de dolor! Un día cosecharéis dolor. Sembradores de oprobio, de ignominia y de torturas de toda especie..., un día recogeréis eso mismo que vais sembrando, porque la compensación que ofrece la naturaleza con la germinación, la da la Eterna Energía a las obras de los hombres. Esas turbas que ultrajáis y desecháis como jirones de carne putrefacta, cuya voluntad habéis comprado con oro porque son tan ruines como vosotros, serán vuestros amos mañana y harán con vosotros lo mismo que hicisteis con ellos.

“¡Oh, humanidad inconsciente y torpe!... ¡No eres más que una copa de lodo removida constantemente de arriba abajo por el dedo de la Justicia Divina, hasta que el oxígeno del dolor te purifique por completo!

“¡Vesperina!... ¡Vesperina!..., única flor blanca que se abre para mí en el valle oscuro de la vida. ¡Ya no podrá entristecerse el Amor de haber bajado a la tierra y no encontrar su simiente, porque tú eres el Amor!

“¿Quién sino tú dejaría un trono por seguir a un pastor?...

“Ella, por toda contestación cerró los labios de Numú con un beso mudo y largo, y después le dijo: –Dios es Creador y Dueño de todas las cosas y de todos los seres y Él sabe lo que ha de hacer con todo lo suyo,

como sabes tú que eres pastor lo que debes hacer con tus corderos. ¿Por qué inquietarnos entonces? ¿Se inquietan tus corderillos porque las fieras se devoran unas a otras en lo profundo de sus cavernas?

“¡Oh, Numú... Numú querido! Tú y yo somos corderillos de Dios y mientras los acontecimientos no nos empujen a otra vida que ésta, continuaremos como los pájaros cantando a la sombra de nuestras montañas y de nuestros abetos, que un cielo poblado de estrellas alumbrará nuestro dicha, y el dulce rumor de la fuente nos cantará un himno nupcial que no termine jamás!

“Si los hombres han despreciado el amor que desde lo alto de un trono les hemos brindado, ¿por qué hemos de fatigarnos de sus dolores y de sus crímenes?

“– ¡Cierto..., cierto! ¡Hablas como un Anciano lleno de sabiduría y yo como un chicuelo insensato!

“¡Es verdad todo cuanto dices, pero créeme que hay algo en lo más hondo de mí mismo que me obliga a pensar en los hombres como si yo tuviera que responder por ellos!

“¡Sueños, delirios del pastor entristecido de tanta soledad!... ¡Locura!... ¡Vamos!... Vamos –decía por fin, tomando a Vesperina de la mano y bajando de lo alto de su nido de piedra al vallecito donde pastaban sus ovejas, y el arroyuelo cantaba estrofas de cristal saltando entre las piedras–.

“¿Ves esta ovejita? –preguntó de pronto señalando a la que más confiadamente se acercaba a él–. Es aquel corderillo enfermo que yo llevaba en los brazos cuanto tú me llamaste aquella tarde.

“– ¡Oh! –exclamó Vesperina–. Este será nuestro vínculo de amor y de paz para toda la vida. Jamás olvidaré la visión de aquella hora, mi bello pastor de túnica azul y gorro de piel con un corderillo en los brazos.

“Si es verdad que el alma vive eternamente, en todas partes donde yo viva, llevaré esa bella imagen como esculpida a fuego en mí misma.

“A veces pienso que tú, mi amado, serás un gran hombre..., un gran Numú que se verá seguido por multitud de hombres, ansiosos de vivir la vida del amor y de la paz que nosotros vivimos en este escondido vallecito”.

* * *

Y mientras ellos se entregaban al idilio de amor que cantaba en sus almas, arpas vivas del Amor Eterno, yo pregunto a mis asiduos lectores:

¿No fue inspirada Vesperina por una luz superior que presentó en ese instante a su espíritu la visión premonitoria de la gran Fraternidad Kobda, fundada unos milenios de años después, bajo el patrocinio de

Numú, el pastor vestido de azul consagrado al trabajo, al estudio, a la meditación y al bien de la humanidad?

Cuando las más altas cordilleras del Continente Lemur fueron rotas en pedazos por movimientos sísmicos que dieron entrada a las olas bravías del mar, aquella cadena del Revenzora en cuyas grutas se refugiaron los Diez Fundadores Kobdas, era parte de la montaña que circundaba a Mirt-ain-Mari, como pudieron comprobarlo por inscripciones grabadas en las rocas.

La vieja Lemuria se había partido en trozos, uno de los cuales sobresalió de las olas en las montañas del sur del Altái, otro formó parte de las grandes montañas del oriente africano, y el resto quedó flotando a flor de agua y son los grandes archipiélagos de los mares del sur del Asia Oriental.

Y los primeros Kobdas conocedores de estos conocimientos se preguntaban: ¿No estarán en estas montañas coronadas de abetos y de hayas, grabados los pasos de Numú que pastorea sus corderos?

¿No es nuestra vida semejante a la suya?

Nuestras viejas tradiciones nos cuentan que el Maestro Antulio, en sus grandes vuelos espirituales recogió pasajes de una lejana vida suya en que fue pastor de ovejas y se llamó Numú, en un continente que el Mar Sereno había tragado. Y humildes en sumo grado, no creyendo tener aptitudes para formar una escuela a la altura de Antulio, sabio, filósofo y taumaturgo, eligieron para símbolo de la obra que comenzaban, a Numú el pastor que vivió en el hueco de una roca labrada en forma de cruz.

* * *

–He aquí –dijo Abel cerrando el papiro–, que los Kobdas debemos abarcar con nuestro programa tres distintas actividades: somos hijos de Numú cuando labramos los campos y pastoreamos los ganados; somos hijos de Antulio en la Mansión de la Sombra, en la Rotonda de la Salud y en la más subida contemplación; somos hijos de Anfión cuando la Divina Voluntad nos levanta sobre las muchedumbres para colocarnos en lo alto de un trono.

“¡Vida!... ¡Vida eterna del espíritu llena de accidentes diversos pero una misma en el fondo! ¿Qué traerá la de Abel? ¿Qué traerán las otras que han de seguir?... ¡Sacrificios..., inmolaciones, torturas, abandono, ultrajes, tristeza infinita, porque es la simiente de esta tierra adonde por propia voluntad he querido venir!

“¡Señor... Señor!... ¡Que mi voluntad eternamente unida a la tuya cante siempre en los siglos de los siglos, que sea como Tú lo quieras y no como yo inconscientemente lo deseo!

Y por las columnatas silenciosas iluminadas por la luna, se deslizó la silueta de Abel pensativo y meditabundo, que en el mayor silencio para no interrumpir el descanso de sus hermanos, se dirigía a buscar también su banco de reposo.

El anciano Eladyos, que a esa hora terminaba su turno de concentración y que tenía su bóveda junto a la de Abel, se cruzó con él y recordando que venía del Archivo le susurró en voz muy baja:

– ¿Qué habéis encontrado en el fondo de la copa?

– Encontré amor y dolor, inada más!

– De eso sólo está formada la vida de los grandes hombres que se acercan a la luz. Hasta mañana.

– ¡Paz sobre todos los seres!

Era el saludo final. Y las dos siluetas se perdieron en la sombra de las columnatas que interceptaban la blanca claridad de la luna.

104

A LA PUERTA DEL SANTUARIO

Mientras ocurría esto en Neghadá, allá en las orillas del Éufrates se desenvolvían diversos acontecimientos, pues había llegado a ser como una laboriosa colmena, donde cada cual tenía su puesto fijo, y cada puesto con sus grandes o pequeñas responsabilidades.

Continuamente llegaban hijos o hermanos de los caudillos y príncipes de la Gran Alianza a elegir la esposa compañera de su vida, entre las jóvenes educadas en el Pabellón de la Reina, ya que había llegado a ser proverbial que las doncellas educadas al amparo de las mujeres Kobdas reunían en sí mismas tan relevantes prendas morales y virtudes domésticas, que el hombre que elegía allí su compañera podía estar seguro de que encendía bajo su techo una luz que ningún vendaval podía apagar.

Y una vez cerciorados los Kobdas de que la elegida aceptaba voluntariamente la unión, se efectuaba la ceremonia nupcial, y la Reina Ada le colocaba en el pecho una plaquita de plata con esta inscripción: “Como sombra de la vid, seré a la puerta de mi morada”.

Desde entonces fue la vid como un símbolo en la antigüedad, de la mujer esposa y madre, que era sombra y dulzura para su hogar.

Los hijos varones de los príncipes de la Alianza que se educaban en el Pabellón del Rey, llegados a la edad competente elegían también allí su compañera y partían a ocupar su sitio en los países originales.

En aquellos remotos tiempos la moneda acuñada no existía y el comercio se hacía a base de permutas y de cambios de los productos a que cada cual se dedicaba. Como se puede comprender bien, La Paz llegó a

ser la voz de la justicia reguladora de todas las actividades, así sociales como comerciales.

Diez días pasaron Bengalina, Zurima y Adenia en el Pabellón de la Reina a la espera de que el Santuario de mujeres se abriera para ellas. En el mismo Pabellón habían sido instaladas sus hijitas para comenzar su educación.

Ada, la joven Reina como se sabe era la Matriarca del Santuario de Mujeres, anexo a su Pabellón, pero en atención a su juventud se le había dado un Consejo de las Kobdas más antiguas y experimentadas, para que ellas se encargasen de la formación espiritual y alta instrucción que se daba a las aspirantes. Esta delicada y ardua misión requería gran quietud de espíritu y plena consagración, cosas de que no siempre Ada podía disponer dadas las continuadas visitas del exterior que debía cumplimentar al lado del Kobda Rey.

Merik y Olandia, Kobdas de edad avanzada y de más avanzados conocimientos de orden psicológico, fueron las que se encargaron de la instrucción de las tres Berecinas del Príncipe Elhizer de Ethea. La vinculación de familia que ellas tenían con la anciana Elhisa, su bondadosa madre de Monte Kasson, facilitó la amistad entre las postulantes y sus instructoras.

– ¿Podremos recorrer los prados y los jardines? –preguntaba Adenia.

– ¿Podré estrechar amistad con Evana, la madre del hijo de Alá? –interrogaba Zurima.

– ¿Podré ver diariamente a mis hijitas y estar a solas con ellas? –preguntaba Bengalina.

Y las experimentadas maestras leían en tales preguntas las más hondas inclinaciones y afectos de aquellos tres espíritus que esperaban a la puerta de un Santuario Kobda.

–Sí, hijas mías –les había contestado Merik–. No os figuréis que entráis a una prisión, donde ojos inquisidores vigilen todos vuestros pasos y movimientos.

“Y si pasadas las veinte lunas de prueba o a la mitad de ellas queréis salir del Santuario, ninguna cadena os ata, ni nadie puede obligaros a llevar una vida en desacuerdo con vuestras inclinaciones y voluntad. Protegidas las mujeres Kobdas de hoy por la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo, no estamos en la necesidad de ser resguardadas por fuertes murallas como nuestras hermanas de siglos atrás, que se veían asediadas por padres, maridos o hermanos brutales de los cuales habían huido para escapar de una vida infamante, o de torturas y hasta de la muerte.

“La paz traída por la Gran Alianza, ha disminuido mucho el ingreso de mujeres a nuestros Santuarios que fueron siempre refugios protectores para la mujer ultrajada y perseguida, razón por la cual nuestros

Santuarios eran como fortalezas con oculta salida hacia el mar para los casos extremos de asaltos o atropellos de hordas de piratas contratados de exprofeso para arrancarlas del refugio a viva fuerza. Pero hoy ya es muy diferente.

“Las mujeres que aquí llegan vienen solamente a buscar la paz serena de una vida superior, a la cual sólo puede llegarse por el desarrollo de las facultades más elevadas del espíritu humano.

“Aquí se viene a buscar una dicha que el resto de la humanidad desconoce, como desconoce su origen y su destino, el porqué de su vida en la tierra y todas las leyes que nos marcan los caminos más rectos y justos para hacer una vida digna de ser vivida.

“Aquí se viene a ensayar esa canción divina que llamamos Amor y que la humanidad no acierta aún el camino para encontrarla. Y este Amor sale al encuentro del alma que llama a la puerta del Santuario, si deja atrás todo egoísmo y todo interés personal, en forma que al sentarse por primera vez a la mesa del ágape en conjunto pueda decir: “Desde este instante soy una hija más en la gran familia de Numú”.

“Y conviene asimismo que siempre tengáis presentes estas palabras: “Vine por mi propia voluntad, y por mi propia voluntad podré alejarme; vine a buscar la paz, el sosiego interior, el conocimiento de las Leyes Divinas y el Amor que suaviza todos los dolores e inmolaciones que exige la vida en este planeta, donde por ley o por elección estoy colocada.

“Y el conseguir la Paz, la Sabiduría y el Amor, exige de nosotros renunciamientos grandes o pequeños y a veces hasta el olvido de nuestra personalidad, en ofrenda al conjunto de los que en hermandad conviven con nosotros, en procura de las grandes conquistas a que puede y debe aspirar el espíritu que anhela llegar a la suprema felicidad.

“–Yo –dijo con vehemencia Zurima–, quiero llegar pronto a donde se contempla de cerca el resplandor de Alá. Decidme Matriarca Merik, cual es el camino más corto y no omitiré sacrificio para recorrerlo.

“–Bien, hija mía –le respondió la Instructora–. Eres vehemente en el Amor y él te hará subir con ligereza le empinada cuesta. El camino más breve lo hacen los que más aman, pero son también los que más sufren.

“– ¿Cómo? –preguntó Adenia extrañada–, no comprendo bien lo que dices, puesto que al amor debemos ordinariamente los más felices momentos de nuestra vida.

–Los más felices momentos y también los más dolorosos –interrumpió Zurima con su vehemencia habitual, sintiendo todavía sangrar la profunda herida de amor que llevaba oculta en su corazón.

–Aunque el Amor es uno solo –continuó la Anciana maestra–, la inferioridad humana ha hecho de él una escala casi infinita al acomodarlo

a sus diversos grados de evolución. Y así se ven amantes que dicen amar a sus amadas, y torturarlas hasta matarlas si ellas le niegan su amor. Vemos maridos que dicen amar a sus esposas y que las condenan a ser enterradas vivas al lado de su propio cadáver para no separarse de ellas ni en la muerte. Sabemos que abundan los padres que venden a sus hijos para ser sacrificados a dioses sanguinarios.

“Ya comprenderéis hijas mías, que aquí no hablamos de tales monstruosidades que los humanos califican de amor y que son incomprensibles para nosotros que hemos tratado de eliminar el feroz egoísmo que los anima.

“El Amor que se busca y se consigue en un Santuario Kobda, es hermano gemelo de la Sabiduría y de la Paz con las cuales camina estrechamente unido.

“La Divina Sabiduría nos enseña a conocer esa Causa Suprema y Única con sus leyes inmutables y sus obras maravillosas, a la cual llamamos Gran Atmán, Alá, Altísimo, Dios, Supremo Hacedor.

“Y nos enseña también a conocernos a nosotros mismos como pequeñas fibras vivas de ese infinito Corazón que palpita en todo cuanto existe. Y nos enseña asimismo los caminos que a través de los siglos deben recorrer esas fibras vivas para engrandecerse y perfeccionarse hasta llegar a ser como un reflejo perfecto de Aquél que fue su origen, su padre, su esencia misma. De este conocimiento surge de inmediato la hermandad de todos los seres, pues que todos tenemos el mismo origen y el mismo fin. Y en esta santa hermandad aparece el sol del Amor que brinda a todos su luz, su calor, su fuerza vivificante y fecunda.

“Ya tenemos pues, la Sabiduría y el Amor unidos, y de esa unión surge la Paz, para formar la divina trilogía que puede hacer dichosa a la humanidad.

“En las familias, en los pueblos, en los reinos, falta la paz por el atraso moral de sus miembros, por el egoísmo de unos o de todos, porque cada cual quiere convertir en ley sus caprichos, y surge la lucha y tras ella el odio que engendra el crimen. El más fuerte impone su yugo al más débil si lo hay, y cuando son fuerzas iguales, la lucha se convierte en cataclismo, en un caos espantoso y terrible que acaba con familias, pueblos y reinos.

“Para el Kobda no existe ni puede existir nada de esto, porque el conocimiento de sus leyes extingue en el alma todo género de rebelión, y donde no hay rebeldías, hay abundancia de paz.

“¿Contra quién puede rebelarse el Kobda? ¿Contra Dios? ¡No, jamás! Porque se siente hijo de Dios y adora la justicia de su Padre. Sabe que vino a este planeta de evolución primitiva como miembro de una gran alianza de redención de esta humanidad y a la vez para purificar sus

propias imperfecciones en un medio ambiente que le obligará a ejercitar las grandes virtudes que hacen los héroes y los santos.

“¿Se rebelará el Kobda contra los malvados causantes del dolor humano? ¡No!; porque sabe que en planetas de poca evolución, la mayoría de inteligencias encarnadas en ellos son nuevas, y muchas de ellas realizan su primera encarnación en la especie humana, y que acaso su morada anterior en especies inferiores, les ha dejado como herencia la ferocidad que les hace crueles y sanguinarios.

“Sabe el Kobda que acaso él mismo en épocas lejanas tuvo esa misma incomprensión que le llevó a cometer desaciertos y maldades de todo género; y este pensamiento le induce a prosternar su alma ante la Bondad Divina y exclama desde lo más hondo de su corazón: “Dios Eterno, Padre mío. ¡Hubo agua clara para lavar mis llagas y aceite y miel para curar mis heridas profundas!... Que las haya también para esos desventurados que ignoran la montaña de dolor que arrojan sobre ellos mismos por cada lágrima, por cada gemido que arrancan al corazón de sus semejantes. Y su alma se ensancha hasta lo infinito en un himno de gratitud a la Divinidad, que le colocó en un medio ambiente adecuado para practicar el Amor verdadero, que aniquila el orgullo y la vanidad, que exige abnegación y compañerismo para llegar a ser hermano de sus hermanos en las grandes y en las pequeñas circunstancias de la vida diaria.

“Cuando el Kobda al tenderse por la noche en el banco de reposo pueda decir ante Dios y ante su propia conciencia que toda la hiel que ofrece la vida, la ha bebido él sólo, y ha logrado ser un ánfora de dulzura para todos los hermanos que luchan a su lado, entonces se verá inundada su alma de esa Paz divina, hermana gemela de la Sabiduría y del Amor.

“Entonces la claridad de Dios se desborda sobre el alma del Kobda; y sus facultades espirituales adquieren tanta capacidad de percepción, que lo hacen dueño de las más puras vibraciones de armonía y de amor de los mundos de luz y de infinita dicha.

“Mas, no creáis que sea esto la obra de un día, y aunque aquí nadie os obliga a nada, será vuestro propio anhelo de Belleza, de Verdad y de Amor quien os impulsará al vencimiento y a la generosidad para con la Infinita Bondad que es tanto más pródiga en sus dones cuanto más esfuerzo y deseo ve en sus hijos.

“¿Cómo, decidme, puede esperar grandezas espirituales el alma que está llena de mezquindades y de egoísmo, y que se busca a sí misma en todas sus obras?

“En una pavorosa soledad helada y triste deja el Eterno Amor al alma que buscando en todas las cosas su propia complacencia, hace caso omiso de la benevolencia dulce y discreta que es como la eflorescencia del amor fraterno entre los que conviven bajo el mismo techo. Mal sembrador de

este amor fraterno será para la humanidad del exterior quien no sepa serlo en la familia espiritual de Numú, donde las imperfecciones serán siempre mucho menores que entre las muchedumbres sin cultivo moral ni espiritual ninguno.

“Hijas mías, que esta primera instrucción sea para vosotras como la síntesis de la gran obra que cada una escribirá con hechos en el blanco papiro de su propio espíritu. Durante las veinte lunas de preparación para vestir la túnica azulada, tenéis tiempo sobrado para medir vuestras fuerzas y elegir a conciencia vuestro camino. Que la Sabiduría, el Amor y la Paz salgan a vuestro encuentro.

En ese instante se oyó en el interior del Santuario un coro de voces femeninas que cantaban el himno llamado de Bienvenida, mientras dos Kobdas de más edad abrían la gran puerta de entrada, y tres de ellas se adelantaban a entrar de la mano a cada una de las tres Berecinas.

Ada, la Matriarca, las recibió entre sus brazos dándoles el beso fraternal de práctica que todas las Kobdas imitaron. Evana entre ellas por concesión justa y razonable hecha a la dulce madre del Hombre Luz, se apresuró a unir en estrecha amistad a sus dos hijas de adopción Helia y Mabi, con Zurima de Arab.

–Aquí tenéis a la dulce arabeña enamorada de nuestro Abel –dijo indicándoles a la bella hija del país de Arab.

– ¡Cuánto vamos a amarte porque tú le amas! –fue el grito que se escapó de aquellos dos corazones.

– ¡Qué bello es sentirlo a Él a través de vuestro amor hacia Él! –exclamó Zurima, abandonándose a la pura y tierna amistad que tan generosamente le brindaban.

En tal día la puerta del Santuario permanecía abierta hasta la puesta del sol para dar lugar a que las recién ingresadas recibieran la visita de sus familiares y amigos.

El príncipe Elhizer con Bohindra y Elhisa, se presentaron en el gran pórtico del Santuario.

Elhizer hondamente conmovido dio como todos el beso fraternal a las que fueron sus Berecinas y que al mismo tiempo que él habían sentido la voz del Eterno Amor que les llamaba a acercarse a la legión austera de los servidores de Dios y de la humanidad.

LA VIDA EN VENUS

Era para Abel, Neghadá, un templo de Sabiduría. Mucho había aprendido entre los Kobdas de La Paz, en cuanto a desarrollar los más delicados sentimientos de benevolencia, de compañerismo y de fraternidad, pero mucho le faltaba por saber de la historia milenaria de la humanidad terrestre y más todavía en sus relaciones con las humanidades de otros planetas vinculados a la Tierra, no sólo por las leyes físicas, sino también por alianzas espirituales de las elevadas Inteligencias propulsoras de su evolución. Y este superior conocimiento podía adquirirlo en el Archivo de Neghadá.

El conocimiento adquirido hasta su llegada al antiguo Santuario había grabado en su horizonte mental diversos interrogantes y por eso Bohindra que había sido su instructor solía decirle:

—Cuando hayas pasado treinta días entre los papiros de Neghadá tu alma estará tan llena de la grandeza de Dios, que no sentirás las necesidades de interrogar nada más; pues cuanto puede alcanzar a comprender nuestra mentalidad actual, allí se encuentra guardado.

Abel recordaba estas palabras y todas las horas que no le ocupaban sus deberes fraternales que los Kobdas buscaban compartir con él, las ocupaba en continuar la lectura de aquellos viejos papiros, que al referirle la historia de Vesperina, le abrían a la vez amplios horizontes donde encontraba las respuestas a muchos de sus interrogantes internos y silenciosos.

Pronto el Archivo se transformó en punto de reunión, pues deseando todos la compañía de Abel y no queriendo impedirle sus lecturas, dispusieron hacerlas en conjunto, y que el joven Maestro leyera en alta voz. Y Él para más complacerles decíales jovialmente:

—Vesperina estará contenta de este numeroso cortejo que me acompaña a visitarla.

Y desenrollando de nuevo el amarillento papiro continuó la lectura en la parte que tenía como epígrafe esta frase: “*La vida en Venus*”, y que era un dictado de Vesperina a Karnain, uno de los diez Fundadores de la Fraternidad Kobda.

—“*Karnain, mi dulce y fiel amigo de muchos siglos. El intenso clamor de tu espíritu ha llegado a mí, haciéndome percibir la ola de amargura que amenaza ahogarte. Y para consolarte en tus padecimientos, déjame llamarte como en la hora de tu heroica fidelidad... Gualvo, gota de agua significaba ese tu nombre; y gota de agua fresca fuiste para Numú y Vesperina en la Cruz de Piedra de la montaña Lemur.*”

*“Tres vidas consecutivas pasadas en esas cavernas del Revenzo-
ra han probado el temple de tu espíritu. Las tinieblas de la materia
terrestre, cortan y recortan tus alas... Tienes prisa de volar y te ves
encadenado, Gualvo, gota de agua absorbida por las ardientes arenas
del egoísmo humano... Gota de agua enlodada por las pasiones huma-
nas... Gota de agua convertida en sangre por los odios humanos... Un
día verás coronados tus esfuerzos por una de las más radiantes etapas
de evolución humana terrestre que puede desarrollarse en ese plano,
en la hora actual.*

*“La Ley Eterna te ha puesto al frente de la pequeña grey de busca-
dores de amor. Te ves hoy sin tus dos grandes compañeros, Ben-Nilo
y Elotos, y alguno de los otros que en la infancia todavía en la nueva
encarnación, no pueden en el plano físico, servirte de báculo y de sostén.
Luchas casi solo con la incomprensión de algunos de tus compañeros,
que no pudiendo hacerse superiores a las contingencias y dificultades
con que lucháis, esperan de vos la fortaleza y el consuelo.*

*“No creas inútiles los esfuerzos y los padecimientos de casi dos siglos
de lucha con escasos resultados. Un día contemplarás tu obra y no la
reconocerás.*

“– ¿Cuándo llegará esa hora? –preguntas ansiosamente.

*“¿Ves cómo es difícil persuadir a esa hiena que sacaste pequeñita de
la caverna, que sólo debe comer lo que le das de tu mano, sin tocar tus
ánades y tus palomas?, así es difícil educar a los hombres terrestres en
la Ley del Amor, que no consiste en hermosas palabras sino en actos
que repugnan al natural egoísmo.*

*“Crearéis una y mil veces la bóveda psíquica en que os protegeréis
de los externos choques y una y mil veces caerá derrumbada por la
inconsciencia de los unos y de los otros, hasta que el hábito, el ven-
cimiento continuo, os haga tan fuertes contra vosotros mismos, que
ninguna borrasca os lleve a un nuevo naufragio.*

*“Karnain de hoy..., Gualvo, gota de agua de aquella hora lejana... Te
asombras de los odios de la Tierra, tú que has luchado junto a nosotros
en el avance de esta plácida Venus, donde por fin florecen los rosales y
los lirios sin espinas y sin orugas... ¡Cuántos martirios..., cuántas vi-
das de angustias para llegar a la alta cima del Amor verdadero de los
mundos de luz, donde el que manda se siente padre, y el que obedece se
siente hijo; donde las frentes coronadas de ancianidad y de sabiduría
son también del amor y del respeto de los más pequeños que en libre
aprendizaje se preparan a ser en el mañana lo que aquellos que les
precedieron.*

*“Mi alma gemela, mi compañero de viejas edades me fue enviado por
el Eterno Amor, y encarnado en Venus juntamente conmigo, nacido en*

mi propio hogar, es el más amante hermano que adivina mis pensamientos y los plasma en realidades.

“No del todo fue extinguido en este mundo el dolor; mas es de tan distintas maneras que en vuestra Tierra, que allí pasaría por felicidad.

“¿Te asombra?... No todos los venusinos son de igual evolución. En todo plano físico existen las múltiples contingencias naturales causadas de diferentes formas de dolor, pero está tan desarrollado el amor, que el dolor de uno es repartido y compartido entre muchos. Son tantos los que están dispuestos a aliviar al que sufre, que por lógica consecuencia, el dolor se ve casi anulado.

“Si hay mil ancianos sin fuerzas, hay diez mil que se brindan a servirles de sostén y de apoyo.

“Si hay cien huérfanos solitarios, hay trescientos que se brindan a ser sus padres o sus protectores.

“Si hay diez regiones azotadas por carestía en sus producciones, hay cuarenta que les ofrecen partes de sus tierras fértiles y en plena producción.

“No son necesarias las cárceles, porque los seres, debido a su mayor evolución, razonan y conforme a la razón, obran. Incapaces de hacer el mal conscientemente, el odio no tiene aquí razón de ser, y todo principio de autoridad y de justicia está basado en el amor que fluye sin esfuerzo de los mayores a los menores y de éstos hacia aquellos en una suave corriente que refresca a todos por igual. Mas para llegar a esto, yo no puedo contar las edades que han debido pasar.

“Valor pues, Gualvo, gota de agua, que también esa Tierra que hoy riegas con lágrimas, llegará un día a estas cimas de amor y de luz.

“Antes de otra luna, llegarán para vosotros mensajes de luz venusiana. Y será ésa la ley que os enseñará el Amor.

“¡Gualvo!..., amado Gualvo, dócil y fiel como el corderillo de Numú para recibir la palabra de amor y de sabiduría, de los que te han precedido en la eterna carrera de la vida... Como en una gota de agua veo reflejarse en tu mente este interrogante: ¿En qué forma sembráis y cosecháis el amor en Venus? ¿En qué forma destruís la ingratitud, la perfidia, la ambición, la rebeldía y el egoísmo? ¿Qué hacéis vosotros dos en medio de los venusinos si no padecéis?

“A estos interrogantes tuyos sobre qué hace un Mesías en mundos cuya humanidad ha llegado a la evolución de esta Venus, contesto que su rol es muy diferente que en los mundos atrasados, donde todo le es adverso por el distinto grado de evolución espiritual de los seres a quienes van a dirigir su enseñanza. Todo es dolor para un Mesías en medio de una humanidad incapaz de comprenderle y hasta le es tortura someterse a las leyes físicas propias de la pesada materia que ha

de revestir. Y así como en vuestra Tierra son más los malvados y los inconscientes, aquí malvados no existen y son una minoría los que se han retrasado en el desarrollo de las elevadas facultades del espíritu.

“Aquí el principio de autoridad reside en Consejos de hombres que han gastado toda su vida en obtener el mayor conocimiento de Dios y de sus leyes soberanas, y que han demostrado en sus actos un perfecto equilibrio entre la Justicia y el Amor. Y así como en la Tierra los seres sólo viven en general pensando cómo harán para ser más poderosos y ricos, en Venus piensan en lo que deberán hacer para mejor conocer las leyes de Dios y ser, mediante su aplicación, más adelantados y perfectos, más justos y buenos en pensamientos, palabras y obras.

“La materia orgánica más sutil y depurada, deja libre al espíritu para buscar algo que le satisfaga, mucho más que los palacios de oro y jaspe; que las poderosas máquinas inventadas y construidas para saciar el hambre de oro y poder de las humanidades cargadas de ambición y de egoísmo.

“A medida que los seres avanzan en su perfeccionamiento, simplifican su vida de la cual van apartando lentamente el vértigo de las grandezas materiales, de igual modo que desprecia la escasa luz de una cerilla el que tiene a su disposición cien magníficas antorchas.

“Mi alma gemela y yo, formando parte del Consejo de Gobierno del país en que hemos nacido, consagramos nuestra actual existencia venusina a desarrollar en este globo, una vasta organización fundada en épocas anteriores y dedicada a extraer de la Luz Eterna, la Verdad y la Belleza para hacerla comprender y sentir de todos los seres que la desean y la buscan.

“¡Karnain, hermano querido!... Gualvo, gota de agua convertida a veces en sangre por el dolor que te causa la humanidad terrestre. Llegará un día en que el formidable pensamiento de las abejitas venusinas, unidas en esta Escuela del Divino Pensar, harán llegar hasta vosotros la dulce y pura miel de la Verdad Eterna, fresco manantial en el desierto en que avanzáis fatigados de hambre y de sed”.

–Vesperina ha cumplido su palabra dada a Karnain como veis hace muchos siglos –dijo Adonai el Pharahome–, la gran Escuela venusina llamada del Divino Pensar, unida a nuestros pequeños esfuerzos, ha iluminado nuestros Santuarios en esta Tierra con los reflejos de Verdad y de Belleza que conocemos los hombres de vestido azul.

– ¿Y es sólo de Venus que pueden venir a esta Tierra esos reflejos divinos de Belleza Eterna? –interrogó Abel con la sencillez de un niño que interroga a su maestro.

–Hoy por hoy parece ser así –contestó Adonai–, debido sin duda a la estrecha unión que existe por ley entre ambos Mesías, cuyas auras

refundiéndose en una sola poderosa irradiación facilitan que las vibraciones se pongan a tono, siempre que el esfuerzo espiritual nuestro evite los entorpecimientos que naturalmente causa la grosera materia que revestimos.

– ¿De modo –volvió a preguntar Abel–, que sin la decidida cooperación de los encarnados terrestres, nada podían hacernos los del Divino Pensar de nuestra hermana Venus?

–Tal es la Ley, hijo mío –contestó el anciano–. No puede beber agua clara el que la busca en los pantanos, ni puede percibir la luz del sol el que se hunde en una caverna subterránea.

“Cuando la fuente está quieta y límpida, toda la majestad de los cielos y las bellezas de la naturaleza se reflejan en ella. Y pienso que en el alma del hombre se reflejan la Belleza y la Verdad Eternas, cuando por el dominio de sí mismo ha adquirido esa serena quietud que da la unión perfecta con la Voluntad Divina, que se nos manifiesta en acontecimientos no buscados y que no hemos podido evitar. El alma entra de lleno al Divino Templo del Amor y de la Sabiduría cuando consigue apagar para siempre la roja llamarada de su propia voluntad y enciende la antorcha serena de la Eterna Ley. Entre aquellos que bien se aman, el amante y el amado no son ya dos sino uno solo en el pensar y sentir. Y si este principio lo aplicamos a la unión del alma humana con la Causa Suprema, llegaremos ineludiblemente a esta conclusión: En la unión del alma con Dios está encerrada la Paz, la Sabiduría y el Amor, o sea la más perfecta felicidad.

– ¿Creéis que sea Venus la más evolucionada de las humanidades que pueblan los globos de este Sistema Planetario? –preguntó de nuevo Abel–. Os lo pregunto porque según la opinión de mis maestros de La Paz, en este asunto no hay definición fundada en serias comprobaciones, pero sí hay algunas deducciones con muy buena lógica.

–En efecto, hijo mío –respondió el Pharaoh–, pues nuestras investigaciones hasta hoy, sólo son el fruto de algunas manifestaciones aisladas de Inteligencias hermanas de alianza, a las cuales, circunstancias especiales les han permitido realizar exploraciones en diversos globos.

“De estas manifestaciones hemos deducido que Júpiter es el planeta cuya humanidad ha llegado a mayor adelanto, después Venus y le sigue Neptuno, aunque las tres humanidades sean entre sí muy diferentes.

“En la estupenda obra de la creación de nebulosas, unas burbujas se desprenden primero de la informe masa central y otras después; y como los intervalos de estos desprendimientos a veces pueden durar siglos, lógicamente la transformación del estado físico ha de verificarse también en épocas diferentes, de lo cual se sigue que los globos de un mismo sistema no llegarán al mismo tiempo a la condición necesaria

para albergar y sustentar materia orgánica. Mas todo esto son puramente deducciones basadas en la lógica y en el orden que vemos establecidos en todas las obras de Dios. Pero, ¿quién puede penetrar en el Arcano Divino? Si en cuanto a nuestro cuerpo físico que tan de cerca vemos y palpamos, no podemos precisar en absoluto las causas de sus múltiples sensaciones, ni en qué día y hora terminará su existencia, ¿cómo es posible a nuestra mentalidad el conocer a fondo el principio y el fin, y las transformaciones continuas de los globos estelares que contemplamos a tan enorme distancias?

– ¡Oh, la grandeza de Dios y la infinita pequeñez del hombre! –exclamó el joven Maestro.

–Y aún parece imposible a la mente humana que esa Infinita Grandeza perciba hasta la más insignificante vibración de su pequeña criatura. Sumergida en el inconmensurable seno del Infinito, es lógico que Él perciba hasta los latidos de nuestro corazón, de igual modo que percibe en sus entrañas la madre, la palpación de vida de un nuevo ser.

Hasta aquí llegaba la conversación cuando el anciano Adonai fue avisado de que era la hora en que empezaba su turno de concentración espiritual con otros treinta y nueve de los Kobdas que estaban junto a Abel en el Archivo.

–No fatiguéis demasiado vuestra mente, hijo mío, con estas hondas meditaciones, que para vuestros veinte años, es ya mucho lo que habéis corrido. Llevadle –dijo a los demás–, a presenciar en los graneros el reparto de provisiones a nuestros protegidos de las montañas del Este.

Y unos momentos después vemos al joven Kobda ayudar a sus hermanos a cargar sacos de cereales y legumbres sobre los asnos, que debían conducirlos hasta las chozas de los desvalidos, amparados por los hombres de vestido azul.

106

LA PALOMA MENSAJERA

Al siguiente día, Abel volvió al Archivo acompañado de los Kobdas de más edad, pues que los más jóvenes tenían múltiples ocupaciones dentro o fuera del Santuario.

Le acompañaba también su Pangrave que había terminado ya de encontrarse a sí mismo en su remoto pasado.

– ¿Conque ya sabéis a ciencia cierta quién sois? –le preguntaba Abel a su abuelo Aldis cuando le vio a su lado en el Archivo.

–Sí, hijo mío. Sé que fui autor de obras muy malas; que fui despótico soberano, guerrero y esclavo, y todo ello me ha dolido bastante, pero hay

algo en mi lejano pasado que me ha causado inmensa confusión y aún desesperada angustia: en tu vida de Numú, fui un guardia infiel que te abandonó en tu destierro y pobreza. Fui un tal Kastorel que no tuvo valor para aceptar por toda la vida la humillación, la pobreza y el desprecio.

“En tu vida de Anfión, llamado el Rey Santo, no tuve valor para seguirle al destierro voluntario que él se impuso a fin de evitar la guerra civil en su pueblo, y en tu jornada de Antulio, siendo miembro del Tribunal que debía juzgarle, no supe defender su inocencia aún teniendo conciencia de ella, porque la aplastante mayoría contraria me acobardó.

“¿Por qué, pues, he merecido ser tu Pangrave en la hora actual si tan infiel fui contigo en el pasado?

Abel se sonrió sin contestar. Pero uno de los Ancianos Kobdas lo hizo por él.

–Cuando un espíritu de buenas y nobles intenciones fracasa en una existencia material, seguro de los pactos o propósitos hechos, al encarnar nuevamente insiste en una y otra vida, hasta que sale victorioso en su empeño. Así vemos que tu debilidad como miembro de la Alianza del Verbo de Dios en otras jornadas ha sido ampliamente reparada en ésta, por lo menos hasta el momento presente.

– ¡Espero que la Energía Divina sea conmigo hasta el final! –exclamó hondamente conmovido el Pangrave.

Abel le miró con sus dulces ojos claros llenos de inteligencia y bondad, mientras le decía:

– ¡Hoy es en ti más fuerte el amor que el dolor y que la muerte, Pangrave!...

Y desarrollando otro papiro, continuó la lectura. Era un dictado de Elotos a Bipeset, que al lado de Numú fueron los otros dos guardias que juntos con Gualvo permanecieron fieles a sus príncipes destronados.

Y comenzaba así:

–*“Bipeset, hermano mío de mis terrestres peregrinaciones: Me pides luz y consejo en las duras alternativas de tu vida ermitaña, viéndote en este instante casi solo en medio de seres arrojados a las cavernas como resaca del mundo civilizado.*

“Pihabirot enfermo y anciano, poco apoyo puede darte, y te quejas a los ocho compañeros que aún no regresamos a la vida física y no sabes que sólo yo estoy desencarnado.

*“Junto a las grutas que cercan por oriente el valle que se extiende a orillas del gran río Shior (*Nilo), descubierto por Ben-Nilo en su postrera existencia, encontrarás una tribu nómada que abrió sus tiendas bajo un bosquecillo formado por cincuenta y tres palmeras. Son pastores y labriegos, y su jefe es un ser que en su niñez habitó en nuestra caverna al lado de Karnain, que fue su maestro y protector. El dolor*

de verle morir le hizo abandonar las cavernas y se unió a una familia de pastores que encontró en los campos de Zoan. En dicha tribu están encarnados los otros siete hermanos nuestros, cuya compañía echas tanto de menos. Son jovencillos, casi niños; la Luz Divina te hará reconocerlos y les verás seguirte en los años que te restan de peregrinaje en la tierra.

“Hay en la hora presente un claro espejo en que encontrarás la imagen que necesitas para orientar tu vida: Numú, solitario en su nido de piedra en la enorme cruz-templo en las afueras de Mirt-ain-Mari.

“Cuando Vesperina, la dulce paloma mensajera del Amor Eterno, voló de su lado hacia Venus su patria de origen, ¿no fue la soledad de Numú mil veces más dolorosa que la tuya? De menesterosos y de contrahechos arrojados de la orgullosa ciudad, Vesperina y Numú formaron su corte y entre ellos difundieron su enseñanza de amor y de fraternidad.

“Vesperina desencarnó a causa de una fiebre infecciosa de que fueron atacados gran parte de los infelices que poblaban las cavernas; su madre la siguió poco tiempo después y Numú se vio solo con los tres guardias fieles, incapaces aún de comprender su dolor.

“– ¡Qué larga noche se ha hecho en mi derredor sin tu luz, amada mía! –clamaba Numú en un hondo sollozo, sentado junto al dolmen de piedra, que al pie de su misma morada roqueña había levantado la multitud agradecida, para guardar los restos mortales del ángel blanco de piedad y de amor que había pasado como un meteoro fugaz por el oscuro horizonte de sus vidas de dolor.

“El Altísimo te mandó a mí –continuaba la queja y plegaria de Numú–, como una aurora que alumbra la inmensidad, y Él te ha recogido de mi lado porque no seré digno de ti, o acaso por creerme ya capaz de caminar solo en medio de las tinieblas.

“¡Vesperina!... ¡Vesperina!... Si la Eterna Ley te permite oír mi voz de dolorosa zozobra que te llama en medio de la oscuridad, séme propicia en esta hora amarga de mi vida terrestre y hazme llegar desde el infinito seno de Dios, la resignación, el consuelo y la esperanza.

“Y ella le respondía envolviéndolo de todo lo grande, suave y consolador que emana la Divinidad hacia el alma que le busca en la tristeza de la humana peregrinación, en forma tal, que sus tres guardias le veíamos como iluminado de una aurora resplandeciente y de una suave alegría que nos transmitía al acercarse.

“Tiene magia el dolmen de la Princesa que así transforma en alegría la negra angustia de su pastor –decían todos al ver el cambio que se operaba en él.

“Y tanto fue corriendo de boca en boca este decir, que a la vuelta

de pocos años, aquel enorme dolmen de piedra blanca y rosa fue una especie de sitio sagrado donde todos los doloridos de la vida, buscaban paz, consuelo y esperanza.

“En vano Numú decía a las multitudes: –No adoréis los despojos de un ser que durante su vida rechazó toda adoración y toda lisonja. Recordadla con reverente amor y ofrecedle el presente que más le agrada: la pureza de vuestras vidas y el amor para vuestros semejantes.

“Mas las multitudes angustiadas no escuchaban tales palabras. El fanatismo, la ignorancia y la desesperación misma en medio del sufrir persistente y cruel, acabó por formar un aura de sugestión tan formidable en torno al dolmen de Vesperina que nadie llegaba allí sin ser remediado.

“Sucedió un día que escaparon del calabozo siete hombres que por sus delitos debían ser arrojados de lo más alto de los Gigantes de Piedra que formaban el muro de la mansión real, y aconsejados por devotos fanáticos del dolmen de Vesperina fueron a refugiarse bajo los enormes soportes de piedra. La fuerza psíquica acumulada por los pensamientos de aquella abigarrada multitud fue tal, que conmovió a los jueces, y aquellos desventurados seres, fueron sólo condenados a labrar las tierras por tantos años como pilares tenía el dolmen de la Princesa. Seis eran los pilares y seis años debían trabajar aquellos reos en tierras del Estado y sin percibir otra remuneración que el necesario alimento.

“Fue lo suficiente para que aquel lugar quedara consagrado como protegido de los dioses, donde ningún mal tenía acceso, donde la enfermedad y el dolor eran vencidos, donde las almas atormentadas volvían a la esperanza y a la paz.

“Las clases altas de la sociedad fueron poco a poco contagiándose de aquella creencia, lo cual predispuso el camino del apostolado a Numú que se vio escuchado en los primeros años.

“Mas, todo cambió cuando él en forma de enseñanza decía a los grandes y los poderosos que llevaban sus ricas ofrendas al dolmen de Vesperina: “Ella fue la paloma mensajera del Amor Eterno y rechaza vuestra ofrenda manchada de sangre fraticida. Regresáis de una campaña de conquista trayendo miles de seres amarrados a vuestros carros de guerra, y venís a que la dulce alondra de Dios que sólo tuvo arpegios de amor para todos, os dé la paz y la dicha.

“Acabáis de vender seres humanos como fardos de hortaliza, acabáis de azotar hombres como a bestias de carga; ultrajáis inocentes doncellas y las arrojáis después como deshechos harapos, y venís a cubrir de flores el dolmen de Vesperina que apartará horrorizada sus castos ojos de vuestras viciosas costumbres.

“Y juntamente con la fama de los prodigios que se obraban en la

sepultura de Vesperina corría por todo el país y hasta más allá de los dominios que fueron de su padre, la enseñanza de Numú condenando toda tiranía y toda injusticia de los poderosos sobre las clases más humildes de la sociedad.

“Era creencia antiquísima en todos los países de Lemuria que el Rey o Caudillo que llegaba a tener veinticinco hijos varones, el que ocupaba el número veinticinco era privilegiado de los dioses y traía los más grandes poderes suprafísicos por lo cual era consagrado sacerdote o augur desde la cuna. Y como se le daba una educación esmerada dentro de todos los conocimientos de la época, casi siempre ocurría que se manifestaban en tal sujeto cualidades sobresalientes, y aptitudes espirituales muy superiores a lo común. Pero un caso falló en la época que narramos, y un joven augur, defraudado en sus esperanzas, temió la cólera de familiares y tribunales que habían de examinarlo. Acudió al dolmen de Vesperina a realizar allí los tres prodigios que la ley exigía para quedar definitivamente consagrado como un superhombre extraordinario.

“—Numú —díjole el augur—, moriré de humillación si ante mi padre, mi pueblo y el Gran Tribunal, queda descubierta mi impotencia. Me veré despreciado de todos y condenado a guardar manadas de bisontes por toda mi vida.

“Ayúdame pues, a que Vesperina haga el prodigio que reclamo. Debo pasar ileso por una hoguera ardiente; tirarme de una altura sin romper mis huesos; contener con la mirada a un mamut enfurecido.

“—Si en ti no hay esos poderes suprafísicos —le contestó Numú—, ella no ayudará a tu engaño. ¿Por qué engañar a las gentes sin provecho alguno para ellas ni para ti? Aplícate a mejorar tu vida haciéndola útil a tus semejantes, a llenar de piedad y de amor tu corazón para tantos que lloran y tiemblan de abandono y soledad, y déjate de hacer prodigios que no hacen a los hombres más buenos ni más felices.

“El joven augur no oyó el consejo, y sometido a prueba el fracaso fue el resultado. Para eludir el bochorno y la cólera de familiares, tribunales y pueblo, culpó de su fracaso a Numú a causa de las palabras que le había dirigido, impulsado por la envidia a su futura grandeza que eclipsaría los prodigios del dolmen de Vesperina.

“El Caudillo encarceló a Numú, causante de tamaño desastre, dejándolo al cuidado de un sacerdote de Taro, y mandó desmenuzar a golpe de pico el dolmen de Vesperina y arrojó al muladar sus restos que sólo eran un montoncito de blancos huesos.

“Y el mismo día, Numú fue arrojado desde lo alto de los Gigantes de Piedra que adornaban el frontispicio de la mansión señorial.

“Nosotros tres recogimos su cuerpo sin vida y cuando le íbamos a

envolver en un blanco lino perfumado de esencias para darle sepultura, su doble etéreo se nos hizo visible para decirnos: No desfallezcáis por mi muerte y congregaos los que habéis amado a Vesperina y a mí, como si fuerais una familia común y llevad vuestra enseñanza a todos los lugares de la tierra por donde paséis y entonces ella y yo estaremos con vosotros hasta el final de los tiempos.

“Vivid como moradores de un cielo de pureza y de amor; vestid túnicas color del cielo para que jamás olvidéis vuestro origen y vuestro destino.

“Y de allí surgieron los Flamas Lemures, cuyo lema igual que el nuestro les llevó siempre a buscar lo más puro y hermoso en el fondo de todas las cosas.

“Bipeset, hermano querido, tal fue la vida y la muerte de Numú, y tal debe ser la vida y la muerte de un seguidor de Numú, vivir para la justicia y la verdad; morir por la verdad y la justicia.

“Veintitrés años después ocurrió en aquel continente el espantoso movimiento sísmico que partió a Mirt-ain-Mari como una granada que aplasta un pedrusco, y se hundió en el abismo arrastrada por una vorágine fatal con casi todos sus habitantes, sus riquezas y sus ganados.

“La mayoría de aquellas almas humanas fueron arrojadas al caos de mundos en formación porque sus delitos los ponían fuera de la ley en la humanidad de esta tierra, para que allí esperaran la hora de la Piedad Divina. ¡Qué terrible es la Justicia de Dios para los que sacrifican a los Ungidos de su Amor!

–“Elotos, tu hermano de la eternidad”.

Un profundo silencio siguió a la terminación de esta lectura porque todos estaban embargados por el mismo pensamiento.

Tenían ante sí nuevamente al Mensajero Divino ¿Cómo respondería a su voz la humanidad presente? ¿Le sacrificaría de nuevo para callar su canto de amor fraterno? ¿Le seguiría ansiosa de lavar por fin sus llagas milenarias y purificarse en el agua clara de su enseñanza y de su ley?

El Pharahome interrumpió aquel silencio para decir:

–Los cataclismos que hace pocos años terminaron en igual forma con la hermosa Atlántida y después con las ciudades del Valle de Shidin y que diezmaron todas las poblaciones del globo por medio de las aguas, han sido simplemente la poda con que el Altísimo prepara su plantación terrestre para el resurgimiento de la primavera. Ha arrancado los zarzales dañinos y los retoños inútiles. Pero, ¡ay de los que han quedado si no dan el fruto pedido, y de los que ahogan y destruyen la simiente! Y en este caso estamos nosotros que hemos recibido con abundancia el raudal de las aguas divinas en esta hora en que el Verbo de Dios, cuál paloma mensajera, ha posado su pie justamente en las ramas del árbol que nos da sombra.

Como si tales palabras despertaran recuerdos sepultados por los siglos, Abel se sintió profundamente absorbido en internas visiones que parecían desfilarse en el aura sutil que lo envolvía.

* * *

De entre las brumas del más remoto pasado vio surgir a Juno, el Mago de las tormentas como le llamaron los hombres de mar de su tiempo a causa de sus audaces correrías por los mares bravíos y peligrosos. Había nacido entre los hielos del norte, en una península bañada por el Mar Sereno, en un pueblo de pescadores de grandes bestias marinas y para quienes no había más mundo ni mayor grandeza que lanzarse a las olas a arrancarles sus tesoros y sus secretos.

Las olas habían tragado a sus padres en un largo viaje y Juno solo desde la niñez, no conoció otro hogar que el barco pescador de un amigo de su padre que le cobijó en su orfandad; que le dio por compañera en la primera juventud a Vestha, su hija casi ciega que nadie tomaría como esposa y que le llevó en dote nupcial un buque ballenero, conque ambos se procurarían el sustento de sus vidas.

Y cuando los hombres afebrados de codicia se lanzaban al mar para arrancarle sus tesoros y hacían del mar un aliado de sus crímenes espantosos, Juno le decía a su dulce ciegucecita toda hecha de amor y de ternura para aquel que la había amado sin que ella lo pudiera ver.

–Vestha, ¿te gusta pescar bestias marinas para enriquecerte?

–Me gusta más escuchar el arrullo de las tórtolas que anidan en nuestros peñascos –le contestaba ella.

– ¡Oye, Vestha!... Tú y yo no necesitamos hacer la vida que hizo tu padre y que hacen todos los hombres de este país. ¿Qué haríamos con los tesoros del mar que tanto ambicionan los hombres de esta tierra? El mar tiene otros tesoros que tú y yo iremos a buscar.

–Pero yo no los podré ver –decía ella tristemente.

–Pero los escucharás, Vestha, porque son como arrullo de tórtolas y como rumor de aguas musicales.

– ¿Dónde están?

–En medio de las tempestades, en las noches tenebrosas, entre las costas erizadas de todos los golfos, entre los tímpanos de hielo que arrastran los huracanes.

–Juno..., tengo miedo de todo ese horror que dices –murmuraba ella, apretándose más al tibio rincón junto a la hoguera donde a tientas preparaba los alimentos indispensables.

– ¿No sabes Vestha que junto a las bestias marinas hay la pesca de hombres que piensan y sienten como tú y yo, que son cruelmente

arrancados al amor de esposas y de hijos, entre las tinieblas de la noche, y cuyas carnes mezcladas a las carnes y grasas de las bestias marinas se convierten en oro para los comerciantes de carne humana? Si yo consigo arrancar de sus garras las víctimas inocentes, sus bendiciones y su gratitud, ¿no serán para ti como el arrullo de las tórtolas que anidan en nuestros peñascos?

– ¡Qué horror y espanto lo que oigo mi audaz marino! ¡Yo soy ciega!... ¿Quién te ayudará en la ruda jornada de salvamento?

– Dios que ve mi corazón y enciende en mi alma tal deseo, que escucha el clamor de los caídos, levantará de entre las olas de este mar en que boga nuestro barco, a los que han de ayudarme en la tarea.

Y un barco náufrago, con sus velas rotas y su arboladura deshecha, con su piloto asesinado por las mismas víctimas de su barbarie levantadas en motín, le trajo a Juno los auxiliares en su obra heroica, de alumbrar las sombrías tragedias de los hombres y del mar. Y desde entonces Juno, en su buque color ceniza recorrió todas las costas donde adivinaba las delictuosas actividades de los mercaderes de carne humana.

Los príncipes y caudillos que aún guardaban respeto a las vidas humanas le tomaron como aliado en la defensa de los pueblos vecinos al mar.

Y las bendiciones y gratitud de todos los salvados por Juno fueron arrullo de tórtolas para la dulce esposa ciega del Mago de las tormentas, salvador de vidas y salvador de almas.

Pero no es la gratitud planta que se aclimata por mucho tiempo en los valles terrestres y pasados catorce años de flotar sobre los mares arrancando víctimas a los mercaderes de hombres, la mayoría de la humanidad encontró injusto que Juno estorbara así las pingües ganancias que hacían muchos magnates en connivencia con los piratas, y sorprendiendo una noche al audaz marino, lo amarraron con su esposa al palo mayor de su buque salvador de hombres, abrieron por el vientre la nave que se hundió en el abismo, mientras la dulce esposa ciega decía: “–Juno, la maldad de los hombres no me deja escuchar ningún sonido, ningún arrullo de tórtolas. ¡Cántame tú, quiero morir pensando que todo canta en torno mío!

Y Juno, ahogando un sollozo, cantó para arrullar la muerte de Vestha:

*Gondolero que te lanzas
Como un pájaro en el mar
Boga, boga hacia el oriente
Que el sol asomando está.*

*Llega deshojando rosas,
Gondolero, llega el sol.
Mensajero de alegría y esperanza
Mensajero de la dicha y del amor.*

*¿No ves que por ti ha vestido
La áurea clámide de luz
Y ha cubierto a la montaña
Con pabellones de tul?*

*Y ha repujado las olas
Con rosas color de te,
¿Para que entre ellas deslice
La quilla de tu bajel?*

*Mensajero de alegría y esperanza,
Mensajero de la dicha y del amor,
Es el sol que ya llega gondolero,
Es el cálido beso de tu Dios.*

Y en la infinita inmensidad de Dios se durmieron a la vida física aquellos dos seres bajo las aguas del Mar Sereno que tanto habían recorrido salvando seres humanos condenados a enriquecer con sus carnes a los vampiros de sangre, hartos de placer, pero hambrientos eternamente de oro.

* * *

La silenciosa visión había pasado y como despertando de un sueño, Abel interrogó tristemente:

– ¿Por qué la humanidad terrestre rechaza de su seno a Dios?

– Porque no ha llegado aún a comprenderlo –le respondió Adonai, adivinando la causa de tal interrogación.

– ¿Por qué los hombres rechazan de su lado la felicidad y repudian obstinadamente el Amor?

– Porque el Amor, hijo mío, es una cumbre muy alta a donde sube el alma desnuda de todo egoísmo y después de haber realizado vidas como la de Juno y Vestha salvadores de hombres, y arrojados a las olas del mar como desperdicios de la sociedad.

– Entonces, ¿quién despertará a la humanidad? –preguntó como en un sollozo el joven Kobda, que veía como un abismo tragando civilizaciones unas después de otras.

–La despertará la Sabiduría y el Amor cuando en místico desposorio, sean ellos el único ideal de los hombres de esta Tierra.

En profundo silencio se retiraron los Kobdas del Archivo, para buscar en la soledad de los pórticos iluminados por la luna, la serena calma de las grandes esperanzas futuras que perduran siempre en las almas escogidas.

107

HORIZONTES LEJANOS

Desde la llegada de Abel al Santuario de Neghadá, los Kobdas con gran acierto habían comenzado trabajos mentales a fin de ponerse a tono con las elevadas alianzas espirituales del Mesías terrestre.

Algo grandioso esperaban de la permanencia del Ungido en el viejo Santuario si se ponía en conjunción su espíritu con las Inteligencias Superiores que protegían su quinta jornada mesiánica.

–Sabemos –decía Adonai a su Alto Consejo–, que son Setenta Mesías Instructores los que impulsan y dirigen la evolución de los globos que forman el universo visible desde la tierra y que entre ellos hay establecida una alianza de millares de siglos.

“Encarnado en este planeta uno de los Setenta, por lógica consecuencia el pensamiento de sus hermanos ha de flotar constantemente en torno a este plano físico, en cumplimiento de la Eterna Ley de solidaridad universal a que toda Inteligencia adelantada obedece. Esto facilitará el que podamos realizar nuestro intento si somos capaces de ponernos a tono con ellos en nuestros anhelos y sentimientos.

Cuando estuvo resuelto por el Alto Consejo se llamó a asamblea a todos los Kobdas del Santuario para participarlo y recabar la aceptación de todos si estaban de acuerdo.

Manifestada la conformidad, el Pharaohome les habló así:

–Bien sabéis todos lo que significa formar una bóveda psíquica o templo astral adecuado a la grandiosa obra espiritual que nosotros, aprisionados en una materia densa, queremos realizar, no para nuestra complacencia, sino para que el acercamiento de una gloriosa falange de espíritus de luz, atraiga sobre esta humanidad corrientes y fuerzas purificadoras que la impulsen a los caminos que deben llevarla a sus elevados destinos.

“Con este deseo os invitamos, amados hermanos, a que en diez días de preparación apartemos de nosotros todo aquello que pueda formar una sombra en la diáfana claridad y pureza de nuestro cuerpo mental, a fin de que ni la más pequeña vibración nuestra pueda ser obstáculo de

acercamiento de las elevadas Inteligencias que anhelamos atraer hacia nosotros, para bien de la humanidad.

“Esta obra merece cualquier sacrificio de nuestra parte si somos conscientes del deber que nos incumbe en la hora presente.

“Y si alguno de nosotros no se hallara con las fuerzas suficientes para anular en sí mismo cuanto pudiera servir de entorpecimiento a estos trabajos espirituales, que sea generoso y noble para todos y sincero consigo mismo, y se aparte en estos días para no obstaculizar el esfuerzo de sus hermanos.

Un silencio profundo siguió a estas palabras de Adonai; se hizo de inmediato la penumbra y aquellos centenares de Kobdas, se sumieron en meditación con la frente inclinada sobre el atril que tenían ante sí, a fin de aislarse cada uno en su mundo interior.

Al poco rato se vieron Kobdas que como sombras silenciosas apenas perceptibles en la penumbra del recinto, se acercaban a otros que silenciosos también meditaban, y les hablaban breves palabras de disculpa, de explicación para curar un resentimiento, una falta de consideración, algo en fin que pudiera distanciar las almas entre sí.

Luego se veían Kobdas silenciosos que se abrazaban después que la sinceridad y el amor de unos y otros les ennoblecía y purificaba. Y cuando el silencio y la quietud eran completas el Pharahome decía en alta voz:

–Alma Universal, Energía Divina, Amor Eterno Creador y Dueño de todo cuanto existe, he aquí tus hijos vestidos con la túnica de las bodas celestiales, en espera de merecer de Ti el ser admitidos a la sala del festín divino que tu Piedad concede a los que se purifican en las aguas del Amor.

Y todos a una voz respondían:

–Padre Nuestro, en la luz de tu mirada, nuestras almas serán purificadas.

Así quedaba terminada la Asamblea inicial de los días de preparación para el festín espiritual anhelado. Y durante los diez días subsiguientes, cada cual se esforzaba cuanto podía en impregnar su propia aura de todo lo que hay de más noble, bueno y bello en las manifestaciones de Dios en medio del universo.

Las más suaves y delicadas melodías, los más sugestivos cantares, las flores más blancas y más bellas, todo eso se reunía en galerías, pórticos y recintos interiores en forma armónica y acorde con el pensar y sentir de todos en tan sublimes circunstancias.

Y en medio de aquel suave silencio y profunda quietud habrían podido sentirse hasta las palpitations del corazón rebotante de amor y de esperanza.

¿Qué esperaban? Esperaban que una oleada de Divinidad pasara

sobre la faz de la tierra aliviando el dolor, la miseria, la gangrena de la humanidad.

Los Diez Fundadores de esta Institución habían querido tomar para su obra lo más hermoso y elevado que existía en las humanidades de planetas adelantados; la desinteresada filantropía de Júpiter, donde cada ser está en el deber de crear una obra benéfica para sus semejantes; el tierno y amoroso compañerismo de Venus, y el gran desarrollo psíquico de la mística y contemplativa humanidad neptuniana.

Y en estos días extraordinarios parecían reunirse en efecto las corrientes y fuerzas más sutiles y puras de aquellos tres mundos de tan destacada evolución.

Una inundación de dicha espiritual se desbordó sobre el viejo Santuario de Neghadá, debido a las ininterrumpidas ondas de Amor Divino que como suavísimos resplandores ultraestelares les llegaban desde los planos radiantes de luz habitados por las Inteligencias Superiores.

El día décimo era esperado a su primera hora en la Mansión de la Sombra, donde los Kobdas acudían con las túnicas blancas que cubrían sus cuerpos; y con la alba vestidura de esperanza y de amor que elevaba hasta lo infinito sus almas anhelantes de verdad y de luz. Luego la entrada de diez en diez por la ancha portada del recinto, el perfume de los sahumadores, el apagarse de los cirios, la penumbra llena de místicas caricias, y por fin la melodía de muchas liras que gemían y cantaban como un alma humana que buscaba el amor y la felicidad. ¡Las melodías se iban apagando mientras las almas entraban en la divina beatitud del silencio profundo, sereno, quietísimo!

Un inmenso abismo azul pareció desintegrar los muros del inmenso recinto en forma de creerse todos como suspendidos entre aquella suave inmensidad azulada, en la cual fueron surgiendo a millares los puntos luminosos que parecían acercarse y agrandarse. De entre esos millares se destacaron setenta, cuya radiante claridad les asemejaba a cuerpos humanos formados de estrellas y de soles. Y con la voz sin ruido del pensamiento, su único lenguaje, decían todos a la vez:

“El Amor nos reúne una vez más. Infinitamente fecundo como Dios, padecería si no pudiera darse, expandirse en obras eternamente continuadas, como eternos son nuestros anhelos de belleza, de justicia, de felicidad.

“Este azulado abismo vacío reclama el beso creador y fecundo de nuestro pensamiento de amor”.

Y tomados de la mano los setenta seres luminosos ante los millares de seres afines que los cortejaban, fijaron sus miradas en un mismo punto del inmenso abismo azulado.

Una pequeña nubecilla blanca comenzó a diseñarse, la cual fue

tomando mayores proporciones y más nítidos contornos hasta convertirse en inmensa nebulosa. Vorágines, sacudidas, palpitaciones, estremecimientos como de un inmenso ser en gestación y por fin el desprendimiento de chispas luminosas, de pequeños globos ígneos que iban asemejándose a llamaradas de fuego desprendidas por choques o por abundancia de energía dinámica de la gran masa central, que en vueltas y revueltas iba lanzando hacia el abismo azul sus granadas encendidas que brillaban en la oscura inmensidad.

Y los Kobdas comprendieron que la luz astral, les hacía presenciar la creación de la nebulosa que dio origen a la formación de nuestro sistema planetario en una época tan lejana que es imposible contar. Y la vertiginosa rapidez de la luz fue esbozando el desenvolvimiento de los globos, primeramente surgidos de la gran nebulosa central: Júpiter, Venus, Neptuno, Mercurio, Tierra, Marte, Saturno, Urano, los satélites de éstos, los asteroides...

Y la magnífica danza estelar se iniciaba en torno al foco central como si aquellos globos luminosos caminasen por las sendas invisibles que un dedo de mago les hubiera marcado en el espacio inconmensurable, ¡por los siglos de los siglos!

Por fin quedó sola la Tierra en el área de visión que la luz astral designaba para ellos y contemplaron las transformaciones de la materia en sus infinitas formas de vida, desde el grumo de polvo donde germinan vidas imperceptibles que se transforman con los siglos, hasta llegar a la perfección de la especie humana.

“He aquí la Idea Eterna plasmada en el ser inteligente –dijo a coro el pensamiento de los Setenta–. ¿Cuál de nosotros prohijará esta creación del Amor?”

Dos de ellos tomados de la mano se adelantaron diciendo: *“–Nosotros”*.

Era el Mesías Terrestre y su alma gemela la que junto con él había surgido a la vida consciente, al empuje irresistible del amor de Sirio.

Y vieron a Juno y Vestha flotar como águilas blancas por las bravías olas del Mar Sereno, salvando las víctimas de la barbarie humana. Y vieron a Numú y Vesperina recoger a los desechados de la civilización lemuriánica, y contemplaron a Anfión y Odina cerrando calabozos y abriendo Templos-Escuelas en Orozuma de la costa Atlante; y luego a Antulio, el grave y dulce filósofo que leía en la ruta de los astros y en el corazón de los hombres, en Manh-Ethel la ciudad de las puertas de oro, en la desaparecida Atlántida.

La emoción de Abel y de todos al verse a sí mismos vivir en aquellos estupendos panoramas astrales llenos de tragedias, de dolores, de atrocidades sin cuenta, como también de poemas de amor y de fe, de quimeras

y de ensueños, es algo tan indescriptible que se nos hace dificultoso vaciarlo al papel en nuestros pobres lenguajes humanos.

Como había terminado la corriente de energía relativa al pasado, la luz se hizo grisácea y opaca durante breves minutos, lo bastante para que el pensamiento de los Kobdas captara la nueva onda, o sea aquella en que estaban plasmados los pactos que para el futuro habían formado los Mesías entre sí y en conjunto con sus millares de discípulos y seguidores.

Una corriente astral guarda en sus ondas luminosas los hechos realizados y vividos, y otra corriente guarda en las suyas los acontecimientos planeados en un gran pacto a cumplir en un futuro más o menos lejano. Desde luego que este último es un esbozo a grandes rasgos en conjunto, sin detalles, pues que aún no les marcó la vida material sus caracteres definidos y precisos, como que son cuadros que sólo están en el pensamiento de sus autores y que aún no fueron vividos.

Mas, para los avezados Kobdas a leer en el gran libro de la luz eterna, les fue fácil comprender las futuras jornadas mesiánicas del Hombre-Luz.

Y vieron a Krishna surgir como un sol naciente al sur del Altái (*la India Oriental), en Madura, y envolver en la oliva de paz a todos aquellos países devorados por el fuego destructor de las discordias civiles. Y vieron a Buda en las riberas del Ganges y al pie del Himalaya luchar por la igualdad de todas las razas humanas y sacrificarse por ese sublime ideal, en el cual cimentaba Él su estupendo edificio de líneas bellas hasta lo infinito: *el amor universal*. Y vieron a Moisés, de nuevo en las márgenes del Nilo, llorando sobre las ruinas de la antigua grandeza alcanzada por los Kobdas y de la cual no quedaba entonces, más que ligeros vestigios en el fondo de las tumbas milenarias del antiguo Egipto.

Y por fin a Jesús de Nazareth, llamado el Cristo, cuya visita a la tierra marcaba la última era de piedad y de misericordia para la endurecida humanidad terrestre que, sin comprender el significado de la gran palabra de Jesús sobre el patíbulo: *“Todo está consumado”*, aún sigue riendo y cantando en el festín nauseabundo de su egoísmo...

El Cristo divino clausuró con esa frase formidable su larga carrera de piedad y de misericordia para la humanidad terrestre, toda vez que la Eterna Ley le cerraba ya la puerta para nuevas encarnaciones, porque sus heroicos sacrificios le habían subido a inconcebibles alturas, mucho más allá de lo humano.

¡No podría ya envolver a los hombres en su aura divina de Verbo de Dios encarnado, sino sólo en su pensamiento luminoso como emanación de Dios sobre la tierra!

La humanidad terrestre debió haber llorado llanto de sangre al

escuchar aquellas palabras del excelso mártir..., mas la humanidad le insultaba y reía en carcajada repugnante y cruel, mientras Él oraba al Padre y decía:

“¡Padre, perdónala, no sabe lo que hace!”

Era así a la verdad..., porque aquella lúbrica carcajada histérica tendría la fuerza formidable como por una ley de atracción y de justicia, de arrastrar en su onda maléfica a la infeliz humanidad de esa hora, a globos tan inferiores en evolución, que la tierra regada por ellos con la sangre del Mártir había de parecerles un paraíso si pudieran tornar a la vida física en sus playas.

Mas ya vieron los videntes de antaño que un ángel con espada de fuego cerraba la puerta del paraíso, lo cual era un símbolo de la Ley Eterna cerrando la entrada a las playas terrestres a todos los seres rebeldes a la enseñanza divina del Cristo en su postrera jornada mesiánica.

Así lo comprendieron los Kobdas, en aquella hora solemne de las grandes resoluciones futuras en que la Divinidad desbordó sobre ellos el ánfora de oro de sus secretos inmortales, porque ellos se lo habían pedido y antes de pedirselo se habían esforzado por merecerlo.

Y llorando de felicidad por el triunfo del Hombre-Luz y de su magna doctrina de Amor Universal y a la vez de angustia por el desdichado fin de los que serían apartados en la hora final, repetían la frase tiernísima del Mesías en su último sacrificio

“¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!”

Así terminó aquel memorable festín espiritual en que una agrupación de seres terrestres habían asistido al grandioso y sublime espectáculo de la creación de un sistema planetario, que comenzó como una burbuja de gas en un abismo azul casi infinito y a la cual, la Energía Divina emanada por el pensamiento conjunto de una legión de Espíritus de Luz, había ido sumando molécula tras molécula hasta formar la inmensa nebulosa madre. Por breves horas se habían sumergido ampliamente los Kobdas de Neghadá en las aguas transparentes del Amor Divino que fluía como caudaloso raudal de aquella legión de Seres Superiores, que arrastrando cada uno de ellos en torno suyo la numerosa pléyade de auxiliares y seguidores, habían convertido el abismo azul de la visión como en vasto vergel de flores vivas, envuelto todo aquel maravilloso conjunto en el suave resplandor sonrosado de tantos pensamientos de amor vibrando sobre la tierra.

Los Kobdas de La Paz y de los Refugios existentes en todas aquellas comarcas, cuyos cuerpos se hallaban en el descanso físico del sueño, se habían plegado en espíritu a la sublime comunión del amor en aquella hora solemne del beso de Dios a la humanidad terrestre. Y los de facultades psíquicas más desarrolladas llegaron a reconocerse como abejas

laboriosas del mismo enjambre espiritual, que destilaban gotas de miel en la copa siempre vacía de la humanidad devorada por el egoísmo.

El acercamiento de la legión luminosa hacia la tierra produjo en ella como una inmensa inundación de paz, de bondad y de belleza. Hubo un exuberante florecimiento de las artes y las letras en todos los rincones de tierra civilizada. Las más divinas melodías, las más bellas canciones, las más atrevidas obras de arte plástica y de sombra y luz en lienzos inimitables, surgieron como por arte mágico en aquellos gloriosos días, sin que la humanidad inconsciente pudiera ni remotamente imaginar cual era la causa de tal prodigio.

Los grandes o pequeños soberanos de los distintos países se sentían inundados de suaves sentimientos de piedad y de misericordia, y buscaban los más fútiles pretextos para desahogarlos en obras benéficas para las porciones de humanidad más oprimidas por la dureza de situaciones dolorosas en que antes los monarcas no habían reparado.

Las huestes guerreras que habían heredado de la Shamurance la insaciable ambición y los más crueles instintos, los malignos habitantes del Cerro Maldito, los audaces piratas de las cavernas del Monte Tauro y de toda la costa del Mar Grande, se habían llamado a sosiego, como si no tuvieran ya encantos para ellos el oro de las arcas ajenas, ni los gemidos de los prisioneros, ni el llanto de las mujeres aterradas por el incendio y la devastación. Una solemne calma invadía todos los pueblos.

–Nuestros guerreros están hartos de conquistas –decían los caudillos–, dejémosles reposar por un breve lapso de tiempo.

¡Era de paz, de abundancia, de sosiego y de grandeza porque el dragón del odio que todo lo devora había sido encadenado por el amor, ese mago divino que pasa de vez en cuando por los mundos atrasados deshojando sus rosas y sus madre selvas!

Tan espléndida conjunción de circunstancias y acontecimientos no podían desperdiciarla los espíritus que estaban preparados para una nueva encarnación terrestre y por entonces llegaron a la vida física, cantidades de seres de la alianza del Verbo de Dios para ser los continuadores de su siembra de amor sobre los valles terrestres. El ambiente les era propicio, porque hasta los amores pasionales intensos parecían haberse purificado y elevado al contacto de esa diáfana corriente que había pasado como un fresco céfiro entreabriendo corolas y derramando perfumes. Y entre los pastores y labriegos que se unieron con las siervas de las Berecinas de Monte Kasson, educadas por Elhisa y sus compañeras, eligieron morada para una nueva vida innumerables espíritus de Kobdas desencarnados en los dos últimos siglos.

Y en el país de Num-Maki donde Shiva y Helia-Mabi habían implantado la Ley de la Alianza, y en el país de Nairi y Ethea bajo la tutela de

Iber, y junto a las márgenes del Descensor, en dominios de Jebuz, fue como un caer de pétalos blancos en un tibio día otoñal, la bajada de espíritus de la Alianza a los planos de vida física terrestre.

Yo, que desde el plano espiritual en que me encuentro observo este fenómeno a través de tantos miles de años de ocurrido, me pregunto a mí mismo:

“La larga paz de Augusto en el vasto Imperio Romano a la venida de Jesús de Nazareth, ¿no tendría idéntica causa que este florecimiento de paz en la época de Abel?”

Y observando en las historias milenarias de casi todas las antiguas y modernas civilizaciones, un buen observador puede encontrar este mismo fenómeno, repetido por centenares de veces, coincidiendo con la encarnación en el plano terrestre de algún ser de más o menos elevada jerarquía en la gran Alianza Redentora del Verbo de Dios.

108

LAS MUJERES KOBIDAS

Abel quiso visitar el Gran Santuario de Mujeres Kobidas que se levantaba del otro lado del gran canal, o sea en lo que muchísimos siglos después se formó el gran lago Mariotis, frase abreviada de Mariotisa-Beni que fue la última Matriarca Kobida que dirigió dicho Santuario antes de ser devastado por los invasores.

Traía Él, mensajes de todos los Refugios de Mujeres Kobidas que había visitado en la travesía, para el Santuario Madre, casi tan antiguo como el de hombres, si bien nunca llegó a ser tan numeroso en sus individuos.

Había en él mujeres de todas las razas y de todas las condiciones sociales. La antigua Matriarca Vhada, que conocimos al comienzo de este relato, había desencarnado hacía varios años prometiendo volver nuevamente entre los obreros del Verbo de Dios, palabra que cumplió poco tiempo después.

A la llegada de Abel gobernaba el Santuario una mujer del país de Van, que muy joven aún fue elevada a tan alto cargo, debido a que era la cuarta reencarnación de una de las Diez primeras Fundadoras y un espíritu tan enamorado de la grandiosa obra realizada por la Institución que al desencarnar, no bien se orientaba en el mundo espiritual, buscaba de tomar materia en una situación que le facilitara el llegar de nuevo y muy pronto al Santuario Kobida que había dejado.

Había nacido hija de una esposa secundaria de jefe de tribu, que al dar libertad a sus mujeres según la Ley de la Alianza, abrió la puerta para que muchas de ellas, temerosas de afrontar las humillaciones y

burlas que eran comunes en tales casos, buscaran de alejarse de sus países de origen.

Las que eran virtuosas y honestas buscaban los Refugios de Mujeres Kobdas y se internaban en ellos. Tal ocurrió a la madre de la Matriarca de Neghadá, la cual fue a nacer dentro del Refugio fundado por Elhisa y por Senio, poco tiempo antes del nacimiento de Abel.

La madre de Solania, que tal era el nombre de la Matriarca, se había presentado al Refugio después de cinco lunas de viaje en elefante y había dicho a las Kobdas:

–De aquí a dos lunas seré madre y aún cuando tengo parientes que con gozo me recibirían, siento una fuerza superior que me impele hacia esta Casa, como si una secreta voz me dijese: “El ser que viene hacia ti quiere nacer bajo el techo de los justos”.

Elhisa mandó que fuera recibida en la hospedería de mujeres, y pocos días antes del alumbramiento, una Kobda sensitiva y gran clarividente, recibió aviso en estado hipnótico de que el ser que llegaba era una de las Diez Fundadoras del Santuario de Neghadá, cuyo nombre conservaba con respeto profundo grabado en lápida de piedra, en los pórticos de aquel viejo monasterio: *Manh-Isbela*.

Consultaron el caso con las Kobdas de Neghadá, y sin que ni unas ni otras se hubiesen comunicado el aviso, de todas partes les llegó la misma noticia. La antigua Kobda Manh-Isbela, la tercera de aquellas Diez, hacía su cuarta entrada a la vida física dentro del aura formada por sus hermanos, y como en las otras veces después de aquella primera había sido llamada Solania, se le volvió a dar este mismo nombre.

Tal era la Matriarca de Neghadá que sólo contaba treinta y dos años de edad, y que regenteaba el Santuario con un Consejo de nueve ancianas de las más avanzadas en la ciencia de Dios y de las almas.

–No creáis que es una jovencita –decían graciosamente las mujeres Kobdas a Abel, cuando fue a visitarlas–. Estuvo en este Santuario desde hace seiscientos ochenta y cinco años, conque ya veis si es viejecilla.

Su bello rostro iluminado por los diáfanos ojos azules de su raza, irradiaba paz, serenidad y una grave dulzura que la hacía parecer en verdad una anciana joven.

Tenía tal fuerza de persuasión en su palabra, que convencía siempre, por lo cual fue la salvación para innumerables mujeres colocadas por las circunstancias en situaciones difíciles y penosas.

¡Cuántas veces se había dado el caso de llegar un poderoso Caudillo a las puertas del Santuario, llevándose todo por delante para arrancar de allí a viva fuerza a una esposa, a una hija o a una esclava que se había refugiado, y después de un larga conversación con Solania a través de la estrella de cinco puntas, abierta en el muro del Recibidor, se había

retirado tranquilo y casi contento, prometiendo no molestar más a la perseguida!

Su espíritu era originario de Júpiter y buscaba siempre nacer en lo más favorable de la conjunción del planeta de origen con la Tierra y cuando el sol entraba en el signo zodiacal del Centauro; circunstancias todas que le daban un gran dominio de sí misma y un apreciable ascendiente sobre los demás.

–Paréceme que os hubiera conocido antes –decíale Abel–. ¿Dónde puedo haberos visto?

–Hemos sido muy amigos –contestaba sonriendo Solania–. Buscad –dijo a la Notaria Menor, Gardenia–, el papiro perteneciente a Anfión el Rey Santo, y a Antulio el filósofo luz.

Y cuando el rollo fue traído, la Notaria leyó:

–“El joven Rey de Orozuma debía tomar esposa en cumplimiento de la ley y entre las hijas de príncipes amigos eligió la hija de Atho-Fana Rey, Odina, del país costanero del Mar del Norte, llamado País de Dyaus; la joven princesa llevó como única dama de honor a su compañera de juegos desde la infancia llamada Silia. Silia fue para Odina, al lado de su esposo el Rey Anfión de Orozuma, lo que había sido en la infancia; y después de verla partir para el mundo de la Luz, tanto se condolió de la pena amarga del Santo Rey, que hizo esculpir innumerables efigies de la amada ausente y sembró de ellas los jardines, los pórticos, las fuentes y hasta en la cámara nupcial; en el gran ventanal que daba a los parques colocó una Odina de mármol en actitud de agitar su rosado velo al rey su esposo que paseaba por las avenidas tapizadas de flores. Y cuando Anfión abdicó su trono en favor de su hermano para evitar una guerra civil que lo destruiría todo y abrió su tienda a la orilla del mar, Silia le siguió, casada ya con uno de los más fieles hombres que habían ayudado al rey en el gobierno de sus pueblos.

“A pocos metros del dolmen de piedra que señalaba el sitio donde reposaban las cenizas del Santo Rey, Silia y su esposo levantaron su cabaña y enseñaron a sus hijos a venerar la memoria augusta de aquel soberano, que después de elevar a un alto nivel moral e intelectual a sus pueblos y darles abundancia y felicidad, lo había dejado todo para morir en la soledad y el destierro, antes de permitir que se sacrificaran vidas humanas por conservar un trono y un poderío que para nada quería sino para hacer el bien”.

Hasta aquí había leído la Kobda Notaria cuando Abel la interrumpió para decir:

–Acertado estuve al decir que os conocía, Silia, y me preguntaba donde os había visto.

–Y en la época de Antulio –añadió la Notaria–, Silia fue la hermana

menor del filósofo que juntamente con Walkiria, su madre, recogieron el amado cuerpo sin vida y ocultamente lo sustrajeron a la profanación de los inicuos sacerdotes que querían arrojarlo a un muladar para que fuera devorado por las fieras y por los buitres. Silia tuvo entonces el nombre de Adalis.

– ¡Eternos lazos tejidos por el amor que ni los siglos pueden romper! –exclamó Abel extendiendo sus manos hacia Solania que ella besó suave y tiernamente.

–Bendito seáis por los siglos de los siglos y bendita vuestra obra de redención humana y benditos aquellos que se sacrifiquen para seguiros –añadió la joven Matriarca, reteniendo aún entre las suyas las manos de Abel.

La Kobda más anciana del Consejo que era como una Audumbra al lado de Solania, dijo a su vez:

–Si vuestro Pangrave está de acuerdo quedad todo el día en esta vuestra casa, a fin de que visitéis nuestras obras, pero no creáis que por ser mujeres nos hayamos sustraído al deber de ayudar al progreso moral de la humanidad.

Abel volvió la cabeza en busca de Aldis y le vio que venía por la ancha columnata que circundaba por dentro el vasto edificio, acompañado de un grupo de Kobdas, casi todas de edad avanzada.

Ellas se hacían referir por aquel único testigo ocular, toda la historia de Sophía y Milcha, de Adamú y Evana, que si bien tenían ya escrita, encontraban inmensa satisfacción en oír los menores detalles de labios de aquel que podía decir: “Lo he visto”.

Diba y Nubia, las dos Kobdas que en calidad de madres pusiera Bohindra al lado de Evana en los días del nacimiento de Abel, habían sido para el Santuario de Neghadá las más asiduas cronistas, y Abel se encontró sorprendido de verse descubierto hasta en las pequeñas travesurillas que Senio tanto le celebraba.

Quiso ver a la hija de Nubia que estaba al frente del taller de tejidos, donde las hijas de los labriegos y de los pastores de la comarca, aprendían a emplear la lana de sus ovejas y la fibra del lino y los blancos copos de algodón.

–Mi madre vendrá a devolveros vuestra madre en la próxima primavera –le dijo al verla–, pero sabed que volverá a vos con sólo una mitad de su corazón, pues que la otra mitad se la robó la hija de adopción.

–Tal robo me satisface ampliamente –contestó la hija de Nubia–, porque estoy segura que ella la merecerá más que yo.

– ¿Podéis decirme –añadió Abel–, si aún está aquí la hija de Luvina, la auxiliar de la anciana Elhisa en Monte Kasson?

– ¿La niña paralítica que fue curada? –interrogó una Anciana Kobda.

–Justamente, porque traigo de su madre un mensaje para ella.

A poco andar la encontraron sentada ante una gran mesa, entregada al trabajo de grabados en madera para lo cual tenía manos de artista. Una veintena de jóvenes postulantes la ayudaban.

–Ya sabía yo que vendrías a mi taller –dijo, Hebea, alegremente a Abel tendiéndole ambas manos–. Perdonad que no os salga al encuentro porque ya sabéis que mis pobres piernas resisten mal el peso que las obligo a cargar.

–Muy mal Kobda sería yo si olvidase para con vos la ley del amor, –le contestó Abel–. Además vengo de donde está vuestra madre que pide os incorporéis a la nueva falange de mujeres Kobdas, que pronto debe partir a Monte Kasson para ayudar a Elhisa y sus compañeras que son demasiado pocas para la ardua tarea que se les presenta.

La joven miró con asombro interrogador a la Matriarca y a las ancianas del Consejo. Como ellas no le contestasen sino con una bondadosa sonrisa, ella continuó:

– ¿Y quién terminará este trabajo que debemos entregar en la próxima luna?

–“El amor salva todos los abismos” –le dijo sonriente Solania, tomando de las manos de la joven el primoroso trabajo que estaba haciendo, y acercándose a Abel y a Aldis, les dijo–: ¿Veis? Esta mujercita de piernas flojas, saca de sus manos todo el poder y la energía que el resto de su cuerpo le niega. Lleva comprados ochocientos sesenta esclavos entre hombres y mujeres, con estas placas de maderas tan primorosamente esculpidas y pintadas.

– ¿Cómo? –preguntaron a la vez el Pangrave y Abel.

–Entre las montañas de Artinón (*con los siglos se produjeron allí hundimientos que dieron lugar a la formación de un gran lago, que se llamó Arsinoe), hacia el sur, en una lejana comarca, hay una numerosa tribu de hombres de oscuro color y gran estatura, son antropófagos y engordan para sus festines los más bellos adolescentes de ambos sexos.

“Por una de esas extrañas coincidencias, que son como chispas del amor divino sobre la miseria humana, una de nuestras hermanas regaló a un pariente suyo unas cuantas de estas placas, que utilizábamos aquí para los grabados diarios de las bóvedas o de los pórticos. Y viajando hacia el sur, se encontró con aquellas tribus donde los caudillos se alimentan lo mismo de sus bestias que de sus esclavos. El Caudillo de aquellas tribus se entusiasmó con estas placas, y cuando les enseñaba a sus visitantes el rebaño humano, destinado a satisfacer su apetito por ese año, a éste se le ocurrió decirle lleno de compasión:

“–Si os diera yo veinte placas de éstas por cada uno de estos niños, ¿me los darías todos?

“–Tomadlos –le contestó–. Yo quiero esas placas para tapizar el interior de mi tienda y ser el más rico Caudillo de estas tribus.

“–Te traeré tantas placas como niños tengáis destinados a servir para vuestra hartura: diez mil, quince mil, treinta mil.

“–Con veinte decenas cada tres lunas os lleváis de aquí todos los niños que habíamos de comer entre los siete caudillos que somos dueños de esta tierra.

“–Prometido y cumplido –le contestó el visitante.

“Y desde entonces se trabaja aquí activamente en las placas de madera y cada tres lunas se nos presentan nuestros mensajeros con un rebañito de adolescentes y niños que iban a ser condimentados y asados para satisfacer el apetito de sus señores.

– ¡Esto es admirable! –exclamó Abel mirando a las jóvenes que sin levantar la cabeza continuaban su trabajo.

–Pero, ¿no podría arreglar Bohindra esta situación, ya que esas tribus no deben estar tan lejos de aquí? –preguntó Aldis, horrorizado de lo que oía y compadecido a la vez del ímprobo trabajo que hacían las Kobdas para salvar vidas humanas.

–Actualmente se está en una negociación entre el Consejo de Zoan, representante del Chalit en estas comarcas, y el jefe mayor de aquellas tribus. Se trata de llevarles grandes rebaños de ovejas, cabras y antílopes cada año, a cambio de un compromiso formal de no comer seres humanos. Todos los caudillos han aceptado menos uno, que he mandado llamar a tratar conmigo el asunto en vista de que no puede entenderse con el Consejo de Zoan.

– ¡Cuidado, cuidado! –decía Aldis–. ¡No se le vaya a abrir más el apetito a esa hiena humana al veros, hermana Solania, a vos tan joven y con ese rostro de ángel bajado del cielo que Dios os ha dado!...

Y riendo todos de la advertencia del Pangrave, pasaron de la columnata a un inmenso patio cubierto donde les esperaba el ágape del mediodía.

En la gran mesa circular sentóse Abel entre el grupo de las más ancianas, pues que con discreta jovialidad había dicho la Matriarca:

–Ahora me toca el turno a mí de oír de labios del Pangrave lo que ya vosotras oísteis. Quedaos vosotras con el Bienvenido, mientras yo escucho los comienzos del poema de oro. –Y así diciendo, sentóse al lado de Aldis hacia la otra mitad del círculo, lugar ocupado por las Kobdas de menor edad.

– ¡Cómo está ausente el egoísmo del alma de vuestra Matriarca! –dijo Abel a las Kobdas que le escuchaban.

–No en vano hizo cuatro largas vidas en este Santuario –contestó Gardenia, la Notaria.

– ¿Lleva muchos años de Matriarca?

–Tenía veintiocho años cuando la elegimos por unanimidad. Llevaba diez años de Kobda, pues vistió la túnica azulada a los dieciocho. Yo era instructora de postulantes y entonces de tal manera nos asombró su claridad mental y su disposición para el sacrificio por las grandes causas, que apenas terminadas las cuarenta lunas de instrucción reglamentaria fue incorporada al Alto Consejo. Ya sabéis que entre nosotras no triunfa siempre la idea, absurda muchas veces, de que los de más edad física han de ser necesariamente los más capaces.

– ¿Qué significaría la edad de un cuerpo físico en parangón con los largos siglos del espíritu y la evolución adquirida? –añadió otra de las ancianas Kobdas.

–En la segunda de sus vidas dentro de este Santuario –continuó la primera–, tuvo que afrontar una formidable lucha que casi destruyó toda la obra de las Fundadoras. Sucedió que un Chalit de Zoan, tomó entre sus esposas una hermosísima mujer zoharita, cuya sagacidad corrió pareja con su belleza. Y de tal modo lo trastornó que le hizo repudiar con grande infamia todas sus mujeres, incluso la primera esposa.

“Como este Santuario fue en sus comienzos lugar de retiro de dos princesas hermanas que huyeron de su país al ser vencidos y muertos sus esposos y sus padres, conservó siempre para el vulgo algo así como una aureola de grandeza de que ordinariamente se rodea a las personas de elevada alcurnia.

“Y todas estas mujeres repudiadas por el Chalit, creyeron que nuestro Santuario, fundado por princesas viudas, era el único lugar donde ellas tendrían la consideración que su alto rango merecía. Y vinieron aquí imbuidas del prejuicio de que por su alcurnia honraban al Santuario y no el Santuario las elevaba a ellas. Eran cincuenta y ocho estas mujeres y sin ser malas en el fondo, causaron tan grandes disturbios y tan fuerte borrasca, que a no haber estado una Solania al frente, todo lo hubieran derrumbado.

– ¿Y tuvieron que despedirlas? –preguntó Abel no encontrando otra solución.

–Ya veréis; como todas ellas tenían hijos e hijas del Chalit, Solania consiguió de él que volviera atrás sus pasos, comprobándole los inicuos propósitos que tenía la esposa que así lo había dominado. Que tomase de nuevo bajo su protección a las madres de sus hijos, levantándoles la infamia de la carta de repudio y reintegrándolas al lugar que les correspondía.

“Pero para llegar a esto, icuánto padecieron y lloraron nuestras hermanas de aquel entonces, que eran pocas todavía, pues no llegaban a las doscientas! Acobardado el Chalit por las amenazas de la mujer zoharita,

que había comprado a sus guerreros y que no quería abandonar su puesto, y presionado por otra parte por los padres e hijos mayores de las mujeres repudiadas, quería huir abdicando sus derechos que caerían indudablemente en manos de los favoritos de aquella mala mujer. Adueñados ellos del poder, estos dos Santuarios de Neghadá estaban en peligro pues tomarían en los hijos de Numú terribles venganzas por haber protegido a las esposas repudiadas.

“Entonces, Solania después de diez días de concentración conjunta en los dos Santuarios, habló al Chalit y le dijo: – ¿Queréis que os ayude a poner orden en vuestra casa? Soy bastante anciana como para hacer el papel de vuestra madre, llevadme a vuestra casa, presentadme allí como madre vuestra y dejadme obrar. –Y así lo hicieron.

– ¿Y el resultado respondió a tal sacrificio? –interrogó Abel.

–Bastante más de lo que se esperaba y eso que esperaban mucho. El Chalit dijo a los suyos: –Estoy cansado y enfermo ya lo veis, a causa de los disgustos que todos me habéis dado. Durante tres lunas debo descansar al lado de mi madre, pasado ese tiempo, veré la forma de complacer a todos. Solania hizo prodigios de habilidad para realizar en esas tres lunas una magna obra. Anuladas las cartas de repudio, cada esposa fue a ocupar con sus hijos un paraje entre los dominios del padre del cual dependerían siempre, quedando en la morada del Chalit sólo la primera esposa, cuyos hijos ya mayores tenían sus hogares propios. Y a la mujer zoharita, causa de tales disturbios, la llamó a la cámara del Chalit, la cual acudió envanecida creyéndose triunfante al ver que sus rivales habían sido alejadas. Ya dentro de la cámara, besó las manos de la anciana diciéndole: –Sólo vos podrías hacerme justicia reconociendo mis méritos.

“–Sí, hija mía, Dios quería hacer justicia por medio mío –le respondió Solania y la llevó hacia el Chalit, que le dijo:

“–Tengo este regalo para vos –y haciendo correr una gran lámina de piedra del muro, quedó a la vista una especie de galería cubierta, llena de flores y de arcones de cobre y plata.

“– ¡Me dais todos vuestros tesoros!... –exclamó ella, satisfecha en sus grandes ambiciones, y sin poderse contener avanzó. Pero en vez de seguirla el Chalit, la siguió Solania; se cerró la lámina de piedra y ambas mujeres quedaron solas.

“– ¿Qué significa esto? –preguntó la mujer sobresaltada.

“–Significa, hija mía, que yo represento para ti la justicia de Dios –le contestó la anciana–. De aquí no saldrás hasta que hayas obedecido todo cuanto yo te ordene.

“– ¡Vieja arpía, bruja, traidora!... –gritó la joven enfurecida lanzándose sobre Solania, que ayudada fluídicamente por setecientos pensamientos

unidos, la contuvo poniéndole su diestra en el pecho, mientras con gran calma le decía:

“—Aunque consiguieras matarme, nada conseguirías con ello porque mi hijo no abrirá la puerta hasta que yo de la señal convenida. Te conviene razonar y escucharme. Además estoy protegida por una fuerza que tú desconoces y nada me podrás hacer.

“La zoharita se dejó caer en tierra presa de una crisis nerviosa horrible. La anciana se sentó sobre el pavimento y levantando con amor la joven cabeza sacudida por convulsiones, la apoyó sobre sus rodillas y unió su pensamiento al intenso y fortísimo que desde los dos santuarios emitían sus hermanos.

“—Estoy dispuesta a obedeceros si sois piadosa conmigo —dijo aquella mujer cuando la crisis le hubo pasado.

“—Bien, hija mía, eso esperaba de ti. Tú te has dado a esta vida aventurera y delictuosa porque otros hicieron contigo lo que tú has hecho con las esposas del Chalit. Conozco toda tu vida, Te repudió el Caudillo de la Costa del Mar Bermejo, el dolor y la vergüenza te han precipitado a este abismo, pero yo te sacaré de él con el favor de Dios si me escuchas y obedeces. Yo tengo muchos hermanos y uno de ellos ha salvado al que fue tu marido de la garra de los piratas, razón por la cual ejerce sobre él una gran influencia. Este hermano mío ha hecho contigo, allá en tu país, lo que yo he hecho aquí con las esposas del Chalit y tú vas a volver a su lado.

“—No, jamás..., jamás pisaré su puerta que un día cerró sobre mi frente —gritó enfurecida nuevamente.

“—Cálmate, que todos podemos tener un mal momento y errar.

“No volverás a su propia residencia donde residen las que te hicieron repudiar, sino en un pabellón independiente con las dos hijitas que de él tienes y que lloran tu ausencia relegadas a un rincón bajo la tutela de una sierva...

“La mujer comenzó a llorar a grandes sollozos.

“—Aún vibra en ti la fibra delicada del amor maternal —continuó la Anciana—, y ese amor será tu salvación.

“El epílogo de esta historia ya lo debéis adivinar —dijo la Anciana Kobda que hacía este relato a Abel—. La mujer zoharita volvió a los dominios del marido y nuestra Solania a su Santuario, donde vivió todavía ocho años más en aquella lejana existencia.

—Un espíritu de tal temple —respondió Abel—, bien puede servir de piloto en mares tranquilos, si en tan grandes tempestades sabe sacar su nave a flote.

—Eso se ha tenido en cuenta —añadió otra de las Ancianas—, porque cuando la elegimos no estaba del todo sereno nuestro horizonte.

– ¿Cómo? –interrogó Abel–. Creía yo que los Santuarios de mujeres, eran más quietos que los de hombres.

–No lo creáis –añadió otra Kobda–. Aquí se nos presentan problemas de que están libres los Santuarios de hombres, por causa de nuestra misma condición de mujeres, para quienes sabéis que las leyes de casi todos los países no son favorables. Los derechos del marido, del padre, del hermano, del soberano o caudillo, del jefe de tribu, abruman de tal modo a la mujer que es una perfecta esclava aún cuando le haya dado hijos a un rey. Y como nuestra ley nos manda abrir la puerta a toda mujer ultrajada y perseguida, de ahí que tengamos que sufrir las consecuencias de esa protección que damos a seres que tienen en contra las más severas leyes de su propio país.

“¡Cuántas mujeres hay entre las Kobdas que huyeron a la muerte de sus maridos porque las familias de ellos querían cumplir su ley de enterrarlas vivas junto al cadáver de su marido!

“¡Cuántas mujeres condenadas a muerte por su propio marido, para satisfacer el capricho o la ambición de una favorita!...

“¡Cuántas jóvenes amenazadas de ser vendidas a caudillos extranjeros cuya barbarie para con sus mujeres es ya conocida!

“Son muy contadas las Kobdas que han venido aquí, sin ser perseguidas por un espantoso dolor en que les iba la vida o más que la vida.

– ¡Oh!..., el Amor salva, en verdad, todos los abismos, según dice la frase Kobda –exclamó Abel, meditando en lo que escuchaba–, pero el dolor es el portero que puso el Altísimo a la entrada del palacio encantado en que el Amor y la Sabiduría celebran sus nupcias eternas.

109

LA VUELTA AL NIDO

Apenas terminada la sencilla refección de mediodía, las Kobdas acompañando a sus dos visitantes se trasladaron a los pabellones contiguos a los jardines que circundaban el viejo Santuario.

–Allí –decían ellas indicando un blanco caserón casi perdido entre los ciruelos y los plátanos–, están nuestros pobres leprosos, que en este momento reciben su comida de nuestras hermanas, encargadas de tal ocupación. Oíd la música y los himnos con que ellas amenizan su refección. ¡Pobres seres!, padecen tanto y sin esperanzas de curar que es justo suavizarle así los pocos días que le restan de vida terrestre. Así entrarán en el mundo espiritual sin odios ni rencores y será más fácil y suave su despertar en el espacio infinito.

Aldis y Abel escuchaban, casi maravillados, de la hermosa y desconocida

obra de inmolación y de amor realizada por aquellas mujeres que pasaban desapercibidas para el resto de la humanidad.

–Allí –decía otra Kobda, señalando otro caserón de blancos muros y de amplias terrazas bañadas de aire y de sol–, están las viejecitas hilando la lana y el cáñamo, y los ancianos entretenidos en tejer canastillas de juncos o calzas de fibra vegetal.

–Siento risas de niños que ríen y juegan –murmuró Abel, buscando con sus ojos el sitio de donde tales rumores podían venir.

–Son nuestras golondrinas parleras y juguetonas –contestó Solania adelantándose a una pequeña verja, que se abría sobre la avenida de naranjos por donde caminaban–. Pasad –añadió, entrando ella primero a un patio empedrado en el cual había grandes macizos de lotos a la orilla de un claro arroyuelo murmurante. Un numeroso grupo de niños morenos, vestidos todos de azul, se divertían en variados ejercicios bajo los ojos vigilantes de dos jóvenes postulantes que les dirigían en sus juegos infantiles. Los había desde cinco a nueve años, entre varones y mujeres, y diseminados por el inmenso patio empedrado. Otros mayores, ya adolescentes, auxiliaban a dos viejos hortelanos en limpiar las plantas de la hojarasca seca, en matar las orugas dañinas que perjudicaban las plantaciones y en arreglar nidales a las palomas que revoloteaban a centenares encima del verde follaje.

–Este es el “Jardín de Hebea” –dijo Solania–, la joven Kobda paralítica, hija de Luvina, pues que sus placas de madera han pagado la vida de todos estos niños que a estas horas ya habrían servido de manjar delicioso a sus amos.

– ¡Qué grande y excelso es el Amor! –exclamó Abel, entusiasmado–, que así os impulsa a realizar tales obras.

–Asombra que tengáis tiempo disponible para tantas ocupaciones –añadió Aldis.

–Pensad que somos cuatrocientas veinte mujeres, sin contar las ancianas que ya están incapacitadas para todo trabajo. Por poco que hagamos cada una, siempre debe resultar un buen pasito en el progreso moral y en el consuelo y alivio de todos estos seres recogidos en el hogar de Numú.

Apenas había dicho Solania tales palabras, y mientras las demás Kobdas hablaban con los niños, la Kobda Mensajera que atendía los llamados del exterior, llegó a ella para decirle:

–A la puerta está el Caudillo del país de Artinón que habéis mandado llamar.

Solania se inmutó ligeramente, pero habituada al dominio de todas sus impresiones, aquella pasó rápido como la chispa del pedernal al chocar con el hierro.

– ¿Habéis oído? –preguntó sonriente al Pangrave y Abel, que en efecto habían escuchado el aviso de la mensajera.

–Os repito, hermana Solania –decía Aldis–, ¡cuidado, cuidado!, no conviene confiar en demasía.

–Le venceremos si todos vosotros me ayudáis. Dad los toques de aviso –dijo a la mensajera–, para que todas las Kobdas que están disponibles acudan al recinto de oración. Avisad asimismo a los arqueros de guardia en el subterráneo exterior, por si el hermano que llega a nuestra puerta viene dominado por las fuerzas del mal.

Pronto las Kobdas estuvieron en sus estrados de piedra, en el vasto recinto de oración dispuesto al igual que en los santuarios de hombres que ya conoce el lector. Abel y Aldis ocuparon el banco central destinado a la Matriarca, y en profundo silencio y quietud envolvieron con su pensamiento a la valerosa mujer, que sin otras armas que el Amor y la Justicia de que ella estaba animada, se dirigió tranquilamente al Recibidor acompañada de la Kobda mensajera.

Sin levantar el tapiz que cubría por dentro la ventanilla de la piedra mural en forma de estrella de cinco puntas, hizo oír al exterior su voz:

– ¡Que la paz sea contigo, Caudillo de Artinón!

–Me habéis llamado, ¿qué queréis de mí? –dijo una voz varonil de hermoso timbre y en la lengua que hablaban los ahuarenos de aquella época.

– ¿Sentís esas risas de niños y sus cantos como de alondras al amanecer? –volvió a decir Solania.

–Sí, y adivino lo que me vais a decir.

–Tanto mejor porque eso me indica que tenéis una mente muy clara y apta para comprender todo cuanto hay de grande y bello en las obras de Dios. Son los niños que nos habéis mandado de vuestro país, y a los cuales enseñamos a amarnos y bendeciros por la oportunidad que les habéis brindado para cultivarse en la virtud y en el trabajo.

– ¿Tan malvado me juzgáis, señora, que me habláis como encerrada en una tumba? –volvió a decir el Caudillo–. No he venido para haceros daño; sino para oír las proposiciones que queréis hacerme en beneficio de los esclavos que protegéis.

–Nada de eso, esperaba vuestra indicación para descorrer el tapiz –contestó Solania, dejando al descubierto su rostro a través de la estrella de cinco puntas.

El Caudillo de Artinón era un bello tipo de hombre moreno, al cual daba un extraño aspecto su alto gorro de plumas negras que le caían como una lluvia de sombra hacia los hombros y la espalda.

Una larga casaca de lustrosa piel curtida al blanco, que le llegaba hasta la rodilla y unos borceguíes de búfalo, sujetos y atados a las piernas con cordones rojos completaba su indumentaria. No se le veían armas.

- ¿Habéis venido solo? –preguntó Solania.
- Mis hombres han quedado a la puerta con mi caballo y mis armas –le respondió.
- ¿Podéis decirme cuál es el motivo de vuestro desacuerdo con el Consejo de Zoan, respecto de la proposición hecha por él?
- Porque comprendo que quieren tomarnos como un pueblo tributario.
- El Chalit del Éufrates y el Nilo, no lo permitiría, creedme, y ya sabéis que en medio de su bondad es él un soberano justo por encima de todas las cosas.
- ¿No tenéis nada más que decirme?
- Aún no he comenzado. Oídmeme, por favor: ¿necesitáis para vuestra dicha del dolor de vuestros esclavos?
- A veces sí, y a veces no. Cuando un fiero dolor me desgarrar las entrañas pareceme que se alivia si oigo gritos de dolor más agudo y fiero que el mío.
- ¿Necesitáis para vuestra felicidad arrancar niños de los brazos de sus madres para asarlos como cerdos en vuestra cocina?
- Por mí, jamás los he comido; pero como mis vecinos lo conceptúan un delicado plato para los grandes festines, por vanidad de servir opíparamente a mis huéspedes, lo he hecho condimentar para mi mesa.
- Es sólo cuestión de vanidad, que cuesta demasiada cara a centenares de seres humanos –dijo serenamente Solania–. ¿Me permitís que os enseñe el secreto de la felicidad, puesto que como todo ser humano la deseáis y la buscáis?
- Hablad –contestóle el Caudillo.
- Si por una pueril vanidad hacéis en vuestros festines, trozos de niños engordados expreso como bestias de consumo, pienso que no os será indiferente ninguna manifestación de grandeza y de gloria en torno a vuestra tienda de Caudillo –volvió a decir la inteligente mujer que iba ya ejerciendo influencia en su interlocutor.
- ¿De qué grandeza y de qué gloria habláis, que puedan ser comprendidas por las razas bárbaras que me rodean?
- ¿Razas bárbaras habéis dicho? ¿Luego, vos os creéis superior a esas razas?
- ¡Y lo soy, claro que lo soy!
- Solania lo miró con mirada interrogadora y profunda. El moreno Caudillo de Artinón abrió por el pecho su casaca de lustrosa piel curtida al blanco, y la Kobda vio su cutis casi tan blanco como la piel de su casaca.
- Diríase que estáis enmascarado o que habéis cubierto vuestro rostro y vuestras manos con piel de avellanas. ¡Vos no sois nativo de Artinón!

–exclamó Solania–, vos sois de raza blanca y quién sabe qué tremenda tragedia os empujó por esa vida aventurera. –Y juntando sus manos sobre su pecho, la joven Matriarca suplicó con suave y dulce voz de madre que ruega–: ¡Confiad en mí, criatura de Dios! ¡Quienquiera que seas y sean cuales fueren las tragedias de tu vida!... ¡Os lo demando en nombre de tu pueblo, en nombre de la civilización, en nombre de todo cuanto amas, en nombre de Dios! –Sus ojos azules llenos de luz, parecían próximos a llenarse de llanto y estaban intensamente fijos en los ojos castaños del Caudillo que a su vez parecían inundarse de una mal disimulada tristeza.

– ¿Sois capaz de guardar un secreto? –preguntó el Caudillo.

–Todos cuantos queráis –le respondió la Matriarca.

– ¡Mirad! –le dijo él, acercando a la ventanilla de forma de estrella, una pequeña placa de cobre que brillaba como el oro, en la cual estaba grabada la imagen de Numú con su corderillo en brazos, y con la inscripción: “Yo te salvaré”.

– ¡Cómo! –exclamó aterrada la Matriarca–. ¡Eras un Kobda y has rodado hasta ese abismo!... –Y extendió, con ansia casi infinita, hacia él sus brazos abiertos que fueron a chocar con el muro de piedra que los separaba.

Ante tal intensidad de piedad y de amor; aquel hombre cayó como un fardo sobre el estrado del recibidor, y se oyó por unos instantes un sordo y angustioso sollozar.

Ya sin ningún recelo recorrió Solania el cerrojo de la pesada puerta de encina que se abría hacia un lado de la ventanilla y avanzó hacia aquel hombre que tan rudamente exteriorizaba su dolor.

Y arrodillada junto a él le dijo con maternal ternura:

–Levántate que tú eres el corderillo perdido de Numú y vas a volver a su regazo.

– ¡Que nadie lo sepa!..., ¡que nadie lo sepa! –gritó el Caudillo, como aterrado de la humillación que sufría su amor propio, al pensar que le vieran en tal estado aquellos que le creían un gigante en el poder y en la voluntad.

–Soy uno de los Kobdas que salieron de Neghadá en aquella primera misión cuando la llegada al planeta Tierra del Verbo de Dios, y tentado por la vanidad de ser un poderoso Caudillo, pedí los bienes de fortuna que había llevado al Santuario y me alejé. He tenido poder, oro, esclavos, guerreros, mujeres, graneros repletos y rediles llenos de ganado, pero mi corazón estuvo siempre vacío y hambriento, devorado de sed, de cansancio.

“¡Mujer de toga azul..., dame de beber de tu agua clara, porque mis entrañas se abrasan de sed!

Y como preso de una crisis terrible estrujó entre las suyas las blancas manos de la Matriarca, que silenciosa pensaba y lloraba.

Una de sus lágrimas cayó sobre aquellas oscuras y nerviosas sienes, y el Caudillo le dijo:

– ¿Lloras por mí? ¿Padeces por mí que no merezco más que tu odio y tu desprecio? ¡Oh! ¿Por qué he venido para hacer más profunda mi humillación y mi vergüenza?

–Puesto que eres lo que eres, no hables así, Caudillo de Artinón, ya que sabes demasiado como son los caminos de Dios, para llevar por ellos las almas que han llegado al templo augusto de la Sabiduría y se han alejado en momento de inconsciencia. ¿Sabes si viven las madres de estos quinientos cuarenta niños que tenemos en nuestros jardines? –preguntó Solania de pronto.

–Sí, viven y son el rebaño de mujeres que tengo para los esclavos y guerreros que viven sin familia. Ellas condimentan la comida para las tribus en los días de festines.

–Pues bien, ahora entraréis conmigo por esta puerta a visitar a los niños y nadie sabrá la escena de que Dios y yo hemos sido testigos. Pongo precio a tu secreto, que guardaré como en una tumba, si tú aceptas todo cuanto yo propongo, seguro de que será buscando tu dicha y tu paz.

El Caudillo se puso de pie, estrechó la diestra de la Matriarca sobre su pecho y le dijo con inaudita vehemencia:

– ¡Bendita seas!..., ino eres una mujer..., eres una divinidad!..., un rayo de sol en mis heladas tinieblas.

Solania puso el índice sobre sus labios diciéndole que callara y ambos entraron al interior, siguiendo por la columnata hasta llegar al sitio en que se hallaba el clarín de llamada. Dio los toques de cese de la concentración espiritual, y Abel y Aldis seguidos de todas las Kobdas salieron encontrándose a pocos pasos con el visitante y la Matriarca.

–El Caudillo de Artinón –dijo ella–, ha convenido conmigo en todo cuanto le he propuesto. Está animado de los mejores deseos y quiere visitar los niños de su país, pues desea devolverlos a los brazos de sus madres. –El Caudillo iba a explicar, pero los ojos de Solania lo contuvieron–.

“Además está dispuesto a firmar alianza con nuestro Thidalá del Nilo y del Éufrates, y como están aquí nuestros hermanos Abel y Aldis, representantes suyos, mejor oportunidad no se nos podía presentar.

Todos estaban maravillados, más aún cuando varias de las clarividentes hicieron circular la visión que habían tenido, que el Caudillo de Artinón era una reencarnación de aquella mujer zoharita, que en una vida anterior de Solania había tenido con ella un encuentro parecido. El lector bien lo recordará.

–Traed una placa encerada para que sea firmado el tratado de alianza.
¿Conocéis la Ley de la Alianza?

–No –contestó el Caudillo.

–Hasta ahora son doscientos veinticinco caudillos y príncipes los que la han aceptado e implantado en sus respectivos países. Y ninguno se ha arrepentido de ello. La abundancia y la paz reinan por todas partes.

Acto seguido le leyó los breves artículos que formaban aquel solemne pacto, y fue colocada la tabla encerada y los punzones de hueso en un atril para ser firmado.

Abel se le acercó para decirle:

–En nombre del Thidalá, cuya autoridad represento, amigo mío, permitidme que os de el abrazo leal de aliado y hermano. –Y le abrió sus brazos.

El Caudillo se arrojó en ellos conteniendo un sollozo. El corazón le estallaba en el pecho y no podía resistir la ola formidable de amor de que se sentía rodeado.

Cuando iba a grabar su nombre al pie del convenio que le colocaba dentro de la Gran Alianza, pensó un momento y dijo: –Creo conveniente que mis hombres de confianza sean testigos de este compromiso. ¿Les permitís entrar?

–Llamadles vos mismo –contestó la Matriarca. Y el Caudillo acompañado de Aldis y Abel abrieron la gran puerta de entrada. El silbo de un cuerno de caza resonó por breves momentos y una veintena de hombres gigantescos de oscuro color, se pusieron en el dintel.

–Pasad que estáis en medio de amigos y hermanos –díjoles afablemente Abel.

En silencio los hombres entraron y el Caudillo les explicó en una extraña lengua lo que iba a realizar. Hubo intercambio de palabras, preguntas al parecer y aclaraciones, pasadas las cuales el Caudillo grabó con el punzón su nombre al pie del convenio. Dos de sus hombres lo hicieron también y después Abel y Aldis grabaron los suyos.

–Grabad también vuestro nombre –dijo el Caudillo a Solania–, porque sois vos la que me habéis vencido.

–No es una derrota sino un triunfo el que habéis obtenido de vos mismo –le respondió ella–, pero no hay ningún inconveniente en ello. –Y estampó su nombre: “Solania de Van, Matriarca de Neghadá”.

– ¡Yo también soy del país de Van! –oyeron varios murmurar al Caudillo, que se adivinaba emocionado en extremo.

Como él debía regresar a su país esa misma tarde, se buscó rápidamente a los alquiladores de elefantes y camellos, para organizar la inmensa caravana que conduciría a los niños que voluntariamente quisieran volver al país natal.

Consultada Hebea al respecto, contestó que gustosa daba libertad a sus golondrinas si con ello habían de ser dichosas. Cerca de trescientos niños se dispusieron a partir, quedando en el santuario los otros, cuyas madres habían sido vendidas a otros países o habían fallecido.

Algunos habían permanecido cinco años, otros cuatro, tres, dos, pues no todos llegaron al mismo tiempo, como se sabe.

–Ya sabéis –dijo Solania al Caudillo–, que estos niños son ya libres, pues que nosotros hemos pagado su rescate y son hoy la escolta de honor que las mujeres Kobdas os ofrecen en prenda de amistad verdadera, ¿estáis conforme?

–Os juro que sabré corresponder a vuestras bondades –respondió el príncipe–. Dejad los nombres de estos niños para que indaguéis después por ellos, y dadme a mí los nombres de los que quedan a vuestro lado, a fin de que yo averigüe si es posible, el paradero de sus madres que fueron vendidas.

Antes de partir, Abel le entregó al Caudillo de Artinón el anillo que el Chalit tenía y que era igual al que usaban todos los Caudillos pertenecientes a la Gran Alianza. Cuando la caravana iba a partir, Aldis y Abel abrazaron al Caudillo como viejos amigos y juntos dieron este clamor que fue coreado por todos los niños desde lo alto de sus elefantes:

– ¡Gloria y bendición a las mujeres Kobdas!...

– ¡Bendición, bendición, bendición! –gritaban los niños, agitando al aire sus oscuras manos con las cuales enviaban besos de tierna despedida a las mujeres de la toga azul. Ellas desde las terrazas les despedían también agitando al aire el extremo de sus grandes velos de color violeta. Y Hebea y las jóvenes postulantes que tanto se habían sacrificado por ellos, agitaron, hasta perderlos de vista, grandes lazos blancos con que acostumbraban a engalanar la columnata y los patios en los días de solemnidad.

Todos vieron que el Caudillo tuvo con Solania un breve diálogo que nadie pudo escuchar.

– ¿Estarán ante mí cerradas para siempre las puertas de la Casa de Numú?

–Ahora empiezan a abrirse.

– ¿Cuándo puedo volver?

–Cuando en tu país no sufra ninguno de tus súbditos.

– ¡Es demasiado precio! No soy un dios. ¿Cómo puedo acallar en absoluto el dolor de tantos infelices?

– ¡Tú lo puedes hacer! ¡Cuando ninguno arrastre cadena, cuando en ninguna mesa falte el pan y en ningún hogar falte fuego, entonces será llegada la hora! ¡Caudillo de Artinón..., en nombre de Dios, te prometo la felicidad para entonces! Vete y que Dios sea contigo.

El Caudillo saltó sobre su caballo oscuro como alas de cuervo y en una tendida carrera alcanzó a la caravana, que iba ya perdiéndose por el ancho camino de plátanos que se abría hacia los campos del sur.

LAS ESPINAS DEL ROSAL

En el vasto escenario que he presentado a mis lectores y que abarca trozos de varios continentes, hay innumerables entreactos y rinconcillos al parecer inadvertidos; pero que el dramaturgo historiógrafo no puede ni debe dejar en el olvido. Tal ocurre con la Suisini-Manh Shiva, la Reina Kobda de las orillas del gran Lago Urán al sur del cual estaba situado su dominio. Uno de los Kobdas que le habían dado como auxiliares, Alodio, hijo mayor del príncipe Bayasid, Caudillo de Manh, le había dicho:

–Tened en cuenta que la entusiasta aclamación de vuestro pueblo y el delirio de amor con que os ha proclamado su reina madre, no es el término de vuestra misión en esta hora, sino el comienzo de una era de intensa labor en diversos órdenes.

Fue así a la verdad.

Tanto Helia-Mabi como Shiva eran espíritus originarios de Venus, nacidos en esa vida bajo la influencia de Marte, algo debilitada por estar el astro un poco en descenso, circunstancias que hacían de ellos algo así como dos florones abiertos en luna menguante, llenos de belleza y suaves perfumes pero con escasa resistencia para las heladas y los vientos.

Ambos tenían gran amor dentro de sí y ese amor los hacía a entrambos capaces de los mayores sacrificios en pro de obras grandes y bellas; más hay momentos, épocas y circunstancias en la vida física terrestre en que está demostrado que al lado del amor debe estar el razonamiento, sereno y lúcido, que sabe encontrar el justo medio en todas las cosas.

El amor que de nuevo florecía con inaudita exhuberancia en la tarde de la vida de aquellos dos seres, había dado libertad a los esclavos y abolido las torturas y la muerte, y suavizado la existencia de los ancianos, los enfermos y los huérfanos.

Cada seis lunas enviaban un mensajero a La Paz con noticias suyas, el cual recogía también las que sus hijas y Evana, le remitían abundantes detalles y pormenores referentes a personas y acontecimientos que de seguro les interesaban.

Que Iber había sido proclamado Chalit de Ethea y de Nairi por una singular combinación no buscada sino acontecida de inesperada manera; que Abel se hallaba en Neghadá por un breve tiempo; que el Jardincillo de Shiva, tenía otra asidua hortelana en una Berecina del País de Arab, etc.,

etc., todo iba catalogado cuidadosamente en un rollo de papiro, escrito durante varios días por Mabi, Helia y Evana, y colocado después en un tubo de cobre, era entregado al mensajero portador de pensamientos, de anhelos, de esperanzas y de caricias a través de ríos y de praderas, de selvas y de montañas.

Mas, un día se vio llegar al mensajero de Shiva antes, cuando sólo habían pasado cuatro lunas desde su último mensaje. En el tubo de cobre venía encerrado un grito de angustia de aquella mujer pensativa y silenciosa, que tanto había padecido sin quejarse, y que ahora parecía sentirse vencida por la grandeza y el poder. “Kobda Rey. ¡Mago del amor! –escribía ella, en un párrafo dirigido a Bohindra–. ¡Sálvame de esta carga demasiado pesada para mí. Déjame ir hacia vosotros porque los hombres de esta tierra no entienden el lenguaje del amor!

“Les abrí los graneros reales, les colmé de paz, de dulzura y de abundancia, y cuando todo lo han agotado y comienza la carestía, lanzan gritos de protesta en contra mía y han tomado en rehenes a Helia-Mabi, amenazándome con arrancarle la vida si no acudo a sus necesidades.

“Les di cuanto había en ganados, grano y aceite, más como se dieron a la holganza, sus campos no han producido, se ven amenazados por el hambre y se irritan contra mí”.

Bohindra y su Alto Consejo deliberaron sobre lo que convenía hacer.

Comprendieron que la dulce Manh Shiva había dejado predominar su amorosa ternura y su compasión, pues en el mismo tubo de cobre venía otro mensaje de los Kobdas y firmado por Alodio, el Kobda notario del Consejo que decía así:

“Kobda Rey, Dios ha permitido que el pueblo mismo dé esta lección a nuestra buena reina, que sin saber el daño que a ellos y a sí misma se hacía, no supo nunca oponer la energía a las repetidas peticiones de sus súbditos, que habiendo encontrado fácil acogida a todos sus deseos, han introducido grandes abusos en sus formas de vida. Nada habría ocurrido si los deshielos del Monte Zagros no hubiesen sorprendido a los ganados en lo profundo de los valles. Obrad con entera libertad, pero a nosotros nos incumbe manifestar nuestra opinión en este asunto: Convendría imponer una reclusión de muchas lunas a los que han llegado hasta la amenaza y la abierta rebeldía, tomando prisionero a Helia-Mabi para forzar a Shiva a complacerlos. Esto la llevaría a contraer una deuda con los países vecinos que no todos son de la Alianza, lo cual abriría las puertas de este dominio a razas cuya evolución está muy lejos a la que los Kobdas soñamos hacer llegar a la humanidad de la hora presente”.

Dos días después salían río arriba por el turbulento Hildekel, diez enormes barcasas de grano y aceite y otras tantas de carne y vino, mien-

tras el mensajero corría por campos y selvas con el anuncio, a los fines de que Shiva enviara los camellos y asnos de carga a la orilla en que se haría el desembarco. Mas, antes que las provisiones llegaran, la ciudad estaría rodeada por los arqueros de los países vecinos, hacia los cuales habían salido mensajeros de prisa que a todo correr de sus cabalgaduras llevarían el auxilio necesario a la dulce mujer, que había sembrado un rosal magnífico de amor y se veía enclavada en sus propias espinas.

Los revoltosos que no eran más que un puñado de holgazanes egoístas, hábiles para sublevar a las masas ignorantes, fueron aprehendidos por los arqueros mientras llevaban un pelotón de pueblo a pedir a gritos pan y vino a la reina. El pueblo asustado huyó dejando sólo a dos veintenas de hombres que eran los insurrectos, los cuales fueron conducidos ante el tribunal de los Ancianos para ser juzgados.

–No queremos vuestra justicia –dijeron todavía con insolencia–, queremos la justicia de Suisini-Manh Shiva que es nuestra reina.

Aleccionados los Ancianos por los Kobdas Audumblas que a su vez tenían ya las instrucciones de Bohindra y su Consejo les contestaron:

–Habéis perdido el derecho a la piedad y al amor de vuestra Reina porque habéis abusado de ellos. Ahora tendréis que conformaros con la justicia severa de este tribunal, que debe ante todo velar por la paz y bienestar del pueblo mal aconsejado por vosotros.

Y comenzó el severo interrogatorio. De él resultó que todos aquellos hombres llevaban sin trabajar desde que la dulce Reina Kobda había puesto sus plantas en las tierras de su padre. Asiduos visitantes de los graneros públicos habían burlado la vigilancia de los encargados, en forma de hacerse pasar por inhabilitados para la labranza o el pastoreo de los ganados.

Fueron recluidos por cuarenta lunas en los grandes pabellones talleres donde se labraban maderas y se pulimentaban piedras destinadas a las construcciones de hospicios, enfermerías y graneros, que se estaban haciendo desde la llegada de Shiva a las orillas del lago Urán. Casi todos ellos pertenecían a esa clase de hombres que en aquellas remotas épocas no servían más que para contratarse como guerreros en ejércitos de tierra o de mar, sin amor a familia, patria o rey, puesto que tan pronto tenían un amo como otro.

El abordaje a embarcaciones mercantes, o el asalto a campo libre para robar ganados o sacos de grano de los previsores labriegos, que habían recolectado pacientemente el fruto de sus sudores, habían sido sus ocupaciones habituales

–Cuarenta lunas de trabajo constante y ordenado –decían los Ancianos del Tribunal–, les devolverá los hábitos de labor, tomarán aversión a la vida aventurera y acaso se transformen en hombres nuevos.

Shiva se había reunido de nuevo con Helia-Mabi, al cual suponía ella desesperado por la situación.

– ¡Qué cuadro soberbio he pintado, Shiva, en los días de soledad a que me relegaron estos hombres! –exclamó, cuando se desprendió de los brazos de su esposa que lo miraba por todos lados y lo palpaba para cerciorarse de que no había sido azotado ni herido en ninguna forma.

Y Helia-Mabi, sin preocuparse mayormente de lo que había pasado, desarrollaba un gran lienzo que traía envuelto en una vara de cedro.

Por una verde colina al pie de la cual serpenteaba un arroyuelo, se veían caminar dos seres vestidos de blanca túnica que subiendo a la colina iban sembrando de rosales y espigas de trigo todo el campo que dejaban tras de sí. Una inmensa bandada de aves de rapiña les había salido al paso de una enmarañada selva negra y a picotazos les habían desgarrado las carnes y sus túnicas blancas tenían manchas de sangre. En lo alto de la colina les esperaba como una radiante desposada la Saviduría, que espantaba a los cuervos con estas palabras.

– ¡Idos!... ¡Idos!..., sombras siniestras por tantos siglos como plumas negras tenéis, que acaso entonces seáis capaces de sentir la suavidad del amor.

– ¿Qué significa esto? –preguntó Shiva encantada de la magnificencia de aquel lienzo.

–Significa que tú y yo hemos querido sembrar el amor entre los cuervos y ellos nos han devorado –le contestó Helia-Mabi.

– ¡Todavía no, puesto que vivimos! –exclamó aquella mujer, llena aún de optimismo y de fe-. ¿No ves cómo el Dios del Amor nos saca triunfante de una nueva tempestad? Si todos en torno nuestro fueran cuervos, Helia-Mabi, ¿estaríamos ambos viendo la luz del cielo en el fondo de nuestros ojos? Mira hacia la pradera del sur, ¿ves esas negras siluetas que parecen árboles con movimiento?

–Sí, las veo –contestó Helia-Mabi.

–Son centenares de asnos y camellos cargados con grano y aceite que mandan nuestros hermanos del Éufrates para acallar el clamor de nuestro pueblo.

“¡Helia-Mabi!... –exclamó Shiva tomando las manos de su esposo que miraba hacia la pradera como sin comprender lo que veía-. Somos sembradores del amor y el amor nos envuelve. Los cuervos vienen y se van con jirones de nuestra túnica y a veces con jirones de nuestro corazón, pero se van a hundirse en sus tinieblas, mientras los hijos de la Luz nos embriagamos en la claridad divina.

–Tienes razón, Shiva, tienes razón. Romperé mi lienzo porque no es un reflejo de la verdad.

–No, al contrario, él refleja una embestida de cuervos que nos han

hecho temblar. Solamente debes tocar con tu pincel las alas de los cuervos en forma que aparezcan precipitándose a la negra selva de donde salieron, como al influjo de la radiante luz de la Sabiduría que les increpa desde lo alto de la colina.

Y el hombre de las hojas secas, que había llegado a ser el hombre de la esperanza y del amor al lado de Shiva, la amada de su juventud, desgajó con su pincel las negras plumas que se batían poderosas, dueñas de las nubes y del aire, y la feroz bandada semejaba precipitarse en la pantanosa selva como azotada por un vendaval.

Juntos leyeron el papiro enviado por Bohindra desde La Paz:

“Shiva, Reina Kobda: extrae una vez más del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas. El Amor es inseparable de la Sabiduría. La Sabiduría es prudencia, es justicia, es discreción. Antes de dar el pan y el vino a tus súbditos, pon en sus manos el arado y la segur, el hacha y el cayado, en forma que cada uno de ellos esté capacitado para producir por lo menos igual cantidad de lo que consume, y os aconsejamos grabar en todas vuestras ciudades un bando grabado en láminas de piedra que diga así:

“En el país de Num-Maki, sólo habrá pan, aceite y vino para el hombre que sea capaz de producirlos con su esfuerzo y su labor. Los graneros reales sólo se abrirán para los ancianos, los enfermos y los huérfanos. Con cuarenta lunas de trabajos forzados en los talleres de labrar la piedra y madera será castigado todo hombre que se niegue a cultivar los campos y cuidar de los ganados.

“Shiva, Reina Kobda del país Num-Maki”.

“Hacedlo así, hermana nuestra, y que sea por piedad y por amor que obréis en tal forma, pues con ello conseguiréis educar a las masas en los hábitos de virtud y de trabajo. Diez mujeres Kobdas irán desde Neghadá para ayudaros a dignificar por medio del trabajo a la mujer de vuestro país, considerada como en todas partes, objeto de placer en vez de alma de inmortales destinos.

“Que Helia-Mabi sea el báculo en que os apoyéis durante esta ruda y laboriosa jornada”.

El nombre de Bohindra y de todos los Kobdas del Alto Consejo ponía fin a este grabado en el rollo de papiro que guardado en un tubo de cobre llevó el mensajero.

— ¿Veis? —le decían muchos de los caudillos y jefes que la rodeaban—. ¿No os decíamos nosotros que el bajo pueblo es bestia que necesita el rigor? Si no siente el peso de la cadena, se levanta como oleaje de un mar furioso porque interpreta como miedo la piedad y dulzura que le dispensan.

Y pugnaban por implantar de nuevo la esclavitud y las humillantes y

cruelles torturas usadas como medios de corrección para los holgazanes y los revoltosos.

Shiva celebró consejo con sus Audumblas, y pidió a los caudillos seis lunas para restablecer el orden y obligar a trabajar a todos los que hasta entonces se habían resistido.

La primera medida fue la de fijar el bando en láminas de piedra en todos los sitios frecuentados por el pueblo. La segunda establecer dos formas de trabajo para los labriegos y pastores: o debían trabajar en los campos fiscales o de la corona, y entonces el estado los mantenía, o debían cultivar el campo que se les asignaba en particular, con ganados y herramientas de labranza de los cuales eran depositarios y usufructuarios durante veinte lunas. Tal plazo era renovable con la sola condición de que el pastor o labriego contribuyera con un tanto de lo producido al ganado o a los graneros destinados a la manutención de los ancianos y de los enfermos, de los huérfanos y de los arqueros que guardaban las fronteras

Y Shiva comenzó una audiencia diaria para todos los que hasta su llegada habían sido esclavos. No contaba con más ayuda que la de su esposo, sus Audumblas Kobdas y tres de los ancianos que formaban su Consejo.

–Los caudillos que por voluntad mía os dieron libertad –les decía Shiva–, os quieren prender a la cadena nuevamente. He pedido seis lunas de plazo para que demostréis con hechos que sois dignos de ser considerados como hombres y no igualados a las bestias de carga.

“Vuestra Manh Shiva quiere veros libre y dichosos, pero no puede hacerlo sin vuestro concurso y apoyo.

“Os habéis dejado arrastrar por esos cuarenta revoltosos, incapaces de vivir bajo el orden de una ley, que no formaron familia para no esforzarse en mantenerla, que no tienen patria ni rey para no ligarse a deberes de ninguna especie. Si vosotros queréis habitar Num-Maki, libres y felices en la abundancia y en la paz con que el Altísimo premia el esfuerzo y la perseverancia del labriego y del pastor, demostrad a vuestra Man-Shiva que sois merecedores de la defensa que ella hará de vosotros ante los caudillos del país.

Todos juraron fidelidad a las órdenes de su reina. Las mujeres con numerosos hijitos de diversas edades se echaban a sus pies llorando y clamando que no querían más ser esclavas y que les fueran arrancados y vendidos sus hijos.

–Defendednos, Suisini-Manh Shiva, defendednos, que si los hombres no quieren cultivar la tierra y pastorear los ganados, lo haremos nosotras y nuestros hijos.

Y los parques y jardines, y las praderas y los campos fiscales inmediatos a la morada de Shiva se vieron inundados de mujeres y de niños que

sembraban trigo, lentejas y maíz, y podaban los cerezos y abrían acequias de riego y conducían los rebaños a los campos de pastoreo.

Bien se vio que la campaña de los cuarenta revoltosos había conquistado solamente a los hombres, y estos viéndose abandonados por sus mujeres cobijadas al amparo de la Reina Kobda que les llamaba al trabajo y a la paz, cedieron también y antes de vencidas las seis lunas de plazo, los cultivos y los ganados devolvían el ciento por uno de los esfuerzos que se habían hecho.

Y Shiva llorando de felicidad escribía a La Paz su mensaje semestral, que comenzaba y terminaba con la misma palabra que a ella la llevara un día a reconquistar su dicha perdida:

“El Amor es el mago divino que salva todos los abismos”.

111

IBER, EL JOVEN CHALIT

Desde todos los países de la Gran Alianza corrían mensajeros hacia La Paz. Diríase que ese nombre irradiaba esplendorosamente la calma y el sosiego hacia todos los pueblos que formaban aquel vasto escenario, en que la Sabiduría Kobda como hada piadosa y buena derramaba sus rosas y sus lirios.

“Yo quiero ser justo por encima de todas las cosas escribía a Bohindra, Iber, el joven Chalit de Ethea y de Nairi. ¡Mas, es tan difícil serlo sin desagradar a ninguno! Cada cual quiere para sí lo mejor. Ninguno dice basta a sus deseos ni pone límites a sus ambiciones. Todos acuden al Chalit para remediar sus males, mas, ninguno piensa en el dolor del Chalit, por verse impotente por complacer a todos. Selyman y mis otros hermanos se colocan a mi espalda para resguardarme con sus consejos y su apoyo, pero todos exigen de mí la justicia y la equidad. Y si la hago según mi conciencia, contento a los unos y descontento a los otros.

“¡Oh, Kobda Rey, amado y venerado Bohindra!..., ¿no sería justo que este peso, demasiado para mi juventud y mi inexperiencia, fuese llevado por otros hombros más fuertes que los míos?...”

Tal era la queja del alma de Iber, que nacido y criado en el nido tibio y dulce del hogar de Evana, bajo el amparo de los Kobdas, sentíase extraño entre seres que no siempre eran sinceros y leales, cuando ante él se inclinaban para saludarle. Su residencia habitual era Dhapes, a donde hizo trasladar a Selyman y algunos de sus compañeros desde la Caverna de Gaudes, la cual quedó sólo con dos Kobdas ancianos, a la espera de otros que debían venir desde Neghadá para atender a los amparados en sus lazaretos y asilos de refugio.

De un orden muy delicado era el principal problema con que tropezaba Iber para el gobierno y orden de sus pueblos.

En el país de Ethea había dos clases de población: los mineros del Monte Tauro, cuyo Caudillo de nombre Irasis los gobernaba a su antojo, desde su caverna abierta a la principal entrada de las minas y que estaba más o menos en el lugar en que muchos siglos después se formó la aldea llamada Tarsis. La otra porción de pueblo, la formaban los pastores y labriegos, que escuchaban la voz de otro Caudillo ganadero y agricultor de nombre Carkemis que residía a pocas millas de la antigua Gutium.

Las tribus mineras tenían sus aldeas subterráneas al estilo de las antiguas razas lemures de donde descendían, mientras que los de las praderas abrían sus tiendas y levantaban sus cabañas a la luz del sol y al soplo de todos los vientos. Dos veces por año acudían a los grandes mercados de Dhapes para hacer el intercambio de sus productos.

Los mineros entregaban sus metales y sus piedras preciosas a cambio de cereales, aceite, vino, carne, grasa, lana y algodón. El intercambio ocasionaba frecuentes disputas porque cada cual, valoraba en un alto precio sus productos. Casi siempre salían con desventaja los mineros, cuya mercancía no era indispensable a la vida y los de la pradera imponían su voluntad, toda vez que de sus productos necesitaban los mineros para sostener su vida.

En estas contiendas llegaban a veces a tales extremos de enardecimiento y de violencia que cada día de mercado era día de sangre y de luto para muchos.

Fue necesario que el Chalit en persona acudiera a presenciar y dirigir los cambios. Y en tal caso desde el fondo del alma de Iber parecía levantarse la discreta y prudente Milcha, que preparó a Adamú y Evana para cimientos de una nueva civilización.

Un día vio que los mineros volvían a cargar sus metales y sus piedras en la caravana de asnos, y mustios y sombríos se disponían a tornar a sus casas-cuevas en los vericuetos de la montaña, sin llevarse ni un grano de trigo, ni un odre de aceite. Vio a un viejecito que ni asno tenía, cargar sobre su espalda encorvada un saco con listones de cobre y plata que había traído para comerciar, con el dorso de su mano secaba el sudor de su frente y una que otra lágrima que se deslizaba silenciosa por su barba cana. Iber se acercó a él.

– ¿Por qué os vais entristecidos todos los mineros? –le preguntó.

– ¿Y vos quien sois que me lo preguntáis? –dijo el viejo.

– Soy vuestro hermano, el Chalit.

Al anciano se le resbaló el saco hacia atrás y se echó a llorar como un niño.

– Chalit –le dijo entre sus sollozos–, los agricultores y los ganaderos

se han confabulado para arruinarnos poniendo un alto precio a sus productos. ¡Siete lunas he tardado para extraer y purificar este saco de metal y quieren darme por él tan sólo para abastecerme por dos lunas! Tengo mi mujer anciana paralítica y cuatro nietecitos huérfanos del último hundimiento que mató a mi hijo y mi nuera. ¡Tened compasión de mí!

Iber se oprimió el corazón con ambas manos, porque le sintió como desgarrarse dentro del pecho.

–Esperad –le dijo, y corriendo hacia la caravana de los mineros que ya se ponía en marcha, les gritó:

– ¡Deteneos! Soy vuestro hermano el Chalit, que acude a remediar vuestro mal.

– ¿Ha vuelto al país el príncipe Elhizer? –preguntaron algunos.

–No, pero yo que estoy en su lugar haré la justicia lo mismo que él. Estoy enterado de lo que ocurre –les dijo, cuando ellos se inclinaban ante él por respeto y hasta con temor–. Y yo daré una lección a los que abusan de los dones del Altísimo. Descargad vuestra mercancía. –Y llamando a uno de los hombres que administraban el erario público interrogó sobre el valor de los metales y la forma equitativa de compra-venta, respecto de los productos de los agricultores y ganaderos.

– ¿Habrá en nuestros depósitos bastante grano, aceite y vino como para comprar todo este cargamento? –preguntó a su administrador.

–Hay para otros cien como éste –le respondió.

–Compradlo, pues.

– ¿Qué haremos con tanto metal, si tenemos abundancia de utensilios, armamentos y enseres?

–Se hará intercambio con los de Nairi y con otros vecinos. Haced lo que os digo –ordenó Iber sin dar más explicaciones. Unas horas después la caravana de los mineros salía cargada de todos los productos que ellos habían venido a cambiar por sus metales y piedras preciosas. Ya se iba perdiendo a lo lejos en el tortuoso camino y aún se oía el sonido gutural y casi ininteligible de la extraña lengua que usaban los habitantes de las cuevas de la montaña y con que significaban sus bendiciones y adioses al Gran Fill (*gran hijo) del Gran Padre como ellos llamaban a Dios.

La resolución de Iber causó grande descontento a los labriegos y pastores, pues echaba por tierra el pingüe negocio que habían pensado realizar.

–El Príncipe Elhizer nos daba siempre la preferencia porque nosotros somos los que alimentamos al pueblo.

–Y porque ellos son mineros y no pueden comer sus metales y sus piedras, ¿han de morir de hambre? Si vosotros fuerais los mineros y ellos los ganaderos y agricultores, ¿estaríais conformes de que ellos hicieran lo que vosotros hacéis con ellos? –les preguntó Iber con gran serenidad y dulzura.

–Nuestros sacrificios también merecen ser recompensados –contestó uno de ellos–, y ahora nosotros tendremos que llevarnos nuestros productos.

–Con ellos estáis seguros de no padecer hambre y miseria, llevadlos.

–Es que necesitamos instrumentos de labranza y aparejos para nuestros elefantes y utensilios para nuestras casas –volvió a decir otro de los labriegos.

–Poned precios a estas mercancías –dijo Iber a su administrador–, y conforme sea su valor dádselo en cobre y plata según cada cual lo necesite. Y en adelante cada vez que esto ocurra, seré yo el comprador de los unos y de los otros, y colocaréis en este mismo lugar, grabado en lámina de piedra, los valores que han de estipularse para los intercambios de productos.

“¿Qué necesidad teníais de afligir a vuestros hermanos negándoles el sustento? ¿Por qué os dejáis dominar así por la avaricia y la ambición? En adelante seré inflexible con tal género de delito, porque asesinos sois como los piratas y los salteadores, si por hambre matáis a vuestros hermanos. Y no dejaré que os volváis con vuestra mercancía sino que os será quitada y cambiada al precio justo y equitativo, no al que quiere vuestra codicia. Habéis recibido del Altísimo el gran don de la paz; estáis resguardados de todo peligro por los arqueros de la Alianza que protegen vuestros ganados, vuestros campos y vuestras cosechas, que con tranquilidad recogéis en tanta abundancia y ya buscáis la forma de atormentar a los otros por la avaricia de mayores ganancias. Mereceríais que el Thidalá retirase la protección de sus arqueros y que de nuevo los gomerianos entrasen a incendiar vuestros campos y robar vuestros ganados.

“Por hoy pagadles sus mercancías, pero si esto se repite, tendrán que marcharse con las manos vacías dejando cuanto han traído para ser repartido entre los menesterosos.

Humillados los labriegos y ganaderos aceptaron el intercambio en la forma estipulada por el administrador de Iber; pero pensando en su interior que en adelante llevarían sus productos a otra ciudad más apartada, donde el severo Chalit no tuviese noticia de sus negociaciones.

La energía desplegada por Iber en momentos determinados, parecía ser superior a sus fuerzas físicas y tornaba a su casa, agotado, con el alma helada de frío y como si dentro de su pecho se ahogaran muchos sollozos. Y arrojándose sobre su banco de reposo exclamaba:

– ¡Oh, los Kobdas líricos!..., ilos Kobdas, hijos de la quimera y del ensueño!..., ¡qué lejos está aún la humanidad terrestre del amor con que soñáis! La irradiación del Verbo de Dios ha adormecido por breves años los maullidos feroces del lobo hambriento, el odio que pugna por despertarse de nuevo para devorar a los hombres.

Como si tal honda queja hubiera encontrado un eco en el alma de Selyman, su padre, se acercó a él en ese instante y sentándose al lado de Iber le dijo, acariciando su cabeza:

–Hijo mío, cuando un labrador recibe un campo para cultivar y todo él está sobrecargado de abrojos y de espinas, exclama abatido y desalentado: “este trabajo es superior a mis fuerzas, ¿cuándo podré ver todo este campo desbrozado y limpio?”

“Pero si en vez de englobar en un vistazo todo el enmarañado zarzal cuya inmensidad le espanta, divide el campo en tantas porciones como días tiene el año, y cada día llena su tarea trabajando de sol a sol, acaso al cabo del año se encontrará con su campo desbrozado y listo para abrir los surcos y comenzar la siembra.

“El Altísimo te ha entregado a ti este campo: Ethea y Nairi, y te lo ha entregado con partes limpias y sembradas, con sitios pantanosos y otros cargados de piedras estériles y zarzales que lastiman tus pies. Haz como aquel labrador, hijo mío, y divide tu campo en varias porciones, dedicando el tiempo que sea necesario para sanear, cada porción, de los animales dañinos y de la mala simiente que pueda en adelante perjudicar tu plantación. Lo que hoy has hecho tendrás que hacerlo acaso por un tiempo más, y no sólo en Dhapes, sino en Gutium, en Padaram, en Boira, que son los principales mercados de intercambio de productos entre los agricultores, ganaderos y mineros.

“Los Kobdas líricos, como tú dices, viven y mueren cantando al amor mientras van sembrando con sus obras por los campos de Dios, donde ponen su planta.

“Soñar por soñar, es locura, es fantasía. Soñar para plasmar en obras grandes y bellas esos sueños, eso, hijo mío, es sabiduría, es creación, es realidad.

“Tú sueñas con una humanidad más buena en que los hombres no busquen despojarse los unos a los otros, sino al contrario, que el bien de los unos sea el gozo de los demás. Kobda eres y sabes como yo, que a la humanidad terrestre han de venir todavía muchas generaciones de seres retardados en su progreso y algunos que van llegando recién de las inferiores especies.

“El globo terrestre es el campo de cultivo que ha puesto el Altísimo ante los ojos asombrados de la legión redentora del Verbo de Dios. Y les ha dicho: “Desbrozadla, sembradla, regadla con sudor, con lágrimas y con sangre, mucha semilla se perderá, pero será para su mal no para el vuestro, pues que todo esfuerzo que aquí pongáis, cada gota de llanto, cada gota de sangre, cada desgarradura de vuestro cuerpo en las espinas del camino, vibrarán intensamente en Mí mismo y creando irán el aura grandiosa de amor y de luz con que os iréis vistiendo para la hora del festín”.

“Así piensan los Kobdas líricos, hijos de la quimera y del ensueño, según tú decías, mientras con el hacha y la segur van abriendo caminos y derramando semillas y apartando piedras enormes y abriendo acueductos de agua cristalina.

Iber escuchaba a su padre en silencio y dejaba que su alma se bañara en el agua fresca de la esperanza de donde esperaba salir renovado y fortalecido para continuar la jornada.

–Hoy –continuó Selyman–, han llegado mensajeros de tu Consejo de Nairi que vienen a recordarte otra porción de tu campo que está invadida de malezas.

– ¿Más todavía? –interrogó Iber incorporándose–. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Qué buena es la vida silenciosa, oscura y desconocida en el fondo de un Santuario Kobda, donde por todas partes canta el amor, donde la sinceridad y la simpatía hacen florecer los corazones en una juventud eterna!

– ¡Calma, calma hijo de Numú!..., has tenido tu hermosa primavera en que has recogido las flores a millares. Este es tu invierno, época de preparación de semillas y de tierras en forma que al llegar de nuevo la época de los retoños, tus plantaciones comiencen a ofrecerte sus frutos.

“En el país de Nairi tropiezan con un serio problema que piden les ayudes a resolver. Como sabes la Ley de la Alianza ha dejado muchas mujeres sin esposos, y a causa de los trastornos causados años atrás por el desorden de los hijos de Etchebea y por la debilidad de éste, casi la mitad de los hombres fueron muertos o llevados en cautiverio a las tierras del Mar Eritreo del Norte, la corrupción empieza a tender sus garras tomando como instrumento a esas mujeres, muchas de las cuales han malgastado la dote que les asignaron los maridos al separarse de ellas, y las unas por bajeza propia del ser, las otras por hambre, comienzan a caer en abismos de corrupción o emigran hacia otras tierras huyendo del trabajo y buscando la vida fácil y alegre. Bien comprenderás que todo esto requiere una medicina enérgica y eficaz.

– ¿Dónde estará tal medicina?... ¿dónde? –exclamaba el joven Kobda aturdido por el peso de sus grandes responsabilidades–. ¡Oh!... ¡Bohindra, Bohindra!..., ¡ahora comprendo recién cuán grande eres entre la inmensa legión de los espíritus de Dios!

“¡Los hombres ambiciosos y ciegos juzgan fácil tarea la de llevar pueblos hacia los altos destinos marcados por la Providencia, y luchan por ser colocados en lo alto de la torre de marfil donde ofrecen blanco a todos los vientos!... ¡Oh!..., el vértigo de las alturas! ¡Cuán peligroso es para las almas pequeñas como la mía, pobre mariposilla que rompe sus alas al choque de una brizna de paja!

–Ahora come, hijo mío –díjole Selyman, viendo que un joven criado

introducía los alimentos y disponía la mesa en el centro de la habitación, pues el Chalit continuaba sus costumbres de Kobda y comía solo en su propio aposento.

–Después –continuó el Anciano–, iremos a la concentración espiritual de la noche donde tú beberás luz y energía para resolver mañana lo que ha de hacerse. Conociendo yo, que hoy habías gastado mucha, dije a los mensajeros que mañana les recibirás. Con que, hijo mío, a soñar como sueñan los Kobdas, con divinas creaciones que plasman después en medio de la humanidad. ¡Hasta luego!

–Padre, pasada la concentración, te visitaré en tu habitación y juntos plasmaremos lo que he de resolver mañana, ¿convenido?

– ¡Convenido!, ya sabes que tienes en tu padre un decidido cooperador en tu obra.

Se separaron para reunirse luego en el más profundo silencio en la concentración de la noche, que se hacía en todos los santuarios y refugios Kobdas a las tres horas de haberse puesto el sol.

Iber y Selyman, llamaron tenazmente con el pensamiento a sus hermanos de Neghadá entre los cuales se hallaba Abel, y a sus hermanos de La Paz, entre los que se hallaba Bohindra.

Y en la onda sutil del amor puro sin egoísmos y sin bajezas, los pensamientos se encontraron, se confundieron y se iluminaron de intensa claridad. El pensamiento de Iber tendió su vuelo hacia una época remota, a un país del Continente Atlante que se llamó Orozuma y que entonces dormía sueño profundo en el fondo del mar. Todo era paz, sosiego y quietud, porque Anfión, el Rey Santo, conducía su pueblo iluminado por la sabiduría y el amor. Los países vecinos, continuamente en guerras de despojo y exterminio, veían diezmada su población masculina en forma tal que el hambre y la corrupción hicieron presa en las mujeres y los niños, que en gran cantidad emigraban a la bella y riente Orozuma donde se vendían por una cestilla de pan o de frutas y se prestaban a las mayores bajezas a cambio de saciar su hambre.

“El Rey lo supo y bajando a la gran plaza pavimentada de piedras blancas y rojas, llevando a su lado a Odina, su dulce esposa, hizo llegar hasta él a todas las mujeres extranjeras, que en gran número habían invadido sus poblaciones y sus ciudades.

– ¿Qué os pasa en vuestro país que huís en bandadas como palomas perseguidas por los buitres?

– ¡Daivan, Daivan! (*Dueño), que era el tratamiento que se usaba para los reyes–, –gritaban ellas–. ¡Nuestros maridos, nuestros hermanos, fueron muertos en guerra! ¡Estamos solas en el mundo! ¡Somos carne que todos pisotean y ultrajan! ¡Sabemos que eres piadoso y justo! ¡Ampáranos Daivan y seremos vuestras esclavas para toda la vida!

“Anfión buscó los ojos de Odina y los encontró próximos a llorar.

“Y del fondo de su propio corazón se levantó como una oleada de amargura que le clamaba piedad, más intensamente aún que aquellas infelices mujeres.

“Entre él y Odina formaron un consejo de ancianas y viudas laboriosas y honestas, para enseñar a aquellas mujeres a hilar lana y algodón, a fabricar abarcas de piel de diversos tamaños y a varias clases de labores adaptables a su sexo y condición.

“—Obedeced —les dijo—, a estas ancianas que os mandan y cuidan en nombre mío. Sed buenas y laboriosas y os prometo que estaréis contentas de este siervo del Altísimo a quien habéis pedido amparo y refugio. —Y cuando vio que habían tomado amor al trabajo y al orden, llamó a todos los hombres de su país que por diversas contingencias de la vida, no tenían esposa y les dijo—:

“Id al Refugio de las extranjeras y elegid entre ellas una compañera de vuestra vida, una madre laboriosa y honesta para vuestros hijos. Yo doy a cada una de ellas en dote una porción de tierras de labranza, que cultivaréis para sacar vuestro sustento. En cada porción de tierra está ya levantada una cabaña provista de grano, aceite y vino, que os bastará hasta que la tierra os rinda el fruto de vuestro esfuerzo.

“Y doscientos sesenta hogares encendieron su fuego y cocieron su pan en aquel campo poblado de pequeñas cabañas, florecidas luego de niños como rosas en primavera. Y aquel campo fue llamado: Tierra de clemencia, y su extensión era tal, que un hombre caminando todo el día no alcanzaba a llegar desde uno al otro extremo”.

El pensamiento de Iber se detuvo en su vuelo, y se encontró de nuevo en la callada penumbra del recinto de oración al lado de Selyman, su padre, que le acompañaba según lo convenido. Cuando se hizo la luz, ambos salieron a la columnata del pórtico exterior y el joven Kobda con la mirada radiante y el alma llena de optimismo y de esperanza, dijo a su padre:

—Traedme al amanecer a los mensajeros del Consejo de Nairi, porque el Altísimo ha inundado mi mente de luz y creo tener ya, el secreto de la paz y sosiego para todos.

— ¡Gracias a Dios, hijo mío!..., ahora eres un Kobda que sueña y canta al amor, para plasmar en obras grandes y bellas lo que has bosquejado en tu sueño. ¡Que la paz sea contigo!

Noche de sosiego, noche de paz y de serena confianza para Iber, el joven Chalit, porque había buscado en la infinita grandeza de Dios el secreto de hacer la felicidad de aquellos que le fueron confiados y la grandeza de Dios le había respondido con ilimitada generosidad.

Y cuando días después se trasladó a Nairi para acudir a la necesidad

de aquel pueblo, resolvió el grave problema tal como lo había resuelto siglos atrás, Anfión el Rey Santo, en un país de Atlántida llamado Orozuma, que dormía un sueño profundo en lo más hondo del mar.

Y los Kobdas sensitivos de Neghadá y de La Paz, comentaban al día siguiente de aquel en que una formidable y sutil onda telepática les habían puesto en contacto:

“Nuestro hermano Iber acaba de obtener una gran victoria sobre el egoísmo humano y sobre sí mismo. El desaliento y el pesimismo han huido para siempre de él, que será en adelante el hombre de la esperanza y de la fe”.

112

EL PEÑÓN DE SINDI

Bien recordará el lector que al llegar Abel a Neghadá, se celebró aquella asamblea de consulta espiritual en que un Kobda anciano llamado Mauro, recabó de sus hermanos un consejo, y expuso el difícil caso porque atravesaba; luego el desdoblamiento espiritual y la tranquila desencarnación de los tres que habían tomado la palabra y cuyas vidas físicas sólo esperaban la presencia carnal del Verbo de Dios para esfumarse en la inmensidad.

El segundo de los dos que emitieron su consejo y cuyo nombre era Beni-Abad, era el antepasado de Zurima y a la vez reencarnación de Beth-Emis el más jovencito de los diez fundadores de la Institución. El mensajero que saliera de Neghadá a llevar a los hijos la noticia de la desencarnación del Anciano, encontró a la entrada del Mar Bermejo una delegación del país de Arab que se encaminaba a la ciudad sagrada de los Kobdas a fin de averiguar lo ocurrido. El hijo aquel que fue condenado por su padre a ochenta lunas de reclusión en el Peñón de Sindi, tan profundamente había reconocido su error y la justicia de su padre, que no quiso abandonar más aquel escabroso lugar de expiación para los delincuentes, entre los cuales permaneció instruyéndolos en la ley que su padre le había enseñado. Una noche mientras dormía en su caverna, vio en sueños a su padre Beni-Abad, que le decía: “He dejado mi cuerpo por lo que llamáis muerte y tu arrepentimiento sincero y profundo me ha traído hacia ti a decirte, que el Altísimo recibe con amor la obra que realizas y la cual te lavará las llagas que dejaron en tu alma tantas lágrimas como has hecho derramar en los días sombríos de tu grandeza material”.

Avisado su hermano, el jefe de la tribu, envió mensajeros para comprobar si era realidad.

Este territorio no era en aquella remota época lo que después ha sido en el correr de los siglos. Su configuración geográfica era muy diferente. Los dos profundos golfos con que entra el Mar Rojo por uno y otro lado de la Arabia Pétreá, se unían a la altura de Ezion-Geber formando un inmenso lago en lo que fue después el Desierto de Parán. La Arabia Pétreá quedaba pues como una inmensa isla de imponentes moles de montañas, en cuyos valles profundos y erizadas gargantas, vivía un numeroso pueblo semisalvaje, entre el cual lo más culto habitaba el valle de Sindi, al pie del Peñón de ese nombre y formaba la gran tribu que había sido de Beni-Abad sobre la margen oriental del anchuroso brazo con que el Bermejo lo circundaba.

Informados los Kobdas de Neghadá de lo que ocurría en el Peñón de Sindi, resolvieron marchar hacia allá diez de ellos, para lo cual debían embarcarse en Zoan (*Damieta), siglos después—, desde donde podían llegar hasta el punto de su destino.

Se acercaba a la vez la hora del regreso de Abel a las orillas del Éufrates, y siendo más peligroso aun el camino del Desierto de Shur (*antiguo Mar de Carnain), que en muchas épocas del año se tornaba pantanoso y de arenas movedizas, todos opinaron que debía marchar en el mismo velero que llevaría a los Kobdas hasta el Peñón de Sindi desde donde le conducirían a Ezion-Geber para que con las grandes caravanas de mercaderes pudiera llegar sin tropiezos a Urcaldia, a pocas millas de La Paz.

Siete veleros anclados al pie del vetusto muelle de piedra que bajaba desde el Santuario hasta el mar, anunciaban a Abel que algunos centenares de Kobdas se disponían a acompañarle hasta Zoan, donde debían hacerle una entusiasta acogida como representante del Thidalá de la Alianza.

El joven Kobda se sentía débil para resistir la inmensa oleada de amor que sus hermanos habían de exteriorizar en el momento de la partida.

— ¡Es tan formidable la corriente de amor de Neghadá que no me siento con fuerzas para resistirla! —exclamaba en sus diálogos íntimos con el Pangrave—. Tengo en el Éufrates: mis padres, mis hermanos, los seres todos entre los que he nacido puedo decir, pero creedme Pangrave, que parece arrancarse algo de mí mismo al partir de aquí. Partamos antes de la salida del sol, porque si escucho de nuevo el himno del amanecer de ese día, creedme Pangrave, no partiré más. Y sé que debo partir.

Más imponente apareció ante Abel la silueta grisácea del Gran Santuario, cuando aún bajo las últimas sombras de la noche bajaba la escalera de piedra de aquel embarcadero secular. Aldis en silencio, igualmente emocionado, caminaba a su lado. Les seguía el Pharahome único conocedor del secreto, y los diez que debían embarcarse juntamente con Abel y Aldis.

Al abrazar en silencio Adonai al joven Kobda, encarnación del Verbo de Dios sobre la tierra, el pensamiento habló todo cuanto calló la palabra. Y con el pensamiento puro, sutil, nítido, aquellas dos almas que se amaban dialogaron:

– ¡Hombre-Luz! Sé que bajo esta forma material mis ojos no te volverán a ver.

– ¡Adonai! ¡Cuando sobre esta tierra volvamos a encontrarnos, de este magnífico Santuario no existirá piedra sobre piedra!

– En este mudo abrazo que coloca sobre el tuyo mi viejo corazón, se va el amor de todos los Kobdas que quedan en Neghadá.

– ¡En este adiós mudo y silencioso queda cerniéndose como brisa otoñal, mi cariño para los Kobdas de Neghadá, lámparas vivas que iluminan este templo de la Sabiduría y el Amor!

Luego se oyó en la sombra descorrerse pesadamente la gran lámina de piedra que cerraba la entrada, y doce siluetas grisáceas como la penumbra, se deslizaron escalera abajo y desaparecieron entre el velero donde un marinero con un hachón encendido les alumbraba el pasaje.

Abel tomó el hachón y lo apagó en el agua, para que su cercano resplandor no le impidiera la magnífica visión final del conjunto.

En lo alto de la escalera de piedra ya vagamente iluminada por los primeros resplandores del día, se veía la erguida silueta de Adonai que le despedía con los brazos extendidos sobre el mar como en una suprema bendición del amor.

El velero levó anclas y las primeras notas del himno del amanecer resonaron en el Santuario, como adioses incontenidos que bogaran también sobre las olas en seguimiento del Hombre-Luz. El blanco pañuelo de Abel continuaba agitándose cual paloma impedida de volar, y los brazos de Adonai seguían bendiciéndole hasta que la vuelta de la primera ensenada de la costa los encubrió a entrambos y para Abel sólo fue visible la cúpula más alta de la torre central del Santuario, y para Adonai sólo las olas ligeramente rizadas por el paso del velero que se llevaba al Pensamiento Divino hecho carne, entre los hombres de aquella generación.

Y el Anciano Kobda cayendo de rodillas sobre el sitio en que estuvo parado Abel por última vez al bajar la escalera, levantó los ojos al cielo infinito ligeramente iluminado por la aurora que asomaba y exclamó:

– ¡Señor... Señor!... ¡Por treinta días me lo diste y hoy me lo quitas para llevarlo a otras regiones donde lo llama tu amor! ¡Bendita!... ¡Bendita sea tu voluntad soberana que así reúne las almas que se aman en ósculos breves y hondos para reconfortarse en el pesado viaje!

Y Abel con sus ojos entornados y apoyada su cabeza en el balaustre del velero continuaba escuchando las notas melodiosas, suaves, dulcísimas, del himno del amanecer que le llevaba a intervalos el céfiro matutino.

Y ambos, el uno desde la escalera de piedra y el otro desde su barco, envueltos en la misma formidable corriente de amor y de simpatía, continuaban sin interrupción el diálogo de sus pensamientos puestos en contacto por la ley de telepatía:

“– ¡Quiero merecer de ti la gloria de sacrificarme todas mis vidas futuras si tal sacrificio ha de conquistarte amadores!...” –pensaba Adonai con su mirada perdida en el lejano horizonte hacia donde había desaparecido el velero que llevaba a Abel.

“– ¡En la infinita eternidad en que he de sumergirme pronto, mi alma no te perderá de vista porque almas como la tuya necesita la tierra para alumbrar sus tinieblas!...” –pensaba Abel con su mirada fija en el oscuro promontorio formado por el Santuario y el inmenso bosque que lo circundaba.

Y veinticinco siglos después, Quiscena Krishna adolescente, encontraba en su camino a Bagda-Veda, llamado el visionario, porque leía en la ruta de los astros y en las almas de los hombres, que le cobijó en su choza de las orillas del Indo hasta que el joven príncipe estuvo en condiciones de afrontar su misión pacificadora y justiciera de entonces. Y fue autor, en parte, y compilador de aquellos viejos libros védicos que encierran los principios de la más antigua filosofía oriental, aunque desfigurada por defectuosas e inconsultas traducciones, aún hemos podido conocer en parte los hombres de la actualidad. Y Bagda-Veda pagó con la vida su silencio, cuando preguntado por el tirano de Madura donde se hallaba Quiscena el maldito, el insurrecto, el genio del mal como le llamaba, el visionario sólo contestaba: “–Atmán le trajo, Atmán le lleva hacia donde lloran y sufren los hijos de esta tierra. Sólo Atmán sabe lo que él es y dónde está”. Y cuando le torturaban para arrancarle el secreto, sólo respondía: “¡Atmán lo sabe... Atmán lo ve... Atmán guarda su secreto porque nadie merece saberlo y verlo!...” , y el hacha del tirano derribó aquella cabeza, cuyos ojos mirando siempre hacia la inmensidad infinita, pasaban sin ver las miserias de la tierra, y cuya lengua parecía no saber decir otra cosa que ésta: “¡Lo que Atmán ata, no lo desatan los hombres!”

“– ¡Oh, los Kobdas, los Kobdas!... –pensaba silenciosamente Abel cuya emoción era aún demasiado fuerte para poder hablar–. ¡Alondras viajeras sobre esta tierra que no escucha vuestros cantos ni sigue en el espacio la ruta de vuestro vuelo!... ¿Qué tinieblas envolverán a los hombres cuando esos cantos se hayan apagado? ¿Qué cierzo helado secará todas las almas cuando el rocío suave de este amor no vierta más sus gotas de cristal sobre el dolor de la humanidad? ¡Oh, Kobdas, Kobdas!... ¡Mágicas alondras del pasado y del presente! ¡Ruisseñores eternos venidos de otros mundos a los que habéis de volver!... ¿Quién cantará

como vosotros en el futuro de la tierra? ¿Dónde encontrarán al Amor los pocos que lo busquen cuando la fiera humana terrestre os haya segado a vosotros como a las espigas maduras para matar su hambre? ¿Dónde apagarán su sed de amor los viajeros del futuro cuando la bestia humana terrestre haya agotado con vosotros el manantial de agua cristalina que derramáis en tanta abundancia?

“¡Kobdas... Kobdas de la hora presente que habéis iluminado el globo terrestre con resplandores de Venus, de Sirio, de Júpiter, de Alfa, de Vhega, de Andrómeda!... ¿Quiénes sois?...”

Y el pensamiento de Adonai que le seguía desde la escalera de piedra le respondía:

“–Los Kobdas de la hora presente que hemos recibido tu claridad, Hombre-Luz, somos tu mismo reflejo, un hilo de tu propio pensamiento, una vibración de tu misma armonía, una nota del himno divino que canta en ti desde hace muchos siglos y que cantará por eternidad de eternidades!”

“– ¡Kobdas que os habéis desposado con la Sabiduría y la lleváis como una antorcha encendida en las tinieblas de esta tierra! ¿Quién verá vuestra luz si los hombres de este planeta son como ciegos de nacimiento?...” –continuaba dialogando Abel desde lo profundo de su pensamiento.

“– ¡Alma divinizada en la Luz!... –exclamaba, pensando, Adonai–. ¡Como tú, daremos nuestra luz sin detenernos a pensar si los hombres la miran o no; como tú, sembraremos sin pensar en recoger!... ¡Como tú, abriremos acueductos de aguas cristalinas y puras, sin pensar en que acaso los hombres pasarán de largo sin detenerse a beberlas!... ¡Como tú, dejaremos caer la simiente en el surco para que otros recojan la espiga madura!...”

“– ¡Oh, Kobdas de la hora presente!... ¿Cómo habéis conquistado el magnífico secreto del amor y con él habéis trepado a esas cumbres?”

“– ¡Siguiéndote a ti, durante siglos y siglos, Hombre-Ungido del Amor, hemos conseguido matar el egoísmo, esa gran bestia que devoraba al amor!...”

“– ¡Kobdas desposados del Amor!... ¿Quién es el Amor?... –decía el pensamiento de Abel como en un chispazo de luz que se escapa en llamarada...”

“– ¡Ungido del Altísimo, tú eres un reflejo vivo del Amor!... ¡Y el Amor es Dios!... –pensaba Adonai.

“–Y si Dios es el Amor, ¿Cómo es Dios?... ¡Kobdas!... ¿Cómo es Dios?”

“– ¡Hijo de Dios!... Conociéndote a ti, le conozco a Él, pues en ti le veo, le palpo, le siento. ¡Dios es tú cuando vibras a igual intensidad de amor que la suya!...”

El himno de amanecer terminó y con sus postreros arpegios se rompió el hilo sutil y diáfano que unía los pensamientos a través del éter azulado y de las olas rizadas del mar, que besaba a la vez la proa del velero que conducía a Abel y la vetusta escalera de piedra en que se veía erguida la silueta de Adonai.

* * *

Pasado el mediodía llegaron a Zoan donde vivía aún el viejo Audumbla, el hombre de la doble vista que había elegido a Bohindra años atrás para que reemplazara al Chalit Ahermesú en el gobierno de los pueblos del Nilo. La grandiosidad extraordinaria de la Alianza y su benéfica influencia para la civilización y el bienestar de los pueblos, denotaba claramente que aquella designación fue en verdad una inspiración de las inteligencias guías de la evolución humana. Contaba ya más de noventa años y Abel tenía empeño en conocerle.

El viejecito le abrazó como en un éxtasis de amor y de felicidad.

– ¡Me voy contigo, me voy contigo, luz de los cielos! – exclamó cuando la emoción le permitió hablar. Abel y Aldis se miraron extrañados–.

“¡Sí, me voy contigo para vestir la túnica azulada a mis noventa y dos años, y morir a tu lado en La Paz! El Audumbla que ha de sucederme para inspirar al Consejo viene contigo y él ha de quedarse aquí.

“Llamad a los Kobdas que están en el velero que os conduce y yo señalaré cual es.

Cuando todos rodearon la tarima de cedro tapizada de piel de oso en que el viejecito pasaba sus días, grabando en tablillas enceradas los avisos extra-terrestres que recibía o preparando cocimientos vegetales, para aliviar a los enfermos pobres y desamparados, él dejó a un lado lo que hacía para recibir el saludo de los recién llegados.

– Dice el Audumbla – anunció Abel–, que él parte conmigo y que uno de vosotros debe quedar aquí en su lugar.

– ¿Cómo Audumbla? – interrogaron todos a la vez.

– ¡Como Audumbla! – respondió con firmeza el viejecito, y después de mirar unos instantes a los diez Kobdas de pie ante él, desprendió de su pecho la estrella de plata de cinco puntas, antiquísimo símbolo de la Eterna Luz que todo lo ve, y que era la insignia sagrada de los Audumblas del Nilo–.

“¡Eres tú! – dijo de pronto, señalando a un Kobda de edad madura y que era uno de los grandes sensitivos de Neghadá–. ¿Aceptas la voluntad divina? – volvió a decir el viejecito.

– ¿Y cómo puedo estar seguro de que vuestra designación para el delicado cargo, está escrita en mi ley? – preguntó el Kobda indicado.

–Con la luz que Dios puso en ti mismo, mira un momento tu espíritu desnudo de materia; mira tu pasado y tu futuro.

El mayor de todos los Kobdas allí presentes era Aldis y según la costumbre, a él le correspondía hacer las indicaciones oportunas.

–Ayudemos a nuestro hermano Arbelo, para que vea la voluntad de Dios –dijo Aldis, y todos prestaron el concurso de su pensamiento.

– ¿Qué ves? –preguntó después de un rato el viejecito con voz queda como un susurro, para no interrumpir la suave onda de silencio que se había formado, mientras el rostro del vidente, intensamente pálido, se veía surcado por dos gruesos hilos de lágrimas.

– ¡Veo que fui Chalit de Zoan hace más de dos siglos, que cometí grandes injusticias con los que tenían derecho a mi protección y mi amparo; veo que los cinco hombres que forman el actual Consejo de Gobierno fueron entonces los auxiliares que tuve en todos mis desaciertos!

“¡Por piedad, Audumbla, por piedad, no me pidáis que me ponga de nuevo junto a aquellos porque será para mi mal y para el suyo! –clamó el Kobda aterrado.

–Justamente –dijo el viejecito–, porque antes fueron tus auxiliares en los desaciertos, es que deben serlo ahora en la Sabiduría y la Justicia.

“¿No ves que tu ley te impele a deshacer hoy lo que ayer hiciste? Continúa leyendo el arcano divino que se abre para ti en este instante.

Arbelo se concentró nuevamente. Vio que algunos del Consejo del gobierno de Zoan tenían el propósito de avasallar a los numerosos pueblos del sur donde habitaba aquel Caudillo que empezaba a redimir Solania, y extender también su garra hacia los pueblos semisalvajes de las montañas de Arab, ricas en maderas finísimas y de cuyas minas se podían extraer grandes riquezas. Vio que el viejo Audumbla extenuado por la edad y el excesivo trabajo mental percibía sólo aquello que se plasmaba en un ambiente puro, sutil y elevado, mientras que le pasaban desapercibidos los pensamientos mezquinos, egoístas y rastreros.

Vio más aún. Vio a la Matriarca de Neghadá que le miraba con sus dulces ojos suplicantes y le señalaba con su pensamiento al Caudillo aquel, cuya alma le era querida, había sido uno de ellos mismos, un Kobda extraviado en el camino y que podía aún ser salvo. Vio que en las orillas del Mar Bermejo había oculto entre las bahías de la costa, un mercado de vidas humanas que estaba protegido por dos de los hombres de confianza del Consejo de Zoan. Se vio por fin a sí mismo en una avanzada edad, desbaratando a tiempo una insurrección en Zoan con el fin de arrancar dicho país de la Gran Alianza, cuyo Thidalá era Bohindra.

– ¿Puedo decir lo que la Eterna Ley me ha permitido leer?

–Puedes decirlo que nadie te oye sino tus hermanos –le contestó al Anciano.

Todos vieron que la clarividencia era exacta, pues Arbelo nada sabía de los pensamientos de algunos del Consejo, ni del incidente de Solania y el Caudillo del sur, ni del mercado de esclavos que ocultamente funcionaba dentro del territorio de Zoan, que era nada menos que el centro y corazón de la Gran Alianza que había abolido para todos sus pueblos la esclavitud y más aún los derechos de compra-venta de seres humanos.

– ¿Qué dices ahora? – volvió a insistir el viejecito.

Abel tomó de aquellas viejas manos temblorosas, la estrella de cinco puntas y prendiéndola en el pecho de Arbelo, le dijo:

– Dios lo quiere así y tú no debes tener otra voluntad que la suya.

Aldis y los demás Kobdas fueron de igual opinión, y Arbelo al dar a sus hermanos el abrazo de despedida, dijo a Abel y a Aldis:

– Llevad al Thidalá de la Alianza la eterna adhesión y afecto del nuevo Audumbla de Zoan.

“Y vosotros mis compañeros de misión – dijo dirigiéndose a los que con él debían ir a enterrarse vivos en las gargantas y quebradas profundas del Peñón de Sindi–, sabed que a distancia ocuparé mi lugar entre vosotros, a quienes seguiré desde aquí donde quedo para apoyar todos vuestros trabajos por la paz y la fraternidad humana.

Un momento después fue presentado al Consejo el nuevo Audumbla, que designado por el anterior debía por ley ser aceptado, si ante ellos probaba ser clarividente e inspirado por los genios tutelares del país.

Para no humillarlos, a cada uno le dijo al oído lo que plasmado en sus auras percibía, si la percepción era de carácter demasiado íntimo para decirla ante todos.

Los que tenían recto y puro su pensamiento que eran tres, bendijeron a Dios que tal Audumbla les enviaba. Los otros dos simulaban satisfacción, pero ante Arbelo no pudieron ocultar que tal designación les causaba profunda inquietud.

Mas, se había hecho conforme a la ley y nada podían argüir en contra.

A la mitad de la tarde el barco de Abel se hacía a la vela, costeano lentamente el estrecho que en aquella época unía el Mar Grande con el Mar Bermejo, estrecho llamado entonces Brazo de Ectan y sobre el cual Bohindra había hecho construir un enorme puente de piedra para facilitar el paso de las frecuentes caravanas y mensajeros que desde tierra adentro acudían a Neghadá.

Y el viejecito sentado sobre su piel de oso en la cámara del velero, decía a los Kobdas:

– Cuarenta y siete años estuve sin moverme de mi puesto en Zoan, donde sequé tantas lágrimas como las aguas de este estrecho, y cuando

yo me quejaba a Dios de tal hartura de dolor humano, una voz interior me decía:

“En un día de dicha y de gloria para ti, navegarás con rumbo a un país de grandes montañas donde, no ríos de lágrimas, sino ríos de sangre has de ver.

“¡Oh, Peñón de Sindi!..., ¡cuantas veces te vi en mis largas cavilaciones!

El corazón de los Kobdas misioneros se encogió de angustia, mas el velero continuó por aquellas aguas que se iban tornando amarillentas y rojizas a medida que avanzaban con rumbo al sur.

113

CIELO Y ROCAS

Era por entonces el país de Arab o Arabia Pétreo de siglos después, una inmensa mole peñascosa que sobresalía en muchos metros sobre el nivel de las aguas, de que estaba circundada por todas partes en determinadas épocas del año. Los dos golfos profundos, prolongaciones del Mar Bermejo, formaban ángulo agudo en torno del país de piedra, se unían, a veces, como ya dijimos, cuando de tanto en tanto el Mar de Carnain en su lucha secular para no ceder su dominio al desierto, hacía sentir su presencia en oleadas gigantescas que le traía el Brazo de Ectan desde el Mediterráneo o Mar Grande.

A estas tierras, en las cuales casi podría decirse que no se veía más que cielo y rocas, llegaba Abel pocos días después y su velero ancló en el pequeño puerto de Beni, que había sido construido por Beni-Abad, mucho antes de vestir la túnica azulada. A unos doscientos metros del puerto se hallaba la ciudad de Maraba, residencia del Caudillo o Jefe de tribu, que era como se sabe un hijo del anciano Kobda Beni-Abad fallecido en Neghadá a la llegada de Abel.

Las habitaciones eran en su mayor parte cavernas ampliadas hacia el exterior con enormes bloques de piedra, en los que estaban grabados con extraños caracteres, nombres, historias, tragedias y leyendas de sus habitantes.

–He aquí un Archivo de las Edades –decía Aldis, al observar tal detalle–, algo más sólido y durable que nuestro archivo de rollos de papiro.

Les llamó grandemente la atención la abundante repetición en los grabados de figuras de animales, y los mensajeros que habían ido a Neghadá y que volvían con ellos, les explicaron que cuando Beni-Abad fundó aquella ciudad y le dio el nombre de su primera esposa, ya muerta,

instituyó un galardón acompañado de muchos privilegios, para todo hombre que hubiera exterminado más de cincuenta fieras de las que abundaban en la comarca, en tal exceso que hacían casi imposible la vida de los humanos.

Y a esto se debía que el mayor elogio que se podía hacer de un habitante de Maraba, era grabar junto a su nombre la figura de todas las fieras que había exterminado, conquistando de tal modo la admiración y la confianza del gran Marab, como llamaban al Jefe Supremo de la Tribu, que les inscribía por tales hazañas en la lista de los grandes hombres del país.

Se comprenderá muy bien que por tal sencillo sistema Beni-Abad había conseguido hacer de sus dominios lo mejor y más habitable de aquel inmenso promontorio de montañas, que estaba entonces ocupado por seis tribus, si bien la más numerosa y civilizada era la de Maraba.

Inmensos rebaños de cabras habían sustituido a los dañinos animales salvajes, y los cerezos y las vides, los nogales y los castaños, se habían levantado junto a los árboles resinosos pero sin fruto que habían formado desde siglos la vegetación nativa de aquellas montañas.

El Marab recibió a los visitantes con todo género de consideraciones y apenas le fue confirmado el fallecimiento de su padre, llamó a su mejor grabador en piedra, para que a la puerta de su morada en el gran bloque que aparecía el nombre de Beni-Abad, grabase la fecha de la muerte, el viaje en la media luna, según ellos decían, y pusiera además el máximo del elogio que de un habitante de Maraba se podía hacer: “Armó el brazo de los hombres para exterminar todas las fieras del país”.

Y como apoteosis final aparecía al pie de todo el grabado de un hombre disparando una flecha, y tendido en el suelo todo un rebaño de fieras, entre las que sobresalían por su abundancia las hienas, los osos y los jabalíes.

Y durante diez días el pueblo acudió con antorchas y ramas de árboles a la piedra del primer Marab, el que llenó de rebaños y de frutos los flancos de sus montañas y de doradas espigas sus profundos valles y acercó los unos a los otros con viables senderos abiertos en la roca viva.

–Estos hombres quieren unirse a tu hermano, Gran Marab –dijeron los mensajeros al presentarle a los Kobdas–, y piden llegar hasta el Peñón de Sindi donde viven los cautivos.

– ¿Qué queréis hacer allí? –preguntó sobresaltado el Marab, pensando sin duda en que su hermano mayor quisiera tomar de nuevo las riendas del poder.

–Este joven, este anciano y yo –contestó Aldis–, seguiremos viaje hasta el Éufrates al lado del Thidalá de la Gran Alianza, donde está nuestro destino; pero estos nueve compañeros piden ayudar a vuestro

hermano a redimir los cautivos del Peñón de Sindi en forma que no sean un peligro para la seguridad y el bienestar del país, sino un aumento de súbditos leales y útiles a esta comarca que vos gobernáis por voluntad de vuestro padre, nuestro hermano Beni-Abad, y con el aplauso del Chalit del Nilo, vuestro aliado y amigo. –Uno de los mensajeros tradujo las palabras de Aldis, y el Marab levantándose de su estrado fue a tocar con su mano el pecho de cada uno de los recién llegados, en señal de que les consideraba buenos amigos.

Les dio un guía que les condujera hasta el Peñón de Sindi, y entregó a Aldis un billete de piel curtida en que grabó con su propia mano y con un punzón al rojo, unos caracteres que en nuestra lengua diría: “Son los hermanos de Beni-Abad. Son nuestros aliados del Nilo. Dejadles obrar con libertad.

“Elimo-Abad – Gran Marab”.

Sin más tardanza el barco de los Kobdas se hizo a la vela costeano siempre el gran promontorio y viendo sin detenerse las pequeñas aldeas de cavernas, malamente transformadas en casa-habitación.

Elimo, la primera aldea, era habitada por la tribu que antes de ser ascendido por su padre, había rodeado al actual Marab. Dophase y Parano estaban también sobre la costa adonde los habitantes salían al ver desde lejos el pabellón blanco con media luna de oro, signo usado por barcos en que navegaban amigos del Gran Marab.

–También el amor ha comenzado a florecer aquí –decía Abel a sus compañeros, viendo la abigarrada multitud, vestidos casi todos de telas de fibra vegetal color amarillo y verde, que agitaban ramas de árboles, hacían grandes inclinaciones de cabeza, y los ancianos extendían sus brazos sobre las aguas del golfo en señal de que bendecían a los viajeros.

Al ver tales demostraciones demasiado elevadas para la escasa civilización que ellos suponían en aquellas poblaciones, dijo uno de los Kobdas de la misión:

– ¡Cómo se ve que por aquí aletea el alma grande y bella de uno de nuestros Padres!

–Es el amor una llamarada tan intensa y viva que es imposible darle paso sin que deje bien marcada su huella –observó Abel, mientras Aldis y demás compañeros se entretenían en agitar sus pañuelos o sus gorros respondiendo a los incansables nativos, que viendo ya alejado el velero, trepaban a lo alto de las rocas y de los árboles para hacer visibles sus demostraciones a los viajeros.

Al llegar a Parano donde habitaba una numerosa tribu de otro de los hijos de Beni-Abad, llamado Parano-Abad, fue necesario detener la marcha porque también en el mástil de la costa vieron el pabellón blanco con la media luna de oro; sobre los hombros de cuatro fornidos hombres

de oscuro color y sobre un pequeño taburete estaba sentada una mujer toda cubierta de un manto negro.

–Es la viuda de Parano-Abad con su hijo menor. Es esto el resultado de una horrible tragedia entre hermanos de lo cual resultó uno muerto y el otro amarrado en una caverna del Peñón de Sindi, y sus hijas dispersas como hojas que se lleva el viento.

Esto lo dijo el guía entristecido por un terrible recuerdo.

–Sí, ya lo sabemos –respondió uno de los Kobdas–. Fue cuando nuestro hermano Beni-Abad salió del Santuario y vino a restablecer el orden y la paz.

El velero ancló, y la mujer y el adolescente subieron al barco.

Abel no necesitó que nadie se lo dijera para comprender que aquella mujer era la madre de Zurima, tal era el parecido que había entre ambas y el niño, no obstante ser la una de veintidós años y la otra de más de cuarenta.

La mujer habló con el guía y él explicó: –Esta mujer dice que ella sabe que su hija menor Zurima, está entre las mujeres hermanas vuestras y pide que le sea devuelta.

Abel no hubiera querido intervenir en este asunto por temor a despertar resonancias demasiado fuertes en su propio corazón, pero entre los que conocían aquella lengua, él era el más enterado de lo que respecto a Zurima ocurría y habló:

–No depende de nuestra voluntad sino de la suya. Ella era la esposa del Príncipe Elhizer de Ethea, que al separarse de sus mujeres en cumplimiento de la Alianza, les dejó plena libertad en sus actos.

“Zurima vuestra hija pidió al Príncipe su esposo, que le permitiera refugiarse entre nuestras hermanas y ahí está con su hijita vuestra nieta, que es una flor del cielo. ¿Deseáis mucho verla?”

La mujer por toda respuesta se echó a llorar amargamente.

–No llores –le dijo dulcemente Abel–, que todo se arregla con buena voluntad.

–Todas mis hijas me fueron robadas y vendidas a los piratas. El mar me devolvió el cadáver de algunas de ellas; de otras no sé más, si viven ni donde están. Y Zurima que ve todavía la luz del sol, olvida a su madre y busca vivir apartada de ella. ¡Mi hijo mayor murió como su padre, en defensa de su casa y sola yo con este niño, sigo mi vida amparada por Beni-Abad el grande, el bueno, el justo, el que sabe secar todas las lágrimas y hace brotar agua y trigo de entre las grietas de los peñascos!...

Los Kobdas estaban profundamente conmovidos ante un razonamiento que no esperaban en gentes de aquella tierra.

– ¿Cuántas eran vuestras hijas? –preguntó de nuevo Abel.

–Eran cinco, Zurima la más pequeña, la más bella y la más incomprendible de todas. Las tres mayores habían sido ya entregadas a sus maridos que también murieron entonces. ¡Oh, desgraciada madre que a través de tanta sangre y de tantas lágrimas hasta el sol me parece sangriento!...

–Calmaos, calmaos, buena mujer, os lo pido por el amor de Zurima que vive y es feliz. ¿Qué hacemos? –preguntó Abel a sus hermanos y antes que estos respondieran el viejecito Audumbla dijo:

–Llevémosla con nosotros hacia el Éufrates donde está su hija. ¿Acaso es justo que siga padeciendo esta tortura?

–Así es a la verdad –respondieron todos.

–Pero, ¿quién gobernará este pueblo?

–Todo esto –respondió el guía–, está bajo la voluntad del Gran Marab que ha cuidado de que la viuda de su hermano y su único hijo fuesen respetados y queridos de toda la tribu.

Pero él no le impedirá que ella vaya a reunirse a su hija si lo desea. El hijo, sí que deberá quedarse según mi parecer. Hechas las consultas del caso, la madre llamó a dos fieles servidores amigos que habían sido de su marido, estos hablaron con otros y al poco rato una veintena de hombres subía al barco. Ella sacó de entre sus ropas una gran cuchilla corva y de su dedo un anillo. Colgó de la cintura del adolescente la terrible arma, cuyo filo brillaba a la luz del sol, le puso en el índice el anillo y colocando la diestra de los veinte hombres alrededor de la cabeza de su hijo, les exigió un juramento de salvaguardarle hasta con sus vidas de todo peligro.

–Que el Altísimo y el Gran Marab os castiguen si sois perjuros –les dijo con solemnidad. Besó después a su hijo, al cual le habló de sus deberes y del sitio donde ella iba a reunirse con Zurima, para volver dentro de breve tiempo, según ella creía entonces.

El adolescente fue llevado en peso hasta colocarle sobre el mismo taburete en que vino sentada la madre.

Y el velero de Abel siguió flotando sobre las aguas del golfo hasta ir a detenerse, frente por frente al gran promontorio de aspecto imponente y trágico, que por entonces llamaban el Peñón de Sindi.

Los hombres casi desnudos y sólo a medias cubiertos con trozos de pieles o de restos de telas ya sin forma ni color, daban a todo aquel conjunto un doloroso aspecto que helaba el alma de espanto.

–Estos hombres buscan a Diza-Abad –dijo el guía respondiendo a sus interrogaciones. Un momento después salía de entre las cavernas un anciano de piel curtida por el sol, seco como un haz de raíces que vestía una ropa larga de piel de cabra y un gorro de lo mismo.

–Es éste –dijeron todos los Kobdas a la vez–, pues tiene la mirada inteligente y viva de su padre. Tiene su frente, su estatura, su andar.

–Salud y paz –dijo inclinándose y después de haber leído el mensaje de su hermano–. ¿En qué puedo servirlos?

–Estos nueve hermanos de vuestro padre –dijo Aldis–, vienen a haceros compañía en vuestra tarea de cultivar las flores del Peñón de Sindi.

Aquel hombre los miró con gran extrañeza. Parecíale increíble que hubiera seres felices que buscaran padecer por el bien de otros.

–Pero, ¿sabéis acaso la vida que aquí se hace? –volvió a preguntar.

–Sabemos que estáis vos solo cargado con un trabajo demasiado grande y venimos a ayudaros a realizarlo si vos lo permitís.

–Si el Gran Marab os lo ha permitido, él os recompensará, porque yo nada tengo para pagaros.

Los Kobdas se sonrieron.

–De estas rocas sacaremos la recompensa –dijo uno de los Kobdas–, vos no os preocupéis por ello.

–¿No oísteis decir muchas veces a vuestro padre Beni-Abad: “Extraed del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”? –preguntó otro de los Kobdas.

– ¡Oh! –exclamó Diza–, itanto se lo oí decir que hasta me lo dejó grabado en la caverna, que acabé por convencerme de que también de las piedras podría hacer brotar flores!

“Quedad pues, que aquí estáis en vuestra casa. –Y sirviéndoles de guía les invitó al laberinto de sus grandes cavernas.

– ¿Sois muchos aquí? –preguntó uno de los Kobdas.

–Somos doscientos setenta –contestó Diza–, entre los que hay hombres de veinticinco años y de cincuenta y de sesenta.

– ¿Y de qué vivís? –preguntó otro de los viajeros.

–De la caza y de la pesca. Además el Gran Marab manda de tanto en tanto un barco de provisiones que nos cambia por pieles de las fieras que exterminamos, y que nosotros mismos curtimos, pues hay entre nosotros hombres de diversos oficios.

“Verdad es que la mayoría gusta más de la holganza que del trabajo, pero el que quiere comer aquí, por fuerza ha de trabajar aunque sólo sea para alimentarse él mismo.

En esta conversación estaban, cuando el capitán del velero empezó a dar llamadas con su bocina y desde el puente hacía señales con su gorro.

– ¡Venid, venid, que la mujer quiere tirarse al agua! –gritó con su gran vozarrón.

Abel y otro Kobda que con él venía conversando, detrás de todos, fueron los primeros en oír y los primeros en acudir.

–Quedad vosotros aquí que yo voy con ellos –dijo Aldis, desandando el camino ya hecho.

– ¿Traíais una mujer con vosotros? –interrogó Diza extrañado.

–Sí, es una pobre viuda que va en busca de una hija que está entre las Kobdas del Éufrates.

El hombre quedó silencioso y pensativo.

Mientras tanto el viejo Audumbla hacía inauditos esfuerzos para contener a la viuda de Parano que dominada como por una crisis histérica, lloraba y reía dando a veces agudos gritos y luchando a la vez por arrojarle al agua.

–Dejadme –decía–, me habéis engañado miserablemente diciendo que me llevabais al Éufrates y ahora os detenéis en Sindi, el peñón maldito, guarida de la fiera que me dejó sin esposo y sin hijos. ¡Pérfidos, malvados, embusteros, traidores!... ¡Bien adivino que me traéis para entregarme a él y que harte en mí su lujuria de bestia!...

Abel llegó en tal instante y acercándose a ella y colocándole su mano en la frente, le dijo con gran dulzura:

– ¡Mujer..., madre de Zurima, cálmate! No arrojes más piedras sobre tu mismo camino, porque si así acostumbras a obrar, ni podrás ver a tu hija ni ella podrá permanecer a tu lado.

“¿Cómo has podido pensar que nosotros pudiéramos cometer tal infamia contigo?

– ¡Es Diza!..., lo he visto, es Diza-Abad, el que vendió a los piratas cretenses a todas las jovencitas de esta tierra sin hacer excepción de las hijas de su propio hermano. ¡Y me habéis traído a la puerta de su guarida para infamarme, para enloquecerme de furor y de odio! ¡Oh, venganza, venganza!...

–Sí, es Diza-Abad, el hijo pecador del grande y justo Beni-Abad, pero ni él te hará daño alguno, ni tú tienes motivo alguno para acercarte a él, si tal repulsión te inspira –le dijo Abel sentándola en un banco y colocándose él junto a la borda para impedirle realizar su intento. Aldis y el otro Kobda la rodearon también. El viejecito Audumbla jadeante y agotado por la lucha sostenida con ella, había vuelto a su piel de oso y en su flauta de bambú ejecutaba una dulce y triste melodía, con que solía él mismo ayudarse a formar el aura elevada y sutil en que con más facilidad percibía las verdades plasmadas en el plano astral.

Mientras los Kobdas trabajaban mentalmente, Abel continuaba deshojando los pétalos de nardo de su tierna piedad sobre el deshecho corazón de aquella mujer, por cuya vida parecían haber pasado en tropel todas las furias del averno.

– ¿Acaso es un consuelo para ti, odiarle? –le preguntó–. Él ha reconocido su pecado y tan amargamente le llora que aún cumplida la pena impuesta por su padre, no ha querido salir más de este lugar, pues no se juzga merecedor de volver a habitar entre las gentes honradas.

–Mas, con eso, no recobro yo mi esposo ni mis hijos –respondió la mujer.

–Si apartas de ti el odio, yo te prometo que los recobrarás.

La mujer lo miró asombrada.

– ¿A los muertos también? –preguntó toda alterada y con la voz temblorosa.

– ¡No hay muertos! ¡Todos viven! La única muerta eres tú, mientras alimentas en ti el odio y la venganza.

“Ni la vida ni la muerte son como te lo figuras, y si muere en ti algún día ese odio profundo a Diza, tu cuñado, entonces cumpliré mi palabra que te doy solemnemente en este instante, por el nombre de Zurima, tu hija, a quien tú amas y yo también.

– ¿Qué palabra me has dado?

–La de hacerte recobrar a tu esposo y a tus hijos, muertos por causa de Diza.

– ¿Dices que amas a Zurima?

–Sí, como a todas las almas que buscan al Amor en mí.

–Pero ella no te amaré, porque desde niña tenía el corazón todo lleno con un Príncipe formado de luz de estrellas, que ella creía ver en todas partes y por lo cual se resistía a tomar marido cuando su padre le hablaba de ello.

–Es diferente la Zurima de ayer a la de hoy –le contestó Abel–. Mas, volvamos al punto de partida. ¿Quieres ser feliz el resto de tu vida y poseer de nuevo todo cuanto has perdido?

– ¡Por piedad!..., ino me hagáis desear imposibles!..., ino despertéis esperanzas ya muertas! Lo muerto está y mi corazón sangra de nuevo al remover así sus heridas... ¡Dejadme morir a mí también bajo esas olas rojizas, que acaso mis huesos vayan a encontrarse con los de aquellos que yo amaba!

La melodía del viejo Audumbla y el pensamiento de los Kobdas y las palabras de Abel, habían formado una suave onda de amor y de paz que parecía saturarlo todo de una infinita dulzura.

La desventurada madre, de espaldas a la borda, apoyó en ella su cabeza y dejó correr sus lágrimas en silencio, como si desahogara en ellas todo el furor de su delirio, de su angustia y de su odio.

Conocedores los Kobdas de todas estas alternativas de las almas agitadas por espantosas borrascas, comprendieron que aquella mujer repudiaba ya su exasperado furor, y con grande ansiedad deseaba el sosiego y la paz.

–Yo no odiaré más a Diza –dijo de pronto mirando a Abel–, porque quiero merecer de ti que me devuelvas a mi esposo y mis hijos.

–Ahora has derrumbado el muro que te separaba de ellos. ¡Mujer!...

¡La Ley Eterna es una sola y se cumple una vez más para ti! –exclamó Abel con una energía y una fuerza que hizo sentir una poderosa corriente que vibraba con gran intensidad. La mujer se estremeció toda y abriendo desmesuradamente sus ojos, extendió abiertos sus brazos en el supremo delirio del amor y exclamó:

– ¡Mi hijo!... ¡Parano-Abad! ¡Mis dos hijas muertas!... ¡Justicia de Alá!... –y cayó desvanecida en el banco en que estaba sentada.

–Creo que esta enferma empieza a curarse –dijo Aldis cesando ya en la concentración espiritual que con tal fin habían realizado.

– ¡Cómo habéis cambiado el ropaje de esta mujer! –dijo acercándose el viejo Audumbla, guardando en su seno la flauta mágica.

– ¿Por qué decís eso? –le preguntó Aldis sin comprender del todo.

–Pues, porque en su delirio la vi toda envuelta en pesados jirones rojos y negros, y ahora está con velos verdosos como las aguas del Nilo y un sol rosado debajo del pecho.

– ¡El Amor, Audumbla, el Amor es el mago divino que salva todos los abismos! –exclamó Abel–, y vos sois un gran conocedor de este secreto y acaso lo seréis mucho más en adelante.

La mujer volvió en sí, reflejando en su fisonomía gran paz y sosiego.

– ¡Me habéis hecho soñar con los míos! –exclamó–, pero tan a lo vivo que me pareció palparles. Aunque sea un sueño, os lo agradezco igualmente. En el paraíso de Alá ellos están felices.

Los otros Kobdas y Diza subían en ese instante al barco. Abel que les vio el primero, salió a la escalerilla para explorar el terreno.

–Diza –le dijo–. ¿Sabéis que la mujer que aquí viene es la viuda de vuestro hermano Parano?

–Lo había sospechado desde que vi el empeño con que todos parecían querer ocultarme lo referente a ella. No me acercaré, no temáis, porque demasiado sé que debe odiarme con todas sus fuerzas. ¡La hice tan desgraciada! Justamente para no atormentarme yo mismo más de lo que estoy, no quise salir de nuevo entre las gentes, porque cada madre, cada esposa, sería para mí como una flecha que partiera en dos mi corazón. –Y Diza dio un paso atrás para volverse.

–No os vayáis –le insistió Abel–, que ella os ha perdonado.

–Dejadme marchar; sólo sí, os ruego que le digáis que dos hombres de mi confianza salieron hace tres años en busca de sus tres hijas cuyo paradero se ignoraba. Y tengo noticias de que están sobre la pista. La menor está entre vosotros en el Éufrates y yo le hice llegar a la madre esta noticia. Las otras dos fueron vendidas a caudillos de Irania y pronto sabré a qué atenerme sobre el particular.

Se oyó la voz de la mujer que decía con gran serenidad:

– ¡Dejadme que le vea!

Diza se tornó lívido y cruzándose de brazos clavó en ellos sus propias uñas hasta arrancarse sangre.

– ¡Justicia de Dios! –exclamó con sorda voz dejándose caer como una piltrafa sobre la plataforma de la escalerilla–. ¡Azoris! –clamó como en un estertor de agonía cuando vio a la viuda de su hermano parada ante él.

“¡Ni las ochenta lunas de cadena en la caverna, ni esta espantosa vida del Peñón de Sindi, es para mí más terrible que tenerte a ti frente a mis ojos!... ¡Justicia de Dios!... ¡Justicia de Dios!... –Y se arrastraba como un fiero león herido hasta tocar los pies de aquella mujer, sobre los cuales descansó su frente y rompió a llorar a grandes sollozos, que resonaban en aquel silencio como si se desgajara un viejo abeto de la montaña.

Ella en silencio se sentó sobre el pavimento y dejó correr también sus lágrimas sobre la enmarañada cabellera de su cuñado, mientras sus blancas manos pasaban y repasaban por encima de aquella cabeza hundida en el polvo como para no levantarse más.

– ¡Diza! –dijo por fin Azoris–. He visto a Parano en mi sueño y para él ser feliz precisa que te perdone. He visto a mi hijo y a mis dos hijas muertas en el mar y quieren que te perdone.

“El gran Beni-Abad nuestro padre, me los ha hecho ver en el sueño, él les cuida y les cobija y él quiere que te perdone y que olvide. Voy a reunirme con Zurima en el Éufrates y junto a su dulce y tierno corazón acabarán por curarse mis heridas. ¡Adiós, Diza! ya no te odio, ya no quiero vengarme de ti. Que la memoria de mis muertos nos sea querida a entrambos mientras seguimos el camino de la vida. ¡No llores, Diza, que nuestros muertos viven!...

Diza levantó la cabeza y por vez primera después de tantos años se encontraron sus ojos, con aquella mirada que él temía más que a todos los relámpagos y rayos de las furiosas tempestades del Peñón de Sindi.

– ¡Benditas sean tus palabras, Azoris, que vienen a matar el nidal de serpientes que se habían enroscado en mi corazón!

Apretó la mano de su cuñada sobre sus labios y de un salto bajó a la orilla y huyó hacia su caverna.

Ella se quedó mirándole y cuando no le vio más, los Kobdas la oyeron decir:

– ¡Antes que a Parano, te amé a ti, pero una hija de pastores no podía ser esposa de un Gran Marab! ¡Cuánto te amó Parano, y recibió la muerte por tu causa! ¡Cuánto amaste a Zurima y la vendiste al no ser amado de ella!... ¡Horror!... ¡Que maraña impenetrable es la vida, mucho más que impenetrable misterio es la muerte!...

– ¡Cautivos del egoísmo!..., ¡cautivos del odio! –exclamó Abel, respondiendo a las palabras de aquella dolorida mujer–. De tal cautiverio

se libertó Zurima, Diza, y ahora tú, Azoris. ¡Cuando la mayoría en la humanidad se haya libertado como vosotros, será llegada la hora de la paz y de la dicha para esta pequeña estrella, apenas perceptible en el infinito concierto de los mundos que flotan en la inmensidad!

La mujer le miró un instante, después se cubrió de nuevo con su negro manto y se dejó caer sobre un montón de cuerdas en el más profundo silencio.

114

HOMBRE DE LAS CAVERNAS

La tormenta había pasado y los Kobdas tenían prisa de hacerse cargo de su nuevo campo de labor antes de que el velero de Abel continuase su marcha, pues en el caso de convencerse de que nada podrían hacer en favor de aquellos desventurado recluidos en las cavernas del Peñón de Sindi, seguirían viaje al Éufrates para reforzar los Refugios más escasos de personal.

Volvieron pues todos a la caverna de Diza, donde le encontraron armado de un fuerte mazo de piedra con el cual desmenuzaba a golpes el trigo depositado en una cavidad abierta en otra piedra de gran tamaño.

– ¿Que hacéis? –le preguntaron.

–Ya lo veis, quiero obsequiaros con pan elaborado por mí, a la usanza en estas cavernas. Mientras, podéis ir recorriendo las innumerables cuevas vecinas de la mía, para que os informéis por vosotros mismos del campo de acción que tenéis para vuestras actividades.

–Justamente, era lo que veníamos a pedirte.

–Es una ruda franqueza la que abunda entre estas fieras humanas, pues como todos sabemos que por malvados nos encontramos aquí, comprendemos que sería inútil toda simulación –añadió Diza, tranquilamente–. No os asustéis pues, si algunos de ellos sueltan como vendaval en el desierto, sus espantosas confianzas.

–Estad tranquilo –respondió Aldis–, que entre nosotros no abundan los asustadizos, pues hemos visto ya tantas cosas que estamos curados de espanto.

Y como aves que buscan un hueco en la peña para hacer su nido, comenzaron a explorar los intrincados vericuetos de aquella aldea de rocas.

Muchas cavernas estaban vacías en ese momento, pero se conocía que eran habitadas por el lecho de pieles, por los utensilios que había diseminados en torno al hogar y por el fuego que ardía cociendo algo que humeaba en una marmita.

–Por lo visto, aquí, cada cual se condimenta sus alimentos –observó uno de los Kobdas.

–Por lo pronto –dijo otro–, estos delincuentes han perdido los hábitos de pillaje y de robo, por cuanto dejan así solas sus habitaciones donde hay hermosas pieles, armas y metales en bruto.

–Aquí tenemos un hombre –dijo un tercero en voz baja, pues estaban llegando a la puerta de una inmensa caverna, por la cual salían unos pies calzados de rústicas abarcas de corteza sujetos con cordones de cuero sin curtir.

El hombre estaba tendido en el suelo, inmóvil y parecía dormido.

–La paz sea contigo –le dijeron los Kobdas acercándose. Un extraño gruñido les respondió y el hombre se incorporó, hasta quedarse sentado en el mismo sitio. Tenía la cabeza vendada en forma que no se veían los ojos. En aquellas vendas ya sin color a fuerza de estar sucias, se notaban aún oscuras manchas de sangre.

– ¡Buen hombre, estáis herido! –exclamaron los Kobdas–, confía en nosotros que venimos al Peñón de Sindi a aliviar vuestra situación.

–Yo no soy en primer lugar buen hombre, sino mal hombre –gruñó de nuevo el habitante de aquella caverna–. Demasiado lo debéis comprender encontrándome aquí. Y en segundo lugar no vengáis a decir embustes untados de miel, porque nadie se ocupa de aliviar a nadie si no es por su propio interés.

“Decid que venís a explotar minas encontradas por los hombres de la cadena y habréis dicho algo que se os pueda escuchar. ¿Queréis comprar un filón de cobre? Yo vendo mi parte por seis asnos y dos camellos que me son necesarios para transportarme a mi país, pues ya he cumplido mi condena.

Los Kobdas se miraron entristecidos y por un momento guardaron silencio.

– ¿Os parece mucho? –insistió el hombre.

–Convenceos que no venimos a comerciar con vuestras minas, pero si podemos proporcionaros lo que deseáis, lo haremos. ¿Dónde queda vuestro país?

–Junto al desierto de Parán.

–Lo que más interesa es vuestra herida. ¿Cómo la hubisteis?

–Un desmoronamiento estuvo a punto de aplastarme la cabeza. No sé si quedaré ciego, pero tengo los ojos cerrados de sangre y me duele horriblemente. Pero, vosotros, ¿quienes sois? ¿Venís de Maraba?

–Sí, de Maraba, somos amigos de vuestro Gran Marab, y vamos a establecernos aquí...

–Como guardianes o carceleros –interrumpió el hombre herido–, no es necesario, podéis estar seguros, porque los hombres son aquí como las

rocas que nunca cambian de sitio. Si yo hablo de marcharme es porque mis ojos no quieren servirme ya. ¿Qué haría entre estos desfiladeros y precipicios sin buenos ojos que me guiaran?

Mientras esta conversación, uno de los Kobdas iba desarrollando aquellas polvorientas vendas y otros acercaban agua para lavarle la espantosa herida. Toda la parte superior de la cabeza era como un solo coágulo de sangre, pues las desgarraduras de la piel eran muchas y tan deficiente el lavaje y curación realizada, que aquello más parecía la cabeza de una bestia desollada que de un hombre con vida y uso de palabra.

Mientras dos Kobdas le curaban, Abel, Aldis y los otros, continuaron la exploración. Al acercarse a otra caverna oyeron chirridos de cadenas y el corazón pareció dar un gemido en el pecho de los hijos de Numú.

– ¡La paz sea contigo, hermano! –dijeron desde la puerta y sin haber visto a nadie porque en el centro de la cueva había un alto promontorio de piedras y ramas, que impedían mirar hacia adentro.

– ¡Quién va! –gritó una voz ronca y agria, a través de la cual se adivinaba un furor rabioso y por extremo exasperado.

– ¡Mensajeros de la Paz! –contestó la dulce y bien timbrada voz de Abel, que semejava voz de niño.

– ¡Un chiquillo en Sindi!..., ¡ja ja ja!... ¡Buena vida te espera acá entre los jabalíes y los osos de estas cavernas! ¡ja ja ja!... –y seguía resonando aquella horrible carcajada cuyo autor no se veía.

Del pecho de los Kobdas se escapó un suspiro, pues adivinaban el abismo de degradación y de miseria que se escondía detrás de aquellas palabras y de aquella carcajada.

– ¿Nos permites pasar? –volvió a oírse la voz de Abel.

–Pasad con mil diablos, tontuelos, que estoy amarrado a esta roca maldita como mi vida, como mi sangre, como el aire que respiro y el agua que bebo.

Los Kobdas entraron y Abel llegó el primero. Apenas se hicieron visibles al hombre amarrado, se oyó un horrible grito que no parecía salir de una garganta humana.

– ¡Maldición!..., ¡los Kobdas..., los Kobdas..., maldición! –Y aquel infeliz mordía la cadena que desde su cintura iba a incrustarse en la roca viva.

Los Kobdas unieron en fuerte cadena fluídica sus pensamientos, e indicaron a Abel que continuara hablándole.

– ¿Tenéis algún agravio contra los Kobdas? –le preguntó dulcemente–. Decídmelo os lo ruego y yo en nombre de todos ellos os pido vuestro perdón y vuestra indulgencia. Los Kobdas somos también hombres expuestos a errar y puede que os hayamos ofendido o perjudicado.

El hombre cesó de maldecir y guardó silencio, lo cual hizo más perceptible su respiración fatigosa y el temblor de su cuerpo transmitido a la cadena que chocaba contra las piedras.

– ¿Lleváis mucho tiempo aquí? –volvió a preguntar Abel, sentándose sobre una piedra mientras el hombre no le quitaba los ojos de encima.

– Cien lunas cumplieron ayer. Cincuenta me faltan todavía.

– ¡Malditos sean los hombres falsos, traidores, embusteros, abortos de los genios del mal!...

– ¡Cálmate, que si eres razonable yo puedo borrar esas cincuenta lunas ahora mismo!

– ¡Cómo!... ¿Eres acaso el Thidalá de la Alianza? –preguntó con extraña animación el prisionero.

– Soy su representante en estos momentos. Olvida pues tu odio a los Kobdas, que yo te doy en prenda mi propia persona, en fe de que ellos no te hicieron mal a sabiendas. ¿Quién eres y cuál es el motivo de hallarte aquí?

– ¿Que quién soy? ¿Que por qué estoy aquí? Porque mi maldad se estrelló en contra de otra maldad más fuerte que la mía y esa fuerza me amarró a esta roca más fuerte aún que las maldades humanas. ¡Pasarán cincuenta lunas y me veré en libertad ese día! ¡Oh! ¡De sangre se vestirá el sol, la luna y las estrellas, porque arrancaré la vida a pedazos a todos los que me empujaron por este derrumbadero! ¿Acaso merece la vida toda esa alimaña feroz que empuja a los hombres al vandalismo y al crimen?...

– Apaga, hermano, esa hoguera que te abrasa a ti mismo y busca el agua fresca que te brinda mi mano. –Y Abel tendió su diestra al infeliz prisionero–.

– Seamos amigos –le dijo–, y creo que será para tu bien. ¿Por qué odias a los Kobdas?

– No los odio, pero me llena de furor su presencia.

– ¿Te hicieron mucho daño algunos de ellos? ¿Quisieras vengarte para resarcir ese daño o satisfacer tu agravio? –El hombre guardaba silencio.

– ¡Hombre de las cavernas!... –exclamó Abel, poniendo toda la intensidad de su alma en aquella exclamación–. Si tu corazón no es también una roca, habla, respóndeme, que eres un alma, hija de Dios como la mía; y como la mía también con derecho a todos los bienes de la vida.

Familiarizado ya Abel con las sombras de la caverna empezaba a distinguir claramente las facciones de aquel hombre, y no obstante el horroroso aspecto que le daba la cabellera y barba, enmarañadas y sucias, y el polvo adherido a su piel, podía notarse una vaga sombra de belleza no del todo desaparecida bajo aquel conjunto de miseria y de abandono.

– ¡Vete, niño!..., ivete! –clamó por fin, señalando la puerta–. Soy un harapo de hombre ya lo ves. Los insectos y la inmundicia me cubren de la cabeza a los pies, pero dentro de mí ser hay otra bestia más feroz que las que pueblan estas montañas; el orgullo de una raza indomable que ni esta cadena ha podido vencer.

–No me iré, ya lo ves, no me iré –le contestó con infinita dulzura Abel–, porque jovenzuelo como soy, quiero ser más duro que tu cadena y más fuerte que esta roca a la que estás amarrado. Tu misma tenacidad me ha interesado. Vuelvo a repetirte como antes; seamos buenos amigos, hombre de las cavernas, porque no me iré sin desatar tu cadena.

– ¿Y si yo no quisiera que la desataras? –gritó de pronto, aquel hombre–. ¿Y si desatado te estrujara como a una paloma entre mis manos? No juegues con la hiena de las cavernas, niño imprudente porque no sabes lo que te haces...

– ¿Acaso es un mal el morir? –preguntó Abel–. ¿Tú no sabes que los Kobdas esperamos a la muerte como tú la hora de la libertad?

– ¡Es verdad!..., ¡es verdad!, lo tenéis así escrito en todas las lápidas de vuestros muros de Neghadá.

– ¿Cómo..., cómo has dicho? ¿Conoces tú Neghadá? ¿Has visto Neghadá y estás amarrado por grandes delitos a las rocas de esta caverna? ¿Has visto Neghadá y has tenido valor para ser criminal? ¿Quién eres hombre de las cavernas?... –Abel se había acercado hasta poner una mano sobre la espalda de aquel hombre, en el cual parecía introducirse lentamente una extraña calma y sosiego.

Los compañeros de Abel continuaban concentrados a la puerta de la caverna.

–Y tú, ¿quién eres? –preguntó de pronto el prisionero mirando fijamente a los ojos de Abel.

–Soy el más joven entre todos los Kobdas de Neghadá y sigo viaje hacia el Éufrates. Me llamo Abel, hijo de Adamú y Evana...

– ¡Tú!..., ¡tú!..., ¡el deseado, el esperado, el bendito, el Hombre-Luz!... ¡Vete, vete!..., que acabarás por llenarme de claridad y yo quiero aún más tinieblas hasta que se haya cumplido mi justicia... –Y aquel hombre daba vuelta la faz hacia otro lado, como si temiera mirar de frente al joven Kobda que le acariciaba su polvorienta cabellera.

– ¡No me iré sin haberte salvado!... –clamó Abel, con una energía que casi asustó al prisionero–. Hoy mismo romperé tu cadena; serás libre y serás bueno. ¡Te lo digo en nombre de Dios!

El hombre iba de nuevo a morder su cadena, pero Abel puso en ella su mano, y aquella frente surcada de arrugas y sombría de dolor y de odio, se dejó caer abatida sobre la suave mano del joven Kobda.

– ¡Al fin..., al fin! –murmuró Abel comprendiendo que el Amor había realizado otra de sus conquistas.

– ¡No puedo más, no puedo más! –gritó el prisionero, con voz ahogada por los sollozos.

Abel le abrazó con inmensa ternura mientras le decía:

–Hoy te visita la Piedad Divina, hombre de las cavernas, para que pisotees tu vestidura de rencores y de odios y vistas el traje nupcial de los ungidos del amor.

El prisionero hacía esfuerzos por acallar su emoción.

–Me despreciarás cuando sepas quien soy –le dijo de pronto.

–Acaso te amaré más, ¿qué sabes tú de los abismos que hay en el amar de los Kobdas?

– ¡Neghadá! ¡Neghadá! ¡Kobdas de Neghadá! ¡Hora maldita!..., idía maldito!..., ¡ambición maldita!... –clamaba como en un delirio el prisionero. Abel empezaba a comprender aquel misterio.

– ¡Tú eres un Kobda! –le dijo de pronto.

– ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo lo sabes? –interrogó aquel hombre ansiosamente.

– ¡Lo he sospechado!

El hombre se dejó caer en el suelo y la pesada cadena produjo un extraño sonido como algo que se rompe, que se retuerce y muere. Abel oraba en silencio y el prisionero abriendo su mísera casaca de cuero sin curtir, sacó de entre las hilachas que le servían de camisa, la plaquita de cobre que daban los Pharahome a los Kobdas que se retiraban del Santuario para volver a la vida entre el resto de los hombres, y por si alguna vez querían ser reconocidos de los Hijos de Numú.

Y Abel leyó en alta voz la inscripción que decía: “*La piedad de Numú te haga salvo*”.

Llamó a uno de los Kobdas y pidióle que trajera del barco las herramientas necesarias para romper aquella cadena, que amarraba a las rocas la vida de un hombre.

– ¡Por piedad, guardadme el secreto! aún no sufre mi orgullo que nadie sino vos lo sepa –dijo el prisionero al oído de Abel.

–Calma y serenidad –le respondió el joven Kobda–. Por ahora sólo eres un prisionero al que el Thidalá concede la libertad porque se ha hecho digno de ella. Más adelante, Dios marcará tu camino.

Unos momentos después aquella pesada cadena que durante cien lunas se había enroscado a la cintura como una culebra en el tronco de un árbol, cayó con estrépito a los pies del hombre libre. Bamboleándose como un ebrio se acercó lentamente hacia la entrada de la caverna, miró hacia arriba y su faz se iluminó con la claridad del cielo azul. Miró hacia el frente y vio el laberinto de montañas por entre las cuales asomaban

los árboles su verde ramaje. Y a sus pies y a pocos pasos, serpenteaba un arroyuelo formado por la única vertiente que proveía de agua a los cautivos del Peñón de Sindi. Vio por fin a dos avejillas que se arrullaban tiernamente y que afanosas tejían su nido entre gorjeos y alegres vuelos. Su alma cargada de dolor y de amargura no pudo más y levantando al cielo sus brazos nervudos y temblorosos, clamó como en un grito de muerte:

– ¡Dios, Dios fuerte y justiciero!... ¡Mucho más que todo esto tenía yo en mis manos y lo desprecié por una brizna de paja! ¡Dios fuerte y justiciero! ¡Tu Ley me aplastó para todos los días de mi vida y acaso para muchas vidas!...

Los Kobdas se miraron los unos a los otros al oír aquel lenguaje en un delincuente de las cavernas. Un sollozo suave y contenido se sintió a la puerta de la caverna. El ex prisionero asomó su cabeza y vio que un Kobda lloraba.

– ¡No llores tú! –le gritó–. ¡Que no tienes derecho al dolor! ¡El dolor es propiedad mía y de todos los que hemos merecido la maldición de Dios!

– ¡Naibor!..., ¡no blasfemes! Dios a nadie maldice –le dijo el Kobda que lloraba.

– ¿Quién eres que sabes mi nombre? –preguntó el ex cautivo exasperado.

–Mira si puedes veinte años atrás –le contestó el Kobda–. ¿Recuerdas a aquel Naibor que recibía de manos de un Kobda la vestidura traída por los hombres de Madián para cubrir al que se llevaban como Caudillo?

– ¡Horror!..., ¡maldición!..., me has reconocido, Gladio..., ¡sí, eres tú! ¿Por qué no me arrojaste al mar en vez de entregarme aquella vestidura?... Di, ¿por qué no me arrojaste al mar? –Y así diciendo sacudía por los hombros al Kobda entristecido y por cuyo rostro sereno en el dolor, continuaban corriendo gota a gota las lágrimas–.

“¡Me dejaste la vestidura maldita y te llevaste la túnica azulada!... –continuaba como delirando aquel hombre–. ¡Con ella se quedó mi paz, mi alegría y mi ventura! ¡Gladio..., debería matarte!...

Abel y los otros Kobdas se acercaron.

– ¡Naibor!... –le dijo Abel tomándolo por ambas manos–. Ya ves que para nadie es ya un secreto tu pasado. La justicia divina te exige esta humillación.

“Si de verdad amas aún la túnica azulada y la consideras como la guardadora de tu paz y de tu dicha, vístela de nuevo en tu espíritu, repudiando para siempre tus odios y tus rencores, y sobre todo el desmedido orgullo que te perdió. Vístela en tu espíritu y ninguna barrera impedirá que la túnica azulada envuelva de nuevo tu materia actual. ¿Acaso no

tiene el amor velos nupciales como copos de nieves para encubrir todas las llagas por cancerosas que sean?

“¿Acaso supones mezquindad en el infinito corazón de Dios que acoge tiernamente al que ha pecado, y se levanta de él para empezar el camino de nuevo?

“¿Acaso supones que el amor de los hombres de vestido azul será anulado por tus errores que juzgas imposibles de borrar?

“¡Naibor!... Si de verdad amas aún la túnica azulada, debías bien comprender lo que ella significa para el que la viste: ¡Amor que todo lo perdona!... ¡Amor que todo lo olvida! ¡Amor que hace brotar de las piedras burbujas de miel y regueros de agua fresca!...

– ¡Gladio, Gladio!... –gritó aquel hombre, arrojándose a los brazos del Kobda que tanto había llorado veinte años atrás al darle la vestidura de Caudillo, y recoger del suelo la túnica azulada que dejara Naibor sin volver la vista atrás–.

“¡Gladio, Gladio!..., ¡eres tú el que tiene en su mano el hilo de mi vida! ¡Es tu dolor el que me ha seguido en el camino del crimen y del vicio!... ¡Son tus lágrimas las que me han ahogado de amargura y de fastidio!... ¡Es tu pensamiento el que me ha tenido con una soga al cuello hasta amarrarme a esta montaña donde me has encontrado!...

Lágrimas silenciosas, serenas y dulces corrían de todos los ojos que presenciaban aquélla emocionante escena. La enmarañada y sucia cabellera del cautivo formaba un contraste con los cabellos de plata de Gladio encanecido a los cincuenta años, que dejaba caer un bautismo de lágrimas sobre aquella pobre cabeza refugiada en su pecho como un ave sangrienta y moribunda.

Nadie más que él hablaba, pero los pensamientos de todos tejían una dulce red en torno al arrepentido, al que fueron llevando insensiblemente hacia donde estaba el velero anclado. Le ocultaron en la cámara particular de Gladio y le dejaron a solas con él. Los demás se volvieron a las cavernas a continuar sus exploraciones seguros de que Gladio como buen Hijo de Numú, sabía lo que debía hacer en tal caso. Y al siguiente día no eran ya nueve los Kobdas de la misión en el Peñón de Sindi, sino diez, porque Naibor ocupaba el lugar que Arbelo dejara vacío en cumplimiento de su destino.

Y en las cavernas del Peñón de Sindi donde había veintiséis hombres amarrados a la roca viva, no quedaban sino veinticinco, porque el Oso Gris, como llamaron siempre a Naibor, había muerto según corrió la voz y detrás de su caverna apareció un montón de piedras removidas por uno de los hombres de vestido azul, que se asemejaba grandemente al cautivo, aunque parecía más joven y más bello que aquél.

– ¿Qué hacéis? –le había preguntado a Naibor, ya vestido de túnica

azul, un prisionero, viéndole apilar piedras hasta formar un pequeño promontorio.

—Aquí yace toda una vida de vicio y de crimen —le contestó el Kobda—. Es la sepultura de vuestro desventurado compañero Oso Gris que ha muerto.

— ¡Pobre Oso Gris! —murmuró el otro—. ¡Que haya paz en su tumba! Fue más desgraciado que criminal. Vos os parecéis en la fisonomía. ¿Sois acaso su hermano?

—Sí, soy su hermano que he venido a darle sepultura.

—Él vino al Peñón de Sindi diez lunas después que yo, pero a mí me quitaron la cadena primero, porque yo me conformo a mi suerte y nunca demostré tanto furor ni tanto odio a los hombres como él. Por último dejé de verle en su cueva, porque estaba tan exasperado y furioso que no soportaba la presencia de nadie y sólo entraba el viandero a llevarle la provisión cada tres días. Según se decía estaba reñido con su familia que era de los señores del Nilo.

—Se apartó de ellos porque su vanidad y su orgullo buscaba destacarse y ser figura de primera fila, mientras entre sus hermanos era uno de tantos —contestó el Kobda.

—Fue traicionado por los mismos de la tribu que lo hicieron Caudillo, los cuales lo vendieron como esclavo a un Jefe de Tribus guerreras del desierto que asaltaron al Gran Marab, y dieron muertes horribles a hombres, mujeres y niños. Para salvaguardar su vida el Jefe de la Tribu cargó toda la responsabilidad a sus esclavos entre los que estaba Oso Gris. Los otros escaparon a nado en la travesía del Brazo de Ectan, pero este infeliz vino a la cadena en el Peñón de Sindi, donde vos acabas de sepultarlo. ¡Que tenga paz en su tumba!

—Así sea, hermano —contestó el Kobda plantando un espinoso cactus entre las piedras que acababa de amontonar. El prisionero se alejó, y Naibor apoyado en el fuerte azadón que le había servido para remover las piedras, contemplaba el cactus cuajado de espinas y con una delicada flor rosa-té aún en capullo.

—Yo soy como este cactus hecho de espinas en medio de las cuales la piedad divina deja caer el beso de amor sin sombras.

“¡Dios!... ¡Dios!... ¡Padre Eterno, piadoso y bueno, como este cactus mi alma llena de espinas florecerá también porque Tú la has besado con tu misericordia infinita!

Y lentamente se alejó hacia el velero donde desempeñaba las funciones de viandero, que preparaba las cestas de pan y frutas para alimento de sus hermanos.

En tres días más de estadía en las montañas de Sindi, los Kobdas pudieron darse cuenta exacta del estado moral de los cautivos, ya por los

informes de Diza-Abad que hacía de jefe, como por las conversaciones que tuvieron con todos ellos. Comprendieron que podían sin riesgo romper las cadenas de los veinticinco amarrados a las cavernas y establecer para todos ellos un orden de vida más conforme con la Ley de la Alianza.

Bajo la protección y tutela de los Kobdas se les permitiría formar hogar propio, tomando esposas en las aldeas vecinas, sobre todo aquellos en los cuales se notasen mayores aptitudes para el trabajo y para la vida en familia.

—Aún podéis ser felices y reconstruir vuestra vida —les decía Abel a los doscientos sesenta prisioneros al despedirse de ellos a orillas del Mar Bermejo—.

“Y tú Diza-Abad, muestra que eres hijo de Beni-Abad, sembrando el amor en estas rocas donde viniste por fuerza y donde te quedas por propia voluntad. Con esta heroica acción inicias acaso un largo camino de salvación para muchos.

Después, la tenue luz de la madrugada vio abrazos mudos y silenciosos entre los Kobdas viajeros y los diez Kobdas que quedaban, enterrados vivos entre las gargantas profundas del Peñón de Sindi.

Momentos después el velero de Abel bogaba mar adentro como un cisne gigantesco que buscara tender el vuelo hacia el gran Cabo Everon, para entrar de nuevo en el golfo oriental que lo había de llevar a Ezion-Geber, puerto final del viaje por mar. Allí tomarían la caravana que luna tras luna llevaba cargamento de pieles, metales y resinas del país de Arab hacia Urcaldia, la ciudad mercado de ese tiempo, que más cercana quedaba de La Paz.

115

LA VOZ DEL DESIERTO

En Ezion-Geber que en aquella época se llamaba Ebiona sencillamente, tuvieron que esperar tres días la salida de la caravana a la cual contrataron un elefante y dos camellos. En el elefante viajarían Azoris y el anciano Audumbla, pues para evitar comentarios enojosos y equívocos desagradables, fue necesario que la madre de Zurima pasara ante los extraños como esposa del viejecito.

En cuanto a los dos Kobdas, Abel y Aldis, era demasiado conocida la vida y la actuación de aquella vasta Fraternidad, que a costa de inauditos esfuerzos y de una abnegación a toda prueba había conseguido la paz, la abundancia y una relativa felicidad para todos los pueblos de la Alianza. Para las caravanas que hacían las grandes travesías por tierra como para los barcos que las hacían por mar, llevando los productos

de unas a otras comarcas, la presencia de Kobdas viajeros era como un augurio de buen viaje.

–Sois los genios tutelares del Nilo encarnados en la tierra para proteger a los hombres –decían los peregrinos del desierto y los peregrinos del mar–. Buena estrella nos guiará en esta travesía porque vienen con nosotros los hombres de vestido azul.

Aquella caravana era inmensa. Un centenar de camellos, cuatrocientos asnos y sesenta elefantes, conducían los cargamentos, sin contar los animales destinados a las personas que viajaban como dueños o conductores de aquellas mercancías.

Se acostumbraba que los arqueros de Ebiona acompañasen las caravanas hasta la primera aldea o tienda que fuera a la vez destacamento de arqueros, de donde salían reemplazantes para los primeros que debían de inmediato retornar al sitio de partida. Habían sido antes tan frecuentes los asaltos a las caravanas, que el Thidalá con todos sus aliados debieron tomar tal medida de seguridad para vidas y haciendas.

Abel y Aldis dedicaron pues los tres días de espera para reconocer a Ebiona, que era nada más que un gran Puerto-Mercado por lo cual sólo había muy pocas cosas estables. El resto era un vasto campo de tiendas que hoy estaban y días después desaparecían, para ser ocupado el mismo sitio por otros mercaderes cuya estabilidad se prolongaba hasta haber despachado todos sus productos.

Azoris salía también acompañada del viejecito Audumbla a conocer aquel último poblado de su tierra natal, que hasta entonces nunca había visto y del cual tanto había oído referir a los mercaderes del otro lado de la península, de donde ella era originaria. Un día, oyó que una anciana hablaba en su misma lengua, a la puerta de una tienda donde se disponían fardos de pieles y pequeños sacos de resinas olorosas para ser entregados a la caravana. Aquella anciana ganaba su pan diciendo buenos anuncios a los extranjeros que llegaban al lugar. Al ver al Audumbla y a Azoris, se les acercó haciendo profundas reverencias.

– ¿Queréis que os anuncie cómo será vuestro viaje y vuestros negocios? –les preguntó, Azoris tradujo las palabras al Audumbla, que contestó:

–No os molestéis, buena mujer, que nuestro viaje y nuestro negocio será como el Altísimo tiene dispuesto que sea.

La anciana iba a hacer un gesto de desagrado, que Azoris atajó dándole una bonita ajorca de plata y rubíes que tenía en su brazo izquierdo, mientras le decía:

–Eres una maga de mi tierra, vende esa ajorca y enciende antorchas a los genios del desierto para que nos sean benignos en la travesía.

–Si tienes hijos, que brillen como soles. ¡Si tienes hijas, que sean

como espigas de trigo y racimos de vid, dedicadas a grandes príncipes de la tierra!... –murmuró a son de bendiciones y auspicios la anciana maga del puerto de Ebiona.

Por su parte Aldis y Abel habían observado que aquella anciana hablaba a casi todos los viajeros y después cuchicheaba con el mercader que estaba dentro de la tienda. En su fina y delicada sensibilidad percibieron algo que parecía producirles como un doloroso rasguño.

–No sé que habrá en esa tienda que desde que hemos llegado están haciendo fardos que nunca entregan a la caravana –decía Aldis, cuando ya dentro de la cámara de su barco que les acompañaba anclado, hasta el momento de partir, hacían comentarios entre los cuatro que habían quedado para seguir viaje hasta La Paz.

Apenas habían concluido la refección de la tarde y ya casi oscurecía cuando la anciana maga se llegó hasta el velero y pidió hablar a la mujer del país de Maraba que viajaba allí. Aldis desde cubierta la reconoció. Fue recibida y una vez dentro se arrojó a los pies de Azoris llorando amargamente.

– ¡No marchéis por piedad, no marchéis porque tendréis desgracia en el viaje! –decía en sus lamentaciones–. Aquel malvado mercader que me da pan y aceite para que atraiga gentes a su tienda con mis buenos anuncios, me quitó vuestra ajorca y no podré encender antorchas a los genios del desierto.

–Estad tranquila –decíale Abel–, que con antorchas o sin ellas llegaremos sanos y salvos si tal es la voluntad de Dios.

Mas el Audumbla y Aldis, presintieron que aquella anciana estaba como ahogada por un terrible secreto que deseaba descubrir, ya fuera por vengarse de la usurpación que le habían hecho o por conseguir un nuevo regalo.

– ¡No marchéis, no marchéis que pereceréis en el desierto!... –continuaba como sollozando aquella mujer–. Con el trigo y el aceite que me hubiesen dado por vuestra ajorca, yo podía haberme libertado de esa fiera que me acorrala por el hambre. Harta estoy de ver la muerte y el crimen.

– ¡Habla mujer –le dijo con energía y autoridad Aldis– ¡que este joven que ves a mi lado es el representante de la más alta autoridad que gobierna todos estos países! Y si en lo que dices hay verdad, tus palabras traerán la paz y el bien para muchos. ¿De qué muertes y crímenes hablas?

–El hombre dueño de la tienda en cuya puerta me encontrasteis, es un pirata disfrazado de mercader de pieles, que finge tomar jóvenes fuertes y bellos para enviarlos en la caravana como agentes vendedores de pieles y de esencias ante los grandes señores de otros países, y obra de acuerdo con el Kabir de la caravana que los entrega después en sitios

ya convenidos, desde donde los llevan encadenados para la venta a otros países, donde aún subsiste la compra de esclavos. Hoy por hoy es el más bello negocio, porque la ley de los señores del Nilo ha deshecho a todos los mercaderes de esclavos, y así el que consigue un centenar de ellos ya tiene hecha su fortuna, pues en las faldas del Monte Grande (*la cadena del Himalaya), son pagados a un precio que deslumbra a cualquiera.

– ¿Y por dónde los lleva? –preguntó Abel extrañado.

La caravana los conduce hasta Urcaldia, desde donde son transportados a un barco en el Golfo Grande y desde allí a tierra adentro en el país del misterio, de donde ninguno volvió. Allí los ríos manan corales y perlas y guardan peces que viven siglos y que maúllan como lobos y son los dioses del país, cuya ira se aplaca con la carne tierna de los esclavos jóvenes y bellos. (*Cocodrilo, que por entonces sólo se conocían en los grandes ríos de la India, donde fueron llevados siglos después al Nilo).

–Horror, ¡hijas mías! –exclamó Azoris en un grito de espanto, pensando si acaso a sus dos hijas desaparecidas les habría cabido una suerte semejante.

–Calma, calma, que el Amor Eterno sugerirá también la medicina para este gravísimo mal –volvió a decir Aldis, que retirándose con Abel y el viejo Audumbla conferenciaron lo que convendría hacer.

De esta conferencia resultó que la anciana volvería a Elimo, su país natal, en el velero que había llevado a Abel, porque no debía quedar allí expuesta a las venganzas del pirata ni a seguir viviendo de lo que él le exigía a cambio de sus servicios.

Y a más de los dos arqueros que acompañaban a la caravana, llevarían diez hombres más de la confianza del Destacamento de Ebiona, que ya contaba años de estar establecido allí.

– ¿Cuántos son los hombres del Kabir? –preguntó por fin Aldis a la anciana.

–Sólo el Kabir sabe el secreto, los otros nada conocen de estos manejos y sólo desempeñan el cuidado de las bestias porque cada mercader manda su encargado para cuidar su cargamento.

–Y, ¿sabes si van jóvenes destinados a ser vendidos? –preguntó Abel.

–Van veintisiete y con vos, veintiocho –respondió la anciana azorada y llorosa.

– ¿Cómo? –dijo Aldis, encarándose nervioso con aquella mujer–. ¿Has perdido el sentido?

–No, amito, no, os digo la santa verdad. El pirata ha puesto los ojos en este jovencito con rostro de cera y ojos color de la miel, y para arrancárselo han decretado vuestra muerte, pues no les conviene dejaros con vida a ninguno.

–Y, ¿para qué les serviría yo en caso de llevarme? –preguntó tranquilamente Abel.

–Dicen que un gran rey de aquellas comarcas formará una falange de hachoneros para que en torno a la Hoguera Sagrada iluminen con sus antorchas constantemente a esos horribles dioses que se devoran a los hombres. Los quieren blancos y rubios como formados del resplandor del fuego, y este niño está hecho para eso. Cuando los dioses del agua están enfurecidos, un hachonero se arroja a sus fauces para aplacarles. ¡Oh!..., ¡todo eso lo sé y está sucediendo desde hace más de cincuenta lunas!... –Y la infeliz anciana se tapaba el rostro horrorizada.

–Bien, bien. Quedaos aquí. No os hagáis ver de nadie y cuando nosotros nos incorporemos a la caravana, este barco se hará a la vela llevándoos a bordo con un mensaje de Azoris para su hijo, que os protegerá. Dios compensará vuestra buena acción, que os perdonará además por lo que os habéis prestado a las inicuas obras de ese infeliz.

Azoris temblaba del espanto cuando la subían a lo alto de su elefante a la mañana siguiente; mas el viejo Audumbla que la acompañaba, le decía animándola:

–No es aún la hora de que se apague la Luz que ese niño trajo a la tierra. Ya veréis como de vuestra ajorca dada con buena voluntad, surgirá la salvación para muchos. –Y la caravana emprendió la marcha.

Al Kabir le convenía captarse la confianza de los Kobdas, para que los arqueros y demás viajeros creyesen que era hombre justo y de gran honradez.

Y los Kobdas, cuyo lema era “extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”, quisieron probar si aquel hombre era aún asequible a la irradiación de la ternura y del amor, antes de usar de la autoridad y de la fuerza para detenerlo en su camino de crimen y de iniquidad.

Y Abel y Aldis hicieron avanzar sus camellos hasta el que conducía al Kabir, poniéndose a su lado.

–Queremos viajar a vuestro lado –le dijo Aldis afectuosamente–, para que nos vayáis instruyendo de todo lo que nos llame la atención durante la travesía.

–Muy bien, será una grande honra para vuestro servidor. ¿Este joven es vuestro hijo? –preguntó, mirando de reojo a Abel.

–Es mi nieto y nieto a la vez del Thidalá de la Gran Alianza, al cual representa en este momento, pues ésta es la terminación de un viaje que inició hace trece lunas y que concluirá en el Éufrates, donde el Thidalá nos espera.

El Kabir quedó pensativo.

–Pero esto –dijo de pronto–, nadie lo sabía en Ebiona, porque de haber

sabido el personaje que era, habría sido una gloria para los ebionitas y para los mercaderes extranjeros. ¡Qué festines habríamos tenido!

—No era necesario —respondió Aldis—, porque siguiendo el consejo del Thidalá, su representante observa en silencio los hábitos y costumbres de los pueblos, cuyos príncipes y caudillos aceptaron la Ley de la Alianza, cosa que no podría realizar si se diera a conocer desde el primer momento. En Ebiona lo saben solamente en el Destacamento de Arqueros, donde queda el Jefe ya aleccionado de los correctivos que debe imponer a determinados sujetos que buscan hacer fortuna por medios delictuosos.

Aldis hablaba con gran serenidad, pero el Kabir parecía sentirse molestado como por una legión de tábanos gigantes. Los dos arqueros que guardaban a la caravana no quitaban la vista del sitio en que viajaban los Kobdas, mientras que los otros diez que no vestían el traje de piel curtida al blanco, ni el gorro azul de los arqueros, se habían acercado lentamente en forma que casi estaban detrás de los Kobdas. Formaban otro alegre y bullanguero grupo los veintisiete jóvenes agentes vendedores de pieles, enviados por el fingido mercader de Ebiona que ya conocemos, y que a son de reclame iban vestidos de la cabeza a los pies de fina cabritilla color canela y adornos de oso negro.

Los infelices reían alegremente soñando en que recién se abría para ellos un luminoso porvenir de gloria y de riqueza, sin sospechar ni remotamente que era la pesada cadena del esclavo la que los aguardaba para ceñirles con su abrazo de hierro, apenas pusieran los pies en el barco pirata que anclado en el Golfo Pérsico, esperaba a las víctimas.

—Si me juzgáis digno de ello —dijo de pronto el Kabir—, os pido que aceptéis comer en mi tienda durante el viaje.

Abel que había guardado silencio, iba a aceptar buscando de intimar más con aquel hombre al cual se empeñaba en salvar; pero Aldis lo miró y ambos se comprendieron.

—Si no tuviéramos el compromiso, ya hecho, desde antes de salir con el anciano y su esposa, que serán nuestros proveedores, os aceptaríamos gustosos —le contestó Aldis—, pero si os empeñáis, algún día cenaremos en vuestra tienda.

Aldis dio tal respuesta porque le pareció percibir cierto indicio en el Kabir como de haber encontrado solución a la preocupación inquietante que se había notado en él.

—Es necesario ser precavido al plantar la tienda —continuó Aldis—, porque estamos en el país propio del áspid y de innumerables culebras venenosas. Esto como buen caravanero lo debéis saber vos muy bien.

El Kabir lo miró sobresaltado, pero Aldis hizo como que no veía aquella mirada y continuó:

–La picadura del áspid es mortal y casi instantánea en sus efectos; y ya sabéis que la ordenanza para el Kabir es muy severa en cuanto a su responsabilidad por las vidas de los seres que conduce. –Aldis sentía que su interlocutor estaba cada vez más inquieto; mas continuaba sus advertencias al parecer muy sencillas e indiferentes, pero cada frase iba acompañada del dardo afilado de su pensamiento dirigido fijamente a la conciencia dormida de aquel Kabir–.

“Debéis pues, vigilar mucho el sitio en que vuestros viajeros planten sus tiendas. Nosotros venimos del Peñón de Sindi, donde hay doscientos sesenta cautivos, de los cuales veintisiete estaban a la cadena desde hace una porción de tiempo. De estos veintisiete, la mitad fueron piratas vendedores de esclavos, y seis kabires dueños de caravanas, que acostumbraban matar en el desierto a los viajeros ricos valiéndose del veneno del áspid para ocultar su crimen, diciendo que habían sido mordidos por el tal inocente animalillo.

“Creo haceros un buen servicio recomendándoos de vigilar vuestros viajeros cuya inexperiencia o distracción les expusiera a un incidente semejante.

El Kabir parecía respirar fatigosamente y quitándose el gorro de piel se echaba aire con él.

– ¿Os sentís mal? –preguntóle Aldis con gran sencillez, mientras Abel miró a su Pangrave, con dulces ojos suplicantes en los cuales parecía decirle:

– ¡Por piedad, Pangrave!..., ya tus saetas han penetrado bastante.

– ¡Estas malditas arenas! –exclamó el Kabir por decir algo–. Hay parajes en esta travesía en que el viajero cree sentir desagradables sensaciones que llegan hasta ponerle calenturiento y rabioso.

– ¿De veras? –continuó Aldis como si no hubiera visto la mirada suplicante de Abel–. Entonces se confirma lo que refirió uno de aquellos kabires, amarrados en el Peñón de Sindi. Decía que poco antes de ser apresados por los arqueros en el último viaje que hizo, el vientecillo caldeado del desierto le llevaba el eco de una voz muy lejana al parecer que clamaba: “¡Maldito, maldito seas! ¡Asesino que sacas oro de las vidas humanas!”...

– ¡Señor, señor viajero! –le interrumpió nervioso el Kabir–, ¿qué empeño tenéis en contarme tales historias que exasperan los nervios y ponen de mal humor?

– ¡Perdonad, Kabir! Sois vos el que habéis hecho mención de parajes del desierto que causan sensaciones desagradables y entonces he recordado la historia de aquel caravanero encadenado en el Peñón de Sindi. Pero si estos relatos os afectan, cambiemos la hoja y tan amigos como antes.

Por la frente blanca y pálida de Abel, se deslizaban gotas de sudor que secaba con la manga de su túnica para no llamar la atención.

–Mirad –continuó Aldis haciendo como que cambiaba de tema, pero sin cejar en su empeño de sacudir tan fuertemente el alma de aquel hombre, que les evitara el tener que valerse de la fuerza para maniatarlo, y dar libertad a los jóvenes destinados a la cadena–. ¡Mirad que bello grupo forman los veintisiete agentes del mercader de Ebiona!... ¡Hola, niños! –gritó–, venid acá y alegrad la vida de estos viejos. El Kabir y yo nos aburrimos sin saber de qué hablar. De seguro que todos vosotros –continuó, cuando el bullicioso grupo se hubo acercado–, tendréis niditos con una bella tórtola y hermosos pichoncitos, ¿eh? ¡Pobrecillos! Ella estará llorosa pensando en lo que os podrá suceder en este largo viaje, y se consolará besando el hijito que será vuestro retrato.

Los jóvenes dejaron de bromear y un profundo silencio se hizo por un instante.

–Veo que he acertado –continuó Aldis–, porque vuestra cuerda sensible ha respondido. ¿Por qué dejáis así vuestro hogar por una mísera ganancia? Vamos a ver, ¿cuánto os paga el que os manda?

–La mitad del valor de las pieles y esencias que vendamos a los príncipes de las comarcas del Monte Grande –contestó uno de ellos, el que más cerca quedaba de Aldis, mientras los otros trataban de acercar sus camellos lo bastante como para escuchar la conversación.

– ¡No es mal precio!...

– ¡Es una fortuna! –gritó el Kabir–. ¿Quién ofrece la mitad del precio de las mercancías? –añadió exasperado.

–Sería una fortuna si la venta fuera una realidad –prosiguió Aldis–. Y si por acaso no hacéis sino una escasa venta, ¿para qué os alcanzará la mitad? Y si llegaraís a no hacer venta ninguna, ¿quién os compensa de las molestias de tan penoso viaje y sobre todo quién indemniza a vuestro hogar de lo que habrá sufrido en tal tiempo?

–Pero, señor mío –interrumpió el Kabir–, ¿qué os interesa a vos el negocio de estos hombres?

–Me interesa y mucho, porque ya os dije que este joven es el representante del Thidalá de la Gran Alianza del Nilo y el Éufrates, y velamos por la felicidad y bienestar del último de los súbditos de los aliados del Thidalá. Los arqueros aquí presentes, os pueden decir si no es ese el encargo especial que tienen en el Destacamento.

“Decidme –continuó dirigiéndose a los jóvenes–, ¿no viviríais felices con diez estadios de tierra para labrar y una majada de cabras que os den queso y manteca?

– ¡Oh!, claro que sí, pero, ¿dónde hallaremos esa mina? Porque hay hambre en nuestra cabaña estamos aquí, que de no ser así, no nos

habríamos contratado. ¿Acaso sabemos si volveremos del otro lado del Golfo? –respondió uno que parecía mayor que los otros y el que menos alegre realizaba el viaje.

–Hijo mío –dijo Aldis a Abel–, te llega a ti la hora de hablar. ¿Es justo que estos pobrecillos abandonen por hambre sus hogares para ir a buscar fortuna dudosa en países extranjeros y lejanos, cuando hay tanta tierra en el Nilo y en el Éufrates de donde pueden sacar el sustento?

– ¡No, no es justo! –respondió Abel–. Ellos deben volver cada cual al seno de su familia, donde deberá presentarse al Jefe de su tribu con un mensaje del Thidalá para que sea protegido.

– ¿Y quién nos dará ese mensaje?

–Yo –dijo Abel.

–No, señor –dijo el Kabir–. Yo soy el responsable de estos viajeros y nadie puede impedirles el viaje.

–Es que somos nosotros que no queremos seguir el viaje, si antes nos sale una propuesta mejor –contestó aquél que parecía de más edad.

– ¿Y que dirá el mercader que os envía? –volvió a insistir el Kabir.

Aldis comprendió que era llegado el momento de dejar toda simulación, pues pisaba ya en tierra firme.

– ¡El mercader no es tal mercader, sino un pirata que vende esclavos! –gritó Aldis–. ¡Y estos infelices son conducidos al buque pirata que los espera en el Golfo, para internarlos tierra adentro más allá del Altái! ¡Y tú Kabir lo sabes y eres tan pirata como él!

Abel, lívido, levantó su mano a lo alto que era la señal con que el Thidalá indicaba que debía obrar la justicia. Los arqueros se aprestaron a disparar flechas al pecho del Kabir para evitar todo movimiento. Los otros diez hombres acudieron también y le rodearon, quitándole las armas que eran varios puñales y un hacha.

–Pasadlo a un elefante y tres de vosotros con él –dijo Aldis–, ahora el Kabir soy yo. ¿Cuál es el guía de la caravana? –preguntó a los guardianes de las bestias.

–Yo –contestó un mocetón joven de alta talla y de rudo aspecto.

– ¿Has oído toda la disputa? –le preguntó.

–Sí, amo, sí. Estoy enterado de todo.

– ¿Cuánto tiempo haces que sirves a este Kabir?

–Es el segundo viaje que hago con él.

– ¿Cuánto ganas por tu trabajo?

–Tres odres de aceite y seis sacos de trigo por viaje.

–Bien, te daré esa paga doble y un buen Kabir cuando llegemos a Urcaldia. Adelante pues y el que quiera seguirme que marche.

Todos siguieron avanzando al lento paso de los elefantes y de los camellos. Abel y Aldis se detuvieron unos momentos para entregar a los

veintisiete jóvenes unas pequeñas láminas de cobre que se habían hecho grabar expreso desde los comienzos de la Gran Alianza y por medio de las cuales, los príncipes aliados se recomendaban recíprocamente determinadas personas o tribus cuando éstas pasaban de unos a otros países. En dicha plaquita, se leía: “Gran Alianza del Éufrates y del Nilo. Protección al desamparado”. La familia o tribu que al emprender viaje a otras comarcas obtuviesen una placa de éstas, de su propio Caudillo o príncipe, ya estaba segura de ser amparada en cualquier país de la Alianza donde se detuviera.

–Benedicid a Dios –les dijo Abel, abrazándolos–, que os tocó hacer el viaje en este momento, que de no ser así, jamás hubierais vuelto a ver el cielo de vuestro país natal. Y yo le bendeciré también por haberme dado la inmensa dicha de haceros tal beneficio.

Aquel bullanguero grupo que inconsciente marchaba al sacrificio, se tornó grave y silencioso. Algún sollozo contenido se dejaba sentir por momentos hasta que el más jovencito explotó en un llorar casi infantil que desgarraba las entrañas.

– ¿Qué hubiera sido de mi pastora? –preguntaba entre su llanto–. Con su madre ciega, sin más esperanza que la ganancia de mi viaje para rescatar las cabritas que el dueño de la tierra le ha quitado...

– ¿Quién es esa pastora? –le preguntó Abel, secándole las lágrimas con su blanco pañuelo.

–Es mi novia, la dulce niña trigueña como una espiga madura con quien debía unirme en matrimonio a mi regreso –contestó ya más sereno y tranquilo.

– ¿De dónde eres? –le preguntó nuevamente.

–Soy de las inmediaciones de Parano.

– ¡Del país de Azoris! –exclamó–. Esperad un momento. –Y Abel hizo señales al viejo Audumbla, cuyo elefante permanecía a distancia. El criado conductor de la bestia lo acercó y el joven Kobda gestionó de la viuda de Parano-Abad, un recado para los hombres de confianza que rodeaban a su hijo, a fin de que tomasen intervención en el caso del jovencito en cuestión–.

“Vete –le dijo, entregándole el billete para el hijo de Parano-Abad–, y sé fiel al amor que te espera, recordando que Dios te ha visitado en este día de luz y de dicha para ti.

El trozo de papiro grabado por Azoris decía así: “Protege, hijo mío, la vida y el amor de este joven para que el gran Beni-Abad sea contigo en los días de tu vida. Azoris”.

– ¿Volvemos a Ebiona? –preguntaron los jóvenes que iban a regresar.

–Id sin ningún temor cada cual a su tribu y a su país, sin preocuparos para nada del mercader que os contrató; que a esta hora estará recluido

en el destacamento de arqueros de donde será llevado al Peñón de Sindi. Hace dieciocho años que ese hombre vive del crimen y de la iniquidad; compañeros suyos son varios de los encadenados en aquella montaña, donde aprenderá en carne propia lo que es estar privado de libertad. No será puesto a la cadena –continuó Aldis–, sino en caso de querer escapar. Y vosotros recordad siempre con gratitud y con amor este día que fue para vosotros como un nuevo nacimiento a una vida también nueva.

– ¿Y estos camellos? –interrogó uno de los jóvenes.

–Son vuestros –les dijo Abel–, que ellos os conduzcan ahora a la paz y a la dicha del hogar como antes os conducían a la esclavitud y a la muerte.

– ¿Cómo podremos pagaros tantos beneficios que nos habéis hecho en pocas horas y sin conocernos siquiera? –interrogó otro.

– ¡Pagar!..., ¿cómo habláis de pagar a los hombres de vestido azul? –volvió a decir el joven Kobda.

– ¡Es verdad! vosotros sois los señores del Nilo y un camello es para vosotros como un mendrugo –añadió otro de los jóvenes, creyendo que aquella generosidad existía en los Kobdas por las grandes riquezas que poseían.

– ¡Hombre!... –exclamó un tercero y como reconviniendo a su compañero que a juicio suyo había dicho una torpeza–. Aquí no se trata de las bestias que si mucho significan para nosotros que nada tenemos, muchísimo más significa el don de la libertad y de la vida que acaban de darnos tan inesperadamente. ¡Eso, eso! ¿Con qué se paga?

–La deuda quedará ampliamente saldada si el recuerdo de este día os sirve para marcar vuestro camino en adelante.

–Os lo juramos por los genios tutelares de nuestra tierra.

– ¡Que Dios os de paz y ventura! –volvió a contestar Abel, que añadió luego–: Estaremos en La Paz, en la ribera occidental del Éufrates, cerca del Maharati, entre Babel y Urcaldia, las dos grandes ciudades de la comarca, por si algún día necesitáis de nosotros.

Un clamor de júbilo le respondió mientras los jóvenes se alejaban al paso reposado y lento de sus camellos. Y a coro cantaron en su lengua una bizarra canción de triunfo, que el viento del desierto llevaba a los oídos del Kabir, prisionero sobre su elefante, donde tres arqueros le custodiaban.

– ¡Maldición, maldición!..., he ahí la siniestra voz que como el Kabir encadenado en el Peñón de Sindi, me grita también a mí: “¡asesino!..., ¡maldito seas, maldito!”

Y el Kabir pugnaba por desasirse de las fuertes manos que le sujetaban para impedirle tirarse hacia la arena.

– ¡No, hombre, no!– decía un arquero–. Nadie te maldice, es el

canto triunfal de los nativos del País de Arab cantado por los jóvenes que regresan felices a su tierra.

– ¡Tú mientes! –insistió enfurecido el Kabir–. ¡El desierto es traidor como los hombres, es infame como los hombres, es engañoso como los hombres!... ¡Bien está extirparlo porque son raza de culebras!...

Los ecos del canto triunfal arabeño, continuaban escuchándose a lo lejos y en un instante de distracción de los arqueros que miraron llegar a Abel, Aldis, el Audumbla y Azoris, el Kabir sacó un puñal de la casaca del arquero que estaba a su lado y tirándose a la arena se abrió de un sólo tajo el vientre de parte a parte. El cuadro era espantoso, pues el peso de su cuerpo no fue bastante a cortar las ligaduras que le habían sujetado a la silla, sólidamente puesta sobre el lomo del elefante, y el infeliz quedó colgado a varios codos del suelo, mientras se vaciaban en la arena sus entrañas palpitantes y sangrientas.

Abel y Aldis se desmontaron apresuradamente y los arqueros también, pero el Kabir fuerte y robusto tuvo tiempo para continuar apuñalando su propio cuerpo, mientras gritaba en el estertor de la agonía:

– ¡Te he vencido voz del desierto!..., ¡ya no te escucharé más!..., ¡maldita seas tú que has descubierto mis secretos!... ¡Maldita!...

La mano suave de Abel se posó con amor sobre aquellos labios maldicientes mientras con la voz temblorosa por el llanto contenido, le decía–:

– ¡Criatura de Dios! Muere en paz y no maldigas, que no es la voz del desierto sino tu propia conciencia quien te acusa. ¡Que tus víctimas te perdonen para que la Ley Eterna sea benigna contigo!... ¡Que el arrepentimiento te lleve hacia la paz y hacia la luz!

“¡Soy hijo de la Piedad y quiero consolarte!... ¡Soy hijo del Amor y quiero bendecirte, aun envuelto en el aura sangrienta de tu crimen!...

Y Abel arrodillado junto al moribundo Kabir, rodeado de Aldis y de los arqueros derramaba en los resecos labios gotas de agua fresca de su redoma de viajero.

– ¡Voz del desierto! –murmuraba aún con terror el moribundo.

–La voz del desierto es mi voz –díjole Abel al oído, porque comprendió que la vida ya terminaba en aquel ser–:

“La voz del desierto es mi voz que te dice: ¡Busca “la paz” buscando al bien, que aún tienes toda una eternidad de vida para borrar tu pasado! ¡Muere en paz!

El hombre oprimió débilmente la mano de Abel contra su pecho, del cual se escapó un quejido sordo y prolongado que fue su última manifestación de vida.

– ¡Que haya paz en su tumba! –contestaron los demás.

Este incidente los obligó a terminar allí la primera jornada para abrir

una sepultura al desgraciado Kabir, que se sintió débil a la vista de la larga cadena de crímenes que debía ir a pagar, amarrado a las rocas del Peñón de Sindi.

– ¡Pobre Kabir! –decía Aldis–. Acaso fui en extremo duro con él.

–Veintisiete vidas jóvenes reclamaban esta severidad –contestó el Audumbla–. Esta clase de seres insensibles al dolor ajeno, son sensibles en cambio para sí mismos y prefieren el dolor de una muerte violenta, antes que el lento sufrir de una reclusión de varios años. Pasará muchos años sintiendo que la voz del desierto le maldice, porque será el desierto el gran testigo de sus delitos.

–Aquel Kabir del Peñón de Sindi, cree aún escuchar esa misma voz y ya arrepentido de su pasado me decía:

“Aún paréceme oír la misma voz que en mis travesías del desierto me maldecía, pero paréceme que su eco se fuera apagando y comenzara a sonar en otro tono y en otro lenguaje. Hoy la voz me dice: “No hagas a nadie lo que no quieras para ti y así encontrarás “la paz”.

“Que la voz del desierto se transforme para ti también, ¡pobre Kabir!... –dijo Abel quitándose su túnica manchada de sangre, para cubrir el cuerpo sin vida de aquel hombre que un momento antes de la muerte, sintió la piadosa caricia del amor que había de alumbrarle en sus vidas futuras. (*Fue el Centurión romano que le decía al Cristo: “Si tú dices una sola palabra, mi criado será sano”. Mientras el jovencito que amaba a la pastora trigueña como espiga madura, sería el criado enfermo y curado por la fe del centurión romano).

Y añadió con voz solemne:

–El amor borra el pasado. El amor ata con lazos eternos. El amor salva lo que el odio había perdido.

Un hoyo profundo en la arena guardó para siempre el despojo del Kabir de Ebiona, y al amanecer del día siguiente, la caravana continuó su viaje en el más profundo silencio por la gran consternación que el incidente había causado a todos. Sólo se oía la voz del guía que de tanto en tanto avisaba:

–A la izquierda arenas movedizas. Apresurad el paso que el agua se acaba y el oasis aún dista tres estadios.

Y aquella movediza selva viviente de hombres y bestias, continuaba avanzando obediente a la voz del guía, mientras el alma de Abel sumergido en su propio pensamiento dialogaba con el Infinito:

–La voz del desierto es tu voz, Señor, que me canta: “La humanidad de esta tierra es tu herencia eterna. Hoy la ves encadenada gimiendo en esclavitud. Ámala como tú puedes hacerlo y sus cadenas serán de rosas”.

116
AMOR QUE NO MUERE

Sin acontecimientos notables dignos de especial mención, la caravana llegó por fin a Urcaldia mucho antes de ponerse el sol. El guía y los guardianes de las bestias, mejoradas en su paga por el nuevo Kabir, en secreto bendecían la hora en que el anterior abandonó la vida terrestre, que a todos ellos se les hacía en extremo dura y cargada de privaciones por la mezquina remuneración que les daba. Apenas si habían desmontado cuando un hombre ceñudo y moreno se acercó, preguntando con marcado acento extranjero:

– ¿Dónde está el Kabir?

–Un servidor –respondió Aldis–, ¿qué deseabas?

–Espero con mi barco los vendedores de pieles venidos de Ebiona. Pero vos no sois el otro –mascullaba el extranjero.

–En efecto; el otro quedó en el camino por un accidente y soy yo el que llevo a Urcaldia.

–Pero estaréis enterado...

– ¡Ya lo creo! Completamente enterado. ¡Eh! Vosotros, venid –llamó Aldis a los diez arqueros sin uniformes–. Aquí os buscan.

–Debían ser veinticinco el mínimo, pero estos no son sino diez –volvió a gruñir el hombre de mar.

–Porque los otros están en la Espera del Mercado. Id con ellos y buscadles. Allí me arreglaréis la cuenta –respondió Aldis. El hombre se dejó llevar sin recelo al destacamento de arqueros donde quedaría detenido con el fin de hallar por su medio, el camino más breve para cortar de un golpe aquel infame comercio de vidas humanas dentro del territorio de la Alianza.

Arreglado el asunto del modo convenido, Abel y Aldis, el Audumbla y Azoris, continuaron viaje hacia La Paz.

Una angustia indefinible sacudía fuertemente el espíritu de Abel sin que él mismo pudiera precisar la causa.

–Parece que algo terrible ocurre en torno al alma de mi madre –decía a su Pangrave, cuando él lo interrogaba, viéndole pálido y extenuado–. En varias noches consecutivas me ha buscado durante el sueño sin dejarme libertad para elevarme más allá del aura terrestre.

–No lo penséis así, hijo mío –respondióle Aldis–, acaso todo eso será efecto de que las fuerzas inferiores de que estamos rodeados desde nuestra salida de Neghadá, pesan demasiado en tu sensibilidad, causándote ese pequeño desequilibrio. Acaso hubiera sido mejor pasar la noche cómodamente en Urcaldia.

– ¡No, no! –insistió Abel–. Forcemos un poco la marcha, y aún cuando sea muy entrada la noche, llegaremos a La Paz. ¡Harto necesita mi alma, agotada por haber visto tan de cerca el dolor y la miseria de la humanidad!...

El Pangrave comenzó a alarmarse también ante ese extraño pesimismo, pues estaba habituado a ver siempre reflejado un cielo lleno de estrellas en el sereno lago del alma de Abel.

– ¿Qué misterio será este? –pensó mientras dominándose completamente, trataba de establecer conversación con sus vecinos de viaje, el Audumbla y Azoris.

–De seguro encontraremos cerradas las puertas –continuaba Aldis–, y tendremos que hacer como los ladrones, entrar por las puertas cerradas.

–No –respondió Abel, más conocedor que Aldis de algunos pequeños detalles que bien recordaba de los días de su infancia–. En Neghadá vos podíais servirme de guía, pero en La Paz, Pangrave, yo os llevo mucha ventaja.

– ¡Pues me alegro!, a ver, explícame cómo harás para entrar sin llamar. Y aún llamando, ¿quién nos sentirá a través del inmenso parque?

– ¿Recordáis la gran columnata que circunda toda la parte posterior de los Pabellones de los Reyes?

–Sí, claro que sí –contestaba Aldis.

– ¿Y la avenida de cerezos que parte de allí hasta casi tocar la muralla? –volvió a preguntar Abel.

–También, también la recuerdo.

–Pues bien; torciendo por esa avenida hacia la izquierda está el delicioso rincón que mi madre y Ada llamaron Jardín de Shiva, porque ella lo plantó de rosales de Irania y formó con piedras una cabaña, que se apoya sobre la gran muralla exterior.

– ¡Oh!... ¡Voy comprendiendo! –murmuraba Aldis, casi contento de ver que Abel parecía algo más animado recordando estos pequeños detalles.

–Subido yo sobre el elefante del Audumbla, puedo fácilmente escalar la muralla en el sitio en que está la cabaña de Shiva, por la cual bajaré tranquilamente e iré a llamar a la habitación de mis padres que da sobre la gran columnata.

– ¡Magnífico, niño!..., veo que tienes habilidades para ladronzuelo nocturno; pero has olvidado que de noche no será tan fácil acertar con el sitio preciso en que del otro lado del muro está la cabaña de Shiva –volvió a observar el Pangrave, mientras forzando el paso de sus camellos, se acercaban a La Paz.

– ¡Oh, Pangrave!..., aún hace poco tiempo que fui niño y, ¡cuántas

veces estuve en lo alto de la cabaña de Shiva, buscando los nidos que colgaban las avechillas en una gran mata de rosal que sube sobre la muralla y cae hacia el exterior! Cuando llegemos, la luna nos iluminará de lleno porque está en menguante avanzado, y, ¿cómo no he de reconocer las rosas rojas y blancas que plantara Shiva?

– ¡Misterios del alma humana! ¡Cuando te acercas al hogar y a la familia carnal, vuelves a ser un jovencuelo lleno de ternuras infantiles y de recuerdos placenteros poblados de suaves encantos!... ¡Y mi viejo corazón se refresca también al oírte, hijo mío! ¡Desde ya estoy saboreando la dulce escena del alegrón de tu madre y de Ada, de tus hermanas y por fin de todos!

“Decididamente, el día quiere comenzar a la media noche, porque ya nadie pensará en dormir.

– ¡No, Pangrave, no! Únicamente llamaremos a mis padres, porque mis hermanos estarán en el Santuario; Bohindra y Ada en sus habitaciones. Podemos bien guardar el secreto hasta mañana porque mis padres ocupan la parte posterior del Pabellón de la Reina, que da sobre la columnata, mientras que Ada está hacia la sala de música.

– ¡Bien, hijo mío! Veo que tienes todo el plano de esos grandes edificios dentro de tu cuerpo mental. Ahora el Kabir y el guía eres tú, y yo soy el guardián de bestias que amarraré el elefante del Audumbla junto al muro para que tú realices la ascensión. Lo que importa es que no te olvides después de abrir la puerta a tu Pangrave y los compañeros, porque el Audumbla y yo, no contamos con piernas de veinte años que quieran servirnos para escalar murallas.

– ¡Oleadas de tristezas que van y que vienen!... –murmuró de pronto Abel como si acabase de llegarle de lejos un doloroso gemido—. ¡Estoy deseando ardientemente sumergirme de nuevo en el aura conjunta que tan fuertes nos hace a los hombres de la toga azul! ¡Qué gran cosa es, Pangrave, el fuerte amor de los unos para los otros y cómo se siente extraña el alma del Kobda cuando pasa mucho tiempo apartado de su ambiente propio habitual!

–El pez vive feliz en el agua, el pájaro en la amplitud libre del espacio, y el Kobda entre la irradiación de aquellos que comprenden y sienten el amor verdadero. Y como ha sido ésta, tu primera excursión al exterior y ya bastante prolongada, paréceme que tus grandes alianzas espirituales te han sostenido con bríos hasta este momento porque así lo exige tu ley. Ahora que termina la causa, cesa también el efecto y acaso por unos días el Kobda Abel tornará a ser el nietecillo travieso y juguetón de los días de la caverna, de los pájaros voladores y de los corderillos blancos, ¿eh? ¿Qué dices a esto? ¡Es necesario también para endulzar el sacrificio a tu pobre madre, que será quien más habrá padecido con tu ausencia! ¡Es tan sensible la pobrecilla!

Y Aldis comenzó a referir a Abel, aquellas lejanas escenas cuando Evana lloraba amargamente porque Adamú seguía siempre a los Kobdas visitantes de la caverna, mientras ella por ser mujer debía quedarse en casa sola con su chiquitín.

Pronto, y a favor de la claridad de la luna menguante, que asomaba su media faz pálida y amarillenta entre la oscura silueta de los cedros, pudieron distinguir las líneas sobrias y majestuosas de las grandes bóvedas centrales de los dos Santuarios, y entre ambas, las torrecillas ligeras y diminutas rodeadas de columnatas, que coronaban los Pabellones de los Reyes.

– ¡Mirad La Paz! – exclamó Aldis dirigiéndose a Azoris y al Audumbla que les seguían a pocos pasos.

El corazón de todos se estremeció fuertemente, si bien con emociones y sentimientos diversos y variados. Había un corazón de madre a quien le habían arrancado con toda una familia, una hija a la cual encontraría en La Paz, después de ocho años de ausencia y de creerla perdida para siempre.

Había un corazón de hijo que se sabía necesario al alma de sus padres..., sobre todo al alma de Evana, la dulce madre enamorada, que se sentía llena de la inmensidad de Dios a través de la mirada y de la palabra de su hijo.

Había un corazón tiernísimo de padre que era desde hacía veinte años, el más íntimo consejero y amigo de su hijo Adamú, cuya inexperiencia y confiada franqueza en la vida de relación, le traían graves dificultades por su gran responsabilidad como Velador de los Pabellones de los Reyes.

Y por fin, un anciano corazón de noventa y dos años. Que buscaba ansiosamente el descanso junto al corazón de Bohindra, con quien le ligaba una alianza espiritual de muchos siglos.

Comprenderá pues el lector que la exclamación de Aldis: “Mirad La Paz, resonara para todos como un supremo llamado de amor.

– Allí duerme mi hija – pensó Azoris.

– Allí descansan todos mis amores humanos de la hora presente – pensaba Abel.

– Bajo esas bóvedas besadas por la luna, se encierra por hoy toda mi felicidad de hombre, mi ideal de Kobda y mis grandes conquistas de espíritu – pensaba Aldis.

– Allí me espera el desbordamiento de luz, de sabiduría y de amor que hará un canto de gloria de mis últimos años terrestres... – pensaba el Audumbla.

Y llegaron. El enorme elefante del viejecito sirvió de escala de subida a lo alto de la muralla. Desde el piso hasta el lomo de la enorme bestia, la subida era fácil por la escalerilla de cuerda y madera que se extendía

para subir y bajar el viajero. Desde el lomo hasta el muro faltaban aún seis codos y allí estaba la mayor dificultad.

–No es nada –decía Abel, sintiéndose chiquilín trepador de árboles y de montañas–. Subid acá Pangrave y sentaos en la montura del Audumbla; yo pisaré en vuestras rodillas, después en vuestros hombros y ya alcanzaré a asirme de este cedro vecino y de las ramas del rosal.

Así lo hizo, y unos momentos después decía ya desde el otro lado:

–Ahora estoy sobre la cabaña de Shiva. Idos hacia el primer postigo lateral de la entrada del Pabellón de la Reina, que es por donde entran y salen los protegidos a buscar sus provisiones. El cerrojo es pequeño y yo sólo puedo recorrerlo.

Y se sintieron sus pasos precipitados a lo largo de la avenida de los cerezos. Los otros tres viajeros dieron la vuelta al primer ángulo del edificio y pronto se hallaron ante el postigo indicado. Pero en vez de Abel, estaba Adamú esperándoles.

– ¡Cómo!..., itú!..., ihijo mío! ¿Nos esperabas?

– ¡Padre!... –murmuró casi en un sollozo Adamú–, ite necesitaba tanto! –Y se abrazaron tan largo rato que Aldis pudo recibir en su cuello muchas lágrimas de Adamú.

– ¿Pero has visto a Abel?

–Me encontró sentado en uno de los bancos de la columnata cuando iba a llamar a nuestra habitación.

–Pero, ¿no dormías? Es pasada ya la medianoche.

–Tengo a Evana atacada de una extraña fiebre y el chiquilín llora y gime sin cesar.

–Vamos, ino te apenes que ahora se sanarán todos! Apenas ella vea a su hijo, se pondrá como un rosal en primavera. Dame una habitación para este Anciano y otra para esta mujer. Mañana sabrás quiénes son y por qué vienen.

Mientras esta escena se desarrollaba junto al postigo, Abel habíase llegado suavemente al lecho de su madre enferma. A su lado en una hermosa canastilla de bambú, dormía gimiendo su hermanito Seth, que ya casi tenía un año de edad. Abel se arrodilló junto a la cabecera de su madre y le besó la mano que ella tenía sobre el pecho. Aquella mano ardía y el sueño era fatigoso e interrumpido por un delirio intranquilo pero a media voz, casi en secreto.

El joven Kobda llamó fuertemente con su pensamiento al alma de su madre y Evana se despertó.

– ¡Dios!... ¡Dios mío!... –exclamó tocando la cabeza de Abel sobre la cual daba la tenue claridad de un cirio cubierto–. ¡Eres tú, hijo mío!..., ¿o es una loca visión de mi fiebre y de mi angustia?

–Madre..., imadrecita!..., isoy yo que acabo de llegar! ¿Por qué hablas

de angustia y de locas visiones? ¿Qué pasa por tu corazón, madre mía, tan sereno y tranquilo de ordinario?

Pero Evana ya no sentía estas palabras porque un fuerte sollozar, cargado de ansiedad y de dolor, hacía temblar todo su cuerpo y hasta su lecho, como tempestuoso oleaje que fuera a estrellarse y morir sobre el pecho de Abel, donde ella había refugiado su rubia cabeza dolorida.

– ¡Tu sola presencia me devolverá la paz! –murmuró ella por fin–. ¡Por piedad, hijo de mi corazón, no me preguntes nada!... ¡Era cuanto necesitaba para descansar! ¡El verte de nuevo junto a mí, iluminando la negrura de mis pensamientos y calmando la tempestad que me agita!...

– ¡Madre!, antes de llegar a Urcaldia, he sentido tu dolor y tus angustias y por tal motivo hemos llegado a esta hora. No sabía antes de llegar aquí, cual era la causa; mas he abrazado a mi padre y estoy a tu lado, madrecita, y sé por qué ambos padecéis. ¡Una recia tempestad provocada por fuerzas del mal, buscan separar el alma de mi padre de tu alma, para que una chispa ligera e imperceptible prenda un horrible incendio que devaste La Paz, los Kobdas, la Gran Alianza!

Evana se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar silenciosamente, no ya el desesperado llanto de unos momentos antes, sino como un suave rocío que parecía refrescar las florcitas marchitas de su jardín interior.

– ¡Adamú y Evana se aman! –continuó diciendo a media voz Abel, como un inspirado que fuera repitiendo lo que una voz lejana le decía.

– ¡Adamú y Evana se aman, pero en este instante no sienten que se aman!

“El dardo envenenado de un pensamiento maligno del exterior, abrió sin duda una herida de amor en un corazón que aún no entiende el amor como florece y canta en los jardines de los Kobdas, y la sangre de esa herida ha salpicado vuestros dos corazones.

“¡Madrecita de mis días felices de niño y de mis días serenos de joven!... Por algo y para algo has venido a un Santuario Kobda y en nombre de Dios te digo: “Lo que Dios ata no lo desatan los hombres”. Los Kobdas sabemos que hay algo más fuerte que el pecado y que la muerte, y ese algo es el Amor, aquel amor bendecido por Sophía y Milcha en la soledad de vuestra caverna..., el Amor que me trajo a la tierra desde el seno de Dios..., ¡el Amor que será vuestra luz y vuestra gloria por eternidad de eternidades!...

Mientras tanto allá en un banco, bajo el frondoso túnel formado por los corpulentos cerezos que iban a sombrear con sus ramas el jardincillo de Shiva, Aldis y Adamú conversaban también en voz baja.

–Ya sabéis que desde un tiempo a esta parte –decía Adamú–, están viniendo al Santuario Kobda de mujeres, muchas que han sido Berecinas

de los Príncipes de la Alianza, que temiendo a la vida, abandonadas a sus solas fuerzas, se cobijan en nuestros Refugios de diversas comarcas. De entre ellas vienen algunas con ideas de vestir la túnica azulada y las hijitas son traídas al Pabellón de la Reina para su educación. Por fuerza mayor he debido encontrarme muchas veces con las madres de estas criaturas. Pues bien, una de estas Berecinas, que es ya postulante y dentro de poco debe vestir la túnica, ha tenido la mala idea de encariñarse conmigo, en tal forma que bajo pretexto de ver a sus hijitas, venía aquí continuamente. ¿Comprendéis padre?... –preguntó por fin Adamú como queriendo ahorrarse detalles que grandemente lo atormentaban.

–Sí, hijo mío..., no es necesario que me digas más.

–Jamás me ocurrió nada semejante –continuó Adamú–, en mis treinta y cinco años; y esta horrible inquietud y desazón ha agriado mi carácter, lo cual fue interpretado por la pobre Evana en el peor sentido, pues llegó a creer que estaba hastiado de ella y que la imagen de aquella otra mujer me obsesava continuamente. Y Evana distanciándose de mí por la tristeza que esto le causa, y yo alejándome de ella para ocultarle mi lucha interior, hemos venido a formar entre ambos una especie de abismo al borde del cual los dos padecemos torturas horribles.

–Y Bohindra y Ada, ¿qué dicen a esto?...

– ¡Pero si no lo saben padre, no lo saben! –contestó Adamú como escandalizado de que su padre hubiera supuesto que fuera conocido el espantoso secreto.

– ¡A ti te parece que no lo saben! –contestó Aldis–. Dime, ¿has llegado a amar a esa mujer?

–Hubo un momento en que su dolor me llenó de piedad, pues un día que su hija cayó desde un árbol, intervine en el incidente y desde entonces ella buscó oportunidades de hablarme, mostrándose muy agradecida. Después comprendí el amor de ella y comencé a sustraerme a sus persecuciones disimuladas; pero ella más me buscaba, hasta que llegó a decirme que esta Ley de la Alianza que prohíbe a los hombres tener varias esposas, es una ley injusta, que deja en el desamparo y la soledad a tantas mujeres a las cuales empuja al vicio y al desorden.

–Yo sería tan dichosa a vuestro lado –me dijo–, aún cuando tengáis a Evana por vuestra primera esposa.

– ¿Ves..., lo ves? –dijo de pronto Aldis–. Esto no va contra vosotros solamente, sino contra los Kobdas y su moral, contra la Alianza y su ley. ¿Cuánto tiempo lleva Evana enferma?

–No hace más que dos días, por eso os digo que ni Bohindra, ni Ada, saben la causa. Evana habituada a otra vida, a otra educación, juzga una monstruosidad que dos mujeres amen a un solo hombre. Creció y vivió hasta hoy siendo toda para mí y yo todo para ella, y jamás había pasado

por su mente la idea de que nadie pudiera pensar algo diferente. Y cuando adivinó el inconsulto amor de esa Berecina y yo le afirmé que era así, Evana vio como un negro abismo ante ella y quería hasta huir de aquí.

“Al negarme yo a partir secretamente con ella, ha juzgado que amo también a la Berecina y que busco estar cerca. Mis reflexiones en tal sentido la desesperan más y yo leo en sus claros ojos, la duda a todo cuanto yo le digo...”

“¡Oh, padre mío..., si vos habéis pasado por este precipicio, decidme como he de pasarlo yo sin rodar hasta el fondo!... –Y Adamú dejó caer su hermosa cabeza cubierta de bucles negros sobre el robusto pecho de su padre. La dulce y serena imagen de Milcha pareció dibujarse en el cuerpo mental de Aldis, que creyó verla iluminada por la amarillenta claridad de aquella luna menguante. Y estrechando sobre su pecho la cabeza de su hijo, hizo a Milcha la gran promesa:

– ¡Que pese al dolor, al oprobio y a la muerte, nuestro hijo será feliz al lado de Evana porque lo que Dios ata no lo desatan los hombres!...”

Y un momento después entraban ellos dos a la habitación de Evana, una de cuyas manos tenía Abel entre las suyas, mientras continuaba a la cabecera de su lecho.

– ¿Cómo os encontráis, hija mía? –le preguntó Aldis besándola en la frente.

Ella le sonrió tristemente, mientras le respondía:

– ¡Estando aquí mi hijo, ya estoy bien, muy bien! ¡Bendito seáis vos, Pangrave, que me lo habéis devuelto sano y salvo!

Adamú se arrodilló del otro lado del lecho, frente por frente de Abel, y recostó su frente varonil y hermosa sobre el pecho de Evana que respiraba fatigosamente. Y Adamú acercando sus labios al oído de su amada enferma, le decía conteniendo sus sollozos:

–Si me perdonas Evana, aún florecerá el amor para nosotros... Nunca dejé de amarte pero tu inocencia no puede comprender las tempestades del corazón de un hombre, cuando las fuerzas del mal se desatan para perderle...

De los ojos entornados de Evana, se deslizaron dos gruesas lágrimas que fueron a morir entre las blancas ropas que la cubrían.

Abel y Aldis en profundo silencio llamaban fuertemente con su pensamiento a Sophía y Milcha, las dos madres amadas y amantes, que veintitrés años atrás habían unido aquellos dos seres con la suprema bendición del amor.

Y como si la luna asomara su faz por las ojivas abiertas y el cirio animara en vivo resplandor su mortecina luz, la habitación se inundó de claridad y hacia los pies del lecho de Evana se dibujaron claramente los rostros serenos y sonrientes de aquellas que tan fuertemente habían sido

evocadas y cuyos cuerpos físicos dormían en ese instante. Poco a poco se fueron diseñando sus siluetas impalpables y etéreas, como formadas de sutiles nubecillas sonrosadas.

Evana las miraba con sus grandes ojos claros completamente abiertos, como para beber con ellos de nuevo todo aquel amor que ellas bendijeran un día y que había creído ver marchitarse y morir. Adamú las miraba extático también, mientras estrechaba la mano de Evana que confiada y tranquila, ya, se abandonaba en las suyas.

Y sin que aquellas amadas e impalpables imágenes movieran sus labios, ellos escucharon esta suave voz que parecía llegarles como arpegio de una lira hacía mucho tiempo escuchado:

“¡Como la luz del sol que nunca muere!... ¡Como estrellas que se miran eternamente en el mar!... ¡Como la noche y el día uno junto al otro por toda la eternidad!...”

La manifestación astral se esfumó quedando la habitación sumida en la penumbra.

La cabeza dolorida de Adamú cayó suavemente sobre el pecho de Evana, que con ternura de adolescente besaba y volvía a besar los negros cabellos que le acariciaban el rostro.

Aldis, semirecostado en una tarima, dejaba correr en silencio dulces lágrimas de emoción y de felicidad. Abel levantaba de la canastilla al pequeño Seth y acercándolo al cirio le miraba fijamente el rostro procurando hallar en él los rasgos de Senio, el amado anciano que había sido su compañero en la infancia y al cual se sentía unido por el más hondo amor fraternal.

El pequeño abrió los ojos y miró a Abel con inteligente y fija mirada. La suave y dulce irradiación de amor y de paz que inundaba aquella habitación, fue sin duda sentida por el pequeño ser, que comenzó a dar alegres gritos agitando sus manecitas. Evana estaba ya incorporada en el lecho, mientras Adamú le hacía beber jugo de frutas que le había preparado Bohindra para combatir la fiebre. Aldis, el viejo Pangrave, había tomado a su nietecillo y se divertía haciéndose dar con él ruidosas palmaditas en sus mejillas, lo cual hacía reír grandemente a Abel que animaba al niño diciéndole:

– ¡Más fuerte!... ¡Más fuerte!... Que el Pangrave fue malo y hay que castigarle.

Adamú y Evana reían también como si un nuevo sol de dicha y de paz entrase de improviso en sus vidas que juzgaron marchitas y agostadas en flor.

Ante este divino cuadro que sólo el pincel de la Luz Eterna es capaz de bosquejar, yo me permito repetir para el lector la milenaria frase grabada a fuego por los hombres de vestido azul: *“El amor es el mago divino que salva todos los abismos”*.

117
EL AMANECER EN “LA PAZ”

Antes de que asomara la aurora y cuando aún las sombras de la noche no habían terminado de recoger sus velos grisáceos y sutiles salpicados de estrellas, se oyeron unos tenues golpecitos en la puerta que daba a la galería cubierta, por la cual quedaba unido el Pabellón de la Reina al Santuario de Mujeres Kobdas. Abel se acercó a abrir.

– ¡Hermano!..., ¡hermano querido!... –se oyó en voces confundidas y entremezcladas, mientras las tres cabezas juveniles se unían en la estrecha intimidad del amor verdadero, sin egoísmo y sin doblez.

Eran Helia y Mabi, que desde que Evana había empezado a entristecerse y languidecer, acudían a su lado mucho antes de que aclarase el día, y ambas se esforzaban en llenar el vacío que en aquella alma dejaba la ausencia de Abel. Ellas atribuían la languidez y tristeza enfermiza de Evana a esta última circunstancia.

– ¡Ay!..., gracias a Dios que llegaste, pues ya empezábamos a morirnos todos –decía con su brusca espontaneidad Mabi–. ¡Mira como está madre!

“¡Oh, la pobrecita!... ¡Oh, cómo te habías olvidado de nuestro amor, de nuestro largo esperar, de nuestra tristeza!...”

– ¿Terminaste por fin, querida hermana?... –le preguntó sonriente Abel que a toda costa buscaba diluir en alegría y amor, el ambiente de inquietud y de tristeza que aún no había desaparecido por completo.

–Por ahora terminé, pero si quieres empezaré de nuevo... –Todos reían.

– ¡No, no, por favor!... –decía Helia–, déjame a mí que aún no dije nada.

–Bien. Bien, ya te escucho.

– ¿Cómo se explica ilustre embajador del Thidalá del Éufrates y el Nilo que sale para diez lunas y vuelve después de las trece? –interrogaba Helia.

–Y sin otros avisos que los espirituales –añadía la impetuosa Mabi–, bien que por la telepatía recibíamos tu pensamiento, pero ya ves, como para telepatía estábamos con madre enferma, muriéndose de tristeza, y padre intranquilo y malhumorado, y los Reyes sobrecargados con todo el peso que dan los Pabellones... ¡Oh! Abel...

– ¿Has terminado, hermana mía?

–Sí, sí, terminé, pero, ¿qué quieres?, estoy para comenzar otra vez...

–No, no, querida mía, siéntate aquí junto al lecho de nuestra madre y tú también, Helia, y vos padre, y también el Pangrave con el chiquitín; y yo aquí entre todos vosotros.

“Me sé de memoria todas las quejas que vais a darme, todos los reproches que vais a hacerme, pero con el favor de Dios, todo ello quedará diluido como en una copa de rocío, cuando yo os diga unas pocas palabras: Vosotros decís todos al unísono, que soy el Verbo de Dios hecho carne, para traer a la humanidad el mensaje divino de amor y de paz. Durante veinte años he sido de vosotros y para vosotros. Trece lunas he sido para la humanidad que me rodea y a la cual decís que he sido enviado. ¿Tenéis razón de quejaros?...”

Como ambas dieron un gran suspiro pero sin palabras, Abel sonriendo siempre, continuó:

– ¡Ah, mis hermanitas Kobdas!... Creo que no lo sois del todo, pues aún dormita el egoísmo en vosotras. Bien es verdad que aún no habéis terminado las cuarenta lunas de instrucción final. No obstante os doy parte de razón, por la enfermedad de nuestra madre que os debía afligir bastante.

–Olvidemos todo, pues que ya estáis aquí –dijo Evana interviniendo–, mejor que vosotras penséis hijitas en traer a vuestro hermano y al Pangrave, pan y vino caliente. ¡Mirad que nada han tomado y que la noche ha sido larga y destemplada!...

– ¡Ah, perdonad! –dijeron ambas a la vez–, que torpes somos. –Y salieron rápidas como una exhalación hacia el interior del Pabellón.

– ¡Qué niñas..., qué niñas! –decía riendo el Pangrave–. Aún me parece verlas chiquitinas y sucias bajo los harapos de su pobre madre, aquel día famoso de la corrección de Karono.

–Tan amantes son para mí –dijo Evana–, que he acabado por olvidar que no son en verdad mis hijas. Ellas me compensan del desamor de Kaíno.

–He ahí las compensaciones –decía Abel–, otorgadas por la Ley Divina a las obras sin interés y sin egoísmo. Recogisteis un día a la pobre Shiva abandonada y hambrienta juntamente con sus dos hijitas, sin otro pensamiento que el de arrancarlas a la miseria y al hambre. Y el Eterno Amor hizo de la madre una reina Kobda que es luz y alegría para su pueblo; y de las hijas formó dos rosales de ternura para ti, madre mía.

“¿No son estos grandes motivos de dicha y de paz? –Y Abel miraba con ojos acariciantes y tiernos a su madre, sobre la cual veía flotar aún una ligera nubecilla de tristeza.

–Sí, hijo mío, yo bendigo a Dios por todos los bienes de que me ha colmado, siendo el mayor de todos el ser tu madre, pero sin saber porqué me ha invadido el deseo de dejar la materia porque parece que me espanta la vida.

Adamú que hasta entonces había hecho el papel de espectador silencioso, dijo con una voz cargada de dolor y de amargura:

– ¡Evana!..., ¡por mi causa tienes espanto de la vida!..., bien lo comprendo, pero por nuestro hijo, Luz de Dios, y por mi padre aquí presente, os juro que seré bastante fuerte para arrancarte de ese espanto y de ese terror.

“No será, no, el hijo de Milcha, traidor a una Alianza bendecida por ella en nombre de Dios.

Abel se arrodilló como un niño ante el lecho de su madre a cuya cabecera se hallaba Adamú. Unió las manos de ambos y dejando caer sobre ellas su cabeza de bucles castaños, posó sus labios en un beso largo, silencioso, acto que era la esencia del ritual de esponsales en aquella época.

Dos lágrimas suyas habían humedecido las manos unidas de sus padres. Cuando levantó su cabeza, una aureola de dicha parecía envolver en un mismo nimbo sonrosado a Evana y Adamú.

–Vuestro amor –les dijo–, floreció en la aurora de vuestra vida, bendecido por vuestras madres. Hoy que habéis llegado al medio día, florecerá de nuevo bendecido por vuestro hijo.

“¡Oh!..., ¡lo que Dios ata no lo desatan los hombres!

Y levantándose abrazó las cabezas de sus padres, que sobre el pecho del hijo excelso comprendieron que su amor era de aquellos que no se agotan jamás.

–Mira, hija mía –dijo Aldis, acercándose al lecho de la enferma–, durante mi ausencia, Adamú se ha visto sólo en grandes luchas que tú no puedes comprender y que yo trataré de explicarte como lo hacía en los días de tu adolescencia, allá en la Caverna, ¿recuerdas? Ya verás que de aquí en adelante nada habrá que os de espanto de la vida. Hoy dejarás el lecho y todos juntos daremos largos paseos por el parque inundado del sol de otoño.

Las dos hermanas volvían en ese instante trayendo la una un grande y reluciente fueguero o brasero de cobre, y la otra en una mesita rodante una compota calentita de frutas, un jarrón de cerezas en jarabe y un dorado pan de higos y nueces que había llevado esa tarde la Reina Ada que la visitaba diariamente.

–Venid y comed –dijeron a su hermano y al Pangrave–, que por ahora ya no nos quejamos más.

Una hora después se sintieron los primeros acordes del himno del amanecer, y Abel y Aldis pasaron al Pabellón del Rey y de allí al Gran Santuario Kobda de hombres. Donde su presencia a tal hora fue en verdad como el resplandor del día que llegaba.

– ¡Hijo mío!..., ¡cuánto te ha llamado mi pensamiento!... –fue la exclamación de Bohindra al abrazar con indecible amor al joven viajero.

– ¿Por qué? –preguntaba Abel.

–Porque parece que todo el amor se fue en seguimiento tuyo, y las pesadas corrientes del mal, nos azotaban aquí con desmedida furia.

“Espantosas visiones atormentaban a los videntes, haciéndoles perder la paz, y voces siniestras escuchaban los auditivos que sentían amenazas para ti, desde muchas partes.

“¡Oh, hijo mío! Las grandes fuerzas espirituales de tus elevadas alianzas que desde antes de tu nacimiento estuvieron envolviéndonos, parecen abandonarnos a intervalos, acaso para que no durmamos sobre los laureles de viejos triunfos, sino que estemos alerta para cuando llegue la hora de la soledad y del dolor.

–Yo en cambio –decía Abel–, me he visto tan saturado y protegido de vuestro amor, que a eso atribuyo todo el bien que he podido hacer, y las victorias que en luchas íntimas he obtenido.

“¡Oh, Kobdas, Kobdas!..., iabnegados hasta el olvido de vosotros mismos! Pensabais en mí, siempre en mí, para sembrar de rosas mi camino, y quedaban para vosotros las espinas que en el campo espiritual brotan del agotamiento de las energías mentales, y del cansancio físico por las largas vigili­as haciéndome compañía a través del espacio.

Abel repartía abrazos interminables entre sus hermanos y compañeros, para quienes su llegada significaba un día de gloria y de luz.

Los músicos ejecutaron el himno al amor fraterno coreado por todos y cuando sonaban las últimas notas, se le acercó Madeo con su melancolía y timidez habitual.

– ¿Hay también un abrazo para el traidor? –le dijo a media voz, casi al oído. Abel abrió sus brazos y al estrecharlo le dijo:

–Para ti hay un abrazo más estrecho y más largo, porque tu jornada fue más recia y pesada, y tenías más hambre y más sed.

Y todos juntos pasaron a la gran plazoleta circundada de doble columnata que formaba amplio pórtico a los Pabellones de los Reyes, donde les esperaba Ada con todas las hijas de los Príncipes y las mujeres Kobdas del vecino Santuario.

Aquello era ya una gran multitud a la que se fueron sumando los jornaleros del bosque mandados por Abirón, y los labriegos de la pradera que al ver ondular los pabellones blanco y azul, blanco y violeta, blanco y púrpura, sobre las torrecillas de los Pabellones de los Reyes, comprendieron que un gran acontecimiento se celebraba en La Paz.

También los hijos del dolor, los ancianos y los enfermos se hacían conducir desde sus cabañas para compartir la felicidad de aquellos que eran su providencia viviente sobre la tierra. Fue aquello un desbordamiento de fraternidad, de dicha y de paz.

–Ya veis lo que hace en La Paz vuestra presencia, niño –decíale a Abel,

Ada la reina Kobda, estrechándolo sobre su corazón como lo hiciera en los días de la niñez.

Abel en medio de aquella profunda emoción causada por el inmenso oleaje de amor que le envolvía, no acertó a mirar unos dulces y tristes ojos negros que lo miraban a corta distancia. Aquella mujer envuelta en azulados velos, era Zurima que caminaba al frente de unas cuarenta niñitas vestidas de flor de cerezo, que llevaban menudas canastillas en sus manos. Ella dio tres palmadas y las niñas soltaron a volar una cantidad de palomas blancas que llevaban atadas en sus patitas blancos lazos en que se leía: “Bienvenido”. Y sin esperar que nadie la mandase, la pequeña Albina tiró su cestilla vacía y corrió a Abel con un manojo de rosas blancas:

– ¡Oh, príncipe nacido en las estrellas –le dijo–, estas rosas las corté para ti, porque has venido y para que no te vayas más, nunca más!...

Abel acariciándola se acercó a Zurima, la dulce mujer del amor profundo como un abismo y le dijo:

–Os traigo un hermoso don.

– ¿Cuál será mayor que el de vuestra presencia en La Paz? –le contestó ella.

–Vuestra madre.

– ¿Cómo?..., ¿es verdad?..., ¡imposible!...

–Ahora duerme porque hemos llegado pasada la media noche. Es la compensación del Eterno Amor a cada sacrificio, a cada inmólación que voluntariamente hacemos en cumplimiento del deber.

“¡Qué bellas las rosas blancas de vuestra hijita! –añadió, pensando en algo más profundo e íntimo que hablaba quedo en lo hondo de sus dos corazones–. La mitad para mí, la otra mitad para vos –le dijo partiendo en dos el exuberante y fresco manojo–. Ya sabéis lo que las rosas blancas significan para los que se aman eternamente por encima de todas las miserias humanas...

– ¡Gracias..., gracias! –murmuró débilmente Zurima–. ¡No eres un hombre!..., eres el hijo de Alá, y estas rosas venidas de tus manos tienen la magia de la paz, del consuelo y de la esperanza...

–Ama y espera mujer, que tu amor y tu esperanza serán lamparitas en mi largo camino de viajero...

De nuevo la orquesta preludió sus melodías suaves, hondas, como hechas de gemidos de tórtola, y de quejumbrosos gorjeos de alondras y ruiseñores.

Era el “Himno a La Paz”, que hasta los labriegos y los pastores habían aprendido a cantar, y cuyas dulces y sentidas estrofas esparció por toda la comarca el vientecillo suave de aquel glorioso amanecer.

*¡Dulce paz de los cielos bajada
Como un canto que ahuyenta el dolor,
Como suave perfume de rosas
Que sobre las almas deshoja
La mano de Dios!*

*Respirando tu aliento divino
Esta tierra se torna un edén,
Donde todo responde al anhelo
De los seres que forjan su cielo
Derramando el bien.*

*A tu influjo, cantando el labriego
Abre el surco en la tierra feraz;
Impregnada de dicha y sosiego
Cae en ella la tierna semilla
Que en gran abundancia fructificará.*

*Los pastores respiran tu aliento
Su ganado llevando a pastar,
Y silbando en su flauta de caña
Le cuentan al viento
Sus ansias de amar.*

*Y los pueblos avanzan serenos
De tu lámpara al suave fulgor,
Dulce paz, hada buena que viertes
Sobre ellos cual límpido oleaje
La miel de tu voz.*

*Dulce paz, de los cielos bajada,
Eres arpa que ahuyenta el dolor
Y divino perfume de rosas
¡Que sobre las almas deshoja
La mano de Dios!*

LOS ROSALES SEGUÍAN FLORECIENDO

Cuando toda aquella explosión de amor y de entusiasmo se fue calmando, cada cual se encaminó naturalmente hacia donde su deber le llamaba.

Los Instructores y alumnos a sus aulas respectivas en los Pabellones de los Reyes, los Kobdas hombres y mujeres cada cual a su Santuario, los labriegos a sus faenas en el campo aún cubierto de rocío bajo el dorado resplandor del sol de la mañana. Abel con Bohindra y Aldis, subieron al despacho del Kobda Rey para comunicarle el resultado y todas las impresiones que de los pueblos de la Alianza habían recogido en su largo viaje.

Cuando las mujeres Kobdas en dos largas filas atravesaban el Pabellón de la Reina para internarse en las silenciosas galerías cubiertas de su Santuario, Helia y Mabi se acercaron a Zurima para decirle:

–Venid con nosotras, nuestra madre os llama.

Y con su hijita de la mano siguió a las dos hermanas que la guiaron hasta un patiecillo cubierto que se abría ante las habitaciones de Evana. Era como un pequeño jardín de invierno, donde Helia y Mabi guardaban con esmero las plantas de invernáculo que tanto gustaban a Abel y al cual le tenían preparada grandes sorpresas en tal sentido.

Allí la esperaban Azoris y Evana, a quien la presencia de su hijo y el nuevo resurgimiento del amor de su niñez, parecían envolverla en una serena atmósfera de luz y de felicidad.

–Hija mía –le dijo Evana saliéndole al encuentro–, esta madre adoptiva te devuelve a tu madre verdadera.

Y empujó suavemente a Zurima hacia donde Azoris lloraba silenciosamente, bajo sus amplios velos de viuda.

La joven hija de Parano-Abad, que ya había modificado mucho de su impetuoso temperamento al roce de la serena tranquilidad de las Kobdas, se acercó en silencio hacia su madre, le levantó los velos y la besó largamente en sus mejillas, mientras la desolada madre sacudida por hondos sollozos se abandonaba sin resistencia a las mudas caricias de su hija.

¡Sollozos mudos, caricias mudas, estupendo lenguaje de los corazones que se aman y que sumergidos a la vez en un hondo padecimiento, encuentran el lenguaje humano demasiado rudo y tosco para expresarse!

Evana, única testigo de aquel cuadro, dejaba también a su propio espíritu mecerse en ese oleaje suave, dulce y amargo a la vez de las profundas emociones de orden afectivo intenso.

La pequeña Albina que había quedado con Helia y Mabi, obsequiándolas con las rosas blancas que aún tenía en sus manecitas, se acercó por fin y tratando de apartar los cabellos de su madre que caían en abundante madeja cubriendo el rostro de Azoris le decía:

– ¡Déjame ver qué mujer es esa a la que besas más largo de lo que me besas a mí!...

La vibración de tales palabras y el aura de alegría vivaz de la niña, rompió la dolorosa emoción de madre e hija, y Azoris levantó a la niñita sobre sus rodillas colmándola de besos y de mimos.

– ¡Ángel del paraíso de Alá! –le decía–, tu amor me hará olvidar a mis muertas queridas que jamás tendré al alcance de mis besos.

–Pero, ¿por qué besas tanto a mi mamá y ella te besa a ti? –volvía a preguntar la chiquilla como celosa del amor de su madre que hasta entonces había sido sólo para ella.

–Pues porque soy su madre, como ella lo es de ti –le contestaba Azoris, encantada de la belleza y precocidad de la criatura.

– ¿Entonces mi mamá ya es tuya y no mía? Parece que esto no me gusta mucho –decía dando a su carita una cierta gravedad que hacía reír a todos.

–Mira, Albina –le decía Evana–, esto no significa que tengas de menos una madre, sino que en vez de una, ahora tienes dos, ¿comprendes? Mamá grande y mamá joven.

– ¿Las dos para mí? –preguntaba la niña.

–Sí, querida, las dos para ti y tú para las dos. ¿Estás contenta?

–Ahora sí, ahora sí –contestaba alegremente ella–. ¿Y también esta mamá quiere al príncipe nacido en las estrellas?

– ¿Quién es ese príncipe, hijita mía? –interrogaba Azoris.

– ¿No lo viste? pues yo te lo enseñaré. ¡Si vieras qué hermoso!

–Es mi hijo Abel, que os ha traído a reuniros con Zurima –contestó Evana.

–Es la representación viviente de aquella visión de mi niñez, madre, ¿no lo recordáis? –preguntaba Zurima.

–Pero tu esposo, ¿cuál es? ¿Dónde está el padre de esta niña?

–Es el Príncipe Elhizer de Ethea, del cual fui esposa secundaria desde mi salida de nuestro país. Fui vendida a él como esclava, pero por la bondad de su corazón, me elevó al rango de una de sus esposas. La Ley de la Alianza le ha hecho separarse de todas y no pudiendo tomar a la que ama porque su primera esposa vive, quiere vestir la túnica azulada en La Paz.

– ¿Pero, te ha repudiado? –preguntó alarmada la madre.

–No, sino que nos ha dado a todas, carta de soberanía con un pequeño dominio como dote para mí y para mi hija. Si yo quisiera podría tomar un nuevo esposo.

–Te vendrás a nuestro país y allí le tomarás –añadió Azoris.

– ¡No, madre! Mi camino está ya marcado. Fui esposa del Príncipe Elhizer por fuerza de la circunstancia, pero tú sabes que desde niña, mi corazón pertenecía a aquella amada visión de las montañas de Arab. Si esta visión se tornó realidad, ¿he de abandonarla por un hombre terrestre, cuyo amor se apaga y muere cuando se apaga el deseo?

–No te comprendo, hija mía. Este príncipe nacido en las estrellas según tu extraño decir, ¿no es también un hombre terrestre?

– ¡No, madre, no! ¡Es el hijo de Alá que bajó a la tierra como la luz del sol y las estrellas, como el rocío de la noche, como la claridad de la aurora!...

– ¡Ah!..., iya, ya!... Es un arcángel del paraíso de Alá y estás enamorada de él. ¡Oh, pobre hija mía! ¡Te condenas tú misma a la soledad del corazón para todos los días de tu vida!... ¡Serás una anciana en la flor de tu juventud, sin amor, sin esperanza, sin alegrías, consumiéndote en la llama del altar como ofrenda viva al Eterno, al Inmortal!...

–He encontrado aquí el secreto de un amor mucho más grande, intenso y vivo que lo que tú conoces..., he encontrado el secreto de la más íntima felicidad en consumirme como ofrenda viva en la misma llama en que se consumen los perfumes del altar!...

– ¡Pobre hija mía!... Yo sentí la magia del consuelo y de la paz que emana ese hombre que me ha traído hasta ti y que de no haber sido su extraordinario poder, yo dormiría el largo sueño bajo las olas del Mar Bermejo. Tal era mi desesperación al salir de nuestra tierra.

“Mas, dejarte aquí abandonada a ese extraño sueño que ha consumido todos tus días..., ¡oh, hija mía!...

Evana se había retirado con sus hijas y la pequeña Albina hacia la columnata inundada de sol y aromas de frutas maduras, dando lugar con esto a que la madre y la hija vaciaran sus corazones la una en la otra, después de la espantosa tempestad que la había arrojado tan lejos del nido paterno.

La confidencia terminó tranquila y serena, hecha la luz para entre ambas, porque Zurima dijo a su madre:

– ¿Recuerdas al gran Beni-Abad, luz de nuestra tierra?

–Mucho, hija mía... A él se lo debemos todo.

–Pues yo elegí para mí su mismo camino; ese que lleva a la luz, a la felicidad y a la gloria, haciendo la dicha de los demás.

– ¡Pero tu pobre madre tornará sola y triste a su nido vacío!...
–murmuró Azoris, convencida de que no podría cambiar la resolución de su hija.

– ¡Madre!..., ¡yo estuve en un momento de locura por atravesarme el corazón con un puñal, y por arrojarme a las fieras del bosque para

perecer entre sus fauces hambrientas, y el Hombre Luz, el Hijo de Alá, acalló las furias de esa tempestad, y paso a paso me hizo entrar en un país de encanto, bajo un cielo estrellado, donde el amor canta como las tórtolas de nuestras montañas!...

“¡Madre..., madre!..., iyo te haré ver ese cielo, y escuchar esos cantos y recoger esas flores, y embriagarte con ese sol!... Ten fe en mi palabra que si tú me trajiste a la vida física, yo seré la madre de tu dicha y de tu paz.

La madre sonreía llena de tristeza, como compadecida de lo que juzgaba inocente delirio de su hija.

– ¿Esperarás madre, conmigo, esperarás la llegada de la luz y de la dicha para ti? –preguntó Zurima anhelante y febril en su deseo de llevar la paz y el sosiego al alma de su madre.

– ¿Cuánto tiempo he de esperar aquí? –interrogó Azoris–. ¿Crearás también para mí una vida de ensueño y de arrobamiento como esa en que tú te has sumergido?

– ¡No lo sé, madre, no lo sé! pero una voz interna me dice que donde yo hallé la paz y la quietud, la esperanza y el consuelo, también lo encontrarás tú.

La entrada turbulenta y risueña de Albina persiguiendo a unas tórtolas domésticas sacó a ambas mujeres de su meditación.

– ¡Venid, mamá grande y mamá joven! –gritaba–, venid a recibir los corderillos blancos que nos traen los niños de los pastores. En esta casa no se puede llorar nunca jamás, porque el buen Dios quiere la risa y la alegría. Así me han dicho las madres Kobdas que me dan dulces y sabrosos pastelillos, y me enseñan bonitos juegos. –Y quieras que no, las arrastró a ambas hacia la gran columnata donde un centenar de flautas de caña exhalaban al viento hermosas melodías pastoriles.

Era el homenaje de los hijos de los pastores para Abel, del cual todos sabían que había nacido en una caverna calentada por el aliento de los renos, y cuyos años infantiles habían transcurrido entre el balar de las ovejas y el rumor de los trigales dorados. Y vieron al Hombre Luz, al dulce Hijo de Alá, como decía Zurima, de pie en medio de una majada de blancos corderillos, mientras los hijos de los pastores soltaban al viento la dulce melodía de sus flautas de caña.

119
AGUA Y CIELO

Bohindra había dicho al abrazar a Abel, recién llegado:

“Parece que todo el amor se fue en seguimiento tuyo y las pesadas corrientes del mal nos azotaban aquí con desmedida furia.

¿Qué había pasado durante la última etapa del viaje de Abel? La borrasca que atormentó momentáneamente los corazones de Adamú y Evana fue como una ráfaga de ese vendaval furioso y traidor, que las fuerzas del mal habían desatado contra los Kobdas que iluminaban entonces el paso de la humanidad.

¿De quién habían de valerse las entidades del mal para sus inicuos fines, sino de los encarnados que por la ley de afinidad, respondían a ellas?

Para hacer frente con ventaja a la obra pacificadora y progresista llevada a cabo por la Gran Alianza del Éufrates y el Nilo, la numerosa raza gomeriana se había procurado también sus aliados en ambas márgenes del Caspio y del Ural. Catorce caudillos se habían reunido y entre ellos Kaíno, el más joven de todos, pero no el menos audaz pues que parecían inyectarle fuego líquido en las venas, las frases llenas de mala intención de sus magos y sus adivinas: *“Un hombre de vestido azul será causa de tu ruina y después de tu muerte”*.

Conocedores del poder que ejerce el pensamiento malo o bueno sobre los actos humanos, al lado de sus falanges de guerreros, tenían aparejada una numerosa legión de magos, augures y adivinos que no tenían más ocupación que la de sugerir a sus pueblos para una guerra a muerte contra los hombres de la Luz, que iban ganando terreno día a día en la conciencia de la humanidad, cuyo nivel moral habían levantado considerablemente desde la formación de la Gran Alianza.

El relato de Madeo que recordará el lector, dejó al descubierto uno de los tentáculos que el maligno pulpo tendía de tanto en tanto buscando herir en el corazón de los hijos de Numú.

La tenebrosa escena de Kaíno y el cadáver de un leproso en lo profundo del templo Cuschita, es otra manifestación de los tanteos que en sus propias tinieblas hacían las entidades del mal para derrumbar la obra de los Kobdas, que era el Pensamiento Divino hecho realidad.

–Derrumbemos la Alianza... –se decían los aliados de esas tenebrosas entidades–, derrumbemos la Alianza que nos roba nuestros esclavos y nuestros cautivos y nuestras mujeres, y entorpece todos nuestros negocios y disminuye nuestra riquezas.

Son tan cortos los días del hombre sobre la tierra, ¿por qué no hemos de llenarlos de placer, de oro, de grandeza y de poder? ¿Por qué no hemos de hartar nuestro deseo, y saciar nuestra ambición y llenar de goces nuestra vida? ¿Qué es la mujer? Una flor o una fruta más placentera que las otras, un panal de miel que cuanto más se estruja más da.

¿Qué son los esclavos? Rebaños de bestezuelas más inteligentes que las otras y que más riquezas pueden producir. ¿Por qué pues los hombres de la Luz han de exterminar de la faz de la tierra todo esto que constituye nuestra grandeza y nuestra dicha? ¡A la muerte con los enemigos de la humanidad!... ¡A la muerte con los perturbadores de la dicha humana! ¡A la muerte con los destructores de nuestra felicidad!

Tales eran los furibundos discursos que por calles y plazas se escuchaban en las ciudades y aldeas de los pueblos de la orilla oriental del Hildekel. Sólo la comarca gobernada por Shiva y Mabi, presentaba el aspecto de un manso redil de corderos entre campos poblados de lobos. Defendida por una cerrada cadena de montañas cuyas encrucijadas estaban guardadas por fuertes destacamentos de arqueros, en el plano físico, y por poderosos baluartes invisibles, en el plano astral; pasaba desapercibida para los revoltosos países vecinos cuyas tentativas de sublevación tiempo atrás resultaron infructuosas para vencer al amor de Suisini-Manh Shiva, la dulce y amada Reina Kobda del lago Urán.

La superstición llevada a su más alto grado, dominaba casi en forma estúpida a los caudillos gomerianos, lo cual daba mayor fuerza a la poderosa sugestión que los arteros magos ejercían sobre ellos.

—Nosotros tenemos la llave de los arcanos del mundo —les decían éstos—, y si fiáis en nosotros, os llevaremos al triunfo y a la gloria.

Y aquellos sombríos aliados de las entidades del mal, se organizaron para una lucha formidable. Y el más astuto y malvado de ellos dijo a sus compañeros:

—Dividamos lo que está unido y daremos en tierra con toda la construcción. Arranquemos de su sitio una piedra y las grietas empezarán a abrirse, y el derrumbe no tardará. Al Santuario de La Paz están llegando Berecinas apartadas de sus príncipes consortes, y hermosas mujeres repudiadas por sus maridos. Con el corazón lleno todavía del elixir embriagador de la vida que dejan casi siempre a la fuerza, son especial elemento para encauzarlo a nuestros fines. Con esa parte de humanidad que los hombres de la Luz quieren elevar a igual altura que el hombre, con esa misma los venceremos. La mujer es flor que perfuma y que envenena. Es ave que canta y que muerde. Es miel que nutre y que mata. El genio que sopla en mi oído me dice: “Romped los ejes y todo estará roto; quitad de en medio a Bohindra y Abel; apartad a Adamú de Evana, destruid la virtud de la Reina y todo ese edificio quedará reducido a la nada”.

—Yo me encargo de todo eso —dijo un mago del otro lado del Cáucaso. Y disfrazado de hortelano y después de un largo viaje, este ser, aborto del abismo, se había introducido en los parques de La Paz, como un pobre jardinero que iba a ganarse el pan con el sudor de su frente.

Espió los paseos de las Berecinas por las avenidas de los parques, las excursiones de la Reina por las cabañas de los pastores y labriegos enfermos y solitarios, y cuando después de largas y pacientes observaciones se hubo dado cuenta de todo el movimiento de aquel escenario, se preparó a obrar por medio del rayo poderoso de su pensamiento. De aquí nacían las espantosas visiones que percibían los Kobdas en sus desdoblamientos espirituales. Sentían algo pesado y terrible que flotaba como una nube siniestra en torno de ellos y se pusieron en observación.

Había visto el mago que Adenia, una de las Berecinas del Príncipe Elhizer, se apartaba sola al más lejano extremo de una avenida de laureles corpulentos y boscosos, y allí pulsando su laúd cantaba dulces canciones de amor pasional profundo, que a ella misma la entristecía horriblemente como si abriera enorme vacío en su propio corazón. Y el mago se dijo: “Esta no está aún curada de viejos amores. Aún desea gozar de la vida, el calor de un corazón de hombre que de nuevo le haga sentir la dicha de saberse amada”.

Y comenzó a trabajar mentalmente sobre ella hasta que la caída de su hijita de un aparato de juego, la puso en contacto con Adamú, regente de los Pabellones de los Reyes, donde se educaba la juventud. Lo demás el lector ya lo conoce. Mas las entidades del mal encarnadas y desencarnadas parecían haber olvidado que el Amor y la Sabiduría unidos en eternos y místicos esponsales, formaban un invencible baluarte en torno a los Santuarios Kobdas de aquella época, que marcaba por Ley Divina una de las más gloriosas etapas de la humanidad terrestre.

Y la Anciana Merik, Kobda Instructora de postulantes, avisada por Ada que se había dado cuenta de la ardiente pasión nacida en Adenia, llamó a la instrucción de la tarde a todas sus discípulas y caminando en medio de ellas, las fue llevando hacia un hermoso cenador que cubierto de trepadoras se alzaba en medio de los grandes viveros, que tiernos y lozanos esperaban la hora de su trasplante. Eran treinta postulantes, divididas en tres decán según el día en que habían comenzado sus veinte lunas de primera prueba. Adenia estaba en el último decán, pues las tres Berecinas del Príncipe Elhizer habían comenzado con la última porción.

Las diez del primer decán debían vestir la túnica dentro de breve tiempo en que para ellas se cumplían ya las veinte lunas.

—Vamos a limpiar este almácigo de begonias —les dijo—, antes de que echen más raíces y más hojas. Las que están vigorosas y lozanas quedarán en su sitio hasta que sea llegada la hora del trasplante, mas las que

están torcidas, marchitas o carcomidas de orugas, debemos arrancarlas y apartarlas de las sanas para que no las contaminen. Si es posible, las curaremos y a su debido tiempo, se les pondrá en el Jardín de Reposo.

“Mas, si la curación es imposible, el hortelano las llevará al depósito de hojas secas para alimentar nuestro fuego. –Y mientras así decía, su pensamiento fijo en Adenia, removía de arriba abajo su conciencia buscando despertarla a la lucidez del deber.

Y la experimentada Anciana Merik, observó que la joven e impetuosa mujer miraba sin ver nada de lo que había en torno suyo, tocando maquinalmente las plantitas sin acertar con las enfermas y tropezando a veces con el trabajo empezado por otras.

Cuando la operación fue terminada, todas se sentaron en torno de la Instructora y ésta comenzó su plática:

–Lo que acabamos de hacer con este vivero. Pronto lo hará Numú con vosotras, pues no todas estáis vigorosas y lozanas como para ser trasplantadas en el Jardín del Reposo. Y yo os digo: sed sinceras y valientes para declarar con franqueza a vuestras hermanas, que no tenéis la fuerza necesaria para dominar vuestro mundo interior y responder a lo que nuestra Ley exige.

“Aquí habéis venido por vuestra propia voluntad; nadie os retiene, nadie os presiona para que sigáis este u otro camino. Pero si queréis continuar en este Santuario de Amor Fraternal, ningún pecado es aquí más espantoso que el pisotear al hermano en sus afectos, en sus derechos, en sus alianzas, en sus más íntimos sentimientos.

“El pecado contra el Amor Fraternal, es en todo Santuario Kobda un pecado de lesa majestad contra la soberana realeza del amor y es el pecado más condenable y grave entre nosotros, porque tiende a destruir la paz, la unión y la armonía que son las bases fundamentales de nuestro templo espiritual.

“Bien sabéis que cada tres lunas sois llamadas a examinar vuestra morada interior en este y otros aspectos, para que si hay algo condenable lo remediéis sin pérdida de tiempo, antes de que el hortelano divino haga con vosotras como hemos hecho con este vivero.

“Si aún canta en vuestro corazón la alondra del amor pasional, no os empeñéis en permanecer por más tiempo a la puerta del Santuario, cuyas puertas de cristal no podrán abrirse para vosotras, porque a través de su transparencia, estará de manifiesto vuestra herida sin curar. Hay inmenso campo en el mundo para cultivar los amores pasionales intensos. Cada cosa en su lugar, y cada cosa a su tiempo. Si en alguna de vosotras se hubiere levantado el deseo de tomar esposo, nada ni nadie os lo impide, siempre que el elegido de vuestro corazón sea libre y no se deba a nadie, ni ante su propia conciencia ni ante la Ley.

“Estáis en vuestro derecho apartándoos de lo que encontráis inadaptable para vosotras; pero es un grave delito pretender derrumbar lo que está sabiamente construido, sólo para satisfacer un efímero y desordenado deseo.

Casi todas habían sentido que el pensamiento poderoso y tenaz de la Instructora, estaba fijamente dirigido a Adenia. Ella misma lo sintió también y con inaudita franqueza lo manifestó ante todas.

–Soy yo –dijo–, la que motiva toda vuestra plática, según la cual estoy fuera de Ley. Declaro francamente que estoy enamorada de un hombre cuya imagen está como grabada a fuego dentro de mi corazón, y que haré todo cuanto pueda para conseguir su amor. Arrojadme si queréis de este recinto del cual no soy digna, según vuestro criterio, pero no puedo renunciar a un amor que parece haber llegado a ser parte de mi propia vida.

–De aquí no se arroja a nadie, hija mía, pero sí se toman las medidas necesarias para que los seres obren conforme a justicia y rectitud –le contestó la Anciana Merik–. A ninguna mujer Kobda o que esté para serlo, debe escandalizarle un amor pasional como el suyo, porque todas lo hemos sentido alguna vez en la vida, pero para toda pasión hay una ley, pues, ¿qué sería de la evolución del espíritu si hubiera de ser dominado por toda pasión? Tu amor, hija mía, es un amor delictuoso y fuera de ley, porque atropella con el derecho de otro ser cuya felicidad destruye y cuya vida se ha llenado de una angustia de muerte.

“Has pecado contra la soberana ley del amor fraterno y ya dije al principio, que es el más grave pecado que pueda cometerse en un Santuario Kobda.

“Vuelve sobre ti misma, hija mía, y por compasión de tu propio espíritu, no busques de estrellarte contra un peñasco incommovible, porque lo que Dios ata, no lo desatan los hombres, y aquel a quien amas, ha sido atado por Dios.

La infeliz Berecina, estaba luchando en medio de dos poderosas corrientes: el pensamiento del mago bajo cuya influencia le había puesto su propia debilidad, y el pensamiento de Merik, poderosamente reforzado por el aura conjunta de todos los Kobdas de La Paz.

Su organismo no resistió esta lucha formidable, y poniéndose de pronto intensamente pálida, casi lívida, cerró las manos hasta clavarse las uñas en las palmas, se mordió los labios hasta hacerse sangre, presa de una horrible crisis nerviosa cayó al suelo retorciéndose y dando gritos agudos y penetrantes.

Una joven Kobda de nombre Wilfrida dio el aviso de auxilio, y pronto las enfermeras con la camilla estuvieron allí para recoger a la enferma y conducirla al Jardín del Reposo que era como se sabe la enfermería del Santuario.

Un tercio de luna estuvo entre la vida y la muerte, hasta que las Kobdas llegaron a comprender que se trataba de una mala obsesión, causada sobre la infeliz joven por un poderoso y renovado pensamiento extraño que astutamente aprovechaba una debilidad de aquel espíritu.

Hecha la cadena fluídica libertadora que acostumbraban en tales casos dio el resultado apetecido, con la particularidad de que los mismos ataques nerviosos, los mismos alaridos e iguales convulsiones se apoderaron de aquel pobre hortelano que había llegado hacía poco a La Paz, a ganarse el pan con el sudor de su frente. Y los videntes de ambos Santuarios tuvieron la misma espantosa visión: Las entidades del mal que le habían impulsado a realizar la desastrosa obra, viéndole incapaz de vencer la potencia formidable del aura conjunta de los hijos de Numú, unidos por el amor, le abandonaron a las mismas fuerzas que habían usado sin éxito y ellas le hicieron víctima, como ocurre siempre que el mal lucha contra sujetos de vida pura y animada de un grande y desinteresado amor.

El hortelano, o sea el mago disfrazado de hortelano, fue conducido a la enfermería pública que como se sabe funcionaba en el piso bajo del Santuario Kobda de hombres. Pasados muchos días de tratamiento, aquel hombre que parecía haber tenido una mano de hierro en la garganta impidiéndole articular palabra, comenzó a gritar de tanto en tanto:

– ¡Agua y cielo! ¡Agua y cielo! ¡Sálvese el que pueda!

Y en una de las diarias visitas que Bohindra hacía a la enfermería, tuvo la idea de llevar consigo a Abel, buscando que su presencia cerca del obsesado, diera un resultado más rápido.

El mago le miró con desmesurados ojos en los que pasaban ráfagas de inteligencia, ráfagas de recuerdo que luchaba por reavivarse en la bruma sombría de su mente oscurecida. Y por fin gritó, dirigiéndose a Abel:

– ¡Tú encadenarás las olas!... ¡En tu pecho se estrellará la marejada!... ¡Las olas morirán a tus pies!... ¡Agua y cielo!... ¡Salvase el que pueda!

Bohindra, Abel y los Kobdas enfermeros rodearon al enfermo.

– ¿De qué olas hablas, hermano mío? –le preguntó la dulce voz de Abel acercándose al lecho, hasta ponerle las manos sobre la frente–. ¿Qué marejada es esa que te aterra?

– ¡Tu voz canta como las alondras, niño! ¡Qué lástima que perezcas ahogado!... Tu voz parece arrullo de tórtolas, parece canto de madre que mece una cuna. Hace cincuenta años que la mía me cantaba en la cabaña de piedra:

“¡Arrorró mi niño, bello como el sol,
duerme quietecito que te velo yo!...”

“También ellas se ahogarán y yo me ahogaré y todos nos ahogaremos porque todos los diques del Hildekel y del Éufrates serán derribados para inundar las bajas praderas donde pasea orgulloso el esplendor de la Gran Alianza... ¡Agua y cielo!... ¡Sálvese el que pueda!...

Los Kobdas se miraron comprendiendo por secreta intuición, que aquel infeliz en medio de su delirio de obsesado decía la verdad.

Y en previsión de cualquier emergencia, Bohindra reunió su Consejo para deliberar sobre lo que convenía hacer. Aún estaban hablando cuando se sintió el espantoso tropel que hacían los rebaños de los contornos, huyendo hacia los establos en medio de un concierto de balidos, mugidos y gritos de toda especie.

– ¡Se desborda el Éufrates!... –era el clamor que resonaba por todos lados.

Bohindra subió precipitadamente a la torrecilla de su Pabellón y con una gran bocina de cobre usada solamente en los grandes peligros, gritó hacia los cuatro puntos cardinales:

–Los hombres jóvenes a las barcas; las mujeres, los ancianos y los niños a La Paz.

Y un momento después como un hormiguero humano, se vio el interminable correr de gentes invadiendo los Santuarios y los Pabellones de los Reyes y los altos cedros del parque.

Y los pastores y los labriegos dirigidos por los Kobdas, se aprestaban en barcas grandes y pequeñas a realizar un salvamento de animales, que habiéndose retrasado no pudieron subir a las altas explanadas hechas de madera y piedra en que estaban edificados los pajales y los graneros.

La Reina Ada con Zurima y las niñas más pequeñas del Pabellón habían ido de excursión hacia el Huerto de Adamú, donde había viejecitos enfermos ocupando aquella casa que fuera habitación de la familia, antes de que se trasladaran a los Pabellones de los Reyes.

Bohindra con Adamú y Aldis, se multiplicaban para evitar el desorden de aquel oleaje humano que se atropellaba por subir a las terrazas, a las murallas, a las torres que parecían ser incapaces de contener tanta gente.

Los Kobdas más jóvenes, convertidos todos en barqueros, auxiliados por los pastores y labriegos se habían dedicado de lleno al salvamento de animales, toda vez que las aguas habían subido mansamente dando tiempo a las personas a salvarse por sí mismas. De pronto se oyó el grito de Evana desde los balcones de la gran columnata posterior:

– ¡La Reina con las niñas en el Huerto!..., ¡debe estar ya bajo el agua!..., ¡corred por favor!...

Quien primero oyó este grito desgarrador fue Abel, que con cinco o seis pastores estaban ocupados en descargar en una amplia empalizada

que era secadero de frutas, una porción de corderos, renitos y antílopes pequeños que por sí solos no podían salvarse de la inundación.

Y Abel concedor como nadie de aquel camino y de aquel paraje, encaminó hacia allá su barca que a favor de la corriente parecía volar sobre las aguas resonantes y espumosas.

Ada, con los ancianos y un grupo de las niñas habían trepado a la techumbre de cedro de la habitación. Mas faltaba Zurima con tres o cuatro de las niñas más grandecitas que fueron a buscar pichones de garzas entre las cañas y juncos de la orilla.

Un bote había pasado hacía ya rato en busca de ellas pero no había vuelto.

Y Abel con los pastores bajaron hacia allá, encontrando a poco andar al botecillo que había sido fuertemente chocado por el enorme tronco de un roble corpulento, arrancado por la corriente mientras luchaba por acercarse a la casa. Iban como pilotos, Adcasú y Madeo, a quienes unía fuerte afinidad no obstante su gran diferencia de carácter. El primero en la madurez de la vida continuaba siendo niño y el segundo en la primera juventud comenzaba a ser anciano.

Habían conseguido recoger tres niñitas, una de las cuales Helvecia, hija del Príncipe Elhizer y de Bengalina, de ocho años de edad, venía desmayada sobre las rodillas de Adcasú que luchaba por reanimarla pues no daba señales de vida.

– ¿Y Zurima?... –preguntó Abel enterado por Ada de que con ella andaban las niñas. Una de ellas entre lloros contestó:

–Por sacar a Helvecia que se ahogaba, rompió una rama en que se sujetaba y cayó al agua... Aquí está su velo y yo no la vi más.

Abel palideció intensamente y con uno de los pastores bogó hacia el sitio de donde el botecito náufrago les había salvado.

A poco rato vieron algo azulado que sobresalía de una especie de camalote formado por ramas y líquenes arrastrados por la corriente. Abel y el pastor se asieron de las trepadoras que formaban aquel lecho flotante de verde follaje, en el cual parecía dormir un sueño profundo la hija del país de Arab.

De su cabeza salía un hilo de sangre que corriendo por su sien izquierda mojaba su cuello, su pecho y parte de sus brazos lánguidamente tendidos sobre las ramas flotantes.

Abel la observó de cerca y sintió que respiraba. Ayudado por el pastor la recostó sobre mantas en los bancos de su lancha y dio orden de regreso.

Desde el fondo de su corazón hecho de amor y de piedad para todos, se levantó como un gemido sin ecos este pensamiento:

– ¡Dios bueno y misericordioso!... ¡Que la pobre madre que recién la encuentra no sufra el dolor de perderla de nuevo!

Y con jirones de su propia túnica restañó la sangre y vendó la herida de la cabeza de Zurima, que continuaba inmóvil sin dar otra señal de vida que el leve movimiento de su pecho al respirar. Recogieron a la Reina y las niñas al pasar, mientras Madeo y Acadsú embarcaban a los ancianos enfermos para regresar todos juntos a La Paz.

Cuando ya instaladas las enfermas en sus lechos respectivos, fue a visitarlas Bohindra, que dijo con amargura:

–Helvecia vivirá. Zurima está entre la vida y la muerte. Ha perdido mucha sangre y su cerebro ha sufrido una fuerte conmoción por efecto del golpe. Pero creo que aún la podemos despertar, para que si debe partir sea con lucidez.

El lector comprenderá la escena que se desarrolló cuando la madre, Azoris, tuvo conocimiento del accidente.

–Os queda su hija, vuestra nietecita Albina que os consolará de su ausencia –le decía Abel.

Ada, Evana, el Príncipe Elhizer, Helia y Mabi, Azoris, Bohindra, Adamú y Aldis, rodeaban el lecho de la bella arabeña, cuyo hermoso rostro había adquirido la belleza ideal de una estatua de mármol bañada por la luna. La Anciana Merik que como Instructora le había tomado un intenso y maternal cariño, entró después de todos, cargada con un inmenso ramo de rosas blancas por las cuales la joven tenía gran predilección.

La madre desolada lloraba arrodillada a los pies del lecho de su hija.

La lira de Bohindra exhalaba sus más suaves melodías como si fuera la plegaria de un alma que se diluye en la Divinidad. La enferma abrió sus dulces ojos negros y vio a Abel a su diestra; a su madre junto a él, a Evana y a todos aquellos que la amaban, también junto a ella. Bebió con ansia la armonía de aquella lira pulsada por el amor...

– ¡Jamás pude ambicionar nada más bello que todo esto!... –murmuró suavemente–. ¡Estoy saturada de amor, de dicha, de paz! ¡Príncipe nacido en las estrellas!... Mis rosas blancas para vos. ¡Y la luz de vuestros ojos para alumbrar mi eternidad!...

Y apretando unidas las manos de Abel y de su madre, quedóse como dormida bajo el manto de rosas blancas que la Anciana Instructora había extendido sobre su lecho.

La lira de Bohindra continuó desgranando sus divinas melodías que suavemente fueron tornándose en notas de gloria, como si la lira tuviera su alborada, su alegre y risueño despertar.

Una profunda concentración espiritual flotó como una caricia sobre el cuerpo tibio de Zurima, a la cual habían amado todos con entrañable amor, como si el hondo amor de ella para el Hombre Luz, fuera el lazo mágico con que había atado a todos a su propio corazón.

Y el mago divino del Amor obró el prodigio que merecían todos aquellos seres que se olvidaban a sí mismos para pensar tan solo en el dolor de uno solo: la madre, que ajena a los grandes ideales que ellos sustentaban, no hallaría en sus propios recursos, un consuelo para su dolor.

Y el cuerpo astral de Zurima se levantó de entre las rosas blancas que cubrían el cadáver, y Azoris llorando y riendo a la vez, abrazaba la impalpable imagen de su hija diciéndole:

– ¡Hija mía, hija de mi alma!..., ¡ahora sí comprendo este camino tuyo, este amor tuyo, este sueño tuyo!... ¡Alá te hizo inmortal como Él, como su Hijo, como sus Arcángeles..., como sus huríes!... ¡Nadie me apartará de este sitio donde Alá ha bajado a consolarme y donde he visto tu gloria y tu inmortalidad!...

La intensidad de esta escena la desvaneció, y sacando del lecho el cadáver de Zurima para llevarle a la sala mortuoria, recostaron en él a Azoris, la pobre madre que fue a La Paz para ver la luz en la muerte de su hija.

Mientras tanto los Kobdas de todos los Refugios de las praderas del Éufrates habían hecho igual que en La Paz, y se habían entregado con entusiasmo y valor al salvamento de familias y de los rebaños de su pertenencia, en forma de disminuir en lo posible los perjuicios ocasionados por la inundación.

Abirón, con su centenar de jornaleros se había lanzado como un lobo de mar a lo más bravío de las olas para reparar las profundas aberturas en las compuertas de los diques, y contener así el desbordamiento de las aguas. Los hombres más fuertes de la comarca se sumaron a ellos con igual objeto, llegando a colocar con inauditos esfuerzos los enormes bloques de piedra que habían sido de intento, arrancados de su sitio. Mas, Abirón y tres obreros más salieron malheridos de la lucha feroz con las aguas, quedando inválidos los unos con las piernas trituradas por la caída desde una altura considerable de uno de aquellos bloques de piedra; otros con los brazos dislocados o con los hombros fuera de su sitio.

Algunos pastores ahogados, muchas viviendas y graneros deshechos, muchos Kobdas heridos o con fracturas en sus brazos, fue el resultado final de aquella espantosa borrasca, durante la cual Bohindra o alguno del Alto Consejo hacía oír su voz a larga distancia por medio de la bocina de cobre:

– ¡Paz y serenidad!... Calma y valor que todo lo salvará el amor de los unos para los otros. ¡Partiremos nuestro pan con los que hayan sido perjudicados y a ninguno faltará ni techo ni lumbre! No os desesperéis sino antes bendicid a Dios en la hora de la prueba y del dolor.

El desbordamiento de las aguas cesó a los tres días de haber comenzado y las gentes albergadas en los Santuarios y en los Pabellones de los

Reyes, volvieron al sitio de su morada para iniciar bajo la dirección de los Kobdas, las obras de reconstrucción.

La ley de la telepatía había hecho resonar en Neghadá, en Num-Maki, en la ribera del Caspio y en todos los sitios más apartados donde existían los hijos de Numú esta misma pavorosa palabra: “¡Agua y cielo en el Éufrates!”

Y apenas se iban terminando las reparaciones en las viviendas y en los diques, cuando vieron los moradores de la comarca azotada que se acercaban enormes caravanas de elefantes y camellos cargados de grano y grandes rebaños de ovejas enviados por los Kobdas y los príncipes aliados de las más apartadas regiones, para que fuesen repartidos entre los que mayores pérdidas habían sufrido.

Y Abel de pie en la terraza del Pabellón del Rey, se apretaba el pecho con ambas manos porque el corazón parecía saltar de su sitio.

– ¡Por fin..., por fin florece el amor sobre esta tierra!... Canta, canta, pobre corazón mío, aún cuando fuiste herido de muerte en tu más hondo sentir, que acaso de la misma llamarada en que te has consumido saliera esta dulce ráfaga de amor que acaricia mi frente. –Iba a volverse hacia atrás porque se acercaba la hora del himno de la tarde y vio flotando junto a él, el cuerpo astral de Zurima que con voz sin ruido le decía:

– ¡Soy feliz porque me has amado!... ¡Soy feliz porque siento tu recuerdo!... ¡Príncipe formado con la luz de las estrellas! ¡Soy feliz porque mi muerte fue tu vida!..., iy he pagado a la Justicia Eterna mi deuda de traición para ti hace muchos siglos!...

Abel levantó su diestra para bendecirla y a poco desapareció. Quedóse él pensativo sin comprender al momento aquellas palabras, mas cuando la pequeña Helvecia pudo referir lo que había ocurrido en el Huerto de Adamú aquella mañana trágica, supieron que la pequeña herida que sangraba en la sien de Zurima fue causada por el punzón de uno de los hombres que abrían las compuertas para provocar la inundación en forma rápida y mortífera.

El hecho se había desarrollado así: ella agazapada detrás de una mata de cañas espiaba a una garza madre que a lentos pasos caminaba llevando en su pico pequeños pececitos para sus hijuelos.

–De este modo –decía–, sabré donde tiene el nido para encontrar los pichones. Y vio el trabajo que los hombres realizaban y dándose cuenta del criminal intento, les increpó:

– ¿Qué intentáis hacer, infelices?

– ¡Ahogarte a ti y a todos los Kobdas para que perezca el hombre que lleva fuego y luz en los ojos!...

– ¡A él!... –gritó Zurima–, ino será, porque ahora mismo aviso a La Paz y los arqueros os pondrán la cadena!

Y corriendo a lo alto del dique soltó con fuerza la amarra de la compuerta que cayó con estrépito conteniendo las oleadas del agua que avanzaba.

Encontró a Helvecia que había caído en una resbalada y apenas la había levantado, cayeron ambas de nuevo, Zurima herida en la sien izquierda por el punzón que a guisa de flecha, le había disparado el hombre antes de huir en su piragua por el cauce del Hildekel.

A no haber sido por tal incidente, la inundación no se habría podido evitar mucho antes de haber avanzado en tan grandes proporciones.

Y Abel se explicó entonces las palabras que le dijera con una voz sin ruido el astral de la dulce y enamorada arabeña:

– ¡Soy feliz porque mi muerte fue tu vida!

Y los Kobdas de La Paz se afirmaron más y más en la eterna verdad de aquella mágica y divina palabra:

“El Amor es el Mago Divino que salva todos los abismos”.

120

LA MUJER DE ALABASTRO

La aureola de grandeza que ya rodeaba a los Kobdas se ensanchó más y más, por el esfuerzo heroico que todos ellos al frente de los pueblos, realizaron para contrarrestar los desastres que pudo ocasionar el desbordamiento del Éufrates.

Aprovechando la abundante crecida algunos de los Príncipes del Norte que aún no se habían afiliado a la Gran Alianza, llegaron en bajeles a La Paz, los unos con pretexto de traer sus hijos para que se les dieran los conocimientos y la educación que daban a la juventud los Hijos de Numú.

Entre estos, vino aquel famoso Caudillo de los países del Cáucaso cuyo dominio se extendía al pie de dicha cordillera y cuyo nombre recordará el lector: Lugal Marada. Venía acompañado de su hijo mayor, de unos veintisiete años y de dos adolescentes que debían quedar como alumnos en La Paz.

Como se presentó rodeado de grande pompa y majestad, el Thidalá y su Alto Consejo dispusieron también recibirle como seguramente lo desearía. La embajada que él hizo adelantar con el anuncio de su llegada, era ya todo un cortejo real.

–Este hermano –decía Bohindra a Adamú–, quiere deslumbrarnos con su fastuosidad y sacar sin duda alguna ventaja para sus fines, de esa impresión que él juzga que va a causarnos. Pero como nuestra misión en esta tierra es de paz, de justicia y de amor, debemos obrar en todo

y por todo conforme a esa sublime trinidad que forma nuestro excelso ideal.

“Haz pues que los jóvenes de nuestros Pabellones vistan sus ropajes de fiesta pero sin ningún alarde de fastuosidad ni de lujo.

Y sentado todo el numeroso personal de La Paz en el gran pórtico delantero, esperaron la llegada del poderoso Caudillo anunciada para el primer tercio de la tarde.

La llegada fue un numeroso desfile de pequeñas embarcaciones engalanadas con los más vistosos colores, pues aunque las aguas habían subido bastante, no podían llegar los grandes bajeles hasta el lago Chatel Hareb o “Lago Evana” como lo había bautizado años atrás, Senio, el dulce viejecito enamorado de Abel. Era majestuoso el aspecto que presentaba el grandioso edificio de La Paz, rodeado por todas partes de agua. Edificado sobre una inmensa explanada de veinte pies de elevación sobre el nivel de la pradera, las aguas habían dejado en seco un círculo de verde tapiz alrededor de las blancas murallas coronadas por las copas de los altos árboles del parque interior. El declive formado por la suave elevación de la meseta, era como una enmarañada red de caminos que serpenteaban entre el mullido césped en todas direcciones desde la pradera hasta la gran puerta de entrada al parque.

Bohindra y su Alto Consejo descendieron por este declive hasta el sitio en que anclaron las barcas, donde un muelle improvisado facilitaba el desembarco.

Lugal Marada, anciano ya, mantenía no obstante la gallarda altivez del hombre acostumbrado a triunfar siempre en la vida.

Y juzgando al Thidalá del Éufrates y el Nilo un igual suyo, se ahorró todas las inclinaciones y extendió amistosamente ambas manos hasta el pecho de Bohindra, el cual hizo idéntica ceremonia.

El oped blanco y una cinta de oro sosteniendo un loto de nácar sobre su frente, era todo el distintivo de su realeza que ostentaba el Jefe de la Gran Alianza.

Lugal Marada brillaba desde la cabeza a los pies pues aparecía vestido de métales y piedras preciosas, ya como seguridad para ser invulnerable a las flechas y a las hachas, ya también por la fastuosidad acostumbrada por los soberanos del Norte. No obstante se sintió dolorido y casi avergonzado de acercarse a La Paz con una escolta de arqueros, de lanceros y horconeros que parecía un verdadero ejército en pie de guerra.

Al ver a los diez Kobdas que allí le esperaban armados tan solo de una banderilla blanca cada uno, en que se leía “Bienvenido a La Paz”, hizo una señal determinada y todos aquellos hombres dejaron sus armaduras con gran estrépito en sus barcas, saltando inmediatamente a tierra.

El Caudillo caucasiiano comenzó a subir el declive de la alta meseta

tomado del brazo de su hijo mayor, llevando delante de sí los dos adolescentes que debían quedar entre los Kobdas. Los guerreros y guardias quedaron en la costa.

– ¿Dejáis aquí vuestra escolta? –preguntó Bohindra asombrado.

–Es indecoroso que entre con guerreros armados a una casa en que se me recibe sin armas –contestó el Caudillo–. A lo que veo vosotros no sois soberanos de guerra sino de paz.

–Acabamos de tener un formidable combate con las aguas –dijo Bohindra desviando la conversación y llevándola hábilmente al terreno festivo–, y aún cuando hemos salido vencedores, hay varios de nosotros heridos y enfermos. Y así cuando veáis Kobdas vendados, no penséis que es esto una leprosería, sino el resultado de esta reciente batalla.

Hablando así llegaron a la gran puerta de entrada al parque donde esperaban los demás Kobdas y Adamú con dos centenares de jovencitos, de distintas razas y diversos países, que llevaba cada cual la vestidura usada en su país de origen, por lo cual aparecían divididos en varios grandes grupos para que la igualdad de ropaje diera mayor realce al conjunto.

El grupo de los vaneses y los alazones cuyo tipo en indumentaria eran idénticas y muy parecidas a los del Cáucaso, estaban en primera línea para causar mejor impresión a los recién llegados.

– ¡Qué hermosos muchachos! –fue la exclamación del Caudillo–. ¿Y de qué arte os valéis para educar aquí a niños de tan variadas costumbres y lenguajes ininteligibles?

–Somos ya muy viejos los Kobdas, Cherú –dijo Bohindra–, y como nos consideramos hermanos de todos los hombres, hemos tratado de aprender las lenguas de todos ellos. Ya veis como, aunque imperfectamente, os hablo vuestro propio idioma, que por otra parte se parece mucho al idioma de mi país de origen.

– ¿Sois alazón, acaso?

–No, Cherú, soy de un país que ya no existe más sobre la faz de la tierra; soy otlanés de Atlántida, y ya sabréis que junto al río Alazón se ubicaron muchos emigrantes de las selvas atlantes. De ahí el parecido en la lengua y el tipo.

Los jovencitos vaneses y alazones rodearon a los hijos menores de Lugal Marada y comenzaron el regreso a La Paz, por la gran avenida de los cerezos que se hallaban cubiertos con la púrpura de sus frutas.

En el pórtico exterior esperaba Ada, la Reina Kobda, rodeada de las hijas de los príncipes que en número de ciento ochenta formaban a la verdad un floreciente jardín.

A no ser por su larga túnica azulada en forma de peplo y su velo blanco sostenido a la cabeza por otra cinta de oro igual que la de Bohindra, nadie habría adivinado que aquella joven era la Reina.

Contaba veintinueve años de edad pero representaba sólo veintitrés escasos. Envuelta en la casi divina irradiación de amor de los Kobdas desde su llegada, su belleza parecía haber adquirido como un suave resplandor, que hacía preguntar a los que la veían por primera vez.

– ¿Es esto una mujer de carne y huesos, o es uno de esos seres de encantamiento de que hablan las religiones de todos los países?

Y Bohindra les respondía, jovialmente:

–La Reina se llama Ada y es el hada buena de todos los que sufren en estas comarcas. Vive bajo el encantamiento de la piedad y la conmiseración, y nunca es más feliz que cuando ha consolado un dolor.

Esta misma impresión recibieron esta vez los recién llegados, hasta el punto de que Ada se sonrojó ligeramente y desvió hacia otro lado la serena mirada de sus ojos color de miel.

El ondulado manto de sus bucles dorados caía casi hasta la altura de sus rodillas, y su resplandor de oro viejo se transparentaba por entre los pliegues de su velo que el viento agitaba. Y hasta la dulce cadencia del hablar de las mujeres galadeñas, parecía dar mayor armonía y dulzura a aquella mujer que podría llamarse musical, pues toda ella vibraba como un arpegio interminable.

–Es un arpa viva que exhala notas sin ruido... –dijo en voz baja el hijo mayor de Lugal Marada, que hasta entonces no había despegado sus labios.

– ¿Quién es arpa viva? –preguntóle uno de los Kobdas.

– ¿Cómo sabéis lo que he dicho?

–Porque soy del país de Van y algo comprendo vuestro idioma.

–La Reina –contestó secamente el joven–. La Reina es un arpa viva.

–El amor que hay en ella es el que vibra y canta. Más que una mujer reina, es un ángel de piedad y de misericordia. Sensible sois en efecto para haber percibido tan profundamente lo que ella irradia a su alrededor.

–Soy un discípulo de la Escuela Secreta del Cáucaso, y he desarrollado bastante mi facultad perceptiva de las irradiaciones de los seres. Y muy pocas veces encontré mujeres en las cuales se reunieran tan relevantes cualidades físicas y espirituales. Si esta mujer estuviera en mi país sería venerada como una divinidad. Mas el amor pasional humano no se despertó aún en ella y por eso su mirar tiene esa serenidad confiada y única, que mis maestros encuentran en los seres ultraterrestres, que flotan por los bosques sagrados durante la evocación de los discípulos avanzados.

“¡Grande hombre es el Thidalá, que así supo dominar la bestia humana para dejar como ofrenda a la divinidad esa arpa viva de los dioses!

El Kobda interlocutor de este joven no dejó de impresionarse, al ver

que analizaba de tan profunda manera a la Reina, y por desviar el giro de la conversación dijo:

–Mirad qué amor le profesan las niñas y qué felices son todas con ese amor. Las pobrecitas lloran y gimen cuando les llega la hora de apartarse de su reina mamá, como gozan en llamarla.

El gallardo príncipe circasiano de una belleza varonil muy destacada, continuaba con sus ojos fijos en la gentil persona de la Reina, que al lado de Bohindra tomaba parte en la conversación del Cherú.

–Presentadme a la Reina –dijo de pronto a su padre, avanzando al grupo que este formaba con Bohindra y Ada.

– ¡Dioses inmortales!... –exclamó Lugal Marada–. Bendita sea esta hora en que algo te conmueve en la vida, hijo mío.

“Es mi hijo mayor –dijo dirigiéndose a la Reina–, y le traje en mi compañía para ver si los maravillosos Kobdas, los hombres de la luz y del prodigio, como les llaman en todas partes, conseguían interesar la atención de mi Erick que hasta ahora no encontró nada digno de excitar su entusiasmo.

El joven dobló una rodilla en tierra y esperó que la Reina posara su mano sobre su cabeza según la costumbre.

Pero ella extendió sobre su cabeza el extremo de su velo blanco según lo acostumbrado por las Reinas Kobdas, en casos excepcionales.

Después le tendió la mano indicándole que debía levantarse. Bohindra percibió a su vez con su fina y sutil sensibilidad que en aquel joven había una doble personalidad, o sea una posesión casi permanente de una entidad avanzada intelectualmente pero extraviada en el sentido espiritual. Comprendió así mismo, y otros Kobdas con él, que la Reina iba a ser puesta a prueba en su amor y en su virtud.

Como una delicada flor de invernáculo, ningún viento helado la había sacudido hasta entonces. Sólo había deslizado sus pasos entre alfombras de rosales y azahares; sólo había conocido la elevada cumbre azul serena de un amor sin sombras de ninguna especie, donde una eterna claridad de estrellas embellecía para ella todas las cosas.

Consagrada de lleno a los elevados estudios suprafísicos, y a las obras de amor y de piedad, de belleza y de arte, no había llegado a ver la vida humana sino bajo esos aspectos.

Y Bohindra temió para ella un choque demasiado fuerte. Mas, se serenó pensando que Ada era un espíritu de larga carrera por caminos duros, llenos de precipicios y de obstáculos, por encima de los cuales había saltado con sereno valor en distintas etapas de su eterna vida.

Y recordando lo que de este ser podía leerse en el Archivo de las Edades, Bohindra se decía a sí mismo en el elocuente lenguaje de su propio pensamiento:

“Hijo mío en los años inmediatos a la desencarnación del Rey Santo Anfión, perdió conmigo su derecho a vastos dominios, por no doblegarse a la alianza de injusticia y de iniquidad que los príncipes atlantes formaron para extender su prepotencia sobre los pueblos oprimidos y vejados.

“Madre mía después, se dejó marcar a fuego por su bárbaro padre, antes de entregar a su parvulito para ser sacrificado a los dioses en cumplimiento de votos muy usuales en aquellos tiempos.

“Y en la época de Antulio ¡Qué bella y serena majestad la de Walkiria, su dulce madre, sirviendo de sujeto hipnótico a su propio hijo, para que desde el mundo espiritual hablase de amor y de esperanza a su naciente escuela, próxima a disgregarse y desaparecer con la desaparición del Maestro! ¿No fue Walkiria la que resistió valientemente a las amenazas sacerdotales de acabar con ella en el patíbulo como habían acabado con el hijo excelso? ¿No fue ella la que buscó protección en mi país para los seguidores de su hijo cuando huyeron de la persecución en Manh-Ethel, la ciudad de las puertas de oro?

“¿No fue ella la que arrojándose a mis pies me dijo: “La paz y la dicha volverá a tu pueblo si cobijas bajo tu manto de rey a los que guardan el fuego sagrado que sobre la tierra encendió mi hijo Antulio”? ¿No fue ella la que en diversas oportunidades probó su fidelidad a la Ley Eterna hasta con riesgos de su vida? ¿Por qué entonces había de ser débil ahora, este ser que en tres vidas de Kobda nos dejó ejemplo de una admirable lucidez de conciencia y de un valor sereno y dulce, para resistir sin doblegarse a las fuerzas contrarias por poderosas que fueran?”

Durante esta breve meditación de Bohindra, observador y analítico, Lugal Marada sostenía animada conversación con otros de los Kobdas del Alto Consejo, y su hijo de pie ante la Reina Ada le decía, sin quitarle los ojos de encima:

–Paréceme que os he visto muchas veces antes de ahora..., itantas que tengo la idea de haber vivido a vuestro lado durante mucho tiempo! ¿Cuál es vuestro país, oh, Reina, bella como un rayo de sol?

–Galaad –contestó Ada simplemente.

– ¿Quién es el Caudillo de aquella tierra?

–Jebuz, mi padre, anciano ya, y que fue de los primeros que entró a formar en la Gran Alianza de la justicia y de la paz.

– ¡Qué dichoso país y qué dichoso padre que tiene una hija como vos; hermosa Reina de las praderas del Éufrates!

–Dichoso país y dichoso príncipe –digo yo–, por haber comprendido que en la paz y en el amor se encuentra la dicha de los pueblos –le contestó Ada tratando de llevar la mente de su interlocutor a otro terreno, más agradable para ella que el de las lisonjas.

– ¡Vuestro pueblo os debe adorar! ¡Sois una diosa! En mi país así se apellida a una mujer como vos.

–Aquí no –respondió con gran sencillez Ada–, porque los Kobdas han conseguido educar a los pueblos a base de la elevada y profunda sabiduría de que ellos son depositarios y por tanto los pueblos saben que todos los seres humanos de esta tierra somos criaturas de Dios, que hacia Él vamos subiendo mediante el progreso de nuestro espíritu. Para ese Dios, Causa Suprema que adoramos los Kobdas, tanto vale un Rey como un pastor, si el ser ha sabido labrarse su grandeza con su esfuerzo y fortaleza por los caminos de la justicia y del deber.

– ¿Y que entendéis por justicia y por deber?, pues son palabras que se prestan a muy variadas interpretaciones –observó el joven príncipe, al cual llamaremos en adelante Erick, como lo había llamado su padre.

–Es así como decís –dijo Ada–, si pensáis en esa justicia y en ese deber que han creado los hombres para satisfacer sus ambiciones y bajos anhelos, pero yo hablo de la gran Justicia y del gran Deber que hacen a los hombres más buenos, más justos, más hermanos los unos de los otros. La Justicia y el Deber que entendemos los Kobdas consisten en procurar la paz y la dicha para todos sin lesionar derechos de nadie.

– ¡Arduo problema, Reina!, porque bien debéis comprender que muchas veces la dicha de los unos exige el sacrificio de la dicha de otros.

–Creo que no estáis en lo cierto, Príncipe, porque si en todos está la Justicia y el Deber ninguno se permitirá buscar ni desear lo que causa la felicidad de otros. Si os salís del terreno de la Justicia y del Deber, en verdad encontraremos ese arduo problema que decís, imposible de solucionar.

–Por ejemplo –observó Erick–, según vuestra justicia y vuestro deber, ¿cómo arreglaríais el caso de una pastora enamorada de un príncipe, o de un jefe de tribu que quiere para sí una mujer que es de otro jefe, o una porción de tierra que necesita para su desenvolvimiento y progreso? Figuraos que por medio de gestiones o convenios pacíficos no lo consiguen..., ¿cómo lo arreglaría este asunto la Justicia y el Deber que vos entendéis?

Ada pensó unos instantes y luego respondió, preguntando antes:

– ¿Creéis vos en la eterna vida del espíritu?

–Cuando veo criaturas humanas como vos, Reina del Éufrates, os digo que creo y quiero que el espíritu sea eterno.

–Para que podamos llegar a una conclusión aceptable –dijo con gravedad Ada–, os ruego que prescindáis de mi persona individual, pues yo soy un espíritu como los demás de cuya eterna vida tratamos. Si creéis en la eternidad de las almas y en que durante esa eternidad evolucionan y progresan por medio de largas series de vidas carnales consecutivas,

convendréis en que durante esas vidas se forman alianzas y afinidades que luego perduran también eternamente. Si la pastora enamorada de un príncipe tiene con él una alianza de éstas, ya podéis estar cierto de que las Inteligencias superiores que guían la evolución de los seres encarnados unirán a entrambos y nada ni nadie los podrá separar.

“Ese amor durará tanto como ellos mismos, y cuando llegados a su perfecto desarrollo espiritual se refundan en la Divinidad, no serán dos rayos de luz sino uno sólo por toda la eternidad.

“¡Pero si ese amor es la llamarada fugaz de un efímero deseo o de una vulgar pasión..., harta la bestezuela, terminada el hambre!...

“En este último caso, ni será justicia ni será deber que el príncipe aquel se una con la pastora de vuestro ejemplo, que acaso no tendrá aptitudes ni capacidad para secundar a él en sus altos deberes de dirigente de pueblos.

“Y en cuanto a los otros dos casos propuestos, os puedo decir lo mismo. El alma animada del deseo de la justicia y que obra conforme a ella, ya encontrará por fuerza de ley los medios de solucionar todos los problemas con altura, con rectitud y hasta con honra.

–Veo, Reina, y perdonad que no os obedezca, que a más de bellísima sois un vaso lleno de sabiduría por lo cual me permito haceros una pregunta más. ¿Habéis sentido alguna vez la avasalladora intensidad del amor?...

Ada leyó hasta el fondo del pensamiento del príncipe y con serena calma le contestó:

–Si por amor entendéis tan sólo la baja satisfacción de goces materiales y fugaces, no ha ocupado aún mi pensamiento. Pero si por amor entendéis el impulso incontenible de un alma hacia otra alma con la cual suben a la misma altura y cantan al mismo tono, ¡oh!..., tal amor ha llenado hasta hoy toda mi vida.

– ¡No os comprendo, Reina!...

–Ni me comprenderéis –le contestó sonriente Ada–, porque vosotros miráis el amor desde un plano y nosotros desde otro. El amor es una emanación de Dios, por no decir que es Dios mismo, y cada cual recoge de esa divina esencia lo que necesita para sí, de la misma manera que una abeja recoge el néctar de las flores, otra el agua de la fuente o las diversas sustancias necesarias para la elaboración de sus maravillosas colmenas. Figuraos pues que yo soy una abejita que extraigo esencia de florecillas acaso desconocidas de todos, que con ella elaboro la miel que satisface todos los anhelos de mi espíritu y que aún me da la energía necesaria para satisfacer los de muchos que así lo esperan de mí. ¿No es esto un mundo de dicha y de paz?

– ¡Mujer de alabastro!... –exclamó de pronto Erick, que se vio casi solo

con la Reina pues los demás estaban diseminados por las columnatas y el parque, aunque a corta distancia—. ¿Aún no me habéis comprendido? ¿Aún no habéis sentido la llamarada interior en que me abraso?

“¡Soñáis, Reina, soñáis!... ¡Un día os deberéis despertar y entonces hallaréis que el mundo es para vos como un sepulcro al lado de ese gran Rey que no ha sido para vos más que una antorcha, una torre de marfil, un astro lejano!... ¡Yo seré un Kobda..., vestiré la túnica azulada..., os amaré en silencio..., el mundo lo ignorará..., sólo lo sabremos vos y yo!... ¡Reina..., qué divinidad será la vuestra engrandecida por el amor!...

Una especie de vértigo sordo y tumultuoso sacudía fuertemente el cuerpo mental de Ada que oía sin creer lo que oía, como si fuera a otra que a ella, a quien fueran dirigidas tales palabras... Mas, tal estado le duró hasta que en un esfuerzo de pensamiento, buscó de internarse y sumergirse en el aura de amor de todos los que de verdad la amaban: sus hermanos y hermanas Kobdas, todos cuantos moraban en La Paz y con grande serenidad contestó:

—Por no turbar la dicha y la paz, de todos los que me aman en este Santuario, no exteriorizo mi desagrado por vuestras palabras, de todas las cuales, lo único que os acepto es el calificativo de mujer de alabastro que me habéis dado. Y porque antes que Reina, soy Kobda, os perdono el agravio que habéis inferido al Rey mi esposo, cuya alma es un ánfora desbordante de un amor que vos, en muchos siglos no llegaréis a comprender.

Y poniéndose de pie, dio dos palmadas hacia un grupo de niñas que estaban cerca y dijo como si nada hubiera ocurrido:

—Vamos en busca del Rey y de vuestro padre, que no deben estar lejos de aquí.

Erick no pareció oír y se quedó quieto y en silencio, en el mismo sitio en que estaba. Ada seguida de las niñas se dirigió por la columnata exterior hasta que al final de ella encontró a Bohindra con Lugal Marada y los Kobdas que se dirigían a la sala de audiencias.

—Os esperábamos, Reina —díjole el visitante complacido al verla—, pues estoy cierto que habéis curado a mi hijo.

— ¡Cómo! ¿Está enfermo?

—Desde hace cuarenta lunas padece la manía de ver una mujer velada que camina delante de él, atrayéndole irresistiblemente. He consultado a los más grandes sabios de todos los países que hemos visitado, hasta que últimamente oí hablar de la gran sabiduría de los Kobdas sobre las fuerzas ocultas, y dispuse este viaje siendo éste uno de los fines que aquí me han traído.

—Pero esa mujer —dijo Bohindra—, ¿tendrá, algún punto de contacto con circunstancias de la vida de vuestro hijo?

–Parece que no, pues él asegura que nunca la había visto. Sólo sabe que es rubia de largos cabellos, que su silueta es gentil y esbelta, su andar lleno de gracia y majestad, mas su rostro nunca lo pudo ver.

Bohindra sintió el pensamiento de Ada y ambos cruzaron una inteligente mirada. Una vibración de inquietud encontró el Thidalá en el alma de su Reina, y ella vio resplandecer en él la noble idea de un renunciamiento completo, absoluto.

Lugal Marada, ajeno completamente a este intenso diálogo del pensamiento de Bohindra y Ada, continuaba explicando el mal de su hijo.

–Cuando he visto a la Reina con sus largos y dorados cabellos y su velo blanco envolviendo su persona, he pensado en la visión que persigue a mi hijo, y él lo habrá pensado también.

“Según una creencia no vulgarizada todavía en las regiones del Cáucaso, dice que los dioses encarnan temporalmente en cuerpos que se preparan para esto, y permanecen en la tierra durante un cierto tiempo hasta que cumplan determinadas obras que los hombres son incapaces de realizar.

“Y es en estos casos que se producen visiones persistentes como la que ve mi hijo. Al ver que Erick salió de su adormecimiento habitual al ver a la Reina, he pensado en esa teoría de mi tierra. ¿Qué os parece Thidalá?

–Es casi indudable que juegan aquí fuerzas espirituales a las cuales dedicamos los Kobdas mucha atención porque son los principales factores que impulsan las humanidades encarnadas, y sin reconocer dichas fuerzas, quedan sin explicación una infinidad de cuestiones cuya solución busca el hombre inútilmente entre las células, moléculas y átomos de materia densa.

“Mas, no creáis, Cherú, que nuestra sabiduría nos libre de la necesidad de observar, analizar y estudiar a fondo cada caso. Por eso, nada os puedo decir por el momento, hasta tanto que una observación detenida me lleve a descubrir la verdad.

–Con vuestro permiso –dijo la Reina–, que mis palomitas se han desbandado por el parque y es hora de reunir las nuevamente.

Lugal Marada se inclinó profundamente y Ada se alejó.

El viejo Caudillo la siguió con la mirada en la que iba envuelto un pensamiento audaz, atrevido, conquistador como todos los suyos, que lo habían llevado a la convicción de que los dioses le daban todo cuanto él necesitaba para su engrandecimiento material.

Bohindra siguió esa mirada y percibió este pensamiento:

“– ¡Si este hombre dejara de ser el Thidalá del Éufrates y el Nilo, esa bella mujer perdería la ilusión de estar unida con él y yo tendría para mí y para la dinastía que fundo con mi nombre todo un continente!

Acaso esta mujer es una diosa encarnada que está marcando a mi hijo el camino de la gloria y del más grande poder después de desaparecida Atlántida”.

–Habéis solicitado una audiencia –dijo de pronto Bohindra a su interlocutor–, ¿la queréis privada o pública?

–Con vos, solamente –contestó Lugal Marada–, y si llegamos a buenos acuerdos, la haremos con solemnidad.

–Bien, hemos llegado a la Sala de Audiencias –dijo el Kobda Rey y volviéndose hacia dos Kobdas del Alto Consejo que a corta distancia le seguían, añadió–:

“Esperadme unos instantes, sin alejaros de aquí porque creo que os necesitaré en breve.

Ambos entraron. No dejó de sorprenderle encontrar en el gran estrado de piedra blanca a la Reina, a Evana con Abel y Adamú, a la derecha de su sitial y por el otro a sus dos viejos Audumblas, Sisedón y Tubal, más el viejecito Audumbla recién llegado del Nilo.

Bohindra, supuso que la Reina algo debía temer de los visitantes y quería ahorrarle momentos de incertidumbre.

–Parece que los dioses prescinden de nuestra voluntad y resuelven por sí mismos una audiencia solemne.

–Todavía no, Cherú –contestó Bohindra–, porque faltan aquí vuestro heredero y vuestros grandes Jefes de guerra, como faltan también los Kobdas de mi Consejo. Aquí sólo están los Audumblas del Éufrates y el del Nilo, llegado hace poco y que fue quien hace años me eligió para suceder al Chalit Ahermesú.

El Caudillo caucasiano miró a Evana y miró a Bohindra.

–Pero, ¿teníais una hija?... –preguntó con alarma, notando el gran parecido que había entre ambos.

–El único vástago que vive de mi primer matrimonio con una mujer atlante que desencarnó hace muchos años. Su esposo Adamú y su hijo Abel –añadió presentándole al visitante que les saludó cordialmente.

Mas Bohindra y los Audumblas notaron que esta noticia no había sido agradable al Cherú.

–Confieso que hasta este momento os creía un soberano sin herederos –dijo–, y ahora me encuentro con toda una familia perfectamente constituida. Justamente sobre ello debíamos ocupar una parte de esta audiencia.

–Hablad que os escucho.

– ¿Y cómo es que entre los Príncipes de vuestra Gran Alianza se espera con temor el momento en que los dioses os llamen a la inmortalidad sin dejar un sucesor de vuestra sangre? Porque para ninguno de ellos es un secreto que la que tomasteis por Reina-Esposa, es para vos sólo

una hija de adopción que para el caso que nos ocupa, ninguna ley obligaría a los pueblos a reconocerla como vuestra sucesora. Y juzgando las cosas bajo este punto de vista os quería proponer enlazar a vuestra hija adoptiva, que habéis elevado a compartir con vos el trono, con mi hijo Erick, reconocido ya como heredero de mi nombre y de mis dominios por todos los pueblos que me brindan su amistad desde el Ponto hasta el Ural, y desde el Caspio hasta los hielos eternos. Creo que un hombre de vuestra sabiduría y elevado conocimiento, no habrá pensado jamás en sacrificar a la joven que os fue entregada como esposa a un celibato forzoso, a menos que hubiera un voto.

Con admirable serenidad y sin la más leve alteración en su semblante, Bohindra contestó a las audaces insinuaciones del Cherú que pensaba sacar partido de la noble generosidad que era proverbial en el Rey Kobda.

—Veo que me juzgáis a la medida de todos los soberanos que hasta ahora habéis conocido, olvidando la circunstancia excepcional en que se desenvuelve mi vida. Yo no soy descendiente de reyes ni fui jamás heredero de ningún trono, ni vástago de ninguna dinastía. Soy sencillamente un hombre que salí desconocido y oscuro de mi país, perseguido por causa de un grande amor hacia la que fue mi primera esposa, hija de un príncipe tributario del Rey de Otlana. Su padre no quiso perdonarme el crimen de haber amado a su hija y fui un proscrito que buscó su amparo y su quietud en el Santuario Kobda de Neghadá sobre el Nilo. Acontecimientos que no he buscado ni siquiera deseado, me han traído a este lugar, y como sin sangre real he llegado a serlo, así espero que la Eterna Ley que marca rumbos a los pueblos y a sus dirigentes, cuando ellos obran con justicia y sabiduría, los marcará también en adelante cuando esa misma Ley destruya mi materia para dar libertad a mi espíritu.

“Desde luego que no he pensado ni pienso poner cadenas al corazón de la Reina, que llegada a mi lado con sólo catorce años de edad, hubiera sido innoble y bajo en mí, exigirle amor para un hombre que le doblaba en edad. Su padre el príncipe Jebuz de Galaad me la trajo como una ofrenda antes de aprobarse la Ley de la Alianza que anulaba las esposas secundarias, y yo la recibí en mi corazón como un don de Dios, y la he llamado mi Reina ante los príncipes de la Alianza reunidos. Ni ellos ni nadie tienen motivo real de inquietudes para el futuro porque, si desean herederos de mi propia sangre, aquí está mi hija Evana con su primogénito Abel y otro niño pequeño que duerme en su cuna, y cuya procedencia nadie puede negar, como no se os ha ocultado a vos al notar el gran parecido entre ella y yo. Y si no, la Gran Alianza misma elegirá el sucesor en igual forma que el Chalit Ahermesú me eligió a mí. ¿No os satisface mi respuesta?

–Mucho, pero lo que podemos hacer mientras vivimos, ¿por qué hemos de dejarlo para que otros lo hagan después de nuestra muerte? –volvió a preguntar el Cherú.

–Porque yo, antes que Rey soy un Kobda y los Kobdas tenemos por ley el no obrar jamás bajo la presión de ningún egoísmo, ni aún cuando esté disimulado por un aspecto de conveniencia general. Jefe de la más grande confraternidad de pueblos que se haya realizado hasta ahora, no puedo constituirme en un tiranuelo que busque subterfugios para acaparar el poder y el trono para toda su descendencia. Si los pueblos libremente me eligieron a mí, libremente elegirán también su conductor para después de mis días. Esto no es un obstáculo para que vos, Cherú, tratéis el asunto de enlazar a vuestro hijo con Ada mi hija de adopción, que aunque nuestros esponsales se celebraron solemnemente ante todos los príncipes de la Alianza, no existiendo de hecho el matrimonio, según la ley, puede cesar cuando cualquiera de los cónyuges lo desee. Interrogad pues a la Reina como si estuvierais sólo con ella, que lo que ella decida será aceptado por mí.

Ada desde el principio del diálogo que acabamos de conocer, se había tornado tan blanca como el velo que la cubría. Ninguna gota de sangre parecía circular por su faz de terciopelo. Sus claros ojos fijos en el tapiz que cubría el pavimento delantero al estrado, parecían haberse cristalizado como dos luminosos topacios en una estatua de nieve. Bohindra que la tenía a su lado sin mirarla, sentía su interior tortura y aislándose de ella con su propio pensamiento, buscó dejarla sola en ese instante para que con plena libertad decidiera su camino. Los demás comenzando por Abel pensaron al unísono: “Que la Reina responda a la voluntad del Altísimo”.

–Habéis oído nuestra disertación, oh, Reina, ¿cuál es vuestra decisión? No olvidéis que el Thidalá puede dejar de serlo por voluntad de los Príncipes de la Alianza que lo han elegido, mientras que mi hijo es heredero legítimo por derecho natural y divino de una dinastía que es la más sólida que hoy existe. A más, que vuestra juventud no puede agostarse así en una perpetua soledad.

Así habló el Cherú dirigiéndose a la Reina Ada, que parecía no dar señales de vida.

–Puesto que el Thidalá, que es mi Rey y mi dueño, deja a mi voluntad la decisión, permaneceré en el mismo lugar que he ocupado hasta hoy a su lado. Si me llaman Reina porque él es un Rey, me llamarán pastora o labriega o esclava, si él baja del trono para ser pastor, o labriego, o siervo.

“El tesoro de nobleza y de bondad que encontré en el alma de Bohindra, no lo cambia Ada de Galaad por tronos ni por dinastías. Vuestro

hijo me ha llamado hace unos instantes: “mujer de alabastro”, y puede que tenga razón.

“Ahorrad, Cherú, toda nueva insistencia porque lo dicho, dicho está.

Evana sin poderse contener abrazó a la Reina llorando a grandes sollozos.

Bohindra conmovido también tomó su rubia cabeza y la besó en la frente, mientras le decía:

– ¡Alma de madre selva!, no quieres dejar solo al viejo cedro en que te has enlazado. Lo mismo te hubiese amado si otra hubiera sido tu decisión, que me hace demasiado feliz porque a través de ella continúo viendo a la amada y amante Sadia de mi juventud.

–Tu decisión era la que yo esperaba. ¡Reina de La Paz! –díjole Abel hablando por primera vez, y besando la helada mano de Ada que continuaba inmóvil en su sitio, sin dar otra señal de escuchar y percibir todo cuanto se desarrollaba en torno suyo, que dos gruesas lágrimas que habían quedado pendientes de sus párpados entornados.

–La Reina Ada –dijo Sisedón–, ha demostrado una grandeza de alma que la levanta a la altura de su noble compañero, por lo cual debemos pensar, que jamás será ella un obstáculo en el futuro para el más amplio y justo desenvolvimiento de la Gran Alianza, aún en el caso de desaparecido el Thidalá de la vida terrestre.

–Y aún cuando ella –añadió Tubal–, hubiese sentido interesado su corazón juvenil en este asunto y aceptase nuevos esponsales con el Príncipe Erick ¿Qué saldríais ganando Cherú para vuestra dinastía y para vuestros dominios? Creo que sabréis que los Kobdas aún cuando los acontecimientos los hayan llevado al trono, nada poseen por sí mismos como individuos, pues la Gran Fraternidad Kobda a la que se alistaron por libre voluntad es la depositaria responsable de toda cosa que represente valor, ya sean tronos, dinastías o pueblos. De modo que en este caso, el Príncipe Erick habría tomado para esposa a Ada de Galaad, hija del Príncipe-Caudillo de la región oriental del Descensor, a cuyos derechos ella renunció en favor del mayor de sus hermanos varones, que ya ejerce autoridad bajo la tutela de su padre Jebuz.

El Caudillo caucasiano se inmutó visiblemente pues las observaciones de Tubal ponían al descubierto su anhelo, muy humano por cierto, de un engrandecimiento material, casi fabuloso.

El viejecito Audumbla del Nilo, cuya facultad clarividente se había fortificado mucho al entrar en el aura conjunta de los Kobdas de La Paz, había visto desde el principio como pintado en un lienzo el magnífico castillo de grandeza futura que mentalmente había creado Lugal Marada, castillo que vino a resultar de naipes sobre el plano de cristal del altruismo y elevado miraje de los Kobdas.

–Si me permitís –dijo–, diré unas palabras en esta audiencia, que es el número doscientos quince de este mismo estilo que he presenciado en mis largos años de Audumbla del Nilo. Y como soy el más anciano de todos los presentes, probaremos sacar de la experiencia, lo que a veces no surge de las combinaciones ingeniosas de los hombres de Estado.

–Hablad –díjole Bohindra.

–Ya os escucho –añadió al mismo tiempo el visitante.

–Vos, Cherú, queréis para vuestro heredero una esposa noble, bella, excelsa, llena de las más grandes y hermosas cualidades, y es un deseo justo en todo padre, jefe de una gran dinastía, y elegisteis a la joven Reina Ada, sin contar con que ella podía no aceptar vuestra propuesta.

–Naturalmente –contestó el Caudillo–, porque sabiéndola hija de adopción del Thidalá, al cual le fue traída de regalo como una piedra preciosa, creía que era él su dueño y señor, y creí que él mandaría sobre ella, como yo sobre mis mujeres y mis hijas. Pero veo que aquí las mujeres son tanto o más soberanas de su voluntad que los hombres, y esto claro está que ha sido mi primer tropiezo.

–Y queríais vos –añadió el viejecito–, este género de alianza para dar a vuestra dinastía una grandeza que ningún soberano alcanzó hasta hoy, ¿verdad?

–Claro que sí, ¿Qué otras miras cabe tener y sustentar a un dirigente de pueblos?

–Pues, perdonad que os diga, que después del primer tropiezo hubierais encontrado varios más, mucho mayores que el primero. Vos, Cherú, ignoráis cual es la base de la grandeza del Thidalá-Rey de Naciones. Él no recorrió comarcas seguido de grandes ejércitos formados con esclavos comprados como majadas de ovejas. Él no ha conquistado por asalto o por imposiciones más o menos onerosas, las grandes ciudades y países que le reconocen como soberano del Nilo y del Éufrates, no ha salido jamás. Su grandeza está en el amor y en la equidad de que ha rodeado todas sus leyes, sus obras, sus resoluciones, en tal forma y con tal fuerza de atracción que desde el sur de las cataratas del Nilo hasta las montañas de Havilá, hasta el último pastorcillo sabe que él vale tanto como un príncipe en el corazón de este Rey, cuyo trono no está hecho de oro y piedras preciosas sino de corazones de hombres, mujeres y niños, ancianos y enfermos, para quienes ha brillado el sol y han florecido los campos, porque este Rey-Kobda ha tomado para sí la representación del Dios-Amor sobre los pueblos.

“Siendo esto así, ¿creéis, Cherú, que aunque vos hicieras una alianza matrimonial con una persona íntima del Thidalá, conseguiríais que todos estos pueblos olvidasen los largos años de abundancia, de paz, de confraternidad, para ponerse bajo la mano poderosa de un soberano que

ha hecho su grandeza por la conquista armada y que pasea victorioso con ejércitos de esclavos comprados a oro?

“Perdonad la ruda franqueza de un viejo, pero por vuestra conveniencia tomad en cuenta mi observación, y mostrad primero a los pueblos que tenéis un corazón más grande y noble que todos ellos juntos; que vuestra justicia y vuestra piedad no tiene igual sobre la tierra, que sois un padre lleno de amor para el último de vuestros servidores. Decid a vuestros pueblos como el Thidalá: “no hay más esclavos, no hay más leyes que torturen y maten a los hombres, no hay más comerciantes de carne humana, ni mujeres relegadas a la condición de bestias de cría, ni seres hambrientos y desnudos despojados por los fuertes, ni guerreros de ataque, de pillaje y de crimen”. Decid así un día a vuestros pueblos y, ¡quién sabe!..., si a la desaparición del Thidalá del Éufrates y el Nilo, la gran Alianza viendo en vos un retrato suyo, pondrá en vos, Cherú, su mirada, sin necesidad de que busquéis combinaciones de ninguna especie para engrandecer vuestra dinastía.

“¡Oh, Cherú, Cherú!... He visto muchos príncipes que sueñan con ser grandes sobre toda grandeza humana, pero he visto muy pocos que busquen la grandeza que da el amor de los pueblos como compensación a la justicia, a la equidad y a la magnanimidad de un Rey.

El Cherú inclinó su frente, pensativo, como abrumado bajo un enorme peso. Bohindra lo comprendió y dijo:

–A todo lo expresado por el anciano Audumbla del Nilo, me corresponde añadir que a no haber sido por la valiosa y decidida cooperación de mis hermanos de ideal, los Kobdas de todas estas comarcas, yo solo no habría sido capaz de llevar a los Príncipes de la Alianza a la convicción de que el amor es la más grande fuerza de que puede rodearse un soberano.

–Todo está muy bien lo que decís, pero olvidáis que yo soy ya un anciano y que acaso moriré mucho antes que el Thidalá y sin haber tenido tiempo de implantar las obras y leyes a que habéis aludido –dijo con un dejo de amargura el Cherú.

–Pero pensabais no ha mucho en vuestro heredero que es joven y comienza su vida –dijo Sisedón.

– ¿Y qué?

–Qué él puede terminar lo que vos comencéis. ¿No contabais con él para vuestra grandeza futura?

–Si os parece, llamadle aquí –dijo Bohindra–, y escucharemos sus razonamientos.

Adamú salió en su busca y apenas llegado a la puerta volvió con dos hombres de los del Cherú, azorados hasta lo sumo.

– ¿Qué hay? –les interrogó en su lengua.

–Que el Príncipe Erick poseído de extraña furia echó a pique su embarcación y apuñaleándose fieramente se arrojó también a la corriente del río gritando: “¡Me aplastó la mujer de alabastro!”.

El cuadro prometía ser horrible por la desesperada furia que se adivinaba en el padre, pero Bohindra y los ancianos le calmaron, y sin ceremonias de ninguna especie corrieron hacia el sitio de la catástrofe donde ya encontraron a los Kobdas de los cultivos que sacaban al joven herido, y puesto en una camilla le conducían a la enfermería del Santuario. Bohindra y los más avezados a esta clase de enfermos lo rodearon, dándose cuenta de que sus heridas eran graves, pero que permitían aún esperanza de salvarle.

–No os desesperéis, Cherú –dijo Bohindra al Caudillo–, que vuestro hijo vivirá con el favor de Dios.

–Olvidad que vine a destruir vuestra dicha, por piedad, y curadme a mi hijo –suplicó sollozante el viejo Caudillo–, olvidadlo todo y yo seré el más adicto de vuestros amigos.

–Calmaos –añadió Bohindra–, que los Kobdas por ley hacemos bien sin esperar ninguna recompensa. Aquí se curará a vuestro hijo, aún cuando nos dijerais que nada podíamos esperar de vuestra amistad.

Mientras tanto el herido murmuraba entre dientes cuando le practicaban las primeras curaciones:

– ¡Tan bella y es de piedra!..., los dioses la hicieron de alabastro y sin corazón.

121

LA JUSTICIA DE IBER

Bien recordará el lector al joven príncipe del país de Nairi y de Ethea, a Iber, el hijo de Shiva que por elección de los nairianos y por decisión del Príncipe Elhizer, había ocupado el alto puesto de gobernante de ambos países.

Leyendo y releendo la Ley de los Kobdas, recordando episodios llenos de sublime grandeza en las vidas de Anfión el Rey Santo de Orozuma, Iber iba conduciendo aquellos pueblos por los caminos del verdadero progreso que no sólo consiste en las abundantes riquezas materiales sino también en el hábito de obrar el bien. Selyman y los otros seis Kobdas que le rodeaban eran sus auxiliares y cooperadores en su obra silenciosa de educadores de pueblos.

Elhisa y sus compañeras de Monte Kasson, le secundaban también pues comenzando por las Berecinas y sus siervas, habían extendido su acción civilizadora a las numerosas familias de pastores y labriegos que

poblaban aquellos contornos. Las Manh-Bluas como les llamaban a las mujeres Kobdas en la lengua de la comarca, que significaba “madres azules”, habían hecho verdaderas transformaciones en los hábitos y costumbres de los pobladores.

Las inútiles y ociosas Berecinas habían olvidado su odioso papel de muñecas de placer y de juguete, para convertirse en verdaderas madres de sus propios hijos y de todos los desvalidos, enfermos y huérfanos, que llegaban a buscar amparo en los Refugios o enfermerías establecidas junto a los mismos Santuarios Kobdas o al pie de Monte Kasson, donde se alzaba la fastuosa morada que conocemos.

Las mujeres Kobdas con su elevación de miras que les era habitual y apartando de sí mismas todo egoísmo iban preparando aquellas mujeres, esposas que habían sido de príncipes y caudillos, para gobernarse por sí solas en medio de la sociedad.

–Pues, no siempre –decíales la Anciana Elhisa–, habéis de estar bajo nuestra tutela. Os hemos marcado la ruta que os llevará a la paz y a la felicidad en cuanto es posible obtenerla en este planeta de expiación y de prueba; ahora os toca a vosotras el ensayaros a caminar solas por ese sendero.

Y al efecto se estableció que las Berecinas formarían un Consejo de las diez más antiguas para regir el establecimiento, con todas sus dependencias de Talleres, Refugios, Orfanatos y Enfermería. Y Elhisa había dicho a Iber y a su hijo, el Príncipe Elhizer:

–El agotamiento de mis muchos años pronto me impedirá toda esta actividad que es necesario desplegar aquí, y aunque otras de mis hermanas quisieran sacrificarse en mi lugar, pienso que estas Berecinas deben dar de sí como lo que son: mujeres, madres o esposas que se deben a sus pueblos con toda su capacidad, con todos sus esfuerzos.

Ambos habían aprobado la idea de la Anciana, y permaneciendo aún las Kobdas en su apartado pabelloncito de Monte Kasson, las Berecinas comenzaron a regirse por sí solas, acudiendo sólo a las mujeres Kobdas en casos cuya gravedad les dificultara en extremo la solución.

–Según la justicia que yo comprendo –decía a su vez Iber–, yo soy un príncipe de prestado y debo un día dejar este lugar a aquellos que me trajeron a él. ¿No os parece así, padre mío?

–Hijo mío –le respondió su padre–, la justicia es una reina mágica que aparece de muy diversas maneras y aspectos, en forma que tú nunca puedes decir que viste de blanco, o de rojo, o de amarillo o azul, porque cuando tú le ves de un color, yo lo veo de otro, y un tercero también de otro. Para los unos es rígida y severa, para los otros es dulce y bondadosa.

–¿Dónde está pues la justicia única y verdadera? –interrogaba nuevamente el joven Chalit.

–En esta tierra todo es relativo. Nada es absoluto, completo, perfecto; pero esto no significa que un jefe de pueblos esté impedido de obrar con el mayor acercamiento posible a la justicia. Acabas de indicar tu deseo que algún día vengan a ocupar este lugar tuyo, los herederos naturales de los que antes que tú gobernaron los países de Nairi y Ethea, ¿no es así?

–Justamente, ese es mi pensamiento.

–Y será un gran pensamiento –añadió Selyman–, si entre ellos surgen hombres capaces de continuar todo lo que tú has empezado. Será en verdad una bella obra de justicia que habrás realizado. Pero suponte que fuera todo lo contrario, y que apartado tú de este sitio, ocurriera en estos países lo que al desventurado Etchebea, cuya debilidad y complacencia exagerada llevó su propio país a la esclavitud y a la ruina. ¿Podría decir que hubo justicia en tu decisión?

–Yo nunca fui gobernante de pueblos y no obstante estoy en este lugar, y con el favor de Dios he podido hacer algo útil y bueno. ¿Por qué pues habrá tales dificultades para otros?

–Tú has obrado conforme a la Ley Eterna buscando el bien de estos pueblos antes que tu gusto y tu capricho, y has obrado así debido a la evolución de tu espíritu y a la educación que has recibido desde tu niñez en la elevada escuela de nobleza y altruismo de los Hijos de Numú. Otros seres de tu misma evolución y educación como tú, sí que podrán reemplazarte, comprender tu obra empezada, continuarla y terminarla.

– ¿Dónde están esos seres?

–A formarlos y prepararlos sabes muy bien que están destinadas esas dos grandes Escuelas de rectitud, de honradez y de justicia que llamamos los Pabellones de los Reyes junto al Santuario Kobda de La Paz, en el Éufrates. La vasta institución educadora de princesas y de siervas de Monte Kasson tiene la misma finalidad.

“Es que tú corres mucho, hijo mío. Aún no has llegado a las cincuenta lunas de gobierno y ya quieres tener multitud de hombres y de mujeres capacitados para reemplazarte con ventaja. ¡Tiempo al tiempo!

Esta plática del padre y del hijo fue interrumpida por un mensajero que anunciaba la presencia de los dos hijos menores del Príncipe Elhizer con su primera esposa, aquella que le había sido impuesta por voluntad paterna en su primera juventud y con la cual nunca llegaron a amarse. El lector recordará que ella, por propia voluntad, quiso retirarse con sus hijos a las tierras que fueron la dote que llevó al matrimonio, donde ella era reconocida como heredera de un conjunto de pequeños pueblos en las orillas del Río Aras. Ambos jovencitos el uno de dieciséis años y el otro de dieciocho presentaban el más desastroso aspecto de miseria y de hambre. Su hermano mayor se había casado con una hija de Lugal Mareda, que tenía grandes ambiciones basadas en la grandeza de su padre,

y de tal modo había sugestionado al esposo con sus encantos naturales y con sus hábiles maneras que él juzgaba lo mejor y más justo aquello que su mujer le indicaba. Pronto surgieron choques de voluntades entre la suegra y la nuera, que fue algo respetada mientras vivió su padre, pero habiendo desaparecido éste, no se le tuvo ya ninguna consideración. Los dos hijos menores unidos a la madre, se vieron postergados junto con ella al principio, y luego perseguidos aduciendo que pretendían sublevar a los pueblos en contra del heredero legítimo, su hermano mayor. Y madre e hijos tuvieron que salir de su propio país, y ya azotados por el dolor pensaron en Elhizer su padre, al cual habíanse demostrado muy indiferentes, acaso participando de la misma fría indiferencia que por él había sentido la madre. Demasiado duro y penoso el viaje sin recursos para una mujer, ella envió a sus hijos a pedir piedad al que fue su marido, pues ignoraba que aquel estaba en La Paz, en las orillas del Éufrates.

Cuando ambos jovencitos expusieron a Iber la dolorosa situación que atravesaban, Selyman dijo a su hijo:

–La Ley Eterna se encarga de responder por sí misma a tu honda interrogación: ¿Dónde está la justicia verdadera y única, la justicia que yo busco? El que comete todos estos desastres es un heredero natural del príncipe Elhizer de Ethea. Con que ya lo ves, ¿qué habría hecho en este país si aquí hubiera gobernado?

– ¡Mientras la humanidad no llegue a mirar en primer término la evolución del espíritu y sus alianzas y destinos, y en segundo sus vínculos de sangre e intereses materiales, siempre habrá déspotas y tiranos, esclavos y mártires! –exclamó Iber hundiendo su cabeza entre sus brazos cruzados sobre la mesa que tenía ante sí–. ¡Oh, el oro y el poder acaparado y ambicionado por aquellos que menos capaces son de poseerlo sin daño de sí mismos y de los demás!...

“Bien habéis hecho pobres niños en venir a los hombres de toga azul en la hora del dolor –dijo, dirigiéndose a los hijos de Elhizer–, porque aunque vuestro padre dejó de ser el Caudillo de este pueblo, su piedad sigue floreciendo en esta tierra por bondad divina. Venid conmigo a descansar de vuestro largo y penoso viaje que antes de una nueva luna, el Altísimo nos enseñará el secreto de haceros recobrar vuestra dicha y vuestra paz.

Y mientras Selyman entró al interior de aquella morada seguido de aquellas dos víctimas del despotismo de un ser de su propia sangre, Iber continuaba sumido en su misma profunda interrogación:

“¿Cómo hallar, Dios mío, la justicia única, verdadera, excelsa por todos lados que se la mire?”...

Y saliendo a la pradera a refrescar su frente al suave contacto de la brisa en aquella mañana sin sol, dejó bogar su pensamiento por la

infinita inmensidad que serena se abría ante él. A su frente se diseñaban las verdes colinas que le ocultaban la línea azulada del Mar Grande de la cual y en una brumosa lejanía se levantaban como perfiladas en el azul del cielo las elevadas crestas del Tauro. Detrás de una de aquellas verdes colinas, estaba la Caverna de Gaudes donde había nacido Abel, donde Adamú y Evana habían visto florecer su amor de adolescentes, donde él mismo en su anterior encarnación como Milcha, había llorado tanto, amado tanto y esperado tanto.

–Entonces –se decía Iber–, haciendo el pan, cociendo legumbres, secando frutas, cuidando dos niños estaba para mí cumplida toda justicia. Pero hoy..., ioh, Dios mío!..., que pesada e inmensa es para mí la justicia cuando dos numerosos pueblos la piden y la esperan de mí. Yo no quiero que nadie llore, que nadie padezca, que nadie se queje por una decisión mía. Mas encuentro a mi paso seres malvados y egoístas, y seres débiles, ignorantes y egoístas también. Y en el choque de sus deseos y necesidades, ¿cómo encontrarte, ioh!, bella justicia, madre de la paz y la abundancia?

De pronto las nubes arremolinadas por el viento se entreabrieron y un sol de otoño esplendoroso envolvió en nimbos de oro la pradera rumorosa, mientras un viento cálido del Ecuador comenzó a agitar con fuerza las ramas de los árboles.

– ¡Malo, malo!... –refunfuñaba un hortelano–. Toda la fruta de mi huerto caerá en un solo día, las orugas la picarán antes de que yo pueda recogerla y perderé un tercio de ella por lo menos.

– ¡Bien, bien!... –así cantaba un pastor–, mis ovejas y mis cabras se beberán toda el agua del remanso, mis cántaros de leche se redoblarán y tendré un gran rendimiento de queso y de manteca.

– ¡Maligno calor!... –se quejaba un grupo de campesinos dedicados a la caza de aves y de rumiantes, para llevarla después a las grandes capitales–. Estas llamaradas de fuego dañarán nuestra cacería de hoy y cuando podamos llegar a Gutium nos será rechazada.

Iber escuchaba y meditaba.

–La naturaleza –decía–, encierra las grandes manifestaciones de esa eterna Energía, causa de toda vida, que llamamos Dios. Y aún siéndolo no puede obrar en consonancia con todos los deseos, anhelos y necesidades de otra porción más elevada de sus mismas obras. ¡Verdaderamente la justicia sólo existe en esta Tierra considerada como igualdad, no como reflejo de la felicidad para los seres! Para fabricar su morada el hombre arranca piedras a golpe de pico, desgarras las entrañas de la roca viva que sangra en chispas de fuego, o filones de negro betún o aristas de dorado metal. Troncha árboles que sangran también como carne viva herida y palpitante, y montañas y bosques desaparecen de la

faz de la tierra como los hombres bajo la tierra en que todo se disgrega en cenizas.

“La oveja llora porque el tigre es feliz devorando su corderillo.

“La paloma gime porque el buitre es feliz devorando los polluelos que arrebató de su nido.

“El pez grande es feliz con la muerte de millares de pequeños pecillos que satisfacen su hambre.

“Y todo es así en esta Tierra, donde la justicia es un símbolo, un ideal, una visión que sólo se alcanza en globos de una avanzada evolución donde no es necesario destruir para crear, donde todos los seres, absolutamente todos, viven de la producción de las especies inferiores y de los frutos de la tierra.

“¡Oh, calla pensamiento inquieto mío y no corras más porque es un cansancio inútil y una fatiga perdida! ¡Oh, justicia, justicia!..., sueño contigo, te busco y por fin te hallo, ¿dónde?..., ¿cuándo?..., allá en Vhega lejana y radiante, cuando la voz de lo infinito haga detener mi marcha para decirme: “Vuelve a tu cuna alma doliente, vuelve a tu cuna y a tu casa donde vivirás sin ver el dolor ni en los unos ni en los otros”.

Iber comenzó a desandar el camino recorrido diciéndose para sí mismo: “Mi justicia está hoy por hoy en defender al débil de las garras del fuerte, y en hacer comprender a los hombres que el menos egoísta es el más feliz”.

Y encontrándose con los dos jovencitos que venían a pedir amparo les dijo:

–Si vosotros y vuestra madre no ambicionáis grandezas ni poder, podéis aquí en los pueblos que fueron de vuestro padre, vivir en paz y sosiego. Un rebaño de ovejas y de antílopes, un huerto lleno de los dones de Dios y el amor de todos los hombres pacíficos y laboriosos, será vuestra recompensa.

“Os daré seis camellos y dos elefantes cargados de provisión para vuestro viaje y para conducir aquí a vuestra madre si es de su agrado mi ofrecimiento.

“Paz, abundancia y amor tendréis aquí, mediante la virtud y el trabajo, ¿Eso os basta? ¡Venid! Que esa sola justicia me está permitida para vosotros. –Los dos jóvenes permanecieron impasibles y silenciosos.

– ¿Encontráis mísera mi protección? ¿Deseabais que un ejército de arqueros llevara en sus flechas la justicia sobre vuestro hermano mayor?

–Eso es lo que espera nuestra madre –respondió el mayor.

–Pues eso es lo que no haré –dijo Iber con gran serenidad–. ¿Cuántos hombres, mujeres y niños caerían víctimas de una lucha a muerte entre mis guerreros y los de vuestro hermano?

– ¡Oh!..., muchos, seguramente –volvió a contestar el joven.

–Y, ¿qué especie de justicia es esa que hiere, mata y aniquila a seres inocentes para que vuestra madre vuelva a ocupar su sitio de soberana y un destacado lugar al lado del Príncipe, su hijo?

–Tenéis razón, mas nosotros no volvemos allá con esta respuesta pues que tal fue su mandato: “Si no venís al frente de un cuerpo de guerreros que me hagan justicia, no os presentéis más ante mí, porque me habréis probado que tenéis la sangre de vuestro padre y no la mía”.

Iber pensó en el conflicto que podría significarle retener aquellos dos jovencitos que aún dependían de su madre y sobre los cuales su padre ya no tenía autoridad según la ley de la Alianza, pues al quedar ellos con la esposa, dotada y libre, era ella soberana dueña de su persona y de sus hijos, hasta dos décadas de edad que marcaban la independencia y la mayoría en los no primogénitos.

–Quedad aquí –dijo de pronto–, y bien acompañados os enviaré a La Paz, junto al Éufrates, donde reside el Thidalá, Rey de Naciones, Jefe de la Gran Alianza y donde también está vuestro padre, que seguramente gozará con vuestra presencia. Allí se resolverá vuestro asunto y será bien marcado vuestro camino.

“Olvidad por el momento a vuestra madre, que con este acto demuestra no tener sentimientos de tal, sino una desmedida ambición de mando y de grandezas. Esa ambición la apartó un día del esposo, ahora la aparta de los hijos. Justicia será en vosotros dejarla seguir su camino sin que os arrastre con ella al abismo.

“¿Estáis conformes?”

–Lo estamos –contestaron ambos–. Haced con nosotros como habéis dicho.

Y buscando de confortar su espíritu debilitado por las cavilaciones, Iber dijo a su padre:

–Acompañadme a Monte Kasson que quiero llevar al corazón de la anciana Elhisa la alegría de ver estos retoños de su hijo, por los cuales ella tanto ha suspirado pues presentía su desgracia.

Y caballeros encima de mansos asnos, emprendieron el mismo viaje que el lector recordará realizado por Abel y sus jóvenes compañeros un año antes, y a cuyo regreso les siguió Zurima disfrazada de pastor.

Al llegar se encontraron con una gran novedad.

A la puerta de la suntuosa Mansión de las Berecinas de Ethea había tres elefantes enjaezados con gran lujo y esplendor, sobre todo uno que aparecía casi cubierto con un amplio dosel de riquísima púrpura. Una decena de camellos con hermosas monturas y otros tantos criados de extraña indumentaria, les hicieron comprender que algún fastuoso príncipe extranjero era huésped de la casa.

Las Kobdas de Monte Kasson, todas mujeres de edad madura amaban

a Iber con gran predilección no sólo por lo que era, sino también por lo que en su anterior existencia había conquistado como espíritu de la grande Alianza del Verbo de Dios. ¿Quién podía olvidar a la heroica esclava Milcha de la Caverna de Gaudes? Y él con agraciada sencillez solía decirles cuando las visitaba: “Para vosotras soy Milcha... ¡Siempre Milcha!..., tratadme pues como a la pobre ermitaña de la Caverna de Gaudes”. Y las Kobdas tenían para él ternuras de madres.

Apenas llegó le informaron que el Gran Cherú de Tracia había sido asesinado en una sublevación de sus guerreros, y su primera esposa con un hijito de pocos años y cuatro esclavas fieles, habían llegado a pedir refugio y seguridad para su vida entre las Berecinas de Monte Kasson. Por los mercaderes encargados de la venta de las obras de arte fabricadas en los Talleres, ella había llegado al conocimiento de la existencia de esta Mansión Retiro de princesas, que estando bajo la tutela de la Gran Alianza del Éufrates y el Nilo era como una fortaleza inexpugnable. Había huido por mar hasta Pamphylia donde se unieron a la caravana que a una milla del Mediterráneo o Mar Grande conducía directamente a Monte Kasson, jornada ya conocida de todas las caravanas que dejaban y recogían allí mercancías.

Iber quedó paralizado, como si tal noticia le desagradase. Las Kobdas comprendieron su inquietud.

–No temáis, hijito –díjole la anciana Elhisa–, que esta mujer no llega como una soberana sino como una perseguida, y por tanto no os traerá conflictos.

– ¡Alabado sea el Altísimo! –exclamó el joven Chalit respirando con tranquilidad–. Estoy tan lastimado de las quejas de los unos y de los otros, que vine aquí para curarme de esas heridas, no para abrirme otras nuevas.

–Tranquilizaos pues, que entre tantas madres como aquí os rodean, probaremos de devolveros la alegría y la quietud.

– ¿Os recordáis de mi nietecita Alvina, la niña de las rosas blancas como la llamaban todos?

– ¡Oh!..., ya lo creo, si era un encanto esa criatura –respondió el Chalit.

–Y, ¿recordáis también a su madre la joven del país de Arab que encontró en Abel la realidad de una visión de su niñez? –volvió a preguntar la Anciana.

–Sí, Zurima, que dejó la materia en los accidentes de los desbordamientos del Éufrates –dijo Iber.

–A los diez días del hecho, su cuerpo astral nos apareció aquí –dijo Luvina–, deshojando rosas blancas en la pilastra de agua de la rotonda, para calmar la fiebre de unas ancianas enfermas que teníamos allí

recostadas. Y nos anunció que pronto vendrían aquí sus dos hermanas vendidas como esclavas al Gran Cherú de Tracia; que las traía Beni-Abad, nuestro buen hermano de Neghadá, que aún antes de desencarnar en aquel Santuario realizaba trabajos astrales durante el sueño protegiendo a sus dos nietas que eran espíritus de nuestra alianza.

–Y, ¿están aquí? –preguntó Iber comprendiendo que habían llegado en el cortejo de la perseguida soberana de Tracia.

–Están –contestó Elhisa–, y son tan parecidas a Zurima que aún cuando no hubiéramos tenido tal aviso espiritual, creo que habríamos adivinado el vínculo de sangre que las unía con ella.

Zelmira y Aben-Iza que así se llaman, no son espíritus del alto vuelo de su hermana, pero sí se nota ya en ellas una tendencia marcada al bien y a la rectitud.

– ¿Y qué pensáis hacer con ellas?

–Eso lo decidirán ellas mismas. Sabemos que en La Paz está su madre, Azoris, que llegó en busca de Zurima. Sabemos que Diza-Abad, el hijo extraviado de Beni-Abad, las buscaba para restituirlas a su pobre madre. Acaban de ser traídas por la Bondad Divina a nuestro lado y juzgamos que será para que ellas sigan el camino que la Ley les haya marcado. Ahora su ama descansa y si ella obra con la justicia que demuestra desear, les dará sin duda la libertad pues que a ello trataremos de inducirla. Bien sabéis que aquí terminan todas las tiranías y todas las esclavitudes.

Así hablaban a Iber y a Selyman las Kobdas, cuando un fuerte perfume que adormecía les llegó en las ondas del viento, y una música tan suave y lánguida, tan melodiosa y triste, que casi arrancaba lágrimas.

– ¡Que injusto soy! –exclamó Iber de pronto–. Olvidaba decir, Mangrave Elhisa, que detrás de mí vienen dos nietecitos vuestros por los cuales habéis llorado mucho... Parece que esas notas musicales me volvieron al recuerdo.

– ¡Los hijos de Gláfira, la primera esposa de Elhizer! –exclamó la Anciana.

–Deben haber llegado recién pues que mi padre y yo nos adelantamos para anunciarlos –añadió el joven Chalit, saliendo para conducirlos.

Ellos eran en efecto los que tocaban una dulce balada de las montañas caucásicas en un pequeño instrumento de cobre y hueso muy usado en aquella tierra.

Y el penetrante perfume adormecedor nacía de la piscina de baños en que la destronada Cherúa de Tracia acababa de sumergirse ayudada por sus esclavas, que vertían en el agua las adormecedoras esencias.

–He aquí –dijo Iber entrando nuevamente con los dos jovencitos–, que las dulces notas de vuestros gluos anunciaron alegremente vuestra

llegada. Aquí tenéis a la madre de vuestro padre. –Ellos quedaron impasibles.

–No me amáis, ¿verdad? –les preguntó dulcemente Elhisa con sus ojos llenos de amor y de emoción, casi lloraba.

–Nuestra madre nos dijo que erais una hechicera que habíais embrujado a nuestro padre... –murmuró el mayor.

–Pero eso no es verdad –gritó el menor, arrojándose a los brazos de la Anciana que lo estrechó sollozando.

Selyman murmuró breves frases al oído del otro joven, el cual sin resistencia se acercó a Elhisa y tendiéndole sus manos, le decía:

–Perdonad, Mangrave, mi franqueza..., tuve miedo de la invisible fuerza que os rodea; parecéis encerrada en un fanal de luz solar...

Las Kobdas se miraron, pues comprendieron que aquel jovencito percibía el aura de Elhisa que era de una claridad amarillenta de topacio.

–Es un vidente –se dijeron con sus inteligentes miradas, mientras la anciana estrechaba las cabezas rubias de sus nietos sobre su viejo y amante corazón.

–¿Por qué tenéis esa claridad en torno vuestro? –preguntó de nuevo el jovencito.

–La Ley Eterna os ha permitido verla en tal forma porque existe en vos esa facultad cuando un ser de progreso intelectual y moral os envuelve con irradiaciones de amor –le contestó Selyman, anticipándose a Elhisa en responder–. Eso sólo debería bastaros para pedir a vuestra Mangrave que os sirviera de guía, con la seguridad de que os conduciría hacia la dicha verdadera.

–Ella dio luz a vuestro padre –dijo Iber–, cuando apesadumbrado por las rudas y ásperas luchas de su casa y de su pueblo, fluctuaba en un mar alborotado sin acertar con el camino verdadero. ¿Por qué no abris vuestras almas a vuestra buena Mangrave, cuyo corazón es para toda amargura como un panal de miel?

La Anciana les miraba en silencio acariciando sus bucles dorados mientras las Kobdas fueron retirándose discretamente.

–Hablad con ella un rato, que algo tendréis que contarle de vuestro país de nieve, –añadió Iber–, mientras mi padre y yo vamos a aprender también cómo hacen la justicia estas Manh-Bluas, cuya fama ha pasado ya las riberas del Mar Grande.

Y Selyman e Iber siguiendo a las otras Kobdas pasaron al gran patio de los Talleres donde funcionaba un aula pública y donde las Manh-Bluas atendían todo clase de consultas del mundo exterior.

122
ARCO DE ORO

El inmenso patio que casi podía llamarse una plaza aparecía todo embaldosado de piedra blanca y rodeada en todas direcciones de grandes bancos de piedra blanca también.

Cuatro cedros gigantescos le formaban un hermoso dosel y su verde ramaje se reflejaba en el agua de las fuentes, que se abrían en cada ángulo de aquel anchuroso recinto.

A los visitantes les llamó la atención el adorno central que consistía en un inmenso arco dorado, que puesto verticalmente sobre un eje de piedra que apenas sobresalía del pavimento, le permitía girar como un molinete en todas direcciones. Era de bronce bruñido y esculpido, y brillaba con lucientes reflejos.

–En las más usuales lenguas tenía grabadas estas palabras: “Soy igual para todos”. Por esta razón llamaban a aquel recinto “Arco de Oro”.

–Sentaos en el sitio en que queráis –les dijo Luvina–, que vosotros sois dueños en esta casa. Aquí tomaréis un buen reconfortante de frutas preparado por las que eran bestezuelas sin destino, y vosotros apreciaréis por medios prácticos lo que se consigue de esos pobres seres que sólo esperaban un buen cultivo para producir.

Las palabras “bestezuelas sin destino” se habían referido a las que fueron siervas de las Berecinas que continuaban trabajando en los Talleres, aún cuando muchas de ellas se habían casado y sólo por horas permanecían en el establecimiento.

Varias de las Kobdas entraron al interior de los pabellones mientras Luvina, en reemplazo de Elhisa, atendía a los dos visitantes.

–Hoy –decíales–, tendréis oportunidad de presenciar la consulta de la infortunada esposa del Cherú de Tracia, pues dentro de poco vendrá a este lugar para decidir de su vida. Hemos tomado por norma que esta clase de audiencias sean públicas, porque sirven de gran enseñanza para muchos. Y ya veréis como Elhisa trae también aquí sus nietecillos cuando sea la hora.

Así sea un pobre pastorcillo o una elevada princesa, a todos les traemos al Arco de Oro y aquí se definen todos los asuntos. Atendemos hasta tres veces un mismo asunto y una misma persona. Si nada se consigue, se rechaza durante veinte lunas y se le atiende por otras tres veces. Después no se le atiende más porque sería perder el tiempo y abrir camino a un abuso que pondría en evidencia una debilidad de parte nuestra.

– ¡Magnífico!... ¡maravilloso! –exclamaba Iber encantado, tanto por

la suave irradiación de paz y de amor que le envolvía como por todo lo que estaba escuchando—. Pero, ¿de dónde sacasteis toda esta forma de hacer justicia, y esto del Arco de Oro y de esas bellas palabras que habéis grabado en él?

—Os lo diré —respondía Luvina—. No se si recordáis que Elhisa y yo somos originarias del planeta que nuestros hermanos astrónomos han llamado Arco de Oro, por el aura color dorado vivo que le envuelve, dando el mismo color a la atmósfera que circunda a dicho globo. (*Arturo - Constelación Boyero).

“Estando todas nosotras al venir aquí, muy desconsoladas por las graves dificultades que se nos presentaban para establecer el orden en la heterogénea sociedad de que nos veíamos rodeadas, llegamos a la concentración de la noche decididas a escalar con nuestro pensamiento las cumbres de la Divina Sabiduría para recabar de ella la luz que necesitábamos. Y parece que nuestro ruego fue atendido, y nuestro pensamiento como audaz avecilla se introdujo en el castillo encantado y vio.

— ¿Qué visteis? —preguntó Iber ansiosamente.

— ¡Calma, hijo, calma!..., ya os lo dirá —decía Selyman, para dar a Luvina tiempo de coordinar sus ideas.

—Vimos —continuó ella—, en visión clara y perfecta nuestro planeta de origen, Arco de Oro, que parece ser uno de los mundos donde la comprensión de la Justicia ha llegado a ser más clara y perfecta por la humanidad que lo habita.

“Vimos además un gran recinto todo de piedra blanca como este, con árboles y fuentes, según aquí lo hemos dispuesto y el arco de oro giratorio en el centro, al cual se le ve por todos lados y de todas formas y siempre se le ve igual: un arco liso y llano, sin ángulo, sin arrugas, sin sombras, sin aristas, sin sinuosidades de ninguna especie; con la particularidad que él a nadie hiere ni lastima, ni toca, si no se interpone en el espacio en que él forzosamente debe girar; pero que tira al suelo con fuerza si alguno comete la imprudencia de oponerse a su rotación. —Y cuando así decía, Luvina dio al arco un fuerte impulso con su mano, y el arco giró con tan gran velocidad que lo hacía aparecer como un globo de oro resplandeciente—.

“Continúo relatando nuestra videncia. En aquel vasto recinto cincuenta veces mayor que éste, se reunían los arcorianos a dilucidar todas sus dificultades. Todos los habitantes llegados a una cierta edad y habiendo dado pruebas de una honestidad y rectitud calcada en obras, tienen voz y voto. El soberano o gobernante de cada región sólo asiste para hacer cumplir lo que la mayoría resuelve en cada caso.

“Como allí la tierra está dividida entre todos los que la cultivan y nadie tiene nada sino lo que ha conquistado con su esfuerzo, los litigios son muy diferentes de aquí y casi siempre son de orden moral. Allí los ríos

son obra de los hombres, pues sólo existen mares pequeños o grandes lagos de escasa extensión pero muy profundos. De aquí que los hombres más esforzados se decidan a abrir ríos para comunicar unos países con otros o para regar sus tierras que padecen sequía. El que abre con su esfuerzo uno de estos ríos tiene sobre él un bien conquistado derecho, y ocurre a veces que los menos esforzados quieren aprovecharse de aquel enorme trabajo realizado por otro. Y sobre este punto, la decisión de la mayoría casi siempre es la misma:

“Si el aguador, como llaman al dueño del río, os da su agua para abreviar vuestro ganado y regar vuestras sementeras, dadle vosotros la leche, la manteca, lana, y granos y frutos que él necesite para sí y todos los que cooperaron a abrir su río y a mantenerle en condiciones de servir a los fines que ellos tuvieron al crearle. Tal fue más o menos la clarividencia que tuvimos en la Mansión de la Sombra, y la cual dio origen a esta forma de solucionar dificultades en Monte Kasson.

– ¿Cuándo llegaremos en nuestra Tierra a comprender la justicia de Arco de Oro? –interrogó Iber, mientras su mente divagaba por los amplios horizontes que de pronto se habían abierto ante él. En esto estaban cuando por uno de los arcos de entrada al vastísimo patio, apareció la joven viuda del Cherú de Tracia llevando de la mano su hijito de tres años y seguida de sus cuatro fieles esclavas y de una decena de siervas que la habían seguido. La acompañaba una de las Kobdas que las instaló en los grandes bancos de piedra blanca, encima de los cuales las esclavas tendieron ricos tapices. A poco sonaron tres clarinadas, y por diversas puertas de acceso llegaron las Berecinas de blancos peplos de lino, las operarias de los talleres con sus túnicas color de espiga madura, labriegos, pastores, hortelanos, leñadores, tejedores y por fin la Anciana Elhisa trayendo en pos de sí a sus hermosos nietos rubios, como dos florones de oro que ella a su vejez quisiera añadir a su ya cargada corona de merecimientos.

La Anciana Kobda fue a sentarse junto a Iber, diciéndole:

–Esta vieja caña seca y rasgada ya, busca tallo joven en que apoyarse antes de doblarse a la tierra. Ayúdame, hijo mío, para que hagamos aún resplandecer un reflejo de Arco de Oro en este rincón de la Tierra.

– ¡Oh, Mangrave!..., ¡aún os falta mucho para ser caña seca que se inclina a la tierra! –le contestó el joven Chalit–. ¿No sabéis que yo vine a beber agua fresca en vuestra fuente?

Otro toque de clarín anunció que ya a nadie más se esperaba, y un grupo de las obreras, colocadas en un ángulo del vasto recinto provisto de variados instrumentos musicales, comenzaron a preludiar una hermosa melodía, a cuyo acompañamiento cantaron un himno evocador de la Sabiduría de Dios, cuyas breves estrofas terminaban en este verso sugestivo y profundo:

*“Pensamiento Divino que emanas
Sobre todos igual resplandor.
Tus obras te aclaman
Tus obras te llaman
Porque eres heraldo de paz y de amor”*

Aquel himno y aquella música parecían elevar el espíritu en un vuelo sereno a cumbres lejanas donde se respiraba una fresca brisa de sosiego y de paz.

Enseguida una de las Kobdas leía en un papiro el relato de los asuntos que iban a dilucidarse en aquella hora. Se colocó de pie junto al banco en que estaba sentada la viuda del Cherú toda cubierta de oscuros velos, y comenzó la lectura:

–“Hermanos de Monte Kasson: la Ley Eterna ha traído entre nosotros a la que fue primera esposa del joven Cherú de Tracia, recientemente privado de la vida física por la ambición desmedida de una porción de su pueblo.

“Le acompaña su pequeño hijito, cuatro esclavas y diez siervas, y piden amparo y refugio entre nosotros.

“Dos de sus esclavas Zelmira y Aben-Iza son hijas del príncipe Parano-Abad, hijo del Kobda Beni-Abad, uno de nuestros más meritorios hermanos de Neghadá y a quien se debe la evolución del vasto país de Arab que fueron sus dominios.

“Raptadas de su hogar en su adolescencia, y muerto su padre y hermanos, han permanecido fieles al amo que su triste suerte les impuso y como a causa de su belleza y de sus hermosas canciones y danzas, fueron destinadas a los recintos sagrados, están obligadas con voto a permanecer en celibato para toda su vida por expresa voluntad del Cherú padre, fallecido poco antes del hijo. Aquí las tenéis. –Y la Kobda levantó los velos de la viuda y después de las dos esclavas. El público vio que las tres eran bellísimas y que las tres lloraban silenciosamente.

Zelmira y Aben-Iza eran de gran parecido con aquella Zurima que ya conocemos, sólo que había más vivacidad en su aspecto, y se adivinaba en ellas más realidad humana, más vida terrestre que en la dulce enamorada de los líricos sueños con el Príncipe formado de luz de las estrellas. La viuda del Cherú era una belleza diferente. Sus cabellos castaños y sus ojos color de cobre bruñido, formaban un suave contraste con la sonrosada tersura de su faz, parecía de pétalos de rosa té. Las otras dos esclavas eran morenas, pero esbeltas y hermosas, aún en su trigueño color, propio de las razas tropicales de África, o emigrados lemures que habitaban casi siempre las comarcas mineras del continente.

Habían dejado sus familias por propia voluntad y en busca de mejoramiento de vida, pues diversos acontecimientos habían reducido su tribu a la mayor miseria.

Y la Kobda continuó leyendo: –“La esposa del Cherú busca paz y seguridad hasta que vuelva el orden a sus dominios y pueda reconquistarlos para su hijo, y quisiera retener junto a ella a sus cuatro esclavas y sus diez siervas. Mas, tenemos conocimiento de que la madre de Zelmira y Aben-iza, viuda y sin sus hijas, las reclama ardientemente, pues fue su hogar deshecho hace ya años, por la invasión de piratas y por la inconsciencia humana que buscaron el oro a cambio del dolor y de la tortura moral de indefensas criaturas.

“La viuda del Cherú tiene el derecho de haber dado oro por ellas. La madre tiene el derecho que le dio la Naturaleza cuando se las dio como hijas.

“Que la Luz de la Divina Sabiduría se haga en medio de nosotros para que decidamos conforme a la más elevada justicia”. –La Kobda enrolló el papiro y guardó silencio.

La viejecita Elhisa dijo a Iber:

– ¿Qué os parece, Chalit?

–Ningún oro del mundo puede pagar vidas humanas. Las hijas deben volver con su madre a no ser que ellas de propia voluntad se empeñen en seguir como esclavas de una princesa extranjera. Tal es mi opinión –contestó Iber.

– ¿Qué decís vosotras, hijas mías? –les preguntó Elhisa.

–Nuestra ama es buena con nosotras pero nuestra madre lo fue también, y nos espera y nos llama a su lado –contestó la mayor, y ambas se abrazaron llorando.

Un gran clamor resonó entre todos los espectadores: “¡Qué vuelvan con la madre, que vuelvan con la madre!”

– ¡Nadie me hace justicia!... –exclamó dolorida la viuda del Cherú–. ¿Estoy condenada a quedar más sola todavía? ¿Esto he merecido por la bondad con que os traté siempre desde que fuisteis puestas cerca de mí? –Y abrazándose con su hijito rompió también a llorar.

Entonces Elhisa se le acercó y les dijo acariciándolas:

–Calmaos las tres que en el infinito seno de Dios que es amor, hay paz, alegría y esperanza para todos. Vos sois madre –dijo a la joven viuda–, y sabéis lo que es el amor de un hijo; pues bien, pensad en que estas dos jóvenes tienen una madre que llora por abrazarlas como vos abrazáis a vuestro hijo. También ella está solitaria porque su esposo fue asesinado como el vuestro y sus cinco hijas robadas de su lado; tres de ellas no viven ya, y estas solas dos que viven, vos las retenéis porque las habéis comprado con vuestro oro. Poneos en lugar de esa madre, pensad

que fuera vuestro hijito el esclavo y que vos lo reclamarais. ¿Cuál sería entonces el grito de vuestro corazón?

Todos los seguidores de Numú allí presentes, concentraron su pensamiento hacia la mente perturbada de aquella entristecida mujer y después de breves momentos ella dijo con serenidad:

–Para que el Gran Padre me conserve mi hijo, consiento en devolver estas hijas a su madre.

– ¡Que el Altísimo os dé la dicha y la paz! –fue el gran clamor que volvió a resonar bajo los corpulentos cedros que sombreaban aquel recinto.

– ¡Vuestra suerte está decidida, hijas mías! –les dijo Elhisa–, y lo está también la vuestra y la de vuestro hijo, porque la justicia atrae hoy a la justicia, y el Chalit de Ethea aquí presente será el defensor y amparo de vuestro hijo, hasta que la Ley Eterna os abra otro camino.

Iber obrando según la costumbre puso su diestra sobre el hombro derecho del niño con lo cual significaba que estaba dispuesto a defenderle por todos los medios a su alcance.

–Os designaremos un pabelloncito independiente para vos y los vuestros, sin que esto signifique un apartamento de nosotras, a quienes siempre encontraréis como buenas hermanas dispuestas a cualquier sacrificio por vuestra felicidad. Si queréis reemplazar la presencia de estas dos jóvenes, tenemos doncellas de talento y de honradez que sirvieron largos años a las esposas de mi hijo Elhizer, con gran fidelidad. Ningún oro tendréis que dar por ellas, pues entre nosotros los seres humanos no se compran ni se venden. Tienen voluntad propia y libre albedrío, y de buen grado os servirán. Ya lo veréis.

–Esta hermana vuestra –dijo la Anciana dirigiéndose al sitio en que estaban sentadas las operarias de los Talleres–, necesita dos doncellas para su servicio inmediato.

Hubo un pequeño tumulto entre un grupo de jóvenes, pues varias querían acudir. Por fin dos se destacaron de entre el grupo, diciendo una de ellas:

–Nosotras dos somos huérfanas, estamos solas en el mundo, no hay nadie quien nos reclame, pues nuestro hermano mayor tomó esposa en la luna pasada y nuestra compañía no le es necesaria.

Eran dos bellas aldeanas de la pradera del Orontes de largas trenzas bronceadas y que formaban parte de la orquesta femenina de Monte Kasson.

– ¿Consentís en ser mis esclavas? –les preguntó la princesa viuda.

– ¡Esclavas no, hija mía! –interrumpió Elhisa–, porque aquí la ley prohíbe la esclavitud; tendréis autoridad sobre ellas pero sin derecho a maltratarlas, ni a venderlas. Podéis exigirles fidelidad, respeto y obediencia. Tal es la ley en estos países. Si os hacéis amar de ellas, os seguirán

a todas partes y serán para vos como ángeles guardianes porque ambas están instruidas ya en nuestra ley.

La joven viuda extendió sus manos que ellas besaron según la costumbre.

– ¿Cuándo seré vuelta a mi país? –preguntó a Iber.

–Cuando el Altísimo lo quiera, princesa de Tracia –contestóle el Chalit–. Él es el dueño de los destinos de los pueblos y aún no sé que camino estará marcado a los países de vuestros mayores; pero si la ley de justicia y equidad lo permite, por la Gran Alianza del Éufrates y el Nilo a la cual pertenezco, tened por seguro que tendréis aquello que en razón y justicia debéis tener. Mientras tanto, esperad tranquila y confiada en este lugar que será para vos un techo hospitalario donde sentiréis cantar el amor como una alondra en vuestra ventana. Estas mujeres de túnica azul, son las sacerdotisas del templo augusto del Amor, y si vos lo queréis tendréis en ellas tantas madres como personas son. ¿Estáis conforme?

La joven viuda recorrió con su doliente mirada a todas las Kobdas allí presentes. Vio el amor, la sinceridad, la ternura en todos aquellos ojos que con gran dulcedumbre la miraban.

–No conocí más amor que el de mi hijo –dijo con voz temblorosa por el llanto que bullía en su pecho.

–Pues aquí tendréis el amor de muchas madres y de esta pobre anciana que será vuestra Mangrave –le contestó Elhisa abrazándola la primera.

– ¡Qué magnífica justicia la del Arco de Oro!... –exclamaba Selyman, viendo el hermoso cuadro de las mujeres de vestido azul abrazándose tiernamente con la fastuosa princesa de Tracia, una de las más ricas y célebres comarcas de aquella época. Fue la hora feliz en que la amorosa pastora Adig-Hai de los tiempos de Buda, se plegó a la legión de los seguidores del Hombre-Luz, al igual que entraban también entonces en ella Zelmira y Aben-Iza: Magda de Jericó y Ana de Jerusalén, dos mujeres a quienes el Maestro salvó, a la primera de ser apedreada en la plaza pública y a la segunda de ser ultrajada por su propio padre. La primera adoptada por la anciana Lía de Jerusalén y desposada con Bartimeo el paralítico curado por el gran Taumaturgo, y la segunda con Matías, hermanastro del Maestro, ya en la madurez de su vida.

Acaso, pienso yo en este momento, sin la formidable corriente de amor de aquella hora, ninguno de estos tres seres habríase decidido a entrar de lleno en un mundo para ellos desconocido hasta entonces, pues sólo habían conocido la injusticia y la iniquidad gobernando las sociedades humanas de la tierra.

–Falta la justicia para mis nietecillos –dijo la Anciana, levantando un poco la voz para hacerse oír entre el murmullo amistoso que flotaba

como un zumbido de abejas entre flores recién abiertas. Y después de explicar en breves palabras esa situación ya conocida por mis lectores, esperó que Iber emitiera su juicio.

–Yo pienso que estos niños deben marchar a La Paz donde reside su padre, donde reside también el Jefe de la Gran Alianza, y donde pueden recibir una enseñanza adecuada a lo que parece ser su misión en esta hora.

– ¿Qué decís, hijos míos? –les interrogó Elhisa.

–Nuestra madre –dijo el mayor–, sólo nos quiere a su lado con todos nuestros derechos de príncipes. Si nuestro padre nos recibe y nos ama sólo por ser sus hijos, queremos estar a su lado.

El menor tomó la mano de su hermano indicando que se unía a él en la decisión.

Iber añadió entonces:

–Si todos encontráis justicia en que al lado de su padre esperen la voluntad de Dios para el futuro, la justicia está hecha según creo para estos niños.

Un clamor de aprobación se extendió por el recinto poblado ya de intensas vibraciones de amor.

La orquesta comenzó a ejecutar una melodía a paso de marcha, con notas triunfales y vibrantes, y el gran Arco de Oro central fue puesto en movimiento, convirtiéndose durante unos momentos en un resplandeciente globo dorado, que al girar vertiginosamente derramaba una fresca ráfaga de viento que esparcía los pétalos de las flores que cubrían los bordes de las fuentes.

– ¡Ráfagas de brisa que esparce pétalos de flores es la justicia acompañada del Amor! –exclamó Iber contemplando el magnífico globo dorado y la lluvia menuda de pétalos que acariciaban los rostros serenos y rientes de los que bajo aquellos árboles gigantescos, abrían sus corazones a los efluvios de la paz y de la justicia.

Seis días después partía la caravana que llevaba mercancías desde Dhapes a Babel, y con ella marcharon hacia La Paz, las dos hijas de Azoris y los dos nietecitos de Elhisa acompañados por uno de los Kobdas de más edad que formaban el Refugio de la Caverna de Gaudes.

SOL DE LA TARDE

Cuando el espíritu ha llegado a escalar ciertas alturas y ha podido asomarse al infinito abismo del Amor Eterno y comprendido en parte siquiera lo que él es, en medio del Universo, se ve como dulcemente forzado a ensayar en sí mismo a convertirse en un raudal de esa clara corriente, en un rayo de esa luz inextinguible, en una nota de esa interminable cadencia.

Tal les ocurría a los Kobdas de más pronunciada evolución y de facultades mayormente desarrolladas, que sintiendo tan de cerca el aura radiante y suave del Hombre Luz, del Hombre Amor, del Hombre Piedad, sentían la necesidad de ser para todos los hombres bálsamo de piedad, estela de luz, frescura de amor.

Y lo fueron aún para aquellos que habían visto morir todas sus ilusiones y todas sus esperanzas de hombres, todos sus optimismos como espíritus y acaso hasta las pocas energías vitales que les ayudasen a sobrellevar la carga de su propia vida.

Por eso vemos a Azoris, la dolorida viuda de Parano-Abad, salir de la cripta profunda del Santuario Kobda donde yacía en quietud el cadáver de Zurima adonde bajara con el alma helada, y la vemos salir a la voz de Ada que desde la escalera de piedra le decía:

–Venid, venid, que Zurima no vive en la cripta sino entre los rosales que se abren al borde de la fuente, o en las praderas donde cantan los pájaros y zumban los insectos.

“Venid y veréis que en vez de una Zurima tenéis tres, para que os consuelen y os amen.

Mas como viese que la dolorida mujer no la obedecía, bajó corriendo hasta el fondo y la vio desvanecida al pie de la blanca piedra en que se leía: “Materia muerta de Zurima, nieta del Kobda Beni-Abad dejada por su espíritu en el último desbordamiento del Éufrates”. Dio los toques de auxilio al enfermo y de inmediato acudieron a socorrerla las Kobdas enfermeras. Apenas sintió en su frente el aire fresco del exterior se reanimó y apoyada en el brazo de la Reina consiguió llegar hasta el Pabellón donde la esperaba el Amor en sus más bellas e intensas manifestaciones.

Ignoraba Azoris que el hondo secreto de su corazón era conocido ampliamente por los Kobdas de La Paz, los cuales habían encontrado en el abismo insondable de amor en que vivían, el medio de resucitar para ella los muertos rosales de su dicha y de su paz. Hacía doce días que llegó Diza-Abad al Pabellón del Rey, aquel hosco león herido que

contemplamos un día en el Peñón de Sindi, rendida su altivez y su fiereza ante la suave caricia de los ojos de Abel que le hablaron de perdón, de piedad y de amor; y al descargar su alma agobiada de remordimientos en el alma musical y tierna del Kobda Rey, éste comprendió que un viejo y profundo amor había existido entre Diza y Azoris, mucho antes de ser ella la esposa de Parano-Abad, su hermano.

– ¿Y ella os amó también? –le había preguntado Bohindra para asegurarse más en tan delicado asunto.

– ¡Oh, sí!... –exclamó Diza–, y ahí está encerrada una de mis grandes torturas internas, porque no sólo pisoteé como bestia rabiosa ese amor de adolescente, sino que para quitarla de mi camino obligué a mi hermano menor a casarse con ella, tomando para mí una mujer que no me dio hijos pero sí inmensas manadas de antílopes, y seiscientos sacos de oro y piedras preciosas. Tuve oro y poder para mi perdición, pero no conocí jamás ni la dicha ni el amor.

El Kobda Rey meditaba.

–Diza –le dijo de pronto–, espero que la Eterna Ley me permitirá demostrarte que nunca es tarde para desandar lo andado, y empezar de nuevo el camino cuando un reflejo del Amor Eterno palpita aún en el ser.

Y ocultando al recién llegado en la ante cámara de su propia habitación, Bohindra dijo a Abel, Aldis y Adamú, únicos que penetraban de vez en cuando en aquel recinto, que era necesario mantener en secreto la presencia del huésped hasta que llegara el momento oportuno.

Cuando Ada bajó a la cripta en busca de Azoris, era porque ese momento había llegado, pues un mensajero trajo la noticia de que antes de cerrar la noche, llegarían a la muralla exterior de los Santuarios, los viajeros que ya conocemos.

En la sala de audiencia del Pabellón de la Reina, donde se celebraron siempre las nupcias de los príncipes que elegían compañera entre las alumnas del establecimiento, se hallaban Bohindra y Aldis, Adamú, Evana y Abel, cuando Ada y las Kobdas enfermeras entraron llevando a Azoris, que envuelta siempre en sus oscuros velos semejaba la estatua del dolor, puesta en movimiento por una extraña fuerza que la obligara a andar en contra de su voluntad.

Iba ella a inclinarse profundamente ante el gran Rey, hacia el cual le conducían acaso para ser reprendida por su grave desobediencia, pues no era permitido en manera alguna, bajar a las criptas funerarias a los parientes doloridos de los recién desencarnados. Tal orden había recibido ella que burlando la vigilancia de las Kobdas, había bajado a la tumba de su hija para buscarla entre las heladas piedras de las bóvedas sepulcrales. Bohindra le tomó una mano y la subió a sentarse en el estrado a su izquierda, mientras Ada se sentaba a su derecha.

– ¿Por qué os empeñáis en torturar tan amargamente vuestro corazón cuando el Altísimo quiere deshojar sobre él las flores de la paz y del amor?

Azoris no respondió sino con sollozos ahogados que en vano procuraba contener.

–En este mismo recinto han llorado muchos, pero ha sido de emoción causada por la dicha y por el amor. También se transformarán aquí vuestras lágrimas, Azoris, porque un nuevo sol va a brillar para ti.

“¡Oh! ¡Si todos los hombres de esta Tierra fueran capaces de comprender las ansias eternas del Alma Madre por derramarse en todos ellos en inmensas olas de paz, de ternura, de dicha y de amor!

“Mas, los seres de este globo son en su mayoría avecillas implumes que aún no aciertan a buscar la luz del sol ni la frescura de las brisas, ni el suave balanceo de sus alas tendidas en la inmensidad, sino que angustiadas y vacilantes apenas buscan las larvas que corroen la corteza del árbol en que anidaron, y viven y mueren y se agitan y lloran en torno a las orugas que les matan el hambre.

En estas y otras meditaciones que como perlas de cristal iba desgranando de su alma plena de armonías el Kobda Rey, pasaron breves momentos, hasta que un pequeño tumulto hacia el pórtico exterior, les obligó a todos a prestar atención.

En la puerta de entrada apareció Diza-Abad vestido como acostumbraban los altos jefes del País de Arab, llevando de las manos a las dos hijas de Azoris cubiertas con el blanco velo usado por las doncellas nobles de aquella época.

Cubierta la madre con su espeso velo no reconoció a los personajes que entraban, y acaso absorbida por su gran dolor, tampoco prestó atención.

Abel que estaba sentado al otro lado de Azoris, levantó suavemente el velo que le cubría el rostro y le dijo en voz baja:

–Diza-Abad os trae vuestras hijas que habíais perdido.

La madre se incorporó como si una corriente eléctrica la hubiera sacudido. Diza-Abad levantó los velos de las dos jóvenes que quedaron frente a frente de su madre paralizada por la emoción. Y al mismo tiempo que las tres cabezas se unían después en un abrazo de amor indescriptible, el pobre Diza-Abad caía de rodillas al pie de aquel grupo de seres, a quienes había torturado tan profundamente, diciendo con voz sorda y temblorosa que semejaba el estertor de una agonía demasiado larga:

– ¡Que vuestra dicha de este momento os haga capaces de perdonar mi crimen!

–Hace mucho tiempo que os perdoné, Diza –respondió la madre cuando pudo serenarse y tendiéndole la mano para levantarle.

–También le hemos perdonado nosotras en Monte Kasson, cuando el amor de las Manh-Bluas nos ha hecho sentir la piedad de Alá junto a nosotras–, dijo una de las hermanas.

La emoción de todos era visible, mientras la madre lloraba siempre como si aquella llamarada de amor que la rodeaba no fuera bastante a secar sus lágrimas.

La pequeña Albina entró como una paloma en vuelo, y entró cargada de rosas blancas que las Kobdas jóvenes le habían dado, sabiendo la escena que se desarrollaba en la sala de audiencias del Pabellón de la Reina.

– ¡Príncipe nacido en las estrellas! –dijo subiéndose al estrado y acercándose a Abel–, ison las rosas de mamá para vos, para mamá grande, para el Rey, para la Reina, para madre Evana, para todos los que a ella le amaron y a mí me aman! –Y desparramando rosas en las rodillas de todos, hizo el efecto de una antorcha que de pronto hubiera grabado para todos, este nombre: *Zurima*.

Todos la recordaron con amor y los ojos de Abel se entornaron como en místico arrobamiento dejando traslucir dos lágrimas que temblaban en sus pestañas. La amada ausente, sin duda, no esperaba más para hacerse visible que la fuerza mágica del amor, que plasmara en el éter del recinto su forma astral, hermosa y sonriente.

–“No estoy en la tumba, madre, sino a tu lado cuando el amor te envuelve” –susurró su voz como un suspiro de la brisa dorada del atardecer. Y flotando como una tenue nubecilla envolvió a su hija que gritaba: “¡Mamá, mamá!..., ¿por qué te fuiste si está aquí el Príncipe nacido en las estrellas?”

Abel la tomó de la mano y la sentó en sus rodillas, mientras las gasas astrales de la hermosa visión les envolvían a entrambos en una suave caricia de luz sonrosada y apenas perceptible.

Cuando la intensa corriente de amor se hizo más ligera y los ánimos habíanse serenado por completo, Bohindra tomó la palabra para decir:

–Lo que un momento de inconsciencia humana ha destruido, lo reedifica y reconstruye la Bondad Divina cuando las almas se sumergen en su infinita inmensidad, que es paz, justicia y amor.

Azoris madre, tiene en sus brazos a sus hijas desaparecidas. Azoris viuda y solitaria, tiene en Diza-Abad su cuñado, la realización del profundo y santo amor de su adolescencia. Vuestro hogar está reconstruido. Dios os señala el camino de la dicha y de la paz. A vosotros os corresponde hacer lo demás.

Azoris levantó la cabeza y miró con asombrados ojos a Diza-Abad que la miraba también.

Él dio dos pasos hacia ella hasta ponerse al pie mismo del estrado en

que estaba sentada y formó con sus robustos brazos un anillo abierto según el ritual de los esponsales y esperó. Ella miró a la Reina, a Bohindra, a Abel, a sus hijas como si un fantasma ya olvidado se levantara asustándola. Vio amor y paz en todos los ojos, y sintió la mano de Abel que tomaba su diestra helada y la acercaba a Diza-Abad que aún esperaba. Como una sombra oscura se acercó Azoris hasta él, y dejó caer su frente pálida sobre el pecho de aquel hombre, que recién en la madurez de su vida dejaba cantar libremente al pájaro azul del amor.

El anillo de los brazos de Diza se cerró alrededor del cuerpo de Azoris, y Bohindra cruzando con Abel sus diestras sobre ellos dijo:

– ¡Como sol de la tarde sea este amor para vosotros que tanto habéis llorado sin encontraros, hasta que Dios os reúne para siempre!

–Lo que Dios ha unido, los hombres no lo desatan –respondió Abel, con su voz melodiosa que parecía una cadencia nupcial consagrando aquel amor que se había sepultado en la adolescencia bajo la helada piedra del egoísmo, y que en la tarde de la vida florecía como el lirio del valle cuando se acerca la noche.

Cuando la intensa emoción de aquel momento se hubo atenuado, en el atormentado espíritu de aquella mujer se levantó amenazador este interrogante:

“¿Qué diré a mi cuñado Elimo, el Gran Marab de mi país?” ... Y con ojos que el espanto dilataba miró al Kobda Rey, y aquella mirada suplicaba. La sensibilidad de Bohindra capturó al vuelo la intensa vibración y dijo como si sus palabras fueran la terminación de la conmovedora escena nupcial que habían presenciado:

–Os pido otro momento de atención para que escuchéis todos, el mensaje de nuestro amigo y aliado el Gran Marab del País de Arab, Elimo-Abad, sucesor de nuestro inolvidable hermano el Kobda Beni-Abad.

Y desenrollando un papiro, a indicación de Bohindra, leyó en alta voz:

“Salud y paz al Thidalá del Éufrates y el Nilo. El amor y la justicia que hizo noble y bueno a mi padre, brilla en todas vuestras decisiones. Sirvan estas palabras para exponer mi conformidad a la unión de mi hermano Diza con mi cuñada Azoris, si tal es la voluntad de ambos. Dicha que no puedo darles, no soy dueño de quitarles. Que el Grande y Justo Alá les bendiga.

“Elimo-Abad – Gran Marab”.

Era demasiado ya para el corazón doliente de aquella mujer que sintió como que el vacío se hacía ante ella y cayó desvanecida entre los brazos de sus hijas. Su faz pálida de cera virgen aparecía como una pintura antigua en la penumbra del recinto y entre las negruras de sus velos de viuda.

La dicha intensa cuando es inesperada produce a veces tan fuertes sacudidas como el dolor.

– ¡Vosotros sois los arcángeles de Alá; sois los querubes de Alá pues que así derramáis la felicidad sobre la tierra!... –exclamó por fin Azoris, cuando se hubo serenado–. ¡En todo pensáis, todo lo sabéis y hasta desenterráis de entre escombros y ruinas una plantita moribunda que no pensaba ver jamás la luz del sol!

“¡Kobdas!... ¡Kobdas de La Paz!..., razón tenía Zurima para decir que aquí encontró su cielo... ¡El paraíso de Alá lleno de estrellas y flores!...

Ada y Evana la abrazaron tiernamente compartiendo con ella la felicidad que la envolvía.

– ¡Príncipe nacido en las estrellas! –dijo de pronto acercándose a Abel–, ¡eres el Hijo de Alá como decía mi hija porque tú me trajiste desde la negrura de mi luto allá en mi aldea lejana, para subirme a esta cumbre azulada y radiante en que vuelvo a ver la luz del sol y la belleza de los cielos!

Iba a arrodillarse ante Abel para adorarle, pero él se lo estorbó tomándola de ambas manos y manteniéndola de pie.

–Mujer –le dijo–, el Altísimo es el Tesorero de la dicha y del Amor, y Él los da a quien lo merece. Guarda pues para Él tus himnos de gratitud, que también yo se los debo por la parte que me ha correspondido de tu dicha y de tu paz.

En la siguiente luna un hermoso velero esperaba, anclado en Ezion-Geber, la llegada de la caravana que a través del desierto llevaría a Diza-Abad y Azoris con sus dos hijas.

Y las rocas escuetas y grises del Arab de piedra empezaban a transformarse en vergeles porque el aliento de Numú había derramado allí sus lirios azules, sus Kobdas apóstoles de la paz y del amor.

A la mayoría de los antiguos presidiarios se les habían devuelto la esposa y los hijos, su rebañito de cabras y de antílopes, sus bestias de labranza, todo en fin lo que forma ese heterogéneo conjunto de seres y de cosas que llamamos el hogar.

– ¿Qué excelso mago ha hecho aquí tamaño prodigio tan sólo en veinticinco lunas? –preguntaba asombrada Azoris, cuando los Kobdas del Peñón de Sindi les fueron mostrando las numerosas cabañas de piedra que se abrían en los flancos de las montañas y de las cuales salían risas de niños, y dulces sonidos de laúdes pulsados por manos femeninas.

– ¡El Amor! –le contestaban los hijos de Numú–. *“El Amor es el más hábil sembrador de paz y de dicha cuando ha conseguido matar el egoísmo antes de comenzar su siembra”*.

Y desde aquella remota época vemos a esos dos seres, Diza y Azoris, de tal modo enamorados de la redención de culpables, que toda su evolución la realizaron ayudando a los proscriptos de las sociedades humanas. Azoris fue aquella Acté, esclava favorita de Nerón, única

mujer que suavizaba a la bestia feroz, y que fue el paño de lágrimas y muchas veces la salvación de innumerables cristianos del primer siglo de tan horrendas y fieras persecuciones. El “Ángel de los calabozos” llegaron a llamarla, y hasta la creyeron un ser fantástico, pues disfrazada de diversas maneras aparecía y desaparecía por los oscuros vericuetos de presidios y subterráneos. Y en la edad moderna la encontramos de nuevo personalizada en la decidida y valerosa viuda francesa, Palletier, fundadora de la Institución monástica llamada “Del Buen Pastor”, consagrada a la redención de las mujeres delincuentes condenadas por las leyes humanas. En tal personalidad se la conoce por María de Santa Eufrasia.

Y Azoris dichosa y feliz cuanto es posible serlo en el plano terrestre, pensó que una inmensa deuda de gratitud pesaba sobre su conciencia. Y pensó así mismo que con nada podía pagarla sino sembrando la dicha y la paz, en los mismos lugares y sitios en que tanto y tanto había llorado.

Su primer cuidado al llegar a su país fue su hijo, juntamente con el cual pasó a visitar al Gran Marab, su cuñado, que les recibió cordialmente.

–Mi padre me visitó en el sueño –dijo el Marab al abrazar a su hermano Diza–, y me encargó te amase con su propio corazón en tal forma que tú le vieras a él en mi persona.

–Le veo, le veo, hermano Elimo, pues la nobleza de tu alma es un fiel reflejo de la suya –le respondió Diza, hondamente conmovido.

–Y estas doncellas –añadió el Marab–, que así se vieron salvaguardadas por el Altísimo, destinadas estarán a grandes cosas, y vosotros y yo hemos de ocuparnos de ellas en la debida oportunidad. –Tales palabras fueron pronunciadas cuando Azoris levantó el blanco velo de sus dos hijas y las presentó a su cuñado–. Les daremos esposos dignos de ellas que las acompañen a derramar la paz y la abundancia en los pueblos.

Y así diciendo llamó el Gran Marab a un guardián que estaba a la puerta y le dio una breve orden en secreto.

– ¿Tenéis algún amor en vuestra vida? –continuó el Marab–, porque ya casi habéis pasado la edad usada en nuestro país para tomar esposo.

–Lo tuvimos, mas como éramos esclavas destinadas a los perfumes del templo, aquel amor fue sepultado en el silencio y en el olvido –contestó Zelmira, que era la más expansiva y resuelta.

A Diza-Abad se le oprimió el corazón con una extraña angustia, pues sintió que su conciencia se erguía como un acusador formidable y apuntándole con su dedo de acero le decía: “¡Tú, tú, tú causaste tamaño dolor!”

–Si aún viven sobre la tierra aquellos que amasteis –dijo con impetuosa vehemencia–, yo les traeré a vuestro lado aunque sea de los confines del mundo.

–Fueron reducidos a esclavos eunucos por el delito de habernos amado –respondió Aben-Iza–, y rebeldes a tal situación se dieron la muerte por sus propias manos.

Diza cayó de rodillas como si un rayo le hubiese herido y levantando sus brazos a lo alto exclamó lleno de intensa amargura:

– ¡Dios de mi padre, Dios de los Kobdas!... ¡Dios del Amor!... ¡Ten misericordia de mí que sembré tanto dolor sobre esta tierra!... –Y tocando con sus manos extendidas sobre el pavimento los pies de sus dos sobrinas, sollozaba hondamente mientras decía–: ¡Justicia de Dios..., apiadaos de mí!...

Azoris lloraba en silencio y el Marab y las doncellas demostraban también una profunda conmoción.

–Nuestro padre el grande y bueno Beni-Abad –dijo por fin el Marab–, me dejó grabado en piedra el lema de los Kobdas: “El amor salva todos los abismos”, y pienso que estamos a tiempo de salvar también éste.

Y así diciendo levantó del suelo a su hermano.

El guardia volvió en ese momento seguido de dos gallardos guerreros cuyo traje y aspecto en general demostraba muy a lo claro que eran altos personajes en aquel país. Ambos se inclinaron profundamente ante el Marab, que les dijo:

–Os prometí un galardón por vuestra valentía en la campaña que realizáis para limpiar de piratas el Golfo del Mar Bermejo. Una parte os la di al colocaros como jefes de las dos tribus que buscaron nuestro apoyo y defensa. Ahora completo mi don: os doy por esposas a mis sobrinas, las hijas de mi hermano Parano-Abad, si tenéis la suerte de saber conquistar su amor como habéis conquistado para la paz y la justicia las tribus esclavas de los piratas del Golfo.

El Marab levantó los blancos velos de ambas doncellas.

– ¡Zelmira!... ¡Aben-Iza! –exclamó uno de ellos lleno de emoción.

– ¡Yumef!..., el niño de las alondras!... –exclamaron ellas a su vez.

Todos prestaron gran atención.

– ¿Entonces no erais extraños los unos para los otros? –dijo complacido el Marab.

–Este guerrero –dijo Azoris, interviniendo–, era hijo de un mercader de esencias allá en Parano nuestra tierra nativa, el que fue asesinado por los piratas dejando a su hijo de poca edad. Para ganarse la vida recogía pichones de alondras que las gentes le compraban de buen grado a cambio de las provisiones que él necesitaba. Mi marido, vuestro hermano, le tomó gran afición sobre todo por lo bien que cantaba al compás de su laúd y le llevó a nuestra casa. Cuando la desgracia vino sobre nosotros, no le vimos más y le supusimos muerto en el desastre.

–Estuve cautivo de los piratas, –contestó el aludido–, pero tuve la

suerte de salvar de un naufragio un hijo del amo que me tocó, y como me hubiese prometido darme por ello lo que yo le pidiera, pedí la libertad y me la dio. Este compañero es ese hijo salvado por mí, que muerto su padre emigró a estas tierras y se puso al servicio del Gran Marab.

– ¡Maravilloso!... –dijo el Príncipe–, creo que el alma genial de mi padre ha tejido estas redes de oro que van atando almas y almas. ¿Creéis que el amor cantará para vosotros? –preguntó mirando alternativamente a los dos gallardos guerreros y a las doncellas sus sobrinas.

– ¡Las alondras de mi niñez parecen cantar todas juntas en esta hora!... –murmuró Yumef acercándose a Aben-Iza con su diestra extendida. La joven puso su mano tímida sobre aquella otra mano francamente abierta ante ella, y el Gran Marab bajó de nuevo el velo de la doncella cuyo rostro debía quedar cubierto para todos los hombres que no fueran el esposo que había elegido.

– ¿Y tú, Mafir? –dijo el Gran Marab–, ¿temes al amor que te busca en esta hora para coronarte?

–No, Gran Marab –contestó resueltamente el guerrero–, no temo al amor sino que deseando ser amado libremente, espero al amor que venga a mi encuentro.

Todos miraron a Zelmira.

–Yo estoy en igual caso –dijo la doncella, que tímida en sus afectos, aún no se decidía.

–Yo me constituí en ministro de ese gran mago, de ese gran Rey a quien todos obedecemos, –dijo el Gran Marab y tomando de la mano a Zelmira la llevó al guerrero que extendió sus manos para recibirla.

Y el Marab bajó también el velo blanco de Zelmira sobre su rostro de cera virgen.

–Azoris y Diza, hermanos míos –añadió el Marab–. La Justicia de Alá y nuestro padre de augusta memoria os ordenan cumplir hasta el final con su obra.

Y Diza y Azoris, con sus manos tendidas sobre las inclinadas cabezas de sus hijas, pronunciaron las solemnes palabras que según sus costumbres concertaban los esponsales, para ser luego realizados en el término de seis lunas.

–Que Alá os conduzca por los caminos de la justicia y de la paz –dijo solemnemente el Gran Marab–, para que seáis prolongación del alma noble, grande y justa del gran Beni-Abad, el Kobda que dejó su reinado para convertirse en sembrador de la dicha y la paz sobre los pueblos.

CUANDO SE QUEBRANTA LA LEY

Recordará el lector que tres enfermos del espíritu absorbían la atención de los Kobdas médicos de La Paz: Adenia una de las Berecinas del Príncipe Elhizer que realizaba sus veinte lunas de primera prueba, el infeliz mago disfrazado de hortelano que la hiciera víctima de una formidable sugestión, y el príncipe Erick, hijo de Lugal Marada el famoso Caudillo de los países de nieve. El origen de la enfermedad en los tres era uno mismo: fuerzas malignas poderosas que bajo distintos aspectos se habían apoderado de ellos.

En Adenia había tomado el aspecto de una pasión amorosa avasalladora y ardiente que la hizo saltar por encima de todo miramiento y de toda ley. Mas el hilo conductor de aquel fuego vivo había sido cortado por los Kobdas después de grandes esfuerzos, siendo ella reintegrada al dominio de sí misma, si bien quedó casi ciega a tal punto que para andar era necesario conducirla de un lado hacia otro, mayormente cuando una impresión cualquiera sacudía su sistema nervioso. Sus dos hijitas eran casi siempre sus conductoras y viendo que los cabellos de su madre se habían tornado blancos y que sus ojos apagados no las veían ya, solían decirle:

– ¿Por qué te volviste vieja si hasta hace poco eras tan joven y bella?

–Una extraña fuerza me hizo correr en pocos días toda una vida y no son ya veinticuatro años, sino setenta los que han pasado sobre mí.

El fingido hortelano padecía una fiebre delirante y abrasadora que en pocos días le había reducido a una bolsa de piel y huesos, al extremo de la cual se balanceaba un enorme cráneo iluminado tétricamente por dos ascuas azuladas como llama de azufre, que tal eran sus vivaces ojillos brillando en el fondo de aquellas cavidades agrandadas enormemente por el extremado enflaquecimiento.

Los Kobdas enfermeros se vieron forzados a atarle las manos para que no se despedazara con ellas su propio cuerpo, y rodear su lecho de grandes montones de paja, pues a la manera de un badajo de campana golpeaba con su cabeza hasta cuarenta veces, y entonces exhalando fieros rugidos caía al suelo y quedaba como muerto.

Los Kobdas conocedores de las múltiples formas en que las entidades del mal distribuían entre sus adeptos sus mágicos poderes, comprendieron que aquel infeliz había sido bastante avanzado en aquella peligrosa y delictuosa escuela, en la cual la autosugestión del número fijo va acumulando furias rabiosas en el propio cuerpo mental. Este ser

había llegado a emitir cuarenta vibraciones mentales sobre su sujeto en el tiempo que se emplea en dar cuarenta golpecitos con el dedo sobre la arena. Y tal operación la realizaba cuarenta veces por día, y cuarenta días se había fijado como plazo para conseguir el éxito.

Fácil será al lector calcular el estado mental de este ser, después de un atentado semejante en contra de su propio Yo, que se vio deshecho por las mismas fuerzas malignas que le habían impulsado, al encontrarse detenidas en su carrera vertiginosa por la invencible fuerza moral de los Kobdas unidos por el amor.

Parece que hubiera una ley por la cual la autosugestión de este orden se torna con efectos mortíferos y destructores en el mismo plazo en que debió realizar el hecho buscado, y el infeliz mago a los cuarenta días de caer en delirio estalló como un tubo de sangre roto en pedazos.

Por romper la ligadura de sus manos, o por fuerza de una ley, se produjo la violenta ruptura de la aorta y un chorro de sangre de su boca, rabiosamente abierta, fue a manchar la túnica azulada de Abel que junto a su lecho oraba en demanda de luz y de quietud para su espíritu.

El joven Kobda pensó con dolor en el Kabir que de tan desastrosa manera murió en el desierto, empapando también de sangre su túnica, y abrazándose casi tembloroso a uno de los enfermeros decía:

– ¡Sangre que no se borra de mi túnica ni se borra de mi mente hasta que haya conseguido del Amor Eterno agua clara para lavarla!

“¡Alma Madre de los mundos y de los seres!..., ¡no volveré a Ti sin haberles sumergido en tu piedad inconmensurable y divina que todo lo perdona y todo lo salva!...

El tercer enfermo era el príncipe Erick, y en éste era un doble mal, pues a más de los fenómenos de orden psíquico que en él se observaban, estaban las heridas de puñal infringidas por él mismo en su propio cuerpo. A éstas prestaron atención primeramente, durante toda una luna hasta que estuvieron ya en vías de curación completa, a base de lavajes con aguas vitalizadas y aplicando ciertas hierbas cuyas propiedades refrescantes y vigorizantes de los tejidos, eran un valioso elemento en la curación de heridas de aquellos tiempos.

Los Kobdas de mayor fuerza fluídica para casos de obsesiones o doble personalidad, comenzaron a formar cadenas espirituales en torno al enfermo y sin que él se diera cuenta, valiéndose de ciertos juegos que realizaban con él, para entretenerle en las horas largas de enfermedad.

Cuando hubieron conquistado por el amor su voluntad, comenzaron a obrar sobre su Yo, fortaleciéndolo con fuertes radiaciones mentales muy sutiles y puras, a fin de que él mismo se independizara de la tutela que ejercía de manera disimulada y artera la inteligencia extraña que le dominaba.

Los videntes habían observado un extraño fenómeno en este ser.

Cuando estaba Erick sobreexcitado y taciturno su aura se tornaba de un gris oscuro con reflejos cárdenos apagados, a través de los cuales se veía a intervalos la mujer rubia velada de blanco que había ocupado su pensamiento desde tiempo atrás. Y a Bohindra le decían en tal caso los observadores:

–Observad cómo se encuentra la Reina.

Y Bohindra observó que cada vez que él tenía tal aviso, Ada le buscaba con insistencia y casi siempre le decía:

– ¡Parece que voy a caer enferma, mi Rey! Algo como una llamada de fuego pasa sobre mí y me inquieta y desazona todo cuanto me rodea. Creo que en vuestra lira está mi remedio.

Y sentándose en un banquillo junto al Kobda-Rey, recostaba la rubia cabeza sobre sus rodillas mientras él desgranaba para ella, el áureo collar de cristal de alguna de sus melodías, saturadas de amor, de paz y de sosiego.

Bohindra llegando casi a la ancianidad, y Ada a la plenitud de la vida, envueltos en el blanco nimbo de un amor que raras veces se encuentra sobre esta tierra, ofrecían a las almas evolucionadas un continuo raudal de agua fresca que bebían con ansiedad, semiconscientes de que en mucho tiempo quizá no volverían a beberla. Y es que la Ley Eterna, de tanto en tanto parece dejar filtrarse a través de un resquicio, los resplandores del Amor Eterno sobre este planeta sobrecargado siempre de los pesados vapores de rastreros y delictuosos pensamientos.

Se había observado igualmente que en Suri, el Kobda mohíno, como le había llamado Abel cuando niño, se había despertado grande afinidad con el príncipe Erick, el cual a su vez estaba encantado de Helvecia la niña que sufrió un golpe juntamente con Zurima el día aquel terrible y trágico del desbordamiento del Éufrates. La niña sólo tenía diez años y era de ver como el príncipe interrumpía sus juegos con los Kobdas, bajo los árboles del parque, cuando veía entre las otras a la niña aquella que le atraía. En tal momento los Kobdas observaron que su aura se tornaba normal, o sea de un gris azulado y blanquecino, con suaves reflejos verde claro y rosado, como si un iris flotante le siguiera. La inteligencia extraña quedaba anulada como si perdiera por completo su dominio sobre Erick.

La conclusión que ellos sacaron de todas sus observaciones y estudios fue ésta:

“La Escuela Secreta del Cáucaso a la cual pertenecía Erick, era una vasta ramificación de las viejas escuelas de Atlántida, en las cuales se dedicaban casi exclusivamente a adquirir poderes sobre la voluntad de los seres, a lo que ellos llamaban propiamente “la cadena”, porque lo era

en verdad sobre el Yo de los individuos. No se dedicaban siempre al mal directamente, pero cualquiera comprenderá que se necesita una gran evolución y lucidez de conciencia para no sobrepasar el límite de lo justo en tan delicado asunto. Porque una cosa es inclinar las voluntades hacia lo justo y lo bueno, para propender o impulsar los seres hacia el bien, y otra cosa muy distinta apoderarse de la voluntad coartando el libre albedrío de los seres llegados ya a su período de evolución consciente.

En el caso de Erick se había sobrepasado este límite, con el fin de apartar a Ada de Bohindra con el cual formaba en medio de los Kobdas una especie de aureola maternal, tan inmensa en su ternura delicada y suave, que debido a eso pudieron ellos ofrecer al Verbo de Dios la hora de reposo que la Eterna Ley había decretado para él en su larga y dolorosa carrera de Mesías.

Por eso la vida de Abel fue como un pasaje entre flores para el Hombre-Luz, cuyas cuatro jornadas mesiánicas anteriores habían casi acobardado su espíritu. ¡Tan crueles y amargas habían sido por la incomprensión que le rodeó! Para todas las almas de avanzada evolución hay en lo infinito del tiempo y del espacio una o varias etapas que los Kobdas llamaban *hora de reposo en la eternidad de la vida*.

Abel estaba en la suya, y el amor de Ada y Bohindra era como el nudo mágico en torno del cual se había tejido aquella red de oro que envolvía delicadamente el alma de loto blanco del hombre de la Luz y del Amor.

¿Qué importancia no tendría entonces para las falanges invisibles, interesadas en mantener la ignorancia en medio de los hombres que eternamente se ven impelidos a buscar la verdad? ¿Qué importancia no tendría el entorpecer el paso del Hombre-Luz en esa hora trascendental de su vida de Mesías?

El horizonte mental de Erick comenzaba a esclarecerse, y los Kobdas clarividentes comprendieron toda aquella enmarañada madeja, que pacientemente comenzaban a desenredar.

El dominio extraño que él sufría se iba haciendo cada vez más débil y a la vez se iba cortando la atracción que Suri había sentido hacia él. Ambos espíritus habían sido encadenados por la misma inteligencia que ejercía dominio a la vez, sobre muchos seres de parecidas tendencias y de un grado de mentalidad más o menos igual.

Por eso, ambos habíanse visto ligados por un amor pasional profundo con Ada, aún en la vida anterior, inconscientes ellos mismos de que jugaban un papel ingrato que no les llevaría a la felicidad sino a la desdicha.

El camino de Erick lo había marcado él mismo antes de aparecer en el escenario de la vida, y este camino apareció claro ante los hombres

de toga azul que buscaban el secreto de todas las cosas en el seno inconmensurable de la Sabiduría Divina, bien seguros de que en aquel eterno libro hallarían el porqué de todas las cosas.

Y uno de ellos dijo:

–La inocente simpatía del príncipe por aquella niña será su salvación en esta hora, porque la suave irradiación de ese amor le mantendrá distraído de todo otro pensamiento perturbador y dañino.

El detenido estudio que de este caso realizaron les llevó a todos a la unificación de pensamientos, y dueños ya del escenario en que actuaban y conociendo a fondo a los personajes, los Kobdas resolvieron con acierto el grave problema.

Lugal Marada, Cherú y Aitor a la vez, o sea Rey y Gran Sacerdote de muchos de los pueblos del Cáucaso debía decidir entre renunciar a su sueño de oro de unir bajo un solo cetro el Norte y el Trópico, o perder hasta la dinastía gloriosa que decía haber fundado y que deseaba perpetuar con seres de su propia sangre. Y antes de perderlo todo, el viejo Caudillo optó por salvar lo que tenía seguro.

–Habéis venido –le dijo Bohindra–, a buscar la verdad entre los Kobdas. He aquí que después de cuarenta auroras hemos llegado a esta conclusión.

Y el Kobda Rey hizo desfilar ante el asombrado Cherú, la Psiquis de su propio hijo, la suya propia, la de la mujer que lo había traído a la vida como madre y la dura cadena que envolvía a Erick entregado a peligrosos estudios suprafísicos, con maestros de conciencia perturbada y sin la luz y evolución necesarias para servir de guías en tales conocimientos, cuya base y fundamento es el completo dominio de la naturaleza inferior del hombre que por medio del vencimiento propio consigue elevar su Yo hasta la más íntima unión con el Alma Madre, con la Eterna Llama Viva que todo lo purifica, lo anima y lo transforma.

–Dueño sois –añadió Bohindra–, de seguir o no seguir nuestro consejo, pero el hecho es éste, si le miráis bajo el verdadero punto de vista para un dirigente de pueblos que ponen en él su presente y su porvenir.

–De manera que mi hijo –decía el Caudillo–, es un pobre ente que no obra por su propia voluntad sino bajo la sugestión de otro.

–Está como veis en vías de liberación completa –respondió Bohindra–, y si estáis de acuerdo con lo que hemos pensado para su bien, dejadnos obrar y creemos que no os pesará después. Siempre estaréis a tiempo para tomar otro camino si no os conforma el que nosotros hemos encontrado.

–Y mis Templos del Fuego, y mi falange de aitores, consagrados día y noche a mantener vivos los fuegos sagrados para que no faltase jamás en torno mío la llama viva de la sabiduría, ¿de qué me han servido cuando

de ellos he necesitado? ¿Dónde está la verdad? ¿Cuál es la verdad? ¿Cuál es el Dios de la Sabiduría y cuál es el dios de la mentira?

“Y los signos que las llamas y ascuas del altar diseñaban en la sombra de los Santuarios marcando rumbos a mi vida y a mi dinastía, a mi futuro y a mi gloriosa descendencia, ¿qué son, qué se hicieron, dónde están?...

“¡Dioses falsos, engañadores y mentirosos!..., iaitores inicuos, ignorantes, farsantes, sin alma, sin ideales..., bestezuelas estúpidas..., ya os tendré de nuevo a mi alcance...!

–Calmaos, Cherú –díjole Bohindra, viéndole caer como en un delirio de furor que iba subiendo de punto–, calmaos que el que ha llegado a descubrir el engaño tiene ya la mitad del camino andado.

– ¿Quiere decir que soy como un cordero maniatado en vuestras manos y que tengo que hacer lo que vosotros queréis? –interrumpió de nuevo el Caudillo.

El Kobda Rey entornó sus bellos ojos de color castaño para aquietar su propio espíritu, que tendía a sublevarse ante la inaudita inconsciencia de aquel hombre.

Los Kobdas del turno de esa hora sintieron en la Mansión de la Sombra la llamada del Kobda-Rey, y unificados sus pensamientos le formaron una coraza que le mantuviera invulnerable a las flechas. Sintiéndose ayudado se serenó prontamente y antes de que Lugal Marada se diera cuenta de la interrupción, continuó la conversación:

–No os pongáis, Cherú, en condiciones de víctima porque aquí no hay verdugo de ninguna especie. Y en vez de figuraros que sois un cordero maniatado en nuestras manos pensad más bien que sois un hombre que va de viaje, y que encontrando un obstáculo en el camino, pedís a otro viajero que os lo ayude a salvar, con lo cual entre ambos dejáis el camino expedito para vosotros mismos y para los que vendrán en pos de vosotros. ¿No os parece este pensamiento mucho más digno de vos, Cherú, que habéis sido llamado a dirigir pueblos?

–Tenéis razón –respondió ya calmado el Caudillo.

–Como habéis sido vos el viajero que encontró el obstáculo, pude haberlo sido yo, y con la misma voluntad con que os queremos ayudar hoy, acaso nos hubieseis ayudado vos llegado el caso. ¿No es así? Mirad esta bolilla de lana. –Y el Kobda-Rey le hacía contemplar la pequeña borla azul oscuro en que terminaba el cordón que sujetaba su túnica a la cintura–. En el maravilloso concierto de los mundos cuyo número no podemos contar, como son incontables las arenas del desierto, las gotas de agua del mar y las hojas de los árboles del bosque, esta Tierra es así de pequeña e insignificante vista entre el conjunto. Y en esta diminuta esfera, ¿qué cosa puede haber grande como no sea la propia grandeza de Dios en que vos y yo estamos sumergidos? ¿Qué es en el universo un Thidalá del Éufrates

y el Nilo, ni un Cherú-Aitor de las razas del Norte? Creedme..., nada más que dos abejitas que elaboran unas gotas de miel para apagar la sed de sus hijuelos más pequeños aún. Si nosotros os indicamos en qué sitio hay mejor polen para vuestra miel, ¿somos vuestros carceleros o vuestros verdugos? Si vos tomáis de ese polen para vuestra miel, convencido de que en verdad es mejor, ¿sois por eso nuestra víctima, o sea el cordero maniatado en nuestras manos según vuestro decir hace un momento?

El alma de Lugal Marada íbase sumergiéndose suavemente como en un fresco raudal de aguas quietas y serenas, hasta que dueño de sí mismo, tendió ambas manos a Bohindra, diciéndole:

– ¡Sois los hombres de la luz!..., ¡no hay nada que hacer!... ¡La Sabiduría habla por vuestros labios! ¡Oh, Rey!... Y sin querer mandar, mandáis. He aquí que sin disparar una flecha, sin ejércitos y sin navíos, habéis conseguido una gran victoria, donde el vencido soy yo.

– Perdonad, Cherú, que modifique también esa frase que a mi juicio no es real ni verdadera. No olvidéis mi figura de los dos viajeros, ni olvidéis tampoco la de las dos abejitas. Ni en uno ni en otro caso hubo lucha, ni porfía, ni contienda, sino búsqueda de una misma cosa, el camino a seguir en el caso primero; la miel a recoger en el caso segundo. ¿Lo veis?, mientras nos encuadramos en nuestra propia real y verdadera pequeñez, el amor y la amistad nos cobijan y nos amparan. En cuanto nos figuramos ser grandes y fuertes, estamos los unos frente a los otros como panteras que de colina a colina se arrojan zarpazos y gruñidos. ¿Por qué todo esto? Pues sencillamente porque la Verdad es como nuestra madre y la Ambición es como nuestra madrastra.

– Bien, bien, veo que tenéis una antorcha para cada rinconcillo del alma que se acerca a la vuestra, y acabáis de alumbrar la mía con todas vuestras antorchas encendidas para evitarme el caer al abismo –contestó emocionado y casi satisfecho el Caudillo caucasiano.

– Ahora sí, Cherú, que habéis hablado como un inspirado de la Sabiduría –díjole Bohindra estrechándole ambas manos.

Y de común acuerdo resolvieron celebrar una audiencia privada entre el Alto Consejo de La Paz, por una parte, y por otra, Lugal Marada con su hijo y sus hombres más destacados, para convenir con el Príncipe Elhizer y Bengalina una de sus Berecinas, si había posibilidad de unir años después a la pequeña Helvecia con Erick, si llegaban a un completo acuerdo entre todos.

El Príncipe Elhizer y Bengalina iban a cumplir sus veinte lunas de prueba para vestir la túnica azulada de los Hijos de Numú, cuando se efectuó la audiencia privada para decidir sobre el futuro de muchos pueblos. Y Bohindra encomendó al Kobda Acadsú que era el intermediario entre el Alto Consejo y el País de Ethea, de ponerles al tanto de lo que

se había resuelto. Este Kobda de unos cuarenta y nueve años de edad se había dedicado casi exclusivamente a los trabajos de metalurgia, y el taller de alto relieve en cobre y plata estaba a su cargo, como también el entenderse con los mineros directamente a los fines de estorbar los negocios usureros de los piratas, que acaparaban los metales y las piedras preciosas haciendo morir de hambre a los hombrecitos enanos de las grandes ciudades subterráneas. Había realizado diversos viajes hacia los países mineros y estaba en relación continua con Iber el joven sucesor del Príncipe Elhizer a los fines ya indicados. Proyectaba un viaje al país de Manh (*Armenia), con Jobed, el Kobda intermediario con dicho país, cuyos mineros se quejaban del hambre y la miseria a que estaban reducidos por la avaricia de los unos y la inercia de los demás.

Acadsú había intimado amistad con Elhizer y Bengalina desde el momento que salvó de la muerte a su hijita Helvecia. Encargado por Bohindra, él fue quien preparó a los padres de la niña para la audiencia que iba a realizarse.

Bengalina, la madre, se oponía fuertemente a lo que ella juzgaba una desatinada unión. ¿Cómo era posible pensar en un enlace con una criatura de diez años? Elhizer más sereno y reposado, esperaba el final de los acontecimientos seguro de que los Kobdas no darían un paso en falso.

–Todo lo sacrificaré con gusto por la felicidad de mis hijas, pero a la edad competente, y no tengo fuerzas para separarme de ella cuando es aún una niña.

–Dentro de seis auroras vestiréis la túnica azulada –le decía Acadsú procurando tranquilizarla–, y ya sabéis que una de las más profundas convicciones de los Kobdas es que “el amor salva todos los abismos”. Y si está en el destino de vuestra hija este acontecimiento tened por cierto que el Eterno Amor lo realizará sin violencia y sin esfuerzo.

–Jamás me separaré de mi hija para no verla más, es inútil que gastéis palabras. Si me decidí a venir aquí fue por la seguridad de tenerlas a las dos a mi lado, y cerca a la vez del Príncipe, su padre. De otra manera no me habría apartado de Monte Kasson. Muy injusta sería vuestra ley si después de separarme del que fue padre de mis hijas, ahora me exigiera apartarme también de ellas. Decid pues al Thidalá que si para darme la túnica azulada se me exige esta dura prueba, que me vuelvo a Ethea a la Mansión de las Berecinas junto a la Mangrave Elhisa, que tan dulce y buena fue para mí.

–Pero esto no es para hoy –continuaba Acadsú–, sino para dentro de cuarenta o sesenta lunas cuando Helvecia sea ya una mujer, y vos una Kobda que pueda ir juntamente con ella a establecer un refugio en aquellos países que desde luego formarán parte de la Gran Alianza...

– ¡Ah!..., eso es otra cosa... –murmuró Bengalina, serenándose.

– ¡Ya lo decía yo! –exclamó Elhizer–. Cuando los Kobdas hablan es porque ya pensaron demasiado. ¿Qué sabemos tú y yo si acaso en aquella hora estableceremos conjuntamente con nuestra hija, un Santuario como éste en los países de la eterna nieve?

Cuando la audiencia se efectuó, Elhizer y Bengalina, Lugal Marada y su hijo Erick ante el Thidalá con su Alto Consejo, dejaron decidido lo siguiente:

“Pasadas cincuenta lunas, Erick tornaría al Éufrates para celebrar esponsales con la hija del Príncipe de Ethea si ella aceptara tal decisión.

“Y en tal caso, Lugal Marada y el Thidalá se comprometían a una estrecha alianza defensiva y de ayuda mutua para los pueblos que ambos gobernaban. La Ley de la Alianza debía comenzar a implantarse en los pueblos del Cáucaso, eliminando de sus costumbres la compra y venta de esclavos, la poligamia, las torturas físicas y la pena de muerte. Las prisiones de las cavernas debían transformarse en casas de corrección por el orden y el trabajo, y dar esposas a los prisioneros de guerra entre las mujeres que quedarían sin maridos al cumplirse la ley de la única esposa. Que las Escuelas Secretas que tanto daño causaban a la juventud incauta, serían puestas bajo el control de hombres experimentados en la Ciencia de Dios y del Espíritu, o clausuradas las más para transformar sus grandiosos templos en talleres de trabajo o casas de educación para la infancia.

“Lugal Marada heredaría por igual a todos sus hijos aún cuando quedase sólo el mayor Erick con el título de Aitor, que era el título genuinamente caucasiano conque desde tiempos remotísimos se había designado a los soberanos. Y el nombre Lugal Marada se perpetuaría usado juntamente con el nombre por todos los hijos del gran Caudillo como distintivo de su raza y de la dinastía fundada por él.

“Y el Thidalá del Éufrates y el Nilo se comprometía a su vez a enviar de los mejores sujetos que entre los hombres y mujeres de vestido azul, quisieran prestar sus servicios como instructores de la juventud caucasiana y como primeros sembradores de la simiente de fraternidad humana que tan poco o nada se conocía en el país de las nieves eternas”.

Los pactos fueron grabados y firmados sobre piedra por ambas partes, y Lugal Marada y su heredero emprendieron el viaje de regreso a su lejano país, llevando consigo instrucciones y planos para realizar la transformación de los suntuosos templos en Santuarios de la Sabiduría y del Amor, que irían luego a regentear los hombres del prodigio y de la luz, como llamaban en aquella época a los Hijos de Numú.

El príncipe Erick siguió otras rutas más silenciosas, consagradas al estudio, a las investigaciones metapsíquicas y a la reforma moral de las masas que tuvo a su contacto.

CUANDO NADIE SUFRA...

Esta sugestiva palabra había dejado caer, como gota de fuego, Solania, la Matriarca de Neghadá en el impetuoso corazón del Caudillo de Artinón al despedirse para volver a sus tierras.

Y él, al tendido galope de su caballo negro, se repetía una y mil veces: “Cuando nadie sufra en mis dominios tendré la felicidad y la paz... ¡Mas, son tantos los que sufren!... ¿Acaso bastaría una vida, ni diez, ni veinte para acallar el clamor de los que padecen?”

Los hombres que le acompañaban tan pronto tenían que lanzarse también a una carrera desenfadada, como detener a corto paso sus cabalgaduras para seguir de cerca a su jefe, en el cual observaban violentas alternativas de ansiedad incontenible o de aletargado reposo.

Como tenía grande prisa en llegar, las jornadas eran forzadas y rápidas, comprando nuevas cabalgaduras en los poblados que encontraban en las faldas de la montaña que amurallaban la pradera oriental del Nilo.

Pero aquellos hombres no sabían lo que nosotros sabemos, esto es, que el Caudillo de Artinón cuyo nombre era Marván, había sido aprisionado por una red invisible pero mucho más fuerte que las montañas agrestes, a cuyo pie abrían sus tiendas para reposar breves horas de la noche.

¿Por qué corre Marván como un avegrú (*avestruz), perseguido por los chacales? ¿Por qué se detiene de pronto y su cabeza cae sin fuerzas sobre el cuello de su caballo?

– ¡Este hombre ha sido embrujado por la mujer de los ojos claros y de los cabellos rubios!... –decía sentenciosamente el más viejo de aquellos guerreros–, y mucho me temo que tengamos trastornos graves para largo tiempo.

– ¡Bah..., bah! –decía otro–, ella manda en su redil, pero no en las montañas de Artinón donde corren las flechas libres como los rayos del sol, sin que nada ni nadie haga temblar ni el brazo ni el pecho de los arqueros.

Por fin y cuando estaban próximos a llegar y mientras rodeaban la hoguera en que asaban un avegrú muerto por sus propias flechas, los hombres de Marván le interrogaron.

–Si somos de tu confianza –le dijeron–. Cuéntanos tus cuitas y muy poco valdremos ante ti si no somos capaces de consolarte.

–Me habéis sido siempre fieles y espero que lo seréis en lo sucesivo. En dos palabras está dicho todo: He dado con juramento una palabra que no sé lo que he de hacer para cumplirla.

– ¿Qué palabra es esa que así encadena tus bríos, bravo león de la selva?

–La de acallar el grito de dolor de todos los que sufren en nuestro país.

– ¿Lo has jurado por Besú (*divinidad del Alto Egipto, que estaba simbolizado en la luna nueva), el de la corva daga de dos puntas que manda en las lluvias y los vientos?

–Sí, y también por Bagbartú (*símbolo que representaba a Dios), el genio protector de las aguas de Van, donde vi la primera luz de la vida.

– ¡Ah!..., ¡el ave con rostro de mujer de pie sobre un arado!..., ¡y una mujer de ese país te arrancó esa promesa!... ¡Caudillo de Artinón estás vencido y si sales con vida no saldrás con libertad, créemelo!

–Si me amáis, me ayudaréis a cumplir lo que he prometido porque bien sabéis que los hombres de mi raza antes mueren que ser perjuros o falsos.

– ¿Y si aún haciendo cuanto os fuera posible no pudierais cumplirlo? –preguntó uno de aquellos hombres.

–Beberé elixir de adormidera y vosotros me pondréis en la balsa cerca del gran torrente. Ni el furioso turbión del Nilo bravío me aterra como la voz de mi propia conciencia que me gritará: eres un perjuro y un falso.

Y el Caudillo de Artinón llegó a sus tierras con la frente sombría y los ojos cargados de insomnio, de cavilaciones y de recuerdos.

La imagen dulce y grave de Solania, la mujer de vestido azul le seguía en todo momento y cada vez que él pasaba junto a las cabañas donde dormían amontonados los esclavos, cuando le traían para condenar un grupo de hambrientos sorprendidos en hurtos, cuando recibía de regalo una veintena de negros chiquillos ya engordados y listos para aumentar las viandas de sus festines.

Aquella imagen dulce y grave no le dejaba hora de reposo en que poder satisfacer un capricho suyo, o una complacencia de sus amigos o favoritos.

El pueblo todo estaba extrañado de la inesperada transformación de su Caudillo, que se había vuelto como un cordero, cuando hacía tan poco que fieros zarpazos de león hacían sentir profundamente su fuerza y su autoridad.

Disfrazado de labriego recorría los campos y tizado el rostro de humo se internaba en las profundidades de las minas; cargado con fardos de leña recorría los bosques explotados por centenares de esclavos en beneficio de sus amos. Y el tesoro que su ambición había acumulado durante más de quince años, iba agotándose y aún no conseguía romper todas las cadenas ni vestir a todos los desnudos, ni recoger todos los

abandonados a la miseria y al hambre por el egoísmo de los fuertes y la ineptitud e inercia de los débiles.

Cuando hasta sus hombres de más confianza le volvieron la espalda viéndole arruinado en su inmensa fortuna particular y que empezaba a distribuir también las riquezas de sus palacios y las haciendas de sus campos para que nadie llorase en sus dominios, Marván, enloquecido, desesperado, se vistió de pescador y a bordo de una canoa abandonada se dejó llevar por la corriente del Nilo hacia donde tronaba la gran catarata. Llevaba en su pecho una redoma llena del líquido adormecedor; pero apenas había comenzado a bogar río abajo, se dibujó en su retina una extraña claridad azulada que poco a poco fue tomando las formas de una mujer rubia vestida de azul, cuyo largo velo violeta flotaba al viento.

– ¡Solania!... –gritó– ¡Me has vencido y voy a la muerte porque antes que perjuro y falso quiero que me sepulte el torrente para siempre!

En lo más hondo de su propio Yo, sintió la voz de Solania que le decía:

–“No soy yo que te he vencido sino que tú te has vencido a ti mismo, has triunfado de la ambición y del egoísmo, porque despojado de cuanto habías adquirido para tu goce, has perdido hasta el aprecio de tu pueblo que te cree loco por tu desprendimiento para acallar el dolor. No eres perjuro sino mártir. No eres falso sino héroe.

“Ven a los brazos de Numú que te esperan abiertos para estrecharte”.

Tan ruda fue la impresión sufrida que perdió el conocimiento, debilitado como estaba de la vida azarosa y amarga que a sí mismo se había impuesto para cumplir su promesa de acallar el dolor entre su pueblo.

Cuando volvió en sí, se encontró en una choza de pescadores rodeado de un numeroso conjunto de ellos, entre los que abundaban ancianos, mujeres y niños.

– ¡Marván! –le decían todos llorando–. Te has arrojado al torrente porque todos los amos están contra ti, porque has roto las cadenas de los esclavos, y has amparado a las mujeres ultrajadas, y a los niños condenados a la hoguera del festín... Mas, nosotros te amamos y servimos, y bajo nuestras chozas partirás con nosotros nuestro pan moreno y nuestros peces asados. ¿Acaso el Nilo en que ibas a morir, no es bastante rico para sustentarte?

– ¡Sí..., sí!... –respondía él sin poder reprimir sus ahogados sollozos–, ahora quiero vivir porque una voz de lo alto me ha dicho que no soy perjuro sino mártir, que no soy falso sino héroe... ¡Solania, Solania!, tu alma fue la estrella polar de mi vida turbulenta como marejada bravía... ¡He nacido de nuevo en la mañana azulada de tu vestido, bajo el tornasol violeta de tu velo de Kobda!

Pocos días después Marván solitario sobre su caballo negro, recorría

el mismo camino que de Artinón terminaba en Neghadá; pero entonces sólo repetía:

–En aquellos dominios todos secaron su llanto pero a costa de mi dolor, de mi honra, de mis afectos y de todo cuanto formaba mi bienestar como hombre. ¡Sólo yo estoy desolado y solitario, hambriento y despreciado! ¿Y es ahora que soy un mártir y un héroe?

–Sí –le decía la voz de su propia conciencia–. *Ahora eres un vencedor de ti mismo, un conquistador de tu dicha y de tu paz.*

En las veinticinco lunas que habían transcurrido desde su primer encuentro con Solania, no medió entre ambos ningún mensaje, ninguna noticia en el plano físico o material. Pero el pensamiento como paloma mensajera audaz, incansable, desapercibida para todos había recorrido millares de veces el largo camino poniendo en contacto aquellas dos almas, fatigada y doliente la una en plena tempestad; fuerte y serena la otra en la iluminada pradera del altruismo y del deber cumplido.

Solania no era ya Matriarca del Gran Santuario porque el Alto Consejo la había colocado al frente de un anexo, inaugurado dos lunas antes para refugio e instrucción de Berecinas, igual que el de Monte Kasson que conocemos y que regenteaba la Anciana Elhisa.

La gran afluencia de las esposas secundarias de los caudillos y príncipes de la Alianza, había obligado a las Kobdas de Neghadá a tomar tal resolución como medida de protección para más de trescientas mujeres que sin la evolución ni las condiciones necesarias para ser Kobdas, se veían expuestas a continuar su vida en la humillación y el desorden las unas, o en la ociosa ineptitud madre de vicios, las otras.

Era necesario un talento, discreción y energía como las de aquella mujer para ser a la vez maestra, consejera y amiga de princesas de segundo orden, a quienes la ley había separado del esposo y a quienes esa misma ley debía abrir caminos nuevos, inundados también del sol de la esperanza puesto que tenían derecho a su parte grande o pequeña de dicha y de bienestar.

La mansión de las Berecinas había sido inaugurada en aquel gran pabellón que sirvió de refugio a los centenares de niños morenos que volvieron a Artinón con el Caudillo, veinticinco lunas atrás.

Se le habían hecho con esmero las transformaciones que su nuevo destino requería. De Refugio-Escuela de niños arrancados a la esclavitud y a la muerte por la piedad de las Kobdas, se había transformado en grandiosa mansión señorial de princesas viudas o Berecinas apartadas de sus esposos por la Ley de la esposa única promulgada por la Gran Alianza. Entre ellas estaban las hijas de las Berecinas recluidas, al igual que en La Paz, hasta que en edad conveniente, les era permitido tomar esposo.

Más o menos las mismas complicaciones, la misma difícil tarea y arduo problema que en Monte Kasson fue en Neghadá para Solania y sus auxiliares, el abrir horizontes nuevos y serenos para la porción de almas que los acontecimientos ponían en torno suyo como inmensa bandada de avecillas errantes sin rumbo fijo, llegada de diversos países y climas, con lenguas, costumbres y gustos diferentes. La Mansión de Berecinas comunicaba por los jardines con el Santuario central, y estaba por consiguiente dentro de la fuerte muralla de protección exterior consistente como se sabe en un ancho brazo del Nilo que rodeaba circularmente la inmensa muralla de piedra detrás de la cual sólo se percibía desde afuera una frondosa coronación de palmeras en torno a la vetusta bóveda del Santuario Kobda.

Allí se encontraron de nuevo Solania y Marván. Él parecía haber envejecido diez años. Ella había perdido también el fresco aspecto juvenil de veinticinco lunas atrás, y había adquirido una plenitud de vida más grave, más serena, más austera si cabe que la primera vez que le viera. El roce continuo con aquellos corazones llenos de tempestades y de egoísmos, de esperanzas y desilusiones parecía haber dejado como un ala de sombras sobre aquella frente diáfana, y un reflejo de tristeza dulce y suave en sus ojos color de cielo.

—Os esperaba —le dijo al Caudillo tendiéndole ambas manos, que él besó doblando una rodilla como lo hubiera hecho ante una venerada soberana que le esperaba para bendecirle.

— ¿Quién os anunció mi venida? —interrogó él.

—Yo misma.

— ¿Cómo? No comprendo.

—No sois ajeno a nuestras actividades espirituales y durante mi turno de concentración os vi salir de entre una aldea de pescadores con rumbo a Neghadá, y aún creí percibir vuestro pensamiento dolorido que me decía: “Nadie llora en mi tierra sino yo sólo”.

— ¡Es verdad, es verdad! —exclamó Marván asombrado—. ¡He pensado eso tantas veces!... ¡Lo he repetido al atravesar esos campos, tantas veces!

—Pues bien, no tenéis nada que contarme porque vuestra presencia ya lo dice todo. Habéis luchado como un héroe, habéis padecido como un mártir y habéis triunfado como los fuertes y los grandes triunfan.

“Ahora os habéis conquistado vuestra dicha y vuestra paz.

El Caudillo movió negativamente su cabeza.

— ¿Cómo? —interrogó Solania—. ¿Creéis que os falta algo por hacer?

—Yo di la felicidad a los demás..., pero no supe construir la dicha para mí, pues ni aún he merecido el amor de mi pueblo por el bien que he derramado entre los que padecían y lloraban.

“Los poderosos me han despreciado y maldecido y la mayoría de los favorecidos por mi generosidad han dicho: “No hace más que devolvernos lo que nos había quitado pues era un extranjero enriquecido en nuestra tierra”. Y la turba multa de esclavos libertados decía a sus hijuelos al verme pasar: “Ese hombre iba a devorar vuestra carne en sus festines, y Besú le ha enloquecido para daros la libertad”.

Y como impulsado por un rápido acceso de furor ante tamaña ingratitud, Marván levantó a lo alto sus puños crispados para formular una terrible imprecación sobre la humanidad.

Las blancas manos de Solania, se posaron suavemente en las morenas y nervudas manos del Caudillo, mientras su dulce voz le decía:

–Marván, si el bien lo haces esperando las delicias de la gratitud, siempre tendrás desengaño. Pero si haces el bien tan sólo para satisfacer el apremio de tu Yo íntimo que te exige desbordamientos de amor hacia tus semejantes, hallarás allí mismo dentro de ti la más grande compensación. –Y tocando apenas con las puntas de sus dedos el pecho del Caudillo, Solania emitió hacia el Ego de Marván, hacia su Yo Superior, una fuerte vibración de su pensamiento en forma de hacerle claramente sensible la profunda voz de su propia conciencia.

De los ojos entornados del Caudillo que parecía una estatua de bronce, comenzaron a correr dos hilos de lágrimas que mojaban, al caer, la mano de la Kobda tendida hacia él.

¡Qué de armonías en aquel breve silencio!... ¡Qué explosiones de claridad en la penumbra serena de aquella sala de visitas!

Y Marván volvió a repetir las palabras que dijera en el desierto:

– ¡Solania!... he nacido de nuevo en la mañana azul de tu vestido entre la nube violeta de tus velos de Kobda. ¡Ahora empiezo a vivir!

“¡Pero yo estoy sólo, herido, deshecho, sin familia, sin amigos, sin patria!...

–Y yo, Marván, y yo, ¿no soy nadie para vos? –interrogó Solania con espontáneo arranque–. ¿No decís que habéis nacido de nuevo entre el azul de mi vestido y los pliegues violáceos de mis velos de Kobda?

“Tengo pues sobre vos derechos de madre y espero de vos toda la ternura dulce y confiada de un hijo.

Y sin hablar más, abrió la puerta que daba a un patio interior donde se sentían voces reposadas y graves que hablaban. Era Adonai, el Anciano Pharahome enamorado de Abel, que con dos Kobdas más habían venido al llamado de Solania, para llevarse al hijo pródigo que de nuevo llamaba a la vieja casa paterna.

–Aquí están vuestro padre y vuestros hermanos –le dijo Solania–, y os prohíbo hablar de soledad y desamparo en medio de tanto amor como os rodea.

El anciano abrazó al Caudillo con inmensa ternura, diciéndole:
–Tú serás el hijo de mi vejez, dado a mí por el Hombre-Luz en esta hora de sus nupcias con la humanidad.

126 EL VELO BLANCO

Mientras esto ocurría en las orillas del Nilo, dos acontecimientos presionaban de muy diversa manera a los Kobdas de La Paz en las praderas del Éufrates.

En el país de Galaad entre los risueños y alegres vergeles de las márgenes del Descensor, dejaba el plano físico el anciano Caudillo Jebuz, padre de la joven Reina Ada, y una embajada mensajera llegó poco después al Santuario con un papiro encerrado entre un tubo de plata y cobre, y envuelto en aquel velo blanco que Ada arrojara sobre su padre el día de su último adiós. Al abrirlo, Bohindra encontró grabado este breve y sencillito testamento.

“Ada, hija mía: me entregaste tu velo cuando te dejé en ese templo de la Sabiduría y del Amor. Él me ha marcado la ruta que seguí desde esa hora. Sobre tu velo he llorado muchas veces. Con tu velo he cubierto y vendado las llagas de mis humanas debilidades hasta curarlas una por una, y cuando siento que se acerca mi fin, ordeno que te sea devuelto después de haber velado la faz de este cuerpo sin vida. Que la Sabiduría y el Amor en cuyo templo te dejé cuando sólo contabas catorce años, te marque lo que debes hacer con el pueblo que deja huérfano tu padre. Jebuz de Galaad”.

Para el Kobda-Rey esta noticia sólo le afectó dolorosamente porque dejaba sin realización el deseo de la Reina de consolar a su padre anciano y enfermo en los últimos días de su vida permaneciendo a su lado por algún espacio de tiempo. Y la noticia llegaba a La Paz, cuando Ada estaba en preparativos de ese viaje que por múltiples causas, nunca se había decidido antes a realizar.

Y cuando lleno de consternación le entregaba Bohindra el blanco velo, símbolo, promesa y recuerdo a la vez, ella lo miró un largo rato como leyendo en él lo que acaso sólo ella podía adivinar y comprender. Lo oprimió después sobre su corazón y recostó su cabeza sobre el pecho de su Rey, mientras le decía con voz estremecida por el sollozo:

–Del corazón de mi padre vine al vuestro. Y del vuestro, ¿adónde iré?

–Al inmenso corazón de Dios..., sólo a Él, mi Reina, porque no es tu alma avecilla que necesite descansar muchas veces en el viaje.

– ¿Qué rumbo seguirá aquel pueblo sin él, que tanto le amaba?

– El rumbo que impuso a tu padre tu velo blanco de Reina Kobda. ¿No lo comprendes así en su breve y concisa despedida?

Y el Rey llamó a los tres emisarios que desde Galaad habían llegado con la noticia.

Oigamos el intercambio de preguntas y respuestas, para que podamos apreciar lo que había realizado en el alma del viejo Caudillo el blanco velo de la Reina Kobda.

– ¿Cómo está el pueblo de Galaad a la desaparición de su Jefe?

– Una gran desolación le invadió en los primeros momentos, pero todo se tornó en calma y serenidad cuando nosotros desde lo alto de la torre de órdenes, agitamos ese velo blanco anunciando al pueblo que por voluntad expresa del Caudillo muerto, todos, desde el más grande hasta el más pequeño, quedaban bajo el amparo y tutela de la Reina Ada.

– ¿Y las Berecinas de Jebuz y sus hijos? – volvió a preguntar Bohindra.

– Desde que Jebuz dejó a vuestro lado la única hija de su primera esposa, dio carta de soberanía a sus esposas secundarias y dotó a todos los hijos que de ellas tenía, reservándose sólo para sí, el derecho a gobernar sus pueblos y de una pequeña porción de tierra y de ganado de donde él sacaba su sustento.

– ¿Y no hay enfermos, ni huérfanos, ni ancianos que padezcan?

– Los hay, pero no padecen si ellos no quieren padecer.

– ¿Cómo? Explicaos más.

– Digo, que hay ancianos y enfermos y huérfanos, pero como Jebuz abrió refugios y casas de salud hasta en las más pequeñas aldeas, sólo el que quiere padecer el hambre y la soledad, padece.

“¡Oh!..., el Caudillo de Galaad tenía en sus manos un talismán poderoso del cual fluía la paz y la salud para todo el que pusiera su pensamiento en él.

Bohindra y Ada se miraron con asombro.

– ¿Y ese talismán? – insinuó el Rey.

– Es ese velo blanco que os hemos traído desde allá porque con juramentos nos exigió nuestro Caudillo que así lo hiciéramos, apenas le hubiésemos dado sepultura.

– Pues está muy claro: quiso hacer entender que sólo su hija es capaz de gobernar en paz y armonía su pueblo.

– Pero eso no es posible – dijo la aludida –. Yo no puedo permanecer en el sitio que deja vacío mi padre. Mi puesto es aquí donde él me colocó un día, y aquí estoy y aquí estaré todos los días de mi vida.

– ¡Qué grande eres en tu firmeza mi Reina!... Mas, como el Amor salva todos los más grandes abismos, él nos indicará en este caso el camino a seguir.

“¿No hay entre vosotros o entre los hijos de Jebuz un hombre que pueda ser su continuador?”

Los tres embajadores se miraron como animándose a hablar los unos a los otros.

—Hay un extraño sujeto al cual obedecen mucho los diecinueve varones de nuestro jefe. Bien sabéis que entre ellos y las hijas mujeres está repartida toda la tierra occidental del río Descensor, desde el norte del Mar de la Muerte hasta la vertiente que le da origen. Cada uno de los hijos es un pequeño jefe de tribus, y hasta hoy todos obraron de acuerdo a la voluntad paterna en primer lugar, y de acuerdo a los consejos de Palasthin en segundo término.

— ¿Y ese Palasthin? —preguntó el Rey.

—Es el extraño sujeto al cual hacíamos referencia hace un momento.

—Y, ¿por qué es extraño ese hombre?

—Porque vive de diferente manera que los demás, Jebuz le dispensó gran consideración y le tuvo por amigo, pero nunca consiguió que aceptase el mezclarse en el gobierno del pueblo. Vive en la soledad, construye utensilios de hueso, de cuerno y de barro, y cura diversas enfermedades. La gente le quiere por su gran bondad y desinterés, pues prefiere perder siempre antes que reñir con nadie. ¡Si este hombre quisiera gobernar el pueblo, sería otro Jebuz!

—Creo —dijo otro de los embajadores—, que sólo aceptaría ser un consejero de los hijos de Jebuz, si ellos unidos como hasta hoy continuaran en sus respectivos puestos, y siempre con la idea fija de que la Reina Ada constituyera la suprema autoridad del país.

— ¿Y no tenéis amistad con los Kobdas del Santuario de Gerar? —preguntó Ada.

—Vuestro padre iba todos los años, y de allí tomó ideas para los refugios de ancianos y huérfanos, para las casas de salud y de preparación de doncellas para ser esposas y madres; para los talleres de tejidos y pulimentación de metales y de piedras preciosas. Desde que Jebuz llevó a nuestra tierra el velo blanco de la Reina, fue un hombre muy diferente de lo que había sido. Diríase que una extraña fiebre de hacer el bien le había invadido, a tal punto que al llegar cada noche a su banco de reposo se preguntaba inquieto: — ¿Qué cosa de utilidad para los demás hice hoy?

“Y si descubría no haber realizado nada en beneficio de alguno, se entristecía hasta llegar a decir: “Hoy no merezco cubrirme con el velo blanco de mi hija Ada”.

“Y si la hora en que le venía tal recuerdo no era muy avanzada y le informábamos de alguna necesidad que hubiera, sin pérdida de tiempo trataba de remediarla antes de entregarse al sueño. Explicaos porqué el

velo de la Reina ha llegado a ser un símbolo de todo lo grande y bueno que el pueblo puede esperar.

Bohindra escuchaba en silencio y después de unos momentos de meditación dijo a la Reina:

–Ya veis..., vuestro velo es la santa bandera bajo la cual se cobija aquel pueblo. ¿Qué pensáis?

–Lo que vos pensáis mi Rey.

–¿Sabéis con exactitud lo que pienso?

–Creo que sí.

–Decidlo pues y que estos señores vean como coinciden nuestros pensamientos.

–Vos pensáis según me parece –dijo con cierta timidez Ada–, que los embajadores se lleven de nuevo el velo y reúnan a todos mis hermanos y a Palasthin, y les digan que el velo blanco de la Reina Kobda seguirá siendo para ellos el símbolo y promesa de paz y de dicha, mientras todos ellos se esfuercen en ser continuadores de las obras de Jebuz, mi padre, cuyo lugar en calidad de consejero lo ocupará Palasthin. Y que una vez cada año se presentará allá un embajador mío, para cerciorarse de que mi velo blanco continúa siendo lazo de paz y de concordia, recuerdo, promesa y símbolo de todo lo grande y bueno que hizo Jebuz mi padre, y que ellos deben continuar.

–Justamente –dijo Bohindra–, la Reina ha leído mi pensamiento y creo que encontraréis satisfacción vosotros también en ver que coinciden con los vuestros.

–Verdaderamente –dijeron los embajadores–, coincidimos en todos los puntos. El Altísimo está en medio de nosotros.

–Y, ¿qué sitio ocupáis vosotros en aquel país? –volvió a preguntar el Rey queriendo auscultar más a fondo el alma de sus interlocutores.

–Nosotros –respondió uno–, hemos sido hasta ahora confidentes y auxiliares de Jebuz en todas sus obras de bien público; otros son sus jefes de guerra para el caso preciso, y otros guardianes del orden. Entre todos ellos nos designaron a nosotros para esta embajada y aquí estamos.

–Bien, bien –dijo Bohindra–. Pienso, a más de lo que antes pensé, que vosotros tres continuéis siendo confidentes y auxiliares del nuevo gobierno formado por los hijos de Jebuz, bajo el consejo de Palasthin. Que los jefes de guerra cambien su nombre por el de Ases de Protección para mantener siempre alerta y vigorosa la legión de arqueros que guardan nuestras fronteras, cuya misión como sabéis es la de evitar que se introduzcan de nuevo el comercio de seres humanos, el asesinato y el robo; las torturas y los despojos como sistema de justicia. Y creedme que un tal sistema de gobierno es lo más perfecto que hoy por hoy se puede implantar en estos pueblos, a la altura de evolución a que han llegado.

Y cuando los embajadores tornaron a su tierra conduciendo de nuevo el velo blanco de Ada, con su voluntad grabada en lámina de piedra, con su firma y la de su Rey, el delirio de aquel pueblo llegó a su más alto grado, y las mujeres todas cubrieron su cabeza con un velo blanco en forma de toca y los hombres torcieron un velo blanco y en forma de casquete lo llevaron a la cabeza, y velos blancos en forma de mantos, y velos blancos en forma de cíngulo, fue desde aquella hora la prenda reveladora de nobleza, de virtud, de todo lo más bello y grande que podía existir en el ser. Y llegó a ser uno de los castigos más oprobiosos para todo delito, el privar por mucho tiempo el derecho de usarlo a todo hombre o mujer que hubiere sido sorprendido en falta grave en contra de las leyes de la Gran Alianza.

“Mirad que no obren en vosotros la sugestión y el fanatismo –decía el solitario Palasthin, viendo que de la delicada ofrenda de amor de una hija a su padre, llegó con el tiempo a hacerse un medio de encubrir hipócritamente las más espantosas miserias.

–Mirad que el velo blanco de la Reina Ada no es símbolo de grandeza material, ni os da poderío sobre vuestros semejantes el solo hecho de usarlo.

“Hipócritas, perjuros y falsos sois, si ceñidos con el velo blanco, os entregáis al pillaje y al robo cuando no tenéis testigos de vista, cuando azotáis a vuestro siervo, cuando abandonáis a la miseria a vuestros enfermos, a vuestros ancianos y a vuestros niños”.

Estas sabias palabras caían en el vacío para la mayoría de los de aquel pueblo, que como el común de la gente de escasa evolución, viven tan solo de las cosas exteriores, empequeñeciendo las grandes manifestaciones de la Belleza y del Amor, para ponerles a su bajo nivel. Y así vemos que el velo blanco de una Reina Kobda, símbolo de una elevada espiritualidad y de una gran pureza de vida y rectitud en las obras, se transformó por obra y gracia de la miseria humana en ídolo o talismán de un culto plagado de idólatras, ceremonias y ritos que al correr de los tiempos, sepultaron por completo en el olvido el origen sencillo, impregnado de ternura y de belleza que tuvo en su principio el blanco velo que una Reina Kobda de catorce años, dejaba caer sobre la cabeza de su anciano padre desde lo alto de un Santuario mientras le miraba alejarse para no volver.

Y cuando estas noticias llegaron hasta La Paz, Ada sintió que el pesimismo le clavaba sus garras en el corazón estrujándolo sin piedad.

–Pero, ¿qué es la humanidad mi Rey, qué es? –preguntaba desconsolada a su esposo en una de esas confidencias íntimas, en que aquellas dos almas parecían desatar sus alas hambrientas de inmensidad–.

“¿Hacia dónde caminan los hombres inconscientes de todo, enloñándolo todo, pisoteándolo todo? ¿De qué le sirve a la humanidad de

esta hora la abnegación y los sacrificios de los Kobdas por elevarla, por enseñarla, por engrandecerla? ¡Ignorantes y torpes eran antes, y lo son ahora, y acaso lo serán mañana! ¡Oh, Rey mío!... ¡Cerremos la puertecita de nuestro castillo interior, de nuestro mundo íntimo donde de tanto en tanto se nos manifiesta la Eterna Belleza y el Eterno Amor, y no miremos más el enloquecido correr de los hombres hacia abismos que no tienen fondo!

Y el delirio atormentado de su alma que no acertaba a comprender la inaudita ceguera de los hombres, continuaba como desgranando pétalos marchitos y mustios de un blanco rosal que parecía haberse secado.

Sentada en un pequeño taburetito a los pies de Bohindra, la dulce Reina Ada continuaba quejándose con las manos cruzadas sobre las rodillas de su esposo, y sus claros ojos vagando por la inmensidad.

Bohindra, cuyo espíritu en su larga vida de esa hora había atesorado tantas y tantas experiencias, y había leído y releído cien veces en el corazón de los hombres, la escuchaba lleno de inmensa piedad por su Reina, cuya alma de arpa eólica, parecía romperse a pedazos con las fuertes sacudidas de un vendaval.

Y como lo hace una tierna madre con un niño afebrado y enfermo, deslizaba suavemente sus manos sobre los dorados cabellos de Ada, hasta que un silencio de ésta le hizo comprender que esperaba su respuesta.

–Mi Reina, mi dulce Reina –le dijo–, todo mi afán en estas dos últimas etapas de vida terrestre que has vivido a mi lado, ha consistido en cubrir para ti con pétalos de rosas blancas las miserias humanas, porque en lo más hondo de mi propio yo, pareceme escuchar una voz que me dice, que me fuiste dada como una caricia del Infinito, como una cadencia, como un perfume, como resplandor de un suave amanecer, para que me fueras tierno recordatorio de la Bondad, de la Belleza, del Amor Eterno e Infinito del cual somos una chispa todos los seres de la creación.

“Soy yo el domador de fieras y tú eres la alondra que le arrulla en su agitado sueño. Soy yo el picapedrero que a golpes de pico abre caminos en medio de la montaña, y eres tú la abejita silenciosa que labora la miel para mojar con ella mis labios sedientos y reseco. Soy yo el luchador que pone el pecho frente a las flechas de los enemigos, y tú el agua fresca que cura mis heridas y apaga mi sed. Sigue siendo alondra, abejita y agua fresca y pura, que por hoy, la Eterna Ley no te exige nada más.

“Preguntabas en tus quejas, qué es la humanidad que todo lo enloda, lo pisotea y lo maltrata, que nada comprende, que de las cosas bellas y grandes hace surgir inmundicias y locuras y vértigo.

“¡Mi Reina!... Si tú entras en una leprosería, ¿qué ves?, ¿qué oyes?, ¿qué sientes? Llagas infectas, gritos horribles, olores insoportables. Estamos en un mundo de enfermos, de lisiados, de contrahechos morales y

espirituales, con el agravante que se creen perfectamente sanos y gozando de la plenitud de todas sus facultades, juzgándonos a quienes vemos y palpamos su gravísimo estado moral, como desequilibrados, como seres anormales, que vivimos de la quimera y del ensueño.

“Nosotros somos la minoría, ellos nos centuplican en número; su pesada irradiación, sus groseras emanaciones fluídicas, las horribles vibraciones de sus bajos y malignos pensamientos nos causan torturas, enfermedades y casi nos ahogan por asfixia. Pero si hemos querido sumarnos a la legión de los seguidores del Hombre-Luz, del Hombre-Amor, del Hombre-Maestro y Médico de almas, por fuerza de ley hemos de soportar las tinieblas, la ingratitud, la ignorancia y la enfermedad de los moradores de esta leprosería y casa correccional que no otra cosa es el planeta Tierra en su actual estado de evolución. Y así, como nunca es inútil la abnegación que se ponga en lavar las llagas de un leproso que se sabe incurable, ni en vendar heridas que se volverán a abrir, ni en encender antorchas que continuamente se apagan, de igual manera, jamás debemos considerar como perdido en el vacío, el esfuerzo y el sacrificio de los Kobdas por elevar y cultivar a los hombres de esta hora; aún cuando les veamos estacionados en un mismo punto, como larvas en un viejo y carcomido tronco, cuando tiene a la vista hermosas praderas de verdes y tiernas hierbecillas.

“Si de tu blanco velo de Reina Kobda hicieron un blasón de pureza y de virtud unos pocos seres de tu tierra natal, ya son ellos antorchas encendidas entre las tinieblas de ignorancia y fanatismo que obscurecen a los demás; ya son ellos reguero de agua clara que lavará muchas llagas de leprosos que acaso en esta vida no han de curarse.

“¿Crees tú, mi dulce Reina, que de todo este plantel de jóvenes, varones y mujeres que educamos en nuestros Pabellones surgirá para el mañana una generación de santos, de apóstoles del bien y de la verdad?

“Seguramente que no, porque cuando el turbión de las pasiones les azote y les sacuda en medio de la vida, olvidarán muchas veces la elevada doctrina de rectitud y de justicia que aquí han bebido a raudales, pero es lógico y razonable esperar que obrarán de mucho mejor manera que aquellos cuya infancia y juventud se deslizó en medio de la iniquidad y del vicio, sin más ley que su capricho y sin la más ligera noción de lo que es la vida del espíritu y sus eternos destinos.

“¡Somos eternos, Ada buena y dulce de mis días terrestres..., somos eternos como Dios de quien hemos surgido y a quien hemos de volver!

“Y porque somos eternos debemos mirar al pasado y al futuro tanto como el momento actual, para que nuestro espíritu engrandecido hasta lo infinito, sepa dar a cada cosa su justo valor. Quiero decir que así como no debemos esperar, ni desear, ni pedir que un espino nos brinde rosas

blancas, ni un buitre dulces gorjeos, ni un escarabajo gotas de miel, tampoco debemos ni podemos pedir que seres venidos recién de las inferiores especies, de las ínfimas moradas de inconsciencia, de atraso, por donde la eterna Ley va llevando paso a paso a cada chispa emanada de sí misma, escalen de un salto alturas a las que nosotros hemos llegado después de millares de años como soplos fugaces en la eternidad de Dios.

“El Kobda que quiere extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas, no debe encerrarse jamás en el reducido círculo de la hora presente, como hacen el común de los hombres, ignorantes de lo que han sido en su pasado y de lo que serán en su futuro, porque ésta equivocada forma de contemplar el grandioso y eterno panorama de la vida, engendra la intolerancia, la vanidad y el orgullo, para arrojarnos después a un caos, donde el desaliento, la desesperación y el pesimismo cortan los vuelos del espíritu, y ahogan sus himnos inmortales con gritos de odio y de furor.

“En el círculo de la hora presente, se encierra el guerrero hambriento de conquistas, de grandezas y de poder, creyendo labrarse con ella una gloria imperecedera y eterna, cuando a la vuelta de breves años entrará de nuevo a la vida como un esclavo, como un harapo, como una piltrafa de humanidad estrujada por todas las angustias y aherrojado por deseos que no ha de ver realizarse.

“Mas, el Kobda busca de conocerse a sí mismo leyendo en su pasado, y toda esa inmensa cadena de vidas consecutivas, de múltiples y variadísimas formas, desde la materia inorgánica hasta llegar a la conciencia del ser cargado de miserias, de crímenes, de desviaciones de toda especie, le dan la clave de cuanto le rodea en la hora presente y de todo cuanto encontrará en su porvenir.

“Y ya que la Eterna Ley nos ha permitido entrar en el augusto santuario donde la Verdad encendió sus antorchas y el Amor desgranó las estrofas de sus cánticos nupciales, hagamos del Amor y de la Verdad nuestro divino sacerdocio, nuestro sublime apostolado, sin desalentarnos por los que no escuchan nuestro canto ni quieren ver el resplandor de nuestra lámpara encendida.

“¡Oh, mi Reina entristecida por las miserias y desviaciones humanas! Me decías hace un momento que cerremos la puertecita de nuestro castillo interior para no mirar más el enloquecido correr de los hombres hacia abismos que no tienen fondos. Y yo os digo, que desde lo alto de ese castillo bajemos de tanto en tanto al polvorientado camino por donde pasan en agitada turba los que no saben de dónde vienen ni a dónde van, corriendo en pos de fantasmas de dicha, que huyen cada vez más veloces y que nunca se dejan alcanzar. Y bajemos con nuestras ánforas de agua clara, con nuestro pan de flor de harina, con nuestra lamparilla

bien provista de aceite, por si alguno de aquella turba febril y jadeante tiene hambre y sed, y quiere encontrar a favor de nuestra lámpara el camino del Amor y de la Paz.

“En el loco furor de aquella carrera humana sin rumbo, corremos es verdad, el riesgo de ser atropellados y arrastrados; y nuestras ánforas derramadas en la tierra y nuestro pan confundido con el lodo, y quien sabe..., acaso con la luz de nuestra lámpara, la muchedumbre incendiará los campos para iluminar la espantosa tragedia de la noche tenebrosa que los envuelve.

“Tal es la misión del ser consciente de sus destinos, que sabe lo que es, de dónde viene y a dónde va. Y recogiendo cada día agua clara de la fuente que nunca se agota, y flor de harina de trigales que jamás se secan, espera eternamente a que unas manos se tiendan hacia él para pedirle, como él las pidiera en remotas edades pasadas, a los que antes que él llegaron al santuario augusto de la Verdad y del Amor.

“¿Veis mi Reina cómo debemos contemplar el grandioso y eterno panorama de la vida, para que el desaliento y el pesimismo no sequen nuestros rosales ni apaguen nuestra lámpara?

“¿Veis como los Kobdas tienden sobre la inconsciente humanidad que los rodea, el blanco velo de su pensamiento iluminado de amor como vos sobre la cabeza de vuestro padre, y sobre las turbas de vuestro pueblo aún cuando sólo unos pocos lo recojan en lo más hondo de su corazón?”

Ada volvió sus ojos a encontrar la mirada dulce y profunda de su Rey, mientras le decía con ingenuidad casi infantil:

–Yo sé que me perdonáis este momento de debilidad y olvido de lo que debo ser a vuestro lado, porque vuestro corazón vive amando y perdonando..., mas siento demasiada helada la escarcha que cayó sobre mi alma envolviéndome como en una brisa de muerte...

Y como una flor marchita dobló su cabeza sobre las rodillas de su Rey donde tenía cruzadas sus manos.

Bohindra adivinó la silenciosa explosión, última ráfaga de una tormenta interior que se apaga y con voz suavísima de arrullo le dijo como adormeciéndola:

–Descansa en mí, paloma mensajera del Amor Eterno, y deja que su soplo divino te envuelva de nuevo, como tu velo blanco al anciano padre que se transfiguró bajo sus nieblas serenas...

Con fuertes irradiaciones de fluido-magnético envolvió Bohindra a su avecilla herida, y así como una alondra al borde del nido, Ada quedó dormida mientras su Rey, recordaba con su pensamiento un tierno poema recordando a la Sadia de su primera juventud, tan sutil, tan delicada, tan encantadora, como las rientes praderas de Otlana en la desaparecida Atlántida.

– ¡Viajeros de Musur y de Galaad llegan al Santuario!... –se oyó resonar una voz poderosa a través de la bocina de cobre con que se anunciaban en el Santuario todos los acontecimientos.

– ¡Dios mío!..., otro dolor! –murmuró Ada, despertándose.

– Calma, mi Reina, calma, que acaso sea el gorjeo de algún pajarillo que busca nido... –contestó el Rey, levantándose para acercarse al ventanal que se abría sobre la terraza delantera.

Entraban en ese instante por la avenida de cedros gigantescos, enjaezados elefantes con amplios doseles a rayas de vistosos colores, que ante los reyes diseñaron la visión de aquel día lejano cuando Jebuz y los príncipes de la Alianza partían a sus países, dejando a la niña Reina al lado ya de su Rey.

El guía de la pequeña caravana agitaba airoso un inmenso velo blanco en forma de pabellón, y por entre las colgaduras de los doseles, manecitas febriles agitaban también velos blancos como alitas de paloma que quisieran volar.

– Pero, ¿qué es esto mi Rey, qué es esto? –preguntaba Ada, con el alma vibrando ya por la dulce conmoción de algo bello y grande que presentía.

– Es tu rosal que florece de nuevo, mi Reina, es el agua clara que llena de nuevo tu ánfora, es la harina en flor, del pan que has dado a los viajeros envuelta en tu velo blanco de Reina Kobda –le respondió Bohindra, ciñéndole de nuevo el velo que ella en la intimidad de su cámara particular se había quitado.

Vieron bajar una mujer joven todavía, con cuatro jovencitas casi niñas ataviadas todas con el velo blanco según la costumbre de aquellos países, y tres gallardos mancebos cuyos blancos mantos prendidos sobre el hombro izquierdo caían como alas plegadas sobre sus túnicas verdes y rojas.

Era la más joven de las Berecinas de Jebuz que venía a La Paz, a buscar tras de sus muros protectores para ella y para sus hijos, el bien, la calma y el sosiego que echaba de menos desde que el anciano Caudillo había desaparecido. Aquella mujer de nombre Ylda había abrazado con entusiasmo la ley de la Alianza, aún cuando esa ley la separó materialmente de Jebuz, del cual era la séptima esposa; luchando día tras día para convencer a todos sus hijos de correr a refugiarse en La Paz, llegaba por fin a la morada del amor según ella decía, donde la dulce Reina Ada hacía de sacerdotisa.

– ¡Oh, qué injusta, qué desagradecida soy con la Bondad Divina! –exclamaba Ada, unos momentos después, abrazando con amor a aquella mujer y sus hijos que eran sus hermanos, y que venían a constituir para ella el hermoso legado de su padre muerto–.

“Creía –continuó diciendo–, que en Musur y Galaad mi velo blanco no había despertado más que una grosera idolatría, y he aquí que veo entrar por mi puerta un bandada de alas blancas que vienen a revolotear en torno mío.

El Kobda-Rey contemplaba silencioso y sonriente aquella felicidad y pensaba con íntima satisfacción:

–“Los rosales florecen eternamente en las almas cubiertas ya para siempre con el velo blanco del Amor que purifica y forja los santos y los mártires”.

La noticia corrió rápidamente de que había llegado la familia de la Reina Ada para vivir bajo las bóvedas del Santuario de La Paz.

El grande amor que Ada había sabido despertar en todos cuantos se le acercaban envolvió también toda aquella familia que le pertenecía por vínculos de la sangre, y por lazos espirituales más fuertes aún.

Sobre todo Ylda, la madre, venía ligada con ella desde la época remota de Juno, el Mago de las Tormentas, allá entre los mares y las montañas de Lemuria. Había sido uno de aquellos bravos marinos que se sublevaron contra su capitán de cuyas arbitrarias crueldades estaba ya harta la tripulación y se pusieron bajo las órdenes de Juno, para auxiliarles en su ardua tarea de salvar las víctimas de los comerciantes de carne humana. Y cuando la catástrofe del barco en que Juno y Vestha se hundieron bajo las aguas del Mar Sereno, la tripulación fue apresada y vendida como esclavos en países cercanos, y ese ser fue comprado por la madre de uno de aquellos príncipes amigos de Juno, que por alianza con él continuaba arrancando víctimas a la piratería hambrienta de los hombres.

Y aquel príncipe y su madre, eran lejanas encarnaciones de Bohindra y Ada que en esa hora abrían de nuevo su corazón y sus brazos a aquel otro espíritu buscador de agua clara y de pan blanco de flor de harina.

Espíritu fuerte de origen mercuriano, había venido a este planeta antes de que el Mesías terrestre comenzara sus encarnaciones en este globo, y había venido entre numerosa legión de espíritus auxiliares de las Entidades que impulsan los primeros pasos de las humanidades en el despertar de la conciencia. Junto a las alondras de Venus, son los mercurianos como la rama en que aquellos forman sus nidos, como el hueco de la peña que los defiende de las borrascas, como la ráfaga del viento que abate al ave de rapiña que busca devorarla. Son seres de la fuerte legión que en la Ciencia de los Espíritus se ha denominado del Poder o de la Destrucción, y cuya misión es la de impulsar la evolución de las humanidades en sus épocas de escaso progreso moral y espiritual.

Y si de la maravillosa alianza y solidaridad de las almas hemos de hacer un parangón que refleje pálidamente la verdad, diríamos, que forman como una grandiosa y magnífica orquesta, donde son los amadores de

Venus y sus planetas afines, la nota suave y delicada, y los del Poder y de la Destrucción las notas vibrantes y poderosas que semejan silbidos del viento o estruendo de tempestad.

Tal era el espíritu encarnado en Ylda, la séptima Berecina del Príncipe Jebuz, que acompañada de sus siete hijos, todos muy jóvenes, acababa de llegar a La Paz.

Aldis, Helia y Mabi la recibieron como a una antigua conocida. Creían haberla visto muchas veces, sobre todo el primero, que luchaba en su mente por avivar el recuerdo. Hasta que Dhables, el gran vidente, que estaba entre los libros vivos, anunciaba:

“Esa mujer es la reencarnación de la Reina Iba, esposa de Nohepastro de Otlana. Fue pues la madre de la princesita Sophía, abuela de Abel. Y entre sus hijos vienen también espíritus de la misma falange y preveo que formarán como una coraza en torno de Ada, cuando vengan para ella y para esta casa días pesados de dolor y de borrasca”.

Y Bohindra al saberlo decía bromeando a su Reina:

—Tu velo blanco y sutil sabe ser también red de bronce y de plata cuando se derrama el granizo y la escarcha.

127

LA REDENCIÓN DE MARVÁN

Contemplando en la luz astral los panoramas que voy escogiendo como el coleccionista las obras de arte, aquella en que encuentra más belleza, más emotividad y más enseñanza a la vez, me digo a mí mismo:

“Si sabes observar bien, si sabes encontrar la flor caída bajo la sombra del follaje, o el rayo de luz filtrándose por un resquicio, o la nota más delicada de una cadencia, o la vibración de miradas que se cruzan en silencio y de pensamientos que aletean en la sombra, no necesitas, ioh, historiador de tragedias humanas, no necesitas digo, nada más que tomar la pluma e ir diseñando a grandes rasgos lo que ves, sin preocuparte de crear porque todo está creado y vivido una y mil veces en cada día, en cada hora de los millares de días y horas que marcó la eternidad!

“Porque son las almas entre el inmenso movimiento universal como esos menudos insectos que tejen incansables pequeñas redcillas casi imperceptibles y en torno de las cuales aman, odian, se agitan, piensan, se unen, se esperan, se desean, se repelen. Lo que importa, ioh, historiador de tragedias humanas!, es que sepas contarlos tal como tú lo comprendes; que sepas diseñarlos tal como tus ojos lo perciben.

Y con mi lente de observación hacia Neghadá, la ciudad santa de los

antiguos Kobdas, continuó copiando lo que la maga del infinito, la Luz, me va dictando con imágenes impalpables y con voces sin sonidos.

–Tú serás el hijo de mi vejez –había dicho el Anciano Adonai, el Pharaohme, al gallardo Caudillo de Artinón, cuando le fue entregado por Solania allá en las delicadas penumbras del parlador, en el Santuario de mujeres situado como se sabe a la orilla del mar y junto a uno de los robustos brazos del Delta del Nilo.

Distaba del Santuario de hombres, unas mil brazas y la travesía se realizaba por un ancho camino de piedra elevado sobre el nivel de la tierra unos diez codos. Era una especie de columnata, pues tenía techumbre sostenida por columnas de bloques de piedras, y servía a la vez para el tránsito de todos los moradores de aquella comarca, que viviendo y dependiendo de los trabajos realizados por ambos Santuarios, por fuerza debían mantener ese ir y venir de intercambio y de transporte propio de las variadas ocupaciones con que los Kobdas ayudaban al progreso moral y material de las masas de pueblos que les rodeaban.

Este camino cortaba en dos un bosque de palmeras que casi lo cubría por ambos lados, dejando sólo pequeñas aberturas por donde el transeúnte podía contemplar el mar dorado con los resplandores del sol poniente. A esa hora le atravesaban Adonai y Marván, solos, porque los dos Kobdas compañeros se habían adelantado hacia el Gran Santuario que apenas se diseñaba al final del camino, como una inmensa mole de piedra que surgiera del mar.

No hablaban porque el Anciano adivinaba en su compañero una lucha interior que iba a desatarse como una tempestad.

Y con su poderoso pensamiento lleno de luz y de amor buscaba de fortalecerle, de curarle, de abrirle horizontes nuevos, con nuevas claridades y nuevos panoramas.

Cuando estaban ya a pocos pasos del vetusto e imponente edificio, Adonai observó que el joven acertaba sus pasos, como si quisiera retardar el momento de su llegada.

–Si os place hagamos aquí un descanso, –le dijo el Anciano, sentándose en uno de los bancos adosados a la balaustrada de piedra de la columnata.

–Vos no os sentáis por cansancio, sino porque adivináis mis vacilaciones para volver al nido –le dijo tristemente Marván.

–Y bien, hijo mío, ¿acaso no tengo yo el derecho de ser complaciente con vos?

“Una sola cosa me permito observaros, y es que no os atormentéis con la idea de que trocáis vuestra libertad de acción por un sometimiento absoluto de vuestra voluntad. No porque lleguéis a este Santuario estáis forzado a quedaros para todo el resto de vuestra vida. Sabéis que

tenemos allí amplias hospederías donde casi nunca falta algún viajero que por diversas razones se encuentra en Neghadá. ¿No podéis ser vos uno de ellos?

“Tan solo Solania y yo sabemos vuestro pasado. No se si os reconocerán algunos de los que más cerca estuvieron con vos. ¡Estáis tan cambiado con el oscuro color que habéis dado a vuestro rostro! ¿Por qué pues, dejáis entrar en vos esa idea pavorosa de que marcháis a lo irremediable?

–Es que estoy envuelto y torturado por lo irremediable –contestó Marván a media voz y como si temiera que las ramas de las palmeras que le sombreaban pudieran escucharle.

– ¡Nada es irremediable en el infinito seno de Dios! –dijo con solemne acento el Pharaohome, para quien empezaba a diseñarse la tragedia íntima que agitaba en dolorosa convulsión el corazón de Marván–. Venís del mundo exterior donde la inconsciencia de los seres los agita y sacude como a un pájaro aturdido que no acierta hacia dónde ha de tender el vuelo. Necesitáis pues muchos días de reposo, de calma, de meditación. No tenéis prisa ninguna por decidir vuestro camino futuro. Lo que decidáis decidido quedará. ¿Dónde está pues lo irremediable? ¿Habéis dejado hogares vacíos, hijos sin padres, esposas abandonadas, padres o hermanos sin amparo y sin medio de vida?

“Nada de ello es irremediable porque para todas esas fases de las necesidades humanas, la Divina Sabiduría nos ha dado la clave y no hay enigma, ni problema, ni encrucijada que la Sabiduría y el Amor no puedan salvar. –Y el Anciano tomando suavemente una mano del altivo y torturado Marván, añadió con su voz emocionada por la ternura–:

“¿Cuál es pues, hijo mío, lo irremediable que te atormenta?

– ¿Estáis enterado –preguntó Marván–, de todo cuanto ha pasado desde que por primera vez vine a Neghadá llamado por la Matriarca Kobda, para recabar de mí la libertad de todos los niños destinados al sacrificio?

–Estoy enterado de todo porque nuestras hermanas obran siempre de acuerdo con nosotros en lo que al mundo exterior se refiere.

– ¿Adivináis que todo cuanto yo hice tuvo por causa y origen el amor?

–Hijo mío, ninguna obra grande se realiza sin amor, porque es como el agua y el sol que anima y da vida a todo cuanto existe. Nada habríais realizado si no hubiera vibrado un grande amor dentro de vos...

– ¡Y lo decís así tan sereno, tan tranquilo, tan convencido! ¿Acaso no puede encerrarse un arduo problema aún en medio del desbordamiento de la luz y del amor? –preguntó el joven Caudillo asombrado de lo que oía.

–Problemas surgen a diario donde quiera que hay una porción de humanidad, donde quiera que palpita un corazón, donde quiera que se agita una vida, pero no irremediables para el alma que sabe colocarse a la altura que ha llegado en su eterno camino.

“Tú que has vestido la túnica azulada y has sentido y vivido de esta vida superior de las almas que se orientan por el camino real de la unión con la Divinidad, sabes bien que no existe lo irremediable sino para quien neciamente se empeña en precipitarse por un despeñadero en el cual cae y se despedaza.

“Para hacer tú todo cuanto has hecho, que sobrepasa en mucho el nivel de lo realizado por otros, tan sólo por filantropía, era necesario que hubiera en ti una fuerza oculta y poderosa que te impulsara a pasar por encima de todo, hasta por encima de ti mismo. ¿Qué fuerza puede ser esa sino la del amor?

– ¡Oh!... ¡Cómo adivináis!... ¡Cómo leéis lo que ha pasado por mí en estos últimos tiempos!... –exclamó Marván, en quien iba filtrándose la confianza y el consuelo como una copa de miel que fueran vertiendo gota a gota en su corazón.

–Y, ¿para qué pensáis que nos sirve el roce continuo con el mundo espiritual, sino para saber conocer las almas y ponernos en condiciones de allanar todos sus caminos y de curar todos sus dolores? Yo habría perdido mi tiempo miserablemente si no estuviera capacitado en esta hora para decirte: “Marván, hijo mío, no te atormentes culpando al amor que sientes por Solania, cuando sólo por él has sido capaz de enjugar tantas lágrimas y de sembrar la felicidad y la paz en torno tuyo.

– ¿Cómo..., también sabíais eso y me conducís a la puerta del Santuario? –interrumpió prontamente Marván, dudando aún de lo que oía.

–Hace mucho que lo sabemos Solania y yo, que soy para ella como su padre desde que ella vistió la túnica azulada.

“No os asombréis, hijo mío, porque si hay alguien que sabe y comprende sobre esta tierra lo que es el amor en almas como la tuya y a esta altura de tu evolución, debemos ser los hombres y mujeres de toga azul cuya vida está dedicada al Amor y a la Sabiduría.

“Sin tu amor por ella no habrías realizado ni la cuarta parte de lo que con tanto sacrificio has sembrado en tu pueblo.

– ¡El bien y la dicha para los demás!..., ¡pero el dolor y la muerte para mí!... –murmuró sordamente el Caudillo—. El amor da vida a los unos pero aniquila a quien lo alimenta en su seno.

–Te equivocas, Marván, yo te lo aseguro. El amor cuando hace al alma capaz de nobles y grandes acciones, es benéfico en alto grado para quien le dio vida en su seno.

“Y para que llegues a estar de acuerdo conmigo, analicemos juntos al

profundo sentimiento que se ha hecho dueño de todo tu ser. Yo iré señalando los pasos que has dado, los caminos que has seguido mientras se agrandaba en ti la mística llama: Cuando Solania se presentó ante ti como la dulce visión de la piedad que te rogaba la tuvieras de los centenares de niños esclavos destinados a la hoguera del festín, la irradiación de amor que como una aureola la envolvía, te atrajo, te fascinó, la sentiste tan suave, tan honda, que sin saber cómo ni por qué te abandonaste a ella por el bienestar que te producía.

“Más tarde su recuerdo te acompañó sin cesar como el suave perfume de una redoma de cristal que llevaras en tu seno y cuyas emanaciones no podías dejar de sentir. Instintivamente nació en ti el deseo de agradecerle, obrando en la forma que ella quería que obrasen. Te parecía estar más cerca de ella y verla feliz, satisfecha, transportada de dicha por lo que te ennoblecías y agrandabas con tus obras. Tú que sentías todos estos aleteos del amor cuando ensaya a tender su vuelo, sabes que te eran tan íntimamente dulces y tiernos, que los sacrificios que tus obras te imponían, te eran fáciles y ligeros. Y hoy la llama es ya tan viva y tan intensa que te asustas al sentirla dentro de ti. ¿Estoy en lo cierto?

– ¡Oh, sí!..., ¡estáis en lo cierto, y puesto que decís que sois casi un padre para Solania, sedlo también para mí que lo necesito más que ella en esta hora espantosa de mi vida!

– ¿Cómo espantosa, hijo mío, cuando estás ennoblecido y engrandecido por el amor? Ese amor manifestado en ti en múltiples formas, te hace desear en esta hora un padre a tu lado que antes no creías necesitar. Creías bastarte a ti mismo, y aún te dolía que otra voluntad se interpusiera entre la tuya y tu deseo. Pues ese deseo de un padre que acabas de manifestarme, es otra de las alas del pájaro azul, cuya fiebre de volar, de expandirse, de correr desde tu corazón a otros corazones, es tan sutil y tan dominadora que no deja ni un solo pliegue del alma sin llenarlo.

“Muy bien, hijo mío, te lo dije desde el principio: tú serás el hijo de mi vejez, porque de antemano sabía que así lo necesitaba tu espíritu.

“¿Decías que es ésta para ti una hora espantosa? En este instante hablas no como un hombre que está llamando a la puerta de un Santuario Kobda, sino como aquel que viendo una hermosa flor en lo alto de una montaña, cree inaccesible la subida para recogerla. Pero no es ese el prisma por donde tu alma debe mirar la flor blanca que se abrió a la caricia de los cielos en lo alto de la montaña...

– ¿Cuál es, pues –interrumpió Marván–, la solución que habéis creído encontrar?

– Calma, no te apresures. No soy yo quien encontrará la solución, sino tú mismo dentro de poco.

– ¿Cómo?... ¿Dónde? –volvió a preguntar el Caudillo.

–En la infinita grandeza del Amor al que has llegado y donde vas a diluirte como un perfume en una llama ardiente. No te reconocerás entonces a ti mismo, creerás que eres otro hombre, que has nacido de nuevo, y que tus excesos y desórdenes quedan allá, muy lejos, en la hondonada lodosa, como trajes sucios y harapientos, que dejaste para vestir los que te brindará en breve la divina realeza del amor.

–Pero, ¿puedo yo ser feliz, puedo vivir, puedo sentir la energía de ser útil en algo, en semejante estado de alma como el que me esbozáis?...

“Diréis que os hablo como si jamás hubiera estado dentro de un Santuario Kobda, y es así a la verdad. Mi entrada a él fue forzada por la persecución a muerte de un hermano mayor, de cuyas garras me escapé por una de esas coincidencias que llamamos milagrosas; pero confieso que me avenía mal con la vida sin deseos y sin ambiciones que vivís los Kobdas, y ello fue lo que me llevó al exterior cuando otros salieron a una misión.

– ¿Y por qué no salisteis antes de las veinte lunas de prueba? Seguro estoy que nadie os obligó a vestir la túnica y quedaros.

–Me obligó el temor pues estaba enterado de que mi hermano me buscaba para eliminarme y evitar así el partir conmigo la herencia paterna. Además la irradiación de amor de vuestros Santuarios curó mis terrores, mis espantos, mis angustias de niño huyendo como una corza entre los bosques poblados de fieras, y en el primer momento aprecié más mi seguridad personal que todas las dificultades de orden moral y espiritual que pudieran presentarse en adelante.

“Los deseos, las ambiciones, las ilusiones propias de la juventud se irguieron demasiado exigentes en mí a los veinte años y busqué salir al exterior, para encontrar la dicha según yo creía, y fue para mí mal. Vos no estabais entonces en Neghadá... ¡Si os hubiera conocido en aquella hora!...

– ¡No digas eso, hijo mío!; no estaba yo, pero estaba a tu lado otro como yo y mucho más que yo. Tenías a Tubal por instructor, a Senio como consejero, a Sisedón como Pharahome. Tenías a Ghinar, a Beni-Abad, a Mauro, a Silay, a Dhables, i grandes almas avezadas a luchar con las tormentas y vencerlas!... Di más bien que no había sonado tu hora, que necesitabas padecer más, palpar la incapacidad de ciertos afectos, de ciertos deseos, de ciertas ambiciones para calmar la sed del espíritu hasta que haya llegado la hartura en todo cuanto halagó tus sentidos. Ahora puedes responderte a ti mismo la pregunta que te has hecho millares de veces en medio del hastío de todas las cosas ¿Qué me ha quedado de todo aquello?: Remordimiento, espanto, terror, asco y mi pobre alma como una avecilla herida, hambrienta, sin nido, sin calor, sin esperanza, porque desprecié los dones divinos del amor, y el amor pasa hoy sin mirarme.

– ¡Oh! ¡Es verdad, es verdad! ¡Parece que hubierais estado escuchando toda la vida lo que dialogaba mi corazón en lo más hondo de mi mismo!... Vamos –dijo Marván, levantándose–, que con una antorcha como vos no temo franquear la puerta.

–Vamos –le contestó el Anciano, y paso a paso se hallaron frente por frente a la gran puerta de entrada al Santuario. Cuando subían la escalera de piedra, Adonai pensaba en que por ella vio subir a Abel un día como un rayo de luz del sol de amanecer inundándolo todo de sonrosada claridad; y veía subir también a Marván como amortiguada luz de ocaso al que ensombrecían más los nubarrones de pasadas tormentas. ¡Qué abismo había entre ambas almas y no obstante su corazón necesitaba de las dos!

Y murmuró casi en secreto: –La luz del uno alumbrará las tinieblas del otro. ¡Ambos son míos por la voluntad invencible del amor!

Marván miró la imagen de Numú esculpida en piedra en la portada y al pie de ella la fascinación de su amor, le hizo ver leve, sutil y fugaz, la imagen de Solania que le señalaba la entrada. Y pasó el dintel con la idea fija de que era ella quien le introducía en el Gran Santuario, donde buscaba de nuevo la Sabiduría y el Amor.

–Aquí meditaréis, aquí resolveréis todos vuestros asuntos internos –le dijo Adonai introduciéndole en una bóveda contigua a la hospedería de hombres, que servía para el Kobda de turno cuando había algún enfermo. Estaba vacía entonces y presentaría al huésped todas las comodidades que necesitaba–.

“Sois libre de pasear por toda la planta baja y por los campos, puentes y jardines.

“Bajaré a visitaros todas las tardes y me asociaré a vuestras deliberaciones si es que de algo os puede servir mi consejo.

La emoción de Marván ahogó las palabras en su garganta limitándose tan sólo a abrazar silencioso al Anciano. La puerta de la bóveda se cerró tras de él y el altivo Caudillo de Artinón cayó como un ciervo herido sobre el banco de reposo y sollozó largo rato. Era el final de la borrasca que hacía crujir al desgajarse los árboles frondosos pero sin raíces, de cuanto había creado en su propio interior para su halago y su placer. De tal estado le sacó el llamado suave y discreto del Kobda que le traía los alimentos de la noche y un velón para darle claridad. Se dio cuenta apenas le vio de la lucha interior que agitaba al huésped y con tierna solicitud dispuso en la mesa de trabajo las viandas, como lo haría con un pobre enfermo impedido de hacerlo por sí mismo.

Después ordenó las pieles del banco de reposo que se hallaban en completo desorden, al igual que las ropas del Caudillo que de pie en el centro de la bóveda le miraba en silencio.

–Ahora vais a comer –le dijo el Kobda, acercándose–. Sabiendo del país que sois, las viandas han sido dispuestas a vuestro paladar.

–Gracias –murmuró Marván–, pero no tengo voluntad de comer. Sólo siento una implacable sed que me devora.

–Aquí tienes jugo de uvas y agua fresca –le dijo, vaciando el líquido opalino en un vaso de plata.

Y mientras le instaba a beber, deshojaba su pensamiento como diminutas hadas blancas, dulces y suaves, sobre aquel espíritu atormentado.

Marván bebió y se tendió de nuevo en el lecho.

–Quisiera dormir un siglo sin despertar –dijo.

–Que la paz sea con vos –murmuró el Kobda, cubriéndole con las mantas, y se alejó.

128

FLOR DE MONTAÑA

Era Solania como se sabe, originaria de Júpiter y tenía por tanto una asombrosa facilidad para todos los trabajos mentales que en bien de las humanidades primitivas se pueden realizar. La fuerza trasmisora de su pensamiento estaba grandemente desarrollada, pues son los jupiterianos quienes han traído al planeta Tierra los conocimientos referentes a la ley que llamamos telepatía.

Y leyendo ella en el papiro guardador de sus vidas pasadas, llegó a la convicción de que aquel ser atormentado después de una borrascosa vida, le venía siguiendo desde hacía varios siglos. Un sentimiento de profunda piedad se había despertado en su espíritu y adivinaba el hondo amor que había inspirado en el Caudillo de Artinón. Había pedido el auxilio espiritual de todos sus hermanos del Santuario de Neghadá por intermedio de Adonai, y las Kobdas sus hermanas estaban también con ella para coadyuvar al éxito en la hora final de la gran batalla en la que tantas vidas humanas habían salvado y en la que no podían dejar descuidado al pobre ser que a fuerza de grandes sacrificios les había servido de instrumento.

Marván representaba en ese momento el deshecho y agotado marino que hubiera sostenido por largo tiempo una tabla de salvación para millares de naufragos y que habiendo salvado a todos, caía vencido por la fatiga y el cansancio.

La ley de la Eterna Justicia obligaba a los Hijos de Numú a darle toda la fuerza de su pensamiento y de su amor.

“Hagámosle encontrar el camino a su cielo” –se dijeron todos, y la poderosa cadena quedó fuertemente eslabonada en torno del Caudillo

que se había conquistado con inauditos esfuerzos aquella amorosa protección.

Su redención había comenzado a tejer su manto blanco y sutil, y era Solania quien debía sostener las transparentes hebras del hilo que iba tejiendo. Y aquella admirable mujer supo encontrar el secreto y la fuerza de hacerse dueña de la situación difícil en que estaba colocada.

Pidió al Alto Consejo que la relevasen por un tiempo de las múltiples actividades a que la obligaba su cargo de Regente del Pabellón de Berecinas, para volver al retiro del viejo Santuario.

En aquella grande y serena quietud, sin preocupaciones materiales del exterior, quería consagrarse por completo a la curación del marino salvador de vidas humanas y encauzarle a su nuevo camino.

Y de acuerdo con Adonai, dispusieron el camino astral y el plano necesario para que la corriente telepática quedase establecida entre Solania y Marván.

La hora fijada era el caer de la tarde, en que Adonai bajaba a reunirse con Marván bajo un bosquecillo de naranjos que se hallaba detrás de la hospedería. Sitio poco frecuentado no habiendo enfermos del exterior, y cuyos aromáticos efluvios convenían grandemente a aquietar el sistema nervioso de los que iban a buscar paz y sosiego.

–Esta es la hora y el sitio en que la Luz Divina tenderá su claridad para ti, hijo mío –decía el anciano Pharahome a su huésped.

–Pero es que ese amor profundo ha llegado de tal modo a adueñarse de todas mis facultades, que veo a Solania en todas partes: en el cielo, en la luna, en las estrellas, flotando entre las ramas lacias de las palmeras o en el claro espejo de la fuente en que me inclino a beber... ¿Cómo pues he de llegar al sosiego y a la paz? –Así hablaba Marván vaciando su alma herida y enferma en el sereno corazón de Adonai.

–Bien, bien, me gusta que así la veas, pero conviene que te serenes y escuches lo que te dice, porque esa impalpable imagen te hablará si calmas tu fiebre y tu delirio, para dar lugar a que el pensamiento de ella penetre en ti. Tal es la oración de los Kobdas: el pensamiento puesto en acción; la mente quieta y serena para percibir las vibraciones del infinito encauzadas hacia nosotros por Inteligencias superiores, ya encarnadas o desencarnadas.

“Solania es hoy por hoy tu luz, tu claridad, tu voz amiga. Ella te ha reconciliado con tu propio Ego, con tu Yo superior. Ella te ha hecho entrar en el augusto Santuario de la Sabiduría, de la Justicia y del Amor. Es el don de Dios para ti en esta hora de tu eterna carrera como espíritu, y siguiéndola es como llegarás a la dicha y a la paz. Ahora esperemos en silencio para que sumergido en la Divinidad escuches la voz íntima que te hablará.

Así comenzó el diálogo telepático entre Solania y Marván. Así también comenzó la curación de aquel turbulento y apasionado espíritu, que había vislumbrado una hermosa flor blanca en lo alto de una montaña inaccesible y a quien el desaliento impedía iniciar esfuerzos para trepar a recogerla.

Y Solania desde la Mansión de la Sombra de su viejo Santuario, tenía el invisible hilo trasmisor que iría vertiendo en la mente de Marván, palabra tras palabra, imagen tras imagen, remontándose a pasadas edades, cuando su espíritu ya en los planos de la conciencia y del discernimiento, salvaba de las garras de una hiena de las cavernas a un corzo recién nacido, cuya madre había sido muerta por un cazador. Más tarde ella, vigésima esposa de un déspota sanguinario, recibía en su regazo un hijo cuyo rostro aparecía cubierto de rojizas manchas, efecto natural de los terrores de las degollaciones y torturas que la pobre madre había presenciado mientras le llevaba en su seno.

Y el espanto heló su corazón cuando oyó decir con inmenso desprecio al ver al niño del rostro manchado: “Tíradle a la cueva de los leopardos porque esa piltrafa no es mi hijo”. Y de un puntapié hizo rodar al infantilillo por el declive arenoso que desde la casa bajaba al prado vecino.

– ¿Dices que no es vuestro? –gritaba la madre angustiada corriendo en pos del pequeño fardo humano que rodaba ante ella–, ¡pero nadie dirá que no es mío! –Y escondiéndolo entre su vestido de pieles de raposa huía con él a los bosques donde se alimentó de raíces y frutas silvestres para criar a su hijo despreciado hasta del autor de sus días. Y los siglos continuaban marchando sin parar como el péndulo de un reloj y descubriendo ante el asombrado Caudillo de Artinón los heroísmos de amor de aquella mujer, que venía siendo desde largas edades su luz, su guía, su maga salvadora. Su amor pasional ardiente y profundo se iba tornando en adoración, en culto, en reverente oración.

Hasta que una tarde, después de haber absorbido en su cuerpo mental numerosas tragedias vividas hacía inmensas edades, vio que Solania, madre suya otra vez, se dejaba despedazar por las fieras adoradas como dioses en pueblos primitivos, para salvar la vida del hijo que entregado a la delincuencia, ella esperaba aún redimirle...

¡Era ya demasiado ver!... ¡Era demasiado comprender!... ¡Era demasiado sublime aquel excelso amor de madre llevado hasta el heroísmo muchas veces durante miles de siglos, para que Marván no se sintiera impelido por una fuerza invencible a caer de rodillas con la frente en el polvo ante aquel otro ser superior en quien jamás vibró un amor egoísta, ni bajo, ni grosero!

Y Adonai llorando lágrimas de inmensa ternura vio un día en tal actitud al altivo Caudillo de Artinón mientras extendiendo sus brazos

en el vacío, como quien abraza una imagen que sólo él percibe, exclamaba con voz entrecortada por el llanto que corría a raudales por su rostro:

– ¡Santa madre mía..., mil veces santa!... ¡Aún hoy debéis perdonar el nefasto crimen del hijo de haber alimentado junto a ti burdas pasiones, deseos bajos y groseros, anhelos egoístas y mezquinos cuya sola irradiación debía causar náuseas a tu pureza y a tu amor!

“¡Santa madre mía..., flor blanca de la montaña!... ¡Estrella azulada de mi cielo tempestuoso!... ¡No soy digno de llamarme hijo tuyo!... ¡Jamás lo seré aunque rueden los siglos sobre mí como nube de arena que arrastra el vendaval!...

Y Marván como presa de un paroxismo de dolor y de fiebre, cayó exánime entre los brazos de Adonai, que le había acompañado todas las tardes porque esperaba esta crisis final.

Ocho días estuvo entre la vida y la muerte. Las violentas y recias sacudidas que había sufrido al descorrer la pesada cortina con que encubren los siglos sus inmensos secretos, le produjo aquella alteración en su sistema nervioso y una fiebre delirante de la que los tiernos cuidados de los Kobdas le arrancaron con éxito.

Cuando se despertó en la gran enfermería común, descubrió a Solania que con dos ancianas Kobdas velaban su sueño. Sentada al lado de su cabecera, aquella heroica mujer que tanto y tanto había padecido por él, retenía una de sus manos entre las suyas esperando su despertar.

– ¡Hijo mío!... –fueron sus primeras palabras–. Necesito que vivas para que me ayudes a realizar una grande obra como la que Dios ha permitido que yo realizara contigo. Tengo otros hijos, muchos hijos, hermanos tuyos que aún no llegaron hasta el corazón de su madre y tu serás quien me dé la inmensa felicidad de atraerles al hogar de la paz y del amor, donde mi corazón les espera como tanto te ha esperado a ti.

Marván se incorporó en el lecho y besó suavemente aquella mano blanca y fina como si fuera una delicada azucena que temiera romper entre las suyas.

– ¡Madre!... –murmuró por fin–. ¡Santa madre bajada de los cielos como un rayo de luna sobre mi frente abatida por mis crímenes, por mis maldades, por mis bajezas y miserias!...

“¡Conozco que tus lágrimas me han lavado, que tu amor divino y santo me ha purificado! ¡Soy otro hombre..., he nacido de nuevo!... ¡Oh, blanca flor de montaña!... ¡Qué breve era el camino para subir hasta ti y yo no lo conocía!...

Y levantándose del lecho como si un nuevo vigor circulara por sus venas se asomaba a los ventanales encontrando más bella y riente la pradera, más azules las aguas del mar, más rumorosas las cascadas

pequeñas que formaban los riachos del Nilo, serpenteando al pie de la muralla.

—Ahora soy fuerte y os podéis apoyar en mí, madre mía —le dijo, ofreciéndole el brazo y saliendo con ella seguidos de las dos ancianas que lloraban en silencio, hacia la columnata aquella que conducía hasta el santuario de mujeres—. Habéis venido a asistirme en mi enfermedad —añadió—, justo es que os conduzca a vuestra morada.

Las dos ancianas se adelantaron cuando ya casi llegaban, y Solania y Marván se sentaron en un poyo de piedra que había junto a la entrada. Habían hecho el camino en silencio, pero los pensamientos habían hablado, cantado, llorado, y creado a la vez hermosos poemas, copias del pasado que revivirían acaso en el futuro.

—De modo —dijo ella—, que ya habéis elegido vuestro camino.

—Sí, madre, sí; mas, ¿cómo lo sabéis si yo nada os dije?

—El alma de una madre de muchos siglos no necesita las palabras del hijo para saber lo que piensa y lo que quiere.

“Por las historias que mi pensamiento te ha contado desde que llegaste al Santuario, debes haber comprendido que un fuerte lazo fluídico unía tu espíritu al mío. No necesitamos pues palabras para entendernos.

“Sabes ya nuestro remoto pasado. Hemos venido tú y yo de otro planeta al cual la Ley Eterna me tornará en breve. Por eso, tu redención me urgía, pues en esta etapa de nuestra vida eterna, serás mi auxiliar en una obra de redención humana terrestre que aún me falta por realizar.

Y volviendo la vista hacia occidente señaló con el dedo un oscuro promontorio que avanzaba sobre el mar como una enorme cabeza de dragón.

— ¿Ves —le dijo—, aquel negro peñasco? Pues allí hay una raza cuyo Caudillo es un ser ligado a mí como tú, pero que aún está de mí más lejos que tú. Dos Kobdas náufragos están allí cautivos de aquella raza y sólo nuestros pensamientos unidos les mantienen vivos en medio de aquellos salvajes. Puesto que has decidido ya tu camino y vas a vestir la túnica azulada, yo he obtenido del Alto Consejo que te la den cuanto antes para que formes parte de los diez Kobdas que irán en breve a aquella región. Yo iré con nueve compañeras mías a inaugurar allí un pequeño Santuario que ya está listo para habitar. ¿Te sientes con fuerza y valor para sacrificarte al lado de tu madre como ella se sacrificó en horas lejanas por ti?

— ¡Oh! Contigo iría hasta los confines del mundo ¡Cuánto más a ese peñasco que aparece allí al otro lado del golfo!

—No creas que está tan cerca. Es el espejismo del cielo azul sobre el mar a esta hora de la mañana lo que acorta a tu vista la distancia.

— ¡Cerca o lejos yo iré a donde vos queráis! —respondió valientemente

el Caudillo—. ¿Acaso haría con eso ni siquiera la milésima parte de lo que hicisteis por mí?

Y Solania y Marván, la madre y el hijo, fueron los fundadores de una antigua civilización de la cual la célebre Cartago de la historia representa quizá el último vestigio.

Con tal obra culminó la jornada misionera de esta gran mujer en la Tierra, que duró diez mil años y la Ley Eterna le abrió de nuevo la puerta de su planeta de origen, donde se reunirá a Marván cuando termine la suya, tan honrosamente como la terminó su madre. Un cartaginés de los primeros siglos de la era cristiana conocido como San Agustín, obispo que fue de Hipona, encarna el espíritu de Marván, el altivo Caudillo que siempre debió sus triunfos sobre sí mismo al amor heroico de una madre.

129

LOS AMANTES DE DIOS

Cuando de nuevo sintió Marván que los pliegues de la túnica azulada ondulaban sobre su cuerpo, una grande paz invadió todo su ser y él se abandonó a esa paz, a esa serenidad, a esa suave quietud del que por fin ha encontrado lo que desde mucho tiempo buscaba. Y confidenciando tiernamente con Adonai, le decía:

– ¡Padre mío, soy otro hombre!... Vivo de una vida nueva en la cual es todo diferente de como antes la viera. Una ternura infinita se ha infiltrado en todo mi ser, como si un elixir adormecedor de todas las bajezas humanas se hubiese adueñado hasta de las más íntimas fibras de mi corazón. ¡Oh, padre mío!... ¿Viviré yo esta misma vida..., diez años, veinte años, cien años?...

“¡Oh! el amor de Solania tiene alas que elevan a lo infinito, y yo me siento arrastrado por esas alas y sumergido en una azul inmensidad sin horizontes, sin límites ni confines, y donde por mucho que vuele no alcanzo a conocerla toda. ¿Qué es esa inmensidad diáfana y clara donde el alma corre con inaudita felicidad, donde me parece oír un cantar eternamente nuevo y sentir un perfume constantemente renovado y una llama viva cuyo suave calor aletea dentro y fuera de mí mismo?

Adonai, viejo conocedor de la profunda y misteriosa ciencia de las almas, escuchaba silencioso, buscando, como experto maestro, de ponerse a tono con las intensidades de luz y de sombra por donde divagaba su discípulo. Y cuando vio que él esperaba su respuesta, le dijo:

–El amor ha florecido para ti, hijo mío, y por eso te ves como sumergido en un divino encantamiento que te transforma en otro ser. Tal es

siempre el comienzo de la vida espiritual verdadera, cuando se asquea el alma de todo género de emociones propias de los inferiores planos de evolución, y se decide por fin a dar el gran vuelo a la cumbre donde le espera la plenitud del Amor, de la Sabiduría y de la Paz.

“Mas, no creas que en tal estado permanecerás largo tiempo sin lucha. Por momentos, por horas, por días largos y pesados se levantará dentro de ti mismo el hombre viejo, el que eras antes y buscará de apagar esta nueva claridad para encender la antigua, y con rojizas llamaradas alumbrará de nuevo el camino recorrido, para deslumbrarte con la visión de dichas pasadas, de placeres vividos y sentidos por ti hondamente y que son por ley, herencia de esta tierra donde el amor es flor de carne y de lodo antes que luz de estrellas que alumbran nuestro horizonte.

– ¡Entonces, está de más el vivir después de haber vislumbrado esta divina claridad! –exclamaba decepcionado el joven Caudillo–. ¿Por qué encender una antorcha que los vientos de la vida han de apagar? ¿Por qué cultivar una flor de montaña en la llanura lodosa, si ella se abrirá con la aurora y morirá al anochecer? Es cruel... ¡Es cruel enjaular una alondra para sentir su canto de cerca y dejarla morir después sin alimento y sin agua, sin calor y sin luz!... ¡Oh, padre mío Adonai!, ¡para llegar a eso era mejor no haber visto aquella claridad, ni encontrado la flor de la montaña, ni escuchado jamás la mística alondra misteriosa!...

–Como tú, hablamos y sentimos todos en igualdad de condiciones, mas como la Eterna Ley sabe que sin el auxilio del amor somos incapaces de hacer el esfuerzo necesario para subir a donde es llegada la hora que subamos, nos envuelve en su divina claridad y hace brotar en nuestro camino la flor de la montaña y suelta a volar a nuestro lado la alondra divina, justamente para despertarnos a nuestra vida verdadera que es aquella en que el hombre comienza a despojarse de la grosera materialidad de su evolución primitiva para comenzar la nueva. ¿No arroja su harapos y desteñida vestidura el mendigo, el esclavo, el prisionero, el guardador de bestias, cuando se le anuncia que el rey lo llama a su palacio porque le ha reconocido como hijo y es llegada la hora de la coronación y de las bodas?

“Para ti la visión divina del amor, llegada tu hora, se ha aparecido en Solania como para mí se apareció en Elhisa, la pobre mártir de un marido brutal, que había mandado enterrarla viva en su propia tumba para que ningún mortal la amase después de sus días, y sentir la satisfacción bestial de saber que su cuerpo muerto tendría aún por breves horas una carne viva y palpitante a su lado. Ella y yo somos ancianos, caminamos los últimos pasos de la vida terrestre y ambos sabemos que ella sin mí, y yo sin ella no habríamos llegado al portal iluminado de la Sabiduría y del Amor, a donde la Eterna Ley nos anunciaba ya que era la hora de subir.

“Ya ves pues que la hora actual que estás viviendo, la he vivido yo hace cincuenta años, con la misma intensidad, con la misma grandeza, con la misma vibración sonora y fuerte como orquesta ejecutada por los huracanes entre pinares gigantescos, en la ladera de altas montañas azotadas por las olas del mar.

“Ella hoy en Monte Kasson, yo en este viejo Santuario, continuamos viviendo de aquella divina flor que se abrió para nosotros en la hora de Dios y que continúa viva, eternamente viva como una estrella blanca y pura que ilumina por igual dos vidas humanas. Sus dolores vienen a golpear en mi viejo corazón con una llamada angustiada y vibrante al igual que los míos se hacen sentir junto a ella como aleteo de un pájaro herido. ¡Oh, el amor!... ¡El eterno y excelso amor, hijo mío, es el más grande don que hace Dios a las almas, a veces en la aurora de la vida, a veces en el ocaso, ya en el anochecer! Bendigámosle cualquiera que sea la circunstancia, el modo y hora en que llegue porque es el beso de la Divinidad Suprema a los elegidos de entre millares, cuando llega para ellos la hora de vestir el traje nupcial para desposarse con Ella.

“Y tiene la Eterna Ley, ocultos y secretos caminos, ocultas y secretas cámaras, ánforas escondidas, cofrecillos encubiertos de velos ligeros y sutiles según son las necesidades de las almas que revolotean como alondras cautivas hasta encontrar la puerta dorada por donde sueltan su vuelo a la inmensidad.

“En los hilos dorados y tenues de la telepatía, se hablan, se acarician y se besan a distancia los amantes de Dios para quienes no existe el tiempo ni la distancia, ni las mezquinas contingencias de la vida humana terrestre, tan inferior, tan mudable y pobre en sus aspectos y formas como lo es en todos los globos de escasa evolución. Por eso el Kobda que sabe extraer de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas, consigue mediante el desarrollo de las altas facultades del espíritu, dominar las distintas circunstancias favorables o adversas propias del plano de la vida física en que actúa para ponerse a tono en el nivel espiritual a que ha llegado en su eterno camino.

“Te digo esto, porque días vendrán para ti en que se diseñará en tu horizonte mental este angustiante interrogante:

“¿Si Solania y yo nos amamos, por qué estas túnicas azuladas y entre ambos la muralla de nuestros Santuarios y de nuestra forma de vida elegida por nosotros mismos?”

“Y antes de que ese terrible interrogante se presente ante ti, yo te doy la respuesta y con ella creo darte la paz y la serenidad que tu espíritu necesitará en el día de mañana.

“En primer lugar, apártese el alma a quien llama para desposarle el Amor de toda idea de lo imposible, de separaciones abismales, de

encadenamientos pesados y fantásticos, porque entre las almas no puede haber abismos, ni cadenas, ni separaciones, ni imposibles cuando ellas han decidido encontrarse en la eternidad en una hora determinada, y esa hora es llegada.

“Lo único que el alma debe mirar es la nueva claridad que el Amor ha encendido en su camino y a favor de la cual puede ver la pesada y harapienta vestidura de bajeza y de miseria que deja, y la blanca túnica que viste por mandato de ese Amor que al abrirle las puertas de su divino alcázar le dice: “Deja de ser un gusanillo que se arrastra por el lodo de la tierra porque ha llegado la hora de ser ave majestuosa que surca libre la inmensidad”.

“Ante un concepto tal, lleno de la soberana amplitud del alma amante y libre en el seno de Dios ¿A qué quedan reducidos los imposibles terrestres, los abismos, las murallas, las edades, el tiempo, las circunstancias y las cosas efímeras y mezquinas creadas por el egoísmo, propio de la escasa evolución de humanidades nuevas que todo lo miden con su propia mezquindad y pequeñez?

“Cuando Elhisa y yo nos encontramos frente a frente en la eternidad de Dios, su marido, Caudillo de Ethea, aún vivía y también tenía a su lado varios hijos. Yo estaba entre la falange de los Kobdas peregrinos que recorren constantemente todos los países buscando el dolor para curarlo, para restañar las heridas abiertas por él, para salvar las víctimas de todas las bajezas humanas.

“En una de esas correrías encontré a Elhisa que huía del hogar, aterrada al saber la voluntad de su marido grabada en la piedra de sus legados póstumos, de que ella fuera sepultada en su mismo sarcófago el día de su muerte.

“Enterado de cual era la situación precisa de su hogar, la aconsejé volver a su marido antes de que él se apercibiera de su ausencia y que tranquila esperase los acontecimientos. Al mismo tiempo dejé cerca de ella personas de mi confianza para proporcionarle los medios de conducirla a un Refugio Kobda en el momento necesario.

“La hora de Elhisa había sonado en la eternidad de Dios y fui yo, para ella, el pájaro errante que se detuvo en los rosales de su ventana para cantar la trova divina del amor, inconsciente de que otro pájaro hermano esperaba allí desde mucho tiempo.

“En la Mansión de la Sombra de éste y otro Santuario se diseñó ante los sensitivos videntes del turno, el encuentro de dos almas de la Grande Alianza y celebraron el místico desposorio, aún antes de que nosotros mismos nos hubiésemos despertado a la conciencia de nuestra posición, en el grandioso concierto de las almas que se acercan a la Luz.

“Leo en tu pensamiento los interrogantes que estás formulando:

“¿Por qué la Eterna Ley descubre al alma caminos impensados, transversales a los senderos comunes y a veces con finalidades que nadie alcanza en la tierra?

“¿Por qué la hora, el día y el momento de descubrirse los amantes de Dios, vagando por lo infinito, no concuerda con la hora y el momento marcado por las corrientes humanas terrestres para las nupcias comunes?”

“Y yo te respondo: a veces esa hora concuerda y a veces no, Juno y Vestha se encontraron en esa hora, Numú y Vesperina, Anfión y Odina, pero fue sólo por breve tiempo, lo bastante para ayudar a las almas gemelas a emprender el gran vuelo que ya no se detiene sino en lo alto de la cumbre azul. ¡Porque los Mesías tienen también su cielo de amor como los pequeños seres que les vamos siguiendo, porque el Amor es la Gran Ley, es la única Ley y fuera de ella no hay progreso ni evolución, ni vida, ni universo, ni mundos!

“Llegadas las almas a este sublime y necesario despertar, surgen en sus horizontes mentales como chispitas de luz y brochazos de sombras los interrogantes, y mil y mil asombrados y meditabundos “por qué”, como fantasmas cavilosos y meditativos que luchan por descorrer el gran velo de un enigma que les aparece como impenetrable.

“Mas, si de verdad es la hora de comenzar el alma la subida a la cumbre, el velo se rasga por sí solo, y los amantes de Dios se sienten deslumbrados por la claridad de aquella divina visión.

“Y volviendo al caso tuyo y al mío, como antorchas que tengo al alcance de nuestro conocimiento actual para llevarte hacia esta cámara secreta del Amor Eterno, te hago entrever las redes del Gran Mago tejidas en el silencio y esparcidas en la luz, y sobre esta tierra que ignora su existencia, mientras bebe el agua clara que le llega a los labios sin conocer la vertiente de donde emana.

“Del despertar de Elhisa al escuchar el canto de la alondra hermana, ha nacido la luz para el país de Ethea donde debía nacer el Verbo de Dios, pues que fue antorcha encendida en las tinieblas de su propio marido, cuyos crueles y brutales instintos quedaron encadenados sobre su pueblo, sin encontrar el momento propicio para descargarse en torrentes de egoísmo y de furia. Del despertar de Elhisa a la voz del Amor que la llamaba surgió la Luz para su hijo el príncipe Elhizer de Ethea, para todas sus Berecinas, para todos sus hijos, para sus esclavos y sus siervos, para todos los labriegos y pastores de la comarca y hasta en las profundas y negras cavernas de los Kurganos, mineros de Monte Tauro, llegaron los resplandores de un radiante amanecer. El mundo terrestre se asombra de las obras realizadas por esa mujer con el concurso de unos pocos compañeros de labor. El mundo terrestre se asombra de su

fuerza de persuasión, de su constancia en el obrar, de su indulgencia en la piedad y de su rectitud en la justicia, y busca encontrar el secreto en combinaciones quirománticas, o brebajes mágicos que suponen traídos por algún poderoso genio ultra estelar para dar extraños poderes a la invencible mujer.

“Mas, nada de esto es incomprensible ni misterioso para el Kobda que ha encontrado el libro de la Divina Sabiduría, y pasa su vida terrestre leyendo sus páginas inmortales.

“Y cuando así contemplamos ahora después de cincuenta años, el desfile grandioso de las almas despertadas por la obra de Elhisa y encaminadas a la verdad y a la luz, a la paz y la dicha, en cuanto se puede obtener en este plano, se nos ocurre seguir el hilo que fue tejiendo esa red en que tantas almas quedaron envueltas; siguiendo ese hilo vamos a encontrar cincuenta años hace a una mujer martirizada por el feroz egoísmo de un pobre inconsciente, una mujer que se lanzaba a buscar en el hambre del desierto o en las fauces de las fieras una paz que todo en la vida le negaba. Y siguiendo el hilo dorado de esa red encontramos una alondra herida y deshecha que duerme el agitado sueño de la cautividad en su jaula, hasta que siente en el rosal de su ventana el cantar de otra alondra que le dice:

*“Levanta que no estás sola y de lejos vengo a cantarte,
Es hora de despertarte y tender juntos el vuelo.
La aurora enciende sus cirios en la amplitud de los cielos,
La fuente está que reboza en lo alto de la colina,
Y hemos de beber a prisa de su linfa cristalina.*

*Despierta alondra, despierta que en el llano
Nos esperan entre la hojarasca muerta,avecillas compañeras.
Las arrastró la tormenta, deshizo el viento sus nidos.
Los buitres han devorado sus hijuelos y su trigo.
Las raposas las acechan y van rodando cansadas.
Ciegas del turbión de arena que trajo la marejada.*

*Si tú duermes ellas mueren,
Si tú cantas las levantas a lo alto de los cielos...
¿Seguirás durmiendo alondra sin tender por fin tu vuelo?”*

“Tal es, hijo mío, el poema del amor y de las almas, cuando ha llegado la hora de entrar en el concierto magnífico de los ungidos de Dios, para redimir humanidades.

“Tu alma despertada hoy por Solania como el alma de Elhisa despertada

por mí, ¿qué sabes tú lo que hará en un futuro próximo o lejano, si una vez que el alma se ha despertado a la Sabiduría y al Amor, deja de ser juguete de fuerzas ciegas para convertirse en arpa viva que pulsan los Hombres-Dioses, esos príncipes magníficos de la Verdad y de la Luz, a los que todos obedecemos y seguimos hasta que llega el momento de ser también nosotros coronados príncipes de la Divina Sabiduría y desposados con ella por siglos de siglos que ruedan incansables en la eternidad de Dios.

“En aquel soberbio peñón del mar Grande que ilumina en este instante el sol del atardecer, a donde vas a tender el vuelo juntamente con Solania, estará acaso tu misión redentora por muchos siglos.

“A los arpegios de tus cantos de enamorado, reconquistaron el derecho a la vida centenares de niños que debían hartar con sus carnes la glotonería de convidados a tus festines.

“Y del desbordamiento de tu amor sacaron pan, vino y aceite las turbas hambrientas de Artinón. Y la magia divina de tu amor rompió las cadenas de centenares de esclavos y tejió la red piadosa de la fraternidad humana, en aquel rincón de la tierra que duerme arrullado por las grandes cataratas del Nilo.

“Fueron los frutos primeros del maravilloso huerto de tu amor regado por Solania con el llanto de sus ojos, y hasta con la sangre de su propio corazón.

“Tu amor seguirá cantando y tejiendo el lino blanco de sus creaciones de mago. Razas incultas de seres que llegan recién a la vida consciente, esperan en letargo profundo junto a aquel peñón que ves surgir como un inmenso monstruo de entre las olas azules del mar.

“¿Qué hará allí tu amor en la plenitud de su vida, si en los comienzos desbordó de sí mismo como un río caudaloso salido de madre y tendido por el desierto de reseca arenas o por las praderas abrasadas de sol?

“¡Oh, Marván, hijo mío!... Has llegado en esta hora al alcázar luminoso de los Amantes de Dios, cuando has visto florecer cuarenta primaveras que no alcanzan a la mitad de los inviernos que he visto yo caer la nieve sobre los campos y sobre mi cabeza. Y has llegado traído de la mano por una mujer cuya vida como espíritu te lleva largos siglos de ventaja. El amor para ella en esta hora no es más que una gran luz, una inmensa llama viva que arde sin consumirla, un himno que comenzó a preludiar en una hora muy lejana, que ha subido de tono casi hasta lo infinito y que continúa vibrando en la inmensidad como una resonancia permanente, incansable..., ¡incesante! Tu ley te hizo recoger una de sus notas diáfanas y puras como hebra de luz tendida para ti en los espacios infinitos...

“Recógela, hijo mío, con ansioso afán porque ella significa el comienzo de tu liberación como espíritu.

“Y apréstate a sembrar, a tejer, a martillar en la fragua, a demoler

montañas, a remover escombros, y sepulcros y ruinas, porque es el Amor un huésped inquieto y buscador, creador infatigable para el cual no hay ocaso en que deje la labor, ni noche que reclame el sueño. El amor vela siempre, crea siempre, su red empieza y no termina, sus arpas no se cansan jamás de vibrar.

“Y cuando treinta, cuarenta, cincuenta años hayan pasado junto a ese amor, te llamaré de nuevo a una confidencia como la de hoy, en la cual me cuentes si es que has podido contarlas, las almas que prendiste en tus redes doradas como ha prendido Solania la tuya para llevarte a esas cumbres donde nunca se pone el sol.

130

LA AMADA INVISIBLE

El pequeño Santuario Kobda se había construido sobre el promontorio de Corta Agua, nombre que tuvo en la remotísima época a que hacemos referencia, ese territorio peñascoso donde muchos siglos después debía levantarse la célebre Cartago de la historia.

Era un laberinto de montañas que sobresalían de entre la inmensidad de las aguas que le cercaban por todos lados. Semejaba una gran península unida con el vasto país de Ahuar cuyas principales ciudades, Neghadá y Zoan ya conoce bien el lector. Las aguas del Atlántico cubrían entonces lo que es hoy el desierto de Sahara, y sus aguas sacudidas siempre por bravas marejadas azotaban con fuerza los flancos de las altas montañas donde iban a detenerse.

Las formidables crestas del Revenzora al Este y las cadenas de los grandes Atlas al Norte, eran por entonces el límite del vasto océano que había sepultado bajo sus aguas a la bella y suntuosa Atlántida. Inmensos pinares, bosques interminables de encinas y de acacias daban a aquel paraje un encanto indescriptible, como si la naturaleza hubiese querido hacer allí derroche de fuerza creadora, de exhuberancia y de vida.

Corta Agua como le llamaban las razas autóctonas del lugar a aquella inmensa meseta de peñascos en que las olas se estrellaban con furia, era un apropiado escenario para el alma de Marván, turbulenta como esas olas bravías, y fuerte como esos peñascos entretejidos de encinas y de pinares.

Cuatro Kobdas de edad madura y Marván acompañaron a Solania y sus nueve compañeras hacia aquel bello y agreste país, donde una tribu formada de esclavos libertos le había preparado el nido y formado ambiente para los hombres de vestido azul.

Luchas sangrientas entre tribus y Caudillos que pugnaban por tomar

las mejores posiciones, habían permitido que algunos refugiados originarios de países lejanos, tomaran ascendiente entre las masas deprimidas y sacrificadas siempre. Estas masas de esclavos, de siervos, de víctimas de la prepotencia y despotismo de unos pocos, se habían cansado un día y, ¡ay cuando las masas se hartan de dolor y de miseria!

Los Caudillos habían sido estrangulados y arrojados desde lo alto de los peñascos a las olas bravías del mar; el desorden había hecho presa luego en aquellas masas hambrientas de pan, como de dicha y amor.

Entre los extranjeros refugiados allí había dos hombres ancianos ya, que vivían apartados de los demás en cuanto a sus luchas y turbulencias, y sólo se interesaban por curar a los enfermos y proteger a los niños que quedaban sin amparo en la vida.

Vivían de sus siembras, de la pesca y de la caza de animales salvajes con cuyas pieles se vestían. Habían sido tomados cautivos por uno de los Caudillos, muerto en las últimas revueltas, y permanecían allí por amor a un centenar de seres débiles, pequeños y doloridos cuyas vidas sostenían ellos con su trabajo personal. Eran dos Kobdas del lejano Santuario del Mar Eritreo del Norte que salieron en misión de peregrinos hacía años y que no habían podido regresar a su lejano país entre las nieves eternas. La vejez les había sorprendido en el destierro y siguiendo su lema de extraer del fondo de todas las cosas lo mejor que hay en ellas, hicieron ofrendas de sus vidas al Eterno Amor, y las consagraron al bien en pequeña escala, hacia los pocos seres que entre aquella agreste comarca, quisieron escucharles. Esperaban que algún día ese Amor Eterno que ellos trataban de hacer sentir de los seres ignorantes y atrasados que les rodeaban, haría brillar para ellos la luz y la dicha, y no esperaban en vano. Que el Amor nunca hace aguardar largo tiempo al que le busca y le llama.

El Santuario de Neghadá fue quien tuvo primero la noticia de los hermanos que gemían en cautividad y se dispusieron a sentar sobre bases sólidas los trabajos que habían de hacer para libertarlos. Y fueron obreros de la piedra a unir sus fuerzas y su ingenio al esfuerzo de aquella tribu de esclavos libertos para construir el pequeño Refugio Kobda, especie de gran cabaña de roca viva al estilo de las que hasta entonces usaban los Hijos de Numú para sus correrías redentoras.

Para las mujeres Kobdas habían ya construido una casa de piedra a la entrada de un bosquecillo de pinares cuyos flexibles abanicos gemían tristemente cuando cruzaban entre ellos los vientos del mar.

La casa-caverna que habitarían los Kobdas, se hallaba a poca distancia, al pie mismo de la meseta en que habitaban sus hermanas.

Sombreaban las acacias gigantescas propias de aquellos parajes el senderillo tortuoso abierto en la piedra, por donde subían los Kobdas a

recoger las ropas y alimentos que sus hermanas disponían diariamente para ellos.

Tal era el escenario y tal la vida en que Solania y Marván habían de desenvolver las vigorosas actividades de sus almas, unidas desde largos siglos por una de esas alianzas redentoras que sabe tejer el Amor cuando es llegada la hora en la eternidad de Dios.

Escenario soberbio, grandioso, casi infinito en las manifestaciones de belleza, de exhuberancia, de majestad agreste y salvaje.

Todo era allí inmenso, gigantesco. Las montañas coronadas de encinas y de pinares, de acacias y de terebintos; los mares bravíos cuya azul inmensidad comenzaba al pie de aquellas montañas y se perdía a lo lejos en el horizonte con el cual se confundía en una bruma cenicienta; los animales de la selva, inmensos también como para hacer cuadro armónico con montañas, árboles y mares, doblaban casi en tamaño a los de otras regiones conocidas.

Conocedores todos los Kobdas que les acompañaban, del vínculo espiritual que unía esos dos seres desde largos siglos atrás, cooperaron con Solania en la redención de Marván, para quien había sonado la hora de empezar la subida a la cumbre azul. Era ella el espíritu más viejo y avanzado en su evolución entre todos los Kobdas que formaban aquel nuevo plantel del Amor y de la Justicia, y era ella quien venía como Matriarca, con todas las responsabilidades y deberes que tal cargo imponía. Había cumplido treinta y tres años, y estaba en toda la plenitud de su vida física y en el más alto apogeo en su vida espiritual.

Los poderes mentales más amplios que pueden desarrollarse en las pesadas corrientes astrales y atmosféricas de este planeta, habían adquirido en ella el más completo desarrollo. Por eso bromeando sus hermanos solían llamarla “Nuestra Maga Azul”, cuando algún nuevo triunfo suyo venía a poner de manifiesto sus grandes fuerzas mentales puestas al servicio del bien y de la justicia.

Solania como mujer, era una suave y delicada belleza rubia, cuyos ojos de azul grisáceo, irradiaban una dulce claridad cuando sonreía, y un resplandor irresistible cuando fluía de ellos la severidad y la justicia.

Nadie que la conociera podía dejar de amarla. Nadie que la conociera podía sustraerse a ese suave dominio maternal que ella voluntaria o involuntariamente ejercía sobre los demás.

Un claro discernimiento en todas las cosas y una fuerza de voluntad invencible para llevar a cabo lo que hubiera resuelto después de maduro examen, eran las cualidades básicas de aquel gran carácter.

Tal era el espíritu que la Ley Eterna ponía en el camino de Marván, para conducirlo al templo de la Sabiduría y del Amor.

Y habiendo llegado él hasta el más intenso delirio de su amor por

ella, no sabiendo qué nombre darle que encerrase todo cuanto ella era para él, la llamaba: “la amada invisible” queriendo significar que aún cuando su cuerpo físico no estuviese a su lado, él se sentía saturado de ella, empapado de ella, compenetrado de ella en tal forma que creía encontrarla en todas partes: en el rayo de luna que se filtraba entre las acacias en flor, parecía ondular su vestido azulado que el céfiro agitaba; el gemido del viento entre los pinares gigantescos semejaban las vibraciones cuando cantaba los solos del himno del amanecer. Las irisadas tintas del sol poniente le recordaban las ondulaciones violetas de su velo de Kobda que las brisas de la tarde agitaban suavemente.

Y era que el amor se había adueñado del alma vehemente de Marván que volaba, más que corría, por aquella pradera encantada a que había llegado en su camino eterno y en la cual debía encontrar el secreto que forja a los espíritus grandes en la abnegación, en el bien y en la justicia, grandes en la fe y en el amor.

No era Solania insensible al amor, había amado intensamente a los dieciséis años a su alma gemela encarnada en un joven escultor, que en el Santuario de Neghadá donde ella pasó su infancia y su primera juventud, hiciera todos los trabajos en piedra, estatuas y ornamentación. Mas, se encontraron cuando él con veinticinco años de edad, tenía sus pulmones deshechos por una tuberculosis que era como hereditaria en su familia.

–Conducirte yo al tálamo nupcial –le había dicho él–, sería como desposarte con un muerto que anda. Mi conciencia no me perdonaría jamás ese crimen. Seamos pues, dos amigos que se quieren inmensamente, mientras me llega la hora de partir.

Y se habían amado durante tres años cuando la muerte cortó aquel tierno idilio de una adolescente llena de ternura y de belleza, y un joven extenuado por la intensa fiebre que lo consumía. Dejó esculpida como última obra suya, un mármol que representaba a Solania deshojando rosas sobre una tumba. Y ordenó que tal estatua fuera colocada en la entrada de su bóveda sepulcral.

Y Solania fiel a aquel grande amor de su primera juventud continuaba deshojando rosas sobre esa tumba que lo había interrumpido en el plano físico, bien que para dejarlo vivir con más intensidad desde el mundo espiritual.

Aquel había sido su amor, Marván sólo era un amado hijo de muchas vidas, al cual se hallaba ligada por la Eterna Ley y por el que sentía la piadosa ternura de una madre. Esta independencia y libertad de su corazón la ponía pues en las condiciones necesarias para ejercer una grande influencia benéfica sobre el alma impetuosa y vehemente de Marván, del cual se dejaba amar como de un niño inconsciente y travieso al que espera la madre hacer grande y bueno algún día.

Una de las grandes facultades mentales desarrolladas por Solania al más alto grado, era lo que en las Ciencias Psíquicas se ha llamado desdoblamiento consciente. A una hora determinada por ella misma desde hacía ya años, su espíritu dejaba su cuerpo sumido en profunda quietud, y volaba hacia los lugares a que se sentía llamado por sus alianzas espirituales de siglos o por necesidades de la hora presente.

En tal estado podía realizar diversas formas de manifestaciones en el plano físico utilizando para ello energías, fuerzas vivas latentes en el éter como en todos los elementos de la naturaleza. Si los sujetos ante quienes ella las realizaba tenían a su vez regular desarrollo psíquico, dichas manifestaciones resultaban magníficas, plenas de belleza y de emotividad. Diríase, entonces, que el pensamiento de la Matriarca Kobda de Corta Agua, era una avecilla audaz y sutil que recogía hábilmente migaja tras migaja, chispas, gotas, besos, rayos, sonidos, vibraciones de luz sin fin de la Energía Dinámica, Creadora Infatigable, Conservadora Eterna, Amante y Amada e Inmortal: ¡Dios, Divinidad, Causa Suprema, Gran Atmán, Principio Único del cual todos los seres inteligentes pueden extraer la belleza, el amor y la sabiduría, si con pacientes y ordenados esfuerzos llegan a la depuración de sí mismos, sea cual sea el globo planetario en que desenvuelven su acción!

En los varios Santuarios o Refugios Kobdas existentes entonces, tenía Solania alianzas espirituales íntimas con las cuales había establecido comunicación espiritual con fines de ayuda mutua, ya que la red tendida espiritualmente era tan fecunda y vasta que de cada nudillo había prendido un ser que la buscaba y la llamaba en la inmensidad.

Por eso al llegar la hora del himno de la tarde, la Matriarca no estaba para atender los asuntos del plano físico; una fuerza más grande que su voluntad la llevaba casi inconsciente a la Mansión de la Sombra, donde se dejaba caer en su sitial de piedra mientras su espíritu volaba en busca de sus amigos.

¡Qué de veces los encontraba sumidos en profundas tristezas, azotados por la desilusión, el pesimismo y la duda, próximos a abandonar la obra comenzada, el camino emprendido, la cuesta a mitad de subir!

A veces la veían aparecer y desaparecer ante ellos, a veces la oían, o solamente la sentían en lo hondo de sí mismos, en profundas vibraciones de energía y de amor que ahuyentaban de su lado las pesadas sombras de angustias que los habían envuelto.

Tal era uno de los secretos de la fuerza y grandeza de los Kobdas de aquellas remotas épocas, a lo cual habían llegado mediante la firme y decidida voluntad de los fundadores de aquella hermosa institución, consagrada a la Sabiduría, al Amor, al engrandecimiento de la humanidad.

Y terminada su correría espiritual, aquella alma tan amante y tan amada, sentía a su vez la necesidad de que alguien más grande y fuerte que ella, llenase de nuevo su ánfora y avivase la luz de su lámpara y entonces su propio Ego, su Yo superior buscaba el contacto espiritual de las grandes Inteligencias de los Mesías, a quienes estaba más vinculada por razones del planeta de origen y del planeta de actual habitación. ¡Era la hora suprema, la hora divina, la hora deseada en que su alma, sumergida en la Eterna Belleza y en el Eterno Amor recibía en inefables compensaciones, inmensamente más de todo cuanto había dado!

En tal elevada y pura corriente espiritual Solania había hecho entrar a Marván, cuyas vestiduras tenían aún mucho polvo del camino que le costaba grandemente sacudir.

Y paseando agitado y nervioso todas las tardes bajo las avenidas de acacias que en los flancos de las montañas abrían sus perfumados racimos, esperaba..., ¡esperaba a la amada invisible para decirle, a veces enloquecido, que aquellos vuelos eran demasiado altos para él, que aquellas cumbres estaban demasiado lejos, que sus flores de luz parecían huir con vertiginosa rapidez ante él, que de nuevo quedaba a oscuras, temblando de frío, de soledad y de espanto!

Un principio de videncia comenzaba a desarrollarse en Marván que era a la vez buen sujeto receptor de transmisiones telepáticas, por lo cual hubiera podido recibir mucho más del divino raudal que el Amor Eterno vaciaba sobre él, si en estado de pasiva serenidad hubiese esperado. Mas ya habrá comprendido bien el lector que en el ex-Caudillo de Artinón se realizaba en esos momentos la predicción de Adonai: “¡El hombre viejo se levantaba dentro de él con interrogantes formidables, con exigencias imperativas, con ansiedades y anhelos y delirios que tiene a veces sabor amargo de agonía y de muerte!” Y Marván en la lucha tenaz que había emprendido consigo mismo se sentía a veces morir.

Veía las avechillas arrullarse tiernamente, al borde del arroyuelo en que iban juntas a beber, o en la flexible rama en que acaso pronto tejería su nido; veía las parejas de antílopes saltar alegres por entre las verdosas piedras de las colinas, persiguiéndose el uno al otro en deliciosos juegos a los cuales sólo faltaba la palabra para ser humanos; veía a las torcazas escarbarse con el pico el plumaje tornasol de las cabecitas enlazadas; veía las luciérnagas en las noches perseguirse mutuamente en tembloroso giro y unirse como chispas de luz en la oscuridad, y asomado a un remanso formado por el arroyuelo en el hueco de una montaña vio una flor acuática que levantaba como un largo hilo su tallo desde el fondo del agua para llegar a la superficie donde otro ejemplar de su especie crecía tiernamente todavía en sus primeras hojas asomando recién los pedúnculos en que había de abrirse la flor.

– ¡Hasta las flores se buscan, se encuentran, se contemplan, se aman en la forma y hora y modo ordenado por la naturaleza! –exclamaba Marván, absorbido por aquellas contemplaciones–.

“Nada puede estar solo sin morir, sin agostarse, sin que el más completo agotamiento le reduzca a la nada. ¡La nada! No, he dicho mal, la nada no existe porque todo es transformación y vida y continuidad. Si un ser muere por inacción, por soledad, por desamparo, sus fibras, sus moléculas, sus átomos se unirán nuevamente en otras y otras vidas rudimentarias o adelantadas y buscarán el amor que no encontraron en la anterior.

“Yo estoy solo, sin una caricia, sin un arrullo, sin una ternura que me haga sentir otra vida, otra palpitación a mi lado. El lamento de mi corazón se torna un eco que van repitiendo los vientos en las oquedades de esta montaña. Mis vergonzosos abusos disfrazados de amor, me cerraron la puerta del templo divino del amor..., soy un parásito, un ave sin nido, una nota sin vibración y sin resonancia en el infinito concierto que eternamente se canta la Divinidad a Sí misma... ¿Qué hago pues arrastrando penosamente este harapo de vida como los pliegues de un sudario que no llevan consigo más que la muerte?

Y así diciendo, iba acercándose cada tarde más, a lo alto de un escarpado pico, a cuyo pie se abría un hondo precipicio bordado de blancas osamentas de animales, que se habían desplomado por la resbaladiza pendiente.

Solania en sus diarias correrías espirituales había descubierto el estado psíquico de Marván. Le había mandado llamar para encomendarle el archivo que debían comenzar, según costumbre en todos los nuevos Santuarios o Refugios que se abrían; pero él retardaba el momento de obedecer al llamado, por esa especie de resentimiento profundo que tortura al alma, cuando ama en la forma y modo y altura en que puede amar según el grado de su evolución, y juzga perdida en el vacío la inmensa y desolada nota de su canto íntimo.

Había pues llegado al borde mismo del precipicio espiritual como al abismo que en la montaña se abría a sus pies. Un rápido y fugaz momento de inconsciencia podía precipitarle en la muerte física fuera de ley, y en la más grande perturbación espiritual para largo tiempo.

Las mujeres Kobdas sólo salían de sus refugios por necesidad de orden espiritual muy justificadas, medida ésta tomada a causa de los grandes atropellos y atentados bárbaros y salvajes, de maridos o padres inconscientes o también de las hordas de piratas que comerciaban vendiendo hermosas mujeres, para ser sacrificadas a los dioses de sus cultos o a los instintos brutales de los poderosos.

La horrible desesperación a que había llegado Marván, era como un

permanente clamor que resonaba en el alma de Solania, impidiéndole a veces la habitual serenidad en sus horas de trabajos mentales.

Y con la seguridad de todas sus resoluciones, decidió bajar desde la casa de piedra labrada en lo alto de la montaña hasta el espantoso “peñasco de la muerte”, como llamaban los nativos al sitio aquel frecuentado por Marván, desde donde se contemplaba el trágico panorama de hombres y animales reducidos a descarnados esqueletos en el fondo del precipicio. Era la mitad de la tarde y un hermoso sol inundaba de luz y alegría aún las concavidades formadas por árboles y rocas en abigarrados laberintos de fuerzas vivas y de inmóviles cosas muertas en apariencia.

“¿Qué hago pues arrastrando este harapo de vida como un sudario que no puede llevar consigo más que la muerte?” Era el interrogante tenaz, persistente que sacudía con violencias de tempestad en el desierto el alma de Marván, que parecía empeñada en ahondar más y más el abismo de soledad en que ella misma se había sumido.

Así le encontró Solania, en cuya mente clara y serena se diseñó el doloroso y cruel pensamiento.

Y arrodillándose junto al extenuado cuerpo de Marván que temblaba de fiebre, le dijo antes de que él hubiera advertido su presencia.

—Y yo, Marván, hijo mío, ¿no soy nada para ti? ¿No soy yo la vida para ti? ¿No soy yo el amor para ti?

Y abrió hacia él sus brazos, como la madre para impedir a su niño caer en el abismo.

Marván la miró con sus grandes ojos llenos de fiebre y de angustia, quiso hablar y la palabra murió temblando en sus labios.

Pensó en levantarse y huir temeroso de que su hosco y fiero dolor, su fantasma helado de muerte hiciera daño a aquella hermosa flor blanca y pura, que el sol de la tarde parecía teñir de amatista y ópalo, pero una fuerza superior a las suyas le retenía allí clavado en una muda contemplación. Por fin aquella ruda tempestad se desató en lluvia de llanto, y la afiebrada cabeza de Marván se refugió como un pájaro herido en el pecho de Solania, cuyas manos se plegaron en torno de ella como dos azucenas blancas que el viento agitara en un paisaje de negrura y de sombra.

Y mudos y silenciosos contemplaron el paso del sol por entre los pinares y las acacias cuyas rosadas florecitas caían sobre ellos con suavidad de besos, como si todo a su alrededor quisiera hacerle sentir a Marván, que el sudario que arrastraba sólo estaba en su imaginación febril y atormentada. La vida fluía por todas partes. La luz lo inundaba todo de claridad. La brisa que venía del mar, perfumada por las acacias, era como invisible polvo de esencias que derramasen los genios de las soledades sobre los seres angustiados de la tierra.

— ¿Por qué no morir en este instante si nada más bello que esto puede

darnos la vida? –preguntó Marván, después de un largo silencio en que un desfile grandioso de pensamientos, de imágenes y de emociones le habían vuelto a la conciencia de su yo íntimo.

Solania puso una de sus manos sobre los labios inconscientes y profanos que así demostraban su rebeldía contra el Amor Eterno, que se desbordaba sobre él sin que acabara de comprenderlo.

– ¡Calla! –le dijo como un susurro–. ¿Qué sabes tú de lo que la Sabiduría teje? ¿Qué sabes tú de lo que el Eterno Amor diseña en la inmensidad del tiempo y del espacio? ¿No te basta sentir el Amor que te envuelve, que te empapa, que te acaricia?, y te dice: ¡vive, yo quiero que vivas!

“¡Oh, Marván!..., ¡qué injustos, qué ingratos y miserables somos ante la Divinidad cuando ella nos sumerge entre sus flores, entre sus aguas, entre su luz, su vida y su amor, cuando nos brinda toda ella en la presencia, en la caricia, en la ternura, en la suavidad de lo que amamos, y aún tenemos sonido en la voz y voces en la palabra para quejarnos y desear la muerte antes del término fijado por la Eterna Ley! ¿Qué más de lo que tienes puedes pedir al amor? ¿No dices tú mismo que nada más bello puede darnos la vida?

“Desde el plano espiritual en que vos y yo nos encontramos no debemos contemplar el grandioso panorama de la vida del ser como el vulgo de los hombres lo contempla, lo siente y lo comprende.

“¿Qué mirabas a lo hondo de ese precipicio, como si una extraña fascinación se levantara de él, forzándote a morir a toda otra idea que no fuera la egoísta y mezquina de eliminarte, por la sola razón de que en esta hora el amor no tiene para ti, la única que deseas?

Marván continuaba silencioso mirando al fondo del abismo donde blanqueaban huesos de hombres y de bestias, que hacinados en enmarañado laberinto ofrecían el aspecto de raíces cubiertas de nieve.

– ¡Solania! –dijo por fin Marván como si hiciera un supremo esfuerzo para manifestar con palabras sus pensamientos más íntimos–. ¡Solania!... Vos no sabéis el hondo secreto de mi corazón; acaso ni siquiera os figuráis que lo llevo dentro de mí. Vos no sabéis que el amor llamó muchas veces a mi puerta sin que yo le abriera, absorto como estaba en las turbulentas complacencias de mi vida agitada por todo género de pasiones violentas y salvajes. ¡Yo he sido como el huracán que pasa desgajando la selva en cuyas ramas cantaban su amor lasavecillas y colgaban sus nidos las torcazas! ¡Yo he sido como formidable aluvión de escarchas que pasó por los jardines de la vida reduciendo a muerta hojarasca los rosales cubiertos de capullos en flor!... ¡Yo he sido como el hacha feroz del leñador que cayó sin piedad, no sobre el duro tronco de árboles seculares, sino sobre las cuerdas dolorosas de la lira en que el amor quería cantarme!...

“Si he sido todo esto, decidme: ¿Merezco encontrar árboles que me den sombra, ni flores que me brinden sus perfumes, ni arpas que canten para arrullar mis sueños?

– ¡Marván, Marván!... En esta hora solemne de tu vida, mi voz te llama al alto plano espiritual donde con serena reflexión, se contempla el pasado y el presente, y algo que puedes vislumbrar del futuro. Cuando la Ley Eterna te puso ante mí y me preguntaste donde hallarías tu paz y a qué precio habías de conquistarla, yo te respondí: Cuando nadie lllore en torno tuyo, ven nuevamente y entonces hallarás tu paz y tu dicha.

“Es verdad que hasta ese momento habías pisoteado y rechazado al amor. Es verdad que no le merecías; pero todo eso pertenece al pasado sobre el cual has tendido un velo, hilo a hilo con las hebras de piedad, de amor y justicia que has realizado en la hora presente que comenzó para ti, cuando en presencia del Hombre Luz y ante mí, firmabas sobre lámina de piedra tu alianza con los hombres de vestido azul.

“Ahora mismo, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has venido a ésta agreste montaña donde razas primitivas no pueden brindarte los halagos de la civilización sino una dura perspectiva de su atraso y hasta de su ferocidad? ¿Por qué estás dispuesto a sacrificarte por derramar en torno tuyo el amor cuya caricia no sientes en la ofuscación de este momento? Estúdiate, analízate y llegarás a la conclusión de que estás siendo juguete de una ilusión y de una quimera que te lleva al borde de un abismo, cuando tienes ante ti abierta la entrada a una suave y deliciosa pradera.

“Estás rebosando de amor. ¡Tu corazón es un vaso que desborda, y te figuras que no hay nada en tu camino donde poder derramarlo!

“El amor, Marván, no es sólo porque el Amor es Dios, es el Bien Supremo, es la Belleza Increada, lo que siempre fue, lo que eternamente será. ¡Es la Armonía Eterna de las esferas! ¡Es el canto perenne de los mundos!... ¡Es la luz inextinguible de los soles! Es la dicha inefable de las almas, con más intensidad de vibración, según esas almas sean más depuradas, más sensibles a las ondas radiantes del Amor Eterno en el cual viven sumergidas o buscando sumergirse.

“El amor de Adonai y el amor de Solania, como el amor de todos los que aman y bendicen tu nombre a causa de tus obras, es un mismo amor aunque a ti te parezca diferente por la forma en que hasta ahora has contemplado la vida. Pero haz callar por un momento a Marván el Caudillo de Artinón y deja hablar al Kobda Marván que busca extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas.

La voz de Solania calló como una melodía que se hubiera extinguido suavemente, entre las resonancias del arroyuelo que murmuraba suaves canciones y del concierto de gorjeos de las aves, que ocultas entre los árboles parecían despedirse de aquel sereno atardecer.

Aquel momento era culminante y solemne porque iba a producirse la iluminación de Marván.

Solania de pie sobre una pequeña prominencia de la montaña, parecía una silueta de turquí recortada sobre el fondo dorado del sol que se hundía en el ocaso y sus ojos llenos de ansiedad de lo infinito envolvían a Marván en una diáfana serenidad que él mismo no era capaz de definir...

– ¡Visión de mujer! –murmuró a media voz–, ¡criatura terrestre o retazo de Divinidad aparecida como un astro en mi camino! ¿Eres tú el amor y la felicidad? ¿Eres tú la paz y la dicha?... ¿Eres tú la plenitud de mis sueños, de mis esperanzas y de mis anhelos?

– ¡Kobda Marván! –dijo ella–, sólo la Eterna Sabiduría sabe lo que debo ser para ti. Sólo la Eterna Sabiduría sabe cual de sus lámparas ha de encender en tu camino. Los acontecimientos llegados sin anuncio y sin esperarlos, marcan senderos a las almas. ¡Espera! Conoces la luz de esta tarde, mas no conoces aún la de mañana. ¿Qué somos las criaturas sino instrumentos músicos que pulsa a su voluntad el Eterno Artista, el que sabe encontrar himnos de amor y de gloria donde el hombre terrestre de este ciclo de evolución sólo percibe zumbidos de insectos o murmullos de hojas secas arrastradas por el viento?

Marván acercándose hacia ella se atrevió a tomar una de sus manos, mientras le preguntaba con voz apenas perceptible:

– ¿Acaso me amáis?

– ¿Qué es sino amor lo que hasta hoy te he dado? Cuando traté de arrancarte de tu camino de vicio y de crimen, te amaba. Cuando te he pedido modificar tu vida, te amaba.

“Cuando te he exigido el sacrificio de todos tus caprichos de tiranuelo de pueblos, te amaba. Cuando te he llamado mi hijo a la cabecera de tu lecho de enfermo, te amaba. Y cuando ahora he acudido a arrancarte de la desesperación y de la muerte, te amaba. ¿Cómo pues me preguntas si te amo?

– ¡Perdóname! –exclamó Marván, arrodillándose para besar el borde de la túnica azul de Solania, ante cuya grandeza espiritual se veía cada vez más confundido y avergonzado. Mas, ella retuvo entre sus manos aquella cabeza que iba a inclinarse hasta la roca en que se apoyaban sus pies.

–Yo no soy para vos –le dijo–, una soberana que empuña en una mano el cetro y con la otra ciñe una cadena. Yo soy para vos la visión del amor, de la dicha y de la paz. ¡Soy la amada invisible que siembra flores en tu cabeza, sin que nadie lo vea sino Dios, Amor Inefable en cuya infinita inmensidad viven y cantan los amores todos que vibran en el universo! ¡Yo soy para vos, el hilo de agua fresca que se desliza desapercibido de los hombres por las hendiduras de la montaña y que viene a refrescar tus labios sedientos y febriles, sin que nadie más que tú lo sienta! Yo soy

para ti como el arpegio de una lira suspendida del rosal que sombrea tu ventana y cuyo arpegio suave, quedo, casi mudo, nadie más que tú puede escuchar.

“¿Y esas flores caídas para ti de mis manos en silencio, y ese hilo de agua fresca vertida para ti de mi alma por las grietas ocultas del peñasco, y ese arpegio de mi lira suspendida en el rosal de tu ventana, son acaso sin belleza y sin encantos porque tan sólo Dios-Amor las mira, las conoce, las siente y las anima?...”

Y sosteniendo aún con ambas manos la cabeza de Marván arrodillado ante ella, Solania, miró a la profundo de aquellos ojos fijos en los suyos en silenciosa contemplación como para llenarlos de luz y de infinito...

– ¡La amada invisible! –murmuró Marván, como sumido en la inefable suavidad de un éxtasis–.

“¡Cuánta belleza hay en vuestro pensamiento iluminado por el Amor! ¡He comprendido y os bendigo como a la luz del sol que ilumina los campos..., como el agua fresca que apaga mi sed..., como a la sombra de estas acacias que me brindan reposo y frescura!...”

Solania se inclinó entonces para dejar un beso de madre sobre aquella frente pálida y sudorosa, que el sol de la tarde teñía de ópalo y amatista. Y bajó rápidamente por el sendero de la montaña hacia la pequeña meseta en que se hallaba la casa de piedra convertida en silencioso santuario de las mujeres Kobdas. ¡Iba a sonar la hora del himno del atardecer y ella no podía faltar a esa enamorada canción de las almas que encuentran a Dios en todas las manifestaciones de la Belleza y del Amor!

Marván quedó inmóvil en el mismo sitio, sin comprender por qué no tenía valor de seguirla, y mirando con avidez el sitio por donde ella había desaparecido tras de las acacias y los terebintos, como si aún permaneciera grabado en su retina el iris azul violeta de aquella visión amada.

Y sintiendo ya en su gruta los preludios del himno de la tarde que iban a cantar sus hermanos, se encaminó lentamente hacia allá, murmurando en voz baja una de aquellas melodiosas estrofas que tan a coro cantaban con el más intenso sentir de su propio corazón:

*“Y llora el alma cual la tarde llora
Y suelta al viento su doliente voz,
Cuando ve que en el mar de lo infinito
Se va el amado sin decirle adiós.*

*Mas, torna el amado
Como torna el sol,
Y el alma canta y la tarde ríe
En el éxtasis suave de su amor”.*

HACIA NUM-MAKI

Tal podía llamarse el hermoso jirón de tierra gobernado por la Sui-sini-Manh Shiva y su esposo Helia-Mabi desde que ellos retornaron a las orillas del Lago Urán.

Suaves brisas de fraternidad y de paz se habían extendido por ciudades, aldeas y campos, produciendo la abundancia y la alegría en los grandes y en los pequeños. Los hermosos ejemplos de abnegación y desinterés de ambos esposos, habían obrado maravillas en los opulentos señores de aquella parte de Irania, haciéndoles comprender que mayor grandeza y felicidad se conquista con el amor de los pueblos que sometiendo a dura servidumbre y agobiándoles de miseria y de injusticia. No obstante, algunos reacios egoístas quedaban todavía sin vencer, y en torno de los cuales se hacía cada vez más grande el vacío de parte de las clases trabajadoras que por propia conveniencia se inclinaban hacia donde les atraía la justicia y la bondad.

Sesenta lunas habían transcurrido desde que Abel regresó al Santuario de La Paz, cuando llegó un mensajero del país de Num-Maki trayendo encerrado en un tubo de cobre un papiro de Helia-Mabi para el Kobda-Rey con estas palabras:

“Vuestra grande alma comprenderá todo mi dolor y mi ansiedad. Manh Shiva se muere con la enfermedad del maligno sueño, que le ha producido un elixir de jugo de granadas ofrecido a ella por una opulenta mujer de esta tierra con fines inicuos. El pueblo está desesperado y temo graves desastres si la muerte de Shiva llega a producirse. Sois el jefe de la Gran Alianza y como tal tenéis el derecho y el deber de socorrer este pueblo que os pertenece. El Consejo y yo lo esperamos todo de vos. Helia-Mabi”.

Bohindra leyó y releyó el mensaje, se informó del mensajero minuciosamente, del estado de ánimo de aquellas gentes, meditó unos momentos en silencio, cambió ideas con los miembros de su Alto Consejo, compartió la noticia con Ada y Evana, y de todas estas confidencias plenas de lealtad y de buen deseo, surgió la resolución de enviar al país de Num-Maki a las dos hijas de Shiva, acompañadas de algunos Kobdas cuyas aptitudes les hicieran capaces de eficientes auxiliares para la circunstancia por la que aquel pueblo atravesaba.

Y luego como en íntimo consejo de familia, llamaron a Helia y Mabi para departir con ellas sobre el particular.

Al oír ambas jóvenes lo que ocurría en su lejano país, y la resolución

que parecía surgir de tales acontecimientos, dejaron reflejar en sus semblantes la profunda alarma que les causaba, y Mabi, más espontánea y vehemente iba a manifestarlo con palabras cuando Abel la miró colocando al mismo tiempo el dedo índice sobre sus labios. Comprendió que la aconsejaba callar..., mas, ¡qué duro para ella aquel silencio! Miró a Helia que hacía esfuerzos para disimular su emoción, luego a Evana cuyos ojos se escondían entornados para no reflejar su dolor al exterior, pero cuya irradiación formó contacto con la angustia de Mabi que corrió hacia ella y apoyando la frente sobre aquel corazón que tanto las amaba lloró silenciosamente.

–Nuestra madre se fue allá y jamás la vimos volver. Ahora queréis que vayamos nosotras y tampoco volveremos jamás. ¿Es justo tanto sacrificio?

Tales palabras de Mabi pronunciadas con honda amargura, templaron el ánimo de Helia de inmediato al sacrificio y acercándose al doloroso grupo formado por Evana y su hermana, dijo con mucha serenidad:

–A Mabi le produce gran dolor apartarse de este Santuario. Si os parece iré yo, y ella que quede aquí al lado de esta madre tan amante y dulce como la otra. ¿No es justo acaso que seamos para las dos?

Evana no pudo contenerse más y estrechando sobre su pecho aquellas cabezas juveniles, decía entre lágrimas:

– ¡Sois tan mías las dos!..., itan mías!

Aldis y Bohindra contemplaban en silencio aquella tierna escena y en sus mentes se dibujaban con palpable nitidez, las siluetas de Joheván y de Sophía abrazadas a su hija Evana.

Bohindra se acercó a ellas tres y con su habitual dulzura y suavidad comenzó a desgranar las prudentes y sabias reflexiones que el caso le sugería.

–Hijas mías, creo que vosotras hacéis de esto un motivo de amargura y de dolor, cuando no lo es en realidad; pues sólo se trata de que vayáis a hacer una visita a vuestra madre enferma y no de vuestra permanencia definitiva allá, si no es tal vuestra voluntad. Shiva se fue decidida a permanecer en su país porque tal era su deber en la situación en que se hallaba. Vosotras en cambio vais de paso a consolar a vuestro padre; a endulzar los últimos días de vuestra madre si es llegada para ella la hora de partir. Por ley y por derecho sois las herederas de vuestro gran abuelo tan amado de aquel pueblo, pero acaso encontréis la coyuntura favorable y propicia para renunciar en favor de vuestro padre. ¿A qué padecer así por cosas que pueden encausarse por caminos llanos, suaves y felices para todos?

“¿De qué os servirá vestir la túnica si no ha de ser para ponerlos en condiciones de solucionar con acierto cualquier problema que las circunstancias de la vida os presenten? El Kobda debe saber salvar todos

los escollos, buscando a la vez la paz de los demás y su propia paz. La Divina Sabiduría tiene el secreto, y nosotros debemos obtenerlo de ella. Calmaos pues y con serenidad reflexionad en mis palabras, en lo que sois, y en los deberes que tenéis como espíritus de la grande alianza de redención humana terrestre. Pensad asimismo en que no iréis solas y en que hay una frecuente comunicación entre Num-Maki y La Paz. Cada dos lunas sale de aquí la caravana de transportes y de intercambios de productos, y cada dos lunas sale también de allá, lo cual quiere decir que tendréis todas las comodidades para comunicaros con La Paz y también para regresar cuando lo estiméis conveniente.

Evana fue la primera en asentir a las palabras del Kobda-Rey.

– ¡Es verdad, hijitas! Parecemos tres chiquillas afligiéndonos cuando no hay motivo para ello, y aunque mucho agradezco el deseo manifestado por Helia que Mabi quede a mi lado, pienso que debéis ir las dos porque la madre de allá tiene derecho a teneros siquiera por un breve tiempo a su lado. Sería demasiado egoísmo en mí, el deteneros en el cumplimiento de este deber.

– ¿Y si con tal motivo se organizara una nueva misión hacia aquellos países, y en vez de Mabi y Helia fuéramos diez o doce Kobdas?... – preguntó Abel a Bohindra.

– Mañana a mediodía tendremos resuelto este asunto si todos juntos en la concentración espiritual de esta noche recabamos de la Divina Sabiduría lo que es más conveniente realizar – respondió el Kobda-Rey–.

“Si sabemos extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas, habremos cumplido la misión para la cual nos hemos unido en esta etapa de nuestra vida eterna.

Los grandes sensitivos sintieron los avisos premonitorios de lo que iba a ocurrir relativo al país de Num-Maki y a la familia que estaba al frente de él. Era llegada la hora del descanso para la mártir Shiva, cuyos últimos años habían sido de paz y sosiego como una escasa compensación a los grandes padecimientos de su juventud.

De su partida al plano espiritual debían surgir necesariamente diversos acontecimientos, que el mayor o menor acierto de los dirigentes iría produciendo día tras día hasta llegar al final de la jornada. Como los videntes y sensitivos guardaron el secreto de sus premoniciones, también lo guardo yo hasta el momento indicado para descorrer el velo al lector.

Abel fue nombrado jefe de la misión que debía salir pasados dos días y que estaría compuesta de diez personas entre hombres y mujeres, que eran tres: las hijas de Shiva y Nubia, la Kobda aquella que un día sirvió de madre de Evana, llamada por Bohindra cuando los niños habitaban la caverna.

De ambos santuarios y de los pabellones de los reyes salieron numerosos acompañantes para despedir a los viajeros en el gran puente del Éufrates, donde tenían sus grandes instalaciones los caravaneros, encargados de todos los transportes que se hacían periódicamente entre los países circunvecinos.

– ¡Cuánto lamento, hijo mío! –decía el Pangrave a su nieto–, no acompañarte en esta travesía, mas sabes que Iber, mi amada Milcha de otra hora, me reclama a su lado hace mucho, según yo mismo se lo había prometido, y debo partir la próxima luna, allí. No obstante quedo tranquilo porque el amor de los que te acompañan reemplaza con ventajas al mío.

– ¡Que ellos sepan hacer justicia como vos, Pangrave, cuando mi corazón se ablande demasiado! –le respondió Abel abrazándole al despedirse y haciendo alusión a las muchas veces que Aldis intervino en la anterior misión, para ayudarlo a solucionar situaciones graves y difíciles.

Llevaba cuatro Kobdas de los viejos compañeros de su Pangrave, que eran los encargados del gobierno de la misión en cuanto a lo material: Abelio, Jobed, Ibrín y Acadsú. Los otros eran jóvenes algo mayores que Abel, entre los que iba aquel Madeo que llegó a La Paz dominado por la sugestión de asesinarle y acabó por triunfar de las fuerzas extrañas que le habían dominado y entregarse de lleno al amor que había llamado a su puerta.

Entre los Kobdas jóvenes se encontraban dos del país de Manh: Alodio y Simi, hijos del príncipe Bonacid, por cuyos dominios estaban dispuestos a pasar con fines misioneros como se verá.

Atendiendo a la larga distancia que iba a separarles de La Paz, el Kobda-Rey con su Alto Consejo dieron todas las instrucciones y facultades necesarias para que los Kobdas viajeros se desarrollaran como lo creyeran conveniente. Llevaban buena provisión de tubos de cobre con copias de la Ley de la Alianza, para el caso de nuevos Caudillos adherentes; los anillos, las placas llamadas de presentación, que todos llevaban consigo para reconocerse los unos de otros como miembros de la Gran Alianza del Éufrates y el Nilo.

–Id tranquilas y felices, hijitas –dijo Evana a sus dos hijas de adopción–, que si vuestra situación os impidiera venir a mi lado, yo iré a veros aún cuando tenga que salvar muchos obstáculos.

Con tal promesa y la compañía de Abel y demás Kobdas que componían la misión, fue menos dolorosa la despedida al pie del enorme puente, cuyas bases se perdían entre los cañaverales gigantescos y las madre selvas que tapizaban sus balaustradas.

La Reina Ada obsequió a las Kobdas viajeras con dos grandes libros de tela encerada donde estaban grabados, en uno la Ley de los Kobdas,

y en el otro los más hermosos versos que había cantado en su lira el Kobda-Rey.

Bohindra, el hombre que miraba de frente al porvenir, tuvo la idea de encerrar en un cofrecillo de plata dos velos blancos de la Reina Ada, y al entregarlos a las hijas de Shiva, les dijo:

–Este es mi regalo, pero no lo podéis abrir durante el viaje sino pasados diez días de estar en el punto de vuestro destino. ¿Lo prometéis?

–Será como vos queréis –le contestaron ambas, mientras él les dejaba en la frente el beso fraternal acostumbrado entre ellos. Todos, menos ellas dos, sabían que ambas debían continuar sus vidas lejos de La Paz, circunstancia que les fue ocultada por el momento para dulcificarles la amargura de la partida.

¿Cuáles serían las causas? La Eterna Ley lo tenía ya marcado, mas no todo es posible descubrirlo al espíritu encarnado en planos tan inferiores como la Tierra.

El himno del amor fraterno cantado a coro por los que quedaban, mirando a los viajeros desde lo alto del puente, les acompañó con sus vibrantes melodías hasta que los grandes árboles de la pradera los ocultaron de su vista.

Abel partió el último, pues él y Madeo montaban buenos caballos que les llevarían hasta el Tigris, a incorporarse a la caravana que allí debía tomar nuevas bestias y nuevas provisiones y mercancías.

–Cuando volváis será para ocupar mi lugar, hijo mío, porque ya el agotamiento de dos vidas sin descanso, tienen debilitado mi espíritu –decía Bohindra al abrazar a Abel.

–Cuando volváis –decía el pequeño Seth, levantado en brazos por Abel–, yo ya sabré montar en mis renos y vendré a esperarte en este mismo puente con mi korha llena de corderitos y de flores. ¿Quieres?

– ¡Convenido..., convenido! –le contestaba Abel, mientras cruzaba por su mente la imagen risueña de Senio, el anciano-niño que jugaba con él en los días de su primera infancia.

–Cuando volváis –le decía Evana con los ojos húmedos de lágrimas–, ya estarán terminadas el millar de túnicas de lana que habéis pedido para los niños pobres, en el aniversario de nuestra unión con Adamú, según tú lo has deseado.

–Cuando volváis –le decía la Reina Ada–, ya estará terminado el pabelloncito de los niños leprosos y todos ellos recogidos allí.

El alma de Abel se abrió como un hermoso loto blanco a la caricia divina de tanto amor, de tanta luz, de tanta agua refrescante y cristalina. Y desprendiéndose con sacrificio de tantos brazos amantes, saltó sobre su caballo y sin volver la cabeza atrás se lanzó a la carrera hacia el sitio por donde había desaparecido la caravana.

– ¡Cuando él vuelva –dijo Adamú, siguiendo con la vista a su hijo que se alejaba–, encontrará a su padre con hebras de plata en los cabellos y copos de nieve en el corazón porque estoy harto de tumultos, de bullicios y de responsabilidades!...

Estas palabras sólo fueron oídas por Aldis, pues Bohindra con Ada y Evana, estaban cercanos al grupo de los músicos que acompañaban el coro.

– ¿Entonces que debería yo decir, hijo mío? –le interrogó Aldis.

–Padre, decid lo que queráis, pero a veces tengo nostalgia de la caverna de mi niñez a fuerza de palpar las miserias de la sociedad actual. ¡Vos no estáis al frente de esta juventud que se educa en los Pabellones de los Reyes! Oyéndoles referir lo que ocurre en sus respectivos países, he acabado por conocer casi todos los pueblos que habitan el globo y formar el juicio que tales relatos me sugieren.

–Si tú siembras mil granos de trigo y sólo quinientos te fructifican, ¿qué recogerás de esos quinientos?

–Trigo, ¿qué he de recoger?

–Pues de igual manera, hijo mío, si de mil almas que la Luz Eterna pone en tu camino sólo la mitad responde a tu esfuerzo y a tu amor, esas son almas, son chispas de la Divinidad que te deberán a ti gran parte de su evolución presente y futura. No pienses en las que quedan estériles, sino en las que dan fruto debido a la dedicación que les consagras. El bien que tú haces son espigas de trigo para tu granero aún cuando no aprovechase a aquellos a quienes lo has dedicado.

“Además, no pienses que por toda tu vida estarás al frente de los Pabellones de los Reyes. ¿Qué sabe el hombre de lo que ocurrirá después de ponerse el sol? ¡Al hombre prudente que ha hecho a la Divinidad consagración de su vida, jamás debe inquietarle el mañana porque ese mañana sólo puede traerle su bien, su paz y su felicidad!

El pequeño Seth que a toda carrera se acercaba a su padre, cortó este diálogo obligándoles a prestarle atención con sus agitadas palabras que salían a borbotones:

–Padre, mandad que me hagan una korha nueva, mayor que la otra, donde puedan caber muchos, muchos corderos, y muchas, muchas flores.

– ¿Para qué? –le preguntó Adamú.

– ¿No sabéis que hemos convenido con Abel que saldré a recibirle así, cuando vuelva?

– ¡Pues hombre! –exclamó riendo Aldis–, ¿aún no ha acabado de irse y tanta prisa tienes?

–Es que él me tiene encargado que cuando prometa una cosa la cumpla, porque si no, es una mentira, y el que miente es un mal hombre. ¿Sabes, Pangrave? ¡Un mal hombre!

– ¡Oh, oh!... ¡Qué grave cosa es esa, hijito mío! Pues mira, como tu padre tiene muchas ocupaciones, yo me encargo de tu korha nueva. ¿Quieres?

– ¡Oh, sí!, sí, Pangrave! Como tú eres más viejo que padre, tú sabrás hacerla mejor.

– ¿Y si el Pangrave por ser viejecito se olvidara de la promesa?...

–interrogó Adamú buscando de hacer hablar al niño.

– ¡Oh, no! Pangrave cumplirá lo que ha prometido porque de lo contrario mentiría, y será un mal hombre.

“¡Oh, no puede ser, padre!... Pangrave hará mi korha.

El Pangrave emocionado le levantó en sus brazos, mientras le decía:

–Senio asoma por todos los poros de tu cuerpo, hijo mío.

Mientras tanto la caravana seguía su marcha lenta y monótona al paso de los elefantes y de los camellos, pero los pensamientos corrían, volaban, iban y venían de La Paz a Num-Maki y de Num-Maki a La Paz en carreras vertiginosas, en vuelos gigantescos. Las tres mujeres iban en un elefante y resguardadas por amplios doseles que les preservaban de los vientos, del sol y de las lluvias; los hombres revestidos de grandes capas de piel de búfalo con capuchones cerrados donde una especie de ventanilla en dirección a los ojos, apenas le permitía mirar un poco el camino, los cargamentos en camellos y asnos, todo aquello semejaba un pequeño pueblo en movimiento continuo, pero casi siempre silencioso y sólo animado por los anuncios del guía y por las voces de mando de los conductores.

Nubia con las hijas de Shiva viajaban juntas en un elefante y sus tres compañeras en otro. Allí bajo el dosel, dormían, comían, oraban, hilaban y cantaban. El lomo de la enorme bestia sería su habitación durante más de treinta días.

Cuando el tiempo era hermoso y sereno y los parajes que atravesaban podían ofrecerles distracción y descanso, sus hermanos los Kobdas, las bajaban de su alta carroza viva, y abrían una tienda o carpa mientras daban también un breve descanso a las bestias.

Y a medida que avanzaban, la caravana se disminuía a veces en los viajeros que la componían, pues muchos de ellos iban quedando con sus mercancías y cargamentos en las aldeas o ciudades por donde pasaban; y a veces se engrandecía con nuevos mercaderes que se le agregaban, de los cuales la mayoría comerciaba en metales y piedras preciosas que iban a buscar a la bella Irania, el arca misteriosa de las esmeraldas y de los brillantes.

Los Kobdas que formaban una especie de agrupación aparte en medio de aquel comercio ambulante, se mantenían completamente ajenos a ese continuo cambio de viajeros, y no detenían su marcha, aun cuando se detuviese la caravana para tomar o dejar cargamentos.

Así habían transcurrido veintidós días sin mayores alternativas, cuando se encontraron con una multitud de gentes cuyo aspecto y vestiduras denotaban que provenían de los países del Norte.

Los deshielos de las cimas nevadas del Cáucaso habían destruido casi todas las poblaciones de los valles que se abrían entre aquella enorme ladera de montañas, y los habitantes en numerosas tribus emigraban hacia el sur a las llanuras fértiles de las orillas del Shirwan (*afluente del Tigris más al norte del Karkhe).

Tenían un numeroso cuerpo de arqueros altos, rubios, de claros ojos y blanca piel que parecían formar una escolta de gigantes a un joven Caudillo, extrañamente ataviado con una inmensa capa de pieles negras y blancas que desde lo alto de su sitial caía casi hasta tocar el suelo.

El Kobda Jobed que era del Ural por su origen, pudo comprender el lenguaje de aquellas gentes, que demostraban ser un ejército de autómatas, moviéndose como enjambre de hormigas en torno al joven Caudillo aquel, vestido al parecer de suprema autoridad.

Era aquello como una ciudad formada de grandes tiendas sólidamente construidas con maderas y láminas de cobre en su parte exterior, y decoradas interiormente con tejidos y pieles, de mayor o menor riqueza según la alcurnia de los personajes que las habitaban. Según Jobed pudo entender llevaban allí dieciocho lunas, pero el Caudillo acababa casi de llegar y comenzaba a organizar su pueblo.

Estaba pesaroso y taciturno por haber sido traicionado por su padre primero y por un hermano después que arrebataron de su lado las dos únicas mujeres que había amado en su vida, la una en su primera juventud, casi en su adolescencia, y la otra, poco tiempo hacía. De esto había resultado la extraña ordenanza que tenía dada a los suyos, de que ninguna mujer se presentara ante él con el rostro descubierto, ni les fuese permitido hablar en su presencia ni una sola palabra.

Un rostro de mujer lo sacaba de quicio. Una voz de mujer lo llevaba a la desesperación y a la cólera. Quería olvidar que existían.

Junto a un bosque de abetos había acampado la caravana de los Kobdas para dar descanso a las bestias, y Nubia con las dos hijas de Shiva se habían internado bajo los árboles, en busca de plantas aromáticas y medicinales que abundaban en aquel paraje y de las cuales los Kobdas extraían los jarabes y lociones curativas de diversas enfermedades.

Nubia, ya de bastante edad, y Helia, algo endeble por naturaleza, se habían sentado sobre el césped a la orilla de un arroyuelo y estaban ocupadas en lavar las hierbas que habían recogido mientras esperaban el nuevo cargamento de ellas que traería Mabi recogiendo más en lo interior del bosque. Pero como pasara más tiempo de lo que ellas pensaban, comenzaron a llamarla. La joven Kobda no aparecía por ninguna parte.

La alarma de Nubia y Helia fue grande cuando de regreso a la tienda no encontraron tampoco a Mabi como esperaban. Pocos momentos después los Kobdas acompañados por los criados y conductores de bestias recorrían paso a paso todo el frondoso bosque llamándola sin obtener respuesta.

Sólo encontraron su velo violeta colgado de un árbol, más allá un manojo de las hierbas que había recogido y preparado para llevar; después el cordón de fibra vegetal con que ceñía la túnica a la cintura.

Estos rastros iban como marcando la dirección que ella había seguido.

El cordón casi a la salida del bosque, en dirección hacia donde estaba la ciudad de tiendas del Caudillo caucasiano.

Abel y Jobed se dirigieron allí y preguntaron por ella a los primeros arqueros que encontraron haciendo la guardia a las afueras del campamento, cercado de horcones de cobre y estacadas de abetos.

–Por aquí sólo ha salido y entrado desde que salió el sol, el Scheiff con sus dos siervos de confianza; no hemos visto a nadie más. –Tal fue la respuesta de los guardias.

–¿Y podríamos interrogar a esos siervos por si vieron a la salida del bosque a nuestra joven hermana? –volvió a insistir Jobed, que era el único que podía comunicarse con aquellas gentes.

–Si Scheiff lo permite, podéis.

–Llevadnos a su presencia.

–Esperad. –Y el guardia desapareció.

El tiempo que tardó en volver, ambos Kobdas lo emplearon en concentrar profundamente su espíritu evocando a Mabi para formar cadena fluidica con ella.

A los pocos minutos ven salir a la joven en rápida carrera hacia ellos y a pocos metros corriendo tras ella, dos criados que querían detenerla sin hacerle daño.

–Dejadme pasar –decía ella–, mis hermanos me buscan, ¿no los veis?

Pero los criados le cerraron el paso con sus robustos brazos enlazados alrededor de ella como una cadena de hierro que la aprisionaba sin hierla.

Jobed y Abel avanzaron hasta la cerca de horcones y el primero dijo:

–Dejad, os rogamos, en libertad a nuestra hermana que ningún daño os habrá causado; y si así no fuera, estamos dispuestos a daros cualquier reparación.

– ¡Orden del Scheiff! –repitieron mecánicamente los dos criados.

Los dos Kobdas enviaron a Mabi en sus miradas toda la energía, la serenidad y la calma que era necesaria en ese momento, y Abel le dijo:

–Cálmate, hermana mía, que cuando el Scheiff nos reciba en su presencia serás de seguro puesta en libertad.

El guardia mensajero apareció, se cercioró de que los Kobdas no tenían arma ninguna y les hizo pasar.

El Scheiff les recibió tendido sobre una enorme piel de oso blanco cuya cabeza disecada acariciaba distraídamente.

– ¿Sois los hermanos de la mujer vestida de azul?

–Sí, Scheiff –contestó Jobed en su lengua–, y os rogamos nos la entreguéis.

En ese instante llegaba Mabi traída por los criados.

–Esta mujer me interesa –dijo el Scheiff–, porque desprecia el oro y no teme a la muerte. Nunca vi en mi país una mujer semejante. ¡El amor al oro y el miedo a la muerte me hicieron dos veces desventurado en mi vida! ¡Y para vengarme de ese fatal destino, necesito de esta mujer!

–Somos enviados del Thidalá del Éufrates y el Nilo para llevar esta hermana nuestra hacia el Lago Urán donde está para morir su madre que es la Reina del país de Num-Maki.

–Yo tomo en la vida lo que necesito y lo que quiero –contestó secamente el Caudillo–. Compró para mí tu belleza, le dije hoy al verla en el bosque, y arrojé a sus pies cuanto oro y piedras preciosas tenía sobre mi cuerpo y ella siguió recogiendo hierbas sin mirar siquiera mi tesoro.

“Apunté con mis flechas a su frente haciéndole entender que la mataría si se alejaba, y ella continuó recogiendo hierbas. ¿Qué especie de mujer es ésta?, grité enfurecido. Y mis criados adivinando mi pensamiento la envolvieron en mi propio manto y la trajeron a mi tienda. Es más fuerte que el oro y que la muerte, los dos poderes más fuertes que vencen al hombre. Yo necesito de esta mujer para vengarme de mi fatal destino. Idos; ella se queda en mi tienda.

La joven no comprendiendo el lenguaje del Scheiff, creía que pronto se llegaría a una razonable conclusión. Una palidez de muerte cubrió su semblante cuando Jobed le hizo comprender lo que aquel hombre pretendía.

¡Qué dolor para Shiva su pobre madre moribunda!... ¡Qué dolor para Evana su tierna madre de adopción que no la vería más!

Para Helia-Mabi su padre, para Bohindra, para Ada..., en fin para todos. Una montaña de dolor y de angustia oprimió el corazón de la joven que se apoyó en una columna que sostenía la tienda, para no caer desfallecida a los pies de aquel hombre hermoso en su aspecto físico, pero duro de corazón y tenaz en su voluntad y en su capricho. Después de un momento, Mabi reaccionó.

–Ni quiero vuestro oro, ni temo vuestra muerte–, dijo de pronto acercándose a él–. Heridme con vuestras flechas, pues no quiero la vida si no

he de vivirla entre los que amo. –Y abrió los brazos en la actitud en que se colocaba a los reos condenados a morir atravesados por las flechas.

El Scheiff dejó vagar por su boca una sonrisa casi imperceptible y moviendo negativamente la cabeza le dijo casi con suavidad:

–La muerte huye de vos porque la despreciáis. –Y tomando una flecha la rompió con ira. Y puso el arco debajo de sus pies–.

“Idos –volvió a repetir, viendo a los Kobdas inmóviles–, ella se queda en mi tienda.

Abel y Jobed cambiaron entre sí algunas palabras, y Jobed dijo al Scheiff:

– ¡Orden del Thidalá del Éufrates y el Nilo! Nosotros no podemos partir de aquí sin llevar nuestra hermana.

“Como ella, despreciamos también el oro y no tememos la muerte. Aquí quedamos y aquí moriremos.

Y lo mismo que Mabi, se acercaron con el pecho descubierto y los brazos abiertos esperando las flechas.

Al Scheiff le enfureció tal tenacidad e hizo una señal a sus arqueros. Seis de ellos levantaron el arco para disparar a los dos Kobdas.

Pero Mabi recobró ante el peligro toda su energía y poniéndose rápidamente junto al Scheiff, apretó entre las suyas la diestra que ya levantaba aquel hombre para dar la señal de tirar. En la suavidad con que el Caudillo abandonó su mano al impulso que Mabi le dio, ella comprendió que no era aquel hombre tan duro como parecía; una grande luz pareció iluminarla, una extraña serenidad le invadió, y volviéndose hacia los Kobdas, les dijo:

–Idos; no os esponzáis a perder vuestra vida por mi libertad. Yo siento en mí la fuerza que me defenderá. Venid todos al atardecer para que finalicemos esta cuestión. –Y con suma tranquilidad se sentó en una de las gradas de la gran tarima en que estaba tendido el Scheiff.

Los Kobdas vieron claramente la satisfacción del Caudillo ante la actitud de Mabi, recordaron algunas de las clarividencias premonitorias que hubo en La Paz cuando se resolvió el viaje hacia Num-Maki, y serenos ante la sorpresa de los acontecimientos, se despidieron del Scheiff anunciándole que al atardecer volverían para ver la forma en que tal asunto había de concluirse.

La pobre Mabi los siguió con la mirada hasta que desaparecieron en los primeros árboles del bosque, y cuando no los vio más, dejó caer su cabeza abatida sobre la tarima en que estaba sentada y un silencio de muerte torturante y pesado pareció envolverla como un sudario.

El Scheiff esperaba que un torrente de gritos, de imprecaciones y de sollozos iba a llenar el vasto recinto de su tienda, pero el silencio continuaba cada vez más profundo en torno al inmóvil cuerpo de Mabi,

doblado como un vestido sobre el primer escalón de la inmensa tarima cubierta de pieles. Con una señal mandó salir a todos sus criados y bajando lentamente hasta donde estaba inmóvil la joven, escuchó junto a su cabeza.

– ¡Oh..., vive! –dijo–, ella es más fuerte que la muerte; no morirá, no. Y yo soy más fuerte que el hado fatal que envenenó mi destino. –Y levantando en sus brazos a Mabi que por la intensidad del dolor había perdido momentáneamente el uso de sus facultades conscientes, la recostó en lo más alto de su tarima con los delicados cuidados que lo hubiera hecho con una criatura pequeña–.

“Si es cierto que en ellos encarna la Justicia, yo les pido justicia: ¿Acaso no tengo derecho a la felicidad? ¿Acaso no valgo yo como uno de esos leprosos, de esos ancianos decrepitos, de esos contrahechos inútiles que ellos amparan y protegen? Si tan pródigos son para dar felicidad a pueblos numerosos y a naciones sin cuenta, ¿por qué han de mezquinármela a mí?

“Esta mujer no quiere el oro ni teme a la muerte, ¿qué amaré pues y a qué temeré?

“¿Acaso amaré las flores, la música, los perfumes..., amaré acaso los animalillos hermosos e inofensivos..., los niños pequeñitos y bellos..., deben ser así las mujeres del vestido azul! Probemos. –Y en puntillas salió y dio algunas breves órdenes a criados que rondaban silenciosos en torno a la suntuosa tienda–.

“¡Estás venciendo al oro y a la muerte, oh, mujer! –exclamó entusiasmado–. Y por eso te llamaré Asag, como la diosa de mis mayores, que arrojó todo el oro de la tierra a los abismos y encadenó a la muerte en la cima de un peñasco.

Y leyendo nosotros en su horizonte mental, encontramos este soliloquio de su espíritu que en silencio se decía, sentado junto a la tarima en que desmayada reposaba Mabi: “Dicen que los hombres y mujeres del vestido azul tienen el secreto mágico de la felicidad de los pueblos. Cuanto ellos tocan queda iluminado.

“Los pantanos se transforman en praderas. Los bosques y montañas en grandiosas construcciones, los leprosos son curados y los ancianos rejuvenecidos y felices. ¿Qué mucho será pues que yo espere la dicha de una mujer vestida de azul?”

Al poco rato llegaron como fantasmas verdes y amarillos, varias mujeres de rostro cubierto y con laúdes y cítaras de extrañas formas, se sentaron en el pavimento.

Otras llegaron cargadas de flores y cubriendo con ellas la amplia tarima, se sentaron. Un esclavo puso fuego en un enorme pebetero de plata y arrojó allí esencias y yerbas aromáticas; mientras otro criado

iba haciendo entrar a la tienda una porción de criaturas de tres a cinco años y haciéndolas sentar en el graderío de la tarima que aparecía ya toda cubierta de niños y de flores. El Scheiff se ocultó detrás de las cortinas replegadas en la puerta de entrada, desde donde podía ver sin ser visto.

Las mujeres cubiertas comenzaron a tocar una suave melodía que por momentos era gorjeo de pájaros, o gemidos de viento, o murmullo de las aguas de un torrente, o zumbidos de abejas y de colibríes.

El penetrante perfume emanado del pebetero hizo reaccionar a Mabi que volvió en sí y creyendo que era un sueño, miraba casi con estupor cuanto la rodeaba; flores y niños, mujeres veladas que ejecutaban melodías y pebeteros que daban perfume.

– ¿Qué significa todo esto?– pensó en silencio. Y como de lo más hondo de ella misma pareció levantarse una suave voz que le decía: “Esto significa que el amor sale a tu encuentro cuando tú no lo esperabas ni lo buscabas en este lugar”.

Una oleada de rubor coloreó su semblante y sentada ya sobre la piel de oso blanco, cubrió con ambas manos su rostro como si quisiera susstraerse al encanto de cuanto la rodeaba, y guardó silencio.

Los niños pronto se cansaron de tal quietud y comenzaron una reuelta gradas abajo y gradas arriba, que por fuerza la joven tuvo que mezclarse a ellos para poner orden porque los unos rodaban sobre los otros en medio de chillidos y risas, mientras las mujeres cubiertas continuaban impasibles arrancando de sus laúdes hermosas melodías.

El hábito de ella de enseñar y ordenar a los niños de los labriegos de La Paz, que en días determinados invadían los jardines del Santuario dando bastante tarea a las Kobdas jóvenes, la impulsó de inmediato a hacer igual con aquellas revoltosas criaturas extremadamente blancas y rubias que parecían de oro y nieve.

El Scheiff que observaba silencioso este cuadro, pensaba: “¡Ya sé lo que amas mujer de vestido azul, ya sé con qué especie de oro he de comprar tu belleza y tu cariño. Ya es bastante saber por ahora!” Y salió de su escondite.

Mabi se quedó inmóvil como una estatua y su rostro sonriente se tornó grave y esquivo.

–Veo que amas la música, las flores y los niños– le dijo–. Estas mujeres que son arpas vivas y estos niños que te hacen sonreír, morirán por las flechas en vuestra presencia si persistes en abandonar mi tienda.

Mabi comprendió aquellas palabras pronunciadas con fría serenidad y se quedó aterrada.

– ¿Y si me quedo?... –preguntó con cierta altivez.

–Son todos vuestros y diez tantos como éstos.

– ¿Quedarme aquí es la única obligación que me imponéis?

– ¡Nada más! –contestó el Caudillo.

– ¿Por cuánto tiempo?

–Mientras yo viva.

– ¡Tengo padres..., tengo hermanos, tengo un gran hogar lleno de luz, de paz, de amor y de belleza!... –susurró la joven como en un hondo clamor que salía de lo profundo de su corazón–. ¿Y he de sacrificar, Dios mío, todo eso para salvar de la muerte seres desconocidos, que no me aman y acaso nunca podré yo amar?...

Cerró los ojos como para encontrar en su propio Yo la respuesta, y de pronto sintió unas manecitas de criatura que le acariciaban, y el roce de unos bracitos pequeños que se tomaban de su vestido para trepar a sus rodillas. Gruesas lágrimas empezaron a correr por su semblante, mientras una de aquellas criaturas la besaba tiernamente como bebiendo a sorbos su llanto.

– ¿Sois acaso vosotros la voz del Altísimo que me ordena quedar en tierra extranjera entre seres que nunca vi? –murmuró abrazando aquellas doradas cabecitas que se refugiaban en su corazón–.

“Esta bien; me quedaré –dijo de pronto dirigiéndose al Scheiff que esperaba de pie–. Pero es necesario que en presencia de mis hermanos me deis las seguridades que yo exigiré.

El Scheiff se inclinó en silencio y se retiró sin decir más palabras.

Las mujeres se levantaron el velo que las cubría, y Mabi pudo ver que todas ellas lloraban.

– ¿Por qué lloráis? –les preguntó–. ¿Sois acaso también prisioneras como yo?

No pudiendo entenderla, se concretaron a besarle las manos, los vestidos, los cabellos mientras murmuraban palabras ininteligibles, en las cuales la intuición de Mabi le hizo comprender que aquellas mujeres sufrían y esperaban de ella su salvación.

Eran jóvenes y bellas y siguiendo el anuncio silencioso de la intuición, Mabi fue comprendiendo que aquellas mujeres habían sido elegidas como ella, por aquel Caudillo que buscaba indemnizarse de su cruel destino, y que sin la gran fuerza espiritual con que ella contaba, no pudieron dominar aquel león herido que sin ilusión y sin amor, las relegó a la categoría de instrumentos músicos que vibraban o cantaban según era su voluntad.

–Conmigo hará lo mismo –pensó Mabi–, el día que vea debilidad en mí. –Y tendiendo su pensamiento lleno de ansiedad y de angustia hacia sus aliados espirituales encarnados y desencarnados exclamó–: ¡Amor Eterno... Energía Suprema... Dios de los Kobdas!... ¡Sálvame de la inconsciencia, sálvame de las tinieblas, sálvame de mí misma!...

Y seguida de las mujeres y de los niños salió de la tienda y comenzó a explorar los contornos como si llevara ya mucho tiempo de habitar aquel paraje. Las mujeres recelosas querían cubrirse temerosas de encontrar de pronto al Scheiff, pero Mabi les quitó los mantos que casi les impedían andar y los colgó del primer árbol que encontró.

Y por señas indicó a las mujeres que ejecutaran músicas de danzas febriles y alegres para espantar aquel ambiente de servilismo y de temor que se sentía por todas partes. Las mujeres no se atrevían, pero ella les hizo comprender que no temiesen.

Los criados azorados al oír los primeros acordes, se acercaban para impedirles seguir, pero Mabi también a ellos les hizo comprender que era ella la culpable y que en ella descargaría la ira de su señor.

Pronto fue aquella una ruidosa algazara en el vasto recinto que se abría como una plaza delante de la tienda, y otros niños y otras mujeres fueron saliendo de todas las tiendas que rodeaban la del Scheiff. Nadie sabía lo que aquello significaba, pero todos se sentían contagiados de aquel aire de libertad y de alegría, de seguridad y confianza que parecía brotar de la música, de las risas de los niños que danzaban y corrían, y de la tranquila actitud de la mujer extranjera que iba recogiendo los mantos de todas y colgándolos en las mismas estacadas que rodeaban las tiendas. Aquello llegó a tomar la semejanza de un circo todo embanderado de vistosos colores.

— ¿Dónde está el Scheiff?... —se preguntaban todos, más con las miradas que con las palabras; pero el Scheiff no aparecía por ninguna parte.

Todos creyeron al ver la seguridad con que Mabi obraba, que el Caudillo enamorado de ella le había dado amplios poderes para hacer como le diera la gana, y criados y arqueros, jóvenes y viejos fueron llegando atraídos por la alegre música y por lo inusitado de aquella fiesta sin anuncios y sin preparación.

—Es una maga —decían todos—, que ha curado el mal humor del Scheiff.

“Del bosque de los abetos la trajeron hoy al mediodía para que nuestro pueblo sea fuerte y feliz como en los valles nativos.

Y un alegre clamoreo, ebrio y jubiloso comenzó como un estruendo que hacía el contrabajo a los delicados sonidos de los laúdes y cítaras.

La alegría fue tal que nadie quería volver a su tienda y cada cual traía sus pieles para sentarse, sus cestas de pan y de frutas, las piezas de carcerías con que contaban para alimentarse ese día.

Mabi comprendió que deseaban hacer una comida en conjunto al aire libre y junto con todas las mujeres hicieron sentar a los ancianos y a los niños, y comenzaron a distribuir entre todos los víveres, dejando en completo olvido las adustas órdenes del Scheiff.

Cuando los Kobdas llegaron acompañados del Kabir y demás hombres dirigentes de la caravana, comprendieron una vez más que las fuerzas mentales sabiamente encaminadas hacia el bien y la justicia, triunfan siempre en todos los acontecimientos de la vida. Vieron claramente que los caminos de Dios se abren para cada ser a veces muy diferentes de las combinaciones humanas y dijeron todos a una voz:

–El sacrificio de nuestra hermana es ley superior. Que se cumpla la voluntad del Altísimo.

– ¡Los hermanos de la maga! –decían todos–, dejadles pasar que traen la suerte a nuestro pueblo.

Mabi corrió hacia ellos toda agitada y abrazándose de Abel que marchaba delante le dijo:

– ¡No puedo partir, hermano mío, no puedo seguiros porque matará aquí mismo todas estas mujeres y estos niños!...

–Ya sé, Mabi, ya sé que no puedes partir. Feliz de ti si sabes responder como responde el Kobda a la voz suprema del Amor que le manda sacrificarse al amor.

– ¡Qué horror será mi vida lejos de todos vosotros!... –exclamó angustiada la joven, mientras las palabras de Abel más la convencían de lo que era inevitable.

–No será horror tu vida sino gloria, la gloria de la inmolación, la gloria del triunfo, la gloria de la redención –le contestó como iluminado su hermano–. ¿Qué es y qué debe ser la vida del Kobda? “Extraer del fondo de todas las cosas, lo más hermoso que hay en ellas”.

“En Num-Maki donde tus padres han iluminado los pueblos con la Sabiduría y el Amor, sólo ibas a desempeñar el papel de consoladora de tu madre antes de partir. Aquí tienes una multitud de madres y de hijos que te piden piedad y misericordia para sus angustias, sus tinieblas y sus esclavitudes.

“Ni tú, ni yo, ni nadie seríamos dueños de apagar la lámpara encendida por el Eterno Amor en medio de este pueblo encontrado en nuestro camino y que impulsado acaso por su propia ley, dejó sus valles nativos huyendo de las aguas que destruyen y que matan, para encontrarse con los arroyuelos mansos de otras aguas que purifican y que salvan.

“¿No lo crees tú así, hermana mía?

– ¡Es así la verdad!..., imas es tan cruel y dura esta prueba a que me veo sometida inesperadamente!

–La hora de Dios para cada alma llega cuando menos se espera y cuando menos se piensa. ¡Feliz el que la espera despierto y sabe escuchar en ella la gran voz de lo Eterno que le cantará al oído la grandiosa sinfonía de la Sabiduría y del Amor!

“¡Espera y confía en la Bondad Divina, Mabi; espera y confía en mí, en

todos tus hermanos que están hoy a tu lado y en los que están ausentes, que todos a una estaremos contigo porque el sacrificio de uno será el de todos, como de todos será el triunfo, la luz y la gloria! ¿Comprendes el significado de estas palabras?

– ¡Sí, lo comprendo, lo comprendo, hermano mío!

Abel la besó en la frente en silencio y todos avanzaron hacia la tienda del Scheiff.

Le encontraron paseando a lo largo de ella, mientras unos criados bruñían dos grandes láminas de cobre tan flexibles y finas que se arrollaban y desarrollaban como un papiro en palo de cerezo.

Como siempre Jobed hacía de intérprete.

– ¿Estás dispuesto a entregarnos nuestra hermana?

–No –contestó secamente el Scheiff.

– ¿Qué derechos crees tener para retenerla cautiva?

–El que da la necesidad. Cuando tenéis hambre, ¿no tenéis derecho a tomar un pan? Cuando tenéis sed, ¿no tenéis derecho a beber agua? Cuando os sentís ateridos de frío, ¿no tenéis derecho a acercaros a la lumbre? Cuando estáis doloridos y enfermos, ¿no tenéis derecho a buscar la curación y el alivio?

–Muy bien, Scheiff; pero para satisfacer todas esas necesidades, no tienes derecho a quitar lo que no te pertenece y a privar a otros de aquello que vos queréis. Esta joven tiene padres que la aman y la reclamarán.

–Y esos padres, ¿no tenían también en su juventud padres que les amaban?

–Sí, pero ellos de su propia voluntad se apartaron para formar un nuevo hogar y una nueva familia. Pero esto que vos hacéis, Scheiff, de tomar del bosque una joven que recoge hierbas y traerla como un fardo a vuestra tienda quiera o no quiera, es sencillamente abuso de fuerza y abuso de autoridad; y la Grande Alianza del Éufrates y del Nilo formada por más de trescientos pueblos os reclamarán de vuestra injusticia.

–Si vosotros sois y representáis en la tierra lo que dicen, esa injusticia será justicia porque estoy dispuesto a dar todas las satisfacciones que exijáis, a cambio de esta mujer de la cual espero mi felicidad y la dicha de mi pueblo.

– ¿Queréis decir que la pediréis para esposa vuestra?

– ¡Os la pido ahora mismo!

– ¿Ignoráis que ella no os ama y que acaso por la forma de obrar con ella, no llegará a amaros jamás?

–Yo obraré en adelante en forma que ella se verá obligada a amarme.

– ¿Qué haréis?

–Amarla.

–Está bien Scheiff, permitidme transmitir a mis hermanos vuestro sentir.

–Sois libre. Hacedlo.

Jobed expuso a Abel y a Mabi en presencia de los otros Kobdas compañeros lo que el Scheiff deseaba y la forma tan decidida y tenaz en que manifestaba su voluntad, mediante razonamientos que eran dignos de ser atendidos.

–Decide tú, Mabi –dijo por fin Abel a su hermana, después de una breve deliberación.

–Si llegaré a amarle o no amarle –dijo la joven–, es cosa que hoy no puedo decirlo porque dependerá de que él se haga digno de ese amor. Lo que sí puedo decir es que cualquier mujer de entre las Kobdas puesta en mi lugar habría decidido quedarse, sintiéndose dueña de hacer la felicidad de este pueblo como me siento yo desde hace breves horas. Siento y comprendo que el Scheiff es un tirano de ocasión, hecho a la fuerza por algún oculto dolor o por terribles circunstancias que han endurecido su corazón y agriado su carácter.

“Y hasta pasado algún tiempo que podemos llamar de prueba, os pediría que no me dejarais sola, para que él no se crea dueño absoluto, en tanto que no haya cumplido todas las obligaciones que vosotros le impondréis para mi seguridad. ¿No os parece bien?”

–Razonas como una Anciana –le dijo Abel, que era notario de los Kobdas de la misión–. Elegid vos misma los que deben acompañaros.

– ¡Oh, no, eso no, porque yo os elegiría a todos comenzando por este dulce hermano que es mi luz y mi gloria! –y Mabi abrazaba tiernamente a Abel, mientras el Scheiff no le quitaba los ojos de encima.

– ¿Queréis que decida yo? –preguntó Abel.

–Sí, sí, decid lo que os parezca y que Dios os ilumine.

El joven Maestro reflexionó unos instantes.

–Nubia, Jobed, Ibrín y Acadsú, me parecen los indicados para quedar al lado de Mabi.

“Nubia fue un día elegida por Bohindra para formar espiritual y moralmente a mi madre. Es un gran carácter, como hecho para esta circunstancia. Su edad misma aparte de su criterio, la hacen una madre insustituible para ti, hermana mía. Jobed es el único que domina las lenguas de estas gentes y conoce sus costumbres. Ibrín y Adcasú son los más ancianos de entre nosotros y por ello están a resguardo de todo mal pensamiento o sospecha indecorosa respecto de una mujer demasiado joven como Mabi. ¿Qué os parece?”

–Que Dios ha hablado por vuestra boca –respondió Abelio–. ¿Estás conforme, Mabi?

– ¡Pero vos no os quedáis!... –murmuró ella casi al oído de Abel.

—Mi presencia ahora estorbaría tu labor espiritual —le respondió el Maestro—, porque mi juventud y el gran amor que nos une sería mal interpretado por el Scheiff.

“A mi vuelta de Irania me quedaré a tu lado si ya eres esposa del Scheiff, y tu seguridad en este sitio lo permite, sin peligros para tu obra en medio de este pueblo.

—Páreceme que nunca podré amar a un hombre que por el egoísmo de su dicha me arranca al amor de los que amo. Si él tiene derecho a su felicidad, ¿no la tengo yo también?

“El Scheiff no merece mi sacrificio y si lo hago es por salvar del dolor y de la muerte a todos estos seres que me rodean.

—Pienso que el Scheiff es sólo un instrumento de la Ley Eterna para encaminarte al cumplimiento de tu deber como espíritu misionero en la Tierra; de igual modo que lo ocurrido últimamente a Shiva, no es más que una circunstancia propicia para que Helia, tu hermana, se coloque en el lugar que le corresponde. Cálmate pues, y espera, que esa misma Ley Suprema te irá llevando por donde debes marchar.

Luego entraron en serias deliberaciones con el Scheiff, respecto a la forma en que Mabi quedaría en medio de aquel pueblo.

La joven podría elegir para su habitación la tienda que fuera de su gusto, igualmente que las personas para su servicio y compañía. El Scheiff no la molestaría en ninguna forma ni tendría sobre ella derechos de esposo, mientras ella de su propia voluntad no se los diera. No se la obligaría a practicar culto ninguno, ni obrar en contra de su ley ni de su conciencia.

Ella por su parte estaría obligada a cooperar a la paz, armonía y bienestar del pueblo, sobre todo de los ancianos, los enfermos, las mujeres y los niños.

El Scheiff pidió luego explicaciones sobre lo que era la Gran Alianza; las leyes que obedecían los Caudillos y los pueblos afiliados a ella, y el alcance de la autoridad que tenía el Thidalá y cada uno de los príncipes que formaban aquella vasta organización de defensa mutua, de paz y de progreso.

Se dio cuenta que estaba dentro del territorio defendido por arqueros de la Alianza, razón por la cual no había sido molestado por nadie cuando levantó su campamento; pues según la consigna debía dejarse pasar libremente cualquier tribu o pueblo nómada, siempre que no causara perjuicios en vidas o haciendas de los nativos.

Estaba acampado en una hermosa rinconada entre el río Tigris y las primeras ramificaciones de la cadena montañosa que en aquel entonces se conocía por Montes Zagros. Del otro lado de esa inmensa cordillera que forma la parte occidental de la meseta de Irania, estaba el país de Num-Maki a la orilla del Lago Urán.

– ¿Y si yo quisiera ser vuestro aliado? –preguntó el Scheiff cuando se hubo enterado de todo cuanto le convenía saber.

–Depende de la forma en que aceptéis nuestra Ley –le contestó Jobed–, y hoy más que nada, de la forma en que cumpláis los compromisos que habéis contraído con nuestra hermana retenida por vos en bien de vuestro pueblo y de vos mismo, según decís.

Se grabaron en las dos láminas de cobre los compromisos contraídos y que fueron firmados por ambas partes y acto seguido eligieron la tienda habitación de Mabi, donde sería acompañada por las mujeres que ella eligiese.

El Scheiff aceptó para ella la compañía de Nubia y de tres Kobdas ancianos que sólo desempeñarían el papel de protectores de ella y testigos del cumplimiento o no cumplimiento de las promesas del Caudillo. Los tres Kobdas quedaron allí desde ese momento, pero era necesario traer a Nubia y unos momentos después estaba allí toda la caravana para despedir a los que quedaban.

El dolor de Helia fue intenso cuando comprendió que era inevitable la separación y acaso para toda la vida; pues más o menos adivinaba ya que ella tendría que quedarse en el país de Num-Maki, en sustitución de su madre si le era llegada la hora de partir. Ambas habían vivido una vida casi infantil al lado de Evana, allá en La Paz, donde no se oían más que las melodías de la lira de Bohindra, los cantares de los Kobdas, las risas de los niños que Ada colmaba de felicidad, la tranquila y dulce irradiación del Hombre-Luz, que todo lo llenaba de claridad y de amor. Veinticuatro años de felicidad bien merecían que ellas que los habían gozado, los compensaran con una grande obra, aunque para realizarla les fuera preciso la inmolación de una parte de sus afecciones más íntimas.

– ¡Mabi! –decía Helia al despedirse de su hermana–, tú de este lado de la gran montaña, yo del otro, dejemos volar nuestras almas al pico más alto que se verá desde ambos lados y allí nos encontraremos y nos amaremos. A la hora de ponerse el sol cantaremos juntas el himno del atardecer.

Puestas ya sobre el ara del sacrificio, aquellas dos mujercitas que salían recién a la vida exterior, hicieron grandes esfuerzos por aparecer serenas y hasta contentas para no hacer mayor la amargura del alma compañera.

Comenzaba el estío, y el calor había sido sofocante y pesado durante el día, por lo cual dispusieron continuar la marcha de la caravana aunque era ya el anochecer. Una hermosa luna en creciente como un fanal de plata bruñida emergía ya del diáfano azul de los cielos y a favor de su claridad podrían continuar el viaje casi hasta la mitad de la noche.

La despedida fue silenciosa y serena como entre almas habituadas a hablarse sin palabras. Y aquel pueblo nómada escuchó silencioso el himno del atardecer que corearon los Kobdas y las gentes de la caravana un momento antes de partir; y por largo rato vieron a Mabi de pie sobre una pirámide de troncos de árboles apilados para construir cabañas, que seguía con doliente mirada a los viajeros que se alejaban.

– ¡Se va Helia y Abel, no tengo a Evana, ni a Bohindra ni Ada, ni Adamú, ni Seth..., ni el Santuario, ni las compañeras tan amadas!

“Todo pasó para mí como un hermoso sueño..., el sueño de la paz y de la dicha ya demasiado largo para ser un sueño. Ahora comienza la dura realidad de la vida, la hosca prosa de la vida humana para la cual Bohindra y Merik, mis sabios maestros espirituales, itanto me habían preparado!

“No eres avecilla de quietud, me decían, y la sosegada dulzura de este nido de amor no lo tendrás siempre, porque una prisa febril de tornar a nuestro mundo de origen nos impulsa como duro acicate a activar la jornada y terminarla. ¡Todo esto lo sé..., tantas cosas sé del porqué de todas las cosas, mas es tan duro el momento de ver llegar el fantasma helado del sacrificio, que el alma busca como un pájaro herido algo en que esconderse para no ver lo que llega!

Absorta la joven en tales pensamientos mirando siempre al camino ya iluminado por la blanca claridad de la luna, no vio ni sintió al Scheiff que con varios criados se acercaba. Traían éstos una especie de taburete sobre una planchuela de madera, todo cubierto con una manta de plumas blancas. Era una especie de silla de manos para transportar a una persona sentada. La depositaron junto a la pirámide de troncos y esperaron. El Scheiff sólo subió y como viese la mirada de interrogación que Mabi le dirigía como un reproche mudo, por señas le hacía comprender el peligro de estar allí a esa hora fuera de la estacada de protección, junto al camino donde ambulaban animales salvajes buscando los residuos de carnes arrojados desde el campamento.

Iba a resistirse sólo para hacer comprender al Caudillo que no le temía pero vio a Nubia que con Jobed se dirigían también hacia ella, y se dispuso a bajar.

El Scheiff la levantó como a un niño y antes de lo que se tarda en decirlo, la sentó en el taburete cubierto con la manta de plumas y los criados echaron a andar. Mabi se iba a tirar hacia abajo temiendo una nueva cautividad, pero Jobed que lo comprendió, la tranquilizó diciéndole que era costumbre en el país, que la mujer prometida esposa de un jefe guerrero o de un Caudillo, no estuviese nunca sola, ni caminase por sus pies sobre la tierra.

–Pero todo esto es disparatado y yo no estoy dispuesta a soportarlo
–decía Mabi.

–Calma, hijita –le dijo Nubia–, no en un día sólo hemos de transformar las costumbres de estas gentes.

Ya dentro de la tienda que iba a ocupar, los criados bajaron la planchuela de transporte y se retiraron. El Scheiff saludó y se alejó también.

Ya sola con Nubia y dos mujeres del país que terminaban de arreglar aquella extraña morada, Mabi quiso conocer su propia habitación que tenía varios compartimentos. Era como un pequeño pabellón construido de grandes planchas de madera y cobre, todo desarmable. Grandes colgaduras de telas rayadas de amarillo y verde, daban al recinto el mismo aspecto que solían más o menos tener las tiendas de los mercaderes del lejano oriente.

Adherido al interior de los tabiques de cada compartimento se encontraba una especie de entarimado cubierto de pieles y mantas, lo cual podía servir a la vez de asientos y de camas.

El que a ella y Nubia estaba destinado quedaba al centro, debiendo los otros ser ocupados por los Kobdas y por las mujeres que le asignaban para su servicio.

–Creí que ni aún me dejarían el consuelo de vivir junto a mis hermanos– dijo la joven cuando observó la disposición de su tienda.

–Ya ves –le respondió Nubia–, que no podemos con justicia quejarnos de la situación. ¡Oh, Mabi!..., yo he vivido ya mucho y sé que el alma que a Dios se entrega nunca espera en vano cuando a Él espera, yo espero que veremos muchos días hermosos en esta tierra extranjera.

La conversación fue interrumpida por la llegada de los tres Kobdas compañeros que desde la puerta pedían permiso para entrar.

Nubia levantó las cortinas y les hizo pasar.

–Vamos a ver –dijo Ibrín, que era el más anciano de todos–, creo que es el momento de celebrar nuestra primera reunión para orientarnos en este nuevo plano en que la Ley Eterna nos ha colocado. ¿Qué hacemos?

–Por ahora descansar que es ya llegada la noche, y después observar en silencio estudiando las personas que nos rodean, sus gustos y aspiraciones para ponernos a tono con ellos en lo que sea razonable –le contestó Acadsú–. ¿No os parece esto lo más acertado?

–Claro que sí –respondió Ibrín, nuevamente–, pero he visto que comienzan a hacer una cerca circular en torno a esta tienda, de ramas y pajas como para encender una hoguera. ¿Será que piensan quemarnos vivos?

–Es costumbre –insinuó Jobed–, que cuando se está en campamento y hay huéspedes extranjeros de gran figuración, se les protege así y en caso de una sorpresa de afuera, se da fuego a la cerca dando tiempo a ponerse a salvo a aquellas personas.

– ¡Ya, ya!... –decía el Anciano–. ¡De modo que yo tomaba por amenaza lo que era amor, puro amor! ¡Vaya unas costumbres!

– ¡Hay que recordar que estas gentes han atravesado, para llegar hasta aquí, las tierras habitadas por los Gomerianos y los Shamurianos y quién sabe qué de veces habrán sido sorprendidos a la medianoche por asaltos inesperados! –observó Acadsú.

–Sí, sí –decía Ibrín–, veo que son precavidos. Y a propósito, ¿con qué elementos contamos para retirarnos de aquí en caso de necesidad?

–Un elefante y tres camellos –contestó Jobed–, que están aquí detrás de nuestra tienda.

–Mi mayor tranquilidad está en la protección de Dios y en que esta misma noche estará avisado el destacamento de arqueros más inmediato, y de aquí a cuatro días ya se sabrá en La Paz lo que ha ocurrido –dijo Nubia–, pues Abel despachó un mensajero con caballos de los más veloces que se pudo encontrar.

–Está misma noche lo sabrán seguramente porque alguno de nosotros irá a comunicarlo en la libertad del sueño a los sensitivos del turno –añadió Ibrín.

–En verdad debía ir yo, que soy la causa involuntaria de que todos vosotros padezcáis este desagradable accidente –observó Mabi, que por intervalos parecía decaer en su serenidad ante el inesperado acontecimiento.

–Irás, no lo dudes, irás, hijita –díjole afectuosamente Nubia–, y el Rey Kobda te recibirá con una de esas disertaciones tuyas que derraman la paz hasta en medio de una hoguera ardiendo. Por eso pienso que es acertada la proposición de Acadsú; buscar la libertad del sueño para orientarnos pronto en el nuevo plan de vida que hemos de adoptar.

Y unos momentos después, bajo aquella tienda extranjera, los cinco Kobdas unían sus pensamientos y sus manos en una cadena espiritual de concentración profunda, buscando la unión con las almas hermanas de alianza y la luz de la Sabiduría Divina, pronta siempre a iluminar a quienes la buscan y la llaman.

Y antes de entregarse al descanso, Jobed, Ibrín y Acadsú, examinaron las afueras de la tienda y la cuadra en que dormían sus bestias con los dos guardianes que dejara para ese fin el Kabir de la caravana.

–Hermanos Kobdas –dijo uno de ellos cuando los vio–. ¿Nos guardan como a príncipes o como a cautivos?

–No temáis –respondió Jobed–, es la Eterna Bondad que nos guarda como criaturas tuyas que necesitan su protección y su fuerza.

Y en efecto, vieron como una ronda de osos blancos y negros, una decena de altos y fornidos hombres envueltos en capas de piel que paseaban silenciosos en torno de la tienda de los Kobdas.

132
LA CAUTIVA

Apenas el sueño cerró los ojos de Mabi, su espíritu voló hacia la ardiente pradera del Éufrates, donde el Santuario de La Paz como un blanco témpano de nieve a la luz de la luna parecía flotar entre el brillante verdor de los cañaverales, los plátanos y los cedros.

El Kobda-Rey se hallaba esa noche entre los sensitivos del turno justamente porque se esperaba la visita astral de algunos de los viajeros. Y habían elegido algunos sujetos apropiados en sus facultades para materializar las visiones como hacían siempre que una misión alejaba del Santuario a algunos de los hermanos.

El cuerpo astral de la joven cautiva se diseñó nítidamente en la penumbra violeta de la Mansión de la Sombra, mas no con la personalidad de Mabi, sino de aquel Joheván impetuoso y vehemente que contemplamos una vez en una de las bóvedas del viejo Santuario de Neghadá, en una noche de luna menguante, amarillenta y tibia, iluminando la alta silueta de Bohindra, el anciano Kobda de barba y cabellera blanca que consolaba a su hijo.

– ¡Padre, padre!... –sollozó angustiado aquel ser abrazándose del Kobda-Rey–, ¡tomad otra vez mi vida física para prolongar la vuestra porque no quiero ya más vivir en esta tierra!

“¡Otra vez interrumpido en mis afectos, otra vez cautivo como en Neghadá mientras arrancan a los que yo amo y me arrojan lejos como un guiñapo ensangrentado que el viento arrastra a su capricho!...

– ¡Calma!... –le respondió Bohindra con su pensamiento lleno de serenidad–.

“Aquella fue una hora de tu vida y esta es otra muy diferente. Espera y lo verás bien claramente.

La luz astral comenzó a diseñar nebulosas sobre la gran pilastra del agua al influjo poderoso de los pensamientos que trabajaban en la atmósfera, en el éter, en los innúmeros planos y subplanos del espacio infinito, como exploradores audaces que desentrañan los secretos del mundo invisible, a igual que otros del seno de las montañas o de lo profundo del mar.

Y se diseñó un suburbio de una populosa ciudad de almenas de cristal y puertas de oro, de techumbres de plata y azul que brillaban maravillosamente a los rayos del sol.

Era Manh-Ethel donde Antulio derramaba la divina claridad de su palabra y la piedad suavísima de sus obras de amor. El hogar modesto

de un tejedor de lana surgió de inmediato en el suburbio aquel, donde varios hijos ayudaban a sus padres en el monótono oficio.

Mabi se reconoció a sí misma en la hija mujer que con fatiga sacudía grandes vellones de blanca lana para limpiarla de espinas y de tierra, mientras su madre hilaba y otros tejían. Vio que un joven vecino se acercaba a ayudarla, haciendo lo más penoso del trabajo para que ella descansara; y se observaba en él una gran dedicación y amor hacia la joven obrera. Luego se diseñó la intervención de grandes personajes, príncipes y sacerdotes que tentaban la codicia de los padres para labrarse una fortuna mediante la entrega de su hija Iris, para ser educada en la alta escuela de Antulio el más notable sabio de la época, y ser después su esposa, y ambos consagrados reyes sobre Manh-Ethel, la ciudad magna como no había otra sobre la faz de la tierra.

Y el vecinito aquel escardador de lana con quien estaba prometida al matrimonio fue olvidado entre el resplandor de la nueva vida y de la nueva posición.

No tenía madre que le brindara sus ternuras. La luz de su vida la encontraba en los ojos de Iris que lo miraban con cariño. Al faltarle esta luz, gritó, lloró, clamó, suplicó!... Nadie lo escuchaba. Ella misma desvió avergonzada su mirada una vez que él logró acercarse tanto a la carroza en que ella era conducida diariamente a la escuela del sabio maestro. Y fuera de sí por el espanto y el dolor, el pobre cardador de lana la emprendió a puñaladas con los criados que la conducían y mató a uno de ellos. Fue sumido en un calabozo donde estranguló a uno de sus guardianes, delito por el cual fue precipitado desde el Peñón de la Muerte. La luz astral continuaba diseñando sus grandiosos panoramas hasta que la visión esclareció el secreto de la actual cautividad de Mabi. Aquel cardador de lana estaba encarnado en el Scheiff que la tenía cautiva y parecía reclamarle por ley de justicia el amor y la fidelidad que le arrebatara un día.

Mabi comprendió sus dos formidables traiciones que costaron la vida a dos seres. Dejó el amor del joven obrero por la gran posición, y éste murió despeñado. Seducida y engañada por los sacerdotes, se prestó como instrumento para destruir la obra de Antulio, y éste murió envenenado por la falsa justicia y ley de ese tiempo.

– ¡Oh, Dios justo! –exclamó aquel pobre ser cayendo postrado en tierra ante la espantosa visión–. ¡Tu justicia y tu ley nos alcanzan y nos siguen a todas partes!

–Desde aquella hora –le dijo Bohindra–, has puesto tú misma cadenas a tu corazón, soledad a tu alma, obstáculo a tu amor, privación de afectos, traiciones en los amigos, ausencia, dolor, destierro, cárceles, y cada vez que dejas por la muerte tu materia, tu espíritu libre vuelve a

recorrer el camino andado, encuentra enorme el desastre de Iris frente al justo Antulio cuya obra se derrumbó entonces en gran parte, y de nuevo te abrazas al hierro ardiente de la expiación.

“Mas, espera y confía, que en medio de la Justicia de Dios, florece también con infinita exhuberancia su Amor Eterno, y en esta etapa de tu vida también recogerás muchas flores si sabes conformar tu voluntad a tu ley, si te abandonas confiadamente a la Suprema Voluntad.

El cuerpo astral de Mabi arrodillada recostó su cabeza sobre el pecho del Kobda-Rey, y la visión se esfumó suavemente en la penumbra violeta de la Mansión de la Sombra. El amor intenso y puro de los Kobdas del turno que la habían presenciado, fortaleció aquel desfalleciente espíritu y cuando tornó a su materia encontró a Nubia a su lado que había encendido la lumbre y calentaba en ella mantas para cubrirla.

– ¡Oh, hijita!... –le dijo al verla abrir los ojos–, creí que te morías pues te íbas quedando helada por momentos.

–Quería dejar este cuerpo, pero la Ley no lo quiere –respondió la joven echándose a llorar amargamente–. Debo vivir y vivir cautiva. Que se cumpla la voluntad del Altísimo.

Nubia comprendió que en el sueño había visto Mabi su propio destino y secando su llanto se limitó a decir:

– ¡En la Voluntad Suprema está encerrada la paz y la dicha! ¡Que se cumpla en ti, hija mía, como en todos los seres!

Y buscando devolver a su joven compañera la alegría de vivir al amparo de Dios, levantó las cortinas de la tienda y un hermoso sol dorado y tibio la inundó por todos sus rincones.

Desde su tarima de reposo la pobre Mabi podía ver las crestas nevadas de los grandes promontorios del Zagros que aparecían a lo lejos, nítidamente recortados sobre el diáfano azul de los cielos.

Tras de aquellas cordilleras estaban sus padres, y hacia allá caminaban sus hermanos, Helia y Abel. Recordó el compromiso de encontrarse con ellos en espíritu sobre el pico más alto de la montaña, creyó sentir hasta la voz queda de sus pensamientos y abriendo su alma a la inefable caricia de aquellos puros afectos, se dejó inundar de ellos como el sol había inundado su tienda.

Una nueva energía invadió su espíritu y levantándose apresuradamente salió fuera de la tienda. Vio a sus hermanos los Kobdas que ayudaban a los pastores a sacar de sus rediles las grandes majadas de ovejas y cabras para llevarlas a pastar, mientras sus mujeres recogían los cántaros de leche que acababan de ordeñar y volvían a sus tiendas respectivas.

Una porción de niños cubiertos con sus casaquitas y gorros de blanca piel se confundieron en inquietas danzas y correrías con los corderitos y cabritos juguetones que en su afán de trepar pequeñas o grandes alturas,

habían llevado su audacia hasta escalar el lomo y la cabeza de los elefantes y camellos que reposaban aún echados en torno de la tienda.

Mabi no pudo resistir a la atracción de aquellos cuadros plenos de vida y de animación, y mezclándose con los niños, con los corderos y los cabritos, recordó la pradera que rodeaba La Paz en el Éufrates, donde tan felices años había pasado en su infancia llena de alegría, en su adolescencia llena de luz, de amor y de ternuras entre sus dos madres: Evana y Shiva, con Helia, con Iber, con Bohindra y Ada que tanto mimo le habían dado, recordando a aquel Joheván de las “guedejas de bronce viejo” como Sadia su madre. ¡Mas, todo esto había pasado para ella como un divino ensueño!

La realidad del momento, era otra muy diferente. Aquello había sido como el deslumbramiento de un éxtasis de amor y de dicha. Ahora comenzaba la verdadera vida humana terrestre, con sus luchas, sus dificultades, sus decepciones y sus grandes dolores. La voz íntima de su Ego pareció levantarse de lo más profundo de su propia conciencia diciéndole:

“Trepas con valor la cuesta, que aún en la penosa subida, recogerás belleza, amor y alegría si sabes aceptar la vida tal como te la ofrece tu ley”.

Vio luego al Scheiff que hablaba con los Kobdas amistosamente y luego daba órdenes a los pastores y labriegos, a los cortadores de maderas que aserraban troncos de árboles.

Acercándose luego con los Kobdas hacia ella, le dijo con bastante corrección de lenguaje:

– Toda esta noche pensé en vos. Ya veis, he aprendido algo de vuestra lengua gracias a vuestro hermano Jobed.

– Ya ves, Mabi –díjole éste–, se ha anticipado a todos nosotros y ha gastado la noche aprendiendo nuestro lenguaje para acercarse más a nosotros antes que nosotros pensáramos en acercarnos hacia él.

– Y acaba de dar las órdenes necesarias para que se construya una gran Tienda-Escuela y Taller de tejidos y trabajos manuales, para que tú enseñes a las mujeres y a los niños como nosotros lo acostumbramos en nuestros Santuarios –añadió Acadsú buscando de abrir horizontes nuevos a la joven cautiva, a quien todos ellos adivinaban cargada de amargura y de abatimiento.

– Y a mí me encarga –dijo Ibrín–, de enseñar a los hortelanos y pastores cómo se condimentan las jaleas y jarabes de frutas, el queso y manteca de cabras al uso de nuestros campos; para que todo esto te sea agradable a ti. Vamos niña, ¡ánimo!..., ¡que la música ésta empieza a sonar mejor de lo que pensábamos y ya invita a cantar!

– ¡Oh! ¡viejos, viejos!... –respondió ella casi alegremente–, veo que ya estáis todos de acuerdo para vencerme.

– ¡Hijita!..., ¡la vida hay que vivirla contentos y felices tal como Dios nos

la da! Es sabiduría y es virtud. ¿Qué remedio nos queda? Si nuestro papel en el gran drama de la humanidad no es otro que hacer el bien cooperando a su evolución, ¿podríamos esperar mejor oportunidad que ésta? Por amor a ti, el Scheiff nos autoriza a hacer aquí cuanto queramos siempre que sea para la paz y engrandecimiento de su pueblo y para la dicha tuya que busca él, como anhela tu amor, ¿Podemos quejarnos con justicia?

–Pero, ¿cómo? –preguntó de nuevo la joven–. ¿No estabas anoche lleno de celos y desconfianza?

– ¡En el sueño se ven muchas cosas, niña! –respondió el Anciano–, y como hemos visto que aquí realizaremos muy buenas obras, me encuentro ya casi como en La Paz.

– ¡Oh!..., ieso es mucho decir!

–No es mucho, Mabi– observó a su vez Acadsú–. Al igual que Ibrín y que Jobed presentimos que aquí haremos tanto como vuestros padres han realizado con el favor de Dios en Num-Maki.

Mientras este breve diálogo, Jobed departía con el Scheiff que iba anotando en una tela encerada nuevas instrucciones que le daba sobre la lengua usada por los Kobdas.

De pronto sacó de entre sus ropas una especie de silbato de oro y acercándose a Mabi se inclinó ligeramente.

–Tomad y dad un soplo fuerte por este vozquia –le dijo, usando el nombre que ellos daban a aquel pequeño instrumento.

Mabi lo hizo y un sonido resonó como una clarinada.

– ¡Otra vez y otra vez! –insistió el Caudillo. Mabi lo hizo por tres veces–. Ahora esperad un momento.

Se notó un gran movimiento en todas las tiendas, ir y venir de mujeres y niños.

De pronto empezaron a formarse grandes columnas de niñas y de niños, luego adolescentes, jovencitas, más atrás las jóvenes madres, luego las de edad madura, las ancianas entre las cuales había muchas ciegas.

– ¡Mujer de vestido azul! –le dijo el Scheiff–, son todos tuyos, todos te obedecerán, todos te amarán. A cambio del amor tuyo, ite doy tantos amores!...

– ¡Vos no podéis mandar en el corazón de estas mujeres y de estos niños! Su obediencia sé que la tendré, pero su amor tengo aún que conquistarlo.

–Ya lo has conquistado porque ellas esperan de ti la felicidad.

“Vos sacasteis de encima de sus rostros el velo oprobioso que mi odio a dos mujeres arrojó sobre todo su sexo entre mi pueblo.

“¿Aceptáis esta ofrenda, mujer de vestido azul?

– ¡Sí, la acepto y que el Altísimo sea conmigo para hacerlos buenos y felices!

El Scheiff se quitó de su puño una gruesa ajorca de oro y piedras preciosas, símbolo antiquísimo de la autoridad heredada de sus mayores sobre aquel pueblo, y colocándolo en el brazo derecho de Mabi, lo levantó en alto para que aquellas mujeres y aquellos niños vieran que pasaba a ella su autoridad sobre todos ellos.

Una apretada muchedumbre los cubrió a entrambos. Las ancianas lloraban de alegría mientras luchaban por llegar hasta la maga azul que las había librado del odio de su señor. Las jóvenes sonreían llenas de felicidad, las niñas y los niños prorrumpían en gritos y clamores ininteligibles para la joven Kobda en cuanto a las frases, pero bien claras en cuanto a lo que aquellas palabras significaban. Manitas que se agitaban palmoteando, y luego innumerables labios de niños que gritaban:

– ¡Foin kufa! ¡Foin kufa!...

– ¿Qué es eso? –preguntaba Mabi. Y Jobed acercándose al grupo le dijo–:

–Los niños os piden un beso.

La joven subió rápidamente a una escalera de troncos que le acercaron, y como era imposible realizar el deseo siendo tanta muchedumbre, hizo una señal con sus brazos abiertos de que abrazaba a todos, y luego besando las puntas de sus dedos, extendió sus manos hacia la multitud para hacerles comprender que de verdad les besaba con toda la ternura de su corazón. Los dos ancianos Kobdas sintieron profundamente la emoción de aquellos momentos y el Scheiff con sus ojos claros húmedos de lágrimas, decía a Jobed que estaba a su lado:

–Sólo Asag tuvo la gloria de ser así amada de las mujeres y los niños. ¡Esta maga azul es Asag!... ¡Bendita sea Asag que vuelve a la tierra!

–Bendígamos juntos al Dios de los dioses, Scheiff –le dijo Jobed–, el que llenó de amor el corazón de Asag el genio protector de tu raza, y el que te dará de nuevo la paz y la felicidad.

El Scheiff estrechó la mano del Kobda diciéndole:

– ¡Soy vuestro hermano! Enseñadme os ruego la magia que os hace dueños de todas las cosas de la vida.

– ¡Esa magia, es el amor!... –le respondió el Kobda–. Cuando hayas aprendido a amar a todos los seres y a todas las cosas igual que te amas a ti mismo, habrás aprendido la magia que ha hecho fuertes a los hombres y mujeres de vestido azul.

– ¡Amar a todos los seres como me amo a mí mismo!... –repitió el Scheiff como si no comprendiera bien el significado de tales palabras.

Y mientras Mabi, Ibrín y Acadsú, se consagraban a la multitud que les festejaba como a seres extraordinarios portadores de la abundancia y de la felicidad, el Caudillo y Jobed continuaban desarrollando sus

pensamientos en una serie de preguntas y respuestas en que uno y otro dejaban al descubierto su propio corazón.

–En ese “amar a todos los seres como te amas a ti mismo” está encerrada toda la grandeza del ser –dijo Jobed viendo que su interlocutor no llegaba al fondo de aquel profundo pensamiento.

– ¿También a mis siervos y a mis esclavos?

–También a ellos que son criaturas humanas lo mismo que tú.

–Según eso debo hacerles a ellos iguales que a mí en poder, en riqueza, en autoridad –observó el Scheiff.

–No –le respondió el Kobda–, porque hoy por hoy es necesaria todavía en medio de la humanidad, una voz que mande y multitudes que obedezcan y se dejen conducir. La ley del amor fraterno en un día lejano todavía, hará sí, iguales a todos los hombres de esta tierra en sus derechos y en sus deberes; mas por hoy ese amor sólo exige justicia en los que gobiernan para repartir con equidad los dones de Dios, los frutos de la tierra, todos los medios de vida que brinda la naturaleza a la humanidad, sin exigirle por ello más retribución que la imprescindible para mantener en perfecto equilibrio la economía de los pueblos, en tal forma que si hay abundancia la haya para todos los que se esforzaron en producirla, y si hay pobreza, la soporten entre todos por igual.

“Por ejemplo y perdonad, Scheiff, mi franqueza, ningún amor sentíais a las pobres mujeres de vuestro pueblo cuando las obligabais, sin culpa de ellas, a caminar siempre por las calles envueltas como fantasmas sin rostros, con las consiguientes molestias del que camina sin poder mirar, y esto sólo porque dos mujeres amadas por vos os traicionaron en vuestro afecto. Ningún amor demostráis a vuestros semejantes cuando exigís de ellos cualidades morales que vos mismo no tenéis, ni os esforzáis en adquirir; cuando les pedís esfuerzos o sacrificios o abnegaciones que vos mismo no sois capaz de realizar en igualdad de circunstancias; en fin, cuando pretendéis que vuestros semejantes sean en un todo a la medida de vuestro deseo, sin preocuparos de ser vos a la medida del deseo de ellos.

“El abuso de fuerza que habéis cometido reteniendo a nuestra hermana a vuestro lado, os habría parecido insoportable si otro Caudillo lo hubiera hecho por ejemplo con una hija o con una hermana vuestra. Cuando tal hecho realizasteis no eras todavía capaz de meditar como ahora sobre lo que significa el amar a todos los seres como te amas a ti mismo, pero como nosotros conocemos y apreciamos esta gran Ley como lo más excelso que hay en la marcha ascendente de todas las humanidades, hemos demostrado amaros como a nosotros mismos y hemos quedado voluntariamente a vuestro lado para vuestra felicidad si es que el Altísimo nos tomó como instrumentos para dároslos a vos y a vuestro pueblo.

–Y vuestro Rey, ¿se somete también a esa ley? –preguntó con gran interés el Scheiff.

–Él, primero y antes que todos –le respondió el Kobda–. Por eso más de doscientos Príncipes y Caudillos lo han proclamado Thidalá Rey de la Gran Alianza de los pueblos, bien seguros de que el más pequeño de ellos estaría igualmente considerado, protegido y defendido que los más grandes y poderosos.

–Y si yo quisiera hoy demostraros que soy capaz de amaros como a mí mismo, ¿debería comenzar por dar libertad a vuestra hermana y a vosotros que la acompañáis?– preguntó de nuevo el Caudillo circasiano.

–A mi juicio, no, porque vuestro espíritu es nuevo todavía para avanzar solo por el camino que hoy comienza. Hoy lo que os corresponde es comprender que ha sonado para vos la hora de Dios, o sea el momento de que vuestro íntimo ser se despierte a la conciencia de lo que sois entre el concierto de la humanidad terrestre; y cuál es vuestra misión en el sitio en que habéis nacido y en que estáis colocado, y cual es el mejor modo de cumplir ese vuestro papel en esta hora y sobre este pueblo. Y esos despertadores de vuestro yo, por Divina Voluntad, seremos los Kobdas que ahora estamos a vuestro lado para servirlos en todo cuanto juzguemos pueda ser para vuestro bien y felicidad del pueblo que gobernáis.

–Me place que sea tal cual lo dices, porque siento como que algo muy hondo y muy fuerte me une a vuestra hermana, desde el momento en que por primera vez la vi recogiendo hierbas en el bosque, y es por eso que digo: debe ser Asag que vuelve a la tierra por uno de esos prodigios que le son permitidos a los dioses.

–En tal sentido –observó Jobed–, todos somos dioses, pues volvemos a la vida terrestre tantas veces cuantas nos son necesarias para aprender a amar a todos los seres como nos amamos a nosotros mismos. Y volviendo a lo que decís que os sentís vinculado fuertemente a Mabi, pensad que en las innumerables venidas a la vida terrestre os hubieseis encontrado antes, y que un gran amor os hubiese inclinado hacia ella; que por un error ese amor hubiese sido interrumpido, causando vuestro mal, y hoy la Eterna Justicia os pone en camino de continuarlo para producir abundantes flores y frutos de dicha y de paz sobre innumerables seres.

“¿No podría esto comprenderse así?”

– ¡Oh, hermano Kobda! –exclamó el Caudillo–, ¡cuán amplio horizonte van diseñando vuestras palabras como si tuvierais un gran pincel mojado en rosa y azul, y fuerais esbozando creaciones hermosas que a veces pasan como sueños por mi mente cargada de delirios y de ansiedades!

“Decidme, ¿puedo aún esperar la felicidad?”

–Es que la tienes ya como una azulada antorcha encendida en tu

camino. ¡Feliz de vos si sabéis mantenerla siempre encendida! Quiero decir, que si el amor de Mabi es para vos la luz de esa antorcha, seríais muy desventurado si por inconsciencia la apagarais, pues no siempre podéis esperar que se os brinde nuevamente lo que así despreciáis.

–Explicaos mejor, os lo ruego, porque no alcanzo al fondo de vuestro pensamiento –dijo el Scheiff.

–Suponeos –respondió el Kobda–, que en vez de esforzaros por conquistar el amor de Mabi con la belleza de vuestros actos, con la grandeza de vuestras resoluciones, la sometierais duramente a vuestro capricho como pudierais hacerlo con cualquier mujer que tomarais para vuestros pasatiempos, apagarías con eso toda claridad de vuestra antorcha, porque ella huiría de vuestro lado, aún a riesgo de encontrarse con la muerte, y ese error añadido a vuestros errores anteriores, os mantendría por mucho tiempo y acaso en varias vidas más o menos en igual estado que estabais antes de encontrarla.

“Nuestro dolor o nuestra dicha, de ordinario lo hacemos nosotros mismos, cuando invertimos la Ley procurando que ella se adapte a nuestro deseo y no que nuestro deseo sea conforme a la Ley.

“Esta Ley Eterna y Divina es como un inmenso y complicado rodaje que va impulsando a las humanidades en conjunto o separadamente hacia la felicidad encerrada en el Amor Universal. Una estela de claridad nos va marcando el camino en el cual vamos encontrando cuanto nos es necesario para avanzar; pero si por nuestro capricho nos desviamos de esa estela de luz y del sendero marcado por ella, culpa nuestra es si tropezamos en la oscuridad, o desorientados en el camino caemos en un precipicio, o entre fieras que nos devoran.

“¿Vais comprendiendo, Scheiff, cómo debe ser la vida del hombre que sabe lo que él es, y por qué vive sobre esta Tierra y hacia donde camina?

“¿Vais comprendiendo lo que es amar a nuestros semejantes como nos amamos a nosotros mismos?

–Voy comprendiendo vuestro extraño y nuevo razonamiento. Pero decidme: ¿si yo hiciera cuantas cosas decís y aún con todo eso vuestra hermana no me amase?... –interrogó de nuevo el Caudillo.

–Si tal circunstancia estuviera en vuestra Ley, ya encontraréis la luz y la fuerza moral necesarias para obrar como debéis, pues no existirá ya la culpabilidad de vuestra parte, y entonces la misma Ley Eterna os toma bajo su amparo y hace surgir para vos el bien y el amor de aquello mismo acaso que os causó contrariedades y desazón.

De pronto un inmenso clamoreo atrajo la atención de nuestros dos personajes hacia una gran tienda, bastante apartada de las demás y cuya puerta de entrada estaba en lo alto de la techumbre en vez de abrirse a

nivel de tierra como las otras. Era el presidio del Scheiff donde había casi dos centenares de hombres y una veintena de mujeres. Y vieron a Mabi con los dos Kobdas que trepados sobre grandes caballetes de madera usados para este fin, iban haciendo salir uno por uno a todos los infelices que habían caído bajo la férula de la justicia humana.

El Scheiff se alteró visiblemente y ya se disponía a dar voces de furor y de mando, cuando Jobed le dijo:

–Calmaos, por favor, si no queréis apagar vuestra antorcha apenas encendida, y meditad. Acaso esos seres son inocentes y nuestra hermana juzga que son merecedores de la libertad.

– ¡Pero si son esclavos desertados de sus amos! –exclamó el Scheiff–, y nuestra ley los condena a calabozo por tantas lunas como días han robado al amo, su servicio.

–Permitidme, Scheiff, ¿amáis a esos semejantes vuestros como os amáis a vos mismo?

– ¡Qué he de amarles si ellos introducen la rebelión y la holganza entre todo el pueblo!

– ¿Y no habéis pensado nunca que un hombre encadenado puede degenerar en una bestia feroz, y que un hombre libre puede llegar a ser bueno y feliz?

“Si vos fuerais uno de esos infelices esclavos y otro fuera el Scheiff, ¿qué querríais que él hiciera por vos?”

–Pues hombre, es claro: que usara de piedad conmigo.

–Eso mismo piden de vos todos esos seres esclavizados y oprimidos por el feroz egoísmo humano.

“¿Queréis conquistar el amor de Mabi? –volvió a preguntar el Kobda.

–Es lo que más deseo –respondió el Scheiff, serenándose, mientras ambos se encaminaban a encontrar a la muchedumbre.

–Entonces no deshagáis lo que ella hace en este momento, porque en la Gran Alianza de los pueblos del Éufrates y del Nilo fue anulada hace muchos años la esclavitud, y por eso nuestra hermana no aceptaría jamás convivir con un príncipe que consiente seres humanos encadenados y vendidos como bestias entre su pueblo.

– ¡Es verdad, es verdad! –murmuró el Scheiff meditando–. ¡Y si ella es Asag que vuelve a su pueblo, transformará en corderos y cabritos a los amarrados de una cadena!... ¡Oh, es Asag que protege de nuevo a este pueblo!

Adcasú e Ibrín ayudaban a Nubia y a Mabi en la ardua tarea de buscar entre la muchedumbre las mujeres y los hijos, o los ancianos padres de todos aquellos desventurados seres que pagaban con el hambre y el frío del calabozo, el delito de haber deseado ser hombres y no bestias amarradas de una cadena.

El Scheiff que nunca había presenciado un cuadro semejante, no pudo dominar su emoción al contemplar la gratitud y la dicha de aquellos seres a quienes sonreía de nuevo la vida al amparo del amor traído entre su pueblo por los hombres y mujeres de la toga azul.

133

ALMENDROS EN FLOR

La cautividad de Mabi había afectado profundamente a su hermana que continuó el viaje, triste y silenciosa, sin que los hermosos panoramas que contemplaba, ni la presencia de Abel, ni las amables conversaciones de sus hermanas, pudieran distraerla de este doloroso pensamiento:

“Mabi está separada de mí para toda la vida”.

–De poco me ha servido –decía ella misma poco después de haberse separado de su hermana–, la gran enseñanza que he recibido y que tan serenos y fuertes hace a los demás en la hora del dolor. Lucho por encontrar lo hermoso que puede haber en la horrible injusticia de ese Caudillo al arrebatarnos a Mabi y, ¿cómo hallar allí la belleza, Dios mío?

–Muy sencillamente –le contestaba el Hombre-Luz–. Pienso que Mabi será allí la paloma mensajera del amor y de la paz, y que innumerables seres encontrarán la felicidad a que todos tenemos derecho. ¿No hay acaso una inefable belleza en que nuestra hermana siembre el amor y la dicha en medio de un pueblo sumido en la esclavitud y en el dolor?

Helia continuaba silenciosa escuchando la palabra musical de Abel casi sin entenderla, como se escucha el eco de una armonía lejana sin precisar con perfección sus sonidos.

–Perdura en ti, hermana mía –continuó diciendo el joven Maestro–, un fuerte resabio de tu última vida antes de ahora, y debido a eso antepones los vínculos de la sangre a los eternos lazos del espíritu y olvidas con harta frecuencia que no estamos en esta tierra solamente para nuestra satisfacción sino para sembrar en ella la divina simiente de la igualdad, de la fraternidad, del amor entre todos los seres. No encontrabas tan doloroso y terrible que Mabi se quedase en Num-Maki, en sustitución de vuestra madre porque según la ley de la carne y de la sangre, una hija debe ocupar el lugar que por la muerte deja vacío la madre.

“Y este pensamiento demasiado obstinado en ti, te impide ver la claridad divina que llena el alma de serenidad y de paz. Esto es sencillamente vestir la toga azul sin ser Kobda. ¿Crees acaso que la Ley Divina deja abandonada a Mabi a una fuerza ciega sin control y sin fines determinados?

“¿Sabes acaso si en ese lugar y entre ese pueblo existirán seres que

a ella están vinculados desde muchos siglos y que la esperaban en esta hora, quizá sumidos en la oscuridad y el dolor, retardados en su progreso, desorientados en su camino, sin encontrar la claridad por ninguna parte?

“Ni Mabi ni tú habíais entrado de lleno en el templo augusto de la Divina Sabiduría, donde el alma se reintegra a su puesto en el gran concierto de los espíritus conscientes que saben lo que son, y conocen sus orígenes y sus destinos.

“Hasta ahora habéis vivido como pajarillos en el nido sin pensar en los vastos horizontes que os rodeaban, y ha sido necesario este momento, este dolor, esta fuerte sacudida para romper el círculo dorado de los afectos carnales y buscar en la inmensidad infinita la grandeza que habéis venido a conquistar.

“Ahora dejad por un momento de pensar en que Mabi es tu hermana carnal, en que Shiva es tu madre carnal, en que crecisteis en el hogar de Evana y Adamú, y pensad en cambio en que todos ellos y tú sois avecillas de una bandada que ha tomado esta tierra por campo de labranza y que el tiempo apremia y aún está la mayor parte sin cultivar. Entre esta bandada de avecillas obreras, tú y Mabi estabais hasta ahora inactivas, y únicamente consagradas a amar y dejaros amar en medio de aquellos seres íntimos que llamamos la familia. Estabais en la época del aprendizaje, ensayándoos a saber volar muy alto llegado el momento de emprender el vuelo. Ella ha encontrado la heredad que debe cultivar, mientras que tú te encaminas hacia la que te está destinada. El Monte Zagros se levanta como una mole gigantesca en medio de vosotras dos y su silueta verdosa coronada de nieve sombrea las dos rientes praderas, que de un lado y otro esperan el esfuerzo de los labradores.

“Almas que lloran y sufren, de un lado; almas que tienen hambre y sed del otro, seres que se precipitan en el abismo de su propia inconsciencia, y entre el dolor y el crimen van rodando años y siglos por despeñaderos sin fin. ¿Te quejarás Helia, hermana mía, si la Eterna Ley os coloca a ambas en el sitio preciso en que os habíais comprometido a encender la luz para alumbrar el camino de los que junto a vosotras han de pasar?

– ¿Entonces tú estás convencido de que Mabi y yo estamos separadas para toda esta vida? –preguntó por fin Helia, ya más serena, a su hermano.

–De que no os volváis a reunir en el plano físico, no estoy persuadido ni es de interés estarlo, pero sí lo estoy de que ella ha llegado al sitio que debe ocupar como espíritu de la Gran Alianza y de que tú te encaminas al tuyo.

“Nada os impedirá a ambas establecer una fuerte hermandad entre vuestros pueblos, pues la Ley Divina os coloca en posiciones elevadas,

acaso para facilitaros la tarea en esta hora solemne y grandiosa de la evolución humana terrestre.

“¿No es bello, dime, majestuosamente bello, que vosotras dos enlacéis vuestras manos por encima del Monte Zagros que os divide, y arrastréis así al abrazo fraterno a dos pueblos que se desconocen, que se recelan, que se desconfían y que acaso llegarían hasta el odio, sin la alondra elegida que les cantará el amor?

“¿Cuándo estaríais más unidas que sumergidas en el infinito seno del Amor Eterno, alumbrándoos la una a la otra, mientras dais claridad a las dos porciones de humanidad que os da el Altísimo como herencia paterna?

“¡Oh, Helia!..., es hora de que ambas bendigáis a Dios porque en su bondad divina os hizo encontrar el camino, que vosotras mismas os habíais señalado desde hace siglos.

– ¡Hermano, hermano Abel!, –exclamó Helia de pronto–, ¡qué pequeña y miserable y egoísta me veo yo misma en mis sombríos pensamientos de hace unos instantes! Olvidaba por mi desmedido amor a Mabi, mi alianza contigo como Mesías de esta humanidad, olvidaba todo, absolutamente todo cuanto debe servir de guía, de luz y de ruta al espíritu encarnado en la tierra.

“¡Oh!, cómo atan los lazos de la carne y cuántas desviaciones producen, cuando el alma no acierta a desligarse de ellos en la hora precisa de sus compromisos con la Eterna Ley.

– ¡Oh, hermana mía! –le dijo Abel tomándola de la mano para volverla hacia la caravana, que ya empezaba a ponerse en movimiento para continuar nuevamente la marcha–. ¡Oh, hermana mía! tal debe ser el lenguaje que exprese el pensamiento de un ser como tú, de larga carrera andada y que llegó en esta hora al templo de la Divina Sabiduría, para adquirir el conocimiento que ha de hacerle fuerte en lo que resta del gran viaje. Ahora amas a Mabi y a todos los familiares de esta existencia tal como la Eterna Ley te manda amarlos, con ese puro y santo amor que no estorba los caminos que el alma ha de seguir.

– ¡Quién sabe la pobre Mabi, qué ha de sufrir! –volvió a decir Helia, aún dolorida de su renunciamento–, ¡quién sabe qué borrasca se habrá desatado en su espíritu!

–Nuestra hermana ha sido y será poderosamente auxiliada desde el plano espiritual, para desempeñar el papel que le incumbe en este momento en el grandioso drama de la evolución humana terrestre.

“Llegada la hora para ella como para ti, y puesta de vuestra parte la voluntad libre y decidida; ya sabes que la luz, la fuerza y el poder divinos son tesoros que siempre están al alcance de los seres que se ponen en condiciones de recibirlos.

Los Kobdas compañeros de viaje esperaban ya a Helia, cómodamente sentados en lo alto de su carroza viva, adonde su hermano la ayudó a subir.

Era el último descanso antes de comenzar la travesía de la gran montaña a cuyo pie se hallaban acampados. Podían ir con los elefantes y camellos hasta el paso de Shenadan entre dos enormes promontorios de montañas, que parecían haberse abierto para dar paso a los viajeros que venían desde las praderas del Éufrates.

Allí les esperaba una tropilla de asnos amaestrados para los estrechos desfiladeros de la montaña. Era lo más peligroso del viaje, sobre todo para aquellos que nunca lo habían realizado. Los prácticos de la caravana se veían obligados a caminar a pie llevando la brida de los asnos montados por las mujeres hasta haber pasado el mayor peligro, que no estaba propiamente en el accidentado camino sino en los viajeros que a veces perdían el equilibrio, o les invadía el vértigo y la inquietud de verse a veces como suspendidos en la roca, al lado mismo de una enorme abertura que parecía dispuesta para tragar al viajero en cualquier momento.

Demasiado largas le parecieron a Helia y sus compañeras las horas que duró el trayecto en medio de aquellas oscuras gargantas a donde sólo llegaban los rayos del sol al mediodía. El río Vizen, *—Kizil-Uzun—, que se desliza por la montaña como una sierpe encrespada, salía al encuentro de los viajeros como un guía que les conducía ya hasta los valles deliciosos del Urán, en el cual iba a desagotar uno de sus brazos más caudalosos y cuyas aguas habían transformado en dulces las saladas ondas del gran lago.

Grandes plantaciones de almendros en flor bajo los cuales pastaban inmensas majadas de cabras de gran tamaño y de largo pelo, ofrecían a los viajeros agobiados de la angustia de la montaña, un panorama de delicia y de quietud difícil de describir.

La naturaleza había hecho un desbordamiento de belleza en aquel delicioso valle del lago Urán, abierto como un manto de verdor y de frescura entre dos grandes cordilleras: el Zagros y los Albores, *—Elbruz—, que se levantan como inmensos murallones naturales hacia el Norte y el Oeste de la meseta de Irán.

A partir de ese momento los viajeros se sentían ya entre los suyos, podemos decir, pues allí les esperaban los elefantes y camellos de Num-Maki, que con una escolta de fieles servidores había enviado Helia-Mabi para esperarles.

Allí supieron que la Manh Shiva vivía, aunque muy agotada por la lenta fiebre que la consumía. Sabía ella que sólo llegaría Helia, pues su hija Mabi se le había hecho sentir en el sueño anunciándole: “*Que la*

Suprema Ley la retenía a mitad del camino y que si no les era posible encontrarse más en el plano físico, se abrazarían en el plano astral donde el Amor Eterno permite a las almas unirse en largos abrazos que jamás terminan”.

Tal decía el mensaje de Helia-Mabi grabado en papiro, que el jefe de la escolta entregó a la hija de Shiva en un tubo de plata.

Largas avenidas de almendros y de ciruelos, deliciosos bosques de granados, bóvedas interminables de vides, cuyo cultivo fue desde las más remotas edades una de las grandes riquezas del país, fue el cuadro que se presentó a la vista de los viajeros desde que salieron de las encrucijadas de la montaña hasta llegar a Num-Maki, verdadero país de ensueño y de encanto donde todo era belleza, vida y animación.

– ¡Pero esto es más bello que el Éufrates! –decía Helia entusiasmada.

– ¿Ves, hermana mía? Hasta en eso te favorece la Bondad Divina. Salimos de nuestra tierra a fines del invierno y llegamos a este país en plena primavera. Aquellos bosques y jardines estaban mortecinos y adormecidos, estos te esperan en flor, llenos de pájaros que cantan y de cabritos que brincan felices de haber llegado a la vida. ¿Te quejarás aún de la Ley que te arrancó de aquellos sitios amados, para transportarte a éstos llenos de belleza y donde también te espera el amor?

–Ya no me quejo, hermano mío, sino que pido al Altísimo fuerzas para abandonarme a sus designios llenos de sabiduría, en cualquier rincón de la tierra donde se digne colocarme –le respondió Helia casi avergonzada de sus angustias al verse separada de los seres que había dejado al partir.

Aún faltaba un estadio para llegar, y ya empezaron a encontrarse con grupos numerosos de pueblo que salían a recibirles.

Era una hija de la dulce Manh Shiva quien llegaba y la curiosidad de las gentes nummakianas quería saber lo más pronto posible si ella sería tan dulce y buena como su madre.

El clamor empezaba a hacerse tan insistente, que Helia se vio forzada a asomarse por entre las cortinas del dosel azul y oro que cubría casi hasta el suelo su elefante blanco, el mismo que usaba su madre cuando salía a visitar regiones apartadas de su país.

– ¡Manh Shiva piquina! –gritaban–, ¡es tan bella como la madre, tiene los ojos de la madre, tiene el alma de la madre!...

– ¡Niña!... ¡Amad a nuestros hijos que ellos verán tu gloria y no nosotros que ya caminamos hacia la muerte! –clamaba un anciano al cual seguían muchos nietitos todos montados en pequeños asnos.

La pobre Helia cuya alma era como una sensitiva de ternura, se conmovió hasta las lágrimas y sin poder responder una palabra a tan entusiasta acogida, se limitaba a agitar su pañuelo desde lo alto de su

elefante, sobre aquella muchedumbre que se aumentaba a medida que se acercaban a la ciudad, cuyas torrecillas y tejados se veían sobresaliendo del espeso follaje salpicado de flores que la envolvía por completo.

Un sombreado túnel de almendros en flor conducía hasta la ciudad.

A la entrada de esta larga avenida, les esperaba Helia-Mabi, sobre cuyo pecho se confundieron las juveniles cabezas de Helia y de Abel que le abrazaron al mismo tiempo.

– ¡Aún vive! –fue la primera palabra de aquel hombre tiernamente enamorado de la esposa elegida en su primera juventud–. Mas, creo que no será para mucho tiempo –añadió con la voz temblorosa de emoción.

– ¡Si la Ley Divina marca ya el descanso de Shiva, feliz de ella que ha conquistado ese descanso! –le respondió Abel, con su serenidad y dulzura habituales.

Y los tres anduvieron el camino a pie, seguidos de la muchedumbre que continuaba haciendo grandes demostraciones de afecto.

– ¡Como almendros en flor sea tu corazón, hija mía, en el hogar de tus padres!, –exclamó Helia-Mabi, al pasar con su hija de la mano, la gran portada exterior de la ciudad.

134

VLADIKO EL CIRCASIANO

La esperanza de reconquistar una felicidad que creyó perdida para siempre, llenó de energías el alma del Scheiff cuyo horizonte parecióle inundado de luz, de flores, de cantos, de sonrisas.

Y empezaba y terminaba a diario este mismo soliloquio:

–Si es Asag que visita de nuevo su pueblo y consigo capturar la mariposa dorada de su amor como he capturado su persona... ¡Oh, entonces, Vladiko... Vladiko! serás el hombre más dichoso de la tierra, porque Asag mató un día la serpiente del odio y apagó en el corazón de los guerreros el ansia de las conquistas. ¡Pero Asag está aún muy lejos de mí..., y acaso es un loco ensueño el solo pensamiento de conquistarla!...

Mabi, por su parte, casi llegó a olvidarle, a causa de hallarse absorbida, por completo, en las múltiples atenciones que se vio obligada a prestar a las mujeres y los niños de aquel pueblo nómada, en medio del cual la colocaron las circunstancias.

La tienda del Scheiff dominaba todo el vasto conjunto de pabellones contruidos como en calles y concéntricas, en forma de hacer más fácil la vigilancia y la defensa en caso necesario. Desde su torrecilla de observación, seguía Vladiko las actividades de Mabi auxiliada por sus hermanos.

Allí recibía continuamente las quejas de los que habían sido hasta

entonces sus leopardos de caza, como él llamaba a una docena de hombres que tenía como policía de hierro para castigar duramente cualquier trasgresión a sus órdenes.

—Desde que la Maga Azul y sus hermanos habitan entre nosotros —le decían—, nuestro poder está anulado y estamos de más aquí. Los perros esclavos se permiten provocarnos diciendo: “¿Por qué no nos azotáis ahora con vuestras varas de espino? ¿Por qué no nos mandáis comer de los residuos que quedan en las pocilgas de las bestias? ¿Por qué no nos quitáis el ropón de piel para que nos caiga la nieve en carne viva? Los miserables puercos andan allí como las gentes de bien, vestidos y hartos y sin que nadie ose ponerles un dedo encima.

“¡Oh, Scheiff!... ¡Pronto os vais a arrepentir de la nueva amistad que habéis hecho y que va a introducir en vuestro pueblo todo género de rebelión y de desorden!

“¿Dónde se vio a los esclavos comiendo sentados a una mesa y durmiendo en tarimas con cobertores de lana? Toda esa inmunda piara pronto agotará nuestros graneros y no habrá pan para las gentes honradas, porque nuestro trigo y nuestra manteca la habrán devorado ellos y sus maléficas crías. ¿Qué daréis de comer a los labradores y dueños de haciendas, que se ven forzados ahora a partir sus productos hasta con los más inútiles de sus siervos?

“¿Y no es, además, un desperdicio incalificable el gastar nuestros cereales y legumbres y nuestros mejores víveres en alimentar paralíticos y leprosos, niños contrahechos, mal nacidos y viejos que nunca servirán para nada?

“¿Y cómo ganarán el sustento esas decenas de hombres que sólo serían para matar y quemar a los incurables y a los inútiles?...

Quejas al estilo de las que enumero tenían sobrecargada la mente del Scheiff, que a veces se creía abocado a un serio problema económico a causa del nuevo orden administrativo a que su ciego amor por Mabi le había conducido. Era verdad que desde que los Kobdas habitaban allí, se consumía triple cantidad de víveres de toda especie, y como los siervos trabajaban menos, por fuerza la producción debía también ser menor. No obstante siempre despedía a sus hombres descontentos con las mismas palabras:

—Estoy persuadido de que la Maga Azul es Asag que visita de nuevo su pueblo y no será para su ruina sino para su bienestar. Esperad un poco más y os convenceréis como yo.

Mas estas palabras no pudieron evitar que un odio sordo y mal disimulado cundiera como la mala semilla, entre la clase aquella que había lucrado con el hambre, el dolor y el esfuerzo desmedido de los hombres, mujeres y niños doblegados bajo la cadena de la esclavitud.

Como en toda porción de humanidad estaban pues formados dos bandos, uno enfrente del otro. Los favorecidos por el nuevo orden de cosas estaban desde luego por los Kobdas; pero tenían en contra los que se creían perjudicados por las formas igualitarias, en que ellos habían colocado a las ínfimas clases de aquella sociedad.

Cuando las murmuraciones subían de tono, el Scheiff quiso hablar a solas con Mabi, la cual le recibió en su tienda.

– ¡Mujer de vestido azul! –le dijo–. ¿Adónde me llevas, a la felicidad o a la ruina, a la vida o a la muerte? La mitad de mi pueblo te ama y la otra mitad te odia. Si eres Asag que visita de nuevo este pueblo, extermina el odio te lo ruego y que en él florezca la paz y la dicha, para que todos reconozcan que ha tornado a esta tierra aquel genio protector de mis antepasados. De no ser así, la serpiente maligna te devorará a ti, a mí, a tus hermanos, y vendrán para este pueblo días de luto y de dolor.

Mabi que estaba bien enterada como todos los Kobdas, sus hermanos, de los descontentos que había y con los cuales venían luchando en silencio desde los primeros días, le escuchó con gran serenidad.

–Scheiff –le dijo–, yo no os pedí que me trajerais en medio de vuestro pueblo; pero os habéis empeñado en tenerme aquí cautiva, yo he puesto precio a mi libertad y a mi dicha de que vos me habéis privado; y ese precio bien lo sabéis, es que nadie padezca injustamente en este pueblo porque todo ser viviente tiene derecho, por lo menos, a una porción de dicha y de paz.

“Si esa porción de dicha molesta a los poderosos que estaban ya hartos de ella, y vos hacéis causa común con los descontentos, dejadme partir con mis hermanos y quedaréis todos como antes de haberme traído. La solución es fácil, Scheiff, ya lo veis.

Y una ráfaga de esperanza cruzó, iluminando los ojos de Mabi que ya se creía de nuevo en las praderas del Éufrates bajo los blancos pórticos de La Paz.

Pero pronto esa luz se apagaba ante la resistencia del Caudillo, que decía:

– ¡Maga Azul!..., tengo fe en que eres Asag... Hay aquí en el fondo de mi pecho una voz íntima que me dice que eres Asag, y donde está Asag el odio acaba por extinguirse, porque ella recibió de los dioses la fuerza de matar la serpiente de aliento de fuego que destruye cuanto encuentra a su paso... ¡Oh, por piedad!... ¡Dime que eres Asag y yo dormiré tranquilo esperando los días serenos que en pos de ti no tardarán en llegar!

El Scheiff tomó la diestra de Mabi adornada con su ajorca símbolo, y besándola como a una cosa sagrada le preguntó:

– ¿Dónde guardas, dime, dónde guardas dormido tu amor que mi amor no le despierta? ¿Acaso no has comprendido que yo te amo? porque si

eres Asag, ella escuchó el canto del amor y los dioses visitaron su tálamo y fue madre del primer Caudillo de mi raza que vivió en las comarcas del Ural.

–Mi amor no duerme, Scheiff; pero las mujeres del vestido azul contemplamos al amor desde un plano diferente que las demás. Para nosotras no es cadena que esclaviza y que ata, ni es elixir que adormece en la inconsciencia, sino alas poderosas que levantan el alma en vuelos gigantes haciéndola capaz de las más nobles y bellas creaciones. Y como me habláis de que soy Asag, vuestro genio tutelar, veo que coincides con nosotros en los fundamentos de la Divina Ciencia de la Vida, que se renueva y se transforma indefinidamente. Siendo así, fácil os será contemplar también al amor desde el mismo plano que yo, o sea bajo el aspecto sereno, grandioso y sublime de las grandes alianzas entre las almas que se encontraron muchas veces en el largo correr de la vida.

“Si entre vos y yo existe ésa alianza, no temáis Scheiff, a que vuestro amor se pierda en el vacío como un sonido al cual no responde otro sonido, o como un resplandor que se esfuma entre sombras heladas y silenciosas. Lo que Dios ha unido los hombres no lo desatan, decimos los hombres y mujeres de la toga azul, y este es un asunto que no os debe causar la más ligera inquietud. Y a mi vez os hago igual pregunta que me hacíais vos hace unos momentos: ¿Dónde guardabais dormido vuestro amor que el amor de vuestros súbditos no le despertaba?

–Ellos no me aman, sino que me temen, y su cobarde egoísmo encuentra seguridad en mi fuerza. El día que vieran debilidad en mi brazo me matarían.

“¿Por qué comienzan ahora a sublevarse? Porque juzgan una debilidad mi complacencia contigo, porque lucraban explotando mis desengaños y mi dolor. La llaga viva de mi corazón les producía grandes ganancias. Las más bellas mujeres de este pueblo fueron vendidas a precios fabulosos a príncipes extranjeros porque mi desprecio hacia ellas las relegó a la condición de seres malignos, destructores de la dicha de los hombres. Esa valiosa vena que manaba oro se ha secado con tu llegada y la idea de eliminarte como un estorbo a sus ambiciones, ha surgido desde luego en esa porción de pueblo que si no es la más numerosa, tiene en cambio la fuerza del oro que es, ya lo sabes, una gran fuerza. Sólo tú has vencido al oro, Asag, y por eso has despertado al amor que había huido al más hondo rincón del corazón de Vladiko.

“Las fuentes de la piedad y de la ternura se secaron en mí al ver padres y madres y hermanos y amigos entregar por bolsas de oro sus hijas, sus hermanas o amigas. Y estas mismas jóvenes aceptar con alegría la propuesta de ir a extraños países con la dorada perspectiva de ser esposas de poderosos Caudillos sin importárseles de los lamentos de los jovencitos

que las amaban acaso desde la niñez. ¿Acaso podían ellas vacilar entre un poderoso señor que les cubriría de oro y un pobre curtidor de pieles o pastor de cabras que aquí le brindaba su cariño?... ¡Oh, Asag!...

“La piedad es hermana gemela del amor y ambos huyen juntos cuando el oro deja los corazones de los hombres como el hielo del invierno los campos en flor. ¿Quién necesitaba aquí de mi amor y mi piedad?

–Os engañabais, Scheiff, porque las víctimas del oro necesitaban de vuestro amor y de vuestra piedad. Decid más bien que vuestro horrible desengaño secó en vos las fuentes divinas de la esperanza y una especie de sed rabiosa y febril de esa dicha que juzgabais imposible, oscureció de tinieblas vuestra mente en forma que no veáis más que aquello que os causaba tormento.

– ¡Oh, sí!..., eres Asag que adivina el íntimo drama de mi propia vida, donde sólo tú harás brotar de nuevo las flores que secó el egoísmo con sus heladas escarchas. Dime Asag..., ¿no puedes amarme?... ¿Nunca llegarás a amarme? ¿Qué canción cantará mi corazón para despertar el tuyo?

– ¡Vladiko! –dijo con su voz impregnada de ternura y llamándolo por primera vez con su nombre de familia–. ¡Vladiko!..., ¡espera! Si sabes amar y esperar puede que aún florezcan los rosales para ti. Espera que se borren en mi mente las imágenes terribles y sombrías de tu impetuoso amor que me hizo tu cautiva. Hasta hace poco eras un tiranuelo que creía obtenerlo todo por la fuerza y esa fuerza la usasteis también conmigo causándome el más grande dolor que he padecido en esta vida. Tanto, que hasta el santuario magnífico de mi gran ideal se conmovió en sus cimientos y creí que se derrumbaba aplastándome bajo sus ruinas. Y era tu amor el vendaval que amenazaba destruirlo. Eras mi carcelero y yo tu cautiva. En el vallecito florido de mi vida entraste como una manada de elefantes pisoteando y destruyendo todo. Eras mi verdugo y yo tu víctima. ¡Oh, Vladiko!..., ¡debía odiarte..., debía execrarte..., debía huir de ti!... Pero la claridad divina que ha encendido la Sabiduría y el Amor de los Kobdas, me ha hecho comprender que por ahora estoy en mi sitio y que la Eterna Ley me trajo para bien tuyo y de tu pueblo..., más todavía: me trajo para pagar una gran deuda a la Justicia, pues es llegada la hora de que yo reconstruya lo que hace muchos siglos derrumbé y deshice en el hermoso santuario de tus esperanzas.

– ¡Oh, Asag!..., tú no puedes destruir, ni derrumbar, porque tienes luz de aurora en tus ojos..., eres como el amanecer a cuyo contacto todo revive, todo se ilumina, todo se mueve, todo canta.

“Conozco no merecer el amor tuyo pues he obrado brutalmente contigo... Mas..., dime, Asag..., divina Asag, rayo de luna en mi sombría existencia: ¿quién sino tú podría perdonar al circasiano enfurecido por el desengaño y el dolor, envilecido por la miseria de la vida? ¿Quién sino tú?

–Hace muchos siglos –continuó Mabi con tristeza–, los papeles estaban cambiados: yo fui el verdugo y tú la víctima; tu vida era el vallecito florido y yo la tromba de elefantes que arrancó de raíz tus plantaciones regadas por la esperanza. Más todavía, de un brutal empujón de mi mano avara de alucinación y de grandeza, te eché a rodar pendiente abajo hasta caer en lo profundo del abismo y allí te dejé despedazado y deshecho, sin luz, sin calor, sin aire y sin agua. Mi abandono y mi olvido llenó de odio tu corazón y una larga cadena de miserias y crímenes ennegrecieron tu vida y la mía. Un astro de luz me sacó de mis tinieblas diciéndome: “Te perdono porque te amo”. Y es llegada la hora de que mi amor responda a ese amor, que me salvó de las tinieblas en que yo misma me había sumergido.

– ¿Cómo sabes todo esto? ¡Oh, divina Asag! ¡Rayo de luna en la oscuridad de mi vida!... ¿Cómo lo sabes? –interrogaba Vladiko asombrado del extraño lenguaje de Mabi.

–La claridad encendida por la Sabiduría y el Amor de los Kobdas permite leer a los hombres las tragedias vividas en pasadas edades, y si tú y yo respondemos hoy a la Ley Eterna, nada de esto será un secreto para ti.

“Por eso te he dicho: ¡Vladiko, espera!, que si sabes esperar y amar puede que aún florezcan los rosales para ti.

Mabi tendió sus manos al Caudillo que él oprimió bajo su frente inclinada según la costumbre cuando se quería demostrar un amor reverente y profundo.

–Por hoy –añadió Mabi levantándose para despedirle–, somos aliados y amigos para salvar tu pueblo y conducirle a la paz y a la dicha.

“Cuando veamos a todos felices, pensaremos en nosotros mismos y si la Eterna Ley nos ha unido, como las notas de un mismo canto, como los rayos luminosos de una misma antorcha, no temas, unidos seremos por encima de todo y para toda la vida. ¿Comprendes Vladiko? ¿Eres capaz de esperar?”

–Me hablas de siglos, ¿y no he de esperar breve tiempo? Esperaré Asag, esperaré todo cuanto tú quieras, mas permíteme que te visite una hora cada día.

–Convenido; pasado el mediodía aquí o en la tienda-taller donde a veces me llaman mis deberes.

“Mientras tanto, busca la compañía de mis hermanos que en ellos encontrarás la solución a esos interrogantes profundos, que acaso se han diseñado en ti mismo por la conversación que acabamos de tener.

“Que la paz de Dios sea contigo.

Vladiko besó la punta del velo de Mabi, que de la puerta de su tienda se encaminaba hacia los talleres de tejidos donde a esa hora la esperaba Nubia, para comenzar su tarea de enseñar a las mujeres y a los niños.

EL SEPULCRO DE CRISTAL

Mientras la Eterna Ley acercaba las almas de Vladiko y de Mabi para realizar por tal medio la evolución de aquel pueblo, las inteligencias malignas buscaban también los instrumentos necesarios para impedirlo y los encontraron muy apropiados en todos aquellos que se habían enriquecido, a costa del dolor de ese mismo pueblo y de la oscuridad mental en que se hallaba sumergido su Caudillo.

—Estos magos del vestido azul —decían rabiosos—, serán nuestra ruina. ¿Por qué hemos de tolerar que un puñado de extranjeros venga a mandar entre nosotros? ¿Por qué hemos de soportar que una mujer misteriosa y dañina se adueñe así de la voluntad del Scheiff, causando la desorganización de nuestro pueblo?

—A mí —decía uno—, me ha ocurrido lo que jamás un hombre de mi estirpe podía esperar; me obligó el Scheiff a dar veinte medidas de trigo, veinte de aceite y diez de vino, a un esclavo viejo al que mandé dar treinta azotes por no haber cumplido una orden mía, y para colmo, los hermanos de la maga azul le sacaron de mis tiendas, a él, a su mujer y a sus hijas y los han instalado cerca de los talleres, acaso para sus placeres y turbios negocios.

—Y mis siervos —decía otro—, tuvieron la insolencia de pedir cada uno dos pieles de oveja para dormir y una ración de queso y manteca porque ya no les conforma su alimento de pescado seco y maíz cocido.

—Hay que acabar con esos extranjeros —añadió un tercero—, que han venido a sublevar el pueblo haciéndole creer que somos todos iguales, y que el mismo derecho tiene el siervo que el amo para ser respetado y feliz.

Estas protestas de los feroces egoístas que abundaban en todas partes, empezaron a formar una espesa red en torno de los Kobdas que aparentaban no darse cuenta, para evitar alarmas entre el pueblo que cada día se les hacía más adicto a causa del bienestar que las nuevas ordenanzas les proporcionaban.

Un día, Nubia y Mabi fueron llamadas con urgencia hacia los establos de una tienda bastante apartada, donde una esclava acababa de dar a luz tres mujercitas, y en un acceso de locura que le había acometido, quería estrangularlas. No había forma de calmarla según decían. Las dos Kobdas corrieron hacia allá dejando todas sus ocupaciones pues el caso era urgentísimo. Apenas habían entrado, las dos fueron envueltas en mantas de pieles y fuertemente atadas. Nubia quedó como un fardo

sujeta a uno de los postes en que ataban las bestias, y Mabi se sintió llevada al hombro como una bolsa de trigo, luego puesta en algo como un carro que después corría por un áspero camino produciéndole fuertes sacudidas que le dejaban el cuerpo dolorido por los golpes. En su boca amordazada sentía ya el sabor de su propia sangre y el dolor producido por las fuertes ligaduras la hizo perder el conocimiento y cayó en un profundo desmayo, del cual despertó completamente helada, aun cuando estaba cubierta de pieles y ya sin mordaza y sin ligadura alguna.

A la mortecina luz del atardecer vio que se encontraba en una especie de gruta que aparecía como hecha toda de trozos de cristal, en la cual había superficies planas, cóncavas o convexas, asperezas salientes, agudas aristas, infinidad de figuras irregulares como árboles de cristal suspendidos del techo, con las raíces hacia arriba y el ramaje apoyado en el suelo; en fin, algo tan fuera de lo conocido por ella que no podía precisar al principio si aquello era realidad o una ilusión de sus sentidos. Pudo levantarse y comenzó a palpar cuanto la rodeaba.

Recordó haber oído a algunas Kobdas ancianas provenientes de los países del hielo, referir la existencia bastante común de cavernas naturales donde las filtraciones de agua se iban congelando llegando así a producir acaso en muchísimos años, lo que han llamado estalactitas, millares de gotas sobrepuestas formando extrañas figuras el maravilloso conjunto que aparecía como agua convertida en piedra, donde la escasa claridad de la tarde se reflejaba con suaves tonalidades de amatista y oro.

Se asomó a la entrada y vio que estaba entre un laberinto de rocas que parecían de hielo donde no se percibía rumor alguno de vida.

– ¡He aquí mi sepultura de cristal y mi sudario de nieve! – exclamó Mabi, cuando comprobó que estaba sola completamente en aquel extraño lugar.

Pronto la envolverían las negruras de la noche, y la intensidad del frío no la permitiría ver el amanecer del día siguiente. El frío, el hambre, la angustia misma de la situación, empezaban a agotar todas sus energías y hasta impedirle volar con el pensamiento en busca de sus alianzas espirituales, para reconfortarse en la terrible hora de prueba porque estaba pasando. Como un pájaro herido de muerte, se dejó caer sobre las mantas de pieles en que fuera envuelta y cerró sus ojos a cuanto la rodeaba, como si quisiera buscar en el profundo olvido de todas las cosas, vibraciones de paz y de sosiego para su espíritu atormentado.

– Si debo aún vivir – murmuró débilmente –, la Eterna Ley me sacará de este sepulcro de cristal y de nieve; y si por ley debo dejar ya la materia, que el Amor Eterno reciba mi espíritu en su seno para continuar cumpliendo en otro plano sus inmortales destinos... ¡Abel!... ¡Helia!... ¡Madre Shiva!... ¡Ada!... ¡Bohindra!... ¡Madre Evana!... ¡Adamú, mi

padre de adopción, Pangrave Aldis, padre mío Helia-Mabi, Nubia!... ¡Hermanos todos que me habéis amado y que acaso lloráis por haberme perdido! ¡Os abrazo a todos en esta hora por si es la final, os espero en la luz! Hasta luego.

Una gran oscuridad se hizo en su mente, al mismo tiempo que la oscuridad de la noche como un inmenso manto de sombras se desplegababa sobre aquel sepulcro de cristal. Y la joven Kobda perdió la conciencia de que existía.

Al mismo tiempo que las dos mujeres Kobdas, fueron tomados cautivos los Kobdas sus hermanos y sumidos juntos en una inmensa pocilga que estuvo destinada a engordar cerdos. Habían sido conducidos allí también con un engaño. Los dejaron embolsados en sacos de cuero y con fuertes mordazas para impedirles gritar.

Pero ese trabajo fue visto por un esclavo prófugo, que se hallaba oculto bajo un montón de pasto seco que había contiguo a la pocilga y ya entrada la noche, salió de su escondite y abriendo los sacos, dio libertad a los Kobdas. Ignoraba quienes eran pues habían sido despojado de sus túnicas, y sólo creyó que serían acaso infelices que iban a ser arrojados a la media noche desde lo alto de un peñasco, como lo hacían con frecuencia, tratándose de esclavos viejos ya inútiles para el trabajo.

Él mismo había huido justamente para librarse de una muerte segura, pues desde que las nuevas ordenanzas obligaban a los amos a mantener a los esclavos viejos y enfermos sin exigirles trabajo alguno, se les mataba ocultamente encerrándoles, así amordazados, en sacos para ocultar su delito.

Al ver las cabelleras de los Kobdas y su aspecto todo, comprendió que no eran esclavos y creyó reconocer en Jobed, el hombre de vestido azul que siempre acompañaba al Scheiff, enseñándole la lengua de los Kobdas. Estos le miraron con inmensa piedad, viéndole extenuado por el hambre y con sus piernas y brazos horriblemente torcidos por el reumatismo.

—Con que logres desatar a uno de nosotros —díjole Jobed, que fue el primero a quien el esclavo quitó la mordaza—, es bastante, ya que tus pobres manos no alcanzan para más.

Acadsú e Ibrín, ancianos ya, se hallaban con sus miembros adormecidos a causa de las fuertes ligaduras y solo después de un largo rato pudieron andar. Nubia fue encontrada, en lo más oscuro del establo, por el pastor al ir a guardar sus cabras. Hubiera pasado desapercibida entre un montón de sacos de maíz y hortalizas apiladas allí a no ser por un quejido que escuchó hacia ese lado.

La noticia llegó pronto a la tienda del Scheiff y un gran tumulto de pueblo se levantó, armado de picas y dagas para defender a los Kobdas así vejados y ultrajados.

El clamor subió de tono cuando se supo que la Maga Azul, la amada Asag no aparecía por parte alguna.

– ¡Calmaos, ella aparecerá, sana y salva!– clamaban en alta voz los Kobdas, procurando tranquilizar a aquellas abigarradas masas de esclavos, de ancianos, de mujeres y niños que habían sido la porción de pueblo más favorecida por la enseñanza de los Kobdas.

El Scheiff estaba fuera de sí por la cólera y cuando hizo venir a su presencia a aquellos de sus hombres que más ardientes protestas habían dicho en contra de Mabi y sus hermanos, les esperó con diez arqueros listos para tirar dispuesto a acabar con todos ellos, uno por uno. Fue necesario que los Kobdas se interpusieran entre los arqueros y las víctimas, y que la promesa de encontrar a Mabi apaciguara aquella tempestad de ira, que iba a desatarse en una lluvia de flechas envenenadas tronchando vidas a montones.

De pronto un esclavo fornido y alto como un gigante se abrió paso entre la multitud y abrazándose a los pies del Scheiff lloraba y le hablaba en su extraña lengua. Jobed comprendió que aquel pobre ser había sido forzado con terribles amenazas para conducir a la joven Kobda a la gruta aquella en que se hallaba sepultada viva.

El Scheiff y los Kobdas, seguidos de gran parte del pueblo con hachones y antorchas emprendieron el camino guiados por el esclavo. Lo accidentado del terreno y la oscuridad de la noche hacía más dificultoso y largo el trayecto. Y recién pasada la medianoche se encontraron en la gruta de cristal que a la luz de hachones y de antorchas tomaba el aspecto rojizo y resplandeciente de una caverna de espejos y de fuego.

Una pequeña mancha oscura sobre la brillante blancura del pavimento, era todo lo que había en aquella inmensa cueva. Aquella mancha negra era la manta de piel en que Mabi se había envuelto para esperar su fin.

– ¡Muerta Asag!..., ¡está muerta!... –gritó enfurecido el Scheiff, cuando abierta la manta se vio el cuerpo de la joven, exánime como una flor lacia y marchita cortada en su tallo y arrojada a lo largo del camino.

Los Kobdas se arrodillaron en torno de ella y escucharon que aún latía aquel corazón.

–Asag no está muerta –le dijo al oído Jobed–. Calmad vos a vuestro pueblo que nosotros nos encargamos de ella.

Convenía apartar en ese instante al alterado Vladiko, cuya ira y desesperación les entorpecía el trabajo mental que necesitaban hacer para reanimar el organismo de su pobre hermana casi moribunda.

Después de un largo rato, Mabi volvió a la vida y al ver a sus hermanos en torno suyo, les dijo con apagada voz:

–No os esperaba, pero el Amor os trajo a mi lado. Me había despedido ya de la vida física, pero veo que ella no quiere apartarse de mí.

–La Ley Eterna quiere que vivas, niña, porque aún no has hecho completa tu labor –le decía Ibrín, mientras le hacía beber un jarabe reconfortante.

–Mira niña los que te esperan– añadía Acadsú, apartándose un poco para que Mabi viera el tumulto que había a la puerta, luchando por mirar hacia dentro para ver si vivía la Maga Azul que les había traído según ellos, la abundancia y días serenos de paz y alegría.

–Atravesaré con mis flechas a todos los causantes de esta desgracia –decía el Scheiff a la multitud–, y arrojaré los cadáveres a nuestra piara de cerdos.

Estas palabras pronunciadas con irritado acento llegaron a los oídos de Mabi que ya había recobrado sus facultades.

–El Scheiff olvida nuestros convenios –dijo–. ¡Cuán difícil es apartar de los seres que tienen el poder, la idea de ejercer la venganza disfrazada de justicia con los que les han agraviado! –exclamó la joven mirando a Vladiko, aún alterado y nervioso.

Como si la fuerza de estos pensamientos le hubiesen atraído, el Caudillo volvió la cabeza hacia el interior de la gruta y vio a Mabi ya incorporada y corrió hacia ella diciendo:

– ¡Vives Asag!..., vives porque tú has vencido al oro y a la muerte... ¡Vives para que tu mano armada de mi ajorca sea la que de la señal a mis arqueros de disparar flechas al corazón de los malvados!...

– ¡Callad, por piedad, callad! y no habléis como un insensato –díjole Mabi, volviendo hacia otro lado sus miradas angustiadas–. ¿Qué diferencia tendría entonces Asag de los que quisieron aniquilarla? Si para esto habéis puesto vuestra ajorca en mi diestra, tomadla de nuevo que yo no soy ejecutora de venganzas sino mensajera de paz y de amor.

Vladiko miró a los Kobdas como preguntándoles si aquel lenguaje era aún efecto del estado mental de la joven. Ellos lo comprendieron, pero como no era el momento de entrar en esas cuestiones, uno de ellos le dijo:

–Calma Scheiff, que todo tiene su hora. En este momento debemos ocuparnos de nuestra hermana que no podrá andar por sus pies y esta caverna es demasiado fría para permanecer en ella ni un momento más. –Aún no habían terminado de pronunciarse estas palabras cuando Vladiko se quitó su capa de pieles, la colocó sobre los hombros de Mabi y levantándola en brazos como una criatura, echó a andar mudo y silencioso hacia el campamento.

Un clamoreo inmenso resonó en medio de aquella soledad de nieve, y comenzó el desfile de las antorchas en seguimiento del Scheiff.

Jobed buscó algunos hombres fuertes que en sillas de mano condujeran a los dos Kobdas ancianos, que si con grandes esfuerzos habían

podido llegar hasta la caverna, el cansancio y el frío les habían entumecido de tal manera que se sentían imposibilitados para andar por sí mismos.

Ya clareaba la aurora cuando Vladiko entró con su carga en la tienda de Mabi, donde Nubia y otras mujeres del pueblo, alrededor de un hermoso fuego, preparaban jarabes calientes, para reconfortar a los que esperaban de un momento a otro.

—Aquí tenéis a vuestra hija —dijo a la anciana, dejando a Mabi sobre una de las tarimas que había en torno del hogar. Las dos Kobdas se abrazaron llorando a grandes sollozos, como si en ese instante desahogaran un dolor intenso y largo tiempo contenido.

Las mujeres allí presentes, se miraban asombradas de aquel gran dolor, pues se figuraban ellas que las Kobdas, serenas siempre, ni lloraban, ni se irritaban jamás. Después miraban aterradas al Scheiff pensando que acaso la Maga Azul ya no era amada por él y que había caído en el odio de su señor. Mientras tanto Vladiko, silencioso, de pie al resplandor del fuego parecía una estatua de mármol rosado, con su vestidura de cuero curtido al blanco que la rojiza llamarada teñía a intervalos con tonalidades carmesí.

— ¡Mujeres de vestido azul! —exclamó, por fin, el Scheiff, cuando las Kobdas se hubieron serenado—. ¡Qué hondo y pesado es vuestro llorar! Y como no es el odio sino el amor lo que hay en vuestro llanto, levantáis llamaradas inmensas de amor en los corazones que sienten vuestros sollozos y perciben vuestras lágrimas. Llorar de ira y de despecho vi muchas veces y una irresistible furia me exasperaba los nervios; pero el llanto del amor es suave y dulce como el rocío y me llena también de suavidad y de dulzura. Vuestros hermanos estarán llegando, pues me seguían aunque algo lejos. ¡Asag!... —dijo acercándose a Mabi, que le miraba en silencio—, perdón por mis palabras de la caverna. No seré yo el juez de los que te han agraviado sino tú misma. Yo te los doy como esclavos; tú harás con ellos lo que sea tu voluntad. Deben estar ya en la prisión según las órdenes que di antes de salir.

Las mujeres se miraron con espanto.

— ¡Scheiff!... ¡Scheiff!... —murmuró una de ellas postrándose aterrada a los pies del Caudillo.

— ¿Qué hay?— interrogó este alarmado.

—Una porción del pueblo entre los que estaban nuestros padres y nuestros maridos, los apuñalaron mientras eran conducidos a la prisión. ¡Perdón, Scheiff, para ellos..., perdón! ¡Creyeron hacer vuestro gusto y como la indignación era grande, no pudieron contenerse!... —Y la infeliz mujer se echó a llorar mientras las otras habían quedado como paralizadas de espanto.

– ¡Calmaos, buena mujer! –díjole el Scheiff–, que demasiado esfuerzo hice yo mismo para no abrirles con mi daga a uno por uno de aquellos malvados, que osaron poner sus manos criminales sobre Asag y sus hermanos.

–Y esos infelices, ¿han muerto ya?– interrogó Mabi, con gran amargura viendo fracasado el plan que había forjado sobre las palabras que le dijera hacía unos momentos el Caudillo: “Yo te los doy como esclavos; tú harás con ellos lo que sea tu voluntad”.

–Fueron llevados a las prisiones así heridos como quedaron –contestó la mujer. Mabi miró a Vladiko y él entendió aquella mirada.

– ¡Asag quiere que vivan! –dijo, y salió de la tienda en dirección a la gran tienda calabozo.

Pocos momentos después llegaban los Kobdas traídos en brazos por la multitud. La tienda de Mabi se llenó de gente pues todos querían ver a la Maga Azul para estar ciertos de que no moriría y hacerles repetidas preguntas asegurándose de que no estaba irritada con el pueblo.

El egoísmo de aquellos pobres seres salía a la luz con una sinceridad que hacía reír a los Kobdas.

– ¿Verdad que no haréis secar nuestros sembrados?

– ¿No haréis morir nuestros cabritos, ni secarse las ubres de nuestras cabras?

– ¿No haréis venir largas lluvias que pudran nuestros quesos y nuestro pescado que está secando?

–Pero vosotros, ¿creéis de verdad que yo soy una maga? Acabad por favor con esas necedades propias de las erróneas creencias que alimentáis, y vivid en la realidad de la vida. Pensad solamente que soy una mujer amada por vuestro Scheiff, y a quien Dios ha traído junto a vosotros para que haga cuanto le sea posible por vuestra felicidad. Si unos cuantos inconscientes me han creído perjudicial para sus intereses, ya les demostraremos, si viven, que también ellos tendrán su porción de paz y de dicha si saben merecerla. –Con tales palabras, Mabi aquietó a la multitud.

La aurora apagó con sus antorchas de topacios y rubíes los hachones de los circasianos que se dispersaron por el campamento cada cual buscando su tienda, mientras cantaban a grandes voces:

– ¡La Maga Azul vive y nos hará dichosos porque no se ha irritado contra nosotros!

– ¡No vendrán lluvias malignas a podrir nuestro pescado!

– ¡No morirán nuestros cabritos ni se agotará la leche de nuestras cabras!

– ¡Habrà abundancia de frutas, maíz y manteca porque la Maga Azul nos ama y los dioses le dan poderes para multiplicar al ciento por uno nuestras cosechas!

– ¡Nuestras cabras tendrán de a dos y de a tres sus crías porque hemos ayudado a salvar a Asag y a sus hermanos!

– ¡Mis redes estarán llenas de pescado porque traje en mis brazos a uno de los hermanos de la Maga desde la caverna de cristal hasta aquí!...

Tales eran los cantares de los circasianos al amanecer de aquel día, en que los hijos de Numú habían obtenido la primera victoria sobre las fuerzas del mal que se habían unido para aniquilarles.

136

AMANECIENDO

Como formidable había sido la tempestad en el gran campamento circasiano, fue plácido y sereno el amanecer a una vida mejor espiritual y físicamente, pues el amoroso perdón de la familia Kobda allí residente para los autores de la gran borrasca, debía dar necesariamente los más hermosos frutos de paz, de abundancia y de amor.

Los delincuentes que habían escapado con vida de la furia incontenible del pueblo, fueron conducidos por Vladiko ante el pabellón de los Kobdas, para que éstos reunidos en consejo, dijeran lo que pedían en represalia de los grandes agravios que habían sufrido.

Los delincuentes eran casi todos altos personajes en la corte de Vladiko o en su ejército de arqueros, y aparecían arrastrando pesadas cadenas y con las vestiduras desgarradas y cubiertas de lodo, de sangre y de inmundicias.

El pueblo enfurecido el día aquel del desastroso acontecimiento, les había arrojado con todo lo más inmundo que pudo encontrar a su alcance para injuriarles y vejarles. El lector bien adivinará la furia contenida y sorda que debía rugir en aquellos corazones, habituados a causar la humillación y el dolor, pero no a sentirlos en carne propia.

Eran ochenta y dos, casi todos en edad madura y algunos pocos llegando a la ancianidad. Detrás de ellos iba un centenar de arqueros y veinte hombres encubiertos con una especie de máscara de tela rojiza, que eran los verdugos armados de una cuerda tejida de hilos de cuero para ceñirla al cuello de los reos una vez que hubieran sido condenados a la pena capital, que en este caso debía ser la más horrible e infamante de todas según el sentir y pensar de aquel pueblo: la horca; dejando abandonados los cadáveres a la putrefacción y a la voracidad hambrienta de los buitres y fieras de la selva. Fue aquel un largo proceso que duró varias horas pues los Kobdas no podían hacer justicia a ojos cerrados y era necesaria una minuciosa información.

Por su parte el pueblo amotinado en derredor a la tienda de los Kobdas, buscaba presionar el ánimo de los jueces, gritando en todos los tonos:

–Ahorcadles porque ellos han vendido nuestras hijas y nuestras mujeres dejándonos en cambio el hambre y la miseria.

Cada cual sacaba a relucir los daños y perjuicios particulares que habían recibido de aquellos hombres, especie de vampiros tan comunes en todas las colectividades humanas, donde una administración defectuosa facilita la explotación por parte de unos pocos, en contra de las masas de pueblo que aún con grandes murmuraciones, continúa alimentando aquella insaciable avaricia.

Cuando los Kobdas hubieron resuelto el género de justicia que debían hacer, Jobed que era como se sabe el intérprete, subió al alto pedestal desde el cual se hablaba al pueblo y les dijo:

–Vuestro Scheiff quiere que nosotros seamos los jueces en el caso presente. Hemos averiguado a fondo la culpabilidad de estos hombres; sabemos hasta qué punto han sido verdugos de su propio pueblo al cual han despojado de diversas maneras, no sólo de sus bienes y haciendas, sino que entrando en el santuario de los afectos más íntimos han pisoteado vuestros sentimientos y hecho pedazos vuestra honra, desmembrando vuestras familias y sembrando vuestros hogares de hambre y de dolor.

“Según las leyes y costumbres han merecido la muerte, pero no siempre las leyes humanas están de acuerdo con la Eterna Ley de Justicia, que encamina a los pueblos hacia el gran ideal de felicidad y de paz que anhelan y que buscan. Estos hombres que aquí veis abrumados bajo el peso de vuestro odio y de su propia miseria, tienen también esposas, madres, hijos, hermanos, que acaso no tienen responsabilidad ninguna en los actos delictuosos de sus padres, y que por la infamante sentencia serían reducidos a la mayor miseria, a la esclavitud en las más odiosas condiciones de vida que pueda darse, y esto hasta la cuarta o quinta generación.

“Los bienes y haciendas de los reos vuelven al erario del Estado. Si confiáis en Asag y en nosotros que somos sus hermanos, hemos encontrado una justicia nueva capaz de corregir el error, remediando y subsanando sus efectos.

“Los que habéis sido perjudicados en vuestros bienes, os serán devueltos aumentados según el número de años que habéis sufrido el despojo.

“Los que habéis sido privados de miembros de vuestras familias para hacerlos esclavos, os serán devueltos con dotes que les pongan en condiciones de vivir honrosamente.

“Y estos hombres culpables de vuestro dolor, permanecerán reclusos

en los grandes talleres que hemos creado, donde trabajarán para sustentar sus familias y para pagar los daños y perjuicios que han causado, si los tesoros que poseen no alcanzaran a saldar ampliamente la deuda.

“¿Estáis conformes de esta nueva Justicia que os traen los Kobdas?”

Un gran clamor de aprobación resonó en el primer instante, pero pasado el eco formidable de aquel vocerío, se oyeron voces aisladas de protesta y descontento.

– ¡Hay hijos jóvenes muertos en esclavitud por los malos tratamientos recibidos, por el hambre, por los azotes, por el dolor!...

– ¡Hay hijas y esposas vendidas a caudillos extranjeros y de las cuales no ha vuelto ha saberse más!

–¿Con qué se pagará todo esto, decid con qué se pagará?

–Comprendo vuestro dolor al parecer irremediable –respondió el Kobda intérprete–, pero con la muerte de estos hombres tampoco remediáis ese mal; mientras que viviendo se los obligará a dar los datos necesarios para encontrar el paradero de vuestras hijas y esposas vendidas.

“Y como indemnización de los hijos varones muertos en esclavitud, se dará a los padres en capital acumulado, el máximo de lo que puede ganar un buen jornalero en tantos años como los que esos hijos han faltado del hogar paterno hasta el momento actual. Su vida no se os puede devolver, es verdad, ni aún quitándoles cien vidas que tuvieran estos hombres, pero si hubiere entre los padres perjudicados en tal sentido, ancianos sin un ser a su lado para consuelo y apoyo, tenemos en la Tienda-Refugio, gran número de adolescentes y jovencitos huérfanos que serían felices de servir de hijos de adopción, si sois capaces de amarles como se ven amados por nosotros que nunca les habíamos conocido, hasta que les hemos llevado a esa escuela de trabajo y de estudio, en que buscan conquistar su felicidad presente y futura.

La voz del Kobda intérprete calló, y un profundo silencio reinó en derredor suyo. El Scheiff hizo resonar una especie de flauta con una larga y sonora vibración, y esperó. El silencio continuaba quieto y profundo, lo mismo después de la tercera llamada.

Era la señal de que el proceso había terminado con el perfecto acuerdo de todas las partes interesadas en el conflicto.

Entonces apareció una numerosa agrupación de músicos y danzarines de ambos sexos, que vistosamente ataviados, realizaron danzas y cantos festejando el acontecimiento.

La muchedumbre fue desapareciendo poco a poco, quedando solamente el doloroso grupo de los delincuentes cuyas cadenas resonaban al más ligero movimiento.

Había entre ellos tipos de todos los grados de bajeza y de maldad a

que descende el ser humano, cuando se ha empeñado en rodar abismo abajo por la pendiente del mal.

– ¿Estáis conformes de seguir viviendo? –les preguntó el intérprete.

–Como esclavos no, como libres sí –contestó el que parecía tener autoridad sobre los demás.

–La esclavitud creada y usada por vosotros en perjuicio de vuestros hermanos, ya no existe en este país –volvió a decirle el Kobda–, pero la libertad que vosotros queréis os será quitada por el tiempo que ha marcado vuestra misma delictuosa vida y que marque en adelante la conducta que observéis. Quiero decir que no seréis libres hasta no haber pagado cuanto despojo hicisteis y hasta que vuestra norma de vida en el presente reivindique vuestro pasado, dando pruebas de una regeneración verdadera; pues mientras queráis ser malvados no se pueden desatar vuestras manos para que vuelvan a cebarse con víctimas indefensas. Sois pues vuestros propios jueces y vuestros propios carceleros. Cuando os hayáis decidido a ser hombres de bien, la puerta de vuestra cárcel-taller estará ampliamente abierta para vosotros.

Los delincuentes vestidos con las ropas comunes usadas en los talleres, fueron introducidos ya despojados de sus cadenas en el inmenso recinto fortificado que servía de correccional para los acusados de diversos desórdenes.

Mientras, Mabi tendida en su tarima de reposo luchaba entre la vida y la muerte a causa de que el exceso de frío, soportado en la caverna de nieve, había producido una parálisis en las extremidades inferiores que se iba extendiendo hacia la columna vertebral. Un gran agotamiento de fuerzas daba a todo su aspecto exterior una extrema laxitud que la obligaba a permanecer semidormida horas y horas. Pronto cundió la alarma entre las gentes más inmediatas a su tienda y comenzando por el Scheiff, de nuevo se encendió el furor que los Kobdas habían conseguido aplacar en contra de los delincuentes causantes de tales desgracias.

–Si Asag muere, la cólera de los dioses se desatará sobre este pueblo y todos pereceremos –decían angustiados–. Más vale la muerte de los criminales causantes de tanto mal antes que seamos todos aniquilados.

De nuevo el egoísmo denominado comúnmente instinto de conservación, asomaba sus fauces hambrientas de víctimas, juzgando erróneamente consolidar la propia felicidad con el aniquilamiento de seres humanos.

–Os prometo que Asag no morirá de este mal –aseguraban los Kobdas al pueblo inquieto día y noche alrededor de la tienda–. Dejad en paz a esos desventurados hermanos nuestros, que ya tienen de por sí bastante carga con sus propios delitos y no entorpezcáis con vuestros pensamientos de odio la curación de Asag.

“Y aunque hay mucho egoísmo en vuestro amor hacia ella, aún nos ayudaría grandemente a restablecerla si olvidáis de una vez por todas vuestros rencores y vuestros odios.

Y mientras Jobed que era el más joven, se mezclaba entre el pueblo para calmarlo, los dos ancianos que apenas podían andar por sus pies desde los últimos incidentes sufridos, sentados a la puerta de la tienda de Mabi respondían a los curiosos que luego serían portavoces entre la multitud, y formaban barrera fluídica defensiva para que no llegasen a la enferma las vibraciones del exterior.

Mientras tanto, Vladiko se sentía invadido de una honda y silenciosa angustia, que se agrandaba a medida que se iba despertando su conciencia dormida, su Yo superior ahogado temporalmente por la borrasca que había como aletargado todas sus facultades espirituales.

– ¿Morirá Asag?– era la pregunta que hacía varias veces al día a los dos Kobdas ancianos entretenidos en desgranar espigas de maíz y legumbres que iban encerrando en pequeñas bolsas de fibra vegetal, para ser repartidas entre los ancianos y madres enfermas que no podían hacerlo por sí mismos.

–Procurad, Scheiff, merecer la vida, la salud y el amor de Asag con vuestros pensamientos llenos de luz y de grandeza, y con vuestros actos de acuerdo con la nueva ley que hemos hecho llegar a vuestro conocimiento. –Y como le vieron tan entristecido y meditabundo, temerosos de que aquel espíritu nuevo aún en la corriente de evolución a la que recién llegaba, sufriera una fuerte depresión moral que le hiciera retroceder espantado del mal que él mismo había causado, consiguieron de Nubia el permiso de introducirlo junto a la joven postrada en el lecho.

De pie como una estatua en el centro de la tienda, Vladiko miró largo rato el rostro pálido y extenuado de la joven Kobda sumida en profundo sueño. La comparó en su pensamiento con aquella imagen vivaz, alegre y riante que viera él en la selva, el día aquel en que a toda fuerza la condujo a su campamento. Le pareció ver una dorada avecilla cantando alegre en una rama, y un cazador brutal que la hería de un flechazo dejándola sin vida junto al borde del camino. Le pareció una hermosa flor de los colores del cielo abierta en todo el esplendor de su belleza, y que una bestia inmundada la arrancaba de su tallo, y pisoteada y deshecha la dejaba entre la muerta hojarasca que el viento arrastraba por los campos.

Un dolor agudo como una mordedura de áspid en el corazón, le hizo exhalar un sordo gemido y dando un paso precipitado cayó de rodillas junto al lecho de Mabi y ocultó su rostro entre las pieles que la cubrían.

Se encontró a sí mismo tan malvado y criminal como aquellos a quienes quería llevar a la horca pocos días antes. Se encontró tan indigno del

amor de aquella mujer que había hecho su víctima, tan merecedor de su desprecio, tan sobrecargado de negruras en su propia vida, tan desnudo de cualidades grandes y bellas que pudieran agradarle, que en el fondo de su yo íntimo, hacía promesa a los dioses de poner a Asag al frente de su pueblo, y huir él a sus lejanas montañas nativas donde elegiría el peñasco más elevado y sombrío, y se despeñaría al abismo para buscar en la muerte acallar su remordimiento.

Mas la Ley Eterna marcaba otros rumbos al Caudillo circasiano a quien el dolor acababa de despertar.

Durante esta larga y dolorosa meditación de Vladiko arrodillado junto al lecho de Mabi, Nubia contemplaba en silencio por la abertura de una cortina, comprendiendo todo cuanto pasaba por él. Y con su pensamiento sereno y fuerte llamó al espíritu de Mabi que de seguro viajaba por los amados lugares donde había dejado todo cuanto amaba sobre la tierra. La joven se despertó y para evitar su natural sorpresa la anciana asomó su rostro por entre los pliegues del cortinado y poniendo el índice sobre los labios le indicó callar. Mabi entornó de nuevo sus ojos, buscando en su amplio horizonte espiritual la fuerza necesaria para afrontar la lucha que ya adivinaba, con el dolor desesperado y hondo de aquel hombre que olvidando su altivez y orgullo de dominador, estaba allí como un siervo castigado y herido, de rodillas junto a su lecho.

Y Mabi sintió en su corazón el rozamiento helado de la angustia de aquel otro corazón, que a sí mismo se acusaba de brutal y bárbaro verdugo. Una inmensa piedad llenó su alma hasta hacerla desbordar y sacando de entre las pieles que la cubrían su diestra enflaquecida por la enfermedad, la dejó caer suavemente sobre aquella madeja de oro pálido que tal semejaba la cabeza de Vladiko, laciamente sumida entre las blancas pieles del lecho.

La suave caricia de aquella mano desfallecida, causó en el Caudillo la fuerte impresión de una corriente eléctrica que hubiera abierto de pronto los cerrojos de bronce con que aprisionaba toda su angustia, para amordazarla en el fondo de su pecho, y sin poderse contener estalló en sollozos profundos que desgaja el viento en una oscura noche de tempestad.

Y Mabi continuaba pasando y repasando suavemente su mano pálida de enferma sobre aquella cabeza estremecida por los sollozos.

— ¡Vladiko! —le dijo por fin, cuando le vio más calmado—, olvida el pasado y piensa que recién en este momento me has conocido. Si los que conocemos la gran ley del amor que es luz, paz y vida en todos los mundos no fuésemos capaces de perdón y de amor, ¿dónde entonces buscarían las humanidades el agua fresca para apagar su sed?

Vladiko tomó en silencio aquella mano que le había llamado de nuevo

a la vida, con una intensa vibración de piedad y de ternura, y la llevó en silencio a sus labios.

Se sentía incapaz de hablar, sin fuerzas ni aún para coordinar de nuevo sus pensamientos, en un orden distinto del negro y agitado horizonte mental en que estuvo sumergido un momento antes. Había visto en su mente y casi palpando el descarnado y alto peñasco en que iba a buscar la muerte, ante la tumultuosa tiniebla de su desesperado remordimiento y se encontraba de improviso arrullado por la piedad y la ternura de aquella joven enferma, a la que él en su loca pasión había hecho desventurada.

– ¡Mujer del vestido azul! –le dijo en voz queda cuando pudo ordenar sus ideas–, ¡si yo hubiese aún dudado de que tenía a Asag misma bajo mis tiendas, la ternura inefable de tu piedad sobre mí, me lo hubiese ampliamente revelado!...

–Adiviné que pensabas morir, despedazando contra un peñasco ese corazón que me ha amado tanto y antes de ahora –le dijo otra vez Mabi, animando su voz para fortalecer y reanimar el decaído espíritu de Vladiko, que aún se veía envuelto en las negruras de su inconsciencia. Pero la Eterna Ley quiere que vivas, y yo quiero que vivas.

– ¡Tú quieres que viva! ¿Y para qué, Mabi..., dulce y tierna Mabi, como te llaman tus hermanos, si mi vida es una cadena para ti? Porque eres Asag, sé que aunque yo te dejase de nuevo la libertad de volver a tu país, tú no partirás de mi lado. Hay en mí algo que me dice que no partirás.

La joven sonrió tristemente y tomó la diestra del Caudillo –que continuaba arrodillado junto a su lecho.

–Tu corazón no te ha mentado, Vladiko, porque es verdad que no partiría. Hay también en mí algo que me dice que nuestras vidas están unidas como estas manos enlazadas en este instante.

– ¿Entonces me amáis?... ¿seréis feliz a mi lado? ¿Os hará dichosa mi amor y la adoración de mi pueblo? –preguntó ansioso el Caudillo.

–Llamemos como queramos a esta honda piedad y ternura que siento por vos y por vuestro pueblo; pero sé que es una gran fuerza suave y dulce que me retiene a tu lado, no obstante el amor que hay en mi corazón para los seres y lugares que he amado desde mi niñez. Si esto es el grande amor que tú has buscado en mí, si esto te hace feliz, si esto es luz y dicha para ti y los tuyos, recógelo Vladiko, como a las gotas que riegan tus campos como a las notas suaves de los cantares de amor de tus pastores y labriegos, como a la rosada claridad de las antorchas encendidas para alumbrar tu camino.

Nubia que escuchaba este diálogo de dos almas que se encontraban por fin en la eternidad de Dios, se acercó a los Ancianos Kobdas que desgranaban espigas para decirles:

– ¡Por fin amanece el día, hermanos míos, después de la cruel borrasca, y cantan los pajarillos y florecen los almendros! El dolor que hemos soportado juntos ha barrido las últimas nubes que ennegrecían el horizonte, y a la luz sonrosada de la aurora, las dos almas que se buscaban en las tinieblas se han encontrado al amanecer.

–Antes de salir de La Paz –dijo uno de los Kobdas–, ya se sabía que Mabi no llegaría a Num-Maki porque a mitad del camino estaba el pedestal en que debía sentarse.

–Bendigamos al Altísimo que conduce las almas al cumplimiento de sus destinos –respondió el otro.

En ese instante asomó Vladiko a la puerta de la tienda y su rostro parecía iluminado de felicidad.

–Pero éste no es el Scheiff que entró hace unos instantes, –díjole bromeando Acadsú.

– ¿Cómo? –preguntó Vladiko.

–A la verdad –añadió el anciano Ibrín, sin dejar de desgranar sus espigas–, porque el Scheiff de hace un rato traía la muerte dentro de sí, y éste que ahora sale acaba de nacer a la vida y al amor.

– ¿Queréis que lo participe al pueblo? –preguntó de nuevo el Caudillo, comprendiendo las alusiones de los dos ancianos.

–Hacedlo, hacedlo –le contestaron los tres Kobdas–, y así renacerá la paz y el sosiego que necesitamos para restablecer a Mabi que está muy agotada.

Pocos momentos después resonaban los aires con cantares de júbilo y de gloria.

La tienda de Mabi fue rodeada por murallas de pueblo que esperaban con ansia saber para qué habían resonado aquellas músicas y aquellos cantares.

Un joven heraldo vestido a toda gala subió a lo alto del pedestal y usando una gran bocina de oro resplandeciente, que se usaba para estos casos, hizo oír del pueblo estas palabras:

–Asag vive y ama a nuestro Scheiff, con el cual se unirá en matrimonio de aquí a seis lunas. Suspended los trabajos y las contiendas porque los dioses han dejado oír su voz de perdón y de amor para su pueblo.

“¡Viva Asag, prometida de nuestro Scheiff! ¡Viva el Scheiff, padre de su pueblo! ¡Salud y paz para los hombres de vestido azul que nos han traído la felicidad y el amor!

Así brilló el amanecer de sosiego y de paz en aquel pueblo, que por los pórticos dorados del amor, entraba al concierto de la más alta y noble civilización de aquel tiempo.

Al día siguiente salieron mensajeros en tres distintas direcciones: hacia La Paz, hacia Num-Maki y el país de Ethea, para establecer la solidaridad y la unión con aquellos tres grandes centros de poblaciones de la Alianza, donde residían todos los amores humanos de Asag, como decía Vladiko, cuyo desbordamiento de felicidad parecía obligarlo a cantar en todos los tonos que amaba y era amado de Asag.

Y nosotros siguiendo a los mensajeros llegaremos también con ellos, a visitar de nuevo aquellos parajes donde irradiando desde las almas de los Kobdas, la Sabiduría y el Amor, continuaban encendiendo los fuegos hogareños plenos de vida y calor, de suavidad y de paz para todos aquellos que dóciles a la gran doctrina de fraternidad humana, iban anulando en sí mismos las tiranías del egoísmo.

Shiva a la llegada de Abel y su hija Helia, había tenido una gran reacción que aún le permitió abandonar el lecho en días y horas determinados en que las circunstancias del clima, de la atmósfera y de las corrientes espirituales, le permitían poner en acción las últimas energías de su organismo agotado.

Cuatro lunas habían pasado desde que Abel y Helia se separaron de su hermana Mabi, dejándola cautiva abrumada de dolor entre el pueblo circasiano; y aún cuando las corrientes telepáticas se habían mantenido sin interrupciones notables, una vaga inquietud sacudía a veces el alma de Shiva y Helia, por causa de la cautiva.

Las graves alteraciones psíquicas que habían sufrido los Kobdas que acompañaban a Mabi, igualmente que aquellos que se encontraban en torno de Shiva casi moribunda, debieron necesariamente causar algunos paréntesis más o menos largos, por lo cual todos deseaban noticias dentro del plano físico en que todos actuaban.

Y los mensajeros de Vladiko iban a satisfacer ese gran anhelo común.

Los Kobdas como infatigables cultivadores del espíritu humano, jamás descuidaban la activa vida extraterrestre que lleva, aún en la materia, todo ser consciente de sus elevados y nobles destinos como seres afiliados a una grande alianza redentora. Y así cuando se enviaban mensajeros, iban éstos cargados de los diarios relatos psicográficos, que los sensitivos escritores o hipnóticos habían recogido del plano astral, a los efectos de comprobaciones y control necesario de las facultades supranormales, que trataban de desarrollar en ellos al más alto grado que es posible en las condiciones de vida terrestre.

Y los mensajeros de Vladiko fueron portadores de todo lo que durante aquellas cuatro lunas habían grabado en sus cartapacios de telas enceradas, los Kobdas que residían entre el pueblo circasiano, como acompañantes de la joven cautiva.

Sólo ella no había grabado ni un signo en su carpeta, si bien algunos momentos de hipnosis le habían permitido sentir a veces el suave efluvio de sus alianzas espirituales de siglos, sobre todo de parte de Abel, Bohindra, Helia y Ada, con quienes tenía profundas afinidades.

Y siguiendo en primer término al mensajero que partió al país de Num-Maki, nos encontraremos con su capital engalanada como para las grandes solemnidades. Shiva no quería partir del plano físico sin dejar a su pueblo asegurado en la paz y el bienestar para mucho tiempo. Helia-Mabi, su esposo, era casi un extranjero en aquella tierra donde llegara en su niñez y por donde había pasado sin dejar rastro y sin ser conocido en ninguna forma. Razón era ésta muy suficiente para que una vez desaparecida Shiva, aquellos antiguos invasores gomerianos que habían sido azote de este pueblo durante tantos años, intentaran nuevamente apoderarse de él para reducirlo otra vez a la esclavitud y a la miseria.

Y se aprovechó una tibia tarde serena, en que Shiva asomada al ventanal delantero de su morada pudo dejarse ver de la multitud apiñada en derredor suyo.

Y Abel que había sido presentado al pueblo como representante del Kobda-Rey, jefe de la gran Alianza del Éufrates y del Nilo, habló a la muchedumbre para manifestar las resoluciones tomadas por la amada Manh Shiva, cuya grave enfermedad les tenía pesarosos y llenos de incertidumbre.

— ¡Hermanos míos! —dijo el Hombre-Luz—, a mi llegada a esta tierra escuché gemidos, sollozos y vi reflejada la angustia en todos los semblantes y que de todos los labios surgía esta interrogación: ¿Qué será de nosotros y de nuestros hijos si muere la Suisini-Manh Shiva, que tan felices nos ha hecho desde su llegada a la tierra que la vio nacer?

“La Ley Eterna a la que ella se unió para hacer vuestra felicidad, le ha permitido vivir hasta poderos dar una hija suya, alma de su alma y sangre de su sangre, para que continúe sus obras de amor y de consuelo junto a vosotros, y esto no sólo por ser su hija según las leyes físicas, sino porque la sabe animada de los mismos anhelos y sentimientos que ella tuvo junto a vosotros.

“Mas, como la Ley de los pueblos de la Alianza prohíbe a un Caudillo o Jefe de tribus, erigirse en gobernante suyo sin contar con la aceptación y amor de su pueblo, yo os interrogo a vosotros en este instante solemne: ¿Queréis por soberana y madre a la joven Helia, hija de Shiva y Helia-Mabi, nieta de vuestro antiguo Caudillo Aranzán?

– ¡La queremos, la queremos!..., ¡porque tiene el mismo corazón de la madre y es la pequeña Manh Shiva!... – resonó una gran voz, y luego el vocerío de la muchedumbre que repetía las mismas palabras agitando ramas de árboles, arrojando flores al ventanal, donde la pobre Shiva lloraba y reía abrazando a su hija que fue llamada en ese instante, mientras Helia-Mabi y Abel de pie a ambos lados de ellas, contemplaban con honda emoción aquel entusiasmo popular ante el cuadro conmovedor de la madre, cuya vida física se esfumaba por momentos y de la hija que comenzaba la suya.

Shiva reunió en un supremo esfuerzo las pocas energías que le quedaban y dijo a su pueblo:

– ¡Tanto os he amado que os dejo al partir el más precioso legado que os puedo dar: mi hija! Que será para vosotros como si yo hubiera rejuvenecido para haceros felices por largo tiempo más. Prometedme que la amaréis como a mí me habéis amado y que os sentiréis hijos suyos, dispuestos a sacrificaros por su felicidad como ella lo está de sacrificarse por la vuestra.

Las mujeres comenzaron a llorar a grandes sollozos, mientras los hombres llenaban el ambiente con sus aclamaciones y sus promesas.

– Amaremos a la pequeña Shiva como os amamos a vos, Suisini-Manh... ¡Suisini-Manh!, dulce y buena como el pan y la miel. Desde vuestro paraíso veréis que vuestro pueblo os cumple su juramento.

Y durante largo espacio de tiempo continuó el clamoreo, haciendo llorar a Shiva y a su hija, en las cuales se reavivaba la certeza de que pocos días tenían para estar juntas.

Sin poder ya continuar hablando por la profunda emoción que la embargaba, Shiva se desprendió su diadema y velo blanco de Reina Kobda, y ayudada por su esposo y Abel, los colocó sobre la cabeza inclinada de su hija cuyo rostro juvenil, embellecido por la emoción, la asemejaba a esas transparentes figuras alegóricas, que esbozaban los artistas de la antigüedad para representar la tristeza de los pueblos junto a la tumba de sus héroes.

El pueblo vio entonces que otro velo blanco cubría la cabeza de Shiva, su cabellera suelta, que el céfiro tibio de aquella tarde agitaba suavemente; y prorrumpió en nuevas aclamaciones, promesas y juramentos de fidelidad y de amor.

– Ahora no soy ya más que vuestra madre que os bendice antes de morir. – Y extendió sus manos pálidas como azucenas mustias, sobre el pueblo que había hecho feliz con sus sacrificios y su abnegación. La multitud no pudo contenerse más y cayó de rodillas llorando amargamente, mientras se oía la voz temblorosa de Shiva, que decía–:

“¡Que el Altísimo Dios que gobierna los mundos y los seres y alienta

en todas las cosas, os dé con abundancia los dones de la tierra y más que todo su Paz y su Amor por siglos de siglos!

Helia abrió sus brazos significando que abrazaba a su pueblo según era la costumbre en aquellos países y recibió una lluvia de ramilletes y coronas de flores que le arrojaban las doncellas desde lo alto de los elefantes blancos, que hacían guardia de honor a ambos lados del ventanal.

La enferma que había agotado todas sus fuerzas cayó desfallecida en los brazos de su esposo que la condujo a su lecho. Las cortinas del ventanal se cerraron y el pueblo empezó a disolverse llevando en el alma una doble emoción: la partida de la Suisini-Manh, de la divina madre, y la llegada de la Pequeña Shiva, a la cual denominaron desde aquella hora “Manh Ina” que significaba madrecita, o madre pequeña. Diez días después se esfumaba la vida física de Shiva como un suspiro perdido en el espacio, como suave resonancia de un canto que se desvanece en la inmensidad, como el efluvio de un beso que continuara en imperceptibles vibraciones de serenidad y de amor.

La muerte se produjo pasada la media noche, motivo que ayudó a que sus alianzas espirituales que se hallaban encarnadas, acudieran a la evocación de su amor cuando sintiéndose ya morir, tuvo fuerzas para llamar:

“Mabi, Iber, hijos amados de mi corazón... Bohindra..., dulce y santo Rey-Kobda de mis días de tempestad y de dolor, Reina Ada, Evana... Adamú... Aldis... Hermanas mías de La Paz que curasteis las heridas de la Shiva desventurada, mendiga, sola en el mundo; que llegó a vosotros en un día lejano. ¡Sed conmigo en esta hora en que la Eterna Ley me concede el descanso, la paz y el amor!... ¡Yo os amaré por toda la eternidad!...

El último beso de Helia arrodillada junto al lecho y las manos de Helia-Mabi secándole la frente, fueron acaso las postreras sensaciones físicas de la moribunda, que abrió sus ojos a la llegada de Abel llamado en tal instante. Se acercó para decirle:

–Parte serena amada Shiva que nuestro amor te acompaña hasta el seno de Dios en que te sumerges. ¡Eterno Amor!... ¡Piedad Infinita!... ¡Recibe en ti esta chispa de ti mismo, que después de la dura jornada busca el sosiego y la paz!

Una suave corriente de amor, de dulzura, de íntimo gozo, se extendió por el ambiente, haciendo comprender a los más sensitivos que las alianzas espirituales de Shiva, encarnadas y desencarnadas, habían acudido para acompañarla a franquear el dintel de la gran portada hacia la inmensidad infinita. Ella sonreía mirando hacia la techumbre de la habitación como si bellas imágenes le sonrieran a su vez. Hizo un leve esfuerzo por levantar hacia allí sus brazos, que cayeron lacios sobre el lecho al mismo tiempo que un hondo suspiro, el postrero ya, se exhaló de sus labios.

Así terminó aquella vida física de este ser, cuyos caminos de evolución estuvieron siempre marcados por los dolores morales más íntimos y por la dulce piedad que aún en medio de grandes amarguras supo dar a los seres que la rodeaban.

* * *

El otro de los mensajeros de Vladiko se había dirigido hacia el País de Ethea, para llevar a Iber el mensaje de adhesión y de afecto del hombre que iba a unirse con su hermana Mabi.

Largas y detalladas escrituras en papiros, daban noticia al hermano de las vicisitudes que había pasado la joven Kobda y sus acompañantes desde que ella fue retenida por el Caudillo. Jobed se había ocupado de ir anotando, día por día, todo cuanto les ocurriera desde su llegada al bosque en medio del cual se hallaba el campamento circasiano. Y Mabi había añadido esta breve posdata final:

“Hermano mío: después que hayáis leído el relato de los acontecimientos realizados aquí, me diréis si es que encontráis los pasos de mi ley marcándome esta ruta o si es sólo una emboscada del Mal para entorpecer nuestros caminos. Vladiko ha realizado cuanto puede hacer un hombre que ama para conquistar el amor de la amada; y si bien es verdad que sólo a medias estoy conquistada, pareceme que el gusto o disgusto de los que yo amo, producirán la decisión final. Hay tres lunas de plazo. Que la Luz de la Divina Sabiduría sea con nosotros. Mabi”.

Eran los mensajeros elegidos para las misiones de importancia, hombres de la absoluta confianza del Jefe de un pueblo, bajo el punto de vista de su lealtad y de su capacidad para representar a su Caudillo ante un pueblo extranjero.

Y los tres mensajeros de Vladiko habían sido elegidos por los Kobdas de entre los cien hombres llamados Koraforcas, que se tenían de antemano escogidos para los grandes viajes. Koraforcas en aquella lengua significaba más o menos esto: “corredor fuerte”. El grupo o cuerpo de Koraforcas estaba pues compuesto de hombres ampliamente conocedores de todos los caminos, de las formas de locomoción, de los peligros y dificultades de algunas travesías y tenían además ciertos principios de las lenguas más vulgarizadas en la época.

En todos los pueblos de la antigüedad los emisarios o mensajeros formaron como una clase social, una casta, una profesión para lo cual los más antiguos, cuando se sentían ya sin fuerzas, preparaban un sucesor. Debían ser hombres de gran responsabilidad moral y material, y según la misión fuera de mayor o menor importancia, el mensajero dejaba a su Caudillo o soberano, su propia familia y sus bienes en rehén o garantía

como diríamos hoy, para que si él no cumplía como era debido, su familia pasaba a ser esclava de aquel y todos sus bienes iban al erario público.

Como es de suponer esta costumbre originaba también muchos abusos tanto de parte de los Príncipes, como de los mismos mensajeros.

¿Quería un Caudillo apoderarse de la esposa o de una hija de un mensajero, o también de sus bienes, y esto sin que apareciera ante el pueblo la más leve señal de injusticia o arbitrariedad? Preparaba una emboscada al emisario que, o perdía la vida y el mensaje, o era vendido a los piratas como esclavo y transportado a lejanos países de donde nunca volvía.

Y el mensajero a su vez realizaba a espaldas de su Jefe, pingües negocios en el mayor secreto, sirviendo de espía a distintos caudillos, o de agente a los grandes piratas que tenían sus madrigueras subterráneas a la costa de los mares. Y la sabiduría y prudencia de los Kobdas reglamentó estas costumbres, de forma que los mensajeros en todos los pueblos de la Alianza no pudieran causar daños a su Jefe ni recibirlos de él.

Esta aclaración ha venido para hacer comprender al lector, el esmero con que los Kobdas compañeros de Mabi habían elegido los tres emisarios, cada uno de los cuales llevaba consigo un breve grabado que decía: “Confíad en él porque es hombre justo”, y al pie el sellito con que los Kobdas refrendaban todo documento que emanaba de ellos: el cordero parado sobre un libro, símbolo de la Bondad y la Sabiduría.

El emisario que llegó al país de Ethea fue llevado por Selyman a visitar las obras más importantes que realizaban en bien de esos pueblos, para que llevara exacta noticia a sus hermanos los Kobdas, que entre el pueblo circasiano comenzaban recién el grandioso apostolado de la fraternidad y del amor.

Siguiendo pues al emisario, observaremos también nosotros lo que ocurría en aquel país que nos fue tan familiar en los comienzos de este relato.

Iber estaba convaleciente de una herida en la espalda que le había alcanzado el pulmón derecho. Recordará el lector que en Monte Kasson se albergaba la joven viuda del Cherú de Tracia, a la espera de que el Thidalá-Rey de todos los pueblos de la Alianza le hiciera justicia, o sea que pusiera a ella y su hijo en posesión de sus dominios. Mientras Bohindra hacía tramitar una alianza pacifista y conciliadora entre los distintos bandos que se despedazaban como fieras hambrientas en Tracia, pasó bastante tiempo, o sea lo suficiente para que la joven viuda olvidase al Cherú asesinado y se sintiera atraída por un nuevo amor.

La anciana Elhisa comenzó a sentir que sus fuerzas físicas decaían, razón que obligaba a Iber a visitarla con mucha frecuencia, tratando de convencerla que tenía ya merecido el glorioso nombre de Libro Vivo y que debía partir para Neghadá, donde todos sabían que se hallaba

su alma gemela, su gran hermano Adonai el Pharaohome, que hemos conocido al lado de Abel el Hombre-Luz y de Marván, el tempestuoso Caudillo de Artinón.

Luvina, la gran auxiliar de Elhisa estaba ya en condiciones de reemplazarla y sólo se esperaba la llegada de un velero que debía llegar de un momento a otro trayendo desde Neghadá un refuerzo de diez mujeres Kobdas más, para ayudarlas en la ardua misión de instructoras de Berecinas y de siervas. Iber había pedido también algunos Kobdas para auxiliar a Selyman en la atención de los ancianos y de los enfermos que aumentaban día a día.

La Cherúa de Tracia, muy joven y muy bella, se creía pues con todos los derechos a ser amada por cualquier príncipe o Caudillo de la tierra, y encontró muy natural y muy lógico enamorarse de Iber, el joven Kobda que por elección de Elhizer y de los Ancianos, gobernaba los países de Ethea y de Nairi.

La atraía poderosamente aquel joven sencillo, modesto y afable en sumo grado.

– ¿Por qué no vestís la púrpura de los príncipes? –le había preguntado ella en una oportunidad que tuvo de hablarle.

– Porque la túnica azulada de los Kobdas me ayuda mejor a ser hermano antes que señor de estos pueblos –le había contestado Iber con su sencillez habitual.

– ¿Y no tenéis el deseo de fundar aquí una gran dinastía que perpetúe vuestro nombre por largas edades? –preguntóle de nuevo la princesa cuyo nombre de familia era Záfira.

– Vos no comprendéis, Cherúa, el alma de los hombres de vestido azul, y no la comprendéis porque ignoráis la luz que a ellos los alumbraba. ¿Qué puede halagarme la fundación de tal dinastía, si la gran Ciencia de la Vida me ha hecho saber que si hoy ocupo este puesto por circunstancias especiales, con la muerte todo esto termina y si he sido mal príncipe, en mi futura encarnación terrestre seré un siervo, o un haraposo mendigo que acaso tenga que recoger el pan de los muladares donde se arrojan desperdicios?

“Y todavía con el agravante de cargar encima de mi conciencia con la terrible responsabilidad de que el gobierno de estos pueblos sea patrimonio por siglos y siglos de los que por la sangre sean mis descendientes, así sean buenos o malos, ruina y dolor de estos mismos pueblos. No, Cherúa, no soñéis encontrar en el alma de un Kobda consciente de lo que tal nombre significa, esas mezquinas ambiciones que para él están fuera de toda razón y de toda lógica. Kobda significa corona; y corona de justicia, de amor y de paz debe ser la vida del Kobda que por especiales circunstancias ha sido llevado a gobernar pueblos.

Tales conversaciones empezaron a iluminar el alma de aquella joven y bella mujer, con resplandores que hasta entonces ella no había soñado, pero a la vez habían hecho nacer en ella un amor intenso al joven Kobda que le parecía un hombre demasiado grande, demasiado noble y bueno comparándolo en su mente con todos cuantos había conocido.

Un alto jefe guerrero, el más fiel confidente del Cherú asesinado, había seguido a su viuda al destierro y la amaba secretamente sin haberle manifestado su amor jamás. Soñaba con un futuro de felicidad cuando ella dejara a su vez de soñar con volver a ocupar su derrumbado trono y se resignara a vivir la modesta vida de una mujer esposa y madre, en cualquier paraje de la tierra que les brindase hospitalidad.

Fue testigo del nuevo amor que nacía en el alma de la princesa y creyó entonces oportuno hacer valer sus merecimientos como fiel servidor del Cherú y de todos sus intereses de familia, para convencerla de que antes que un extranjero, estaba él que la había amado en la desgracia y que tantas veces se había expuesto a la muerte por salvarla a ella y a su pequeño hijito.

La Cherúa que por momentos tenía altiveces de tirana, como suaves ternezas de zagala, le recibió con desprecio su amorosa declaración y le humilló con esta comparación:

– ¿He de pensar en unir mi vida a la tuya que sin el amparo del Cherú no eres nadie, cuando tengo mi corazón lleno con la bella imagen de este príncipe de vestido azul? Y si te atreves a hacerme de nuevo tan loca insinuación, haré que te expulsen de este recinto y te ahorquen por haber ofendido la dignidad de tu soberana.

Fue demasiado humillante el agravio para aquel hombre, que llevaba ya por varios años acallando y sofocando dentro de sí aquella grande pasión amorosa que había llegado a subyugarle por completo.

Ciego de ira y de despecho asestó una puñalada al joven Kobda cuando éste entraba a la Morada de las Berecinas. Y con el mismo puñal con que lo había herido se abrió la garganta, rodando su cuerpo bañado en sangre por la escalera de piedra que acababa de subir Iber, para hacer la visita de despedida a la anciana Elhisa pues le acababan de participar que el velero estaba a la vista y que debía anclar en el puerto de Dhapes, dos horas después.

Este breve relato ha enterado pues al lector de las causas porque el mensajero de Vladiko, encontró convaleciendo de una enfermedad al joven Kobda, soberano de Ethea, a quien había sido enviado.

La anciana Elhisa se encontraba en esa circunstancia en Dhapes donde debía embarcarse para Neghadá. Su salida de Kasson había sido una especie de fuga a la media noche para evitar las escenas dolorosas del adiós de sus nietecitas, de las Berecinas, de las siervas, de toda aquella población

que se había formado en torno a la suntuosa mansión transformada por la magia del Amor en templo augusto del trabajo y del estudio.

De allí surgía como de un abundante manantial: la paz, la dicha y la abundancia para todos aquellos que se acercaban a sus puertas, buscando orientar sus vidas hacia los amplios horizontes que vislumbraban a través de la enseñanza de las hijas de Numú.

Elhisa dejaba pues allí tan hondos y profundos afectos, que ella decía a Iber, despidiéndose de él:

–Sí, hijo mío, es necesario que mi espíritu descanse de las profundas emociones de tanto amor, de tanto cariño, que hasta encuentro desmedido y exagerado el que me prodiga ese amado Monte Kasson, donde si mucho he padecido por la ignorancia y las debilidades humanas, mucho más tengo que agradecer a la Bondad suprema por la felicidad que siento al ver ese huerto empezando a florecer.

Iber presentó el mensajero de Mabi a Elhisa, y le informó de lo ocurrido con sus dos hermanas.

–Los tres habéis sido colocados como alondras en lo alto de una torrecilla, porque en cada venida del Verbo de Dios es necesario inundar de amor a la humanidad para que no se aniquile a sí misma en los siglos de oscuridad que han de venir. –Y dijo al mensajero–: Decid a las dos hermanas de Iber que una viejecita Kobda de setenta y tres años les anuncia que las espera en Neghadá, cuando también sus campos de labranza empiecen a florecer.

–Y, ¿a mí no me esperaréis allá? –interrogó Iber, cuando ya, Elhisa salía para embarcarse.

–A ti más pronto que a ellas pues cuando tomes por esposa a la niña de las rosas blancas, ¿no darás un vuelo con ella desde La Paz hasta el otro lado del mar?

– ¡Dios lo dirá! –contestó gravemente el Kobda, como si tal pensamiento le hubiese sumido de pronto en una oscuridad que le espantaba.

Selyman y otros Kobdas acompañaron a Elhisa y cuatro siervas que la seguían para vestir la túnica azulada en el viejo santuario de Neghadá.

Presenciado todo esto por el mensajero circasiano le vemos poco después sumido en profundas cavilaciones.

– ¿Qué tenéis? –le preguntaba Iber, viéndole silencioso a su lado.

–Me encuentro desorientado en mi pensar –le contestó–. Entre mi pueblo estábamos todos convencidos de que vuestra hermana es la encarnación de Asag, la divinidad protectora de nuestra raza desde hace siglos.

– ¿Y eso os turba la paz?

–Y aquí he venido a conocer esta anciana que acaba de partir y cuyas obras me hacen pensar si también será Asag; y las otras mujeres de

vestido azul que allí quedan haciendo iguales obras que ella y amando como ella, ¿no serán también Asag que ilumina y guía a los hombres? ¿Cuál es entonces la verdadera Asag si todas se le parecen?

—Amigo mío —contestóle Iber—, si a eso vamos, cada porción de humanidad tiene su Asag, o sea sus enviados, sus protectores, sus guías, porque la grandeza infinita del Alma Madre, no puede dejar abandonados ni al más pequeño e insignificante de sus hijos, si él mismo no se aparta por su propia voluntad del caminito que se le ha trazado. Si será o no mi hermana Mabi la encarnación de vuestro espíritu protector no lo sé, pero sí estoy convencido de que en la hora presente encarna ella por lo menos el pensamiento de vuestra Asag.

“Por lo demás no os asombréis ni estéis así caviloso y perturbado, y no veáis en los hombres y mujeres Kobdas sino lo que somos: criaturas humanas como todas las demás, que nos hemos propuesto derramar la paz, la dicha y el amor entre los hombres, y lo cumplimos lo mejor que podemos y aún a costa de grandes esfuerzos. Y mientras los Kobdas estemos de verdad animados de este grande deseo de amor, de paz y de fraternidad para todos los seres, estamos como transformados en instrumentos aptos para que la Eterna Energía Creadora y Conservadora, nos tome a su voluntad para derramar todo el Bien que de ella emerge sobre la humanidad preparada para recibirlo.

“Pero si por desgracia los Kobdas dejáramos evaporarse en nosotros esos grandes principios de amor y de justicia, de fraternidad y de concordia, dejaríamos de servir de instrumentos de la Divina Energía, y no podríamos ya ser como vuestra Asag sobre los pueblos, sino que arrastrados por la inconsciencia y por los egoísmos humanos, causaríamos acaso grandes desastres bajo los cuales nos veríamos aplastados nosotros mismos

“Las leyes de la Eterna Justicia son inmutables y si a veces los hombres no comprendemos sus caminos, es porque nos colocamos en un punto de mira que no es el adecuado.

“Suponed que vuestro jefe al apoderarse de mi hermana hubiera obrado brutalmente con ella, convirtiéndola en una de las mujeres que tenía para su satisfacción, de seguro que ella no habría sido una Asag para su pueblo. Suponed que mi hermana desesperada de verse apartada de los suyos, se hubiese dado muerte a sí misma, o se hubiese escapado de entre vosotros para seguir el impulso de su corazón que la llamaba hacia su familia carnal, tened por seguro que tampoco hubiera sido Asag para vuestro pueblo. Vosotros habríais continuado con todos los padecimientos que entre vosotros había; y ella colocada en un sitio que no era el suyo, no hubiera encontrado paz ni sosiego, como no lo encuentra el organismo que tiene un hueso, un órgano, una víscera fuera de su lugar.

“A veces decimos: si yo tuviera tal capacidad, y tan grandes medios, ¡qué obras grandiosas realizaría! Creedme, amigo mío, que todos los Kobdas tenemos la profunda convicción, de que si es verdad que un ser es capaz de realizar obras de amor y de justicia teniendo a su disposición grandes medios, la Eterna Energía se los da, porque sería un desperfecto en su Eterna Justicia el desperdiciar esa voluntad plenamente decidida al Bien.

Y mientras Iber y el mensajero continuaban dialogando sobre los acontecimientos relacionados con su hermana y los Kobdas que se encontraban entre el pueblo circasiano, y la Mangrave Elhisa se hacía a la vela con rumbo a Neghadá, sigamos con el lector al tercer emisario circasiano que había llegado a La Paz en las orillas del Éufrates.

* * *

Por avisos espirituales tenían allí conocimiento de que Mabi fue retenida por un Caudillo y que con ella habían quedado Nubia, Ibrín, Acadsú y Jobed, en calidad de guardianes hasta que los acontecimientos les marcaran el mejor camino a seguir. Pero la llegada del emisario era para los Kobdas la comprobación material de los avisos extra-físicos y el conocimiento en detalles de todo cuanto había ocurrido.

– ¡Pobre hija mía, Mabi! –exclamaba con lágrimas en los ojos la sensible y dulce Evana–. ¡Tu corazón te anunciaba el sacrificio cercano y por eso te resistías a partir del hogar de tus amores! ¡Que la fuerza divina sea contigo!

Y Bohindra reunió el Consejo al que fueron admitidas Ada, Evana y las Instructoras del Santuario de Mujeres, para dar lectura al largo informe que los Kobdas compañeros de Mabi habían escrito, para que el Alto Consejo de La Paz pudiera formar juicio sobre si habían obrado conforme a la Ley, y darles a la vez una opinión sobre el rumbo a seguir en adelante.

Mas, antes de conocer las resoluciones que tomaron ante los acontecimientos ocurridos y que los tres mensajeros tornen a su punto de partida, el Alto Consejo debió suprimir esa tarea para despedir a uno de sus Libros Vivos que partía al plano espiritual.

SISEDÓN DE TROHADE

No obstante la gran serenidad con que los Kobdas presenciaban la partida del plano físico o desencarnación de sus hermanos, la de Sisedón causó honda conmoción sobre todo en los Kobdas de edad madura, que por tantos años le habían tenido por compañero en las íntimas tragedias del espíritu y en el desenvolvimiento de su vida colectiva, como Institución consagrada a ser nave salvadora de todos los náufragos humanos.

Bohindra le amaba tiernamente como a un hermano fiel que le hubiera visto nacer, pues cuando él llegó desde Otlana, desesperado, huyendo de su propio dolor íntimo y cruel, Sisedón era un Kobda joven y le fue asignado como vecino de habitación para consolarlo, arrancándolo poco a poco de su terrible estado de enervamiento y pesimismo. Habían vivido, sufrido y luchado juntos durante más de sesenta años, contando el tiempo antes y después de la transmigración de Bohindra y bien comprenderá el lector que aquellas dos almas habían llegado a conocerse y comprenderse del modo más amplio y completo que puede darse. No había otro entre los Kobdas que durante tanto tiempo hubiese visto de cerca a Sisedón, por lo cual fue el Kobda-Rey el destinado a hacer la crónica de su vida a través de la cual conocerá también el lector quien era Sisedón, el Pharahome, que aparece al comenzar este relato, el que compró a los piratas a Joheván y Aldis, y les decía al recibirles: “No os quiero esclavos serviles sino discípulos decididos y fieles; y porque sé que una dolorosa tragedia os ha traído a mi lado, os digo que sin el dolor ningún hombre se hace grande y que día llegará en que bendigáis vuestros dolores de la hora presente”.

Por sobre el hombro del Kobda Rey que escribe, leamos nosotros la vida humana terrestre de este ser que tan prominente lugar ocupó en aquella civilización.

Era originario del mundo que los Kobdas llamaron “Arco de Oro” por su atmósfera amarillenta viva, que brilla como oro bruñido en los abismos siderales y vino a este planeta cuando se preparaba la primera encarnación mesiánica del Guía que le fue asignado en el grandioso Consejo de las Inteligencias Superiores, para propender a la evolución de los mundos nuevos. Espíritu inquieto, audaz y analizador, ansioso en extremo de conocer y de inquirir, no estuvo permanentemente en esta tierra durante los largos milenios que han transcurrido, sino que por intervalos de una a otra vida terrestre, tendía el vuelo hacia otros mundos y otros universos, razón por la cual sus encarnaciones fueron

muy apartadas unas de otras y de larga duración, habiendo realizado algunas de más de un siglo con el mismo cuerpo físico.

En la vida en que le conocemos como Sisedón, había nacido en Eubea, *-Tebas de Grecia-, de padres de modesta condición, que cargados de prole y de miseria se vieron obligados a ceder este hijo a una mujer de alta posición, que había dado a luz un niño muerto en ausencia de su marido, jefe de una tribu poderosa, y temía sus iras si al regreso de una campaña guerrera le daba la noticia de la muerte de su primer vástago varón.

La belleza física y su excesivo desarrollo como niño de pocos días, cautivaron al padre que se sintió orgulloso del hijo que aquella esposa le había dado. Mas fue tan desmedido el amor de este padre para esa mujer y ese niño, que postergó duramente a las otras esposas y a sus hijas mujeres, para sólo enaltecer a ésta que le había traído como ofrenda a tan bello hijo varón. Cuando éste contaba sólo cuatro años de edad, hubo alguien que estaba en el secreto del cambio que la madre había efectuado por temor al repudio o a la muerte, y ese alguien reveló y probó tal circunstancia, para tomar venganza de un desprecio amoroso que le hiciera la madre adoptiva del pobre niño. Esta mujer en previsión de futuras contingencias, había enviado a otro país a los verdaderos padres, en forma que relegada a una oscura caverna, nada pudo hacer en favor del huérfano que así se veía arrojado al azar. El Caudillo usó todavía de un poco de clemencia a causa de la extraordinaria belleza y precocidad de aquella criatura, cuya crianza fue encomendada a una esclava fiel de aquella mujer.

Llegó a los diecinueve años y fue amado por dos de las hijas de aquel señor, las cuales en su odio recíproco por los celos que su mismo amor les promovía, de tal modo lo asediaban con grandes bajezas, que él pidió a su tutor que le incorporase al cuerpo de remeros de sus barcos de transporte, y en una travesía del Mar Grande, su embarcación chocó con un arrecife y fue salvada parte de la tripulación por los Kobdas peregrinos que constantemente vigilaban la costa del mar. Así llegó Sisedón al Santuario de Neghadá, donde le conoció el lector años después, cuando sus tempestades íntimas se habían calmado y pudo ser un hombre faro para sus otros hermanos.

Mas, antes de llegar al oasis iluminado de perenne arrebol, que es la suave serenidad del espíritu que ha luchado consigo mismo y se ha vencido, tremendas borrascas de dolor le habían sacudido íntimamente.

Cuando los Kobdas peregrinos que le salvaron del naufragio le conducían a uno de sus Refugios en la costa del mar, encontraron en una caverna tres seres abandonados y perseguidos de los hombres. Eran un hombre de edad madura, una jovencita y un niño de diez años, cuyas

vestiduras desgarradas denotaban que un buen lapso de tiempo les retenía allí sin auxilios de ninguna especie. La joven y el niño apenas si podían andar por sus pies, a causa de las heridas abiertas en ellos por el continuo caminar descalzos entre rocas y zarzales en busca de moluscos o de pesca, o de caza de animalillos salvajes para alimentarse.

Después de reanimarlos con los jarabes y gelatinas concentradas, que los Kobdas peregrinos portaban sobre sus hombros con este fin, continuaron su camino por la costa del mar, sosteniendo entre todos a la joven y al niño que desfallecía de extenuación y de cansancio. Aún faltaba una milla más o menos, para llegar al Refugio más cercano, cuando la pobre muchacha cayó al suelo como un cuerpo sin vida, lo cual obligó al padre y al joven Sisedón a formar una silla de manos con sus brazos enlazados para conducirla.

No obstante su mísera vestidura, sus cabellos desordenados y el agotamiento que la consumía, aún se podía encontrar en ella los encantos físicos de las mujeres de su raza.

Eran del país de Adalis, suaves, dulces y tranquilas. Había sido el padre, jefe de una tribu insurreccionada por extranjeros, que le amarraron en el fondo de una caverna a donde le siguió ocultamente su hija acompañada del más pequeñín de los hermanos, pues los otros habían perecido en la lucha.

La madre había desaparecido en medio del desorden y juzgaban que habría sido destinada como esclava al servicio de los nuevos amos.

El lector podrá adivinar el género de dolor que amargaba pues a aquellos seres. Llegados al Refugio escondido entre un laberinto de montañas, los Kobdas se consagraban a curar de cuerpo y de espíritu a sus protegidos, y la pobre joven y el niño comenzaron a reaccionar.

Mientras esperaban la llegada de algunos de los barcos que cada luna salían de Neghadá recogiendo a los salvados y conduciendo provisiones, medicinas y ropas, se estableció como es natural una intimidad familiar entre Sisedón y la pobre joven encontrada en la caverna. El uno tenía diecinueve años y ella sólo dieciséis. Y el padre y los Kobdas vieron sin asombro que llegaron a amarse.

—Ambos habéis nacido para Numú de entre las olas del mar, y no es un crimen vuestro amor si sabéis hacer de él una lámpara que alumbré en adelante vuestro camino —les decían los Kobdas peregrinos, viendo la grande afinidad que se había despertado entre aquellas dos almas cuya vida física se había visto azotada por parecidas borrascas.

El amor los curó a entrambos sus íntimos dolores y su misma juventud cooperó en su rápida transformación. Sisedón y Eulalia se sentían en su gran optimismo de enamorados, poseedores de una felicidad que nadie ni nada podía destruir.

Cuando llegó el velero que había de conducirlos hacia el punto que ellos quisieran, Sisedón quiso unir su suerte a la familia desterrada y bendecido su amor por el padre de la joven y auspiciado por los Kobdas que les habían recogido, fueron instalados en una población de la costa del Mar Grande, donde el Caudillo de las tribus que la habitaban era hermano de uno de los Kobdas, y hombre de buenos sentimientos, aunque dominado como era natural, por los usos y costumbres de su tiempo. Hay que tener en cuenta que por entonces no existía todavía la Gran Alianza que protegió con su ley a todos los pueblos que la formaron.

El pobre hogar de Sisedón florecía de amor y de paz en medio del trabajo a que se dedicaba aquella población, el coral y la púrpura que abundaban en aquella región.

La llegada de una hijita llenó de luz la vida del pobre abuelo, hasta que, muerto el viejo Caudillo, pasó a reemplazarlo su hijo mayor, recién llegado de una campaña guerrera en que había conquistado grandes cargamentos de oro y piedras preciosas, y varios centenares de esclavos que traía también como botín de guerra. Era toda una población minera de la costa que había subyugado y que traía a su servicio para ampliar las explotaciones del coral y de la púrpura. Aquel joven señor lleno de orgullo y de la fuerza que da el triunfo, llamó a todos los hombres jóvenes y a las más bellas mujeres para formar una Corte como usaban los grandes príncipes de otras regiones. Y Eulalia que era una belleza exótica en el país no tardó en atraer las miradas del joven Caudillo que sin más preámbulo llamó a Sisedón, y le dijo:

–Me gusta tu mujer para mí. ¿Cuánto quieres por ella?

–No la vendo –le contestó el joven que sólo tenía entonces veintiún años–, porque la amo y es madre de mi hijita de un año.

–Te mando como capitán de mi más grande barco de transporte y recorrerás el mundo llevando nuestras mercancías. ¿No vale más todo eso que la pobreza que tienes hoy y en la que pasarás toda una vida con tu mujer y tu hija?

–Yo no la vendo por ningún precio –contestaba firmemente el joven–, y soy feliz con mi pobreza.

–Bien, bien –le había contestado el jefe–. Veo que no eres hombre amado de la fortuna.

Y en ausencia suya, Eulalia le fue arrebatada de su casa, muerto su padre por defenderla y su hijita medio muerta en un pajar con las pierinitas dislocadas, sin duda por la violencia con que fue arrojada.

El hecho pasó como un asalto de ladrones nocturnos, pero Sisedón que conocía la codicia del joven Caudillo, sabía de dónde había venido su desgracia. La niña murió entre sus brazos dos días después por efecto del rudo golpe sufrido y él se encontró solo en el mundo y con su mente

enloquecida por el dolor de aquella tragedia, que en un abrir y cerrar de ojos lo hundía en un abismo sin fondo. Rondó como loco varios días por las inmediaciones del campamento del Caudillo, a causa de su desgracia, armado de un puñal y de arcos y flechas, fingiendo que era un fabricante de ellos y que buscaba venderlos entre los esclavos de aquel señor, pero fue reconocido por uno de ellos, y avisado el Caudillo dio orden de captura o de muerte contra el audaz mancebo que así se permitía disputarle la mujer que él había querido para sí. Cuando iba a ser capturado, dio muerte a uno de los esclavos, hirió a otro, y se arrojó al mar buscando la salvación en la huida o en la muerte primero antes que verse cautivo.

Y otra vez Sisedón nació para Numú de entre las olas del mar. Gran nadador como todos los hombres de su país, pudo sostenerse un tiempo hasta que la marea lo arrojó ya desfallecido sobre la arena de la costa. El calor del sol del mediodía le volvió a la vida física, viéndose aún cercano a la población de su desgracia comenzó a andar hacia el oriente, sin abandonar la costa del mar. Vio el velero del mástil azul y con un jirón de sus propias ropas convertido en bandera hizo señales que fueron prontamente atendidas.

Y esta vez, Sisedón no se quedó nuevamente en el camino, sino que olvidado de todo cuanto existía, se hundió en el negro abismo de su propio dolor, al mismo tiempo que en la cámara pequeña y silenciosa que le fue asignada en el velero salvador.

Y dos lunas más tarde, cuando el barco regresó a Neghadá, decían los Kobdas del Consejo viéndole entrar en la hospedería de hombres para ser convenientemente vestido:

–He aquí otra avecilla herida que busca el calor del nido. Tanto como es hermoso y gallardo debe ser profundo y cruel el tormento que le sacude.

– ¡Siempre el dolor! –añadía, otro–, siempre el dolor sirviendo de red a la Eterna Sabiduría para conducir sus hijos al camino de la Paz y del Conocimiento.

Llegó un tiempo que había muchos postulantes, y como cada cual tenía su tragedia íntima y cruel, pronto se estableció esa sincera amistad que nace de iguales dolores, y el joven Sisedón, dos veces náufrago y dos veces salvado por los Hijos de Numú, se iluminó de claridad entre el amor y la sabiduría de aquellos hombres que como él habían sufrido y amado, y que por propia voluntad se habían constituido en consoladores y guías de todos los azotados por las tempestades de la vida...

Mas, antes de llegar a esa serena quietud, iqué abismos de soledad y de angustia habían helado aquel corazón!

No podía apartar de su mente los delirios febriles producidos por la barbarie humana, que había sacudido como un vendaval su vida de veintidós años.

Su hijita muerta en sus brazos con su cuerpecito deshecho por el golpe feroz, Eulalia perdida para siempre y propiedad humillante de un Caudillo que no vería en ella más que una de tantas!...

El hermano de trece años desaparecido sin saber cuál fue su destino..., ¿no era todo esto un exceso de dolor para ser soportado por un solo corazón? Los Instructores Kobdas lo comprendieron, pues varios, de entre ellos, lo habían sufrido en carne propia y se valieron de la hipnosis para atenuar aquel hondo sufrir. Y como la Eterna Energía jamás se declara impotente para producir el bien en toda chispa de Sí Misma, cuando encuentra alguna disposición lógica para ello, la reacción vino para el joven Sisedón que a través de un prisma nuevo contempló su propia situación.

Durante las largas hipnosis diarias que le provocaba el mandato mental de uno de los Instructores, vio el espíritu ya desencarnado de su hijita y de tal forma le vio que casi llegó a sentir alegría de que no estuviese a su lado. Estando tan extendido entonces el uso de la fuerza mental del hombre para realizar venganzas criminales, una de aquellas jóvenes hijas de su tutor que le habían amado, pagó una fuerte suma a uno de los sacerdotes de su culto para vengar la afrenta que había sufrido: “Quiero –le dijo–, que si él llega al amor, le sea desventurado. Que si tiene hijos, sean culebras que le devoren las entrañas”.

Y aquella criaturita dislocada por un golpe era un ser atrasado y maligno, impulsado a la vida física antes de la hora conveniente y sólo para realizar una venganza. Vio asimismo que Eulalia tan tiernamente amada por él, se hallaba muy a gusto con la vida de esplendor y de riqueza que le brindaba su nuevo dueño, y que el recuerdo del primer esposo no afectaba en nada su felicidad. Y por fin vio al hermano de ella, que huyendo como un corzo por las rocas de la orilla del mar, había sido albergado por un pescador donde esperaba al velero del mástil azul que ya les había recogido en otra oportunidad. “Iré contigo Sisedón, hermano mío” –le decía el niño cada vez que en la hipnosis se ponía en contacto con él. Aquel niño era nuestro Kobda Zahín que llegó un año después a Neghadá, y que vino a ser coronamiento del santuario de paz y quietud que el atormentado Sisedón trataba de construir en su propio interior. Y el amor tan efímero y fugaz de Eulalia fue borrándose lentamente en su corazón, como el recuerdo de un sueño penoso del cual nos despertamos felices de que no sea una realidad.

Cuando más tarde, la Divina Sabiduría iluminó más claramente su horizonte, comprendió que tenía también un deber para con la que fue su esposa y su hija, no obstante de ser ambas de una evolución muy inferior a la suya. Y su pensamiento iluminado de ese amor superior que sabe extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas,

trató de impulsar aquellos dos espíritus hacia un plano más elevado de aquel en que se encontraban.

Y el joven Sisedón cuando llevaba seis años de Kobda tuvo conocimiento de que Eulalia caída en desgracia de su señor había buscado a los Kobdas peregrinos, solicitando amparo para su orfandad; y había sido conducida por ellos a aquella Casa-Refugio que fundara Elhisa acompañada de Senio, antes del nacimiento de Abel.

Los métodos de orden, de trabajo y de concentración mental, usados por las Kobdas, cultivaron grandemente ese espíritu, y cuando Eulalia llegó a los veintiocho años de edad, quiso también vestir la túnica azulada y con otras aspirantes fue conducida a Neghadá.

“Mi pensamiento –se dijo Sisedón–, no se había perdido en el vacío, ¡qué grande y buena es tu Justicia Eterna, Dios mío!”

Y cuando rememorando el pasado, ella lo interrogó sobre la hijita aquella que no volvió a ver, él le contestó serenamente: “Volvió al plano espiritual de donde había sido arrancada en plena turbación, y en esta hora está recién encarnada en una familia de labriegos nuestros, a donde el Amor Eterno la trae para comenzar su progreso en la luz”.

Fueron los primeros triunfos de Sisedón en los caminos del apostolado en favor de los pequeños; pero fueron los que fortificaron su fe en el supremo ideal de redención y de amor a que fuera llamado. Veía a Eulalia, a Zahín y a la niña que fue su hija, y se decía a sí mismo:

“Tres almas conducidas a la luz por la fuerza de mi pensamiento, es una buena conquista, pero es aún demasiado poco comparado con el caudal que la Divina Sabiduría puso en mis manos. ¡Puedo aún traer muchas Eulalias y muchos Zahínes, y muchos pequeños turbados traídos desastrosamente a la vida física, sin haber despertado aún del furor y los delirios producidos por muertes violentas!”

Y cobrando su espíritu bríos de gigante, en sus horas de concentración visitaba con su pensamiento las cavernas donde morían en la desesperación innumerables seres; visitaba los campos desolados por guerras y devastaciones llamando a la luz y al amor a los espíritus que aherrojados a su propio cadáver ya en vías de putrefacción, sentían el terror de lo desconocido y se aferraban más y más a aquellas piltrafas de materia muerta.

Cuando más tarde su edad le permitió salir al exterior, formó parte de diversos grupos de Kobdas peregrinos y su inclinación particular al análisis minucioso de razas y de pueblos, de costumbres y de creencias, lo llevó a fundar en Neghadá un aula para estudiar con todos los que sintieran igual afición, la evolución humana terrestre a través de los siglos y de las edades.

Y las almas errantes, nuestros mismos hermanos desencarnados,

cooperaron en esta obra sumando a los descubrimientos de Sisedón muchos otros que ellos percibían; todo lo cual vino a enriquecer el gran Archivo Kobda de Neghadá sobre los orígenes del hombre en este planeta y sobre su paso lento y penoso desde las más rudimentarias formas de vida hasta su estado actual.

Fue Sisedón uno de los que más propendió a la amplia libertad que debía tener el Kobda para seguir sus propios impulsos, hacia una u otra actividad, y desde que él fue llevado al seno del Alto Consejo, se delinearon con más perfección las agrupaciones según los estudios y actividades a que habían de dedicarse.

La Astronomía, la Geografía, la Geología, tuvieron sus grandes cultores, lo mismo que la Botánica, la Mineralogía y la Química.

Y junto a las ciencias, florecieron las artes; y los pintores, los escultores y los músicos, se vieron poderosamente alentados a fomentar en sí mismos sus aficiones y sus entusiasmos.

El lema de Sisedón era: *“Que salga el alma al exterior”*, o sea que el Yo superior de cada ser se exteriorice en sus obras, lo cual ayuda al progreso material y a la evolución espiritual.

–Si de los grandes sacrificios de nuestros padres y fundadores –decía él–, hemos recogido el bienestar material y la paz y abundancia que tenemos, es justo que les rindamos esta bella compensación de nuestra capacidad mental y física, para realizar toda obra de bien y de adelanto. Ellos hicieron su parte en extremo dolorosa y pesada de preparar la tierra para nuestra siembra. Somos responsables de las fatigas y dolores de ellos inutilizadas por nuestra inercia y somos responsables de nuestros propios talentos y capacidades, inutilizados a veces por falta de tino para orientarlos en el sentido conveniente.

Y las inscripciones se multiplicaron en todos los pórticos, columnatas, pasillos, corredores y patios, para avivar constantemente la llama de los entusiasmos individuales y colectivos:

“Cada abejita a su tarea”.

“Exterioriza tu alma en tus obras”.

“Del mar de la inconsciencia, extrae las blancas perlas y adórnate con ellas”.

“Tu tesoro interior no es para ti sólo”.

“Si no utilizas el agua de tu manantial, irá a perderse en los pantanos”.

“Si tu luz no alumbra a nadie, tú mismo quedarás a oscuras”.

“El alma verdaderamente grande es aquella que hace con perfección hasta las más pequeñas cosas”.

“Kobda labrador, piensa en que laboras el pan con que alimentas a tus hermanos”.

“Kobda pintor, piensa en poblar de bellas imágenes la mente de tus hermanos”.

“Kobda poeta y músico, piensa en elevar hacia Dios las almas de tus hermanos”.

“Kobda historiador, astrónomo, arqueólogo, geógrafo, piensa en iluminar con la verdad el alma de tus hermanos”.

“Kobda pastor, piensa que la medida del cultivo y amor que das a tus bestias de hoy, es la que marcará en lo futuro su capacidad de seguirte cuando ellas sean humanidad y tú seas su Instructor”.

“Kobda médico, Kobda distribuidor, pon todo tu amor en tus medicinas y alimentos que distribuyes, y sus efectos benéficos serán centuplicados”.

Y cuando Sisedón fue elegido Pharahome, después de llevar doce años de actuar en el Alto Consejo, fue para decir a todos los Kobdas reunidos en Asamblea General:

“Que vuestro amor fraterno me ayude a ser justo y fiel seguidor del Pensamiento Divino”.

Hasta aquí llevaba escrito el Kobda Rey, cuando le anunciaron que el mensajero de Mabi esperaba la audiencia final, pues debía partir a la madrugada siguiente. Ya la familia estaba reunida con el Alto Consejo del Santuario de Mujeres Kobdas en el Pabellón de la Reina, donde debían despedir al mensajero después de haberle entregado lo que se usaba en tales casos: rollos de papiros donde cada cual grababa sus propios sentimientos; relatos de sucesos ocurridos durante la ausencia y que pudieran servir de estímulo y aliento a aquellos a quienes iban dirigidos.

La Reina Ada enviaba a Mabi un velo blanco tejido por ella; Evana un tapiz tejido con lanas de múltiples colores y que representaba un pasaje de la infancia de Abel, jugando con los tres hijitos de Shiva en torno de Madina que les miraba como amorosa nodriza; las ancianas Instructoras le remitían un ejemplar de la Ley, escrita en pequeñas láminas de papiro encerrado en un estuche de cobre y plata, y Bohindra, conocedor profundo del alma de Mabi, recopiló en un rollo de papiro todos sus cantos, todos sus poemas con su música respectiva, para que la pobre desterrada sintiera allí lejos, aletear junto a ella el alma tierna y amante del que había sido por varias veces su padre.

Aldis no podía olvidar al atormentado Joheván de su juventud y tuvo también para la joven cautiva un don en extremo apropiado. De su estadía en Neghadá había traído muchas copias de vidas de diversos espíritus, y muy en particular de sus más íntimos, como Milcha, Joheván, Adamú, Evana, etc.

Tomó pues el rollo perteneciente a Joheván y encerrándolo en un tubo de cobre, lo añadió a los dones que debía llevar el mensajero. Y

jovialmente decía a los demás: “Así se enterará Joheván de por qué se encuentra cautivo y desterrado”.

Y el Kobda-Rey en su mensaje escrito le hacía la promesa de visitarla en el día de su desposorio si postergaban dos lunas más la fecha, para que coincidiera con el tiempo en que debía él encontrarse con el gran Caudillo del Norte, Lugal Marada, en las praderas del país de Nairi. Para entonces prepararían también un refuerzo de personal con individuos venidos de los Santuarios de Neghadá, a los efectos que había insinuado Nubia y los Kobdas compañeros, que en tan vasto campo de labor se veían atormentados por la imposibilidad de atender a todas las necesidades de orden espiritual y material. Cuando la reunión estaba para terminar llegaron agitados y presurosos tres jóvenes Kobdas compañeras de Mabi, que junto con ella y su hermana, vistieron la túnica azulada, y traían una caja de cuero de búfalo lustrada en negro y con aplicaciones de cobre. En ella estaba encerrada una colección de túnicas azuladas tejidas por ellas y de diversas medidas y calidades, en lana y algodón, y cada una llevaba una etiqueta indicando algo que a los Kobdas desterrados les llenaría el alma de satisfacción.

“Tejida con lana de los corderitos de Abel, hilada por Evana y Ada”.

“Tejida con algodón hilado y teñido hace años por nuestra amada Shiva”.

“Tejida por las viejecitas que Mabi recogió antes de partir”.

Por tal estilo eran las diversas indicaciones que ilustraban aquella variedad de túnicas para los desterrados entre un pueblo extranjero y nómada, en medio del cual los Kobdas casi se verían en dificultad para proporcionarse su vestidura habitual.

139

LA TRIBU DE ASAG

¿Quién era Asag? Era un espíritu originario de Urano que se encontró en el planeta Tierra en viaje astral de exploración astronómica. Era miembro entusiasta de una Escuela de Estudios Siderales, o como decimos vulgarmente, formaba parte de una Academia de Astronomía. Había tenido en aquella aula una fuerte polémica sobre las manchas que observaban en el disco resplandeciente del sol, y deseoso Asag de aportar el más acertado dictamen, y conecedor de las facultades del espíritu para alejarse de su cuerpo e ir hacia determinados sitios, se propuso hacer ensayos que después de mucho tiempo le dieron resultado. Estaba en el último período del largo invierno de su planeta, que aparecía cubierto de nieve, con la cual luchaban los habitantes para evitar las consecuencias

de los grandes desmoronamientos que lógicamente ocurren, causando pérdidas de vidas y catástrofes sin cuenta.

Asag dejó su cuerpo dormido en su propio observatorio y ayudado por psíquicos experimentados, tendió su vuelo hacia el astro soberano de nuestro sistema para averiguar si podía, la naturaleza de sus manchas. Su sorpresa fue enorme al cerciorarse por el acercamiento, de que una de aquellas manchas era un pequeño planeta que giraba en torno del gran sol en cuyos incendios de luz y calor se hallaba envuelto.

¡Qué descubrimiento colosal para el joven astrónomo uraniano, que podría decir a sus viejos profesores su burdo error, al calificar de mancha solar a todo un mundo poblado de seres de toda especie, y aún de seres inteligentes capaces de pensar, de amar, de comprender! Pero he aquí que su vanidad no debía quedar satisfecha por obra y gracia de un enorme bloque de nieve que se desplomó sobre su casa en la cual habitaba sólo con su anciana madre, la cual fue apartada de ex profeso por el hijo a los fines de que ningún ruido perturbase su sueño, aún cuando éste se prolongase más de lo normal. Sin duda el ruido espantoso causado por la helada mole al caer sobre la vivienda, le produjo la muerte instantánea. No sentía la atracción material de la vida física y por otra parte una vaga turbación le envolvió de repente, hasta que pasado cierto tiempo se esclareció de nuevo su conciencia, y las inteligencias adheridas a la evolución de este planeta le ayudaron a comprender lo que había ocurrido.

Y Asag pensó para sí mismo: “puesto que no me es posible continuar viviendo en aquel pobre cuerpo, me quedo por ahora en esta mancha del sol como que me ha resultado un planeta pequeño pero lleno de vida y de bellezas, y cuyas condiciones atmosféricas y astrales ofrecen ventaja apreciable para mí. Y se quedó en este planeta por muchos siglos, si bien haciendo excursiones astrales de tanto en tanto a su mundo de origen, en uno de las cuales pudo hacer llegar a sus compañeros la noticia de su magno descubrimiento. Pero los viejos profesores de aquella Academia eran como muchos de los sabios de esta tierra: no aceptaban mensajes de los muertos cuya realidad científica no podían por entonces comprobar.

Profundamente herido Asag en su amor propio por aquella negación a priori de lo que él palpaba como una gran verdad, se volvió hacia esta Tierra donde consagró sus actividades a diversas fases de las Civilizaciones porque iba pasando.

Atrajo hacia sí a muchos espíritus de su planeta de origen, y como hay allí más desarrollo en el sentimiento fraternal y de compañerismo, encarnaron todos en conjunto en los países del Norte, lo que es hoy Suecia, Noruega y la Rusia Austral, porque encontraron acaso más condiciones afines con sus costumbres y género de vida uraniana: serenos,

tranquilos y sobrios, con más clara noción de los deberes que impone la solidaridad entre todos los habitantes de un mismo mundo y aún entre todos los globos que pueblan el vasto universo.

Tal era el genio tutelar del pueblo circasiano, en medio del cual se encontraron los Kobdas sin haberlo buscado ni deseado. Y esto ocurrió por vinculación astral y remota con Jobed que no sólo era de esa raza y de esas regiones, sino que era también uraniano de los atraídos por Asag al globo terrestre. Y como todos eran seres ya con marcados impulsos hacia el bien y la justicia, al encontrarse en este planeta por lógica natural buscaron unirse a las falanges de espíritus conscientes de la Eterna Verdad, y he aquí el camino por donde se encontraron con los seguidores del Hombre Luz, del Guía e Instructor de esta humanidad.

Asag conocía pues desde tiempos remotos, o sea, desde la época de Juno los caminos de la evolución humana a la cual el Mesías impulsaba y dirigía, y se hallaba fuertemente vinculado a todos los discípulos y continuadores de la obra del Gran Maestro.

Y Asag fiel a la consigna guiaba aquella porción de humanidad uraniana radicada en este Globo para que cooperase también a la evolución conjunta, y en tal sentido la impulsaba a reunirse con los hombres de la luz como designaban a los Kobdas.

Y habiendo a la par, una justicia que cumplir entre Mabi y Vladiko por las razones que ya conoce el lector, Asag quiso valerse del impetuoso y ardiente amor de un venusino: Vladiko, para poner en contacto a los Hijos de Numú con su raza protegida. Semejantes en el sentir y en el pensar, los de Urano y los de Venus, les vemos en este caso formar como una conjunta civilización, acercándose con esto a la gran solidaridad universal a que nos encaminamos, aunque con pasos demasiado lentos a nuestro parecer de habitantes de esta pequeña Tierra que todo lo queremos en una sola vida, por no decir en un solo día.

Casi todos los espíritus que han elegido y adoptado como camino de su evolución el estudio sideral, son vagabundos del espacio infinito que tratan de recorrer en todas direcciones, buscando con insaciable afán ampliar sus conocimientos referentes a las vidas milenarias de estrellas y de soles.

Y el espíritu Asag, era una de estas inquietas mariposas celestes que van libando continuamente en las flores de luz, encendidas a millares de millares por la inagotable Energía Creadora de la Eterna Potencia.

Y habiendo descubierto en sus largas y continuadas exploraciones siderales, que en otros sistemas planetarios estaba ya establecida la solidaridad entre las humanidades que los poblaban, anhelaba grandemente establecerla en el nuestro, y al formar una agrupación encarnada en la Tierra, la impulsaba hacia los Kobdas sembradores de la fraternidad en

esa hora de la vida terrestre, como luchaba en sus períodos de espíritu libre en el espacio para formar una gran agrupación de seres desencarnados de diversos planetas y de diversos sistemas, propendiendo a la gran solidaridad universal.

“–Es la única forma –decía Asag–, de que llevemos a cada globo noticia de la vida de los demás y de que salgamos de la equivocada concepción que nos formamos de la vida espiritual eterna. La evolución de las humanidades se retarda inmensamente por el errado concepto de lo absoluto en cada globo. Los uranianos, por ejemplo, creen que su globo es el soberano centro del universo, y a excepción de los pocos observadores estudiosos, juzgan de igual manera que en esta tierra, con la vanidosa y loca pretensión de ser los reyes de la creación.

“Y de aquí surgen las tiranías dogmáticas, con todo su cortejo de intransigencia y de furor queriendo sujetar en su puño de hierro todos los pensamientos y todas las conciencias.

“Y en nuestro pequeño sistema planetario –continuaba platicando Asag con sus compañeros de estudios siderales–, sólo Júpiter, Venus y Acumundis, han entrado de lleno por la puerta de oro de la Verdad al gran templo de la Sabiduría. Allí no se dice como en los globos habitados por humanidades aún ignorantes de la infinita multiplicidad de mundos habitados: “Somos los reyes de la Creación”; ni allí se levantan sectas religiosas con jerarquías sacerdotales, cuyo jefe supremo se califique con orgullo inaudito, representante único de toda la grandeza, de todo el poder, de toda la autoridad de la Divinidad.

“–Venid, venid, por piedad –decía Asag a espíritus originarios de Júpiter, Venus y Neptuno–, venid a encarnar en esta Tierra, en Urano, en Marte, en Mercurio, en Saturno, en el vasto archipiélago de nuestros asteroides, donde las humanidades se odian, se despedazan, creyéndose los más fuertes, únicos seres capacitados para ser los dueños de lo que ellos llaman su mundo central, su posesión eterna de todo lo creado, su soberanía infinita sobre cuanto vive y alienta”.

Y tomando nosotros, amigo lector, las pláticas astrales de Asag, debemos condolernos de la sombría ignorancia de los dirigentes de la evolución espiritual terrestre, que aún osan proclamar tan desastroso y errado principio, y aún tienen sobre su clámide de púrpura las manchas de sangre de los millares de mártires de la verdad y de la ciencia, que tuvieron el valor de pensar y de afirmar que esta tierra es una nuez flotando en el espacio entre infinita multiplicidad de globos habitados.

Reyes-sacerdotes obligando a las sociedades a rendirles una adoración como a verdaderas divinidades, fueron en todas las edades que han pasado sobre esta tierra, los causantes de las guerras fratricidas, del dolor, de la ignorancia y de todos los odios que encadenan aún a

esta humanidad que se deja arrastrar maniatada a la carroza de oro del egoísmo brutal. Si los dirigentes de la evolución espiritual dejaran traslucir la Gran Verdad a las multitudes diciéndoles: “Somos una colonia de labradores en esta Tierra, somos abejitas emigrantes de otros globos que hemos posado nuestro pie en este pequeño planeta, acaso por breve tiempo y para cooperar al progreso universal, al amor universal”. ¿Sería posible, pregunto, que una educación basada en tales principios diera cabida al feroz egoísmo que forma toda especie de tiranía y despotismo, y enciende todas las ambiciones y precipita a los seres hacia el vértigo de todos los crímenes? Seguramente que no. He aquí por qué los que se han abrogado los derechos de jefes supremos de la humanidad con todos los poderes divinos, están empeñados en que la Gran Verdad se mantenga oculta y aún cuando los siglos pasan y pasan, ellos siempre agitan la misma campana: “la humanidad no está preparada para estos conocimientos”.

¿Es la humanidad que no está preparada, pregunto yo, o sois vosotros llamados únicos representantes de Dios, que no queréis abandonar vuestra ridícula y ficticia representación?

Pensad no más un momento que en Marte, en Urano, en Mercurio, nuestros vecinos, habrá acaso también seres que se apellidan Jefes Supremos, representantes de la Divinidad sobre todas las almas y puede que os de la tentación de exteriorizar vuestro disgusto con anatemas por tamaño desacato a vuestra suprema autoridad. Si vuestro dogma, si vuestro credo, si vuestra Iglesia es lo único verdadero y eterno que hay en el Universo, ¿cómo os arreglaréis para hacer entrar en vuestro aro a todas las almas encarnadas en todos los planetas que Dios ha sembrado como polvo de oro en el vasto Universo?

¡Creedme!, para el ser que ha descubierto ya la verdad, vuestra jefatura suprema y absoluta sobre el Universo, resulta tan ficticia como el efímero reinado de un payaso en una noche de función teatral.

¡Qué grande y excelso es en cambio la misión verdaderamente civilizadora de los astrónomos encarnados en todos los planetas, pues son los avanzados pregoneros de la Gran Verdad, a través de la cual todas las inteligencias se iluminan con la clara visión de la infinita majestad de Dios como Causa Suprema, como Eterna Energía Creadora, como Ilimitado Poder!

Inclinémonos ante esos iluminados paladines de la Verdad, que como la Asag de la tribu circasiana de Vladiko, vuelan como mariposillas por las flores de luz del espacio infinito, para contar a los seres de todos los mundos la grandiosa epopeya de la vida universal.

LA VUELTA DE LOS MENSAJEROS

Fue para los Kobdas desterrados como un inmenso abrazo conjunto en el cual sintieran latir los corazones que les eran tan tiernamente amados. Debieron usar de toda su serenidad y dominio interior para no sentirse sacudidos por tan variadas y fuertes impresiones. Vagos indicios habían tenido por vía espiritual de los sucesos ocurridos, pero la confirmación en el plano físico produce las mismas vibraciones de dolor o de dicha de los hechos acaecidos y de los pensamientos que los animaron.

La desencarnación de Shiva y el dolor de la joven Helia al verse apartada ya para siempre del dulce nido de sus amores más hondos en las orillas del Éufrates; la tragedia que había soportado Iber en Monte Kasson y debido a la cual se hallaba aún profundamente afectado en su cuerpo físico; la partida de Sisedón al plano espiritual sin que ellos hubiesen podido decirle el profundo y significativo hasta luego, y unido a todo esto un cúmulo de detalles y circunstancias que exigían más o menos imperiosamente la ocupación del pensamiento y de la voluntad de los Kobdas.

Mabi, como más joven de todos ellos y de más viva e inquieta imaginación, fue la más impresionada por las múltiples impresiones que surgieron de entre los tubos de cobre traídos por los mensajeros desde tan largas distancias.

El campamento circasiano había cambiado notablemente de aspecto durante las dos lunas que transcurrieron.

Vladiko, el hosco y furibundo Vladiko, se había transformado en un jovencuelo alegre y vivaz, dócil instrumento del pensamiento y de la voluntad de los Kobdas, que por la persuasión conseguían de él cuanto querían. Y le calzaba perfectamente el dulce calificativo de niño con que los Kobdas ancianos lo llamaban en la intimidad y cuando el pueblo estaba lejos.

—Yo no tuve infancia, ni adolescencia, ni juventud. Ahora gozo recién de las delicias de la niñez y de la adolescencia —respondía cuando Mabi o sus hermanos le advertían de algún detalle o hecho que ponía casi en ridículo su seriedad de Scheiff, Jefe supremo de un pueblo numeroso.

Vamos a referir para que el lector haga un estudio comparativo entre el Vladiko que conoció a la llegada de los Kobdas, y el Vladiko amado y feliz de la hora presente:

Se había abierto una gran aula para enseñar la Ley Divina a las mujeres y los hombres, en forma que las grandes verdades conocidas por

los Kobdas fueran comprendidas por todo aquel pueblo. Nubia y Mabi enseñaban a las mujeres tres días a la semana, y otros tres días los Kobdas enseñaban a los hombres.

Y ocurrió que un día de instrucción de mujeres, Vladiko disfrazado con las ropas de una de las ancianas ciegas a las cuales Mabi tenía gran predilección, se presentó a la instrucción confundido entre la multitud. Había sido la primera en llegar y quieta en un rinconcillo esperaba la palabra de Asag. Nubia y Mabi dominaban ya bastante regular la lengua de aquellas gentes, o sea, lo suficiente para hacerse comprender de ellas.

Y cuando la joven Kobda explicaba la forma de evolución de las almas a través de las especies inferiores, les decía:

“Todo animalillo es una criatura de Dios y no sólo no debéis hacerles padecer inútilmente, sino que debéis propender a hacerles más agradable su vida a fin de que cuando lleguen a humanos no haya en ellos nada de rebeldías ni de odios. Tal es la forma de preparar en sus más remotos orígenes la fraternidad de las humanidades futuras”.

Y en tal preciso momento la viejecilla ciega que todo lo había preparado de antemano y otras auxiliares que tenía, soltaron en el recinto una buena porción de inquietas y juguetonas ardillas blancas y negras, de esa diminuta especie que tanto abundaba entre aquella población. Y trepadas por las cortinas, por paredes y puertas y hasta por las cabezas de las concurrentes, fue aquello una explosión de risas y de correrías de uno a otro extremo de la gran sala. Fue imposible continuar aquel día la instrucción, que por fuerza tuvo que transformarse en hora de risa y de juego ante el espectáculo de los traviosos y juguetones equilibristas que tan insensiblemente se habían introducido en la adusta y severa reunión.

La viejecita autora de tamaña travesura había desaparecido a favor de los tumultos, y las Kobdas, impotentes para calmar aquella tempestad de risas tuvieron que conformarse a participar de la tumultuosa alegría general.

—Es el Scheiff que se ha vuelto niño y nos obliga a asociarnos a la dicha que ríe en su interior —comenzó a susurrarse entre aquella concurrencia femenina. Y cuando cada familia volvió a su vivienda, ya fue cosa del dominio público, que Vladiko disfrazado de viejecita ciega, había sido el autor de aquella travesura.

Y cuando llegó la hora de la diaria visita que hacía a Mabi después de cantado el himno de la tarde, ella tomando una actitud de severidad dispuesta a hacer una ejemplar justicia, le dijo:

—Y ahora, señor revoltoso, ¿qué merecéis que os haga?

—Lo que vos queráis, señora maestra —le respondió Vladiko, haciendo grandes esfuerzos para contener la risa.

–De seguir así os vais haciendo insoportable. ¿Acaso no había otro momento para reír y jugar? Mirad que sois un jefe de pueblo y obráis como un chiquillo juguetero –continuó diciéndole la joven Kobda.

–Perdóname Mabi –díjole por fin Vladiko, tornándose serio repentinamente según era su carácter–. Piensa que fui tan desventurado antes de conocerte que mi corazón estaba seco y entumecido de espanto y de frío, y que hoy la dicha de saberme amado por ti, explota dentro de mi propio ser y me fuerza a hacer locuras que provoquen risa y alegría en todos, porque parece que mi alma necesitara de esa explosión de dicha en los demás.

–Bien, os perdono por esta vez, pero que no vuelva a repetirse –decía Mabi–, y os impongo una dura penitencia.

– ¿De veras? ¿Es posible? –preguntaba el Scheiff demostrando un miedo y un susto que no sentía–. ¡Por piedad no seas tan severa con este pobre delincuente!

–Lo será y mucho ¡Ya verás! De aquí a seis días cumple sus veintitrés años de vida terrestre mi hermano Abel y yo quiero inaugurar ese día la Tienda-Santuario que se está construyendo, para atraer su espíritu en tal día y que le sintamos espiritualmente a nuestro lado. Si en vez de andar recolectando ardillas para hacerme una travesura, os ponéis con empeño a apresurar los trabajos. Tengo visto que la Tienda-Santuario, ya sólo necesita la terminación de pequeños detalles para estar lista. Con que ya sabéis, ese es mi castigo por vuestro desacato a mi autoridad de maestra de vuestro pueblo.

– ¿Pero de verdad estáis enojada, Mabi?

– ¡Un poquito..., un poquito! –contestaba sonriente la joven Kobda, que tampoco podía sustraerse al recuerdo de las cómicas escenas provocadas por los animalillos traviesos saltando por las cabezas de las mujeres asistentes a la reunión.

Y la visita de Vladiko terminaba con la lectura de los papiros que Mabi había recibido de los tres puntos hacia donde fueron los mensajeros.

Las ternezas de su hermana Helia que le detallaba su vida entre su padre y Abel, sus temores para cuando éste se ausentara de su lado al regresar a La Paz, conmovían hondamente el alma de Mabi que tan íntimamente conocía a su hermana. Las confidencias reflexivas y profundas de su hermano Iber que tanto caudal de experiencia había acumulado en los años que llevaba soportando la pesada carga de sus pueblos, llenaba el alma de la joven de ansiosos pensamientos relacionados con su propia vida. Y por fin los desbordes de amor y de ternura que le llegaban desde su nido nativo en La Paz, la emocionaban tan hondamente que acababa por regar de lágrimas de emoción y de ternura aquellos largos papiros donde veía flotar las almas que le eran amadas. Y para obligarla de nuevo

a reír, cuando ella estaba absorbida en alguna lectura que la conmovía, en un abrir y cerrar de ojos, Vladiko se ponía una túnica de las venidas del Éufrates, la más corta de todas, que sólo le llegaba a las rodillas, se anudaba a la cabeza un velo de mujer Kobda y con una comicidad hasta entonces desconocida en él, se acercaba con el pebetero quemando perfumes mientras decía: “¡Que suba hasta Numú mi dicha de vivir!”

Y a partir de ese momento una extraordinaria animación puso en actividad a aquellas gentes de ordinario tan pasivas y sosegadas. No sólo era esperada la visita del Thidalá del Éufrates y el Nilo, sino de aquel otro poderoso Jefe del Norte, Lugal Marada, que habían elegido ese hermoso valle de las Montañas Zagros para la entrevista a realizar.

141

LOS KODAS MONTAÑESES

Mientras esto ocurría entre la gran tribu nómada de Asag, del otro lado de la gran montaña, o sea en Num-Maki junto al lago Urán, se desarrollaban otros acontecimientos. Habían llegado mensajeros del Santuario Kobda establecido hacía tres siglos entre el laberinto de hermosas y fértiles montañas del sudeste del Mar Caspio. Ya que tan cerca se hallaba le pedían una visita para lo cual le enviaban hombres de toda confianza y excelentes cabalgaduras, habituadas a caminar por los desfiladeros y las pendientes.

De tiempo atrás tenían aquellos Kobdas comunicación frecuente con Shiva, la cual había pensado traer a Num-Maki un refuerzo de personal para que la ayudasen en la enseñanza de su pueblo.

Los ancianos Kobdas, consejeros y auxiliares que habían sido de Shiva, estaban llegando ya a la condición de Libros Vivos por el agotamiento de sus fuerzas físicas, y la joven Helia, ya que su ley la forzaba a quedar al frente de aquel pueblo, pedía también la seguridad y el consuelo de tener junto a sí una buena porción de los Hijos de Numú. ¿En quién sino en ellos podría confiar la joven soberana del país de Num-Maki?

Todas estas razones fueron encontradas suficientemente poderosas para mover a Abel a emprender el viaje, que entre ida y vuelta emplearía una luna. Tenía de verdad gran deseo de conocer la obra que realizaban los Kobdas montañeses, como llamaban a los del Mar Caspio, entre los cuales se hallaban varios que le eran conocidos y casi familiares a través de sus hermanos de Neghadá y del Éufrates. Había allí dos hermanos menores de Adonai, el hijo mayor de la anciana Elhisa que, como su hermano Elhizer, se había refugiado en el Santuario Kobda dejando a sus hijos el cuidado de su pueblo.

Y en el Santuario de Mujeres se encontraban las esposas y esclavas que habían sido de Selyman, las Berecinas y esclavas del hijo de Elhisa, las sobrinas y hermanas del viejecito Senio, que era originario de aquellos países y que con la fuerza de su pensamiento lleno de amor había ido encauzando hacia la luz a todos los seres que se acercaron a pedirle amparo y protección.

Los Kobdas que con Abel salieron del Éufrates, lo acompañaron también en este corto viaje, que fue costeano la gran montaña que hoy se llama Elbruz y en aquel entonces Albores, aludiendo sin duda a que sus altas crestas coronadas de nieve, aparecían hasta lejanas distancias teñidas de rosa y oro al amanecer y a la puesta del sol. Antes de llegar al Santuario debían pasar por la ciudad fundada por los Kobdas denominada Soldán, nombre que había tenido un abuelo de Senio, dueño de aquella comarca y gran auxiliar de los Hijos de Numú en sus obras de misericordia y piedad para los desvalidos.

Y aunque el Santuario se encontraba a dos millas montaña adentro, se conoció también con el nombre de aquella ciudad y se decía para designarlos: los Kobdas montañeses, o los Kobdas de Soldán.

Era esta ciudad como todas las de montañas, labrada en las rocas del flanco sudeste de la gran cordillera, cuya maravillosa fertilidad cubría de vegetación como jardines aéreos, muros y techumbres, no apareciendo más que los huecos de las puertas como únicos lugares vacíos del verde y florido follaje que lo invadía todo. La ciudad parecía un parque al cual le daba mayor encanto y originalidad las alteraciones del terreno, y el desigual nivel de viviendas, calles y caminos. Y era muy frecuente el ver que el patio que se abría ante la entrada de una vivienda era la techumbre de piedra de otras.

Pero este Soldán parece ser una colosal escalera construida para subir gigantes. Y era que los soldaneses habían ido utilizando los entrecortados altiplanos de la misma montaña para edificar sus viviendas, en forma de verse fuertemente protegidos por las mismas serranías desde las cuales dominaban la llanura y entre las que se encontraban amurallados.

Era una vasta rama de raza aria la que poblaba aquella comarca y el Caudillo era un sobrino del Kobda Erech, que como se sabe había huido de esta región con su madre Nolis, perseguido por la reina Guerrera Shamurance. Era miembro de la tribu de Soldán y por enlaces matrimoniales había venido el gobierno de aquel pueblo a un sobrino suyo, de nombre Batro, que mantenía buena amistad con los Kobdas aunque no era hombre de grandes ideales ni capaz de actividades de orden superior.

De hermoso aspecto y de carácter bondadoso y pacífico, aquellos soldaneses vivían consagrados a la vida íntima del hogar que era para cada cual su templo, su laboratorio, su mundo único de actividad. Cada

familia era como una pequeña colonia que buscaba bastarse a sí misma. De sus cabras, de sus ovejas, de sus olivos y sus viñas, sacaba toda su vida. El resto del mundo no le interesaba absolutamente para nada. Era pues algo muy deshonroso y mal mirado, un hombre o mujer que pidiera socorro a los demás; porque según ellos, las necesidades de cada cual jamás debían aparecer sino en el seno de la familia, aún cuando fuera cuarta o quinta generación.

Con este hermetismo familiar cerrado en absoluto, tuvieron que luchar los Kobdas montañoses. ¿Cómo hacerles comprender que se debían amar y protegerse mutuamente todos los seres humanos?

Hasta sus genios tutelares o dioses eran propiedad de cada familia, y era considerado como una gran usurpación, como un latrocinio horrible el invocar a un genio o dios que no era el suyo, heredado de sus lejanos bisabuelos.

Los Kobdas fueron considerados allí como extranjeros hasta que individuos de todas las familias se vieron forzados por acontecimientos dolorosos a refugiarse en la Casa de Numú, cuya elevada sabiduría fue derramándose lentamente entre los soldaneses, que si conservaron cada cual la fuerte tendencia a los vínculos familiares, por lo menos llegaron a aceptar que uno sólo “Ahura Mazda, el Eterno”, era el Soberano Principio de todas las cosas y padre de todos los dioses familiares. Y así vemos que fueron los Kobdas montañoses quienes prepararon el terreno para la elevada doctrina de Zoroastro el gran apóstol del Irán antiguo.

De esta tribu o raza soldanesa emigraron grandes ramificaciones en los siglos que siguieron a la civilización Kobda, y los unos fueron hacia el Este, a los valles del Indo y se conservan aún en los Parsis de aquella comarca hoy comprendida en la India Oriental, y los otros emigraron hacia el Oeste y han dado origen a los bretones franceses, a los suizos y holandeses de la actualidad.

El culto de la familia y del hogar persiste aún vigoroso y fuerte en todas las razas que derivaron de los hermosos y tranquilos soldaneses, que vivían su vida patriarcal apacible y serena en los flancos del monte Albor, cuyo nombre parecía de acuerdo con el amanecer a la verdad y a la luz que encendieron los Kobdas entre aquella hermosa y exuberante naturaleza.

“Desde que “Ahura Mazda” hundió en el abismo al mal genio que azotó esta tierra, *—aludían a la Shamurance—, todo es calma y sosiego en nuestro país” —decían invariablemente los soldaneses a todo extranjero que les interrogaba sobre la orientación de sus actividades y de su vida.

Desde luego que los Kobdas de Soldán, no habían podido realizar una obra de los vastos alcances que los de Neghadá y del Éufrates, y que por mucho tiempo habían permanecido dispersos en las más apartadas

cavernas de aquel laberinto de montañas, sin dar señales de vida creyéndose aniquilados unos y otros.

La época aquella en que el Kobda Erech y Nolis su madre, huyeron hacia el Sur, había sido para los soldaneses como el pasar de un vendaval de sangre y fuego, pues la Reina Guerrera y pirata hizo una excursión recolectando esclavos, ganados y cosechas. Y para salvar sus vidas, pueblo y Kobdas habían abandonado todo, refugiándose en las cavernas de la montaña.

¡Qué de sacrificios y dolores habían pasado hasta reunirse nuevamente y rescatar los que habían sido hechos esclavos por aquella perversa mujer, cuya tiránica voluntad no encontraba barrera de contenerla!

Y los soldaneses habían llegado a venerar a los Kobdas como a genios benéficos puestos por Ahura Mazda en su tierra para darle la abundancia y la paz, pues estaban al tanto de que ellos habían vencido a la maligna mujer, encarnación del Genio del Mal.

Kobdas y pueblo entraban recién en una era de paz y de prosperidad después de largos años de reconstrucción de lo que aquel torbellino de horrores había destruido.

Y los hijos de Numú con inaudita paciencia habían desenterrado de entre las rocas lo que pudieron salvar de su Archivo de las Edades y de todas sus obras de metalurgia a que se dedicaron con preferencia, por la abundancia de material que las montañas les brindaban.

Los Ancianos que habían visto pasar aquellos días como una hecatombe de sangre le decían a Abel:

–“Extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”, dice nuestra Ley, y no pudiendo vivir a la luz del sol ni del aire de estas montañas, nos sepultamos en las entrañas de la roca, y de la roca extrajimos la belleza y la bondad. –Y le enseñaban láminas de cobre y láminas de diversas clases de piedras o de pastas elaboradas, con cierta greda rojiza que se encontraban en lagos subterráneos y que secas al sol adquirirían una consistencia como del ladrillo que nosotros conocemos. Y todas aquellas láminas estaban grabadas y contaban largas y emocionantes historias, que el fuego no podía destruir como había destruido los papiros o las telas enceradas en que ellos tenían antes escrito su Archivo.

–Creíamos ser por todo el resto de nuestra vida actual –decían los Ancianos–, los Kobdas subterráneos pues algunos pasamos once años sin ver la luz de la superficie sino sólo a hurtadillas, pues los caza-hombres de la Reina pirata, vigilaban las salidas y los senderos de la montaña. Algunos habían tenido suerte de quedar varios juntos en pequeños grupos de dos, de tres o de cuatro, pero otros estaban cada cual solitario en su caverna, alimentándose como podía de semillas o frutos silvestres, de

raíces, de huevos de pájaros, hasta que nuestros hermanos desencarnados comenzaron a darnos noticias en los sueños a unos y otros de que estábamos casi vivos y salvos, diseminados en la montaña.

“Y los que iban recibiendo primero los avisos comenzaron a hacer excursiones al amanecer y a la caída de la tarde, hora en que se retiraban los cazadores de la Reina. ¡Oh, bendito niño! –añadía el Anciano narrador–, entonces no habíais aún llegado a esta tierra que parecía deshacerse de angustia en todas las formas en que puede padecer el alma que está encarnada.

“Algunos de los Kobdas más ancianos no resistieron tan terrible vida, y fueron encontrados secos, como momias en lo profundo de las cavernas. Al lado de cada esqueleto se encontraba alguna señal, un grabado en la roca misma con el nombre y algunos detalles de la tragedia. Y aún esos mismos grabados demostraban la íntima convicción de nuestros hermanos de que eran miembros de una alianza redentora combatida por las fuerzas del mal que venían a desalojar de la tierra.

“Sólo dos casos pudimos observar de una desesperanza que aún hoy nos causa intenso dolor.

“Junto al nombre del Kobda muerto, había frases de desesperación y de angustia como éstas:

“¡Justicia Divina! ¡Te busco y no te encuentro! ¡Amor Eterno! ¡Te llamo y no me respondes! ¿Cuáles son los seres inteligentes con alma-razón y cuáles las fieras con alma-instinto? Me equivoqué de camino o me equivoqué de ideal. Buscador de amor, no era esta Tierra mi campo. El odio y la fuerza bruta, son los ideales de este Planeta. Sufrir por algo, se comprende, pero sufrir por nada y para nada no puede ser”.

“Todos los indicios en estos dos casos son de que se cortaron la vida quien sabe por qué medios. Ambos esqueletos se hallaban en posición desordenada y violenta, mientras que los otros aparecían tendidos horizontalmente en el sitio más apropiado para lecho y aún presentando restos de las pieles y mantas de que se habían servido como cubiertas.

“Conmovían algunas inscripciones llenas de grandeza en el dolor.

“En una vida anterior –decía una–, se que fui un jefe de tribu que hizo morir amarrados en cavernas a los maridos o padres de doncellas que me interesaban, o a esclavos que me causaban enojo. Es Justicia Divina que sin ninguna cadena que me amarre, muera también en el fondo de una caverna, sujetado por la parálisis que me impide buscarme alimento. ¡Justicia Eterna! ¡Que mi dolor de esta hora borre todo el que causó un día mi inconsciencia!”

“Los Kobdas que permanecían en el Santuario de la montaña no eran más que doscientos sesenta, pues otros residían en Casas-Refugio entre las aldeas y pueblos vecinos, desde que la Gran Alianza del Éufrates y

del Nilo había logrado tranquilizar todos aquellos pueblos entregados por entonces a la vida normal de trabajo.

“En el Santuario sólo permanecían los sensitivos, los Archiveros, los que estaban consagrados al estudio de las ciencias de aquella época, cuyas ramas más vulgarizadas eran la Astronomía, la Botánica, la Química y la Mineralogía en relación con las necesidades de la humanidad de entonces. Había también postulantes que comenzaban su vida espiritual y Libros Vivos que la estaban terminando.

Y Abel con mucha gracia y sutileza decía: –Hasta ahora he conocido el amor de los Kobdas de las praderas del Éufrates y del Nilo, voy a conocer ahora el amor de los Kobdas de la Montaña.

–Será, hijo mío, un amor duro y pesado como la roca –le contaba el Pharahome que era a la sazón un hermano de aquella Nolis, madre del Kobda Erech, cuya parentela juntamente con la de Senio y la de Adonai el Pharahome de Neghadá, formaban casi todos los pueblos que rodeaban al Santuario. Eran tres grandes tribus de la misma raza las que en alianza con los Kobdas encaminaban aquella porción de humanidad terrestre por los senderos de la civilización y del progreso.

Este Pharahome se llamaba Sodomán y era hombre todavía joven, pues sólo contaba cincuenta y dos años de edad. Y cuando Abel le interrogaba sobre las actividades a que había dedicado su vida, contestaba:

–Me aficioné a los caminos de Antulio y elegí la ruta de los astros y el corazón de los hombres, para emplear en ellos esta etapa de mi vida eterna.

–Y, ¿habéis avanzado mucho?– interrogaba el joven Kobda ansioso siempre de los rayos de luz que pudiera recoger de sus sabios hermanos.

– ¡No, hijo mío –le respondía Sodomán–, creedme que los mundos siderales me han dado cuanto de ellos es posible percibir en la actualidad y eso que están tan lejos!... Pero el corazón del hombre es una selva tan enmarañada y salvaje que por ella se avanza casi en tinieblas porque muy pocas antorchas resisten a los huracanes desencadenados en ella.

“Pienso que pasarán aún muchos siglos antes de que los buscadores de la verdad podamos decir a ciencia cierta que poseemos todo el secreto del alma humana en relación con la Causa Suprema, con las humanidades de otros mundos, en la infinita sucesión de edades y de siglos que han pasado y que pasarán hasta llegar...”

Como el Pharahome dejó en suspenso la frase, Abel le interrogó:

– ¿Hasta llegar a qué?...

–Temí causaros desencanto y dolor, ¡eres aún tan joven! Iba decir hasta llegar a la comprensión del Bien y de la Justicia, de la cual hay apenas una ligera noción entre reducidos grupos de humanidad terrestre.

– ¿Cómo, Pharahome? ¡Cómo! ¡En veinticuatro años que he vivido, he visto tanto Bien, tanta Justicia y tanto Amor en torno mío! –exclamó Abel asombrado de las amargas frases de Sodomán.

– ¡Oh, hijo mío!..., hasta hoy sólo has escuchado los cantos de amor de Bohindra y no has aspirado más atmósfera que las brisas suaves y perfumadas de los cedros de La Paz, en las riberas del Éufrates y en las praderas del Nilo, donde mil doscientos años de amor y sacrificio de los Kobdas han purificado hasta las raíces de los bosques y las hierbecillas de los campos y las arenas de los ríos. Pero los valles de Neghadá y los valles de La Paz no son la humanidad terrestre, hijo mío. Se han reunido en esas dos comarcas legiones de espíritus venidos de otros planetas como misioneros, que se reúnen para darse aliento a impulsar de nuevo esta humanidad grosera y primitiva. La Eterna Ley te hizo aparecer entre esa escogida porción porque así cumple a sus secretos designios...

“¡Mas, no!... ¡Tu faz se torna pálida..., tus ojos se llenan como de un abismo de espanto..., aún no será la hora, niño bendito, de que tu alma de tórtola vislumbre las negruras del corazón humano terrestre!

– ¡Oh, qué grande y sublime es el amor de los Kobdas de la montaña! ¡Duro y tenaz, invencible como las rocas sobre las cuales viven!... –exclamó Abel, reaccionando de la dura impresión que las palabras adustas y frías de Sodomán le habían causado.

–Ya os dije que es un amor roqueño, duro y pesado como la piedra –respondióle el Pharahome, mientras alargaba una gruesa capa azulada que acostumbraban usar allí en las temporadas de fríos intensos–. Cubríos –le dijo–, y vayamos a conocer esta casa y vuestros hermanos que se encuentran terminando la Asamblea de Consultas, pues vuestra llegada era aquí esperada al ocaso y habéis madrugado.

Los Kobdas compañeros de viaje de Abel ya se encontraban ante los otros en la gran sala de las Asambleas.

Y uno de ellos le dijo al verlo llegar:

–Aquí como allá sois el más pequeño en edad. Y es así que por ahora señor delegado del Thidalá, seguís siendo un parvulito. Con que niño, a jugar, que aquí la gente es demasiado adusta y grave, están contagiados de las rocas, y hay que extraerles la risa y la alegría como se extrae la miel de un panal cerrado.

Todos celebraron el chiste, y el amor roqueño de los Kobdas de la montaña se tradujo en largos abrazos para el Bienvenido, que en todas partes aparecía como luz de amanecer en medio de las tinieblas.

EL KOBDA ARCHIVERO

–Somos muy pobres los Kobdas montañeses –decía el Pharahome Sodomán a Abel y sus compañeros, mientras iban recorriendo las distintas reparticiones del Santuario. Para quien ha visto Neghadá y vive en La Paz, ésta debe parecerle una desmantelada habitación de caverna. Me refiero a riquezas de orden espiritual, bien lo comprendéis, que en cuanto a la forma exterior de vida es más o menos igual que la de allá.

“Destruídos y dispersados por varios años, nuestro Archivo de las Edades ha quedado reducido a estas pilas de láminas de piedra o de cobre donde apenas si hemos podido conservar nombres, fechas, breves detalles de vidas anteriores de los que han pasado por estas bóvedas. Ya comprenderéis que escribir en piedra o en metal, no es escribir en un papiro o en una tela encerada. Recién ahora que creemos más segura nuestra vida, hemos empezado a formar el Archivo de rollos de papiro tal como lo tenéis en Neghadá y en La Paz. Nuestro Archivero Mayor es uno de los diez Kobdas fundadores de este Santuario, que realiza su tercera encarnación en estas montañas y vuelve a formar fila entre los Kobdas montañeses, sin duda para cooperar a consolidar la obra fundada hace tres siglos.

–Justamente hace igual que lo hicieron los fundadores de la gran Fraternidad Kobda hace mil doscientos años –contestó Abel–. ¿Quién sino los creadores de una obra han de sacrificarse para perpetuarla a través de los siglos en bien de la humanidad?

–Nuestro Archivero Mayor es un gran sensitivo. Ahora le vais a conocer –dijo Sodomán encaminándose por la columnata baja de piedra grisácea a cuyo final se hallaba el Archivo–. Es originario de Acuamundis, *–Neptuno–, como sabéis que le han llamado nuestros exploradores siderales teniendo en cuenta los relatos de los sensitivos que en estado hipnótico dan noticias de los globos que la Eterna Ley les permite visitar.

–Aquí tenéis –dijo presentando al Archivero–, a este habitante del Mundo del Agua, que acaso ha debido hacer inauditos esfuerzos para aclimatarse en esta Tierra. Como sus largas hipnosis nos permiten adquirir muy interesantes conocimientos, él mismo os puede referir algo de lo mucho que tiene recibido de sus hermanos de aquel lejano mundo, que aún los ojos humanos terrestres no han llegado a percibir.

–Os vi en la sala de Asambleas –le dijo Abel–, cuando os saludé a todos al llegar y confieso que sentí una suave atracción hacia vos, más

marcada que hacia los demás. Algo así como una reminiscencia lejana de una protección o tutela paternal de parte vuestra para mí.

– ¿Recordáis –preguntó el Archivero–, la vida lejana de Juno el Mago de las Tormentas y de Vestha su esposa ciega?

–La he conocido en el Archivo de Neghadá y la recuerdo muy bien.

–En aquella lejana época fui el padre de Vestha, que os cobijó en vuestra orfandad y os dio su hija ciega por compañera.

– ¿Y desde entonces permanecéis en esta Tierra? –volvió a preguntar Abel–. ¡Oh, señor acuamundiano, qué largo abandono habéis hecho de vuestro globo de origen!

–No lo creáis, pues la Ley Eterna me ha permitido visitarlo de tanto en tanto, y tengo además correspondencia telepática y auditiva con amigos de aquel planeta que encarnados o desencarnados me visitan en mi destierro.

–Mientras que suegro y yerno se entienden, vayamos nosotros recorriendo lo que os falta por ver –dijo el Pharaohome a los Kobdas compañeros de Abel; y del Archivo pasaron a los talleres de escultura y de grabados, que era uno de los medios de subsistencia de los Kobdas montañeses. La depuración de los metales en bruto extraídos de las entrañas de la roca, la pulimentación de las piedras preciosas, sobre todo las esmeraldas, abundantes en aquellas abruptas montañas, les proporcionaban material de trabajo para gran cantidad de operarios que habían aprendido de los Kobdas aquellas rudas y delicadas faenas.

–Los príncipes que habitan los hermosos valles del Tronador, *–río Indo–, son los compradores de toda esta manufactura de cobre, oro y piedras preciosas que veis. Nos dan en cambio sus hermosos elefantes, pieles curtidas, lanas de diversas clases, y su trigo y sus frutas y su pescado salado que nos proporcionan buen alimento en estas montañas.

Así explicaba Sodomán la forma de vida de los Kobdas montañeses a los Kobdas de la pradera, que encontraban demasiado fácil su vida comparada con la vida entre las rocas imponentes y adustas de los Montes Albores.

Mientras tanto Abel y el Kobda Archivero en íntima confianza espiritual, se entendían demasiado bien, y no sólo como yerno y suegro según la sutil alusión del Pharaohome en la época de Juno en la pérdida Lemuria, sino como dos buenos compañeros de un largo viaje que se han encontrado un instante en un oasis del desierto y beben juntos unas gotas de agua cristalina.

El Kobda Archivero tenía todo el aspecto de los grandes sensitivos y su irradiación personal era tan fuertemente simpática, que se le amaba desde el primer momento de verlo. Sus cincuenta y dos años aparecían como cuarenta, fenómeno que ocurre ordinariamente a estos sujetos de

gran sensibilidad y puestos al servicio de un alto y sublime ideal de justicia, de amor y de fraternidad. Rodeados siempre y compenetrados del aura benéfica de sus elevadas alianzas espirituales, parecen estar exentos de la acción destructora del tiempo, y llegan a la ancianidad conservando un cierto aspecto juvenil que les hace agradables y atrayentes.

—Sabemos que la humanidad de vuestro mundo de origen —decía Abel—, es más evolucionada que la de la Tierra, pero vos debéis estar muy enterado de los medios porque ellos han avanzado y la razón de ese adelanto, siendo así que más alejado el sol central del sistema, con elementos de vida más mezquinos quizás, han progresado más espiritualmente.

—Muy enterado no —dijo Walker que tal era el nombre del Archivero—, pero algunos detalles tenemos de la humanidad de aquel apartado globo. Según las percepciones de mi propio espíritu en estado hipnótico y los relatos obtenidos de espíritus de aquel planeta, la causa de los progresos de la humanidad que lo habita es la siguiente:

“Bien sabéis que es un globo en que predomina el agua como elemento principal; y que sólo sobresalen de ella unos pocos promontorios de piedra rojiza no apta para la vegetación. Allí la flora y la fauna provienen todas del agua, y como la humanidad allí se ha ingeniado para fabricar sus viviendas en el agua, igualmente lo ha hecho con sus parques y jardines. Las enormes hojas y tallos de determinados vegetales, sirven de tierra de cultivo para otra infinidad de especies pequeñas, alimenticias y medicinales que crecen como nuestras especies parásitas en el tronco de otros árboles. Las habitaciones de fibras vegetales leñosas, cubiertas y entrelazadas con las pieles de grandes bestias marinas, ofrecen el aspecto de inmensas barcazas flotantes en medio de una exuberante vegetación acuática que sobresale del líquido elemento, como verdaderas montañas de follaje. Según mis conocimientos de aquel mundo, tiene un intenso calor propio emanado de su propia conformación, y no por estar tan apartado del Sol Central es árido y frío como se pudiera suponer.

“Esa misma forma de vida donde el derecho de propiedad se ha visto siempre limitado tan sólo a las cosas de uso personal, es a mi juicio una de las causas del altruismo y del progreso espiritual de aquella humanidad. ¿Cómo podrían discutir ni reñir por la porción de agua sobre la cual flotan? Allí no pueden existir los límites, ni las fronteras, ni la separatividad de razas y de pueblos. El agua es allí el gran auxiliar de la fraternidad y del amor; y los pocos habitantes de esos promontorios de roca que sobresalen del agua, forman las razas más atrasadas y primitivas. Son los salvajes de aquel mundo como diríamos nosotros, y entre ellos se disputan el pedazo de roca en que han abierto su madriguera.

“El agua les da el alimento, pues para ellos todo está entre las olas

interminables que les rodean y aquella fauna riquísima y variada les proporciona una vida fácil, lo cual les permite dedicarse a las actividades mentales mucho más tiempo que los habitantes de esta Tierra, por ejemplo, donde el feroz egoísmo de la propiedad territorial produce luchas y odios que causan casi todo el dolor propio de esta humanidad.

“Algunos de sus grandes mares son de aguas termales, lo cual produce una temperatura templada en sus largos inviernos; y hacia aquellos mares cálidos llevan sus habitaciones flotantes en la época de los fríos. Operación es ésta que si en esta Tierra resultaría demasiado gravosa para realizarla en cada invierno, no es allí de igual manera, pues sabemos que cada estación dura por lo menos cuatro décadas de los años terrestres, como su año, un siglo y medio. Y así cuando los acuamundianos emigran hacia los mares cálidos, saben que lo hacen por un lapso de tiempo bastante regular, o sea unos cuarenta años terrestres. Es así que esta forma de vida a que les obliga la conformación física del planeta, imposibilita allí los odios de razas y hasta les obliga a protegerse unos a otros en su eterno flotar sobre las aguas.

“Allí las tiranías y los despotismos no pueden prosperar porque el gran señor como el más pequeño operario, se sienten todos pequeños cuando un agitado y bravo oleaje sacude la suntuosa tienda como la pobre cabaña. Todos se estrechan, todos se necesitan y amarran unas a otras las habitaciones flotantes para ofrecer mayor resistencia a la enorme masa de agua que les rodean por todas partes y de la cual extraen toda su riqueza, todo su bienestar, todas sus industrias, toda su civilización. Y sabemos que todos los inventores de aparatos o de construcciones en que se utiliza el agua como fuerza motriz son originarios de aquel mundo, como lo son igualmente los más hábiles y expertos marinos que a veces causan asombro por su dominio de las tempestades del mar. Y si algún inconsciente quiere a veces erigirse en tirano, cuando menos se lo piensa se encuentra solo con su familia en su suntuosa tienda, de la cual han desprendido sus habitaciones una en pos de otra todo aquel numeroso pueblo que le rodeaba. ¡Oh!..., la superficie líquida de aquel globo sería muy buena escuela para los despóticos magnates terrestres, que se creen dueños y señores de todo el que asienta su pie en un trozo de tierra de la que se apropió por la astucia o por la fuerza.

– ¿Tienen noticia los acuamundianos de este globo Tierra, como lo tenemos nosotros de ellos? –interrogó Abel, ansioso de prolongar más y más aquella interesante conversación.

–Por medios físicos, no; sino sólo por los mensajes espirituales, al igual que nosotros respecto de ellos, como de los otros globos siderales. La gran Ley de la Solidaridad Universal impulsa a los seres pensantes a encarnar en todos los globos de un sistema o de varios sistemas plane-

tarios, que se hallan vinculados por las alianzas milenarias de las Inteligencias Superiores que los guían y dirigen. A veces estas encarnaciones son colectivas y forzadas cuando se trata de porciones de humanidad retardadas, cuya estancia perjudica a la evolución espiritual de un planeta que asciende ya a mayor perfección.

“Otras veces estas emigraciones interplanetarias son libremente aceptadas como misión redentora hacia una humanidad inferior.

“En aquel planeta que fue mi patria de origen, hay gran cantidad de sensitivos, sobre todo videntes y auditivos.

“La claridad solar tan tenue les da siempre una suave penumbra como la de los ocasos y las noches de luna llena terrestre, y la electricidad y magnetismo del agua producen tan formidables y puras corrientes, que facilitan grandemente las manifestaciones espirituales elevadas. Esta es en mi concepto la razón de que en aquel globo se tienen más abundantes noticias de todos los planetas del sistema, y de otras nebulosas y sistemas que apenas si son conocidas en esta Tierra.

“Se ven ellos eternamente entre agua y cielo, y esto les hace naturalmente contemplativos y místicos; y como el agua, su elemento, está tan íntimamente relacionada con las influencias astrales, por fuerza y por necesidad los acuamundianos son dados a las exploraciones celestes, y esto sólo les hace comprender la vida universal de un modo mucho más elevado y conforme con la Eterna Verdad de lo que se comprende en otros globos de constitución física diferente. El origen planetario influye mucho en la orientación y gustos de un espíritu –continuó diciendo Walker de Atropatene, que así se llamaba el archivero del Santuario del Mar Caspio–, y vuestro profundo sentimiento de amor fraternal, lo traéis a mi juicio, aparte de vuestra evolución, de Sirio vuestro planeta de origen; quiere decir, que también sois acuamundiano pero del sistema de Sirio.

–Creedme que todo es nuevo para mí y eso que estuve en Neghadá, foco y centro de toda sabiduría Kobda.

–En verdad que esto recién ahora lo podemos decir con mayor certeza, pues ya sabéis que el severo control que tenemos por norma para todas nuestras exploraciones suprafísicas, prohíbe comentar un asunto nuevo hasta que por lo menos veinte sensitivos, ignorante el uno de lo que otros han descubierto, nos den una posibilidad de certidumbre razonable y lógica. Desde que vinisteis a esta encarnación se nos dio la voz de llamada a todos los sensitivos de todos nuestros Santuarios y Refugios, tanto de hombres como de mujeres, para averiguar todo lo relacionado a vuestra vida como Guía de esta humanidad, con el fin de ponernos todos en condiciones de secundar con acierto vuestra quinta Jornada Mesiánica. Cada sensitivo debía guardar el más profundo secreto del resultado de

su propia investigación y hasta llegar al número veinte, ni aún el Alto Consejo de Neghadá que era el depositario de los informes que iban llegando, podía abrir ninguno de los rollos de papiro encerrado en doble cubierta de piel y cobre. Y a poco de salir vos de Neghadá llegaron allá los últimos informes que faltaban, y recién la caravana de la luna pasada me ha traído una copia de los veinte informes solicitados por el Alto Consejo de Neghadá, con la adición de treinta y dos informes más, obtenidos por sensitivos noveles a quienes el Alto Consejo no les había solicitado, pero cuyas facultades psíquicas captaron sin duda la onda atraída por los sujetos de mayores experiencias en esta clase de exploraciones. Esta es la razón porque no encontrasteis esto en el Archivo de Neghadá.

– ¿Esto significa –dijo Abel–, que ahora tenéis nuevos conocimientos interplanetarios?

–Tenemos es la palabra, pues lo que un Kobda descubre es de todos los Kobdas y de todo el que quiere saberlo. Antes sabíamos que erais Siriano, pues veníais de aquel sistema y aún hubo un sensitivo que os vio salir como una chispa luminosa de Sirio mismo. Ahora tenemos este punto claramente dilucidado, según vais a ver. Así como hay globos, que según desde el punto de observación que se tome, aparecen como una pequeña mancha en nuestro Sol, de igual modo aparecía vuestro planeta de origen la estrella más cercana a Sirio, que llamamos Siriazul por la atmósfera azulada que la envuelve, y esto fue lo que hizo creer a los sujetos sensitivos que exploraban, que erais de aquel globo. Era que vos sabíais que vuestro Guía Tutelar se había incorporado a la falange de Inteligencias Creadoras que ya no encarnan más y van concentrándose en cada Sol central de Sistema; y en torno a aquel gran foco de luz y energía creadoras, rondabais como una mariposilla alrededor de una llama, en que se había sumergido algo que os era inmensamente querido. Así rondaremos vuestros compañeros y seguidores en torno al foco de Energía y de Luz del Sol Central de este Sistema, cuando después de muchos milenios de siglos os confundáis como un resplandor con otros resplandores, como una llama con otras llamas, hasta que alguien más grande y consciente que nosotros nos diga como a vos os lo dijeron en aquellas lejanas edades pasadas:

“– ¿A quién buscáis en torno de este Sol?

“–Al que me dio la luz y la vida, el que de chispa me subió a lo que soy.

“–Desde ahora, búscale dentro de ti mismo, porque si se refundió en la Luz Eterna, en ti que eres chispa, está; si se fundió en la Energía Eterna, en ti que eres vibración, está; si se refundió con el Amor Eterno, en ti está cuando amas; y no busques fuera de ti lo que vive en ti y está com-penetrado contigo como el aire que respiras y el agua que bebes, y en este instante en que le buscas estás todo saturado y casi absorbido por él.

Abel inclinó su cabeza que apoyó en sus brazos cruzados sobre la mesa del Archivo, como abrumado por el peso de aquella profunda sabiduría, o como deslumbrado por la fuerza de una claridad demasiado viva.

– ¡Inconmensurable grandeza la de Dios!... –murmuró en voz queda como si saliera de un abismo recién descubierto–. ¡Luz Eterna, Amor Eterno, Belleza incomprendida de la pequeña inteligencia humana!... ¡Ahora comprendo cómo es Dios!... ¡Bendita sea esta hora por los siglos de los siglos!

“Según esto –continuó diciendo Abel–, ¿cada Sol, centro de sistemas planetarios es un conglomerado de fuerza dinámica potentísima emanada de aquellas purísimas Inteligencias llegadas por su propio esfuerzo en millares de siglos a la perfección Absoluta?

–Tal es nuestra opinión actual basada como veis en la escrupulosa observación de nuestros sensitivos y en los relatos espirituales recibidos por telepatía, por audición, o por el estado hipnótico.

–Pero este refundirse en la Eterna e Inmutable Energía, Luz y Amor, ¿significa perder la personalidad individual? –interrogó de nuevo el joven Kobda.

–Hasta un cierto punto creemos que sí cuando es llegado el momento, y probaré de hacerme comprender. Sólo en estado de Espíritus Puros se pueden habitar los Soles, centro de sistemas, que como sabéis giran acompañados de su corte de estrellas y satélites, y siguiendo la ruta desconocida de órbitas inconmensurables, alrededor de un punto central que no conocemos, ni percibimos, ni podemos definir mientras somos habitantes de estos pequeños mundos inferiores a causa de nuestro grado de evolución o de misiones que hemos aceptado.

“Sabemos que nuestro Sistema va encaminándose desde hace siglos hacia una misma dirección que es a no dudarlo su inmensa órbita marcada. En nuestras formas de medida y de cálculo no podemos precisar en qué inmensos períodos de tiempo realizará cada Sistema Planetario su vuelta, que es su año, alrededor de aquel ignorado Punto Central, Principio Eterno de Vida, de Luz y de Amor. Como todo en el Universo obedece a una ley de transformación continua, esos Soles, Centro de Sistemas, llegan a la vejez, a la decrepitud cuando han cumplido su misión de servir de morada a las Inteligencias Superiores que ya pasaron el período de las encarnaciones y mientras ellas creaban y forjaban los mundos, sistemas y nebulosas al impulso de su poderoso pensamiento.

– ¿Y entonces?..., ¿y entonces? –interrogó Abel.

– ¡Oh!, entonces aquellas Inteligencias son como absorbidas por el Principio Eterno de Vida, por ese Punto Central en derredor del cual giran todos los sistemas planetarios, todas las constelaciones; y unificadas

aquellas Puras Inteligencias con el Atmán, con la Causa, son también Atmán y Causa, Principio y Fin de todas las cosas.

“Tal es, hijo mío, nuestro supremo destino. Llegadas las Inteligencias a la Verdad Suprema y Absoluta, y puestas a tono con el Eterno Amor, y con la fecunda Energía Creadora, ¿qué son? Son la Verdad, son la Energía, son el Amor; son todos por igual la Inmutable e Infinita Ley.

“Suponeos un inmenso estanque de mármol blanco donde cada ser vacía un ánfora de agua hasta hacerlo rebasar. Cada porción de agua está allí, pero todo es agua y no podéis separar vuestra porción de las otras porciones.

“Suponeos una inmensa lámpara alimentada de aceite perfumado y suavísimo, donde cada ser vacía su cántaro de aceite produciendo todos juntos la viva llamarada que ilumina un vasto recinto. Vuestra porción de aceite está allí produciendo luz y calor, y podéis llamarle aceite de nardo, aceite de oliva, o de jacintos o de cualquier delicada esencia que sea; pero no podéis separar vuestro aceite de los otros aunque tenéis la certeza de que allí está.

“Suponeos otra vez que llenamos un inmenso recinto de pétalos de las rosas perfumadas de Irán con el objeto de extraerles la esencia. Todos son pétalos, todos se transforman en esencia, de la cual podréis tomar unas gotas pero no podréis precisar si esas gotas provienen de vuestra canastilla de pétalos, que aunque sabéis que están allí no los podréis distinguir ni separar. ¿Me comprendéis?

—Os comprendo, sí, os comprendo porque vuestras hermosas figuras son claras y nítidas. Mas decidme: llegadas las Inteligencias a esa plena unión con lo Eterno, Inmutable e Indivisible, ¿perciben el pensamiento, el ruego, el clamor de las pequeñas almas que les han comprendido y amado?

—La buena lógica y el buen discernimiento nos dice que lo perciben con mayor precisión y claridad que antes de llegar a tan elevado estado, pues habiendo adquirido la capacidad de verlo todo, de saberlo todo, de penetrarlo todo, ni una sola vibración de amor les puede ser ajena, pues son el Eterno Amor vibrando en todos los seres. Y he aquí por qué nuestra Ley aconseja la elevación de nuestro pensamiento a la Divinidad como medio de atraer fuerzas benéficas a nuestro campo de acción en bien de la humanidad de que formamos parte. Es como si bebiéramos una ánfora de agua de aquel estanque de mármol blanco; como si hiciéramos entrar por nuestra ventana un rayo luminoso de aquella lámpara alimentada de muchos cántaros de aceite perfumado; como si recogiéramos en nuestras manos gotas de esencia extraída de aquel gran montón de pétalos de rosas de Irán. Tal es el efecto del pensamiento elevado a la Eterna Energía, al Eterno Amor, a la Verdad Suprema, ya se llame oración, plegaria o

súplica al acto de buscarles con nuestro pensamiento, con nuestro vivo anhelo, con nuestro más puro y ardiente amor.

“Se dirá que si esa Eterna Energía y Amor Eterno lo penetran todo, la elevación de pensamiento, oración, plegaria o súplica, es inútil pues estamos ya como absorbidos por su infinita ubicuidad.

“Y es así en verdad, pero los Kobdas decimos: Cuando llueve, todos los campos se riegan por igual lo mismo el que lo deseaba que el que no; pero recibe mayor cantidad el que hace acueductos y represas o aljibes donde el agua se deposita y guarda para, en el tiempo de sequía, poder regar la plantación. Llovió agua para todos, pero tuvo mayor cantidad el que se preparó para recogerla y guardarla.

“Así también el que ora y el que no, están penetrados igualmente por la Energía y Amor Eternos, pero con la diferencia del que recoge y guarda el agua en sus aljibes y el que la deja correr sin preocuparse de recogerla y guardarla.

–Y esas elevadas y puras Inteligencias, ¿permanecen eternamente en igual estado? –interrogó Abel después de unos momentos de silencio meditativo y profundo.

–Habiendo llegado a la perfección absoluta, han llegado también a ser Inmutables, Indivisibles, Invariables en sí mismas, pero con una capacidad infinita de producir, de crear, sin detenerse jamás en su ilimitada actividad. Nebulosas y más nebulosas, mundos y más mundos van surgiendo de esa Eterna Energía, que les conserva, les impulsa, les transforma en evolución permanente que avanza de acuerdo a la evolución progresiva de los seres y humanidades que los habitan.

“Tal es Dios, hermano mío, tal es la Eterna Verdad según hemos podido vislumbrarla después de largas meditaciones y exploraciones suprafísicas los hombres de toga azul.

“Lo que nos falta es conseguir que el hombre de este globo que comienza, quiera llegar a preguntar:

“¿Quién es Dios y quién soy yo?”

EL ESCLAVO DE SÍ MISMO

“¿Quién es Dios y quién soy yo?”. Este profundo interrogante como un centelleo de fuego reaparecía vivamente en el horizonte mental de Abel a la mañana siguiente, mientras escalaba solitario la montaña en cuya escarpada ladera se levantaba el Santuario. Un tortuoso senderillo bordeado de arbustos, le fue llevando casi insensiblemente a una elevada meseta al Noreste del edificio, desde la cual se dominaba un vasto panorama en todas direcciones.

A su espalda se extendía como un inmenso manto de oro y rubíes el Mar Hircanio, cuyas olas en quietud en ese instante parecían formar parte de los cielos teñidos del rosa y oro del crepúsculo y a la vez de las crestas más altas de la gran montaña, en la cual parecían reverberar los mismos delicados tintes de los cielos y del mar.

Llegado a lo alto de aquella soberbia explanada, el joven Kobda fatigado de la ascensión, se sentó en una saliente de la roca y dejando vagar su mirada por el vasto panorama que se ofrecía a su vista, recordó otra vez las últimas palabras del Kobda Archivero:

...“Nos falta conseguir que el hombre terrestre quiera llegar a preguntar: ¿quién es Dios y quién soy Yo?”

“Y he aquí que en estas breves palabras –pensaba Abel dialogando con su yo íntimo, en la soledad de su propio pensamiento–, está encerrado todo el programa de mi vida actual y de otras que han de seguir.

“Porque el hombre terrestre no ha llegado a hacerse esta pregunta, ¡es egoísta, tirano y déspota, y desventurado hasta en el aire que respira y en el agua que bebe!

“Porque no sabe quien es Dios y quien es él, amarra con cadenas a otros hombres y les hace sus esclavos y estos inclinan la cerviz, porque tampoco saben quien es Dios y quienes son ellos.

“Y se odian y se matan, y se devoran los unos a los otros como poseídos de un vértigo de locura... ¿por qué?... ¡oh!, ¿por qué? Por unos estadios de tierra que hoy pisan y que mañana cubrirá sus huesos. Por unas manadas de ganado que exceden mil veces de lo necesario para alimentar su vida y cuya excesiva abundancia no le da ni una migaja de la dicha que gozaría, si habiendo pensado quién es Dios y quién es él, no hubiese despojado a sus semejantes de lo que necesitaban para sustentar sus vidas. Mas, ¿cómo descubrir a su profunda ceguera la visión esplendorosa de la Verdad?...

Una meditación profunda le absorbió hasta el punto de que su propio pensamiento parecía callar.

De pronto su mirada se fijó en un desfile de hormigas cuyo pasar y pasar por el mismo sitio había abierto un senderito entre la menuda hierba que tapizaba la montaña. El sendero se perdía tortuoso entre los arbustos y reaparecía a lo lejos como una cinta blanca perdida en el verde negro de la hierba. Observador por naturaleza, Abel se dio cuenta que aquella multitud de hormigas emigraban hacia otro paraje pues que todas iban y ninguna volvía. Miró hacia el sitio de donde partía la emigración y encontró el gran hormiguero derrumbado por unos pequeños cuadrúpedos, especie de ositos en miniatura que devoraban con ansia los huevos y las hormigas que iban naciendo.

Tuvo la idea de seguir la emigración y caminando unos pasos encontró que las hormigas se habían apoderado de una colmena abandonada quien sabe por qué circunstancia, y se deleitaban con la miel silvestre que caía como topacio líquido por las roturas abiertas en el panal.

– ¡Oh!... –exclamó el joven Kobda filósofo–, conque si no es por aquellos feos animalejos que os destruyen y devoran, ¿no encontrabais vosotras el dulce panal de miel?

“¡He aquí el símbolo exacto de esta humanidad que sólo acicateada por el dolor caminará hacia la miel divina del Eterno Amor que es su destino, su dicha y su paz! Y de ahí que los elevados ideales y las grandes doctrinas redentoras no germinan de ordinario, sino entre las clases azotadas por el infortunio.

Y por eso los Kobdas, los hombres de la Sabiduría, buscan a los doloridos, a los abandonados, a los deshechos de la vida para señalarles el camino de la luz y de la dicha, que rara vez es aceptado por los hombres embriagados de los placeres groseros de la materia.

¡Sufre humanidad, sufre, padece y llora, que sólo a través del cristal de tu propio llanto contemplarás la visión esplendorosa de Dios!

Vio que un postulante de edad viril se acercaba por el mismo sendero por el cual él había subido. Quiso ir a su encuentro, pero el postulante le hizo con su mano señal de esperar.

–Perdonad –le dijo–, que interrumpa vuestra meditación solitaria, pero es tanta mi necesidad de hablaros en intimidad, que no he podido resistir al deseo de seguiros!

–Habéis hecho perfectamente bien, hermano mío –le respondió Abel–, y nada tengo que perdonaros. Como he vivido en las praderas, estas imponentes montañas me atraen de un modo irresistible y quise contemplar la naturaleza desde estas cumbres silenciosas. ¿Qué deseáis de mí que os lo daré con el mayor gusto?

–Os llaman todos el *Hombre-Luz*, mientras que yo podría llamarme el hombre-tinieblas. ¿No sería justo que un poco de vuestra luz viniera a mí y que un poco de mis sombras se fuera con vos?

–Sentaos conmigo en estas rocas y hablemos. Dios será quien derrame luz en vuestras tinieblas, si de verdad así lo deseáis. Os vi entre los postulantes del Santuario, y vuestro traje además me lo indica, ¿cómo es pues, que tenéis tantas tinieblas habitando un Santuario de la Luz?

Al hacer Abel esta pregunta miró fijamente a los ojos de su interlocutor, y encontró en ellos la desazón, la inquietud, la íntima tortura producida por ansiedades malignas y perturbadoras.

–Hace sólo diez lunas que habito el Santuario –le respondió el postulante–, y estaba ya para pedir mi retiro a causa de no encontrar aquí lo que vine a buscar. De pronto oí hablar de la llegada del Hombre-Luz y esperé vuestra llegada. De esta entrevista depende que me quede aquí para siempre o que me aleje también para siempre.

– ¡Que la Sabiduría y el Amor sean conmigo! –exclamó intensamente el joven Kobda, evocando desde el fondo de su pensamiento a la Divinidad, causa y origen de todo bien–. Que la Sabiduría y el Amor sean conmigo, porque de mí a decir verdad, poco os puedo dar, pues ya veis que son escasos los años que he podido dedicar al estudio de las almas y que acaso necesito aprender tanto como lo necesitáis vos. Pero así como el zumbido de un insecto o el canto de un ave, puede a veces servir de orientación a un viajero, de igual manera puede Dios valerse de mí para enviaros un rayo de claridad. Hablad pues, que estoy a vuestra disposición.

–Tengo treinta y cinco años –continuó el postulante–, y aburrido de todo vine aquí, creyendo encontrar la dicha en la vida sin luchas de estos hombres dedicados a las cosas profundas y ocultas al común de los seres. Hijo de una familia de buena posición he gozado de todas las cosas agradables que tiene la vida, he tenido esposas que me han amado y que he creído amarlas, algunos hijos que son todavía adolescentes pero que no necesitan de mí. He tenido numerosos siervos y siervas, campos y ganados; mas en nada encuentro satisfacción duradera. Un momento, unos días, a lo sumo una o dos lunas de entusiasmo en cada cambio de escenario, y luego otra vez las tinieblas, el aburrimiento, la inquietud y la desazón. ¿Dónde pues está mi verdadero sitio en medio de la humanidad?

“Creí que estaría entre los hombres de vestido azul y el deseo de conocer hasta el fondo el secreto de su grandeza y de su dicha me trajo a este Santuario hace diez lunas; pero una vez que he saciado mi deseo de conocerles en la intimidad, ya esto no me interesa más...”

–Y ahora –le interrumpió Abel–, os acicateaba el deseo de averiguar qué es este Hombre-Luz, como habéis oído llamarme, y queréis satisfacer ese deseo y aburrirlos después nuevamente. En verdad, hermano mío, que padecéis una grave enfermedad moral que os inutiliza para toda obra

buena y más todavía para vos mismo. Pero esta vuestra enfermedad sólo vos mismo podéis curarla.

“Apartad de vuestra mente la idea de que habita en mí un poder suprafísico para salvar todas las dificultades. Yo no soy más que un espíritu que empezó su ruta de ascenso hace largas edades, a causa de haber surgido de la Eterna Energía antes que mis hermanos de la actual etapa terrestre.

“Y pensad que nadie salva a nadie, si él mismo no busca y no quiere ser salvado.

“Yo os puedo indicar el camino de vuestra paz y de vuestra dicha, pero no os puedo obligar a seguirlo.

“Pero, ¿qué os puedo decir que no os hayan dicho vuestros Instructores del Santuario que os habrán enseñado más con el ejemplo que con la palabra?

–Así es en verdad –respondió el postulante–, pero ellos son ya ancianos y en ellos ya enmudeció todo el hervor de la vida con sus deseos, sus delirios, sus ansiedades, sus ambiciones. En cambio sois vos un jovencuelo diez años menor que yo, y quiero llegar a comprender cómo en tal edad podéis gozar de la calma serena y radiante que aparece en todo vuestro aspecto exterior.

–Porque, gracias a Dios, no estoy enfermo del alma como vos –le contestó Abel–. Y no estoy enfermo porque habitando desde muy niño al lado de los Kobdas, he sido educado en la restricción de todos los deseos inútiles o dañinos que el común de los hombres convierte en necesarios e imprescindibles.

“Tuve una infancia muy hermosa y feliz, porque un anciano Kobda, para quien había enmudecido también el hervor de la vida, según vuestra frase, cuidó de que yo no complaciera ningún deseo que estuviera fuera de orden, y eso en las pequeñitas cosas en que puede fijarse la mente de un niño.

“–Quiero comer esta fruta –decía yo al inolvidable Senio, mi instructor de la niñez.

“–No, hijito –decía él–, esta fruta es verde y perjudicará tu salud y perjudicará al árbol arrancándola antes de tiempo. Toma esta otra que está madura y que te dará buena nutrición.

“–Quiero ese nido de alondras –decía yo.

“–Ahora no, hijito mío, porque los huevos están con polluelos y ni podrías comer los huevitos ni aprovechar las avecitas que morirían de inmediato.

“–Quiero traer los renitos pequeños al establo para jugar con ellos –expresaba yo.

“–No, hijito, en este momento les entregan a las madres acabadas de

ordeñar y es justo que los pobrecillos que nos dan parte de su alimento, tomen también su porción y aprendan a pastar; jugarás con ellos de aquí a tres horas cuando les vuelvan a apartar de las madres.

“Tal fue mi educación de niño hasta los doce años en que pasé al Santuario, donde mis deseos inútiles o dañinos siguieron recibiendo la poda necesaria para no crecer donde no era justo, ni razonable, y he aquí que me encuentro en plena juventud sin mayores vendavales ni tormentas con que luchar, y habiendo adquirido ya el hábito de vencerlas y el poder de dominarlas. Es verdad que tengo bastante dominio de mi mundo interior, pero esto no implica ningún milagro, sino que es sencillamente el resultado del hábito ya contraído desde la niñez de obrar conforme a la justicia y a la razón, y no conforme al capricho y al deseo.

“En cambio vos, hermano mío, habéis tenido de seguro una educación muy diferente de la mía. De niño apenas abriríais vuestra boca para expresar un deseo, que ya habría varios dispuestos a complaceros, fuera razonable o no. De adolescente, vos mismo buscaríais y encontraríais la forma de satisfaceros. Ni vuestros ojos, ni vuestro oído, ni vuestras manos, ni vuestro paladar habrá recibido una negativa de vuestra parte en cuanto ellos han querido, y eso ha desarrollado con tanta exhuberancia vuestras pasiones que al llegar a la pubertad y a la juventud ya eran como una manada de mamut enfurecidos a quienes nadie puede contener. Y esos deseos y caprichos hartados por vos hasta lo sumo, os dan ahora esta triste compensación: os han hecho un juguete suyo y os zarandean y revuelven a su antojo sin que haya en vos ni un ápice de fuerza y de autoridad para decirles: ¡quietos ahí que quien manda soy yo!

“Habéis tomado mujeres por momentáneos caprichos de entusiasmo que juzgabais amor, y satisfecho un deseo viene otro y otro como las olas incesantes del mar que se suceden siempre sin detenerse jamás. Habréis acaso causado sufrimientos y dolores, disturbios e inquietudes sin cuenta para satisfacer vuestros deseos de adolescente y de joven; y si las circunstancias os lo permiten continuaréis causándolos en vuestra edad madura y en vuestra ancianidad, porque vuestros deseos mandan en vos con tiranía despótica, y vuestro yo inteligente acobardado y semiembrutecido como un esclavo hecho ya a la cadena, no tiene ni aún fuerzas para protestar. Y si ahora me habéis seguido a esta soledad ha sido también empujado por el deseo curioso de saber el secreto de mi paz y de mi quietud.

“Ya lo tenéis pues: es el de no haber satisfecho jamás un deseo que no fuera razonable y justo.

“Decís que tenéis esposas y que tenéis hijos. Esas mujeres os habrán amado, esos niños echarán de menos al autor de sus días o acaso maldecirán vuestro nombre y tomarán vuestro ejemplo como norma también

de su vida. Acaso esos niños recibirán la misma viciada educación que vos, y aumentarán en el futuro la muchedumbre de los inconscientes, de los perturbados, de los descontentos que en nada encuentran su paz y su sosiego hasta que colmada la copa de la justicia, se vacíe un día sobre ellos y comience la expiación forzada por la Eterna Ley, que poda, pule y corta y hiere sin piedad, para curar de una vez por todas a estos perpetuos enfermos del deseo que todo lo quieren y que nada tienen más que esa helada desnudez del alma, que no supo gobernar sus sentidos ni mandar en su cuerpo al cual tienen que soportar después apestado de enfermedades y de miserias, fruto de la indebida satisfacción del deseo.

El postulante apoyó su cabeza entre sus dos manos y un profundo suspiro se exhaló de lo profundo de su corazón.

–Como lo decís, tal fue hecho –dijo por fin después de un breve silencio–. Mi deseo fue mi ley desde niño, y hoy el deseo es como un monstruo voraz e insaciable en el fondo de mi propio ser. He atormentado para satisfacer mis deseos a todo el que se ha puesto cerca de mí y sé que estoy también atormentando a mis compañeros y a mis Instructores. Me alejaré del Santuario y seré como un fantasma errante por el mundo devorado por mis deseos y descontento en todas partes. Seré como un ave de mal agüero que llevará el dolor mío a todas partes porque sólo inquietud y amargura puede dar de sí el que sólo eso posee... Seré como un pedrusco que va rodando por la montaña hasta tropezar con el abismo en cuyo fondo oscuro vaya a estrellarse...

– ¡No, no y no, hermano mío! –le dijo Abel, tomándole una mano–. Quiere y piensa juntamente conmigo en que tu Yo mande en ti y no que el deseo sea tu tirano, y decide por fin ser un hombre consciente del deber y no un ente abúlico, dominado por una materia corrompida y viciosa.

“Si la vida del Santuario no te satisface, reúnete a la primera de tus esposas y regulariza la situación de las otras y de todos tus hijos...

–Ellas se hicieron dar carta de soberanía en vista de mi abandono injustificado, y mis hijos que no me conocen, ni me aman, ni esperan nada de mí. Mis caprichos han cansado a toda mi tribu y donde aparece Garbi, aparece un fantasma de turbulencia y de inquietud.

–Entonces convéncete, hermano mío, que es en el Santuario Kobda el único lugar de tu refugio, porque sólo los hombres de la Sabiduría y del Amor son capaces de soportar a un ser que se ha hecho insoportable aún para sí mismo.

“¿Qué decides? –volvió a insistir Abel viéndole guardar silencio.

– ¡Morir!... –dijo sordamente Garbi–, porque no hay para mí un lugar sobre la tierra. No sirvo para nada, ni nadie necesita de mí.

– ¿Y si yo encontrase ese lugar para ti, y conociera la persona que necesita de ti?... –interrogó el Hombre-Luz sin darse por vencido ante

aquella hosca tenacidad y habiendo sentido sin saber por qué, la vibración sutil y profunda del pensamiento de Solania, la mujer fuerte que había redimido a Marván.

–Yo iría a ese lugar y hacia tal persona si me aseguráis que encontraré la paz y el sosiego.

– ¡Os lo aseguro!... –respondió Abel, con una firmeza y una energía que casi asustó a su interlocutor.

“*¡Es mío..., es mío!*”, vibraba la onda telepática del pensamiento de Solania que estaba de turno en la concentración espiritual, terminado el himno del amanecer, allá lejos a la otra orilla del Mar Grande, en el enorme peñón aquel que avanzaba como un dragón sobre las olas, entre el perfume de las acacias y el rumor de las palmeras.

– ¿Qué lugar es ese? ¿Qué persona es esa?... –interrogó de nuevo el postulante.

–Del otro lado del Mar Grande, o sea en la misma orilla en que se encuentra Neghadá, está el promontorio llamado Corta Agua donde actualmente se está levantando un Santuario Kobda regentado por una mujer. Ese sitio es el tuyo, y esa mujer es quien te necesita.

– ¿Para qué?

–Para darte el sosiego y la paz.

– ¿Cómo lo sabes?

–Porque conozco su ley y la tuya; porque sé que ella trajo la misión de salvar a los obstinados y rebeldes como tú; porque en mi yo íntimo he sentido el grito de su amor heroico que me decía: “*Es mío..., es mío, dámelo porque yo le buscaba y le estaba esperando*”. Con que Garbi, vete, que la paz y la dicha te esperan.

– ¿Cómo se llama esa mujer?

–Se llama Solania, y será en verdad un sol para ti. Es joven y es bella, pero ni su juventud ni su belleza hablarán a tus sentidos, pues está envuelta de una potente irradiación adormecedora de todas las ruindades penosas y turbias de la más pesada materia...

–Está bien. Iré hacia allá y será mi última prueba para libertarme de mí mismo –dijo Garbi, levantándose para bajar hacia el Santuario.

Abel le siguió, y seis días después, Garbi formaba parte de la caravana que regresaba a los países del sur, a través de montañas y de llanuras hasta llegar a la costa del Mediterráneo en cuya margen meridional, esperaba encontrar la dicha, entre las abruptas rocas de Corta Agua, ieternamente azotada por las olas de su golfo bravío y acariciada por el perfume de las acacias en flor!...

A LAS TIENDAS CIRCASIANAS

Cuando poco después Abel regresó a Num-Maki decía a su hermana Helia cuando salió a recibirle:

–Te traigo una hermosa ofrenda, algo digno de una joven reinita que se inicia en la ciencia divina de hacer la felicidad de un pueblo.

– ¿Qué es ello? –preguntaba Helia, con gran curiosidad.

–Mirad –le decía Abel, indicándole dos hermosos elefantes cubiertos de amplios doseles encortinados hasta el suelo.

Helia corrió hacia ellos, detenidos ya por el criado conductor, y tiró del cordón de las cortinillas delanteras.

Apareció la faz iluminada de dulzura y de amor de una anciana Kobda de ojos azules y cabellos blancos, rodeada de cinco Kobdas jóvenes, rubias, dulces y bellas como la raza de que provenían.

– ¡Este rostro, este rostro!... –decía Helia, mirando fijamente a la viejecita, que a su vez la miraba con sus dulces ojos llenos de emoción–. Me parece haberle visto hace mucho tiempo –continuaba la joven tratando de recordar.

–Le has visto en el rostro de Senio, el instructor de nuestra infancia, Helia. Es la hermana menor de Senio que ha querido dejar su familia, su Santuario y su patria, para venir a servirte de madre y de consejera.

La anciana fue bajada y la joven reina de Num-Maki la recibió emocionada entre sus brazos.

–Todas son algo muy nuestro, hermana mía –continuó Abel, presentando a las mujeres Kobdas a medida que iban bajando–: Estas dos, Selvia y Ilfrida, son hijas del Caudillo de Manh, sobrinas de nuestro Kobda Erech y nietas de nuestra viejecita Nolis.

“Estas otras dos, Gardenia y Friscia, son sobrinas de nuestra gran Kobda Elhisa, cultivadas en los jardines del Gran Santuario de Neghadá. Ahora viene la menor de todas..., otra sorpresa para ti. ¿Quién te figuras que es?”

La joven Kobda sonreía acercándose y mirando a Helia que en su alegría toda hecha de asombro, se asemejaba a una niña pequeña a quien le van enseñando por partes, una porción de hermosos juguetes.

– ¿Adivinas?... –insistía Abel–. ¿No te recuerda alguien esta fisonomía?...

–Espera, espera..., si no fuera por sus ojos claros, diría que se parece a mi hermano Iber...

–Justamente, es Gélida, hija de una Berecina de Selyman que se

internó en el Refugio Kobda de los Montes Albores, con sus tres hijas que se hicieron Kobdas. Es pues, hermana de Iber por parte de padre.

Y la joven Kobda rubia, de ojos de topacio se entregó a las caricias de la dulce y tierna Reina de Num-Maki que creía abrazar en ella a su hermano Iber, a quien tanto amaba.

–He aquí, hermana mía –decíale Abel–, el Consejo femenino que te da la Bondad Eterna en reemplazo de las Kobdas que acompañaron a nuestra amada Shiva y que ya han merecido el descanso. ¿Estás contenta de mi regalo?

– ¡Oh, mucho! –contestaba la joven–. ¿Podías acaso ofrecerme nada mejor? Venid conmigo para que toméis un refrigerio y veáis vuestra nueva morada –les dijo. Y las seis Kobdas siguieron a Helia, mientras Abel salía al encuentro de Helia-Mabi, que se acercaba en ese instante, llevado del brazo por uno de sus servidores, pues languidecía día por día como si al partir Shiva su esposa, se hubiera ido con ella toda su fuerza y todo su deseo de vivir.

– ¡Cuánto os agradezco –decíale a Abel–, que os hayáis así preocupado de llenar el vacío que en esta casa dejó nuestra amada ausente!

“Ahora yo no pensaré en luchar por prolongar mi vida, que no tenía ya más objeto que servir de sombra al lado de esta hija, venida al hogar paterno cuando la luz y el calor se extinguían en él.

– ¡Helia-Mabi!... Shiva, la valerosa Shiva escucha tus palabras y no estará conforme con ellas, pues pensará muy acertadamente que debes recobrar nueva energía para secundar a su hija en el gobierno de su pueblo. Además hay otro hilo que anudar en la vasta red de oro que van tejiendo las almas, en las eternas correrías de sus vidas planetarias.

– ¿Qué quieres decir con eso?

–Que vengo de Soldán y soy portador de un mensaje para vos.

Al oír esto, Helia-Mabi se hizo conducir a una glorieta o cenador que estaba a pocos pasos de allí, donde solía Shiva sentarse a tejer la blanca lana de sus corderillos para abrigar a los niños recién nacidos.

–Aquí descansaba Shiva de las fatigas del día, y aquí flotará su alma entre estos lirios blancos plantados por ella. Dame aquí el mensaje que traes y que sea suave a mi corazón el recibirlo de tu mano –dijo con tristeza Helia-Mabi.

Abel se sentó junto a él cuando el servidor se hubo alejado, y sacando de entre su túnica un pequeño tubito de plata, se lo entregó diciéndole:

–Piensa que en este caso sólo hago el papel de un portador y no de un intermediario. Lee y después hablaremos.

Helia-Mabi abrió el tubo y resbaló un pequeño rollito de finísimo lino encerado que en lenguaje de los Kobdas decía:

“Al dolorido esposo de la grande e incomparable Reina Kobda, Shiva la madre de su pueblo, paz y salud de Ahura Mazda.

“Soy jefe de la antigua raza Kusmuch; muchos son mis años que están tocando a su fin y solicito de vos una ayuda para mi pueblo. Mis hijos mayores murieron víctimas de la Reina Guerrera, y sólo me vive el menor, único vástago de mi sangre y también heredero de mis nobles ideales, bebidos de la copa en que bebió Senio, mi tío, a quien Ahura Mazda llevó a la luz.

“Sé que tenéis una hija que es la continuación del alma de la gran Madre, y si no os desagrada os pido que entre vos y yo hagamos por realizar una alianza nupcial entre nuestros hijos, con la mirada fija en el porvenir de nuestros pueblos.

“Sea Ahura Mazda quien inspire y gobierne nuestras resoluciones. “Fredik de Kusmuch”

– ¿Estáis enterado del contenido? –preguntó Helia-Mabi alargando el rollo a Abel.

–He sido consultado sobre el particular pero me abstuve de dar mi opinión, pues aunque se trata de Helia a quien he considerado siempre como a verdadera hermana, creí mi deber no adelantar absolutamente nada en tal asunto.

–Pero creo que a mí me adelantaréis algo siquiera para orientarme. ¿Creéis que mi hija pensará en tomar esposo?

–Hasta este momento, no, de eso estoy bien seguro, porque para vestir la túnica azulada se hacen antes muchas pruebas comprobatorias de que la postulante no anhela otra vida que la de las Kobdas consagradas al bien de sus semejantes. Tampoco lo pensaba su hermana Mabi, y ya ves, parece que en su ley estaba la unión con el Caudillo circasiano. Tampoco lo pensaba nuestro incomparable Bohindra, y la Eterna Ley llevó a su lado a Ada, su flor de madre selva como él la llama. ¿Qué sabemos los encarnados del oculto derrotero de cada alma?

“Además, no debe extrañarte la idea del anciano Fredik, puesto que sabes que desde que se estableció la Gran Alianza, todos los jefes de pueblos aliados buscan de unir sus hijos con doncellas educadas en los santuarios Kobdas; porque esto ha llegado a ser una garantía de méritos y de virtudes para el que busca engrandecer moralmente sus pueblos, y propender a la paz y a la felicidad de ellos.

La numerosa raza Kusmuch, es antiquísima, y fue con otras dos tribus, la de los Kassis y los Alzú, las que protegieron a nuestros hermanos y secundaron sus obras de educadores de pueblos. De ella han salido muchos Kobdas de destacada actuación y de grandes virtudes como Senio, como Adonai, como la anciana Merik y otros que no recuerdo en este instante.

– ¿Habéis visto al joven en cuestión? –volvió a preguntar Helia-Mabi.

–Me lo han presentado, es doce lunas mayor que yo y aunque se sabe heredero de vastos dominios y vástago de una raza que dentro de las cosas humanas, es considerada como lo más grande y glorioso, conserva una sencillez en costumbres y modales que parece un jovencuelo del pueblo, entre los que se confunde en las excursiones y deportes montañoses a los que son todos muy aficionados. Mirad, cuando fue con su padre al Santuario para visitarme, enseñaba a los Kobdas con casi infantil entusiasmo dos pichoncillos de águila que había bajado del más alto pico de la montaña, y los obsequiaba al Pharahome como un trofeo de su victoria. Ha crecido puede decirse en el Santuario, pero dice con mucha gracia que no se inclina a vestir la túnica porque su vida son las correrías por las montañas y no se avendría con la vida tan grave de los Kobdas consagrados al cultivo espiritual, a los estudios y al sacrificio continuado en favor de sus semejantes.

“Nuestros hermanos le quieren mucho por su afable carácter y su permanente alegría y buen humor, y le llaman más comúnmente Alegrinis, que como sabes quiere decir Hijo de la Alegría. Se llama Fredik como su padre y es un bellissimo mancebo de ojos pardos llenos de franqueza y de lealtad. Tal es el hombre. Es cuanto puedo decirte, pues poco he hablado con él. Vos y Helia sois quienes debéis resolver este asunto y en consecuencia obrar con toda la prudencia y rectitud que corresponde en este caso. La Divina Sabiduría os guiará al acierto y a la paz.

– ¿Y si Helia y yo aceptáramos? –interrogó Helia-Mabi.

–Debéis enviar un mensajero con la noticia, y su padre y él vendrían para conoceros y celebrar esponsales en un plazo determinado según es la costumbre. Conviene que todo esto se realice después que yo haya partido, por que sé de antemano que mi cariño les absorbe de tal modo a estas dos hermanas mías, que casi les obstaculizaba seguir con decisión el derrotero marcado por su ley. Se figuran ellas que tomando esposo, tengo yo menos derechos a su cariño y a su adhesión. Las conozco tanto a las dos y sé sus luchas en tal sentido. Tanto a Mabi como a Helia, he debido ayudarlas como quien dice a desprenderse un tanto de mi persona, para que adquieran la libertad serena y amplia que deben tener, poniéndose en el justo medio, ya que tanto ellas como yo no somos más que espíritus de una misma alianza en bien de esta humanidad.

Esa misma noche se realizó una gran asamblea en la vieja casa de Shiva y en presencia de Abel, para iniciar en ella el reinado de la Manh-Piquina como llamaba el pueblo a su joven reina.

Cuando Helia se sentó en el sitio de su madre, entre su padre y Abel, estaba pálida como una muerta. Pensó que entraba de lleno en una selva desconocida, poblada de peligros, donde cada paso que diera podía serle fatal.

Pensó en Evana, su dulce madre de adopción, en La Paz, en aquel plácido nido donde había vivido sin preocupaciones y sin inquietudes, entre las cosas pequeñas, insignificantes casi, pues que las cavilaciones, los sacrificios, los esfuerzos mentales, las combinaciones para buscar lo acertado y justo en todas las cosas, eran otros y no ella quienes los habían hecho. Para eso estaba Bohindra, Adamú, Ada, Evana, el Alto Consejo del Santuario de Mujeres Kobdas, las dulces y prudentes ancianas que la habían educado con tan singular esmero, preparándola para cumplir sus destinos en la vida. Parecióle que hasta entonces había sido como un corderillo pequeño que todos habían llevado en brazos sin que él se preocupase, ni siquiera de saber por donde caminaba, seguro de que era conducido por el mejor y más suave camino. Mas ahora..., ¡era ella quien debía caminar delante de todos guiando un numeroso pueblo que lo esperaba todo de ella! Una especie de desvanecimiento la invadió ante todos aquellos ojos ansiosos que la miraban. Estaban allí a su vista todos los jefes de las tribus que formaban aquel numeroso pueblo, muchos de los cuales la veían por primera vez, pues sus tierras, lejanas de la capital, no les habían permitido acudir el día de la llegada de la joven al país de sus padres.

Todos comprendieron su honda emoción y que algo parecido al terror y al espanto la anonadaba haciéndola palidecer.

Pero todo esto no duró sino breves instantes, pues cuando Helia-Mabi y el más anciano del Consejo entregaron a Helia la llave del Tesoro y el cofre de plata que guardaba el libro de la Ley, escrita en láminas de cobre, la asamblea se puso de pie y prorrumpió en un aplauso formidable.

Helia con su túnica azulada y semienvuelta en el blanco velo sujeto a la cabeza con un sencillo aro de oro y rubíes, parecía en verdad Shiva rejuvenecida.

Helia-Mabi, su padre, fue haciendo las presentaciones de práctica de los más ancianos jefes de Tribus, sin omitir el elogio de la actuación de cada cual, lo mismo que la adhesión que habían demostrado a Shiva la amada muerta.

Según la vieja costumbre, cada jefe ponía la diestra sobre el libro de la Ley, colocado sobre las rodillas de Helia, pronunciando las frases de su ceremonial:

“Que el sol y la luz mensajeros del que está sobre todos los reyes, reciban mi juramento de fidelidad por toda la vida”.

Eran ciento doce Jefes de Tribus, y el desfile duró cerca de una hora, pues cada uno esperaba algunas frases afectuosas de la joven reinita, que aún no podía serenarse completamente ante una situación tan ajena a lo que había constituido su vida hasta entonces.

¡Creía sentir por momentos el alma de su madre que flotaba junto a ella,

el pensamiento de Mabi que la acariciaba tiernamente, los suaves efluvios de Bohindra, Ada, Adamú y Evana, de su hermano Iber, de sus instructoras de La Paz, cuyo recuerdo evocaba ella con ternura inefable!...

Tenía a su lado al Hombre-Luz, su gran hermano Abel, a su padre el amante y tierno Helia-Mabi, el Consejo femenino que Abel le había traído..., ¡oh! ¡No estaba pues tan sola a la entrada de la selva desconocida!

Y reanimada ya en su espíritu antes vacilante y acobardado, prometió a los Caudillos visitar sus respectivos pueblos, lo más pronto que le fuera posible.

Manifestó asimismo que deseaba continuar con los mismos Consejeros que habían sido de su madre, y que todos continuasen en los cargos que desempeñaban cuando ella vivía.

Los dos ancianos Kobdas que con Shiva vinieron de La Paz y que habían formado parte del Consejo de Gobierno, manifestaron su deseo de ser relevados para regresar a aquel Santuario, pues su salud algo quebrantada les impedía muchas veces el cumplimiento de su deber. El desconuelo se pintó en el expresivo semblante de Helia, pero Abel acudió a serenarla diciéndole que harían un cambio, que él se llevaría a La Paz los ancianos Kobdas y le dejaría los que habían sido sus compañeros de este viaje, si ellos aceptaban.

Recordará el lector que Abelio, el dulce Abelio que reemplazara a Joheván en los lejanos días del dolor de Aldis al verse ya sin su amigo en Neghadá, había acompañado a Abel, y después de Ibrín y Adcasú que habían quedado con Mabi, era el de más edad, pues contaba ya más de cincuenta años. Los otros eran más jóvenes, pero todos mayores que Abel. Madeo que estaba detrás de Abel, le dijo muy quedito y como para que sólo él lo sintiera:

– ¡Por piedad no me apartes de ti que aún no he aprendido a ser justo!

Abel movió la cabeza como en señal de asentimiento y dijo en alta voz:

– Me llevaré a los Ancianos y a Madeo que tiene algo empezado en La Paz, y os dejaré los otros que muy capaces son a mi juicio de cooperar decididamente en vuestras obras.

Las Kobdas recién llegadas de Soldán fueron presentadas a los Jefes de Tribus como el Consejo Femenino de la Reina, que ya se sabe era el encargado de las obras de beneficencia en el país, o sea de los pobres, de los enfermos, de los ancianos y de los huérfanos. Un ruidoso aplauso las recibió.

Después Helia hizo la presentación de su hermano Abel que era el nieto del gran Rey de las Naciones Aliadas y su representante en ese momento. Un inmenso clamor con el nombre de Bohindra se dejó oír

en la vasta sala llamándole: “Genio de la Paz”, “Padre de los pueblos”, “Vencedor de la guerra, de la esclavitud”.

Mientras tanto el pueblo había rodeado la vieja mansión de Aranzán y de Shiva, y pedían con cantos y clamores participar de la alegría general, cuyos rumores percibían desde la gran plaza sombreada de almendros que rodeaba el vetusto edificio.

Y Helia, entre Abel y su padre, rodeada de todos los jefes de tribus, del Consejo de Ancianos y de Kobdas, apareció en la gran terraza delantera y mostró al pueblo que tenía ya en sus manos el libro de la Ley y la llave del Tesoro, que eran los dos símbolos de que el poder y la autoridad real estaban en ella. Una inmensa aclamación resonó por un largo espacio de tiempo. Cuando todo se hubo acallado, ella les dijo:

–Mi única promesa es que os amaré tanto como mi madre os amaba. Y os ruego que veáis siempre en mí, la continuación de aquella que jamás fue insensible a vuestros dolores y a vuestras necesidades. Aquí me encontraréis siempre para consolar vuestras penas y remediar vuestros males, siempre que el bien y la justicia sea la norma de vuestra vida.

“Esperad unos momentos más y llevaréis todos un recuerdo de este día, que para vosotros y para mí debe ser inolvidable.

Eran pequeños escudos de plata con el busto de Shiva grabado en relieve y en torno de él esta frase de los Kobdas: “El amor salva todos los abismos”.

Era el homenaje póstumo de Helia-Mabi para la amada esposa muerta. Había hecho fundir los grandes trozos de plata que encontrara en un rincón del Tesoro y transformarlos apresuradamente en aquellos miles de pequeños escudos que perpetuarían a través del tiempo la hermosa fisonomía de aquella a quien tanto había amado. Toda la ciudad, todos los parques y jardines, la vieja mansión señorial estaban llenos de ella, de su recuerdo vivo, tierno y suavísimo como una caricia. ¡Diríase que ella misma flotaba con su amor dulce y silencioso por encima de su pueblo, de su casa, de su familia terrestre!

¡Shiva, la humilde y modesta Shiva, desposada del dolor y del martirio, que llegó a hacer para aquellos lejanos países en el correr de los siglos, más que una mujer, un genio, una divinidad buena o mala, según la comprensión de los seres que la hicieron objeto de su culto!

A la madrugada siguiente y cuando todo dormía en la vieja mansión y en la ciudad, cuatro viajeros con sus guías salían por la gran puerta de las caballerizas reales. Salían sigilosamente como los que huyen sin querer que su huida sea apercibida por nadie.

Eran Abel con Madeo y los dos ancianos Kobdas, que emprendían el viaje de regreso a La Paz y querían ahorrar a Helia el dolor de la despedida que seguramente debía ser para largo tiempo.

Al otro lado del Monte Zagros les esperaban engalanadas las tiendas de Vladiko el Caudillo circasiano, donde debían asistir a sus nupcias con Mabi la joven Kobda, que antes de prometida esposa había sido prisionera y cautiva.

145

EL DESPERTAR DE VLADIKO

Mabi y sus compañeros presentían la llegada de Abel de un momento a otro, pues la noche que inauguraron la gran tienda oratorio que ellos llamaron Mansión de la Sombra, Nubia que tenía grandemente desarrollada la facultad auditiva, sintió juntamente con la suave irradiación del Hombre-Luz percibida por todos, una voz profunda y clara que decía: “Antes de diez auroras estaré con vosotros”.

Esperaban también a Bohindra porque las tres lunas que él había pedido de plazo tocaban ya a su fin.

La animación y el entusiasmo en el inmenso campamento crecían a medida que avanzaba el tiempo. El pueblo tenía una gran fe en su porvenir toda vez que Asag se había apiadado de él y tomando forma humana en una mujer, se había apoderado del corazón del Caudillo para tornarlo suave y alegre como un chiquillo juguetero.

No obstante, Vladiko no se sentía del todo tranquilo y seguro en el amor de Mabi. Acostumbrado al servilismo y a la adoración medrosa y ciega de las mujeres que por ambición o por miedo le habían amado, veía con extrañeza y con asombro que la joven Kobda mantenía una altivez independiente y firme siendo ella quien le imponía leyes, le marcaba límites, le señalaba errores y defectos, y le decía con entera libertad: “Esto quiero; aquello no me agrada; lo de más allá está fuera de orden y no lo puedo aceptar”. Y el Caudillo se decía a sí mismo para tranquilizarse, cuando la altivez de Mabi le desazonaba y aturdíala: “Es que Asag ama de diferente manera que las demás mujeres”.

Cuando Mabi estaba sola en su tienda con Nubia y los tres Kobdas: Jobed, Ibrín y Adcasú, desahogaba su espíritu haciéndolo descansar de la profunda tensión en que se mantenía constantemente.

Todos ellos habían comprendido desde su llegada, que Vladiko era un espíritu nuevo que quizá nunca tuvo para su progreso una escuela apropiada. Era buena pasta para modelar no obstante los ímpetus de su carácter variable y violento. Y ya que la Eterna Ley les había puesto junto a él, no debía ser para perder el tiempo dejándole continuar tal como era.

—Esto sería —observaba el anciano Ibrín—, como si el Altísimo hubiera

puesto en nuestras manos una piedra preciosa recién arrancada de la montaña, y nosotros no quisiéramos tomarnos el trabajo de limpiarla y pulirla. Y si la misión de los Kobdas es de forjadores de almas, forjemos y limpiemos ésta que nos ofrece doble interés porque en pos de ella está un numeroso pueblo.

Y asintiendo Nubia como los demás, no cesaba la anciana de recomendar a Mabi que no demostrase ante el Caudillo la menor señal de vacilación ni de timidez, en el camino que habían emprendido desde su llegada.

Esta mujer, valerosa y fuerte que había luchado en su juventud con el salvajismo de un marido brutal y que había huido de su lado antes de dejarse esclavizar y vejar por él, que había arrostrado la soledad, la miseria y el hambre en pueblos extraños, con una hijita en brazos que sólo contaba tres años, era una experimentada consejera para la joven Kobda en su actual situación.

Y cada noche, en la reunión íntima que realizaban los cinco hermanos, añorando los días serenos y felices allá en sus Santuarios amados, trataban de inyectar nueva energía y nuevo valor en el alma a veces desfallecida de la joven, ante la dura y difícil prueba que su ley le había impuesto.

–Yo comprendo muy bien –decía ella franqueándose con sus hermanos–, que Vladiko ha conquistado mi simpatía y mi afecto, y siento dolor de verle tan claramente sus muchos defectos. Y es debido a eso que es muy mezquina la satisfacción que siento en amarle. La felicidad en el amor debe estar cuando el ser amado encierra todas las perfecciones, y por eso me explico muy bien la locura de amor de Zurima para con mi hermano Abel.

–Es así a la verdad –contestaba Jobed–, pero debes comprender Mabi que Abel es uno en esta Tierra y que los que se le parecen son poquísimos y raros.

–Pues uno de esos pocos y raros hubiera hecho la completa felicidad de Mabi –añadía Adcasú, comprendiendo el lugar vacío que dejaba Vladiko en el corazón de la joven Kobda.

–Justamente –decía ella–, querría un Vladiko con menos defectos de carácter, con más dominio de sí mismo, y con una noción más clara de la verdadera belleza que es a la vez bondad y justicia.

–Hijita, eso sería si su espíritu fuera viejo en la evolución y hubiese tenido en esta existencia un cultivo como el que la Bondad Eterna nos ha concedido a nosotros –decía Nubia tratando de animar a su joven hermana–. Debemos pensar que Vladiko no se ha educado en un Santuario Kobda, ni ha tenido instructores como Tubal, Adonai o Bohindra, ni madres espirituales como Solania, Merik, Vhada o Elhisa. El pobrecillo

ha nacido y crecido como un espino a la orilla de un arroyo, y sus torcidas ramas ya endurecidas, nos cuestan grandes esfuerzos para enderezar.

—Y no podemos quejarnos con justicia —añadía Jobed—, porque lo que hemos conseguido de él en beneficio del pueblo que lo rodea, es un verdadero triunfo.

Tanto Nubia como los tres Kobdas compañeros estaban persuadidos de que era una ruda labor llena de sacrificios la que su propia ley imponía a Mabi, conociendo ya sus anteriores vinculaciones con el espíritu del joven Caudillo. Por eso conscientes de su deber, y concedores a fondo de las leyes inmutables que rigen la evolución de las almas, las expiaciones, las compensaciones, la justicia exigida y cumplida por el ser que quiere y anhela su depuración y su progreso, trataban de ayudar eficientemente a la joven a llevar a feliz término la regeneración de Vladiko y la elevación moral de su pueblo.

Sabían asimismo que Asag era uno de los más entusiastas espíritus de la Alianza; era el Guía del pueblo circasiano, cuya educación encomendaba a sus compañeros encarnados entre los Kobdas. ¿Cómo desligarse pues de aquella tarea sin claudicar de los deberes sagrados impuestos por su gran Alianza con el Hombre-Luz?

Y estas íntimas confidencias terminaban casi siempre con esta resignada frase de Mabi:

— ¡Iris que profanó y traicionó un día el puro y santo amor de Antulio, no puede merecer todavía la felicidad en el amor! ¡Presiento que no será en esta Tierra, sino cuando terminada mi tarea en este globo pueda tornar a mi Venus sembrada de rosales y de lirios!

—Así es, hija mía —asentía Ibrín y los demás Kobdas—. Aquí no somos más que sembradores y podadores de nosotros mismos y de los demás. Y abrir surcos entre piedras y cortar ramas endurecidas, es una ruda labor.

La llegada de Abel y de Bohindra en días consecutivos tuvo la virtud de envolver a Mabi y sus compañeros en una aureola radiante de felicidad.

El alma de los Kobdas desbordaba de dicha y a Vladiko no le pasó desapercibida la íntima felicidad de Mabi cuando el Kobda-Rey la estrechó con amor paternal en sus brazos, acariciándola con gran ternura como a una hija inmensamente amada.

— ¡Joheván!... ¡Joheván! —había dicho Bohindra, abrazándola—, aún me sirve fuerte y sano el cuerpo que me brindaste para cumplir los encargos de la Eterna Ley.

Abel la abrazó también llamándola hermana, y ambos jóvenes parecían de verdad retoños de aquel viejo roble en quien los años pasaban sin dejar huella ni rastro. El Kobda-Rey no representaba más de unos

cuarenta y cinco años y estaba casi llegando a los sesenta, como si el inmenso amor que le rodeaba y su mismo amor, le rejuvenecieran constantemente.

Vladiko se quedó como deslumbrado. Tenía ya una nueva claridad en su espíritu y pudo apreciar la gran superioridad de Bohindra, la divina suavidad de Abel.

– ¿Qué soy yo al lado de estos hombres que parecen dioses? –se preguntaba tristemente–. Soy como un escarabajo y no creo que Mabi llegue jamás a amarme de verdad. Para ella debo valer menos que un sucio y escuálido corderillo abandonado de su madre. –Y se hundió de nuevo en una hosca tristeza. Llamó a Jobed y le dijo que le reemplazara en cumplimentar a los ilustres huéspedes, que eran libres de hacer cuanto quisieran en obsequio de ellos, pero que tuvieran a bien excusarle porque no se encontraba con ánimos para fiestas. Y sin querer dar explicación alguna se había encerrado en su tienda, triste y silencioso.

–Pero, ¿habéis olvidado –díjole el Kobda–, que ellos han venido a presenciar vuestras nupcias con nuestra hermana Mabi?

El Caudillo nada contestó, ni aún dio señales de haber oído.

–Si es que habéis resuelto dar marcha atrás en los designios que teníais, decidlo, y resolveremos lo que sea propio del caso –volvió a insistir Jobed, pero con igual resultado: el silencio.

Entonces evocó a sus alianzas espirituales, concentró hacia la Eterna Luz todas sus fuerzas mentales y esperó unos momentos. Y Jobed creyó percibir en el alma de Vladiko una formidable tempestad de celos, de envidia, de impotencia rabiosa, de confusión y de vergüenza, en la comparación que hacía de aquellos hombres de toga azul que dirigían el mundo civilizado de entonces, con su desnuda miseria espiritual.

Y como el confesar tal estado de ánimo y tales pensamientos, sería una humillación demasiado grande, el Caudillo se encerraba en ese silencio huraño y tétrico del que bien comprendió Jobed que les costaría mucho sacarlo. Y se alejó apremiado por la necesidad de participar a sus hermanos lo que ocurría.

Mientras tanto por la mente de Vladiko continuaba pasando como en una danza trágica y burlona, los recuerdos de todas sus bajezas, sus ruindades, muchas de las cuales habían sido apercebidas por los Kobdas y aún por la misma Mabi, que, a no dudarle, estaría asqueada de él. Ella le había visto una vez tirar al suelo de un puntapié a un niño que persiguiendo una mariposa se había interpuesto en el plano que con cuerdas tendía en la tierra, donde se iba a levantar la gran tienda nupcial. El niño se había herido en la frente al caer y su rostro se había manchado de sangre. Recordaba la mirada de indignación que le había dirigido Mabi, que en varios días no quiso verle ni hablarle.

Le había visto cruzar de un latigazo la cara de una mujer de edad madura, que le importunó por la libertad de un hijo sorprendido en robos de piedras preciosas y varillas de plata.

Mabi estaba asimismo enterada de sus caprichos pasionales de momento, con jovencitas del pueblo que por salvarse de él se habían refugiado en ella, única fortaleza que creían pudiera ser respetada por el indomable Caudillo.

Le había sorprendido también ensañado en pisotear lleno de furor hasta dejarles las entrañas al descubierto a unos cabritos, que habían estropeado parte de los jardines que rodeaban su tienda. Y estos recuerdos y otros y otros continuaban pasando por su fantasía, como si fueran fantasmas burlones que se presentaban para afrentarle y avergonzarle.

¡Oh, no había duda! Mabi debía tenerle asco como a un sucio reptil, y acaso esperaría para rechazarle formalmente la llegada del Thidalá, que vendría acaso seguido de una invencible legión de arqueros.

¿Qué podía la joven encontrar en él digno de ser amado, si él mismo se reconocía como un fardo de ruindad y de miseria?

Y lo peor era que hasta ese momento él no se había apercebido de ello. ¡Oh!..., qué daño le había hecho la dulce majestad de Bohindra el Kobda-Rey que parecía irradiar de su mirada, de su persona, de todo su aspecto exterior, una grandeza sin vanidad; una superioridad sin orgullo.

¡Qué daño le había hecho la juvenil belleza de Abel, la serenidad que le envolvía, el amor y la ternura que irradiaba cuando Mabi le había enseñado el grupo de los niños enfermizos y débiles que ella y Nubia habían curado!

Y tan pronto se sentía inclinado a humillarse en su propia miseria ante aquellos hombres que le parecían dioses, como le atenaceaba el deseo de humillarles descubriéndoles en faltas que los dejaran a su propio nivel. Y entonces se tornaba feroz y parecía un chacal con las fauces abiertas.

– ¡Oh! –decía, con temblorosa y sorda voz que sólo escuchaba él mismo– ¡si yo pudiera enredar a esos dos semidioses con algunas de nuestras más bellas adolescentes y que una resbalada oportuna amortiguara la admiración de Mabi para ellos, que al fin y al cabo demostrarían ser de la misma pasta que yo!...

Y la espantosa vibración de sus propios pensamientos iba sobrecargando más y más de pesados efluvios la tienda de Vladiko, que para un sensitivo y vidente habría presentado el horrible aspecto de una cueva poblada de repugnantes dragoncillos, de sátiros asquerosos, de feroz alimaña inmundas y destructora.

Y extenuado y febril, vencido en aquella lucha feroz que él mismo provocaba y agrandaba con sus bajos pensamientos, el infeliz Caudillo se dejó caer sobre su tarima de reposo, presa de horribles convulsiones.

Sus servidores llamaban a la puerta de la tienda, pero él no les oía.

En cambio sentían bien claramente su respiración fatigosa, sus quejidos ahogados y a veces palabras maldicientes, que les eran bien conocidas cuando el amo estaba con los malos genios según ellos decían.

La tienda estaba cerrada por dentro y, ¿quién se atrevería a entrar?

No había más amparo que Asag, la maga azul que había ahuyentado los genios del mal de que antes estuvo poseído su señor. Y a ella acudieron.

La joven departía dulcemente con Bohindra y Abel. Se había sentado en una piel a los pies del Kobda-Rey, y se hacía referir todo lo concerniente a Evana, a Ada, a Adamú, a todos sus hermanos y hermanas de La Paz. De Abel recogía las más hermosas referencias de su hermana Helia, de su madre ya desaparecida del plano físico, de su entristecido padre, del amor del pueblo nummakiano para su joven reina. El Caudillo circasiano había desaparecido de su horizonte mental ante el esplendoroso desfile de imágenes de amor y de belleza, que las narraciones de Bohindra y Abel iban presentando a su ardiente imaginación.

Nubia y los Kobdas que los escuchaban también enternecidos, llenos de ventura y de alegría, cooperaban a formar entre tan profundos y bellos pensamientos, una atmósfera de fluidos sutiles, suaves, dulces, plenos de amor y de entusiasmo por el florecimiento exuberante de la fraternidad humana que bebían hasta la embriaguez a través de aquellos relatos.

El mismo Jobed que vino amargado por el silencio de Vladiko, se fue sumergiendo insensiblemente en aquella suave atmósfera de amor y de quietud, y embebido en los relatos de Bohindra o de Abel, acabó por olvidar también la tempestad interna de Vladiko.

La llegada de los siervos del Caudillo con el anuncio de lo que ocurría, les bajó súbitamente de aquel elevado plano espiritual en que se habían colocado al influjo poderoso de los pensamientos más bellos, grandes y puros.

Mabi palideció intensamente y por todas las fisonomías pasó como una ráfaga de amargura que por ser inesperada resultaba más importuna.

– ¡Oh! –dijo por fin, Mabi con tristeza–. No podía faltar una pincelada sombría en el hermoso cuadro que nos estabais pintando.

–Estamos en la Tierra, hija mía –le contestó Bohindra–, y no en Venus adonde con el pensamiento nos habíamos transportado. No te acobardes que no es nada. De seguro, esto obedecerá a que nuestro horizonte mental ha chocado demasiado bruscamente con el que rodea a Vladiko o ha despertado en él pensamientos recelosos y desconfiados. A lo mejor se figura que vengo aquí a subyugarlo valiéndome del amor que te profesa... Vamos allá si es que tienes poder para mandar abrir su tienda en contra de su voluntad.

Y Bohindra seguido de Abel y los demás Kobdas se encaminaron a la tienda del Caudillo que aparecía rodeada de servidores, hombres y mujeres, con el espanto reflejado en sus semblantes.

–Forzad la cerradura –ordenó Mabi a uno de los esclavos.

–Por piedad, Asag, divina Asag –murmuró el esclavo cayendo de rodillas–, me costaría la vida porque los malos genios me aniquilarían aquí mismo.

Bohindra sin comprender aquel lenguaje, entendió bien la mímica del infeliz esclavo, y acercándose dijo a Mabi:

–Mandadles que se retiren todos en completa tranquilidad a sus ocupaciones, y seamos nosotros solos quienes abramos y entremos.

Mabi lo hizo, y Jobed ayudado por sus compañeros ya conocedores de la forma de cerradura de la tienda, la forzaron, y Bohindra fue el primero en entrar y después todos en pos de él.

Formaron cadena mental en torno de la tarima en que Vladiko se agitaba y retorcía presa de horribles convulsiones y despejaron así el ambiente, con lo cual el enfermo fue tranquilizándose poco a poco. Unas compresas de agua helada a la frente, y el hacerle aspirar esencia de flores de naranjo, le devolvieron el conocimiento. Cuando abrió los ojos vio al Kobda-Rey sentado a su lado en el borde de su lecho, Abel de pie a su izquierda y Mabi arrodillada sobre una piel de oso blanco que había sobre las gradas delanteras de la tarima de reposo, en que se encontraba tendido.

– ¿Tan feos somos que os ha enfermado nuestra llegada? –preguntó jovialmente Bohindra, ordenando con sus blancas manos los enmarañados cabellos de Vladiko.

Este miraba a todos notándose un gran esfuerzo en él para dominar su emoción. Por fin no pudo contenerse más y tomando una mano de Bohindra, inclinó sobre ella su cabeza y profundos y fuertes sollozos comenzaron a sacudir de nuevo su cuerpo.

Mabi iba a hablar pero Bohindra le hizo señal de silencio.

Aquel hondo sollozar de Vladiko en la penumbra de la tienda, entre el silencio exterior y el vibrar cadencioso de las almas, pareció lavarle y purificarle de las manchas que la joven Kobda veía en la personalidad espiritual de su prometido. Sus defectos se fueron como diluyendo ante ella en el aura de piedad, de conmiseración y de amor en que todos envolvían a aquel espíritu nuevo.

¡Encontró belleza en aquel león salvaje y vencido; en aquel tiranuelo caprichoso que lloraba y amaba!... Era lo que Bohindra buscaba como sutil y experimentado maestro de almas y cuando la serenidad hubo renacido y Vladiko se incorporó en su lecho, el Kobda-Rey le dijo como si nada hubiese ocurrido.

–Creo que os dije al llegar que debía yo tener una entrevista con Lugal Marada, el Caudillo más poderoso del Norte, y que hoy al anoecer deben llegar mi esposa y mi hija para asistir a vuestras nupcias con Mabi. Yo me adelanté a la caravana, temeroso de que Lugal Marada estuviese esperándome. Pero veo que él se ha retrasado. Con que si os parece, celebraremos vuestra unión mañana, para no vernos interrumpidos en una fiesta íntima de ternura y de amor, por deliberaciones de un orden completamente distinto.

Vladiko sin responder miró a Mabi con cierta inquietud que no pasó desapercibida para los Kobdas.

Y viendo que la joven nada decía, el Caudillo habló con una grande emoción.

–Al llegar vosotros se hizo una gran claridad para mí, mediante la cual he comprendido que soy menos que una piltrafa a vuestro lado, y que es imposible que Mabi pueda llegar de verdad a amarme. He comprendido que ella aspira a un compañero como vosotros y que debe rechazar con horror su unión con un leopardo como yo. El pueblo la adora a ella, lo espera todo de ella. Dejad que yo me anule a su lado, que yo huya a mi tierra natal y que al frente de este pueblo que la ama, tome después un esposo que la merezca y pueda hacerla feliz. Hasta ahora no he sido más que un tiranuelo inconsciente. Dejadme pues que empiece a ser un hombre digno de la consideración de sus semejantes.

–Lo eres desde el momento en que has tenido luz para pensar así –le contestó Bohindra–. La Eterna Ley que es nuestra brújula, nuestra estrella polar, nos dice que hay una infinita escala entre los seres que pueblan los mundos, y loco y desequilibrado deseo será el que busque igual grandeza en un espíritu que comienza la subida que en uno que ha llegado a las alturas o que ha escalado ya las cimas gloriosas. Bendita sea esa Ley que te da en tus comienzos una mano maternal y suave en que apoyarte, y un alma fuerte que te brinde su sombra y su calor.

“Pero este es asunto que debéis resolverlo vos y Mabi.

La emoción y la lucha de la joven eran visibles. El pensamiento de sus hermanos buscando el cumplimiento de la Eterna Ley en aquellas dos almas próximas a encontrarse, la ayudó poderosamente.

Pensó en que hundir a Vladiko en un negro abandono y soledad le traería grandes remordimientos, una ola inmensa de amor y de piedad se levantó en el fondo de su alma y tendiendo su mano al atormentado Caudillo le dijo con tranquila serenidad.

–Lo dicho, dicho está, y tengo la firme convicción de que tu amor será el salvador de tu pueblo y de ti mismo. Me duele, Vladiko, que hayas pensado que yo aceptaría tu lugar sobre este pueblo dejándote a ti abandonado como a un ser despreciable.

Vladiko mudo por la emoción estrechaba y besaba la mano de Mabi, en un loco transporte de felicidad.

Bohindra acarició aquellas cabezas juveniles que unidas eran una promesa para el futuro de ese pueblo que por las puertas doradas del amor entraba al concierto de la fraternidad humana sobre esta Tierra.

146

ESPIGAS DE TRIGO

El pueblo circasiano estaba de fiesta. Era el final del estío y una tibia temperatura saturada de olor de frutos maduros y de espigas doradas parecía reanimar más y más la desbordante alegría de aquella multitud.

Las cosechas ya recolectadas habían facilitado seguir la tradicional costumbre del país, de adornar las mujeres con espigas de trigo y cerezas maduras en la celebración de bodas suntuosas.

La llegada de Ada y Evana al caer la tarde con algunos Kobdas venidos de Neghadá y de La Paz para cooperar a la educación moral de este pueblo, fue una explosión de dicha y de júbilo que partiendo del corazón de la Maga Azul, parecía inundar a aquellas gentes para quienes había terminado de una vez por todas el largo invierno a que les condenara la tristeza huraña del Scheiff.

Una estruendosa salva de aplausos, de bendiciones y de augurios, se dejó oír ensordecidora cuando Bohindra y el Scheiff corrieron las cortinas de los doseles que cubrían el elefante en que llegaban Ada y Evana.

¿Cómo serían la Reina y la madre de la Maga Azul? El pueblo estallaba de curiosidad.

Al gran Rey de Naciones ya lo habían visto en toda su dulce y suave majestad, acariciando los chiquitines de cabellos dorados y haciéndose repetir sus nombres.

¡Oh, aquella Reina y aquella madre debían ser algo digno de todos los magos azules que iban resultando fantásticamente grandes y benéficos para el pueblo circasiano hecho al látigo, al terror y a la esclavitud!

Por indicación del Scheiff se adosó al flanco izquierdo del elefante una gran escalera tapizada de pieles, para que Ada y Evana descendieran. La túnica azulada, el velo blanco de Ada ondulado por el viento y sus largos cabellos rubios, hacían de ella a la verdad, como una dulce y suave visión radiante de paz y de amor que aparecía entre cortinas de púrpura bajando del elefante. Evana buscaba con los ojos a su hijo sin ver otra cosa de cuanto le rodeaba y sin comprender las extrañas aclamaciones que el pueblo les prodigaba.

Abel y Mabi se arrojaron juntos entre sus brazos, al mismo tiempo que Bohindra presentaba el Scheiff a su amada Reina, a quien habían obligado a sentarse en la tarima portátil para ser llevada a la tienda.

Los hombres se acercaron en tumulto para cargar la tarima engalanada de cintas y espigas de trigo. Con Evana y las otras Kobdas quisieron hacer lo mismo; pero la madre era demasiado feliz apoyada en el brazo de su hijo y acariciada por Mabi, que creía soñar viendo en torno suyo a aquellos que había creído separados para siempre.

La gran tienda que se les había preparado estaba a pocos pasos, pero el tumulto del pueblo que quería verles de cerca obstaculizaba de tal modo el camino, que fue necesario que el Scheiff subido sobre una de las tarimas, les prometiera que dentro de breves momentos serían todos recibidos por los huéspedes y podrían verles y hablarles a satisfacción.

Y el pueblo cantaba en su extraña lengua los cantares de sus lejanos días de gloria y de dicha, cuando celebraban las bodas de sus caudillos o el nacimiento de sus hijos. Y como fuera constantemente repetida la frase: Asag, Asag, seguida de otras incomprensibles palabras, Evana interrogaba a Mabi sobre su significado.

—Es que estas gentes se figuran que los hombres y mujeres de vestido azul somos genios tutelares de su raza, porque el guía espiritual de este pueblo fue Asag, un hermano de la Alianza encarnado en una mujer hace muchos siglos; y ellos han dado en asegurar que esa mujer soy yo. —Esto explicaba Mabi, ya entrando en la gran tienda destinada a recepciones.

Ada había sido bajada ya de la tarima y departía con Bohindra y el Scheiff que ya hablaba con bastante corrección el lenguaje de los Kobdas.

La familia estaba por fin reunida. Nubia sentía disminuir el peso de sus responsabilidades viendo cerca a Ada, a Evana y las tres Kobdas del Santuario de La Paz que venían a compartir sus tareas.

Un heraldo había anunciado al pueblo mediante la bocina de oro usada para estos casos, que a la aparición de la luna llena se celebrarían las nupcias del Scheiff con Asag, y que se retirase tranquilo a descansar porque aún faltaban algunas horas.

Fácil será al lector suponer lo variado de las conversaciones y los comentarios entre la familia Kobda allí reunida. ¡Qué de cosas había para comunicarse mutuamente! Jobed y los ancianos Ibrín y Acadsú al igual que Nubia, respiraban con ansia el ambiente fraternal de aquella hora después de tan rudas y crueles batallas con la ignorancia, la maldad y la inconsciencia de los seres. Parecíales un sueño doloroso y terrible cuanto había ocurrido, y que un nuevo cielo iluminado por múltiples iris de paz y de dicha les envolvía fortificándoles y rejuveneciéndoles.

—O nosotros nos hemos trasladado a La Paz, o La Paz ha venido hasta aquí —decía graciosamente Nubia, encantada de verse de nuevo entre aquellos seres que eran como el alma y la vida en aquel amado Santuario, nido de tanta belleza y de tan tiernos amores. Mientras tanto Bohindra y el Scheiff al otro extremo de la gran tienda hablaban en voz baja entre rollos de papiro y láminas de cobre que examinaban y estudiaban detenidamente. El Kobda Rey explicaba los puntos de la Ley de la Gran Alianza y se hacía explicar de Vladiko las leyes de su país.

—Mabi es mi hija —le decía—, porque debes saber, puesto que has sido instruido en nuestra Ley, que para los Kobdas hay filiaciones y vínculos más fuertes que los de la sangre, y son los del espíritu que sobrevive a la materia y que perdura más que la luz de los astros que nos dan vida y calor.

“Y estoy en el deber de asegurar para ella y para el pueblo que la recibe, toda la tranquilidad estable y duradera que hace la dicha de los pueblos, y el cumplimiento de sus misiones respectivas en el concierto de la civilización.

Vladiko se sentía a su vez satisfecho y feliz de que Asag, como él decía, no era de una raza inferior, sino que venía de estirpe de reyes y de dioses.

Su madre había sido Reina de Num-Maki, y el país de las esmeraldas y de los granados había visto la grandeza de sus antepasados durante innumerables siglos. El Thidalá de la Gran Alianza la llamaba su hija y se la entregaba como esposa. ¿Podía él soñar con una dicha y una posición superior a lo que su destino le brindaba?

—Por encima de toda la grandeza material en que piensas —le dijo de pronto Bohindra—, está la realeza del amor cuando es verdadero y está exento de egoísmo. Si el amor a Mabi te ha hecho justo y bueno, es un santo amor. Cuida de mantenerle en el sagrado altar de tus cultos porque él te hará dominador de ti mismo y de todas las cosas que se opongan en tu camino hacia el cumplimiento de tu destino.

Bohindra dio dos palmadas llamando a los Kobdas agrupados en torno de Ada y Evana.

—Venid todos —añadió el Kobda Rey—, porque todos debéis saber y conocer el triunfo del Scheiff en este día trascendental de su vida.

Vladiko leyó lo que él mismo había escrito en un papiro a la vista de Bohindra:

—“Ante el Altísimo Dios de los Kobdas, declaro que le reconozco como al único Dios verdadero a quien adoro y haré adorar de mi pueblo.

“Hago mía la Ley de la Gran Alianza que destruye la injusticia y haré reinar el amor que iguala y une a todos los hombres.

“Recibo a Mabi de Urán como esposa y comparto con ella el gobierno de mi pueblo.

“Que el Altísimo Dios de los Kobdas, las almas de mis antepasados y mi propio pueblo sean mis jueces si faltara a lo pactado.

“Vladiko de Sulak. Scheiff del pueblo circasiano”.

Jobed sacó allí mismo varias copias, pues según la costumbre, debían tener una los padres y hermanos de los desposados. Una debía ser enviada a Iber, otra a Helia-Mabi y a la joven reina de Num-Maki, otra debía quedar en manos del Scheiff y el original en poder del Thidalá del Éufrates y del Nilo, Jefe de la Gran Alianza de pueblos civilizados y libres en que entraba ese día el pueblo circasiano.

Cada rollo de papiro fue firmado por todos los presentes y encerrado en un tubo de cobre, con lo cual quedaba todo preparado para la celebración de las bodas.

La noche tendió sus doseles de sombra, y el pueblo inquieto y feliz comenzó de nuevo sus correrías en derredor de las grandes tiendas iluminadas de hachones y de antorchas.

Pirámides de espigas de trigo brillaban como el oro a la luz de las antorchas, formando avenidas de gallardetes entrelazados con ramas de árboles y pabellones de vistosos colores.

Se esperaba ansiosamente la aparición de la luna llena, y cuanto ésta se levantó como una esfera de plata en el bruñido azul de los cielos, un inmenso clamor resonó por los aires y una lluvia de espigas de trigo enlazadas con cintas azules y rojas cayó sobre la gran tarima, cubierta de amplio dosel que habían levantado frente a la tienda nupcial para que el pueblo presenciara la unión de Vladiko y de Mabi, la nueva Asag que el Dios de los Kobdas les ofrecía como un eterno augurio de paz y de felicidad.

Vladiko de pie, solo, en lo alto de la tarima, cubierto con la amplia capa de piel blanca de las grandes solemnidades, y apoyado sobre la vara de plata terminada en una cabeza de águila, supremo símbolo de su autoridad y de su raza, esperaba. Bohindra apareció con su túnica azulada y su oped blanco llevando a Mabi de la mano, que no llevaba otro adorno que su larga cabellera oscura flotando al viento de la noche.

La seguían Ada, Evana, Abel y los demás Kobdas que formaron círculo en torno de los desposados. Las dos cabezas juveniles, se unieron suavemente para ser cubiertos por la gran red de oro de los desposorios, sobre la cual ponían sus manos los padres de los contrayentes. Bohindra y Evana fueron los indicados para esta ceremonia, mientras un coro cantaba una breve plegaria de ritual.

Los padres quitaban después la red, las manos de los esposos quedaban unidas por un brazaletes de oro y piedras preciosas. Los familiares besaban aquellas manos juntas y quedaban unidos para toda la vida.

La Reina Ada ciñó a la frente de Mabi el amplio velo blanco de las

Reinas Kobdas, símbolo de su maternidad hacia el pueblo que la recibía, y el Scheiff levantando en alto su mano unida a la de Mabi, dijo al pueblo congregado:

–Asag es vuestra reina y vuestra madre.

El pueblo les cubrió de bendiciones y de flores.

Cuando sus manos fueron desceñidas del brazalete que debía quedar en el brazo de la esposa, al Scheiff le fue presentada una diadema de rubíes engarzados en plata, que él ciñó sobre la cabeza velada de blanco de la joven esposa.

– ¡Las espigas de trigo! –gritaba el pueblo en medio de sus cantos–. ¡Las espigas de trigo!

Varios servidores se acercaron con grandes bandejas de plata llenas de espigas de trigo enlazadas con lazos de púrpura.

Vladiko y Mabi pusieron sus manos sobre ellas y fueron repartidas entre el pueblo según era la vieja costumbre del país.

Entonces un inmenso coro de jóvenes mujeres cubiertas de velos color de rosa entonaron un cántico al son de cítaras y laúdes, y dando vueltas pausadas y lentas en derredor de la tarima nupcial; mientras los jóvenes desposados recibían el beso fraternal de sus familiares y de sus íntimos.

Y las espigas de trigo seguían derramándose sobre aquel pueblo que las recibía como símbolo de la abundancia y de la paz que esperaban, viendo a su Scheiff unido para siempre a la Maga Azul, a la adorable Asag que les había traído en los pliegues de su túnica azulada, la justicia, la libertad y el amor.

147

DEL PAÍS DE LA NIEVE

Aún no se habían extinguido las notas alegres con que el pueblo circasiano celebrara las nupcias de su Caudillo, cuando llegó procedente del Norte una pequeña caravana de aspecto desolado y taciturno. Era el príncipe Erick con cuatro de los viejos guerreros de su padre y traían la triste noticia de que el anciano e ilustre Caudillo del Norte, Lugal Marada, había sido asesinado misteriosamente y sublevadas sus tropas y sus pueblos, amenazaban también a su heredero que había logrado escaparse.

Su padre moribundo le había gritado entre las torturas de su agonía: –Salva la honra de tu padre acudiendo a la cita que tengo con el Thidalá del Éufrates y del Nilo, para que los únicos hombres justos de la tierra sepan que fui digno de su amistad y de su alianza.

Y Erick acudía a cumplir la voluntad paterna y a pedir la protección de la Gran Alianza en la dura situación en que se hallaba.

Increíble parecían a los Kobdas que aquel hombre tan poderoso y tan temido desde Ponto Euxino hasta el Báltico, hubiese sido tan pronto derribado como un robusto cedro al impulso del huracán.

El joven Erick abrumado de dolor guardaba un profundo silencio y apenas si contestaba con monosílabos a las frases consoladoras del Kobda Rey. Comprendiendo éste que sería cruel exigir del joven una narración de las tragedias que adivinaba, se hizo explicar con los viejos guerreros de Lugal Marada los sucesos que le habían costado la vida.

–El Cherú quiso ser justo como vos. ¡oh, Rey de la Paz! Y ha pagado con su vida el precio de la justicia –decíale a Bohindra uno de aquellos altos y fornidos guerreros, cuyos rubios cabellos y ojos azules, muy claros, denotaban su procedencia y su raza–.

“Aquellas Escuelas Secretas que habían trastornado la mente del Príncipe y de toda nuestra mejor juventud tomaron venganza en nuestro Caudillo que las disgregó y las deshizo, según os lo había prometido para buscar por tal medio, la paz y felicidad de sus pueblos. Perseguidos en nuestras tierras aquellos feroces sacerdotes-magos infectaron los mares del Norte, y cada golfo y cada bahía eran una madriguera de piratas que asolaron las comarcas tranquilas llevando el terror y la muerte a todos los habitantes. Bajo sus flechas envenenadas, o por sus drogas mortíferas han perecido los hombres más destacados de la corte del Cherú, y esto sin que se acierte a comprender por qué caminos ocultos se acercan estos temibles enemigos que hieren sin que nadie les vea. Hemos concluido por desconfiar hasta de la propia familia llegando a darse el caso de que un padre se haya preguntado a sí mismo: “¿no estará entre mis hijos uno de los asesinos?”

“Por tal motivo hemos impulsado a huir del país al príncipe Erick apenas ocurrió la muerte de su padre y después de haber visto caer antes que él, treinta y dos jefes de tribus unos después de otros y en un breve intervalo de tiempo.

“¡Qué horror, Chalit, qué horror es aquella tierra antes serena y tranquila bajo sus eternos mantos de nieve! Un hálito de desconfianza, de recelo y de misterioso terror se cierne por todas partes, pues nadie puede decir que ha visto a los enemigos, ni dónde están, pero todos estamos convencidos de que esta cadena de crímenes es obra única de las Escuelas Secretas del Cáucaso, cerradas y dispersadas por orden del Cherú.

Bohindra meditaba mientras prestaba atención al relato del más anciano de los guerreros. La clarividencia de su espíritu le hizo comprender bien pronto que los centenares de jóvenes que habían sido alumnos de

los siniestros obreros del mal pensar, eran los instrumentos utilizados por los poderes ocultos para diezmar las poblaciones, segando como espigas maduras a los hombres más respetados y capaces.

– ¡Quién sabe!... –pensó Bohindra–, ¡si este mismo príncipe Erick no estará bajo la poderosa sugestión y se convertirá en homicida obedeciendo a la espantosa fuerza que lo ha dominado todo!

Apenas se había diseñado en la mente del Kobda-Rey este pensamiento, vieron al joven príncipe desprenderse un alfiler de plata cuya cabeza era un grueso rubí y extendiéndolo hacia el guerrero que había hablado y que se hallaba inmediato a él, le dijo:

–Aceptad este regalo por lo bien que habéis hablado ante el Gran Rey de Naciones.

– ¡No lo toquéis! –gritó Bohindra, dando un paso adelante y golpeando con fuerza su puño cerrado sobre el brazo extendido de Erick, cuya mirada extraviada y descompuesta fisonomía revelaba claramente, a los ojos expertos de Bohindra, que se hallaba bajo una poderosa corriente magnética de las más mortíferas que había sentido en su vida. El alfiler envenenado cayó al suelo y Erick se desplomó desvanecido como un cuerpo inerte sobre la tierra.

Los guerreros estupefactos, miraban esta escena que fue rápida como un relámpago.

– ¡Le habéis muerto! –dijo uno de ellos creyendo que el golpe del puño de Bohindra había derribado en tierra al Príncipe.

– ¡Le hemos salvado! –exclamó el Kobda-Rey–, y hemos salvado la vida de vuestro compañero. De seguro ese alfiler está envenenado y un pequeño pinchazo que hubiese dado en la piel de la mano a que iba dirigido, o del pecho al prenderlo podía producir la muerte si no instantánea pero segura.

– ¿Cómo lo sabéis? –interrogó otro, alterado y receloso.

–Eso es largo de explicar –respondió Bohindra, levantando del suelo al Príncipe, que aún no volvía al conocimiento, y tendiéndole sobre el estrado cubierto de pieles.

Después recogió cuidadosamente el hermoso alfiler con cabeza de rubí y comenzó a observarlo. Una casi imperceptible gotita de color oscuro asomaba apenas de su aguzada punta.

– ¿Veis? –les dijo a los asombrados guerreros de Lugal Marada–. Esto es un tubo que encierra una dosis más que suficiente para matar a diez hombres y este será el procedimiento de que se han valido para matar sin que nadie vea al asesino. Si vos hubierais tendido la mano para recibirlo, os hubiera pinchado como al descuido y vos hubierais agradecido el presente sin gozarlo, pues hubierais muerto antes del tiempo necesario para prender este alfiler en vuestro pecho.

–Pero el Príncipe Erick se había apartado hacía mucho de esos hombres misteriosos –decía otro de los guerreros.

–Lo creo, pero alguien enviado por ellos habría obsequiado este alfiler al Príncipe, acaso como una muestra de cariño buscando que él mismo se hiriese con él, y la poderosa sugestión que domina a los que han sido alumnos de las Escuelas Secretas lo impulsó sin duda a dar la joya a este compañero de infortunio, quizá como una ofrenda también, o quizá forzado por una inteligencia extraña para producirle la muerte. Y si no lo creéis, esperad un momento.

Bohindra salió de la tienda y volvió a los pocos momentos con una pequeña víbora de las que ellos llamaban “de los nidos”, porque devoraban los huevos de los pajarillos y de las palomas. Por entre los alambrillos de la pequeña jaula, introdujo la punta del alfiler y le dio un pinchazo en la cola.

El reptil se estremeció dos o tres veces y quedó rígido como si fuera una varita verdosa recién cortada de un árbol.

–Está muerta –dijo el Kobda-Rey, tomándola con un pañuelo y mostrándola a sus visitantes. La envolvió juntamente con el mortífero alfiler y acercándose a la hoguera que calentaba la tienda, los sepultó bajo las rojas ascuas que ardían en un gran cubilete de piedra. Después tomó a Erick de las manos, y mirándole con fijeza le emitió con fuerza sus pensamientos de amor y de luz.

Y con el fin de atraer sobre él los pensamientos de los guerreros que estaban allí presentes, pronunció esta evocación:

– ¡Dios de la Justicia, de la Paz y del Amor!..., conservad esta vida que habéis dado para el bien y la verdad, para la luz y la alegría.

Los guerreros rodearon a Erick pronunciando aquellas mismas palabras. Pocos momentos después el joven se despertó quejándose de fuertes dolores en las sienes y al corazón.

–No es nada –decíale Bohindra, dándole pases magnéticos–. El cansancio del viaje y las impresiones dolorosas lo han motivado. Entre nosotros os reanimaréis. ¿Recordáis que tenéis una noviecita de trece años?

– ¡Helvecia! –murmuró claramente Erick.

–Sí, Helvecia, que os espera en las praderas del Éufrates, tejiendo con blancas hebras de lino su velo de desposada según la tradicional costumbre de La Paz para todas las doncellas que están prometidas en matrimonio. Su belleza crece con su bondad a medida que los días avanzan –continuaba el Kobda-Rey, buscando de apartar lejos de la mente de Erick los sombríos y trágicos pensamientos de que lo veía saturado–.

“Si confiáis en los hombres de la toga azul, descansad en nosotros y no penséis más por un espacio de tiempo, sino en que una gran felicidad os espera en un mundo nuevo de paz, de amor y de compañerismo.

Vuestros dos hermanos que están casi tan grandes como vos os esperan ansiosamente, y si no venís tan pronto, ¡quién sabe!, acaso celebrarían nupcias antes que vos... ¿Qué os parecen las noticias que os doy?

– ¡Buenas, muy buenas! –decía animándose, Erick–, pero, ¿qué he de ofrecer ahora a Helvecia como no sea el destierro, la pobreza y la muerte?

–Las doncellas educadas en los Santuarios Kobdas, no esperan de sus prometidos nada más que amor, paz y alegría, pues tenemos gran cuidado de no excitar su fantasía con el esplendor de las grandezas materiales que puedan llegar a poseer, sino llenar su mente de la hermosa visión de la dicha, de la paz y del amor que pueden sembrar para sí mismas y para sus semejantes, mayormente si están destinadas a ocupar lugares destacados en las sociedades humanas. Aparte de esto, vos no sabéis aún el destino que el Altísimo Rey de Reyes y dueño de todos los seres, reserva a vuestro país. Tiempo al tiempo, Príncipe Erick, que la vida tiene secretos y sorpresas que dejan a veces muy atrás todas nuestras previsiones.

“Y ahora, como yo no estoy en mi casa y soy a mi vez un huésped en las tiendas de un Caudillo circasiano que nos honra con su amistad, os invito a pasar a su morada para que junto con vuestros amigos, le presentemos nuestras adhesiones y augurios pues acaba de celebrar sus nupcias con una hija mía de adopción, criada y formada como Helvecia al calor de la lumbre encendida por los Kobdas.

– ¡Vamos, vamos! –dijo ya casi con alegría Erick, acudiendo seguido de sus viejos guerreros que no salían de su asombro al ver como el Kobda-Rey, el Genio de la Paz y del Amor como en su país le llamaban, daba la vida y la alegría aún a los que luchaban entre las negruras de la tragedia y de la muerte.

–He aquí otro pájaro de las nieves eternas –decía Bohindra pocos momentos después, al presentar a Erick al Scheiff, que en la gran tienda de audiencias recibía con Mabi la adhesión de los personajes más destacados de su pueblo, que según la usanza del país durante las diez auroras después de la boda tenían el derecho de ser oídos por su Caudillo en una confidencia en intimidad.

–Os conocía de nombre como a vuestro padre por sus gloriosas empresas entre los pueblos del Norte –decía Vladiko, estrechando las manos que el joven Príncipe le tendía.

–Y yo os conocí personalmente en La Paz –díjole Mabi, aún cuando vos no me recordaréis pues sólo me visteis entre las jóvenes Kobdas que cuidábamos las niñas del Pabellón de la Reina.

Después de los rituales de condolencia de una parte y de los plácemes nupciales de la otra, el Scheiff cerró la audiencia para su pueblo por

ese día, a fin de consagrar su atención al visitante que el Kobda-Rey le presentaba.

—El Scheiff —dijo con su fino tacto social Bohindra—, es un vencedor del pesimismo originado del desengaño de los hombres y de las borrascas de la vida, y creo que tal circunstancia unida a vuestra cuna que se meció entre palacios de nieve, despertará quizá una gran afinidad entre vosotros,

Vladiko comprendió que el Kobda-Rey pedía su cooperación para con el joven Príncipe, y se dispuso a complacerlo iniciando una animada conversación sobre los acontecimientos que le habían ido llevando durante su vida por senderos lóbregos y sombríos, hasta el momento en que vio resplandecer la felicidad a través de los velos de Asag.

Y mientras los jóvenes esposos departían con el hijo de Lugal Marada, el Kobda-Rey volvía a su campo de acción espinoso y duro, o sea el olvido de sí mismo para pensar en los cuatro guerreros venidos del Norte que tenía a su lado y de quienes debía recoger todos los detalles necesarios, para tratar de devolver la paz y la dicha a los vastos pueblos de Lugal Marada, devorados por el fuego de internas discordias que hacía víctimas a millares.

Y formando grupo aparte con ellos en la misma vasta tienda de las audiencias públicas, escuchó en silencio las dolorosas tragedias que aquellos hombres deshojaron como rosas de sangre en el alma del Kobda-Rey, hecha de piedades y de noblezas.

Veía aquellos vastos países de nieve convertidos en un hormiguero de volcanes ardientes de odio, de furor y de muerte, encendidos por el mal uso de las fuerzas mentales residentes en el ser humano; y su alma sollozaba en silencio meditando en la horrenda inconsciencia de la humanidad terrestre, que pudiendo labrar su propia dicha con las formidables energías del pensamiento, don supremo del Altísimo, tejía hilo a hilo su propia desdicha, acaso para tener motivos más tarde por qué maldecir de todo lo creado, y hasta de la misma magnificencia de su Creador de quien se juzgarían abandonados, isin luz, sin esperanza, sin felicidad!

Y a su mente acudía el recuerdo de la vieja Lemuria tragada por el furor de cien volcanes y por las olas invencibles del Mar Sereno, cuando el desbordamiento de los pensamientos delictuosos de los hombres habían inclinado la balanza hacia el platillo en que el Mal, pensado y realizado con saña feroz, rompía el equilibrio que mantiene en pie los continentes, los pueblos y las sociedades humanas.

Y veía en el desfile mental a su amada Atlántida, tragada también por las aguas del mar después de haber sido dos veces homicida del hombre justo, del Verbo de Dios, bajado a la Tierra para enseñar a los hombres la Justicia y el Amor.

La sangre y las lágrimas de los millares de mártires que en pos de Él, habían sido sacrificados en aras de sus ideales sublimes de redención y de fraternidad, habían desbordado en las aguas del mar para aniquilar aquellos pueblos convertidos en verdugos de los sembradores de la Verdad y del Bien.

¡Y la humanidad tenía aún derecho de quejarse, de maldecir de todo, de pedir la justicia y de buscar el amor y la paz que ella misma había pisoteado y deshecho, como deshace una manada de elefantes enfurecidos las praderas serenas donde la Eterna Ley hizo brotar las flores y madurar las espigas!

Y como los cuatro guerreros terminaron sus relatos y Bohindra continuaba silencioso como si aún siguiera escuchando, uno de ellos le dijo:

– ¿Pensáis en salvar aún los vastos países de nieve? ¡Oh, Rey de la Paz!

– Sólo vos podéis hacerlo –añadió otro–, y por eso estamos aquí.

– ¿Puede un hombre torcer el curso de un río o detener el huracán en el desierto? –preguntó Bohindra con triste voz–. Dejad que pase la furia del viento arrastrando consigo cuanto se oponga a su paso, dejad que las aguas del río desbordado se lleven toda la podredumbre y toda la resaca, y entonces reconstruiremos, con lo que queda en pie después de la vorágine, nuevos pueblos con leyes nuevas y con alma nueva. ¿De dónde sois originarios?

– Los cuatro somos de la Escandinavia y es aquella región la única que ha permanecido tranquila resistiéndose al oleaje de la maldad y del crimen que lo ha invadido todo.

– Pues bien, entre las nieves de la Escandinavia cultivaremos la semente de la Justicia y del Amor, si sois vosotros las cuatro columnas fuertes y firmes en que pueda sostener el Príncipe Erick el monumento grandioso de la evolución de su pueblo.

– Contad con nosotros –dijeron los cuatro a una voz, poniendo la diestra sobre el pecho del Kobda-Rey según se acostumbraba, para dar mayor solemnidad a las grandes promesas.

– Dadme el tiempo necesario para que vengan aquí, hermanos míos de Neghadá sobre el Nilo y de Soldán en el Mar Hircanio, y tornaréis con ellos a vuestro país. ¿Quién lo gobierna en la actualidad?

– Los Consejeros del gran Cherú con un nieto suyo llamado el “doncel de bronce” por su infatigable energía.

– ¿Y sabéis vosotros que vuestro Príncipe Erick ha elegido para esposa una hija del Príncipe Elhizer de Ethea?

– Lo ignorábamos por completo –contestó uno de ellos–, pero el saberlo nos satisface sobremanera.

–Veo que comprendéis bien mis designios –les dijo Bohindra–, pues los familiares de la futura esposa serán excelentes aliados para Erick que tan solo cree hallarse en estos momentos. Miradle que animado y alegre está. No parece el mismo.

Y dirigiéndose todos hacia el otro extremo de la tienda donde el joven con Vladiko y Mabi conversaban animadamente, les dijo ya con la satisfacción pintada en su expresivo semblante.

–Ya está bosquejado el plano de la gran siembra que haremos en vuestros países de nieve, Príncipe Erick, si tal es vuestra voluntad.

– ¿Y qué sembraréis? –preguntó el aludido con grande ingenuidad.

–La fraternidad y la paz con que soñó vuestro padre y será ese el mejor monumento que levantaremos a su memoria.

–Que sea como lo decís –respondió el Príncipe inclinándose ante Bohindra, hasta apoyar la frente sobre su pecho–. Sois desde ahora mi padre porque los genios del mal me han dejado huérfano y solo en la tierra.

– ¡Estoy yo!... ¡Estoy Yo!... ¡Y yo!... ¡Y yo!... –se escuchó resonar a coro en la vasta tienda, pues Vladiko y Mabi y los cuatro guerreros lo repitieron extendiendo sus manos hacia Erick, que visiblemente emocionado trataba de estrecharlas a todas juntas entre las suyas.

– ¡Ya comienzan a florecer rosales entre la nieve!... –exclamó también emocionado el Kobda-Rey, el eterno soñador con la fraternidad de los pueblos.

148

AURORA Y OCASO

– ¡Tú eres la aurora que se levanta tiñendo el cielo de resplandores rosados, mientras yo soy el ocaso que se va diluyendo entre los velos opacos de la noche!... –decía el Kobda-Rey a Abel, en una confidencia íntima que sostenían ambos una noche, después del llamado a quietud, sentados al calor de la lumbre en la gran tienda-comedor del Scheiff.

Ada y Evana fatigadas de las continuas recepciones del pueblo femenino que veía en ellas la familia de Asag, se habían despedido hasta el siguiente día y retirándose a la hermosa tienda de la cautiva, como llamaban a aquella en que Mabi fue alojada cuando cayó prisionera entre el pueblo circasiano. Evana había elegido aquella tienda para habitación durante su permanencia allí porque encontraba su propio ambiente, aspirando según ella decía, los pensamientos, los dolores, las alegrías y hasta el efluvio de lágrimas de la hija adoptiva, que había pasado bajo aquella tienda, toda una tragedia angustiosa y cruel.

Y Ada compartiendo su opinión, había encontrado el más apropiado sitio para sus horas de reposo, pues dicha tienda estaba vecina formando un solo pabellón con las habitaciones de Nubia y de los Kobdas donde se alojaban también Bohindra y Abel.

Unido a este pabellón por una especie de atrio cubierto, se hallaban las grandes tiendas del Scheiff, de las que formaban también parte la sala de audiencias, la sala de oración o mansión de la sombra como decían los Kobdas, diversas reparticiones y el gran comedor donde hemos encontrado a Bohindra y Abel en íntima conversación.

–Tú eres la aurora que se levanta tiñendo el cielo de resplandores rosados, mientras yo soy el ocaso que se va diluyendo entre los velos opacos de la noche –había dicho Bohindra al joven Maestro cuya ruta luminosa de Mesías, se diseñaba ya bien claramente sobre la humanidad terrestre–. Mi vida se va y la tuya comienza, y es justo hijo mío, que empiece a apoyarme sobre ti para andar lo que me resta del viaje.

– ¡Bohindra!... –exclamó Abel–, bien sabes que fui tan tuyo desde los días lejanos de mi niñez que a decir verdad, tu amor vive en mi espíritu confundido con el mismo amor de los que me dieron el ser. Con esto quiero decir que una palabra tuya es para mí como un mandato. ¿Qué quieres pues de mí? Aún a costa de cualquier sacrificio, estoy dispuesto a complacerte.

–El nombre de nuestro Santuario La Paz, ha llegado a ser como un emblema y un símbolo de todo cuanto de bello y de grande son capaces de comprender los hombres de esta hora, y tú y yo, secundados por todos nuestros hermanos no somos otra cosa que sacerdotes-apóstoles de la paz.

“Y aunque mucho hemos conseguido entre los pueblos de la Alianza, es mucho más lo que nos falta por hacer entre ellos y otros que van acercándose al dulce calor de nuestro fuego. Sabes que la Cherúa de Tracia está en el país de Ethea y que nuestro Iber la retiene en la Mansión de Berecinas de Monte Kasson, hasta que hayamos conseguido resolver el problema de los disturbios sangrientos que agitan a su país.

“Ese pueblo espera pues de nosotros la justicia que ha de conducirlo a la felicidad y a la paz.

“Y ya ves, cuando apenas finalizamos con éxito la tragedia de este pueblo que aprisionó a Mabi, se presenta el hijo de Lugal Marada dejando en pos de él vastos países entregados al desorden, a la maldad y al crimen en la forma más desastrosa que se puede imaginar.

“Tracia y los países del Ponto y del Hircanio reclaman nuestra atención. Urge organizar trabajos de gran trascendencia para aquellos inmensos pueblos que aún soportan las mayores bajezas y ruindades que atormentan a la especie humana.

“En tus pocos años has realizado ya dos misiones importantes y con mucho éxito, y he pensado que realices la tercera, más ardua, más penosa y quizá más larga que las otras.

–Si la Eterna Ley ha marcado para mí ese derrotero, ella misma me dará el poder y la fuerza de recorrerlo hasta el fin. Y, ¿por qué decís que es la más ardua y penosa de las misiones que debo realizar?

–Por dos razones: porque será una lucha con enemigos invisibles, y porque tendrás que vivir entre nieve y témpanos de hielo a lo cual no estás acostumbrado. Nacido en el delicioso país de Ethea donde apenas blanquea la escarcha en los campos durante el invierno, crecido a la sombra de los cedros y los cañaverales del Éufrates donde nieva apenas como una liviana niebla. ¿No te será penosísimo vivir y dormir entre la nieve durante varios meses?

– ¡Vamos a ver! –respondió Abel, sonriendo–. Te lo diré cuando me encuentre en ella.

–Para facilitar tu tarea, hijo mío, he pensado –continuaba Bohindra–, en que te acompañen hermanos nuestros que sean originarios de aquellos países y que a la vez estén dotados de gran fuerza psíquica para hacer frente con éxito a la potencia destructora y maléfica de los Mingos, que son esos magos-sacerdotes, causantes de tamaños disturbios. Esto en cuanto a la Escitia, *–países del Cáucaso y del Volga–, y a la Casitérida, *–Escandinavia y las Islas Británicas–.

“Que en la Tracia donde los disturbios son puramente cuestión de rivalidades entre caudillos, la solución no será tan dificultosa, pero conviene asimismo que algunos Kobdas de ese país te sirvan de secretarios y principales auxiliares.

– ¿Y dónde están los sujetos que han de realizar junto conmigo esta empresa?

–Están dispersos en nuestros Santuarios y Refugios desde el Delta del Nilo hasta las montañas costaneras del mar Hircanio. En el término de cuatro lunas podemos tenerlos reunidos en La Paz, si utilizamos las primeras caravanas que salen en estos días con diversos rumbos. Mientras tanto, nosotros regresamos al Éufrates, allí descansas entre los seres amados, te fortificas espiritual y físicamente, tomas ligeras nociones de las lenguas y costumbres de los países que vas a visitar; estudias en nuestro Archivo de las Edades las aptitudes desplegadas en otras vidas por los sujetos que te servirán de acompañantes, para que organices la misión con pleno conocimiento de las fuerzas y capacidades espirituales con que cuentas.

– ¡Oh, Bohindra..., Bohindra!... ¡Qué maravilloso es tu pensar y que hermosa lógica brilla en tus razonamientos!... –exclamó el joven Kobda, contemplando como extasiado la hermosa faz del Kobda-Rey, que

aparecía como entre un nimbo de cabellos que ya blanqueaban y que al resplandor del fuego del hogar parecían tomar tintes de topacios y amatistas.

–Si así no fuera –le contestó éste–. ¿Por qué la Ley Eterna me habría hecho vivir esta larga vida para la cual he debido gastar dos organismos físicos? Y aún me falta algo por hacer, Abel, hijo mío. Ni tú ni yo hemos olvidado a Kaíno, ¿verdad?

“Pues bien, hijo mío, ayer se cumplieron diez años desde que él huyó de nuestro lado, idiez años que nuestro pensamiento de amor le sigue de cerca sin conseguir vencerle en su tenaz resistencia!

“Y yo sé que su redención es una obra que nos incumbe a todos los que un día le tuvimos cerca. Y esa obra será nuestra obra Abel, porque el Amor unido a la Verdad y a la Justicia, ino puede fracasar jamás!

– ¿Habéis tenido posteriores noticias de él? –interrogó con visible pesar Abel.

– ¡Muy malas, muy malas! Se ha erigido dios y rey de las atrasadas muchedumbres que le siguen con temor servil. Es un déspota en toda la extensión de la palabra, pues no hay allí más ley que su capricho y su voluntad. Manda secretos emisarios a todos los países con orden de atraer a los descontentos, los sublevados y las gentes de turbio vivir. No quiere a los tontos o tímidos sino a los malvados audaces. Con fines de un fácil y pronto engrandecimiento ha llegado a castigar en las mujeres la maternidad, como una calamidad pública, pues según él, la maternidad inutiliza a la mujer para comerciar con su belleza y para dedicarse en general a trabajos o a intrigas que rinden el mil por uno. De esto resulta una espantosa mortandad de niños recién nacidos que, o son arrojados a los ríos o a las fieras de las selvas. Y durante tu ausencia de La Paz, hemos organizado una especie de pesquería de niños para salvar los que han llevado la corriente del Éufrates hasta las islas del Maharati y hasta el Lago Evana que como sabes está formado por un pequeño brazo del gran río.

– ¡Dios!... ¡Dios!... ¡Qué horror, y pensar que Kaíno nació casi en mi propio hogar!... –exclamaba Abel apretándose con ambas manos la frente como si temiera que algo le estallara en la mente ante la espantosa verdad.

–Los parvulitos –continuó Bohindra–, son envueltos en lanas o pieles y atados en un cajoncillo son arrojados por las madres a las aguas, con la manifiesta intención como se ve, de que los pescadores y los junqueros tengan piedad de ellos y los salven.

“Y los Kobdas de La Paz nos hemos visto obligados a ofrecer un saco de trigo, una odre de aceite y un cántaro de vino a todo aquel que nos entregue un recién nacido salvado de la muerte.

“Hijo mío, tuviste una gran inspiración cuando pediste a la Reina Ada un pabelloncito para huérfanos y ella te prometió que estaría listo a tu regreso. Y no sólo está terminado sino ya habitado por ciento setenta pequeñitos de estos salvados de las aguas del Éufrates.

– ¿Y les hacéis vivir? –preguntó Abel.

–Y les hacen vivir las mujeres Kobdas, ayudadas en la tarea por las niñas que se educan en el Pabellón de la Reina. Y, ¿quién te parece que es la más enamorada de esos pobrecillos hijos sin padres que apenas tienen pocos días de vida física? Pues tu incomparable amigueta, la niña de las rosas blancas, la pequeña Alvina que en cuanto nuestras hermanas se descuidan va por las canastillas de junco en que los niños descansan llevándoles pan, vino, golosinas, flores, huevecillos de pájaros, en fin, todo cuanto puede recoger; en su infantil inconsciencia de que aquellos pequeños seres aún no pueden aprovechar sus regalos.

–Tiene el corazón de su madre –murmuró Abel, con voz temblorosa y apagada mientras en su pensamiento se diseñaba la dulce figura de Zurima, la mujer arabeña que tan hondamente le hiciera sentir el amor–.

“¡Contrarias visiones tiene esta vida terrestre!... –exclamó después de un instante de recuerdo dedicado a la amada muerta–. Junto a la siniestra figura del desventurado Kaíno, se diseña en mi mente la radiante visión de esa niña que es por sí sola como una estrella en una noche serena, y tras de ella, la aparición de su madre, la alondra mística de mi juventud como hombre...

–Y la Reina y tu madre –continuó Bohindra–, tuvieron la idea de llamar a este pabelloncito de recién nacidos: “El jardín de Zurima”; como al de viudas abandonadas y ancianas: “El jardín de Shiva”.

– ¡Oh, el amor excelso de los Kobdas tiene delicadezas que solo ellos saben apreciar y comprender! –exclamó el joven Maestro–. ¡Y dime, Bohindra!..., ¿qué hará la humanidad de esta Tierra cuando la Gran Fraternidad Kobda haya pasado como pasa toda institución humana?

–Cuando los Kobdas se hayan hundido en el silencio de los siglos, y este mundo se desquicie azotado por su atraso y su egoísmo..., volverás tú, eterno sacerdote del amor, víctima excelsa inmolada por ti mismo, a forjar otra nueva alianza, en quién sabe qué países y qué continentes de la Tierra, para ensayar de nuevo la eternamente renovada canción del amor.

– ¡Lo que ha pasado, igual que lo que ha de venir!...

–Justamente, hasta que llegado el ciclo planetario de la Tierra, la Luz destierre para siempre la pesada tiniebla de la inconsciencia de los hombres.

La llama del fuego se iba apagando entre el montón de rosadas cenizas y algunos de los velones se habían consumido dejando la tienda

en una marcada penumbra. La tenue y amarillenta claridad de la luna menguante se filtró por un ventanal del techo, anunciándoles que era la medianoche y ambos se levantaron para buscar la tienda de reposo.

Y Bohindra, acariciando los bucles dorados de Abel, recordaba esta tierna y lejana remembranza:

–Esta misma luz de luna menguante iluminaba otra escena como ésta en una bóveda del Santuario de Neghadá hace muchos años, cuando Adamú y Evana eran niños de meses y dormían proscritos en la caverna de Gaudes. Y eran entonces estos cabellos míos, blancos ahora, de Jóhéván, el ardiente y desesperado que acariciaban las manos del Bohindra dormido en las tumbas del patio de los olivos en la ribera del Nilo.

– ¡Qué escenario grandioso es la vida, y qué hermoso papel podemos representar los seres cuando la Justicia y el Amor nos guían! –exclamó el joven Kobda mientras llegaban a su tienda.

–Paz, Justicia y Amor para todos los seres –respondió Bohindra, desapareciendo bajo la pesada cortina que levantaba Abel para darle paso.

– ¡Paz a ti, genio del amor y de la fraternidad de los pueblos!... –murmuró el joven a media voz y como para sí mismo, pues ya la silueta del Kobda-Rey había desaparecido entre la densa oscuridad de la tienda sumergida en profundo silencio.

Dos días después salían los primeros mensajeros anunciando a los Santuarios y Refugios Kobdas que el Verbo de Dios pedía a sus compañeros de alianza un nuevo sacrificio en aras de la paz y felicidad de los pueblos. El Scheiff había cedido catorce hombres de su mayor confianza para desempeñar la importante misión, y estos iban saliendo a medida que pasaban por allí las caravanas en distintas direcciones.

Y Bohindra ocupó los días de permanencia entre el pueblo circasiano para dar mayor solidez y seguridad a la alianza que con él había formado, de tal manera que este pueblo nómada por el momento, pudiera considerarse en dominio propio y sin peligro de ninguna especie.

Ayudó al Scheiff a establecer el gran cuerpo de arqueros de defensa que por el Norte se uniría a la línea de los arqueros del país de Nairi, y por el Sur con las tribus de Karan que eran también pacíficas y laboriosas. Designaron como límites por el Oeste y por el Sur el gran río Ildekel y dos de sus caudalosos afluentes que les pondrían en contacto con el Maharati o Delta del Éufrates en cuya margen se hallaba el Santuario Kobda de La Paz. Al Noreste tenían como enorme muralla de defensa el Monte Zagros, uno de cuyos pasos quedaba frente por frente del campamento circasiano, circunstancia que les daba mayor ventaja y seguridad, pues el extremo opuesto de dicho pasaje estaba guardado por los arqueros de Num-Maki, el país de la Suisini-Manh Shiva. Dentro de este territorio elegido para patria adoptiva de la tribu del Scheiff, se encontraban

familias dispersas de otras tribus y razas que se mantenían aisladas a causa de viejos rencores con las tribus madres.

Y el Kobda-Rey con su autoridad de Jefe de la Gran Alianza, les visitó tratando de estudiar sus costumbres y anhelos. Su altruismo, su grandeza de alma, su genio de unificación y de concordia les atrajo y consintieron de buen grado formar parte del pueblo circasiano, para lo cual quedó ampliamente permitido las uniones nupciales entre unos y otros, y que sería reconocida la autoridad del Scheiff en los casos graves que allí ocurriesen.

Era pues una especie de pequeña confederación de grandes familias que se unían al pueblo circasiano para su mayor seguridad y progreso.

La entrada de estas familias fue realizada con gran solemnidad, y la ternura de la Reina Ada y de Evana, y los agasajos de Mabi para las doncellas y los niños, acabó de ganar la voluntad de aquellos pobres seres que hasta entonces habían hecho una vida miserable, sumidos en sus cavernas con sus asnos, ovejas y cabras, única riqueza que poseían.

149

¿NADIE LLORA EN NUM-MAKI?...

Tal era la pregunta que hacía Helia, la joven Reina, a su Consejo de Gobierno que con su padre al frente, la ayudaban a guiar los destinos de aquel pueblo. Y esta pregunta era repetida por ella en las reuniones que en cada luna realizaba con los altos jefes de tribus. Y cuando la aseguraban que todo estaba quieto y en orden, que nadie carecía de lo necesario, que nadie se lamentaba de injusticias y arbitrariedades, ella añadía:

–No me ocultéis la verdad, ¿eh?, porque seré inexorablemente severa con los que me engañen en perjuicio del pueblo, pues tengo otros medios de averiguación que vosotros no conocéis.

–Descansad, Suisini-Manh –le decía entonces Abelio, que formaba parte del Gran Consejo y en quien Helia había depositado toda su confianza como Soberana. Fue para ella como un Secretario y Ministro del interior; mientras que Balbina, la Kobda hermana de Senio, fue su gran consejera en los asuntos íntimos.

Y les decía graciosamente:

–Quiero forjarme la ilusión de que esto es La Paz, en que he nacido y vivido y espero que vosotros mantengáis esta ilusión. ¡Y por tanto entre todos los que vestís toga azul debo encontrar el Bohindra, la Ada, la Evana, el Adamú, el Aldis y hasta el Abel de las orillas del Éufrates!...

– ¡Niña, niña!... –le contestaba acariciándole los cabellos la afable hermana de Senio, cuyos cincuenta y ocho años no habían disminuido

la graciosa jovialidad de su carácter—. ¡Niña, es mucho lo que pides!... ¡Y en este pobre mundo Tierra es necesario ser parco en los deseos para no salir defraudados! ¿Qué me dirás a mí que de todos esos grandes hermanos que simbolizan para ti todo lo bello y bueno de la tierra, he conocido de cerca sólo al incomparable Abel?

— ¡Cierto! ¡Cierto, Mangrave mía! —exclamaba entonces la joven Helia—. Yo quisiera ser para vos un reflejo vivo de aquellos que no conocéis.

Y tan amplias libertades dio a sus hermanos y hermanas en su casa y en su país, que al cabo de pocas lunas de vivir juntos se había establecido tan perfecta armonía entre todos, que Helia decía en las veladas junto al hogar después del himno al atardecer:

— ¡Mangrave Balbina!... ¡Pangrave Abelio!... esto va ya camino de parecerse a La Paz. Vosotros dos sois los abuelos.

Su padre la contemplaba encantado y bendiciendo a Dios porque le permitía ver el florecimiento de las más bellas cualidades de Shiva en su joven hija, y en tal forma lo veía que a veces le decía:

— ¡Hija mía!..., ¡eres la viva imagen de tu madre!..., a veces pienso que ella está en ti como por efecto de una maravillosa unificación del amor.

— ¡Es que la pienso siempre! ¡Y al pensarla, ella se me acerca, me envuelve..., vive en mí, la siento a todas horas! ¡Oh, padre!..., soy tu pequeña Shivita y quiero que no pienses más en morir, sino en vivir largos años en mi compañía, para hacer la felicidad de este pueblo.

Una tierna mirada silenciosa era la respuesta del padre que continuaba siendo el hombre de los pensamientos profundos que pocas veces se diseñaban al exterior.

— ¡Ah, bribonzuelo Abel!... —continuaba Helia, en la primera velada después de la partida de aquél—. Os trajo a mi lado como a un chiquillo se le dan juguetes cuando los padres quieren dejarle en el pensionado de educación. ¡Oh, me la pagará, me la pagará!

— ¡Pero Helia!... —exclamaba una de las hijas del Caudillo de Manh, cuyo carácter alegre y vivaz la permitía tener un chiste para cada circunstancia—. ¿No comprendéis que somos juguetes demasiado valiosos y dignos de la Reina de Num-Maki? ¡Mirad que hablamos todo cuanto queremos, miramos hacia donde nos da la gana, y comemos vuestras cerezas y granadas que es una maravilla! ¿Qué Rey tuvo juguetes semejantes?

— ¡Selvia!... —exclamaba la hermana, más joven que ésta, de nombre Ilfrida, que se asustaba de ver la demasiada confianza con que según ella, trataba su hermana mayor a la joven Reina—. ¡Mira que no estás entre los mimos de nuestras Mangraves de Soldán que han tenido paciencia

con todas nuestras impertinencias!... –Y la cara seria y compungida de Ilfrida hacía reír a todos, y en especial a Helia que para tranquilizarla le decía:

–Mira Ilfrida: para todos vosotros yo no soy reina ni Suisini-Manh, ni cosa que se parezca a soberanía y autoridad. No soy más que Helia, una joven Kobda como vosotros que está aprendiendo a vestir la túnica y ceñirse el velo como corresponde. Tu hermana ha comprendido sin duda este sentir mío y conforme a él se expresa.

–No, no –insistía la joven–, es que mi hermana tiene esa modalidad de carácter, pero si no os molesta...

–Yo, como hermana mayor –intervenía entonces Balbina–, me permito recordaros que según la costumbre en nuestras escuelas de buenos modales, se debe manifestar las fases propias del carácter y sus múltiples y variadísimas formas, siempre que estén dentro de las reglas de la armonía, del buen gusto y del sentimiento fraternal que jamás debemos olvidar. Y por tanto siempre que a nuestra amada Helia le sea agradable la espontánea franqueza de Selvia, no está fuera de orden que la manifieste al exterior.

Una tarde la vivaz y activa Selvia, volvía de una excursión a las pintorescas montañas que se levantaban al Oeste de la ciudad, prolongaciones del Monte Zagros a donde había ido con un anciano jardinero y varias mujeres del servicio íntimo de la casa, en busca de unas plantas que necesitaban para completar la colección de las que debían formar la gran rotonda o Jardín de Reposo, al estilo del que había en todos los Santuarios Kobdas. Traían varios asnos cargados con plantas, pero la joven Kobda se había dislocado un pie y volvía en silla de manos traída por dos mujeres de la servidumbre.

Y medio llorando por el dolor, y medio riendo por la fuerza de su costumbre habitual, decía a Helia, así que ésta se acercó a su habitación enterada de lo que había pasado.

–Suisini-Manh... ¿Preguntáis siempre si nadie llora en Num-Maki? Lloro yo, ya lo veis, pero no me importa pues he conseguido traer los veinticinco ejemplares de las plantas que nos faltaban.

– ¡Oh, Dios mío!... –decía Helia asustada–. ¡Qué mala cuenta daré a vuestro padre el Príncipe de Manh, y al Santuario de Soldán! ¡Habéis perdido un pie!

–No tanto, no tanto –repetía la valiente joven soportando el dolor que le producían los masajes de la anciana Balbina y las aplicaciones de compresas de vino y grasa caliente que le colocaban continuamente hasta que desapareciera la hinchazón y las manchas amoratadas que la caída de un peñasco le había producido al chocar sobre su pie.

Dos Kobdas jóvenes de los que vistieron la túnica azulada juntamente

con Abel, Vilmo y Héberi, eran de los más aventajados discípulos de Bohindra y arrancaban de la lira hermosas melodías para formar corrientes magnéticas apropiadas a neutralizar los dolores agudos, y eran los operadores del Jardín del Reposo.

Como la fiebre no tardó en presentarse en Selvia, allá fue trasladada para su curación.

Se había utilizado para este fin un vasto recinto cuadrangular que quedaba vecino a la gran sala de audiencias y que en los lejanos tiempos del viejo Aranzán, su primitivo dueño, había sido salón de festines y de danzas con que los iranianos acostumbraban celebrar las fiestas sagradas del Ahura-Mazda cuando hacía florecer los almendros y los granados.

Shiva había suprimido esa costumbre para sustituirla por un gran festival de reparto de premios a los niños de nueve a quince años, que hubiesen plantado y cultivado un almendro o un granado en el pobre huertecillo de un anciano o enfermo que no pudiera hacerlo por sí mismo. No era sólo por el hecho de plantar dichos arbolitos, sino para establecer contacto íntimo entre los niños de familias pudientes con las clases menesterosas, con el fin de que vieran de cerca el dolor y la amargura de los desheredados, y despertar en aquéllos la piedad que les haría buenos jefes de tribus, cuando llegaran a mayor edad.

Este mismo festival se haría en adelante en el gran pórtico que sobre la plazoleta de los almendros hiciera construir Shiva a su llegada años atrás, para dar según ella, alguna semejanza con La Paz a la vieja mansión de sus mayores.

Y el joven Kobda Héberi, discípulo de Bohindra en la música y discípulo de su tío Héberi de Neghadá, artista grabador en piedra y metales, grabó y pintó en alto relieve una imagen de Shiva apareciendo entre una montaña de flores blancas de almendros, y rojas flores de granado.

Y como el Anciano Kobda Héberi había grabado en la entrada del viejo Santuario: “Tú que entras, deja tras de ti los malos pensamientos”, el joven grabó al pie de aquel relieve esta frase: “La piedad sembró de flores su camino”.

Y este pórtico se llamó “La Piedad” y año tras año, cuando los niños sembradores acudían a recoger sus premios mediante el comprobante de haber plantado los clásicos arbolitos en el huertecillo de un anciano, jamás se retiraban sin acercarse a aquel hermoso grabado mural para besar las manos de la Suisini-Manh, que se tendían lacias sobre las flores como una acariciante bendición.

Como La Paz era un símil del viejo Santuario de Neghadá, la mansión de Helia en las orillas del Lago Urán comenzaba a serlo de La Paz y a medida que el tiempo pasaba, la joven Reina iba sintiéndose más en su

sitio, muy en contra de lo que había pensado al salir del dulce nido en que había crecido.

– ¿Ves, hijita mía? –decíale la anciana Balbina que tenía el temple educador de su hermano Senio–. ¿Ves como la Divina Sabiduría es generosa con el alma que se deja conducir por ella sin rebeldías y sin egoísmos? Creías morir de angustia arrancada de aquel dulce y tierno hogar de tus primeros años, y ya ves, vives dichosa y en paz, y haciendo la dicha y la paz de todos los que quieren recibirla de ti, que eres el instrumento del Altísimo para conducir este pueblo por su verdadero camino.

Una noche, pasada ya la hora de quietud, se hallaba Helia con sus hermanas Kobdas, en torno al banco en que descansaba Selvia en el Jardín del Reposo, mientras Héberi y Vilmo ejecutaban una de las más hermosas melodías de Bohindra. La joven enferma dormía un sueño profundo y sus hermanos acompañaban su espíritu en libertad, animándolo a recoger del vasto laboratorio del espacio infinito, todas las fuerzas y energías necesarias para su definitiva curación.

Pasada una hora la joven se incorporó diciendo llena de alegría:

–Mi pie no me duele más, mirad, ya puedo andar. Yo sé que puedo andar.

Y empezó a caminar muy despacio pero con firmeza y seguridad.

–Bendigamos al Altísimo –decía Balbina–, que así responde a nuestro deseo.

– ¿Sabéis qué he visto en el sueño? –continuaba la joven Kobda–, he subido el Monte Zagros y he visto al Kobda-Rey con nuestro hermano Abel, en una tienda suntuosa junto al hogar donde ardía un hermoso fuego; he tomado efluvios de su irradiación personal, iy me he sentido tan fuerte, tan fuerte que aún dormía y ya sabía yo que al despertarme podría caminar!...

“Después he subido otra montaña más alta aún en nuestro país de Soldán, en aquella agreste montaña donde viven como claveles del aire nuestros hermanos montañeses, vi a mi tío Walker el archivero, que estaba en el turno de concentración, desprendido su espíritu, y tomando mi pie enfermo y dándome alientos en la frente me dijo: “vete chiquilla que ya estás curada”. ¡Y aquí estoy!..., y con unas ganas locas de correr y saltar.

– ¡Oh, el sublime amor de los Kobdas que realiza prodigios desconocidos de los hombres!... –exclamaba Helia–. Querría que en Num-Maki se abrieran aulas públicas para enseñar a todas las gentes cómo se vence el dolor y cómo se consigue la paz y la dicha. Entonces sí que podría yo decir: ¡Nadie llora en Num-Maki!

– ¡Poquito a poco, hermana mía! –le contestaba Abelio–. Para vuestra

madre florecieron los almendros al final de su vida. Para vos florecerán acaso en vuestra actual juventud, si vos y nosotros sabemos extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas.

– ¡Que ciego es el espíritu encarnado en esta Tierra! –añadía Balbina–, tiene en sí mismo fuerzas poderosas y por ignorancia y por inercia las deja perderse en el vacío. Bien dicho está que el Kobda es el Tesorero de Dios, porque recoge con afán sus tesoros infinitos para su propia dicha y el bien de esta humanidad.

150

FREDIK DE KUSMUCH

Mientras esto ocurría, Helia-Mabi había manifestado a todos los Kobdas que rodeaban a su hija las pretensiones matrimoniales del Príncipe de Soldán, siendo Helia la única que lo ignoraba por completo, y Balbina y Abelio como consejeros mayores fueron de opinión que se esperase unos días hasta conseguir del plano espiritual una seguridad de que aquello estaba en la ley de la joven Reina.

Y formaron concentración de fuerzas mentales alrededor de este nombre, escrito con grandes caracteres en el papiro que a la entrada en el recinto de oración, había siempre, para que los sensitivos del turno y todos los Kobdas entendieran que se quería saber la verdad respecto de tal ser: “Fredik de Kusmuch”.

Cuando tal cosa ocurría entre los Kobdas, a ninguno se le ocurría preguntar qué significaba tal nombre o tal frase, imprudencia que estaba por completo fuera de uso entre los hijos de Numú, avezados a caminar cautelosamente en los asuntos de orden espiritual.

En el día primero de haber aparecido esta frase a la entrada del recinto de oración, aunque todos elevaron su pensamiento hacia lo infinito en busca de la ley que había en torno de ese nombre, nada obtuvieron, siendo lo único que ocurrió que Helia cayó en hipnosis profunda, estado que perduró durante todo el tiempo que permanecieron en el recinto.

Pasada la concentración Helia se reunía con su padre y sus hermanos para la amena velada de la noche, donde las labores manuales y las conversaciones familiares sobre los acontecimientos grandes o pequeños del día ocupaban la atención de todos.

Cada uno había contraído pequeños compromisos durante el día con alguno de los innumerables seres con quienes estaban en contacto, y era en estas veladas donde se trataba de cumplirlos, consultándose recíprocamente sobre lo más conveniente en cada caso. Era también la hora de las confidencias íntimas sobre cosas particulares de cada cual.

Para todos fue visible que Helia estaba preocupada, silenciosa y casi entristecida.

– ¿Qué os pasa, Suisini-Manh? –le preguntó por fin Abelio, que estaba cerca de ella entretenido en preparar un libreto de telas enceradas para anotaciones.

–Tuve una visión tan mala en la concentración de esta noche que no sé si soy culpable de ello o es que algo grave debe ocurrir en mi vida.

–Si no os molesta, ¿se puede saber de qué se trata?

–Temo despertar en los demás ideas que creo fuera de lugar, por eso os lo diré así que Vilmo y Héberi comiencen el concierto de costumbre. Permaneced cerca de mí.

Estas palabras no fueron oídas sino por Helia-Mabi, pues los demás estaban completamente absortos en la contemplación de un esbozo de grabado en relieve, que preparaba Héberi para el Jardín del Reposo.

Cuando los Kobdas músicos comenzaron los primeros preludios del concierto habitual, Helia habló de nuevo:

–Creo que mi visión se refiere a un pasaje lejano de mi vida eterna. Había una guerra espantosa en que se incendiaban los campos y las chozas de los labradores. Yo era hija de un guerrero, padre de una numerosa familia en la cuál éramos cuatro hermanas. Yo era la menor. Mi padre había recibido de su Rey o Caudillo numerosos prisioneros de guerra como un galardón por su valor en las batallas. Entre estos prisioneros había un hermoso mancebo que decían ser hijo primogénito de un poderoso Rey de los países adoradores del Sol; y mi padre guardaba a éste con sumo cuidado, pues podía exigir por él un fuerte rescate que le permitiera descansar de las guerras de conquista por todo el resto de su vida.

“Este joven cautivo era sacado por los esclavos de mi padre a pasear por los jardines y se aficionó grandemente a mí que sólo tenía diez años; y yo a mi vez estaba encantada de los castillos que me construía con trocitos de madera y piedrecillas de colores que pacientemente recogía y pulimentaba en sus diarios paseos por los jardines, y de las coronas de flores que me tejía.

“–Tu reír y tu jugar, niña –me decía–, es el único rayo de luz que alegra mi vida.

“–Si es así vendré a jugar contigo cada vez que salgas a pasear por el jardín –le contestaba yo.

“Mi hermana mayor que era ocho años mayor que yo, estaba locamente enamorada del joven prisionero, pero yo lo ignoraba por completo y acaso él lo ignoraba también.

“Un día me dijo:

“–Niña, veo que tu padre no es malo pues que siendo yo su cautivo

de guerra, no me trata como a un esclavo. Si tú consiguieras permiso de celebrar esponsales conmigo para unirnos en matrimonio cuatro años más adelante, yo os haría felices a todos sin que tuvieran que exponerse los varones de esta casa a las duras contingencias de las guerras de conquista.

“–Lo haré si me construís un castillo para mis palomas –le contesté–, pero casi sin prestar atención a lo que me había dicho.

“Pero como mi hermana mayor me averiguaba palabra tras palabra de cuanto el cautivo extranjero me decía, fue ella y no mi padre quien se enteró primero de la propuesta del joven.

“Y mi hermana me dijo: No hables a nadie de este asunto, que yo como mayor conseguiré de mi padre lo que el cautivo desea.

“Yo estuve de acuerdo y contesté al interesado que ya iba a arreglarse todo como él quería. Mucho más me entusiasmaba el castillo para mis palomas que al siguiente día estaba terminado.

“A las pocas noches siguientes yo vi que los esclavos conducían al cautivo a las habitaciones de mi padre; tuve curiosidad de saber lo que hacían con él; tuve miedo de que le hicieran daño y me escondí bajo el tapiz de una de las tarimas de reposo.

“–Estoy enterado por mi hija mayor –decía mi padre–, de que deseáis celebrar esponsales con ella. Yo no soy más que un guerrero, y vos sois el hijo de un Rey; acaso habéis tomado tal resolución para buscar por tal medio la libertad. Si pensáis en tomar a mi hija como esclava, no os la doy; pero si es que la queréis para una de vuestras esposas, podemos llegar a un acuerdo justo para ambas partes.

“–No hay tal cosa, guerrero –le contestó el cautivo–. Yo no conozco a vuestra hija mayor sino a la más pequeña y es a ésta a quien he dicho cuando juega cerca de mí en el jardín, que si le dabais vuestro permiso celebraría esponsales con ella para dentro de cuatro años.

“Mi hermana apareció llamada por mi padre. Debía haber oído la conversación porque tenía la faz enrojecida de enojo y de despecho.

“– ¿Cómo es que me has engañado? –le preguntó mi padre–, y me has expuesto a la vergüenza de mis compañeros de guerra, participándoles el pedido de este cautivo.

“– ¡Es que ese hombre es un farsante y es un cobarde!..., que después de haber conseguido cuanto quería de mí, asegura que no me conoce y que no quiere celebrar esponsales conmigo. Podéis mirar mi lecho cubierto de las coronas de flores que me ha obsequiado.

“Yo estaba asustada de ver a mi padre enojado por las acusaciones de mi hermana y creí que iban a castigar al cautivo. Como oí que mi hermana decía: –Preguntadle a Elba que me llevaba las coronas... Yo misma voy por ella...

“Salí de mi escondite sin que nadie me viera y huí hacia el jardín.

“Allí fue ella a buscarme y me dijo: –Es necesario salvar al extranjero porque mi padre va a mandar azotarlo.

“Yo lloraba de miedo; y ella continuó: –Para salvarle es necesario decir algunas mentiras. Tú contestarás que sí a todo lo que yo te pregunte.

“Yo se lo prometí y ella tomándome de la mano me llevó ante mi padre.

“El interrogatorio era todo en sentido de probar que el cautivo había tenido relación íntima con mi hermana y yo a todo contestaba que sí.

“¡Pero, niña!..., iniña!..., ¿qué dices? –gemía, el pobre prisionero–, ¿tan inocente, tan dulce, tan buena y ya guardabas tanta maldad dentro de ti?...

“De todo esto resultó que aquel prisionero de guerra se vio forzado por las circunstancias a casarse con mi hermana a la siguiente luna, pero devorando su odio, su amargura y su desesperación. A mí me llevaron al pabellón de una tía que nos hacía de madre, pues la nuestra había muerto, y comprendí que era para que el prisionero no me viera más.

“Llegó el día del casamiento y hasta el Caudillo, jefe de mi padre había concurrido. Y cuando todos esperaban la ceremonia, el extranjero reclamó en nombre de la justicia al Caudillo allí presente, y expuso la infamia que se había cometido con él.

“– ¡Por la lengua mentirosa de una niña de diez años me veo tratado como un farsante, cobarde violador de doncellas!...

“En fin, se le hizo callar, se le hizo casar, firmar en placas de piedra cuanto quisieron; pero no bien estuvo en el pabellón nupcial, se lanzó como un leopardo sobre mi hermana y la estranguló, tratando después de escaparse a favor de la oscuridad de la noche. Pero fue reconocido por los guerreros de mi padre y traído de nuevo a su presencia que lo hizo amarrar desnudo en el tronco de un árbol y mandó a sus guerreros que hicieran blanco en él al tiro de hacha.

“A los pocos momentos no quedaba sino un informe montón de carne despedazada cubierta de sangre. Cuando mi padre supo después por mí, la verdad de lo ocurrido, cayó en un furioso delirio que terminó con su vida poco tiempo después. Entonces comprendí recién la magnitud de mi culpa por haber cedido a las instigaciones de mi hermana. Y mi tía llorando junto conmigo me decía:

“–Por mentiras dichas inconscientemente, has causado tres muertes espantosas y la deshonra y vergüenza de tu casa y tu familia”.

Tal ha sido mi visión, con la añadidura de que los seres que fueron mi padre y el cautivo de aquella vida, están encarnados y van a acercarse a Num-Maki con fines amistosos y cordiales. ¿Quiénes son? No lo sé.

–Esperemos que se haga la luz en vuestro camino –le contestaba

Abelio, que había ido recogiendo los hilos de esta red tendida por la Eterna Justicia, en torno de las almas que buscan su propia redención al par que la de los demás—. Para el Kobda no hay más seguro camino que el que le van marcando los acontecimientos si busca la relación que ellos tienen en el plano espiritual con su pasado, que para la Eterna Inteligencia no es más que un solo mismo y claro presente.

“Y pasando a otra cosa, ¿sabéis que he contraído hoy un compromiso contando con vuestra benevolencia?

“¿Recordáis aquella infeliz mujer que envenenó a vuestra santa madre con jugo de granadas?

—Sí, la que está recluida en nuestra Torre de la Justicia. ¿Qué desea? No he tenido valor para volver a verla, pues me inspira una repugnancia espantosa. ¡Querer mal a mi madre que era la piedad misma en forma de una mujer, delata en ella una perversidad fuera de lo común! ¿Solicita el perdón y su libertad? —volvió a preguntar la joven Reina.

—Me ha pedido que cuando vos preguntéis si alguien llora en Num-Maki, os recuerde que es ella la única que llora. Sabemos que fue una de las esposas de vuestro tío Selyman, el cual la repudió cuando se enteró que era la principal causante de la fuga de vuestra madre, amada de él.

“Como los bienes todos de vuestro tío fueron unidos por voluntad suya al tesoro de este país, ella solicita una pensión vitalicia o una forma de atender a su manutención, teniendo en cuenta que tiene dos hijas refugiadas entre las Kobdas de Soldán. Es madre de dos Kobdas.

—Sí, de las cuales una está aquí, pero no he querido que lo sepa ni la una ni la otra, porque sería hartamente doloroso para nuestra joven hermana... hermanastra de Iber, saber el horrible crimen a que llegó su madre —contestó Helia a media voz para que nadie se apercibiera de sus palabras.

— ¡Oh..., que horror! —exclamó Abelio—, ¿y nadie más que vos lo sabe?

—Era demasiado grande el secreto para mí sola y lo he descargado en la Mangrave Balbina y ahora en vos que sois el Pangrave de esta casa. ¡Pero silencio por Dios!...

—Ella dice —continuó Abelio—, que no tuvo intención de causar la muerte a vuestra madre, sino sólo ponerla en estado de ebriedad para que le hiciera, por grabado, donación de una mina de cobre y oro que queda en el límite con el país de Manh y que aún no se ha explotado desde aquí porque los mineros de Num-Maki no quieren esforzarse en llegar hasta allá.

— ¿Y cómo es que el Consejo que rodeaba a mi madre no solucionó este problema? —volvió a preguntar Helia.

—Pues porque el grave estado de ella no permitió hablarle de este

asunto, pues todos juzgaron que le causarían gran pesar removiendo aquel doloroso pasado, sobre el cual ella tendió un velo impenetrable al reunirse con su primer esposo.

“Esta mujer permanece incomunicada desde el día del crimen; pues siendo que la ley de este país, anterior a la llegada de vuestra madre, la condenaba a morir despedazada por las fieras de los fosos de la Torre, se creyó obrar con gran piedad recluyéndola en una de las mejores habitaciones de la prisión, donde se le suben provisiones semanalmente por medio de cordeles que suben y bajan sin que la prisionera vea absolutamente a nadie.

–Y vos, ¿cómo habéis hablado con ella?

–Os lo diré: El primer guardián de la Torre es un anciano que vio nacer a vuestra madre y el cual cedió a vuestro abuelo Aranzán la caverna aquella en que después fue asesinado y vuestra madre robada. Este viejo servidor es el papiro vivo en que están grabados a fuego todos los secretos de vuestros antepasados, a los cuales conserva un culto que casi raya en adoración. Todos los auxiliares, servidumbre y guardianes subalternos de la Torre obedecen a él, pues casi todos son sus parientes y colocados allí por su influencia.

–Sí, sí, ya lo sé –dijo Helia con viveza–. Mi madre me lo recomendó apenas vine, diciéndome que de los antiguos y fieles servidores íntimos de su padre, era el único que vivía; que jamás lo sacara de primer guardián de la Torre en que se recluyen los rebeldes y criminales, porque es el único hombre que jamás podrá ser sobornado.

–Bien pues, me habéis adelantado mucho con lo que me habéis dicho. El anciano Guardián o Jefe de Guardianes está enfermo, y como no tiene suficiente confianza en sus auxiliares tratándose de esta prisionera que conoce secretos de la amada familia de su amo, me llamó para que yo vigilara la hora de subir las provisiones que es la única en que podrían comunicarse con la cautiva. Y al entregarme la llave que permite mover el gran torno, todavía me dijo: “Sois el hermano mayor de la Suisini-Manh Shiva que está en la gloria de Ahura Mazda, y de la Piquina Manh que lleva su sangre y su alma. Por tanto creo que sabéis vuestro deber de ser ciego, sordo y mudo en cuanto se refiere a la cautiva de la sala alta”.

“El viejo guardián Audabán, quiere bajar al sepulcro sin mancharse con una traición.

“Yo así se lo prometí pero la cautiva asomó mitad de su cara por entre los ojuelos de la muralla y al ver que no era el viejo guardián, comenzó a gemir pidiendo que le escuchara dos o tres palabras. Y entonces me explicó lo que os tengo dicho. Le prometí hablaros de su situación sin darle esperanza ninguna. Yo admiro la fidelidad y austeridad del viejo Audabán. Él no entiende otra justicia que esa; pero nosotros que tenemos

otra ley y otros conceptos de la vida y de las cosas, pienso que deberíamos aplicar nuestro gran lema en este caso: “Extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”. ¿Acaso esa infeliz mujer víctima de la envidia, de la avaricia y de otras bajas pasiones no podría ser redimida? ¿No podríamos extraer de entre sus tinieblas la hermosa flor de un arrepentimiento verdadero?

– ¿Hay en esa Torre muchos cautivos? –preguntó la joven Reina, como si premeditara una solución.

–Son ochenta y dos, pero parece que ninguna es de la importancia de ésta, pues el viejo Audabán deja que sus subalternos lleven las cestas de provisiones a los demás.

–Bueno. Mañana después de mediodía me acompañaréis a visitar al anciano guardián. Le diré que me anunciasteis su enfermedad y yo quiero premiar sus buenos servicios con una visita mía.

–Os anticipo que él nada sabe de las palabras que escuché a la cautiva –dijo Abelio, dando a entender que deseaba le guardase Helia el secreto.

–Descuidad, yo arreglaré en forma de no haceros quedar mal y que él mismo me diga lo que yo deseo. Por la tierna y santa memoria de mi madre os prometo que haré con esa prisionera lo que un Kobda debe hacer. ¡Seré por un momento Ada, Bohindra... Abel..., y Dios me dará la luz necesaria para obrar como ellos obrarían en mi lugar!

El concierto había terminado, y Helia y Abelio terminaron también su interesante conversación.

– ¡Gran programa para mañana después de mediodía!... –anunció Helia en alta voz. Todos prestaron atención–. Invito a mis hermanas Kobdas a la visita que voy hacer a la Torre de la Justicia donde hay ochenta y dos cautivos, cuyas vidas de tristeza y de soledad deben interesarnos mucho. Con que preparad ochenta y dos regalos, porque no está bien que vayamos con las manos vacías.

– ¡Oh, qué hermosa idea habéis tenido Piquina Manh! –decía Selvia–. Allí en Soldán yo era de las que jamás faltaban a la visita mensual a los cautivos. Como yo soy tan movediza y andariega, me inspiran gran compasión esos infelices obligados por causa de sus miserias a permanecer en aislamiento y forzada quietud.

–Ya que eres práctica en esta clase de visitas, te nombramos Distribuidora de la Torre de la Justicia –decía Helia, riendo de la impetuosidad de Selvia que le recordaba a su hermana Mabi–. Arreglad pues con vuestras jóvenes compañeras, cómo y en qué han de consistir los dones que vais a llevar a los cautivos. Si no os alcanza el tiempo hasta mañana después del mediodía, os doy otro día más.

–Basta y sobra, Suisini-Manh –decía la jovencita hermana de Iber–, siempre que nos deis orden de que vuestro administrador nos atienda.

–Nuestro hermano Abelio que nos acompañará mañana, hará que el administrador sea muy generoso con vosotras. Mangrave Balbina, necesitaré también de vos mañana, pero si os parece lejos el trayecto, iréis en mi carroza de manos; yo quiero tener el gusto de sentirme joven y correr un poco por la montaña.

–Bien, bien, hijita, se hará como tú lo quieras.

– ¿Y yo no hago falta en la excursión? –preguntó Helia-Mabi a su hija.

– ¡No padre!..., tú has padecido mucho y quiero ahorrarte cuadros de dolor y de angustia. Además Vilmo y Héberi os necesitan como colaborador en el alto relieve que empiezan mañana en el Jardín del Reposo. ¿No quedamos en que tú les darías ciertas indicaciones del sueño o visión que tuvo mi madre y que ha servido de base al boceto que tienen hecho?

– ¡Cierto, cierto! –dijeron al mismo tiempo los tres aludidos.

Después de breves momentos, en el gran salón comedor sólo quedaba la joven Reina y Selvia que era su dama de compañía en esos días, honrosa ocupación para la cual hacían turno de diez en diez las jóvenes Kobdas que habían venido de Soldán.

–Antes de retirarme a descansar quiero franquearme contigo para darte lugar a que tú lo hagas también.

–Hablad, Suisini-Manh, que todo cuanto pueda, seré franca con vos.

–Si de pronto fueras llamada a tu país natal al lado de tu anciano padre, ¿qué harías?

–Si yo comprendiera que en mi ley estaba el partir hacia allá, iría sin vacilar. ¿No habéis venido vos aquí desde las orillas del Éufrates donde habéis pasado vuestra infancia y vuestra primera juventud?

–Ciertamente, y aunque fue muy costoso el sacrificio, estoy contenta de haberlo hecho. Te lo decía, porque en Num-Maki se ha recibido noticia de que tu padre está bastante enfermo, y como los dos hijos varones de la primera esposa sabes que fueron víctimas de la desventurada Reina Guerrera, tu padre debe recurrir a los hijos de las que fueron sus Berecinas antes de la Gran Alianza. Son cuatro los que estarían en condiciones de reemplazar al anciano Caudillo, que como adivina sus ambiciones y son iguales sus derechos, se encuentra abrumado de cavilaciones, y ha llegado a pensar en que el mismo gobierno de Num-Maki, que él encuentra lleno de acierto y de prudencia, asuma la responsabilidad del vasto país de Manh, dejando solamente a sus hijos el gobierno de las tribus que hasta hoy les obedecen. ¿Qué dices tú a esto?

– ¿Yo?... ¡Altísimo Dios!... ¿Qué queréis que yo diga? Creí que se trataba solamente de ir al lado de mi padre para asistirlo y cuidarlo; pero no me habléis por favor de ese laberinto de tribus y de gobierno, porque

me vuelvo loca de solo pensarlo. Además soy la hija menor de una esposa secundaria que ya no existe y que teniendo el mismo carácter retraído y tímido de mi hermana Ilfrida, pasó su breve vida casi desconocida. Casi estoy por deciros que aquellas buenas gentes no saben ni que Ilfrida y yo existimos.

–Te equivocas –le contestó Helia, sacando de un bolsillo de su túnica un pequeño tubo de plata que encerraba un papiro grabado–.

“Tu debes entender –le dijo–, este grabado pues está en lengua Manhpesa. Uno de los Ancianos de mi Consejo lo tradujo para mí. Léelo en alta voz. –Y lo extendió ante la joven Kobda que a medida que leía se iba poniendo intensamente pálida.

– ¡Suisini-Manh!... –exclamó por fin abrazándose de la joven Reina–. ¡Os han engañado! Aquí no está escrito nada de eso, sino que esto significa una horrible traición para el país de Manh, o sea para mi padre.

–Pero, ¿es posible? Luego el que lo tradujo y me lo entregó diciendo haberlo recibido de la última caravana, está interesado en esta cuestión. Selvia... Selvia, lee este papiro en alta voz.

Selvia leyó:

–“Tratad de conseguir que la Reina de Num-Maki envíe en la próxima luna a las dos jóvenes hijas del Caudillo de Manh que tenemos ya prisionero y fuera del país con toda su familia que nos es contraria. Con ellas dos al frente nos impondremos sobre el resto del pueblo que aún duda en aceptarme como legítimo heredero. Si triunfáis en esta ocasión tendréis para vos las valiosas minas de oro que aún están sin explotar, y que no consiguió para sí mi aliada anterior, que aún gime cautiva en vuestra Torre de la Justicia. Mi mensajero espera la respuesta de aquí a tres noches a la entrada del camino de la montaña o sea junto a la Caverna de Aranzán. Quemad enseguida este papiro y que la Suisini-Manh reciba sólo el otro que deben traer consigo las jóvenes solicitadas, como señal para reconocerlas. Lo que me correspondía hacer, hecho está. El resto corre de vuestra cuenta. Vuestro fiel aliado, Belkrin”.

– ¡Qué horror, Dios mío, qué horror! –exclamó aterrada la dulce y tierna reinita de Num-Maki, que tan ardientemente buscaba la paz y el amor para todos los seres y que así se veía enredada entre los dientes envenenados de las serpientes del odio y de la ambición. Y como una chiquilla asustada por un horrible fantasma y sin pensar que había sonado el llamado a quietud, corrió hacia la cámara de la anciana Balbina que yacía recostada en su banco de reposo y arrodillándose a su lado se echó a llorar amargamente. Selvia que la había seguido explicó a la anciana Kobda de lo que se trataba.

Y ella con la paz serena de sus años, la paz aquella de Senio para dominar situaciones difíciles, le dijo acariciándola:

–Hijita mía, debes bendecir a Dios y no llorar, porque su Justicia Divina hizo equivocarse de papiros a ese infeliz Consejero tuyo, que así se hundió entre las tinieblas de su propia inconsciencia. Pero como el caso es muy grave conviene avisar ahora mismo a vuestro padre y a nuestro hermano Abelio, para que tomen las medidas del caso antes de que esto tenga alguna consecuencia.

Y como el pabellón de los Kobdas estaba unido por un pasillo interior con las habitaciones de la Reina y de su padre, Helia corrió por él, precipitadamente, pues era la única que podía hacerlo sin alarma de guardianes ni servidores. Y unos momentos más tarde, Abelio, en íntima confianza con Helia-Mabi y su hija, decía profundamente dolorido:

–He aquí que en esta misma noche había solicitado indulgencia para una infeliz delincuente, y dos horas después en mi calidad de Consejero Juez os tengo que pedir la orden para encerrar otro ser humano en la Torre de la Justicia.

Y la joven Reina y su padre firmaron el papiro con la orden de prisión del Consejero que así traicionaba a un noble aliado, el Caudillo del país de Manh, gran amigo del Kobda Rey desde hacía muchos años; y con el agravante horrible de comprometer en su negra traición a la dulce Reina de Num-Maki, que no vivía sino para la paz y la dicha de los pueblos.

– ¡Hay de mí! –sollozaba Helia–. ¡Hace tan poco que soy reina y ya he firmado tres órdenes de prisión!... ¡Oh, Dios mío!..., ¿por qué no comprenden los seres de esta tierra dónde está su paz y su felicidad? –Y cayó como desvanecida sobre el pecho de su padre.

Y en una habitación vecina a la que habitaba aquella prisionera de la Torre de la Justicia, entraba una hora después el anciano Consejero del país de Num-Maki, a quien la ambición le llevó en el ocaso de la vida a cambiar su honrosa investidura por el negro uniforme de los presidiarios.

151

LA JUSTICIA Y EL AMOR

He aquí dos nombres que dan idea de lo más grande y excelso que alcanza a comprender nuestra mentalidad. Y la justicia y el amor llamaban a las puertas de la joven Kobda-Reina que en las márgenes del lago Urán derramaba su alma como un perfume de bondad y de ternura sobre su pueblo.

Al mismo tiempo que ella se encaminaba a la Torre de la Justicia, salía de Num-Maki un mensajero de Helia-Mabi hacia Soldán anunciando al anciano Caudillo de Kusmuch que era esperada su visita y la

de su hijo como una simple demostración de amistad y de alianza, pues que siguiendo el espíritu de la ley y costumbres de los Kobdas, jamás podían comprometerse a esponsales ni a matrimonio sino después que los sujetos se hubiesen conocido y amado.

La joven Helia no tenía conocimiento de tal mensaje, pues su padre y el Consejo lo decidieron así a los fines de no presionar ni aun levemente la voluntad de la joven.

Cuando ésta llegó al muro exterior que rodeaba la Torre de la Justicia acompañada de las Kobdas jóvenes y de la anciana Balbina, le salió al encuentro Abelio que se le había adelantado en la excursión, seguido por el personal de la guardia.

–Suisini-Manh –le dijo Abelio–, la Guardia de la Torre de la Justicia os da la bienvenida, y os hace entrega de la llave de las prisiones.

Y entregó a la joven Kobda una enorme llave de cobre que apenas podía ella sujetar en su pequeña mano.

Dirigió palabras amistosas a los guardianes, pidiendo al principal de entre ellos que fuesen benévolo con los reclusos en aquel lugar de corrección y de dolor, y dejándoles en la gran puerta exterior que acababa de franquear se dirigió seguida por Abelio a la habitación del anciano Audabán. La anciana Balbina y las Kobdas jóvenes fueron conducidas a la sala baja que servía como Auditorio donde el Consejo de Justicia leía a los cautivos las sentencias, o escuchaba sus quejas, o imponía sus correcciones. Por orden de la joven Reina iban a disponer allí una fiesta a los prisioneros cuyo programa consistía en piezas de música, melodías cantadas a coro por las jóvenes Kobdas, una abundante comida servida por ellas y el reparto de los regalos a los prisioneros y a los guardianes.

La luz del sol que hubiese entrado de lleno en un negro calabozo, no hubiera de seguro causado más alegría que la entrada de Helia en la morada del viejo Audabán.

Quería incorporarse para bajar de su lecho y adelantarse hacia ella, pero sus fuerzas le negaban su concurso y todo fatigado y tembloroso caía de nuevo.

–No te esfuerces, pobre Audabán –le dijo Helia acercándose al lecho y poniendo su diestra sobre la rugosa frente del anciano–. Porque sé que estás enfermo he venido a visitarte y a curarte, pues quiero que sigas aún mucho tiempo sano y fuerte para cuidar las golondrinas cautivas hasta que celebremos el día en que todas ellas estén en libertad.

–Gracias, gracias, Piquina Manh, por haberos dignado venir hasta vuestro siervo... Me curaré, sí, me curaré porque sois como un rayo de sol en mi triste morada. Mas en cuanto a la libertad de estas malas golondrinas, os digo que no os hagáis ilusiones, pues que lejos están de

ser golondrinas, isino aves de rapiña y víboras venenosas cuyo contacto espanta y lastima!...

– ¡Oh!..., ino tanto, Audabán!... –decía Helia–, ino tanto! Tengo entendido que todos son de esos pobres revoltosos y aventureros que por causa de beber demasiado han sido sorprendidos en actos de desorden o en algunas rapiñas de escasa importancia. Unas cuantas lunas de reclusión les convertirá en hombres nuevos.

– ¡Oh, qué buena sois, Piquina Manh, y cómo miráis todo a través de vuestro noble y gran corazón!... ¡Igual que vuestra madre!... ¡Todo rosado y blanco, todo blanco y azul!..., ies necesario ver también la negrura del lodo y de la sangre amasada con él!

–Pues con todo eso, te digo que quiero que tú y yo lavemos ese lodo y esa sangre, y echemos pronto a volar todas estas golondrinas ya puras y limpias.

–Sois vos quien mandáis, Piquina Manh, pero el viejo Audabán no será quien abra la puerta a las hienas que os han de devorar... Sobre todo una. ¡Oh, esa!... ¡Esa que por mi voluntad no estaría aún viendo la luz del sol!

– ¡Qué duro es tu corazón, Audabán!... ¿No sientes piedad de los infelices encarcelados?

–No, Piquina Manh, porque tengo piedad de las víctimas que ellos hacen cuando están libres. ¿Tendréis acaso sueltas entre el pueblo las fieras que están en los fosos de la Torre?

– ¡Oh, no, seguramente, pero aquí no se trata de fieras sino de hombres!

–Pangrave Abelio –dijo de pronto el viejo–, traedme aquel cartapacio que está sobre la mesa y que nuestra Piquina Manh vea por sus ojos y oiga con sus oídos los gorjeos de estas dulces golondrinas.

Abelio que hasta entonces había permanecido en segundo término y en silencio, tomó el cartapacio de telas enceradas en que estaban grabados los nombres, con el delito y sentencia de cada uno de los cautivos y lo entregó a Helia.

–Es todo un catálogo de bajezas, de ruindades y de crímenes, que os va a lastimar cruelmente el alma –dijole el Kobda al dar vuelta las hojas para que ella fuera leyendo.

Haciéndose superior al gran dolor que le causaba esta lectura, Helia hizo comprender a Abelio que quería llegar hasta el final.

–Veo que las mujeres de mi país son todas virtuosas y justas, pues hasta ahora sólo encuentro hombres delincuentes –dijo con marcada intención la joven Kobda.

– ¡Oh, Piquina Manh!..., siento deciros que tenemos una que vale por todos los hombres juntos.

– ¿Cómo? ¿Hay también mujeres cautivas? Como la costumbre es que los maridos o los padres retienen en el calabozo familiar a las extraviadas, creí que nunca traían mujeres a la Torre.

–Pero ésta es una criminal de marca mayor. ¿Dónde pensáis que había de enterrarse a la hiena feroz que envenenó a vuestra tierna y dulce madre?

– ¡Ah!..., ¡es verdad, es verdad! –dijo Helia–, y, ¿qué es de esa desventurada mujer? ¿No estará arrepentida de su delito?

–Nadie se ocupa de preguntárselo toda vez que esté o no, aquí vivirá y aquí morirá –contestó el viejo con indignada voz.

– ¿Y si yo quisiera perdonarla? ¿Me lo impedirías tú, Audabán?

– ¿Yo?... ¿quien soy yo para oponerme a vuestra voluntad? Mas tened entendido, Piquina Manh, que no seré yo quien abra el calabozo de la asesina de vuestra madre.

–Y si estuviese arrepentida, ¿verías mal que yo la perdonase?

–El lobo no se arrepiente jamás de haber devorado una oveja, sino que desea ver otra y otra cerca de sus dientes... ¡Piquina Manh..., cuidado con vuestro corazoncito de paloma!... Pangrave Abelio, ¿cómo es que no me ayudáis a que nuestra Reina comprenda la justicia, vos que sois el primero de los Jueces del Consejo de Num-Maki?

–Piensa Audabán, que antes que Juez, fui Kobda y que la ley de los Kobdas dice: “Extrae del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”. Algo bueno puede haber en el alma de esa mujer criminal, y no sería desacertado el extraer ese algo, de lo cual pudiera salir la salvación de un ser humano.

– ¡No sé, no sé!..., vosotros todo lo veis blanco y azul como el velo y la túnica de nuestra Piquina Manh...

–No te alteres, Audabán, pero el Pangrave y yo queremos hablar con esa mujer –dijo Helia–, no para libertarla de inmediato, sino para observarla y estudiarla por si asoma en ella un chispazo de arrepentimiento que la haga capaz de redención.

–Es feroz, es malísima, os insultará como a mí, os enloquecerá con sus gritos y os dará bofetadas si os acercáis. ¡Por favor Pangrave Abelio, llamad tres guardianes que nos acompañen si es que la Piquina Manh se empeña en verla!... ¡Oh, grandeza de Ahura Mazda!..., ¡que mis viejas piernas me obedezcan para ir yo mismo con vosotros a la guarida de esa hiena!...

Y en un supremo esfuerzo el fornido viejecillo descolgó sus piernas del lecho, se envolvió en un manto y calzando unas babuchas de piel de oso que tenía al pie de su cama, apoyándose en las paredes, llegó hasta un hueco del piso en que estaba semienterrado un cántaro de barro lleno de higos secos. Escarbó entre ellos y del fondo sacó una llave.

–Yo iré, yo iré con vosotros, llamad a los guardias de turno –decía el viejecito animándose con la energía emanada de su propia voluntad.

–Yo no quiero causarte esta molestia, Audabán –decía Helia–. ¿Por qué te empeñas en hacer lo que no puedes?

– ¡Perdonad Piquina Manh!..., pero yo he jurado a Ahura Mazda que la mujer que privó de vida a vuestra madre, no causará otro daño sobre la tierra mientras el viejo Audabán tenga un aliento de vida. ¿Quién me consolaría a mí si ese daño lo recibierais vos, Piquina Manh, hija de la hija de mi amo Aranzán? Vamos, yo os guiaré.

Y apoyándose en uno de los guardianes llamados por Abelio, fueron subiendo lentamente la rampa de piedra que en suave declive subía hasta la planta alta de la vetusta y sombría Torre de la Justicia.

Contiguo al calabozo ocupado por la peligrosa cautiva se hallaba el Auditorio correspondiente a esa parte de las prisioneras y allí hizo sentar Audabán a Helia y Abelio. Después abrió un ventanillo enrejado en el muro del frente y gritó en alta voz:

– ¡Mujer! ¡La hija de la santa Reina que matasteis ha tenido piedad de ti y viene a visitarte! Acércate al ventanillo.

A los pocos momentos comenzó a sentirse un sollozo que se hizo más intenso y más agitado. Y cuando una sombra cruzó por el ventanillo, aquel sollozo era ya un llorar profundo, un llanto desconsolado y amargo que partía el corazón escucharlo.

Helia estaba pálida como una muerta. Abelio se colocó a su lado y los tres guardianes rodearon el grupo.

–Abrid la puerta del calabozo, Audabán, y que ella venga hasta aquí –murmuró débilmente la joven Kobda cuya emoción era extrema.

Dos guardianes se adelantaron a recibir a la cautiva cuya blanca palidez se destacaba notablemente de la negra túnica de presidiario. Se le adivinaba hermosa aún en medio de su desolación.

“Esta mujer fue esposa de Selyman, padre de mi hermano Iber” –pensó Helia–, “es madre de dos hermanas mías, Kobdas también. ¿Cómo será posible que una planta regada por tanto amor, permanezca estéril y seca?”

– ¡Que la paz sea contigo mujer! –le dijo Helia, cuando aquel pobre ser caminaba hacia ella.

Oír tales palabras y caer de rodillas a dos pasos de la joven, fue todo un solo momento. Y doblando después su cuerpo a la tierra, tocó las piedras del pavimento con su frente mientras un hondo sollozar estallaba en su pecho. Helia no pudo contenerse y comenzó a llorar en silencio, no obstante las señas de Audabán que con inteligentes miradas la decía que no demostrase así su sensibilidad. Abelio en su calidad de Juez intervino para disimular la emoción de la joven Reina.

–Nuestra Suisini-Manh, desea saber si queréis algo de su piedad para todos los cautivos en esta Torre.

Aquel fantasma negro tirado al suelo se incorporó penosamente para decir:

– ¡Suisini-Manh!..., hasta ayer quería de vos mi libertad y medios de vida para en adelante; pero os he visto y no quiero ya más que vuestro perdón y vuestro olvido de mi crimen que os deja sin madre. ¡También yo tengo hijas que visten como vos túnica azulada, son justas y puras como vos, Suisini-Manh y no quiero servirles de oprobio y de vergüenza!...

“¡Suisini-Manh!... ¡Suisini-Manh!... ¡Sólo pido vuestro perdón y vuestro olvido..., olvidad que vivo y pedid a Dios que borre con la muerte hasta el recuerdo de mi nombre!...

Helia no pudo resistir a los fuertes impulsos de su corazón, y antes de que nadie lo pudiera evitar, se abrazó del pobre fantasma sollozante y dolorido que aún permanecía de rodillas sobre el pavimento de piedra.

–El Amor Eterno me manda perdonarte..., mi madre me manda perdonarte..., mi corazón de hija te perdona..., tus hijas Kobdas te perdonan también... ¡Mujer que has delinquido en un momento de extravío y de inconsciencia!..., de tantos perdones y de tanto amor, ¿no podrías hacer florecer de nuevo tu espíritu en obras dignas de una mujer que tiene hijas de túnica azul?...

– ¡Oh, sí, Suisini-Manh!..., pero, ¿cómo borrar de mi frente la mancha de mi delito? ¿Cómo eludir la afrenta y el oprobio para esas hijas de las cuales no merezco llamarme madre? –gimió desolada la infeliz cautiva.

–Ellas no saben de tu delito ni saben de tu prisión. El pueblo no sabe que eres madre de dos jóvenes Kobdas, y si la Piedad Divina te abre las puertas de esta Torre, sólo tú sabrás que estuviste recluida en ella. De ti sólo dependerá tu futuro. El amor de los Kobdas te devolverá la libertad con honor, si tú lo quieres, o te dejará en el olvido y el silencio de esta Torre si no eres capaz de esforzarte para vivir libre con honradez y con justicia. Piénsalo y decidirás de tu vida.

Este breve diálogo entre la Reina y la cautiva fue tan a media voz, que sólo Abelio y Audabán pudieron escucharlo.

Helia fue sacada de aquel Auditorio saturada de dolorosas vibraciones de angustia, y la infeliz cautiva la siguió con sus ojos cristalizados de lágrimas, y aún, arrodillada sobre las lozas heladas del pavimento.

El viejo Audabán pensaba que los Kobdas eran magos de fuerzas ultrapoderosas que así cambiaban de improviso las víboras en palomas y los aullidos de lobo en lágrimas de humillación y arrepentimiento. Y cuando echaba de nuevo la llave al calabozo que encerraba a la cautiva, casi llegó a desear que la Piquina Manh le mandara abrirlo para siempre

a aquella loba rugiente, a quien la magia de los Kobdas había transformado en golondrina cautiva.

Mientras tanto en la gran sala-auditorio de la planta baja estaba todo dispuesto para la fiesta, y la llegada de Helia fue saludada por los acordes del Himno al Amor Fraternal, cantado a coro por las jóvenes Kobdas con las pequeñas liras y laúdes que acostumbraban. Los cautivos ocupaban un extremo de la sala, y la mesa en el centro, cubierta de manjares, de frutas y de flores.

El viejo Audabán parecía recobrar nuevas energías y parecía volverse todo ojos, tal era fuerte en él el hábito de vigilancia y de observación. No había quien le apartase del lado de Helia, para la cual parecía temer hasta el vuelo de un insecto.

Para ello le obligó a sentarse a la cabecera de la mesa para presidir la comida de los cautivos. Y mientras las jóvenes Kobdas servían los manjares y distribuían los regalos consistentes en ropas nuevas y cestas de provisiones, la joven Reina con el cartapacio aquel que era un catálogo de las ruindades de aquellos seres, iba informándose de los dueños de aquellos nombres y hechos allí catalogados, y según era el tiempo de reclusión disminuía cinco, diez, quince o veinte lunas de cautiverio. Había cuatro viejecitos que en su juventud habían sido condenados a prisión para toda su vida.

– ¡Pero, Dios mío!..., ¿qué más cadena que su propia vejez? –preguntaba Helia al Pangrave Abelio, que caminaba a su lado por detrás de los cautivos sentados en torno de la gran mesa.

Y dirigiéndose a ellos les dijo:

– ¿Queréis vuestra libertad en este día? Yo os la doy a la memoria de mi madre.

– ¡Por favor, Suisini-Manh!..., dejadnos morir aquí. ¿A dónde iríamos a nuestros años si nuestros hijos emigraron a otros países y no tenemos ya techo, ni hogar, ni aún sabemos si ellos son vivos o muertos?

Del corazón de la joven Kobda se escapó un profundo suspiro. ¡Toda una vida en prisión!

–Vuestra madre ya nos perdonó pero no teníamos en la tierra un lugar para nosotros fuera de aquí.

–Yo tengo ese sitio para vosotros –contestóles la joven Reina–. En los huertos del Refugio de Ancianos, que tengo en mi casa, hay flores para cuidar y frutas para recoger y vellones de lana para hilar. Cuando terminéis la comida, vestid las túnicas nuevas que os han dado y esperad mi salida junto al muro exterior que hoy mismo os llevaré conmigo.

Aquellos cuatro viejecitos comían, lloraban y reían, y sus lágrimas de gratitud se mezclaban a veces con los pétalos blancos y rojos de las rosas de Irania, las rosas de Shiva que bordaban profusamente el blanco mantel.

Desde aquel día memorable para los habitantes de la Torre de la Justicia, se vio aletear en torno de ella al amor y a la esperanza como mariposas de luz llevando el consuelo y la alegría a aquellos corazones que se habían secado en la soledad y en el olvido.

–Quiero que al cambiar el color de vuestra vestidura –les había dicho Helia–, cambiéis también de pensamientos y de deseos, y que estas túnicas verdes y púrpura vestidas hoy, sean un símbolo de que se borraron para siempre de vuestra mente los negros pensamientos de vuestro pasado, para dar lugar a la esperanza y al amor que quiero ver florecer entre vosotros.

“Sabed que yo vendré aquí cada tres lunas y que en cada visita quiero encontrar cosas nuevas en esta Torre. En estas murallas grietas y enmohecidas por el tiempo, en estos patios tapizados de áridos pedruscos, en vuestras celdillas sin calor y sin luz, quiero ver el florecimiento de vuestra esperanza y de vuestro amor a la vida, a vuestras familias que lloran por vosotros y a vosotros mismos que os agotáis en la inacción. El hada blanca de la libertad os espera y os llama, pero ella quiere que seáis capaces de conquistarla con el esfuerzo y con la virtud.

“Audabán –dijo después dirigiéndose al anciano guardián, que temblaba de que la piedad de Helia le obligase a cometer lo que él llamaba, un derroche de suavidad para sus fieras enjauladas–. Desde hoy haced que estos hombres cultiven los inmensos patios que rodean la Torre, señalando a cada cual su porción de tierra en la que pondrá su nombre para que al venir yo de nuevo, sepa quién fue el jardinero cultivador; que entre todos echen abajo los viejos árboles secos que afean el bosque atrás de la Torre, y cada cual se prepare un fardo de leña para dar calor a sus propias prisiones que parecen heladas tumbas.

“Haga cada cual en ella un pequeño hogar de piedra para su fuego, embellezca cada cual con limpieza y orden su propia habitación; ¿por qué habéis de vivir como alimañas en sucia madriguera si con un poco de esfuerzo podéis vivir como hombres destinados a ser un día luz de otros hombres?

“Ahora habládme cada cual de lo que más desea, que si es posible yo trataré de remediaros.

Y empezó el desfile de cautivos ante la joven Kobda, al lado de la cual estaba Abelio tomando nota de los pedidos que cada uno formulaba.

Y Helia tuvo la inmensa satisfacción de ver que en aquellos pobres seres aún vivía como una chispa el amor oculto entre la ceniza. Muchos pedían noticias de algún ser querido o socorros para la familia, padres o hijos o esposas que habían dejado en el desamparo.

A los que nada pedían, Helia los llamó en grupo para inquirir por qué nada querían.

–No tenemos familia, ni amigos, ni parientes –dijo uno contestando por todos, que eran catorce.

–Es decir, tenemos –añadió otro–, pero nuestros parientes nos arrojaron de casa o huyeron de nosotros cuando las revueltas que hicimos en tiempo de vuestra madre Manh Shiva.

–Por eso he dicho que no tenemos –replicó el anterior–, y no debían molestar la atención de la Suisini-Manh con un asunto tan feo que no se puede arreglar.

–Se puede arreglar si vosotros os decidís a ser hombres de orden y de trabajo.

– ¡Oh, Piquina Manh! –intervino el viejo Audabán–, difícil será que a estos catorce les hagáis cambiar de modo de pensar, pues pasan los días y los años tendidos como lagartos al sol sin que se muevan más que para recibir la cesta de provisiones cuando el guardián les llama al ventanillo.

–Pues desde ahora no sucederá lo mismo –dijo Helia–, porque también cultivarán los jardines y limpiarán las habitaciones que ocupan, y traerán su fardo de leña para encender su fuego.

– ¡Perdón, Suisini-Manh! –murmuró uno de ellos–, ¿pero para quién hemos de realizar ese esfuerzo si nosotros no lo necesitamos ni nadie lo necesita? La comida que nos dan es buena y abundante.

A Helia se le encogió el corazón al ver el estado de helada indiferencia en que aquellos seres estaban, pero se repuso prontamente para decir:

–Necesito yo de vuestro esfuerzo, y espero que por mí seréis capaces de hacerlo. Sois catorce; tomad Pangrave Abelio sus nombres; pues bien, yo quiero ver catorce jardincillos cultivados por vosotros, catorce fardos de leña en vuestros calabozos, catorce hogares de piedra colocados en él donde encendáis fuego por las noches. Lo quiero yo, ¿entendéis?, lo quiero yo y no creáis que lo digo por decirlo nada más, sino porque en esto quiero verme obedecida. Porque así como la Bondad Divina pone en mis manos el poder y la voluntad de haceros felices si vosotros lo queréis, también ha puesto en mi mano el poder y la fuerza para castigar.

“Audabán –dijo acto seguido–. Habéis oído lo que quiero de estos catorce hombres. Desde mañana comienzan sus tareas todos por igual. Al que se niegue a hacer su trabajo, se le niega también la cesta de provisiones.

–Vos mandáis, Piquina Manh, y se hará como lo queráis; pero necesitaré mayor número de guardianes para que les vigilen durante las horas de trabajo.

–Hermano Abelio –dijo la joven Reinita–, arreglaos vos con los del Consejo para mandar aquí los guardianes que sean necesarios.

– ¿Os bastan veinte hombres más? –preguntó el Kobda al viejo guardián.

–Me bastan con diez –respondió el interpelado–, porque los otros prisioneros son hombres incapaces de rebeldía.

–Y éstos lo serán también –añadió Helia dulcificando su voz–. Vamos a ver amigos míos, espero que no haréis quedar mal a vuestra Piquina Manh, que os quiere ver buenos y felices. ¿Seríais tan duros de corazón que me negarais esta grande alegría? Es para mí que lo haréis, es por mí que lo haréis. Yo quiero recoger flores en esta Torre, cultivadas y regadas por vosotros. Yo quiero oír que me digan al volver a visitaros que estos catorce hombres que estaban muertos, han resucitado y vuelven al concierto de la vida, de la esperanza y del amor. Y entonces os reconciliaréis con vuestras familias, os formaré un nuevo hogar, os daré esposas a los que no las tengan; tendréis hijitos que os salten a las rodillas y entre risas y travesuras os llamen padre y os pidan pan. ¡Por hoy, soy yo vuestra madre, vuestra hermana, vuestra amiga, ensayad conmigo la capacidad de ternura y complacencia que tengáis, para que el día de mañana la brindéis a los seres que formen de nuevo vuestro hogar y vuestra familia!...

Tal lenguaje conmovió a aquellas catorce momias, muertos que andaban, comían y respiraban, pero aletargados por completo a causa de su propia miseria. Y todos ellos prometieron obedecer a la Piquina Manh, aunque el escéptico Audabán creía que era más por el temor que les faltara la cesta de provisiones, que por sentimiento de complacencia con la dulce mujer que así vaciaba sobre ellos su piadosa ternura.

Así terminó aquella memorable visita a la Torre de la Justicia que dos lunas después demostraba a la vista de todos que el amor había pasado por ella como una brisa primaveral.

Mientras tanto el mensajero de Helia-Mabi, llegaba a Soldán y el viejo Caudillo de Kusmuch decía a su hijo y heredero, leyéndole el mensaje llegado de Num-Maki

–En el lago Urán me esperan, en visita de alianza y cortesía. Tú me acompañarás.

–¿Yo? –interrogaba extrañado el jovencillo–. Pero padre, hasta hoy nunca necesitaste de mí para nada. ¿Qué haré yo en visita de cortesía, si soy un montañés rudo, un aguilucho inquieto que sólo sé encontrar los nidos de águilas y los panales de miel de la montaña?

–Pues, hijo mío, has llegado a la edad en que debes pensar que no estás en la tierra sólo para divertirme y jugar recogiendo nidos y panales. Has llegado a la edad en que debes pensar en formar una familia, un hogar que perpetúe nuestra raza y nuestro nombre, pues sabes que eres el único hijo varón de mi casa, que ha sobrevivido a la desgracia en que la envolvió años atrás la Shamurance de maldecida memoria.

–¿Yo, casarme? ¿Yo, formar hogar?... ¿Yo, dejar mis excursiones

a la montaña con tantos nidos y tantos panales? ¿No sabéis que tengo ya en el parque de esta casa toda una colonia de águilas jóvenes y otra colonia de abejas?

– ¡Bien, bien, hijo mío!, pero eso no impide que pienses en amar a una dulce paloma que será tu felicidad el día de mañana, cuando dejes de ser un jovenzuelo juguetón y llegues a ser hombre que manda un pueblo.

– ¿Yo mandaré un pueblo?... ¡Oh, padre!..., que malhumorado estáis este día que me habláis de cosas sombrías y mustias.

“¿Cómo se las compondría Alegrinis, para estar tieso y adusto diciendo a las masas: ¡quiero que caminéis así, que corráis de la otra manera, que hagáis tal cosa, que hagáis la otra!... ¡Oh, padre, desengañaos que no soy yo para esos duros y rígidos papeles, y dejadme seguir siendo todavía un rapaz que corre por la montaña sin sufrir y sin hacer sufrir más que a las águilas cuando les robo sus nidos y a las abejas cuando las traslado a mi bosque.

– ¡Vamos, vamos! –decía el anciano–, piensa en mi vejez, en mis cabellos blancos, en que ya no tienes madre, en que tus hermanos murieron y tus hermanas están casadas y lejos de ti. Piensa en que yo también moriré, en que los viejos criados que te miran, morirán también y te encontrarás solo en la vida.

“¿Tendrás entonces bastante con el graznido de tus águilas y el zumbido de tus abejas? Cuando te falte la sombra de tu padre que ha espantado siempre el dolor de tu lado...

– ¡Oh, padre!..., ¡por piedad!..., ¡ios acompañaré a Num-Maki una vez, diez veces, pero no me golpeéis en la cabeza con muertes, con desgracias, con soledades!...

– ¡Bien, hijo mío, precisamente por tu eterna alegría y felicidad, porque quiero ahuyentar las tristezas de tu lado es que quiero llevarte en este viaje para que conozcas a cierta personita que será rayo de luz, de alegría y de amor para toda tu vida!

Y ya de acuerdo el padre y el hijo emprendieron pocos días después el viaje hacia el lago Urán, donde el Amor como un pájaro azul se había posado en los rosales rojos y blancos que perfumaron la cabeza de Shiva, y que florecerían de nuevo para perfumar de esencias los días serenos de Helia, su hija, cuando el Amor se acercaba.

152
LOS ESPONSALES

Fredrik de Kusmuch y Helia de Susian eran dos seres cuya infancia y juventud se habían deslizado casi de idéntica manera. La tranquila serenidad emanada del amor y de la justicia que les había envuelto como una aureola desde el comienzo de sus vidas, les mantenía a entrambos como en una luminosa infancia espiritual. Un delicioso jardín donde florecían obras bellas, justas y buenas era el escenario en que Helia había desenvuelto su vida, en la cabaña de Adamú y Evana, junto a Senio y Aldis, Diba y Nubia, sus primeros instructores de la niñez. Había crecido con sus hermanos Iber y Mabi al lado de Abel, su *hermano sol* como ella le llamaba. Más tarde había pasado por propia voluntad al Santuario de Mujeres Kobdas, su segundo hogar, donde otras Instructoras llenaron su inteligencia y su corazón de todo lo grande y bello que es capaz de realizar el ser durante su vida de encarnado. Su alma se abría pues a la vida como una rosa en capullo, a la que no llegaba sino de lejos el chasquido de las borrascas humanas.

Tres acontecimientos solamente la habían sacudido un tanto en el sentido de hacerla conocer las miserias que enlodan las almas: la ingratitude de Kaíno para los que tanto le habían amado; la despótica voluntad del Caudillo circasiano que aprisionó a su hermana Mabi, y la cautiva de la Torre de la Justicia cuya ambición la había llevado a causar la muerte a su santa madre con aquel narcótico embriagador. Mas ella en su alma sin engaños y sin pesimismo, encontraba fáciles atenuantes a esos tres casos de mal obrar.

“Kaíno –se decía Helia–, era un chicuelo audaz y sabiendo que no era hijo de Adamú y Evana, quiso sin duda buscar su parentela, pero quizá sin intención de realizar ninguna maldad.

“Vladiko el circasiano, obró de aquella manera porque amó tanto a su hermana que no pudo resignarse a vivir sin ella. Y tan es así, que la tomó por esposa.

“La cautiva de la Torre de la Justicia no tuvo la intención de matar a la Suisini-Manh Shiva, sino sólo embriagarla para que le diera posesión de unas tierras donde ella pensaba vivir, y está hoy arrepentida de ello.

Y su alma sin llagas y sin heridas, continuaba siendo rosa en capullo que ningún vendaval había deshojado.

Fredrik el soldanés, al igual que Helia, no había sentido en carne propia los dardos de la miseria humana, porque los viejos servidores que le habían criado a la muerte de su madre y los Kobdas montañeses entre

los que había visto el bien y la paz en todos sus aspectos y formas, no le habían dejado llegar el estruendo de las maldades humanas que pasa por la vida arrollándolo todo.

Un fantasma de espanto y de horror había vislumbrado en su niñez: la reina guerrera del Caspio que había asolado aquellas comarcas; pero para Fredik era aquello como un sueño trágico, como una pesadilla horrible que le habían referido cuando niño y de la cual buscaba recordar lo menos posible. Su corazón reía y cantaba no comprendiendo que hubiera en la vida motivos para llorar. Era pues un joven arbolillo de hoja perenne al que ningún otoño había despojado de su frondoso ramaje.

Y en las orillas del lago Urán había para él una rosa en capullo. ¿Cómo no ir pues a recogerla aunque tuviera que dejar su bosquecillo lleno de águilas y su colonia de abejas?

Y porque oyó la voz serena de su Ley que le hablaba al corazón, es que le vemos llegar en caravana de blancas mulas montañosas al país de Num-Maki, a la vieja ciudad de Aranzán revestida de todas las galas que la primavera derrama sobre el Irán cuando han huido las escarchas y las nevadas.

–Vuestros parientes de Soldán vienen a visitaros Mangrave Balbina –decía Helia a la anciana Kobda, cuando el mensajero que les precedía llegó a anunciar que a la primera hora de la tarde estarían sus amos a las puertas de la ciudad.

– ¡Ah, hijita!... ¡No es a la Mangrave Balbina a quien buscarán seguramente! –respondía la anciana sonriente y feliz de ver acercarse acontecimientos que estando en la ley de los seres y de los pueblos, debían necesariamente consolidar la dicha y la paz sobre todos ellos.

–De modo –continuaba Helia–, que vos y todos sabíais que este tal Fredik de Kusmuch tenía intenciones de matrimonio conmigo y nada me decíais, ¿eh? ¡Ah, traidoras..., malas amigas..., compañeras desconfiadas y sin franqueza!

– ¡Pero, hija mía!..., si no hay aún nada de todo esto que estás diciendo –replicaba la anciana–. Solamente se trata de que su padre y el tuyo, han pensado que acaso podíais ambos formar una buena alianza si es que llegaseis a comprenderos. Quizá el alegre y vivaz jovencuelo está tan ajeno como vos de la idea de un próximo matrimonio, porque entre mi familia tampoco es costumbre violentar la voluntad de los jóvenes en este sentido.

–En medio de todo habéis hecho bien en no anunciarme nada; pues si algo hay escrito en mi ley, llegará sin que nadie lo busque, y atraído solamente por su propia fuerza de realidad eterna. Pero os digo, Mangrave, que no estoy nada inclinada a atarme con vínculos de ninguna especie. ¡Soy tan feliz con todo cuanto me rodea en la actualidad, que

nada más tendría que añadir! ¿Por qué buscar complicaciones a mi sencilla y hermosa vida de hoy? ¿Por qué entrar en lo desconocido cuando tan satisfecha me encuentro de lo que tengo?

“¿Qué os parece si digo a mi padre y a Abelio que se arreglen solos para obsequiar a los visitantes y que den una buena excusa respecto de mí?

–Haced como sea vuestra voluntad, hija mía, pero creo que vuestro padre haría un mal papel no presentando a su hija que es la verdadera señora de este país. Si viviera vuestra madre, aún sería posible vuestro retraimiento, toda vez que ella era la primera autoridad en el país; pero el caso se presenta diferente y sois vos, y nada más que vos, la que ante todos los pueblos vecinos ocupáis aquí el primer lugar. Nuestro hermano Abelio os dirá lo mismo según me parece.

“Además, no veo el motivo de vuestros temores, hijita. Eres una joven reina Kobda y sabes por tanto, que lo que la Ley tenga marcado, eso será. Ni nada buscar, ni nada huir; tal se presenta esta situación y tal debes tomarla. Por ahora no es más que la llegada de un príncipe aliado que viene a visitaros. Ni son los primeros ni serán los últimos seguramente, porque la rectitud y grandeza de vuestra madre ha puesto a Num-Maki en un lugar tan alto, tan alto que de todas partes se ve. ¿No os parece razonable mi opinión?

–Sí, Mangrave Balbina, sí; tenéis razón. Lo que la Ley tenga marcado, eso será, –contestó Helia con gran serenidad, aún cuando en su fuero interno se agitaban como inquieto enjambre de mariposas muchos pequeños y grandes interrogantes, que estaban enlazados con los personajes que dentro de breves momentos llegarían a su casa. Para calmar esta inquietud, la joven se dirigió sola a la Mansión de la Sombra o sala de oración para entregarse más libremente a sus pensamientos.

Evocó desde el fondo del alma a su madre, a Abel, a Bohindra, a Evana, a la Reina Ada, a sus Instructoras de La Paz, a sus hermanos Iber y Mabi. Todos ellos le respondieron en la dulce y suave red de la telepatía y sintió dentro de sí misma una misma frase pensada por todos ellos al mismo tiempo:

“Espera en calma y serenidad que el Amor Eterno da a sus hijos lo que ellos necesitan para el fiel cumplimiento de sus destinos. Déjale obrar que Él sabe cuál es el agua que tú has de beber”.

Inundada de paz y de serenidad salió del recinto de oración, donde su alma puesta al contacto con sus grandes alianzas espirituales se hallaba dispuesta para ver llegar los acontecimientos.

Y llamada por su padre, a la gran sala de las audiencias, sus compañeras Kobdas la envolvieron en el inmenso velo blanco de la Reina Shiva, y la acompañaron a ocupar su puesto, casi al mismo tiempo que la Mangrave Balbina abrazaba a su anciano hermano y a su sobrino en

el gran pórtico de entrada. A ella le correspondía presentarles ante la joven Reina y su padre.

La impresión de Fredik el hijo, al inclinarse ante Helia fue visible para todos, pues no estando habituado a dominar sus sentimientos íntimos, ni siquiera se ocupaba de pensar en que debía ocultarlos ni que hubiera quien le observase. Se quedó sin palabra, mirándola como si de pronto una visión esplendorosa le hubiese deslumbrado. Helia lo notó, y una oleada de carmín coloreó sus mejillas haciéndola aparecer de verdad como una rosa en capullo.

Le tendió sus dos manos según la costumbre y él se quedó con ellas sin pensar en que el ceremonial le indicaba besar la diestra y colocar la izquierda sobre su cabeza.

Abelio acudió a salvar esta inadvertencia que pasó desapercibida para los demás.

–Sentaos aquí –le dijo Helia señalándole el estrado que estaba junto a ella y viendo ya al anciano sentado junto a su padre–. Debéis estar muy fatigados porque creo que el viaje es largo y penoso.

–Por el contrario, estoy perfectamente bien porque estoy habituado a las montañas, y este viaje ha sido para mí un deporte tan bonito y atrayente que nunca pensé que fuera tan feliz con lo que he recorrido. Vuestras montañas son una prolongación de las nuestras: pero vuestro valle y vuestro lago vistos desde las cumbres son algo mucho más bellos todavía.

–Es por lo que veo, la primera vez que visitáis este país –le dijo Helia encantada de la casi infantil alegría que Fredik demostraba.

–Sí, la primera vez, aunque por referencias le conocía mucho. De todo esto me habían hablado y de vos también.

– ¿De mí? ¿Es posible? Creí que fuera de Num-Maki nadie se ocupase de mí.

–Pero estáis muy equivocada. En Soldán querían mucho a vuestra madre y ahora os quieren a vos; o mejor dicho os queremos, porque yo también os quiero.

– ¿De veras? ¡Oh, gracias, muchas gracias! –respondía Helia que empezaba a pensar que su interlocutor no era un joven sino un niño grande.

– ¿Y mi padre? ¡Oh!, para mi padre no hay en la tierra otra mujer que os iguale. Y por eso me ha traído para que os conozca. Él conoció a vuestra madre y como le habían dicho que erais el vivo retrato de ella, me decía: “es la madre pero con veinte años de edad”.

–Y como tenemos aquí a la Mangrave Balbina, os encontraréis en esta tierra no como extranjeros sino, casi como en familia. Además todas estas hermanas Kobdas que me rodean son sin duda de vuestra amistad.

–Sí –dijo Selvia–, nosotros le conocíamos mucho en el refugio de niños adonde iba con frecuencia llevado por nuestros hermanos Kobdas del Santuario de la montaña.

–Será así sin duda –decía el joven– mas, como todas vestís de igual manera, no es fácil distinguíros unas de otras.

“¿Recordáis aún nuestras montañas y nuestra nieve? ¿Os gusta más aquí, verdad? Allí teníais sólo nuestro cielo grisáceo y aquí tenéis dos cielos dorados de sol: ¡el que está arriba y el rostro de vuestra Reina que es más luminoso todavía!... –Y reía con una franqueza llena de satisfacción mientras Helia entre asombrada y tímida, no sabía si debía reír o poner semblante grave.

–Es Alegrinis, Suisini-Manh, ya sabéis porque nuestros hermanos de allá le llaman así –intervino Selvia viendo el estado algo molesto de Helia–. La franqueza desborda en este carácter y dice las cosas tal como las piensa.

–¿Y qué? ¿Dije acaso algo fuera de lugar? –preguntaba el joven Fredik–. Perdonad en todo caso mi rudo lenguaje, que como soy un perfecto montañés quizá tenga en mi lenguaje mucho del graznar de las águilas y del zumbar de las abejas. ¡Son tan hermosas las águilas cuando tienden sus alas al sol! ¿No las tenéis aquí?

–Sí, muchas –le contestó Helia–, pero como hacen daño en las majadas, los pastores las persiguen mucho.

–¿De veras? ¡Qué lástima! Si yo estuviera aquí les daba caza con mis tramperas, y las encerraba en un bosque cubierto con mis redes como allá; entonces no perjudicarían los corderillos pues las enseñaría a alimentarse de cachorrillos de tigres y de lobeznos solamente para impedir la propagación de tantas fieras dañinas. Cuando ellas han tomado gusto a los cachorrillos de las fieras, no les interesan más los corderos, porque hay que comprender que las águilas tienen también necesidad de comer.

–¡Ah! claro, eso es natural –decía Helia, sin poder contener ya el deseo de jugar y de reír como si aquel vivaz y alegre temperamento empezara a contagiarla.

La recepción fue muy breve, y según la costumbre adoptada, Helia y su acompañamiento femenino fueron las primeras en retirarse, quedando en la gran sala de audiencias solos Helia-Mabi y sus visitantes, pues poco después de la joven Reina, se retiró Abelio y los otros Consejeros que habían asistido.

–Y, ¿qué me dices, hijo mío? –fue la primera pregunta del anciano Fredik que no podía disimular su satisfacción viendo a su hijo quedarse como petrificado de pie, en el lugar en que había despedido a Helia, a la cual seguía con la mirada hasta verla desaparecer tras de la pesada

cortina de púrpura que cubría la entrada hacia las habitaciones interiores. La pregunta de su padre le volvió al dominio de sí mismo.

– ¿Qué me dices, hijo mío? ¿Estás contento de haber venido a Num-Maki?

– ¡A la verdad, jamás pensé que lo estaría tanto! Es bellissimo este país, es bellissimo este cielo, este lago y estas flores, pero la joven reinita resume en sí misma todas las bellezas como si las concentrara en su rostro y en su voz... ¡Es un encanto de mujer!... ¡En Soldán no vi nada igual!... ¡Qué hija tenéis, señor, que hija! –decía Fredik con su espontaneidad habitual acercándose a Helia-Mabi que sonreía también satisfecho de que otros seres supieran apreciar en lo que valía su gran tesoro: su hija, en la cual iba como vaciando toda la ternura y el amor que consagrara a Shiva, a su bien amada Shiva.

– ¡Es a la verdad la Reina Shiva a los veinte años!... –decía el anciano Fredik.

–Y lo más particular es que hay otra Shiva de veinte años –añadió Helia-Mabi–, pues esta tiene su hermana melliza que venía hacia aquí juntamente con ella a la última enfermedad de la madre, y fue tomada prisionera por un Caudillo circasiano al otro lado del Monte Zagros donde está establecido con un numeroso pueblo.

–Pero, ¿cómo? ¿Y habéis tolerado tal salvajismo y brutalidad? –interrogó el viejo Fredik.

–Porque el circasiano se había enamorado de ella de tal manera, que la retuvo sin escuchar ninguna razón, y prometiendo hacerla su esposa si ella lo amaba algún día. Y de tal forma el hombre se adaptó a todo cuanto ella y los Kobdas que los acompañaban le impusieron respecto de la Ley de la Gran Alianza, que llegaron a convencerse de que aquel hombre y aquel pueblo darían un gran paso en su progreso moral, si mi hija se quedaba entre ellos. La pobrecilla sufrió sin duda grandemente con tal sacrificio, pero se quedó y ahora es la esposa del Caudillo y se ve muy amada de aquel pueblo. Como comprenderéis, su madre y yo nos condolimos mucho de haberla perdido para nosotros, pero si tal era su destino, bien sabéis que los padres no somos más que depositarios de los hijos, en los que hay alguien más grande y sabio que nosotros que gobierna y manda.

–Así es a la verdad y si aquella hija es feliz y contribuye a la felicidad de aquel pueblo, vuestro pesar de su ausencia está bien compensado, –volvió a replicar el anciano pensando en que era dura la situación de hablarle al padre en ese momento de perder otra hija, la única que le quedaba.

–Pero ese Caudillo –decía Alegrinis–, ¿se merecía o no una mujer semejante?

—Los hechos han demostrado que la merecía hasta ahora por lo menos y si obró de aquella manera es disculpable teniendo en cuenta el estado de doloroso desengaño en que se encontraba, aparte de que el ser por entonces jefe de un pueblo nómada, era circunstancia bastante para impedir que una joven de buena cuna lo aceptase como esposo. Todo eso se ha subsanado pues nuestro Kobda Rey y su Consejo, como Jefe supremo de la Gran Alianza han asignado a ese pueblo ya definitivamente, un extenso y fértil territorio bañado por el río Kura, donde ya se está edificando la ciudad de piedra que será capital y que se llamará Asag como el genio protector de esa raza.

— ¡Bueno, bueno!..., ¡pobre hombre!..., no hizo del todo bien, pero, señor mío, tenéis unas hijas tan estupendas, que cualquiera hace disparates por ellas... ¡Qué se va hacer!... —Y Alegrinis tomaba tal aspecto y decía esto de cierta manera tan genuinamente suya, que los dos ancianos rieron de buena gana.

— ¿Esto quiere decir —añadía su padre—, que tú en lugar del circasiano hubieras hecho lo mismo?

— ¡Casi, casi!..., ¡quien sabe!... ¡Es una criatura tan preciosa esta vuestra hija, que si la otra es igual según decís..., el pobre hombre se volvió loco!... ¡Qué se va hacer!

— ¡Qué original encuentro a vuestro hijo, hermano Kusmuch! —exclamaba Helia-Mabi riendo al mismo tiempo como si le transmitiera toda la alegre locuacidad de aquel jovencuelo de alma sana y corazón infantil—. ¡Bien se conoce que le habéis preservado de todo el contagio de las miserias humanas!

—La necesidad me hizo dejarle crecer como un cabrito en las montañas, pues tuve que salvar mi familia entre los riscos y cavernas de Soldán en los tiempos horribles de la Shamurance que me robó mis otros hijos. Pienso que en ellos fui castigado en mi orgullo de padre, pues confieso que tenía vanidad de tales hijos por su gran belleza física y a todas partes les llevaba conmigo y sentía satisfacción de verme envidiado por causa de tal belleza. “¡Los dioses tutelares de la raza han encarnado en los cuatro hijos del Príncipe de Maracanda!”, decían todos en la comarca.

“Y cuando la Reina Guerrera quiso alianza de amistad, los pidió para jefes de su escolta diciendo que los dotaría espléndidamente y sólo los retendría a su lado durante las lunas de estío mientras duraban las fiestas de los dioses del mar, en que concurrían al Hircanio gentes de todas las comarcas vecinas.

“Pero mis pobres hijos no volvieron más. Aquella mujer tan lasciva y tan salvaje les hizo su juguete favorito y sus víctimas después, cuando ellos le demostraron su aversión y su fastidio. Dos se quitaron la vida ellos mismos arrojándose al mar con una piedra atada al cuello y los otros dos

huyeron por las montañas y cayeron víctimas de los arqueros de la Reina que antes de dejarles escapar, les atravesaron con sus flechas. Fieles servidores míos que tenía allí cerca de ellos para cuidarles, me trajeron sus cadáveres que yo convertí en blancas cenizas en la hoguera sagrada, según es nuestro rito para los que mueren en el extranjero, víctimas de la maldad de los enemigos. “Quemad los cuerpos que fueron manchados por la impureza de los malvados, para que las almas libres más pronto, vuelvan a vosotros purificadas y limpias”, dice nuestra ley, y yo así lo hice; y los pinos más bellos de mis jardines han nacido y crecido entre el montoncillo de cenizas de aquellos hijos tan amados. Esos cuatro pinos los tengo al pie de mi ventana y a veces sus ramas movidas por el viento acarician mi vieja cabeza haciéndome pensar en aquellos cuyas blancas cenizas han abonado su raíz...

– ¡Oh, padre, padre!... –le interrumpió de pronto el joven Fredik–, ¡pareces empeñado en que todos nos echemos a llorar!... Ya sufriste entonces, ¿por qué sufrir de nuevo ahora? ¿No dicen los Kobdas que esos cuatro hijos tuyos están ya de nuevo en la vida física en los rubios chiquitines de aquella familia de labriegos que tú has recogido en nuestra casa?

– ¡Sí, hijo mío, sí!... Después de todo tienes razón. Ni es este el momento de traer tan dolorosos recuerdos. Hablemos mejor del objeto de nuestra visita –dijo el anciano dirigiéndose a Helia-Mabi–. ¿Veríais con agrado el matrimonio de nuestros hijos?

–Por mi parte, está ampliamente aceptado; pero mi hija no sabe absolutamente nada y cree que vuestra visita es sólo de amistad y cortesía. Yo que la conozco profundamente os aconsejo no hablarle todavía en tal sentido, sino dejar que las cosas vengan por sí solas. Vuestro hijo aquí presente ha demostrado ya su entusiasmo por ella, y opino que debe ser él quien haga por despertar la simpatía en mi hija durante el tiempo que dure vuestra permanencia aquí, que si no tenéis mayor prisa podríais prolongarla hasta la primera luna de otoño en que celebra el pueblo la llegada de la recolección de frutos, a la vez que el aniversario de cuando Shiva mi esposa, anuló para siempre la compra y venta de esclavos en este país. Fue la hora de la libertad y la fraternidad en Num-Maki, y el pueblo se desborda de alegría en la luna llena de ese tiempo.

–Podemos, padre, podemos quedarnos aquí por ese tiempo –decía Alegrinis palmoteando como un niño–. Mis águilas y mis abejas tienen buenos guardianes y vuestro pueblo también. Le vigilan los Kobdas montañeses y nuestros fieles servidores.

–Es verdad, y son tan sólo dos lunas más que faltan para aquella que indicáis. Entonces queda aceptado. Somos vuestros huéspedes durante tres lunas.

–Esta noticia será la que participe a mi hija y a nuestros Consejeros por el momento –dijo Helia-Mabi dando por terminada la recepción y saliendo seguido de los visitantes a quienes acompañó hasta la cámara que les había sido designada.

–Descansad un poco aquí –les dijo–, hasta la hora de la refección vespertina en que vendré a buscaros. –Y se retiró.

– ¡Padre!... –dijo el jovenzuelo apenas vio salir a Helia-Mabi–, ¿pero todo ese tiempo he de permanecer aquí, quieto como un moscón enredado en telas de araña? Mira que el sol está aún muy alto y antes que llegue el ocaso hay tiempo para morir de aburrimiento.

–Pero, hijo mío, nadie te obliga; él ha pensado sin duda en nuestro natural cansancio después de un largo viaje por la montaña, y ha creído justo proporcionarnos descanso. Vete si quieres a vagar por los jardines que yo me tenderé en el lecho; mi viejo cuerpo bien lo necesita.

El jovenzuelo no se hizo repetir la orden y cuando su padre no había aún cerrado los ojos, él se encontraba ya en la gran avenida de los almendros entre el bosque de granados, en la plazoleta de los cerezos, en el jardín de los naranjos y no había una inscripción de las cortezas que no hubiera leído tratando de descifrar su significado.

En menos de una hora estaba visto todo aquel espléndido huerto que rodeaba la vetusta casa solariega de Aranzán. Vio de pronto una negra boca de piedra que se habría en el piso junto a los grandes establos de los elefantes y sin más ni más se metió por ella; le recibió el rugido de una fiera, luego otro y otros muchos más.

– ¡Demonio de las furias!... –gritó–, ¿estabais también vosotros bajo el nidal de la dulce paloma del Lago Urán? –Y contempló unos instantes los soberbios ejemplares de tigres, leones y osos de los más hermosos del Altái y del Báltico. Y como había seguido un corredorcillo subterráneo usado por los guardianes y que circundaba todo lo largo de las guaridas enrejadas de piedra, fue a salir por otra puerta que daba hacia el patio de los rosales, en cuyo centro se hallaba aquella glorietta o cenador donde Shiva acostumbraba sentarse para hilar la lana de sus corderillos.

– ¡Pero este delicioso rincón no lo había descubierto antes! –exclamaba encantado el joven soldanés–. ¡Esto quiere decir que no salí de las cuevas por la misma puerta donde entré! ¡Esto parece el parque de las hadas donde no hay casas de ladrillo, ni de piedra, ni de madera, sino de ramaje de rosales, de pétalos de flores y alas de mariposas!... ¡Esto si que es un nido digno de la dulce paloma del lago Urán!...

En verdad era así, pues la casa desaparecía por ese lado oculta tras los inmensos árboles del bosque antiguo, junto a los cuales Shiva había hecho abrir aquel amplio patio plantado de rosales rojos y blancos que formaban marco a su lugar favorito de reposo.

Una honda vibración de amor y de ternura llenó de pronto el alma de Fredik, que sosegó sus inquietos pensamientos al mismo tiempo que sus agitados pasos, y sin saber por qué empezó a caminar lentamente mirando distraído los rosales florecidos, y los miles de pajarillos y de mariposas que jugaban entre ellos. Y sin advertir la existencia de la glorieta a dos pasos de él, se detuvo observando un minúsculo nidillo de colibrí que suspendido de una rama del rosal, se columpiaba al suave impulso del viento.

Las avecillas padres temblaban, suspendidas en el aire buscando ansiosamente sus hijuelos que no estaban en el nido. Y comprendiendo que le habían sido hurtados por algún ave de rapiña empezó a buscarlo entre las ramas. En esta búsqueda y al entreabrir las ramas suavemente, vio a la joven reina que despojada de su blanco velo estaba absorta en la lectura de un gran legajo de papiros encuadernados entre tapas de plata y cuero.

Y sin pedir permiso y sin preámbulo de ninguna especie, buscó la puerta del cenador y entró. Helia le miró sin sorpresa y sólo entornando el gran libro y sin moverse de su sitio, le dijo:

–Creí que descansabais en vuestra cámara, pues mi padre me dijo que os había conducido allí y que recién estaríais con nosotros a la refección de la tarde.

– ¿Os molesta que sea antes? –le interrogó el joven sentándose en el banco de piedra en que la joven se hallaba.

–No, de ninguna manera.

– ¿Leíais vuestros bardos favoritos?

–No; leía la ley de los Kobdas donde se puede beber ampliamente la sabiduría de la paz.

–La paz la tengo ya, me falta adquirir la sabiduría y si lo permitís leeremos juntos. –Y sin más ni más, abrió de nuevo la tapa del gran libro que Helia había entornado ligeramente–, también yo sé leer las escrituras de los Kobdas –continuaba el joven haciendo pasar las primeras hojas en blanco.

Helia guardaba silencio.

–“*El amor es la única cadena que sujeta al Kobda a los muros de la casa de Numú*”, –leyó Fredik esta primera frase de la gran Ley. La cinta señaladora había quedado en la página tercera ocupada por la cuarta Columna del Santuario que explica la “*Conformidad con la voluntad del Altísimo*”, que era justamente lo que Helia había estado meditando a la llegada del joven soldanés a la glorieta de los rosales.

–Aquí leíais –dijo–, y como no quiero cometer la torpeza de causaros una interrupción, os ruego que continuéis leyendo, pues creo que con tal maestra, más pronto entrará en mí la sabiduría divina.

Helia no pudo menos de sonreírse, diciéndole:

– ¿Sabéis que empezáis a causarme el efecto de un niño travieso y juguetero?

– ¿Os desagrada tal aspecto de mi carácter? –le preguntó alarmado el joven.

–No, sino que me produce deseos de reír aunque esté sumergida en pensamientos graves y serios.

–Entonces puedo continuar siendo Alegrinis, y vos podéis continuar leyendo –dijo el joven sonriendo siempre.

–Leía las “Columnas del Santuario” y había llegado a la cuarta que dice así: *“La conformidad con la voluntad del Altísimo manifestada por los acontecimientos que no fueron procurados por ti y que tú no puedes evitar ni cambiar. Esta conformidad la demostrarás en la serenidad con que aceptarás lo inevitable; en la carencia de deseos perturbadores de tu paz y en la dulce alegría mesurada y discreta que debéis manifestar en la vida de relación con tus hermanos”*.

–Pues yo os digo que vos me hacéis el efecto de ser la Ley viva pues os veo como un resplandor suave y tranquilo que me produce el deseo de quedarme inmóvil y quieto a vuestro lado. Así como un pajarillo que anduviese inquieto buscando un nido y cuando le ha encontrado, se arrellana en él dulcemente y parece que duerme, ¿no lo habéis observado vos en el campo?

–No a la verdad –contestaba Helia–, nunca me había fijado en ello.

–Pues es así, mirad. Apenas mi padre se echó en el lecho, yo salí como una ardilla a correr por estos hermosos bosquecillos, que los recorrí todos uno por uno, me zambullí como una zorra por la rampa del foso de las fieras, lo registré todo y extraviado salí por otro sitio del que había entrado y me encontré entre este espeso cortinado de rosales que cubren por completo vuestra casa por este lado. Sin saber adonde iba, llegué acá; os encontré a vos y ya no tengo más gana de moverme ni de salir de aquí. Soy como el pajarillo que encontró su nido..., no hay nada que hacer, es así, ya lo veis.

Helia reía sin poderse contener.

–Pero permitidme que os diga –dijo la joven–, que debéis analizar también si es discreto o no que os quedéis tranquilamente en el nido que habéis hallado entre los rosales. Porque entre vos y el pajarillo hay la diferencia que el nido era el suyo propio, y éste es mío y está ocupado por su dueña. ¿No encontráis el caso diferente? –decía Helia continuando el símil del nido y del pájaro propuesto por Fredik.

–Sí, es vuestro y está ocupado por vos que lo llenáis todo como el perfume de los rosales; pero ya lo veis, yo encontré el medio de caber en este rinconcillo y aquí estoy. ¿Seríais capaz de mandarme salir de aquí?

–No, porque ninguna molestia me causáis y os lo dije solamente siguiendo vuestra ingenua comparación entre vos y el pajarillo.

–Me encuentro tan bien al lado vuestro que me parece que hubiera nacido entre este hermoso cenador cubierto de rosales.

“Pero continuad si os parece, explicándome lo que leáis al llegar yo a este lugar. No quisiera haber cortado el hilo de vuestros pensamientos.

El hermoso semblante de Helia se coloreó de un suave carmín, pues justamente pensaba en que la llegada de Fredik a Num-Maki era un acontecimiento no procurado ni buscado por ella, y sabiendo cuales eran los propósitos que le habían traído, buscaba en la Ley de los Kobdas la ruta indicada para afrontar tal situación. La Cuarta Columna del Santuario, le marcaba esa ruta y ella estudiaba sus propias aptitudes y su más íntimo sentir respecto de aquella otra vida a la cual todo parecía tender a unirla.

– ¡Pensaba mientras leía en vuestra venida a Num-Maki! –dijo sencillamente la joven.

– ¡Oh!..., ¿pensabais en mí? ¡Justo, justo, justísimo! –dijo Fredik, alegremente– ¿Veis como éste era el nidillo que yo buscaba y por qué le encontré y por qué me quedé aquí, quietecito y tranquilo? ¡Oh, verdaderamente la Ley de los Kobdas es la sabiduría misma! De seguro dirá también que cuando un ser le acomoda mucho un determinado sitio que se quede allí por toda su vida.

–No, eso no dice la Ley –observó Helia–, pero si tanto os agrada esta glorieta, os dejo dueño absoluto de ella por todo el tiempo que permanecáis en Num-Maki. –Y así diciendo hizo ademán de levantarse.

– ¡Oh, por favor, no os vayáis que se va todo el nido con vos! –suplicó entristecido Fredik, poniendo por primera vez cara seria y compungida.

– ¿Pero no acabáis de decir que éste es vuestro nidillo y que aquí quisierais estar siempre?

– ¡Oh!..., ¡perdonadme, pero recién en este momento caigo en la cuenta de que erais vos el mismo nidillo en cuestión! ¡Justo! ¡Erais vos!

Helia no pudo reprimir una carcajada ante tal espontánea declaración.

– ¡Ah! ¿Sí? Pues ahora he aprendido que una mujer Kobda puede transformarse en un nido.

“¿Cómo explicáis eso, señor Fredik de Kusmuch?

– ¿Qué, cómo lo explico? Pues muy fácilmente si sabéis entenderme: Tenéis en vuestra persona todo cuanto halaga a los ojos y al corazón. Sois para mí la belleza de la perfección, la bondad y la sabiduría, y cuando apenas os he visto he dicho para mí mismo: me gustaría pasar toda mi vida al lado de ella. ¿Está bien explicado?

–Bastante, bastante claro –respondía Helia, tratando de reprimir la risa que todo esto le producía–.

“¡Oh!, estáis bien llamado Alegrinis –añadía–. A vuestro lado no se puede estar sin reír.

Y el joven hablando siempre iba recogiendo los pétalos blancos y rojos que el viento desprendía de los rosales, y hacía caer entre la cabellera oscura de la joven reinita y sobre el libro de la Ley abierto encima de sus rodillas.

El amor tejía sus redes envolviendo en su fina malla de oro aquellos dos corazones que juntos debían surcar las olas de esa existencia terrenal.

A los pocos momentos, sentado Helia-Mabi en la terraza de su propia habitación que daba hacia la plazoleta de los cerezos, vio a los dos jóvenes que caminaban hacia la casa. Ella traía el libro de la Ley abierto y sostenido entre sus brazos como si fuera una bandeja en la cual Fredik iba dejando las más hermosas rosas blancas que habían encontrado al pasar. De tanto en tanto le atraían las miradas algunas cerezas muy maduras, las recogía con rapidez y a veces a fuerza de ágiles saltos que provocaban la risa de Helia.

–Las comeremos entre ambos –decía Fredik–, y como vos tenéis las manos ocupadas con vuestra carga de rosas, haré yo de pajarillo padre y vos de pichoncillo implume–. Y con sencillez de niño iba poniendo las cerezas una a una en los labios de Helia, que obligada por la insistencia de él, las comía y dejaba caer el carocillo en la mano abierta de Fredik, que quería sembrar un bosquecillo de aquellas frutas comidas por ambos en ese día memorable para él.

Y este cuadro contemplado por Helia-Mabi desde el balcón terraza de su habitación llevó su recuerdo a veinticinco años atrás cuando por vez primera se encontró con Shiva, y también se cubrían ambos de rosas y recogían cerezas cuyos carozos habían sembrado en los huertos de Susian, sin que después hubieran podido verlos crecer a causa de la espantosa tempestad que los mantuvo separados durante veinte años.

Su corazón se estremeció dolorosamente y a media voz exclamó sin apartar la mirada de su hija que le aparecía como envuelta en una aureola de dicha y de amor.

– ¡Altísimo Dios!... ¡Que nuestro largo y duro dolor haya colmado la copa de tu Justicia Divina, y que estas rosas de ella no se marchiten jamás!...

Y continuó mirando como si quisiera retener en el iris de su pupila el bello cuadro de aquellos dos seres en cuyos corazones sin llagas iniciaba el amor sus más dulces melodías.

Helia con su túnica azulada y su amplio velo blanco flotando al viento suave de la tarde; con su carga de rosas blancas sobre el libro abierto de la Ley, y Fredik con su traje montañés color de aceituna, y su gorro

y su capa corta color de púrpura viva, y la alta bota de cuero curtido en blanco, formaban entre ambos un bello y armonioso contraste. Él rubio como el oro, con sus ojos como gotas de miel y su rostro sonrosado lleno de vigor; ella con su palidez de rosa blanca iluminada por los reflejos del sol poniente y sus bellos ojos de color nogal cuya mirada caía siempre sobre el alma como una tierna caricia.

–Nunca comí cerezas más deliciosas –exclamaba Fredik. Bien es cierto que todo es delicioso en éste vuestro país.

–Mirad a mi padre que nos contempla desde la terraza –dijo de pronto Helia que acababa de descubrirlo.

– ¡Ah, es verdad!... no le había visto; pues también él comerá de estas cerezas destinadas a nosotros dos. Con vuestro permiso me adelanto. –Y en una breve carrera que hacía volar su capa al viento, estuvo bajo la terraza de Helia-Mabi, y metiendo las cerezas en sus bolsillos, con rapidez maravillosa trepó por los pilares-soportes casi cubiertos de hiedra, y antes del tiempo que esto se escribe, estaba arriba ponderando al padre las delicias de las ciruelas que iba sacando de sus bolsillos y dejando caer entre las manos de Helia-Mabi que reía alegremente.

–Pero vos sois un gato montés para escalar alturas –decíale encantado de aquel vigoroso y a la vez ingenuo temperamento.

– ¡Oh, sí, todo un gato montés! Comed, comed de vuestras ciruelas para que junto con las nuestras sembremos un bosquecillo de ellas en este mismo paraje. –Y mirando a Helia que ya casi llegaba a la casa añadió–: Perdonadme, pero he dejado tan bruscamente sola a vuestra hija, que esta incorrección debe ser subsanada. –Y apenas dicho, de un salto estaba ya en el césped del jardín a pocos pasos de Helia que reía como una chiquilla.

– ¡Pero vos sois una ardilla!...

– ¿Os parece? ¿Entonces en qué quedamos? Vuestro padre acaba de decirme que soy un gato montés, vos que soy una ardilla. Hasta ahora yo me tenía por un ágil escalador de montañas sencillamente, pero veo que en Num-Maki me honráis con calificativos más vigorosos aún. ¡Justo!... ¡Justísimo! Ser gato montés y ser ardilla es algo delicioso para conservar el vigor hasta la vejez; porque sabréis que yo tengo resuelto no ser viejo jamás.

Helia-Mabi que se había echado de pecho sobre la balaustrada de la terraza, le contestó:

–Entonces bueno será que me vayáis dando algo de vuestra eterna juventud, pues que mis piernas empiezan a temblar.

–Justamente por eso salté a vuestra terraza y os di de nuestras ciruelas mágicas que comidas por dos enamorados, tienen virtudes ultra poderosas según dicen en mi tierra.

Helia se puso toda encendida en carmín ante la alusión de los enamorados y acercando su rostro el gran libro lleno de rosas, simuló aspirar el perfume, pero en realidad quiso encubrirse para que pasara desapercibido.

–Es verdad –añadió Fredik–, que aquí el enamorado soy yo, sí señor, soy yo, y estoy locamente enamorado de todo lo que hay en este país. ¿Por qué no decirlo? ¿Hay algo de malo acaso? ¡Mirad, yo no sirvo para la etiqueta de los salones de recepciones y de audiencias!... –decía poniéndose grave y serio mientras continuaba dando cerezas a Helia y comiéndolas él–.

“Yo sólo estoy bien cuando se me permite decir las cosas tal como las pienso. Encuentro deliciosas vuestras cerezas y sin pedirlos permiso las recojo, las como y os invito a comerlas conmigo.

–Creedme que me dais una satisfacción en hacerlo así –contestaba Helia-Mabi, como sugestionado por aquella desbordante alegría llena de espontaneidad– ¡Sois maravilloso!

–Más vale así; ya veis Suisini-Manh, vuestro padre me encuentra maravilloso, ¿y vos?, ¿se puede saber lo que pensáis vos de mí?

–Ya os dije que parecéis una ardilla –contestaba la joven conteniendo la risa.

– ¡Ah, es verdad! Es verdad que me habíais subido a esa categoría, ya me olvidaba torpe de mí. Pues, sí señor, encuentro delicioso vuestro clima, vuestro cielo, vuestro lago y vuestros valles, vuestros bosques y sobre todo vuestros rosales... ¡Oh, vuestros rosales cuyo perfume no es igualado por otras flores sobre la tierra!... Mirad sino... –y tomando una hermosa rama cargada de rosas sobre el libro de la Ley que tenía Helia en sus manos, la colocaba graciosamente como una guirnalda sobre la frente de la joven–.

“¡Oh, qué belleza! –exclamaba–, con este velo y esta guirnalda de rosas parecéis una divinidad. ¿Cómo no estar enamorado también de vuestra hija, señor mío, si es una deliciosa criatura que parece hecha de perfume de estos rosales y de la luz dorada de este sol poniente? ¿Acaso no estáis también vos enamorado de ella? ¿Quién puede no estarlo? ¡Solamente un bobo! ¡Justo! ¡Justísimo! No hay nada que hacer porque es así y no de otra manera.

–Verdad, verdad –decía riendo Helia-Mabi, no sólo por las ingenuas palabras del joven sino por los rubores de su hija a quien no bastaban ya las rosas para ocultar su rostro en el cual luchaba el rubor y el deseo de reír, fuertemente contenido por ella que deseaba manifestarse grave.

–Os debe cansar esa carga de vuestras rosas –dijo de pronto el joven–, dádmela y yo os la llevaré a donde queráis.

–Subamos por esta escalera –dijo Helia, guiándole hacia un rincón

debajo de la terraza, por donde ambos subieron a reunirse con Helia-Mabi.

– ¿Vuestro padre duerme? –le preguntó.

– ¡Ah! Seguramente, porque él necesita descansar. Por eso yo rechazo la vejez, quiero no tener jamás necesidad de descanso. ¡Es tan buena la vida cuando se la sabe vivir!

– Bien se conoce que habéis tenido una infancia y una juventud llena de alegrías, pero convenceos que no para todos se presenta de igual manera la vida. Para mí por lo menos ha sido bastante dura, y sólo al llegar al ocaso he conocido un poco de felicidad.

– Pues si me salgo con la mía en ciertos proyectillos que tengo, os aseguro que vuestro ocaso se transformará en aurora, porque yo lo quiero, sí, señor, y será así. ¿Por qué no había de serlo?

“Si me permitís os digo todo cuanto pienso –añadió mirando al padre y a la hija con sus bellos ojos vivaces de color de la miel.

– Decidlo –dijo Helia-Mabi. Helia se sentó en el estrado que estaba algo retirado.

– Si os alejáis para no oír, nosotros nos acercaremos –añadió el joven–, pues justamente sois la autoridad decisiva en este asunto. Yo estoy encantado de vuestra hija y si ella pudiese quererme un poquitín siquiera como del tamaño de una cereza, creo que entre ambos podríamos hacer de vuestra vida un verdadero amanecer de primavera. ¿No lo creéis vos así?

– Espero en el Altísimo que así será, pero no por buscar la dicha mía he de anticiparme a que busque mi hija la suya.

Entonces Fredik como un chiquillo que busca conseguir de su madre un juguete que le entusiasma, se arrodilló a los pies de Helia sentada en el estrado, y doblando un poco la cabeza para encontrar la mirada de aquellos dulces ojos entornados le preguntó:

– ¿Seríais capaz de quererme como del tamaño de una cereza?, o de muchas..., ¿o de todas las que tenéis en vuestro huerto?

Y entre la bondadosa risa del padre y el riente rubor de la hija, esta le contestó:

– Os quiero ya porque me parecéis un chiquillo travieso que me hace siempre reír. Mas para hablar en serio del asunto del cual hacéis referencia, esperemos unos días más y os lo diré.

– ¿Tanto tiempo necesitáis para saber si me queréis o no?

Y espiaba con inimitable gracia los ojos de Helia que huían de los de él, mientras el padre reía lleno de satisfacción.

– ¡Justo..., justísimo y más que justo! pues os digo que encuentro más deliciosa aún esta tímida esquivez de vuestra hija que todas las cerezas que he comido con ella... –Y sin meditar ni cavilar, ni siquiera pensarlo

tomó con gran suavidad las blancas y pequeñas manos de Helia, y besaba una y otra con una rapidez tal como si fuera una máquina que desgranaba perlas sobre una superficie de cristal.

Y cesando de pronto, le preguntó:

– ¿Me queréis, sí o no? Mirad que si decís no, empiezo de nuevo, ¿eh? ¿No veis como vuestro padre es feliz y ríe de satisfacción?

Helia reía también sin poderse contener, pero con una risa ya nerviosa que casi le hacía sufrir.

–A la verdad veo que eres un amiguito muy apropiado para hacerme reír siempre, ya que por mi modalidad habitual río muy pocas veces –pudo responder la joven.

– ¡Vaya!..., ivamos llegando, vamos llegando!... ¡Un poquito más y estamos en la otra orilla! –decía con su gracia habitual, el joven soldanés, siempre en la misma postura y dándose golpecitos en el pecho con las grandes borlas azul oscuro del ceñidor de la joven Kobda que caían hacia un lado de su túnica–.

“Pensad en lo triste que yo me iría de vuestro país si me rechazáis de vuestro lado –continuaba el joven, en cuyo rostro aparecía una gravedad que por lo inusitado en él, le hacía aún más interesante.

–Yo no os rechazo de mi lado, Fredik –le dijo Helia, llamándolo por primera vez con su propio nombre–. Lo que hay es que vos jugáis hasta cuando se trata de cosas tan serias como la unión de dos vidas y por toda una vida. Recién habéis llegado, ¿cómo queréis que ya os de una promesa formal? Apenas nos hemos visto y el habernos encontrado agradables el uno al otro, creo que no es lo bastante para que podamos tener una mayor certeza de felicidad en el futuro. Vos y yo tenemos de seguro nuestros defectos por lo cual un poco más de conocimiento nos evitará sorpresas dolorosas en el porvenir. ¿No os parece que tengo razón?

– ¡Oh, sí!, mi reina, vos sois en todo una perfecta maravilla. Pero quedamos en que no me rechazáis, en que veis que soy un buen amiguito para haceros reír, en que os parezco una ardilla y en que juego con todas las cosas y aún con el amor. ¿Estamos de acuerdo?

– ¡Sí, estamos! –contestó Helia.

–Mirad que vuestro padre ha sido testigo del punto estratégico en que hemos quedado en esta jugada, ¿eh?

–Sí, sí –intervino Helia-Mabi, riendo siempre de la festiva originalidad de aquel ser cuya alma asomaba a la fisonomía para dejarse ver tal como era–. Yo he presenciado esta encantadora escena de un juego nuevo que mucho se parece al globo de marfil.

– ¡Justo!... ¡Eso es decir lo justo y cabal! Helia y yo somos los enanillos que empujamos el globo en la oscuridad, buscando de hacerle caer en la pendiente que le hará chocar para que al romperse salga volando el

hada blanca y azul de nuestra dicha. ¡Justo!... Nuestro globo de marfil ha quedado quietecito, camino de la pendiente, y nosotros tres sabemos cual es el pedregullo que le ha detenido. En otro momentito feliz, ¡zas!, doy con el pie al pedregullo y el globo corre vertiginosamente, cae, se rompe, se estrella, y el hada se planta ante nosotros y nos dice: ¡Tontuelos!..., ¿tanto habéis tardado para ser felices?

Y Fredik ya puesto de pie hacía tan graciosamente los movimientos de aquel juego muy usado en ese tiempo, que el padre y la hija reían como hacía mucho tiempo que no se reía en la vieja casa de Aranzán y de Shiva.

Diez días después se anunciaban los esponsales de ambos jóvenes en una asamblea de los más respetables jefes de tribus del país, para la siguiente luna, debiendo entonces fijar la fecha en que debía realizarse el matrimonio.

Como se ve pues, los enanillos del juego habían conseguido hacer rodar el simbólico globo por la verde colina de la esperanza, obligado camino para todos los que buscan la felicidad.

Durante esos días, Helia había tenido largas confidencias con su padre, con la Mangrave Balbina, con el Kobda Abelio y con todas sus jóvenes compañeras. Tenía miedo de penetrar en lo desconocido dejando para ello la suave pradera iluminada por donde hasta entonces había caminado.

Fredik por su parte nada tenía que meditar, pues según él ya estaba todo resuelto desde que vio a la joven reinita el día de su llegada. Y con sus blancas mulas amaestradas para la montaña habían realizado grandes excursiones con Vilmo y Héberi, Helia y sus jóvenes compañeras.

Y para que el conjunto resultara completamente homogéneo en sus colores, Fredik se vistió un ropaje azulado lo más semejante al color de las túnicas Kobdas que pudo encontrar en sus maletas de viajero.

—Así soy también yo siquiera una mitad de Kobda —decía con mucha gracia aludiendo sin duda a que su túnica era corta, apenas hasta la rodilla. Y cuando se alejaba la hermosa caravana azulada con mulas blancas, decía Helia-Mabi siguiéndoles con la mirada desde su terraza mientras trepaban por la montaña

—Es la corte del hada azul y blanca que traerá la felicidad a esta casa.

En uno de esos días, Fredik no se dejó ver por ninguna parte hasta la hora de la refección de la tarde, que la hacían todos juntos en la gran sala que llamaban del hogar, por el fuego que estaba siempre encendido en ella y que era el punto habitual de reunión de la familia según las costumbres del país, que Shiva había seguido con los Kobdas que la acompañaron, y Helia con los que la rodeaban en la actualidad.

A ese retiro le siguió otro y otro día más, hasta el punto que Helia le preguntó extrañada:

– ¿Cómo es que nuestra inquieta ardilla se mantiene sosegada y en silencio desde hace varios días?

– ¡Ah! ¿Lo habéis notado, Piquina Manh? ¡Justo!... ¡Justísimo!... ¡Eso es bien colosal, señores! ¡Que toda una feliz Reina de Num-Maki se haya dado cuenta de que la ardilla no sale de su madriguera! ¡Es una dicha envidiable la de esa ardilla! ¡Ya lo creo!, bien envidiable. Decid todos vosotros si no hablo bien.

– ¡Oh, muy bien! –le decía Abelio–, sois acertado en todo.

–Poco a poco con esa afirmación, Pangrave Abelio –decía la Kobda Balbina–. Vos apenas conocéis a mi sobrino y puede que si le conocierais más, no dijerais que acierta en todo.

– ¡Pero, Manh-Balbina!... –decía el joven todo alarmado–, parece mentira que queráis echarme lodo encima cuando debíais querer verme iluminado como un sol.

– ¿Qué quieres, hijito?, la verdad ante todo y como te he visto hacer cada travesura que asustaba a tu madre, no puedo menos que dar aquí la voz de alerta por si estos retiros tuyos nos dan una sorpresa.

El viejo Fredik rió mientras daba a Balbina una mirada de inteligencia.

Y cuando pasado el cuarto día de escondite, que era el décimo destinado ya a anunciar los esponsales, al entrar a la gran sala de audiencias toda engalanada de flores y de cortinados celestes y blancos, se encontraron con una bella estatua de cera de Shiva al tamaño natural, sentada sobre el estrado entre los sitios ocupados habitualmente por Helia y su padre.

Era de un admirable parecido, pues encima del armazón de madera en que descansaba la bella cabeza de cera, le había sido colocada la última túnica azul y el velo blanco que había usado ceñido por su diadema de amatistas, tal como ella lo acostumbraba llevar. Entre Fredik y Helia-Mabi habían realizado este prodigio, pues el joven modelaba admirablemente la cera elaborada por las abejas, y Helia-Mabi le había dado al rostro y a las manos el colorido y la expresión que él tanto conocía.

– ¡Oh! ¡Ella no podía faltar con su presencia material a nuestros esponsales! –decía el joven encantado de ver la feliz expresión manifestada en todos los semblantes.

Helia sintió el impulso de arrojarle sobre aquella amada imagen y estrecharla a su corazón, pero Fredik conmovido casi hasta el llanto la detuvo tomándola de la mano, mientras le decía:

–No lo hagáis por piedad, pues quedaría destruido para vos todo el encanto, al estrechar un frío armazón de madera.

Y tomados de la mano, con la mirada humedecida de lágrimas, casi sin sentirlo cayeron ambos de rodillas en muda contemplación de aquella querida imagen que desde la altura del estrado cubierto de tapices y de cortinas parecía sonreírles.

Los dos ancianos hondamente emocionados, no pudieron contener sus lágrimas y se abrazaron cordialmente como dos viejos amigos que hicieran juntos una ofrenda de amor a un genio tutelar de la familia.

– ¿Qué más solemnes esponsales que estos podíamos celebrar? –dijo por fin Helia-Mabi, cuando la honda corriente de emoción había pasado.

–En verdad que toda otra ceremonia, quedaría pálida y fría ante esta espontánea del corazón–. Y acercándose los dos ancianos hacia los jóvenes que mudos permanecían aún de rodillas ante la estatua de Shiva, dijeron las frases de ritual:

–En presencia del Altísimo dejamos celebrados vuestros esponsales para consagrar vuestro matrimonio cuando sea vuestra voluntad.

Cada uno besó en la frente a su hijo, y Fredik levantando a Helia cuyo rostro aparecía inundado de lágrimas, tomó entre ambas manos su hermosa cabeza y la besó en ambas mejillas, mientras jugando siempre, le decía:

–Cayó el globo de marfil empujado por los enanitos.

Vilmo y Héberi acompañados por las jóvenes Kobdas iniciaron el concierto llamado Nupcial, creado por Bohindra la noche aquella de sus desposorios con Ada, y cuando estuvieron dentro del recinto todos los jefes de tribus que habían sido invitados, Helia-Mabi hizo el anuncio de práctica:

–Mi hija, vuestra Piquina Manh, acaba de celebrar esponsales con el hijo de nuestro aliado y amigo, el jefe de la grande y noble familia de los Kusmuch del vecino país de Soldán.

Un formidable aplauso respondió a estas palabras y entre los acordes del suave himno emanado del alma de Bohindra en horas de suprema dicha, los dos jóvenes recibieron una lluvia de flores sentados a ambos lados de la riente imagen de Shiva que parecía adquirir vida al contacto de la dicha y del amor.

153

ROSAS BLANCAS

El primer pensamiento de Helia-Mabi fue participar el acontecimiento al Kobda-Rey que del otro lado del Monte Zagros se encontraba en la ciudad de Asag, bajo las tiendas circasianas en medio de lo que podía llamarse la familia de Helia, pues con el Kobda Rey se encontraba su esposa Ada, Evana, Abel y Mabi con los Kobdas que a ésta la habían acompañado, primero como cautiva y después como esposa del Scheiff.

El mismo mensajero que llevara la noticia a Asag debía seguir viaje hasta el país de Ethea para participarla también a Iber, el joven Chalit.

La sorpresa fue grande en Num-Maki cuando a los nueve días de haber salido estaba de vuelta el mensajero trayendo para la joven reina un tubo de cobre que encerraba un papiro en que su hermana Mabi le decía:

“La Ley Eterna nos hizo a entrambas, semejantes en nuestros cuerpos físicos y en nuestros destinos como espíritus. Como avejillas viajeras salimos de nuestro dulce nido en La Paz, a realizar una excursión de consuelo a nuestra madre y el destino nos aprisionó tan fuertemente que no nos deja volver.

“Yo me encargo de hacer llegar la noticia de tus esponsales a nuestro hermano Iber y hacemos volver de inmediato a tu mensajero para decirte que si apresuráis la celebración del matrimonio para la próxima luna, podrá presenciarlo nuestro Kobda-Rey con la Reina Ada, nuestra madre Evana, nuestro hermano Abel y mi esposo y yo. Si tardáis más tiempo, todo esto será imposible pues ellos regresan a La Paz, y Abel saldrá en misión para los países del Báltico en la última luna de estío. Como no dudo de vuestra resolución al respecto, dejo para decirte con un abrazo estrecho todo cuanto deseo de grande y bello para ti. Todos cuantos te amamos nos unimos en torno tuyo en este solo pensamiento: Que se cumpla en ti la voluntad del Altísimo. Mabi”.

Durante los días que tardó el mensajero en volver, Helia-Mabi dispuso de acuerdo con el Consejo, la salida de heraldos hacia todas las ciudades más importantes de Num-Maki llevando al Jefe o Caudillo de tribu una copia del acta de los esponsales, en forma que ningún recelo ni temor pudiera levantarse en el ánimo de aquel pueblo respecto de lo que pudiera llamarse un cambio de gobierno. Y fue esta medida muy oportuna pues no todos miraban con tranquilidad el matrimonio de la joven Reina con un vástago de la antigua y fuerte raza que azotada por la Reina de los Escitas y Gomerianos, cargó con muchas de las infamias y responsabilidades de los hechos delictuosos de aquella malvada mujer. De grado o por fuerza, ella había tomado porciones de hombres soldaneses que mezclados con sus propios guerreros habían assolado todos los países circunvecinos. Y los buenos nummakianos recelaban del hombre que el destino colocaba al lado de la Piquina Manh. El bando llevado por los heraldos de Helia-Mabi fue a disipar todos esos temores pues en el acta de esponsales se había convenido, en que llegado el caso de muerte del anciano Fredik de Kusmuch, su hijo sería el sucesor sin que en ninguna forma fuera anexado Num-Maki al país de Soldán.

Para ellos continuaría siempre la Piquina Manh como suprema y única autoridad. Y los nummakianos seguros ya de que no se les llevaría a una nueva dominación extranjera, como la que habían sufrido a la muerte de Aranzán, padre de Shiva, comenzaron los preparativos para celebrar el magno acontecimiento.

– ¡Qué lástima de nuestra Piquina Manh!... –decían muchos, sobretodo los más poderosos Jefes de Tribus—. Habíamos soñado con que tomase esposo entre nosotros, eligiendo el más apuesto y gentil de nuestros hijos, y ahora se adueña de ella un príncipe extranjero.

Mas, hubo alguno más largo de vista que dijo:

–Por alianzas como éstas también se engrandecen los pueblos, pues al establecerse la unión emanada del trono, el límite territorial casi desaparece y nuestras tribus ya demasiado numerosas para la poca tierra de que disponemos, podrán expandirse y ampliar así los horizontes para los hijos de nuestros hijos. Tengamos en cuenta que las tribus que pueblan el Sudeste del Caspio fueron horriblemente diezgadas por las vandálicas correrías de la Shamurance y que gran parte de sus valles y de sus montañas están despoblados. ¿Quién podrá dudar que nuestra Piquina Manh conseguirá para nuestras tribus estrechas ya en sus dominios, aquellos fértiles valles vacíos?

“¡Vamos! nos conviene no murmurar de la fortuna que acaso es para nosotros una gran dicha este matrimonio.

La opinión de este Caudillo acabó de aquietar el ánimo de los pueblos y el egoísmo de la propia conveniencia les hizo empezar a soñar con nuevas perspectivas de bienestar y de engrandecimiento. ¡Tal ha sido y es la mayoría de la humanidad terrestre! Poco o nada significan para ella las alianzas espirituales, ni la grandeza de un ideal, si ellas no aportan un adarme de ventajas de orden material a los individuos o pueblos que los sustentan.

El anciano Fredik se ocupó en hacer llegar hasta Soldán las venturosas noticias, pues aquella porción de humanidad mirando también por sus grandes o pequeñas conveniencias, deseaba mucho una alianza semejante que diera brillo y grandeza a su raza, muy deprimida desde la época de las grandes turbulencias que ya conocemos. Las tribus del Sudoeste del Caspio aunque pacíficas y laboriosas, sólo se mantenían unidas por la poderosa influencia que ejercían los Kobdas Montañeses.

Aquel Santuario al parecer inactivo y silencioso, era como el pararrayos de todo aquel hormiguero humano.

Su Ley les hacía ser los grandes apóstoles de la paz y de la fraternidad para suavizar todas las asperezas que de vez en cuando surgían entre ellos. Para mejor dominarlas y esclavizarlas, la Reina Guerrera quitó de en medio los altos Caudillos que las gobernaban y cuya sola palabra era una ley para aquellos pueblos; no había entre todos ellos un hombre que sobresaliera notablemente de la multitud, y debido a esto habían nacido rivalidades entre las grandes tribus. La unión del heredero de los Kasmuch con la Reina de los antiguos y respetados Matchas del Lago Urán, daba a aquella tribu un nuevo blasón de engrandecimiento y de

poder que la ponía en condiciones de marchar al frente de la civilización en aquellas comarcas. Y el historiador de tales hechos, buscando de ser justo, puede decir que el genio protector de aquellos pueblos tuvo gran acierto en llevar a la supremacía a la tribu de los Kusmuch, pues era a no dudarlo, la más elevada en su moral y en sus costumbres, y la que contaba con una porción de seres de gran evolución. El país de Soldán llegó pues a convencerse de que el matrimonio de Fredik de Kusmuch, con la joven Reina de Num-Maki era toda una conquista de dicha y de paz para el futuro. Entraba también en este agrado, el hecho muy importante de que el anciano Fredik estaba vinculado por la sangre con varios Kobdas del Santuario, que era amor y luz para todos, y que su hijo el juguetón y sencillo Alegrinis era como el jefe de toda la juventud deportista, que pasaba la mayor parte de la vida escalando montañas y explorando serranías.

Nos falta saber qué hizo la joven Reina de Num-Maki mientras iba y volvía el mensajero. Se arregló con el Pangrave Abelio y la Mangrave Balbina para que la cautiva de la Torre de la Justicia saliera de ella secretamente y dando un rodeo por las encrucijadas de los cerros que circunvalaban el oeste de la ciudad, entrara en ella como una viajera venida con la última caravana que llegaba del Norte y pasaba llevando mercancías hacia el Golfo Pérsico.

La jovencita Kobda, hija suya, hermanastra de Iber por ser también hija de Selyman, fue oportunamente avisada de que llegaría en breve su madre como visita de amistad a la Reina cuya protección había solicitado.

Y solucionado en tal forma este delicado asunto, Helia había logrado también convencer al anciano guardián de la Torre, de que era justo celebrar el acontecimiento de su matrimonio dando libertad a los pobres cautivos en ella.

– ¡Bien entendido, oh, Piquina! –según decía el viejo severo y adusto en extremo–, que a la primera que hagan, los encierro de nuevo y para no salir jamás.

– Dádmeles la libertad el día de mi matrimonio –decía la joven Reina–, y que ellos y sus familias sepan que si son encontrados en el más pequeño desorden, volverán de nuevo a la Torre o tendrán que salir del país.

– ¡Pero Piquina Manh! –exclamaba el viejo–, si éstos no tienen familia, ni amigos, ni siquiera un mastín que ladre a su llegada.

– ¡Infelices!... –decía ella con gran tristeza–. ¿Cómo no han de ser malos si no tienen a nadie que les quiera?

– ¡Oh, Piquina!... ¡El amor no se recibe de regalo ni de prestado! El amor se conquista con las obras, y si las de ellos fueron tan malas, ¿qué amor puede rodearles? ¿Es posible amar al pedrusco que al caer sobre

nuestros campos nos destruye frutas y legumbres? ¿Aman las abejas a los zánganos que comen y no trabajan? ¿Aman las ovejas a los lobos que les devoran sus corderillos?

“¿Cómo queréis que alguna persona ame a estos seres que no han sembrado otra cosa que el mal en torno suyo?

–Es verdad, Audabán, es verdad cuanto dices, pero yo necesito para mi tranquilidad hacer un supremo esfuerzo por redimirles y espero que tú me ayudes en esta tarea.

–Mandad, Piquina Manh, lo que vos queráis será hecho.

– ¿Cuántos son?

–Ochenta y dos quedan solamente, pues vuestro corazón y el corazón de vuestra santa madre dejaron casi vacía la Torre. Cuando ella vino teníamos allí cuatrocientos ochenta sin contar los amarrados a la cadena en las cavernas.

– ¡Oh, que horror!... ¿Y están todavía allí esos infelices?

– ¡Qué han de estar, si vuestra madre mandó trasladarlos todos a la Torre para que fuesen mejor cuidados! También la pobrecilla tuvo mucho que sufrir a causa de su piedad. De esos, algunos murieron y otros tornaron a sus familias que estaban fuera del país.

–Bien, bien, se me ocurre una idea. Búscame un hombre joven y fuerte de tu absoluta confianza, para ser el jefe de una cuadrilla de obreros encargados de hacer reparaciones en las murallas y vías de la ciudad.

–Si os parece, en vez de uno serán seis, pues no me fío nada de estos lobeznos sueltos entre el rebaño.

– ¡Muy bien, Audabán, muy bien, y tú serás el jefe supremo de toda esa gente! Y, ¿el otro prisionero?..., ¿el último que llevaron a la Torre?

– ¡Oh, Piquina Manh!..., ¿el que fue miembro de vuestro Consejo?

–Justamente.

– ¡Mirad!... ¡el Pangrave Abelio me había dicho que os ocultáramos la triste noticia hasta después de vuestra boda, pero vos no os olvidáis de nada! Con vos no se puede, ¡oh! Piquina, porque como la luz estáis en todas partes.

– ¡Ah, picarones! ¿Con que pensabais engañarme? ¿Qué ha sido de ese hombre?

– ¡Se ha quitado la vida!

Helia echó su cabeza atrás, cerró sus dulces ojos y quedó unos momentos en silencio.

–Debí haberlo sospechado –murmuró después–. ¿Cómo afrontar la vergüenza de pasar del Consejo al presidio? ¡Pobre ser! He ahí una carga que cae sobre mí para siglos y siglos. Y, ¿cómo fue eso?

–Como vos quisisteis que se le dejara libertad de andar por los patios

que rodean la Torre, y como allí hay grandes árboles y muchos repuestos de cuerdas para mover los tornos de subir las provisiones...

– ¡Se ahorcó! –exclamó aterrada Helia, dando vuelta su rostro hacia otro lado como para huir la trágica visión que se esfumaba del pensamiento del narrador.

– ¡Sí, Piquina Manh! se ahorcó dejando grabado en un lienzo estas palabras: “Haré yo mismo lo que haría mi pueblo cuando se entere de que fui traidor a las dos mujeres más piadosas y buenas que ven la luz del sol”.

– ¡Que el Altísimo recoja ese gemido de arrepentimiento! –exclamó la joven Reina, pálida y con sus ojos llenos de lágrimas. Y despidiendo a Audabán corrió a donde estaban sus hermanas Kobdas, las llevó a la Mansión de la Sombra después de haberles dicho: –Necesito que me ayudéis a sacar de las tinieblas a un prisionero que se ha quitado la vida.

“Quería yo tejer de rosas blancas mi velo de desposada y he aquí que este hecho viene a salpicarle de sangre.

–Calmaos –le decía Balbina–, que también las manchas de sangre se borran con el amor. Ha muerto arrepentido de su crimen y ha muerto bendiciendo a vuestra madre y a vos. ¿Quién no pensará que ella en su estado libre de espíritu le despertará en breve para que inicie en una nueva etapa su regeneración verdadera? Y acaso su propia desgracia le servirá como lección dura pero justa para sus vidas futuras. Ya lo veréis. Parece que vuestra madre anda en medio de este asunto.

* * *

Y antes de que el mensajero tornara, los trabajos de embellecimiento de la ciudad avanzaban con vertiginosa rapidez. Y los habitantes de la ciudad de Aranzán decían maravillados:

–Mirad al viejo Audabán dando órdenes a los operarios, contento de que le hayan sacado por fin de guardador de leopardos en la Torre de la Justicia.

Y Helia mirando desde su terraza las reparaciones que hacían, pensaba:

–También esos pobres seres me brindan rosas blancas para mi velo nupcial.

Y ¿Fredik?..., ¿qué había hecho Fredik en ese compás de espera del gran acontecimiento? Preguntas son estas que el lector estará haciendo al narrador astral, como los niños al abuelito que les deshoja tiernas escenas de su larga vida que ya pasó.

Según la costumbre de aquellos países y en aquella época remota, una vez celebrados los esponsales, la etiqueta exigía que los novios celebraran

una diaria entrevista en la velada nocturna de la familia, pero cesaban los paseos y excursiones y sobre todo no les era permitido bajo ningún concepto las confidencias solitarias. Y tanto era más rigurosa esta costumbre cuanto de más elevada alcurnia eran los contrayentes. Y en el caso presente era una joven Reina del antiquísimo Irán, y un príncipe heredero del austero y noble país de Soldán.

Un pabellón independiente se había arreglado para los ilustres huéspedes con varios de sus grandes jefes recientemente llegados desde el Caspio a finalizar asuntos pendientes. Ya supondrá pues el lector que al enamorado Alegrinis le tenía completamente molesto y casi amargado esta inflexible legislación, llegando hasta desear ser hijo del último pastorzuelo de aquella tierra para verse libre de una etiqueta estúpida según él. Y buscando distraerse se retiraba por momentos a aquel cenador donde bajo un espléndido dosel de rosas tuviera aquella deliciosa conversación con Helia.

Y lleno como estaba de su recuerdo, de su pensamiento, de su delirante entusiasmo por aquella divina criatura que le parecía única en la tierra, tuvo la idea de verla vestida el día de su boda como ninguna otra lo habría estado jamás. ¿De qué la cubriría pues, si todo le parecía grosero y tosco para ella que era como una luz de aurora en su camino?

—La vestiré de rosas blancas, pues no hay oro ni plata, ni seda que sea digno de ella. —Y sin más ni más fue recorriendo todas las casas donde veía jardines en la ciudad y fuera de la ciudad de Aranzán, llegando en sus largas correrías hasta apartadas aldeas del valle que se abría como un manto de verdor en los alrededores del Lago Urán.

Y con gran aplomo y sencillez se presentaba él mismo:

—Soy Fredik de Kusmuch el futuro esposo de vuestra Suisini-Manh; y os contrato para el día víspera de la boda todas las rosas blancas que podáis reunir. No miraré el precio, que son para vestir ese día a vuestra Reina y quien las paga soy yo.

Y aunque fuera grande el amor a la Piquina Manh, también en muchos se despertó algo de codicia y los unos por amor, los otros por ambición, Fredik estaba seguro de que tendría tal enorme cantidad de ellas, que podría satisfacer su deseo aún con mucha más amplitud de lo que había soñado.

Y cuando a la hora de las nocturnas veladas entraba su padre y amigos a la gran sala donde ya esperaba Helia-Mabi con su hija, sus Consejeros y los Kobdas, llevaba siempre un ramo de rosas blancas que ponía en las manos de su prometida, mientras le decía:

—Ya que nos tienen separados, que estas rosas os cuenten cuanto hice y cuanto pensé en vos este día.

Y cuando días después se anunció la llegada del Kobda Rey con todos

sus acompañantes, Fredik salió juntamente con Helia-Mabi, su padre y los más antiguos personajes de Num-Maki hasta la primera jornada de que los viajeros harían al pie de la gran Montaña Zagros. Helia y sus compañeras Kobdas, esperarían a la puerta de la ciudad.

Hasta la salida de la Cordillera, los viajeros venían en mulas amaestradas al lado de las cuales caminaban a pie los prácticos guiando las bestias, sosteniendo grandes parasoles para resguardarles de la intemperie sobre todo a las tres viajeras mujeres: Ada, Evana y Mabi.

Difícil sería describir la impresión de Alegrinis, cuando al realizar la operación de dejar las mulas para subir a los hermosos elefantes de Num-Maki con sus doseles y sus mantas de púrpura, se encontró frente a frente con Mabi mientras que Vladiko la ayudaba a subir a la carroza viva que le estaba destinada. Y sin poderse contener se acercó al Caudillo circasiano para decirle:

– ¡Bienvenido, señor viajero!..., ¿pero cómo tenéis aquí a la Reina?

–La Reina es aquella –le respondió Vladiko, señalando a Ada que con Bohindra se acercaba en lo alto de otro elefante.

–Aquella será otra Reina, pero yo digo la mía, sí señor, ¡la mía! ¿Cómo es que viene con vos si yo la he dejado en Aranzán al mediodía de hoy?

– ¡Ya, ya! –dijo Vladiko, echándose a reír mientras estrechaba amistosamente las manos de Fredik que no cesaba de mirar a Mabi, ya algo molesta por aquella insistencia–. Pero, ¿no sabéis, señor de Kusmuch, que yo poseo el doble de vuestra reina? La que veis sobre este elefante es Mabi, mi esposa, y mucho me temo que entre vos y yo vayamos a sufrir lamentables equivocaciones.

–Pero, ¿qué es lo que pasa? –preguntó Mabi, desde lo alto de su carroza viva.

–Nada más que acabo de descubrir que este joven es el prometido esposo de tu hermana y me pide cuentas de por qué tengo en mi poder a su reina –le contestó Vladiko.

Este incidente al correr entre todos los viajeros fue muy celebrado dando lugar a que el jovial y siempre riente Alegrinis conquistara las simpatías de los recién llegados, que al caer la tarde y entre las explosiones de luz dorada del ocaso, entraron en la vieja ciudad de las orillas del lago Urán. Mucho antes de llegar a las murallas una inmensa multitud engalanada con sus ornamentos de fiesta les esperaba con lluvia de flores, aclamaciones y cantos. Era el Kobda-Rey, el gran Thidalá, Jefe de la Alianza de todos los pueblos del Continente..., el hombre cuyo corazón cantaba siempre las tiernas canciones del amor y de la paz.

¡Y corrían acerca de él tantas leyendas! ¡Que había llegado a ser un fantástico personaje encantado para las gentes del vulgo que no

alcanzaban a comprender cómo un ser tan grande y poderoso necesitara tener piedad del último esclavo para ser feliz!

Y, ¡qué amada de él sería la Piquina Manh, cuyas bodas venía a consagrar con su presencia el gran Rey de Naciones, atravesando para ello largas distancias!

Y los hombres trepaban a los árboles y a las colinas para ver con sus ojos de carne al Rey maravilloso que había dado libertad a los esclavos, que había destruido el látigo y la tortura, que había transformado los calabozos en talleres, y había aniquilado todas las tiranías.

Y los comentarios del pueblo tomaban proporciones mágicas respecto del extraordinario personaje: que era originario de un país de oro y esmeralda, hundido ya bajo un inmenso mar cuyas olas de turquesa y amatista había traído prodigiosamente al gran Rey para hacer la felicidad de este Continente; que había vivido dos largas vidas en cuerpos que los genios tutelares le preparaban porque tal hombre no debía desaparecer jamás de la faz de la tierra. Y, ¡quién sabe!, acaso los genios tomaran de entre los hijos de Num-Maki otro cuerpo más para que aquel personaje encantado, siguiera indefinidamente sus vidas terrestres.

Y miles y miles de comentarios como éstos tenían embargada la mente de aquella muchedumbre por en medio de la cual iba entrando la suntuosa caravana de elefantes blancos, enjaezados con correajes de plata y grandes doseles y mantas de azul turquí y púrpura violeta.

Los elefantes que conducían a Bohindra con Ada, a Abel con Evana, y a Mabi con Vladiko venían al final de la caravana, y aquellas buenas gentes no acertaban con el personaje misterioso que tan profundamente excitaba su curiosidad.

– ¡Es éste, es éste!... –y los ancianos comenzaban sus lloros y gemidos ante el gran ser que amaba a los pequeños.

–No lloréis todavía –les decía graciosamente Alegrinis–, que éste es el Scheiff Vladiko, esposo de la hermana de vuestra Piquina Manh, ¿la veis? Parece que fuera ella misma.

– ¡Es el que viene detrás! –volvían a clamar–, ese jovencuelo hermoso como un sol con el nuevo cuerpo traído por Ahura Mazda. –Aludían a Abel que llegaba en ese momento con su madre, cuya juventud y belleza le asemejaba a una hermana o a una esposa.

– ¡No, no! –decíales de nuevo Alegrinis, convertido al parecer en Maestro de Ceremonias para indicar a la curiosa muchedumbre cuando era el momento de llorar y gemir–. Este es el hermano de vuestra Piquina Manh con su madre.

Y cuando el joven dijo: –Detrás de ellos viene el gran Rey con su esposa, el clamoreo y agitación llegó a su colmo y el magnífico y manso elefante blanco con doseles y mantas de púrpura violeta, se vio detenido

en su marcha y sufriendo un verdadero asalto de amor y de entusiasmo de la delirante multitud. Ni Bohindra ni Ada pudieron sustraerse a la formidable corriente de simpatía y amor de aquellas gentes, que habían bebido del alma dulce y tierna de Shiva, todo el amor que ella sentía por aquellos dos grandes seres que la habían llevado de la mano al nuevo santuario de felicidad que en el ocaso de su vida le deparaba su ley. Ada lloraba de emoción mientras recogía las flores que le arrojaban en tal profusión, que pronto se vio cubierto de ellas el dosel y la plataforma en que iba sentada en lo alto del elefante. Helia-Mabi y Alegrinis quisieron dispersar a las gentes, pero Bohindra insinuó que les dejara satisfacerse diciéndole cada cual su loa de bienvenida, y él les tranquilizó anunciándoles que daría audiencia diaria para que todos pudieran hablarle.

—Tranquilizaos pues, amados nummakianos, hijos de Shiva —les dijo—, y abridme paso porque la Reina viene fatigada y puede enfermar. Os prometo que mañana seré todo vuestro.

La multitud a estas palabras se abrió como en una avenida y momentos después los viajeros desmontaban a la puerta de la ciudad donde la joven Reina de Num-Maki les esperaba con su Consejo de Kobdas que la acompañaban.

¿Cómo describir amado lector las explosiones de amor de las dos hermanas separadas tan brusca y dolorosamente, y reunidas ahora en momentos de intensa felicidad?

¿Cómo describir las ternuras de Evana y Ada para aquella joven reina que casi habían visto nacer y que les fuera arrancada del hogar común en cumplimiento de su propia ley?

Y Bohindra y Abel llenos también de honda emoción, se limitaron a dejar el beso fraternal de los Kobdas, sobre la frente de Helia velada de blanco.

Y se dirigieron todos al gran salón de recepciones donde debía celebrarse la boda antes de que el sol se hundiera en el ocaso. La muchedumbre les había seguido y apiñado esperaba el grande acontecimiento.

Fredik conducido por su padre apareció poco después vistiendo el traje tradicional de sus mayores para tal ceremonia, consistente en una túnica tejida con hilos de oro y ceñida a la cintura por una cadena de esmeraldas.

Y aquel gran salón adornado según su deseo aparecía como un inmenso rosal blanco en plena primavera. Los cortinados azul turquí aparecían bordados de rosas blancas prendidas con arte inimitable, y los sitiales y estrados simulaban inmensas canastas de rosas cuyos blancos pétalos tomaban a veces las tonalidades oro y turquí de las colgaduras y de los cirios de cera que ardían profusamente.

Helia apareció la última conducida por su padre y cubierta completamente por la red de plata usada en el país para los desposorios reales.

Era una inmensa red de hilos de plata que cubría por completo a la desposada y se extendía hasta larga distancia detrás de ella. Fredik la había mandado orlar en todas sus márgenes con una hermosa guirnalda de rosas blancas en capullo, delicado trabajo que habían realizado las jóvenes Kobdas compañeras de Helia.

La gran ceremonia debía tener como celebrantes a Bohindra y Abel acompañados por los padres de los contrayentes. Según el ritual del país, el esposo esperaba sentado en un gran sitio, que le fuera traída la novia. Bohindra tomó de la mano a Helia y cruzó con ella hasta el extremo del salón donde esperaba Fredik acompañado de Abel y de su padre. Helia-Mabi al lado de su hija llevaba un pequeño cofre de plata con la real ofrenda para el esposo, consistente en una diadema de amatista igual que la usada por los soberanos de Num-Maki en las grandes solemnidades. Y Bohindra comenzó el ritual:

–Fredik de Kusmuch, heredero de los Reyes de Soldán, aquí tenéis la esposa que Ahura Mazda os concede, ¿qué pedís de ella?

–Amor y fidelidad –contestaba el esposo.

–Helia de Susian, Reina de Num-Maki, aquí tenéis el esposo que os concede Ahura Mazda, ¿qué esperáis de él?

–Amor y fidelidad –contestaba igualmente la esposa.

–Si sois capaces de prometerlo y cumplirlo, unid vuestras diestras y que reciba el Altísimo el juramento silencioso de vuestros corazones.

Abel cumpliendo también el ceremonial levantó con ambas manos la gran red de plata y rosas blancas que cubría a su hermana Helia para que los desposados unieran sus manos sobre las cuales dejaron su beso de bendición los padres, los celebrantes y los más íntimos familiares de ambos esposos. ¡Bien bendecidas nupcias donde el beso de Abel y Bohindra, de Ada y Evana, de Mabi y su padre, era bastante para inundarles de amor y de ternura para toda su vida por larga que ella fuera!

Y la red de plata bordada de rosas blancas caía como un celaje de luna sobre ambos, que así cubiertos escuchaban la breve lectura que de los deberes de esposos les hacía el más antiguo de los celebrantes que en este caso era Bohindra.

Terminado esto, la red fue levantada y Helia ciñó en la cabeza de Fredik la diadema de amatista que lo elevaba a su misma altura en medio del pueblo nummakiano.

Y ya sentados ambos en los sitios que les correspondían y rodeados por los que habían actuado en la magna ceremonia, se inició el desfile de la muchedumbre que ordenadamente entraban de diez en diez, ostentando

coronas de pámpanos con dorados racimos, con guirnaldas de cerezas maduras y flores de azafrán.

Durante este ceremonial, los Kobdas y principales personajes del Consejo de Gobierno, repartían pequeñas redomas de perfumes, jarabes y vino a los que iban pasando ante la feliz pareja de cuyo amor esperaba aquel pueblo su propia dicha.

154

LA RED DE PLATA

Era costumbre en aquellas comarcas que la red de plata que había velado a los desposados durante el ceremonial, permaneciera en exhibición en el gran pórtico de entrada, pues era considerada como un símbolo sagrado que atraía paz, abundancia y felicidad a los que conseguían tocar en él cualquier objeto de uso personal.

Dos grandes motivos había para que la vieja ciudad de Aranzán capital del País de Num-Maki, se viera invadida por numerosos viajeros: el desposorio de Helia, la Piquina Manh, la hija de la dulce e inolvidable Shiva, y la llegada del Thidalá de la Gran Alianza cuya fama de justo sabio había llegado ya hasta los países del Tronador, *—el Indo—. Las caravanas de mercaderes de una parte y las gavillas de piratas por otra, habían llevado a todas partes la gran noticia que a todos los beneficiaría en sus negocios.

—Habrán muchos viajeros —decían los mercaderes—, y por tanto Aranzán será un excelente mercado para toda clase de ventas.

—Habrán muchos viajeros —decían los piratas—, que acudirán a Aranzán cargados de sus productos y volverán cargados del oro y piedras preciosas, y todos los caminos que convergen hacia allí serán halagüeños y provechosos.

Es lo cierto que la antiquísima capital de los Matchas era un hormiguero humano en los días que sucedieron al casamiento de la joven Reina.

Tribus grandes y tribus pequeñas, agrupaciones de familias, de guerreros, de esclavos, de hombres perseguidos por la justicia humana, todos se sentían impelidos hacia el gran Rey que parecía encarnar en aquella hora de la humanidad cuanto puede haber de grande, fuerte y bueno en medio de ella.

Y los que acudían no eran por cierto los felices triunfadores en la vida, sino los vencidos, los caídos, los que padecían la injusticia de los poderosos y llevaban sobre sí mismos la carga impuesta por los egoísmos humanos.

Tribus desposeídas de las tierras en que habían nacido desde muchas

generaciones y brutalmente arrojadas a tiro de flechas y después de haberles robado sus ganados y sus caudales, acudían a buscar amparo en el Rey de vestido azul, el mago de la concordia, el hombre que según la creencia del vulgo poseía el secreto de la dicha de los hombres. Agrupaciones numerosas de esclavos hambrientos y de mujeres harapientas y escuálidas venían de las comarcas vecinas del país de Num-Maki, donde por dicha se encontraba el hombre prodigioso que poseía el maravilloso poder de remediar todos los males de la vida.

Helia-Mabi y los Kobdas al frente de todos los hombres más capaces de la ciudad, se vieron obligados a la enorme tarea de dar ubicación en cuadras, en establos y en graneros, en pajares y subsuelos a toda aquella avalancha de dolor humano y con la promesa de que serían remediados y escuchados si guardaban orden y corrección en todo momento.

El viejo Audabán que no usaba muchas contemplaciones, creyó más explícito hacerles ver las fieras encerradas en los fosos y decirles:

–Al primero que haga desorden le tiro de cabeza a las cuevas, conquie ya sabéis como se trata aquí a la gente revoltosa.

Para la grande alma de Bohindra, iluminada por el amor, no fue cosa difícil encontrar ubicación para aquellas tribus despojadas de tierras y de ganados, y encontrándose en presencia de tres jefes de pueblos convino con ellos en que les dieran tierras de labranza para sacar de ellas la subsistencia. Los países costaneros del Mar Caspio habían quedado muy despoblados a causa de las emigraciones de años anteriores huyendo de la Reina Pirata y de las grandes matanzas ordenadas por ella. Los países de Hircan, de Barcania y Partan, estaban casi desiertos y sus tribus diezmadas y pobres, se habían puesto bajo la protección de las dos dinastías más fuertes de Soldán: los Kusmuch y los Alzú, que en fraternal amistad gobernaban aquellas regiones que siguiendo la enseñanza de los Kobdas, habían adoptado la ley de la Gran Alianza de la cual formaban parte tres años hacía.

Como de ambas dinastías había delegaciones importantes en Aranzán con motivo del matrimonio de la joven Reina, pronto se pusieron de acuerdo en que el anciano Fredik, que ya trataba de regresar a su país con todos sus acompañantes, se llevara consigo en numerosa caravana a los infelices desterrados de Pasagarda y Aspadan.

Vladiko se llevaría consigo a los de Carcañan, quedando en Num-Maki las numerosas familias aisladas y la agrupación de mujeres con las cuales la anciana Balbina fundaría Talleres de tejidos por el estilo de Monte Kasson y Neghadá.

Y mientras Kobdas y Jefes habían realizado en doce días esta vasta labor en beneficio de los desheredados y oprimidos, Ada y Evana, Helia y Mabi entregadas por completo a las tiernas expansiones de su amor

y su ternura recíprocas los habían pasado sentadas bajo la red de plata del gran pórtico de la vieja mansión, ya escuchando las dolorosas confidencias de las tragedias íntimas que cada cual había padecido o, ya controlando en sus cartapacios de tela encerada si los comunicados telepáticos y manifestaciones extraterrestres habidos entre las cuatro, habían sido sentidos y percibidos en los días, horas y formas en que aparecían anotados en las anotaciones escrupulosamente llevadas por cada una de ellas.

Hay aquí que confesar que hubo momentos de cierta comicidad trágica, cuando Vladiko acercándose a veces a las cuatro mujeres pudo comprobar que en los cartapacios de Evana, Ada y Helia, quedaba él muy mal parado, pues en los tres aparecían vivos reflejos de todo el tormento que por su causa había sufrido Mabi.

–Pero, ¿es posible que vosotras nobles princesas, reinas o Kobdas queráis conservar esos vestigios de mi negro pasado? –les decía sumamente alarmado–. ¿Qué salís ganando con mi afrenta?

–Señor Scheiff –le decía Helia con mucha gracia–, creedme que hubo momentos en que tuve impulsos de odio contra vos, pero hoy este cartapacio me es querido porque en él encuentro el triunfo de mi amada hermana, el triunfo del amor de los Kobdas, y vuestro triunfo sobre vuestro pasado. ¿No es todo esto un verdadero poema de gloria para los que apreciamos las transformaciones del espíritu después de luchas sin cuenta?

Ada y Evana reían ante los picarescos ojos de Mabi y de Helia, que leyendo y releendo sus cartapacios iban dejando más y más al descubierto las fibras duras y reacias del alma de Vladiko, causándole a este una vaga inquietud que lo hacía asemejarse a un chicuelo travieso y malo descubierto en sus fechorías. En tal momento apareció Fredik, con unos cuantos hermosos pájaros-nieve que acababa de sorprender en sus nidales en lo alto de las montañas vecinas.

–Venid en mi ayuda por favor, vos que tenéis el don de tornar en risa todas las tragedias –clamaba entonces Vladiko–. Mirad que esto es un consejo de oprobio y baldón para mí.

– ¿Y estáis apenado por eso, vos todo un Scheiff, jefe de un numeroso pueblo y dueño de una Scheiffa que es como una copa de miel?

– ¡Naturalmente!

–Pues no, señor mío, pues lo natural es que estéis más que satisfecho y os hagáis este razonamiento: “Si habiendo yo sido tan grosero y torpe, ha llegado un día a quererme, ¡conque! ¿Cómo será el amorcito que vendrá en el futuro si yo me lo sé merecer? ¿No comprendéis?

Una sonora carcajada franca y sincera respondió a estas palabras de Fredik que mientras tanto iba dejando en el regazo de las cuatro

mujeres, hermosas canastillas de paja, rellenas de musgo, en que había colocado los pichones de pájaro-nieve que les había traído como regalo del montañés, según él mismo se apellidaba.

Mas, esta íntima dicha de aquella pequeña porción de la gran familia Kobda, vino a ser turbada dolorosamente como ocurre en casi todas las grandes alegrías de esta tierra.

Según la costumbre eran cuarenta días que la red de plata debía permanecer en exhibición para que ninguno pudiera quejarse de no haber tocado la augusta reliquia que había velado las nupcias de tantas generaciones. Creencia supersticiosa y vulgar que los Kobdas hubieran deseado borrar del horizonte mental de los nummakianos, pero que debieron resignarse a dicha puerilidad en atención a que eran ya muchas las reformas fundamentales que aquel pueblo había aceptado, por lo cual bien se le podría tolerar esta práctica a la verdad inofensiva. Pues bien, apenas habían transcurrido ocho días cuando al amanecer del nuevo hubo una gran alarma en la antigua mansión de los Reyes Matchas: la red de plata había desaparecido y los dos arqueros que custodiaban el pórtico de entrada por la noche aparecieron amordazados y heridos, fuertemente amarrados a una de las columnas cubiertas de enredaderas que sostenían la techumbre del pórtico, que era a la vez el piso de la terraza superior a donde convergían las principales salas y habitaciones de la casa.

Los arqueros dieron el siguiente informe: entre los peregrinos que en pequeños grupos habían llegado hasta ya entrada la noche, vieron una mujer toda cubierta de oscuro manto que andaba lentamente y al parecer con mucha fatiga; que la vieron clamar, orar y sollozar tocando todos los bordes de su manto con la red de plata, lo cual no les llamó la atención, pues eso mismo era repetido hasta el cansancio desde que comenzó la exhibición. Esa noche ocurrió que Bohindra, Abelio y Abel estuvieron de plática sentados en uno de los estrados del pórtico, a la semioscuridad de las estrellas, pues mandaron apagar las antorchas cuyo humo y resplandor les molestaba.

Bohindra se había retirado el primero a su banco de reposo, después le siguió Abel, quedando solo Abelio que siempre era el último en retirarse, después de haberse asegurado de que todo se hallaba en su sitio en la gran casa cuya administración de justicia le estaba encomendada.

Abelio se parecía grandemente en estatura y conformación y en su cabellera rubia algo encanecida al Kobda-Rey, con el cual además tenía la semejanza de la edad y de la vestidura. Y cuando daba la vuelta al pórtico para irse a su habitación, la mujer de los grandes mantos se levantó preguntando en voz muy baja a uno de los arqueros:

–Decidme por piedad, si es el gran Rey de vestido azul y me iré contenta a morir en mi choza por haberle visto aunque sea a la luz de las estrellas.

El arquero deseando satisfacerla y que se fuera pronto para echarse unos momentos en el estrado a descansar, le contestó:

–Sí, mujer, idos tranquila que habéis visto al Kobda Rey de todas las naciones.

La mujer dio un gran clamor como de acción de gracias y en el mismo instante y de entre las espesas matas de enredaderas habían salido unos cuantos hombres que les amordazaron y ataron, corriendo después tras de Abelio al cual envolvieron en la red de plata y se lo llevaron.

De todo esto dedujeron que la víctima señalada era Bohindra, pero que las circunstancias especiales en que el hecho se desarrolló, produjo la equivocación.

En una de las callejuelas del parque hacia la parte de la puerta destinada a entrar o sacar fieras de las cuevas, se encontró el cadáver del viejo Audabán y otros dos cadáveres más de hombres cuyas vestimentas y tipos no eran conocidos como del país. Todo indicaba allí que el viejo guardián se había defendido hasta morir, y que la muerte de los otros dos sujetos había sido causada por las dos panteras de la primera cueva que aparecía abierta. El anciano tenía una herida mortal en el pecho, y se podía deducir que viéndose ya incapaz de defensa, había acudido a las fieras que despedazaron a los adversarios y acaso siguieron persiguiendo a los otros.

Por fin se encontraron rastros de sangre, eran las pisadas de las fieras persiguiendo otras víctimas. Una de las panteras muerta al pie de la muralla les hizo encontrar el rastro del lugar por donde habían entrado, que era una gran piedra movida de su sitio, con el fin de fortificar una de las entradas laterales que la acción del tiempo había destruido; reparación que estaba sin terminar.

Los rastros de sangre seguían hacia el Sur hasta que la otra pantera muerta también, parecía poner punto final a todo intento de pesquisa. Entre aquel laberinto de montañas, ¿quién podría descubrir hacia dónde habían seguido los malhechores?

Y en la vieja casa de Shiva había una inmensa angustia, la angustia de la joven Reina para quien el Pangrave Abelio era la fuerte columna en que se había apoyado en sus horas de desfallecimiento y de angustia.

–Será grande y bueno hasta su muerte –decía para consolarse–, pues con ella salva al Kobda-Rey, cuya vida es quizá más necesaria a la paz y dicha de los pueblos.

La muerte del viejo Audabán la afectó grandemente y fue necesaria la fuerte y serena irradiación de Abel, de Bohindra, toda la ternura de Ada, Evana y Mabi, toda la maternal solicitud de la anciana Balbina para atenuar la ruda crisis que el espanto y el dolor debían producir en aquella naturaleza sensitiva y neurótica.

– ¿Cómo habíase introducido la sierpe del odio entre tanto amor como la había rodeado? ¿Por qué en su casa habían querido arrebatarse al Kobda-Rey, justamente cuando con todo afán y desvelo se había preocupado de la felicidad de los pueblos desposeídos y errantes?

¿Quién era esa mujer maligna, agente de aquellos malhechores? ¿Por qué habían dejado vivos a los dos arqueros que guardaban la red?

Todas estas preguntas hacía Helia una y mil veces a los que la rodeaban deseando encontrar un vestigio del Pangrave Abelio, hasta que su padre vestido como para una cacería se presentó con Fredik y Vladiko que volvían de la primera excursión realizada apenas fue conocido el hecho.

Traían un viejecito leñador que les dio la noticia de que cuatro hombres conducían sobre una mula un hombre enfermo, vestido de azul, con los cabellos rubios y largos. Que le pidieron vino caliente para reanimarlo y vendas para curar las heridas que en las piernas tenía uno de aquellos hombres. Como allí debían esperar a alguien y el camino no les ofrecía seguridades, le pidieron albergue para el enfermo por unas horas, a lo cual él accedió sin sospechar absolutamente nada. Que cuando habían partido, su mujer encontró en el sitio de la estera en que estuvo sentado el enfermo o sea Abelio, un trocito de tela con unos signos que él no comprendía y que allí los Kobdas descifraron con facilidad.

“Me llevan por orden de Kaíno, creyendo que soy Bohindra. En la ribera oriental del Tigris espera aquél y cuando vea que no soy quien piensa...” Estaba interrumpido, y fácil era adivinar que no había podido decir nada más, pero era lo bastante para darles una gran luz respecto a lo que se tramaba, o era la muerte de Bohindra o era la abdicación en favor de Kaíno, pues ya desde tiempo atrás habían corrido rumores de que ambicionaba suceder al Kobda-Rey como jefe supremo de la Gran Alianza, y buscando oportunidad para conseguirlo con el menor ruido posible encontró aquella coyuntura de estar Bohindra lejos de La Paz, sobre la cual lanzaría Kaíno sus huestes una vez que tuviera en su poder al gran hombre, que era el nudo central de la gran red que protegía a Abel y a toda la vasta organización cuya grandeza ambicionaba.

Le matará de furor cuando vea la equivocación que han tenido sus hombres –decían las mujeres aterradas hasta lo sumo.

Bohindra guardaba silencio y también Abel, pero una sombra de dolor contenido en lo más hondo del alma asomaba a sus ojos cuando oían tales conversaciones.

Un fuerte destacamento de arqueros había salido a todo el correr de sus caballos por distintos caminos para no llamar la atención y con el fin de cortarles la retirada hacia las orillas del Tigris.

Aquellos hombres fueron vestidos como los dos cadáveres que las

panteras habían despedazado para causar un engaño en los que conducían a Abelio, a los cuales se presentarían como enviados de su señor para custodiar mejor al importante prisionero. Mientras tanto el pueblo nummakiano lloraba a grandes sollozos, no tanto por el Pangrave Abelio como por la red de plata, cuya desaparición antes de cumplirse el plazo de la ley era un terrible augurio de desgracias para la Piquina Manh y para su pueblo que tanto la amaba.

Y la familia Kobda reunida en la Mansión de la Sombra, llamaban en auxilio de Abelio y de aquellos que corrían a salvarle, a todas las alianzas espirituales de los Santuarios y de los Refugios Kobdas. Cuando llevaban unos cuarenta minutos de profunda concentración, los sujetos psicográficos escribieron en sus cartapacios de tela encerada y con los signos acostumbrados más o menos la misma cosa:

“Aún no es la hora final de nuestro hermano Abelio que debe cumplir todavía otras misiones; pero fortalecedle con vuestro amor conjunto a fin de que reciba lo que le inspiramos realizar en este momento”.

Otros cuarenta minutos más dieron como resultado que Abel, Bohindra y la anciana Balbina se desdoblaron y sus cuerpos astrales corrieron al lugar en que el hermano cautivo se encontraba justamente a la hora en que los enviados se encontraban con los malhechores que le conducían y que era ya pasado el mediodía. Y cuando los tres volvieron al plano físico traían la misma impresión: Nuestro hermano se siente ayudado y está envuelto en una suave onda de serenidad y de esperanza, mientras continúa envuelto en la red de plata y de pieles al pie de un árbol donde le habían sentado.

Y como los tres videntes no conservaban el recuerdo de detalle alguno de lo que pasaba, el narrador astral los refiere a los lectores.

Los malhechores se habían detenido para dar descanso a sus cabalgaduras y tomar algunos alimentos, y estaban maravillados de la tranquilidad con que Abelio comía y hasta se permitía bromear con ellos.

–Pero vos no parecís un gran Rey –le decían–, que así nos tratáis como a vuestros iguales.

–Los Kobdas hacemos de la realeza una carga y un deber que el Altísimo impone a quien le place, lo cual no nos autoriza para mirar como a inferiores a ninguno de nuestros semejantes, que acaso sin ser reyes podrán valer muchísimo más –le contestaba el Kobda sin desengañarles respecto de su persona–. Por ejemplo, vosotros –continuó–, me demostráis tener una grande abnegación por cuanto habéis expuesto vuestras vidas por traer como un fardo a este Kobda ya viejo, que muy poco provecho os puedo traer.

– ¿Cómo poco? –preguntaba el que parecía ser el jefe–. Yo estaba condenado a la cadena en una caverna y me dan la libertad y un saco

de oro y piedras preciosas si consigo éxito en esta arriesgada empresa. Llevar como un rehén al más grande rey de la tierra bien se merece una fortuna junto con la libertad. Pero si vos me pagáis más, os vuelvo por donde os hemos traído y el Aitor Medhuajel no me echa más los ojos encima.

–Entonces seríais un traidor para el hombre que puso en vos su confianza.

– ¡Vaya unos escrúpulos! Bien se conoce que no sabéis lo que os espera allá en las grandes islas del Tigris donde él tiene su fortaleza.

–Y, ¿qué puede hacerme? ¿Matarme? ¿Y acaso no es el morir el fin de todo ser nacido a la vida?

–No es vuestra muerte lo que quiere sino vuestro poder y vuestro título de Thidalá de la gran Alianza.

–Y si los príncipes que la forman le quisieran a él mejor que a mí, ¿por qué yo habría de oponerme?

–Pero, ¡qué extraño hombre sois, oh, Rey!, jamás pensé que fuera tal vuestro desinterés por mucho que tenía oído de todos vosotros.

En esta apacible conversación estaban cuando llegaron los arqueros enviados de Num-Maki, y uno de ellos que era de los más antiguos servidores y guardianes de la casa de Shiva se acercó a Abelio cuanto pudo, fingiendo que le examinaba con curiosidad pero, a la verdad, para hacerse reconocer de él y que secundara el plan que llevaban premeditado.

– ¡Gran Rey de todas las naciones –le dijo inclinándose–, en nombre del Aitor Medhuajel os saludo y me encargo de vuestra persona hasta que él mismo llegue hasta aquí!

–Pero soy yo –dijo el otro–, que estoy encargado de él.

–Así es –contestó el nummakiano disfrazado–, y nuestro Aitor os espera al otro lado de esa colina con el mensaje que yo debo mandarle según las órdenes que acaba de darme. Id pues y servidle de guía hasta este lugar, después de referirle vos mismo de que modo habéis realizado la gran hazaña. Decidle que el gran Rey le espera solo, en el sitio indicado y que está dispuesto a complacerle en cuanto desee. ¿No es verdad, oh, Rey que es tal vuestra resolución? –preguntó con la mayor naturalidad a Abelio que no salía de su asombro, causado por la hábil trama que aquel guardia de la casa de Shiva urdía tan maravillosamente.

–Naturalmente –le contestó el Kobda–, y hacedlo pronto porque me urge volver a Num-Maki.

En verdad Kaíno que era el Medhuajel nombrado se hallaba al otro lado de la montaña, donde comenzaba un gran canal que venía desde el río Tigris y en el cual estaba una barca que le había conducido, y que engañado por la indumentaria y lengua del guardia creyó que era de los hombres elegidos por el hombre condenado a cadena, en el cual había

confiado a causa de su arrojo y valor que se duplica con la situación misma porque atravesaba.

Y para abreviar detalles diremos en pocas palabras, que al caer de la tarde llegaba Kaíno con seis hombres de su confianza a ultimar el gran negocio que debía hacerle dueño de todo el continente.

El lujo de su traje en que brillaba el oro y las esmeraldas y rubíes con exagerada profusión, bien hizo comprender a los guardias nummakianos cual era el jefe de aquella turba de malhechores y cuando ya se acercaba a Abelio sentado y cubierto de pieles, se echaron encima de él y una espantosa lucha se trabó con los hombres que le acompañaban. Los nummakianos eran ochenta, y fueron saliendo de entre las rocas cubiertas de vegetación. Y con sólo varios heridos y dos muertos de los hombres de Kaíno, emprendieron la vuelta a Num-Maki, oyendo las maldiciones del cautivo que varias veces quiso tirarse de la cabalgadura para estrellarse la cabeza contra las piedras.

Y Abelio, sereno aunque profundamente conmovido por la forma como veía salvada la vida de Bohindra y la suya propia, decía:

—Ahora sí que dirán los sencillos y buenos nummakianos que la red de plata de los desposados tiene la magia de la felicidad para los pueblos.

Y pocas horas después, cuando ya las sombras de la noche caían sobre Aranzán, entraba por las puertas de la vieja ciudad de los matchas, Kaíno prisionero de los Kobdas que con tanto amor le habían cobijado en su niñez.

155

MEDHUAJEL DE BAUDEMIR

Tal era el nombre que Kaíno había adoptado usando el de aquel príncipe perseguido por los hermanos de su padre que llegó un día a La Paz, herido y enfermo falleciendo al poco tiempo no obstante los grandes cuidados que se le prestaron. Los tíos que eran dos, se habían repartido el patrimonio del joven, en el hermoso valle a la terminación del Monte Zagros, junto a un gran lago formado por el río Baudemir que daba nombre a aquella región.

Y era una de las ambiciones de Kaíno el conseguir los dominios pertenecientes al nombre que se había apropiado. Y como no podía presentarse en aquel país porque sobrevivían los que habían conocido al auténtico príncipe Medhuajel, inventó tomar cautivo al Thidalá, a Bohindra, para exigir después como rescate que fueran reconquistadas para él aquellas comarcas pertenecientes al muerto.

El poder y la influencia del Jefe Supremo de la Gran Alianza, podía eso y mucho más, según Kaíno creía.

Y aunque su intento le había salido frustrado, no tardó en empezar a tranquilizarse, mayormente cuando Abelio que viajaba cerca de él, le decía con su bondad habitual:

–Por aquí debías haber empezado, amigo mío, o sea por presentaros noblemente al Kobda-Rey y solicitar su ayuda.

–Que no me prestará de seguro –le contestó Kaíno–, porque él sabe bien que yo no soy Medhuajel como lo sabéis vos también.

–Me complace mucho que reconozcáis la justicia y rectitud de Bohindra; pero creedme que nunca saldréis perdiendo si os acercáis a él. De modo que vinisteis a pescar; y yo hice de carnada y ahora el pescado sois vos.

Y Abelio como si jugara con un viejo amigo, hablaba con la mayor naturalidad mientras su interlocutor tejía y destejía en su vivísima imaginación un enmarañado telar de sus ventajas y desventajas, de lo probable y de lo improbable que habría en la inesperada aventura en que se veía envuelto a causa de sus imprudentes combinaciones.

–Después de todo –decía para sí mismo–, este Kobda dice la verdad, que nada saldré perdiendo en acercarme a ellos que tienen mucho de tontos y nada de malos. A lo sumo una gran perorata de Bohindra, con muchas dulzuras y muchas mieles y después, inada! Kaíno libre de nuevo como el faisán rojo de la montaña, siguiendo sus sueños de gloria y de poder.

Cuando llegaron a las puertas de Aranzán, el jefe de la escolta se le acercó para decirle:

–Permitidme quitaros el grillete que os aprisiona porque tengo orden de haceros entrar como un príncipe amigo y no como un prisionero.

Kaíno presentó sus manos y pies encadenados, con una imperceptible sonrisa despectiva afirmándose en su anterior pensamiento: “Estos Kobdas tienen mucho de tontos y nada de malos”. Casi se sentía feliz.

– ¿No me devolvéis mis armas? –preguntó al jefe de la escolta.

–No, porque en Aranzán los amigos entran desarmados, y más si se tiene en cuenta que el soberano de este país es una mujer.

–Pero, ¿no murió la Reina Shiva y gobierna aquí su marido?

–No; gobierna una de sus hijas, la Reina Helia que acaba de contraer matrimonio con el heredero de Soldán.

–Entonces, ¿yo soy su prisionero? –preguntó Kaíno alterado.

–Si sois su enemigo estáis prisionero. Si sois su amigo, estáis libre. Tales son las órdenes que tenemos.

Kaíno guardó silencio y se dejó conducir hasta la gran plazoleta que se abría enfrente de la mansión real. Cuando pisó el umbral de la sala de audiencias privadas, una palidez mortal cubrió su fisonomía hermosa, no obstante la mirada dura y audaz de sus oscuros ojos.

Bohindra y Evana estaban sentados uno junto al otro en el estrado principal. Aparecían los dos solos, pero detrás de las cortinas que cubrían todas las puertas había buena escolta de arqueros guardianes.

Se quedó como petrificado en el centro de la sala porque los ojos de Bohindra le miraban fijos, llenos de inmensa piedad; y los ojos de Evana llenos de lágrimas, le miraban fijos también.

Después de unos momentos de mirarse en silencio, Evana le tendió los brazos sin levantarse de su sitio, y Kaíno con pasos lentos y casi indecisos fue acercándose como alucinado por aquellos dulces ojos claros que le miraban a través de su llanto.

– ¡Madre!... –le dijo inclinándose ante ella–. ¿Eres aún mi madre?

–Sí, Kaíno, hijo mío, soy tu madre... –y ya sin poderse contener rodeó con sus brazos el cuello de Kaíno que se había arrodillado a sus pies.

La sorpresa había atontado casi al altivo y orgulloso joven, pues ignoraba completamente que Evana se encontraba en Num-Maki, y si lo hubiera sospechado siquiera, habría huido de provocar tal aventura. El amor dulce y suave de aquella madre de su niñez, tiraba en tierra todas sus altiveces y rebeldías, y si años atrás tuvo valor para huir de La Paz, fue debido a que durante muchos días buscó diversos pretextos para no encontrarse con ella.

– ¡Qué fatal destino! –pensó Kaíno–, que cuando más quería exigir, me sale al paso el único ser que me hace débil y apocado en la vida.

Evana adivinó tal pensamiento.

– ¿Estás pesaroso de haberme encontrado en tu camino?

No quiso tener la crueldad de contestarle que sí, y para evitarse la respuesta, le besó ambas manos y se levantó.

–Kobda Rey –le dijo a Bohindra–, ¡perdonad!, fue tan inesperado el encuentro con mi madre, que me ha hecho olvidar hasta las primordiales reglas de la etiqueta. –Y tendió a Bohindra su diestra que el Kobda Rey estrechó, haciéndole sentar entre Evana y él.

–Supongo –le dijo–, que venís a ocupar el lugar de hijo que os pertenece, en el corazón de Evana, en el mío y en todos los que os amaron y os aman, aquí y en La Paz.

“Vuestro hermano Abel os ha esperado siempre. Helia y Mabi os han esperado siempre. Adamú vuestro padre os ha esperado siempre. ¿Cómo es que habéis tardado tanto para venir?

Kaíno estaba aturdido. Creía estar soñando. Creía estar loco. No acertaba con las palabras que fueran prudentes para contestar.

¿Dónde estaba su altivez, su orgullo desmedido, sus ambiciones, su prepotencia de tiranuelo y déspota que gozaba en pisotearlo todo, ultrajarlo todo?

De pronto el recuerdo de su turbio pasado de locura y de crimen,

le hizo reaccionar y contestando a sus propios pensamientos, dijo nerviosamente:

– ¡Es tarde ya!..., es tarde para volverme atrás. Dejadme seguir mi camino y os prometo no molestaros jamás.

Evana lloraba silenciosamente y Bohindra poderosamente auxiliado por todas sus alianzas espirituales, fue dialogando con aquel ser enloquecido por funestas pasiones que iban precipitándolo de abismo en abismo.

–La enseñanza que has recibido en tu niñez te dice, Kaíno, que jamás es tarde para quien tiene una eternidad por delante.

“El camino que por propia voluntad has seguido, no te ha dado la felicidad; prueba de ello que expones tu libertad y tu vida para conseguir algo que te falta.

“Si me consideras como Bohindra, eres casi mi hijo. Pero si me consideras como el Jefe de la Gran Alianza, has sido sorprendido en territorio de uno de mis más fieles aliados, y en momentos de cometer la más horrible felonía y traición que está penada con reclusión para toda la vida. Ponte tú en mi lugar, ¿que harías?

Kaíno se tornó lívido.

–Si tuviera mis armas..., yo sé lo que haría, pero como no las tengo hago esto. –Y de dos saltos como una pantera herida, se plantó en la puerta por donde había entrado, con la intención manifiesta de echar a correr.

Cuatro arqueros le cerraron el paso y dos de ellos tomándolo fuertemente de los brazos le dejaron paralizado e inmóvil.

La pobre Evana exhaló un hondo gemido y se desmayó sobre el estrado, porque pensó que los arqueros iban a matar a Kaíno. El doloroso grito de Evana le produjo tal conmoción que presa de una crisis de nervios se mordió los labios y la lengua, y atacado de una fuerte convulsión, comenzó a retorcerse entre los brazos de los guardias, a los cuales arrojaba salivazos de sangre que salpicaron horriblemente sus hermosas vestiduras color de ámbar con franjas de plata.

La sala se llenó de guardias, y unos momentos después Kaíno reposaba en la tarima de una sala-prisión, que quedaba en el centro del pabellón ocupado por los guardias en sus horas de descanso.

–Pasado este primer momento de violenta impresión –decía Bohindra a Helia-Mabi y sus hijas, que con Ada habían acudido junto a Evana–, la reacción será favorable, según creo. Aún hay motivo para esperar que el amor de Evana le salve del abismo en que se ha precipitado. Kaíno es aún sensible a ese amor.

Mientras así hablaba el Kobda Rey, Evana abría los ojos y decía llena de ansiedad:

– ¡No le matéis, no le matéis! Adamú y yo le hemos dado la vida..., en la barquita aquella..., su madre muerta de hambre..., un niño que gemía..., ¡oh! ¡Lo recuerdo como si ahora fuera!

– ¡Hija mía!..., ¿quién piensa en matarle? ¿Acaso entre los Kobdas has visto matar hombres por criminales que fueran?

“Piensa únicamente en que tu amor le salve de sí mismo, que es el único que busca perderle. Cálmate que aún hay esperanza de que él se ponga en el camino de la Piedad Divina. Y si Ella le perdona y le salva, ¿quiénes somos nosotros para condenarle?

En estos comentarios se encontraban cuando sintieron un gran estrépito de armas que se chocan juntamente con gritos de rabia y de furor. Helia-Mabi arrastró a Bohindra hacia el pórtico y dijo a las mujeres aterradas:

–Cerrad por dentro, que nosotros veremos de qué se trata.

Abel con Vladiko y Fredik salían también de sus habitaciones y todos vieron que un batallón de arqueros de guardia cerraba el paso a un grupo de guerreros a caballo, que atropellando contra todo gritaban enfurecidos:

– ¡Que nos sea entregado el príncipe Medhuajel de Baudemir, antes de que incendiemos el palacio y la ciudad!

Los guardias no pasaban de un centenar, pero el pueblo acudió en su ayuda y pronto los guerreros se vieron cercados por una doble muralla, toda erizada de hachas y horcones lo bastante para despedazarlos a una orden que se les diera. Helia-Mabi subido a la torrecilla del pregonero, gritó cuanto pudo para dominar el tumulto:

–Os ruego que tengáis calma que a lo que parece aquí lucháis unos contra otros y no sabéis por qué.

– ¡Queremos al Príncipe de Baudemir! –gritó el más exaltado de los extranjeros.

–Está muy bien; ya os recibirá cuando termine la audiencia con el Jefe de la Gran Alianza. ¿No ha buscado acaso él mismo realizar esta entrevista? ¿Y es así como asaltantes o piratas que venís a escoltar a vuestro jefe?

– ¡Que muera en la horca!... ¡Ese no es nuestro jefe!... Es un miserable usurpador; Medhuajel de Baudemir murió hace muchos años y yo soy el único hermano de su padre que sobrevive, y el único que tiene derecho a llevar ese nombre. Entregadnos pues al infame que nos está robando nuestros hombres, nuestras minas y nuestras tierras bajo el prestigio de un nombre que ha usurpado. Entregadnoslo si no queréis arder todos vosotros junto con él.

El asunto se complicaba, pues no eran los súbditos de Kaíno sino los enemigos de Kaíno quienes le reclamaban de tan violenta manera.

Hicieron subir a Bohindra a la torrecilla para que hablara con el guerrero de Baudemir.

–Yo soy el Jefe de la Gran Alianza de Naciones –le dijo–, y aunque vosotros no pertenecéis a ella, yo os prometo haceros justicia si llegamos a entendernos. Deponed las armas y hablemos, Príncipe de Baudemir, que es con palabras y no con hachas y horcones como hemos de llegar a un acuerdo razonable. Y creo que fácil nos será entendernos, toda vez que aquí no reconocemos al Príncipe Medhuajel en el hombre que llegó antes que vosotros, por la sencilla razón de que ese príncipe murió en mis brazos allá en el Santuario de La Paz en el Éufrates, hace ya catorce años. Y justamente para sustraer a este sujeto del uso indebido de tal nombre, es que yo le he mandado traer a mi presencia.

“Acercaos pues, Príncipe de Baudemir, y hablemos. Y vosotros, buenos nummakianos, id tranquilos a vuestras casas, que aquí no estamos en guerra sino en completa paz.

El guerrero dio órdenes a sus hombres, que se apearon de sus caballos y esperaron a la puerta de entrada al parque.

El pueblo se quedó tranquilo pero no se retiró.

Bohindra acompañado de Helia-Mabi, de Abelio y los hombres del Consejo, teniendo a su espalda al centenar de guardias del palacio, esperó al de Baudemir que se acercaba escoltado por cuatro de sus guerreros, y empezaron las negociaciones.

El guerrero acusó a Kaíno no sólo de haberse hecho obedecer y seguir de multitud de gentes engañadas, creyendo que era el hijo de su antiguo rey, sino de que se había apoderado de sus mejores minas de oro y piedras preciosas, que les había quitado sus barcos mercantes del Golfo Grande, *–el Golfo Pérsico–, y hecho matar a las tripulaciones cuando no le habían querido reconocer; en fin una serie de desmanes y desafueros que según toda ley merecía un terrible castigo.

Bohindra refirió entonces al guerrero la verdadera historia de Kaíno hasta el momento de su huída de La Paz.

–Kaíno de Ethea es súbdito mío –dijo Bohindra–, y soy yo quien debe indemnizaros de los daños que sus desórdenes os hayan causado.

– ¿Os conformáis si os entrego una orden de que os sean devueltas vuestras minas, vuestros barcos y la parte de vuestro pueblo que le había seguido?

–Dudo que podáis hacerlo a pesar de toda vuestra buena voluntad.

– ¿Y por qué dudáis?

–Porque los jefes de guerra de Kaíno no obedecen a nadie más que a él y matarán a todos los emisarios que mandéis con vuestras órdenes. Sólo sabiendo que él ha muerto se entregarán, por eso os lo pedíamos para llevar su cabeza cortada como la mejor orden de entregarse a nosotros.

– ¿Y tan sólo viendo su cabeza cortada creerán en su fallecimiento?
–volvió a preguntar Bohindra–. ¿No pueden creer en que ha renunciado o vendido sus derechos?

–Veo que no queréis matarle, porque vosotros los hombres de vestido azul no saldáis vuestras cuentas con sangre como nosotros. Se me ocurre otro medio. Kaíno ha dicho siempre a sus jefes de guerra: “Cuando os traigan mi puñal de cabo de oro y mi cinturón de esmeraldas, huid a la cavernas porque será señal de que he muerto y de que vais a ser perseguidos”. En ese cinturón dicen que lleva un tubito de oro con veneno de áspid para quitarse la vida en último caso. Si os fuera posible quitarle dichos objetos, y entregármelos, sería esa la mejor orden que me podáis dar para que yo fuera reconocido como único dueño en Baudemir.

–Bien está; enseñadme algo que os acredite como el verdadero dueño de aquella comarca.

El guerrero abrió su túnica y enseñó su pecho desnudo donde había un tatuaje que eran dos hachas cruzadas y una luna en creciente al centro.

–Es el distintivo y el símbolo de vuestra raza –dijo Helia-Mabi.

–Pedidle la ajorca de turquesas que debe llevar en su brazo derecho –añadió uno de los ancianos del Consejo.

El guerrero levantó la manga de su casaca de piel de tigre y todos vieron la ajorca que llevaba pendiente un pequeño escudo de oro con igual símbolo que el tatuaje del pecho. Los guerreros que le escoltaban prorrumpieron en extraños alaridos al ver la ajorca de su señor.

–Es un Baudemir auténtico –dijeron todos.

–Esperad un momento –dijo Bohindra y desapareció en las habitaciones interiores de la casa.

–Hija mía –le dijo a Evana–. Esos hombres quieren la cabeza de Kaíno y sólo tú puedes salvarle. Ven a la habitación que ocupa y haciendo que le cuidas y le curas, procura sacarle un puñal de cabo de oro y un cinturón de esmeraldas.

– ¡Lo haré, Dios mío, lo haré! ¡Oh, infeliz hijo sin madre!..., yo sabré serlo ahora como lo fui en su niñez desvalida y solitaria.

Y siguió a Bohindra a la habitación donde dormía Kaíno. Dormía profundamente pues le habían hecho beber jarabes narcotizantes para calmar la horrible crisis nerviosa que le acometiera. El puñal le había sido antes quitado por los guardias que le desarmaron, pero el cinturón lo tenía puesto. Con gran suavidad, Evana se lo fue sacando sin que el dormido joven se despertara.

Y pocos momentos después los guerreros de Baudemir emprendían la retirada, agradecidos de la justicia hecha por el gran Rey de Naciones que viendo a Kaíno sumido en profundo sueño y ya despojado de lo que él había hecho insignia de su realeza decía:

–Muere por segunda vez Medhuajel de Baudemir, y quiera Dios que sea para resucitar a Kaíno de Ethea, el hijo adoptivo de los niños-esposos de la Caverna de Gaudes.

Y al decir estas palabras acariciaba la cabeza de Kaíno mientras Evana lloraba en silencio junto a aquel pobre ser extraviado, pensando en que era el mismo niño vivaracho y gordito por cuyas rosadas mejillas corrían lágrimas mientras llamaba a su madre muerta en aquel trozo de barca, a la cual en vano le pedía pan. Y Evana en su silencioso llorar seguía recordando, y aquellos recuerdos la iban llenando más y más de inmensa piedad para el huérfano rebelde que así había escapado de la tierna red de su amor maternal.

Y veía la korha aquella fabricada por Adamú donde tirados por una pareja de renos tornaban aquel día a la caverna de Gaudes, en extremo felices de haber salvado la vida de aquel niño cuya procedencia ignoraban, pero cuya hermosa carita llena de risa les hacía comprender lo mucho que le satisfacía el pan e higos con que ellos le obsequiaban.

Y no pudiendo ya contener Evana el torrente de piedad y de amor que la inundaba, cayó de rodillas al pie del lecho de Kaíno y apoyando su cabeza sobre el pecho del joven dormido, rompió a llorar a grandes sollozos.

Bohindra comprendió aquella explosión y besando suavemente la cabeza de la hija de su hijo, salió sin ruido de la habitación para que Kaíno al despertarse se encontrara sólo con ella.

¡Oh!..., ilas divinas delicadezas del amor, sólo el amor las concibe, las sueña y las realiza!

156

RESURRECCIÓN

El intenso sollozo de Evana despertó a Kaíno que reuniendo sus ideas y recuerdos, la reconoció enseguida.

–Pero, ¿por qué lloráis, madre? –preguntó con voz temblorosa y en la cual se adivinaban todas las violentas ideas que dolorosamente lo agitaban.

–Porque tú no me quieres –le contestó a media voz Evana–. Porque buscarás alejarte de nuevo para correr enloquecido por el mundo como si no tuvieras padres, ni hermano, ni hogar. ¡Y es tan numerosa tu familia y tan glorioso tu hogar, que los más grandes príncipes de la tierra traen a él sus hijos y acuden ellos mismos a buscar su felicidad y su paz! Y ¿por qué tú no lo comprendes así, hijo mío?

“Dime con entera franqueza ¿qué cosa hay en medio de nosotros que te hace daño y te impele a huir?

–No puedo decíroslo, madre, porque sufriríais demasiado. Yo conozco

que soy muy malo, pero hay algo que con vos no me permite serlo. No me preguntéis nada porque no quiero haceros sufrir.

– ¿Y qué mayor sufrimiento puedes darme que el de abandonar el hogar y vivir alejado de mí completamente y obrando a veces como un enemigo? ¿No sabes que tu padre y yo hemos llorado mucho por causa tuya? ¿No sabes que tu hermano Abel, Helia y Mabi han llorado también mucho por ti?

“¿No sabes que mi padre, el dulce y tierno Bohindra, que Ada, que Dhaves, Sisedón y Tubal padecieron mucho con la huida tuya, aquella noche terrible en que abandonaste La Paz dejando vacía aquella bóveda y aquel lecho que hasta hoy no fue ocupado por nadie porque parece estar esperándote siempre?

– ¡Madre!..., imadre! –exclamó Kaíno con sorda voz–. ¡Tú no puedes comprender las tempestades del alma negra de Kaíno!... ¡Padre no puede comprenderlas, ni Abel, ni mis hermanas, ni el Kobda Rey, ni la Reina, ni los Kobdas, porque todos vosotros sois de otra pasta, de otra raza, de otros mundos!... Yo vengo, madre, yo vengo de un mundo habitado por demonios, por monstruos de maldad y de egoísmo, que vienen a la tierra en legiones para servir de azote, de destrucción y de ruina a todos los seres que se pongan en su camino... ¡Oh, madre tierna y dulce!..., ¡no me obliguéis, por piedad, a desnudar mi alma ante ti, porque quedaríais muerta o enloquecida de horror!... –Y Kaíno hundió de nuevo su cara entre las ropas del lecho dejando sentir solamente su fatigosa respiración.

En la cámara inmediata se hallaban Bohindra y Abel con todos los Kobdas allí presentes, que unidos en una profunda concentración desde el principio de la escena de Evana y Kaíno, hacían supremos esfuerzos mentales para dominar aquel espíritu enloquecido. Quemaron perfumes propios de la Mansión de la Sombra y tañendo Bohindra su lira, acompañado de Vilmo y Héberi, comenzó a resonar el preludeo del himno que acostumbraban cantar cuando volvían de lejanas tierras hermanos Kobdas, que habían permanecido por mucho tiempo ausentes.

Y terminado el preludeo comenzó el coro a desgranar las estrofas empapadas de ternura, luego los solos cantados a dúo por Ada y Abel, cuyas voces de tiple la una y de barítono la otra, formaban una admirable y divina melodía que Kaíno hacía mucho tiempo que no escuchaba.

Y el coro contestaba a los dúos:

*Vengo de nuevo al hogar
Donde tanto fuera amado...
¡Traigo el pecho lastimado
De tanto sentir llorar!...*

*Hermanos, vengo sediento,
De esta agua que sabe a miel...
¡He bebido tanta hiel
Mezclada a tanto tormento!...*

*Peregrino de la vida
Entra de nuevo a tu hogar
Donde todo has de encontrar
Tal como fue a tu partida,*

*Amor dejaste al salir,
Y ese amor te siguió luego
Cual si fuera un dulce fuego
Que corriera tras de ti.*

*Peregrino de la vida
Entra de nuevo a tu hogar
Donde vas a descansar,
¡De la fatiga sufrida!...*

Evana lloraba en silencio sin apartar sus ojos claros y suaves de Kaíno cuya respiración era ya más que fatigosa, febril.

Por fin, éste saltó de su lecho y temblando como helado de frío cayó de rodillas ante Evana, de la cual se abrazó fuertemente como presa de una violenta convulsión mientras gritaba:

– ¡Me estáis matando!..., ¡me estáis matando!

– Pero, hijo mío..., si no hacemos más que amarte –decíale la dulce mujer, mientras bañaba con sus lágrimas aquella hermosa cabeza llena de rebeldías y de tempestades.

Cuando el himno terminó, Kaíno se había calmado y al levantar su cabeza de las rodillas de Evana, ésta vio dos hilos de gruesas lágrimas que caían de sus ojos oscuros, circundados por profundas ojeras de color violeta.

– ¡Madre! –le dijo, con la voz en que temblaban hondos sollozos–, si sois capaces de perdonarme, me quedaré en medio de vosotros, pero en un pabellón muy apartado, donde solo con mis remordimientos, no sirva de dolor ni de carga para nadie...

– Eso es volver a medias –le respondió Evana–, pero si tal es tu última decisión, yo me resigno, a cambio de que me permitas cuidar de ti y visitarte por lo menos unos minutos cada día.

– Pues no, señor, nosotros no nos conformamos con eso, sino que queremos que nuestro hermano conviva con nosotros como corresponde

a un verdadero hermano –decía Mabi entrando como un torbellino en la habitación mientras llevaba de la mano a su hermana, Helia arrastraba con la otra a Vladiko, a Fredik y a Abel, detrás del cual apareció Ada y Bohindra.

Tan de improviso fue todo esto, que Kaíno no tuvo tiempo de cambiar de postura, y sus ojos llenos de espanto y de angustia iban corriendo de un rostro a otro, encontrando en todos ellos una tan sincera manifestación de alegría y de felicidad que no pudo menos de sonreírse, mientras se ponía de pie.

El primero en abrazarle fue Abel, que con los ojos húmedos de llanto contenido le decía a media voz:

– ¡Desde ahora, para siempre, para siempre hermano mío!

Helia fue la segunda, y nada pudo decir porque el llanto la ahogaba. A Mabi le pasó igual después de su primera valentía, y no pudiendo articular palabra, se limitó a darle dos pellizquitos en las orejas, como solía hacerlo de niña, cada vez que Kaíno le hacía rabiarse con alguna de sus grandes travesuras, como era estrellarle contra una piedra los huevecillos de algún nidito que ellas habían encontrado.

A la Reina Ada cuando se le acercó, Kaíno dobló una rodilla y le besó ambas manos que puso después extendidas sobre su pecho mientras le decía:

– ¡Si estas manos fueran capaces de curar todas estas heridas!...

–Si, hijo mío –le contestó la reina mientras se inclinaba para besarle en la frente. Y dos lágrimas suyas cayeron sobre aquella frente, ensombrecida de turbios pensamientos que sólo un grande y sublime amor sería capaz de despejar.

Cuando la ola de intensa emoción hubo pasado, se hicieron las presentaciones de estilo, de los esposos de ambas hermanas.

–Ya ves, hijo mío –le decía Bohindra, en extremo feliz de esta tierna escena de amor–. Encuentras la familia aumentada con dos hermanos más, aparte que en La Paz está tu hermanito Seth, el último hijo de Adamú y Evana.

Kaíno no podía hablar. Una mortal palidez le iba cubriendo, y todos notaron que un temblor apenas perceptible sacudía todo su cuerpo. Bohindra se le acercó hasta rodearlo con su brazo y fue muy a tiempo, pues el joven se desplomó como herido de muerte entre los brazos robustos del Kobda Rey que ayudado por Vladiko y Fredik, le tendió de nuevo en el lecho. Notó que la frente y las manos ardían de fiebre y que el corazón palpitaba irregularmente como si en ciertos momentos quisiera cesar de latir.

Fueron llamados los Kobdas que había en la casa, y entre todos le trasladaron a la enfermería, donde era urgente someterle a los tratamientos usados por ellos para este caso.

Dos semanas estuvo Kaíno entre la vida y la muerte. Atacado de horribles delirios, era velado día y noche para evitar que se diera muerte él mismo, según era marcada la tendencia que a ello demostraba. Un ciego y loco furor le acometió, cuando tuvo la certeza que no tenía más el cinturón aquel, del cual pendía una pequeñita redoma con veneno de áspid, y entonces buscaba golpear fuertemente su cabeza contra el muro de la habitación, tal como lo hiciera el viejo jardinero aquel que sugestionó a una Berecina en La Paz, por lo cual Bohindra y los otros Kobdas decían: “Son las mismas fuerzas malignas gobernadas y dirigidas por una mente emponzoñada de odio y de furor. Que el Altísimo perdone al autor que no sabe el mal que se hace”.

Una noche mientras le velaba Abelio, Kaíno se despertó lúcido y bastante tranquilo. Le reconoció enseguida y recordando los comienzos del drama dijo:

– ¿Continúo siendo vuestro prisionero? ¿Qué género de muerte pensáis dar a vuestro cautivo?

– ¿Habláis de muerte cuando acabáis de vencer a la muerte y volver a la vida? Si preguntáis qué vida os daremos en adelante, hablaríais con más acierto. Muy pocos seres pueden jactarse de ser tan amados de la vida como tú.

– ¿Por qué lo decís?

– Porque tres veces, que yo sepa, has estado a punto de muerte y vives todavía. Cuando pequeñito, te salvaron de las aguas en que ibas a perecer; si no te traemos prisionero, te asesinan en las montañas de Baudemir los parientes de Medhuajel...

– ¿Cómo lo sabéis?... ¡No puede ser!

– Mira, Kaíno, hijo mío, porque puedo darte este nombre pues te he conocido pequeñín; tú eres un joven de audacia y de coraje; eres hasta temerario y ello te impide a veces planear con acierto tus empresas.

“Sabe pues, que han llegado a Num-Maki trescientos guerreros de Baudemir, cuyo jefe nos ha dicho que hace dos años sigue tus pasos, espionando el momento de encontrarte a tiro de sus arqueros. Venían por tu cabeza y han estado a punto de incendiar la ciudad y la morada de tu hermana Helia. Ha sido necesario devolverles el cinturón y el puñal del Príncipe Medhuajel que tú tenías, para hacerles desistir de su criminal intento, junto con la promesa formal, dada por el Kobda Rey y por Evana, tu madre, de que jamás usarás aquel nombre ni volverás por aquellos lugares.

Kaíno escuchaba en silencio.

– Y, ¿por qué vosotros habéis hecho esto?... Me hubierais entregado y no os hubierais visto amenazados de perecer por el incendio, ni yo obligado a gratitud con vosotros...

– ¡Kaíno! –exclamó Abelio espantado de aquella franqueza helada y cruel–. Si te hemos salvado la vida no es interesados en tu gratitud sino por el grande amor que todos sentimos por ti... ¡Por el hijo de Adamú y Evana! Si para ti nada vale el dolor de esa madre...

– ¡Perdonadme, por favor..., soy malo..., muy malo! ¡Ya os dije que soy malo! –Y se cubrió el rostro con ambas manos.

–No, Kaíno, no eres malo. Estás simplemente ofuscado. Necesitas reaccionar sobre ti mismo o sea sobre tu yo inferior para que salga a flote como un loto sobre el agua tu Yo superior, ese que es la verdadera chispa emanada de la Eterna Energía, del Eterno Amor. Esta noche me tienes por confidente. Dime, ¿qué es lo que anhela y busca tu espíritu en la vida aventurera a que te entregaste apenas salido de la niñez?

– ¿Qué buscaba?... ¿Y preguntáis qué busca al hijo de nadie, al niño encontrado envuelto en harapos junto al cadáver de la madre muerta de hambre y de miseria?... ¿al hijo de una esclava apaleada y vendida, como se vende una bestia después de haberle devorado el cachorro?... ¿Preguntáis qué busca al chicuelo sacado de un río como un pajarillo caído de un nido?... ¡Oh, si tenéis capacidad de comprensión en vuestra mente y sangre roja en vuestras venas, no debéis hacer tal pregunta al desgraciado que ignora cómo se llama, a los veintiséis años de la vida!

– ¡Qué mal razones, Kaíno! –exclamó Abelio, acariciándole con la mirada y con la voz llena de piedad y de ternura–.

“Te educaste en un Santuario Kobda, donde una claridad meridiana alumbraba todos los caminos. Y con todo no has podido ver lo que había y hay de grande y de bello en tu destino. Tu desgracia es ésta y no aquella que tú te figuras.

–Os ruego que me hagáis ver en este instante lo que no vi en veintiséis años.

–Veamos: Según todas las probabilidades, naciste en una tribu del país de Nairi, de una mujer extranjera que el menor de los hijos de Etchebea, guardaba ocultamente poco antes de su matrimonio con Droith.

“Como se enterase ésta del anterior amor de su marido y que había un vástago, amenazó de muerte a la madre y al hijo, por lo cual la infeliz mujer huyó, creyendo encontrar hacia la pradera del Éufrates, un medio fácil de ganar el sustento. Aún no sabemos de qué raza o tribu procedía tu madre, pues los indicios encontrados se contradicen, razón que ha inducido al Kobda-Rey a pedir nuevas averiguaciones en los países que riega el Éufrates.

“Un Kobda hermano nuestro, Muref, a quien no conoces, porque vino del Mar Caspio, está encargado de ese trabajo, y las últimas noticias tuyas son de haber encontrado un indicio, que casi es una evidencia. Pero ten por cierto, Kaíno, que tu origen materno es cosa secundaria comparada

con la realidad que tienes. Hijo de Adamú y Evana por el amor que te brindan, hermano del Hombre-Luz de esta hora, nieto del Kobda-Rey... ¿Deseas más aún?

“Compara cuánto has padecido lejos de aquí, con la situación que la Ley Eterna te deparó en el hogar de Adamú y Evana, donde eras amado como un hijo; más tarde en el pabellón del Rey, realizando tu educación entre la más noble y florida juventud de los países de la Alianza, apareciendo ante todos como hermano del Hombre-Luz, como nieto de Bohindra, el más grande Rey de todas las naciones. Esto considerado bajo el punto de vista puramente social y humano. Y si grande es la diferencia que surge de tal parangón, cuando abordamos el tema bajo el punto de vista espiritual, entonces las circunstancias favorables a ti alcanzan las dimensiones de lo extraordinariamente grande y bello sobre toda ponderación.

“¿De qué pues tienes que quejarte?

Kaíno meditó unos instantes y luego preguntó:

–Y, ¿por qué no me habíais dicho antes que yo descendía de Etchebea?

–Porque tu padre, desde su destierro, mandó hace poco un mensaje a nuestro hermano Iber, actual gobernante de Ethea y de Nairi, donde recomendaba tu vida y la de tu madre, dando datos y señales, que tu instructor Dhaves, por amor a ti, ha procurado ampliar y coordinar mediante los trabajos espirituales que sabes se hacen en nuestros Santuarios, en favor de causas nobles y justas.

–Y, ¿con qué fin hacíais estas averiguaciones? –volvió a preguntar el joven.

–Para el caso de que se pudiera llegar a una comprobación, y que tuvieras el nombre de tus padres y el origen de tu vida. Ya ves pues, Kaíno, que si no te hubieras apartado del camino marcado por tu ley, podías haber sido un hombre feliz, aparte del gran paso que en tu evolución hubieras podido dar.

“Para tu Yo superior poco vale ser hijo de un hijo de Etchebea, por el solo hecho de serlo, pero vale y mucho, si ese lazo carnal te sirve para realizar obras de bien y de justicia entre el pueblo que fue de Etchebea. Nuestro hermano Iber gobierna aquel pueblo porque le fue impuesto por las circunstancias.

“¡Oh, Kaíno, Kaíno!..., ¡mientras tú perseguías con odio al Hombre Luz y a los Kobdas, ellos se ocupaban de descorrer el velo que ocultaba tu origen, para darte un nombre y un camino de justicia y de bien entre los hombres!

– ¡Abelio!... ¡Pangrave Abelio, mátame porque soy un reptil venenoso que destruyo todo cuanto toco!... –gritó con voz enronquecida por la

angustia, el infeliz Kaíno, que ante la suave y clara disertación del Kobda veía enormemente grande su ruina y desleal conducta.

–No es tu muerte sino tu vida, hijo mío, lo que deseamos los hombres de vestido azul; pero no la mísera vida de egoísmo feroz y vergonzoso, que has llevado hasta ahora, sino la vida de un espíritu llegado ya a la clara conciencia de sus destinos.

– ¿Quiénes conocen el secreto de mi vida que acabáis de referirme?

–Dhaves en primer lugar, el Kobda Rey y el Alto Consejo de La Paz, del que yo formé parte hasta que salí del Éufrates.

– ¡Infeliz pajarillo caído de un nido, chicuelo harapiento arrancado de entre los brazos de una esclava muerta!..., ¡ya es mucho saber que has tenido un padre de noble raza, aún cuando hoy sea un miserable cautivo!... ¡Abelio!..., yo seré un gigante para rescatarle..., yo me arrastraré como un gusano por las rocas para llegar hasta su prisión y decirle: reconóceme, ¿soy o no soy tu hijo?

– ¡Calma, calma, hijo mío!..., todo se andará con el favor de Dios y lo único que falta, es que aprendas a ser señor de ti mismo, para ser digno de restaurar la familia de que descendes y ponerte en condiciones de llevar la felicidad y la paz al pueblo que fue de tu abuelo.

Mas, no veas en estas palabras mías una promesa halagadora de tu vanidad y de tus ambiciones, porque la sabiduría aconseja al espíritu consciente, averiguar primeramente las propias aptitudes y fuerzas antes de cargar con las grandes responsabilidades de un dirigente de pueblos. La sabiduría aconseja conocer antes la propia ley, el oculto sendero que ella nos marca desde antes de revestir la materia que nos acompaña...

–En este instante –interrumpió Kaíno–, sólo he pensado en la íntima satisfacción de conocer los seres a quienes debo la vida. Feliz me hubiera sentido, si la más completa ignorancia de mi origen me hubiese mantenido en la ilusión de ser hijo de Adamú y Evana, como lo estuve hasta mis doce años. Pero algunas palabras oídas sin buscar, unidas a los análisis que yo mismo hacía del ningún parecido físico entre ellos y yo, me llevaron un día, a la dolorosa certeza de lo que yo era, en el hogar de adopción que me había cobijado.

“Un día, lo recuerdo como si ahora fuera, unos muchachos compañeros de aulas a los que yo había ganado en un juego que hacíamos, me escupieron al rostro esta dolorosa injuria:

“Estás envalentonado porque te crees hijo de los Regentes de los Pabellones de los reyes como el pequeño Abel. ¿No ves, estúpido, como él se parece a sus padres como una gota a otra gota de agua, y que tú no te asemejas ni en la planta de los pies? A menos que tu padre o tu madre hayan tenido otras mujeres u otros maridos”.

“De esa cruel herida no pude curarme nunca, y fue la piedra en que tropecé en mi camino.

“Yo conozco que el orgullo y la ambición son los flacos de mi carácter; yo conozco el mal que hago y el bien que dejo de hacer; pero, ¿qué queréis, Pangrave Abelio? Prefiero y soporto una puñalada o una flecha, soporto un bofetón en pleno rostro si cabe, pero una humillación de este género, creedme que me saca de quicio.

–Kaíno –le dijo el Kobda–, justamente con esos puntos flacos de que adoleces, es que debes combatir, pues todos los errores de pasadas vidas tuyas, han tenido ese origen. ¿Sabes la historia de Nohepastro?

–No. ¿Quién era Nohepastro?

–Era el padre de la princesita Sophía, aquella que con su esclava Milcha habitó la caverna en que nació Abel y donde vivieron Adamú y Evana.

–Ah, sí, la caverna de los renos y de los tapices del dios Cazador y del dios del Mar que tanto me entusiasmaban en mi niñez.

–Bien pues, Evana es hija de la Princesa Sophía, como Adamú lo es de Milcha. Esto lo sabes.

–Sí, sí, como también que el padre de Evana se llamó Joheván, y el de Adamú es el Pangrave Aldis.

–Justamente. Pues Nohepastro siendo padre de Sophía, es abuelo de Evana y bisabuelo de Abel.

–Y, ¿qué quieres decirme con eso?

–Quiero decirte que Nohepastro a causa de su orgullo y su ambición entorpeció su propio camino y torció sus rumbos en vez de servir de lámpara para alumbrar la nueva civilización que empezaba; y finalmente, que Nohepastro eras tú mismo.

– ¿Cómo? ¿Cómo?

–Como lo oyes. Y como tanto dolor causaste a Sophía y Joheván, a Milcha y Aldis, y llevaste a la desgracia y a la desesperación a centenares de seres y de pueblos que dejaste deshechos con guerras de conquista, acaso en esta vida, tu ley te marcará una ruta de oscura y silenciosa expiación.

– ¡Y sabíais todo esto y nada me habíais dicho!... –exclamó el joven quejándose.

–Porque antes de llegar a la edad competente para comprenderlo y analizarlo, huiste del Santuario donde la Bondad Divina te llevó, para que aprendieras a reparar el mal que habías causado.

Kaíno quiso enterarse de todos los detalles de aquellos lejanos acontecimientos, y cuando fue sintiendo caer gota a gota sobre su corazón todo el dolor que había causado, todas las desesperaciones, las angustias, la sangre, la muerte que había sembrado en aquella vida anterior y en

la misma actual que había realizado, cayó en una especie de sombrío delirio que le hacía exclamar, retorciéndose los dedos y mesándose los cabellos:

– ¡Soy una bestia feroz sin alma, sin razonamiento, sin luz en la mente, ni una gota de sangre en el corazón! Pangrave Abelio, estoy muerto, ioh, sí, estoy muerto!..., lo único que vive en mí es el brutal instinto de las bestias... ¿No se mata un búfalo? ¿No se mata un mamut enfurecido? ¿No se mata una culebra venenosa?

“Mátame, Pangrave Abelio y que se elimine de la faz de la tierra...

– ¡Calla!, no hables así que ofendes al Amor Eterno. Cuando pasa por los campos un incendio voraz, queda todo reducido a cenizas, pero un poco más tarde, de las raíces de los árboles consumidos por el fuego, surgen hermosos retoños. Un vendaval pasa por los bosques umbrosos y destruye ramas, flores y nidos, pero al poco tiempo, los pajarillos reconstruyen de nuevo su nido deshecho, las ramas se cubren de hojas y de flores, y la vida esplendorosa y bella lo reanima y transforma todo. Reconstruye tu nido deshecho, Kaíno, hijo mío; deja brotar el árbol hermoso de los grandes ideales en ti; resucita a la vida nueva que la Eterna Ley te depara. Vamos, ánimo y valor que toda piedra puede removerse, toda sepultura cubrirse de flores, toda lámpara encenderse de nuevo...

Kaíno se abrazó del Pangrave Abelio, llorando a grandes sollozos mientras decía:

– ¡Lo he deshecho todo, lo he destruido todo, yo mismo me he reducido a un escombro viviente!...

–Pero ya estás resucitado, hijo mío, porque si así no fuera, no echarías de ver las ruinas que te rodean.

157

ENTRE LAS NIEVES DEL NORTE

Pocos días después como una hermosa bandada de aves viajeras se dispersaban en distintas direcciones los huéspedes de Num-Maki, dejando profunda impresión, de amor y de tristeza a la vez, en los que quedaban en la vieja mansión de Aranzán y de Shiva.

Bohindra, Ada y Evana, se unieron a la caravana que hacía el viaje periódico desde el Irán al Éufrates; Vladiko y Mabi atravesaban con su escolta de arqueros las montañas Zagros para encontrarse de nuevo en la ciudad de Asag donde les esperaba su pueblo.

Abel, acompañado de un buen número de Kobdas, se incorporó a la caravana que hacía viajes al País de Manh, *–Armenia–, hasta la costa del Ponto Euxino, donde un buque velero debía llevarles a la orilla opuesta

del mar, a Escitia, Teutonia y a los países del Báltico donde innumerables tribus tenían repartido entre si aquellos vastos territorios.

Los países de Roxolania, de Aghafir, de Escordisca y de Getta eran los principales que formaban el vasto dominio que había sido gobernado por Lugal Marada desde muchísimos años atrás. Llevaba consigo a Erick, el hijo mayor del gran Jefe del Norte, y varios Kobdas originarios de aquellos países, y que estaban vinculados por lazos de sangre con casi todos los caudillos jefes de tribus.

Habiendo tenido conocimiento tiempo atrás que en el país de Roxolania era donde se hallaban cautivos los hijos de Etchebea, Abel llevaba consigo también a Kaíno a los fines de que se encontrara con su padre, que en calidad de esclavo de un poderoso magnate desempeñaba el cargo de guardián de sus inmensas majadas de renos.

Para hacer menos amarga la humillación de Kaíno cuya desastrosa vida pasada lo llenaba a él mismo de vergüenza y amargura, Abel y los Kobdas que le acompañaban hacían inauditos esfuerzos por sembrar en su nuevo camino, flores de esperanza y de optimismo.

Debido a lo accidentado del terreno, pues desde Num-Maki hasta el Ponto era una casi ininterrumpida cadena de montañas, habían decidido realizar el viaje en asnos y mulas, viéndose obligados a veces a avanzar con abrumadora lentitud.

Kaíno había enflaquecido notablemente y su espíritu, abatido por lo que él llamaba la derrota de su vida, había caído en una especie de silenciosa melancolía que le impulsaba siempre a buscar la soledad.

Al despedirse, Evana le había hecho prometer solemnemente que no se separaría de Abel bajo ningún pretexto y que tornaría a La Paz, donde ella y Adamú le esperaban.

—Yo espero la felicidad para ti, hijo mío —le había dicho ella al abrazarlo por última vez—, espérala tú también. —Y eran minuciosos los encargos que, a este respecto, la tierna madre había hecho a todos los Kobdas que acompañaban a sus hijos.

—El uno es la Luz —decía ella—, el otro es toda tiniebla. Del desbordamiento de amor que dais a mi Abel, haced llegar unas gotas al pobre Kaíno que es más desventurado que malo.

Bohindra por su parte, había hecho a Kaíno encargos especiales para alentarle, haciéndole comprender que necesitaba de sus aptitudes y servicios. Le había encomendado estudiar las organizaciones de las tribus mineras y su forma de comerciar y de purificar los metales.

Mas era tan profundo el aplastamiento de aquel espíritu azotado por el vendaval de su propia miseria que llevaban ya muchos días de viaje y aún no había hecho observación alguna, ni estampado una sola anotación en su carpeta de tela encerada.

Eran veintinueve Kobdas los que acompañaban a Abel en su gran misión a los países del Norte, y entre ellos iban dos buenos notarios educados en Neghadá, varios con fuerza magnética de diversas formas de aplicación según se tratase de trastornos físicos o de corrientes astrales destructoras y dañinas.

Les acompañaban por vía de defensa de tribus salvajes o de bestias feroces, una escolta de cuarenta arqueros seleccionados entre el pueblo circasiano, unidos a los que vinieron del Norte acompañando al príncipe Erick. Era un total de setenta y cuatro hombres los que formaban la caravana, en la cual iban también los tres ancianos jefes que habían conducido desde su país natal al hijo de Lugal Marada. Entre los Kobdas misioneros había uno que era originario del país de Roxolania, al norte del Ponto Euxino, y que era el que había llevado a Neghadá la noticia de que en tal país se encontraban cautivos los hijos de Etchebea.

Bohindra, con su buen tino habitual para conseguir éxito en todas las empresas, encomendó a Kaíno con especial interés a la solicitud de ese Kobda a quien llamaban Muref. Era un buen sensitivo y mejor instructor en cuestiones espirituales, formado en la escuela de Adonai y de Senio en lo que a aptitudes generales se refiere. Con cincuenta y nueve años de edad, había gastado treinta por lo menos, en recorrer los diversos países del continente como visitador de todos los Refugios de Kobdas Misioneros, que existían diseminados como nidos de águilas entre las montañas o como plácidos nidos de garzas en las praderas regadas por ríos caudalosos. Conocedor de las costumbres, de los cultos y de las lenguas de todas aquellas comarcas, era la persona más apta para servir de buen auxiliar al joven Maestro en la misión que desempeñaba y a la vez el mejor confidente para Kaíno que al cabo de pocos días decía:

– Me aparté con dolor del Pangrave Abelio, creyendo que su ausencia me arrojaría en una hosca soledad, y me encuentro con vos, Pangrave Muref, que parecéis un archivo donde cada cabello de vuestra cabeza y cada pliegue de vuestra túnica parece un rollo de papiro con un conocimiento diferente.

“Decidme, ¿cómo habéis tenido tiempo para aprender tantas cosas?”

– ¡Oh, hijo mío!... El Eterno Amor fue tan bueno para mí que me arrancó de mi familia y de mi país a los cuatro años, en que una espantosa avalancha de hielo al irse retirando los glaciares, acabó con casi todas las tribus del Norte del Ponto Euxino, y yo con una hermanita, que aún vive en Neghadá, fuimos salvados por uno de los Kobdas montañeses del Hircanio, que entonces había huido de su santuario por las persecuciones de la Shamurance. A esa temprana edad era yo huésped del orfanato de Neghadá, donde recibí la educación adecuada para ser un hombre útil para mí mismo y para la humanidad que me rodeaba. De

mis cincuenta y nueve años, sacando los cuatro de mi niñez, todos los demás los he empleado en adquirir los conocimientos que a ti te parecen todo un Archivo de las Edades.

“¿Quién no dijo en aquel entonces al vernos a mi hermanita y a mí llorar, temblando de frío, sin familia y sin hogar, huyendo de enormes bloques de hielo que parecían blancos gigantes en danza: “¡Pobrecillos!..., imás os valdría morir!”?

“¡Y ya ves, cuan errados son los juicios de los hombres! Hemos vivido, y con el favor de Dios hemos sembrado y cosechado bastante en los campos del Señor de los mundos. ¿No es, dime, una casi infinita felicidad el ver desfilar por la memoria como azul bandada de avecillas todos los seres a los que uno ha podido iluminar, consolar, abrir caminos nuevos y hacer sonreír en la paz y en el amor? Mi hermana, más que yo, todavía, puedo decir, pues en su condición de mujer y de sensitiva hipnótica, con una bien marcada disposición para la música, ha sido y es como el Bohindra del Santuario de Mujeres Kobdas de Neghadá. Parece como que la lira en sus manos hiciera olvidar las ligaduras de la materia y transportar a otros cielos y a otras esferas. Y no creas, Kaíno, que esto lo refiero para vanagloriarme de ello; si lo menciono ante ti es buscando curar tu pesimismo crónico que te hace encontrar la desgracia, el mal, lo insalvable, espantoso y terrible en todo cuanto te sucede. Créeme, eso es una simple enfermedad del espíritu, fácil de curar cuando una firme y poderosa voluntad se decide a ello.

Mientras tanto, Abel se dedicaba con gran empeño a tomar los conocimientos preliminares referentes a las costumbres, religiones y lenguas de los pueblos que iba a visitar, a los fines de evitar rozamientos y choques penosos con los hombres del hielo, como ellos graciosamente decían, amenizando con emocionantes relatos y anécdotas lo que ocurría de ordinario entre aquella numerosa porción de humanidad con la que iba a entrar en contacto.

Y cuando se sentía fatigado del cúmulo de ritos, ordenanzas y símbolos, de fórmulas y de sistemas de expresión, dejaba caer sus brazos como abrumado sobre sus rodillas, sentado bajo su tienda de viaje y decía:

–“Si más no puedo les diré que soy un mensajero del Amor y ese lenguaje lo comprenderán todos”.

Y entonces los Kobdas de más edad, le aplaudían entusiasmados, mientras le decían:

– ¡No podéis negar que sois el piloto de la Legión de Amadores!

Cuando llegaron al país de Manh, el Kobda Muref indicó la conveniencia de acercarse al río Muradson, afluente del Éufrates y que arranca de las vertientes del Ararat. Las ciudades más importantes por entonces eran Skiefdom y Asan Heff, que estaban pobladas por dos tribus de

Kurganos, que se habían adueñado indebidamente de los dominios de aquel pacífico pueblo guiado por el viejo Caudillo Bayasid, uno de los más antiguos aliados del Thidalá, que había presenciado sus nupcias con la hija de Jebuz. Dicho caudillo era el padre de Selvia y Ilfrida, jóvenes Kobdas compañeras de Helia y también del Notario Menor que iba con Abel y cuyo nombre era Alodio. Se sabía que Bayasid estaba cautivo con los suyos en las grandes cavernas de las montañas, cuyas abruptas laderas costea el Muradson.

– ¡Hombre Luz! –decía Muref–, ahora empezáis vuestra misión de iluminar los caminos de los que andan entre tinieblas.

Aquella población estaba dividida entre mineros y pastores, que eran por entonces las dos grandes actividades comerciales de aquellos pueblos. Los labradores eran menos y habían sido como sofocados por los otros, mucho más numerosos que ellos. El antiguo jefe, Bayasid, había tenido la debilidad de complacer a los principales jefes de tribus que, por ambición, habían introducido a los Kurganos en pequeños grupos primero y a los fines de que extrajeran el oro que había en sus grandiosas montañas.

Siguiendo Alodio unos renos madres que había en el Muradson pudieron encontrar la entrada a la Caverna-Refugio de Bayasid que con dos hijos y cinco nietos, había sido relegado a aquellas enormes cuevas que de verdad asemejaban una casa subterránea. Le acompañaban algunos viejos criados y unos cuantos arqueros que por fidelidad habían querido seguirle. Cuando vio las túnicas azuladas de los Kobdas, y que los brazos de su hijo se ceñían a su cuello al entrar, el infeliz anciano se echó a llorar amargamente. Cuando pudo observar el gran parecido de Abel, con la dulce y expresiva fisonomía de Bohindra que jamás olvidaba, le dijo:

–Tú eres el hijo de aquella boda que yo presencié, años hace, del Thidalá Rey de Naciones con la hija de Jebuz. Tus ojos y tu frente lo dicen.

–Soy su nieto –le contestó Abel–, soy el hijo de Adamú y Evana que también habitaron una caverna como ésta y donde yo nací.

– ¡Entonces eres el deseado, el Bienvenido, el Hombre Luz!... –exclamó el viejecito queriendo arrojarle a los pies del joven Kobda.

Abel le recibió entre sus brazos y le dejó sollozar largo rato sobre su pecho.

–He sido traicionado, he sido despojado y vendido; casi todos mis hijos han muerto en mi defensa, y aunque todo esto significa un gran dolor, hay para mí otro mayor: Yo había pactado con el Thidalá que jamás en el país de Manh habría un esclavo, ni niños contrahechos o pobres leprosos arrojados a las bestias de las montañas, que la mujer sería respetada como la compañera del hombre, y que la verdad y la justicia serían aquí la única religión, el único culto.

“¡Oh, Niño, Niño de la Luz y del amor! ¡Nada de esto se cumple ya en este país, dominado por extranjeros que no tienen otro ideal que llenar sus arcas con el oro de nuestras montañas!

–Serénate, Bayasid, yo te lo pido en nombre de Dios y del Thidalá. Todo esto se remediará si en tu ley está que has de ser de nuevo el salvador de tu pueblo.

–Soy muy culpable de lo ocurrido –gemía desconsolado el anciano–, porque me dejé llevar por complacencia, a tolerar la introducción de costumbres y ritos que si al principio no estaban declaradamente reñidos con nuestra ley, algo rozaban con ella.

“Y un día más, y otro más, fueron avanzando lentamente hasta ir acostumbrando a las turbas a una nueva corriente halagadora de las bajas pasiones, y hasta de los brutales instintos de las tribus salvajes.

“Es necesario tolerar –me decían mis consejeros al oír mis protestas–, porque esos Kurganos enseñan a nuestro pueblo a extraer y purificar el oro y la plata; ¡nuestro pueblo será rico, poderoso y feliz, y podremos comprar nuevas tierras, y quien sabe si toda la vasta Anatolia llegará a ser nuestra! ¡Entonces implantaremos de verdad la gran Ley de la Alianza! ¡Pero ellos pagaron con su vida el mal consejo que me dieron! Y yo, ¡Altísimo Dios!..., vivo para ser testigo de tamaño desastre.

– ¡He ahí el pecado de los seres que recibieron la luz divina de la verdad y la dejan apagar por las tinieblas de los inconscientes y de los retardados, creyendo equivocadamente que por ser complacientes con sus errores, sus egoísmos y sus bajezas se les pone en camino de redención!

“Tal le ocurrió a Etchebea y tal te ocurre a ti. –Y así diciendo, Abel se tendió en las grandes pieles de oso que había en torno a una inmensa hoguera que ardía en el centro de la caverna–.

“¡Es el pecado de los hombres que tienen luz! –continuaba murmurando el joven Maestro como si hablase consigo mismo–. ¿No pensaste, Bayasid, que si tú dejabas apagar la luz, otros encenderían la suya para llevar por distintos senderos a tu pueblo, y que, juntamente con él, serías arrastrado tú mismo a las tinieblas?

“Porque no basta al hombre tener una elevada idea, plena de Verdad y de Sabiduría, si con sus obras la desmiente. Y si mal obran los inconscientes por falta de conocimiento a causa de su atraso moral y escasa evolución, peor y mil veces peor obran los que conociendo la Verdad y el Bien siguen la engañosa corriente por efímeras complacencias que dejan en su maldad a los atrasados y van minando la energía espiritual de los conscientes. Salidos del camino de su propia Ley, ¿quién les protegerá de todas las fuerzas contrarias en revuelta marejada, a donde ellos mismos se arrojan? Por eso se ha dicho que el pecado del justo pesa

inmensamente más que el de aquel que no lo es. A mayor conocimiento y lucidez, mayor responsabilidad y mayor obligación.

“Lo que dije a Etchebea te lo digo a ti: Es necesario no traspasar el límite que divide la tolerancia de la debilidad que fácilmente se confunden, como confunden también los hombres la justicia y la venganza.

“¡Ay del ser a quien ha iluminado la Luz Divina conquistada por Ley de evolución y la deja apagar por las masas, inconscientes de lo que es la verdad y la justicia!

“Más le valiera no haber nacido a esa vida que destruye los frutos de su labranza de siglos.

“Consuélate pensando que como a Etchebea, te ha ocurrido esto en los comienzos de un nuevo ciclo de evolución humana; porque si hubiera sido a la terminación, las consecuencias para ti serían mucho más dolorosas, pues te verías apartado por la Eterna Ley a un planeta inferior, donde el dolor y las condiciones de vida son una pesadilla de horror, que ni siquiera es dado imaginar a los seres de esta Tierra. Tienes una larga cadena de siglos ante ti para reparar este mal en forma que al terminar el ciclo final de las tinieblas para esta humanidad, ya te encuentres en las condiciones de hombre fuerte que aceptó el dolor, el oprobio, las vejaciones y la muerte antes de dejar a los inconscientes apagar su lámpara de iluminado.

“¿Por qué, dime, han de ser los ciegos guía de los que ven con sus ojos la luz del sol? Huís de los leprosos del cuerpo, temerosos de que os transmitan su mal, apartáis o matáis a los defectuosos y contrahechos para evitar que traigan generaciones lisiadas. Y no fijáis la atención en los leprosos del espíritu, ni en los contrahechos de conciencia, no para apartarlos o torturarlos sino para impedir que sean ellos quienes os marquen caminos a vuestros pasos.

“¿Os parece justo mi razonamiento, Bayasid?...

– ¡Oh, sí, Niño de la Luz!... Tus palabras son la sabiduría de Apolón..., la Ciencia del Altísimo, como decís vosotros los Kobdas y como debo en verdad decir yo, que soy vuestro aliado; pero mis Consejeros y yo hemos querido encontrar la felicidad de nuestro pueblo en su riqueza material, y esta ambición justa ha sido nuestra ruina.

– ¿Justa decís, Bayasid? –preguntábale Abel con tristeza.

– Porque es innato en el hombre el anhelo de prosperidad, de bienestar y de abundancia, bien veis, ¡oh, Niño! Que son muy pocos los que se conforman con la medianía y con la escasez.

– Bayasid, amigo mío, con dolor te digo que siendo aliado de tantos años, la Ley de la Gran Alianza no ha penetrado en tu campo, ni ha germinado, y hoy te encuentro vacío de cosecha, sin flores en tu jardín y sin frutos en tus graneros.

“Dices bien que es la prosperidad un deseo innato en el hombre que nace, vive y muere buscándola, porque la Eterna Ley puso tal anhelo en el ser como acicate para el progreso también eterno a que está destinado.

“Pero le dio también la antorcha de una inteligencia y la palanca poderosa de una voluntad que se fortalece y agranda con el ejercicio a que le obligan las resistencias que encuentra.

“Ahora analicemos y verás la luz: Los Kurganos, ¿quiénes son, considerados como colectividad que se ha introducido entre vosotros? Bien sabéis que forman ellos una porción de humanidad recién llegada a la categoría de seres conscientes, entre los que abundan aquellos que entran por vez primera en el reino humano.

“Para su edad como espíritus, ellos están en lo que la Ley les marca: no ven ni pueden ver por el momento otra cosa mejor que desprender de las montañas los filones de oro que están a la vista, y que saben despierta la codicia de los grandes de la tierra. Ese oro les abre las puertas de todos los países, donde van haciendo alarde de su fuerza física, y de su voluntad tenaz y persistente.

“Ellos están en su Ley, pero vosotros que os dejáis dominar por ellos movidos por vuestra ambición de que os llenen de oro vuestras arcas, no estáis en la vuestra. Y así como el que construye su casa debe seguir las leyes que la técnica le marca, en cuanto a las proporciones, altura, base, orientación del sol y los vientos; y el que emprende un largo viaje debe seguir el camino conocido, más llano y más breve, y no tomar rumbos opuestos o encrucijadas peligrosas donde ignora las sorpresas con que se va a encontrar, de igual manera deberá obrar el que construye el castillo de su propia personalidad y ha emprendido el viaje de una nueva existencia física con los fines de avanzar en el eterno camino.

“¿Vale acaso la pena soportar los dolores de toda una vida en planetas inferiores como esta Tierra, para llegar a la desencarnación con el mismo atraso moral con que vino a ella? ¡Para eso más valía no haber venido!

“Tú, Bayasid, conocías el espíritu de la Ley de la Gran Alianza, toda vez que cuando se realizó ésta, los más avanzados espíritus que había entre los Kobdas de entonces os explicaron, ampliamente desarrollados, todos los principios y fundamentos de la gran ciencia de Dios y de las almas, las leyes que rigen la evolución de los seres, de las familias y de los pueblos, la forma de coadyuvar al progreso individual y colectivo, los deberes de justicia y de piedad de los gobernantes obligados por ley severa a buscar la felicidad de sus pueblos, no solamente satisfaciendo sus necesidades físicas sino también, y con preferencia, las de orden espiritual, moral e intelectual.

“Bien estaba que una raza inferior por su evolución se acercara a vosotros, mas no para torcer vuestro camino y marcaros normas en la vida

sino para aprender lo que vosotros sabíais, y alumbrados por vuestra luz, subir una escala más en los caminos del progreso, no para haceros bajar a vosotros a su bajo nivel.

“¡He aquí el pecado de los hombres de la luz enfrente de las turbas inconscientes y ciegas! Todas las tiranías, todos los despotismos vienen siempre de abajo para arriba. O sea, que los seres atrasados, malvados y feroces gobiernan sobre los pueblos inconscientes de sus grandes facultades de inteligencia y voluntad. Por eso verás que ningún hombre justo, consciente de sus deberes y de sus derechos se erige jamás en un dios tirano y feroz sobre su pueblo. Y tú, Bayasid, ¡has abierto tus puertas a una manada de osillos hormigueros, que huroneando por las montañas llenan de oro tus arcas y de lepra el alma de tus súbditos!

–De ti emanan la luz y la sabiduría, ¡Oh, hijo del Altísimo! –exclamó desesperado el infeliz anciano–. Tú serás la salvación de este pueblo que mi debilidad ha empujado a la desgracia. Ordena y manda, que yo seré como un niño para obedecerte.

–Bayasid, lo que en muchos años se ha destruido no se construye en una hora. Será también la obra paciente y laboriosa de mucho tiempo. Tendrás que remover los escombros que han hecho cuerpo con el enmarañado ramaje de los arbustos espinosos nacidos entre ellos. Cuando hayas limpiado tu campo de escombros y malezas, será la hora de reconstruir y de sembrar.

– ¡No verán entonces estos ojos tal felicidad! –exclamó con dolor el anciano–, pero reconozco que hay justicia en esta pena que me agobia. Tengo conmigo nietecitos que podrán ser mañana para este pueblo lo que yo no he sabido ser. Tengo hijas entre las Kobdas del Mar Hircanio y ellas tendrán la fortaleza que le ha faltado a su padre.

–No ha mucho, las he conducido yo mismo al país de Num-Maki para formar el Consejo femenino de la joven reina, hija de Shiva, que acaba de ocupar el lugar dejado por su madre –le dijo Abel.

–Pero, ¿ha muerto la Manh Shiva, la reina de la piedad como la llamaba su pueblo?

– ¿Morir, Bayasid, morir has dicho? ¡Qué ha de morir la Manh Shiva, si los seres que como ella, sienten e irradian de sí tan infinito amor, viven eternamente en el corazón de todos cuantos les amaron! Dejó su cuerpo ya gastado por los años y por el dolor de su vida valerosamente vivida, pero allí mismo en su país se la siente vibrar como un canto perenne en las obras que ha dejado, en las costumbres que ha establecido y hasta en el aire que Num-Maki respira.

“¡Oh, Bayasid!... ¡Qué gloria!... ¡Qué dicha radiante y pura, conquista un ser puesto por la Eterna Ley al frente de una porción de humanidad, a la cual ha sabido conducir hacia el Bien, la Verdad y la Justicia! Su

hija, Helia, seguirá el camino empezado por su madre, y ese numeroso pueblo deberá a esas dos admirables mujeres la gran evolución que ha conquistado. Allí no hay amarrados en las cavernas, ni cautivos en las torres de la justicia. Los presidiarios labran la tierra, pastorean los ganados y se sientan alrededor de la lumbre en el hogar, donde una esposa y unos hijos les hacen sentir la alegría de la vida justa de los hombres de bien, y Shiva vio esta dicha con los ojos de su cuerpo, ¿por qué tú no puedes verla también?

Bayasid inclinó su cabeza como agobiado de enorme peso y contestó:

– ¡Porque yo no he amado como ella! Me he ocupado del cuerpo de mis súbditos, pero poco o nada he pensado en su espíritu, que al igual que el mío, necesita de cultivo y de expansión, de esperanza y de energía para realizar la jornada. Mi pueblo ha comido hasta la hartura, ha satisfecho sus instintos, sus necesidades y hasta sus caprichos, mas no ha sido educado como para tener conciencia de sus derechos y deberes.

“No fui fuerte para dominar la inercia de la mayoría en contra del cultivo de la inteligencia y de las elevadas facultades del ser, y hoy me encuentro con una turba inconsciente de ovejas que igual acepta un jefe que otro, basta tener buen pasto para su boca.

“Justa compensación para quien tan poco hizo por elevar el nivel moral de la muchedumbre”.

Aquí llegaba el diálogo de Abel y Bayasid, cuando los demás Kobdas y viajeros entraban en la caverna de la hoguera, después de haber formado su campamento en las cavernas vecinas en que había capacidad sobrante para las bestias que los habían conducido. En aquel paraje situado junto al río Muradson, más o menos a la altura en que existe hoy la ciudad de Mush, debían reposar dos días, pues los viajeros de más edad se sentían muy fatigados. Allí dejó Abel la influencia de su palabra llena de luz y de sabiduría, y la resolución firme en Bayasid y un centenar de sus adeptos de buena voluntad, para instruir al pueblo en sus derechos y deberes de hombres conscientes y libres. Dos de los Kobdas de la misión quedaron al lado de Bayasid, que sin ese apoyo sabía bien que no tendría fuerza suficiente para reconstruir lo que su debilidad y excesiva complacencia había destruido. Al amanecer del día tercero de su llegada, la caravana continuó su marcha rumbo al noreste, hasta las tierras bañadas por dos grandes ríos, afluentes del Mar Hircanio o Caspio: el Aras y el Kura que corrían entre nevadas montañas.

158
LAS HIJAS DE NORTHIA

La segunda etapa del largo viaje debía ir a terminar en el país de Cólquida, *—La posterior Gogorena de la época de Alejandro—, donde una nieta de Lugal Marada de nombre Walkiria, estaba al frente de diez numerosas tribus de Escaldunas que habían rechazado la intromisión de caudillejos de segundo orden, que a la muerte del viejo y poderoso Jefe pretendieron esclavizar aquellos pueblos.

El príncipe Erick de acuerdo con los Kobdas, envió como mensajeros a dos de los ancianos que le habían acompañado para dar aviso a su hermano que gobernaba toda la Cólquida. Era éste, hijo de una quinta esposa del viejo Caudillo desaparecido. Razón por la cual venía a ser un príncipe vasallo de Erick que era el varón mayor de la primera esposa. La valerosa joven, que había visto asesinar a su padre y a sus dos hermanos varones, tomó el más lujoso atavío de uno de sus hermanos muertos y con gran decisión y entereza se presentó ante las tribus, que eran de su padre, diciéndoles si querían obedecerle hasta tanto que regresase el Príncipe Erick. Como tenía gran parecido con uno de los hermanos muertos, nadie dudó que era el verdadero Freas y lo proclamó caudillo sin más ni más.

Investida de toda su autoridad, salió pues con gran séquito a recibir a su tío Erick en un delicioso valle a la otra orilla del Kura, que la caravana debía vadear en breve según el relato de los mensajeros.

—Tu hermano Frixos fue asesinado por los revoltosos, y yo, su hijo Freas, he tomado las riendas del gobierno hasta tu llegada.

Tal fue el primer saludo que oyó Erick al pisar la tierra donde comenzaban los dominios que fueron de su padre.

—Has hecho bien y tal puesto será el tuyo, pues no tengo la menor idea de despojar a ninguno de mis hermanos de los pueblos que nuestro padre les asignó, con el fin de absorber yo solo toda la autoridad. Y dime: ¿Sigue aún la revuelta?

—Cólquida está ya tranquila y demuestran estar a gusto conmigo. Alban está dividida en dos bandos. Pues dos hijos de otro de tus hermanos alegan iguales derechos. El país de Kefa arde como un volcán de odios porque fueron muertos todos los descendientes de nuestro divino abuelo, el Aitor del Norte. Los Roxolanos y Agafirsos, unos te esperan a ti y otros quieren plegarse bajo la bandera de un soberano escita que les hace grandes promesas. ¡Oh, tío Erick! los infames Mingos, hijos del dios Vitgner, han desatado las llamas devoradoras que él enciende agitando sus alas...

– ¿Qué son los mingos y qué es Vitgner? –preguntó Abel a Muref, el Kobda conocedor de las costumbres y lenguas de aquellos países.

–Los Mingos son los sacerdotes del culto de Vitgner el formidable pájaro-fuego, que según la antigua superstición de estas gentes es el genio destructor de los hombres, que castiga con fuego, guerras y volcanes a todos aquellos que se niegan a rendirle homenaje. Estos fueron los que minaron la autoridad de Lugal Marada en venganza del poder que él les suprimió, al ingresar en la Gran Alianza de los pueblos del Éufrates y del Nilo.

–Y ellos fueron los causantes de su muerte y de la espantosa revuelta que agita todos estos vastos países –añadió el joven Freas que comprendió la anterior respuesta de Muref.

– ¡Qué hermoso príncipe rubio! –exclamó Kaíno, al oído de uno de los Kobdas–. Su rostro parece de cera y su voz es delicada como la de una mujer.

–Es que debe ser casi un adolescente –le contestó el Kobda–, y además en estos parajes los hombres llegan a la juventud conservando aspectos de la niñez. Aquí no corren tanto en crecimiento y desarrollo como en nuestros climas tropicales.

–Pues entonces –añadió Kaíno–, las mujeres deben ser aquí como muñecas de alabastro.

–Ya sueñas, Kaíno, ¡bien, bien hombre! Nuestro hermano Muref, por lo pronto, te servirá de introductor cuando creas llegado el momento de hacer alianza con una dorada mariposa de esas que parecen una redoma de miel.

– ¡Qué ojos!..., ¡qué perfiles los de este príncipe Freas!... ¿Por qué habrá nacido varón si tiene belleza de mujer?

– ¡Pero hombre!..., tendrá hermanas que de seguro serán más bellas que él. No por esto vas a dejar caerse al suelo tus ilusiones.

– ¡Freas!... –exclamó en alta voz Erick–. Aquí tienes al representante del Thidalá de los pueblos del Éufrates y del Nilo, que viene con todos los poderes de su ilustre abuelo para ayudarnos a establecer el orden y la paz entre las tierras que gobernó Lugal Marada, mi padre.

Ambos se inclinaron profundamente y con las puntas de los dedos se tocaron el pecho.

– ¡Apolón te guarde!... –dijo Freas.

– ¡El Altísimo te dé la paz! –dijo Abel.

Y tomando de nuevo sus cabalgaduras siguieron a Freas y su séquito, en dirección a la ciudad de Kiffauser, que era la capital del país de Northia, como se le había llamado a esa parte de Cólquida, en recuerdo de la primera esposa de Lugal Marada, o sea, la madre de Erick, que había fallecido hacía ya muchos años. Sea por adulación al Gran Caudillo y después a su

hijo, fue creada una especie de fábula o leyenda en que aparecía Apolón, el Dios benéfico, coronando de espigas de trigo a Northia, declarándola diosa de los trigales en razón de que la joven esposa de Lugal Marada, había nacido cuando su madre dormía entre un haz de doradas espigas y había muerto de un síncope cardíaco cuando presidía la fiesta llamada de las espigas. Tal es el origen de esa antigua divinidad de los países del Norte en la época a que nos referimos, y de la cual algunos rastros se encuentran en antiguas tradiciones de los pueblos del Báltico.

Abel y sus acompañantes iban pues a ser huéspedes de Freas durante su permanencia en Cólquida.

El joven maestro eligió para sus Kobdas y para sí, el pabellón más apartado entre la aglomeración de fortalezas de piedra, que no otra cosa eran aquellas vetustas y enormes construcciones hechas como un audaz desafío a los siglos de nieve que habían pasado y los que aún debían pasar. Dicho pabellón estaba casi escondido entre un grupo de inmensas moreras que les sombreaban por todos lados.

—La divina Northia os ama —dijo Freas a Abel—, pues pedís para habitación su pabellón de trabajo. ¡Mirad!... —y abriendo una puertecilla baja y pesada le hizo mirar al interior. Había allí telares, husos, enormes carretes o carreteles de envolver hilo, algodón o lana, rollos de telas a mitad de tejer; finas telas de lino, encajes de seda empezados y no terminados. Y sobre un pedestal de piedra blanca, la estatua de una mujer coronada de espigas y con una cestilla llena de trigo que parecía ofrecer a quienes la miraban.

— ¿Esta es la madre del príncipe Erick? —preguntó Abel.

—Sí, su madre, hermana de la mía, pues su padre y casi todos los hijos tomaron como primera esposa alguna de las mujeres de la familia de Northia, por la gloria que ella supo dar a su raza. Las habrá malas, acaso, pero entre nosotros es gran honra decir que tenemos en las venas sangre de Northia. Se dice que ella es el genio que encarnó para borrar los rastros de la Shamurance de las tierras regadas por el Kura y el Volga, y fue durante su corta vida que un torbellino de glaciares acabó con los secuaces de la Reina-pirata que se habían refugiado en las cavernas del Elbruz.

“Northia, mi abuela, era originaria de Albania, pero después de casada vivió aquí donde encontró mejor clima, y mejor adaptación por el carácter y costumbres de los habitantes.

“Muerta ella, nuestro abuelo se estableció en Roxolania porque lo juzgó necesario para mejor gobernar sus pueblos. En una inmensa isla de las bocas del río Donda, afluente del Ponto Euxino, estaba con más fácil contacto respecto de todos los pueblos costaneros y en comunicación con los del Báltico, entre los que él tenía grandes amistades y grandes negocios.

Durante esta conversación fue llevándolos por todo el pabellón, mientras hacía que unos criados fuesen encendiendo el fuego en los hogares de piedra que se veían en cada habitación que iban recorriendo.

Enormes estrados de piedra cubiertos de pieles y mantas de lana, grandes tapices de variados colores colgados de los ventanales cuadrados y bajos, enormes cántaros de vino y ánforas llenas de jugos de morera eran el mobiliario de aquel extraño recinto.

–Esta puerta –dijo Freas, indicando un marco oscuro reforzado de cobre–, es la entrada al Recibidor de Apolón, según Northia lo calificó.

“Aquí, oraba ella y traía a todas las mujeres que habían sido descubiertas en delitos y desórdenes por los cuales sus padres, hermanos o maridos querían matarlas. Las pedía por dos lunas y si pasado ese tiempo, no daban señales de mejoramiento, les vestía una túnica negra y las devolvía a sus jueces. Inútil, es decir, que sea por miedo, o por la buena influencia de su protectora, eran muy pocas las que salían para morir. Así, fue como Northia formó una especie de colonia de mujeres salvadas de la muerte, que se llamaron con el tiempo hijas de Northia o Northianas, de donde muchos caudillos eligieron sus esposas, a las cuales la gran mujer les había asignado hermosas dotes junto con el derecho de usar su nombre como apellido de familia, con lo cual quedaba borrado todo su pasado.

El Recibidor de Apolón no tenía más que pieles de rangífero como alfombras en el piso, grandes pebeteros de piedra, de plata o de cobre. Ánforas destinadas a colocar flores y una gran fuente al centro, donde por innumerables surtidores salía agua hasta la altura de una persona.

Era el agua purificadora con que Apolón exigía lavarse, como preparativo a la limpieza interior que exigía para perdonar los delitos o desórdenes de las refugiadas. En uno de los muros había un alto estrado con dosel y mantas de pieles que se llamaba “la silla del juicio”, donde Northia con dos ancianas juzgaba y perdonaba a las refugiadas, o les vestía la túnica negra que les llevaría a sus jueces y a la muerte.

– ¡He aquí –decía Abel–, una especie de plaza del Arco de Oro, donde nuestras hermanas de Monte Kasson con la anciana Elhisa a la cabeza, hacen justicia y enseñan la divina Sabiduría en el país de Ethea!

“¡Northia! ¡Northia! No hemos conocido tu materia pero tu alma vibra aquí en tonos muy parecidos a los nuestros.

“¡Se explica que con una esposa como ésta, aunque le acompañó por breve tiempo, fue bastante para que Lugal Marada se sintiera impulsado a buscar la alianza de los hombres de toga azul!

“¿Pero habéis dejado morir su obra cuando ella desapareció del plano físico? –volvió a preguntar el joven Maestro después de unos momentos de meditación.

–Ha sufrido como es natural una interrupción, un largo paréntesis, porque a esa obra suya le faltó el alma que la animaba como si a una lira le hubieran sido de pronto rotas sus cuerdas –contestó Freas–. Luego la gran revuelta que puso unas tribus contra otras, el asesinato de mi abuelo, la muerte de innumerables jefes, trajo tal desquicio y desorden que aquí parecía la terminación de este mundo. Pero si vos queréis, si tío Erick lo quiere también, yo haré florecer de nuevo la obra de Northia porque siento en mis venas su sangre, y la vibración de su espíritu dentro de mi ser.

– ¿Cuántas primaveras cuentas?

–He visto veinte veces granar nuestras moreras. Aún no había nacido yo cuando la divina Northia murió, dejando a oscuras este pabellón y más a oscuras todavía los corazones que la amaron.

“Yo la he soñado algunas veces y en el sueño he creído que me decía muchas cosas. ¡Ilusiones quizá, ilusiones! –añadió el jovencito, como queriendo desviar la conversación, temeroso de ahondar demasiado en el asunto que no le convenía, pues por ese camino iba derecho al descubrimiento de su condición de mujer. Era en verdad que el alma vibrante y enérgica de Northia, había buscado en su nietecita una continuadora de su obra de redención de la mujer caída. Y fue una fuerza oculta quien la impulsó a ponerse al frente de las tribus numerosas que poblaban Cólquida. La nieta obedeció a esa fuerza en todo, menos en presentarse como una mujer.

Tuvo grandes temores, su madre misma temió por ella y apoyó su decisión de investir la personalidad de su hermano gemelo Freas, llamado por su valor y su talento: *El doncel de bronce*.

–Pues bien, Freas –le dijo Abel–, no por los sueños que has tenido sino por los elevados sentimientos de equidad y justicia que veo en ti, es que te digo: “El Altísimo será contigo para hacer revivir las obras de amor y de justicia que Northia, tu abuela, inició apenas en esta tierra. Son pocas las almas que responden al llamamiento de la Eterna Energía para crear obras nuevas de evolución moral de los seres, y es un pecado de inconsciencia el dejar perderse en el vacío la luminosa creación de una de esas almas que respondieron al llamado divino. Y ese pecado de inconsciencia lo cometerías tú, que comprendes la obra de Northia, si por inercia o debilidad no la hicieras resurgir nuevamente. Serán las hijas de Northia quienes harán florecer una nueva civilización como hermoso vergel de paz y de abundancia en estos países del hielo.

Aquí llegaba el diálogo de Abel y de Freas, cuando entró a toda carrera en el solitario pabellón, una criada de la madre de Freas, que con el terror pintado en el semblante pronunció breves palabras junto al príncipe y echó a correr de nuevo. Al mismo tiempo Muref, el Kobda intérprete y dos o tres Kobdas más entraban al recinto.

–Parece que el volcán que arde en Cólquida llega hasta aquí –dijo Muref.

Freas que parecía meditar se acercó de pronto a Abel y tomándole una mano le llevó aparte a un ángulo de la habitación.

– ¡Te llaman Hombre-Luz, Hombre-Sabiduría, Hombre-Amor! –le dijo con gran vehemencia–. ¿Puedo confiar en ti aunque eres casi tan joven como yo?

–La edad no es nada. La comprensión y la voluntad, lo es todo –contestó el joven Maestro–. Habla y el Altísimo será conmigo para prestarte ayuda. Piensa que obraré como lo hubiera hecho el Thidalá de la gran Alianza si estuviera a tu lado en este instante.

–Hoy es para mí un día de gloria o de muerte. Otro sobrino de Erick y primo mío, se encamina hacia aquí desde aquel revuelto país. Y viene para pedir que se me entregue como cautivo para lavar la afrenta que dice inferida a su única hermana, que fue ultrajada por uno de mis hermanos.

– ¿Pero por qué has de pagar tú la culpa de otro? Tu hermano fue muerto, ¿qué quieren pues reclamar de uno que ya no es de este mundo?

–Quieren que lave yo la afrenta, tomando como esposa a la joven ultrajada. Ya lo solicitaron antes, y como no accedí, acuden a la fuerza y vienen con un numeroso cuerpo de arqueros.

– ¿Tienes gran repulsión en sacrificarte por la honra de esa mujer? –preguntó Abel.

–Es que encima de haber sido ultrajada por mi hermano, sería engañada vilmente por mí.

–Porque no la amas, ¿verdad?

– ¡Es que no puedo amarla, no puedo engañarla, no puedo casarme con ella!... ¡Hoy te digo que es un día de muerte o de gloria para mí! ¿Me ayudarás, Príncipe Abel?

–Cuenta conmigo y con todos mis hermanos si obras con justicia y equidad –le contestó el joven Maestro.

– ¡Te juro que obraré como hubiera obrado Northia en mi lugar! –Y sin dar tiempo a que Abel le dijera ni una palabra más, salió a toda carrera hacia el gran edificio central que era el ocupado por su familia.

– ¿Qué hacemos? –preguntó Abel a Muref–. ¿Dónde está el Príncipe Erick?

–Está de consejo con varios de los antiguos jefes guerreros de su padre, y cada cual ha reunido ya su cuerpo de arqueros para imponer el orden y la justicia. Erick y los ancianos piensan que Freas debe casarse con su joven prima, como único medio de evitar una lucha fratricida. Pero no hay forma de convencerlo.

–Tendrá otro amor y como la Ley de la Alianza no permite varias esposas... –advirtió otro de los Kobdas.

Un mensajero anunció que el Príncipe Erick pedía al representante del Thidalá de la Alianza, que a la caída de la tarde tuviera la bondad de hallarse con todos sus compañeros en la Plaza de la Justicia, para que apoyase con su autoridad las decisiones que debían tomarse. Abel lo prometió así, y después de tomar una ligera refección y cambiar sus ropas de viajero, se vistió el Oped Blanco, símbolo de la autoridad del Thidalá que residía en él, puso el anillo de la Gran Alianza en su índice derecho, y una hora después se encaminó al sitio indicado seguido de los Kobdas sus hermanos, dos de los cuales llevaban sus carpetas de tela encerada, como secretarios para cualquier anotación que debieran tomar.

La enorme plaza de la Justicia estaba flanqueada por triple fila de arqueros vestidos a toda gala, o sea, con casacas de oso blanco y casquete rojo y azul.

En un lado se levantaba un suntuoso estrado con cortinados blancos, rojos y azules, el cual se veía rodeado por todos lados de unos hombres gigantescos apoyados en enormes tridentes. Parecían ser la guardia defensiva de los que debían ocupar el gran estrado.

El Príncipe Erick entró el primero, seguido de un séquito de ancianos vestidos de blanco y manto azul los unos, y de blanco y manto rojo otros. El Príncipe Erick llevaba manto negro, según era costumbre la primera vez que el heredero representaba en público al soberano muerto.

Había tres suntuosas tarimas con doseles encima del gran estrado. En el del centro fue invitado a sentarse Abel como representante del Thidalá de la Alianza de las Naciones Unidas, Erick a la derecha y Freas a la izquierda, mientras que la inmensa gradería del estrado fue toda ocupada por los ancianos y jefes guerreros y por los Kobdas compañeros de Abel. Después que una especie de heraldo hizo sonar una bocina de plata para reclamar atención y silencio, uno de los ancianos dio lectura a un rollo de tela encerada que un jefe guerrero desenrollaba a la vista de todos.

Era la solicitud del Príncipe de Cólquida de que Freas reparase el ultraje hecho por su hermano mayor a su joven hermana Alkmene, desposándose con ella.

Los ancianos tuvieron todos, duras palabras para el joven Freas, que se resistía a hacer el sacrificio en homenaje al restablecimiento de la paz en los pueblos de su ilustre abuelo. Freas impasible los dejó hablar sin cambiar su postura. No había querido sentarse y se mantenía de pie en su tarima. Su palidez le asemejaba a una estatua de mármol con cabellera de oro. Su capa de blanco armiño, no era más blanca que su frente y parecía brillar una extraña luz en sus ojos de color topacio. Las nobles

mujeres de los jefes guerreros que miraban desde un balcón terraza, le codiciaban para esposo de sus hijas.

– ¡Lástima de príncipe tan bello y que deba sacrificarse a una mujer que no ama! –decían compadecidas.

– ¡Peor que el presidio y que la muerte! –decían otras.

– ¡Y yo que no vivía más que por él! –suspiró una jovencita, bella como un rayo de luna, que no le quitaba la vista de encima.

Cuando todos los ancianos hubieron emitido su opinión, que era pidiendo el sacrificio de Freas, y cuando el príncipe Erick invitó a Abel a emitir la suya, el joven Maestro sólo dijo estas pocas palabras:

–Permitidme que yo hable el último, o sea, después que el Príncipe Freas haya hecho su defensa. Que el Altísimo le ilumine y que Northia su ilustre abuela, le dé su energía y su sentir.

Abel miró a Freas con tan profunda mirada que el joven príncipe sintió como si una corriente eléctrica poderosa corriera por sus venas.

Un suave matiz rosado se esparció por la blanca faz de Freas y con una serena calma, casi impropia de su juventud dijo en alta voz:

–Porque tengo el alma y la sangre de la divina Northia he dicho y sostengo que no puedo ni debo aceptar tal matrimonio.

“¡Arqueros! –gritó–, ¡preparad vuestros arcos y atravesadme aquí mismo con vuestras flechas! ¡No soy el príncipe Freas, que fue asesinado, sino su hermana Walkiria que tomé su nombre para evitar que nuestro país fuera subyugado por los extranjeros!

“¡Matad a la nieta de Northia si es que encontráis que ha deshonrado con sus actos la gloria de su ilustre abuela!

Y al decir tales palabras había tirado al suelo el manto de armiño que la cubría, dejando al descubierto su fino talle de mujer, apenas velado con una túnica blanca ceñida a la cintura por un cordón de oro.

Llevaba en su cuello el collar de zafiros que usaban las mujeres descendientes de Northia, como un blasón nobilísimo que sólo ellas podían usar.

Un profundo silencio de expectativa siguió a esta inesperada y valiente declaración.

Abel se puso de pie y dijo:

–Bendita seas, hija de Northia, porque has obrado con justicia y equidad. Quise hablar el último porque había descubierto en este noble ser toda la grandeza que acaba de glorificarle.

– ¡Northia la ha salvado! ¡Northia la ama y la glorifica! ¡Northia la hace justa y noble como ella!...

Tales fueron los clamores de que se llenó la Plaza de la Justicia. El príncipe Erick, su tío, profundamente conmovido se acercó a su hermosa sobrina y la besó en la frente.

–Has demostrado –le dijo–, tener la sangre de mi ilustre y gloriosa madre, porque has preferido la muerte a la vileza y la mentira. Quedarás al frente de este pueblo porque nadie le guiará mejor que tú, hermosa Northia de la hora actual.

– ¡Hija de Northia! –gritaban todos en un formidable aplauso–. ¡Haces revivir a tu divina abuela! Eres otra vez nuestro genio de la paz y la abundancia. Diosa de las espigas, contigo viene la paz, la alegría y la abundancia.

La joven se mantenía erguida, devorando su emoción para no dejarla traslucir al exterior. Y cuando quisieron levantarla en brazos para pasearla por la multitud, no pudo resistir más y cayó desmayada en su tarima, sin una queja, sin un sollozo, como si un rayo la hubiera herido.

Los ancianos corrieron, pero Abel que estaba casi a su lado se les anticipó y con él, Muref y dos Kobdas más, para hacerla reaccionar por medio de suaves fluidos magnéticos.

–Si me permitís –díjoles Abel–, nosotros poseemos conocimientos médicos y podremos aliviarla más pronto.

“En primer lugar –dijo Abel a Erick que se había acercado–, es conveniente que venga aquí la madre y algunas criadas para que la trasladen a su habitación.

Y mientras se impartían las órdenes, los cuatro Kobdas a la vista de todos extendieron sus manos a distancia sobre el exánime cuerpo de la joven. A poco llegó sollozando la madre y dos hermanitas adolescentes, seguidas de varias nobles mujeres, esposas o hijas de jefes guerreros y por fin una decena de criadas con una camilla revestida de pieles y sedas.

– ¡Walkiria, hija mía! –sollozaba la madre–. ¡Yo te decía que el sacrificio que te imponías por el pueblo iba a costarte la vida! ¿Quién te devolverá a tu madre viuda, y sin sus hijos gallardos y fuertes que la defendieran? ¿Qué será de mí y de mis dos niñas?... ¿Quién me salvará, quién?...

– ¡Yo, madre!... ¡Yo!... –murmuró en voz queda la joven enferma que ya había vuelto en sí y oído las quejas de su madre–. ¿No habéis comprendido que vibra en mi ser el alma de Northia?

“Gracias –dijo, dirigiéndose a los Kobdas que aún seguían con sus manos extendidas sobre su cuerpo. Y se dirigió a su tío con estas palabras–. ¡Príncipe Erick, noble y magnánimo Aitor, Sacerdote y Rey de todos los países del hielo! Perdonad el engaño que os hice a todos en atención al fin noble que me impulsó; pero una vez que estáis aquí, en vuestros dominios, y que las circunstancias me obligaron a descubrir el secreto, dejadme partir os ruego, con mi madre y mis dos hermanas a un lejano país, donde nadie sepa que la infeliz Walkiria se vio obligada a mentir para salvar a su país del yugo extranjero.

La multitud había sido obligada a retirarse y estas palabras sólo fueron oídas por sus familiares, los ancianos y los Kobdas.

—No te preocupes, ¡oh, noble sobrina, hija de mi hermano Icleas! —le contestó Erick—. Atiende a tu salud quebrantada por la ruda lucha que has sufrido, y deja que sea yo quien decida de ti, de tu madre y de tus hermanas.

Poco después, colocada en la camilla, Walkiria fue llevada a su pabellón seguida de su madre, sus hermanas y mujeres que la acompañaban.

Nadie se dio cuenta de que un sagaz observador oculto no había perdido el menor detalle de lo ocurrido, y este observador era Kaíno que desde un rincón formado por una gran colgadura y el graderío del estrado, había permanecido hacia la parte destinada al Príncipe Freas, no porque tuviera sospecha alguna sobre su condición de mujer, sino porque se figuró que allí, cerca de él acudirían sus familiares, y quiso ver si tenía hermanas y si eran tan bellas como él. Calcule pues el lector, su satisfacción cuando se descubrió que no había tal príncipe Freas, sino una bella flor de la nieve a quien habían puesto un nombre de diosa: Walkiria.

Kaíno había caído como en un éxtasis, del cual no tuvo fuerzas para levantarse a seguir el séquito que acompañaba la camilla de la enferma, sino que inmóvil, paralizado por una fuerza extraña, se mantuvo así oculto, tras la inmensa colgadura y pieles que formaban amplio dosel a la tarima en que la joven había caído desmayada.

Un mundo de ambiciones, de dolores, de luchas, de remordimientos, de anhelos y hasta asco de sí mismo se levantó en su espíritu como una borrasca formidable. ¿Acaso, podía él, un hijo de nadie, que había recibido de limosna la vida y la posición, podía en justicia fijar sus ojos en esa estrella que brillaba tan alto?

Su horrible vida pasada acudía de nuevo en su mente, abriendo más hondo abismo entre él y el limpio cristal de aquella otra vida que acababa de entrever.

Recordó uno por uno sus lúbricos amores, si tal nombre puede darse a las más brutales y groseras manifestaciones de la sensualidad llevada a los últimos extremos de lujuria y lascivia. Recordó las víctimas de estos inmundos excesos suyos..., jóvenes enloquecidas de espanto precipitarse en el mar, o colgarse de un árbol, o abrirse con un puñal la garganta. Novios desesperados estrellarse desde lo alto de la montaña, madres ancianas morir de pena y de vergüenza... ¡Oh! Qué horrible danza de malignos fantasmas desfilaban ante su recuerdo, escarneciéndole y gritándole: ¡Maldito, maldito..., maldito seas por toda la eternidad!

Un sudor frío invadió su cuerpo, una pesada tiniebla le envolvió en el alma y en el cuerpo, pues que era llegada la noche, y nadie pensó en

él sino en la joven enferma que después de unos momentos de lucidez se vio acometida de delirios y de fiebre.

La llegada de las huestes de Cólquida, con la reclamación ya conocida, absorbió la atención de casi todas las personas que podían interesarse por él, incluso Abel, que como representante del Thidalá de la Alianza, debió presenciar las deliberaciones.

El valor sereno de Walkiria para manifestar la verdad de lo ocurrido fue quien volvió todas las armas a tierra.

¿Quién podía levantarse en armas contra la nieta de Northia que con tan sereno valor, con tan heroica abnegación había ocupado el lugar de su hermano para salvar sus desaciertos y sus errores?

Y Abel vació la copa de bálsamo sobre el dolor y la vergüenza de la princesa Alkmene, con estas palabras:

—Hay un refugio de Princesas viudas en Monte Kasson, donde permanece actualmente también la ilustre Cherúa de Tracia. Yo, con la autoridad del Thidalá, declaro que la Gran Alianza de las Naciones acepta al hijo que ha de nacer como legítimo heredero del Príncipe Icleas y de la princesa Alkmene, su noble viuda, pues no tiene derecho nadie para pensar que Icleas se hubiese negado a reconocerles, si la muerte no le hubiese cegado antes de cumplir con ese deber”.

Tales palabras pusieron la nota de paz y de calma en todos los ánimos. El príncipe Erick grabó su firma al pie del acta de reconocimiento de la princesa Alkmene y de su hijo, como legítimos esposa e hijo del príncipe fallecido.

159

WALKIRIA DE KIFFAUSER

La vetusta ciudad de piedra edificada según la tradición neolítica por los poderes ultraterrenos del dios Eskualdis, fundador de la antiquísima raza de los Escaldunas del Cáucaso y del Ponto, había sido la cuna de la valerosa joven, nieta de Northia y de Lugal Marada, que acaba de conocer el lector.

Fue llamada Walkiria porque unos mercaderes llegados de las bocas del Danube, *—Danubio—, y que al cruzar el mar habían sufrido un naufragio, fueron socorridos por criados de la casa en la precisa hora del nacimiento de esta niña. Y estos náufragos afirmaron, que una diosa que se nombró Walkiria les anunció en sueños que serían salvos por ella que acababa de tomar materia en la magna ciudad del dios Eskualdis en la desembocadura del río Rihon. *—A la altura donde se encuentra el puerto de Kutais, en la Bahía oriental del Mar Negro—.

Satisfechos los padres por el misterioso anuncio que halagaba grandemente su vanidad, encontraron muy de su agrado llamar a la bellísima niña con el nombre de Walkiria, la cual demostró desde muy pequeña, un carácter firme y resuelto que sabía imponerse y dominar en sus juegos a sus dos hermanitos mayores y a todos los niños que jugaban con ella. Y no obstante, de este dominio, la amaban extremadamente como si fueran dichosos de verse sujetos por su voluntad.

– ¿Sacamos nidos de tordos?... –preguntaba uno.

– ¡Si Kiria nos deja!...

– ¿Amarramos a los pinares los pichones de faisán?

– ¡Se enoja Kiria y les da libertad!...

Entre aquella infantil colonia, la voluntad de Kiria lo era todo.

Se explicará, pues, el lector, que llegada a la juventud, fue Walkiria la fibra impulsora y vibrante que movía todos los resortes del hogar. Como era su padre, el hijo tercero de una esposa secundaria de Lugal Marada, que tenía más de treinta esposas antes de unirse a la Gran Alianza, fácil es comprender que esta familia no tuvo mayor importancia hasta casi el final de la vida del viejo y poderoso Caudillo, o sea, cuando dio carta de soberanía a sus esposas y dotó a sus hijos asignándoles tierras y pueblos según la mayor o menor predilección que por ellos tenía. Al padre de Walkiria le había caído en suerte, como patrimonio, la vieja ciudad de Kiffauser, en la desembocadura del Rihon que bajaba en la primavera como impetuoso torrente desde las elevadas cimas del monte Kasbek, que era el límite por el norte de las tierras pertenecientes a dicha capital.

Tribus de Chaldios, Javaneses y Tubalinos poblaban aquella región cuya mayor riqueza consistía en los productos de las minas, por lo cual eran casi todos metalurgistas, unos pocos labradores y pastores completaban aquella población.

Este hijo de Lugal Marada, adquirió cierta importancia entre los numerosos hijos del gran Caudillo, debido a su unión matrimonial con la hermana menor de Northia, primera esposa del poderoso Serrú del Norte. Y ésta fue, quizá la razón por qué le fue asignada la importante y vieja ciudad de Kiffauser, creación, según el mito de la época, del dios Eskualdis, dominador de las tempestades y del fuego.

Tales son los horizontes en que Walkiria apareció en la vida física y donde la hemos encontrado desempeñando el importante papel de dirigente de aquel pueblo heterogéneo, pero armónico y dócil.

Como espíritu pertenecía a la falange de la Justicia y Poder, a una agrupación de espíritus venidos muchos siglos hacía desde Ariana, estrella de la Constelación de Sirio, para colaborar en la evolución de la humanidad terrestre en las épocas en que el Instructor de esta humanidad apareció en medio de ella.

Cuando terminadas las preocupaciones y cuidados del día, Abel y sus Kobdas compañeros se encontraban retirados en su pabellón, notaron la ausencia de Kaíno que no había sido visto por ellos desde el mediodía.

– ¡Ah!... –exclamó el joven Maestro, alarmado–, yo debí haberme preocupado más de él.

–Calmaos, que yo lo he vigilado –respondió el anciano Muref–. Presumo que está pasando una crisis fuerte, pero que le será muy benéfica.

– ¿Por qué lo decís, si puedo saberlo? –interrogó Abel.

–Porque se ha enamorado, a mi juicio, de esa joven princesa y empieza a padecer por la imposibilidad de conseguirla.

– ¡Ah, corazones de hombres!... –exclamó Abel–, que siempre corréis tras locos deseos que os incitan más cuanto más lejos o imposibles están. ¡Kaíno!... ¡Kaíno!..., itantas flores habéis tenido en las manos!..., itantas alondras habéis sentido cantar!..., itantos corderillos habéis desollado vivos y ahora se te ocurre padecer por una sola que no puedes alcanzar! He ahí una manera de buscar el padecimiento por pura gana de padecer. Veamos que ha sido de él –dijo el joven Kobda, levantándose para ir a buscarle.

–Dejadme que yo lo traiga, pues sé el sitio en que se encuentra.

Muref salió, mientras los demás Kobdas comentaban los acontecimientos presenciados y más que todo, los horizontes que les ofrecían aquellas tribus norteñas con su sencillez de costumbres, sus formas de vida, su comprensión de la Divinidad, su cultivo de las ciencias y las artes.

–Figuraos –decía uno de ellos–, que acabo de saber que internándose más hacia el Norte y siempre a la costa del mar hay una ciudad llamada Askersa que pertenece también a la familia de Walkiria, la cual está gobernada por una mujer, especie de maga o pitonisa que llaman Gerda, que traducido a nuestra lengua significaría “jardín con flores”. Y esta mujer mandada por la diosa Ningirsú, ordena el cultivo de las flores como rito de un culto completamente dedicado a la floricultura, de la cual dicen extraer la vida y la muerte. Perfumes adormecedores y narcotizantes para alivio de enfermedades nerviosas, bálsamos que neutralizan la acción mortífera de la picadura de ciertos reptiles e insectos venenosos; licores depurativos de la sangre para descongestionar órganos internos afectados por determinados males, en fin, toda una nutrida y hábil farmacopea de los jugos que en sus floridos altares al aire libre, extraen de las más exóticas flores trasplantadas del otro lado de la cordillera Caucásica, de las orillas del Báltico o de las bocas del Volga o del Donda.

–Será algo, quizás, en que tengamos mucho que aprender –añadió otro de los Kobdas.

–Dentro de breves días quizá estaremos allí –dijo Abel–, si es que nuestro Kaíno no cae enfermo del cuerpo o del alma, y nos obliga a cambiar el itinerario de nuestro viaje.

Y mientras así dialogaban llegaron varios criados de Erick conduciendo en innumerables mesas rodantes una infinidad de viandas en grandes fuentes de cobre, con el mensaje de que el Serrú vendría luego a cenar con ellos en el salón de Northia. Como por encanto, fueron apartados a un ángulo y cubiertos con una mampara de madera con incrustaciones de cobre, todos los útiles de labor que estuvieran antes diseminados allí. Quedó solamente al centro, la estatua de Northia, cuyo pedestal fue adornado de follaje y colgaduras de corales.

Grandes velones de cera y lámparas de aceite perfumado colgadas de la techumbre daban luz al suntuoso recinto. Circundada la enorme sala en todas sus paredes del tradicional estrado cubierto de tapices y de pieles, las mesas habían sido dispuestas frente a ellos, quedando al centro el gran cuadrilátero, formado por las mesas y la estatua de mármol de Northia que iluminada por una lámpara de aceite, cuyo cubilete era color zafiro que le daba un reflejo azulado semejante a la luz de luna en una noche serena.

Pronto llegó Erick con los tres ancianos que fueron acompañarle hasta el lago Van, donde tuvo lugar la entrevista con Bohindra.

– ¡Oh, Serrú!... –le dijo Abel al verle–. Por nosotros estaba demás toda esta molestia que os habéis tomado, pues ya sabéis que los hijos de Numú hasta comemos las espigas arrancadas del rastrojo y las frutas de los árboles.

–Y por mí también, hermano Abel –le contestó Erick–, porque la cuestión fastuosidad es cosa muy secundaria en el catálogo de mis gustos; Pero quiero rendir justo homenaje a la grandeza de la autoridad que reside en vos en estos momentos, y también a la memoria de esa mujer que fue mi madre y que las revueltas de este país nos han hecho casi olvidar... Además, no comeremos solos vosotros y yo.

– ¿Tenéis, pues, invitados de honor? –interrogó Abel, sentándose junto a la lumbre que dos silenciosos criados cuidaban de alimentar constantemente, poniendo a la vez que los troncos de madera, unas bolillas que al quemarse producían deliciosos aromas.

–Tengo invitados de honor –repitió Erick–, y os prevengo que no tengáis ningún reparo en hablar con entera confianza, aunque veáis que entran y salen criados, y que estos guardafuegos permanecen aquí constantemente. Nunca os dije que aquí, ha quedado como un resabio del pasado, el uso de sordomudos para el servicio inmediato de las casas-habitaciones

del Serrú. De suerte que lo que en otros países es una desgracia, aquí es codiciado como una bendición de los dioses. Todos los sordomudos del país son traídos a las ciudades, donde tienen residencias el Serrú o sus descendientes y herederos, y ya se sabe que son aceptados con preferencia a los que oyen y hablan.

– ¡Qué originalidad hay en las costumbres de cada país! – exclamó Abel–. ¡Pero si quieren divulgar un secreto, lo mismo lo harán!...

– Si el secreto les entra por los ojos, son dueños de él, pero si es por los oídos, son como esta muralla.

– ¿Habéis hecho las pruebas que corresponde para estar seguro de ello?

– ¡Ah!..., esa es la primera medida y una prueba a conciencia, para lo cual hay un tribunal de técnicos, avezados a ello. Hasta cierto punto, encuentro buena esta costumbre que ahorra mucha tortura y castigos terribles que se infligen en otros países a los criados que venden los secretos de sus amos. ¿No lo juzgáis vos así?

– En verdad que sí; toda vez que se les da un medio honroso de vida. Mas, ¿cómo hacéis para enseñarles si nada oyen?

– Durante tres lunas un aprendiz se convierte en la sombra de un criado antiguo que se llama Kalkoman del cual aprende, mirando todos los pasos y movimientos que ha de dar para desempeñar el oficio que se le asigne.

“De esto resulta que son criados autómatas, o sea, de una exactitud casi maravillosa y que no varían jamás en sus aspectos y formas.

– ¿Y esas melodías? – preguntó acercándose uno de los Kobdas, que con otros de sus compañeros se habían entretenido en observar los tapices y tejidos empezados, que fueron colocados tras la mampara en el ángulo más apartado del vasto salón.

– ¡Esa es mi sorpresa, ya veréis! – Erick se acercó a la gran puerta que daba al bosque de moreras, que separaba este pabellón del resto de los edificios que componían aquella vetusta ciudadela de piedra.

Abel y otros Kobdas le siguieron. Por la avenida central se acercaba una numerosa procesión como de fantasmas de hielo. Un centenar de osos blancos de gran tamaño sobre cuyo sedoso lomo se hallaban de pie, niños y niñas de doce años vestidos con juboncillos de cisne o armiño y que ejecutaban melodías en pequeños instrumentos de viento, semejantes a las ocarinas del Éufrates o a las vozquias circasianas. En una especie de frontales de plata que los osos llevaban en la cabeza, ardía una antorcha que iluminaba de lleno a los niños artistas, que al paso sereno y majestuoso de los osos, ejecutaban tranquilamente sus dulces melodías.

Al final apareció Walkiria, blanca como toda su original comitiva,

conducida sobre una pequeña plataforma colocada sobre enormes ruedas de piedra enrolladas con torcidas de lana para que se deslizaran sin ruido.

Sus dos hermanitas adolescentes venían de pie también, sobre los últimos osos que cortejaban de cerca a la que aparecía como una soberana en medio de un lucido cortejo de nieve. Detrás y envuelta en sus velos grises de viuda, venía su madre, conducida de igual manera que su hija.

Tanto los niños, como la joven y su madre, fueron descendiendo a la puerta misma del recinto. Erick introdujo a su bella sobrina y a su madre, y fue a sentarlas frente por frente a la estatua de Northia, mientras que los niños artistas ocuparon los estrados frente a ellas y continuaban sin interrupción sus sentidas melodías. Cuando iban a terminar dieron tres vueltas a compás de una música que tenía aires vibrantes y marciales, alrededor de la estatua de Northia a la cual arrojaron las blancas coronas de flores que desprendieron de sus sienes. El aire que hacían las coronas al caer, hizo oscilar la azulada luz de la lámpara color zafiro que se hallaba ante la estatua, y esas oscilaciones dieron la impresión de que la Northia de mármol se había agitado en su pedestal de granito. Los ancianos, Erick, las dos mujeres, los criados, los niños, los guardianes de los osos, todos prorrumpieron en un inmenso clamor.

– ¡La divina Northia revive para ver la gloria de su nieta!

– ¡Apolón guarde eternamente a la hija de Northia, para gloria y felicidad de su pueblo!

Walkiria se levantó y con una fría serenidad que la asemejaba también a una estatua de mármol, extendió la luminosa mirada de sus ojos color topacio sobre los que la rodeaban. Diríase que preguntaba con los ojos lo que esperaban de ella. Acaso encontró su intuición la respuesta, sobre todo en los ojos de Abel que parecían haberle dicho:

–“Haz a Northia esta noche la grande y solemne promesa de restaurar su obra en favor de la mujer prostituida y deshonrada”.

Después de breves segundos, se encaminó con paso sereno y firme hacia la estatua de su ilustre abuela, se desprendió su corona de rosas blancas y colocándolas en la cesta de espigas que tenía la mano de la estatua, dijo:

– ¡Apolón! Dios de las tierras del hielo, escucha y recoge mi juramento: “Como estas blancas rosas recogidas entre la nieve, vendrán a cantar a los pies de Northia todas las mujeres caídas que yo alcance a levantar con mi mano”. –Y colocó su frente sobre la mano fría de mármol que sostenía la cestilla de las espigas.

Un inmenso aplauso que parecía una tempestad, resonó en aquel vasto recinto.

Antes que Walkiria se hubiese apartado de aquel lugar, se le acercó Erick acompañado de Abel, y tomando la diestra de su bella sobrina, dijo con solemne acento:

–En presencia de Apolón que todo lo ve, ante la imagen de Northia mi madre, cuya alma vibra junto a la tuya, y teniendo junto a mí al representante de la más alta y noble autoridad de la tierra, el Thidalá de las Naciones Unidas, te constituí Matriarca y Reina de los países del hielo desde el Monte Kasbek hasta el golfo de Azov, con independencia de toda autoridad como no sea la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo, de la que entras con tus pueblos a formar parte desde este momento.

En confirmación de tales palabras le prendió en el pecho el símbolo de su doble autoridad civil y religiosa, consistente en dos cabezas de águila cinceladas en un pequeño escudo de oro con esta inscripción: “Northia me consagró Reina, Sacerdotisa y Madre sobre los pueblos que la amaron”.

Abel colocó en el índice de la joven, el anillo de la Gran Alianza en su calidad de representante del Thidalá de las Naciones Unidas.

La madre de Walkiria envuelta en sus amplios velos de viuda lloraba silenciosamente, mientras su hija, de pie ante la estatua de Northia, recibía la ovación de todos los presentes, intensificada por un canto triunfal de los niños que repetían en un armonioso conjunto de voces:

“Bendigamos a la que ha salido como una perla del mar. Como una estrella en los cielos serenos. Como una flor en las montañas de nieve. Como un renuevo de vid en las viñas de Kiffauser. Como un beso puro de la boca de Northia. Como la más bella promesa de Apolón a los pueblos que le adoran”.

Cuando todo aquel entusiasmo calmó, la joven, blanca como el manto de piel que la cubría, pero con una entereza y serenidad que asombraba a los hombres, pronunció en voz alta estas solas palabras:

–Me obligáis a ser grande, fuerte y noble. ¡Que Apolón y Northia sean conmigo para que mis obras respondan a todo cuanto vosotros esperáis de mí!

Fue conducida por Erick y Abel a su sitio, y se inició la comida en conjunto, mientras los coros de niños ejecutaban melodías, y la bocina de los heraldos anunciaba a la vieja ciudad de Kiffauser que tenía ya su soberana en la valiente joven, nieta de Northia, que había salvado el país de la invasión de los gigantes de la Escitia Norte.

Kaíno traído por Muref, había contemplado toda esta apoteosis de gloria y de amor desde un apartado ángulo del inmenso salón.

¡Qué grande y bella era aquella mujer!..., ¡salida como una perla del mar, como una estrella en los cielos, como un renuevo de vid, como un beso de la boca de Northia, como la promesa de Apolón a los pueblos

que le adoran!..., según rezaba el himno de gloria que para ella habían cantado. Desde el fondo de su conciencia, toda tiniebla, parecía levantarse como un horrible dragón, este interrogante burlón y mordaz:

“¿Ves, Kaíno, lo que es una vida justa, llena de rectitud y nobleza? ¿Ves el camino de la gloria, marcado antes por el bien obrar?”

“¿Ves como encuentran compensación los que no la buscan entre el fango que harta sus bajos instintos y les llena de tedio el corazón?”

“¿Ves como recogen espigas, los que siembran espigas y se coronan de estrellas los que no oscurecen de inmundas acciones su propia vida?”

“¡Mírate ahora a ti mismo y recoge con tu boca manchada de lodo la baba de los escorpiones que tus pensamientos y tus obras crearon a millares en torno a ti!...”

– ¡Por piedad, sacadme de aquí que voy a morir!... –dijo con sorda voz al oído del anciano Muref, que le tenía a su lado.

–Pero, ¿cómo? ¿No encontráis satisfacción en el triunfo de esa noble mujer?”

– ¡No!..., ¡os digo que no!... –contestó.

– ¡Ah, Kaíno, hijo mío!... –añadió con voz baja el anciano, contristado y pesaroso–. ¡Qué tremendo cataclismo aplasta el alma que tuvo en su mano la Luz Divina y en su inconsciencia la apagó bajo una montaña de funestas pasiones!...”

El anciano salió, llevándose a Kaíno que enloquecido por la negrura de sus propios pensamientos, cayó en una tarima de reposo en la solitaria alcoba que le habían asignado. Contra su voluntad, seguía oyendo las suaves melodías de la sala del festín donde se cantaba a las nobles y bellas acciones de aquella otra vida, mientras que él en sus tinieblas, veía parpadear los malignos ojos sangrientos del feroz dragón de su propia conciencia que le decía: “Sigue bebiendo el veneno que tú mismo has creado”.

–Que el sueño calme tus terrores, desventurado hijo de tus propias obras –exclamó el anciano Muref, derramando la bendición de su amor sobre el joven cuando le vio entrar en el sueño.

160
LA MUJER DE BRONCE

Al día siguiente a la primera hora de la tarde, la nueva Matriarca quiso cumplimentar en la enorme fortaleza de piedra que le servía de morada, al joven representante del Rey de la Gran Alianza y a su tío Erick, como también a los ancianos consejeros y jefes de tribus que habían sido fieles a su ilustre abuelo. Los Kobdas que formaban el Consejo de Abel debían presentarse también.

Toda Kiffauser era como una aglomeración de trozos enormes de montañas transformadas en casas, pabellones y murallas. Eran verdaderas kowas-casas como los nativos las llamaban, de lo cual parece haber tomado origen el nombre de la cordillera que desde aquella época se ha conocido con el nombre de Cáucaso, abreviado y derivado de aquellas formidables cuevas moradas de los hombres.

La habitación de Walkiria era una mole de piedra poligonal que sobresalía de una plataforma a la cual se subía por una gradería labrada en la peña viva. Dos gruesos cubos de piedra removidos por cuatro yuntas de osos blancos de gran tamaño, eran los que cerraban la gran abertura exterior de la muralla por donde se entraba o salía de aquella ciclópea habitación.

En lo alto del muro frontal había siempre un Miraf o vigía, que dominaba una regular extensión y daba aviso al guardián de los osos porteros, para que pusieran en movimiento los enormes cubos de piedra, si de antemano habían sido avisados que se esperaba gente del exterior.

Ya se comprenderá, pues, que apenas Erick y Abel con sus acompañantes habían subido la gradería de piedra, los osos removieron con gran calma los cubos, dejándoles paso libre.

Toda la impresión de fuerza ciclópea que aquella morada tenía al exterior, cambiaba, como por encanto, apenas se transponía la puerta, que invariablemente se cerraba detrás de los visitantes.

Al ver esto, uno de los Kobdas dijo a otro:

–Hermano, si aquí entramos como cautivos, ya podíamos olvidarnos de volver a salir.

–Parece que los hombres de hielo no confían mucho en la amistad de vecinos –contestaba el otro.

Una columnata baja, cuyos enormes pilares de piedra no abarcarían seis hombres con los brazos abiertos, conducía desde la puerta hasta la sala principal. A un lado y otro de la columnata, veían invernáculos, las más variadas plantas, flores, pájaros y peces. Un verdadero enrejado

de corales, piedras de colores múltiples que asemejaban ramilletes de lucientes cristales, largas sartas de perlas negras, blancas, rojas, azules, entrelazaban un globo con otro de los tejidos de fino alambre de cobre, que encerraban los pajarillos en bulliciosa multitud.

Los Kobdas estaban sorprendidos de que tan delicadas bellezas estuvieran encerradas entre aquella hosca y negra fortaleza de piedra.

–Pero aquí parecéis una princesa encantada –decía Abel a la joven Walkiria que sin ceremonia de ninguna especie salió a recibirles, cubierta con un capuchón de lana azul bordado de blancas pieles, que desde la cabeza le llegaba a los pies.

– ¿Encontráis belleza en mi palacio de rocas? –preguntó–. Como vosotros sois siempre llamados los hombres de toga azul, yo he querido vestir vuestro color favorito, para que encontréis más armonía entre vosotros y yo.

–Gracias por vuestra delicadeza –respondió el joven Kobda, mientras Erick y los ancianos iban diciendo a los Kobdas los nombres y cualidades de cuanta belleza exótica allí encontraban.

– ¿Verdad que por fuera es esto una fortaleza temible y por dentro es un jardín de amor? –preguntaba Erick a Abel, que caminaba a su lado.

– ¡Un jardín del amor sin amor! –contestó la joven–, porque desde que fue asesinado nuestro divino abuelo, la muerte y la tristeza se han cernido sobre todos estos jardines. Lo que aquí se ha sufrido..., las horas, días y noches de espanto y terror que se han sucedido son tantas y tan terribles, que parece haber despertado a vuestra llegada, de una tremenda pesadilla. Por eso disculparéis que mi madre apenas habla y siempre llora; mis hermanitas parecen corzas asustadas, y en casi todos los criados parece perdurar como el resplandor de una tragedia de sangre y fuego que hubiese pasado por ellos.

“Cuando se supo que el heredero Erick había partido hacia el Sur, se creyó que huía de la espantosa rebelión que era incapaz de sofocar, y entonces los unos por ambición, los otros por miedo, trataban de aproximarse a los que creían más fuertes de entre los numerosos descendientes del gran Serrú.

–Ya sabéis –dijo Erick–, que abandoné el país a la medianoche, porque de lo contrario no habría salvado mi vida, pues hubo hasta entre algunas de las antiguas Berecinas de mi padre y sus hijos, quienes echaron a rodar la calumniosa versión de que yo era cómplice del asesinato para subir más pronto al poder; y sobre todo, para que el Gran Serrú no tuviera tiempo de grabar en piedra su última voluntad, repartiendo entre todos los hijos las tierras que había dejado para sí. Y para desmentir en parte tan odiosa calumnia, he otorgado a mi sobrina el país de Cólquida con sus tres ciudades: Kiffauser, Askersa y Kaudina, y catorce aldeas

pobladas de mineros, labriegos y pastores. Igual cosa haré con todos aquellos que hayan cumplido con su deber y demostrado ser capaces de gobernar pueblos. ¿Os parece que obro bien?

–La nobleza y la justicia de vuestro padre, han pasado a vuestro corazón –le contestó Abel, a quien iba dirigida aquella pregunta.

– ¡Dueño y amo sois en esta morada! –dijo Walkiria, inclinándose ante Abel, al llegar a la puerta de la habitación–. Pasad y que sea gozo de vuestro corazón la permanencia bajo este techo.

Abel penetró al interior seguido de Erick y Walkiria, mientras los ancianos y los Kobdas, dispersos aún en pequeños grupos oían las extrañas historias o tradiciones que los siglos habían tejido alrededor de la ciclópea fortaleza, que dominaba desde considerable altura la vieja ciudad de Kiffauser, cuyo aspecto a distancia la asemejaba a una manada de elefantes dormidos a la orilla del mar.

La madre les esperaba en el estrado y sus dos hijas adolescentes se acercaron a cumplir el primer deber de la hospitalidad en aquel país, consistente en presentar ante el huésped, un recipiente de más o menos riqueza lleno de agua perfumada, donde el recién llegado sumergía sus manos. La una presentó el recipiente, mientras la menor le ofrecía un blanco vellón de las corderas que cada año se consagraban a Apolón, y de cuya lana sólo se hacía uso para secar las manos de los ilustres viajeros y para tejer los mantos que vestía el soberano.

– ¡Pobres niñas, os vais a cansar! –les dijo Abel–, si hemos de hacer esto todos los que conmigo vienen.

–Hacedlo vos por todos y basta –contestó Erick, que como había viajado mucho fuera de su tierra no daba mayor importancia a la tradicional ceremonia–.

“Puesto que sois hermana de Northia, mi madre –añadió el Serrú, dirigiéndose a la silenciosa mujer que les contemplaba desde el estrado–, permitidme que me demuestre como un hijo vuestro. Así no echaréis de menos en vuestra frente el beso de los hijos cuando vuelven de sus campañas. –Y diciéndole se acercó y besó la frente ensombrecida de aquella mujer. Un sollozo ahogado se escapó de aquel corazón sobrecargado de penas.

– ¡Gracias, hijo de Northia!... –murmuró apenas, secando sus lágrimas–. ¡Qué Apolón os bendiga en el amor de tus pueblos, en la abundancia que te rindan tus viñedos y tus moreras, en la multiplicación prodigiosa de tus majadas y en la copiosa recolección de corales y perlas del Báltico!

– ¡Sea como lo dice la boca sagrada de una madre viuda!... –exclamaron a coro todos los ancianos y las niñas, que habían escuchado la solemne bendición de aquella mujer sobre el joven Serrú.

Cuando todos se habían sentado en los grandes estrados, aparecieron cuatro gallardos jóvenes vestidos de amplias capas de piel negra, conduciendo una especie de cofre cubierto de flores que depositaron en el centro de la gran sala, mientras cantaban suavemente a compás de instrumentos pulsados desde el interior:

“Cantemos a los que partieron a los campos dorados de Apolón y cuya ausencia es causa de nuestras penas profundas”.

– ¡Cantemos a los que fueron y ya no son! –contestaban todos los concurrentes.

Y por unos momentos continuaban los instrumentos produciendo como dulces lamentaciones de niños que lloraban. Acto seguido, la joven Matriarca arrojó perfume en la hoguera que ardía en un ángulo de la sala y repartió a todos de las flores que cubrían el cofre de plata. Y cada uno por turno de los cuatro conductores del cofre, recitaba el elogio de los muertos a quienes lloraba la ilustre familia descendiente de Lugal Marada.

Terminado el homenaje a los muertos, los de las capas de piel negra desaparecían con su cofre y otros personajes aparecían en escena.

Eran seis adolescentes cubiertas de velos de tenues coloridos con doradas cestillas de flores, que a compás de danzas y cantares, iban esparciendo ante el estrado de los huéspedes, a los cuales dirigían los más delicados elogios y bellos augurios para el porvenir.

Al terminar este número, la joven Matriarca pasaba por delante de los visitantes llevando en sus manos, puestas en forma de un tazón, una cantidad de piedras preciosas que representaban flores, cabecitas de pájaros o diminutos pececillos, y decía:

–Tomad de mis manos abiertas como un corazón sincero ante vosotros, un pequeño recuerdo que os ofrezco del día en que habéis honrado mi casa con vuestra presencia.

Abel tomó un rubí que tenía la forma de una lágrima de sangre y sin saber por qué pensó en aquel holocausto del país de Ethea, icuando él había ofrecido al Eterno Amor el perfume de dos corazones de carne que se consumían juntos!... Y al entornar sus ojos que humedecía la emoción de aquel recuerdo, vio ante sí la transparente imagen de Zurima, la dulce arabeña, que le decía con su voz sin ruido: “*Cuanto me costó encontrar-te, tanto soy feliz de haberte seguido*”. Mas, nadie vio aquel chispazo de amor venido de lo infinito, porque todos seguían con la vista el paso firme de la joven Matriarca que iba haciendo recoger piedras preciosas de entre sus manos a todos los que la honraban con su visita.

–Sois en extrema gentil y delicada, sobrina mía –decíale Erick–, y escojo esta esmeralda que tiene forma de un corazón, para recordar mientras viva, la esperanza que tantos millares de corazones depositan en mí.

–Hasta aquí habéis visto a Walkiria delicada como una flor –dijo la silenciosa madre cuando su hija se hubo sentado de nuevo–. Ahora os haré ver yo, una Walkiria de bronce salpicada con la sangre de su abuelo, de su padre y de sus hermanos, mientras sus ojos permanecían secos y su corazón sin quejas y sin gemidos.

– ¡Madre!..., ¿qué vais a hacer? –preguntó sobresaltada la joven.

– ¡Déjame hacer, hija!... Tú eres la Matriarca, pero yo soy tu madre. Tú mandas en los demás, pero yo mando en ti; y quiero que el soberano de la Gran Alianza y nuestro divino Serrú, sepan a qué precio has conseguido la paz de Apolón y la abundancia de Northia sobre estos pueblos.

A una indicación que hizo, un apuesto galán que parecía la estatua de un dios del amor, cantó en un laúd de oro las proezas de Walkiria, sus sacrificios heroicos, sus correrías por las montañas de nieve animando a los arqueros para que no abandonasen sus puestos de defensa; conduciendo heridos a los refugios y alimentos a los que defendían el suelo nativo de la invasión extranjera. Fortaleciendo a los débiles y humillando a los prepotentes, como el látigo de acero de un guerrero invisible, Walkiria estaba en todas partes como una luz, como un relámpago, como el estampido de un trueno, como la caída inesperada de un pedrusco, como el avance de una ola empujada por el huracán, como el desplomarse de un témpano de hielo a la luz del sol de mediodía. “Abrir las fosas y enterrar los muertos; rasgar sus ropas y vendar heridos; escurar los viajeros hasta el puerto y esconder en su alcoba a los vencidos”, eran las frases con que finalizaba cada canto del inspirado trovador.

Entonces se vio que la Matriarca se tornaba más pálida que de costumbre y que de sus ojos, color topacio, que miraban por la gran portada el lejano paisaje del sol dorando las cumbres heladas, se desprendían lágrimas silenciosas que ella no se ocupaba de secar y que iban a esconderse entre las blancas pieles de su tocado, como avergonzadas de haber salido a la luz.

“Por eso todos creyeron que era en verdad el príncipe Freas, el más valeroso y fuerte de la familia, por lo cual le habían apellidado: “el doncel de bronce”.

“Hasta que fue llegado el día en que quiso Northia hacer conocer de los países del Ponto Caucasiano lo que es una mujer de su estirpe. Y el bello doncel de bronce, temido por los malvados, respetado por los justos, admirado por las madres y soñado por las vírgenes, se transformó de repente en una mujer de bronce, de pie sobre las cimas nevadas, diciendo a todos los pueblos: “Soy Walkiria de Kiffauser que he conquistado para vosotros la paz de Apolón y la abundancia de Northia”.

El apuesto doncel trovador terminó su canto y se acercó a la joven Matriarca.

Ella le tendió la mano y él apoyó en ella su frente.

–Es demasiado –le dijo–, pero os perdono porque sé que es la gratitud quien pone esas notas en vuestra boca. –Y presentándolo a todos los presentes, les dijo–:

“Este joven canta así en loor de su Matriarca, porque tuve la suerte de llegar a tiempo para impedir que sus padres y su novia fueran desuartizados por una horda de piratas mercaderes de carne humana, que recolectaban gentes robustas y sanas en vez de cabras o carneros para venderlos salados en las estepas de Escitia.

El joven y hermoso doncel la miró con la adoración con que se mira un ser extraordinario y sagrado, e inclinándose ante ella hasta el suelo, le dijo:

– ¡Matriarca!..., imi excelsa reina Walkiria!..., idespues de Apolón y de Northia, sois la gloria más pura de los países del hielo!

“No es por haber salvado de la muerte a los míos que yo hablo en estos términos sino porque lo hecho con ellos fue repetido con casi todos los hogares que los hombres habían dejado para ir a la defensa de nuestras fronteras; lo hacíais bajo un nombre que no era el vuestro, al cual anulabais por completo hasta el punto de que pasaríais vos por muerta en vez de vuestro hermano Freas, a no ser porque Northia quiso obligaros a confesar vuestra identidad. Esto quiere decir que todo cuanto hicisteis no lo hicisteis para ganar grandeza y gloria, sino por la felicidad de estos pueblos.

–Tus cantos, ioh, trovador! Es el canto de la Verdad y la Justicia –dijo el joven Serrú–, y merecen que tu laúd sea consagrado a Apolón. ¿Cómo te llamas?

–Kirfeo de Ethius, hijo de Fulko, el tejedor de seda de Kiffauser.

–Es el guardabosque de nuestro moreral –observó la madre de Walkiria–, y su fidelidad para nosotros está probada con largos años. Kirfeo nació en Ethius, pero dio sus primeros pasos de niño debajo de nuestras moreras, a las que ha visto ganar veintidós veces. Aprendió el laúd de un cautivo trovador que trajo mi marido de Gorkun, cuando esa ciudad de la Tracia fue incendiada, a raíz del asesinato del joven Cherú al cual vio morir.

–Y, ¿por qué le llamáis cautivo a ese trovador? –preguntó Erick.

–Porque cuando vuestro ilustre padre mandó a mi marido a luchar contra los amotinados de Gorkun, en defensa del Cherú, con quien tenía alianza, encontró muchos cautivos en los fosos de la fortaleza incendiada y entre ellos estaba ese trovador por haberse negado a cantar a la belleza de una extranjera favorita del Cherú. Está ciego por efecto del incendio, pero le guardamos aquí como un doble recuerdo de la bella Gorkun, hoy en ruinas, y de la piedad de mi marido que le salvó de la muerte y le condujo hasta aquí.

–De modo –observó Abel–, que nuestro trovador Kirfeo, que acabamos

de escuchar, ha bebido la armonía y la justicia, del alma y del laúd de aquel cautivo trovador de Gorkun.

– ¡Justamente! –afirmó el joven cantor–, y él me dijo cuando me enseñaba a pulsar este laúd que es el suyo: “¡Jamás arranques de estas cuerdas ni un sonido si no es para cantar a la belleza que hay en la justicia y en el amor!” Y como se lo juré, lo cumplo, gracias a Apolón y a Northia que me dan este buen sentir.

–Kirfeo de Ethius –dijo Erick, tomando la diestra del joven con la cual sostenía el laúd–, sabes que mi augusto padre consagró diosa de la paz y la abundancia a Northia, mi madre, pues Apolón la puso en su reino después de hacerla noble y buena, pero la muerte le impidió dar leyes para su culto en los países del hielo. Yo lo he hecho ayer con el Consejo de Ancianos. Tú serás el primer sacerdote de Northia en Kiffauser, porque tu laúd no canta más que a la justicia y al amor. Invito a nuestro ilustre visitante que representa al Thidalá de las Naciones Unidas a marcar tu programa sacerdotal en adelante.

–El sentir de su propio espíritu lo ha marcado ya: cantar a la justicia y al amor –contestó el joven Maestro–, pero si ha de añadir a los cantos, obras de amor y de justicia, digo que su misión sacerdotal consiste en recoger en el santuario de Northia, a los niños y niñas ciegos para enseñarles a cantar con el laúd, asignando una modesta dote que les asegure la vida a todos los que respondan con decidido empeño a esta forma de culto que consagráis a la gran mujer, símbolo de paz, de amor y de abundancia en estos países. Y que sean ellos los continuadores del sacerdocio basado en la armonía del canto que el Serrú del Norte ha iniciado con Kirfeo el trovador.

–Aceptado en todas sus partes –exclamó Erick, juntamente con los Ancianos del Consejo que le acompañaban.

–Si me permitís –dijo uno de ellos–, añado que esa corte sacerdotal de Northia, sólo esté sometida a la autoridad inmediata de una noble mujer de la estirpe de Northia, a la grande y valerosa joven que ha salvado a este país del furor de los invasores: a la Matriarca Walkiria de Kiffauser.

–Otra vez aceptado y ordenado –dijo Erick–, y que aquí mismo se redacte la ley que debe grabarse en piedra instituyendo todo cuanto hemos resuelto.

– ¿Guardáis silencio, Matriarca? –dijo Abel, dirigiéndose a la joven que había callado durante todas estas resoluciones.

–Dejo que vosotros marquéis los caminos por donde yo andaré y haré andar a este pueblo. Vuestros planos y diseños son de mi agrado; si soy capaz de darles vida con los hechos, no son necesarias las palabras. ¿No os parece que pienso bien?

– ¡Oh, Matriarca!..., sois de la estirpe de Northia y la justicia fluye de vos –exclamó Abel.

–Con diez Matriarcas como ésta –dijo Erick–, ya podría tener segura la paz para estos pueblos, por los siglos que han de pasar reflejándose las cumbres nevadas del Cáucaso sobre las olas del Ponto.

Los notarios Kobdas y los notarios del Consejo de Erick redactaron las nuevas ordenanzas y leyes que creaban el culto de Northia, diosa de la paz, la abundancia y el amor, con una corte sacerdotal de trovadores ciegos, cuyo sacerdote mayor Kirfeo de Ethius, sería el administrador de las dotes de los niños hasta su mayor edad, debiendo habitar todos ellos el pabellón de trabajo y oración de la ilustre mujer, que en esos días estaba ocupado por Abel y sus Kobdas compañeros.

Tres días después se instalaba frente a la estatua de Northia una inmensa lámina de piedra blanca con la nueva ley grabada y refrendada con las firmas del Serrú, del Thidalá de las Naciones y de los notarios que habían actuado en tal circunstancia.

Tal fue el origen del culto de Northia en las nebulosas lejanías de la época neolítica y de la cual sólo borrosas tradiciones ha captado la historia, mediante algún viejo grabado encontrado en excavaciones de ruinas de los templos o necrópolis de las muertas civilizaciones de los Chaldíberos y Escaldunas del Cáucaso y del Ponto.

161

LA MATRIARCA KOBDA

La gloria, el valor, la nobleza de Walkiria se esparció como una luz por los países de Lugal Marada, que estaban casi todos gobernados por descendientes o adeptos antiguos y fieles del gran Caudillo.

Fue como la repentina aparición de un astro desconocido hasta entonces, que de pronto asomaba en el cenit de un cielo tempestuoso, inundándolo todo de claridad.

Y ese motivo, unido a la llegada del heredero y la presencia del representante del Thidalá de la Gran Alianza, fue como un espolón de acero que impulsó hacia la vetusta ciudad de Kiffauser a todos los Caudillos y jefes de tribus. ¿Quién no deseaba ver de cerca aquella joven y hermosa mujer, que era en verdad como una perla salida del fondo del mar?

¿Quién podía ser indiferente a ver y tratar al representante de ese gran Rey, cuyas ponderadas obras le habían elevado casi a los umbrales de lo maravilloso y estupendo que se cantaba de los dioses de cielos desconocidos?

¿Cómo no desear acercarse al joven Serrú para buscar los puntos culminantes y estratégicos en el nuevo escenario que se presentaba lleno de promesas para el futuro?

Por eso se vio en torno a las enormes construcciones de piedras de la vieja ciudad, levantarse suntuosas tiendas porque no había sitio para hospedar a los jefes y caudillos que acudían de todas las ciudades y regiones circunvecinas.

Muchos de ellos tenían hijos e hijas. Otros eran jóvenes que habían perdido al padre en las terribles luchas de la última sublevación. En Kiffauser había en tales días tres astros de primera magnitud que excitaban la codicia de los grandes magnates de los países del hielo, desde el Báltico hasta el Volga: Walkiria, Abel y Erick, los tres rodeados de una aureola tan excelsa que no podía pedirse nada, absolutamente, que pudiera hacerles más gloriosos y grandes dentro de lo que entonces comprendían y apreciaban los hombres.

Lo primero que buscaban informarse los recién llegados era más o menos por el estilo.

– ¿Se sabe ya si ha elegido esposo la Matriarca Walkiria?

– ¿Ha vuelto sin casarse el heredero del gran Serrú que Apolón llevó a su reino?

– ¿Es verdad que es un nieto del Gran Rey de las Naciones Unidas, el que le representa? Debe ser, por tanto, muy joven y seguramente no habrá tomado aún esposa. ¡Qué gloria para nuestro país si él se prendara de una hija de estas tierras!

Alrededor de estos interrogantes revoloteaban todos los pensamientos y todas las conversaciones.

La ambición espoleaba a todos, grandes y pequeños, despertando anhelos viejos, adormecidos y forjando ensueños y levantando castillos con tan maravillosa rapidez y facilidad que no parecía sino que los últimos acontecimientos hubieran sido como un mágico llamado a todas las actividades mentales y a todas las combinaciones financieras más estupendas que se pueda pensar.

Y esta red de pensamientos, anhelos y fuertes deseos, envolvían completamente a los tres seres que los motivaban y que estaban del todo ajenos a tan desmedida y febril ansiedad.

Para Abel había pasado ya la hora de su rudo sacudimiento sentimental y su triunfo completo en aquel entonces lo había inmunizado para nuevas borrascas internas. Por tanto, no le llegaron las vibraciones de los ambiciosos anhelos de los Caudillos del Norte.

La joven Matriarca sintió vagamente la soledad y tristeza de su vida sin su padre, sin sus hermanos, y puesta como un cirio sobre un pedestal para dar luz a todos aquellos que la aceptaron como soberana.

Pero decidida y valiente dio un corte seco a cualquier insinuación, aun de su propio pensamiento, con esta reflexión:

“Quiero tener libre mi voluntad porque es la única forma de cumplir el juramento que hice a Apolón ante la estatua de Northia. Dueña absoluta de mis actos, ya sé que puedo ser justa. Con otra voluntad encima de la mía, ignoro cómo obraré. No debo pues dejar lo que sé por lo que no sé”.

En cuanto a Erick, el joven Serrú, la cuestión era muy diferente. Recordará el lector que había predisposición en él para las sugerencias de fuertes mentalidades extrañas, y que ya en una ocasión fue libertado por los Kobdas en La Paz, de la obsesión amorosa que tuvo hacia la reina Ada. El príncipe Erick fue quien más molesto se sintió por aquel laberinto de pensamientos, ambiciones y codicias, que alrededor de él tejían los más poderosos caudillos, que se hallaban como auxiliares, al frente de los pueblos que habían sido de su padre. Y comenzaron sus dolorosas cavilaciones. Como un espantoso dragón de cien cabezas se levantaba la tentación ante él, que como un pajarillo aturdido no sabía dónde, ni cómo resguardarse de la tempestad cercana.

Recordaba apenas como un sueño lejano, que allá en la orilla del Éufrates había aceptado una alianza nupcial a realizarse a la vuelta de varios años con una adolescente, hija del Príncipe Elhizer de Ethea. Su ilusión de enfermo moral, por aquella criatura, le había facilitado grandemente su curación mental. Pero ahora era otra muy diferente su situación. Los padres de aquella niña ni nada le exigían, ni nada le daban. Sólo él había sido el iniciador de aquella alianza.

En cambio aquí, en su propio país, un centenar de Caudillos y Jefes que habían sacrificado mucho por él, que estaban ansiosos de las compensaciones, y que acaso le abandonarían despechados y ofendidos si él tomaba una esposa extranjera despreciando las bellas y nobles mujeres de su tierra. Y hasta entre los mismos Ancianos de su Consejo hubo quien le dijo:

—No tenéis ninguna obligación de seguir la ruta iniciada por vuestro padre. Él obró como lo creyó justo en su tiempo. Obrad vos como sea justo en el vuestro. Apartaos de la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo a la cual no necesitáis y engrandecéis tan sólo con la alianza de todos vuestros pueblos, tomando tantas esposas como hijas en edad de matrimonio tienen los poderosos caudillos que os obedecen. Vuestro padre necesitó de los Kobdas del Éufrates para liberarse del poder de los Magos de las Escuelas secretas del Cáucaso, y buscando el apoyo de todas las Naciones de la Alianza para defenderse de la borrasca, que ya se sentía rugir. Pero la borrasca llegó a pesar de todo y le costó la vida sin que la cooperación de las Naciones pudiera impedir esa desgracia,

ni tampoco las muertes y ruinas que han asolado durante cinco lunas estos países.

“La tempestad está casi vencida por completo. Indemnizad a la Gran Alianza por arqueros muertos en vuestra defensa y por los aportes hechos en trigo, aceite y vino.

“Deuda saldada es cuestión terminada. Tomad como primera esposa a vuestra sobrina Walkiria que nadie como ella merece tan alto honor; y como esposas secundarias a las hijas de los caudillos de primera categoría que serán treinta o treinta y cinco, después de la rebelión de la Escitia del Norte que ya no nos pertenece. Desengañaos; mientras menos manden extranjeros en vuestras tierras más a gusto estaréis.

Tal era la situación creada al joven Serrú en los días que vamos historiando, situación que no pasó inadvertida a los Kobdas entre los cuales había, como hemos dicho antes, varios pertenecientes a las más antiguas tribus originarias de esas regiones. Y entristecidos decían:

–Si el Serrú es vencido por esas sugerencias, volverá aquí la esclavitud, la oprobiosa condición de la mujer, el comercio con seres humanos, las torturas físicas, la pena de muerte, los amarrados en las cavernas, los ancianos y niños contrahechos arrojados a las fieras... ¡Oh, será de nuevo el triunfo de las últimas huestes de la Reina Pirata aún no vencidas del todo!...

Pero mientras el Serrú no se franquease, por propia dignidad, los Kobdas debían demostrarse como si no lo supieran. Y como les había encargado visitar detenidamente los templos-escuelas, los refugios, los correccionales, las hospederías, a eso consagraron sus actividades los días que debían permanecer en aquellos parajes, en que el intenso frío hacía más penosas sus excursiones.

Escarchas, nieves, hielos eternos, manadas de hienas rugiendo entre las cavernas devorando a los viajeros cansados o entumecidos por el frío, cadáveres congelados entre los témpanos inmensos que se arremolinaban chocando unos contra otros precipitándose al mar, he ahí el panorama que presenciaban los Kobdas con los ojos del cuerpo, mientras que con los del alma veían la avalancha de furias que les cercaba por todos lados como queriendo ahogarlos en un círculo de bronce.

Mas, al caer la noche cuando volvían al apartado pabellón de Northia que se les había dado para hospedaje, una nueva energía y renovadas esperanzas vibraban en lo más profundo de sus almas doloridas por la mudable condición de los seres, la pequeñez de sus anhelos, por la bajeza de sus pensamientos, por la incomprensión de sus grandes y nobles destinos en el concierto de la vida universal. Veían al Serrú en interminables asambleas privadas con los Jefes de tribus, con los Caudillos y guerreros más notables. Numerosos cuerpos de arqueros, de horconeros,

de lanceros, de domadores de bestias, desfilaban continuamente ante el joven Serrú como para darle en conjunto la visión magnífica de toda la fuerza y el poder de que era árbitro y dueño.

Y veían a la Matriarca de Kiffauser encerrada en su fortaleza de piedra, sin dar más señales de vida que el sonido de los instrumentos de los niños aquellos que vieran en la fantástica procesión de los osos blancos, y alguno que otro mensajero que entraba o salía por la gran puerta de enormes cubos de piedra.

Pero ellos ignoraban que la fortaleza, morada de Walkiria, estaba unida por pasajes subterráneos con las más importantes casas roqueñas de aquella extraña ciudad. El príncipe Icleas, su padre, había hecho construir aquellos túneles en las entrañas de la roca, para cuando los ventisqueros no permitieran comunicarse por el exterior con sus guerros que habitaban en las casas de roca, que se veían como una manada de elefantes dormidos a la orilla del mar.

Y un día, a la hora de llamada a quietud, cuando pasaban al recibidor de Apolón, que era como se sabe la sala de oración usada por Northia, encontraron a la joven Matriarca tranquilamente sentada en una de las gradas en que descansaba el gran sitial de piedra blanca que llamaban “silla del juicio”.

– ¿Vos aquí..., Matriarca?... –le dijo el anciano Muref, que por ser el mayor en edad entraba el primero en el recinto sagrado.

–Sí, yo aquí. ¿Os asustáis?

–No. Me sorprende por lo inesperado, pues todas las puertas fueron cerradas al anochecer.

Los demás Kobdas fueron llegando y Abel el postrero porque era el más joven.

La joven señaló con el dedo un hueco alargado que parecía un retazo de tinieblas a la izquierda de la silla del juicio.

–Pero esa puerta no la habíais cerrado –dijo sonriente, mirando confiadamente a los rostros serenos de los Kobdas que afables también la miraban.

–Como que la ignorábamos por completo –contestó Muref, que era el único que había hablado hasta entonces.

– ¿De modo que sois una soberana que conoce a fondo sus dominios? –interrogó Abel acercándose.

–Si así no fuera, ¿cómo hubiera podido defender este pueblo?

– ¿Y veníais –dijo otro de los Kobdas–, para saber qué hacemos los hombres de vestido azul en nuestro retiro?

– ¿Y no teméis que seamos traidores y nos apoderemos de vuestra persona para inclinar vuestra voluntad a nuestras ambiciones, como parece que andan diciendo por allí? –volvió a decir el anciano Muref.

–Si de vosotros temiera algún daño no hubiera venido. Y estoy aquí porque necesito de vosotros y vosotros necesitáis de mí.

–Os hubiéramos ahorrado la molestia de venir a tientas por ese oscuro pasaje llamándonos a vuestra presencia –le dijo Abel extrañado de aquella visita.

–Debo hablaros sin ser vista por nadie.

– ¡Ah!..., en tal caso ocupad vuestro lugar –expresó Abel señalándole el sitio.

–Estoy perfectamente aquí –contestó ella, envolviéndose más en la gran capa de pieles grises, cuya capucha había bajado dejando bien al descubierto su bello rostro, orlado con la abundante y ondulada cabellera de oro pálido–. Sentaos vosotros porque tenemos mucho que hablar.

Dos Kobdas tomaron el oficio de guardafuegos, y avivaron la hoguera añadiendo nuevos troncos a las ascuas medio ocultas por las cenizas.

– ¿Sabéis que nuestro Serrú ya no es vuestro aliado?

–Lo presentíamos, pero aún no lo teníamos confirmado –contestó Abel.

–Y, ¿no os alarma esta noticia? –preguntó con gran calma la joven.

–No –volvió a contestar Abel–, porque sabemos que el hombre es mudable por naturaleza, y que lo que hoy acepta, mañana lo rechaza.

–Pues yo soy diferente que los hombres –dijo con firmeza Walkiria–, ¡y cuando digo no, es no! ¡Y cuando digo sí, es sí hasta la muerte! Por algo he nacido en un país de piedra y vivo feliz en mi ciudad de rocas.

–Pero..., ¿os vais a poner en contra del Serrú, vuestro tío, por conservar nuestra amistad? –interrogó Muref, temeroso de que aquella mujer estuviese ofuscada por algún sentimiento que disimulaba.

–Yo no haré más que sostener con firmeza mi palabra, porque cuando una mujer de la estirpe de Northia estampa su nombre al pie de una alianza, pasará por encima de todo, antes de faltar a ella.

–Pero, ¿sabéis a lo que os exponéis con esto? Quiero decir que si el Serrú se separa de la Gran Alianza os impondrá que os separéis también –dijo de nuevo Abel.

– ¿Están aquí vuestros notarios?

–Aquí estamos –contestaron los aludidos acercándose a primera fila.

–Hacedme el favor, traed vuestras carpetas y veamos lo que habéis anotado en ellas. –Y cuando volvieron a los pocos momentos, la Matriarca les dijo–: Leed el pasaje aquel cuando el Serrú me consagró Matriarca de Kiffauser y de todas las ciudades y aldeas que le están adheridas.

El Notario Mayor leyó: “–El Serrú dijo en alta voz: “Os consagro Matriarca, reina y sacerdotisa de Kiffauser, de Askersa y Kaudina con las catorce aldeas circunvecinas desde el Rihon hasta el monte Kasbek y el Golfo de Azov, con absoluta independencia de toda otra autoridad como

no sea la Gran Alianza del Éufrates y el Nilo en la cual entras en este momento”. Y el Kobda Abel, nieto y representante del Thidalá de la Gran Alianza, puso el anillo de aliada a la Matriarca Walkiria de Kiffauser”.

–Muy bien –dijo ésta–, eso quiere decir que el Serrú no puede imponerme su voluntad, ni en este caso ni en ninguno, a menos que haga la soberana ridiculez de echar por tierra a la nieta de su madre, a quien elevó ayer al rango de una heroína salvadora de la honra de la familia y de la libertad de su pueblo.

–Es tal como lo decís, Matriarca –repuso Abel–, pero si ha cedido en retirarse de la Gran Alianza, cederá también a la influencia de los que le han dominado. Estad, pues, alerta, que esto os traerá complicaciones.

–Estoy preparada, y sólo me faltaba estar segura de vosotros. Un día difícil para mí os pregunté: ¿Me ayudaréis? Y vos me respondisteis que sí, mientras obrase con justicia.

–Así fue; y tal afirmación la renuevo en este momento en mi carácter de representante del Jefe de la Gran Alianza, y en presencia de este Consejo que le representa tanto como yo.

–El Serrú quiere unirse a mí en matrimonio –dijo Walkiria.

–Eso lo habíamos presentido casi desde los primeros días.

–Mucha perspicacia tenéis, pues yo no lo sospechaba ni aun vagamente. Se dijo aquí que había concertado esponsales con la hija de uno de los más notables príncipes del Éufrates.

–Es la verdad, como había concertado su Alianza con las Naciones Unidas, pero una cosa y otra pueden ser anuladas por su voluntad.

–Exigidle cumplir sus compromisos con la altura y dignidad que debe tener un jefe de pueblos –dijo con energía la joven.

–Los Kobdas usamos de unos procedimientos diferentes, Matriarca. La violencia en este caso sería perjudicial y costaría muchas vidas, y sólo el Altísimo tiene el derecho sobre la vida de los hombres.

– ¿Entonces me aconsejáis ceder a sus caprichos? –interrogó Walkiria, asombrada de no encontrar allí la fuerza que esperaba.

–No, Matriarca, no, si tal no es vuestra voluntad. Vos sois soberana de vuestros pueblos y sois dueña de vuestra persona.

– ¿Cuento con vosotros? –preguntó mirando a todos los que la rodeaban.

–Contad con nosotros –contestaron los Kobdas.

–Y conmigo también –dijo una voz vibrante y sonora desde la puerta que comunicaba con el pabellón. Era Kaíno que buscando a Muref con el cual solía pasear a esa hora bajo el bosquecillo de moreras, oyó voces en aquella dirección y siguió hasta allá. Había oído casi toda la conversación y aprovechó el momento demasiado oportuno de hacer méritos ante la gran mujer de sus sueños. La Matriarca le miró con extrañeza.

– ¿Es el jefe de vuestra escolta de arqueros?

–Es mi hermano, Matriarca –dijo Abel, haciendo a la vez señal de acercarse a Kaíno. Este se inclinó apoyando su frente sobre la mano que ella le tendía mirándolo con gran fijeza.

–Cuento con vos, príncipe; gracias por vuestro ofrecimiento. Ignoraba que os acompañase un hermano vuestro, y por cierto muy fuerte y gallardo –continuó la Matriarca, al parecer muy complacida de poder contar con un hombre de armas como se veía que era Kaíno. Su traje de arquero cazador, de piel de leopardo, su correa de plata incrustada de esmeraldas, su gorro de piel negra sujetado con redecilla de oro por debajo de la garganta era indumentaria digna de un príncipe aficionado a cacerías y campañas. Cuando se oyó llamar Príncipe por aquella hermosa mujer, una oleada de amargura oscureció el bello rostro de Kaíno, pero una mirada inteligente de Muref le serenó, y más todavía el dedo de Abel que disimuladamente se había cruzado sobre sus labios diciéndole: ¡Silencio!

–Puesto que todos estamos aquí para ayudaros, mandad, Matriarca como si fuéramos súbditos vuestros –dijo Abel.

–Gracias, gracias. Lo primero que debéis hacer es seguirme por este pasaje, que os quiero enseñar en esta noche todo el mecanismo de mis vías de comunicación con mi pueblo y con mis arqueros, pues necesitaréis más de una vez, ir de un lado para otro.

–Con darnos un plano –observó el Notario Mayor–, tendríamos bastante y no os tendríais que molestar.

–Y, ¿creéis que yo me fatigo por pasar una noche caminando por esas galerías? Pues cuando yo era Freas, he pasado, no una noche, sino diez, corriendo sin parar y a veces arrastrando en pos de mí o en mis brazos una joven desmayada para resguardarla de atropellos, o un pobre herido encontrado medio muerto entre los hielos. Conque ahora que he vuelto a ser Walkiria, bien puedo pasarme una. –Y dicho esto caminó en dirección a la entrada del subterráneo.

– ¿Venís todos? –preguntó.

–Creo conveniente que algunos queden –dijo el anciano Muref–. Nuestra escolta de arqueros duerme junto a las cuadras, fuera de este pabellón, y si ocurriera cualquier cosa podrían venir a llamar aquí y conviene que haya quien responda. Si os parece quedaremos los tres Kobdas de más edad.

–Sí, sí; bien pensado porque para vosotros sería demasiada fatiga. Vamos –dijo, acercándose al fuego donde encendió una torcida de cáñamo encerado protegida con un tubillo de cobre con mango de cuerno de reno–. Sin esto –dijo, mientras encendía–, no se puede caminar por esas tinieblas.

–Ahora paréceme que vuelve el Príncipe Freas –observó riendo Abel, al ver la ligereza y habilidad con que la joven realizaba aquella operación y la forma como arreglaba su amplia capa de pieles para que no le molestase al pasar. Y armada con aquella extraña y a la vez artística antorcha, se sumió en la oscura galería seguida de Abel y los Kobdas más jóvenes, entre los cuales marchaba silencioso Kaíno. Este último, interrogado por Muref si se encontraba con fuerzas para cualquier eventualidad, había asegurado que se sentía un gigante. Y su promesa de ser discreto y prudente le dio cabida en aquella subterránea excursión. Después de un buen andar fueron a salir a la orilla del mar, donde en una bien cubierta bahía disimulada con grandes viñedos y morerales, se encontraban amarrados unos treinta veleros pequeños, cuyos tripulantes dormían, menos uno que estaba de turno como vigía. La Matriarca subió la luz a la altura de su rostro para que la reconociera y le habló breves palabras que el vigía respondió levantando en alto su horcón de cobre.

–Alerta –le dijo Walkiria–, que estamos amenazados de un gran peligro. Por hoy sólo vengo a hacer conocer a estos amigos cuales son los caminos para ponerme en contacto con todos vosotros. No despertéis a nadie. Cuando uno de estos hombres que veis conmigo, venga a mandaros, le obedeceréis como a mí, porque son mis aliados y yo confío en ellos.

El vigía volvió a levantar en alto su enorme horcón.

La Matriarca acercó la luz al rostro de cada uno de los que le seguían, para que el vigía los mirase bien.

Se internó de nuevo en la galería, cuyas entradas y salidas no eran más que láminas de corteza del color de la piedra, hábilmente disimuladas por el follaje del exterior o por tapices y colgaduras en lo interior de las habitaciones. Desandando unos pasos por el camino antes recorrido, removi6 con extrema facilidad una lámina de piedra que resbalaba por un riel de cobre, y penetró por otra galería que hacía ángulo con la anterior. Esta les condujo a una inmensa plaza subterránea toda rodeada de cavernas pequeñas, pero tan bien dispuestas que asemejaban las carpas de un campamento.

–Esto es el campamento de arqueros –dijo levantando suavemente el tapiz que cubría cada puertecilla, dejando ver los guerreros dormidos entre montones de pieles.

En varios puntos de aquella plaza se veían hogueras medio apagadas y que la Matriarca se encargó de avivar removiendo las cenizas y añadiéndoles nuevos troncos, ayudada naturalmente por los Kobdas, y sobre todo por Kaíno que empezaba a entusiasmarse por todo aquello que le recordaba sus campañas guerreras y sus correrías nocturnas de otros tiempos.

– ¿Cuántos hombres tenéis aquí? –preguntó Abel.

–Son ochenta centenares –contestó Walkiria–, y es la flor de la

juventud y de la fuerza que me defiende. La lealtad de estos hombres es la que me ha hecho fuerte en las horas más difíciles que he debido afrontar. Están divididos en cuatro falanges de veinte centenares cada una, pero una de ellas ha quedado sin jefe desde el día que fue necesario hacer desaparecer a Freas para que apareciera Walkiria. La falange que yo mandaba está sin cabeza y hay que reponerla.

–Aunque os parezca demasiada pretensión, ¡oh, gran Matriarca! ¿Os serviría yo para ocupar ese lugar vacío?

Esta pregunta la hizo Kaíno que buscaba caminar cerca de la joven, y al hacerlo trató de no mirar a ninguno de los Kobdas, para evitar que le aconsejaran silencio. La Matriarca miró al joven con gran extrañeza y luego preguntó en general:

–Pero todos vosotros estáis aquí como de paso. Por favor no me hagáis concebir esperanzas de que vayáis a quedar siempre al lado mío. –Y la joven miró a Abel interrogándolo con sus ojos.

–Algunos pueden quedar, si vos, Matriarca, los necesitáis –respondió el joven Kobda–. Este hermano mío ha estado bastante enfermo, y el Kobda Rey y nuestros padres le han hecho realizar este viaje buscando terminar su curación; pero si él desea ponerse a vuestro servicio, y es de vuestro agrado, creo que es libre de obrar como lo ha dicho. Si el Serrú no nos corta el camino, nuestro programa de viaje debía continuar hasta el Báltico, pues en el sur de Escandinavia en el País de Gales y en Ascuzay, *–Suecia, Irlanda, Noruega, Inglaterra, Escocia–, hay un centenar de cautivos que tenemos encargo de rescatar. Mi hermano puede ocupar el puesto vacante hasta mi regreso del Norte.

–Y, ¿si la Matriarca me permitiera prestarle mis servicios indefinidamente?... –preguntó Kaíno.

–Eso lo arreglarás tú con ella.

– ¡Bien, bien! –dijo Walkiria–, mañana hablaremos largamente sobre el particular. Permitidme –añadió, caminando hacia una de las cavernas–. Aquí está un arquero herido de gravedad al cual visito todas las noches y por el cual he hecho, con escaso resultado, todo cuanto he podido. Como un caudillo de los sublevados escitas del Norte le robó su esposa cuando sólo tenían dos lunas de matrimonio, este pobre desventurado no ama ya la vida, sino que busca la muerte y temo que la va a encontrar a pesar de todos mis cuidados. Entrad conmigo. Es la enfermería del campamento.

Tendido en un mullido lecho de blancas pieles de carnero, vieron a un joven y bello mancebo, cuyos cabellos bronceados en desorden denunciaban que su estado había sido muy agitado. Al acercarse la luz abrió los ojos en los cuales vieron los Kobdas las señales inequívocas de la muerte cercana.

La Matriarca se arrodilló junto al lecho observándolo atentamente.
– ¿Os sentís peor, verdad? –le dijo, enjugándole el sudor helado que brotaba de su frente–.

“Más que de vuestra herida, morís por vuestro pesar, bien lo comprendo, amigo mío, y sabe Apolón que no omití sacrificios para encontrarla. Veo que la vida se te escapa ya –le dijo con vehemencia, estrechando aquellas manos heladas, mientras los Kobdas le ayudaban con el pensamiento para que abandonase la materia sin dolor–. ¡Te juro por Northia que si encuentro a la esposa que lloras será una de mis hermanas en recuerdo tuyo!

Los Kobdas pensaron en ella tan fuertemente, que unos segundos después, un cuerpo astral se formó junto al lecho del moribundo. Abel y otros lo vieron; también le vio el arquero que tendió los brazos para estrechar la sombra adorada.

– ¡Amada mía!... –murmuró muy quedito–, ¡has llegado para que te dé mi adiós!...

Walkiria creyó que deliraba, enloquecido por el dolor, y sin poder reprimir su vehemencia, se inclinó sobre el moribundo, mientras le decía:

– ¡Te doy el beso de la esposa que no te lo puede dar! –Y el arquero murió feliz porque en la semiinconsciencia del último momento, creyó que era verdad el beso puro y santo de la que amaba.

– ¡Matriarca, permitidme! –le dijo Abel, levantándola del frío pavimento en que continuaba arrodillada mirando con ojos fijos llenos de lágrimas al joven arquero muerto–.

“¿Parecéis tan fuerte y el dolor ajeno os hace así padecer?”

–Es que en este fiel arquero he sido vencida, horriblemente vencida y me duele la derrota. Recibió esta herida en defensa de mi hermano Freas, y cuando volvió a su hogar que por mí había abandonado, no halló más a la esposa amada, sin que haya podido encontrarse rastros de ella, sino sólo la noticia de que un Caudillo escita la llevó desmayada sobre el lomo de su caballo. He sido impotente para curar su herida del cuerpo y más todavía sus heridas del corazón.

“¡Sea Apolón benévolo contigo y que encuentres en su reino lo que yo no he podido darte, amigo mío! –Le cerró suavemente los ojos abiertos, que parecían mirar aún la visión de la última hora, cubrióle el rostro con un paño blanco de lino, y recogiendo de nuevo su antorcha, dijo–: Vamos, que aún tenemos mucho que andar. –Se acercó al centinela y le dio breves órdenes, que los Kobdas comprendieron que se referían al arquero muerto–. Ahora visitaremos el campamento de los Abresendas, de los Pontoneros y la Guardia de Lanceros.

“Es algo más distante y para ir allá debemos atravesar un pequeño lago

subterráneo que fue en tiempos muy remotos una gran mina explotada y que al abrirse con los siglos la montaña, interceptó el curso de un río que bajaba del Monte Kasbek y cuyas aguas se precipitaron allí. Por mucho tiempo ha servido de tumba a los condenados a muerte y por esta razón todos tienen pánico de atravesar este paraje. Mas yo sé que Apolón y Northia están con quien obra la justicia y como ningún muerto puede acusarme de haberle privado de la vida, yo he pasado por aquí muchas veces y nada me ha ocurrido. Se siente, es verdad, crujidos y silbidos, pero yo sé que es el hielo que se rompe en pedazos y el gemido del viento por las grietas de la montaña abiertas al exterior. ¿Me acompañáis?

–Claro que sí –dijo prontamente Kaíno, poniéndose al lado de la valiente joven.

–Con un guía como vos, Matriarca –díjole Abel–, y en busca de la justicia, se va hasta el centro de la Tierra.

La Matriarca siguió avanzando.

– ¿Oís? –preguntó de pronto al primer silbido que se escuchó–. Nos acercamos al lago y ya comienza el concierto.

–Debe haber un bosque de pinos encima de estas montañas –dijo uno de los Kobdas que era originario de esta región–, y el viento al balancear las ramas produce estos desagradables sonidos que a veces parecen gritos humanos.

–Mirad –dijo la Matriarca, señalando como un camino tortuoso de luz que se abría transversal encima de su cabeza–. Es la abertura de la montaña por donde se precipita el agua cuando el río se desborda o se derriten los hielos. ¡Cuidado con resbalar en las rocas mojadas!

En la seguridad con que la Matriarca caminaba con la antorcha encendida delante de todos, se veía claramente que aquella excursión la realizaba a menudo. Los Kobdas de aquellas regiones la seguían con facilidad, mientras que Abel y dos más que eran de las praderas, apenas si podían andar. La joven lo notó y tomando a Abel de la mano, observó:

–Dos de los más avezados a las rocas, tomad a esos dos compañeros que de seguro van a caer. Yo os conduciré a vos, príncipe.

– ¿Y a mí no me conducís? –preguntó Kaíno riendo.

– ¡Oh! Vos sois ligero y fuerte como los alces de estas montañas. Lo he notado desde que os vi. Ahora llegamos y debemos cruzar este puentecillo. –Era un amontonamiento de piedras enormes erizadas de picos y aristas capaces de despedazar a cualquiera que tuviera la desgracia de caer sobre ellas.

–Matriarca –decía Abel–, estoy profundamente avergonzado ante vos, de mi debilidad. Apenas puedo dar los pasos, y eso que me lleváis como a un chiquilín.

–No os aflijáis que ya os llegará el turno de conducirme vos.

–Mas no será en esta tierra, según parece –respondió el joven–. Aquí sois vos una fortaleza que puede competir con las rocas en que habéis nacido. Se me figura mientras camino, que ésta fue la vida de los fundadores Kobdas hace mil doscientos años, y la de nuestros hermanos del Hircanio cuando fueron perseguidos por la Reina Shamurance.

–Seguramente. El Cáucaso está horadado de túneles de un extremo al otro. En el país de los hielos se vive más en las entrañas de la roca que al aire libre, sobre todo en invierno.

– ¿Habéis cruzado todos? –preguntó la joven, volviéndose a mirar si sus compañeros habían terminado de cruzar el puente–. Guardemos silencio y escuchad –dijo de nuevo.

A intervalos se sentía el chasquido del agua del río al caer en el agua del lago, produciendo a veces el sonido de cien latigazos. A veces era como el ruido de muchos motores puestos de golpe en movimiento. Luego un silencio profundo que de nuevo interrumpía los silbidos del viento en los pinares, los crujidos de bloques de hielo que se rompían y rodaban al abismo.

Era una tremenda y fantástica belleza la que ofrecía aquella joven y bella mujer con su antorcha en la mano, de pie sobre las negras rocas que terminaban el puente, rodeada de hombres cubiertos con sus capuchones de piel negra, silenciosos, escuchando los ruidos formidables que producía la misma naturaleza en su eterna danza de transformaciones y mudanzas.

De pronto se oyó un ruido enorme seguido de fuerte conmoción, y un trozo de roca cayó por la abertura superior, sobre las aguas del lago produciendo un copioso chisporroteo como una lluvia, que los alcanzó a todos y apagó la antorcha.

– ¡Oh, oh! –exclamaron todos–. ¡Ahora la hemos hecho buena!

– ¡Quietos! No os mováis –se oyó la voz de Walkiria. Y al instante sintieron los golpecitos del sílex en el hierro y vieron las chispas de luz que encendieron de nuevo la antorcha. Entonces vieron que la Matriarca llevaba en el cinturón toda una provisión de utensilios indispensables en toda excursión: un martillito de sílex, un fuerte punzón de hierro, una daga larga y fina, un jarrito de plata y varias redomas pequeñas conteniendo jarabes reconfortantes o narcotizantes para cualquier caso imprevisto de desmayos o crisis nerviosas.

Y mientras mostraba a sus compañeros asombrados, toda esta provisión que llevaba consigo, sonreía afablemente complacida de ver ese mismo asombro que les producía.

– ¡Pero, Matriarca!... –exclamaron algunos–. Sois el genio de la previsión.

– ¡Pensáis en todo! –decían otros.

–He aquí un ser que es fuerte porque sabe bastarse a sí mismo –exclamaba Abel.

–Y eso que habéis visto no es nada –dijo ella, sonriendo siempre. Y abriendo su capa de piel gris les hizo ver el interior donde en grandes bolsillos llevaban cuidadosamente dobladas, vendas de todos tamaños, ligaduras y paños como si fuera una auxiliar de cirujano o médico de campaña.

De otro bolsillo sacó un pequeño paquete que era una escalerita de cuerda de varios metros de largo, y atravesado sobre el pecho vieron que tenía un fino tubo de plata de un codo de largo que dentro llevaba varios tubos más pequeños, que por medio de roscas se atornillaba uno con otro hasta formar una fuerte vara de plata.

–Esta es mi lanza de excursiones –dijo sacando de entre su jubón de lana blanca, la afilada lanceta que atornilló en lo alto de la vara–. He querido haceros una exhibición para obligaros a descansar un momento, porque demasiado sé que estáis muy fatigados.

Y tranquilamente volvió todo aquel arsenal a su sitio, abrochó de nuevo su capa, mientras sus compañeros hacían una serie de comentarios sobre la admirable mujer que les guiaba en la oscuridad de aquel subterráneo.

–Ahora estamos llegando –dijo–. Silencio para que no despertemos a nadie.

Era allí una pequeña rotonda muy irregular desde luego, pero bastante lisa en sus muros de piedra. Hasta había un tosco estrado tapizado con pieles de carnero, un cántaro de vino, otro de aceite, una gran cesta con frutas secas, un fuentón de piedra lleno de trozos de miel completamente congeladas.

–¿Queréis tomar un pequeño refrigerio? –les preguntó la Matriarca, entregando a Kaíno la antorcha, para abrir una parte del estrado que por dentro era hueco y encerraba comestibles.

–Aquí hay pan, queso y manteca –dijo extendiendo sobre el estrado un gran paño blanco que sacó del extraño armario de roca y colocando sobre él los víveres con que invitaba a sus huéspedes.

–Ya veis –decía graciosamente–, que la montaña es a veces buena madre y no tan dura y hosca como puede parecer. El frío y el largo andar os debe tener exhaustos –añadió–. Comed conmigo sin reparo alguno.

Y sentándose la primera en el estrado, cortó con su daga trozos de pan y de queso, y rebanadas de miel y fue ofreciéndolas a los Kobdas.

–Ayudadme, príncipe –dijo a Kaíno–, ya que tenéis allí una daga, y haremos más pronto los honores de la mesa a estos buenos compañeros. También tengo aquí gansos ahumados y pescado seco que está a vuestra disposición.

–Pero esto es toda una repostería –dijo uno de los Kobdas.

–Es el refugio para los perseguidos después de una derrota –dijo la Matriarca–. Aquí he salvado a muchos durante la revuelta. Hay unos cuarenta refugios como éste, en la montaña en que está edificada Kiffauser.

–Quiere decir que tenéis una ciudad subterránea debajo de la otra ciudad –dijo Abel.

–Sí, así es, con la diferencia que esta ciudad no es más que de oscuras callejuelas y sombrías cavernas, que sólo utilizamos para los momentos difíciles.

Cuando ya terminaban la refección y la Matriarca volvía a colocar todo en su sitio, sintieron unos pasos por encima de sus cabezas.

–No os alarméis –les dijo–, es uno de los centinelas que vigilan la grieta de la muralla para evitar que se introduzcan las fieras.

“Allí tienen su habitación de rocas, diez hombres que guardan esa abertura y que hace tantos años como yo tengo, que no tienen otra ocupación que ésa. –Y dio tres silbos suaves con una pequeñita vozquia de plata que llevaba pendiente de su cuello. Otros tres silbos iguales le contestaron por la grieta de la techumbre–.

“Ya saben ellos que estoy aquí. Ahora entremos al campamento.

Y descorriendo otra lámina de piedra que se abría hacia un lado del estrado, dejó ver la entrada a otra galería corta y al final de la cual se veía un suave resplandor rojizo. Era la hoguera de la plaza del campamento de lanceros al cual llegaban y cuya disposición era muy semejante a la que ya habían visitado.

–Aquí duermen cincuenta centenares de hombres –dijo la joven–, son éstos los guerreros antiguos de mi padre y de mi abuelo, que al ser yo la soberana han quedado bajo mi autoridad.

– ¿Pero el Serrú no les obliga a prestarle servicio? –preguntó Kaíno.

–Si él se mantiene en amistad conmigo, sí –contestó la Matriarca–, pero si me quiere someter a imposiciones caprichosas e injustas, todos éstos son míos antes que de él.

“El ala izquierda de este campamento la ocupan los Abresendas, que son arqueros con los pies revestidos de grandes zuecos de madera cuya punta es un largo cuerno de hierro para abrir senderos entre el hielo y facilitar el paso de los que vienen detrás. Estos son pocos y no pasan de diez centenares. El ala derecha está ocupada por los pontoneros y catapultas que son los que derriban trozos de rocas para construir puentes o trincheras, y abrir caminos en la montaña. Son también los Lanzapiedras o catapultas para demoler barricadas o abrirse camino entre selvas impenetrables o entre manadas de fieras. Y el ala central está toda llena por los lanceros y horconeros.

–Verdaderamente sois una Matriarca guerrera –le dijo Kaíno, encantado de toda aquella fuerza que veía amontonada bajo aquellas bóvedas de piedra ennegrecidas de tinieblas.

–Guerrera, no –interrumpió Abel–, porque supongo que ella se limitará a defenderse si la atacan.

–Naturalmente –dijo ella–. Yo amo demasiado a mi pueblo para empujarlo a la lucha por sólo satisfacer locas ambiciones. Pero si alguno de los vecinos tiene el mal pensamiento de atropellar con nosotros, ya veis que estamos preparados para hacernos respetar. Os aseguro que la Reina Pirata nos ha servido para que aprendamos a bastarnos a nosotros mismos; poniendo nuestro ingenio y nuestro esfuerzo en hacer obras de defensa como para afrontar cualquier eventualidad. Para ello hemos utilizado, como veis, las excavaciones que existían de las minas hace muchos años explotadas.

Después que dio un ligero paseo por delante de las cavernas levantando el tapiz de las puertas y ver que los guerreros dormían tranquilamente, se volvió a los Kobdas.

–Ahora empecemos el regreso saliendo por aquí. –Abrió una pequeña puerta de troncos y salieron de nuevo a la orilla del mar–. Conviene que respiremos un poco de aire puro porque vosotros que no estáis acostumbrados, debéis padecer en esta excursión subterránea. Mis gentes son ya como los hurones, y, además, en cada caverna hay un tubo de hierro que sale hacia arriba y que sirve de respiradero.

– ¡Qué hermoso el cielo estrellado después de horas de marchar por las entrañas de la tierra! –exclamaron los Kobdas, encantados de la serenidad de la noche, que empezaba a ser más clara con el resplandor amarillento de la luna menguante, que se levantaba como saliendo del mar sobre el cual se extendía un cendal de gasas doradas.

–Este es otro refugio de barcos, mucho más grande que el otro que ya visteis. Estas son barcazas de carga y sirven como habitación cuando nos vemos obligados a permanecer en alta mar.

Era ésta una inmensa bahía mucho más cerrada que la anterior, pues estaba formada por dos agudas penínsulas que se prolongaban hacia el mar como dos grandes brazos curvados que parecían ir a tocarse. Apenas si quedaba una abertura de cincuenta pasos que era la puerta por donde los barcos salían a alta mar.

– ¡Oh, esto es maravilloso! –decía Kaíno–. Nada de esto conocemos los hombres de la pradera, donde la vida es más fácil y hecha para holgazanes.

–Es verdad –respondía Abel–, nuestra vida en La Paz es como un descanso continuado, por lo menos desde que yo vivo. –Y su pensamiento se extasió en el seno del Amor Infinito, que parecía haberle elegido con

delicada ternura el más suave y bello rincón de la Tierra para mandarle a la vida material.

Después de un momento de descanso, la Matriarca les indicó otra puertecilla allí cerca, detrás de unos tupidos viñedos, y echaron de nuevo a andar por otra galería más delicadamente trabajada que las anteriores. El pavimento era liso y más frecuente los tubos de respiración. Había apoyos o salientes en la roca misma, todos ellos cubiertos con pieles de oveja, y lo mismo servían de asiento que de camas.

—Cuando hay peligro, aquí queda una guardia de guerreros para tenerlos al alcance de mi vozquía.

—Pero, ¿cómo? ¿Queda cerca esto de vuestra morada? —preguntó Abel.

—Estamos llegando a ella —contestó la joven introduciendo una llave en cierta parte de la galería. Una pequeña puerta de madera y cobre se abrió, y un torrente de luz se difundió por toda la galería—. Pasad —les dijo—, estáis en mi gabinete de trabajo.

Una hermosa hoguera ardía en el centro, cuyo fuego estaba animado por dos robustas mujeres sordomudas, y ya de cierta edad, que se inclinaron con reverencia ante la joven. Una doncella se incorporó de entre un montón de pieles que cubrían los grandes estrados, y fue a quitar la capa de piel que cubría a la joven.

Ella habló afablemente como dándoles órdenes y a los pocos momentos salieron otras criadas que prepararon en la hoguera infusiones de vino y miel, jarabe de moreras y trozos de carnes fritas en manteca.

— ¡Pero, Matriarca! —decía Abel—, ¿nos hacéis comer otra vez? Mirad que os vamos a resultar huéspedes caros.

— ¡Ah!..., yo sé lo que es el frío de estos hielos y las largas caminatas por la montaña.

—Estáis en vuestra casa, y todo esto es para vosotros, conque servios lo que gustéis que yo voy un momento a la alcoba de mi madre, que debe estar intranquila por mi tardanza. —Y desapareció seguida de las criadas, para dar también libertad a sus huéspedes.

— ¡Qué admirable mujer! —exclamó Abel apenas la vio salir—. Es uno de los espíritus de la Justicia y Poder de que se llenará esta Tierra, poco después que todos nosotros hayamos dejado esta vestidura de carne.

—Parece que la Eterna Ley hubiese querido que una mujer fuerte reconstruya lo destruido por una mujer malvada —dijo el Notario menor.

—Es el genio de la fuerza encarnado en esta mujer —dijo Kaíno.

—No sólo es fuerte —observó Abel—, sino que es justa y es noble. Es digna de sus abuelos Lugal Marada y Northia, y llevará estos pueblos a la grandeza y a la luz durante muchos siglos.

Y mientras ella volvía, se entretenían en mirar cuanto había en aquel

vasto gabinete que era una verdadera sala de armas digna de un alto jefe guerrero. Las murallas llenas de planos que asemejaban verdaderas redes de caminos, de acueductos, de puentes y pabellones, que aquello era de nunca acabar. Infinidad de arcos y flechas de variados modelos, lanzas y horcones, tridentes y hachas de todos los estilos conocidos entonces.

A poco volvió a presentarse la Matriarca transformada completamente. Vestía una gruesa túnica de lana gris azulada igual que la que vestían los Kobdas hasta en el cordón azul con grandes borlas con que ceñía su cintura. Su rubia cabellera destrenzada le cubría toda la espalda hasta más abajo de la cintura.

–No os ofenderéis por haber usurpado sin vuestro permiso, el color y forma de vuestro vestido. ¿Está mal acaso que lo use una mujer como yo? –preguntó como podía hacerlo una niña que ha hecho una pequeña travesura.

– ¡Oh, Matriarca! –le dijo Abel–, una mujer como vos hace honor a la túnica de los Kobdas. Tenemos muchas grandes mujeres que han sido o son reinas de grandes pueblos, y nada tendría de extraño que vos lo fuerais también.

– ¿Queréis seguirme a la sala de Consejo? –preguntó–. Allí está mi madre y los jefes de Tribus que forman mi pueblo. Necesito y quiero afianzar ante ellos mis pactos con vosotros.

–Vamos –dijo Abel y miró a Kaíno indicándole que les siguiera también. Y después de atravesar corredores, alumbrados por lámparas de aceite perfumado y grandes velones de cera, se encontraron en la inmensa sala aquella, en que les ofreció su homenaje el día tercero de su llegada.

Allí cumplieron a la madre en cuya fisonomía pudieron leer que una gozosa tranquilidad invadía su espíritu. No era ya la entristecida viuda envuelta en negros velos. Era una hermosa mujer de cuarenta y cinco años, y lucía como espléndida diadema gruesas torzadas de sus rubios cabellos, sujetos en lo alto de la cabeza con alfileres de perlas. Un manto de piel blanca la envolvía toda. Les recibió en el mismo estrado en que la vieron otra vez.

–Gracias a vosotros –les dijo–, soy una madre feliz. –Y les tendió sus manos.

–Decid más bien gracias al Altísimo, que os ha dado una hija muy capaz de hacer vuestra felicidad –le contestó Abel.

Después se saludaron con unos treinta hombres, ancianos y jóvenes, cuya indumentaria denotaba su encumbrada jerarquía en el país.

–Nuestra Soberana quiere consolidar nuestros pactos –dijo el más anciano de todos–. Yo soy el único de los hermanos de Northia que sobrevive, y el antiguo Serrú me había constituido en Consejero mayor de

sus hijos y nietos de menor edad. Y he aquí que esta amada sobrina se ha empeñado en que sea yo el Primer Consejero de su gobierno. –Abel y los demás se inclinaron profundamente significando que estaban en perfecto acuerdo–. Muertos los dos Iceas, padre e hijo, y muerto también Freas, el valeroso doncel de bronce, nuestra admirable Walkiria que tanto se le parece, es la columna firme en que se ha de colocar el faro que guíe este noble pueblo a sus destinos futuros. –Así habló el anciano consejero, mientras todo era silencio en el vasto recinto–.

“Y ella quiere que vosotros y nosotros hagamos un solemne juramento sobre nuestra ley dictada por Apolón a los fundadores de nuestra raza, cuyas sombras saldrán en este instante para escucharnos, de sus sepulcros de nieve.

Todos inclinaron por breves momentos la frente en homenaje silencioso a los ilustres muertos.

–Y, ¿en qué consistirá ese juramento? –preguntó Abel.

–En que nuestro pueblo mantendrá su alianza con el Thidalá de las Naciones Unidas, y que la Gran Alianza defenderá nuestra libertad llegado el caso de una contienda armada.

– ¿Y de quién la teméis? –volvió a preguntar Abel.

–De todos y de nadie por el momento; pero como suenan rumores nada halagüeños, la Matriarca quiere quedar atada a vosotros por ligaduras que nadie pueda romper.

–Muy bien; juramos lo que decís sobre vuestra Ley y sobre la Ley de la Gran Alianza –respondió Abel.

–Que sea también sobre la Ley de los Kobdas que yo he estudiado y acepto –dijo Walkiria con serena voz, colocando en la mesa de mármol del centro, los tres libros a la vez, encerrado cada uno en tapas de plata con los títulos grabados e incrustados de piedras preciosas.

Y Abel, acercándose a la mesa leyó las tres cubiertas:

“Ley de Numú” – “Ley de Apolón” – “Ley de la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo”.

Y uniéndose todos por las manos incluso las dos mujeres, madre e hija, pronunciaron el solemne juramento que iba diciendo Abel en alta voz:

–“¡En la presencia eterna del Altísimo creador de mundos y de seres, juramos sostener unidos la Ley de Numú, instructor de esta humanidad! ¡La Ley de Apolón conductor de los pueblos del hielo, y la Ley de la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo, forjadora de la paz en dos continentes!”

Y todos besaron los sagrados libros que mudos en sus cubiertas de plata habían recibido tan solemne promesa.

– ¿Estáis contentos de mí? –preguntó afablemente Walkiria.

– ¿Cómo no estarlo, Matriarca, si os demostráis no una aliada, sino una hermana nuestra en toda la extensión de la palabra?

–Entonces creo que no será fuera de lugar que me concedáis un grande honor –dijo acercándose hacia Abel. El anciano Consejero se encaminó a la gran mesa central y levantó de entre aquella montaña de flores una bandeja de oro en que se veía algo blanco y se acercó a Abel.

–Un velo blanco –dijo el joven Kobda comprendiendo la hermosa significación.

– ¡El velo blanco de las reinas Kobdas! –exclamaron todos con indescriptible entusiasmo, cuando aquella vaporosa nube se desplegó sostenida por las manos de Abel, cuya emoción era visible. El rostro de la Matriarca tomó la nitidez de una rosa blanca, cuando Abel le prendía con dos broches de zafiros el blanco velo sobre su cabellera rubia.

–Sois la primera Matriarca Kobda en los países del hielo –le dijo–, y pido al Altísimo que os haga grande y fuerte en la Justicia, en la Sabiduría y en el Amor, que habéis venido a implantar sobre este pueblo que tanto os ama.

Un gran aplauso resonó en la inmensa sala y el laúd del trovador de Northia se dejó oír como un gorjeo en la puerta de entrada, a la cual fueron añadiéndose otros y otros más, hasta formar un concierto magnífico de ocarinas y laúdes que deshojaban al viento las vibrantes notas de un himno triunfal.

Y la voz melodiosa de Kirfeo, el sacerdote trovador se destacó de entre el conjunto de melodías para cantar “La canción de Northia”, que era un pequeño poema alegórico del triunfo de Northia al ser recibida por Apolón en su reino dorado de ultratumba.

En todos los rostros se reflejaba la más grande y pura alegría. Sólo Kaíno estaba pálido y taciturno, inmóvil como una estatua, mientras su pensamiento tomaba esta fúnebre idea: “Ese velo blanco pareceme el sudario en que han envuelto mi amor”.

Y cuando de tan brillante manera terminó aquella velada memorable en los anales de la vieja ciudad de Kiffauser, los Kobdas pidieron retirarse a su pabellón.

Walkiria pidió su antorcha y encamináronse hacia el gabinete aquel por donde habían entrado. Y con afable gracia les decía:

–Ahora os sirve de guía vuestra hermana Kobda. Tomad mi antorcha y seguid por esta galería que es la mejor de todas y la más corta. Os llevará al Recibidor de Apolón en breves momentos. –Y apartando una gran tela donde estaba grabado un plano, dejó ver la entrada del pequeño túnel.

–Gracias, Matriarca –dijo Abel, tomando la antorcha–. Ahora guío yo.

–Os sigo con la vista hasta veros entrar en la casa de Northia –dijo nuevamente–. Que Apolón sea con vosotros.

–Y la paz para vos, hermana –le contestaron todos.

La Matriarca permaneció inmóvil ante aquella puertecilla como visión de cielo y de nieve, hasta que la luz de la antorcha desapareció en la oscuridad.

– ¡Ya están con Northia! –dijo en voz baja y tornó a su alcoba donde le esperaba el abrazo de su madre y de sus hermanas que le decían llenas de felicidad:

–Dice madre que ahora eres la esposa de Apolón y que ya nunca puedes morir.

162

LOS PRISIONEROS DE NORTHIA

La previsión del Anciano Muref, de quedarse tres de ellos en el pabellón de Northia estuvo en toda su oportunidad, pues apenas habían salido los excursionistas nocturnos, cuando sintieron golpes a la puerta.

Era uno de los altos Jefes de Tribus que formaban el Consejo Superior del Serrú, y el cual gobernaba una región del Báltico denominada Dantzig, y había acudido a esperar la llegada del Serrú en la frontera donde Kiffauser era la primera plaza fuerte. Venía a verles de parte del Serrú que se encontraba muy fatigado de sus tareas durante todo el día, y les rogaba suspendieran las visitas de inspección que habían iniciado, hasta nueva orden.

Como el Anciano Muref era el jefe material de la misión, el emisario trató con él y sus otros Ancianos compañeros, aceptando sin sospecha alguna la excusa de que todos los demás se habían retirado al Recibidor de Apolón.

–Os participo –añadió–, que vuestra escolta de arqueros será trasladada mañana a otro campamento más comfortable que las carpas en que están ahora instalados.

–Podéis decir al Serrú que agradecemos sus buenos servicios para nosotros –había contestado el Anciano–. Y, ¿cuándo le podremos ver?

–Eso os lo dirá él mismo cuando lo crea oportuno –había contestado el jefe guerrero y sin más ceremonia se había despedido, no sin que Muref se diese cuenta de que miraba con ojos investigadores hacia todos los rincones que quedaban al alcance de su vista.

Se despidió, y los Kobdas sintieron al poco rato que por la parte exterior de la puerta de entrada al pabellón, parecían realizar trabajos de atornillar o ajustar algo que ellos no podían precisar.

–Me parece –dijo a sus dos compañeros–, que las gentes del Serrú no tienen buenas intenciones respecto de nosotros.

–Creo que han clausurado por fuera nuestra puerta de salida –añadió el Notario Mayor.

–Y ahora –dijo el otro Kobda–, están haciendo igual trabajo con el ventanal que mira hacia el mar.

–Y también en las ventanas bajas que dan al bosque de moreras..., ¿lo oís?

–En efecto, trabajan a la vez en tres direcciones. Eso significa que estamos cautivos. ¿Será traición de esa mujer que quiere apartarnos del Serrú? –preguntó el Notario, para el cual era causa de grandes cavilaciones la audacia, el valor y la energía de Walkiria.

–O traición de los jefes del Serrú, que buscan apartarlo a él o a ella de nosotros –observó Muref–. A su debido tiempo todo lo pondremos en claro.

Cuando todo estuvo en silencio quisieron cerciorarse de sus sospechas e intentaron abrir la puerta que no cedió ni una línea al empuje de sus seis brazos que tiraban al mismo tiempo. Igual cosa ocurrió con los ventanales.

– ¡He aquí que estamos prisioneros de Northia! –exclamó sin perder su buen humor el menor de los tres Kobdas, que habían quedado guardando el pabellón.

–Menos mal –dijo otro–, que tenemos salida hacia la fortaleza de la Matriarca si es que no viene de ella esta orden.

– ¿Y si hubiera sido una celada tendida por ella la invitación hecha a nuestro hermano Abel?... –interrogó el Notario Mayor.

–Yo creo que esa mujer no es capaz de una felonía semejante –contestó Muref–. Mi sensibilidad percibe en ella un fuerte afecto hacia nosotros, porque nos cree justos y nobles en nuestro proceder. Y la prueba está en que ella no se ocupó de cerrar la puertecilla de la galería al salir, justamente porque piensa volver por ella. Y como nos será imposible dormir mientras no veamos volver a nuestros hermanos, avivemos la hoguera y preparemos un jarabe caliente porque aquí nos vamos a congelar.

Y al abrir el armario de encima que en la sala-comedor tenían, observaron que les habían sido renovadas todas las provisiones; llenas de nuevo las ánforas de jugo de morera y vino, los cántaros de aceite, manteca y miel. Las cestas del pan y de las frutas estaban rebosantes y nuevas piezas de aves ahumadas y pescados salados ocupaban los lugares que habían quedado vacíos.

– ¿Quién anduvo aquí? –preguntó el Kobda que abrió el inmenso armario–, ¡si cuando nosotros salimos hoy por la tarde dejamos todo completamente cerrado!

– ¡Pues la Matriarca o alguien mandado por ella! –contestó de inmediato Muref–. ¿No sabemos ya, que ella tiene entrada subterránea a este pabellón?

– ¡Oh, sí, verdad!... Luego no es de ella de quien nos viene la prisión, pues ya veis que cuida demasiado nuestro bienestar.

– Calma y serenidad, que detrás de la Matriarca está la Justicia Divina que vela por sus hijos. Tomemos de estos dones de Dios para fortificar nuestra materia, que Él fortificará nuestro espíritu para afrontar todo lo que se presente.

Y los tres Kobdas, el mayor de los cuales frisaba ya en los sesenta años, sentados en torno de la hoguera, tomaron tranquilamente aquella refección, amenizándola con comentarios de todo lo ocurrido en los días que habían pasado en el país de los hielos.

Algo de inquietud comenzó a molestarles cuando se prolongaba la ausencia de sus hermanos, y encendiendo un velón pequeño se aventuraron a entrar por la galería subterránea cuya puertecilla apenas estaba disimulada por las colgaduras del gran sitial que ya conocemos.

– Pero si esto es como un camino encerado –decía uno de ellos observando el pavimento liso y llano al andar–. Por senderos como éste se puede atravesar toda una cordillera. En verdad que estas gentes nos llevan muchas ventajas a los hombres de la llanura.

– Y hay aquí pequeños estrados cubiertos de pieles como para descanso –decía otro, observando a la luz del velón aquel extraño y oscuro pasaje–. Sigamos hasta el final y veamos qué descubrimos.

A poco llegaron a la pared de roca que terminaba aquel pasaje, y cuya puerta quedaba inadvertida en las asperezas y negruras de la montaña. Pero creyeron percibir rumores de voces y pasos en esa dirección, lo cual les confirmó que por ese lado debía estar la salida y que seguramente daba a alguna habitación de la fortaleza. Regresaron al pabellón, y no hacía mucho, cuando llegaron alegres y bulliciosos los Kobdas excursionistas.

– Vuestros semblantes indican que habéis pasado muy bien las horas de paseo.

– ¡Oh, Pangrave Muref! –dijo Abel apagando la antorcha–, es una bendición de Dios nuestra alianza con esa mujer.

Y refirió con todos los detalles cuanto había ocurrido y cuanto habían visto desde que salieron.

– ¡Todo eso es magnífico, hijo mío! Pero ahora os vamos a contar nosotros, pobres viejos, otra canción. ¿Sabéis, señor representante del Thidalá de la Gran Alianza que estamos cautivos en el pabellón de Northia?

– ¿Cómo cautivos?

– Nos han clausurado por fuera, puerta y ventanas con fuertes cerrojos que entre nosotros tres no hemos podido forzar.

Y refirieron cuanto les había pasado.

– ¡Eso es una infame traición! –gritó Kaíno, que se alegró de tener en que desahogar el mal humor que se apoderó de él, desde que vio a Walkiria que se hacía cubrir con el blanco velo de las Reinas Kobdas.

– ¡Traición!, ¿y de quién? –preguntó Abel, que al igual que todos sus hermanos, había quedado absorto por tal inesperado acontecimiento.

–De los Jefes del Serrú –fue la unánime contestación de todos.

– ¿Y de esa mujer no teméis? –interrogó el Notario Mayor.

– ¡No, no y mil veces no!... –contestaron todos a una voz.

–Entonces hay que avisarle lo que ocurre, porque el Jefe que vino anunció que nuestra escolta de guerreros va a ser trasladada a otro campamento más cómodo, pero me sospecho que no será por la comodidad sino para dejarnos indefensos y que los pondrán prisioneros también en lugar seguro.

–Esto agrava la situación –dijo Abel–, pero me parece indiscreto ir a estas horas a molestar a la Matriarca que apenas se habrá entrado a su lecho. Si os parece lo haremos mañana a primera hora.

Durante esta conversación, Kaíno y uno de los Kobdas más jóvenes habían registrado todos los rincones del pabellón y probado la fuerza de los nuevos cerrojos que habían sido puestos por fuera.

Kaíno se encaramó por una columna para tocar con un punzón de hierro la techumbre y calcular por el sonido su resistencia.

– ¡Roca, roca, arriba y abajo! –exclamó–. Estos endiablados hombres del hielo hacen sus casas para cien generaciones.

– ¡Estamos prisioneros y sólo de la Matriarca nos puede venir la salvación! –exclamó el joven Kobda, al volver con Kaíno a informar de sus observaciones.

–Pues de ella nos vendrá, no lo dudéis –dijo Abel con firmeza. Apenas lo habían dicho cuando sintieron en el Recibidor de Apolón los tres silbos suaves de la pequeña vozquia de oro que usaba la Matriarca para llamar.

– ¡Ahí la tenéis! –añadió Abel, caminando en tal dirección seguido de todos sus hermanos.

Era, en efecto, Walkiria, pero una Walkiria bien diferente de la que habían dejado hacía unos momentos. Era de nuevo el príncipe Freas, con su lujoso atavío guerrero, todo de piel negra con correajes de plata, en cuyos adornos cincelados brillaban gruesos topacios como ojos de leopardo en la penumbra del Recibidor.

– ¿Tenemos novedades? –preguntó Abel.

– ¡Y tan grandes! –respondió la Matriarca–. ¡Que obligan otra vez a salir de su sepulcro de hielo al príncipe Freas!

– ¿Qué pasa? –interrogó Muref.

– ¿No habéis advertido que estáis prisioneros en el pabellón de Northia?

–volvió a preguntar la joven, que con su indumentaria de guerrero parecía haber tomado otra voz más vibrante, como su estatura figuraba más alta y todo su continente más fuerte y más robusto. Aquel casacón de piel negra que le llegaba hasta la rodilla, aquellas brillantes botas de cuero de búfalo, tachonadas y reforzadas de cobre, su alto gorro de piel negra con dos aletas de delfín, su corcelote y hombreras de plata que ensanchaban su busto, dábanle el aspecto de un fornido y bello guerrero con un cuarto más de estatura de la sutil y delicada Matriarca Kobda, que hacía bien poco habían dejado en el gabinete de la fortaleza.

–Sí –contestó Abel–, y la prisión fue constituida por orden del Serrú apenas nosotros habíamos salido por esa galería.

–Y yo lo supe apenas os perdí de vista por esa misma galería –dijo la joven–, pero no temáis absolutamente nada, que ahora soy yo vuestra aliada y es conmigo con quien tendrán que arreglar este asunto. ¿Oís ese roce de hierro? –Todos escucharon–.

“Pues son mis guerreros que rompen los cerrojos que os acaban de poner. Vuestra escolta estará a la puerta, reforzada con cuarenta centenas de arqueros y catapultas que han sido ya llamados por mí y que llegarán en este momento. Todo el bosque de moreras, todo el contorno de mi fortaleza, todas las salidas de Kiffauser están ocupadas por mis guerreros. ¡Vamos a ver quien puede más en Kiffauser, si la traición o la lealtad; el crimen o la justicia!

Y al decir tales palabras su voz se hizo terrible y sus ojos brillaban con extraña luz.

–Pero, ¿qué ha pasado en el alma del Serrú, para que así nos niegue de pronto su confianza y su amistad?

–Que han ganado de nuevo su confianza los infames Mingos, arrojados tiempo atrás por mi divino abuelo, y ellos han influido en algunos Jefes de Tribus y en algunos altos Jefes guerreros, y como le han asegurado que las estrellas anuncian que yo seré su rendida y enamorada esposa, los estúpidos creen segura su victoria sobre los genios del vestido azul como os llaman a vosotros. El Serrú no es vuestro enemigo sino que obra engañado vilmente por esos infames sacerdotes magos que buscan volver a ser señores de los países del Cáucaso. Para inutilizarle, en este caso, le han provocado con drogas maléficas una fiebre lenta que sin dañarle grandemente le retendrá debilitado en su lecho por algún tiempo, el que ellos juzgan necesario para adueñarse por completo de la situación.

–Y, ¿qué pensáis hacer? –interrogó de nuevo Abel.

– ¡No es qué pienso, es que ya lo he hecho! –contestó con energía la Matriarca–. Han salido ya doscientos ochenta Koraforcas levantando en armas a todos los pueblos que me obedecen y a los vecinos que han pactado la defensa de nuestra paz y nuestra libertad. Cuando salga el sol

al amanecer, por lo menos ochocientas tribus estarán ya listas para la defensa. Y cuando llegue el sol al cenit ninguno de mis súbditos, ninguno de mis vecinos aliados, ignorará la traición infame y vil con que se ha querido sorprender la supuesta debilidad de una mujer.

“¡Habiéndose divulgado la noticia de la muerte del Príncipe Freas, el doncel de bronce, que era el huracán de hierro y piedra a quien todos temían, han juzgado que Walkiria, su hermana, es una brizna de paja que el viento levantado por sus corceles de guerra tenderá en el suelo convertida en polvo!... ¡Apolón y Northia serán conmigo!..., ¡mis ilustres abuelos saldrán de sus sepulcros de hielo!..., ¡todo hombre de bien luchará a mi lado!..., ¡y yo..., lo juro, sí, por las cenizas de mis muertos, o verá brillar la justicia más que los témpanos de hielo a la luz del sol, o regaré con mi sangre los caminos helados!... –Y aquella mujer adquiriría en su voz vibraciones de clarines de guerra a medida que hablaba.

–Calmaos, Matriarca –le dijo Abel, temiendo que aquella exaltación le produjese una crisis nerviosa.

–No temáis por mí, Príncipe –le dijo sonriente–. Soy hermana del doncel de bronce y acaso más serena que él.

Kaíno empezaba de nuevo a llenarse de entusiasmo y de esperanza viendo que habían desaparecido como por encanto la túnica azulada y el velo blanco, y acercándose a la Matriarca le dijo:

–Ya sabéis que estoy a vuestra disposición como hombre de armas, si es que necesitáis mis servicios.

–Justamente, Príncipe –le dijo–, después de avisaros las novedades que hay, venía a pedir os que aceptéis el mando del primer cuerpo de arqueros que quedó sin jefe, porque era el que yo mandaba.

–Mandad, Matriarca, que soy vuestro soldado.

–Gracias, ahora me seguiréis para ocupar vuestro puesto.

–Y nosotros –dijo Abel–, ¿no podemos prestaros nuestros servicios?

–Vosotros no sois hombres de guerra –contestó la Matriarca–, pero si es de vuestro agrado, os encargaráis de las hospederías de heridos, y de enviar las provisiones a los fuertes de defensa.

“Aquí están los planos para que os orientéis de los sitios a donde habéis de acudir con alimentos a las horas de costumbre. Estudiadlo por esta noche y yo os avisaré cuando sea el momento.

“Conque, hasta luego y no padezcáis ninguna zozobra por mí. Seguidme Príncipe, puesto que queréis formar mi escolta de jefes guerreros.

–Piensa en nuestra madre, Kaíno –le dijo Abel, cuando el joven se despidió de él–, y no cometas imprudencias.

–Estad tranquilo, hermano, que ahora me es doblemente amable la vida. –Y desapareció por el túnel detrás de la Matriarca.

¡Qué fuerte irradiación de dominio y de poder tendría aquella mujer, que Kaíno se sintió como inundado de respetuosa sumisión ante ella!

Él, ¡que había atropellado sin miramiento alguno a toda mujer que hubiese llamado su atención ya fuese doncella o casada! Él, ¡que más de una vez había sostenido fieros lances de armas con algún fuerte caudillo irritado por el ultraje recibido en la esposa o en la hija!

Cuando llegaron al gabinete aquel que era sala de trabajos expedicionarios y a la vez depósito de las armas que usaran los príncipes de la casa, encuentre Kaíno con un brillante cuerpo de jefes guerreros, jóvenes casi todos ellos, de alta estatura, rubios y hermosos, que vestían igual que la Matriarca.

—Aquí os presento vuestros compañeros de armas, una centena y media de jefes que forman mi escolta y que están animados como vos, de los mejores deseos con respecto a mi pueblo y a mí. Este es el joven Príncipe de que os he hablado, hermano del representante del Rey, Jefe de la Gran Alianza.

Los presentados se inclinaron saludándose. Y separando de entre todos a los tres jefes arqueros que con Kaíno, mandarían las ochenta centenas con que contaba, añadió:

—Como estaréis vosotros cuatro más en contacto, tratad de estrechar amistades para que sea más eficiente vuestro esfuerzo conjunto, por conseguir nuestra paz y nuestra libertad.

Los cuatro juntaron sus diestras tocándose las puntas de los dedos, mientras la Matriarca poniendo su pequeña y blanca mano sobre aquellas cuatro manos unidas, pronunciaba con solemne voz estas palabras:

— ¡Por Apolón, por Northia, por Kiffauser, por mí, jurad que seréis leales compañeros en defensa de la justicia y de la libertad!

—Por Apolón, por Northia, por Kiffauser y por vos, Matriarca, juramos ser leales compañeros en defensa de la justicia y de la libertad, —repitieron a coro los cuatro jefes de arqueros.

—Gracias —dijo la Matriarca—, ahora vestidle un traje igual que los vuestros y entregadle sus armas.

Abrieron una puerta lateral y desaparecieron por ella.

Entonces la joven se acercó a los otros, entre los que se hallaba el Anciano Consejero, hermano sobreviviente de Northia.

— ¿Qué os parece el nuevo jefe del primer cuerpo de arqueros? —preguntó.

— ¡Magnífico! —contestó el Anciano— si su coraje y su lealtad corren parejas con su persona. Parece en verdad un hermoso león tropical. —Y acercándose al oído de la joven le susurró muy quedo—: Está enamorado de vos.

–Ya lo sé –le contestó ella–, y por eso tengo confianza en él. ¿Acaso no lo están también, por lo menos, la tercera parte de nuestros jefes guerreros?

– ¡Cuán perspicaz eres, hija mía!, Creí que no lo habíais notado. De todos modos, ¡cuidado!..., que si se despierta alguna rivalidad podemos tener disgusto. ¡El altivo león del Sur no tiene en la sangre el hielo de los hijos del Norte!... Debéis tener esto en cuenta.

–Descuidad, que todo eso corre de mi cuenta y el problema ha sido resuelto hace rato. Ya sabéis que la sensibilidad en el amor no es el lado débil de mi carácter.

En esto, volvieron los cuatro jefes de arqueros y tuvieron la jovial ocurrencia de bajar la parte delantera del casquete de piel, como lo hacían durante las expediciones por el hielo en forma que sólo se veían los huecos oscuros donde brillaban las pupilas.

–Ahora, adivinad Matriarca, cuál es el príncipe venido del Éufrates.

–Acercaos un poco a este velón –les dijo ella. Y los miró con gran fijeza, pero por breves segundos–. Es éste –dijo, y le tocó el pecho con la punta de su dedo.

– ¿Y si os hubierais equivocado?

–Estoy segura que no. Estos tres, tienen turquesas y topacios en los ojos. Este sólo luce dos negros diamantes en los suyos, ¿cómo queréis pues que me equivoque? Levantad los gorros.

Los cuatro jóvenes obedecieron y sonreían de ver la agudeza de la Matriarca, que se valió del color de los ojos para reconocer a Kaíno, que estaba radiante de felicidad y gallardía.

–Ahora cada cual a su puesto.

– ¿Y vos, Matriarca? –se aventuró a preguntar un jefe de lanceros, hombre ya maduro de edad y que después del Anciano Consejero, era la persona más consultada por la joven en sus trabajos de gobierno.

–Yo me reservo el derecho de estar en todas partes. Donde sea necesaria una palabra de aliento, de orden, donde haya que llenar un vacío o salvar un error imprevisto o una necesidad impensada, allí estaré yo, y creedme que esto me tiene mucho más tranquila porque duplica mi fuerza, pues me permite ir de unos a otros con entera libertad.

La Matriarca dio un silbo particular con su vozquia, era como un grito de alerta, de avance. Todos se llevaron la diestra al pecho.

– ¡Por Apolón, por Northia, por Kiffauser, y por vos, Matriarca! –exclamaron todos con gran entusiasmo.

–Por la justicia y la libertad. ¡Adelante! –exclamó ella, abriendo la puerta de la galería subterránea que les llevaría a sus campamentos. Todos se marcharon menos el Anciano Consejero que quedó al lado de la Matriarca. Ella se dejó caer entre un inmenso sitio.

– ¡Estoy fatigada, creedme! –dijo–, y sólo en vuestra presencia me permito ser débil alguna vez.

– ¡Pobre, hija mía, te comprendo!... ¡Qué enorme peso puso Apolón sobre tus hombros de mujer! –Y el venerable Anciano acercándose a la joven, le quitó el pesado casquete de piel con aletas de delfín cinceladas en plata, para que su hermosa cabeza descansara en el mullido respaldo de su sitial.

–Y decidme, ¿sabéis lo que los hombres del Serrú piensan hacer con los Kobdas? –preguntó la joven.

–Piensan utilizarlos como rehenes para obligaros a ceder a todas sus imposiciones.

– ¿Y si yo no cediera?

–Los sacan de allí para hacerlos desaparecer en la forma acostumbrada.

– ¿Entre los ventisqueros del hielo?

– ¡O vendidos como esclavos a los piratas del Volga!... –La Matriarca se sonrió.

– ¡Qué poco conocen –dijo–, a la hermana del doncel de bronce! Los prisioneros de Northia como burlonamente les han llamado, ya están en libertad.

– ¿Cómo?... ¡Pero si era orden del Serrú, estaba su nombre en la tablilla encerada!

–Y, ¿no sabéis que en Kiffauser no hay más órdenes que las mías? ¿No es el Serrú mismo quien me ha consagrado Matriarca, Sacerdotisa y Reina de este país, con independencia de toda otra autoridad como no sea el Gran Tribunal, formado por todos los soberanos de las Naciones Unidas de dos continentes?

–Es así, hija mía, pero esto es la ruptura definitiva –observó el anciano.

–Provocada por ellos y no por mí. Recordad que los deberes de la hospitalidad son muy rigurosos en la ley de Apolón, y reducir a prisión a un gran príncipe que llega a nuestra casa como amigo y aliado, es una infame traición que sobrepasa todos los crímenes que nuestra ley castiga con la más grande severidad.

“Recordad que el Príncipe Abel y sus compañeros son huéspedes míos, alojados en un pabellón de mi propia casa y por lo tanto su traición es una doble traición: a ellos, representantes del Thidalá de la Gran Alianza, y a mí, que soy la soberana de Kiffauser. ¿Estoy o no estoy en lo justo?

–Estás, hija mía, en lo justo, pero en atención a tu tío el Serrú, yo creía conveniente que llegases a un acuerdo con él... –dijo el Anciano que deseaba encontrar un medio conciliatorio.

–Pero, ¿qué acuerdo queréis, cuando el Serrú se ha dejado dominar

por los guerreros del Báltico y por los Caudillos Escitas del Volga, que buscan romper con la Gran Alianza para formar una nueva con leyes muy diferentes de aquella?

–Ellos pretenden que te unas en matrimonio con el Serrú...

– ¡Eso no sucederá jamás! –dijo con gran firmeza la joven–. Prefiero condenarme yo misma a eterno destierro en un país extranjero, donde nadie conozca ni mi nombre, ni mi origen, antes que ser un muñeco manejado por los Mingos, esos malvados magos que han llenado de muertos nuestra familia y nuestra tierra. Casada yo con él, me anulo yo misma, y los Mingos anulan al Serrú. ¿No lo comprendéis?

– ¡Pero lo salvaríamos a él, por lo menos! –observó con tristeza el Anciano.

– ¿Le vamos a salvar atando mis manos? ¡Oh, tío Skafion!..., que vuestro amor al hijo de Northia no os ponga así una venda en los ojos. Al Serrú le salvaremos conservando mi libertad.

–Creí que estabas agraviada con él, pero me place ver que aún le amas.

–Y le compadezco, viendo que se cumplen los graves temores que temía mi gran abuelo, respecto al carácter demasiado confiado y demasiado complaciente del Príncipe Erick. Creímos que su estancia en el Éufrates y su alianza con los Kobdas le habían fortalecido y curado, pero veo que ha enfermado nuevamente de los mismos males.

–Y ¿por qué decís que los prisioneros de Northia ya están en libertad?

–Porque mandé romper los cerrojos que habían puesto en su pabellón. Venid y veréis. –Y la joven, que ya había olvidado su cansancio, abrió una especie de armario que dejaba ver los primeros peldaños de una escalerilla que subía a la techumbre, y que daba al interior de una pequeña torre de observación y donde encontraron un centinela.

–Mirad –le dijo, señalándole el bosque de moreras, en cuyas anchas avenidas brillaban a la luz de la luna menguante las lanzas, las corazas, las armaduras de otro bosque de guerreros acaso más espeso que el bosque de las moreras.

– ¡Apolón nos guarde! –exclamó el viejo aterrado–. Y ¿con qué haremos frente, hija mía, a esa colmena de lanzas y de flechas?

– ¿Qué decís?... ¡Estáis soñando, tío, estáis soñando! –dijo la joven sacudiéndole el brazo–. ¿Pero no habéis comprendido que son mis guerreros que guardan la fortaleza y el pabellón de Northia, y que he tendido una red de defensa hasta el mar por occidente y hasta el monte Kasbek por el Norte y hasta el Rihon por oriente?

– ¡Sois el genio de la velocidad, hija mía!... Sois el huracán, sois el vértigo. ¿Y en qué momento lo habéis hecho?

–Apenas me anunciasteis al terminar la ceremonia del velo blanco, lo que nuestros centinelas habían observado en las afueras del pabellón, tomé todas las medidas del caso. ¿O queríais que esperase a que las gentes del Serrú me ganasen la delantera, cercándonos de lanzas y de flechas, y arrebatándome los Kobdas y su escolta?

“No, tío ino!... yo no dejo para un minuto más tarde lo que puedo hacer en el momento presente. Estoy convencida de que la oportunidad en todas las cosas, centuplica las fuerzas y eficacia de todas nuestras acciones.

–Quiere decir que declaras la guerra al Serrú –observó el viejo Consejero.

–No, sino que me preparo a hacer respetar mis derechos y mi dignidad de soberana a la cual han injuriado, tomando prisioneros huéspedes de su casa sin tenerla en cuenta, ni consultarla para nada.

– ¿Y en qué pensáis que terminará este drama?

–Mi deseo es que termine haciéndoles comprender que se han equivocado pretendiendo mandar en casa ajena; y que si el Serrú me quiere como amiga y aliada, aquí está mi mano, pero si busca querrela, mis guerreros le contestarán.

– ¡Oh, dolor!... –exclamó el anciano juntando sus manos en suplicante actitud–. ¡Una nieta de Northia contra un hijo de Northia!

– ¡Sí!..., porque Northia es la diosa de la justicia en los países del hielo y ella sabe que la justicia está de mi parte. Si el Serrú tiene en verdad la sangre de Northia, volverá atrás sus pasos de la infame traición que en su nombre han cometido sus Jefes y sus Caudillos.

– ¿Me permites, hija mía, ir a verle en este mismo momento?

– ¿A quién, al Serrú?

–Sí, al Serrú.

–No os hagáis ilusiones, no os recibirán y mucho me temo que os hagan callar para siempre de una puñalada en la oscuridad. ¿No veis que yo le mandé dos mensajeros con una tablilla escrita y firmada por mí, y me fue devuelta diciendo que el Serrú descansaba y que él me avisaría cuando fuese oportuno?

–Y eso significa, según creo...

–Eso significa que quieren ganar tiempo con pequeñas dilaciones, hasta que puedan llegar sus falanges de guerreros del Báltico y del Volga que ya han sido llamados.

– ¿Cómo lo sabes? –preguntó muy alarmado el viejo Consejero.

–Porque mis centinelas han visto salir Koraforcas enviados por ellos en esas dos direcciones, y uno de esos mensajeros fue tomado por mis hombres y le retengo prisionero. A cambio de mi indulgencia con él, me ha declarado que va a pedir cincuenta centenas de guerreros de las bocas

del Volga y otro tanto de la otra orilla del Donda, porque la mayoría de los Jefes que han llegado estos días no les inspiran confianza para luchar contra mí, pues todos me deben servicios, y algunos la vida.

– ¡Apolón!... ¡Apolón!..., itened piedad de nosotros!... –exclamó el viejo apretándose la cabeza–. ¿Y los otros?

–Mis Koraforcas tienen el encargo de alcanzarles y traerles cautivos, para impedir que levanten las Islas Casitéridas y la Escandinavia cuando no hay causa para una guerra –contestó la joven–.

“Bajemos al gabinete –añadió, tomando la delantera–, que no deben tardar en llegar los hombres del mar, que les he mandado llamar para tomar órdenes.

En efecto, estaban diez fornidos hombrazos, rudamente vestidos de toscas pieles de oso. Eran los que mandaban los veleros y las grandes barcas ancladas en las dos bahías que el lector recordará. Se inclinaron profundamente ante la Matriarca, que les dijo:

–Estad atentos si veis llegar barcos del Golfo de Azov o del Danan, y no permitáis desembarcar ni una hormiga sin darme aviso.

“Y aprovisionad bien los barcos de carga, porque puede ser que tenga necesidad de que crucéis a la otra orilla del mar al príncipe extranjero y sus compañeros, que son mis huéspedes en este instante. Ya sabéis que la abnegación y la lealtad la recompensa muy bien vuestra Matriarca”.

Los hombres de mar besaron la mano de su soberana y con grandes protestas de fidelidad se marcharon.

–Por esta noche he terminado, tío, idos a descansar.

– ¡Apolón, tened piedad de nosotros!... –murmuró el Anciano–, y tú, hija mía, descansa también porque será en tu pecho donde tendrán que chocar todas las furias que se desatan contra este pueblo. –La joven le besó la frente rugosa y coronada de cabellos blancos, mientras le abría la puerta que conducía a su alcoba.

Y cuando todo era silencio en la inmensa fortaleza de piedra, Walkiria entró en su cámara particular donde una estatua de Apolón tallada en alabastro con pedestal de plata, ocupaba el frente de la habitación. Y a la derecha del gran dios de los hombres del hielo, se veía una estatua pequeña de Northia con su cestilla de espigas.

La joven se despojó de su traje guerrero y vistió de nuevo la túnica azulada que ciñó a su cintura con el oscuro cordón de los Kobdas. Se cubrió de nuevo con el velo blanco y arrodillándose ante el sencillo altar cubierto de flores, se entregó a una silenciosa oración. Un sollozo comprimido salió de su pecho, y gruesas lágrimas rodaron de sus ojos sin que ella se ocupara de secarlas.

– ¡Apolón!..., divino Apolón, dios de la paz y del amor... Northia, madre y diosa de la justicia y de la piedad..., sólo vosotros sois dueños de

ver el llanto de Walkiria ofendida, injuriada y pisoteada por los hombres de su propia raza, de su propia lengua, de su propia religión... Sin padre, sin hermanos, sin el gran abuelo..., ahora sin el tío, el nuevo Serrú... ¿Qué será de mí?... ¿Qué será de mí? ¡Borrasca por fuera y borrasca en el fondo de mi corazón!... ¡Sólo vosotros me podéis salvar de mí misma, que de los infames y de los traidores ya sé defenderme yo!

“¡Oh, el hermoso prisionero tuyo, madre Northia!..., ¡el que tiene luz de sol en sus ojos y canto de ángeles en su voz!... ¡Perdón!..., ¡dejadme amarle hasta que le haya salvado, que después pondré cerrojos a mi corazón y esos no se romperán sino con la muerte!...

“¡Northia!..., ¡madre Northia, soy feliz de no morir sin haber visto sobre la tierra un ser humano que merece ser amado tal como yo puedo amar!”

Y levantándose ya serena, besó la boca helada de la estatua de Northia mientras decía con voz apenas perceptible, como si temiera escucharse a sí misma:

– ¡Para el dulce príncipe cautivo!...

Y la joven apagó el último cirio que iluminaba aquel escondido amor, y sin llamar a sus criadas se extendió en su lecho cuando la luna meneguante había llegado al cenit.

163

LA VISIÓN DE LAS CUMBRES

A la mañana siguiente el Kobda despertador abrió como de costumbre el gran ventanal que daba al mar, para que la rosada claridad de la aurora anunciando la salida del sol, penetrase al pabellón donde pronto resonaron las notas sonoras del himno Al Amanecer.

–Estamos sitiados de lanzas, de horcones y de carcajs –dijeron sonriendo, mientras trataban de contar sin conseguirlo, el número enorme de guerreros que cubrían todos los contornos. Ellos esperaban que las gentes del Serrú no tardarían en presentarse para llevarse la escolta de los Kobdas, según habían anunciado, pero llegó el mediodía sin que nadie les molestase. A esa hora llegaron por la gran avenida central del bosque de moreras que comunicaba el pabellón con la fortaleza, un grupo de criados de la Matriarca conduciendo en ligeras mesas rodantes, las viandas para ese día, y podía creerse que a propósito se quería hacer notar la espléndida atención que la soberana prestaba a sus huéspedes. Luego se observó un convoy de largas plataformas rodantes con nutrido cargamento de queso, pan, manteca y pescado seco, que un centenar de reposteros iban repartiendo entre las filas de arqueros que recibían su ración sin moverse de su sitio.

Luego pasaba y repasaba otra plataforma rodante con cántaros de jugo de morera, del cual cada guerrero con su jarro de campaña retiraba lo que quería beber.

Cada grupo de cien guerreros tenía una especie de Capitán, que era su jefe inmediato.

Los Kobdas buscaban con la vista a Kaíno, pero no le veían por ninguna parte, si bien es cierto que ningún jefe había asomado hasta esa hora. Apenas había pasado el mediodía cuando la vozquia de oro de la Matriarca, sonó con el largo silbido de atención y todos los guerreros que reían y jugaban, tomaron sus armas y corrieron a ocupar sus respectivas posiciones.

Después de un tercer silbido de vozquia, se abrió la enorme puerta de la fortaleza y apareció la Matriarca montada en un soberbio caballo blanco y vistiendo el mismo traje de guerrero con que la vieron la noche anterior. Llevaba en la diestra su lanza de plata, cuyo extremo inferior apoyaba con indolencia en el estribo en que descansaba su pie.

La escoltaban los cuatro jefes de arqueros, y ocho jefes más de las distintas armas que componían su ejército.

Un inmenso clamor resonó por el bosque y los contornos, apenas fue notada su presencia; ella sonreía y saludaba mientras recorría lentamente las largas filas de guerreros, como si quisiera que ninguno quedara sin verla. Por fin cuando creyó haber llegado al sitio central de aquel improvisado campamento, dio un ligero salto y se puso de pie sobre la montura de piel, bordada de plata y cuyos largos faldones de seda azul cubrían gran parte del hermoso animal sobre el cual se hallaba. Por el ventanal que daba al mar, los Kobdas veían aquella hermosa silueta negra recortada sobre el azul del mar y la nieve de las montañas, e inundada por el resplandor del sol de mediodía.

Y la vieron que colocaba una bocina de plata sobre sus labios, para que su voz fuera oída a larga distancia:

– ¡Amigos míos, valientes guerreros del Ponto que sabéis lo que cuesta la libertad de Kiffauser! El deber nos llama de nuevo al sacrificio y a la abnegación para que sean respetados nuestros derechos y para que brille la justicia en el cielo sereno de nuestro país.

“¿Sabéis por qué sois de nuevo llamados a las armas? –preguntó la Matriarca.

– ¡Porque estamos amenazados de una invasión extranjera! –contestaron en formidable coro, millares de voces.

– ¿Sabéis de dónde nos viene esa invasión extranjera? –volvió a preguntar.

– ¡De los traidores Caudillos del Volga y del Donda!... –contestaron otra vez las millares de voces.

– ¿Y sabéis con detalles los motivos y fines de esa invasión?

– ¡Lo sabemos, Matriarca, y estamos con vos hasta la muerte! –Este último clamor llevaba tal irradiación de lealtad y de amor, que la Matriarca guardó unos momentos de silencio porque su emoción era profunda.

–Veo –añadió–, que vuestros jefes guerreros han cumplido mi encargo de ponerlos al corriente de todos los sucesos, para que ninguno pueda quejarse de ignorar los motivos que le llevan a la lucha.

“Me habéis acompañado en los días aciagos y terribles en que vosotros y yo, quedamos huérfanos de nuestro gran padre y señor, el divino Serrú y Aitor, sacerdote y rey de la Confederación de países del Norte, abuelo mío, Lugal Marada. Y me acompañasteis creyendo hacerlo al doncel de bronce: vuestro amado príncipe Freas, cuya muerte os oculté durante muchas lunas, temerosa de que huyerais desalentados al saberlo. ¡Dudaba que tuvierais confianza en una joven de veinte años, que jamás había manejado otra cosa que la rueca y el huso, y anulé la personalidad de Walkiria para que en ella siguiera luchando delante de vosotros el doncel de bronce a quien adorabais! ¡Mas Northia quiso que fuera descubierta la sustitución, acaso para probaros que una mujer de su raza sabe también ser soldado cuando el deber se lo manda!...

Un delirante clamor cortó las palabras de la Matriarca cuyos ojos estaban húmedos de lágrimas.

– ¡Os amamos como a nuestro viejo Serrú, os amamos como al Príncipe Freas, porque con vos está la Justicia, la Paz y la Libertad!

– ¡Gracias, un millón de gracias, amigos míos!... ¡Y puesto que amáis como yo, la justicia, justicia es que sean respetados como se merecen, los ilustres huéspedes de mi casa, el gran Rey de la Alianza de dos Continentes cuyo representante se aloja en el pabellón de Northia, cuyas puertas fueron clausuradas sin mi conocimiento, acción que encierra un doble delito y un doble ultraje: al gran Soberano del Éufrates y del Nilo, con quien pactó alianza nuestro amado Serrú, con quien renovó alianza nuestro joven Serrú, mi tío! Que, además, fue curado de su gran desequilibrio mental por los hombres de vestido azul; ¡Y ultraje con mi autoridad de Reina, Sacerdotisa y Matriarca de Kiffauser, cuya libertad y soberana independencia ha defendido juntamente con todos vosotros!...

– ¡A la horca con los traidores! ¡A la horca con los que ultrajan a nuestra soberana y a nuestros aliados!... –Y este furibundo clamor fue seguido de gritos de guerra que asemejaban verdaderos aullidos de lobos y rugidos de fieras entre cavernas de nieve.

La Matriarca entregó su lanza a uno de su escolta, y siempre de pie sobre el lomo de su caballo blanco extendió ambas manos sobre la multitud exaltada y delirante.

Aquella actitud significaba paz, calma, serenidad; significaba más

todavía cuando la Matriarca echó hacia la espalda su casco de piel negra con aletas de delfín, y se destrenzó al viento su dorada cabellera, y los faldones de su casaca se desdoblaron cayéndole hasta los pies, porque entonces ya no era jefe guerrero sino la Matriarca, Sacerdotisa y Reina, hija de Apolón y de Northia.

Y al verla en tal actitud con sus manos tendidas para bendecir toda aquella multitud de guerreros, dobló sus rodillas y prosternó su frente en el polvo sumidos en un profundo y religioso silencio.

Y con la diestra levantada hacia el sol que brillaba como una lámpara de oro en el cenit, acercó de nuevo la bocina a sus labios y la multitud escuchó silenciosa y reverente su voz como el eco lejano del genio tutelar de la raza:

– ¡El amor y la justicia de Apolón y de Northia sean vuestra salvación, vuestra dicha y vuestra gloria mientras brille el sol en los países de nieve!

Y siempre de pie sobre su caballo fue conducida lenta y majestuosamente a la puerta de la fortaleza, sin que durante todo el trayecto hubieran cesado los clamores de entusiasmo, de adhesión y de fidelidad. Y cuando despedía a los cuatro jefes de arqueros, les dijo:

–A la segunda hora de la tarde traedme a mis huéspedes del Pabellón de Northia, con igual cuidado que me habéis traído a mí misma.

Los Kobdas habían presenciado la brillante arenga de la Matriarca y habían oído todas sus palabras; Pero no obstante la fuerza con que se veían protegidos, no dejaban de comprender su situación dolorosa y difícil, sobre todo, teniendo en cuenta que apenas habían empezado sus trabajos como misioneros.

–Venir para ver despedazarse ejércitos en lucha, sin poder impedir tamaños males, no es cosa que entraba en nuestro programa. ¡Haber venido como trayendo al joven Serrú a su propia ruina, es el mayor de los fracasos que podemos tener!

“¡Que el Altísimo sea con nosotros para impedir la horrible contienda armada que se avecina, y salvar al Serrú y salvarlo juntamente con todo su pueblo!

Y para no provocar luchas ni avivar el odio de sus perseguidores, se mantuvieron sin salir del pabellón hasta que los cuatro Jefes de Arqueros se presentaron para conducirlos a la fortaleza.

Kaíno desbordante de satisfacción decía a todos:

–Ahora os compenso de todos vuestros cuidados, y soy yo quien os protejo y os sirvo de conductor.

“Conque vamos que la Matriarca os da audiencia en el gran salón de la fortaleza.

–Veo que eres feliz –le dijo Abel en voz baja–, y espero que no olvides

nunca que eres hermano de un Kobda y parte de la embajada del Rey Kobda ante los países del Norte. Así podrá ser duradera y honrosa tu actuación cerca de esa grande y noble mujer, que te ha honrado con su confianza.

–Descuida, hermano, que me creo resucitado a una vida nueva.

Y salieron a la gran avenida que aparecía amurallada por una doble fila de lanceros. Por entre aquellas relucientes lanzas levantadas en alto pasó Abel, el ungido de la paz y del amor, pensando con amargura en la espantosa ceguera de los hombres que se desgarran las entrañas unos a otros, movidos por las ambiciones que encienden todos los odios, cuando tan fácil sería la dicha si acertaran a buscarla en la concordia, basada en la frase inmortal de todos los Mesías de mundos: “Haced con vuestros semejantes lo que queréis que se haga con vosotros”.

–Para vosotros soy siempre vuestra hermana Kobda –les dijo la Matriarca al recibirlos, vestida con la túnica azul y el velo blanco, a la puerta de la gran sala de audiencia.

–Y nosotros lo somos igualmente para vos, Matriarca –le contestó Abel, sentándose junto a ella.

–Príncipe, os debo muchas explicaciones, y espero que con tranquilidad me concederéis algunas horas y me acompañaréis en la refección de esta noche.

–Sois vos quien mandáis, Matriarca, que harto hacéis en beneficio nuestro para que nos neguemos a complaceros.

–Decía que os debo explicaciones –continuó la Matriarca–, porque vos que sois un Príncipe de alianzas y de paz, debéis padecer con todo lo que signifique exterminio y guerra, y casi desde que habéis llegado no veis otra cosa.

–Es verdad que por naturaleza y por educación soy hombre de paz y no de guerra –contestó el joven Kobda–, pero nosotros, los Kobdas, tenemos un lema que es como la brújula en nuestra vida: “extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”. Y en consecuencia, cuando un acontecimiento adverso como es una contienda armada nos sale al paso, fuerza es aceptarla sacando de ella lo mejor que se puede sacar en beneficio de los más azotados por el desastre.

–“En beneficio de los más azotados por el desastre” –repitió la Matriarca, como estudiando dichas palabras–. Luego, ¿es inevitable el dolor de los unos para salvar a los otros? –preguntó la joven.

–Casi siempre, porque en planos tan inferiores como esta Tierra, es muy difícil conseguir que lleguen los seres a la comprensión de la justicia y del deber, y de ahí todo el maremágnum de dolores y de tragedias que azotan a la especie humana.

–Vuestras palabras caen sobre mi espíritu como una lluvia suave y

refrescante sobre un viñedo abrasado por un incendio –dijo con un dejo de amargura la Matriarca, como si penosos recuerdos la torturasen.

–Bien lo comprendo, Matriarca, porque el destino en que vuestra Ley os ha colocado, os obligará muchas veces a ser severa en vuestras resoluciones.

– ¡Si supierais que tengo mis manos manchadas de sangre!... Yo, ¡una mujer con sólo veinte años de vida! ¡Oh, Príncipe!..., ¡es cruel la vida conmigo! ¡Y a veces me aturde la tentación de huir de la vida!...

–Pues si os dejarais vencer causaríais tantos males y tantos dolores que se centuplicarían los dolores que en cumplimiento de vuestro deber os habréis visto obligada a causar.

– ¡Entonces es forzoso vivir!... –exclamó la joven–, ¡y vivir esgrimiendo la vara de la justicia para salvar a los débiles de la injusticia de los fuertes, para salvar a los pequeños de la prepotencia de los poderosos!...

– ¡Justamente!... Creo que tal es vuestra misión en la tierra, y aunque os parezca extraño en mi lenguaje ya que me habéis llamado Príncipe de Paz, os digo que esa misma Ley vuestra, os exigirá más de una vez convertiros en azote de los unos en amparo y fortaleza de los otros. Pero eso, es cosa que exige meditación y discernimiento, el calificar de buenos o malos determinados actos de la vida humana terrestre, donde a veces creemos invertido el orden por causa de la incomprensión de los seres y de los egoísmos que le dominan.

“¡Oh, Matriarca! –continuó Abel, viéndola que meditaba sus palabras–. En este planeta de escasa evolución hay una gran mayoría de niños traviesos y de mal carácter, a los cuales no entra en juicio el suave y tierno razonamiento materno, y es necesaria la férrea disciplina de un corrector para evitar que esos niños lleguen a imponer su torcida voluntad como ley a los mayores.

–Vos adivináis –dijo la Matriarca–, que estoy dolorida de los castigos que he debido imponer a los malvados de esta tierra.

–Sí, lo adivino y por eso os hablo en esta forma.

– ¡Oh, gracias! No sabéis cuanto bien me hacéis sembrando flores de paz en la ruda dureza de la vida mía. ¡Y era buscando mi sosiego interior que quise huir a lejanos países, cuando en vuestra presencia me vi obligada a revelar mi horrible secreto!...

– ¿Y por qué decís horrible secreto? Sois ya una Matriarca Kobda y debéis dar a cada cosa su verdadero nombre y su justo valor. Horrible sería si el hecho hubiera sido inspirado por el egoísmo, por la ambición, por vuestro propio interés.

“Pero sustituir a vuestro hermano en las fatigas, en los sacrificios, en el duro deber de salvar un pueblo del turbión de anarquía y desorden en

que había sido arrojado, no es horrible secreto, Matriarca, sino grande y sagrado secreto.

“Y para convencerlos de ello, pensad en lo que habría ocurrido si hubieseis obrado de diferente manera.

–Y, ¿cuál pensáis vos, Príncipe, que debe ser la justa continuación de mi vida?

–La misma que estáis viviendo, ¡absolutamente la misma!

– ¿Sin una variación, sin un descanso, sin un paréntesis, sin un oasis?...

“¡Oh, Príncipe Abel!..., no he vivido más que veinte años y creedme que ya me parecen siglos. Yo no he tenido juventud, pues he saltado de la infancia a la madurez de la vida. Ayudé a mi padre como Notaria de todos los sucesos que exigían su intervención en este país encomendado a su gobierno. Muerto él, continué prestando iguales servicios a mi hermano mayor Icleas, que era el Jefe de gobierno, mientras Freas era el Gran Capitán de guerra. Muertos también ellos, todo el peso que entre ambos sostenían cayó sobre mis hombros, sin que yo misma haya podido comprender cómo y por qué lo soporto sin que me aplaste.

–Porque es vuestra ley y marcháis por vuestro camino, protegida por ella.

“Pronto, según creo, seréis poseedora de toda la sabiduría Kobda, porque si habéis querido vestir la túnica azul y el velo blanco, es porque queréis penetrar en nuestro Santuario interior y para esto tendremos que traer a vuestro lado dos o tres mujeres Kobdas que os expliquen toda nuestra Ley, y todos los grandiosos conocimientos que sobre el origen de los mundos, de los seres y de la vida hemos obtenido los Kobdas desde hace mil doscientos años, que se fundó nuestra Escuela en las cavernas del Revenzora, más allá de las tierras que riega el Nilo.

“Hemos visto vidas inmensamente más amargadas y dolorosas que la vuestra, con desgarramientos íntimos y con heridas que se creía incurables; y de la infinita fecundidad de la Energía Divina han surgido todos los bálsamos curativos que aquellas vidas necesitaban para continuar hasta el fin, con mérito y con honra, su jornada en la tierra.

–Y del problema que ahora me plantea el Serrú, mi tío, ¿se puede saber cual es vuestro modo de pensar?

–Dicen que él propone el matrimonio con vos, Matriarca, y a la vez con las hijas de los Caudillos de sus vastos dominios. En cuanto a lo primero estaría en Ley si vos lo aceptáis libremente, por inclinación de vuestro corazón y por conveniencia de vuestro pueblo. Pero el segundo punto está, según nosotros, fuera de ley pues no existe ningún motivo fisiológico, ni moral, ni social que justifique el que un hombre tenga muchas esposas, y menos que una mujer tenga varios maridos,

como existen países que lo acostumbran y que están fuera de la Gran Alianza.

–Parece que aquí se aduce la necesidad de atar con lazos de familia a los grandes Caudillos con el Serrú, para evitar que ocurran nuevas luchas internas.

–Lo mismo ocurrirá si hay desmedidas ambiciones en los gobernantes. ¿No vemos casos de renegar los hermanos de los hermanos, los hijos de los padres, las esposas de sus esposos si una fuerte ambición les impulsa a declararse enemigos, para conseguir compensación material que no obtendría con la unión y la concordia? No hay que forjarse ilusiones de paz y felicidad duraderas, ni para los individuos ni para las colectividades, si para conseguirlas se abandona el justo camino que la Ley marca en cada época de su evolución, a los seres y a las sociedades humanas.

– ¿Y por qué está en contra de la Ley Eterna, el que un gran Caudillo tenga muchas esposas, como ha sido aceptado por todos los países antes de la Gran Alianza? –preguntó la Matriarca, buscando justificar la resistencia que en su interior sentía a que el Serrú se apartase de aquella entidad.

–La poligamia es una flor del vicio y del fango, creada y tolerada por la ignorancia y la incomprensión de los hombres, que sin estudiar a fondo la propia naturaleza humana, hacen del placer que harta sus bajos deseos, el único culto, el único ideal de su vida.

“Llegado al reino humano, la Naturaleza le constituye en tal forma que de la unión de un hombre y una mujer surge la familia con todas las bellezas del amor de los esposos entre sí, de los padres a los hijos, de los hijos a los padres y de los hermanos entre sí.

“Pero cuando el hombre, dominado por lo más bajo que hay en su naturaleza animal, se excedió en las complacencias que en justicia puede dar a sus necesidades fisiológicas, entonces nació la poligamia, no para curar males irremediables según se ha creído, sino para tener un medio legal de hartar los bestiales instintos de los seres caídos ya en una espantosa degradación. Y como natural consecuencia de la poligamia, la mujer, destinada por la Ley Eterna a ser la madre augusta de la humanidad, quedó constituida en un objeto de placer, buscado ansiosamente como un medio de satisfacción de los instintos bestiales del hombre ya degradado.

“De esas esposas múltiples, humilladas y doloridas por las rivalidades y los odios, viviendo del encono y de la envidia, necesariamente debían nacer seres bajos, egoístas, iracundos y sensuales porque no fueron engendrados en el amor sino en la lujuria y en la lascivia, en el despecho y la ira, y hasta en el gozo infernal de venganzas satisfechas hasta el crimen.

“Por eso la Gran Alianza, con su ley hermosa que consagra como divina la unión de un solo hombre y una sola mujer, busca de elevar nuevamente el nivel moral de esta humanidad que para su mal ha descendido en muchos casos a más bajo nivel que las bestias de la selva.

– ¡Entonces estoy en lo justo cuando os defiendo a vos, Príncipe, que representáis en estos momentos al Thidalá de la Gran Alianza y a su sagrada Ley! –dijo la Matriarca, satisfecha de encontrar que los más íntimos sentimientos suyos, respondían a la justicia de la Eterna Ley.

–Desde luego, y obraremos de acuerdo a la Ley Divina, si conseguimos que el Serrú permanezca unido a la Alianza del Thidalá que es hoy quien encarna la evolución humana más elevada a que ha llegado el hombre en este planeta.

“No es en un año ni en diez que se consigue el mejoramiento moral de un pueblo, de una raza, de un continente o de una humanidad. Es la obra de muchos siglos y de muchos seres conscientes, lúcidos y abnegados que pactaron en lo infinito la evolución humana terrestre. ¡Es la obra de la abeja laboriosa, que si una sola nada significa, unidas en armónico concierto de abnegaciones ignoradas, de esfuerzos constantes y sabiamente encaminados, producen el hermoso panal de miel que todos codiciamos!

–Decidme, ioh, príncipe lleno de sabiduría!... ¿Qué debe hacer un soberano que quiere propender a la elevación moral de su pueblo? –preguntó la Matriarca, adquiriendo su voz y su hermoso semblante esa animación de la que ve surgir un abundante manantial para saciar la sed de cuantos padecen hambre y sed en torno a él.

–El Altísimo es el que da la luz de la Divina Sabiduría a los hombres, y sea Él quien hable por mi boca en este instante. Un soberano que quiere de verdad la evolución de sus pueblos, obra como ha obrado desde el comienzo de su reinado nuestro Kobda-Rey, aun antes de llegar a ser Jefe de la Gran Alianza; o sea, esforzándose en anular en sí mismo primero, las groseras manifestaciones de la naturaleza inferior cuanto es posible al hombre revestido de carne. Adquirido ya este completo dominio de sí mismo, las facultades superiores del ser adquieren un desarrollo y una potencia tan dominadora y sugestiva, que su sola palabra, su sola irradiación, su sola presencia es capaz de transmitir a los seres, primero la comprensión de lo que es el bien y la justicia, de lo que es la verdadera belleza de la vida, de lo que es el amor verdadero entre los seres; Y después, despierta en las almas un anhelo, un deseo de ese bien, de esa belleza y de ese amor que han llegado a comprender.

“Esto se refiere a lo que puede hacer por la evolución humana un individuo como particular, o como parte de una Escuela dedicada al cultivo

de las facultades superiores y al bien de la humanidad. Que si esto va unido a las obras que puede realizar un soberano de pueblos, para que sus esfuerzos se traduzcan con mayor rapidez en obras prácticas, el éxito será grandioso como bien comprenderéis.

“Por eso la obra civilizadora de los Kobdas ha llegado a su apogeo, cuando uno de entre ellos cargó sobre sus hombros la pesada carga de levantar un peldaño más a la humanidad terrestre en su lenta ascensión a las cumbres de la purificación y de la luz.

“Por ejemplo, vos, Matriarca, colocada como un cirio encendido en los países del hielo, podréis ser otro Bohindra que llame a la vida del amor y del ideal a esta porción de humanidad, que acaso sigue obrando como las turbas inconscientes porque no hay una mano firme y decidida que le diga: “éste es el camino”.

“Que esa mano, sea vuestra mano, y cuando estéis decidida a ser maestra y rectora de vuestro pueblo, comenzad por la juventud dando leyes, ordenanzas y decretos que faciliten las uniones matrimoniales en los primeros años de la juventud, o sea, antes de que hayan hecho carne en la naturaleza el vicio y la degradación a que se precipitan los seres arrastrados lastimosamente al abismo por el exceso en la satisfacción de los más bajos instintos animales del ser, a lo cual han dado en calificar de necesidades fisiológicas. El matrimonio tal como lo propicia la Gran Alianza, es el perfecto resumen, la más acabada síntesis de ese gran poema del amor humano que cantan dos almas unidas, el esposo y la esposa, para traer nuevos seres al concierto de la vida en todos los mundos. En la pura Inteligencia Suprema no tuvieron jamás cabida para los hombres ni aún para las bestias, esos espantosos delirios de sensualidad y de lascivia, que la humanidad degradada por toda suerte de excesos, llama equivocadamente amor. Y es mirando bajo este prisma, las aberraciones humanas, que digo: ivergüenza, es decir, que los hombres descienden a veces a más bajo nivel que las bestias!

“¡Matriarca!..., quizá no debía haberos hablado con tal crudeza, lastimando acaso la pureza de vuestros sentimientos de doncella que sólo cuenta veinte años, pero me habéis preguntado por donde un soberano debe empezar la elevación moral de su pueblo, y yo os he dado lo poco que puede dar mi pequeñez, debido a la alta escuela de Verdad, de Belleza y de Amor en que para dicha mía, he sido educado.

El entusiasmo de su discurso le había impedido a Abel fijarse que los Kobdas y los jefes guerreros se habían diseminado por los jardines, y que la joven Matriarca silenciosa y conmovida, lloraba.

– ¿Por qué lloráis? ¿Os hacen daño los cuadros sombríos que os acabo de pintar?

– Me hacen daño por la viva realidad que encierran y me hace daño

el ver qué penosa y difícil senda es la que yo debo andar. ¿Me ayudaréis vos, Príncipe de la Sabiduría y de la Paz?

– ¡Sí, Matriarca!..., os ayudaré en ésta y en otras vidas, hasta que seáis lo suficientemente fuerte para subir de un gran vuelo a la cumbre, llevando en seguimiento vuestro una numerosa legión de seres arrancados por vos de la ciénaga en que se precipitan buscando la dicha, y donde sólo encuentran la decrepitud prematura para su cuerpo y una delirante ofuscación para su alma sin luz.

–Pero, decidme, ¡oh, príncipe! ¿Hay una ley que me obligue a ser yo la sacrificada para conducir a los demás?... ¿Hay una ley que anule mi felicidad, que destruya mi dicha para ponerme en condiciones de labrar la dicha de los demás?

– ¡Sí, Matriarca!... La grande y eterna Ley de Justicia perfecta, exige expiaciones y otorga compensaciones, pero no arbitrariamente ni en base de privilegio alguno, que por eso es Justicia Perfecta. Ella obra sobre la base inmovible del libre albedrío de cada inteligencia encarnada, que tiene amplia libertad de obrar el bien o el mal, pero no puede jamás huir de las consecuencias que sus obras buenas o malas le traerán, si no en la vida presente en otras del futuro. Y en vuestro caso, puede ser vuestro sacrificio por los demás, compensación y expiación a la vez. ¿Sabemos acaso si todos los seres que ahora salváis del dolor, de la deshonra, de la ruina espiritual, serán seres que en épocas más o menos lejanas fueron llevados por causa vuestra a esos abismos de dolor y de miseria de que ahora los arrancáis?

“Porque en el eterno camino de las almas, todos tergiversamos las leyes eternas que rigen e impulsan la evolución de los seres, sin medir las terribles consecuencias que de ello han de seguirse necesariamente para nosotros mismos, y para todos aquellos a quienes haya alcanzado nuestro delictuoso obrar.

“El que abre la puerta de una ciudad a una manada de lobos hambrientos, ¿puede acaso calcular las víctimas que causará? ¿Qué expiaciones terribles no encontrará en su camino eterno el ser que no satisfecho con obrar el mal, empuja y arrastra a otros por su mismo equivocado camino?

“¡Benedicid al Altísimo, Matriarca, cuando os abre ya el alcázar iluminado de belleza, de justicia y de verdad, porque es señal de que ya dominasteis las tempestades y las tinieblas huyeron de vuestro lado, dejándoos claro el camino para que echéis a andar valientemente por él. ¡La lucidez de vuestra conciencia en esta hora, ya no os permite retroceder en el camino emprendido, porque sois como el viajero que ha llegado a la mitad de la subida a la cumbre, donde percibe ya la rosada claridad de esa aurora eterna de dicha y de paz que pasó siglos soñando!

La joven Matriarca había echado su cabeza atrás y apoyada en el

mullido respaldo de su sitial, parecía ir siguiendo con su mirada serena esos místicos caminos, ora bordados de las rosas bermejas del sacrificio, ora engalanados con los laureles de la victoria o ennegrecidos con los abrojos y zarzales de la humillación.

– ¿Y en cuánto tiempo, decidme, Príncipe Abel, tardaré en escalar la otra mitad de ese camino a la cumbre?

– ¡He ahí el secreto reservado a la Divina Sabiduría!... ¿Quién puede medir la perseverancia de vuestros pasos, la energía de vuestros vuelos y la velocidad de vuestra carrera?

“Y para que ni los vértigos de la cumbre, ni los espejismos de las distancias os causen turbación ni desaliento, me permito deciros, Matriarca, estas solas palabras: A la altura a que habéis subido, el variar de rumbo o torcer el camino significaría para vos una cadena de siglos tan terriblemente pesada, que tardaríais edades en arrastrarla. ¡La Ley Eterna es inexorable con el que tuvo en su mano la luz y en su mano la dejó extinguirse!...

– ¡Luz de Numú, el genio de los Kobdas! ¡Luz de Apolón, numen benéfico de los países del hielo!... ¡Luz de Northia sembradora de espigas doradas!... ¡Que ellas marquen mi ruta hasta el fin porque hay algo que me dice, dentro de mí misma, que jamás desandaré lo andado!

– Bendecid esta hora, Matriarca –le dijo Abel–, porque en ella habéis vislumbrado la visión de la cumbre y habéis sentido el imperioso llamado que os impulsa a conquistarla...

Unos momentos después, salieron ambos a los jardines poblados de pajarillos cautivos en doradas redes de cobre, y embellecidos con la más variada colección de flores exóticas, para seguir con los Kobdas y personajes de gobierno hacia la Sala de los Perfumes donde debían celebrar la comida. Al pasar recogió Abel dos rosas rojas de Irania, que húmedas de rocío parecían destilar gotas de sangre y dando una a Walkiria, le dijo a media voz:

– ¡Felices seríamos vos y yo si cada pétalo de estas flores nos recordara en el futuro un vencimiento heroico por la Visión de la Cumbre!

Ella la tomó en silencio y casi deteniendo su andar fue contando uno a uno los rojos pétalos de la flor...

– ¡Son muchos! –dijo, mirando a Abel con una profunda mirada que interrogaba...

– ¡En verdad son muchos!..., pero creedme, Matriarca, que cuando por ellos hayamos llegado a la visión amada, lamentaremos que no hayan sido más.

La música armoniosa de laúdes y ocarinas, desvaneció como un suspiro esa voz de las almas, que en la infinita inmensidad de Dios se encontraban para alumbrarse mutuamente con resplandores de sol.

Y en un momento en que la Matriarca se vio rodeada por sus jefes amigos, Kaíno, que no había perdido un detalle del breve paseo de la joven con Abel por los jardines, se acercó a él y le dijo al oído

–Hermano: ¿has conquistado la plaza para ti o para mí?

–Créeme que es una plaza inabordable –le contestó Abel, sonriendo ingenuamente–, pero si hubiera de conquistarla en el sentido que dices, puedes estar seguro de que yo no soy un rival.

–Bien, gracias, hermano. Probaré de conquistarla yo, ¿estás de acuerdo?

–Pruébalo y si tienes éxito, mejor para ti.

Un ataviado doncel, especie de maestresala que llamamos los latinos, comenzó su tarea de colocar a cada comensal en su sitio, y los dos hermanos debieron seguirle para sentarse a ambos lados de la joven Matriarca.

164

SANGRE Y NIEVE

Cuando se terminaba ya la comida anunciaron a la Matriarca que mensajeros del Serrú pedían hablarla. Ella meditó un momento y ordenó que les hicieran pasar.

En la fisonomía de la madre se pintó una gran alarma. El anciano Consejero y demás Jefes guerreros interrogaron con expresivas miradas a la joven, que parecía no recelar absolutamente nada.

Los mensajeros eran seis, pero sólo uno habló después de una profunda inclinación.

–El Gran Serrú, vuestro tío, solicita que le enviéis los embajadores del Thidalá de las Naciones Unidas, porque necesita conferenciar con ellos.

–Informadme primero de la salud del Serrú, ya que hasta hoy no he conseguido entrevistarme con él a causa de su gran fatiga –dijo la Matriarca.

–A este particular nada podemos decir porque nada se nos ha dicho.

–Pues bien, decid al Serrú, mi tío, que él personalmente me entregó la persona de los embajadores del Thidalá del Éufrates y del Nilo, y sólo a él personalmente se los debo entregar.

– ¡Matriarca!..., mirad que vuestra negativa puede traer consecuencias terribles... –añadió tímidamente el enviado del Serrú.

–No os preocupéis por eso, ¡que mucho más terribles las he afrontado y vos bien lo sabéis, en la ausencia de él, sin mi abuelo el Gran Serrú, sin mi padre, sin mis hermanos! ¡Id y decidle tal como lo oís!

El mensajero salió.

Abel que, como todos, observaba a la Matriarca que continuó serena mientras pedía a los niños músicos una melodía de su predilección, le dijo:

–Matriarca..., ¿tendrá que aparecer de nuevo Freas, el doncel de bronce?

–Aparecerá si es necesario –le contestó ella sonriendo.

– ¡Matriarca! –dijo a su vez Kaíno–, si es necesario tomar las armas, quedaos por favor en vuestra fortaleza, que los valientes jefes que tenéis y yo, somos bastantes para imponer el orden en vuestro pueblo.

–Gracias, príncipe, dejad llegar los acontecimientos que yo estoy muy informada de los caminos por donde vienen.

La comida terminó; la madre y hermanitas se retiraron a sus habitaciones después de besar la frente de la joven Matriarca. Cuando ellas ya no podían oírla, Walkiria habló así:

–Ilustres embajadores del Thidalá de las Naciones Unidas, huéspedes venerados de Kiffauser la hospitalaria, nobles jefes guerreros, Ancianos de mi Consejo, esperaba la ausencia de mi madre y hermanas para revelaros lo que he sabido antes de empezar la comida. No habiendo podido tomar como rehenes a los Kobdas aquí presentes, nuestros enemigos toman en tal calidad al mismo Serrú, para obligarme a entregar mis huéspedes por la vida del Serrú.

El terror se pintó en los rostros de los Ancianos y de los guerreros, Kaíno apretó contra la mesa de piedra sus puños cerrados.

– ¡Pero no es posible!..., ¡la vida del Serrú puesta a precio!..., ¡qué horror, qué infamia!..., ¡qué traición!

Tal era el comentario cálido y alterado que circuló por la vasta sala.

–Mi Anciano tío aquí presente, es el único que lo sabía y aprueba en todas sus partes mi programa de acción para estos momentos. Vos, Príncipe, tomad vuestras armas –dijo a Kaíno–, y vosotros las vuestras –dijo a los demás Jefes de guerra–, que esos traidores no tardarán en presentarse con el Serrú maniatado como un cordero para degollar.

“Y vosotros, nobles huéspedes de Kiffauser, suaves lirios azules del Éufrates, permaneced en esta misma sala donde fuisteis vistos por los mensajeros.

Y saludando salió por una puerta interior, al mismo tiempo que Abel le decía:

– ¡El primer pétalo de la rosa bermeja, Matriarca!

Ella volvió la cabeza para sonreírle y desapareció. El anciano hermano de Northia, les dijo:

–Orad vosotros a vuestro Dios que nosotros llamaremos en nuestro auxilio a Apolón, para que Walkiria salve al Serrú y se salve a sí misma.

Y se apartaron a la habitación inmediata, él y los demás consejeros.

Solos ya los Kobdas, cambiaron pocas palabras en voz baja y sentándose en derredor de la puerta que daba al jardín, guardaron profundo silencio exterior para dar lugar a fuertes actividades mentales. A poco rato un criado se acercó a Abel con una tablilla escrita que decía: “Dejaos guiar por él a una de las torrecillas de observación. Sólo caben tres”.

Abel con los dos notarios, siguieron al criado que les condujo a una de las innumerables cavidades o nichos que había en el interior de la muralla que rodeaba a la fortaleza. Estas cavidades tenían agujeros al exterior de diferentes tamaños, todos ellos protegidos por fuertes redes de cobre que se descorrían a voluntad y con gran rapidez. Desde aquellos huecos podía subirse a la torrecilla que lo coronaba como un alto casquete de roca.

Abel salvó los pocos escalones de la escalerilla y subió a lo alto. Otro hueco u ojiva enrejado de cobre como los de abajo, le permitía ver sin ser visto.

De pronto sintió unos golpecitos suaves de martillo en la torrecilla vecina y él contestó en la misma forma dando con su anillo de la Alianza en la muralla de roca.

–Es la Matriarca –pensó él.

–Es el Príncipe Abel –pensó ella.

A poco de estar allí se vio llegar, con gran escolta de arqueros y lanceros, una camilla cubierta de piel negra en que se veía a la luz de una antorcha que un hombre estaba tendido en ella.

Y se oyó una voz potente aumentada con una bocina de plata, que decía:

– ¡Matriarca de Kiffauser! Aquí tenéis a vuestro tío, el Serrú, cuya vida está en vuestras manos. Entregadnos los embajadores del Éufrates, y el Serrú será puesto en libertad.

Hubo un momento de silencio y de espera. De pronto se oyó un tremendo silbido seguido de un grito de agonía. El hombre de la bocina cayó en tierra con el pecho atravesado por una flecha. Diez, quince, veinte silbidos salieron siguiendo al primero y la escolta de la camilla, arremolinada y aterrada por lo inesperado del ataque y los gritos de los moribundos, y el tumulto de otros arqueros que parecían brotar de entre las montañas nevadas, formó tal laberinto que nadie allí se entendía. Imprecaciones y gritos en las tinieblas, pues la antorcha fue apagada, sólo la débil claridad de las estrellas alumbraba aquella tragedia entre la nieve. Los guerreros de la Matriarca vestidos de pieles de oso blanco de la cabeza a los pies, habían podido disimularse admirablemente entre las rocas de hielo y habían cargado con gran furia sobre la escolta que conducía al Serrú.

Después, un silencio sepulcral como si no hubiese quedado ni un solo

hombre con vida. Y cuando Abel y sus dos compañeros encontraban demasiado largo aquel angustioso esperar, se les presentó el mismo criado que les había conducido antes, que les hacía señas de seguirle y les enseñaba la misma tablilla escrita de la vez anterior.

Le siguieron hasta el gabinete aquel que era sala de armas y encontraron al joven Serrú tendido en el estrado, la Matriarca arrodillada a su lado curándole una horrible herida que tenía sobre el hombro izquierdo. Parecía un cadáver a no ser por la sangre que salía de su hombro abierto por una cuchillada.

–Han querido cortarle la carótida de una puñalada, o quizás abrirle la garganta, pero han errado el golpe y el Serrú está salvo –les dijo la Matriarca al verlos entrar. Ella aparecía toda cubierta con un largo capote blanco de piel que sólo le dejaba al descubierto los ojos, la nariz y la boca. Tenía grandes manchas de sangre en la capucha y en la espalda.

– ¡Le habéis traído vos!... –exclamó Abel viendo la sangre que manchaba la capota.

–Sí, le traje yo.

– ¿Pero no estabais en la torrecilla al lado de la nuestra?

–Estaba, hasta que disparé la primera flecha que hirió al hombre de la bocina; era ésa mi señal y todos corrimos para arrancar al Serrú de sus asesinos. Mientras mis guerreros hacían huir a los otros, yo cargué con el Serrú y gracias a Apolón aquí le tenemos. ¡Vosotros que le curasteis una vez de enfermedades mentales, curadle una segunda de las heridas de su cuerpo! –suplicó la joven siempre en igual actitud.

Los Kobdas no sabían qué admirar más; si la fortaleza y heroísmo de aquella mujer o la belleza de estatua yacente del Príncipe Erick, semejante a un bello mármol que sangraba.

–Dejadle a nuestro cuidado, Matriarca –díjole Abel, tomándola una mano para levantarla. Pero ella, puso aquella mano de Abel sobre el pecho de su tío diciéndole en alta voz:

– ¡Por Apolón y por Northia, Serrú! ¡Por Numú, dios de los Kobdas, despertaos de esa muerte aparente que nos enloquece a todos!

–Llamad a Muref y demás Kobdas que deben estar en el comedor –dijo Abel a uno de sus compañeros–. Y vos Matriarca, reposad que ya es demasiada la tarea llevada a cabo. –Ella se sentó silenciosa en el estrado a los pies del herido y comenzó a sacar de los amplios bolsos de su capote, paños y vendas de todos tamaños y varias redomas de ámbar y plata que contenían jarabes, sales, bálsamos.

Los Kobdas llegaron, y Muref con otro de ellos que era hábil cirujano emprendieron la curación del Príncipe dormido.

Comprendieron que la acción del narcótico que le habían suministrado le duraría poco tiempo, y que en ese tiempo debían curar la herida

y conducirlo a la alcoba que ocuparía definitivamente en completa quietud, para poder ellos formar la bóveda psíquica que le devolviera energía y salud.

–Le llevaré a la alcoba que fue de mi hermano Freas y que está vecina de la mía –dijo la joven, levantándose para guiarles cuando cuatro Kobdas levantaban ya la camilla.

No habían aun terminado de instalar debidamente al enfermo, cuando uno de los Consejeros entró en busca de Walkiria que al levantar sus ojos a mirarlo lo encontró sobremanera alarmado.

– ¡Ya sé lo que vais a decirme; voy al momento!... Príncipe Abel, os dejo dueño de mi tío, de esta alcoba y de todo cuanto necesitéis en esta casa.

Y calándose hasta los ojos su capucha de piel blanca se dirigió a la puerta.

– ¡Matriarca, cuidado!... ¿Adónde vais? –le preguntó el joven Maestro.

– ¡No temáis por mí!... –contestole ella–. ¡Es otro pétalo de nuestras rosas bermejas!... ¡Hasta luego!

Y salió como una flecha seguida del Consejero que aunque mucho se apresuraba no conseguía alcanzarla.

–Queríais decirme que nuevos destacamentos de arqueros han sitiado la fortaleza –dijo al Consejero, cuando llegaron a la muralla y mientras abrían la entrada a la torrecilla de observación.

–Es que han traído catapultas y horconeros, y parece que se disponen al asalto –le contestó el Anciano.

–Pues a las torres los arqueros y que limpien el campo antes de que alcancen los enemigos a disparar ni una sola piedra.

–Todas las torres de la muralla están ya ocupadas por nuestros guerreros.

– ¡Bien, bien! Entonces no hay nada que temer. Creí que habían sido sorprendidos al ver vuestro rostro desencajado.

– ¡Oh, Matriarca!..., es que tenemos dos muertos y varios heridos.

– ¡Muertos y heridos!... –exclamó la joven subiendo a la torrecilla–. ¿Y quiénes son y dónde están?

–Asesinaron a nuestros dos centinelas de la torre alta para evitar que dieran aviso, por eso han podido llegar a corta distancia de la muralla sin ser sentidos.

– ¡Y ambos tienen esposa e hijos!... ¡Northia! ¡Madre Northia! ¡Ya es estrecho tu regazo para tantos huérfanos!...

– ¡Que nos sean entregados los príncipes extranjeros!... –gritó con fuerza una voz estentórea que la bocina traía de larga distancia.

–Son huéspedes de la Matriarca de Kiffauser y la desgracia cae sobre

los pueblos que violan la hospitalidad que manda la ley de Apolón –contestó un heraldo desde la torre más alta de la fortaleza.

– ¡Queremos nuestros esclavos y nuestras mujeres! ¡Queremos nuestra libertad de obrar como nos dé la gana y no que la Alianza de las Naciones venga a imponernos sus leyes! ¡El fuerte debe ser el fuerte y el débil que sea sometido a los grandes y a los fuertes! Esos magos de vestido azul lo hacen todo al revés y no queremos vernos gobernados por ellos.

Y seguían por tal estilo los clamores, vibrando como truenos en el helado viento que pasaba por las blancas crestas de la montaña.

–La Matriarca de Kiffauser os llama de nuevo a la paz, al trabajo y al orden –se oyó la voz serena de Walkiria–. Os he dado pruebas de que soy capaz de sofocar las más duras rebeliones y también de daros la dicha y la abundancia. No me pidáis injusticias que jamás haré. No me obliguéis a regar con vuestra sangre el manto de nieve que nos envuelve.

“Tened piedad de vuestras esposas y de vuestros hijos, y no me obliguéis a que las flechas de mis arqueros aumenten el número de viudas, de huérfanos y de inválidos.

“Nuestro Serrú será curado de la espantosa herida con que una mano asesina abrió su hombro izquierdo. ¿Es posible que hayáis querido matar al hijo de Northia recién llegado al país para traeros la libertad, la concordia, la vida de orden, de paz y grandeza de los pueblos felices que han seguido la ley de los hombres de vestido azul?

“¿Es posible que queráis causar daño a esos hombres que proclaman la igualdad de derechos de los hombres, que protegen a los débiles, que amparan a los que sufren y son padres de todos los desheredados de la vida?

La bocina que vibraba estentórea en la oscuridad contestó:

– ¡Esas son bonitas palabras, pero los hechos!... –No le dejaron terminar la frase porque un tumulto de hombres le cayeron encima, como lobos sobre una presa, y todos juntos rodaron por la ladera de la montaña.

Y la voz de Kaíno llegó por la bocina hasta la torrecilla de la Matriarca para decirle:

– ¡Matriarca!... No es la voz de vuestros pueblos la que habéis escuchado antes, sino la de un Jefe guerrero del Donda que ambiciona eliminar al Serrú para colocarse en su lugar. Está al servicio de los Mingos y trata de sublevar al pueblo. Le tenemos prisionero. ¿Queréis su muerte o su vida?

– ¡Su vida! –contestó Walkiria–. Gracias, Príncipe. ¿Quiénes están con vos?

–Los compañeros que me habéis dado, Matriarca, uno de los cuales está gravemente herido.

– ¡Voy enseguida!..., ¡voy!

– ¡No, Matriarca, ya le llevaremos!

Esta última frase no fue ya escuchada por Walkiria que de un salto bajó de la torrecilla dando en su vozquía los toques de auxilio para que al punto salieran los enfermeros con la camilla.

– ¡Pronto! ¡A la colina Karul! –gritó al pasar como una exhalación por la sala de auxilio.

– ¡Por Northia y por Apolón!..., ¡qué mujer!... –exclamaba el Consejero que la acompañó en la torrecilla y que se dispuso volver a la alcoba en que curaban al Serrú.

– ¡Qué mujer!... ¡Es un rayo de luz!... ¡Es el ala del huracán!.. ¡Es la flecha de oro de Justicia disparada por mano invisible desde los reinos del misterio y del enigma!...

Mientras tanto la joven se deslizó desde lo alto de la muralla por la escalerilla que le tendió uno de los centinelas, pues no quiso esperar a que fueran abiertas las puertas.

–Decid que las abran cuando regresemos con el herido –dijo, bajando rápidamente la escalera de cuerda. Los enfermeros y varios arqueros de la guardia la seguían a corta distancia temerosos de una emboscada en la sombra; pues a intervalos sobresalían de entre los picos helados, grupos de moreras y de abetos. Su capuchón de piel blanca que la cubría toda, la asemejaba a un bloque de hielo en movimiento y contrastaba con las pieles oscuras de los enfermeros y guardias que la seguían.

–Nos han dejado el campo libre –dijo por fin la Matriarca, viendo el silencio que la rodeaba.

– ¡No tanto! ¡Y ésta es la presa que buscaba! –dijo una ronca voz, al mismo tiempo que un hombrecillo pequeño pero ágil como un gato montés, saltó sobre la joven cuya voz había reconocido.

Pero apenas le había puesto las manos en los hombros cuando el hombrecillo dio un grito horrible y cayó hacia un lado del camino.

–Creo que le he herido en el vientre –dijo la joven, extendiendo su daga hacia el guardia que caminaba a su lado y que se apresuró a limpiarla, hundiéndola en la nieve que cubría la tierra.

–Pero yo le he atravesado el cuello con mi puñal –dijo otro de los guardias–, y creo que morirá enseguida.

– ¡Infeliz!... –murmuró Walkiria–, ¿qué furia habrá cegado a ese hombre que tan mal me quería?

–Son asesinos de profesión, Matriarca, no le tengáis compasión –dijo uno de los guardias, adivinando que a la vuelta les iba mandar recogerlo y curarlo.

A poco rato llegaron a donde se encontraba el Jefe herido, tendido sobre ramas de morera y acompañado de dos arqueros, uno de los cuales ignorando que venía la Matriarca dijo a los enfermeros:

– ¡Cuánto hace que os esperamos! ¡No sé si vive todavía!...

– Northia le hará vivir porque yo lo quiero –dijo la joven–. ¿Y el príncipe extranjero? –preguntó aludiendo a Kaíno.

– ¡Matriarca!... –murmuró el guardia azorado–. ¡Habéis venido!..., ¡si toda la montaña está llena de asesinos emboscados para caer sobre vos!

– Ya lo sé; ¿dónde están los jefes?

– Trabajan en limpiar la montaña; ya tenemos más de cien prisioneros. Por eso el príncipe extranjero os dijo que no vinierais, Matriarca, pues que al oír todos ese: “Voy, voy enseguida”, que dijisteis, podían esperar vuestro paso a orillas del camino.

– ¡Y me esperaron!..., ¡pero ya veis, estoy viva y sana!

Durante este diálogo, el enfermo fue puesto en la camilla, y Walkiria tomándole una mano le dijo al oído:

– ¿Me reconocéis?... ¡Yo quiero que viváis!... –Y sintió que aquella mano tibia apretaba débilmente la suya, pero en silencio–. Encendería mi antorcha para veros pero temo que disparen una flecha viendo nuestra luz. ¡Vamos y a prisa para evitar que pierda más sangre!

Y emprendieron el regreso a la fortaleza; a la opaca claridad de las estrellas se veían de tanto en tanto grandes manchas negras sobre la blancura de la nieve. Eran manchas de sangre que las sombras de la noche ennegrecían.

– ¡Caminamos entre sangre y nieve! –exclamó con dolor la Matriarca–.

“¡Madre Northia!..., ¡qué ciegos y locos son los hombres cuando se arrojan al dolor y a la muerte, despreciando tu cestilla de espigas que les brindas con amor maternal!

Por las declaraciones de los prisioneros, pudieron los Jefes de la Matriarca establecer con acierto los móviles de la revuelta y cual era su origen: la ambición y el egoísmo de unos pocos en contra del bienestar de los más.

El Gran Sacerdote de los Mingos del Cáucaso había abandonado su forzado retiro en las cavernas más abruptas y solitarias de la gran cordillera para obedecer, según él, los mandatos de Vitgner su terrible dios, el pájaro fuego, que no admitía rivales ni otras leyes que las suyas en sus vastos dominios helados. Y el gran sacerdote había encontrado terreno propicio a su siembra en uno de los antiguos caudillos de las orillas del Río Donda o Don, el cual por estar tan lejos de Kiffauser no

conocía a Walkiria ni su capacidad como jefe de un pueblo, y juzgó cosa fácil sorprender a aquella joven inexperta y hacerla entrar por la ruta que Vitgner designaba a su gran Sacerdote. Tenía éste un hermano joven y de gran belleza que estaba destinado a sucederle en sus altas funciones pontificales, razón por la cual había sido educado en todas las diabólicas artes y prácticas apropiadas a tal fin. El Caudillo del Donda tenía, a su vez, una hermosísima hija de diecisiete años que era sacerdotisa en el templo de Electrion, el dios de la tempestad. La magna combinación del Gran Sacerdote y del Caudillo dondanés estaba en casar al joven hermano del uno con Walkiria, y a la bella sacerdotisa con el Serrú. Y para esto era menester quitar de en medio a los embajadores del Thidalá de la Gran Alianza que eran, según ellos, la fuerza que sostenía a la Matriarca y al Serrú.

El Caudillo había caído prisionero como lo anunció Kaíno, que con los otros jefes compañeros continuaban buscando de entre los laberintos de la montaña al Gran Sacerdote que era el verdadero causante de la sublevación.

Mientras tanto, los prisioneros fueron bajados a los calabozos de la fortaleza a la espera de examinarlos uno por uno, para ver su grado de culpabilidad en los últimos desórdenes ocurridos.

Walkiria, su madre y las esposas de los jefes guerreros de Kiffauser, se multiplicaban para atender a los heridos, auxiliados por los Kobdas que les hacían notar las ventajas de sus métodos de curación.

Y velando el sueño del Serrú atacado de una fiebre lenta y tenaz, o junto a los lechos de los arqueros heridos, es que la joven Matriarca llegó a comprender el alma grande y tierna de Abel, con la cual no había, según ella, nada que pudiera comparársela.

El joven Kobda había referido a Walkiria la extraña historia de sus padres, empezando por la salida de Nohepastro del continente Atlante. ¡Qué de veces los claros ojos de la Matriarca se inundaron de lágrimas al sentir derramarse del alma de Abel como copioso llanto, todo el dolor de Sophía y de Milcha, toda la desesperación de Joheván y de Aldis..., toda la angustiada melancolía de Adamú y Evana, adolescentes y solitarios, la una en una oscura caverna habitada por renos y el otro en un establo ruinoso de una derruida mansión abandonada!

—Y cuando el Amor Eterno envolvió en las notas de su himno nupcial a los dos niños ermitaños que se amaron como avecillas gemelas de un mismo nido, aparecí yo en el escenario de la vida física, y aparecí, Matriarca, ya con el designio de deshojar en mi camino muchas rosas bermejás...

Así hablaba Abel, sentado enfrente de la joven Matriarca a la siguiente noche de los acontecimientos ya conocidos, mientras dos guardafuegos

sordomudos, añadían troncos y perfumes a la hoguera de la magnífica alcoba del Serrú cuyo sueño velaban.

–No os debe pues extrañar, Matriarca, que yo ame tanto a los pequeños y a los humildes si por Divina Ley nací en la mayor pobreza y abandono, sin que mi madre tuviera otra servidumbre que la reno Madina cuyas habilidades de buena doméstica tanto os han entusiasmado.

–Y esa misma Ley os ha subido de pronto –dijo la Matriarca–, a lo más honroso y encumbrado de la grandeza y del poder.

–Eso es sólo de momento, porque represento en esta hora de mi vida al Thidalá de las Naciones Unidas, pero pasado esto vuelvo a ser y con mucha satisfacción, el hijo de Adamú y Evana, ayer pastores de renos y hoy regentes de los Pabellones de los Reyes, donde se educa la juventud en los países del Éufrates.

– ¡Qué caminos más diferentes, el vuestro y el mío! –exclamó la joven.

–Y no obstante van a reunirse en un mismo punto, y nuestras vidas se encontrarán muchas veces y nuestras rosas bermejas florecerán juntas y juntas se deshojarán cada vez que la conciencia de nuestro deber nos permita arrancar un pétalo y echarlo a volar al viento...

– ¿Por qué lo decís así, Príncipe Abel? Yo eso no lo comprendo.

–Yo soy muy anciano como espíritu o sea algo más anciano que vos, y por extraña coincidencia los mismos años de vida física que os llevo de delantera, los llevo en la eternidad como espíritu, pero poniendo cinco milenios en cada año de mayoría, o sea, que los cinco años que os llevo de vuestra vida física equivalen a veinticinco mil años de ancianidad espiritual sobre la vuestra.

– ¡Pero esto es estupendo!

–Así es, no somos de ayer, ya lo veis, Matriarca. Luego somos algo vecinos de origen planetario pues ambos somos del Sistema de Sirio aunque de distinta casa como si dijéramos: yo casi del corazón del sistema; vos llegando casi a la cabeza de esa grandiosa constelación...

– ¡Pero vosotros sois dueños del Universo que habéis leído en las estrellas como yo las tablas de piedra que mando grabar!

–Como podéis ser dueña vos, Matriarca, y todos los que sienten necesidad de penetrar en lo infinito del Eterno Amor, de la Eterna Energía, de la Eterna Bondad. El Eterno Hacedor a nadie esconde su Archivo de las Edades que está vivo y patente a la vista de todos. Pero, ¡son tan pocos en esta tierra los que quieren de verdad leerlo!

– ¿Y por qué son tan pocos, si en leerlo presumo que está todo el máximo de sabiduría a que puede llegar la inteligencia?

–Son tan pocos, Matriarca, porque pocos son los que se disponen de verdad a ir arrancando uno a uno los pétalos de las rosas bermejas de

que vos y yo hemos hecho un símbolo de todos los renunciamentos, vencimientos y sacrificios que debe hacer el alma encarnada, para merecer hojear y comprender el eterno Archivo de las Edades que guarda en sí misma la Energía Creadora.

“El que más ha vencido los bajos instintos del ser; el que más ha dominado su orgullo y su sensualidad; el que más se ha despojado de egoísmo y de interés, más se ha elevado en la ruta eterna de la evolución; y a medida que se asciende por ese largo camino, la luz de la cumbre va tornándose más y más viva, más y más radiante, de tal forma que resulta fácil cosa la lectura de los grandiosos secretos del Supremo Hacedor.

– ¿Y si yo quisiera subir en una carrera frenética, veloz como un rayo, como una flecha, como una exhalación, podría hacerlo? –preguntó la Matriarca, cuya característica era la decisión momentánea para todas las cosas que aceptaba y resolvía.

–Y es así como vais subiendo, Matriarca, ¡y podéis creerme!, ¡los que con vos comenzaron, hoy han quedado atrás en muchas edades! Vos sois el viajero que tiene prisa de llegar al término de vuestro viaje, o sea al descanso, a la plenitud del Conocimiento y a la plenitud del Amor. Los otros son viajeros perezosos, que hacen continuas paradas y en cada parada forman nuevos compromisos y alzan nuevas cargas que siglo a siglo van haciendo más pesada su marcha, corriendo a veces el riesgo de que la caravana llega a su término, o sea al final de un ciclo de marcha en conjunto, y entonces llega el gran vendaval a limpiar el camino y los viajeros retrasados se ven arrastrados por él a otra esfera de evolución inferior.

– ¿Y entonces queda todo perdido?

–No, pero deben comenzar el viaje desde otro punto, por otros caminos, con diferentes elementos, en tierras desconocidas a las cuales fueron relegados en condiciones de desterrados que cumplen una condena.

– ¿Como viajan los prisioneros de guerra amarrados en largas filas a una cadena?

– ¡Justamente! El símil es bien exacto, llevándolo como comprenderéis, al campo de lo ideal, de lo intangible.

–Páreceme –observó la Matriarca–, que vos, Príncipe, vivís más de esa vida ideal e intangible que de la que perciben los sentidos físicos.

–Los hombres de toga azul vivimos así, porque queremos y debemos vivir así. Queremos estar entre los viajeros que tienen prisa por llegar a la meta sin dar más importancia de la que merecen las cosas fugaces que perciben nuestros sentidos.

“Os pongo por ejemplo, a los causantes de los actuales desórdenes en este país: son de los viajeros retardados que han hecho una parada demasiado larga..., tan larga que se les ha olvidado que estaban de viaje,

y por eso buscan los mejores sitios que les proporcionen mayores comodidades. Si reflexionaran que puede llegar el vendaval y sepultarles en la arena, quizá correrían; pero el oasis es tentador, y mientras hay verdor y frescura gozan de ella. Y los siglos y las edades pasan para los viajeros activos y diligentes como para los perezosos y retardados.

“Los hombres de toga azul queremos estar entre los primeros y miramos discretamente las cosas pequeñas, usando de ellas como simples medios para conquistar a las grandes. ¿No os parece que esto es lo justo?

– ¡Oh, seguramente! –contestó la joven–. Mas, decidme, ¿qué lugar daís vosotros en vuestro inmenso camino a recorrer, al hogar, a la familia, a los afectos más íntimos y puros que son naturales en el hombre?

–Les damos el lugar que ellos merecen. El Kobda no es extraño al amor, ni al hogar, ni a la familia, puesto que es un miembro de una familia y puede crear la suya particular si tal es su ley. Las manifestaciones de la Naturaleza *son vibraciones* de la Eterna Energía Creadora y por tanto no sólo no entorpecen el viaje a lo Infinito, sino que cooperan a realizarlo con más facilidad. El mal no está en el uso de los elementos y medios que la Naturaleza pone a disposición del ser inteligente para cumplir sus destinos, sino en el abuso, en el exceso, en el traspaso de la grande e inflexible ley de reciprocidad que nos dice con su voz sin ruido dentro de nosotros mismos: “No hagas con otros lo que no quieras que se haga contigo”.

“Por eso los Kobdas estamos en contra de las esposas múltiples, porque el verdadero amor que fluye del alma como un misterioso secreto, no puede ir al mismo tiempo y en igual intensidad a dos seres diferentes. Si se intensifica hacia el uno, se apaga hacia el otro, y esto es una prueba que el ser está constituido moral y físicamente uno para otro. ¿Comprendéis?

“Esto en cuanto *al puro amor de un hombre para una mujer y vice-versa*. Que analizado el asunto con vistas a la creación de una familia, más todavía, porque el hombre que quiera verse continuado o renovado en nuevos seres de su propia sangre, una mujer le basta para ser madre de toda la prole que la Naturaleza quiera darle. Se podrá objetar que cuando fue ley de todos los países la poligamia, hubo hombres a cuyo lado pasaron vidas tranquilas muchas esposas. Tranquilas desde el punto de vista material os digo yo, pero infelices y desesperadas en el fondo del alma. –Y Abel guardó un momento de silencio para pensar en la honda angustia de su madre cuando creyó entrever que en el alma de Adamú entraba la imagen de otra mujer–.

“La primera esposa es feliz hasta que llega la segunda –continuó el joven filósofo–, y ésta es dichosa a costa del dolor de la primera y mientras tanto llega la tercera y así sucesivamente. Y cuando hay ya una porción

en torno de un hombre, todas ellas, absolutamente todas, viven una vida completamente animal, consagradas nada más que a la satisfacción de los sentidos. Puede haber alguna rara excepción cuando alguna de las esposas sea un espíritu avanzado en la evolución y entonces viene para este ser el aislamiento, la soledad, el dolor íntimo, que trae en pos de sí, casi siempre, la pérdida de la salud física, de las energías mentales, el pesimismo, el embotamiento de las facultades espirituales y la más helada indiferencia para todo cuanto le rodea.

¡Abel hizo otro breve paréntesis meditativo y silencioso para pensar en Zurima, la dulce y mística arabeña, a la cual encontró en ese estado, como esposa secundaria de un hombre que la había hecho madre sin amarla! Un hondo suspiro se escapó de su pecho y sus ojos se humedecieron de lágrimas que no salieron al exterior.

Walkiria lo notó y conmovida le dijo: –Veo que padecéis, Príncipe, sin duda porque mis preguntas os obligan a recordar dolorosos pasajes de vuestra vida.

–Habéis acertado, Matriarca, porque aunque no he tenido esposa en esta vida, amé y he sido intensamente amado por una joven del país de Arab que era esposa secundaria de uno de los mejores y más grandes príncipes del Éufrates. Para dicha suya y mía, el Eterno Amor la recogió en su seno porque esta vida terrestre sin el amor que ella soñaba le hubiera sido más dolorosa y amarga que todas las muertes.

–Y, ¿por qué decís que también para dicha vuestra, dejó ella esta vida terrestre? ¿No podríais acaso haber sido feliz con ese amor?

–No, Matriarca, porque ahora he llegado en nuestro eterno camino a ser como el protector y guía de mi caravana, y mi grande y único deber es prestar mi atención a todos los viajeros que me han confiado sus destinos, y por tanto no puedo crearme vinculaciones que entorpecerían mi deber en esta hora.

– ¿Y si ella hubiera vivido hasta hoy?

–Antes de que ella dejase la materia –dijo Abel con voz temblorosa de emoción–, ya había hecho yo la renuncia de ese amor y le había inducido a ella a hacerlo también.

“Fueron las primeras rosas bermejas que deshojé al viento de la eternidad y soy feliz con ello porque ese amor me sigue inmortal y sereno como luz que no se apaga porque se agranda inmensamente con las infinitas compensaciones que da el deber cumplido.

“Mientras que de la otra manera, nos hubiéramos poseído uno al otro por breve tiempo, pues la muerte lo mismo nos hubiera separado, sin la gloria del sacrificio y con el remordimiento de haber descuidado mi caravana, para consagrarme por entero a uno solo de mis viajeros y a mi propia satisfacción.

“¿Comprendéis ahora, Matriarca, cómo debemos desenvolver nuestras vidas, si queremos ser viajeros conscientes de dónde empieza el camino y dónde concluye?”

– ¡Oh, sí, lo comprendo muy claro, Príncipe Abel, y creedme que voy estableciendo paralelos entre vuestro viaje y el mío, entre vuestro deber y el mío! ¡Y os bendigo desde el fondo del alma porque me habéis hecho comprender que es santo y sublime el amor que sabe callar su canto, que sabe esconderse en el fondo del corazón, que sabe llorar en la sombra y diluirse como un perfume en lo más recóndito del alma que le diera vida!... ¡Oh, bendito seáis!

– Gracias, Matriarca, pero yo os digo que estáis en otro punto del viaje que yo, y que si ese amor de que habláis está en vuestra ley, puede realizarse en el plano físico sin entorpecer vuestro camino.

La Matriarca movió en señal negativa su hermosa cabeza.

– Mi amor –dijo–, es demasiado grande para que pueda realizarse dentro de las miserias humanas. Es demasiado puro para descender al nivel de todos los amores humanos. ¡Si le dejara expandirse al exterior, quizá..., la muerte me derribaría con sus flechas para que no sirviera de obstáculo al que debe pasar sin detenerse a mirarme!

“¡Príncipe Luz!... –exclamó de pronto extendiendo hacia Abel sus dos manos unidas como en ferviente oración–.

“¡Os he amado como amo a Apolón porque no sois un hombre, sino un Dios!...

“¡Recibidme en vuestra caravana de viajeros, porque quiero como la dulce arabeña de vuestro sueño, ver alumbrado mi camino por la luz divina de vuestro amor inmortal!

Abel se levantó conmovido profundamente y tomando aquellas manos entre las suyas le dijo a media voz:

– ¡Matriarca!..., como una rosa bermeja deshojada al viento sea vuestro amor en esta hora y que el Eterno Amor las recoja como gotas de sangre de vuestro corazón sacrificado al deber.

Y entornó sus ojos para darle la fuerza de su pensamiento lleno de la luz de lo Infinito.

– ¡Es el ensueño de Dios..., es el éxtasis de Dios!... –dijo Walkiria, viéndole de pie con los ojos entornados y conservando aún sus manos entre las suyas.

Se levantó en la punta de los pies, y dejó un suavísimo beso en la frente de Abel que apenas sintió como el rozar de las alas de una mariposa...

Y separando suavemente sus manos, la Matriarca echó el velo blanco sobre su rostro y salió de la habitación...

Los guardafuegos se habían dormido sobre una piel junto a la hoguera que apenas dejaba ver reflejos ocultos por las cenizas.

Todos los cirios ardían con su amarillenta luz, y vuelto Abel al mundo exterior, los apagó dejando sólo el más pequeño, velado con una sutil pantalla y sentándose a la cabecera del lecho del herido murmuró:

– ¡Padre mío..., padre inmortal de las almas!... ¡Que tu inefable piedad se derrame como un bálsamo sobre todos los corazones heridos de amores que nunca pueden morir!...

Y cuando los guardafuegos se despertaron y de nuevo encendieron la hoguera, vio Abel a sus pies deshojadas las rosas bermejas de la Matriarca. Y sacando de su pecho la que él guardaba, la deshojó también pausadamente, en silencio.

–He ahí un viajero que recorre en breve instante todo un largo camino –exclamó en voz apenas perceptible.

Pocos momentos después el sueño cerraba sus ojos.

Y en sueño vio la vida de Juno el marino, el “Mago de las tormentas”, y encontró a la Matriarca en la vestidura carnal de un príncipe severo y audaz que le decía:

“– ¡Mago de las tormentas!... Como pétalos de rosas rojas en el otoño caen mis súbditos en las garras de los piratas. Dime en qué abismo del mar se esconden, que allí les encontrarán mis veleros. ¿Qué hacer, Juno, qué hacer?”

“–Ama a tus súbditos como te amas a ti mismo y serás el salvador de tu pueblo –le había contestado el gran marino”.

A la madrugada siguiente y apenas habían terminado los Kobdas el himno del amanecer, se presentó a la puerta de la antecámara del Serrú donde dormía Abel y dos Kobdas más, un Koraforca llevando un brioso caballo del cabestro.

–Para el Príncipe Abel –dijo–. De parte de la Matriarca. –Y entregó un pequeño tubo de plata del cual extrajo Abel un pequeño rollo de papiro. Y leyó para sí:

“Príncipe Abel: ya sabéis que quiero hacer el gran viaje en una vertiginosa carrera. Os ruego pues, entreguéis un mensaje a este Koraforca de toda mi confianza para vuestra noble hermana la Reina de Num-Maki, para que ella que goza del amor y la confianza de los Kobdas del Caspio, me consiga unas Mangraves como las que velan junto a su trono. Considerad que si ella nacida entre las túnicas azules las ha necesitado para iluminar su camino, cuanto más yo que aspiré desde la cuna el huracán de las pasiones humanas.

“Tal favor concedido por vos será la mejor prueba de que me habéis aceptado en vuestra caravana de siglos. “Walkiria de Kiffauser”.

Abel meditó unos instantes.

–Esperad un momento –dijo al Koraforca–, que vuelvo enseguida.

Y tomando consejo de Muref y el Notario Mayor, escribió a su hermana Helia este breve mensaje:

“Hermana mía: desde el país de los eternos hielos te escribo para hacerte participante de las flores hermosas que el Eterno Amor nos brinda. Estamos en los dominios de una soberana de veinte años consagrada Matriarca, Sacerdotisa y Reina de un vasto país. Ha abrazado con amor nuestra ley y nuestros grandes ideales, os abraza por intermedio mío y os pide que le consigáis del vecino Santuario del Caspio algunas Mangraves Balbinas, como la que a ti te sirve de madre. Tus hermanos Kobdas y sobre todo yo, te digo que ella merece cualquier sacrificio de parte nuestra, porque pocas inteligencias he visto tan rápidas para comprendernos y tan decididas a seguirnos. Y decid de mi parte a Fredik, o mejor dicho: Alegrinis, que si su padre aún no ha conseguido tierras para el exceso de habitantes de Soldán, que aquí ésta soberana necesita hombres jóvenes y laboriosos decididos a formar aquí familia y hogar, pues va a dotar tres centenares de doncellas a quienes las grandes sublevaciones han dejado sin padres, sin hermanos y sin futuros esposos. Respondemos nosotros de la dicha de los emigrados que vengan porque conocemos quien es la soberana que van a tener.

“Dad noticias nuestras a todos aquellos que nos aman. Abel”.

Colocó la misiva en el tubo de plata que le había remitido la Matriarca y lo entregó al Koraforca.

–Dad este tubo a la Matriarca –le dijo–, y por él verá que ha sido complacida.

Pero Walkiria vio sólo la cubierta dirigida a la joven Reina de Num-Maki y cerrando de nuevo el tubo, lo colocó ella misma entre la red de cobre que los Koraforcas llevaban alrededor del busto y bajo el chaquetón de piel. Le dio un bolsillo con piedras preciosas que vendidas en Num-Maki podían proporcionarle todo lo necesario para cumplir su misión.

–Traed –le dijo–, las personas que os serán entregadas como si me trajerais a mí misma.

–Seréis obedecida, Matriarca –contestó el Koraforca inclinándose. Y como en ese momento se acercasen tres mujeres veladas y dos niños varones, el Koraforca añadió:

–Aquí tenéis a mi esposa y mis cuatro hijos, son vuestros, Matriarca, hasta mi regreso.

Las tres mujeres levantaron el velo.

–Muy bien; seréis huéspedes de esta fortaleza hasta que le veamos volver. Marchad pues sin cuidado que yo velo por vuestra familia.

–Si me dais caballo, Matriarca, iré yo con mi padre –dijo atrevidamente el varón, que sólo tendría diez años.

–Qué gran hombre serás en el porvenir –dijo la joven acariciándolo–, por ahora estás bien junto a la hoguera, hijo mío.

Vio que la esposa y las hijas lloraban al abrazar al viajero cuya travesía era peligrosa en extremo para un hombre solo, lo cual visto por la Matriarca le dijo despidiéndolo:

–Tomad cinco arqueros a vuestro gusto de los que descansan en el campamento y no paséis las noches más que en los sitios que os han sido indicados. Si obedecéis mis órdenes, yo respondo de vuestra seguridad.

¡Aquel hombre partió para el país de Num-Maki creyéndose el último y más oscuro servidor de Kiffauser, sin pensar ni remotamente que era el instrumento de la Eterna Ley para poner en contacto dos vigorosas ramas de la raza aria que habían sido tan terriblemente diezmadas por la Reina guerrera y que estaban destinadas en los siglos futuros a crear la grandiosa civilización de todo el Norte Europeo desde el Mar Caspio hasta las costas del Atlántico!

166

EL VELERO BLANCO

Diez días después ya estaba completamente restablecido el orden en Kiffauser.

Los jefes guerreros de la Matriarca, habían regresado con más prisioneros, entre los cuales venía el hijo del Gran Sacerdote de Vitgner que fue capturado juntamente con su padre. Éste, cuando vio que todos sus poderes mágicos no producían efecto alguno en aquellos a quienes dirigía sus rayos de ira, se creyó abandonado de su terrible dios y tomó una fuerte dosis de cobre y de plata que le produjo la muerte casi instantánea.

Su hijo había sido herido por una flecha certera de Kaíno que le atravesó el muslo derecho produciéndole una gran hemorragia no obstante las vendas que le pusieron. Fue colocado en la enfermería de las prisiones.

La Matriarca acompañada de su anciano tío y de sus jefes de guerra, pasó revista a todos los cautivos y cuando llegó al hijo del gran Sacerdote, Kaíno se le acercó para decirle

–Matriarca, éste es el hombre que los jefes de la revuelta querían que aceptaseis por esposo. –Y Kaíno observó la impresión que esto causaría en el hermoso rostro de la joven.

Ella permaneció impasible mirando al herido que tenía sus ojos cerrados, y blanca su faz como el lienzo en que lo habían tendido.

–Necedades –dijo–, de personas que no saben lo que dicen ni son capaces de medir las consecuencias de sus caprichos. ¿Con qué contaban para doblegar mi voluntad?

–Con la belleza del sujeto y con la fuerza de las armas –contestó uno de los Consejeros, para evitar que contestara Kaíno, a quien algunos del Consejo miraban con cierto recelo a causa de haber ya sospechado su ardiente pasión por la Matriarca.

–Matriarca, le hemos traído hacia vos, porque el Príncipe del Éufrates no quiso que le matásemos como se merecía, temiendo que esto os causara disgusto –dijo uno de los Jefes, compañeros de Kaíno.

–El príncipe del Éufrates ha hecho bien, pues no quiero muertes inútiles. Y aunque este hombre no es súbdito mío, no por eso se ha de hacer injusticia con él.

“Entregadle a nuestros médicos y enfermeros, y cuando esté restablecido veremos lo que hemos de hacer con él.

–Según nuestra ley pertenece a quien le ha capturado –observó el Anciano tío de la Matriarca, la cual interrogó con la mirada.

–Es el príncipe del Éufrates –contestó uno de los jefes de los arqueros.

–Yo renuncio ese derecho –dijo Kaíno–, y lo renuncio en favor de la Matriarca de Kiffauser. Considero poco noble y generoso aceptar un siervo en recompensa de mi modesta cooperación en esta lucha. Me creo suficientemente recompensado con la confianza que me ha dispensado la Soberana y la cordial amistad que me habéis brindado. ¿Aceptáis la ofrenda, Matriarca?

–La acepto como un prisionero de guerra al cual se juzgará más tarde y según su culpabilidad o su inocencia, se le retendrá en la prisión o se le devolverá a su país.

De pronto el herido se puso amoratado y abierta su boca sacaba horriblemente su lengua. Diríase que una mano invisible apretaba su garganta produciéndole un ahogado ronquido.

La Matriarca palideció hasta quedar lívida, pero no se movió de su sitio. Los médicos hicieron colocarle una bolsa de hielo en la cabeza y un paño empapado en extracto de flores de naranjo a su nariz. La crisis horrible continuaba.

–Llamad a los Kobdas –dijo Walkiria a Kaíno, el cual salió como una exhalación.

Abel y tres Kobdas se presentaron a los pocos momentos.

Los cuatro se inclinaron sobre el herido y todos los presentes oyeron con asombro que uno de los Kobdas, que era vidente de gran desarrollo levantándose lleno de fuerza y energía decía en voz de mando:

–Gran Sacerdote de Vitgner, que la Eterna Energía aniquile la furia con que quieres estrangular a tu hijo.

Abel y los otros Kobdas se unieron por las manos en cadena fluídica y repitieron en alta voz iguales palabras. Los presentes, aterrados, las repitieron también junto con los Kobdas, y vieron con asombro que el joven enfermo fue recobrando poco a poco la calma.

–Nosotros estamos aquí de más –dijo uno de los médicos disponiéndose a salir.

–No os vayáis –dijo la Matriarca con voz imperiosa–. No estáis de más si queréis aprender lo que no sabéis, o sea la ciencia de conocer y dominar las fuerzas invisibles que atormentan y encadenan muchas veces a los seres.

– ¡Fuerzas invisibles! –exclamó el enojado médico–, perdonad, Matriarca, pero yo llamo a eso una congestión cerebral.

–Lo será o no lo será, pero el hecho es patente –contestó la Matriarca–, de que vuestros medios no han sido eficaces, y que es justo aprender a usar los que dan mejor y más rápidos resultados. ¿No lo creéis vosotros así?

–Sois vos quien mandáis, Matriarca, pero yo soy demasiado viejo para empezar una nueva escuela –contestó el más anciano de los médicos.

* * *

Una fuerte ventisca se desató antes del mediodía, presagiando la llegada demasiado rápida del horrible invierno del Norte, cuya sombría presencia no se esperaba sino una luna después.

Una espantosa avalancha de témpanos de hielo, obstruyó en breve tiempo parte del Golfo de Azov y el Báltico, en forma que la navegación por aquellas aguas quedó interrumpida casi por completo.

Muref y los Kobdas conocedores de aquellas regiones, comprendieron que sería locura continuar viaje hacia los países del Báltico, máxime cuando más de tres cuartas partes de los viajeros eran originarios de países templados y era exponerlos a largas enfermedades y quizás a la muerte.

Además el Serrú ya consciente de sus actos, comprendió que abarcar mucho era destruirlo todo y entregó a la princesa Alkmene, viuda del príncipe Icleas, hermano de Walkiria, el país de la costa sur del Báltico que había dependido antes de su padre Lugal Marada. Reservó para sí solamente los países costaneros del Golfo de Azov ocupados por las inmensas tribus de los Tordolanos y Tartesios cuyas tierras estaban divididas por las aguas del Danube de los países de Gorilandia, Gorkun y Kalidonia, que formaban la parte más rica y civilizada de Tracia.

Resolvieron de acuerdo con el Serrú, atravesar el Ponto Euxino rumbo al occidente llevando una delegación del Príncipe Erick, aún convaleciente, para dar seguridades de su regreso a los países que conservaba para sí:

Alkgebirque, Frixos, Dantzig y Geridano, sobre el gran río de este nombre que era la gran arteria que comunicaba estos países con el Báltico.

De los dominios de Erick podían fácilmente pasar cruzando el Danube a las tierras de Tracia donde eran esperados por los pueblos que permanecían fieles a la viuda y al hijo del Cherú asesinado, los cuales como se sabe esperaban en Monte Kasson ser restablecidos en sus antiguos dominios.

La joven Matriarca sintió que también su alma era invadida por una tempestad de hielo cuando le fue anunciada la próxima partida de los Kobdas. Comprendía demasiado bien que no debía tratar de retenerlos por más tiempo, exponiéndolos aún más a los rigores del invierno.

–Todos os marcháis, y yo quedo sola en mi fortaleza de piedra –había dicho a los Kobdas el día que le anunciaron la partida.

–No todos, Matriarca, porque yo me quedo –le había contestado Kaíno.

–Agradezco vuestro sacrificio, Príncipe. No sabéis lo que es nuestro terrible invierno.

Abel que escuchaba en silencio, dijo por fin:

–Él quiere quedarse, Matriarca, y como nadie había previsto tal decisión, no había órdenes al respecto ni a favor ni en contra.

–Más bien a favor las hay –observó Kaíno–, pues recordaréis que yo debo encontrarme con cierta persona que reside a seis días de viaje de aquí, y a la cual he mandado ya un mensajero.

–Ah, sí, es verdad –dijo Muref–, el menor de los hijos de Etchebea, cautivo entre los Roxolanos.

La Matriarca dio órdenes de preparar el mayor de sus veleros, el velero blanco, para que condujera a los Kobdas a los países del Serrú y a la Tracia.

Y una noche, víspera del viaje, mientras Abel y sus compañeros estaban reunidos en torno a la hoguera en el gran comedor de la Fortaleza, entró silbando una flecha por una puerta que daba al bosque de moreras y fue a clavarse en el respaldo del sitial ocupado por Abel, al lado mismo de la Matriarca.

La flecha llevaba una especie de cinta de tela encerada, en la cual habían grabado estas palabras:

“Por mar o por tierra, en la montaña o en el llano, encontrará la muerte el extranjero que se adueñó de la voluntad de la mujer que yo amaba. Con eso quedará vengada la muerte del Gran Sacerdote de los Míngos”.

Walkiria fue quien primero arrancó la flecha y leyó aquel grabado. Todos la interrogaban con la mirada.

–Id a la enfermería de los prisioneros –dijo–, y ved que novedad ha ocurrido.

El jefe guerrero que recibió la orden salió enseguida. Al rato volvió con el semblante alterado.

–Ha desaparecido el hijo del gran sacerdote, y los guardias y enfermeros no vieron entrar ni salir a nadie.

–Pues de él proviene este grabado –dijo la Matriarca dándolo a leer.

–Pues que los Kobdas no se muevan de aquí –dijo el Serrú.

–Pero es imposible que permanezcamos siempre aquí –observó Abel sonriendo–. En mar o en tierra, en la montaña o en el llano hemos de dejar el cuerpo físico. Tal es la ley de la vida que se cumplirá cuando sea llegada la hora. Y así no hay que temer, Serrú. Mirad si no, como vos continuáis viviendo no obstante la horrible herida que os causaron.

– ¿Qué decís vos, Matriarca? –preguntó Erick a su sobrina.

–El Príncipe Abel tiene razón –contestó ella, completamente serena–, y ya tomaremos nuestras medidas para evitar cualquier inconveniente.

Esa noche debían despedirse los Kobdas de ella, porque el barco desplegaría velas a la madrugada siguiente; pero mientras ellos se despedían de la madre y hermanas de la Matriarca, de los Consejeros y jefes de guerra, ella había formulado ya un nuevo plan en vista de la amenaza contenida en la flecha que les acababan de arrojar.

–Ahora os toca a vos, Matriarca, el recibir nuestro adiós –díjole Abel, acercándose, cuando vio que ella había terminado de hablar en voz baja con sus consejeros y jefes allí presentes.

–Todavía no, Príncipe –le contestó–, porque el adiós para mí será más adelante.

– ¡Ah!..., ¿os empeñaréis acaso en ir al puerto a vernos embarcar?

Walkiria se sonrió mientras les decía:

–Conviene que ahora os volváis por el camino subterráneo a vuestro pabellón y descanséis hasta poco antes de la salida del sol.

“Debéis ir a la ensenada pequeña que es donde aguarda ya preparado, el velero blanco de mis correrías por el mar que es el que os va a conducir a vuestro destino.

– ¿De modo que os priváis de vuestro velero por nuestro viaje?

–Y con mucha satisfacción, Príncipe. ¡Oh, ya veréis, mi hermoso caballo marino es tan dócil al timón, como mi caballo de tierra lo es a la brida!

Y tomando una antorcha de manos de un criado caminó al gabinete donde se abría la puertecilla del camino subterráneo por donde los Kobdas desaparecieron.

Luego, se despidió la Matriarca del Serrú y sus jefes de guerra, haciéndoles varias recomendaciones, lo mismo que a sus consejeros. Díjoles que en vista de que todo estaba tranquilo quería tomarse unos días de completo descanso, mientras ellos lo tomaban también. Les recomendó

gran atención a su compañero, el jefe de arqueros que fue herido y cuya mejoría era muy marcada. A Kaíno y los otros dos jefes, en unión de dos consejeros, podrían estudiar el grado de culpabilidad de los prisioneros de guerra, para que llegado el día de tribunal en el primer día de luna nueva, saber si debían continuar en los calabozos o pasar a las canteras a tallar la piedra.

Cuando todos hubieron desaparecido en dirección cada cual de sus alojamientos habituales, la Matriarca pasó a su alcoba sin llamar criada alguna; encendió los cirios que velaban las estatuas de Apolón y de Northia, y acariciando como distraída las flores que en ánforas de plata desplegaban el encanto de sus colores y de sus perfumes, meditaba y sonreía.

– ¡Padre Apolón!... ¡Madre Northia!... –exclamó por fin con voz muy honda y muy queda—. ¡Lo he sacrificado todo a la felicidad de estos pueblos que me habéis confiado! ¡Juventud, dicha y amor! Réstame sólo la íntima felicidad de llevar al más alto punto mi esfuerzo y mi sacrificio por la paz, la quietud y sosiego de otros que no son pueblos míos, ni seres de mi sangre.

“Y lo haré así, ¡oh!, sí, ¡lo haré! Es la sola dicha que me queda a mí que a los veinte años he llegado a la ancianidad del corazón.

“¡Vosotros que veis mi esfuerzo sobre mí misma, sed conmigo para que jamás caiga en el solitario camino! –Y besó la mano de Apolón que sostenía una antorcha y la de Northia con su cestilla de espigas–. ¡Manos frías de mármol!... –dijo–, únicas que me quedan para apoyarme en mi largo viaje... –Y dos lágrimas silenciosas corrieron por sus mejillas que habían tomado el color de las rosas blancas que coronaban a Northia.

Entró en su alcoba y en vez de acostarse en el lecho, dejó su velo, quitóse la túnica azul y se vistió su traje de campo con el gran capuchón de piel blanca que le cubría de la cabeza hasta más abajo de la rodilla. Púsose sus botas de piel de búfalo curtida en blanco, encendió una antorcha, apagó los cirios y se dirigió al gabinete de las armas adonde convergían todos los caminos subterráneos que ya conocemos.

Se dirigió por el camino que conducía a la ensenada pequeña donde estaban anclados todos los veleros. Cuando ya estaba casi al llegar le salió al encuentro un centinela que le tomó la antorcha para guiarla él mismo.

– ¿Adónde, Matriarca?

–Al velero blanco.

–Es que ahora son cinco los veleros blancos.

– ¿Cómo?

–Vuestro Capitán de naves tuvo aquí un ejército de hombres ayer pintando de blanco cuatro veleros. ¿No lo sabíais?

–No, pero está bien hecho y yo venía justamente para que en toda esta noche pintarais uno de blanco. ¿Ocurrieron aquí novedades hoy?

–Sí, Matriarca. He oído que arrojaron una flecha amenazando de muerte al Príncipe extranjero, al representante del Rey del Éufrates.

– ¿El Capitán duerme?

–Quizá no, ¿queréis que os anuncie?

–Sí, es urgente que le hable.

El centinela puso la antorcha en un aro de bronce incrustado en la roca y salió veloz como una flecha.

Volvió acompañado de un hombre ya de edad madura. Era como el primer jefe de la marina ligera que tenían anclada en aquella ensenada.

– ¡Oh, Matriarca!..., con esta noche helada habéis venido cuando podíais haberme llamado a la Fortaleza.

–Es que hace apenas una hora que resolví hablaros.

–Pues, ¿qué pasa?

La Matriarca sacó de su bolsillo la cinta escrita que le llevó la flecha. Y el Capitán extrajo de su casaca otra cinta igual que decía lo mismo. Comparadas, se veía que provenían de la misma mano.

–Esta es la causa de mi venida.

–Y ésta es la causa de que he hecho poner de blanco cuatro veleros que tenían franjas azules y rojas. ¡Oh, Matriarca, os aconsejo dejar para otro momento este viaje! Suponeos que matan en nuestro poder al Príncipe del Éufrates!...

– ¡No, no!..., ino le matarán! –contestó con viveza–. ¿Creéis que yo dejaré que le maten, ni que le toquen siquiera un cabello de su cabeza?

– ¡Oh!, eso ya lo sé, Matriarca, pero bien sabéis que a veces una flecha entra donde no queremos. ¡Postergad ese viaje, Matriarca!

– ¡No puede ser!... El invierno avanza este año con más rapidez que otros, y sería gran imprudencia detener más al Príncipe en nuestros hielos. Le he notado ya algo afectado a los bronquios. Es urgente llevarle. Veo que tenéis miedo –díjole, viendo que el Capitán movía la cabeza.

–Es que la gente del gran sacerdote, han jurado sobre su cadáver que no saldrán vivos los extranjeros de este país. Y como han supuesto que con las últimas nevadas no saldrán por tierra, han procurado que los lobos del mar nos enteremos de estas noticias.

– ¿Para qué?

–Para que nos neguemos a conducir los viajeros o para obligaros a reforzar las tripulaciones y que las ensenadas queden casi abandonadas de los mejores marinos.

La Matriarca meditaba.

–Sabéis que mi segundo está enfermo aún.

–No habléis más, Capitán..., ya está resuelto el problema. Vos os

quedaréis aquí para cualquier eventualidad. Yo guiaré el velero hasta Geridano.

– ¡Matriarca!..., iese no puede ser!

– Pues será, Capitán, será. ¿Acaso no he cruzado el Ponto Euxino hacia Anatolia en el velero blanco en los comienzos de la gran revuelta?... ¿No lo recordáis?

– Sí, Matriarca, cruzasteis para traer el sabio aquel que prometía curar de sus heridas a vuestro divino abuelo y que después no curó. Pero entonces todos creíamos que erais el Príncipe Freas...

– Pues creedlo ahora otra vez y está todo arreglado.

– Además ahora están los témpanos de hielo que danzan en los mares como fantasmas de muerte. Cuando cruzasteis era verano...

– No habléis más, Capitán... Ya está resuelto. –El pobre hombre dio un gran suspiro–.

“Quiero que dos veleros más salgan a distintas horas y en distintas direcciones para desorientar a los espías que andarán pirateando por las costas; el uno hacia el norte a la madrugada, el otro hacia el occidente a la salida del sol y será el que lleve al Príncipe y que mandaré yo; y el tercero hacia la costa oriental que puede aprovecharse para conducir a las mujeres Kobdas que deben llegar a ese puerto dentro de pocos días. El que va a Anatolia puede traer la familia de mi madre y del jefe herido que huyeron hacia allá durante la revuelta y que aún no han podido regresar. Con que ya veis, no son viajes inútiles, y además sirven para desorientar a los espías que ignorarán en cual de los tres veleros viaje el Príncipe del Éufrates.

– Bien, Matriarca, bien, se hará como decís. Mas, ¿qué dirán aquí al veros partir?

– ¡Nadie lo sabrá más que vos, Capitán! ¡Nadie! ¿Entendéis? Ni aún los mismos viajeros. Ellos creerán que yo me despido en tierra.

– ¿Y vuestra madre?

– Ella..., orará en el altar de Apolón por el feliz viaje. Ella lo sabrá como vos. ¡Silencio! ¡Que viene gente!

Eran los centinelas que venían a sustituir a los que habían terminado la guardia y que al ver a la Matriarca se quedaron quietos, saludándola.

– Id a cumplir con vuestro deber y gracias por vuestra fidelidad. –Y bajando la voz le dijo–: Conducidme al velero blanco que tengo que hacer algunos cambios.

Y los dos se perdieron entre el laberinto de barcos grandes y pequeños botes, de cuerdas enrolladas y de velas tendidas, hasta tropezar con una escalerilla de barrotes de cobre que brillaba a la luz de la luna. La Matriarca subió corriendo por ella y se encontró en la borda de su velero al cual acarició como lo hacía con su blanco caballo de campaña.

– ¡Oh, mi amado Ánade!... ¡Mi bello Ánade!... –le decía, como si el barco pudiera comprenderla–. ¡Vas a tener la gloria que jamás tuvo barco alguno: vas a llevar en tu regazo al Príncipe más bueno y más bello que alumbra la luz del sol!...

Y recorría de proa a popa el hermoso velero que tenía exactamente la gallardía y belleza de líneas del ave marina cuyo nombre llevaba.

La Matriarca recorrió las cámaras una por una.

–La mía ya sabéis que está destinada al Príncipe –dijo–, y es la primera que quiero ver.

–Todas vuestras órdenes han sido cumplidas –dijo el Capitán guiándola.

Ella registró el estrado de reposo, el armario de las ropas, el de armas y el de los víveres. Del armario de ropas, sacó una hermosa capa de piel gris, fina y suave como capullos de seda y la tendió sobre el estrado de reposo. Sacó unas calzas de piel de cabrito, blancas como la nieve; les aplicó las laderas que estaban desprendidas y las dejó junto al estrado. Corrió las cortinillas de los armarios para que el viajero viera su contenido del cual era absoluto dueño durante el viaje.

Examinó las flores de las ánforas que había sobre la mesa de encina. Todo estaba como ella había mandado: rosas bermejas y lirios del valle, blancos como la nieve.

–Yo ocuparé vuestra cámara, Capitán.

– ¡Oh, Matriarca!..., allí no hay flores sino jugo de morera al alcohol y pescado seco.

–Poned pan, miel y manteca, y me sobra con eso.

–Vuestro viejo lobo marino sabe arreglar una cámara de barco –dijo el Capitán–, y más cuando esa cámara va a ser ocupada por vos... Aunque espero, Matriarca, que durante el sueño cambiéis de parecer.

– ¿Yo?... No lo esperéis en vano, Capitán, y disponedlo todo para zarpas a la salida del sol. Yo vendré antes del amanecer. Buenas noches.

Y bajando a carrera la escalerilla de barrotes de cobre que brillaban con reflejos de fuego a la luz de la luna, desapareció por la puertecilla secreta debajo de un viñedo, donde el centinela la esperaba con la antorcha encendida.

Poco después todo dormía en quietud en la vieja ciudad. Sólo velaba el Capitán del Ánade que transformaba su rústica cámara abordo por un precioso gabinete tapizado de blandas pieles y perfumado de rosas rojas y de lirios del valle, al igual que el que la Matriarca cedía para Abel.

–Todo está maravillosamente bien –decía el viejo lobo de mar, contemplando la confortable cámara–. Pero ahora estoy seguro que no es el Príncipe Freas quien mandará este barco, se me ocurre pensar que no está bien que vaya sola la Matriarca. Es una joven de veinte años, puede

enfermar, puede ser herida y se encontrará sola entre hombres que no son hermanos ni parientes. ¡Apolón la guarde! Pero pasará muy malos momentos si tal sucede y creo cumplir con mi deber si subsano esta dificultad. –Pero como su genio no era tan rápido como el de Walkiria para encontrar soluciones, el Capitán tardó en darse una suave palmadita en la frente–. ¡Ya!..., ¡ya se encontró aquello! ¿Quién mejor que mi nietecilla que es una lobezna del mar? Pero es el caso que la Matriarca no quiere que nadie lo sepa y la chiquilla deberá saberlo. ¡Vamos!, una mentirilla no mata a nadie y menos cuando se trata de servir a esta valiente mujer que se olvida a cada paso de que lo es. Diremos que mi Kalina pensó que era yo quien mandaría el velero como de costumbre y en consecuencia se metió a dormir en el guardarropa según suele hacerlo cuando no quiere quedar sola en tierra. Creo que la cosa está bien combinada. –Y diciéndolo, abrió el guardarropa que era una especie de cuartito pequeño, vecino a su cámara, donde se guardaban cobertores y mantas, abrigos de repuesto y otras ropas en previsión de cualquier emergencia para los pasajeros. En el estante donde había infinidad de mantas dobladas podía dormir con toda comodidad una jovencita de diecisiete años que no era de gran altura.

–Mi Kalina bailará de gozo cuando sepa que va a hallarse sirviendo tan de cerca a su reina. Vamos pues a aleccionarla para que no haga disparates.

Y apagando los velones, encendió su antorcha y bajó a tierra tomando por un tortuoso camino entre la montaña, cubierta a trechos por pinares y viñedos. Era el camino a su vieja casita de roca en las afueras de la ciudad donde vivía solo con dos viejos marinos retirados y su nieta que era la alegría de la casa. Los padres de la muchacha habían muerto en las pasadas revueltas y sus otros hijos varones vivían en la ensenada grande pues eran tripulantes en las barcazas de carga. La chica era un pez para el mar, y remaba con admirable destreza.

Eligió tres decenas de remeros entre los mejores y más fuertes para que en caso de viento contrario, facilitaran a la Matriarca el gobierno del buque. Y repetía una y diez veces la lección que deseaba introducir en la capacidad cerebral de su nieta respecto de la mentirilla que debía decir a la Matriarca, y sobre todo acerca de los buenos modales y finezas que debía usar en presencia de su soberana.

Cuando se acercaba la hora del amanecer la hizo vestir las ropas de grumete con que siempre andaba cuando iba de pesca al mar.

–Ponte el mejor capote, las mejores calzas, el más bonito gorro –decía el marino a su nieta–. Pareces un bello muchacho rubio. Pero bien entendido, ¿eh?, cuando llegues a vista de ella te apresuras a decirle que eres mujer, que eres mi nieta Kalina; ella te ha visto algunas veces; yo

le hablé de ti y creo que no se habrá olvidado y le será fácil reconocerte. ¡Vamos!, lleva también tus más bonitas ropas de mujer por si ella quiere que te vistas con ellas en algún caso dado. ¡Y cuidado!..., ¡que si la Matriarca vuelve descontenta de ti, te corto las dos orejas!...

– ¿Nada más que las orejas? –interrogó la picaresca chicuela.

–Nada más, con eso basta. ¡Ya es hora de seguirme!

El ágil y fuerte Capitán Kilmo, salió seguido de su nieta, convertida en grumete, en dirección al velero blanco donde la dejó en su escondite. Iba a bajar el Capitán para que los hombres del primer velero que debía zarpar empezaran las maniobras, cuando llegó la Matriarca ya lista para tomar el mando del velero.

– ¡Sois otra vez el Príncipe Freas! –exclamó el viejo marino–, con el rico traje de pieles blancas usado por aquél en sus correrías por los mares helados. Pero en nada os parecéis al viejo Capitán Kilmo.

–Y, ¿qué saben los viajeros si es otro el marino quien manda el barco? –respondió la Matriarca–. Mirad –añadió, bajando la delantera de su gorro de piel con dos caladuras para los ojos y mostrándole sus manos cubiertas de gruesos guantes de piel de foca forrados de lana–. ¿Se conoce a Walkiria debajo de esta gruesa tapicería?

– ¡Que ha de conocerse, Matriarca! ¡No parece sino que sois un Capitán, diez veces Capitán! ¡Sois maravillosa en todo!

– ¡Gracias, Kilmo! Ahora dime si habéis introducido alguna variación en las costumbres y condiciones del velero y de sus tripulantes, para adaptarme en todo a ellas y que los marineros no descubran el engaño.

– ¡Oh, eso es difícil, Matriarca! ¿Queréis que les diga la verdad? ¡Se pondrán tan contentos y orgullosos!...

–Pero me temo que pierdan el ánimo en la primera dificultad que tengamos si nos sobreviene algún imprevisto.

–Yo creo que no, Matriarca; son los mejores marinos que tenemos, y van algunos de aquellos que cruzaron el mar mandados por vos, cuando creíamos que eras el Príncipe Freas.

–Dejad eso por cuenta mía. Si veo que sospechan el engaño se lo digo; si no sospechan guardo el secreto para mí sola.

Y cuando el viejo marino le dio todos los detalles pedidos por la Matriarca, la dejó en su cámara, despertó a los marinos y comenzaron las maniobras acostumbradas sabiendo que zarparía el velero a la salida del sol.

–Capitán Kilmo –dijo Walkiria, cuando vio salir a los Kobdas de la puertecilla del subterráneo–. Decidles que me despido de ellos por intermedio vuestro, pues no habiendo podido dormir en toda la noche, he debido quedar descansando en mi cámara.

Ella veía sin ser vista, el embarque de Abel y sus compañeros, y notó que todos ellos miraban como buscando a alguien.

Entonces el Capitán les presentó la excusa que ella le había encargado, a la vez que ponía a su disposición el barco y todo cuanto en él había.

–Tendría que ser de bronce la Matriarca para no enfermar con tan rudas fatigas y emociones diarias –dijo Abel, visiblemente entristecido–. ¿Vos sois el Capitán que nos conduce?

–No, príncipe, yo soy el guardián de buques de esta ensenada. El Capitán es un marino joven y experto, pero algo retraído y triste a causa de graves disgustos de familia. Pero en cambio de lo poco que él habla, está el primer grumete que es un charlatán incansable y es, a más, mi nietecillo. Con que creo que haréis una travesía feliz.

–Entonces –dijo Abel–, decid a la Matriarca de nuestra parte, que no le decimos adiós sino hasta luego, porque nuestro corazón queda con ella y a más esperamos verla en nuestras llanuras del Éufrates según nos ha prometido, que el Altísimo la bendiga como también a su familia y a su pueblo.

El Capitán Kilmo se inclinó conmovido, y Abel seguido de sus hermanos y de la delegación del Serrú subieron a bordo.

El viejo guardián les instaló en sus respectivas cámaras y bajó a tierra. Y cuando el sol aparecía descorriendo los rosados velos de la aurora, se levantó en el mástil más alto el pabellón violeta y blanco de Kiffauser; el ancla fue levantada con gran estrépito de cadenas que caen sobre cubierta, las blancas velas desplegadas al viento y los remeros entonaron a compás de sus remos palmoteando en el agua, el “himno del mar” que acostumbraban cuando llevaban a bordo personajes de elevada alcurnia:

*Hermoso mar que reflejas
Todo cuanto en ti se mira,
Eres soberbio en tus iras
Y suavísimo en tus quejas.*

*Magnífico en tus querellas
Con la niebla o con el viento,
Melodioso en el acento
Con que aguardas las estrellas.*

*Hermoso cuando la bruma
Irisan tus esmeraldas
Y cuando bordan tus faldas
Los arabescos de espumas.*

*Riente la luna refleja
En ti su rostro de plata
Destiñendo la escarlata
Que el sol de ocaso te deja.*

*Te ama el oriente que llega
Con sus barcos cargados
De tesoros ignorados
De sus montes y sus vegas.*

*Y en tu orilla el Occidente
Ansioso y febril espera
Cual fantástica quimera
Las riquezas del Oriente.*

*Quiebra feliz tus espejos
La quilla del navegante
Llevando siempre adelante
Sus sueños hasta muy lejos...*

*¡Todo es en ti soberano,
Tus furoros y tu calma!
¡Ponto Euxino! ¿Tienes alma
Como los seres humanos?*

Y en el puente de mando, el apuesto y gallardo Capitán hacía girar el timón, mientras un marinero decía con fuerte voz por la bocina:

– ¡Rumbo al occidente! ¡Dos millas mar adentro!

¡Y el velero blanco se deslizó como un ánade con las alas abiertas por las verdosas aguas del Ponto Euxino, en cuya serena superficie deshojaba el sol naciente sus rosas de grana y oro!

LOS FANTASMAS DEL MAR

La intensidad del frío en aquella madrugada obligó a Abel y a varios de sus compañeros a permanecer encerrados en sus cámaras, en cada una de las cuales se veía un globo de tejido de cobre sobre pedestal de piedra conteniendo rojas ascuas encendidas para templar el ambiente.

Aunque en todos los compartimentos había flores, sólo en la cámara de Abel lucían las rosas bermejas y los lirios blancos, todo el encantador y delicado simbolismo que almas delicadas podían encontrar. ¡Y el joven Maestro encontró el alma de Walkiria en cada lirio, y sus heroicos sacrificios en cada rosa bermeja que asemejaba un corazón sangrando!... Y tendido a medias en su estrado de reposo entornó sus ojos en suave meditación, mientras los marineros del Ánade seguían cantando con una cadencia melancólica y suave la canción del mar, cuyas notas parecían ser el reflejo de los más tiernos y tristes adioses.

En Kiffauser habían quedado el Kobda Muref y el Notario Menor, que siendo oriundos del Báltico no sufrían mayormente con el destemplado clima. Ni el Serrú ni Kaíno estaban aún en condiciones de quedar solos sin un guía experto que les ayudase a andar por los caminos de la Ley.

Los Kobdas viajeros, ya aficionados a la franca y leal amistad de la Matriarca, le agradecían que no hubiera salido a despedirles pues quien más, quien menos, sentían dejarla entre un pueblo que aún amándola mucho, no era capaz de comprenderla. Adivinaban ellos el gran abismo de soledad en que aquella alma debía encontrarse en momentos dados, y todos lo pensaban aunque ninguno lo decía:

“¡Pobre Matriarca!... Necesitaría un Bohindra a su lado, pero..., ¿dónde está?”

Como cada cámara tenía abundancia de víveres en los armarios, sólo una comida se hacía en conjunto: la del anochecer.

– ¿Serán también aquí sordomudos los criados? –se preguntaban los Kobdas unos a otros.

–El guardián de la ensenada nos habló de un grumete charlatán que nos divertiría mucho. Busquémosle –dijo un Kobda joven todavía, pues apenas llegaba a los treinta años.

El punto de reunión llegó a ser la cámara del Notario Mayor que por estar vecina a la gran hoguera de los cocineros, era la que gozaba de una temperatura mejor.

Al Capitán sólo le veían en el puente de mando cuando un grumete subía y quedaba alguna de las puertecillas abiertas. Esperaban verle en

la comida del anochecer, pero asistió en su lugar el segundo de abordó que era un marino ya de edad, bonachón y alegre, pero hablaba el dialecto más antiguo del país y mucho costaba a los Kobdas comprenderle. Más por señas y por gestos que por palabras, les hizo comprender que el Capitán tenía muy mal humor y que ni a él le contestaba palabra. Todo lo que quería, lo escribía en un lienzo encerado y se lo mandaba por el grumete que llevaba en su propia cámara.

– ¿No venía aquí mismo una delegación del Serrú? –preguntó el Notario que empezaba a sentirse molesto ante la misteriosa conducta del Capitán.

–Y viene aquí –le contestó con gran esfuerzo el marino. Y con gestos le hizo seña de que esperase un momento. Y con el primer criado que apareció a servir la comida habló pocas palabras. Cuando ya terminaban apareció un jovencito rubio todo vestido de finas pieles de leopardo. El segundo Capitán les hizo señales de que él podía contestarles.

El Notario Mayor le hizo sentar a su lado con lo que el lindo grumete quedó frente por frente a Abel. Este recordó haber visto su fisonomía esa misma mañana, poco después de embarcar.

–Os hemos visto subir y bajar del puente de mando y de seguro habréis hablado con el Capitán –dijo el Notario.

–Claro que sí, como que él sólo conmigo gusta de hablar...

– ¡Hola!... ¿Y lo dices así, con tanta tranquilidad?

–Y, ¿por qué no?

–Pues porque eso puede significar dos cosas: o bien el Capitán desconfía de los pasajeros que lleva o bien que un dolor muy profundo lo tiene de mal humor y huye de las gentes. Dime, grumete, ¿te llamas?...

–Kalín, para serviros.

–Muy bien, Kalín, tú debes saber si vienen aquí unos personajes ya ancianos y de este país, que representan al Serrú en los países hacia donde nos dirigimos.

– ¡Oh, sí, vienen!..., y a la verdad me dan bastante que hacer, pues piden fuego y moruca caliente cada vez que me ven pasar. A vosotros nunca os traje moruca caliente. ¿No os agrada acaso? El Capitán me ha repetido muchas veces que os traiga de la mejor moruca, muy calentita y cargada de miel.

– ¡Ah!... ¿Se ocupa entonces el Capitán de nosotros? –preguntó otro de los Kobdas.

– ¿Sois vosotros los pasajeros de túnica azul? –preguntó el grumete.

–Sí –contestaron varios a la vez, entreabriendo sus capotes de piel para que se viera la túnica azulada.

–El Capitán está sin duda avisado que el más joven de vosotros padece de los bronquios por efecto del frío...

Los Kobdas miraron a Abel.

– ¿Es aquel el enfermo? ¡Oh, oh!... –exclamó el grumete devorándolo con sus grandes ojos claros–. El Capitán le llama Príncipe y está inquieto por su salud.

– ¿Y está muy triste el Capitán?

– ¡Ah!..., en esas honduras yo no entro, señor viajero. ¡Cualquiera le pregunta a ese Capitán si está triste!... Si no precisáis nada más me marchó, porque el Capitán no puede pasar tanto tiempo sin mí.

– Kalín –dijo Abel, haciéndole una señal con la mano para que se acercase–: darás de mi parte las gracias al Capitán por cuanto se interesa por mi salud, y le dirás que me encuentro bastante bien, que sólo me preocupa dolorosamente el motivo que él pueda tener para privarnos de su presencia en la comida. De seguro vuestra gentil soberana sentirá pesar si llega a saber que su Capitán nos dio la penitencia de comer sin él, en el Ánade.

Todos observaron que el grumete escuchaba azorado las palabras de Abel.

– ¿Te causa estupor mi mensaje?

– A mí, no –dijo el grumete–, pero se lo causará al Capitán.

– ¿Por qué? ¿Hablé mal acaso?

– ¡Oh, no, señor viajero! Pero el Capitán..., el Capitán sabe sus cosas y de seguro me tirará de las orejas porque estoy hablando de más..., conque pasadlo bien y hasta luego. –Y con una brusquedad que casi era mala educación, salió rápidamente.

– Aquí hay misterio –dijo el Kobda Notario.

– Pero creo que es un misterio que no debe causarnos temor ninguno –observó Abel–. ¿No os ha extrañado grandemente que la Matriarca no acudiera a despedirnos?

– Mucho, dado que es una mujer de bronce que no se cansa por nada ni de nada y hasta se me ocurre pensar si la habrán hecho prisionera y este barco será mandado por sus enemigos.

– Eso sí que podemos estar seguros que no –dijo Abel, pensando en que aquellas rosas bermejas sólo de Walkiria podían venir.

– ¿Y por qué esa seguridad?

– ¿No habéis reconocido en nuestras cámaras las flores de los jardines de la Matriarca?

– ¡Ciertamente! –contestaron todos.

– Lo que yo he pensado –dijo Abel, levantándose de la mesa para acercarse a la estufa de rejas de cobre–, es otra cosa muy diferente y que acaso vosotros tacharéis de puerilidad infantil.

– Decidlo y veremos. –Abel miró discretamente al segundo Capitán, que presidía la mesa, y que comía y sonreía bebiendo grandes jarros de moruca como había dicho el grumete.

Por fin los Kobdas se retiraron a la cámara del Notario Mayor y entonces Abel pudo explicar sus pensamientos con mayor claridad.

–He pensado –les dijo–, que nuestro Capitán retraído o triste es alguien que quiere ocultarse de nosotros..., o más claro, es la Matriarca misma.

–Pero, ¿cómo? ¡Sería extraordinario!

–Y, ¿no sabéis que ella es extraordinaria en toda su vida?

–Pero, ¿por qué ese empeño en ocultarse?

–Porque pensará que no tendremos confianza de seguridad teniéndola a ella por piloto.

–O temerá que la tripulación se desaliente si sobreviene una tormenta u otra emergencia de peor índole que una tempestad.

–Un asalto de piratas, por ejemplo.

–Mucho estamos hablando y a la verdad, nada adelantamos. Si es ella, mucho mejor y si no es, por lo menos sabemos que el Capitán es alguien a quien ella nos ha confiado.

La noche llegó con toda la calma serena y fría de las heladas noches de luna en el Ponto Euxino a entradas de invierno. No se sentía más que el girar del cortahielo y el chapoteo acompasado e igual de los remos en el agua.

Una ligera brisa del Sureste hinchaba en tanto las velas, pero era tan suave y sutil que a no ser por el impulso que daban al barco los remeros, el velero casi habría detenido su marcha.

El Capitán llamó al segundo de a bordo por medio de su grumete Kalín, y le abandonó el timón sin pronunciar palabra.

El marino se quedó mirándole alejarse por la cubierta solitaria.

– ¡Apolón nos guarde! –dijo en voz baja–. No parece sino que el Príncipe Freas ha salido de su sepulcro de hielo para tomar otra vez el mando del Ánade. ¿Quién será este nuevo Capitán que tan caras vende sus palabras?

Y haciendo un gesto que significaba: “Esto no es cosa de mi incumbencia”, echó sendos tragos de moruca caliente que llevaba en su bota de cuero de foca, colgada a la espalda. Y se encargó del timón.

–Si tienes sueño, vete a dormir –dijo Walkiria a su joven compañera.

–Y vos, Matriarca, ¿no descansáis?

–No digas Matriarca, te he dicho. Di Capitán.

– ¡Perdonad, Capitán! Tengo la cabeza más dura. ¿No descansáis? –insistió el grumete.

–Descanso paseando sobre cubierta; yo no tengo pizca de sueño.

–Ni tampoco lo tienen los viajeros de vestido azul. Mirad la luz de los cirios que sale por la escotilla. Si durmieran habrían apagado esa luz que está en el pasillo de sus camarotes.

- Déjales, tendrán deseos de velar, ¿qué más da?
- ¡Nada, Capitán, nada!..., como parecían inquietos porque no acudisteis a la comida...
- ¿Y los viajeros ancianos?
- ¡Oh, ellos duermen desde que se fue el sol!
- De pronto el grumete ahogó entre su capuchón de pieles un grito de espanto, al mismo tiempo que se apretaba contra el cuerpo de Walkiria.
- ¿Qué tienes, Kalín? ¿Te has vuelto loca?
- ¡Fantasmas en el mar, Capitán! –gruñía, mas bien que decía aterrada la chicuela.
- ¡Estás mintiendo, Kalín, no hay nada! –respondía la Matriarca subiendo la delantera de su gorro para observar mejor.
- ¡Mirad a popa, Capitán!..., imirad a estribor!..., ¡cómo danzan sobre el agua burlándose de nosotros! –Y Kalín miraba con sus ojos desmesuradamente abiertos.
- ¡Vamos! Tú duermes, muchacho, duermes de pie y sueñas locuras. Vamos a la cámara. –Y medio a rastras le llevó, pues parecía que sus pies se negaban a obedecerle. El estrado era extenso y la hizo tender en él. Kalín cayó como un fardo y pronto se vio que dormía.
- ¡Fantasmas en el mar! ¡Capitán! Nos quieren hundir el barco... –Y la chica se levantó temblorosa y agitada.
- ¡Vaya una compañía que me ha dado tu abuelo!... –decía la Matriarca riendo—. Tú estás muerta de miedo, y muy mal te sientan tus equipos de grumete y tu nombre de Kalín. Te hace falta la rueca y volver a las faldas y a tu nombre de Kalina.
- “Vamos a ver si eres capaz de explicarme qué fantasmas son esos y cómo son. ¿Tienen piernas, tienen brazos, tienen cabeza con ojos, boca y nariz?
- ¡Oh, sí, Capitán, tienen todo y unas ganas locas de echarnos a pique!
- ¡Es particular! Ven, vamos otra vez a cubierta, pero ahora irás con los ojos vendados. –Y con un paño oscuro vendó los ojos de la muchacha y tomándola de la mano la sacó a cubierta.
- ¡Oh, oh! ¡Capitán, los veo igual y ahora son más, muchos más! –Y aterrada se abrazaba de Walkiria, que enseguida recordó conversaciones que había tenido con los Kobdas referentes a ciertas facultades que hay en determinados sujetos, que les permiten percibir cosas que otros no perciben ni sienten.
- ¿Y tú no puedes hablarles? –preguntó la Matriarca—. Vamos a ver, pregúntales quiénes son y qué es lo que quieren.
- Es un viejo maligno como un demonio y dice que por vos ha encontrado la muerte y su hijo ha perdido todo cuanto esperaba; que antes

de tres días nos dará caza un velero y os tomará prisionera a vos y a los extranjeros que lleváis. ¡Se ríe, Capitán! ¿No oís su carcajada que hace temblar?

–No, nada oigo.

– ¡Apolón!... ¡Apolón!... ¡Madre Northia, sálvanos, sálvanos! –y dominada la muchacha por un supremo terror, cayó desmayada a los pies de Walkiria.

–He aquí –murmuró levantándola en sus brazos–, que este desgraciado incidente me obligará a salir de mi escondite antes de lo que pensaba.

Y entrando de nuevo en su cámara, recostó otra vez a la jovencita. Mezcló moruca con miel, la calentó en la estufa y le dio a beber. La muchacha estaba helada y pálida como una muerta.

– ¡Vamos, vamos! ¡Reánimate, no es para tanto! Llamaremos a esos viajeros que tienen poder para mandar a los fantasmas y ya verás como no los vuelves a ver.

– ¡Pero hundirán nuestro barco! Oh, sí, yo sé que lo hundirán –repetía la muchacha sollozando.

– ¡No, mujer! ¡Qué van a hundirlo! ¿No tienes confianza en mí?

– ¡Oh, sí, Capitán!... –Y un nuevo desmayo cortó la frase en su garganta.

Walkiria se arrodilló ante el estrado y se cubrió el rostro con ambas manos.

– ¡Apolón!... ¡Fuerte y grande Apolón!... ¡Madre Northia!... ¡Estoy sola sobre el mar!... ¡Es mucho este dolor!... Un vago terror me amedrenta... ¡Yo puedo luchar con los piratas y con la tempestad, pero luchar con fantasmas que no veo!... ¡Oh!... ¡Estoy sola..., sola, sola sobre el mar!...

– ¡Matriarca!..., ¡ino estáis sola!... –dijo desde la escalerilla la dulce voz de Abel–. ¿Me permitís bajar?

– ¿Pero sois también vos un fantasma? –interrogó la joven, levantándose y mirándolo con sus expresivos ojos llenos de interrogaciones–. ¿Cómo sabéis lo que pasa en mi cámara?

–Calmaos, Matriarca, y empezad por creerme que no soy un fantasma. Contemplaba yo esta hermosa noche de luna, en el reparo que forman las cuerdas y velas enrolladas y he podido oír el diálogo que con vos tenía Kalín o Kalina, pues me parece que el Capitán y el grumete pertenecen ambos al género femenino. –La Matriarca no pudo menos de sonreírse y Abel la imitó–. ¿Por qué habéis venido? –le preguntó suavizando aún más su voz–. Son muchos los riesgos del mar y en Kiffauser será notada hoy mismo vuestra ausencia.

– ¡Perdonadme el engaño!... He debido venir porque no tengo a quien confiarle vuestra vida que sepa defenderla como yo la defenderé.

La deshonra o la muerte de una mujer de mi raza, es considerada como presagio de irreparable desgracia por los habitantes de todos los países donde ha llegado el nombre de Northia.

– ¿Y vos queréis servir de escudo a mi vida? Gracias, Matriarca. Si mi madre, para quien mi vida es la luz del sol, os oyera hablar así, os amaría casi tanto como me ama a mí.

– ¡Oh, vuestra madre!... Yo haría de ella un símbolo como se ha hecho aquí con Northia, mi abuela.

La muchacha se despertó sobresaltada y viendo a Abel cerca de la Matriarca, empezó a gritar:

–Escondeos en la bodega, en el guardarropa, tomad mi traje de grumete... ¡Es a vos a quien buscan los fantasmas del mar!

–Cálmate, niña, que nada sucederá si Dios no lo quiere. –Y mientras así decía, le daba pases magnéticos, con el pensamiento de romper la red de hilos fluídicos que pudieran haber formado contacto con la facultad vidente de la joven.

– ¿Os interesa continuar ocultando vuestra verdadera personalidad a la tripulación? –preguntó Abel.

–Tanto de vosotros como de ellos quise ocultarme hasta llegar a alta mar y mañana al caer de la tarde pensaba descubrirme. ¿Recordáis el suceso que ocurrió un día y que mañana será en la luna llena anterior?

– ¡Nuestra llegada a Kiffauser, creo!

–Vuestra llegada y aquellas palabras que os dije: “Hoy es un día de gloria o de muerte para mí. ¿Me ayudaréis, Príncipe?” ..., y vos me disteis vuestra palabra de honor, si yo obraba con justicia y equidad.

– ¡Oh! Fue un gran día aquel, pues el pueblo os consagró con su amor; el Serrú, vuestro tío, os consagró con su autoridad, y nosotros, los Kobdas os recibimos como hermana en nuestra grande y hermosa fraternidad...

–Sí, y entonces supo toda Kiffauser que yo no era el Príncipe Freas sino su hermana Walkiria; y mañana iba a saberse en el Ánade que yo no era el Capitán sino la Matriarca.

–Muy bien, pero, ¿no os hará daño la murmuración que puede correr con visos de aventura?...

–Perdonad..., mucho más daño me haría si en mi ausencia os ocurriese una desgracia. Además, ¿qué queréis que murmuren de una mujer que anduvo durante diez lunas entre los campamentos y los campos de lucha, sin que ningún hombre haya podido decir que viera en mí otra cosa que un jefe guerrero dominando una terrible situación? Creo, Príncipe, que mi vida ha salido tanto de la ruta común de toda mujer, que ya estoy a salvo de murmuraciones.

“¿Y qué explicación dais a lo que el singular grumete del Ánade acaba de manifestar? –preguntó la Matriarca cambiando de conversación.

–Pienso que debéis estar alerta, porque puede encerrar una visión premonitoria, y que en efecto, exista el pensamiento de perseguir este barco, aunque el hecho no llegara a realizarse. En los planos astrales o extraterrestres, los pensamientos se plasman con apariencias y formas que tendrían si llegaran a realizarse en el plano físico. Por eso una visión premonitoria de este género, no puede tacharse de falsa aún cuando no se realice a la vista de todos. Sucede igual que con los sueños, en que el espíritu del durmiente ha visto hechos, buenos o malos, felices o trágicos, que podrán o no realizarse en el plano físico, según que esté o no en la Ley que sucedan. Y es obrar con prudencia el tomar todas estas manifestaciones como avisos para mantenernos alerta, en forma de contrarrestar con nuestra propia energía, el mal pensar que alguien puede tener respecto a nosotros. Por ejemplo, aquí Kalín ha visto que esos fantasmas proyectan echar a pique el barco...

– ¡Eso es!..., y salvar a la Matriarca y ahogaros a vos, Príncipe..., ¡oh, sí!..., eso es lo que buscan, –dijo con viveza la muchacha que pareció haber ya recobrado toda su serenidad.

– ¿Veis, Príncipe, como he debido venir yo misma conduciendo el velero? –observó la Matriarca.

–Parece que está en nuestra ley que os deba la vida física en esta hora de mi jornada terrestre. Y si nos vemos asaltados por enemigos más fuertes, ¿habéis pensado la forma de defensa que podréis adoptar?

–Sí, Príncipe, ya lo tengo pensado. Pero éste es mi secreto por el momento.

– ¿Confíaís en el éxito?

– ¡Plenamente!

– ¡Oh, a la verdad, Matriarca!, vuestros puntos de vista son casi mágicos a fuerza de ser rápidos, claros y precisos. Estáis llamada a ser el Thidalá de los países del hielo. Sólo en Bohindra tengo visto tan clara y rápida comprensión de lo que debe ser aun en las más arduas situaciones humanas.

Y a instancias de la Matriarca, Abel deshojó ante ella el hermoso rosal blanco de ese inmortal poema de amor, de un pastor poeta y músico que amó a una princesa de Otlana, de la Atlántida hundida bajo el mar; que prolongó su vida física en el cuerpo del único hijo de aquel amor, para continuar amando a aquella misma alma encarnada en el cuerpo de otra mujer...

“Y ese hombre es el Thidalá de las Naciones Unidas, el hombre que ha encontrado el secreto de hacer grandes y felices a los pueblos por medio de la concordia, de la fraternidad y del amor.

–Y, ¿cuál es ese secreto? –preguntó la Matriarca.

–Olvidarse de sí mismo para no escuchar otra voz que aquellos que le dicen: “De ti esperamos la felicidad”.

– ¿Y fue ese gran amor quien hizo fecunda la grandiosa obra de Bohindra? –volvió a preguntar la Matriarca.

–Sí, Matriarca. De ese sublime amor, desventurado en su primera faz, espiritualizado y pleno en la segunda, ha surgido toda la maravillosa red de las obras de Bohindra, el mago del amor y de la paz, como le llaman en el Éufrates y en el Nilo.

– ¡Entonces, Príncipe Abel, os puedo decir que las obras de Walkiria de Kiffauser no llegarán ni a la mitad en grandeza de las del Gran Rey de las praderas, porque mi alma solitaria y helada es, como ya os dije otra vez, un jardín sin amor, mientras que los prados del Thidalá fueron regados por dos abundosas corrientes: El amor de Sadia en su primera juventud!; iel amor de Ada en el atardecer de su vida!...

– ¡Matriarca!... –dijo Abel con voz honda como si viniera de lo profundo de su corazón–. ¿Veis la luna que besa las aguas del mar? ¿Sentís el leve soplo de la brisa marina que impulsa nuestro barco hacia adelante? ¿Veis las grandes y lucientes estrellas fijas que parecen abrir rutas en lo infinito a sus hermanas menores que les van siguiendo desde hace siglos y les seguirán quizá, por más de los que han pasado?

“Hay en las almas abismos de amor que no perciben los sentidos y que vienen a ser lo que el rayo de luna besando las aguas del mar, alumbrando la ruta ignorada de millares de viajeros sin que ni el rayo de luz, ni las olas mudas y serenas sepan el bien emanado de ese beso perdido en lo infinito.

“¿Sabe acaso el soplo suave de la brisa que da impulso a nuestro barco, cómo le bendicen los remeros que descansan y reposan mientras ella acaricia nuestras velas?

“¿Piensan las estrellas mayores que su dulce y fuerte cadena de atracción impiden que los pequeños satélites y los astros errantes se estrellen en formidables choques, disgregándose como polvo luminoso cuando una larga vida les espera aún?

“¡Oh, Matriarca!..., así no sabe la criatura humana los ocultos poderes de su espíritu cuando ha llegado como vos a ser señor de sí mismo.

“Entonces, no está jamás el alma solitaria y fría, aunque no vea surgir en torno a su materia física esas manifestaciones recíprocas de ternura y de afecto, que los hombres de esta tierra llamamos amor.

“Y que es alimento indispensable a los espíritus nuevos, que languidecerían en la inercia y el desaliento sin ese rayo de luz, y que más bien entorpecen el volar gigantesco de las grandes almas.

“Como pequeñas florcitas que se inclinase a recoger en su camino un venturoso viajero que está llegando a las puertas de oro de un jardín encantado. En nuestra vida eterna, Matriarca, llega una hora en que el amor a la altura de los sentidos físicos, agota las energías del alma,

en obras y deseos de vida breve y efímera de satisfacción personal y sin beneficio de terceros, sino acaso en una pequeñísima y casi insignificante porción.

“De aquel orden de amor han sido los amores del Kobda Rey, en cuya primera etapa apenas si le fue dado engendrar un ser en el que pudiera continuar su propia vida, que de no ser con tal fin, tampoco su ley se lo hubiera permitido por no serle necesario. Y la segunda etapa del amor de Bohindra es sólo una sublime alianza espiritual, de almas gemelas que realizan en conjunto una obra de redención humana, que hubiera hallado tropiezos en el caso de no haberse encontrado.

“¡Me diréis que hay momentos en la vida humana en que se siente un hondo vacío, grande como un abismo, y el alma se ve invadida de heladas corrientes de soledad, de tristeza, de incomprensibles anhelos que le producen desolación inmensa, acaso como la iniciación de la agonía en una muerte lenta!

“Y es entonces cuando las almas grandes que vuelan ya muy alto, vibran a una intensidad de que a veces se espantan ellas mismas.

“Y esas vibraciones de intenso amor, llegadas a su más alto tono, son las generadoras de esas grandes manifestaciones espirituales que los seres de esta tierra llamamos creaciones artísticas, ya sean plasmadas en un lienzo, en un trozo de mármol, en rollos de papiros, o en las cuerdas de una lira.

“Creedme, Matriarca, que si no fueran esas sensaciones de inmenso abandono, de helada soledad producida en las almas grandes por la incomprensión de los pequeños, este pequeño globo terrestre se mantendría en doble atraso y oscuridad porque no le llegarían las explosiones de luz, de armonía y de belleza que arrancan de lo infinito esas almas fuertes y grandes, que como la vuestra, lloran de soledad, de abandono, de aislamiento entre el tumulto de seres que pasan sin llegar a comprender su formidable y ansioso interrogante:

“¿Dónde está lo que yo busco? ¿Dónde está lo que yo amo? ¿Dónde el canto inmortal que oigo a lo lejos y cuyas notas no puedo apresar?

– ¡Oh, cuánta verdad se encierra en vuestras palabras!... –exclamó la Matriarca con los ojos humedecidos de lágrimas y como si le costara un gran esfuerzo coordinar ideas y pronunciar frases reveladoras de recónditas intimidades.

–Y no creáis, Matriarca, que yo sea del todo ajeno a esa forma de amor sin horizontes y sin límites..., iamar por amar, sin saber cuando empieza ni cuando ha de terminar, sin poder dar formas tangibles y definidas a esa infinita ternura, que fluye del alma como un caudaloso raudal y que va dejando caer sobre los que llegan a sentir vagas notas de aquellas vibraciones, como pétalos de rosas de fuego, como gotas

perfumadas de un bálsamo tibio, o como resplandores tenues de un iris maravilloso que en momentos especiales les hace desear una vida más bella, más pura, más buena!...

“Ignoran acaso los seres nuevos y pequeños aún, de dónde les vienen esos felices anhelos de algo mejor que las vulgaridades en que viven sumergidos, y los que observamos estudiando la carrera infinita de las almas, comprendemos y sabemos quiénes son los ruseñores que exhalan esos arpegios..., dónde están los rosales que emanan esos perfumes..., en qué Vhega se esconde el fecundo panal que derrama gotas de miel tan delicada...

– ¡Jamás pensé que de la boca de un joven Príncipe como vos, pudieran brotar palabras de tan profunda sabiduría! No hay años bastantes en vuestra vida para haber leído así en las íntimas palpitaciones de cada corazón... O será acaso que en vuestras Escuelas y Santuarios, la ciencia de grandes maestros os ilumina la mente con claridades que desconocemos el resto de los hombres.

–Ya os he dicho, Matriarca, que la juventud de la materia no es la juventud del espíritu. Vosotros los habitantes de los países del hielo decís que vuestro dios o genio tutelar Apolón, surgió del beso ardiente del sol de mediodía sobre la nieve del Monte Elbruz y que esto ocurrió cuando no había vidas humanas en estos helados parajes. Tal es la poética tradición, todo símbolo y alegoría, que os han trasmitido vuestros antepasados, y en el fondo de la cual hay ocultas verdades profundas que las humanidades nuevas no podían llegar a comprender.

“Dioses tutelares, genios de las tribus, de las razas y de las familias, no son más que almas como la vuestra y la mía, que en su eterno subir cumbres llegaron a la altura en que se ama por amar, sin horizontes y sin límites, sin poder precisar qué es aquello que aman ni dónde se encuentra ubicado, ni qué formas tangibles y definidas tiene.

“Y es, entonces, que esa hoguera del alma se convierte en llamarada que incendia a muchas almas buscando hacer de cada una de ellas una lámpara nueva.

“Y vuestro bueno y dulce Apolón fue un gran aliado de Anfión en la época de su destierro en la soledad a que él mismo se condenó. Y fue hermana y discípula de Antulio –Hermana de adopción, huérfana de una hermana de Walkiria de Cerro de Oro, adoptada cuando Antulio fue elegido Atlas del Cerro Grande–; y en más remotas edades se encontraron en los caminos dolorosos y solitarios de Juno, el marino sepultado bajo las olas del mar, y de Numú despeñado desde lo alto de una montaña.

– ¡Numú habéis dicho!... ¡Numú, el dios de los Kobdas!..., ¡el dios mío también puesto que visto su túnica y amo su ley!...

– ¡Oh, Matriarca!..., no os decepcionéis si os digo que Numú y Apolón

aún no están libres del dolor que atormenta a los hombres cada vez que encarnan en esta tierra, cuyas groseras condiciones de vida perturban y oscurecen a espíritus de evolución muy avanzada.

– ¿Habéis dicho que Numú y Apolón encarnan como los hombres en esta tierra?... –interrogó como dudosa Walkiria, fijando sus ojos en los ojos de Abel, como para sorprender un súbito rayo de luz que le faltaba para comprender la insondable verdad...

– ¡Sí, Matriarca, eso he dicho! Apolón y Numú están actualmente revestidos de formas humanas sobre esta tierra. Apolón ha tomado formas de mujer y es una Matriarca Kobda como vos, nacida entre las ondas azules del Lago Van y que hoy canta, siente y vive del inmenso amor de los dioses entre una humanidad primitiva, en la apartada Mauritania del continente africano. Se llama Solania...

La Matriarca apretó con ambas manos sus sienes que parecían estallarle...

– ¿Y Numú? ¿Dónde está Numú?... –murmuró débilmente como temerosa de sentir el peso enorme de otra verdad abrumadora.

Abel entornó suavemente sus ojos como si el peso de grandes recuerdos le adormeciera y respondió en voz queda y profunda:

– ¡Numú está en vuestra presencia y se llama Abel!...

– ¡Mi corazón lo había sentido! –exclamó como en un sollozo la Matriarca, y sin poderse contener cayó de rodillas con sus manos juntas y su frente inclinada hacia el pavimento del velero, que continuaba deslizándose empujado por el viento de la noche sobre las serenas olas del mar.

Y como viera Abel que la niña se había dormido, que los cirios iban a apagarse y que su emoción era demasiado profunda, no se sintió con fuerzas para contemplar la cascada de luz que había deslumbrado el alma de la Matriarca, y leve como una sombra salió de la cámara y buscó en silencio la suya para reposar.

Cuando Walkiria levantó de nuevo su rostro humedecido de llanto y transfigurado por la emoción, sólo uno de los cirios chisporroteaba apagándose y la estufa no era más que heladas cenizas.

– ¡No está más!... –murmuró, haciendo girar sus ojos en la penumbra sólo interceptada por un suave rayo de luna que entraba por la claraboya de su cámara–.

“¡Numú es Abel!... ¡Sueño de luz y de gloria! ¡Delirio del alma! ¡Puro y excelso amor mío!... ¿Sois también acaso un fantasma del mar?

Y llorando lágrimas que ella misma no podía definir si eran de angustia suprema o de suprema dicha, la sorprendió el amanecer, y oyó la melodía del Himno a la Luz con que saludaban los Kobdas la salida del sol:

*Maga de los Cielos
Dímelo al oído
Con tu voz sin ruido
¿Cómo es Dios?
¡Como tú cuando
Vibres como yo!*

– ¡Así es Él!... –murmuró Walkiria, dejando su lecho–. ¡No es fantasma del mar! ¡Ahí está Él, el hombre que vibra como la luz!..., ¡el hombre que levanta en alas de un amor a todos los hombres que quieren subir!..., ¡el hombre que canta como un arpegio infinito!..., ¡el hombre puro como un rayo de sol, el Hombre-Dios! ¡Y soy yo quien defiende su vida!..., ¡y soy yo quien le conduzco en mi velero sobre las olas del mar!

Y como si estas palabras hubieran inyectado en su alma y en su cuerpo una nueva energía, se vistió prontamente su traje de púrpura vivo de Gran Sacerdotisa de Apolón, ciñó a su cabeza el alto casco de oro salpicado de rubíes y ornamentado con las simbólicas aletas de Delfín.

Aprisionó su fino busto entre una malla de oro cuajada de rubíes y de cuyo cinturón pendía el hacha sagrada y colgando al hombro su carcaj lleno de flechas, hizo sonar de un modo particular su vozquía de oro y en una veloz carrera subió la escalerilla del puente de mando y tomó de nuevo el timón.

– ¿Qué pasa?... ¿Vos aquí? –exclamó el segundo de a bordo, viéndola con esa indumentaria que sólo podía usarse en los templos de Apolón, cuando el dios constituía a un soberano dueño de las vidas de los hombres.

– ¡Bajad! Dejádme sola aquí –le dijo, como poseída de un poder mágico al que nadie podía resistir–. Un dios encarnado viaja en este velero y Apolón me ha entregado su vida para que la guarde de todo peligro. Mi velero es en este instante el templo de Apolón flotando sobre el mar. Ya sabéis lo que a todos os corresponde hacer.

El hombre aturdido por aquel inesperado acontecimiento bajó como una exhalación para avisar que toda la tripulación se armase en pie de combate. El turno de los remeros fue reforzado en doble cantidad de hombres, todas las velas sueltas al empuje del viento; en todos los mástiles ondeaban pabellones de Kiffauser, y el Ánade corría veloz sobre las aguas encrespadas del mar como una blanca ave marina perseguida de cerca por el huracán.

Para algunos de los Kobdas eran bastante conocidas las maniobras de a bordo pues la mayoría de ellos viajaban continuamente, por lo cual fácil les fue comprender que algo extraordinario ocurría. Y como había entre ellos algunos avezados a las correrías por el mar, se pusieron ropas adecuadas y fueron a mezclarse con la tripulación.

Mientras se hacía todo este movimiento, oyeron la voz pausada y sonora del vigía:

– ¡Témpanos de hielo a estribor! ¡Bajan con velocidad del Norte por las bocas del Donda!

Y entonces el Ánade, como un corcel de blanda boca, dio el viraje que le imprimía el piloto, mar adentro hacia el Sur.

La Matriarca con sus vestiduras sagradas de Gran Sacerdotisa de Apolón, parecía una llamarada flotante en el puente de mando a donde convergían las miradas de todos. El amplio velo de púrpura salpicado de diminutas estrellas de oro estaba anudado a las doradas aletas de su casco, y agitado por el viento lamía suavemente las velas en una caricia continuada, como si fueran alas vivas a las que quisiera inyectarles más vigor y más energía.

Abel que contemplaba esta visión desde un rincón de la cubierta, estaba como anonadado por ella. Jamás había visto nada semejante, y comprendió entonces que las humanidades primitivas construyan ídolos, genios y dioses, de seres que a la verdad sobrepasan el nivel común de los demás seres.

Comprendió igualmente la infinita grandeza del Gran Atmán, del Alma Madre, en aquella chispa de grandeza, de poder, de fuerza, de sobrehumana energía que emanaba de aquella mujer, cuya juventud física apenas le daba tiempo de haber aprendido las primeras nociones de la ciencia de la vida.

– ¡Grandes son –decía él para sí mismo–, los espíritus dulces y suaves del amor, de la concordia y de la piedad! Pero son también grandes y bellos los espíritus de la Justicia y del Poder que parecen encauzar con la presión de un dedo, toda la maravillosa combinación de la Eterna Ley sobre un país, sobre un mundo, sobre una civilización.

– ¡Dos veleros a babor! ¡Sin pabellón y a toda marcha! –gritó nuevamente el vigía.

Otro tercio de remeros reforzó a los que estaban, y una vela más se desplegó con gran ruido, como si de pronto hubiera crecido sobre el lomo del Ánade un ala más grande y más poderosa que las otras.

Los Kobdas observaban con curiosidad el semblante de la Matriarca, que parecía también de púrpura como sus vestidos y su velo. ¿Era el reflejo de sus vestiduras acariciadas por la luz solar, o era la agitación de aquella marcha forzada, o la angustia de un peligro que adivinaba cercano?

Por fin Abel alarmado por lo que él juzgaba ya temerario, se acercó hasta ella lo bastante para hacerle oír su voz:

– ¡Matriarca! –le dijo–, no os arriesguéis así por salvar nuestras vidas... Si en la Ley Eterna está que hayamos de morir en esta hora, ¿por qué empeñarnos en ir contra la Ley?

Ella volvió serena su faz hacia él y le dijo estas solas palabras:

– ¡Príncipe Abel!... Si en algo apreciáis mi paz y mi vida, entraos a vuestra cámara y no me pidáis cuentas de lo que hago. En este momento no soy yo. ¡Es Apolón quien manda en mí!

Prolongó unos instantes su mirada dulce y fija sobre Abel, y dio un marcado viraje mar adentro, para que un enorme témpano de hielo que se acercaba como un fantasma amenazador, no partiera el Ánade en dos mitades.

El velero dio un fuerte vaivén hacia popa al recibir el choque de la enorme oleada con que el correr del témpano hacia el Suroeste le había azotado.

Abel, que ya se dirigía a la escotilla de su cámara se volvió para mirar de nuevo a la Matriarca, creyéndola vacilante a la vista del peligro que acababa de salvar.

Ella impasible, con su mirada fija en la ruta que seguía, no dejaba traslucir al exterior ninguna emoción.

– ¡Oh, verdaderamente –exclamó Abel a media voz y bajando ya la escalerilla–, la Eterna Justicia elige sus instrumentos de piedad y de amor, tan bien como elige los de su justicia y su poder!

Acto seguido llamó al Notario Mayor y a los otros dos que le seguían en mayor edad y en antigüedad entre los Kobdas, y les consultó sobre la conveniencia que habría en hacer una fuerte concentración para ayudar con fuerzas mentales en el riesgo que la Matriarca se encontraba.

–Verdaderamente, es la forma más eficiente de ayudarla. Que queden allá abajo los diez Kobdas que reman bien y entienden más las maniobras de a bordo –le contestaron–. Mientras tanto nosotros cooperaremos en otra forma.

Y en la cámara de Abel que era la más cercana al sitio en que se encontraba Walkiria, se entregaron de lleno al mundo espiritual.

Entre ellos había tres videntes y dos que se desdoblaban con facilidad, pudiendo su cuerpo astral trasladarse a distancia; otros tenían grandemente desarrollada la telepatía y otros parasicografía y la hipnosis parlante.

Aislados del mundo exterior por la fuerza potente de su propio pensamiento, se hizo un profundo silencio en torno suyo y pronto se esfumaron en el vacío los chasquidos de las velas agitadas por el viento, el golpe acompasado de los remos y el estremecimiento ondulatorio del barco rompiendo las olas del mar.

Y el doble astral de los unos cruzó ese mar y otro mucho mayor, el Mar Grande, el que dividía Europa del África y pronto se encontraron en el peñón de Corta Agua, en una casita de piedra colgada en un pico de la montaña, casi cubierta por acacias y datileras. Y Solania, la Matriarca

Kobda, de las grandes y diarias excursiones astrales, dormía profundamente desde hacía tres días, con sólo breves espacios de lucidez en vigilia en las cuales apenas pedía para tomar un jarro de jarabe de naranja y un trozo de pan, y se aseguraba que sus hermanas cuidasen al exterior de su completa quietud. Y les decía en todos sus momentos lúcidos:

—La vida y la misión terrestre del Hombre Luz están en grave peligro en los países del hielo, a donde una fuerza poderosa me arrastra, como si alguien que es cosa muy mía me gritase continuamente con desgarradores gritos del alma: ¡Ven, ven! Y sin poderlo remediar voy, porque quiero ir y porque debo ir.

Y los Kobdas videntes, concentrados en el Ánade, veían flotando sobre el puente de mando un ser bellissimo que parecía una antorcha viviente como envuelto en una llamarada de oro y púrpura que parecía teñir el Ánade y el mar de un rosado vivo de amanecer tropical.

Sobre el velero estremecido en su carrera ese ser astral se llamaba Apolón, el numen benéfico de los países del Norte que impulsaba a la soberana de Kiffauser a salvar la vida del Hombre Luz.

“Y en el nido de piedra colgado de una montaña de Corta Agua, en la lejana Mauritania, era una joven Matriarca Kobda que dormía en su banco de reposo, mientras su espíritu fuerte, obrero infatigable del espacio infinito, inyectaba oleadas formidables de energía, llamaradas vívidas de amor, de esperanza y de fe en la joven mujer, piloto del Ánade, que llevaba sobre las olas del mar el enorme peso de una vida de Mesías que remueve toda una humanidad.

Se acercaba el atardecer y los veleros perseguidores no habían conseguido acortar la distancia que les separaba del velero blanco. Cualquiera que no fuera conocedor de las costumbres, modalidades y ritos de aquellos pueblos hubiera supuesto que la Matriarca huyera temerosa de un encuentro que le fuera desventajoso, hubiera pensado que ella se reconocía impotente para afrontar un combate con dos barcos mayores y conteniendo quizá más numerosa tripulación que la suya. Y los que tal pensasen estarían equivocados. Ella corría sobre el mar para dar tiempo a que la noche llegara, y que su autoridad y su poder llegaran a su más alto límite en la mentalidad cargada de ignorancia y supersticiones hechas carne y sangre en las generaciones de aquel tiempo en los países del hielo. Según tales creencias, los dioses superiores bajaban entre los hombres en momentos supremos, cuando las sombras de la noche ennegrecían la tierra.

La misma Walkiria, más preparada y consciente que los demás, íbase creyendo próxima a ser poseída por una fuerza sobre humana que la haría superior a todas las contingencias que le salieran al paso.

Y eran sus fuertes alianzas espirituales que conocían este momento

álgido en su propia evolución relacionada con la vida física del Hombre Luz, que le inyectaban oleadas formidables de energías, de conocimiento pleno y de fe en sí misma.

Y cuando las sombras de la noche se tendieron silenciosas sobre el mar en cuyo oscuro verdor se reflejaban opacamente las estrellas, Walkiria hizo sonar cinco veces su vozquia que era la señal para soltar los remos, para plegar las velas y subir todos a cubierta con antorchas encendidas.

Breves momentos bastaron para que el Ánade blandamente mecido por las olas apareciera como un blanco fantasma coronado de llamas.

Y cuando los veleros perseguidores estuvieron a tiro de flecha, comenzaron a funcionar las bocinas.

– ¿Quiénes sois? – preguntaba el segundo de a bordo, desde el puesto de mando en que a su espalda se hallaba la Matriarca.

– Siervos de Apolón que reclaman justicia en los magos de vestido azul. Entregádnoslos y somos vuestros amigos.

La Matriarca no oyó más, y tomando la antorcha de manos de su grumete subió al balconcillo más alto del puente de mando donde convergía la rojiza luz de todas las antorchas, y con voz que parecía sonido de un metal, dura y resuelta les dijo:

– ¡Hombres insensatos que os llamáis siervos de Apolón y corréis enloquecidos en persecución del velero que conduce la Gran Sacerdotisa de Apolón!... ¿Habéis olvidado que esta investidura y las sombras de la noche me dan poder sobre vuestras vidas y haciendas, sobre vuestras mujeres y vuestros hijos, sobre el agua que bebéis y hasta sobre el musgo que verdea en vuestros campos?

“¡Sabed que los hombres de vestido azul son mis amigos, son mis aliados, son los hijos de Numú, hermano de Apolón! ¡Son los pacificadores de los pueblos, son los educadores de los hombres, son los defensores de los huérfanos, de los ancianos decrepitos, de los leprosos abandonados!

“¿No sabéis lo que es la orfandad, el abandono, la lepra, la miseria, que así buscáis hacer daño a los que buscan curar todos los males de la tierra?

“¡Y si después de lo que habéis oído persistís aún en perseguirles, venid a buscarles y os juro por Apolón que el hacha sagrada en mis manos hará caer una por una vuestras cabezas como fruta podrida a los abismos del mar!

Y con vertiginosa rapidez, los tripulantes del Ánade arrojaron ya apagadas las antorchas y pusieron los arcos tendidos para disparar. Sólo ardía la antorcha de la Matriarca en su mano izquierda mientras su derecha levantaba en alto el hacha sagrada que brillaba con siniestros fulgores a la luz de la rojiza llamarada.

Las tripulaciones de los otros veleros se habían ido hundiendo por las escotillas aterrados de haber merecido las iras de Apolón. Nadie se había figurado que la Gran Sacerdotisa iba a bordo del velero blanco. Por fin, el que mandaba aquella expedición hizo oír su voz temblorosa de emoción:

– ¡Perdonad, oh, Grandeza, nuestra locura! Hemos sido engañados por el hijo del gran sacerdote de los Mingos. Nos aseguraron que esos magos de vestido azul habían enloquecido al joven Serrú y os habían raptado a vos para sus inmundos placeres, que Apolón pedía justicia y que serían galardonados con la dicha en este mundo y en el reino de Apolón los hombres que lograran exterminarles de la faz de la tierra.

– Está bien; quiero creer en vuestras palabras; no usaré mi poder sobre vosotros, pero no os permito volver al puerto de donde habéis salido sino cuando yo vuelva.

“¡Colocaos uno a babor, otro a estribor, rumbo a Gorilandia, a toda marcha!

Una larga clarinada de su voz quia de oro puso en movimiento a las tripulaciones de los tres veleros. La antorcha de la Matriarca seguía ardiendo suspendida de una anilla de bronce en el puente de mando mientras ella tomando de nuevo el timón ponía en movimiento el poderoso cortahielos, y se escuchaba de nuevo el acompasado golpear de los remos sobre las olas del mar.

Llamó al segundo de a bordo y le dio la orden de poner secretamente cuatro vigías de toda confianza para que observaran hasta los menores movimientos en los dos barcos enemigos, pues a pesar de su aparente sumisión no le inspiraban mayor confianza.

Abel y sus compañeros habían terminado su trabajo mental, y el joven Maestro envuelto en su capote de piel, salió de su cámara para rogar a la Matriarca que consintiera en descansar una hora siquiera.

– Matriarca –le dijo–, os vais a matar. ¿No podéis dejar el mando del buque al Capitán mientras vos reposáis unos instantes?

Ella le miró con una serena placidez, llena de encantos y le contestó:

– ¡Soy el Capitán, Príncipe Abel! Cuando sea avisada que nuestros vecinos duermen, bajaré a descansar. No paséis cuidado por mí.

En ese momento Kalina que estaba arrebujaada entre pieles casi a los pies de Walkiria, se le acercó para decirle en voz muy baja:

– Los fantasmas del mar se han metido por entre las velas del barco que viene a babor.

– ¿Otra vez tus visiones del miedo?

– No, Matriarca..., que es la pura verdad; están ahí en el velero ese, rojo y azul.

Y volviéndose Walkiria hacia el sitio en que Abel permanecía de pie, le dijo:

–Hacedme el favor, subid.

Y cuando el joven Kobda estaba en mitad de la escalerilla, se inclinó para decirle sonriendo:

–De los enemigos de carne y hueso, os defiende yo; pero de los fantasmas defendedme vos, pues asegura Kalina que están escondidos en el velero que viene a babor.

–Creedme, Matriarca, que algunos de nuestros videntes les ven también en ese mismo velero. Seguramente viajan allí personas que no os obedecen con gusto, y que quizá traman en secreto un motín nocturno cuando menos lo penséis.

–Y es allí donde va el Capitán –añadió la Matriarca–, pero ese hombre me pareció leal y sincero en sus palabras.

–Puede ser que la tripulación no lo sea y quieran desentenderse de él.

En ese instante salió otro de los Kobdas y dijo a Abel:

–He visitado espiritualmente ese barco, y he visto un hombre amordazado y atado con cordeles en la cámara del Capitán. Si el que manda el barco no es él, señal será que el cautivo es el mismo Capitán. Hay lucha sorda entre la tripulación de ese barco, mientras en el de estribor está todo tranquilo.

–Matriarca –dijo Abel, subiendo un escalón más para hacerse oír en la media voz en que hablaba–. Estad alerta que en ese velero parece que han amarrado en su cámara al Capitán, y hay revuelta entre los marineros.

–¿Cómo lo sabéis? Nuestros vigías observan y nada han avisado.

–Pero este Kobda, vigía espiritual, ha visto lo que no han visto los ojos de vuestros vigías, Matriarca.

–Bien, bien, bajad a vuestra cámara, pero antes llamad a mi segundo y a los marineros de guardia; preparad vuestros arcos y vuestras flechas, armaos de hachas y puñales y esperad mi señal: tres silbos agudos y breves. Estad atentos.

Volvió a salir Abel para avisarle que en la cámara del Capitán, en el barco sospechoso, había ya diez hombres atados y amordazados, algunos heridos de gravedad de puñaladas por la espalda. Los demás se preparaban para asaltar el Ánade a medianoche.

–Gracias, Príncipe Abel –le dijo la Matriarca con serenidad–. Idos a vuestra cámara que con lo que me habéis dicho tengo ya bastante. –Y como viese que Abel permanecía allí, adivinó su deseo de hacerle compañía y volvió su rostro hacia él para decirle con su más dulce voz–:

“Mientras guardo vuestra vida, soy vuestra madre. Obedecedme por favor, que de todos los males me consolaría menos que de vuestra muerte en estos momentos. Y sabéis que es la muerte vuestra lo que buscan esos malvados.

Vio Abel el dolor en aquellos ojos claros que lo miraban y sin decir palabra bajó a su cámara a reunirse con sus hermanos.

Apenas él había desaparecido, la Matriarca mandó iluminar el Ánade con una profusión de antorchas y tomando la bocina hizo oír su voz clara y vibrante dirigida al velero a babor.

–Capitán, me permito invitaros a comer conmigo. Traed vuestros oficiales, si os place.

–El Capitán descansa en su cámara porque no se siente del todo bien. Yo soy su segundo, y los oficiales son éstos. ¡Muchachos, a cubierta!

Unos diez hombres, rodearon al que se había llamado el segundo de a bordo.

–Muy bien; haced presente al Capitán mi invitación mañana cuando se despierte, y ahora venid vosotros.

–Un momento y estamos allí.

El Ánade había casi detenido su marcha y los otros veleros también. Y cuando los once hombres volvían la espalda para bajar a las cámaras a vestirse de gala como lo había hecho suponer, se oyeron los tres silbos breves de la Matriarca y una lluvia de flechas cayó sobre ellos haciéndolos rodar por la cubierta entre imprecaciones y gemidos.

– ¡Así mueren los traidores! –gritó la voz vibrante de la Matriarca–. ¡Mis marineros, al abordaje!

Y veinte escaleras de cuerda cayeron al mar y otros tantos marinos con saltos de tigres, salvaron la corta distancia de un velero al otro, pues la Matriarca al detener la marcha había ido acercando insensiblemente su barco.

–A las bodegas con ellos –ordenó de nuevo la Matriarca– y soltad a los amarrados.

– ¡Gran Sacerdotisa de Apolón! –se oyó por la bocina desde el velero de estribor–.

“Acaban de llegar tres sublevados a hacer campaña entre nosotros que queremos la paz. ¿Qué se hace con ellos?”

– ¡Amarradlos a las bodegas o si no la muerte, antes que la causen a otros! –contestó la Matriarca.

Y de ambos lados del Ánade se levantaba un vocerío infernal. Gritos de dolor, gritos de rabia, maldiciones, juramentos de venganza, aquello era una algarabía terrible que llenaba el alma de espanto. En medio de la confusión se oyó el grito de un vigía del Ánade:

– ¡Témpanos de hielo a babor!... ¡Alerta y aprisa que están sobre nosotros!

Apenas tuvo tiempo el Capitán, que había sido ya desatado con sus hombres fieles para saltar a la popa del Ánade, cuando el témpano alcanzó la popa del velero rebelde haciéndole dar una tremenda cabezada

seguida de un crujido como de algo que se rompe en pedazos. El palo mayor se desplomó con gran estrépito arrastrando hacia popa casi todo el velamen. Y el pobre barco empezó a hundirse.

–Salvad a los amarrados en las bodegas –gritó la Matriarca–, si es posible, sin arriesgar vuestras vidas.

–Ya es tarde, ioh Grandeza!... –contestó el último marino que saltaba al Ánade–, porque nuestro Capitán les ultimó apenas le desatamos.

–Son piratas contratados por el gran sacerdote de los Mingos, que desconfiaba de mí y venían nada más que para vigilar mis actos y matarme en caso de que no obedeciera sus órdenes –añadió el Capitán del barco–. Demasiada honra, ioh, Grandeza! Que el mar les reciba en su seno. Sólo allí no causarán daño alguno.

La Matriarca dio orden de aligerar la marcha y el Ánade partió a toda vela, mientras el barco averiado continuaba hundiéndose lentamente.

– ¡Gracias, Padre Apolón, que traguen las aguas del mar esos malditos fantasmas que me quitan el sueño!... –exclamaba con infantil espontaneidad la pobre Kalina, que tan importante servicio había prestado a los viajeros a costa de los terribles sustos cuando veía los fantasmas del mar.

–Esos no se hunden, muchacha –díjole Abel, que había presenciado sin ser visto la terrible catástrofe y toda la tragedia habida entre ambas embarcaciones.

– ¿Cómo que no se hunden?... –preguntó aterrada la chicuela.

–Tranquilízate que ya no les verás más porque por esta vez, nuestro Apolón les ha vencido –le contestó el joven Maestro.

Y bajando Walkiria a la cubierta, para luego dirigirse a su cámara particular, dijo a Abel:

–Ahora puedo recién descansar.

–Bien lo necesitáis, Matriarca.

–Dentro de breves momentos estoy con vosotros en el comedor. Esperadme –dijo.

Y desapareció por la escotilla seguida de Kalina.

ENTRE EL CIELO Y EL MAR

–Poco tiempo nos queda, Príncipe Abel, para estar cerca uno de otro –decía con tristeza Walkiria, una tarde serena y tibia en que los pasajeros del Ánade tomaban sol sobre cubierta en larga fila, o paseándose de popa a proa.

–Cuando hayáis entrado de lleno en las praderas iluminadas de la gran Ciencia de Dios y de las almas, no repetiréis más esa dolorosa palabra que así lastima vuestro corazón –le contestó Abel, sentándose en el entarimado cubierto de pieles en que la Matriarca se hallaba.

– ¿Es que poseéis también el secreto de salvar las distancias y detener el tiempo?

–El Kobda que llega a serlo de verdad, puede salvar las distancias y puede dominar el tiempo. Dominarlo no es detenerlo.

–Soy rústica, Príncipe Abel, como mis rocas abruptas y heladas, y no llego a comprender esas vuestras palabras...

–No es tal cosa, Matriarca. Decid más bien que en vuestros veinte años no habéis todavía llegado a hojear ese gran libro, que los Kobdas llamamos Ley Eterna, porque no habéis nacido como yo a las puertas de un Santuario Kobda.

“Quería deciros que para nosotros, las distancias desaparecen cuando los fuertes lazos de la afinidad y la simpatía, han llegado a tenderse de un alma a otra alma.

“Por ejemplo, acabáis de decir que nos queda breve tiempo para que estemos cerca, vos y yo.

–Sí, el tiempo que tarde el Ánade en llegar a la costa del mar. ¿No es la verdad, acaso?

–No, Matriarca, y perdonad. ¿Olvidaré yo acaso alguna vez el tiempo que he pasado a vuestro lado recibiendo como lluvia de flores las más nobles y puras manifestaciones de vuestro afecto y amistad?

“¿Olvidaréis vos, por ventura, lo que por causa mía habéis padecido o habéis comprendido, o habéis anhelado, o habéis vislumbrado en un futuro lleno de luz y de amor?

– ¡Oh, no! ¡Eso no! ¡Jamás, jamás podré olvidarlo! –contestó con vehemencia la joven Matriarca.

–Y si vos ni yo podemos olvidarlo, ¿qué es sino la presencia continuada de uno y otro en lo más profundo del alma?

“El día de nuestra llegada a Kiffauser, ante la estatua de Northia, me pedisteis ayuda, ese día que era de gloria o de muerte para vos, yo os

comprendí en vuestro dolor y cuando vuestra glorificación en la Plaza de la Justicia, os comprendí en vuestra confusión primero y en vuestro triunfo después.

“Yo os aseguro que no veréis la estatua de Northia, ni la Plaza de la Justicia, sin ver de nuevo ante vos los mismos cuadros, las mismas imágenes.

“El velo blanco de Matriarca Kobda puesto por mis manos sobre vuestra cabeza, las rosas bermejas de vuestro jardín, vuestra sala de audiencias, los tres libros de la Ley, los pasajes subterráneos de vuestra fortaleza.

“Y este mismo velero que nos conduce sobre las olas, bajo este cielo azul sereno, como el manto del Alma Madre sobre el infinito número de sus hijos... Decidme, Matriarca, ¿no será todo eso la presencia permanente de nosotros mismos en lo más íntimo de nuestro ser? ¿Dónde está, pues, la ausencia, dónde está la separación, dónde está el adiós?...”

– ¡Qué hermosa manera de comprender la vida tenéis vos, Príncipe Abel!... ¡Sabios son los que os llaman el Hombre Luz, porque todo lo llenáis de claridad! Las sombras se diluyen en suaves tintes de amanecer cuando vos las tocáis y las más negras borrascas se transforman en cendales dorados de sol... ¿Qué magia es la de vuestro pensar y sentir, que así me aparecéis no como un hombre sino como una visión?

“¡Es que sois Numú, el dios de los Kobdas y los dioses parecen tener el alma de la inmensidad, que todo lo alcanza, que todo lo posee, que todo lo ve, que todo lo encierra en sí misma! ¡Así sois vos!... ¡Pero así no soy yo!... –y Walkiria entornó sus bellos ojos color de miel y descansó su cabeza echada hacia atrás en la baranda que le servía de respaldo.

– ¡Me entristecéis, Matriarca!... –le dijo Abel en tono de queja–, porque me hacéis ver que mi venida a vuestra tierra ha sido para que encontréis una nueva forma de padecimiento. Y eso no puede agradarme en manera alguna, porque creo comprender en vuestras palabras, que no podéis sentir la presencia de los seres amados en el vivo recuerdo que de ellos se os ofrece permanente y continuado. ¿Es así?

–Sí, es así, y será así mientras no aprenda yo esa ciencia maravillosa que os hace salvar la distancia y dominar el tiempo.

–Decidme, Matriarca, ¿os creíais más feliz antes de nuestra llegada al país de los hielos?

–No, porque me creía sola en medio de una inmensa soledad. Me creía enfermar de una extraña locura que me llevaba a desear, a sentir y a pensar de muy diferente manera que los demás. Incomprendida por la mujer de mi tierra y mal comprendida por los hombres, ¿qué era yo antes de vuestra llegada sino una planta exótica, un ser sin reflejo de semejanza en nada y en nadie?

– ¿Y ahora, Matriarca?...

– ¡Oh, ahora, Príncipe Abel! He comprendido a la luz de vuestra antorcha, por qué no soy comprendida de las mujeres y soy mal comprendida por los hombres; y por qué soy planta exótica en mi propio país y por qué no encuentro seres que se me parezcan.

–Y lo comprenderéis mucho más a medida que vayáis avanzando por esos senderillos iluminados de sol que abundan en esa divina pradera que llamamos Ciencia de Dios y de los mundos, de las almas y de las cosas.

–Una sola cosa no puedo comprender, ni sentir, ni retenerla aquí dentro de mí y es esa dulce y plácida serenidad con que vos miráis la separación de los seres amados aunque sepáis que es para siempre..., para toda la vida. ¡Oh, creedme! Siento un gran dolor de ver como este barco se acerca momento a momento a esa costa que vemos ya como una línea oscura en nuestro horizonte; y de pensar que allí os debo dejar para no volveros a ver más, para toda la vida... ¡para siempre!

“¿Cómo hacéis vos para no sentir el terror de ese helado para siempre?”

–Destruyéndolo, sencillamente.

– ¡Destruirle! Pero, ¿cómo destruirle si existe, si es real, si llega..., si ya está casi a la vista?

–Mirad, Matriarca: habéis vestido la túnica azul y el velo blanco de los Kobdas, pero no es la túnica ni el velo lo que hace al Kobda, sino la plenitud del Conocimiento y la plenitud del Amor. Cuando regreséis a Kiffauser encontraréis quizá las Instructoras que habéis pedido al Santuario del Mar Caspio, y ellas, más que yo, os enseñarán el secreto de dominar todas las cosas y no que ellas nos dominen y nos subyuguen.

“Si yo os dijera que me podéis ver, oír y sentir, aun cuando mi ser físico está en otro continente, ¿persistiríais en decir que la ausencia es para siempre, para toda la vida?”

– ¡Oh, entonces no, claro está que no! –respondió la Matriarca con su faz iluminada por la esperanza.

–Pues bien; reuníos todos los días al atardecer, con los dos Kobdas que han quedado en Kiffauser y con las Instructoras cuando lleguen, en el Recibidor de Apolón, pensad fuertemente en las rosas bermejas que juntos recogimos y deshojamos, como símbolo de nuestros conjuntos sacrificios y renunciamientos, y yo os prometo en nombre de Dios, que me veréis, me escucharéis y me sentiréis ayudándoos a subir aquel largo y penoso camino de la cumbre de que otra vez hemos hablado largamente vos y yo. ¿No es esto destruir ese helado “para siempre” que tanto terror os causa?

– ¿Pero es verdad que puede realizarse tal maravilla? ¿No lo decís para atenuar la amargura que me causará vuestro adiós?

– ¡Es verdad, toda la verdad! Pero no es ninguna maravilla, ni prodigio, sino sólo el uso de fuerzas existentes en el espacio infinito, fuerzas desconocidas de la mayoría de los hombres; fuerzas que estudiamos y utilizamos los Kobdas para extender más y más las redes divinas de la solidaridad, de la fraternidad y del amor entre todas las almas que pueblan todos los mundos.

– ¿Y por qué vosotros no participáis a todos los hombres de ese sublime conocimiento que tan grandes y fuertes os hacen?

– Porque son muy pocos los hombres que quieren de verdad ponerse en condiciones de utilizar esas fuerzas, ante las cuales no basta decir *yo quiero*, sino *yo puedo*.

– ¿Y puedo saber cuándo llega el hombre a decir: *yo puedo*?

– Vos lo podéis saber, y lo debéis saber desde que estáis decidida a ser Kobda como nosotros. En primer lugar el ser inteligente debe estudiar su propia personalidad y analizar las facultades espirituales que trae desde otras vidas lejanas. Vuestra graciosa grumete Kalina, tiene la facultad de ver los seres invisibles atrasados, porque hay en su ayer cosas que la vinculan a ellos y de los cuales ha quedado desligada en este momento. Si la ponéis cerca de las Instructoras Kobdas tendréis un excelente sujeto vidente que me ayudará grandemente a cumplir mi promesa que os acabo de hacer, de que me veréis aunque yo esté a larga distancia.

– ¿Y yo no puedo tener esa facultad de veros por mí misma, sin la cooperación de otros?

– Por el momento no, Matriarca.

– ¡Oh!..., entonces es bien triste mi suerte.

– Esperad, os lo explicaré.

“Os digo que no, por el momento, porque en la hora actual vos estáis consolidando todo un vasto país que, hasta ahora, estuvo envuelto en la llamarada de la discordia y de las guerras civiles.

“Y sería quizá la ruina de vuestros pueblos si se despertase en vos la sutilísima sensibilidad que debe tener un sujeto apropiado para las manifestaciones suprafísicas.

“Esa gran sensibilidad, os impediría ser el arrojado General en Jefe de fuerzas armadas que necesariamente han de contener el desorden de pueblos todavía nuevos, en los cuales no hay todavía la clara comprensión de los derechos y los deberes.

“En los días que os he tratado, he podido comprender que en lo más hondo de vuestro ser, vibra suavemente esa fibra sutil de la sensibilidad que más de una vez os ha hecho casi adivinar mi pensamiento.

“Vuestro cerebro es un poderoso caza ondas, pero duerme y debe dormir otro tiempo más hasta que vuestros pueblos entren en un período de calma y estabilidad, o hasta que la Eterna Ley haga surgir junto

a vos, un hombre que os pueda reemplazar con ventaja en vuestras complicadas funciones de gobernante de pueblos.

– ¿Queréis decirme que debo tomar esposo?

– Si os encontráis frente al ser que sea vuestra alma gemela, os diría que sí; pero éste es un asunto que el tiempo decidirá. ¡Es tan infinitamente fecunda en combinaciones llenas de sabiduría la Eterna Ley, que va llevando a los seres al cumplimiento de sus destinos! ¿Por qué fatigarnos por el futuro? Lo que debe ser, será y para nuestra felicidad, siempre que no abandonemos el camino verdadero por uno equivocado y falso.

– ¿Y en qué conoceré que el ser así encontrado es mi alma gemela destinado a compartir conmigo la vida?

– Lo primero, en que vos le amaréis con un grande amor decidido y fuerte que no os dejará punto de sosiego hasta que hayáis enlazado como dulce cadena vuestras vidas. En segundo lugar, lo conoceréis en la semejanza de gustos, de anhelos, de aspiraciones; en la igualdad de sentir y de pensar, en la armonía que se establecerá de inmediato a pesar de las diferencias de carácter, de educación y de costumbres que puede haber por las diversas contingencias de países, de climas y de razas.

– Os creo absolutamente en todo, pero os puedo decir con toda verdad que no tengo ni el deseo, ni siquiera la idea de tomar compañero de mi vida en la forma de un esposo común. En cambio, las bellas y nobles amistades o alianzas que se comprenden y se aman, pero dejándose mutuamente su independencia y su libertad, eso sí que me atrae grandemente. Por ejemplo, mi amistad y alianza, con vos, ¿no es una inefable belleza por su desinterés, por su altruismo, por la sutileza de la comprensión y de la afinidad?

– ¡Oh, sin duda, Matriarca, que es una de las flores más bellas que pueden abrirse en una esfera tan inferior como esta tierra!

La Matriarca meditaba silenciosa.

– ¡Ya está, todo resuelto! –dijo de pronto, con el rostro iluminado de dicha–. Vos me buscaréis en vuestros Santuarios, uno, dos o tres hombres que me comprendan y me amen, que quieran venir a mi país para formar un Consejo Supremo de Gobierno en el cual pueda yo plenamente descansar. ¿Qué os parece?

– Nada os prometo por el momento, pero me ocuparé de ello con nuestro Kobda Rey, que es la prudencia y la discreción, y os lo avisaré oportunamente.

– Entonces yo podré entregarme de lleno a desarrollar esa fuerza oculta que me permitirá ver, oír y sentir las infinitas bellezas de ese otro plano que no se ve con los ojos del cuerpo. ¿Habíais adivinado cual era mi fin?

– ¡Desde el primer momento! ¡Es tan grande vuestra ansiedad por

lo infinito y por eso lo tendréis en tal abundancia como de verdad lo deseáis!

–Y decidme, Príncipe, ¿hasta dónde se llega andando siempre adelante por ese sendero de magnificencia y esplendor?

–Digamos más bien sendero de sacrificios y de abnegación, Matriarca, porque el esplendor y la magnificencia que vislumbráis son en su mayor parte conquista del espíritu, toda vez que es necesario someterse a leyes ineludibles para conseguir entrar al país encantado. Esta es la razón porque los Kobdas no podemos derramar con profusión en esta tierra estos elevados conocimientos. Sabéis ya que el hombre es un compuesto de espíritu y de materia, y que ambos elementos están sujetos a leyes perfectísimas y exactas hasta lo sumo. Si la materia traspasa esas leyes enferma, se desequilibra, sufre tormentos y muere.

“Y si el espíritu traspasa esas leyes enferma también, languidece en la inercia o se agita con tan loca inquietud que buscando lo que nunca encuentra se precipita por equivocados caminos, padeciendo horribles torturas, causando daños sin cuento, retardándose en su evolución hasta que logra volver por fin a su verdadero camino.

“Bien comprenderéis que no es cosa fácil en el plano terrestre mantener un perfecto equilibrio entre el espíritu y la materia, dos entidades completamente diferentes y destinadas, no obstante, a mantenerse estrechamente unidas por vínculos que sólo rompe la muerte. El espíritu, chispa divina emanada de la Eterna Energía, quiere seguir el impulso de crecer, de expandirse, de dilatarse en el infinito espacio de que se sabe dueño y señor, y ¡ay de él!, si la materia que le fue dada como medio de desarrollar sus actividades en el plano físico, llega a subyugarle y dominarle. Y esto es lo que, por desgracia, sucede más comúnmente”.

– ¿Entonces la perfección del hombre estaría en que la materia esté sometida al espíritu? –preguntó la Matriarca.

–Justamente y que ni el uno ni el otro traspasen las leyes inamovibles que les están marcadas desde toda la Eternidad. Pero ya sabéis: el hombre es consciente del mal que hace y no obstante, lo hace.

“Pues para poner el ser en condiciones de utilizar con ventaja y con éxito las grandes fuerzas ocultas en el insondable espacio que nos envuelve, es de todo punto necesario el perfecto equilibrio entre el espíritu y la materia, y que cada uno de estos dos elementos constituyentes del hombre, estén encuadrados dentro de su propia ley. Y conseguir esto, significa todo el trabajo que se hace en nuestros Santuarios Kobdas.

– ¿Comprendéis, Matriarca?

– ¡Comprendo, oh, sí, comprendo la grande obra educadora que realizáis, y comprendo el secreto de vuestros poderes que nos parecen

mágicos! ¡Y el éxito de vuestras obras que nos resultan maravillosas! Pero ¡cuán difícil es llegar a lo que vosotros habéis llegado!

–Mil doscientos veinticinco años tiene ya nuestra escuela de perfección humana terrestre, y ya veis: los Kobdas no llegamos a tres mil, y sólo hemos conseguido hacer comprender la justicia y el amor en una tercera parte de la humanidad actual.

– ¡Oh, qué grandes sois vosotros, los hombres de vestido azul!... ¡A vuestro lado parecemos moluscos apiñados entre el musgo de las rocas!

–No os hagáis ilusiones, Matriarca, pensando que los Kobdas somos hombres perfectos. Buscamos con grandes ansias llegar a serlo; pero la Eterna Bondad es amor y es piedad infinita, y compensa con creces esos sinceros deseos, esos trabajos, esa lucha heroica a veces, para acallar las exigencias del egoísmo, de la sensualidad, y en fin, de todas las bajas pasiones que aúllan como fieras hambrientas en nuestro yo inferior.

– ¿Y os parece que yo podría llegar a conseguir esa perfección que vosotros buscáis?

–Y, ¿por qué no? Vos con mayor facilidad que otros porque sois ya un espíritu viejo y tenéis una idea muy clara de la justicia y del bien, a los cuales buscáis y amáis por natural inclinación.

“Sois, pues, una piedra preciosa ya pulimentada, y a la cual sólo falta engarzarle en la bóveda de ámbar donde van a buscar el Amor y la Verdad los seres de esta tierra.

– ¿Y no seréis vos el artífice que engarce esta piedrecilla en el sitio que le corresponde? –preguntó sonriendo Walkiria.

–No, Matriarca, seréis vos misma cuando dentro de poco, a la luz de la Divina Sabiduría que vais a beber, lleguéis a comprender los caminos de Dios para las humanidades y para las almas, y el porqué de todas las cosas. Un inmenso amor y una piedad mayor aún, se despertará en vos hacia todos los seres, y entonces desearéis refundiros y diluirlos en el Alma Madre, en el Eterno Amor, para amar con amor eterno, infinito, a todos los seres que os fueron confiados como en tutela para ayudarles a levantarse de sus cenagosos caminos.

–Así es como amáis vos. ¡Oh, Príncipe Abel! ¡Porque yo siento como fluye de vos algo así como un perfume de suave ternura, un efluvio de amor piadoso, suave, inmenso, más que este mar que duerme a nuestros pies y más que este cielo de zafiro en que va tendiendo el sol poniente sus velos de púrpura y oro!... ¡Oh! ¡Si supierais como vibra en mi ser la inefable melodía que canta incesantemente vuestra alma de Dios!...

–Dioses, nacidos de Dios somos todos, Matriarca, con la única diferencia que unos hemos nacido primero del Infinito Corazón y antes hemos de refundirnos en Él.

–Y cuando os hayáis sumergido en ese algo infinito, que llamáis Corazón, y que me figuro como una ilimitada inmensidad de luz, de serenidad y de armonía, ¿qué harán los seres que a vos os fueron dados un día en tutela como acabáis de decir?

–Cuando los seres traspasan la etapa final de su evolución y llegan a refundirse en la Eterna Energía que es Vida y Amor, están por eso mismo en todo cuanto vive y ama en el inconmensurable Universo, y pueden percibir con perfecta claridad hasta la más imperceptible vibración de amor de todos los seres que les están unidos por leyes de afinidad y por alianzas particulares.

“Los grandes amores, Matriarca, no terminan jamás, y el eterno rodar de los siglos y de las edades no hace más que engrandecerlos y fortificarlos.

“Desaparecen las civilizaciones, las grandes metrópolis se reducen a polvo encima del cual crece el musgo como manto piadoso que cubre esas tumbas milenarias.

“Los continentes se hundan bajo los mares, las estrellas y los soles corren por la inmensidad conduciendo millares de humanidades, y cuando han llegado a la decrepitud, se destruyen, su materia se disgrega, son flores marchitas y secas...

“Sólo queda su aura astral como niebla luminosa en los abismos siderales; ¡pero el amor de los que se aman, no se disgrega, ni perece!... ¡Para él no hay decrepitud, ni vejez, ni muerte!..., ¡porque el amor es la Inmortalidad, es la Luz Infinita..., es la Vida Eterna y perdurable! ¡No cambia ni varía sino para engrandecerse!...

¡Un suave silencio de éxtasis y arrobamiento pareció embargarles por completo y del cual vino a sacarles el prelude del himno al sol de ocaso que los laúdes de los Kobdas desgranaban como perlas de cristal en la serenidad de la tarde opalina!...

Y desbordando sus almas de ternura, repitieron las estrofas como empapadas de llanto:

*“Y llora el alma cual la tarde llora
Y suelta al viento su doliente voz
Cuando ve que en el mar de lo Infinito
Se va el Amado sin decirle ¡adiós!”*

* * *

A la mañana siguiente, casi al llegar al mediodía, el Ánade anclaba en el puerto de Gorilandia.

Una numerosa delegación escoltada de arqueros y de lanceros esperaba

a los representantes de la Gran Alianza, pues el pabellón de Kiffauser había sido visto mucho antes de la llegada del barco.

Y Walkiria les esperó sobre cubierta ataviada con las vestiduras es-carlata y oro de Gran Sacerdotisa de Apolón.

–Soy la nieta del Gran Serrú, el inolvidable Lugal Marada que fue hasta la muerte vuestro aliado y protector...

Una inmensa aclamación ahogó sus palabras:

– ¡Viva eternamente la hija del Gran Serrú, la hija de Northia!... ¡La mujer salvadora de sus pueblos..., la que ha encarnado en sí misma la gloria y nobleza de sus antepasados!

– ¡Gracias, gracias, amigos de Kiffauser, amigos de Lugal Marada..., amigos de Northia..., amigos del Doncel de bronce..., amigos de Walkiria..., gracias!

“¡Acercaos aquí los que representáis la más alta autoridad del país, porque es a vosotros a quienes únicamente puedo entregar el sagrado depósito que me han hecho los dioses benéficos de nuestros países hermanos!

Una veintena de hombres de edad madura subieron a bordo del Ánade. Y el más anciano dijo:

–Somos los jefes de las tribus que han permanecido fieles a nuestro Cherú asesinado por los revoltosos.

Entonces Walkiria tomó a Abel de la mano para presentarlo.

–Aquí tenéis –les dijo–, al ilustre hijo y representante del Gran Rey de las Naciones Unidas. No he confiado sino en Apolón y en mí misma para conducirlo hasta aquí, pues los malvados Mingos quieren su muerte. Jurad a Apolón en mi presencia que guardaréis su vida como guardáis las vuestras.

–Lo juramos –respondieron todos, poniendo la diestra sobre el pecho acorazado de mallas de plata y piedras preciosas. Y la Matriarca añadió:

– ¡La Gran Sacerdotisa de Apolón, nuestro dios que flota en los rayos de este sol que nos alumbrá, os entrega al Príncipe Abel que no sólo es la representación viva del Gran Rey de las Naciones de dos Continentes, sino también la encarnación de Numú, Dios de los Kobdas, que ha bajado a la tierra para dar la paz a los hombres!

Una oleada de rubor cubrió la blanca frente de Abel mientras tendía sus manos, según la costumbre, para que pusieran sobre ellas las suyas todos aquellos a quienes era presentado de tan solemne manera.

Pero le vieron demasiado grande a través de las palabras de Walkiria y acaso porque la dulce majestad del Hombre-Dios, les subyugó desde el primer momento. No se juzgaron dignos de estrechar aquellas blancas manos de lirio que se tendían hacia ellos sino que doblando una rodilla en tierra, fueron dejando en aquellas blancas palmas temblorosas, besos

mudos y reverentes, como lo hubieran hecho con un amado soberano que les colmara de bienes.

La emoción de todos era visible pero la de Walkiria desbordaba de sus ojos empañados de lágrimas y de la intensa palidez de su rostro que parecía una rosa blanca entre gasas de púrpura.

Y cuando Abel le tendió sus manos para despedirse, al igual de los ancianos jefes de Tracia, se quitó el casco de oro, dobló una rodilla en tierra y las besó con fervor. Abel las apartó para colocarlas sobre aquella rubia cabeza inclinada ante él, y le dijo con la voz entrecortada por la emoción:

–Para mí sois la Matriarca Kobda, mi dulce hermana y me despido de vos como se despiden los Kobdas: ¡Hasta luego!...

Dejó sobre aquella pálida frente el beso fraternal de los Kobdas, y sin volver la cabeza bajó corriendo por la escalerilla. Sus hermanos lo imitaron, y los ancianos bajaron en seguimiento de ellos.

Walkiria hizo sonar un largo silbo de su vozquia que en su propio corazón resonó como un lamento y se hundió por la escotilla de su cámara seguida siempre de Kalina que lloraba como el día que vio morir a su madre. Aquel silbido como un lamento era la orden de partir. Y el Ánade estremecido por el violento desplegarse de las velas, el ruidoso correr de las amarras del ancla, y el movimiento en conjunto de sesenta remos castigando las aguas, emprendió su vuelo de regreso con una velocidad que espantaba.

Y Walkiria semitendida en su lecho como si un gran agotamiento la hubiese invadido de pronto, decía a media voz:

– ¡Huye!... ¡Huye, Ánade mío, para que el viento que hincha tus velas lleven hasta lo infinito los pétalos de las rosas bermejas que deshojo este día!...

Al mismo tiempo decía Abel, mirando desde la orilla alejarse el velero de la Matriarca:

– ¡Ánade, cómo huyes! ¡No sé cuál corre más, si ella en su camino eterno o tú sobre las olas del mar!

Y mirando alejarse el velero, sintió que unos brazos robustos lo obligaban suavemente a sentarse en un estrado con ruedas, cubierto de pieles y con dosel de púrpura bordado de oro.

– ¡Ah!..., ¡es verdad que represento a un Gran Rey!... –murmuró en voz baja, dejándose conducir por numerosa escolta, y entre cantares y músicas que atronaban los aires.

Mientras tanto Kalina hacía guardia permanente en la cámara de la Matriarca que permaneció en aquella laxitud hasta las primeras horas de la tarde. Se vistió la túnica azulada y el velo blanco, y como vio los ojos asombrados de Kalina, le dijo sonriendo:

– ¿Te asustas porque no ves ya la Sacerdotisa de Apolón?

– ¡No, Grandeza..., me asusto porque no veo ya al Capitán!... Y si vos no sois ya Capitán, tampoco yo soy grumete.

– ¡Tienes razón!... –le dijo, sacándole ella misma el gorro y arrojándolo sobre el estrado–.

“Ahora no soy más que la Matriarca Walkiria y tú, mi doncella de honor. Ve al guardarropa y vístete. –Y diciendo así pasó ella a la cámara que ocupara Abel durante la travesía, y a la cual no había vuelto a ver desde la noche aquella, víspera del embarque en Kiffauser, cuando acompañada del viejo Guardián de Navíos revistaba el velero blanco para cerciorarse de que todo estaba como lo había mandado.

Volvía pues a contemplar aquel precioso y tibio nido cuando la mística alondra había volado. De pie en el centro de la cámara miraba detenidamente todas las cosas, y su pensamiento iba cantando un monólogo mudo que traducido a palabras humanas era todo un poema de arrobamiento y de adoración

– ¡El estrado de almohadones en que descansó durante las horas de sueño!... ¡Vosotros debéis saber de sus angustias y dolores, porque aunque es un dios encarnado, parece que sus penas deben ser más grandes y profundas que las de los hombres!...

“¡La ventanilla por donde sus ojos han tendido la mirada sobre alta mar que soportaba su grandeza de dios hecho hombre y hacia ese cielo azul buscando entre millares la radiante estrella de donde bajara un día a dar luz a los hombres traidores, pérfidos..., miserables!...

“¡El vaso de plata en que ha bebido y la mesilla en que había apoyado sus brazos para meditar y pensar esos luminosos pensamientos suyos que son como ángeles que pasan bendiciendo a los hombres!...

“¡Y por fin los lirios blancos ya marchitos en todas las ánforas y las rosas bermejas, lacias pero vivas aún como si me hubiesen esperado para acabar de morir en mis manos!...

Y acercándose, con pasos lentos y suaves, fue recogiendo una por una aquellas lacias corolas bermejas y poniéndolas en el vaso de plata que casi lleno de agua, estaba sobre la mesa, continuó el monólogo mudo de sus pensamientos:

– ¡Esta agua es el resto de la última vez que ha bebido! Sus labios de dios la han tocado. Su aliento de dios la ha vitalizado, y el perfume de estas rosas bermejas que habrán acariciado sus manos de dios, transforman esta agua en un elixir maravilloso. Con el reflejo de los rojos pétalos, se torna roja también... ¡Parece que fuera un vaso de sangre!... ¡Sangre de los sacrificios de un dios hecho hombre!... ¡Sangre de un corazón de mujer inmolado para siempre al amor de un hombre que es un dios!...

Y bebió con avidez el agua de aquel vaso quedando sólo en el fondo

las rosas mustias que al contacto del agua parecían querer revivir de nuevo...

Kalina que volvía, la encontró aún con el vaso en la mano.

–Matriarca, ¡qué hacéis!..., ¡bebéis sangre!

–No, bebo agua de rosas bermejas que da nuevas energías a las almas que desmayan. ¡Y la mía había desmayado tanto!...

Y Walkiria que iba tornándose más y más pálida, mientras miraba las rosas mustias en el fondo del vaso, se dejó caer suavemente sobre el estrado que estaba a su espalda.

Las rosas bermejas se esparcieron a sus pies y el vaso de plata cayó sin ruido sobre las rizadas lanas de una inmensa piel de carnero que cubría el pavimento.

Y cuando los espléndidos ojos claros de la Matriarca se cerraron dominados por una mortal languidez, la pobre Kalina cayó de rodillas a sus pies, besando aquellas blancas manos heladas mientras le decía en una suprema plegaria:

– ¡No os muráis, por piedad, Matriarca!..., ¿qué será de vuestra madre, de vuestras hermanas..., de vuestro pueblo..., de vuestros jefes guerreros..., de todos los huérfanos..., de todos nosotros?

“¡Matriarca!... ¡No os muráis, por Apolón y por Northia!... ¡No os muráis! ¡El agua de estas rosas os ha envenenado!..., ¡y decíais que os iban a dar nuevas energías!... ¡Oh, Príncipe Abel! ¡La alegría de su vida se fue con vos!... ¡Volved, volved, puesto que eres un dios!... ¡Los dioses vuelan en el aire..., salen entre las olas del mar!..., ¡entre las nubes blanquecinas y de los rayos del sol!... ¡Príncipe Abel!..., ¿acaso no veis que se muere?...

Apenas había terminado estas quejas dolientes y angustiosas, cuando Kalina vio entre asombrada y dichosa, que el joven Kobda, de pie entre la mesita y el estrado, miraba a la Matriarca con inefable ternura, mientras agitaba suavemente las manos como si fueran alas de paloma que quisieran volar...

Y comprendió que Abel le decía:

–“Kalina, necesito de ti para que quiera vivir la Matriarca”. –La muchacha no oyó más y un pesado sopor cerró sus ojos y su cabeza quedó apoyada sobre las rodillas de Walkiria, que a los pocos momentos volvió en sí del desmayo que había sufrido. Vio a Abel de pie ante ella y con el asombro pintado en el semblante trató de incorporarse sin conseguirlo. Quiso hablar, mas la palabra moría en su garganta.

Sus expresivos y bellísimos ojos interrogaban..., preguntaban..., inquirían...

– “¿Cómo estáis aquí?”

Y la hermosa visión, flor divina de amor y de piedad le contestaba con la voz sin ruido de las apariciones astrales:

“– ¿No os prometí que me veríais no obstante la distancia que nos separa? ¿Por qué queréis morir si vuestra ley os marca la vida, todavía para mucho tiempo? ¿No decíais que queríais llegar de un vuelo a la cumbre? Vivid pues y llegaréis... ¡Vivid con amor, con esperanza, y con fe en el Supremo Ideal que nos une y pensad en todos los momentos de vuestra vida que los que se aman no tienen ausencia, no tienen olvido, no tienen adiós!”

Las manos intangibles de la visión se apoyaron sobre la frente pálida y fría de la Matriarca que sintió como el roce suavísimo de una frescura acariciante y sin poder articular ni una sola palabra, vio como la amada imagen se iba diluyendo en el éter luminoso con transparencias cada vez más sutiles...

Hubiera querido ella recoger aquellos cendales, aquellos copos de gasas que se esfumaban, aquellas partículas que se iban desintegrando lentamente. Y cuando sólo quedaba ya de la visión el recuerdo como una luz en sus pupilas, pudo recién exclamar uniendo sus manos en una intensa evocación:

– ¡Príncipe Abel!..., ¡hombre y dios! ¡Sólo vos podéis vencer la pequeñez humana para decir que *“aquellos que se aman no tienen ausencia, no tienen olvido, no tienen adiós!”*

Una suave lluvia de lágrimas dulces de amor y de dicha, inundó sus ojos y refrescó su corazón. Y cuando Kalina se despertó anunciando que había soñado con el Príncipe Abel, oyó que Walkiria decía:

– ¡Qué grande y eterno es un amor sin ausencia, sin olvido y sin adiós! ¡Es como la inmensidad que está en todas partes! ¡Es como la eternidad que nunca muere! ¡Es como el Gran Dios de los dioses, cuya Vida Eterna es amar indefinidamente!...

169

LA MATRIARCA DESCANSA

Al manifestar Walkiria, antes de abandonar Kiffauser, que necesitaba descansar varios días, ya comprenderá el lector que había impartido todas las órdenes necesarias a sus Consejeros y a sus jefes de guerra; que había dado detalladas instrucciones a su Anciano tío y primer Consejero de gobierno, igualmente que a su madre, para que pudieran desenvolverse hasta su regreso sin que trascendiera fuera de la fortaleza su ausencia de la Capital.

“La Matriarca descansa” decían con sigilosa voz Consejeros, guerreros, guardias y servidores en la vieja ciudad de piedra, ribereña del Ponto Euxino. Y a la verdad que bien lo merecía después de catorce

lunas de luchas continuadas y de un desgaste tan formidable de energías que todos, absolutamente, estaban de acuerdo en que aquel organismo femenino debía ser con toda verdad de bronce para haber resistido tan espantosa borrasca.

Más esmero en la vigilancia, ponían los guardias y centinelas, y los jefes de guerra hacían turno sin interrupción para mantener alerta y en perfecto orden sus ejércitos, en forma de no ser sorprendidos por ningún levantamiento armado que pudiera venir del exterior.

El Príncipe Erick había entrado en el período de convalecencia, y el Anciano Kobda Muref había conseguido con su prudente discreción, suavizar el resentimiento de los médicos del Cherú, por la preferencia que diera la Matriarca a los procedimientos quirúrgicos de los Kobdas, los cuales viendo ya fuera de peligro al enfermo, aunque sin descuidarle por completo, le dejaban con sus médicos de cabecera.

Y Kaíno aprovechaba también las horas que el turno le dejaba libre para dedicarse a sus asuntos particulares, pues no habrá olvidado el lector que el principal motivo de su viaje al norte había sido para que se encontrase con su padre, el menor de los hijos de Etchebea, aquel desventurado Caudillo del país de Nairi.

El anciano Muref, a quien había sido especialmente encomendado como a un celoso tutor, tenía en su poder todos los documentos que arrojaban viva luz sobre el origen del hijo adoptivo de Adamú y Evana. Y tales documentos prolijamente enrollados entre un tubo de cobre, absorbían por completo a Kaíno cuando en compañía de su tutor se entregaba a la tarea de estudiarlos.

Sobre todo el relato grabado en papiro por su propio padre en el destierro y la esclavitud era algo que no podía leer Kaíno, sin sentir las más profundas emociones. El amor, la compasión, el odio, el deseo de venganza, todos estos encontrados sentimientos parecían formar un torbellino en su mente hasta que el anciano Muref con el suave bálsamo de su palabra le llevaba de nuevo a la serenidad y a la calma. Los martirios y persecuciones que había sufrido su pobre madre hasta la muerte por causa de Droith, primera esposa de su padre, era algo que lo sacaba de quicio.

—Ahora, sólo piensa en ser feliz reconstruyendo tu vida —le decía su afable tutor—. No debe tardar en llegar la caravana que traerá a tu padre, puesto que apenas llegados a Kiffauser, se mandó la suma que en oro y plata exigía su amo como rescate.

—Pero decíme, ¿tengo o no derecho sobre el país de Nairi que fue dominio de Etchebea?

—Los habríais tenido, hijo mío, si no hubierais huido de La Paz para enredarte con tanto desatino y locuras como has hecho. Pero, como

el obrar bien puede borrar todo un pasado borrascoso y equivocado, de tu conducta en adelante dependerá tu porvenir. Eres muy joven y tienes tiempo para dar a comprender a quienes conocieron tus extravíos, que hoy eres un hombre nuevo, como nuevo será el nombre con que te presentarás en el escenario de la vida.

–Aktrión de Nairi, el nombre que fue mío al nacer y del cual he tenido conocimiento a los veintiséis años de la vida. ¡Parece mentira que no me lo dijieran antes!

– ¡Volvemos a lo mismo!... Pero, hijo mío..., ¡estás rodeado de la Bondad Divina por todas partes! ¡Y no lo ves, ni lo sientes! ¿Y tienes aún el valor de quejarte? Esto sí que parece mentira, Kaíno. ¿Cómo habrían de decirte tu nombre, si no lo sabían?

“Estas anotaciones hechas por nuestro hermano Dhabes, dicen que, cuando fue sacado del Éufrates el cadáver de tu madre ya en estado de descomposición, se le encontró atada a la cintura, a ras de la piel, una cinta de cobre en que había un extraño grabado que no comprendían, pero que tiempo después fue traducido y se vio que decía: “Irma de Shivara, segunda esposa del Príncipe Aktrión de Nairi, hijo de Etchebea. Mi hijo se llama como su padre”.

“Pero todo esto nada hubiera significado en el descubrimiento de tu origen pues que los Kobdas misioneros que sacaron el cadáver ignoraban que en la caverna del país de Ethea se encontraba refugiado el hijo de aquella mujer. La relación existente entre aquel cadáver y tú, se ha descubierto años después, o sea, cuando tú no estabas ya en La Paz.

“Unidos los relatos de Adamú y Evana a este respecto, con los papiros y carpetas encontrados por Iber y Selyman en Nairi, fueron arrojando luz sobre este asunto, hasta que los Kobdas, hermanos de tu padre, que residían en Neghadá, y dos de los cuales están en La Paz, dieron a Dhabes las últimas comprobaciones sobre cual de los hijos de Etchebea fue el esposo de aquella mujer perseguida por Droith y que huyó hacia su tierra natal.

–Y este papiro grabado en lengua Cuschita que no comprendo, ¿se puede saber de qué trata? –preguntó el joven a su tutor.

–Para que tú lo sepas ha sido aquí colocado... Esto se refiere a las informaciones que fueron mandadas desde Shivara, ciudad natal de tu madre, y aquí está la traducción de ese grabado y dice así: “El anciano Caudillo de Gahanna dejó la vida terrestre cuando recién se había fundado la Gran Alianza y fue uno de los ochenta Caudillos de los países de Ur Bau que primeramente eligieron por Jefe Supremo a nuestro Kobda Rey, que entonces sólo era Chalit de Zoan. Tenía dicho Caudillo veintitrés esposas, la segunda de las cuales, hija del Príncipe de Shivara, le llevó en dote este pequeño país. De su segunda esposa tuvo dos hijos: Dathan

e Irma, los cuales a la muerte del anciano Caudillo, se establecieron en Shivara con su madre originaria de aquel país.

“Dathan es el actual príncipe de Shivara que conoció a nuestro hermano Abel en su primera misión, y que está actualmente casado con una hija de Ismakú, Caudillo de Babel.

“La hija mujer, Irma, fue tomada como primera esposa por un hijo de Etchebea, caudillo de Nairi, el cual más tarde hastiado de ella a causa, según decía, de su carácter hosco y taciturno, la relegó a segunda categoría y tomó a Droith, hermosa mujer de las orillas del Río Kura.

“Irma tenía un niño de veinte lunas, que Droith quería hacer desaparecer temerosa de que el grande amor que su padre le profesaba, fuera causa de verse postergada ella que no tenía ningún hijo.

“Tan duramente persiguió a Irma para quitarle aquel niño, y tanto dominio llegó a tener la extranjera en el viejo hogar de Etchebea, que la pobre madre huyó con su hijo hacia su tierra natal.

“Siguiendo para ello las orillas del Éufrates que pasaba junto a las puertas de Shivara, donde contaba con la protección de su madre y de su hermano Dathan. Como a Shivara nunca llegó se supuso que había muerto en el largo viaje”.

– ¡De modo –dijo Kaíno–, que tengo una numerosa parentela en las regiones del Éufrates con grandes derechos a reclamar, y andaba corriendo como un loco en busca de un nombre, y de un pedazo de tierra para cubrir mis huesos!...

–La fiebre de la conquista y de la grandeza traes de siglos atrás, hijo mío, y ellas te han hecho cometer grandes desatinos. Y ya que en esta vida la lección ha sido tan dura, trata de aprovecharla en beneficio de tu evolución, para que cese ya la granizada que descarga la Eterna Ley sobre las almas rebeldes a tomar su verdadero camino.

– ¿Y a cuál le llamáis vos mi verdadero camino? –volvió a preguntar Kaíno.

–Al que tú dejaste para tomar el que no es.

–Yo estaba con Adamú y Evana entre los Kobdas de La Paz.

–Y si hubieras permanecido allí hasta ahora, le habrías ahorrado a tu espíritu todo ese enorme fardo de errores que le has cargado, y le habrías ahorrado a tu materia los dolores que ha sufrido. Quizá estarías ocupando el sitio de tu abuelo Etchebea en Nairi, o junto al Príncipe de Shivara, tu tío, que por muerte de su hermano mayor, gobierna también la populosa ciudad de Gahanna con las tierras y pueblos que le están adheridos.

– ¡Entonces..., entonces..., no estoy tan distante como hombre de la Matriarca Walkiria de Kiffauser! –exclamó con entusiasmo Kaíno.

–Si miras sólo tu origen, estás al mismo nivel, es verdad, pero si miras otros puntos de vista, estás a una distancia enorme de ella.

–Pero esas diferencias las puede borrar una poderosa voluntad puesta al servicio de un grande amor.

–Es cierto, hijo mío, pero hay que ver si existe esa poderosa voluntad y ese gran amor.

– ¿Lo dudáis?

–Lo dudaré hasta que los hechos lo prueben.

– ¿Y qué hechos esperáis?

–De ti, muchísimos. ¿Crees que es fácil y es poco lo que tendrías que hacer para conquistar a Walkiria de Kiffauser?

“Tengo más del doble de tu edad, hijo mío, y he podido comprender qué alma tiene esa mujer, cuya belleza física te ha fascinado, pero cuya grandeza espiritual tú no has llegado a comprender porque no te has preocupado de estudiarla. Parece que no está hecha para alianzas nupciales.

–Y, ¿por qué no? ¿No es una mujer como todas aunque sea más bella que todas?

–Es una mujer, pero no como todas. Dime, ¿cuál es el hombre que puesto al lado suyo no quedaría como un pigmeo, menos aún, como un lagarto o un escarabajo?

“Tendría que ser un Beni-Abad, un Ghinar, un Lugal Marada, un Bohindra. ¿Dónde está ese hombre?

Kaíno tiró sobre el banco de reposo los papiros reveladores de su nobleza de origen que tan seguro le habían puesto, y hundiendo su frente entre sus manos guardó silencio.

–No es abatimiento lo que he querido producir en ti, hijo mío –añadió el Anciano Kobda–, sino reacción de tu voluntad y de tus energías para el bien. El hombre es hijo de los acontecimientos, pero más lo es de sus propias obras.

“Tomemos por ejemplo a Bohindra, a quien conoces de cerca. Un acontecimiento ni esperado ni buscado le hizo Chalit de Zoan, lo cual le presentó en el escenario de la vida pública. Sus obras le hicieron después Thidalá, o sea, Jefe Supremo de la Gran Alianza de las Naciones Unidas de dos Continentes.

–Tenéis razón, Kobda Muref –dijo por fin Kaíno–, soy un necio al pensar en la conquista de Walkiria de Kiffauser. ¿Qué tengo yo para ofrecerle? Una vida de pirata porque eso hicieron de mí los acontecimientos.

– ¡Te equivocas, hijo mío! Eso lo has hecho tú. El acontecimiento inicial de tu vida te llevó al humilde hogar de Adamú y Evana donde nació el Hombre Luz, el Verbo de Dios, motivo que ocasionó más tarde tu entrada al pabellón de los Reyes para tu educación. Los acontecimientos te llevaron a donde podías llegar a ser un hombre de bien, un gran

príncipe, un gobernante justo de numerosos pueblos, pues estabas a un paso de las tierras originarias de tu parentela materna como acabamos de ver. El hecho inicial que abrió camino a todos tus errores fue tu huida de La Paz, y eso fue obra exclusivamente tuya y de nadie más.

–Porque al saber que no era hijo de Adamú y Evana, me consideré un harapo sacado de un muladar, tuve asco de mi origen y quise borrarlo conquistándome un nombre...

–Todo lo que quieras poner como excusa lo acepto, hijo mío; tu intención no fue mala humanamente hablando, pero fue contraria a tu ley y por eso te has estrellado. Bendigamos a la Bondad Divina que por medio del amor de los que de verdad te aman, te ha vuelto a tu camino. He aquí el segundo acontecimiento inicial de la segunda etapa de tu vida física.

“Del uso que hagas de él, depende tu porvenir.

–Kobda Muref, que con Dhabes y Abelio, forma la trinidad de mis Instructores Kobdas, yo quisiera juraros ser lo que vosotros habéis querido que sea. De verdad lo quiero.

–No jures; no hay necesidad de juramentos sino de hechos. Dhabes y Abelio están lejos de ti en estos momentos; sólo estoy yo a tu lado. ¿Te dejarías guiar por mí, seguro de que siendo yo muy inferior a ellos tengo la misma voluntad de conducirte por el camino de tu dicha y de tu paz?

–Sí, me dejaré conducir por vos, Kobda Muref.

– ¿Me obedeceréis en todo?

–Sí, os obedeceré como a mi padre que fueras.

–Bien. Es ésta una alianza de justicia, de paz y de amor, en la cual guardamos sus sitios a Dhabes y Abelio, que con más derechos que yo, pueden llamarse tus maestros.

“Un abrazo para sellarla.

Y el afable Anciano abrió sus brazos al hijo pródigo, que aún después de todos sus extravíos, encontraba un amor verdadero en su camino. El altivo joven se abrazó al Anciano Kobda con honda emoción, mientras le murmuraba al oído:

– ¡Lástima que no está aquí madre Evana, que tanto ha deseado este momento!

* * *

Tres personas en Kiffauser padecían grave inquietud con la frase que a todos llenaba de sosiego y tranquilidad: “La Matriarca descansa”.

Y estas tres personas eran: su madre, su anciano tío y el viejo guardián de navíos, únicos que conocían el viaje secreto de Walkiria conduciendo ella misma el Ánade a la costa occidental del Ponto Euxino. No había

precisado el día de su regreso por ignorar completamente las contingencias del viaje. El Anciano Consejero y el viejo guardián visitaban diariamente antes del mediodía a la triste y silenciosa madre, la dulce Electra, hermana menor de la ilustre Northia, la muerta inolvidable que había sido elevada al panteón de los dioses del Norte, llamándola diosa de la abundancia y de la paz.

Tal visita diaria significaba que iban a enterarse de la salud de la Matriarca para transmitir al pueblo cualquier novedad, pero en realidad era para tranquilizarse mutuamente con las observaciones hechas el día anterior en todos los movimientos de guerreros y de pueblo. El viejo marino Kilmo, pasaba el día y la noche observando los vientos, la temperatura, las nubes que pasaban como garzas gigantescas por el azul de los cielos, y momento a momento iba anotando todo en su carpeta de bolsillo. Según sus cálculos, el viaje debía ser rápido y feliz, pues Apolón había ordenado los vientos tal y conforme el Ánade lo necesitaba para ir y volver sin dificultades, aseguraba a la madre el viejo lobo de mar. Y el anciano tío y primer Consejero, aseguraba a su vez que dentro y fuera de la fortaleza, todo se encontraba en calma.

–Madre, ¿qué tiene Kiria que no nos deja entrar a su alcoba? –preguntaba a la madre, la menor de las niñas, una encantadora adolescente de cabellos dorados y ojos azules a quien llamaban Efevia, que significaba: rayo de sol.

–Nuestra Kiria ha padecido y trabajado mucho para salvarnos a todos, y cuando ella ha pedido descanso es porque lo necesita para su salud –contestaba la madre–. Conque estaos quietecitas y dejadla en paz y pronto la veréis.

Y la inocente Efevia, se lo creía, y se entregaba tranquilamente a sus juegos después de dar dos besos a su madre, uno de los cuales era siempre “para Kiria”.

Pero la mayor de las niñas, Griela, que ya tenía trece años, no era tan fácil de engañar como su hermanita menor, y había observado que cuando su madre entraba a la alcoba de Walkiria cerraba por dentro y permanecía allí largo tiempo. La veía llevar ánforas con flores, pinceles, útiles para trabajos manuales, y hasta una vez, vio que hacía entrar un hombre cargado con un cofre de madera y plata, y un haz de finos trozos de madera de cerezo pulimentada.

Como aquella vez la madre tardó en cerrar la puerta, Griela pudo escurrir una mirada al interior y vio que allí no estaba Walkiria, pues el pabellón de su lecho estaba recogido, y el lecho vacío. Además, nunca vio que llevasen alimentos a su hermana ni que entrase criada alguna a su alcoba.

–De seguro Walkiria no está en la fortaleza –se decía la niña, cuya

discreción de mayorcita le impedía hacer las francas preguntas de su hermanita menor.

Griela tenía a más el carácter tímido y retraído de su madre de quien era el vivo retrato. Tenía los cabellos de oro pálido de Walkiria y los dulces ojos garzos de su madre. Era el verdadero tipo de mujer circasiana, lánguida, grácil, suave como una vara de nardos en flor teñida de oro por el sol poniente.

Gran admiradora de su hermana mayor a quien no podía comprender a fuerza de verla grande, dedicaba sus horas libres a diseñar en lienzos y bocetos de los más notables pasajes de la vida de Walkiria, ya vestida como Príncipe Freas, ya como sacerdotisa de Apolón, bien como amazona sobre su hermoso caballo blanco o patinando sobre la nieve. Su gabinete de estudio era un verdadero museo de pinturas de Walkiria en todas las formas y aspectos.

Le faltaba diseñarla en un lienzo, vestida como Matriarca Kobda, con su túnica azul y su velo blanco, y a eso se entregaba de lleno cuando vio al hombre del cofre que salía de la alcoba de Walkiria acompañado de su madre que le entregaba un bolsillo de los usados para guardar piedras preciosas y barrillas de oro. Seguramente era en pago de algo que el extranjero había hecho para su hermana. Y como pasaron por su gabinete abierto, oyó que el extranjero decía a su madre:

–Me encargáis un pintor y lo tenéis aquí, y muy bueno. A sus años es demasiado. Con el tiempo será una maravilla. ¡Mirad que coloridos tan suaves en la piel y qué hermosos claroscuros en las sombras esfumadas de los fondos!

– ¿Os parece que mi Griela maneja bien sus pinceles? –preguntaba sonriente la madre.

–Mirad, ella mejor que nadie hará el trabajo ese que sabéis, creedme; nadie os lo hará mejor a lo que me parece.

Cuando el extranjero se fue, la madre se sentó en el gabinete de Griela para contemplar sus lienzos que hasta entonces le habían pasado casi inadvertidos. ¡Tan absorta la habían tenido las grandes tragedias de las últimas once lunas!

–Hija mía –le dijo–, veo con satisfacción que has adelantado mucho en tus trabajos de pintura, y eso que quedaste sin maestra a la mitad de ellos a causa de nuestros grandes dolores. ¿Serás capaz de guardar un secreto?

–Hasta hoy nadie me dijo cosas secretas, pero creo que no serán tan pesadas que yo no las pueda guardar dentro de mí misma. Decid, madre, que si es cosa que debe callarse, ya sabéis que por natural carácter soy silenciosa.

–Me gusta oírte hablar así. ¿Dónde está Efevia?

–La llevó la aya a ensayar con las niñas de los coros las nuevas canciones de las fiestas de Northia.

–El momento es oportuno; ven conmigo a la alcoba de tu hermana.

– ¿Veré a Kiria?

–No, hijita. Ella no está y éste es el secreto.

–Y, ¿dónde está?

–Un viaje urgente, pero no debe ya tardar en llegar. Nada digas porque nadie debe saberlo.

Y entraron en la alcoba desierta. La madre recogió la gran cortina que la separaba de la salita oratorio, donde se hallaba aquel estrado de mármol con las estatuas de Apolón y de Northia, que el lector ha visitado y que seguramente recordará.

Había sobre el estrado una estatua más, pero cubierta con un gran lienzo.

La madre levantó aquel velo.

– ¡La estatua del Príncipe Abel! –exclamó la niña–. Está hermoso. Lástima que no sea mármol.

–Será, sin duda, más adelante; por ahora y a causa del poco tiempo de que puedo disponer sólo es el busto de arcilla como ves y el resto un armazón de madera cubierto con la túnica azul, lo bastante para dar una sorpresa a tu hermana.

–La mejor ofrenda que le podéis hacer, madre, porque ella le ama mucho, y no le tendrá ya más cuando venga.

–Ahora pido la cooperación de tus pinceles para el decorado del rostro y las manos. ¿Serás capaz de dar a esos ojos apagados ahora, la luz y color, el amor y la vida de los del Príncipe Abel?

–Lo probaré, madre, si lo queréis.

–Sí, lo quiero y ahora mismo porque no hay tiempo que perder.

Y la madre dejó sola a la niña artista, que cerró por dentro la puerta de la alcoba para no ser sorprendida en su tarea. ¡Horas de evocación y de recuerdo, horas de ensueños y de visiones, vivió aquella niña de trece años para dar color y vida a aquel rostro y manos de arcilla que sólo tenían las líneas frías de una cosa muerta!

Recordaba bien, ¡oh, sí, muy bien! El cabello castaño claro, la frente blanca y pálida, los dulces ojos de color de hoja seca que miraban tan hondo, ¡tan hondo! ¡Que hacían pensar en la ideal belleza de lo infinito!...

Y la niña fascinada por su recuerdo, por su propia visión de artista dio vida a la arcilla incolora, y el joven Kobda, hijo de Adamú y Evana, quedó sobre el estrado de mármol cubierto con doseles de seda y oro, en que la Soberana de Kiffauser había colocado a los dioses tutelares de su raza.

– ¡Es un dios encarnado! Es el Numú de los hombres de vestido azul –había dicho un día, Walkiria a su madre–, y esta tierra será bendita porque él ha pasado por ella.

Y la madre, no sabiendo qué ofrenda hacer a su heroica hija que le agradase más, tuvo la idea, itierna idea de madre!, de sorprenderla con una efigie de arcilla del Hombre-Dios, que la había deslumbrado con resplandores de eternidad.

Y antes de retirarse de aquella sala oratorio, impregnada del olor de los cirios perfumados que siempre ardían, la niña artista escogió de entre aquella profusión de flores, las más bellas rosas bermejas, tan amadas de Walkiria, y las derramó como caídas al acaso en el estrado en que aparecía de pie la bella efigie del Príncipe Abel.

Cuando cerraba ya la noche el viejo marino Kilmo hizo avisar a la madre de Walkiria que el Ánade estaba a la vista y que pronto tendría a su hija.

En efecto, no tardó mucho tiempo en fondear en la bahía el velero blanco en el mayor silencio, pues la Matriarca había bajado poco antes a obsequiar a sus remeros con los escudillos de plata que llevaban el busto de su abuelo, y ostentaban un grabado que traducido a nuestras lenguas diría: “vale por diez kilogramos de oro y veinte diamantes de primera agua”. Tal escudillo representaba pues la vida holgada de una familia durante un año. Y la tripulación recibió el legado junto con la orden de guardar el más profundo silencio respecto al Capitán que había conducido el barco. El velero enemigo que se había plegado a la Matriarca, quedó fondeado cerca a las bocas del Donda a la espera de que, en algún momento propicio, los hielos le dejasen entrar a su país, donde el Capitán daría cuenta a sus superiores que habían sido engañados por los amotinados de Kiffauser.

–Kilmo –dijo Walkiria al saltar a tierra–, gracias por el grumete que colocasteis en mi cámara. Es un precioso don. Desde mañana le quiero como pupilo en la fortaleza. ¿Me la mandaréis?

– ¡Matriarca! Todo lo que vos queráis, y si diez más tuviera, diez os mandaría.

–Bien, gracias. Ella te relatará la travesía. Mañana hablaremos.

Y se hundió por la puertecilla del subterráneo donde Kilmo había encendido ya la antorcha de la Matriarca.

A poco andar entraba ella al gabinete de armas, que estaba sólo alumbrado por la hoguera central. La joven se dejó caer sobre un estrado junto al fuego y exhaló un gran suspiro.

Era cansancio físico, más que depresión moral lo que en ella podía notarse. No quiso llamar para entregarse de lleno a sus pensamientos. Había vivido cien lunas en una sola que el Hombre Luz permaneciera a

su lado, según fueron profundas y variadas las emociones sufridas. Ora de ensueños gloriosos y de visiones heroicas, oyendo la magia divina de su palabra. Ora de angustia y zozobra en la persecución a muerte, de que había tenido que protegerle y salvarle. El silencioso gabinete tibio y sonrosado por el resplandor del fuego, la ayudaba a serenarse y a descansar, y su vivaz y atrevido espíritu iniciaba un monólogo ardiente en la penumbra:

“– ¡Otra vez sola en Kiffauser! Sola y cargada con el enorme peso de un numeroso pueblo, que cree haberme dado la dicha colocándome sobre el altar de la raza, y me ha colocado en lo alto de una montaña de hielo donde la soledad me acecha como un fantasma enamorado.

“¡El Serrú, mi tío! Un niño, mayor que los otros, más difícil de conducir que los otros, más bueno quizá que los otros, pero niño también incapaz de hacerme compañía, de comprender las cosas como son; de ver los horizontes tales como se presentan.

“¡Mi madre!..., ¡dulce madre enamorada de mí que he absorbido todos sus amores destrozados y muertos!...

“Acaso ha concebido hermosos sueños de dicha y de amor para su hija, sin poder comprender que su hija es un pájaro de las nieves eternas, destinado a volar siempre sobre la tierra, sobre el mar, sin que jamás cuelgue su nido ni en los huecos de las peñas ni en las ramas de un abedul.

“¡Pero!..., ¿no soy yo misma que me busco y me forjo y me construyo este infranqueable castillo de soledad? ¿Acaso no soy una mujer como todas?

“¿Me está acaso vedado el amor con todo su florido cortejo de dulces compensaciones? ¿Me está vedada la amistad, la familia, unos rubios querubines que palmoteando junto al fuego me llamen madre? No, nadie me lo impide sino yo misma, es que acepto cargas que pesan demasiado.

“¡Oh, cruel destino mío, que diseñas a mi vista los panoramas de la vida que pasan en ronda majestuosa empujados por grandes causas, por inamovibles leyes, por acontecimientos no esperados ni buscados!

“¡Cruel destino mío, que me haces ver cual es mi lugar en esos panoramas, cual es mi camino, cual es mi sitio propio, cual debe ser mi labor, la red que debo tejer, el campo que debo cultivar!... ¡La montaña que he de demoler con la dura piqueta para abrir escenarios nuevos a los seres que van llegando a mi campo!

“¿Puedo acaso, entre tan enmarañado campo de acción, detenerme a escoger flores para coronar mi cabeza cuando hay tantos millares de cabezas atenaceadas por la angustia de la vida y doblegadas por el peso de sus propias debilidades? ¿Tengo acaso derecho de pensar en mi

descanso y mi paz en un hogar propio? ¡Cuándo en todos los hogares hay una tragedia, hay una angustia que les obliga a tender sus manos y sus miradas hacia esta fortaleza, mientras piensan en silencio: “Ella me salvará, está obligada!..., ¿no es acaso la Matriarca, la Madre grande..., la soberana que todo lo sabe, que todo lo ve y que todo lo puede?”

“¡Apolón! ¡Northia!..., yo oigo en mi gran soledad todos esos gritos de pensamientos que no hablan, como vosotros sentiréis la vibración de estos pensamientos míos, que tampoco hablan, pero que son..., que existen, que viven, que son una fuerza formidable. Lares míos, genios tutelares de mi raza... ¡Numú, divino Numú, estrella polar de esta humanidad terrestre!...”

“Decidme, ¿qué soy en el concierto de la vida?... –Y la joven Matriarca hundió su hermosa frente de azucena entre sus manos y parecía esperar la respuesta.

Esta no se hizo esperar.

La madre, las dos niñas, el anciano tío, el joven Serrú, llegaron sigilosamente unos después de otros, y cada cual creyendo ser el primero para encender los cirios, llamar la servidumbre, y llevar a Walkiria a celebrar con un ágape familiar lejos de todo tumulto, el verse de nuevo unidos, con el abrazo estrecho de los que de verdad se aman.

– ¡Hija mía!..., ¡sufres así sola y no habías pensado en nosotros que con ansiedad te esperamos!...

Y sus brazos con otros y otros, iban formando cadena en torno al cuerpo de la joven Matriarca que sonreía, mientras borraban los besos de sus hermanitas el rastro que en sus mejillas dejaran lágrimas que habían rodado en silencio.

– ¡Qué mal te hizo el descanso, Kiria! –decía la menor, mirando con sus azules ojitos traviosos, el pálido rostro de su hermana–. ¡Estás pálida y has llorado! ¡Qué mal te sentó el descanso! Si hubieras corrido conmigo por el parque lleno de nieve, estarías mucho mejor.

– ¡Calla, locuela! –decía la joven, cuya poderosa voluntad había reaccionado entre el amor de los suyos, que aleteaba junto a ella como una bandada de palomas.

Después de un breve cambio de palabras, que no podían ser muy claras por el estado aún delicado del Serrú y la presencia de las niñas, tomó el anciano el brazo de Walkiria, el Príncipe Erick tomó el de su tía, y seguidos de la bulliciosa Efevia, que Griela se empeñaba en aquietar, pasaron a la gran sala comedor donde debían celebrar aquella velada.

La madre y Griela tuvieron un aparte a media voz:

– ¿Está todo terminado?

– Sí, madre, todo como lo habéis dicho.

– ¿Las lamparillas de aceite?...

–Sí, sí, todo. ¿Me dejáis ir con ella?

–Y con Efevia, y con el Serrú, y con vuestro tío mayor. Es una fiesta de familia, que recibe entre el altar de los Lares de sus antepasados otro numen tutelar. ¡Por ella!..., todo por ella que lo ha merecido todo.

Mientras se desarrollaba este breve diálogo, Walkiria con el Serrú y su tío mayor, departían sobre los últimos acontecimientos, dolorosos en sus principios pero de feliz terminación. La informaron que el hijo del Pontífice de Vitgner fue nuevamente capturado y reducido a prisión; Que casi todos los prisioneros declaraban haber sido engañados para sublevarlos y que sólo había una veintena a lo sumo que se habían prestado voluntariamente para cooperar con los jefes iniciadores de la revuelta. Ella, por su parte, invitaba a sus dos tíos a la solemne asamblea que debía celebrarse al medio día siguiente, para oír en pública audiencia a los jefes de los distintos cuerpos de ejército y a los consejeros que entendían en la administración de los tesoros del pueblo.

La claridad emanada del Hombre Luz –decía la joven Matriarca–, nos obliga a mirar la vida colectiva de las porciones de humanidad que nos están encomendadas, de un modo muy diferente que hasta hoy las hemos mirado. Los que hemos nacido junto a los cetros y los tronos no somos diferentes de los que rompen las montañas y labran la tierra, si no tenemos un grado más de comprensión de la verdad y de la justicia y si no somos capaces de hacer comprender esa verdad y amar esa justicia.

“Si mi gran abuelo, vuestro ilustre padre, ioh, Serrú! Hubiese hecho alianza con los hombres de toga azul, treinta años antes, ¡qué diferente civilización hubiéramos tenido a estas horas en los países del hielo!

– ¿Y pensáis vos que os será posible dar en un día ese formidable salto de treinta años?

–Lo probaremos, tío, si todos me ayudáis. Lo probaremos y creo no engañarme al pensar que será para la dicha de estos pueblos del hielo.

–Vos no habéis visto a Walkiria en su actuación de “Príncipe Freas” y por eso dudáis que sea capaz de dar el formidable salto –dijo el Anciano Consejero, único miembro que quedaba de la ya desaparecida generación de Lugal Marada y de Northia–. Vuestras largas enfermedades os han retenido lejos del país, ioh Serrú, hijo mío! Y no habéis podido apreciar ni la obra grande realizada por vuestros padres, ni la que empieza a esbozar vuestra sobrina en los horizontes de hielo que nos envuelven.

–Hija mía –dijo Electra, la madre–. No debemos terminar esta íntima velada de familia sin poner nuestros corazones en el altar de nuestros genios tutelares, que te han devuelto a nuestro cariño en este hogar desolado y triste por tantas muertes ocurridas en nuestros seres amados.

– ¡Tenéis razón, madre! Apolón y Northia deben echar de menos mi gratitud en estos momentos.

“Mañana colocaremos sobre el altar de los númenes familiares a nuestro gran abuelo, pues el mármol que a su muerte mandasteis tallar, ioh, Serrú!, ya está terminado.

– ¿Y las copias? –preguntó el Serrú que hablaba muy poco.

–Están listas para ser colocadas en Kaldis, en Alkgebirque, en Frixos y en Nerthus, los cuatro países que os reclaman a vos como único jefe y Caudillo.

Todo este diálogo tenía lugar mientras caminaban lentamente por la terraza cubierta o jardín de invierno, que separaba el gran comedor de las alcobas, que en círculo rodeaban la suntuosa cámara redonda, símbolo de lo eterno que en aquellos países destinaban al sagrado altar de los genios tutelares de la raza.

El más anciano era el que debía levantar el velo de entrada y penetrar el primero en el sagrado recinto. Y el viejo hermano de la llorada Northia tiró de la cadena de oro que recogía hacia arriba el pesado cortinaje de púrpura y el magnífico altar quedó al descubierto. El Apolón de ámbar sobre su brillante pedestal de oro iluminaba con su antorcha de reflejos dorados el suntuoso recinto, como si fuera un trasunto verdadero de un hermoso sol de ocaso. Northia, la dulce Northia de mármol blanco con su collar de zafiros y su lámpara azulada, era un resplandor tenue de luna en creciente reflejándose sobre su simbólica cestilla de espigas.

Y entre un macizo de verde césped donde crecía un rosal de bermejas corolas se veía de pie la efigie de Abel con sus manos tendidas hacia adelante, en la natural actitud usada para dar y recibir el saludo fraternal de los que nos aman y nos son amados. Pero como esa efigie no era ni de ámbar ni de mármol, sino de arcilla pintada al natural y las vestiduras de telas, la ilusión era completa, y diríase que el amado huésped de Kiffauser permanecía aún en la vetusta fortaleza para prolongar con su presencia la nueva luz con que la había iluminado. Una lamparilla de cristal rojo llena de aceite y hábilmente escondida entre el rosal parecía reflejar en su bello rostro el purpúreo tinte de las rosas bermejas.

– ¡El Príncipe Abel! –exclamó el anciano.

– ¡El Hombre Luz de los Kobdas del Éufrates! –fue la exclamación asombrada del Serrú.

– ¡Kiria, Kiria!... –decía la pequeña Efevia, llamando la atención de su hermana–. Mira el hermoso príncipe extranjero que tanto amas.

La madre y Griela espían en silencio la impresión que causaba la inesperada sorpresa en la joven Matriarca, única que no había pronunciado palabra y que se había quedado como clavada a la entrada del recinto sagrado. Tuvo la idea de que aquella dulce imagen era a ella a quien tendía las manos, y dominando, como siempre que no estaba sola,

sus más profundas impresiones, tocó con las suyas aquellas manos que saludaban, mientras decía en alta voz:

– ¡Hombre-Dios de los Kobdas!... Bien sabéis que yo os he levantado un santuario dentro de mi corazón; pero ya que alguien que me ama os introduce en el altar de los númenes familiares, bienvenido seáis junto a Apolón y Northia que os aman tanto como yo. ¡Los países del hielo os reconocerán un día, quizá muy lejano, como el sembrador de su dicha y de su paz simbolizadas en tus rosas bermejas que son sangre de inmolación y sacrificio derramada por futuras generaciones de héroes y de mártires!...

Y la hermosa faz de la Matriarca parecía iluminarse con la claridad de visiones lejanas. Diríase que la gran Sacerdotisa de Apolón respondía a un divino conjuro..., el sagrado conjuro del amor que hizo exclamar en siglos posteriores al Cristo divino:

“El que no ama a sus hermanos tanto como a sí mismo, no puede ser mi discípulo”.

Y tomando su laúd dorado de Gran Sacerdotisa, recitó a compás de suaves acordes la canción de ritual:

“¡Soles y estrellas, moradas radiantes de los dioses Lares!... ¡Abrid vuestras puertas de oro para dar paso por ellas al clamor de los que les aman en esta mísera tierra!

“¡Dioses tutelares de los hombres a quienes miráis con piedad desde la altura de vuestros templos de luz!... ¡Apagad con vuestro amor sus odios profundos!...

“¡Númenes amados que flotáis en la luz de las estrellas, en el perfume de las flores y en las ondas sonoras del viento!... ¡Enseñad a los hombres la ciencia divina del amor que es paz, abundancia y alegría!...

“¡Dioses tutelares de los países del hielo!... ¡Vuestro amor hará germinar las mieses y madurar las espigas entre las piedras de nuestras rocas heladas!

“¡Dioses tutelares imploramos vuestra piedad, vuestra tutela y vuestro amor por los siglos de los siglos!...

Esta frase final era coreada por todos los presentes y la Gran Sacerdotisa apagaba uno por uno los cirios, y todos en profundo silencio abandonaban el recinto sagrado, lleno según la creencia, de la majestad de los dioses que habían descendido de los cielos a escuchar el ruego de sus servidores.

LOS MISIONEROS EN FRIXOS

El inmenso río, afluente del Ponto Euxino o Mar Negro, que hoy conocemos con el nombre de Danubio, en la remota antigüedad a que nos referimos fue llamado con muy diversos nombres como ocurría con países, pueblos y ciudades según las razas y tribus de que iban poblándose. Y así como los Urbausinos del Éufrates le llamaban Río Grande porque era el mayor conocido por ellos, así los pobladores de la cuenca occidental del Ponto llamaron Río Grande al Danubio. En algunos parajes lo llamaban Río Turquesa por el color azulado que tomaban sus aguas. Los bardos lo cantaban en sus trovas llamándolo río de zafiros, baño de las nubes, nombre que fue abreviándose con el tiempo y las variadísimas lenguas de los pueblos que habitaron sus márgenes, hasta permitirnos comprender que la última denominación llegó a pronunciarse Dehasnube, más tarde Danube, y hoy, breve y sencillamente Danubio.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que este caudaloso río era el límite que dividía los dominios que fueron de Lugal Marada, del vasto país que entonces se denominaba Tracia. De esto resultaba que toda la cuenca occidental del Ponto estaba ocupada la mitad Norte por los países que querían como caudillo al Príncipe Erick y la mitad Sur por los que esperaban al pequeño hijo del Cherú asesinado y cuya viuda se refugió en el Santuario del Monte Kasson.

Abel había desembarcado en Gorilandia, puerto importante que pertenecía a Tracia, pero habiendo tenido conocimiento de que no había llegado todavía la Cherúa con su hijo, atravesó el gran río de azuladas aguas con dos de los Kobdas y llevando a los tres ancianos emisarios del Príncipe Erick.

La primera capital a que debía arribar la embarcación que los condujo, era Frixos, ciudad muy semejante a Kiffauser, sólo que su aspecto era más risueño y alegre debido a que en aquellos parajes toman las montañas un rosado color con vetas azules y negras. Además, abundaban los cedros y los robles cuyo ramaje verde claro daba tintes pintorescos y suaves al paisaje.

Dos numerosas tribus de Kurganos y de Kassiss tenían repartidos entre sí aquella hermosa región –parte de Bulgaria actual–. Más al Norte, les seguían como vecinos, numerosas tribus Lulubi, Alzú y Kurtos, cuyas poblaciones continuaban casi sin interrupción hasta la costa Sur del Báltico.

El pabellón esmeralda de Lugal Marada con una arrogante cabeza de ciervo bordada en oro al centro, flotaba en lo alto del mástil que

sobresalía de un pedestal de roca que era a la vez faro para los navegantes del Ponto y del Danubio, en cuya desembocadura se hallaba la gran capital de los Kurganos: Frixos.

Y los tres representantes del Príncipe Erick, cuando el barco estuvo a la vista de la ribera, enarbolaron también el pabellón esmeralda del viejo y llorado caudillo que era un semidiós para aquellos pueblos engrandecidos a la claridad de sus talentos de gobernante y de civilizador.

El pueblo en masa salió a recibirles, mas al ver que no venía el Príncipe Erick, empezaron a creerse engañados, hasta que algunos jefes reconocieron a los emisarios que llegaban con Abel. Y el más anciano de los tres dirigiendo una arenga al pueblo, hizo toda la historia de los últimos sucesos hasta llegar a la prisión de los Kobdas que habían acompañado al heredero desde los valles lejanos del Éufrates.

El delirio subió al más alto grado cuando el orador refirió la infame traición de los Mingos, el secuestro del Príncipe Erick y la herida que estuvo a punto de costarle la vida, a no haber sido salvado oportunamente por Walkiria de Kiffauser, nieta del adorado caudillo y de Northia, la inolvidable diosa de la paz y de los trigales. Gritos de furor que pedían justicia y venganza de tamaño delito fue la respuesta dada al anciano orador. Hosannas de gloria y de amor para el Príncipe Erick y la valiente joven que le habían salvado, resonaron después entre aquella excitada multitud.

—Aquí tenéis en fe de mis palabras —añadió el anciano orador—, al representante de la Gran Alianza de Naciones Unidas; aquel Gran Rey que firmó alianza en las orillas del Éufrates años atrás con nuestro antiguo y llorado Caudillo; el que le enseñó el secreto de dominar y vencer a los astutos Mingos y a su maléfico dios Vitgner, causa y origen de nuestros males; el que le enseñó el secreto de la inmortalidad, de la felicidad, de la paz y la abundancia de los pueblos.

Abel fue subido a lo alto de la plataforma en que estaba el orador y una salva de aplausos le recibió. Y él les habló así:

— ¡Nobles y laboriosos Kurganos, fuertes hijos de la montaña umbrosa que riega el Danube! Un joven representante de los Urbausinos de los valles del Éufrates os da el abrazo fraternal de razas hermanas que en sus fuertes anhelos de paz y de grandeza, se complementan y conviven; vosotros arrancando a la montaña y a los mares sus tesoros y sus secretos; nosotros arrancando de la tierra el fruto y el grano que ha de alimentarnos a todos por igual.

“Muy mal sé expresarme en vuestra lengua, pero lo bastante para deciros que el Gran Rey que represento en estos momentos, os devuelve a vuestro legítimo soberano cuyo abrazo recibiréis en la próxima luna en que espera estar curado de sus heridas.

“Quedan aún en el Santuario de La Paz, en el Éufrates, los dos hijos menores del gran Lugal Marada, vuestro antiguo soberano, que también serán devueltos a vuestro amor y a vuestro cuidado de aquí a veinte lunas, en que terminan los estudios a que quiso dedicarles su ilustre padre, como medio de ponerles en condiciones de ser nobles y justos dirigentes de pueblos.

Dichas por Abel estas breves palabras, tomó, según el ceremonial, un puñado de polvos aromáticos y los arrojó en un pebetero que le fue presentado, al mismo tiempo que se cubría con el pabellón esmeralda bordado de oro, lo cual significaba que se acogía a la protección de los lares y antepasados, cuya memoria y autoridad era sagrada para los Kurganos.

– ¡Apolón ha hablado por tu boca, niño del Éufrates!... –clamó una gran voz que fue coreada por el pueblo.

– ¡El amor de Northia ha besado tus ojos y el genio de Lugal Marada enciende rayos de luz en tus pupilas!...

– ¡Bendito seas en tu amor a nuestros dioses y a nuestros príncipes y a nuestro pueblo!

– ¡Y seáis benditos vosotros –contestó Abel– en vuestros anhelos de justicia, y que vuestros númenes tutelares os hagan siempre merecedores de tener a vuestro frente, gobernantes como Lugal Marada y Northia, que os entregaron los tesoros del trabajo y de la libertad que constituyen la vida de los hombres buenos sobre la tierra!

* * *

Tres días pensaba permanecer Abel y sus dos compañeros en el país de los Kurganos, grandes metalurgistas, que aventajaban en mucho a los mineros provenientes del Monte Tauro que se dedicaban a las industrias de metales y piedras preciosas, y de cuyas actividades nos hemos ocupado al hablar del gobierno de Iber en el país de Ethea. Sus vecinos más inmediatos, los Kassis, eran más numerosos y se dedicaban a la vez que a los metales y a las piedras, al cultivo de cereales y a la cría de búfalos, de renos y de cabras. Su capital y mercado era Kaldis, sobre el Ponto, donde Lugal Marada había habilitado un gran templo-escuela de magia que fue de los Mingos expulsados del lugar, y utilizado como Santuario-Taller para refugio de las esposas secundarias de los caudillos, por el estilo de Monte Kasson. Sólo que éste no estaba regentado por mujeres Kobdas sino por un consejo formado por las Berecinas de más edad.

Esta institución sólo contaba tres años de vida y amenazaba derrumbarse por falta de organización, pues la muerte del Gran Jefe la dejaba como un cuerpo sin alma, donde todos se creían con igual derecho de

ordenar y legislar. En sus inmensos pabellones de piedra se hospedaban mujeres de diversas tribus y de apartadas comarcas, desde Frixos hasta Dantzig sobre el Báltico. Y tan complicado se presentaba el problema de aquel conglomerado de mujeres ancianas, jóvenes y niñas, de lenguas, costumbres y religiones diferentes, que todos los jefes de tribus empezaban a inclinarse a tomar cada cual sus Berecinas a fin de evitarse las grandes cuestiones que se promovían.

Más de setenta jefes de tribus visitaron al joven representante de la Gran Alianza y casi todos ellos repetían que les sería imposible mantener el orden y el justo equilibrio en el Santuario de Mujeres, que ya empezaba a tomar una orientación muy diferente de la que el gran Caudillo desaparecido había querido darle. El aporte que en ámbar y perlas hacían las poblaciones del Báltico para ser trabajadas en aquellos talleres, al igual que el oro, plata y piedras preciosas, lanas, pieles y sedas de otras comarcas, todo estaba perdiéndose en aquellas grandes salas donde todas se constituían en mandatarias y ninguna en obrera.

“– ¡Qué bien vendría aquí una Walkiria de Kiffauser! –pensaba Abel–. La Eterna Ley la hará surgir a no dudarlo y quizá de donde menos se piensa”.

Y su mente lúcida, plena de nobles y bellos ensueños, recordó a la Anciana Elhisa y sus compañeras de Monte Kasson, a las Kobdas organizadoras de los Talleres-Refugios de Neghadá, de La Paz y del Mar Caspio, donde había visto por sí mismo, las casi maravillosas transformaciones operadas en mujeres al parecer inútiles para la vida de orden y de trabajo.

– ¿Qué pensáis?... –reclamaban los ancianos jefes de tribus viendo que el joven Kobda nada respondía a sus objeciones en contra de aquella institución femenina, que parecía pronta a desintegrarse en la inacción y en el desorden, comprometiendo uno de los principios fundamentales de la ley moral de los Kobdas, basada en la familia constituida con una sola esposa.

Aquí no se trataba, como en los principios de Monte Kasson, de las dieciséis esposas del Príncipe Elhizer, sino de las esposas secundarias de setenta y ocho jefes de tribus, algunos de los cuales habían tenido veinte, que era el más alto número que permitía su ley.

– ¿Qué pensáis vos, que sois llamado el Hombre Luz?... –inquirían aquellos hombres casi todos de edad madura.

–Pensaba –contestó dulcemente Abel–, en la mujer capaz de transformar esa mansión de Berecinas en un templo-escuela de cultura, de paz y de trabajo.

– ¡Tendría que ser una Fredia, una Ilduna, una Ictriana y ésas ya no están en la tierra sino en las brillantes estrellas, moradas eternas de los

dioses!... –decía con pena y desesperanza uno de los jefes más jóvenes.

– ¡Podría ser una Northia!... –exclamó Abel–. Y os ruego no dar cabida en vosotros a ese helado pesimismo, porque si es verdad que hay mucha inferioridad en la humanidad actual y gran nulidad entre las mujeres, es justamente debido al equivocado concepto que de ellas se ha tenido, hasta que la Gran Alianza ha logrado elevarlas a la merecida categoría de compañera del hombre.

“Creedme; hay mujeres capaces de realizar la obra cuyas graves dificultades os tienen acobardados. ¿Tenéis verdadera voluntad de solventar esta cuestión?”

–La tenemos, pues es de capital importancia para el país –contestaron todos a una voz.

Y Abel les dijo:

–Mandad traer aquí a mis hermanos Kobdas que quedaron al otro lado del Gran Río, en Gorilandia. Antes del caer de la tarde pueden estar aquí. Mientras tanto, id vosotros al Gran Santuario y hablad en particular cada cual con las que fueron sus Berecinas, para que hoy mismo y a la última hora de la tarde reciban nuestra visita en nombre y representación del Gran Jefe Supremo de la Gran Alianza, del Thidalá de las Naciones Unidas. Pasada esta visita, creo poder anunciaros la forma y modo de solucionar ese gran problema.

–O para anunciarnos que no tiene solución –observó el que primero había puesto dificultades.

Abel le sonrió afablemente y acercándose más a él le dijo: –Concededme el favor de no dudar hasta pasado el día de mañana. Por ahora pensad conmigo que vamos a resolverlo.

–Lo haré, lo haré porque vos lo pedís, pero creo que si contarais las lunas que yo he vivido, puede que no fuerais tan optimista.

–Aún no ha nevado en vuestra cabeza, amigo mío –respondió Abel.

– ¡Pero cayó mucha nieve sobre mi corazón!... –Y el joven caudillo que no representaba más de unos treinta y dos años, dejó traslucir en su fisonomía una honda decepción. Y Abel pensó:

“He aquí el primer enfermo que me sale al paso. ¡Feliz de mí si acierto a curarle!” –Y levantando la voz le dijo–: Me interesáis grandemente, os lo aseguro, y si aceptáis mi amistad me daréis una gran satisfacción.

–Mucho me honráis, ioh, Príncipe! –contestó el caudillo–, estoy a vuestra disposición.

–Muy bien, Os dedico el tiempo que tardo en esperar la llegada de mis hermanos.

En ese momento, los tres ancianos enviados por Erick, en unión del Consejo del país, despachaban un pequeño velero que atravesando el Danube debía volver con los Kobdas a la mitad de la tarde.

–Me equivoqué pensando que aquí nada tendría que hacer, dado el caso de que estos países en calma, esperaban de común acuerdo al Príncipe Erick, –decía Abel, hablando con los dos Kobdas que le acompañaban, uno de los cuales era el Notario Menor y el otro un Kobda joven todavía, hermano de Walker, el Kobda Archivero del Santuario del Caspio. Se llamaba Kerlés y era un gran vidente.

–En verdad –dijo éste–, había motivos para figurarse que este paraje, sede habitual del gobierno de Lugal Marada estuviese completamente ordenado. Apenas hace diez lunas que ha fallecido.

Se dispuso que al mediodía los jefes de tribus visitarían a sus Berecinas con el fin ya conocido.

–Como yo no deseo hacer tal visita –dijo el Caudillo, cuya amistad solicitara Abel–, si me hacéis el honor de acompañarme, os conduciré a mi casa donde podréis esperar la llegada de vuestros compañeros.

– ¿“No deseo”, habéis dicho, amigo mío? –preguntó con extrañeza, Abel–. ¿De modo que os permitíais dudar del éxito de la empresa y respondéis así al primer acto de cooperación que se os pide?

–Omitid todo juicio antes de haberme oído y para que me oigáis os he invitado a mi casa.

–Aceptado –dijo Abel–. Vamos.

Los tres Kobdas siguieron al Caudillo, mientras todos los otros fueron quedándose en sus enormes casonas de piedra rosácea sombreadas de añosas hayas y de tupidos y hermosos terebintos.

La ciudad de Frixos comenzaba en la costa misma del Ponto, y se extendía en la falda de una montaña de suave declive hacia el Gran Río. El panorama era soberbio. Hacia el oriente se extendía el verde cristal del Ponto Euxino como un inmenso manto de esmeraldas que los resplandores del amanecer y del ocaso irisaban de oro y púrpura. Mientras que al Sur y al Oeste, tendía sus olas de zafiros el azul Danube, con sus riberas como artísticos altiplanos que los genios de las aguas y los bosques hubieran transformado en jardines flotantes entre numerosas cascadas de cristales líquidos.

La parte de la ciudad que quedaba sobre la costa del mar era para la clase media y los de más modesta condición, mientras que las familias más acaudaladas tenían sus enormes viviendas de roca en los altiplanos de la vasta colina teñida del verde brillante de las hayas seculares.

Un original laberinto de senderos en escalera labrados en la montaña, se dejaban ver desde que salían de la explanada llamada del Consejo, que se abría entre el mar y la montaña. Y que era la plaza-mercado y sitio en que el pueblo se reunía para sus fiestas y sus compra-ventas, cuando llegaban del lejano Oriente los grandes barcos que conducían mercancías.

Por uno de aquellos caminos-escaleras, caminaba Abel y sus compañeros guiados por el joven Caudillo, a quien para más clara comprensión daremos el nombre con que era conocido: le llamaban Araxes. Este iba, pues, indicándoles el destino que tenían los edificios o construcciones que más se destacaban a la vista del viajero.

Por fin se detuvo ante un soberbio peñasco tallado verticalmente al frente y donde se destacaban en alto relieve dos enormes búfalos cuyas cabezas tocándose en forma de lucha formaban la cavidad que era la puerta de entrada, o sea, una gruesa lámina de piedra que se cerraba y se abría corriéndola en un riel de cobre. Esta entrada daba a un patio cubierto de cuarzo, que era el elemento usado para techumbre de sitios en que se deseaba que penetrara luz y sol algo velados.

Una hoguera al centro y grandes bancos cubiertos de pieles eran el ornamento de aquel recinto, respaldado en todas direcciones por grandes mamparas de haya reforzadas de cobre y por vistosos tapices de tejidos de lana.

Un viejo criado que parecía encargado del fuego, arrojó nuevos leños a la hoguera y se retiró en silencio.

La sensibilidad de los Kobdas percibió enseguida un ambiente de profunda soledad y de más profunda tristeza aún.

Araxes les invitó a sentarse junto al fuego, cerca del cual había una especie de caldero de cobre lleno de un rojizo líquido humeante. El joven Caudillo sirvió de él en jarros de plata y lo ofreció a sus visitantes.

—Es jugo de mis cerezos —les dijo—, y esto os calmará el frío que habéis pasado desde el río hasta aquí. ¿Cuánto tiempo permanecisteis en Kiffauser?

—Aún no se habían cumplido dos lunas —le contestó Abel.

—Os lo preguntaba para poder darme cuenta de si pudieseis o no, apreciar la diferencia que existe entre Kiffauser y Frixos, que aunque gobernadas hasta hace diez lunas por el gran Serrú y Aitor Lugal Marada, difieren mucho en las leyes y costumbres. Y para que comprendáis la causa de mis dudas respecto a la solución de ciertos problemas, os quiero explicar con sencillez y llaneza la cruda realidad de las cosas. Por lo poco o mucho que hayáis visto en el país preferido por la noble y grande Northia, no podéis formar juicio exacto de este país de los Kurganos al cual pertenezco. Mi tribu es de las menos numerosas. Al morir mi padre que vio noventa y seis veces florecer los cerezos, quedamos veinticuatro hermanos varones y veintinueve mujeres, la mayoría ya unidos a las mujeres y a los maridos que habían de darles hijos. Yo, que era de los menores, aun no me había unido a ninguna mujer.

“Mi padre era por derecho natural el Jefe de toda esta numerosa familia y compartía su autoridad con dos ancianos hermanos suyos,

menores que él, y cuya prole entre ambos sólo llegaba a la mitad de la de mi padre.

“Según nuestras leyes y costumbres, antes de las reformas de la Gran Alianza que aceptó e implantó nuestro gran soberano el Serrú y Aitor de los países del Ponto, cuando las doncellas han llegado a la edad competente para ser madres, se les dan treinta lunas de plazo para tomar esposo en condiciones ventajosas para la tribu a que pertenecen. La palabra tribu se emplea entre nosotros para significar la familia consanguínea, aunque sea en segundo, tercero o cuarto grado de parentesco. Aquí, los lazos de la sangre son sagrados y traen aparejados inviolables derechos de solidaridad y comunión de intereses y de bienes, entre las distintas ramificaciones de una familia, por vasta que sea.

“Las doncellas que en esas treinta lunas no han tomado esposo, pasan a una categoría inferior que perjudica los intereses de la tribu, porque los padres ya no tienen derecho de exigir una dote de primera clase, sino que están obligados a dejar que los pretendientes fijen el valor de esa dote. Las tribus ganaderas pagan las dotes con cabezas de ganado, búfalos, renos, ciervos o camellos, según la especie a que se dediquen. Los agricultores la pagan con sacos de grano o frutos o cántaros de vino, de miel o de aceite. Los mineros y metalurgistas con trozos de metales en bruto o pulimentado, o piedras preciosas; y con perlas y con ámbar, los ribereños del Báltico.

–De modo –observó Abel–, que tanto a las doncellas como a sus padres se les apremia por tal medio a tomar esposo en el primer plazo, o sea, en la primera juventud.

–Y se apremia también a los donceles –añadió el Notario Menor–, porque todos desearán llevarse las mejores.

–Eso es según la riqueza de los pretendientes, pues los de modesta condición se ven obligados a esperar que pasen, para la elegida, las treinta lunas y así la consiguen con dote mucho menor, pero éstos no pueden llegar nunca a Caudillos de primera categoría, aptos para formar Consejos de Gobierno ni mando en más de un centenar de guerreros. De la misma manera que los hijos de las esposas secundarias jamás llegan a la categoría de Príncipes, sino sólo por muerte de los hijos de la primera esposa o porque alguna esposa secundaria lleve la sangre de algún hombre o mujer ilustre, que por haber dado honra y gloria al país con sus hazañas o virtudes, haya merecido ser subido después de muerto, al panteón de los genios tutelares de la raza. Tal sucede en los países del Ponto oriental, o sea en Kiffauser, con las doncellas de la raza de Northia, cuya mano da privilegios de Príncipes a quienes se unen a ellas, aun cuando sean donceles, hijos de esposas secundarias.

–Tal ha sido, según creo –observó Abel–, lo ocurrido con Icleas de

Kiffauser, hijo de Lugal Marada y de una esposa secundaria, pero cuyo casamiento con la hermana menor de Northia le elevó a un rango superior.

– ¡Justamente! –afirmó el Caudillo–, aparte de que el Príncipe Icleas, padre, ha sido uno de los pilares en que ha levantado el Gran Serrú su poderío y su influencia, y a más tuvo la suerte de que los dioses le dieron un hijo que ha sido llamado el “doncel de bronce”, por su maravillosa fortaleza que sobrepasaba el nivel común de los humanos. Pero volvamos a lo que concierne a mi tribu y a mí en particular.

“De ordinario, los jóvenes toman esposas secundarias antes de elegir la que elevará a su propio nivel, sobre todo los donceles de tribus poderosas y de más elevada categoría.

“Un día mi padre me dijo: “Ya es hora de que pienses en dar prole a nuestra tribu, pero como no somos suficientemente ricos para elegir una primera esposa que aumente los bienes y la honra de nuestra casa, elige primero una o dos esposas secundarias, de dote modesta, como lo hicieron antes tus hermanos mayores, dejando la elección de primera esposa para cuando hayas realizado alguna obra notable, que te dé el derecho de elegir como primera esposa una doncella que por su categoría, te traiga nobleza y riquezas en vez de tener tú que dar dote a su tribu”.

“Cumpliendo la voluntad de mi padre, solicité como esposas secundarias a dos doncellas hermanas que estaban en el primer plazo de las treinta lunas, y por pertenecer a una tribu de segundo orden como la mía, sólo me obligaron a dar a los padres como dote, cinco barras de oro, cinco de plata y veinte rubíes o esmeraldas por las dos doncellas.

“Su familia se juzgó favorecida con el enlace, pues mi tribu había descubierto entonces una valiosa veta de oro en la parte de la montaña que nos había sido asignada y mi padre había obtenido algunos privilegios de caudillo primario, con derecho a ser elegido en los Consejos de Gobierno que el Gran Serrú establecía en cada país o región.

“Algunos de mis hermanos mayores se habían destacado como mi padre por servicios hechos en las campañas del Gran Serrú y esto había aumentado el modesto esplendor de nuestra tribu. Aquellas dos hermanas demostraban hallarse a gusto conmigo, e hicieron presión sobre mi ánimo para que tomase otras dos hermanas suyas, ya viudas aunque muy jóvenes, a causa de que sus esposos fueron muertos en un accidente en la onerosa operación de purificar metales y piedras.

“Se veían humilladas por las familias de los maridos y deseaban contraer segundas nupcias fuera de aquellas familias. Yo vi la conveniencia material en tomarlas, porque las viudas aportaban al segundo esposo las dotes que por ellas habían dado al primero, a más la mitad de los bienes que el esposo muerto había adquirido. Mi padre aprobó mi resolución y

me dijo: Con lo que las dos viudas te aporten puedes dar la dote de una primera esposa y ya tienes tu hogar perfectamente formado.

“De modo que me encontré esposo de cuatro hermanas que por provenir de madres diferentes, eran casi de la misma edad las cuatro. Mi hogar era una balsa de aceite, pues las cuatro se entendían perfectamente. Y así cuando hubo necesidad de engañarme, las cuatro estuvieron de acuerdo. Y cuando vino al hogar la primera esposa, las cuatro hermanas fingieron que la aceptaban de buena gana como jefa de la familia, se aunaron contra ella con tal disimulo y tenacidad que yo tardé mucho tiempo en darme cuenta.

“Yo no acordé a mi esposa sino los derechos y prerrogativas que la ley le acordaba según mi categoría y posición, pero el egoísmo refinado de las cuatro hermanas encontraba siempre exagerada mi solicitud y cuidados para la primera esposa, que se presentaba a mi lado en las fiestas y acontecimientos de la tribu, mientras que ellas debían concurrir en segundo término y no tenían voz ni voto en los consejos de familia.

“Habían soñado con que yo tomaría una de ellas, la mayor, como esposa primera y al ser defraudadas en esta esperanza cobraron gran aversión a la que había sido elegida. Entre las cuatro me han dado tres hijas mujeres y un varón. En cambio la esposa primera, cuando llegó el tiempo, se sintió madre y el niño nació antes de su hora natural y nació muerto, hecho que llegó a repetirse tres veces.

“Es una mujer inútil, no sirve para nada, decían ellas, para que yo lo oyera y me aburriese de aquella mujer, cuya bondad de carácter y amor hacia mí era tal que nunca se atrevió a darme el disgusto de revelarme lo que le pasaba. De gran sensibilidad y de muchos y buenos sentimientos, se impresionaba grandemente por cualquier cosa y las cuatro hermanas aleccionadas en las escuelas secretas de los sacerdotes Mings, profesores en toda clase de malas artes, buscaban ocasionarle grandes sustos cuando se hallaba en estado de maternidad, produciéndole graves dolencias. Por fin me enteré de lo que pasaba y presentadas ante un Consejo de familia fueron condenadas a ser repudiadas las cuatro, quedando sus hijos a mi cargo. Cuando vino la ley de la Gran Alianza que parece agotar el tesoro de la bondad que puede caber en un corazón de hombre, me obligó a levantar el repudio en homenaje a los hijos y atender al sostenimiento de esas cuatro mujeres, después de exigirles ante el mismo tribunal de familia que hicieran el juramento de continuar con una conducta intachable.

“Esas cuatro mujeres se hallan en el Gran Santuario y no tengo ninguna gana de volver a verlas, por más que no descuido el pagar por su alimentación lo que se me ha exigido.

– ¿Y la esposa primera? –preguntó Abel enternecido por aquellos crueles dolores humanos.

El joven Caudillo se levantó en silencio, recorrió un cortinado de la mampara circular de aquel patio cubierto y apareció al fondo, una preciosa cámara donde semitendida en un estrado, parecía dormitar una joven y bella mujer.

—Ahí la tenéis —dijo con una voz sorda y honda como si saliera de una profunda caverna—; quedó idiotizada por el dolor de sus tres hijitos nacidos muertos, y haciéndose ella misma pequeños muñecos de algodón o de lana, pasa la vida meciéndoles con dulces cantos y después los despedaza con las manos crispadas y se echa a llorar amargamente o ríe a carcajadas cuando ve los muñecos despedazados, cuyos jirones se lleva el viento.

Y aquel joven Caudillo cubrió su rostro con sus manos y hondos sollozos salieron de su pecho.

—Calmaos —le dijeron a un tiempo los tres Kobdas—, que vuestra esposa puede ser curada.

—Me uní a ella sólo atraído por su belleza y por su bondad. Su dulce y suave ternura hacia mí me han obligado a consagrarle todo mi amor y he aquí que cuando este amor se hizo profundo, inmenso como un abismo, la maldad humana lo troncha y lo destroza como el huracán a la tierna flor que se abrió a las caricias del sol y las gotas del rocío, ¡Oh! Soy muy desgraciado y estoy tentado de comprarles la muerte a los Mingos, para ella y para mí. ¡Por un saquito de piedras preciosas o unas cuantas barrillas de oro, ellos venden el descanso de la muerte para los que no pueden ya soportar la vida!

—Amigo mío —le dijo Abel tomándole de ambas manos—. No seáis cobarde ante el dolor, antes bien amadle como al sabio maestro, pues sus lecciones están llenas de grandeza si sabemos escucharlas con el alma prosternada ante la voz inconfundible de la Eterna Ley. La muerte no es el descanso sino para el que ha merecido ese descanso.

“Decidme, ¿qué hacéis vos con un criado que deja su trabajo la mitad sin hacer, alegando que es demasiado penoso? O le despedís sin recompensa alguna o le mandáis empezar de nuevo. Tal hace con las almas cobardes el Gran Atmán, el Padre inmortal de las almas, de los seres y de las cosas.

“¡Vamos, tened valor y acerquémonos a vuestra amada enferma!

El Caudillo se sentó en el borde del estrado en que la joven mujer dormitaba. Le tomó suavemente una mano e inclinándose sobre su rostro, le habló muy quedo:

—Vadina mía, ¿dormís?

Ella entreabrió los ojos y al ver varios hombres demostró un gran sobresalto.

—¿Venís a robarme mi niño? —Y recogió y apretó sobre su pecho un deforme envoltorio de algodón y telas.

– ¡No, hermana mía!... –díjole Abel con dulce voz–. Somos los médicos que os vamos a devolver la salud y vuestro hijito vivo, que os traeremos así que os encontréis con las fuerzas necesarias para cuidarle.

–Entonces, ¿vos me lo habéis quitado? –exclamó con vehemencia la pobre loca.

–Sí, hermana, yo retengo bien cuidado a vuestro niño hasta que se restablezca vuestra salud. –Los otros dos Kobdas concentrados trataban de profundizar en el abismo de aquel espíritu perturbado.

–Y tú, Araxes, ¿por qué lloras? –preguntó al joven Caudillo, viéndole enjugar lágrimas silenciosas que no pudo ocultar.

–Porque te veo enferma y no quieres curar.

–Por vos y por mi hijo quiero... Pero otras mujeres dichosas os aman y sus hijos os hacen dulce la vida... ¿Qué queréis de mí que fui maldecida por los dioses?

– ¡Hermana!..., con tal lenguaje ofendéis a los genios benéficos, que como enviados del Altísimo os quieren curar y consolar –díjole Abel–.

“¿No habéis oído que os quiero devolver a vuestro niño?

– ¡Traedle, traedle, porque éste está muerto! –y arrojó lejos de sí el rollo de algodón y tela que antes defendía con tanto calor.

–Antes debéis obedecer mis indicaciones. ¿Estáis dispuesta?

–Hablad.

– ¿Queréis llamar vuestras criadas? Mandadles que os pongan túnica de baño, mientras nosotros preparamos la fuente.

El Caudillo hacía señales que ellos no comprendían.

– ¿Criadas, habéis dicho? Las arrojé a todas fuera de casa porque son maléficas como el veneno. Han muerto a mi niño y buscaban asesinar-me también a mí. Si vais a traerme criadas, no quiero vuestra curación. ¡Idos! –Y la loca ya incorporada y con la mirada chispeante les señalaba la puerta.

–Cálmate, Vadina mía –le dijo su esposo–, ellos no sabían que tú recelas de las criadas. Tú misma, ayudada por mí, vestirás la túnica de baño y yo te sumergiré en la fuente.

Ella se levantó y abrió un guardarropa.

–Idos todos, yo sola me basto.

Araxes y los Kobdas salieron.

–Vigiladla vos, que nosotros tenemos que hablar. –Y Abel se apartó hacia el patio cubierto con sus dos compañeros–. ¿Habéis comprendido algo? –les preguntó.

–Yo he visto muchas cosas –dijo Kerlés, el Kobda vidente–, pero desearía que por alguno de vosotros, nuestros aliados del espacio infinito dijieran si lo que he creído observar está en lo justo.

Abel y el Notario sacaron del bolsillo sus carpetitas de tela encerada

y el punzón, y evocaron. Y ambos escribieron iguales o muy parecidas palabras:

“Divide en tres partes tus visiones junto al lecho de la enferma. La primera te retrata su pasado. La segunda su estado actual. La tercera lo que debéis hacer para devolverle la lucidez completa”.

– ¡Bien! –dijo Kerlés–. Ahora os diré lo que he visto y que en efecto me resulta como tres actos de un drama, lo que me causaba cierta confusión.

“He visto que ella en su vida anterior fue sacerdotisa de un culto que castigaba con durísimas penas a la que sin haber terminado los votos de su sacerdocio, hubiese tenido unión conyugal. Para ocultar dicho delito este ser dejó entre matorrales abruptos tres infantillos recién nacidos que fueron devorados por las fieras. Y el remordimiento y el dolor de aquellos hechos la enloquecieron en aquel remoto pasado. Estos extravíos de este ser la han puesto bajo la acción de las malas fuerzas arrojadas sobre ella por los perversos magos, pagados para el crimen por las Berecinas de Araxes. Esta es la primera parte.

“La segunda me hace comprender que por expiación y por efecto de los tres malos nacimientos, su organismo se ha tornado infecundo y no tendrá más hijos.

“Y la tercera parte indica que es necesario un engaño piadoso y benéfico para curarla.

–Entonces es lo que he pensado al hablarle –observó Abel.

–Justamente.

– ¿Entonces? –preguntó el Notario.

–Que el esposo busque un huerfanito recién nacido y le haga creer que es su hijo. Ahora a preparar la fuente de aguas vitalizadas, después de lo cual beberá jugo de uva con jarabe de adormidera. Un sueño profundo de sol a sol y que cuando se despierte, tenga su niño en brazos.

– ¡Bien pensado! –contestaron los dos Kobdas.

Araxes se presentó conduciendo de la mano a la enferma y pasaron a otra habitación en el centro de la cual se hallaba la fuente de los baños. Los Kobdas formaron cadena fluídica, luego introdujeron en el agua sus manos, al mismo tiempo que el pensamiento emitía ondas y ondas de potente energía. La enferma fue sumergida y allí mismo se le suministró el jarabe de uva y adormidera.

La sacaron ya profundamente dormida, y envuelta en gruesos cobertores de pieles, fue acostada en su lecho.

–Araxes, hermano mío –dijo Abel al Caudillo–. Te ruego que no nos tomes por magos ni por hombres obradores de maravillas. Todo cuanto veas no es sino efecto de los conocimientos que tenemos adquiridos sobre las enfermedades y dolores humanos, que en nuestro carácter de

educadores de pueblos, tenemos el deber de aliviar y curar. Todo cuanto se encierra en esta frase: *hacer el bien*, está incluido en el programa de nuestra vida de misioneros de la Verdad, de la Justicia y del Amor Fraternal entre los hombres. ¿Confías en nosotros que deseamos con toda verdad tu felicidad y la de tu esposa?

–Nunca os vi antes de ahora, pero me habéis inspirado una gran confianza, acaso porque la tuvo en vosotros nuestro Gran Serrú, que fue siempre un amador de la verdad y de la justicia.

–Bien está tu respuesta y ella nos permitirá obrar con libertad. ¿Tienes quien vele aquí el sueño de tu esposa?

–Un viejo criado que fue de mi madre y que me ha visto nacer.

–Déjale aquí con la seguridad de que la enferma no despertará hasta que nosotros queramos, y mientras tanto busca una criaturita recién nacida, huérfana, que esté en el caso de ser beneficiada con vuestra adopción y que todo sea realizado bajo el más riguroso secreto en forma que tu esposa no llegue a saberlo por lo menos hasta que no esté perfectamente curada de su mal. ¿Has comprendido?

–Perfectamente. Esto quiere decir que buscáis curarla con el hecho mismo que le ha causado la locura, o sea, quitándole la idea de que sus hijitos han muerto.

–Eso es. Son experiencias que ya tenemos de muchos casos parecidos, en que piadosos engaños como éste, han dado bellísimos resultados.

–Pero recordad que vinisteis a compartir conmigo la triste soledad de mi casa y es ya bastante pasada la hora.

–Hemos compartido vuestro dolor y la esperanza de vuestra felicidad.

Y conduciéndoles Araxes hacia un pequeño gabinete, vecino a la habitación de la enferma, en que había una mesa llena de viandas, les invitó a comer.

Los Kobdas aprovecharon estos momentos para tomar informes sobre lo que ocurría en el inmenso Santuario, habitación de las Berecinas que dentro de breve tiempo debían visitar.

–Mirad –decía el joven Caudillo–, yo he inclinado siempre mi cabeza ante las disposiciones del Gran Serrú, teniendo en cuenta que su deseo era siempre bueno, aunque estuviese equivocado en las formas de buscar realización a esos deseos. Y creo que el Gran Serrú estuvo equivocado en mandar allí todas esas mujeres, que apartadas de sus maridos por la ley de la Gran Alianza, quedaban sin guía y sin orientación en la vida.

–Permitidme –interrumpió Abel–, en los países del Éufrates y del Nilo hay santuarios como éste y han dado óptimos resultados; pero ha sido necesario poner al frente personas capaces de extraer lo mejor que cada refugiada puede dar de sí misma.

–Aquí se ha elegido un Consejo de gobierno que está formado por las Berecinas más antiguas del Gran Serrú, las cuales ejercen una autoridad casi ilimitada y como prolongación de la autoridad de su marido sobre los pueblos. Mientras él vivió, su sombra fue como una aureola de poder y grandeza para ese Consejo de mujeres que habían sido sus esposas y madres de sus hijos. Pero muerto él, esas mujeres poca cosa son en el concepto de las demás. Ya debéis comprender que el haber sido esposas secundarias del Gran Serrú, no es una garantía de su capacidad para el gobierno de aquel Santuario.

–Eso, desde luego –respondieron los Kobdas.

–Y podrá suceder que entre las más modestas por su posición se encuentren las de mejores aptitudes –observó Abel.

Y así hablando durante la comida y después de ella, los Kobdas quedaron ampliamente informados de todo cuanto necesitaban saber para obrar con acierto en el país de los Kurganos. Y cuando avanzaba la tarde, salieron acompañados de Araxes que les dejó en la gran Plaza del Consejo, en el kiosco más inmediato al desembarcadero, pues no debía ya tardar el velero que traía de Gorilandia a los Kobdas compañeros.

– ¡Que seáis afortunado en la elección! –le dijo Abel al joven Caudillo al despedirse y haciendo alusión al huerfanito que debía buscar para ayudar a la curación de su esposa.

–Que nuestros genios tutelares guíen mis pasos –contestó tristemente el Caudillo que desapareció por uno de los senderos de la montaña.

Cuando lo perdieron de vista, habló Kerlés el vidente:

– ¿Recordáis –preguntó–, los principales pasajes de la vida de Numú en la montaña, después de la desencarnación de Vesperina?

–Sí, los recordamos, en parte por lo menos.

–Pues sabed que este caudillo era hijo de una esclava de la madre de Vesperina, que enterada de las curaciones que se operaban junto al dolmen de piedra que guardaba sus cenizas, llevó su hijito paralítico para que fuese curado.

“Esa esclava es la pobre enferma que acabamos de ver; ella y su hijito quedaron en la montaña habitada por Numú al cual consagraron desde entonces sus servicios y su cariño. Veo a la esclava y al niño ya adolescente, recoger el cadáver sangriento de Numú despeñado desde lo alto de la roca de la muerte, en aquella populosa Mirt-ain-Mari de las orillas del Gran Océano. Y luego, a ese adolescente le veo considerado como un niño milagroso, al cual la multitud de lisiados y enfermos desterrados de la gran ciudad, le siguen y le obedecen.

–Esto quiere decir –murmuró Abel–, que se me presenta hoy la oportunidad de pagar una deuda de gratitud pendiente durante muchos milenios de años.

–Paréceme que ya la habéis pagado muchas veces –contestó Kerlés–, porque estos seres se acercaron a vos en aquel entonces, pero aparecen también entre los amparados por el amor de Anfión, rey de Orozuma; y salvados de la muerte por los conocimientos médicos de Antulio, el benefactor de las turbas doloridas de la esplendorosa Manh-Ethel.

– ¡Oh, la grandeza infinita de Dios en las alianzas eternas de las almas, en la sucesión interminable de los siglos!... –exclamó Abel, que pareció sumergirse en un abismo inmenso de luz, en el vasto horizonte que le abría su memoria de iluminado.

– ¡El pasado, el presente y el porvenir, es todo un solo Hoy en la Eterna Inteligencia Madre! –añadió el Kobda Notario, sacando su carpeta de anotaciones de orden espiritual, donde grabó las revelaciones que sobre Araxes y Vadina acababa de hacer Kerlés.

171

EL SANTUARIO DE KALDIS

De acuerdo con el programa que se habían formado, a las primeras horas de la tarde, se encontraban Abel y sus compañeros en el camino hacia la vecina ciudad de los Kassis.

En un opulento valle decorado de robles, de cedros y terebintos se levantaba hacia un costado un promontorio de rocas como obra de titanes en desatinada furia. Porque aquello era un formidable amontonamiento de pirámides truncadas, de conos irregulares, de torres altas y bajas, cuadradas y redondas; labrado todo ello en el corte de una montaña que limitaba el valle por el occidente. Las antorchas encendidas con profusión bien denotaban que el colosal edificio esperaba grandes personajes.

El Santuario se hallaba a mitad de camino entre dos ciudades, Frixos y Kaldis, y era como el marcador de la frontera que dividía ambos países. El viaje, muy breve, lo habían hecho a caballo, unos, y otros en pequeños carros tirados por renos; algo así como los actuales trineos arrastrados por perros entre los hielos del Norte.

Más que un Santuario, aquel edificio era una fortaleza bastante parecida a la que habitaba Walkiria en Kiffauser, sólo que ésta de Kaldis era aún en su interior de un aspecto más adusto, más tétrico, más imponente. Aquí no podía decirse al entrar que “parecía un jardín del amor”, como se dijera al entrar en la morada de Walkiria.

–Esto parece un presidio de gigantes que se odian –decía un Kobda muy sensitivo al oído de un compañero, cuando iban entrando acompañados de los setenta caudillos que tenían allí sus Berecinas. Estas los esperaban reunidas en un vasto salón tapizado de verde esmeralda, donde

abundaban las cabezas de alces grabadas en oro, que era el símbolo y emblema del Gran Serrú del Norte.

Sobre el estrado principal estaban las veinticuatro Berecinas de Lugal Marada, cubiertas con grandes capas de pieles blancas.

En los demás estrados, y según la alcurnia de sus maridos se hallaban sentadas las otras, pero cubiertas con pieles grises, negras o leonadas. Eran ochocientas treinta mujeres, la mayor de las cuales tenía cincuenta y ocho años, y la menor veintiuno. Las había de todos los tipos y de diversas razas, predominando las de color castaño y rubio. Eran en verdad muy bellas mujeres, aún las de más edad. El tipo lánguido, suave y delicado de las ribereñas del Descensor *—Jordán—, se veía escasamente representado, en un estrado modesto bastante apartado del estrado principal. Algunos tipos del Nilo, blanco mate y cabellos oscuros; algunos del Irán que recordaban la suave belleza de Shiva, y hasta de las riberas del mar Bermejo, del lejano país de Arab que hicieron recordar a Abel la ideal y mística belleza de Zurima.

— ¡Si fuera posible obtener en estas almas tanta hermosura como aparece en los rostros! —pensaron los Kobdas al unísono, mientras los Caudillos les iban presentando a las que habían sido sus esposas.

El Kobda Notario observó un grupo de cuatro bellas mujeres, tipo del país, rubio castaño, a las cuales ningún Caudillo se acercó. Eran las de Araxes que no asistió a aquella visita.

El amargo despecho estaba marcado en aquellos ojos humedecidos de lágrimas que la humillación les arrancaba.

Avisado Abel, tuvo lástima de ellas y habló al más anciano de los Caudillos:

—Araxes me ha hecho confidente de sus grandes dolores y os ruego me presentéis a sus Berecinas con las que es necesario ensayar un sistema de redención —le dijo—. Si queremos que en esta casa florezcan el orden y el trabajo, es necesario tender antes un velo de perdón y de indulgencia.

—Tenéis razón —contestó el anciano y se encaminó con Abel y el Notario hacia aquel estrado.

—Araxes no ha podido concurrir a esta reunión —dijo el Caudillo—, pero le reemplazo en este momento y os presento a sus cuatro Berecinas, hijas de un mismo padre, pero de madres diversas; son pues las cuatro medio hermanas y ya veis que se parecen bastante.

Los Kobdas, según el programa que se habían trazado, estaban diseminados por todo el salón juntamente con los Caudillos, a los fines de sondear en el ánimo de aquellas mujeres y ver lo que de ellas se podía esperar para el bien general de las familias y tribus a que estaban ligadas.

Abel insinuó al anciano Caudillo que si no tenía inconveniente le

dejase hablar con las Berecinas de Araxes, para suavizarles la humillación de su ausencia. El anciano se fue hacia sus Berecinas, y Abel y el Notario quedaron cerca al estrado de las de Araxes.

–Soy amigo de Araxes –díjoles Abel–, y en atención a él me permito tener unos momentos de conversación con vosotras.

–Siempre que hay reuniones, él nos humilla y nos desprecia con su ausencia –contestó la mayor, que era una de las viudas.

–No le juzguéis mal, pues ya sabéis que él padece mucho –respondió el joven Maestro.

–La Ley de la Gran Alianza nos hace padecer a todas –dijo otra de las cuatro–. Perdonad mi franqueza, Príncipe, pues según tengo entendido sois hijo del Thidalá de las Naciones.

–No tengo nada que perdonar –díjole Abel–, y me agrada mucho que digáis tal como lo pensáis, porque así mucho antes nos pondremos de acuerdo. El médico para curar una llaga forzosamente ha de causar dolor, ¿no es verdad? Y la Gran Alianza para arrancar la causa de muchos dolores y de muchas llagas, se ha visto obligada a causar dolor.

“Estoy plenamente enterado de vuestra vida en el hogar de Araxes, y si todas sois infelices es justamente debido a esa lepra cancerosa de las esposas múltiples que la ley de la Alianza busca curar, y como toda reforma exige sus sacrificados y sus mártires. Vosotras lo sois en esta hora para que sean algo más felices vuestros hijos, vuestros nietos y los que han de venir en futuras generaciones. No creáis por eso que estáis obligadas a vivir en ese sacrificio continuado. Creo que podéis rehacer vuestra vida amparadas por esa misma ley de la Gran Alianza que censuráis, sin haber llegado a comprenderla en su elevado espíritu de mejoramiento de la humanidad.

– ¡Rehacer nuestras vidas! –exclamó la mayor con gran amargura–. ¡Imposible, de todo punto imposible! ¿Sabéis que fuimos repudiadas?

–Y que la Gran Alianza anuló ese repudio –contestó Abel.

–Porque no había motivo para ello –añadió otra de las cuatro Berecinas.

–Creo que el Consejo de familia encontró motivo –observó el Kobda Notario–, pero la tolerancia que emana de la ley, permitió al Consejo de familia anular el repudio en homenaje a vuestros pequeños hijitos, inocentes de todo cuanto había ocurrido en el hogar de Araxes.

– ¿Es la Gran Alianza quien nos obliga a vivir relegadas en esta fortaleza poco menos que como prisioneras? –preguntó una de ellas.

–No; es la disposición del difunto Serrú que creyó haceros bien dando seguridades honrosas a vuestras vidas separadas de vuestros esposos.

–Las que son ricas, obtienen cartas de soberanía y se casan nuevamente; pero como nosotras no tenemos sino nuestras modestas dotes, no

podemos movernos de aquí sino a riesgo de perecer de hambre –añadió la mayor.

–Y decidme, ¿no es para bendecir a Dios que siendo pobres os veáis refugiadas en una mansión de princesas viudas donde todo os sobra, hasta el amor y la felicidad si sabéis conquistarlos? –preguntóles Abel irradiando sobre ellas toda la ternura y toda la bondad de su corazón.

– ¡Príncipe!... –exclamó la menor de ellas–, por piedad, llevadnos a vuestro país, a los valles del Éufrates de donde era mi madre, que lejos de esta tierra donde hemos padecido creo que encontraremos el sosiego y la calma.

– ¡Tranquilizaos y esperad que el Altísimo mediante vuestra buena voluntad, os abrirá un camino nuevo de paz y de dicha!

– ¡Gracias!..., ¡gracias!

–No nos olvidéis en nuestra desgracia –dijeron las cuatro, ya próximas a llorar.

–Estad seguras de que no dejaré esta tierra sin haber mejorado vuestra situación.

Y dejando aquel estrado que el remordimiento y la humillación llenaban de amargura, se mezcló con sus hermanos y Caudillos, y continuó recogiendo lo que derramaba aquella porción de humanidad relegada a la condición de seres inútiles, una vez que no podían ser utilizadas para la procreación y el placer.

–La energía y las facultades espirituales, y la intensidad del querer y del sentir de todas estas almas, chispas divinas emanadas de Dios, ¿se perderán en el vacío?... –se preguntaba Abel, de pie junto a la gran hoguera central que en un hermoso entarimado de piedra rosáceo con verjas de cobre, ardía en rojizas llamaradas donde dos criadas sordomudas arrojaban trozos de madera y hierbas aromáticas.

Casi todas las mujeres lo observaban con curiosidad y aquella meditación silenciosa que ensombrecía de tristeza su rostro, le hacía ante ellas doblemente interesante.

¡Era tan joven y tan bello! Y el color de sus pupilas y la blancura de su tez y el bronceado fulgor de sus cabellos, le asemejaban a las bellas pinturas con que los artistas pintaban a Apolón en los frescos de las murallas roqueñas de palacios y santuarios.

Algo había en él que no hablaba a los sentidos, y muchas de aquellas mujeres no sabiendo qué explicación dar a la grandeza invisible emanada de la persona de Abel, acudían a buscar en lo maravilloso de añejas supersticiones, la solución del enigma.

–Corren rumores –decía una, que creía estar bien informada– de que es un hijo de los dioses protectores de la Tierra, aparecido en una barquichuela de nácar que flotaba en las aguas del Éufrates.

–Yo sé –decía otra–, que la Gran Sacerdotisa de Apolón le trajo a Gorilandia a bordo de su velero, y que al entregarle a los Tracios les dijo: “Es un Dios encarnado. Juradme que guardaréis su vida como guardáis las vuestras”.

Y el enigma se agrandaba cada vez más y envolvía al joven Kobda en una aureola de luz y de amor, que predisponía los ánimos para una plena aceptación a cuanto el joven misionero pudiera pedir de aquella asamblea femenina.

Varios de los Kobdas se le acercaron para manifestarle sus impresiones particulares recogidas a través de las conversaciones. De las observaciones de todos, Abel sacó esta conclusión:

– ¡Aquí hay más dolor e ignorancia que maldad! Hay heridas profundas y tinieblas demasiado densas.

“La luz de la Verdad y el bálsamo del Amor, he ahí todo cuanto es necesario en este recinto.

– ¡Gran Atmán!... ¡Inteligencia Suprema! ¡Soy un débil pajarillo en la materia; enviad a mis alianzas espirituales en auxilio mío y este puñado de almas sombrías se tornarán en un enjambre de estrellas!

Un ambiente sereno, de paz y de armonías, se había establecido suavemente, y las conversaciones bajaban de tono como si la meditación silenciosa de Abel se hubiera contagiado a los presentes. Y como obligado por el mismo agotamiento de todas las conversaciones, el más anciano de los Caudillos levantó su voz para decir:

– ¡Príncipe del Éufrates, decidnos, si tenéis bien, vuestras impresiones sobre este Santuario de Berecinas que acabáis de visitar! –Y le indicó el estrado en que solía sentarse Lugal Marada y su Consejo cuando visitaban la casa.

Abel subió y se sentó rodeado por sus hermanos. El silencio se hizo profundo, y la expectativa se veía en todos los ojos fijos en él. Y habló así:

– Pido al Eterno Amor y la Divina Sabiduría su luz y sus ternezas para hablar con almas que sufren porque ignoran.

“¡Hermanas mías!..., imujeres de los países del hielo, hablo para vosotras, aquí congregadas comoavecillas náufragas en la vida, a quienes el huracán deshizo sus nidos destrozando afectos, esperanzas e ilusiones!...

“Más joven que todas vosotras, no es de esta breve vida mía que he aprendido las lecciones sublimes del dolor, de la humillación y del abandono. Más que todas vosotras, conoce mi espíritu los tormentos del mal llamado amor, por esta humanidad que aún no llega a comprender ni a sentir el amor sino interponiendo en él las más ruines bajezas, las más groseras bestialidades.

“Comprendo la helada soledad de vuestro corazón que busca entre tinieblas algo a que asirse en la lóbreguez de esas sombras.

“Comprendo que ni aún vuestros hijos sean capaces de consolar vuestra pena pues ellos no son para vosotros más que un recuerdo de que fuisteis madres sin amor, sólo por la obligación contraída de dar prole numerosa a quienes os llevaron a su lado sólo con ese fin.

“Mas no culpéis a la Ley de la Gran Alianza vuestros dolores, si bien es ella quien os aparta de vuestros dueños porque es llegada la hora de que comprendáis que no sois un rebaño de ovejas sin otro fin que la procreación.

“Es llegada la hora de que comprendáis que sois inteligencias, chispas de divinidad bajadas a la materia para vuestro progreso intelectual y moral, para formar parte activa del concierto magnífico de la evolución humana marchando en conjunto hacia un luminoso porvenir de paz, de amor y de dicha.

“La Ley de la Gran Alianza os arranca de la humillante condición de objetos de placer para deciros: Mujeres de todas las condiciones y de todas las razas, levantaos a la altura de vuestros nobles destinos. La soberana Inteligencia Creadora os llama en vuestra hora actual a ser la compañera gemela del hombre; una alma para otra alma; un corazón para otro corazón; dos seres en un solo consorcio de comprensión, de compañerismo, de convivencia que dura tanto como esas dos vidas que se unen en el éxtasis sagrado del amor que ni aun la muerte puede interrumpir.

“El hombre mismo, inconsciente de las causas fundamentales de sus propios dolores, os ha tomado hasta ahora como se arranca una flor cuyo perfume se aspira y se arroja después cuando se ha marchitado... Os ha estrujado como un fruto maduro para extraer en su elixir embriagador el germen de nuevas vidas, exigiendo en cambio una fidelidad servil y absoluta, sin que jamás se haya pensado en que vuestra alma tiene sed de amor, de ternuras, de íntimos desahogos, de suaves y secretas confidencias vaciadas de un corazón en otro corazón, el vuestro, como el que sentís latir dentro del pecho.

“¿Os ha sido acaso posible nada de esto, pobres almas, olvidadas de que existís, para sólo pensar en la bella materia carnal que os envuelve? A esa materia le bastan baños perfumados, ricas túnicas de seda y oro, delicados manjares, licores enervantes y adormecedores, adornos de flores y de pedrerías. Todo esto habéis tenido en abundancia, pero no habéis saboreado ni una migaja de felicidad. ¡Vuestra alma gime y llora horriblemente aprisionada en calabozos sin luz, sin aire, sin sol!... ¡Yo siento hasta ahogarme casi, la pesada atmósfera de vuestro llanto contenido, de vuestro despecho, de vuestras humillaciones, de vuestras

rebeliones íntimas, de vuestros deseos de venganza y hasta de vuestros impulsos hacia el crimen, ante la horrenda figura espectral de una vida sin amor, de una vida de bestia mansa para quien no hay otro porvenir que la brutal satisfacción de los sentidos!

“¡Oh, mujeres..., mujeres! ¡Hermosa mitad de la humanidad a quien amo intensamente en la dulce y tierna madre que me trajo a la vida!..., a tantas vidas planetarias como he debido realizar en busca de liberación y de luz, yo os digo: Bendecid a la Ley de la Gran Alianza que viene a colocaros sobre el pedestal que os pertenece, aunque para ello sea necesario de vuestra parte el aceptar una situación penosa hasta cierto punto, mientras llegáis a conquistar la plenitud de vuestras prerrogativas como compañeras del hombre que haya pactado con vosotras comunión de amor y de vida hasta más allá de la tumba.

“¡Mujeres..., nobles y bellas mujeres, hermanas gemelas de las que han sido y serán madres de mis vidas humanas!..., ¡no lloréis más porque ha sonado para vosotras la hora del amor y de la libertad!... Yo tengo el secreto de vuestra dicha, de vuestra paz, de vuestra liberación como espíritus. ¿Le queréis?

Un formidable estallido de sollozos, de llantos, de gemidos, resonó como una tempestad desatada de repente en el vasto salón. La mayor parte cayeron de rodillas con las manos tendidas hacia Abel como en una suprema oración:

– ¡Eres un dios hecho hombre! –se oía entre el clamoreo–. ¡Sálvanos, Príncipe del Éufrates!... ¡Somos muy desgraciadas!... ¡Hemos pecado empujadas por la soledad, por el dolor, por el abandono!...

– ¡Eres Apolón que viene a salvar a las hijas de Northia!... ¡Queremos ser buenas, pero queremos vivir, amar, ser felices, ser amadas, ser dichosas!...

Los Caudillos conmovidos a la par de ellas, lloraban también aunque silenciosamente, pues a la clara luz emanada del discurso de Abel se encontraban grandemente culpables de la triste situación de aquel desolado rebaño de seres humanos que habían nacido mujeres.

Cuando la dolorosa explosión hubo calmado, Abel habló de nuevo:

– ¿Me autorizáis –preguntó–, para hacer por vuestra felicidad todo cuanto yo entienda ser necesario?

Un sí repetido a coro en todos los tonos se dejó oír firme y resuelto.

–Esperadme reunidas, mañana a esta misma hora y os revelaré el secreto de vuestra felicidad de que el buen Dios me ha hecho depositario. Pero como preparación para recibirlo os pido que depongáis toda aversión o recelo entre vosotras y que ninguna se crea más grande que sus hermanas, sea quien fuere el hombre que fue su dueño. No sois más que almas revestidas de un cuerpo de mujer, hermanas de origen,

de luchas y de infortunios, y ni aún los años de vida terrestre os deben servir de pretexto para asumir privilegios destructores de la paz y de la concordia.

Comprendiendo el significado de estas últimas palabras, las que vestían capas blancas y ocupaban los más altos estrados, descendieron llorosas y abrazándose con las demás se confundieron entre ellas.

Entonces le llegó el turno de conmoverse a Abel, y sin preocuparse de secar las lágrimas de dulce emoción que corrían serenas por su rostro juvenil abrió los brazos mientras les decía:

– ¡Mujeres que padecéis!..., yo os doy a todas el abrazo del Alma Madre, que se complace en esta hora de vuestro hermoso despertar a la vida y al Amor.

Para los Kobdas compañeros de Abel, sensitivos todos, clarividentes los unos, auditivos los otros, habían pasado en grandioso desfile y como en un escenario sin límites, estupendas escenas del pasado que explicaban el presente y hacían prever el porvenir. El Hombre-Luz había evocado a sus elevadas alianzas espirituales para auxiliarlo en su obra de transformar aquellas almas sombrías en un enjambre de estrellas según su elocuente decir; y esas alianzas habían acudido en tropel como un torbellino radiante que en marejada de luz, de armonías y de amor habían saturado almas y cuerpos de inefable dulzura.

Por eso en aquella numerosa asamblea el arrepentimiento había arrancado lágrimas y sollozos. Por eso los Caudillos habían derramado llanto silencioso a la vista del feroz egoísmo con que habían sacrificado aquellas mujeres a sus instintos y a sus ambiciones.

Por eso las altivas mujeres que habían sido del Gran Serrú descendieron de su estrado de honor, para mezclarse con sus compañeras de infortunio de más modesta posición. Por eso sintieron todos en lo más hondo de su ser, la voz doliente del alma cautiva que reclamaba a gritos sus derechos a la liberación y al amor.

Los odios, los celos y los delictuosos pensamientos se habían apagado como aullidos de fieras que van alejándose corridos por la llamarada de un incendio visto de lejos. ¡Y la visión radiante de una nueva esperanza dejaba ondular su veste flotante saturada de frescura, de promesas, de caricias!

¡Oh, milagro de la divina esperanza sembrando rosas sobre la escarcha, sobre las rocas, en las arenas caldeadas y hasta en las tumbas desiertas!...

¡Tal es el alma, chispa divina, cautiva y encadenada, harapienta y leprosa, a veces corroída de úlceras y de llagas, pero dispuesta siempre a emanciparse y volar!

Al retirarse, Abel se dirigió con los Caudillos a un gran torreón que

llamaban de los Consejos, donde se realizaban las deliberaciones importantes y secretas. Allí estaban los archivos en tablas de arcilla correspondientes a las familias de las Berecinas y de los Caudillos que fueron sus dueños y señores.

Los Kobdas debían aprovechar aquellos momentos de buena disposición para solucionar el problema de aquellas ochocientas treinta mujeres que habían quedado sin hogar, y relegadas como una majada de ovejas cautivas en un redil amurallado de rocas.

La ardua tarea de poner en orden nombres, familias, dotes, tribus, países a que pertenecían, número y edad de los hijos que cada una tenía, causas de repudio, situaciones especiales, etc.; todo esto les llevó a Kobdas y Caudillos casi toda la noche. Y aunque era otro el alojamiento preparado para Abel, en Frixos, no podían abandonar el Torreón debido a la abundante nieve que caía obstruyendo los caminos y obstaculizando todo viaje.

Nadie había pensado pernoctar en la vetusta mansión de piedra. ¿Cómo podían suponer los Caudillos que el representante del Gran Thidalá de las Naciones de dos Continentes, tomaría con tan gran interés la causa de sus Berecinas? Llevaban relegadas allí treinta lunas y ellos, sus dueños, sólo se habían ocupado de satisfacer con abundancia sus necesidades físicas de alimentación y vestido, y de enviarles elementos de trabajo que les sirvieran de distracción. Pero los Kobdas eran los decididos cultivadores del espíritu, los apóstoles de la redención humana terrestre y para ellos era asunto de primera necesidad el poner en camino de progreso espiritual y de mejoramiento moral, aquellos ochocientos treinta espíritus estancados en la inercia y el tedio, en la ignorancia y la ociosidad.

El Gran Torreón de los Consejos que se decía haber sido propiamente el templo utilizado por los Mingos para sus cultos macabros, se levantaba hacia un ángulo de la inmensa ciudadela de roca con la cual comunicaba por un pasaje o callejuela corta, abierta como un túnel en la montaña. Y como el hada de la nueva Esperanza tendió sus velos refrescantes y suaves sobre las infelices mujeres allí prisioneras, ellas con inaudito afán, transformaron las amplias cavidades del Torreón en morada confortable para que pudiera servir de abrigado hogar por esa noche al único hombre que les había demostrado amor.

Y en una amplia sala baja, contigua al archivo en que Kobdas y Caudillos deliberaban, dispusieron ellas un comedor-dormitorio, con una hoguera en cada ángulo, cubiertos de mantas de pieles y cobertores de lana los grandes estrados de piedra que circundaban la vasta sala en todas direcciones.

Y sobre la enorme mesa de piedra negra que había sido ara de los

sacrificios, habían dispuesto con abundante profusión viandas de toda especie, en que predominaban el exquisito pescado asado del Báltico, los gansos ahumados, frutas, miel y manteca del país. En las cuatro hogueras se veían enormes marmitas de cobre donde humeaba el jarabe de cerezas y jugo de uvas con que aquellas gentes acompañaban siempre sus comidas.

–Aquí pasaron las hadas que velan por los hambrientos –decía poco después un Caudillo joven que viendo la imposibilidad de volver a Frixos, se dirigía al túnel de comunicación para pedir algunos víveres en el aprovisionamiento de la fortaleza. Y al ver la maravillosa transformación que había sufrido la sala del ara, preguntó a cuatro viejos criados que allí encontró cuidando del fuego:

– ¿Quién arregló todo esto?

–Las Berecinas, así que empezó a caer nieve en tanta abundancia, porque comprendieron que no podrían volver a Frixos con esta noche.

–Que los dioses compensen su buena obra porque estamos todos que morimos de frío y hasta de hambre. Pronto debe amanecer.

–Todavía no, amo –dijo uno de los viejos–, ya empiezan las noches a ser más largas y aún habrá tiempo para que toméis un largo sueño.

–Y vosotros, ¿qué sois aquí?

–Los serenos de turno. Ya sabéis que no hay aquí más hombres que nosotros, que somos doce, puestos aquí por el Gran Serrú, nuestro padre y señor. Las amas nos han mandado para servirlos.

Pocos momentos después, Kobdas y Caudillos rodeaban aquella enorme mesa, regalo que debían a las infelices cautivas en quien el hada de la Esperanza comenzaba a despertar los buenos y nobles sentimientos adormecidos por la inercia de una vida inútil, sin ilusiones y sin amor.

Cuando ya muy entrado el día siguiente los Kobdas se despertaron, Abel pensó que no había objeto de esperar a la noche siguiente para dar término a aquel asunto, puesto que ya habían recogido en el Archivo cuantos datos les eran necesarios para obrar con acierto y con justicia. Se hizo conducir a la gran sala de las asambleas donde fueron llamadas las Berecinas, debiendo acudir acompañadas de sus hijos. Para abreviar la ardua tarea, dividieron el conjunto en grupos, o sea, por edades: las más jóvenes, las medianas y las de edad madura. Estas últimas eran las menos y también las que tenían menos hijas o no tenían ninguna pues ya las habían casado.

Los Kobdas se tomaron la tarea de averiguar cuales deseaban ser devueltas a sus familias y a sus países, y cuales deseaban permanecer en el Santuario.

Aquel Archivo del Torreón de los Consejos había permitido a los Kobdas tomar innumerables cabos sueltos, almas olvidadas y perdidas

en el vertiginoso turbión de la vida, que arrastra a veces a los seres como el viento a las hojas de otoño.

Allí estaban varias de las doncellas del País de Arab vendidas por el infortunado Diza-Abad a los piratas, juntamente con Zurima y sus hermanas.

Allí estaban hijas y nietas de Etchebea, el desventurado Caudillo que había sido del País de Nairi, actualmente bajo el gobierno de Iber. Una de esas nietas era hija del padre de Kaíno, hijo menor de Etchebea. Era pues, medio hermana del hijo adoptivo de Adamú y Evana.

Allí había hijas de Ismakú, el Caudillo de los Cuschitas; hijas de esposas secundarias que él había tenido. Hijas también de las Berecinas de Jebuz, el padre de Ada, la Reina del Éufrates. Eran pues hermanastras de la dulce esposa del Kobda-Rey.

Encontraron entre aquel amontonamiento de mujeres sin hogar, algunas originarias de las montañas de Irán, algunas del mismo País de Aranzán o Num-Maki gobernada por Helia, y entre éstas, una hija del Consejero que fue descubierto en traición y que se ahorcó al verse encerrado en la Torre de la Justicia.

Había una Berecina de Icleas, el padre de Walkiria, la cual tenía dos hijas, adolescente la una, muy jovencita la otra; y ambas eran hermanastras de la Matriarca de Kiffauser.

Y entre las bellas mujeres circasianas dos hermanastras de Vladiko el esposo de Mabi, con tres hijitas cada una, todas niñas menores de doce años.

Y cuando llegaron a examinar el grupo de las mujeres del Nilo, encontraron dos nietas del Kobda Ghinar, que había sido Rey de Mizraim, el país vecino de Zoan que perteneciera al viejo Chalit Ahernesú.

Y hasta la anciana Elhisa, el hada buena del Monte Kasson estaba allí representada en aquella hija que perdió de vista al huir de su marido despótico y cruel, y que contaba ya perdida para siempre. Era ya cercana a los cuarenta años y sólo tenía dos hijas jovencitas, pues los hijos mayores eran varones y esos quedaban bajo la tutela de los padres.

Todas estas mujeres pedían ser devueltas a sus países y a sus familias donde podrían dar una nueva orientación a su vida.

La mayoría eran de Frixos, Kaldis y demás países circunvecinos y eran las que deseaban permanecer en el Santuario hasta tomar alguna resolución.

Abel recabó de los Caudillos que costearan el viaje a las mujeres que querían volver en medio de su parentela, y que las dotaran según sus medios, dándoles carta de soberanía para que en ningún caso se las injuriase como repudiadas.

Y cuando hubo conseguido lo que era justicia para ellas, les dijo:

–Las que deseáis partir a vuestros respectivos países, preparad vuestras maletas de viajeras, arreglad vuestros asuntos particulares, pues saldréis de aquí dentro de breves días, así que nosotros hayamos dado término a los asuntos que nos han traído a los países del Ponto. Yo mismo os conduciré al lugar de vuestro destino.

“En cuanto a vosotras, las que habéis querido permanecer en vuestro país y en este Santuario, os digo: que si tenéis un poco más de paciencia, pronto deben llegar, si no han llegado ya a Kiffauser, mujeres Kobdas, pedidas al Santuario del Caspio para formar un Consejo Femenino en Kiffauser, al lado de la Matriarca que desea formar en nuestras filas de educadores de pueblos.

“Yo os prometo conseguir de ella que os visite con dicho Consejo, de allí tomaréis la luz y orientación necesaria para gobernaros y marchar en forma de tener paz y felicidad. Santuarios como éste florecen como jardines en Ethea, en el Nilo, en Soldán, en La Paz, a orillas del Éufrates. La misma Matriarca Walkiria quiere fundar uno en Kiffauser poniendo al frente a mujeres Kobdas, hermanas mías ya de larga experiencia en abrir horizontes de luz y de amor para mujeres que por la Ley de la Alianza han quedado en iguales condiciones que vosotras.

“Esperad, pues y confiad, que las promesas que os hago, en nombre de Dios las hago y Él será conmigo para cumplirlas.

“En Gorilandia y Kalidonia he de permanecer aún varios días. Meditad vuestras resoluciones y estaréis a tiempo de darme aviso antes de mi partida.

Y seguido por las llorosas bendiciones de todas aquellas mujeres, que veían salir un nuevo sol con la visita de Abel, éste salió de la Fortaleza seguido de sus hermanos y de los Caudillos, pensando que Araxes debía estarle esperando porque llegaba la hora de despertar a Vadina.

EL DESPERTAR DE VADINA

En una especie de plazoleta natural abierta entre verdes colinas a la entrada a Frixos, encontraron a Araxes algo agitado y nervioso por parecerle que los Kobdas tardaban demasiado. Como en dicha plazoleta se bifurcaban los innumerables senderos que conducían a todos los puntos de la ciudad, Caudillos y Kobdas se despidieron, y estos últimos siguieron a Araxes a su morada particular.

– ¿Tenéis ya lo que necesitábamos? –preguntóle Abel, aludiendo al niño que debía cooperar a la curación de Vadina.

–Dos en vez de uno –contestó el Caudillo.

– ¿Cómo es eso? –interrogó riendo, Kerlés, que también caminaba al lado de Araxes.

–Es bien original el hecho, que yo llamo fruto de la casualidad.

–O de la Eterna Ley que abre al ser caminos desconocidos –respondió Abel.

–Mientras llegamos a mi casa os lo relataré todo.

–Ya os escuchamos.

–Cuando me separé de vosotros agobiado de amargura y casi por completo desnudo de esperanzas, me pregunté yo mismo: ¿Adónde voy ahora en busca de un recién nacido, sin padres, o que éstos quieran dármelo para jamás pretender recobrarlo? Y como deseaba ocultar a los transeúntes mi desesperada angustia fui buscando los senderos más apartados para evitar encuentros que pudieran entorpecer mis acciones, o causarme más dolor del que ya tenía en mi corazón.

“Y he aquí que había otro hombre que buscando evitar encuentros onerosos, venía de opuesta dirección por los mismos solitarios lugares que yo seguía.

“Y este hombre era el menor de mis hermanos, que venía a mi casa para confiarme la terrible situación en que se hallaba, antes que las altas autoridades del país lo declarasen reo de muerte o de presidio para toda la vida. Esa misma noche había dado muerte a la joven esposa de uno de los primeros Caudillos de Frixos, el tercero en el Consejo Supremo de Gobierno.

“– ¡Pero hombre! –le dije–, ¿estás loco? Bien decía nuestro padre que tu mal carácter te llevaría a un desastroso fin.

“–Espera, no me culpes aún. Ya sabes que yo era Notario Segundo del Consejo y por este motivo tenía mucho trato con aquel Caudillo que era director de las minas de la primera Sección.

“No sé si sabías que a la muerte de su primera esposa, se casó con una noble doncella de los Alazones de la cuenca del sur del Ponto; y ésta ha tenido la mala idea de enamorarse de mí con tan desatinados extremos, que casi me veía impedido de cumplir mis tareas de Notario por temor de que su marido se apercibiera. A tal punto llegaron las cosas que ayer a la mañana la traté duramente amenazándola con avisar al esposo, diciéndole, además, que era feliz con mi esposa, que unía a una gran belleza física, la virtud de la fidelidad conyugal que a ella le faltaba.

“Me juró vengarse y se alejó como una serpiente enfurecida. Y anoche se aprovechó de que los Caudillos pernoctaron en el Santuario de Kaldis y se introdujo disfrazada en mi casa con un criado de su confianza. Asesinó a mi esposa que dormía mientras yo trabajaba en el gabinete contiguo, y cuando acudí a los gritos, armado de mi hacha, vi que uno escapaba, y al que quedaba le asesté un golpe tan feroz al cuello que la cabeza le cayó sobre el hombro izquierdo.

“¡Era aquella mujer!

– ¡Qué horror! –y abracé casi llorando a mi pobre hermano, mientras pensaba en mi propia desgracia, no tan grande como la suya.

–En mi casa hay dos cadáveres, en mi propia alcoba. ¡Figúrate! –continuó él–. De un momento a otro esto va a saberse.

“Sólo lo sabe una criada vieja de mi pobre esposa que ha quedado con mis dos hijitos, una niña de dieciocho lunas y un chiquitín de dos no cumplidas. Si yo soy encerrado en la Torre o muerto, ¿quién sino tú puede velar por ellos? Los demás son hermanastros, tú sólo eres mi hermano y sólo en ti puedo confiar.

Hasta aquí relataba Araxes cuando ya llegaban a la casa.

–Ya comprendo lo demás –díjole Abel–, los dos niños a que hiciste alusión son los hijitos de tu hermano.

–Ciertamente. ¿Para qué iba a buscar otros si éstos me salían al encuentro, traídos hacia mí por una horrible tragedia que aún no sé cómo terminará? Mi hermano está en mi casa con sus hijitos y la criada. No he querido dar paso alguno esperando vuestra llegada.

–Habéis hecho bien. Ahora vamos a terminar con tu amada enferma y ya veremos si en algo podemos ayudar también a tu hermano.

Y entraron en el gabinete aquel ya conocido por los lectores.

Vadina dormía profundamente. Los Kobdas ayudaron a Araxes a trasladarla a la cámara nupcial que ocuparon de recién casados y de donde ella había huido con horror a causa de los tres alumbramientos desgraciados que allí habían ocurrido, y por parecerle que había allí horribles fantasmas.

Junto al gran lecho encortinado de azul turquí, se veía la canastilla para recién nacido, cubierta de sedas y encajes.

–Poned aquí flores, lamparillas de aceite perfumado y mandad encender la hoguera –ordenó el Kobda Notario.

Y mientras esto se hacía, la enferma, aún dormida, era recostada en el lecho y el chiquitín en la canastilla.

La anciana criada que lloraba amargamente la atroz muerte de su ama fue apartada, tomando Abel en brazos la niñita mayor que ya pronunciaba palabras con una media lengua encantadora. Y aleccionándola, Abel le decía:

–Mira a tu mamita como duerme; ahora la despertarás con muchos besos y con muchas flores. Y aquí llega papá, ¿ves?

La niña lo miró y encontró sin duda parecido, pues con lenguaje especial hizo comprender que quería ir con él.

Abel se la entregó a objeto de hacer desaparecer cualquier indicio de extrañeza en la criatura, mientras le decía a media voz:

–Cuidado, que no vea por mucho tiempo al padre verdadero porque se echaría todo a perder.

–Descuidad, el infeliz ha aceptado el sacrificio que su propia situación exige.

Cuando la cámara estuvo convenientemente arreglada, Araxes se sentó con la niña en brazos al borde del lecho. Y los Kobdas se concentraron fuertemente para purificar el ambiente, atrayendo efluvios benéficos.

Después se retiraron todos, quedando Araxes sólo con su esposa y los dos niños, la mayor de los cuales ya familiarizada con su papá nuevo, se entretenía graciosamente en cerrarle los ojos y hacerle que adivinase si era noche o día.

Al poco rato Vadina despertó pero tan sin movimiento, que Araxes entretenido con la niña no se había apercebido.

Ella lo miraba en silencio y miraba luego el rostro de la niña. Las azules pupilas de Vadina se dilataban abismadas como en un gran esfuerzo de memoria.

Por fin exhaló un grito

– ¡Araxes! –exclamó– ¡Yo sueño!..., ¡yo deliro!..., ¿o es que estoy muerta y me creo viva? ¿Qué ha pasado aquí?

– ¡Ha pasado, amada mía, que por fin nuestros genios tutelares te vuelven a la vida y al amor de tu esposo y tus hijitos! –le contestó él, besando la frente empapada de sudor.

Hízola besar con la niña mayor que le colocó al lado, mientras levantaba de la canastilla al chiquitín dormido y lo colocaba junto al pecho de Vadina.

– ¡Cómo! ¿Otro más? –preguntó asombrada ésta.

– ¡Pero, querida!..., ¿la fiebre te hizo olvidar nuestros dos hijitos? – ¿Y el muerto? ¿Qué habéis hecho de él?

–Aún perdura en ti el delirio de la fiebre –decíale Araxes alisándole suavemente los rubios cabellos–. ¿De qué muerto hablas?

Ella guardó silencio, pero se veía el esfuerzo mental que hacía para recordar.

La niña interrumpió como inspirada en tal cavilación, arrojándose espontáneamente al cuello de Vadina mientras le decía:

– ¿Has comido las cerezas que te di? –y cerrándole también los ojos como lo hiciera con Araxes, le preguntaba–: ¿Es noche o es día?

– ¿Cuántas lunas, estuve enferma? –preguntó a su esposo, al mismo tiempo que besaba las manecitas de la criatura y examinaba el rostro del chiquitín dormido.

–Llevas el tiempo que tiene este piquín, dos lunas. La anemia te debilitó a tal extremo que caíste en continuos delirios. Benditos seáis Apolón y Northia que nos devuelven tu vida y la felicidad.

– ¡Oh, que horrible es no poder recordar!... –exclamaba ella.

– ¡Creía que nuestros hijitos habían muerto!...

–Es que a causa de tu grave estado, los niñitos fueron puestos al cuidado de una buena ama que, ya ves, los ha conservado hermosos y sanos como una fruta madura. Y esta separación habrá aparecido ante tu imaginación afebrada como una muerte.

“Pero creo, querida, que no dudas ahora que están vivos.

–Y cuánto se parecen a ti, ¡sobresale toda ésta que es preciosísima! –y abrazó tiernamente a la hermosa criatura que mascullaba con su lengua casi inteligible:

–Yo tengo otra mamita que es linda como vos.

Araxes se alarmó, pero Vadina misma comprendiendo, díjole:

–Esa es la nodriza, querida; tu mamita soy yo.

El chiquitín se despertó con grandes gritos, y la anciana criada que ya había llamado a la joven nodriza, entró con ella, haciendo inauditos esfuerzos para no echarse a llorar.

–Esta es la anciana –díjole Araxes que ha cuidado de nuestros hijitos. Y estas palabras fueron confirmadas por la niñita que bajó del lecho para abrazarse de la criada, diciéndole un torrente de palabras vueltas al revés como de costumbre.

Araxes ante tal escena se sentía conmovido hasta las lágrimas. Salió pues al gran patio cubierto donde encontró a su anciano criado que le entregó una hoja de tela grabada por Abel. Decía estas solas palabras:

“Amigo mío: bendigamos al Altísimo lo mismo en la dicha que en el dolor.

“Os dejamos con vuestra nueva felicidad porque otros deberes nos llaman a la vecina Tracia. Me llevo a vuestro hermano cuya situación arreglaremos favorablemente. *“Sed justo como sois feliz. Abel”*

– ¡Qué hombre!... ¡Sin nada de egoísmo, sin nada de vanidad! ¡La Gran Sacerdotisa de Apolón estaba en lo cierto cuando anunciaba al desembarcarle en nuestra costa que era un Dios hecho hombre!

Y guardando reverente sobre su pecho el trocito de tela grabado por Abel, volvió a la cámara de su esposa a la que encontró sentada en el lecho sobre el cual la niñita deshojaba flores en medio de su charla incoherente todavía, mientras Vadina adormecía al pequeñín con un suave y dulce cantar de cuna:

*Duerme corazoncito,
Duerme mi luz
En los brazos amantes
Del hada azul...*

Un tierno pensamiento de gratitud vibró fuertemente en el alma de Araxes ante el apacible cuadro de su nueva felicidad, y ese pensamiento

iba dirigido a Abel y a sus hermanos que habían entrado en su casa cual genios benéficos inundándolo todo de paz, de alegría y de esperanza.

Pero al ver las dos criaturitas que inocentes de su desgracia habían cooperado a la dicha que él gozaba, sintió en verdad su pecho rebosante de amor paternal y de piedad inmensa para aquel que le hacía el holocausto voluntario de esos pedazos de su propio corazón.

Y después de un breve silencio, Araxes dijo a su esposa:

–Ahora que estás bien debo participarte las novedades ocurridas durante tu enfermedad.

–Pues, ¿qué ha pasado?

–Mi hermano Furkis ha partido con su familia a un país lejano llamado por un gran Rey para enseñar a los mineros la pulimentación de los metales y de las piedras preciosas.

–Lo siento mucho, pero si es para su bien debemos alegrarnos. En nuestra tribu el pobre Furkis vegetaba a causa de su condición de menor y sobre todo por la modesta cuna de su esposa. ¿Y cómo fue eso?

–Pues ha estado aquí el representante de ese Rey, que es el Thidalá de la Gran Alianza el cual trabó gran amistad conmigo, a tal punto que le debemos tu vida y tu salud, pues él con sus acompañantes, todos hombres sabios y justos te sometieron a sus métodos curativos y ya lo ves, con qué óptimos resultados. Pues este joven Príncipe delegado del Thidalá es quien se ha llevado a mi hermano. Mira. –Y le enseñó la tela grabada por Abel.

– ¡Oh!... ¿Por qué no esperó para que yo le viera y le diera las gracias? –preguntó casi enternecida Vadina.

–Querida mía, debes comprender que un personaje así tiene innumerables negocios que atender. Demasiado fue ocuparse de nuestro hogar para dejarlo convertido en un cielo de paz y de dicha. Estuvo, además, toda una noche en el Santuario de Kaldis para solucionar el problema de las Berecinas y de sus hijas.

– ¿Y las tuyas?... –preguntó alarmada.

–No te preocupes; ellas irán a su tribu y a su país, como irán todas las que así lo deseen, según los convenios que el delegado ha hecho con los Caudillos del Alto Consejo.

– ¡Páreceme que sentirás la separación de los niños! –dijo Vadina meditabunda–. ¿Les dejarás partir con ellas?

Araxes guardaba silencio...

–Tú has buscado mi felicidad y es justo que yo piense en la tuya. Si tú quieres déjalos aquí y yo cuidaré de ellos igual que a los míos.

Araxes conmovido por aquella tierna abnegación, besó con amor la frente de su compañera mientras le decía:

–La enfermedad marchitó un tanto tu belleza física, pero no ha logrado

agotar la bondad de tu corazón. Yo sabía que esto ibas a decirme y tanto lo sabía que ya estaba hecho. –Y llamando con un silbato, dijo al criado que se presentó–: Tráeme los niños que están en mi gabinete.

Unos momentos después el criado volvía con los cuatro niñitos más o menos de parecida edad, o sea de veintiséis a cuarenta lunas, vestidos todos con capotitas de piel blanca que les asemejaba a pompones de lana donde sólo se veían cuatro caritas rosadas y risueñas.

– ¡Oh, qué bellos!..., ¡y son tuyos, oh, sí, tuyos! –decía Vadina encantada–. Basta mirarles los ojos.

Y Araxes fue sentándolos todos en el gran lecho.

–El mayor es varón y será en el futuro un gran hombre jefe de su tribu. Estas otras son mujercitas, que con la tuya y mía, aprenderán a ser buenas amas de casa para hacer la felicidad de otros tantos hogares.

– ¡Oh, qué belleza, Araxes, qué belleza!... Me dormí en ese penoso letargo creyéndome sola entre cadáveres de niños muertos, y me desperté entre un jardín de bellísimas criaturas...

“¿Qué buen genio ha pasado por aquí que así ha florecido de rosas nuestro hogar?

–Tu bondad, querida mía, tu bondad ha merecido de los dioses estos dones divinos del cielo. Son todos tuyos, ¡todos! ¿Entiendes? Has de cuenta que ninguna otra madre es más madre de ellos que lo eres tú.

“¡Mira! ¡Cuántos angelitos te ha mandado Northia en un solo día!

Vadina se hizo traer un punzón y anotó en un trozo de arcilla el nombre que cada cual fue diciéndole que era el suyo.

– ¡Ah! Pero una madre de tantos hijos no puede estar ociosamente tendida en el lecho –dijo de pronto, saltando de la cama y echando a andar aunque todavía vacilante, por la habitación.

Araxes la cubrió con una gran capa de pieles, porque quiso recorrer la casa y los jardines acompañada de los niños.

– ¡Estoy fuerte!..., vivo de nuevo, después de esa horrible pesadilla que me ha tenido enloquecida. Dime la verdad, Araxes, ¿no es cierto que estuve loca? ¡Yo estoy convencida que estuve loca, porque sólo así se explica que no recuerde absolutamente nada!

– ¡Algo de eso hubo, amada mía, y qué lóbregos y largos días he pasado entre la vida y la muerte! Pero cubramos todo eso con un velo de eterno olvido, ya que nuestros dioses espantaron todas esas tinieblas.

–Sí, sí, ¡es verdad! Que los dioses nos sean propicios y reciban como un perfume eterno la gratitud de nuestros corazones.

Y sentándose ambos en un banco de piedra sombreado por un naranjo en flor, contemplaron el hermoso panorama del sol de atardecer tiñendo de dorados celajes las cimas de las montañas cubiertas de nieve.

Y como un enjambre de corderillos blanco, brincaban en torno de

ellos las traviesas y bellas criaturas cuyas risas les llegaban como notas cristalinas de una música exótica en aquel hogar abatido poco hacía por el más amargo infortunio.

Y pensando Araxes y Vadina al mismo tiempo, en la misiva de despedida de Abel, dijeron a la vez tomándose de la mano:

– ¡Seamos justos como somos felices! ¡Así lo quiere Él!

173

LOS HIJOS DE CHAL-MOKSIS

Al salir Abel y los Kobdas de la cámara de Vadina, ya tenían la intención de llevarse hacia La Paz al pobre y desventurado Furkis. ¿Quién sino ellos podían encontrar el secreto de curar también aquel corazón deshecho?

Así fue que le buscaron y le hallaron en una oscura covacha que era destinada a depósito de leña para las hogueras.

–Furkis –díjole Abel–, sé todo cuanto te ha ocurrido y así como el Altísimo me ha tomado como instrumento para devolver la felicidad a tu hermano, pueda ser que lo sea también con respecto a ti.

–Vos sois el Príncipe del Éufrates, que representáis al Thidalá de la Gran Alianza y acaso os comprometáis amparando a un asesino, bien que lo ha sido en defensa de su hogar y de su vida.

–Sí, soy el que dices, y por tal razón estoy en las condiciones para hacer justicia contigo. Nada temáis por mí. Ven conmigo al otro lado del Danube que ahora mismo lo cruzaremos porque nos esperan en Gorilandia.

–Sea como lo dices –contestó tristemente Furkis–. Nada me liga ya a esta tierra donde tan infortunado he sido.

Y siguió en silencio a los Kobdas que cubiertos con gruesas capas de pieles, pasaron desapercibidos hasta la plaza del puerto donde un velero les esperaba.

Allí encontraron a los tres representantes de Erick que junto con ellos vinieron desde Kiffauser y que asumían por el momento la más alta autoridad del país.

–Despedidnos de todos los Caudillos porque es urgente mi llegada a Tracia esta misma noche –dijo Abel a los tres ancianos–. Y no retardéis más que tres días el embarque de las Berecinas con destino a Kalidonia, donde las esperaré.

–Estad sin cuidado que desde ayer corren por cuenta nuestra.

–Y que los Caudillos cumplan con los convenios que hemos firmado –añadió con firmeza el joven Kobda.

–Todo se hará conforme a vuestros deseos. ¿Y ahora?... Esta despedida será para no veros más. ¡Somos ya demasiado viejos!... –dijo el más anciano de los tres.

–Pero como yo no soy viejo, puede que algún día me veáis de nuevo en el Ponto. ¿Quién puede saber el futuro? –Y al decir así el joven Kobda iba abrazando uno por uno a los tres ancianos que le recordaban tanto a Kiffauser y a la Matriarca Walkiria cerca de la cual les había conocido.

–Jamás olvidaremos el viaje aquel del velero blanco, el Ánade pilotado por la Gran Sacerdotisa de Apolón que os condujo a esta ribera.

–Si volvéis a Kiffauser –díjole Abel–, haced de cronistas de cuanto hemos visto aquí, y decid a la Matriarca que para concluir la obra empezada en el Santuario de Kaldis he contado con ella sin consultarla, porque conozco su gran voluntad para el bien.

“Dadle esto de mi parte. –Y les entregó un pequeño tubo de plata que encerraba un papiro grabado. Cerrado con el sello en cobre de la Gran Alianza; aquel documento era sagrado y secreto.

–Juramos por Apolón que este tubo irá a sus manos sin que nadie le haya tocado.

Unos momentos después el pequeño velero levó anclas, rumbo al sur, cortando como un ave marina las azules olas del Danube cuando los últimos resplandores del ocaso parecían diluirse en las penumbras de la noche que se acercaba. Los Kobdas bajaron a la cámara que les había sido destinada. Sólo dos oscuras siluetas se veían de pie en la borda mirando hacia Frixos, cuyas rosáceas casonas de piedra se confundían con las colinas coronadas de árboles corpulentos que las sombras teñían de un verde casi negro. Eran Abel y Furkis.

–Allí queda insepulto el cadáver de ella. ¡Allí quedan mis dos hijos que ignorarán mientras vivan su nombre y el mío!... –exclamó con sorda voz el desventurado hermano de Araxes.

Y se cubrió el rostro con ambas manos como para no ver más la ciudad nativa donde quedaba enterrado para siempre todo cuanto había amado en su vida.

Abel había esperado este momento terrible y por eso quedó sobre cubierta.

–Amigo mío –le dijo poniéndole una mano en el hombro–, aún en tu rudo dolor hay una fuente de consuelo si quieres beber en ella. No te apenes por el cadáver de la que fue tu esposa, que Araxes hará lo que tú hubieras hecho una vez que la justicia de los hombres haya intervenido en este caso. Además, ¿qué es un cadáver? ¡Nada! La maldad humana ha podido arrebatarte el cuerpo de tu compañera; pero si un verdadero amor te unía con ella, puedes estar bien seguro de que su espíritu te seguirá a todas partes.

“Cuando te he dicho en Frixos: “ven conmigo”, es porque algo como una íntima voz dentro de mí mismo pareció haberme dicho que de esa tumba abierta prematuramente saldría una gran luz para ti. Todo lo que piensas vive eternamente. Vivir es amarse las almas unas con otras, tengan o no cuerpo material que les permita actuar en el plano físico. ¿Por qué hablar, pues, como si la esposa que lloras hubiera sido una informe masa sin alma?

– ¡Sí..., es como dices! Mas, ¿dónde está, dónde?

– ¡En ti mismo cuando la piensas y cuando la amas!

– ¡La pienso siempre!... ¡La amaré a todas horas!... ¿Cómo podría olvidarla?

–Si tu amor es de aquellos que forman alianzas eternas, yo te aseguro, Furkis, que antes que florezcan de nuevo los cerezos, tu esposa se te habrá acercado tanto, que dejarás de lamentar su muerte.

“Por eso he pensado llevarte conmigo a La Paz, en las orillas del Éufrates donde encontrarás una inmensa familia que deseará tu consuelo, que se esforzará por hacerte entrever un cielo que desconoces, una dicha que aún no has probado sobre la tierra.

–Mi corazón está lleno de gratitud hacia ti, Príncipe Abel –respondió Furkis–, mas no acierto a comprender por qué tanto afán en consolar mi dolor. Te aseguro que no quiero ser consolado. ¿No veis que consolarme de este inmenso dolor es olvidarla?

“¿No os he dicho que no quiero olvidarla jamás? ¡Os seguiré al Éufrates!..., os seguiré a donde queráis, sólo por la franca acogida que me habéis dispensado en la desgracia; pero por piedad no me habléis de consolarme que eso equivaldría a perder la última y única satisfacción que me queda: la de sentir mientras viva el dolor de haberla perdido.

–Bien, amigo mío, no os hablaré más de consuelo, y sí os ruego que bajéis conmigo a la cámara, que la helada niebla amenaza congelarnos y mis hermanos están esperando.

Ambos bajaron en silencio.

Poco después les fue servida la comida del anochecer, y Furkis que sin querer ser consolado, sentíase invadido de una paz serena y dulce, fue dando la noticia a los Kobdas de las costumbres y modalidades de los pueblos de la Tracia a donde pasadas dos horas debían desembarcar.

En efecto, poco después vieron el faro de Gorilandia y numerosas llamaradas que parecían correr de un lado a otro produciendo un cuadro fantástico como si aquellas luces flotaran sobre la superficie del majestuoso río. Eran las antorchas de los guardias del puerto que les esperaban.

Cuando Abel puso pie en tierra se encontró de nuevo con aquel grupo de ancianos fastuosamente ataviados, a quienes Walkiria había exigido juramento de cuidar de su vida como de las suyas propias.

– ¡Príncipe! –dijo el más anciano–, mucho hemos temido por vuestra vida y por nuestro juramento hecho a la Gran Sacerdotisa de Apolón que nos entregó hace tres días vuestra persona, y creedme que si no llegáis en este momento, cruzábamos nosotros el río para buscaros.

–Pues ya estoy aquí y gracias por el interés que mi modesta persona os inspira. ¿Llegó la Cherúa y su hijo?

–Ayer a mediodía y os espera en el templo de Chal-Moksis para finalizar el duelo, pues ya se han cumplido las cuarenta lunas de la muerte del Cherú y es de todo punto necesario para que ella y su hijo reciban la consagración mañana según la ley.

–Vamos allá –díjole Abel.

Y apenas lo había dicho fue sentado en una especie de silla enorme, cubierta de pieles y tapicerías, y llevado en peso por dos formidables guardias que echaron a andar seguidos de los veinte ancianos y de los Kobdas que ocuparon otras sillas, formando una numerosa comitiva escoltada por los Guardias de las antorchas.

Un extraño sonar de cornetas y de silbatos acompasado y no desprovisto de armonía, iba llamando la atención de la adormecida ciudad que empezó a ponerse en movimiento, siguiendo la misma dirección que seguía la comitiva.

Después de un buen andar, llegaron ante un enorme peñón cuyas cortaduras a pico le daban el aspecto de un torreón almenado, pero tan imponente y adusto que más parecía un presidio que un templo como lo habían llamado.

Las numerosas antorchas que lo coronaban extendían sus rojizos resplandores sobre las brillantes palmeras que en espeso bosque rodeaban el vetusto y majestuoso torreón.

Cuando las puertas de piedra corrieron sobre sus rieles, un torrente de luz se desbordó al exterior, y una silueta delicada y grácil, toda velada de negro, se destacó al centro de aquel recinto.

Esta silueta tenía de la mano un niño de nueve años, cubierto de una capa de piel blanca que sólo le llegaba a las rodillas dejando ver sus pies y piernas encerrados en una red de oro y piedras preciosas.

Era la Cherúa viuda con su pequeño hijo.

– ¡Cherúa!... –le dijo Abel inclinándose y tendiéndole a la vez las manos que ella tocó con las suyas sin levantarse el velo.

– ¡Príncipe delegado del Gran Rey de Naciones!... –exclamó con voz conmovida–. He llegado ayer de Monte Kasson para recibir la justicia de vuestras manos. He aquí mi hijo.

– ¡Cherubín!... –exclamó Abel acariciando al niño que debía ser consagrado soberano de un numeroso pueblo–. Dios te guarde en la justicia y santidad de su ley para que haga feliz a los hombres de esta tierra.

Su madre le habló al oído y el niño doblando una rodilla en tierra contestó:

– ¡Chal-Moksis sea con vos, Príncipe del Éufrates!

En ese instante comenzó a oírse un coro de gemidos de mujeres acompañados por una lúgubre melodía apenas perceptible.

– ¡Ya es la hora! – anunció uno de los veinte ancianos que rodeaban a la Cherúa; y levantando una pesada cortina de púrpura que dividía en dos el recinto sagrado, vieron un desfile de mujeres veladas de negro que parecían fantasmas en acompasadas danzas. De ellas partían los gemidos escuchados y que continuaban subiendo de tono cada vez más hasta llegar a lamentaciones agudas y angustiosas.

La Cherúa y su hijo se sentaron en un tapiz al centro de la ronda llorosa de los fantasmas velados. Ante ellos, fue colocado una especie de candelabro de oro que tenía siete brazos, cuya terminación era una copa llena de aceite perfumado y con mecha lista para encender.

De pronto los fantasmas danzantes se arrojaron al pavimento, como fulminados por un rayo, y uno de los ancianos anunció con voz estentórea:

*¡La muerte ha sido vencida
Sus sombras ya no son más;
Cantemos un himno a la vida,
A la gloria, al amor y a la paz!*

Los fantasmas se irguieron rápidamente pero dejando en el suelo sus negros velos para aparecer velados de azul celeste, y comenzando una nueva danza, febril y armoniosa acompañada de músicas y aplausos que parecían una tempestad.

Y el Cherubín encendió una por una las siete lamparillas de aceite del candelabro de oro.

Mientras tanto, Abel pensaba en lo inútil y disparatado de toda aquella algarabía, como de la funeraria comedia con que la ceremonia había empezado.

Su alma plena de luz y de conocimiento se llenó de piedad y de lástima por la tenebrosa ignorancia de los seres, que mirarían como una sacrílega profanación tomar posesión del gobierno de aquellos pueblos sin haber realizado aquel acto al cual llamaban “fin de duelo”.

Entonces la Cherúa abrazó a su hijo y ya despojada del negro velo se dejó ver en toda su espléndida belleza, ataviada con el tradicional manto color naranja bordado de plata y salpicado de esmeraldas.

El más anciano de los Consejeros la invitaba a subir con su hijo al gran estrado en el centro del cual estaba una estatua de Chal-Moksis,

el dios de los tracios que simbolizaba todo lo grande, bello y bueno que los hombres pueden esperar en la vida.

A sus pies tenía un jabalí, símbolo de la fuerza de la tierra, y con su mano izquierda sujetaba de las aletas un delfín, símbolo de la fuerza en el mar. Abel fue también invitado a subir al gran estrado con sus acompañantes los Kobdas.

Acto seguido el Notario del Consejo desenrollando papiros y más papiros fue relatando los trabajos que se habían hecho a indicación del Thidalá de la Gran Alianza, para poner en claro cuales tribus querían continuar perteneciendo al gobierno del Cherú fallecido y ahora representado en su pequeño hijo.

Más o menos la mitad de ellas se habían plegado al promotor de las anteriores revueltas que era un hermanastro del Cherú que habiendo desempeñado el alto puesto de Jefe de Arqueros gozaba de gran influencia entre los guerreros.

Los veinte ancianos allí presentes eran los jefes de las veinte tribus que quedaban fieles al Cherú, o sea, los Tartesios y los Tordolanos, tribus pacíficas y laboriosas, poco amigas de guerras y de conquistas, y que ocupaban desde el Danube hasta el Ática, siendo sus principales ciudades: Gorilandia, Gorkun, Kalidonia y Anfípolis, todos puertos sobre el Ponto y el Bósforo. El Cherú había tenido su residencia en Kalidonia, pero su viuda tenía toda su parentela en Gorilandia de donde era originaria y donde gozaba de gran prestigio.

Todas estas aclaraciones les fue haciendo en la lectura de los papiros el Notario del Consejo y cuando ya nada quedaba en el vasto informe, los veinte ancianos juraron ante Abel, que sus tribus elegían libremente el gobierno de la Cherúa y su hijo, y que ellos estaban dispuestos a auxiliarlos en el desempeño de sus tareas.

La Cherúa juró a su vez obrar de acuerdo a la Ley de la Gran Alianza para gobernar su pueblo hasta que el niño fuera declarado en mayoría de edad.

Fue interrogada al respecto de si pensaba contraer segundas nupcias, y contestó que no.

Uno de los ancianos insistió poniéndole de manifiesto su juventud, la soledad a que se condenaba ella misma.

Abel creyó deber intervenir, pues observó el sufrimiento que tales interrogaciones causaban a la Cherúa.

—Creo —dijo el joven Kobda—, que eso no es de todo punto necesario definirlo en este momento, pues siempre habrá tiempo para una resolución de ese orden.

—Es que nuestra Ley marca que si la viuda piensa contraer segundas nupcias es necesario designar un Audumbla al Cherubín para que

independientemente de la nueva familia pueda él gobernar a su pueblo.
–Esto lo dijo el Notario contestando a la proposición de Abel.

–He dicho que no tomaré un nuevo esposo, y creo que mi palabra es suficiente –dijo con gravedad la joven y bella mujer.

Entonces el más anciano de los Consejeros ayudado por los otros desdoblaron un enorme manto azul turquí dividido en dos mitades por una franja de oro. De un lado había una cabeza de jabalí bordada en oro y piedras preciosas, y la otra una cabeza de delfín grabada en igual forma. Y con dicho manto cubrieron a la Cherúa y a su hijo, mientras le decían las palabras de su ritual:

–Chal-Moksis os da su poder en la tierra y en el mar.

Abel puso en el dedo índice de la Cherúa el anillo de la Gran Alianza al mismo tiempo que le decía:

–Que el Altísimo Señor de todos los mundos sea con vos y con vuestro hijo, para que jamás olvidéis que el buen soberano debe ser el primer servidor de su pueblo.

Después y así cubiertos con el gran manto símbolo, la Cherúa y su hijo fueron subidos a lo alto del torreón o templo de Chal-Moksis para que entre el resplandor de las antorchas, les viera el pueblo allí congregado.

Una voz emitida por una bocina de oro decía el versículo de ritual:

*¡La muerte ha sido vencida
Sus sombras ya no son más;
Cantemos un himno a la vida,
A la gloria, al amor y a la paz!*

“La Cherúa y su hijo el Cherubín fueron cubiertos con el manto de Chal-Moksis, nuestro dios de la alegría y la abundancia que quiere la vida entre la concordia y el trabajo. La Cherúa y su hijo fueron libertados del llanto y de la angustia para recibir mañana de su pueblo la consagración como soberanos de nuestro hermoso país.

El pueblo a grandes voces repitió innumerables veces el versículo del ritual, mientras arrojaban hojas de palmera y ramas de terebintos hacia la Cherúa y su hijo que agitaban sus manos en señal de amor y de agradecimiento.

Para los que habían conocido a la soberana de Tracia a su llegada a Monte Kasson y la veían ahora, parecía otra mujer. Había sufrido una doble transformación en su espíritu y en su cuerpo. La obra de las mujeres Kobdas, de la Mangrave Elhisa había dado sus frutos en el alma de esta mujer que lentamente fue como vaciándose en el molde de oro de la Justicia y de la Verdad, de la Sabiduría y del Amor.

La oímos un día decir a Iber: –Yo quiero que mi hijo y yo seamos repuestos en nuestros tronos, que nuestras tierras y nuestros pueblos nos sean devueltos.

Y al llegar ahora a su pueblo natal había preguntado a los veinte Caudillos representantes de las tribus que quedaban fieles: – ¿Nos quieren ellas a mi hijo y a mí por soberanos? –cuando le hubieran asegurado que sí, ella volvió a decir–: Porque sabed que no quiero el odio de nadie sino el amor de todos.

La dura lección del dolor, del destierro, de la muerte del Cherú asesinado por los que se habían rebelado contra arbitrariedades e injusticias demasiado intolerables, todo esto había contribuido poderosamente para que las sabias enseñanzas recibidas en Monte Kasson la hicieran mirar las cosas desde el verdadero punto de vista que deben mirarse.

–Vos sois el Hombre-Luz de que tanto se habla en el País de Ethea de donde vengo –decía la Cherúa a Abel, al siguiente día de su consagración como soberana de Tracia–. Sois en verdad un hermano del Príncipe Iber con el cual tenéis en común algo más que el color azul de vuestro vestido; os hacéis amar inmensamente y vuestro corazón permanece impasible sin una vibración, sin un latido más apresurado que los otros. ¡Sois verdaderamente incomprensibles!

– ¡Cherúa! ¿Es posible que un Kobda os parezca incomprensible después de haber convivido con las Kobdas durante treinta y seis lunas? –Y Abel sonreía afablemente al contestarla de esta manera–. ¿Se puede saber, Cherúa, cuál es el enigma que encontráis en los Kobdas?

– ¡Mirad! Como sois el Hombre-Luz, se os puede decir todo, puesto que de igual manera lo percibiríais con la sutileza de vuestro doble mirar. ¿No es así?

– ¡Como queráis, Cherúa!

–Os quería decir que yo llegué a amar al Príncipe Iber con tan inmenso amor, que pasé dos lunas dolorida y enferma cuando comprendí que él permanecía indiferente a mi ternura. Creí y deseé morir porque sin su amor me parecía horrible la vida.

“Si vivo y estoy tranquila lo debo a la Mangrave Luvina que hoy gobierna Monte Kasson y al mismo Príncipe Iber, pues que entre ambos han curado a medias mi desventurado amor.

–Todo cuanto me decís, Cherúa, es para mí claro como la luz del día.

“¿Dónde está pues lo incomprensible de los Kobdas? ¿En que Iber no ha correspondido a vuestro amor siendo como eres, merecedora de él bajo todo concepto según el sentir humano? ¿No es verdad?

–Sí, justamente. En cambio me han salido al paso desde Monte Kasson hasta aquí por lo menos una media docena de enamorados, o sea, en

cada puerto en que hemos hecho escala y se ha sabido que era la Cherúa viuda quien iba a bordo del velero que nos traía.

“Un hijo del soberano de Ática, un Príncipe de los Tartesios del Archipiélago y otro de los Alazones de la vecina orilla. Pero como he comprendido que en ellos no había amor sino interés, no he podido amar a ninguno. ¡Es caprichoso y antojadizo también este corazón mío, que se empeña en amar a quien le rechaza, y rechaza a quien le busca!”

–En mi concepto, Iber obró acertadamente, vos lo hicisteis también, porque si bien el amor es un grande y hermoso don del Altísimo a los hombres, debe obedecer a leyes que están desde hace siglos marcadas y de cuyo cumplimiento depende la felicidad y el bien de los seres.

“Ahora no penséis más que en que sois madre de un niño-rey, que son muchos los seres que esperan vuestro amor, vuestras ternuras, y vuestras solicitudes. En esta etapa de vuestra vida, paréceme que pasó ya la hora del amor, no obstante, de estar todavía vos, Cherúa, en plena juventud.

“Vuestra situación en estos momentos es tan delicada, que sólo un ser de gran conciencia y lucidez podría unirse a vos sin entorpecer vuestro camino, el de vuestro hijo y el de vuestro pueblo. Si sois capaz de llenar vuestra vida con el amor de madre y el amor de soberana de un pueblo que ha sido duramente azotado por infortunios de toda especie, os aconsejaría permanecer tal como estáis, sin buscar complicaciones a vuestra vida que veo abrirse como un ancho camino pleno de luz y de flores. La luz que os enviará la Divina Sabiduría si sabéis ser su fiel intérprete; y las flores de la gratitud y el progreso de las almas, impulsada por vuestra voluntad puesta al servicio de la justicia y de la verdad.

“Además, Cherúa, la preparación de este niño para la gran misión de hacer feliz a su pueblo y propender a su evolución espiritual y material es tarea que os confía la Eterna Ley, de cuyo cumplimiento no podéis excusaros desde el momento que habéis aceptado la maternidad de un ser destinado a dirigir multitudes.

En esta conversación estaban Abel y la Cherúa cuyo nombre de familia era Fantina de Gorilandia, cuando llegó una fastuosa embajada de Kalidonia, la importante ciudad que hasta entonces había sido residencia de los soberanos de Tracia. Allí venían cuatro de los veinte ancianos que recibieron a Abel y que eran como se sabe los Caudillos de las tribus fieles al Cherú.

Cuando estuvieron en presencia de la Cherúa, el más anciano dijo:

–Venimos ante vuestra grandeza a manifestar la voluntad de las tribus de Sartos, pobladores de Kalidonia y Anfípolis y tierras circunvecinas.

– ¡Oh, Cherúa! Que desde remotos tiempos los soberanos de Tracia tuvieron su residencia en Kalidonia, lo cual dio lugar a que todos los

Jefes de Tribus de la Tracia edificaran allí sus mercados y casas de venta, y de elaboración de todas las manufacturas que forman la riqueza de nuestro país.

“Los Sartos se creen injuriados y humillados por la decisión de vuestra grandeza de establecer su sede en Gorilandia, por el solo motivo de ser su pueblo natal.

“En Kalidonia labraron en la montaña vuestros antepasados el gran templo de Chal-Moksis que es hoy en día refugio de Berecinas y será en breve taller de tejido en oro, seda y piedras preciosas.

“Es, además, la Fortaleza de Kalidonia la única en nuestro país, que jamás fue hollada por el pie de ningún invasor, porque sus murallas de piedra son inexpugnables. Ningún palacio, así fuera de oro, sería para vuestra grandeza más seguro que aquel que guarda las cenizas de los antepasados y los trofeos de sus grandes victorias.

“Tal es ioh, Cherúa! el mensaje de vuestros súbditos, los Sartos de Kalidonia y de Anfípolis.

El semblante de la Cherúa se había tornado adusto y grave.

–De modo –dijo–, que me hacéis vuestra soberana juntamente con mi hijo, y os permitís imponerme vuestras voluntades.

–No se os imponen, Cherúa; se os pide y se os hace notar las circunstancias que hacen justo este pedido –le contestó con firmeza uno de la embajada.

Abel vio que la Cherúa iba a estallar en una de esas violentas explosiones que a veces tenía su carácter y creyó deber intervenir en representación de la Gran Alianza de los pueblos.

–Permitidme, Cherúa –díjole dulcemente el joven Kobda–. Me habéis dicho que veníais de Monte Kasson a recibir de mis manos la justicia y aún no he complacido ese deseo vuestro. Creo pues que está dentro de mis facultades y de mi deber el dejaros en seguridad material y moral en vuestro solio de soberana, al lado de vuestro hijo, demasiado pequeño aún para serviros de escudo y defensor. Vuestra seguridad personal, Cherúa, vuestra tranquilidad y vuestra dicha, exigen sacrificar el deseo vuestro de residir en Gorilandia por estar allí radicada vuestra parentela. Sería grave imprudencia introducir esta innovación, innecesaria por otra parte, en los momentos en que se reorganiza todo un pueblo en derredor vuestro. Nada ni nadie os impedirá trasladaros cuando lo queráis en calidad de visita a cualquiera de las ciudades de Tracia, que se creerán grandemente honradas con vuestra presencia.

“Es un principio de sabiduría en un gobernante nuevo, el continuar en la ruta de sus antepasados en todo aquello que está de acuerdo con la voluntad de los pueblos que va a gobernar y que, además, encierra buena lógica y buen razonamiento.

“Creo que por vuestro bien y el de vuestro hijo debéis acceder a lo que os piden los pueblos de Kalidonia”.

–Gracias, Príncipe, por el interés que por mi hijo y por mí demostráis. –Y dirigiéndose la Cherúa a los embajadores les dijo afablemente–: Decid al pueblo Sarto de Kalidonia y Anfípolis que me han convencido sus razones y que no era mi pensamiento humillarlos ni perjudicarles en forma alguna. Si deseaba residir en Gorilandia es por huir de la horrible soledad en aquella enorme fortaleza, ya sin el compañero de mi vida y con mi hijo demasiado pequeño aún para servirme de compañía. En Gorilandia tengo madre, hermanos, hermanas, seres todos que me aman y me son amados.

“Decid al pueblo Sarto que iré a residir a Kalidonia.

Los embajadores se inclinaron profundamente y el más anciano habló de nuevo:

–Vuestra Grandeza contará en Kalidonia con todos los afectos que quiera tener a su lado, pues el pueblo Sarto verá con agrado que la Cherúa traslade a Kalidonia a sus familiares e íntimos a los cuales se les facilitarán todos los medios de desenvolver sus negocios considerándoseles como a los hijos nativos del país, con voz y voto en Asamblea y Consejos.

–“De modo –pensó la Cherúa–, que el pueblo me hace concesiones y favores”. –Y su semblante reflejó de nuevo su amor propio herido. Una mirada de Abel la hizo dominarse.

– ¡Gracias! –dijo al anciano que había hablado–. Esos son asuntos que se resolverán más adelante, pues apenas llegada, ignoro la participación actual de mi familia entre los Tordolanos a que pertenece. Id pues llevando el mensaje de vuestra Cherúa, a quien tendréis entre vosotros mañana a mediodía.

–Os esperan sesenta Jefes de tribus para juraros fidelidad cuando el gran sacerdote de Chal-Moksis os ciña a vos y a vuestro hijo la corona de vuestros antepasados.

– ¿Son todos jefes Sartos?

–Todos, Cherúa.

– ¿Son numerosas las tribus?

–Entre todas forman novecientas centurias de hombres, sin contar mujeres y niños.

“Se sabe allí que tuvo lugar ya el final de duelo y han visto bien que lo hayáis realizado en medio de vuestra familia. Pero debe ser en la capital de Tracia y en el gran templo donde recibáis las llaves de la fortaleza y el cofre de los tesoros.

“Concurrirán, además, delegaciones de todas las tribus de la Tracia, aún algunas que vacilaban creyendo que no volverías a este país. Ya veis

pues, Cherúa, que los Sartos buscan el engrandecimiento del país que os quiere como soberana.

—Así lo comprendo y os doy de nuevo las gracias. Creo que con el tiempo os daré pruebas de que sé apreciar la fidelidad y el amor que me demostráis.

Los embajadores se retiraron, y de nuevo la Cherúa quedó con Abel y su hijo.

—Creedme —le dijo—, que vine buscando un viejo trono en que sentarme con mi hijo, y antes de ocuparlo, quisiera ya huir al hermoso país de Ethea donde si he sufrido una desilusión, he recibido en cambio verdaderas pruebas de amistad y de amor.

—Lo celebro, Cherúa, porque esta disposición de vuestro espíritu me hace entrever que apreciáis tal como es, el enorme peso que significa un trono y una corona para el ser que ha llegado a comprender que no hay grandeza verdadera ni superioridad alguna, sino en la grandeza y superioridad conquistada por el espíritu con obras bellas y buenas en el correr de los siglos. Porque para la Eterna Justicia del Altísimo, más grande es un leñador que ha cumplido con su ley, que un poderoso monarca que no ha cumplido con ella.

—He podido comprender por conversaciones tenidas con el Príncipe Iber y con las Kobdas de Monte Kasson que para vosotros nada vale la realeza, ni las dinastías nobiliarias, ni las grandezas humanas emanadas del poder que dan las riquezas. Pero si nada de esto tiene valor, ¿por qué existen en la tierra?... , ¿por qué son las cosas como son y no como vosotros los Kobdas las veis y las deseáis?

—Mirad, Cherúa, y haced por comprenderme: La Ley Divina bajo la cual ha creado y conserva el Eterno Poder de la Energía, todo cuanto existe, es una; y las leyes creadas por los hombres de esta tierra, son otras, y a veces muy contrarias a la Ley Divina.

“Todos los seres, lo mismo el que nace rey que el que nace esclavo salieron en igual forma de esa Eterna Energía que llamamos Dios, Alma Madre, Suprema Inteligencia, la cual ha ordenado la vida y la muerte de igual manera para los unos y para los otros.

“El hambre, la sed, las enfermedades, las necesidades y miserias de la carne, todo es común al rey y al esclavo; Las desigualdades, las diferencias de que tan envanecidos se sienten los poderosos, son efímeras leyes creadas por el orgullo y la ignorancia humana que no acierta aún a comprender más grandeza, ni otra belleza que la que pueden percibir con los ojos del cuerpo.

“Y como la Escuela de los Kobdas, les hace ver todo el conjunto del Universo con los ojos del alma, ésta es la razón porque los Kobdas buscamos y encontramos lo grande y lo bello en la realeza del poder

conquistado por los espíritus, así estén encarnados en un esclavo o en un monarca.

“Esto no significa que estemos en contra del principio de autoridad que es necesario para el orden y armonía de las sociedades humanas. Y si buscamos la elevación moral de la humanidad terrestre es justamente a base de la armonía, de la concordia y de la comprensión entre los que deben mandar con justicia y equidad, y los que deben obedecer con lealtad y sinceridad. El día que los mandatarios de pueblos sepan mandar con justicia y equidad, habrá pueblos que obedezcan con alegría y con amor.

“¿Me comprendéis, Cherúa?

–Vuestros cuadros son muy bellos pintados con una ardiente imaginación en el cielo azul; pero la realidad borra esos cuadros a cada paso.

–Y los seguirá borrando, Cherúa, aún por muchos milenios de siglos.

“Las humanidades atrasadas, no es de un salto que llegan a la conquista del Ideal Supremo; sino paso a paso.

“Y felices aquellos que cooperan con su esfuerzo y con su ejemplo a que ellas avancen en su eterno camino de ascensión.

Los Kobdas compañeros de Abel volvieron en ese instante de su excursión por las afueras de la ciudad en busca como siempre de la porción dolorida de humanidad que no falta en ninguna parte. Traían una porción de criaturas semidesnudas, hambrientas, algunas llenas de úlceras que se veían por entre los jirones de sus ropas deshechas. La Cherúa y Abel les vieron desde la terraza donde tomaban el sol.

–Mirad, Cherúa, ese cuadro: también son Kobdas que lo pintan sobre el cielo azul. Decidme, ¿no es justo que para esos niños haya calor, abrigo, pan y ternura, como las hay para vuestro hijo que ha nacido rey?

“¿Quién sino la ignorancia y el fanatismo han torcido la Ley Divina que brinda sus dones para todos los seres? ¿Quién sino la mezquindad humana forma el hambre para los unos y la hartura para los otros?”

Y sin poderse contener ante aquel doliente espectáculo, bajó Abel rápidamente la escalera de piedra que daba a la plazoleta en que se hallaban Kobdas y niños.

Unos mercaderes ambulantes fueron llamados desde el mercado vecino y los Kobdas se entregaron a la tarea de abrigar aquellos cuerpecitos enflaquecidos que temblaban de frío.

Al poco rato bajó la Cherúa con su hijo y varios criados con grandes cestas de pan, queso y miel, que entre todos repartieron entre los niños hambrientos. Eran de los numerosos huérfanos que habían quedado ambulando por las cavernas alrededor de la ciudad donde acudían diariamente a buscar mendrugos y desperdicios de comidas que se arrojaban a los perros.

– ¿Comprendéis ahora, Cherúa –preguntóle Abel–, cual es la misión de los poderosos de la tierra?

– ¡Oh, sí, la comprendo!

– Bien pues; ya sabéis lo que os corresponde hacer si queréis que la grandeza de vuestra posición, sea verdadera y duradera ante la Eterna Ley que es igualdad, justicia y amor.

La joven mujer estaba profundamente conmovida, pues jamás había visto una miseria semejante y menos en niños de tan corta edad.

– ¡Pero es posible! –decía–. ¡Tracia tan rica, tan abundante de todo!

“¿Cómo ignoraban los Jefes de Tribus esta miseria y este dolor?

– Es que estos niños huyen de todos, pues han visto de cerca la mantanza en el propio hogar –contestó uno de los Kobdas.

– Nosotros les hemos encontrado por suerte debido a una anciana que pedía limosna para ellos, y que nos ha conducido a la caverna en que ella les tenía albergados.

– Ahí tenéis, Cherúa, la grandeza real y sublime de un ser que es una mendiga. Tiene una covacha y la comparte con estos huérfanos sin techo, en los cuales no han pensado los poderosos y los ricos. No tiene para ella sino los mendrugos que recibe de limosna, y éstos los comparte con los huérfanos hambrientos. Decidme, ¿no es eso una real grandeza que sobrepasa a un manto de púrpura y a una diadema de piedras preciosas?

– ¡Oh! –dijo la Cherúa–. Yo haré lo que no hicieron los otros. ¡Y pensar que esto ocurre en Gorilandia donde toda mi familia tiene grandes posesiones llenas de todo cuanto puede satisfacer los gustos más exigentes!

Y aquellos niños con la anciana que les había protegido de la intemperie y del hambre, fueron los primeros huéspedes de un pabelloncito del templo destinado a depósito de ornamentos, ropas y enseres del culto. Y les llamaron desde aquella hora “Los hijos de Chal-Moksis”, lo cual bastaba para comprender que eran huérfanos y desamparados, recogidos en el templo de ese numen tutelar de la Tracia prehistórica.

LOS ROSALES FLORECEN

Recordará el lector que al partir de Frixos entregó Abel un tubo de plata, guardador de un papiro destinado a la Matriarca de Kiffauser, sobre el cual hicieron los ancianos representantes del Príncipe Erick juramento de ponerlo en las manos de su dueña. Y el más anciano de los tres debía regresar de inmediato a Kiffauser, para poner al tanto al joven Serrú de todo cuanto ocurría en sus dominios, al mismo tiempo que conducía a una Berecina que había sido de Iceas, padre de Walkiria y del cual tenía dos hijas jovencitas. Esta Berecina y sus dos hijas habían solicitado vivir próximas a la familia de Iceas, buscando naturalmente la protección de la joven Matriarca cuya grandeza y gloria en el país les ofrecía seguridades para el porvenir.

El anciano llevaría pues el tubo de plata con el papiro de Abel para Walkiria.

Podía notarse gran movimiento en la vetusta fortaleza de piedra, porque habían regresado los dos veleros que zarparon el mismo día que el Ánade; El uno había conducido los parientes, ancianos, mujeres y niños de la familia de Electra, madre de Walkiria, que durante las revueltas habíanse refugiado en Keliora, en el Ponto del Sur. En el otro velero acababan de llegar seis mujeres Kobdas provenientes del Santuario del Caspio y doscientos jóvenes soldaneses de los que había solicitado Abel al Caudillo de Soldán, Fredik de Kusmuch, padre, con el fin de que tomaran esposas entre las jóvenes huérfanas dotadas por la joven Matriarca.

Venía en calidad de Mangrave de las Kobdas una hermana de Adonai, el Pharahome de Neghadá, y como auxiliar suya, la hermana de Agnis, aquel jovencito Kobda discípulo de Tubal en los comienzos de este relato, y que en los días que historiamos al presente, era ya un hombre maduro, y ocupaba el sitio de Sisedón en el Alto Consejo de La Paz. Estas dos mujeres Kobdas, la mayor de cincuenta y cinco años, la otra de cuarenta y ocho, eran más o menos el reflejo de Elhisa y Luvina en Monte Kasson; de Diba y Nubia en el solar de Adamú y Evana; de la Mangrave Balbina y su auxiliar Ilfrida al lado de Helia en Num-Maki.

La misma Ley de los Kobdas las había forjado en ese ardiente crisol del renunciamiento y de la abnegación; de la firmeza de la voluntad para el bien y la justicia; del vibrante y noble entusiasmo por la elevación moral de los seres.

Las había solicitado el Hombre-Luz para los países del Ponto y el Alto Consejo de los Santuarios del Caspio las eligió tales, que debían

hacer honor a quien las había pedido para difundir los altos ideales de fraternidad y de amor entre aquella porción de humanidad.

El anciano portador de la misiva de Abel, se encontró pues en los momentos en que las Kobdas eran recibidas por Walkiria en la puerta de su fortaleza de piedra.

Quiso demostrarles sencillez y compañerismo desde el primer momento, y les recibió acompañada solamente de una veintena de doncellas que solían compartir con ella sus expansiones familiares e íntimas, cuando de tanto en tanto se tomaba días de descanso entre las flores, los pájaros, el canto y la música. Aquellas jóvenes formaban como si dijéramos, el personal lírico de que se rodeaba la gentil mujer cuando quería aflojar la tensión de su espíritu, en medio de sus profundos pensamientos y cavilaciones de soberana.

Las Kobdas, al enfrentarse con el bello grupo formado por aquellas jóvenes, ninguna mayor de veintidós años, buscaban descubrir a simple vista, cual de ellas sería la encargada por la soberana para recibir las... Y esta perplejidad agradaba inmensamente a Walkiria, que a veces gustaba de verse confundida entre todas, pues se hacía la ilusión de no tener sobre sus hombros ninguna responsabilidad que la agobiase.

– ¡Seáis bienvenidas a Kiffauser, hermanas del Hombre-Luz! –les dijo la Matriarca al verlas entrar.

– ¡Gracias, hija mía! –respondió la Mangrave, cuyo nombre era Leticia–. Conducidnos ante la soberana, pues creemos que ésta es su residencia. A ella, venimos enviadas, y sabemos que ya no está aquí nuestro hermano Abel. Decidle que han llegado las mujeres Kobdas, que ella había solicitado, del Santuario del Mar Caspio.

La joven Matriarca no se pudo contener, y acercándose a la Kobda cuya suave irradiación le recordaba al Hombre-Luz, la besó en ambas mejillas mientras le decía:

–Esa a quien buscáis, soy yo. –Y continuó besando con gran ternura a las otras Kobdas, que teniendo noticia de la fastuosa grandeza de los Príncipes del Ponto, creían encontrar una reina por el estilo de la Shamurance, en riqueza y majestad, se entiende, no en los proceder y delictuosos extravíos.

– ¡Sois pues una reina casi niña! –decían las Kobdas, agradablemente impresionadas por la sencillez de la soberana y por la tierna acogida que les dispensaba.

–Tenéis razón –contestaba Walkiria–, y creed que en estos momentos me divertía mucho con mis compañeras espantando los tordos, que se empeñan en picar y destrozar mis flores. ¡Pero vosotras vendréis congeladas! –añadió, tocando las manos amoratadas de una de las Kobdas más jóvenes que se encontraba junto a ella–. ¡Vamos!, ¡vamos a la hoguera!

–y riendo como una chiquilla, hacía molinetes con su gran capa de piel para espantar los tordos que revoloteaban en alegres bandadas.

Algunas de las doncellas, más reposadas de temperamento, hacían compañía a las Kobdas mientras avanzaban por la gran columnata que ya conoce el lector.

– ¡Vuestra reina es una niña! –volvió a decir Leticia–, de seguro tendrá un regente para el gobierno de los pueblos.

– ¡No lo creáis, Mangrave! Es muy joven en verdad, pues sólo cuenta nueve lunas más de los veinte años; ahora ríe y juega porque es hora de reír y jugar, pero ella no es siempre así, ¡qué ha de necesitar un regente, si ella sabe serlo de hombres avezados a las luchas y a las armas! Ya la iréis conociendo.

– ¿De veras? –decían las Kobdas.

–Es un bello carácter que sabe ponerse a tono de todas las circunstancias –y seguían con los ojos aquella hermosa y grácil silueta blanca que continuaba haciendo pabellón de su capa para espantar los tordos de su jardín. De pronto la joven se detuvo para esperar a las Kobdas, se colocó de nuevo la capa y como si le hubiesen llegado sus pensamientos, les dijo:

–Ante vosotras quiero ser lo que debo ser, una joven discípula muy ansiosa de aprender; porque creo que el Príncipe Abel os habrá hecho comprender, que venís cerca de mí para ser mis maestras de esos grandes y sublimes conocimientos de que sois depositarios los Kobdas. Es para mí una gran satisfacción tener a mi lado seres en quienes poder descansar, y ante los cuales pueda sin temores dar expansión a mi espíritu.

– ¡Oh, gracias, Grandeza, por vuestra confianza en nosotras! –contestó la Mangrave–. ¡Haremos cuanto podamos por corresponder a ella!

– ¡Oh! De eso estoy segura. Pasad –dijo graciosamente entrando ella la primera en la gran sala de reuniones familiares, donde su madre y sus dos hermanitas hacían labores junto a la hoguera. Después de las presentaciones de práctica, la madre hizo que sus dos niñas sirvieran jarabe de cerezas caliente a las viajeras, que fueron colocándose en el estrado circular tapizado de pieles, y en torno a la hoguera circunvalada de rejillas de cobre donde se colocaban los pies.

Entonces se hizo presente el anciano portador de la misiva de Abel. Apenas le vio, Walkiria fue hacia él.

–Decidme la verdad, toda la verdad –le dijo–. ¿Ha enfermado más el Príncipe Abel? ¿Le han tratado bien? ¿Está aún en la Tracia?

–Grandeza –contestó inclinándose el anciano–, el Príncipe está bien de salud, ha sido muy bien recibido y está actualmente en Gorilandia poniendo a la Cherúa en posesión del gobierno de aquel país. Aquí tenéis

esto que os remite por mi mano el Príncipe Abel. Con vuestro permiso pasaré a dar al Serrú las noticias que le traigo.

–Pasad a su pabellón donde está con algunos Jefes y Consejeros. –El anciano salió y las doncellas ya se habían retirado discretamente a la entrada a la sala, pues ya había terminado la hora en que la Matriarca reía y jugaba.

Las Kobdas se mantenían en silenciosa observación del nuevo escenario en que iban a actuar, recordando las prescripciones que después de haberles vestido la túnica azul, les hacían a todas, sus Instructoras correspondientes: “Cuando lleguéis a un país extranjero donde tengáis que desarrollar actividades espirituales, morales y materiales, guardaos del mucho hablar antes de haber conocido los espíritus, los temperamentos, los caracteres, modalidades y costumbres de las familias o pueblos entre los que vais a vivir. Los primeros días, observación y silencio; y cuando hayáis pisado terreno firme, tomad resoluciones a las que no faltaréis jamás”.

Consecuentes con estos principios, las Kobdas callaban y observaban, sobre todo a la joven soberana, que rompió el sello de cobre con una tenacilla, y abriendo el tubo de plata extrajo el papiro enviado por Abel. Decía así:

“Matriarca, hermana mía: Presiento que al recibir estas líneas ya no estaréis sola, pues ya habrán llegado nuestras hermanas del Caspio. Si os han sido enviadas las misioneras que estaban dispuestas para el primer pedido que hubiera cuando estuve yo a visitar aquellos Santuarios, de donde saqué seis Kobdas para el Consejo de mi hermana Helia, podéis estar segura de que encontraréis en ellas cuanto necesita vuestro espíritu ansioso de luz y de conocimiento.

“Por vía espiritual han recibido aquí, mis hermanos, seis manifestaciones en la noche víspera de embarcar nuestras hermanas en Trapezonte. Las transcribo para que vayáis comprendiendo lo que es la fuerza de los pensamientos unidos en un mismo amor.

“1ª.- Hermano Abel, muy amado; hermanos todos que le acompañáis en su misión a los países del hielo; vuestra hermana Leticia os da el abrazo fraternal a través del espacio. Mañana embarcamos con destino a Kiffauser donde sabemos que ya no os encontraremos, sino sólo a dos de vosotros. Yo voy como primera en esta misión; como siempre, os doy y os pido el concurso del pensamiento y del amor. Leticia de Margiana.

“2ª.- Hermanos Kobdas, Hombre-Luz, sed en la paz y la alegría. Voy a Kiffauser como segunda en la misión. ¡Qué gran camino este por donde vosotros habéis pasado apartándonos las espinas más punzantes! Tal nos anunciasteis en vuestra visita al Caspio y tal ha sucedido. Amémonos siempre. Driana de Aracosia.

“3ª.- Paz y alegría en el Eterno Amor. Soy número tres en la misión al Ponto, y estoy gozosa de formar parte de las Kobdas que vienen a edificar lo que nuestro hermano Abel y sus compañeros han ya delineado en el campo del Señor. Os abraza, amados hermanos. Adelfa de Hircania

“4ª.- Soy la Kobda música que os producía con su lira una vibración espiritual casi extática durante vuestra visita al Caspio; ¿La recordáis? Ojalá produzca en todas las almas igual intensidad de amor infinito y divino. Pensadme siempre que así me ayudáis a subir más pronto mi oscuro caminito. Ileana de Atropatene.

“5ª.- La más pequeña de todas, la abejita dorada, como la llamasteis, hermano Abel, por mi afición a las pequeñas cositas bellas y buenas de que soy capaz, para alegrar en lo que puedo las vidas de los que no tienen alegría alguna. También vengo siguiendo vuestras huellas, trayendo nutrida colección de los cantos de Bohindra. Alida de Sogdian.

“6ª.- Vengo como Notaria de la misión, cargo demasiado importante para mi capacidad, pero el amor de todos mis hermanos me ayudará a cumplirlo con eficiencia. Mi dominio de varias lenguas impulsó al Alto Consejo a darme esta designación. Os prometo enriquecer nuestros Archivos de Neghadá, de La Paz y del Caspio con muchos relatos aclaratorios a muchos pasajes oscuros aún sobre las vidas de nuestros hermanos misioneros desencarnados sin noticias en estos países. Ayudadme a ser lo que quiero llegar a ser. Aspasia de Bactrian.

“Tened a bien, amada Matriarca, preguntar a cada una de ellas si sus personalidades corresponden a estas noticias espirituales que hemos tenido en Frixos.

“De viva voz os dirá el portador que cuento con vuestra buena voluntad, para ayudar a organizarse el Santuario de Berecinas de Kaldis.

“La Mangrave Leticia es una maestra consumada para descubrir la psicología de los seres y obrar de acuerdo a ello.

“No está lejano el día en que deberéis resignaros a ser el Thidalá de los países del Ponto desde Cólquida al Danube. Ya os lo anuncié y me ha confirmado en ello al conocer más a fondo estos países. Son pueblos niños que necesitan de una mano suave pero firme para no torcer el camino.

“No puedo terminar ésta sin participaros la gran noticia obtenida el mismo día que me separé de vos. ¿Recordáis la sucinta explicación que os di, de que vuestro Apolón estaba encarnado en una Matriarca Kobda allá en Mauritania sobre el Mar Grande, y que Numú revivía en vuestro hermano Abel? Pues de idéntica manera puedo deciros que vuestra inmortal y venerada Northia está actualmente revestida de carne, en vuestro mismo país, en vuestra imponente ciudad de piedra y se llama: Walkiria de Kiffauser. ¿Os asombráis? No hay de qué. Volvió a la tierra a terminar sus obras empezadas, después de un breve descanso de seis

años. Conque, Matriarca, ya lo sabéis: Northia ha vuelto a terminar todas sus obras empezadas, sólo que ahora ha cambiado su nombre por el de Walkiria, lo cual no significa nada.

“Podéis contestarme al Santuario de La Paz en la última caravana de la luna próxima pues ya me encamino hacia mi tierra natal.

“Os abraza fraternalmente vuestro afectísimo hermano Abel”.

Esta lectura causó honda impresión en la joven Matriarca. Una mortal palidez había cubierto su bello rostro. La madre iba a intervenir pero la Mangrave Leticia le hizo señal de silencio, pues presintió que le haría daño una repentina intromisión en la intimidad de su alma que adivinaba absorbida por pensamientos demasiado graves.

– ¡Entonces ya no tengo a quien clamar! ¡Madre Northia!... ¡Oh!... ¡Es espantoso saber cosas tan hondas!... –Y se cubrió el rostro con ambas manos mientras el papiro de Abel se enrollaba de nuevo, abandonado en el regazo de la joven.

– ¡Grandeza! –díjole suavemente la Mangrave Leticia–. ¡Si en algo os puedo servir!

–Tomad y leed, y después hablaremos, –y Walkiria le alargó el papiro.

Las Kobdas, al igual que mis lectores sabrán analizar el sentimiento de la joven Matriarca, al saber que aquel genio tutelar de su familia al cual invocaba con tanto fervor en sus grandes soledades y desalientos era ella misma.

– ¡Más sola, más sola cada día que pasa!...

–El Eterno Amor, hija mía, sólo puede darse por completo cuando el alma que le busca ha llegado a conocer que todo está encerrado en Él –díjole la Kobda, enrollando de nuevo el papiro revelador del gran secreto.

Pasado el primer momento de impresión, las seis Kobdas fueron dándose a conocer con los nombres que mencionaba el joven Maestro en su carta a la Matriarca.

–Yo soy Leticia, la Mangrave.

–Yo, Driana.

–Yo, Adelfa.

–Yo, Ileana, la música.

–Yo, Alida, la abejita de los cantos.

–Yo, Aspasia, la Notaria.

–Y yo –dijo Walkiria–, ¡ios llamo a todos, hombres y mujeres de toga azul, genios y hadas que habéis venido a la tierra para transformar en rosales florecidos las rocas cubiertas de nieve! Pero también, ¡hay de esta tierra si el Amor y Sabiduría de los Kobdas, toma vuelo a otras esferas!

–Hay motivos para esperar que los Kobdas no seremos tan inconscien-

tes todos, que abandonemos por cobardía lo que desde tantos siglos atrás vienen edificando las grandes Inteligencias aliadas del Hombre-Luz.

Electra observaba en silencio a su hija, adivinando que la lectura del papiro le había producido desazón y amargura. ¿Por qué? No lo sabía.

–Hija mía, –le dijo acercándosele–, creo que sería conveniente que las viajeras descansaran un poco antes de nuestra comida del anochecer. ¿Habéis pensado cual ha de ser el pabellón que ocupen?

–Si os parece, el que está frente a nuestras habitaciones –contestó como distraída Walkiria.

–Podéis mandar arreglarlo mientras yo las conduzco a conocer los jardines y el oratorio.

Y mientras la madre y las dos niñas salían por una puerta, Walkiria seguida por las Kobdas salían por otra que les llevaba por el jardín de invierno hacia el recinto de oración. No se sentían extrañas en aquel ambiente, aún saturado por los efluvios de los grandes y puros pensamientos que se habían elaborado bajo aquellas techumbres de roca viva.

–Dos Kobdas Ancianos han quedado aquí, ¿lo sabíais? –preguntaba Walkiria.

–Sí, a la verdad. ¿Dónde están?

–El pabellón que les designé es aquel que apenas asoma tras de esa larga avenida de moreras; pero hoy están de excursión con el hermano del Príncipe Abel, para recibir una persona esperada por ellos. Creo que mañana podréis verle.

– ¿Permanecerán siempre aquí? –preguntó otra de las Kobdas.

–El Serrú y yo, deseamos que queden y que vengan otros más para dirigir varias instituciones que son necesarias aquí.

Cuando llegaron al recinto-oratorio, la Matriarca recorrió el gran cortinado y quedó a la vista el estrado suntuoso de los genios tutelares de la raza.

– ¡Nuestro hermano Abel! –exclamaron las Kobdas a una voz.

– Por el momento es de arcilla –dijo la joven–. Más adelante será de alabastro.

– ¡Está maravillosamente parecido! Tenéis muy buenos artistas en Kiffauser.

– ¿Este numen de la antorcha?... –interrogó otra de las Kobdas.

–Es Apolón, el dios tutelar de los países del Ponto. Pero aquí debo hacer una reforma y es cambiar de sitio a esta Northia. Si me ayudáis, la coloco ahora mismo en el lugar que le corresponde.

–Y, ¿por qué, Grandeza? ¿Acaso porque habéis sabido que Northia?...

–No lo digáis por piedad. ¡Que me hace daño!... –interrumpió la joven–. Deberé acostumbrarme poco a poco a eso.

– ¿Queréis sacar la estatua de este recinto?

–No. Quiero ponerla en la última plataforma, aquí junto al Hombre-Luz, pero en la grada baja, así, como lo que es: su discípula; que le irá siguiendo como una sombra, como un eco, como una mariposa a la luz, durante siglos y siglos, durante toda la eternidad.

Y la blanca Northia de mármol con su cestilla de espigas, y su corona de rosas blancas, fue colocada casi a los pies de la estatua de Abel, en forma que las ramas del rosal bermejo subían hasta las manos que contenían el simbólico canastillo.

– ¡Grandeza! –le dijo Leticia, la Mangrave–. Porque éste es un oratorio privado de familia podéis hacer esto, pero no lo hagáis por favor en un sitio público porque ofendería el amor reverente del pueblo hacia la ilustre mujer, a quien este mármol representa. La gran verdad que vos conocéis, no la conoce el pueblo ni pueden comprenderla sino muy pocas personas. ¿Qué dirían las gentes que veneran a Northia si os vieran bajar de sus pedestales sus estatuas? Con las ignorancias humanas es necesario tener esa misma piadosa complacencia que se tiene a veces con los niños, cuando se empeñan en dar de comer a sus muñecos sentados a la mesa porque necesitan hacerse la ilusión de que viven y sienten sus mimos y sus ternezas.

–Pues en cuanto a mí, creedme que no necesito de esos dulces engaños y que prefiero las verdades tales como son.

–Os creo, Grandeza, porque observo que sois un espíritu ya anciano en un cuerpo de veinte años.

Al día siguiente, el pabellón destinado a las Kobdas entraba a desempeñar las funciones de Mansión de la sombra, jardín de reposo y las alcobas particulares de aquellas seis mujeres.

Todas de los países del Caspio, que habían dejado su santuario y familias para consagrar su vida a las obras de bien y de justicia que aquella joven mujer deseaba establecer en su país.

Era aquel pabellón una vastísima sala labrada como todas, en la roca viva y cuya forma alargada la hacía asemejarse a un salón mucho más largo que ancho. Las transformaciones para adaptar aquellas enormes cavidades a los usos a que se destinaban, se hacían por medio de mamparas de madera y cobre, y con cortinados de espesos tejidos de lana de que eran muy abundante aquellas regiones. Así quedó arreglada la sala de oración y las alcobas. Y del vasto jardín de invierno de la Fortaleza, se tomó el rincón que quedaba comunicado a aquel pabellón, se le dividió con bloques de cuarzo reforzados de cobre, y quedó un hermoso Jardín de reposo donde se colocaron las plantas que la Mangrave Leticia señaló como convenientes.

Desocupada de pececillos una de las piletas de mármol que allí

existían, tuvieron la fuente para los baños de inmersión y para utilizar en momentos dados los efluvios del agua cuyas fuerzas benéficas, aún no saben apreciar del todo los hombres de esta tierra. Era un pequeñito santuario Kobda que se inauguró en la forma acostumbrada a la hora de ponerse el sol.

–Yo soy la Mangrave de esta pequeña escuela de Numú –decía Leticia–, pero vos sois la Matriarca, y se repite el hecho que ocurrió con la Reina Ada, Matriarca de La Paz, que más joven aún que vos, recibió el velo blanco y fue puesta al frente del Santuario de Mujeres Kobdas del Éufrates, mientras las instructoras que le designaron la iban haciendo entrar en el alcázar encantado de la Sabiduría y del Amor.

–Mirad, hermanas Kobdas –decía Walkiria poco antes de la inauguración–, cuando yo traspase el umbral de este pabelloncito queda atrás toda mi autoridad de soberana, y sois vosotras las que me enseñáis y yo la que aprendo. Conque convenido, ¿eh?

–Convenido –le contestaba dulcemente la Mangrave.

–Entre mis doncellas de honor hay cuatro que desean participar como alumnas en vuestra escuela, y una vivaz jovencita, nieta de un capitán de barcos, que el Príncipe Abel conoce y él mismo ha indicado la conveniencia de que se inicie en estos conocimientos. De modo que por el momento empezamos con seis alumnas. –Y al decir esto la Matriarca llamó con un silbato hacia el jardín de invierno y las cinco jóvenes que habían estado a la espera de ser llamadas, aparecieron.

– ¿Están bien así? –preguntó la Matriarca–, ¿o deben vestirse de otra manera?

– ¡Bienvenidas, hijitas! –exclamó la Mangrave abrazándolas una por una–.

“La vestidura del deseo espiritual que tenéis es la más necesaria por el momento, aparte de que está muy discreto vuestro largo vestido de lana azul que concuerda con nuestras túnicas. –Y Leticia acarició de modo especial a Kalina, pues sus ojazos asustados hacían comprender que el temor de lo desconocido la acobardaba un tanto.

–Ven, Kalina, mi grumete del Ánade –díjole Walkiria para aquietarla–. Aquí no hay fantasmas, no tengas miedo.

Y pocos momentos después se dejaron oír suavísimas y dulces las melodías de los laúdes y las liras Kobdas, acompañando los himnos al sol del ocaso, al agua purificadora, al aire bienhechor, al fuego en que se quemaban perfumes y a la tierra en que germinan las simientes que sustentan la vida del hombre. Y el pequeño pabellón convertido en Santuario Kobda, se impregnó de efluvios tan suaves y sutiles, tan saturados de amor fraternal, de grandes anhelos, de divinas esperanzas que aquellas doce mujeres parecían estar confundidas en un solo pensamiento:

“La alianza de amor con el Hombre-Luz para la elevación moral de esta humanidad”.

Kalina y Alida, la más joven de las Kobdas, cayeron en hipnosis profunda en el mismo estrado de la Mansión de la Sombra.

La visión astral de Abel, de Solania, de Adonai y de Elhisa, se hicieron apenas perceptibles para las Kobdas extáticas y para Walkiria, enamorada del sublime ideal a cuyos pórticos dorados llegaba a los veinte años de su vida. Y sintieron todas el mismo pensamiento que parecía emanar como un rayo de luz de la intangible aparición:

“–Regadas por el amor florecen los rosales entre las rocas de hielo”.

175

INICIANDO EL REGRESO

Consecuente Abel con la representación del Thidalá que investía, se creyó obligado a conducir, por sí mismo, a la Cherúa de Tracia hasta Kalidonia, según el manifiesto deseo de los pueblos que la quería como soberana. Y pasada la fastuosa ceremonia de recibir los juramentos de adhesión de todos los jefes de tribus y que le fuera ceñido al niño-rey el casco de oro y entregándole las armas usadas por sus antepasados, Abel le dijo:

–Cherúa, la justicia está hecha para con vos y vuestro hijo. Ahora haced vosotros justicia con vuestro pueblo, recordando siempre que las rebeliones nacen de la injusticia, y que la paz y la concordia es como agua fresca que baja de las alturas de las montañas a los campos. Y así desde la altura de los tronos ha de bajar el bien, la honradez y la virtud sobre los pueblos.

“En el vecino país de Frixos estará en la próxima luna el Serrú, heredero y continuador del Gran Lugal Marada, vuestro amigo y aliado, que compartirá con su sobrina la Matriarca de Kiffauser el gobierno de todo el norte del Ponto. Entre ellos hay Kobdas, hombres y mujeres, de grandes aptitudes para daros un buen consejo siempre que lo necesitéis, para lo cual bastará que hagáis constar vuestra alianza con las Naciones Unidas del Éufrates y del Nilo. Os autorizo para invocar mi nombre cada vez que de ellos necesitéis.

La Cherúa estaba visiblemente conmovida, acaso por la fuerte irradiación de amor y de piedad que Abel y sus hermanos emanaban sobre ella y su pequeño hijo, sabiéndoles débiles y vacilantes todavía para el arduo papel de columnas sostenedoras del progreso de la paz de aquellos países.

–Si pasáis por el país de Ethea, decid al Príncipe Iber y a la Mangrave

Luvina, que espero el cumplimiento de sus promesas en cada velero que llegue del Mar Grande. Sólo a ese precio puedo ser fiel en el cumplimiento de mi deber.

–Si os han prometido mensajes consoladores, no dudéis de su cumplimiento y permitidme que por el Thidalá, por ellos y por mí, os diga: ¡Cherúa!..., que el Altísimo os bendiga en esta hora y haga fecundos para este pueblo vuestros buenos deseos y propósitos. –El joven Kobda se dejó besar sus manos tendidas, por la madre y por el hijo, y subió a bordo del velero donde le esperaban las Berecinas de Kaldis que debía conducir a sus destinos, y al desventurado Furkis cuyo pesado fardo de dolor y de angustia ya conoce el lector.

El estrecho que dividía la Anatolia de la Tracia, era en aquella época remota un anchuroso brazo de mar que unía el Ponto Euxino con el Mar Grande o Mediterráneo y no existían tampoco a flor de agua ni como tierras habitables, la infinidad de islas que formaron después el laberinto del mar Egeo o Archipiélago más propiamente dicho. La altura de las aguas hacía entonces que esas islas fueran consideradas como picos de montañas submarinas que significaban peligrosos escollos para los navegantes sobre todo en épocas de borrascas en que las fuertes ventiscas del Norte, estrellaban a veces los barcos contra los invisibles peñascos.

Por eso para navegar por el Brazo de Propóntide como se llamaba a ese brazo de mar, los marinos avezados a la lucha con las olas, elegían días especiales en cada luna para no “irritar”, según ellos decían, las furias de Propóntide, el fiero y adusto genio dominador de esas olas traidoras. Y así fue que en Anfípolis, la última ciudad de Tracia que daba sobre el mar, tuvieron que detenerse tres días a la espera de que “Propóntide” calmara sus furias. El hecho de que el barco conducía ochenta y nueve mujeres, y cincuenta y seis niñas, significaba una mayor responsabilidad para los marinos que gobernaban la nave. Abel y sus compañeros bajaron a visitar la ciudad, dándose a conocer de los jefes de Arqueros que guardaban la costa.

–Habéis sido favorecidos por Propóntide –le decían–, porque ayer se estrelló contra un escollo un velero que había salido del Donda en vuestra persecución y que no pudiendo daros caza en las aguas del Ponto, vino a esperaros a la salida de Anfípolis, donde queda el último destacamento de nuestros arqueros.

– ¿Y tenéis apresados a los marineros? –preguntó el Kobda Notario.

–Sólo dos quedaron con vida, pues los otros se hundieron con el barco y algunos fueron vomitados por la fuerte marejada a las pocas horas del hundimiento, pero ya eran restos de hombres pues el garfio del mal genio les había deshilachado como una piltrafa. ¡Oh, Propóntide sabe castigar a los malvados!

– ¿Qué haréis de esos dos que el genio ha perdonado? –preguntó otro de los Kobdas.

–Los que Propóntide salva de la muerte, salvados se quedan, pero hay que remitirlos a la justicia del Cherú en Kalidonia. Sólo el Consejo Supremo del Cherú puede quitarles la vida o dejarles en libertad.

– ¿Nos permitís verlos? –preguntó Abel interesándose en la conversación.

–Venid por aquí –y les guiaron a una gran caverna de la costa que era el presidio obligado de todos los piratas que caían bajo la flecha de los arqueros, o que el mar embravecido arrojaba a la playa en días de borrasca.

Sentados sobre un montón de paja, dos hombres con las vestiduras desgarradas sostenían entre ambos una misma cadena, una de cuyas extremidades estaba empotrada en la rocosa muralla de la vasta cueva.

– ¡Tenemos hambre y estamos helados de frío! –gritó uno de ellos apenas vio asomar a los dos arqueros que guiaban a los Kobdas.

Estos que siempre llevaban consigo los enseres del fuego, como les llamaban, amontonaron ramas y troncos, y encendieron una buena hoguera cerca de los cautivos. Varios de los Kobdas tenían también redomas con jarabes, y les dieron a beber.

Los dos arqueros se miraban, extrañados de que aquellos hombres tuvieran piedad de piratas que los habían corrido sobre el mar para hundirles el barco o llevarlos cautivos.

– ¿Quiénes sois? –preguntó el mayor de los dos prisioneros.

–Somos los que podemos mejorar vuestra triste situación si vosotros lo queréis –le contestaron.

–Son los que vosotros queríais cazar como albatros en el mar –contestó uno de los arqueros–, y a cambio de vuestras malas intenciones, ellos os encienden lumbre y os dan a beber jugo de cerezas.

Los dos cautivos inclinaron la cabeza sin contestar nada.

– ¿Se puede saber por qué queríais darnos caza? –preguntó dulcemente Abel.

–El capitán tenía órdenes muy severas que nosotros ignoramos en parte. Sólo se nos dijo que seríamos muy bien recompensados si conducíamos los viajeros a las bocas del Donda sin causarles daño alguno –contestó uno de ellos.

–Yo pude comprender –dijo el otro–, que había entre los viajeros un gran príncipe, que Ilduna ha señalado para ser el esposo de la hija mayor de nuestro Electrión.

– ¿Quién es Ilduna y quién es Electrión?

– ¡Cómo! ¿Venís del Norte del Ponto y no sabéis estas cosas?

–Somos extranjeros en el Ponto –contestó el Notario.

–Pues Ilduna es la diosa de la Vida, y es quien designa los esposos a las hijas de nuestro soberano Electrión. ¿Cuál de vosotros es el príncipe elegido por Ilduna?

–Nosotros no somos príncipes –contestó Abel–, sino hermanos y amigos de todos los hombres que quieren el bien y la justicia. Yo soy en verdad el más joven de los viajeros y si a mí se refiere la elección de la diosa ni temo sus iras ni aspiro a su recompensa. Yo soy un hombre libre, dueño de mis actos y de mis afectos, y ninguna cadena me ata porque mi libertad es hermana de mi justicia en el obrar.

– ¿Pero no sois vos el viajero que arribó hace poco a las costas de Cólquida trayendo al heredero del gran Serrú?

–Sí, yo soy.

–Pues sois vos el condenado a muerte, si os negáis a aceptar como esposa a la hija primera del Electrión del Donda.

–Moriré cuando sea llegada mi hora, pero no tengo idea alguna de matrimonio. Y vosotros dos, ¿qué pensáis hacer? –preguntóles Abel.

–Esta pesada cadena ya os dice lo que haremos: arrastrarla hasta que el Supremo Consejo de Tracia nos mande cortar la cabeza.

–Es que si bien se analiza, nada tiene que hacer Tracia con vosotros que aparte de haber sido mandados, es contra mí que veníais y no contra ella. Yo invisto la más alta autoridad de todos estos países, puesto que represento al Jefe Supremo de la Gran Alianza, y nadie más que yo en esta hora puede ser vuestro juez. –Y Abel al pronunciar tales palabras guardó un momento de silencio y miró a los cautivos.

–Es tal como lo decís –contestó por fin uno de ellos–, y haced con nosotros como queráis.

– ¿Tenéis familia? –preguntó el joven Kobda.

– ¡Oh!..., es demasiado lujo para dos lobos marinos como nosotros, eso de tener familia.

–Yo –dijo el más joven que no llegaba a los treinta años–, me desperté a la vida entre las jarcias de un buque mercante y el capitán me llamaba su ahijado. El Ponto Euxino y el Mar Glacial, me son tan conocidos como mis propias manos. Los hielos sepultaron el barco y el capitán que me prohijaba, y desde entonces soy un pájaro del mar que presta servicios a quien mejor le paga.

–Yo –dijo el otro cautivo que representaba unos treinta y ocho años–, sólo tengo dos hermanos casados que son pastores de renos en la costa norte del Báltico. Pero ellos son hijos de una misma madre, yo de una concubina de mi padre, lo cual les hace ser indiferentes para conmigo, como lo soy yo para ellos.

– ¿Tendríais pesar de apartaros de estos países? –preguntóles de nuevo Abel.

–Ninguno –contestaron a la vez.

– ¿Queréis venir conmigo al Éufrates?

Los dos hombres se consultaron con la mirada.

– ¿Como prisioneros de guerra o como esclavos? –preguntó el de más edad.

–Como hombres libres que buscan horizontes nuevos en un país amigo –respondió Abel.

–Yo acepto y con mucho gusto –dijo el mayor.

–Y yo también –dijo el compañero.

– ¡Bien! Romped esa cadena –ordenó el joven Apóstol a los arqueros que le habían guiado a la caverna y que habían sido testigos de toda la escena.

–En verdad –dijo uno de los arqueros–, que la diosa Ilduna os regala de nuevo la vida, porque creo que en Tracia no hubierais por cierto encontrado un juez tan benigno. Partid pues y que la muerte os sea propicia.

Abel y los Kobdas compañeros los llevaron al velero que les conduciría al Mar Grande, no sin antes haber pasado por las amplias tiendas tendidas al sol en la playa, para cambiar los harapos de los cautivos por las vistosas ropas de lana y pieles más comúnmente usadas en los países del norte.

–Con esos harapos que allí dejáis –díjoles Abel al ponerles con sus propias manos los gorros de pieles de leopardo–, queda sepultada vuestra vida pasada y todo vuestro ayer. Nacéis de nuevo. La vida es hermosa para el que sabe vivirla al amparo de la Ley Eterna, que es justicia y amor. En nombre, pues, de esta Ley, os prometo la dicha si vosotros os abrazáis a ella como a la más tierna madre que podáis tener.

– ¿Y a qué nos obliga esa Ley? –preguntaron a un tiempo los ex prisioneros.

–A no hacer con vuestros semejantes lo que no queráis que se os haga a vosotros. En nombre de esa Ley os he dado la libertad.

– ¡Vos sois un hombre justo! –exclamó enternecido el de más edad–, merecéis ser amado como un dios.

Y ambos besaron con fervor las manos de Abel que se extendían hacia ellos en señal de alianza.

– ¡Vuestros hasta la muerte, príncipe! –exclamó el menor cuya emoción íntima no podía ocultar.

El Kobda Notario les llevó a bordo donde los presentó al Capitán como mensajeros del Báltico ante uno de los Príncipes del Éufrates.

–Nuestros náufragos aumentan –dijo uno de los Kobdas–, y de seguir así creo que pronto llenaremos el barco. ¡Lástima que sea tan reducido!

– ¡Aun cuando nuestro barco fuera tan grande como los mares que

atravesamos, siempre sería insuficiente para albergar los jirones desechos de esta humanidad! –respondió Abel, que pensaba eso mismo desde que los ex cautivos se dirigieron a los muelles para embarcar.

Y volviendo sobre sus pasos seguido por sus hermanos, les dijo:

–Nos quedan dos días de permanecer aquí, y en dos días podemos aliviar muchos dolores humanos y acaso salvar muchas vidas humanas.

–Así es a la verdad –dijo otro de los Kobdas–. Pidamos a los arqueros de guardia que nos indiquen donde se guarecen los leprosos y los inválidos.

– ¿Y qué haremos con ellos? Esos no podemos llevarlos a bordo –advirtió un tercero de los Kobdas.

Sin oír más, Abel se acercó de nuevo a los arqueros a los cuales obsequió con escudos de plata de la Gran Alianza, lo cual significaba en aquella época que el poseedor de ellos tenía la más valiosa recomendación que pudiera desear un hombre para obtener favores y consideraciones de parte de sus Jefes y Caudillos.

–Os voy a pedir un último favor –dijo sencillamente Abel, como podía decirlo a iguales suyos.

– ¡Vos mandáis, Grandeza!... –le dijeron a una voz los dos arqueros–. ¿Queréis ser conducidos a las moradas de los más grandes jefes de Tribus de esta región?

“Los amos no están, pues permanecerán en Kalidonia hasta terminar las fiestas de la coronación, pero están algunos de sus hijos y sus esposas.

–No es necesario visitar a los dichosos que gozan del bienestar sino a los que sufren las enfermedades, el abandono y el hambre –les contestó Abel–. Y lo que os quería pedir es que nos indiquéis las cavernas en que se albergan los leprosos y los inválidos.

Aquellos dos hombres se miraron casi con pavor.

– ¡Pero, Grandeza!..., isi eso no se puede ver!... –dijo uno de los arqueros.

– ¡Vuestros ojos no lo resistirían!... –exclamó el otro.

–No obstante queremos verlos. Haced el favor, indicadnos el sitio –insistió Abel.

– ¡Tenemos orden de obedeceros en todo, Grandeza! Y puesto que lo queréis...

–Sí, sí, guiadnos; uno solo de vosotros basta, o mejor, vamos solos si es que es fácil la orientación.

–Perdonad, Grandeza, pero de los cuarenta arqueros que tiene nuestro destacamento, nosotros dos hemos sido señalados para guardar vuestra persona mientras permanezcáis en tierra de Tracia.

–Está bien, guiadnos entonces.

Y los arqueros echaron a andar alejándose un tanto de la orilla del mar, siguiendo unos tortuosos senderos en la escarpada montaña donde los pinares gemían tristemente balanceados por el viento; y las grandes hojas de las palmeras al chocar unas con otras, simulaban manos que batían palmas en misteriosos llamados.

A poco andar llegaron a la entrada de un callejón tortuoso entre dos colinas cubiertas de enmarañado ramaje.

–Este es el “Pasaje de la muerte” –dijo uno de los arqueros–, y a uno y otro lado está lleno de grandes y pequeñas cavernas, donde se ocultan esos infelices para poder defenderse de las fieras que durante la noche les acosan cruelmente. Ellos tienen también sus jefes. Esperad y los veréis.

Y el arquero dio un silbido particular en su cuerno de campo.

A los pocos momentos se vio salir de la primera caverna un bulto que parecía una oveja caminando en sus patas traseras.

–No os asustéis –dijo el arquero–, es uno de los jefes, y cumple la ordenanza de no presentarse, jamás, al mundo de los sanos sino cubiertos de pieles de oveja de la cabeza a los pies, para evitar la contaminación.

Los Kobdas estaban profundamente impresionados al ver aquel ser que no era ni hombre ni bestia, y que se acercaba caminando lentamente.

–Un gran príncipe de los países del sol se empeña en visitaros –dijo el arquero.

El bulto se inclinó en silencio.

–Dejadnos solos –dijo Abel a los arqueros–, y esperadnos a la entrada del pasaje, pues no deseo forzaros a presenciar tanto dolor.

Los arqueros no se hicieron rogar y se quedaron plantados allí mismo. Desde su sitio oyeron a Abel que decía:

– ¡Hermano, quien quiera que seas!..., venimos aquí para aliviar vuestros dolores. Descubríos y no tengáis reparo ante nosotros que tenemos grandes Leproserías y Refugios de enfermos de toda especie. Ningún mal nos asusta y a muchos males les hallamos remedio.

El bulto aquel, abrió su piel de oveja en forma que asomó toda entera la cabeza. Era un hombre de edad madura y su rostro aparecía con todo el extenuado aspecto de la tisis pulmonar, ya en un período avanzado.

–Hablad en vuestra lengua que aquí tenemos quien os entienda.

–Seáis bienvenidos a la guarida del dolor, antesala de la muerte –dijo el enfermo en la lengua hablada por los Sartos–. ¿Puedo saber quiénes sois?

–Hermanos vuestros que os pueden aliviar –le contestó el Kobda intérprete–. Queremos ver a todos los refugiados aquí.

–A la izquierda viven los hombres, a la derecha las mujeres; son estas dos primeras cavernas.

Detrás de éstas, vienen las pequeñas cuevas donde habitan matrimonios con hijos todavía pequeños.

–En medio de tanto dolor, no habéis olvidado esos buenos principios de orden y de rectitud –dijo el Kobda.

–Todo lo debemos a nuestros maestros.

–Y, ¿quiénes son esos maestros? ¿Les podemos ver? –preguntó de nuevo el Kobda.

–Dos podéis ver; el tercero lo enterramos en la luna pasada. Era el más viejo y murió. Son ciegos y con los pies cortados.

–Pasad, aquí están.

Los Kobdas penetraron en una inmensa caverna iluminada por una hoguera, donde se veía como majada de ovejas una porción de enfermos tendidos sobre lechos de paja.

De los ojos entrecerrados de los dos ancianos brotaba constantemente un agua clara que había ya lastimado aquellos párpados que aparecían rojizos como los labios de una herida a medio curar. Su cabellera y barba blanca les cubría casi la mayor parte del rostro.

–Estos son nuestros jefes y maestros –dijo el enfermo que había hecho de portero–. Tenemos visitas de honor –dijo, anunciando en alta voz para que los viejitos se enterasen.

– ¿Quiénes? –preguntaron a la vez.

–Hermanos del Éufrates, del Nilo, del Caspio, porque los Kobdas de todos los países somos hermanos de todos los que sufren.

– ¡Los Kobdas!..., ¡habéis dicho los Kobdas!... –exclamaron los dos ancianos poseídos de terror.

– ¡Oh, justicia de Dios!..., ¡el Dios de los Kobdas, del Dios de Numú! ¡La mitad de nuestra vida la hemos pasado huyendo de los Kobdas, y cuando ya la muerte nos acecha, nos encuentran los Kobdas!...

– ¿Pero vosotros conocíais a los Kobdas? –y al hacer tal pregunta, Abel se acercó hasta tomar entre las suyas las manos secas de los ancianos.

–Tu voz parece la de un adolescente –dijo uno de los viejos–, y tus manos son suaves como manos de virgen que teje el lino blanco de los templos. ¿Eres también un Kobda?

– ¡Sí, desde los doce años! –contestó Abel que sólo a medias hablaba esa lengua.

– ¿Vienes del Éufrates? ¿Cómo te llamas?

–Vengo del Éufrates, del Santuario de La Paz y me llamo Abel, hijo de Adamú y Evana.

Los dos ancianos dejaron escapar un sordo gemido y se abrazaron uno al otro sollozando mientras decían:

– ¡Dios es Justo..., Dios es Justo!

“Sentaos en esa piel de búfalo que no tenemos más estrado que ofreceros y oíd lo que vamos a deciros para humillación nuestra.

–Podéis ahorraros esa amargura, pues nuestro deseo es aliviar vuestro dolor no aumentarlo con declaraciones innecesarias –observó Abel, conmovido por el dolor de ambos ancianos.

–Íbamos a dictar nuestras desventuras a este hermano que os ha introducido hasta aquí, para que fuesen enviadas a Neghadá junto al Nilo, porque es conveniente que los educadores de pueblos vean de lo que son capaces cuando se salen de su camino.

–Luego vosotros...

–Fuimos un día Kobdas, y a pedido nuestro el Alto Consejo de Neghadá nos envió a negociar con un jefe pirata de Cretasia el rescate de unos esclavos que llevaban desde el Báltico. La mayor parte eran bellísimas doncellas rubias que contaban vender a precio fabuloso en los países donde quema el sol los rostros de los humanos, razón para que se aprecien más las blancas beldades de ojos azules de los países del hielo.

“–Es otra la idea que he concebido –nos dijo el jefe pirata–, y es la de formar una colonia con estos esclavos en esta mitad desierta de la Cretasia *–Isla de Creta–, donde he descubierto riquezas incalculables. Yo no soy un pirata come-hombres, sino un mercader que comercia en todo cuanto tiene algún valor. Como veo que sois hombres de sabiduría, os invito a permanecer conmigo un tiempo en que haréis de auxiliares míos en el gobierno de la colonia y tendréis el alto honor de ser fundadores de una tribu nueva, en un país hasta ahora desconocido y deshabitado. En nosotros se despertó viva y audaz la vanidad de ser algo toda vez que entre las grandes figuras del Santuario Madre, éramos como hormigas, donde nuestro amor propio excesivo nos hacía creer que estábamos postergados, razón que nos llevó a pedir la salida con alguna misión. Después de dudas y cavilaciones aceptamos por un breve tiempo, a lo sumo por dos lunas, pensando tornar al Santuario cargados de laureles, pues soñábamos con llevar toda la colonia y hasta al jefe pirata, como trofeo de la victoria. Pero la Eterna Justicia dejó caer su espada sobre nosotros y ambos nos vimos enredados en los encantos de dos sirenas de los mares helados de donde ellas habían salido, no como aparentaban sino escapadas de un encierro a causa de sus malas costumbres. Iniciados en tal camino equivocado continuamos dando traspiés, y buscando de subsanar un desacierto caímos en otro mayor, hasta que huimos de Cretasia y llegamos a Eubea, en el Ática.

Alguien nos delató como compañeros del gran pirata de la Cretasia y caímos prisioneros. Logramos escapar nuevamente y contratados en un buque mercante llegamos a Tracia cuando empezaban las grandes sublevaciones que terminaron con el asesinato del Cherú. Nos pusimos

a disposición de las fuerzas leales al Cherú, pero en una lucha cuerpo a cuerpo, fuimos vencidos por los revoltosos que nos condenaron a quemarnos los ojos y cortarnos los pies. Nuestro hermano fallecido en la luna pasada no sufrió este suplicio, y él fue quien nos curó y nos condujo a estas cavernas que son refugio de enfermos y de lisiados. Era el mayor de los tres y se culpaba a sí mismo de haber sido causante de todas nuestras desventuras, pues decía que por su mayor edad pudo ejercer influencia sobre nosotros. Los tres éramos originarios del país de Cedmonea vecino del país de Galaad, y las grandes vicisitudes y los grandes errores parece que hicieron más fuerte nuestra amistad. Juntos hemos pecado, juntos nos hemos hundido, y juntos esperamos la muerte en esta sombría caverna.

Y el anciano que hizo este relato se enjugó con un desteñido trozo de sus harapos sus llorosos ojos sin luz que parecían festoneados de sangre.

Abel que sentía caer una a una sus ardientes lágrimas, se arrodilló sobre la paja en que ambos ancianos estaban recostados y en silencio pidió fuerzas a la Eterna Energía para hacerse superior a la profunda conmoción que paralizaba la voz en su garganta.

Los otros Kobdas que junto a él presenciaban tal escena, se entregaban a las reflexiones silenciosas que el relato del anciano les sugerían como vibraciones íntimas de una voz superior que les dijera—: “Tomad nota por si algún día tenéis cargo de almas para saber distinguir cuando el deseo de apostolado nace del amor a la verdad y a las almas, y cuando es sólo un capricho de vanidad y de amor propio disfrazado”.

Y bendecían al Altísimo que les había inspirado la conformidad con las condiciones, a veces, desapercibidas y oscuras en que la Ley les había mantenido en la penumbra de sus bóvedas silenciosas.

Sin otro esplendor que el de la Verdad y del Amor Fraternal, sin otra satisfacción que la del deber cumplido en los diversos trabajos a que sus Instructores y Patriarcas les habían destinado, según sus aptitudes y capacidad.

—Nosotros salimos de Neghadá —continuó el anciano relator—, algo resentidos por no haber sido incluidos entre los Kobdas que acompañaron a Sisedón en la fundación de La Paz. ¡Ya estabais vos sobre la tierra emanando la luz divina para todas las almas y con todo, las nuestras huyeron de esa luz y cayeron en las tinieblas!... ¡Hijo de Adamú y Evana!..., ¡oh, bien recuerdo esos nombres, y vuestras lágrimas cayendo sobre mis manos me dicen bien claro que sois el Bienvenido..., el hombre amor que llora por todas las penas de los hombres..., que llora por todos los pecados de los hombres!...

Abel, arrodillado, unió en un abrazo íntimo, profundo, las dos cabezas

coronadas de cabellos blancos que reposadas sobre su pecho juvenil se estremecieron en un hondo sollozo.

Cuando la profunda ola de emoción hubo pasado, Abel fue el primero en hablar:

–Yo no puedo irme y dejaros aquí. Yo os llevaré en mi barco, pues viaja por cuenta de la Gran Alianza a quien represento.

–No puede ser –contestó el anciano mayor–, porque aunque ciegos y mutilados somos el sostén y el consuelo de esta turba de infortunados. Así expiamos nuestros errores y extravíos.

–Si sois Kobdas sabéis nuestra frase triunfal: “El amor salva todos los abismos”.

– ¡Sois el hombre del amor!... ¡Y “el amor es más fuerte que la muerte”, solíamos escuchar bajo las bóvedas tibias de Neghadá!... –añadió el otro anciano.

– ¡El amor es más fuerte que la muerte! –repitió Abel, levantándose para conferenciar en un aparte con los Kobdas compañeros.

Después se dividieron de dos en dos para tener tiempo de visitar a todos los refugiados en las cavernas, tomando anotaciones de edades, sexos, estado civil, enfermedad, etc., con el fin de poder formar un juicio exacto del estado en que se encontraban aquellos infelices.

De todo esto resultó que varios de los Kobdas se dirigieron a los grandes mercados de Anfípolis y regresaban seguidos de una porción de asnos cargados de víveres y de ropas de toda especie.

La puesta del sol sorprendió aún a los Kobdas entregados a la tarea de repartir las provisiones y las ropas entre los enfermos, y allí mismo, bajo aquellas cavernas sombrías por la Naturaleza y más sombrías por el sordo dolor que albergaban, entonaron a coro el himno del atardecer.

Los dos ancianos ciegos cantaban también aquellas estrofas que en otra hora lejana les inundaban de esperanzas y de fe:

*“El amado vuelve
Como vuelve el sol
Y canta el alma cual la tarde canta
En el éxtasis suave del amor”.*

Para los dos Kobdas mutilados y ciegos, el Amado había vuelto, y aunque sus ojos no podían verle, su amor y su piedad los inundaba como un torrente de aguas maravillosas haciéndoles exclamar:

– ¡Señor, basta! ¡Que este epílogo puesto a nuestra vida por vuestra bondad infinita, pone aún más en evidencia nuestro yerro de ayer!

EL PASAJE DE LA MUERTE

Dos días más debían permanecer los Kobdas en Anfípolis según el cálculo de los más avezados marinos que fijaban día y hora en que calmaría Propóntide su tremenda furia. Y conocedores los hombres de toga azul del valor incalculable del tiempo decidieron emplearlo lo más útilmente posible.

Y Abel decía encantado:

– ¡Qué hermosa recolección de frutos en Anfípolis! ¡Recordaré estos días benditos durante toda mi vida!

– ¿Qué pasó allí? –preguntará el lector. A referirlo vamos en el curso del presente capítulo.

Abel y sus hermanos hojearon minuciosamente el trágico libro que había escrito el dolor en aquella oscura garganta entre dos colinas que las gentes llamaban “El Pasaje de la Muerte”. Si fuera sólo la muerte que pasa por allí, no era nada; que para tanto padecimiento, el morir sería plácida calma. Era la vida horrible de padecimientos continuos lo que vibraba permanentemente en aquellas heladas cavernas sin sol y a veces sin fuego.

–Decidme –expresaba Abel a los dos arqueros que guardaban su persona–. ¿No hay en Anfípolis personas que tengan corazón?

– ¡Oh, Grandeza!... todos tenemos un corazón, pero no todos se atreven a acercarse como vosotros a esas pobres piltrafas de carne en putrefacción y con vida todavía.

–No sería tan necesario el acercarse cuanto el cuidar de lejos que no les falte lo necesario, que no sufran el hambre y el frío a más de la enfermedad.

–Sí, es así –dijo uno de los arqueros–. Hay aquí dos mujeres viudas de Caudillos asesinados en las últimas sublevaciones. Muertos sus maridos y sus hijos, hacen vida retirada y solitaria en su vieja casa, labrada como todas las casas de los poderosos en las más hermosas montañas de la región. Son hermanas y viven juntas. De tanto en tanto entregan a nuestro destacamento cargas de trigo, aceite, almendras y cerezas secas para los moradores del Pasaje de la Muerte. Pero no salen jamás de su inmensa casona. Si queréis verlas, no dudo que se verán muy honradas con vuestra visita.

– ¡Me habéis dado una gran noticia! –exclamó Abel–. Paréceme que hemos resuelto el problema. Tened la bondad de llevarnos hacia ellas.

Y Abel, con el Notario y Kerlés, se dejaron guiar por el arquero hacia

la casa de aquellas mujeres. Ambas pasaban ya los cuarenta años y vivían en una gran soledad. Dos matrimonios, viejos esclavos que habían nacido en la casa a la cual seguían unidos por libre voluntad, era toda la compañía de aquellas mujeres que atemorizadas por terroríficas escenas de destrucción que habían presenciado a la muerte de sus maridos, Caudillos fieles al Cherú asesinado, no querían participar en ninguna forma de la vida exterior, y pasaban sus tristes días en la más completa soledad en el fondo de su casa de piedra que era como casi toda una fortaleza en pequeña escala. Un soberbio casal de tigres de las selvas del Tauro, era la guardia de defensa. Seis asnos y dos camellos eran sus medios de transporte cuando los dos hombres de la servidumbre salían fuera a buscar lo necesario.

Las dos esclavas habían sido compañeras de juegos infantiles con sus amas a las cuales seguían llamando Midinas, que significaba algo así como amas pequeñas.

La Medina Tulia y la Medina Fridya, tales eran las dueñas de aquella vetusta y solitaria mansión.

Cuando los tres Kobdas llegaron a la cerrada puerta, consistente en un bloque de roca que se removía por tornos de piedra y fuertes cadenas enrolladas en ellos, los hombres no estaban pero los visitantes no inspiraron temor alguno ya que iban acompañados de un jefe de los arqueros.

– ¡Midinas! –díjoles el jefe arquero–: Hoy es un gran día para vuestra casa, pues el que llega a vuestra puerta es el representante del Thidalá de la Gran Alianza, el que ha colocado en su puesto a la Cherúa y a su hijo, el que ha recorrido los países del Ponto como mensajero de paz y de justicia.

–Y, ¿qué quiere de dos pobres viudas sin importancia ninguna? –preguntó Tulia que era la mayor.

–Él os lo dirá. Abridle, está a la puerta y espera. –Esto lo dijo el arquero encaramado por la rústica escalinata labrada en la misma roca y que terminaba en el postiguello llamado *mirana* por donde observaban desde el interior de la casa quién había dado golpes en el disco de cobre suspendido a la entrada.

Y después de rudos esfuerzos de las dos criadas lograron remover el bloque de piedra y los visitantes entraron. Una penosa ola de tristeza, de hastío y hartura de la vida fue lo que percibió de inmediato la sensibilidad de los Kobdas. Y el Notario dijo a sus compañeros a media voz:

–No sé cuales están más enfermos, si aquí o en el Pasaje de la Muerte.

–Esta humanidad no es más que una inmensa leprosería cuando no del cuerpo, del alma –contestó Kerlés, casi en secreto.

Abel callaba, mientras los tres seguían al arquero que los conducía

por una calle de viejos olivos cuyo frondoso ramaje ya semidesnudo de hojas formaban un espeso túnel, al final del cual se veía interceptado el paso por una enorme roca oscura con tallados y alto relieves de cabezas de animales sobre toscos cornisones y pilastras. Se veía que la montaña en que estaba labrada la entrada, formaba un semicírculo cuyo diámetro era la oscura roca en que terminaba la calle de olivos, aquella roca de los cornisones y de los altos relieves, era la casa habitación de las Midinas viudas, que recibían a los Kobdas cubiertas de oscuros mantos de lana.

– ¡Grandezas! Seáis bienvenidos a nuestra pobre morada –dijo la mayor, inclinándose sin descubrirse. Su hermana se inclinó silenciosa.

– ¡Gracias, mujeres de Anfípolis! –contestó Abel–. Hemos preguntado por personas piadosas y el jefe de arqueros nos ha traído a vosotras.

– ¿En qué podemos servir a grandes príncipes extranjeros?

–No somos príncipes, sino sencillamente hombres que sentimos dolor por el dolor ajeno, y a quienes el Altísimo ha colocado en situaciones favorables para hacer el bien, y llevar la paz y el consuelo a los que sufren.

–Hacéis bien en llamar a esta puerta –dijo la menor de las hermanas–, porque ésta es la casa de la tristeza perpetua.

Introducidos en la sala de la hoguera, los Kobdas se sentaron en torno a un hermoso hogar de piedra y cobre donde ardían grandes trozos de leña.

–Venís del mundo feliz a esta cueva de tristeza –dijo Tulia.

–Acabamos de visitar el “Pasaje de la Muerte” a donde llegan vuestros socorros –dijo Abel–, y como tenemos especial encargo del Thidalá del Éufrates y del Nilo de hacer lo posible para aliviar los dolores humanos, necesitamos en Anfípolis, personas de piadoso corazón que se encarguen de repartir los víveres y ropas que tres veces cada diez lunas enviaremos desde el Éufrates hasta aquí.

“Y tal es la causa de nuestra visita a vosotras. ¿Queréis ser las administradoras de los refugiados en el Pasaje de la Muerte?

–Somos viudas sin familia, y la ley nos prohíbe andar por los caminos sin el cortejo de un marido, hermano o hijo; pero si vosotros os empeñáis, haremos llevar con nuestros criados vuestros socorros a los enfermos del Pasaje.

–En efecto –observó el Kobda Notario–, nosotros queremos una casa honorable donde los Capitanes de los navíos puedan descargar el aprovisionamiento, estando seguros de que llegarán a su destino.

–Vosotras debéis suponer –añadió Abel–, que en los mendigos enfermos se desarrolla de tal modo el egoísmo que no podemos encargar a ellos mismos del justo reparto de víveres y ropas. El alivio no sería por igual para todos.

–Somos personas de la confianza de la Cherúa y sus Consejeros –añadió el Notario, extendiendo hacia las mujeres cubiertas, un escudillo de plata del Alto Consejo de Kalidonia.

Entonces ambas levantaron del rostro la parte del manto que las cubría, y los Kobdas vieron dos bellas mujeres de raza alazana de cabellos y ojos castaño claro y de piel ligeramente rosada que les daba marcada apariencia de una excelente salud. Vivaz la una, y muy reposada la otra, representaban perfectamente entre ambas lo que eran: una hermana mayor ama de gobierno, muy diligente, y una hermana menor toda actividad y movimiento que era poder ejecutor en aquel solitario dominio. Tal fue la impresión de los Kobdas ante aquellas dos mujeres que irradiaban tristezas profundas, fastidio, cansancio, no exceso de trabajo sino de no hacer trabajo alguno. Oyendo la conversación que tenían los Kobdas con ellas, el lector podrá hacer un estudio de la psicología de estos dos personajes.

–Según creo –dijo Tulia, la mayor–, sois vosotros miembros de esa Institución que llaman Toga Azul, que tienen un Santuario cerca de Dhapes en el Mar Grande, donde estuvo refugiada nuestra Cherúa viuda.

–Efectivamente –contestó el Notario–. Mirad bajo los capotes de piel la azulada túnica de los Kobdas. Entre nosotros hay mujeres que se consagran voluntariamente al cuidado de los enfermos, de los ancianos y de los huérfanos; pero como en estos países no las hay, nos vemos precisados a buscarlas y por eso estamos en vuestra casa.

–¿Y nos queréis vestir a nosotras con toga azul? –preguntó casi sonriente Fridya, que parecía complacida de introducir alguna modificación en la pesada monotonía de su vida.

–Como vosotras queráis, pero para hacer el bien, no es necesario vestir un determinado color, ni forma, ni calidad –contestó Abel.

–Es que será muy agradable dejar los colores de la ceniza y del carbón por ese bello azul turquí que se parece al cielo, a los lirios silvestres, a los ojos de las vírgenes de Northia y a los zafiros con que ellas se engalanan para distinguir su raza. –Estas palabras pronunciadas por Fridya con viveza motivaron una mirada muy circunspecta de la hermana mayor, más dispuesta a conservar las viejas costumbres de la ceniza y el negro en el vestido, del encierro y el sosiego absoluto para las mujeres honestas que habían tenido la desgracia que sus maridos fuesen asesinados en un motín popular.

–Según la ley –observó Tulia–, sólo el Cherú puede dar por terminado nuestro luto, antes de lo cual no podemos dejarnos ver por caminos o plazas sin incurrir en la deshonra, propia de las repudiadas o de las mujeres de vida desordenada.

–Indudablemente son usos que merecen respeto hasta cierto punto,

pues tienden a encuadrar la vida de una mujer sin esposo dentro de una moral severa –observó Abel–, pero creo que la ley admitirá interpretaciones razonables, y se comprende que sea censurable que una viuda concurra a diversiones públicas, a festines o saraos, pero no está en el espíritu de esa ley el socorro a los enfermos y a los huérfanos. Además, nosotros traemos la representación de la máxima autoridad: de la Ley que ha recopilado en una todas las leyes, y es la Ley de la Gran Alianza de los Países Unidos, a la cual pertenece como sabéis toda la Tracia. Creo pues que si el Cherú no vive para cortar vuestro forzado retiro, vive la Cherúa, su viuda, y el Cherubín, su hijo; de quienes tengo la autoridad y la confianza mientras permanezca en territorio tracio.

“Hay pues fundamento para deciros en este instante con autorizada palabra, que el mandato de reclusión ha terminado para vosotras.

Ambas hermanas se miraron.

–Pero el edicto tiene que ser puesto en la plaza del Consejo –advirtió la mayor.

–Y el primer Jefe del Destacamento de arqueros debe acompañarnos a la hoguera del luto.

–No temáis, todo se hará conforme al uso del país, con el fin de que recuperéis la libertad, necesaria para dejar esta vida inutilizada por el extremado sometimiento a viejos rituales, que poco significan ante el verdadero concepto de la Eterna Ley de Amor entre los seres humanos.

Y Abel llamó al Jefe de los arqueros que se paseaba al sol a lo largo de aquel inmenso patio de olivos.

–Mandad poner un edicto –le dijo–, en la Plaza del Consejo, por el cual estas dos viudas quedan libres de la orden de encierro por la muerte de sus maridos. Vos y nosotros las conduciremos a la hoguera del luto para que cumplan el ritual de quemar sus mantos negros y su túnica ceniza.

– ¡Bien, Grandeza! ¿Cuándo?

–Ahora mismo. Están en el Pasaje de la Muerte ciento ochenta y siete infelices padeciendo hambre y frío, muriendo de angustia, y es necesario que estas mujeres organicen una agrupación de socorro.

“¡Es increíble que los hombres miren con ojos de lince si se cumplen o no los más estúpidos ritos, y no tengan ni ojos ni corazón para ver que sus propios hermanos están pereciendo de frío, de abandono y de hambre! –Y volviéndose hacia las dos hermanas que habían oído el diálogo con el arquero les dijo–:

“Vengo de los países del Ponto donde los genios tutelares, Apolón y Northia, parecen haber inyectado energía, vida, animación y entusiasmo hacia los más nobles ideales que en la hora presente puede comprender esta humanidad.

“Vengo de Kiffauser donde una joven de veinte años tomó el nombre

y la investidura de su hermano muerto para volver al orden y a la justicia todo un país desquiciado por la anarquía. Es una nieta del gran Lugal Marada asesinado como vuestros maridos, hija del Príncipe Iceas y de Electra, hermana de la ilustre Northia. Pues bien, esta valerosa doncella, con su abuelo, su padre, sus hermanos asesinados, se ha lanzado en medio de los pueblos enloquecidos por el desorden y ha devuelto la paz en el trabajo que es abundancia y es felicidad.

“Vosotras ignoráis todo esto, porque demasiado esclavizadas por el ritual, habéis cerrado el horizonte de vuestra vida, pareciéndoos que cumplís vuestro deber cerrando vuestra puerta y cubriéndoos con el negro manto de la cabeza a los pies. Vuestros maridos perdieron su vida física pero sobrevive su inteligencia, su espíritu, el que piensa y ama. ¿Qué significa para la materia muerta que vosotras encerradas en vuestros muros de piedra os vistáis de color carbón y ceniza? En cambio, para su alma, elemento pensante de origen divino, que vive eternamente, significa mucho que vosotras, almas compañeras suyas, ocupéis vuestra vida en obras bellas y útiles, que hagan de vosotras verdaderas sacerdotisas del bien, de la justicia, de la paz, y la alegría de tantos seres que padecen en la orfandad y en el abandono.

“Según las viejas tradiciones del Ponto, Apolón fue grande porque abrió con la llama de su antorcha caminos entre los hielos eternos para que los pobladores emigrasen hacia los valles fértiles que producen el fruto y el grano, el pan, el vino y el aceite. Y Northia ha sido grande porque se ocupó de enseñar a las mujeres a hilar y tejer la lana de sus ovejas, a convertir en blanco lienzo los campos cubiertos de paja de lino, a transformar en abrigos y tapices las pieles de las fieras y los suaves capullos de la mariposa sedaña.

“De los sordomudos hizo criados inteligentes y fieles, de los niños huérfanos hizo artistas de la piedra, y de los niños ciegos coros musicales que llenan de animación y alegría a los pueblos que labran la tierra, o arrancan de las montañas sus ocultos tesoros. Y si todo es vida y renovación y movimiento en la espléndida naturaleza de que somos hijos, ¿por qué ha de haber seres encadenados por fútiles prejuicios agotándose en la inacción y en la inercia cuando innumerables actividades reclaman esfuerzos por todas partes?

“¿Queréis ser los ángeles tutelares de Anfípolis, su providencia visible sobre la tierra, las madres de todos los huérfanos, de todos los desamparados?

– ¡Oh, Príncipe!..., ¡es mucho para nosotras! Vuestra Grandeza olvida que somos dos pobres mujeres viudas de Caudillos de tercer orden, sin más mérito que el de haber dado la vida por la paz y la justicia –respondió Tulia, ya marcadamente inclinada a los anhelos de Abel.

–No siempre la grandeza a que llegan los seres corre pareja con su elevada cuna o noble nacimiento.

“La chispa divina escapada de su Centro en los éxtasis supremos del Amor Eterno, no cae siempre en cunas reales o en cabezas coronadas, sino que va rodando como burbuja de luz lo mismo a un cuerpo de príncipe, que a uno de leñador o picapedrero, hasta que convertido en lámpara viva se siente capaz de prender incendios de amor y de sabiduría, en todos cuantos pueden percibir sus vibraciones.

“Lo que sois o no sois, dejadlo por cuenta de la Divina Sabiduría, y prestad solamente el concurso de vuestra voluntad decidida a formar un Consejo de Socorro para los que sufren en esta ciudad. ¿Aceptáis?

–Yo sí y con toda satisfacción –dijo Fridya, la menor de las hermanas.

–Yo también –añadió la mayor–, siempre que vuestra Grandeza sea nuestro sostén y apoyo en el cumplimiento de nuestra tarea.

– ¡Convenido y para toda la vida! –exclamó Abel–. Tomad nota, hermano Notario, de que las viudas Tulia y Fridya de Anfípolis forman desde hoy el Primer Consejo de Socorro de este país, que será a no dudarlo primera piedra de un santuario futuro dedicado al cultivo de las facultades del espíritu, al perfeccionamiento del trabajo y a la difusión de la verdad y del amor fraterno, sobre la costa occidental de este ancho brazo que une los mares del Norte con el Mar Grande que besa nuestras praderas.

“A esto sí que vale la pena de darle solemnidad –decía pocos momentos después Abel, cuando presenciaba en la plaza del Consejo la colocación del edicto, que era una lámina de piedra ya de antemano grabada y a la cual sólo se añadían los nombres de las mujeres favorecidas por él.

Y cuando ambas mujeres arrojaron sus mantos negros a la hoguera, Abel les dijo a media voz:

–Allí se consume todo vuestro pasado en el cual poco o nada habéis conquistado para vuestra inmortalidad. Ahora nacéis a una vida nueva simbolizada para vosotras en estas tres palabras: “¡Consuelo, piedad, esperanza!”. Porque eso y sólo eso seréis de hoy en adelante para todos los que sufren en este país.

Y queriendo Abel fortificar aquellas almas vacilantes y tímidas todavía en los nuevos senderos que se abrían ante ellas, hizo una alocución al grupo de pueblo curioso que había acudido, para que fueran el portavoz en Anfípolis de que el Representante del Thidalá de la Gran Alianza había constituido a aquellas dos mujeres en protectoras de todos los huérfanos y desamparados de Anfípolis. Y como demostración externa que les diera prestigio y superioridad, Abel y Kerlés se sacaron las capas azuladas que bajo los capotes de piel llevaban como abrigo liviano de entre casa y cubrieron con ellas a las dos mujeres.

–Ahora sois auxiliares Kobdas para el socorro de los que sufren. –Y montadas ambas en mansos asnos fueron guiadas por los Kobdas hacia el Pasaje de la Muerte, de donde serían en adelante las únicas soberanas.

Grupos del pueblo les seguían, encantados de aquel gran Príncipe que gustaba de caminar a pie y de buscar como tesoros ocultos a todos los infelices de la ciudad.

–No temáis al Pasaje de la Muerte –les decía Abel a todos los que demostraban terror por aquel siniestro lugar–. Allí sólo hay enfermos, viejos y huérfanos sin pan y sin fuego.

“¿Os gustaría a vosotros ser abandonados de todos por estar enfermos, o ser viejos o huérfanos hambrientos? Bien, pues tampoco lo hagáis vosotros con los que allí están viejos, enfermos y desamparados, aunque más no sea, para no incurrir en la Eterna Ley de Justicia que os hará padecer a vosotros todo cuanto hacéis padecer a los demás.

Y cuando los Kobdas, las dos mujeres y aquella porción de curiosos llegaron al Pasaje de la Muerte, encontraron una iluminación fantástica, pues los Kobdas que quedaron repartiendo socorros habían encendido hermosas hogueras a todo el largo del sombrío callejón; y los niños, los viejos y los enfermos ya vestidos de abrigadas ropas nuevas, bebían jugo de cerezas calentado en grandes marmitas, trozos de pan dorado al fuego con manteca y miel, pescado y aves asándose colgadas de garfios de cobre sobre la llama que alegre chisporroteaba; grandes cestas de frutas y legumbres, en fin, todo un risueño aspecto de día de feria como solían verlo en la plaza del mercado en días de grandes ventas. Los dos Kobdas ciegos sentados sobre un saliente de las rocas convertido en estrado cubierto de pieles de ovejas, presidían la fiesta.

–Os faltaban madres y aquí las traemos –dijo Abel, entrando en aquella barahúnda de hogueras, de viejos y niños, de cestas, frutas y víveres de toda especie.

– ¡Madres para nosotros! –gritaron los niños, los adolescentes, los enfermos y los viejos–. ¡Benditas sean nuestras madres!

Ambas mujeres estaban profundamente conmovidas; y tanto ellas como el grupo de pueblo que les había seguido se decían con asombro:

– ¡Toda esta alegría había en el Pasaje de la Muerte y pasábamos con terror por aquí creyendo ver fantasmas y cadáveres ambulantes!

–He aquí dos Kobdas ancianos mutilados y ciegos –dijo Abel presentándolos a ambas mujeres–, que se niegan a abandonar a sus compañeros de infortunio entre los cuales son como consejeros y guías.

“Entre los cuatro formaréis el Consejo de Gobierno de este Refugio que yo pondré bajo el amparo de la Cherúa al despedirme de esta tierra.

Los Kobdas realizaron grandes actividades secundados por los arqueros, para transformar aquellas heladas cavernas en confortables

tiendas de campaña mientras recababa Abel de la Cherúa y de todos los Caudillos y Príncipes del Ponto Euxino que se utilizaran aquellas grandes cavidades subterráneas para construir un abrigado hospicio para todos los desvalidos de aquellas comarcas.

–El Gran Santuario de Berecinas de Kaldis, es un refugio de mujeres nobles y honestas. Que en esta abrupta colina de Anfípolis se cree un Refugio para mujeres, hombres y niños desvalidos, al cual tengan derecho de pedir asilo todos los desamparados de los países del hielo.

Y Abel grabó rollos de papiro dirigidos a Walkiria de Kiffauser, al Príncipe Erick, a la Cherúa de Tracia y a los felices esposos Araxes y Vadina, rogándoles unieran todos su buena voluntad para la obra grandiosa que su alma hecha de amor, había concebido.

Todos respondieron a ese llamado del Amor Eterno vibrando desde el alma de Abel; y Walkiria la primera y más decidida que todos envió una centuria de picapedreros y en cuatro lunas aquella colina quedó socavada en numerosas salas forradas de gruesos tablones por dentro para evitar las filtraciones y el frío.

El Príncipe Erick envió cargamentos de piedra, la Cherúa de Tracia una barcaza cargada de cobertores de lana, odres de aceite y de sacos de trigo; y Araxes y Vadina que sólo veían la dicha en sus hijos felices, pensaron en el frío de los niños desvalidos y remitieron enormes fardos de capotitas de pieles de todos tamaños y grandes cántaros de moruca a la miel y bolsas de uvas secas. Y aquellas inmensas cargas traían todas la consignación que Walkiria puso a su primer cargamento de manteca, miel y pescado seco:

“Para el Refugio del Hombre-Luz”.

Tal fue el nombre que adoptó aquel que fuera espantable antro, albergue tenebroso del dolor y de la muerte:

“Refugio del Hombre-Luz”.

–El sublime mago del amor y del ensueño pasó por estas sombrías cavernas –decían los viejecitos Kobdas ciegos calentando sus manos temblorosas en las rojizas ascuas de la hoguera–, y de abismos de desesperante miseria se han transformado en sosegada mansión de paz y de dicha. ¡Oh!... ¡No hay nada en el universo más bello y grande que el Amor!

EL “GIGANTE BLANCO”

A poco de que el velero de Abel zarpó de Anfípolis con rumbo al sur, se vio en la lejanía brumosa la blanca silueta de un promontorio enorme, en cuya cresta parecían enredar las nubes sus gasas flotantes.

–Ya sabéis –dijo Abel al Capitán del velero–, que deseo hacer escala en Calcidia donde deben desembarcar tres Berecinas y cinco niñas.

–Pues a la vista está –contestóle el marino–, pues ahí tenéis al Gigante Blanco que sostiene el faro y que es el pico que más avanza sobre el mar, de toda la erizada costa de Calcidia. *–Es la parte de Grecia que después se llamó Salónica; y el “Gigante Blanco” es el que más tarde llamaron Monte Athos–.

El joven Kobda después de echar una mirada hacia el blanco promontorio calcáreo, se dirigió a la parte de la cubierta en que tendidas en pieles tomaban el sol las Berecinas viajeras. Era aquel como un apiñado rebaño de ovejas, a cuya vista se estremeció el alma tierna del Hombre-Luz.

“¿Qué sería en adelante de todas aquellas almas, mujeres y niñas, que él iba dejando a lo largo de las costas por donde pasaba su barco?”

Una niña de cuatro años, de blanca tez y negros cabellos rizados le salió al encuentro y le dijo en un balbuceo encantador:

–Madita dice que tú nos vas a dejar allí en el Gigante Blanco, pero Madita llora y yo no quiero que lllore.

–¿Quién es Madita, niña mía, y por qué llora? –le preguntó Abel sentándose en cuclillas para quedar al nivel de su pequeña interlocutora.

–¿Cómo? ¿No sabes quién es Madita? Pues mi mamá, ¿quién ha de ser? Ella no quiere quedar en el Gigante Blanco. Ven y verás como llora.

Abel se dejó llevar por la niña hasta un rincón de la cubierta, donde tras de una muralla de velas y sogas encontró una joven mujer sentada sobre una piel, mientras hilaba un blanco vellón de lana con el cual se-caba de tanto en tanto su llanto silencioso.

–¡Esta es Madita y ya ves como llora! –dijo la niña cuando hubieron llegado.

La joven madre levantó sus ojos azorados para mirar a su hija que conducía “al Príncipe”, como llamaban al joven Kobda.

–Pero, ¿qué haces, chiquilla? –dijo la madre tratando de incorporarse toda turbada.

–Quedaos tranquila –díjole Abel–, que no es ninguna novedad mi presencia. Como pronto llegaremos a Calcidia, visito a las que deben quedar allí para cerciorarme, como es mi deber, de que lo hacen por

libre voluntad y teniendo la seguridad de que serán bien recibidas por su parentela. ¿No estáis vos en este caso? Decidme toda la verdad porque yo puedo subsanar todas vuestras dificultades.

La mujer continuó sollozando cubierto el rostro con el blanco vellón que tenía sobre sus rodillas, mientras el Hombre del Amor y de la Luz ejercía sobre aquel espíritu dolorido la suave presión de su pensamiento que le decía con su voz sin ruido:

“Confíate a mí que yo sé consolar a los que sufren”.

Y la joven mujer obedeció al pensamiento de Abel y le dijo:

–Príncipe, mucho es vuestra bondad al ocuparse así de mí y de mi hija. Estoy avergonzada y dolorida de volver a Calcidia donde dejé un padre anciano, un novio que me adoraba y tres hermanitas pequeñas que sin nuestra madre habrán padecido enormemente. Mi padre es el guardián del faro del Gigante Blanco y nunca quiso perdonarme que siguiera yo al Caudillo frixo como esposa secundaria, despreciando al joven marmolero que me quería para su única esposa.

“Pero me fascinó tanto el hombre de los dorados cabellos y los ojos claros, la fastuosidad de sus escoltas y sus atavíos, que le seguí enloquecida olvidándome de todo. Y es vergonzoso y humillante volver a los míos abandonada de aquel por quien yo todo lo abandoné. –Y la pobre joven se echó de nuevo a llorar amargamente.

–Comprendo vuestra amargura y vuestra situación –le dijo Abel conmovido profundamente–, pero si os aquietáis dejándolo todo a mi cargo no os arrepentiréis. ¿Sólo esta hijita tenéis?

–Tenía dos varoncitos mayores, pero éstos quedaron con su padre, aunque sin privarme del derecho de verles cada vez que yo lo quiera. Los dos son rubios como él; ésta sola se parece a mi raza.

–Y esta sola será la que desarme al abuelo –dijo Abel acariciando a la picaresca criatura que estaba muy entretenida haciendo nudos en los cordones azules del cingulo de Abel–.

“¿Verdad que tú eres capaz de espantar los enojos de abuelito como a los insectos inoportunos que te pican?

–Claro que sí –dijo la chiquilla–, y le haré así, como a los moscones negros. –Y se dio ella misma una sonora bofetada en la mejilla que adquirió el rosado tinte de una manzana madura.

–Ya veis, ésta es una excelente embajadora que trata sus negocios a bofetadas y por enojado que esté el abuelo, no tendrá más remedio que rendirse. Conque ya lo sabes, chiquilla, cuando sientas echar el ancla al pie del Gigante Blanco, te vienes conmigo como parlamentaria para tratar el asunto con el abuelo.

–Y, ¿tengo que darle de bofetadas como a los moscones negros?
–preguntó con gran seriedad.

–No, hija mía –dijo la madre sin poder dejar de reírse aun en medio de su dolor–. Le darás muchos besos y le dirás si nos recibe a su lado, a ti y a mí.

–Estoy casi viendo su aceptación –dijo Abel–, pero poniéndonos en el peor de los casos, vos continuáis viaje en este velero y os conduciré hasta Monte Kasson en el País de Ethea, que está gobernado por mi hermano Iber y donde tengo una numerosa familia, las Kobdas del Santuario donde pasó tres años la Cherúa de Tracia, y donde cuento con afectos profundos. Nada temáis, que entre la numerosa familia Kobda, no hay desamparados ni huérfanos. Hasta luego.

Y Abel fue buscando entre las viajeras las otras dos Berecinas que debían bajar con sus hijas. Cada una tenía dos niñas de ocho y doce años.

– ¿Estáis contentas de llegar pronto a vuestra tierra? –les preguntó, cuando ellas se presentaron a su llamado.

– ¡Oh, mucho! –contestaron ambas. Eran hermanas y su madre anciana las esperaba pues le habían despachado aviso.

–Somos del golfo de Olinthia, cerca de Manhea y nuestra madre tiene buena casa y un desahogado vivir. Sólo se queja de soledad y nosotras llenaremos ese vacío. Nos espera un barquichuelo en la ensenada del faro y mañana al atardecer estaremos a su lado.

“A más fuimos dotadas generosamente al darnos carta de soberanía.

– ¿Tenéis hijos varones en el país de vuestro antiguo esposo? –preguntó Abel.

–Nada más que estas cuatro niñas que nos fueron entregadas. Así, nada queda nuestro en las tierras del hielo.

–Benedicid pues al Altísimo y educad estas futuras madres en el amor a todos los seres, para merecer el Amor Eterno que es la única dicha que puede colmar el alma humana.

Y dirigiéndose a todas, añadió:

–Creedme que mi pensamiento os seguirá por mucho tiempo, y que tengo la firme convicción de que la Bondad Divina me permitirá hacer ostensible esta promesa cerca de vosotras, no con el fin de que me recordéis, sino de que tengáis siempre presente que no sois plantas aisladas, venidas al acaso en éste o en otros lugares, sino criaturas de Dios al cual os debéis en todo momento y por toda la eternidad.

“Entre el Monte de Mármol y el Monte de Miel, *–el Monte de Mármol es el Pentélico, abundantísimo en dicha piedra; y el Monte de Miel es el Himeto, cubierto de enjambres de la mejor abeja conocida hasta hoy por su abundante producción–, tengo asuntos que me obligan a hacer escala, pensad pues si algunas de vosotras tienen su parentela en esas intermediaciones.

–Yo soy de Declia que queda en el valle al pie del Monte de Mármol –dijo una de las Berecinas.

–Tengo hermanas en Falerea en pleno Monte de Miel, como que ellas han vivido y viven de la miel y cera que dan las abejas –dijo otra.

–Ya veis como el Altísimo abre los caminos a los que con Él caminan. Yo necesito para Neghadá y para La Paz, doscientos panes de cera y cincuenta cántaros de miel. Acaso vuestros hermanos podrán proporcionarnos la solución de tales necesidades.

–Y lo harán con mucha satisfacción para librarse de la explotación de los mercaderes cuya avaricia perjudica a los pobres montañeses.

–En la falda del Monte de Mármol –dijo la que allí tenía la parentela–, hay una Cofradía de niños rescatados de los piratas y gobernados por unos hombres que hablan semejante a vosotros, pero no se llaman Kobdas sino Dakthylos.

–Justamente –respondió Abel–, para visitar a los Dakthylos es que hago escala en ese paraje. Son las lámparas que la Divina Sabiduría ha colgado en lo alto de estos montes de cal y de mármol, para que los seres que los habitan saquen de las piedras las flores de amor y de luz necesarias como alimento del espíritu. Los Dakthylos son hermanos de los Kobdas. Una misma es su ley; uno mismo es su ideal: redimir esta humanidad terrestre por la cual se sacrifican y mueren.

Y el joven Maestro tendió hacia la costa lejana del Ática del mármol, su mirada serena por cuyo iris de topacio se deslizaron dos siluetas luminosas: la de Numú despeñado desde lo alto de una montaña de granito, y la de Antulio bebiendo en un vaso de mármol blanco, el amargo brebaje que cortarían su vida.

–Son sabios –añadió la Berecina, que contaría treinta y cinco años–, y tengo noticia de que ellos curaron a los hijos de uno de mis hermanos, que en la primera infancia se volvían paralíticos.

“Mi madre les quería mucho y ella fue a morir allí, dentro de la Cofradía, donde recogen ancianas que vigilan a las niñas.

“Teniendo yo tales noticias, me he dicho a mi misma, que si en el hogar de mis hermanos no hubiese lugar para mí y mis cuatro niñas, me presentaría a los Dakthylos cuyas puertas se abren siempre al que llama. Su Dios se llama Antulio y es un bello dios de blanco mármol, con una antorcha en la mano. Cuando vi el Apolón de los países del hielo, recordé a este dios de los Dakthylos de mi tierra natal. Visten túnica color paja de trigo maduro, con un cordón azul como el vuestro. Y cuando circuló en Tracia la noticia de que la Gran Sacerdotisa de Apolón aseguraba que erais un dios encarnado, no sé por qué, pensé si serías el dios de los Dakthylos, pues ellos anunciaban que Antulio está próximo a volver a la tierra. ¿Será esto verdad?

–Mujer: cuando veas un ser humano que se sacrifica por el bien de sus semejantes, bien puedes pensar que Antulio ha vuelto a la tierra. Antulio vivió hace muchos siglos entre los hombres, los cuales no comprendieron que era el portavoz de la Verdad Eterna y de la Infinita Bondad, y rebeldes a su enseñanza le sacrificaron con una copa de veneno creyendo acallar con su muerte la voz divina que les decía en el fondo de su propia conciencia: “No hagas a otro lo que no quieras para ti”. “¿Quieres para ti la libertad? ¡Dala a tus esclavos!... ¿Quieres para ti la pureza de un amor virginal? ¡Vive consagrado a la virgen pura que te brindó su amor! ¿Quieres fidelidad en tu tálamo nupcial? ¡Sé tu fiel a la mujer que elegiste! ¿Quieres pan blanco para tu mesa y el goce de todos los bienes que produce la tierra? ¡Como tú, lo quieren todos los hombres, y mientras no razones en esta forma, el odio reinará en la tierra hasta que de llanto y de sangre se habrá formado una marea gigantesca bajo la cual desaparecerá esta civilización y otras que han de venir!”

“Así habló Antulio a la humanidad de su tiempo. Cuando oigas que un filósofo, un príncipe, un pastor, o un labriego, habla en tal forma y obra conforme a su hablar, puedes pensar que Antulio ha venido de nuevo a la Tierra...”

–Con todo ello, decís mucho y no decís nada; ¡Oh, Príncipe!... Y yo quería decir a los Dakthylos entre los cuales tengo un hermano: “Yo he viajado con él..., con el Antulio que amáis..., y es él quien me ha devuelto a mi patria y a mi hogar” –murmuró a media voz, íntima, suplicante, aquella mujer.

Abel conmovido le dijo:

–Mujer: si en tu corazón así lo sientes, así es. La antorcha de Antulio ha brillado para ti. Hazla resplandecer tú en todos los seres que se acerquen a ti.

Sin saber por qué aquella mujer cayó de rodillas diciendo: ¡Antulio, el profeta de los Dakthylos!...

Abel puso su mano sobre aquella cabeza inclinada y le dijo con una voz de murmullo:

–El Amor que impulsó a Antulio hacia esta tierra sea tu luz y tu gloria.

Esta acción vista por las otras, comenzaron a decir en alta voz:

–Eurice fue bendecida por el Príncipe y si es verdad un dios bajado entre los hombres, ella tendrá suerte y nosotras no. Las enfermedades y la muerte nos alcanzarán pronto y sólo ella vivirá sana y feliz...

– ¡Hermanas mías! –exclamó Abel, compadecido de tanta ignorancia y de tanto egoísmo–. No debéis decir necedades. La bendición de un ser sobre otro, es el puro deseo del alma de todo bien para aquel ser. Las enfermedades y la muerte no son un mal sino una ley a la que estamos sujetos todos los seres encarnados en el plano físico.

“La bendición mía o de otros sobre un ser, podría fortalecerle para no caer en la trasgresión de la Ley Divina, único mal que en verdad debe temer la criatura, pero de seguro no le libraré de la enfermedad y de la muerte, que por ley deba sufrir en esta etapa de su vida eterna. He bendecido a esta mujer porque su espíritu se acercó al mío con el deseo de iluminarse con un resplandor de la Divina Sabiduría.

– ¿Y nosotras no podemos ser iluminadas como ella? –preguntó una joven mujer del país de Sardos, en la costa vecina de Anatolia.

–Sí, mujer, la luz del Altísimo está encendida permanentemente para todo el que la busca.

–Pues yo quiero saber si viviré largos años y si mi hijita llegará a casarse con un bello príncipe que la haga poderosa y feliz.

Abel sonrió tristemente.

–Pues tú no buscas la Luz Divina sino tu interés y tu conveniencia material –le contestó–. Yo no soy un adivinador, hermana mía, como no lo es ninguno de los que mediante grandes esfuerzos sobre sí mismos han conseguido captar la onda sutil de la claridad divina. La Luz Divina te hará saber cómo debes vivir tus años de vida terrestre para que ellos te resulten fecundos en obras merecedoras de la paz y la dicha eterna de tu espíritu.

“¿Qué te importará vivir largos años mal empleados y mal vividos si lo mismo te encontrarás al final de ellos con la muerte; y más allá de la muerte con el dolor de haber perdido tu tiempo, con tu alma vacía de toda satisfacción y con un hambre insaciable de esa paz y esa dicha que no te dieran los largos años de vida física?

“¿Qué te importará vivir años breves, si en ellos has amado a tus semejantes, si has consolado muchos dolores y secado muchas lágrimas y has sido manto de piedad para todo infortunio que haya llamado a tu puerta? También te encontrarás con la muerte en este caso, pero será para recibir en el reino de las almas, la paz y la dicha que habrás merecido por tu bien obrar. Si tu niña llega a tener por esposo un príncipe o un labriego, ¿qué más da? La felicidad que debes desear para ella se basa en el amor verdadero, y ésa es una flor que lo mismo germina en el corazón de los poderosos que de los pequeños, y casi estoy por asegurarte que muy rara vez brota un amor verdadero sobre las gradas de un trono.

“Piensa, más bien, y desea que tu niña encuentre en su camino el alma gemela suya, esté encarnada en un Caudillo o en un marmolista, en un Príncipe o en un pastor, porque entonces podrás estar segura de que será bendecida en su esposo, en sus hijos, en todo cuanto le rodea, pues no existe sobre esta tierra felicidad mayor que la de encontrarse las almas que juntas deben subir hacia la eterna Luz.

“Pensando así, mujer, es como serás iluminada por esa luz divina

que ha buscado junto a mí tu compañera, a la cual he bendecido en su deseo y en sus anhelos.

Y animadas por la suave dulzura del joven Maestro, fueron acercándose a él todas aquellas mujeres cuyas almas sin cultivo, como plantas agotadas por una larga sequía, parecían esperar el jardinero y unas gotas de agua refrescante.

Y todos los días, al comenzar la tarde, las Berecinas buscaban sentadas sobre cubierta, que el Príncipe del Éufrates escuchara sus confidencias, sus preguntas, sus dudas...

Todas tenían una pena oculta en el fondo del alma, una secreta ansiedad, un infinito anhelo que buscaban satisfacer en una forma o en otra sin llegar a conseguirlo plenamente en ninguna.

¡Habían soñado con un amor el cual se les había desvanecido entre las manos, como un fugaz resplandor que al apagarse sólo les había dejado una helada tiniebla!... La llegada de una y otra, y otra más al santuario nupcial del amor tanto tiempo soñado, les había llenado el alma de amarga decepción.

—Este hombre no es el amor para mí, sino sólo el padre de mis hijos—decían todas, recordando al hombre que las había hecho madres para dar prole abundante a su tribu.

Y después de escuchar con infinita paciencia las confidencias de aquellas almas heridas de amor y sin amor, el joven psicólogo llegó a la convicción de que no podía dejar abandonadas a sí mismas aquellas almas sin antes ponerlas en su verdadero camino. Comprendió que apenas llegarían a seis las que podían quedar sin peligro entre la familia que las esperaban.

La hija del Guarda faro del Gigante Blanco, Eurice y cuatro más.

—Yo tengo para vosotras un paraíso encantado—decía Abel una tarde, a las mujeres que sentadas en torno a él le escuchaban—. Coronando un valle sombreado de plátanos y de cedros se alza una hermosa montaña, que llaman Monte Kasson. Allí unas dulces madres azules, Manh-Bluas como las llama el pueblo, han hecho del trabajo de la aguja un bellissimo arte; han hecho del canto y de la música un culto, una liturgia que llena el alma de paz y sosiego. Más todavía; esas madres buenas captan en el aire sutil de sus días luminosos, la nota íntima de amor que canta cada alma y poseen la ciencia divina de encontrar la alondra gemela de la que tienen cautiva... Y cuando han conseguido reunir las las sueltan a volar por el ramaje umbrío. Se forman su nido, que tiernos hijuelos vienen a llenar, y cantan himnos al amor que encontraron entre los velos transparentes de las dulces Manh-Bluas... Yo sé, no me lo neguéis, yo sé que todas vosotras tenéis el alma sedienta de amor. Habéis sido madres, pero no habéis amado; y las Manh-Bluas de Monte Kasson os harán encontrar

vuestro amor. Además, vuestras hijas, niñas hoy, serán mujeres mañana y deben educarse para su sagrada misión de futuras madres. Vosotras, madres, quedaréis allí; nosotros conduciremos vuestras hijas al Pabellón de la Reina del Santuario de La Paz en el Éufrates, donde bajo la tutela del Thidalá de la Gran Alianza y de su esposa la Reina Ada, recibirán la educación que les corresponde hasta los diecisiete años en que serán entregadas al esposo que elijan, o devueltas a vosotras si así lo desean.

– ¡Ah!... ¿Las momias vivas del río Orón? ¿Son ésas, Príncipe, a dónde queréis llevarnos? ¡Por favor!... –exclamó con gran alarma una de aquellas mujeres.

– ¿A quién habéis oído llamar momias vivas a heroicas mujeres que trabajan para enseñar a las que no saben trabajar; que piensan por las que no han sabido pensar para sí mismas, y que aman a sus semejantes hasta el punto de abandonar la paz y bienestar de los Santuarios para ir a países desconocidos a fundar refugios para los que no tienen hogar? –preguntó Abel, dominando la indignación que aquellas duras palabras le habían causado.

– ¿A quién lo oí?... A una mujer que fue Berecina del Príncipe de Ethea y que huyó de Monte Kasson hastiada de vivir como entre un sepulcro. Para que una mujer se atrajera con tal acto todos los rigores del repudio, debía ser por demás insoportable aquella vida.

–Permitidme intervenir –dijo el Kobda Notario, que era el inseparable acompañante de Abel en sus instrucciones a las Berecinas–. Recordaréis, hermano Abel, que os acompañé en aquel viaje al País de Ethea y que estuve con vos en Monte Kasson, para visitar a la Kobda Luvina que es hermana mía, y precisamente fui encargado por ella de prevenir al Príncipe Elhizer de Ethea que una Berecina de nombre Dami, iba a formular quejas calumniosas contra la anciana Elhisa y demás Kobdas de aquel Santuario.

– ¡Ah, sí! Lo recuerdo –dijo Abel–, erais también mi Notario Menor entonces.

Y aquel Kobda explicó a las Berecinas viajeras toda la historia de las Berecinas primeras de Monte Kasson, nueras todas ellas de la anciana Kobda Elhisa, bajo cuya tutela fueron puestas en aquel magnífico Santuario por el Príncipe esposo cuando por la Ley de la Alianza las separó de su lado.

–Pues bien –dijo Abel, cuando el Notario terminó el relato–, de diecisiete Berecinas que eran habéis oído las versiones calumniosas de la única que se rebeló en contra del orden establecido allí por las Kobdas. Juzgad como os parezca acertado.

– ¡Esa era una mala mujer! –exclamaron casi todas a la vez.

–Creo que tenéis razón –contestó la que había promovido esta cuestión–,

pues esa mujer consiguió casarse con un pariente mío, que tuvo que abandonarla también a causa de sus caprichos y mal carácter.

–Cada tres lunas –continuó Abel, dando por terminado el incidente–, es costumbre en Monte Kasson instalar una exposición de los delicados trabajos de aguja que se hacen en los talleres, la cual dura tres días.

“Entonces se abren las puertas del Santuario para todos los que quieran visitar la exposición, la cual es amenizada con música, cantos y danzas por las niñas, hijas de las mujeres que allí trabajan.

“En tales días, las Berecinas que desean tomar un nuevo esposo tienen libertad para hablar, en el gran patio del Arco de Oro, con los visitantes de entre los cuales surgen a veces las alondras compañeras de las que allí están refugiadas.

–Antes era mi hermana Luvina la encargada de tramitar los esponsales cuando llegaba el caso –añadió el Kobda Notario–, pero ahora que ella es Regente de aquel Santuario, otra Kobda desempeña ese puesto.

–Entonces vamos a camino encerado –dijo riendo una de las Berecinas–. Presentadas en Monte Kasson por el Príncipe Abel y apadrinadas por el Kobda Notario, hermano de la Regente, no podemos pedir más.

La mayor parte de aquellas mujeres celebró el anuncio y Abel les dijo:

–Estáis pues bien informadas y en condiciones de elegir con acierto vuestro camino futuro.

En ese instante, el velero detuvo su marcha y el ruido del ancla arrojada al fondo del mar, resonó anunciando que estaban ya al pie del Gigante Blanco, donde tres mujeres debían bajar.

Pronto se vio venir corriendo por la cubierta la chiquilina aquella cuyo abuelo era el Guarda faro del Gigante Blanco y con gran familiaridad se prendió de una mano de Abel, diciéndole:

–El ancla fue echada al agua y ya estoy aquí.

–Me gusta que cumplas tus compromisos. Mientras boten al agua las chalupas de desembarco dime cómo te llamas que aún no sé tu nombre. –Y Abel componía los largos rizos negros de la niña, que desordenados por el correr en contra del viento, parecían una enmarañada selva donde por estrechas rendijas se veía la luz de los traviosos ojillos y los rosados colores de aquella carita de manzana fresca.

–Yo me llamo Clementina como mi mamá, pero me dicen Tina, o Tinita, o Tinitita, para desenojarme cuando tengo rabieta...

– ¿Cómo? ¿Es posible que una linda niña tenga rabieta? Pues ese cuento no se lo hagas al abuelito que vamos a visitar porque entonces él dirá que no quiere tigrecillos en casa.

–No lo diré más, te lo prometo. ¿Sabes que Madita ya está contenta y no llora más?

– ¡Oh! Me alegro..., me alegro mucho con tal noticia. Vamos, ya está la primera chalupa. –Y con la pequeña Tinita en la mano, bajó Abel, el Notario y dos Kobdas más. En pos de ellos descendieron las otras dos mujeres que debían quedar en aquellos parajes y a las cuales esperaba ya en el muelle un mensajero de la madre anciana.

La llegada de un barco venido desde Tracia era ya una novedad para los escasos pobladores del Gigante Blanco, los cuales habían acudido a presenciar el desembarco.

– ¿Quién de vosotros conoce al guardián del faro? –preguntó uno de los Kobdas.

–Yo vivo allá –contestó un hombre joven y de bondadoso aspecto–. ¿Qué deseáis?

–Traigo un mensaje para el Guarda faro. ¿Me queréis conducir hasta él? –preguntó Abel.

El hombre miraba con insistencia a la niña.

–Seguidme –le dijo–, si es que os atrevéis a trepar por aquella rústica escalerilla.

–Yo subo por cualquier parte –respondió Abel–. Vengo de visitar montañas, y a la niña la llevaré en brazos.

–El anciano Guarda faro ya no se mueve de su sillón. El reuma le tiene allí prisionero. Y yo desempeño sus funciones.

– ¿Vivís los dos solos?

–Completamente. Yo vine a su lado cuando se casaron sus hijas.

–Creí que erais un hijo suyo.

–Como si lo fuera.

– ¡Sois un gran hombre, amigo mío! –exclamó Abel–, porque sabéis poner en práctica la ley del amor fraterno. Haceros hijo de un anciano solitario y enfermo es una bellísima obra.

Habían llegado al pie de la escalera, y el guía, sin decir palabra, tomó la niña en brazos y comenzó a subir.

– ¿Vos conocéis a mi abuelito? –preguntó la chiquilla, para quien era dura penitencia el callar.

–Sí, le conozco y vivo con él. Pero tú, ¿quién eres que llamas abuelo al Guarda faro del Gigante Blanco?

– ¿Yo?... Yo soy Tina y vengo con Madita a visitar al abuelo. Príncipe Abel –gritó desde arriba–, subid pronto para decirle a este hombre que yo soy Tinita y vengo a ver al abuelo.

–Allá voy –contestaba Abel, riendo de la bulliciosa criatura–, no tengas prisa que ya se lo diremos todo.

Y el temor de caer de la empinada escalera la hacía apretar fuertemente el cuello de su conductor que seguía trepando silencioso.

El contacto de aquellos bracitos tibios, la proximidad de aquella

rosada y sonriente carita, iban como descubriendo ante aquel hombre un mundo oculto, donde el presentimiento despertaba recuerdos, y los recuerdos parecían avivar una llama ya apagada hacía mucho. Y pensaba en silencio:

“El viejo sólo tenía tres hijas... A las dos que viven en estas tierras las conozco y esta niña no es suya... No puede ser sino de la ingrata..., de aquella que olvidó..., de la que dejó el corazón prendido en esta montaña y se fue en seguimiento del Caudillo rubio cuyos ojos azules la enloquecieron...”

Cuando llegaron a la explanada puso a la niña en tierra y la miró fijamente. Por sus ojos debieron pasar ráfagas heladas de angustia, de furor, de amor y de odio, que asustaron a la criatura que corrió de nuevo a la escalerilla en momentos que llegaba ya Abel, de cuya mano se tomó casi temblando.

–Venid, venid que este hombre me da miedo –dijo.

–Pero, ¿por qué? ¿Con tanto amor te ha subido en brazos y le tienes miedo? –Y Abel miró sonriente a su guía en el cual advirtió en efecto, una gran turbación. Recordó las confidencias de la infeliz Clementina y la luz se hizo en su mente. “Seguramente –pensó–, éste es el novio que ella dejó”.

Y como le viera indeciso y turbado le dijo con gran dulzura:

–Amigo mío: la mujer que amasteis está en ese velero y es muy infeliz. La he conocido llorando e hilando. Esta niña es su hija. Ambas solicitan la sombra del abuelo para vivir con honra en el mundo. Esa es la causa de esta visita. Haced el favor de introducirme.

Aquel hombre inclinó la cabeza y Abel vio que dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos y se perdieron en el chaquetón de piel que lo cubría. En aquellas dos lágrimas pareció evaporarse su lucha interna, pues ya con el semblante sereno, le dijo:

–Seguid por este jardincillo que al final está la entrada a la torre donde el viejo está sentado al sol. –Y sin esperar respuesta bajó de nuevo la escalerilla y desapareció.

Pero Abel acercándose a la balaustrada le gritó: –Esperadme que tengo un negocio que realizar con vos.

–En el embarcadero me encontraréis.

A poco andar con la niña de la mano, Abel abrió la rústica puertecilla de varas de laurel, que daba entrada al jardincillo y por un delicioso sendero bordeado de piedras blancas que formaban macizos de verde césped salpicado de flores, llegó al portalón de la torre que estaba abierto, dejando ver como figura esbozada por mano maestra en el oscuro fondo de un lienzo, la blanca figura de un bello anciano dormido al sol.

Blanca su cabellera, blanca su barba y de blanca lana la vestidura

talar que lo cubría, semejaba un bello marfil, esculpido por un genio que hubiese querido dar formas tangibles al sereno sueño del justo.

Abel le contempló un momento en silencio y con su índice sobre los labios para acallar a la parleraavecilla que conducía. Después llamó con una fuerte irradiación mental al dormido anciano que se despertó sin sobresalto ninguno y sonrió al visitante.

– ¡Oh, este pobre viejo recibe sus visitas durmiendo! –dijo sonriente–. Sentaos en ese banco y decidme que os trae por aquí. Conozco que no sois del país y calculo que habéis llegado en el velero que mi hijo vio hoy a la madrugada.

–Justamente, acabamos de llegar.

– ¡Qué hermosa es vuestra niña!... –exclamó el viejo observando a la bella criatura que le sonreía.

–No es mía sino vuestra y aquí os la traigo –contestóle Abel acercándole a Tinita que ya sin poderse contener saltó al cuello del anciano besándolo locamente, mientras decía:

– ¡Abuelito!..., ¡soy Tinita y vengo con Madita para vivir con vos!...

– ¡Abuelito!... ¡Tinita!... ¡Madita!... ¿Qué cosas estáis diciendo vosotros, o es que la vejez me hace ver aparecidos, o es que duermo aún?

Y el pobre viejo se pasaba la mano por los ojos que abría y cerraba, y la dulce visión continuaba sonriéndole y acariciándole.

Abel dominando su emoción pudo hablarle por fin.

–La vida tiene para los justos bellas realidades y la que ahora palpáis es una de ellas. Esta niña se llama Clementina y es hija de vuestra hija que hace nueve años salió de vuestro lado para los países del Norte.

La hermosa faz del anciano se contrajo como un papiro acercado a la llama. Iba a gritar, iba a llorar, iba a decir algo, pero su voz se ahogó en su garganta y echando su cabeza atrás la dejó reposar sobre el enorme sillón en que estaba como embutido y cerró los ojos.

– ¡Se volvió a dormir abuelito! –exclamó la niña, subiéndose confiadamente a las rodillas del anciano para obligarle a abrir los ojos con el roce de sus manecitas–. No durmáis tanto, abuelito, cuando vengo a visitarte.

“¿No ves que quiero conversar contigo?

– ¡Oh, Justicia Divina predicada por Antulio su Profeta!... –exclamó por fin el viejo estrechando débilmente con sus brazos enfermos la cabeza de su nietecilla que era un retoño del amado rosal que había perdido–. ¡Clementina!.. ¡Clementina!... A los quince años aprendí ese nombre que era el de la pastorcilla de cabras que amé, y de la cual fui amado hasta que la muerte la arrebató a mi cariño... ¡Clementina!..., seguí llamando a mi hija mayor, vivo retrato de su madre..., y hoy también en el último ocaso de la vida, debo seguir diciendo: ¡Clementina!

“¡Oh, bendito sea el Dios del Profeta Antulio que ha cumplido ante mí, lo que un monje del Himeto me dijera un día!: “¡Si perdonas a tu hija, ella y tu compañera te serán devueltas!” ¡Y ahora tendré en ti, la madre y la hija!

Abel que presenciaba en silencio el amoroso desahogo de aquel corazón de padre y de esposo, herido profundamente por la separación de los seres amados, le dijo:

– ¡Buen anciano, no es sólo esta niña que recobráis sino también su madre, que está en el velero que nos ha traído hasta aquí!

– Pero vos, ¿quién sois que hacéis así de genio tutelar, uniendo vidas y corazones que los malos genios habían separado?

– Yo soy un Kobda, como vos diríais un Dakthylo seguidor de Antulio. Los Kobdas tenemos el deber de buscar la paz, la dicha y el amor para todos los seres. La Justicia Divina en la cual creéis, me puso en el camino de vuestra hija, vi su dolor, su soledad, su necesidad de cariño... Me contó su historia, sus equivocaciones, su ingratitud para con vos y para otro ser que mucho la amaba. No se atrevía a llamar a vuestra puerta, pero el amor salva todos los abismos y el amor la ha vencido.

– Habláis conforme a la doctrina del Profeta Antulio que decía: “¡Amad por encima de todas las cosas porque el Amor es el salvador de los hombres!”

– ¿Recibís pues a vuestra hija?

– ¡Oh, sí, la recibo para que me vea morir! No sería yo un buen discípulo del Profeta si no le abriera mis puertas y mi corazón.

Abel le refirió las razones porqué su hija había quedado sola con su hijita, cómo el Caudillo esposo la había dotado generosamente, dándole además carta de soberanía que la ponía a cubierto de toda deshonra. Le relató su encuentro con ella en el Santuario de Berecinas de Kaldis, y cómo allí se había resuelto que las que tuviesen familia volviesen al seno del hogar para buscar de reconstruir sus vidas, ya que se hallaban en plena juventud. Le refirió que en el velero conducía más de un centenar de estas Berecinas que irían quedando en sus respectivos hogares.

– Vuestra hija no es pues un harapo que hayan arrastrado por el bajo fondo –díjole Abel para terminar su relación–, sino una esposa secundaria que en cumplimiento de la ley de la esposa única emanada de la Gran Alianza de Naciones, ve anulado su matrimonio, debido al cual os trae esta hermosa criatura, y una dote que suavizará los días de vuestra vejez. Quedaos con vuestra nietecita, que os voy a traer a vuestra hija.

– ¡No os molestéis! –dijo una suave voz desde el umbral del portalón de la torre.

Abel se hizo a un lado y Clementina cayó de rodillas a los pies de su padre. Sobre cuyo regazo ocupado a medias por la chiquitina, descansó

su cabeza cubierta del oscuro velo de las viudas. Sus sollozos profundos, ahogados, llenaron de llanto los grandes ojazos negros de la niña, y los ojos del anciano cansados acaso de mirar el camino del jardincillo que su primera Clementina había sembrado, la segunda había recogido sus flores y había volado muy lejos...

Y petrificado por la emoción, los ojos del anciano, eclipsados de llanto, continuaban inmóviles mirando el caminito por donde sus dos Clementinas habían vuelto a sus brazos entre los cuales las tenía envueltas.

Abel de pie miraba aquel cuadro de inmenso amor paterno y acercándose, acarició la venerable cabeza del anciano mientras le decía, casi al oído:

–Son hoy vuestros brazos la cadena de oro de que no escaparán ellas jamás. –Y salió en medio de aquel dulce silencio donde los labios habían callado porque hablaba demasiado alto el corazón. Al descender la escalerilla alcanzó al antiguo novio de Clementina que bajaba con un fardo a la espalda y otros en una mano.

–Venía a buscaros –le dijo Abel.

–Aquí me tenéis. En el embarcadero hablaremos.

–La familia está ya reunida –continuó Abel.

–Ya lo sé y por eso me marchó.

– ¿Cómo que os marcháis? ¿Pensáis dejar a vuestro padre paralítico continuar sus funciones de Guarda faro?

–Su hija basta y sobra para mantener el faro encendido todas las noches. Yo soy de las orillas del Penneo en la Tesalia y vuelvo a mi tierra natal, a sepultarme entre los viñedos y los trigales.

– ¿Es que tenéis allá padres, esposa e hijos?

–Si los tuviera, no habría pasado diez años en torno a este peñón. No tengo a nadie en el mundo, pero en mis valles nativos me es más fácil ganarme el sustento. A más, ya comprenderéis que quiero poner la inmensidad bravía de las aguas del gran golfo entre este peñón y yo.

– ¡Entre Clementina y vos queréis decir! –exclamó Abel, decidido a insistir para no dejarle marchar con la sombría desesperación que tornaba lívido el bello semblante de aquel hombre—. Sois injusto con ella, con el anciano a quien llamasteis padre y con vos mismo. Y como os dije al conoceros, que erais un gran hombre por haberos constituido hijo de ese anciano solitario y enfermo, os digo ahora, que obraréis como un verdugo si huís así de este peñón, donde el amor os hizo bueno y donde el amor os puede hacer feliz.

“Reconoced, amigo mío, la mano de Dios anudando de nuevo el hilo de oro de vuestra vida que acontecimientos adversos habían cortado, acaso para haceros medir a unos y otros la grandeza del amor que os liga

desde muchos siglos, y el cual saltando por encima de inmensos abismos os reúne nuevamente como esas doradas abejas de esta tierra que vuelan por campos, valles y montes, y vuelven un día a laborar juntas el dulce panal de miel. ¿Cómo os llamáis?”

–Jaso para serviros –contestó el interpelado, sentándose en el fardo que había bajado a la orilla del mar por cuya rizada superficie tendió su mirada turbia de lágrimas.

–Pues bien, Jaso –dijo Abel sentándose a su lado en el mismo fardo–. Podéis creerme que no me moveré de aquí hasta que os vea subir de nuevo la escalerilla y entrar en el portalón de la torre. ¡Es imposible que seáis capaz de amargar así los últimos días del pobre viejo!

Jaso callaba.

– ¿Queréis que os diga lo que me dice la voz íntima de mi propio yo?

– ¡Decidlo, Príncipe!

– ¿Por qué me llamáis así ahora?

–Porque el Capitán del velero me lo dijo al recomendarme vuestra persona.

–Pues bien, no por la autoridad que invisto sino por el amor y simpatía que me inspiráis os digo:

“Jaso, amigo mío, subid al torreón del Gigante Blanco y continuad vuestras funciones como antes. El amor os espera tras ese jardincillo silencioso y tibio.

“¿Por qué huir del amor? ¿No es el beso de Dios a sus criaturas? ¿No es a tu corazón como el sol a las flores?

“¿Dudas de que Clementina será para ti, el alma compañera como lo habías soñado en tu primera juventud?”

– ¡Ella huyó de mí!..., ¡me olvidó!..., ¡me abandonó!...

– ¡Perdónala! Hay a veces tinieblas sobre el alma humana como las hay en las noches tempestuosas. Si vos hubierais soportado esas tinieblas y hubierais a vuestra vez, olvidado, atraído por un fugaz resplandor, ¿os habría gustado ser perdonado cuando hubierais despertado de aquel efímero sueño?

–En verdad, me habría gustado.

– ¿Eres Antuliano?

–Sí, y de corazón, desde mi niñez.

–Bien. Antulio decía: “Que lo que quieras para ti sea para los demás, y que el amor es el salvador de los hombres”. ¡Jaso!... ¡Jaso! En nombre de Antulio el Profeta de los Dakthylos, yo te digo: ¡Levanta tu fardo y vuelve a subir esa montaña que allí te espera la paz y la dicha!

Los ojos de Abel irradiaban una suave llamarada de color topacio. ¡Su voz era la de un inspirado que ordenaba en nombre de Dios!...

Su dedo índice levantado con energía señalaba el blanco peñón

coronado por el faro. Jaso se levantó lentamente, alzó su fardo al hombro y besando la mano de Abel, dijo a media voz:

–Sois acaso un profeta como el santo Antulio y siento que sería un delito desobedecerlos.

Y sin volver la cabeza subió lento y sereno la escalera rústica de la Torre.

Abel le siguió con la vista hasta verle traspasar el portalón de la Torre del faro.

Entonces exhaló un hondo suspiro que pareció descargarle de un enorme peso, y dijo con voz apenas perceptible:

– ¡Gracias, Dios mío, por haber estado en mí para impulsar esas almas a su verdadero camino!

Y volvió al velero que ya le esperaba para soltar las amarras.

Absorto aún por el íntimo himno de gratitud que cantaba su alma a la Divinidad, apenas si sintió que el velero empezaba a bogar hacia el sur por las aguas serenas del gran lago Cien Islas como en aquel entonces llamaban al Mar Egeo, debido a los grandes o pequeños islotes que surgen en todas direcciones, y que tenía menores proporciones de las que hoy vemos.

Y cuando el velero se alejaba ya bastante de la costa, subió de nuevo a cubierta y vio la magnífica silueta del Gigante Blanco, recortada como una cartulina sobre el raso azul de aquel cielo dorado por la tarde. Y en lo más saliente de la explanada alta de la Torre tres figuras humanas con las manos levantadas en alto agitando banderillas blancas.

Abel conmovido reconoció a Jaso que tenía en brazos a la niña y a su derecha Clementina que agitaba a intervalos el mismo pañuelo con que secaba sus lágrimas.

Por indicación de Abel, el Capitán enarboló un pequeño pabellón blanco que contestó a los tiernos adioses.

El viento de la tarde le llevó una vibrante voz emitida desde el faro por la bocina de Jaso:

– ¡Príncipe Abel, por el Profeta Antulio he perdonado y por él he vuelto a amar!

Y el joven Kobda contestó en la misma forma:

–Jaso, ¡el Profeta Antulio te bendice porque has amado por encima de todas las cosas!

Poco después, monte y velero se esfumaron entre las brumas del lago y las primeras sombras del anochecer, quedando solo en las pupilas que aún miraban desde el faro, el suave resplandor de aquellos ojos color topacio que adquirirían fulgores de llama viva cuando los labios repetían como un eco de la íntima vibración del alma:

“Sólo el amor será el salvador de los hombres”.

EL MONTE DE LAS ABEJAS

Los Kobdas ansiaban llegar al Ática, y entre ellos Abel y el Notario lo deseaban mayormente por varias razones, la más importante de las cuales era de interés para los grandes Archivos de Neghadá y La Paz. En Ática había tenido lugar el triunfo definitivo de los cuatro espíritus de la Alianza del Verbo de Dios, que aceptaron la gloriosa misión de traer a la vida física a los progenitores del Hombre-Luz en su quinta encarnación mesiánica: Sophía y Joheván, Aldis y Milcha.

Bajo aquel cielo de clara luz donde blancas montañas recortan siluetas de marfil; donde bosques de olivos y de cipreses y llanuras perfumadas de dicitamo y laurel, de adelfas y jacintos llenan el alma de placidez y de serenidad; donde torrentosos riachuelos cantan y ríen en el eterno correr de sus aguas musicales..., allí, donde todo invita a la alegría de vivir entre el esplendor de una vida fastuosa y regalada, allí los llevó la Eterna Ley para que escogieran el camino a seguir.

Las naves de Nohepastro eran cofres de fabulosas riquezas. Si consentía la dulce princesita Sophía a unir su vida a la del heredero del país de los mármoles y del oro, la inmensa Ática prehistórica, con su inmenso lago poblado de islas, con toda la costa occidental de Anatolia, sería el escenario grandioso de su poder de soberana. Joheván, el más joven y apuesto de los jefes guerreros del gran rey atlante, sería el generalísimo de los ejércitos del mar y de tierra si renunciaba a aquel imprudente amor...; Aldis y Milcha, íntimamente unidos con ellos, veían deslizarse ante su vista un porvenir de ensueño y de dicha imposible de imaginar. ¿Qué no sería Aldis, casi hermano de Joheván? ¿Qué no sería Milcha, doncella favorita de la soberana del Ática poderosa, cuyas insoñadas grandezas habían lanzado al mar las naves de Nohepastro que las vislumbró en sus sueños de ambición desde su lejano continente?

Todo esto lo estudiaban y meditaban desde hacía más de treinta años los Kobdas de aquella hora, incansables buscadores del porqué de todas las cosas, que marcan rumbos y derroteros a las almas y a las humanidades.

Y Abel y sus compañeros, contemplando desde la cubierta del velero las quebradas costas del Ática a la cual se acercaban, se figuraban ver aquellos cuatro seres de pie en lo más alto de la montaña desde cuya cima caían como cintas de plata dos opuestos caminos: la grandeza del poder, con toda su corte de comodidades, de lujo, de alegrías, vida de

festín continuada; y opuesto a él, el otro camino de oscuridad, de pobreza, de luchas, de trabajo, acaso de miseria y hasta de hambre!...

¡Qué de ansiedades para los Kobdas videntes iluminados de aquella hora, que desde la penumbra violeta de la Mansión de las Sombras en el Santuario de Neghadá, contemplaban la tremenda lucha de aquellos cuatro seres colocados por su ley en aquella alternativa terrible! ¿Vencería la formidable sugestión de la grandeza y del poder? ¿Caerían vencidos por ella?

¡La visión de aquella hora solemne en los anales de la evolución humana, debió presentarse ante los Kobdas que se acercaban al Ática y más vivamente al alma del Hombre-Luz, que desde la elevada esfera que por ley habitaba como espíritu, miraba con amor la ruta dolorosa de sus mártires de esa hora!

La vibración poderosa de su espíritu llegado a la plenitud del amor y de la luz, recogería sin duda todos los pensamientos, todas las vibraciones, todos los anhelos de aquellos que juntamente con él, esperaban la hora solemne de las nupcias del Amor Eterno con la humanidad terrestre.

Y emitirles en renovadas ondas de energía, de firmeza, de indomable valor a aquellas cuatro criaturas humanas que bajo el claro cielo del Ática, sentían desgarrarse el corazón con el duro interrogante como un garfio de hierro candente: ¿La riqueza o la miseria? ¿La oscuridad o la gloria? ¿Un cadalso o un trono?

Esta era una de las razones porqué el Ática atraía a los Kobdas con un misterioso encanto.

La otra era la de que en aquella parte de la tierra civilizada de entonces, se encontraban como formando parte de aquellos mármoles, de aquellos torrentes, de aquella exuberante naturaleza, hermanos gemelos suyos: ¡Los Dakthylos!

¡Lienzos vivos en que palpitaba todavía a través de los siglos, la doctrina de Antulio, el filósofo de Manh-Ethel, la perla escondida en las profundidades del mar Atlante! ¡Los Dakthylos! ¡Los solitarios de los montes de mármol coronados de olivos y cipreses!..., ¡los cofres vivos que encerraban la sabiduría de Antulio, el profeta, el médico inmortal, que curaba los cuerpos y sanaba las almas!...

Por circunstancias diversas, esa vida del Mesías de la Tierra había quedado casi desconocida para los hombres. Y los Kobdas necesitaban completar sus grandiosos archivos, resolver puntos más oscuros en la historia de la evolución humana. Los Dakthylos, perseguidos y muertos cuando la destrucción horrenda de Hisarlik, avasallada por los nuevos y poderosos soberanos sardos, se ocultaban en las grutas de los blancos peñascos no queriendo confiar a nadie sus grandes secretos del pasado.

—Cuando el Profeta Antulio vuelva a la tierra, todas las cosas serán

puestas a la luz del sol –contestaba a alguno que otro misionero Kobda que acertaba a encontrarles en sus grutas abiertas al borde de los torrentes.

Antulio había vuelto a la tierra y aquellos libros cerrados, aquellas sombras mudas hablarían por fin.

Pero es siguiendo a Abel y sus compañeros a bordo del velero “Cien Alas”, que hemos de sorprender las verdades ocultas en el fondo de aquellas grutas cubiertas de exuberante vegetación, menos inaccesibles en verdad, que los corazones de los veinticinco Dakthylos, únicos moradores del Monte de las Abejas.

La abrupta cordillera de que forma parte este célebre monte, pone límite por oriente a las aguas del golfo de Egina que conoce la geografía de nuestras épocas históricas, pero que en la prehistoria se denominaba Ensenada Grande. Más tarde este calificativo de grande cayó en desuso debido a que lo accidentado de todas las costas del Ática ofrecía al viajero la confusión de muchas ensenadas grandes. A todo esto vino a añadirse la fantástica leyenda de una reina cautiva en las inaccesibles grutas de aquella montaña, sólo visitadas por las olas del golfo cuando bravías tempestades las obligaban a azotar con furia los adustos flancos del monte. Y en los tiempos a que nos referimos, se conocía con el nombre de Ensenada de la Reina dando como razón de este nombre la leyenda algo real y algo fantástica de que ya hice mención.

Y a medida que el velero se acercaba hacia el Ática, Abel y sus compañeros estudiaban escrupulosamente los croquis y planos que desde años atrás habían esbozado en láminas de madera y de piedra los Kobdas misioneros que habían logrado visitar aquellos últimos tallos del árbol gigantesco plantado por Antulio, el gran filósofo atlante.

Eran cuatro aquellos croquis, y los cuatro, si no dibujados con igual perfección, estaban de acuerdo lo bastante para comprender en qué lugar preciso estaba la entrada a la galería o túnel, por donde únicamente podrían trepar hasta la altura media de la montaña donde empezaban las grutas-habitaciones.

Y ya ciertos de lo que iban a hacer, Abel habló al Capitán del velero:

–Nos es forzoso detenernos en la Ensenada de la Reina, costa oriental, ¿podéis desembarcarnos?

– ¿Con todas estas mujeres y niñas?

– ¡No, hombre, no! Solamente mis compañeros y yo, quiero decir, solamente los Kobdas que viajamos con vos.

–Muy bien, pero por ese lado es imposible. Ya se ve que no conocéis estos parajes. Por el lado de la Ensenada, la montaña está formada por peñascos como cortados a pico y entre unos y otros hay tan enmarañada selva de olivos centenarios y de vides más viejas aún, que por allí sólo

los gatos monteses y las cabras salvajes pueden pasar. Además, eso debe estar poblado de fieras. Llevo quince años recorriendo estas costas, y nunca vi a ningún viajero que le viniera la idea de bajar por allí. Mirad, Príncipe, que de vuestra vida me han hecho responsable todos los Príncipes y Caudillos del Ponto Euxino desde Kiffauser a Anfípolis, y no quisiera regresar a mi país con una mala noticia.

–No temáis –le contestó Abel sonriendo–. Nadie muere cuando no le ha llegado la hora.

– ¡Ah!... ¡Príncipe!..., no quisiera que esa hora os llegara a bordo de mi velero.

–Para tranquilizaros llamad a vuestro segundo a bordo y a vuestros más viejos marinos.

– ¿Qué vais a hacer?

–Que sirvan de testigos de que los Kobdas que viajamos con vos, hemos querido bajar voluntariamente en la costa oriental de la Ensenada de la Reina.

–Mucho lo lamento, pero obedezco a vuestra Grandeza. Tal es la orden.

Y llamó a cuatro marinos que firmaron con un punzón enrojado al fuego una tablilla que rápidamente grabó el Notario, expresando lo anteriormente dicho.

–Aquí tenéis vuestra garantía –dijo Abel entregando la tablilla al Capitán.

– ¿Os llevaréis una chalupa, verdad? Un barco grande no puede aventurarse por ésa costa erizada de peñascos que sobresalen del agua cuando hay bajamar.

–Dadnos una chalupa provista de alimentos para dos días, y aguardadnos en un sitio desde donde podáis ver nuestra señal –observó Kerlés, que era quien, con el Notario formaban el Consejo de la Misión, pues eran los más antiguos y se habían formado en el Santuario de Neghadá de donde fueron llamados para acompañar al Hombre-Luz en su tercera misión.

Y el Notario grabó en una hoja de tela encerada las horas precisas en que cuatro veces cada día le harían señal de que estaban sin peligro.

– Y, ¿cuando no vea las señales?... –preguntó siempre inquieto el Capitán.

– ¡Hombre, hombre de mar!... –exclamó Abel, siempre jovial dándole palmaditas en el hombro–. Estáis empeñado en presagiar tragedias, y yo estaré inquieto de saber que estaréis así sufriendo estos dos días. Y para que os quedéis tranquilo, os digo bajo vuestra palabra de honor de que guardaréis el secreto.

– ¡Oh!..., sí, sí, os lo juro por Apolón y Chal-Moksis..., por Ilduna que guarda en su mano la manzana de la vida...

–Bien, oíd: viven entre esa abrupta montaña unos solitarios hermanos nuestros que esperan nuestra llegada, para confiarnos secretos científicos que ellos guardan de generación en generación desde hace muchísimos siglos. Como fueron parte de la antigua civilización de Trohade cuando la destrucción de Hisarlik, se vieron cruelmente perseguidos por los invasores Sardos y buscaron refugio en esta montaña. De modo que no hay fieras por este lado, pues ellos han limpiado de seguro la selva. Sólo hay abejas y cabras, y esos no se comen a los hombres.

– ¡Vaya, vaya!... ¡Niño!..., digo Príncipe, ahora parece que respiro un poco más a gusto –respondió el Capitán que en verdad había pasado un mal rato–. Y como ya estamos llegando, mando botar al agua la chalupa.

–A ver..., ¿cuáles serán los remeros?

–Yo, que he nacido y vivido rodeado por el mar –dijo un Kobda joven y fuerte originario de la Isla de Cobre o Cuprum, como se llamaba entonces a la isla de Chipre.

–Y yo, que vengo del mar Bermejo y lo he navegado al lado de mi padre desde mi niñez.

–Y yo, que nací en un buque mercante que atraviesa una vez cada dos lunas el Mar Grande conduciendo mercancías de Silay a Zoan. * –Desde el golfo de Cilicia al Cairo en Egipto–.

–Y yo... –iba a contar otro su origen marino.

–Bien, bien, veo que aquí todos sois marinos y acaso mejores capitanes que yo. –Y el capitán apartando los cuatro Kobdas que habían hablado les hizo una larga exhortación y los llevó consigo para entregarles la chalupa.

Una hora después, Abel y sus compañeros bogaban tranquilamente costeano la formidable montaña, al pie de la cual la pequeña embarcación semejava un pájaro acuático de oscuro color que se divertía en picar las abejitas ahogadas deslizándose por las aguas serenas del golfo.

El Kobda, isleño de Cuprum, era el más práctico en rutas fluviales y costas erizadas e inaccesibles, y tomando la tablilla más perfecta de los croquis, se constituyó en capitán para ir dando rumbo a la chalupa en forma de no chocar con los picos salientes de la montaña.

–Aquí es el sitio marcado –dijo por fin–. Mirad, ése es el primer olivo centenario que se descubre y a un lado y otro están las dos enormes piedras blancas que según el relato señalan la entrada, veinte pasos hacia arriba.

–Pues bajemos –dijo Abel ya dispuesto a saltar a tierra.

–Esperad que busque un sitio apropiado para amarrar la chalupa.
–Una enorme vid cuyo enroscado tronco parecía agarrarse con furia

salvaje a las rocas para no desmoronarse al mar, les ofreció lo que buscaban, o sea una red de fuertes ramas de que asirse y por allí treparon.

Un enorme mastín de color nogal aulló en forma lastimera dando luego continuados ladridos.

–Ya está ahí la voz del vigía que anuncia el segundo de los croquis –observó el Notario.

–Vamos pues bien encaminados –respondió Abel, colgado desde otra rama, por entre las cuales iban subiendo con mayor facilidad que esperaban.

Con sus túnicas arrolladas a la cintura, sus cabelleras flotando al viento, y sus altas botas de piel de búfalo curtidas en blanco, tenían todo el aspecto de exploradores fantásticos, pues, era tal el terror de las gentes de la comarca a aquel monte poblado de fantasmas y de gemidos, que ningún ser de carne y hueso se hubiese aventurado por aquel paraje.

Los aullidos del mastín eran lamentos de almas en pena; el gemido de los pinos azotados por el viento, eran el llanto permanente de la Reina, cautiva allí por decreto inexorable de los dioses. Los zumbidos de los millones de abejas que daban de vivir a los solitarios y que en días y horas determinados formaban como un eco lejano formidable, eran los fantasmas guardianes de la montaña que pedían hombres para devorar.

Uno de los relatos adheridos a los croquis decía: “Aquí, así que se oye aullar un mastín, es necesario esperar agitando una banderilla blanca si es de día y una antorcha si es de noche, y los solitarios si tienen confianza arrojan desde lo alto una especie de banquillo encerrado entre una jaula de cobre calado. O bajará uno de ellos por el túnel interno y sujetará a los perros guardianes, sin lo cual no se puede subir a menos de matar primero a estos animales”.

Era poco antes del mediodía y una clara luz animaba el agreste paisaje. Los Kobdas sentados en las ramas de los árboles, a treinta brazas del agua que mecía dulcemente la chalupa, esperaron.

–Yo soy el más viejo –decía el Notario–, inspiraré quizá mayor confianza –y agitando la banderilla decía en la lengua usada por los antiguos Samoyedos que era la hablada por los Dakthylos.

“Vuestros hermanos, los Kobdas de Neghadá sobre el Nilo, os traen a Antulio encarnado entre ellos”.

Al poco rato vieron salir de entre el espeso follaje veinticinco banderillas color de oro pálido, cuyas ondulaciones nerviosas parecían demostrar en un mudo lenguaje la gozosa alegría que hacía temblar las manos ancianas que las agitaban.

Después, una cabeza venerable que parecía formar parte de las blancas rocas, asomó para contestar en lengua de los Samoyedos:

–Va la carroza. El túnel está intransitable por las filtraciones. Subid uno por vez.

Y los Kobdas vieron que de un pico de la montaña que sobresalía como una monstruosa cabeza inclinada para mirarse en las aguas de la ensenada, bajaba majestuosamente lo que habían llamado carroza.

Y que era ni más ni menos que una jaula de cobre calado con un banquillo al centro, alrededor del cual mullidos almohadones de pluma impedían sentir los golpes si un fuerte viento lo balanceaba en el vacío.

Mas, como quien llegaba era el Maestro Antulio, todo aquel tapizado era de azul turquí o casi violeta, del color del manto usado por el filósofo. ¡Cuántos años esperaban aquellos almohadones con el monograma en oro del profeta, y Él no llegaba!...

Dentro de la carroza-jaula bajaba uno de los Dakthylos para ayudarles a subir.

Vestía túnica color de oro, una cinta azul ceñía su frente en forma de corona de la cual pendían dos borlas hacia atrás.

Traía en su diestra una copa de mármol blanco en la cual vertió dorado jugo de uvas que traía en una redoma colgada al cuello.

– ¡No habléis! –dijo, y entornando sus dulces ojos pardos esperó un momento. Una oleada de intensa emoción se esparció tan formidable por toda aquella montaña, que los Kobdas no podían casi contener las lágrimas.

– ¡El Maestro está aquí! –exclamó de pronto cayendo de rodillas ante Abel, que era el más joven de todos y que estaba hacia un lado del círculo formado alrededor de la aérea carroza.

Y le ofrecía la copa rebosante de vino.

– ¿Conocéis, Maestro, esta copa? –preguntó el Dakthylo con la voz temblorosa por la emoción.

Abel la miró y vio en ella el monograma atribuido a Antulio: una antorcha sostenida por dos manos unidas cuyo significado era: “De la oración brota la luz”.

–Es la copa en que Antulio bebió la muerte.

–Es la copa en que bebisteis la inmortalidad –contestó el anciano, que ya levantado por Abel, se abrazaba a él llorando como un niño, mientras decía–:

“Ahora podemos morir los últimos Dakthylos que quedaban sobre la tierra, porque el Maestro Antulio ha bajado de los cielos infinitos con su antorcha de sabiduría y de amor que nadie puede apagar.

Se desprendió de él para responder a un silbo prolongado venido desde la cima del monte.

–Es la señal –dijo a Abel–, sentaos pues, que la carroza va a subir. –El joven Kobda obedeció sin replicar y apenas el anciano había cerrado

la portezuela, se vio a la jaula subir, balanceándose sobre el abismo, no sin que alguno de los Kobdas pensara con cierto temor:

– ¡Qué desastre si se rompieran las cuerdas!

Captado tal pensamiento por el sensible Dakthylo, dijo:

–No temáis nada, que esas cuerdas resisten tres veces el peso de un hombre corpulento.

– ¡Pero aquí vivís entre el cielo y la tierra! –exclamó Kerlés, siguiendo con la vista la carroza-jaula que se iba empequeñeciendo a medida que subían.

–Como deben vivir todos los seguidores de esa paloma de alas azules que va a confundirse con el azul de los cielos... –respondió el anciano, cuyo rostro de cera virgen parecía iluminado de felicidad y de amor.

En la misma forma que subió Abel, subieron todos, siendo el último el anciano que había bajado a recibirles.

La carroza aérea se detenía suavemente en el centro de una explanada de piedra blanca, rodeada de hoscas acantilados color verdoso por el musgo y trepadoras que las cubrían, en forma que vistos desde abajo parecía la cúspide abrupta de la misma montaña.

El mecanismo de subir y bajar era por demás sencillo. Un enorme eje de piedra sostenido por dos gruesos pilares de la misma, donde grandes agujeros reforzados de cobre le permitían girar indefinidamente mediante el esfuerzo de dos parejas de cabrones de Irania amaestrados con tal objeto. Las cuatro bestias recorrían un camino en la explanada, cercado por ambos lados en forma de no poderse desviar y en cuyos dos extremos se habían fabricado ex profeso un pesebre y un bebedero donde forzosamente debían detener la marcha ya para bajar la carroza o para subirla. El largo de las sogas era el necesario para la distancia a recorrer.

La emoción transmitida a Abel por el anciano Dakthylo y la emoción del vértigo al verse suspendido sobre el abismo le había casi desvanecido, de tal forma que se despertó a la realidad de aquellos veinticuatro ancianos que lloraban sobre sus manos y se las cubrían de besos...

– ¡Maestro!... ¡Maestro!... ¡Cuánto tardaste en llegar!...

Esta frase acabó de despertarle a la conciencia de su situación.

– ¿Y por qué me llamáis Maestro, si puedo ser vuestro hijo? –preguntó con una encantadora sencillez que llenó de júbilo el alma de aquellos viejos.

– ¡Es él, es él!... –decían a una voz–, tal como le habíamos visto en el esplendor de la evocación a la Divinidad, tal como lo ha descrito y pintado en nuestra mente nuestro hermano Gaudes que le preparó la cuna.

Abel, asombrado de cuanto veía a su alrededor y más aún, abismado en las grandezas que presentía como cerniéndose de entre aquellas túnicas color de oro, de aquellas cabelleras y barbas blancas como la nieve

de las montañas, de aquellos hermosos semblantes color cera virgen ligeramente encendidos por la viva emoción, de aquellas pupilas color de avellana que se fijaban en él, con inefable ternura.

Creíase asimismo como el feliz protagonista de un sueño magnífico, sólo comparable a su llegada a Neghadá cuatro años antes, cuando un centenar de los más ancianos del viejo Santuario le tendían los brazos temblorosos llamándolo con tiernas voces: “¡Niño de Dios!... ¡Ángel de Dios!... ¡Hijo de Dios!”

Cuando se repuso de la intensa emoción, ya habían subido varios de sus compañeros, pues las bestias elevadoras hacían su trabajo con gran rapidez bajo la vigilancia de los dos porteros: el anciano que había bajado y otro que en la gran plataforma recibía cada subida de la original carroza.

Sobre aquella explanada se abrían varias puertas en la roca misma y les introdujeron por una de ellas cuando la carroza-aérea subió la última vez con el anciano que conducía de nuevo la copa de Antulio, en la cual bebieron en tal momento el jugo de uvas, Kobdas y Dakthylos.

Era aquélla una vasta sala abovedada que parecía templo de la ciencia, con mesas llenas de planos, de croquis astrales; las paredes cubiertas de mapas, de globos plásticos que giraban a impulso de la mano, en derredor de soles centrales de cada sistema. Nuestro sistema planetario y la Magna Osa como llamaban por su forma a la Constelación de Sirio, eran los que ocupaban los dos ángulos principales de aquel severo recinto. Y ante un sencillo pupitre de madera de olivo, se hallaba sentado como esperando discípulos a quienes hablar, un joven Dakthylo de veintiocho a veintinueve años.

Abel que entró el primero y el primero que le vio, se volvió como interrogando...

– ¡Es un Antulio de cera!... –dijo sonriente el hermano mayor–, y es lo más parecido al original que consultando viejos relatos y antiquísimas descripciones se ha podido obtener.

Grande era la semejanza entre la hermosa efigie de cera sentada al pupitre y el joven Kobda que acababa de llegar. Otro pupitre vacío estaba a la diestra, y tendida sobre él una túnica color de oro y un manto azul violeta.

–Este lugar es el vuestro –dijo solemnemente el Dakthylo mayor, que duraba cinco años en su mandato y a quien daban el nombre de Atlas, o sea: “*el que lleva mayor peso*”. Y al decir aquellas palabras tomó a Abel de la mano, lo cubrió con la túnica de oro pálido que era de la hechura de un robe de chambre como dicen los franceses, y sólo cerrada por el cordón violeta que le ajustaba a la cintura. El manto tendido sobre el respaldo al igual que en el pupitre del Antulio de cera, parecía esperar

que el Maestro terminara su clase para ponerlo sobre sus hombros y echar a andar...

Con admirable docilidad Abel se dejó vestir como los ancianos querían y se dejó ceñir a la frente la cinta azul violeta cuyas sedosas borlas cayeron entre sus rizos de bronce.

Y Dakthylos y Kobdas en profundo silencio ocuparon los estrados de piedra, que en semicírculo llenaban el espacio que quedaba frente a los dos pupitres.

Abel, emocionado y pálido, parecía también de cera virgen, como el Antulio inmóvil y mudo que estaba a su lado.

Antulio era un bello tipo atlante de raza tolteca, alto, esbelto, de cabellos, barba y ojos oscuros. Abel, alto también pero más blanco y de dorados cabellos y ojos color de hoja seca, ofrecía no un contraste, sino una vaga semejanza como de hermanos nacidos el uno rubio y el otro de cabellos castaño oscuro. La serenidad luminosa de la mirada, el campo raso de la frente alta y redonda, la perfección de las líneas de aquella adorable cabeza, eran las mismas. Como hombre era un bello retoño de los toltecas de Atlántida trasladado por la Eterna Ley al escenario apropiado para la nueva aparición del Mesías.

Dos Dakthylos comenzaron a ejecutar una suavísima melodía en grandes instrumentos de cuerda que ellos llamaban arpas, y cuyos sonidos por su forma de vibración parecían venir de gran distancia.

Era lo que ellos llamaban: la invocación a la Divinidad. Buscaban y pedían una exteriorización del alma de Antulio, y Abel se desdobló en la personalidad del gran filósofo atlante.

Se puso de pie, como si desbordando de él la energía y la fuerza, le fuera penoso hablar sentado. Y como si continuase una clase empezada el día anterior, comenzó así:

—“...Como os decía ayer, el alma del hombre necesita que la urna en que físicamente está encerrada, sea pura como oro bruñido, como brillante de primer agua, como el lirio de los valles antes de ser arrancado de su tallo, si ha de pretender que sus facultades superiores rindan el máximo de poder, de amor y de grandeza.

“La purificación del alma humana es la obra de muchos siglos y de muchas vidas de abnegación y de sacrificio, pero la purificación de la urna en que ella se encierra como una crisálida en su capullo, es la obra de cada vida y de cada día de esa vida. El alma humana ha de responder ante la Ley Eterna del trato dado a esa urna o templo que le acompaña en cada vida.

“Como filósofo y como médico os digo: es inútil pretender un organismo lozano, una sangre pura, un sistema nervioso perfectamente templado, ni funciones orgánicas inalterables, ni percepciones perfectas

de los sentidos, porque la corrupción en que se basa la civilización de esta hora tremenda de la humanidad, ha igualado casi el hombre a la bestia en tal forma que se toma un vaso de veneno que destruye en un instante, y no se presta atención en la alimentación relajada, viciada, corrompida y tóxica con que envenenan, destruyen y corrompen la urna viva que encierra el alma inmortal, chispa indestructible emanada de la Divinidad. Es tóxico para el hombre el ingerir en su cuerpo carnes de otros organismos vivos que ha debido atormentar para arrancarles la vida, lo cual no destruye las múltiples vidas parásitas que se alimentaban en cada gota de sangre, en cada célula de aquellos tejidos, en cada tubo conductor de las mil sustancias que forman una organización animal.

“¿Queréis nervios serenos, templados y devoráis las carnes palpitantes de una bestia muerta a puñaladas? ¿Queréis sangre pura y arrojáis en vuestros tubos digestivos todo lo grosero e impuro que exhalan de sí los cadáveres de bestias descuartizadas y cuyos pesados efluvios causan intoxicaciones en organismos sensitivos y delicados? Hecha impura vuestra sangre, y alterado vuestro sistema nervioso por la tóxica alimentación ingerida a vuestro organismo, ¿podéis asombraros acaso de vuestros pulmones ulcerados, de vuestras carnes atacadas de lepra, de vuestros órganos corroídos por el cáncer, de vuestros miembros retorcidos por la parálisis, de vuestra prole enfermiza y de vuestras ciudades llenas de ciegos y de idiotas?...

“La Divinidad da al hombre con abundancia los frutos de la tierra, y hermosas sustancias nutritivas producidas de muchas bestias de la tierra, como la leche de ciertas especies de animales, los huevos de muchas aves, la miel de ciertos insectos, la infinita, variedad de frutas, capaces por sí solas, de satisfacer los gustos más exigentes.

“¿Cómo justificará el hombre su insensato afán de devorar con ansia loca aquello que causa daño sin cuenta a su propia organización? Y si gran cosa es la limpieza exterior de la urna material para el debido desarrollo de las facultades espirituales superiores, la limpieza interna del organismo lo es aun más todavía para el debido desarrollo de las facultades espirituales superiores, porque ello implica la regularidad del sistema nervioso y la pureza de la sangre que se infiltra momento a momento en todos los tejidos del organismo.

“Hombres jóvenes que me escucháis: inclinuos a la tierra madre y sembrad en ella todo cuanto es de verdad necesario para una vida sana, pura y feliz, sin morbosas y repugnantes manifestaciones de todos los desórdenes de la sensualidad que os empuja a inevitables cataclismos.

“La tierra os da sus cereales y sus legumbres, sus tiernas hortalizas que son el elixir de vida y de salud, sus árboles cargados de frutos de variadas especies, los cuadrúpedos su leche, las aves sus huevos, las abejas

doradas el suave licor de su miel..., ¿qué más queréis, qué más?... ¿Queréis corromper las fuentes mismas de donde brota la vida?... ¿Fomentáis la avaricia insaciable de los mercaderes de bestias descuartizadas que lucran a costa de la salud y la vida de los hombres necios, que pagáis a precio de oro el tóxico que os va envenenando lentamente? ¿Eso queréis? Tenedlo pues..., pero no alegréis ignorancia ante la Eterna Ley cuando en la hora de la gran Justicia os interrogue:

“¿Qué habéis hecho de las facultades de vuestra alma embotada por la pesada y grosera urna en que la habéis encerrado?

“¿Qué habéis hecho de la salud y la vida y la mentalidad de vuestros hijos, de todas vuestras generaciones? ¡Seres lascivos, crueles, malvados e idiotas por la materia monstruosamente deformada e impura que les habéis transmitido! ¡Generación buscadora de sucios deleites, la Justicia Divina os borrarán bien pronto de la faz de la tierra donde todo lo envenenáis con el hálito emponzoñado de corrupción y de crimen!

“¡Gobernantes sin corazón y sin conciencia, que toleráis sonrientes, viendo llenarse de oro vuestras arcas, que los mercaderes de la salud pública envenenan y corrompen la sangre y la vida de generaciones inmensas de seres llamados a ser arcángeles de luz en los cielos infinitos!...”

El joven orador se estremeció ligeramente. Dejóse caer en el asiento de su pupitre y abrió los ojos como si se despertara de un sueño. El anciano Atlas que tenía sobre las rodillas un grueso cartapacio de telas enceradas, había ido comparando el discurso del joven Maestro con el último discurso del filósofo atlante, el día que en la misma aula fue tomado prisionero, y conducido al tribunal sacerdotal que le había de juzgar.

–Es exacto, mirad –dijo a todos, Kobdas y Dakthylos–. Acaba de pronunciar desdoblado, el mismo discurso y se ha interrumpido en el preciso momento en que llegaron los esbirros para prenderle..., ¿qué son veintidós siglos para la potencialidad de un alma que ha escalado ya las más altas cumbres?

– ¡Nada!... –contestaron todos–. ¡Nada!

– ¡Oh, qué extraño sueño! –dijo Abel–. Soñé que yo hablaba ante un inmenso auditorio de hombres y mujeres jóvenes, y que mi alocución fue interrumpida por gentes de la justicia humana...

–Habéis vivido un pasaje de vuestra vida de Antulio –le dijo Atlas besándole la frente, aún ceñida con la cinta azul violeta como una corona sobre sus rizos dorados.

COMO TÓRTOLOS ENTRE PEÑAS

Así decía y repetía Abel, una y muchas veces, a sus hermanos del Monte de las Abejas que en aquellas comarcas fueron más conocidos por el nombre de su fundador: Dakthylos, el único príncipe atlante que siguió abiertamente las doctrinas de Antulio y que por ser hijo de uno de los Sacerdotes del Templo de Anfión en Orozuma, donde el filósofo fuera consagrado Maestro de Alta Filosofía y de Ciencias Médicas, se vio perseguido de muerte a raíz de la desaparición del Maestro.

A bordo de un barco mercante llegó a las montañas del Ática, sin más bienes de fortuna que un gran cofre de encina, en que guardaba la túnica y manto de su Maestro, con el gran cartapacio en que había copiado sus principales discursos sobre Astronomía, Ciencias Naturales, Medicina, y sobre todo, sus lecciones sublimes sobre la Ciencia Divina del Supremo, del Infinito, del Atmán Soberano, en relación directa con los seres todos del Universo.

Y él le llamaba “Mi cofre de tesoros”. Huyó solo, para no arrastrar en su incierta vida de vagabundo aventurero, a ninguno de sus compañeros de ideología. Con su peculio particular había sido, casi exclusivamente, el sostenedor de la Escuela Filosófica del Gran Maestro, a cuya madre despojada por odio sectario contra el hijo, le dejó Dakthylos el producto de la venta de cuanto él poseía en Manh-Ethel.

Con el alma deshecha por los mil y mil desengaños que recogiera entre los mismos compañeros que a la muerte del Maestro cometieron deplorables desaciertos, quiso buscar su sosiego y su paz poniendo el mar de por medio; y encubriendo su procedencia nobiliaria Atlántica, manifiesto en su nombre de Hilkar II de Talpakén, bajo el oscuro nombre de Dakthylos, que en los significados que podía aplicarle en lenguas de su país quería decir: Ignorado.

El buque mercante que le conducía terminaba sus viajes periódicos en una de las más importantes ciudades del Ática prehistórica, que denominaban Héléde y que se levantaba más o menos en la llanura en que se extendió muchos siglos más tarde la gran Atenas de la Grecia Continental Antigua.

El Capitán a quien el modesto viajero le había curado un hijo adolescente que viajaba con él, le ofreció vivir en compañía de su anciano padre en los suburbios de aquella ciudad. Tal fue la entrada del discípulo de Antulio en la soberbia Ática de aquella hora.

Al oeste de la gran ciudad se levantaba imponente la verde montaña

que llamaban: *De los ahorcados*, porque se habían hecho allí ejecuciones de piratas en bandas enteras hacía ya tiempo.

Dakthylos, sentado un día, lleno de tristeza, al pie de aquella montaña, contemplaba la gran ciudad, la campiña exuberante de verdor que la rodeaba, y pedía luz y conocimiento de cual había de ser su camino a seguir. De pronto, parecióle que un ruido imperceptible de pasos cautelosos se acercaban por detrás de él, o sea, como si alguien que se ocultaba, merodease por las encrucijadas de la montaña en una de cuyas enormes rocas estaba él sentado.

Volvió la cabeza, buscó y por fin encontró entre un hueco de la peña una carita de niño asustado y lloroso que en extraña lengua parecía suplicarle. Como lo vio con las ropas desgarradas y señales de haber sido azotado, lo tomó entre sus brazos con cariño, le besó tiernamente, secándole el llanto, mas como no lograban entenderse, Dakthylos optó por dejarse llevar del pequeño prófugo, que le internó por un laberinto de rocas, de viejos olivos, de cipreses y de viñas hasta llegar a una gran caverna donde había una hoguera encendida.

Alrededor de ella se calentaban otros cuatro niños de diez a trece años. Todos demostraban un gran terror y las señales visibles de haber sido maltratados. Piel de cabra, montones de paja, trozos de pan duro, mendrugos de queso y un saquito de higos secos, fue todo lo que vio el joven filósofo en torno de aquellos niños. Uno de ellos comprendía algo la lengua atlante porque había tenido un amo que era de aquel país y pudo hacer comprender a Dakthylos que ellos no tenían casa ni hogar, que algunos habían huido de los piratas que los habían robado para venderlos como esclavos, o para engordarlos como cerdos, según las propuestas que se les presentaran. Otros habían huido de malos tratos de amos sin corazón. La casualidad les había reunido tres noches antes y allí estaban...

– ¿Queréis que yo sea vuestro padre? –les preguntó el joven. Y como los cinco dijeron que sí, él les dejó en la caverna y volvió a su alojamiento en la ciudad pensando:

“Mi plegaria a la Divinidad ha sido recibida y contestada. Ya sé cual es el camino que se abre adelante de mí: ser maestro de los niños, padre de la niñez desamparada y hambrienta. El Maestro me dijo poco antes de llegar su último día: *Por causa de mi doctrina os veréis perseguidos a muerte y por eso os digo que cuando la maldad humana no os permita vivir como hombre entre los hombres, escalad las más solitarias montañas y vivid como tórtolas entre peñas, que de las rocas, menos duras a veces que el corazón de los hombres, la Divinidad hará brotar miel para sustentar vuestra vida*”. Y decía también: “*Con un inesperado acontecimiento cualquiera, la Divina Sabiduría marcará vuestro*

camino, cuando os encontréis desorientados por causa de la maldad de los hombres”.

– ¡Maestro Antulio!... –exclamó el joven discípulo, inundado de esperanza y de fe–. ¿Sois vos acaso que pusisteis en mi camino esos cinco tórtolos escondidos en el hueco de una peña?

“– ¡Soy yo!..., y tú, ¿no lo habías comprendido?...” –le dijo una voz íntima que le habló al oído, llenándole el alma de armonía y de paz.

Dakthylos no dudó más; se despidió del anciano que le había hospedado, cargó sobre dos asnos que él le vendió, todo su equipaje, y dando rodeos por otros suburbios de la gran Capital, se orientó después hacia la caverna de los niños que le recibieron con grandes muestras de alegría. –Yo soy pobre como vosotros, hijos míos –les dijo– y deberemos trabajar para vivir.

–Yo encontré ya trabajo –dijo el mayorcito que tendría de doce a trece años–. En lo más enmarañado de la selva y costeano la tercera colina detrás de ésta, hay una ruina entre un bosque impenetrable de olivos, de viñas y de higueras. Como en el estío nadie recogió las frutas, están en grandes montones, caídas, secas, sobre las piedras. Recojámoslas y tenemos para comer mucho tiempo.

–Y nosotros –dijo otro de los niños–, encontramos una bandada de gallinetas que anidan allí detrás de aquellos pinares y tenemos tantos huevos que nos alcanzan lo menos tres para cada uno.

–Y yo –dijo el más pequeño–, encontré panales llenos de miel que está cayendo a gotas de los troncos de las encinas.

–Bien, bien, hijos míos; ya veis como en todo y por todo tenemos que ser agradecidos con la Divinidad que nos brinda los dones de la Naturaleza para sustentar la vida. Os quiero repartir lo poco que tengo y enseguida conduciréis a recoger los dones de Dios.

Y de sus propias ropas arregló, como pudo, túnicas a los niños y echó a andar en la montaña, guiado por el mayor que era originario de la ciudad y que había huido maltratado por un amo déspota y cruel.

En seis días exploraron gran parte de aquella abrupta serranía llena de cavidades, de grutas grandes y chicas, y sobre todo cubierta de tan enmarañada vegetación, que la aseguraba de no ser frecuentada por las gentes de la comarca, debido indudablemente a su trágico nombre y horripilante recuerdo: *Montaña de los ahorcados*. Y en verdad encontraron en algunas grutas esqueletos insepultos, cráneos que caían rodando desde lo alto de los peñascos empujados por los roedores y las cabras salvajes que correteaban de un lado a otro. Optaron por vivir en una gruta que quedaba a espalda de las ruinas, pero a veinte brazas más arriba en forma que dominaban con la vista las ruinas, el bosque de olivos, viñas e higueras que las cubrían y un delicioso vallecito que se abría como una

verde explanada salpicada de florecillas silvestres, de romero y adelfas, de alhucenas y de albahacas. Pequeños altiplanos como si fueran las últimas estribaciones de la montaña, obligada digámoslo a explayarse en aquella fresca y verde sabana tendida en declive hacia la margen del Lago Grande cuya ribera se veía como una línea amarillo-terrosa hacia el Este, tal era el panorama que rodeaba la rústica habitación.

–Ahora –díjoles el joven filósofo–, a limpiar y decorar nuestra morada en forma que vivamos puros y sanos, de alma y de cuerpo. –Y con troncos de árboles y musgos y yerbas secos formaron los seis lechos en torno del hogar de piedra construido al centro en forma que les diera calor a todos por igual.

–“Como tórtolos entre peñas” –decía Abel, oyendo este relato de labios de un Dakthylo que fue indicado para ello, por ser del grupo de los *relatores*.

–Tal fue el origen –continuó él–, de nuestra modesta obra en favor de los niños sin hogar propio.

– ¿Y hoy habéis abandonado esa obra? –preguntó el Kobda Notario.

– ¿Abandonarla?... ¡Ni por sueño! Pero llegó a consolidarse tanto, que con sólo quince de los más jóvenes de entre nosotros, bastan para vigilarla de lejos. Esta noche veréis que en vez de estos veinticinco viejos, contáis cuarenta, que tal era el número de los discípulos íntimos del gran Maestro.

– ¿Los quince que faltan acuden terminada su labor? –preguntó Abel.

–Justamente. Ellos representan la parte activa del apostolado. Nosotros ya estamos relegados a la categoría de Archivos. Somos veinticuatro archivos y veinticinco con nuestro Atlas que es quien se entiende con los quince que bajan a las aldeas fundadas por nosotros, pero que tienen su vida independiente bajo las leyes del actual gobierno del Ática. Son pequeñas colonias de marmoleros, de escultores, de tallistas de la piedra, sobre los cuales nosotros sólo tenemos la autoridad de simples maestros que terminado el trabajo diario damos clases sobre moral, lenguas, artes, oficios y geografía astronómica. Somos también los médicos que les curamos gratuitamente y les damos además las medicinas, todas elaboradas exclusivamente por nosotros.

“De tres en tres estamos divididos los veinticuatro *archivos* que ya no salimos de este nido sólo en casos de gran necesidad, pues los quince Dakthylos Inspectores son los que realizan todos los trabajos de afuera. Tres somos *Archivos-Astrónomos*, otros tres *Médicos; Alquimistas; Historiadores; Geográficos; Psicólogos; Magnetólogos y Naturalistas*. Ya veis, hemos necesitado tres sujetos que han gastado toda una vida en el estudio, para conservar cada una de las frondosas

ramas de la sabiduría del Maestro Antulio. Los veinticuatro formamos el Archivo completo de su Ciencia como los veinticuatro tomos de su grandiosa obra.

–Y, ¿después de vosotros? –preguntó Abel.

– ¿Y eso lo preguntáis vos que sois la nueva Luz venida a la tierra? –dijo el Atlas asombrado de la modestia de Abel–.

“¿Qué es un Archivo? Algo que significa pasado y conservado como lo mejor que conoció la humanidad.

“Y ahí lo tenéis, almacenado en esos rollos de papiro y cartapacios de tablillas y de telas escritas y grabadas por nosotros. Nuestra misión termina cuando vos llegáis y felices somos que podemos cerrar nuestros ojos después de haberos entregado ese archivo de cuanto dijisteis de grande y de bello en aquella hora ya lejana de vuestra vida”.

–Nuestras urnas materiales –continuó el relator–, ya dieron de sí todo cuanto puede dar un cuerpo humano que fue mantenido sin enfermedades ni alteraciones notables. El menor de nosotros cuenta sesenta y nueve años, y la mayoría pasamos de los ochenta y una tercera parte ha pasado ya los noventa.

– ¿Pero no ingresan nuevos sujetos con el fin de continuar vuestra labor? –preguntó Kerlés el vidente, que estaba enamorado de los viejos Dakthylos.

–No recibimos más desde que estuvimos ciertos de vuestra próxima llegada a la Tierra. Fue entonces que al ingresar el último, nuestro hermano Gaudes que era el más joven, dejó su labor al que llegaba, porque fue elegido por todos para salir al encuentro del Maestro que se acercaba.

“Bien sabéis que la Divina Sabiduría tiene los medios de hacer llegar Su Voz a sus hijos de todos los mundos, cuando ellos buscan y quieren escucharla, y nosotros pedíamos constantemente esa voz y acallábamos en nosotros mismos toda otra voz, todo clamor, todo grito, que nos pudiera impedir escuchar aquélla.

“Cuando sepáis, nos decía esa Voz por nuestros videntes y auditivos, que el Cerro de Oro comienza a bajar de nivel sumergiéndose lentamente en el mar, estad alertas porque no tardará más de cuarenta a cincuenta inviernos en que el Continente Atlante se hundirá en su mayor parte. Y entre los prófugos del cataclismo vendrán a estas tierras los que traen la simiente para la urna viva del Verbo de Dios”. Entonces salió de aquí nuestro hermano Gaudes, pues tuvimos el anuncio de que el lugar designado por la Divina Sabiduría, era la cuenca Noreste del Mar Grande en las praderas regados por el Éufrates.

“El sacrificio de Gaudes y nuestra plegaria constante dio sus frutos, y los padres de vuestros padres llegaron a donde debían llegar”.

–Me asombra vuestro altruismo absoluto –observó el Kobda Notario–,

que dejasteis a los Kobdas toda la gloria y la felicidad de haber cobijado en su seno al Hombre-Luz cuando podíais haberlo tenido vosotros.

– ¿Y qué sois los Kobdas sino nosotros mismos? ¿Qué somos los Antulianos sino los seguidores de Numú de otra época? ¿No éramos setecientos mil los espíritus ungidos un día en la eternidad de Dios para cooperar a la redención humana terrestre? Entre ese número estabais todos vosotros y todos nosotros. Los nombres de las agrupaciones no son nada. El color de los vestidos tampoco. La voluntad y el amor que se traducen en obras, eso lo es todo.

“Nosotros sabíamos que los Kobdas llevaríais a cabo la gran obra de la pacificación y alianza de estos dos Continentes; y los más antiguos de entre vosotros deben saber que casi todos los que han ingresado allá procedentes de este país fueron enviados por nosotros. Hubiéramos torcido nuestro camino si por el egoísmo de engrandecernos y perpetuar nuestra existencia como Institución, hubiéramos obrado de otra manera.

–Verdaderamente, habéis tenido una lucidez admirable y un desprendimiento más admirable aún... –exclamó el Notario.

–Nuestro fundador Hilkar II de Talpakén nos lo dejó grabado en una tabla de piedra que luego veréis en nuestra Sala de Consejo:

“Fui primer Notario del Maestro Antulio, al cual juré que mantendría encendida la antorcha divina de su enseñanza, hasta que otras almas designadas por la Ley Eterna estuvieran en condiciones de hacerlo. Todo aquel que acepte el nombre sagrado de Antulio como símbolo de una vida consagrada a la Verdad y al Bien, debe hacer este mismo pacto”.

“Y porque él y los que le hemos seguido, hemos sido fieles a este sagrado compromiso nos vemos compensados tan magníficamente. ¡Habéis venido, Maestro Antulio, a nuestro nido de tórtolos y nos habéis encontrado con la lámpara encendida!

“¿Qué egoísmo puede tener pues cabida en estas almas que el amor llenó por completo?”

Abel hondamente consternado tomó entre las suyas las blancas manos del anciano relator, y acercándose a él y mirándolo al fondo de los ojos, le dijo con una voz de inspirado:

– ¡Tú eres Hilkar II de Talpakén, discípulo de Antulio que le acompañó a la muerte y recogió sus últimas palabras!

– ¡Sí, yo soy! –exclamó el Anciano con la voz temblorosa de emoción y cayendo de rodillas ante el joven Maestro que le levantó entre sus brazos.

–Es Dakthylos –repitieron los ancianos solitarios mientras el aludido abrazado de Abel sollozaba silenciosamente.

De los ojos entornados del joven Maestro caían dos hilos de lágrimas que iban a perderse en la blanca cabeza que estaba recostada en su pecho.

–He cumplido mi juramento, Maestro –decía el Anciano–. ¡Dadme ahora vuestro permiso para entregar esta urna a la tierra!

– ¡Todavía no! –contestó Abel–, porque ahora comienza el festín.

La intensa ola de emoción pasó, dando lugar a nuevas explicaciones.

El Anciano relator presentó a cinco de sus compañeros allí presentes, que eran la reencarnación de los cinco niños aquellos con que él fundara su escuela.

Tan fuerte había sido la alianza que desde aquella lejana época llevaban dieciocho vidas consecutivas entre los solitarios del Monte de las Abejas. De los cuarenta Dakthylos que había casi todos habían realizado varias vidas entre ellos, pero aquellos cinco primeros habían batido el récord de la fidelidad a un pacto en aras de un sagrado ideal: *mantener encendida la antorcha de Antulio entre los hombres hasta su nueva venida*.

¡Y habían pasado dos mil doscientos años!

El Atlas que era la reencarnación del más pequeño de aquellos cinco primeros, o sea el que anunció que había encontrado los panales rebozando miel, dijo graciosamente, pues era de carácter muy jovial:

–Continúo mi papel de ser el hombre de la miel, y así os anuncio que ya es el mediodía y que nuestros huéspedes deben tener necesidad de alimentar las urnas. ¡Las almas ya han bebido bastante!

–Es verdad –dijo Abel–, y os aseguro que comería con gusto vuestro pan y vuestra miel.

–Vamos pues y conoceréis nuestro comedor.

Salieron de nuevo a la gran explanada y entraron por otra puerta a una tibia sala baja, inmensa, en cuyo centro ardía una hoguera sobre la cual pendían varias marmitas de cobre. Las paredes en la parte alta eran como alacenas excavadas en la piedra en las cuales se encontraban admirablemente ordenados sacos de junco con frutas secas, cantarillos de miel, de aceite, de manteca, grandes panes de harina de trigo y de centeno, torta de almendras y de higos, quesos apilados sobre mesas de piedra.

Y el Atlas haciendo sentar a los Kobdas en los estrados que rodeaban la hoguera les decía:

–Los manjares son éstos que veis aquí almacenados y cuyas tablillas indicadoras os dicen la especie a que pertenecen. Cada cual toma aquí lo que necesita. Decid pues lo que queréis.

Abel con su confianza de hijo mimado entre aquellos nobles Ancianos, dijo el primero:

–Hilkar de Talpakén, quiero celebrar con vos nuestro feliz encuentro comiendo con vos y de lo que vos coméis. Con que ya veis, soy vuestro invitado.

El Anciano, lleno de gozo, acercó al joven Maestro una mesilla rodante que cubrió con un mantel blanco.

–Mi comida es ésta –dijo, colocando sobre la mesa pan, queso, un ánfora de jugo de uva del que se calentaba en las marmitas, un plato de manteca y una cestilla de higos, aceitunas y uvas secas.

– ¡He ahí dos hombres que comen juntos para celebrar el haberse encontrado después de dos mil doscientos años! –exclamó el Kobda Notario que comía en otra mesita con el Atlas, mientras los otros de a dos o de a tres hacían lo mismo en torno a aquella hoguera que alumbraba la más bella manifestación de alianza, fuertemente mantenida, que habían realizado espíritus encarnados en esta Tierra.

–El Capitán estará esperando nuestra señal del mediodía –dijo de pronto Kerlés–, que creyó ver al receloso marino con su antejo clavado en lo alto del cerro.

–Es verdad –dijo Abel–, corred a agitar vuestra banderilla que de lo contrario pronto le tendremos por aquí.

Todos salieron poco después a la explanada y pudieron ver, al pie del enorme peñón, llamado Monte de las Abejas, al velero en que viajaban, que parecía un ave marina tomando el sol en plena quietud sobre las aguas del Golfo de la Reina. Y sobre el puente y sobre el palo mayor, el Capitán y un grumete agitando banderillas blancas que contestaban a la de Kerlés. Para más tranquilizarle, Abel mismo trepó sobre la muralla que circundaba aquella gran terraza y agitó también una banderilla; visto lo cual el Capitán hizo señas con ambas manos que quedaba ya todo en calma.

–Ahora –continuó el relator–, vais a conocer lo que es nuestro nido de tórtolas. –Y les fue conduciendo por todas las salas que en torno a la gran terraza se abrían excavadas en la misma montaña. Cada Kobda acompañado de un Dakthylo no había temor a extraviarse por aquellos laberintos de roca. Hilkar no podía separarse de Abel, y todos hubieron de reconocer que a él más que a nadie le correspondía aquel privilegio.

Sigamos, lector amigo, al joven Maestro y oigamos el relato hecho por su antiguo discípulo.

De una cavidad pasaban a otras destinadas todas ellas a contener el fruto de los trabajos silenciosos de aquellos solitarios que no sólo se bastaban a sí mismos sino que producían también para los demás.

En la sala-laboratorio habían cantarillos, ánforas y redomas innumerables de jarabes, pomadas, extractos, aceites, infusiones de yerbas y frutas destinadas a curar todas las enfermedades conocidas en aquella

época. Allí estaba también la elaboración de la púrpura violeta que extraían del múrice, tan abundante en aquellas costas rocosas bañadas por el mar.

Después de extraer de este molusco el bello y apreciado tinte que ostentaban con orgullo en su manto los más fastuosos monarcas, fabricaban con su nacarada envoltura los jarroncitos y ánforas, en que guardaban herméticamente cerradas las drogas medicinales que daban después a los enfermos que lo solicitaban.

Allí aparecían en grandes pilastras, la cera y la miel que ellos purificaban y vendían en la vecina ciudad para adquirir en cambio lo que les era indispensable para la vida.

–Con la venta de la púrpura, de la cera y la miel tenemos de sobra para nuestras pequeñas necesidades –decía Hilkar enseñando a Abel el mecanismo de las sencillas prensas o máquinas con que ellos realizan aquellos trabajos–.

“Aquí entramos a la Sala de las urnas que ya están en descanso. –Y el Dakthylo abrió una gran puerta y dejó a la vista una gruta blanca, iluminada por un rayo de sol que bajaba de la techumbre. Por el centro de aquella sala pasaba como una cinta de cristal amarillento, un arroyito que provenía de una filtración interna de la montaña, que corría rápido y rumoroso en dirección al valle vecino al cual tenía salida. Los helechos y las begonias en las mil y mil especies en que se manifiestan estas plantas acuáticas bordeaban con admirable exuberancia y lozanía las márgenes del dorado arroyuelo.

En cavidades practicadas en forma de lecho había una cantidad considerable de cuerpos humanos que parecían estatuas yacentes de Dakthylos cubiertos con su túnica color paja trigo maduro y su manto violeta.

–Pero, ¿son también de cera, como el Antulio que me sorprendió en vuestra sala de estudio? –preguntó asombrado Abel.

–No, éstos son de carne y hueso, pero ya momificados. Aquí están todas las urnas materiales de los Antulianos que aquí desencarnaron, porque muchos dejaron el plano físico en otros lugares a donde se vieron obligados a marchar en cumplimiento de una misión, como por ejemplo, nuestro hermano Gaudes.

– ¿Y están también los cuerpos que vos habéis animado?

–Algunos sí. Observad en las lápidas que junto a cada urna aparecen grabadas.

Y Abel fue leyendo catorce veces *Hilkar de Talpakén*.

–Sólo cuatro de mis urnas faltan porque las dejé en el mar que atravesaba en los tiempos en que estuve dedicado a los trabajos al exterior, o sea el rescate de niños robados por los piratas. Esas cuatro vidas las perdí asesinado por los piratas que después de haberles pagado el precio que

exigían por las infelices criaturas, buscaban quedarse con las víctimas y con el precio pagado por ellas.

– ¡Qué atrocidad! –exclamó Abel horrorizado.

–No obstante –continuó el Anciano–, tuve la satisfacción de que me arrojasen maniatado y embolsado al mar, después de haber puesto a salvo a los niños y a mi compañero de expedición.

“Perdí fuera de aquí por cuatro veces la urna material, pero eso no tiene otra importancia que el mérito conquistado por mi yo, al aceptar el sacrificio de la vida para salvar otras vidas que lejos de nuestros modestos centros de educación, no habían realizado progreso alguno... Es en este único sentido que nuestra doctrina nos permite ser avaros o sea: conquistar el mayor bien produciendo al mismo tiempo el mayor bien.

–Y, ¿con qué fin conserváis así a la vista, estos cuerpos disecados? –preguntó nuevamente Abel.

–Como estudio, pues todo lo hacemos aquí con tal fin. En cada cuerpo físico por los que va pasando un espíritu, se puede observar el grado de adelanto del yo, en la depuración gradual de la materia que va como sutilizándose vida por vida si ellas han estado encuadradas en los principios morales y físicos que ordenó nuestro Maestro en su vida de Antulio, que fue en la que llegó a lo más avanzado de los conocimientos posibles a las mentalidades encarnadas en esta tierra. La sangre, la piel, el cerebro, los tubos arteriales, los tejidos musculares, las células más imperceptibles, todo se perfecciona, se depura, se utiliza en alto grado al igual que los centros de percepción física que son los sentidos, y los centros de percepción astral o extra-terrestre que ya sabéis que no son lo mismo. A esto se debe que ninguno de nosotros padece entorpecimiento ni en la vista ni en el oído, ni en la circulación de la sangre, ni en las funciones digestivas ni respiratorias.

–Y las desencarnaciones se producen, ¿de qué manera? –preguntó el joven Kobda.

–Por muerte violenta, o sea asesinados, o por una caída de la montaña, que hubo casos entre nosotros al escalar pendientes resbaladizas. No siendo así, la muerte de los Dakthylos se produce por puro agotamiento de la fuerza vital, cosa que se produce ordinariamente de los cien a los ciento veinte años o más.

“También ha ocurrido aquí que los más ancianos han comenzado a sentir gran nostalgia de su patria de origen, a donde han ensayado visitar en estado de desdoblamiento.

“Y en uno de ellos, el espíritu ha quedado allá lejos..., en una estrella lejana y la urna dormida en el lecho con el hilo fluídico de unión ya roto, lo cual ya sabéis es el camino cerrado para el regreso a la materia.

“Y entonces el Dakthylo se orienta de nuevo a la Tierra, busca en ella

el nido de tórtolos, se manifiesta espiritualmente a sus hermanos y les dice que pronto volverá entre ellos.

“En nuestra Cofradía tenemos muchos hogares de jóvenes matrimonios, ayer niños, criados y educados bajo el árbol frondoso y floreciente de la enseñanza Antuliana; y en ellos busca el Dakthylo desencarnado, la materia apropiada para formarse una nueva urna que le facilite el continuar en el plano físico la jornada interrumpida.

“Hace muchos siglos que los Dakthylos venimos haciendo este mismo camino.

“Por eso, no a todos los niños que salvamos de la muerte los educamos y cuidamos de la misma manera. No a todos los unimos en matrimonio.

“A un niño díscolo, de malos instintos, de perversos sentimientos, después de haber agotado todos los medios de mejorarlo, le enseñamos los medios de ganarse el sustento, le encaminamos hacia donde quiere ir y le dejamos libre. Tales seres caen siempre bajo la justicia humana o bajo un amo que le domina a latigazos. Son seres muy primitivos en quienes la persuasión y los razonamientos no hacen ningún efecto.

“Nuestra finalidad, como comprenderéis, sólo se reducía a preparar hogares elegidos para que los Dakthylos pudiésemos continuar cumpliendo nuestro juramento al Maestro: mantener su antorcha encendida sobre la Tierra hasta su nueva venida. ¡Habéis venido, Maestro! ¡Estáis aquí; mis ojos os ven y mis manos os palpan!

“¿Qué más nos resta por hacer?”

– ¡Hilkar de Talpakén!... –exclamó Abel poniendo ambas manos sobre los hombros del Dakthylo, espléndidamente bello en su ancianidad venerable—. ¿Seríais capaz de abandonarme después de haberme encontrado?

– ¡Maestro, no! ¡Aunque tenga que pasar el dolor de veros morir de nuevo! ¿Qué queréis de mí?

–Que me acompañéis hasta el Éufrates y hasta Neghadá, cuyos archivos enriqueceréis con muchos conocimientos que están aún incompletos en ambos santuarios.

– ¡Sea como vos queréis, Maestro! Mi patria será vuestra patria, mi hogar vuestro hogar y cuando hayáis cerrado mis ojos, será para darme vuestra licencia de tornar por fin a la estrella nativa, aquella que parpadea como una luciérnaga entre los resplandores de Sirio.

– ¡Convenido y prometido! –contestó Abel, besando la blanca frente del anciano, cuya cabeza parecía un manojo de lirios blancos sobre un jarrón de amarillento ámbar.

Reunidos de nuevo sobre la gran explanada, los Dakthylos les enseñaban iluminadas por el sol de la tarde, las colonias de artesanos de

la piedra fundadas por ellos, y a las cuales habían dejado en completa libertad de establecerse en cualquier país de la tierra, puesto que ya los Dakthylos habían terminado su misión en el planeta de donde iban a emigrar todos juntos, como juntos habían venido a esparcir la sabiduría de Antulio entre los hombres de esta humanidad.

De pronto preguntó Abel buscando con los ojos algo sobre la explanada.

– ¿Y el Notario?

– ¿Y el Atlas? –añadió un Dakthylo.

–Creo –dijo otro–, que no han salido aún de la Sala de las urnas, donde estarán quizá tomando algunas anotaciones.

Y continuaron escuchando las explicaciones de los solitarios sobre su forma de vida mientras descendiendo lentamente por tortuosos senderillos entre viñas y olivos, entre cipreses y nogales, iban enseñándoles la enorme multitud de colmenas que poblaban ambos lados del dorado arroyuelo cuyo nacimiento habían visto en la Sala de las urnas. Entre los bojs, los terebintos y los romeros, teniendo a ambos lados inmensos bosquecillos de naranjos y limoneros, zumbaban sordamente las abejas formando como el fragor de un trueno lejano.

Mientras tanto, el Atlas y el Kobda Notario examinaban detenidamente las *urnas* que habían pertenecido a Hilkar y a los cinco primeros con los que él fundara su Escuela Antuliana. Y llamaba grandemente la atención del Notario, el admirable parecido de una urna con otra, y de todas con el rostro actual del viejo Dakthylo. Sobre todo la estructura, formas y dimensiones craneanas eran las mismas.

–Cada una de estas pequeñas lápidas –dijo el Atlas–, encierra el detalle exacto de cada urna.

Y abrió la puertecilla de la última urna de Hilkar.

–Si os tomáis el trabajo de leer esta tablilla veréis que la descripción concuerda mucho con su persona actual. Sólo que aquí especifica el color castaño oscuro de sus cabellos y barba, y que su nariz era aguileña, mientras ahora su cabello fue rubio antes de estar blanco, y sus ojos de un azul oscuro como que fue hijo de los grisonos del Norte.

–Como veo que sois el jefe material de la misión que acompaña al Maestro Abel, querría haceros una pregunta que espero no la toméis como indiscreta, teniendo en cuenta que la hago con la mejor intención, como veréis.

–Hablad, Atlas, que entre nosotros, verdaderos hermanos por múltiples razones, no debe existir etiqueta ninguna.

–Desde que supimos por noticias espirituales confirmadas materialmente por cartas de un Kobda misionero que ahora está en el país de Ethea, en la Caverna de Gaudes, que el Maestro recorriendo los países

del Norte vendría a la Tracia y el Ática, los Dakthylos hemos formado ciertos proyectos que pensábamos someter a vuestro criterio.

–Vos diréis, hermano Atlas, y no dudo que vuestra prudencia os habrá aconsejado acertadamente.

–Bien, caminando vamos a hablar. –Y el Atlas abrió la puertecita por debajo de la cual paseaba el dorado arroyuelo de las begonias y de los helechos. Era aquello como una galería cuya techumbre abierta a retazos como en grandes ojivas atravesadas de barrotes de piedra, dejaban entrar libremente aire y sol.

–Por este camino llegaremos bien pronto al sitio que os quiero mostrar y al cual nadie sino nosotros ha penetrado jamás desde hace dos siglos. Habréis oído hablar seguramente de la destrucción de Hisarlik, la fastuosa capital de Trohade.

–Naturalmente, como que entre nosotros hubo varios Kobdas originarios de dicho país que fueron apresados por los piratas durante la catástrofe y vendidos a nuestros agentes en los puertos del Mar Grande, donde tenemos siempre Refugios destinados a rescatar cautivos.

–Todo eso lo sabemos nosotros y de ahí que hayamos concebido los proyectos a que os hice alusión. Vamos al asunto.

“Cuando los Sardos invadieron el país de Trohade, el Cherú era hermano de un Dakthylo; era un hombre justo, pero demasiado débil con la familia de las esposas que eran más de cuarenta, y entre ellas había varias de las tribus vecinas de los Sardos. Nuestro hermano, le aconsejó inútilmente que se apartase de mujeres extranjeras, no por serlo, sino porque cada una traía al hogar las más disparatadas supersticiones, las creencias y cultos más groseros. En aquel tiempo aún no estaba establecida la gran Alianza, obra magna de civilización que habéis tenido los Kobdas la gloria y el mérito de extender por dos continentes. Y el Cherú de Trohade, como todos los soberanos, juzgaba una manifestación de grandeza y de poder el tener en torno a la esposa-cherúa, una corte más o menos numerosa de concubinas.

“Fue el caso que las concubinas sardas fueron tomadas por sus compatriotas como espías y agentes secretos para preparar sordamente una invasión que realizada por sorpresa, sería fácil y sin graves contiendas armadas. Tomar prisioneros a los soberanos y secuestrarlos donde nadie pudiera dar con ellos.

“Nuestro Dakthylo, hermano del Cherú, tuvo aviso espiritual y él pidió consejo a los más ancianos, los cuales estudiando el asunto a conciencia, llegaron a la conclusión de que el poder era la ruina moral del Cherú y de su propia familia. El hogar real era el centro de las más espantosas orgías, y del palacio se desbordaba la corrupción como un río salido de madre, en forma que ya escaseaban las doncellas y los jóvenes imberbes

en Hisarlik que estuvieran en condiciones de contraer nupcias para procrear una familia. Allí sí que estaban envenenadas las fuentes de donde brota la vida, según la frase del Gran Antulio. Estudiado todo esto, nuestro hermano con gran dolor de su corazón, guardó silencio y dijo a la Divina Justicia: Si mi hermano ha delinquido, que en mi hermano se cumpla la Ley.

“Pero todos los Dakthylos de entonces, y yo estaba también entre ellos, con otra urna se entiende, fuimos movidos a compasión de la pobre hijita, niña de diez años, que había quedado huérfana de madre el año anterior, y que ninguna culpa tenía de los desaciertos de su padre. Nuestro hermano tenía entrada libre al palacio de su hermano a donde iba no como un solitario del Monte de las Abejas, sino como médico simplemente y como hermano del Cherú. Informado por una mujer del servicio de las concubinas sardas de la forma y día en que los invasores iban a dar el golpe, dio aviso al Cherú para que se pusiera a salvo con su hija, la que debía ser su heredera, que eran las dos únicas personas que estaban amenazadas de muerte. Al principio no lo creyó, pero fueron tan minuciosos los detalles, que al fin se convenció de la realidad, y más aún, de que era ya tarde para tomar medidas de defensa. Estaban vendidos todos sus jefes de guerra y sus mejores escoltas de arqueros.

–Si tú quieres –díjole el Dakthyló–, yo tengo un lugar seguro donde salvar tu vida y la de tu hija hasta que la Divinidad te marque el camino que has de seguir.

–Bien, te seguiré; con mi hija y el tesoro real que debo guardar para que ella después de mis días, recobre el trono de sus mayores.

“Y con artesanos marmoleros de nuestras Cofradías se hizo trasladar en una noche por este mismo camino y a lomo de asnos, el famoso tesoro de Hisarlik por el que tantos conquistadores y tantos piratas han guerreado y perdido la vida.

–Y, ¿lo tenéis vosotros? –preguntó el Notario.

–Está en esta caverna desde hace dos siglos y veintisiete años.

– ¿Y el Cherú? –volvió a preguntar el Kobda.

–Como no se resignaba a la vida oscura, como añoraba el poder, el trono, la grandeza, empezó a realizar excursiones, disfrazado, por las islas del Lago Grande que le era fácil atravesar, en el mismo velero que transportó a esta orilla su persona y sus tesoros la noche de la evasión.

“Corrió la voz de que el Cherú y su hija habían sido asesinados, y los invasores entraron sin resistencia a la gran ciudad que se engalanó como un día de fiesta para recibir a los que bien pronto iban a encadenarla.

“Y en una de estas excursiones en procura de organizar sus fuerzas para una defensa armada, el Cherú no volvió más. ¿Fue capturado, fue muerto? Materialmente nada se pudo averiguar, pero espiritualmente

su hermano el Dakthylo tuvo aviso de que fue reconocido por uno de sus guardias y muerto por una lluvia de flechas en momentos en que entraba a las caballerizas con un grupo de guardias fieles. Quedó la hija que ya tenía doce años y a la cual no pudimos llevar a nuestras Cofradías porque ella no guardaría el secreto de su origen, y si llegaban a descubrir que estaba entre los nuestros, serían invadidas nuestras colonias y asesinados nuestros hermanos del exterior, como en efecto lo fueron, porque no faltó quien recordara que el Cherú asesinado desapareció la misma noche que uno de los médicos de las Cofradías había entrado a palacio. Dos Dakthylos fallecieron a consecuencia de las torturas a que fueron sometidos para obligarles a declarar la verdad, y el hermano del Cherú que se presentó para que no maltrataran a nadie, fue bárbaramente degollado cuando declaró que había salvado a su hermano y a su sobrina no con fines de futura restauración del trono, sino por el amor natural a un ser de su propia sangre. ¿Qué haríamos pues los Dakthylos con esa niña de doce años?

“Trajimos una virtuosa anciana, madre de un Dakthylo que regentaba las Cofradías y la instalamos al lado de la niña en esta otra caverna. Pasad”.

Y ambos entraron en una bella sala toda recubierta por dentro de lustrados retablos de pino y espesas colgaduras de tejidos de seda y hermosas pieles de leopardo y de osos negros inmensos como son los de las selvas inexploradas del Monte Tauro.

Había allí dos lechos, el uno con pabellón de púrpura y oro donde yacía recostada la momia de una mujer joven, rubia y que debió ser muy bella. El otro lecho, severo y modesto, estaba vacío y sin mantas.

—Cuando la princesa murió a los diecinueve años, la anciana acompañante tornó entre su familia. La niña al llegar a la pubertad empezó a sufrir fuertes crisis nerviosas, y muchas veces se nos escapó y corriendo por los innumerables senderos que tenemos ocultos en esta montaña para vigilar nuestras abejas y nuestras plantaciones frutales, pedía socorro a gritos diciendo:

“Soy la hija del Rey de Hisarlik y me tienen aquí cautiva estos malvados viejos genios del mal”. Unos buscadores de múrices en el Golfo por donde habéis entrado llegaron a verla un día, y la crónica de ese tiempo escrita por nuestro Notario, dice que las gentes del soberano invasor estuvieron a punto de descubrir nuestro albergue a causa de tal incidente. Menos mal que los pescadores la tomaron por el alma en pena de la hija del Rey. Traída de nuevo a su habitación cayó en un letargo profundo del cual se despertó ya completamente loca. Y un buen día se sustrajo a la vigilancia de la anciana y se despeñó desde lo alto de un pico. Mirad aquí tras la oreja, la hendidura del cráneo —dijo el Atlas—. La recogieron

ya agonizando y aquí murió. Fue momificada por una precaución por si alguien llegaba a desconfiar que hubiera sido asesinada por nosotros.

“Y aquí –dijo el Dakthylo–, a los pies de su lecho está su tesoro, muerto con ella”. –Y levantó una losa de piedra que cubría un gran hueco. Cofres de diversos tamaños fue lo que vio el Kobda Notario hasta que el Dakthylo bajó y fue abriendo aquellas fuertes cajas de encina.

La luz solar que penetraba por las ojivas de cuarzo, reflejó sobre la multitud de joyas, vasos, copas, diademas y ajorcas que en apretado montón brillaban a veces como ojos de reptiles, verdes, amarillos, azules, rojos.

–Pero ésta es una riqueza fantástica –decía el Notario, inclinándose para mirar aquella abundancia de piedras preciosas engarzadas en joyas de incalculable valor.

– ¡Riqueza fabulosa y riqueza inútil para nosotros! –exclamó el Atlas–. ¡Oh, Justicia Divina!..., ¡la habéis quitado a los que se perdían con ella y la habéis entregado a quienes ni la deseaban ni la necesitaban! Hace dos siglos y veintisiete años que está allí sepultada. Como nosotros no debemos tener ya continuadores, hemos resuelto ofrecerla al Jefe Supremo de la Gran Alianza de las Naciones Unidas, para remediar las justas necesidades de todos los pueblos por igual. ¿Qué os parece?

–La idea es admirable, mas nada os puedo decir por el momento.

–Es que tenemos resuelto entregar ese tesoro al Maestro, para que sea él quien lo derrame convertido en pan, en vestiduras, en rescate de esclavos y de cautivos, en fin, en todo cuanto signifique un bien real y efectivo para la humanidad que sufre.

–Eso sólo él mismo podrá responder –observó el Kobda Notario.

–Entonces volvamos a la terraza que ya deben estar buscándonos.

Y ambos subieron haciéndose la misma reflexión:

“¿De qué sirven los tesoros de la tierra para quienes no saben encontrar en ellos el bien y la justicia, la paz y la felicidad?”

180
KOBDAS Y DAKTHYLOS

El Atlas y el Notario encontraron la explanada desierta y mientras se orientaban hacia qué punto se habrían orientado sus compañeros, ambos se abismaron en la contemplación, por unos momentos, del esplendor del sol poniente sobre las cimas de las montañas, sobre la fuente de esmeralda de aquel delicioso valle poblado de blancas casitas, donde muchísimos siglos después se levantaría la gloriosa Atenas de la Grecia histórica. Y más al oriente la cinta amarillenta del Lago Grande con sus innúmeras islas como verdes promontorios coronados de nieves permanentes en las cuales reflejaba su púrpura y su oro el moribundo sol.

–Han bajado hacia las colmenas –dijo de pronto el Atlas–, pues creo sentir rumor de voces hacia aquel lado.

Y empezaron a descender por los tortuosos senderillos que a fuerza de interminables vaivenes simulaba como una cinta blanca profusamente ondulada. Les encontraron de regreso ya y cada cual con una cesta al hombro conteniendo hermosas bellotas de oro –naranjas–, grandes aceitunas de color morado-negro tan abundantes en la región, y dorados racimos de las vides tardías que al final del otoño les brindaban sus frutos.

– ¿Veis? –dijo el Atlas al Notario–. Cuando nos sobran los dones de la Naturaleza, ¿para qué nos sirven los tesoros de los reyes?

– ¡Verdaderamente! –contestó el Notario–; los hombres de esta tierra ven pasar la dicha en torno suyo sin mirarla, para correr como locos tras de aquellos que les hace desventurados y malos.

Abel y los Kobdas jóvenes desbordaban de alegría, diríase que habían vuelto de nuevo a la niñez. ¿Era la suave irradiación de los dulces y suaves ancianos del Monte de las Abejas, o era la certeza de que allí nada tenían que temer de las personas que los observaban, que así dejaron exteriorizar la alegría que les desbordaba el alma? Pienso que eran ambas cosas a la vez.

–Pero éste –decía uno de los Dakthylos, viendo a Abel correr tras de un joven Kobda que le robaba las bellotas de oro de su cesta–, ¿no es el Antulio de cera que tenemos en la sala de estudio?

– ¡Este juega y aquel piensa! –contestó Hilkar, que recordaba entonces una frase del filósofo atlante: “La verdadera sabiduría hace cada cosa a su tiempo: ríe en la hora de reír, juega en la hora de jugar y se absorbe en grandes pensamientos cuando siente que la Divinidad le llama a sumergirse en su seno”.

Poco después se hallaban sobre la explanada y fue muy a tiempo, porque se sentían ya los aullidos del perro guardián de la gruta de entrada, lo cual era aviso que alguien esperaba la carroza-aérea.

Eran los quince Dakthylos de la vida activa, todos menores de los que ya conocemos, que sentados sobre las salientes de la roca allá a mitad de la áspera montaña esperaban ser ascendidos. La carroza fue puesta en movimiento y de uno por vez fueron subiendo. Vestían túnicas oscuras y casacas de piel como los Notarios-escribas y médicos usaban más comúnmente; así pasaban más inadvertidos y sólo en el fondo de su nido de rocas usaban los tórtolos de Antulio su bello plumaje de oro pálido.

De pronto se oyó un doble grito de gozo y de asombro, y se vio un Kobda y un Dakthylo que se abrazaban con profunda emoción. Eran Kerlés el clarividente y el más joven de los Dakthylos.

– ¡Hermano mío!... –dijo Kerlés– nunca me habías dicho que pertenecías a esta Institución. ¿Conque ésta era la familia que te retenía lejos de nuestro país?

–La has descubierto por fin –contestaba el Dakthylo sonriente–, como te veía tan absorbido en vuestro apostolado civilizador de ciudades y de continentes, creía que te sería difícil comprender nuestra actuación reducida a un círculo tan estrecho.

–Perdonadle –dijo Hilkar–, que haya guardado tanto secreto, pues ello está en los compromisos que contraemos al ingresar y sólo en casos muy especiales nos permitimos franquearnos. ¡Son tan pocos los que comprenderían el porqué de nuestro aislamiento que tenemos por norma ocultarlo!

–Es el mayor de mis hermanos –explicaba Kerlés–, y el primero que salió del hogar, que está en el país de Nairi; después nos hemos visto en Dhapes y en la Isla Cuprum, y otra vez en Gutium. Yo acompañaba a un Kobda misionero, ¿lo recordáis?

–Perfectamente. Yo buscaba cerca de Dhapes y Gutium los restos de nuestro hermano Gaudes, por si llevaba entre sus ropas algún grabado que nos fuera necesario y también para tener la comprobación material de su muerte.

– ¿Y le encontrasteis? –preguntó el Notario.

–A una legua de Gutium, en el fondo de una caverna cuya entrada cerró él mismo sin duda; encontré su cadáver ya seco que pude reconocer por el emblema del Maestro que llevaba en el escudillo de plata colgado al pecho: la antorcha sostenida por las manos cruzadas. A más, un papiro grabado dentro de un tubo de cobre, en el que pedía a nuestro Atlas, si era posible, que fuera otro a reemplazarlo en su vigilancia sobre la cuenca del Mar Grande, porque él se sentía ya cercano a la muerte.

– ¡Gaudes, Gaudes!... –exclamó el joven Maestro–, ese nombre era el

grito clamoroso de mi madre cuando se asustaba viéndome encaramado a un árbol en mis días de chiquillo travieso. Y cuando yo le decía: ¿Quién es Gaudes y por qué le llamáis?, me contestaba: “Es el genio protector de la caverna en que pasé mi niñez y donde tú naciste”. Él salvó de la muerte a nuestras madres Sophía y Milcha abandonadas y solitarias.

La noche llegó por fin y después de hacer la convenida señal con una antorcha encendida al Capitán del velero, Kobdas y Dakthylos fueron a prepararse para la asamblea espiritual del anochecer.

Los cirios de cera fueron encendidos en la gran sala de estudios, tibia por la llama de una hoguera cuyo resplandor, demasiado vivo, estaba velado por una gran campana de cobre calado. Las arpas de los Dakthylos-músicos se dejaron oír suaves como cadencias de avejillas cautivas que ansían emprender el vuelo. Luego los sonidos iban tornándose más vivos, más vibrantes y por fin adquirirían tonos de himnos triunfales, que llenaban el alma de un fuego sagrado. Después los cirios eran velados y el silencio se hacía tan hondo que ni aún el respirar se sentía.

Pasado un cierto tiempo, los cuarenta Dakthylos escribían con su punzón sobre su cartapacio de tela encerada. Algunos en estado hipnótico hablaban, y ora eran discursos elocuentísimos sobre algunas nebulosas en formación, las cuales tendrían en el futuro relaciones con algunos de los sistemas planetarios ya conocidos; o ya eran avisos de combinaciones astrales de los planetas de nuestro sistema que ocasionarían grandes desbordamientos oceánicos; ya simplemente el saludo fraternal de algunos espíritus de la Gran Alianza del Verbo que habían estado ausentes en sus lejanas estrellas nativas y se acercaban a la Tierra para dejar el beso fraterno sobre las frentes fatigadas de los que aún estaban cautivos.

Los Kobdas, para quienes era un fluido demasiado suave y sutil, fueron todos invadidos de tan tierna unción que cayeron en éxtasis, es decir en un grado tal de olvido de sí mismos y de unión con la Divinidad, que parecían haberse desprendido de la materia y recorrer, en un vuelo gigantesco, inmensos horizontes de luz. ¡Qué pequeños vieron sus sacrificios por el bien y la justicia comparados con la belleza inefable de los mundos de amor y de luz que esperan al ser que ha sido capaz de merecerlos!... ¡Y qué pequeñita vieron la estrella terrestre, contemplada en los abismos inmensos del espacio, perdida como una dorada piedrecilla en un mar infinito de azul turquí!... Y como un ramillete de florecillas de luz contemplaron, unidos por hilos invisibles, todos los globos grandes y pequeños, envueltos en la poderosa irradiación de los setenta espíritus de Luz que con el Mesías terrestre, impulsaban la evolución de las humanidades encarnadas en ellas.

El alma del Hombre-Luz, desprendida ya de su materia, se fue exteriorizando lentamente hasta hacerse visible a todos en el centro de la vasta

sala de estudios. Fue aquello como el proceso de cohesión de moléculas de luz dispersas en el éter, que por la Ley Suprema del Amor se unieran en un momento dado para dar forma astral al Yo del Verbo encarnado. Y les dijo en voz queda:

“Numú, Antulio y Abel es toda una misma vibración del Amor Infinito que canta en medio de esta Humanidad el himno inmortal de la Verdad Eterna. ¡Es la hora!... ¡La hora solemne que un solo corazón y un alma sola, palpita fuertemente en todos aquellos que pactaron conmigo la redención de esta humanidad! ¡Ni Dakthylos ni Kobdas!..., sino solamente almas vibrando como arpas vivas al impulso poderoso del Eterno Ideal”.

“Pocos años estaré aún encarnado entre vosotros. Sean ellos como el festín de las bodas entre los que bien se aman, como la estrofa cantada en conjunto, como el dulce abrazo de hermanos que se han encontrado después de largos siglos y que deberán de nuevo separarse para continuar sus caminos.

“¡Ni Dakthylos ni Kobdas!... ¡Sólo almas enamoradas del Supremo Ideal, hacia el cual arrastrarán un día a toda esta humanidad!”

Y las moléculas de luz fueron como atenuando su claridad, diluyéndose suavemente en el éter, donde sólo quedó esparcido como un perfume, el suave efluvio de un amor intenso que había producido la “materialización” de sustancias etéreas, como llama la ciencia Psíquica a este fenómeno, por efecto de las fuerzas mentales del espíritu humano.

El gran silencio, sereno y hondo, volvió a establecerse en aquel recinto. Las melodías del arpa se dejaron oír nuevamente como la dulce cadencia amorosa con que despide la amada al amado que se va.

Acto seguido, se acostumbraba entre los Dakthylos y entre los Kobdas a deliberar sobre lo que cada cual había comprendido en la asamblea de las almas con la Divinidad; y cada cual repetía en alta voz esta frase que era como el eco de su propio pensamiento:

“¡Cuánta grandeza derrama la Divinidad sobre mí que aún estoy lejos de llegar donde mi alma quisiera!...”

Con muy pequeñas variaciones todos habían comprendido lo mismo, o sea que Dakthylos debían unirse a los Kobdas y refundirse en ellos, para dar más amplitud a los conocimientos superiores que tenían y extenderlos a mayor número de seres en los dos continentes que abrazaba la Gran Alianza. En consecuencia entre todos resolvieron lo siguiente:

“Los treinta Dakthylos más Ancianos seguirían viaje al Éufrates en el velero que conducía a Abel, y diez Kobdas quedarían en el Monte de las Abejas en compañía de los diez Dakthylos que quedaban. El nido de tórtolos se uniría al valle vecino por una gran escalera practicada en la roca y continuaría siendo a la vista de todos lo que había sido en

la oscuridad y el silencio: la torre de marfil de la cual salía a raudales la luz, el consuelo, la verdad y la sabiduría para todas aquellas comarcas.

“Abel, en su calidad de representante del Thidalá de las Naciones, se entrevistaría con el Caudillo, al cual estaba sometido por entonces el Ática y le invitaría a formar parte de la Gran Alianza.

“El tesoro de Hisarlik debería emplearse en dar libertad a los esclavos de ambas márgenes del Lago Grande, pues era evidente que aquellas riquezas se habían acumulado con el sudor y la sangre de aquellos millares de mártires del trabajo, que sepultados entre las minas, en las canteras de piedras o sumergidos en el mar en busca de perlas, habían gastado sus fuerzas y sus vidas.

¡Quiénes sino ellos debían atraer la atención de los fieles guardianes, que durante dos siglos conservaron sin tocarlo, el fabuloso tesoro que la Divina Justicia había quitado de las manos avaras de un guardador infiel! El tesoro de Hisarlik debía emplearse en crear hospicios, centros de enseñanzas, talleres para las manufacturas y tejidos, en fin, tal como existían en todos los grandes centros de población a donde habían llevado los Kobdas su acción educadora.

“Los diez Dakthylos y los diez Kobdas que allí quedaban serían los mensajeros y ejecutores de toda aquella grandiosa obra de reparación y de justicia”.

Kerlés, quedó en calidad de Notario al lado de su hermano que fue designado Patriarca del rocoso Santuario del Monte de las Abejas.

–Conmigo terminan los Atlas –decía graciosamente el que hemos conocido–, pues yo cambio mi plumaje de tórtolo de las peñas por el de corderillo de las praderas.

El Caudillo del Ática era un anciano ya. Era el príncipe aquel que pretendió unirse en matrimonio con la princesa Sophía. Recibió con agrado la visita de Abel y sus compañeros que le enunciaron, a grandes rasgos, la obra que en mejoramiento de sus súbditos deseaba hacer la Gran Alianza en aquellas regiones si él lo permitía.

–Habiendo sabido –dijo el anciano Caudillo–, que habéis pacificado la Tracia y restituido a la Cherúa viuda, había pensado por intermedio de ella, conseguir mi admisión en la Gran Alianza, pues debo tener ya pocos años de vida y temo el futuro para este pueblo. Sin ser Sardo, he sido tolerado por los nuevos soberanos que se mantienen en la vecina orilla al parecer sin ambiciones sobre estos peñascos, pues ellos tienen predilección por los valles y campos abiertos. Sólo obligan a Hélade a pagarles un tributo en mármoles, vino y aceite.

Por los relatos de este Caudillo, el Kobda Notario completó la historia que sobre la llegada de Nohepastro al Ática tenían recopilada a medias.

–Jamás se había visto en estos mares una flota semejante –decía el viejo Caudillo, avivando sus recuerdos–. La nave soberana era un verdadero castillo flotante, en torno a la cual había cien veleros de gran porte y lujosamente empavesados. Doscientas barcazas de cargas y varias veintenas de barcos pequeños de diverso tipo y capacidad. Doce días tardó esa enorme flota para salir del Lago Grande, cuyas aguas estaban materialmente cubiertas por aquella bandada de águilas blancas de ultramar. Mas al llegar al estrecho, las furias de Propóntide hicieron presa de ellas y muchos barcos quedaron encallados entre las rocas. ¡Oh!..., sólo quien ha visto como yo, aquella magnificencia, puede tener una idea de lo que debió ser la riqueza de aquel continente hundido bajo las aguas del océano.

* * *

Y cuando al día siguiente de todos estos sucesos, se embarcaba Abel nuevamente en su velero, que le esperaba en la ensenada de la Reina, decía a los Kobdas y Dakthylos que quedaban en el Monte de las Abejas:

–Ya que sois los guardianes del Tesoro de Dios, no olvidéis a los moradores del Pasaje de la Muerte, en Anfípolis, que allí hace falta también pan, aceite y vino. Decid a los dos Kobdas ciegos que al hacerme a la vela, les abracé de nuevo a través de la distancia.

Los Dakthylos, desde lo alto de su nido de rocas, levantaron sus manos cruzadas que era el solemne juramento que le hacían de que cumplirían sus últimas recomendaciones. Y desde lo más alto del Monte de las Abejas y desde la cubierta blanca del “Cien alas”, fugitivo sobre las aguas, continuó por largo rato el ondular de banderillas blancas, que se decían en el mudo lenguaje de alas agitadas al viento:

“Las almas que se aman no saben de olvidos, ni tienen ausencia, ni dicen adiós”.

LA PRINCESA MÁRTIR

Apenas el “Cien Alas” se había hecho a la vela con rumbo al Sur, el Anciano Caudillo de Ática llamó a sus dos más venerados augures, Orfeo y Hermes, sacerdotes del Culto Secreto de Khaph, como llamaban en aquel país a la Suprema fuerza creadora, conservadora y renovadora, que cada época y cada país interpreta y comprende de muy diversas maneras. Era la Divinidad, fuente de Amor y Sabiduría para los Dakthylos. Era el Gran Atmán, el Alma Madre, el Altísimo, fuente perenne de Energía, de Luz, de Amor, para los Kobdas.

Orfeo y Hermes eran dos sujetos sensitivos en extremo, casi de igual edad que el viejo Caudillo junto al cual se habían educado y que en la época en que Nohepastro llegó al Ática, apenas habían sido iniciados en la Escuela Secreta de Khaph. Los viejos sacerdotes de aquel culto habían muerto y sólo quedaban estos dos para mantener encendido el fuego sagrado. Con el beneplácito de los dos augures el Caudillo había pactado con Abel, representante del Jefe Supremo de la Gran Alianza, su entrada en dicha Institución.

Pero esa noche había tenido un misterioso sueño: “Había soñado que la princesa Sophía, aquella encantadora virgen de ultramar que cautivó su corazón allá en su lejana juventud, descendía de lo alto de una florida montaña con sus manos llenas de rosas blancas y le decía: –“Lisandro de Hélade: si rechacé tu amor un día no fue por mal quererte, sino porque la Eterna Ley me había unido ya con Joheván, Jefe de Guerra de Nohepastro. Verdad te dijo uno de los Sacerdotes de Khaph, al cual hiciste arrojar injustamente del templo, cuando te dijo:

“Esa virgen tiene el corazón lleno de un amor que jamás podrás borrar aunque la consiguieras para ti y la hicieras caminar sobre avenidas de oro y diamantes.

“No llesves pues tus gentes a la guerra porque Khaph el Insondable, el Infinito ha decretado que esa virgen no es para ti.

“Lisandro de Hélade... Como todo en el Universo está encaminado al bien de aquellos que aceptaron la vida mirando de hito en hito al Supremo Ideal, tu furia guerrera desatada contra Nohepastro, mi padre, sirvió para distraerle de la persecución que hubiera emprendido contra su hija fugitiva. Te he seguido con mi pensamiento porque tu amor me evocó mucho tiempo, y aunque algo tardío, tu amor te ha dado la luz, y acabas de pactar tu entrada a la Gran Alianza llevado de la mano de Abel de Ethea, nieto de aquella princesita Sophía que tanto amaste”.

Tal había sido el sueño.

– ¡Oh, Grandeza! –le dijeron ambos augures–. Dadnos tiempo hasta el mediodía para contestaros. –Y cuando fue la hora fijada se presentaron de nuevo al viejo Caudillo y le dijeron: –Tu sueño está escrito con signos imborrables en la alfombra de luz que pisa el Divino Khaph. Es toda la verdad.

“La princesita Sophía de Otlana se casó con aquel jefe guerrero en una isla desierta del Lago Grande, isla que ahora se llama “Los fugitivos”, y está habitada por dos peregrinos vestidos como el Príncipe Abel, que han llenado las cavernas naturales de la región con paralíticos y leprosos.

– ¿Y después? –preguntó el Caudillo.

– ¡Oh, Grandeza!... Khaph es dueño de decir o callar lo que quiere decir o no decir a sus míseras criaturas. Ahora la princesa Sophía tiene otra vez el don de la vida y es una joven Reina en la meseta del Irán, donde aún no se han marchitado las rosas blancas de su boda con un príncipe del mar Hircanio. Es todo cuanto podemos saber.

Y se arrojaron a sus pies temblando de miedo de que sus escasas soluciones no colmaran el deseo de su señor.

–Estoy contento de lo que me habéis dicho –les respondió el Caudillo–, pero..., ¡ay de vosotros si habéis engañado! Hoy vendrán de nuevo los compañeros del Príncipe Abel que han quedado entre los marmolistas de Valle Largo, y ellos deben estar al tanto de la vida de aquella admirable mujer, cuyo recuerdo me ha impedido siempre dejarme llevar de mis accesos de iracunda venganza.

“Si ella es un hado benéfico del Divino Khaph, pedidle que tenga piedad de vosotros, y que encuentre la confirmación de vuestras palabras. Y les despidió.

Y cuando pocas horas después se presentó Kerlés con dos Kobdas más, llevando al Caudillo una copia de la Ley de la Gran Alianza y proyectos de las obras que dicha Institución iba a realizar en sus dominios, el Caudillo desenterró del mundo de sus recuerdos juveniles su gran amor por la hija de Nohepastro.

– ¿Es verdad que el Príncipe Abel que he conocido el día de ayer es un nieto de la princesa Sophía? –les preguntó así de improviso.

–Sí, es verdad –contestó Kerlés.

–Y, ¿dónde están los hijos de la Princesa?

–Tuvo sólo una que se llama Evana y que reside con su esposo Adamú en el Santuario de La Paz en el Éufrates. Son éstos los padres del Príncipe Abel.

– ¿Y el guerrero que fue su marido?

–Desencarnó antes que ella en el Santuario de Neghadá sobre el Nilo, a donde le habían vendido unos piratas del Monte Tauro que le hicieron prisionero.

Y Kerlés fue refiriendo paso a paso la dolorosa vida de la Princesa Sophía con su esclava Milcha y sus dos pequeñitos, solos, abandonados de los hombres en una solitaria caverna, y sólo protegidos por la Bondad Divina a cuyo supremo mandato habían permanecido fieles.

–Yo fui aquel príncipe ático que la pidió a Nohepastro por esposa, y tan hondo penetró en mi corazón mi amor por ella, que jamás quise llevar a mi tálamo solitario a otra mujer. ¿Cómo podría yo olvidar sus ojos como gotas de ámbar cuando húmedos de llanto me dijo un día, casi por señas pues no comprendía su lenguaje: “Nunca podré amaros porque mi corazón es de otro”?

“Os amaré porque yo lo quiero, me dijo su despótico padre.

“Tanto como lo odié a él por su nefasto orgullo, tanto la amé a ella por su infinita dulzura.

“¡Oh, bella Princesa Mártir! –exclamó el Anciano Caudillo enternecido por la dolorosa historia que acababa de escuchar–. ¡Morir sola y abandonada en una caverna de bestias cuando yo la habría hecho la más poderosa soberana de esta tierra del mármol y de la miel! ¡Por ella y para ella hubiera desenterrado de las entrañas de la tierra el tesoro de Hisarlik de mis lejanos antepasados, pero sin ella, ni tesoro, ni gloria!...

“¡Bástanle a Lisandro de Hélade el trigo, aceite y vino de sus valles para seguir viviendo con la muerte en el corazón!...

“Dicen –continuó–, que los hombres de toga azul leéis en el porvenir, y sabéis todos los secretos del otro lado de la tumba.

“¿Dónde está hoy la princesa Sophía?”

–Es Reina del país de Num-Maki en la lejana Irania, y está recién desposada con el príncipe heredero de Soldán.

–¿Qué Ley hay en el libro secreto del Infinito para que un ser pueda acercarse a otro sin ser rechazado? –preguntó de nuevo el Caudillo del Ática.

–La Ley de afinidad que es la base de todo amor verdadero.

–Veo que necesito de vosotros para tranquilizar algo que se revuelve como un volcán de fuego dentro de mí –dijo con dolor el Anciano–. Permitidme que os visite en vuestro retiro, y contad conmigo en todo y por todo...

“¡Sois los hermanos de mi princesa mártir y paréceme que pago una deuda a mi propio corazón, dejándole amaros por el amor de ella!...”

Y los Kobdas se retiraron pensando: “–He aquí un rosal ignorado que brota en nuestro camino regado por agua fresca del amor de Sophía, la dulce Helia cubierta de rosas blancas en su vieja casona de Aranzán”.

* * *

Recordará el lector a Eurice, la Berecina aquella que viajaba en el “Cien Alas” y que decía ser hermana de un Dakthylo.

Ella se había instalado en una de las colonias donde residía su anciana madre con el menor de sus hijos y sus numerosos nietos. Era aquélla la más antigua Cofradía fundada por los solitarios del Monte de las Abejas y allí habilitaron un pabelloncito de blanca piedra para oficina de trato con las gentes del exterior. Allí recibían los Kobdas y Dakthylos que estaban de turno, a los visitantes que al principio sólo fueron jornaleros en busca de trabajo y esclavos fugitivos que buscaban esconderse de sus amos despóticos y crueles. En lo alto de aquel pabellón se había colocado una gran lámina de piedra con esta inscripción en las lenguas más vulgarizadas de la región:

“Se necesitan jornaleros que son pagados a doble de los jornales comunes”.

“Se compra esclavos de cualquier condición, edad y sexo. Se recibe también los enfermos y los que se inutilizaron en el trabajo. Se paga por éstos la mitad de precio que por los sanos”.

El aviso era estupendo; algo que no se había visto jamás en aquellas comarcas. ¡Pagar mitad de precio por esclavos viejos, enfermos o mutilados, por piltrafas humanas que en todas partes se arrojaban a las cavernas y a los bosques para engordar a las fieras y obtener luego hermosas pieles en las cacerías!

La avaricia despertó la curiosidad en ambas orillas del Lago Grande y la improvisada oficina se vio llena de mercaderes de carne humana viva y doliente.

Y cuando corrió la voz de que los extranjeros representantes de la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo, pagaban sus compras con oro y plata, en barrillas grandes o chicas, según el valor de la venta, aquello fue como una interminable peregrinación.

Los esclavos que estaban útiles para el trabajo de la piedra, para la preparación de vigas de madera, para echar abajo pinos y cedros, eran puestos de inmediato al trabajo, después de haberles recogido del pecho el escudillo de cobre que denotaba su mísera condición de objeto vivo perteneciente a otro hombre.

—Aquí no hay esclavos, sino hombres libres que trabajan por su propia voluntad para ganarse el sustento. El Ática está bajo la Gran Alianza —les decían Dakthylos y Kobdas, cuando en vez de grabar en su escudillo el nombre del nuevo dueño, se lo quitaban dándole en cambio una fuerte casaca de lana, un gorro de piel y unas albarcas de cuero de búfalo.

Luego a la llegada del mediodía sonaba siete veces un disco de cobre y todos los jornaleros cesaban en su labor y rodeaban la hoguera más inmediata, donde en grandes jarros de cobre se les daba su ración de vino caliente con frutas secas, pan, queso y miel. ¿Era aquello un sueño o una realidad? Más todavía.

Cuando llegaba la caída de la tarde, el disco resonaba nuevamente y los jornaleros reunidos de nuevo en torno de las hogueras recibían otra ración igual a la de mediodía, y las orquestas de niños músicos de las Cofradías, acompañaban con el dulce tañido de sus instrumentos de cuerdas, bellos himnos al sol, al fuego, al aire, al agua, a las primeras estrellas que asomaban en el horizonte y a la calma serena de la noche que invitaba al hombre al descanso después de la fatiga.

Y los varoncitos mayores de las Cofradías conducían de diez en diez los jornaleros a ocupar cuanto lugar cubierto se había podido habilitar para hospedaje, hasta que se construyeran grandes pabellones de piedra para los jornaleros.

Allí encontraban grandes montones de paja de trigo dispuesta en forma de lechos con pieles de oveja y mantas de lana. Y cada niño conductor encendía una hoguera en el improvisado pabellón y dejaba tantas raciones de pan, queso y miel como hombres había conducido.

—Aquí tenéis la ración del amanecer —les decían—. Pasad una noche tranquila y descansad hasta que escuchéis sonar el disco.

Algún esclavo travieso decía jugueteando con el adolescente que les había conducido:

— ¡Oye, rapaz!... Hasta ahora todo marcha como pan con miel, pero y los palos, ¿cuándo vienen?

— ¿Qué palos? —preguntaba el niño.

—Los que nos hará dar vuestro padre cuando sea su gusto.

El niño les miraba azorado pensando que estarían locos y algo medroso contestaba:

—Yo nunca vi que se dieran palos a nadie.

Y escapaba en una carrera a contar a la Oficina central que los jornaleros preguntaban cuando les darían palos.

Dos días después, todo aquel laberinto de gentes que trabajaban, los hombres conduciendo bloques de piedra en plataformas rodantes arrastradas por tropillas de asnos, las mujeres lavando y tejiendo lana, los niños y niñas mayores preparando en cestillas las raciones de mediodía o de la noche, causó el estupor y el asombro de Lisandro de Hélade, cuando se presentó allí con su pequeña escolta de arqueros, en busca de los compañeros del Príncipe Abel como él llamaba a los Kobdas.

Vio diseñada ya a medias, la gran escalera de treinta pies de ancho que arrancando desde el verde y umbroso Valle Largo iba subiendo hasta lo alto del Monte de las Abejas.

—Pero, ¿vais a hacer una fortaleza allá arriba? —preguntó alarmado.

— ¡No, Grandeza! —le contestó el Patriarca—. Hemos descubierto que entre la selva que cubre el monte hay alimentación bastante para toda esta gente. Colmenas en abundancia, higueras y viñas, bellotas de oro y

aceitunas que es una bendición de Dios. A más, la piedra de esta montaña está cuajada de cavernas utilizables para habitaciones. Haciendo una subida de fácil acceso podremos utilizar todo ese tesoro que nos brinda la naturaleza.

– ¡Esto es obrar con sabiduría! Y, ¿cómo no lo había yo pensado ni llegó a descubrirlo ninguno de mis súbditos en esta tierra?

–Pues, porque a nadie se le ha ocurrido tomarse el trabajo de explorarlo. Los hombres hartos de todo en la vida no se ocupan de remover las piedras de una montaña, y los infelices esclavos no aciertan a levantar sus ojos de la tierra que absorbe su sudor y su sangre.

“¡Oh, Grandeza!..., para eso está hecha la Gran Alianza de Naciones Unidas, para enseñar a los hombres de esta hora a vivir felices con los dones de Dios que alcanzan y sobran para las necesidades de la humanidad que habita el planeta.

–Vosotros tenéis el secreto de la felicidad de los pueblos porque sabéis sacrificaros por ellos. Sois hermanos gemelos de la Princesa de mis sueños juveniles, y dejáis como ella, la dicha de unos momentos para correr detrás de otra dicha que no todos sabemos apreciar.

“¿Sabéis que vengo decidido a ponerme en relación con ella?

–Pero, ¿con quién?

–Con mi Princesa mártir a la cual quiero llevarle en ofrenda las ricas joyas que usaron las mujeres de mi raza, y que ella hubiera ostentado si hubiera sido soberana del Ática.

– ¡Si supierais lo sencilla y modesta que es! Ni aún sobre el trono de sus mayores ha consentido en despojarse de esta misma túnica azul que nosotros vestimos.

–Pero ese reino que llamáis Num-Maki, jamás lo oí mencionar –observó el Caudillo.

–Es el antiguo Atropatene de los Matchas, cuyo último vástago, Aranzán, fue asesinado por invasores Turkmenios, y es el abuelo de vuestra Princesa Mártir como la llamáis. En los valles del Lago Urán, al pie del Acuavanta se halla la antigua capital Matcha, que hoy se llama Aranzán como el último príncipe de la dinastía. Y el país de Atropatene se ha denominado Num-Maki porque el hijo mayor de Aranzán, que es Kobda, al ceder sus derechos a su hermana Shiva quiso darle tal nombre cuyo significado es “País de Numú”.

–Y ¿Por qué Numú y quién es Numú?

–Es el genio tutelar de los Kobdas, el cual propende a la paz, la unión y la fraternidad entre todos los pueblos de la Tierra.

–Pues bien, yo tengo que visitar ese país que debe ser el más dichoso país de la Tierra, por cuanto tiene la suerte de tener por reina a la más dulce y bella mujer que han visto mis ojos.

–En efecto –dijo uno de los Kobdas–, yo soy de Margiana, región que pertenece a los dominios de los reyes de Num-Maki, y puedo aseguraros que apenas volvió a su país la Suisini-Manh Shiva, madre de la actual Reinita, todo floreció en Num-Maki, como si una eterna primavera hubiera pasado por aquella tierra. Y ahora que ella se ha unido en matrimonio con el heredero de Soldán, llegará a ser uno de los más felices pueblos de esta época. Soldán ocupa el fértil valle regado por el caudaloso Amudaria y el río Sirk; una de las regiones más bellas y ricas de las vecinas al mar Hircanio. ¿No habéis oído hablar de Maracanda, el País Azul como comúnmente le llaman los mercaderes de oriente?

–Tengo entre mis cofres de tesoros uno de extraordinaria belleza que fue adquirido por uno de mis antepasados de un mercader del Irán. Está labrado en una sola piedra de un azul tan bello, que parece una turquesa con vetas de zafiros, y dicen que es piedra de Maracanda.

–Justamente; allí todas las montañas son de piedra azulada, como su cielo, sus ríos y sus lagos, y como los edificios, cuyos muros construidos con aquellas piedras labradas y pulimentadas, ofrecen el mismo aspecto que vuestro cofre. Pues de esa Samarcanda, capital de Soldán, bella como un sueño de hadas, ha salido el príncipe que la Ley Eterna destinó a vuestra dulce Princesa Mártir que en esta etapa de su vida terrestre, parece que tendrá una prolongada felicidad.

– ¡Oh!... Quiera el divino Kaph permitirme verla sólo una vez, y moriré tranquilo y feliz. Hay algo tan fuerte dentro de mi ser que me impulsa a tomar esta resolución, que estoy seguro de no poderlo dominar.

–Sois dueño de vuestros actos, Grandeza, y si necesitáis de nosotros como introductores ante la joven soberana de Num-Maki, no tenéis más que hablar –dijo Kerlés, que creyó comprender que una ley superior obraba sobre el subconsciente del Anciano Caudillo.

–Antes de terminar esta luna emprenderé el viaje. Las caravanas del Irán llegan al Ponto Euxino a comienzos de luna. Estamos al final, no tengo pues, mucho que esperar.

– ¿Y tenéis persona de confianza a quien dejar el gobierno de vuestro pueblo? –preguntó el Dakthylo patriarca.

–Delegaré en vosotros el mando hasta mi regreso –contestó el Caudillo.

–Mirad que es un viaje muy largo, y más para vos que deberéis descansar en muchas jornadas. Tendréis, quizás, un consejo de hombres más capacitados que nosotros para reemplazaros con ventajas. Es cosa de pensarlo mucho, Grandeza.

–Mi Consejo son los dos sacerdotes de Khaph, Orfeo y Hermes, que debéis conocer, pues ellos os conocen a vosotros. Ambos fueron curados por uno de vuestros médicos Ancianos que llaman Hilkar de Talpakén,

al cual tienen ellos por un sabio de primer orden, que conoce todos los males de los hombres y todos los medios para curarlos.

–Oh, sí, nuestro hermano Hilkar –contestó el Patriarca–. Pues bien, ¿no podrían esos consejeros gobernar el país en vuestra ausencia?

–La ley de Khaph les veda las funciones gubernativas. Ellos sólo pueden aconsejar al que gobierna y transmitirle los mandatos de Khaph –respondió el Caudillo–. ¿Cuál de vosotros es aquí el jefe? –preguntó pasado un breve silencio.

–Yo he sido designado Patriarca –dijo el Dakthylo, hermano del Kobda Kerlés–, y éste que aquí veis es el Notario. Tenemos dieciocho compañeros más, que cooperan en la instrucción y regencia de las Cofradías, y en el rescate de los esclavos.

–Pues bien, yo delegaré en vos mi autoridad hasta mi regreso, y si me lo permitís, os llevo ahora mismo para presentaros a los dos Augures y a los jefes de mis arqueros.

El Patriarca creía salirse de sus viejas normas de apartamiento y soledad. ¡Un Dakthylo gobernando un pueblo, mandando jefes de arqueros, hecho cargo de la red económica de una vasta región! Miró casi con estupor a Kerlés y los demás Kobdas que estaban de turno.

Todos comprendieron aquella mirada que interrogaba.

Los Kobdas habituados a ver a Bohindra como un genio de sabiduría y de amor, de rectitud y de prudencia sobre innumerables pueblos; a Shiva, a Helia, a Iber, a Mabi, a la anciana Elhisa, a Solania, a Adonai, todos ellos cooperando a la evolución de pueblos grandes o pequeños, de multitudes de seres que la Eterna Ley congregara en torno suyo, no veían el motivo tan grande de alarma que causaba la turbación del Patriarca.

Fue un momento fugaz de indecisión del cual le sacó Kerlés, cuya clarividencia le llevó a comprender un secreto camino de Dios, abierto ante ellos de bien inesperada manera.

–Creo que su Grandeza no os pide nada que esté fuera de lugar –observó Kerlés a su hermano–, y puesto que busca en vos la prudencia y la rectitud necesarias para reemplazarle en el gobierno de su pueblo durante su ausencia, no veo el motivo de vuestra indecisión. A más, él no os pide compromiso al momento, sino que os lleva a conocer el terreno.

–Grandeza, estoy a vuestra disposición –dijo el Patriarca–, iré con vos y de mi entrevista con vuestros Consejeros y vuestros Jefes, dependerá mi contestación.

Y después de visitar los talleres de los tejidos, de grabados, de escultura, el Caudillo tornó a su vetusta mansión de piedra blanca sobresaliendo de entre un espeso bosque de pinos y de palmeras en la orilla misma del Lago Grande, frente a una de las más bellas islas del Archipiélago donde estaba edificado el Templo de Khaph.

Fueron con él el Patriarca y el Kobda del país de Margiana que conocía a Helia y a Fredik, el príncipe esposo.

Kerlés le siguió con la mirada, mientras sentía en su interior como un íntimo llamado que le inundaba de suave ternura.

De pronto vio el cuerpo astral de Shiva, la Suisini-Manh y comprendió que le decía:

–Gracias, hermano mío, por haberme escuchado. Está en la ley de mi hija y en la ley de ese Príncipe que le encuentre al final de su vida. Dejará su materia en el país de Num-Maki, y será de aquí a cuarenta lunas el primer vástago de los reyes de aquel país. –Y la visión desapareció.

– ¡He aquí que el llanto de la Princesa Mártir, continuará fecundando pueblos y pueblos!... ¡Qué misteriosa fuerza está encerrada en la fuerte alianza de las almas que han entrado de lleno y para siempre en el aura potente de la Eterna Ley!... –exclamó Kerlés, meditando en lo sucedido mientras salía de nuevo al valle que presentaba el aspecto de un hormiguero humano.

El ruido de las plataformas rodantes cargadas de piedras y de troncos de árboles; el crujido de las sierras, el golpear de las hachas en el vecino pinar, el rodar de bloques de piedra arrancadas a pico, el animar a las bestias que arrastraban las cargas, todo aquel laberinto de esfuerzos humanos encauzados a un solo fin, llenó el alma del Kobda vidente de una nueva y formidable energía.

– ¡Otro retazo del mundo –dijo–, que se une a la Gran Alianza de la Paz y del Amor donde el Verbo de Dios sembrará los rosales del porvenir! ¿Quién los verá florecer?...

Y una voz íntima le dijo en el fondo de su propio ser: “Tú, tú mismo los verás florecer. ¿No es el alma humana eterna como Dios?”

El vibrante sonido del disco de cobre llamando a la refección del mediodía le sacó a Kerlés de sus profundas meditaciones, y lo primero que vio cerca de sí fue un esclavo de edad madura al cual le faltaba el brazo derecho.

– ¡Amo bueno! –dijo casi en un sollozo–, isé que no tengo derecho a nada porque nada puedo hacer, pero mandad que me den un poco de pan, para matar el hambre!

–Aquí todo el mundo tiene derecho a satisfacer sus necesidades –le contestó Kerlés–, ¿y cómo es que tenéis hambre aquí donde a todos se reparte en abundancia?

– ¡Amo bueno!..., los inútiles como yo comen lo que se da a los perrillos, mas no sé donde está el lugar en que se arrojan los desperdicios...

– ¡Buen hombre! –dijo Kerlés, impresionado por aquellas palabras–, venid conmigo y ya veréis como hay para vos un lugar junto a la hoguera, igual que para los demás.

Y tomándole de la única mano que tenía le acercó a la hoguera inmediata a donde empezaban a llegar los niños distribuidores.

Le sentó sobre un tronco de árbol, y dijo a uno de los niños:

—A éste que tiene la desgracia de haber perdido un brazo en el trabajo, me le serviréis el primero y le cuidaréis con más esmero que a los sanos.

Y el Kobda tomó una de las raciones y la puso sobre las rodillas del infeliz esclavo que lloraba y reía, sin encontrar en su pobre mente lo que podía decir ante una acción que veía por primera vez en su vida.

Y otra vez la videncia de Shiva cargada con sus dos hijitas desnudas, allá entre los troncos amontonados para el Santuario de La Paz, apareció ante el clarividente. Era el solemne momento aquel cuando Senio con indecible amor, recogía aquellos harapos humanos y los incorporaba a los tesoros de Numú.

—Que Dios me permita ser el Senio del Ática en esta hora de la humanidad —dijo el Kobda en el fondo de su pensamiento.

182

ALMAS DOLIENTES

Dos días y medio había pasado Abel lejos del “Cien Alas”, al cual seguiremos con el lector rumbo al Sur por las aguas del Mar Egeo, en varias de cuyas islas hizo escala para renovar provisiones y desembarcar algunas de las Berecinas que eran esperadas por sus familias. Sólo en la Isla de los Fugitivos, cercana a la que hoy conocemos como Isla de Rodas, quiso Abel desembarcar por unas horas. Le acompañó el Kobda Notario, Hilkar el Anciano Dakthylo y el desventurado Furkis que habiendo padecido enormemente en los días que el Maestro permaneció en Ática, no quiso de nuevo separarse de él.

—Sólo vos tenéis el poder de acallar este fiero dolor que muerde mis entrañas —decía el infeliz al joven Kobda—. Decidme, ¿vale la pena el vivir así?

—Furkis, oídme, debo bajar en esta isla casi desierta. Si queréis acompañarme puede ser que aprendáis a bendecir el dolor —le contestó Abel.

Y Furkis bajó siguiéndole.

Allí sólo había cuatro Kobdas, ya de edad madura, que esperaban al viajero cuya visita les había sido anunciada desde Anfípolis.

Allí estaban congregados también en la pequeña rada, seis decenas de viejos decrépitos, hombres y mujeres, algunos esclavos mutilados, chiquillos contrahechos, jorobadillos que jamás crecían de estatura, seis

piratas con las manos y las orejas cortadas años atrás en castigo de crímenes cometidos, y dos bellas adolescentes mellizas que sufrían parálisis en las extremidades inferiores por lo cual se las tenía sentadas en rústicos carritos, que dos fuertes jorobaditos llevaban de una parte a otra.

Todo aquel cuadro sería desolador si no fuera por el ambiente de paz y de fraternidad, de limpieza y de orden que reinaba en medio de tanto dolor. Todos allí trabajaban según su capacidad y sus fuerzas.

Aquellos cuyas manos habían sido mutiladas por la justicia humana, llevaban calzados en los pies unos grandes zuecos de madera armados de una fuerte púa, como los rompe nieve, y eran utilizados para abrir los surcos en la tierra ya removida, a fin de que el sembrador que caminaba detrás pudiera arrojar la semilla. Por igual procedimiento, o sea, desandando el camino, hacían caer de nuevo la tierra y la semilla quedaba cubierta.

Las ancianas y las niñas paralíticas hilaban y tejían blancos vellones de lana, que entre sus manos ligeras y ágiles se transformaban en gorros, calcetines, casacas y vestidos.

Los viejecillos y los jorobaditos tejían cestos de hojas de palmeras, de fibras de árboles y embolsaban higos y uvas secas muy abundantes en la región.

De una mirada abarcaron los visitantes toda la labor sin fatiga que realizaban aquellas almas dolientes, resaca humana arrojada en esa isla por quien sabe qué espantosa tempestad. Y allí los cuatro Kobdas, heroicos sacerdotes del Amor y del Sacrificio, desempeñaban desde hacía ya años el monótono y oscuro papel de consoladores, de maestros y de padres, de aquella porción de humanidad olvidada en las cavernas de la isla casi desierta.

En la vecina Isla de Rodas existía un mercado y había un pequeño destacamento de arqueros que representaban la autoridad del Caudillo soberano de Caria al cual pertenecía. Indirectamente quedaba pues protegida la Isla de los Fugitivos, a la cual ningún viajero tenía interés de llegar, pues se la tenía por refugio de leprosos y tísicos. Esta creencia muy vulgarizada le daba hasta cierto punto, una gran seguridad. Y como sus inofensivos habitantes pagaban las compras que hacían en el mercado de Rodas, nadie se ocupaba de ellos. Sólo se veía cada cuatro lunas detenerse allí para descargar mercancías una barcaza que venía del Mar Grande, algunas veces con pabellón de Dhapes, otras con bandera de Zoan en el Nilo.

– ¿Quién se acordará de aquellos infelices que más valdría dejar morir de una vez por todas?... –era la pregunta que a veces hacían los habitantes de Rodas al ver detenerse las barcazas en la pequeña Isla de los Fugitivos.

Los Kobdas del país de Ethea, Iber, Selyman y sus compañeros, las Kobdas del Monte Kasson, los de Neghadá sobre el Nilo, eran quienes recordaban cuatro veces cada año que una porción de almas doloridas y de cuerpos enfermos o envejecidos, vivían su penosa vida en aquella isla desierta donde habían nacido antes Adamú y Evana, que debían traer a la vida física al Verbo de Dios en su quinta jornada Mesianica.

El resto de la humanidad civilizada ignoraba la importancia que tenía para los Kobdas aquella pequeña isla perdida en el Mar Grande. Ignoraba que en aquellas fragosas montañas el Amor había consagrado la unión de cuatro seres que eran el comienzo de una nueva civilización.

Con visible emoción penetró Abel en la gruta, que le señalaron como la cuna agreste que había escuchado el primer gemido de sus padres recién nacidos a la vida.

Leyó los grabados que en lengua atlante aparecían en las partes lisas de las rocas cenicientas. Los nombres de Sophía y de Joheván, de Aldis y Milcha. La fecha del día del casamiento de la princesita con el guerrero. La fecha del nacimiento de Adamú y luego Evana.

En otra parte la indicación de la salida de todos en busca de mejores climas y formas de vida para Sophía, ya enferma. ¡Oh!..., ¡aquello era volver a vivir el rudo dolor de aquellos seres habituados a todo el confort de las grandes capitales, relegados allí a una vida mísera y casi salvaje! Y Abel hablando con sus compañeros y los Kobdas residentes allí, les decía:

–Todo esto lo tenía yo pintado en mi mente por las minuciosas descripciones que me ha hecho innumerables veces el Pangrave Aldis, único sobreviviente de aquella dolorosa tragedia.

Mientras los Kobdas daban a los viajeros todos los detalles que les pedían al respecto, observemos nosotros las diversas actividades que se iban desarrollando en lo más hondo de todas aquellas almas dolientes, nombre que aplicamos a la mayoría de los viajeros del “Cien Alas” y a la mayoría de los residentes en la Isla de los Fugitivos. ¿Y cómo podía ser de otro modo? ¿Acaso el Ungido de la Piedad y del Amor Infinitos no debía ser por derecho propio el consolador de todos los dolores humanos? Y Furkis oía, observaba y callaba. La espléndida mañana de sol dorado y tibio, decidió a todos los viajeros a bajar del barco, cuando supieron que tenían algunas horas de parada.

Los Dakthylos se interesaron en ver la caverna, cuna de los padres carnales del Verbo de Dios, y pensaron además que en aquel refugio de lisiados y de ancianos, algo bueno podían hacer sus conocimientos médicos.

Por su parte las Berecinas viajeras se decidieron a bajar cuando supieron por un jorobadillo curioso que se acercó al barco, que en la isla no había leprosos ni tísicos.

Una de ellas, de treinta años de edad miraba con los ojos húmedos de

lágrimas hacia el lugar del horizonte donde se veía claramente diseñada la línea oscura de la costa de Caria, hacia el Noroeste. Se veía claramente que no podía apartar la vista de aquel lugar.

Tan absorta estaba que no se fijó que había quedado sola con los marineros, pues sus compañeras habían bajado.

Furkis que todo lo veía, observó a aquella mujer y pensó:

–A esa infeliz le ocurre lo que a mí cuando el destino me arrancó de Frixos, donde dejaba para siempre todo lo que había amado.

Y como parece que la semejanza de dolores hiciera nacer simpatía entre las almas, la de Furkis se sintió compadecida de aquella mujer, a quien sólo conocía desde que viajaban en el mismo barco. Al mismo tiempo el Capitán se acercó a ella para advertirla que todas sus compañeras habían bajado. La mujer secó disimuladamente sus lágrimas y bajó lentamente la escalerilla. Se notaba hasta en su andar esa gran laxitud que denota la pérdida completa de toda esperanza, de toda ilusión. No obstante, sus vestidos y sus modales denotaban una persona de educación y de fortuna. Y el dolor dignamente soportado, parecía envolverla en una aureola que la hacía sumamente agradable. En sus cabellos castaños dispuestos en largas trenzas que un broche de perlas sujetaba alrededor de su cabeza, se veían algunos hilos blancos. Aquella mujer era hermosa a pesar de sus dolores y de sus treinta años.

Cuando Furkis pudo acercarse a Abel le dijo casi al oído: –Mirad esa mujer.

– ¿Cuál? ¡Hay tantas!

–La que viste pieles blancas y tiene corona de trenzas.

– ¿Qué veis en ella que os llama la atención?

–Viene desde Frixos como yo, pero ella ha padecido enormemente al ver a lo lejos la costa de Caria, como yo al apartarme de Frixos. Antes la he visto reír y charlar como a las otras. Mas, al llegar aquí sufre y llora. Vos que sois el Hombre Luz, ¿podéis descifrar este misterio?

“El dolor propio me ha hecho psicólogo y veo que el dolor de los demás empieza a interesarme.

– ¡Hermoso síntoma, amigo mío! –exclamó Abel–. Eso quiere decir que así como vuestra persona camina hacia La Paz, también vuestro espíritu toma por fin el camino de encontrarla.

“Creedme, cada corazón es un libro cerrado en el cual podemos aprender grandes cosas si nos tomamos el trabajo de hojearlo. Es un crimen de lesa majestad al Amor, ver un alma que padece y no acercarnos a decirle: Hermana, si vuestro dolor puede ser remediado, heme aquí. Soy vuestro hermano.

Y como aquella mujer se quedara apartada y de pie sobre una roca, y continuara con los ojos clavados en la costa, Abel se dirigió hacia ella.

–Perdonad si os interrumpo –le dijo–. Veo que buscáis con la mirada la vecina orilla. ¿Es que habéis cambiado de parecer y en vez de seguir a Monte Kasson queréis quedaros en estos parajes?

“Ya sabéis que sois enteramente libre y si os he invitado a aquel Santuario es buscando vuestra felicidad. ¿Queréis quedar en el país de Caria?

La mujer miró a Abel con estupor.

–Mi primer marido vive allí –contestó a media voz.

–Si aún le amáis y él os ama, estáis a tiempo de tomar una determinación que os traiga el sosiego y la paz.

– ¡Oh, no! ¡Jamás! Él fue el causante de todas mis desventuras. Yo no sufro por él. Yo sufro por... –un hondo sollozo cortó sus palabras, y volviéndose a un lado se abrazó de la primera de sus compañeras que encontró cercana, y que acaso acudía viendo aquella escena.

– ¿Sabéis vos por qué padece esta mujer? –preguntóle Abel a la otra.

–Es que ella estuvo casada con un Príncipe Cario que la hizo muy infeliz, hasta el punto que huyó de él porque le mandó arrojar al despeñadero dos hijitas mellizas, cuando a los dos años de nacidas se vio que no podían caminar. Ella huyó al Norte y un Caudillo Frixo la tomó como esposa secundaria. Tuvo sólo tres varoncitos que han quedado con su padre. Le causa gran dolor el haber sido madre de cinco niños y verse sin ninguno de ellos, sola en el mundo. ¡Vamos, no llores así! –dijo a su compañera que sollozaba amargamente–. El Príncipe Abel tiene el secreto de consolar todos los dolores, y acaso encontrará solución para ti.

–El Altísimo es quien tiene el bálsamo para todas las angustias de la vida si acertamos a buscar en Él nuestro consuelo. ¡Mujer!..., cree conmigo que sólo Él te puede consolar. Pídele conmigo ese consuelo que necesitas.

El Hombre Luz tomó la diestra de aquella mujer, y se concentró en sí mismo breves momentos.

Algunas que vieron esto, decían:

– ¡La está curando del mal del corazón!... Esa pobre va a volverse loca bien pronto. Desde que nos acercamos a Caria ni come ni duerme.

Abel creyó que la luz se había hecho en su mente.

– ¿Qué edad tendrían tus dos hijitas si hubieran vivido? –le preguntó.

– ¡Doce años!... ¿por qué me lo preguntas? –interrogó la mujer toda alterada.

–Venid conmigo –díjole Abel.

Y seguido de las dos Berecinas se dirigió hacia el grupo de los refugiados. No habían aún llegado cuando una vieja esclava que escardaba lana exhaló un grito y se abrazó de las rodillas de la joven y bella mujer.

– ¡Amita, amita buena!..., ¿dónde os escondisteis que nunca os pude hallar?

– Pero, ¡eres Jaca!..., ¡oh, pobre Jaca! ¡Para qué iba a volver si ellas no vivían ya! –exclamó la bella mujer abrazando la cabeza de su antigua esclava.

– ¡Pero, amita!..., si yo las había salvado, si yo pedía limosna para ellas hasta que un Kobda peregrino nos recogió a las tres. Estos hombres justos tenían razón al decirme: ¡Pedid a Dios que se encuentren las hijas con la madre, y si está en su ley, se encontrarán! Y yo he pedido tanto, amita, que vinierais y habéis venido por fin.

Y la vieja esclava le besaba las manos, los vestidos, los pies, y temblando lloraba.

– ¿Dónde están, dónde están?... ¡Dios de los Kobdas, dámelas y diré a todos los hombres de la Tierra que sólo Vos sois Bueno, sois Justo, sois Grande!...

Aquella escena patética y emocionante en extremo había atraído a muchos de los viajeros. Abel tomó de la mano a ambas mujeres colocándose al centro.

– Venid, almas hermanas –dijo–, porque es vuestro amor y no yo, quien ha hecho el milagro. ¿De qué vale la diferencia de condición cuando las almas vuelan a la misma altura? Vos erais el ama; ella la esclava. Cuando vuestras niñas fueron condenadas a la muerte, ella las salva y os las devuelve. ¿Qué debe ser ella para vos en adelante?

– ¡Mi madre!..., ¡mi madre! –gritó la Berecina, y arrojándose a los pies de la esclava se abrazó a ella y cayó desvanecida.

Eran sus hijas las dos adolescentes sentadas en los carritos y cuyas piernas no podían caminar. Ya los Dakthylos y sobre todo Hilkar, estaban examinando aquellos cuerpecitos endebles cuya escasa fuerza parecían haber refluído al busto, pues estaban perfectamente conformadas y eran ambas de una belleza delicada y atrayente como lo era su madre a la cual se parecían como gotas de agua.

Cuando la madre volvió en sí estaba sentada ante los carritos que sostenían a sus niñas. La escena de este encuentro no es para ser descrita sino sentida y adivinada.

Furkis no salía de su asombro.

– ¡En verdad este hombre no es un hombre! –decía Furkis, que no salía de su asombro, mirando a Abel, por cuyo bello semblante corrían dos lágrimas silenciosas ante el cuadro aquel de las tres cabezas unidas en un beso que no terminaba más–.

“¡Este hombre es un resplandor del Supremo sobre la Tierra, porque a su paso parece brotar como por arte mágico, el consuelo, la paz, la felicidad!...

“Sólo a mi corazón no podrá resucitarlo porque está en la tumba junto con *ella*...

¿Llegó este pensamiento a la psiquis de Abel?

El joven Maestro comprendió que el problema de aquella madre estaba resuelto y buscó con la vista a Furkis. Le vio cerca de los Dakthylos médicos que deliberaban sobre el tratamiento más eficaz para curar las niñas paralíticas. Al dirigirse al encuentro de Furkis, vio entre unos sacos de trigo dos bultitos color canela oscuro que se agitaban convulsivamente.

Se acercó, se inclinó y vio que eran dos niños que lloraban y procuraban sofocar sus sollozos. Les sacudió suavemente por los hombros.

– ¿Qué os pasa?... ¿Por qué lloráis? ¿Quién os ha maltratado? – Ambos le miraron secándose los ojos con la manga de la casaca. Abel se dio cuenta de que no le comprendían. Repitió las preguntas en la vieja lengua traída a estas comarcas por los Samoyedos, y entonces los niños apretaron de nuevo sus rostros sobre los sacos de trigo para que su llorar no fuera sentido.

Abel se arrodilló junto a ellos, haciéndoles comprender que no se retiraría sin que le respondieran.

Por fin uno de ellos dijo:

– ¡Grandeza! Vos sois un príncipe y no podéis comprender el dolor de dos miserables gusanos como nosotros.

¡Qué hondo le penetraron a Abel estas palabras!

– ¡Yo no soy un príncipe!... –dijo con dolorido acento–. Yo soy un hombre para quien la pobreza y el dolor es el mayor de los privilegios. Yo comprenderé vuestro dolor. Habladme con sinceridad: ¿sois huérfanos? ¿Sois aquí maltratados? ¿Habéis nacido esclavos?

–Somos huérfanos, no tenemos familia, pero aquí nadie nos quiere mal.

– ¿Entonces por qué lloráis?

Los dos niños se levantaron entonces, y de pie llegaban apenas a la altura de los hombros de Abel arrodillado. Eran dos jorobaditos de agradable fisonomía, la cual representaba que tendrían catorce a quince años.

– ¡Yo tiraba el carrito de Esmeralda!... –articuló, haciendo pucheros uno de ellos.

–Y yo tiraba el de Amatista –murmuró el otro llorisqueando.

– ¡Ah!... –exclamó Abel comprendiendo la angustia secreta de aquellas tristes almitas.

– ¿Y padecéis así porque ellas encontraron a su madre que se las llevará lejos de aquí? ¿No es esto?

– ¡Y no las veremos más!... –gruñía el uno.

– ¡Y todo se tornará oscuro para nosotros!... –gruñía el otro.

– ¡Son dos ángeles que se van!... –volvía a decir el uno.

– ¡Son toda la alegría de esta isla! –decía el otro.

–Lo comprendo, amiguitos míos –deciales Abel acariciándolos–. Todo tiene arreglo en la vida para las almas de buena voluntad. Vamos a ver. ¿Cuánto tiempo hace que conocisteis a esas niñas?

–En esta luna celebramos aquí la llegada de la abuela Jaca, hace setenta lunas –dijo uno de ellos.

–La abuela Jaca es la viejecilla que trajo las niñas –añadió el otro–.

“Como nosotros éramos los más chiquitines, el Patriarca nos encargó hacer jugar las niñas y luego tirar los carritos.

– ¡Esmeralda me tejió este gorro!

– ¡Y a mí estos calcetines!...

– ¡Y ahora se van..., se van para siempre, para toda la vida! –decía el uno.

– ¡Para siempre!... –respondió el otro. Y los dos jorobaditos recostaron sus enruladas cabecitas negras sobre el pecho de Abel que les abrazó tiernamente.

– ¡Mucho las amáis!... –exclamó conmovido el joven Maestro, sondeando aquel abismo de amor desinteresado y puro como pocas veces se encontraba en las altas esferas sociales–.

“Y como el Amor es lo más santo y lo más noble que hay, el buen Dios goza en premiar al amor.

“¿No veis cómo Jaca pedía al buen Dios que las niñas encontraran a su madre? Y la han encontrado.

– ¡Pero las perdemos nosotros!... –murmuraron ambos.

–Si vuestro amor es desinteresado y puro, no las perderéis. Esperad un momento, quietitos aquí y sin llorar. –Y Abel, sonriente y alegre como un niño, corrió en busca del Patriarca de aquel Refugio.

Allí se informó de quiénes eran aquellos pobres niños. Los habían encontrado envueltos como un fardo en una barca vieja abandonada a merced de las olas, cerca a la costa de Pisidia. De esto haría doce años y nadie les había dado noticias de ellos.

Por algunos recuerdos que los niños conservaban, parece que no eran hermanos, pues cada uno tenía una madre, una casa. No había entre ellos más parecido que la edad y su pobre espalda doblada como viejitos con rostros de niños. El haberlos encontrado juntos y el ver que los niños se conocían de antes, y el escuchar sus conversaciones había hecho comprender a los Kobdas que pertenecían a madres parientas o amigas, a quienes los maridos o la ley del país, las obligó a arrojarlos como una piltrafa inútil. Y los envolvieron juntitos en una manta de lana, dejándoles al lado una cestilla con pan, queso, miel y frutas secas.

–Están desesperados –observó Abel–, porque suponen que las niñas seguirán a su madre.

– ¡Oh!..., pobrecillos... –exclamó el Patriarca–. Era digno de observación la ternura abnegada y silenciosa con que ellos han cuidado y amado a esas criaturas. ¡Creedme, hermano Abel, estoy convencido de que hay mucha más virtud, más nobleza, más hermosos sentimientos entre los seres fustigados por la miseria y el dolor que entre los dichosos de la vida! ¡Pobrecillos! ¡Estarán inconsolables!

–He tenido una idea, Patriarca, si vos me lo permitís... –observó Abel.

–Vuestras ideas no pueden ser sino excelentes, hermano Abel, y casi ya la estoy adivinando... Decid...

–Pensaba pedir a la madre de esas niñas que se lleve también a los dos chiquillos. ¿Podría ser esto?

– ¡Si ella lo quiere, sí! –contestó el Patriarca–. Sería la obra completa, y para nosotros la más grande satisfacción. ¡Oh, hermano Abel, qué buenas son vuestras visitas que nos traen la única dicha que podemos ambicionar los Kobdas: la de hacer la dicha de los demás!

–Vamos pues a explorar el terreno.

Al decir así, Abel volvió hacia el sitio en que quedaron la madre con las niñas. El grupo había desaparecido y sólo estaba allí Furkis entre los Kobdas y Dakthylos. Las Berecinas se sentían en grande algazara en la caverna grande, donde estaba encendida la hoguera común de todos los refugiados

Abel y el Patriarca se llegaron al grupo de hombres entre los que estaba Furkis.

–Hoy es fiesta para todos –dijo uno de los Dakthylos.

– ¡Hay dos que lloran! –dijo Abel.

– ¡Teníais que ser vos quien los descubriera! –dijo Furkis–. Y, ¿quiénes son?

–Aquellos dos niños que veis sentados sobre un saco de trigo.

“Eran los que tiraban los carritos de las niñas, y ellos padecen porque ellas se van.

– ¡Oh!..., ipícaro amor!..., ¡también en esta isla desierta se hace sentir!... –exclamó Furkis mirando compadecido a los jorobaditos–. Vamos a ver, Príncipe Abel, ¿cómo haréis para consolar el dolor de esos angustiados chiquillos?

– ¡Muy sencillo!... Pediré a la madre que se los lleve también. Si esos niños las han cuidado y amado setenta lunas, ¿no se han conquistado el derecho de ser compensados de la misma manera? Ella es rica. Ellos son pobrecillos y huérfanos. Jamás pidieron otro premio que el de tirar sus carritos de enfermas, traerles nidos de pájaros, flores silvestres,

frutos del huerto, espigas doradas, mariposas azules y blancas... ¿Por qué impedirles que sigan haciendo lo mismo hasta que la Ley Eterna disponga otra cosa?

– ¡Oh, es justo, muy justo lo que decís! –exclamaron todos a la vez. Un viejo Dakthylo se fue hacia los jorobaditos que llenos de ansiedad esperaban, mientras Abel se dirigió a la caverna grande donde la anciana Jaca había llevado a las niñas, a la madre y a todas las Berecinas.

El cuadro aquel no podía ser más pintoresco.

La joven madre, cuyo nombre era Arcelia, estaba extasiada con sus niñas que había sentado sobre un estrado, y ella de rodillas, estaba ocupada en peinarlas a su gusto, en ponerles vestidos y adornos adecuados. Otras Berecinas la ayudaban en esta tarea, para lo cual habían bajado sus arcas de viaje, y buscaban y rebuscaban cuanto viniese bien para las dos niñas. Otras Berecinas se esmeraban en el arreglo de la Anciana Jaca a la cual era necesario transformar en Mangrave de las niñas y en madre de su antigua ama.

Las demás se ocupaban graciosamente en ponerles sus propios vestidos a las otras viejecitas compañeras de Jaca, a la cual todas felicitaban por la bendición de Dios que había caído sobre ella. Toda esta complicada escena era la que causaba la alegre algarabía de la caverna grande. Desde la puerta abarcó Abel con una mirada toda aquella actividad femenil.

– ¡Veo que todas sois aquí felices! –exclamó con su sencilla bondad.

– ¡Yo más que nadie, gracias a vuestro Justo Dios! –exclamó Arcelia al verle.

– ¿Y vosotras? –preguntó Abel acercándose al estrado en que estaban sentadas las enfermitas.

– Como apenas si me recuerdan –dijo la madre con cierta tristeza–, ellas no exteriorizan su dicha. Pero me amaréis, ¿verdad? –preguntó acariciándolas.

– Sí –dijo una–, porque Jaca nos ha dicho tantas veces que sois tan buena como hermosa.

– ¡Oh, sois una linda mamá!... –añadió la otra.

– ¿Estáis contentas de dejar la isla? –preguntó Abel. Las dos niñas bajaron los ojos y callaron.

– Contestad al Príncipe –dijo la madre–. ¿O es que no queréis venir conmigo?

– ¡Oh, sí!..., nosotras queremos ir donde vos nos llevéis, porque nuestros Padres Kobdas nos decían: “Pedid a Dios a vuestra madre y Él os la devolverá”. Nosotras os esperábamos.

– Es que hay otra cosa –añadió la otra niña–. Nosotras nos iríamos felices completamente si no fuera por Tordito y Rubí...

– ¿Y quiénes son Tordito y Rubí?... , ¿algunos perrillos falderos que tenéis? –preguntó la madre riendo y mirando a Abel, que sonreía también más enterado que la madre en el particular.

–No, madre, ino son perrillos! –exclamó dolorida una de las niñas–. Son los dos niños que tiraban de nuestros carritos desde hace tanto tiempo, que yo, desde que me acuerdo, veo sus dos caras y sus cuerpecitos doblados llevándonos a donde nosotras queríamos ir.

– ¡Oh, eso es otra cosa diferente!... –dijo Arcelia, casi avergonzada de lo que había dicho.

–Si vieras, madre –observó la otra niña–, ¡cómo lloran ellos porque vos nos lleváis!

–Y, ¿quiénes son esos niños?

–Son dos jorobaditos huérfanos y recogidos aquí por los Kobdas como nosotras.

–Príncipe Abel –dijo la madre levantándose–. Vos me habéis dado a mí la felicidad y yo quiero darla a todos los que yo pueda.

“Si yo he padecido tanto sin mis niñas adorables, comprendo que todos aquí las hayan amado como ellas se merecen. Si me es permitido, me llevaré también esos huérfanos y haré cuenta de que son cuatro, en vez de dos, los hijos que vuestro Dios me ha devuelto.

–Mujer, seáis bendita en esta hora de vuestra vida porque habéis respondido ampliamente al designo divino. ¡Se hará como lo decís! –Y tomando a las enfermitas por las manos les preguntó–:

“¿Estaréis contentas de llevar con vosotras a Tordito y Rubí?

– ¡Oh, mucho, mucho! –exclamaron ambas–, ¡qué lástima que no podamos correr a buscarles!... ¡Mamita buena!..., ¡era cierto lo que decía Jaca, que erais una mamita hermosa y buena!

Y las dos niñas se abrazaron del cuello de su madre que lloraba lágrimas de dulce ternura.

Abel había salido en silencio, las Berecinas se habían diseminado por el gran patio circular de las cavernas y los jorobaditos venían a gran carrera llamados por el Patriarca. Se detuvieron al ver a Abel junto a la entrada a la caverna.

–Venid –les dijo, y les tomó de la mano–. Ahora veréis lo que hace el Dios bueno de los Kobdas con los seres que cumplen con su deber.

Y les entró a la caverna.

–Tordito, Rubí, os llevamos con nosotras; sí, os llevamos; nuestra madre será vuestra madre; venid acercaos para que ella os abrace porque habéis sido buenos con nosotras.

Abel les empujó suavemente y la dichosa madre les abrió a entrambos sus brazos.

– ¡Pobrecillos!... –les dijo–. ¡Vosotros las amasteis cuando yo las

había perdido! ¡Vosotros las cuidasteis cuando yo no podía cuidarlas! ¡Oh! ¡Sería un crimen si yo os dejara olvidados! ¡Besadme sin temor porque soy también vuestra madre!

Y les abrió sus brazos.

Ambos niños, como dos tórtolos, se refugiaron en aquel corazón que les brindaba con la copa divina del amor maternal.

¿Era un sueño todo aquello o era una realidad? El asombro era general.

Sólo los Dakthylos y los Kobdas no se asombraban porque ellos sabían desde hacía muchos siglos y muchas edades que: *“¡El Amor es el mago divino que salva todos los abismos!”*

183

MAR ADENTRO

El sol declinaba ya en el horizonte tiñendo de oro y púrpura las aguas del Lago Grande y las cimas nevadas de las montañas, cuando el Capitán del “Cien Alas” avisó a Abel que ya estaba listo para zarpar.

– ¡A vuestro paso brotan los viajeros de los pedruscos en forma maravillosa!... ¡Oh, Príncipe!..., isois un conquistador sin igual! –decía bromeando el viejo marino al joven Kobda, cuando éste le anunció que subirían a bordo seis pasajeros más.

–No os alarméis –le contestaba Abel–, que la conquista de esta vez os ocupará poco lugar. Son dos niñas que caben bien en el lecho de su madre que venía ya desde Frixos; dos menudos jorobaditos como dos golondrinas que compartirán mi lecho; una viejecilla que cabe con holgura sobre un arca de viaje; y el Patriarca del Refugio, a quien le toca este año el turno de descanso en La Paz o en Neghadá.

–No hay necesidad de que os estrechéis, pues acabo de convenir con mi hermano mayor, propietario de cuatro barcos mercantes que hacen la travesía Caria – Dhapes, que uno de sus barcos de marcha a Dhapes, zarpará junto con nosotros, y como sólo lleva cargamento, la cámara de viajeros está vacía y caben en ella veinte pasajeros. Vuestra conquista del Golfo de la Reina fue abundante; alzamos treinta de un golpe y no lo pasarían del todo bien en el reducido espacio que les pude ofrecer.

– ¡Sois un genio del mar!... –exclamó Abel–. Encantado, amigo Capitán. Disponed quienes hemos de ir en el barco de vuestro hermano.

–No os contéis en el número, Grandeza, porque vos no salís de mi barco. Soy yo el responsable de vuestra persona. Si no os oponéis, yo embarcaría con mi hermano veinte hombres de los que viajan en vuestra compañía. Como es una sola cámara grande, no está bien que

embarquemos allí mujeres. Ya sabéis que un buque de carga no tiene los apartamentos que uno de pasaje.

Después de una breve deliberación, se dispuso que algunos Kobdas y algunos Dakthylos hasta llegar a veinte viajarían en el buque de carga, quedando con Abel, Hilkar, el Kobda Notario, seis Dakthylos de los más Ancianos, Furkis, las Berecinas con sus hijas, los dos niños y Jaca, la anciana que había cambiado su posición de esclava por la de madre de su antigua ama.

–Antes de partir –dijo Abel a los Kobdas que allí quedaban–, quiero engrandecer el horizonte de vuestras esperanzas y que veáis pronto la compensación de vuestros sacrificios ignorados y ocultos.

He hizo grabar al Kobda Notario un papiro que firmó juntamente con tres de los más Ancianos Dakthylos. La misiva estaba dirigida al Patriarca del Monte de las Abejas y decía así:

“Hermanos: En la Isla de los Fugitivos hemos encontrado una colonia de seres desechados de la sociedad. Es una especie de resumidero del dolor que abunda en estas islas y en estas costas. Sois los administradores de los tesoros del Altísimo. Os recomendamos la Isla de los Fugitivos donde les faltan buenas habitaciones, buenos talleres, mejores elementos de trabajo, de instrucción y de progreso. Que la Divina Sabiduría os guíe en vuestro camino”.

Y los Kobdas del Refugio decían llenos de felicidad:

–Nuestro barquito de rescate podrá salir cada luna a recoger en las costas los que deshecha la sociedad. Y la Isla de los Fugitivos se tornará en una gran Escuela de virtud y de trabajo que haga felices a los amparados en ella.

El Himno de la Tarde cantado a coro por los que partían y por los que quedaban fue el fraternal “hasta luego”, conque se separaron aquellos seres cuyas almas continuarían estrechamente vinculadas por los pactos milenarios con el Hombre Luz, que cruzaba entonces por la tierra como un astro soberano llenándola de claridad y de amor. El “Cien Alas” marchaba adelante seguido a cien brazas por el buque mercante al cual se había trasladado también buena parte del cargamento de miel y cera, que los Kobdas llevaban destinado a los Santuarios de La Paz y Neghadá.

Las Berecinas contagiadas del amor fraterno y de la ilimitada piedad que resplandecía en torno a ellas, habían derramado con abundancia dones sobre los refugiados de la Isla de los Fugitivos, y Abel decía lleno de satisfacción:

–Ahora sí que hemos merecido todos un poquito de la miel divina que da de beber el Altísimo, al que ha dado de sí algo a sus hermanos desamparados.

“¿Verdad que todos sois muy felices?”

Al hacer tal pregunta miraba a Arcelia y a Jaca que tenía entre sus brazos a las dos niñas, mientras Tordito y Rubí sentados a sus pies en una maleta de viaje las miraban encantados de verse junto a ellas y aún sin acabar de convencerse de que aquello era una realidad. Y mientras esta dichosa familia respondía con el alma en los labios a tal pregunta, los ojos de Abel se encontraron con los de Furkis que parecían decirle:

– ¡No todos son aquí dichosos!... ¿Os olvidabais de mí?

– Ya os llegará el turno, amigo mío –díjole Abel acercándosele–. Último que todos ellos empezó vuestro padecimiento y aún no podéis quejaros de haber sido olvidado. En las horas de Dios, está la vuestra, mas, no sé cuando ella os llegará.

Y ambos se apartaron de los grupos de viajeros y fueron a sentarse en un rincón de la cubierta donde pudieran hablar sin ser interrumpidos. Al mismo tiempo, Hilkar, el Anciano médico de los Dakthylos cuyos procedimientos habían sido aceptados por Arcelia, daba a ésta todas las instrucciones necesarias para mejorar el estado físico de los cuatro niños.

– No son casos por completo incurables –decíale el Anciano–, y si hubieran sido atendidos en su primera edad, ahora los tendríais quizás en estado normal.

Serían sometidos a un severo tratamiento de baños solares y baños fluviales a alta temperatura, seguido de fricciones de un bálsamo preparado con vino añejo, extracto de hojas y raíces de roble, y aceite de nueces. Una alimentación a base de manzanas, uvas, miel, pan de cebada y trigo sin extraerle la corteza, leche de reno y huevos de avegrú.

El Anciano Dakthylo opinaba que la debilidad de las extremidades inferiores de las dos niñas obedecía a parecidas causas que el encorvamiento del dorso de los dos niños, o sea, debilidad general en las madres por alimentación inadecuada en la época de la gestación, y mal sistema de crianza de las niñas durante la lactancia. El colocar a los niños en posición vertical antes del tiempo debido, produce en los de contextura débil, el encorvamiento en la espina dorsal, sin fractura ni dislocamiento de las vértebras, por lo cual podía remediarse algo en el caso de Tordito y Rubí. Igualmente que fortificando el sistema óseo y muscular de las dos niñas mediante ejercicios metódicos, podría obtenerse algún mejoramiento de sus extremidades inferiores paralizadas.

El tratamiento debía seguirlo Arcelia en Monte Kasson, donde residiría definitivamente y donde era Matriarca la Kobda Luvina, auxiliar que fue de la Anciana Elhisa.

Luvina tenía allí su hija Hebea, que le había nacido en igual forma que Esmeralda y Amatista, y que un tratamiento paciente le había permitido verla caminar por sus pies a los diecisiete años, si bien ayudada por un

bastoncillo y unas botitas altas de piel de antílope que mediante unos correajes le fortalecían las piernas hasta la rodilla.

Esto último lo refería el Kobda Notario, hermano de Luvina, como ya se ha dicho.

El alma de la pobre madre se llenaba de esperanza al oír a aquellos hombres que ponían sus conocimientos y su fe, enfrente de la dolorosa circunstancia que afligía a sus hijos.

– ¡Hijas mías! –les decía a sus dos niñas abrazándolas tiernamente–. El orgullo de vuestro padre os llamó con los nombres de las piedras preciosas que más apreciaba entre sus tesoros: la esmeralda y la amatista. Pero de hoy en adelante yo traduciré esos nombres en otros que me hablan de lo que nuestros corazones necesitan: Esperanza y Amor. Y así os llamaré: Esperanza y Amada, para que entre ambas forméis ese algo grandioso que todos deseamos, y que será por mucho tiempo o por toda la vida vuestra esperanza amada.

Y Abel después de preparar a Furkis para la vida nueva en que iba a entrar, toda vez que estaba empeñado en vestir la túnica azulada para poder buscar su alma compañera en el mundo espiritual, empezó una serie de confidencias en conjunto a las Berecinas para que no llegaran como ajenas completamente al Santuario de Monte Kasson.

–Pensad –les decía Abel–, que para obtener las flores de la paz y de la dicha en la vida en conjunto, seres de diversas razas, costumbres y educación, es de todo punto necesario adquirir un poco de dominio de sí mismo, y no olvidar jamás la estrella polar de cada uno.

“Esta estrella polar está formada por tres interrogantes: ¿Quién soy en esta vida? ¿A qué vine a este lugar? ¿Hacia dónde me interesa caminar?”

“¿Quién soy? Un alma de vida eterna, o sea, que jamás dejaré de existir.

“¿A qué vine a este lugar? A aprender lo que no sé, a cultivarme, a quitarme defectos, a progresar, a perfeccionarme para llegar a la verdadera felicidad.

“¿Hacia dónde me interesa caminar? Hacia el ideal de paz, de sosiego y de dicha que vengo buscando desde siglos y siglos.

“Esta estrella polar se manifiesta de muy diversas maneras para cada alma. Para unas es la familia, es el hogar con un ser compañero, con unos hijos, como bellos renuevos del árbol frondoso de un amor hondamente sentido y perseverante como luz perenne de un astro benéfico. Para otros es el apostolado de la enseñanza a las muchedumbres, a la niñez; es el socorro a los desamparados, es el rescatar almas del fango de miseria y de vicios en que se arrojan las multitudes inconscientes; es el mejoramiento de las porciones degradadas y oprimidas de la humanidad por el despotismo de los poderosos; o es también, y éstos son los menos,

el cultivo de las elevadas facultades del espíritu humano en forma de poder usar de las grandes fuerzas existentes en el Universo para tender puentes de cristal entre mundos y mundos, entre almas y almas; y poder leer como en un libro abierto, los secretos de la Divina Sabiduría que se entrega por completo, a quien por completo se le consagra y con afán perseverante la busca.

“Yo no desempeño cerca de vosotras sino el papel de un conductor que llevara alumnos a un establecimiento de enseñanza, de orientación y de progreso. Allí será donde comprenderéis lo que sois en el concierto de la vida universal.

“Pero os ruego que no olvidéis que sois enteramente libres de elegir vuestro camino en adelante.

Tal era uno de los aspectos de la vida, a bordo del velero “Cien Alas”, durante la travesía desde la Isla de los Fugitivos hasta Tauro y Gutium, situadas ambas ciudades en la cuenca Noreste del Mediterráneo, más o menos donde muchos siglos más tarde se levantarían Tarsis e Iso, sobre las ruinas ya en polvo de aquellas capitales neolíticas.

Otro aspecto más pintoresco aún, más risueño y alegre por ser infantil, era el cuadro formado por Esperanza y Amada, con Tordito y Rubí, como centro absorbente al cual formaban marco unas dieciocho niñas de seis a trece años, hijas como se sabe, de algunas de las Berecinas viajeras.

Las dos niñas paralíticas con la educación recibida de los Kobdas durante los siete años que se habían albergado en el Refugio, demostraban una superioridad moral que extrañaba y a veces disgustaba a las otras niñas.

Tordito y Rubí, con más años de escuela que Esperanza y Amada, pues habían llegado antes a la Isla de los Fugitivos, se desagradaban a su vez de la preponderancia y orgullo de algunas de aquellas niñas, en las que no existía otra noción del valor de cada cual sino por la alcurnia de raza o de estirpe a que pertenecían.

Y las que se sabían de más alta cuna se creían con todo el derecho de imponer su voluntad o sus caprichos. Había allí dos nietas de Lugal Marada, el gran Soberano de los países del Norte, varias hijas de los grandes Caudillos del Ponto, de Tracia, de Paflan, del Báltico. Para ellas, pues, Amada y Esperanza, Tordito y Rubí, eran sólo objetos de compasión cuando no de juguete o de burla. Arcelia, aunque había sido esposa secundaria de un Caudillo Frixo, no era de la alcurnia de muchas de sus compañeras. No obstante, la amaban por su bello carácter.

De todo esto empezó a levantarse una atmósfera incómoda entre el elemento infantil que estaba dividido entre los que habían cobrado afecto a los cuatro niños atrofiados en su físico, y las que se creían muy superiores a ellos sobre todo a los jorobadillos, cuya procedencia se ignoraba,

llegando hasta suponer la posibilidad que fueran hijos de esclavos. Los dos niños salían a un mundo nuevo y desconocido para ellos. Se habían visto amados y hasta mimados por todos en la Isla de los Fugitivos, donde nadie había parado atención en su pobre espalda encorvada. Aquí oían hablar de estirpes, de razas, de alcurnias que separaban los seres a gran distancia unos de otros; y ellos se veían colocados en la grada más inferior de aquella terrible escalera. Los cuatro niños llegaron a sentirse allí tan molestos que un día no aparecieron sobre cubierta, prefiriendo quedar en la cámara de su madre. Ésta, al enterarse de los motivos de este retraimiento, se sintió profundamente lastimada y tampoco salió de su cámara.

Hilkar, el Anciano médico que acostumbraba a dedicar cada día unas horas a enseñar a los enfermitos y a su madre los métodos y ejercicios con que debían procurar el mejoramiento de su estado físico, quiso enterarse del por qué de aquella reclusión. Y bajó a verlos. Los niños fáciles de consolarse de penas cuyo fondo no alcanzan bien a comprender, estaban felices, oyendo como Tordito, de gran imaginación para crear ingeniosas fábulas, les contaba una fantástica historieta de cómo una bandada de mirlos había vencido a un búfalo rabioso para salvar a un pastorcillo que les daba todos los días parte de su ración de almendras pisadas y de higos acabados de madurar. La madre, cercana a ellos, les contemplaba con sombría tristeza.

El Anciano Dakthylo comprendió de un vistazo que no era un mal estado de salud la causa del retiro de aquella familia. Después de anunciarse entró en la cámara. Tordito y Rubí le salieron al encuentro. Arcelia y las niñas le sonrieron afablemente.

– ¿Os habéis reñido con el sol? –les preguntó–. Os busqué en la cubierta y al no encontraros temí una enfermedad. Por eso estoy aquí.

– ¡Oh!, gracias, Resh, * –era el tratamiento que se daba a los hombres dedicados a las ciencias–, por haber pensado en nosotros –contestó Arcelia, indicándole un sitio en el estrado–. No estamos enfermos del cuerpo pero sí del alma. Yo más que mis niños. Ellos se cuentan fábulas y son felices. Pero yo, Resh, vivo de las realidades y padezco.

– ¡Oh, sí!..., ¡comprendo! Os apena mucho el estado físico de vuestras niñas.

– ¡El encontrarlas después de haberlas perdido me hizo inmensamente feliz!... El unir a su dicha la de estos otros dos hijos de adopción, aumentó mi felicidad... Pero hoy un negro nubarrón ha oscurecido este cielo y parece que la dicha huye de mí...

– ¡No sé porqué, hija mía!... Y aceptad este nombre ya que mi edad y mi misión cerca de vosotros me permite dároslo con entera confianza. ¿Qué ha pasado, pues?

–Que mis niños se ven burlados por las otras niñas viajeras a causa de los defectos físicos que ostentan en sus pobres cuerpos. Y esto, creedme, Resh, me desespera. ¿Adónde les llevaré que no soporten esta humillación? Compruebo que la dicha no está en un hecho que a mí me satisface, sino que debe satisfacer también a los demás.

“¡Qué cruel es la vida que así nos encadena unos a otros queramos o no queramos!...

–Cuando lleguéis no más que al umbral del verdadero Saber a que debe llegar el alma del hombre, no pensaréis de la misma manera. Quiero decir que si la vida tiene a veces, cadenas pesadas, es para quienes quieren soportarlas.

– ¿Cómo?... ¿quiero yo acaso soportar esto que ocurre a mis niños?

–Sí... Queréis soportarlo y os doblegáis sin luchar para eliminar de vuestro camino ese estorbo.

–No os comprendo, Resh. Haced el favor de explicaros.

–A eso voy, hija mía. Dais una importancia que no tiene a los ruines sentimientos demostrados por seres cuya ignorancia no les permite comprender ni la centésima parte de lo que sus ojos ven. ¿Queréis que os demuestre prácticamente la absoluta nulidad de todo eso que tanto pesar os causa?

–Hacedlo, si con ello se ha de evaporar la amargura que me ha invadido.

–Esperad un momento, –y el Anciano salió de la cámara para volver luego seguido de tres Dakthylos, Abel y dos Kobdas más. Venían con arpas y con liras, pues eran los Kobdas y Dakthylos músicos los que Hilkar había traído.

– ¿Qué ocurre? –preguntó Abel, entrando-. ¿Tenéis en penitencia a Tordito y Rubí que no les vi en toda la mañana? –Los niños habían corrido hacia él, que se inclinó para acariciarles.

–La curación de mis enfermos exige que hagamos un concierto en esta cámara –contestó Hilkar con una mirada de inteligencia, que hizo comprender a sus compañeros un designio secreto del Anciano médico.

–Muy bien, ¿qué música queréis? –preguntó un Dakthylo mientras templaban todos sus instrumentos.

– ¡Música triunfal, de gloria, de dicha, de indecible entusiasmo!... –exclamó el Anciano-. Por ejemplo: la “Ronda de las Estrellas” cantado a coro, y los solos por nuestro hermano Abel. ¿Qué os parece?

– ¡Oh!..., ¡admirable! –contestaron los músicos, iniciando el primer prelude de ese magnífico poema musical, creado hacía mucho tiempo por los Kobdas de Neghadá y cuya letra era una de las más delicadas inspiraciones de Bohindra. Hela aquí:

*La noche destrenza sus rizos de seda
Y envuelve con ellos la tierra y el mar;
Se esfuman los montes, huye la arboleda
Como devorados por la inmensidad.*

*El silencio canta
La canción divina
Que escuchan las almas de vuelo genial;
Y tras los cendales de luz vespertina
La antorcha de Venus
Que vela su rostro de rosa anilina
Inicia atrevida la ronda triunfal.*

*Por los infinitos abismos azules
La danza de esferas orladas de nimbos,
De gemas, de aureolas, policromos tules
Que avanzando siempre no llegan jamás
Se siguen, se acercan,
Parecen besarse
¡Mas, luego se alejan en grandiosos giros!...
Rutas ignoradas... ¿Hacia dónde van?
¿Es que las seducen los soles magníficos
Y su eterno ritmo las lleva encantadas
Por la inmensidad?*

*¡Oh, ronda soberbia de estrellas doradas,
Azules turquesas, verdes esmeraldas,
Brillantes rubíes..., cortejo de hadas!
Eternas viajeras, ¿cuándo es que llegáis?
Y sigue la noche
Destrenzando callada sus rizos de seda,
Cubriendo con ellos la tierra y el mar.
La voz del silencio más honda, más queda,
Dice al alma: ¡piensa! Pensando verás.
Que las mentes humanas aún no conciben
Algo que no empieza y que no ha de acabar,
¡Que no es aún hora que sepa el hombre
Cómo es el enigma de la Eternidad!*

Cuando el concierto terminó, todos los viajeros, hombres y mujeres, llenaban el pasillo, las cámaras vecinas, y las niñas de las Berecinas llevadas unas por otras habían ido acercándose al grupo formado por

los cuatro niños enfermos, en torno de los cuales habían formado semicírculos los Kobdas y Dakthylos músicos.

Entonces salió a primer término el Anciano médico Hilkar de Talpakén que parecía haber heredado de su Maestro Antulio, la poderosa fuerza de dominar multitudes con la luz de su mirada y el fuego de su palabra:

–Niñas fuertes, dichosas y felices con todos los encantos de la salud y de la belleza, ¿por qué habéis venido a esta sombría cámara, habitación del dolor de estos cuatro niños a quienes la naturaleza no ha dotado como a vosotras de fuerza y de salud? Este concierto es para los doloridos y los tristes, para Esperanza y Amada que no pueden como vosotras correr por las praderas llenas de flores y de sol; para Tordito y Rubí cuyo dorso doblado por debilidades óseas, es causa de vuestro maligno reír. Las arpas y las liras han arrancado para ellos sus más dulces melodías; el Príncipe Abel ha derramado de su alma, hecha de amor y de luz, todo el encanto de su voz vibrando de piedad y de ternura para traer una nota de alegría a los corazoncitos mártires de estos niños que sufren!... Si vuestra dicha es tanta que os obliga a reír del dolor ajeno, ¿qué buscáis en esta sombría cámara impregnada del dolor de los cuatro enfermos y de su amante madre atormentada por el tormento de ellos?

Esperanza y Amada cuya sensibilidad era extrema, sintieron el dolor de la humillación de aquellas niñas que les eran adversas, y la confusión de las madres que no habían sabido contener los desbordes de malignidad en sus pequeñas hijas. Y extendiendo hacia ellas sus bracitos, con los ojos humedecidos de lágrimas, les dijeron:

–Venid, si queréis jugar con nosotras.

Insensiblemente los Kobdas y Dakthylos fueron saliendo a los pasillos despejándose, en medio de un silencio en que se notaba una sorda lucha de fuerzas encontradas: humillación, vergüenza, reproche, queja, compasión y ternura, todo eso vibraba fuertemente en el ambiente.

Arcelia e Hilkar, únicos espectadores de aquella escena infantil, guardaban silencio. Por fin, una de las niñas de trece años de edad, nieta de Lugal Marada que desde la Isla de los Fugitivos había tomado gran afición a Esperanza, fue la primera en hablar.

–Yo bien sé –dijo–, que por la grandeza y la gloria de mi abuelo somos aquí nosotras dos consideradas como las primeras. Estoy agradecida de esta honra, pero no quiero más la amistad con las que desprecian a Esperanza y Amada, y se burlan de Tordito y Rubí. Como son enfermos ellos podíamos serlo nosotras. ¿No habíais pensado en eso?

–Bueno es que hagamos las paces –dijo otra de las niñas–, porque con motivo de este homenaje que se ha hecho en el barco a los cuatro enfermos, ha quedado al descubierto la malignidad de las que les han atormentado con burlas.

–En Monte Kasson estaremos todas juntas –observó otra.

–Y allí echarán afuera a los que tienen duro el corazón, porque allí no se permiten esclavas, ni princesas, y todas se llaman hermanas.

– ¡Yo no creía haberos hecho tanto daño! –murmuró débilmente una de las niñas que había sido la más encarnizada en sus burlas–. ¿Me perdonáis?, no lo haré más.

Y después de un variado cambio de excusas y de protestas, de cariño y de perdón, Hilkar y Arcelia, espectadores silenciosos vieron que las niñas más fuertes hacían sillas de mano y sacaban a Esperanza y Amada a la cubierta, mientras Tordito y Rubí, seguidos de las otras corrían escaleras arriba llevando almohadones y mantas para mullirles el estrado de madera en que las habían sentado.

Las madres rodearon a Arcelia cuando salió seguida de Hilkar, pidiéndole disculpas de la falta de sus hijas y buscando reparar el dolor causado con tiernas demostraciones de afecto.

El Anciano Dakthylo reunido ya con Abel contemplaba el cuadro de las niñas arrepentidas, ofreciendo golosina y juguetes a los cuatro enfermitos y pensaban:

“Así destruye el amor, los microbios infecciosos de los egoísmos y del odio”.

– ¿Cuándo llegará a comprenderlo la humanidad de esta tierra? ¡Me desespera pensar que aún deberéis vivir y morir muchas veces sobre ella! ¿Hasta cuándo se inmolarán víctimas puras sobre el altar de helada roca de los egoísmos humanos?

– ¡Oh, Hilkar de Talpakén, amigo de siglos! El Ego os responderá: “¡Se inmolarán siempre, siempre, hasta que la Eterna Ley cierre las puertas de este planeta a las generaciones de almas nuevas recién libertadas del reino animal!” ¿No tenéis en vuestros libros sagrados, recopilación minuciosa de la doctrina de Antulio, hermosos rayos de luz arrojada sobre este asunto?

– ¡Sí, –respondió Hilkar–, pero esta abrumadora lentitud parece enloquecer el alma con delirio y fiebre!

–Nuestros videntes –continuó Abel–, están concordes con lo anunciado por el Profeta Atlante que decía, según vuestros libros: “Cuando hayan pasado doce milenios y medio más, será coronada esta tierra de mirtos y de rosas, o sea de paz y de amor”.

– ¡Bien! ¡Han corrido ya dos milenios y medio más, o sea nada..., poco menos que nada! –exclamó el Anciano–. ¡Estáis de nuevo aquí para sacrificaros y morir!...

–Y bien, Hilkar, moriré, me sacrificaré, y vos conmigo..., y todos vosotros conmigo, y no sólo una vez sino muchas, pues faltan aún diez milenios de años, o sea cinco etapas de evolución antes de que sea clausurada la

entrada al planeta para todos los que no alcanzaron asimilar la Eterna Ley del Amor. ¡Desventurados los que al llegar la etapa final no hayan aún comprendido qué cosa es el amor!

–Y, ¿cómo interpretáis vos que se presentará la clausura del planeta?

– ¿Cómo? Muchas veces hemos deliberado sobre ello en las asambleas espirituales de nuestros Santuarios, y todos los pensamientos fueron acordes en que la humanidad viviente sobre la tierra, se verá horriblemente diezmada por toda clase de cataclismos y de hecatombes: hundimientos, guerras, inundaciones, erupciones volcánicas, vértigos de locura y de crimen, de ambiciones y de corrupción; la vida se agotará por todas partes al empuje incontenible de la Justicia Divina, que tiene marcada para este globo la hora de incorporarse al concierto grandioso de los mundos de paz y de amor. ¿No lo creéis vos así?

–Es así –observó Hilkar–, mas vemos aún encarnarse seres completamente nuevos que pasan recién de la especie inmediata inferior al hombre.

–Y aún seguirán encarnando, pero bien sabéis que, no son éstos los que guían multitudes ni causan mayores males, ni crean sofismas, ni peligrosas doctrinas, pues sólo alcanzan a buscar la hartura de sus instintos materiales.

“Los dañinos y peligrosos son los espíritus envejecidos en la maldad, cristalizados en la imposición de su voluntad; que conocen la verdad y la niegan y ocultan para mantener las multitudes en la ignorancia, en la superstición y el fanatismo a cuya sombra ellos viven, se engrandecen, gozan, dominan... ¡Se creen dichosos dueños del Universo! Pues bien, al llegar la etapa final, todos estos árboles estériles y dañinos, caerán bajo el hacha de la Eterna Ley y no quedará piedra sobre piedra de los templos del error y la mentira creados por ellos. Sabemos de muchos de ellos que llevan cincuenta milenios de vida terrestre, ocupada en mantener la mentira y el crimen sobre este planeta.

“Mas, ¿qué son cincuenta milenios comparados con los ciclos inmensos de cien mil años cada uno, que deberán devorar hora tras hora esos desventurados cuando se despierten a nueva vida en un planeta inferior allá en los confines de la Nebulosa Magna, donde apenas conformado el prototipo humano se ve en lucha feroz con reptiles monstruosos que les atraen a sus fauces como una rana a un mosquito?

“Para un inconsciente espíritu primitivo, este horror será poca cosa pues no conoce aún nada mejor, pero para espíritus viejos que han saboreado hasta la hartura todos los goces, todos los placeres, todo el bienestar; que han dominado la tierra y el mar, que hicieron de su capricho leyes inicuas para vastos países, ¿qué espantosa tortura será comparar su pasado con su presente?

“Su memoria que se despierta en el sueño les aviva la luz de lejanas imágenes, y tenemos dos o tres dictados de estos espíritus infelices, allá en nuestro Archivo de Neghadá, que describen a lo vivo la horrible pesadilla de su vida, en la cual las encarnaciones se repiten con increíble frecuencia debido al rápido crecimiento y desarrollo físico, y a las igualmente rápidas y frecuentes desencarnaciones ocurridas siempre entre los dientes y las garras de los monstruosos reptiles, única especie animal que tiene vida en aquellas ciénagas inmundas en que empiezan a gestarse otras especies para un lejano futuro.

“Contemplando nosotros esos pavorosos cuadros de horror, ¿no nos parecerá demasiado inexorable la Ley Eterna que así descarga la espada de la Justicia sobre quienes jamás quisieron escuchar la voz de Su piedad misericordiosa?

– ¡No y mil veces no!... – exclamó Hilkar, como estar poseído de un fuego divino—. La Eterna Ley está siempre en la justa medida: El dolor causado por ellos a los Ungidos de la Sabiduría y del Amor debe ahogarles por ciclos y ciclos..., por calpas y calpas hasta que aprendan en carne propia qué cosa es la injusticia de la fuerza brutal sobrepuesta a la lógica del más débil; ¡qué cosa es el dolor de verse triturado por una bestia feroz, insensible a los gritos y gemidos como esas máquinas de tortura y de muerte que ellos impusieron cual instrumentos de justicia a los hombres de esta tierra!... ¡hasta que aprendan en sí mismo qué abismos de angustia cabe en el arrancar hijos de los brazos maternos para divertirse con los estertores de una horrible agonía entre las fauces de las fieras, entre las llamas de la hoguera o amarrados en el fondo de una caverna!...

“¡Oh, diez milenios eternos!... ¡Qué largos y pesados aparecéis ante el alma de Hilkar que vio morir desterrado y triste al Santo Rey Anfión de Orozuma!..., ¡que vio beber la copa fatal a Antulio por haber enseñado a los hombres la verdad y el amor; que vio hundirse a Juno amarrado a su barco salvador de esclavos; que vio las carnes despedazadas y sangrientas de Numú despeñado de las rocas de Mirt-ain-Mari, por haber dicho a los pueblos encadenados: “No adoréis como a Dios a vuestros tiranos, porque ellos no valen más que el menor de vosotros”.

“¡Oh, Maestro Antulio..., hoy Maestro Abel..., paréceme que esta vestidura de carne es la última que tomo en esta tierra porque ya el largo esperar me ahoga produciéndome vértigos parecidos a la locura!...”

– Hilkar, calmaos que estoy yo a vuestro lado y paréceme que la Eterna Sabiduría me autoriza a deciros: “Volverás a Arturo, tu planeta de origen, cuyo nimbo de oro es suave y dulce a los amadores de la Justicia como tú. De allí te llamaré cada vez que deba en el futuro bajar a encarnar yo en este planeta, para que seas el vigía invisible de mis rutas terrestres. ¿Vendrás?”

– ¡Oh, sí, Niño Luz, Maestro amado de todos los siglos, vendré, sí, a vuestro llamado, y pedid a la Eterna Bondad que me dé fuerzas para acompañaros a vivir y morir en esta tierra por cuántas veces vengáis!...

– ¡Gracias!... Es ésta una nueva alianza que hago contigo, Hilkar, cuando la Ley Eterna te da permiso de tornar a tu mundo iluminado por la Justicia que es amor y es sabiduría.

El Anciano se arrojó en los brazos de Abel de cuyos ojos entornados rodaron dos lágrimas que se perdieron en la blanca cabellera de Hilkar, como si fuera un hondo adiós entre almas que debían separar sus rutas por largo espacio de tiempo...

Abel quiso reaccionar de aquel dolor demasiado agudo y dijo con voz queda como si arrullara con ella el alma tierna del Anciano que sollozaba silenciosamente

– ¡No es nada, nada! Lo que Dios ha unido, eternamente unido estará. ¡No hay separación para quienes se aman; ni hay distancias, ni hay adiós!... La luz de nuestras estrellas se besarán en el espacio infinito y serán nuestras almas que se unirán nuevamente... ¡Oh, Hilkar!... ¡Ni aún la Eternidad puede vencer al Amor!

– ¡Oh, niño, niño mío!... ¡Me habéis hecho vivir un siglo de amor en este instante!

– ¡Vividlo, viejecito mío –díjole Abel ya sonriendo–, y recordad esta hora de aquí a muchos siglos!

– ¡Siempre, siempre! –exclamó el Anciano, desprendiéndose de los brazos de Abel.

– ¡El amor no olvida nunca! –dijo el joven Kobda bajando la escalerilla seguido de Hilkar, para acudir al llamado de la campana a la refección del atardecer.

184

OTRA VEZ EN EL PAÍS DE ETHEA

El velero “Cien Alas” hizo escala en Tauro y Gutium, antes de llegar a Dhapes, residencia habitual de Iber, el joven Chalit.

Tauro y Gutium, las dos grandes ciudades de la cuenca Noreste del Mar Grande, eran en aquel remoto tiempo los más famosos mercados de la región. Allí se verificaban las grandes operaciones de cambio de las mercancías venidas del lejano Oriente y de la rica y fértil Irania. Allí acudían también los mineros de Monte Tauro con las riquezas arrancadas del seno de sus montañas; los cultivadores de la Isla Cretasia, de Rodas, de Chipre, efectuaban allí su comercio de aceite, vino, miel, cera, higos secos y demás productos propios de su región. Tauro y Gutium

eran, pues, dos grandes poblaciones formadas casi exclusivamente de mercaderes de diversas partes del mundo civilizado de entonces.

Iber y su Alto Consejo se habían visto en serias dificultades para impedir que la ley de la Gran Alianza fuera desconocida y pisoteada a causa del heterogéneo pueblo que habitaba ambas ciudades.

Los agentes de los grandes mercados de Oriente se habían formado como barrios aparte, donde luchaban por implantar las leyes y costumbres de los países cuyos productos vendían, y eran frecuentes las denuncias al joven Chalit de ventas y compras de esclavos, al amparo de convenios delictuosos en que un poseedor de tierras vendía sus jornaleros para ser llevados al lejano Oriente, a los países del Mar de la India que aún no estaban afiliados a la Gran Alianza de las Naciones Unidas.

¡Qué de veces, los Kobdas compañeros de Iber debieron exponer sus vidas para salvar centenares de hombres, que por medio de engaños habían sido acorralados como ovejas a la espera de buena oportunidad para transportarles al Golfo Pérsico, en calidad de esclavos o peor aún, de bestias de consumo!

Esta continuada lucha había obligado a los Gobiernos de Ethea y de Nairi a reforzar la guardia de arqueros en ambos puertos, de tal modo que Tauro y Gutium habían sido dotadas de fortalezas de defensa, donde una delegación de gobierno, especie de Tribunal de Justicia, reprimía los abusos y dirimía las contiendas ocasionadas por la insaciable avaricia de los mercaderes.

Sólo cinco años hacía que Iber fuera colocado como soberano de Ethea y Nairi, y sobre su vida habían pasado cincuenta según él lo creía. Los Kobdas más avezados a dirigir multitudes le eran enviados de continuo desde Neghadá y desde La Paz.

La anciana Elhisa apenas llegó al Santuario Madre, obtuvo del Alto Consejo presidido por Adonai, que le fueran enviados a su joven Hijo-Rey, como llamaba a Iber, un refuerzo de Kobdas.

Hombres y mujeres, capaces de cooperar con él en la educación y cultivo de aquellas masas humanas, de buena índole en su gran mayoría, pero cuya ignorancia las exponía continuamente a ser arrastradas por los interesados en explotar los vicios y debilidades humanas.

Aldis por su parte había realizado frecuentes viajes para auxiliar y consolar a Iber, su inolvidable Milcha de una hora todavía cercana; y en cada viaje había conducido a aquellos de sus hermanos que sentían el anhelo de un apostolado activo de enseñanza a la humanidad.

En Dhapes había pues un Santuario Kobda casi tan importante como el de La Paz. La única diferencia consistía en que en Dhapes no se formaban postulantes, y cuando algunos se presentaban, hombres o mujeres, eran enviados a La Paz o a Neghadá, donde residían los grandes maestros de

almas, los Libros Vivos que habían formado ya varias generaciones de Kobdas, o sea hombres y mujeres dispuestos y capaces para extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas.

La inolvidable Caverna de Gaudes situada en uno de los cerros de Monte Kasson, se había transformado a su vez en un gran hospicio o Refugio para Ancianos y enfermos de toda clase. Los dos grandes pabellones para hombres y para mujeres formaban como dos alas que iban a terminar en la montaña en que se abría la entrada a la inolvidable caverna, testigo de los grandes dolores de Sophía y de Milcha, del poema infantil de Adamú y Evana, del nacimiento de Abel, el hombre del Amor y de la Luz.

Aquella gruta seguía llamándose “La Caverna de Gaudes” y estaba tal como la conocemos, sólo que la veneración por ella parecía haber aumentado con los años.

“Es el templo augusto –decían–, del dolor y del amor que dio vida al Verbo de Dios en su quinta jornada Mesiánica”.

Se le había puesto una rústica puerta corrediza de piedra, y era visitada por la numerosa familia Kobda, sobre todo en los aniversarios del nacimiento de Abel, la desencarnación de Sophía y de Milcha, y los desposorios de Evana y Adamú.

Todos aquellos paisajes habían cambiado enormemente si contamos cincuenta años atrás, o sea en la época del arribo a esas costas de la barca náufraga de las dos mujeres. Hermosas aldeas habían ido surgiendo en torno al Refugio instalado en la histórica caverna y al fortín de Dhapes que no era más que una gran excavación en una colina del Monte Kasson.

Pero a la hora de la segunda visita de Abel, Dhapes era una ciudad pequeña si se quiere, pero con todos los encantos de aquella naturaleza privilegiada. El Santuario de Monte Kasson en lo alto de una gran meseta revestida de exuberante vegetación era como el coronamiento de todo el conjunto de pequeñas viviendas, levantadas en las faldas de las colinas como nidos de tórtolas suspendidos entre el cielo y la tierra.

Todos los matrimonios realizados entre las siervas ya libres de las antiguas Berecinas, se habían formado su pabelloncito de tierra y piedras, y continuaban viviendo de los trabajos que se hacían en los grandes talleres del Santuario.

En Dhapes esperaba a los viajeros Iber, acompañado de Selyman y de Aldis, juntamente con los demás Kobdas que regenteaban las distintas secciones de las obras de instrucción o de socorro que allí realizaban. Allí estaban también la Kobda Luvina, sucesora de la anciana Elhisa en la regencia del Gran Santuario de Monte Kasson, con tres de sus compañeras. Con Abel venía su hermano, el Kobda Notario, al cual no veía desde hacía muchos años.

El lector puede imaginar la escena profundamente emotiva de amor fraternal que tuvo lugar cuando el “Cien Alas” ancló en el puerto de Dhapes *—situado en la altura en que estuvo Seleucia, siglos después—, donde una fuerte marejada hizo dificultoso el desembarco de las mujeres y las niñas.

Las Kobdas desde luego se dedicaron a ellas desde el momento que Abel les dijo:

—Son plantas de los hielos del Norte que os traigo, Mangrave Luvina, porque sé que sois capaces todas vosotras de hacerlas continuar floreciendo trasplantadas a nuestras praderas.

Y aquellas mujeres de toga azul y velos violetas se abrazaron tiernamente con las recién llegadas como si de mucho tiempo se hubiesen conocido. Las Berecinas no acostumbradas a aquellas suaves manifestaciones de amor, se sintieron profundamente conmovidas. Jamás habían visto a las mujeres Kobdas, y no obstante, de saberse protegidas por el Príncipe Abel como le llamaban, no habían podido apartar de sí ciertos recelos respecto de esas mujeres que serían sus tutoras y gobernantas.

En los comentarios que hacían entre ellas durante el viaje, cada cual emitió su opinión que, a decir verdad, no era del todo favorable a las Hijas de Numú, a las cuales se figuraban como austeras sacerdotisas de sus dioses, para las cuales estaría vedado el amor, y todo goce de la vida, según eran las sacerdotisas de todos los cultos y creencias que conocían.

Fuertemente aliadas para una resistencia conjunta en caso de necesidad, las Berecinas se quedaron asombradas de la dulce familiaridad con que Luvina y sus compañeras las trataron desde el primer momento.

Desde luego, que Arcelia y sus cuatro hijos fueron los más tiernamente tratados por las mujeres del vestido azul, para quienes, según su ley, el dolor daba un alto privilegio a los seres.

Luvina vio en las dos bellas adolescentes paralíticas, un vivo retrato de su hija, y comprendió entonces toda la amargura de aquella madre.

Cuando hubo pasado el primer momento de confusión ocasionado por las emociones de encuentros largamente deseados, de ternuras fraternales que se anudaban de nuevo, fueron todas conducidas a la residencia del Chalit. Era pasado el mediodía y allí debían esperar las Berecinas que estuviera preparada la caravana de asnos para transportarlas a Monte Kasson.

Las mujeres Kobdas, que en la casa de Iber se sentían dueñas como en la suya propia, prepararon un ameno festín de recepción, al cual debían hacer honor, Kobdas, Dakthylos y Berecinas.

Y el Anciano Hilkar comentaba con sus hermanos del Monte de las Abejas, viendo ya en conjunto la obra educadora de las Kobdas, en cuanto a la mujer se refería.

–Si nosotros hubiéramos tenido una legión de mujeres de toga amarilla y de velo azul, habríamos hecho en los países del norte lo que los Kobdas al mediodía y al sur. Y acaso el Hombre Luz tendría en esta hora de su llegada toda la Tierra para escuchar su enseñanza. Paréceme encontrarme culpable de tal omisión. ¡Mas fue tan dura la lección del fracaso que llevó a la muerte al Maestro Antulio por haber introducido mujeres en su Escuela, que no tuve el valor de aceptarlas de nuevo como compañeras de labor!

–También yo lo he pensado más de una vez –añadía otro de los Ancianos Dakthylos–, porque hubiéramos hecho más completa nuestra obra de redención.

–Pues yo –decía un tercero–, veo la cuestión con otra faceta del prisma y encuentro que nuestra obra ha sido llevada a cabo tal como nuestra Ley lo indicaba. Nuestra misión no era otra que conservar bien saneada y pura la enseñanza del Maestro Antulio hasta su nueva venida, para buscar de establecer la continuidad de su obra de Mesías a través de los siglos. Si nosotros nos hubiéramos dejado llevar del celo apostólico con el deseo de abarcar el mundo con nuestras enseñanzas, ¿creéis que al continuado roce, las luchas renovadas de continuo con las bajezas, intrigas y ambiciones humanas, no hubiéramos sucumbido, exponiéndonos a perder el tesoro de ciencia de que éramos depositarios?

“¿Qué eran los países Atlantes a la muerte del Profeta? Un espantoso conjunto de volcanes en ebullición. El poderoso clero que le llevó a la muerte había tendido sus redes de alianza con todos los magnates y los reyes, y las más grandes iniquidades eran glorificadas como bellas obras de arte y de destreza.

“Para triunfar era necesario pactar con ellos, o huir a la soledad.

“¡Hilkar de Talpakén!..., ¡no encuentres una culpa tuya en lo que fue causa y origen de que hoy podamos ofrecer a nuestros continuadores los Kobdas, el tesoro completo de la sabiduría de Antulio, puro, sin sombras, sin desperfectos y sin fallas!

“Día vendrá en que llegue también para ellos la aciaga borrasca que los disperse como granos de arena arrastrados por el huracán, y entonces desde otro mundo quizá, veremos cómo los más conscientes se agrupan y huyen a la soledad, a los desiertos, a las cavernas, para salvar de la hecatombe los tesoros de Sabiduría que habrán acumulado junto al Maestro en su vida de Abel, hasta que otros siglos y otras edades en que la nueva Luz del Mesías, vuelto a la Tierra, les anuncie ser llegada la hora de entregar su tesoro a las legiones de redentores que llegan.

– ¿A quiénes esperarán entonces los Kobdas para entregar su legado de Sabiduría y de amor?

– ¡Secretos de Dios! –respondió Hilkar, ya más tranquilo–. ¡Ojalá no se rompa jamás esta fuerte cadena que a través de los siglos y de las edades va marcando el paso del Mesías sobre el globo terrestre!

Otro interesante grupo formaba Abel con su Pangrave Aldis y su hermano Iber. ¡Qué abrazo más estrecho y profundo unió por un momento aquellos tres seres humanos animados por almas más unidas aún durante siglos y siglos!...

– ¡Tus padres y yo hemos vivido las lunas largas de tu ausencia esperándote, hijo mío! –decía Aldis procurando disimular dos lágrimas que temblaban en sus pestañas.

–Y yo –añadía Iber–, ¡cuatro años esperándote, mirando siempre el polvoriento camino de la caravana o el pabellón de los navíos que se acercaban para averiguar si de algún lado me llegabas por fin!...

– ¡Es tan grande el campo que debemos sembrar, que por mucho que me he apresurado no me fue posible llegar antes!... –contestaba Abel, igualmente emocionado por aquellas íntimas y tiernas demostraciones de amor.

– ¿Cuántos días me dedicarás? –preguntaba el joven Chalit–. ¡Tenemos tantas cosas que contarnos!

–Te dedicaré sólo diez y trataremos de aprovecharlos bien, porque yo tengo también mucho que referiros de los países que he conocido. ¡Qué bellas almas he visto resplandecer como estrellas en mi camino!

“¡En verdad hay mucha iniquidad en el mundo, pero creedme, hay también perlas muy blancas y bellos diamantes entre el lodo y la sangre, entre las rocas y los hielos!

A poco de terminar la frugal comida de recepción, llegó la caravana de asnos en número de ciento cincuenta, guiados de tres en tres por hombres prácticos que se ganaban el sustento con esta ocupación.

Kobdas y Dakthylos se encargaron de ayudar a los prácticos a colocar a las mujeres y las niñas en las cabalgaduras, lo cual dio lugar a muy divertidas escenas que hacían reír grandemente a Tordito y Rubí, que pronto llegaron a ser los mimados de la vasta concurrencia, a causa de la alegría natural que siempre los animaba. Abel mismo quiso montarlos a ambos sobre el asno que les estaba destinado, lo cual ocasionó entre ellos una pequeña disputa.

–Yo quiero ir a la cabeza –decía el uno.

–Yo no quiero quedar en la cola –decía el otro.

–Yo quiero mirar cuando el asno para las orejas porque olfatea el peligro –decía Tordito.

–Y yo no quiero ver cuando sacude la cola porque le pican los moscones –contestaba Rubí.

Abel reía como un chiquilín.

Esperanza y Amada, que estaban ya sentadas en su cabalgadura, tuvieron que intervenir.

–Subid, quietecitos y callados, porque si no os quedaréis aquí y nosotras nos vamos a Monte Kasson.

Entonces ambos al mismo tiempo se miraron y poniendo el índice sobre los labios dijeron a la vez:

– ¡Chitón!... Cabeza o cola todo es igual.

Una risa general celebró esta salida de los jorobadillos que dócilmente se dejaron subir por Abel a su manso asno que no se daba por ofendido de aquella disputa de los dos viajeros.

–Mañana a esta misma hora estaré por allí –dijo Abel a las Kobdas y Berecinas cuando iniciaron la marcha, que comenzando por dos de las Kobdas terminaba con Luvina y las Berecinas de más edad.

Dos horas después se hallaban al pie de la gran escalera de piedra donde dejaron las cabalgaduras.

Las antiguas Berecinas de Elhizer y sus hijas, juntamente con muchas otras refugiadas les esperaban en el gran pórtico de la entrada principal.

Las blancas túnicas de lino y el velo celeste usado por las Berecinas, los rosados trajes de las niñas, los acordes de una alegre melodía ejecutada detrás de aquel magnífico pórtico adornado de estatuas, de jarrones y de palmeras, causó tan agradable impresión a las viajeras que parecióles llegar a un palacio encantado, tal y como les había dicho el príncipe Abel.

– ¡Pasad, hijas mías! –díjoles Luvina al traspasar la puerta–, y consideraos en vuestra propia casa, porque lo es desde este momento y lo será mientras seáis gustosas de permanecer aquí.

Aquel inmenso patio rodeado de columnatas, cuyos pilares envueltos de rosales, jazmineros y glicinas, y aquellos enormes elefantes de piedra blanca por cuyas trompas levantadas en alto salían chisporroteando numerosos hilos de agua que tomaban el dorado color del sol de la tarde; las bandadas de mirlos y de palomas que revoloteaban en las cornisas y entre las palmeras y follaje florido que sombreaba el conjunto, era algo tan agradable y atrayente para quien llegaba allí por primera vez, que las recién llegadas no pudieron sustraerse al mágico encanto del paisaje, tan diferente de los tonos mortecinos y apagados del helado clima de donde casi todas procedían.

Comparaban esta exuberancia de vida y de luz con las grises habitaciones de roca de sus países norteños, con sus brumas heladas, con sus eternas sabanas de nieve y creían estar soñando.

– ¡Oh, era verdad! –exclamaban–, ¡era verdad que el príncipe Abel nos traía a un palacio encantado donde todo florece, donde todo sonrío!

Y vieron sobre un pedestal de mármol blanco una inmensa paloma con las alas abiertas como si acabara de asentarse, en cuyo pico llevaba una cinta de bronce bruñido con esta inscripción:

“Donde vive el amor, nadie llora. Donde reina el amor todo canta”.

* * *

De las antiguas Berecinas del Príncipe Elhizer, el lector recordará que tres partieron con él hacia La Paz para vestir la túnica azulada: Bengalina, Zurima y Adenia; de las cuales sólo la primera permanecía en el Santuario, pues Zurima desencarnó en el último desborde del Éufrates, y Adenia continuaba en tratamiento de la enfermedad mental que le acometió, a causa de malignas influencias a las cuales diera entrada ella misma con el culpable extravío de sus sentimientos y con su gran pecado en contra del amor fraternal.

De las que habían quedado en Monte Kasson, cinco contrajeron segundas nupcias con honrados comerciantes de Dhapes las unas, y con capitanes de la Marina Mercante, otras; y como los cinco esposos estaban de antemano vinculados a los Kobdas de uno u otro santuario, construyeron sus nuevas habitaciones en la falda de la colina que servía de base al suntuoso palacio construido hacía nueve años por el afecto de Elhizer hacia las que eran madres de sus hijos. De modo que estas mujeres casadas por segunda vez continuaban como perteneciendo al personal del Santuario a donde concurrían diariamente, ya fuera para continuar sus delicados trabajos de aguja o para escuchar las instrucciones que a mitad de la tarde daba siempre una de las Kobdas del Santuario.

Dicha instrucción abarcaba el máximo de los conocimientos de aquella época y propios para la mujer doncella, esposa y madre.

Y para que dicha instrucción fuera de utilidad práctica a aquellas que las escuchaban, las Kobdas habían colocado en el pórtico del aula un gran cuadrado de madera donde cualquiera de las concurrentes podía enclavar un trozo de papiro con las consultas que deseara hacer, ya en el orden espiritual, moral o físico, a los fines que la Instructora del día se orientase sobre las necesidades de las oyentes y sobre ellas fundamentara su plática. Esta discretísima ordenanza dejaba a cubierto de todo comentario a las consultantes si no era que ellas mismas quisieran descubrirse.

A más de las Berecinas que fueron esposas del Príncipe Elhizer, habían ingresado después las de los más poderosos Caudillos y Príncipes de la vasta llanura de Ur Bau, como se llamaba entonces a la región que la geografía y la historia denominaron más tarde Mesopotamia.

Los Príncipes o Caudillos o simplemente Jefes de tribus de las ciudades de Warka, Sirki, Anak, Nibisis, Singar, Opis, Calach, Borsippa, Agadé,

Galaad, Gerar y Nipur, habían conducido allí a sus esposas secundarias después de haberlas dotado conforme a la Ley de la Gran Alianza, dándoles carta de soberanía para sí y para sus hijas mujeres.

De modo que el Santuario de Monte Kasson que visitamos con el lector en la época de Zurima con sólo diecisiete Berecinas y su ejército de esclavas, alberga en el momento que hemos llegado en este relato, la respetable cantidad de ochocientas sesenta Berecinas con sus hijas de cuatro a quince años; edad esta última en que se procuraba buscarles un compañero para su vida, o bien pasar a los Santuarios Kobdas las que así lo deseaban. A estas ochocientas sesenta se sumaban las ciento doce traídas por Abel de los países del Norte. Esto sin contar las niñas que eran menos en cantidad pues, de año en año, se realizaban numerosos matrimonios y algunos envíos a Neghadá o a La Paz, pero esto en más escaso número.

También el personal docente, o sea las Kobdas, se había aumentado en proporción a la cantidad de Berecinas refugiadas, como es natural. El Santuario de Neghadá había enviado en diversas oportunidades hasta el número de cincuenta y dos Kobdas, de las más adecuadas para educar mujeres de elevada alcurnia como de humilde condición. De La Paz, del Mar Hircanio y de otros refugios se habían recolectado otras treinta y cinco Kobdas, más que con las que había, llegaban al centenar.

Se explicará pues, el lector, que realizaran con relativa facilidad el arduo problema de regentear aquella inmensa colmena femenina, que en sólo nueve años había adquirido tan colosales proporciones, no sólo desde el punto de vista material, sino más todavía como escuela de alta moral, y de formación y educación de la mujer, a cuyo cultivo espiritual y artístico se daba especial atención.

Tan estupendas fueron las bellas creaciones en encajes y tejidos fabricados con perlas, corales, ámbar, piedras preciosas, plata, oro y hasta con escamas de pescado, paja de trigo y plumas de ave, que un siglo después comenzaron las gentes de la comarca a llamarlas: “Las magas de Monte Kasson”.

En la remota antigüedad a que nos referimos, era la humanidad aún más inclinada a la superstición que lo es en la actualidad; y cuando, a su juicio, algunas aptitudes salían de lo vulgar lo atribuían a las artes mágicas y calificaban de mago a todo ser que poseyera artes o ciencias superiores a lo común. Mago o maga no eran sinónimo de malvado sino de sabio, de maravilloso. Hasta se dio el caso de que algunos poderosos magnates del lejano Oriente mandaron a contratar la compra de algunas de las magas de Monte Kasson, para establecer escuelas de obreras de maravillas y satisfacer por tal medio su vanidad de grandes príncipes y su ambición insaciable de oro y de riquezas.

–“Las magas de Monte Kasson no se venden” –había contestado la Mangrave Luvina–. Ellas venden sus trabajos para proporcionarse bienestar en su vida y se dejan conquistar por el amor si de verdad el amor se les brinda.

Y buscando desvirtuar la idea de lo maravilloso y mágico que el vulgo creía encontrar allí, les hacía entrar en los talleres, donde las Berecinas con sus blancas túnicas de lino y sus velos celestes, para evitar el desorden de la cabellera, sentadas ante los telares, los bastidores, las mesas o las canastillas, estaban dedicadas cada cual a sus labores habituales.

Este magnífico Santuario de trabajo y de virtud, donde en verdad el Amor y la Sabiduría habían obrado maravillas de progreso en los seres que se cobijaron bajo su techumbre, llegaron Kobdas y Dakthylos pasado el mediodía siguiente del arribo del “Cien Alas” al País de Ethea. La Mangrave Luvina con dos Kobdas de las más ancianas les recibieron en la suntuosa portada exterior.

Al llegar al gran vestíbulo de honor sumido en apacible penumbra por los cortinados corridos, les deslumbró de pronto un cuadro maravilloso al mismo tiempo que una orquesta de cincuenta liras invisibles llenaba los aires de suavísimas melodías. Sobre un fondo azul turquí salpicado de estrellas de plata aparecían como esculpidas en blanco mármol una porción de estatuas vivas simbolizando las grandes creaciones del Amor y la Sabiduría, unidos en nupcias perennes e inmortales.

En lo más alto y sobre un mullido lecho de flores de loto aparecían semirecostados el Amor y la Sabiduría, representados por dos bellas adolescentes, la una vestida de túnica rosada y coronada de rosas bermejas; la otra de amarillo pálido con una estrella de oro como diadema y una antorcha encendida en la mano.

Y en la gradería cubierta de azul turquí, y como corte magnífica a los eternos desposados aparecían en diversos grupos: la Piedad, cubriendo con su inmenso manto blanco a niños pequeños dormidos en su regazo, a sus pies, a su lado, como si aquel inmenso manto fuera pequeño para cobijar tantas caritas dormidas; hacia otro lado la Laboriosidad representada por una bella niña caracterizada de anciana sentada como sobre una montaña de blanco algodón, de en medio del cual sobresalían los bustos de hermosas jovencitas que hacían con el huso y la rueca compasados movimientos como de estar hilando; más allá las Artes formaban otro maravilloso cuadro plástico representando la Música, la Poesía, la Pintura, la Escultura; y por fin la Abnegación, representada por una bella jovencita vestida de color violeta, coronada de lilas blancas, sentada sobre una pila de lustrosas piedras que había apartado de un largo camino de césped florecido que iba a perderse entre el verdor de un gran macizo de helechos y begonias.

Las hijas de las Berecinas recibían con este hermoso cuadro plástico a todos los grandes visitantes que llegaban al Santuario.

Pasados unos momentos de muda contemplación, las estatuas vivas bajaban de sus pedestales; las cincuenta liras invisibles salían a luz formando un grupo encantador de jovencitas, adolescentes y niñas que recibían con alegría manifiesta los plácemes de los recién llegados por tan encantadora actuación.

Los venerables Ancianos del Monte de las Abejas llevaban su pensamiento muchos siglos atrás, cuando la Escuela Antuliana en todo su apogeo, fuera el foco de la ciencia, de la belleza y del arte en la populosa Manh-Ethel de la desaparecida Atlántida.

Aquel gran vestíbulo estaba rodeado de arcadas cuyas cortinas al descorrerse dejaban ver grupos de mujeres de túnicas blancas y velos celestes que se acercaban a saludar a los visitantes.

Allí encontró Abel a todos sus compañeros de viaje y por fin a Tordito y Rubí, que empujando una hermosa silla de ruedas, acercaban a Esperanza y Amada, cuyos regazos aparecían completamente cubiertos de ramilletes de flores.

—Estas son las floristas del Santuario —decía Luvina—, que ya desempeñan a la perfección sus funciones. Llevadas por Tordito y Rubí a lo largo de los senderos del jardín, van recogiendo las flores y formando ramilletes para obsequiar a los visitantes y adornar las habitaciones.

Con una felicidad que irradiaba de sus rostros, ambas adolescentes iban ofreciendo sus flores a Dakthylos y Kobdas que las recibieron como a las primicias de la dicha que el Amor y la Sabiduría habían creado en aquellas almas, antes agostadas y dolientes.

— ¡Sois en verdad las magas del Amor y la Sabiduría!... —decían al unísono los visitantes—. He aquí que habéis encontrado el modo de vencer a cuatro seres físicamente defectuosos de que su vida es necesaria, útil y bella aún azotados por una naturaleza inclemente.

—Mal llevaríamos el nombre de Kobdas si no fuéramos capaces de irradiar un poco de amor y de dicha sobre los seres que nos rodean —contestó afablemente Luvina acariciando a Tordito y Rubí, que con gran suavidad hacían rodar el gran sillón hacia el grupo en que se encontraba Abel.

— ¿Verdad que los cuatro sois felices aquí? —les preguntó el joven Kobda, recibiendo el ramillete de aromosos jacintos blancos que las niñas le ofrecían.

— ¡Oh, sí, mucho! ¡Gracias a vos, Príncipe Abel! —contestaron los cuatro a una voz.

—Dad gracias al Eterno Amor al cual habéis atraído con vuestro amor recíproco y tened por cierto que si no hubiera existido entre vosotros

cuatro ese grande y sincero amor, no habrías merecido el bien que gozáis. ¿Y vuestra madre?

—Miradla —contestaron los cuatro señalando a una de las arcadas donde Arcelia ya vestida con la túnica blanca y el velo celeste de las Berecinas, sonreía al grupo formado por Abel y sus hijos.

A una indicación de la Mangrave Luvina, ella se acercó e iba a arrodillarse ante el Hombre Luz que había llenado su vida de claridad y de paz, pero él la estorbó tomándole ambas manos para obligarla a permanecer de pie.

—Del Altísimo parte todo bien que llega hacia nosotros; sean vuestras adoraciones y vuestra gratitud para Él, que es el soberano dueño de todo cuanto puede satisfacer el alma humana.

— ¡Oh, gracias, gracias, Príncipe Abel, por habernos conducido a este paraíso de amor y de paz! ¡Jamás creía que pudiera encontrar tanto cariño entre seres que nunca vi!

—Es la mimada —dijo sonriendo Luvina—, y ya he dicho a todas sus compañeras que el dolor de tener sus cuatro hijitos enfermos, nos obliga a todas a suavizarle esa grande pena por todos los medios a nuestro alcance.

Y guiando a los visitantes por entre aquella muchedumbre de túnicas blancas y velos azules, se encaminó la Mangrave hacia una de las arcadas que daba acceso a la gran columnata sobre la cual se hallaban las magníficas salas que antes fueran de festines y que ahora eran, sala recibidor, sala de conferencias, sala de estudio, sala de oración.

Kobdas, Berecinas y Dakthylos se diseminaron por la amplitud de aquel suntuoso edificio, por los patios de juego, por los jardines, por los parques de plátanos rumorosos, por los innumerables talleres.

—Mangrave Luvina —dijo de pronto Abel a media voz—, permitidme visitar aquel pabelloncito vuestro en que estuve años atrás con la Mangrave Elhisa. Pero quiero ir solo si es posible.

La sutil intuición de Luvina le hizo comprender el pensamiento del joven Kobda.

—Venid hacia aquí —le contestó desviándose un tanto entre los numerosos grupos que se cruzaban. Y le abrió una puertecita al final de la columnata—:

“El pabellón está solo —le dijo Luvina—, en la casa de vuestras hermanas estáis en vuestra propia casa. Pasad, que yo quedo aquí con vuestros compañeros.

Mientras la Mangrave con su hermano, el Kobda Notario y algunos Dakthylos leían las inscripciones de las murallas, o visitaban las salas de estudio y los grandes talleres, sigamos nosotros al Hombre Luz en el silencioso y místico pabelloncito, habitación de sus hermanas Kobdas.

Recordará el lector que al centro, había un pequeño patio con una fuente de mármol negro, sombreada por un magnífico rosal blanco.

Y Apenas Abel había andado pocos pasos se quedó como clavado en el pavimento de lozas blancas. Sobre el borde de la fuente y teniendo como fondo el verde brillante del rosal, una estatua de Zurima en mármol blanco se destacaba como una visión. Con la lira entre sus manos y la mirada perdida en el infinito azul de los cielos, parecía esperar la llegada del “Príncipe formado con luz de las estrellas”, según ella decía. En el pequeño pedestal tenía esta inscripción: “Zurima de Arab: estás ausente pero vives entre tus hermanas de Monte Kasson”.

Abel se acercó a la fuente sobre cuyas aguas cristalinas flotaban deshojadas muchas rosas blancas y se reflejaba la imagen de la dulce arabeña que tanto le había amado.

No pudo sustraerse a la intensa emoción que despertaban en él los recuerdos.

La profunda herida de amor se abría de nuevo y parecía destilar cálidas gotas de sangre.

El joven Kobda cruzó sus manos sobre el pecho y entornó sus ojos para buscar en su propio Ego la fuerza necesaria para triunfar otra vez.

– ¡Amor Eterno!... –murmuró con voz apenas perceptible–. Era tuya y en ti se esfumó como resplandor de una estrella. ¿Quién la podía guardar mejor? –Y cuando ya fortalecido y sereno abrió sus ojos e iba a acercarse a la estatua para examinarla mejor, una luz sonrosada y temblorosa le ocultaba el blanco mármol, haciéndose a cada segundo más y más densa. Y en su cuerpo mental habituado a las percepciones espirituales más sutiles, se dejó sentir la vibración de este pensamiento:

– ¡Esta estatua es de frío mármol! ¡Yo soy la que vive, la que siente, la que ama!

“¡Luz de Dios que vi resplandecer un día en este mismo lugar!, ¿sembrarás siempre de estrellas mi eternidad?...”

– ¡Siempre, siempre, siempre!... –murmuró Abel tendiendo sus manos hacia la etérea visión cuyos rosados celajes parecían acariciarle dulcemente el rostro.

Se sentó como extenuado sobre el borde de la fuente, apoyando su cabeza en el helado mármol de aquella estatua que tan vivos recuerdos había despertado en él.

– ¡Gracias, Dios mío, gracias por haberla recogido en tu seno, porque aún soy pequeñuelo para sobrellevar la carga de un amor humano profundamente sentido! –exclamó el joven Kobda, y con el alma llena de serenidad y de paz recogió las más frescas y lozanas rosas blancas que se reflejaban en las aguas de la fuente y coronó con ellas la estatua de Zurima, que con su lira entre las manos y la mirada perdida en el

infinito azul de los cielos, parecía cantar al “Príncipe formado con la luz de las estrellas”, cuyo amor la había levantado en un vuelo gigante hacia el Eterno Ideal.

Su Pangrave Aldis le contemplaba enternecido desde la puertecita de entrada y decía para sí mismo:

– ¡El Verbo de Dios cuya alma es luminosa estrella, recuerda aún con ternura su lamparilla de aceite!... ¡Oh, corazón!..., ¡corazón de hombre que palpita y sangra!...

Le vio entornar los ojos y cruzar las manos sobre el pecho, y comprendió que oraba por aquella que le había amado en la Tierra y continuaba amándole en la eternidad.

– ¡Zurima!..., ¡alma de tórtola!..., ¡sea para ti dulce nido el infinito seno de Dios!... –murmuró con voz casi imperceptible Abel, prendiendo entre las manos de la estatua la última rosa que había cortado.

Al volverse para caminar hacia la puerta se encontró con Aldis, que a su vez se había acercado.

– ¡Oh, mi Pangrave! –le dijo–, estáis destinado a ser siempre el único confidente de mis secretillos de niño. ¿Cómo tuvieron la idea de colocar ese mármol en este lugar? –le preguntó.

–Zurima ya desencarnada frecuentaba en espíritu el rosal blanco de la fuente, según me refirió la Mangrave Elhisa, y como en manifestaciones espirituales hizo comprender que el instante de su encuentro con vos había sido el punto decisivo de su elevación espiritual, las Kobdas llamaron a este lugar “El rosal de Zurima”, “La fuente de Zurima”. Un día una de las Kobdas videntes la vio tal como aparece en ese mármol, cantando en su lira a la Eterna Belleza que había descubierto a través del alma de su “Príncipe formado con luz de las estrellas”. Y la anciana Elhisa mandó esculpir ese mármol, copia de los relieves murales que tenía el príncipe Elhizer de todas sus esposas en su fortaleza de Gutium –contestó el Pangrave Aldis.

Los alegres rumores de los grupos que se acercaban a lo largo de la gran columnata puso fin a este diálogo, y ambos se apresuraron a salir del místico pabelloncito de las Kobdas donde quedaba sola como una visión de nieve dorada de sol, la blanca estatua de la arabeña reflejándose en el agua de la fuente donde caían como gotas de llanto los pétalos de aquel rosal junto al cual había cantado, había llorado y había encontrado por fin a la celestial visión de su niñez lejana, al “Príncipe formado con la luz de las estrellas”...

EL ROSAL DE LAS RUINAS

Cuando Kobdas y Dakthylos partieron en caravana hacia Monte Kasson, Abel invitó a Furkis para llevarle consigo, mas éste declinó la invitación pretextando cansancio y deseo de soledad y reposo, por lo cual quedó en el castillo de Dhapes con Selyman y algunos Kobdas Ancianos de los fundadores del Refugio en la Caverna de Gaudes.

–Os lo recomiendo –les había dicho Abel–, porque es un ánade enfermo que encontré en los hielos del Norte.

–Ya lo hemos comprendido –le contestaron los viejos Kobdas–. Id sin cuidado que le vigilarémos de cerca. –Y a indicación de Selyman que era el Regente de la mansión de Iber, el joven Chalit, un Kobda tracio llamado Jeische conocedor del idioma más usado en el Norte, ofreció al joven viajero su compañía si deseaba pasear por los alrededores de la fortaleza.

El alma deshecha de Furkis hubiera deseado más una completa soledad para entregarse de lleno a sus recuerdos..., a la angustia desesperada que surgía como un fantasma de la evocación de su reciente tragedia; pero no tuvo el valor de negarse a la afable cortesía de aquel Kobda que sin haberle conocido antes, así se interesaba por él. Y sin resistencia se dejó acompañar en sus agitados paseos por los caminos enlozados que cruzaban en todas direcciones los patios del edificio.

–Puesto que deseáis caminar –díjole el Kobda–, salgamos fuera, hacia el campo, que hay cercanos algunos parajes hermosos que a los hombres del hielo deben parecerles extraordinarios.

–Vamos a donde queráis –le contestó Furkis.

Y ambos salieron por la puerta de Oriente hacia un hermoso valle que se abría como un tapiz de césped y de flores entre un círculo de pequeños cerros cubiertos de vegetación.

El rumor de los plátanos levemente agitados por el vientecillo de la tarde parecía dar más solemnidad a aquella calma serena y silenciosa. Y el alma de Furkis empapada de ensueño y dolor, fue como hundiéndose más y más en el abismo inmenso de sus recuerdos, de su amor perdido y muerto..., de sus hijitos que había regalado a su hermano como se regalan pajarillos preciosos, o joyas de inestimable valor. Jeische respetando el doloroso silencio, simulaba recoger algunas hierbas del camino hasta que percibió en su cuerpo mental una tenaz y persistente vibración que con la voz sin ruido sólo percibida por los grandes sensitivos, decía:

“¡Furkis, amado mío!, no quiero que sufras así por mi muerte que ha

sido para mí la entrada a la Luz... El dios encarnado que te salvó de la prisión y te trajo a esta tierra me ha sacado de la turbación del sepulcro y libre te sigo a todas partes”.

El Kobda cuya percepción auditiva recibió este mensaje, comprendió algo de la tragedia que agitaba el alma de su compañero de excursión, y evocando a la Divina Luz para prestarle eficaz ayuda le habló así:

–Nuestro hermano Abel que os ama mucho nos ha recomendado prestar gran atención a vuestra salud que él considera afectada momentáneamente. Mis años y mi experiencia de la vida me hacen comprender el dolor humano en los demás, acaso porque lo he sufrido de diversas maneras en carne propia. Mi edad dobla la vuestra; sois demasiado joven y aún podéis reconstruir lo que los vientos de la vida hayan destruido en torno vuestro.

–Si el Príncipe Abel os habló de mí, ya sabréis que no se puede resucitar lo que ha muerto –contestó Furkis con temblorosa voz.

–Únicamente nos dijo que veníais algo enfermo y que os cuidásemos mucho en su ausencia.

–Enfermedad grave e incurable es la mía –respondió el joven–, y no sé porqué he seguido al Príncipe Abel al cual sólo serviré de estorbo. Pero no fui dueño de oponerme cuando él me dijo: “Venid que os llevaré conmigo”. Y aquí estoy como un muerto que anda.

–Él tiene la misma edad que vos, a lo que parece. ¿Por qué él lleva en sí la plenitud de la vida y vos os sentís impregnado de muerte?

– ¡Oh!..., iseguramente que por su corazón no ha pasado el huracán que pasó por el mío destruyéndolo todo, absolutamente todo!

– ¡Os equivocáis, amigo mío! También él ha visto morir lo que amaba. No creáis que los Kobdas somos hombres de piedra. Todos llevamos en el corazón un sepulcro, una ruina, un manantial que se ha secado, un árbol tronchado de raíz. Y no obstante gozamos de la plenitud de la vida, y extraemos de la vida lo más hermoso que hay en ella. ¿Por qué vos no hacéis lo mismo?

– ¡También él ha visto morir lo que amaba! –repitió Furkis como meditando sus propias palabras–. Por eso será que muchas veces me ha dicho: “la muerte no es el peor mal que sufre la humanidad; la muerte es aparente, detrás de ella está la vida si sabemos encontrarla”.

–Así es en verdad, pero a la mayoría de los hombres ocurre lo que a vos, no quieren o no saben tomarse el trabajo de buscar la vida, la belleza y el amor más allá del sepulcro.

Y el Kobda volvió a percibir la vibración anterior pero variada en esta forma:

“Furkis, amado mío: mi muerte fue una expiación para ambos. En cumplimiento de una ley de Justicia debía ocurrir así. Ambos hemos

pagado una deuda que nos deja libre en adelante. El dolor de hoy será la felicidad de mañana. Así lo comprendo ahora. Que Apolón te dé la paz que goza tu Alba”.

Y la voz astral, etérea como el zumbido de alas invisibles, se esfumaba en el aura mental del Kobda auditivo.

–El ser cuya ausencia lloráis –dijo de pronto a su compañero–, pide vuestra calma y vuestra paz. Sufre por vuestro dolor y anhela veros entrar en un camino nuevo de esperanza y de resurgimiento a la vida, dentro de la cual debéis actuar como nuestro hermano Abel, como yo, como todos los que hemos sufrido y llorado como vos sufrís y lloráis en este instante.

“¿Vos os llamáis Furkis?

–Sí, tal es mi nombre.

– ¿Y Alba la mujer que amasteis?...

– ¡Oh, sí, Alba, Alba! ¿Cómo le sabéis si ni aún al Príncipe Abel lo dije?

–En la grandeza de las obras de Dios hay leyes que permiten percibir el pensamiento emitido por los seres que nos rodean, ya tengan cuerpo físico o no. Y yo he percibido los pensamientos de vuestra esposa dirigidos a vos.

– ¡Cómo! ¡Los habéis sentido vos, y no yo! ¡Es singular!

– ¡No os extrañéis, os ruego! ¿No habéis visto cómo los hombres de mar perciben la hora, el momento de desatarse las tempestades, de subir y bajar las mareas, cuando los demás se figuran que no hay en la atmósfera alteración alguna?

–Sí, lo he visto y eso es natural porque han adquirido cierto conocimiento a fuerza del contacto continuado con los elementos en que viven.

–Pues de la misma manera los que tenemos ciertos conocimientos de las leyes que rigen a las almas en sus relaciones mutuas, hemos adquirido la facultad de percibir las vibraciones que el pensamiento de un alma hace llegar a nuestra mente.

– ¿Y yo no puedo adquirir esos conocimientos? –preguntó Furkis después de un breve silencio.

–De vuestra voluntad depende y creo que con ese fin os traerá consigo nuestro hermano Abel. ¿Qué otra curación puede encontrarse a un alma como la vuestra, para quien toda la tierra no es más que un sepulcro?

“Si esta tierra es para vos una inmensa tumba, necesario es buscar la vida tras de esa tumba para que resurjáis de nuevo al concierto de la vida que es luz, energía y amor.

– ¡Energía, luz y amor! He aquí tres cosas que han perdido la razón de ser para mí. ¿Quién precisa de mi energía?... ¿para qué quiero yo luz? ¿Quién pide mi amor?

–Tiempo al tiempo, amigo Furkis, si me es permitido llamaros así –dijo el Kobda–. Si todos los grandes dolores fueran incurables, esta tierra sería toda un cementerio y un manicomio.

“Y en este momento se me ocurre lamentar que no hayáis ido a Monte Kasson para que hubierais visto de cerca el resurgimiento a la vida, a la paz y al amor de infinidad de seres, casi todos los cuales tuvieron dolorosas tragedias en sus vidas. Nuestros Santuarios están llenos de almas tanto o más doloridas que la vuestra, y no obstante llegó una hora en que el sol salió de nuevo, los árboles volvieron a florecer y los pájaros a cantar. Todo es pasajero y mutable en nuestra vida terrestre.

–Decíais que puedo encontrar la vida tras de una tumba –murmuró Furkis volviendo sobre lo dicho anteriormente por el Kobda Jeische–. ¿Qué queréis decir con eso, que conocéis el medio de hacer hablar a un muerto?

–Muerto no es la frase que expresa la verdad. Decid más bien si será posible establecer relación con una Inteligencia que ha dejado en la tumba su cuerpo físico que es lo único que muere y se disgrega. ¿No acabo yo de recibir un mensaje espiritual de vuestra compañera ausente?

– ¿Y no podría yo contestar esos mensajes?

–Sí; pensad lo que queréis decirle y ella lo recibirá.

Ambos continuaron caminando en silencio por el verde valle sombreado de plátanos, entre cuyas rumorosas hojas anidaban las alondras y los mirlos.

Y el Kobda volvió a sentir por tercera vez la vibración mental de Alba que contestaba a los pensamientos de Furkis silencioso y entristecido:

“No desees morir para reunirme conmigo, porque aún no es hora de que nos encontremos en el espacio infinito. Si dejaras ahora la vida, irías por ley a un lugar muy lejos de mí. Vive..., yo quiero que vivas porque así podemos estar más cerca uno de otro. Yo estoy a tu lado con frecuencia y si aceptas de buen grado la vida, estaré aún más cerca todavía.

“Espera, Furkis, espera. El amor es vida. Alba vive. Alba espera. Recuerda lo que mi nombre significa: el amanecer. Soy pues tu Alba”.

Y el Kobda fue repitiendo palabra por palabra el mensaje astral que dejó perplejo a Furkis, pues contestaba a lo que él había dicho con el pensamiento a su muerta adorada.

– ¡Ella ha contestado a lo que mi pensamiento le ha dicho!... ¡Que espere para morir!..., pero ¿qué he de esperar?

–La hora de poderos unir con ella, ¿no os lo dice bien claro? Es un grave error pensar que al dejar la materia todas las almas se encuentran.

“Son incontables los planos y los espacios destinados a habitación de las almas que han pasado el umbral de la vida física, y son inmutables

las leyes que las llevan a su lugar determinado por su mismo desarrollo intelectual, moral y espiritual. Un alma justa no está con un delincuente; un sabio, un gran artista, un benefactor de sus semejantes no habita el mismo plano que un ser atrasado, ignorante o egoísta.

A esta altura de la conversación sintieron ambos un gemido lejano como el llorar de un niño. Trataron de orientarse hacia qué parte era que partían aquellos clamores y comprendieron que venían de oriente, donde el valle terminaba interceptado por numerosos cerros de escasa elevación pero donde la arboleda se tornaba espesa y enmarañada.

–Es allá –dijo Furkis–. ¿Hay población por allí?

–Que yo sepa, no; pues los habitantes de este país son supersticiosos y como hacia ese lado existen unas ruinas antiquísimas alrededor de las cuales hay una porción de leyendas espeluznantes, nadie ha querido plantar allí sus cabañas. El gemido continúa..., ¿queréis que vayamos a ver de qué se trata? Acaso podemos prestar socorro.

–Vamos –contestó el joven. Y apresuraron el paso. Como el gemido se tornaba angustioso lamento, Furkis, joven y ágil, emprendió desenfundada carrera. El Kobda alargó cuanto pudo sus pasos, pronto perdió de vista al joven entre el bosque que se hacía cada vez más espeso.

Saltando como un corzo entre pedruscos y árboles, y jadeante por la carrera, vio Furkis los enormes escombros de un color gris casi negro sobre los cuales los búhos y las lechuzas revoloteaban dando horribles graznidos. Y comprendió que de aquellos escombros salían los doloridos lamentos.

No llevaba más armas que un pequeño puñal de los usados más como utensilio que como arma de defensa. Sin detener su marcha, cortó una vara de fresno pensando en que pudiera acometerle alguna fiera y avanzó buscando un sitio por donde penetrar a aquel laberinto de vigas, piedras y columnas rotas.

– ¡Quién vive!... –gritó con toda la fuerza de sus pulmones–. ¡Aquí hay quien os socorre! ¿Dónde estáis?

– ¡Aquí, aquí..., por piedad! ¡Tras de este muro, junto al rosal! –contestó una vocecita de niño en medio de hondo sollozar. Pero el joven no comprendía el lenguaje y las palabras dichas sólo le sirvieron para orientarse hacia qué lado debía andar.

Grande fue su pena y su indignación, cuando después de muchos esfuerzos dio con el escondido rincón de aquellas ruinas colosales, donde una criatura humana envuelta en una manta de lana estaba amarrada a un trozo de columna que permanecía aún en pie.

Un enjambre de moscones y de tábanos se cebaban en su rostro, y los ojos amarillos y fijos de los búhos enloquecían de miedo a la infeliz criatura. Era una niña de diez o doce años al parecer, de cabello y ojos

castaño claro, muy bella, a pesar del desorden de su cabellera y del dolorido aspecto de su fisonomía salpicada de las picaduras sanguinolentas de los feroces insectos. Furkis cortó las ligaduras con su puñal y la pobre niña cayó sin fuerzas sobre la manta, pues llevaba horas de estar de pie, amarrada a la columna.

Quiso interrogarla pero ella no lo comprendía. Cuando pudo moverse se abrazó de su salvador al cual trataba de arrastrar hacia fuera mientras le suplicaba con palabras que él tampoco comprendía. Pero sí pudo entender, por la actitud de la niña, que quería huir apresuradamente de aquel lugar. Y como apenas podía andar por el estado de alteración nerviosa en que se encontraba, Furkis la envolvió de nuevo en la manta, la levantó en sus brazos y echó a andar buscando la salida. Pero apenas había empezado a bajar de los escombros cuando se le puso delante un hombre de edad, vestido ricamente con el traje usado por los ganaderos pudientes.

– ¡Alto ahí! –le gritó–, que yo no soy de los que se dejan robar su presa. ¿Conque queréis gozar en un momento del trabajo que a mí me ha costado mucho tiempo?

La pobre niña había dado un horrible grito y se había desmayado a causa sin duda, del terror que la presencia de aquel hombre le había causado. Furkis comprendió la lengua de aquel hombre que era originario de Caria.

– ¡Miserable! –le dijo–, ¿no os avergonzáis de atropellar así con una niña que aún tiene en los labios la leche materna? –Y con gran tranquilidad recostó a la niña desmayada sobre el césped. El desconocido aprovechó ese momento y se echó sobre Furkis, pero éste, que gozaba de gran fuerza y habilidad, se levantó de un salto y con un movimiento tan brusco que tiró al suelo al adversario. No tenía más arma que su pequeño puñal y saltando como un tigre cayó de rodillas sobre el hombre caído que hacía esfuerzos por levantarse.

En tan angustioso momento llegó jadeante el Anciano Kobda que con esfuerzos inauditos había trepado por los escombros.

–En nombre de Dios, ¿qué hacéis? –gritó viendo a Furkis con el puñal en la mano sobre aquel hombre caído en el suelo.

– ¡Quiere asesinarme!... –gritó el desconocido–, es un malvado.

– ¡Mientes, miserable! Que lo diga si no esa pobre niña que está allí media muerta. –Y el joven explicó al Kobda lo que había ocurrido, pero sin dejar en libertad al rico ganadero que estaba lívido de furor.

Jeische desató la cuerda azul que ceñía su cintura, y entre él y Furkis ataron los pies y manos de aquel hombre que vomitaba injurias y maldiciones.

–Calmaos, hermano –le dijo el Kobda–, que todas esas cosas las

diréis ante el tribunal del Chalit que ha de juzgar vuestra mala acción. ¿De dónde es esa niña?

–De donde no os importa –contestó.

–Bien; pronto lo sabremos. –Y sacando su botiquín de bolsillo, Jeische hizo volver en sí a la infeliz criatura.

–Calma, hijita –le dijo–, que ya no tienes nada que temer. Hemos llegado a tiempo para salvarte. Cuéntame porqué estás aquí.

La niña se echó a llorar desesperadamente. Entre sus sollozos pudieron comprender que dos hombres habían entrado a su casa, donde vivía con sus abuelitos. No tenía padres. Aquellos hombres habían dado muerte a los dos viejecitos que querían defenderla, y la habían traído a las ruinas donde la dejaron atada, diciéndola que pronto vendría a visitarla su amo, que era hermoso y rico.

– ¡Malditos brujos azules!... –gruñía el hombre amarrado–. No hay hueco en la tierra o en el mar que no aparezcan ellos como bichos de cien ojos... ¡malditos perros endiablados que los dioses confundan!...

Furkis sin poder contenerse, le cruzó el rostro de una bofetada.

– ¡Infame! –le dijo–, has asesinado dos ancianos para abusar de una niña y aún tienes la desvergüenza de maldecir a los que te impiden hacer más horrible tu crimen.

–Calmaos, hermano, calmaos, y bendigamos a la Eterna Justicia que nos ha traído hoy por este lugar.

Y sentando a la niña sobre una viga caída, el Kobda invitó a Furkis a que le ayudase a levantar al desconocido cuyo rostro amoratado indicaba la proximidad de una crisis nerviosa. Furkis hubiera querido estrangularle y miraba con estupor la solicitud con que el Kobda hacía aspirar un frasquito de esencias al hombre amarrado.

–Ya veis –le decía–, me habéis llamado brujo maldito, y en tal concepto yo podría cortar vuestra vida con una sola gota de una de estas redomas. Con otra podría paralizar todos vuestros movimientos en un segundo y lo haré si tratáis de escapar. Conque, amigo, os desato los pies para que echéis a andar a mi lado; y me guardo vuestro puñal y vuestra hacha hasta más adelante. Furkis, tomad estas armas y haceos cargo de la niña, que yo acompañaré a este hermano para ver como arreglamos estos asuntos. –Y los cuatro echaron a andar, llevando el Kobda los extremos de la cuerda con que habían atado hacia la espalda las manos del prisionero. Furkis con el hacha al hombro, conducía de la mano a la pobre niña que no cesaba de llorar.

– ¡Miren el destino de este hermoso rosal encarnado como un amanecer!... –exclamó Furkis al pasar bajo las ramas floridas cuyos rosados pétalos caían como una lluvia de frescos perfumes–. Es lo único que vive entre estas muertas y desoladas ruinas.

– ¡Tienen color de alba!... –dijo con marcada intención el Kobda–. También entre muertas ruinas florece la vida, el consuelo y la esperanza. ¡Que lo diga si no esta hermosa criatura que ha encontrado su salvación donde creía encontrar la vergüenza y la muerte! ¡Oh, amigo Furkis!..., tened en cuenta el rosal de las ruinas y que él os recuerde que había alguien que necesitaba de vuestra energía y que os pedía vuestro amor. Sin vos, esa criatura hubiera sido víctima del más horrible atropello. ¡Pobrecilla!... ¿Veis, amigo Furkis? ¿Qué me decís ahora?

–Digo..., digo..., que tenéis razón. El hombre no puede hablar de lo que será ni de lo que hará en cada minuto de su vida. Estoy contento de este incidente ocurrido en estos momentos, y ahí entre desoladas ruinas donde sólo vive un hermoso rosal color de alba, como vos decís. ¡Pareceme anuncio de un amanecer!

–Bien, bien..., me gusta oírlos razonar así. Pareceme que los salvados en este día feliz son dos y no una sola. ¡Y quién sabe si no son tres! –Y el pensamiento iluminado de amor del Anciano Kobda envolvió de perdón y de piedad al infortunado criminal que caminaba silencioso a su lado.

Cuando vieron diseñarse la silueta gris de la fortaleza de Dhapes entre los copudos plátanos que la rodeaban, el prisionero hizo un brusco movimiento como para tirar a tierra al Anciano que sujetaba las cuerdas y con el propósito manifiesto de escapar.

–El mal será vuestro, hermano mío –díjole mansamente Jeische–, porque los vigías ya están alerta en la torrecilla del miraje, ¿los veis? Uno siempre está con el arco tendido y la flecha próxima a salir. –Y mientras así decía, daba señales con la diestra de que no disparasen–.

“Si sois razonable –continuó–, yo haré porque el tribunal sea benévolo con vos, aunque vuestro delito es espantoso, pero si tratáis de escapar, seréis inevitablemente herido por las flechas.

El cautivo se sosegó a su pesar, aunque dando muestras de ira reconcentrada. Furkis había ido acortando el paso debido a la debilidad en el andar de la pobre niña hasta que viendo que su acompañante ya se le había adelantado cien pasos tomó otra determinación.

–Niña –le dijo con toda la suavidad que pudo–, si no lo tomas a mal, te llevaré en brazos porque veo que apenas puedes andar y nos sorprenderá a este paso la noche.

La niña le miró con sus oscuros ojos llenos de dolor, y le hizo ver que no lo entendía. Por señas se explicó de nuevo. Abrió la manta para envolverla y ella confiada se dejó levantar por los fuertes brazos de su salvador. Era ya tiempo, pues la niña dejó caer lacia su cabeza sobre el hombro de Furkis, palideció intensamente y se quedó desvanecida. El esfuerzo desmedido que había hecho para andar después de las terribles impresiones sufridas, había sin duda puesto en demasiada tensión su sistema nervioso.

Un extraño sentimiento se apoderó del alma dolorida del joven, mientras andando sin parar miraba el rostro pálido de la niña como un lirio blanco que se hubiera marchitado en sus manos... como una tortolilla herida que agonizara junto a su corazón. Y aterrado, y deteniéndose un momento, levantó sus ojos angustiados al cielo azul, dorado con los últimos resplandores de la tarde.

– ¡Apolón!... ¡Apolón!... ¡Dios de la luz y del amor!... ¡Que ella viva por piedad y tendrá algún objeto mi vida!... –exclamó con una voz que sólo oyó el vientecillo marino que venía de occidente y los mirlos que buscaban ya sus nidos entre los plátanos, bajo cuya sombra pasaba.

Y como si llevara entre sus brazos un objeto sagrado, al cual rendía la interna adoración de su espíritu, entornó sus ojos y rozó apenas con sus labios la frente de la niña desvanecida. Apresuró su marcha y pronto alcanzó al Kobda a cuyo encuentro salían ya dos arqueros, para quienes no era novedad que salieran los Kobdas de paseo y volvieran con algunos seres humanos salvados de los abismos de dolor o de crimen en que se habían precipitado.

–Guardadle en lugar seguro, ya hablaré yo al tribunal –les dijo, entregándoles el prisionero. Y volvió unos pasos que aún le separaban de Furkis.

– ¿Vuestra niña duerme? –le preguntó.

–No sé si es el sueño de la muerte –contestó el joven–, pues apenas respira. Me vi obligado a cargarla en los brazos cuando me di cuenta de que no tenía fuerzas para caminar.

–Sentaos –le dijo, señalándole un árbol caído junto al camino. Y cuando Furkis lo hizo teniendo siempre a la niña sobre sus rodillas, el Kobda sacó su botiquín de bolsillo y comenzó a aplicarle paños humedecidos en esencia de flores de naranjo sobre las fosas nasales; luego la hizo beber jarabe de cerezas en pequeños sorbos y le dio frotaciones en las manos y los pies con jugo de terebinto. La criatura volvió en sí y al verse entre aquellos dos hombres recordó lo que le había pasado y todo el terror sufrido se pintó de nuevo en su semblante.

Y el Kobda comprendió que ella decía en una doliente queja:

– ¡Oh, es verdad, todo verdad!..., ¡abuelitos muertos y yo sola en tierra extranjera!

– ¡Niña mía, cálmate!..., piensa que estás entre los tuyos y ningún temor abrigues. Haremos por ti cuanto sea posible; así que nos hayas explicado todo lo ocurrido en tu hogar. –Y diciéndola así, el Kobda la obligaba a beber nuevos sorbos del reconfortante elixir.

A Furkis le estallaba en el pecho la compasión y la angustia. Se sentía capaz de estrangular entre sus manos al hombre bestia que había causado tal sufrimiento al dulce ángel que luchaba entre la vida y la muerte sobre

sus rodillas, cual si fuera una hija que de pronto le había caído del cielo como una estela de luz en su vida sin esperanza.

– ¡Maldito!..., imaldito por los siglos de los siglos!... –murmuró sin poderse contener. El Kobda comprendiendo el sentido de estas palabras le contestó:

– ¡Amigo Furkis!..., ni aún podéis maldecirle, porque si no fuera por su delito no habríais descubierto que había en el mundo quien necesitaba de vos..., ¡que había sobre la tierra un ser más débil, más desamparado, más dolorido que vos!... El lema de los Kobdas es extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas, y de entre las ruinas causadas por las maldades humanas, debéis arrancar la flor blanca de la esperanza que os invita a vivir por la convicción de que hay alguien que necesita de vuestra vida. ¿Verdad, niña mía? –dijo el Anciano hablándola en su lengua–. ¿Verdad que tú no quieres que este hombre muera? ¿Verdad que su vida te es amada desde el momento que ha sido tu salvador?

– ¿Y por qué quiere morir? –preguntó con voz suavísima la criatura.

–Porque está solo en el mundo como tú, fueron muertos sus seres queridos y su vida es triste como una tumba que nadie recuerda.

La niña volvió sus ojos hacia Furkis que miraba el lejano horizonte sin comprender lo que ellos hablaban. El Kobda adivinó el pensamiento de la niña y la animaba con su faz sonriente. De los ojos del joven estaban próximas a brotar gruesas lágrimas que sus recuerdos arrancaban de lo más hondo de su corazón. Entonces la criatura se incorporó bruscamente y pasando sus brazos alrededor del cuello de Furkis, le decía en su lengua:

– ¡Vos me habéis salvado la vida y yo quiero que viváis para amparar mi soledad!

Aunque Furkis no comprendía las frases, comprendió muy bien el significado en la ternura de aquellos bracitos que se envolvían en su cuello como una guirnalda de rosas... Miró al Kobda, miró a la niña y oyó que el Anciano le decía:

–Os pide que améis la vida aunque más no sea que para amparar su soledad.

Furkis no pudo contenerse más y se abrazó de aquella criatura sollozando amargamente. Pensó en su amada muerta. Pensó en sus hijitos también muertos para él, y reunió todos aquellos muertos amores en uno solo, el amor de la pobrecilla huérfana que había salvado de la vergüenza y de la muerte.

– ¿Viviréis..., viviréis para mí?... –interrogaba la vocecita temblorosa y tímida, mientras su pequeña manita blanca pasaba por los cabellos desordenados del joven.

– ¡Sí, niña mía, viviré para ti!... ¡Por Apolón y por Northia te juro que viviré por ti!

– ¿Cómo es tu nombre, niña? –preguntó el Kobda para suavizar la intensa ola de emoción que pasaba como una marejada.

– ¡Aurorita de Nibiza, para serviros!...

–Bello nombre, Aurora..., símbolo del amanecer de un día nuevo; es sinónimo de alba, la luz rosada que precede al sol cuando levanta su antorcha que es energía y calor para todas las cosas que viven!...

“¡Amigo Furkis..., ya lo veis!..., sois el hombre amado de las alboradas y de los amaneceres, ya se los llame aurora o alba..., y tal debe ser el símbolo de vuestra vida en adelante.

Una suave calma fue apoderándose del alma del joven ante la extática mirada de aquella criatura que parecía querer absorberlo en el suave resplandor de sus ojos oscuros y dulces.

–Vamos –dijo el Kobda levantándose, y Furkis le imitó cuando la niña se puso de pie.

–Ahora puedo andar –dijo ella, tomándose confiadamente de la mano de Furkis–, si vos lleváis esta manta que me pesa mucho.

El joven se echó al hombro la manta y conduciendo de la mano al ángel bueno que le había caído de los cielos, siguió los pasos del Kobda por la gran avenida de cerezos que conducía a la Fortaleza.

– ¡Es el rosal de mis ruinas –decía para sí mismo–, que acaba de brotar para obligarme a que viva cuando sólo esperaba la calma serena y fría de la tumba!

* * *

La Fortaleza de Dhapes propiamente dicha era un cuadrilátero de muro de piedras enormes, uno de cuyos lados era la misma roca de la montaña a que estaba adosado. Dentro de aquel muro se encerraban las habitaciones, grandes, bajas y fortísimas como toda la ciclópea construcción.

La parte occidental daba hacia el mar, del cual sólo distaba cien pasos y hacia donde se bajaba por un tosco graderío labrado en la misma roca, al terminar el cual se abría una pequeña explanada que servía de embarcadero. En torno a la Fortaleza se había formado con el tiempo una villa de casitas labradas en las mismas montañas y cercanas unas de otras.

En esta Fortaleza habitaba ordinariamente Iber, con Selyman su padre, una escolta de arqueros y su Consejo, formado por algunos ancianos del país y por algunos Kobdas, en total unas cuarenta personas. Esta Fortaleza estaba compuesta de diez pabellones independientes unos de otros, pero unidos por una galería interior cuyas arcadas caían sobre un

gran patio o plazoleta sombreada de inmensos naranjos, y las columnas de sostén estaban completamente tapizadas de hiedra. En el mayor de estos pabellones se albergaba la escolta de treinta arqueros, debajo del cual estaba un subsuelo todo de piedra que era la Sala de los Cautivos. Allí había sido conducido el prisionero de Jeische. Los pabellones que daban hacia el mar estaban ocupados por Iber y sus Kobdas; los que daban a oriente por los Ancianos del Consejo, y los que caían sobre el muro del Norte eran destinados a huéspedes y a enfermos.

Ordinariamente allí no había ni una sola mujer; sólo de vez en cuando algún incidente, alguna contienda civil, algún acto delictuoso, o alguna desgracia personal, obligaba al Consejo a hospedar por breve tiempo algunas mujeres que llegaban en demanda de justicia al tribunal del Chalit. Las Kobdas sólo para embarcar hacia Neghadá o desembarcar recién llegadas de allá, solían hospedarse en la Fortaleza por un día hasta ser conducidas a Monte Kasson.

Aurorita de Nibiza se encontró pues, única mujercita al franquear la entrada de la vetusta Fortaleza, conducida de la mano de Furkis su salvador y su único apoyo en el mundo.

Jeische les condujo enseguida a la sala de la hoguera del Pabellón de los Kobdas, donde el Anciano Selyman con dos Kobdas más estaban muy entretenidos en pesar porciones de cereales y de legumbres, de almendras, uvas e higos secos, y encerrarlos en pequeños sacos de fibra vegetal, en cantidades proporcionadas a unas listas que otro de los Kobdas iba leyendo con el número de individuos de cada familia a las cuales destinaban aquella provisión.

Era el auxilio prestado, a familias que por especiales circunstancias no alcanzaban a proporcionarse el sustento necesario.

Furkis penetró en aquella inmensa sala llena de estrados cubiertos de pieles y con una inmensa hoguera de piedra al centro, donde en grandes marmitas de cobre esperaba la frugal comida a que regresaran de Monte Kasson los Kobdas y Dakthylos que ya no debían tardar.

El joven esperó ver miradas de sorpresa fijarse en la huérfana, que él se permitía traer a aquella casa donde ningún derecho tenía para entrar, más que el haber sido traído por el Príncipe Abel, como él decía. Pero notó con asombro que los tres Ancianos Kobdas le miraron con gran naturalidad. Selyman dijo contemplando a la niña con gran ternura:

–Las aves de rapiña destruyen a veces los nidos de las alondras, y algún pajarillo cae al suelo donde los hurones los devoran sin piedad. Feliz el hombre que llega a tiempo de salvar a la avecilla desamparada. –Y acercándose a la niña la tomó de la mano y con paternal solicitud la hizo sentar en el rinconcillo del estrado que quedaba más cercano a la hoguera.

–Ocupa tú ese sitio que yo me reservo para cuando llegue a ser viejecito acosado de catarros y de frío. Y no se lo des a nadie, ¿eh?

Luego puso los pies de la niña sobre la rejilla de cobre que cercaba la hoguera y abriendo un armario inmediato continuó:

–Veamos si este viejecillo sabe darte gusto. –Y puso en un plato hermosos dátiles color tostado y unas rosquillas de fécula de maíz que fabricaban en Monte Kasson y de las cuales nunca faltaban en los armarios de la Fortaleza.

Aurorita recibió el plato sin quitar los ojos del Kobda que tan solícito se mostraba con ella.

–Come, hija mía, que estás en tu casa. Hermano Furkis –dijo volviéndose al joven que silencioso permanecía aún en pie junto a la hoguera–, nuestro hermano Abel nos recomendó vuestra salud, y como el paseo ha sido largo, acaso estéis fatigado. Sentaos pues aquí, junto a la niña, que también para vos tengo algo especial.

Y en un gran vaso de plata le ofreció almendras cocidas en jarabe de cerezas que extrajo de una de las marmitas que humeaban junto al fuego. Con Jeische hizo lo mismo, volviendo luego al ángulo de la vasta sala donde se hacía el trabajo de llenar los saquitos de provisiones.

La natural timidez de la niña fue desapareciendo igualmente que el asombro de Furkis ante la actitud de los Kobdas.

Nadie le había interrogado quién era aquella criatura y por qué la había traído.

Jeische bebió su vaso de jarabe mientras acercaba nuevos leños al fuego y luego se unió con los otros Kobdas ayudándoles en sus tareas.

Y en la lengua del país explicó a sus hermanos lo ocurrido a Furkis entre las ruinas de Molok, según se denominaba aquel paraje.

–Esos Ancianos hablan de vos –dijo en voz baja Aurora al joven sentado a su lado. Como por las señas y también por la intuición comprendió él lo que la niña quería decirle, sacó su carpeta de anotaciones y grabó en ella sus palabras y le hizo mirar el grabado. Ella miró y con afable sonrisa y un signo afirmativo de su cabeza hizo comprender que estaba bien. Buen espacio de tiempo pasaron ambos diciendo frases de las más usuales en las lenguas de ambos hasta que los Kobdas oyeron la risa cristalina de la niña que semejaba el canto de un pájaro.

–¿Qué pasa, Aurorita, que así te diviertes? –interrogó Jeische acercándose. Ella seguía riendo.

–Ella me enseña su forma de hablar y yo he querido decirle que voy comprendiendo y ella se echa a reír.

–Naturalmente –dijo el Kobda–, porque vuestros vocablos en su lengua significan oír pataleando, lo cual como veis es disparatado.

Y el Anciano Kobda tomando la carpeta de Furkis le anotó los signos

alfabéticos de la lengua más usual en el país y su significado y sonido propio, en forma de que Furkis con un poco de práctica podría comprender y ser comprendido por la niña, a la cual dijo jovialmente:

—Mira, Aurorita, mientras tu protector aprende tu lengua hazte entender en esta forma: cuando quieras comer, abre la boca; cuando quieras caminar, mueve los pies y cuando quieras dormir, cierra los ojos. ¿Estás de acuerdo?

Acaso el consejo del Kobda o el cansancio que la rendía, al poco rato la niña recostada en el respaldo del estrado cerró los ojos y se quedó dormida. El joven silencioso a su lado, la cubrió con la manta que aún tenía en su hombro y se entregó a una profunda meditación.

El resplandor del fuego que se avivaba por momentos daba a su blanco y bello semblante el aspecto de un mármol sonrosado sobre el cual se hubiese dejado caer una madeja de hilos dorados. Sus ojos de un azul grisáceo fijos en las ascuas ardientes de la hoguera. Y siguiendo nosotros el giro de sus pensamientos podemos escuchar su callado monólogo:

“Estos leños que poco a poco se van reduciendo a cenizas, fueron un día jóvenes y bellos árboles plenos de savia y de vida, donde el sol dejó su luz de oro a mediodía y la luna su rayo de plata en las noches serenas. En sus ramas cantaron y anidaron los pajarillos; bajo su sombra se albergaron los rebaños y los hombres, y cuando el hacha del leñador les tiró a tierra, aún en su muerte encontraron el modo de ser útiles a los seres que viven. ¡Árboles muertos son leños ardientes que dan calor y vida a los miembros ateridos de frío del hombre mismo que le arrancó la vida! ¡Tal es la venganza del árbol muerto!...

“También era yo un árbol arrancado de raíz por la segur despiadada de los hombres inconscientes y malvados, y he pedido al “no ser”, que me hundiera en su caos sin luz para no ver más mi ruina y mi dolor. Y he aquí que estos leños heridos de muerte que hoy me dan su calor y su luz, hacen surgir ante mí la visión de mi propia vida pasada y futura. ¡Furkis..., árbol muerto en tus amores y tus esperanzas, en tu dicha fácilmente conseguida y fácilmente perdida!...

“Las circunstancias inesperadas que te salen al paso te obligan a convertirte en leño hecho fuego para dar vida y calor al alma helada de esta avecilla caída del nido que deshizo la tempestad y que todo lo espera de ti”.

Y se cubrió el rostro con sus manos apoyando sus codos sobre las rodillas porque le pareció oír de nuevo el lamento primero que oyó esa tarde salir como un largo sollozo de entre las ruinas de Molok. Y creyó sentir en lo hondo de sí mismo esta frase pronunciada por una voz que no podía olvidar: “¡Furkis, amado mío!..., era una hija que tú y yo abandonamos

en día lejano para ocultar un amor que era criminal ante los hombres. Ámala y reconstruirás lo que fue derrumbado”.

Se volvió buscando la voz, y encontró a Jeische a su lado que grababa en una tela encerada las mismas palabras que había creído escuchar.

Era Alba... su Alba que dictaba aquel mensaje al Anciano sensitivo y la vibración le había llegado. Su asombro era inmenso. ¡Su muerto amor se despertaba de nuevo y le hablaba desde más allá de la tumba!...

– ¡Oh!..., ¡por qué te fuiste, amor mío!... –gritó en un acceso de desesperación–. ¡Dioses inmortales, genios tutelares de mi raza! ¡Devolvedme a ella..., a ella que era mi luz y mi vida!...

Y el Kobda siguió escuchando la voz íntima y grabándola en su carpeta de telas enceradas: “Los genios tutelares de tu raza nos quieren unir de nuevo en la vida terrestre; pero antes conságrate con abnegado amor a la solitaria avecilla que has salvado de la muerte. En su paz se oculta el germen de nuestra dicha futura”.

El Kobda auditivo comprendió hasta el fondo de este pensamiento, pero creyó prudente callar por el momento.

– ¡Que nos unirán de nuevo!..., ¡pero cómo, si ella está en la fosa y!... –Y el joven semienloquecido iba a salir al campo a buscar en la soledad la calma que le faltaba.

– ¡Hijo mío, cálmate! –le dijo Jeische poniendo sus enflaquecidas manos sobre los hombros de Furkis–. Lo que hoy no comprendes, lo comprenderás dentro de poco. En esperar está tu paz y tu dicha. Una Alba pasó, otra Alba volverá; pero antes tienes a Aurora huérfana y desamparada junto a ti. La íntima voz de tu amada ausente te ruega que te consagres a ella en este momento de tu vida. ¿Quieres abandonarla después de haberla salvado? ¿Quieres buscar en la desesperación el aniquilamiento de todas tus facultades, de tus energías, de todo el poder de obrar bien y aún de labrar tu propia dicha futura?

Furkis se dejó caer de nuevo sobre el estrado junto a la niña dormida y tomándole la blanca manecita la cía la apretó a sus labios que temblaban en un sollozo mudo...

– ¡Rosal de mis ruinas!... –murmuró en voz queda–. ¡Eres el único lazo que me une a la vida!

– ¿Y yo, amigo Furkis?... ¿Así olvidas a los buenos amigos?... –dijo una voz conocida y dulce desde la puerta. Era Abel que acababa de llegar y había escuchado la dolorida frase del joven, que se levantó indeciso. Dio dos pasos hacia Abel, y ocultó su contraída faz en el pecho de su joven amigo.

–Os dejé tranquilo y os encuentro alterado –decía Abel estrechando entre sus brazos a su pobre amigo que en silencio lloraba–. ¿Qué pasó aquí?

Jeische señaló la niña dormida y le hizo señales de que luego lo sabría todo.

Entonces Abel se llevó a Furkis a su cámara particular, a la cual se pasaba desde allí mismo por una puertecilla interior.

La vasta sala de la hoguera pronto se llenó de gente, pues Dakthylos y Kobdas acababan de llegar. Pero como se acercaba la puesta del sol todos entraban en silencio y buscando sus instrumentos, los músicos se preparaban para cantar a coro el himno del atardecer; en la plazoleta sombreada de naranjos y de hiedras de la vieja fortaleza resonaron las suaves melodías del himno brotado del alma de Bohindra cuando Abel tenía doce años, en horas de hondo sentir los efluvios divinos de su propio Yo unido a la Divinidad.

Abel, que había salido también al gran patio con Furkis le dijo al llegar la estrofa final:

–Escucha, amigo mío, que también tu tarde se inundará de claridad –el coro cantaba en una explosión de armonía, de esperanza y de amor:

*“¡Y llora el alma cual la tarde llora
Y suelta al viento su doliente voz
Cuando ve que en el mar de lo Infinito
Se va el amado sin decirle adiós!
¡Mas torna el amado
Como torna el sol...
Y el alma canta cual canta la tarde
En el éxtasis suave del amor!*

* * *

Kobdas y Dakthylos entraron de nuevo a la sala de la hoguera y Abel quedó bajo un naranjo sólo con Furkis.

–Me decíais hace un momento –dijo Abel como siguiendo una conversación interrumpida–, que os encontráis en una encrucijada de vuestra vida de donde parten varios caminos. Me preguntáis ahora por qué os traje de vuestra tierra y no os dejé enterraros en aquella tumba recién abierta.

“Os traje, amigo mío, por dos razones: primera, para buscar la curación de vuestro corazón gravemente herido; y buscando también la restauración de un hogar y de vidas que os son queridas: el hogar y las vidas de vuestro hermano Araxes y de Vadina, su esposa. Parecía que una secreta voz me dijera dentro de mí mismo: “Llévale contigo que nuevos caminos se abrirán para él en los países del Éufrates”. Y, además, ¿por

qué no decirlo? Os cobré gran afecto desde que os vi y no quise privarme de vuestra compañía. ¿Estás pesaroso de haberme seguido?

– ¡Oh, no, por cierto, Príncipe Abel!... ¿No habéis comprendido acaso que tenéis el poder de calmar súbitamente la tempestad de mi corazón? Oídme pues. –Y el joven le refirió el incidente de las ruinas de Molok.

– ¿Y la niña es aquella criatura que duerme en el estrado de la hoguera? –preguntó Abel.

–La misma. ¡Pobrecilla!..., en este momento me acuso de la infamia de haber estado a punto de huir de su lado.

–Yo os comprendo, amigo mío; vos sois de aquellos seres que quieren eternizar su dolor, que quieren sustraerse al olvido para ofrendar al amado la siempreviva de un amor que no muere. Estáis todo lleno del recuerdo de la ausente, de los hijos perdidos y lucháis para que ninguna otra luz intercepte aquellas claridades que fueron... Pero debéis ser hombre consciente de la realidad de la vida y de las cosas. Aquello pasó entre la nebulosa de vuestro destino y vive y puede vivir en vos como un dulce recuerdo; como un sagrado culto al cual consagrais la adoración del pensamiento.

“Esto otro, es un día nuevo que amanece sin borrar el de ayer. Muchos días bellos, llenos de luz y de flores, caben en la vida del hombre justo que quiere hacer de ella un encadenamiento de grandes y nobles acciones.

“El amor y consagración que dedicáis a la infeliz huerfanita, en nada perjudica a vuestros anteriores afectos, más bien os ayudará a continuar vuestra jornada terrestre en forma de permanecer unido con aquellos seres, antiguos compañeros de alianzas de siglos.

–Bien, quiero ponerme a tono con vuestro sentir, y pensar como vos pensáis; pero, ¿qué he de hacer yo con esta niña? Aquí soy un huésped recibido en atención a vos, a quien voy siguiendo como un oscuro satélite a un astro de serena luz.

“Mis bienes de fortuna están reducidos a un bolso de red de plata que me dio Araxes con un puñado de piedras preciosas y a este anillo de oro con dos brillantes que yo había dado a mi esposa en nuestra boda y que alcancé a sacar de su mano helada como única cosa suya que podía guardarse. Sin patria y sin hogar, ¿cómo puedo tomar bajo mi tutela a una niña y en qué carácter? Si yo tuviera veinte años más la llamaría mi hija y me consagraría a hacer su felicidad y que ella con su ternura hiciera luz y calor en los días de mi vejez.

La llamaría mi hermana, pero toda ella es flor tropical, es rosa del mediodía, mientras yo vengo del país de los hielos eternos y ni aun nuestras lenguas nos acercan uno a otro. Sus oscuros ojos, sus cabellos de ébano, su tez de cera virgen dicen bien claro que no es de mi estirpe ni de mi raza. Vos me lleváis al Santuario de La Paz, donde están vuestros padres. ¿Qué seré yo allí? ¿Qué diré de esta niña?

Abel le escuchaba y sonreía. Y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

– ¡Amigo Furkis!... Bien se ve que recién os acercáis a los hombres de toga azul, pues no sabéis que hay entre nosotros un mago sublime, un mago divino, ultra poderoso, que salva todos los abismos.

– ¿Cuál es?... ¿Dónde está?

– Es el Amor y está en vos mismo.

– ¡Cómo! No comprendo nada.

– Ya lo iréis comprendiendo. Por el momento pensad que sois tutor de esa niña huérfana. El Tribunal de este país que juzgará mañana mismo el hecho delictuoso de ese individuo, llamará a la niña para oír sus declaraciones. Si vos no os oponéis y ella acepta, seréis designado tutor hasta nuevas resoluciones.

“El Tribunal os dará una tablilla grabada con tal designación, y desde ese momento tenéis un derecho y un deber para con esa criatura que deberá en tal sentido ir con vos a donde vos vayáis. La tutoría libremente aceptada está considerada en todos los países de la Alianza como una gran manifestación de caballerosidad y de nobleza, de dignidad y de honor para aquellos en quienes reside. Por tanto, nada debe preocuparos eso.

“Vamos; paz y esperanza, amigo mío. El silbato del Patriarca nos llama a la refección de la noche y vuestraavecilla abandonada debe echaros de menos.

Se dirigieron ambos a la sala de la hoguera donde ya las mesas estaban cubiertas del blanco mantel, y los Kobdas disponían sobre ellas las viandas, dispuestas en grandes fuentes de las cuales cada uno tomaba lo que era de su gusto. Con asombro vieron a Aurorita sentada entre los sitios destinados a Abel y a Furkis. La niña miraba inquieta en todas direcciones buscando algo que no veía.

Abel desde la penumbra en que estaba envuelta la puerta de entrada, dijo a su compañero:

– Mirad vuestraavecilla huérfana. ¿Veis como buscan sus ojitos inquietos? Observadla cuando la luz os haya dado de lleno.

En efecto, apenas la criatura vio aparecer a Furkis, su blanco rostro se iluminó con una inocente sonrisa al mismo tiempo que ponía su mano en el respaldo del taburete que le estaba designado.

Furkis miró a Abel sonriendo, mientras le decía:

– Tenéis doble vista y acertáis en todo.

– ¿Cómo te enseñé que le dijeras? – preguntó Jeische a la niña.

– Estaba solita y te esperaba – dijo la niña claramente en la lengua hablada por Furkis.

Este sintió en su corazón como una suave llovizna de gotas de rocío, al ver que había sobre la tierra alguien que le esperaba y que le amaba.

Y ahogando la emoción, se sentó al lado de la niña.

–Cuanto me place esta vecindad –exclamó Abel acariciando la cabecita de la niña–. Nosotros somos los más pequeños de esta reunión –continuó–, por eso nos han puesto juntos; Conque vamos a ver que travesurilla hacemos entre los tres a toda esta severa asamblea.

–Te olvidas de mí, hermano Abel –dijo detrás de él, Iber, sentándose al otro lado, o sea, a la derecha de Abel–. Yo soy más pequeño que tú.

–Pero estás enormemente engrandecido por tu autoridad de soberano –le contestó el joven Maestro.

Desde el otro lado de la mesa, miraban este bello cuadro Hilkar de Talpakén y Aldis, los más Ancianos de la reunión, y ambos inundados de felicidad pensaban lo mismo: “El Ungido del Amor Eterno se desborda como un vaso lleno de ternura cuando tiene seres doloridos a su lado”.

186

DE DAPHES A LA PAZ

No se reunió el Tribunal de Iber al siguiente día según se había pensado debido a que era necesario estudiar a fondo el asunto. No se trataba solamente de condenar a un delincuente, sino de salvar de su propia desesperación a Furkis y de abrir un camino honroso y digno a la pobre huérfana, cuyo origen y verdadera situación era necesario estudiar. Y mientras Abel como Audumbla del joven Chalit de Ethea y de Nairi, se entregaba juntamente con él y su Consejo a la revisión de las grandes obras de beneficencia, de ayuda mutua, de justa administración de aquellos pueblos y a diseñar nuevos programas a desenvolver en adelante; Jeische, Aldis y el Kobda Notario de Abel se ocupaban de estudiar la causa de la niña abandonada y su mejor solución.

–Nosotros tres somos vuestros defensores –decía Jeische, a Furkis y la niña–. Descansad pues en nosotros, que trataremos de haceros todo el bien posible.

–Tengo un gran miedo dentro de mí –decía Aurorita de Nibiza a Jeische.

–¿Por qué? –le preguntó el Anciano.

–Si llegáis a entregarme a ese mal hombre..., soy capaz de morirme de susto. Él vendió como esclavos a nuestros criados y dio muerte a golpes a los abuelos que me guardaban como a la niña de sus ojos.

–¿Y sabes cuál era su objeto?

–Por conversaciones que tengo oídas entre los abuelos y él, he comprendido que Nibiza y sus campos y aldeas vecinas fueron legadas a mis padres por un gran caudillo del país de Nairi –contestó la niña.

– ¡Ya, ya!... Y quería apoderarse de ti por buenas o por malas y hacerse dueño de aquella rica herencia. Y dime, ¿sabes cómo se llamaba ese caudillo?

– ¡Oh, sí!..., su nombre era bendecido por mis abuelos. Lo llamaban Etchebea, y sé que mi padre había sido un fiel servidor de él.

– ¿Y sabes cómo fue la muerte de tus padres? –volvió a preguntar el Kobda.

–Debió ser algo muy terrible porque los abuelos lloraban al recordarlo y decían siempre: “¡Pobre hijo mío; tu lealtad al amo te llevó a la desgracia! ¿Qué habrá sido de ti?”

– ¿Entonces no será muerto?

–A veces he sospechado que vive porque una vez, un guía de una caravana trajo a mis abuelos un mensaje que les puso contentos y oí que decían entre ellos: “Si vive diez lunas más, aún puede volver con nosotros”. Y ellos ahorran y guardaban muy ocultos algunos tesoros como si con ellos pudieran comprar la libertad de alguien que les era querido.

–Y tu madre, ¿nada recuerdas de ella?

–Apenas, como en un sueño. Sé que era del país de Arab y se llamaba Ariza. Su destino se pareció al mío, pues había sido salvada de unos piratas por mi padre que la tomó como esposa. Ella murió de pesar cuando quedó sola conmigo y desde entonces viví con mis abuelos paternos.

– ¿Y ese hombre que te mandó atar en las ruinas de Molok? ¿Qué relación tenía con ellos?

–Es un rico ganadero vecino de Nibiza. Sus campos y sus ganados están al lado de los nuestros, y nuestros criados referían de continuo a los abuelos que este hombre vendía y mataba de nuestro ganado en vez del suyo, por lo cual él se enriquecía a nuestra costa.

“Quiso comprar el silencio de los criados y como no lo consiguió, una noche todos nuestros servidores desaparecieron sin dejar rastros. Él fingía quererme mucho y me hacía continuos regalos, pero los abuelos le odiaban. Me pidió por esposa suya, a lo cual mi abuelo que era muy bravo, le contestó de muy mala manera y le prohibió de llegar a nuestra casa.

“Hasta que un día llegaron dos desconocidos en compra de lana y pieles, y cuando mis abuelos trataban los precios, uno me tomó bruscamente y la emprendieron a palos con los viejecitos; y poniéndome sobre un caballo, huyeron hasta las ruinas donde vosotros me encontrasteis.

–Muy bien, niña mía, todo esto que nos has referido servirá para arreglar tu situación.

Furkis por su parte, no estaba en el estado de indiferencia en que él mismo hubiera querido estar respecto a la resolución que dictara el

Tribunal. Sentía bullir en el fondo de su pecho algo así como un secreto temor al pensar que la huérfana fuera separada de él.

– ¿Por qué esto? –se preguntaba él mismo–. La conozco apenas desde ayer. Siempre que ella sea feliz, ¿qué derecho tengo a que esa dicha la encuentre a mi lado? ¿Es que la amo acaso? ¿Es que alguna ley une su destino al mío? Náufragos ambos en el anchuroso mar de la vida, ¿deberemos navegar en adelante unidos?

“No lo sé. Sólo sé que mi corazón se alarma de que esa pobre avecilla me sea también arrancada.

Jeische, confidente de ambos, creyó comprender que el alma del joven del país de los hielos, necesitaba de la dulce flor tropical para resurgir de nuevo al concierto de la vida universal y en tal sentido, informó a sus dos compañeros en este asunto: Aldis y el Kobda Notario.

Por eso dijeron ellos a sus dos protegidos:

–Descansad en nosotros que trataremos de haceros todo el bien posible.

Cuando llegó la hora del Tribunal, el culpable fue conducido a la Sala de Justicia donde le esperaban ya: Iber, Abel y los dos Ancianos del Consejo encargados de juzgar los delitos. Luego apareció Jeische y Furkis como testigos oculares y junto con ellos los informantes que eran los encargados de estudiar cada caso en todos sus pormenores, y que en el presente eran Aldis y el Notario de Abel. Ambos se explicaron detalladamente.

Con inaudita audacia el culpable acusó a todos de falsa interpretación de sus actos, pues aseguró que hizo tomar a la niña como rehén para obligar a sus abuelos al pago de una deuda que le había sido negada, y añadió que jamás había tenido intenciones delictuosas respecto de ella.

– ¿Y por qué no os habíais quejado al Tribunal de Nairi bajo cuya jurisdicción está Nibiza y sus alrededores? –interrogó Iber, jefe supremo de aquel Tribunal–. Y si me vais a decir que allí no fuisteis atendido, ¿por qué no acudisteis a mí ya que tan cerca trajisteis a vuestra rehén, puesto que fue encontrada en las ruinas de Molok a un paso de la Fortaleza?

–No es verdad lo que ha manifestado el acusado –observó Jeische, y está en abierta contradicción con los hechos. ¿También tomó como rehenes a los criados de la casa que desaparecieron la noche anterior al delito? ¿Y para tomar a la niña era necesario asesinar a sus abuelos?

Pronto el culpable se vio acorralado por sus propias contradicciones, hasta que el Tribunal dio un fallo que sólo era un compás de espera, a los fines de averiguar en Nibiza la forma en que se habían producido los hechos, y el paradero de los criados que alguna luz podían dar en el asunto.

Abel que había conferenciado íntimamente con Furkis, propuso que

la niña fuera conducida al Pabellón de la Reina en La Paz, para atender a su educación y ofreció para tutora suya a su madre Evana.

–En mi calidad de representante del Jefe de la Gran Alianza de Naciones Unidas me ofrezco para conducirla a su destino.

Tal proposición fue aprobada por unanimidad.

–Bien se ve que la chiquilla es rica –gruñó con feroz sorna el delincuente–, que si no, ningún interés tendríais en ella.

Indignados los dos Ancianos Jueces por tal atrevimiento, se acercaron rápidamente y cubrieron al reo con el Capuchón del silencio que era como un gorro de espesa lana que por medio de vendas impedía hablar.

–No os hagáis más culpable con inútiles injurias –díjole mansamente Abel–, porque demasiado sabéis que a los hombres de toga azul no nos interesan las riquezas si no es para remediar los dolores humanos. Los bienes de vuestra víctima, si los tiene, serán reintegrados al tesoro del país de Nairi hasta que se averigüe quién es el verdadero dueño, y tened entendido que si es verdad lo de la deuda que habéis alegado, aquí está el Chalit de Ethea y de Nairi que os hará pagar hasta el último grano.

–Pero si habéis mentido –añadió Iber–, no sólo no os haré pagar, sino que tomaré de vuestros bienes para rescatar a los que habéis vendido como esclavos y para remediar todo el daño que habéis causado.

“Dos lunas de espera en cautiverio –añadió mirando a los Ancianos Jueces–, tiempo indispensable para averiguar lo sucedido.

El reo fue sacado para conducirlo a su retiro, y Jeische trajo a Aurora de Nibiza, cuya faz de lirio blanco aparecía de una palidez casi lívida. Todos los ojos se fijaron en ella. Una ola de compasión y de simpatía corrió con rapidez por la sala.

Abel bajó rápidamente de su estrado y tomando de la mano a la dulce criatura, cuya angustia sentía en lo más hondo de sí mismo, le dijo:

–No temas nada, niña querida, y sabe que te ha sido designada por madre mi propia madre. Te llevaré conmigo a un país tan bello como éste, al Santuario de La Paz; al Pabellón de la Reina donde se educan todas las niñas de tu edad y de tus condiciones. Serás una hija de mi madre, ¿no te es agradable este destino?

La niña sin responder miró a todos lados como buscando algo, y cuando sus ojos ya húmedos de lágrimas encontraron el rostro emocionado de Furkis sentado al lado de Jeische, se quedó un momento mirándole como en una muda interrogación. Luego dobló su cabecita, cubrióse con ambas manos el rostro y se echó a llorar a grandes sollozos.

– ¡Pobrecilla!... –le dijo Abel acariciándola–. Tu corazón ha hablado demasiado alto. También Furkis tu salvador, será otro hijo de mi madre y me seguirá contigo hasta La Paz. ¿Verdad que era esto lo que faltaba a tu deseo?

– ¡Oh, sí!..., ¡era eso!..., ¡era eso! Habéis adivinado –decía francamente la niña.

Iber y los Kobdas sentían una ola de hondos amores que iban envolviendo lentamente todos los ámbitos de la sala.

–Paréceme –dijo Aldis–, que esto significa la continuación de alguna alianza de muchos siglos...

–Es así –afirmó Jeische, que había recibido tantos mensajes de Alba, por lo cual estaba en el secreto de aquel asunto, y que en ese mismo instante oía la suave voz íntima de su propio Ego que le decía: “Es bendito por los siglos de los siglos el que coopera a la unión de lo que el Eterno ha unido”.

Y haciendo un aparte con Iber, los Kobdas y los Ancianos del Consejo, les informó todo cuanto sabía al respecto de Furkis y de la niña huérfana.

–Que ella le ama es evidente –dijo Iber–, ¿cuántos años tiene?

–Doce, cumplidos la última luna.

–A tal edad puede celebrar esponsales, pero antes hay que oír a Furkis.

Este se hallaba formando un grupo aparte con Abel y Aurorita, que ya estaba radiante de alegría mirando por un ventanal cubierto de hiedras como una alondra madre enseñaba a saltar del nido a sus polluelos que piaban alegremente.

– ¡Oh, qué hermoso debe ser tener una madre! –exclamaba–. La vuestra debe ser bella y buena como vos –decía a Abel–. ¡Cuánto voy a quererla! ¿Verdad, Furkis, que los dos vamos a quererla mucho?

– ¡Tanto como corresponde a dos huérfanos como tú y como yo! –contestaba él, que empezaba a creer que por algún fenómeno maravilloso había nacido de nuevo.

– ¿No os decía yo, amigo mío, que para vos todo estaba en saber esperar? –le decía Abel.

Furkis fue llamado en este momento al estrado del Gran Consejo donde Iber tomó la palabra.

–Sé que habéis tenido la desgracia de haber perdido a vuestra compañera de una manera trágica. Sin buscarlo habéis sido actor en el incidente de esta niña huérfana que como veis os ha cobrado gran afecto, hasta el punto de que el pensamiento de ser apartada de vos le produce profunda angustia. Sin pretender hacer presión alguna en vuestros sentimientos, me permito preguntaros: ¿tendríais inconveniente en celebrar esponsales con ella antes de sacarla de su país?

“Es una súbdita mía y la ley del país me obliga a ser para ella como su padre y su madre. Así iría a La Paz como van muchas nobles doncellas a prepararse para ser esposas del hombre que ha elegido. ¿Qué decís a esto?”

El joven guardó un momento de silencio. Sus ojos se encontraron con los ojos del Anciano Kobda Jeische que aparecían entornados por un pensamiento profundo. Pensó en Alba, y creyó escuchar de nuevo: “Era una hija nuestra que abandonamos un día lejano para ocultar nuestro amor considerado culpable por la religión de ese tiempo”... –Y contestó con voz serena y vibrante–:

–La acepto como prometido esposo si tal es la voluntad de ella.

El Anciano Jeische corrió hacia la niña que conversaba alegremente con Abel.

–Venid pronto –les dijo–, venid que aquí va a florecer el rosal de Furkis.

–Aurora de Nibiza –dijo afablemente Iber–, ¿sabéis lo que significa celebrar esponsales?

–Sí; cuando un joven pone un anillo muy bonito en el índice de la doncella que ha elegido para esposa. Mirad –dijo la niña enseñando su dedito adornado con una bella sortija engarzada de rubíes–. Es la sortija que mi padre dio a mi madre en la celebración de esponsales y yo la conservo como un recuerdo.

–Muy bien –dijo Iber–. Vuestro salvador, Furkis de Frixos, acaba de manifestarme que desea celebrar esponsales contigo, para realizar el matrimonio en una fecha que después será fijada. ¿Aceptáis libremente y con agrado tal proposición?

– ¡Oh!..., ¡oh!..., –exclamó la niña poniéndose sonrosada como una flor de granado–. Acabábamos de decir que seríamos como dos hermanos, hijos de la madre del Príncipe Abel... Aún no había pensado yo esto..., creo que soy demasiado pequeña.

Viendo tal turbación, Furkis se le acercó.

– ¿Me quieres mucho, Aurorita? –le preguntó con infinita ternura.

– ¡Oh, sí, mucho! ¡Habéis sido tan bueno conmigo!... –le contestó ella.

–No para hoy ni para mañana, sino para cuando tú quieras, yo te elijo como prometida esposa.

El joven que era alto se había inclinado hacia ella. Entonces la niña con encantadora inocencia puso su boca junto al oído de Furkis y le dijo muy bajito:

–Yo no tengo sino a vos y os quiero, pero no lo digáis alto..., ¿no veis que estamos rodeados de gente?... ¡Chist..., es un secreto! –Y el rosado dedito de Aurora selló sus labios.

Furkis levantó su faz iluminada de esperanza y de dicha, y se encontró con la sonrisa simulada en todos los rostros, para quienes el secreto de la niña era un secreto a voces.

–Todo está comprendido –dijeron varias voces a la vez.

El joven se sacó de su dedo meñique el anillo que había sido de Alba y

lo puso en el índice de la diestra de Aurora, según el uso de la época. Iber, Abel y Jeische, pusieron sus manos sobre la cabeza de la niña, símbolo de que tomaban bajo su amparo el amor virginal de aquella criatura. Furkis profundamente emocionado la besó en la frente. Así terminó aquella hora de Consejo. Se habían reunido para juzgar a un delincuente y acababan de asistir a la celebración de un esponsal. Un poema de inocente amor había desalojado de aquel recinto a la severa Justicia, y Aurorita de Nibiza decía mirando en sus manos los dos anillos:

– ¡El anillo de mi papá y el anillo de Furkis! ¡Tendréis que tener cuidado de que algún malvado pirata no corte mis manos para robarme tanta riqueza como hay en ellas!

Y Abel, feliz con la dicha ajena, continuaba mirando la alondra del ventanal que al caer ya el sol llamaba a sus polluelos al nido y luego parada en una ramita al borde de él exhalaba al viento sus gorjeos trémulos de amor y de dicha.

– ¡Bendito sea el Amor!... –murmuró en voz queda–. ¡El amor que inunda de armonías y de luz el oscuro plano terrestre!

Y cuando se cumplieron los diez días de plazo que había dado a Iber de permanencia en su compañía, siguió en caravana su regreso a La Paz, acompañado de los Kobdas y los Dakthylos que lo seguían desde el Monte de las Abejas.

Aquellos piratas contratados por los Mingos del Cáucaso para darle muerte al llegar a Tracia y contra los cuales tanto luchara la heroína de los hielos, Walkiria, quisieron quedar en Dhapes, bajo la tutela de Iber, por tener allí un mercader amigo que les prometía tenerles a bordo de sus barcos mercantes, siempre que ellos siguieran una vida de honradez y de trabajo.

Había conquistado Abel, dos hermanos de adopción, Aurora y Furkis, que llevaba consigo en su misma carroza, cómodamente instalada sobre el blando lomo de un elefante.

Había conquistado treinta Ancianos Dakthylos, todos los cuales eran verdaderos libros vivos que encerraban en sí mismos todo el tesoro de las ciencias de la época. Y aquella radiosa estrella del Norte, flor de fuego entre las nieves eternas..., y Vadina y Araxes, la Cherúa de Tracia, las hermanas de Kalidonia, los habitantes del Pasaje de la Muerte, la honrada familia del Gigante Blanco, el Caudillo del Ática, y las Berecinas que dejaba en el tibio nido de Monte Kasson..., donde Arcelia y sus cuatro hijos le ocupaban buena parte de sus pensamientos..., era la abundante cosecha de almas que en su larga gira, el Hombre Luz había conquistado para el grandioso ideal de fraternidad humana de que era heraldo entusiasta y apasionado. ¡Qué de afectos profundos e imborrables había ido sembrando como flores eternas en su largo camino!...

¿Cómo podrían olvidarle todos aquellos seres si su amor de apóstol les había abierto horizontes desconocidos, caminos nuevos, sendas ignoradas en las cuales encontraron el consuelo, la paz y la esperanza? Y los pensamientos de amor envolvían al joven Kobda de luz y de suavidad, porque de tantos y tantos corazones brotaba a diario esta plegaria como un tierno canto del alma:

“¡Alma Madre de los mundos infinitos!..., ¡que el Príncipe Abel lleve una feliz travesía hasta llegar a su nido en La Paz!

Tres eran las etapas de esta última parte de su viaje. De Dhapes a Sirki, de allí a Anak, de ésta a Sippar y por fin al Santuario de La Paz, donde era ya esperado con gran regocijo, pues Aldis había anticipado un mensajero a los tres días de haber llegado Abel a Ethea.

Habiendo en estas tres ciudades Refugios Kobdas, el joven Maestro fue deteniéndose sólo un día en cada una, pues ya sabemos que el vasto país de Ur Bau como llamaban en aquella época a lo que conocemos por Mesopotamia, estaba en gran orden y prosperidad regido por los Príncipes y Caudillos fundadores de la Gran Alianza, aquellos que habían conocido a Bohindra el día memorable de sus nupcias con Ada, la dulce hija de Jebuz. Y cuando le preguntaban por qué pasaba por allí sin detenerse, él contestaba:

– ¡Aquí nadie llora!..., ¡aquí todos gozan de paz y de abundancia!... ¡Aquí nada tengo que hacer!

El incansable peregrino, sembrador de consuelos, de esperanzas y de amor, subía de nuevo a su elefante y siguiendo la costa del Éufrates, umbrosa de palmeras y de cañaverales, buscaba el suave nido de su descanso a donde llegó por fin un día al caer de la tarde.

A la entrada del gran parque de cedros y de palmeras le esperaban sus padres con el pequeño Seth y con Albina, la niña de las rosas blancas, hija de Zurima, como recordará el lector, que era ya una bella adolescente.

La dulce Evana abrazó a su hijo llorando y riendo a la vez, murmurando frases ininteligibles, que sólo el amor dicta y el amor comprende. Adamú, radiante, se dejó acariciar por el gran hijo que había colmado sus ideales de padres. Y el pequeño Seth recordando la promesa hecha al partir le decía tirándole de las manos

–Ven, ven, que aquí está la korha que me hizo el Pangrave con cuatro corderitos blancos que guardo para ti.

Albina silenciosa esperaba. Abel la miró y sintió en el fondo de su corazón una vibración tierna y dolorosa a la vez. Era el vivo retrato de su madre y se acercó a ofrecerle un ramo de rosas blancas, mientras le decía:

–Son del rosal que mi madre cuidaba para vos.

Abel dejó un beso silencioso en aquella frente de cera virgen y

recibió las blancas flores que tantos y tan bellos recuerdos traían a su memoria.

–Madre –dijo Abel a Evana–, esperad, que os traigo dos hijos más. –Y ayudó a bajar a Aurorita que inquieta y curiosa, asomaba su rostro por entre las colgaduras de la carroza. Furkis había bajado ya y se acercaba sonriente.

– ¡Querida niña! –exclamó Evana abrazando a la huérfana recién llegada–. Sed bienvenida a mi corazón. ¿Y de dónde, hijo mío, me traes tan hermoso regalo?

– ¡De las praderas de nuestro Iber!... –le contestó él–, y este otro regalo viene del país de los hielos eternos. ¿Les aceptáis?

– ¡De todo corazón, hijo mío!... –Y los padres de Abel unieron sus manos a las de Furkis, cuya emoción no le permitió articular palabra–.

“Mirad, Albina, que linda hermanita os viene –añadía Evana induciendo a la hija de Zurima a dar la bienvenida a la niña.

–Es medio arabeña como ella –dijo Abel–, pues también su madre venía de aquel país.

–Y se parecen –decía Adamú, observando a las dos criaturas.

– ¿Y para mí no me trajiste un hermanito? –preguntaba Seth, algo mohíno al ver que no le ofrecían regalo alguno.

–Sí, querido –díjole Abel levantándolo en sus brazos–, para ti vengo yo, y a más te traigo a Furkis que te contará hermosas historias de un país que siempre está blanco de nieve.

El aludido se acercó y acariciando al niño le dio un pequeño silbato de ámbar que parecía un colibrí de oro con ojillos de esmeraldas.

–Con esto llamarás a tus corderitos –le dijo–, si les enseñas a conocer tu silbato.

Cuando siguiendo por la avenida central descubrieron los pórticos del Gran Santuario, empezaron a descender de sus elefantes y camellos los Kobdas y Dakthylos, al mismo tiempo que vieron el inmenso grupo azulado que bajando la escalinata del Santuario se dirigía al encuentro de los viajeros. ¡Eran Bohindra y Ada seguidos de la numerosa familia Kobda que acudían a abrazar a aquel que significaba para todos el poema vivo del amor fraternal, que ensayaban a cantar desde tantos y tantos siglos! Cuando Kobdas y Dakthylos estuvieron frente a frente, Abel pronunció estas palabras:

–Los últimos seguidores de Antulio buscan el amor de los seguidores de Numú.

Bohindra se abrazó con Hilkar de Talpakén, y Kobdas y Dakthylos se confundieron en el más leal y sincero abrazo que podían darse seres que nunca se habían visto. Los Ancianos del Monte de las Abejas sólo acertaban a decir poseídos de profunda emoción:

– ¡Toda nuestra vida la hemos pasado soñando con estos días!

Y Abel, contemplando con su mente de iluminado el más remoto pasado y el más lejano porvenir, pensaba silenciosamente:

“¡Oh, mis divinos ensueños de fraternidad y de amor que hacen desaparecer los siglos, las razas, los idiomas, los climas, las fronteras, los convencionalismos, los intereses creados, las religiones, para dar paso al heraldo triunfante del Alma Madre que dice a toda criatura:

“En el amor que tengas a todos los seres que son chispas de mi Eterna Inteligencia conoceré tu amor hacia Mí. En el amor de los unos para los otros se encierra toda la Ley enseñada por los Ungidos en todos los mundos”.

La Reina Ada se le acercó cariñosamente y le dijo:

–Hijo mío: en el Jardín de Reposo hay varios de nuestros Libros Vivos que sólo esperan vuestra llegada para partir. Les estamos reteniendo y ellos mismos cooperan con la fuerza de su voluntad hasta poder veros en la materia por última vez.

– ¡Vamos, vamos allá! –dijo el joven Kobda echando a andar– ¿Quiénes son?

–Nuestros padres y madres: Tubal, Héberi, Ghinar, Nolis, Diba y Merik, tres hombres y tres mujeres, Ancianos como sabéis que están pasando ya los noventa años.

–Todos ellos me tuvieron en sus brazos... ¡todos ellos me tienen en su corazón! –exclamó Abel–. ¡No quiero que partan aún!... Es necesario hacerles vivir.

“Ada buena, Reina con alma de madre selvas como dijera Bohindra. ¿No veis que llegan los Dakthylos guardadores de la sabiduría de un continente que se hundió con todas sus grandezas en los abismos del mar?

– ¡Que la Eterna Energía los reanime hasta la hora final! –contestó Ada, haciendo sonar por tres veces un pequeño silbato.

– ¿Qué hacéis y a quién llamáis?

–Anuncio al Jardín de Reposo vuestra llegada, para que les preparen en forma que no sea tan brusca la impresión.

–Pero, ¿tan mal están?

–Diba y Ghinar padecen de la aorta, y cualquier impresión puede serles fatal. Los otros están más fuertecitos aunque todos en un estado de gran sensibilidad.

Aparecieron dos mujeres Kobdas que estaban de turno con los ancianos. Y después de saludarse con Abel dijeron:

–Desde el amanecer están esperando vuestra llegada con mucha tranquilidad. Entrad pues, pero haced por no impresionaros.

La Reina Ada se adelantó y tras ella entró Abel.

Los seis Ancianos estaban sentados juntos en el mismo estrado en torno de la hoguera, semicubiertos de mantas y de pieles. El joven Kobda salvó en tres pasos la distancia que les separaba para evitar que se movieran, y arrodillándose en el centro de aquel semicírculo vivo que formaba varios siglos, unió su cabeza bronceada y juvenil con aquellas lacias madejas de nieve que temblaban como manojos de lirios blancos que agitara el viento.

– ¡Oh, Niño Luz!...

– ¡El Niño Amor!...

– ¡El Niño Piedad!...

– ¡Beso de la Misericordia Infinita!...

– ¡Si tardáis una luna más hubierais visitado nuestra sepultura!...

– ¡Volvéis a tiempo para cerrar nuestros ojos!...

Tales fueron las exclamaciones que escuchó Abel en el Jardín de Reposo a su llegada al Santuario de La Paz, que nuevamente se presentó a sus ojos como el verdadero nido de sus afectos de hombre.

Y cuando los seis viejecitos hubieron besado su frente, se puso de pie y aspiró con ansias el aire suave de aquel recinto, como si sus pulmones lo necesitaran; como si todo su ser estuviera sediento de aquel ambiente suyo..., esencialmente suyo, porque lo había respirado desde la niñez.

– ¡Oh, mi Paz, mi Paz!... ¡Qué bien me encuentro bajo sus muros!... ¿Cuándo será, Dios Eterno, que toda esta Tierra se transforme en un Santuario de La Paz? ¿Dentro de un siglo..., de dos..., de tres?

– ¡Corres mucho, hijito mío!... –contestóle Tubal–. ¡Un centenar de siglos, y aún me quedo corto, es el tiempo que nos ha sido anunciado para que se apaguen en espantosa vorágine los últimos incendios del odio y para que esta tierra acabe de beber la sangre fratricida con que los hombres la han regado!...

– ¡Un centenar de siglos!... –repitió Abel con dolorosa voz como un eco de las palabras del Anciano.

–Y para andar ese centenar de siglos, he aquí estas sandalias que os he tejido con fibra de cáñamo y con lana de nuestros corderos –decía la anciana Diba entregando al joven Kobda su regalo.

–Y yo este ceñidor azul tejido por mis viejas manos que apenas pueden sujetar las agujas –añadía Nolis enredando en las manos de Abel un grueso cordón azul turquí para ceñir la túnica.

Abel olvidó la dolorosa visión de los odios terrestres ante la suave ternura que lo envolvía y sonriendo casi alegremente, oyó todavía a Merik que le decía:

–Yo he pensado más en el mañana, y os guardé esta carpetita de tela encerada para que recibáis mis mensajes cuando yo haya pasado al otro lado...

– ¡Oh, buenas Mangraves mías!..., ivosotras no podéis iros aún sin sembrar más..., mucho más de vuestros rosales de amor, de ternura, de piedad infinita!... Un millar como vosotras y transformaríamos la tierra sin tener que esperar un centenar de siglos.

Ada que había ido a incorporarse de nuevo a los grupos de viajeros que ya se acercaban por las columnatas de entrada, hizo sonar de nuevo su pequeño silbato. Y cuatrocientas voces infantiles acompañadas de arpas, de liras y de laúdes se dejaron oír en un admirable y melodioso concierto, al mismo tiempo que aparecían en espesa muchedumbre de filas de diez en diez, niños y niñas de ocho a treces años con túnicas blancas y coronados de rosas.

Cantaban el “Himno de la Paz” con tan suave y melodioso acento, con tan honda vibración de amor y de ternura, que los Ancianos Dakthylos exclamaban entusiasmados:

–Pero, ¿estamos aún en la Tierra o es que fuimos transportados a Sirio, a Vhega o a Venus?...

–Estamos en un rinconcillo de la Tierra –contestaba Bohindra–, donde un puñado de hombres y mujeres de toga azul ensayamos a momentos la vida de los mundos del amor y de la luz.

EL LAZO DE UNIÓN

La llegada de Abel a La Paz acompañado de los Dakthylos, ese último resplandor de la Sabiduría Atlante, fue un verdadero acontecimiento para el Gran Santuario donde se plasmaba por decirlo así, en las mentalidades juveniles, la síntesis de los acontecimientos de aquella época.

Y toda la vasta y profunda ciencia que la Historia, la Arqueología y la Paleontología han encontrado en la antigua Caldea como en el antiguo Egipto, no tiene otro origen que aquel grandioso y solemne encuentro de la oculta sabiduría de los Dakthylos con el amor floreciente y civilizador de los Kobdas.

La inmensa sala del Archivo se convirtió en un aula permanente donde un Anciano Dakthylo, por turno, iba traduciendo ante uno o dos jóvenes Notarios, los rollos de papiro o los cartapacios de telas encerradas o grabadas en tablas y en láminas de cobre que encerraban el tesoro de ciencia transmitido por Antulio a los estudiosos de su tiempo. Y los Kobdas de La Paz pudieron decir lo que decimos los hombres de todas las épocas: “No hay nada nuevo debajo del sol”.

La Astronomía, con todo su cortejo de magnificencias y de esplendores, con sus cálculos estupendos y con sus atrevidos sistemas de medidas,

aparecía en primer término en aquel grandioso desfile de conocimientos humanos.

Le seguían la Filosofía y la Metafísica estrechamente vinculadas como dos hermanas mellizas que caminan al encuentro de una misma madre radiante y eterna: la Verdad.

En pos de ellas, la Medicina y la Química, en cuya amplitud cabía cuanto abarca nuestra Botánica y Mineralogía actuales.

Las Matemáticas, la Arquitectura, y por fin la Historia de las más remotas civilizaciones Lemurianas y Atlantes, y aun los rastros borrosos de otras más anteriores, detrás de las cuales sólo pueden concebirse los orígenes de la vida orgánica en el planeta surgiendo de una nebulosa como una burbuja ígnea envuelta de gases y de agua, germen pletórico de vida, de una gestación formidable y estupenda.

Aquella vasta sala del Archivo era como se ve, una inmensa llamarada de luz que asombra por su magnitud; pero en torno al Santuario de La Paz, y mientras Dakthylos y Kobdas se absorbían con los esplendores de aquella llama viva, otras lucecitas pequeñas como tenues luciérnagas en las noches serenas del Éufrates, deben ocupar nuestra atención.

Y estas lucecitas tienen nombres y a cada nombre responde un corazón que palpita y un alma que piensa, sufre y ama. Eran cuatro: Aurora de Nibiza y Albina de Ethea; el Príncipe Elhizer y Furkis. Los acontecimientos les acercaron y el dolor les unió en una amistad tan íntima que nos ofrecen el más hermoso ejemplo y modelo de comprensión y de afinidad entre seres de costumbres, razas y países diferentes.

Elhizer, padre de Albina, y Furkis, protector de Aurora, se encontraron por primera vez una tarde en que ambas niñas paseaban por uno de los caminos del parque y se contaban lo que cada una sabía de su propia vida.

Ambas habían nacido de madres arabeñas, arrancadas por fuerza del hogar en una misma época desastrosa y terrible cuando fueron vendidas a los piratas del Mar Bermejo las más hermosas doncellas del País de Arab. Ambas lloraban pues, una madre muerta, si bien Albina la veía reemplazada por la dulce ternura de Evana y de la Reina Ada. Y no sabiendo cómo expresar el hueco vacío que aún quedaba en su corazón, decía:

—Pero ellas no tocan el laúd como mi mamá.

Mucha más soledad y melancolía había en el alma de Aurorita que traducía así su hondo sentir:

—Tú tienes muchas cosas, Albina. Tu padre vive cerca de ti, es bueno y te ama; tienes dos madres que parecen dos estrellas y hay en derredor tuyo una ola de simpatía y de cariño que hasta me viene gana de tenerte envidia. En cambio, yo no tengo más que a Furkis; que lo conozco casi de

ayer y que aún no sé si será capaz de quererme siempre... ¿No te parece mucho más dolorosa mi situación que la tuya?

–Es así en verdad –contestaba Albina–, pero esto durará poco porque madre Evana y la Reina te amarán lo mismo que a mí, mi padre te amará también porque yo te quiero, y la mitad del cariño de mis amiguitas también será para ti que eres ahora como mi hermana. ¿No es algo todo esto?

– ¡Oh, sí, mucho!..., ¡mucho!..., y sobre todo tú, Albinita buena, que tan generosamente has compartido conmigo todo cuanto tienes, y hasta tu lecho.

–El mismo lecho donde yo dormía con mi mamá y donde ella estuvo muerta, toda cubierta de rosas blancas. A propósito, ahora recuerdo, hoy no he visitado ni regado su rosal. ¿Me acompañas?

– ¿Conque hasta eso tienes, el rosal de tu mamá que sigues cuidando y regando?

– ¡Y si vieras cómo me ama ese rosal! –Y al decir así, Albina se metió por un senderillo que conducía a un pequeño pabellón donde se guardaban herramientas, cubos de riego, etc.

Aurorita la siguió y entre ambas condujeron hasta el rosal, al cubo con su tubería y las pequeñas herramientas de limpieza de ramas secas y de remover la tierra.

El lector recordará, sin duda, el místico y solitario jardín de Shiva donde ésta hilaba los blancos vellones de lana y de algodón, y donde la encontró para su dicha Helia-Mabi, el esposo perdido pero no olvidado.

A la entrada a dicho jardincillo se había colocado poco después, un banco de piedra blanca, cuyo respaldo y brazos venían a formar como una pequeña bóveda que podía preservar de los fuertes rayos solares y también de la lluvia a los que se sentaran en él.

Junto a ese banco encontró Zurima un rosalito algo descuidado a su llegada a La Paz, y como vio que Abel un día que daba su lección de botánica en aquel paraje, observó a la pobre planta enfermiza, la dulce arabeña le tomó desde allí gran afecto, recordando siempre la frase que oyó al Hombre Luz pronunciar junto a aquel rosalito descuidado: “Pobrecillo rosal, se agota de pena porque nadie le ama”. Y ella le amó y le cultivó con tal esmero que llegó a formar como un dosel de copos de nieve y de brillante verdor sobre el banco de piedra blanca que hemos mencionado a la entrada al jardín de Shiva.

Las dos niñas se encontraron allí con Furkis, que se entretenía en hacer anotaciones en su carpeta sobre las más notables variaciones que en la forma de expresión había en la lengua del país respecto de la suya propia.

–Mira, Albina, tienes otro enamorado de tu rosal –dijo Aurora al verle.

–Tu prometido. Muy bien, eso quiere decir que tiene buen gusto. Como vio Furkis que ambas niñas se detenían, les dijo:

– ¿Será éste vuestro sitio favorito? Si molesto me voy.

–No –dijeron ambas–, al contrario, podéis ayudarnos en nuestro trabajo, si queréis.

– ¡Ah!..., ¿vosotras trabajáis de jardineras? ¿Y desde cuándo?

–Yo recién desde hoy –dijo Aurorita–, y ayudo a Albina que es la dueña de este rosal.

– ¡No digas esa mala palabra! Es prohibido aquí decir que ninguno sea dueño de nada –dijo con marcado asombro la hija de Zurima.

– ¿Sí? ¿Es palabra mala esa? Perdona, queridita, no lo diré más. Furkis sonreía en silencio y Albina explicó.

–Este rosal estaba enfermo de pena porque nadie le amaba ni le cuidaba, y mi mamá se compadeció de él y empezó a cultivarlo hasta que se transformó en esta hermosura que ahora vemos. Y yo continúo haciendo lo que ella hizo: cuidar y amar esta hermosa planta, pero el rosal no es mío, es de todos los que sean capaces de amarlo y de apreciar su belleza.

– ¡Oh, qué bello lenguaje el tuyo, Albina, nadie diría que sólo tienes diez años! Yo te llevo dos y no sé hablar como tú. –Y Aurorita decía esto con un suave dejo de tristeza que Furkis se apresuró a desvanecer.

–Esto lo hace la educación que tu amiguita ha recibido en este Santuario, a donde el Príncipe Abel nos ha traído a ti y a mí para que también aprendamos lo que ella sabe a los diez años.

– ¿Os parece que sé mucho? –preguntaba ingenuamente la graciosa Albina, mientras ya trepada al banco iba cortando las rosas secas que guardaba en una cestilla con gran cuidado.

– ¿Por qué guardáis esas rosas marchitas? –preguntó Aurorita.

–Porque obedezco a lo que dicen esas tablillas que hay colgadas en ciertos árboles y plantas y que están también en este rosal.

– ¿Y qué dice allí?

– ¿No lo sabes? Ah, es verdad que no conoces esa escritura. Pues dice así: “Con las rosas marchitas se puede aliviar el dolor humano. No despreciemos los dones de la Naturaleza”. Y hay un Anciano Kobda que es el recolector de todas las flores y las hojas medicinales, que da premios muy bonitos a los niños que durante las temporadas de floración le llevan cestillas de flores que le sirven para fabricar lociones o jarabes medicinales.

–Pero, ¡cuántas cosas sabes, Albina! ¿De modo que aquí hasta una chiquilla como tú se convierte en una persona importante?

–Tanto como importante no, pero útil, sí.

Y Aurorita se trepó también sobre uno de los brazos del banco, para ayudar a Albina en su tarea.

Furkis encantado de aquella escena, levantó el cubo de riego y le aplicó los tubos de levantar el agua y hacerla caer como una lluvia sobre la planta.

– ¡No todavía, por favor! –observó Albina–, porque el recolector pide que se recojan las flores sin mojarlas. Cuando terminemos de sacar las rosas secas, entonces se puede regar.

– ¡Otra cosa más que sabes, Albina! ¡Pero tú lo sabes todo!

–Todo no, querida; sólo hace treinta lunas que concurreo a las aulas y empiezo recién a aprender.

– ¡Empiezas!... ¿Y los que terminan entonces?

– ¡Nunca se termina! ¿No has oído que esos Ancianos de túnica amarilla que llegaron con vosotros saben grandes cosas que aquí en el Santuario se ignoran? ¡Oh, esto de saber es interminable, querida mía! Se sabe cuando uno empieza pero no cuando acaba.

“¿Viste el Kobda Rey? Pues mira, sin morir tuvo dos vidas y aún sigue estudiando y dice todavía que le falta mucho por saber.

– ¿Cómo has dicho? ¿Qué tuvo dos vidas sin morir? ¡Oh! ¡Buena falta me haría a mí que mis padres y mis abuelos hubieran tenido dos vidas sin morir!..., ¡ellos que no pudieron conservar la única vida que tenían!

Furkis seguía escuchando en silencio a las dos bellas cotorritas que parecían ensayar junto a él un diálogo musical y hacía estudios sobre el despertar alarmado de su protegida, y la natural serenidad y mesura de la mente de Albina ya familiarizada con ciertos principios filosóficos profundos que aún no era capaz de comprender con claridad.

–Dentro de breves días empezará tú también a saber muchas cosas, pues madre Evana y la Reina, te están preparando los vestidos y demás cosas necesarias para entrar en las aulas. ¿Sabes lo que es el aula?

–No, si tú no me lo dices...

– ¿Hay templos en tu país?

–Sí que los hay, y muy grandes y hermosos.

–Pues el aula es como un gran templo donde espera la Divina Sabiduría oculta en la palabra del Instructor. Es allí donde se aprende todo, y más que todo, a ser buena y justa en forma que todos te quieran, y tú ames a todos igual que a ti misma.

– ¡Amar a todos!..., ¡imposible, querida Albinita, eso no puede ser!

“¿Cómo puedo amar yo a los asesinos de abuelitos que me dejaron sola en el mundo? ¿Les amarías tú?

–Dentro de poco entenderás muy bien cómo se puede amar a los que nos han causado grandes dolores. Mi mamá decía: “Si yo no hubiera sido vendida a los piratas, no me habría encontrado con el Príncipe formado con luz de las estrellas”. Y si tú no hubieras sido amarrada bajo el rosal de las ruinas de Molok, no te habrías encontrado con Furkis, ni te habrían

traído al Santuario de La Paz donde te aseguro que serás muy dichosa. Aquí no es feliz el que no quiere serlo.

–Asombro me causa oírte –decía Aurora pensativa en extremo–, y a veces me parece que tienes razón.

Furkis recogiendo también rosas secas, no perdía ni una palabra de aquella conversación que le asombraba tanto como a su protegida.

–Claro que tengo razón –continuaba Albina–. ¿Quién más que yo podía sufrir sin mamá, sin abuelita que vive en el país de Arab con toda mi parentela, con un padre muy bueno pero tan triste que en el paseo que hace conmigo después del himno de la tarde, a veces no me habla ni una palabra? ¡Y con todo soy aquí tan feliz!... El Kobda Rey se ha empeñado en que le llame mi Pangrave, padre Adamú, y Pangrave Aldis, a más de otros Kobdas que ya conocerás, son todos como tantos padres míos que no sé a cual querer más. ¿Y madres?... ¡Oh, tengo de madres!... A veces vengo loquita de tanto afán que ellas me dan, pues figúrate que para todas tengo que llevar diariamente una rosa de este rosal... Y tengo que hacerlo, porque si se me olvida, se ponen tristes y me dan quejas diciendo: “Albinita ya no me quiere”.

“Conque ya ves..., los numerosos padres y madres que tanto me quieren, me obligan a corresponderles y por eso estoy siempre muy ocupada.

– ¡Oh, miavecilla parlera! –dijo una voz varonil y suave que venía del lado opuesto, o sea del caminito que atravesaba el jardincillo de Shiva a cuya entrada estaba el banco y el rosal.

– ¡Padre!..., ¡es padre! Venís a tiempo para presentaros a una nueva hermanita que tengo y también un hermano –añadió Albina, mirando a su padre y a Furkis. Ambos se saludaron y el Príncipe Elhizer besó la frente de Aurorita, y luego la de su hija.

–Hace un tiempo que estoy escuchando tu charla de cotorrita, ¿no temes cansar a tus nuevos amigos? –le preguntó Elhizer.

–Es un encanto el oírla –contestó Furkis, con gran esfuerzo todavía por hacerse entender.

– ¿Llegáis del Norte, verdad? Todo en vos lo denuncia.

–Sí, vengo desde Frixos, en la ribera Norte del Danube.

– ¿Habéis estado en Ethea?

–En Dhapes, la residencia del soberano, ese Príncipe admirable que al igual que el Príncipe Abel no dejan traslucir su autoridad si no es para hacer un bien, –contestó Furkis–. Estoy enterado de que por abdicación vuestra está él en ese lugar.

–Mucho sabéis para estar recién llegado.

–Lo sabía antes de venir.

– ¡Cómo!... ¿Estuvisteis mucho, entonces, en Ethea?

–Diez días; pero tuve la suerte de estrechar amistad con un hermoso Kobda Anciano, al cual el Príncipe Abel llama su Pangrave, que me refirió todos los relatos más apropiados para llenar de esperanza y de optimismo a los vencidos de la vida. El joven Soberano de Ethea me habló mucho de vos y de vuestra hija, con la cual parece haber una alianza para el futuro.

–Que se cumplan los designios del Altísimo. En cuestión de corazones sólo ellos mismos deben ser los creadores de su vida futura.

El Príncipe Elhizer que ya había cumplido los cuarenta y cinco años, aún no vestía la túnica azul, pues aunque con tal fin llegó al Santuario, no se había decidido aún. Estudiaba sí, la doctrina de los Kobdas y los grandes problemas de la vida de los seres, de la evolución de los pueblos, de las humanidades en los diversos mundos. Demasiado sincero consigo mismo y con los demás, no se atrevía aún a decir: “Seré un Kobda”. Había aún una llama demasiado viva en su corazón, que los cinco años de aislamiento, de soledad y de estudio no habían podido apagar: el amor humano. Deseaba el tierno cariño de una esposa, de lo cual estaba privado por varias razones, aún vivía Gláfira su primera esposa, de la cual como se sabe, estaba separada por falta de amor en ambos.

De sus Berecinas, dos le fueron muy queridas: Zurima y Adenia. La una había muerto; la otra había caído en una tenaz demencia, a veces furiosa, a veces pacífica de la cual aún no había podido ser curada. Además, ninguna de ellas había sentido por él otro cariño que el de padre de sus hijos; ninguna de ellas fue consultada en sus afectos. La horrible costumbre y la ley que permitía a los hombres tomar esposas sin esperar de ellas amor, hacían muy frecuentes estos casos.

“Tuve diecisiete esposas –decía Elhizer para sí mismo–, pero no tuve un amor. Mis años juveniles pasaron en la saciedad de todos los deseos; tuve riquezas, gloria y poder; tuve el amor de mi pueblo que no conservan mal recuerdo de mí. Pero he aquí que en la madurez de la vida no deseo nada de lo que tuve sino sólo un amor. Y no un amor obligado y de obediencia como los otros, sino un amor espontáneo, grande, único, al cual pueda darme todo entero, y que a su vez se me entregue en absoluto... ¿Dónde está?...”

Nunca se atrevió a abrir su corazón a los Kobdas, a los cuales sólo dijo que deseaba estudiar a fondo la doctrina y la Ley antes de decidirse. Pero los Ancianos del Santuario que leían en los corazones como en libros abiertos, sabían muy bien la enfermedad de aquel corazón. Y mentalmente le ayudaban a soportar su prueba de soledad hasta que llegase para él la hora de las compensaciones y de la paz. Buscaba el diario contacto con Albina, porque de las hijitas que estaban en La Paz era ella quien tenía la capacidad de disipar un tanto su habitual tristeza.

Su dulce irradiación de alegría y de cariño le hacía bien, era la única a la cual no espantaba la sombría tristeza de su padre.

Con Furkis se hicieron grandes amigos bajo el blanco rosal de Zurima, en aquel banco donde tantas veces ella y Evana habían hablado de su amado ausente, del Príncipe formado con luz de las estrellas, del Hombre Luz, por el cual ambas sentían tan profundo amor.

El hombre de los hielos eternos vació todo su dolor en el alma cálida del hombre de la llanura sombreada de cedros y de palmeras, y éste descorrió los velos de su corazón sombrío de angustiosa soledad. Y ambos se comprendieron. Aurora y Albina a su vez, se habían hecho amigas inseparables y los cuatro se reunían después del himno del atardecer bajo el rosal de Zurima. Una tarde las dos niñas no concurren a aquel sitio, y Elhizer y Furkis se encontraron solos en aquel banco que había escuchado tantas confidencias. Poco después vieron entrar por la avenida a Bohindra y Abel hablando animadamente al parecer sobre un rollo de papiro que llevaban entreabierto. Furkis que apenas un saludo había cruzado con el Kobda Rey el día de su llegada, sintió como un respetuoso retraimiento al verle llegar. Verdad que aquel Soberano tan sencillo no era para inspirar temores a nadie.

–Amigos –díjoles Bohindra al acercarse–. Debo confesar que tenéis muy buen gusto cuando elegís este bello paraje para platicar en la intimidad. Creo que donde están dos caben cuatro –añadió jovialmente sentándose en el mismo banco.

Furkis iba a ponerse de pie, pero Bohindra le detuvo.

–No os vayáis –le dijo–, necesito pedirlos un favor.

– ¿Vos, Grandeza, un favor a mí?

–Sé que sois un admirable Notario, y os necesitamos como auxiliar del Kobda del Consejo que está encargado de la correspondencia con los países del Norte. ¿Aceptáis?

– ¡Grandeza!... Faltaría eso, que yo fuera capaz de negarme a quien me ha recibido en su casa sin preguntarme quién soy. Disponed de mí como queráis.

Abel le sonrió afectuosamente demostrándole agrado por su contestación.

–Bien. Hijo mío –dijo a Abel–, haced el favor de llevarlo a la Sala del Consejo, gabinete número seis, donde le pondréis en contacto con el Kobda Consejero que ya le espera. Mientras tanto, platicaré con el Príncipe Elhizer de algo que le concierne.

Abel y Furkis se alejaron y mientras caminaban, dijo a su amigo:

– ¿Veis como no erais un fardo inútil en La Paz?

–Esto lo habéis hecho vos, Príncipe Abel. ¿Acaso os faltarían aquí notarios y traductores de las lenguas del Norte?

–Podéis creerme, Furkis, que somos aquí muy pocos para la vasta labor que debemos realizar. El Kobda al cual vais a ayudar es del Norte y él solo bastaba antes de mi viaje. Pero ahora necesita dos auxiliares pues los vastos países del Ponto y del Báltico se echan en brazos de la Gran Alianza para poner en orden sus asuntos. Desde Kiffauser hasta el Danube, cuarenta y seis jefes de Tribus y dieciocho Caudillos de primera categoría, han solicitado alianza y reclaman instrucciones y consejos sobre diversos problemas a solucionar. Vos recién llegado de allá sois la persona indicada para dar gran luz en este caso.

–En cuanto a eso, tenéis toda la razón. Haré cuanto pueda para dejaros en buen lugar, ya que habéis sido mi introductor.

Y mientras ellos se entrevistan con el Kobda Consejero, oigamos la confidencia del Kobda Rey con Elhizer que no es menos interesante.

–Tengo que daros una noticia que os afecta muy de cerca. En la última luna ha dejado la materia vuestra esposa Gláfira; y antes de participarlo a sus dos hijos que reciben instrucción en mi Pabellón, he querido conversar con vos.

– ¿En ese rollo está la noticia? –preguntó Elhizer. Y Bohindra en silencio se lo alargó. Estaba escrito en el Faro del Lago Van donde el guardián que había sido servidor de Gláfira la había hospedado, cuando ella huyó del lado de su hijo mayor que gobernaba el país de Guntias, al Sureste del Ponto Euxino. Juntamente con el rollo venía un medallón de oro y amatistas y una sortija de iguales piedras envueltas en un billetito que parecía escrita de tiempo anterior, y decía:

“Elhizer: tú y yo fuimos víctimas de la autoridad paterna. Tú has vivido sin amor y yo moriré sin amor, pues hasta mis hijos me han abandonado. Desde la soledad del Faro de Van te llevarán tu ofrenda nupcial cuando yo sea un alma errante en el oscuro mundo de los misterios. Así sabrás que ya eres libre. Ni tú ni yo nos debemos nada. Sin amor y sin odio nos separamos un día para procurarnos la paz. No la encontré en la vida. Espero encontrarla en la tumba. Adiós. Gláfira”.

–Tampoco yo la encontré –murmuró Elhizer contemplando con tristeza las dos hermosas joyas que tenía en sus manos.

–Y, ¿por qué, amigo mío? –interrogó Bohindra, el mago del Amor y de la Paz, cuya alma se expandía como una onda de luz cuando tenía junto a sí un ser atormentado por la ausencia del amor y de la paz.

– ¿Por qué?... ya lo dice este billete, Kobda Rey, y lo dice bien claro.

–Pero, ¿caso, una sola vez en la vida tiene el hombre derecho a buscar la paz y el amor?

–No, mas las cosas sufren combinaciones fatales a veces y queda un hombre con su vida deshecha para siempre...

– ¡Para siempre decís!... ¡Oh, Príncipe Elhizer! ¡Qué estrecho horizonte

abarca vuestra vista! Sufrís de soledad, de tristeza y de agotamiento espiritual porque queréis, y perdonad que os lo diga, os habéis encerrado en un círculo estrecho formado por vuestra equivocada manera de razonar y de obrar.

“Hace mucho que sé todo cuanto pasa por vuestro íntimo yo y esperaba que la Eterna Ley me permitiría algún día arrancaros de ese penoso estado espiritual. Ese día ha llegado y no pierdo un momento de tiempo para iniciar mi trabajo. Por eso os he venido a buscaros, y me place haberos encontrado aquí, bajo este rosal reavivado por el amor de una de vuestras Berecinas, la incomparable Zurima que más atormentada aún que vos, encontró aquí la paz y la plenitud del amor.

–Pero, ¿qué es lo que sabéis de mí, oh, Rey? –preguntó Elhizer entre sonriente y avergonzado de verse con el alma desnuda ante aquel hombre admirable que parecía una antorcha iluminando todos los rincones en las almas doloridas.

–Ahora veréis si es verdad que sé lo que os pasa. Vos estáis como envenenado de soledad a causa de la equivocación de vuestro primer matrimonio. Luego cometisteis el error de tomar como esposas secundarias a mujeres cuyo cariño no cultivasteis. Las tuvisteis para obtener prole numerosa y llegar así a la categoría de Jefe de muchos pueblos. Comprendo que en tales costumbres fuisteis formado, y a ellas procurasteis ajustar vuestra vida. Conocisteis demasiado tarde esa estrella polar que tenéis como madre, nuestra hermana Elhisa, y este tardío encuentro sólo pudo subsanar una parte de las consecuencias de aquellos fatales errores. Pero la inefable bondad y justicia de la Ley Eterna abre al hombre muchos caminos en el curso de su vida si él sabe aprovecharlos.

–Y, ¿veis vos abrirse un camino para mí? –preguntó Elhizer.

–Sí, y muy hermoso y llano si es que de verdad deseáis paz y amor –contestó Bohindra.

–Hablad que ya os escucho.

–Vos creéis estar condenado por vuestro destino a una desesperante soledad, ¿no es así?

–Así es, y hasta hoy es así, sin que yo pueda remediarlo.

–Así no es, Príncipe Elhizer. Así lo hacéis vos con vuestro carácter taciturno y receloso, que rehusáis confiar en ninguno de todos los seres que os aman y que os están ligados.

–Seres que me aman..., ¿quiénes son?

– ¿Cuántas Berecinas trajisteis a La Paz?

–Tres: Bengalina, Adenia y Zurima.

– ¿Cuántas hijitas tenéis de ellas?

–De Bengalina, tres; de Adenia, dos y de Zurima, una. Esta es la única que parece quererme aunque acaso no es más que la costumbre

de buscarme por las tardes bajo este rosal. Adenia no da señales de recuperar su perdida lucidez mental. Bengalina pasa los años sin verme. Las Berecinas de Monte Kasson encontraron sus nuevos compañeros y tengo noticias que son felices.

–Y vos que cooperasteis a esa felicidad, no sois capaz de encontrarla... Pensáis esto, ¿verdad?

–Lo pienso; es cierto, ilo pienso!

–Vuestro mal está en que vos queréis que se os dé todo hecho, que se os regale el amor, la amistad, el compañerismo, la mutua comprensión, en fin, ese divino bouquet de delicadas flores que brotan al calor de los más vivos y tiernos afectos. Pero, amigo mío, la Ley no es así.

“El alma que ansía el amor debe conquistarlo con amor, y el amor no se conquista sino a base de mutua consagración, de recíprocas concesiones, de íntimas inmolaciones, y sobre todo y más que todo, de un absoluto altruismo. Si os rodeáis de un aura de desconfianza, de recelo, de mal humor y desazón continuados, ¿cómo queréis que alma alguna se sienta atraída hacia vos? Y si Albina frecuenta vuestra amistad es por el impulso que le da Evana que va creando en vuestra hija ese altruismo de que os hablaba, que la hace buscaros aunque ningún gusto encuentre en vuestro trato siempre amargado por vuestra amargura interior. ¿Queréis que probemos curar vuestro mal?

Elhizer sonrió dolorosamente, y le contestó:

–Hacedlo; yo no entorpeceré vuestra curación aunque dude de sus resultados.

– ¿Sabéis que Bengalina está enferma de alguna gravedad?

–No, lo ignoraba completamente.

– ¿Sabíais que ella si ha esquivado veros es porque aún no ha podido curarse del amor que os tuvo?

– ¡Cómo!...

–Así, como lo oís. Las Kobdas Instructoras sabiendo que vivía vuestra primera esposa han hecho cuanto han podido por mantener en quietud su espíritu hasta que la Eterna Ley abriese el camino. La gran bondad y belleza de esa alma les hacía esperar que el Altísimo le tendría guardada una compensación. Es la primera de vuestras Berecinas, o sea la que por ley debe ocupar el lugar de la esposa cuando ésta ha fallecido. Ha vivido hasta hoy consagrada al amor de sus hijitas y al amor silencioso al hombre que se las dio. Es su alma como un huertecillo de alelías y de violetas lleno de perfumes, de quietud y de silencio, donde no se escucha otro rumor que los besos de sus hijas y las plegarias que murmura con ellas donde suena vuestro nombre... ¿Cómo es posible, decidme, que no podáis amar una belleza semejante?

Elhizer inclinó la frente, como abrumado por dolorosos recuerdos.

–Creí que ella no me perdonaba el haber tomado nuevas Berecinas, pues pude notar que fue conmigo expansiva y cariñosa los cinco primeros años de unión, en que estuve consagrado sólo a ella; pero cuando las circunstancias me obligaron a tomar otras Berecinas, ella se esquivó tanto de mí que pasaba largas temporadas sin verla, y por varias veces me pidió permiso para visitar su madre anciana residente en Warka, a donde iba con sus tres hijitas y el hermano mayor que venía por ella. Comprendí que le hizo mucho daño la multiplicidad de esposas, pero jamás me hizo un reproche ni le oí una queja. Las otras Berecinas la respetaban y sé que algunas llegaron a amarla considerándola casi como a una hermana mayor. Viéndola buscar el distanciamiento de mí, no insistí más por acercarme y creí que su afecto se habría apagado lentamente como una lámpara a la que no se le da aceite.

“Yo no soy hombre de pasiones violentas. Ni el amor ni el odio llegan a ser intensos en mi corazón, donde todo sentimiento parece sumergirse poco a poco como en un piélagos de blandas cenizas. En mí, todo se apaga y se extingue sin ruido. Así y todo, comprendo que en esta hora de mi vida, me abrumba demasiado la soledad.

Bohindra que había escuchado en silencio esta íntima confidencia habló de nuevo:

–Veo fluir la sinceridad de todas vuestras palabras. Si hubierais sido educado bajo nuestra Ley de amor fraterno y de recíproca consagración de las almas unas a otras, habríais sido un hombre perfecto, pues tenéis un natural muy bueno al cual sólo le ha faltado el cultivo. Príncipe Elhizer, sin pretender demostrar superioridad alguna sobre vos, os ruego me permitáis encauzar vuestro espíritu hacia la paz que anheláis.

–Ya os lo dije, Kobda Rey, haced lo que creáis oportuno para curarme que yo no pondré obstáculos.

–Aprovechando la oportunidad de que Bengalina está enferma, iréis a visitarla. Con ella están ahora Evana y Albina. Será si queréis, una simple visita de atención por su mal estado de salud.

–Pero ella es Kobda y está en el Santuario de Mujeres Kobdas –observó Elhizer.

–Ella quiso ser Kobda y ha hecho ya los años de prueba; pero como no conseguía olvidaros por completo, las Instructoras han ido retardando su consagración absoluta y cuando cayó enferma fue traída al Pabellón de la Reina para aproximarla a sus hijitas que como sabéis viven y se educan allí.

– ¿De modo que está a pocos pasos de aquí?

–Al terminar esta avenida, torciendo a la izquierda, está el Jardín de Reposo del Pabellón de la Reina, en uno de cuyos compartimentos ha sido instalada la enferma con sus tres niñas.

–Si es vuestra voluntad, vamos –murmuró Elhizer.

–Y yo os digo: si es la vuestra, ¡vamos!

Elhizer se puso de pie en silencio, pero viendo que Bohindra no daba un paso, comprendió toda la firmeza que había entre la dulzura de aquella gran alma. Bohindra quería la plena aceptación de Elhizer, el cual dijo al fin decididamente:

–Vamos. –Y ambos se encaminaron al Pabellón de la Reina, buscando la puerta que daba a la columnata del parque interior.

El llamado Pabellón de la Reina era lo más hermoso que había en aquel conglomerado de edificios contiguos unos de otros, que se habían ido construyendo poco a poco y conforme al plano primitivo ideado por Sisedón y por Senio. Ese plano tenía la forma de una inmensa garza en vuelo, figura que en los símbolos Kobdas significaba: “Mensaje de amor y de paz a todos los hombres”. El Santuario de varones ocupaba toda el ala derecha; el Santuario de mujeres toda el ala izquierda; los dos Pabellones de los Reyes ocupaban el centro; el de la Reina contiguo al Santuario de Mujeres, y el del Rey unido al Santuario de varones.

La cabeza de la garza estaba destinada al gran pórtico del pueblo y a las salas del Consejo de Gobierno; y la cola estaba ocupada por la bodega, granero y despensa. Era pues, el Pabellón de la Reina, como un Santuario de marfil por su blancura, como un ánfora de perfumes por las delicadas emanaciones de las madre selvas y jazmines trepadores que envolvían las columnatas interiores y exteriores; como un templo musical donde resonaban de continuo las risas de las niñas cuando jugaban, o las melodías de sus liras y laúdes a cuyos acordes unían las más delicadas canciones. La Reina Ada era en verdad, el Hada buena y dulce de aquel templo del amor y la alegría.

Bohindra se hizo anunciar y Evana salió a recibirles. Tras ella corrió Albina perseguida por Seth, que quería a toda costa que la niña recibiera en brazos uno de los dos corderillos que él con marcada fatiga llevaba entre los suyos, mientras le decía enojado:

– ¡Mala, mala!, eres mala con mis corderillos y se lo diré a Abel que te pondrá en pie detrás de una columna.

La niña iba a volverse a recibirle por fin el corderillo, cuando vio a su padre que al lado del Kobda Rey entraba al pórtico y se quedó quieta, mirándole con sus ojazos negros azorados.

–Como hoy no fui al rosal, venís por mí, ¿verdad? Vine con madre Evana porque Bengalina está enferma.

–Ya lo sé, y por eso vengo yo también –contestóle Elhizer.

– ¿De veras? ¡Oh, qué contenta se pondrá ella!... ¿Y también vos, Pangrave Rey, venís a visitarla?

–También. Ya sabes que los enfermos merecen toda atención. –Evana

les iba guiando y Bohindra cargó en brazos los corderillos de Seth, al cual no podía hacérsele mejor regalo que acariciarle aquellos animalitos a los cuales consagraba todas sus horas de juego.

– ¡Te ensayas a pastorcillo de almas, Seth! –decíale Bohindra, pensando en el gran espíritu que estaba encerrado en aquel cuerpecito de cinco años.

Elhizer mudo, se dejaba como absorber por aquel suave ambiente de paz, de amor y de alegría, mientras andaba por la larga columnata encortinada de jazmineros hacia el Jardín de Reposo donde una mujer que le había amado, luchaba entre la vida y la muerte.

Bohindra habló con Evana y ésta entró sola a la habitación. De allí salió con las tres niñas de Bengalina que presentaron sus frentes a Elhizer para recibir el beso paterno.

–La enferma está mucho mejor que ayer –observó Evana–. En tres días, el Anciano Dakthylo que la cura, la ha casi transformado. Ya está avisada y os espera. Pasad. Yo me llevo las niñas al jardín. –Y Evana se marchó con ellas.

El Kobda Rey y Elhizer entraron.

Bengalina recostada en un ancho estrado entre blancos acolchados de lana, apenas si se destacaba la rubia cabellera que le cubría la espalda y los hombros. Los dulces ojos azules llenos de suave melancolía, se fijaron un momento en Elhizer y luego se entornaron obstinadamente.

– ¿Creéis que voy a morir y por eso venís a verme? –interrogó sin mirar a ninguno de sus visitantes.

–Venimos a veros porque deseamos vuestra curación –contestó Bohindra, indicando a su compañero un taburete junto al estrado, mientras él ocupaba el extremo que queda a los pies.

–Bengalina –dijo Elhizer–. ¿Cómo es que en tanto tiempo no me habéis pedido una visita? Con gusto os la hubiera hecho.

–Podíais haberme hecho llegar ese deseo con mis hijas cuando ellas os han visitado.

–Vos conocéis mi carácter retraído y casi huraño. Mi gran soledad agrava cada día ese defecto de toda mi vida –observó Elhizer como buscando una excusa.

–Pues nos parecemos entonces –añadió Bengalina–. Ya sabéis que soy incapaz de pedir nada que no se me ofrezca espontáneamente. Pero habéis venido y os agradezco mucho vuestra delicada atención.

–Agradecedla al Kobda Rey, que sin su impulso no hubiera sido yo capaz de pedir os una entrevista...

–Porque ignorabais que Bengalina estaba enferma –dijo Bohindra–, pero cuando conocisteis esta circunstancia quisisteis venir.

–De todos modos, gracias –dijo ella–. No deseaba vivir, ni tampoco

me alarmaba morir. Mis tres niñas están guardadas aquí como un relicario y tienen por suerte, muchas madres...

Elhizer contemplaba silencioso aquella hermosa mujer de sólo treinta y un años a la cual no había hecho feliz por inercia de su propio espíritu y por dejarse dominar de los convencionalismos de la época.

¿Qué había sacado, en resumen, de la numerosa prole, sino sólo la vana satisfacción de haber llegado a Caudillo de primera categoría con voz y voto en todas las deliberaciones de la vasta región de los Cinco Mares, como se apellidó en el remoto Neolítico a la tierra comprendida entre el mar Mediterráneo, el mar Bermejo, el mar de la India, el mar de Hircanio *–Caspio– y el Ponto Euxino *–mar Negro–?

No había cultivado el amor hogareño íntimo y suave, única lamparilla que de verdad ilumina el camino de la vida, y una inmensa soledad le abrumaba en mitad de su camino.

El silencio se hacía penoso para ellos dos. El pensamiento de Bohindra acicateaba a Elhizer diciéndole: “Rehaz en este momento lo que destruyó tu inconsciencia pasada”. Y cuando comprendió que le había penetrado bien profundo ese pensamiento, dijo, poniéndose de pie:

– Permitid que me retire un momento, porque siento la voz de Adamú que me busca. Volveré enseguida.

Y sin esperar respuesta se alejó.

El silencio continuó un momento más.

–Bengalina –dijo Elhizer–, no sólo por vuestra enfermedad he venido a veros, sino porque acabo de recibir una noticia que creo de decisiva importancia para vos y para mí.

– ¿Noticia importante para mí? No sé que pueda ser. Vos diréis –dijo con indiferencia Bengalina.

–Gláfira ha muerto. –Y Elhizer miró a la enferma para saber su impresión. Esta se mantuvo impassible, pero palideció aún más de lo que estaba.

–Os doy mi condolencia –dijo ella–. Que vuestra esposa encuentre la paz.

–Gracias. –Y un nuevo silencio aleteaba acercando y separando a intervalos a aquellos dos seres, unidos un día por los vínculos nupciales y separados por los convencionalismos y la incomprensión.

–Bengalina –volvió a decir Elhizer–, si yo os pidiera que reconstruyéramos el hogar, ¿aceptaríais?

–Si nunca me amasteis, ¿cómo es que ahora me habláis así?

– ¡No hablemos del pasado, os ruego! Fue aquello un enmarañado tejido de conveniencias y de cálculos. Hablemos del presente.

“Cinco años de soledad enseñan al hombre muchas cosas, Bengalina. Debéis comprender esto. La muerte de Gláfira devuelve la libertad a mi

corazón. Diréis que es un amor tardío. Sí, ¡es verdad! Es un rosal que se abre en el ocaso, ¿pero debemos ahogarlo por eso? Yo quiero borrar el pasado; ¿lo olvidaréis vos?

Por toda respuesta Bengalina le tendió su mano blanca y enflaquecida, que él recibió en silencio y la llevó a sus labios.

– ¿Es esto una alianza nueva? –preguntó él.

– Sí; una alianza nueva, un hogar que se reedifica; una soledad que se ilumina; una tumba que se cubre de flores.

– ¡Una tumba!... ¡Oh, no, por favor! ¿Qué haríamos con cubrir de flores una tumba?

– ¿Queréis algo más cuando ya hemos llegado al atardecer de la vida?

– ¡Bengalina!..., si eres aún tan joven y tan bella..., con un alma capaz de perdonar y olvidar, ¿no es cuánto necesitamos para buscar de nuevo la felicidad?

– ¿Me amáis acaso, Príncipe Elhizer?

– Sí, Bengalina, y esta vez será para llamaros mi única esposa. Es una flor del ocaso, pero, ¿no merecerá ella que la dejemos vivir?

– ¡Qué viva, Elhizer! ¡Que viva para dar honra y dicha a nuestras hijas! Sabéis que yo vine aquí para formar entre las filas de mujeres Kobdas; pero las Instructoras han creído oportuno ir alargando los plazos a causa de mi incapacidad de serenar por completo mi espíritu. Unos días sumida en profunda tristeza; otros en una relativa alegría; ora inquietud, ora sosiego, alternativas que deben sin duda molestar a los ejercicios de desarrollo mental que hacen periódicamente las aspirantes a Kobdas. A más la desencarnación de Zurima y la demencia de Adenia que eran para mí verdaderas hermanas, me afectaron tanto y más cuando veo sus hijitas, aún más huérfanas que las mías...

– Todo cuanto enumeráis es delito mío, sólo mío –interrumpió Elhizer con dolorosa voz–. Pero mientras alienta un soplo de vida en el ser, está a tiempo de corregir sus yerros. Y yo quiero corregir los míos si vos me ayudáis.

– ¿Qué pensáis hacer? ¿Volveréis acaso a ocupar vuestro sitio al frente de vuestro pueblo en Ethea?

– Iber quiere desde hace veinte lunas que yo tome de nuevo el gobierno de toda o una parte de Ethea; pero creedme que no tengo el valor necesario para ello.

“Si algo deseo es probar la dicha de un hogar tranquilo, pues toda mi vida la he pasado en las inquietudes que lleva consigo el gobierno de pueblos. Es otra cosa lo que he pensado y lo que deseo. ¿Habéis visitado alguna vez el hermoso rincón que han llamado Huerto de Adamú?

– ¡Oh, sí! Hemos realizado en conjunto varios paseos en la época de la

recolección de frutas y aún hemos pasado alguna noche con Adamú, Evana y algunas Kobdas. Aquello está destinado a secadero de frutas y bajo la vigilancia de una honrada familia que cuida de las plantaciones.

–Pues he pensado pedir al Kobda Rey permiso para reconstruir allí nuestro nido deshecho. Donde pasó su primera infancia el Hombre Luz, inundado de amor y de paz, creo que podemos conseguir para nosotros ese amor y esa paz de que han quedado impregnados aquellos lugares. Tengo ansia de amor, de paz y de sosiego.

– ¿Queréis pues convertirlos de príncipe en labrador? –preguntó Bengalina.

–Justamente, eso es lo que necesito y creo que vos lo necesitáis también. Glavir y Zulak irán con Iber para aprender a su lado la difícil ciencia de hacer la felicidad de los pueblos; pero esto será cuando sus Instructores Kobdas los crean ya capacitados para ello.

–Tengo entendido –dijo Bengalina–, que el menor promete mucho y está dotado de una natural bondad como vos; pero el mayor parece que da serias preocupaciones al Regente y a los Instructores. Así lo tengo oído a Evana que auxilia a su esposo en la regencia del Pabellón del Rey. A no ser por la intervención del Kobda Rey estuvo a punto de ser expulsado.

–Lo ignoraba completamente –dijo Elhizer visiblemente contrariado.

–Han querido sin duda, ahorrarnos ese dolor. ¡Hay tanta discreción y tanta bondad en esta Casa! Si yo os lo digo es porque acaso no sería prudente sacarlo del Santuario donde aún podría aprender a dominar sus bajos instintos.

– ¡Entonces ha debido cometer faltas graves! –dijo alarmado Elhizer.

–Estando yo instalada ya en el Pabellón de la Reina, se permitió pasar varias veces a estos jardines donde ningún varón pone los pies sino el Kobda Rey, y los Ancianos del Consejo, y eso, en compañía de la Reina y de los Regentes Adamú y Evana. Escaló el muro para sorprender a las niñas cuando se bañaban en las piscinas del parque, por lo cual fue reprendido severamente; mas como lo repitió varias veces y hasta asustó a las niñas, y sobre todo a nuestra Helvecia que al reconocer a su hermano en el intruso descubierto tras de un bosquecillo, se sintió grandemente avergonzada.

– ¡El heredero de Ethea!... He ahí bien manifiesta la sabiduría de los Kobdas que sostienen que nada es la sangre para hacer subir a los tronos a los hijos de los príncipes, sino que todo lo es la evolución del espíritu que ha conquistado con su esfuerzo más lucidez y más conocimiento. ¿Qué sería este hijo con todos los poderes y las riquezas al frente de un vasto país? No habría más ley que su capricho. ¡Un tiranuelo! ¡Un pirata cubierto de oro y de púrpura!...

“¡Oh, Bengalina!..., sed vos mi dulce flor de la tarde y seré capaz de

redimir mis muchos desaciertos con obras verdaderamente dignas de un hijo de la Kobda Elhisa. ¿Os resignáis a ser la esposa de un príncipe que dejó la púrpura por las abarcas del labrador?

–Poco supe de dicha mientras estuve junto a las gradas de un trono, y presiento que aún seré dichosa entre los cañaverales de azúcar y los secaderos de frutas del Huerto de Adamú.

Evana volvió con las niñas y le bastó sólo una mirada para comprender que el amor agitaba por fin sus alas doradas sobre aquellas frentes mustias de soledad y de tristeza.

–Si es posible participaría al Kobda Rey la nueva resolución que hemos tomado –dijo Elhizer, apenas vio a Evana, seguida de sus hijas.

–Me anunció que vendría con la Reina y ya no debe tardar. Ellos esperaban y deseaban que tomarais tal decisión.

–Pero, ¿lo sabíais vos? –interrogó Bengalina, sorprendida.

–Lo que es bueno y justo lo forjamos entre todos con la fuerza y perseverancia de nuestro pensamiento. Tal es la doctrina Kobda. Todos deseábamos y esperábamos veros felices. Era justo, y la Eterna Ley corona con el éxito la justicia y bondad de tales pensamientos y anhelos.

– ¡Por desgracia no siempre!... –murmuró Elhizer recordando lo que acababa de oír de su hijo mayor.

– ¡Siempre!..., siempre, cuando ningún oculto egoísmo o disfrazada mala intención, entorpece la acción de esos pensamientos –respondió Evana, recordando a Kaíno, al cual habían logrado redimir a fuerza de amor, de abnegación y de perseverante pensar.

Se oyó la charla juguetona y musical de Albina que venía con Bohindra y Ada entrando a la columnata.

Elhizer y Evana salieron a recibirles.

Bengalina abrazó a sus tres niñas con profunda emoción mientras les decía:

–Ya no sois más huérfanas, vuestro padre nos recoge de nuevo en un nido de paz y de amor.

Y esa misma tarde en presencia de los Reyes, en aquel sereno y suave Jardín del Reposo donde Bengalina tanto había llorado su soledad y su tristeza, reanudaron su alianza nupcial, ella y Elhizer, aunque esta vez elevada a la altura de un desposorio consagrado por el amor.

–La Reina y yo seremos los consagrantes de vuestra segunda boda, a la que asisten como corte de amor vuestras propias hijas.

–Y yo también –añadió la pequeña Albina, que no perdía palabra y estaba en todas partes–. ¿No soy también vuestra hija?

–Sí, querida mía –dijeron a un tiempo Elhizer y Bengalina, cuyo pensamiento evocó en tal instante a Zurima, la dulce arabeña cuya imagen parecía esculpida en la bella adolescente.

Las frases del ritual pronunciadas por los Reyes y por Evana, y el beso religioso de las niñas sobre las manos unidas, fue la sencilla y conmovedora consagración de dos almas que se habían amado un día y a quien los convencionalismos y los cálculos habían llevado tan lejos el uno del otro.

Bengalina apenas incorporada en su lecho de enferma; Elhizer mudo, de pie a su lado, formaban contraste con la radiante alegría de las niñas, de Evana, de los Reyes. Bien podía comprenderse que acababan de arrebatarse una presa a la muerte prematura y al pesimismo enervante.

Albina salió corriendo como una exhalación. Había pensado en la cita del rosal donde Aurorita debía estarla esperando. La encontró con Furkis y con Abel. Y con su natural espontaneidad les dijo precipitadamente: –Vengo de ser dama de una corte de amor.

– ¿Sí... cómo es eso? –le preguntaron los tres a la vez.

–El Rey y la Reina han consagrado la boda de mi padre con Bengalina, allá en el Jardín de Reposo.

– ¡Oh, qué bello acontecimiento! –exclamó Abel.

– ¡Oh!..., eso de bello –dijo la niña–, será según se lo mire. Parece que van a trasladarse al Huerto de Adamú, lo cual me pone en duros aprietos.

– ¿Por qué? –le preguntaba riendo Abel.

–Porque ellos se llevarán a mis hermanitas y yo las quiero mucho.

–Y podrás ir tú también. ¿No es acaso el hogar de tu padre? Y ¿No es para ti, Bengalina, una segunda madre?

–Muy bien, y en eso justamente está la dificultad. Yo no quiero separarme de madre Evana ni de esta perla blanca que he encontrado. –Y abrazó tiernamente a la silenciosa Aurorita–. Decidme, ¿no es éste un verdadero problema? A ver si me lo solucionáis, oh, Príncipe, formado con luz de las estrellas.

– ¡Oh, qué pilluela eres, princesita de las rosas blancas!... –decíale Abel acariciando sus sedosos bucles oscuros–. Tu problema es muy sencillo. Todas vosotras, chiquillas aún, debéis concurrir al aula en el Pabellón de la Reina. Sois pues, sus pupilas. Cuando termináis las clases, os vais todas a comer al mediodía con Elhizer y Bengalina. Son trescientos codos de caminar bajo una amplia columnata sin peligro alguno. Y regresáis al caer la tarde para pasar la noche en el Pabellón y asistir al aula al día siguiente. ¿No estáis satisfecha en vuestros arduos problemas?

–Parece que sí, ya lo consultaré con madre Evana, con el Pangrave Rey, con Padre Adamú y también con los papás recién casados..., ¡es justo!... –Furkis y Abel rieron de buena gana ante las atinadas reflexiones de aquella criatura, vivaz y alegre como un pajarillo en libertad.

–Y tú, ¿qué dices, mi perla?, ¿te gusta el nuevo programa? –interrogaba Albina a su nueva amigueta.

–A mí me gusta como te gusta a ti. Si Furkis quiere que yo vaya, iré contigo al huerto todos los días. Pero tendremos que descuidar el rosal...

– ¿Qué has dicho? ¿Yo voy a descuidar el rosal de mi mamá? ¡Oh..., no me conoces todavía! Al volver del Huerto a la tarde, vendremos aquí directamente para regarlo y recoger las rosas secas. ¡Cualquier día olvidaré yo este rosal!...

– ¡Así, así me gusta la gran mujer!... –exclamó Abel–. ¡Ojalá de mayor tengas la misma perseverancia en todo cuanto emprendas!

– ¡Qué bella lección te da esta niña, Aurorita! –dijo Furkis al oído de su protegida–. ¿Verdad que tú sientes lo mismo?

– ¡Oh sí, lo mismo! No es posible olvidar este rosal después de saber lo que nos cuenta madre Evana.

–Y, ¿qué os ha contado?

Y Aurora de Nibiza refirió conmovida la escena aquella que recordará el lector cuando Evana y Zurima vaciando sus almas la una en la otra, habían evocado intensamente al amado ausente, al Hombre Luz que se encontraba entonces en Neghadá, y él se les había hecho visible para hablarles de un amor eterno que traspasa los dominios del olvido, del sepulcro y de los siglos. De un amor que vive tanto como la eternidad de Dios.

Furkis miró con asombro a su protegida, miró a Abel, a Albina, y los encontró como iluminados por una luz superior.

– ¿Pero es verdad todo eso? –interrogó perplejo.

–Sí, amigo mío, y a poseer estos grandes tesoros de conocimientos os he traído a este Santuario. Bendicid pues vuestros grandes dolores que son para quien se encausa en la Eterna Ley, el más fuerte lazo de unión con aquellos que deben compartir nuestra paz y nuestra felicidad.

LA MATRIARCA DE “CORTA AGUA”

¿Quién era ella?... El lector ya lo ha adivinado y antes que yo lo diga responde: Solania.

En efecto, de ella y de sus obras, vamos a ocuparnos en el presente capítulo.

Junto a ella hemos de ver también a Marván, el ex caudillo de Artinón, y a Garbi el esclavo de los deseos que fuera enviado por Abel desde el lejano Mar Hircanio a fin de que la Matriarca de Corta Agua le curase de su espantosa enfermedad moral consistente en desearlo todo y aburrirse después de todo.

“Sabemos –le había escrito Abel–, que es un ser que os ha pertenecido en pasadas épocas, y como nuestros hermanos del Mar Caspio han fracasado en su curación, hemos creído que sois vos, Matriarca, la única que con el favor divino puede curarlo”.

Solania le recibió con su gran corazón rebosante de dulzura como a un hermano enfermo, largo tiempo deseado y decía graciosamente a sus hermanos y hermanas Kobdas: “He aquí otro corderillo enfermo que debemos curar”.

–Tomadle por compañero –dijo a Marván–, pues creo que entre vos y él hay muchos puntos de contacto. Enseñadle nuestras obras y trabajos para darme tiempo a observarle y estudiar su mal.

Comprendió que la hartura de todo en la vida le había conducido a ese feroz e implacable hastío del cual no hacía mayor esfuerzo por librarse.

La novedad del panorama exótico que se presentaba a su vista en aquella exuberante naturaleza tropical pareció reanimarle los primeros días, pero pronto observó Solania que se hundía poco a poco en esa perezosa inercia, en ese fatigoso cansancio que hacía lentos sus movimientos y pesado su andar.

La Matriarca y sus hermanos hacían diaria concentración espiritual para recabar de la Divina Sabiduría los medios eficaces de curación para aquel ser, mortalmente herido por el hastío. Y por fin, un día dijo Solania a sus hermanos:

–En mis últimas meditaciones, he podido comprender que Garbi ha contraído tan grave mal por ociosidad y por hartura de cuanto deseo satisfecho tuvo hasta hoy, y que su curación la hallará en no tener ni aún lo necesario y trabajar fuertemente.

Y conforme a este pensamiento fue el método curativo que ideó sabiamente la Matriarca. Y a este fin aleccionó a Marván.

–Invítadle –le dijo–, a una excursión por las montañas hacia la parte donde nuestros nativos leñadores habitaron tiempo atrás. Como sabéis hay algunas buenas cabañas, hoy solitarias, donde poder albergarse. Haced que vais a buscar hierbas medicinales, y niños y ancianos abandonados. Arreglaos en forma de que os perdáis de vista uno al otro por intervalos más o menos largos, hasta que por fin le dejéis solo en un paraje donde no le sea fácil volver. En las cabañas hay arcos, flechas y todos los utensilios necesarios para defenderse de las fieras, y para buscarse lo necesario a la vida. Las frutas silvestres y los panales, las codornices y los conejos dan con abundancia el alimento a quien se toma el trabajo de buscarlo, y esto es justamente lo que a nuestro enfermo le hace falta.

“La ternura y la suavidad, toda mi solicitud de madre ha fracasado; veamos si la aspereza y el rigor nos dan mejor resultado, que se vea librado a sí mismo en todo y por todo sin que pueda esperar nada de nadie.

Marván que también había sido curado por un duro rigor; que había oído que esa misma dulce voz de mujer le dijera un día: “Cuando nadie lllore en torno a ti, entonces puedes volver hacia mí”; Marván, decíamos, sintió profunda lástima de aquel otro enfermo que iba a ser sometido también como él lo fuera, a un durísimo tratamiento.

–Matriarca –le dijo–, si me lo permitís suavizaré un tanto vuestra lección.

– ¿En qué forma? –preguntaba riendo Solania.

–Haciendo que los asnos se escapen hacia aquí, lo cual nos obligará a esperar muchos días a que vosotros nos mandéis a buscar con nuevas cabalgaduras. Pero dejarle completamente solo, creedme, no me sufre el corazón. Puede enfermar, puede caer en un precipicio.

–Estoy cierta que nada le sucederá, pero accedo a lo que deseáis con la condición de que le dejéis que os ayude en el trabajo de buscaros el alimento necesario y en todo cuanto os veáis obligado a hacer para salir de distintas circunstancias que por fuerza se os han de presentar.

–Bien, Matriarca, se hará como vos mandáis.

Y al siguiente día, al amanecer, partieron ambos con la idea, según creía Garbí, que volverían al atardecer.

La noche les sorprendió en el fondo de una oscura garganta formada por un laberinto de colinas que se encontraban de pronto como cerrando el paso hacia los valles por donde se abrían los senderos más conocidos. Y entre las últimas claridades de la tarde que ya se esfumaba entre las sombras, Marván se orientó hacia una cabaña abandonada, escuchando el ruido ensordecedor del agua de un torrente que se despeñaba desde gran altura.

–Aquí podemos pasar regularmente la noche –dijo a su compañero–. Felizmente aún tenemos restos de la provisión que puso la Matriarca en nuestras maletas.

A Garbi pareció causarle agradable impresión la novedad de dormir sin cama, tirado sobre un montón de paja y pieles de cabra que era todo el ornato de la cabaña.

Y a tientas, pues ya la noche ennegrecía todo, Marván llevó los asnos a beber, después de lo cual les quitó las monturas y las bridas, y dándoles fuertes cintarazos los obligó a huir hacia el pequeño santuario que como un nido entre las rocas, pendía sobre la costa del mar.

– ¡Una luz, aquí hace falta luz! –decía Garbi al ver entrar a Marván por la puerta de la cabaña.

– ¡Amigo mío!, por esta noche debemos tener paciencia y arreglarnos a oscuras. Aquí están las maletas con las provisiones. Tomad lo que os guste más; tenemos pan, queso, manteca y dátiles. Id registrando esta bolsa y puede que halléis algo más. La Matriarca es delicada como una madre para mimar a sus hijos.

–Mis manos tropiezan aquí con unos menudos pastelillos que deben estar deliciosos. Y hoy no los encontré. Conque ya veis, estamos más afortunados de lo que esperábamos.

–Comer sin estrado y sin mesa no es nada –decía Garbi–, pero carecer de una luz sí que es feo de verdad.

–Si queréis probemos de encender una hoguera, y algo de claridad tendremos.

– ¡Oh, es verdad! Has tenido una idea feliz. No lo había yo pensado.

–Tomad pues paja y ramas que a vuestro lado las hay, mientras yo busco los utensilios del fuego.

Y cuando la rojiza llamarada llenó de claridad la cabaña, Marván pudo observar en su compañero la gran satisfacción que le causaba aquella pobre luz con que podían alumbrar las tinieblas.

–En verdad –decía Garbi–, ¡qué buena es la luz! Nunca me había parecido tan necesaria como ahora que no la tenía.

– ¡Somos así los hombres, amigo mío! No sabemos apreciar el bien que tenemos hasta que lo hemos perdido. Y, ¿qué os parecería la vida si hubierais de pasarla por fuerza mayor en una cabaña como ésta?

– ¡Oh..., imposible! –contestaba Garbi–, ¿Quién podría vivir en esta cueva llena de alimañas?

–A propósito, mirad hacia aquel rincón al otro lado de la hoguera –dijo Marván viendo brillar dos puntitos verdes como esmeraldas abri-llantadas de rojo por las llamas de la hoguera.

– ¡Es un horrible lagarto! –exclamó Garbi poniéndose de pie–. Ahora mismo lo parto en dos. –Y empuñó el hacha que llevaba al cinturón.

–No vale la pena; huirá apenas os acerquéis –le contestó Marván mientras comía tranquilamente.

Y en efecto, el lagarto como una cinta verde salpicada de blanco y negro, se escurrió por una grieta de la cabaña.

–Pero este maldito animalejo volverá y yo no quiero verle más en mi vecindad –decía Garbi, mientras recogía pedruscos menudos esparcidos por el suelo, cerraba cuidadosamente la rendija por donde el lagarto había salido al exterior–. Será necesario mantener encendida la hoguera toda la noche –continuó diciendo mientras buscaba en todos los rincones la leña esparcida en desorden.

–Los lagartos son inofensivos, no les temáis –decíale Marván, satisfecho de ver a su compañero entrar en actividades al verse desposeído de toda comodidad–. ¿No los hay también en vuestras montañas del Caspio?

–Sí que los hay, pero no en las habitaciones de los hombres.

– ¿Nunca estuvisteis en cabañas de pastores y de labriegos?

–Casi me avergüenzo de contestar que no. Y lo peor es que nunca se me había ocurrido pensar en lo que será la vida de esas pobres gentes, sumidas en estas cuevas de tierra y piedras, casi al igual que las bestias.

–Y no obstante, la dicha se encuentra entre ellos. Acaso tienen más puras alegrías que los magnates en sus palacios. –Y al decir esto, Marván fijó sus ojos en el rostro de su compañero, que se encontraba iluminado de cerca por la llama de la hoguera de donde apartaba unas ascuas para tostar panecillos.

–Tenéis razón –contestóle Garbi–. Yo nací y viví entre la riqueza, y os aseguro que jamás me pareció tan buena una tostada servida por mis criados, como me parece ésta que acabo de hacerme en estos momentos en que un apetito voraz me consume.

Y entre referirse recíprocamente las contingencias de sus vidas turbulentas a través de las cuales, ambos llegaron a conocerse y estimarse, apenas si se dieron cuenta de lo avanzado de la hora, hasta que deseando averiguarlo salieron al exterior de la cabaña. La luna creciente se había ocultado ya detrás de la oscura silueta de las montañas que les rodeaban como inmensa muralla en todas direcciones. La oscuridad era casi completa, pues sólo el tenue resplandor de las estrellas y un vago reflejo dejado por el astro nocturno como un cendal tendido en el espacio, les permitía distinguirse uno al otro, lo suficiente como para hacer comparaciones entre su insignificante pequeñez ante la imponente majestad de aquellas negras cordilleras que ponían límite a sus ansiosas miradas. A lo lejos sentíanse entremezclados y confusos mugidos, prolongados chillar de búhos, rugidos de fieras y el desesperado balar de las infelices cabras salvajes cuando caían entre sus garras.

– ¡Oh, qué espanto! –dijo de pronto Garbi–. Estamos abandonados a todos los furores de la naturaleza. Malhadada excursión esta que empieza a helarme la sangre.

–Si queréis entremos a la cabaña; y por lo demás no temáis, que tenemos infinidad de flechas y demás armas para defendernos –le respondió Marván adelantándose hacia la entrada de la choza.

Cuando apenas habían traspasado el dintel, se quedaron paralizados por el estupor, pues ambos habían sentido gritos humanos, ayes dolientes y lastimeros, voces de mujeres que lloraban en conjunto como en un impresionante coro de dolorosas lamentaciones.

– ¿Qué es eso y a qué antro espantoso me habéis traído? –preguntó visiblemente alterado Garbi.

–A lo que parece son lamentos de mujeres y parecen venir del otro lado de esa cordillera. De noche nunca estuve aquí y no acierto con lo que esto será. Como entre los nativos existen tantas supersticiones y cultos tan extravagantes, quizá se trate de la celebración macabra de algún rito que desconocemos. Pero de ellas, nada tenemos que temer. Por todas estas montañas se tiene un culto casi idólatra por los hombres de toga azul, a los cuales consideran como mensajeros de toda suerte de bienes y de fortuna. Conque cerremos nuestra puerta y entreguémonos al descanso, que con la primera luz del día emprenderemos el regreso.

–Si es que acertamos con el camino –interrumpió Garbi, que se había puesto al parecer de pésimo humor.

–Amigo mío, mirando de donde aparece el sol, fácil nos será orientarnos.

–Pero esos malditos lamentos siguen y van subiendo de tono... Si hasta parece que se acercan. Nos faltaría eso, vernos rodeados de una tribu salvaje que tuviera la mala ocurrencia de comernos crudos.

–O asados..., ¡quién sabe, amigo mío! –contestó riendo Marván–. Vamos, no os pongáis así que no hay motivo para ello. Os repito que no hay salvajes capaces de devorar a los Kobdas por hambrientos que se encuentren. Además, esos lamentos no se acercan sino que suben de tono cada vez más y por lo mismo no pueden durar largo tiempo.

Y fue tal cual lo dijo Marván; Las voces fueron paulatinamente acallándose hasta el más completo silencio.

El sueño venció por fin a entrambos que no se despertaron hasta que la luz del día penetró por una especie de ojiva abierta encima de la puerta de entrada.

Siguiendo las instrucciones de Solania, Marván fingió que dormía profundamente para dar lugar a que su compañero se pusiera en actividad.

Le vio levantarse y tornar al lecho varias veces; luego tomó los

utensilios del fuego y encendió lumbre. Contempló con dolor que la provisión de sus maletas estaba casi agotada, al igual que el jugo de uva y los cantarillos de manteca y miel. Sólo el pan era abundante y comenzó a tostar panecillos en las primeras ascuas que se desprendieron.

Y cuando los primeros resplandores del sol naciente inundaron la cabaña, Garbi salió con el cantarillo en busca de agua y tornó sin él y con pasos precipitados.

–Marván, amigo Marván, levantaos pronto que nuestros asnos han escapado y si corremos tras ellos quizá les alcanzaremos. ¡Por favor, os digo que los asnos se han escapado! ¿Cómo podremos volver?

–Ya me levanto, amigo, calmaos que esas pobres bestias estarán paciendo a la vuelta de los primeros peñascos. ¡Hombre, hombre!..., vuestros hábitos de príncipe os hacen padecer demasiado. ¿No os parece que entre estas imponentes montañas somos dos poderosos genios que dominamos las rocas y las selvas?

– ¡Sí, sí!..., ¡para burlas estamos sin las bestias que han de llevarnos y con las maletas vacías!... ¡Bonitos genios hacemos sin cabalgaduras y hambrientos!

– ¡Hombre, os ponéis demasiado trágico! ¡No es para tanto! ¿Con el carcaj lleno de flechas decís que somos genios hambrientos? ¿No escucháis el balar de las cabras, el piar de las codornices y el graznido de los patos silvestres? ¿No recordáis los datileros y las encinas cargadas de bellotas maduras?... Ya se ve que eres extranjero en las montañas de Mauritania.

Y con toda tranquilidad preparaba Marván los últimos restos de queso y frutas secas, y ofrecía a su compañero un frugal desayuno.

–Nuestros asnos –continuó diciendo–, estarán seguramente detrás de esos peñascos, y en el peor de los casos supongamos que hayan ido a parar al Refugio, donde apenas sean vistos correrán en nuestro socorro. ¿Acaso vamos a morir por pasar un día más en estos bellos parajes?

–Tanto como morir, no, pero que lo pasaremos bastante mal, es fuera de duda.

–Y si lo pasáramos bien..., muy bien, amigo Garbi, ¿qué diríais vos?

– ¡Hombre!..., diría que sabéis sacar de las piedras la manteca y la miel que se nos acaba.

– ¡A sacarlas, pues! Y vamos andando.

Y Marván calzándose las abarcas de monte, se ajustó a la cintura su correa de cuero de donde pendían armas y utensilios, llenó el carcaj de flechas y dijo a su compañero: –Haced vos lo mismo y añadid el saquillo del pan y el ánfora del agua y en marcha.

–Ya estoy, ¿hacia dónde?

–Vos seguid tras de mis pasos.

Un resplandor de oro y púrpura teñía el azul de los cielos aunque el sol no había sobrepasado la oscura silueta de las montañas cuando ellos echaron a andar.

—Mirad como el ruido de nuestros pasos empieza a despertar a los habitantes de esta comarca.

—Sí, ya veo como escapan azoradas las cabras y echan a volar las codornices y las gaviotas.

—Conque lo veis, ¿eh? Pues bien, eso quiere decir que ahora tendremos leche y huevos.

—¿Cómo? Os chanceáis porque soy extranjero.

—Nada de eso, amigo, ahora veréis.

Y Marván comenzó a buscar por entre los peñascos cubiertos de vegetación. Encontró dos cabritos dormidos al pie de una corpulenta encina, donde un mullido lecho de pasto seco conservaban aún claramente visible el sitio en que estuvieron hasta hacía un momento las cabras madres. Levantó en brazos los cabritos que empezaron a dar resonantes balidos, a cuyos ecos respondían las madres asomando las cabezas por los matorrales. Luego se colgó de una rama del vetusto árbol haciendo caer una lluvia de hermosas bellotas, visto lo cual las cabras fueron perdiendo el miedo y por fin se acercaron a comer.

—Comed, criaturas de Dios —deciales Marván—, que luego os daré vuestros hijos. Tened vos un cabrito, que yo conservaré el otro —dijo, dándole a Garbi uno de ellos. Las cabras no sabían a qué atender con más premura, si a las bellotas que continuaban cayendo o a sus hijuelos que balaban desesperadamente.

—Vamos acercándonos hacia ellas como para dejarles en tierra los cabritos y cuando ellas se acerquen a lamerles, les agarramos de una pata. Y ya está hecho todo.

Como lo dijo, lo hizo, con la destreza que le habían dado sus largos años de vida en aquellas montañas de Artinón tan parecidas a las de Corta Agua. Quedó tendido de bruces en el suelo, pero sosteniendo con cada mano una cabra. Y riendo como un chiquillo decía a Garbi, que reía también a más no poder.

—Si no me socorréis, se me escapan.

Y unos momentos después con la habilidad de un viejo pastor, Marván ordeñaba las cabras en el ánfora del agua. Y cuando estuvo llena, se incorporó satisfecho dando el recipiente a su amigo.

—Otra sacudida a las ramas de la encina —dijo—, y allí tenéis el pago de la leche que nos habéis dado.

Pero las bestias escaparon seguidas de sus hijuelos.

—Ya tenemos la leche —dijo Garbi entusiasmado de la aventura—. Ahora faltan los huevos que me habéis prometido. ¿Dónde se buscan?

–Primero a saborear la leche exquisita que aún está tibia. Aquí está mi tazón, y aquí el vuestro. Traed dos panecillos y sentémonos en este peñasco. Mirad que la panzada que di en el suelo ha abierto desmesuradamente mi apetito.

Y Marván se dejó caer sobre la piedra.

–Pero esta leche es jarabe de los dioses –decía Garbi bebiéndola con gran satisfacción.

–Tiene el sabroso dulzor de las bellotas, la leche y la miel de todas estas regiones, es algo que sólo conocen los que han vivido muchos años en ellas.

– ¿Lleváis aquí mucha parte de vuestra vida? –interrogó Garbi que empezaba a mirar a su compañero como a un ser que le aventajaba en condiciones y aptitudes.

–Me trajeron del país de Van a las bocas del Shior *–Nilo–, cuando tenía catorce años. Tengo ahora treinta y siete. Llevo pues veintitrés años de habitar los países del maravilloso Mizraim.

– ¿Y no pensáis regresar jamás a vuestro país?

–Amigo Garbi; esta vestidura azul transforma en país propio a todos los países. En la Fortaleza de Van donde nací, mi madre que era esposa de un jefe guerrero al servicio del Caudillo de la región, se vio envuelta en las intrigas del turbulento hogar de las veinte mujeres de su marido. Y para no ser ahorcada por falsas acusaciones, huyó conmigo a las selvas del Ildekel, de donde nos recogieron los Kobdas misioneros que nos trajeron a los Santuarios de Neghadá.

“Ella murió hace quince años y yo..., seguí corriendo el camino de la vida, que no siempre fue éste en que me habéis encontrado.

Y Marván refirió a Garbi su largo extravío por caminos tortuosos y oscuros, de cuyos abismos le había arrancado Solania, la Matriarca de Corta Agua.

–Así como la veis, tan dulce, tan suave, tan maternal, es como una fortaleza inexpugnable, que vence, domina, echa a tierra y se sale con la suya, y no para hasta ver colmado su anhelo, cueste lo que cueste.

–Y, ¿qué salió ganando con vos?

– ¡Oh!..., imi amigo!... Almas como ésa no se preguntan jamás lo que saldrán ganando con los sacrificios que se imponen por los seres que quieren salvar. Los salvan y he ahí todo.

– ¡Y a esta mujer fui yo enviado por el Hombre Luz!... Tentado estoy de poner a prueba sus cualidades de heroína..., y casi, casi, me acomete el deseo de ser rebelde a su influencia para ver hasta donde llega esa magia de que hacéis alarde.

–Sufiréis más vos, pero no la cansaréis ni la venceréis, os lo aseguro.

–Perdonad si soy indiscreto, paréceme a veces que sois un enamorado

de ella. Creo haber sorprendido en vos miradas reveladoras de una adoración profunda.

– ¡Oh, sí, es verdad! Sois muy perspicaz, pues ese amor trato de sepultarlo en lo más hondo de mí mismo. Habéis dicho bien, miradas reveladoras de una adoración profunda, pues ésa es la palabra. Yo rindo un culto a esa mujer cuyas virtudes excelsas me bastan y sobran para comprender la grandeza suprema del Altísimo. A través de ella admiro y amo la Infinita Belleza. Por ella y en ella amo a toda la humanidad. Cuando voy a sublevarme y protestar contra las maldades humanas y a enseñorearse de mi espíritu la rebelión, el hastío, el pesimismo, pienso en ella, en lo que hizo por mí sin interés material ninguno; pienso en su bondad, en sus perfecciones, en sus virtudes, pienso en sus ojos que miran suplicando y ordenando, y me torno en corderillo feliz de seguir andando junto a la sombra azulada que proyectan sus vestiduras.

– ¿Se puede saber qué hizo ella por vos?

–He nacido a una nueva vida al calor de su corazón. Por ella he conocido la paz y la dicha que brotan como un raudal inagotable de nuestro propio mundo interno cuando el Infinito ha llamado a nuestra puerta.

“Y el amor de un alma lúcida y consciente nos ha puesto en condiciones de responder. Acaso en este momento no estéis aún capacitado para comprender estas palabras, pero si vuestro camino se parece al mío, día llegará en que digáis lo mismo que yo: “He encontrado a la Belleza Eterna e Infinita en la luz que irradian los azules ojos de esa mujer”.

– ¿Y ella os ama tanto, tanto como vos la amáis?

–Acaso mucho más. Me amó como aman las madres heroicas y sublimes, como aman las blancas novias de la primera juventud cuando pasan como visiones por nuestro cielo de oro y azul; madre, novia, alma de esposa y alma de hermana, todo en un solo y único delirio de abnegados heroísmos y de consagración tierna y silenciosa. Hombre de fuertes pasiones, ella tuvo el poder y la magia de adormecer la bestia y despertar el ángel..., que todos en esta tierra tenemos garras de bestias y alas de ángeles... ¡Sólo se precisa una mano que sepa tocar la cuerda del arpa o el gong de las tinieblas!... ¡Y la Matriarca Solania tiene un arpa maravillosa!...

Una bandada de codornices levantó vuelo a veinte pasos de ellos y esta circunstancia les hizo volver a la realidad de ese momento.

–Habíamos olvidado, amigo Garbi, que ahora somos cazadores. Manos a la obra que para hondas confidencias tendremos tiempo de sobra.

–Veamos –contestó el aludido–, cómo os arregláis para robar los huevos a estos animales, pues éste no es el caso de cabritos que balan ni de ofrecer bellotas de encina.

–Vamos a registrar primeramente la mata de arbustos de donde ellas levantan el vuelo. Si pasaron aquí la noche señal que tienen aquí los nidos.

–Aquí, aquí, venid, esto es una maravilla –comenzó a gritar Garbi, alegre como un colegial en su primer día de vacaciones.

–Y aquí hay muchas maravillas –contestaba Marván inclinado entre las malezas para recoger los huevos–. Cuidado, no vayáis a tomar aquellos que están con las puntas hacia el centro porque éstos tienen polluelos.

– ¿Cómo sabéis? Nunca oí tal cosa.

–Pues aquí lo sabe hasta el más pequeño de los hijos de los pastores y los labriegos. La Naturaleza es sabia hasta en sus menores detalles y las aves madres cuando van a empollar sus huevos los acomodan en forma que el extremo en que se forma primeramente la cabecita quede al centro del nido que es el sitio de mayor calor. Mirad este nido, si no está tal como os acabo de decir. Mirad este otro que sólo tiene tres huevos y que no guardan orden ninguno. Estos los podemos levantar sin miedo. Aquellos tienen polluelos, y si lo dudáis, romped uno y veréis que por lo menos tiene una gota de sangre.

–Me basta vuestra palabra y recojo la lección, ya que el destino me trajo a estas tierras maravillosas.

–Entonces podemos separarnos para mejor hacer la recolección, pues todo este vallecito estará lleno de nidos, ya que la bandada era numerosa. Id vos hacia esa colina, yo iré hacia esta otra.

Cuando volvieron a reunirse cada cual era portador de buena porción de huevos.

–Todos son de codornices –decía Marván–. Pero si encontramos algún pequeño estanque o bañado, allí podremos recoger huevos de gaviotas en gran abundancia.

–Dispensadme pero me siento cansado –respondió Garbi, sentándose sobre el musgo donde dejó su carga con gran cuidado–.

“¡He aquí –dijo muy entusiasmado–, que es el primer día de mi vida que me he ganado la comida! ¡Treinta y dos huevos en menos de una hora! ¡Esto es maravilloso!... En plena selva, lo que a un granjero de mi tierra le cuesta meses de cuidar las aves en su corral para aprovechar sus huevos. Aquí los hombres deben ser holgazanes pues que todo lo encuentran hecho.

–Algo hay de eso –respondió Marván–, y justamente ahí está nuestra tarea; la labor de los hombres y mujeres de vestido azul consiste en conseguir que los nativos utilicen las riquezas naturales de esta tierra para mejorar sus condiciones de vida, y cultivarse a sí mismos ya que tienen a la Madre Naturaleza como gran auxiliar en lo que concierne a la alimentación. Bien sabéis que para el hombre compuesto de espíritu

y de materia, no sólo el cuerpo precisa de nutrición... También el alma tiene hambre y sed...

– ¿Y no es un mal, decidme, despertar esa hambre y esa sed en los ignorantes cuando ellos viven dichosos comiendo y bebiendo de lo que les brinda la Naturaleza? Si nada más conocen, nada más desean.

–Si así lo hiciéramos, amigo Garbi, ¿cuánto tiempo tardaría la humanidad terrestre en tener mayoría de espíritus despiertos entre la aplastadora multitud de durmientes? ¿No comprendéis que de la inconsciencia de los humanos que viven al nivel de las bestias, vienen todos los males que se padecen en esta tierra y en todos los mundos de su mismo grado de evolución? Y aquí os repito lo que os dije antes: ¡Se precisa una mano que sepa tocar las cuerdas del arpa y no el gong de las tinieblas!... ¡Si vierais vos las conquistas de los Kobdas entre la multitud de durmientes de Corta Agua!

“Hay muy pocos de índole perversa. La gran mayoría sólo son perfectamente ignorantes. –Mientras Marván había estado hablando, fue preparando leña y encendiendo un excelente fuego–.

“Ahora saborearéis huevos de codornices asados al rescoldo –dijo, acercando una porción de ellos a la hoguera cuya llama chisporroteaba alegremente.

–Pero vos en todas partes encontráis el hogar –exclamó Garbi, observando la naturalidad con que Marván hacía todas las cosas.

– ¡Amigo!..., para el hombre de toga azul, cualquier rincón de la tierra es su patria y es su hogar si es capaz de sacar de cada cosa lo que cada cosa pueda darle. ¿O no lo creéis vos así?

–A decir verdad, así es. Y decidme, ¿qué sucedería en la Tierra si todos sus habitantes llegaran a pensar y sentir como pensáis y sentís los Kobdas? Sería a no dudarlo una revuelta formidable porque cada cual llamaría su heredad y su casa a la heredad y a la casa de los otros.

–No, mi amigo, sino muy al contrario y perdonad. Si todos los hombres de la tierra pensarán y sintieran como pensamos y sentimos los Kobdas, sería la armonía más feliz y perfecta.

–No os comprendo.

–Sí, mi amigo, porque anulado el egoísmo que es ambición desordenada, ningún hombre pretendería más que aquello que le es necesario para su vida, y sin esfuerzo dejaría para sus semejantes lo que también a ellos les es necesario. Entonces habríamos llegado al triunfo definitivo de la grande y única ley, que resume en sí todas las otras: La ley del amor fraterno.

“Lo que quieres para ti, eso mismo debes querer para tu hermano.

“Pero ya estos huevos están a punto de comerse y aquí los tenéis. Conque probad estos manjares de la montaña y después me diréis si

hay motivo de alarma porque se hayan escapado nuestros asnos dejándonos a pie.

Cuando ya terminaban la frugal comida, el sol les envolvía con sus dorados rayos; era la mitad de la mañana y les sorprendió ver cómo trepaban a la colina que tenían a su frente, unos cuantos bultos que parecían hombres cubiertos de un manto color de tierra. Los dos que marchaban delante llevaban en sus manos unidas en forma de silla otro bulto más pequeño y cubierto al parecer de una piel blanca.

–Vamos allá y pronto –dijo Marván–, que esto nos interesa sobremanera.

Y echó a correr cuesta arriba con toda la velocidad que le permitía la irregularidad del camino y las malezas y arbustos que crecían entre las piedras.

Garbi corría también aunque sin comprender toda la alarma de su compañero.

Pronto oyeron que aquellos bultos informes cantaban al son de una especie de rústicos tamboriles, un cantar monótono y pesado, algo lúgubre que hacía daño. Cuando llegaron hasta donde podían ver sin ser vistos, los dos amigos se detuvieron en el más profundo silencio.

Vieron que la procesión de bultos llegó a una pequeña meseta que sobresalía en la gran montaña. Uno de ellos segó con una hoz la maleza que cubría una gran piedra blanca semejante a una mesa que se hubiera labrado en la roca viva. Entonces destaparon el bulto que habían conducido en silla de manos y lo pusieron sentado sobre la gran piedra. Era una joven mujer, cuya lívida palidez contrastaba con la negrura brillante de su larga cabellera suelta. Los bultos oscuros se alejaron unos pasos y tendieron sus arcos prontos a disparar las flechas.

Marván dio entonces un salto de gato montés y un grito tan espantoso y terrible que los bultos soltaron el arco y algunos casi emprendieron la huida.

El Kobda trepó a la piedra en que estaba sentada la infeliz víctima y en la lengua de los nativos les hizo una furibunda arenga de la cual Garbi no entendía ni una palabra, pero pudo comprender que iba venciendo a aquellos extraños seres que aún no podían definirse.

Para los lectores traduciremos la arenga de Marván.

– ¿Conque así, a pocos estadios del Refugio que os colma de bienes, pensabais cometer este asesinato? ¿Quién es esta mujer y por qué ibais a matarla?

–Es la más joven de las Doloras y en esta luna le toca morir a ella, si no queremos que nuestros dioses maten todo nuestro ganado y sequen nuestras cosechas.

– ¿Sabéis quién soy yo?

–Sí, lo sabemos, uno de los genios azules que traen la suerte a los pueblos. Habéis llegado en buena hora, porque nuestros ganados morían de una extraña epidemia.

–Bien, yo quiero la vida de esta mujer, ¿lo oís?

–La tenéis, la tenéis, pero no hagáis que vuestro Dios nos hiera con sus rayos de fuego. Sabemos que vuestro dios es superior a todos los dioses.

–Amigo Garbi, aquí se nos presenta un hermoso trabajo para realizar, si queréis seguirme. –Garbi salió de su escondite y se fue acercando lentamente.

–No temáis nada –le dijo Marván–, que estos nativos tiemblan ante una túnica azul. Pero tened el hacha empuñada, y que os vean valeroso y resuelto.

– ¿Cuál de vosotros es el amo? Descubríos porque yo os hablo descubierto.

Los bultos dejaron caer sus oscuros mantos y se vio que todas eran mujeres.

Marván y Garbi se quedaron estupefactos.

– ¡Cómo! ¿Ni aún entre vosotras os tenéis un poco de compasión? ¿Es posible que hasta este punto os fanatice la ignorancia?

– ¡Oh, buen genio azul! –exclamó en un extraño lenguaje, que se asemejaba a gruñidos intercalados de pequeños gritos, la que parecía mayor de aquellas mujeres–. Nuestro tormento es grande como estas montañas porque a veces nos obligan a subir a la piedra de la muerte a nuestras propias hermanas.

–Y, ¿quién os obligó a esa barbarie sin nombre?

–Los jefes de la tribu..., los hijos del sol.

–Y vosotras, ¿quiénes sois?

–Somos las veinte Doloras destinadas a pagar por todos los males de la tribu. Nuestro trabajo consiste en lamentarnos y en morir o matar a nuestras compañeras cuando los dioses lo mandan.

–Y, ¿erais vosotras las que arrojabais al viento esta última noche tan espantosos lamentos?

–Sí, era el aviso a la tribu de que ya estaba elegida la víctima para el sol de este día.

–Y si no la matáis, ¿qué os sucederá a vosotras?

–Que seremos arrojadas a las fieras antes de ocultarse este mismo sol.

Marván meditó unos momentos. Llamó con el pensamiento a la Matriarca Solania desde lo más profundo de su espíritu y esperó que las sutiles ondas telepáticas le trajeran la respuesta.

Y las azoradas Doloras se miraban con espanto pensando: “Hace

conjuros para salvarnos a todas”. Y cayeron de bruces al suelo dando golpes con la frente sobre las piedras.

Marván inmóvil como una estatua continuaba con sus ojos semi-cerrados, mientras su pensamiento apremiaba el llamado al espíritu fuerte que tenía la misión de velar como un astro sereno sobre la oscura noche de aquella porción de humanidad, sumida en las tinieblas de su ignorancia.

Por fin llegó la respuesta: “Marván, amado Marván. No vaciles en presentarte ante los jefes de esa Tribu, cuya redención es la obra grande que venimos a realizar tú y yo en los peñascos de Corta Agua. Yo estaré contigo”.

El Kobda redimido de Solania, no vaciló más.

–Llevadme –les dijo a las Doloras–, ante vuestros Jefes, y desatad a esta joven, que yo respondo de todo.

–Perdonad, buen genio, pero ella no debe volver allá sino tendida sobre esta red como si fuera muerta.

– ¿Y por qué así?

–Porque casos hubo en que nos faltó valor para dar con nuestras flechas en el blanco, y los vigías mataron a la destinada y a dos más de entre nosotras en castigo por la rebeldía.

–Tengo una idea; extended la red y que la joven se recueste en ella.

Y Marván fue a la piedra y trajo a la doncella que no representaba más de diecisiete a veinte años.

–Moriréis todos por mí –murmuraba la joven secando su llanto–. Mi padre me arrojará de casa como a un leproso porque los dioses no me han querido recibir en su reino.

–Hay un Dios, el que adoramos los Kobdas, que recibe en su reino a todo el que realiza obras de piedad y de misericordia con sus semejantes –contestóle Marván–. No llores, mujer, que hoy este sol a quien tanto teméis, alumbrará el comienzo de la dicha para tu pueblo. Tiéndete en la red.

La joven obedeció y Marván la cubrió con su capa azul que llevaba arrollada sobre sus hombros.

Las veinte Doloras cubiertas con sus oscuros mantos levantaron la red y echaron a andar tocando los tamboriles como lo hicieron al venir. Marván y Garbi marchaban delante llevando como pabellón la capa azul de Garbi que atada en dos largas varas sostenidas por ellos mismos, simulaban un inmenso pájaro azulado con las alas abiertas.

Ya estaba el sol en el cenit, el calor era sofocante y la extraña procesión continuaba la marcha costeano montañas y bosques y arroyuelos, hasta que al pasar una encrucijada se encontraron en un hermoso valle que parecía una plaza inmensa amurallada de rocas cortadas a pico.

–Mirad ya los vigías en lo alto de aquellos cerros –dijo la mayor de las Doloras–. Deteneos y hagamos la señal convenida para los casos en que han hablado los genios.

Y las veinte mujeres lanzaron a coro un espantoso alarido. Los vigías se hundieron como si la montaña los hubiera tragado. Entonces las Doloras demostraron una extraordinaria alegría que exteriorizaron con cantares saturados de una dulzura exótica mezcla de religiosa y de pasional. A poco se vieron una decena de gigantescos negros que removían una gruesa lámina de piedra dejando al descubierto una ancha abertura en la montaña que parecía la boca de un abismo.

– ¡Entrad en nuestra mansión sepulcral! ¡Oh, genios vestidos del color del cielo! –dijo la Dolora mayor.

Garbi miró con gran recelo a Marván interrogándolo con sus ojos; pero éste siguió avanzando impávido con su capa azul levantada en alto.

Un ambiente frío y de enervantes perfumes los envolvió de inmediato. A lo lejos se veían hachones encendidos, cuya rojiza llama parecía rasgar las densas tinieblas. Al final de aquella inmensa sala subterránea se detuvieron, dejando la red sobre el frío pavimento.

Entre el séquito de los hachones se acercaban veinte hombres de edad madura, ataviados de mantos de plumas de vistosos colores y ostentando en sus cabezas los símbolos de su poder. Los unos llevaban como tiara o corona una cabeza disecada de león, otros de leopardo, de jabalí, de búfalo, de tigre, de ciervo.

Detrás de todos venía un anciano de moreno semblante y larga barba blanca, y cuya cabeza aparecía coronada por siete cabezas de águila unidas en un solo cuerpo. Era el jefe supremo, el señor de la vida y de la muerte, el “Sfaz” como ellos le llamaban. Se abrieron paso hasta las Doloras y se detuvieron ante la red en que yacía la joven cubierta con la capa azulada de Marván. El silencio era profundo. Las Doloras miraban con espanto el rostro del anciano coronado con cabezas de águilas. Marván sintió la dulce voz amiga en su mundo interno: “Habla tú el primero”. Y dando un paso decidido y firme se inclinó ante el anciano, y le habló en su lengua:

–Sfaz..., ya sabéis que los genios del vestido azul no queremos el dolor de los hombres sino su alegría y su paz. Por eso hemos impedido a estas mujeres dar muerte a esa doncella.

“Poned precio a su vida si queréis, que lo que pidáis por ella os será dado, pero la queremos viva y no muerta”.

El anciano sin contestar se acercó a la red y levantó la capa azul que la cubría, y los dos Kobdas vieron que en verdad parecía un cadáver. “¿Habrás muerto de terror y espanto?” –pensaron ambos.

El anciano dio dos palmadas con sus manos. La joven abrió los ojos.

–Los dioses os conceden la vida. Levantaos –le dijo–, y vete con esos genios azules.

“Os doy esta mujer a cambio de que cese la peste en nuestros ganados y que nuestros graneros se llenen de trigo y de maíz.

–Sfaz, oídme –dijo Marván–. Si esta doncella tiene madre, no podemos causarle el dolor de arrancarla de su lado.

“Nuestra ley no lo permite. Por lo demás os prometo por Aquel que da luz al sol y a las estrellas, que tendréis la abundancia que deseáis.

–No tiene madre –contestó el anciano–, y su padre no puede recibirla porque traerá desgracia al hogar. Lleváosla pronto y dejadnos en prenda vuestras capas azules hasta que haya cesado la peste y se hayan llenado nuestros graneros.

Entonces las veinte Doloras arrojaron un puñado de ceniza a los pies de la doncella y se tiraron a tierra dando agudos gemidos. La consideraban muerta para ellas. Los hachones se apagaron y el anciano jefe, señor de la vida y de la muerte, se colocó entre ambos Kobdas cuyas manos tomó, y levantó en alto como un juramento de alianza.

–Queremos vuestra amistad –le dijo Marván–. ¿Dónde os podremos ver otra vez?

–En el Cerro de Oro, junto al torrente donde nace el río Fezen, en la primera luna de las flores de naranjo.

–Bien, Sfaz, hasta ese día nos despedimos de vos. –Y ambos tocaron con sus manos el pecho del anciano que era el más cariñoso saludo usado en el país.

Cubrió a la doncella con el oscuro manto de las Doloras y despidiéndola le dijo:

–Que los rayos del dios sol te hagan cenizas si estos genios no cumplen su juramento.

–Ella vivirá, Sfaz, ella vivirá porque ese sol es vida, energía y felicidad. Y porque los hombres de vestido azul jamás faltan a lo que han prometido.

Y los tres traspasaron el umbral de la negra caverna donde quedaba sepultada una bella esperanza, la de redimir aquella numerosa tribu en medio de la cual acababan de sembrar la primera semilla de la fraternidad y del amor.

Y lleno de profunda emoción, sintió de nuevo el Kobda Marván la dulce voz amiga que repetía como notas de una música sideral: “Amado Marván, anota otro triunfo más en las páginas de oro que vas escribiendo con tus obras hasta llegar a conquistar para ti mismo la paz y la dicha que te ofreció un día tu Matriarca Solania”.

Y ambos, seguidos de la joven Dolora silenciosa y mustia emprendieron el regreso a la cabaña. Comprendió Marván que la infeliz hacía

grandes esfuerzos para seguirles, por lo cual la invitaban a frecuentes descansos que ellos aprovechaban para recoger huevos, pichones de codornices o frutos silvestres.

Cuando llegaron al lugar donde esa misma mañana encontraron a las Doloras prontas a consumir el sacrificio, buscaron de acercarse a la gran piedra junto a la cual habían dejado el saquillo del pan con otras provisiones y el ánfora de la leche. Vieron con asombro que la enorme piedra blanca donde tantas y tantas doncellas habían perdido la vida, estaba abierta en dos y la grieta que comenzaba allí se extendía hasta una altura considerable de la montaña de que formaba parte. La joven Dolora abrió los ojos desmesuradamente al verla y dando saltos y gritos de alegría, se postró en tierra ante los dos Kobdas murmurando a la vez algo que quería significar alabanzas y bendiciones, pero que sólo era una jerigonza ininteligible.

Marván que ya entendía mucho aquel tosco lenguaje, dijo a su compañero:

–Dice que la rotura de la gran piedra significa que no morirá más ninguna mujer sacrificada a los dioses. Y creo que así será pues que aquí han obrado fuerzas psíquicas poderosas puestas en acción por la Matriarca Solania, para despertar la lucidez de estas almas con el auxilio de sus propias supersticiones.

Y de ahí que la joven Dolora rindiera ese homenaje a los Kobdas, pues creía que eran ellos los genios azules que habían destrozado el ara de los sacrificios. Marván emocionado un tanto con las manifestaciones de la joven se acercó hasta ella y la levantó del suelo.

–Mujer –le dijo–, sólo el Altísimo que encendió en los espacios el sol y las estrellas debe ser adorado por los hombres. Ya no eres más una bestezuela que los hombres pueden sacrificar a su antojo. Desde hoy eres un espíritu libre bajo el amparo de la Ley Divina, madre sabia y justa de todos los hombres, de todos los seres, de todas las cosas. ¿Cuántas veces viste florecer los naranjos y cuál es tu nombre?

–En la primavera próxima serán diecinueve veces que veré florecer los naranjos. Mi madre me llamó “Cielo azul” porque nací en una mañana sin niebla y sin nubes. Y los genios vestidos como el cielo vinieron a salvarme de la muerte.

Y la infeliz al decir tales palabras reía y lloraba. Garbi profundamente conmovido volvía hacia un lado su rostro para ocultar sus impresiones. Se veía a sí mismo actuando en estos extraños acontecimientos de los cuales resultaba una vida salvada, y al parecer toda una numerosa tribu Mauritana puesta en camino de civilización; él..., que creía estar convencido de que no había nada que hacer en el mundo que valiera el tomarse una molestia.

No pasó inadvertida para Marván la conmoción de su compañero y hasta llegó a penetrar su pensamiento.

–Ya veis, amigo Garbi, qué inmensos campos de labor se abren ante aquellos que quieren hacer un esfuerzo para sembrar el bien y cosechar el bien. ¿Qué pensáis de esta mujer?

–Creedme, nunca vi un dolor tan serenamente soportado; ni tampoco vi nunca tan de cerca la gratitud por un beneficio recibido. ¡Pobrecilla!... Y es bella a pesar de las azuladas ojeras y de la demacración de su faz. ¿Desde cuándo no comerá? –Y así diciendo se le acercó a ofrecerle un tazón de leche y un panecillo. La joven bebió la leche en largos sorbos, como si hubiese estado devorada por la sed, y partió el panecillo en tres trozos, dos de los cuales ofreció a los Kobdas, murmurando breves palabras que Marván tradujo así:

–Desde hoy soy vuestra, y yo como lo que vosotros coméis.

–Muy bien –dijo Marván–, empezamos pues a ser hermanos de verdad. Ahora vamos a la cabaña. Allí pensaremos en el modo de regresar al Refugio lo más pronto posible.

Era ya la primera hora de la tarde y como aún eran demasiado ardientes los rayos del sol, buscaban al andar las sombras de los plátanos y las palmeras en los cuales aún se encontraban frutos tardíos en las ramas o caídos, secos, sobre el césped de los caminos.

Apenas llegaron a la cabaña la joven se dejó caer como un fardo sobre la primera piel de cabra que encontró a su alcance y un ligero temblor comenzó a agitar su cuerpo. Garbi todo azorado, llegó a pensar que iba a ser testigo de una muerte inesperada. Pero Marván le tranquilizó y sacando sus utensilios de socorro, hizo aspirar esencias a la enferma y le dio a beber los jarabes reconfortantes usados por los Kobdas para estos casos.

– ¿Veis amigo cómo hay razón para que los Kobdas salgamos siempre de casa “cargados como un jumento”, según vos me decíais un día al ver que yo llenaba mis bolsos de frasquillos y de redomas? El Kobda debe estar siempre listo para aliviar el dolor de sus semejantes. ¿Si no, qué diferencia tendríamos de los que desconocen nuestra Ley?

–En verdad –decía Garbi–, veo que soy como un chiquillo que entra en la escuela. En el Santuario del Mar Hircanio, vi Kobdas sabios consagrados a elevados estudios, y Kobdas místicos dedicados a trabajos mentales, muy superiores a mis capacidades y comprensión. ¡Mas aquí veo Kobdas curando enfermos, salvando a los débiles de entre las garras de los prepotentes, enseñando a vivir como humanos a los que aún conviven con las bestias de la selva!... Aquellos me parecían casi seres siderales, ultra terrestres; aquí veo Kobdas que andan caminos que yo puedo andar con un poco de esfuerzo. ¡Y creedme, hermano Marván,

que empiece a gustarme esto de salir a buscar huevos y frutas silvestres y volver con un ser humano salvado de la muerte!... Otra odisea como ésta, y Garbi el eterno aburrido, el empedernido holgazán, acabará por sentirse el héroe de una epopeya maravillosa.

“Dadme ese jarabe, quiero ensayar si soy capaz de dárselo así gotita a gota en su boca reseca.

–Encantado, amigo Garbi –contestó Marván–, arrodillaos aquí para que le sostengáis en alto la cabeza mientras que yo hago con yerbas secas un fardillo que le sirva de almohada. Y no apuréis mucho las gotas, porque es demasiado fuerte y puede que no lo resista.

Marván salió dejando al flamante enfermero que ejerciera libremente sus funciones.

Una inmensa compasión fue apoderándose lentamente del alma de Garbi, adormecida desde su nacimiento a la vida física por la completa ausencia de todo cultivo espiritual.

Sin conocer otro ideal que el egoísta y mezquino de satisfacer todos sus deseos, jamás había pensado en el placer que se encuentra en aliviar los dolores ajenos. Por primera vez en su vida pensaba en la horrible tortura de esa mujer, forzada por la grosera superstición de su raza a vivir sepultada viva en un templo subterráneo, como holocausto al dios Sol que podía exigir su vida en cualquier momento. ¡Pasar toda una vida bajo la misma sensación de un condenado a muerte en fecha desconocida, pero ineludiblemente antes de los treinta años si algún grave acontecimiento imprevisto no le salvaba la vida!

Y en un íntimo soliloquio con su Yo que empezaba a hablar, Garbi el Postulante de Segunda Prueba, dejaba correr su pensamiento así:

–Creí no haber sido nunca un delincuente y hoy, viendo a esta mujer, me veo como un criminal de la peor especie. Jóvenes como ella y más que ella, pasaron por mi vida ofreciéndome la paz y la dicha; y el desprecio y el olvido, como zarpazos de fiera fatigada de hartura, las relegó a condiciones humillantes y acaso trágicas y terribles. ¿Acaso sé yo lo que fue de ninguna de ellas? Al vestir esta túnica y ya harto de todo, los Kobdas del Mar Hircanio me exigieron dotar a tres que tenían un hijo mío y que fueron las únicas que pudieron ser encontradas. ¿Y las otras?..., ¡el viento de la vida las habrá arrastrado como hojas secas quién sabe por qué desiertos, por qué abismos, por qué lodazales!...

“¡Sobre todo aquélla!..., ¡de la piel nacarada y ojos de gacela que huyó a Aracosia su país natal cuando descubrió que su amor me había cansado!...

“¡Suya Vanti!... ¡También me amabas, que tu recuerdo se me despierta ahora mientras sostenga la cabeza de esta mujer que tiene como tú, color de nácar en su piel y ojos de avellana! ¡Y como éstos eran tus

cabellos negros y de largas torzadas en las cuales atabas, jugando, mis manos traidoras y falsas que te acariciaban, para después empujarte a rodar por la pendiente!...

Y Garbi, absorbido por sus penosos recuerdos no advertía que la redoma había cambiado la dirección del gotero y en vez de echar las gotas en los labios de la enferma, las derramaba en su cuello tiñéndola del rojo vivo de la sangre. La joven le miraba con sus grandes ojos oscuros llenos de interrogaciones pues llegó a figurarse que aquello sería un rito en el culto de sus salvadores.

Garbi volvió por fin a la realidad del momento y creyó ver gotas de sangre en la garganta de la joven enferma...

– ¡Os habéis herido!... –gritó, pensando en que ella habría hecho uso de algún dardo envenenado de los que usaban en el país las mujeres para vengarse de sus burladores. Ella comprendiendo, le señaló la redoma que aún dejó caer otras gotas sobre la blanca vestidura de la doncella.

– ¡Oh, qué mal enfermero tenéis!... –exclamó Garbi cerrando la redoma, mientras la joven secaba su cuello enrojecido.

Ella murmuraba palabras que él no entendía. Él le pedía infinidad de excusas por su torpeza. Pero tampoco ella le comprendía, de lo cual resultó que ambos rompieron a reír.

La joven se incorporó en su lecho de piel de cabra y quiso expresar que se sentía ya muy bien. Garbi se apresuró a encender el fuego pero con tan poca suerte que la chispa no prendía. Entonces ella sacó de los bolsos de su túnica blanca una especie de torzada de fibra vegetal encerada, que una vez encendida resistía la llama hasta encender la leña. Y satisfecha de ver que podía ayudar a su cuidador, sacó varias madejas de las fibras aquellas y formando como una gran borla, la acercó a la llama, apareció una hermosa antorcha de amarillenta y perfumada luz.

La joven reía agitando su antorcha y cantando en su lengua una cadencia de extraño ritmo. En esto, volvió Marván con un gran fardo de heno seco. Y comprendiendo el cantar de la doncella le dijo

–Mucho me place que cantéis a la llama del fuego que cuece el pan y calienta el vino. Dijiste que tu madre te llamó “Cielo Azul”. ¿Quieres pues que te llamemos Cielo Azul?

–Yo soy vuestra..., llamadme como queráis.

– ¿Y si yo os pidiera a ambos que me dierais el derecho de ponerle un nombre?... –interrogó casi con timidez Garbi, que parecía haber sufrido una transformación.

–Por mí, concedido y muy a gusto, hermano Garbi –contestó Marván, y tradujo para la joven lo que su amigo pedía.

Ella sonriente y vivaz, refirió a Marván el incidente de la redoma vaciada gota a gota sobre su cuello.

–En la Tribu –dijo–, la Dolora Mayor unge con elixir de frutos de palmera a las recién nacidas que su padre quiere consagrar al dios sol como ofrenda de la familia. Y como vuestro hermano me ungió con elixir rojo tendrá derecho a ponerme un nombre.

–Hermano Garbi –dijo Marván–, he aquí que vuestra torpeza como enfermero, os da el derecho de poner un nombre a esta doncella. Hacedlo pues y acordaos siempre de que habéis cooperado a salvarle la vida y a iniciarla en una vida nueva de justicia, de paz y de felicidad.

–Sí, de justicia, de paz y de felicidad –repitió Garbi como midiendo y pesando esas palabras.

– ¡Suya Vanti!... –dijo con una ansiedad de que nadie le hubiese creído capaz–. Yo quiero que se llame Suya Vanti en recordación permanente de que en esta hora de mi vida borro para siempre el pasado y comienzo un camino nuevo de justicia, de paz y de felicidad.

– ¡Eso es hablar como un hombre de bien!... –exclamó entusiasmado Marván–. ¡Venga un abrazo!– Y los dos redimidos de Solania se abrazaron conmovidos por la misma emoción.

La doncella les miraba asombrada sin comprender lo que veía. Marván adivinaba la luz nueva que se encendía en el alma de su compañero y pensando en que también para él cantó un día la alondra divina que le despertó de su letargo, voló con su mente hacia el refugio de Corta Agua donde velaba como un astro sereno, la incomparable Solania.

La llamó con infinito afán, y pronto su irradiación inundó de energía y de amor la rústica cabaña donde se elaboraba aquel principio de redención. Las ondas de la telepatía le dijeron muy quedo: “Amado Marván..., el amor es y será el mago divino que salva todos los abismos... Deja pues florecer ese nuevo rosal cuyo nacimiento has regado tú”.

Y esa misma tarde cuando ya el sol se inclinaba al ocaso, emprendieron el regreso al Refugio, pues la Matriarca les había enviado por un pastor de la comarca, los asnos que se marcharon el día anterior.

–La Matriarca nos mandó aquí –decía entusiasmado Garbi, mientras avanzaban por el tortuoso sendero de plátanos y de encinas–, y nos mandó a llevarle codornices y gaviotas para los jardines. Y nosotros le llevamos una hermosa gaviota blanca que se llama Suya Vanti. ¿Le gustará?

– ¡Oh, si le gustará!... ¡Ya iréis conociendo el alma de la Matriarca Solania!

LOS CAMINOS DE LA LEY...

¡Cuán ocultos e ignorados son para los hombres consagrados de ordinario a la búsqueda ansiosa de los bienes materiales!

¡Menos ocultos y misteriosos son para quien se coloca en el justo medio, o sea, el que basado en los principios de la Verdad Eterna, camina sin desviarse de la ruta marcada por ella! Vivir dentro de la grosera materialidad del plano físico terrestre sin que ella obstruya los caminos de la Eterna Ley para el espíritu encarnado, he ahí la obra grandiosa de los Kobdas de aquella lejana civilización que fue como un chispazo de luz en los comienzos de ese ciclo de evolución humana.

Y la Ley respondía ampliamente, justicieramente a ese afán de los seguidores del Hombre Luz, dándoles el ciento por uno en las diversas épocas en que hicieron ostensible su acción civilizadora sobre la faz de la Tierra.

Por eso la Matriarca Solania, astro sereno de Corta Agua en la antiqüísima Mauritania, pudo encontrar el camino de la Ley para la porción de humanidad que la habitaba por entonces. Y lo encontró mediante la joven Dolora destinada al sacrificio y tan oportunamente salvada por Marván y Garbi. Aquella niña que al nacer fuera llamada por su madre Cielo Azul, debía encontrarse un día con los hombres de toga azul para demarcar juntos en los campos de lo Infinito un tramo del camino eterno de las almas.

Y como el alma de la Matriarca era de aquellas que sienten llegar por anticipado los seres afines y compañeros, recibió a Suya Vanti como a una hermana menor largo tiempo esperada. Aquella alma de fuego y de miel, se desbordó de ternura como un ánfora demasiado llena cuando los dos excursionistas le presentaron la conquista de las montañas.

–Matriarca, os traemos una garza blanca –díjole Marván, llegando a ella el primero–. Es todo cuanto hemos podido traer.

–No importa, tras de ella vendrán otras, porque las excursiones seguirán.

“¿Y el enfermo? ¿Vuelve ya sano?...”

–Tanto como eso, no, Matriarca, pero creo que está en vías de curación. Aquí llega con la avecilla que os anuncié.

Garbi y la joven Dolora estaban en el umbral de la puerta.

Solania la envolvió en la viva luz de sus ojos azules que hicieron bajar los suyos a la hermosa doncella de la piel de nácar y ojos de gacela. Breves segundos duró aquel examen y la Matriarca dio dos pasos hacia

ella, le abrió los brazos con una ternura verdaderamente maternal y la jovencita se arrojó entre ellos llorando a grandes sollozos. Los ojos de la Matriarca se abillantaron de lágrimas mientras la estrechaba sobre su corazón diciéndole tiernamente:

– ¡Mi garza blanca del jardín de Numú!... ¡Ya no llorarás nunca más porque llegaste por fin al hogar que te esperaba!...

Y cuando Marván le relató las circunstancias en que la habían encontrado y el pacto hecho con el Sfaz de la Tribu, la ternura de la Matriarca para con la joven salvada, se tornó como en un delirio de amor maternal.

–No podíais haberme traído nada más bello que esta dulce gacela de las montañas –decía–.

“Anoche después que llegaron vuestros asnos, me tocaba el turno de concentración y en ella tuve una interna visión de vosotros: que volvíais seguidos de una multitud de aves de diversas especies y tamaños. Y comprendí que debía haber allí una alusión a futuras conquistas de almas que vosotros haríais. Y percibí la presencia en torno mío de suaves y dulces creaciones de vuestro pensamiento. Pero hoy pasado el mediodía, empezó a revolotear en mi horizonte mental una hermosa tórtola color ceniza que parecía pedirme refugio.

“Y yo pensé según tengo costumbre, en que el Amor Eterno me hiciera capaz de amar hasta el sacrificio a todo ser que cruzara por mi camino, con lo cual aquel pensamiento tenaz se esfumó dejándome completamente tranquila y aún con mucha alegría. Pero en verdad no pensé que seríais vosotros quienes me traeríais esta hermosa tórtola de la selva.

Y la Matriarca acariciaba las negras torzadas del cabello de la joven Dolora que secaba sus lágrimas con un extremo de su manto oscuro de sacrificada, pendiente de sus hombros.

¡Hacia tanto tiempo que la infeliz no sentía la dulzura de una caricia ofrecida con amor verdadero, que su almita entumecida de frío, se ahogaba ahora en las olas caudalosas del amor de Solania desbordándose sobre ella como un río salido de madre!... Las Doloras eran las sacerdotisas de la muerte y no podían dar ni recibir demostración alguna de amor ni aún de la propia madre. Sólo podían salir de su templo subterráneo en los días sin sol, salvo el caso de ir a la piedra de la muerte para ofrecer un sacrificio al dios sol. ¿Cómo pues no había de verter lágrimas de emoción y de ternura viéndose tan dulcemente acariciada por aquella hermosa mujer rubia de ojos azules que le aparecía como una visión jamás soñada, como un jirón de cielo azul saturándola de tibia y dulce claridad?

Y Garbi silencioso y mustio pensaba en las innumerables tórtolas a quienes él como buitres voraces había destrozado dejándolas a lo largo de los caminos oscuros de la vida. Tan brusco y duro era el contraste que le

ofreció el recuerdo, con el cuadro que tenía a la vista, que desviándose rápidamente de la puerta donde se quedara como clavado, se perdió por el bosquecillo de acacias que sombreaban la casita de piedra como embutida en la falda de la colina.

Marván iba a detenerlo, pero Solania lo contuvo con una señal.

–Dejadle –dijo–, que ahora comienza para él la lucha precursora del despertar. ¿Qué dice él a todo esto? –preguntó la Matriarca haciendo sentar a la jovencita en un pequeño taburete junto a su rústico sitial de encina.

–Creo que está enamorado –dijo Marván mirando a la joven que nada comprendía de este lenguaje.

– ¿Sí? Pues alerta con ese amorcillo, que si bien puede ser para él un medio de curación, ya sabemos que su mal es cansarse mañana, de lo que hoy desea y ama. El amor en él es un estilete de dos filos y que, por tanto, hiere a dos a la vez. Tenemos que salvar pues a la tórtola y también al gavilán. ¿Qué os parece?

–Que sois la prudencia y la sabiduría en acción. Decid vos, Matriarca, lo que hemos de hacer.

–Sentaos aquí junto a mí, amado Marván, y hablemos con esta niña ya que vos entendéis la lengua de los nativos mucho mejor que yo.

Y Marván sentado ya, se dirigió a la silenciosa joven que parecía ensimismada en quien sabe qué pensamiento y en su lengua le habló.

–Esta es nuestra Matriarca, como si dijéramos nuestra madre, que desde hoy lo será también para vos. Os ha demostrado ya que os ama como a una hija. ¿Seréis feliz entre nosotros?

– ¡Oh, sí!..., ¡mucho!... Estaba pensando que es como si hoy hubiera vuelto a nacer. ¿Aquí viviré siempre..., al lado de ella..., al lado vuestro? ¿No me llevaréis más a las Doloras ni a los Jefes de la Tribu?

– ¡No penséis eso jamás!... Aquí viviréis siempre si vos lo queréis, pues aquí no se retiene a nadie por la fuerza. Dentro de breves momentos conoceréis otras madres como la Matriarca Solania, y muchas doncellas y niñas como vos que viven también aquí.

– ¿Son ésas vuestras Doloras? –preguntó sobresaltada la muchacha.

–No, hija mía –contestó la Matriarca tomándole una mano y reteniéndola sobre sus rodillas como para inspirarle confianza y tranquilidad–. Aquí no hay Doloras sino compañeras que te amarán mucho si eres buena y cariñosa.

“Preguntadla sobre su tribu para que nos orientemos en lo que debemos hacer por ella –dijo Solania a Marván el cual continuó su diálogo con la joven Dolora.

– ¿De cuántas familias se compone la Tribu?

–Son cuatro veintenas dobles sin contar la familia del Sfaz que es la más numerosa.

–Son ciento sesenta familias y la del Sfaz –dijo Marván.

–Y cada familia tiene un jefe, que son los que con el Sfaz resuelven todas las cosas de la Tribu –añadió la joven.

–Y las Doloras ¿qué autoridad tienen en los rituales de vuestro culto? –preguntó Solania.

–Significa una especie de nobleza el serlo, y es considerada como preferida de los dioses la familia de la cual salieron más Doloras; las diez Doloras mayores pueden salvar los reos condenados a muerte, y apartar el granizo de los campos sembrados y conjurar las pestes y todo mal que amenace a la tribu. Pero para esto es necesario que una de ellas, por sorteo sea entregada a las flechas y después quemada para con sus cenizas diluidas en aceite, ungir a las que van viniendo y para curar a los enfermos.

“¿Y si no tenéis Doloras, cómo calmáis las iras de vuestro Dios? –preguntó la joven.

–Nuestro Dios es Vida y es Amor... Vivir amando..., amar siempre, he ahí la voluntad de nuestro Dios –contestó Solania enternecida por las preguntas llenas de asombro de la jovencita.

– ¿Y me amáis por mandato de vuestro Dios?

–Sí, hija mía, y por mi propia voluntad.

– ¡Oh, qué buen Dios es el vuestro!... ¿Qué haré yo para ser recibida entre sus servidoras?...

– ¡Amar!..., amar inmensamente y obrar conforme a los dictados de ese amor.

– ¿Y a quién tengo que amar?

– ¡A todos, niña mía, a todos los seres!...

–Primero que a todos, a vos, madre mía, –dijo en una explosión de ternura mientras se abrazaba de Solania con igual fervor que pudiera hacerlo con su verdadera madre–. Y después a vos –añadió, abrazando también a Marván que con gran emoción contemplaba aquella escena.

–Como si abrazaras a tu padre –díjole el Kobda estrechándola a su pecho–, pues mi edad dobla la tuya.

– ¡Oh, qué bello es tener padre y madre que me aman y son amados por mí!...

“¡Oh, vuestro Dios es el más bueno y grande de todos los dioses!...

“¿Dónde está para adorarle y bendecirle, para vivir postrada siempre ante Él?

–Nuestro Dios, hija mía, no es un trozo de oro, o de plata; no es una montaña, ni un árbol, ni una estrella, ni aún el mismo sol. Nuestro Dios es invisible pero se le siente en todas partes, en todos los seres..., en

todas las cosas. Su hálito divino está en el amor que me tienes y en el que yo siento por ti...

“Está en el amor de todas las madres, de todos los hijos, de todos los esposos, los hermanos, los amigos. Nuestro Dios es la Energía Creadora de mundos, soles, estrellas, seres y cosas; y lo mismo anima la formidable potencia de los soles, que el vuelo de un insecto, o el canto de un pajarillo.

“Cuando te sientes rebosante de amor y de gratitud hacia los Kobdas que te trajeron hasta aquí, es porque nuestro Dios ha entrado en tu corazón como una luz tibia y sonrosada, y hablando muy quedo te dice con una voz sin ruido: “Hija mía..., ama a los que te aman y a los que no te aman, y mi amor eterno será tu galardón y tu gloria”.

Era ya la caída de la tarde y sonó el toque para el himno del ocaso. Los Kobdas, varones y mujeres, y las niñas refugiadas, se acercaron al pequeño pórtico ante el cual se hallaba Solania con Marván y la Dolora salvada de la muerte.

–Ahora escucharás cómo cantamos para nuestro Dios –le dijo al oído, Solania, tomando el laúd que una de las niñas le alcanzó.

El amor se desbordó en melodías de los laúdes y de las liras, de las flautas y las ocarinas. El perfume intenso de las acacias, las brisas sonrosadas del crepúsculo y el amor fervoroso de las almas, sutilizó el ambiente de manera tal, que con toda verdad podía decirse que se sentía allí flotando a la Divinidad...

La muchacha comenzó a llorar silenciosamente sin poderlo remediar, luego se sentó a los pies de Solania y cayó en hipnosis.

Cuando terminó el himno, la Matriarca levantó a la joven y la sentó en el estrado.

– ¡Solania..., Solania!..., ¡amor mío buscado y encontrado! –murmuró la hipnótica–. ¡Tu estatua de mármol derramando rosas sobre mi tumba era demasiado fría!..., mi amor te buscaba a ti..., te llamaba a ti. A poco de dejarte te perdí de vista... Algo muy oscuro sepultó mi ser en un sueño pesado y largo, del cual acabo de despertar, y despierto entre tus brazos.

Y en estado hipnótico se abrazó llorando de la Matriarca Solania. Ella comprendió que el joven escultor de Zoan, con quien se amaron a los catorce años, había encarnado nuevamente en la joven de Mauritania que tenía a su lado.

La muerte había interrumpido aquel idilio de la adolescencia y la Eterna Ley lo continuaba treinta años después, como un lazo que se anuda nuevamente bajo otra forma no menos bella y emotiva. Tenía entonces Solania cuarenta y cuatro años.

– ¡Demasiado adivinaba mi alma –dijo conmovida la Matriarca–,

que algo grande y profundo me esperaba en Corta Agua cuando así me empeñé en volar hacia aquí!

“¡Jarli..., Jarli! ¡Tan amante y tan amado! ¡Aquí me tienes..., y aquí te tengo!... ¿Qué son los años para el amor? ¿Qué es la muerte para el amor? Has venido a mí como una gacela de estas montañas..., como una tórtola de estas selvas... ¡Y yo te recibo como una madre a quien sólo faltabas tú para llegar a la epopeya de la gloria y del amor!...”

Y en la mente de la Matriarca comenzó a diseñarse la gentil y esbelta silueta del joven escultor zoharita, cuya última obra antes de morir fue la estatua de Solania adolescente derramando rosas sobre una tumba. Abrió los brazos para estrechar sobre su corazón aquella imagen querida, y los brazos de la Matriarca se cerraron en torno al cuerpo de la joven que se despertó a la realidad.

– ¿Qué os pasa, niña mía? –interrogó la Matriarca.

– ¡Oh, madre, dulce y buena!..., soñé cuando cantabais que yo era un hermoso doncel que hacía cuerpos de mármol. ¡Había hecho vuestra imagen, madre..., para velar una tumba!... ¡Oh, qué extraño! ¿Será que pronto voy a morir?

–No, niña mía –díjole acariciándola Solania–. Tienes aún mucho que quererme para pensar en que vayas de nuevo a dejarme. Ahora vienes para verme a mí partir..., cuando llegue mi hora...

– ¡Matriarca! ¡Por piedad!... –intervino Marván–. No habléis de partir cuando vuestros hijos somos aún pequeñitos que no sabemos caminar solos...

–Los caminos de la Ley son a veces ignorados por mucho tiempo –respondió pensativa Solania–, porque ella se pone a cubierto de nuestras indiscreciones y de nuestra inconsciencia.

“¡Cuántas veces estorbaríamos el cumplimiento de la Ley, si supiéramos la forma y hora de sus designios!... Marván –añadió después de un breve silencio–, ¡que el Altísimo os colme de dones por la hermosa garza que me habéis traído! Buscad os ruego a Garbi, llevadle a vuestro refugio que ya anochece, y pasada la refección venid a nuestro pequeño Archivo con vuestra carpeta porque tenemos que trabajar. Yo tendré también preparada a mi Notaria.

“A Sheban, Ghiro y Salen, participadles cuanto habéis hecho, pues juzgo que es esto el principio de muchas obras a realizar. ¿Cuántos alumnos tenéis?

–Cuarenta y seis, pero ya sabéis que no todos viven permanentes en el Refugio.

–Que vengan entonces dos de nuestros hermanos y que los otros permanezcan allí como vigías. Y nuestros dos Precursores, ¿cómo están?

– ¡Oh, ellos..., felices de ver cómo su sacrificio y su larga espera va dando por fin resultado, parece que han rejuvenecido veinte años!

– Esta noche tomaremos los hilos perdidos que creo percibir anudados a las alas de esta garza blanca que habéis traído, y si es así, mañana y en días subsiguientes nos reuniremos a mediodía en el Archivo para que puedan concurrir también ellos dos, que más que todos nosotros conocen el lenguaje y costumbre de estas razas.

– ¡Oh!..., los Ancianos Delbis y Kerbene, esperaban que una circunstancia cualquiera nos pusiera en contacto con los Hijos del Sol que, según ellos, es la tribu más esquiva y orgullosa de estas comarcas, pues ellos se creen la aristocracia de toda la Mauritania.

– ¡No esperaron en vano!... La Eterna Ley tiene sus caminos ocultos que un día se abren para el espíritu ansioso de bien, de justicia y de amor. Hasta luego, pues.

El Kobda se alejó y Solania, ya sola con sus hermanas y la joven Dolora, hizo las presentaciones del caso mediante las cuales floreció en torno a la recién llegada como un jardín de suaves y dulces afectos. Le vistieron la túnica gris y el velillo blanco ceñido a la frente, que usaban las doncellas refugiadas y pasaron todas juntas a la refección del anochecer.

Eran veinticuatro y con ella, veinticinco; y era la de más edad, pues las otras contaban entre los catorce y dieciséis años. Las jovencitas sentadas alrededor de una mesa, las Kobdas en otra, hicieron un breve silencio para escuchar las palabras de la Matriarca en ese día en que una nueva avecilla perdida se refugiaba en el nido común.

Y siguiendo la vieja costumbre de los Kobdas, cada uno de los comensales ofrecía algo de su cestilla a la recién llegada a la cual se le ponía delante la cestita vacía.

La cestilla de la joven Dolora pronto rebozó de cerezas, de dátiles, de higos, de uvas, de panecillos con miel. Ella reía y con sus manos trataba de impedir que le pusieran más, expresando que le sería imposible comer todo aquello.

Y Solania que desde su mesa contemplaba aquella tierna escena, pensó con honda emoción: “¡Jarlhi..., amado Jarlhi!..., ¡aún, siguen cayendo rosas!..., ¡no ya sobre tu sepulcro sino sobre tu propio corazón!...”

Solania al pedir al Alto Consejo de Neghadá la misión en Corta Agua fue autorizada para elegir sus acompañantes, y a la verdad supo elegirlos bien. Tuvo para ello en cuenta una infinidad de circunstancias que no le fue difícil llenar siendo que en tres centenares de mujeres Kobdas que tenía el Santuario de la Ciudad Sagrada había en que elegir. Tuvo en cuenta en primer término su facultad espiritual de transporte consciente a largas distancias y necesitaba por lo menos dos sujetos que pudieran ayudarla eficientemente. Para este fin había elegido dos Kobdas de edad

madura, originaria la una de Mizraim y la otra de Urcaldia, que tenían desarrollada una gran fuerza fluídica dominadora de las corrientes astrales y atmosféricas, lo mismo que de las entidades inconscientes que en grandes multitudes se acercan, van y vienen alrededor de los encarnados en el plano físico. Estas dos Kobdas serían también las Instructoras del nuevo Refugio. La Instructora Mayor tenía cincuenta y cinco años, era mizraina, hermana de aquel Kobda que saliendo de Neghadá con Abel entre los diez que iban al Peñón de Sindi, fue elegido como Audumbla en Zoan donde quedó.

Se llamaba Theda Bara, y era tal el amor que tenía a Solania, que ésta solía llamarla su madrecita en esos momentos que aún los espíritus fuertes necesitan ser consolados y reconfortados.

La segunda Instructora era urcaldesa, tenía cuarenta y nueve años de edad. Hija de uno de los altos jefes que acompañaron al viejo Chalit Ahermesú de Zoan, había sido testigo ocular de la gloria de Bohindra entre el amor del pueblo zoanita cuando acudiera a la muerte del Anciano Rey que le traspasó su poder y su investidura. Se llamaba Lotisa.

Las dos Notarias, eran Kobdas jóvenes todavía, pues ninguna pasaba de los treinta años. Ambas habían nacido en el Refugio anexo al Santuario de Neghadá donde se refugiaron sus madres, Berecinas de Caudillos de la comarca, cuando por la Ley de la Alianza fueron apartadas de los esposos.

Habiendo venido a la vida física en un Santuario Kobda, tenían toda la preparación necesaria para afrontar cualquier situación de importancia en la vida misionera en beneficio de la humanidad a que la gran Institución estaba consagrada. Poseían las lenguas que se hablaban en los países del Nilo y en la costa mediterránea del sur.

Ambas eran excelentes sensitivas. La una era psicógrafa auditiva y la otra clarividente.

La Notaria Mayor que era la psicógrafa, tocaba a perfección la lira a usanza otlanesa, pues había recibido lecciones de Bohindra cuando ella era estudiante en el Santuario de Neghadá.

Tenía gran entusiasmo por el Kobda Rey del cual solía decir: “No es un hombre, sino una lira que canta siempre”. Se llamaba Iriana.

La Notaria Menor era la vidente, una dulce y suave mujer trigueña, pálida, de ojos negros, una verdadera belleza de su tierra y de su raza. Su facultad se había desarrollado desde la infancia cuando asistía a las clases de música. Sus videncias se le ofrecían cuando Iriana, su compañera, arrancaba de su lira las más suaves y dulces melodías creadas por Bohindra, sobre todo si eran pastoriles.

Entonces veía desfilan por su horizonte mental, verdes valles poblados de grandes majadas de ovejas guiadas por un joven pastor de bucles

dorados que tocaba la flauta. Tal era siempre el prelude de sus viden-
cias. Como si de aquel valle, de aquellas majadas, de aquel pastorcillo,
descendiera a su espíritu la interna claridad que la iluminaba. Hasta
que un día se supo en las radiantes manifestaciones de la Mansión de
la Sombra del Santuario, que ella era la reencarnación de una mujer
que cuidó de Numú adolescente cuando murió la dulce madre, aquella
que vivió con él en su nido en la cruz, esperando el regreso del hermoso
marino que nunca volvió. Numú fue el heredero del rebaño de ovejas
cuando la ancianita dejó su materia.

A esta Kobda la llamaban Torcacina y era en verdad por sus moda-
les y aspectos una dulce torcaza de los valles del Nilo. Estas eran pues
las cuatro principales auxiliares de Solania en las grandes tareas que
le imponía el Matriarcado en aquel Refugio que llegaría a ser como la
base y fundamento de la grandiosa Cartago de muchos siglos después,
la envidiada de fenicios, asirios y persas, la sirena del Mediterráneo Sur
por cuyas costas sólo se paseaban orgullosos sus barcazas y sus veleros,
hasta que la garra audaz de la loba romana cayó sobre ella sin dejar pie-
dra sobre piedra de toda aquella civilización, cuyo fundamento vemos
surgir del alma de una mujer: Solania.

Las otras Kobdas que habían ido con ella eran las encargadas de la
administración interna de aquel nuevo hogar de Numú que se abría
entre los peñascos de Corta Agua, entre el perfume de las acacias y de
los azahares, por lo cual la Matriarca solía decirles con gran ternura:
“Vosotras sois mi pan y mi túnica”, aludiendo a los cuidados de orden
familiar y domésticos a que ellas debían dedicarse.

Después de la refección nocturna era costumbre entre los Kobdas con-
tinuar la velada en el mismo comedor haciendo música, hilando, tejiendo,
preparando telas en pequeñas carpetas enceradas, en fin, todas esas pe-
queñas labores manuales que prestan gran utilidad en el uso personal, o
de la colectividad. En esto estaban las Kobdas cuando llegó Marván con
Ghiro y Salen, que eran Instructores Notarios del Refugio de hombres.
Contiguo se hallaba el pequeño Archivo que a su vez comunicaba con la
Mansión de la Sombra, en aquel Santuario en miniatura labrado a pico,
parte en excavaciones de la roca viva y parte al exterior con bloques de
piedra blanca y negra que las glicinas y la hiedra bordaban de opalinos
racimos y de brillante esmeralda.

Era el Archivo una salita baja y cuadrada con una mesa al centro
alrededor de la cual se veían rústicos sillones de madera y fibras de
palmera. En los muros laterales se veían mapas y lienzos con grabados
espirituales y morales. En un gran cuadro o tablero de madera blanca
habían sido grabados a fuego los nombres de los Kobdas, hombres y
mujeres, que voluntariamente habían querido formar aquellos Refugios

Misioneros en Corta Agua. En el muro frente a la entrada y en una gran alacena labrada en la misma roca se veían muchas carpetas y rollos de papiro encerrados en tubos de cobre conteniendo los relatos de las vidas sucesivas de estos Kobdas fundadores.

Eran copias sacadas de los Archivos de Neghadá para fundar el Archivo del nuevo Refugio. Solania con sus dos Instructoras y sus Notarias, con Marván, Ghiro y Salen, se instalaron pues en la Salita Archivo, previniendo a las Kobdas y alumnas que quedaban en el comedor, que quizá luego llamarían a la joven Dolora para algunos datos sobre su tribu.

Los Notarios leyeron en alta voz los datos que habían recogido los viejecitos Delbis y Kerbene, referentes a los orígenes de aquellas razas casi en su mayoría de un color moreno claro, o trigueño; siendo menos abundantes los tipos blancos, y muy escasos los de cabellos y ojos claros.

Más al sur y llegando a las costas de lo que entonces era el Mar Sahara se encontraban numerosas tribus de un negro de ébano, hurañas y esquivas que huían de los blancos a los que se figuraban revestidos de poderes malignos.

La Tribu denominada Hijos del Sol, habitaba los hermosos valles entre suaves colinas al Sudeste de la actual Biskra y dominaban los hermosísimos lagos que nuestra geografía moderna ha denominado Chott Melrhir y Chott El-Jerid que en la actualidad casi se extienden hasta el Golfo de Gabes que los siglos han pronunciado más, dejando como islotes a Kerkena y Jerba que en aquellas remotas épocas eran unidas al continente.

No sabían nada más, por lo cual fue llamada la joven para ampliar los datos.

La doncella iba temblando de verse sometida a alguna tortura. Y la dulce Kobda Torcacina que fue a buscarla se esforzaba en vano por hacerla comprender que allí no debía abrigar temor alguno, porque todos la amaban y buscaban su bien. Solania comprendió el terror de aquella alma que tan cerca de la suya había estado más de una vez, y tomándola de la mano díjole con la mayor dulzura:

–Necesitamos de ti para conocer las costumbres de tu Tribu a los fines de buscar amistad con ella, para evitar los sacrificios de Doloras como tú, y todo aquello que no esté conforme con la Ley Eterna de este buen Dios que adoramos los Kobdas y que es todo amor y bondad como has visto. ¿Serás capaz de prestarnos este servicio?

Ella, más tranquila ya, contestó que sí. Que la preguntasen y ella respondería.

–Preguntadla vos, Marván, y que los Notarios hagan las anotaciones oportunas.

–Decidnos si sabéis, si esa Tribu es autóctona o vino de otras regiones.
Y la joven habló así:

–A las Doloras se nos obliga a escuchar todos los días un trozo de los relatos grabados en piedra y conservados en el templo subterráneo. Esos relatos son la historia de la Tribu desde muy lejanos tiempos, o sea cuando el mar del Sur y el Mar del Norte no se habían dado el abrazo feroz que sepultó bajo las aguas a las tierras del oro y del placer.

– ¡Ah!... ¿También conocéis vosotros la desaparición de la Atlántida?

– ¡Oh, sí!..., nuestros relatos dicen que después del primer hundimiento quedaron sólo diez florecientes países unidos por el gran brazo Mauriton con estas tierras que hoy habitamos.

–Eso es, la Mauritania sostuvo esa unión hasta el segundo hundimiento en que el grande océano se interpuso entre los dos continentes. ¿Y vosotros, entonces?

–Mi tribu que era del país de Dyaus o Valle Hondo quedó de este lado con lo poco que pudo salvar de la catástrofe.

“Más de la mitad pereció en la invasión de las aguas.

–Y, ¿sabes dónde estaba situado ese país?

–Estaba entre Otlana y Mauritania; aquélla bajó al fondo del mar, y ésta subió en estas altas cumbres que casi tocan el cielo.

– ¿Y los otros nueve países?...

–Me los sé de memoria: Poseidonia, Otlana, Dyaus, Theos-Kandia, Cerro de Oro, País de Zeus, Mauritania, Manantiales de Zeus, Cerro Negro, Valle de Oro y May-Olandia.

“Si mi tribu no hubiese huido hacia aquí, habría perecido como la mayoría de los habitantes.

– ¿Y por qué cree tu Tribu que fueron salvados?

– ¡Oh!..., ésa es una historia demasiado larga...

–No importa, para escucharla estamos aquí reunidos. Puedes empezar tu relato.

–En el gran país que se llamaba Manantiales de Zeus que quiere decir “manantial de estrellas”, vivió un Hijo del Sol bajado de los cielos para enseñar la justicia a los hombres, pero éstos no lo quisieron y le dieron a beber jugo de habas venenosas que le mataron en la flor de su juventud. Y el Dios Sol, enfurecido por la muerte de su hijo, ordenó a los genios de las aguas salobres que ahogaran a los hombres matadores de su hijo.

“Y las olas saladas y amargas cargadas de la ira del Dios Sol se desataron sobre aquellos países, destruyendo todas sus ciudades con puertas de oro y torres de plata, devorando ganados, riquezas, por espacio de tres lunas en que los hombres corrían como locos de uno a otro país, y las olas amargas y salobres corrían tras ellos hasta que todos perecieron.

“El Sfaz de mi tribu con los pocos que pudieron escapar de las olas, agarrados como moluscos a las rocas que quedaban en esta orilla, juraron llamarse “Hijos del Sol” en homenaje a aquel gran hijo que el Dios Sol había mandado a la tierra y que los hombres habían asesinado. Con tal nombre quisieron sellar su abjuración del pecado de los otros. Por eso mi Tribu se esquivó de unirse a otras razas, para no tener parte en los pecados de los demás hombres. Y es tal el terror a la ira del Sol, que tienen sus Doloras para desagraviarle cuando está irritado.

–Y la familia, ¿cómo está constituida entre vosotros?

–Un hombre después de haber visto florecer veinte veces los naranjos se presenta a los jefes para pedirles esposa. Según su capacidad, su belleza física y su fortuna, le dan una, dos, o tres, o cuatro esposas, más no. El hijo mayor es guerrero para la patria. La hija mayor es Dolora para el templo. Ambos pueden ser rescatados por una cantidad de ganado o medidas de oro, plata o piedras preciosas que van al tesoro de la Tribu. Tanto el guerrero como la Dolora, sabe que morirá por las flechas cuando las circunstancias los obliguen.

“El morir en la guerra o en el ara es morir por el Dios Sol, que les recibe en su reino donde ya no se muere jamás y donde se goza de toda la dicha imaginable, divagan por las estrellas entre jardines cuyas flores hablan y cantan, y habitan palacios encortinados con luz de la luna y celajes de la aurora... Tal dicen nuestros relatos.

–Vuestros relatos, niña, encierran vagos reflejos de muchas verdades que a su tiempo conocerás entre nosotros –le respondió Marván–. Pero ahora dínos si sabes algo de los orígenes de esa Tribu.

–Eran tres hermanos, hijos del antiguo Sfaz Mauri-Tan-Jaba, y los tres ambicionaban ocupar el lugar de su padre, cuando ocurrió la catástrofe que los separó para siempre, quedando en estas tierras nuevas el menor de los tres que al encontrarse como único jefe, tomó el nombre de su padre abreviado, y es tradición en la Tribu que viene de allí el nombre de la comarca o sea Mauritania.

– ¿Y el Sfaz actual descende de aquél?

–Así lo aseguran por lo menos. Se llama Mauri-Jaba y está encerrada en su cuerpo el alma del primer Mauri de la raza, pues aseguran que va pasando el alma de uno a otro de los cuerpos de todos los Sfaz que gobiernan la Tribu.

–Y esa trasmigración de las almas, ¿es parte de vuestra doctrina?

– ¡Oh, sí!..., es el gran secreto del templo, y después de los jefes y de las Doloras son pocos los que lo saben. El pasaje de las almas por muchos cuerpos es la palabra que trajo a la Tierra aquel gran Hijo del Sol, que los hombres hicieron morir con jugo de habas venenosas.

– ¿Sabes cómo se llamaba ese Hijo del Sol?

–Nuestros grabados lo nombran Ante-Luz que quiere decir: Hombre que lleva Luz.

–Y, ¿cuántos años creéis vosotros que han pasado desde que estuvo en la tierra ese Hijo del Sol?

–Doscientas veintenas de años, dicen nuestros grabados.

Los Kobdas se miraron unos a otros con marcada satisfacción pues comprendieron claramente que se encontraban frente por frente de Antulio, el gran filósofo que había iluminado el atardecer del Continente desaparecido bajo las olas del mar.

Y esta Tribu de Hijos del Sol conservaban aunque muy oscurecida por supersticiones y fanatismos, una vaga claridad de aquella luz inconfundible.

Y los lectores y yo podemos decir que tal como ocurrió con ellos, ocurrió en todos los tiempos con la Verdad Divina traída por el Hombre Luz a esta Tierra, y los hombres de esta Tierra se encargaron de oscurecerla y adulterarla bajo las formas más extravagantes, cuando no criminales y abyecta hasta lo inconcebible.

Pero la Ley Eterna tiene sus derroteros y sus caminos como marcados a fuego, y aún después de enormes desviaciones y de extravíos que duran siglos, obliga a la humanidad a encauzarse por las huellas de luz que montañas de siglos no han podido borrar jamás.

Y la dulce muchachita de ojos de gacela y piel color del nácar fue entrando en un período de tranquilidad y de calma que la hacía completamente feliz. Parecíale haber nacido de nuevo. Como un corderito seguía a Solania a todas partes, creyendo que algo faltaba a su quietud cuando no veía a la Matriarca.

Y poseída de verdadero convencimiento decía a sus compañeros:

–Cuando allá en mi montaña pasaba un día sin haber visto siquiera por un resquicio un rayo del sol me parecía que me faltaba la vida. Igual me ocurre cuando pasan algunas horas sin ver a la Matriarca. Como se llama Solania debe ser ella un retazo de sol.

–Es que todos nos apoyamos en ella, y cuando no la tenemos diríase que nos tambaleamos al andar –le contestó Marván una vez que oyó aquella afirmación.

Por su parte Solania trató de que Garbi la viera sólo de lejos o en presencia de otras personas. Y este hecho, sólo se producía al caer de la tarde cuando se reunían todos en el pequeño pórtico del santuario de rocas para cantar el himno del ocaso.

Con su túnica grisácea y su velito blanco aquella niña parecía en verdad una dulce tórtola de las montañas. La paz y la dicha de que gozaba, parecía irradiar de su dulce mirar y de toda su grácil y gentil silueta. Tocaba el laúd con maestría y tenía hábiles manos para formar

con cera o con arcilla preciosas figuras a las cuales parecía imprimirles vida y sentimientos.

Formó una Solania de arcilla con una gacela que lamía sus manos.

Y al ofrecérsela le decía con sencillez infantil: –Esta sois vos, y la gacela soy yo.

Otra vez fabricó de cera, una Solania sentada sobre el césped entre muchas torcazas de la montaña. Una de ellas posada sobre la mano de la Matriarca, extendía el cuello hasta tocar los labios de la hermosa mujer rubia de ojos azules.

Y la silenciosa y suave Dolora volvía a decir a la Matriarca: –Esta sois vos y la tórtola sedienta soy yo.

La gran alma de Solania se dejaba amar y acariciar así por aquella otra almita que le pertenecía desde muchos siglos y que continuaría siguiéndola por otros tantos más.

Mientras tanto en el alma de Garbi iba creciendo un extraño sentimiento hacia la esquiva torcaza, de la cual sólo al ocaso le llegaba alguna mirada agradecida, pero fugaz.

–Creo que no conseguire su amor –decía a Marván en una confidencia íntima.

– ¿Por qué no? Esperad que todo se andará con el tiempo.

–Está como vos, toda absorta en la Matriarca. A nadie ve más que a ella.

–Es verdad, pero la Matriarca nunca será para ella lo que podéis ser vos: Un esposo, amante y amado.

–Yo también comienzo a tener sueños que parecen relatos de alguien que me hablase y he soñado que esa joven me decía: “Os estoy muy agradecida porque me salvasteis de la muerte, pero el amor de la Matriarca me llena tan por completo el corazón que en él no me cabe nada más”.

–Entonces, ¿creéis que para vos la Matriarca es como un rival?

–Ciertamente. Y creo que jamás podré apartar de ella a la joven sin causarle amarguras de muerte.

–En verdad... –murmuró Marván como meditando–. ¡Solania posee el don estupendo de hacerse amar por encima de todas las cosas!...

CUANDO FLORECIERON LOS NARANJOS

Llegó la hora de la cita con los Hijos del Sol, o los Paratuanos como vulgarmente les llamaban en Corta Agua atendiendo a la región habitada por ellos que era, como ya dijimos, los valles de los grandes lagos Melrhír y El-Jerid a los cuales los nativos denominaban en aquel entonces Paratus o sea “Lechos de agua”.

Y cuando los naranjos parecían cubiertos de nieve, Marván organizó una numerosa caravana de asnos para acudir a la cita, cada bestia era portadora de grandes talegos de trigo y maíz.

La joven Dolora vestida ya con la túnica azul de postulante de primera prueba marchaba al lado de Solania, ambas con sillas de montar en dos ágiles y nerviosos caballos nativos de la región.

Entre los Hijos del Sol se había operado una enorme revuelta a raíz de la ruptura de la gran piedra de la muerte. Algunos por miedo querían la amistad de los Kobdas y otros por miedo querían huir de ellos. Venció la resistencia de estos últimos la palabra del Sfaz que dijo:

–Yo quiero su amistad porque son poderosos y benéficos. Los naranjos han florecido. No tardaremos en tenerlos a la vista. –Y fue como lo dijo.

Apenas los arqueros vigías habían ocupado sus puestos de observación cuando resonaron los cuernos anunciando que llegaban los genios vestidos de azul.

Delbis y Kerbene, los dos Kobdas Ancianos, Marván y Garbi, se adelantaron por ser ya conocidos de los jefes de la Tribu. Solania y su compañera marchaban en segunda línea seguidas de los conductores de la caravana.

Era la mitad de la mañana y un hermoso sol tornaba como oro líquido las serenas aguas del gran lago en cuya ribera noroeste esperaban el Sfaz, los Jefes, las Doloras y un numeroso pueblo, engalanado de plumeros rojos, verdes, amarillos, blancos y azules.

Todo era alegría y animación, sólo el grupo de las Doloras color ceniza contrastaba con la claridad de los cielos y las vistosas galas del pueblo. Delbis el más Anciano de los Kobdas, fue el primero en hablar.

–Sabemos que habéis perdido parte de vuestras cosechas a causa de la sequía y por eso venimos a llenar vuestros graneros según os lo había prometido nuestro hermano Marván, aquí presente.

–Y os traemos también a la joven Dolora cuya vida nos concedisteis para que veáis que no fue reducida a cenizas por el sol, señal según vosotros de que vuestro dios la juzga merecedora de la vida.

Y haciendo a un lado su caballo, Marván dejó en primer término a Solania y a la joven entregada a ellos como en rehén.

—He aquí la Matriarca que gobierna el Refugio y que ha tomado por hija a vuestra hija.

El Sfaz pronunció una frase ininteligible y las Doloras echaron al suelo sus mantos oscuros y se acercaron a las dos mujeres observándolas cuidadosamente. El pensamiento de Solania vibrando en la luz serena de sus ojos azules debió infundir tal respeto y amor en aquellas mujeres que prorrumpieron en un cantar religioso acompañado de grandes inclinaciones y reverencias, a la vez que daban vueltas y vueltas en torno a los caballos en que ambas se hallaban sentadas.

—Hija mía —dijo Solania—, entrega a tus hermanas los dones que les hemos traído.

Y la joven sacó de un fardo que traía a la grupa de su cabalgadura, hermosas túnicas de lino blanco que usaban las Doloras para los cultos más solemnes de su templo. Llevaban cordón azul a la cintura en recuerdo de los genios azules que se las obsequiaban.

Esto sólo bastó para entusiasmar a aquel pueblo. Y cuando los conductores y los Kobdas bajaban sacos y más sacos de grano, fardos de tejidos de lana, velos para las mujeres, abarcas de fibra y pastelillos para los niños, aquello fue un delirio de entusiasmo, que hizo necesario que el Sfaz y los Jefes se impusieran para que Solania y su compañera no fueran atropelladas.

Ambas habían descendido de sus caballos y repartían los velos de colores a las mujeres y los pastelillos a los niños.

Por fin calmada la efervescencia, Solania quiso hablar con el Sfaz y los Jefes, y por intermedio de Marván lo hizo de esta manera:

—Ya veis como el Dios de los Kobdas os hace comprender que no quiere los sacrificios de vidas humanas sino las buenas acciones, la ayuda de los unos a los otros y el amor recíproco entre todos los hombres sean de la raza que sean.

—La gran piedra de la muerte se rompió el día que fue salvada esa mujer —contestó el Sfaz—, y por eso no puede ya morir ninguna Dolora hasta que el Dios Sol no lo ordene, secando nuestras cosechas o matando de epidemia los ganados.

—Y yo os digo —observó Solania—, que no es el sol el causante de vuestros daños, sino la sequía de la tierra que no es regada por las aguas. Abrid acequias desde este lago en todas direcciones del valle y veréis que vuestros sembrados producen con abundancia.

“Cuando tengáis el mal pensamiento de sacrificar una de estas mujeres para obtener clemencia de vuestro dios, enviad antes un mensajero al Refugio y el Dios de los Kobdas os dará lo que la ira de vuestro dios

os habrá quitado. ¿Me permitís ioh, Sfaz!, enseñar a vuestras Doloras los preceptos de este Dios nuestro que jamás se irrita con sus buenos servidores a quienes ama como a hijos?

– ¡Oh, mujer, la más bella de cuantas he visto, que has robado rayos del dios sol para tejer tu cabellera..., tú dices y tú mandas, y lo que dices sea hecho!

“Si el dios sol ha tejido tus cabellos y ha bajado el cielo azul a tus ojos, tú eres la que esperamos los Hijos del Sol como señal de nuestra felicidad perdurable.

“Vendrá un genio de nombre Apolón, con cabellera de rayos de sol, con gotas de cielo azul en las pupilas, con gorjeo de alondras en los labios..., llegará al florecer de los naranjos y cortará la flor negra de la muerte del pecho de las Doloras”, así dice nuestra escritura sagrada y el canto de nuestros augures. ¿No os llamáis por ventura Apolón, ioh!, hermosa mujer de los ojos de cielo y de los cabellos de sol?

–Sí, yo fui Apolón en el ayer de mi vida, y hoy me llamo Solania, o sea mañana de sol. Pues bien, Sfaz, Jefes, Doloras y pueblo todo que me rodeáis; quiero ser mañana de sol para todos vosotros; quiero ser genio protector para todas vuestras necesidades, hermana y madre para todo dolor que atormenta vuestro corazón.

“Yo seré vuestro pan y vuestra miel, el agua fresca en vuestros campos, y el beso de paz en vuestras contiendas; pero no quiero esclavos, ni torturados, ni condenados a muerte entre vosotros. ¿Me lo prometéis por el Eterno creador de este sol que nos alumbra?

Un inmenso clamoreo respondió a estas palabras.

– ¡Que sea ella nuestro Sfaz! –gritaron muchas voces.

– ¡No! –contestó Solania–. Vuestro Sfaz está bien en su sitio. Yo sólo quiero ser vuestra madre y por eso me llamaréis vuestra Matriarca.

–Mujer –le dijo de nuevo el Sfaz–. Si por una Dolora que os hemos dado, tanto nos amáis, lleváoslas todas y que ellas sean para vos la recompensa que os dan por vuestros dones los Hijos del Sol. Si ha terminado para siempre la ira del dios sol, han terminado su vida las hijas de la muerte.

–Las recibo complacida, siempre que de su propia voluntad quieran seguirme –contestó la Matriarca.

De las veinte Doloras, se adelantaron hacia ella catorce, las seis restantes dieron a entender que tenían madres que las esperaban y las amaban. Y Solania volvió a su Refugio más acompañada que había salido y con la seguridad de haber iniciado la redención de un numeroso pueblo.

Tal fue el comienzo de la epopeya cartaginesa de sesenta siglos más tarde, cuando olvidados por los pueblos los preceptos austeros y nobles de los fundadores Kobdas, aquella potencia industrial, comercial y marítima

llegó a ser soberana en las costas del Mar Mediterráneo. Nuestra Historia Antigua sólo alcanzó a vislumbrar la poderosa Cartago inmensamente más fastuosa y rica que el Corta Agua de la Matriarca Solania, pero entregada por completo a las ambiciones de oro y de poder. Bajo una montaña de sesenta siglos había sido sepultada la suave y dulce doctrina de amor, la pureza de las costumbres emanadas de los hombres de toga azul. Y fueron los cartagineses de la edad de hierro en las montañas de Mauritania y Numidia, lo que fueron los Faraones en las praderas del Nilo, cuando los egoísmos y la incomprensión humanas terminaron de apagar las últimas lámparas encendidas allí por los hijos de Numú; tiranos, déspotas y sanguinarios, ávidos de oro y de placer, que medían su grandeza por el número de las víctimas sacrificadas a su avaricia y a su lubricidad. Ambas civilizaciones africanas desaparecieron bajo el peso espantoso de su propia iniquidad. Al emigrar en conjunto a otras regiones los espíritus misioneros del bien, de la verdad y la justicia; cuando la vida les fue imposible en la marejada decadente de aquellas civilizaciones, las fuerzas de renovación invadieron el continente, dispersando la resaca dos siglos antes de la llegada del Verbo de Dios en los valles de Siria, en la silenciosa y plácida Nazareth de Galilea.

Trece siglos floreció en Mauritania la civilización de los Kobdas que si bien nunca tuvo las vastas proporciones que en las bocas del Nilo, o en los valles del Éufrates, de allí salieron importantes misioneros hacia las costas béticas y galas a través del Mediterráneo.

La actual Cartagena de España y Marsella de Francia, como la Cerdeña y Sicilia de Italia fueron Refugios Kobdas primeramente para recoger las víctimas de la piratería y cuidar Ancianos y niños abandonados. Más tarde, aldeas y pueblos florecientes en cuyos subsuelos rocosos la piqueta de los exploradores modernos va descubriendo vestigios de aquellas ignoradas civilizaciones.

Pero la Matriarca de Corta Agua y sus compañeros de misión jamás se detuvieron a pensar, que al correr de los siglos, la inconsciencia humana reemplazaría con lodazales de sangre y de fango sus hermosos jardines de acacias y de glicinas.

Les bastaba saber que muchos centenares de años florecerían los naranjos regados por la fraternidad y la paz, emanados del Dios Amor, que les diseñara Numú a través de su propio Espíritu Luz; les bastaba saber que millares de almas encontrarían el camino de salvación que les orientara en su eterna peregrinación.

Demasiado saben los sembradores infatigables de la Eterna Ley que donde hoy florecen los naranjos, mañana se enredarán los zarzales, y que donde hoy cantan las alondras, se arrastrarán mañana las serpientes venenosas. Que tales son los pasajes luminosos o sombríos que han de

recorrer países y continentes en los globos de escasa evolución hasta llegar, después de largas edades de continuas transformaciones, a ser hogares de paz y de ventura donde todas las leyes sobran porque basta una sola: la Ley suprema del Amor Universal.

Y cada año, cuando florecían los naranjos, los Hijos del Sol visitaban a los Kobdas de Corta Agua con los cuales establecieron tan cordiales amistades, que pronto fue necesario un pabellón escuela, al estilo de los pabellones de los Reyes en el Éufrates, y Refugios como el de Monte Kasson para mujeres que sin vestir la túnica azul, buscaban una vida honesta y laboriosa.

–Han vuelto a florecer los naranjos –decía Garbi un año después a Marván–, y yo no he adelantado ni un paso en el camino que me conduzca a mi dicha. ¿Es que debo abandonar esta empresa por imposible para mí?

Y Marván pensativo y caviloso le contestó como leyendo en su yo íntimo:

–Tantos naranjos florecieron en tu vida, hermano Garbi, y tantos azahares pisoteaste sobre el lodazal que ahora buscas y pides flores de naranjo y ellos sólo te dan sus espinas.

– ¿Piensas en el amor, hija mía? –preguntaba a su vez Solania sondeando el corazón de la joven.

–No, Matriarca, por el momento. Sólo me preocupa ser merecedora de vuestra ternura y de vuestra confianza. Quiero ser Kobda como vos y seguiros a todas partes hasta morir. Ahora no concibo ya la vida lejos de vos. ¿Cuándo me vestiréis la túnica azul y el velo violeta?

–Cuando hayas cumplido las veinte lunas de primera prueba –le respondía la Matriarca–. Pero esto ya sabes que no significa un renunciamiento al amor si él llama a tu puerta. Los Kobdas podemos llegar al matrimonio y a la paternidad si lo marca nuestra ley.

“Ni el celibato ni el matrimonio engrandecen por sí solos al espíritu, sino las obras que se realizan en cualquier estado, y en la forma en que cumplen los deberes inherentes a cada estado. Un célibe egoísta que sólo vive para sí mismo sin preocuparse para nada de sus semejantes, es como un árbol estéril de raíces y corazón carcomido de orugas y de polilla, inútil hasta para el fuego de nuestras hogueras. Igualmente que el esposo o el padre que por su mal obrar retarda el avance de su compañera y de los seres que como hijos, trae al hogar, no sólo entorpece su camino, sino que se echa encima de los hombros pesados fardos que arrastrará mucho tiempo antes de libertarse de ellos.

“Un gran amor a nuestros semejantes, impulsando todos los actos de nuestra vida, plasmados en obras de bien y de justicia, he ahí, hija mía, lo que de verdad engrandece a las almas.

“¿Has observado que Garbi te ama? –le preguntó la Matriarca.

–Sí, lo he observado.

–Y tú, ¿no le amas?

–No lo bastante como para dejaros a vos, Matriarca, por él. Es más bien un cariño de gratitud antes que un amor de esponsales.

– ¡Qué duro es amar y no ser amado!... –exclamaba Garbi en la soledad de su corazón–. ¡Suya Vanti!..., en ti y por ti pagaré el cruel desamor con que he atormentado a tantas doncellas sacrificadas a mi capricho de un momento... El Dios de los Kobdas es justo por sobre toda justicia.

–En efecto, hermano Garbi –contestó Solania desde atrás del encortinado de glicinas a través del cual había oído la exclamación de su protegido–. La justicia de Dios se hace para vos en este mismo momento en que vos la reconocéis y la bendecís. Acaba de llegar un velero de Neghadá.

–Perdonad, Matriarca, que yo nada tengo que ver con el velero llegado de Neghadá.

–No diréis así cuando sepáis que vienen viajeros llegados al Santuario desde Aracosia.

– ¡Aracosia!..., y ¿quiénes son esos viajeros y qué relación pueden tener conmigo? Mi parentela está toda junto al mar Hircanio.

– ¿No recordáis una de vuestras esposas secundarias a quien repudiasteis sin causa y que se refugió en Aracosia su país de origen?...

– ¡Suya Vanti!... ¡Suya Vanti!... No es posible, Matriarca, vos soñáis.

–No sueño, Garbi, es la realidad. Esa mártir de vuestra volubilidad e inconstancia acaba de llegar con una hijita de cinco años en busca vuestra, y enviada por nuestros hermanos Kobdas del Refugio de Gedrosia, sobre la costa del Mar de la India.

“Llegado allí un Kobda del Mar Hircanio, dio el dato de que vos estáis aquí y como el repudio fue sin causa y sin dote, y esa joven tiene una hijita vuestra que es todo vuestro retrato, y ella continúa fiel y constante en su amor al padre de su hija, nuestros hermanos de Gedrosia la envían hacia mí para que recabe de vos el que hagáis justicia con ella.

Garbi estaba abrumado y apoyaba su cabeza entre sus manos que temblaban. De repente se exhaló de su pecho un ronco sollozo que parecía la queja de un león herido.

– ¡Justicia de Dios! –exclamó–. Hace año y medio que estoy clamando por una Suya Vanti que no me ama, y vos me mandáis la Suya Vanti que me amó, que me ama y que hace un largo camino para seguirme... ¿Qué es este abismo insondable, luz o tiniebla, premio o castigo?...

–Es luz, es premio, es amor inefable sobre vos, hermano Garbi –le contestó con infinita dulzura la Matriarca compadecida de aquel ser anonadado bajo sus propios desaciertos–.

“¿Por qué tanto asombro? ¿No sabéis que las ondas etéreas, y los campos astrales son el laboratorio del pensamiento humano consagrado a la Verdad, a la Justicia y al Amor? Ved aquí el resultado de los trabajos mentales realizados en el Refugio de Gedrosia para consolar a la Suya Vanti abandonada con su pequeña hijita, unidos a los realizados aquí para consolaros a vos, que llorabais amargamente por una Suya Vanti que no os ama. La que os debía responder, os responde. Sois esposo y padre. La esposa y la hija están al alcance de vuestros brazos. ¿Qué os corresponde hacer?”

Solania hizo una señal con su mano por entre el espeso follaje de las glicinas. Garbi continuaba silencioso con su cabeza inclinada entre sus manos que temblaban. Una bella y entristecida joven llevando una niña de la mano llegó junto a Solania, que en silencio le señaló a Garbi y se retiró. La tímida aracosina, dulce en verdad cual una gacela, temblaba como una hoja, y la niña asustada dejaba escapar dos lagrimitas de sus ojos claros como los de su padre. Su boquita temblaba conteniendo el lloro, próximo a estallar.

Aquella silenciosa evocación del amor hizo por fin levantar la cabeza a Garbi cuyos ojos claros dilatados y enrojecidos de llorar se encontraron con los negros ojos de Suya Vanti, nublados de llanto y con las manecitas de la niña que enseñada por Solania le alargaba un ramillete de azahares mientras su vocecita le decía:

– Los naranjos han florecido, padre, y por eso venimos a buscarte...

Era demasiado para el dolorido corazón de Garbi que cayendo de rodillas estrechó a la madre y a la hija en un mismo abrazo inmenso, mudo, profundo como el abismo de su espíritu enloquecido. Un triple sollozar se perdió entre el florido follaje de las glicinas, únicos testigos de aquella escena de amor, fruto del amor infatigable de los Kobdas.

Cuando la calma renació entre ellos, Garbi sentado al lado de la dulce y amante repudiada, y teniendo sobre sus rodillas a su hijita le preguntaba:

– ¿También te llaman Suya Vanti?

– No, que me llamo Garvina, porque vos que sois mi padre os llamáis Garbi.

Este miró a la joven mujer como diciéndole: “¡Hasta eso hicisteis!”.

– ¿Qué otro nombre podía darle si sólo el vuestro está en mi corazón?
– le contestó la joven enjugando aún el llanto que no cesaba de correr por su blanco y pálido rostro de cera virgen.

– Suya Vanti, por piedad, no llores más que me hace inmenso daño tu llorar. Ahora sé lo que es amar y no ser amado. Ahora sé lo que es la indiferencia y el desamor. Ahora soy otro hombre nuevo. Bendita seas porque has venido, Suya Vanti, lirio de amor y de perseverancia, gacela de

Aracosia despreciada y siempre amante... ¡Bendita seas! ¡Oh, en verdad, el Dios de los Kobdas es justo por sobre toda justicia!

Una alegre orquesta de flautas y de laúdes pareció envolver la glorieta que los ocultaba, y al asomarse a ver de dónde venían tales acordes, Garbi vio que en el mismo velero que había traído a la Suya Vanti abandonada y amante, embarcaba la Matriarca Solania con nueve doncellas que iban al Gran Santuario de Neghadá, para vestir la túnica azulada que era la primera consagración de las aspirantes a Kobdas.

Entre ellas iba la Suya Vanti elegida como instrumento por la Eterna Ley para despertar a Garbi a la conciencia de su deber. La Matriarca permanecería varias lunas con sus postulantes en el Santuario madre, y mientras tanto Marván haría trasladar a Garbi con su esposa y su hijita al lugar donde él quisiera vivir en adelante.

Él emprendió viaje a La Paz, para dar las gracias al Hombre Luz que le había encaminado hacia su paz en la tierra, y para recabar del Kobda Rey, jefe de la Gran Alianza, que le fuera asignada una porción de tierra de donde sacar los medios de subsistencia pues no deseaba regresar al país natal donde tan tristes recuerdos había dejado.

Y el amor del Kobda Rey encontró el lugar vacío que cercano a la antigua Eridú en la confluencia de los dos grandes ríos Éufrates y Tigris, acababa de dejar un viejo Caudillo que buscaba el descanso entre los Kobdas y cuyas hijas mujeres ya casadas no podían ocuparlo.

—Aquí tendréis la paz y la abundancia si sabéis ser buen labriego y buen pastor —le había dicho Bohindra al ponerle en posesión de la tierra que debía labrar.

Los naranjos habían florecido por fin para Garbi y Suya Vanti después de largos años de padecimiento que no es sino por el dolor como los seres se curan de sus tenaces y persistentes extravíos.

191

EN LAS ORILLAS DEL RIO KERKHA

Otro escenario, amigo lector, donde hemos dejado compañeros de antaño y hacia los cuales dirigimos en estos momentos nuestra lente de observadores astrales del más remoto pasado.

El río Kerkha, afluente del Odigla, Ildekel o Tigris, baja entre gargantas y desfiladeros del Monte Zagros, formando innumerables cascadas y torrentes, regando valles deliciosos que semejan plataformas de esmeraldas salpicadas de rubíes, topacios y zafiros por la variedad de flores silvestres que en ellos se abren con maravillosa abundancia. En uno de estos valles y más o menos a la altura donde siglos después se levantó

la ciudad de Madaktu, se encontraba un pueblo numeroso dedicado al pastoreo de ganado, a la labranza y a las minas. Guardaban celosamente sus viejas tradiciones que los hacían creerse hijos de un genio estelar.

“Un globo de fuego había caído en un pico de aquellas montañas, había rodado hasta el valle, se había apagado en las turbulentas olas del Kerkha, no sin antes prender su llama en una vetusta encina cuyas raíces centenarias mojaba la corriente”.

Ese fuego constituyó la religión y el culto de aquel pueblo primitivo que sostenía que aquel fuego bajado de los cielos no se había apagado jamás.

Ni de comer, ni de beber, ni de vestir ni de nada de cuanto les rodeaba cuidaban tanto como de que aquel fuego se perpetuase a través de los días, de los años y de los siglos. Ya comprenderá el lector que de aquí nació la necesidad de individuos encargados nada más que de la perpetuidad de este fuego, y de un recinto apropiado para que se levantara perennemente su llama como lengua viva que contaba a aquellos hombres sus orígenes y sus destinos. Y las más exóticas leyendas surgían de aquel culto. Si la llama se inclinaba hacia un lado, hacia otro, hacia arriba o hacia abajo, los guardafuegos sabían interpretar las voluntades y los designios del gran genio o dios que dormía entre las aguas del río, en descanso de sus trabajos de creador mientras sus fieles mantenían viva su llama, símbolo de poder, de gloria, de fecundidad y de destrucción.

Aunque esta numerosa tribu quedaba cercana al campamento en que encontramos a Vladiko el Scheiff y donde le dejamos ya desposado con Mabi, hija de Helia-Mabi y de Shiva, unos y otros ignoraron por mucho tiempo su proximidad debido a las infranqueables murallas naturales, fáciles de comprender en aquel laberinto de montañas, de desfiladeros, de torrentes y precipicios.

Los arqueros de la Gran Alianza tampoco habían llegado hasta allí pues por entonces su límite era la corriente del Tigris y sus valles de ambas orillas. El país Num-Maki y los costaneros del Mar Hircanio era lo único que hacia aquella dirección formaba parte de los territorios protegidos por la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo.

Una circunstancia inesperada, puso a esta tribu del río Kerkha en contacto con los Kobdas misioneros del pueblo de Vladiko.

Entre los guardafuegos había hombres y mujeres. Los hombres vestidos de túnica púrpura cortaban con determinado número de golpes y con hachas especiales los árboles elegidos para el fuego sagrado. Las mujeres debían ser doncellas de gran hermosura, y con hoces de oro cortaban las ramas menudas que en pequeños haces arrojaban continuamente entre gruesos troncos colocados en forma triangular, para mantener siempre viva la llama. Había pues rangos y divisiones entre

estos sacerdotes y sacerdotisas del fuego: los del hacha sagrada, los de las hoces de oro, los del laúd, los cantores de himnos a la llama viva y a la corriente del río, y en el sitio en que la tradición decía que se sumergió el ígneo globo, origen de aquella superstición. Eran pues varias veintenas de estos hombres y mujeres elegidos por un Consejo de Ancianos para el culto del fuego, con el ritual propio que a través de los años y de las preocupaciones de los adeptos se había ido formando. Y sucedió lo que puede muy bien acontecer entre seres humanos, sean del culto que sean: que uno de los laúdes del fuego se enamoró de una de las hoces de oro, y cuando entretenidos en un hermoso idilio en el pórtico del templo, a la luz de la luna cuyos reflejos tomaban aspectos fantásticos sobre la nieve que blanqueaba la montaña, un guardafuego despreciado por la misma doncella, habíase llegado a la hoguera con sacos de arena mojada y la había apagado.

¡Horror, maldición, muerte, execración eterna para tamaño sacrilegio, para crimen tan estupendo! La doncella era hija de uno de los Ancianos del Consejo. El doncel era hermano del guardafuego mayor, especie de Gran Sacerdote.

El hacha y la hoz debían cortar varias cabezas. Era aquello un formidable desastre. Y los que estaban más comprometidos buscaron la salvación en la huida.

De colina en colina, de valle en valle, los fugitivos se encontraron sin buscarlo en el campamento de Vladiko que ya era una floreciente población denominada Asag, como el nombre de su genio tutelar.

Al guardafuego mayor se le condenaba por no haber puesto freno a su hermano. Al Anciano Consejero por no haber vigilado convenientemente a su hija. El pueblo enloquecido gritando en derredor de la hoguera apagada, era una verdadera manifestación de espanto y de terror colectivo.

Todos creían ver que descendería fuego del cielo para encender de nuevo las cenizas húmedas y heladas, o para consumir de una sola llamarada al pueblo indigno que no había sido capaz de mantener siempre vivo el fuego sagrado.

Su ritual escrito en piedra decía: “Si la desgracia de los hijos del fuego fuera tanta que hubiera llegado a apagarse hasta la última chispa, que esperen siete auroras en que Arya Shamas anuncie de nuevo su voluntad”.

Y el pueblo gritaba, oraba, lloraba sin que faltaran fanáticos que estrellando la frente contra las rocas, acabaron por romperse el cráneo en una desesperación incalificable.

Los fugitivos habían llegado a Asag tres días después de ocurrida la extinción del fuego; eran veintiséis entre hombres y mujeres, pues a los dos jóvenes autores del siniestro se les habían unido sus respectivas

familias por temor a la furia del populacho. Los Kobdas que dejamos en el comienzo del campamento de Vladiko, habían sido abundantemente reforzados. Y alrededor de Nubia, Ibrín y Acadsú, Mabi y Jobed, había diez Kobdas más, cuatro mujeres y seis hombres venidos de distintos Santuarios y Refugios, para cooperar a la educación de aquel pueblo. La mayor parte procedía de Neghadá que era, como se sabe, la más numerosa congregación de los hijos de Numú.

El Consejo se reunió pues, con asistencia del Scheiff, jefe supremo del país de Asag, pues de los relatos hechos por los fugitivos, los Kobdas comprendieron que era cuestión de vida o muerte para innumerables seres que al otro lado de las montañas se debatían en la incertidumbre y la desesperación.

Era Patriarca del pequeño Santuario de Asag, un Kobda, circasiano como Vladiko, hijo de una hermana de la anciana Balbina, la Mangrave de Helia, que habíase unido en matrimonio con un Caudillo del Cáucaso.

Se le había designado Patriarca justamente por su dominio en las lenguas, costumbres y religiones de aquel pueblo, y más aún por la gran simpatía que hacia él se despertó en Vladiko y en sus jefes de guerra. Se llamaba Kisef. Había tomado la túnica azul en el Santuario del Mar Caspio, pero enviado en su primera juventud a Neghadá por asuntos de familia que debía resolver su tío Senio, quedó junto al Nilo, pasó después a La Paz y vio morir a Senio entre los brazos de Abel. Cuando fue solicitado por Ibrín, Acadsú y Jobed, para cooperar en la misión del Monte Zagros, contaba cincuenta y siete años.

Los dos Ancianos le quedaron como consejeros y Jobed como Notario. Nubia, con Mabi y las cuatro Kobdas llegadas de Neghadá y de La Paz, formaban el Consejo Femenino para las obras de socorro y de educación de los niños.

Reunidos en pleno todos los Kobdas y jefes del pueblo resolvieron enviar una delegación compuesta de cuatro Kobdas, seis jefes de guerra, y una escolta de tres veintenas de arqueros. Guiados por el guardafuego mayor se presentarían a la media noche del día sexto de la espera a que Arya Shamas manifestara su voluntad y se presentarían con hermosas antorchas encendidas y dones de amistad para el Akads como llamaban a su Caudillo Rey.

Las mujeres Kobdas se encargaron de las infelices fugitivas que habían llegado en deplorable estado de fatiga y de horror imposible de describir. Sobre todo la desventurada Hoz de Oro parecía enloquecida de espanto; reía y lloraba, se arrancaba los cabellos y se mordía los dedos, presa de horribles crisis nerviosas.

Nubia que continuaba desempeñando su papel de Mangrave junto a Mabi, fue quien ordenó la forma y modo de volver a la paz y sosiego a

las infelices fugitivas que eran nueve, tres esposas, madres de las otras seis, todas jovencitas de doce a dieciocho años.

Muchos datos importantes para una buena investigación obtuvieron las Kobdas de sus protegidas cuando lograron tranquilizarlas.

Su país se llamaba Bakthyaris y su templo o lugar sagrado Duniak, como el que lo había construido todo de piedra rosada con escudos, y planchas de plata y cobre. Duniak había sido mandado por Arya Shamas en una noche de tormenta y de lluvia en que estaba amenazado el fuego sagrado por falta de un recinto adecuado.

El Anciano consejero, padre de Hoz de Oro, se encerró en un doloroso mutismo, y los Kobdas interpretaban este obstinado silencio como fruto de algún severo juramento de no revelar a extranjeros los secretos de su raza y de su pueblo.

—Que Arya Shamas reduzca a polvo al malvado que apagó el fuego que guardaba mi hija.

Eso sólo se le oía repetir a cada interrogatorio que le hicieron. Cuando los Kobdas le preguntaron si creía oportuno que ellos fueran con antorchas para encender de nuevo el fuego sagrado y que volviera la paz a su pueblo, contestó que sí, pero hizo entender que él no volvería jamás a su país con la deshonra de que un ser de su sangre hubiese dejado apagar el fuego divino.

Desde la llegada de los fugitivos, la familia Kobda hacía trabajos mentales para recabar de las Inteligencias Superiores, dirigentes de la evolución humana, la luz y la fuerza necesaria para obrar con acierto en lo que a aquel pueblo se refería.

Y Mizraim, uno de los Diez Fundadores, habíales hecho llegar su voz sin ruido en la Mansión de la Sombra. La habían oído los auditivos, le habían grabado en sus carpetas los psicógrafos:

“Id al país de Bakthyaris y encended el fuego material, símbolo de la llama de luz viva que encenderéis en esas almas, en esa raza que será simiente de una gran civilización futura. Los misioneros de la Verdad y la Justicia estaremos a vuestro lado”.

Salió pues la delegación en número de sesenta y nueve hombres, entre los que iban cuatro Kobdas, cuatro jefes de Vladiko y el Guardafuego Mayor como guía de la caravana. Los demás eran los arqueros de la escolta. Apenas habrían caminado media milla al paso de sus asnos por escarpado sendero cuando se encontraron con la caravana que cada luna subía desde los valles del Éufrates conduciendo mercancías y viajeros. Llegaban con ella dos Kobdas venidos de La Paz y con destino al Santuario del Mar Hircanio. Tenían la consigna de visitar a los Kobdas misioneros en el Monte Zagros y pasar luego al Mar Hircanio. Estos Kobdas eran antiguos conocidos nuestros: Erech y Suri, que habían terminado su

misión de Notarios de dos Libros Vivos que habían desencarnado recientemente, y que habiendo sido originarios de los pueblos vecinos al Santuario del Caspio, iban como mensajeros ante las familias y a recoger datos, comprobaciones, grabados, en fin, que unidos a los relatos de los viejecitos, les servirían para nuevos trabajos a realizar.

Suri y Erech, que, no obstante la madurez de su edad, rozaban los cincuenta años, habíanse sentido como aprisionados en una penosa quietud los dos años pasados al lado de sus Libros Vivos, tenían ansia de trabajos al exterior y así fue que pidieron al Patriarca Kisef que les llevase al país de los Bakthyarís a donde la delegación se dirigía.

Mientras tanto la caravana del Éufrates siguió viaje a la ciudad de Asag, donde debía dejar la correspondencia habitual de los Kobdas de La Paz, y cargamento de cereales y de lana con que los de la pradera socorrían a los montañeses que les remitían en cambio láminas de cobre, tubos de plata, pieles, etcétera.

Aquello de conquistar un pueblo nuevo para que formase fila entre los países de la Gran Alianza, era algo que llenó de entusiasmo a los dos Kobdas recién llegados. Ambos eran originarios de los oasis de Margiana y no habían vuelto al país natal desde la juventud, en que los terribles secuaces de la Shamurance azotaban las regiones vecinas del Mar Hircanio.

Ambos habían sufrido la horrenda crueldad de aquella nefasta mujer si no en ellos mismos, en los seres más inmediatos y queridos, algunos de los cuales habían sobrevivido a tan espantosa vorágine. Tenían, además, conocimiento de que nuevas tribus se habían formado de los restos de ambas familias, y que éstas se habían enlazado mediante matrimonios efectuados años atrás, llegando por estas combinaciones a formar como una gran Tribu que poblaban los valles de Margiana.

Pero este país que por entonces formaba parte de Soldán, la patria de Fredik de Kusmuch, estaba ya unido a la civilización Kobda por vinculaciones con el Santuario del Mar Hircanio y algunos refugios fundados por ellos. Y los dos Kobdas recién llegados del Éufrates, pensaron, y acaso con muy buena lógica, que aquí, en las gargantas del Monte Zagros, podían ser más útiles y acaso necesarios sus esfuerzos. Y tomando tales pensamientos por orientación, decidieron tomar parte en la peligrosa campaña que llamaron de Las Antorchas.

Cuando las sombras de la noche envolvieron por completo el agreste paisaje de montañas inmensas y árboles gigantes, cuando sólo se percibía el aullido de las fieras y el poderoso tronar de las cascadas de Tophe Kazab, encendieron las antorchas, que eran setenta, y continuaron la marcha en asnos amaestrados para esta áspera excursión por caminos llenos de peligro. Las fieras huían al vivo resplandor de las

antorchas; pero los precipicios no huían, sino que sus fauces abiertas parecían agrandarse a favor de las rojizas llamaradas como hambrientas de víctimas para devorar, por lo cual se escuchaba a cada paso la voz del guía, cuyos ecos repetía la montaña:

– ¡Alerta con los precipicios! ¡No miréis hacia abajo que la sugestión del abismo es tremenda! ¡Mirad sólo a la cabeza de vuestra cabalgadura que es el marcador del impulso que habéis de dar a vuestro cuerpo para mantener el equilibrio!

– ¡Ahora ya estáis a salvo! –gritó el viejo Consejero que les servía de guía, y se hizo a un lado para hacerles cruzar a todos el último paso de peligro. Ya estaban a la bajada del valle.

Cuando el último viajero empezó el descenso, el Anciano arrojó la antorcha y se precipitó al abismo.

Un grito espantoso de los pocos que le vieron arrojar, fue lo único que se escuchó en el silencio pavoroso de aquella soledad.

–Deberíamos haber previsto el caso –dijo con profunda amargura uno de los Kobdas.

–Al no haber tenido inspiración alguna –añadió otro–, estaría en su ley esta dolorosa expiación.

Uno de los jefes de Vladiko hizo la observación de que el Anciano Consejero, padre de Hoz de Oro, se había despedido de su hija en tal forma que la doncella quedó sumida en profunda amargura, y ella hizo entender que su padre sería sacrificado por los Bakthyaris. Entregándose él mismo a la muerte salvaba, según ellos, su honra y la de toda su parentela. El infeliz Anciano era un mártir de las tradiciones de su raza.

Pasado el primer momento de estupor y cuando se preguntaban los viajeros hacia dónde continuaría la marcha, ya sin el guía, escucharon como un coro de alaridos, de imprecaciones, de clamores en todos los tonos. Y hacia aquella dirección continuaron avanzando. La oscuridad de la noche era completa, pero por la posición de las estrellas los prácticos comprendieron que aún no era la medianoche.

De pronto los clamores se tornaron en jubilosa algazara en medio de la cual se escuchaban gritos que los más conocedores de aquellas lenguas interpretaban así:

– ¡El fuego de Arya Shamas baja de la montaña para su pueblo! ¡Arya Shamas no maldice a su pueblo! ¡Arya Shamas nos manda de nuevo su fuego y su luz!

Y antes de lo que pueda explicarse, los viajeros se vieron rodeados de numeroso pueblo, cuyos rostros descompuestos y cabelleras y ropas en desorden les daban el trágico aspecto de una horda de fantasmas tenebrosos vomitados por la tiniebla.

– ¡Fuego de Arya Shamas y paz de los Kobdas! –gritó el Patriarca Kisef,

de pie sobre su asno y levantado en alto su antorcha en una mano y una banderilla blanca en la otra, a los fines de hacerles comprender que no obstante la escolta de arqueros, iban en misión de paz y amistad.

Con maravillosa velocidad se encendieron súbitamente centenares de antorchas y pronto se vio como una inmensa ola de fuego que la brisa nocturna agitaba suavemente. Hombres, mujeres, niños, como poseídos de un vértigo de loca alegría se apresuraban a encender nuevas antorchas, en tal forma que todo aquel valle apareció como bordado a fuego de luminosos y movibles arabescos que corrían en la oscuridad en medio de una confusión enloquecedora.

Por fin se oyó resonar un poderoso silbato durante varios segundos y el silencio y la quietud se hizo como por encanto.

Una veintena de hermosas doncellas rubias como espigas de oro, con túnicas escarlata y con hachones encendidos salieron de entre la multitud y luego de hacer una gran reverencia a los viajeros les indicaron el templo, el Duniyak, que estaba oscuro y desierto.

Otra veintena de fuertes donceles iban en pos de ellas, con haces de ramas y troncos de leña para encender de nuevo el fuego sagrado.

Los Kobdas y sus acompañantes presenciaron la escena que los Bakth-yaris llamaban “El perdón de Arya Shamas”.

Las doncellas y los jóvenes entraron descalzos, y de rodillas fueron caminando hasta la piedra de fuego que se levantaba como una pirámide truncada al centro del recinto.

La pirámide tenía siete gradas de subida y en cada una de ellas los oficiantes se detenían para implorar el perdón de Arya Shamas, por haber dejado extinguir el fuego sagrado.

Cuando llegaron a la plataforma final, una estruendosa orquesta de flautas y tamboriles resonó ahogando las voces de las sacerdotisas y sus ayudantes. Aquel pueblo enloquecido lloraba y cantaba, se abrazaban de los viajeros y besaban la tierra que ellos pisaban.

Arya Shamas les había escogido para devolver a su pueblo el fuego divino. El entusiasmo delirante subió de tono cuando se vio levantarse una hermosa llamarada de lo alto de la pirámide, en cuyas gradas se veían como lámparas vivas las veinte doncellas rubias vestidas de color escarlata, que agitando grandes pantallas de cobre bruñido, impulsaban las rojas lenguas de fuego hasta la techumbre, mientras los donceles arrojaban a la hoguera hierbas aromáticas y resinas perfumadas.

Después apareció el Sham Akonte, o sea, el Representante de Shamas, que era el Gran Jefe de la tribu, para subir también a la piedra del fuego con una gran tinaja de cobre que ponía entre las ascuas. Era jugo de uvas para ser calentado y repartido al pueblo. Y después de una tinaja venían otras y otras hasta que todos hubiesen bebido.

Las primeras luces del amanecer alumbraron los últimos grupos de pueblo que se dispersaban entre cantares de turbulenta alegría.

Mientras tanto los Kobdas, hospedados en una espaciosa caverna toda tapizada con blancas pieles de oveja a la cual llamaban suntuosamente sala real, esperaban la salida del sol para cantar el himno del amanecer. La profunda y a la vez poderosa concentración mental que precedía siempre al canto de los himnos acostumbrados, daba a éstos una vibración tan fascinadora e irresistible de amor, de desinterés, de inefable bondad, que los Kobdas la llamaban, con toda justicia, “la gloria de Numú”, pues era entonces cuando sucedían escenas ante las cuales los circunstantes les daban el nombre “Magos de vestido azul”.

Sus mentes sumergidas por la concentración en el infinito piélago del Amor Eterno que es luz, energía, vitalidad, suprema fuerza creadora, por fuerza de ley, debían irradiar todo eso de sí mismo: “Que las notas de nuestro canto sean el reflejo de la Divinidad sobre todos los que escuchan”.

Y la observación hecha de muchísimo tiempo los había llevado a la convicción de que durante los himnos se calmaban todas las tempestades físicas y espirituales, igualmente que los dolores o estados anormales producidos por enfermedades del cuerpo. No era, pues, un asombro, que entre los Bakthyarís de los ocultos valles del Kerkha, ocurriera lo mismo, y más si se tiene en cuenta el estado de perturbación nerviosa y mental en que aquellas tribus estuvieron sumidas desde que fue apagado el fuego del altar.

Los numerosos esclavos que la noche anterior fueron encerrados en el calabozo para ser azotados al amanecer en castigo a determinadas faltas, esperaron en vano los terribles azotadores y sólo vieron a un guardián que abriéndoles la oscura pocilga les decía: “Arya Shamas ha perdonado vuestro delito. Salid”. Y al regresar a su mísera guarida entre las rocas, encontraban doble ración de comida de la habitualmente acostumbrada. Los encadenados en las cavernas fueron puestos en libertad; y los niños contrahechos que debían ser arrojados al precipicio de la muerte dormían tranquilos en sus cunas, con gran asombro de las madres que oían de sus maridos esta inesperada palabra: “Hoy, Arya Shamas no quiere dar de comer a la muerte”.

Y los Kobdas, conocedores de la poderosa influencia que ejercían sus himnos entre los pueblos extraños, aprovechaban aquellos momentos felices para extender su enseñanza sobre la fraternidad humana, la ayuda mutua, la tolerancia y la justicia.

Una inmensa multitud se había agrupado en torno a la caverna de los Kobdas que ajenos a todo ruido exterior, cantaban el himno al sol naciente o himno a la Luz, como más comúnmente le llamaban.

El Jefe supremo de aquel pueblo se acercó a los Kobdas con un cortejo de Ancianos y les dijo:

–Puesto que Arya Shamas os eligió para devolver a su pueblo el fuego sagrado, somos vuestros amigos mientras aliente la vida en nosotros. ¿Cómo podemos pagar vuestro inmenso don?

El Patriarca Kobda les explicó que la mayor recompensa para ellos sería que aceptasen la “Ley de la Gran Alianza” y entrasen en formar parte de ella desde ese día. Aceptado y convenido por ambas partes, los Kobdas les entregaron un papiro con los artículos de la Ley y el anillo de la Alianza, tal como lo habían hecho con todos los Caudillos y Príncipes que formaban la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo.

Los jefes representantes del Scheiff Vladiko pactaron a su vez amistad como vecinos, ofreciéndose mutuamente todo género de seguridades de protección de un pueblo a otro. Así terminó la pacífica y amistosa conquista de los Kobdas de un nuevo pueblo que entraba a formar parte de aquella gran fraternidad de dos continentes, donde cada jefe de pueblo y de tribu cuidaba esmeradamente de que nadie padeciera en sus dominios.

El regreso de los Kobdas a las tiendas de Vladiko habría sido completamente feliz a no ser por el recuerdo del infeliz Anciano, padre de Hoz de Oro, que se precipitó él mismo desde una pendiente del camino.

Abrían la marcha de regreso, Suri con uno de los Jefes de Scheiff y cuando les faltaba ya poco para llegar, a eso del caer de la tarde, se encontraron con la joven doncella que les aguardaba envuelta en un oscuro manto y con la ansiedad pintada en el semblante.

–Mi padre, ¿es vivo o muerto?... –gritó con desesperado acento.

– ¡Vive, mujer, en la gloria de Arya Shamas! –le contestó Suri, ocultando la verdad dolorosa y triste...

– ¡Vive, vive! –gritaron varios a la vez al ver brillar en la mano de la joven, la Hoz de Oro con que había segado el heno para el fuego sagrado. La vacilación de ella antes de acercarla a su garganta dio tiempo a Suri y al jefe de Vladiko para saltar del asno y desarmarla, impidiendo que pusiera fin a su vida.

A pocos pasos del campamento de Vladiko o ciudad de Asag, encontraron a dos mujeres Kobdas que la buscaban pues se había escapado a su vigilancia. Y al encontrarla viva dijeron a los Kobdas que llegaban:

–He aquí otra avecilla que se refugia en los jardines de Numú cuando la tormenta ha deshecho su nido.

–Numú continúa siendo pastor que tanto ama a las ovejas fuertes y sanas como a los enfermos y débiles corderillos –contestó el Patriarca, entrando en la explanada que rodeaba la ciudad–. ¿Cuál de nosotros no llegó a los jardines de Numú con la angustia en el corazón y la tragedia

en su vida? Cálmate, niña –dijo a la jovencita–, que entre los magos del vestido azul encontrarás muchos padres y madres por uno sólo que has perdido.

Los lamentos de Hoz de Oro fueron apagándose con las palabras de consuelo y amor que le prodigaban.

Y dos horas después, sentada en torno a la hoguera donde realizaban las veladas los Kobdas con Mabi y el Scheiff, Hoz de Oro escuchaba la historia de la joven Kobda, hija de Helia-Mabi y de Shiva, contada por Nubia la Mangrave de aquel Refugio, como lección viva de lo que son los caminos de Dios para todos los seres.

–Ella goza hoy de paz y de dicha porque ha encontrado su lugar propio en el escenario de la vida –añadió la anciana Kobda terminando el relato para Hoz de Oro que escuchaba en silencio–. Así la encontrarás tú, hija mía, si sabes comprender el gran libro de la Voluntad Divina.

Tres lunas después, la joven se unía en matrimonio con su compañero guardafuego, cuyo amoroso idilio había causado tan espantoso desastre. Fueron designados para consagrar el desposorio, Nubia, Suri y el Jefe de Vladiko, que juntamente con él impidieron que ella cortara su garganta al tener la certeza de la muerte de su padre.

Según la costumbre Kobda, cuando no eran los padres los consagrantes de una boda, aquellos que les representaban adquirían derechos de tales y para Hoz de Oro lo fueron Nubia, la Mangrave que la había iniciado en su nueva vida y el Kobda Suri que había cooperado en la salvación de su vida física.

Y la pobre huérfana de aquella horrorosa tempestad les llamó desde entonces padre y madre, como si de ellos hubiera surgido a la vida de paz y de dicha a que había llegado, precisamente cuando iba a precipitarse a la desesperación y a la muerte.

192

LA SABIDURÍA DE LOS DAKTHYLOS

Desde la llegada de Abel al Éufrates, conduciendo a los Ancianos del Monte de las Abejas, la amplia sala denominada “Archivo de las Edades” en el Santuario Kobda de La Paz, fue transformada en aula severa y majestuosa, con numerosos pupitres y cómodos sillones de plátano y junco, donde pudieron pasar con comodidad largas horas, los que anhelaban hojear los grandes folios de tela encerada, en que habían encerrado los Dakthylos la sabiduría que les transmitiera Antulio, el gran filósofo atlante.

Cada pupitre ostentaba un nombre, el del Kobda que lo ocuparía

durante todo el tiempo que durase la enseñanza que le interesaba adquirir, encontrando allí el discípulo uno o muchos rollos de papiros, cartapacios de tela encerada, punzones y demás utensilios necesarios para el grabado de anotaciones, croquis y diseños. La cátedra estaba a cargo de Hilkar de Talpakén, elegido con preferencia a los otros por haber sido en viejas edades testigo ocular de las enseñanzas de Antulio de cuyos propios labios las había bebido. Su tema era por lógica el que debía ocupar el primer lugar: “Aparición del planeta Tierra en el panorama sideral” y “Orígenes de la vida en él”.

Abel confundido entre los Kobdas oyentes ocupaba también un pupitre y se disponía a escuchar como los demás la doctrina que dio a la humanidad él mismo en su personalidad de Antulio, gran parte de la cual yacía como archivada en su profundo Yo, a causa de la nueva envoltura material que cubría de brumas la antigua llamarada.

El Dakthylo instructor comenzó leyendo un viejo papiro proveniente del Archivo de Antulio, su Maestro de pasadas edades, que decía así:

“Entre las múltiples moradas estelares de más refinada evolución, se halla la habitada por los Querubes, Inteligencias purificadas que realizaron su avanzada evolución por la Senda de la Sabiduría Divina. El Universo todo es para ellos un rollo de papiro desplegado y fácilmente legible. Los cielos, el espacio, las edades, los mundos, les han entregado sus formidables secretos y nada les queda por saber. *“Es la hora de crear”* –dicen ellos–. *“Es la hora de que el árbol sagrado de la Eterna Sabiduría, empiece a florecer”*.”

“Y los radiantes Querubes, obedientes al Eterno Pensamiento, vivísimamente reflejado en ellos, se unen como un solo sonido, como una sola voz, como un solo rayo de luz, y se posa, dardo de fuego, huracán de vida, en los vacíos del infinito espacio que se extiende más y más como ilimitado océano de aguas inmóviles e impalpables.

“El potente pensamiento fecunda los millares de millones de moléculas, átomos, sustancias que pueblan la infinita inmensidad y un lóbulo de humo aparece como un punto en la profundidad del vacío. Se ensancha, se engrandece, se dilata como una gasa que desdobra sus pliegues; comienza el vertiginoso rodar y mil chispas de fuego emergen de aquel cuerpo etéreo rodante. El pensamiento de los Querubes sigue imperturbable y sereno, la creación formidable.

“Ya no son chispas de fuego, sino llamaradas vivas que se desprenden arrojadas con fuerza en el vertiginoso rodar, y cada llamarada sigue girando sobre sí misma y desparramándose a largas distancias, tal como si una mano de gigante hubiera arrojado a los espacios un millar de perlas de fuego.

“He ahí formado un nuevo sistema de globos estelares en un profundo

vacío de la azulada inmensidad. Y el himno grandioso de las creaciones resuena en las radiantes moradas de los Querubes que han añadido un florón más a su eterna corona de felicidad inmortal.

“El Eterno Pensamiento fue plasmado en los abismos.

“La Eterna Idea fue obedecida y glorificada en los hechos.

“El designio Divino está cumplido y un nuevo sistema de mundos surge vigoroso y fecundo al conjunto Universal.

“Después de largas edades, la hormiguita humana va descubriendo, a través de poderosas lentes, esas creaciones formidables que distingue con nombres sugeridos por las formas que descubre en la ubicación de aquellos globos luminosos que reverberan cual diamantes en la vasta inmensidad.

“Planeta Juno. Uno de esos diamantes fue este globo que habitamos y que después de largas edades de vida de fuego, de gas, de vapor y agua, fue consolidado para permitir a la vida orgánica cobijarse en sus montañas, en sus selvas, a la vera de sus mares, en sus desiertos rocosos o en sus florecientes praderas. Entre los setenta hermanos gemelos, hijos espirituales del Gran Padre Sirio y los primeros que él vio llegar a las más sublimes cumbres de la Evolución de todos los millares engendrados por su Amor, su perseverancia y su fe, había uno que desarrolló al máximo su potencia de amor: *Juno*.

“Él había hecho del amor su ruta invariable durante las múltiples encarnaciones en su planeta de origen y en otros del último sistema que los Querubes, y entre ellos era Sirio el Jerarca, habían sacado de la Energía Eterna con la fuerza de sus pensamientos.

“Y fue Juno el designado entre los setenta para regir la Evolución de ese sistema, secundado por Odina, su alma esposa, y por sus hermanos gemelos de origen. Con el nombre de Juno realizó su primera jornada Mesíánica en este planeta que fue llamado desde entonces en el mundo espiritual con el nombre: Juno.

“La Eterna Luz descubre sus secretos a quien los busca con amor desinteresado y, lejos de fugaces y mezquinos placeres, consagra su vida al Divino Conocimiento que responde a todos los interrogantes y resuelve los más oscuros enigmas.

“En mis largas meditaciones comprendí que el Absoluto o Gran Todo es Energía, es Luz y es Amor. Tres eternas potencialidades residentes en Siete fuerzas inteligentes y vívidas llamadas “*Fuegos Magnos*”, que son las que determinan lugar, época y forma a las creaciones, que luego realiza la esplendorosa Legión de Inteligencias Superiores que la Ciencia de Dios y de las Almas ha denominado “*Antorchas Vivas*”, cuyo número es tanto como setenta multiplicado por setenta.

“En una edad que por extraordinariamente lejana no se puede fijar

con precisión, aunque podría calcularse en setenta millones de años, los “Fuegos Magnos” impulsaron a las “Antorchas Vivas” hacia el vacío más cercano en el infinito piélago azul donde la sustancia etérica estaba en condiciones de ser fecundada por la Energía Eterna. La Idea surgió, como un relámpago, al mismo tiempo en aquellas Inteligencias ultra poderosas diciendo como en una sola voz, vibración o sonido:

“Una nueva espiral debe llenar este vacío de los cielos. El Absoluto ha llenado de energía nuestro cántaro hasta el borde, vaciémoslo aquí y que nuevos mundos surjan de su Poder Infinito y de su Eterno Amor”.

“Los Fuegos Magnos, que son siete, están dispuestos así: cuatro representan al principio activo o masculino y tres al principio pasivo o femenino. La cooperación de ambos principios es indispensable en toda creación.

Y teniendo como auxiliares a las “Antorchas Vivas”, divididas por mitad en principio activo y pasivo, inyectaron el fecundo germen en el seno materno: el Éter.

“Una ígnea burbuja, como un botón de fuego, se plasmó en el fondo oscuro del vacío. La maravillosa creación estaba hecha. El pasar del tiempo y la ineludible Ley de la Evolución, harían lo demás.

“Creación de nebulosas, creación de mundos donde aparecerán luego los infinitos principios de vida, que el lenguaje humano ha llamado Reino Mineral, Reino Vegetal, Reino Animal, Reino Humano. He aquí la constante preocupación de toda Inteligencia llegada a la Suma Perfección: ¡Dar, siempre dar!... No esperar nada de nadie sino sólo del Eterno Poder, de la Eterna Inteligencia, que sólo se hace visible a través del Amor que da todo cuanto es vida en el Infinito Universo.

“El Alma o Psiquis humana. El estudio de cada mundo de los que ruedan en el infinito espacio pertenece a la ciencia llamada Astronomía. El estudio de las relaciones existentes y reales entre los astros y los seres orgánicos que residen en los llamados planos físicos, porque predomina en ellos la materia es denominada Astrología. Cada una de estas ciencias es vastísima y requiere largos y pesados estudios, observaciones y análisis, y no pocas veces sacrificios, hasta de la vida misma, en holocausto a tan preciados y valiosos conocimientos. Ni una cátedra ni un rollo de papiro bastarían para ello. En todas las criptas de los monumentos y templos de la más remota antigüedad están guardados los archivos que las Inteligencias evolucionadas, visitantes de este minúsculo planeta dejaron como único testamento y único tesoro y recuerdo de su pasaje por este globo apenas nacido a la vida universal.

“Nuestro Maestro Antulio fue una de esas inteligencias ávidas de conocimiento y nosotros, Dakthylos nacidos a la Luz Soberana de esta sublime Inteligencia, hemos heredado una milésima parte de sus gloriosas conquistas. A su muerte, cuarenta discípulos más íntimos, esparcidos por

todo el mundo habitado de entonces, hemos encendido las pobrísimas lamparillas que nos ha permitido la inconsciencia humana, llevada a la inconcebible aberración de perseguir a muerte a todo descubridor de un nuevo sentido de la vida, de una faz desconocida de las eternas leyes que rigen la Creación Universal.

“Desde las primeras emigraciones de fugitivos de los maremotos y múltiples movimientos sísmicos que produjeron el hundimiento de “Tierra de Fuego”, después llamada Kremuria o Lemuria, esta misma Sublime Inteligencia, con los nombres de Juno y Numú, en la materia, fundó escuelas y dejó discípulos conocedores de los grandes secretos que guarda el Infinito para todas las Inteligencias que se abran para recibirlos, como el sagrado loto al rocío de las noches serenas.

“Para el estado en que se encuentra esta humanidad, basta y sobra que los Profetas Blancos de Anfión, último Rey Tolteca de la dinastía de los Athaulfos, han tenido su gloriosa prolongación en los Kobdas de Neghadá y de La Paz en los países del Nilo y del Éufrates.

“Recuerdos formidables de piedra que no ha podido destruir ni la furia de los elementos, ni la inconsciencia de los hombres, son las monumentales pirámides y esfinges en las márgenes del Nilo, que las arenas del desierto cubrieron piadosamente por siglos y siglos, como sagrados relicarios donde los Profetas Blancos de Anfión ocultaron los secretos del Infinito que la humanidad se negaba a conocer.

“Y los Dakthylos de Antulio, en el Ática prehistórica, ocultos entre las grutas del Monte de las Abejas, escondieron la miel divina del Conocimiento Superior bajo el símil del Parnaso de los dioses del Templo magnífico de Delfos, donde Dakthylos encarnados con los nombres de Rama, Apolo, Hermes y Adonis, encendieron su lamparilla que la inconsciencia humana se encargó de transformar en ruidosa procesión de dioses patrocinantés de vicios y corrupciones.

“Y en el lejano y misterioso Decán con su cortejo de islas, los Flámenes de Juno y los terapeutas Magos de Numú, encendieron la llama viva en las Torres del Silencio y entre las nieves eternas del Himalaya, donde quedaron ocultos de la inconsciente humanidad los grandes secretos de la Ciencia Divina, que su ignorancia repudiaba como un crimen merecedor de castigo.

“¡Infelices humanidades de todos los mundos nuevos que desprecia los Tesoros de la Divina Sabiduría por los efímeros goces que se escapan de vosotros como mariposas fugitivas! ¿A quién os podéis quejar de cuanta engañosa miseria padecéis, si habéis preferido las tinieblas a la luz, el frío hielo de la ignorancia al divino calor de la verdad, las aberraciones del odio a las divinas suavidades del amor que salva todos los abismos y lleva su claridad al fondo de los sepulcros?

“Y si la Astrología y Astronomía han ocupado los archivos de todos los templos y monumentos de la Prehistoria ¿qué podemos decir del alma o Psiquis humana, surgida del Eterno, como chispa de un fuego inextinguible, llevando en sí misma el germen de las divinas grandezas de origen y eternamente viva como Él?”

“Las más grandes inteligencias encarnadas en todas las épocas en nuestra tierra, estuvieron acordes en afirmar que el alma humana es un enigma tan complejo como un libro cerrado con siete llaves que hubieran sido todas ellas arrojadas al mar. Dice nuestro Maestro Antulio, que en una losa de pórfido del Gran Templo de Zeus, Dios de los atlantes, de la ciudad de Manh-Ethel, había grabado en letras de oro esta inscripción: “Conócete a ti mismo y conocerás el Universo”, y en otra losa compañera, este grabado: “¿Cómo es Dios? Como tú cuando hayas llegado hasta Él”.

“Estos dos sencillos grabados con que la sabiduría de filósofos prehistóricos nos hacen comprender la infinita grandeza del alma humana y de la inconcebible necedad del pobre mortal que la tiene olvidada, mientras que a la materia perecedera que la envuelve, le colma de todos los cuidados y solicitudes imaginables.

“Un Anciano Profeta y Maestro del país de Dyaus en Atlántida, meditando sobre el enigma del alma humana, encontró acertadas sugerencias a este respecto. Visión mental o clarividencia real, él escribió en sus “Memorias de un solitario”: Parecióme ver que de una explosión de luz irresistible a la vista humana, se desprendían infinidad de chispas y una voz honda pero sin ruido a los sentidos les decía: ¡Id por todos los campos, mares, ríos, bosques y desiertos y apoderaos de toda molécula viva encontrada en el camino y creced, creced y creced, hasta que mi amor os sienta convertidas en Arcángeles de Luz, creadores de mundos, guías de Humanidades.

“¡En qué pocas palabras describió aquel Profeta atlante la carrera larga y azarosa del alma humana que comienza de chispa y debe llegar a Arcángel, creador de mundos y guía de humanidades!

“En los archivos de la más remota antigüedad he leído historias de almas..., muy pocas en verdad, que hicieron su carrera con una rapidez casi maravillosa y tardaron un millar de siglos, millar y medio..., dos millares y algo más; y al leer tal relato, abismada la mente pensé: Si ésa es carrera rápida hasta la maravilla, ¿qué será la de la mayoría de nuestra humanidad que ni siquiera piensa que lleva en sí una oculta potencia inteligente y viva, de eterna vida y de sublimes destinos?

“Podemos concebir rapidez para recorrer el pasaje por los varios reinos o formas de vida que nos presentan los elementos de que está formada la maravillosa y fecunda Creación Universal; pero al llegar al

reino humano comienzan los abismos, escollos y tropezaderos internos. Convertir el orgullo en humildad, la vanidad en modestia, el interés en desinterés, la felonía en lealtad, la mentira en verdad, la lujuria en austeridad, el egoísmo en amor, la avaricia en generosidad... ¡Oh Poder Infinito, Sabiduría Divina! ¿Cuántos millones de siglos necesitarán tus almas para llegar a ser Arcángeles de Luz, capaces de guiar humanidades hasta Ti?...

“Fue aquel profeta-ermitaño, el fundador de una de las primeras escuelas iniciáticas que se abrieron en la desaparecida Atlántida, con el fin de abreviar la carrera que debe hacer el alma humana cuando ha llegado a adquirir las tres primordiales potencias: Memoria, Inteligencia y Voluntad. Se le conoció en Dyaus con el nombre de Abydos de Lucerna, y sus discípulos, fugitivos del primer cataclismo atlante, transportaron la Escuela Iniciática, los unos al Egipto prehistórico; otros a Hisarlik, capital de la antigua Trohade.

“Catorce fueron los discípulos del Profeta Abydos que llegaron a tierra del Nilo llevando el tesoro de la Verdad Divina aprendida de su Maestro, que antes de morir quiso escuchar de cada uno de ellos la formal promesa reforzada con un juramento de atravesar el mar y llegar al país de Shior en Tierra Negra *—África actual—, donde otros hermanos de ideales comenzaban la siembra maravillosa. Era la misma hora en que otros fugitivos de Anáhuac y de Beli-Het se les habían adelantado pocos años, y en las cavernas del Revenzora cobijaban sus vidas, perseguidos por la inconsciencia de los hombres, pero firmemente afirmados en la infinita verdad que sustentaban.

“Unos y otros, iluminados por la lámpara eterna de la Divina Sabiduría fueron capaces de saltar todos los abismos, de aguantar todas las adversidades por mantener encendida esa luz inmortal que habían bebido de los Profetas Blancos de Anfión y de los Dakthylos de Antulio: ¡La Infinita Eternidad de un Poder Creador, Conservador y Legislador; la Ley de la Evolución de todas sus creaciones; la Ley de la Preexistencia hasta adquirir el desarrollo perfecto de todas las facultades que trae en germen de su divino origen; la Ley de Afinidad de las almas, creadora de alianzas perdurables, con designios determinados; la Ley de Solidaridad que es Armonía perfecta, Equilibrio y Amor en todos los mundos del Universo!

“Menphis de Lucerna, Tentira de Hi-Kalia, Tanis de Fenikan, fueron los tres Maestros que guiaron a los catorce discípulos del Profeta Abydos, cuyas memorias fueron el código espiritual, moral y social, que siglos después floreció en los nuevos continentes y países en que se extendió como el mar de aguas claras y dulce la civilización de los Kobdas de Neghadá junto al Nilo y de los Dakthylos de la Hélade prehistórica en las costas de los mares del Mediterráneo.

“Los tres Maestros mencionados, que apenas pasaban tres décadas de edad, hicieron una ofrenda colosal de amor y de fe a la patria adoptiva que les recibía con tanto amor; y en los grandes peñascos que se levantaban como guardianes del valle costanero del Nilo idearon una construcción de dos enormes monumentos: Templo Iniciático y Archivo, el uno; Panteón sepulcral y Observatorio Astronómico el otro.

“La raza nativa, pobladora de Tierra Negra, festejó jubilosa la llegada de aquellos extranjeros que traían la abundancia, fruto del trabajo; la enseñanza que les abría nuevos horizontes y posibles progresos a sus vidas errantes y nómadas. Les aclamaron como a semidioses y les llamaron “Chalit”, que en su imperfecto lenguaje significaba “Hijos del Sol”.

“Lo que aquellos dos monumentos significaban sólo fue conocido por sus creadores. En las dimensiones del gran templo piramidal se encontraban marcados los millares de siglos transcurridos desde que la especie humana habitaba la Tierra, y también los millares de años que debían transcurrir para que el planeta pasara a evolución superior y estabilidad perfecta en su posición de equilibrio en el conjunto armónico del sistema a que pertenece.

“Era aquél un Templo Iniciático de adoración a la Suprema Potencia Creadora de Mundos y era también Archivo de las Edades y Sagrada Historia del Alma humana encarnada en la Tierra.

“El otro monumento tenía un significado más enigmático y oculto aún; era un símbolo de piedra de la carrera que debe correr el alma humana a través de las edades y de todas las formas de existencia física: Roca inmóvil, naturaleza muerta; garras de león, cuerpo de toro, alas de águila, hasta llegar a la altiva cabeza humana cubierta con la toca sagrada de las grandes Inteligencias iluminadas por la claridad divina.

“Visionarios sublimes del Ideal Eterno, soñaron que sus monumentales creaciones de piedra, hablarían bastante alto a la humanidad de todos los tiempos, lo suficiente siquiera para vivir la vida de seres inteligentes dotados de excelsas facultades angélicas...

“La más triste decepción les haría llorar lágrimas de sangre viendo a la humanidad inconsciente hacer de la vida una tragedia de crímenes, de corrupciones, de horrores inconcebibles a la vera de aquellos mismos monumentos, símbolos en piedra de Verdades Eternas y de Ideales Infinitos”.

El Anciano instructor calló y apoyando su cabeza encanecida en el respaldo de su sillón, dejó correr sin enjugarlas dos gruesas lágrimas que fueron visibles para todos. El auditorio era numeroso, pero el silencio era tal que aún pudiera sentirse el latido de los corazones.

Los jóvenes Kobdas, entre los que se encontraba Abel, se fueron acercando al Anciano uno por uno. Besaban su mano y esperaban... Llegó

también Abel y abrazándose del entristecido Anciano y con el acento solemne de un iluminado, le dijo:

– ¡Profeta Abydos!... ¡Estos que hoy te rodean son los mismos de aquella hora y ellos colmaron la copa de tus esperanzas!...

* * *

Amigo lector, el relato más extenso de los manuscritos del Maestro Antulio, puede leerlo en la obra “MOISÉS - El Vidente del Sinaí”, en el capítulo “El Hierofante Isesi de Sais”.

193

EL ÁNADE SOLITARIO

La lectura de los papiros de Antulio el gran filósofo atlante había terminado, pero el Anciano Instructor debía continuar su cátedra para explicar los pasajes más profundos sobre las moradas espirituales a fin de que no hubiera lugar a dudas.

Diez notarios fueron escogidos entre los Kobdas jóvenes, para sacar copias de aquellos papiros y ser enviados a todos los Santuarios de hombres y mujeres.

Una de aquellas copias, quiso el joven Maestro remitirla en un cofre de cobre a Walkiria, la joven Matriarca de los países del hielo. Con la frecuencia que permitía la enorme distancia, la admirable mujer, hija de las nieves eternas, había hecho llegar sus noticias al Hombre Luz, al Dios encarnado como ella le llamaba. Desde su despedida con el joven Maestro en el puerto de Gorilandia a donde ella misma lo condujera un día, Walkiria había roto con su glorioso pasado, el cual parecía haberse esfumado en las lejanías de un brumoso horizonte, con toda su corte de fabulosas grandezas: dinastías preclaras, procedencias divinas, países encantados de leyendas con que el fanatismo de raza había engrandecido y endiosado los seres que le precedieron en la vida allá entre los misterios de las nieves eternas y de las entrañas de las montañas caucasianas.

Para ella sólo existía una cosa digna de admiración, de estudio y de amor: la sabiduría del Hombre Luz que le había extendido ante la vista un horizonte desconocido hasta entonces, que le había hecho comprender la vida en sus vastos alcances de transformaciones constantes, de rejuvenecimiento eterno..., de eterna vida y de eterno amor.

“¿Qué era pues todo lo demás comparado con tan soberana belleza?... ¿con tan suprema grandeza y majestad?”

Así escribía ella con su punzón sobre un grueso infolio de telas enceradas.

“Libro mío de mis íntimas soledades luminosas. En ti vaciaré mi alma toda para que la lleves un día a las praderas del Éufrates, donde vive Él su vida que es luz y es amor, y le cuentes lo que sólo Él que es Hombre-Dios, puede y debe saber de mí”.

Era este libro más que un diario íntimo, que una historia diaria de su vida, que un catálogo de ideas y de pensamientos, de emociones y de anhelos. ¡Este libro era ella misma!..., era su misma alma de mujer enamorada de un ideal superior de belleza, de luz y de amor.

Abel había recibido este libro poco antes de terminar la lectura de las grandes visiones de Antulio. De ahí su decisión de remitir a Walkiria una de las copias de los papiros cuya lectura les había absorbido a todos.

A través del libro de telas enceradas que el punzón de aquella hija de las nieves había grabado, podrá conocer el lector el epílogo de aquella hermosa vida de mujer que vibra al unísono con el ideal de luz y de amor que apareció en su camino. Como una estrella polar cuya divina claridad no debía ya apagarse jamás en su eterno viaje por lo infinito.

Aquel libro estaba empezado cuando al desembarcar del “Ánade”, la joven se encontró de nuevo en su alcoba tibia, perfumada de rosas rojas y de narcisos blancos, y comenzaba así:

I

“¡Apolón!..., dios de mis padres, de mis antepasados, de mi pueblo y de mi raza.

“Como ahora sé que todo es transformación y progreso en el universo, así en los seres como en las cosas, también se ha transformado y cambiado mi modo de comprenderte y de sentirte. Tú debes haber sabido antes que yo este secreto de la vida y por eso no será agravio para ti lo que ahora te digo: ¡Eres grande, eres bueno, eres fuerte!..., pero yo he comprendido que hay otra mente más luminosa que la tuya..., otra verdad superior a tus verdades..., otro amor más excelso que tu amor y una sabiduría que sobrepasa a cuanto tú habías delineado en la enseñanza de tus augures y de tus sabios.

“El Hombre Luz, el Hombre Justicia, el Hombre Amor, ha pasado por mi camino; ¡le he visto, he oído su voz, le he hospedado bajo mi techo, le he calentado con mi fuego, le he alimentado con mi pan!; ¡he cuidado de su persona y he salvado su vida! Por él he comprendido lo que es la vida de los mundos, los seres y las cosas; lo que es el bien y la justicia y el amor; lo que valen las vidas humanas, las almas humanas y las miserias humanas.

“¡Apolón!... Dios de mis antepasados..., te amé mucho y aún sigo

amándote, pero como he comprendido que hay otro Hombre-Dios más grande y excelso que tú, del cual sólo has sido un precursor, un sembrador..., un capitán de un barco en mares helados, un conductor de una raza extraviada en los hielos eternos; mi amor se ha transformado, se ha purificado al pasar por el crisol que lleva en sí mismo este Dios encarnado, que ha convertido mi mente en un cofre guardador de los grandes secretos de lo Infinito, de lo Eterno, de lo que es y será por toda la Eternidad”.

II

“Fue ayer mi diálogo íntimo con Apolón el genio tutelar de mi raza, bajo cuyo amparo he nacido y he vivido.

“Parece que él me hubiese abierto la puerta de algo así como un castillo de granito donde me hallaba encerrada, y me ha conducido de la mano hasta el jardín encantado de las rosas rojas del Hombre Luz que pasa por el mundo sembrándolas, recogéndolas y después derramándolas sobre las almas humanas que quieran recibirlas...

“Yo he recibido mi parte de ellas como símbolo sagrado de todos los sacrificios, de todas las inmoluciones, los renunciamientos, los heroísmos que deberé realizar si quiero seguir el camino suyo... Y beber del agua suya y vivir la vida suya.

“Mas, comprendo también que no debo quedarme en la inacción saboreando egoístamente la divina suavidad de este festín espiritual; sino que debe propender a que todos los que me rodean, todo mi pueblo, toda mi raza llegue como yo a esta sublime conquista. ¿Mas, cómo conseguirlo?

“Ya el Hombre Luz me lo dijo. Las mujeres Kobdas que tengo a mi lado me darán la clave de todos los resortes que he de tocar..., ¿qué espero pues?

“En el “Ánade” que acabo de dejar anclado en la bahía, flota todavía su aliento de Dios..., el rumor de sus pasos suena todavía..., la mirada opalina de sus ojos de ámbar ilumina aún la cámara de su reposo, la cubierta de sus paseos, la superficie del mar donde se cernió como una caricia...

“Y todo eso es fuerza, energía y amor, que hará brotar en explosión la energía, el valor y la fuerza para que sea yo quien transforme estos países desde el Ponto Euxino hasta el Báltico.

“Pero es de noche y cae mucha nieve... Cuando la aurora ilumine de nuevo el horizonte, convocaré a mis marineros, a mis arqueros, a todos mis hombres de armas, a sus mujeres y a sus hijos para decirles: “-El Hombre Luz quiere que todos seamos justos, que todos seamos buenos, que barramos nuestro pasado con las aguas purificadoras del amor que

hace los héroes, las mártires y los santos... ¡Yo iré delante de vosotros, seguidme!”

“¡Hombre-Dios que recibe mi pensamiento!..., ¡dame plazo hasta que aparezca la aurora y verás como siembro tus rosas rojas sobre la nieve de mis montañas! Hasta mañana”

III

“Apenas el sol se levantó hoy en el horizonte comenzó a resonar la bocina de plata de las grandes llamadas. Todo el ejército y el pueblo, inundó la gran llanura frente a la fortaleza. Con mis vestiduras de púrpura de oro subí a la torre más alta y a favor de la bocina les hablé así:

–Pueblo mío, soldados, mis guerreros de mar y tierra, ¡oídmeme!

“Quiero para vosotros la paz, la felicidad y el amor. Pero para conquistarlos necesito de vuestra cooperación.

“La más elevada justicia debe presidir todos nuestros actos. El más noble desinterés debe guiar todos nuestros impulsos hacia el bien. A estos fines quedan instaladas bajo pabellones y tiendas que hoy se levantan dos aulas públicas, una para hombres y otra para mujeres, donde un Instructor y una Instructora, ambos Kobdas compañeros del Hombre Luz, os enseñarán a conseguir la paz, la dicha y el amor.

“Todos vuestros dolores los remediaré yo, mediante la sabiduría emanada de él. En todas las mesas habrá pan, en todos los hogares habrá fuego, ningún techo estará sin pieles, ningún cuerpo sin abrigo. ¡Venid a mí que soy la depositaria de los tesoros del Dios encarnado, y seréis todos dichosos si dais entrada en vuestros corazones a la justicia, a la verdad y al amor!

“–Ya estamos aquí, con vos, Matriarca... Mandadnos y obedeceremos –me contestó un inmenso clamor–. Bien, que suban aquí dos veintenas de cada cuerpo de ejército y esperen que mandaré abrir los graneros y las bodegas, y que cada cual reciba lo que sea necesario para diez días.

“Los que tengan abundancia en su casa no reciban lo que es necesario a los demás, porque tal es el primer principio de justicia que quiero establecer.

“Me quedé mirando desde lo alto y vi dividirse en dos la muchedumbre. La mitad se alejaba enviándome bendiciones y besos que me llegaban en el aire. La otra mitad quedaba y se movía lentamente hacia la puerta que daba al patio de los graneros.

“Los encargados hicieron la repartición de granos, aceite y vino.

“Las Kobdas, mi madre, mis criadas y yo, repartimos abrigo y coberturas.

“Mientras centenas de obreros levantaban las tiendas al frente de la gran puerta de entrada a la fortaleza, donde a la segunda hora de la

tarde el Anciano Kobda Muref y la Mangrave Leticia comenzaron la instrucción al pueblo que empieza la conquista de la justicia, de la dicha y del amor”.

IV

“Acabo de llegar de una fatigosa excursión a la gran cordillera.

“Quise ir acompañada del Anciano Kobda Muref y de la Mangrave Leticia, como asimismo de mi tío y de los cuatro Jefes de guerra, entre los cuales se halla Kaíno el hermano del Hombre Luz.

“Nos hemos fatigado algo pero el éxito ha sido completo.

“Ya tenemos elegido el trozo de montaña en el que se ha de labrar el templo del Dios Único, el que según el príncipe Abel, ha dado vida a todos los dioses o genios adorados por los hombres de todos los tiempos.

“El trozo de montaña que hemos elegido tiene tres inmensas cavernas en las cuales existen innumerables columnas de cuarzo de formas caprichosas e irregulares, pero de un brillo tan maravilloso que cuando se encienden las antorchas diríase que es aquello un encantado palacio recubierto de topacios, amatistas y rubíes.

“¡Oh!..., paréceme que el Dios del príncipe ha creado tan maravilloso lugar tan solo para que los hombres del hielo sepamos que no necesita Él de nuestros esfuerzos para construirle un templo suntuoso, pues Él solo se lo ha construido ya.

“El Kobda Muref me asegura que con sólo el trabajo de pulimentar los pavimentos y labrar estrados laterales en las tres cavernas quedará aquello transformado en un magnífico santuario, capaz de albergar a un numeroso pueblo.

“Todo el mundo femenino de Kiffauser trabajará en los telares para que los cortinados y tapicería estén concluidos a su debido tiempo.

“¡Y he aquí que según la frase del Hombre Luz, el mago del amor habrá transformado las inmensas cavernas del Cáucaso en Santuario del Dios Único adorado por él!”

V

“Ayer me pidió una entrevista privada el príncipe Kaíno que tan hábilmente ha solucionado cuestiones arriesgadas y difíciles en Askersa. Es valiente y audaz. Tiene talento. Es gallardo y hermoso como el alce de nuestros montes nevados.

“Pero nada tiene de común con su hermano, el dulce príncipe Abel. Este es luz suave y tibia de una estrella azulada... Aquel es luz de relámpago cuyo resplandor se percibe juntamente con el fragor del trueno lejano.

“Abel y Kaíno..., he ahí dos hermanos bien diferentes. Antes de la Gran

Alianza se han dado tantos casos como éste por causa de las madres de diversas razas y climas.

“Pero..., deajo aquí mi punzón porque le veo llegar con mi tío...

* * *

“Qué dolorosa entrevista fue la que tuve con este hijo de las praderas.

“Me ha referido toda su historia comparada con los viejos papiros guardados por los Kobdas..., me anunciaba el corazón que no era hermano del príncipe Abel. ¡Él nada me dijo!... ¡Calló sin duda el secreto para que yo envolviese al huérfano en el mismo amor conquistado por Él!... Me ha declarado abiertamente su amor que juzga imposible a causa de la gran altura en que él me ve... Atormentado por esta idea quiere alejarse de mi lado para siempre. Yo aprecio en mucho su sinceridad. Le he confesado a mi vez que ni a él ni a nadie daré mi mano de esposa, porque no quiero encadenar mi voluntad ni llenar mi corazón con otra imagen que la del dios encarnado, cuyos ideales de justicia y de amor absorben por completo todo mi ser. Noté que palideció intensamente al oír estas palabras y dijo casi en secreto:

– ¡Siempre él!...

“¿Qué habrá querido decir con tales palabras?

“Ordenaré que cincuenta hombres del Primer Cuerpo de Arqueros que él mandaba le escolten hasta Dhapes, término de su viaje, y visto que no quiere aceptar remuneración por sus servicios, le donaré el Ánade II como regalo de bodas, pues me ha prometido tomar esposa entre las hijas de los príncipes de su raza.

“Pondré en el Ánade II, todas las bellezas que puse en el Ánade I para el viaje del príncipe Abel..., imenos el vaso de rosas rojas, porque eso es un poema no hablado ni escrito y que sólo lo comprende Él y yo!

“He mandado grabar una palma de oro, símbolo de la amistad verdadera, con estas palabras:

Al príncipe Aktrión de Nairi en recuerdo de la amistad sincera de Walkiria de Kiffauser.

“La mandaré colocar en el camarote destinado al Capitán del Ánade II.

* * *

“Hoy partió a mediodía, era el último recuerdo vivo que quedaba del príncipe Abel en Kiffauser.

“– ¡Matriarca!... –me dijo al partir–, isoy un león vencido!..., iy vencido por una blanca garza de los hielos eternos!

“Le despedí en la bahía desde lo alto del puente de mando del Ánade I.

“Me permití darle un consejo: –Consagrad a la mujer elegida para esposa todo el amor y felicidad que tuvisteis para mí, y recordad siempre que entre las nieves eternas habéis dejado una hermana que supo apreciar vuestro valor y los relevantes méritos que os adornan.

“Cuando le di mi mano a besar, cayó sobre ella una lágrima cálida como una gota de fuego... Que se haya evaporado en ella ese amor que no he podido corresponder y que Kaíno encuentre la dicha en una mujer que lo ame y comprenda.

“En su padre recientemente rescatado de un largo cautiverio se ven bien las huellas de una desaparecida hermosura, la hermosura proverbial de las razas vanesas del lago encantado.

“Resabio doloroso de la horrible tragedia de un pueblo y de una familia causada por las locuras de una mujer ambiciosa y egoísta en sumo grado. No tuvo ella, sin duda, un Hombre Luz que le enseñara los caminos luminosos del amor por el amor mismo.

“¡Desventurada mujer!..., pero Kaíno no es hijo de ella sino de la prófuga... He observado que entre él y su padre no ha surgido aún el amor y la confianza. Sin duda el hijo culpa a la debilidad paterna todos sus desaciertos y sus dolores. Aún no puede perdonarle.

“Me queda aún en Kiffauser un tenue resplandor de ocaso en el anciano Kobda Muref, a quien la Mangrave Leticia ha convencido de quedarse entre nuestras nieves.

“Con él hablaré del Hombre Luz y siempre será para mi alma solitaria como un resplandor tibio de aquel astro sereno que cruzó por mi sombrío horizonte haciéndome comprender que hay una infinita claridad allá lejos..., muy lejos..., mucho más allá de nuestros alcances humanos y de nuestra mezquina comprensión.

“El príncipe Abel en su último mensaje, el segundo que recibo desde su partida, me promete hacerme ver y comprender claramente la Luz Eterna, que fluye de lo Infinito y a favor de la cual puede el alma humana percibir bellezas no soñadas.

“Y todo esto debido al tesoro de sabiduría que unos solitarios han conservado en viejos papiros, en unas grutas ignoradas y ocultas de las montañas del Ática.

“Espero ese magnífico envío y sé que lo recibiré porque el Hombre Luz no puede jamás faltar a su palabra.

“Cuando Él habla es el Infinito quien habla por su boca. Ni puede mentir ni puede engañarse. ¿No es Dios hecho hombre?

“¡Oh, qué luminoso y maravilloso enigma se encierra en esa suprema verdad! ¡El Pensamiento y el Amor Eterno vibrando en una personalidad humana!... ¡Reflejárse desde una mente humana!... ¡Amando desde un espíritu humano! Mas para que así sea es preciso aceptar que esa

personalidad, esa mente, ese espíritu, debe haber llegado a la más excelsa plenitud de amor, de conocimiento, de pureza y de luz.

“Los relatos que mis notarios han recopilado de los asombrosos hechos benéficos realizados por el Hombre Luz desde Kiffauser a Anfípolis no dejan lugar a dudas de que en efecto está la humanidad en presencia de un Hombre-Dios”.

VI

“En la instrucción de esta tarde la Mangrave Leticia nos habló de los efectos maravillosos del amor mutuo y de la perfecta armonía en el desarrollo de las facultades superiores del espíritu.

“Y para que en la práctica comprobáramos esa teoría al entrar al recinto de invocación a la Divinidad, las dos Kobdas más sensitivas entraron primeramente con los ojos vendados siendo conducidas a sus sitios.

“Sonaron los laúdes y los perfumes quemados en los pebeteros recogieron en místico arrobamiento el espíritu.

“La Mangrave Leticia fue llamando por señas a las jóvenes de mayor afinidad con ellas.

“La bóveda psíquica se formaba con una suavidad indescriptible hasta el punto de que todas sentimos el alma como sumergida en una delicada ola de ternura que nos hacía llorar de unción, de recogimiento, de profundo amor hacia el Eterno Amor.

“No hacíamos otra cosa en ese instante que sentir y amar.

“De pronto la Mangrave Leticia hizo señal de entrar sin ruido a dos jóvenes de nuestra Escuela que habían tenido una hora antes un fuerte altercado con la Kobda Notaria, que las descubrió en una infracción de la Ley.

“Apenas ocupado sus sitios cuando las Kobdas sensitivas exhalaban suspiros y una extraña agitación las estremecía como en una violenta crisis nerviosa. Una oleada de sofocante calor corría velozmente por todo el recinto, y esto sin que la causa fuera conocida hasta entonces más que por la Mangrave, la Notaria y las dos jóvenes a que he aludido. Todas las demás ignorábamos completamente el hecho.

“La Mangrave Leticia dio allí mismo la explicación de lo que ocurría por vía de estudio y de comprobación, sin descubrir las faltas cometidas que fueron allí mismo reparadas con una reconciliación entre las jóvenes y la Kobda Notaria.

“Como las sensitivas habían sufrido un rudo choque, los laúdes ejecutaron nuevas melodías hasta que renació la calma por completo y las sensitivas recobraron la serenidad. Pero la suave ola de ternura del comienzo no volvió a sentirse en esa Invocación. La Mangrave Leticia dijo en alta voz:

“—Habéis comprobado que los ruiseñores de la Divinidad sólo cantan bajo una bóveda de amorosas glicinas entrelazadas unas con otras y de tiernas madre selvas de piadosa ternura y de suaves emanaciones de amor...”

* * *

Mientras esta admirable mujer de los hielos sempiternos continúa vaciando las confidencias de su alma sobre las hojas de tela encerada de su libro íntimo, veamos con el lector lo que ocurre a gran distancia, junto a las bocas del Nilo donde comenzamos a esbozar este largo relato.

194 EL VIEJO NIDO

El anciano Pharahome del Gran Santuario de Neghadá había caído postrado en el lecho por una parálisis a poco de haber regresado Abel del Norte con los viejos Dakthylos portadores de la sabiduría de Antulio encerrada en los viejos papiros que conocemos.

Comenzaron a llegar a La Paz alarmantes y tristes noticias, que la fuerza espiritual de Adonai había tratado de guardar en el cofre inviolable de su pecho de bronce donde se estrellaban todas las tempestades.

Recordará el lector que Zoan, la vieja capital de los Valles del Nilo, fue la cuna donde nació la Gran Alianza, y que había allí un Consejo de Gobierno formado de los ancianos Jefes de Tribus en representación de Bohindra, Jefe Supremo de la Gran Alianza, al cual debían enviarle detalladas noticias de todos los acontecimientos ocurridos cada cinco lunas.

Al florecer con tan maravillosa exuberancia el Santuario de La Paz debido a las magnas obras del apostolado exterior que tanto deslumbra a la multitud, parece que perdió algo de su pasada grandeza el Santuario de Neghadá ante el prisma puramente humano de los pueblos cercanos.

Los Kobdas jóvenes habían ido saliendo en grupos a llenar las necesidades de personal de los numerosos Refugios que se fueron abriendo en los países costaneros del mar Bermejo, del Golfo Pérsico, del Danube y costa norte del Mar Grande frente a Corta Agua y a la vieja Mauritania de los hijos del Sol.

Los dos Santuarios de Neghadá tanto el de varones como el de mujeres estaban casi exclusivamente poblados de individuos que pasaban del medio siglo y la mayoría muy ancianos.

Los grandes talleres de otra hora, semidesiertos yacían casi de

ordinario en profundo silencio pues ni las fraguas, ni los martillos, ni los cinceles y los buriles se agitaban ya más en una especie de vértigo afanoso de los múltiples trabajos a realizar.

Sólo en la Sala del Reposo jamás faltaban los enfermos curándose, ni en el Archivo los viejos Kobdas Notarios cerrando rollos de papiro ya terminados con los viejos Kobdas que habían dejado la materia en los últimos años.

Los sensitivos del turno para la Mansión de las Sombras, habían quedado reducidos a diez de los cuarenta que eran, pues el viejo Santuario debió dejar salir a muchos de los mejores sensitivos, para que en los nuevos Refugios no faltase la buena comunicación entre el plano físico y el mundo espiritual.

De todos los países donde se abrieron Refugios enviaban a la vieja Casa Madre contingentes de postulantes, desde luego escasos, pues que al establecerse en casi todos los países cercanos la Ley de la Gran Alianza, eran muchos menos los perseguidos, los tiranizados por las familias o por los caudillos, habían disminuido grandemente los raptos y atropellos de los piratas.

—He aquí —decían los ancianos Kobdas de Neghadá—, que a fuerza de dar vida a los demás, a fuerza de romper cadenas y de vencer al dolor, vamos muriendo lentamente nosotros.

Mas no estaban pesarosos de ello como no lo estarán seguramente en el futuro los verdaderos amantes de la Justicia y del Bien, cuando por ser todos los humanos conscientes de la fraternidad y del amor, sean ya innecesarias las casas de reclusión forzada, los asilos y orfelinatos, los hospitales y los manicomios.

Pero no obstante su conformidad con este lento proceso de acabamiento y consunción, eran al fin humanos y no podían sustraerse por completo a esa neblina gris de tristeza, de añoranzas, de recuerdos, de bellezas y glorias pasadas.

Las continuas partidas al mundo espiritual de los que por una larga ancianidad no era ya posible vigorizar nuevamente las agotadas energías físicas, era otra circunstancia dolorosa que se hacía sentir profundamente en el viejo nido. Algo así como la amargura que producen al tibio nido hogareño cuando los numerosos vástagos van dando su adiós, unos primero y otros después para seguir cada cual su camino a través de la vida buena o mala, feliz o desventurada que cada uno se ha elegido. Por fin la enfermedad del Pharahome Adonai, pareció colmar la medida de la amargura resignada y silenciosa de los viejos Kobdas de Neghadá.

Cuando estas noticias llegaron a las orillas del Éufrates, al Santuario de La Paz, dos almas vibraron al unísono en un profundo quejido que irradió más fuertemente en los que más sentían y más amaban: Abel y

Bohindra, que sin antes haber hecho comentarios sobre los mensajes que cada cual había recibido procedentes de Neghadá, se encontraron una noche bajo la columnata que unía los pabellones de los Reyes y ambos dijeron a la vez:

– ¡Neghadá nos llama! ¡Vamos a Neghadá!

Al siguiente día empezaba a organizarse la caravana al viejo Santuario, cuna gloriosa de toda aquella magnífica civilización.

Una creciente oleada de entusiasmo se formó rápidamente en los dos Santuarios.

Bohindra, Abel, Ada, Evana y Adamú debían ponerse al frente de aquella caravana, aumentada con una decena de Kobdas jóvenes y otra de los Dakthylos de menor edad, quedando al frente del Santuario de La Paz, el anciano Hilkar, en representación de Bohindra, y el Alto Consejo formado de Kobdas y Dakthylos, cuya suprema autoridad duraría hasta el regreso de los viajeros que no pensaban tardar más que tres lunas.

El pabellón de la Reina con sus numerosas pupilas, hijas de caudillos y de príncipes, quedaba bajo la inmediata tutela de las Kobdas del Santuario de mujeres, con el que estaba íntimamente enlazado.

Hondos recuerdos parecían levantarse como de una urna funeraria en el fondo de los corazones mientras recorrían al paso de los elefantes y camellos el pintoresco camino desde el valle del Éufrates hasta la orilla del mar. Donde un velero debía conducirles con más rapidez al viejo Santuario, desolado y triste por las constantes emigraciones de las golondrinas viajeras que le iban dejando para llevar a otras regiones la armonía de sus cantos y la majestad de sus vuelos.

Optaron por llegar de improviso, sin anuncio, sin mensaje de ninguna especie para evitar a los ancianos moradores del viejo nido todo esfuerzo para una fiesta de recepción.

Adamú y Evana tenían afán de ver y palpar las bóvedas donde estuvieran sus padres, Joheván y Aldis, cuando ellos eran chiquitines de veinte lunas de edad.

Bohindra pensaba en que bajo las luces del patio de los olivos existía el subterráneo funerario donde había una placa de mármol que decía “Aquí yace la envoltura material de Bohindra de Otlana que la dejó para continuar viviendo en el cuerpo físico de su hijo Joheván”.

Ada en su personalidad anterior de Sadia había estado muchas veces en espíritu en la Mansión de la Sombra hablando al alma de Bohindra que era uno de los cuarenta sensitivos del turno.

¡Neghadá vivía en ellos como una radiante visión de un pasado cercano!

Cuando dejaron sus elefantes y embarcaron en el velero que en

tres días les llevaría a las bocas del Nilo donde nadie les esperaba, sus meditaciones eran tan profundas que sin saber por qué les obligaba a callar.

Mas la noche antes de su llegada uno de los clarividentes de turno corrió al lecho de Adonai para decirle: –He visto al Hombre-Luz que viene a recoger tu último aliento.

El anciano enfermo sintió como un deslumbramiento de claridad demasiado intensa, como un canto de gloria a la entrada de un paraíso desconocido y ahogando un profundo sollozo se adormeció como en un leve desmayo.

La anciana Elhisa, su alma gemela, venía a verle todas las mañanas, esperando día por día el anuncio de que su golondrina compañera había emprendido su largo vuelo.

Sus ojos azules ya fatigados de tan larga vida se iluminaron de dicha cuando escuchó la noticia de que uno de los clarividentes había percibido sobre las olas del Mar Grande un velero que conducía al Hombre-Luz al viejo Santuario de Neghadá. Y apresurando sus pasos llegó la viejecita Kobda al lecho de Adonai que continuaba adormecido aún desde la media noche anterior.

– ¡Adonai, Adonai!..., ¡amado compañero mío! ¿Cómo es que duermes, cuando nuestro Niño Amor se acerca otra vez al viejo nido?

El enfermo abrió sus ojos y al ver a Elhisa le tendió sus manos temblorosas y enflaquecidas, mientras le decía:

– ¿No ves que mi alma fue a encontrarle a su barco para hacer junto con él el último tramo del viaje?

– ¡Conque tú, enfermo y casi agonizante!... ¿Te has anticipado a nosotros?

– ¿Qué quieres? ¡La poca vida física que me resta debe ser toda para él, a vosotros todos os di tantas ya!

Y los dos ancianos que tanto se habían comprendido y amado en sus largas vidas, continuaron dialogando sobre la llegada del Hombre-Luz, que sería para ellos como un sol primaveral a cuyo calor resurgirán a nueva vida las agostadas florcitas de su ancianidad.

De pronto resonó por todos los ámbitos del viejo Santuario la voz del vigía que desde la torrecilla de observación anunciaba por la bocina:

– ¡Velero a la vista! ¡Pabellón azul y oro de los Kobdas del Éufrates!

– ¡Voy, voy! –gritó Adonai, en un supremo esfuerzo, al ver que la anciana Elhisa se disponía a salir.

– ¡Pero, tú no puedes! –le dijo asombrada.

–Si tú me ayudas, podré. Vamos, golondrina compañera de mis vuelos..., isólo en este último y será la más bella obra con que me despidas de la vida material!

La dulce ancianita le ayudó a incorporarse y cubriéndolo cuidadosamente con el grueso manto blanco de las grandes solemnidades, emprendieron ambos, apoyados el uno en el otro, el camino que conducía al gran portalón de entrada donde ya esperaban todos los Kobdas cubiertos de blanco.

La llegada del velero que todos veían correr empujado por el viento de la mañana, como un gran pájaro de oro y azul, desde cuya cubierta aleteaban como alas de palomas, muchas manos que agitaban pañuelos blancos.

Cuando el velero echó anclas, Adonai y Elhisa llegaron penosamente asidos del brazo a la gran plataforma del viejo muelle de piedra, donde unos años antes se habían despedido con Abel creyendo no volver a verse sobre la tierra.

Aún temblaba el velero como fatigado de la carrera y ya Abel había saltado a la escalera que subía precipitadamente. Todos habían hecho lugar a la anciana pareja, y Abel en su primer gran abrazo los estrechó a entrambos sobre su corazón mientras repetía su frase habitual:

–*“Lo que Dios ha unido jamás se puede separar”*.

Lágrimas suaves de intensa emoción, rocío del alma inundada del amor puro que sólo conocen los seres escogidos, desahogaron en un sollozo conjunto, quedo y silencioso como un himno sin sonidos, sin ecos, la emoción inmensa de todos aquellos seres unidos por un supremo ideal.

El abrazo de Bohindra con sus viejos compañeros, que en dos vidas consecutivas habían compartido con él dolores y alegrías, tuvo honda repercusión emotiva en todas las almas.

Eran Bohindra y Abel los únicos conocidos de los moradores del viejo Santuario, que parecía estremecerse de dicha en sus bases de piedra, en los doseles de esmeralda de sus palmeras, de sus añosos olivares y de sus acacias cubiertas de pámpanos rosa y blanco en un exuberante desplazamiento de galas para recibir al Bienamado que llegaba otra vez.

El anciano Adonai, debió ser sostenido por Bohindra y Abel, pues su cuerpo tambaleaba como próximo a caer. El Kobda Rey ordenó a dos fuertes marineros de la tripulación de su barco que formando silla de manos transportaran al anciano a la Mansión de la Sombra, a donde todos debían encaminarse para la acción de gracias habitual al terminar un viaje. Ada y Evana colmaron de ternezas a la anciana Elhisa a quien mucho conocían de nombre y a través de sus grandes obras.

Los relatos de Zurima repetidos muchas veces, sobre la admirable mujer que transformó el palacio de monte Kasson en un Santuario de trabajo y adelanto espiritual, que hizo de princesas y siervas aletargadas

en el ocio y el placer, mujeres útiles a sus semejantes y a sí mismas, se les había hecho casi familiar y tan querida y admirada, como lo es todo ser que sin egoísmo y sin interés se consagra al bien de sus semejantes.

Durante la acción de gracias, la Morada de la Sombra se tornó en un activísimo laboratorio de fuerzas mentales que a insinuación de Bohindra todos brindaron a Adonai y Elhisa que realizaban la última etapa en su vida física de aquella hora.

Ambos ancianos cayeron en un sueño profundo; Elhisa sostenida por Ada y Evana entre las cuales se había sentado; y Adonai entre Bohindra y Abel.

Las almas gemelas de Adonai y Elhisa, se plasmaron nítidamente sobre las aguas de la gran pilastra, junto al Numú del inmenso fresco mural que ya recordará el lector. Y apropiándose de las urnas físicas de los sensitivos del turno, dialogaron así:

– ¡Elhisa!

– ¡Adonai!

–Nuestras materias agotadas nos marcan la hora de la partida.

–Pero la obra educadora de los Kobdas aún está a mitad de realizar.

–La hora es ya muy avanzada; estamos retardados en la tarea porque el campo es inmenso y los obreros muy pocos.

–Un esfuerzo más, hermano mío, amor mío de siglos..., y la labor será empezada utilizando el aura benéfica de las Inteligencias Superiores que pueblan el plano astral de la tierra mientras vive en ella el Hombre-Luz.

– ¿Qué quieres decir, Elhisa, hermana mía?... ¿Quieres que la Eterna Energía prolongue nuestros días sobre la tierra?...

–Con estos cuerpos, no. Con otros, sí. ¡Mira!

Los videntes vieron que se diseñaba un paisaje de montañas cubiertas de nieve de entre cuyas blancuras emergían ciudades de piedra sombreadas de abetos, de hayas y de morera.

– ¡Los países nórdicos! –continuó Elhisa–, donde se debate como un héroe de leyenda un espíritu fuerte que por sí solo no puede realizar la inmensa tarea que aquellas comarcas reclaman.

“Es una mujer y se llama Walkiria.

“Del otro lado del Ponto Euxino perdido entre las nieves eternas hay casi un continente: Escitia, Escandinavia y Casitérida, donde innumerables tribus de eslavos, lapones, celtíberos, escandinavos, galeses y godos, que como las perlas y el ámbar de los mares del Báltico esperan el esfuerzo decidido de los hombres del mediodía, para incorporarse al concierto de la civilización Kobda de esta hora solemne de la humanidad”.

Ante los clarividentes extáticos del Santuario de Neghadá, desfilaron aquellos soberbios paisajes de montañas nevadas y de mares y ríos

iluminados por los resplandores de oro y rubí de las auroras boreales quebrándose indecisas entre los témpanos de hielo flotando sobre las aguas...

Ambos espíritus continuaban dialogando en el hondo silencio de la concentración de los Kobdas, que contenían hasta la respiración para no interrumpir la visión magnífica que esbozaba el amor de Elhisa y Adonai unidos en una alianza que debía perdurar muchos siglos.

– ¡Elhisa!... –decía Adonai–, de tus palabras deduzco que la Eterna Sabiduría ha penetrado en tu mente con un soberano rayo de luz, y el Eterno Amor te impulsa a saltar por encima del abismo de la muerte física... ¡Es ése tu pensamiento, Elhisa!... ¡Lo estoy viendo!

– ¡Sí, Adonai, es ése! ¡Vivamos aún en la dura prisión terrestre que tiempo tenemos en la eternidad para volver a nuestro radiante mundo Arco de Oro, cuando allí estén convertidos en templos, escuelas y talleres los hospicios y las prisiones!...

–El momento es propicio pues la estadía del Hombre-Luz en nuestro viejo Santuario, facilitaría inmensamente la trasmigración espiritual a los cuerpos jóvenes que elijamos. ¿Has pensado ya en ellos?

–Ya lo ves. Tu hermanastro Alexis recientemente llegado de Hircania para verte morir; Kobda joven de treinta años lleno de entusiasmo y de amor hacia ti.

–Y la urna para ti, Elhisa, la veo surgir de tu mente como un resplandor de luna llena derramándose sobre un lago de cristal: la hermosa esclava galesa que rescatamos hace treinta lunas de los piratas cretenses y que vistió la túnica azulada seis lunas atrás. ¿He acertado?

–Sí, absolutamente en todo. Su gran afinidad conmigo y derechos a gran parte de Casitérida como descendiente del viejo Caudillo asesinado, facilitaría mucho mi traspaso a su cuerpo, y más adelante el llevar a cabo la obra civilizadora que anhelamos. Su madre y hermanas están recluidas en el Santuario de Kaldis en Frixos, país vecino del espíritu fuerte que lucha por derramar la luz en los países nórdicos; Walkiria la mujer de bronce más fuerte que las rocas de sus montañas.

– ¡Astrid! ¡Bien amada!... –exclamaron al unísono Elhisa y Adonai, por medio de los sensitivos cuyos órganos vocales usaban–. ¡Alexis!..., escogido por la Ley Divina.

Astrid la bien amada residente en el vecino Santuario de mujeres Kobdas caía en un profundo sueño, mientras sentada al telar tejía el manto blanco que ella misma debía vestir al ser coronada de adormideras en la terminación de la prueba final.

Alexis sentado entre los sensitivos de turno caía asimismo en letargo profundo.

Los diez Kobdas Fundadores plasmaron sus formas etéreas junto a los

cuerpos astrales, rosa y oro, de Adonai y Elhisa, para sellar con su presencia espiritual el pacto sublime de aquellos dos amantes eternos...

Todos los pensamientos de encarnados y desencarnados se posaron sobre Abel cuya vibración de amor fue tan intensa que irradió como una niebla luminosa en todo el vasto recinto. Se incorporó penosamente como si la inmensa fuerza espiritual que le envolvía casi le impidiera moverse, y acercándose lentamente a donde se habían plasmado etéreos personajes extendió su diestra sobre la pilastra del agua, exclamó con una voz que resonaba como un clarín de oro: “¡Sea como vuestro amor lo ha pedido!...” –sumergió su mano en las aguas de la fuente y la agitó con violencia.

La visión desapareció como una luz que se apaga de súbito y los durmientes e hipnóticos se despertaron al mismo tiempo.

El mago divino del Amor había engendrado una obra nueva y la Eterna Ley cedía al ruego del Amor.

Todos aquellos obreros del pensamiento, incansables cultores del espíritu, habían comprendido la tarea que les incumbía realizar: la trasmigración de Adonai y Elhisa a los cuerpos físicos de Astrid y Alexis, para continuar su apostolado de redención humana sin la pérdida de tiempo que ocasionaría la desencarnación y un nuevo nacimiento.

Ambos ancianos en un casi completo agotamiento físico fueron conducidos en dos camillas al jardín del reposo, donde treinta y cinco años atrás se realizaba la trasmigración de Bohindra en el cuerpo físico de su hijo Joheván.

La joven Kobda Astrid fue desde el Santuario de mujeres.

Ambos jóvenes se ubicaron al lado de Adonai y Elhisa. Abel se colocó de pie a la cabecera de ambas camillas y los Kobdas de más poderosas facultades formaron en torno un inmenso círculo. Los más ancianos se retiraron a segunda fila con Adamú y Evana que aún no habían desarrollado plenamente sus facultades espirituales por el orden de tareas que ellos desempeñaban en sus pabellones de La Paz, como regentes de los estudios de aquella juventud.

Una veintena de laúdes dirigidos por Bohindra preludiaron una suave melodía adormecedora de toda emoción de orden inferior, y una bóveda psíquica del más puro y santo amor se formó casi de inmediato.

Alexis y Astrid cayeron en letargo en el momento en que dos hondos suspiros entreabrieron los labios de ambos ancianos.

Dos Kobdas médicos arrodillados junto a las camillas tenían las manos sobre el pecho de los viejecitos sintiendo los casi apagados latidos de sus corazones. Aquel suspiro marcó la última palpitación, y el pensamiento unido de los Kobdas ayudó a Alexis y Astrid a cortar el hilo fluídico que les unía a sus materias y emprender vuelo al infinito azul.

El primer gran paso estaba dado. De inmediato se ordenaron los turnos que habían de velar los cuatro cuerpos que parecían cadáveres.

Pronto se vio que los cuerpos viejos empezaban a enfriarse adquiriendo la rigidez de la muerte, mientras los jóvenes irradiaban suaves vibraciones perceptibles a las manos de los sensitivos que tocaban la frente y el plexo solar. Al segundo día una suave respiración salía por los labios entreabiertos y el corazón palpitaba casi imperceptiblemente.

Una veintena de Kobdas, por turno, velaba permanentemente, emitiendo fuertes emanaciones de hálito vital en procura del perfecto dominio y conjunción cerebral y mental en aquellos dos aletargados organismos.

El día tercero el corazón palpitaba con normalidad y ligeros movimientos de cejas y labios indicaban a los Kobdas observadores y cautelosos, que los órganos vocales estaban próximos a pronunciar palabras, y los ojos a percibir la luz y las formas del mundo exterior.

Cuatro turnos de Kobdas veladores se cambiaban en la mañana, cuatro después del mediodía y cuatro en la noche a fin de que un demasiado desgaste de energía no entorpeciera el éxito de la magnífica obra.

Cuando el sol del quinto día se levantaba radiante en el cenit, los Kobdas vieron que Elhisa abría lentamente los párpados y mirando hacia todos lados decía en voz muy baja:

– ¡Cuántos sueños en una sola noche! ¡Quisiera andar y no puedo moverme! ¿Qué me pasa?

Algunas Kobdas habían sido llamadas desde el día en que fueron bajados a la cripta del patio de los olivos los cadáveres que fueron abandonados el primer día de los trabajos. Ellas rodeándola le respondieron:

–La Ley Divina te ha concedido nuevamente la vida y pronto podrás andar como antes. Prueba a incorporarte –ayudándola se sentó al borde del lecho.

Abel y Bohindra con otros Kobdas penetraron al recinto.

– ¡Niño Luz!... –exclamó Elhisa–. Ven y ayuda a esta pobre vieja a quien le faltan ya las fuerzas para andar por sí sola.

Estas palabras le descubrían por completo ante los observadores. Se veía anciana todavía.

Abel se acercó a ofrecerle su brazo, y Elhisa con el joven y ágil cuerpo de Astrid, la rubia galesa, comenzó a andar lentamente.

Bohindra con otros Kobdas se acercó a Adonai que con sus párpados entornados luchaba por comprender. Se miraba las manos fuertes, sonrosadas, sin arrugas...

– ¡Alexis! –le dijo Bohindra–. ¿Qué encuentras de nuevo en tus manos que así las contemplas? ¿Sientes algo anormal en ellas?

– ¡Alexis! ¿Por qué dices Alexis?... ¡Kobda-Rey!... ¿Has olvidado ya a tu viejo compañero Adonai?

Bohindra sonrió complacido al encontrarse de nuevo con el alma de Adonai que salía por los ojos pardos del joven hircanio que le había cedido su materia física.

– ¡Me habéis inyectado vida nueva a lo que parece, pues estas manos tienen un vigor extraordinario!... La llegada del Hombre-Luz y la tuya algo debía traer a los viejos de Neghadá. Esto significa que me habéis cerrado la puerta que lleva a la libertad. ¿No es así?

– Sí, es así porque así lo ha permitido la Ley. ¿No deseas incorporarte para probar las fuerzas?

– ¡Veamos!... –y Alexis con bastante soltura bajó sus pies de la camilla y apoyado en Bohindra se puso de pie. En tal momento resonaron las clarinadas anunciadoras de éxito y de victoria, y se vio interrumpir por arcadas y columnatas a todos los moradores del viejo Santuario.

Sólo Adamú y Evana se encontraban entristecidos, preocupados y silenciosos. Bohindra lo percibió enseguida y se volvió hacia Evana.

– ¿Qué aleteo gris es ese que revuela por tu cabeza, hija mía?

– Los dos viejecitos tan hermosos en su ancianidad, ¿dónde están?

Bohindra cruzó el índice sobre sus labios, mientras decía:

– Es maravillosa la Ley Eterna que permite a ciertos seres rejuvenecerse para el bien de la humanidad.

El Alto Consejo fue de opinión que dentro de los muros del Santuario seguirían viviendo los amados nombres de Adonai y Elhisa, que encerraban todo un grandioso poema de obras de amor y redención humanas, pero ante el mundo exterior debían ser nada más que Astrid y Alexis, toda vez que tenían familia y numerosa parentela que los conocía.

¿Cómo hacer comprender estas verdades a los profanos que poco o nada saben de las grandiosas fuerzas que obedecen a leyes superiores, ni de las sublimes alianzas de las almas que perduran a través de los siglos en una eternidad sin límites?

En todos los tiempos y en todas las escuelas filosóficas, todas las doctrinas fueron: una la enseñanza para las multitudes de escaso desarrollo mental y otra para los espíritus selectos que habían dedicado muchas vidas al estudio de Dios y de las almas.

Sin otros comentarios se dirigieron todos a la Mansión de la Sombra para conseguir de los planos espirituales superiores que aquellos dos seres tuvieran la lucidez necesaria para comprender y aceptar el nuevo estado físico y espiritual en que la Ley Eterna les había permitido colocarse.

En aquel augusto recinto, el “Yo Superior” de ambos había diseñado el magnífico programa a seguir; y allí también debía comprenderlo y aceptarlo el “Yo Inferior” que es el que convive en la materia en el plano terrestre donde la personalidad debe desenvolver sus actividades.

El Alto Consejo con Bohindra y Abel deliberaron a la puerta del sagrado recinto, mientras los demás se ubicaban en sus sitios habituales.

Astrid entre las Kobdas venidas del Santuario de Mujeres, con Ada y Evana, ocupaban los sitios centrales de la primera fila de bancos.

Alexis al centro de los sensitivos de turno entre los cuales había estado desde su llegada de Hircania, debido a que estaba dotado de una gran percepción fluídica y espiritual, que lo hacía apto para captar a gran distancia las vibraciones más sutiles y los pensamientos más profundos.

En esto como en otros aspectos consistía su semejanza y afinidad con el anciano Adonai a quien por ley de aquella hora había cedido su cuerpo.

El más anciano del Alto Consejo inquirió la voluntad de todos sus hermanos si habían de elegir un nuevo Pharahome o había de continuar Adonai en la nueva etapa de vida que se le había presentado.

Bohindra indicó la conveniencia de interrogar primeramente al mismo sujeto sobre quien se trataba, y se vio que él con una lucidez plena de su nuevo estado, se puso de pie y dijo a todos sus hermanos:

–Hombre-Luz, Amor y Sabiduría; Kobda-Rey que fuiste puesto por la Ley Divina en lo alto de un monte para dar luz a la humanidad; Hermanos todos, que habéis cooperado a que se cumpliera en mí la Ley Divina. Creo que debéis responder a los designios de esa Ley, que si me ha concedido una nueva vida, no es para que yo la goce tranquilamente en el más alto puesto de este Santuario que es un tibio nido de todas las ternezas y de todos los amores. Me la ha concedido para que mediante grandes esfuerzos vaya a sembrar la Verdad, la Justicia y el Amor en los países nórdicos..., entre las razas que viven entre las nieves eternas, donde todo un continente espera y desea su redención.

El Kobda-Rey dijo entonces: –Esperemos el consejo de lo alto y os invito a una invocación espiritual.

Los laúdes preludiaron una suave melodía que era el acompañamiento de un himno que llamaban “Hágase la luz”, cuyas notas graves y profundas producían casi insensiblemente un hondo recogimiento.

Los clarividentes primero y todos los demás después vieron tribus numerosas, grupos aislados, familias e individuos que perdidos entre nieves eternas vagaban como desorientados, luchando sin saber por qué luchaban; buscando los tesoros de los Mares Blancos o en las entrañas de la roca, en las olas turbulentas de sus ríos inmensos sin otra finalidad que comer, vivir y procrear, con casi ninguna diferencia de sus majadas inmensas de renos, de ciervos y de osos.

Bajando un tanto hacia las cercanías del Ponto Euxino vieron diseñarse como en un gran lienzo transparente, un adusto y negro torreón que parecía una fortaleza para un pueblo de gigantes. Era el Santuario de Kaldis donde unas seiscientas mujeres, esposas secundarias e hijas de Caudillos,

vegetaban, reñían, se aburrían soberanamente mientras esperaban la promesa del príncipe Abel de enviarles alguien que les hiciera saber cuál era el camino que debían seguir en procura de su dicha y de su paz.

Del otro lado del Cáucaso, perdidos entre las oscuras cavernas vieron como aves de rapiña de fosforescentes ojos, la agrupación tenebrosa de los Mingos, los adoradores de Vitgner, el pájaro fuego, dios de la aberración, de la iniquidad, que atisbaban el momento de caer como manadas de chacales hambrientos sobre aquella humanidad semidormida en una inconsciencia infantil.

Ante ese panorama inmenso de montañas cubiertas de nieve, de ríos torrentosos cuyas aguas parecían agitarse en furiosos oleajes como para impedir que los hielos petrificaran, vieron, de pronto, diseñarse una blanca silueta de mujer de pie sobre un peñasco que resistía el empuje formidable de un río caudaloso que precipitaba sus aguas bravías entre los témpanos helados de los grandes lagos Azov.

Su cabellera de oro agitada por el viento no dejaba percibir claramente su rostro.

Mas, de pronto, se le vio encender una antorcha cuya rojiza llamarada la envolvió como en un manto de gasas escarlatas transparentes. Miraba al occidente y decía con angustia:

“– ¡Todo muere sin vivir!...

“Apolón, dios de los hielos eternos...

“Numú, dios de las praderas en flor...

“Abel, retazo de cielo azul sobre esta tierra que muere sin vivir...

“Sed conmigo en esta hora para inyectar la vida, la luz y el amor en estos parajes donde los hombres y las bestias viven a un mismo nivel”.

“Luego se deslizó como en un vuelo sereno hacia una inmensa bahía donde se agitaban amarradas a la costa numerosas barcazas pesqueras de rústico maderamen y pieles de focas sin curtir. Vio como los amos arrojaban a empujones y latigazos a sus esclavos al fondo de los lagos para que arrancaran de allí valiosos cargamentos de perlas, ámbar, nácar y corales...

“¡Vio a muchos volver a la superficie chorreando sangre y ya moribundos por las furiosas acometidas de los monstruos del mar!...

“¡Al amo no le importaba la vida de sus esclavos a cambio de la cual recogía con bárbaro placer aquellas riquezas que habían costado la vida a innumerables seres humanos!...

“La hermosa mujer de la visión, tornó su rostro contraído por el dolor, hacia las márgenes del Ponto Euxino, que se distinguía a lo lejos como un espejo azulado, y exclamó:

“– ¡Kiffauser, mi Kiffauser! ¡Tú tienes la claridad de los ojos del Hombre-Luz que pisó tu suelo, y derramó su aliento en tus montañas, llenó de

armonías tus auroras y tus ocasos con la vibración de su palabra!... Mas esta humanidad que va surgiendo como raposas de la nieve..., ¿quién la alumbrará en la oscuridad de sus caminos?...”

“El alma del Hombre-Luz, tan intensamente evocada, se plasmó en el éter junto a la blanca mujer de la antorcha, y le dijo:

“– ¡Tú!... ¿No tienes acaso esa antorcha cuya luz tiñe de palo y rosa la nieve de las montañas y las heladas escarchas de los rosales?...”

“La mujer, cayó de rodillas..., su antorcha rodó sin apagarse por el suelo..., los musgos, los arbustos, los pinares se incendiaron con su llama viva que llevaba el viento. Las dos figuras, del Hombre-Luz de pie y la mujer arrodillada, se recortaron como blancas estatuas de marfil sobre un fondo de púrpura vivo.

“– ¡Hombre-Luz de los Kobdas!

“– ¡Walkiria!..., antorcha de los hielos eternos. ¿Ves como nuestras rosas rojas han cubierto de púrpura la blancura helada de tus nieves?

“Levántate que no es de rodillas como se rinde adoración al Amor Eterno sino de pie con la antorcha en la diestra y el saco de semilla de verdad y de justicia en la siniestra.

“¡Sembrar, sembrar y sembrar! He ahí tu misión de esta hora.

“–Estoy sola, Señor, y estos campos nevados son inmensos..., me habéis prometido baluartes, columnas, torreones de fortaleza y faros de claridad para cooperar conmigo en la ardua tarea. Mas ya lo veis... Hombre-Luz..., a nadie veo cerca de mí.

“– ¡Los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra será cumplida!

“¡Mira! y que tu fe sea fortalecida para todos los siglos que han de venir. –Y como dos retazos de gasas sutiles y doradas se diseñaron junto a ellos los cuerpos astrales de Adonai y Elhisa que levantando a la blanca mujer arrodillada le dijeron–:

“–Jamás está sola quien por la Ley camina. Aquí estamos contigo.

“–Esa Ley os enlaza en esta hora que se prolongará por tantos siglos como sean necesarios para envolver a toda la tierra en una inmensa guirnalda de rosas rojas, símbolo eterno del amor de todos los justos y del sacrificio de todos los mártires. –El Hombre-Luz que pronunció estas palabras extendió sus brazos abiertos y aquellos tres espíritus se precipitaron entre ellos, que cerrándose como un misterioso anillo las confundió en un solo dorado resplandor”.

La visión se esfumó en la penumbra silenciosa de la Mansión de la Sombra donde empezó a sonar suavemente la melodía apenas perceptible de los místicos laúdes de Bohindra y sus compañeros, para que las almas tornaran sin violencia a las sensaciones del plano físico donde debían continuar su dura y penosa labor.

Allá en la vieja fortaleza de piedra, en la ribera del Ponto Euxino,

Walkiria de Kiffauser se despertaba a la viva claridad del sol que ya llegaba al cenit y viendo a su madre que parecía velar su sueño, exclamó llena de optimismo y de fe:

– ¡Madre!... ¡Qué hermoso sueño!... ¡Soñé que hablaba con el príncipe Abel que me reiteraba su promesa de darme cooperadores para inundar de luz y de rosas rojas los países del hielo!

– ¡Qué susto he pasado por ti, pues ni en los días de más grandes tareas has dormido hasta casi el medio día!

Dejamos a la meditación y estudio analítico de los lectores el llegar a la clara comprensión del poder sobrehumano de la Eterna Energía y del Divino Amor, para dejar entrever a inteligencias encarnadas parte de su Idea, a realizar en un futuro próximo o lejano.

Cuando el alma humana se entrega con toda la potencia de su voluntad a la búsqueda de la Divina Sabiduría, ésta le sale al encuentro para decirle como enamorado Esposo de los Sagrados Cánticos: “He corrido presuroso a tu voz que me llamaba y te daré a beber de mi vino que es fuente de dicha y de amor”.

195

EL POEMA DE ADONAI Y ELHISA

Al día siguiente el Alto Consejo de ambos Santuarios, con Abel, Bohindra y diez clarividentes de los más probados, empezaron la ardua tarea de desentrañar de las hermosas visiones obtenidas, la realidad de hechos que no debían tardar. Eran treinta Kobdas los que formaban este sublime Consejo que reclamaba de la Divina Sabiduría: luz y acierto en la interpretación de tan magníficos panoramas astrales y etéreos con trascendencia al plano físico y a grandes porciones de humanidad que habitaban determinados parajes.

Los Notarios fueron escribiendo detalladamente los dictados de los clarividentes, y los Kobdas más avezados a esta clase de estudios, meditaban, escuchando atentamente, y cada cual en su cartapacio de telas enceradas escribía lo que la buena lógica, ayudada por la inspiración y el superior conocimiento de los caminos de Dios, le señalaban como un reflejo sereno y claro de la Idea Divina que debía manifestarse en ellos.

Cuando durante siete días estudiaron punto por punto las clarividencias obtenidas en relación con las dos vidas que la Ley Eterna permitía continuar a Adonai y Elhisa, llegaron a estas importantes conclusiones:

La joven Kobda Astrid era nieta de Lugal Marada el famoso Aitor, Sacerdote y Rey de los países del hielo. Su madre era hija de la cuarta

esposa del gran Caudillo. La madre de Astrid se encontraba con sus hijas menores en el Santuario de Kaldis.

A esta cuarta esposa, Lugal Marada al darle carta de soberanía para apartarla de sí por la Ley de la esposa única, le había dado en dote una gran porción de tierras en la costa sur de los grandes lagos Bálticos, donde varias tribus de Escandinavos vivían felices entre la escarcha y la nieve. Ella era escandinava y allí había nacido su primera hija, a quien Lugal Marada casó con el Caudillo de la más numerosa tribu de las que habitaban junto al Golfo Grande. Estos eran los padres de la joven Kobda Astrid que cedió a Elhisa su urna material para que realizara una segunda vida.

Por muerte de Axel, su padre, durante las grandes sublevaciones que costaron la vida a los valientes Caudillos, emparentados o aliados de Lugal Marada, su madre Engli se retiró al Santuario de Kaldis a llorar la muerte de su esposo, de sus dos hijos mayores y la desaparición de Astrid, que le fue robada por los piratas de los lagos nórdicos y vendida en la Cretasia.

Astrid, encariñada profundamente con las dulces madres Kobdas de las bocas del Nilo, no quiso regresar a su país natal que vio envuelto en sangre y duelo, aunque hizo llegar a su madre la noticia de que había sido salvada por los Kobdas peregrinos que recorrían las costas rescatando esclavos.

Así delinearon claramente los Kobdas en Consejo la personalidad de Astrid ante el escenario del plano físico en que debía desenvolver su vida.

Estudiaron después la personalidad de Alexis, originario de Hircania, comarca extensa y fértil que abarcaba desde el sudeste del Mar Hircanio hasta el gran lago Orio, formado por la desembocadura del caudaloso río Amudaria. Su padre había fundado con tribus dispersas de celtíberos, mineros y metalurgistas en su gran mayoría, una especie de dinastía con un Jefe Sacerdote a quien llamaban Flam-ini, hijo del fuego, que era el dios adorado por ellos, toda vez que el fuego fundía y purificaba sus metales, y sus piedras preciosas que les proporcionaban el pan, el vino y el aceite, por los cuales cambiaban en las praderas los tesoros extraídos de las montañas.

Este unificador de tribus era también padre de Adonai, que con madre diferente resultaban hermanastros con nuestro joven Kobda Alexis. Fue, pues, el primer Flam-ini de la Hircania, y como murió asesinado por las hordas de la reina guerrera Shamurance, no había entrado aún en la Gran Alianza del Éufrates y el Nilo, razón por la cual dejó dieciocho esposas con numerosa prole.

Adonai era hijo de la tercera esposa y Alexis de la duodécima, que

estando dotada de una percepción telepática a la vez que de una maravillosa intuición, fue venerada como una pitonisa favorecida por los dioses y se conquistó la preferencia del Flam-ini esposo, no obstante de ser la número doce. Se llamaba Ezarina y obtuvo para sus hijos que eran dos varones y una mujer, privilegios iguales a los hijos de la primera esposa.

Alexis era el hijo segundo y entró al Santuario del Hircanio cuando cumplió los veinte años.

Hacía tres años que su hermano mayor le llamaba para ponerse al frente de sus tribus, porque debido a un derrumbamiento en una mina estaba con sus piernas inutilizadas para todo movimiento.

Pero Alexis que se sentía como pajarillo en un tibio nido de lanas y sedas retardaba día a día el acudir al llamado de su hermano. En este estado la situación, Alexis había acudido al Nilo a la noticia de que el más amado de sus hermanos mayores, Adonai, estaba para morir.

Averiguadas todas estas circunstancias los Kobdas encontraron muy claro los caminos seguidos por la Eterna Ley para llegar al hecho que se había producido.

Desde el gran lago Orio hasta el río Ural, afluente del Caspio se extendía el dominio que por voluntad paterna había sido asignado a Alexis y su hermano mayor.

Estaban en presencia de dos seres que podían tener influencia decisiva en los países de Alkgebirque, Kurtuan y en la costa sur de los grandes lagos Bálticos, región que en las clarividencias obtenidas habían visto sumergida en la más completa ignorancia; y por otra parte la vasta comarca norte del inmenso país de Hircania desde el lago Orio hasta el río Ural.

Largas millas de distancia separaban una comarca de otra. Era necesario vadear tres inmensos caudales de agua para ponerlas en comunicación: el Volga, el Donda y el Koraforca *—Dnieper—.

¿Qué era esa distancia ante lo que un puñado de seres unidos por un ideal sublime habían realizado para que dos almas heroicas en su perseverancia y su fe pudieran continuar una jornada más en beneficio de vastas porciones de humanidad?

Mas, los Kobdas habían comprendido que ellos habían terminado su cometido y que ahora, era la Eterna Ley quien debía obrar directamente en el fuero interno de ambas golondrinas viajeras de la Eternidad. Descansados en la Divina Sabiduría y en el Eterno Amor esperaron los acontecimientos que ya no podían tardar.

Mientras esperaban ocuparon el tiempo en grandes y hermosas obras: los comentarios e interpretaciones de los papiros de Antulio, en asambleas que duraban horas en el Archivo de las Edades.

Bohindra acompañado de Abel, Adamú y Evana, bajaron a la cripta del patio de los olivos porque era justo que vieran la urna física ya momificada que treinta y cinco años atrás abandonara Bohindra por mandato de la Eterna Ley cuyos encargos no había tenido tiempo de cumplir.

Visitaron la bóveda que fuera habitada por Joheván, padre de Evana, antes de haber cedido su cuerpo físico para la trasmigración de Bohindra; y la que por largos años habitó Aldis, padre de Adamú, que ya era un anciano venerable, el Pangrave Aldis como todos le llamaban.

Las grandes obras de amor realizadas por las mujeres Kobdas entusiasmaron grandemente a la Reina Ada.

Aquel vasto jardín de niños y adolescentes morenos que los antiguos súbditos de Marván continuaban cambiando con las Kobdas, que les daban en pago de la ofrenda humana, las más delicadas manufacturas de arcilla, madera, huevos, plumas, cuernos, corales y perlas.

El pabellón de los Libros Vivos que era como un museo de ancianitas Kobdas, cuyos dedos temblorosos tenían aún la fuerza para manejar la rueca y el huso, para preparar los blancos vellones de lana, que luego transformaban en grandes madejas de variados colores, después en ovillos hasta que llegaban a los telares ante los cuales, las Kobdas más fuertes hacían prodigios de rapidez y de habilidad.

Ropas de todas especies iban surgiendo de aquellas manos femeninas que sólo se detenían cuando anunciaban la hora de la concentración espiritual, de los himnos de adoración al Infinito..., de las frugales refecciones para alimentar la materia...

Cuando Bohindra, Ada y Abel les decían:

– ¡Mangrave!..., ivosotras habéis vivido ya la hora del trabajo, y ha sonado para vosotras la del descanso!...

–No lo creáis –contestaban ellas–, que la hora del trabajo perdura mientras hay fuerzas para realizarlo.

Quisieron ver a Astrid, o sea, Elhisa, que habiendo cooperado a la rendición de mujeres en el País de Ethea, y pareciéndole que eran escasos los frutos recogidos, había querido continuar en otra materia joven su magnífica siembra de amor y de luz.

–Ha pedido diez días de silencio y de concentración y no se la ve sino en la Mansión de la Sombra y en el patio de los olivos –les contestaron.

–Como si se hubieran puesto de acuerdo con Alexis –dijo Abel–, pues también él ha pedido soledad por diez días, que los pasa debajo de los olivos o en un banco del recinto espiritual.

“Ambos están con los pies sobre la tierra y con las almas dialogando con su Ego, para estar ciertos del camino a seguir –dijo Bohindra, que

conocedor de esos estados del alma, adivinó enseguida lo que pasaba por ellos—.

“Ya veréis —continuó—, cómo al terminar los diez días les veremos de inmediato emprender el camino que habrán comprendido que es el suyo”.

—Los espíritus originarios de Arco de Oro *—Arturo—, y de la evolución alcanzada por ellos están dotados de una precisión admirable, y son rápidos y decididos en la acción —añadió Abel, pensando en otros casos concretos experimentados por el anciano Hilkar de Talpakén y otros Kobdas ancianos, ricos en observaciones psicológicas de diversos aspectos.

Cuando tres días después terminaban los diez de concentración y de silencio que Astrid y Alexis habían pedido cada cual en su Santuario, ambos se presentaron al Alto Consejo, pidiendo ser enviados para ayudar a la heroica mujer de los países del hielo, en la educación de aquellas grandes porciones de humanidad donde habían visto que no se bastaba sola.

Ni uno ni otro habían vuelto a hablarse ni verse desde el festín realizado en conjunto el día que quedó plenamente comprobado que la trasmigración de espíritus se había hecho con buen éxito. Astrid sentada a la mesa aquel día, entre la Reina Ada y la Instructora Mayor o Pharaforme del Santuario de Mujeres; y Alexis entre Bohindra y Abel, no tuvieron oportunidad de comunicarse proyectos futuros. Entregados todos a las puras alegrías que proporciona el deber cumplido en medio del amor fraterno, dieron pleno descanso a las mentes cuya labor días antes fue demasiado intensa. Palabras no se habían cruzado entre uno y otro; pero las ondas telepáticas habían corrido vertiginosamente de un alma al alma compañera, y en los largos días de solitaria meditación se habían puesto de acuerdo y tomado resoluciones a las cuales ninguna de las dos debía faltar. Y no faltaron.

Oídas y contestadas todas las observaciones que los Kobdas de los Altos Consejos les hicieron a cada cual en su propio Santuario, tanto Alexis como Astrid pidieron dos o tres auxiliares para la vasta misión que habían aceptado.

—Id —le dijeron a Alexis—, al Santuario de nuestras hermanas Kobdas y averiguad si la Kobda Astrid ha pensado como vos.

Viéndole salir prontamente, los Ancianos del Alto Consejo, dijeron entre sí:

—Será la última prueba de que en verdad estamos ante los grandes espíritus de Adonai y Elhisa, prontos para cumplir una nueva misión.

Recordará el lector de este libro que ambos Santuarios estaban unidos por una columnata en alto, pues era a la vez puente para la época del desbordamiento del Nilo.

Esta columnata que tenía fuerte balaustrada de piedra con bancos adosados a ella estaba sombreada por ambos lados de inmensas palmeras que entretejidas de hiedras y de glicinas formaban como un ancho túnel de exuberante verdor.

Las Ancianas del Alto Consejo del Santuario de mujeres, habían dicho a Astrid lo mismo que los ancianos: –Tratad de informaros si Alexis ha pensado como vos.

La joven se dirigió a la gran puerta del Santuario que daba a la columnata y que durante las horas del día estaba siempre abierta.

La Kobda portera que daba paso a toda entrada y salida le preguntó:

– ¿A dónde vais? El sol empieza a declinar y no falta mucho para el himno del ocaso.

–Voy en busca de mi destino –respondió la joven, como absorta en un pensamiento profundo. La Kobda portera la dejó pasar.

–Yo vengo también empujado por ese destino –díjole de pronto la voz del Kobda Alexis, levantándose del primer banco cercano a la puerta y oculto a medias por las hiedras de la columnata.

– ¿Veníais aquí?

–Hace ya rato que estoy quieto como una momia sobre este banco porque esperaba que saldríais a buscarme.

Un súbito carmín coloreó el blanco y hermoso rostro de Astrid, que preguntó:

– ¿Y por qué pensasteis que había yo de buscaros?

– ¡Por la misma causa que he venido a buscaros yo! ¡Recuerda, Elhisa, que yo soy Adonai!

Ella se dejó caer sobre el banco como abrumada por la inmensa carga que aquellos nombres significaban.

– ¡Adonai y Elhisa! –murmuró con voz queda y honda–. ¡Abriremos de nuevo surcos entre piedra pedregosa y fría!... Perforaremos la roca viva de enormes montañas que interceptarán nuestro paso. Nuevos abismos de dolor nos arrojarán otra vez al uno lejos del otro..., ¡y yo mujer, seré de nuevo víctima de brutales tiranías que harán de mí una mártir por milésima vez!... –Y cubriéndose el rostro con ambas manos rompió a llorar a grandes sollozos.

– ¡Elhisa!..., golondrina compañera de largos siglos –exclamó Adonai–. ¿Por qué vuelves así a vivir aquella otra juventud que ya descansa en el pasado?

“¿De qué martirios hablas y de qué dolorosa separación?

“¿No estamos acaso, uno al lado del otro como pajarillos en una misma rama?

“¿No has comprendido acaso que con los despojos que hemos dejado

en urnas sepulcrales, terminaron ya nuestra conjunta expiación, y que la Eterna Ley nos lleva de la mano al Santuario de marfil y oro de su divino festín?

“El Archivo de las Edades me ha descubierto muchos secretos tuyos y míos. Con mis viejos labios de Adonai que ya no hablarán más, he comentado más de una vez contigo, Elhisa, la dura expiación que durante cuatro vidas consecutivas hemos sufrido tú y yo para borrar los pecados de un egoísta amor que nos anulaba para la humanidad llenándonos de nosotros mismos.

“Muchas vidas pasamos amándonos egoístamente sin pensar nada más que en nuestra propia felicidad a la que sin duda habremos sacrificado todo lo que pudiera empañarse. Si en esas cuatro vidas terrestres no pensamos que esa egoísta dicha nuestra era fuente de lágrimas para muchos, era justo que la Eterna Ley hiciera como que olvidaba también nuestra necesidad de dicha en estas tres últimas vidas.

“Hemos olvidado muchas veces la Ley que dice: “Haz con tus semejantes como quieras que se haga contigo”.

“Nosotros encarnados en poderosos personajes hemos pisoteado muchas veces el amor de jóvenes corazones que buscaban la dicha justa y legítima en la unión conyugal.

“¿No hemos comprado doncellas para esclavas, arrancándolas a viva fuerza del amor de sus madres y de sus prometidos? ¿No hemos hecho y deshecho matrimonios como nuestra conveniencia y voluntad lo quería, sin contar para nada con la voluntad de los interesados, cuyas esperanzas e ilusiones deshojamos en flor?

“Desde la época remota de Anfión, el Rey Santo, tú y yo hemos escuchado aquella soberana palabra: “No hagas a otro lo que no quieras para ti”.

“¡Oh, Elhisa! El Archivo de las Edades guarda muchos secretos tuyos y míos, y la Eterna Ley es muy severa en castigar los pecados contra el amor.

“Oye: una joven tejedora de lino y un pastorcillo se amaban desde la niñez prometiéndose unirse en matrimonio cuando sus padres dieran su beneplácito. Pero tú y yo quisimos conquistarnos la voluntad del gran monarca cuyos vastos países eran vecinos de nuestro principado, y no vacilamos en tomar como se toman los mejores corderos de una majada, los más apuestos donceles para ofrendarle una hermosa escolta de honor.

“La joven tejedora de lino se arrojó al torrente desde lo alto de un negro peñasco. ¿Para qué desearía ella la vida, si su amado doncel iba a marcharse lejos a ser casado con una extranjera? ¿Pero a ti y a mí, qué nos importaba de pequeños seres que eran sólo una cosa en el mundo de nuestros caprichos y voluntades soberanas?

“¡Qué de veces, tú y yo, tronchamos cruelmente el amor de nuestros súbditos por una simple bagatela sin importancia alguna!

“¿Podemos quejarnos de la Eterna Ley que tan severa se mostró para nosotros en tres vidas consecutivas?”

Elhisa levantó su rostro sombrío de amargura y como si despertara de un sueño le dijo:

–No..., no podemos quejarnos sin ser grandemente injustos. ¡Adonai!... Sea lo que sea, lo que fue aceptado por nosotros realizado será por nosotros aunque debamos pasar llorando una vida nueva, tan larga y penosa como las otras.

– ¿Has pensado que nuestra situación actual nos pone en la cima de una montaña para dar luz a innumerables seres?

–Sí, lo he pensado toda vez que la madre de Astrid es la hija mayor de Engli de Alkgebirque, y ella se reintegrará a sus posesiones, si la hija le acompaña a volver allá.

–Alexis es hermano segundo del Flam-Ini de Hircania que postrado en el lecho le llama a ocupar su lugar.

“Hay más todavía, en Hircania mi país natal, hay muy pocas doncellas porque la Ley de la esposa única ha llegado hace muy poco tiempo. Y los Caudillos tomaban de quince a treinta esposas cada uno por la desmedida avaricia de engrandecer sus propias tribus engrandeciéndose a sí mismos, razón por la cual la mayoría de las mujeres jóvenes son ya madres de varios hijos. Mientras que en los países Bálticos donde la juventud masculina fue diezmada por la guerra y sublevaciones recientes hay inmensa mayoría de doncellas, y la Ley de la Alianza no permite a los hombres tomar varias esposas.

“He ahí por qué las madres con sus hijas están recluidas en el Santuario de Kaldis, o vagan por las plazas y calles si carecen de familia y viven del vicio acosadas por la miseria... ¿Has pensado, Elhisa, en toda esa inmensa tragedia humana sorda y callada pero no por eso menos angustiada y terrible?

“¿Has pensado que más allá de la cadena de oro de la Gran Alianza acecha la voracidad de los piratas y de los mercaderes de carne humana palpitante y viva? ¿Que muchas madres acosadas por la miseria van vendiendo unos tras de otros, a los pedazos de su propio corazón para que no falte lumbre y pan en el hogar?

– ¡Oh, Adonai!... ¡Calla por favor!

– ¡No, Elhisa, aún tienes que escuchar más!... ¿Has pensado en las cavernas atestadas de leprosos, de inválidos, de niños contrahechos y hambrientos, de mujeres que ven llegar su maternidad sin tener más que sus propios harapos para envolver al que va a llegar a la vida?

“¿Has pensado en los cultos sacrílegos que ordenan sacrificios humanos

a dioses sangrientos cuya furia se aplaca con cabezas juveniles que se tronchan y corazones que se arrancan del pecho palpitante todavía?

– ¡No sigas..., no sigas, te digo, por piedad, Adonai, no me atormentes más!

– En tu país y en el mío –continuó diciendo Adonai–, ocurren estos espantosos dramas de los cuales sólo te he hecho un pálido bosquejo. Los países nórdicos forman un vasto continente, y nuestros Kobdas peregrinos no bastan a remediar tantos dolores, o queda su velero azul cautivo de los hielos, o van a aumentar también ellos los amarrados a las cavernas.

“¿No es criminal egoísmo quedar en las tibias claridades de nuestros Santuarios mientras los países en que hemos nacido presencian tales horrores?

– ¡Vamos, vamos, hermano mío!..., ¡que no quiero escuchar tus espantosos relatos! ¡Porque parece que vivo en carne propia lo que otros padecen en la suya!

– Sí, vamos, Elhisa, a pedir a los Altos Consejos de nuestros Santuarios una Asamblea en conjunto presidida por el Hombre-Luz y por el Kobda-Rey. Mañana a esta misma hora antes del himno al sol del ocaso expondremos ante ellos nuestro pensamiento.

Adonai acompañó a Elhisa hasta el umbral del Santuario, cuya puerta debía cerrarse apenas comenzaran los preludios del himno del atardecer.

La joven escandinava cayó de rodillas apenas pisó el umbral de aquella entrada al nido materno, en el cual su corazón le decía que entraba por última vez. Besó las gastadas piedras del pavimento y Adonai que se alejaba lentamente escuchó su tierna y dolorida queja:

– ¡Adiós para siempre nido de amor y de paz que cobijasteis dos vidas terrestres mías entre tus muros de piedra y tu suave cadena de corazones!...

La Kobda portera que venía a cerrar la puerta la encontró así postrada en el pavimento, sollozando amargamente.

– ¡Hijita..., hijita!..., ¿salías llena de energía y de valor y te veo volver así? –y con grandes esfuerzos, pues era ya casi anciana, levantó a la joven y la condujo al pórtico interior donde las Kobdas músicas, preludiaban los primeros acordes del himno del ocaso.

Cerró la inmensa puerta que daba a la columnata, a mitad de la cual se diseñaba la silueta esbelta y gallarda de Alexis, como un recorte de azulada cartulina sobre el fondo de verdor teñido de oro por los fulgores del ocaso reflejados sobre las aguas del Nilo.

Al día siguiente, y pasada la hora del mediodía los Ancianos del Alto Consejo, con Bohindra, Ada, Abel y sus padres, caminaban hacia el Santuario de Mujeres Kobdas por la misma columnata que ya conoce el lector.

Allí debían realizar la Asamblea pedida por Adonai y Elhisa, para decidir sus destinos a los cuales estaba vinculado el destino de la gran porción de humanidad que habitaba desde la costa de los lagos Bálticos hasta los Urales, más allá del mar Hircanio. Era pues un gran acontecimiento, y todos los Kobdas vestían sus túnicas blancas, y los Kobdas-reyes el blanco oped de lino finísimo y su diadema de lotos de nácar con cálices de esmeraldas.

El pórtico de entrada al Santuario había sido adornado de guirnaldas de follaje y de acacias blancas por debajo de las cuales pasaron los visitantes hasta la gran Sala de los Consejos. Allí esperaban los Ancianos del Alto Consejo que eran gobierno y fuerza impulsora y directriz de todas las actividades espirituales y materiales del vasto Santuario.

Era una imponente asamblea de Ancianos, en medio de los cuales Abel, Ada, Evana y Adamú representaban a la juventud.

Un Notario y una Notaria tomaron puesto en pupitres colocados a uno y otro lado del gran estrado central.

Sobre una especie de ara de piedra blanca en el centro de la vasta sala estaba el libro de la Ley de los Kobdas, sobre él pendiente de la techumbre abovedada un inmenso candelabro de bronce con diez cirios de cera que recordaban la permanente vigilancia de las almas de los diez Fundadores sobre la sagrada Ley dictada por Numú.

Invitado por la Instructora Mayor, el Kobda-Rey abrió la Asamblea.

–Hermanos Kobdas, la Ley Divina nos reúne en esta magna Asamblea para decidir los destinos de dos almas que a su vez serán conductoras de innumerables almas hacia su progreso eterno.

“No es ya un secreto para ninguno de nosotros que nuestros hermanos, Adonai y Elhisa, han respondido al llamado del Amor Eterno, que les eligió para ejecutores de su Divina Idea en grandes pueblos sumidos en la ignorancia.

“Que la Divina Sabiduría sea en nuestras mentes, y las almas de nuestros Padres Fundadores encuentren en nuestras resoluciones el más completo desinterés y altruismo en forma de que podamos decir con plena conciencia que somos la Eterna Voluntad puesta en acción.

Era el más solemne juramento Kobda, al cual no todos se atrevían a llegar por reconocer a veces en sí mismos algún pequeño egoísmo que impedía a la conciencia el pronunciarlo con seguridad.

Entonces sonó por tres veces el instrumento de las grandes llamadas solemnes en actos como éste. Alexis y Astrid se presentaron en el gran arco de entrada al recinto, a donde habían sido llamados.

Parecían dos blancas estatuas de mármol con cabellos de oro y ojos de topacio.

Sobre sus blancas vestiduras sobresalían en medio del pecho un

ramillete de rosas rojas que parecían temblar con el mismo ritmo de los latidos del corazón.

Al verles toda la asamblea pensó al unísono: “Están resueltos al sacrificio”.

– ¡Estamos dispuestos! –dijeron ambos en alta voz como respuesta a aquel pensamiento colectivo.

–Lo esperábamos así –dijo el Kobda-Rey–. Pasad.

Los dos jóvenes llegaron hasta el ara donde se hallaba el libro de la Ley y ambos pusieron la diestra sobre él.

–Somos la Eterna Voluntad puesta en acción –dijeron ambos con serena voz.

–Queremos ser unidos ante la humanidad como lo estamos ante Dios por una alianza de muchos siglos –añadió Adonai. Elhisa repitió enseguida las mismas palabras.

Abel se levantó y acercándose a ellos les tomó las manos apoyadas sobre el libro de la Ley, y les condujo ante el estrado donde los reyes iban a reemplazar a los padres en la ceremonia nupcial.

El Hombre-Luz puso su brazo en cruz sobre las manos unidas de Adonai y Elhisa, y pronunció la frase ritual: –“El Altísimo recibe vuestro juramento de amor más fuerte que la muerte”.

La Reina Ada se quitó su gran velo blanco y Abel cubrió con él a los jóvenes desposados. Una lluvia de flores blancas cayó sobre ellos y en el pórtico contiguo se escucharon los preludios de un himno nupcial, compuesto por Bohindra, que lo decía todo: “Cuando las almas se encuentran”.

Cuando las últimas resonancias del himno se desvanecieron bajo las bóvedas del Santuario, el Kobda-Rey pronunció lleno de emoción unas breves palabras:

– ¡Adonai, Elhisa!... La Voluntad Divina ha sido cumplida por todos nosotros, al renovar una vez más una alianza de siglos y que debe perdurar por toda la Eternidad. Nuestros Santuarios os abren las puertas para que en medio de la humanidad llevéis la luz de la Verdad Eterna y el fuego sagrado del Amor Divino.

“En esta hora solemne de vuestra aceptación de tan heroico holocausto, sois vosotros quienes debéis libremente diseñar vuestro camino en medio de la humanidad.

“En nombre pues de la Gran Alianza que represento, de estos dos Altos Consejos aquí presentes y del Santuario de La Paz, mi residencia habitual, os digo, que podéis contar con todos nosotros para facilitaros los medios de cumplir con vuestro elevado designio en bien de la humanidad.

–Kobda-Rey, Elhisa y yo agradecemos vuestros grandes ofrecimientos, sin los cuales, acaso, no podríamos realizar la gran obra que hemos

soñado, y que abraza dos grandes porciones de humanidad que hoy están separadas por largas distancias.

“Pero contando con el principio Kobda de que “el Amor salva todos los Abismos”, creemos acortar con amor esas grandes distancias y hacer que nuestros respectivos países se den un abrazo que dure muchos siglos.

“Pedimos, pues, que nos proporcionéis los medios de llegar lo más pronto posible al país gobernado por esa heroica mujer del norte, cuya valiente actitud ha estimulado nuestras energías.

–Yo añado a lo pedido por mi compañero –dijo Elhisa–, que os ruego me autoricéis para instalar un Santuario Kobda al estilo de todos los que tenemos, que sea a la vez Templo-Escuela y Taller para que pueda llenar tres grandes necesidades en los países nórdicos: desarrollo espiritual, cultivo intelectual y subsistencia material.

Las palabras de Elhisa fueron seguidas por un ligero cambio de ideas, de lo cual resultó que diez días después saldría un velero de Neghadá llevando a bordo a los dos misioneros acompañados de Kobdas, de los de menos edad, pues todos eran ancianos, Y seis mujeres Kobdas entre las que voluntariamente aceptaran la misión, teniendo todas las libertades de tornar al Santuario madre cuando sus servicios dejaran de ser necesarios.

Debido a estas deliberaciones las actividades desplegadas en ambos Santuarios durante esos diez días fueron de una amplitud extraordinaria.

Cada individuo de los dos Santuarios, apartó copias de todo cuanto sirviera de instrucción en los nuevos Santuarios a fundarse. Del Archivo de las Edades, se sacaron copias de las existencias terrestres de los Diez Fundadores y de los más destacados dirigentes de la Institución. Las cinco vidas mesiánicas del Verbo de Dios y las vidas sucesivas de Elhisa y Adonai; como también de los doce Kobdas, hombres y mujeres, que debían acompañarles en la heroica jornada.

Mientras tanto, Abel silenciosamente diseñaba sus mensajes de amor, esperanza y consuelo, para quienes pensaban en Él, como piensa el navegante extraviado en noche de tormenta en el radiante faro que ha de marcarle rutas de salvación y de paz.

El velero debía hacer escala en Dhapes, en la Isla del Refugio, en el Monte de las Abejas, en el Gigante Blanco, en los puertos de Tracia, en Anfípolis y en Kiffauser, y en todos esos puertos había almas que buscaban la suya en las noches calladas a la luz de las estrellas.

De su alma de Hombre-Luz, desbordante de amor y de piedad, brotaban como pétalos blancos soltados al viento, la esperanza, el consuelo y la fe para su hermano Iber y Selyman en Dhapes; los Kobdas desterrados en la solitaria Isla del Refugio, amparo de los leprosos; los Dakthylos y Kobdas que al pie del Monte de las Abejas se tornaron en providencia

de los esclavos oprimidos y despojados; la Cherúa de Tracia y su hijo; las viudas de Anfípolis y los moradores del Pasaje de la Muerte; y por fin Walkiria de Kiffauser que hacía florecer rosas rojas en sus jardines y en su corazón para hacerse digna de la fuerte alianza que la unía espiritualmente con el Maestro, cuyos resplandores divinos la habían hecho cambiar sus afanes de grandeza y gloria material para sus pueblos, por el afán insaciable de correr hacia la cumbre azul que había soñado para sí misma y para los pueblos que la Eterna Ley le había encomendado.

Cuando diez días después el barco que debía llevarse a los viajeros daba el anuncio de la partida, Adonai y Elhisa convertidos en Alexis y Astrid para el mundo exterior, postrados en tierra besaban por última vez las piedras gastadas del viejo umbral de las puertas de Neghadá, que acaso sus pies no volverían a hollar.

Mientras cargaban cofres y más cofres con los equipos particulares de los viajeros, y los innumerables tubos de cobre encerrando papiros grabados, carpetas de tela encerada, Bohindra les decía para dulcificar la despedida:

–Os vais llevando a cuestras una carga inmensa de amor y otra de sabiduría.

–No obstante el adiós es siempre doloroso –decía Astrid, mirando a todos como para retener las imágenes en sus pupilas color de ópalo.

–“Las almas que se aman no tienen olvido, no tienen ausencia, no tienen adiós” –díjoles Abel, despidiéndose el último, al entregarles los papiros sellados de sus mensajes para aquellos que esperaban sus palabras.

El velero levó anclas cuando el sol de la mañana aparecía como una inmensa lámpara rosada extendiendo sus velos de oro sobre las quietas aguas del mar, que aparecía como un cristal inmenso teñido de púrpura y oro.

En el amplio muelle la gran familia Kobda les despedía cantando a coro el himno del amanecer, mientras muchos pañuelos blancos se agitaban en febriles revoloteos como pajarillos cautivos que quisieran soltarse a volar...

–Id a sembrar el amor y la paz entre las nieves eternas –les había dicho el joven Maestro al darles el beso fraternal de la despedida–. Y que la simiente que derramáis entre los hielos sea el origen de la futura fraternidad humana tal como la hemos soñado los hombres de toga azul.

Las azuladas siluetas de pie sobre el viejo muelle de piedras ennegrecidas, y las azuladas siluetas sobre la cubierta del velero fueron empequeñeciéndose más y más, hasta que barco y santuario se perdieron en las lejanías de la tierra amada que retenía a los unos y el mar sereno que se llevaba a los otros.

LA MAGA DE LOS CIELOS

Sea que estos últimos acontecimientos hubieran impresionado intensamente a los sujetos más sensitivos del viejo Santuario de Neghadá o que vació la Eterna Energía sus tesoros de luz, de conocimiento y de sabiduría, en un momento dado, sobre aquella porción de inteligencias encarnadas que rodean al joven Instructor, Mesías de la Tierra, fue, en esos días, la Mansión de la Sombra un vasto escenario astral, donde las corrientes más sutiles y diáfanas se aunaron para que la Luz, esa augusta maga de los cielos infinitos, diseñara ante los atónitos ojos terrestres sus panoramas grandiosos, estupendos, indescriptibles.

Diríase que la Eterna Ley se empeñaba en poner de manifiesto entre aquellos seres, instrumentos suyos para toda obra de amor y de justicia, los ocultos caminos por donde sus designios iban conduciendo a las porciones de humanidad que respondían más o menos lúcidamente a ellos.

Constaba en los viejos Archivos del Santuario que en épocas lejanas, en anteriores estadias del Hombre-Luz sobre la tierra, se habían producido en momentos no buscados ni presentidos por los humanos, verdaderos desbordamientos de claridad espiritual, que permitían leer en los arcanos eternos el grandioso desfile de las almas afiliadas a la gran redención humana terrestre.

Para todo ocultista medianamente adelantado es asunto muy conocido que la esfera astral de todos los planetas habitados por humanidades son amplísimos escenarios no sólo del pasado y del presente sino también del futuro, aunque este último esté supeditado a la capacidad mental y espiritual del vidente para dar debida interpretación a esas visiones.

Los viejos archivos Kobdas guardaban el secreto de las clarividencias de los Profetas Blancos del tiempo del Rey Santo, Anfión de Orozuma, de la desaparecida Atlántida.

En un antiquísimo papiro amarillento y borroso que Kobdas peregrinos encontraron entre ruinas de un templo abandonado casi perdido entre las montañas de la costa norte del Mar Grande, apenas pasadas las Columnas de Hércules *—Gibraltar—, podía verse gran parte de los acontecimientos ocurridos más tarde en aquel vastísimo continente.

En la grandiosa escuela de sabiduría de los Profetas Blancos pocos años antes de la abdicación de Anfión de sus derechos de soberano en favor de su hermano, habían contemplado en los escenarios astrales la terrible catástrofe, y en consecuencia se habían retirado a tiempo, no sólo por salvar sus vidas, sino los tesoros de sabiduría acumulados desde largos siglos.

En el papiro de referencia que formaba un grueso rollo conservado entre las ruinas, pudieron los Kobdas describir esto: “Yo, Markelao de Rustak, Notario de la Escuela de Profetas Blancos, fui mandado relatar lo que nos reveló la Fuente Sagrada en la segunda noche de la luna llena de los cuarenta cientos de veintenas lunares.

“En Orozuma la ciudad Real de Theos-Kandia, el joven príncipe Anfión edificó en la falda de una montaña cubierta de bosques, un reducido pabellón de piedra al cual no dio nombre sino que sobre el frontispicio de piedra negra hizo incrustar una estrella de mármol de cinco puntas, que es el símbolo antiguo que en las Escuelas de Conocimiento Superior han usado para designar la Luz Divina, que todo lo ve.

“En el interior no existía más ornato que un estrado de piedra y una gran fuente de blanco mármol que se surtía de una vertiente de la montaña, y se desagotaba hacia el fondo del vecino valle. Era entonces, Estrella Polar de la Tierra la Reina Blanca *—alusión a la estrella Vhega—, y los habitantes de aquellos parajes comenzaron a llamar Casa de la Reina Blanca al pequeño pabellón de piedra mandado construir por el hijo mayor del Gran Pham *—pilar, padre, columna mayor—. Tal fue el origen de los Profetas Blancos, que consecuentes con el símbolo de su Templo adoptaron las túnicas y los mantos color de alabastro.

“¿Quiénes fueron estos Profetas Blancos? Los que fijaron su atención en grabados que aparecieron en diversos lugares del país con una estrella blanca en fondo negro y estas palabras: “Cerro de los Pinos, a la entrada al bosque de oriente. Orozuma”.

“De todos los que acudieron por curiosidad sólo seis treparon la escalera de piedra y llamaron a la Casa de la Reina Blanca.

“Fueron con el joven príncipe Anfión los siete primeros eslabones de la gran cadena de los Profetas Blancos.

“Cuando habíamos llegado a las cuarenta veintenas muchos años después, ocurrió la abdicación de Anfión para evitar la guerra con su propio hermano que había sublevado la mitad de sus pueblos.

“El Santo-Rey que levantó sus tiendas a la orilla del Mar del Norte, no a mucha distancia del Santuario de la Estrella Blanca, acudía en cada luna llena al sagrado recinto donde permanecía siete días en compañía de los solitarios, pues era en esos días que la Fuente Sagrada diseñaba en el espacio los panoramas reflejados por la Luz.

“Sucedió que cuatro años antes de la muerte de Anfión, y durante los días que él permanecía en la sagrada estancia, se obtuvieron sobre la Fuente, claras y diáfanas manifestaciones que plasmadas en los planos más sutiles de la esfera envolvente de la tierra dejaron entrever el futuro en relación con el presente de las grandes masas humanas que habitaban el continente Atlante.

“Allí, se diseñó que de la esfera envolvente de la “Rosa de los Cielos”, cruzaba con sencilla majestad un ángel de luz y amor, y tendía su vuelo hacia la comarca limítrofe de Orozuma, después de hacer visitas espirituales a los jardines florecidos de los Reyes, cuyo joven heredero llenaba su mente con el estudio de la Divina Sabiduría, que bebía de los labios del sabio Audumbla de su padre. Aquella visión de luz y de amor encarnó en una hija de un noble vecino del país en Theos-Kandia. Fue Odina la joven esposa que recibió Anfión a los diez años de ser coronado Rey.

“Esa visión pertenecía al pasado y era asunto conocido de casi todos los presentes en aquella profunda concentración mental.

“De la mágica Fuente Sagrada continuaban fluyendo como sutiles nieblas radiantes que diseñaban cuadros de horror, de luz y de vida.

“La sublevación de gran parte de los pueblos de Anfión con su hermano a la cabeza, y movidos por fuerte sugestión de las fuerzas tenebrosas venidas del sur entre oleadas de inmigrantes lemures, que habían permanecido refugiados en las últimas islas que quedaron a flor de agua después de la catástrofe de aquel continente.

“La lucha sempiterna entre las fuerzas del mal y del bien.

“La partida de la esposa adorada al infinito azul después de haberle acompañado sólo sesenta y cuatro lunas terrestres. La desolación del joven soberano que ambulaba solitario y triste por los jardines en flor que antes iluminaba ella con su irradiación personal, como una bruma de oro y rosa en las tardes opalinas.

“El turbión espantoso formado por las fuerzas acumuladas durante siglos en las escuelas de magia negra que se habían multiplicado como voraces acridios venenosos que asolaban ciudades, campos y aldeas.

“La sugestión ejercida por ella sobre los Caudillos, Reyes, Jefes de Tribus, que se encargaban de dominar y esclavizar a los pueblos aherrajados con sus voluntades de hierro. Masas de pueblos huyendo a los montes, a las cavernas, arrojándose al mar en balsas como barcazas, en troncos de árboles para huir del horrible fin que les deparaban sus soberanos, arrojándolas en montón a los circos para luchar con las fieras y morir entre sus garras.

“Al llegar a este punto el pensamiento de los Profetas Blancos, únicos espectadores de tan espantosa visión, se levantó unido y fuerte en un poderoso interrogante: ¿Por qué? ¿Cuándo?

“Del alma del Santo-Rey subió también un grito de angustia por el dolor que vendría sobre sus pueblos.

“Entonces, sobre la Fuente Sagrada diseñaron las gasas sutiles del éter un gran dolmen de piedra negra, marcado con la estrella blanca de cinco puntas en sus cuatro costados. Y el dolmen casi oculto entre los rosales blancos del huerto de la Casa de la Reina Blanca, y sobre la parte

superior grabado en una gran plancha de cobre, esta inscripción:

“Aquí descansa la urna física de Anfión de Orozuma, el Rey Santo que lo dejó todo por amor a sus pueblos”.

“Del pecho del ex-soberano se escapó un gran suspiro de alivio y todos pensaron que después de la partida de Anfión al mundo espiritual, se desbordarían todos aquellos males sobre los pueblos cuya inconsciencia los había atraído.

“Pero, la Luz, esa eterna maga de los cielos infinitos, no detenía sus pinceles, y continuaba esparciendo sus redecillas de cromos maravillosos con su realismo crudo, a veces hermoso y a veces terrible.

“Se vio, por fin, que en los más altos picos de la cordillera que atravesaba en diagonal el continente se producía la erupción de muchos volcanes en una sucesión ininterrumpida; que la gran cordillera se abría por el norte y por el sur dando entrada en golfos profundos a los dos mares que parecían querer abrazarse por encima de las tierras inundadas... El espantoso fuego de los volcanes, la lava hirviendo derretía los glaciares y las pirámides de nieve amontonadas en las montañas... Unas ciudades desaparecían bajo las aguas salobres de los mares que entraban al continente; y otras eran arrasadas por los torrentes de lava que salían como ríos de fuego de los cráteres rugidores.

“Los Profetas Blancos habían caído de rodillas en el duro pavimento que regaban con su llanto, mientras sus voces quedas, temblorosas, como un susurro decían:

– ¡Paso a la Justicia Divina!

“La Eterna Maga de los cielos seguía inexorable diseñando como esbozos gigantescos, lo que las Inteligencias Superiores habían resuelto para dar un formidable corte a las corrientes malignas, que con loca soberbia se habían levantado contra la eterna majestad de la Ley.

“Veían las masas inmensas de agua invadir con pavorosa lentitud los valles primero y las montañas después. Theos-Kandia sobre la costa del mar del Norte iba hundiéndose sosegadamente mientras los pobladores huían en interminables caravanas hacia Rustak, país que estaba unido con las vastas tierras de oriente por su gran istmo “El Paso de los Titanes” *–Europa y África eran para los atlantes tierras de oriente–.

“Fue así, que muchos de los Profetas Blancos siguiendo esa misma ruta llegaron a la falda de la cordillera de los Pinares *–Pirineo actual–, que encerraba por el norte el pintoresco Valle Grande *–Mediterráneo–, poblado por cabañas de labradores que sacaban de aquella fértil zona de tierra sus medios de subsistencia.

“Hicieron vida común con ellos y fueron así el comienzo de una civilización nueva en esos parajes de la tierra; hasta que muchísimos siglos después, una segunda invasión de las aguas partió en dos el Paso de los

Titanes y el Valle Grande fue también invadido por las aguas salobres de los mares de occidente. A los hijos de Anfión no les quedó más recurso que refugiarse con los demás pobladores del valle, en las más altas grutas de la cordillera de los Pinares.

“Yo, Markelao de Rustak, reencarné dieciocho veces en estas fértiles regiones, juntamente con mis hermanos formamos un todo homogéneo con las razas autóctonas y con otras varias tribus que emigrando de los hielos del norte buscaron la fertilidad de estas hermosas montañas y valles repletos de los dones de una pródiga naturaleza.

“Como nos son conocidos los caminos de Dios para las almas, tenemos el convencimiento de que ha pasado ya la etapa gloriosa de los países ribereños de éste que fue Valle Grande y es hoy un mar cerrado cercado de montañas por todos lados.

“No puedo contar ya, las lunas que han pasado desde que unos pocos Profetas Blancos llegamos a estas tierras huyendo de las aguas que invadieron a Theos-Kandia.

“He visto en dieciocho vidas consecutivas sucederse los acontecimientos, el ir y venir de enormes emigraciones de pueblos desde los cuatro puntos de donde baten los vientos.

“He nacido entre tribus de hombres gigantescos con ojos de acerado azul y cabellos casi rojos, y he asistido a la creación y derrumbamiento de reinados, instituciones, fuertes como las rocas inmensas de donde extraían su poderío los hombres de la edad de piedra.

“El nombre de Profetas Blancos vino a morir en estas comarcas donde sólo perdura el soplo divino del alma de Anfión el Rey Santo, que parece infiltrado en estas generaciones que se suceden a la vera de este mar como un gran lago en medio de altas montañas.

“Aquí, en este templo derruido donde tantas frentes se inclinaron a la oración, y donde inmensas muchedumbres adoraron a Dios, sé que esperaré mi última hora sobre la tierra entre los últimos restos de las tribus gloriosas de los Atrobates venidos del Oriente”.

Hasta aquí, lo grabado en el viejo papiro que dejaba un largo espacio en blanco.

Después varios signos grabados con mano trémula y desfalleciente. Eran símbolos ocultos cuya interpretación se transmitía oralmente de maestros a discípulos en las Escuelas de enseñanza superior.

Se veía grabado un huevo de ave abierto en la mitad lo cual en lenguaje oculto significaba “Nuevo nacimiento”; luego, se veían dos corazones unidos por la mitad de un anillo, esto significaba “dos seres unidos por el amor”. Después se veía grabado una corona lo cual debía interpretarse como una “alusión a persona coronada o gobernante de pueblo”.

Los Kobdas de Neghadá que juntamente con Bohindra y Abel estudiaban

este papiro leyeron así estos símbolos que aquel Profeta Blanco había grabado en sus últimos momentos bajo el ruinoso templo de las montañas de los Pinares: “Realizaré un nuevo nacimiento mediante dos seres unidos por el amor y que ocupan una alta posición”.

De pronto, el Maestro que daba vueltas y revueltas al papiro observándolo en todas sus arrugas y dobleces, llamó la atención de sus hermanos sobre una raya temblorosa que simulaba nudos, y una especie de línea ondulada que levantada un tanto hacia arriba se dividía en dos.

– ¡Oh!... ¡Oh!..., esto quiere decir algo más importante –dijo uno de los seis Ancianos intérpretes de las escrituras simbólicas usadas por las más antiguas escuelas–, éste cordel con nudos significa que su misión al nacer de nuevo a la vida será atar con fuertes leyes represivas todas las manifestaciones de las malas artes de la magia negra, tan poderosa en aquellos tiempos. Esas malas artes estaban representadas en la serpiente de dos cabezas que era la última figura grabada en el viejo papiro.

Los Kobdas quedaron profundamente abstraídos y silenciosos. Por fin, el Notario Mayor tomó la palabra y dijo: –Creo que tomando estos cabos sacaremos el ovillo.

“Este Markelao de Rustak que había pertenecido a los Profetas Blancos de Theos-Kandia en Atlántida, realizó dieciocho vidas en la comarca cordillerana de los Pinares, y su última vida tuvo lugar cuando las grandes tribus de Atrobates estaban ya para desaparecer.

“Esto ocurrió cuando nuestros padres fundadores iniciaban la construcción de este Santuario hace quince mil seiscientas lunas. Los espíritus más evolucionados de los que habían pertenecido a los Atrobates vinieron luego a formar en nuestras filas como Kobdas, hijos de Numú.

“De estos datos tenemos muchos en nuestro Archivo de las Edades, con lo cual podemos tener la certeza de que los Profetas Blancos de Anfión, que pasaron de la Rustak atlante a las comarcas del Valle Grande y más tarde a las montañas de los Pinares, vinieron a colaborar con los Kobdas del Nilo cuando éstos iniciaron su grandiosa obra de educadores de pueblos.

“Si os parece concentrémonos mentalmente unos momentos para que nuestros hermanos libres en el Infinito tengan a bien si la Ley lo permite, indicarnos dónde se encuentran en la actualidad Markelao de Rustak y sus primeros compañeros de emigración.

Todos asintieron a la insinuación del Notario Mayor y preparando cada cual su carpetita de telas enceradas esperaron el aviso espiritual.

Los clarividentes vieron y grabaron allí mismo la respuesta.

Los psicógrafos escribieron todos a la vez varios nombres.

De todos aquellos grabados resultó lo siguiente: Markelao de Rustak era el mismo Hilkar de Talpakén, que terminada su misión entre las razas pobladoras de la comarca montañosa de los Pinares, había tornado a

uno de los países atlantes que aún quedaban fuera de las aguas, y había nacido en la ciudad de Talpakén, del país Manantiales de Zeus, donde debía verificarse el nuevo nacimiento del Verbo de Dios en la personalidad de Antulio.

Hilkar nació como hijo primero de los soberanos del pequeño principado de Talpakén, tributarios del Gran Monarca de Manh-Ethel, capital donde nació Antulio. Los grabados de Markelao de Rustak que tenían a la vista se habían cumplido, pues constaba que nació hijo de príncipes, para hacer más eficiente su ayuda desde una alta posición, que facilitó su tenaz campaña exterminadora de las escuelas de magia negra en todo aquel vasto país, cuna del Hombre-Luz en su apostolado de aquella hora. Sus diez compañeros, Profetas Blancos de Anfión, estaban encarnados en esos días en Bohindra, Ada, Adonai, Elhisa, Solania, Dhables, Walker de Atropatene el Archivero del Santuario del Hircanio; Senio, Sisedón, y el Audumbla de Zoan que eligió al Kobda Bohindra para Jefe fundador de la Gran Alianza del Éufrates y el Nilo.

Una vez más quedaba puesta en evidencia la perseverante vigilancia del Hombre-Luz para que los seres que con Él formaron Alianza de redención humana terrestre cumplieran los pactos solemnes aún en medio de las deficiencias, naturalmente ocasionadas muchas veces por la inconsciencia que entorpece a los encarnados.

Los Kobdas de Neghadá compararon los desbordamientos de luz espiritual derramada sobre los Profetas Blancos poco antes de la partida de Anfión, con lo que a ellos mismos empezaba a ocurrirles cada noche en la concentración de la última hora, y con el alma sobrecojida de angustia pensaron todos y callaron sus pensamientos: –“Se acerca la partida de nuestro hermano Abel”.

¿Qué fue lo que dijo la Maga de los Cielos en sus grandiosos diseños de luz y de sombra a los Kobdas de Neghadá?

Vieron vacío el puesto de Bohindra como Jefe Supremo de las Naciones Unidas, y que se entabló lucha entre los numerosos Caudillos y príncipes de la Gran Alianza, porque cada cual quería un sucesor que le fuera beneficioso. El egoísmo y la ambición de la mayoría, la inconsciencia de los otros produjo una espantosa borrasca que los Kobdas consiguieron dominar a costa de innumerables sacrificios.

Habían visto asimismo en el diseño astral de la luz que una numerosa caravana de Doloras vestidas del gris opaco de la tristeza, con la mustia reina Ada al frente, avanzaban hacia un punto determinado donde resplandecía una gran luz de crepúsculo tropical.

¿Quiénes eran aquellas Doloras veladas que no dejaban percibir sus rostros?

La Maga de los Cielos deja a veces en sus diseños radiantes que los

clarividentes descubran a la virgen núbil de la verdad oculta bajo los velos de un delicado simbolismo. Los videntes de Neghadá cuyas mentes límpidas y serenas como un remanso en quietud, porque ningún bajo pensamiento la enturbiaba, comprendieron que la Reina Ada guiaba a las Naciones de la Alianza a que buscaran en el Sol naciente, la Paz, la Verdad y la Esperanza.

A poco se diseñaba sobre el agua de la Fuente Sagrada, la imagen transparente y sutil del joven Maestro que iba levantando los velos de las Doloras y que ante todas ellas se dejaba colocar por la Reina Ada, el oped de lino y encajes blanco, y la diadema de lotos con hojas de esmeraldas que habían visto tantas veces sobre la frente de Bohindra.

Todos pensaron y callaron sus pensamientos: –“¡Sólo Él puede reemplazar el sitio vacío del hombre de paz y del amor que se va!”

Vieron luego extenderse celajes de escarlata y oro sobre los países de las nieves eternas, cuyos grandes lagos y ríos reverberando de azul turquí como los cielos límpidos que los cubrían, servían de puentes de zafiros para unir las humanidades que los habitaban.

Una maravillosa exuberancia de rosas bermejas como la sangre y blancas como la nieve les hicieron soñar..., isueño de dioses! Con una apoteosis de amor y de paz que precedía a la partida del Hombre-Luz.

Después una gris nebulosa salpicada de gotas de oro, y por una desgarradura de la espesa niebla, vieron tres mujeres rubias, hermosas, derramando sobre un dolmen de piedra blanca la ofrenda delicada de sus lágrimas y de las rosas rojas de un amor que sólo Él sabía llevar hasta la cima heroica del más sublime holocausto, eran: ¡Ada, Evana y Walkiria!...

Un grito de angustia de la madre que estaba en el sagrado recinto al lado de su hijo, hundió de súbito en la sombra el esbozo magnífico que diseñaba la Luz.

Pero ya habían visto lo bastante para comprender que la Ley Eterna les concedía un lapso de tiempo para que la llegada de las tinieblas no les sorprendiera con la lámpara apagada y las ánforas sin agua, y vacíos los sacos de la simiente renovadora...

¿Qué más podían desear?

En el profundo silencio del sagrado recinto sólo se oían los sollozos hondos y desgarradores de Ada y Evana.

Abel que estaba sentado en medio de ambas abrió sus brazos y en un arranque de amor supremo unió las dos rubias cabezas sobre su pecho, mientras les decía con infinita dulzura: –No lloréis por mí, sino por esta humanidad que habiendo tenido por quinta vez la Luz de Dios en medio de ella volverá a hundirse de nuevo en el fango de la iniquidad.

LA APOTEOSIS DEL HOMBRE-LUZ

Me anonada la grandeza ilimitada de este cuadro final.

La maga sutil de los cielos, la Luz que todo lo refleja, lo copia, lo calca en su áureo libro de cristal, ha teñido de tintas inimitables sus pinceles de seda para hacernos contemplar la etapa final del Hombre-Luz en su personalidad de Abel.

Mas, yo..., ipobre de mí!... ¿Cómo copiar en páginas sin vida, la exuberancia de vida que se desbordó como un torrente de aquel gran corazón que amaba sólo por amar, sin buscar una compensación, sin pedir ni esperar nada. Como un sol sereno y radiante que en su impasible majestad pasa a través de los espacios, dándose en luz, energía y calor a todos los seres y a todas las cosas sin que ellas le devuelvan de modo alguno su don.

Los pequeños seres que nos debatimos aún entre el revoltoso conglomerado de insatisfechas ambiciones, inquietudes y ansiedades, no podemos absorber de un vistazo el magnífico conjunto y la amplitud sin medidas que ofrece al observador un espíritu de luz que ha escalado ya las altas cumbres del mesianismo.

Vayamos, pues, por partes y a vuelos cortos, para que no nos aturda el vértigo de las grandes alturas.

Si no podemos volar como las águilas, mucho más alto que las más altas montañas, volaremos como las golondrinas posándonos en las copas de los árboles, en los aleros de las cabañas pastoriles..., en los mástiles de los barcos, que llevan de una a otra ribera mensajes de corazones que se buscan por encima de las olas...

Volemos como las luciérnagas en las noches de verano bordando la oscuridad con chispas de luz, lenguaje mudo de los cocuyos que se cuentan sus amores, se hilvanan en silencio sus tragedias.

Volemos siempre hacia algo que está más alto que nosotros porque es peligrosa la inmortalidad en los arenales desiertos y en los cenagosos pantanos cuyo fondo no puede medirse...

Volar es buscar en la inmensidad. Busquemos, lector amigo, la Verdad, la Belleza y el Amor que es lo único que merece de verdad el esfuerzo de los seres pensantes.

* * *

Bohindra y Abel, desde Neghadá se trasladaron a Zoan para observar de cerca los caminos que seguían aquellos ancianos caudillos, que ocupaban

el lugar del viejo Chalit Ahermesú, que dejó como heredero suyo a Bohindra apenas ocurrida la trasmigración que recordará el lector.

Habían transcurrido desde aquellos días más de treinta años y los países del Nilo dependientes de Zoan, necesariamente habían sufrido transformaciones. La Gran Alianza había tendido sus redes de seda por todos los países costaneros del Mar Bermejo hasta el lejano país de Artinón, que floreció sobre el sacrificio de Marván y el amor de Solania.

En el poderoso país de Arab flotaba aún el aliento poderoso de Beni-Abad, el que transformó los páramos en campos de cultivo y exterminó las fieras para sustituirlas por labriegos, mineros y pastores. El país de Arab donde florecía el amor de Diza-Abad redimido y de Azoris, consolada con nuevos retoños en torno del hogar que un día quedó vacío... El negro peñón de Sindi transformado en numerosa colonia con los infelices amarrados de las cavernas, había florecido también porque un núcleo de los Kobdas de Neghadá se consagraron con entusiasmo y fervor a sacar de los peñascos sombríos, la vida, la belleza y el amor, que la Eterna Energía derrama a torrentes sobre los parajes de la tierra donde habitan seres de buena voluntad.

¡La evocación de Zurima, la ideal arabeña que sentada al pie de los altos cedros de Arab, soñadora tantas veces con el “Príncipe formado de luz de las estrellas”, debió acudir más de una vez a la mente de Abel, en las tibias noches de luna perfumadas de azahares y de arrayán!...

Después de una excursión de muchos días y de intensa labor, los viajeros se encontraron nuevamente en las llanuras del Éufrates en el blanco Santuario de La Paz que, por entonces, era el centro vital de todas las actividades de la Gran Alianza de Naciones Unidas.

– ¡Qué inmensa resulta ya nuestra red de flores y seda envolviendo países de tres continentes! –exclamaba Bohindra, contemplando una carta geográfica que cubría todo el muro frontal de la gran Sala de los Consejos–. Difícilmente me será dada en mi eterna vida a recorrer, otra etapa en que tan vivamente haya palpado la estupenda fuerza del amor de muchos seres unidos puesta al servicio de la humanidad.

–Desde Artinón hasta Kiffauser, y desde Corta Agua hasta Maracanda está tendido el manto azul de Numú, cual si fuera el palio sagrado que cobija en la paz y en la justicia a innumerables pueblos –le respondía Agnis que era por entonces Notario Mayor del Alto Consejo.

– ¡Todo respira quietud y sosiego en los países que protege el manto azul de Numú!... –siguió diciendo Bohindra, como dialogando consigo mismo mientras hacía correr una suave y fina caña de bambú por las innumerables ciudades que a primera vista se destacaban en la vasta geografía mural, y cada una de las cuales evocaba para él, un hermoso recuerdo.

—Otros nombres se destacarán en breve, cuando Adonai y Elhisa cobijen bajo el manto azul de Numú a los países de Hircania hasta el Báltico —añadió Agnis, que examinaba otro extremo del vasto mapa mural, mientras ambos esperaban la hora en que debían reunirse todos los Notarios representantes de los países de la Gran Alianza, para la asamblea trilunar acostumbrada. Aquella mañana debían pasar revista a los acontecimientos, situaciones especiales, de cada país que tenía representación ante el Consejo Supremo de la Gran Alianza.

Casi todo aquel enorme memorial era poco más o menos de un mismo estilo, pues no eran sino crónicas de los sucesos más importantes de cada región en relación con los pueblos vecinos, y con el bienestar general de cada país. Convenios de intercambios, cesión de tierras, alianzas particulares por nuevos matrimonios, herederos emancipados, negociaciones por demarcación de nuevas fronteras, según las necesidades que el nuevo aumento de población exigía. Construcción de talleres, templos, escuelas, refugios para ancianos, huérfanos y enfermos. Refugios a los destacamentos de Arqueros, guardianes del orden alrededor de los países que formaban la Gran Alianza, misiones de socorro a los pueblos azotados por epidemias o por devastación en sus fuentes de producción y de vida colectiva.

Tales eran, a grandes rasgos, los asuntos que se trataban de ordinario en estas laboriosas asambleas, cuyo programa de trabajo estaba encerrado en estas breves palabras: “El Altísimo, Señor de los Mundos, no tiene hijos preferidos; y los dones de la Madre Naturaleza son para todos los habitantes del planeta”.

Una inmensa ola de paz y de concordia parecía envolver a todos los pueblos bajo el manto fraternal de la Gran Alianza. Creada con tantos sacrificios, mediante la cooperación de todos y el elevado criterio de los dirigentes que mantenía un nivel de justicia, equitativo y suave a la vez, en medio de todo lo cual era posible soñar con una relativa dicha sobre esta tierra.

La piedad en los poderosos y la lealtad en los humildes.

El desinterés y la honestidad en los administradores de los bienes de la tierra y laboriosidad en los labriegos, pastores y mineros que las producían.

¡Cómo el sol, el aire, la lluvia y la luz, todo era de todos!...

¿Quién es el hombre aunque ciña corona y se vista de púrpura que puede llamarse dueño ni aun del puñado de arena que pisa al caminar?

No es, ¡no!, la Fuerza Creadora de mundos quien ha causado la terrible desigualdad de las condiciones humanas.

No es, ¡no!, el Alma Madre de todo cuanto existe quien ha dicho a los unos: “hartaos de todos los bienes que he derramado en vuestro mundo”,

y a los otros: “contentaos con mirar, famélicos, el eterno festín de los preferidos, y con roer el hueso de vuestra miseria”, ¡oh, no!

Pensar solamente en esto, es un delito de lesa Majestad Divina, y una blasfemia que sólo pronuncia el ignorante y el inconsciente de lo que es esa Suprema Causa de todo lo existente y a quien llamamos Dios. Afirmación semejante es un sacrílego baldón contra la Eterna Majestad del Amor, de la Justicia y de la Bondad Divina, en la cual no cabe error ni imperfección ninguna.

Es la misma larva que llamamos criatura humana destinada a ser fiel reflejo de la Divinidad, la única que se ha permitido tergiversar la Ley Eterna, para decir como un insensato: “Esto es mío porque soy el amo, el más fuerte, y necesito esclavos y servidores”.

Muchos miles de lunas emplearon los Kobdas de la Prehistoria para hacer comprender con hechos éstos principios de fraternidad a los pueblos entre los cuales desarrollaron sus actividades, hasta culminar en el establecimiento de la Gran Alianza de Naciones Unidas, que fue en verdad como el manto azul de Numú tendido sobre aquella porción de humanidad.

Bohindra que iba dejando correr su pensamiento al mismo tiempo que corría su caña de bambú sobre el inmenso mapa mural, llegó a extraer una conclusión magnífica y grandiosa como consecuencia lógica de los principios sólidamente fundados que les servían de cimientos: “¡Siguiendo a este ritmo en el avance, de aquí a dos mil lunas más, la humanidad será como una gran familia sin amos y sin siervos!... ¡Yo sueño con este milagro del amor!...

La gran Sala de los Consejos fue poblándose de los Notarios que tenían a su cargo el control de las variadísimas actividades de los pueblos de la Alianza.

Entre ellos se encontraba Abel como representante del País de Ethea y Nairi, de Cólquida, de Asag y Num-Maki, o sea, que Iber, Walkiria, Vladiko y Helia, le habían confiado su representación ante el Consejo Supremo de la Gran Alianza.

Y aludiendo él a esta confianza depositada por sus hermanos de la niñez, decía con mucha gracia: –“Continuamos jugando juntos, no ya con pájaros voladores ni corderitos de algodón, sino con seres humanos a quienes tratamos de llevar por los caminos de la dicha y de la paz”.

Aquel día debía ser de una labor mucho más intensa pues varios de los Notarios estaban encargados por los príncipes a quienes representaban para obtener el consentimiento de las doncellas elegidas para esposas de sus herederos, y que por entonces se encontraban en el pabellón de la Reina recibiendo educación. El asentimiento de las jóvenes era de ley que debía ser emitido en presencia de todo el Consejo a los fines de que no

quedara la menor duda de que había libre aceptación. La Reina Ada que era la primera autoridad responsable de toda aquella juventud femenina fue avisada y se presentó de inmediato con tres decenas de jovencitas que fueron ubicadas frente al semicírculo formado por los Notarios.

La Reina Ada ocupó su sitio al lado del Kobda-Rey. Aquellas hermosas criaturas de las más diversas razas, pues las había originarias de todos los países de la Alianza, presentaban el cuadro más encantador que pueda imaginarse. Vestidas todas iguales de color amatista y cubierto el rostro con velos de ópalo, semejaban en verdad un retazo de cielo crepuscular envuelto en esa bruma de oro de las tardes estivales.

– ¡Sois un hermoso jardín de madres del porvenir!... –díjoles Bohindra cuando las vio sentadas a su frente y que todas se habían levantado los velos a una indicación de la Reina.

Todas estaban comprendidas entre las ciento noventa y dos, y las doscientas dieciséis lunas de edad *–de quince a diecisiete años–, y estaban pedidas para esponsales, algunas desde hacía algún tiempo.

Debían pues intervenir los Notarios de los países a que ellas pertenecían y aquellos que representaban países de los pretendientes. Y de una por una, fueron inquiriendo en plena asamblea si era por libre voluntad y por amor que aceptaban desposarse con quien las había elegido.

Aleccionadas como habían sido de antemano por la Reina, en el sentido de hacerles comprender que ningún temor debía impedirles franquearse enteramente ante el Supremo Consejo, donde todo sería resuelto con elevada mira hacia su felicidad futura, aquellas jovencitas no exentas de una encantadora timidez, fueron declarando al ser preguntadas, tal como lo sentían. La mayoría de ellas estuvo de acuerdo con el pretendiente que las había elegido, pero una cuarta parte hizo manifestaciones variadas. Algunas alimentaban un amor oculto y silencioso hacia jóvenes alumnos del Pabellón del Rey con quienes se habían visto en los días de grandes fiestas en los Parques anexos al Santuario; y por fin tres de ellas manifestaron una resolución inquebrantable de permanecer en el Pabellón de la Reina durante toda la vida.

–Habláis de toda la vida, hijas mías –díjoles el Kobda-Rey–, cuando recién comenzáis la vida y no sabéis lo que ella os depara en el futuro. Decid más bien que no habéis encontrado el ideal que vuestra alma sueña. Pero que si le encontrarais le seguiréis como todo ser revestido de carne. Tal es la Ley.

Y volviéndose hacia la Reina Ada le preguntó– ¿De dónde son estas niñas?

–Decidlo vosotras mismas: Marina, Flor de Peña, Coralina...

–Somos del país de Enod, hijas de madres diferentes pero hermanas entre ellas –dijo Marina, que era la mayor de las tres.

– ¿Y vuestro padre? –volvió a preguntar Bohindra.

–Se llamaba Medhuajel y es muerto.

–Ese nombre me resuena como algo conocido. Kobda Notario de los países costaneros del Tigris, ¿podéis averiguar quién fue Medhuajel de Enod?

–No es necesario –dijo la Reina–, yo os diré lo que ellas ignoran. Medhuajel de Enod es aquel joven príncipe que años atrás vino a La Paz, enfermo, herido y perseguido por un pariente que quería despojarlo de sus derechos a los dominios que por herencia paterna le pertenecían.

– ¡Ah!..., aquél cuyo nombre tomó nuestro Kaíno recién apartado de La Paz.

–Justamente –contestó la Reina–, y fueron traídas aquí cuando tenían unas ciento cincuenta lunas de edad.

“La Kobda Notaria del Pabellón tiene todas esas anotaciones. –Y bajando la voz, al oído del Rey añadió–. Fueron enviadas por nuestras Kobdas del Refugio de Gahanna con una vieja criada que había sido nodriza de sus madres, que no viven dos y la otra está demente en el Refugio de Gahanna.

–Lo cual revela una espantosa tragedia –dijo Bohindra también en voz baja–. ¿Quiénes las piden en matrimonio? –volvió a preguntar el Rey.

–Tres babelitas que las han visto y hablado en los días de exposiciones y fiestas en los Parques –respondió la Reina–. Continuamente les hacen llegar ofrendas de flores, de perfumes del Oriente y de piedras preciosas.

– ¿No les amáis? ¿No son apuestos? ¿No son bellos? ¿Por qué os negáis a aceptar su amor?

Las tres inclinaron la frente sin responder y con una extraña turbación que nadie podía comprender. Por fin Coralina tuvo el valor de decir:

–Queremos quedar las tres al lado de la Reina para toda la vida porque Mamaaka dice que nosotras no podemos tomar esposo.

Las otras dos la miraron con terror y espanto al tiempo que decían:

– ¡Has faltado al juramento y nos obligas a morir! ¡Insensata!... –y se echaron a llorar desesperadamente.

La Reina Ada intervino para tranquilizarlas y como el asunto de los sponsales había terminado, se retiró seguida de las doncellas, pero quedó en el ánimo de todos los miembros del Alto Consejo de la Gran Alianza que allí se encerraba un misterio que sería necesario esclarecer en atención al futuro de las tres jovencitas.

Mas, habituados como estaban los Kobdas a resolver toda clase de problemas que surgían entre ellos en el desempeño de su misión de educadores de pueblos, no dieron a este pequeño incidente más valor del que en sí tenía. Y así lo dejaron a la prudencia y tacto de la Reina Ada.

¡A través de los relatos que cada notario iba leyendo, el alma de los Kobdas se ensanchaba en vuelos gigantescos por horizontes casi infinitos!... La fraternidad y la paz se extienden como en una floración magnífica por encima de aquel vasto plantel de humanidad que acontecimientos no buscados por ellos habían puesto bajo su custodia y tutela, en tal forma que podían decir con toda verdad: “Nadie llora en los dominios de Numú”.

La prosperidad y la abundancia, frutos preciosos del árbol gigantesco de la paz y la concordia entre todos los pueblos de la Alianza, había llegado a tan amplias proporciones, que no era posible consumir la producción consiguiente al esfuerzo ordenado, metódico, sabiamente dirigido de los operarios en las tres fuentes vitales de aquella remota edad: los labradores, los ganaderos y los mineros. De estas tres grandes fuentes surgían infinidad de acueductos productores de bienestar y prosperidad: los tejedores, los metalurgistas, los obreros de la madera y de la piedra, los mercaderes y navegantes conductores de productos y mercancías necesarias al bienestar humano en todas las regiones comprendidas en los límites de la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo.

Se habían multiplicado como por arte mágico los Refugios para ancianos y huérfanos; las hospitalizarias para toda clase de enfermos y de lisiados; los Talleres-escuelas; los templos o recintos de adoración a la Divinidad.

Hasta en la más insignificante aldea se había levantado un granero público o Casa de Provisión. Administrado por un Consejo de hombres y mujeres de los más honorables del lugar, a quienes dieron el nombre de Veladores de Numú, y los cuales tenían como misión el cuidado de que ninguno de sus habitantes careciera nunca de lo necesario, cualquiera que fueran las circunstancias difíciles que atravesara.

La esclavitud, la explotación del hombre por el hombre, la poligamia que deprimía a la mujer, el latrocinio o la avaricia, la mezquindad, no estaban más que en el recuerdo y como una horrible pesadilla del pasado.

¿Para qué habían de querer esclavos si no se podía comerciar ni lucrar con ellos? ¿Cómo podrían tiranizar a los trabajadores, si éstos habían adquirido la libertad de su trabajo bajo la protección de todos los Jefes de las Naciones Unidas? ¿Para qué habían de amontonar esposas y concubinas, si ya no se valorizaba un Caudillo por su numerosa prole, sino por su justicia y nobleza en el obrar?

Los príncipes, los Caudillos, los Soberanos de dominios continuaban con sus posesiones y su autoridad y sólo habían perdido el derecho de ser injustos con sus subalternos y sus súbditos.

Una tal organización había llevado a todos, grandes o pequeños, a

la conclusión de que aun por propia conveniencia debían adoptar en la vida de relación normas equitativas y justas.

¿No estaban comprobando que el orden y la paz, la justicia y la equidad daban frutos al mil por uno en todos los órdenes de la vida?

¿Por qué habían de sublevarse las clases trabajadoras y humildes si había fuego en sus hogares, pan blanco sobre su mesa, aceite y vino en sus bodegas y abundancia en sus graneros? ¿Qué podía echar de menos la mujer, esa sufrida mitad del género humano, si podía sentirse dueña de su esposo y de sus hijos, sin que nadie pudiera hollar sus sagrados derechos de compañera y de madre?

Y ante este grandioso espectáculo contemplado a través de los memoriales de cada país leído por los notarios, Bohindra, ese genio modelador de pueblos sanos, grandes y justos, decía como extasiado ante una realidad largo tiempo soñada:

–Eliminado el brutal egoísmo, la humanidad marcha feliz por ese riel de oro que la lleva sin mayor esfuerzo hacia la cumbre de su propia liberación.

Terminadas las deliberaciones la gran Sala de los Consejos fue quedando vacía.

Abel observó que Bohindra se disponía a quedarse aún más tiempo, pues le vio preparar algunos legajos de papiro en blanco.

–¿Pensáis continuar trabajando? –le preguntó–. ¡Estáis fatigado! Si me permitís os ayudaré, por lo menos os haré compañía.

–No es necesario, hijo mío –le respondió el Anciano–. Tu madre y la Reina te esperan para organizar la fiesta íntima de tu hermano Seth que cumple hoy, como sabes, sus cien lunas de vida terrestre. Vete con ellas que dentro de unos momentos me uniré a todos vosotros.

Abel no insistió más y salió.

El alma del Kobda-Rey había volado demasiado alto durante todo el tiempo que duró la asamblea de Notarios representantes de todos los países de la Gran Alianza. Grandiosos panoramas siderales desfilaron ante su espíritu de iluminado que abarcaba de un vistazo el correr de la humanidad por las vías graníticas de su ascensión eterna, cuando el Amor y la Sabiduría se unen en nupcias divinas para una creación de tal naturaleza.

¡Las humanidades de Sirio, de Venus, de Vhega, de Júpiter, de Arco de Oro, de Acuamundis, fueron desfilando ante su mente, arrobadora como una marcha gloriosa y triunfal!

Se vio él mismo como avecilla viajera posada en una débil rama del árbol terrestre en que había colgado su nido. A la humanidad de la Tierra le había ofrendado cuanto era capaz de dar: el esfuerzo de dos vidas en una sola etapa... ¡Le había dado sus pensamientos, sus creaciones

mentales, su ideología, sus preceptos curativos del alma y del cuerpo, los gorjeos de su lira mística y sus más tiernos poemas de amor!...

Y bajo esta profunda impresión tomó un papiro y como sumergido en un dulce sueño extático comenzó a escribir:

*¡Señor!... ¿Qué puedo ya darte
Si cuanto tuve lo di?
¿Qué puede hacer esta chispa
Que sea digno de Ti?...*

*¡Los hombres en este mundo
Te han visto y hacia Ti van!...
¡Si no pierden el camino
Pronto hacia Ti llegarán!...*

*Te saben Padre y te aman,
Buscan tu luz y calor,
Te saben grande y excelso
Y te dan su adoración...*

*¡Tus dones les hacen buenos!...
Supo tu Amor perdonar
Los dolorosos extravíos
De esta pobre humanidad.*

*Si en esta heredad que es tuya,
Una gota nada más
Puso la savia de mi Alma
Y la ayudó a fecundar.*

*Que esa gota se convierta
En un anchuroso mar
De aguas dulces y serenas
Que su sed puede calmar.*

*Si un solo grano de arena
Mi débil mano aportó
Para el castillo encantado
De los que buscan tu amor*

*Que se torne en fortaleza
Opuesta al negro turbión*

*¡Señor!... Si todo lo he dado
¿Qué más puedo darte yo?...*

*Si soy sólo en tus jardines
Mariposilla fugaz...
Y en los mares de la vida
Ola que viene y se va...*

*Si soy pájaro que anida
En las ramas de un pinar
Y su nido lo destruyen
Las furias del huracán...*

*Si soy una chispa errante
Gota de agua nada más...
Flor de efímera existencia,
¡Mariposilla fugaz!...*

*¡Déjame, Señor, diluirme
En tu Eterna inmensidad!...
¿No es hora de que la gota
Retorne a su manantial?*

*¿No es hora de que la chispa
Se refunda en el volcán?...
¿No puede la mariposa
Sus tenues alas plegar?...*

*Soy viajero fatigado;
Tiemblan cansados mis pies.
¡Dime, Señor, que repose
A la puerta de tu edén!*

*¡Que este corazón se duerma,
Que cese ya de latir!...
¡Amó tanto en esta vida!...
¿No es hora ya de dormir?*

*¡Que tu voz me llame queda!...
¡Que tu amor oiga mi ruego!
¡Señor!... ¡Espero que llames!...
¡Señor, Señor!... ¡Hasta luego!*

Un imperceptible ahogo hizo su respiración algo fatigosa y una gran palidez iba cubriendo su rostro y con su mano ya temblorosa escribió todavía:

“¡Sadia!... Joheván, Evana, Adamú, Aldis, Abel ¡Hombre-Luz! ¡Soy vuestro y de todos! ¡Y sois míos por toda la eternidad! ¡Hasta luego!”

Su mano se crispó ligeramente apretando el punzón con que escribía. Con su mano izquierda oprimió su corazón y echando su cabeza sobre el respaldo del sitial exhaló un fuerte suspiro.

Era el último que salía de aquellos labios que sólo habían dado paso a palabras de verdad y de amor. Un síncope cardíaco cortó aquella vida física tan fecunda en el bien y la justicia.

A los pocos momentos en la salita familiar del Pabellón de la Reina, donde ésta, Evana y Abel preparaban agradables sorpresas para Seth, vieron de pronto una claridad rosada en un rincón donde la penumbra era más marcada. La claridad fue tomando formas hasta que los tres al mismo tiempo dijeron:

– ¡Bohindra!...

– ¡No me busquéis ya en la materia porque el Señor me ha llamado a su Reino!

– ¡Mi Rey!... –gritó Ada–. ¿Y yo?... ¿Y yo?...

Evana había caído de rodillas a los pies de la visión, y Abel sostenía a la Reina que iba a caer también.

La aparición se había esfumado como un retazo de luz entre las sombras y un llanto sereno y silencioso corría por el rostro de ambas mujeres cuyo dolor iba adquiriendo una suave ternura. Abel se puso en medio de las dos y les decía estrechando sus cabezas encima de su corazón:

– ¡Pensad, amadas mías, que él se merecía el descanso!... ¡Cómo no había de dárselo el Altísimo si ya lo tenía bien conquistado! ¡A Bohindra no se le llora! ¡A Bohindra se le canta! ¡A Bohindra se le ama con ese amor, explosión divina del alma que le siente y le ve en todas las cosas bellas, grandes y puras como su alma, resplandor vivo de la Eterna Belleza y del Eterno Amor!

“¡No le apenéis llorando mi Reina, mi madre!... ¡No le apenéis con vuestro llanto!...

“¡Bohindra!... ¡Amado Bohindra, arpa viva de Dios en la oscuridad de esta Tierra!... ¡Canta, canta eternamente en el seno de Dios, sin olvidar jamás a los que en la tierra te aman y quedan cautivos para seguir tus caminos!”

Y acercándose Abel a la ventana que daba a la columnata que conducía al Santuario, dio los diez silbatos de regla cuando un Pharahome había concluido su vida terrestre...

Y con la Reina y su madre se dirigió a la gran Sala de los Consejos adonde corrían de los Santuarios y Pabellones todos cuantos oyeron los diez silbatos reglamentarios.

Encontraron al Kobda-Rey que dormía ese largo sueño que despierta en la inmensidad.

La Reina Ada unió su cabeza sacudida por hondos sollozos con aquella otra cabeza adorada, tibia todavía pero muda ya para siempre!

Evana arrodillada a los pies de su Pangrave muerto, lloraba con su frente apoyada sobre aquellas rodillas inmóviles y yertas. Abel sacó de debajo de su diestra que apretaba el punzón, el papiro en que él había grabado su último canto y las postreras llamadas de su corazón para aquellos que eran parte de su vida misma.

– ¡Mi Rey!..., imi Rey!..., ite fuiste sin estar yo a tu lado! –decía en medio de sollozos Ada, sin parar su atención en que el gran salón estaba llenándose de Kobdas que llegaban ya sabiendo lo que había ocurrido–. ¡Mi Rey..., mi Rey!..., ino debías partir cuando llegaba recién la hora de recoger lo que habías sembrado!... ¡Siempre el mismo!..., eterno enamorado del dolor, te vas cuando él ha terminado sobre la Tierra, porque ni aun en esta hora quisiste la compensación...

“¿No te detuvo mi soledad? ¡Oh, mi Rey!... ¿Quién te reemplaza a mi lado?

– ¡Todos!... Reina Ada, itodos! –fue la voz conjunta de cuantos se encontraban en el vasto recinto.

Abel impuso silencio con el signo habitual.

– ¡Bohindra no ha muerto! –dijo con su voz temblorosa de emoción, mientras sostenía en sus manos el papiro grabado por él–. Oí su último canto, la última plegaria de su alma y después no lloréis su partida a la inmensidad infinita porque él la quería, la sentía llegar como un merecido descanso a su larga y penosa jornada.

Y con su voz entrecortada por la emoción leyó la postrera plegaria de Bohindra antes de abandonar la materia.

Una intensa ola de amor se extendió como una corriente eléctrica por todos los corazones.

Abel terminó la lectura, se acercó a dejar el beso de despedida sobre aquella frente de mármol, tan blanca como los cabellos que la coronaban abundantes. Y la Reina Ada sentada en su sitial y ya poseída de una suave serenidad, retenía entre las suyas la diestra de su Rey a quien en dos vidas consecutivas había amado por encima de todas las cosas.

Y miraba sin ver el desfile interminable de Kobdas que dejaban sobre la frente de Bohindra la última ofrenda de amor a aquella urna física, que le había servido tan fielmente para derramar en el plano terrestre la floración exuberante de sus ideologías, plasmadas en hechos que habían

producido la paz, la dicha y la prosperidad en los numerosos pueblos que tuvieron la suerte de tenerle por Rey.

Cuando se acercó el anciano Dakthylo Hilkar, la Reina le miró con sus ojos llenos de llanto y le dijo

– ¡Pangrave Hilkar!..., erais su médico y no me habíais dicho que tan pronto sería su partida.

– ¡Grandeza!..., iyo mismo lo ignoraba!... Su corazón se fatigaba demasiado por dolores humanos, mas nunca creí que un vuelo gigantesco de su espíritu ante el grandioso espectáculo de la dicha sembrada por él entre los pueblos, le arrebatara de entre nosotros de esta manera súbita e inesperada.

“¡Hija mía!... ¡Así deben morir los genios tutelares de la Tierra!... ¡Así deben morir los apóstoles de un ideal como el nuestro! Mas, ¿qué hablamos de morir ante la inmortalidad de Bohindra, a quien veremos vivir en la sonrisa de los niños amparados por él, en la dicha de las madres protegidas por él, en el cantar de las doncellas coronadas de lirios porque él fue el escudo de su honestidad?... ¡Oh, Reina buena!... A vuestro Rey no se le llora... ¡Es un astro que baja al ocaso y que se levanta al amanecer de un día nuevo y que vive y que renace y resplandece en cada flor que alumbra, en cada fuente donde refleja su luz, en cada átomo a donde lleva su energía y su calor! ¡Oh, Reina!..., no le lloréis porque él vive en vos y para vos de tan íntima manera como el aire que respiráis y la luz de los Cielos que ilumina vuestra frente.

“Si no os oponéis, yo me hago cargo de su urna física para prepararla en forma que le tengáis así dormido en plácido sueño como le veis ahora. ¿Me lo dejáis?

Y el Anciano interrogó con la mirada a Evana, a Adamú, a Abel, a la Reina.

–Os lo entregamos, tomadlo –fue la respuesta de todos los familiares. Y colocado el cuerpo sin vida sobre una camilla cubierta de un manto azul fue conducido a la sala mortuoria en cuyos muros se veían cavidades destinadas a guardar los despojos humanos de los Kobdas fallecidos en el Santuario. El trayecto desde la Sala de los Consejos era largo, pues debían atravesar la columnata y salir hacia un bosquecillo de plátanos y glicinas, en el centro del cual se levantaba la sala mortuoria, provista de todo lo necesario para la purificación y disecamiento de los cadáveres que debían momificarse.

Fue aquello un imponente cortejo de Kobdas y alumnos de ambos Pabellones de los Reyes y de ambos Santuarios.

En todos los pechos se ahogaba un sollozo. En todos los ojos temblaba una lágrima. En todos los labios sellados por el silencio, pugnaban por brotar palabras, gemidos, quejas...

Todos doblaban la frente ante lo inevitable, lo irremediable, lo que ya no podía ser; pero en todas las mentes bullía poderoso e incesante este pensamiento único: “Hombres como Bohindra no debían morir nunca”.

La gran fuente central estaba rebosante de agua que un acueducto del Éufrates llenaba cuando era necesario. Grandes ánforas de las flores más aromáticas, innumerables cirios de cera perfumada, pebeteros donde se quemaba incienso y mirra, grandes cántaros de vino de palmera y de sustancias destructivas de la corrupción, ingredientes todos utilizados en la esterilización de todo germen corrosivo, se encontraban aglomerados en la vasta sala mortuoria donde el cuerpo del Kobda-Rey acababa de ser depositado sobre una gran mesa de piedra blanca.

El Anciano Hilkar eligió de entre Dakthylos y Kobdas, tres ayudantes.

Los coros cantaban a compás de sus laúdes un himno llamado: Inmortalidad, cuyas hermosas estrofas terminaban todas con este verso sugestivo y consolador:

*No es tristeza la muerte del justo
Que sólo ternuras y amor brindó;
La muerte es el hada que entrea-bre la puerta
Al ave cautiva que vuela hacia Dios.*

El hermoso ceremonial fúnebre terminó dejando cada cual un manojito de flores frescas sobre la gran mesa de mármol en que descansaba la abandonada materia física de Bohindra y todos fueron retirándose besando la mano de la Reina a la cual prodigaban tiernas frases de cariño y de adhesión.

Ella abrazó una vez más la yacente cabeza de su Rey que empapó con su llanto y calentó con sus besos reverentes y tiernísimos, mientras le decía:

–Aunque estos labios no me hablen más, aunque estos ojos no me miren más..., ¡mi Rey!..., ¡mi alma te seguirá por tus caminos infinitos porque quien te amó una vez queda prendido de ti para toda la eternidad!...

Apenas pronunciadas estas palabras una bruma de oro y rosa se interpuso entre el cadáver y Ada. Los que se hallaban allí presentes entre los que aún estaban los familiares acompañando a la Reina, unieron en poderosa vibración conjunta sus pensamientos de amor, de esperanza y de consuelo, y el cuerpo astral de Bohindra se diseñó claramente llegando hasta hacerse plenamente visible en una materialización perfecta. Y colocando sus manos fluidicas sobre los hombros de Ada, le dijo:

– ¡Mi Reina!..., ¿has olvidado que las almas que se aman no tienen ausencia, no tienen adiós?...

Ella quiso abrazarse de aquella imagen querida pero sus brazos se cruzaron sobre su pecho porque la visión se había esfumado.

Abel y Evana tomaron de ambos brazos a la Reina que echó su velo sobre el rostro para ocultar su llanto y salieron dejando solos a Hilkar con sus tres ayudantes.

* * *

Y esa misma tarde, Agnis, Notario Mayor del Alto Consejo de la Gran Alianza, de acuerdo con la Reina y demás Kobdas del Consejo tomaron la resolución de enviar urgentes avisos a todos los Príncipes, Caudillos y Jefes de pueblos.

Y a la madrugada siguiente salía de entre el bosque de plátanos de La Paz una veintena de Koraforcas que a todo el correr de sus cabalgaduras debían ir por diversos caminos a llevar el triste mensaje de la partida del Thidalá, Jefe Supremo de la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo.

En papiros encerrados cuidadosamente en tubos de cobre, el Alto Consejo rogaba a todos los Jefes de pueblos que en el término de tres lunas se encontrasen reunidos en el Santuario de La Paz a los fines de elegir entre todos el que había de sustituir al inolvidable Bohindra.

Algunos de los Koraforcas debían alcanzar a las caravanas que marchaban hacia los cuatro puntos cardinales y las cuales podían llevar los avisos a más larga distancia. Otros corrían a los puertos del Mar Grande para que los veleros próximos a zarpar llevasen la triste nueva a los lejanos países del Ática, de Tracia y del Ponto Euxino.

Y mientras siguen su curso normal todas estas actividades, observamos, lector amigo, lo que se desarrolla, vive y palpita en la intimidad de las almas que con tan hondos vínculos de amor, de inefable ternura, de amistad y de compañerismo estuvieron ligadas con el Kobda poeta y cantor, que durante dos vidas ininterrumpidas había derramado amor y había conquistado amor entre todos cuantos se le acercaron.

Bohindra había llegado a la vida física bajo el halo simpático y altamente ventajoso de la influencia de Júpiter y de Venus en conjunción, lo cual le dio la gran lucidez espiritual que le conocemos y la intensidad de amor que hizo de él una lámpara de sabiduría y un arpa viva de amor universal entre la humanidad de su tiempo.

Por eso había dicho él mismo en íntimas confidencias con su Reina que difícilmente se le presentaría otro plano de cristal tan apropiado para desenvolver nuevas vidas en su eterna carrera espiritual.

Y no podía ni debía ser de otra manera. Estaba en su ley que debía ser el precursor del Verbo de Dios en aquella lejana edad neolítica y lo fue de tan cumplida manera que causa asombro al explorador, a lo que

llegaron la fraternidad, la justicia, la honestidad y demás virtudes sociales y colectivas, tan hábilmente fomentadas entre humanidades de escaso desarrollo intelectual.

La Reina Ada tomó los diez días de retiro y soledad que las costumbres de la época concedían a las esposas a la muerte del esposo, y los pasó, ya en el Santuario de Mujeres Kobdas anexo a su propio Pabellón, o ya en la Mansión de la Sombra del Santuario de los Kobdas, pues su jerarquía e investidura la dejaba en libertad de acudir a uno u otro recinto de oración, según fuese su voluntad.

En la Mansión de la Sombra del Santuario de los Kobdas estaba el sitio ocupado habitualmente por Bohindra y en cuyo respaldo aparecía siempre colgada su lira de oro, aquella que le ofrendaron los Caudillos, el día que lo eligieron Jefe Supremo de la Alianza; aquella que tenía en relieve de nácar el corderillo de Numú echado sobre el nacimiento de las cuerdas.

Y la dulce Reina Ada sentada en el sitio del lado derecho contemplaba a través de su velo echado al rostro y del llanto que inundaba sus ojos, aquella lira muda que las manos de su Rey no pulsarían más sobre la Tierra. Su pensamiento lo buscaba en la inmensidad infinita y en hondos interrogantes preguntaba a los espíritus guardianes más familiares, a los Cirios de la Piedad, a los Kobdas fundadores, les preguntaba qué hacía su Rey, dónde estaba, cuál era su estado en el mundo espiritual y su plegaria o confidencia o reclamo siempre terminaba así:

“¡Acompañadle en su despertar en la eternidad!... ¡No le dejéis sufrir solo! ¡Amadle porque el amor es su vida! ¡Decidle que su Reina solitaria le sigue con el pensamiento desde las playas terrestres!... ¡Y que si la Ley me permitiera seguirle en la inmensidad, ya estaría a su lado para no separarnos jamás!...

Y sintiéndose más dolorida y más fatigada que días anteriores permaneció en aquel sitio hasta que los Kobdas fueron llegando a la concentración de la noche.

Era luna llena y casi siempre en tales circunstancias solían producirse hermosas manifestaciones espirituales radiantes. Era el día séptimo después de la desencarnación de Bohindra y el alma de la Reina parecía inundarse más y más de infinita tristeza dulce y suavísima... Los Kobdas más ancianos que iban llegando veían el sitio vacío de Bohindra al lado de la Reina; mas ninguno quiso ocuparlo por adivinar que aquel dolorido corazón de mujer, padecería aún más si viera aquel lugar ocupado por otro que no era él.

Pronto entraron los últimos Kobdas, los que traían los pebeteros con ascuas ardientes para quemar los perfumes. Los cirios fueron apagados. El silencio profundo se extendió como una ola de infinita ternura. Una

delicada penumbra violeta por los cortinados que filtraban los rayos plateados de la luna a través de las ojivas abiertas, parecían intensificar la quietud serena y honda que invitaba a las almas a tender las alas y volar...

¡Era el momento de Bohindra! Era su hora, la hora en que él tomaba su lira colgada en el respaldo de su sitial y como un ruiseñor enamorado, extraía verdaderos poemas de aquellas cuerdas mudas, pero que sus dedos de mago de la armonía hacían vibrar en tonos inimitables.

Era la hora de Bohindra y lo fue de verdad como si hubiera querido probar el viejo principio Kobda: “Las almas que se aman no tienen ausencia, no tienen adiós”, la abandonada lira apoyada sobre un brazo del sitial como sabía él ponerla para tocar sentado, comenzó a preludiar la hermosa sinfonía que él había llamado “Plegaria de Amor”.

Y a medida que las vibraciones subían de tono fue haciéndose más y más visible la silueta del Kobda-Rey ocupando su sitio habitual al lado de la Reina, en medio de sus hermanos que contenían hasta la respiración para no perturbar la hermosa manifestación, le escuchaban semiextáticos; que si el Bohindra encarnado fue mago de la armonía, Bohindra libre en el espacio infinito era la onda misma de la eterna y divina vibración.

Al contemplar en los archivos de la Luz Eterna este magnífico cuadro, tan vivo, tan real como en aquel momento de su creación, no se sabe qué admirar más, si la belleza de la armonía o la belleza extraterrestre de la Reina Ada que había levantado su velo, y escuchaba y miraba a su Rey con una infinita serenidad, mientras corrían de sus ojos lágrimas silenciosas que iban a perderse en los blancos pliegues de su manto.

La mística sinfonía fue apagándose como una resonancia que se extingue a lo lejos. La imagen astral fue también esfumándose en la penumbra y la lira quedó suavemente recostada en el asiento del sitial.

Ada la tomó en silencio estrechándola a su pecho y se le oyó murmurar

– ¡Mi Rey!... ¡Que sea el Amor Eterno tu galardón y tu gloria en toda tu eternidad!

Varios de los sensitivos de turno oyeron que Bohindra les decía:

–“¡Si me amáis sin egoísmo no estaréis desconsolados por mi libertad! Pensad que estoy más cerca aún de vosotros porque mi pensamiento, mi vida, mi goce, puede compenetrar en una posesión completa. ¡Y no estéis preocupados sobre quien será elegido mi sustituto, porque la Ley ha señalado a vuestro amado Abel y podéis suponer que nadie saldrá perdiendo en el cambio!”

Los que recibieron este mensaje verbal lo grabaron por separado y en silencio en el mismo instante de escucharlo, según la costumbre establecida.

Y cuando terminada la concentración se procedió al control de práctica, se vio que los seis grabados eran perfectamente iguales aunque escritos algunos en lenguas diferentes.

GOLONDRINAS REGRESAN A SU NIDO

Cuando faltaban diez días del plazo de las tres lunas pedidas por el Alto Consejo para la elección del nuevo Jefe Supremo de la Gran Alianza, los Kobdas de los seis grandes Santuarios de varones y mujeres de Neghadá, de La Paz y del Caspio y de todos los Refugios, iniciaron una concentración conjunta de diez días durante los cuales, al amanecer, al mediodía y al anochecer debían unir todos sus pensamientos en una sola aspiración a lo Infinito a fin de cooperar al anhelo y a la acción de las Inteligencias Superiores, guías de la evolución humana terrestre para que las fuerzas del mal no entorpecieran, en modo alguno, los designios de la Eterna Ley en cuanto al ser encarnado que debía sustituir al inolvidable Bohindra.

Los primeros jefes de pueblos que arribaron a las praderas del Éufrates, fueron Iber y Aldis del país de Ethea y Nairi; Vladiko y Mabi del país de Asag, al pie del Monte Zagros; Helia, la joven Reina del país de Num-Maki con el príncipe heredero de Sogdian, su esposo, que a su vez traía la representación de su país de origen.

Los tres últimos días del plazo fijado, se vio que la pradera del Éufrates en torno a La Paz, se cubría en todas direcciones de las caravanas llegadas desde los más apartados países que formaban la Gran Alianza de las Naciones Unidas.

Los dos Santuarios y los Pabellones sólo pudieron dar hospedaje a los Jefes de pueblos; pero fue necesario levantar tiendas provisorias para sus acompañantes y escoltas respectivas bajo las frondosas ramas de los plátanos que en varias millas a la redonda circundaban de sombras y de verdor al Santuario de La Paz.

Juntamente con la caravana del hermano mayor de la Reina Ada del país de Musur, llegó Walkiria, la incomparable mujer que había hecho frente a las duras borrascas de su país, y traía también la representación de su tío el Príncipe Erick y de la Cherúa de Tracia y de su pequeño hijo.

La joven Matriarca Kobda soberana del país de Cólquida había hecho la travesía en su velero Ánade, el mismo en el cual ella condujera, tres años atrás, al Hombre-Luz hacia la ribera opuesta del Ponto Euxino. Y el Ánade, como un inmenso pájaro blanco en cautiverio había quedado

anclado en un puerto de Musur, bajo la custodia del anciano Audumbla Palasthin, consejero de gobierno de los hijos de Jebuz.

Llegó también Kaíno, único heredero varón del país de Shivara, cuyo soberano, su tío materno, encadenado en el lecho por una parálisis había delegado todos sus derechos y su autoridad en su sobrino. Mas, ya no se llamaba Kaíno sino Aktrión de Nairi, como su padre, que era, según se recordará, uno de los hijos de Etchebea, el destronado soberano del país de Nairi, que por el momento estaba bajo la tutela de Iber y su Consejo.

– ¡Van llegando las Doloras de la visión de Neghadá!... –decía la Reina Ada cuando abrazaba tiernamente a las dos hermanas, hijas de Shiva, a Iber y Kaíno a quienes había conocido niños y ahora, soberanos de pueblos, lloraban junto a ella la partida del Kobda, cuya vida al decir de todos podía sintetizarse en estas solas palabras: “Fue un poema de piedad y amor”.

Cuando Abel introdujo a Walkiria en el Pabellón de la Reina, ésta y Evana, que estaban en el recibidor, dijeron a una voz: “La mujer de las rosas rojas”.

–Sí, Grandeza –contestó Walkiria–, la mujer que aprendió a deshojar rosas rojas a imitación del Príncipe Abel, que me ha enseñado la divina suavidad del sacrificio por un ideal. –Y abrazándose a Evana con una intensidad que rayaba en delirio, exclamó–:

“¡Sois la madre del Hombre-Luz! ¡Vuestros ojos me lo dicen! ¡Oh, bienaventurada madre que habéis hecho bajar todo el cielo de los dioses a la Tierra!

Y sentándose en un taburetillo a los pies de la Reina y de Evana, mientras Abel permanecía en pie junto a ellas, sacó de un pequeño saquito de red de plata un pequeño cartapacio de tela encerada, finamente encuadernado y lo entregó a Abel.

–Es la continuación del diario que habéis querido que escriba para saber sin dudas, si vuestra discípula adelanta.

Sacó luego dos hermosos collares de zafiros iguales a los que usaban las mujeres de la raza de Northia y arrodillándose ante la Reina, le dijo con su espontaneidad habitual:

–En mi país las ofrendas a mujeres como vosotras se hacen de rodillas. ¿Me lo permitís? –Y les prendió a ambas los collares de azules piedrecillas cada una de las cuales era una joya de inestimable valor.

La Reina le levantó el velo y la besó tiernamente.

– ¡Hija mía! –le dijo–, eres tan joven y ya soportas la inmensa carga de un pueblo...

Evana miraba a Walkiria y miraba a su hijo que hojeaba distraídamente el pequeño cartapacio. Un pensamiento que cruza a veces como

un rayo de luna por las mentes de todas las madres, iluminó de pronto el alma de Evana que inclinándose hacia la joven mujer del Norte trató de levantarla mientras le decía con gran ternura:

–Permitid que os llame también mi hija, puesto que tanto amáis a él..., ¿no es verdad que le amáis por encima de todas las cosas?...

– ¡Oh!... Sois madre y sabéis adivinarlo todo. Él sabe que yo le he amado como debe amarse a un Hombre-Luz.

–Abel, hijo mío, ¿no oyes a esta mujer?

–Sí, madre, la oigo, y la he oído mucho antes de ahora. También yo la amo como debe amar el Verbo de Dios en medio de los hombres.

La mirada de Evana parecía interrogar a Walkiria como inquiriendo en la profundidad opalina de aquellos ojos que irradiaban inteligencia y ternura. En ese preciso momento caían como una lluvia de gotas de sangre, infinidad de pétalos de rosas rojas que la hija de las nieves eternas había guardado entre cada página de su Diario, que Abel deshojaba distraídamente.

– ¡Cuántos habéis deshojado!... ¡Cuántos!... –Y el joven Kobda se inclinó a recogerlos.

–Dejadlos, Príncipe Abel, dejadlos –decía Walkiria estorbándole–. ¿No son dignos de tapizar el pavimento por donde vos camináis, por donde camina la Reina y vuestra madre?

–Es el sacrificio eterno de vuestro corazón que más de una vez se exprimía en doloroso holocausto, porque la vida de las almas que quieren subir a prisa a las cumbres es un continuado martirio... ¿No es verdad, mi Reina, que vos comprendéis todo esto?

– ¡Oh, sí, hijo mío!... ¡Lo comprendo tanto! Y ahora más que antes.

–Pero yo no lo comprendo bien –decía Evana, en cuya expresiva fisonomía se reflejaba claramente que estaba encantada de la joven nórdica y que la encontraba el ideal perfecto de la mujer que podría muy bien colocarse al lado de su hijo.

– ¡No lo comprendéis bien porque me amáis solamente como madre! –le dijo Abel con infinita dulzura porque sus palabras significaban casi una reconvención.

–Pues, ¿y cómo os he de amar, hijo mío?...

Walkiria comprendió que Evana no alcanzaba el pensamiento de su hijo, y para desviar el pensamiento de la madre ligeramente alarmada, intervino con estas oportunas palabras:

– ¡Es que nuestro Príncipe Abel sabe leer el poema eterno del Amor Divino entre las almas!... ¡Los demás amores que embellecen las vidas humanas son para él florecillas fugaces que deshojan los vientos polares!...

–Nuestro Pangrave Bohindra fue grande y fue bueno, y cultivó en

su vida esas florecillas fugaces de los amores que embellecen la vida. ¿Hablo mal acaso?

– ¡Oh, no, madrecita buena!... –le dijo Abel acariciando la bella cabeza de su madre con su corona de trenzas rubias–. Todos los amores son santos, puros y bellos si están en la Ley del alma que los alimenta. Así, amasteis vos a mi padre porque estaba en tu ley. Nuestro Pangrave Bohindra amó a nuestra Reina Ada porque estaba en su ley desde hace muchas edades.

– ¿Y tú, hijo mío?... ¿Sólo tú serás condenado a la eterna soledad del corazón?

– ¡Madre!... ¿Por qué habláis así en este momento?... Me amó Zurima y aun ahora canta su amor en lo hondo de mi alma una melodía que no termina jamás. Me ama Walkiria la Matriarca Kobda cuya presencia ha hecho surgir en vos tales pensamientos, y al igual que el amor de Zurima me acompañará como un himno divino todos los días de mi vida. Me amáis vos, madre mía, y vuestro amor es otro canto sublime que llena de luz y de ternura mi vida; me ama la Reina, me aman Helia y Mabi..., me amó Bohindra y mi padre y el Pangrave Aldis, Iber..., ¡todos! ¿Y me decís que estoy condenado a la soledad de corazón?

–Óyeme, Evana –dijo la Reina Ada interviniendo–, Bohindra me ha hecho comprender lo que tú no alcanzas a ver en este momento. Tu hijo Abel no necesita para su dicha íntima ni para su progreso como espíritu de un amor exclusivo y único, porque más evolucionado que todos nosotros, es un resplandor del Amor Eterno sobre todas las almas y sobre todos los seres. Cuando tú y yo lleguemos a donde él ha llegado, sentiremos el amor en igual forma que lo siente él. ¡Y ésa es la cumbre iluminada por auroras eternas adonde el que quiere subir debe aprender a deshojar muchas rosas rojas!...

– ¿No es así, Príncipe Abel? –y Walkiria al hacer tal pregunta dio a su voz un tono de ferviente invocación, como si fuera una dulce plegaria de su alma dispuesta al sacrificio desde que conoció al Hombre-Luz allá en su lejano país entre las nieves eternas.

–Es así, Matriarca, como vos lo decís –le contestó Abel–. Y tú, madre mía, llegará el día que la Matriarca Walkiria será para vos como una prolongación de mi amor a vuestro lado.

– ¿Qué me queréis decir, hijo mío?

– ¡Quiero deciros, madre, que la Matriarca y yo nos amamos tanto que este amor llegará a ser como el esplendor de Dios en nuestro camino!...

“¡Madre!..., ¡alma blanca de lirio nacido junto a una fuente donde se reflejan los cielos!... ¿No es verdad, mi Reina, que mi madre continúa siendo la pequeñita aquella que con Madina y la grulla se miraban en el

cristal de la fuente, y preguntaba a la reno y a la grulla por qué aquella otra niña estaba dentro del agua?”

– ¡Es que así debía ser la mujer que fuera tu madre, hijo mío! –contestó la Reina.

– ¡Tenéis una madre encantadora, Príncipe Abel! –decía Walkiria, reteniendo entre las suyas la mano de Evana.

– Vos serías para mí una hija que no puede sustituirse con otra.

– Y no seré sustituida, madre; podéis estar segura de ello.

– ¿De verdad me lo dices?

– ¡Oh, sí, de verdad, de toda verdad!

La dulce Evana llena de inocencia y de ternura estrechó sobre su pecho la hermosa cabeza de Walkiria que estaba sentada a sus pies.

– ¡El Altísimo no me dio una hija que yo deseaba, pero me la da mi hijo Abel y es tal como yo la quería!...

En este momento entró Adamú en el Recibidor.

– ¡Adamú! –exclamó Evana–, has llegado en el momento preciso en que nuestro hijo Abel nos da la hija que tú y yo deseamos. ¿La ves? ¡Es hermosa como un rayo de sol!

Adamú se inclinó ante la joven Matriarca y le besó la mano.

La llegada de otro personaje al Recibidor cortó la íntima confianza que tan feliz hacía a Evana, única que no alcanzó a comprender el sentido figurado de las promesas de Abel.

199

LA ASAMBLEA

La gran Sala de los Consejos, último escenario de la vida física de Bohindra, estaba rebotante de concurrencia de ambos sexos: Príncipes, Caudillos, Jefes de sus escoltas y los Notarios representantes de todos ellos. Todos habían visitado ya en conjunto o separadamente la Sala Mortuoria donde vieron y palparon el cuerpo sin vida del Jefe Supremo de la Gran Alianza, yacente en un gran sarcófago de cuarzo –cristal de roca–, con aristas y cerraduras de cobre. Entre sus blancas manos inmóviles le habían colocado un papiro entreabierto con esta inscripción: “El Amor es el mago divino que salva todos los abismos”.

Y a ambos lados de su cabeza apoyada sobre un almohadón, se veían dos libros encuadrados en cuero negro, en cuyas tapas podía leerse: “*Ley de Numú*”, “*Ley de la Gran Alianza*”.

Las tres primeras asambleas fueron para conocerse unos a otros los numerosos jefes de pueblos que componían aquella vasta confederación de naciones unidas. Y Agnis como Notario Mayor del Alto Consejo,

mediante un extenso memorial, destacó las obras y actuación de cada Jefe de pueblos a los fines de que fueran conocidos por toda la Asamblea, que así estarían capacitados para realizar una elección justa y acertada. Allí desfilaron todos los esfuerzos y sacrificios de Iber con su Consejo para pacificar los vastos dominios de Ethea y de Nairi, y encauzarlos por el riel de oro, según la frase de Bohindra, hacia la conquista de todos los derechos de un pueblo libre y laborioso. La labor ardua y pesada de los hijos de Beni-Abad en los pueblos costaneros del Mar Bermejo, o sea el país de Arab; la penosa tarea de Abrano, Príncipe de Cedmonea para limpiar de piratas las costas del mar del Sur; las grandes luchas de Ismakú para contrarrestar el ascendiente que entre los pueblos Cuschitas del Éufrates habían tomado los magos negros de la Escuela de la Reina Shamurance, vencida años atrás por la fuerza mental de los Kobdas; la redención del Scheiff Circasiano, Vladiko, mediante el sacrificio de Mabi y de sus compañeros Jobed, Ibrín, Acadsú y Nubia, que con la Ley de Numú y una decidida voluntad consiguieron hacer de un pueblo nómada, un país próspero y fuerte en la falda del Monte Zagros, donde habían acampado momentáneamente; la actuación de Helia ante los disturbios de su país por los potentados rebeldes ante la abolición de la esclavitud; la obra de Fredik de Maracanda del país de Sogdian, su suegro, que hasta perdió sus hijos mayores asesinados como rehenes por su negación a apartarse de la Gran Alianza; las luchas del Príncipe de Shivara entre el Tigris y el Éufrates para lograr la entrada en la Ley, de las tribus errantes de los cañaverales e islas de los dos grandes ríos.

La obra de los Hijos de Jebuz en Musur; la de Marván, Caudillo de Artinón que había salvado al país y actualmente con Solania fundaba una nueva rama de la civilización en el norte de África, en Corta Agua. Los caudillos de Ática, de Zoan, donde Kerlés y sus acompañantes llenaban el vacío del caudillo desaparecido; Margiana allá en las orillas del Amudaria donde Suri y Erech convencieron a toda su parentela y les libraron de la bárbara dominación extranjera que les habían llevado hacia una vida de ignominia y de crimen.

Y continuaba así el desfile de todos los Caudillos y príncipes dirigentes de pueblos con sus obras puestas de manifiesto para que la Asamblea pudiera formar exacto juicio.

Cada terminación de un memorial provocaba una salva de aplausos, hasta el punto que la Reina Ada que presidía la Asamblea se veía obligada a ponerse de pie y ordenar un toque de clarín para imponer silencio.

Mas, cuando el entusiasmo rayó en delirio fue cuando el Notario Mayor dio lectura al memorial de los países del Norte y pudo verse la obra heroica, de esfuerzo, de abnegación y sacrificios de la Reina y Matriarca Kobda, Walkiria de Kiffauser, para no dejar perecer la obra de su abuelo,

Lugal Marada, que había sido el civilizador de los pueblos desde el Ponto Euxino hasta el Báltico.

Cuando de nuevo se hizo el silencio, la Reina Ada tomó la palabra para decir:

–Príncipes todos de la Gran Alianza, compañeros fieles de Bohindra, mi Rey ausente, con el cual habéis colaborado tan decididamente para dar felicidad a los pueblos; os habéis conocido todos unos a otros; sabéis de lo que sois capaces cada cual en la esfera de acción que le ha tocado desempeñarse, os invito a que pidamos todos juntos la Luz Divina para que vuestra elección sea tal como conviene a la felicidad de los pueblos que gobernáis.

Todos se pusieron de pie y en profundo silencio hicieron la plegaria mental que la Reina les había pedido. Terminada la invocación, tomó la palabra Ismakú que de todos los presentes era el más antiguo en la Gran Alianza y manifestó que, aunque varios de los Jefes de pueblos habían realizado obras de grandísima importancia, era de opinión que se debía tener en cuenta la sucesión del gran Thidalá desaparecido. Él tenía sus herederos legítimos y dada la actuación no superada por nadie del inolvidable Bohindra debía prolongarse su memoria en alguno de sus herederos. Varios, casi la mayoría, se adhirieron a esta iniciativa del anciano príncipe de Cuschitas que, con su esposa Asvinia y su heredero Kaisen y jefes de escolta, asistía a la gran Asamblea.

Algunos Caudillos querían a la Reina Ada como Jefa Suprema de la Gran Alianza y reforzaban su opinión con relatos de mujeres de pasadas edades que, en los continentes desaparecidos había realizado obras grandiosas. Otros pedían que el sustituto fuera Abel por ser su heredero directo varón, con más facilidades para recorrer de tiempo en tiempo los vastos territorios a donde se extendía como un manto de lino la protección de la Gran Alianza. No faltaron voces que reclamaran a Walkiria de Kiffauser, cuyas extraordinarias cualidades de talento y energía la hacían un Caudillo de pueblos difícil de encontrar entre muchos.

Abel pidió permiso a la Reina Ada para hablar.

–Príncipes de la Gran Alianza y Notarios del Alto Consejo. Me permito recordaros que nuestro amado Kobda-Rey no fue elevado por derecho de herencia al alto puesto que ocupó, sino por libre voluntad de todos los jefes de pueblos. Siendo esto así, bien comprendéis que no debe tenerse en cuenta a sus consanguíneos en este caso, sino realizar la elección tal como fue hecha la de él, o sea por los valores personales de cada cual, por su capacidad de mantener la paz y la concordia entre todos los Jefes de las Naciones, por el claro discernimiento y los elevados principios de equidad y de justicia que hayáis podido comprobar a través de los Memoriales que de las obras y actuaciones de todos habéis escuchado. En

mi concepto nada tienen que ver los lazos de la sangre en una elección de esta naturaleza, porque bien pudiera ser que un consanguíneo del ilustre desaparecido, no reuniera en sí las aptitudes necesarias y que pueden estar reunidas en alto grado en uno que no lo sea.

Una aprobación general se exteriorizó, oídas las palabras de Abel. Entonces Agnis, Notario Mayor, tuvo la idea de que todos los Audumblas de los Gobernantes presentes tuvieran también voz y voto en la magna Asamblea.

Ya recordará el lector que estos Audumblas eran grandes clarividentes, que debido a sus facultades perceptivas de los planos espirituales donde se hacen sentir más los pensamientos de las Inteligencias Guías de la evolución humana, eran tomados por los caudillos como inspiradores para una resolución de la importancia que tenían entre manos. Fue traído en silla rodante aquel anciano Audumbla de Zoan, que ya no podía andar por sus pies, pero cuya actividad mental continuaba con una clara lucidez. Era el mismo que años atrás había decidido la elección de Bohindra.

Había allí treinta y dos Audumblas, y la Asamblea por unanimidad les dio voz y voto. Después de muchas consideraciones se procedió a votación por cedulillas que dos Notarios designados allí mismo, abrieron para el control de práctica.

De este control resultó que tenía mayoría de votos, la Reina Ada, Abel y Walkiria de Kiffauser.

—Ha prevalecido el prejuicio de los derechos hereditarios por los vínculos de sangre —dijo Abel como apenado de que aquella magna Asamblea no se hubiera hecho superior a todo ello.

Entonces se vio al viejo Audumbla de Zoan agitar sus manos descarnadas y temblorosas, y dar palmadas para hacerse oír. A él se le debía la elección de Bohindra y era muy respetado como dueño de grandes poderes y luces del mundo extraterrestre.

—Soy el más anciano de todos vosotros, a muchos de los cuales les triplico la edad. Sabéis que he presenciado deliberaciones como ésta a centenares y que el Altísimo me dejó entrever Su soberana voluntad en muchas ocasiones. Y en ésta me permite discernir claramente que los tres nombres elegidos por mayoría, están inscriptos en el libro divino de la Ley. Nuestro hermano Abel, sucesor directo del Thidalá desaparecido, será el genio tutelar de la paz y la concordia; la Reina Ada, la educadora de la juventud, esperanza del porvenir; y la Matriarca Walkiria de Kiffauser, el baluarte de la defensa de todos en las horas difíciles que no tardarán en llegar. Invito a todos los Audumblas aquí presentes, a que digan si no han percibido en igual forma que yo.

Una exclamación inmensa resonó en la vasta Sala cuando todos los

Audumblas manifestaron que sus percepciones mentales coincidían con las del anciano Audumbla de Zoan.

Walkiria estaba más blanca que el velo que cubría su hermosa cabeza de bucles dorados. La Reina Ada, serena, dejaba correr dos hilos de lágrimas que iban a perderse entre los pliegues de su túnica azulada. Abel, impassible, sentado entre el numeroso grupo de los Notarios, corregía algunas notas de su cartapacio.

La Reina Ada fue la primera en tomar la palabra después de un solemne silencio de unos minutos:

– ¡Príncipes y Caudillos colaboradores de nuestro Thidalá ausente! Mi nombre lo habéis elegido sólo por amor a él, y eso hace que yo os quede doblemente agradecida. Y como mi condición de mujer y de Matriarca del Santuario de Mujeres y a la vez del Pabellón donde se educa la juventud femenina, me será impedimento para ocuparme de lleno de vuestros asuntos, os propongo que me permitáis delegar en primer lugar al sucesor hereditario de mi Rey. Abel ocupará directamente el vacío dejado por aquél. La Matriarca Walkiria y yo seremos las columnas en que se apoya, puesto que todos vosotros lo habéis decidido así. ¿Estáis conformes?

Un inmenso ¡Sí!, seguido de vibrantes hosannas a la Reina y aclamaciones de júbilo llenaron por un momento, no sólo la sala de los Consejos, sino todo el Santuario que parecía resonar bajo el ambiente de triunfo y de entusiasmo que se había extendido como una ola gigantesca. La Reina Ada llamó a la Matriarca de Kiffauser y a Abel, y tomando del sitial vacío de Bohindra, el oped blanco y la diadema de lotos de nácar con hojas de esmeraldas, le colocó ella misma las simbólicas insignias de la autoridad suprema. Le invitó a ocupar el sitial y colocada Walkiria de Kiffauser de un lado y ella del otro, llena de profunda emoción, dijo todavía:

–Que el Amor Eterno reciba nuestra conjunta aspiración hacia Él, y que se derrama sobre esta magna Asamblea como una solemne bendición que nos acompañe en todos los días que nos restan de vida.

Resonaron los preludios del Himno a la Fraternidad, compuesto por Bohindra cuando la Gran Alianza fue una realidad de sus sueños. Y aquel grandioso acto terminó en una alegría tan unánime que sólo se oía decir:

–El gran Bohindra no ha muerto, porque se siente vibrar su aliento de amor, de esperanza y de fe en el porvenir.

Abel, en una invocación profunda, guardaba un silencio más profundo aún. Parecía abstraído en hondos e incomprensibles pensamientos. La Reina Ada oía los murmullos de conversaciones plenas de entusiasmo y de fervor en todo el vasto recinto.

Walkiria se atrevió a romper por fin el silencio de Abel.

– ¡Todo un jardín de rosas bermejas deshojáis en estos momentos, Príncipe Abel, y tanto os cuesta deshojarlo que habéis enmudecido, no sé si de espanto o de dolor!

–Habéis adivinado, Matriarca, el profundo sentimiento que anida en mi corazón. Hubo, en verdad, un anuncio de esto en Neghadá, pero como no creía yo tan cercana la partida de Bohindra y esperaba que mis alianzas espirituales me desviasen esta enorme carga, vivía confiado, sin querer convencerme todavía de que ya dejé de ser un jovenzuelo y he pasado a ser un hombre. Me he sorprendido grandemente. Eso es todo.

–Más sorprendida aún estoy yo, pero como estáis vos y la Reina a mi lado, debo confesar que me siento llena de tranquilidad.

–Esperad –díjole la Reina–, que yo tengo que manifestar algo que puede ser que os altere un poco.

– ¿Cómo? ¿Os volveréis atrás?

–No, hija mía, pero creo que aquí hay algo que debe ser modificado.

Y tocando suavemente del pequeño silbato de plata que resonaba como delicado clarín, pidió que la escuchasen unos momentos. El silencio se hizo y la Reina habló:

–Antes que nos apartemos de este lugar os pido a todos que me permitáis desligarme del fastuoso nombre de Reina que todos me dan, y de los atributos inherentes a esa designación de Matriarca de los Pabellones de los Reyes donde se educa la juventud. Eso no significa en forma alguna que rehuya la responsabilidad que habéis tenido a bien, depositar sobre mí; sino que dejando la investidura de soberana, podré resguardarme algo de ciertos compromisos sociales, que en ausencia de mi Rey me sería por demás doloroso afrontarlos.

Un clamor casi unánime se dejó oír y por fin predominó este pensamiento emitido por Agnis, el Notario Mayor:

–Expresan todos que ninguno romperá lo que fue voluntad de Bohindra, a quien todos debemos los beneficios de la paz y la concordia entre los pueblos.

–Hermana –dijo acercándose el hijo mayor de Jebuz–, nuestro padre de querida memoria, os entregó a los catorce años como esposa del gran Rey de las Naciones Unidas. ¿Cómo pues abandonáis una investidura que debe ser sagrada para vos, pues significa la voluntad de vuestro padre y de vuestro esposo?

En ese instante comenzaron a resonar voces femeninas que decían:

–La Reina Ada es la madre de todos y la protección viviente que ha dejado Bohindra sobre las mujeres de todos los pueblos.

Y en un momento la Reina se vio rodeada de un grupo de mujeres

entre las que estaban en primera fila las hijas de Shiva. Eran las esposas de los Príncipes y Caudillos a las cuales Bohindra había hecho que se les concediera voz y voto en las deliberaciones de mayor importancia.

Como estos pequeños tumultos podían alargar demasiado la ya muy complicada Asamblea, Abel tomó la palabra:

–Honorable miembros de toda esta magna Asamblea: Me permito anunciaros que mi primera resolución como sucesor del incomparable Bohindra, cuya partida todos lamentamos, y cuyo vacío ni yo ni nadie podrá cumplidamente llenar; es que todo cuanto fue creado, ordenado y aprobado por él lo ordeno, lo apruebo y lo sigo yo. ¡Reina Ada!... Respetad la voluntad de él y el deseo de todos los que os rodean, y pensad que si Bohindra os colocó a su lado fue para que junto con él y después de él, continuarais siendo el símbolo de la grandeza moral y social de la mujer, como digna compañera del hombre y madre de la humanidad. ¿Claudicaréis ahora del encargo de vuestro Rey?

– ¡No, hijo mío! ¡Eso no!... Mas, creí que era una investidura que ya no me pertenecía, pero vista la voluntad de todos os ruego me perdonéis si tuve un mal pensamiento. Contad pues conmigo, que aún en la ausencia de mi Rey continuaré siendo vuestra Reina y vuestra madre.

–Un aplauso formidable en que los vivas y bendiciones a Bohindra, a Ada, a Abel, formaron como un clamoreo ensordecedor que se prolongó por unos momentos.

Para dar feliz terminación a aquel solemnísimos acto, Abel invitó a todos a pasar a la gran sala mortuoria para que ante el sarcófago de Bohindra todos le hicieran la solemne promesa de continuar fieles a la Gran Alianza fundada por él, y a todas sus leyes, que habían llenado de prosperidad, de justicia y de bienestar a los pueblos.

La sala mortuoria profusamente adornada con guirnaldas de flores y de colgaduras blancas parecía más bien un templo engalanado para una fiesta nupcial que no para un ceremonial fúnebre.

Como engarzados en guirnaldas y colgaduras, se veían papiros con los preceptos de amor de Bohindra grabados con caracteres color de oro. Innumerables cirios ardían perfumando el ambiente. Nubecillas de humo aromatizado subían de los pebeteros. Una veintena de laúdes ejecutaba suaves y sentidas melodías.

Abel conmovido en alto grado pronunció estas breves palabras:

–Bohindra, genio tutelar de los pueblos a quienes ayudaste a encontrar el camino de la paz y la felicidad: ante tu materia física están reunidos los que representan esos pueblos numerosos que bendicen tu nombre, y su presencia en este lugar de tu descanso es la más solemne promesa de que serán fieles a los pactos que realizaron contigo.

Ismakú que era el más antiguo en la Gran Alianza, inició el desfile

reverente ante el sarcófago sobre el cual debía posar cada uno la diestra un momento, renovando mentalmente la vieja alianza con el Kobda-Rey. Pero los que más le amaron porque más amor recibieron de él, no la mano sino la frente y el llanto silencioso dejaron caer sobre aquella urna de cristal de roca, que abierta en su parte superior, les permitía contemplar por última vez la abandonada materia física de Bohindra que parecía dormir en plácido sueño.

Al mediodía siguiente, en un ágape en conjunto, Príncipes, Caudillos y Kobdas estrecharon más los vínculos creados por Bohindra a base de amor recíproco, de tolerancia y de persuasión.

A la tercera aurora después de la gran Asamblea de elección, las numerosas caravanas salían en todas direcciones rumbo a sus respectivos destinos, mientras toda la familia Kobda les despedía cantando el himno del amanecer, desde la terraza de los Pabellones de los Reyes.

La Reina Ada al lado de Abel recordó el día aquel, lejano ya en su vida, cuando desde aquel mismo lugar despedía a su padre que acababa de entregarla como esposa del Thidalá de las Naciones Unidas. Como en aquel entonces apoyó también su frente sobre la balaustrada de piedra y su alma sensitiva en alto grado percibió claramente la voz sin ruido de su Rey que le decía:

– ¡Mi Reina!..., te repito las mismas palabras de aquel día lejano: “Espero que sean éstas las últimas lágrimas que viertas a mi lado”, porque ahora, como entonces, estoy tan cerca de ti, tan unido a ti, que tu pensamiento, tu sentir y tu querer están en mí como la luz purpúrea de este sol de amanecer.

Abel, Evana, Adamú, los tres hijos de Shiva y Walkiria la rodearon de tierna solicitud comprendiendo bien lo que pasaba en lo hondo de su corazón.

– ¡Mi Reina amada! –le dijo Evana abrazándose de ella–. Ambas estamos huérfanas, vos de vuestro Rey y yo de mi dulce Pangrave que era el confidente de mis más secretos pesares. Unamos nuestra orfandad y en la ausencia de él, seamos nada más que la madre y la hija unidas para siempre en su amor y en su recuerdo.

– ¡Me olvidáis a mí!... –se quejó dulcemente Mabi, acercándose al grupo conmovedor.

–Ven, Joheván, ítempestuoso y vehemente Joheván! –decía jovialmente Abel, atrayendo de las manos a Mabi hacia él–. Yo seré tu padre y tu madre y tu hermano... ¡Y pobre de ti si no me obedeces!... Estarás por largo tiempo sin jugar conmigo a los pájaros voladores...

Tales palabras de Abel cortaron las vibraciones dolorosas de la escena entre la Reina y Evana.

El grandioso panorama de la salida de las caravanas con sus doseles

y parasoles de variados y vistosos colores, con el agitar de banderillas, pañuelos y velos blancos, en señal de postrera despedida, tonificó un tanto el ambiente que culminó con un adiós más bello y emotivo aún, cuando el pequeño Seth con varios niños de su edad llegaron con grandes cestas y, entre un estruendo de risas y de gritos, soltaron a volar una bandada de palomas blancas que asustadas por el momentáneo encierro, tendieron su vuelo como en seguimiento de las caravanas.

– ¿Quién hizo esto? –preguntó Adamú con alguna severidad.

–Fue Pangrave Aldis que nos mandó encerrar las palomas en las cestas –dijo apresuradamente el niño, temeroso de una reprimenda.

– ¡Aquí llega el viejo a salvar la situación! –gritó Aldis, subiendo el último escalón que le colocaba en medio de todos en aquella gran terraza que dominaba una larga distancia de los alrededores–. También las avecillas son criaturas de Dios y quieren asociarse a la despedida.

–Perfectamente, Pangrave, vos todo lo hacéis con oportunidad –dijo Abel, mientras levantaba a Seth sobre la balaustrada para que continuara agitando su banderilla azul y oro, colores distintivos de los Kobdas de La Paz.

200 SOMBRA Y LUZ

Así que volvió todo a su normalidad, Abel sintió necesidad de reposo bajo las frondosas arboledas, y tomando a Seth de la mano, se encaminó hacia la avenida que terminaba en el blanco rosal de Zurima.

–Mientras tú te diviertes en hacer volar las mariposas de sus nidos de flores, yo pescaré otras mariposillas que zumban dentro de mí –decía Abel a su pequeño hermano.

– ¿Conque tienes también un nido de mariposas aquí dentro? –y Seth golpeaba con su índice el pecho de Abel.

–Sí, y tú también.

–Eso sí que no; te lo aseguro, porque Fulkis, que es mi maestro de ciencias naturales me ha enseñado que esto que aletea aquí dentro es el corazón y no mariposas como tú dices. ¿Es posible, Abel, que siendo tan grande y que eres Instructor de Postulantes y no sepas esas cosas?...

–Ya ves, queridito, yo no estoy tan adelantado como tú...

–Mira, Abel, que aunque pequeño no soy tonto; yo adivino que tú te estás burlando de mí.

Y el Hombre-Luz que así jugaba con un parvulillo, enternecido por un recuerdo profundo lo besó tiernamente mientras le decía:

– ¡Jugábamos ayer, Senio! Y jugamos otra vez ahora.

–Siempre te empeñas en llamarme Senio y yo me llamo Seth, ¿no lo sabes acaso?

–Sí, querido, pero como estoy envejeciendo se me olvida a veces.

–Tú, ¿envejeciendo? ¡Calla! Si estás cada día más hermoso y gallardo. Todos te miran, hasta ese mochuelo terco que llama madre a nuestra madre.

– ¿Kaíno?

–Sí, el mismo, pero ese..., ¡uf!..., no te mira con buenos ojos. Tengo para mí que no te quiere.

– ¿Por qué eres injusto con él? Kaíno es tu hermano y mi hermano.

– ¡No, no y no!... ¿Crees tú que yo no tengo amigos que me cuentan las cosas?

– ¿Y qué pueden contarte de Kaíno? A ver, dilo.

Y Abel, un tanto alarmado por las revelaciones del pequeño, le sentó sobre las rodillas dispuesto a prestar atención.

–Pues, sí, Grandeza, Rey de todas las Naciones: yo sé muchas cosas. ¿Sabes quién es mi amigo? ¡El viejo de las cuadrillas que me quiere como a la niña de sus ojos!...

– ¡Abirón!..., ¿y qué te ha contado si se puede saber?

Seth bajando la voz, añadió:

– ¡Que Kaíno no es hermano ni tuyo ni mío! Y debe ser así porque si fuera hermano nuestro viviría aquí con nosotros y nos amaría mucho.

–Eso no tiene nada de particular porque Iber, Helia y Mabi tampoco viven con nosotros pues tienen sus casas lejos de aquí y somos todos hermanos.

–Hermanito, ¿crees que yo me trago entera esa torta rellena? Tampoco ellos son hermanos nuestros; me lo dijo también Abirón, pero ellos te quieren mucho, como si fueran de verdad hermanos.

–Bueno, pero, ¿qué motivos tienes para decir que Kaíno no me quiere?

–Oye; como mi madre no me dejó ir con todos los Príncipes a la sala donde duerme Bohindra, yo me puse muy enojado y me fui a esconder entre las madre selvas del palomar grande que queda cerca de allí. Cuando todos salieron, yo me entré por la puertecilla de atrás, ésa por donde se abre y se cierra el acueducto. ¿Me entiendes?

–Sí, hombre, sí; continúa.

–A poco de estar yo mirando al Pangrave dormido, sentí pasos y me oculté detrás de una colgadura y un loto grande. Temí que fuera nuestro padre y que me reprendiera. Pues era Kaíno en persona y con una cara que ponía miedo.

–Y, ¿qué hizo allí?

–Pues casi nada..., habló solo, gritó, maldijo, dio patadas en el suelo

y por fin poniendo una mano sobre la urna que cubre al Pangrave, le dijo: “¿Ves, Bohindra, ves? Todos me han olvidado. Ninguno pensó en mí para nada. Nadie pronunció mi nombre... Soy para ellos un perro sarnoso del que todos huyen... Hablan de amor, y yo digo que el amor ha muerto contigo”.

“Y sacando un puñal muy hermoso que brillaba con fulgores de hermosas piedras de colores, siguió diciéndole al Pangrave: “¿Ves este puñal? Es el tuyo, Bohindra, y con él me hice justicia más de una vez. Por este puñal te juro que no obedeceré jamás a ese muñeco de cera que te han dado por sucesor, ni lo tendré en cuenta para nada. Pero... ¡Ay de él, si se atraviesa en mi camino!”. Le vi que secaba unas lágrimas gruesas que caían como gotas de lluvia en el pavimento y salió por la misma puertecita del acueducto.

– ¿Viste hacia dónde fue?

– Parecía que iba hacia el río, pero como se encontró con Abirón y unos de sus cuadrillas que desmontaban unas de las tiendas, se detuvo hablando con él largo tiempo. Pude oír que reñían y Kaíno le decía:

“– Un día me hiciste una mala jugada y yo tengo el defecto de no olvidar.

“– Y yo tengo la mala cualidad de seguir de cerca a los mal intencionados –le contestó Abirón.

“– Te aconsejo no cruzarte en mi camino, porque ya eres viejo para cazar leopardos y puede ser que te lleves una sorpresa.

“– No tengas cuidado, Príncipe, que yo no me asusto de nada.

“Le contestó Abirón. Hablaron más, pero yo no lo pude oír, Cuando él se marchó me acerqué a Abirón y vi que estaba rojo de ira.

“¿Qué tienes, Abirón, y por qué estás enfadado?” Él se sorprendió al verme y pasándose la mano por la frente bañada en sudor, me dijo como siempre suele decirme: –“¡Mi rayito de sol!..., ¡mi estrella polar!..., tu viejo Abirón tuvo hoy un mal día y una víbora me ha picado el corazón”. Y me abrazó tan fuerte, que casi me corta la respiración. Después me mandó venir al Pabellón y que nunca vaya solo por los pájaros. ¿Entiendes tú, esto, hermano Abel?

– Parece que estoy comprendiendo, pero tú no pienses más en ello ni digas nada a nuestra madre ni a la Reina, ¿oyes? Las pobrecitas están aún muy doloridas por el largo sueño del Pangrave Bohindra y no las debemos asustar. Ahora, déjame pensar un poco y juega tú con las mariposas.

– ¿Vas a espantar tú las mariposas de tu corazón? –preguntó con cierta malicia el niño.

– Sí, querido, pero ellas se asustan si tú haces ruido.

– Bien, bien, jugaré calladito como el Pangrave Bohindra en su lecho de cristal.

Una hora después, Abel volvió al Pabellón de la Reina y buscó a sus padres para hablarles de Kaíno. Aquellas palabras oídas de los labios de Seth y pronunciadas por Kaíno junto al sarcófago de Bohindra: “El amor ha muerto contigo”, hicieron comprender al Hombre-Luz que su desventurado hermano de crianza estaba nuevamente al borde del abismo y que para evitarlo era necesario hacerle sentir con hechos que el amor continuaba viviendo para él en los corazones de todos los que habían amado a Bohindra.

Abel comprendió demasiado bien a través del ingenuo relato de Seth, que Kaíno había sido nuevamente vencido por su orgullo que le hacía verse humillado y deprimido por la elección de su hermano de adopción a la suprema autoridad de Jefe de la Gran Alianza en sustitución de Bohindra. Pero Abel tuvo el doloroso desengaño al encontrar a sus padres que comentaban entristecidos la partida de Kaíno sin despedirse, unas horas después de la renovación de la Alianza de los Príncipes en la sala mortuoria.

– ¡Cómo!... ¿Se ha marchado ya? –preguntaba alarmado Abel–. ¡Teníamos tanto que hablar!

–Yo decía lo mismo –contestaba Adamú–. Ahora pensábamos realizar consejo y fiesta familiar con los hijos de nuestra Shiva, con el hermano de la Reina y con él; pero no ha dado tiempo a que le dijéramos nada.

–Quien debe saber mucho de este asunto es Abirón –dijo Abel–, y acaso el Pangrave Aldis que ve todas las cosas antes que los demás.

En ese momento llegaba Aldis guiado por el pequeño Seth.

–Hijo mío –le dijo a Abel–, vengo del rosal de Zurima a donde fui, a no haber sido por este parlanchín no habría sabido donde encontrarte.

–Pues aquí me tenéis para lo que gustéis mandar.

–Kaíno se ha marchado a la tercera hora de ayer sin decir adiós, cerca ya de la caída del sol y a lo que parece va disgustado con todos nosotros.

– ¿Y por qué? –preguntó Evana alarmada–. Hasta un momento antes de la Asamblea final estuve con él, aquí mismo, y le vi entusiasmado y contento departiendo amigablemente con la Matriarca Walkiria y con sus hermanas Helia y Mabi. ¿Qué ha pasado después que así se ha enfadado?

–Parece ser –dijo Aldis–, que la elección le ha dejado muy disconforme, pues deseaba que fuera la Reina Ada solamente la sucesora de Bohindra.

–Y lo es –respondió Abel–. ¿Acaso la Matriarca Walkiria y yo podemos anular la personalidad de nuestra querida Reina Ada?

–Yo sé lo que es –intervino Adamú con energía–. Desde pequeñito,

Kaíno recibió muy mal que nuestro amor se repartiera cuando nos llegó Abel. Mucho hemos combatido Evana y yo, para vencer esa naciente envidia y rencor en él, que es tan exclusivista que quiere ser él y siempre él en todas las cosas, lo cual le hace sentirse afectado por el amor y consideraciones dispensadas a su hermano. Eso es todo. Siempre fue lo mismo. Nuestro Abel es el rayo de luz que ciega su vista y lo enloquece.

– ¡Triste fatalidad la mía! –dijo Abel–. Nada hago yo que pueda molestarle. Hasta un momento antes de la gran Asamblea estuve hablando amistosamente con él y yo mismo le insinué en mi calidad de Notario, que ocupara el sitio que le correspondía a su tío el Príncipe de Shivara, o sea entre el grupo de los más antiguos en la Gran Alianza. ¡Y estuvo tan satisfecho!

–Todo esto lo arreglaremos –contestó Aldis–, si vosotros dos me acompañáis a tu Sala-Regencia, Adamú. Creo que estas cosas son demasiado fatigosas para nuestra dulce Evana. ¿Verdad, hija mía, que a ti te agradan más las confidencias con la Reina y tus hijas después de tan largo tiempo que no las veías?

–Sí, sí; es verdad y más ahora que tengo otra hija. Pangrave Aldis, ¿no lo sabíais?

–Si tú no me lo dices.

Abel sonrió adivinando.

–Pues sí, la Matriarca Walkiria, esa flor de oro de los países de la nieve...

–Pues y, ¿cómo es esa nueva maternidad? –preguntó sonriente Aldis.

–Que os lo diga mi hijo Abel, que él lo sabe mejor que yo.

–Ya os lo diré, Pangrave; ya os lo diré –decía Abel, saliendo en seguimiento de su padre hacia la salita de la Regencia en el Pabellón del Rey, donde Adamú como Regente del pabellón despachaba los asuntos de los jóvenes alumnos que allí vivían.

Todos se sorprendieron al encontrar allí al jefe de las cuadrillas de jornaleros que cuidaban de la conservación de los Santuarios de los Pabellones de los Reyes y de parques y jardines.

– ¿Tú, aquí, Abirón?... –díjole Abel afablemente–. Estaba deseando verte para darte todas las seguridades que tu lugar será el mismo por más que varíe la personalidad en esta casa.

–Ya lo sé, Niño, ya lo sé. Vos, la Reina, el Pangrave Aldis y el Regente sois como el alma del Kobda-Rey que sigue viviendo en La Paz, lo mismo que antes. He envejecido a vuestro lado y ya no necesitáis darme explicaciones.

–Entonces es por otros motivos que estáis aquí, ¿podemos saber?

– ¡Oh, Niño bueno!... ¿De qué pasta estarán hechos los que guardan odio en su corazón para vos?

– ¡Pero! ¿Quién le guarda odio a mi hijo? Habla, Abirón –dijo Adamú con cierta inquietud.

–El mismo; siempre el mismo: Kaíno. Se marchó enfurecido como un tigre hambriento y no sé de lo que será capaz.

–Y, ¿cómo lo sabes tú? –preguntó Aldis–. Explícanos todo y así veremos lo que se puede hacer para suavizarlo.

– ¡Oh, Grandezas!... Vosotros sois demasiado buenos para alcanzar a medir la maldad de algunos hombres. Sin desmedro para nadie, aquí haría falta la fuerza de mi padre Senio para domar a ese mamut enfurecido. Más malo que Kaíno era Karono y él me hizo manso como un cordero. Pues bien, os diré lo que sé. Parece que Kaíno ofendido porque no le han tenido en cuenta para nada, buscará alianzas con los pueblos costaneros del otro lado del Golfo Grande y del Altái para formar otra Gran Alianza que haga competencia a la que tenéis ya formada. En esa agrupación de pueblos que él formará, no serán reprimidas la esclavitud ni la poligamia, ni los sacrificios, ni la adoración de muchos dioses. O sea que todo será al revés de lo que los Kobdas han realizado durante tanto tiempo.

– ¿Por qué te lo dijo a ti y no a nosotros? –preguntó Adamú.

–Me lo dijo porque creyó conquistarme ofreciéndome el mando de todos sus hombres de guardia y escolta, haciendo de mí el hombre de su confianza. Y cuando vio que todas sus promesas caían en el vacío como hojas secas que se lleva el viento huracanado, se marchó enfurecido, colmándome de injurias y de maldiciones. ¡Oh, Grandezas! ¡Tened a bien escuchar a este viejo, cuya juventud la pasó entre lo más ruin y perverso de la maldad humana, y conoce más que vosotros lo que es capaz la fiera humana cuando los malos genios se apoderan de ella! Debéis estar alertas y tomar vuestras medidas antes que sea demasiado tarde. Por mi parte os aseguro que mis cuadrillas y yo somos bastante para evitaros sorpresas en todos los contornos de los bosques que rodean La Paz. Hasta donde llegue mi vista, yo respondo de todo; pero más allá no sé ni puedo saber lo que pasa.

–Gracias, Abirón; ya vemos hasta qué punto hizo de ti el inolvidable Senio un guardián fiel y decidido –dijole Aldis, dándole palmaditas en la espalda.

Adamú demostraba honda preocupación y en Abel podía bien adivinarse la amargura que todo esto le producía.

–Infeliz Kaíno –exclamó con profunda emoción–. Así borras en un momento cuanto de bien habíamos conseguido para ti los que de verdad te amamos.

– ¡Oh, Niño bueno! –exclamó Abirón–, es lo único que no puedo comprender en vos.

– ¿Qué cosa? –preguntó como distraído Abel.

– ¡Que teniendo alma de paloma améis así a una culebra!... Con vuestro permiso...

–Vete, Abirón, y no descuides los desembarcaderos del río –díjole Aldis.

–Estad tranquilos que a mí no se me escapa ni un renacuajo que salte a tierra.

Una hora después zarpaba un pequeño velero que corría con todas sus velas desplegadas río arriba, llevando el encargo de alcanzar la embarcación de Kaíno y entregarle mensajes escritos por la Reina, Evana y Abel.

Agnis como Notario Mayor, le insinuaba la necesidad de llevar la carpeta referente a los asuntos del país de Shivara y el relato de todo cuanto había ocurrido en la Asamblea de elección para que el Príncipe, su tío, fuera enterado como correspondía.

Evana se le quejaba tiernamente de que, sin dignarse darle el abrazo de despedida se hubiera marchado, habiéndole ella advertido antes de la Asamblea, que cuando hubiesen despedido a Príncipes y Caudillos extranjeros, celebrarían un consejo de familia para resolver asuntos de orden interno, como ser la consagración y entrada en la Alianza de Numú de los hijitos de Helia y Mabi; los esponsales de Iber con Alvina, y de Furkis con Aurorita de Nibiza.

La Reina Ada y Abel, en un mensaje conjunto le recordaban que Iber deseaba que él acompañase a su padre Aktrión de Nairi, en un viaje a dicho país en su calidad de herederos directos de Etchebea y buscando ponerles de acuerdo con el Consejo de Ancianos que gobernaba al país de Nairi, bajo la tutela y autoridad de Iber y su Consejo de Ethea.

El velero de los mensajes llegó hasta Shivara en la margen oriental del Éufrates, sin encontrar a Kaíno por ninguna parte. Iba en el velero aquel Kobda Madeo que recordará el lector, y uno de los hermanos de la Reina Ada que a poco de llegar a La Paz había vestido la túnica azulada. Ambos habían presenciado las Asambleas de los Príncipes de la Gran Alianza, pues eran también Notarios de diferentes países y llevaban la misión de entrevistar al anciano Príncipe de Shivara en el caso probable de que no encontrasen a Kaíno o no pudieran convencerlo de volver a La Paz, de la cual sólo distaba tres días de viaje río arriba.

El anciano Príncipe les hizo una cordial acogida y se mostró satisfecho de que fuera Abel, a quien había conocido en su primera misión por los países del Éufrates, el elegido para sustituir al genio de la paz y de la concordia, como él llamaba a Bohindra. Se extrañó grandemente de que su sobrino hubiese cometido la incorrección de salir de La Paz sin previo aviso, más habiendo sido invitado al consejo de familia, cosa que según el concepto del anciano, honraba grandemente a su casa.

La esposa del Príncipe de Shivara intervino, satisfecha del mal comportamiento del sobrino de su marido, pues ella estaba dolorida de que se hubiese postergado a sus dos hijas mujeres para dar el lugar de heredero a Kaíno que era sólo sobrino.

Pero el anciano, conecedor de los egoísmos humanos, quiso conformar a las tribus pertenecientes a su hermana mayor, la madre de Kaíno, y juzgó que a su lado y bajo la tutela de su Consejo de Gobierno, el sobrino respondería a sus anhelos. Habían transcurrido treinta lunas en el más completo acuerdo.

Cuando el velero de La Paz se disponía ya a emprender el regreso, llegó Kaíno con la escolta que le diera su tío para representarle ante la Gran Alianza.

Disimuló su desagrado de encontrar allí a los dos Kobdas mensajeros, máxime cuando reconoció a Madeo que en otra hora fue mandado por sus malos consejeros para eliminar a Abel, y de enemigo se había cambiado en un ferviente discípulo suyo.

Madeo se apresuró a entregarle los mensajes particulares que para él llevaba, y a su vez le instaba a tornar a La Paz en su mismo barco.

Kaíno se excusó por grandes ocupaciones y les encargó decir a la Reina y a su madre Evana que prescindieran de él en el Consejo de familia, puesto que en rigor, él no pertenecía a la familia, sino como un agregado por la circunstancia de su adopción en su lejana infancia.

Mientras Kaíno hablaba así en un aparte con los dos Kobdas, los hombres de la escolta se presentaron al Príncipe Shivara para hacer dimisión de su cargo, en vista que el heredero había contratado nueva escolta en tribus extranjeras del Golfo Grande.

El anciano, ciego de ira por tan desmedido abuso de autoridad, les mandó prender a su sobrino y conducirlo a su presencia. Los dos Kobdas quisieron intervenir, pero los diez hombres de la escolta no oyeron ninguna razón y tomando a Kaíno como un delincuente común lo condujeron a presencia del Príncipe.

Un grito de mando del prisionero atrajo a la nueva escolta recién contratada por él y aquello dio lugar a una lucha feroz que fue a terminar a la puerta misma de la Cámara del Príncipe que haciendo un esfuerzo inaudito se había arrastrado hasta el umbral, apoyado en su horcón de guerrero, con el cual, en el paroxismo de la ira quería ensartar a Kaíno, que se debatía como un tigre enfurecido en medio de las dos escoltas trabadas en lucha.

Por fin, Kaíno y sus hombres fueron dominados y el Príncipe ordenó que fueran todos ellos encerrados separadamente en los calabozos de la Torre de Justicia.

En vista del triste acontecimiento, los Kobdas mensajeros retardaron

dos días más el regreso al Santuario de La Paz, pues el gran disgusto produjo en la quebrantada salud del Príncipe, una crisis peligrosa.

Cuando iban a partir, el Príncipe, dolorosamente afectado, autorizó a los dos Kobdas para explicar al nuevo Soberano de la Gran Alianza, todo cuanto había ocurrido y les entregó un papiro grabado por su Notario y refrendado con su firma y con su sello que decía así:

“Abrazo con efusión de mi corazón al Jefe Supremo de las Naciones Unidas y renuevo mi alianza con él para todos los días de mi vida”.
Príncipe de Shivara.

201 MABI

Si laboriosas y complicadas habían sido las asambleas para las elecciones del sustituto de Bohindra, no lo fue menos el Consejo de Familia celebrado en La Paz, entre los seres que acontecimientos especiales habían unido desde el advenimiento del Hombre-Luz a la vida física.

Aquel grande y blanco Santuario cuyas primeras piedras y vigas, cuyos cimientos fueron el fruto de las cavilaciones de Senio y de Aldis, en los días de la infancia de Abel, había llegado a ser el centro vital de toda la vasta red de actividades de todos los pueblos que formaron la Gran Alianza.

En torno a la joven pareja que inició su vida en la caverna del País de Ethea, se habían ido uniendo otros seres, que por Ley de afinidad y por alianzas efectuadas de tiempo atrás, debían reunirse en torno al Hombre-Luz, para cooperar en su misión redentora, se encontraban juntos después de múltiples correrías, separados por distancias enormes y por largo tiempo.

Los hijos de Shiva que por adopción formaban parte integrante del hogar de Adamú y Evana, habían bifurcado sus caminos para ocupar el sitio que el mandato de la Ley les señalara en los comienzos de una civilización nueva.

Entrando también, lector amigo, al Consejo de familia celebrado en La Paz, observamos los senderos seguidos por las almas que más íntimamente estuvieron ligados al Verbo de Dios en aquella época remota de la historia de la humanidad.

Las situaciones extraordinarias de los hijos de Shiva debían ser tratadas en primer término, y a través de la información leída por Agnis, único Notario en este Consejo, esbozamos el cuadro del País de Asag, residencia de Mabi, hija de Shiva.

Como incrustado en las fértiles montañas de la margen del Dayaban,

la flamante capital de Asag, asemejaba una colmena humana por las múltiples actividades que desplegaban sus habitantes.

Ante un observador superficial aquello era como un florecimiento exuberante de los esfuerzos inteligentes y ordenados que se habían puesto en juego para hacer del campamento de Vladiko, el jefe circasiano, un pueblo que entraba de lleno en el conocimiento de la civilización de aquellos tiempos.

Pero ante los ojos de quien observase a fondo y en lo interno de todas las cosas, la ciudad de Asag era el teatro de escenas mudas, de tragedias estupendas, vividas y sentidas por los seres que la Eterna Ley había puesto sobre esa porción de humanidad como lámparas vivas para darle luz y calor. Estos eran los Kobdas que habían aceptado compartir su vida con aquel pueblo naciente.

Y donde hay un solo ser humano, la tragedia se desarrolla en lo más hondo de su propio ser. Es actor y espectador a la vez. Pero donde hay más de uno, donde hay varios, donde hay muchos que piensan, sienten y quieren, todos son actores y todos son espectadores. Allí surgen como por encantos: acusadores, jueces, verdugos y víctimas, que por derecho o por fuerza, con razón o sin ella, quieren el éxito y el triunfo. Tal es la vida humana terrestre desde las más remotas edades.

En medio de este enmarañado laberinto, encontramos de nuevo a nuestros viajeros amigos: Jobed, Ibrín y Acadsú, con Nubia y Mabi, acompañados ahora por Erech y Suri ya de regreso de su misión en Norgiana, cuyos caudillos emparentados con ellos habían aceptado la Ley de la Gran Alianza a condición de tenerlos como representantes ante el Supremo Consejo de La Paz.

Había por entonces en el País de Asag, seis Kobdas más que haremos conocer a nuestros lectores. Eran tres hombres y tres mujeres: Rustein de Atropatene, Afrasiak de Turania, Feridrum de Gedrosia, Libia de Musur, Zoa de Irán y Tatia de Gutium, las tres mujeres tenían menos de treinta años y los hombres menos de cuarenta. Eran pues todos jóvenes, fuertes, llenos de energías y de entusiasmo. Habían llegado al país de Asag a las treinta y ocho lunas de que Mabi y sus compañeros fueron detenidos en aquel lugar.

Las tres Kobdas mujeres habían sido elegidas y solicitadas por Nubia que conocía a todo el mundo Kobda femenino formado en el Gran Santuario Madre de las orillas del Nilo. Y los tres Kobdas hombres habían sido elegidos por los viejos acompañantes de Mabi, los cuales decían: “Necesitamos aquí tres yunques donde se enderecen todas las torceduras”.

Con esto ya el lector se formará el concepto sobre estos seis personajes de toga azul que habían acudido a reforzar el bloque de hierro que

aguantase el peso de aquella porción de humanidad. Y Nubia había dicho: “necesitamos instructoras jóvenes para artes y trabajos manuales”. Libia, Zoa y Tatia eran a la vez discípulas de Bohindra en el laúd y en la lira, y discípulas de Diba y de Nolis en los tejidos de lana, de púrpura y de lino.

Llegaba pues al número de once la familia Kobda que afrontaba el problema de la educación de un pueblo de más de cien mil habitantes, formado por sujetos de varias tribus aunque todos de la misma raza circasiana o Tiberguese como se le llamaba en aquellos tiempos remotos.

Eran cinco las tribus que habían seguido desde su tierra natal al caudillo circasiano: Kabaroles, Adbhiges, Alkaces, Karatchays y Svanes. Y como a éstas se unieron más tarde, como ya se sabe, los Bakthyarís del río Kerkha, los Hijos del fuego de Arya Shamas, que eran tan numerosos o más que los de Vladiko, ya el lector comprenderá que la labor para los Kobdas eran por demás ardua y pesada, y ellos ayudaron a amalgamarse en una sola esas diversas ramas de la gran familia humana.

¿Podían pensar acaso que daban origen a dos grandes razas civilizadoras del futuro: los Nakontes y los Akemenidas que en el rodar de los siglos y de las convulsiones humanas fueron los pobladores de la Europa Central y Meridional, o sea el foco y el alma de la civilización actual? Porque el ser humano en esta Tierra, por avanzada que sea su evolución y elevada la escuela en que se haya formado, tiende a encerrarse siempre en un círculo tan estrecho que apenas abarca los breves años que está viviendo. Y quizá ve como quimera y como ensueño o alucinación, lo que debe necesariamente resultar de todo el esfuerzo o voluntad puesta en acción tanto para el bien como para el mal, en esos años al parecer improductivos y casi nulos.

Y era justamente en la certeza de la vida eterna del espíritu humano y de que todo acto emanado de él tiene su prolongación y trascendencia para el porvenir, en que estaba fundamentada la fuerza invencible de los Kobdas y su tenaz perseverancia en todas las obras que emprendían. Ellos decían: Educamos este niño, esta tribu, este pueblo, sin saber a lo que ellos podrán llegar pero ciertos en absoluto de que el impulso bueno que les damos lo llevará en siglos futuros al fin que nos ha guiado, de la misma manera que si sembramos granos de trigo, trigo y pan cosecharán mañana; si en una selva virgen dejamos parejas de alondras y codornices, faisanes y aves del paraíso, eso será lo que encontrarán en el futuro los que se cobijen bajo la sombra de aquella floresta que nosotros habremos poblado de seres útiles, bellos y buenos.

El Kobda sabe que es el labrador de la eternidad, por eso no le acobardan los obstáculos ni le abate el choque de los egoísmos humanos.

Su mirada que se pierde en lo infinito, lee siempre esta frase grabada a fuego en el inmenso azul: ¡Excelsior! ¡Más arriba!

* * *

Habían transcurrido sesenta lunas desde que los Kobdas tomaron el timón de la barca de aquel pueblo que los acontecimientos no buscados pusieron en sus manos. Los primeros sucesos ocurridos, o sea, el choque entre los ricos señores insaciables en su avaricia y los Kobdas apóstoles de la fraternidad humana ya lo conoce el lector con todas las circunstancias que lo precedieron y lo siguieron. Coronado todo ello con la blanca floración de las nupcias del Caudillo y la hija de Shiva.

Más tarde la presencia fugaz pero de hondas y emotivas resonancias de Bohindra, de Abel, de Ada y Evana, cualquiera diría que un cielo sereno velado de eternos arboles debió necesariamente seguir a tan hermosos principios.

Mas, en este planeta y en la humanidad que lo habita las claridades son fugaces y las sombras muy densas y muy largas. El mal, como feroz dragón oculto en la selva vive acechando siempre para encontrar la presa que ha de devorar. Y por mucho que los Kobdas habían saneado lo más grosero y maligno que hay en los egoísmos humanos, el mal no había sido exterminado de raíz, ni puede serlo nunca mientras la Ley de la evolución no arrastre para siempre de este globo su atraso y su incomprensión.

El Scheiff se creía en un nimbo de gloria y de dicha pues hacía quince lunas que su “maga azul” como llamaba a su esposa, le había traído de los cielos infinitos una hermosa estrella de oro que tenía enloquecido a su padre.

Era el hombre más feliz de la tierra según él lo decía a todo el que quería oírlo. Comparaba su vida con la de sus gloriosos antepasados, a los cuales llegó a ver como gusanillos al lado suyo. Ellos habían sido protegidos y engrandecidos por Asag a través de todas las alternativas de sus vidas, pero él, Vladiko, tenía a Asag por esposa, a Asag misma, la maga benéfica de la milenaria tradición de su pueblo. Y todavía más: poseía también una prolongación de Asag, una flor de oro arrancada de los jardines de su propio corazón para él, isí para él!... Así pensaba y hablaba con infantil delirio aquel dichoso mortal que creía haber escalado la cumbre de los dioses, la cima de oro y azul donde el hombre ya no es hombre sino la vibración de un himno perenne de dicha y de paz.

El alma de Vladiko se había desbordado como un río que sale de su cauce. Había hecho concesiones y más concesiones, beneficios, y más

beneficios, pareciéndole que todo era pequeño y mezquino lo que daba a los demás comparado con lo que él había recibido. Los niños nacidos el mismo día que el suyo tenían privilegio; una deuda contraída en ese día el Scheiff la pagaba; la Casa de corrección fue abierta ese día; en fin, que él quiso dar parte de su dicha a los demás sin escuchar las prudentes reflexiones que los Kobdas querían hacerle para contener aquel torrente desbordado.

El lector ya adivinará que de este desbordamiento de misericordia sin control y sin límites surgieron consecuencias muy lamentables para quien las había prodigado y para todo el pueblo en general. Y los Kobdas allí presentes y que habían presenciado la escena aquella ocurrida con Etchebea en la primera misión de Abel, recordaban las sabias palabras del Maestro: “¿Has pensado dónde termina la bondad y comienza la justicia? Pues de no pensarlo viene todo el mal”.

Una imperceptible insubordinación a las leyes establecidas fue naciendo lentamente de algunas de las concesiones imprudentes que hiciera el Scheiff a personas que debían hacer de ellas armas para implantar de nuevo las viejas normas de explotación del hombre por el hombre.

– ¡Vladiko, niño grande!... –decíale Mabi al Scheiff cuando llegó a enterarse de todos los favores y dones concedidos sin control y sin estudio-. ¿Era razón el nacimiento de nuestra niña para que soltaras fieras entre nuestros corderos? ¿Era justo pagar deudas de vicio y de juego con el tesoro del pueblo? ¿No comprendes, Vladiko, que no a todos se les puede medir con la misma medida y que una antorcha buena para quien la usa como luz, puede ser mala, malísima para el que hace de ella una tea incendiaria?

Vladiko sentado en un banquillo a los pies de Mabi escuchaba la reprimenda con los codos apoyados en las rodillas de su maga y la barbilla descansando en sus manos, mientras sus hermosos ojos azules miraban fijamente aquellos labios que le hablaban sin herirle.

– ¡Maga azul, mi Asag vencedora siempre!... –dijo por fin el Caudillo-. Tienes tanta razón en tus razones que nada tengo para excusarme sino esto: fue tan hermosa la estrella dorada que arrancaste del cielo para mí que me volví loco; creo que sí, loco de verdad. Y puesto que los Kobdas tratan de encontrar el medio de enderezar lo desnivelado por mis imprudencias, no nos atormentemos más con temores de males que acaso nunca llegarán.

–Bien –decía Mabi–, pero antes pon tu diestra en la mía y mirando la cuna de la niña que duerme, hazme la formal promesa de no tomar nunca resoluciones de importancia referentes a negocios de este pueblo, sin antes consultar con los Kobdas o conmigo. –El Caudillo lo había prometido, pero los Kobdas de su Consejo se veían en grandes dificultades

para volver la maquinaria administrativa y social a su verdadero camino. Y temían para el País de Asag un futuro incierto debido al arbitrario carácter de su jefe.

En tal estado de cosas habían llegado los mensajeros de La Paz participándoles la partida de Bohindra al mundo espiritual, y la necesidad urgente de concurrir a La Paz todos los Príncipes y Caudillos de la Gran Alianza para elegir el sucesor.

Entre la minuciosa información había algunas anotaciones particulares de los Kobdas del Consejo de aquel país, pero como habían sido destinadas a Bohindra las recibió Abel y las leyó en privado.

–Vladiko, hermano mío –díjole Abel–, de las esposas que tuviste antes de conocer a Mabi, ¿te quedaron hijos?

–No, que yo sepa por lo menos y conste que tuve cuatro mujeres y las cuatro me traicionaron. ¿Es que aparecen algunos que se creen descendientes míos?

–Sí, aparecen tres; dos mujeres y un varón. Aquí están sus nombres, sus edades y lugar de su nacimiento y nombres de sus madres y de sus familias –contestó Abel.

– ¿Me queréis dar este legajo?

–Como forma parte de todo este cartapacio, ven tú a verle aquí sobre el pupitre. –Vladiko se acercó.

Mabi se había puesto intensamente pálida y estrujaba con nerviosidad disimulada los bordes de su velo blanco mientras observaba con fijeza a Vladiko que no estaba sereno.

–Los nombres, los lugares, las fechas, son exactos –dijo por fin el Caudillo–, pero hasta este momento jamás tuve noticia de que esas mujeres estuvieran próximas a la maternidad. Cuando las aparté de mi lado nada me dijeron.

–Vladiko –dijo Mabi cuando logró serenarse un tanto–. Si esos hijos reclaman de tu cariño y cuidado de padre no veas en nuestra hijita un obstáculo para cumplir con tu deber. Bien sabes que te creí solo en el mundo y que si acepté mi unión contigo fue creyendo no lesionar derechos de nadie, tanto más que debido a la Ley de la Alianza no podrías tener sino una sola esposa. Pero si esa esposa estaba antes que yo, es ella y no yo la que debe estar a tu lado.

– ¡Asag, Asag!..., ipor favor, no hables de esa manera! –exclamó el Scheiff con su hermoso semblante descompuesto.

–Tranquilizaos ambos –dijo la Reina–, que entre los Kobdas sembradores del amor sobre la Tierra todo puede tener solución satisfactoria y justa.

–Además –añadió Aldis con su habitual oportunidad–, hay que tener muy en cuenta las costumbres de las esposas, y que antes de la Gran

Alianza, estas esposas múltiples eran costumbre aceptada. Adamú y Evana forman un caso único y no vamos ni a soñar siquiera que podamos encontrarlo repetido. Por algo fueron ellos a nacer y crecer lejos del contacto de la humanidad. De modo que no debemos, ni podemos, en justicia, extrañarnos de lo que estamos oyendo.

–Así es, Pangrave –dijo Abel–, es tal como lo decís, pero estamos obligados a buscar una solución digna y justa, ya que sería espantoso que de la familia misma del que representa la nobleza y dignidad de la Ley surgiera un ejemplo indigno basado en los hechos.

–Aquí aparecen –añadió Abel–, todos los comprobantes de la identidad de esos niños. La mayor de los cuales tiene noventa y ocho lunas y la menor ochenta y siete. Pertenecen a tres madres, las cuales manifestaron los nacimientos al Consejo de Ancianos de sus respectivas familias, cuando Vladiko había emigrado del país con las tribus que quisieron seguirlo.

–¿Y se puede saber quiénes y con qué fines se ha llegado a este descubrimiento? –volvió a preguntar Aldis.

–Los Kobdas del país de Asag que han mandado estos relatos insinúan que son los descontentos con el nuevo orden establecido por la Alianza –contestó Abel–, que buscan volver a las antiguas normas y poniendo a Vladiko en estas dificultades quieren obligarlo, bien a tomar de nuevo aquellas esposas, o partir con ellas el país de Asag en que está radicado.

–Y eso no será nunca –gritó el Scheiff encolerizado–, porque mujeres que yo aparté de mi lado por ser descubiertas en amistad con algunos de mis jefes guerreros, no pueden tampoco tener la plena evidencia de que esos hijos sean del esposo que traicionaban. En todo caso no me negaré a proteger esos niños, pero sus madres jamás. ¡El pasado no se borra ni se olvida, ni se entierra bajo la arena! ¡El pasado vive como una pesadilla tremenda sobre la que Asag extendió un día los pliegues de su manto azul! ¡Mas..., que se guarden de levantar un extremo de ese manto porque puede salir de allí un aluvión de fuego y de lava ardiente que lo arrase todo!

–Cálmate, Vladiko, hermano mío –díjole Abel, tomando una mano del Caudillo–, que aquí estás entre la familia de Asag y poco valdremos si no sabemos arreglar como es justo esta situación...

Evana, Helia y Walkiria rodeaban a Mabi tratando de serenarla. La Reina Ada le daba seguridades de que el incidente carecía de importancia, pues era muy común a causa de que antes de la Gran Alianza estaban permitidas las esposas múltiples. Para ella que casi había nacido en un Santuario Kobda, aquello le resultaba tan espantoso y horrible que se resistía a soportarlo.

– ¿Pero esas mujeres y esos niños están ya en el País de Asag? –preguntaba ella–. Porque si están allí, no vuelvo más con mi niña y ambas nos quedaremos aquí.

Walkiria, como miembro del Supremo Gobierno, intervino:

–Decidme en qué parte del Cáucaso se encuentran y acaso yo, al volver a mi país pueda solucionar este asunto. Ya sabéis que soy vecina de la gran cordillera y que estamos en amistad con algunos de esos inmensos países.

–Tenéis razón, Matriarca, –replicó Abel–, sois la persona indicada para solucionar el problema.

–Entonces, si me permitís, Scheiff, –dijo la joven Matriarca–, en otro momento vos y yo tendremos una conversación sobre el particular en presencia del Príncipe Abel y de la Reina Ada, como es natural. Y nuestra Mabi puede quedarse tan tranquila como si no hubiese ocurrido nada.

– ¡Fredik! –decía Helia un tanto recelosa–. Si tendré también yo que encontrarme con estas sorpresas respecto de ti... ¡Dios mío!...

– ¡Encantado, querida mía!..., puede darse nada más bonito que, de la noche a la mañana, aparezcan unas tortolitas que me llamen “padre”... No debemos hacer tragedia de lo que no pasa de comedia. Es locura, hermana Mabi, perder la alegría por tan poca cosa... ¡Mira!, Aquí viene tu botón de oro..., tu Abelina encantadora.

Mabi corrió hacia la niña que se abrazó a ella y echándose el velo al rostro salió precipitadamente de la Sala.

–Hijo mío –dijo Evana–, paréceme que este asunto no debió haberse tratado aquí. La pobre Mabi se ha llevado un disgusto que no esperaba. ¿Quién podrá quitarle la idea de que antes que ella y su hija, hay otros seres dueños del amor de Vladiko? Yo me coloco en su lugar..., y al igual que ella habría padecido mucho.

–Es verdad, madre; mas como ella sabía que el Scheiff tuvo esposas...

–Esposas no es la palabra –observó el aludido–, sino esclavas que nunca elevé al rango de esposas.

–Es que Mabi como Helia, como Evana y como todas las mujeres de esta generación formadas en el huerto de la Gran Alianza, ya no conciben las esposas múltiples en torno de un solo hombre –observó la Reina Ada–. La Gran Alianza ha elevado tanto la dignidad de la mujer, esposa y compañera única del hombre amado, que encuentra de una crudeza vergonzosa verle con otras en un mismo tálamo nupcial.

–Antes de Asag..., inadie sino ella en mi vida! –exclamó alterado y nervioso Vladiko–. Espero que la convenza. Se ha sorprendido sin duda, pero ella sabe que no hay nadie sino ella a mi lado. –Y pidiendo permiso salió en seguimiento de Mabi.

Los esponsales de Iber con Alvina, la niña de las rosas blancas, quedaron concertados para realizar la unión veinte lunas después.

Furkis sintiéndose tiernamente amado por Aurora de Nibiza, la pobre niña huérfana salvada por él de las garras de un malvado, no quiso ni pudo marchitar aquel corazón de adolescente que era como un huerto en flor después de la borrasca; y más movido por una ternura que complace siempre a quien nos ama, que por un verdadero amor, celebró también esponsales para igual fecha que Iber y Alvina. Pero no sin antes sondear a fondo el alma de la niña a la cual no se hubiese atado si no fuera por la certeza que llegó a adquirir de que le hubiera causado una terrible decepción. Y en íntima confianza, el blanco rosal de Zurima había escuchado un diálogo como éste:

—Aurorita —decíale Furkis—. ¿No te parece que tengo demasiada edad para ti que te encuentras en plena juventud, sirviendo de bastón a un viejo de andar vacilante y de alma fría como la mía?

— ¡No!..., y no, he dicho. Así fueras el doble de viejo yo te quiero a ti y sólo a ti. A nadie más después de ti. ¿Has comprendido, Furkis? —Después la niña se quedaba silenciosa y meditaba—. ¿O es que no me quieres acaso y buscas la excusa de tu edad para alejarte de mí? Además, con esponsales o sin ellos yo te amaré igual. Casada o no casada contigo, yo te amaré igual; pero no podré jamás soportar que hagas dueña de ti a otra mujer.

“Si quieres llamarme tu hija, seré tu hija, o tu hermana o tu compañera, ya lo sabes. Yo sólo quiero el derecho de vivir a tu lado, de cuidar de ti, de tus cosas, de tus gustos, de tus dichas grandes o pequeñas, de tus riquezas o de tu pobreza, de tu salud o de tu enfermedad... ¡Te entraste tan hondo en mi corazón, Furkis, que aun cuando yo lo quisiera no podría arrancarte jamás!

En tales momentos y con tan intensa explosión de amor de la niña, a Furkis le ocurría el extraño fenómeno de que la blanca sombra astral de su Alba envolvía a la humilde Aurora de Nibiza, que le parecía cubierta con ese halo de infinita ternura que tan dichoso le hizo en su primera juventud; y sin poderse contener tomaba entre sus manos la delicada cabeza de la adolescente y la besaba con dulce afecto, mientras le decía:

—No estés intranquila, Aurorita, que ninguna otra mujer se interpondrá entre tú y yo. —Y así terminaban siempre las confidencias de Furkis de Frixos con Aurorita de Nibiza. Y así llegaron a los esponsales, él con el alma llena de la ternura de Alba reflejada en la niña, y la niña con el

alma llena del amor de Furkis que era para ella absolutamente todo en su vida.

Sublimes misterios desenvueltos por el mago del amor como una red de seda y oro en lo más recóndito de las almas humanas. ¡Estupendos poemas líricos que sólo comprenden y sienten las almas delicadas y sutiles que han sido capaces de captar la cadencia inefable de la Armonía Universal!

Mas, para llegar a esta delicada sutilidad y belleza en el amor... ¡Dios mío! Cuántos martirios silenciosos, cuántos renunciamientos callados, cuánta inmolación generosa..., ¡cuánto dar, sin esperanzas de nunca recibir!

¡Son los primeros aleteos de las almas hacia las cumbres azules donde clarea ya el sol del eterno amanecer!

*Amar por amar es agua
que no conocen los hombres...
Amar por amar es agua
que sólo beben los Dioses...*

¡Cantaba así Bohindra en su laúd de oro porque había recorrido mucho por los caminos del Amor y le había visto florecer en las almas mesiánicas, ungidas ya por el óleo divino de la suprema consagración!

El alma atormentada de Mabi que aún no había llegado a esa gloriosa culminación del amor, sintiendo que la soledad y el vacío la envolvían, que la decepción la helaba de frío y de espanto, con su niña en brazos había corrido a refugiarse en la Sala Mortuoria, junto al sarcófago de Bohindra, creyendo encontrar aun en los despojos de la muerte más amor y ternura que en la vida.

– ¡Oh, mi Pangrave muerto! –decía en un desahogo de su inmensa pena–. ¡Bien se comprende que no estás tú sobre esta tierra donde el amor sólo existe como una satisfacción de los sentidos, mas no como un canto del alma para otra alma!... ¡Mi Pangrave muerto!... ¡Mago del amor, de la piedad, de la ternura!... ¡He perdido el camino y en medio de la selva oscura no acierto a encontrar la salida!... ¡Ábreme la puerta de la inmensidad a que has llegado tú porque pareceme que estoy de más en todas partes y que esta tierra me repudia como hacen los hombres con la esposa infiel!...

“¿Adónde voy, mi Pangrave muerto, adónde voy? Inconsciente, creí obrar bien y arrebaté a otros sus derechos..., ¿dónde pues encontraré el camino?

La intuición, esa delicada voz sin ruido, pareció cantarle en el fondo del alma, el místico verso de su Pangrave muerto:

*Amar por amar es agua
que no conocen los hombres...
Amar por amar es agua
que sólo beben los Dioses...*

Se serenó suavemente. La pequeñita se había dormido entre sus brazos y fue a sentarse con ella en el estrado de cedro cubierto de esteras de fibra vegetal, donde se quedó dormida también.

En el desprendimiento del sueño vio su pasado, su presente y algo de su lejano futuro. Su Pangrave muerto le hizo recordar...

Su pasado era aterrador: se apareció Iris..., ila Iris fatal de la fiesta de la primavera en la grandiosa ciudad atlante y vio a Antulio bebiendo en la blanca copa de mármol el tóxico de la muerte!...

¡Su presente era doloroso y sombrío como una larga noche entre las nieves!...

Su futuro más nebuloso aún le esbozó también trozos dolientes, luz de relámpago en medio de las tinieblas de entre las cuales emergían visiones incomprensibles a su mente: ¡una mujer sumida en un calabozo y un niño flotando en una cestilla sobre las aguas del Nilo!; ¡una pastorcilla descalza y semidesnuda recogiendo frutos silvestres para alimentar a un hermoso profeta perseguido a muerte por los altos personajes de un país!; ¡un horrible patíbulo sobre una montaña y una mujer llorando desesperadamente sobre un cadáver ensangrentado!...

La infeliz Mabi se despertó aterrada. Vio a su niñita que dormía aún y besándola tiernamente le decía buscando consolarse:

– ¡Aún!... ¡Aún estás tú a mi lado!... Aún puedo bendecir a Dios porque me concede un poco de amor sobre la tierra.

El Scheiff enloquecido por no encontrarla en ninguna parte, había salido hacia la pradera donde el río desbordado arrastraba una poderosa corriente. Inmensos camalotes, árboles, ovejas y corderos ahogados, todo en confuso montón pasaba corriendo río abajo a precipitarse en el Golfo Grande que aparecía como un inmenso mar donde las olas resonantes se estrellaban con furia en los peñascos de la costa.

En un hermoso arrayán que emergía de la agitada corriente como un manto abollonado de oro y esmeralda, vio Vladiko un nidillo donde piaban desesperados los pichoncitos implumes, mientras la avecilla madre los seguía en vuelo casi a ras de las olas bravías sin encontrar el medio de arrancarlos de la muerte...

El cuadro tenía vibraciones intensas que encontraron eco en el alma tempestuosa y sombría de Vladiko. Le pareció que era su propio nido deshecho por la tempestad..., que en aquel nidillo que arrastraban las olas iba su maga azul y su hija..., y poseído de un vértigo de locura, de

dolor, de espanto, se arrojó a la corriente que se llevaba el arrayán en flor con su nidillo lleno de vida y de amor y que corría a la muerte. El peso de su cuerpo al caer sobre el flexible arrayán le hundió bajo las aguas para salir después sin nidillo y sin pichones pero con el enloquecido Caudillo agarrado a su tronco en lucha con las olas que le arrastraban como a los grandes camalotes, a los árboles tronchados, a los corderos muertos.

Una de las barcas en que labriegos y pastores salvaban sus maderas o sus animales, lo recogió desvanecido y con una pequeña herida en la cabeza, sin duda causada al chocar con el tronco de arrayán.

– ¡Mal se ha inaugurado nuestro gobierno, hijo mío! –decía la Reina Ada hablando con Abel, cuando a la refección del mediodía no acudieron a la comida en familia todos los huéspedes de los Pabellones de los Reyes. Los sitios de Vladiko y Mabi aparecían vacíos.

A los comentarios alarmados que se hacía, se mezcló de pronto la vocecita bien timbrada de Seth.

–Yo sé donde está Mabi con su chiquita –dijo–, pero no puedo decirlo porque es un secreto.

– ¿Y por qué es secreto?

–Porque si ella se ha escondido de todos es porque no quiere que la encuentren. ¿No dice una inscripción de la columnata que lo que no quieres para ti, no lo quieras para los otros? Cuando yo me escondo no me gusta que me encuentren...

– ¡Muy bien, Seth, muy bien, pero si tú te escondes en un sitio donde no puedes comer también te gustará que te lleven alimentos!... –le dijo Aldis buscando de arrancar al niño el famoso secreto.

– ¡Oh!... Pangrave, eso lo hice... Corté una rama bien cargada de ciruelas maduras y sin que ella lo apercibiera la dejé cerquita para que al sentir el olor se despierten.

– ¡Oh! ¡Ah! –dijeron todos, pensando con cierta alarma en qué clase de sueño sería el que dormía la joven Kobda. Aldis añadió:

–Oye, Seth: ahora te vas a ir con esta cestilla de pan y manteca, y se la dejas a Mabi como complemento de las ciruelas que les has llevado, ¿comprendes? –Y le entregó la cesta.

– ¡Oh, sí! Dadme, Pangrave, voy corriendo.

Sosegando a todos con una inteligente señal, el viejo Pangrave siguió disimuladamente a Seth que corría como una flecha por la avenida de los plátanos hacia la Sala Mortuoria.

–Me lo había figurado –dijo, cuando vio al niño entrar por la puertecilla que daba al acueducto conocido ya por el lector. Pronto vio que Seth salía muy sigilosamente como si temiera ser sentido y echaba de nuevo a correr hacia los Pabellones.

Entonces el viejo Pangrave se acercó y entreabriendo la puertecilla

pudo ver a Mabi que dormía sentada en el estrado con su niña en el regazo.

Entró sin hacer ruido y al sentarse en el mismo estrado, la joven Kobda se despertó sobresaltada.

– ¿Por qué te alejas así de los que te amamos, Mabi, que somos también los que podemos consolarte? ¿Tan poca confianza tienes en nosotros que vienes a las tumbas?

“Si Bohindra viviera te daría la misma queja que yo.

Mabi guardaba silencio y una completa inmovilidad, la cual demostraba bien a las claras el estado de profunda depresión moral en que se encontraba.

–Hija mía –continuó diciendo Aldis–. Cuando tú y tu hermana Helia erais muy pequeñas, este mismo viejo que ahora te importuna os llevó en brazos desde el huerto de Karono hasta la morada de Adamú y Evana. Senio y yo, por Ley Divina sin duda volvimos a estar los primeros a tu lado en esta hora de dolor. Seth te trajo estos alimentos y por él se supo que estabas aquí. Y si la Divina Ley por dos veces nos pone a Senio y a mí en tus momentos difíciles, ¿por qué no confiar, hija mía, en que será nuevamente para tu bien y tu felicidad?...

–Pangrave Aldis..., os doy gracias por cuanto hacéis por mí y mucho más agradecida os quedaré si lleváis ahora mi niña en brazos hasta el Santuario de las Madres Kobdas, donde quiero pedir refugio para el resto de mi vida... Me faltan fuerzas para cargar yo con ella pues está dormida, ¡ya lo veis!... –Y Mabi miraba a la hermosa criatura rubia con indefinible sentimiento, en que estaba mezclado y confundido el amor, el dolor, la piedad, la decepción, la ternura, la desesperanza–.

“Mi madre –añadió–, se vio así, como yo, sola en el mundo con sus dos hijitas. Yo no podía ser menos que ella... Vamos, Pangrave.

–Iremos, hija mía, a donde tú quieras, pero antes quiero llevarte a un razonamiento que juzgo oportuno para borrar de ti la cruel impresión que has recibido. Tú, que formas parte de la gran familia Kobda, no está bien que dispongas de ti por ti misma en la forma que lo haces. Tu gran hermano Abel, la Reina Ada, tus padres de adopción, todos los Kobdas de ambos Santuarios que te hemos amado desde niña, ¿crees que no somos capaces de solucionar tu problema? Además, la ley misma de la Gran Alianza, te protege ampliamente, pues eres la esposa del Scheiff y las otras nunca lo fueron, ya lo has oído.

–No lo fueron porque Vladiko no estaba en la Gran Alianza, pero si tiene hijos suyos mucho antes de unirse a mí, ¿por qué esos niños estarán privados del amor y de los derechos que les corresponden?

“Pangrave, no hablemos más de esto, por piedad. Vosotros todos resolveréis el problema con la Ley. Yo le resuelvo con mi corazón. Ni yo

ni mi hija podemos ser un estorbo para que el Scheiff cumpla su deber como esposo y como padre de esas mujeres y de esos niños. Mi hija y yo, en el Santuario Kobda estaremos protegidas de todo mal, mientras esos seres rodando por el mundo, abandonados del único que debe protegerlos, estarán expuestos a todos los males. Ya veis que mi corazón aunque estrujándose a sí mismo, sabe solucionar problemas con dignidad, con altura, con nobleza. Vamos, Pangrave... Y si no me acompañáis iré sola con mi niña andando, cuando se despierte.

– ¡Eres tenaz, hija mía!... ¿Y Vladiko?... ¿Has pensado en él, que quizá se volverá loco al saber tu resolución? ¿Te parece bien, Mabi, arrojar así a la desesperación y a la locura a un alma después de haberla levantado desde el abismo hasta el sendero de la redención y de la dicha? ¡Vamos, hija mía!... Sé valiente esta vez contra ti misma y demuestra que llevas bien la túnica azul y que eres capaz de poner en práctica el principio Kobda: “Extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”.

– ¡Pero, Pangrave!... ¡Vos no me comprendéis!... ¿Puede haber acción más noble y más bella que retirarme del Scheiff, con mi hija, para dejar ese lugar a las que junto a él estuvieran antes que yo?

– Sí, hija mía, es más generoso hollar tu amor propio herido, perdonar a Vladiko y constituirte tú misma en providencia viviente de esas mujeres y de esos niños si llega a comprobarse que son hijos suyos, y si no lo son también, porque el hecho de haber sido tomados como instrumentos para una intriga calumniosa de esta naturaleza, demuestra que están en poder de seres malvados que los utilizan con fines delictuosos y ruines. ¿No te parece que es así como debe razonar una mujer Kobda, esposa del jefe de un numeroso pueblo recién entrado en la Luz?

En este momento la niña se despertó quejándose de frío y llamando con lloriqueos a su padre a quien no había visto desde la primera hora de la mañana. Los ojos de la joven madre se encontraron con la intensa mirada de Aldis que la interrogaba en un mudo y suave reproche, mientras la niña con una vocecita lastimera llamaba y llamaba a su padre. Mabi rompió a llorar con hondos sollozos, mientras Aldis tomando a la niña en brazos la consolaba con la promesa de ir enseguida a reconciliarse con su padre. El hondo llorar desahogó el alma de Mabi en la cual se había desatado una furiosa tempestad.

– ¡Vamos, Pangrave! –dijo por fin.

– ¿Adónde, hija mía? ¿Al Santuario?

– ¡No!, a buscar al padre de mi hija Abelina.

– Bien, Mabi, bien. Ahora entras de lleno en el castillo encantado de las almas que saben amar por encima de todas las cosas. Eres digna hija de Helia-Mabi y de Shiva.

Y volviendo por la columnata se encontraron con Adamú que corría con Seth de la mano.

– ¿Qué pasa? –interrogó Aldis viendo el alterado semblante de Adamú.

–Vladiko cayó al río cuya corriente le arrastró hasta los cañaverales y unos labriegos lo recogieron desmayado. Mi hijo Abel está con él, y como ya ha vuelto en sí, llama desesperadamente a Mabi y a su hijita... ¡Lo enloquece la idea de pensar que las ha perdido! ¡Mabi, hija mía!..., no recuerdes más lo acaecido hoy, que el amor de ese corazón que es tuyo y de tu hija, ha lavado ya todos los desaciertos del hombre. ¿Me lo prometes?

–Sí, padre Adamú, isí!... –Y de los ojos oscuros y dulces de aquella mujer rodaron las últimas lágrimas que ofrendó su corazón a la bella y delicada ilusión de un amor único uniendo su vida a otra vida..., iy nada más que uno!

–Eso que sueñas, Mabi –díjole Aldis que captó su pensamiento–, es demasiado bello para esta tierra. Camina por la tierra, hija mía, que por hoy no puedes sino andar por la tierra.

Abelina caminaba con breves y menudos pasitos llevada de la mano por Seth que iba cortándole florecillas que enredaba en los dorados rizos de la niña. Abel estaba a la entrada del Pabellón de la Reina esperándolos. Una mirada le bastó para comprender cuánto había pasado por el corazón de su hermana adoptiva, en las pocas horas desde la asamblea de familia hasta el caer de la tarde.

–Mabi –le dijo con infinita ternura–, te ruego me nombres tu secretario general con absolutos poderes para los asuntitos de tu corazón, ¿lo harás? ¿Tendrás confianza en mí?

–Si no la tuviese en ti, hermano Abel, en quien viven y son los amores de todos los que me aman, ¿en quién podría tenerla? –contestóle Mabi dominada aún por una inmensa tristeza.

–Entonces, descansa en mí y en todos los que te amamos y créeme que no te arrepentirás de ello. ¡Entremos! Vladiko está mejor con la idea de que llegabais enseguida de un breve paseo a las Madres Kobdas. No pasó nada por tu corazón, Mabi, ¿eh? Ya lo sabes, no pasó nada, porque eres una mujer fuerte que sabe de lo que es capaz el amor.

Entraron en la habitación que ambos esposos y la niña ocupaban en el Pabellón de la Reina. Vladiko tendido de espaldas en el lecho, aparecía con la frente vendada y una palidez de muerto le hacía confundirse casi con las blancas ropas que lo cubrían. Aldis, Adamú y Seth quedaron en la columnata con algunos de los familiares. Abel levantó a la niña y la sentó sobre el lecho de su padre, mientras Mabi hacía lo mismo en un taburete próximo. Vladiko tendió su mano hacia ella que le dio serenamente la suya. La niña se precipitó como un aluvión sobre su padre

con grandes gritos de alegría apenas descubrió que el hombre vendado era él. Y con una media lengua encantadora le decía:

–Te pusiste eso que te tapa un ojo para hacerme cuco, pero yo no tengo miedo porque eres tú y no el cuco.

Esta salida de la niña cortó el doloroso pensamiento próximo a estallar en el alma tempestuosa del Caudillo que besaba con delirio las manecitas de su hija.

–Que la paz y la tranquilidad vuelvan a tu corazón, Vladiko –díjole Abel–, porque ya te convences de que no has perdido ni a tu esposa ni a tu hija, en las cuales sólo hay amor para ti.

– ¿Es verdad, Asag, es verdad?

– ¡Sí, Vladiko!..., ¡es verdad!... Y ahora descansa y no me preguntes nada más –contestó Mabi, como el que siente algo que habla muy adentro, se revuelve y bulle amenazando estallar...

Más tarde, cuando estuvieron nuevamente en el País de Asag, pudo comprobarse que en verdad aquellos tres niños eran hijos de Vladiko, cuyos rasgos de fisonomía aparecían patentes en ello, aparte de los comprobantes de orden cronológico que los Kobdas de Kiffauser recogieron minuciosamente.

De todo esto resultó que el Supremo Consejo de La Paz internó los niños en los Pabellones de los Reyes para su educación, y las tres mujeres en el Santuario de Monte Kasson. Evitando así que fueran todos ellos tomados como instrumentos por los ambiciosos, para provocar rebeliones y disturbios en el País de Asag donde algunos asesinatos se produjeron al verse en descubierto los mismos que se habían coaligado para reemplazar al Scheiff por aquellos herederos recientemente descubiertos.

Aquellos mismos a quienes él hiciera abrir las puertas de la prisión el día del nacimiento de su hija, le habían tendido hábilmente la red para derrocarlo juntamente con su Consejo de Kobdas, cuyas leyes molestaban demasiado para los pingües negocios de los mercaderes de carne humana viva, que tan buenas fortunas les habían proporcionado antes de que la Gran Alianza cortara sus garras de buitres.

¡Una misma tendencia tuvo la humanidad de todos los tiempos: eliminar a aquellos que buscaban por todos los medios la elevación del espíritu humano, de las tinieblas de la inconsciencia y del abuso de los fuertes contra los débiles!

MARATH DE GAHANNA

Gahanna era por entonces, la más populosa y rica ciudad de las inmensas praderas regadas por el Éufrates y el Tigris, conocido con el nombre de Ildekel. Esta inmensa y rica capital, era como el mercado central de todo el vasto País de Ur Bau, dividido por la Gran Alianza en varios dominios, cada cual con su Caudillo y su Consejo de gobierno independiente.

El Príncipe de Gahanna, cuyo nombre era Marath, descendía por línea materna de un hermano de la Reina guerrera Shamurance y fue una gran conquista de Bohindra el persuadir a su madre, sobrina en primer grado de la Shamurance, a que se aliara a la Gran Alianza, cosa que hizo más por intereses propios que por convicción ideológica. Pertenecer a la Gran Alianza de las Naciones Unidas significaba estar protegidos en todos los órdenes de actividades a que por entonces se dedicaban aquellos países. Además, viuda ya y con el heredero adolescente, más necesario le era formar parte de aquella vastísima red de países que se ayudaban unos a otros para su propio engrandecimiento. Pues bien, su hijo el Príncipe Marath de Gahanna había concurrido como todos a la gran asamblea de elección del sustituto de Bohindra, y su Notario que era el Kobda Madeo de Gahanna fue desde luego, el encargado de atenderle más de inmediato y con toda la solicitud posible.

Conocedor de las costumbres y lengua de aquel país, Madeo había dado al ilustre huésped todas las explicaciones de cuanto llamó su atención tanto en los pabellones de los Reyes donde se educaba la juventud, como en las formas de administración usada por los Kobdas con los labriegos, pastores y pueblo en general, anexos o dependientes de los Santuarios de La Paz. Según había manifestado, con ese fin quiso quedar unos días más, pasada la Gran Asamblea, a lo que gustosamente accedió el Alto Consejo de La Paz, usando la Reina Ada la gran deferencia de que cada día le acompañase en la comida del anochecer, que se servía en el llamado Pabellón de la Reina y a donde concurrían solamente los familiares y algún huésped al cual se quisiera demostrar gran simpatía y confianza; y en este caso sólo había dos huéspedes de honor que no eran de la familia: Walkiria de Kiffauser y Marath de Gahanna.

Como tenía este príncipe veinticuatro años y aún no estaba casado, Aldis y Madeo lo invitaron a visitar la parte del Pabellón de la Reina donde vivían las jóvenes de todos los países que recibían allí educación

y en joviales conversaciones le insinuaban que acaso le agradaría elegir la compañera para toda su vida.

–En verdad –dijo mirando al hermoso enjambre juvenil que terminada la instrucción a la segunda hora de la tarde, se desbandaban como pájaros en libertad por los parques y jardines–. En verdad, tenéis aquí las bellezas de todas las razas. Pero mi corazón ha elegido ya la diosa para su altar.

– ¡Muy bien, Príncipe Marath, os felicitamos por ello! –díjole Aldis–. No obstante creo que no habéis perdido el tiempo en esta visita pues así llevaréis la noticia a vuestro país para que los donceles que quieren formar su hogar sepan que en el Santuario de La Paz, doncellas de todas las razas y de distintas jerarquías sociales, reciben una esmerada educación que las hagan dignas compañeras del hombre que les pide amor.

–En mi país, sabíamos ya todo esto y mi madre me recomendó elegir aquí la esposa y celebrar esponsales para de aquí a diez lunas, que es la fecha en que nuestro Consejo de gobierno quiere casarme. Justamente ése es uno de los motivos porque he postergado mi regreso.

–De modo –continuó Aldis–, que vinisteis a buscar esposa y cuando nosotros pensábamos induciros a ello ya la tenéis elegida.

–De larga vista demuestra ser el Príncipe Marath –añadía Madeo.

–Pero no sé si he puesto la vista demasiado alto... Vosotros me lo diréis... –Y los negros ojos llenos de inteligencia parecían interrogar a los Kobdas.

–Si nos decís quién es la elegida os responderemos conforme a ello –dijo Aldis que ya había encontrado algún pequeño rastro...

–La Princesa Walkiria –dijo en seco Marath. Un breve silencio siguió a este nombre.

– ¿O es que ya tiene dueño? –preguntó de nuevo el Príncipe, viendo el silencio de los Kobdas.

–Creo que no tiene dueño todavía –respondió Aldis–. Pero algo he oído de que ella no quiere tenerlo.

–Acaso será que no se le presentó el hombre que encarnara su ideal. Es una mujer muy extraordinaria. Ya habéis oído lo que de ella se ha dicho en la Asamblea.

–Si siendo tan joven ha tenido votos para suceder al Gran Kobda-Rey, Bohindra, ya se puede valorar lo que ella es y lo que promete para en adelante –añadió Madeo.

–Haríais una pareja admirable si ella os aceptara como esposo. ¡Sois muy joven, aún!

–He visto veinticuatro veces florecer la primavera.

–Pues para ella floreció veintitrés veces la primavera, según vuestra hermosa figura.

– ¿Y qué me decís?... ¿puedo soñar con la realidad?... –volvió a preguntar Marath.

– ¡Eso lo dirá ella misma! –dijo Aldis–, porque yo apenas la conozco casi del mismo tiempo que vos, aunque de referencia la conocía ya de hace unas treinta lunas, fecha en que su país se unió muy estrechamente a los Kobdas de La Paz.

– ¿Y no os prestaríais vos, que sois una autoridad en La Paz, para procurarme una entrevista con la Princesa Walkiria? –interrogó nuevamente Marath dirigiéndose a Aldis.

–Con el mayor gusto y si queréis, ahora mismo. Presentarle a ella, es cosa fácil. Lo demás corre por cuenta vuestra. ¡Vamos! Anunciadme, Madeo, la Matriarca Walkiria se hospeda en las habitaciones de la Reina Ada.

–Es un prodigio de belleza y de ingenio esa mujer. Creo que no habrá otra que la iguale.

–Vos venís de una raza de mujeres fuertes y valerosas. Vuestra ascendiente, la reina guerrera Shamurance era la encarnación del valor y de la audacia –añadió Aldis, tratando de conocer los fines que perseguía el Príncipe.

– ¡Oh, aquélla!..., aunque llevo en mis venas algo de su sangre, yo no me entusiasmo por mujeres que asientan su grandeza sobre los despojos, las ruinas y la muerte.

“Aún recuerdo el espanto que me causó cuando mi padre me hizo visitar el Jardín de los Recuerdos que hizo construir la Reina Shamurance, donde guardaba en urnas de finísima piedra azul de Maracanda los corazones disecados de todos los hombres que fueron por su vida como resplandor de un día. Y conté cuarenta veintenas de urnas en aquel jardín, obra de magia por su esplendor y su belleza. Hay allí flores y pájaros de todas las regiones del mundo.

“Si mis familiares oyeran esta mi forma de hablar se escandalizarían de mi falta de respeto para nuestra ilustre ascendiente, ¿qué queréis? Por más reina que fuera, una mujer puede amar sí, a muchos hombres, pero no comprendo el bárbaro goce de sacrificar fríamente a los hombres que amó y que la amaron.

–Son aberraciones humanas –dijo Aldis–, a que llega el ser cuando por un desmedido orgullo y amor a sí mismo sufre una espantosa desviación de sus facultades mentales hasta el punto de creerse autorizado para pisotear las leyes mismas de la Naturaleza.

“Seres así, hubo muchos del otro lado del Cáucaso, como si fuera la gran cordillera una línea divisoria que mantuviera separadas las razas más crueles y guerreras de las que sienten ya la necesidad de convivir en relativa armonía con sus semejantes. Las formidables revueltas en los

Países del Ponto Euxino fueron promovidas por los últimos baluartes de la Reina Guerrera, vuestra tía abuela, revueltas que costaron la vida de Lugal Marada, abuelo de Walkiria, a su padre y a sus dos hermanos mayores y que por esa causa asumió ella el mando de su pueblo.

–Parece en verdad, que los instintos guerreros flotarán entre los ventisqueros, entre el hielo y nieve de aquellas regiones, pues los consanguíneos que hemos nacido en los valles de este lado de la cordillera ya no sentimos esa fiebre de lucha y de conquista, y espero que la circunstancia de ser yo un pariente lejano de aquella mujer fatal, no será causa para un rechazo de parte de la Princesa Walkiria. ¿No os parece a vos lo mismo?

–Exactamente –contestó Aldis–, a más de que el amor, cuando enciende sus fuegos sagrados, de ordinario no toma en cuenta esas consideraciones. Ya llegamos y Madeo nos espera en la columnata.

–La Matriarca Walkiria os espera en la Sala de música. Pasad, que yo me retiro.

–Y yo me retiraré así que os haya presentado a ella –añadió Aldis y entraron.

La joven Matriarca sentada en el sitial en que solía sentarse Bohindra para dar su lección de música a sus jóvenes discípulos, les tendió a ambos sus manos sin que se notara en ella la más ligera impresión.

– ¡Pangrave Aldis! –le dijo cariñosamente–. ¿A qué debo la honra de vuestra visita? Cuando os anunciaron estaba para ir a reunirme con la Reina y con vuestros hijos. Os invito para que terminada vuestra visita, vayamos hacia ellos.

–Matriarca, desde ya acepto la invitación, mas antes debo decirles que mi presencia aquí obedece al deseo del Príncipe Marath de Gahanna de que le sirviera de introductor ante vos. Si me lo permitís, Matriarca, volveré cuando él haya terminado su entrevista.

– ¿Pero es un asunto privado el que quiere tratar conmigo el Príncipe Marath de Gahanna? –preguntó amablemente la joven.

– ¡Sí, Grandeza!..., es un asunto privado –continuó serenamente el aludido.

–Os dejo pues. Hasta luego –dijo Aldis y salió.

Walkiria que había estado leyendo el archivo de las vidas anteriores del Hombre-Luz, se sentía absorbida completamente por los grandes y bellos amores de Juno y Vestha, de Numú y Vesperina, de Anfión y Odina. Era aquello un vergel encantado de lirios en flor, de rosales blancos de serenidad y de ternura; de rosales rojos de inmensos sacrificios por la liberación y la dicha de los oprimidos. Bajó pues de lo alto de una cumbre de oro y azul para tornar a caminar por la tierra, donde hay lodazales fangosos..., flores envenenadas, selva traidora con buitres que muerden

y sierpes que se arrastran sin que se aperciba su andar... Pero ella era fuerte y bajó sin dejar traslucir su impresión.

Su intensa emoción espiritual que la había embargado casi hasta el exceso, dejó en sus pupilas un suave reflejo como de lágrimas contenidas dando a su mirada profunda una dulce irradiación de ternura.

Al Príncipe Marath le pareció más hermosa que nunca. Estaba sin su velo blanco y su cabellera como una blonda madeja de hilo de oro se destrenzaba con descuido a ambos lados de su cabeza.

–Sentaos, Príncipe, y decidme el motivo de esta visita –le dijo al gallardo Príncipe Marath que se mantenía de pie y que ya no disimulaba su admiración y fervor.

– ¡Princesa Walkiria!..., perdonad mi atrevimiento –dijo casi con timidez de adolescente–, pero desde que me fue dado el honor de conoceros a mi llegada a este país, tuve necesidad de este momento supremo para mí y del cual depende mi felicidad o mi desventura. Comprendo que no tengo méritos para solicitar vuestra mano, pero os amo inmensamente y he querido que lo sepáis antes de separarnos..., acaso para siempre.

–Príncipe Marath..., os digo con mi habitual franqueza que creo habéis sufrido una lamentable equivocación al poner en mí el fuego sagrado de vuestro amor. Como la nieve eterna de mi país, está helado también mi corazón, no obstante mi juventud. No sé lo que pasa por mí, pero paréceme tener la íntima certeza de que nunca podré amar sobre la tierra.

“Amor de camaradas, de amigos, de compañeros, de hermanos, encuentran ecos profundos dentro de mi ser hasta el punto de hacerme capaz de sacrificios en aras de tales afectos. Mas un amor que me lleve a olvidarme de mí misma para entregarme toda yo a otro ser, adueñado de mi voluntad, de mi querer, de mi sentir, no puedo tenerlo. ¡Príncipe Marath, comprendo que no debo engañaros ni a vos ni a nadie, porque sería renegar de la nobleza de mis ilustres antepasados, de mis propias convicciones y de los ideales de justicia y equidad que busco calcar en todos mis actos!

– ¡Grandeza!... Os condenáis cruelmente a la absoluta soledad del corazón para toda vuestra vida... ¿Habéis pensado lo que es toda una vida en soledad? Perdonadme... Acaso, no habéis analizado bien vuestros sentimientos..., o no se habrá cruzado en vuestro camino el hombre que interese vuestro corazón.

Walkiria sonrió tristemente y luego dijo:

– ¡Es que soy muy ambiciosa, Príncipe!... ¡No de oro, ni de grandeza, ni de poder, sino de luz, de sabiduría, de belleza inmortal, extraterrestre..., cosas todas que a los habitantes de la tierra nos es necesario ir a buscarlas más allá de las estrellas! ¿Qué queréis? Soy una mujer extraña

que piensa y siente diferente que las demás. Que esto será un día mi dolor: puede ser..., pero no está en mí redimirlo.

–Paréceme que vos, Grandeza, amáis una quimera, una ilusión o una divinidad de esas que en nuestras leyendas épicas se llaman hadas o genios o dioses. Y como venís de los países nórdicos, acaso estéis enamorada de Apolón y seréis una Sacerdotisa de sus templos. Mujeres tales hubo y hay, pero también para ellas llega la hora del amor y bajan de las gradas del altar a donde no pueden subir solas sino con un hombre que es conjuntamente con ellas, principio y origen de otras vidas y otras familias, de otra generación, acaso de una humanidad. El orden de la vida es ése. ¿No os parece que mi razonamiento es justo?

–Sí, Príncipe, es justo; mas yo me he trazado un camino diferente de ése y no tengo por el momento voluntad de dejarlo. Soy Gran Sacerdotisa de Apolón y este genio tutelar de mi raza y de mi país me ha llevado a comprender una vida superior en la cual encuentro mi completa felicidad. Más alto que Apolón, hay belleza y amor en grado supremo y yo he comprendido esa belleza y he sentido ese amor. Si algún día mi divina ilusión o quimera, o sueño se desvanece, os lo contaré, Príncipe Marath, y puede que esté a tiempo de andar por el camino que vos soñáis.

– ¡Entonces, es imposible, de todo punto imposible!... Por lo menos, Grandeza, dejas amar y acaso este amor despertará ecos o resonancias en vuestro corazón que puede algún día sentirse demasiado solo... Mi amor será silencioso, reverente, sin exigencias de ninguna especie y sólo con la esperanza de despertar en vos otro amor..., algún día..., ¿quién sabe cuándo?... ¿Me lo permitiréis?

–Yo nada hice para que me amaseis ni nada puedo hacer para borrar en vos tal sentimiento. En cuanto a esto sois libre y dueño absoluto de vuestro íntimo sentir. Si os satisface amar a quien os dice francamente que no os puede corresponder..., también sois vos un hombre diferente de los demás. Os tiendo pues, mi mano de amiga, de aliada, de confidente si queréis y si necesitáis de un alma de mujer que os dé aliento en las grandes borrascas de la vida; y bajo este aspecto acepto con satisfacción vuestro afecto y espero que en muy buena amistad podremos cooperar a la dicha y a la paz de nuestros respectivos países.

“Por hoy es cuanto puedo concederos.

El Príncipe Marath visiblemente emocionado se puso de pie y estrechando con efusión la mano que Walkiria le tendía, la besó con devoción mientras le preguntaba:

– ¿Cuándo partís a vuestro país?

–Por mí habría partido ya pero me retiene el Alto Consejo por unas deliberaciones que se hacen y cuyas resoluciones debo llevar yo misma, al pasar en mi viaje por los países que las motivan. Hasta Musur viajaremos

juntos con el hermano de la Reina y con el Chalit de Ethea, formando las tres escoltas una inmensa caravana. Allí quedó anclado mi Ánade, en el que seguiré viaje llevando a bordo hasta Dhapes al Príncipe Iber y al Pangrave Aldis. Mas el día fijo de la partida no lo sé todavía.

– ¿Me permitiréis haceros una nueva visita en este mismo lugar?

– Cuando gustéis, Príncipe, que si os agrada mi amistad, os la brindo. Mas pongamos condiciones.

– ¿Cuál, Grandeza? ¡Mandad!

– Que no me habléis nunca de vuestro amor, pues ello me cohíbe de ser para vos una verdadera amiga, una camarada que por ley de nuestros destinos nos vemos andando por parecidos caminos. Y como soy muy avara del tiempo y de las grandes cosas buenas y bellas que el tiempo puede darnos si sabemos aprovecharlo bien, tengo interés de que esta amistad nos traiga a vos y a mí, a nuestros pueblos, el máximo de bienestar, de grandeza y de paz.

– ¡Vuestra condición significa pues, un absoluto renunciamiento por mi parte, bien lo comprendo, Grandeza!...

– Si os duele demasiado, partid cuanto antes, Príncipe Marath, y que sea como si jamás me hubiera cruzado en vuestro camino.

Se hizo un silencio hondo y doloroso entre ambos.

– ¡No puede ser!... –murmuró por fin el Príncipe–. Hay algo que me ata a vos tan fuertemente que aunque deba condenar este amor a eterno silencio, prefiero quedar cerca..., nada más para veros pasar como una estrella que se desliza a lo lejos en el azul de los cielos... Pero Gahanna está tan lejos de Kiffauser..., ¡tan lejos!

– Hay un divino y sublime conocimiento que hace desaparecer las distancias. Los Kobdas son maestros en esa divina sabiduría. ¿No lo sabéis?

– No, jamás oí nada de esto.

– Pues bien: yo llevo treinta y cinco lunas estudiando esta luminosa ciencia que domina todas las cosas, que responde a todos los interrogantes y que da la clave a todos los profundos enigmas que a veces nos presenta la vida. ¿Queréis vos aprenderla?

– ¿Queréis vos que yo estudie esta ciencia?

– Creo que os vendría maravillosamente bien, pues con pocas diferencias os encontraréis más o menos en la misma disposición interior que me encontré yo hace treinta y cinco lunas. Y esa divina ciencia que es como la presencia de Dios en todas las cosas me salvó de un cataclismo, de un derrumbe moral espantoso y me abrió un sendero iluminado de arboles y de claros de luna... ¡Pienso que podría ocurrirnos a vos lo mismo, Príncipe Marath!...

– ¡Grandeza!..., acabáis de descubrirme vuestro secreto. Vos habéis

amado como yo a un ser que no ha podido corresponderos... Y os habéis encerrado en el castillo encantado del ideal para verle pasar como un astro lejano siguiendo rutas marcadas en la inmensidad. ¿Estoy en lo cierto? ... Y perdonad...

– ¡Sí, estáis en lo cierto!... –respondió Walkiria con una voz serena y profunda que irradiaba vibraciones casi imperceptibles de tristeza, de un adiós largo y sentido..., de una renunciación absoluta...

– ¡Vos padecéis tanto o más que yo!... –exclamó con intensidad el Príncipe acercándose un paso hacia ella–. ¿Pero es posible que haya un hombre sobre la tierra al cual vos debáis mirar desde lejos? ¿Pero qué hombre es ése?... ¿Dónde está?... ¿Es acaso el genio tutelar de vuestro país que vive la vida de los mortales?...

Walkiria con los ojos ligeramente entornados y apoyada su cabeza en el respaldo del sitial, no respondía. Parecía no estar allí. Su alma entregada a una intensa evocación de su amor, no oía ya al Príncipe Marath que la miraba con asombro, casi con adoración. La imagen etérea, sutil y delicada hasta lo sumo le presentaba al Hombre-Luz mirándola desde una cumbre de azuladas claridades...

Unos pasos se oyeron por la columnata y al momento una voz de timbre dulce y suave que decía desde la puerta:

–Con vuestro permiso, Matriarca... ¿Recibís visitas?

– ¡Príncipe Abel!... –exclamó ella levantándose para salir a su encuentro. Marath se hizo hacia un lado, respondiendo a la vez al saludo de Abel.

–Os he interrumpido seguramente. ¡Perdonad!

–Grandeza, vos nunca sois inoportuno –contestó Walkiria ofreciéndole el sitial en que ella había estado sentada–. El Príncipe Marath estaba soportando humildemente una pequeña lección de lo poco que puedo permitirme enseñar.

–Lección admirable, Princesa Walkiria..., y a la cual mi rudeza no alcanzará jamás a comprender. ¿Verdad que es el Príncipe Abel quien ha sido vuestro Maestro?

– ¡Habéis adivinado! Y quien sabe si lo será también vuestro y me aventajaréis como discípulo.

–Mirad que la Matriarca Walkiria corre mucho, ¿eh? –decía bondadosamente, Abel, cuya fina sensibilidad había captado ya las ondas de amor y de simpatía que estaban tendidas desde Marath a Walkiria–. En treinta y cinco lunas ha hecho ya un largo camino.

El Príncipe de Gahanna a su vez, había comprendido claramente el amor reverente y profundo de la joven y bella mujer del norte para el nuevo soberano de la Gran Alianza. Pero lo que no alcanzaba a comprender, era por qué ese amor había de vivir tan solo como una eterna vibración

del alma hacia un astro lejano que pasa a larga distancia. ¿Acaso no eran dignos el uno del otro?...

Unos momentos después Marath caminaba silencioso y pensativo por la columnata donde se encontró con Aldis, que cumplía su promesa de volver a buscar a la Matriarca. Al ver a Marath se detuvo ante él.

– ¿Habéis tenido éxito en vuestro propósito?

– Ni sí, ni no. Es tal como me dijisteis, una mujer muy extraordinaria. No sé el tiempo que hubiera estado junto a ella como sumergido en una extraña fascinación. A no haber llegado el Kobda-Rey, aún estaría allí entre vivo y muerto.

– ¿Cómo así? No puedo comprenderos –decía Aldis sonriente–. ¿Qué os pasó con ella?

– Lo que pasa a la mariposa que ronda en torno a la luz. Sufre alucinación, locura, vértigo y se quema por fin en esa llama que la fascina y atrae.

– ¿Y os habéis quemado también vos?

– Completamente, pero quiero volver, y tengo que volver a quemarme en la llama. ¿No creéis vos en los genios, en las hadas maravillosas que dicen que abundan entre los hielos del Norte? Pienso que la Princesa Walkiria es uno de esos seres fantásticos bajados a la tierra para hacer soñar a los hombres en mundos paradisíacos, poblados de libélulas luminosas, de árboles danzantes y de papiros que cantan poemas...

– No es para tanto, amigo mío –decía Aldis riendo bonachonamente–. En el hondo misterio de las almas hay infinitas explicaciones para todos esos estados de ánimo porque pasáis vos y la Matriarca Walkiria, y muchos seres que han llegado ya a un nivel mayor de comprensión y sensibilidad. ¿Vais a partir mañana?

– ¡No sé qué hacer!... ¡Quisiera quedarme y seguirla hasta su país, hasta el otro lado del mundo..., hasta más allá de la muerte!... Estoy fascinado completamente y siento la necesidad de correr en pos de ella durante toda mi vida.

– ¡Pero eso no puede ser! Vos tenéis un pueblo que os espera, una familia que os necesita, una madre que os ama y para quien sois todo sobre la tierra...

– Pero por encima de todo eso está ella que es todo para mí...

– Calmaos, que todo tiene arreglo en esta vida cuando hay buena voluntad. Mirad, aquí viene Madeo que os acompañará a un paseillo corto por la pradera, donde pacen a centenares los renos y las ovejas. En el seno de la Naturaleza recobraréis la paz que habéis perdido...

– ¡Pangrave..., por piedad! ¡Haced algo por mí!... –Y el Príncipe Marath dio a su voz suaves inflexiones como de un niño aterrado que huye de un gran dolor.

–Sí, amigo mío, sí, estad tranquilo. Madeo, haz el favor de acompañar al Príncipe a distraerse por la pradera hasta el himno del anochecer.

Madeo comprendiendo, sonrió dulcemente y se llevó al joven hacia los campos de pastoreo poblados de mansos renos y de blancas ovejas, que parecían pinturas de un gran lienzo en que el verdor brillante del césped y el azul límpido de los cielos, invitaban a la serenidad y a la paz.

203

APOTEOSIS DEL HOMBRE-LUZ

– ¡Matriarca!... Paréceme que habéis herido de muerte el corazón del Príncipe Marath –decía Abel a Walkiria luego de salir aquél.

– ¡Se ha herido él mismo, Grandeza!... Tengo la triste condición de despertar afectos intensos cuando mi alma no está dispuesta a co-responderlos. Vos que sois el Hombre-Luz debéis saber el secreto de remediar este mal.

–No es un mal, Matriarca, sino el resultado natural de la poderosa fuerza de atracción que reside en vos debido a las conjunciones planetarias bajo las cuales habéis iniciado vuestra actual vida física.

“Tenéis un magnetismo personal tan exuberante como las madre selvas de nuestra pradera cuyo suave perfume y caricia buscan todas las plantas que felices se entregan a su abrazo estrecho y silencioso. Nuestro lema dice: “Extraer del fondo de todas las cosas lo más hermoso que hay en ellas”, y es caso de que estudiéis lo que podéis extraer en bien de nuestros semejantes de las particulares condiciones de vuestra personalidad.

– ¿Y qué haríais vos, Grandeza, si os vierais en mi lugar?

–No podéis hacer otra cosa sino dejaros amar, porque la violencia y un corte radical en casos como éste, pueden producir una tremenda reacción en un alma vehemente y apasionada, y acaso terminar en una tragedia que os amargaré toda vuestra vida y que causará la perturbación y el estancamiento de un ser al cual podéis ayudar mucho si obráis con cautela.

“En nuestros Archivos hay varios casos como éste. Yo mismo, no obstante mis días breves, lo he experimentado más de una vez y gracias al Altísimo he tenido la fuerza y la ayuda necesaria para extraer grandes cosas de esos sentimientos íntimos y profundos que se despiertan a veces en las almas”.

Se hizo como un forzado silencio en que sólo los pensamientos hablaban. Abel pensó en Zurima y Walkiria pensó en Abel. Dos formas de amor profundo hacia el Hombre-Luz, que extrajo de ellas la liberación de dos almas que debían seguirle por toda la Eternidad. Él se dejó amar

desde lo alto de su solio de Hijo de Dios y mediante el hilo de oro de ese amor convertido en lazo sobre el altar de la inmolación, liberó a Zurima y engrandeció a Walkiria que desde aquella hora dieron el vuelo decisivo hacia el Eterno Amor.

– ¿Y si el Príncipe Marath insistiese de nuevo?... –preguntó Walkiria después de un momento.

–Escuchadle sin fastidio y respondedle afablemente y sin rechazos. El huracán se tornará en brisa suave que no os causará daño alguno.

– ¿Y si pretendiera seguirme hasta mi país? –volvió a preguntar la joven.

–Estará imposibilitado para ello por su condición de soberano de su país, pero si alguna vez os hiciera una visita, no os alarméis por ello que como estáis ya dentro del marco de oro de la Ley, Ella será vuestra protección y escudo en forma que extraeréis grandes bellezas y grandes bienes de donde menos esperarías. ¿Qué mal podríais temer? ¿Acaso llegar a amarle también vos? ¡La Reina Ada amó a Bohindra hasta más allá de la muerte, Elhisa ha amado a Adonai; mis hermanas Helia y Mabi han amado también al amparo de la Ley de los Kobdas y cuántos y cuántos!...

– ¡Sólo vos, Grandeza, no podéis amar!... –murmuró débilmente Walkiria.

–También tuve yo en mi carrera eterna, mi hora de amar y ya le habéis leído en mi archivo que os entregué días pasados. Y aún amo ahora y me dejo amar. ¡Matriarca!..., ¿acaso rechacé vuestro amor cuando lo sentí aletear junto a mí como una tórtola blanca que buscaba donde posarse? Y no es que haya fuerza alguna que me impida entregarme al amor, sino que la claridad de conciencia a que he llegado me impide sacrificar una vida a la misión que me incumbe en esta hora de mi apostolado. La ancianidad espiritual es en cierto modo, como la ancianidad física, aunque es imperfecta la comparación; un espíritu llegado a las máximas alturas de su evolución adquiere el poder o facultad de sutilizar la materia que reviste durante los pasajes de vida física en tal forma que rechaza y hasta se torna insensible a los goces groseros de los sentidos. Las exigencias de la materia física comunes a todos los seres vivientes, las siente muy débilmente o no las siente el organismo que sirve de instrumento a un ser de gran evolución. Con poquísimo alimento está nutrido y le son completamente ajenos los refinamientos de la gula. Y lo que digo del sentido del gusto cabe decirlo también respecto de todas las manifestaciones externas del hombre carnal. La atracción sexual no tiene ya dominio sobre un ser de máxima evolución y si se dan casos de uniones nupciales entre seres de una cierta altura, es sólo como un medio de formar conjunciones espirituales en una hora determinada en que ambos

seres se han encontrado por mandato expreso de la Ley. Si no fuera por la convicción que tengo de que sois un espíritu que habéis comenzado ya la subida a la cumbre, no os hablaría en esta forma en que a muy pocos seres se les puede hablar, pues forma parte de la enseñanza secreta de los avanzados en el sendero oculto. ¿Me comprendéis, Matriarca?

– Tanto os comprendo que voy haciendo aplicaciones con las vidas que vais refiriendo y mi propio sentir. Continuad que os escucho.

– Muy bien. Habéis visto en mi archivo que en tres de mis vidas sobre esta Tierra, tuve esposas.

– Sí: Vestha, Vesperina y Odina – contestó Walkiria – ¡Qué bellas, qué buenas y felices debieron ser!

– ¡Bellas y buenas, puede ser, pero felices, no!

“Los seres de gran adelanto no pueden ser felices en mundos tan inferiores como éste; es decir, ni aun con esa mediana felicidad que a veces disfrutaban los demás. Son seres venidos de otros planetas de gran evolución, razón bien manifiesta de que un mundo inferior les resulta lo mismo que a un fastuoso príncipe el más nauseabundo calabozo. Se sienten como ajenos y extraños al ambiente en que actúan, se ven desde luego, incomprendidos hasta el punto de que casi siempre se les toma por visionarios o por locos.

“De todo esto resulta que llevan una vida atormentada casi de continuo, sobre todo cuando el Yo Interno llega a hablar ya muy alto, cosa que ocurre casi siempre al iniciarse la juventud. Para atenuar este martirio lento es que la Infinita Bondad de la Ley Eterna, permite a veces que las primeras vidas mesiánicas se vean fortalecidas con la compañía física de otro ser de igual evolución, justamente en la hora en que se despierta el Yo interno; hora dolorosa y terrible para el espíritu, que se ve solo, completamente solo en un mundo que le es adverso o cuanto menos que no le comprende ni puede comprenderlo. Por eso a Juno, le dio su Ley a Vestha, la dulce y tierna compañera ciega, que era el Mesías de Venus, de donde emigró por el breve tiempo que hizo compañía a su alma gemela.

“Por eso a Numú el pastor se le dio la dulce Vesperina como un vaso de miel en la jornada amarga.

“Por eso brotó en los jardines solitarios de Anfión el lirio blanco de Odina. Las tres eran el mismo espíritu.

– En vuestra vida de Antulio, el filósofo santo ya no necesitasteis de la compañera fiel – observó Walkiria.

– Necesitaba todavía... ¡Oh, sí!... Prueba de ello que Antulio tuvo un amor profundo, pero como no estaba en Ley ni era un ser de su misma evolución, por ese amor vino su muerte prematura, la disgregación de su Escuela que estuvo a punto de extinguirse, y a más el doloroso y largo estancamiento en el mal del ser que se interpuso en su camino y de otros

seres ligados a éste. Necesitaba aún de la compañera gemela; pero ella estaba encarnada en Venus obedeciendo a conjunciones planetarias y a circunstancias especiales de transformación de aquella humanidad que comenzaba su ciclo de fraternidad y de amor. Y si no pudo tener junto a sí su alma gemela encarnada, tuvo la aureola protectora de una madre de gran lucidez espiritual y un discípulo: Hilkar de Talpakén, cuya comprensión y afinidad impidió que Antulio se encontrase abrumado de soledad y de abandono en el ambiente terrestre.

“¿Comprendéis ahora por qué un ser de máxima evolución no puede ni debe tomar compañera en la materia física de un mundo inferior, no siendo otro ser de igual grado de evolución?

– ¡Oh! Príncipe Abel..., vuestras ideas y pensamientos son como un desfile de estrellas en un cielo azul sereno. ¿Cómo pues no he de comprenderos?

–Algo de ese fenómeno psíquico está pasando por vos en esta hora de vuestra vida eterna y de ahí nace el rechazo que sentís para las alianzas nupciales comunes.

“Mas si de pronto surgiera ante vos un hombre de igual evolución que la vuestra y que fuera además de vuestra afinidad, acaso la Eterna Ley os impulsara a la unión no precisamente con el único fin de crear una familia, sino sobre todo y por encima de todo, para evitaros a vos y a él la enervadora sensación de aislamiento, de soledad y de abandono que seguramente en momentos dados se hace sentir con fuerza en las almas adelantadas, cautivas en la materia.

“El alma que ha llegado a los primeros altiplanos de su camino eterno, va realizando la subida llevando a costas la carga de otras almas, que tal es la Suprema Ley de la Sabiduría Universal. Teniendo esto en cuenta, no podréis ni debéis interponer un corte decisivo y radical entre vos y el Príncipe Marath de Gahanna, sino extraer de tal encuentro lo más bello, lo más grande y lo más bueno que sea posible de este acercamiento no buscado por vos y del cual ningún mal puede resultar si sabéis llevar, sin que tiemble vuestra mano, la copa sutil llena del sagrado elixir.

*“Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres.*

*“Amar por amar es agua
Que sólo beben los Dioses.*

“Este clásico pensamiento dictado a Bohindra por Ben-Nilo, uno de los Diez Fundadores Kobdas, es aplicable como podéis comprender al amor en almas ya de avanzada evolución. Y para vuestra mayor seguridad, se me ocurre una idea.

–Decidla, Grandeza, que como vuestra, debe ser bellísima –insistió con vehemencia la Matriarca.

–En la concentración de esta noche aparecerá en el sitio de los avisos del día, esta inscripción: “¿Quién es el Príncipe Marath de Gahanna?” Y los sensitivos captarán la respuesta. Os invito a asistir a nuestro Santuario juntamente con la Reina Ada a la cual daré aviso para que os lleve consigo, igualmente que a la Instructora Mayor del Santuario de Mujeres, que como sabéis es hermana de vuestra Mangrave Leticia y una clarividente admirable. La Mangrave Servia os ama por las recomendaciones que de vos le ha hecho su hermana residente en Kiffauser, y por tanto pondrá todo su amor en la evocación espiritual que por vuestro bien se realizará esta noche.

– ¡Oh, gracias, Príncipe Abel, por vuestra solicitud para mí!

–Os dejo pues, para preparar este asunto. –Y Abel se levantó y salió.

–Y yo sigo a la habitación de vuestra madre –dijo Walkiria ciñéndose el blanco velo a su frente.

Salió juntamente con él a la columnata donde Aldis la esperaba muy entretenido en explicar al pequeño Seth, su nieto, por qué no debía hacer daño a las abejas cuando tranquilamente absorbían el dulce néctar de los jazmines que como un manto de blancura se abrían trepando por los muros del Pabellón de la Reina.

* * *

Desde mucho antes de la desencarnación de Bohindra, Hilkar de Talpakén había sido designado por el Alto Consejo de ambos Santuarios como Consultor de los sensitivos por su larga experiencia en el ejercicio de las facultades superiores del alma encarnada. Era el único cargo que había querido aceptar. Y llevando ya varios días que los sensitivos de los dos Santuarios le hacían parecidas manifestaciones de clarividencias, audiciones, o intuiciones, referentes a una formidable avalancha que las fuerzas del mal preparaban para vencer al Hombre-Luz y tirar por tierra su obra, consultó con la Reina Ada y todos los miembros de los dos Consejos. De esta consulta sacó el anciano la resolución de poner en la tablilla de avisos, a la entrada a la Mansión de la sombra, esta inscripción:

“Pidamos a la Divina Sabiduría una clara manifestación de la Verdad, y que podamos acertar con los medios más adecuados para cumplir Su Soberana Voluntad. El Consultor”

Abel se encontró con esto al ir a poner en la tablilla el aviso referente a Walkiria. Entonces buscó a Hilkar en su habitación particular, pues pensó que acaso era el mismo asunto que ya por un conducto o por otro,

le hubiese llegado al anciano Hilkar. Este se hizo explicar con Abel lo que pasaba a la Matriarca de Kiffauser con el Príncipe Marath de Gahanna de cuya procedencia se hizo dar minucioso detalle.

Sacó luego las anotaciones que le habían entregado los sensitivos que llevaban varias noches de escribir manifestaciones confusas, pero todas anunciadoras de una gran batalla espiritual que iba a desencadenarse en la esfera astral de este planeta, con fines de destrucción de la obra Redentora del Hombre-Luz.

Sin saber cómo ni por qué, encontró puntos de contacto entre la huida intempestiva de Kaíno y su nueva rebelión, entre la aparición en escena de este Príncipe de Gahanna, que contaba entre sus ascendientes a la Reina Guerrera Shamurance, vencida años antes por la fuerza mental de los Kobdas, igualmente que a su dañina escuela de crimen y de magia.

Hízole ver a Abel toda esta red enmarañada y oscura que los sensitivos no conseguían definir claramente, no obstante los esfuerzos que hacían para captar con nitidez la verdad que había en el nebuloso conjunto.

–Creo –díjole Hilkar–, que no es necesario poner en la tablilla otro aviso más, pues acaso con el que ya está puesto consigamos aclarar también lo que corresponde a la Matriarca Walkiria. Esta mujer tiene un gran papel a desempeñar en esta hora, pues ya sabéis que su archivo de vidas pasadas ha revelado que ella tomó la materia últimamente para cortar la acción de las fuerzas contrarias, que quedaron como una prolongación siniestra de la Shamurance actuando en el plano físico.

“Vos sabéis que saliendo de la familia Kobda, nadie conoce en la humanidad el secreto de que el Verbo de Dios, el Mesías de este planeta está encarnado en un joven Kobda que se llama Abel, hijo de Adamú y Evana. Tampoco lo saben las entidades tenebrosas que manejan las fuerzas contrarias, porque la Eterna Ley no le permite ver todos sus secretos. La humanidad sólo ve en vos al descendiente del Kobda-Rey lo mismo que lo ven las entidades del mal. La humanidad seguirá creyéndolo así pero las astutas inteligencias malignas que os tendrán en observación, llegarán a descubrir que sois el mismo espíritu que desde lejanas edades los viene abatiendo en su poderío sobre los seres humanos. Este proceso ha sido el mismo en todas las épocas en que trajisteis la palabra de Verdad a la Tierra.

“Cuando hace poco estuve con vos en Neghadá, hice un minucioso estudio en aquel gran archivo como no hay otro en el mundo actual. De este estudio he sacado la ilación completa que nos faltaba para llenar ciertos claros en la historia de la evolución humana en relación con su Mesías. He comprobado los encuentros que con vos tuvieron en pasadas edades, muchos de los que os rodean hoy desde sitios destacados.

– ¿Y encontrasteis acaso a la Matriarca Walkiria? –preguntó Abel, de

verdad interesado en saber a donde iba con sus circunloquios el Anciano Consultor.

– ¿Qué si la he encontrado?... ¡Y tan cerca de vos! Oídmelo: el padre de Juno el Marino era constructor de bajeles en un gran puerto del Mar Sereno en la costa norte de Lemuria; ciudad puerto que entonces era conocido por Berthagón. Como era un hombre justo, antes de vender uno de sus bajeles hacía grandes averiguaciones de los fines a que se le destinaba, pues prefería no venderlos a que fueran a manos de piratas para encerrar en sus bodegas a los infelices que caían en sus garras. Este hombre tenía cuatro hijos que siguieron en temperamento y aptitud las huellas de su padre en todo momento. El hijo primero fue Juno y su padre le preparó para el mar. La hija segunda fue Gerkina y aunque mujer también, fue preparada para el mar. Dos mujeres más, fueron educadas para ayuda de la madre en el hogar. Los Caudillos y Príncipes de la época se disputaban los barcos de la buena casa de Breket, pero la prosperidad no es situación duradera en esta Tierra para los justos, y los malvados mercaderes de seres humanos buscaban el momento de hundir en la ruina a aquel hombre invencible a la seducción y al oro.

“Fue así que una noche tenebrosa en que una furiosa tempestad abatía las costas del Mar Sereno, una banda de piratas asaltó casa y astillero con fines de apoderarse de los barcos encargados por los Príncipes vecinos y que estaban ya en condiciones de ser botados al mar. Breket y Juno, que ya era jovencito, fueron amarrados y amordazados. Los criados y jornaleros maniatados o muertos. La esposa se había desmayado de terror y de espanto.

“Gerkina que era adolescente y fingió dormir no fue tenida en cuenta. Mas ella encontró el momento de acercarse a su padre y a Juno para desatarlos, mientras los bandidos buscaban la entrada a las grandes cavernas-talleres sobre la costa misma del mar. La niña rogaba al padre y al hermano que huyeran pues había oído que iban a matarlos así que les enseñaran el secreto de los tesoros que guardaban y los subterráneos donde escondían los barcos.

“–No puede ser –decía Breket–, porque yo he de morir antes que entregar un solo barco a esos malvados.

“–Lleaos a mi madre y ocultaos en la caverna de las tumbas. Yo sabré arreglarme con esos lobos. No temáis padres.

“Y la chicuela se vistió las ropas desaliñadas y rotas del guardador de bestias, oscureció con tizne su bello rostro y acercándose curioso al más viejo de los bandidos le llevó el chisme de que los amos habían huido a favor de la oscuridad en un velero pequeño y veloz como un águila real, y fingiendo querer contratarse si querían llevarle, se ganó la confianza del viejo a quien cayó muy en gracia el chicuelo roto y sucio. Se ofreció

a enseñarles la entrada a las grandes cuevas-talleres y luego a la caverna de los cofres donde el amo guardaba los tesoros. Y con gran soltura les dijo después:

“– ¿Cuánto me pagaréis por entregaros todos los secretos del amo?

“– Pon tú el precio –le contestaron.

“– Bien; yo exijo que cuando hayamos tomado cuanto queréis, soltéis a todos los jornaleros sin hacerles daño y después me llevéis con vosotros pagándome un buen jornal. Yo hago cualquier trabajo.

“– Muy bien; trato hecho. Conque andando rápido.

“– El amo tiene dispuesto de tal modo sus escondites que no se puede entrar con antorchas porque explota todo y nos sepultamos vivos.

“Y el chicuelo dio el extremo de una cuerda a los ocho hombres de la banda y él tomó las cuerdas por el otro extremo.

“– Seguidme –les dijo–, que yo no me extravió en la oscuridad.

Sintieron que entraban a una atmósfera sofocante pero húmeda y fría.

– Por aquí vamos a las cavernas-talleres, de donde pasaremos a la de los tesoros. Nada tenéis que temer puesto que habéis atado a los jornaleros y criados.

“Cuando habían andado largo rato por corredores y cavernas llenas de maderas, tablones, hierros, botes, barcas a medio hacer, bajaron a una cámara más profunda con olores fuertes y nauseabundos.

“– Esta es la cámara de los cofres –dijo el muchacho–. Acercaos más a mí y veréis maravillas que no visteis jamás. –Chocó su punzón de hierro con un cubo de sílex incrustado en la roca; saltaron chispas, luego una llamarada y una espantosa explosión hizo saltar piedras en todas direcciones. Unos segundos después aquella inmensa caverna se había derrumbado aplastándoles a todos entre las rocas caídas y las llamaradas azules y rojas de los explosivos, allí depositados como medio de defender Breket, los tesoros que guardaba de los príncipes que le encargaban bajeles. Los bandidos encontraron su tumba como recompensa a su ambición que les llevó hasta el crimen; pero Gerkina pereció juntamente con ellos. Había salvado con su vida a su padre y a su hermano, y había impedido que los piratas se adueñaran de los barcos para transportar en ellos a los infelices que vendían como esclavos o como reses destinadas al consumo.

El Anciano Hilkar guardó silencio.

– Continúa –díjole Abel–, que vuestra historia me interesa mucho.

– Ya está terminada, hijo mío. En aquella heroica adolescente Gerkina disfrazada de chicuelo, ¿no adivináis a una mujer muy conocida y amada?

– ¡La Matriarca Walkiria!... –exclamó Abel con vehemencia.

– ¡La Matriarca Walkiria! –respondió Hilkar–. Ella misma. Y a no haber sido por aquel heroísmo suyo, vos habríais perecido mucho antes de que se despertara vuestro Yo íntimo a la verdad de vuestra posición y del apostolado sublime de liberación humana que os incumbía como Mesías de esta humanidad.

– ¡Gerkina!... ¡Mártir ignorada y oculta sobre quien cayó, aplastándola, el enorme peso de la inconsciencia humana! Nunca supe tal relato y eso que he tenido en mis manos los archivos de mis vidas pasadas –dijo Abel preocupado por tal descubrimiento.

–Es que no se os ocurrió registrar un viejo rollo olvidado en el fondo de un casillero y que se denomina: “Ruinas de Lemuria”. Los de la Escuela Antuliana teníamos gran deseo de encontrar los vestigios de la sabiduría de Antulio en sus anteriores estadías terrestres y sólo por vía espiritual habíamos obtenido pequeños esbozos que no estaban comprobados en el plano físico, hasta que dos Kobdas navegantes por las costas del continente nuevo, encontraron un grupo de ancianos Flámenes, que conservaban en sus viejas arcas y semisepultados en las cavernas de las montañas vecinas al Tronador, archivos de arcillas, de maderas y hasta de telas enceradas, algunos importantes relatos salvados de la invasión de las aguas. Era parte de la Sabiduría secreta de los sacerdotes lemures, muchos de los cuales reconocieron la personalidad espiritual del audaz navegante llamado “el Mago de las tormentas”, que recorría los mares bravíos en noches de borrasca para anular la criminal avaricia de los piratas de carne humana viva.

– ¿Y cómo se explica –preguntó Abel–, que los Archiveros de Neghadá no conocieran tales relatos?

–Muy sencillamente. Las escrituras sagradas de los lemures eran pequeños dibujos hechos de puntos combinados de muchísimas formas y que empezaban de abajo hacia arriba en las cintas enceradas o en largas tiras de cortezas. Por ejemplo: dibujaban un remo, una serpiente, un cocodrilo y estaban dibujados en línea vertical, con la cabeza para arriba y la escritura empezaba con infinidad de puntos por la cola, como en el remo por el mango. Entre nosotros se manifestaron sacerdotes lemures seguidores de la obra salvadora de Juno y nos enseñaron estos detalles. Teniéndolos en cuenta los pocos Dakthylos que fuimos con vos a Neghadá pudimos encontrar la clave de aquellas escrituras, y nos ha llevado meses, aquí en La Paz, el poner en orden todos aquellos dibujos hechos de puntos.

– ¿Y qué más descubristeis, si se puede saber?

–Descubrimos que en vuestra vida de Numú, el marino que fue vuestro padre, que os dejó con vuestra madre en aquella enorme montaña socavada en forma de cruz, fue también la Matriarca Walkiria, y si nunca

volvió por los suyos, fue por negarse a descubrir el secreto de vuestro refugio ante un tribunal de Magos Negros que tuvieron conocimiento de vuestra llegada al plano físico, debido a una conjunción planetaria que anunciaba el tiempo y el sitio en que debíais nacer. Vuestro padre de aquel entonces os dejó en seguridad y partió a buscar en su casita de la orilla del mar, sus haberes para transformarse de marino en pastor y labriego a vuestro lado.

“Mas, encontró que su casita estaba tomada por emisarios de la poderosa entidad ante la cual le llevaron como a un reo descubierto en delito.

“—Entrégnanos tu mujer y tu hijo, le decían, y tendrás cuanto quieras en la vida. El marino había tenido aviso en el sueño de que, efectuada la conjunción anunciadora del nacimiento del Espíritu soberano que anularía las fuerzas de la tenebrosa entidad, fueron secuestrados muchos niños nacidos en esos días y que sometidos, según sus bárbaros ritos, a la prueba del agua, se habían ahogado; a la prueba del fuego, se habían quemado, o a la del aire y a la de la sepultura bajo tierra, habían igualmente perecido. De los niños nacidos en los días de la conjunción planetaria, Numú era quizás el único que se había salvado por la huida tan oportuna realizada por su padre, el cual fue puesto en tortura para obligarlo a revelar el secreto, del cual no pudieron arrancarle ni una palabra.

“Como él sospechara que iban a ponerle ebrio o buscar de hipnotizarle para arrancarle el secreto, se arrojó él mismo a los cocodrilos sagrados durante el oficio religioso que los Magos Negros hacían diariamente en torno al lago donde se encontraban los feroces animales.

— ¡Dos veces con su vida ha salvado la mía!... —exclamó Abel.

—Tres, hijo mío, puesto que en vuestra misión al Ponto Euxino, os la salvó también, aunque esta vez sin que perdiera la suya propia. Este ser ha tenido, como todos, sus largas épocas de atraso y de inconsciencia; pero apenas la Luz Divina llegó a su mente sobresalió en él una hermosa cualidad: la lealtad hasta la muerte cuando había descubierto donde estaba la Verdad y la Justicia.

“Ahora bien: lo que vos me referís referente a la vinculación que puede existir entre la Matriarca Walkiria y Marath de Gahanna, se me ocurre pensar que la Reina Shamurance con sus espantosos sacerdotes y secuaces sea una continuación de aquella tenebrosa entidad lemur, y que esas inteligencias malignas quieran tomar a ese príncipe de su sangre como un anzuelo para vencer a la Matriarca Walkiria y a vos. Pero esto es lo que, Dios mediante, sabremos en la concentración espiritual de esta noche.

—Esperemos que la Luz —dijo Abel—, descienda a nosotros.

–Esperemos que la Suprema Inteligencia nos hable con la voz sin ruido de sus revelaciones estupendas –respondió el Anciano con seguridad.

* * *

Al asomar la estrella vespertina su faz radiante, que se reflejó sobre el Éufrates como una lámpara de amatista, fue para Hilkar, el consultor de los sensitivos, de que era la hora de llamar a silencio a los cuarenta que formaban la cadena magnética central. Y que se encontraban a la sazón en la alegre expansión del atardecer entre los parques poblados por los alumnos del pabellón del Rey.

–Necesitamos –les dijo al llamarles–, de toda vuestra fuerza mental y espiritual para conseguir de la Divinidad, ver claro en un asunto de grande importancia para todos. En vuestras habitaciones particulares ya encontraréis vuestra refección adecuada para el trabajo que tenemos que realizar.

Habitados los sensitivos a esta severa disciplina cada vez que debía realizarse un trabajo de importancia, se refugiaban cada uno en su bóveda a prepararse por los medios acostumbrados. A los unos les ayudaba grandemente a la quietud de su interior la ejecución de una melodía en su propio laúd. Otros encontraban esa quietud interna en recitar a media voz algunos de los versos sutiles y delicados de Bohindra. A otros la silenciosa contemplación del inmenso azul que iba poblándose lentamente de maravillosas antorchas de luz multicolor a medida que las sombras se hacían más y más densas.

La refección preparada de antemano para una noche semejante, consistía en hortalizas crudas con aceite, pan con miel y un jarabe de flores de azahar.

Llegaban los sensitivos al recinto sagrado antes que los demás; ocupaban sus sitios respectivos y se anulaban para el mundo exterior.

Educados todos en esa austera escuela de respeto profundo por los asuntos de orden espiritual, fácil es comprender que en caso como éste ningún hombre de toga azul, había de disentir con los demás en las formas interiores y exteriores de predisponerse para una elevada evocación espiritual.

La Reina Ada y Walkiria llegaron casi enseguida y tras ellas, Hilkar y Abel; Aldis y Madeo habían acompañado hasta última hora al Príncipe Marath de Gahanna, ajeno por completo a que su personalidad tenía ingerencia en los trabajos espirituales de los Kobdas que le eran completamente desconocidos. Habían comido con él en afable cordialidad dándole a beber un jarabe de frutas que provocaba un sueño profundo y tranquilo. Era cuanto necesitaban en el plano físico como preparación

para que en la esfera astral y planos etéreos se manifestaran los secretos que necesitaban saber. De parte de los encarnados estaba hecho cuanto era necesario. Lo demás corría por cuenta y riesgo de las Inteligencias Superiores que en unión y alianza con ellos colaboraban en la evolución de la humanidad de aquel tiempo, en relación con el Verbo de Dios encarnado entre ellos por entonces.

Poco después de terminada la música y apagados los cirios, empezó a diseñarse sobre la pilastra de agua una nubecilla luminosa apenas perceptible al principio. Walkiria cayó en sueño profundo y su cabeza se inclinó como una flor lacia sobre el hombro de la Reina Ada que estaba a su lado.

Varios de los sensitivos de la cadena magnética cayeron también bajo el suave influjo de la hipnosis. El Anciano Hilkar teniendo a su lado a Abel estaba absorbido completamente por lo que presentía que iba a desarrollarse en aquel escenario astral sutilísimo que se diseñaba ya con contornos definidos y precisos.

Un vasto campo, color crema, cuyo horizonte se esfumaba en una brumosa lejanía, hacia uno de los puntos se vislumbraba una claridad apenas perceptible, pero que iba marcándose más y más. Dos grandes agrupaciones de seres humanos surgieron del horizonte mismo, con todo el aspecto de buscar un encuentro. La una vestía de azul turquí resplandeciente, con estrellas de oro por diademas y largas flechas doradas como espadines en sus manos. La otra, de un carmesí casi negro y coronados con una cabeza de águila de un negro tan brillante que parecía arrojar chispas de rojizo resplandor. Estos llevaban apoyados en los hombros largos horcones del mismo negro brillante de las cabezas de águilas que les coronaban.

Diez seres abrían la marcha de la agrupación azul y otros diez caminaban al frente de la carmesí casi negro. Entre los diez de la agrupación azul todos reconocieron a la Matriarca Walkiria, a Solania, a Senio, a Elhisa, a Nubia, a Adonai, a Beni-Abad y al Audumbla de Zoan.

En la otra agrupación los más ancianos reconocieron a la Reina Shamurance con sus augures sacerdotes del fuego y de la sangre que demostraban ser sus obedientes servidores.

Cuando parecía que iba a producirse el encuentro se diseñó al centro como en una inmensa carta geográfica astral la vasta región denominada de los Cinco Mares, que en aquel tiempo estaba en gran parte comprendida en la vasta Alianza de las Naciones Unidas. Y sobre aquella carta se diseñaban como tentáculos de un pulpo gigantesco, que partiendo de la agrupación carmesí negro, iba serpenteando cautelosamente hacia distintos parajes del territorio protegido por la Gran Alianza del Éufrates y del Nilo. Los sitios precisos en que los extremos de los tentáculos se

detenían, aparecían poco a poco iluminados por una llamarada roja y en el centro nombres que claramente pudieron leer: Shivara, Gahanna, Gerar, Zoan, Gotzan y Kalidonia. Al leer estos nombres los Kobdas comprendieron claramente cuales eran los países amenazados y cuales eran los Caudillos y príncipes que serían tomados como instrumentos para realizar los funestos planes de dominación y de exterminio. En Shivara era heredero Kaíno. En Gahanna era el Príncipe Marath. En Gerar un yerno de Jebuz, o sea un hermano político de la Reina Ada. En Zoan un caudillo de segundo orden que venía ya causando disturbios al Consejo de Gobierno que fuera nombrado antes por Bohindra. En Gotzan, el hermano mayor de Elhizer de Ethea, y en Kalidonia la Cherúa de Tracia que gobernaba en nombre de su hijo aún en menor edad.

Ninguno de estos seres era enemigo declarado de los Kobdas ni de su forma de gobierno, pero iban apartándose insensiblemente de la Ley de la Gran Alianza, para hacer concesiones a unos y a otros, buscando conveniencias materiales para sí mismo o para sus pueblos. Era la desviación del riel de oro, apenas perceptible al principio, pero que al final les apartaría a grandes distancias. Avezados los Kobdas a ver en estos escenarios astrales y etéreos, comprendieron el aviso de una lucha espiritual tremenda para tirar por tierra toda la magnífica labor realizada sin interrupción durante los treinta últimos años.

No podían precisar con exactitud el tiempo en que el gran choque se produciría, pues ello dependería de la forma en que unos y otros llevaran los acontecimientos. Mas el escenario astral continuó diseñando los estupendos panoramas cargados de tormentosos presagios. Las huestes azules de las estrellas de oro se apostaron como centinelas avanzados en el sitio demarcado por los nombres ya enumerados en la gran carta geográfica. Eran seres desencarnados de la poderosa falange, que al tomar ubicación dejaron al grupo de sus hermanos encarnados solos, al mismo tiempo que algo como un mágico soplo, borró ante la vista de todos, el mapa astral que con tanta precisión demarcó los sitios amenazados.

Aparecieron en primer término las tres jovencitas aquellas que en el Pabellón de la Reina hemos conocido y que no querían tomar esposo. Kaíno apareció junto a ellas que lloraban desconsoladamente mientras él, atándoles cordeles en la cintura, trataba de arrastrarlas a viva fuerza.

En aquel escenario astral se diseñó, con maravillosa claridad, el gran secreto. Eran hijas suyas del tiempo que él usó el nombre de Medhuajel, el príncipe aquel que murió en La Paz. Descubierta más tarde el engaño, los hermanos y parientes del príncipe muerto, repudiaron en absoluto la prole dejada por el usurpador y las tres niñas habían sido sometidas a una bárbara operación quirúrgica, que sin matarlas, las inutilizaba para la procreación, con el fin de que no se mezclase entre su raza la sangre

impura, según ellos, del aborrecido usurpador. Kaíno parecía ignorarlo pues su afán de llevarlas era para darlas en matrimonio a los hijos de tres Caudillos de la agrupación carmesí casi negro, o sea de los enemigos de la Gran Alianza fundada por los Kobdas.

El hecho era pues evidente para los observadores espirituales: Kaíno estaba tomado como instrumento para promover una sublevación entre los príncipes de la Alianza por la ambición de engrandecer su pequeño Principado de Shivara, apenas muerto su tío.

Se vio que Walkiria con la Reina Ada y una escolta numerosa entre la que se veía a Marath de Gahanna partió de La Paz hacia Shivara, donde Kaíno terminaba las honras fúnebres de su tío el viejo Príncipe de Shivara, que tuvo por los Kobdas y su obra un profundo sentimiento de veneración.

Recibidas con toda deferencia a poco se transformaba el aspecto de aquellas escenas mudas; y ambas con su escolta, eran encerradas con todo disimulo en la gran fortaleza, en calidad de rehenes que retendría hasta que se le prometiera que Abel se retiraría de La Paz, después de haber renunciado a su alto puesto de Jefe Supremo de la Gran Alianza.

Esta desconcertante audacia levantó la indignación de todos los Príncipes y Caudillos de la Gran Alianza, que enviaron ejércitos de arqueros hacia La Paz para defender al heredero de Bohindra, y hacia Shivara para rescatar a la Reina Ada, a Walkiria y su escolta, cautivos de Kaíno. Como éste advirtiese el amor de Marath de Gahanna por la joven Matriarca, le hizo amarrar en el fondo de una caverna, como a un vulgar delincuente. Mientras que a Walkiria le presentó una lámina de piedra con el acta de esponsales, para que ella pusiera su firma.

—“Seréis mi esposa —le dijo—, aunque no queráis, porque quiero romper vuestra voluntad inclinada por completo a Abel, y estoy decidido a destruir para siempre esa maldita superioridad de él sobre mí, que fue el fantasma de toda mi vida”.

Se vio a la joven Matriarca tomar la barra de hierro destinada a ponerla en sus pies si se negaba, y con ella hacer mil pedazos de un solo golpe, la blanca lámina de piedra en que ella debía firmar.

Los ejércitos se acercaban a Shivara para decidir con las armas la espantosa contienda.

De pronto, un hermoso caballo negro a todo correr llevando un jinete cuyo cabello flotaba al viento, aparecía en aquel escenario astral que tan magníficamente diseñaba sucesos que sólo estaban en el plan diabólico de la maligna entidad capitaneada por la Shamurance y sus secuaces. Aquel jinete era Abel que enterado de todo lo que acontecía corría hacia la muerte para evitar la lucha de pueblos hermanos y las torturas a que seguramente serían sometidas la Reina Ada y Walkiria.

La risa triunfal de Kaíno al ver llegar a su hermano, tan aborrecido, estaba al unísono con la feroz alegría de la horda malvada de aquella tenebrosa entidad que lo tomara como instrumento.

La figura del Hombre-Luz, resplandeciente con su aureola divina de Ungido, llenaba de dorada claridad la Mansión de la Sombra, sumergida en penumbras. Su Pensamiento sutil de Hijo de Dios llegó a todas las mentes que captaron esta onda clara y distinta;

“Aquí estoy, ¡Kaíno!... Haz conmigo lo que quieras, pero deja en libertad a la Reina, a la Matriarca, y a todos cuantos en tu ofuscación, has hecho tus víctimas”.

La Matriarca, a su vez, aceptaba ser esposa de Kaíno a cambio de la libertad y de la vida de Abel. La Reina Ada intervenía para ofrecer a Kaíno todos sus derechos al país de Musur, a cambio de que desandara el espantoso camino que llevaba al abismo.

Los ejércitos estaban a la puerta de Shivara y la contienda parecía ya inevitable, pues ni Abel se dejaba vencer, ni la princesa Walkiria tampoco. Ambos querían ir al sacrificio.

Se vio que las tenebrosas entidades inyectaban su envenenada fuerza a Kaíno apremiándole a que terminara de una vez por todas.

“Yo tendré en mi mano a los dos –dijo de pronto–. Tú serás mi mujer y tú serás mi eunuco para guardarla”. La Matriarca se interpuso; Abel tomó de las manos a Kaíno que dio un grito de llamada a sus esbirros. El primero que apareció al ver a Kaíno sujetado por un hombre cuyo rostro no veía, arrojó con furia su hacha, que fue a clavarse en la espalda de Abel. El golpe era mortal y el Hombre-Luz fue recibido por los brazos de la Reina-Ada, mientras Walkiria decía con sus ojos iluminados por un extraño fulgor: “Ahora me vas a conocer, Kaíno, porque ya no está él para que detenga mi brazo”.

Y en menos tiempo del que se tarda en decirlo, sacó su puñal de bolsillo y lo hundió en la garganta de Kaíno que no tuvo tiempo de parar el golpe.

Por mucho que los Kobdas estuvieran habituados a mantenerse serenos aunque las visiones fueran terribles, algunas mentes debieron impresionarse demasiado porque la visión se cortó sin motivo aparente y un silencio profundo, en la más completa oscuridad, se mantuvo durante un largo rato.

La Matriarca Walkiria se había despertado con una profunda agitación que casi eran sollozos contenidos. Hilkar la envolvió en efluvios magnéticos y a poco se serenó. La Reina Ada lloraba en silencio. Y Tubal muy viejecito ya, había caído de rodillas sobre el pavimento y con sus brazos temblorosos levantados en alto, elevaba a los Cielos esta sentida plegaria a media voz:

– ¡Señor, Señor de los mundos y de los seres!..., ¡que muera yo ahora mismo, pero no Él que es la Luz que ilumina a esta humanidad!... –Y esta plegaria fue repitiéndose por todo el vasto recinto sumido en las tinieblas y por tantos labios cuantos seres había allí pendientes de lo Infinito que se mantenía mudo ante la súplica y el dolor. Cuando se hizo nuevamente el silencio se oyó el suave timbre de la voz de Abel, que decía:

–Hermanos míos, todos los que estáis aquí presentes: el Eterno Amor ha recogido vuestra plegaria que es un holocausto heroico de vuestra parte; pero os ruego que no intensifiquéis vuestro pensamiento para que sea aceptado, pues debéis comprender que mucho antes de tomar esta materia que revisto, en el Gran Consejo de los Mesías que guían la evolución de este universo, fue aceptado, como intermediario, por quinta vez, para la liberación de la humanidad terrestre. Mucho más que mi muerte os debe atormentar el espantoso abismo que se abrirá ante los seres que la causan.

“Una nueva concentración puede haceros ver lo que surgirá en la humanidad cuando el sacrificio sea cumplido.

Un gran silencio reinó de nuevo y los pinceles mágicos de la Luz Eterna en convivencia con los pensamientos de los Kobdas unidos en armonioso conjunto, empezaron de nuevo sus diseños claros y magníficos.

En rededor de un gran dolmen de piedra blanca colocado debajo del rosal llamado de Zurima y que estaba al final de la avenida de los cerezos se vio a tres mujeres rubias que lloraban sobre su parte superior en que aparecía esta frase:

“ABEL. Mártir de la paz de los pueblos”

Y dos fechas: su nacimiento y su muerte, o sea mil doscientos, y mil doscientos treinta y seis, según el calendario Kobda que empezaba con la fundación de la vasta Institución.

Aquellas mujeres eran Evana su madre, Ada su Reina, y Walkiria, su valerosa discípula que si no pudo evitar su muerte, aceptada por la Eterna Ley, fue el más invencible obstáculo que las fuerzas del mal encontraron en su espantoso empuje hacia el abismo.

Kaíno no murió de la herida que ella le hiciera, pero quedó mudo debido a la gravísima lesión producida en su garganta por el pequeño puñal.

Reunidos todos los Príncipes y Caudillos de la Gran Alianza en torno al dolmen blanco de Abel, renovaron el pacto solemne de continuar llevando sus pueblos por los caminos marcados en la Ley de la Alianza y en las doctrinas sustentadas por los Kobdas y sellado con el sacrificio de Abel. Y de común acuerdo expulsaron a Kaíno del seno de la Gran Alianza.

Los Kobdas ancianos, la Reina Ada, Evana misma, pidieron piedad

para el hijo criminal y desventurado, pero los Príncipes y Caudillos se mantuvieron inexorables y después de entregar el Principado de Shivara a la hija mayor del viejo príncipe, ya fallecido, hicieron sacar a Kaíno fuera de los límites de la Gran Alianza con prohibición absoluta de retornar bajo ningún pretexto. Y antes de dejarle en la otra ribera del Tronador, por orden de los Caudillos de la Alianza, le practicaron un tatuaje imborrable en la espalda, de hombro a hombro, que decía: “Kaíno, traidor y asesino de su hermano Abel”.

Vieron a Evana, la dulce madre enamorada, agostarse como una flor sin agua a poco de faltarle su hijo, hasta que una tarde cuando el sol se hundía detrás de los grandes bosques de plátanos, oyeron las Kobdas del Santuario de Mujeres, un grito de Alvina, ya esposa de Iber, que de visita en La Paz aprovechaba su estadía allí para regar el blanco rosal de su madre, según costumbre, que encontró a la triste madre inconsolable, caída al pie del dolmen de su hijo.

– ¡Madre Evana..., madre Evana! –gritaba la jovencita, sin conseguir despertar del sueño de la muerte a la dulce mujer que no pudo resistir la trágica muerte del hijo amado por sobre todas las cosas de la Tierra.

Vieron a Adamú vestir de inmediato la túnica azul de los hijos de Numú, en el Santuario de Neghadá, donde cincuenta lunas después era elegido Pharahome con el nombre de Adam-Mena I. Era el primer Pharahome de la Era nueva que comenzaba con la terminación de la quinta vida mesiánica del Hombre-Luz.

Vieron también a Aldis, Patriarca de La Paz; y a Seth desposado con una sobrina de la Reina Ada, que reemplazó a Adamú y a Evana en sus funciones de Regentes de los Pabellones de los Reyes.

La indignación producida en todo el territorio de la Gran Alianza por el bárbaro crimen cometido en la persona del heredero de Bohindra, produjo tal desbordamiento de energía y de nueva adhesión a los Kobdas, y devoción hacia el joven Mártir, que la Gran Alianza llegó al máximo de poder y de engrandecimiento.

De nuevo apareció en el escenario astral la inmensa carta geográfica del comienzo de la visión aumentada con nuevos países adheridos a la Gran Alianza.

El dolmen blanco se había tornado como un monumento religioso y de poderosa taumaturgia, porque se hizo proverbial que quien llegaba a orar junto a él, veía la dulce visión de Evana, la madre del Mártir, que les señalaba las puertas de los Santuarios Kobdas, mientras les decía:

“Vestid la túnica azul para que continuéis su obra y que no se pierda su sacrificio”.

Y muchos Príncipes y Caudillos curados de llagas morales o de enfermedades físicas junto al dolmen blanco de Abel, entregaron a sus

herederos el gobierno de sus pueblos y vistieron la túnica azul de los hijos de Numú.

El viejo Santuario de Neghadá floreció nuevamente de amor y de esperanza, viendo pobladas sus sombreadas columnatas milenarias de nuevos y valiosos contingentes de futuros apóstoles de la doctrina sembrada por Abel, en su breve pero fecunda vida terrestre.

Esta profunda devoción de los pueblos hacia Él, cortó la acción de las fuerzas del mal a lo cual cooperó grandemente la decisión de Marath de Gahanna que se hizo Kobda en el Santuario del Mar Caspio para incorporarse de inmediato a los Kobdas que ayudaban a Walkiria que, con Astrid y Alexis, o sea Adonai y Elhisa, sembraron entre las nieves del Norte la semilla de los rosales rojos de Abel.

– ¡Es su sangre que germina! –exclamaba la valiente mujer de las nieves, en la cual el dolor de la muerte del Hombre-Luz parecía haber centuplicado sus fuerzas–. ¡Quiero correr tras Él –decía–, y alcanzarle pronto porque es imposible a mi alma perderle de vista después de haberle encontrado!...

¡La carta geográfica se borró de la visión para quedar sólo, durante un largo rato, el dolmen blanco en torno del cual florecían rosales rojos hasta larga distancia, hasta esfumarse en las brumosas lejanías del horizonte!...

Por fin el dolmen también se esfumó suavemente para sólo aparecer sobre un azul turquí brillante y satinado esta frase, como escrita por un pincel de fuego:

“La muerte por un ideal de liberación humana es la suprema consagración del Amor”.

La magnífica pero dolorosa visión, que ocupó toda la noche casi hasta el amanecer, había terminado, dejando en las almas inmensos volúmenes de ideas, de pensamientos, de propósitos, de promesas y alianzas que tenían la emotividad profunda de lo que nunca ha de morir.

Todos, uno a uno, abrazaron silenciosamente al Hombre-Luz, como rubricando con aquel abrazo los nuevos pactos que con Él habían realizado esa noche memorable.

Un dolor mudo embargaba al Patriarca Aldis al abrazar a su nieto, ya predestinado para el martirio, y el Anciano Hilkar le repitió lo que en aquella oportunidad le dijera: “Como al Maestro Antulio os veré morir otra vez, si así lo queréis”.

Y profundamente emocionado tuvo aún que consolar a los más ancianitos que lloraban en silencio sobre su pecho mientras sus viejos brazos le estrechaban con indecible amor.

Walkiria se acercó a Él con sus ojos nublados de llanto, pero llena de seguridad le dijo:

– ¡Hombre-Luz!... ¡Eres tal como os comprendí y por eso juro que seré lo que Vos habéis querido que sea!

La Reina Ada le abrazó también, mientras le decía entre sollozos:

– ¡Hijo mío! ¡Qué grande será mi soledad!...

Abel pidió a todos no revelar esta visión a sus padres para evitar empezaran a padecer por un acontecimiento que aún faltaban muchas lunas para realizarse.

El silencio más profundo encubrió la tragedia astral de aquella noche, y los Kobdas al salir del recinto sagrado cantaron en conjunto el Himno a la Luz, pues la aurora extendía en el horizonte sus brumas de púrpura y oro.

La Maga Divina de los Cielos les había contado el inmortal poema de un nuevo triunfo del Hombre-Luz sobre el egoísmo, la maldad y la muerte. Y ellos cantaban a la Luz que les había deshojado las flores eternas del Infinito.

Ciento veinte lunas después se cumplía la maravillosa visión en todas sus partes, aunque algunas variaciones introducidas buscando de impedir o atenuar la gran tragedia; variaciones hechas con noble fin pero que no consiguieron torcer el dictado inmutable de la Ley, una vez aceptado por el principal protagonista de aquel drama estupendo.

* * *

La Apoteosis del Hombre-Luz, Mártir glorioso del eterno ideal de perfección humana es el broche de oro y diamantes con que cerramos este largo mensaje de la Luz Eterna a los hombres de este tiempo:

El excelso Maestro, coronado siempre con sus rosas de sangre, esboza al morir la última pincelada del cuadro grandioso de la Civilización Adámica que nos propusimos bosquejar para la humanidad de esta hora.

Si ella sabe comprender y valorar las perlas engarzadas en esta inmensa red de Luz que la Ley Divina le otorga para cubrirse en el futuro con el velo de una desposada que se encamina al palacio del que la ama y la espera para coronarla, habremos conseguido hasta la plenitud, la satisfacción de todos nuestros anhelos.

Bendición y paz a las almas de buena voluntad que brindaron generosamente lo más bello de su mundo interior, en cooperación con lo Invisible, para extraer de los archivos de la Luz Increada los panoramas de pasadas edades, vividos y sentidos por los mismos corazones que hoy levantan el grandioso velo para descubrir en el lejano pasado, los senderos del porvenir.

Loor, bendición y amor eterno al Hombre-Luz, inspiración y alimento,

savia y médula de este trabajo realizado por un conjunto de sus seguidores y discípulos desde lejanos tiempos.

Que Su luz ilumine estas páginas para hacerlas claras y diáfanas a todas las almas que busquen en ellas consuelo y esperanza, sabiduría y redención.

¡Gloria a Dios en los mundos infinitos y paz a los seres de buena voluntad!

EL NARRADOR CIERRA SU ÁLBUM

204

ADAMÚ EL SOLITARIO

Quiso huir de los recuerdos y los recuerdos iban con él.

¿Podía olvidar acaso a la dulce compañera de la niñez, de la adolescencia, de la juventud..., de toda su vida de hombre sobre la tierra?

¿Podía olvidar aquel hijo incomparable, único entre mil, muerto bajo el arma homicida de otro hijo de su piedad de adolescente, que le había cobijado bajo su techo sin sospechar ni remotamente que albergaba un áspid venenoso que un día le mordería el corazón?

¡Pobre y desventurado Adamú! Empezaba a conocer la vida y el alma de los hombres cuando pasaba el medio siglo de los años vividos.

Entre el rumor de los plátanos del Éufrates y la frescura de sus praderas había dejado las reliquias de todos sus amores de hombre, creyendo sin duda que la majestuosa y solemne grandeza de Neghadá curaría todos sus espantos, sus terrores, la trágica visión de los últimos acontecimientos que pusieron de luto el horizonte, hasta entonces rosa y azul de su vida.

Sin Bohindra, sin Abel, sin Evana a su lado. ¿Qué podía esperar de la vida y de los hombres?

Seth, su último hijo, casado ya y envuelto en una aureola de luz para quienes poseían el secreto de la personalidad inolvidable que residía en él, quedaba en La Paz como Notario Mayor del Alto Consejo presidido por la Reina Ada.

Su dolorosa despedida en la cripta del Santuario donde reposaban sobre una misma plataforma de piedra los sarcófagos de Bohindra, de Abel y de Evana, nadie la había presenciado según él creía, que la hizo pasada la media noche y todo era silencio en el blanco Santuario de La Paz. Sin valor para despedirse de nadie, y sólo acompañado del hosco

dolor que le hacía pensar en que a nadie en el mundo le interesaba su persona y su vida, con un pequeño bolso de ropa, avanzaba por la silenciosa avenida de la entrada al parque cuya llave conservaba aún. La caravana hacia el Nilo pasaba antes del amanecer y el recorrido hasta el camino le llevaría algún tiempo.

Lo recordaba muy bien. El apagado resplandor de la luna menguante iluminaba débilmente el camino y le sorprendió ver a lo lejos que otro viajero seguía antes que él su misma senda.

Era otoño avanzado, y un helado viento que venía del río le azotaba el rostro, por lo cual se subió el capuchón de la pesada capa de los viajes largos. Iba a pasar junto al otro viajero encapuchado como él, cuando se sintió tomado por un brazo y oyó una voz que le decía:

–Voy también contigo a donde tú vayas.

Era su padre, el anciano Aldis, cuya intuición le había dicho hacía varios días que su hijo preparaba en su mente ensombrecida de angustia, un viaje como una fuga, no sabía hacia donde, si a Neghadá o a Ethea, pero lejos de aquel dulce oasis de sus perdidos amores.

Adamú detuvo sus pasos, como si el asombro le hubiera paralizado. Poco expansivo por naturaleza y hosco por el dolor, no tuvo palabras en aquel momento; pero todo un torbellino de emociones le sacudió fuertemente y abrazándose de aquel viejo roble que le había sostenido tantos años, explotó en sollozos que resonaban en la soledad como si algunos de aquellos viejos árboles fueran desgajados por el huracán.

Cuando ambos pudieron hablar, se oyó la voz del anciano que decía: –Unamos nuestras soledades, hijo mío, y tendremos así menos frío en el corazón.

Adamú no contestó nada y continuó caminando junto a su padre.

El grupo de viejos cedros que sombreaban el brocal del pozo de dulces aguas, les anunció que llegarían en pocos pasos más al sitio en que la caravana se detenía el tiempo necesario para beber hombres y animales, y llenar de nuevo las odres vacías.

La caravana venía desde Ashur y se detenía en Cedmonea sobre el mar Grande.

Allí había encontrado a dos Kobdas más que le esperaban para embarcarse con él. ¡Cómo!... ¿También ellos habían adivinado que meditaba una fuga..., sin despedida..., sin adiós, sin un simple y breve “hasta luego”?

¡Eran Héberi y Vilmo que le habían conocido y amado allá!..., en la caverna de Gaudes, en aquel primer viaje de Bohindra cuando Abel sólo tenía veinte meses. ¡Ellos estaban en el secreto de aquella desamparada soledad!

Así meditaba Adamú en un atardecer de otoño en que se cumplían

dos años de la muerte de Evana y casi igual tiempo de su salida del Santuario de La Paz.

Estaba solo, sentado en uno de los bancos de piedra ennegrecidos por el tiempo, que había en aquella larga avenida de palmeras que era a la vez puente y camino de unión entre la aldea que rodeaba al Santuario de las Mujeres Kobdas y el viejo Santuario Madre ya conocidos por el lector.

Había huido de los recuerdos y ellos habían venido con él. ¿De qué íntimo repliegue del alma debía surgir la fuerza, el bálsamo, el elixir divino que le curase aquella profunda postración moral que paralizaba todas sus energías?

De pronto le llevó el viento las voces tan conocidas del himno del ocaso que los Kobdas cantaban a coro en los pórticos del Santuario, poco antes de la concentración mental de la noche.

Una inmensa ternura estremeció su corazón y llenó de lágrimas sus ojos.

Parecióle sentir en torno suyo todos sus amores perdidos en una explosión tan espontánea e intensa que instintivamente abrió los brazos como para estrecharles entre ellos y luego los dejó caer en un supremo desaliento. En el mismo instante, sintió un leve rumor de pasos y volviendo la cabeza vio un niño que, muy fatigado y dolorido, avanzaba lentamente en dirección al Santuario de mujeres Kobdas. Llevaba en los brazos un fardo que parecía pesarle mucho.

Tanta compasión le inspiró que se levantó para aliviarle el peso y le preguntó:

– ¿Adónde vas a esta hora que pronto cerrará la noche?

– ¡Allá! –contestó, señalando con su mirada la dirección del Santuario.

– Cuando llegues estará ya cerrado el puente. Siéntate aquí conmigo que te haré pasar la noche donde vivo yo.

Y Adamú quiso tomarle el fardo.

– ¡No, esto no! –dijo el niño secándose el sudor y el llanto que aún mojaba su rostro.

– Quería ponerlo sobre el banco para que tú descanses.

– Descansaré cuando lo entregue a las Madres.

Y el niño que no tendría más de doce años, tomó un aspecto grave de hombre que tiene conciencia de su responsabilidad y guardó silencio. Adamú comenzó a entrever un doloroso drama detrás de toda aquella extraña apariencia. Le sacó de sus cavilaciones un gemido que salía casi imperceptible de entre la gastada manta que envolvía al fardo.

– ¿Pero es un niño lo que ocultas allí? –preguntó alarmado.

– Son dos –contestó el niño, haciendo esfuerzos para no llorar.

–Lo hubieras dicho, hijo mío, hace rato y ya estuvieras descansando. Dámelos.

El pobre chicuelo no pudo más y soltó el llanto que ya le desbordaba del corazón. Adamú tomó el fardo y lo descubrió. Eran dos criaturitas de pocos días al parecer. En el desconsolado llorar del muchachito, Adamú creyó comprender lo que pasaba.

–Tu madre ha muerto, ¿verdad? Y antes de morir te ordenó llevar estas criaturas a las Madres Kobdas. ¿Es así?

Entre sus sollozos, el niño contestaba afirmativamente.

–Y tengo que ir, sí, señor, tengo que ir porque se lo juré a mi madre que por eso murió tranquila. –Y el niño se levantó para seguir el viaje.

–Cálmate, hijo mío, y razona un poco. Estas criaturas se morirán de frío esta noche, porque como te digo, el puente estará cerrado cuando llegues y las Madres no podrán oírte ni abrirte.

“Ven conmigo al Gran Santuario que aunque somos todos hombres, sabemos cuidar pequeñitos. Sobre todo yo... –Y el recuerdo lejano le presentó la imagen del establo de los renos y él mismo ordeñando a una reno madre para alimentar a Kaíno, recogido del botecito que bogaba a la deriva con una mujer muerta y el niño que lloraba de hambre. Dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos y fueron a caer sobre las cabecitas dormidas.

– ¿De dónde vienes? –preguntó al niño que ya se había consolado.

–Del otro lado de los carrizales, allá en la jungla. Un pescador me pasó el lago, pero queda lejos y estos dos pesan mucho.

–Y están gorditos, ¿eh? Son bonitillos.

–Es un niño y una niña –añadió el chicuelo.

– ¿Y tu padre, murió también? –volvió a preguntarle Adamú.

– ¡Oh!..., eso es otro asunto mucho más terrible aún...

–Dímelo todo, hijo mío, que por terrible que sea, los Kobdas lo pueden remediar.

–Mi padre fue asesinado mucho antes de nacer estas criaturas. Desde entonces mi madre y yo hemos padecido miseria y hambre.

– ¿Y por qué no vinisteis a dar aviso al Santuario?

– ¡Oh!..., los amos de aquí no mandan del otro lado de la jungla. Allí se mata al que no obedece. A mi padre lo tenían como un esclavo y no dejan escapar a los que tienen cautivos.

– ¿Y cómo escapaste tú?

–De mí no les importa porque yo no sé los secretos, pero mi padre, sí. Por eso es mejor no saber nada. Nadie me vio salir porque anochecía y allí las noches son muy negras.

–Bien, bien. Vamos.

Adamú llevaba la carga y el niño le seguía.

Casi llegaban cuando les salió al encuentro el Pangrave, como seguían llamando todos al anciano abuelo de Abel, Aldis, que con sus ochenta años bien cumplidos, aún era fuerte para dar calor de vida al hijo del amor de Milcha, la inolvidable Milcha que el peso de medio siglo no había borrado de su corazón.

–En la concentración no pude apartar mi pensamiento de ti –fueron sus primeras palabras al encontrarse con Adamú–, ¿qué pasa?

–Ya lo ves, padre. Sin buscarlos, tres criaturas se me ponen delante. Espero que no serán tres Kaínos.

Aldis no demostró asombro ninguno y observando la tímida actitud del mayor que se llamaba Amani, le tomó de la mano y como suave reconvención a su hijo, añadió:

–Los malos recuerdos son como el contagio de la peste. Traen la enfermedad y la muerte.

“¿Por qué pensar en lo malo del pasado cuando tanto bien y tanta belleza nos recuerda el pasado?”

“Ya nos contarás, hijito, todo cuanto guardáis aquí. –Y el viejo Pangrave de Abel acariciaba la cabecita de Amani, alborotada por el viento y sudorosa de fatiga.

Como nadie hablase, Aldis continuó mientras andaban hacia el Gran Santuario:

– ¿Y cómo llamáis a estos dos recién nacidos?

–No tienen nombre, señor –contestó la vocecita de Amani próximo a llorar por la emoción que le producía el amor de que se veía rodeado–. Apenas tienen catorce días de vida.

–Y traen suerte, ¿eh? –añadía el anciano–. En sólo catorce días se han buscado buena casa para vivir. Y la han encontrado, ya lo creo, mucho mejor de lo que la encuentran otros en años de trabajo y de lucha.

“Ya lo verás. Ya llegamos.

El lector recordará aquella balaustrada de piedra que en forma de plazoleta se adosaba a la parte posterior del monumental edificio, y con la inquieta y vivaz imaginación creará ver de nuevo al viejo Pharaoh Adonai sentado en uno de aquellos bancos teniendo a su lado a Marván el Caudillo de Artinón, indeciso entre entrar o quedarse fuera. Creará ver de nuevo al Instructor Tubal caminando por allí mismo con Aldis joven, atormentado con la repentina fiebre de su amigo Joheván, cuando la Ley realizaba la trasmigración de Bohindra.

¡Oh! Aquel camino que era un puente cercado de gruesa balaustrada de piedra, era en verdad un enorme cofre que guardaba recuerdos de muchos años y de muchos siglos.

Aquellos diez prófugos de la desaparecida Atlántida habían levantado aquella estupenda construcción durante la tercera existencia realizada

en aquellos mismos parajes, junto al gran río que los nativos llamaban Shior y que les alimentó con sus peces cuando nada más tenían para saciar el hambre.

Más de diez centurias habían pasado sobre aquellos muros y aquellas losas.

Acaso estos recuerdos como pavorosas visiones del anochecer rondaban en torno a nuestros personajes que en profundo silencio se acercaron a la gran puerta, que aún aparecía abierta de par en par.

–Entra, hijo, entra –dijeron a la vez Aldis y Adamú, al tímido Amani, que se quedaba atrás.

–Esta es nuestra casa que será también la tuya si te gusta nuestra compañía, –añadió Aldis, tomando de nuevo la mano del niño para obligarle a entrar.

El lector que ya está familiarizado con las costumbres del viejo Santuario, sabe sin que lo digamos, que entraron todos a la hospedería popular, donde los Kobdas enfermeros de guardia estaban siempre dispuestos al socorro de los frecuentes visitantes que diariamente llegaban por aquel mismo camino.

Pocos momentos después salía por el gran canal un botecillo con dos Kobdas, a buscar en la vecina aldea una buena madre que hiciera de nodriza provisoria para los pequeñitos huéspedes, que las circunstancias, llamémosle así a la Ley Eterna, les traían tan inesperadamente. Y varias buenas madres, no una sola, respondían a los hombres de toga azul que desde años y siglos venían siendo la Providencia viviente para toda aquella comarca.

Al día siguiente, los pequeñitos fueron entregados a las mujeres Kobdas que tenían desde años una Casa-cuna para recién nacidos sin padres y sin hogar.

Amani quedó en el Santuario de hombres, porque el pobrecito se había prendido como un abrojillo de los vestidos de Adamú y no hubo forma de separarle de él.

–He aquí –decía Adamú–, que salí solo, un atardecer, pensando morir aplastado por mi soledad en aquel viejo banco de piedra, y volví con este humilde amor de ocaso que aún puede darme chispas de calor y de vida.

Y se las dio.

¿Cómo no había de dárselas el Amor que es eternamente fecundo?... Poco a poco se fue alejando como el humo de un leño que se apaga, el frío desamparo que helaba el corazón de Adamú que en medio siglo de vida nunca lo había sentido.

Su vida había sido todo un poema de amor. Su primera infancia tuvo el inmenso amor de su madre, de Evana, de la princesa Sophía. Después,

solitario adolescente, encontró el amor vigilante y fiel en sus renos, los jornaleros de Gaudes que le acompañaban y le servían como solícitos criados dóciles a su voz. Y la presencia constante de su madre que aparecía y desaparecía como el hada buena de su vida que lo adivinaba todo y todo lo proveía.

Más tarde..., ioh, gloria nunca olvidada! Despertó entre el cañaveral rumoroso y vio a Evana adolescente que le contemplaba asombrada y feliz de encontrarle. Y sus dos vidas unidas fueron un manso arroyuelo deslizándose entre las flores de la pradera lozana.

¡Luego la llegada de Abel como astro benéfico!... La dichosa llegada de su padre que reconoce en él, los ojos y la mirada de Milcha..., el Kobda-Rey..., los jóvenes Kobdas que le hicieron sentir las suavidades de la amistad.

Acompañado por su padre o por los ancianos Oskaris o Eladyos que conocían la historia de Joheván y Sophía, de Aldis y Milcha, de Adamú y Evana, le fueron indicando con menudos detalles, todas las escenas que se habían desarrollado más de cuarenta años atrás, cuando él era un pequeñín que no levantaba tres codos del suelo y que era muy diligente para mamar de la reno Madina cuando tenía hambre...

Y cuando hablaban de Sophía, Joheván y Milcha, en el horizonte mental de todos ellos se diseñaban con suaves tintes de visiones intangibles, tres siluetas azuladas: Helia, entonces Reina de Num-Maki; Mabi, convertida en la legendaria Asag del pueblo circasiano; Iber, soberano de Ethea y Nairi.

–“Por los frutos se conoce el árbol”, dice un viejo axioma Kobda, –le recordaba el Anciano archivero Eladyos–. Hoy, vastos países con numerosos pueblos recogen el fruto de aquellas vidas consideradas como lamentables desvaríos de mentes enloquecidas por un amor pasional, fuera de toda conveniencia y de toda lógica.

–Y ellos cumplieron su Ley sin ser Kobdas –reflexionaba Adamú–. Sólo mi padre lo fue después de muerto mi madre. Muerta Evana, mi dulce compañera, mi amada eterna, yo debo hacer como lo hizo mi padre. Debo ser también un Kobda que aunque no soy ya joven..., el ocaso ha llegado y en pos de él viene la noche... ¿Qué importa?... ¿No es verdad, Maestro Eladyos, que en los ocasos y en las noches también germinan las vidas, y florecen las praderas y cantan los pájaros tejiendo sus nidos?

–Es verdad cuanto dices, pero no me llames Maestro, porque aunque ves mi cabeza blanca, aún soy un aprendiz en la eterna escuela de las almas que marchan sin detenerse, buscando la Sabiduría y el Amor.

“Fuiste padre del único hombre que trajo en sí mismo toda la Luz y todo el Amor. Te dio la Ley esta gloria. Llénala de heroísmo y de grandeza para probar a la humanidad que la has merecido.

–Seré un Kobda, el más humilde y desconocido de todos. El servidor de todos.

“Pienso que sólo así seré digno del amor eterno de Evana, de Bohindra y de Abel.

El Alto Consejo pensó con todo acierto que toda la vida de Adamú había estado en el marco austero de la Ley de los Kobdas, sin vestir la túnica azul, por lo cual fue exceptuado del tiempo de postulante y una luna después, en la sencilla y conmovedora ceremonia acostumbrada, su anciano padre por disposición superior, le vestía la túnica azulada de los Kobdas del Nilo.

Y cuando el Pharahome Jaban, siguiendo el ritual, le preguntaba:

– ¿Qué pides, sombra viviente?

–La túnica azul que vistieron Bohindra, mi padre y Abel, símbolo de todos los renunciamientos y heroísmos de amor que puede realizar un hombre sobre esta Tierra.

Y cuando la hubo vestido cayó exánime sobre el tapiz de flores blancas de que se había sembrado el pavimento, porque en ese instante solemne sintió y vio las presencias espirituales de los seres que había mencionado: Bohindra, Evana y Abel.

Su anciano padre se puso lívido y se arrodilló junto a él, pensando que la emoción le había producido un síncope mortal. Pero los sensitivos videntes habían comprendido la causa de aquel desmayo, del cual se repuso casi enseguida.

Si Adamú estuvo a la altura de su noble anhelo, es lo que verá el lector, si continúa haciendo correr las páginas...

205

SEIS AÑOS PASARON...

Rápidos y fugaces, como hojas que arrastra el viento, transcurrieron seis años sobre el corazón de Adamú, que palpitaba con energías nuevas y algo así como un torbellino de anhelos desconocidos iban despertándose en él.

¿Qué poderosa fuerza lo había transformado en otro hombre diferente del que llegó entristecido a Neghadá?

El lector ya lo está adivinando. En el grandioso Archivo de las Edades a donde le llevó su anciano padre cuando llegaron, seis años hace, se había consagrado de lleno a estudiar ese remoto pasado de mundos, seres y cosas.

Una simple curiosidad al principio y a la vez el deseo de llenar con algo que no conocía, el hondo vacío que dejaron en torno a él los amados

seres que partieron al Reino de las almas, le impulsaron hacia aquel vasto y severo recinto que ya conoce el lector.

No era lugar apropiado para todos seguramente, porque algunos sólo entraban dos o tres veces al año, en busca de alguna fecha, de algún acontecimiento pretérito o de algún determinado personaje sobre el cual debieran pronunciar una disertación.

Otros concurrían diariamente y les era necesario oír el llamado de una campana o un silbato pidiendo auxilio, para que se decidieran a salir del Archivo que era como un poderoso imán del cual les era costoso el desprenderse. Y en los seis años transcurridos, Adamú llegó a ser uno de estos últimos.

Era Pharahome por entonces el Kobda Jaban, hermano menor de aquel Tubal, instructor que hicimos conocer al lector en los comienzos del relato.

Había también otras causas de la maravillosa transformación de Adamú.

En Neghadá se encontraban los más perfectos sujetos sensitivos que desde los tiempos de Anfión y de Antulio, el gran taumaturgo Atlante, no se habían vuelto a conocer en este plano.

Y por intermedio de ellos y de Héberi y Vilmo, Adamú fue recibiendo mensajes, percibiendo presencias amadas con las que sostenía diálogos mentales que eran para él, poemas de ternuras inefables..., idilios divinos de amor...

Llegó a sentirse vencedor del tiempo y de la muerte que nada le había quitado, puesto que se sentía íntimamente unido con todo cuanto había formado el cielo terrestre de sus amores más grandes.

El Pangrave Aldis que no le perdía de vista, compartía su gratitud a la Divina Ley con los ancianos Archiveros Eladyos y Oskaris que conocía desde su primera estadía en Neghadá, por la transformación de su hijo en un hombre nuevo que aún podía ser útil al viejo Santuario Madre, cuyos individuos disminuían notablemente día por día, debido a los frecuentes pedidos de Kobdas para La Paz y los pueblos de la gran Alianza cuyos soberanos querían siempre algunos Kobdas en su Consejo de Gobierno.

—El Santuario Madre, es como un pobre enjambre de abejas ancianas —decía a veces el Pharahome Jaban—, que sólo podemos comer la miel que otros hicieron.

“Tantos sujetos vamos dando a los que piden que aquí sólo quedamos los que no podemos hacer otra cosa que pensar.

—Y pensar es amar, es vivir de nuevo mil veces lo que mil veces hemos vivido —respondía Adamú, que iba dando muestras de una gran lucidez de la mente y un vivo anhelo de conocimiento.

No habiendo Kobdas jóvenes, los Ancianos habían suprimido la Asamblea de Instrucción acostumbrada cada semana.

Adamú conferenció con sus compañeros Vilmo y Héberi, que eran los tres de menos edad entre los Kobdas de Neghadá que apenas llegaban entonces a dos centenares.

De éstos, setenta y cuatro eran ya Libros Vivos o sea mayores de ochenta años y cuyas fuerzas físicas bastante agotadas no les permitían sino trabajos muy livianos, pero como decía el Pharaohome: podían pensar.

De las conferencias de los tres venidos de La Paz, surgió un día solicitar al Alto Consejo de que fueran reabiertas las antiguas Asambleas, si es que ellos tres merecían tal sacrificio de los Ancianos Instructores.

Fue Adamú como el niño mimado de todos aquellos viejos que conociendo la singular historia de su vida, veían en él no sólo el padre carnal del Hombre-Luz sino un escogido por la Eterna Ley para perpetuar la Verdad y la Luz que desde Numú venía abriéndose camino a través de las tinieblas.

Juno, el audaz marino perseguidor de piratas antropófagos, había sido el picapedrero que pulverizaba los pedruscos que esterilizaban los campos y estorbaban los caminos. Desde Numú había comenzado la gran siembra de Verdad y de Luz sobre la Tierra.

Los Ancianos accedieron todos a la petición de Adamú reforzada por Vilmo y Héberi, discípulos de Bohindra, que parecían continuar su arte..., el arte divino de la armonía. Ambos eran artistas de las cuerdas.

Y los viejos Kobdas de Neghadá se repetían emocionados:

—La Ley Divina nos ha traído tres estrellas de primera magnitud en nuestra larga noche. —Y sus viejos corazones descansaban sobre ellos sus fatigados interrogantes, sus mil veces repetidos—:

— ¿Qué será de este viejo solar si uno a uno vamos desapareciendo?

Y Amani, aquel pobre niño huérfano recogido por Adamú, era ya un postulante de primera prueba y con él otros cinco más, enviados de las juventudes que se educaban en La Paz, en el Santuario de Soldán junto al Mar Hircanio, y en el gran Liceo “Príncipe Abel”, que en Kiffauser había fundado la Matriarca Walkiria, para perpetuar en su país las lecciones de Divina Sabiduría que ella recibió del Hombre-Luz en su visita a las tierras de los hielos eternos.

El Anciano Archivero Eladyos se encontraba solo, porque su ayudante había sido pedido con otros Kobdas por la Reina Ada para que integrase el Consejo de Gobierno de Galaad, su país natal, encomendado a ella desde la muerte de su padre. Y el viejo Archivero pidió por ayudante a Adamú, en vista del gran entusiasmo que tenía por todo aquel inmenso tesoro de conocimiento que el Archivo encerraba.

¡Oh, qué vasta era la Sabiduría de los Kobdas que abarcaba no sólo la vida de la humanidad terrestre, sino gran parte de la vida y evolución de las humanidades de otros planetas, cuyos Instructores o Mesías eran gemelos del Instructor o Guía del Planeta Tierra!

– ¡Oh, mi amado eterno! –le susurraba a veces la sutil presencia de Evana, cuando más sumergido se hallaba entre los rollos de papiro que desenvolvía con tanto amor–. ¡Qué hermoso cielo será el nuestro! –añadía la voz sin ruido–, ¡en que tú iluminado por la Sabiduría y yo iluminada por el Amor maternal, formaremos un conjunto de armonía tan divinamente bello que los Ángeles de Dios tendrán sus delicias a nuestro lado!

El lector comprenderá el efecto que tales palabras hacían en el vehemente y pensador Adamú.

–Padre –dijo un día a Aldis mientras le acompañaba en los paseos que el Anciano gustaba hacer por los solitarios parajes alrededor del Santuario–. Padre, oí decir al hermano Archivero que pronto tú y él serán nombrados Libros Vivos para exceptuaros de todas las obligaciones penosas que la Ley impone a todos los Kobdas. ¿Qué harás entonces?

–No había pensado nunca en ese momento, porque no me creía con derecho a tales excepciones y prerrogativas –le contestó el Anciano.

– ¿Me aceptarás que te sugiera una gran idea? –preguntó de nuevo Adamú.

–Dímela y si está a mi alcance realizarla, cuenta desde ya conque la aceptaré.

–Los Libros Vivos escriben su propia vida para enseñanza de sus continuadores. ¿Por qué no escribir todo cuanto has visto, conocido y sabido en tu larga vida? Recoger en un solo legajo de papiros toda la historia de la Fraternidad Kobda entre la que vives y viven tus descendientes, será sin duda muy interesante para la humanidad futura. El dar Conocimiento, Verdad y Luz a las almas es, según creo, el más grande ideal que han buscado siempre los hijos de Numú.

–Tienes razón, hijo mío, tienes mucha razón. Si en verdad me pasan al sosegado grupo de los Libros Vivos, ocuparé en eso mi tiempo.

“Aún tengo el pulso firme, y muy fresca y viva la memoria. Me has dado en verdad una bellísima idea.

Y desde ese día el padre y el hijo no faltaron ni una sola tarde al Archivo, en el cual permanecían desarrollando y descifrando viejas escrituras, para formar luego lo que indicaba el título de un voluminoso legajo en blanco que estaba ya preparado: “Escrituras del Patriarca Aldis”.

Las ansias febriles de conocimiento que se habían despertado en el que fuera solitario habitante de la Caverna de Gaudes y más tarde de un establo en ruinas en el País de Ethea, obligaron a los Ancianos

Instructores de Neghadá a sacudir el polvo a los viejos legajos que cada uno guardaba en su bóveda particular.

Todos ellos le llevaban treinta o cuarenta años de vida a aquel muchacho, según ellos, que sin una arruga en la frente ni un hilo blanco en su oscura cabellera, los apremiaba con sus insistentes interrogaciones y con sus incisivos: ¿Cómo fue esto?... ¿Cómo ocurrió aquello?... ¿En qué época sucedió?... ¿De dónde vino y a dónde fue? Y no quedaba piedra sin remover ni alma viviente que no fuera puesta en danza por aquella inusitada fiebre de conocerlo todo.

– ¡Oh! –exclamó uno de los Instructores–, ¡aquí anda el dedo de la Eterna Ley puesto como un dardo de fuego sobre la frente de este muchacho, para quien el medio centenar no ha podido sacarlo de la juventud! –Y todos los Ancianos Kobdas llegaron por fin a esa conclusión.

Y cuando al siguiente año, o sea, el séptimo de su llegada a Neghadá fue llamado al Reino de la Luz como ellos decían, el Pharahome Jaban, todos estuvieron de acuerdo en que era Adamú quien debía tomar el timón del viejo solar de Numú en el País de Zoan, a la orilla del Nilo. El viejo Pharahome desaparecía a los noventa y tres años cumplidos, y habiendo llevado la pesada carga durante veintisiete años.

Y esta vez le tocó una congestión de asombro al anciano Pangrave de Abel, que nunca pensó en que su hijo llegado el último al Gran Santuario, fuera designado para regirlo.

–En verdad, hijo mío –decía el anciano padre entre angustiado y feliz–, en verdad que tu destino continúa siendo bien singular.

“De pastorcillo de renos fuisteis llevado a Regente del Pabellón de los Reyes en La Paz. Viniste a Neghadá como un náufrago de la vida y no acabas de llegar y estás hecho un Pharahome del Santuario. ¡Hijo..., me tiembla todo el cuerpo desde la coronilla a los pies! ¿Qué busca la Ley Divina con esta designación que mi pobre mente encuentra fuera de toda lógica?

Pero las manifestaciones que tuvieron en la Mansión de la Sombra la noche misma de la designación de Adamú como Pharahome de Neghadá, tranquilizaron al anciano padre.

“Los Libros Vivientes de Neghadá darán Luz de Sabiduría y llamas Vivas de Amor a la inteligencia joven, fuerte y sana que la Eterna Ley llama en esta hora para perpetuar el ideal de Numú”, había dicho la voz sin ruido de uno de los diez Fundadores de la vieja institución.

Y los “Libros Vivos” entre los que fue colocado su padre Aldis, dieron al nuevo Pharahome toda la Luz, todo el Amor y la Energía necesaria para llevar el timón de la Fraternidad Kobda desde los cincuenta y ocho años hasta los ciento nueve en que terminó su vida física. ¡Media centuria llevando la inmensa carga!

Su hijo, su gran hijo Abel con los Diez Fundadores de la vasta Institución, se le hicieron sentir muy de cerca en las dos primeras décadas de su gobierno, mientras que en las siguientes, las pesadas corrientes del mal que tomaban nuevas fuerzas, les dificultaban el acercamiento, por lo cual las luchas se hacían gigantescas de tiempo en tiempo.

¿Qué fue Adamú durante medio siglo de timonel en la barca de Numú?

206

UNA LUZ EN LAS TINIEBLAS

Era el alma de Adamú en el segundo medio siglo de su vida, una ansia viva de investigación y de conocimiento.

Quería desentrañar el secreto de toda vida y conocer el porqué de todas las cosas, de todas las fuerzas, de todos los poderes y energías latentes que existen y que perciben los sentidos físicos del hombre y que intuyen a momentos sus facultades mentales.

Sus perseverantes estudios en el gran Archivo de las Edades existente en el viejo Santuario le habían llevado a descubrir panoramas ignorados, escenarios desconocidos en absoluto, hechos no imaginados siquiera.

Y veía actuando en esos mismos escenarios y panoramas de un remoto pasado, a la mayoría de los Kobdas, príncipes o caudillos que había conocido en los años que fue Regente del Pabellón de los Reyes, allá en el Santuario de La Paz, celebrado y severo Liceo para educación de la juventud.

Supo también que la mayoría de todos ellos habían realizado existencias físicas en los continentes desaparecidos: Atlántida y Lemuria. Más aún, que su propio hijo Abel había realizado cuatro existencias como apóstol del bien y de la verdad con los nombres de Juno, Numú, Anfión y Antulio, y que en las cuatro fue sacrificado por causa del gran ideal propagado y seguido contra viento y marea.

Los acontecimientos y relatos del Archivo de las Edades pasaban a la mente de Adamú y quedaban grabados como a cincel en su prodigiosa memoria.

Mientras él, sin pensar mayormente en la suprema autoridad que revestía, se dedicaba a la meditación y al estudio en el Archivo, había llegado la noticia de su elección a Pharahome a todos los príncipes y soberanos de la Gran Alianza, y a los Santuarios y Refugios Kobdas diseminados en los tres Continentes. Los Koraforcas habían corrido apresuradamente de un punto a otro llevando la gran noticia: “¡El padre del Hombre-Luz, último soberano de la Gran Alianza de Naciones Unidas,

el Regente del Pabellón de los Reyes, esposo de la nieta del inolvidable Bohindra, había sido consagrado Pharahome de Neghadá. ¡Adamú, suprema autoridad del mundo civilizado de entonces!”

Y los mensajes de uno a otro soberano se cruzaban como una red tejida de conjeturas, de opiniones, de convenios y sugerencias recíprocas.

De todo esto resultó que a la séptima luna de su elevación a tan elevada posición, el Santuario de Neghadá se vio invadido por Príncipes, Caudillos de todos los pueblos y Patriarcas de todos los Santuarios.

La Reina Ada, soberana del país de Galaad y Matriarca del Santuario de La Paz, la inolvidable compañera del Kobda-Rey jamás olvidado por aquellos pueblos, encabezaba la noble caravana, formada por Solania y su Notario Marván; Walkiria y su tío Erick, Helia y Fredik, Mabi y Vladiko, Iber y Selyman su padre, más las Matriarcas del Santuario de Soldán, de Kiffauser, de Corta Agua, de Tracia, de Hélade en el Ática. Los soberanos de los pueblos acudían acompañados de dos hombres de su Consejo de gobierno y del heredero que había de sustituirle.

La Cherúa soberana de Tracia había entregado el gobierno a su hijo apenas cumplida su mayor edad –diecisiete años–, y convertida en Matriarca Kobda de su propio Santuario acudía también a la solemne Asamblea, con que toda la Gran Alianza demostraba su adhesión al nuevo Pharahome de Neghadá.

Los unos en caravanas de elefantes y camellos, los otros en barcos a vela, se habían dado cita en Zoan, puerto del Mar Grande, junto a las bocas del Nilo, y desde allí en lucida flota de barcos engalanados de banderas y gallardetes, desembarcaban en un mediodía de primavera en el gran muelle de piedra, donde años atrás el lector vio despedirse a Abel de Adonai y seguirse con el pensamiento en sublimes diálogos de amor hasta perderse de vista el velero que conducía al joven hijo de Adamú y Evana.

Entre los polvorientos papiros, plaquetas y legajos del Archivo le sorprendió el inesperado aviso: –Llegan ocho barcos con príncipes, reinas y patriarcas a prestar su adhesión a vos, Pharahome. ¿No salís a recibirles?

Este aviso se lo llevó su amigo íntimo y hermano de tantos años, el Kobda Héberi. Después de unos momentos de estupor, Adamú preguntó:

– ¿Pero es verdad lo que dices?

– Es bien cierto –le contestó Héberi.

– ¡Allá voy, hermano, allá voy! Las grandezas de los cielos encontradas en el Archivo me habían hecho olvidar que soy el Pharahome de Neghadá.

Y salió casi corriendo a recibir a los viajeros, que ya entraban en ordenada muchedumbre por el gran pórtico del vetusto Santuario.

El cuadro de tiernísimas emociones que presenciaron los claustros silenciosos, ya lo pintará la imaginación del lector mucho más vivo en coloridos que podrían pintarlo las frases escritas en una hoja de papel.

Los tres hijos de adopción: Iber, Helia y Mabi, se precipitaron los primeros sobre el pobre Adamú que no sabía si reír o llorar al oírse llamar tres veces ¡Padre! Y no por el gran hijo, que había traído a la vida en los años lejanos de su primer y único amor. El pensamiento de Evana, Bohindra y Abel acudió a su mente como el rayo dorado de un sol lejano y no pudiéndose contener, se abandonó al abrazo de aquellos tres hijos, que si no lo eran por la sangre lo eran por el amor. La emoción embargó todas las almas y la imagen de los tres inolvidables ausentes las pintó viva el recuerdo en todos los que presenciaron aquella escena primera.

A ésta siguieron las presentaciones plenas de amor y de compañerismo de los más íntimos que habían sido de aquel hombre de destino tan singular, que repetía entonces recordando su pasado:

–Ya veís, amados míos, lo que la Eterna Ley ha hecho conmigo: de pastorcillo de renos me levantó sin yo buscarlo a Regente del Pabellón de los Reyes. Y cuando huyo de La Paz para esconder mis dolores entre esta fortaleza de piedra, me sube en un salto a esta altura donde ni las grandes águilas subirían serenas.

“¿Qué queréis que yo haga en lo alto de esta cumbre?”

Y Adamú, en su conmovedora modestia, continuaba recibiendo el homenaje sincero de todos aquellos embajadores de pueblos de tres Continentes que había reunido Bohindra y después Abel, en estrecho lazo de fraternidad y de armonía.

Se le acercaron dos niñitos, un varón y una niña, que no tenían más de cinco años, llevándole como ofrendas en sus bracitos tendidos, la niña una bandeja en que iba doblado el oped blanco que usó Bohindra, y el niño la pequeña corona de lotos de nácar y hojas de esmeralda que le colocaron en La Paz cuando lo aclamaron como Kobda-Rey.

Eran los hijitos de Helia y Mabi que acompañaban a sus padres en la gran embajada de homenaje al nuevo Pharaohome de Neghadá.

Esto colmó la medida de lo que el corazón de Adamú podía resistir. Se abrazó a los dos pequeños y rompió a llorar a grandes sollozos. La ola de emoción se extendió por toda la Asamblea, que aún no había sido conducida al gran recibidor.

Fue todo tan imprevisto y sin previo anuncio, que los Ancianos Kobdas del Santuario tardaron unos momentos en tener el aviso.

Iber, que había corrido en busca del Pangrave Aldis, volvía del brazo con él y otro grupo de Ancianos Kobdas le seguían.

– ¿Qué pasa, hijo, qué pasa? –interrogaba el viejo Pangrave viendo a Adamú arrodillado y con los dos niños apretados a su corazón.

–Poca cosa, padre. Este día os quedáis sin Pharahome porque toda esta carga de amor me está matando dos veces.

El salón recibidor se llenó a desbordar cuando todos los Kobdas se presentaron a recibir a los visitantes.

Y el Anciano Ghinar que estaba entre los Libros Vivos, decía:

–Desde la consagración de Bohindra no habíamos vuelto a ver un desbordamiento de amor semejante.

– ¡Aún vive el amor sobre la tierra! –añadía el Anciano Archivero Eladyos.

– ¡Y es la misión de los Kobdas no dejarle morir jamás! –añadía Zahín que también estaba entre el numeroso grupo de Libros Vivos de Neghadá.

Cuando hubieron recorrido todas las dependencias de aquel inmenso Santuario fortaleza, en el patio de las palmeras fue servido un ágape fraternal, después del cual, la Reina Ada y sus compañeras fueron conducidas al Santuario de Mujeres, quedando en el de los Kobdas, las dos que tenían esposo y que eran Helia y Mabi con sus niñitos.

Para aquellos que por vez primera entraban en aquel inmenso edificio, parecían una ciudadela fortificada como para resistir a los asaltos de una legión de piratas. Sólo Walkiria y sus vecinos de los países del Norte no se asombraban sino del ingenio y de la previsión con que aquel edificio había sido construido. También ellos vivían en fortalezas de piedra. Allí no faltaba ningún detalle, ni había nada inútil.

Y algunos Kobdas de los más ancianos, que llegaron allí siendo niños y contaban casi una centena de años, les referían quiénes, cuándo y cómo, habían hecho llegar la imponente construcción a lo que era en los diez siglos que habían transcurrido desde que fue comenzada.

Cuando se aquietaron los ánimos fuertemente alterados por las impresiones y emociones experimentadas, la Reina Ada después de previa consulta con los Ancianos del Alto Consejo, anunció a Kobdas y visitantes que realizarían una Asamblea, con el fin de marcar la orientación precisa y definitiva que la Fraternidad Kobda había de seguir en unión con la Gran Alianza de Naciones Unidas que Bohindra había formado y Abel había continuado y afirmado con su doble autoridad de Thidalá y Mesías, Instructor y Guía de la humanidad terrestre.

–No debemos olvidar jamás –dijo la dulce voz de Ada, ante el numeroso y distinguido auditorio–, que los pueblos de tres continentes nos miran y observan nuestros actos. No debemos olvidar que esperan de nosotros la paz, la abundancia y la felicidad.

“Si somos capaces de dárselas, habremos satisfecho el anhelo supremo de nuestro inolvidable Kobda-Rey y de nuestro grande y sublime Genio Tutelar: Abel, hijo de Adamú y Evana”.

Los aplausos resonaron mezclados a todos aquellos amados nombres que evocaban el recuerdo de los amados ausentes del plano terrestre.

Los clarividentes percibieron la presencia de todos ellos, y una dulce ola de emoción se extendió en el ambiente, estremeciendo los corazones de inefables ternuras.

El silencio evocador perduró un breve tiempo, después de lo cual el Kobda Héberi, Notario del Alto Consejo, manifestó que la Asamblea General anunciada por la Reina Ada se efectuaría tres días después, a la primera hora de la tarde, por lo cual tenía orden de invitar a todos los presentes, a estudiar y exponer las ideas y sugerencias que creyeran convenientes al feliz cumplimiento de los programas que la Fraternidad Kobda tenía para con la Gran Alianza de Naciones Unidas.

El anciano Rey de Soldán, Fredik de Kusmuch, suegro de Helia, pidió la palabra para preguntar si Adamú, recientemente elegido Pharahome, había sido ya consagrado en su alto cargo.

Y le informaron allí mismo que la modestia del elegido no había aceptado ninguna manifestación ni ceremonia, porque creyó bastante la designación unánime de sus hermanos; nada se había realizado pues.

Todo había quedado reducido a que el nuevo Pharahome pasó a hospedarse en el pabellón ocupado por su antecesor y al nombramiento que hizo de Héberi y Vilmo, como Notario y Archivero respectivamente; más la confirmación del Alto Consejo tal como había estado constituido, añadiendo a su padre Aldis en sustitución de uno de los miembros, que había fallecido poco antes que el Pharahome Jaban.

Entonces el Rey de Soldán que ya se había puesto de acuerdo con todos los Caudillos y príncipes de la Gran Alianza de Naciones Unidas, dijo:

–Tenemos el derecho de consagrar solemnemente con nuestra voluntad al que será sucesor y continuador de los dos Grandes Thidalás, Rey de Naciones: Bohindra y Abel, que el Altísimo recogió en su Reino Eterno.

“Muchos de nosotros acaso no volveremos a vernos más sobre esta tierra y es justo, según creo, que dejemos fuertemente afirmado en esta Asamblea, la confianza absoluta que depositamos en la noble persona del padre de nuestro último Thidalá.

“Pido la conformidad de todos.

Un aplauso ensordecedor pareció conmover aquellos viejos muros de piedra que una vez más escuchaban y..., ¡quién sabe si por última vez! Que la armonía, la amistad y la concordia se unían para ensayar el himno de la fraternidad como tres divinidades mitológicas de una humanidad de ensueño en un glorioso futuro lejano...

Sólo Adamú sentado en su sitial, permanecía inmóvil y mudo como una estatua.

Su palidez era extrema y sus oscuros ojos clavados en el pavimento, ocultaban la honda impresión que le embargaba.

La Reina Ada que estaba a su lado y que tanto le conocía, comprendió bien lo que aquel modesto espíritu sentía y le dijo a media voz:

–Recuerda que Bohindra y Abel aceptaron de buen grado la voluntad de todos nuestros aliados, en circunstancias iguales, y creo que tú debes hacer como ellos.

Adamú sentía la presión de todos los pensamientos y todas las miradas puestas sobre él.

¡Cuánto hubiera dado por escapar de aquel momento y correr a hundirse en el Archivo, con doble cerradura la puerta!

¡Y cuánto rememoró la Caverna de Gaudes y el establo de las ruinas solitarias en Ethea!...

La presencia de Bohindra y Abel, le fortalecieron intensamente, y poniéndose de pie, no con la majestad de un soberano elevado a mayor altura que todos los demás, sino con la franca sencillez de un amigo que emprende una nueva tarea en conjunto con sus amigos, contestó:

–Haré como el buen labrador que juntamente con muchos otros labradores toma posesión de un inmenso campo de labranza para cultivarlo y hacerle producir el pan que alimente a todos por igual; y a tal fin toma el azadón y el arado, calza abarcas de piel y con el saco de simiente al hombro emprende la jornada. De idéntica manera lo haré en esta circunstancia, si para trabajar a mi lado por el bienestar de vuestros pueblos necesitáis vosotros revestirme de algo que me identifique como vuestro hermano mayor. Haced, pues, conmigo, como sea de vuestro agrado.

Otra tempestad de aplausos resonó largamente, seguida de los abrazos de familiares y amigos íntimos y apretones de manos de toda aquella fervorosa muchedumbre.

Adamú pudo comprender que todos habían contado con su dócil aceptación, pues de inmediato resonaron címbalos y clarines de las escoltas de los príncipes y caudillos que estacionadas en las plazuelas cubiertas utilizadas para descanso de las caravanas, acababan de ser introducidas a los patios interiores del inmenso edificio.

La orquesta de laúdes y liras de los Kobdas preludiaba el himno al Amor Fraternal, compuesto letra y música por el Kobda-Rey, mucho antes de ser designado Chalit de Zoan y apenas realizada la transmigración de su espíritu que ya conoce el lector.

Momentos después llegaba la azulada caravana de las mujeres Kobdas del vecino Santuario con el numeroso cortejo de niños y niñas, huérfanos todos de las tempestades de la vida, que en aquellas remotas épocas como en todas, las tragedias de dolores se suceden con terrible frecuencia.

Los labradores, junqueros y pescadores de la comarca que habían visto flamear la bandera blanca y azul de los Kobdas en el más alto obelisco del Santuario, acudieron a poner la nota humilde de su amorosa adhesión a la solemnidad que les anunciaba aquella bandera y las sonoras vibraciones de los clarines y el poderoso tañido del gong de la torre repetido siete veces.

La Reina Ada asistida por el anciano Pangrave de Abel, eran los encargados de vestir al nuevo Pharaohome y Thidalá de la Gran Alianza, el blanco oped y la corona de lotos de los soberanos del Nilo y del Éufrates, objetos ambos que antes habían usado Bohindra y Abel.

Cuando la Reina Ada y Aldis terminaron de hacerlo, pronunciaron juntos y pausadamente las frases acostumbradas en la consagración de los Reyes Kobdas:

– El Altísimo que pone sobre tus hombros el peso de numerosas almas nacidas de su seno infinito, te reviste de la luz, del poder y la justicia necesaria para guiarles por la senda del bien y de la dicha.

“Que su Eterno Poder sea contigo, para que todos los actos de tu vida sean un reflejo fiel de su Amor Infinito y de su Perfecta Justicia”.

–“Así sea para siempre” –contestaba a coro la multitud levantando la diestra hacia el bendecido que inclinaba su cabeza como abrumado por el peso de tantas y tan solemnes bendiciones.

Y entre abrazos de los familiares, marchas triunfales de las orquestas y cánticos de los niños, llegó el caer de la tarde, y entonces fueron las serenas melodías de liras y laúdes preludiando el himno de la tarde cantado por los Kobdas, que resonó por bóvedas y claustros en el vetusto Santuario de Neghadá.

– ¡Tanta grandeza para un humilde pastorcillo de renos que por obra de una magia maravillosa se encuentra convertido en Pharaohome del Nilo! –exclamaba Adamú entre risueño y estupefacto.

– ¡En Thidalá de las Naciones Unidas! –añadió el anciano Rey de Soldán, que había sido el animador de aquella solemne consagración.

Iber, Helia y Mabi creían ver revivir en su padre adoptivo Adamú la gran figura protectora del amado Kobda-Rey Bohindra, que fue para ellos como un muro de fortaleza, de amparo y de defensa en todas las circunstancias.

–Asag, mi querida Asag, –decíale Vladiko el Scheiff circasiano a su esposa Mabi–, tú vienes de una raza de semidioses por lo que tengo visto. Muere uno, mueren dos, y los Genios Tutelares de tu raza sacan otro de no sé qué abismo donde se gestan las estrellas. Y si diez o veinte mueren, otros tantos seguirán apareciendo como en el espacio azul las estrellas, cuando la luz es devorada por las tinieblas de la noche.

–Me alegra infinito que lo interpretes así –contestaba ella–, aunque

el asunto tiene otras explicaciones que yo quisiera hacerte escuchar si alguno de los semidioses, según tu expresión, se dignara darlas para ti. En la temporada que permaneceremos aquí, asistirás a las Asambleas que se realizan cada ocho días, si es tu agrado, y serás iluminado sobre todas las grandes realidades de la vida universal.

—Ahora comprendo bien porque tú eres como eres. Has bebido en estas fuentes que contienen un agua diferente de la que he bebido yo.

“Tu hermano Iber, un jovencuelo de menos edad que yo, es gobernante de dos grandes países y aquellos pueblos no quieren más soberano que él. ¿Dónde aprendió la ciencia de hacer la felicidad de los pueblos? Seguramente bebió el agua que tú bebiste.

“¡Oh! Si me dierais a beber de esa agua que engendra dioses. ¡Qué hombre sería yo, Asag!... ¡Qué hombre!

—Es la Ley de los Kobdas que tú, aún, no has tenido la voluntad de estudiar —le contestaba ella.

—La estudio, Asag, la estudio, no en el gran libro con broches de plata, sino en tu forma de obrar y en las obras todas que veo en los de tu raza y por eso les llamo semidioses.

Un género semejante de diálogos y conversaciones tenía Fredik de Kismuch, heredero del Rey de Soldán, con su esposa Helia, aunque él había bebido desde su niñez de las aguas que engendran dioses, según la original frase del Scheiff circasiano. Pero así y todo, consideraba excepcionales las personalidades de los Kobdas que fueron elevados a gobernantes de pueblos.

Bohindra, Abel, Solania, Walkiria, Ada, Iber, el más joven de todos, no obraban como los seres humanos en general; y con su habitual jovialidad terminaba siempre con las mismas palabras:

—Tu cuñado, el rubio Scheiff, debe tener razón. Vosotros bebéis seguramente de un agua misteriosa que ocultáis de todos los hombres, por lo cual vosotros os levantáis a semidioses y los demás quedamos como lagartos.

Otros de los caudillos y príncipes sostenían entre ellos parecidas conversaciones, por lo cual, Iber, Helia y Mabi, pidieron a su padre Adamú la designación de un Kobda que dotado del don de la oratoria persuasiva y clara, pudiera darles a todos aquellos gobernantes de pueblos, la luz y aciertos necesarios para gobernar los suyos.

Y fue designado el anciano Kobda Zeloín, antiguo Instructor de postulantes que vistió la túnica azul juntamente con Aldis aunque era de menos edad que él. Entregado a la meditación y al estudio de las ciencias de la época pero más aún al estudio de las almas, le estaba bien puesto el nombre de “Libro Vivo” porque lo era en efecto para todos los que buscaban de escucharle.

Y como fue Zeloín el designado para instruir, fue Vladiko el que recibió de Adamú, el encargo de interrogar.

El Scheiff fue acercado al Instructor y éste le preguntó:

– ¿Podéis decirme cuál es la duda más profunda y tenaz que roe tu corazón?

– ¿Por qué los hombres de la raza de Asag son como semidioses, y yo soy como un lagarto entre innumerables lagartos?

El Anciano Kobda sonrió ante la gráfica expresión del altivo Caudillo circasiano y mansamente le respondió:

En la instrucción que estoy encargado de hacer esta noche, os constataré según la luz que me sea otorgada de lo alto. Y esa luz ilumine tu mente para que comprendas y asimiles mi respuesta.

Y estrechó afectuosamente entre las suyas, ambas manos del Scheiff que percibió emocionado la intensa onda de amor que del alma del Kobda se desbordó sobre él como un torrente.

El anciano se alejó y el Scheiff quedó plantado como un obelisco en la cámara llamada Consultorio, donde se había cruzado este breve diálogo:

– ¡Otro semidiós! –murmuró a media voz–. Está visto que estas gentes de vestido azul fueron traídas por los dioses para avergonzarnos a los hombres del montón, que vivimos entre la ruindad, el lodo y la miseria, cuando podíamos estar vestidos de estrellas...

Y dando un iracundo puntapié a un pequeño rodillo de esparto que fue a estrellarse contra el muro, salió a largos pasos del recinto y se encaminó al portalón del gran frente de piedra, donde años atrás otro caudillo rebelde se hacía iguales reflexiones: Marván, Caudillo de Artinón. Felizmente nadie presenció el inusitado desmán de aquel soberano de un pueblo que tan poco dominio de sí mismo demostraba tener.

Mientras tanto, en las distintas dependencias del Santuario, se desarrollaban diversas actividades. Los notarios de todos los Santuarios y los Audumblas y Consejeros de todos los soberanos, discutían los asuntos importantes a tratar en la Gran Asamblea del día siguiente.

Algunas de estas consultas privadas estaban presididas por Solania, la Reina Ada y Walkiria, magnífico triunvirato de esas mujeres hechas de amor, de abnegación y de rectitud.

Otras eran mantenidas por Iber, el Pangrave Aldis y los Kobdas Eladyos y Oskaris que eran miembros del Alto Consejo de Neghadá.

Un tercer grupo de estadistas que polemizaban, estaba compuesto por el Rey de Soldán, suegro de Helia, por ella, su hermana Mabi, la Cherúa de Tracia y el Príncipe Erick, heredero como sabe el lector del Gran Aitor del Norte, Lugal Marada.

¿Qué hacía entre tanto el flamante Pharahome y en qué forma se

disponía a la magna Asamblea de las Naciones Unidas, que debía ser presidida por él?

A esta pregunta que seguramente se está haciendo el lector, le contesto de la siguiente manera:

En el silencio de su pabellón particular, en el silencio de la Mansión de la Sombra y en el silencio del Archivo de las Edades, se preparaba el Pharaoh para aquel acto de su vida, que jamás imaginó había de presentársele en su modesta existencia.

En el Archivo de las Edades estudiaba paso a paso la vida de Anfión, el Rey Santo, y cuando encontraba allí, la fuerza, el apoyo, y la luz que a él le daba la gran compañera que la Ley puso a su lado, la incomparable Odina; Adamú recordaba a su blanca flor de loto, la dulce Evana, que ya no estaba en la tierra y doblando su cabeza sobre el papiro, suspiraba sobre él y preguntaba:

– ¿Por qué te fuisteis a la Luz, amada mía, y me dejaste en tinieblas?... –y la amada presencia invisible flotaba junto a él como una suave brisa acariciante y rumorosa. Adamú continuaba leyendo.

La prudencia de aquellos reyes Toltecas, antepasados de Anfión, la sabiduría de los Profetas Blancos que le formaron escuela y muro defensor; más tarde la luz esplendorosa de Antulio, el filósofo y taumaturgo de la gran metrópoli Atlante, fueron para Adamú como un grandioso desfile de leyes, obras, de abnegaciones heroicas, de desinterés absoluto.

Y por encima de todo aquel cielo poblado de grandes estrellas, veía brillar la estrella polar que todos ellos habían seguido:

“La Eterna Luz se da a los humildes y deja en tinieblas a los soberbios”.

Esa misma noche acudió juntamente con visitantes y Kobdas a la instrucción que daría el Kobda Zeloín.

Las preguntas que darían el tema al Instructor, aparecían escritas en la gran lámina de piedra caliza que a tal fin estaba incrustada junto a la puerta de entrada al recinto de Asambleas:

“¿Cuál es la causa de que unas almas traigan a la vida felices disposiciones para el bien y otras carezcan en absoluto de ellas?”

Era la primera y principal pregunta. Las otras se referían al gobierno y administración de los pueblos y las omitiremos en obsequio a la brevedad. La gráfica figura comparativa de Vladiko en que intervenía el lagarto, como se ve había sido sustituida por definiciones más adecuadas al elevado asunto que se debía tratar.

El Instructor había hecho sonar el gong de aviso y sentado en la tribuna esperaba.

Adamú fue el primero en llegar y detrás de él los cinco postulantes entre los que se encontraba Amani, su hijo de adopción. El flamante

Pharahme se ubicó entre ellos en el estrado que a ellos les era destinado, los visitantes que iban llegando miraban el sitial del Pharahme que estaba vacío.

Cuando apareció Ada con sus compañeras, Adamú se levantó a recibirlas y la condujo de la mano al sitial que él debía ocupar. Como Ada se resistiera a ocuparlo, Adamú le dijo:

–Bohindra y mi hijo Abel están sin duda presentes. Ocupad vos el lugar que ellos ocuparían si estuvieran en esta vida. Hacedme este obsequio en su nombre.

Ada disimuló con el silencio su emoción y ocupó el sitial indicado. A su lado se ubicaron Solania, Walkiria y las Matriarcas, siguiéndolas todos los demás visitantes.

Cuando no había que esperar a nadie más, el Kobda Instructor puesto de pie en la tribuna hizo la evocación acostumbrada:

–“Que la Eterna Luz Increada sea en medio de esta convocación”.

–Así sea –contestaron todos y el Instructor comenzó a contestar la primera pregunta.

– ¿Cuál es la causa de que unas almas traigan a la vida, felices disposiciones para el bien y otras carezcan en absoluto de ellas?

“Según mi entender, son dos las causas principales: las influencias planetarias y las taras hereditarias. Lo deduzco así de las enseñanzas del Maestro Antulio seguidas fielmente por los Dakthylos que nuestro Hombre-Luz, el inolvidable Abel, trajo desde el Ática a nuestras praderas del Éufrates.

“Ellos se preocupaban de buscar entre la numerosa niñez abandonada, los niños nacidos de razas o familias de costumbres sanas aunque fueran primitivos en conocimientos y de esos niños formaban sus Cofradías como llamaron a aquellos orfelinatos por los cuales tanto se sacrificaban.

“De aquella niñez, cuidadosamente educada en lo físico y en lo moral, formaban los matrimonios en que ellos, los discípulos de Antulio tomarían materia física para continuar las sucesivas encarnaciones que deseaban realizar allí mismo, para continuar la obra comenzada por el Gran Maestro.

“Realizaban las uniones nupciales cuando las conjunciones planetarias eran propicias, y en el hijo primogénito de tales uniones, encarnaban los que venían a la vida como misioneros de la redención humana.

“De los hijos segundos y subsiguientes no podían tener la seguridad de haber sido engendrados en épocas propicias.

“Y sabemos que durante catorce siglos, el fundador de los Dakthylos en el Ática prehistórica y sus primeros discípulos, encarnaron catorce veces en los mismos sitios donde desenvolvían sus actividades.

“Nuestros Padres fundadores, los diez heroicos prófugos de la Atlántida desaparecida, así lo hicieron también.

“Con esta severa vigilancia en cuanto a los progenitores y después en lo concerniente a la prenatalidad de los hijos, aseguraban ellos la predisposición al bien, que aquellos debían traer, con lo cual cooperaban de modo eficiente al feliz desenvolvimiento de sus programas a seguir en el futuro.

“De esta severa escuela científica y moral, puede esperarse que vengan a la vida seres que son como semidioses, según la frase del hermano que ha hecho esta pregunta.

“En cuanto a los comienzos de la vida en los reinos vegetal y animal, todo lo hace la Ley del Instinto en las varias fases en que él se manifiesta: instinto de conservación de la vida que impulsa a conservarla por la alimentación y búsqueda del medio ambiente adecuado; instinto de procreación que les impulsa a las uniones sexuales, conforme a las condiciones orgánicas otorgadas por la sabia Naturaleza, obra magnífica de la Suprema Inteligencia.

“En tales épocas, regidas y gobernadas solamente por la poderosa Ley del Instinto, no hay ni puede haber lo que calificamos de contravenciones a la Ley Divina, porque el instinto es una fuerza impuesta que obliga.

“Aún no se ha llegado al razonamiento ni al libre albedrío, que llegan cuando el ser pisa los umbrales de lo que llamamos Reino Humano.

“Llegados a este punto, la suprema e invulnerable Ley de la Evolución, inicia su labor permanente y eterna que no se detiene jamás y que a través de largas edades va puliendo la piedra preciosa llamada por unos “Chispa de la Luz Increada”; por otros “Madre Athora”; “La Invisible”; “Psiquis”; “Alma”.

“He aquí que hemos llegado a los semidioses, según el glorioso calificativo que el hermano interrogador ha dado a los seres de gran evolución.

Vladiko había comprendido la lección, y con fervoroso entusiasmo inició una tempestad de aplausos que fue continuada por todos los que formaban aquel selecto auditorio.

Después de contestar el Kobda Instructor a todas las demás preguntas de orden administrativo y jurídico, se terminó la velada con el himno al Amor Fraternal que años atrás creara Bohindra, y Abel cantara los solos con su hermosa voz de barítono.

— ¡Ahora comprendo!... —murmuraba a solas el Caudillo circasiano—, por qué los Kobdas me hicieron esperar catorce lunas después de celebrados los esponsales, para realizar el matrimonio en una fecha que ellos fijaron..., y no hubo forma de hacerles acortar el plazo. ¡Oh!, estos semidioses están dotados de doble vista.

“Y así puede ser que mi pequeña Abelina entre en la lista de los semidioses.

Esta idea hizo sonreír al Scheiff con espontánea dicha. Y ya curado de su mal humor anterior, fue a sumarse al numeroso grupo de sus compañeros de viaje, que se dispersaban por los grandes patios del Santuario iluminados por la plateada claridad de una magnífica luna llena.

207

EN LA CUMBRE

En la noche misma del día en que tuvo lugar la consagración de Adamú como Pharaohome de Neghadá y Thidalá de la Gran Alianza de Naciones Unidas, podemos verle en su pabellón particular, ante la mesa que le servía para estudiar, para escribir, trabajar y tomar sus alimentos.

Pero no hacía nada de todo esto, sino que parecía sumido en profunda meditación. Pensaba, oraba, suplicaba y a veces también lloraba.

¡Qué tristeza infinita llenaba el alma de Adamú al terminar el día en que había sido elevado irremisiblemente sobre la más alta cumbre a donde podía subir un hombre en aquella época! ¿Por qué estaban todos radiantes de felicidad y sólo él estaba entristecido?

– ¡Yo buscaba el retiro, la soledad, el silencio, el olvido de todas las cosas y he aquí que una fuerza ultrapoderosa me pone sobre una cumbre desde donde debo mirar, comprender, saber y resolver todo cuanto ocurre en los pueblos de tres Continentes! – Así pensaba Adamú y tal pensamiento le pesaba como si una montaña le hubiese caído sobre los hombros. Y no podía desahogar su angustia con nadie ni aún con su padre, porque todos, absolutamente, estaban felices, con el convencimiento pleno de que lo hecho era lo mejor, lo más bueno y justo que se podía hacer.

¡Estaba pues solo en su desazón, en su incertidumbre, en su angustia casi infinita! De pronto vio en la puerta de su pabellón la dulce y tímida figura de su hijo Amani, que con suplicante mirada le pedía permiso para entrar.

– Entra, hijo, entra – le dijo, y su corazón pareció descansar en un hondo y prolongado suspiro.

– ¡Padre!..., desde que han llegado tantos grandes personajes, no he tenido valor para acercarme a vos – dijo el jovencito, como apocado y disminuido ante la estupenda grandeza a que había sido exaltado su padre adoptivo.

– Te comprendo, hijo mío, y te agradezco inmensamente que hayas venido en este momento en que me sentía tan incomprendido por cuantos me rodean.

– ¿Pero no os hace dichoso tanto amor como os dan todos?

–Yo sólo sé que soy muy pequeño; y todos los que me rodean se han empeñado en hacerme grande y esperan de mí grandes cosas que yo estoy seguro de no poder darles. De ahí la angustia de mi corazón.

– ¡Padre!... Si me lo permitís, os diré un secreto –dijo tímidamente Amani.

–Dilo, hijo, dilo. ¿Por qué tal ceremonia conmigo?

– ¡Porque ahora os veo muy alto y muy grande, padre!

– ¡Tú también, como todos! ¡Oh, qué solo estoy, Dios mío!

– ¡No, padre!..., solo no. Yo estoy contigo... –Y al decirlo el jovencito cayó de rodillas tomando ambas manos de Adamú, que se abrazó de Amani conteniendo un sollozo–.

“He recibido esto por la escritura que nos ha enseñado el Maestro Halinay. –Adamú recogió y leyó el manuscrito que decía, así:

“Adamú, hijo mío del alma.

“Recuerda que yo era pastor y la Ley me hizo Chalit de Zoan y más tarde soberano de las Naciones Unidas de tres Continentes.

“No tenía yo más condiciones que las que tú tienes. Sólo sabía que era pequeño y por serlo, necesitaba de todos y toleraba a todos y amaba a todos los seres.

“¡La Eterna Ley que es Potencia, Luz, Verdad y Amor, tiene infinitos recursos que los vierte a torrentes cuando es Su Voluntad sobre los pequeños que anonadados por su propia insignificancia, reconocen fácilmente que nada pueden dar de sí mismos y que viven esperándolo todo de esa infinita Potencia, Creadora de Soles y estrellas, de mares y montañas, de seres grandes y pequeños y que lo mismo alienta en los mundos como en la bestia, en el ave, en el insecto, en la flor, en el musgo!...

“Ella, la Infinita y Eterna, mandó los grandes Genios Tutelares de mundos y humanidades que auxiliaran mi pobreza espiritual, que se adueñaran de mi ser, que unieran su Yo pensante con el mío por días, meses y años, y así llegó Bohindra el pastor a soberano sabio, prudente y justo sobre los países de tres Continentes. ¿Crees acaso que la Eterna Ley tiene ahora menos poder que entonces?

“Ama, hijo mío, cuanto puede amar el alma encarnada en la Tierra, que el Amor te levantará hasta unirte con el Eterno Invisible y tal unión te hará capaz de salvar todos los abismos. Sigue pensando que eres pequeño, que nada puedes por ti mismo y Él, el que lo puede todo, tomará posesión de ti y te hará capaz de todo cuanto Él quiere de ti. Bohindra”

– ¡Gracias, Señor, por Tu bondad infinita!... –exclamó Adamú, como descargado de un enorme peso–.

“Y gracias a ti, hijo mío, que siendo el más pequeño de esta casa

y de cuantos me rodean y me aman, has sido capaz de consolarme y alentarme. Eres un instrumento de la Ley Eterna para hacerme llegar su fuerza soberana.

“¿Qué almita buena será la tuya que así eres elegido para levantar del polvo el alma abatida de este muñeco de paja? –Luego volviéndose a aquel humilde ser arrodillado a sus pies, le dijo–:

“Desde mañana habitarás una de las bóvedas de este pabellón para estar cerca de mí. Mi condición me autoriza a tener seis Kobdas en mi dependencia. Yo sólo tendré dos: mi padre y tú. Él, como guardián de mi persona, y tú serás el mensajero de mis amados ausentes que me darán la luz necesaria para obrar como la Eterna Voluntad lo quiere.

Y ellos no defraudaron su esperanza y su fe, como lo veremos cuando dos días después, los soberanos de las Naciones Unidas celebraron la magna Asamblea para la orientación de sus respectivos pueblos.

En esos dos días de espera, Amani volvió a recibir breves mensajes escritos para su padre adoptivo, que se mantuvo retirado y silencioso como si necesitara de soledad y de silencio para el gran acontecimiento que debía presidir. Sólo recibió la visita de Ada y de sus tres hijos de adopción: Iber, Helia y Mabi que previo consentimiento del Pangrave, acudieron a su pabellón sin etiqueta alguna. Para ellos no era más que el Adamú de la cabaña de piedra junto al lago de las orillas del Éufrates; luego el Regente del Pabellón de los Reyes, pero siempre Adamú, sencillo y jovial, afable compañero de todos.

Observaron que estaba pensativo y algo conturbado, por lo cual no le mencionaron nada relacionado a su elevada posición. Con estas conversaciones exclusivamente familiares, le devolvieron la serenidad habitual.

Y una hora antes de sentir el gong de llamada a la Asamblea, sacó de su secreto anaquel del muro un grueso volumen, especie de álbum en que aparecían encerrados papiros en blanco y algunos escritos. Y Adamú se absorbió por completo en aquellas breves escrituras.

Leamos juntamente con él, lector amigo, ya que la Luz Eterna nos abre Su Archivo.

“Padre mío, amado sobre todas las cosas de la tierra: no quiero verte apesadumbrado y triste por la situación en que la Divina Voluntad te ha puesto. Es Ella que responderá por Ti. ¿No me mandó Ella a los veinticinco años como embajador del Soberano de tres Continentes a representarlo ante numerosos pueblos?

“¿Qué alarma puedes tener de que al medio siglo de tu vida te pida representarle a Ella ante los pueblos de la Alianza?

“¡Padre! Acuérdate que esa misma Suprema Voluntad ha conducido toda tu vida sin el concurso de los hombres y por caminos inesperados.

“Confía en Ella que lo es todo para quien se le entrega en absoluto.
“Tu hijo, Abel”.

Al pie de aquella escritura había otra. Pero Adamú estaba con sus ojos inundados de llanto y debió esperar unos momentos para continuar leyendo:

“Adamú, mi amante y amado compañero de mi último sacrificio; yo sólo sé decirte que mi amor te acompaña y te sigue como una lucecita amiga que va alumbrando tus pasos.

“No pierdas valor a la vista de la inmensidad del programa que te marca la Ley Divina porque muchos son los grandes amigos que desde aquí te acompañan a cumplirlo.

“Sé valiente como lo fuiste desde niño allá en nuestra amada caverna, para afrontar sin ayuda humana el peso de cuatro vidas. ¿No lo recuerdas ya? ¿Serás menos fuerte ahora que un medio siglo de vida te ha enseñado tantas grandes lecciones?

“Tuya siempre, Evana”.

Y por fin, un tercer mensaje leyó Adamú, de su carpeta de intimidades:

“Adamú, mi amado hijo del alma: Anula de tu mente la preocupación por lo que dirás a los soberanos de la Gran Alianza reunidos en Asamblea para escuchar tu palabra. Cuando te encuentres frente a ellos, llámame con tu pensamiento, y yo, usando de tu facultad de percepción y del permiso de la Ley para hacerlo, seré quien hable por tu intermedio.

“Tú y yo, instrumentos de la Suprema Potencia, seremos lo que Ella quiera de nosotros; pues le basta nuestra voluntad de cumplir Su designio.

“Bohindra”.

Adamú desahogó su corazón en un largo suspiro y murmuró a media voz:

– ¡Gracias!..., ¡gracias por todo y a todos los que me amáis!

Unos momentos después sonó el gong de llamada, siete veces, según la costumbre.

Adamú acudió el primero y luego de un instante de vacilación en la puerta de la gran sala de Asambleas, entró serenamente y fue a ocupar el sitial del Pharaohome.

Fueron llegando los doscientos ochenta soberanos de pueblos con sus notarios respectivos, y Adamú recibió con tranquila serenidad la reverente inclinación que cada uno de ellos hacía al pasar ante él. Y algunos íntimos pensaban:

–“El oped blanco y la corona de lotos que usaron Bohindra y Abel le han transformado. Diríase que es Bohindra mismo”.

El Notario Mayor del Alto Consejo de Neghadá pidió que cada uno

de los soberanos presentes, expusiera lo que deseaba para su pueblo y que el Thidalá aconsejaría lo más conveniente.

Y como era norma reglamentaria dar la preferencia a las mujeres, comenzó Ada, le siguió Solania y Walkiria. Luego las Matriarcas de los Refugios y Santuarios de Berecinas, de niños huérfanos y de ancianos desamparados. Después los príncipes y caudillos de todos los países de la Gran Alianza.

Todos fueron escuchados y para todos tuvo el Pharahome respuestas y consejos llenos de acierto y de sabiduría. Tan clara era su comprensión de todos los problemas grandes o pequeños que se le expusieron, que unos a otros se hacían el comentario de que “pareciera que el Pharahome viviera en medio de cada uno de aquellos pueblos”.

Sólo Ada, el Pangrave y sus hijos de adopción no se asombraron de la grande transformación de Adamú, porque estaban en el secreto de los mensajes íntimos que había recibido de Abel y Evana, más la promesa de la intervención directa de Bohindra en la solución y dictámenes pronunciados por el Pharahome.

El tiempo que duró la magna Asamblea sólo podemos medirlo con relativa exactitud, calculando desde pasado apenas el mediodía hasta comenzar el ocaso, pues en la lejana Prehistoria, era Amón-Ra *—el sol—, quien marcaba el tiempo. Y así se decía: “al sol naciente, al sol del cenit y al sol del ocaso”. Y los intermedios eran calificados de primero, segundo y tercero.

Cuando Adamú hubo dado la respuesta al último soberano que era Iber, por ser el más joven de todos, echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo del sitial y pareció quedar profundamente dormido.

Aunque auxiliado por sus alianzas espirituales que se lo habían prometido, no se pudo evitar que hicieran gran efecto en él las emociones sufridas, y el natural desgaste de energías que trae consigo el servir de instrumento a Inteligencias elevadas, cuyas vibraciones superan en mucho a lo que puede soportar la materia humana.

Y cuando comenzaba a producir alarma este incidente, Adamú se despertó tranquilo y afable como siempre, pidiendo disculpa de haber sido vencido por el cansancio de tanto tiempo de pensar y hablar.

SE LEVANTA EL VELO

Nos encontramos de nuevo en el Santuario de Neghadá, tranquilo y solitario.

Matriarcas, Príncipes y Caudillos han volado a sus nidos como aves viajeras del Infinito que tienen conciencia de grandes deberes a cumplir.

Se han marchado todos llevando en el alma renovadas energías y la plena convicción de que el flamante soberano de las Naciones Unidas, será para todos sus pueblos lo que fueron sus inolvidables antecesores: Bohindra y Abel.

Y con el corazón descansado y tranquilo, pidió Adamú a su Alto Consejo una especial ayuda mental para llenar con la verdadera historia, los vacíos o lagunas que él encontraba en la trayectoria de los discípulos y continuadores que tuvo el Genio Tutelar, Inteligencia Guía de esta humanidad.

Le interesaba a su corazón de padre de Abel, conocer en detalle cuanto habían hecho Él y los suyos en sus varias existencias heroicas y sacrificadas en beneficio del hombre terrestre.

Y con sencillez casi infantil, decía a su Alto Consejo de Ancianos:

–Comprended vosotros que se trata de mi gran hijo y que es para mí una necesidad conocer lo que recibió la humanidad de Él y lo que Él recibió de ella.

–Ya comprendo, Grandeza, que el Archivo ha despertado en vos ese anhelo febril –decíale el Anciano Eladyos–. Cuarenta años fui Archivero y todo ese tiempo lo he pasado con igual anhelo.

–Os ruego que me libréis, siquiera en la intimidad, de esos resonantes títulos. Ni soy hombre faro, ni soy Grandeza. Quiero ser y soy siempre Adamú, vuestro hermano, y a mucha honra lo tengo.

–Bien, hermano Adamú, había olvidado vuestro original modo de pensar.

“Decía, –continuó Eladyos–, que yo tengo el mismo anhelo que vos, y por lo tanto me coloco a vuestro lado, hombro con hombro para ayudaros en todo sentido.

Y por fin los nueve Ancianos del Alto Consejo estuvieron de acuerdo en que era justo el deseo manifestado por Adamú. Y su padre le advirtió que debía ser él quien expusiera el modo y forma de realizar tales trabajos.

Era lo que todos esperaban. La sala del Consejo se encontraba anexa al Archivo, y Adamú dijo a Héberi, el Archivero:

–Traed por favor, el rollo de escrituras pertenecientes a Juno, llamado el “Mago de las Tormentas”.

– ¡Oh, hermano Adamú! –exclamó maravillado el antiguo Archivero Eladyos–. Veo complacido que habéis descubierto la llave secreta que descubrirá todos los misterios del más remoto pasado.

–Así lo creo –contestó Adamú–. Y jamás pensé que mi huida hacia Neghadá pudiera traerme otra cosa que el olvido, el silencio y la paz absoluta. ¡Cuán lejos estamos los humanos de presentir los caminos que nos prepara la Eterna Ley!

– ¡Gran Verdad! –exclamó el Anciano Dhables–. Humillado me siento hasta lo sumo, de que habiéndome tenido todos por un buen sujeto clarividente, no me fue dado ver el designio divino sobre vos, hermano Adamú. Únicamente pude comprender la rectitud invulnerable de vuestro espíritu y por eso fue que sugerí al Kobda-Rey, el haceros Regente del Pabellón de los Reyes.

– ¡Ah!... ¿Fuisteis vos el que me echó esa enorme carga encima de los hombros? Me alegra saberlo, hermano Dhables, porque ahora tomaré el desquite de tamaña iniquidad. –Y Adamú reía como un chiquillo al decir tales palabras

– ¿Qué haréis conmigo, Grandeza real?

–Casi nada. Usaré de vuestra maravillosa clarividencia como auxiliar de todas nuestras investigaciones. Os tendré atado a mi cinturón para todo el resto de mi vida.

Como verá el lector, en aquel conjunto de diez ancianos entre los cuales los menores en edad estaban llegando a los sesenta, había chispas de jovialidad y alegrías emanadas naturalmente del altruismo absoluto, y del amor puro y sincero que reinaba en ellos.

El nuevo Archivero Héberi desenrolló el primer rollo de las escrituras pedidas y comenzó a leer:

–“Cuando los dos hijos del Gran Padre Sirio *–Evanaus, en el Reino de la Luz Eterna–, fueron dos veces sacrificados por el egoísmo humano en tierras de la desventurada Kremuria, Él envió sus almas en un vuelo sereno hacia el hiperbóreo de las nieves eternas donde acababa de salir de la inconsciencia de especie inferior, una nueva raza que traía de sus orígenes en estancias anteriores, predisposiciones favorables para el bien, la justicia y la sabiduría.

“Preparar el terreno para nuevas siembras y establecer y mantener renovadas alianzas con tal fin, llevarían largos siglos de ensayos perseverantes y de realizaciones difíciles. Que no en un lustro ni en diez se transforman los estados de conciencia en los seres humanos.

“Y cuando fue llegado el momento oportuno, la Inteligencia que vivió en Vestha y Vesperina, esposa de Juno primeramente y después de

Numú, tomó la materia del primogénito hijo de Djem, de la tribu más adelantada.

“El niño fue llamado Flam y demostró desde la primera infancia que respondía a ese nombre símbolo de la llama de fuego, que da luz y calor a cuantos se le acercan.

“Y el gran Padre Evanaus encargó a la chispa que animó a Juno, ser el guardián invisible de la vida de Flam, encarnado en el niño blanco y rubio, nieve y sol de las tierras hiperbóreas.

“Flam llegó a la juventud. Y cuando se levantó la aurora radiante del día largo, dijo a su padre:

“–Ven y verás lo que veo yo hacia el Suroeste en el lejano horizonte. –Y a la viva claridad de los amaneceres boreales, padre e hijo vieron una línea azul oscuro como un trazo de sombra que emergía del mar.

“– ¡Es tierra, hijo! –exclamó el Djem que era *Thoth*, uno de los setenta elegidos hijos de Evanaus para la siembra de la Verdad en este universo.

“– ¡Es tierra! –exclamó Flam a su vez–. ¿Qué habrá en esa tierra, padre? –preguntó el adolescente.

“–Chispas de Atmán en carne de muerte como nosotros –respondió el padre y se hundió en profundos pensamientos, como si presintiera que alguna relación había entre su vida y aquel oscuro trazo de sombra que Atmán había pintado en el horizonte. Y su oración fue ésta desde ese día:

“¡Oh Atmán amado sobre todas las cosas!... Soberano excelso de todos los mundos... Te ruego humildemente permitas a mi Gran Padre Evanaus hacer la luz en mí, que aunque digo siempre en el símbolo de mi nombre: “Yo descorro el velo”, está el velo corrido y no alcanzo a ver, ¡oh, Atmán!, lo que quieres de mí.

“Pero veinte lunas después le fue descorrido el velo, y Evanaus le hizo ver que en aquella tierra viviría dos veces en carne mortal su glorioso hermano, aquel que los Querubes creadores habían llamado “*Agnus Dei*” en un momento de suprema iluminación. Y estaría allí acompañado por Flam encarnado también, pero en el género femenino para ser su compañera esposa como lo había sido en la lejana tierra del Sur, quemada por cien volcanes y tragada luego por el mar.

“Y los siglos corrieron como manada de búfalos perseguidos por la tromba de mamuts llegados al furor. Y tierras hiperbóreas y tierras tropicales florecieron en humanidades llegadas al estado de conciencia en que conoce el alma lo bueno y lo malo, y se sabe libre dueña de aceptar lo uno y rechazar lo otro.

“Y el *Agnus Dei* *–Cordero de Dios–, bajó por aquella tierra tal como lo dijera Evanaus a su hijo *Thoth*. Nació Rey, hijo de Reyes para el bien y gloria de aquella tierra, pero el egoísmo y la soberbia de los hijos de las

tinieblas le sacrificó sin arrancarle la vida, con el cruel dolor de ver que el dragón del egoísmo con sus siete cabezas: soberbia, lujuria, avaricia, despotismo, hipocresía, mentira y latrocinio, precipitaban aquel paraíso en lo profundo del mar para largas edades”.

– ¡Anfión y Odina!... –exclamó Adamú sin poderse contener, cuando la lectura de Héberi llegó a este punto.

– ¡Anfión y Odina! –repitieron todos los ancianos que escuchaban la lectura.

–Toda esa historia la he leído en el Archivo –añadió nuevamente Adamú. Continúad, hermano Héberi y veamos el final.

“–En sueños, dijo Evanaus a su elegido Thoth:

“Irás con tu hijo Flam hacia aquella tierra que ves aparecer en el lejano horizonte. Lleva si te place a los mejores hombres y mujeres de tu tribu. Apareja un balandro de buena resistencia y de aquí a catorce lunas, emprenderás la travesía de ese mar que será para ti, manso y benéfico como campo de musgo en flor. Nada temas porque es voluntad de Atmán que fundes allá una raza nueva que será en las edades futuras cabeza y corazón de este mundo. Esa raza llevará por siempre el nombre glorioso que yo te di: se llamará: Thoth-teka, y nacerá de ella el Agnus Dei de los Querubes creadores.

“Thoth fue obediente al designio divino y los anuncios premonitorios de Evanaus se cumplieron en todas sus partes.

“Fue éste el origen de la gloriosa raza Tolteca en la bella Atlántida, surgida como una radiante perla de las espumas del mar.

“Tres vidas físicas consecutivas realizó Thoth en aquella tierra, pasadas las cuales su espíritu volvió al helado hiperbóreo donde tenía grandes alianzas que no podía y no debía olvidar.

“La solidaridad es en las Inteligencias Purificadas como una cadena de diamantes que resplandece aún en la oscuridad y que no se rompe jamás. Sus vidas en la luz son de una actividad constante y avanzan siempre sin prisa y sin pausa como las estrellas, según es la consigna de Evanaus para todos aquellos que dependieron de él.

“Varias familias formó en repetidas encarnaciones y siempre llamó Flam a su hijo primogénito en el cual bajaba a vivir vida carnal, alguno de sus grandes hermanos gemelos, hijos de Evanaus.

“¡Dame hijos santos, dignos de ti, padre Evanaus! –clamaba siempre Thoth en sus meditaciones preparatorias de las nupcias que iba a contraer–.

“Si me has destinado a ser fundador de razas, dame, en los hijos, colaboradores fieles para el cumplimiento del Divino querer.

“Y su celestial Padre Evanaus escuchaba aquellas súplicas y los hijos de Thoth eran como un reflejo de la vida ecuánime y pura de su padre.

“Y cuando en una de esas vidas, pasaba ya la juventud sin tomar esposa, le habló en el sueño su hermana gemela Vestha y le dijo: “Estoy libre de la carne. Toma esposa en la próxima luna porque quiero venir a tu lado para dar realización a un pensamiento de nuestro Padre Evanaus”.

“Thoth obedeció el consejo aun cuando había llegado a la edad madura, y Vestha que dejaba recién la juvenil y pura personalidad de Odina, esposa del Rey Santo, se disponía a otro nuevo holocausto en la materia. A las cien lunas de nacido el primogénito de Thoth, la heroica Inteligencia superior le tomaba para una nueva vida terrestre y volvía a llamarse Flam.

“Cuando aquel hijo amado sobre todas las cosas llegaba a la juventud, el Gran Padre Evanaus le apareció en la meditación y le dijo:

“—Me has pedido hijos santos y te los he dado siempre; pero ellos son misioneros de Atmán y deben cumplir su voluntad. Él te pide que mandes a tu hijo Flam a tierras del Sur que ama Ra, el magnífico. Le darás diez compañeros elegidos entre los buenos y fuertes, y ellos te darán frutos al mil por uno para engrandecimiento de tu raza que deberá ser la dueña de este mundo.

“Con el corazón dolorido y el llanto en los ojos, el Djem dejó partir a su primogénito a tierras desconocidas sin saber si le mandaba a la vida o a la muerte.

“Y fue así que de montaña en montaña, de mar en mar, de río en río, fue peregrinando de los Urales al Cáucaso, de allí a la cadena montañosa de Manh, a los Tauro, hasta que las aguas caudalosas de Bau *—Éufrates—, le llevaron a los montes Líbanos, a los Kupres que blanquean al gran valle de Joppa y desde allí a los lagos de Donyak donde muere el Río Azul *—lo que fue más tarde la desembocadura del Shior o Nilo—.

“Los compañeros de Flam fuéronse quedando allí donde el amor les ató a pequeñas tribus nómadas, y cuando llegó a Donyak sólo tenía dos a su lado: Aberig y Sapnak. En el sueño les había anunciado Evanaus que allí encontrarían el bien, la paz y la abundancia, y que allí terminaba la inmensa peregrinación; a Flam le aparecían ya hilos blancos en su cabellera y en su barba color de oro, lo mismo que a sus dos compañeros, y el azul de sus ojos se había tornado más opaco y deslucido.

“Allí encontraron una tribu numerosa de peregrinos venidos años hacía desde la poderosa y resplandeciente Atlántida, donde florecían las ciencias y las artes, donde los hombres en arcas y globos atravesaban los aires como águilas atrevidas, donde los palacios elevaban sus pilones y sus torres hasta las nubes del cielo.

“El Patriarca de aquella Tribu se llamaba Kermek de Tregisto y llegado a la ancianidad les refería con tristeza en el alma, que aquel hermoso

país de gloria y de luz había dejado el camino de Atmán llevado por la prepotencia y la soberbia.

“Perseguía a muerte a los siervos de Atmán de mantos blancos, que enseñaban, vestían y cuidaban de los esclavos, de los ancianos, de los enfermos y contrahechos. Y los pueblos iban tras ellos que les daban techo, pan y lumbre en su miseria y abandono. Y se negaban a trabajar para los tiranos que les consumían la sangre y la vida para acumular tesoros, para vivir en la holganza gozando de todos los bienes de la vida.

“Los genios tutelares de su tribu, le habían anunciado en sueños que aquel rico y hermoso país sería tragado por el mar, luego de aparecido dos veces un astro propiciatorio de amor y de paz.

“Formidables terremotos sacudieron a los países de Atlántida, con más furia a Cerro Negro y Mauritania donde su tribu se hallaba establecida.

“El astro anunciado por los augures no era un sol ni una estrella como las otras, sino un Genio Tutelar de este planeta que bajó en carne de muerte para redimir sus iniquidades y perversiones a los habitantes de aquel Continente.

“Los que creyeron en Él y escucharon su palabra, fueron perseguidos y hostilizados en diversas formas, por lo cual huían al otro lado del mar donde los navegantes referían que grandes tierras deshabitadas ofrecían prosperidad a los labriegos y mineros.

“Flam y sus compañeros escucharon en silencio los relatos del anciano Kermek, comparándolos en su mente con las enseñanzas secretas de su raza. También ellos sabían que en lejanas tierras del Sur que se llamaron Kremuria *—Tierra quemada—, por dos veces había aparecido el Genio Tutelar del planeta y había sido dos veces sacrificado. Y aquellas tierras fueron tragadas por el mar. Flam con la clara luz que le asistía comprendió que aquella tribu eran seguidores del Hijo de Evanaus, y levantándose emocionado abrazó al Anciano relator, diciéndole:

“Somos hermanos, porque nosotros y vosotros somos la raza de Evanaus.

“Grande fiesta hubo en la tribu al encontrar y recibir a los nuevos hermanos blancos, rubios, de ojos azules y con el alma llena de las leyes del Gran Padre Evanaus.

“Catorce lunas después llegaron de Occidente dos balandros con pasajeros y cargamento.

“En uno de ellos venían doce hombres de manto blanco, trayendo con ellos la triste noticia de que veintisiete lunas antes, el buen Genio Tutelar, Rey justo, hijo de Reyes, había dejado la vida terrestre, triste y solitario en el destierro porque su pérfido hermano ambicionaba el trono y el Santo Rey no quería guerras con exterminio de vidas y miseria en su pueblo.

“Y los augures y los profetas clamaban en todos los tonos:

“La tierra se hunde en el mar porque cayó sobre ella el llanto del Justo.

“El Patriarca Sphano-San, cercano a la centuria, se posesionó de la vida joven de uno de los solitarios y con los que quisieron acompañarle emigraron de la tierra maldecida, porque Evanaus les mandaba encender en estas tierras vírgenes del Oriente la Luz que nunca muere.

“Decían los fugitivos que los anuncios de los augures fijaban para veintitrés lunas después, el hundimiento de la mitad de aquella tierra con ciudades populosas, radiantes de oro y piedras preciosas, pero habitadas por hombres llenos de soberbia, y por mujeres que no eran esposas ni madres sino carne de lupanar y de muerte.

“Y el Patriarca Sphano-San con vida joven y fuerte, obedecía la voz secreta de Evanaus que guiaba sus pasos hacia el cumplimiento de la Suprema Voluntad. Se hacía llamar con nombre símbolo y no con el suyo que sepultó con el viejo cuerpo abandonado.

“Era entonces *Osiris*, que quiere decir en la secreta lengua de los santos: Renacido.

“Dos razas se unían en los verdes valles del Río Azul: la hiperbórea, blanca, rubia, de ojos azules, y la de color de manzana madura y espiga dorada por el sol.

“Y Sphano-San llamado Osiris fue aclamado Patriarca de las dos razas unidas, y muchas tribus nómadas le quisieron por jefe supremo y un numeroso pueblo se reunió en torno suyo, antes de treinta lunas.

“Con entusiasmo de locura y de vértigo se comenzó a levantar cabañas de tierra y ramas de árboles primero; de piedra caliza y de duro granito después. Cien lunas más tarde era una ciudad de piedra con altares, templos, fuentes, acueductos, a la vera de los grandes lagos donde el Río Azul bajado de lejanas montañas, cansado de correr, vaciaba sus dulces aguas.

“Esta primera ciudad fue llamada EL-OM en memoria del lejano antepasado fundador de los solitarios de mantos blancos en la “Montaña Santa”, de la tierra que muy pronto se hundiría en el mar.

“EL-OM estaba situada en la margen oriental del gran río y en el sitio en que aquél vaciaba sus aguas en los Lagos, formando una fértil pradera que producía abundantes cosechas.

“Estacionados entre el gran río por Occidente y una cadena de montañas al Oriente, aquel pueblo tenía el agua en abundancia y a la vez todo el material necesario para construcciones en aquella gran cordillera que llamaron Revenzora.

“Siguiendo el curso del río hacia el Sur encontraron numerosas tribus aisladas unas de otras, todas de color moreno y algunas de un

negro ceniciento que les hacía semejantes a bestezuelas con formas humanas.

“Pero Kermek, Flam y Osiris, los tres grandes Patriarcas que gobernaban el pueblo, impusieron la concordia llamándoles también hijos de Evanaus.

“Una de estas tribus morenas estaba compuesta de hombres gigantes y fornidos, y eran hábiles operarios de la piedra y los metales, pues eran mineros y poseían en cantidad hierro amarillo y piedras de luz.

“Tenían también grandes tradiciones orales y escritas, y aseguraban que sus antepasados vinieron de un lejano país del Sur que los volcanes arrasaron primero y después tragaron los mares coaligados en tremendos maremotos. Aquella tierra era llamada Kremuria porque era de cierto una tierra quemada por el fuego de muchas centenas de volcanes.

“Y los tres Patriarcas, Kermek que había pasado en mucho el millar de lunas; Flam, el tercio de esa edad y Osiris joven aún, hicieron solemne evocación al Gran Padre Evanaus a fin de que los iluminara sobre el rumbo a seguir con tan numeroso pueblo de distintas razas, costumbres y tradiciones.

“Y en la cámara más secreta del primer templo de piedra levantado en la primera ciudad que fue EL-OM, entre espirales de incienso tal como en la Montaña Santa, Evanaus radiante de luz habló a sus tres escogidos y les dijo:

“Todos los seres que viven son gotas de agua de la misma eterna fuente; chispas inextinguibles del mismo eterno fuego, rayos de luz de la misma eterna claridad. Y así como infinita multitud de gotas forman una fuente y millares de chispas un buen fuego y un haz de rayos de luz una gran claridad, de igual manera unidos todos vosotros bajo este cielo, a la vera de este río azul, en esta tierra que Atmán ha destinado para su gran Escuela de Sabiduría, cuando la maldad humana destruya las antiguas, construiréis lo que fue destruido, edificaréis lo que fue derribado, daréis nueva vida a todo cuanto la ignorancia y la maldad han aniquilado y muerto para su propio mal. El Genio Tutelar del Planeta; hijo mío muy amado, vendrá aún por seis veces más, hasta que llegada la hora de la Justicia de Atmán para este Planeta, no quede piedra sin pulir, ni agua sin purificar, ni cirio apagado, ni alma que no resplandezca como la nieve al sol.

“Yo vigilo siempre por lo que mi amor creó y cuido como el pastor su rebaño, todos los seres grandes o pequeños que se cobijan a la sombra de mi manto y se sientan entre el aura que abarca mi mirada.

“Fuerza, valor y confianza en el Amor de Atmán, que todo lo puede y todo lo da a los que viven en su Ley”.

“Así les habló Evanaus en una noche de luna llena en la más secreta cámara de EL-OM, el primer templo levantado en esta tierra.

“Y los tres Patriarcas hicieron voto a Evanaus de construir una estatua, símbolo de la Eterna Voluntad, y un templo monumental y secreto donde sus hijos escogidos se encuentren con Atmán.

“Serían iguales a los contruidos por los Santos del manto blanco en Diosol en la Montaña Santa, allá en las tierras de Atlántida que estaba amenazada por la Eterna Justicia de ser tragada por el mar.

“Numerosas tumbas como ovejas echadas al sol dormían en la ribera occidental del río a la sombra de una gran colina de rocas. Allí como eterno vigía de los muertos, levantarían la estatua símbolo que recordaría a todas las generaciones presentes y futuras al correr de interminables edades, que todas las formas de vida en las múltiples especies en que ella se manifiesta, concurren a realizar la Idea Eterna de la Potencia Suprema: la criatura humana perfecta a semejanza suya, a través de la transformación continua que se llama Evolución.

“Y sobre otra meseta de roca truncada a seis codos de la planicie, levantaron el templo monumental y secreto para los hijos creyentes y dóciles a Evanaus, que quisieran y buscaran encontrar al Soberano Atmán, vida de toda vida.

“Tres mil hombres fuertes en cuatrocientas lunas cumplieron el voto de los tres primeros Patriarcas que encendieron la Luz de Atmán en las orillas del Río Azul.

“Kermek el que llegó primero no alcanzó a verlos con sus ojos de carne porque partió a la Luz, cuando ambas construcciones no habían llegado al tercio.

“El que esto escribe, oía a los Patriarcas animar a los operarios, y a los maestros de obras repetirles esta frase que sonaba allí en todas las lenguas: –Invulnerables al tiempo y a los hombres, imágenes de piedra del Eterno Viviente, acompañarán al planeta hasta su destrucción final.

“Cumplido el mandato de los Patriarcas, dejó el punzón gastado y el papiro en silencio”.

“Ánade de Askersa” – “Abarif”, siervo de Atmán Patriarca II – “Flam de Gronkef” Patriarca III

* * *

La lectura del viejo papiro terminó, dejando a los Ancianos que lo escucharon en el más profundo silencio.

Por fin Adamú lo rompió:

–He aquí mi gran interrogante: ¿Dónde están esos dos grandes monumentos que deben resistir hasta la destrucción final del planeta?

Y su mirada recorrió todas aquellas nobles fisonomías donde el tiempo había marcado ya sus profundas huellas.

–Más de una vez, me hice yo, la misma pregunta –respondió el antiguo Archivero Eladyos–. Pero nuestra Fraternidad estuvo tan absorbida siempre en remediar las grandes aflicciones humanas, la compra de esclavos para darles vida libre y noble; el abrir refugios para proteger enfermos, huérfanos y todas las víctimas de las maldades humanas, que no dieron lugar a investigaciones materiales de ninguna especie como no fuera el cultivo de la tierra para sacar el sustento necesario a la vida.

–Es verdad, plena verdad –respondieron todos.

– ¡Plenísima verdad! –afirmó Adamú–. Mas ahora, creo que aprovechando el orden y la armonía reinantes en la Gran Alianza de Naciones Unidas, podemos dedicarnos un poco siquiera, a establecer también orden y armonía en lo referente a la obra civilizadora de razas y de pueblos, realizada en el pasado por el Genio Tutelar de este Planeta, que en su última existencia carnal fue mi gran hijo Abel.

– ¡Magnífico!

– ¡Bien pensado!

– ¡Luminosa idea!

– ¡Colosal programa para terminar nuestras vidas!

Y con tales frases, el Pangrave Aldis, Halinay, Dhabes, Zahín, Eladyos, Tubal, Muref, Jeische, Oskaris y Abelio, más el Notario Héberi, se pusieron a tono con el gran interrogante de Adamú que poniéndose de pie exclamó con toda la intensidad de su profundo agradecimiento:

– ¡Gracias al Altísimo que después de siete años que interrogo a las tinieblas, podemos levantar el velo!

El Kobda Notario Héberi, pidió la palabra para decir:

–Juntamente con el rollo que acabo de leer, se encuentran varias hojas sueltas y una de ellas creo que está relacionada con este asunto.

–A ver, a ver –dijo Adamú–. Léela, hermano, que ya escuchamos.

–Dice así: “A veintitrés lunas de haberse terminado la Estatua-Símbolo y el gran Templo de Atmán, sobrevino la catástrofe que sepultó Atlántida occidental en lo profundo del mar que vino hacia aquí como una montaña de olas arrasándolo todo a su paso. Arrancó a los montes Atlas de los Pinares y la ola entró al valle Grande y sus aguas se unieron a nuestros lagos.

“Nuestro río desbordó su corriente empujado por el mar y sus dulces aguas lamieron con amor las bases de nuestros dos grandes monumentos. Es el bautismo de Atmán para las creaciones de sus hijos. Osiris”.

EL SECRETO DEL DESIERTO

Un anhelo desconocido hasta entonces invadió el alma de los Ancianos del Alto Consejo que comenzaron a registrar rollo por rollo cuanto encerraba aquel milenarior Archivo que contenía, aunque truncada a veces, toda la historia de la humanidad.

No tenían el menor indicio del sitio en que la Estatua y el Templo fueron levantados. El papiro sólo decía que “encajonados entre el río y murallas de montañas que llamaban Revenzora tenían material bastante para las grandes construcciones proyectadas”.

El gran río se perdía a lo lejos en el Sur y la cadena de montañas formaba laberintos inexplorados.

¡Cómo podían en tan enormes extensiones encontrar el sitio preciso en que podían hallar aquellos monumentos!

Dhaves sugirió la idea de que si estaba en el diseño Divino que ellos le encontrasen y que ello implicaría un bien para la humanidad, que pidieran juntos a los diez Fundadores de la Fraternidad Kobda la iluminación completa sobre aquel enigma.

La idea fue aceptada y la iluminación llegó al séptimo día de pedirla en las concentraciones diarias.

Era Dhaves el clarividente de más grandes experiencias que había en Neghadá y el que aconsejaba a los Kobdas más jóvenes que tenían esa hermosa facultad. Eran veintiocho los clarividentes. Sólo diecisiete de ellos tuvieron la misma visión mental.

Desde las terrazas del Santuario se veían perfectamente hacia el Sur, dos elevadas colinas cubiertas de vegetación.

En sus laderas que iban elevándose como suave lomada, había casitas de los labriegos, pastores y pescadores que dependían del Santuario, que les daba tierras y simientes para sus siembras y les compraba los productos de sus respectivos trabajos.

Y los diecisiete Kobdas clarividentes tuvieron esta visión: “Árboles, arbustos, cañas bambú, casitas y césped, caía desmoronado todo como por arte mágico, dejando al descubierto en una de las colinas, unos fuertes muros triangulares terminados en aguda punta y en la otra una enorme cabeza humana, de treinta codos de circunferencia más o menos y cuya faz aparecía hacia el Oriente”.

El Anciano Dhaves hizo entonces esta pregunta mental:

– ¿Está en Ley que nosotros desenterremos esos monumentos y penetremos en ellos?

La visión de las colinas desapareció en la oscuridad y a poco rato se diseñó una claridad azulada al principio y que fue tornándose oro vivo después.

Entre esa dorada claridad aparecieron tres imágenes venerables de cabellera de nieve como las túnicas que vestían y los Kobdas más ancianos reconocieron a Beni-Abad, Mauro y Silay.

Eran tres de los venerados Fundadores de la Fraternidad que en aquella lejana época se habían llamado: Ben-Nilo, Pap-Hiros y Karnain.

Y la voz solemne, lejana, pero clara y viva se dejó oír para todos:

“No está en Ley que vosotros descubráis lo que nosotros por consejo de nuestros gloriosos antepasados: Kermek de Tregisto, Flam de Gronkef y Ánade de Askersa, sepultamos entre arenas del desierto y plantaciones diversas porque no deben ser hollados por la curiosidad y avaricia de los profanos, esos sagrados Santuarios donde la heroica santidad de tantos justos celebró de fe y amor sus nupcias eternas con la Divinidad, descendida hasta ellos que todo lo abandonaron para hacer brillar la verdad en medio de los hombres. La Ley os permite comprobar la verdad de vuestra clarividencia y de estas palabras, pero en el mayor secreto, que debe quedar enterrado en vuestra mente y en las mudas arenas del desierto.

“La historia de la especie humana sobre el planeta que fue encerrado en las profundas criptas de esos monumentos, la tenéis en el entresuelo de vuestro Archivo, en rollos de papiro que tienen el título de “Archivo de las Edades”.

“Si os empeñáis en descubrir lo que por mandato de la Ley fue cubierto, devastaciones, invasiones, guerras y muerte, inundaciones, hambre y miseria vendrán sobre estas tierras que se tornarán madrigueras de escorpiones y de víboras en vez de santos adoradores de Dios...”

Las imágenes se fueron diluyendo en el éter de la penumbra violeta en que la Mansión de la Sombra estaba sumergida.

Un hondo silencio siguió durante un largo rato, porque las mentes profundizaban como una sonda en las palabras que venían de lejos, desvaneciendo la ilusión que en algunos había crecido desmesuradamente. Mas luego vino para todos la reflexión serena y luminosa también.

Las tradiciones que los más ancianos conservaban en el recuerdo referente a la desventurada Atlántida, daban vagas noticias sobre la destrucción efectuada por piratas y bajo pueblo, en los monumentos sagrados de la Montaña Santa, en busca de los tesoros de los reyes que habían huido ante la amenaza de una catástrofe cercana.

Desde el plano espiritual les había hablado una voz que amenazaba también con grandes desventuras si esos monumentos eran descubiertos y profanados. Esto significaba que los pensamientos inicuos y las

acciones delictuosas contra seres y cosas consagrados a la Divinidad, abren acueductos a las corrientes y fuerzas malignas que producen las grandes catástrofes y males, que ha sufrido y sufre la humanidad.

Al salir los Kobdas de aquella meditación, sentían la imperiosa necesidad de comentarios recíprocos y así fue que se dirigieron todos al Archivo donde en corrillos varios dialogaban animadamente.

Adamú en un ángulo del vasto recinto, rodeado por su Consejo de Ancianos interrogaba:

– ¿Qué hacemos? ¿Lo dejamos todo como está, hundido en impenetrable misterio?

– ¡No! –dijeron varias voces a la vez.

–La voz del cielo nos abrió una puerta –dijo Eladyos.

–Claro está. ¡Y qué puerta! –exclamó el Anciano Halinay.

–“En el entresuelo de vuestro Archivo... dijo la voz –añadió el Pangrave Aldis que estaba condolido por la desilusión de Adamú–. Yo estuve por breve tiempo en este Santuario y muy poco conozco de lo que pueden contener sus entresuelos y sus muros. Pero creo que entre vosotros hay algunos que han pasado aquí la mayor parte de sus vidas. Halinay, Eladyos y Oskaris, vinieron aquí de veinte años y están pisando ya los noventa. Creo que setenta años de residencia entre estos muros les dan probabilidades de conocerlos a fondo.

–En efecto –contestó el antiguo Archivero–, nosotros tres podemos dar algunos indicios, que acaso se relacionen con las palabras escuchadas en la Mansión de la Sombra.

Los tres mencionados bajaron el sillón que ocupaba el centro del estrado, frente por frente a una lámina de piedra blanca con esta inscripción: *“Yo soy la Sabiduría Divina para quien nada hay oculto y me doy por completa a quien con humilde corazón me busca desde el amanecer”*. Era ése el asiento destinado al Pharahome en los días de asambleas especiales e íntimas.

El entarimado sobre el cual estaba, tenía allí una losa de distinto color que las demás y presentaba en dos lados unas hendiduras como destinadas a introducir en ellas instrumentos que pudieran levantarla.

Los tres Kobdas afirmaron haber observado eso, pero nunca pensaron que pudiera ese detalle significar nada. La voz del cielo les hacía pensar que allí estaría lo anunciado, en el entresuelo del Archivo.

–Levantaremos esa losa –dijo de inmediato Adamú–, y veremos lo que sale de allí.

No sin gran esfuerzo los Kobdas más jóvenes lograron levantar la pesada losa y vieron con asombro que otro archivo estaba debajo, aunque de muy reducidas dimensiones.

Sólo había unas arcas de piedra y la techumbre era tan baja que no

admitía el paso a grandes estaturas. Pero no era ese solo descubrimiento el que les aguardaba. Detrás de una de las arcas había una puerta pequeña en la que comenzaba una escalera que por dentro del muro atravesaba la planta baja. Comunicaba con la cripta donde depositaban los cuerpos momificados de los Kobdas que morían en el Santuario y tenía además en el piso una rampa que descendía más aún, quien sabe hasta qué profundidad.

Con pequeñas antorchas de cáñamo encerado, bajó Adamú seguido de los más jóvenes que quisieron acompañarlo.

Empezaban a alarmarse por la tardanza los que quedaron en el Archivo, cuando apareció el Kobda Vilmo a tranquilizarles con la noticia de que habían encontrado un murallón y suponían ser alguno de los monumentos; pero que estaban convencidos de que no era obra de un momento penetrar el gran secreto y menos si debían hacerlo sin llamar la atención de los que en aquellos contornos tenían sus viviendas.

Ya supondrá el lector que las exploraciones continuaron en el mayor sigilo y que al cabo de poco tiempo y por diferentes medios llegaron al convencimiento pleno de que era el Templo monumental el primero descubierto y que una bifurcación del camino subterráneo que encontraron luego, correspondía al otro monumento-símbolo, del cual sólo se dejaba ver una muralla de roca.

Puestos en un acuerdo todos, juzgaron más prudente obedecer la voz de la radiante visión de la Mansión de la Sombra y se dedicaron a investigar el contenido de las arcas de piedra encontradas bajo el piso del Archivo, tal como la voz les había indicado.

Las tres arcas contenían rollos de piel curtida en blanco, llenos de signos, puntos y rayas; plaquetas de arcilla con nombres grabados en ambos lados; láminas de cortezas de árboles unidas unas con otras por medio de alambros de cobre.

Cada arca tenía estampada en su cubierta o tapa el nombre de uno de los tres primeros Patriarcas que llegaron muchos siglos hacía.

Kermek, que luego fue transformado en Hermes; Flam que el tiempo y las arbitrariedades humanas convirtieron en Rama; y por fin Ánade de Askersa que él mismo sepultó, transformándolo en un nombre símbolo Osiris, o sea, Renacido.

Los Ancianos del Alto Consejo se dieron por satisfechos con haber comprobado que los antiguos monumentos sagrados existían, y juzgaron de más utilidad tratar de leer aquellas antiquísimas escrituras, que seguramente encerraban viejas historias desconocidas por la humanidad.

Por el sondaje de las mentes iluminadas por la intuición, después de largos estudios y meditaciones, llegaron a la conclusión de que los tres

Patriarcas venían de distintos parajes, razas y costumbres, por lo cual eran bien diferentes sus formas de expresar las ideas.

Algunos de los Ancianos recurrieron a los alfabetos comparativos que de diversas lenguas existían en el Archivo.

Adamú tomó otro camino que creyó más fácil para él, que no conocía otro lenguaje que el aprendido de su madre, si bien muy perfeccionado desde su encuentro con su padre y con todos los Kobdas en el Santuario-Escuela de La Paz.

Llamó a su hijo adoptivo Amani a acompañarle en sus meditaciones privadas en su propio pabellón.

Y allí con ansia suprema evocaba a los tres lejanos Patriarcas desaparecidos, pidiéndoles que le descubrieran el secreto encerrado en aquellas escrituras, si su ruego no estaba en contra de la Divina Ley.

Ánade de Askersa que hasta la salida de Adamú de La Paz, estaba encarnado en la muy anciana personalidad de Hilkar de Talpakén, había dejado su materia cuatro años hacía. Estaba pues, en estado libre en el mundo de la Eterna Luz. Había conocido y amado a Adamú al que solía llamarle cariñosamente: “Vaso elegido por la Ley, para traer a la sedienta humanidad el agua pura de la Verdad en una mente humana, el licor divino del Amor en un corazón de hombre”.

Y tomando plena posesión del joven postulante Amani, le escribió en el idioma Atlante que a Adamú le era familiar:

“Amado niño del Éufrates, veo que tu destino sigue siendo extraordinario desde el principio al fin de tu existencia y no puedo negarte la colaboración que me pides y que dada la rectitud de miras que te he conocido siempre, cierto estoy de que tu camino continuará siendo un trazo completo de la Divina Ley.

“Oye pues: el arca con el nombre de Kermek contiene la historia de la tribu que le acompañó desde las tierras de Atlántida y los nombres de cada uno de los individuos, separados por familias. Las leyes dadas por el Rey Santo para sus pueblos, las enseñanzas morales de los solitarios de la Montaña Santa, más algunos relatos de hazañas guerreras en algunos de aquellos países, cuando llegaron fugitivos de viejas tierras del Sur que los volcanes y el mar habían destruido por completo. Hay también himnos y plegarias que los Profetas Blancos enseñaban a los pueblos.

“El arca de Flam contiene la historia de su raza, originaria de las tierras heladas, y el largo relato de su peregrinación desde su lejano hiperbóreo hasta la tierra del Río Azul y del radiante sol. Contiene hermosos himnos al sol que tan esquivo se les mostraba, a las largas noches en que mudas estrellas les miraban desde lejos, esperando pacientemente las radiantes auroras de su largo día de luz multicolor tan febrilmente aprovechado, antes de que volvieran las sombras.

“Y por fin, el arca de Ánade de Askersa contiene la historia de la Fraternidad de los Profetas Blancos, que al lado de Juno fueron conocidos por el nombre de “Llamas del mar”, alusión, sin duda, a que los marineros de Juno plantaban mástiles con antorchas en los lugares elegidos por los piratas de carne humana viva, a fin de que los sencillos campesinos se resguardaran de pasar por aquellos sitios.

“Y junto a Numú fueron llamados Sanadores, Médicos, Limosneros, aludiendo a que curaban las enfermedades y daban ofrendas de alimentos y ropas a los desamparados.

“Contienen también los himnos y plegarias que ellos usaban para las evocaciones al mundo espiritual y enseñanzas útiles para quienes conociendo la existencia de los planos extraterrestres, quieren establecer relaciones con las inteligencias puras que los habitan.

“Adamú..., amado niño del Éufrates: No te afanes con exceso por el descubrimiento de historias de remotos tiempos, que ellas se te descubrirán por sí solas cuando hayas profundizado en tu propio interior, y hayas obtenido por la fe, la purificación y el amor, la unión inefable con la Eterna Invisible, con la Amada Eterna, la Divinidad. Ella sola te hará dueño de todo sus secretos cuando te hayas desposado con Ella por el más perfecto amor.

“¿Cuándo es perfecto el amor?

“Cuando es invariable, cuando es inmutable, cuando es perdurable, o sea, que vive siempre porque es una llama emanada del Eterno Viviente.

“Tu viejo Maestro Hilkar”

Adamú leyó el mensaje que su hijo Amani había recibido, y dobló su frente sobre sus brazos cruzados en el pupitre que tenía ante sí.

Su mente releía vivas algunas palabras: “Ellas se te descubrirán por sí solas cuando hayas profundizado en tu propio interior y hayas obtenido por la fe, la purificación y el amor la unión inefable con la Eterna Invisible, con la Amada Eterna, la Divinidad”.

Y comprendió por fin el sentido íntimo de aquel mensaje.

Comprendió asimismo porqué los Kobdas habían dado preferencia a la educación moral de la humanidad y a aliviar sus dolores y miserias de toda especie.

La Atlántida con toda la magnificencia estupenda de las ciencias y las artes a que en largos siglos había llegado, dejó secar la fuente divina del amor perfecto, desplazó de sí misma a la Amada Eterna, la postergó, la olvidó, juzgándose dueña de todos los poderes terrestres y extraterrestres. Con su ciencia eclipsaba la luz de los astros, producía las lluvias, cambiaba el curso de los ríos, producía trombas, ciclones y maremotos para aniquilar pueblos enemigos; desataba epidemias en los campos

sembrados y en los bosques poblados de animales auxiliares del hombre; hacía de la especie humana rebaños de bestias aptas sólo para la numerosa prole que centuplicaba la suma de sus esclavos y siervos.

Persiguió y mató a los educadores de pueblos, que no rendían utilidad a su grandeza material. Quemó y destruyó Escuelas y Santuarios de adoración a la Divinidad o los transformó en establos de hombres amarrados al yugo y no dejó una luz encendida que pudiera indicar al espíritu humano la senda del bien, de la belleza, de la justicia, de la paz y del amor. Y cuando la Amada Eterna, la Divinidad, agotó su paciencia si es que en lo infinito cabe esta frase, las aguas de todos los mares desbordaron al irresistible empuje de transformaciones polares y siderales, y la magnífica diosa de todas las ciencias y de todos los poderes bajó como una gran masa al fondo del abismo...

Así meditaba Adamú doblada la frente sobre sus brazos apoyados en el pupitre que tenía ante sí.

Amani silencioso a su lado, dejaba correr sus lágrimas, apesadumbrado de haber causado con sus escrituras, aquel desconuelo a su amado padre y protector. Cuando la noble faz se alzó del pupitre, Amani la vio bañada de llanto.

– ¡Perdón, padre mío! –le dijo–, por el dolor que os he causado con esa escritura. Prometo no hacerlo más.

–Agradecida está mi alma, hijo mío, al mensaje que recibiste para mí, porque a él debo la iluminación que me indica el camino a seguir.

Y el nuevo Hombre-faro de Neghadá, Thidalá de la Gran Alianza de las Naciones Unidas, organizó desde aquel momento su vida como un perfecto Kobda, que busca primeramente la perfección de su espíritu, para que el hombre-ángel tienda sus alas y levante en ellas al hombre-carne que se arrastra por el polvo.

La gran sala de Asambleas solemnes se transformó en templo-escuela abierta para todo el que quisiera escuchar las enseñanzas morales para el buen vivir, que darían por turno los Ancianos que quisieran prestarse a ello. Y los que demostraban mayores capacidades mentales, recibían enseñanzas de orden espiritual de acuerdo a lo que ellos podían asimilar.

El Pharahome presenciaba todas las clases, y una vez por semana salía a recorrer la comarca interesándose por sí mismo de que ninguna alma quedara a oscuras.

Sólo dedicaba dos horas diarias a continuar en el Archivo los estudios e investigaciones que eran de su predilección.

Así entró Adamú en el camino del verdadero sabio, que busca en primer lugar el cultivo de su yo íntimo, para estar en condiciones de llegar a la verdad absoluta.

Y en el álbum íntimo de los más íntimos secretos de su alma, su hijo

adoptivo Amani que lo recogió como preciosa herencia de aquel admirable padre que sin serlo por la sangre, tanto amor y solicitud le había dado, podían leerse revelaciones de importancia para los amantes de la verdad, tanto en el plano físico como en el mundo espiritual.

Hojeemos, lector amigo, el álbum íntimo de Adamú:

“En mi meditación matutina de hoy, la Divina Ley me ha hecho una revelación grande y que ha conmovido todo mi ser hasta producirme copioso llanto.

“Mi hijo adoptivo Amani que tiene solicitudes maternas conmigo, como si yo fuera un pequeñín que él debe cuidar asiduamente, es una reencarnación del solitario Dakthylo Gaudes que cuidó de Evana y de mí, como había vigilado y protegido el desamparo de nuestras madre Sophía y Milcha, cuando nuestros padres fueron prisioneros de los piratas cretenses y vendidos a esta Neghadá, donde vivo la postrera mitad de mi vida. ¡Gracias, Majestad Infinita, por esta revelación!”

En otra página podía leerse este clamor doloroso de su espíritu:

“Hoy he recibido una nota del Kobda Regente del Correccional del Peñón de Sindi que ha hecho estremecer mi corazón. Dice entre otras manifestaciones: El infeliz Kaíno pudo sonreír por primera vez cuando supo que habíais sido elevado a Pharaohome de Neghadá y Soberano de las Naciones Unidas. Me ruega que os haga llegar su adhesión y su respeto.

“Os pide perdón por el inmenso dolor que os causó, pero no quiere el perdón de su crimen doble pues fue causa también de la muerte de su madre.

“Habiéndose cumplido las doscientas lunas de cadenas a que fue condenado por la Reina y las Matriarcas, deseo conocer la resolución del Alto Consejo referente a si debo obrar con él, igual que con los demás, es decir, librarle de la cadena y que sea su cautividad en vida conjunta con todos los prisioneros”.

“Señor... Tú sabes mi dolor y que estuve a punto de decir: Dadle la libertad y que venga a los brazos de su padre.

“Pero he comprendido, Señor, que en Tu Bondad y Amor infinitos cabe también la Justicia y haciéndome a un lado, dejo la decisión al Alto Consejo de Ancianos que colabora conmigo en el gobierno de los pueblos. A través de la decisión de ellos veré Tu Voluntad Soberana”.

Más adelante podemos encontrar otro reflejo del hondo sentir de Adamú.

“Adoro tus designios, ¡oh, Infinita Grandeza de Dios! Lo que Tú mandas es siempre lo más justo y lo más bueno.

“Al desventurado Kaíno le será quitada la cadena pero deberá continuar su cautiverio en habitación separada de todos los prisioneros, sobre los cuales ejercería indiscutible dominio lo cual podría causar una rebelión.

“Se le condena nuevamente a no tener otros amigos que los Kobdas que le vigilan y lo cuidan. Sólo a ellos no les hará daño.

“¡Es doloroso para mi corazón, Señor, pero mi conciencia acepta tu mandato porque es lo que debe ser!...

Cuando llevaba doce años desempeñando su elevado cargo, Adamú escribía en su álbum de impresiones íntimas:

“¡Señor de los cielos y de la tierra!... ¡Infinito dueño de todos los mundos!... ¡Tú que lo ves y lo sabes todo!, ves y sabes que este corazón de carne está triturado por grandes angustias.

“Van pasando siete lunas que no hago más que bajar a la cripta funeraria a viejos y amados amigos que fueron al lado de mi padre, otros tantos padres.

“¡Tubal, Zahín, Dhables, Eladyos, Oskaris, Audino..., y hoy acabo de cerrar el sarcófago que guarda el cuerpo muerto de mi amado Héberi, tan fiel y tan mío, como son mías mis manos y mi propio corazón!...

“¿Por qué, Señor, por qué?

“¡Sólo tenía él cuarenta y cinco lunas más que yo!, y mientras él va a tu Reino yo quedo aquí sin él.

“¡Oh!..., no puedo consolarme de haberlo perdido.

“¡Perdón, Señor!... ¡Adoro tus designios, pero Tú ya lo ves, mi corazón es de carne, aún no he podido transformarlo en piedra!...

“Acompañado de mi padre y de Amani hice hoy la meditación vespertina en la terminación del túnel secreto que termina en el gran Templo de los tres Patriarcas.

“A Amani le durmió la hipnosis y en ese estado diseñó con el punzón de múrice púrpura un cuadrilátero en el blanco muro que cierra el túnel.

“Y como mi padre y yo pensamos al mismo tiempo: ¿Qué significa ese diseño?

“Amani contestó: –Es la puerta de entrada a la cripta del gran Templo donde yacen los cuerpos inertes de los tres Patriarcas que le construyeron, igual al que se hundió con Atlántida en lo profundo del mar.

“Nuestras mentes preguntaron de nuevo: ¿Podemos abrirla y penetrar allí?

“–Aun dudáis de la realidad anunciada y como la Ley quiere la convicción absoluta en vosotros, os permite abrirla y entrar –contestó la voz de Amani–. Pero como no todos los que forman el Alto Consejo actual reúnen las disposiciones necesarias para conocer el secreto que los siglos han ocultado por voluntad de nuestros lejanos antepasados, vosotros cumpliréis así mismo como han cumplido los siglos y las arenas mudas y el follaje amigo que lo encubre y protege de la profanación criminal de los hombres.

“– ¿Quién nos habla? –preguntaban las mentes.

“–Eladyos, vuestro Archivero, a quien los superiores jerárquicos han constituido guardián de este recinto, es quien os dirige la palabra por la hipnosis del Kobda Amani.

“Nuestros Padres fundadores han pasado a otro plano superior de evolución y nos dan el encargo de los mensajes para vosotros, a Dhaves, a Tubal, a Zahín y a mí.

“Amani se despertó. Encendimos de nuevo las torzadas de cáñamo encerado y yo pregunté a mi padre:

“– ¿Abrimos?

“–Abramos si así lo quieres –me contestó él.

“– ¿Tienes miedo? –pregunté a mi hijo que nos miraba asombrado.

“– ¡Miedo no, sino estupor!... Me espanta la grandeza del secreto que los siglos han guardado y que sólo nosotros conocemos –contestó él.

“–Abriremos esa puerta que tú has diseñado en la hipnosis. Vamos, prueba de abrirla –le ordené yo.

“Amani comenzó a pasar suavemente sus manos por el diseño púrpura que había trazado hasta que el tacto encontró un pequeño saliente de la piedra.

“Sobre ese saliente estaba como incrustado un pequeño aro de cobre que Amani levantó suavemente con el índice y el pulgar.

“Al hacerlo destapó la boca de un tubo por el que apenas cabía una mano. Al acercar las cerillas encendidas vieron algo como un manubrio o cabo de hacha de mano o de otra arma de las de uso corriente.

“Entonces yo tiré con fuerza hacia la derecha y el cuadrilátero trazado por Amani empezó a hundirse hacia el interior hasta bajar completamente, dejando a la vista un pasaje sumido en tinieblas pero que aparecía llano y no difícil de andar.

“Dejemos la entrada para otro día en que lleguemos aquí por la mañana –observó mi padre–. La noche llegará pronto y en el Santuario se notará tu ausencia demasiado. Volvamos pues y aprisa.

“Y tornamos al viejo Santuario tan apresuradamente como nos permitían nuestras fuerzas.

“Hice adelantar a Amani que corría ágilmente a fin de tranquilizar a los Kobdas, si es que había llegado la hora de la expansión final en que nos despedíamos unos de otros hasta el día siguiente.

“Gracias, Señor, por el sendero que abres a mis ansias de conocer la verdad de todo cuanto hicieron tus hijos fieles del pasado y que pueda ser estímulo para que yo lo haga en el presente”.

210
EL HOMBRE-FARO DE NEGHADÁ

Continuaba el álbum de Adamú deshojando pétalos, ora de rosas de amor, de madre selvas de paz, de blancos lirios, símbolo del alma en busca de elevación espiritual, o ya de pensamientos dolorosos de oscuro color violeta que transparentaban las angustias de un corazón que aún no se había hecho piedra.

Sigámosle en sus intimidades que seguramente se asemejarán en algo a las nuestras:

“La Matriarca Solania me envía en un largo rollo de papiro su despedida de mí y de todos los habitantes de este Santuario-Madre, porque recibió aviso espiritual de que en esta misma luna partirá a los mundos de luz.

“¡Oh, Suprema Majestad Divina!... ¡Te vas llevando a todos los que encendieron y alimentaron esta pobre lamparilla de mi espíritu y me dejas solo en el destierro! Dueño y Padre eres de cuanto tiene vida en esta tierra y nada puedo argüir que valga una brizna de paja en contra de tus mandatos, pero, Señor, permíteme una pequeña queja a este pequeño ser que tiembla de pavor ante la responsabilidad de que Tu Voluntad me ha cargado, y la insignificante capacidad que me acompaña. ¿Qué haré yo solo, Señor, si solo me dejas?...

Un borrón de lágrimas manchaba el papiro al pie de estas escrituras como si fuera el sello con que refrendaba Adamú su dolorida queja:

“Era un radiante arcángel tuyo, Señor, que vuelve a tu lado llevándote en ofrenda su labor cumplida y un buen número de almas salvadas de la vorágine y encaminadas por tus sendas de amor fraterno, de paz y de conocimiento.

“Tu Infinito Amor la recoge como un blanco loto digno de tus altares eternos.

* * *

“Mensajeros del país de Asag me traen un mensaje de mi hija Mabi, anunciándome los esponsales de su hijita Abelina Asag con su joven primo Fredick Abel, heredero del país de Sogdian.

“¡Bendícelos, Majestad Infinita, y que sean sus vidas unidas una corona de luz, de amor y de gloria para mi hijo Abel, cuyo nombre llevan ambos como un presagio de rectitud, de justicia y sabiduría!

“Y el mensaje de mi hija Helia que también me trae la caravana, me

ruega que las bodas se celebren en La Paz o en Neghadá, y que sea yo quien bendiga la unión.

“¡Majestad Infinita de Dios! ¡Tu voluntad será quien marque el camino a tu siervo!

“La Reina Ada tiene ya en el Santuario de La Paz a Abelina, preparando su espíritu para el gran acontecimiento.

“Ahora me viene a la mente el recuerdo de que uno de nuestros Libros Vivos originario de aquella región, recibió aviso de que Sogdian será en un futuro lejano una gran potencia aliada del Guía de esta humanidad cuando Él realice otra jornada en la Tierra.

“¿Quién podrá saber si de esta unión nupcial surgirá la raza o dinastía que le prepare el camino?

“Cuán oscuros son para la criatura encarnada los caminos de Dios.

“¿De qué fuerzas deberá valerse el hombre terrestre para tornar transparente la carne que lo reviste, y hacer posible la visión clara de lo que debe realizar?

“—Sólo hay una lente maravillosa —me dice una voz sin ruido en lo profundo de mi mundo interior—. La unión a la Divinidad por la meditación, que nos lleva a conocer todas nuestras deficiencias morales y nos da el valor y la fuerza de extirparlas, arrancarlas como dañinas plantas de abrojos. Y sembrar en el alma el altruismo absoluto que es el desinterés, generosidad, franqueza noble y leal en la vida espiritual y en la vida de relación con nuestros semejantes.

“¡Oh, Señor de todos los mundos!

“¡Cuán difícil es posponer nuestro querer a la voluntad y querer de los demás!

“¡Cuán difícil es amar a todos como amo a los que me aman, a los que me regalan las delicadas flores de su amistad y su ternura!

“¡Dame, Señor, la capacidad de amar a mis semejantes de tal manera que yo sea para ellos como quiero que sean ellos para mí!

* * *

“Cada caravana que llega a nuestras puertas me trae nuevas impresiones.

“Si en todas ellas interviene la Voluntad Divina, sean bienvenidas a mi corazón.

“Me participa mi hijo Seth, que se ve en el caso de dejar La Paz para acompañar a su esposa a ocupar el lugar de la Matriarca Walkiria de Kiffauser, porque ella abdica sus derechos de soberana en mi nuera, su hermana.

“Si no supiera que en este hijo vive el incomparable Senio de mi

primera juventud, vería con espanto esta sustitución de mi hijo y su compañera por esa gran mujer que ha demostrado tener la capacidad de diez hombres fuertes y capaces.

“Pero Seth es Senio y Senio puede sustituir a la Matriarca Walkiria y no torcer el camino comenzado por ella.

“¡Cúmplase en ellos la Voluntad Divina!

* * *

“Con mi padre, el Anciano Consejero Zeloín, Vilmo y Amani, fuimos hoy, luego del himno del amanecer al gran Templo de los tres Patriarcas. El frío del túnel nos helaba los huesos, pero mi hijo Amani ha llevado días antes una carga de leña y pudimos encender en la rotonda anexa a la puerta un buen fuego que reanimó a mi padre y al Kobda Zeloín, que ambos están llegando a los umbrales de la centuria.

“¡Lo que habrán sufrido en tan largas vidas si yo, en la mía, pareceme haber levantado montañas!

“¡Oh, Señor! ¡Cuán cobarde soy en tu servicio!

“¡Por fin hemos penetrado en la cripta del gran Templo de los tres Patriarcas! ¡Es inmensa! Pero sólo están en ella tres sarcófagos de piedra rosada sin pulir. Son tres cajones de rocas arrancadas seguramente de las vecinas sierras de igual color. Únicamente las tapas son livianas láminas de basalto negro sobre el cual aparecen escritos en extraños símbolos y figuras los nombres de cada uno y la fecha de su muerte.

“Los tres cuerpos están petrificados y secos, y junto a ellos hemos encontrado tubos de cobre con rollos de piel de antílope curtida al blanco y llenas de escrituras que deberemos descifrar. En la de Ánade de Askersa, aparte de otras escrituras, hay un voto o juramento de un ser que firma Thoth en que le promete a su Maestro, Ánade de Askersa, que seguirá su mismo sendero, su misma Ley, enseñanza y doctrina hasta la muerte.

“Parece que él quedó como Patriarca de aquel pueblo.

“Del más apartado rincón de la cripta sube una escalera, que da varias vueltas y que sube y sube quien sabe hasta que alturas. No tenemos la orden de subir y salimos con las escrituras encontradas, dejando todo tal como estaba ordenado.

“Los Ancianos traductores de las escrituras antiguas se han entregado por completo a la tarea de descifrar las que hemos encontrado en los sarcófagos de los tres Patriarcas.

“Sólo el Amor a este sublime Ideal de la Verdad Eterna puede dar voluntad y decisión a hombres de edad cercana a la centuria para pasar horas y más horas a la luz de un cirio, tratando de leer, mejor dicho, de

adivinar lo que dicen figuritas trazadas sobre un trozo de piel blanca.

“¿Qué puede decir un retazo de cordel de cáñamo, un triangulito, un cuadrado, una varilla encorvada, una antorcha apagada, otra encendida, un tronco de árbol caído, una rama seca, un loto, un pájaro muerto, un camello echado al suelo, otro de pie, un escarabajo, una abeja, una mariposa, una lanza, un hacha, un reno bebiendo?...

“Y cuando yo acudo a verles trabajar, me dicen:

“¿Por qué te asusta lo que hacemos? La mitad de nuestra vida la hemos pasado haciendo esto y ya ves, la centuria nos va a encontrar aún vigorosos casi tanto como tú.

“¡Cielos!... ¡Qué hombres!... ¡Qué almas! ¡Y no saben lo que es cansarse! ¡Y no imaginan ni remotamente dar un paso atrás!

“Habrán visto seguramente mucho mal en sus largas vidas y no obstante, la claridad que les envuelve parece haber borrado de sus mentes el mal que vieron, y que más de una vez llegaría hasta herirles cruelmente en sus sentimientos, en sus afectos, en sus ideales.

“Y ahí los tenemos entusiasmados como niños con un nuevo juguete mientras van surgiendo de sus dedos armados del punzón, frases, relatos, pensamientos escritos con figuras y signos por otros hombres que vivieron en la carne hace centenas de años.

“¡Qué grande es, Señor, tu Majestad y tu Poder! Haces grande a la débil criatura humana, cuando ella tiene una porción grande o pequeña de voluntad para tu servicio.

“¡Cuántas grandezas comprende esta pobre alma mía a través de estas vidas heroicas, consagradas a la Verdad, a la Justicia, al Bien de la humanidad! ¡Y ni se les ocurre siquiera estampar sus nombres al pie de los trabajos que realizan! Las leyes de los Kobdas son hechas por santos y para hacer santos. ¡Así lo veo desde que estoy en Neghadá!

“La consigna de los Archiveros es, que cuando un Kobda es encerrado en el sarcófago, se escriba en un rollo de papiro cuanto de bueno y grande hizo en su vida en beneficio de sus semejantes.

“Antes de esa hora, todo es anónimo, silencio, ignorado.

“Batalla silenciosa pero recia, permanente, invulnerable en contra de la vanidad, la soberbia y la envidia.

“Y a pesar de toda la sabiduría puesta en las leyes, aún aparece de tiempo en tiempo el siniestro fulgor de algún recelo, antagonismo o ausencia de simpatía.

“La invulnerable Ley de Afinidad se hace sentir a veces con gran fuerza. Las enemistades de otras vidas aparecen como fantasmas odiosos, y es entonces cuando el alma ha de hacer supremos esfuerzo para saltar por encima de ese escombros ruinoso que le cierra el paso.

“No haciéndolo así, la infeliz alma continuará viendo defectos y más

defectos, motivos y más motivos de antipatía y separatismo para con el ser que lo produce.

“Y muchas veces verá sus propias deficiencias, debilidades y miserias en el ser que considera un adversario, un punto antagónico...”

“¡Señor, Bondad Infinita!...”

“¡Si me diste luz para comprender el antagonismo disimulado que existe entre esos dos Kobdas, dámela también, Señor, para ayudarles a curar ese grave mal que destruye la paz de ellos mismos y la armonía de toda una congregación!

“Por sugerencia mía entraron ambos a formar en el Alto Consejo y son buenos para todos, menos para ellos mismos.

“Y ambos sufren y para evitar choques visibles, huyen de encontrarse juntos en las reuniones del Consejo. Los demás lo advierten y saben como yo, pero ninguno habla.

“¡Oh, Señor! Grande y bello es el silencio, pero más grande y bella es la verdad, la armonía perfecta, la paz serena del alma...”

“¡Gracias, Señor!... ¡Infinitas gracias te dan por mí los cielos y la tierra, por la divina armonía que canta en las almas de tus Kobdas como cantan en concierto los pájaros en tus selvas!

“¡Cuando no encuentras, Señor, la voluntad necesaria en las almas para triunfar de sí mismas, sometes a duras pruebas a la materia que las reviste!

“Uno de los Kobdas antagónicos tuvo una caída y se fracturó malamente en varias partes de su cuerpo. El otro está entre los médicos cirujanos que atienden los accidentes dentro y fuera del Santuario.

“Tanta solicitud y amor ha puesto el cirujano para curar al enfermo, que éste ha tenido que rendirse al amor y solicitud de su hermano.

“¡He comprendido ese camino tuyo, Señor!... El dolor de la materia, despierta tu claridad dormida en el fondo del alma.

“El Kobda médico dio el primer paso. El Kobda enfermo le recibió con las manos extendidas hacia él.

“¡Oh!... El dolor es un auxiliar poderoso para curar las almas. Bendigamos al dolor.

“El Amor salva todos los abismos...”

“¡Glorifiquemos pues al Amor, como a lo más grande y excelso que puede encontrar el alma humana en su marcha eterna a lo Infinito!...”

“Pero el Amor es como un prisma de radiante cristal que tiene muchas facetas; parece decirme una íntima voz en lo hondo de mí mismo. Trato de percibir lo que ese hablar sin hablar continuará diciendo en mi mundo interno, y la mente ansiosa y atenta sigue escuchando:

“El Amor maternal es dulzura de miel cuando acaricia; es sabiduría cuando corrige; es sublime cuando enseña, aconseja y guía; y es heroico

cuando corrige con severidad al hijo que se desvía del camino del bien trazado por Él.

“Y tal como el amor maternal, son todas las facetas del prisma radiante del amor.

“Es perdón y es Justicia.

“Es tolerancia y es Ley.

“Es dulzura y es severidad.

“Es capacidad de sacrificio y pide sacrificios.

“El Amor es bueno como Dios, pero Él quiere a todos buenos y perfectos como Dios.

“Tal es el Amor cuando el Amor es perfecto.

“Así he oído tu voz amorosa, Dueño de mi vida y de todas las vidas.

“¡Dame te ruego el Amor perfecto y nada más te pediré en esta vida mía!”

211

HORIZONTES LEJANOS

– ¿Qué encontráis en esas viejas Escrituras? –preguntó un día Adamú a los Kobdas traductores, cuando habían transcurrido muchas lunas desde que les fueron entregados los rollos de pieles encontrados en la cripta del Gran Templo de los tres Patriarcas. Y el Kobda Nebo, especialista perfecto en interpretar signos de antiguas escrituras, le respondía con estas solas palabras:

– Horizontes lejanos. Y tan lejanos que nos resultan casi incomprensibles.

“Las Escrituras del sarcófago de Kermek son como un compendio de las leyes y doctrina del Rey Anfión de Orozuma, último soberano de la noble dinastía de los Toltecas que siguió la ruta de sus gloriosos antepasados. Y con inmensa amargura le llama: el último Tolteca.

“Athaulfo, Atho-Fana y Senegaldo, aparecen como tres faros que extendieron la luz de la Sabiduría Divina en el Continente como preparación a la llegada del Avatar, Hijo del Altísimo.

“Tribus nómadas originarias del Sur desconocido y lejano, se habían ido estableciendo en los islotes y peñascales de May-Olandia y Cerro de Oro, introduciendo leyes, costumbres y creencias funestas para los pueblos y los individuos.

“Eran originarios de la Tierra quemada: de oscuro color su piel y de negro color también las almas que los animan.

“Con ellos comenzó el mal en Atlántida y el mal prendió con un fuego maligno en muchos hijos de la Tierra Luz.

–Tierra quemada, y Tierra Luz aparecen también en una escritura de nuestro Archivo, traducida por nuestro gran Bohindra cuando recién llegó a Neghadá –dijo Adamú pensativo–. Son seguramente Kremuria o Lemuria y Atlántida, de donde era originario Bohindra, los padres de Evana y mis padres. Lejanas noticias que nos llegan por otro conducto, pero siempre las mismas.

“¡Oh!..., el eterno peregrinaje de la humanidad que en su marcha gigantesca y dolorosa va dejando atrás siglos, buenos y malos, blancos y negros, trágicos y apacibles, tal como son nuestros breves días, porque breves y fugaces son nuestras vidas si las comparamos con este enorme encadenamiento de siglos.

“¡Oh, Eterno y Poderoso Invisible!...

“¿Quién eres Tú que eternamente vives y a Ti no te alcanza la muerte?

“¿Cómo eres Tú, Eterna Fuerza Viviente que nunca muere?

–Como tú, cuando vibres como Yo, dice el último verso de nuestro himno a la Luz –le contestó conmovido y afable el Anciano traductor Nebo, que tuvo compasión del ansia viva de conocimiento que Adamú había demostrado en sus vehementes exclamaciones–.

“En las Escrituras del sarcófago de Flam no hay lamentaciones ni leyes definidas. Casi todo son como evocaciones o himnos, tan tiernamente devocionales y emotivos que elevan el alma hacia la Divinidad. Flam que significa Llama de fuego, era en verdad una llama viva de amor y de fe a esa Eterna Fuerza viviente que rige y sostiene el Universo.

“Y en el sarcófago de Ánade de Askersa u Osiris, encontramos la gran noticia de que el Patriarca de la Montaña Santa en el tiempo de Anfión, Rey de Orozuma, llegó a descubrir que era posible al hombre encarnado que ha subido los siete grados de la evolución perfecta, desprender a voluntad el espíritu de la carne, y actuar libremente en el espacio infinito por una porción de tiempo más o menos largo según el estado y edad de la materia, y según la depuración y sanidad del espíritu.

“El Patriarca se llamaba Sphano-San y había sido el Maestro del joven Príncipe y después Rey de Otlana, Orozuma y otros países, Anfión, hijo del Rey Senegaldo y de la Reina Wilfrida.

– ¡Y Anfión era una lejana existencia física de mi hijo Abel!... –exclamó de nuevo Adamú–. ¡Pobrecillo mío! ¡Nacer rey es ser sacrificado desde el nacimiento hasta la muerte! En Juno fue marino. En Numú fue pastor. ¡En Abel a mi lado fue como un blanco cervatillo corriendo por las praderas floridas del Éufrates!

“¡Oh, Señor y Dueño Eterno de las vidas! ¿Por qué le hiciste Rey si era como un loto para tu altar? Y los lotos brillan de blancura sobre la aguada serena y los pastorcillos las prenden sobre el altar de su pecho, o en el altar de su Dios.

–Fue Anfión, llamado el Rey Santo en todas las antiguas escrituras –volvió a decir el anciano Kobda Nebo–.

“Es verdad que las grandezas humanas desvían siempre al hombre de su verdadero camino, pero no a hombres como el Rey Anfión de Orozuma, que prefirió la abdicación y el destierro antes que consentir en una lucha armada para conservar su trono y su corona.

Estos grandes recuerdos tuvieron el poder de imponer un silencio solemne en aquellos hombres, unidos para la búsqueda de la verdad histórica en las edades remotas.

Por fin el traductor continuó:

–En la escritura de Ánade que aquí tomó definitivamente el nombre de Osiris, sacado de las iniciales de seis versos a la Divinidad que él mismo había compuesto, asegura haber hecho magníficos ensayos con éxito de la facultad descubierta por el Patriarca Sphano-San o sea, la separación voluntaria del espíritu de su materia para actuar libre y conscientemente en los planos espirituales. Asegura asimismo haber enseñado a sus discípulos íntimos, Thoth y Potemis, y a sus compañeros de fe y compatriotas Elotos, Beth-Emis y Gion-Zeber, a realizar la grave experiencia hecha por él mismo, en la sala central del Gran Templo, destinada a la unión del alma con el Infinito.

“Y añade con gran aplomo, que la locura o la muerte puede encontrar el imprudente audaz que sin las condiciones y preparación necesarias se aventura a penetrar el sagrado misterio, que por serlo, necesita para realizarse, del más absoluto silencio, quietud y oscuridad.

–La meditación misma, cuando ella nos absorbe por completo el alma, es ya un desprendimiento del espíritu, según creo –observó Adamú.

–La meditación profunda es la acción conjunta del pensamiento y de la voluntad puestos en contacto con la Energía Divina, por intermedio de una Inteligencia purificada que nos ama porque la amamos. Pero eso no es la separación del alma de la materia que la aprisiona. –Y el Anciano Nebo al dar la contestación volvió a desarrollar la piel escrita, dando a entender que terminaba ese asunto y continuaba la explicación de los grabados que traducía.

El Anciano Pangrave miró a su hijo y llevó el dedo índice a sus labios indicándole no preguntar más.

Y Adamú recordó la recomendación de la Ley

“En la casa de Numú nada preguntes porque lo sabrás todo cuando sea la hora”.

Y apagó la llama de su deseo, de penetrar en el hondo misterio del alma en la íntima relación con el Eterno Invisible. Y la apagó con este pensamiento:

– ¡Señor! Me has hecho un Hombre-Faro sin luz para sí mismo y sin luz para dar a los demás.

“¿Por qué, Señor, me has colocado en esta altura si soy como un pajarillo implume que apenas salió del nido y no aprendió aún a volar?”

El dolorido pensamiento fue captado al vuelo por la extrema sensibilidad del Kobda Nebo que dijo, como dialogando consigo mismo:

–Los caminos del Altísimo se abren para el ser encarnado obedeciendo a designios que no presentimos y que ignoramos por completo. Él sólo conoce la capacidad de cada ser y los elige con admirable acierto para la obra a realizar en el tiempo, modo y forma, en que debe ser.

“La humanidad actual no necesita seguramente una lumbrera científica, sino un faro de amorosa luz que indique a los viajeros de la vida, las sendas rectas y los puertos seguros.

Adamú comprendió la respuesta y su expresiva mirada de agradecido amor cayó en los ojos de Nebo con suavidad de pétalo...

¡Qué bien se entienden sin hablar, el alma del sabio sin orgullo con el alma anhelante del que busca saber, cuando ambos están en el justo camino y animados de buena voluntad!...

212

TREINTA AÑOS HACÍA...

Habían transcurrido tres décadas desde que Adamú había salido de La Paz, huyendo de dolorosos recuerdos y como los recuerdos iban con él acabó por amarlos tanto, que ellos le ayudaron eficazmente al progreso espiritual que su ley exigía para esa hora de su vida eterna.

Fue ascendiendo lentamente la áspera cuesta del propio perfeccionamiento, dejando atrás las efímeras complacencias de la vida de relación a que fue aficionado cuando salió de la soledad a la sociedad de los hombres. El dolor de la muerte de Abel, de Bohindra y Evana, le obligó a buscarles en el plano espiritual, y ese puro y elevado contacto le impulsó a superarse en todo, a fin de ponerse a tono con ellos y hacerse digno del amor de ellos. ¡Los veía tan altos, tan grandes, tan plenos de la Eterna Luz!

Su anciano padre, bien lo veía, estaba viviendo sus postreros días y el agotamiento físico avanzaba lentamente, pero avanzaba.

Los Libros Vivos se iban uno en pos de otro al Reino de la Luz y del Amor, y casi no pasaba una luna sin que Adamú tuviera que celebrar en el místico patio de los olivos la tierna despedida a otro más que partía...

– ¡Cielos!... ¡Tened piedad de mí!... –clamaba diariamente en sus meditaciones–.

“Ya no me queda de esa enciclopedia viva sino mi padre y Zeloín.

“¡Señor!... ¡Dueño único de las vidas de los hombres! Si ellos son llamados por Ti a tu Reino de Amor..., ¿qué me queda en la tierra para iluminar mi camino y fortalecer mis pasos?...

Y cuando así clamaba un día su corazón mientras sus ojos lloraban, le apareció clara y nítida la visión de Abel, el gran hijo; de Evana, su inolvidable compañera y de Bohindra, su Rey inmortal.

–“Quedamos nosotros y todos aquellos cuyos cuerpos físicos has guardado en un sarcófago” –dijo una voz, la de Abel, cuyo doble radiante se acercó a su lado hasta llegar a darle un beso en la frente. Y cuando Bohindra y Evana, transparentes como nubes doradas se acercaron también, Adamú se desvaneció en un gemido y su cabeza cayó pesadamente sobre el respaldo de su sillón.

Así le encontró Amani, su hijo adoptivo que llegaba con el aviso de que su padre le llamaba a su lado. Y él acudió. Apenas Aldis le vio entrar le dijo:

–Los visitantes que has tenido llegaron hasta mí con el más feliz anuncio que me podían traer.

– ¿Cuál? –preguntó Adamú con espanto.

–Que de aquí a tres días llegará Milcha en su disfraz de Iber para quedarse definitivamente en Neghadá.

– ¡Cómo!... ¿Y el país de Ethea?

–Un hijo del Príncipe Elhizer ya casado, toma posesión de los dominios de su padre que ante las repetidas instancias de Iber mismo, ha consentido por fin en que el segundo de sus hijos lo sustituya bajo su control.

– ¿Y todo eso lo sabes por vía espiritual? –preguntó asombrado Adamú.

–Lo acaba de decir Bohindra, que ha tenido la suprema bondad de hacerme sus confidencias –respondió el anciano, desbordante de alegría, como hacía largo tiempo que no la experimentaba.

Adamú que a pesar de sus treinta años de residencia en el Gran Santuario, creía más a su razón que a su fe, porque según él decía, era hombre de la tierra más que del cielo, no quedó muy convencido y en su fuero interno pensó:

–“¿No será una ilusión de los últimos días de mi padre?”

Pero pasaron los tres días y llegó Iber con dos Kobdas más.

El corazón de Adamú se ensanchó nuevamente, y se robusteció su fe hasta el punto que sintió llenarse en parte el vacío que dejaron a su lado los que partieron al mundo espiritual.

La Ley Divina, austera y justa siempre, es también infinitamente tierna y generosa con quienes cumplen con Ella. Y fue así que en ese mismo

tiempo se manifestó abierto para Adamú otro horizonte lejano..., muy lejano, ultraestelar, pero que a momentos se acercaba a su lado tanto que ya no pudo nunca más dudar de que entre los planos espirituales y los planos físicos se abren sendas de luz por donde suben y bajan, van y vienen pensamientos, ideas, vibraciones, armonías, que a veces son explosiones de amor, poemas musicales, dramas, tragedias, vividas por seres humanos muchos siglos atrás. Ya no pudo dudar de nada y su expresión constante era ésta:

“Todo es posible a la Omnipotencia Divina cuando el ser humano está dispuesto a recibir sus dones”.

A veces se le acercaba el Kobda Iber su hijo de adopción, y en un momento determinado, veía en él a Milcha su madre, pero tan claro y nítidamente que le costaba enorme esfuerzo para no arrodillarse a sus pies y abrazado a ella, llamarla con toda el alma: ¡Madre mía!

Iber que lo sabía todo, lo comprendía, y acercándose a él le besaba en la frente y le decía con honda emoción:

–“Padre... Somos ella y yo”.

Y estas escenas terminaban siempre en un dulce llorar que sólo conocen y comprenden los seres que viven la vida espiritual verdadera.

Iber había pasado por La Paz donde permaneció varias lunas, y la Reina Ada enviaba con él para el Archivo del Santuario-Madre, las escrituras del Maestro Antulio, y todos los documentos, relatos, crónicas que encontraron en la alcoba del Anciano Hilkar, fallecido allí.

Pudo entonces completar Aldis sus ochenta rollos de papiro con un capítulo final que tituló:

“La sabiduría de los Dakthylos”.

–Ahora puedo irme tranquilo –decía jocosamente el Pangrave de Abel–, porque he cumplido todos mis compromisos con el cielo y con la tierra.

Acompañó treinta y cuatro lunas más a su hijo Adamú y a Milcha, reencarnada en el Kobda Iber, y partió al mundo espiritual rodeado por el amor de los Kobdas, pero sobre todo por el profundo cariño de su hijo y por la inefable ternura de aquella otra alma hermana de la suya, que allá en su lejana juventud, fue Milcha..., la heroica Milcha triunfadora de la brava tempestad que separó los cuerpos pero no las almas porque *“nadie separa lo que Dios ha unido”*.

Iber ocupó desde entonces la bóveda que en el pabellón del Pharahome quedaba vacía, y fue con el silencioso y humilde Amani, un doble apoyo y fortaleza para Adamú que llevaba sobre sus hombros tan extraordinaria carga.

En el Alto Consejo sólo quedaban Nebo y Zeloín, y fue necesario designar los que habían de sustituir a los ausentes.

Fueron elegidos Iber, los dos Kobdas que con él habían venido: Agnis y Erech, más Areli, Yataniel, Heber, Sabdiel, Ghinar y Amani, que por su lucidez espiritual y hermosas facultades psíquicas fue llevado al Alto Consejo sin tener la edad que la ley prescribía en los casos comunes.

La sabiduría de los Kobdas no tenía tan en cuenta la edad física como la antigüedad de las almas en el eterno camino.

Y Adamú consolado un tanto de las numerosas ausencias que había creído irremplazables, decía con afable serenidad a sus hermanos del Consejo:

–Vosotros haréis por mí el prodigio de ser mi padre, mi hijo, el Kobda-Rey y todos los que el Señor llevó de mi lado.

“De lo contrario no tendréis este viejo árbol para mucho tiempo”.

Así se lo prometieron y así lo cumplieron, llegando a ser para él asiduos colaboradores en satisfacer sus anhelos de encontrar y contemplar los horizontes lejanos del pasado, en que su hijo Abel con otras personalidades había dado vigoroso impulso a la evolución de la humanidad terrestre.

213

LOS AÑOS CORRÍAN...

Los años corrían como ramas secas que arrastra el viento en el otoño, dejando tras de sí huellas de dolor o de alegría, perspectivas luminosas o presagios de tempestades.

Habiéndose dado el nombre de “Civilización Adámica” al lapso transcurrido desde la desaparición de Atlántida hasta la actualidad y siendo yo un relator de esa época, mi extenso relato comenzó con Adamú y he de terminarlo con Adamú, magnífico personaje engrandecido y hasta sublimizado por su incomparable modestia, que fue la cualidad más destacada de su noble carácter.

Cualidad hermosa que le acompaña en todas sus existencias físicas en el plano terrestre.

Y así, lector amigo, cuando veas un investigador, un geógrafo o geólogo, que sacrifica toda una vida en excavar montañas, en remover ruinas y escombros, en registrar antiguas bibliotecas y viejos archivos para descubrir verdades ocultas, puedes pensar que acaso sea una nueva personalidad de Adamú, cuya eterna vida pareciera haber sido designada por la Divina Ley para tan noble y sacrificada misión.

De los ochenta rollos de papiro escritos por su padre, hizo sacar copias para todos los Santuarios y Refugios Kobdas de aquella hora, y para todos los países que formaban la Gran Alianza de Naciones Unidas, en forma

que el conocimiento uniforme de la verdad histórica se esparciera por los tres Continentes que formaban aquella magnífica civilización.

Ante tal afirmación, el lector se preguntará seguramente:

¿Qué vientos de tempestad sacudieron a países, ciudades y pueblos que así lograron adular, transformar y aún destruir una tan clara y lógica cronología de hechos individuales o colectivos? ¿Quién, por qué y cómo se comenzó tal desfiguración de acontecimientos grandes o pequeños, buenos y malos?

¡Inconsciencia humana!...

¡Ignorancia humana!...

¡Intereses creados, frutos fatales del egoísmo también humano!... Desgraciadamente en mi labor de cronista prehistórico, no siempre puedo tener la íntima satisfacción de llevar a mi lector por praderas florecidas y crepúsculos inundados de claridades.

La verdad me obliga a conducirlo también a presenciar hecatombes, desastres, personajes siniestros que vuelcan sus instintos salvajes y crueles sobre muchedumbres inconscientes y esperanzadas.

Poco antes de comenzar la última década que debía vivir Adamú sobre la tierra, y muertos ya los viejos soberanos fundadores con Bohindra de la Gran Alianza de Naciones Unidas, sus herederos no tuvieron el mismo amor para la gran Institución que hizo la dicha de los pueblos por tanto tiempo.

Y lenta y casi imperceptiblemente comenzaron las desviaciones, los antagonismos, las imposiciones arbitrarias que las inmensas distancias y los penosos medios de comunicación facilitaban grandemente.

La humanidad terrestre es de tal condición que pareciera no poder ser noble y buena en medio de la abundancia, la paz y la dicha permanente. Necesita del acicate del dolor llevado al máximo para convencerse de que debe unirse, fraternizar, solidarizarse en el bien, la justicia y el amor, para gozar los privilegios que el bien, la justicia y el amor traen consigo. ¿Será que la humanidad se cansa de ser feliz caminando por senderos de abundancia y de paz, y tuerce a veces el camino llano para lanzarse por desiertos y peñascales donde encuentra encrucijadas y precipicios insalvables?...

Y Adamú vio con dolor que los Príncipes y Caudillos más fuertes ejercían presión sobre los más débiles, ya apoderándose de parte de sus tierras, con hurtos disimulados por permutas, o ya sacándoles pobladores mediante promesas que les excitaban la ambición, aunque después no se cumplieran.

Esto significaba que la Ley de la Gran Alianza caía en desuso y que pronto comenzaría la relajación en las ordenanzas y costumbres, que luego llegaría a la decadencia, quizá lentamente, pero llegaría...

En acuerdo con su Alto Consejo, Adamú comenzó a enviar mensajeros con notas vibrantes de amor y cortesía hacia aquellos soberanos que se salían de las viejas rutas marcadas y aceptadas con juramento de honor por sus nobles antepasados.

Uno de estos mensajeros fue Amani, acompañado de dos Príncipes, hijos del rey del vecino país de Zoan que se dirigían a La Paz a celebrar esponsales con dos nobles doncellas, nietas del Rey de Sogdian, que acababan de terminar su educación en aquel Santuario regentado por la Reina Ada y las Kobdas compañeras suyas.

Ya no existían en el plano físico aquellos Kobdas que vencieron a la Reina Shamurance, pero había otros en Neghadá y en La Paz que fortalecieron de tal manera al mensajero de Adamú, que sin violencia y sin desagrado consiguió volver las sendas torcidas a su antiguo lugar.

Espíritu de gran lucidez y con un amor y abnegación que le hacía capaz de los mayores sacrificios, a cambio de obtener el bien que buscaba, Amani regresó a Neghadá pasadas diez lunas de haber salido, pero volvía coronado por el éxito y por la íntima satisfacción de proporcionar a su padre adoptivo y al viejo Santuario-Madre, el inefable gozo de un verdadero triunfo.

Desde esa fecha, el pensamiento silencioso de los ancianos Kobdas, consagró a Amani como el futuro sucesor de Adamú. Y aunque el candidato obligado sería Iber que tan discretamente había gobernado en dos grandes países desde su juventud, todos los Kobdas conocían el camino que la Ley marcaba para el hijo de la mártir Shiva: debería ir a guiar a la humanidad prófuga de la Mauritania, que el cataclismo atlante había dividido en dos por el hondo canal abierto entre las columnas de Hércules *—Gibraltar—.

Aquella gran península rica en montañas, en vías fluviales y valles de admirable fertilidad, veía aumentar su población mezcla de mauritanos atlantes de trigueño color y blancos hiperbóreos descendientes de algunos compañeros del Patriarca Flam que siglos atrás quedaron en aquellas tierras atados por el amor.

Alianzas pretéritas se presentan inesperadas y de improviso en cualquier paraje de la tierra, por donde pasan los seres impulsados por fuerzas diversas.

Ya sean acontecimientos felices o adversos, ya la búsqueda ansiosa de mejor ambiente o medios de vida.

Vemos que la Eterna Voluntad dispone de cuanto hay utilizable en torno a sus creaciones para impulsarlas a la forma y sitio en que pueden manifestar sus capacidades de crear, de perpetuarse y renovarse en cumplimiento de la Ley de Evolución constante y eterna.

Adamú veía acercarse su ocaso con la plácida serenidad propia de

las almas que no dejan tras de sí rastros de dolor, ni huellas fatales de transgresión ninguna a la eterna Ley de Justicia que marca los pasos del hombre ecuánime, noble y justo.

Un solo pensamiento se cruzaba en su horizonte mental, con la rapidez de un relámpago, amenaza de tormenta lejana. Pero así como su vida toda había transcurrido bajo la amorosa vigilancia de la Suprema Potencia, aquel pensamiento no se ahondaba en su yo íntimo infundiéndole temores y cavilaciones.

Su viva imaginación extendía y contemplaba con frecuencia el lienzo gigantesco de las Naciones que formaban la Gran Alianza.

En los países del hielo veía tres grandes lumbreras de la sabiduría y el amor: Senio, Adonai y Elhisa, con nuevas vidas, que florecían de optimismo juvenil, haciendo surgir entre las nievas del Norte la abundancia, la paz y la concordia, que ellos bebieron en la sabia ley de la Fraternidad Kobda.

En el país de Nairi, Furkis de Frixos y Aurora de Nibiza al celebrar sus bodas, habían inaugurado también un Santuario Kobda de hombres y otro de mujeres, para educación de la juventud y de todo su pueblo en general.

El Scheiff circasiano y Mabi vieron ensancharse las tierras de labranza para su pueblo que los amaba, porque Vladiko heredó las antiguas posesiones de su tierra natal.

El país de Num-Maki, unido al de Sogdian por la muerte del viejo Rey Fredik de Kusmuch, dio a la dulce y mística alondra Kobda, Helia, hija de Shiva, la gloria de abrir en aquellos países, Santuarios-Escuelas donde en el estudio, la meditación y el trabajo se formaban las nuevas generaciones.

Entre las montañas del País de Arab, Azoris y Diza-Abad vieron levantarse radiante aquel sol de la tarde que Bohindra el mago del amor, descubrió para ellos recorriendo la gris cortina de sombras que les había separado. Y también en el país de las piedras que el esfuerzo de Beni-Abad tornó en fértiles campos de trigales dorados, floreció la paz y la concordia.

En la Tracia, el Ática, la Hélade, las túnicas azuladas y los velos violetas se agitaban jubilosos entre la paz y la abundancia de los pueblos.

Es verdad que los grandes Santuarios de Neghadá se vaciaban de año en año porque sus Kobdas, hombres y mujeres, se derramaban como portadores del bien, de la justicia y del amor por todos los países de la Alianza.

El dragón espantoso de la guerra parecía haber sido aniquilado para siempre. Nadie pensaba en él. Nadie le temía. La humanidad había comprendido por fin que la paz es el mayor bien de la vida, que la solidaridad,

la unificación en la justicia y en el amor es la única gloria de los pueblos, la única grandeza sin manchas ni sombras.

Tales eran las meditaciones de Adamú mientras su alma de justo se preparaba para el vuelo final.

¡Qué magnífica visión para su ocaso pleno de serenidad!

Se complacía en recitar aquellas estrofas de inefable belleza mística con que el Kobda-Rey se despidió de la vida física en el Santuario de La Paz.

*¡Señor!... ¿Qué puedo yo darte
Si cuanto tuve lo di?...
¿Qué puede hacer esta chispa
Que sea digno de Ti?*

*¡Los hombres en este mundo
Te han visto y hacia Ti van!...
¡Si no pierden el camino
Pronto hasta Ti llegarán!*

¡Pero la humanidad perdió una vez más el camino!

Y poco a poco el egoísmo fue tendiendo sus redes, imperceptibles al principio y con una sagaz astucia después, a medida que la inconsciencia de unos y la buena fe e inexperiencia de otros, dejaba puertas abiertas que eran oportunidades aprovechadas hábilmente por los audaces ambiciosos, que nunca faltan en medio de esta humanidad.

La Gran Alianza de Naciones Unidas que hizo de la tierra un paraíso, al influjo de tantas inteligencias cumbres que habían encarnado juntas para prepararle ambiente al Gran Espíritu-Luz que llegaba por quinta vez al plano físico terrestre.

Debido a esto quizá la leyenda que conocemos, ha condensado el gran drama de aquella remota edad en esta sencilla calificación: “El paraíso de Adamú y Evana”

La breve duración del paraíso bíblico es en verdad, un símbolo exacto del siglo de oro que resplandeció para esta humanidad y cuyo punto de partida fue el Gran Santuario de Neghadá a las orillas del Nilo.

Ningún asombro debe causarnos las decadencias de pueblos, países y sociedades humanas, en un mundo de primitiva evolución que es a la vez escuela de aprendizaje y escuela correccional. Toda corrección es dolorosa y pesada. Todo aprendizaje trae consigo esfuerzos y sacrificios.

La felicidad duradera, las claridades perdurables, son patrimonio eterno de los mundos perfectos, habitados por seres que a través de largas edades, aprendieron a calcar en su vida y en sus obras la Ley Divina del Amor Universal...

En su largo período de gobierno, Adamú llenó su mente de cuantos conocimientos pudo darle aquel milenario Archivo de las Edades, tesoro incalculable escondido entre los muros del vetusto Santuario.

–Una cosa me falta saber –decía en los largos soliloquios que entablaba consigo mismo–. ¿Qué encierra ese gran templo más allá de la escalera que arranca desde la cripta del túnel? ¿Por qué nuestros Padres Fundadores no permiten la entrada? ¿Será, quizás, un panteón sepulcral lleno de momias, esqueletos, cráneos humanos que no debemos profanar los hombres de la actualidad?

Un día, se encontraba Adamú entristecido por la noticia recibida del Peñón de Sindi de la muerte de Kaíno.

Pedía a la Eterna Justicia piedad para él que tantos dolores había causado en su vida. Pensaba en la montaña de dolores que debía sufrir para saldar una por una cuantas angustias, cuantas lágrimas, cuantas acerbos penalidades había causado a tantos seres que se cruzaron en su camino.

El Kobda Muref había llevado al Archivo de Neghadá el largo manuscrito de toda la historia de Kaíno desde que huyó del Santuario de La Paz en la primera juventud, casi la adolescencia.

Adamú conocía esa trágica historia que era como el rodar de un ser de abismo en abismo. Le consideraba como su primer hijo y no podía ser indiferente a la inmensa desventura en que le vio sumergido. Puesto en el presidio merecido por sus delitos, había muerto en él. Caído en un precipicio, la muerte fue instantánea, dejando la duda de si se arrojó voluntariamente o fue un accidente ajeno a su voluntad.

En estas dolorosas meditaciones, le sorprendieron una mañana sus dos hijos de adopción, Iber y Amani, que se habían unido en una grande amistad. Ambos conocían sus existencias físicas anteriores a la que estaban viviendo. Iber cuyo afable carácter lo hacía parecer siempre joven, decía, refiriéndose a la afinidad completa que existía entre él y Amani:

–Si somos Gaudes y Milcha, ¿cómo puede asombrarse nadie de que nos sintamos como pichoncillos de un mismo nido?

Estos dos grandes compañeros se presentaron al entristecido Pharhome y le pidieron su autorización para visitar el gran Templo, subiendo por fin la escalera aquella de la cripta, que habían visto perderse en la oscuridad impenetrable.

–Mi consentimiento lo tenéis, hijos míos, pero nos falta el permiso de arriba –contestó el anciano Pharhome.

–Aquí está, padre –expresó de inmediato Amani enseñándole un trozo de papel escrito por Hilkar, el anciano Dakthylo fallecido en La Paz, años hacía.

– ¡Oh, Santo Maestro mío! –exclamó Adamú con su voz que temblaba y sus ojos llenos de llanto–. No has querido que me ausente de esta vida sin satisfacer ese último deseo mío.

“Pero yo no os podré acompañar, hijos míos. No resisten mis años, hoy, el largo túnel. Ya lo comprenderéis.

“¡Si hubiera venido este permiso cincuenta lunas atrás!...

Y su queja terminó en un suspiro de resignación.

–Lo tenemos todo pensado, padre –replicó Amani que como más joven, era más impetuoso y vehemente–. Os llevaremos en las parihuelas rodantes que se usan aquí para transportar enfermos y heridos.

–Y también a los muertos –completó Adamú ya sonriente.

–Falta tiempo para eso, padre. Conque lo dicho, dicho está. ¿Cuándo lo realizamos?

–Mañana después del himno del amanecer –contestó Adamú con una decisión y firmeza que ponía de relieve la fuerza de su voluntad.

Cuando a la mañana siguiente bajaban los tres a la cripta del Santuario donde se abría la entrada al túnel, ya estaban las parihuelas preparadas con una gruesa manta y unos almohadones.

– ¡No quiero ir tendido! –expresó Adamú de inmediato–. Ni estoy herido ni soy un muerto. Iré sentado.

–Muy bien, padre, muy bien –dijeron ambos Kobdas a la vez.

Y prepararon las parihuelas para que el Anciano Pharahome fuera sentado.

No era Adamú un anciano decrepito a pesar de sus muchos años.

Su natural belleza física parecía haberse realzado con una aureola de noble majestad que la rectitud de toda una vida consagrada al bien, en un medio ambiente de paz y de amor, daban a su fisonomía una afable serenidad, que casi era alegría permanente.

¡Con qué noble orgullo Iber y Amani conducían en parihuelas al amado y amante padre que les amparó en su dolorosa orfandad!

Ninguna dificultad tuvieron durante el viaje por el túnel hasta penetrar en la cripta, panteón sepulcral de los tres Patriarcas.

Después de unos momentos de recogimiento y oración ante los sarcófagos, los tres Kobdas miraron la escalera y se miraron entre sí.

Aquella mirada quería decir: – ¿Ahora cómo hacemos?

–Subid vosotros y yo os espero aquí –dijo de inmediato el anciano para evitarles el esfuerzo de subirle.

–No, padre –dijeron ambos a la vez–. Si os sentís con buen ánimo os subiremos nosotros. Probemos.

La fuerza de voluntad de los tres, el amor de los tres, más la energía espiritual que llegaba de los amados invisibles allí presentes, permitió que Adamú subiera la escalera ayudado eficazmente por sus dos hijos y

se encontraron en un recinto cuadrangular, sin más moblaje que unos estrados de piedra sin pulir, pero aptos para un buen descanso.

Otra escalera aparecía en uno de los rincones. De igual modo que la primera la subieron también, pero vieron que terminaba en un muro enteramente liso, sin vestigio alguno de continuación.

La ansiosa búsqueda les dio resultado al fin. Amani descubrió de pronto una hendidura en la roca, tal como la que había en el entarimado del Archivo donde descubrieron la entrada al templo. Un pequeño aro de cobre como un anillo grueso les reveló el secreto.

El anillo corría hacia un lado en el resquicio de la piedra y se abría la entrada. Una ráfaga de aire helado les recibió, sobrecogiéndoles un tanto. Ignoraban lo que encontrarían.

Era aquello un recinto espacioso y poblado de gruesas columnas que sostenían la techumbre de blancas losas de piedra.

En el centro se levantaba una pequeña pirámide truncada de cuatro codos de altura y de siete gradas, sobre ella una lámpara de plata maciza, de las que se usaban llenándolas de cera y con un mechón de cáñamo sumergido en ella, la cera y el cáñamo parecían resecos.

Cada columna tenía un zócalo de basalto negro lustroso por el continuo roce sobre él. Debían ser asientos.

De la techumbre pendía una gran estrella de cinco puntas, también de plata maciza y de idéntico cincelado que la lámpara del altar.

–Esto es un Templo de adoración al Infinito –exclamó Adamú como poseído de un religioso pavor–.

“Oremos, hijos míos, por los que levantaron este templo con tan inauditos esfuerzos físicos.

Cayó de rodillas y dobló su viejo cuerpo sobre las frías losas, cuyas enormes dimensiones le hacían medir el esfuerzo para subirlas hasta esa altura.

Aquellos tres hombres postrados en el pavimento parecían perder la noción del tiempo y de todo cuanto les rodeaba.

Mas, de pronto la penumbra silenciosa y sombría se inundó de dorada claridad, en tal intensidad que rápidamente se levantaron los tres. En la séptima grada del altar aparecían de pie tres imágenes venerables, con blancas cabelleras que parecían madejas de hebras de luz. En una de ellas Adamú e Iber reconocieron al Anciano Dakthylo Hilkar, y en las otras dos, la intuición les decía que eran Kermek y Flam, los otros dos Patriarcas antecesores y compañeros de Ánade de Askersa.

En el fresco aire que vibraba en el templo escucharon estas palabras en el idioma atlante que era familiar para Adamú:

“Lo que Dios une nadie lo puede separar”.

“Avanzad sin prisa y sin pausa como las estrellas”.

“No atesoréis en la tierra donde todo perece”.

“El Amor que salva todos los abismos, será vuestro tesoro en la inmortalidad”.

Cuando la última sonoridad se extinguió, la triple visión había desaparecido dejando a los tres Kobdas que la presenciaron sumidos en tan profundo recogimiento que no sintieron pasar las horas.

–Sintiendo estoy la alarma que nuestra larga ausencia causa en el Santuario –dijo de pronto Amani–. Vamos, padre. Vamos.

–No espero otra dicha mayor que ésta –les respondió Adamú–. ¿Por qué no me dejáis morir aquí? ¿No veis que ya no puedo más en la vida?...

Lágrimas de íntima emoción corrían serenas y suaves por el rostro de Adamú cuando pronunciaba tales palabras.

Iber y Amani se sentían igualmente dominados por aquella suavísima ternura que tan hondamente se penetraba en el alma.

Ambos tomaron los brazos de Adamú que se incorporó lentamente y se dejó conducir a la escalera de descanso. Sentado nuevamente en las parihuelas emprendieron el regreso.

–Nuestro Pharahome no quiere más esta vida –decían los Kobdas viéndole siempre como absorto en ideas que le alejaban más y más del plano terrestre.

Sin haber oído él estas palabras, dijo de pronto en una reunión de su Consejo:

–Tengo una idea que creo feliz. Si tengo la suerte de que vosotros la aceptéis me daréis con ella la más grande alegría que puede tener mi viejo corazón.

–Ya escuchamos –contestó Vilmo, que era el Mayor del Alto Consejo.

–Quisiera llevar a nuestro Templo secreto, plantas y flores del Jardín de Reposo, cirios de cera y perfumeros para quemar incienso y que en la próxima luna llena se cante allí el himno de la tarde. ¿No es hermosa esta idea? Decidlo... ¿No es hermosa?

– ¡Oh, sí, muy hermosa! –dijeron varias voces a la vez.

–Pensad que no todos los Kobdas del Santuario conocen la existencia del Templo de los Tres Patriarcas –manifestó nuevamente el Kobda Vilmo.

–Es que yo quisiera compartir con todos ellos nuestro secreto. ¿No podría ser esto así?

–Nuestros Padres no lo han aconsejado así –replicó Iber.

–Es verdad, hijo, es verdad. –Adamú bajó su mirada al suelo demostrando una serena conformidad.

En su larga vida había llegado a ese tranquilo estado espiritual en que

todos sus deseos, aun los más nobles y puros se evaporan en silencio y sin violencia como el perfume del incienso cuando se ha consumido el fuego.

Hubo unos instantes de silencio. Amani tomó el punzón y el libreto que estaban sobre el pupitre y escribió estas palabras:

“Amado compañero de mi vida.

“Nuestro hijo Abel se ha anticipado a tu deseo y la Ley Eterna abrió el camino para que puedas realizarlo sin inconveniente alguno. Los Kobdas jóvenes que fueron a presenciar las bodas de los hijos del Rey de Zoan, no están aún en condiciones de poseer vuestro secreto.

“Su regreso será pasado el plenilunio y esta circunstancia favorece la realización de tu deseo.

“Nuestro gran hijo, tu padre y yo, te esperamos esa noche allá en el Templo de los tres Patriarcas.

“Es nuestra cita de amor.

“No faltes, amor mío, te lo ruega tu fiel compañera. Evana”

El lector comprenderá el júbilo del viejo corazón al recibir este mensaje. Riendo, lloraba Adamú.

¡Cuán dichoso se sentía en su digna y noble ancianidad!

Sólo cuatro días faltaban para la luna llena y bastaron para llevar al templo secreto, plantas, flores, cirios de cera y perfumeros para quemar incienso.

¡Era la cita de amor de Adamú y Evana! ¡Era la celebración de gloriosas bodas místicas de las almas que se amaron en el infinito seno de Dios y que continuarían amándose en la eternidad sin fin!

Cuando llegó el día y la hora requerida, Adamú fue llevado de igual modo que la vez anterior; pero esta vez iba acompañado de los setenta Kobdas que habitaban por entonces el Gran Santuario de Neghadá.

Las melodías de liras y laúdes, las vibraciones de las plantas, de las flores y de las almas, el perfume de los cirios y del incienso al consumirse, y sobre todo y por encima de todo la cita de amor anunciado por el mensaje de Evana, formaron tan maravillosa bóveda psíquica que cuando aquellas setenta voces cantaban el himno del atardecer, una lluvia de rosas encarnadas y blancos lotos comenzaron a revolotear en el recinto como si un fresco céfiro nocturno los atrajera quién sabe de qué jardines de ensueños divinos.

Los Kobdas cantaban llorando, y los laúdes y liras continuaban vibrando en sus manos.

Todos estaban de pie esperando el gran acontecimiento.

Sólo Adamú sentado en la séptima grada al pie del altar. El severo recinto se fue llenando de azulada claridad como si la espléndida luna llena hubiera penetrado en él.

De nubecillas doradas que se fueron consolidando lentamente, surgieron a la vez tres rostros amados que sonreían, acercándose al feliz anciano cuyos ojos se abismaban en amorosa contemplación.

– ¡Maestro Abel! ¡Madre Evana! ¡Pangrave Aldis! –exclamaron todos los Kobdas a la vez.

Adamú estremecido de emoción y de amor tendió los brazos para estrechar la divina aparición, y en un hondo suspiro los dejó caer de nuevo y apoyó su cabeza en la pirámide que lo respaldaba, como si las fuerzas le faltaran para tan grande desbordamiento de luz y de amor.

Cuando todo volvió a su estado normal, Iber, Amani, Vilmo, se acercaron al Pharahome a felicitarle, a colmarle aún más de alegría y de amor, por el grandioso homenaje que el amor de sus amados ausentes le habían ofrecido en ese memorable día.

Los ojos del anciano muy abiertos, seguían mirando el sitio en que la visión había desaparecido, pero su vida no estaba ya en ese anciano cuerpo sin vida, porque aquella cita de supremo amor le arrancó del plano terrestre para trasplantarle a ese otro mundo, donde las almas se comprenden y se aman en el seno de la Eterna Luz.

Así terminó la jornada terrestre de Adamú, el humilde y modesto Adamú, que dio su nombre a una larga cadena de siglos, que la historia ha llamado: *Civilización Adámica*.

*“En el amor que tengas a todos los seres
Que son chispas de mi Eterna Inteligencia
Conoceré tu amor hacia Mí.
En el amor de los unos para los otros
Se encierra toda la Ley
Enseñada por los Ungidos
En todos los mundos”.*